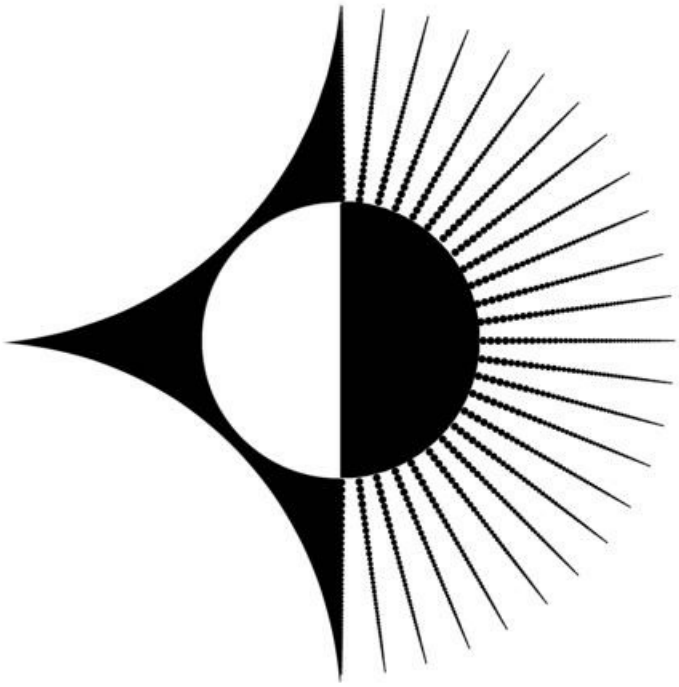

SAMANTA ESPERÓN
ERA
DE
MAGOS
SAGA COMPLETA

Era de Magos

Saga completa

Samanta Esperón



ERA DE MAGOS

Derechos de autor © 2024 Samanta Esperón

Todos los derechos reservados

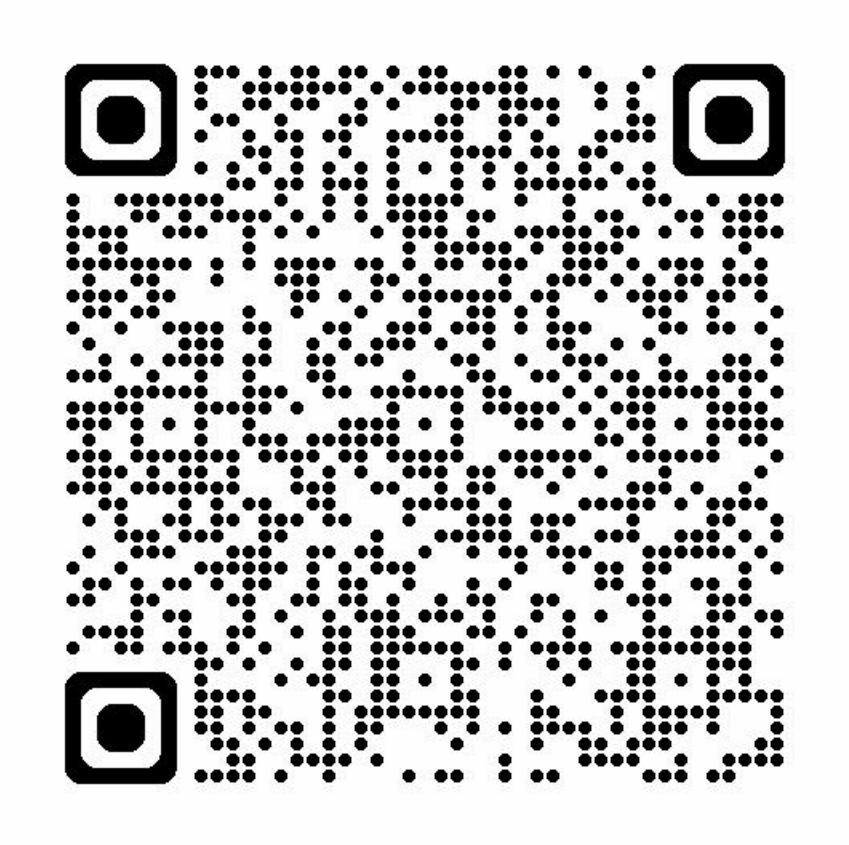
Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

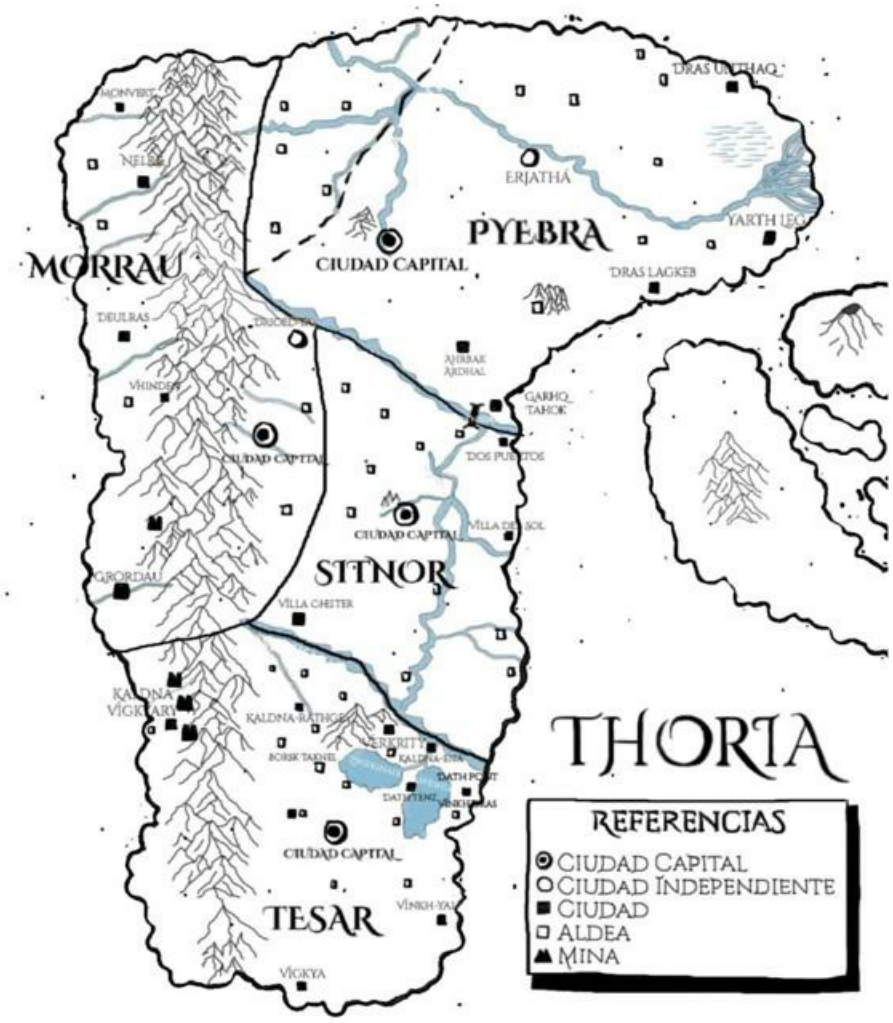
Diseño de la portada de: Samanta Esperón

www.samantaesperon.com

A todos aquellos que me ayudaron de alguna forma.
A quienes me acompañaron en el proceso.
A quienes se ilusionan, viajan, imaginan y se sienten vivos leyendo.
A ustedes, lectores.



Mapa


MORRAU
PYEBRA
CIUDAD CAPITAL
ERJATHÁ
DRAS LAGKEB
SITNOR
TESAR
THORIA
REFERENCIAS
CIUDAD CAPITAL
CIUDAD INDEPENDIENTE
CIUDAD
ALDEA
MINA

Parte I

Bautismo de Acero

Prólogo

En una aldea de Tesar, año 3976

El gato negro subió a la mesa y comenzó a arrojar parte de lo que había sobre ella. Se estrellaron en el piso platos con restos de comida, vasos y varias botellas de vino.

—¿Por qué haces tanto ruido, gato? Estoy tratando de dormir —murmuró el humano y se tapó la cabeza con la manta.

—*Si no bebieras tanto* —dijo mientras empujaba otra botella con su pequeña pata—, *podrías levantarte a una hora prudente, como el resto de la gente. Tengo hambre, humano, levántate, ya hace largo rato que es de día.*

El gato bajó de la mesa y caminó con cuidado entre los trozos de porcelana rota. Saltó con agilidad sobre el canasto que cumplía la función de mesa de noche y se sentó para mirarlo fijamente.

—Si fueras un gato normal, cazarías ratones, como el resto de los gatos. Ya déjame dormir. —Sus palabras sonaban debilitadas por la manta que le cubría el rostro.

El gato saltó justo encima de él y le enterró las uñas en el pecho. No era necesario hacerlo, pero quería asegurarse de que su humano se despertara de una vez; llevaba horas observándolo, esperando a que abriera los ojos.

—¿Por qué haces eso? —se quejó y se incorporó en la cama.

El gato se sentó en el suelo y siguió observándolo. El humano estiró su mano hacia él.

—Ven aquí —dijo con suavidad y chasqueó los dedos, pero el gato no movió ni un músculo—. Solo vienes a mí cuando me necesitas, eres un desagradecido.

El humano se levantó de la cama al fin, aunque se lo veía enojado.

—¡Mira el desastre que has hecho! ¿Quién limpiará ahora?

—*Tú. ¿Quién sino? No creo que yo pueda recoger algo, es anatómicamente imposible para mí.* —El gato se lamió una pata, distraído.

—No sé por qué aún no te he echado a la calle.

—*Porque me amas, es simple* —contestó con cierta indiferencia.

—Eres un vanidoso, eso eres —dijo y comenzó a recoger el desorden—. Es mi culpa. Si no te hubiera consentido tanto, serías un gato normal.

—*Muy tarde, humano. Ya soy demasiado perezoso.*

El humano continuó quejándose, pero se arrodilló y siguió con su trabajo. El gato se subió a una silla y maulló reclamando atención.

—¿Qué quieres ahora?

—*Creo que ya te he dicho que estoy hambriento.*

El humano se incorporó y lo miró, tenía un mechón de cabello gris en la cara, que le cubría un ojo.

—¿Qué desea, su majestad? —El humano aún estaba de rodillas y bajó la cabeza, intentando hacer una reverencia.

—*Pescado estaría bien.* —El gato ni siquiera se dignó a mirarlo.

—Pues no hay. —Se incorporó, buscó un plato y le sirvió un poco de leche—. Ahí tienes, ahora déjame en paz.

El humano terminó de recoger lo que quedaba en el suelo y lo colocó en una canasta de

mimbre, la que dejó junto a la única puerta de la pequeña y destartalada cabaña. Una helada ventisca se colaba entre las tablas de las paredes y hacía flamear las cortinas desteñidas que colgaban en las ventanas.

El hombre caminó, tambaleándose, hasta la mesa y tomó una botella que aún tenía un poco de vino, bebió lo que quedaba y regresó a su cama. Al poco rato, roncaba como si nada hubiera perturbado su sueño. El gato saltó junto a él y se acostó a sus pies.

A media tarde, un rayo de sol daba justo sobre la cama. El gato estiró sus patas delanteras y expuso su vientre al calor del sol. El humano todavía roncaba y no parecía que fuera a despertarse hasta la medianoche, como era su costumbre.

Hacía muchos años ya que sus días pasaban de igual forma. Después de uno o dos días de borrachera, le seguía un día de lamentos, llantos y quejas. «Vivo sin vivir» solía decir su humano entre sollozos. Luego, llegaban las promesas. Trabajaba diez días y al siguiente, llegaba apestando a vino barato, con varias botellas debajo del brazo y un gran pescado para su compañero felino.

Las horas pasaron y, de a poco, las estrellas comenzaron a hacerse visibles, brillando tímidas al principio. A medida que el cielo se iba oscureciendo, los diminutos puntos de luz cada vez cobraban más fuerza.

El gato se estiró y fue a sentarse junto a la ventana, ronroneando. A través del sucio vidrio podía ver el suave parpadeo de los astros, pequeños y lejanos. Hacía varios días que las grises nubes llenas de nieve cubrían el cielo y, luego de dejar caer sus blancos copos, partieron hacia el norte. Las noches estrelladas le recordaban los tiempos en que su humano era feliz, antes que la guerra se llevara con ella todo lo que amaban.

Al finalizar la guerra, las cuatro naciones firmaron la Ley de Protección contra la Magia y, desde ese momento, ambos tuvieron que ir de pueblo en pueblo, escondiéndose y huyendo como criminales. Salvaron al mundo de un terrible destino y, aun así, fueron condenados a muerte.

Tenía la certeza de que algún día su humano iba a encontrar un motivo para disfrutar su vida nuevamente, pero no sabía cuándo sucedería. Ansiaba que ese día llegara pronto, ya que le dolía en el alma verlo en esas condiciones, viviendo solo para que él no se quedara solo. Muchas veces el gato pensó en marcharse, pero sabía que el humano moriría de tristeza; ya había perdido demasiadas cosas.

Cuando la luna asomó entre la copa de los árboles perfecta, redonda y blanca, el momento que tanto había deseado el gato, al fin llegó. Primero, una suave melodía comenzó a oírse y luego se convirtió en una dulce voz que susurraba.

Próximo está el día en que la era de los astros sea restaurada.
El renacimiento comenzará en la ciudad de Efos, dios Sol,
hasta que la tierra toda sea bendecida
con el poder de Sol, Luna y Estrellas.
La ciudad donde la codicia ha echado raíces
será maldecida hasta el fin de la tiranía.

No existe la luz sin que exista la oscuridad,
no existe el bien sin que exista el mal.
Siempre que haya un ser oscuro
no temas, Lobo Blanco
dos seres de luz tus pasos seguirán.

El humano se sentó en la cama, sobresaltado. El gato ronroneó feliz.

—¿Has oído, gato? Llegó la hora.

—*Lo he oído.* —El gato saltó a la cama y volvió a hacerse un rollo entre las mantas revueltas.

—Levántate, perezoso. Tenemos trabajo que hacer. —El humano abandonó la cama de inmediato y comenzó a guardar algunas de sus pocas pertenencias en una bolsa de cuero, que luego colgó en uno de sus hombros. Cogió una canasta con tapa, le sacudió el polvo y puso una manta limpia dentro de ella.

—*¿Hacia dónde iremos?* —preguntó el gato, sin moverse.

—Palmeras, gato. Un largo viaje hasta Palmeras.

—*Sol, calor… Acaríciame el lomo, humano* —ronroneó el gato.

El viejo hombre rio y le rascó el lomo. Luego de unos minutos, el gato se metió en la canasta, el hombre la cerró y la colgó en su hombro libre. Antes de dejar la casucha deteriorada que habitaba, cogió una maceta con una diminuta planta de hojas grises.

La nieve le llegaba hasta las rodillas cuando salió pero, aun así, el hombre cantaba.

1

Pyebra Ciudad Capital, año 3996

El viento huracanado que envolvió su cuerpo hizo que su vestido negro revoloteara a su alrededor y su cabello flotara como si no hubiera impedimento alguno. Las ramas de los arbustos que había en torno a ella se balancearon de lado a lado y algunas de las hojas se desprendieron para alejarse volando en espiral.

En una de las manos de la señora Viktoria pareció como si una pequeña tormenta su hubiera formado en su palma. Luego de esperar unos segundos a que la energía se condensara y pudiera manipularla, levantó su mano y un rayo de luz blanca salió expulsado de ella.

Lehsa abrió los ojos al doble de su tamaño y, en una mezcla de miedo y desesperación, cruzó los brazos delante de él y escondió su cabeza. El rayo rebotó en el escudo invisible que creó, se desvió hacia un costado y la rama de un árbol se desprendió después del impacto.

«Demonios, me hubiera abierto el pecho como a una maldita cabra» pensó.

—¡Lehsa, abajo! —Escuchó que alguien gritaba detrás de él.

El joven se arrojó al suelo hecho un ovillo y una bola de fuego del tamaño de la rueda de una carreta pasó por sobre su cabeza. Cuando miró hacia atrás, vio que Tareq estaba acercándose a él. Lo ayudó a incorporarse y, juntos, vieron cuando la mujer levantó ambas manos. La esfera detuvo su recorrido en el aire, aunque siguió girando sobre sí misma. La señora Viktoria sonrió y la esfera comenzó a aumentar lentamente su tamaño.

—¿Serán capaces de detenerla? —preguntó sonriendo—. No deberían jugar con fuego, podrían quemarse.

La señora Viktoria arrojó la esfera hacia los jóvenes. Otra vez el terror se apoderó de Lehsa, que giró a ver a Tareq y vio en su rostro que él se sentía de igual forma.

—¡Corran! —Una pequeña mano jaló las mangas de sus túnicas y los jóvenes retrocedieron sin poder quitar los ojos del pequeño sol que se acercaba a ellos. Lehsa pudo sentir el calor en su rostro y en su mente apareció la imagen de su cuerpo cocinado.

«Vaya forma estúpida de morir. Maldito Tareq, que ocurrencia más ridícula que tuvo».

Comenzaron a correr, intentando alejarse de la señora Viktoria, cuando la tierra se sacudió bajo sus pies y un sonido atronador los sorprendió. Lehsa cayó al suelo y sintió su rostro estrellarse en la hierba. El golpe en el pómulo y la frente lo aturdió por unos momentos, pero sabía que debía continuar escapando. Se arrastró unos pocos metros y giró para ver detrás de él. Un muro de tierra sólida se elevaba varios metros por encima de la superficie, limitando su visión, y agradeció a los dioses que ya no podía ver a la señora Viktoria. Se sentó en la hierba, aún sin haber recuperado la capacidad de oír, y miró con más detalle la súbita e improvisada construcción que se elevaba delante de él. Se formó una protuberancia allí donde la bola de fuego impactó.

—Lehsa, ¿estás bien? —La voz de Tareq se escuchaba tan lejos, que no sabía si lo estaba imaginado o si de verdad lo oyó hablar. Giró la cabeza y vio que Tareq estaba a su lado, tan cubierto de polvo, sangre y suciedad como lo estaba él. Asintió y se puso de pie apoyándose en su compañero.

Nihá y la pequeña Idris estaban de pie junto a la muralla, con sus ojos fijos en el muro de tierra. Oyó la lejana voz de Tareq llamar a Nihá y vio que ella movía los labios mientras se

acercaba, pero no fue capaz de escucharla. Idris dio la vuelta y comenzó a caminar hacia ellos, pero solo dio unos pasos cuando la vio caer de cara al suelo. Una porción de tierra se desprendió del muro y cayó sobre ella, sepultándola por completo. Los sonidos regresaron de pronto, mientras corrían hacia donde estaba la niña; a Lehsa le sorprendió el murmullo que emanaba desde las entrañas de la tierra bajo sus pies.

Los jóvenes llegaron, comenzaron a excavar con sus propias manos en busca de Idris y Lehsa sintió la tierra húmeda meterse debajo de sus uñas.

—¡Señora Viktoria! —Una voz masculina llamó desde algún lugar detrás de ellos—. El señor Reda acaba de regresar.

—Excelente. —Se oyó desde el otro lado de la muralla—. Hemos terminado por hoy. Pueden retirarse.

—Idris está enterrada, señora —dijo Tareq, con desesperación, sin dejar de excavar.

La tierra que formaba el muro frente a ellos comenzó a regresar a su lugar, incluida la tierra que estaba cubriendo a Idris. La pequeña estaba hecha un ovillo y tenía las palmas de sus manos hacia arriba, como si estuviera sosteniendo algo invisible. Abrió los ojos en cuanto se dio cuenta de que estaba siendo liberada y, al notar que ya no estaba en peligro, bajó las manos. Los pocos terrones de tierra que aún quedaban sobre ella cedieron unos centímetros y cayeron sobre su túnica.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Tareq. La niña asintió mientras se quitaba de encima los restos de hierba y tierra.

Cuando la señora Viktoria llegó hasta ellos, los cuatro discípulos estaban de pie e hicieron una reverencia al verla.

—Buen trabajo —dijo con una sonrisa y, luego, se alejó.

Lehsa miró a su alrededor y vio que algunos árboles estaban torcidos y sus raíces expuestas. Había lugares entre la vegetación que estaban quemadas por completo y, en su lugar, solo quedaban cenizas y humo.

Destruyeron uno de los jardines del Palacio de Las Hojas en el entrenamiento, otra vez.

Viktoria caminó por la alfombra aterciopelada que cruzaba la Sala Dorada de una punta a la otra sin que sus pies descalzos la delataran. El rey Kirios Almairon estaba sentado en su trono y, frente a él, se encontraba Reda, su hermano gemelo. Ninguno de ellos se percató de que la mujer había llegado hasta que estuvo a pocos centímetros de ellos.

—¿Tuviste un buen viaje, Reda? —preguntó a modo de saludo.

—Mi señora —contestó bajando el mentón—. Por supuesto. En los próximos días arribarán cerca de cincuenta magos, los que dieron sus nombres. Esta vez, todos ellos quisieron seguirla, mi señora.

—Eso es excelente —exclamó el rey y Reda asintió.

—Vi que han destruido los jardines, mi señora, es una pena. —Reda, la miró fijamente.

—Así es —respondió sin apartar la mirada—. ¿Te imaginas lo que podrán hacer mis muchachos cuando lleguemos a Sitnor?

—Hablando de eso… Reda, deberás bajar hasta Sitnor pronto —dijo el rey sin dejar que la conversación se desviara—. Ya tenemos allí a quien nos ayudará.

—Por supuesto, cuando me lo digas. Si me disculpan, me retiraré a descansar.

—Sí, adelante —dijo el sonriente Kirios. Reda se retiró y Viktoria se acercó a su esposo.

—Luz de mis días —susurró en su oído—, serán dos.

—¿Estás segura? —El rey se removió en su silla, tratando de encontrar sus ojos con la mirada.

—La diosa Thara, madre de todo, me lo ha dicho. Una niña y un niño. —Viktoria acomodó su negro y largo cabello. Notó que su esposo no esperaba una noticia así, hacía poco tiempo le dijo que sería padre, y eso lo hizo inmensamente feliz. Él le confió que deseaba que fuera un niño fuerte e inteligente para que en el futuro, cuando la diosa Zarba decidiera llevarlo a su lado, pudiera gobernar su imperio.

—¿No dirás nada? —Viktoria se sentó en su falda y le rodeó el cuello con sus delgados brazos.

—Estoy sorprendido y encantado con la noticia. Imagínate. Dos niños fruto de nuestro amor. —El rey la besó en los labios.

—Debo viajar a Puerto Bahía —dijo Viktoria al cabo de unos minutos.

—¿Cuándo regresarás?

—En poco más de un mes. Los niños deben nacer aquí. Tendré tiempo de descansar y recobrar fuerzas para esperarlos.

—Deberíamos comenzar a buscar una nodriza.

—No, yo los alimentaré —dijo y sus largos y delicados dedos jugaron con el cabello de su esposo—. No quiero que alguien más lo haga, luz de mis días.

—¿Podrás con los dos? —El rey lucía preocupado.

—Por supuesto. La Madre Thara no me bendeciría con dos niños si creyera que no soy capaz de hacerlo. —Se puso de pie y se acercó a la ventana. Una ráfaga de aire cálido le alborotó el cabello.

—¿Cuándo partirás? —preguntó. El rey se acercó a ella por detrás y colocó las manos sobre el pequeño vientre que gestaba a sus herederos.

A través del ventanal se veían los selváticos jardines del Palacio de Las Hojas. Lo llamaron así por la gran cantidad de plantas y árboles con enormes hojas que lo rodeaban, y desde su entrada, era lo único que se veía. Tenían que acercarse a escasos metros para distinguir la intervención del hombre en el paradisíaco paisaje. El clima tropical hacía que la vegetación crezca abundante, con hermosos y llamativos colores y aves de distintos tamaños y brillantes plumajes de todas las tonalidades alegraban las mañanas con su dulce cantar.

—En dos días. Una vez que nazcan los niños, retomaré los viajes. Iré a los poblados más pequeños; tenemos que recorrer cada rincón de Pyebra para sumar más gente a nuestra causa.

—Admiro tú valentía y tú decisión —dijo el rey y ella sonrió complacida.

2

Sitnor Ciudad Capital, año 3997

Una leve ventisca le revolvía el oscuro cabello mientras esperaba en la puerta del establo con dos caballos ya listos para partir. Miró hacia la profunda oscuridad del cielo y vio en las estrellas que faltaba poco para el amanecer.

«Josh se está tardando demasiado, el muy holgazán seguro se quedó dormido nuevamente» pensó.

Estaba a punto de ir a buscarlo cuando se abrió una puerta de madera en el muro frente a él y apareció un muchacho despeinado y con los ojos hinchados, terminando de vestirse.

—¿Te caíste de la cama? —preguntó con pereza, mientras abrochaba su camisa.

—Parece que a ti se te han pegado las mantas —contestó Quentin Guna riendo.

—¿Ya tienes todo listo?

—Debemos pasar por la armería aún.

—¿Y qué esperas? —preguntó Josh Pronees divertido, fingiendo impaciencia, mientras volvía sobre sus pasos.

De regreso de la armería, Quentin le ayudó a acomodar las espadas en las monturas, tratando de no hacer mucho ruido; querían evitar que la escolta se enterara de su salida y los siguiera. La idea de tener escolta les molestaba, los hacía sentir débiles y observados, pero dado a que las peleas callejeras de Josh eran cada vez más frecuentes y más graves, sus padres les dieron a elegir entre llevar una escolta o quedarse en la fortaleza y, por supuesto, prefirieron cargar con un lastre a quedarse encerrados por toda la eternidad.

Como se encontraban en el mismo centro de la ciudad, les quedaba un largo camino hasta las puertas que la resguardaban y, una vez que llegaron a la calle, pusieron sus monturas a la carrera para ganar tiempo. Arribaron justo en el momento en que las abrían de par en par, por lo que no tuvieron que detenerse a rogarles a los guardias para que los dejaran salir antes de tiempo.

Al traspasar las puertas, volvieron a fustigar a sus caballos y cada pocos minutos miraban hacia la enorme ciudad amurallada para comprobar que no los seguían. Cuando descendieron la primera colina, aminoraron la marcha y, a media mañana, llegaron hasta el arroyo al que siempre iban a pescar; a los pocos minutos, tres jinetes los alcanzaron.

—Señores, es su deber informarnos de sus salidas. No podemos protegerlos si se escapan cada vez que tienen la oportunidad —dijo Santoro, el oficial a cargo de la escolta, con tono neutro.

—Tranquilo. —Josh fingió una sonrisa, entrecerró los ojos y le palmeó un hombro al inexpresivo oficial—. Solo estábamos poniendo a prueba la efectividad de la escolta.

—Con todo respeto, señor, dudo que quieran ponernos a prueba todos los días. Ya hemos demostrado nuestra capacidad. Sus padres no nos hubieran confiado sus vidas si consideraran que no es así.

—Nuestros padres son un par de…

—No volverá a suceder, oficial —intervino Quentin, antes que Josh terminara una frase que podía llegar a lamentar. Luego se dirigió a su amigo—. Vamos a poner las cañas…

—Estaremos aquí, si nos necesitan —dijo Santoro y se apartó de los jóvenes.

A pesar de que no resultó como esperaban, decidieron ignorarlos por completo y seguir con sus planes sin que aquello estropeara su día de pesca.

Después de alistar las cañas sus cañas en la orilla, optaron por ir a caminar, recoger algunas frutas y, si se presentaba la oportunidad, cazar, algo que casi nunca lograban porque su constante parloteo ahuyentaba a todas las presas.

Ese día el tema de conversación fue su futuro próximo, ya que hacía pocos días que habían recibido la llamada al entrenamiento obligatorio.

Si bien escucharon mucho acerca de los campos de entrenamiento, nunca pudieron comprobarlo, porque lo que sucedía allí dentro era un completo misterio para los que aún no habían ingresado; los adultos solían inventar historias sobre lo que sucedía, pero la mayor parte de ellas se contradecía cuando hablaban con otra persona diferente.

Los muchachos pasaron el día conversando acerca de lo que podían encontrar, las armas con las que entrenarían, los campos de tiro, los caballos y un sinfín de cosas más.

Después de un par de horas de caminata, solo consiguieron dos conejos y un saco lleno de frutos. Volvieron a la orilla, limpiaron los animales, hicieron una fogata y se recostaron a descansar mientras se asaba la carne.

Quentin cerró los ojos y se quedó escuchando el murmullo del viento entre las hojas y, sin saber si estaba dormido o despierto, empezó a escuchar lo que parecía ser música. Al principio era solo una suave melodía que, luego, se fue convirtiendo en una voz dulce y armoniosa.

Sombra y luz luchan en su interior
Quién prevalezca será su elección
Decisiones deberá tomar
El hijo de la Luna,
Señor de cielos e infiernos
Dueño de vida y muerte
A estas tierras ha decidido llegar.

Quentin abrió los ojos, sobresaltado, sin saber si lo que escuchó fue producto de su imaginación o si fue real. Josh no estaba al alcance de su vista, por lo que se puso de pie y lo encontró en medio del río, tomando un baño.

—¿Oíste eso? —preguntó Quentin.

—¿Oír qué?

—¡La canción!

—No, desde aquí difícilmente haya oído lo mismo que tú. Espérame a que suba —dijo Josh y nadó hacia la orilla.

Quentin esperó con impaciencia a que su amigo lo alcanzara y caminaba de lado a lado, abriendo y cerrando las manos.

—Alguien estaba cantando, aunque no sé si era hombre o mujer, o si eran ambos —murmuró en cuanto Josh lo alcanzó—. Hablaba del hijo de la luna, algo sobre un ser de luz y de oscuridad...

—No escuché nada. —Josh caminó hasta donde había dejado su ropa y comenzó a vestirse—. Puede que lo hayas soñado, cuando bajé al río parecías dormido.

—Puede ser, sí —dijo Quentin, aunque no muy convencido.

—Ven, vamos a ver las cañas. —Y así terminó Josh con el extraño malestar de su amigo.

A media tarde decidieron regresar, sin peces, pero con un saco lleno de frutos para que las cocineras hicieran mermeladas y jaleas. Cuando los muchachos llegaron, una gran muchedumbre se agolpaba en las puertas de la ciudad. En su mayoría eran campesinos que regresaban de los sembradíos con las carretas cargadas con sus cosechas, aunque también se encontraban entre

ellos algunos mercaderes provenientes de lejanas tierras que, de a poco, comenzaban a llegar por la fiesta del aniversario de Sitnor, que se celebraba a mediados del verano.

Quedaba poco del día cuando, finalmente, cruzaron las puertas con su escolta siguiéndolos de cerca. Avanzaron a paso lento por las atestadas calles que se abrían paso entre altas casonas de piedra. En las paredes más bajas, allí donde el sol nunca tenía espacio para brillar, una gruesa capa de musgo oscurecía aún más el paisaje capitalino. Después de unos pocos metros por la calle principal, decidieron que sería mejor tomar por otro camino, para llegar lo más pronto posible a su destino. A la primera oportunidad, giraron hacia una calle que se dirigía al muro oeste y, en cada cruce de calles, miraban a su derecha en busca de alguna que se encontrara desierta.

—Perdimos a la escolta. —Josh sonrió—. Deben haber quedado estancados en la entrada.

—Ya estamos regresando, no sé por qué te alegras. —Quentin se encogió de hombros.

—Porque son molestos y también aburridos. Es como si nuestros padres nos siguieran a todos lados.

Y Quentin le dio la razón.

Cuando encontraron una calle sin gente a la vista, giraron por ella hacia el norte. La ciudad en ese sector era bastante diferente a la entrada principal. Las casas eran más bajas, amplias y de madera y, a pesar del poco tráfico, siguieron con sus monturas al paso.

Iban conversando aún sobre lo molesto que era tener a su escolta siempre cerca, cuando vieron que frente a ellos a dos hombres cubiertos con largas capas negras, lo que a Quentin le pareció bastante extraño debido al calor que hacía. Sin prestarles demasiada atención, continuaron su camino, era normal que durante el verano llegara a la ciudad gente de diferentes lugares, algunos incluso de muy al norte de Erjathá[1], donde, según había oído, el calor del sol era abrasador y podía llegar a sacarle a uno ampollas en la piel si se estaba mucho tiempo lejos de la sombra.

«Deben sentir frío aquí, quizás por eso usan esas capas».

A unos cincuenta pasos de distancia, los sujetos, cuyos rostros se escondían bajo la sombra de sus capuchas, se separaron para quedar enfrentados a ellos y se detuvieron por completo. Quentin y Josh se miraron confundidos.

—Desmonten y quédense donde están —dijo uno de los extraños, que hablaba con un marcado acento pyebrano.

Los muchachos obedecieron.

«Ladrones» pensó Quentin. Los hombres se quitaron las capas haciendo un idéntico movimiento, que parecía haber sido ensayado infinidad de veces, y estas volaron por sobre sus cabezas para caer lentamente a unos metros de sus dueños.

—Deben estar bromeando —dijo Josh con una mueca de desagrado en su rostro.

Luego de su teatral y ridícula entrada, los sujetos empezaron a correr hacia donde los muchachos estaban. A mitad de camino sacaron unas largas y delgadas espadas. Quentin las miró fascinado, ya que parecía que de ellas emanaba una suave luz dorada, que se veían como si fueran cientos de líneas que se extendían para alejarse del filo, pero se retraían y regresaban a los pocos segundos. Parecían danzar, moverse y deslizarse, y nunca eran las mismas dos veces.

—¿Qué demonios les sucede? —preguntó, extrañado, pero no recibió ninguna contestación.

Ambos reaccionaron de inmediato, sacando sus espadas de las alforjas y, dándoles unas palmadas a sus caballos, los apartaron del lugar. Era la primera vez que eran atacados de esta forma, sin motivo aparente ni provocación de por medio, pero supieron que hacer sin perder la cabeza; se miraron unos pocos segundos y con un leve gesto acordaron separarse un par de metros.

«¿Y qué si no soy capaz? ¿Qué pasa si fallo y, en lugar de defenderme, solo logro que me asesinen? No puede suceder. Tengo que ser más rápido, más fuerte, tengo que adelantarme a sus movimientos, saber qué es lo que piensa antes que lo piense. Tengo que ser mejor, debo ser mejor. Por Josh, por mí».

Unos segundos después, las espadas comenzaron a entrechocar en una danza enérgica e improvisada, trazando figuras invisibles en el aire. Quentin creyó que las espadas de sus atacantes se romperían en el primer choque, ya que eran tan delicadas que parecían demasiado frágiles en comparación con las que estaba acostumbrado a ver en Sitnor, pero se sorprendió al comprobar que eran igual de resistentes que la que él empuñaba.

A cada instante, sentía la necesidad de permitirse una fracción de segundo para echarle una mirada a su amigo y comprobar que aún se encontrara de pie; ya se había percatado que los sujetos con los que se enfrentaban no eran ningunos improvisados ni tampoco simples ladrones, como había pensado en un primer momento. Eran espadachines experimentados y, por lo tanto, parecían ser muy superiores a ellos. Sin embargo, ambos estaban haciendo lo posible para mantenerse en una sola pieza.

Quentin notó que su cuerpo era mucho más ágil y, a diferencia de lo que sucedía cuando entrenaba en la fortaleza, no escuchaba ningún sonido más que el de los latidos de su corazón, que resonaban como tambores en sus oídos. La sangre le cosquilleaba en las venas, llenándolo de energía, velocidad y determinación, de ganas de reír, a pesar de que, con el pasar de los minutos comenzó también a preocuparse. Cada vez que lo miraba, Josh tenía una herida nueva. Pequeñas manchas rojas florecían lentamente en su camisa, tanto en su torso como en sus brazos.

Por unos breves momentos, Quentin escapó de su atacante y se alejó aún más de Josh, para así buscar la forma de ayudarlo. Miró a su alrededor, en esos pocos segundos de alivio, y vio que detrás de él, en un establo, había una carreta vacía. Se disponía a llegar hasta ella cuando su contrincante lo alcanzó de nuevo, pero luego de rechazar algunos de sus golpes, Quentin lo pateó en el abdomen y corrió hasta la carreta.

—¡*Erres* un *cobarrde*! —Gritó el sujeto mientras se levantaba pero, luego, le dio la espalda para dirigirse sin prisa alguna hacia donde se encontraba Josh.

Quentin subió a la carreta y la cruzó de dos grandes zancadas, bajó del otro lado y la empujó hacia la polvorosa calle con todas sus fuerzas. Esta le dio de lleno en medio de la espalda al misterioso hombre y el impacto lo tiró de cara al suelo. Golpeado e insultando a todos sus ancestros, se levantó, escupió a un costado y se limpió la boca con la manga de su camisa.

—¡Doblemente *cobarrde*! *Pagarrás* con *crreces* tu *descarro*.

—¿Qué? No se entiende una mierda de lo que dices —sonrió mientras se acercaba a él.

—Voy a borrar tu maldita sonrisa. —El hombre levantó su hermosa espada, que había resbalado de su mano al caer, y cortó el aire con ella, de lado a lado, creando nuevas figuras de luz que duraban menos de un suspiro.

—Cuando aprendas a hablar, vuelve a buscarme —respondió, divertido—. Así no quien pueda tener una conversación decente.

—*Verremos* quién de los dos ríe al final —dijo el golpeado sujeto, cargando nuevamente contra él.

Quentin volvió sus ojos hacia Josh y vio, alarmado, que su camisa estaba rasgada allí donde el filo de su contrincante se había encontrado con el cuerpo de su amigo, pero lo que más le preocupó fue la gran herida que parecía tener en el abdomen.

La oscuridad iba ganando territorio lentamente, lo que hacía que fuera cada más difícil mantenerse a salvo.

—Maldición. ¿Dónde están cuando se los necesita? —Quentin se sintió desesperado y frustrado—. ¡Santoro! ¡Maldito seas! ¡Ven aquí!

—No *vendrrán* —dijo y lo miró a los ojos.

—¿Qué dices? —A Quentin se le cayó el alma a los pies al oírlo, pero recobró su compostura enseguida.

—Ya nos *encarrgamos* de ellos.

—Por supuesto… Ustedes dos son unos inútiles, ¿cuántos más necesitaron para «encarrgarrse» de Santoro? —preguntó adoptando nuevamente el tono burlón.

—Están *muerrtos*, pequeño, y *ahorra* los *enviarremos* a los dos al mismísimo infierno —dijo el sujeto, mientras sus labios dibujaban una mueca que intentaba parecerse a una sonrisa.

—¿A los dos? —Quentin exageró su asombro—. ¿Seguro? Somos dos mocosos sin entrenamiento y les estamos pateando el trasero, no seas ridículo.

Los ojos negros del sujeto brillaron de odio y Quentin se largó a reír. Sentía que no tenía poder alguno sobre lo que decía, las palabras parecían brotar de sus labios antes que pudiera siquiera pensarlas. Hasta él mismo se asustaba y asombraba de lo que decía, porque provocar a alguien no era lo más sensato que alguien en su posición puede hacer, pero no era momento de controlarse era momento de sobrevivir a toda costa y estaba dispuesto a soportar esa extraña locura que sentía si eso significaba mantenerse a salvo del filo de la espada de su enemigo.

Volvió a atacar, pero no quería a matar a su adversario, si era posible, solo quería quitárselo de encima para poder ayudar a Josh que la estaba pasando realmente mal; se encontraba acorralado contra un muro, sin lugar por donde escapar.

Mientras intentaba por todos los medios deshacerse del sujeto, vio que Josh pudo escapar de su atacante. Ya casi había oscurecido por completo, la escasa luz apenas si ayudaba a distinguir el entorno, pero Quentin vio a su amigo caer y a su enemigo correr hacia él con su fina espada en punta, tan bella como mortal. El brillo de su hoja estaba teñido con la sangre de Josh y los destellos rojos eran hipnóticos para sus ojos.

Quentin supo que no había forma de que pudiera llegar tan rápido hasta el otro lado de la calle. Aún si lanzaba su arma, no estaba seguro de poder impedir que Josh saliera herido. En solo un segundo vio mil imágenes diferentes pasar por su mente. Trece años de travesuras, aventuras y regaños iban a terminar sin que él pudiera hacer nada para impedirlo. Pudo imaginar el dolor que esto le causaría a la Dama Ema, y lo difícil que iba a ser seguir adelante sabiendo que no pudo hacer nada para salvar a su amigo.

Deseó con todas sus fuerzas que el dueño de esa hermosa y letal espada cayera muerto, que su cuello se rompiera o que su corazón estallara. Josh seguía en el suelo y su espada había caído lejos de su mano cuando tropezó. Quentin pudo ver los ojos de su amigo, tan hipnotizado y aterrorizado como él.

En su desesperación, al sentirse incapaz de hacer algo para ayudarlo, Quentin solo pudo mirar al cielo y lanzar un grito desde lo más profundo de su ser.

—¡Maldición!

3

Aníbal Pronees, el Gobernador de Sitnor, estaba aún en su despacho cuando alguien llamó a la puerta en una sucesión de golpes fuertes y apresurados. Sin esperar a que permitiera el paso, un soldado de la guardia entró.

—¡Señor! ¡Señor! Los caballos regresaron —dijo con la voz entrecortada.

—¿De qué caballos hablas? —preguntó el Gobernador, sin entender de qué estaba hablando.

—Los caballos negros, señor, los caballos de los jóvenes. ¡Llegaron solos! —balbuceó el soldado.

—¿Cómo que llegaron *solos*? —El hombre se puso de pie—. Acompáñame al establo.

—Sí, señor. Acaban de llegar.

—Avísale a Rob. Que se reúna conmigo en el establo —dijo sin detenerse.

A dos puertas de su despacho, se abrió la puerta de Rob Guna que también había sido avisado por otro soldado. Apenas si se miraron y siguieron recorriendo apresuradamente el largo pasillo que conducía a las escaleras que desembocaban en la planta baja.

Luego de cruzar el hall de entrada, salieron por la imponente puerta principal hacia la Plaza de la Fuente, que ocupaba un gran terreno en frente del Palacio de Gobierno. Caminaron hacia su derecha, donde se encontraba la fortaleza que habitaban. Llegados allí, se encaminaron al establo, donde encontraron a un grupo de hombres junto a los caballos negros de Quentin y Josh.

—No están heridos ni agotados —dijo el encargado—. Les dimos agua y les quitamos las monturas.

—¿Dónde las dejaron?

Uno de los hombres señaló el lugar donde las habían colocado.

—No están sus espadas ¿se las llevaron? —preguntó el Gobernador. Sus hombres se miraron sin responder—. Traigan al armero. ¡Rápido!

—¿Dónde está la escolta? —El padre de Quentin habló por primera vez.

—Salió detrás de los jóvenes, señor, aunque ellos partieron sin avisarles.

—Condenados muchachos. Maldita costumbre que han agarrado. Cuando regresen, recuérdenme castigarlos nuevamente.

—Como si hubiera servido de algo —dijo Rob con la calma que lo caracterizaba.

—Ni lo menciones —murmuró el Gobernador. Luego agregó—: ¿Alguien de la maldita escolta regresó? ¿Se reportaron incidentes de alguna clase?

—Nada aún, señor.

—Bien. Tú —dijo y señaló al oficial que se encontraba más cerca—, reúne un grupo de hombres y sepáralos en tres grupos para que recorran la zona sur. ¿Alguien los vio entrar a la ciudad?

—Envié a dos hombres a las puertas a preguntar a los guardias, no deben tardar en llegar, señor.

—Esperaremos hasta que regresen para enviar a buscarlos.

La gran figura del armero atravesó la puerta en ese momento.

—Señor Aníbal, ¿me llamó usted?

—Así es. Dime, ¿los muchachos se llevaron sus armas cuando salieron?

—Sí, señor. Pasaron antes del amanecer a buscar sus espadas y pidieron dos cuchillos de caza también, dijeron que irían a pescar. Disculpen ¿estaban castigados? Hice mal en dárselas,

disculpen ustedes. —El enorme hombre se retorcía las manos. Ya lo habían metido en problemas más veces de las que recordaba. Aunque con los años, ya nadie era regañado por sus travesuras, solo ellos mismos.

—No, hombre, tranquilo. Estábamos avisados que iban a salir de pesca. —Lo consoló Rob.

—Aunque debían a ir con su maldita escolta —gruñó el Gobernador y el armero pareció encogerse otro poco, por lo que se acercó a él y le dio un par de palmadas en el hombro—. Tú no tienes la culpa, ya puedes retirarte.

—Gracias, señor. —El armero hizo un gesto bajando el mentón, dio media vuelta y abandonó el lugar. Segundos después, ingresaron los soldados que iban a formar parte del escuadrón de búsqueda.

—Esperaremos a que lleguen los soldados que fueron a las puertas y los enviaremos a buscar a Quentin y Joshua. —El Gobernador se dirigió a sus hombres—. Sus caballos llegaron solos hace unos momentos, las espadas que llevaban no están y su escolta no envió ninguna alerta. No sabemos que puede haber sucedido, por lo que ustedes irán en su búsqueda. No hablarán con nadie, ni harán preguntas. Cuando los encuentren, los traerán de inmediato. Y esta vez, si se resisten, los encadenan y los arrastran hasta aquí.

—¿Taberna de nuevo?

—¿Tú qué crees? —contestó con algo de agotamiento en su voz.

—No lo sé, Aníbal. Sus espadas no están, no creo que sea otro de sus engaños.

—Ya no son niños y parece que ya no les basta con reventarse la cara a golpes con otros muchachos.

—Por todos los cielos, espero que no hagan una locura.

—Yo también —suspiró. El Gobernador volvió a mirar a sus hombres y frunció el ceño—. ¡Muévanse! Vayan por esos condenados críos.

Los soldados asintieron, se dividieron en tres grupos y salieron al patio general a esperar las siguientes órdenes, formados en absoluto en silencio.

Pasaron varios minutos hasta que, finalmente, llegaron los hombres que habían sido enviados a las puertas.

—Señores, los jóvenes fueron vistos entrando a la ciudad y su escolta iba tras ellos —dijo, con voz agitada y casi sin poder respirar, uno de ellos.

—Ya lo oyeron, largo de aquí.

Casi la mitad de los soldados de la ciudad fueron movilizados esa noche. De la fortaleza se dirigieron hacia la Plaza de la Fuente y, allí, se separaron para cubrir toda la parte sur de Ciudad Capital. La preocupación se reflejó en el rostro de los vecinos de al ver a los soldados marchando. Lo normal era verlos en grupos de dos o tres, pero verlos en cantidad era bastante inusual.

Empezaron a correr los rumores, pero nadie se atrevió a preguntar qué sucedía. No pasó mucho tiempo hasta que la ciudad quedó completamente desierta. Todos corrieron a encerrarse en sus casas de piedra y madera, cerrando puertas, portones y ventanas.

En una callejuela cercana al muro oeste, uno de los escuadrones halló a tres caballos atados frente a una posada de cuestionable reputación. Por el escudo rojo y dorado bordado en sus monturas, supieron que eran de la escolta.

—Buen momento para echarse un trago —dijo uno de los soldados.

—Ustedes dos, vayan a ver que encuentran. —El oficial a cargo señaló a dos de sus hombres e ignoró el comentario.

Los aludidos ingresaron al lugar donde solo un par de faroles estaban encendidos. El calor ahí

dentro era sofocante y el olor a suciedad, otro tanto. Uno de los soldados caminó hasta el cantinero, que se encontraba detrás del mostrador. Un borracho, que apenas podía mantenerse sentado, giró la cabeza con lentitud para ver al soldado que aguardaba en la puerta.

—¿Dónde están los dueños de esos caballos? —preguntó señalando hacia afuera.

—No lo sé —respondió el cantinero y se encogió de hombros—, hace un buen rato entraron dos sujetos de capas negras, preguntaron algo que no entendí y antes de que pueda decírselos, salieron nuevamente. Los vi atando allí a los animales; se largaron después.

—Nos los llevaremos —dijo el otro soldado y el cantinero volvió a encoger los hombros.

Al salir, fueron enviados dos mensajeros a caballo para reportar la novedad a los escuadrones que investigaban del otro lado de la ciudad, mientras que el resto continuaba la búsqueda en los alrededores.

A tres calles de la posada encontraron una bota que asomaba entre una pila de tablas de madera. Sin perder el tiempo, comenzaron a moverlas, hasta que encontraron una persona muy malherida. Lo levantaron con cuidado y lo colocaron debajo de uno de los faroles. Pudieron ver que el rostro de Santoro estaba deformado por los golpes que había recibido. Tenía una profunda herida que empezaba sobre su ceja izquierda y finalizaba en la mitad de su mejilla; pensaron que, tal vez, había perdido su ojo.

Sus compañeros estaban junto a él, pero ambos fueron degollados. Santoro estaba inconsciente y los intentos de despertarlo fueron vanos, por lo que desenrollaron de la montura unas mantas y, junto con las tablas que los cubrían minutos antes, improvisaron una camilla para trasladar al herido al cuartel. Un numeroso grupo de soldados acompañó a Santoro para que fuera atendido.

—Ustedes —dijo el oficial a cargo, señalando a quienes estaban junto a los cuerpos de los hombres de la escolta—, quédense aquí. Vigilarán a sus compañeros hasta que vengan a retirarlos. Nosotros continuaremos buscando a los jóvenes. Cuando se los lleven, se nos unirán.

—Entendido, señor —respondieron en una sola voz.

El oficial partió junto con los soldados que quedaban, alrededor de una veintena, e iban a paso lento, deteniéndose a cada instante. No muy lejos de donde hallaron a la escolta, encontraron el lugar donde enfrentaron a sus agresores. Dos enormes manchas de bordes irregulares marcaban la ubicación en la que sus compañeros encontraron la muerte. La sangre aún estaba fresca y brillaba con la luz de la luna. El oficial apretó la empuñadura de su espada y sus nudillos palidecieron.

—Mire, señor, por aquí —dijo uno de sus hombres, mientras señalaba un muro. Al acercarse vio que estaba salpicado de sangre. También se podían ver manchas en los árboles y en los postes donde se colgaban los faroles.

—Parece que fue una maldita carnicería —susurró uno a sus espaldas y los demás asintieron.

4

Un crujido apagó los demás sonidos de la noche. De repente, el atacante de Josh cayó de cara al piso, levantando una nube de polvo a su alrededor, con su cuello doblado en un extraño ángulo. Antes de caer, la fina espada se escapó de su mano y se enterró en el muslo de Josh. Lo único que podía oírse era la entrecortada respiración de los muchachos y del sujeto que los había atacado.

Quentin aprovechó ese momento de confusión y, con todas sus fuerzas, abanicó su espada y cortó músculo y hueso por igual. La cabeza de su atacante rodó por el suelo para mirarlo con ojos asombrados. Su cuerpo permaneció unos breves instantes de pie y, luego, se desplomó con pesadez, mientras la sangre salía a borbotones por la herida abierta.

Al verse libres de esos extraños, Quentin corrió hacia su amigo para socorrerlo; Josh tomó la hermosa espada entre sus manos y la quitó de su pierna de un tirón, haciendo una mueca y agrandando aún más la herida que esta había ocasionado.

Al llegar a él, vio que muchas de sus heridas sangraban abundantemente. Quentin sintió que sus sentidos fallaban; no era capaz de ver con claridad, ya que parecía que un fino velo le cubría los ojos, le zumbaban los oídos y se le dificultaba mantener la estabilidad. Hizo uso de toda su fuerza de voluntad para no desfallecer en ese momento.

«Piensa en otra cosa, piensa en otra cosa. Estrellas… tu estrella. Josh te necesita maldición, recupérate» pensó Quentin y se arrodilló junto a él con algo de dificultad.

—¿Cómo te encuentras? —murmuró.

—¿Qué demonios fue todo esto? —El rostro de Josh estaba pálido y sudoroso, contraído por el dolor.

—No lo sé. Yo tampoco lo entiendo.

—Si nuestros padres querían asustarnos, se les fue la mano.

—Realmente dudo que hayan sido ellos, estos tipos querían matarnos —dijo y miró con más detenimiento las heridas de su amigo.

Josh se miraba la pierna, mientras sus manos cubiertas con su propia sangre presionaban la herida de su vientre. Quentin se quitó la camisa y comenzó a romperla en tiras para vendar alguna de las heridas de Josh.

—¿Qué fue lo que le sucedió? —Josh señaló el cuerpo del hombre con el que se había enfrentado

—No lo sé, parece que se le rompió el cuello —dijo cuando terminó de asegurar las vendas. Se puso de pie con algo de trabajo y pateó al cuerpo que yacía cerca de él.

—¿Q, te encuentras bien? —preguntó Josh al verlo tambalearse. “Q” era la forma en que Josh llamaba a su amigo algunas veces.

—Sí, solo que sentí algo mareado. Estaré bien —dijo y fingió una sonrisa.

—¿Cómo sucedió? —preguntó Josh luego de unos momentos—. No entiendo, nadie lo tocó.

—Yo tampoco entiendo, pero mejor que así haya sido. —Quentin le tendió la mano para ayudar a Josh a ponerse de pie—. Ven, vámonos de aquí antes que vengan más.

Josh frunció el ceño al levantarse.

—¿Dónde está la escolta?

—Espero de corazón que los hayamos perdido al pasar los muros, el decapitado dijo que los mataron. Sujétate del poste unos momentos. —Quentin se alejó corriendo hasta donde habían

caído las capas de los sujetos—. Debemos tratar de no llamar demasiado la atención —dijo al regresar, mientras le colocaba una de las capas sobre los hombros. Ante la mirada de desconcierto de Josh, Quentin prosiguió—: Estás muy herido, tu camisa está empapada en sangre y yo ni siquiera llevo una.

—¿Tienes algo de valor? —preguntó Josh de súbito.

—La espada solamente.

—¿Ni monedas, ni una cadena?

—Nada de eso, pero no estoy de humor para compras, Josh.

—Calla, que me duele al reírme —dijo, sosteniendo las heridas de su abdomen, mientras trataba de no reír—. Deberíamos conseguir una botella de vino o algo por el estilo. No puedo caminar sin que me sostengas, es mejor que nos vean borrachos y no que hagan preguntas incómodas.

—Buena idea, hay una taberna cerca de aquí, podría dejar mi espada. Vuelvo enseguida.

—Voy contigo, no pienso quedarme a esperar los refuerzos de estos malditos.

—Espera, entonces; voy a limpiar este desastre así no debemos regresar. —Quentin corrió a buscar la carreta. Al regresar, se detuvo a mitad de camino para recoger al que fue su adversario; primero subió el cuerpo decapitado y el estómago se le revolvió cuando levantó la cabeza. En esos momentos, le parecía que sus ojos abiertos podían ver todo su interior, sus pensamientos e, incluso, su malestar. Aun así, no se detuvo a pensarlo demasiado e hizo un par de pasos más hasta que llegó al otro cuerpo. Con gran esfuerzo y algo de ingenio, logró subirlo junto a su compañero. Tiró de la carreta hasta ocultarla en un pequeño callejón. Un gato soltó un bufido y huyó, saltando entre la basura que se acumulaba en todas partes.

Al retornar junto a Josh, Quentin vio que se acercaba un hombre que parecía bastante borracho, con una botella en cada mano. Cuando estaba a pocos pasos, salió a su encuentro.

—Hola, buen hombre —dijo arrastrando las palabras.

—¡Hermano! —dijo el borracho abriendo los brazos.

Quentin se sorprendió pero, en un esfuerzo, lo imitó abalanzándose sobre él para abrazarlo y, aunque apestaba como los mil demonios, Quentin lo retuvo unos momentos junto a él.

—Hermano, ya no tenemos dinero —dijo Quentin fingiendo tristeza—. ¿Me cambiarías una de tus botellas por mi espada?

—¿Qué clase de hermano sería si me niego? —preguntó examinando la espada que Quentin le ofrecía con ojo crítico y dándole una de sus botellas al muchacho.

—Gracias hermano —dijo y lo abrazó por segunda vez—. Me gustaría recuperarla. ¿Cómo podré encontrarte? Te pagaré bien.

Quentin se llevó la botella a los labios y bebió un gran sorbo de vino. El líquido tibio le produjo un cosquilleo en la garganta. Le ofreció la botella a Josh, pero este la rechazó negando con la cabeza.

—Te buscaré, hermano —dijo y dio media vuelta—. Por cierto, ¿quiénes son ustedes?

Quentin, luego de mirarlo a los ojos por unos segundos, sintió que podía confiar en él.

—Mi nombre es Quentin y él es...

—... Joshua. —El borracho terminó la oración—. Mis señores, disculpen. —Intentó hacer una reverencia, que resultó más cómica que respetuosa, y le devolvió la espada a Quentin—. No puedo aceptarla, me metería en problemas si alguno de los guardias me viera con ella. No podría decirles que los señores me la cambiaron por vino barato. No, no ¿Y qué dirían sus señores padres? No, no, de ninguna manera. Los señores tienen derecho a emborracharse sin ser descubiertos, sí, sí.

—Fuimos atacados —dijo Josh, que ya había perdido la paciencia, y abrió su capa para mostrarle el estado de su camisa, cubierta de manchas de sangre—, necesitamos *parecer* borrachos para que nadie note esto.

—Llévate la espada —insistió Quentin—, y mañana preséntate en la guardia. Nuestros padres sabrán lo que pasó, podrás devolver la espada y recibirás una recompensa.

—¿Qué clase de hermano sería si los dejo ir solos? Conozco esta zona, es peligrosa para alguien como ustedes a estas horas. Los acompañaré, sí, sí.

Quentin y Josh se miraron unos momentos y asintieron. El borracho se colocó en medio de los dos y los abrazó sin dejar de sonreír, les besó la cabeza a ambos y se puso a cantar ruidosamente. Los muchachos se miraron extrañados, pero luego vieron que se acercaban tres personas. Tratando de seguirle la corriente al borracho, entre cantos improvisados, tropezones y risas fingidas, se acercaron a las personas que venían caminando. Eran dos hombres y una mujer con un niño en brazos.

—¡Eh, viejo lobo! ¿Disfrutando la noche? —Uno de ellos los saludó.

—¿Qué es la noche si no se la vive? —respondió el aludido sin detenerse—. Mis sobrinos están aprendiendo —agregó.

—¡Tú sí que sabes! —exclamó, mientras se alejaba.

—Menos mal que no quiso acompañarnos —suspiró el borracho, luego de girar la cabeza para comprobar que no podría escucharlo. Su borrachera parecía haber desaparecido—. Señor Joshua, su pierna está muy mal. —El borracho se detuvo y dejó a Josh entre él y Quentin. Josh descargó, aliviado, todo su peso en ellos.

Después de un buen rato de caminata llegaron, finalmente, a la caseta de guardia que resguardaba una de los accesos a la fortaleza. Los muchachos se dirigieron hacia la entrada general, dos puertas enrejadas que ocupaban todo el ancho de la calle. Al verlos llegar, uno de los guardias salió de la caseta para impedirles la entrada.

—Somos nosotros —dijo Josh y él y Quentin se quitaron las capuchas, cuya sombra les ocultaban los rostros. El guardia hizo un paso al costado.

—¿Y el señor? —preguntó y señaló con un gesto al borracho.

—Viene con nosotros —respondió Josh.

—Los esperan en el establo, jóvenes.

—Gracias —dijo Quentin y cruzaron las puertas.

A unos pocos pasos, estaba el establo. Desde afuera no se escuchaba ningún sonido y, de no ser por los faroles encendidos dentro, parecía vacío. Josh se había quitó la capa al llegar al patio y su camisa estaba cubierta de sangre casi por completo. Algunas heridas se veían, incluso, a través de la tela rasgada.

—Por todos los cielos... —dijo Rob cuando los vio entrar—. ¿Qué les sucedió? ¿Dónde estaban?

—Por los mil infiernos. ¿Qué te hicieron? —El Gobernador saltó del cajón que había estado usando de asiento al ver a su hijo atravesar las puertas del establo.

—Nos atacaron, señor —dijo Quentin.

—¿Y qué demonios le sucedió a su escolta? —El rostro del Gobernador había enrojecido y unas gruesas venas se marcaron en su cuello.

—Nos dijeron que habían muerto —respondió Josh, apenado.

—¿Quién demonios se atrevió…? —exclamó apretando los puños—. Malditos sean... ¿Y el señor es...? —dijo dirigiéndose al borracho.

—Él nos acompañó desde el lugar en que nos emboscaron y cuando supo quiénes éramos, no

aceptó la espada de Quentin a cambio de una de sus botellas de vino.

—¿Para qué demonios querían vino?

—Pensé que sería mejor que nos vieran parecer borrachos a que me vieran sangrando por todos lados, padre. Apenas puedo caminar.

—Ya veo. Ve a que te limpien y curen esas heridas.

Quentin se dispuso a acompañar a Josh a la enfermería.

—Quentin, dale su recompensa a este buen señor y regresa enseguida —dijo el Gobernador alcanzándole un saco con monedas—. Muchas gracias por la ayuda que le dio a nuestros muchachos —agregó dirigiéndose al borracho.

—No hay nada que agradecer, mi señor —respondió este, en una reverencia.

Quentin y Josh lo acompañaron hasta las puertas y, antes de llegar, se cruzaron con un soldado que corría hacia el establo. Josh se despidió y siguió caminando con mucha dificultad hasta la enfermería. Quentin le ofreció el saco de monedas y el borracho movió las manos, como si estuviera espantando una mosca.

—No puedo aceptarlo, señor Quentin.

—Tenga, se lo ha ganado —insistió.

—No lo hice por una recompensa, solo quise ayudarlos.

—No fue nuestra intención ofenderlo, no nos malinterprete, estamos muy agradecidos por su ayuda. —Quentin notó que el borracho miraba alternadamente hacia la entrada de su casa y, luego, hacia el gran disco plateado de la luna, mientras murmuraba algo que él no podía llegar a entender—. ¿Cómo dijo?

—¿Quién dijo qué? —preguntó a su vez el borracho y volvió a fijarse en Quentin. Dio media vuelta, agregó—: Que tenga buena noche, mi señor.

—¡Espere! ¿Cuál es su nombre?

—No tengo nombre, señor —dijo mientras se alejaba por la calle.

Quentin lo vio marcharse, confundido, pero luego miró hacia el cielo, buscando la estrella más brillante del firmamento. A su lado brillaba, se diría que con timidez, una muy pequeña y casi imperceptible. Su estrella. Se detuvo unos instantes a contemplarla y una sonrisa se dibujó en su rostro al verla, como cada vez que sus ojos la encontraban. Necesitaba apaciguar un poco su alborotado interior, la confusión, la adrenalina y las dudas.

Después de unos momentos de calma, recordó que debía regresar al establo. Hizo una mueca, algo disgustado, y regresó al establo.

—Bien, cuéntanos —dijo el Gobernador ni bien Quentin ingresó. El muchacho se sentó junto a su padre y comenzó a hablarles de lo que sucedió, desde la teatral entrada de los dos extraños hasta que se encontraron con el borracho. Los hombres escucharon sin interrumpir y Quentin se detuvo solo cuando terminó de contarles todo lo ocurrido.

—¿Dónde fue? —preguntó el Gobernador.

—A dos calles del muro oeste y tres del muro sur. Quisimos evitar la calle de entrada por la gran cantidad de gente que había.

—¿Cuándo fue la última vez que vieron a su escolta?

—No presté atención, señor. Cuando entramos venían detrás de nosotros y creo que aún nos seguían cuando giramos. No venían muy lejos, pero no oímos nada extraño. No noté que no estaban hasta que, en un momento, vi que Josh estaba muy herido. ¿Ya regresaron? ¿Saben algo de ellos? —Quentin miró primero a su padre y luego al Gobernador.

—Dos de ellos están muertos. Santoro está inconsciente, lo llevaron al cuartel.

Quentin se sintió desfallecer. La noticia lo había afectado tanto que, de nuevo, tuvo que hacer

uso de toda su fuerza de voluntad para no caerse ahí mismo.

—¿Cómo sucedió? — preguntó con voz débil y entrecortada.

—Por lo que nos informaron los escuadrones que fueron a buscarlos...

—¿A buscarnos? —interrumpió Quentin, asombrado.

—Sí, hijo, cuando los caballos regresaron solos, enviamos a buscarlos.

—Ah, los caballos... No vimos a nadie buscándonos.

—Quizás buscaban en otro lado...

—Como decía, nos informaron que los soldados fallecieron de un solo corte en el cuello, los malditos los tomaron por sorpresa. Santoro está muy herido, aún más que Josh. No sabemos si va a perder un ojo.

—Me gustaría verlo, debo… Debo avisarle a Josh —susurró, aún confundido.

—Deja, muchacho, el hombre está inconsciente. Podrás verlo cuando despierte. ¿Dónde dejaste a los muertos?

—La carreta está oculta en una callejuela, tapada de maderas y basura que había en el lugar. Quedó ahí mismo, apenas la moví unos metros. Supongo que aún no los han encontrado, puedo acompañarlos... —dijo Quentin y se puso de pie.

—Ya vete a descansar, lo necesitas. Nosotros nos ocuparemos de eso.

Quentin asintió y dejó el establo. Era una noche fresca y el brillo de la luna llena iluminaba todo con un blanco color. Se detuvo unos minutos a observarla y recordó la cancioncilla que había oído esa mañana, aún sin estar seguro si fue un sueño. Por lo sucedido después, no tuvo tiempo para detenerse a pensarlo. ¿A quién se refería? ¿Por qué lo había escuchado? Las preguntas de pronto se agolparon en su cabeza, pero no podía responder a ninguna de ellas y se sentía muy desconcertado. Se quedó, sin embargo, unos momentos más disfrutando del silencio. Cuando logró aquietar el torbellino de pensamientos que circulaban en su mente, se dirigió al cuarto de enfermería donde suponía que aún se encontraba Josh. En efecto, allí estaba, acostado en un catre y quejándose mientras una enfermera le terminaba de colocar los vendajes.

—Era hora que vinieras —dijo malhumorado—, pensé que ya...

—Si me recibes de ese modo, mejor me limito a pedir el informe a la enfermera sin tener que verte el hocico.

—Es broma. —Josh forzó una sonrisa—. No me gusta este lugar, sin ofender, señorita, pero no lo soporto.

—Te aguantas. Aquí pasarás unos cuantos días, según me parece.

Josh resopló y, cuando la enfermera los dejó, preguntó a Quentin:

—¿Tienes alguna noticia? ¿Qué sucedió a la escolta? Solo vi unos segundos a mi madre y sabe menos aún de lo que yo sé.

—Santoro está en el cuartel, herido de gravedad, parece que sigue inconsciente. Los otros dos si murieron, los tomaron por detrás, los degollaron... Los muy cobardes ni siquiera fueron capaces de hacerles frente. —Quentin frunció el rostro, entre desagrado, desconcierto y un poco de enojo por lo que le sucedió a sus escoltas.

—¿Fuiste a verlo?

—Tu padre me dijo que mejor esperara hasta mañana, de todas formas aún no despierta. ¿Y tú qué? ¿Cómo te sientes?

—Como si me hubiera pasado por encima una tropilla de caballos salvajes.

—¡No exageres! No será para tanto.

—Sí lo es —rio Josh— ¿Y tú como te encuentras?

—Creo que entero... No me falta ningún dedo —dijo, se sentó en una de las sillas que había

contra la pared y observó sus manos—, tengo mis dos brazos, mi cabeza aún está pegada...

—¡La cabeza! Ese sí fue un buen golpe.

—Por suerte la espada estaba bien afilada... —dijo, como quitándole importancia.

—Aún sigo sin entender que le sucedió al otro.

—Igual yo.

—¡Pero algo fue! —exclamó Josh.

Después de unos minutos Quentin acercó la silla a la cama y dijo:

—No repitas lo que te voy a decir —bajó la voz y agregó—: Creo... creo que fui yo.

—¿Cómo? ¿Sabes utilizar la magia? —Josh parecía no poder creer lo que su amigo le decía.

—¡Baja la voz, demonios! No, no sé utilizarla. A veces, en casos urgentes, deseo que algo suceda... y solo sucede.

—Pero le rompiste el cuello, no debe ser algo fácil de hacer.

—Yo qué sé, solo sucede, no es algo que pueda controlar. Ese mal nacido estaba a punto de matarte, Josh, no iba a llegar a él de ninguna manera, estaba demasiado lejos de ti y tenía al otro encima. No había nada que pudiera hacer. Solo... solo deseé que le estallara el corazón o que se le rompiera el cuello. Tuvimos mucha suerte de que sucediera.

—Sería muy útil que supieras como usarla a tu antojo. Recuérdame llevarte siempre conmigo, así me salvas el pellejo —bromeó Josh.

—No es tan fácil. Lo intenté, en muchas ocasiones. Cada vez que algo así ocurre... trato de repetirlo o hacer algo similar, pero nunca pude lograr nada.

—Alguien debe haber que pueda ayudarte.

—¿Y cómo se supone que lo encuentre? Ser un mago o saber de magia es como ser, como mínimo, un monstruo. Nadie ve con buenos ojos a alguien como yo. Por eso nunca lo dije y por favor te suplico que me guardes el secreto.

—Despreocúpate, no quiero perder a mi asesino personal —dijo Josh con una sonrisa.

—Josh, no es broma —se quejó Quentin.

—Tampoco es algo tan malo.

—En tu opinión. Pero hoy maté a dos personas, a una de ellas sin siquiera tocarla. —Quentin se puso de pie de un salto y comenzó a mover las manos—. Imagina que nuestros padres supieran cómo sucedió en realidad. Me enviarían lo más lejos que pudieran, al Extremo Sur, o al medio del desierto Then Kua ¿quién sabe? Tesar no es mala idea del todo, pero tampoco es que quiera dejar Sitnor ahora.

—Deberíamos ir a la biblioteca, seguro hay algo que pueda ayudarnos.

—Todos saben que preferimos otras cosas a los libros, así sea limpiar el establo...

—Serás tú, pero yo no. —Josh tenía ese brillo en los ojos, el que indicaba que ya tenía una idea de cómo salirse con la suya.

—¿Desde cuándo?

—Mmm... —Josh se rascó la barbilla—. Desde que no puedo salir de aquí por estar herido. Haremos esto: tú no vendrás mañana hasta el atardecer. Todos saben que la paciencia no es una de mis virtudes, me quejaré desde el amanecer de mi soledad y mi aburrimiento hasta que alguien me sugiera leer. Seguiré protestando hasta que al final cederé y pediré un libro de magia. O varios...

—¿Así sin más? —preguntó Quentin.

—Sí. Así sin más... Para cuando vengas a verme voy a haber convertido este lugar en una biblioteca.

—¿Y qué se supone que haga hasta el atardecer?

—No sé. Quédate en el establo o ve a entrenar.

—Me duelen músculos que no sabía que existían, no estoy para entrenamientos —rio Quentin.

—Pues te inventas algo, pero asegúrate de parecer entretenido, o mejor aún, ocupado.

—Ya veré como me las arreglo...

La conversación continuó unos momentos más y, luego, Quentin salió del cuarto de enfermería, miró al cielo y la luna seguía en la misma ubicación: justo encima de su casa. Se detuvo algo extrañado, pero el cansancio le pesaba en la mente y en el cuerpo para demorarse más tiempo, por lo que siguió caminando y recorrió los pocos pasos que lo separaban de su casa.

La fortaleza donde vivían, fue en la antigüedad la morada del rey de Sitnor pero, después de la Última Gran Guerra, hacía ya muchos años, el último rey decidió que luego de su muerte, los habitantes de Sitnor elegirían a sus gobernantes y serían los mismos ciudadanos los encargados de juzgar sus acciones en caso de no cumplir con sus funciones.

La fortaleza, entonces, fue dividida en dos y acondicionada para alojar a las familias del Gobernador y de su segundo al mando. El patio central estaba separado de los jardines individuales por gruesos muros de piedra y se comunicaban entre sí por puertas de madera. Quentin llegó a la que llevaba al jardín de su casa, cruzó el camino de piedra que conducía al patio y decidió entrar por la puerta de servicio, que daba a la cocina. El ambiente dentro era pesado y cálido, a pesar de que era muy tarde, y había algunas velas agonizantes en la mesa del centro de la habitación.

—Hola, hermano. —Una voz lo saludó desde la oscuridad.

—Demonios, Ara, vas a matarme de un susto un día de estos —dijo y se llevó una mano al pecho.

—Es muy tarde, ¿de dónde vienes? —Una niña de dorada cabellera salió de entre las sombras.

—Del establo. ¿No puedes dormir?

—No. —Ara se acercó y besó la mejilla de su hermano—. Apestas a vino. Tienes suerte de que padre no haya regresado aún. ¿No tienes calor con esa capa?

—Él está también en el establo. Por la mañana fuimos al arroyo y, al volver, pasando las puertas, nos atacaron. Tuve que quitarme la camisa para vendar a Josh.

—¡Oh! —La manzana que estaba comiendo cayó de su mano—. ¿Cómo está? ¿Y tú?

—Tranquila. Josh tiene varios cortes, pero estará bien. A mí ya me ves... —dijo Quentin, abrió los brazos y giró sobre sus pies.

—Pobre Josh. —Se lamentó.

—Va a recuperarse pronto. Dos hombres de la escolta murieron y Santoro está inconsciente, muy herido.

—¿Quién lo hizo?

—Aún no lo sabemos. Eran dos norteños, a juzgar por el acento...— Quentin le contó a su hermana menor lo que había sucedido, omitiendo nuevamente lo referente a la muerte del atacante de Josh.

—Me cuesta entender que ustedes hayan podido matar a dos sujetos, al parecer, experimentados y mucho mayores. —Ara lo cuestionó cuando terminó de hablar.

—Nosotros entrenamos desde que podemos mantener una espada entre las manos —dijo Quentin con el orgullo herido—, no fue solo buena suerte. No parecía que solo quisieran asustarnos, Josh se ganó una interesante colección de cicatrices y...

—¿Y por qué tú no? —Le cortó Ara.

—Él estaba en un callejón, imagínate, contra la pared... Era un lugar bastante difícil para moverse con libertad, en cambio yo estaba en el cruce de calles, podía moverme más. —Quentin

hacía ademanes con sus brazos en un intento de imitar la situación.

Ara abrió la boca para volver a cuestionar a su hermano, pero él ya no quería seguir con la conversación, por lo que dio media vuelta para retirarse. Le urgía quitarse esa capa llena de sudor, vino y sangre seca. Cuando estaba llegando a la puerta, Ara le dijo:

—Ya nació.

Quentin se detuvo y giró para mirar a su hermana.

—¿Qué? ¿Quién?

—Nuestro hermano, ¿quién sino?

—¿Cómo están? —De repente se sentía muy mareado.

—Están bien, por supuesto. Ven, ¿quieres conocerlo? —dijo y tomó su mano.

—Espera, iré primero a asearme, madre no debería verme así.

—Sí, tienes razón. Estaré con ellos en la habitación de abajo.

Ara salió delante de Quentin y le soltó la mano al llegar a las escaleras. El muchacho subió apresuradamente y en el descanso vio por el ventanal el reflejo de la luna en un charco de agua que había en la empedrada calle. Un escalofrío le recorrió la espalda. ¿Sería su hermano «el hijo de la luna»?

—De ninguna manera, no puede ser —dijo a media voz, en un intento por convencerse.

De todas formas, su preocupación no desapareció. Pasó junto a su puerta y caminó hasta la siguiente. Golpeó y esperó.

—¿Noah no regresó aún...? ¿O estará muy dormido? —se preguntó, pero al no recibir respuesta, se encogió de hombros, volvió sobre sus pasos y entró al cuarto de baño.

Allí, se apresuró a quitarse la ropa y dejó todo en un cesto junto a la bañera. Tomó un poco de agua y comenzó a quitarse la sangre seca mientras buscaba alguna herida en su torso. Encontró un par de pequeños cortes, apenas unos rasguños, por lo que se secó y regresó a su habitación para vestirse.

Se sentía nervioso, aún tenía las palabras de esa extraña cancioncilla resonando en sus oídos. Su hermano nació ese mismo día, la luna seguía todavía encima de su casa y quién sabía hacía cuanto tiempo que estaba ahí, los extraños sujetos que los atacaron y a los que mató; dos de los hombres de su escolta estaban muertos y él y Josh se habían salvado de pura suerte. Tenía miedo que su hermano fuera diferente, temía que fuera como él, pero a la vez se reprochó a sí mismo ser tan prejuicioso. Tuvo un día demasiado largo y ya estaba algo malhumorado.

Terminó de vestirse, abrió la ventana por si regresaba su gato y salió al pasillo. Se dirigió a la habitación de la planta baja y, después de tomar aire, entró con toda la naturalidad que fue capaz.

El cuarto estaba iluminado por unas pocas velas, sin embargo, eran suficientes para ver con claridad. Su madre estaba acostada y se veía algo pálida, pero su mirada irradiaba felicidad a pesar del cansancio que su rostro reflejaba. Ara estaba sentada en una silla a su lado, con el niño en brazos; sus ojos sonreían mientras lo observaban.

Quentin se acercó lentamente a su madre, que sonrió al verlo. Le tomó una mano entre las suyas y la besó.

—¿Cómo te encuentras?

—Agotada. ¿Dónde estabas?

—Fui a pescar con Josh.

—Por eso apestas a vino, ¿verdad? —Su madre le apretó un poco la mano y Quentin bajó la vista.

—¿Quieres cargarlo? —preguntó su hermana, divertida, a tiempo para librarlo de la incomodidad.

Quentin se dio vuelta y miró el bulto de mantas que Ara sostenía. Ella se acomodó para que pudiera verlo. Era un hermoso pequeño; tenía el rostro hinchado y enrojecido, pero recordó que ya había visto otros niños el mismo día de su nacimiento, y todos ellos lucían como él. Lo tomó en sus brazos y pensó que de ninguna manera podía haber algo mal en su hermano. Era un inocente, frágil e indefenso ser humano.

Sintió que le transmitía una sensación de paz que no habría imaginado poder sentir y que tanto necesitaba en esos momentos. De repente olvidó que hacía solo unas horas utilizó su poder y que apagó dos vidas. Ya nada le pesaba, su tranquilidad borró de su mente esos ojos de mirada fija que los traspasaban por completo para mirar eternamente al infinito.

Pensó que se sentía bien estar con su hermano.

5

La luna aún bañaba con su luz las empedradas calles de Sitnor y los faroles en el establo de la fortaleza permanecían encendidos. Dentro, en una carreta, yacían dos cadáveres y tres hombres estaban sentados, alejados, en completo silencio.

La puerta se abrió y entró un joven que no llegaba aún a los veinte años, alto, delgado y desgarbado, con todo el aspecto de haber sido recién sacado de la cama. Los hombres lo saludaron bajando apenas el mentón, como si ya lo hubieran visto demasiadas veces ese día.

—¿Qué sucedió? —preguntó una vez que cerró la puerta.

El hombre de anchos hombros y espesa barba oscura se levantó de su asiento y le señaló la carreta. El joven se acercó y sus ojos se agrandaron de repente al ver lo que se ocultaba debajo de la manta.

—¿Quién hizo esto? ¿Quiénes son?

—Tu hermano y Josh tuvieron su bautismo de acero.

—No puede ser, ¿ellos…? ¿Ellos lo hicieron?

—Así es. —Al ver que su hijo mayor estaba visiblemente afectado, le preguntó en voz baja—. ¿Te encuentras bien?

—Sí, sí. Díganme, ¿qué puedo hacer por ustedes? —contestó una vez repuesto.

—Noah, necesitamos saber todo de estos mal nacidos. Quiénes eran, de dónde eran, para quienes trabajaban, todo. Dime hasta qué demonios almorzaron —contestó el Gobernador, golpeándose la mano con su puño a cada palabra.

—Necesitaré unas horas, seguro hay cosas que tendré que consultar en mis libros —respondió con tranquilidad.

—Haz lo que debas. Pero tienes tiempo hasta el mediodía, tenemos que deshacernos de estos malditos. Conserva todo lo que creas que puede serte útil.

—Sí, señor.

—Nadie puede entrar, ¿entendido? —dijo esta vez dirigiéndose al oficial que aún permanecía sentado junto a la carreta, viendo la espesa sangre caer en un gran charco sobre la tierra.

—Por supuesto, señor—respondió el aludido.

Rob y el Gobernador salieron y el uniformado levantó su enorme cuerpo del pequeño banco en el que se encontraba, tomó una madera, trabó las puertas y se dirigió a la montaña de heno que había en un rincón.

—Me avisa si necesita mi ayuda, señor —dijo y se arrojó a la parva con los brazos abiertos, como quien se deja caer en una suave cama.

—Sí, gracias —dijo Noah y abrió su bolso.

Luego de buscar en varios compartimentos, sacó de uno de ellos unos finos guantes de piel, un delantal de cuero, varias bolsas pequeñas de tela, un pañuelo negro, una libreta, una pluma y un tintero. Después de colocarse los guantes y el delantal se cubrió la boca y la nariz con el pañuelo, tratando de acomodar su cabello debajo de él. Al contrario de su hermano Quentin, Noah llevaba el cabello largo hasta los hombros y, aunque solía molestarle cuando trabajaba, aún no se decidía a cortarlo.

Una vez listo, se acercó nuevamente a los cadáveres y comenzó a revisar sus ropas, mientras iba anotando todo en la libreta que había apoyado en un barandal de la carreta. Vació los distintos bolsillos que encontró y separó su contenido en dos bolsas diferentes.

Luego desvistió los cuerpos, mientras continuaba con sus anotaciones. Primero examinó al decapitado en busca de marcas, tatuajes o cicatrices distintivas. Dibujó dos cuerpos humanos vistos de frente, uno para cada uno de los cadáveres, y dos vistos de atrás. Hizo anotaciones en cada uno de ellos según lo que iba encontrando y, sin darse cuenta, comenzó un nuevo día; el sol estaba ya alto en el cielo cuando terminó.

Cuando sintió que no quedaba más por hacer, arrojó sobre los cuerpos las prendas que les había sacado horas antes, los cubrió con la manta, se quitó su atuendo y despertó al oficial que dormía plácidamente.

—Ya he terminado. Iré a ver al Gobernador, mantente atento a la puerta.

—Sí, señor. ¿Ya es mediodía?

—No, media mañana, supongo. ¿Descansaste? — agregó con una sonrisa.

—Como un bebé, señor.

6

Su mente se fue despertando de a poco, pero le parecía estar dentro de una gran nube esponjosa. Todos los sonidos y sensaciones eran lejanos y distorsionados. Tardó un buen rato en recordar dónde se encontraba y por qué estaba allí.

Se sentía mareado y no quería abrir los ojos. Algunos sonidos conocidos comenzaron a alcanzarlo, amortiguados y distantes. Escuchó al hombre que todas las mañanas llegaba a traer la leche. «¿Cómo era su nombre?» se preguntó. Oyó el ladrido amable y alegre de los perros, sabía que estaban felices, esperaban que las cocineras se retiraran con sus jarras llenas para que... ¿cómo se llamaba...? Bueno, para que él les dejara un poco de leche en sus platos, al lado del establo.

«¿Y Mirka estará ahí? Seguro que sí, nunca se pierde la visita del lechero» pensó.

Trató de recordar cuando Quentin se la regaló, pero era mucho esfuerzo para su confundida mente. Se movió apenas, intentando incorporarse, y una puntada en el abdomen lo detuvo. La cama crujió debajo de él y volvió a acomodarse. Puso una de sus manos donde había sentido dolor, tratando de encontrar qué tenía y su otra mano colgaba de la cama. Sintió algo frío y luego la calidez de una respiración corta y rápida en el dorso de su mano. Giró la cabeza y sus ojos se encontraron con un ojo celeste y un ojo marrón, que parecían sonreír.

—Hola, hermosa, ¿cómo entraste aquí? —preguntó con voz ronca.

La perra hizo dos pasos hasta poner su hocico cerca de la cara de Josh, lo apoyó sobre la almohada y subió sus patas delanteras a la cama.

—No puedes, nos echarán al patio a los dos. Acuéstate ahí. —La perra bajó y se hizo un ovillo justo donde estaba parada.

Sus sentidos ya casi habían vuelto a la normalidad, al parecer le habían dado alguna poción para que pudiera descansar.

Alguien dio dos golpes suaves en la puerta y Mirka, su perra, se levantó meneando la cola.

—Adelante —dijo.

—Permiso, vine a traerte el desayuno. —Ara miró al muchacho. Luego, bajó la mirada y agregó—: Y a ti también.

Josh sintió que, de pronto, la habitación se llenaba de la luz que faltaba en ese día. Ara, la hermana de Quentin, dejó la bandeja sobre una mesa que había junto a la cama.

—¿Cómo te sientes?

—Mucho mejor —mintió Josh—. ¿Sabes cómo entró Mirka? —preguntó observaba a Ara dejar uno de los platos en el suelo y luego le acercaba la bandeja.

—Casi rompe la puerta en dos —rio Ara—. Van a tener que cambiar algunas tablas. La enfermera no quería abrir, pero lo mismo entró cuando vine. Quentin llegó anoche y me contó lo que había sucedido. Solo estuve unos momentos mientras dormías. La enfermera me ordenó que la llevara conmigo, pero le contesté que no me atrevía. «Solo es un saco de pulgas» dijo. —Josh reía ante la imitación que Ara hacía—. Vino hacia aquí, abrió la puerta de golpe y Mirka se colocó entre tú y ella de un salto, gruñendo y mostrando los dientes, así que cerró diciendo «Puede quedarse» y se marchó lo más rápido que pudo.

—Es muy capaz de hacer eso —dijo Josh con la boca llena.

Cuando ambos terminaron su desayuno, Ara recogió todo y llamó a Mirka para llevarla afuera, pero el animal la ignoró.

—Josh, ayúdame. —Se quejó Ara—. Debe salir y, además, la enfermera tiene que revisar tus heridas.

—Mirka afuera —dijo con firmeza. La perra se levantó, hizo unos pocos pasos y se detuvo a medio camino para girar la cabeza y mirar a Josh lastimosamente—. ¡Fuera! —repitió y la perra retomó su camino detrás de Ara.

—Gracias —dijo con una sonrisa—. Voy a avisar a la enfermera que ya puede entrar.

Pasaron unos cuantos minutos hasta que regresaron a la enfermería y Ara colocó en el suelo un gran almohadón que había traído para Mirka, quien se acomodó como si hubiera sabido desde un principio que le pertenecía.

—Debo ir a cuidar a mi madre, anoche nació mi hermano.

—¿Cómo se encuentran?

—Bien, gracias a los dioses. Es un bebé hermoso y saludable. Espero que pronto puedas conocerlo.

—También espero lo mismo. Envíale mis saludos a tu madre y felicítala por el niño.

—No le diré lo que les sucedió, no quiero preocuparla de momento. Te excusaré diciendo que prefieres esperar un tiempo a que el niño crezca.

—Me parece bien, gracias.

Ara se despidió de Josh y ella prometió regresar más tarde.

—Ara… —dijo en voz baja cuando la puerta se cerró. Todavía recordaba el día en que ella había nacido, aunque solo tenía un par de años más.

Josh se perdió en sus pensamientos, aún algo atontado y confundido, hasta que unos discretos golpes interrumpieron sus pensamientos. Su madre asomó de detrás de la puerta y Josh sonrió. La figura alta y delgada de la Dama Ema entró en la habitación con pasos suaves, como si flotara, y se acercó a la cama de su hijo.

—Buen día, ¿cómo te encuentras? —preguntó, se sentó junto a él y le tomó la mano.

—Mucho mejor ahora que tengo el estómago lleno. Ara vino a traernos el desayuno y luego se llevó a Mirka para que la enfermera pudiera entrar.

—¿Y qué hace ese animal aquí? No debería…

—Me acompaña y creo que piensa que también me cuida. —Josh rio y le contó a su madre sobre la actitud que tenía con las enfermeras.

—Veo que ya está acomodada. Tendrías que haberle dicho que la retuviera hasta que pudieras salir de aquí.

—¿No viste las marcas en la puerta? Imagínate si no hubiera entrado, podría haberla roto y haber atacado a alguien. Mirka quería cuidarme y aquí se quedará hasta que yo pueda salir.

—Está bien, si así lo quieres… —dijo resignada la Dama Ema, consciente de que era casi imposible hacer razonar a su hijo.

—¿Sabes algo del oficial Santoro? —preguntó Josh luego de unos minutos.

—No despierta aún, fui a verlo más temprano. Pobre hombre…

—Madre, necesito ver a mi padre, al señor Rob o incluso a Quentin. Necesito saber qué es lo que sucedió anoche.

—Tu padre vendrá más tarde, tiene varias reuniones con gente importante que no puede posponer.

Josh resopló fastidiado.

—¿Y Quentin?

—Su madre acaba de dar a luz y lo necesitan.

—Yo también lo necesito —refunfuñó.

—Josh, no seas tan egoísta, tú tienes a tu familia para apoyarte y acompañarte. Quentin tiene una familia que en estos momentos lo necesita. Ara es casi una niña y aun así ambos están pendientes de ti, también, hasta se tomó la molestia de traerte el desayuno y…

—Ya, madre. —Josh se quejaba y resoplaba en cada oportunidad que se le presentaba—. ¿Y ahora qué haré? ¿Cuándo podré salir de aquí?

—Si todo va bien, en unos días te dejarán regresar a casa, sé paciente.

—Es fácil decirlo para alguien que puede ir y volver a su antojo.

—Joshua, por favor, te comportas como un niño.

—¿Si? Pues el niño está muy aburrido —dijo y cruzó los brazos sobre su pecho.

—¿Terminaste? Tengo cosas que hacer, regresaré más tarde.

—Sí, madre, vete tú también. Aquí estaré.

—Enviaré a Ferdinand a que te acompañe —dijo su madre y cerró los ojos por unos instantes, seguramente, para no mandarlo al demonio.

—Prefiero estar solo.

—Así será, entonces.

—¿Y qué voy a hacer? —preguntó, lastimosa y desesperadamente.

—Pide un libro… —sugirió.

—Sabes que no me gusta leer.

—Adiós, Joshua. —La Dama Ema se puso de pie, con la paciencia completamente agotada—. Enviaré a un bibliotecario.

Josh sonrió satisfecho una vez que la puerta se volvió a cerrar, recién comenzaba la mañana y ya había conseguido lo que deseaba.

No pasó mucho hasta que volvieron a llamar. Esta vez Mirka gruñó, pero no se movió de su almohadón. Quien llamó, esperó a que le contestaran antes de entrar, por lo que Josh supuso que era el bibliotecario.

—Adelante —dijo y, en efecto, era un bibliotecario; un muchacho algunos años mayor que él, que vestía la túnica ocre de los guardianes de los libros y llevaba la cabeza rapada. Su piel era muy blanca.

«Lo normal en alguien que pasa todo el día encerrado con miles y miles de libros» pensó Josh.

—Joven, su madre solicitó nuestros servicios. Lamentamos mucho lo que le sucedió, ¿se encuentra usted bien?

—Mejorando, gracias.

—Grandes noticias. ¿Qué desea?

—¿Aparte de salir de aquí? —El joven bibliotecario sonrió—. Algo para entretenerme, para no volverme loco entre estas cuatro paredes. ¿Qué me sugieres?

—No conozco sus gustos literarios, joven.

—Oh, no. Nunca leo, prefiero andar al sol.

—Bien, pues podría empezar con algo de historia…

—Me aburre. Algo con espadas o ¡ya sé! —aplaudió como si se le acabara de ocurrir—. ¡Magia!

—La mayor parte de los libros de magia están restringidos para las personas comunes, solo son accesibles para los monjes y estudiosos, pero hay algunos ejemplares que puedo traerle.

—Excelente. Lleva contigo a alguno de los guardias para que los traiga.

—No es necesario, enseguida regreso —dijo el bibliotecario y dejó de la habitación.

Al cerrarse la puerta, Mirka se levantó de su almohadón y se dirigió a la ventana. Se oían voces, aunque Josh no lograba reconocer de quienes eran o qué decían. Mirka, en cambio, estaba

inquieta y gruñía. La llamó para que se calmara, sin embargo, no fue hasta el tercer llamado que le obedeció. Regresó a su almohadón, pero continuó gruñendo hasta que dejaron de oírse las voces. A los pocos minutos llamaron nuevamente a la puerta. Era el bibliotecario cargando cinco enormes libros que colocó en la mesa que había junto a la cama.

—Me parece que con esto podrá entretenerse un buen rato —dijo. Luego se despidió y dejó la habitación.

Josh miró la pila de libros con un poco de desencanto. Ayudar a Quentin iba a ser más difícil de lo que creyó en un inicio.

7

Noah caminó hacia la residencia del Gobernador pero, al no encontrarlo allí, dirigió sus pasos al Palacio de Gobierno. Luego de atravesar pasillos y subir escaleras, llegó a la puerta del despacho del Gobernador y una voz grave le contestó desde adentro, después de unos minutos de haber llamado.

—Adelante.

Noah abrió la puerta y entró sin demoras. Su padre también estaba ahí.

—Ya terminé y tomé todo lo que necesito. Pueden deshacerse de los cadáveres cuando quieran.

—¿Hay algo que puedas decirnos?

—Por el momento no mucho, pero reconocí la insignia de la orden de los *Hijos del águila*. Ambos cuerpos tenían un distintivo con ellos. Pensé que ya eran historia, pero no es de extrañar que se hayan mantenido ocultos o que alguien esté tratando de revivir esa antigua orden.

—¿A qué se dedicaban? No recuerdo haber oído de ella —dijo Rob.

—Verán, en su momento se escondían tras la fachada de una organización de mercenarios, pero era algo más que eso. Estuvieron detrás de cada derrocamiento que existió en tiempos pasados, llegando a actuar incluso en las cuatro naciones. Según parecía, habían terminado con ellos tras la Última Gran Guerra, pero visto esto, tendré que enviar a alguien a Pyebra a hacer algunas averiguaciones.

—¿Qué querrían con los muchachos? No tiene sentido —dijo Rob.

—Según su antigua forma de actuar, teniendo a Josh y a Quentin en su poder, estarían en condiciones de pedir a todo el país si quisieran, a cambio de sus vidas.

—¿Sitnor? ¿Para qué demonios querrían Sitnor? ¡No es más que una nación de granjeros! —exclamó el Gobernador.

—Sitnor tiene hombres, hombres entrenados para luchar en cualquier guerra y tiene los recursos suficientes para poder llegar a conquistar Tesar o Morrau. Digamos que somos la pieza clave, si esas son sus intenciones.

—Disculpa, hijo, pero es muy disparatado.

—Son suposiciones. Quizás solo querían un rescate.

—Lo que dice el muchacho tiene mucho sentido si lo piensas detenidamente.

—Las minas de oro de Tesar y las de plata en Morrau son un objetivo muy tentador —continuó Noah—, y convengamos que desde el norte es un camino demasiado complicado. No podrían invadir Morrau cruzando el desierto Then Kua y tampoco lo lograrían a través de las montañas. Necesitan, obligadamente, pasar por Sitnor y serían aplastados al primer intento.

—Lo que no llego a comprender es por qué el rey de Pyebra querría hacer algo así —dijo Rob.

—Si detrás de todo esto están los Hijos del Águila, dudo que estemos hablando de la misma persona. Seguramente ya se encargaron de poner a alguien más adecuado para sus propósitos.

—De ser así, tendríamos que haber sido notificados —dijo pensativo Aníbal—. Demonios. Rob ¿qué tal estás para usar la espada? —Tenía un brillo en sus ojos muy difícil de ignorar.

—Creo que estaría bien retomar los entrenamientos —respondió el aludido—. Nos vendría bien un poco de ejercicio, para estirar los músculos, ya sabes —dijo y levantó los brazos sobre su cabeza.

Noah notó que la idea de una inminente guerra les había alborotado la sangre de un modo que

él no lograba entender.

—No se entusiasmen demasiado, de momento son simples teorías. Quizás eran unos bufones detrás de una bolsa de oro.

—No estoy seguro de poder usar la misma hacha de nuevo, pero podría probar con una más liviana —dijo el Gobernador, ignorando el comentario de Noah. Rob reía como un trueno a su lado.

—Enviaré a alguien a Pyebra a hacer algunas averiguaciones. —Noah se puso de pie y se acercó a la puerta.

—Mantennos informados —dijo el Gobernador.

—Por supuesto —respondió.

Noah salió por las puertas del Palacio de Gobierno y comenzó a recorrer, apresurado, el camino de vuelta al establo. Era normal en él estar tan concentrado en sus pensamientos que por poco se olvidaba que tenía un cuerpo que manejar, lo que hacía que tropezara con cada irregularidad del terreno, provocando pequeños accidentes por donde pasara. Las personas que lo conocían ya lo sabían, por lo que evitaban a toda costa cruzarse con él cuando iba con la cabeza gacha. Y esta era una de esas ocasiones. Estaba llegando ya a las puertas enrejadas que cerraban el patio central de la fortaleza cuando tropezó con alguien.

—¡Ey! ¡Fíjate por dónde vas!

La advertencia lo trajo de nuevo a la realidad, pero no lo suficientemente rápido para apartarse del empujón que le dio el hombre con el que chocó.

Cayó sentado al suelo sin terminar de entender qué estaba sucediendo. Noah se levantó de inmediato y miró a su alrededor mientras se quitaba el cabello del rostro. Los vendedores que esperaban para ingresar y los soldados de la Guardia de Sitnor, que se encargaban de controlarlos, se quedaron inmóviles contemplando la escena.

—¿Acaso no ves bien? Eres un completo estorbo. —Se quejó mientras veía que uno de los bolsillos de su camisa había sido arrancado por Noah.

—Yo… lo lamento, señor, no fue mi intención.

—¿Sabes quién soy? ¿Acaso te haces una idea? —preguntó acercándose amenazante al muchacho.

—La verdad que no, pero le pido disculpas —dijo Noah, retrocediendo unos pasos.

—Disculpas, ¡ja! ¿Cuándo las disculpas han solucionado algo?

Dos soldados que habían visto lo que sucedió se acercaron por detrás de Noah, antes que hubiera problemas mayores.

—Llévense a esta porquería de mi vista. —El enfurecido sujeto hizo un gesto con la mano, señalando a Noah.

—¿Está usted bien, señor? —dijo el más alto de ellos, haciendo énfasis en la última palabra.

—Sí, bien, Eric, gracias. —Noah se dio la vuelta y levantó la cabeza para mirarlo—. No te preocupes, solo fue un tropezón.

—¡Tropezón, dices! Qué descaro… ¡Arruinaste mi camisa!

—Venga con nosotros, señor Noah, lo acompañaremos.

—Sí, bien, Eric, eres muy amable —respondió mientras intentaba arreglarse la camisa con manos temblorosas.

Noah y los soldados siguieron camino, dejando atrás al sujeto que seguía quejándose.

Al llegar al establo, sus escoltas se quedaron en la entrada, esperando a que Noah les diera la orden de marcharse. El joven entró al establo y cerró la puerta. Se quedó parado unos instantes, luego la abrió otra vez y corrió hacia donde había sucedido el incidente. Los soldados que lo

escoltaban corrieron tras él, sin terminar de entender qué le sucedía. Noah se arrodilló en el lugar aproximado donde habían chocado y comenzó a buscar algo en la tierra revuelta por el constante tránsito.

—Señor, se le perdió algo, ¿necesita ayuda?

Noah levantó una mano, mientras que con la otra se apartaba el cabello del rostro.

—No den un paso más, por favor. Quédense donde están. Que nadie se acerque —dijo y examinó cada porción del suelo.

—¡Señor! ¡Señor Noah! —Una jovencita intentaba acercarse a él, pero Noah no la escuchó y los soldados le impidieron el paso.

Después de varios minutos, se levantó sintiéndose frustrado y, sin decir una palabra, regresó al establo con los soldados delante de él. Antes de llegar, la joven lo alcanzó corriendo.

—¡Señor Noah!

Noah volvió a tropezar y casi choca con ella al girar.

—Discúlpeme, discúlpeme. ¿Está usted bien?

—Sí, señor. Tengo algo para usted —dijo y comenzó a buscar en el bolsillo de su delantal. Extendió la mano y puso un pequeño objeto frente a sus ojos. Ambos soldados se acercaron para impedir que la muchacha desistiera si intentaba atacar a Noah, pero este los detuvo con un gesto cuando vio lo que era.

—¡Oh! ¡Esto era! —dijo estirando la mano. El rostro de Noah era de completa felicidad.

—Lo encontré cuando usted y el otro señor se marcharon.

—Muchas, muchas gracias —dijo mientras tomaba la mano de la joven entre las suyas—. Esto es de gran valor. Agradecería que no le dijeras a nadie que lo encontraste.

—Como usted diga, señor.

—Estoy en deuda contigo, si necesitas algo, solo búscame.

—Gracias, señor, con su permiso —dijo la joven y dio media vuelta.

Noah la vio alejarse hasta que entró por la puerta que daba al patio del Gobernador y luego siguió su camino. Cuando llegó al establo, se paró frente a la entrada y giró sobre sus talones.

—Soy un idiota —dijo, con toda seriedad, mirando a los soldados que aún lo acompañaban.

—¿Señor? —preguntó el llamado Eric.

—Es que… Es que nunca la había visto y no le pregunté por su nombre. —Noah bajó la voz y agachó la cabeza, frustrado. Ambos soldados se largaron a reír y Noah los imitó segundos después.

—Señor, con todo respeto, ninguno de nosotros cree que usted sea un idiota —dijo Conrado, el otro soldado que los acompañaba.

—Puedo ser bueno con los libros, pero en otros aspectos… —se lamentó, llevando la mano a su frente.

—Ya tendrá su oportunidad, señor. —Lo consoló Eric.

—Quizás, sí… Ya pueden retirarse, muchas gracias por todo.

—Si nos necesita, avísenos, señor.

Noah asintió y, finalmente, entró al establo, tomó su bolso de cuero y dejó el lugar. De camino al Palacio de Gobierno, vio a su padre acompañado del sujeto con el que había chocado. Retrasó un poco sus pasos, no quería volver a toparse con él, por lo que esperó a que se alejaran para seguir su camino. Ya averiguaría quién era y qué hacía allí.

8

—Primeros pasos —leyó en voz alta. Josh tomó el primero de la pila. Era un libro muy antiguo, a juzgar por la encuadernación de cuero, ya gastada por su uso y por el amarillo de sus hojas—. A ver qué demonios encuentra de divertido Noah en perderse días enteros en un montón de hojas y tinta.

Dejó correr las páginas hasta que estas se detuvieron por sí solas. Estaba en el décimo capítulo y comenzó a leer:

«Llegados a este punto, es necesario recordar que la importancia del uso del hechizo radica en el grado de dones que se hayan adquirido. Dicho esto, proseguiré con los pasos adecuados:

1. El individuo debe llegar al estado de semi-consciencia (ver cap. 5). No continuar de no dominar esta técnica a la perfección.

2. Una vez alcanzado, conectarse con su don hasta sentir su esencia misma.

3. Extender sus líneas más débiles primero y luego seguir en orden ascendente hasta llegar a la línea principal. Esto requerirá mucha práctica (ver cap. 6) y es otro paso fundamental.

4. Si ya domina la técnica de extensión, liberar cada línea en el mismo orden en que se la extendió. Si invierte el orden de cualquiera de ellas, no funcionará en lo absoluto.

5. Retener la línea principal hasta que su luz sea lo único que ocupe su campo visual. En este momento…"

La página había sido rasgada y algunas de las páginas siguientes habían sido arrancadas.

Desilusionado, Josh buscó el capítulo 5, para ver a qué se referían con lo de «estado de semi-consciencia» y, en este caso, el capítulo entero había sido arrancado. El sexto sí estaba, pero era prácticamente inútil sin el anterior.

Josh estaba ya muy molesto y no quiso seguir en ese libro que, al parecer, habría sido muy útil para su amigo de haber estado completo, pero alguien lo convirtió en un montón de hojas sin sentido. Lo dejó junto a los demás y tomó el siguiente en la pila. Era un libro algo más reciente que el anterior, o al menos, estaba mejor conservado. La escritura mostraba que el mismo autor del libro «Primeros Pasos» había escrito también «Siendo diferente». El título no prometía mucho, pero debía intentarlo y, esta vez, empezó desde el principio. Leyó algunas páginas y lo dejó sobre el primero. Era una especie de diario, donde el autor describía sus experiencias y sentimientos, sus memorias desde que podía recordar. A Josh no le pareció útil.

El tercer libro era de un autor diferente, los trazos de las letras eran más redondeados y mucho más suaves, escritos con la delicadeza distintiva de una mano femenina. Solo había firmado con sus iniciales: V.P.K. Como Josh no era un gran lector, el hecho que alguien firmara o no un libro no le despertaba ninguna clase de interés. En la primera página se podía leer "Profecías: el mundo de los sueños". De inmediato descartó el libro.

El siguiente era uno de pocas páginas, sin título ni autor. La caligrafía era pequeña y apretada, apenas legible. Hizo el intento, leyó dos párrafos y corrió la misma suerte que los anteriores. Ya con nulas esperanzas, tomó el último libro solo para descubrir que se trataba de una colección de cuentos.

El interés de Josh en esos momentos era encontrar algo que pudiera servirle a Quentin a controlar sus poderes y, en esos libros, no había nada de eso. Arriba de su cama, colgando del techo, se encontraba una cuerda al alcance de su mano, que hacía sonar fuera de la habitación

una campanilla para llamar a la enfermera. Josh tiró un par de veces de ella y momentos después, el rollizo rostro de la mujer asomó por la puerta. Mirka levantó la cabeza y le enseñó los dientes.

—¿Qué se le ofrece, joven? —preguntó sin levantar demasiado la voz.

—Desearía que vuelva el bibliotecario.

—Enviaré a buscarlo —dijo y cerró la puerta.

Josh esperó, impaciente, y a los pocos minutos llegó el bibliotecario, quien golpeó y aguardó a que respondiera antes de abrir.

—Joven, lamento que los libros no hayan sido de su agrado —dijo sin mirarlo directamente. Sus ojos volaban de un punto a otro de la habitación, sin detenerse más que unos pocos segundos.

—No es problema, lamento hacerte venir otra vez —respondió, y notó que los hombros del bibliotecario se relajaban levemente—. Uno de los libros estaba incompleto, le falta un capítulo y tiene varias páginas perdidas. Parecía interesante, pero es una lástima que esté en esas condiciones.

—Sé a cuál se refiere. Era un libro que pertenecía en un principio a la sección restringida, pero alguien se tomó el atrevimiento de dañarlo… Esa es la razón por la que ahora es público.

—¿Y cómo puedo conseguir uno de esos libros restringidos? Ya sabes, necesito algo más emocionante. No es que vaya a intentar alguna cosa, solo es que estoy aburrido y quiero que se me acelere la sangre, que me haga salir de esta habitación ¿me entiendes?

El bibliotecario asintió, aunque a Josh le pareció que no entendía esa clase de sensaciones ya que, podía apostar su cabeza a ello, toda su vida se la había pasado entre libros.

—Esos ejemplares no son, lo que se dice, emocionantes, joven. Todos ellos son estudios muy antiguos. Imagínese que ya no quedan magos vivos desde hace más de doscientos años. Hay experimentos, hechizos, lecciones para el uso de la magia… Dudo que lo encuentre interesante, joven.

—Ya me convenciste. ¿Conoces a alguien que cuente historias de magia?

—No, joven, lo lamento. Pero quizás podría hablar con mi tío, él conoce a alguien que…

—Déjalo, no importa —dijo Josh resignado.

—Muy bien. ¿Quiere que le traiga algún libro de aventuras, quizás? —preguntó el bibliotecario en un último intento. Josh le agradeció sonriendo—. Volveré en unos minutos —dijo y salió corriendo de la habitación.

A Josh no le gustaba mentir, lo consideraba una cobardía, pero notó la desilusión del joven bibliotecario cuando vino a retirar los libros y por supuesto también vio la alegría que le causó al aceptar uno más. Un poco por compasión y otro poco por interés, pensó que sería útil tener a alguien como él entre sus amigos, seguro que sabía muchas cosas que Quentin y él desconocían.

Aunque si lo pensaba con detenimiento, solo Quentin era su amigo. Solo él podía aguantar su impaciencia y su mal carácter, secundar sus locas ideas, acompañar sus travesuras y tratar de detenerlo cada vez que encontraba un motivo para pelear con alguien más. En ocasiones, incluso, hasta terminaba acompañándolo en sus peleas, aunque eran pocas las veces que lo hacía.

Un par de golpes en la puerta lo hizo sobresaltar; era el bibliotecario, que había regresado con un gran libro de tapas rojas.

—Este, joven, es uno de mis favoritos. Espero que lo disfrute.

—Muchas gracias. Por cierto, ¿cómo te llamas?

—Mi nombre es Tanáel, joven.

—Llámame Josh, no me gustan demasiado las formalidades, salvo con la gente que me cae mal, lo que es casi la mayor parte de la población de Sitnor y ciudades cercanas. —Josh rio y se

sostuvo la herida en el abdomen.

Tanáel sonrió mostrando unos dientes muy blancos y pequeños, lo que le daba la apariencia de un niño.

—Como guste, joven… perdón Josh. Creo que me será difícil acostumbrarme a llamarlo por su nombre, joven… Josh.

—Tómate tu tiempo. —Josh se estaba divirtiendo con los cambios de color del rostro de Tanáel, que de blanco pasó a rojo y, por último, a un cómico rosado.

—Debo retirarme, pero hágame saber si quiere un libro diferente. Podría pasar a visitarlo mañana, eso si usted no tiene problemas, no me gustaría molestarlo ni ser inoportuno, lo que menos quiero…

—Me agradaría un poco de compañía, muchas gracias —exclamó Josh alegremente.

Tanáel relajó los hombros y sonrió.

—Lo dicho, entonces, debo regresar.

—¡Te veré mañana!

Josh quedó solo de nuevo, a excepción de Mirka, pero dado que no podía hablar con la perra, no tenía otra opción más que leer.

«Sobre viajes, batallas y hechizos». Así se titulaba y, más abajo, aparecía el nombre del autor: Egil Zvezda. Los ojos de Josh se encendieron al leer la última palabra del título, aunque fue solo por unos instantes, ya que recordó que los libros que necesitaba no eran accesibles a la gente como él.

—Habrá que darle una oportunidad —se dijo y comenzó a leer.

Para su sorpresa, las primeras páginas lograron atraparlo lo suficiente como para mantenerlo entretenido hasta la hora en que llegó su padre, a mediodía. Dos fuertes golpes en la puerta lo sacaron del libro y quedó algo desorientado al volver a la realidad.

—Adelante —dijo y vio que Mirka estaba sentada junto a la puerta, moviendo la cola. Cuando se abrió, entró su padre. Josh se asombró al verlo pálido y ojeroso, siendo que era un hombre fuerte y saludable.

Como de costumbre, su atención se dirigió primero a Mirka; era al único ser en todo el mundo al que le demostraba su afecto, y el joven lo entendía, ese animal se había ganado el cariño de todos, menos el de su madre. Cuando Mirka era cachorra, le rompió varios vestidos, le mordisqueó dos pares de botas y, en sus juegos a velocidad desenfrenada dentro de la casa, hizo que unos cuantos jarrones de Morrau se estrellaran contra el suelo, haciéndose añicos.

El Gobernador volvió a sorprenderlo cuando al fin sus ojos se posaron en él y vio que sonreía.

—¿Cómo te encuentras, hijo?

«¡Vaya, me han cambiado de padre!» pensó, ya que solo lo llamaba Josh, o Joshua cuando lo regañaba. Y jamás le sonreía.

—Me duele bastante, en varias partes, pero es normal, ¿no? Estoy cortado por donde me mires —rio, algo nervioso por la actitud de su padre, quien volvió a sonreír.

—Pero estás vivo. El cuerpo se cura, aunque a veces no tan rápido como quisiéramos.

—Sí, es cierto…—Josh comprendió en parte el cambio en su padre, aun así intuía que algo más lo inquietaba—. ¿Tú estás bien?

El Gobernador se tomó unos segundos para responder. Mirka tenía su hocico sobre una de sus rodillas y él le acariciaba la cabeza con la mirada perdida.

—No debería hablarte de esto. —Josh abrió la boca para protestar, pero su padre levantó la mano para hacerlo callar—. Pero dadas las circunstancias, es necesario que Quentin y tú estén al tanto para que tomen precauciones. Ya no podrán salir tan seguido. —Josh estaba a punto de

protestar nuevamente—. Al menos por un tiempo, hasta que averigüemos más sobre el incidente de anoche. Estos sujetos no eran dos tipos corrientes que pretendían robarles y menos matarlos, los querían capturar vivos.

—¿Qué? ¿Cómo lo sabes?

—Santoro tenía una nota en una de sus manos. Al parecer, se la dejaron luego del ataque, convencidos que serían presa fácil sin su escolta. Pero no contaban con que unos muchachitos les darían batalla, no suponían un problema mayor al no haber completado siquiera su entrenamiento básico. Pero ustedes los vencieron. —El Gobernador hizo una pausa, Josh sabía que aún no había terminado y se imaginaba por donde iba a seguir la conversación—. No sé cómo, pero lo hicieron —suspiró y lo miró por unos segundos—. Aún no sé cómo y creo que tampoco quiero saberlo. He visto los cuerpos y no estoy seguro de querer saber qué sucedió en realidad. Es evidente que no nos están diciendo todo… y no los culpo.

—Padre, es un tema muy delicado.

—Comprendo, por eso no quiero presionarlos. Nos basta saber que pudieron acabar con esos mal nacidos y que ambos están con nosotros.

—¿A dónde querían llevarnos? ¿Quiénes eran?

—Eso aún no lo sabemos. La nota solo decía «Pronto tendrán noticias. Joshua y Quentin están en mi poder».

Josh se sentía confundido y, después de unos momentos, preguntó en voz baja:

—¿Por qué?

—Tampoco lo sabemos. —Su padre apoyó la mano sobre la suya—. Según Quentin mencionó, tenían acento del norte. ¿Tú recuerdas algo más? ¿El sujeto que te atacó te dijo algo?

—Solo dijo «maldito cachorro» cuando mi espada se clavó en su bota. —Josh sonreía—. En realidad fue gracioso, porque tropecé y para no caer de cara al piso me apoyé en la espada, que se clavó en su bota. Pudo haberme rebanado el pescuezo ida y vuelta por ese descuido, pero solo abrió los brazos y gritó «maldito cachorro» y le pedí perdón —dijo, ya riendo. Su padre lo miraba sin expresión alguna, pero luego comenzó a reír, al principio levemente y, segundos después, se sumó a las carcajadas de su hijo y terminó con lágrimas en los ojos.

Luego de unos minutos de silencio, el Gobernador se puso de pie.

—Debo marcharme ya, tengo una reunión importante; tu madre debe estar por traerte el almuerzo.

—Vendrá Ara, también vino esta mañana temprano.

—Ara… Es muy considerado de su parte. No solo es una niña bonita…

El rostro de Josh enrojeció de golpe, se sintió avergonzado y no solo por el comentario de su padre, sino también por su reacción a él.

—¡Ah ya veo, no solo a mí me parece una linda señorita!

—Padre, preferiría no...

—Está bien —sonrió; Josh había encontrado en el techo un nudo en la madera que le resultaba en exceso interesante—, ya debo marcharme. Volveré esta noche.

Al quedar solo, Josh retomó la lectura y continuó leyendo hasta que Ara regresó con el almuerzo.

9

Noah entró por la gran puerta ornamentada del Palacio de Gobierno, caminó hasta el final del pasillo y se detuvo frente a la última puerta. Buscó en uno de sus bolsillos y sacó un gran manojo de llaves. Tomó una de ellas y la introdujo en la cerradura, trató de girarla varias veces, pero la cerradura no cedió. Cambió la llave por otra similar y volvió a probar obteniendo igual resultado. Después de varios intentos, finalmente consiguió abrir la cerradura.

—Debo marcarla. —Noah apretó la llave por unos segundos, pero luego metió en su bolsillo todo el manojo junto de nuevo. Siempre decía lo mismo.

Una vez dentro, dejó las bolsas al lado de su escritorio, sacó sus libretas y comenzó a leer las anotaciones que había hecho horas antes. Luego tomó las bolsas de tela y vació el contenido de una de ellas frente a él. Había pequeñas cadenas con llaves de diferentes formas y tamaños, una nota en un idioma que él no conocía y un par de distintivos grabados con lo que creyó era el mismo lenguaje que el de la nota; uno de esos distintivos, de oro y no más grande que un botón, era el de Los Hijos del Águila. Pensó que todo estaba escrito en alguna clase de código, ya que mezclaba caracteres de los idiomas de las cuatro naciones y él los conocía a todos, pero no lograba entender lo que decía la nota ni las inscripciones en los distintivos.

Vació la otra bolsa separando su contenido de la primera y descubrió que las notas eran diferentes, al igual que los grabados de las insignias y, al verlo, se apresuró a buscar el que se había caído del bolsillo del sujeto con el que chocó. La inscripción también era diferente, quizás era el nombre de cada uno lo que estaba grabado en ellos. Debía hablar con su padre para averiguar quién era ese hombre así, tal vez, podría descifrar el contenido de esas notas.

Apartó los distintivos que tenía en sus manos y tomó los demás. Se parecían a las monedas que circulaban en cualquier ciudad, y podrían haber sido confundidas con facilidad de no ser por el broche que tenían detrás. Eran diferentes entre sí y tenían grabados tales como una corona atravesada por una espada, una bolsa cerrada, la cabeza de un caballo, un barco, la figura de un hombre con una lanza en su pecho y lo que parecía ser un libro abierto. Eran diferentes los que llevaba cada uno de los hombres que habían atacado a Quentin y Josh, algunos de cobre, otros de plata y solo uno de oro.

—Quizás son los logros que consiguió cada uno —pensó en voz alta. Se levantó de la silla y se dirigió a su biblioteca, un enorme mueble de seis estantes donde conservaba sus preciados libros. Siempre podía encontrar en ellos algo que lo ayudara, aunque eso significara encerrarse por días en su estudio.

Cuando Noah levantó sus ojos de las amarillentas páginas de un viejo ejemplar de historia, estaba anocheciendo. Estaba sentado en el piso de piedra y a su alrededor se encontraban varias pilas de libros, algunos cerrados y otros abiertos. Aunque lo que leyó le ayudó a refrescar su memoria, no logró dar con lo que necesitaba. Al ponerse de pie, estiró su cuerpo entumecido y decidió salir a tomar un poco de aire.

Detrás de uno de los estantes, había una puerta escondida en el muro, donde solía guardar las cosas importantes, y allí fue a dejar su libreta de anotaciones y las pequeñas bolsas donde tenía las insignias que encontró en los cuerpos de los dos extraños que investigó la noche anterior.

El cielo estaba oscuro ya cuando cerró las talladas puertas del Palacio de Gobierno y decidió dar un paseo por los jardines de la Plaza de la Fuente, uno de sus lugares favoritos dentro de los muros de Ciudad Capital. Allí podía recostarse en la hierba, dentro del laberinto de arbustos, a

contemplar el cielo sin que nadie lo molestara o sentarse en el borde de la fuente y escuchar el tranquilo sonido del agua cayendo en un ciclo sin fin, mientras acallaba su mente y disfrutaba de la refrescante brisa que corría en las tardes.

Miraba el oscuro cielo sobre él, recostado en el borde de la fuente, cuando de pronto recordó las heridas que habían sufrido los sujetos que atacaron a su hermano y a Josh. Del sobresalto casi cae al agua; algo extraño había en ellos y no podía descifrar qué era. Se levantó rápidamente dispuesto a hablar con ellos, por lo que se dirigió directo a la enfermería, donde seguro estarían.

10

—Veo que aún estás vivo —rio Quentin sin esperar a que Josh dijera nada. Mirka lo recibió saltando sobre él ni bien puso un pie dentro de la habitación.

—Más vivo que nunca, hermano.

—¿Cómo te encuentras? —Se sentó en una silla que acercó a la cama y la perra se sentó a su lado, para jugar a morderle la mano.

—Tuve días mejores.

—¿Encontraste algo en los libros?

—No, el bibliotecario me dijo que lo que necesitamos solo es accesible para los monjes o estudiosos.

—¿Y ahora qué? No puedo preguntarle a cualquiera.

—Es claro que no.

—Deberíamos olvidarnos de todo este asunto, dejar las cosas como están.

—¿Tú crees? Es algo que no puedes desaprovechar.

—Tampoco puedo aprovechar, dadas las circunstancias. —Quentin notó que le resultaba incómodo hablar sobre el tema, por lo que se puso de pie para calmar a Mirka, cuyos juegos ya estaban empezando a volverse un poco… revoltosos—. Tranquila, pequeña, o nos sacarán a patadas de aquí.

—Tanáel tiene que poder ayudarnos… —dijo Josh pensativo, sin poner atención a lo que hacían.

—¿Quién? —Lo miró apenas, mientras trataba de hacer que Mirka se echara en su almohadón y se calmara de una vez—. Demonios, dile algo.

—Un tímido bibliotecario que conocí de casualidad esta mañana. —Josh volvió a ignorarlo, por lo que Quentin se sentó en el suelo y empezó a rascarle la panza, para distraerla—. Con dos palabras que cruzamos ya hice que se sintiera mi amigo.

Mirka se echó a su lado y dejó de jugar.

—Eso no está bien Josh, no podemos utilizar a las personas por interés.

—Pero en serio me cayó bien —protestó Josh.

—A ti nadie te cae bien —respondió, escéptico.

—Algunas veces sí —sonrió—. Deberíamos intentarlo. Si él confía en nosotros, si logramos que sea nuestro amigo, entonces quizás podemos hacer que nos consiga uno de esos libros, uno que te ayude.

—¿Pero qué sucedería si lo descubren? Vamos a poner en riesgo su reputación, acabará limpiando establos el resto de su vida. ¿Y qué pasará con nosotros? No creo que vaya a ser tan tonto como para no delatarnos. Además, nuestros padres nos matarían.

—Eres frustrante. ¿Por qué siempre tienes que pensar en todo?

—Alguien tiene que hacerlo —dijo Quentin con una sonrisa.

—Ya, está bien, no usaré a Tanáel… pero si él se ofrece… —Alguien dio tres golpes en la puerta—. Voluntariamente…

—No, Josh, no lo haremos. —Quentin, se puso de pie, se dirigió a la puerta y, al abrirla, se encontró a un joven pálido y delgado. Debía ser el bibliotecario. Con timidez, el joven saludó a Quentin hablando con nerviosismo.

—Tanáel, ven, siéntate —dijo Josh con voz alegre.

Luego de presentarse con Quentin, el joven bibliotecario tomó una silla y la acercó a la cama, también. Josh y él comenzaron a hablar sobre el libro que le había llevado esa mañana, mientras Quentin los observaba, sin intervenir. Mirka se había dormido, al fin.

Por lo general, Josh era más del tipo de persona que hacían enemigos por donde iban y, si bien era simpático, solía hacerlo por simple cortesía. Sin embargo, parecía que este tal Tanáel le caía bien de verdad. Era amable, parecía sincero y además era muy inteligente, Quentin lo notó en la forma en que utilizaba las palabras; no era usual escuchar a alguien expresarse como su hermano Noah. Sin duda lo necesitaban, Josh estaba en lo cierto, pero no podían utilizarlo como a un esclavo, tendrían que encontrar otra forma de buscar lo que necesitaban.

Luego de unos minutos, la conversación fue cambiando hacia otros temas, por lo que Quentin decidió unirse a la charla.

Unas horas después, los interrumpió alguien que llamó a la puerta. Era Ara, que llegaba con la cena para Josh y Mirka.

—Aquí estás —dijo, a modo de saludo, cuando Quentin abrió la puerta.

Ara besó a su hermano en la mejilla y dirigió su mirada a Josh primero y luego a Tanáel. Quentin los presentó y el bibliotecario, luego de las formalidades, se despidió prometiendo volver al día siguiente.

—¿Qué se traen entre manos? ¿De dónde lo sacaron?

—Ara, no hables así. —La regañó Quentin, frunciendo el ceño.

—Perdón, pero ustedes no suelen hacer amigos tan fácilmente, algo están tramando —respondió ella, ofendida.

Quentin y Josh se miraron por un muy breve instante.

—Nada, es un amable bibliotecario que vino a traerle unos libros a Josh.

Ara lo miró a los ojos por unos segundos.

—Estás mintiendo. —La muchachita tenía el ceño fruncido cuando habló.

—Ara…

—Madre me necesita. Lleva las bandejas a casa y asegúrate de llevar a Mirka para que puedan atender a Josh. Hasta mañana —dijo, molesta, y dejó la habitación.

—Ara no puede saberlo, Josh, no puede saber lo que hice —dijo en voz baja ni bien su hermana cerró la puerta.

—No diré nada, quédate tranquilo. ¿Tienes alguna noticia?

—Mi padre me dijo que intentaban secuestrarnos.

—Lo mismo dijo el mío, pero que aún no sabían por qué querrían hacerlo.

—Pues entonces no sé más que tú. Solo vi a mi padre unos minutos, me hizo algunas preguntas, aún no entienden cómo murió el tipo que te atacó.

—Pero lo intuyen, aunque mi padre me dijo que eso no importaba en estos momentos, solo se conformaba con que hubiéramos regresado.

—Por supuesto que algo sospechan y mi padre no fue tan comprensivo, él sí quiso saber. Pero le dije que había sucedido todo muy rápido y no recordaba —dijo Quentin algo preocupado.

—No te creyó— dijo Josh con una sonrisa.

—Claro que no, pero no insistió, sabe que no diré nada más.

—Ya lo olvidarán, dudo que sigan con este asunto por mucho tiempo. —Lo tranquilizó Josh.

—Quizá, pero mientras tanto tratemos de continuar con la misma historia, y no arruinar todo.

Josh asintió. Quentin se había recostado sobre la silla y miraba el techo mientras su amigo terminaba la cena.

—Tengo una duda. —Le dijo antes de meterse un trozo de carne asada a la boca.

—Dime —respondió Quentin sin moverse.

—En uno de los libros que leí, decía algo sobre entrar en estado de semiconsciencia…

—¿Qué se supone que es eso? —Lo interrumpió Quentin.

—No lo sé, faltaba ese capítulo, al igual que otros partes específicas.

—Muy útil.

—Calla, déjame seguir. —Lo reprendió Josh y Quentin solo asintió—. Luego, hablaba de conectarse con la esencia del don y después, y aquí es donde estoy en duda, decía de extender las líneas más débiles a la más fuerte, hasta que su luz sea lo único que se vea. Ahora pregunto: ¿Sentiste algo en ese momento? ¿Viste alguna luz?

Quentin se tomó un tiempo para responder, ya que no se había detenido a pensar qué sintió en esos instantes.

—No, no que recuerde al menos. Hace algunos años vi en mi interior algo parecido a una luz, pero no recuerdo mucho más.

—¿Cuántas veces te sucedió? —Josh bajó la voz.

—Cuatro —dijo Quentin, luego de pensar por unos segundos—. Las veces anteriores fueron solo tonterías comparadas con lo de la última vez.

—Nunca te agradecí por lo que hiciste, creo que no hubiéramos salido vivos de no ser por ti.

—No hace falta —dijo Quentin, quitándole importancia, mientras seguía mirando el techo—, tú hubieras hecho lo mismo por mí.

—A decir verdad, no. No se me da bien eso de la magia.

Quentin comenzó a reír.

—Cuando quieres, puedes ser un completo idiota —dijo y, luego de unos momentos, agregó—. Debes conseguir nuevamente ese libro, así puedo leerlo.

—Pero está incompleto.

—Seguro encontraré algo que me pueda ser útil.

—No sé si recuerdas que ya rechacé ese libro, va a ser sospechoso que vuelva a pedirlo.

—¿Sabes si alguien revisa los registros de los libros que salen de la biblioteca?

—¿Alguien como quién? ¿Nuestros padres? —preguntó Josh, y él mismo se respondió—. Dudo que les interese quien lee tal o cual cosa.

—Entonces que Tanáel piense lo que se le dé la gana, dile que te pareció que encontraste algo en ese libro que se relaciona con lo que estás leyendo.

—Ya debe saberse ambos libros de memoria, no creo que vaya a engañarlo con eso.

—Aun así, dudo que te contradiga.

Josh asintió, no se atrevería a hacerlo.

—Haré que lo traiga por la mañana, y creo que sería mejor que leyeras aquí… ya sabes, por si alguien de tu familia te ve con él —dijo y terminó de masticar el último trozo de carne.

Quentin estuvo de acuerdo y, tomando la bandeja que le ofrecía Josh, llamó a Mirka para que lo acompañara y así la enfermera podría revisarle las heridas.

11

El mayor de los Guna se cruzó en su camino ni bien dejó la enfermería.

—Hola, hermanito, ¿ya de salida?

—¡Noah! —dijo Quentin sonriendo—. Tengo que llevar esto a casa y, de paso, sacar a Mirka para que la enfermera pueda hacerle las curaciones a Josh, ¿vienes?

Noah aceptó acompañarlo, ya que deseaba hablar con ellos sin haberlos prevenido antes. Estaba seguro que no dijeron toda la verdad y a él no le gustaba quedarse con dudas. Esperó a su hermano en el patio mientras este dejaba los trastos en la cocina y se sentó en un banco, mirando a Mirka correr de un lado al otro, olisqueando aquí y allá.

La blanca luz de la luna acariciaba con suavidad las superficies, y creaba sombras sorprendentemente claras, como si todo lo que tocara fuera translúcido. Algunas luciérnagas se paseaban de aquí a allá, en una danza que solo ellas parecían comprender, encendiéndose y apagándose sin cesar.

—Que bellas son —dijo Quentin de repente, como pensando en voz alta.

Noah lo miró, no había notado que su hermano ya había regresado.

—¿De qué hablas?

—Las estrellas. A veces pienso que me gustaría… Ya sabes… Ser una de ellas —respondió con cierta timidez.

Noah se quedó mirándolo, no entendía por qué su hermano pensaría algo así. Estaba a punto de preguntarle a qué se refería, cuando Mirka comenzó a aullar y a rasguñar la puerta de madera que separaba el patio de su casa del patio central, ya quería regresar con su «cachorro».

—¿Vamos? Me gustaría saludar Josh. —Noah se puso de pie.

Ambos cruzaron el patio central, mientras Mirka trotaba delante de ellos. Entraron y se dirigieron directamente a la habitación donde se encontraba Josh, bajo la seria mirada de la enfermera.

—Buenas noches, Josh, me alegra encontrarte bien —saludó Noah y, sin perder el tiempo, agregó—. Ya saben que no me gusta andar con vueltas. ¿Se imaginan por qué estoy aquí?

Los muchachos se miraron y luego negaron moviendo la cabeza de un lado al otro.

—Pues me tocó examinar los cadáveres de los sujetos que los atacaron, y quiero saber qué fue lo que sucedió.

—Pensé que ya te habían contado —respondió Quentin y Noah notó algo de nerviosismo en su voz.

—Me contaron una versión, pero yo quiero la verdad.

—No sabemos en realidad qué pasó —dijo Josh—, uno de ellos simplemente… cayó al suelo.

—Con el cuello roto y sin marcas que indicaran que alguien lo golpeó, de hecho, sin ningún tipo de marcas. —Noah terminó la oración mientras observaba la reacción de los muchachos, pero no se les movió ni un músculo. Luego, su vista se posó en el libro que estaba sobre la cama—. ¿Así que «Viajes, batallas y hechizos», eh? No sabía que también te gustaba leer. —Esta vez sí hubo un movimiento. Josh intentó cubrir el libro con la manta, pero ya era tarde—. ¿Quién de los dos fue?

Solo silencio. Quentin y Josh estaban petrificados. Noah comenzó a pasear por la habitación, y habló como si estuviera solo.

—Bien. Sé que el decapitado tenía multitud de cortes por todos lados. El del cuello roto, en

cambio, tenía un gran corte en un costado, pero eso no lo hubiera matado, y parece que una espada le atravesó bota y pie por igual. A juzgar por el estado en que se encuentran ustedes dos —dijo sin quitarles la vista de encima—, diría que Quentin decapitó a uno y Josh... —Los muchachos eran de las pocas personas de la ciudad que lo respetaban y admiraban. La mayoría se burlaba de su torpeza y porque siempre parecía distraído. De no haber sido así, sabía que lo hubieran mandado al demonio apenas hizo la primera pregunta—. Claro, Josh ya estaba demasiado herido para ese entonces. Quentin, concentrado en su propio enfrentamiento, no notó que su amigo estaba en aprietos hasta que, quizás, este cayó al suelo, y fue en ese momento que hizo uso de su poder. Si Josh hubiera podido utilizarlo antes, no estaría aquí ahora, en una cama recuperándose, ¿me equivoco? —Y mientras miraba a Josh a los ojos, agregó—: hubieras acabado con tu contrincante a la primera, ¿no es así?

—Tienes razón —dijo Josh, mirando a Noah con admiración.

—¡Josh! —Lo reprendió su amigo.

—Perdón, Q, pero el condenado es muy bueno.

Noah no pudo contener la risa mientras los miraba discutir.

—Maldito seas, Josh, no diríamos, nada ¿recuerdas?

—Yo no lo dije, él lo hizo —dijo señalando a Noah.

—Yo no lo dije, lo dijeron los cadáveres. —Los muchachos lo miraron con expresión de desconcierto—. Olvídenlo, nunca entienden mis chistes. —Terminó Noah con desilusión.

—¿Ya se los dijiste? —preguntó Quentin con cierto pánico.

—Acabo de descubrirlo ahora que los he visto.

—Por favor, no se los digas, por lo que más quieras —suplicó su hermano—. No es algo que pueda manejar a mi antojo, más bien, solo me saca de apuros en situaciones urgentes.

—Como salvar a Josh, por ejemplo…

—Sí, como salvar a Josh —dijo Quentin, resignado, sin quitar la vista de sus manos.

—¿Y cuántas veces lo salvaste?

—Solo esta vez.

—¿Cuántas veces usaste estos poderes tuyos?

—Un par de veces.

—¿Conscientemente?

—Ninguna… Solo sucede. Muchas veces quise que sucediera algo y no pasó nada, y un par de veces solo sucedió.

—¿Así? ¿Solo sucede? —Noah había leído algunos libros sobre magia y hechizos, muy dentro suyo deseaba haber tenido alguna vez alguna clase de poder, pero nunca logró nada, y no entendía muy bien cómo era que funcionaba la magia.

—Sí, así sin más… Solo sucede. —Luego de unos minutos de silencio, agregó—: ¿Tú sabes algo? ¿Puedes ayudarme?

—No —mintió—, y si supiera tampoco lo haría. Los magos deben ser reportados, Quentin.

—Noah, por lo más sagrado, no lo hagas.

—No lo haré. No sabes hacer uso y, por tu propio bien, te recomiendo que no intentes hacerlo nuevamente, ni intentes averiguar nada respecto a la magia. Esto va para los dos: olvídense de este asunto. Si algo así vuelve a ocurrir va a resultar demasiado sospechoso y no creo que lo dejen pasar.

—Lo olvidaremos —dijo Josh y Quentin asintió en silencio—. ¿Qué les dirás a nuestros padres?

—Nada, no les interesa —dijo Noah y encogió los hombros.

—¿Entonces por qué querías tú saberlo? —preguntó Quentin algo molesto.

—Solo curiosidad —contestó Noah, divertido—. Ya debo marcharme, que tengan una buena noche —agregó, dio media vuelta y se dirigió a la puerta. Antes de salir, los miró y vio una mezcla de expresiones en sus rostros, seguramente querrían golpearlo por el mal rato que les hizo pasar y la idea lo divirtió aún más.

12

Luego de visitar a su madre y a su pequeño hermano, Noah salió de la habitación y se sentó en el comedor principal.

Era un salón amplio, de piso de madera y muros de piedra, como todas las casas de Sitnor. Tenía, de un lado, dos grandes ventanales separados por la pesada puerta de roble que era la entrada principal a la casa. Solo abrían cuando tenían invitados, ya que generalmente utilizaban la salida al jardín o la puerta de servicio. En ambos extremos del salón, había dos grandes chimeneas que se encendían cuando empezaba el otoño y recién se apagaban al final del invierno. Sobre la mesa colgaba de las vigas del techo un enorme candelabro que iluminaba la sala con una tenue luz.

Noah había contado infinidad de veces las velas que tenía, eran veintiséis en total, aunque siempre lo olvidaba. Sobre la larga mesa había cuatro candelabros con tres velas cada uno. Recordó que cuando era niño solía ayudar a hacer velas; incluso había encontrado la manera de darles color, para fascinación y gran orgullo de su nana.

Escuchó la puerta de la habitación de abajo, y los pasos de su padre que se dirigían hacia el comedor.

—¿Qué deseabas hablar conmigo? —Le preguntó.

—Quería saber quién era el hombre que estaba contigo en la mañana, cuando entraste al Palacio de Gobierno, el que vestía todo de negro. —Noah hablaba mientras sus dedos nerviosos tamborileaban en la mesa.

—Su nombre es Reda Almairon. Es un comerciante de la frontera norte ¿Por qué quieres saber?

—Tuve un pequeño encuentro con él antes que se reuniera contigo, por accidente le arranqué un bolsillo de su camisa y cayó un distintivo igual al que llevaban consigo los sujetos que atacaron a Quentin y a Josh. De hecho, ahora que lo pienso, la camisa que usaba era también como la de ellos… Eso sí que es extraño.

—¿Qué dices? —El rostro de su padre palideció.

—Que ese comerciante está relacionado con el ataque y sé que tiene muy mal temperamento, casi me mata con sus propias manos. ¿Sabes cuántos días se quedará aquí?

—Tres o cuatro, a lo sumo —dijo Rob casi sin pensar, el hombre aún no salía de su asombro. Noah se puso de pie y se dirigió apurado hacia la cocina.

—Hijo, ¿a dónde vas?

—Debo buscar algo —dijo Noah. Llegando a la puerta de servicio se cruzó con Quentin que llegaba de la enfermería—. Ven conmigo. —Lo tomó del brazo y lo hizo girar sobre sus talones.

—¡Noah, espera! —dijeron a coro su hermano y su padre, pero él no los oyó.

—No hay tiempo, te explico en el camino. —Noah soltó el brazo de su hermano y se largó a correr.

—Noah, ¿qué ocurre? —Quentin lo alcanzó llegando a las puertas enrejadas.

—Recuerdas a los sujetos que los atacaron, ¿no? Su vestimenta, su acento… Bueno, resulta que hoy encontré a uno más de ellos por accidente, de hecho me choqué con él. Casi me golpea, por suerte dos soldados llegaron y me salvaron de la paliza —rio—. Retomando, en ese accidente, arranqué uno de sus bolsillos y se le cayó un distintivo igual al que llevaban los cadáveres.

—¿Y a dónde vamos?
—A la Posada del Tuerto, pues.
Quentin se detuvo y Noah corrió un par de metros más hasta que lo notó.
—Noah, la posada está hacia el otro lado. —La confusión del muchacho era evidente.
—Tienes razón —contestó Noah volviendo sobre sus pasos.
—Voy a matarte… —dijo Quentin frustrado.
—Corre hermanito. —Noah rio al pasar a su lado.

Las espesas nubes pintaban la oscuridad del cielo nocturno, ocultando a los brillantes astros, y poco quedaba ya de la agradable noche de hacía unas horas. Los hermanos corrieron casi hasta llegar a la posada y se detuvieron unos metros antes para recuperar el aliento y observar el lugar.

La abundante arboleda que rodeaba la posada y la escasa luz limitaban su visión, por lo que decidieron acercarse lentamente hasta encontrar una ventana por la que pudieran, quizás, localizar al hombre que buscaban. Como llegaron por la parte trasera para evitar ser vistos, comenzaron a husmear en las ventanas de las habitaciones. Habían acordado no separarse, a pesar de saber que eso los retrasaría; sin embargo, les pareció mejor permanecer cerca, por si había problemas.

Fueron de ventana en ventana tratando de adivinar cómo se vería el equipaje del comerciante. La mayor parte de las habitaciones estaba a oscuras, por lo que supusieron que estarían desocupadas. En ninguna de las que estaban iluminadas vieron algo que les sugiriera que el comerciante se alojaba allí.

Siguieron avanzando, hasta que llegaron al salón común, donde regularmente se juntaban tanto huéspedes como habitantes de la ciudad a comer y beber. Buscaron entre las numerosas personas que allí se hallaban hasta que Noah lo vio. Un sujeto delgado, de piel morena, cabello negro y gestos despectivos.

Estaba sentado en una mesa en un rincón, en una mano tenía una copa de vino y en la otra un libro no muy grande. Levantaba la vista de su libro constantemente, miraba a su alrededor y retomaba la lectura al instante. Una joven mujer con un colorido vestido se acercaba cada pocos minutos para llenarle la copa y, cada vez que lo hacía, llegaba sonriendo y se iba con una mueca de disgusto cuando el sujeto la apartaba con un gesto de su mano.

—Parece que estuviera esperando a alguien —susurró Noah.

Las horas pasaron y, de a poco, la gente comenzó a retirarse del lugar. Algunas ventanas se iluminaron a la derecha de donde se encontraban, y proyectaron una tenue luz sobre la vegetación.

De repente, Quentin oyó un crujido, como el de una rama al quebrarse, y giró la cabeza hacia donde provino el sonido. La luna se asomó entre las nubes por unos breves instantes, pero lo suficiente para iluminar a dos personas que se acercaban a ellos. Llamó la atención de Noah con un suave golpe en su brazo.

—Alguien se acerca —dijo en voz baja.

—¡Vámonos! —respondió Noah y empezaron a correr hacia los arbustos.

Alcanzaron a escuchar a un hombre gritarles que se detuvieran, pero lo ignoraron y se escabulleron entre las sombras. Un haz de luz parecía guiarlos por donde corrían, ya que todo a su alrededor continuaba a oscuras.

—Debemos separarnos —dijo Quentin al cabo de unos minutos. —Tú regresa a lo del Tuerto y yo los distraeré. Necesitamos saber si realmente estaba esperando a alguien. Quédate escondido entre los arbustos y, cuando los veas pasar, cuenta hasta cien y regresa.

—¿Estás seguro? No traes armas, ¿qué harás si te atacan?

—Tengo un cuchillo en la bota. No te preocupes, no dejaré que me alcancen.

—Ten cuidado —dijo Noah, angustiado.

—Tú también —respondió Quentin antes de continuar internándose entre los arbustos.

Noah hizo unos pasos hacia un costado y se recostó en la tierra, entre la vegetación, mientras esperaba a que pasaran quienes los perseguían. Minutos después oyó un insulto y un murmullo. Las nubes que habían estado cubriendo el cielo se retiraron y Noah comenzó a ver con más claridad. Vio a lo lejos las siluetas de tres hombres que corrían hacia donde Quentin se había ido.

«¡Son tres! Ojalá no lo alcancen» pensó, nervioso, y al llegar al número cien, o eso creyó, emprendió el regreso a la posada.

Al llegar, se quedó entre los arbustos unos momentos mientras se aseguraba que no hubiera nadie más alrededor. Rodeó todo el edificio tratando de no hacer ningún sonido, desde la seguridad que le ofrecía la vegetación. Cuando se convenció de que nadie vigilaba, se acercó al ventanal del salón desde donde habían visto al comerciante. Aún se encontraba allí, como si nada sucediera, repitiendo los mismos movimientos que antes. Noah esperó un rato y estaba ya por largarse cuando se acercó uno de sus hombres y le dijo algo. El comerciante cerró su libro, se puso de pie y lo siguió sin decir una palabra.

A Noah le corrió un frío por la espalda, temiendo que hubieran capturado a Quentin. Vio como ambos hombres salían por la puerta principal, que estaba justo en frente de su ventana, por lo que rodeó el edificio corriendo para poder seguirlos.

Tanto el comerciante como quien lo acompañaba, se dirigieron hacia donde antes habían escapado él y su hermano. Noah iba escondiéndose de arbusto en arbusto, mientras buscaba en sus bolsillos algo que pudiera usar si necesitaba ayudar a Quentin, pero no llevaba nada de utilidad. Los siguió un largo rato hasta que llegaron a una arboleda, se adentraron en el bosque y caminaron por unos minutos hasta que el comerciante se detuvo. De detrás de un árbol salió una mujer de baja estatura cubierta con una larga capa oscura. Noah no podía ver su rostro, a pesar de la luz de la luna, ya que se ocultaba bajo la capucha.

No parecía que hubiera nadie más alrededor; como no podía tampoco oír nada de lo que decían, se fue lentamente por donde había llegado. No se atrevió a acercarse más y quería asegurarse de que su hermano estuviera a salvo. Cuando alcanzó el límite del bosque, tomó un camino diferente para regresar a la fortaleza, corriendo lo más rápido que era capaz.

Ya debía ser más de medianoche, la ciudad estaba desierta y no había luces en ninguna ventana. Solo se cruzó a un par de perros que vagaban buscando algo que comer.

Cuando al fin llegó, recorrió toda la planta baja tratando de encontrar a Quentin, pero fue en vano. Subió los escalones corriendo y entró en la habitación de su hermano, para encontrarla vacía. Cerró la puerta y se dirigió a su cuarto.

«Quizás me espera aquí» pensó y, al igual que el anterior, también estaba desierto. Noah estaba al borde del ataque de nervios, pero decidió esperar un poco más antes de avisar a su padre.

Bajó y se quedó en la cocina, comiéndose las uñas y estuvo el resto de la noche entrando y saliendo. Paseaba por el patio y volvía a entrar. El tiempo pasó, se hizo el cambio de guardia y aún no tenía noticias de su hermano.

El estómago le ardía de los nervios y ya no faltaba mucho para el amanecer. Estaba por ir a despertar a su padre cuando, al fin, Quentin entró por la puerta de servicio.

—¡Quentin, estás bien! —dijo Noah en un suspiro y su hermano lo miró con asombro—. Estaba preocupado, la última vez que supe de ti, ibas corriendo con tres tipos detrás.

—No me alcanzaron —dijo Quentin, como si nada.

—Ya veo. ¿Dónde te habías metido?

—Cuando nos separamos, corrí hasta llegar al bosque y trepé a un árbol para esconderme. Desde ahí pude ver a los tipos que me perseguían, los idiotas siguieron corriendo hasta vaya a saber dónde. Cuando estaba por regresar vi que había movimiento no muy lejos, se acercaban dos personas, así que supuse que podría llegar a ser algo interesante. Eran una mujer y un hombre. Traté de ubicarme en un lugar más cómodo, por lo que me fui moviendo de árbol en árbol hasta situarme encima de ellos. No mucho después llegó el comerciante con uno de sus hombres y, detrás de ellos, llegaste tú. ¿Por qué te fuiste?

—No podía escuchar nada, y no me atreví a acercarme más. ¿Qué escuchaste?

—Hablaron en un idioma que no conozco. Algunas veces había palabras que me sonaban familiares, pero no logré entender nada.

—¿Y para qué te quedaste tanto tiempo?

—Para seguir a la mujer, que había quedado sola.

—¿Y? —preguntó Noah al ver que su hermano no era claro en sus respuestas.

—Pues saliendo del bosque montó un caballo y se perdió de vista.

—Así que resulta que nos desvelamos para nada.

—Exacto. —Quentin guardó silencio por unos momentos, pero continuó cuando su hermano lo miró—. Noah ¿Por qué debíamos ir nosotros a la taberna? ¿No sería mejor que solo lo arrestaran los guardias? Estamos espiando a ese sujeto sin tener razones.

—Por lo que pudimos saber, su intención era llevarlos a ti y a Josh. Ese tal Reda Almairon… no sabemos quién es en realidad, viste igual que los sujetos que mataste y parece que tiene alguna relación con ellos, pero no podemos detenerlo sin motivos. Debemos forzarlo a que haga algo en nuestra contra y sería mejor aún si consiguiéramos que nos dijera cuáles son sus intenciones aquí. No se me ocurrió cómo podíamos lograrlo, más que intentar acercarnos a él.

—Ya veo… Deberíamos dormir un poco —dijo Quentin estirándose.

Noah estuvo de acuerdo pero, subiendo las escaleras, se toparon con su padre que los retuvo hasta bien entrada la mañana, interrogándolos primero y sermoneándolos después. Cuando al fin quedaron libres, ya no podían hacer más que cumplir con sus tareas habituales, no era hora para acostarse.

El resto del día pasó sin sobresaltos y, por la noche, cuando ya todos se disponían a descansar, Noah oyó tres rápidos golpes en su puerta.

—No, Quentin… —dijo el muchacho. De niños, esa era la forma en que su hermano llamaba cuando quería jugar, por lo que se levantó de muy mala gana y abrió la puerta. Quentin entró rápidamente.

—¿Estás listo? —preguntó divertido.

—Listo para una hermosa noche en mi cama. —Noah se acostó y se cubrió hasta la cabeza.

—Nada de eso, tenemos que ir a ver al comerciante.

—¿Y qué quieres? ¿Qué vayamos a verlo leer? Olvídalo.

—Tú te lo pierdes. —Quentin salió de la habitación.

Noah se quedó sin moverse, pero se levantó de un salto, luego de unos segundos.

—Demonios, Quentin, tú y tu persistencia. —Se quejó mientras se vestía. Salió con las botas en las manos para alcanzar a su hermano. Cuando llegó a su habitación, la puerta se abrió antes que pudiera golpear. Quentin lo miró asombrado, seguramente no esperaba encontrarlo agachado poniéndose una bota y con el puño de la mano libre, cerrado y en alto. Noah terminó de acomodarse y, sin decir una palabra, caminaron los pocos pasos que los separaban de la escalera.

Saliendo de la casa, Noah dijo que debían pasar por su estudio.

—¿Es urgente?

Noah asintió y se dirigieron hacia el Palacio de Gobierno. Ambos entraron y caminaron hasta al final del pasillo. El mayor de los Guna sacó su gran manojo de llaves e introdujo una en la cerradura, que no hizo que la puerta se abriera.

—Puede tomarme unos minutos… —Noah se acomodó el cabello. Quentin se sentó en el suelo y apoyó la espalda en la pared de piedra blanca. Después de muchos intentos, al fin, consiguió abrir la cerradura, pero Quentin solo se puso de pie una vez que Noah regresó al corredor.

Fueron por un camino diferente al que usaron la noche anterior para evitar que ojos indiscretos los vieran y, al llegar, se ocultaron en los arbustos para comprobar que no hubiera alguien vigilando. Al ver que no había nadie alrededor, se acercaron al ventanal del salón y allí estaba el objeto de su interés: sentado en la misma mesa, leyendo por minutos, levantando la mirada y regresando a su lectura a los pocos segundos. A medianoche, el comerciante se retiró a su habitación. Quentin y Noah esperaron unos minutos antes de dejar su escondite y regresaron a su hogar algo frustrados.

13

Después de tres noches de constante observación, el comerciante cambió su rutina. Al llegar, no encontraron a nadie vigilando, como las noches anteriores, pero se sorprendieron al ver que el comerciante no estaba en su mesa habitual.

—Debe haberse marchado —susurró Noah.

—Esperaremos —contestó Quentin.

—Creo que no es una buena idea, deberíamos irnos ya.

—¿Qué dices?

—¿No te parece extraño que, a pesar de que nos vieron la primera noche, no hayamos encontrado nunca a nadie vigilando?

—Habrán pensado que no volveríamos. —Quentin se encogió de hombros.

—No lo sé, esto no me gusta.

—Deberías escuchar a tus mayores, niño —dijo una voz grave, de acento pyebrano, detrás de ellos. Ninguno de los dos se atrevió a moverse—. Pónganse de pie —ordenó.

Ambos sintieron el frío de un filo en sus cuellos y se pusieron de pie, sin mover ni un músculo de más.

—Caminen, *bastarrdos* —dijo una segunda voz.

Los condujeron a empujones por los arbustos hasta un claro, donde había una fogata encendida. Al llegar, les ataron las manos y los obligaron a arrodillarse. Los muchachos quedaron de cara al fuego y no había nadie frente a ellos. Escuchaban murmullos, pero no podían oír lo que decían.

Quentin, aun sin saber qué era lo que estaba sucediendo, comenzó a pensar en cómo salirse de esa situación. Se lamentó de que Josh no estuviera con él, ya que con solo una mirada, se entendían a la perfección, pero Noah… Noah estaba claramente fuera de sí. El cabello largo y revuelto se le había pegado en la frente, perlada con gotas de sudor; estaba más pálido de lo habitual y tenía la vista perdida entre las llamas. Su boca se abría y cerraba, como la de un pez fuera del agua, en un esfuerzo por respirar.

—Psst Noah —susurró.

Noah cerró la boca y lo miró unos instantes, como si fuera un desconocido, para luego regresar al estado anterior.

—Maldición —murmuró Quentin. Pensó por un instante que quizás podría estar fingiendo. En ese momento se dio cuenta de que debía hacer algo urgente para sacarlos de ahí. Cerró los ojos y trató de concentrarse en los sonidos que había a su alrededor. Si eran solo dos personas, además del comerciante, podía intentar algo, pero no estaba seguro de poder hacerlo si eran más.

Escuchó un hombre toser a su derecha; a su izquierda oía personas conversar en susurros, por lo que no era capaz de identificar las voces para saber cuántos eran; debían ser, al menos, tres personas, ya que uno tuvo que haber estado esperándolos en ese lugar. Era una locura intentar liberarse. Tenía un cuchillo en su bota, pero tener las manos atadas era una complicación demasiado grande.

Luego de unos minutos, el comerciante rodeó la fogata y se puso delante de ellos.

—¡Miren nada más! —exclamó divertido—. Pero si es el pequeño inútil. ¿Qué haces aquí, estorbo?

Quentin no entendió a que se refería. El comerciante comenzó a caminar y se acercó a Noah.

—Acabo de hacerte una pregunta, escoria. —El hombre lo tomó del cabello para obligarlo a ponerse de pie.

—¡Déjelo! —dijo Quentin tratando de mantenerse calmado—. ¿No ve que no se encuentra bien?

El comerciante puso su atención en él esta vez.

—¿Y tú qué? ¿Eres el protector de esta niñita? —preguntó mirándolo con desprecio en esperas de una respuesta de su parte y, al ver que el muchacho no hablaba, le asestó un golpe en el estómago a Noah, que cayó al suelo doblado de dolor. Su hermano se puso de pie de un salto y quiso abalanzarse sobre él, pero alguien lo retuvo de atrás, mientras reía a carcajadas. Quentin maldijo, indignado.

—¿Qué hacían espiándome? ¿Qué quieren conmigo?

—Contesta —ordenó quien lo sujetaba.

—¿Y tú quién te crees que eres? —rio Quentin—. ¡Espiándote a ti! —El comerciante lo miró frunciendo el ceño—. Claro, hombre, ¿no has notado acaso las bellezas que sirven las mesas? Por los dioses, esas mujeres no se encuentran en el mercado, si me entiende.

El comerciante, confundido, abrió la boca para decir algo, pero ningún sonido salió de sus labios. Al cabo de unos segundos, una carcajada explotó en su garganta y los demás comenzaron a reír también.

—Ya suéltenlos —dijo riendo—, solo son dos chiquillos curiosos.

Uno de sus hombres desató, primero, las manos de Quentin, que se arrodilló junto a su hermano y comenzó a desatar la soga que lo sujetaba. Tardándose más de lo normal, se acercó al oído de Noah mientras fingía ver con más detalle sus ataduras.

—No digas nada, solo sígueme el juego.

Noah asintió sin abrir la boca.

—Váyanse de una vez, pero la próxima entren al salón y búsquenme —dijo el comerciante aún divertido por lo que acababa de escuchar.

—No nos dejan entrar, señor, ya lo hemos intentado —respondió Quentin fingiendo vergüenza.

—Pues le dicen a quien los detenga que son mis invitados.

—¿Y por quién preguntamos? No sabemos su nombre.

—Soy Reda Almairon. Y ya lárguense de aquí —dijo con un ademán—, se les van a ir las meseras.

Los muchachos le agradecieron efusivamente y se fueron corriendo lo más rápido que pudieron. Cuando se habían alejado lo suficiente, Noah preguntó:

—¿Cómo lo hiciste? Me perdí unos momentos, luego de que me golpeó.

—Le dije que íbamos a espiar a las meseras y se lo creyó.

—Gracias a los dioses por haberme dado un hermano tan astuto —dijo Noah mirando al cielo.

—No se me ocurrió otra cosa; después que te golpeó lo hubiera matado con mis propias manos, pero me tenían sujeto. Recordé la mesera que mantenía su copa llena y de ahí tuve la idea.

—Yo… lamento no haber sido de mucha ayuda —dijo Noah, avergonzado.

—No te preocupes, no estás acostumbrado a esta clase de situaciones, pero con Josh tuve demasiadas oportunidades de practicar. Él no hace otra cosa más que meterse en problemas y yo trato de evitarlos aunque, a veces, simplemente es imposible.

—Por eso ahora llevan escolta… —dijo Noah divertido, sabiendo lo mucho que les molestaba.

—Santoro… —dijo Quentin y se detuvo de repente—. ¿Tienes noticias de él?

—Perdió el ojo pero, más allá de eso, nada. Aún no despierta.

—Malditos sean. Mañana debemos entrar a ese salón y sacarle la verdad a este tipo.

—«Mi nombre es Reda Almairon» —dijo Noah imitándolo—. Como si no lo supiéramos, maldito ignorante. Al parecer mañana llega el hombre que envié al norte. Si es así, no necesitaremos exponernos a ir al salón. Si el comerciante descubre quienes somos, la vamos a pasar mal, esto de hoy fue solo una advertencia.

Los muchachos iban apresurados y Quentin estaba tomando el camino a su casa.

—Debemos regresar al salón —dijo Noah.

—¿No dijiste que no era buena idea? —preguntó Quentin, confundido.

—Si regresan y no estamos, van a sospechar y no sabemos si mañana deberemos encontrarnos con el tal Almairon.

Luego de unos minutos llegaron y repitieron la rutina de esconderse entre los arbustos a ver si había alguien vigilando, para luego acercarse a la gran ventana del salón.

Pasaron unos cuantos minutos en silencio hasta que Quentin habló.

—Me siento como un completo idiota. —Quentin se rascó la cabeza y Noah rio con ganas.

—No había querido decirlo, pero si te sirve de consuelo, yo me siento igual.

Quentin miró hacia el cielo, buscando alguna referencia en los astros, pero las nubes oscurecían la noche, otra vez.

«Ya no debe faltar mucho para que al fin se vayan todos» pensó al ver que ya quedaban pocos parroquianos en la taberna.

14

Noah tenía su atención en sus libros cuando escuchó que alguien llamaba a su puerta. Dejó abierto a su lado el que leía, en el piso, donde estaba sentado. Cuando se puso de pie notó sus músculos algo agarrotados, por lo que se estiró para relajarlos. Aunque entumecido, caminó hasta la puerta y, al abrirla, le pareció que su corazón se detuvo por una fracción de segundo, sus manos comenzaron a sudar y se sintió más torpe que de costumbre. Frente a él se encontraba la muchacha de hermosos ojos pardos y rostro redondo que había visto el día del primer encuentro con Almairon.

—Bu… buenos días, señorita —tartamudeó.

—Disculpe que lo moleste, señor Noah. —La muchacha sonrió.

—No, no es molestia. Pase, por favor. Disculpe usted el desorden, estoy investigando algo —dijo, nervioso, y comenzó a levantar algunos libros del suelo—, y no acostumbro a recibir visitas. —Los libros resbalaron de sus nerviosas manos y se desparramaron por el suelo de forma caótica.

Noah suspiró, sus ojos contemplaron con frustración el desastre de hojas y tapas desparramadas. Tendría que coser un par de libros otra vez. Caminó hasta una de las sillas, quitó lo que había sobre ella y se la ofreció para que se sentara.

—¿En qué puedo ayudarla? —preguntó mientras se agachaba para recoger sus dañados ejemplares.

—Esta mañana muy temprano fueron varios hombres al mercado preguntando por alguien con su descripción. Recordé el incidente de hace unos días…

—Entiendo. Hizo bien —dijo Noah.

—Temo que… yo les mentí, señor. Les dije que no lo conocía, pero luego noté que me siguieron y…

—¿Por qué lo hizo? —Noah la miró, desconcertado—. Cualquier persona podría decirles quien soy.

—No quería que le sucediera nada, señor, esos hombres se veían como alguien al que es mejor no molestar —dijo la joven bajando la mirada.

—Bueno, ya somos tres en todo este lío —dijo y se puso de pie.

—¿Señor? Yo… Yo no quise… —Se retorció las manos, pero Noah no la dejó terminar.

—Mi hermano. No es su culpa, quédese tranquila. Deje que piense cómo la sacó de aquí…

«Si la ven salir de aquí siendo escoltada, estará protegida, pero será demasiado evidente. Si Quentin o yo la acompañamos… no. Josh está herido… así que tampoco se puede» pensó. Golpeó las manos de repente y la joven se sobresaltó.

—Quédese aquí, ya regreso.

Noah salió hacia el pasillo y se dirigió a las puertas del Palacio de Gobierno, donde, por lo general, había dos o tres soldados. Habló con uno de ellos y le dio la orden de ir por su hermano lo más rápido posible, pero necesitaba que regresara solo, sin ser acompañado por él. El soldado asintió con un gesto y abandonó su puesto para obedecer la orden.

Cuando Noah volvió al estudio, vio que la joven ya no estaba en donde la había dejado. Por un momento temió que se hubiera marchado sin que él la viera, pero miró hacia la habitación siguiente y allí estaba. Se apoyó en el marco de la puerta y la observó por unos momentos, porque ella no había notado su regreso. Era una muchacha de anchas caderas y baja estatura, ya

que debía llegarle al hombro con mucha suerte. Tenía el cabello negro, unido en una larga trenza que adornaba con pequeños botones de jazmín.

—Aún no le pregunté por su nombre —dijo de repente. La muchacha se sobresaltó y giró sobre sus talones. Tenía a su gato en los brazos y lo estaba acariciando.

—Disculpe, señor, no quise ser imprudente. Oí algo caer y vine a ver qué sucedía. —Mientras hablaba, el animal bajó y fue a restregarse en las piernas de Noah.

—Menos mal que estaba usted aquí, ya que suele romper mis cosas si olvido dejarle abierto. —Noah lo levantó y lo llevó hacia la ventana.

—Me llamo Enara, señor.

—Es un gusto haberla conocido, señorita Enara —sonrió.

Luego de unos momentos, Noah recordó por qué estaba ella allí.

—Dígame, ¿sabe si alguien la siguió?

—No lo sé, señor, no lo noté.

Noah asintió. Llamaron a la puerta y el joven se dirigió a la otra habitación para abrir. Enara lo siguió y se sentó en la única silla libre. Era Quentin, que había recibido su mensaje.

—¿Qué sucedió aquí? —preguntó cuando su hermano le indicó que entrara—. Buen día, señorita Enara —dijo y saludó con la mano en cuanto reparó en la joven que estaba perdida entre pilas de libros.

—¿Se conocen? —preguntó Noah, desconcertado.

—Por supuesto, trabaja en casa de Josh.

—Así es… buen día, joven.

—Claro… —dijo Noah chasqueando los dedos—. Disculpen, no dormí.

—Ya se te está haciendo costumbre —respondió Quentin, divertido.

—Sí. Quentin, necesitamos llevar a la señorita Enara de nuevo a casa del Gobernador, pero no pueden verla salir de aquí.

—¿Quién no puede verla?

—Los hombres de Almairon.

—Demonios, Noah, ¿por qué la involucraste en esto?

—No, joven —dijo Enara, sin darle tiempo a responder—, no fue culpa del señor Noah.

—Quédate tranquilo, luego te explico.

Quentin lo miró con desconfianza.

—Podemos llevarla por abajo hasta la casa del Gobernador —sugirió.

—No recuerdo bien el camino y no sé en qué condiciones estará.

—Yo no lo conozco —dijo Quentin y metió sus manos en los bolsillos.

—Había pensado en llevarla a la biblioteca y que tome unos libros para Josh. Tú deberías ir con ella.

—No sé si me vieron entrar. Tengo una mejor idea. Le diré a Tanáel que la acompañe; yo me uniré a ellos en la plaza, pero saldré desde aquí.

—Es perfecto —dijo y, dirigiéndose a la joven, agregó—: Si me disculpa, debo vendarle los ojos, por seguridad.

—Lo entiendo —asintió y se puso de pie.

Noah abrió uno de los tantos cajones de su escritorio para hallar algo que le sirviera para vendarle los ojos y, después de buscar en varios de ellos, al fin dio con lo que pensó le sería útil.

—Con su permiso. —Noah se ubicó detrás de Enara. La joven volvió a asentir, él le colocó un pañuelo en el rostro y, mientras anudaba la tela, sintió el suave perfume de los jazmines que le adornaban el cabello. La ayudó a sentarse nuevamente y le indicó que aguardara mientras él y

Quentin apartaban algunos muebles y recogían y apilaban los libros que había diseminados en el suelo.

Cuando terminaron, Noah colocó la palma de su mano sobre una piedra en la pared de la segunda habitación, la presionó y se abrió una puerta escondida, que conducía a una escalera que descendía en la oscuridad.

—¿Recuerdas el camino? —preguntó a su hermano.

—No estoy muy seguro, creo que mejor va a ser que nos acompañes.

—Echaré llave —dijo Noah y corrió hacia la entrada de su estudio. De regreso, se acercó a Enara y le colocó una mano sobre el hombro—. Ya está. Ahora iremos a la biblioteca. Camine con cuidado, por favor.

Noah le tomó la mano y Enara se dejó guiar hasta la puerta que llevaba a la escalera. Cuando llegaron, Noah la soltó, tomó una antorcha que había a la derecha de la entrada, la encendió y descendió un par de escalones.

—Quentin, pon sus manos en mis hombros. Yo iré delante.

El muchacho obedeció y comenzaron a bajar hacia los pasillos enterrados, un laberinto subterráneo construido con enormes piedras que unía los edificios más importantes de Sitnor, como así también una serie de casas distribuidas por la ciudad y que llegaban, incluso, a diversos puntos fuera de los muros. Había muchos caminos muertos, desvíos, escaleras, bifurcaciones y rampas que servían para confundir a quienes no estuvieran familiarizados con sus secretos.

Noah descendía lentamente los escalones, mientras Enara y Quentin lo seguían en completo silencio. Una vez que llegaron a su final, Noah volvió a tomar la mano de Enara para guiarla. Solo su voz se oía de cuando en cuando, para indicarles si había alguna variación en el terreno. Luego de varios minutos en la fría oscuridad del túnel, llegaron a su destino.

—Esta es la última escalera. Quentin, tú deberás ayudar a la señorita a subir, yo iré delante.

Quentin asintió, le tomó la mano y comenzaron el ascenso. Era una escalera muy empinada, de peldaños irregulares, unos más altos que otros. Al promediar la escalera que continuaba ascendiendo, Noah se detuvo y abrió una puerta de la mitad del tamaño de las puertas comunes, que daba a otro pasillo.

—¿Recuerdas el camino desde aquí? —preguntó a Quentin.

—Sí, pero te necesitaré para regresar.

—Te espero —le dijo y encendió una segunda antorcha para su hermano.

—Gracias, señor Noah —dijo Enara antes de seguir el camino hacia la biblioteca con Quentin.

15

Quentin tomó a Enara de la mano otra vez.

—Es un pasillo muy angosto, ten cuidado de no chocar con las paredes —dijo.

Caminaron por el extenso corredor por largo rato, sin doblar en ninguna de las bifurcaciones que aparecían delante de ellos. Quentin se detuvo a abrir una puerta a su derecha y notó el cambio de temperatura, ya que bajó de la superficie el aire caliente y seco al que estaba acostumbrado. Siguieron caminando por una prolongada rampa que iba en ascenso y comenzaron a oír los sonidos lejanos de los carros de la biblioteca. Quentin abrió una última puerta y, al finalizar, llegaron a la planta alta del gran edificio donde se archivaban todos los documentos y libros importantes de Sitnor.

Después de unos minutos de caminar entre estantes repletos, Quentin se detuvo.

—Te quitaré la venda —dijo en voz baja. Enara asintió y el muchacho le desató el nudo que sostenía el pañuelo—. Es por seguridad que lo hemos hecho, espero que no te haya molestado. Es un poco incómodo, pero son las reglas…

—Lo entiendo, joven, no se preocupe —dijo Enara y pestañeó para acostumbrarse a la luz que entraba por la cúpula vidriada que ocupaba gran parte del techo del edificio.

—Ven, busquemos a Tanáel —dijo Quentin al ver que Enara ya había acostumbrado sus ojos a la luz.

Caminaron entre los pasillos y Quentin miraba a los lados en busca de Tanáel. De lejos, todos los bibliotecarios eran igual de pálidos, con sus cabezas rapadas y sus túnicas color ocre. Casi sin notarlo, se toparon con quien buscaban. Tanáel llevaba un gran carro cargado de libros que debían regresar a sus estantes.

—Señor Quentin, señorita, no los vi entrar —dijo a modo de saludo.

—Vinimos por los pasillos —respondió mirando a los lados—. Necesito tu ayuda. —Quentin le dijo lo que debían hacer y a modo de despedida, agregó—: Aguarden unos minutos antes de salir, así tengo tiempo de regresar con Noah.

Sin esperar a que respondieran, Quentin corrió entre los estantes para llegar a donde estaba su hermano. El camino de regreso le pareció mucho más corto, en parte por no llevar a Enara con los ojos vendados y, en parte, porque lo hicieron corriendo. Al llegar al estudio, Noah cerró la puerta y, entre los dos, volvieron a colocar los muebles tal y como estaban antes.

Quentin se tomó unos momentos para acomodarse la ropa y recobrar el aliento y salió del estudio. Caminó por los pasillos con toda la normalidad que le fue posible, saludó a quienes se cruzó y empujó las grandes puertas que daban a la Plaza de la Fuente. Justo en ese momento, vio a Tanáel y a Enara dejar la biblioteca cargados de libros. Les hizo una seña con la mano y corrió hacia ellos.

—Señorita, permítame ayudarla. —Los tres actuaban como si acabaran de encontrarse. Luego de los saludos, siguieron caminando mientras conversaban y reían con total normalidad.

Al llegar a la fortaleza, entraron a la enfermería y se dirigieron a la habitación de Josh.

—Vaya. ¿Qué hacen todos aquí? —preguntó Josh al verlos.

—Es un poco complicado —dijo Quentin y cerró la puerta. Dirigiéndose a Enara, agregó—: regresa a casa del Gobernador y no salgas de la fortaleza por nada. Ya iré allí para hablar con la Dama Ema, tú no te preocupes. —Luego, le dijo a Tanáel—: tú puedes regresar a la biblioteca y seguir con tu día. Muchas gracias por la ayuda.

Tanáel y Enara se despidieron y salieron de la habitación.

—¿Qué sucede? —preguntó Josh, impaciente, una vez que se cerró la puerta. Quentin le contó lo que ocurrió la noche anterior y la razón por la que llegaron a su habitación cargados de libros.

—Esos malditos norteños —dijo Josh cuando Quentin terminó. —Ayúdame a salir de aquí y los acompaño esta noche.

—Estás loco, ¿de qué sirve si no puedes correr siquiera?

—Mira que golpear a Noah, el sujeto más bueno y decente de todo el maldito mundo.

—Eso mismo pensé, pero anoche no pude hacer nada para impedirlo.

—Bueno, podría haber sido peor, a decir verdad. Anda, habla con alguien para que ya me dejen salir.

—Déjate de tonterías y recupérate, que pronto debemos ir a presentarnos al entrenamiento y ni siquiera te puedes tener en pie sin ayuda —dijo Quentin riendo.

—Vete al carajo, ¿quieres? —Fue su única respuesta.

Quentin largó una carcajada y salió de la habitación. Aún debía buscar a uno de los soldados para hacerle saber a Noah que todo había salido bien, tenía que hablar con la Dama Ema sobre Enara y como si fuera poco, terminar de limpiar el establo y alimentar a los animales, sino su padre lo mataría.

16

Algunas horas más tarde, Noah regresó a la fortaleza y fue en busca de Quentin. Lo encontró en su habitación, escribiendo algo que ocultó cuando escuchó la voz de su hermano.

—¿Estás ocupado? —preguntó después de golpear el marco de la puerta.

—Pasa. ¿Qué sucedió con Enara?

Noah se sentó en la cama de su hermano y le contó lo que le había dicho Enara esa mañana.

—Así que a estas horas, estos mal nacidos ya saben quiénes somos. No podremos regresar esta noche —dijo Quentin un poco desilusionado.

—Solo si puedes hacerte cargo de sus hombres tú solo, o si queremos entregarnos muy tranquilos para que concreten sus planes.

—No es mala idea ahora que lo mencionas… —Quentin, pensativo, se recostó en su silla—, podríamos ir para ver cómo reaccionan.

—Ni pensarlo —dijo Noah—, estás loco.

—Tal vez un poco. Pero deberíamos ir. Avisaremos al Gobernador. Esta noche, si no me equivoco, habrá un espectáculo de bailarinas. Irá mucha gente y podremos ir acompañados sin que lo noten.

—¿Qué pasaría si se sale de control? ¿Qué tal si ellos también están preparados? —preguntó Noah, nervioso.

—Te vendrían bien un par de emociones, hermano, te la pasas todo el día encerrado —sonrió.

—No me gusta la idea que tienes sobre lo que es divertido.

—¿En qué te entrenaste? No hace mucho tiempo que recibiste tu entrenamiento… ¿Qué armas utilizabas?

—Yo… Yo estaba con los sanadores. —Noah se rascó la nuca.

—No me jodas, Noah. —Quentin dejó caer sus manos a los lados.

—Bueno, ya sabes que soy muy torpe, no sé qué te sorprende.

—Es algo que debemos cambiar. Tienes que comenzar a entrenar en algo.

—Quizá tengas razón, nunca le di importancia porque jamás creí encontrarme en esta clase de situaciones.

—Hablaremos con padre, para que asigne a alguien para entrenarte. Me gustaría hacerlo yo, pero pronto deberé partir.

A Noah no le agradaba la idea de que su hermano se fuera por tanto tiempo. Era una de las únicas personas con las que podía tener conversaciones de cualquier clase, y siempre estaba dispuesto a ayudarlo; sabía que iba a extrañar no tenerlo cerca.

—Bueno, me quedan un par de semanas aún, puedo ayudarte hasta que Josh y yo dejemos la ciudad— agregó Quentin con una sonrisa.

—Eso me agrada. Al menos tú no me golpearás tan duro.

—Veremos —rio—. Bueno, entonces, ¿vamos esta noche?

—Estás mal de la cabeza. Me largo de aquí antes que logres convencerme. —Noah se puso de pie, salió de la habitación y escuchó a Quentin reír a carcajadas.

Regresó a su estudio, pensando en que, quizás, Quentin tenía razón. Quizás esa era la última oportunidad de descubrir qué quería esta gente del norte. El Gobernador no tenía motivo alguno para detenerlos y haber empujado a Noah no era una ofensa tan grave como para ser reportada. Si querían saber qué motivos habían traído a Reda Almairon a Ciudad Capital, deberían intentar

averiguarlo ofreciéndose de carnada, pero la sola idea de enfrentarse de nuevo a él le hacía dar escalofríos.

Para distraerse un poco, en lugar de regresar a los libros, se dirigió a la segunda habitación, que era donde hacía sus investigaciones. En ella, había varios estantes cargados de frascos con líquidos y polvos de distintos colores, recipientes con hierbas de todas las clases, rocas y minerales, muebles con cajones y una enorme mesa de roble, que era donde trabajaba.

Hacía unas semanas, había comenzado a investigar las propiedades y reacciones de unos minerales que había logrado crear por accidente, combinándolos en diferentes proporciones con otros compuestos. Como era su costumbre, llevaba nota de todo lo que hacía, por si lograba alguna reacción de su interés y necesitaba recrearla, por lo que leyó dos veces las últimas páginas que escribió antes y decidió continuar donde lo había dejado.

Tomó un recipiente de vidrio, delgado y no muy alto, y comenzó a verter unas gotas de un líquido de color violáceo que tenía en un gran frasco de cerámica, pues había descubierto que la luz del sol dañaba y alteraba sus propiedades.

Estaba contando y colocando con sumo cuidado las gotas que caían dentro del recipiente de vidrio, cuando alguien llamó a la puerta en una sucesión de fuertes golpes. La interrupción sobresaltó a Noah y se le volcó una considerable cantidad del líquido violáceo sobre la mesa, donde tenía sus minerales. En un intento de rescatarlos del líquido, varios de ellos se resbalaron de sus manos y cayeron al suelo.

En el momento que la puerta se abría, algo explotó y llenó todo de un denso humo amarillento.

—¡Noah! —Quentin corrió hasta la siguiente habitación, saltando sobre pilas de libros y muebles fuera de lugar e intentando respirar entre el humo que lo ahogaba—. ¡Noah, háblame!

—Estoy bien —respondió—. Eso fue algo inesperado, pero… ¡Fue asombroso! —Noah estaba eufórico por lo que acababa de presenciar.

—¿Qué demonios fue eso? —Quentin corrió a ayudar a su hermano a abrir las ventanas.

—Estaba colocando unas gotas de esto —dijo mientras señalaba el recipiente de cerámica—, en este frasco, cuando me sobresalté por el golpe en la puerta y derramé el contenido sobre los minerales. Traté de levantarlos para que no se mojaran, pero algunos que ya habían sido alcanzados por el líquido se me resbalaron de las manos y cayeron. Eso causó que reaccionaran de esa manera, es… ¡Maravilloso! —Noah aún estaba sonriendo, incapaz de contenerse por lo grandioso de su descubrimiento.

—No le encuentro la gracia a todo esto —dijo Quentin seriamente—. ¿Te encuentras bien? ¿Te quemaste?

Las piernas de Noah estaban cubiertas de hollín.

—Debo hacerlo de nuevo —dijo, dio media vuelta y regresó a la mesa.

—Ahora es cuando yo te digo que estás loco.

—Imagina algo así dentro de la Posada del Tuerto esta noche —replicó Noah.

—¿Tienes más de esas piedras? —Quentin sonrió.

—¿Ves a lo que me refiero? Debemos probar antes, si la reacción se da solo si el líquido aún está humedeciendo la «piedra» o si lo mismo ocurre una vez que se ha secado. También si una piedra más grande causa algún tipo de daño a su alrededor, no es que queramos matar a alguien. —Hablaba lentamente, mientras recogía diversos objetos y los colocaba en su bolso de cuero con muchos bolsillos. Noah levantó la cabeza de golpe y chasqueó los dedos—. Ve a ensillar dos de mis caballos; el alazán y el tordillo, y vuelve a buscarme. Si termino antes que tú, iré hacia allí.

Quentin asintió y salió corriendo. Noah guardó un par de recipientes con diversos líquidos y comenzó a abrir los cajones de su mueble para buscar más de esos minerales. En dos de los

gabinetes había de diversas medidas, desde unos pequeños como su uña hasta un par del tamaño de la palma de su mano, por lo que tomó algunos de diferentes dimensiones y los guardó en un compartimiento de su bolso.

Una vez que terminó, cerró las ventanas y dejó su estudio. Caminó por el largo pasillo y, al salir, vio que su hermano estaba esperándolo con los caballos listos.

—No falta mucho para que anochezca, debemos apresurarnos —dijo Noah y montó.

—¿A dónde vamos?

—Saldremos de la ciudad, necesitamos un lugar apartado.

17

A Quentin le fascinaba ayudar a su hermano en sus experimentos. Casi siempre era él el primero en saber de sus descubrimientos, ya fuera porque Noah se lo dijera o por estar presente cuando sucedía. Si bien estaba con Josh la mayor parte del día, siempre se tomaba unos momentos para ver a su hermano y, si no hubiera tenido las aptitudes físicas que tenía, de seguro se habría interesado en hacer lo mismo que Noah, pero heredó las cualidades de su padre y, también, su gusto por las armas. Noah, en cambio, se parecía más a su madre. Aunque era delgado, alto y algo torpe, era extremadamente inteligente.

A veces, creía que no podía haber en el mundo personas tan diferentes y que, aun así, fueran hermanos. En lo único que se parecían era en que ambos tenían el cabello oscuro como su padre y los ojos verdes como su madre.

Perdido en sus pensamientos, Quentin recordó que al anochecer se cerraban las puertas de Sitnor y que no tendrían el tiempo suficiente, algo que parecía no molestarle a su hermano.

—Debemos avisar en la entrada o no nos dejarán ingresar a nuestro regreso.

—No te preocupes, usaremos los pasillos, será más rápido que regresar montando.

—¿También llegan hasta afuera? —preguntó Quentin asombrado.

—Por supuesto, son una vía de escape hacia cualquier lugar, incluidos los seis puntos fuera de los muros; y por dentro, bueno, llegan a varios lugares, no solo comunica los principales edificios.

—¡Qué gran idea tuvieron al construirlos!

—Te sorprenderías. Te recomiendo que prestes atención cuando los utilicemos, pronto deberás memorizarlos a todos, y es mucho más fácil estando ahí abajo.

—Lo haré —dijo Quentin entusiasmado. La idea de saber que había todos esos túneles entrecruzándose debajo de la ciudad le producía una gran variedad de sentimientos, que iban desde curiosidad hasta temor a que alguno se derrumbara y causara una tragedia.

Al llegar a las puertas, Noah desmontó, entró a la caseta de guardia unos momentos y volvió a salir.

—Les avisé que no nos esperaran. Ellos, por supuesto, están al tanto de los pasillos y saben que suelo salir y regresar después del anochecer. Los caballos volverán solos a las puertas y tienen orden de llevarlos nuevamente a la fortaleza cada vez que sucede.

Faltaban un par de horas aún para que cayera el sol, pero no querían perder ni un minuto en distracciones. A Quentin, al igual que a su hermano mayor, le gustaba distraerse observando lo que lo rodeaba, aunque por diferentes motivos. Quentin se maravillaba por las pequeñas cosas, así fuera por la anatomía de una hormiga. Podía pasar horas observando cómo las hormigas llevaban su alimento a sus hormigueros. A Noah, por el contrario, le interesaba conocer el funcionamiento o la finalidad de cada cosa que encontraba, por ejemplo si una hierba podía utilizarse para aliviar alguna dolencia o si, por el contrario, causaba malestar.

Pusieron sus monturas a la carrera apenas traspasaron las puertas. Quentin pensó que se dirigían a un pequeño bosquecillo donde Noah solía ir a pasar el tiempo pero, para su sorpresa, tomó otro camino, el que llevaba a las Tres Hermanas.

Muy cerca de Sitnor, había tres cerros de piedra desnuda, no muy altos y sin vegetación alguna, que parecían haber sido colocado ahí como por arte de magia, sin ningún motivo ni razón: a su alrededor todo lo que se veía eran verdes colinas, algún arbusto y árboles, pero lo más

llamativo eran estas formaciones rocosas que sobresalían de su entorno por hallarse tan lejos de alguna otra cadena montañosa. Las tres formaban un anfiteatro natural, donde estarían protegidos de miradas y oídos indiscretos aunque, a esa hora, era raro que alguien estuviera a tal distancia de la ciudad.

—¿A qué fuiste al estudio? Con lo que sucedió no pude preguntarte.

—Quería saber qué había ocurrido con las espadas de los sujetos que nos atacaron.

—¿Esas baratijas? Las enterraron con los cuerpos.

—¿Las viste bien, Noah? Eran cualquier cosa menos baratijas.

—No me lo pareció. Eran unas burdas espadas mal hechas. Hasta yo pude notarlo y eso que no soy un experto.

—Deberían haberse roto cuando chocaron con las nuestras, pero en cambio resistieron. Y además… eran especiales, como si de ellas emanara una suave luz dorada.

—Entonces estaban encantadas. De otra forma eso no podría suceder. Quizás estaban unidas de alguna forma con sus dueños. Demonios, Quentin, no llego a entender algo y aparece otra cosa más de la que debo preocuparme.

—Bueno, déjalo. No vi que Almairon llevara una espada como esas —dijo Quentin divertido, quitándole importancia.

Al llegar a las Tres Hermanas, Quentin se hizo cargo de los caballos mientras Noah comenzaba a preparar las cosas para hacer las pruebas que tenía en mente. Ató a los animales en el árbol más cercano, detrás del cerro más pequeño, para que no se espantaran si alguna de las reacciones resultaba demasiado estridente, y regresó corriendo a donde estaba su hermano.

—¡Que comience el espectáculo! —dijo Noah y arrojó una de sus «piedras que reaccionan» al suelo rocoso, cerca de los pies de Quentin, quien dio un salto hacia atrás cuando la piedra explotó en una nube de humo anaranjado.

—¿Estás loco? ¿Qué pretendes?

—Apúntalo —dijo y le alcanzó una libreta y una carbonilla—. Si el líquido ya se ha secado, reacciona de igual manera. Humo anaranjado. Chispas y mal olor.

Noah arrojó otra pequeña piedra, lejos de Quentin esta vez. Hizo un par de comentarios, mientras su hermano escribía apresurado, y luego de unas cuantas pruebas más, decidió que ya debían regresar antes que la noche los alcanzara lejos de la ciudad.

Mientras Quentin iba en busca de los caballos, Noah leyó las anotaciones en la redondeada caligrafía de su hermano, muy diferente de la suya, apretada y casi ilegible. Cuando el muchacho volvió, montaron y emprendieron el regreso, guiados por Noah, hacia una de las entradas exteriores.

El sol a sus espaldas creaba sombras alargadas sobre el terreno cubierto de un manto naranja, que se iba oscureciendo a cada minuto que pasaba. Cuando llegaron cerca de los muros, ya solo una suave penumbra los acompañaba.

—Dejaremos los caballos aquí, ellos saben volver por su cuenta, por eso te pedí que los trajeras —dijo Noah después de desmontar—. Vayan a casa, muchachos. — Les palmeó las ancas y los caballos salieron al galope, perdiéndose en la nube plateada que levantaban sus cascos.

—¿Ahora por dónde? —preguntó Quentin, intrigado. Estaba ansioso por descubrir cuál sería el mecanismo de entrada a la próxima puerta.

—Presta atención —dijo Noah y pasó su mano por las rugosas piedras del muro exterior, tratando de encontrar la que buscaba—. Dame tu mano, siente la diferencia entre todas las demás y esta de aquí.

—Es más fría a pesar de que le dio el sol toda la tarde —dijo Quentin sorprendido—. Las demás están calientes aún.

—Exacto. A la luz del día se ven todas igual. Los colores son los mismos, el tamaño es el mismo, pero no su temperatura.

—¿Y en invierno que sucede?

—Tiene la misma temperatura todo el año, por lo que, en invierno, se nota cálida.

Quentin sonreía asombrado, jamás imaginó que algo así podía ser posible.

—Ahora quitaré esta piedra. Detrás hay una soga, y al tirar de ella, se abre la puerta.

Se oyó un fuerte ruido, como de piedras cayendo, y una bocanada de aire frío y húmedo le dio de lleno a Quentin, que estaba parado justo delante de la entrada.

—Ten cuidado, no vayas a caerte —dijo su hermano. Lo tomó del brazo y lo hizo retroceder unos pasos—. Como habrás visto, todas las entradas son diferentes pero, en cada una de ellas, las antorchas se encuentran a la derecha. Bajaré a encender una.

Unos momentos después, Quentin vio unos chispazos y, luego de algunos intentos, el hueco a pocos pasos frente a sus pies se iluminó. El muchacho bajó mientras su hermano le alumbraba el camino.

—Desde aquí, se vuelve a cerrar —dijo Noah una vez que Quentin estuvo a su lado, y bajó una palanca detrás del soporte donde se encontraban colocadas las antorchas. Cuando comenzó a andar, agregó—: Tomaremos el camino rápido. Hay varias formas de llegar a todos lados, ya lo verás, por si se necesita escapar de alguien. Es muy fácil perderse aquí abajo, por eso es importante, y mucho más útil, si los aprendes mientras recorres los caminos.

Quentin observaba y escuchaba atentamente a su hermano; ya había comprobado que él siempre tenía razón. Podía no creerle a su madre e incluso a su padre, pero si Noah lo decía era indiscutible.

—No subas aún —dijo Noah y, al llegar a la última escalera, le dio la antorcha. Empujó una puerta trampa que había sobre su cabeza, se cubrió la nariz y cerró los ojos. Una gran cantidad de tierra, hojas secas y algo de hierba cayó sobre él.

Quentin dio un salto hacia atrás para que no le cayeran encima también.

—Al parecer, esta puerta fue pensada para entrar a los pasillos. No pensaron en que quizás alguien, algún día, iba a necesitar salir de ella —dijo Noah algo molesto y sacudió todo lo que le había caído encima—. Subamos.

—¿Dónde estamos? —preguntó Quentin una vez que salieron a la superficie. Miró al cielo intentando encontrar la estrella más brillante del firmamento, aquella al lado de su diminuta y apenas visible estrella, pero no fue capaz de hallarla debido a la gran cantidad de árboles que cubrían el cielo.

—Cerca de la fortaleza. —Se encontraban en el patio de una casa y, cuando Noah cerró la puerta, esta quedó disimulada por completo en el suelo. Delante de ella había un par de arbustos con unas pequeñas flores blancas, apenas visibles bajo la tenue luz de la luna. Quentin pensó en lo difícil que sería hallarla en una noche oscura.

—¿No notarán, acaso, que hay dos personas en su patio? —susurró Quentin y señaló a la casa.

—Tranquilo, es la casa del general. Verás, cada entrada, o salida en esta ocasión, está preparada para que sean utilizadas en casos de emergencia. No tenemos que pedir permiso, ni dar explicaciones para usarlos. Es por eso que solo unas pocas personas conocen las entradas a los pasillos y sus secretos. La mayor parte de la gente de Sitnor sabe que existen, pero no saben siquiera si es cierto o si es una leyenda. Ven, vámonos.

El patio del general parecía el de una casa abandonada. Los árboles crecían desparejos y frondosos, la hierba les llegaba hasta las rodillas y había por todos lados arbustos con flores que en algún momento habrían estado prolijamente podados y ahora se echaban a perder creciendo sin control, como en un bosque. Los muchachos cruzaron el patio a grandes zancadas entre las matas de hierba y las ramas de los árboles, y llegaron a una puerta de madera que daba a la calle. Recién en ese momento se dio cuenta en dónde se hallaban, pues no sabía quién era el general y, mucho menos, dónde vivía.

—Hubiera sido más útil ir directo a la posada, ¿no crees?

—¿Te oliste, acaso? —preguntó Noah a su vez. Quentin se detuvo unos segundos, luego se echó a reír y siguió caminando—. Las piedras que reaccionan realmente apestan, y nosotros olemos aún peor que ellas. No podemos presentarnos así en la posada. Además, debemos hablar con nuestro padre y con el Gobernador, imagínate si algo sale mal… y tenemos todas las posibilidades de que salga mal. Ni siquiera sabrán donde estamos. —Llegando a la entrada de la fortaleza, Noah se detuvo—. Tú ve y habla con padre, yo iré a ver al Gobernador. No le preguntes si podemos hacerlo, dile que lo haremos y que necesitamos gente que nos apoye dentro de la posada. Si se opone, que lo hará, dile que probablemente sea nuestra última oportunidad y que vamos a hacerlo quiera o no.

Quentin asintió y corrió a buscar a su padre. Lo encontró en la habitación de abajo, junto a su madre y su recién nacido hermano. Luego de hablar brevemente con ellos, llamó a su padre fuera de la habitación.

El muchacho se sentó a esperarlo en el gran comedor, en una de las sillas más cercanas que encontró. Se sentía algo cansado y bastante nervioso. Su padre llegó poco después y tomó asiento frente a él.

—De ninguna manera —dijo Rob luego que su hijo le contara sobre lo que pensaban hacer esa noche.

—Padre, iremos quieras o no. Es la única manera de saber que se traen estos tipos entre manos. Seguramente a estas horas ya saben quiénes somos y no creo que vayan a ser corteses, yo diría que todo lo contrario. Necesitamos de su apoyo, por si algo sale mal.

—Todo va a salir mal, no los expondré a eso.

—Es que no podemos hacer nada sin antes saber qué pretendían llevándonos a Josh y a mí.

—A ver, dime. ¿Cómo piensan averiguarlo? ¿Acaso van a retener al señor Almairon y obligarlo a hablar?

—Noah tiene unas pociones que pueden hacer que un hombre conteste todas las preguntas solo con la verdad y…

—Vete ya a tu habitación —dijo su padre y se puso de pie, con la paciencia agotada—. No irán a ningún lado. Encima me dices así, sin más, que Almairon sabe que ustedes son mis hijos.

—Ciertamente —dijo Noah, que acababa de llegar—, ya saben quiénes somos. Estuvieron preguntando por nosotros en el mercado.

Noah caminó con calma y se sentó junto a su hermano.

—Ahora que están los dos aquí, díganme, ¿quién fue el que tuvo tan brillante idea? —preguntó su padre con el ceño fruncido y regresó a su asiento.

Quentin miró a Noah y le pareció un niño al que están regañando por haber roto un jarrón; se miraba las manos mientras tamborileaba los dedos sobre la mesa.

—Bueno, en principio fue su idea —dijo Quentin y señaló con el pulgar a su hermano—, pero luego él ya no quiso seguir y yo insistí. Después descubrió la «piedra que reacciona» y…

—¡Piedra que reacciona! —exclamó Rob, asombrado, y abrió los brazos.

—Si —dijo Noah—, un compuesto de minerales creados a partir de…

—¡Noah! —rugió su padre con impaciencia.

—Perdón, una «piedra» que al ser humedecida con una poción específica, causa un estruendo ante un golpe brusco y despide gran cantidad de humo.

—¡Muéstrale! —dijo Quentin entusiasmado.

—¿Aquí? ¿Estás loco? El humo es sofocante —dijo Noah apresuradamente.

—No quiero saber nada de humos sofocantes ni de piedras que reaccionan. Aquí se quedan.

—¡Padre! —imploró Quentin.

—¿Qué dijo el Gobernador? —Rob ignoró a Quentin y se dirigió a su hijo mayor.

—Que estamos locos, pero que le gustaría tener veinte años menos para acompañarnos. Me felicitó por la «piedra que reacciona» y dijo que no le dijéramos a nadie más de su existencia.

—Así que a él le parece una buena idea. Iré a verlo. —Rob se puso de pie, dispuesto a salir.

—Padre, no hay tiempo… —Quentin se levantó de su silla y siguió a su padre. Noah lo imitó.

—¿No confías en ellos? —preguntó el Gobernador, que acababa de entrar por la puerta del jardín, sin anunciarse.

—Por supuesto que confío en ellos. Es en ese Almairon en quien no confío —dijo Rob bajando la voz—. Quiso llevarse a Quentin y a Josh, luego retuvo a mis hijos, golpeó a Noah dos veces y ahora que sí sabe quiénes son, quién sabe de qué es capaz. No tendrá a Josh esta vez, pero sí a Noah, que es, básicamente, otro buen botín.

—No dejaré que toquen a Noah esta vez —dijo Quentin y apretó los puños.

—Nuestros hombres ya están yendo hacia lo del Tuerto, en pequeños grupos, o solos. No le avisé ni siquiera al dueño, así evitaremos complicaciones. Estarán a salvo, Rob —dijo el Gobernador en un intento de animarlo. Luego agregó—: Ustedes dos vayan a asearse, que apestan a demonios, y… Bueno, que todos los malditos dioses los acompañen y puedan regresar a salvo.

Rob sentía que un enorme nudo le estrangulaba las entrañas. Nunca se había sentido angustiado de esa forma. Estaba acostumbrado a que lo más peligroso que hiciera Noah fuera un montón de humo que obligara a desalojar todo el Palacio de Gobierno, o a las peleas callejeras de Josh, en las que siempre se involucraba Quentin, y lo peor que les podía pasar era terminar con la nariz o una costilla rota. Pero esto era diferente. Era de verdad peligroso. Se trataba de un hombre que podía entregarle a sus hijos de a pedazos si se negaban a sus exigencias.

—Si llega a pasarle algo a mis muchachos, te juro que lo mataré con mis propias manos, aunque sea lo último que haga en esta vida. Aunque tenga que recorrer todo el maldito continente de punta a punta para cazarlo.

—Y yo iré contigo, mi amigo —dijo palmeándole la espalda.

18

—Será esta noche —dijo Quentin sin mucho entusiasmo, acariciando la frente de Mirka, que tenía el hocico apoyado en su pierna y lo miraba.

—Lamento de verdad no poder acompañarlos. Tienes razón, aún no puedo caminar sin ayuda, solo los retrasaría o los pondría en riesgo.

—Si no regreso, puedes quedarte con todas mis pertenencias.

—No seas tan pesimista, todo saldrá bien. Más aún si llevan apoyo. Recuerda lo que sucedió el día que fuimos a pescar. No perdiste la cabeza en ningún momento, y ni siquiera sabíamos qué ocurría.

—Habrá sido por eso. Ahora sé qué clase de tipo es este Almairon. Es impaciente, frío, violento y a la vez encantador, carismático.

—Tú puedes contra todo eso, eres inteligente y piensas más de lo que dices. Solo que a veces no te das cuenta de lo que eres capaz de hacer.

—Gracias, Josh. La verdad que es difícil hacer esto sin ti. Es un poco incómodo ir con Noah. Digo, es mi hermano y eso, pero él no está hecho para esta clase de cosas.

—Ya vete y deja de llorar. Te espera un espectáculo de bailarinas y, según escuché, por una buena cantidad de monedas puedes pasar la noche con una de ellas —dijo el muchacho riendo. Conocía las inseguridades de su amigo, que necesitaba que alguien lo empujara de cuando en cuando y, también, sabía que una buena forma de distraerlo de sus pensamientos derrotistas era bromeando.

—¿Nunca dejas de ser un idiota? —rio Quentin.

—Es mi momento preferido del día, cuando soy un idiota.

—Ya debo marcharme —dijo y se puso de pie—. Voy a pasar por Noah antes que se impaciente.

—Él nunca se impacienta.

—Deberías verlo ahora. Está hecho un manojo de nervios. Es mejor que terminemos con todo esto antes de que le dé algo.

Josh rio con ganas y puso sus manos en una de sus heridas. No se imaginaba a Noah nervioso, tenía una imagen muy distinta de él.

—Deséame suerte —dijo y abrió la puerta. Saludó a su amigo moviendo la mano y se marchó. Mirka se abalanzó contra la puerta cerrada y comenzó a llorar mientras arañaba frenéticamente con sus patas delanteras. La puerta volvió a abrirse y el animal salió meneando la cola.

—¡Vete tú también! —dijo Josh casi gritando y luego agregó bajando la voz—: Y cuida a mi amigo.

19

A medida que iban acercándose a la Posada del Tuerto, veían cada vez a más gente que iba en la misma dirección que ellos. Carros, carretas, hombres a caballo o caminando solos o en grupos se acercaban, entusiasmados, a la cita de esa noche. Mirka trotaba junto a Quentin y, de cuando en cuando, corría a ladrarle a alguno de los caballos que pasaban cerca de ellos.

Esa noche las más bellas y exóticas bailarinas de todo el continente se presentarían unidas en un solo espectáculo. Para alivio de algunas esposas y tortura de otras, la mayoría de los hombres de Sitnor pasaría buena parte de la noche viendo hermosas mujeres, hipnotizados por los movimientos de sus cuerpos, que recrearían las danzas de todas las regiones del mundo.

Llegando a la Posada, Quentin notó el nerviosismo de su hermano.

—Recuerda que no estaremos solos. ¿Tienes las piedras a mano?

—Sí. —Fue la única respuesta de Noah.

—Tú eres el mayor, compórtate. Al que pueden echar es a mí.

—Por eso estoy nervioso, ¿qué hago si te sacan?

—Confiemos en que no me notarán.

—Al menos eres alto, aunque tienes cara de niño. —Noah rio, nervioso.

—Los que podrían detenerme, hoy están de nuestro lado, así que, por favor, intenta calmarte. —Quentin trataba de ocultar su nerviosismo pero, por dentro, sentía todo un torbellino—. Es hora de comenzar a fingir Noah, recuerda que venimos a ver las bailarinas.

Habían llegado al final de la larga fila de hombres bulliciosos que aguardaban para entrar. Todo el jardín delantero de la Posada del Tuerto había sido acondicionado para el evento. Los arbustos estaban decorados con banderines de color rojo y había antorchas de cinco diferentes alturas colocadas alternadamente, en secuencia, marcando el camino hacia la entrada. De los árboles colgaban multitud de pequeños faroles, también rojos.

Hombres vestidos con llamativos trajes, que sin ser sorpresa para nadie eran rojos, se encargaban de acomodar las carretas y los caballos.

—Sí que les gusta el rojo, ¿eh? —comentó alguien que acababa de llegar a la fila y todos a su alrededor rieron.

La hilera de revoltosos hombres avanzaba rápidamente, por lo que solo debieron esperar pocos minutos para entrar al salón y, una vez dentro, Quentin le dijo a Noah que fuera por unos jarros de cerveza, mientras él buscaba una mesa libre.

«Quizás así se tranquilice» pensó. Quentin se ubicó en una pequeña mesa a mitad del salón y Mirka, que había logrado colarse junto a los muchachos, se acostó debajo de su silla y apoyó su hocico sobre una de sus botas.

No pasó mucho tiempo para que Noah regresara con un enorme jarro en cada mano. Quentin empezó a conversar de cualquier cosa para entretener a su hermano, pero Noah continuaba distraído y nervioso, respondiendo con monosílabos, por lo que pensó que aún no era buen momento de buscar a Almairon.

Al salón de la posada llegaba cada vez más y más gente y, una hora después, ya no había por donde caminar; los hombres iban chocándose entre sí, pero aún lo suficientemente sobrios como para no pelear por un insignificante empujón.

Entre la marea de rostros, a Quentin se le dificultaba diferenciar quienes eran soldados de Sitnor. Le era difícil reconocerlos sin sus uniformes, aun cuando había pasado toda su vida

viéndolos. Estaba habituado a que sus rostros fueran serios e inexpresivos y en el salón, por el contrario, todos reían y bromeaban. Ahora él volvía a estar nervioso y estaba por decírselo a Noah cuando un hombre que pasaba a su lado le apretó levemente el hombro. Lo miró y reconoció al instante sus ojos, pero pensó en lo diferente que se veía sin su uniforme. Era Eric, uno de los guardias de la fortaleza que a menudo entrenaba con Josh y él. Volver a saberse vigilado lo alivió, por lo que comenzó a mirar con más detalle a su alrededor, a ver si encontraba al comerciante o si podía reconocer a alguno de sus hombres.

—Veo a Almairon —rio Noah, como si estuviera contando un chiste—, está detrás de ti. Al parecer, no nos ha visto aún.

—¿Sigues nervioso?

—Voy por otra cerveza —fue su única respuesta. Se puso de pie y se abrió camino entre la multitud, con los dos jarros vacíos en las manos.

Quentin no quería perderlo de vista, por si se le acercaba alguno de los matones de Almairon, pero en un momento el salón quedó completamente a oscuras y ya no podía ver nada. Estaba a punto de levantarse a buscarlo cuando se encendieron luces en el escenario y todos comenzaron a festejar con aplausos y silbidos. Momentos después, llegó Noah, sonriendo, con las bebidas en las manos. Ni bien volvió a sentarse, uno de los hombres del comerciante se acercó a ellos.

—Buenas noches, jóvenes —dijo con amabilidad—, mi señor Almairon desea invitarlos a su mesa. Tendrán mejor vista desde allí. —Señaló hacia donde se encontraba el comerciante, justo frente al escenario.

—Por supuesto —dijo Noah con una sonrisa. Ambos se pusieron de pie y caminaron delante del hombre.

—Trata de divertirte y actúa normal, ¿sí? —Quentin le habló en voz baja a su hermano—. Yo me encargaré de la poción.

Resguardados por la oscuridad, Noah hurgó en su bolso y sacó una pequeña botella de vidrio, que colocó en la mano de Quentin.

Cuando llegaron a la mesa, el comerciante les dedicó una amplia sonrisa y se puso de pie.

—¡Mis muchachos! Vengan, tomen asiento. Tú —dijo y señaló a Quentin—, siéntate aquí a mi lado.

«Nunca más acertado» pensó.

—Señor, qué gusto verlo —dijo Quentin y sonrió. Tomó asiento y Mirka volvió a echarse a sus pies.

—Para ti, mi amigo —dijo mirando a Noah—, tengo un regalo muy especial, por los inconvenientes que te he causado.

—Señor Almairon, no se moleste —respondió Noah, avergonzado.

—Luego del espectáculo, una de las señoritas te estará esperando en una habitación. La que a ti más te guste.

Quentin miró de inmediato a Noah, tratando de ocultar su preocupación. Su hermano podía arruinar todo con solo una palabra.

—Bueno, en ese caso. —Noah pasó la mano por su cabeza y acomodó su cabello—. No puedo negarme.

Los tres rieron y Quentin suspiró aliviado. El comerciante sirvió vino para los tres.

—¿Tú puedes beber? —preguntó a Quentin, alejando la copa antes que él pudiera tomarla.

—Si ya estoy aquí, mucho no importa, ¿no? —sonrió de lado.

—Me gusta como piensas, muchacho —dijo y le dio una palmada en el hombro.

El inicio de la música puso al público expectante y el salón quedó en completo silencio. Todos

permanecieron quietos aguardando el comienzo del espectáculo.

Un caballero de traje blanco, sombrero de copa del mismo color y cómico bigote encerado hizo su aparición desde detrás del decorado. Dio un largo discurso sobre la historia de las danzas que harían y, cuando algunos empezaron a silbar por el palabrerío, dio paso, algo malhumorado, a las primeras bailarinas, presentándolas por sus nombres.

Las muchachas que tomaron el escenario para realizar el primer acto, llevaban voluminosos vestidos de encajes y tules rojos y negros. A medida que la danza avanzaba, iban quitándose partes de los vestidos, primero las mangas que cubrían sus brazos, luego capas de las faldas y finalmente las blusas, quedando solo vestidas con unas delicadas enaguas que a duras penas cubrían sus partes íntimas. Todos en el salón gritaban y aplaudían, festejando entusiasmados el sorpresivo final.

En el intervalo, una mesera se acercó a la mesa donde estaban, llevaba una botella del mismo vino que habían estado bebiendo, pero Almairon la detuvo con un gesto de su mano y le indicó acercarse. La muchacha obedeció y él le susurró al oído algo que Quentin no pudo escuchar. La mesera se alejó sonriendo y llevándose consigo la botella. Regresó a los pocos minutos con tres pequeños vasos de cerámica, finamente decorados, y una botella también pequeña, de forma contorneada, de cerámica blanca.

—Esto, mis muchachos, es una bebida típica del sur, allí donde la nieve puede caer hasta tapar a un caballo de pie. —Almairon tomó la botella—. Beban con cuidado, que puede ser un poco fuerte para quienes no están acostumbrados.

Al terminar de servirlo, tomó uno de los vasos y lo levantó, invitando a sus huéspedes a imitarlo.

—Brindemos por una noche llena de bellas mujeres, ¡Salud!

—Salud —dijeron a coro Noah y Quentin, y bebieron el contenido del vaso de un solo trago.

—¡Demonios! —dijo Quentin con una mueca—. Esta porquería sí que quema. —Noah y Almairon rieron—. Prefiero seguir con una cerveza, si me disculpan. Esto no es para mí.

—Disculpa aceptada, pero antes de terminar la noche tendremos que brindar con algo más que cerveza —contestó el comerciante con una sonrisa en su rostro, que a Quentin le pareció demasiado extraña.

—Eso si llego al final de la noche —rio Quentin y Almairon lo imitó.

Noah, en cambio, se puso de pie tratando de parecer estable.

—Debo… debo… Ya regreso. —Se alejó con más torpeza de la habitual en él y caminó en dirección a la puerta trasera, donde se encontraban los servicios.

20

Noah se abrió paso con dificultad entre montones de hombres sudados y con muchas copas encima. La mayoría ya había dejado de hablar tranquilamente para expresarse a gritos sin siquiera tener necesidad de hacerlo. Apenas dejó el salón, Eric lo alcanzó.

—¡Señor Noah!

El muchacho dio media vuelta, mareado y aturdido por haber bebido de más.

—Eric… ese hijo de mil putas… maldito sea —dijo acomodándose el cabello que le caía en la frente.

—¿Se encuentra bien, señor?

—No, me siento del carajo Eric, ese maldito quiere emborracharnos hasta la médula. Ghona[2], nos hizo beber ghona, ¿puedes creerlo? Maldito cínico. Creyó que no lo notaría.

—Puede ser aún peor, señor —dijo y puso en la mano de Noah una diminuta botella, delgada y larga—. Me la dio la mesera, Almairon quiere que lo coloque en sus copas antes de que finalice el cuarto acto.

—Espera, espera —dijo y se la devolvió.

Eric lo miró extrañado, mientras Noah hurgaba en su bolso. Luego de buscar en varios bolsillos, al fin extrajo un pequeño saco de cuero, cogió algo de ella y se lo llevó a la boca.

—¿A ver eso? —preguntó y, mientras, masticaba.

El oficial volvió a extender la mano para darle la botella; Noah la destapó, se la llevó a la nariz y, alejándola al instante, se la regresó a Eric.

—Qué peste. ¿Qué demonios es? —preguntó frunciendo la nariz.

—No lo sé, señor, pensé que usted podría saberlo.

—Espera a que se me pase esta maldita borrachera. Antes que lo olvide, toma esto y dile a Quentin cuando salga que se coma uno. Este maldito piensa emborracharnos vaya a saber para qué. Es una porquería que sabe a mierda, pero asegúrate de que la mastique y la trague. ¡Cuanto lo detesto a este Almairon!

—Cálmese, señor, alguien puede escucharlo.

—Sí, disculpa, Eric. —Noah comenzaba a recuperarse, la semilla que estaba masticando comenzaba a dar resultado, contrarrestando los efectos del alcohol que había bebido.

Luego de un par de minutos, se sentía algo mejor y había recobrado, en parte, la sobriedad.

—Dame eso, a ver si puedo saber qué es. —Noah tomó la botella y volvió a acercársela a la nariz—. No es veneno, es un sedante. Quiere dormirnos.

—Maldito cobarde —murmuró Eric apretando los puños.

—Sé cómo contrarrestar sus efectos —continuó Noah—, pero debería volver a mi estudio y quién sabe cuánto me llevaría con esta maldita borrachera encima. Durante el cuarto acto, mantente cerca. Arrojaré algo al suelo que hará un estruendo, como si una tormenta se desatara en el salón, y habrá mucho humo. En ese momento de confusión debes tomar a Almairon.

—Está acompañado, son al menos cuatro hombres.

—Entonces busca a cinco o seis hombres de la Guardia. Lo dejo en tus manos, tú sabrás mejor que yo qué hacer. Diles que habrá un sonido ensordecedor, como un trueno, pero es inofensivo. Es solo ruido y humo, nadie saldrá herido.

—Sí, señor.

—Regresaré adentro, antes que salgan a buscarme.

Noah dio media vuelta y caminó hacia el salón, pero antes de entrar, regresó con Eric.

—Por si acaso, habla con tus hombres ahora y quédense cerca. No sé cuánto puede llegar a durar todo este teatro.

—Ya mismo, señor.

—Necesito orinar —dijo Noah y caminó de nuevo hacia los baños.

Noah regresó con pasos inseguros a donde estaba su hermano y lo vio riendo a carcajadas con el comerciante; al parecer, todo iba saliendo bien.

—No saben lo honrado que me siento de tener a los hermanos Guna en mi mesa —dijo Almairon apenas Noah tomó asiento. Su tranquilidad no duró tanto como esperaba—. Creo que ya es suficiente. Los tres sabemos por qué estamos aquí, fingiendo agrado, comportándonos como hipócritas.

Almairon rodeó a Quentin con un brazo, sonriendo como si nada pasara. En un rápido movimiento, el muchacho sacó un cuchillo de su cintura y colocó la punta entre sus costillas. El rostro moreno del comerciante perdió la sonrisa y el color por unos segundos.

—Solo muévete de nuevo y te perforo un pulmón —murmuró sin cambiar su expresión relajada y sin dejar de mirarlo a los ojos.

—Oh, vaya, sí que eres rápido, muchachito —dijo antes de volver a sonreír.

—Noah, es hora de que comience el espectáculo —agregó, ignorando el comentario de Almairon.

Noah llevó una de sus manos a su bolso y, después de unos segundos, se puso de pie con lentitud. Miró a su alrededor y vio a Quentin sujetar a Mirka de la cadena que llevaba en el cuello.

Su vista se posó en los ojos negros de Almairon y, cuando vio que su sonrisa volvía a desaparecer, levantó la mano.

21

Un ruidoso estruendo silenció por unos segundos tanto a los músicos como al público. Al instante, todo se llenó de un sofocante humo anaranjado. Las bailarinas y las meseras gritaron aterrorizadas, los espectadores corrieron desbandados, apiñándose en las salidas y aplastando a todo el que caía al suelo. Varios hombres rompieron los ventanales para huir más rápido, espantados por ese extraño estruendo. Todo se convirtió en caos y ni siquiera el dueño de la posada se quedó a ver qué había ocurrido.

Cuando el humo se disipó, había solo unos pocos hombres en el salón. Cuatro de ellos tenían sendos cuchillos en sus cuellos, cuyas empuñaduras sostenían los soldados de la Guardia de Sitnor.

Noah permanecía parado en el mismo lugar en que estaba cuando se produjo la explosión. Quentin estaba recostado en su silla; con una mano sujetaba a Mirka y con la otra sostenía el cuchillo con el que amenazaba a su anfitrión. Almairon no fue capaz de escapar, ya que Eric lo retuvo en su lugar, sujetándolo por los hombros.

Quentin soltó la cadena de Mirka e hizo que se acercara a Almairon.

—Sujeta, Mirka —ordenó, y el animal mordió uno de los tobillos del comerciante—. Espero que aún siga creyendo que es un honor tenernos en su mesa —dijo Quentin con una mueca burlona en el rostro.

—No es exactamente lo que tenía pensado, pero vaya si son originales.

—Acepto el cumplido —dijo Noah y se acercó—. Tenemos un par de preguntas que hacerle, señor.

—Me parece que ya no estoy de humor para responderles. Sepan disculparme.

—Quentin…

—Por supuesto. —Guardó el cuchillo en su cintura y sacó de un bolsillo el pequeño frasco que Noah le había dado, se puso de pie y le habló a Almairon—. Tiene dos opciones: Abre la boca y se traga esto voluntariamente o se lo hago tragar a la fuerza.

—Prefiero la tercera opción: Vete a la mierda —dijo con una mueca que intentó ser una sonrisa.

—No, aunque quiera, no es gracioso en lo absoluto. —Quentin empujó la mesa hacia atrás y comenzó a caminar a su alrededor—. Lo gracioso será hacerle tomar esto. Eso sí me va a divertir. Se pondrá a chillar, lo golpearé, chillará de nuevo, volveré a golpearlo, Eric lo golpeará e, incluso, seguro que hasta mi buen hermano Noah termina golpeándolo. Eso sí será gracioso. —Quentin se detuvo unos momentos delante de su prisionero y lo miró directo a los ojos—. Mirka, suelta. —Al oír la orden, la perra soltó de inmediato el tobillo de Almairon, pero se quedó en el mismo lugar, esperando la próxima orden. Quentin continuó caminando, esta vez frente a Almairon—. Por los dioses, daría una mano porque Josh estuviera aquí. ¿Sabe quién es Josh? Seguro que sí. Es mi amigo, el que está en la enfermería por culpa de los idiotas que vinieron con usted.

—Un completo inútil, seguramente.

—No más que sus acompañantes… Sabe que están muertos, ¿verdad? —Quentin seguía caminando, nervioso como un león enjaulado—. Por supuesto que sabe, de lo contrario, no estaríamos teniendo esta conversación. Pero, ¿sabe cómo murieron?

—Quentin. —Noah lo interrumpió en el momento justo.

—Cierto. Debe tomar esto —dijo—. Noah, pásame una cuerda.

Noah buscó una cuerda en su bolso y se la lanzó a su hermano. Quentin ató las manos del comerciante en su espalda y luego le dio varias vueltas a su alrededor para asegurarlo en la silla. Los oficiales comenzaron también a atarles las manos a los hombres de Almairon.

—Bien, abra la boca. Sea un buen anfitrión y no haga enojar a sus invitados, sea bueno.

Almairon no movió ni un solo músculo, sus ojos oscuros relampagueaban a cada pestañeo y Quentin fue capaz de notar la frustración y la impotencia con que lo miraba.

—Eric, ¿me harías los honores?

—Por supuesto, señor —dijo mostrando una gran sonrisa.

El enorme puño del oficial dio de lleno en la mandíbula de Almairon; algo crujió y no fueron sus nudillos. Un hilo de sangre se asomó por la comisura de los labios del comerciante, por lo que Quentin aplaudió y comenzó a reír a carcajadas.

—Eso es divertido. ¿Puede notar la diferencia? —Le preguntó y acercó su rostro al de Almairon.

—Eres un maldito retorcido, niño. —Almairon apretaba los dientes al hablar. Quentin tomó a Mirka de su cadena e hizo que acercara su hocico al rostro de Almairon. El falso comerciante cerró los ojos y quiso apartarse.

—¿Hueles, pequeña? Eso es miedo. —Quentin le dio la orden de que volviera a echarse en el suelo y luego se alejó de su prisionero—. Claro que soy un demente. Y me pongo peor cuando me llevan la contra. ¿Eric?

El oficial volvió a golpearlo varias veces. Quentin le dio a Noah el pequeño frasco que tenía en la mano y sacó su cuchillo.

—Veo que usted tiene dos bonitos ojos… ¿Sabía que Santoro, el oficial a cargo de mi guardia personal, perdió un ojo? —La punta de su cuchillo comenzó a dibujar líneas púrpuras en el rostro de Almairon, que de repente había vuelto a perder todo el color y sudaba por cada poro de su piel—. Sí, así es. Fue cuando sus dos escorias lo atacaron. Incluso asesinaron a dos de sus hombres. Debería cobrarme eso. —Quentin se alejó hasta llegar hasta uno de los hombres que era retenido por los guardias. Pasó la punta de su cuchillo por el cuello de uno de ellos, dibujando una línea carmesí. El hombre intentó moverse, pero el guardia lo sostuvo con fuerza—. Debería degollar a dos de los suyos y quedarme con uno de sus bonitos ojos negros. ¿Qué dice?

Almairon escupió a un costado, salpicó las botas de Noah y Eric volvió a golpearlo.

—Necesito otra cerveza —rio Quentin, guardó su cuchillo y caminó hacia donde estaban los barriles de cerveza. Mirka se levantó y fue tras él—, esto se pone bueno.

—Tráeme una a mí también, ¿Eric? —dijo Noah. El oficial estaba a punto de golpear de nuevo, pero Noah lo detuvo con un gesto y acercó una silla al comerciante—. Solo quería saber si querías algo tú también.

—¿Cómo se llama la bebida que con tanta amabilidad les dio de beber el señor aquí atado?

—¡Ghona! —dijeron a coro los hermanos.

Los soldados de la Guardia rieron y Quentin se sintió aliviado al darse cuenta de que tanto Noah como Eric habían descubierto su juego. Le preocupaba que Noah no lo entendiera e intentara frenar su descabellada idea de hacerles creer que en realidad era un retorcido, disfrutando de lo que estaba haciendo.

—Pues no quiero nada, estoy bien así.

—¿Lo intentamos de nuevo, señor Almairon? Usted bebe el contenido del frasco, responde nuestras preguntas, y se puede marchar —dijo Noah.

—¡Tú también estás loco! ¡Están locos los dos! —La silla crujió cuando Almairon se sacudió de lado a lado, intentando zafarse de las ataduras—. Puedo verlo en sus ojos. Ojos dementes. ¿Qué clase de personas son?

—Se sorprendería —dijo Eric con una sonrisa.

—Creo que al señor ahora no le gusta como pienso. Qué lástima —dijo Quentin y se acercó a Noah con un jarro en cada mano.

—Señor Almairon, ¿tiene usted miedo? —preguntó Noah—. Beba y lo dejaremos en paz. Palabra de retorcido —dijo y levantó el puño cerrado.

—Palabra de retorcido. —Quentin imitó el gesto de su hermano.

Noah esperó unos momentos antes de continuar. Almairon tenía las pupilas dilatadas, el rostro sudado y miraba alternadamente a sus captores, sin posar sus ojos más que unos pocos segundos en cada uno.

—Esto se puede poner peor. De hecho, se va a poner peor. He visto a Quentin arrancarle las uñas a un perro solo por haberle roto la camisa mientras jugaban. ¿Cuántos años tenías? ¿Ocho? ¿Nueve? —preguntó y miró a su hermano.

—Ocho —mintió Eric.

—Ocho… y vaya si ha mejorado sus técnicas —dijo Noah y acomodó su cabello. Luego, puso el frasco frente a sus ojos—. Última vez que se lo pregunto amablemente… ¿Puede usted beber esto?

—Esta conversación me trajo recuerdos… Me dieron ganas de quitarle algunas uñas al señor.

—Aún no, Quentin —dijo Noah con calma—, deja que trate de convencerlo.

—¿No dijiste que me golpearías? —El comerciante miró a Quentin, haciendo uso de los pocos restos de valentía que le quedaban.

Quentin caminó hacia su prisionero con deliberada lentitud, llevando su jarro de cerveza en una mano. Mirka regresó con él y se echó a sus pies cuando Quentin se detuvo.

—Piénselo. Tengo dos opciones: Por un lado está mi puño —dijo al llegar hasta él y puso su puño frente a la nariz de Almairon—, y por el otro, el de Eric, que es dos veces más grande que el mío y, además, golpea como un maldito demonio. ¿Cuál cree que utilizaría mejor?

—Si tuviera la mano como la de Eric le reventaría el cráneo con solo cerrarla. —Noah hizo un gesto con su mano, mientras observaba sus dedos cerrarse.

—Puedo intentarlo —sugirió Eric. Colocó su mano en la cabeza de Almairon y ejerció una leve presión en sus sienes.

—¡Malditos dementes, todos ustedes! —gritó aterrorizado—. ¡Lo haré! Denme esa maldita cosa de una vez.

—Buen chico —dijo Quentin y le palmeó la mejilla.

—Qué desilusión… Yo pensando que el demente era usted, y al final no resultó ser nada más que un maldito cobarde —dijo Noah, exagerando su decepción—. Eric, sostenlo.

El oficial le mantuvo el rostro levantado, mientras le tapaba la nariz, y Noah vertió el contenido del frasco en la boca de Almairon. Eric lo sostuvo con fuerza hasta que tragó. Quentin los observaba mientras le rascaba la cabeza a Mirka y bebía despreocupado. Noah se puso de pie y se acercó a uno de los oficiales.

—Llévate a estos hombres al Palacio de Gobierno y entrégalos al Gobernador o a mi padre. Envíen refuerzos, no sabemos cuántos hombres más tiene por ahí afuera.

—¿Quiere que deje alguno de los soldados aquí?

—No hace falta, gracias Conrado, creo que estaremos bien. De todos modos, no tardes en enviar refuerzos. Dile a nuestro padre que estamos bien, pero no le comentes nada de nuestro…

procedimiento. Creo que no le va a agradar —dijo mientras se rascaba la nuca.

—¿Qué dice, señor? Estuvieron mejor que las bailarinas —rio el oficial.

—Lo mismo… De todas formas se va a enterar, pero no creo que le vaya a hacer gracia —dijo y levantó los hombros.

—Pierda cuidado, señor —dijo Conrado y agregó dirigiéndose a sus hombres—. Vámonos.

Quentin los siguió hasta afuera, para ver que todo marchara bien. Los soldados subieron a sus prisioneros a una de las carretas que habían quedado abandonadas luego que los parroquianos huyeran del salón.

—Siéntanse libres de torturarlos si alguno intenta escapar. —El muchacho los saludaba levantando la mano, con la alegría de quien despide a una visita.

Al regresar al salón, tomó una de las sillas que había caído cerca de la puerta y la arrastró hasta colocarla en frente de Almairon, la puso al revés y se sentó apoyando el mentón en el respaldo. Su prisionero lo miró con los ojos vidriosos.

—¿Qué me dieron? —preguntó con voz ronca y arrastrando las palabras.

—Secreto —dijo Quentin. Miró a su hermano y agregó—. ¿Ya está listo?

—Cantará como un ruiseñor. —Noah se sentó cerca de Quentin.

—Bien. ¿Para qué querían llevarnos a Josh y a mí?

—Para obligar a sus padres a poner sus tropas a nuestro servicio.

—Sitnor no tiene tropas —dijo Noah.

—Entrenan a la gente, a todos. Cualquier persona puede ir a la guerra.

—¿Para qué quieren nuestra gente?

—Saquear todo Sitnor, de norte a sur, de este a oeste. Cada poblado del maldito país va a ser convertido en cenizas. Luego marcharemos hacia el oeste, a Morrau. Volveremos basura lo que no necesitemos, esclavizaremos a todo el que pueda caminar y explotaremos sus minas de plata y por último iremos al sur, a Tesar, a adueñarnos de su preciado oro. El continente entero a nuestros pies para luego navegar por los mares y encontrar nuevas tierras, que sufrirán el mismo destino que ustedes. Seremos los dueños de todo el maldito mundo.

—Qué ridículo —dijo Quentin antes de beber otro trago de cerveza.

—¿Por qué querrían hacer eso? —dijo Noah.

—No lo sé —dijo Almairon y se encogió de hombros—. Esas fueron las órdenes.

—¿De quién? —preguntó Noah.

—De mi hermano, el rey de Pyebra.

—Así que usted no es más que un imbécil que solo hace las cosas porque alguien se lo ordena. Sigue siendo una desilusión, ¿sabía? —dijo Quentin.

Noah recordó lo que había sucedido a su hermano, y continuó interrogando a Almairon.

—Una pregunta más: ¿Hay magos en Pyebra?

—Sí.

Noah cerró los ojos por unos instantes, mientras asimilaba la respuesta. Había tenido la esperanza que fuera negativa, que su intuición se hubiera equivocado, pero no fue así.

—¿Los están entrenando?

—Sí.

—¿Sabe qué está prohibido, verdad?

—En Pyebra hay nuevas leyes.

—Esa ley aplica para todo el continente.

—Pronto el continente será nuestro. Nosotros dictamos las leyes ahora.

Noah se puso de pie y le asestó un puñetazo con todas sus fuerzas. La nariz de Almairon

comenzó a sangrar.

—Le dije que hasta mi buen hermano Noah lo golpearía… —Aplaudió Quentin.

—Maldito seas. —Se quejó Almairon—. ¡Dijiste que me dejarías en paz!

—Mentí. —Noah se tomó la mano con una mueca.

Todos quedaron en silencio. Había muchas cosas en que pensar, no solo por lo que había dicho Almairon, sino también porque debían preocuparse por lo que harían con lo que sabían.

—Deben matarme —dijo Almairon después de unos minutos.

—¿Qué dice? — preguntó Noah.

—Si salgo vivo de aquí, haré hasta lo imposible por acabar con ustedes, con su familia y con cualquiera que les tenga un mínimo de aprecio. Me han avergonzado frente a mis hombres, han…

—Si se caga en los pantalones, es su problema, no el nuestro —dijo Quentin, sin dejar que terminara la oración—. Si se avergüenza de quién es, debería cambiar de profesión y no andar por el mundo como si fuera el maldito dueño de todo. Al respeto debe ganárselo con acciones, no con monedas… ¿No es así, Eric?

—Por supuesto, mi señor.

—Ahí tiene. Deje de llorar y trate de tener algo de dignidad.

Almairon cerró los ojos y su cabeza cayó hacia un lado. Dormirse era una de las reacciones que tendría por la poción.

—Ha sido un buen espectáculo, señores —dijo Eric y los hermanos rieron.

—Noté que algo cambió en él cuando puse mi cuchillo en su costado. Toda su seguridad y su prepotencia desaparecieron. Si lo hubiera tratado amablemente, se hubiera cagado en nosotros… Vi la oportunidad y la aproveché. Gracias a los dioses, ustedes también lo notaron. Por un momento temí que creyeran que en realidad lo estaba disfrutando —dijo Quentin con repulsión

—Me di cuenta cuando le pasaste el cuchillo por el rostro, no es algo que tú harías, no… No le sacarías el ojo a alguien así sin más… ¿Cierto?

Los tres volvieron a reír, mientras Quentin iba por más cerveza.

22

—Hay alguien afuera. —Eric se puso de pie al notar que Mirka levantó la cabeza y miró hacia la puerta.

—Iré por las armas —agregó Quentin. Noah lo imitó, pero parecía no saber muy bien qué hacer.

—Venga, señor, escóndase aquí. —Eric lo guio hacia atrás del mostrador y, después de darle su cuchillo, agregó—: Tenga esto, por si algo sucede.

Quentin regresó con las espadas que habían dejado en la entrada al llegar al salón.

—Tendrás que enseñarme cómo haces para usar estas —dijo entregándole a Eric sus dos espadas onduladas y el hombretón rio encantado.

—Cuando guste, mi señor —dijo, se colocó la vaina con dos armas cruzadas en la espalda y aseguró las correas en su pecho.

Eric tenía poco más de veinte años y nadie sabía a ciencia cierta de dónde venía. Cada vez que alguien se lo preguntaba, él respondía «De uno de los mil infiernos». Llegó junto a su hermana a Sitnor hacía unos años, con tan solo un pequeño bolso de cuero y sus extrañas espadas dobles sujetas a su espalda. Se presentó en el Palacio de Gobierno para prestar sus servicios como soldado y el Gobernador lo envió a realizar el entrenamiento reglamentario, a pesar de no necesitarlo y de ser ya mayor de edad. Luego de dos años en los campos de entrenamiento, quedó al servicio de la Guardia de la Fortaleza. Tenía especial aprecio por los hermanos Guna y por Josh. En muchas ocasiones, les había ayudado a entrenar, ya que era el único que podía luchar con dos espadas a la vez y, también, porque se divertía con ellos. Después de lo que presenció, además de su aprecio, se ganaron su respeto absoluto.

Eric levantó a Almairon, con silla y todo, y lo llevó junto a Noah para que no quedara a la vista.

—¿Tardará mucho en despertar, señor? —preguntó.

—La verdad es que no lo sé.

—Si se despierta, siga actuando. Póngale el cuchillo en la yugular y amenácelo. No creo que le vaya a dar problemas.

—Está bien, Eric, gracias.

Quentin estaba parado en medio del salón, entre sillas tiradas y mesas desordenadas, y Mirka estaba a su lado. Era un hermoso animal de brillante pelaje dorado y, en el lomo, tenía un manto algo más oscuro. Cuando Eric la vio por primera vez pensó que era el perro más grande que había visto en su vida y Josh le contó que era un regalo de Quentin, que la encontró siendo apedreada por unos niños. La rescató y se la llevó a él, que por esos días estaba de un pésimo humor y no se soportaba ni él mismo. Llegó como un pequeño saco de huesos y pulgas, y ya nunca más se separó de los muchachos.

—Señor. ¿Cómo se encuentra? Ya vi que bebió demasiado.

—Tengo gran tolerancia a las bebidas… Con Josh, ya sabes, solemos robarnos algunas cosas de las cocinas. Pero guárdanos el secreto, ¿sí?

Eric rio.

—Lo vi tomar, al menos, cinco jarros de cerveza hoy.

—Bueno pues… Algo mareado estoy, pero nada grave. No te preocupes, creo que no tendremos problemas —dijo y comenzó a dar unos pequeños saltos en el lugar. Luego, le rascó

detrás de la oreja a Mirka—. Ve a casa, nena, ve con Josh. —La perra se paró en sus patas traseras, se apoyó en el pecho de Quentin y lo miró a los ojos por unos segundos—. ¡Busca a Josh, Mirka, busca!

La perra obedeció de inmediato, corrió entre las mesas y sillas desordenadas, buscando una salida y, cuando encontró la puerta, desapareció detrás de ella y ya no regresó.

Esperaron por un largo rato, en completo silencio y casi sin moverse. Finalmente, seis personas entraron con cautela por la puerta principal, cuatro de ellos eran quienes fueron capturados y enviados al Palacio de Gobierno.

—¿Dónde *encontrrarr señorr* Almairon? —preguntó uno de ellos, expresándose con dificultad en la lengua de Sitnor.

—Está por allí. —Quentin hizo un gesto hacia la puerta que llevaba a las habitaciones—. Mi nana me dijo infinidad de veces que no debía jugar con mi comida, pero ya saben… hay cosas que nunca terminamos de aprender y el señor Almairon resultó ser un juguete muy divertido.

Uno de los hombres, el que había invitado a Noah y a Quentin a la mesa, se dio vuelta y vomitó, antes de salir corriendo del lugar.

—Vaya, estos norteños sí que son blanditos —dijo Eric divertido.

Los demás se quedaron petrificados y parecía que ninguno se atrevía a mover ni un músculo.

—Uno menos —susurró Quentin y agregó levantando la voz—. ¿Van a rescatar a su señor o también quieren ser parte de la cena?

Tres de los hombres que quedaban se decidieron a atacarlos, corriendo hacia ellos con las armas desenfundadas. Eric largó una risotada, sacó las espadas de sus vainas y las hizo girar en sus manos.

—Vengan, cabrones —exclamó.

Con dos rápidos movimientos, cercenó la cabeza de uno de ellos, el que llegó primero hasta él. El segundo dudo unos instantes, pero ya estaba demasiado cerca para arrepentirse. Dijo algo que nadie logró entender y cargó contra Eric. El enorme oficial hizo unos pasos hacia el costado, para alejarse del charco de sangre que brotaba del cuerpo que había caído a sus pies, y se enredó a espadazos contra el pyebrano.

Quentin, se hizo cargo del tercero. Con una agilidad que Eric no creyó posible por todo lo que había bebido, logró mantenerse a salvo de su atacante, resistiendo sus ataques mientras se alejaban de él. Estaban tan absortos, que no notaron que los dos hombres restantes habían dejado el salón. A Eric no le costó demasiado deshacerse del segundo contrincante y estaba yendo en ayuda de Quentin cuando el muchacho clavó su espada en el estómago de su rival, atravesándolo por completo. Pateó el cuerpo para liberar su arma y escucharon que Noah los llamaba.

—¡Están aquí!

Uno de los hombres del falso comerciante lo golpeó con la empuñadura de su espada y Noah cayó al suelo. Habían liberado a Almairon, y este aún estaba soñoliento y aturdido.

El mismo sujeto que golpeó a Noah, lo levantó tomándolo del cabello y le cruzó la espada en el cuello.

—Si se mueven, lo mato —amenazó.

Eric vio que Quentin se agachó y dejó su espada en el piso, sin oponerse ni cuestionarlo, y él, luego de dudar por unos segundos, lo imitó.

Los hombres de Almairon comenzaron a caminar lentamente, rodeando el mostrador primero, para luego dirigirse a la puerta de salida. Quentin y Eric estaban con las manos en alto y apenas si se movían lo necesario para seguirlos con la vista. Los hombres no se atrevían a darles la espalda y retrocedían con pasos inseguros, sorteando mesas y sillas caídas.

Cuando llegaron a la puerta, Eric sacó una pequeña navaja de su brazalete de cuero y la arrojó.

—¡No! —gritó Quentin, pero ya era tarde.

La navaja se enterró en el ojo derecho del hombre que retenía a Noah. Quentin lo miró asombrado, sin poder cerrar la boca, y Eric le guiñó un ojo. La espada que el sujeto tenía presionada en el cuello de Noah cayó junto con su dueño.

El mayor de los hermanos quedó inmóvil por unos segundos y un delgado hilo de sangre se deslizó por su pálido cuello, hasta formar una pequeña mancha en su camisa. Noah cayó arrodillado, Quentin corrió hacia él y Eric tomó sus espadas y salió detrás de Almairon y sus hombres.

Fuera del salón, esperaban dos sujetos más en una pequeña carreta de madera, tirada por dos hermosos caballos. El comerciante y el hombre que lo llevaba subieron y el vehículo partió sin esperar a que terminaran de acomodarse.

Eric los persiguió un corto trecho, pero regresó al salón al ver que era inútil perseguirlos.

23

—¿Estás bien? —preguntó Quentin, preocupado, al llegar hasta su hermano. Llevó su mano al cuello de Noah para comprobar que la herida no fuera profunda.

—Estuvo cerca, vaya si estuvo cerca. Por los dioses, necesito un trago. —Noah hablaba mientras intentaba ponerse en pie.

—Tenemos que largarnos de aquí, ahora mismo. —Quentin ayudó a su hermano a incorporarse y Eric entró corriendo por la puerta.

—¿Se encuentran bien, señores?

—Sí, Eric. Bueno, a decir verdad, él no —dijo y señaló a su hermano, que estaba limpiando su cuello con un pañuelo—, pero no está herido, solo confundido… Sabrás que no está habituado a esta clase de situaciones.

—Debemos regresar a la fortaleza, señores, e informar a su padre lo que acaba de ocurrir.

—Seguro querrán organizar la búsqueda de este mal nacido —agregó Quentin.

Noah se recuperó de su malestar después de medio jarro de cerveza. Salieron y buscaron tres caballos para llegar lo más rápido posible a la fortaleza. Con los animales al galope, no les tomó más que unos pocos minutos lograrlo, pero no vieron en el camino qué sucedió con los guardias que enviaron con los prisioneros.

Al arribar a la fortaleza, los guardias les informaron que Aníbal y Rob se encontraban en el establo, esperándolos. Desmontaron y corrieron a verlos, sin perder ni un momento.

—Se escaparon —dijo Quentin sin siquiera saludar.

—¡Mis muchachos! —exclamó Rob al verlos, con los ojos empañados.

—Estamos bien, padre. —Lo tranquilizó Noah.

—¿Qué sucedió? —preguntó el Gobernador a Eric, mientras Rob abrazaba a sus hijos.

—Mucho, señor. Pero lo más importante es que Almairon y los pocos hombres que le quedaron, lograron escapar.

—Organizaremos un grupo de búsqueda urgente.

—Las puertas no se abrirán hasta mañana, pero están desesperados, no dudo que asesinen a los guardias para poder largarse de aquí cuanto antes.

—¿Cuántos eran?

—Almairon y, al menos, tres más.

—Consigue un grupo de hombres y ve a las puertas.

—Enseguida, señor. Una cosa más, hable con el señor Quentin, el señor Noah parece no estar muy bien. Pregúntele por los prisioneros —dijo Eric antes de alejarse.

El Gobernador llamó a Quentin aparte.

—Muchacho, el oficial me dijo algo sobre los prisioneros, pero le urgía ir detrás de Almairon. ¿A qué se refería?

—Enviamos a un grupo de hombres en una carreta con cuatro prisioneros, pero después aparecieron esos mismos prisioneros con dos hombres más. Eric y yo nos encargamos de cuatro de ellos, los demás escaparon. No sabemos qué sucedió con los oficiales que los escoltaban.

—Enviaré a buscarlos.

—Iré con el grupo de búsqueda.

El Gobernador miró a Rob, dudando de si debía permitirle ir, y como nadie decía nada, Quentin dio media vuelta y dejó el establo.

Rob levantó la mano, pero Noah lo tranquilizó.

—Déjalo. Si vieran de lo que es capaz, no volverían a dudar jamás de él.

—¿Qué sucedió? —preguntó su padre.

Noah suspiró y se pasó ambas manos por la cabeza, como cada vez que necesitaba ordenar sus pensamientos.

—Bueno, a esta altura creo que ya no importa, y prefiero que lo sepan por nosotros antes que los soldados empiecen a correr rumores o a exagerar lo que realmente sucedió.

Aníbal y Rob se miraron extrañados, sin entender de qué hablaba, y Noah comenzó a contarles, con todos los detalles que recordaba, lo que hicieron desde que entraron al salón hasta que salieron. Hizo todas las mímicas y ademanes que recordó, imitando a uno o a otro. Cuando terminó, se sentó a esperar que reaccionaran, pero pasaron varios minutos hasta que uno de ellos logró articular una palabra.

—Por lo visto han tenido una noche bastante agitada —dijo su padre. Noah asintió.

—La verdad, no sé qué es peor de todo esto que has dicho, muchacho. No sé si preocuparme porque Pyebra quiere invadirnos, si debo inquietarme porque han estado ocultando y entrenando magos… Por los dioses, odio a los magos…

—Gracias a un mago, tu hijo está vivo —dijo Noah casi sin pensarlo, y ante la cara de sorpresa de los dos, continuó—. ¡Vamos! ¿Hasta cuándo piensan seguir fingiendo que no lo saben?

—Noah, ¿de qué hablas?

—Del ataque que sufrieron los muchachos días atrás. Saben que algo sucedió con el atacante de Josh, es solo que no quieren… Solo creen que si lo ignoran, no volverá a ocurrir. Pero sucedió, vi que algo no estaba bien y hablé con ellos.

—No quiero saberlo. —Aníbal y se puso de pie.

—Él tampoco quiere que lo sepan; pero no sabe usar la magia, solo le ocurren cosas inexplicables y cuando quiere que se repitan, no suceden, no sabe cómo hacer para que puedan volver a pasar. Le dije que no lo reportaría, pero que debía dejar de intentarlo y jamás hablar del tema nuevamente.

Aníbal salió del establo sin decir una palabra. Noah y su padre quedaron sentados, en completo silencio por largos minutos, hasta que fue Rob quien habló.

—Noah, hijo, lo que dijiste de Quentin, lo que sucedió en la posada… ¿Debería preocuparme? Siendo sincero, no sé qué pensar de todo lo que dijiste.

—Por los dioses, padre, ¿en serio me lo preguntas? —Noah suspiró largamente—. Solo te diré esto: Todo lo que he logrado en mi vida, todo lo que he logrado hacer bien, se los debo en gran parte a él. ¿Sabes por qué? Porque él es el único que siempre se preocupa por mí. Sé que puedo quedarme días enteros en mi estudio sin volver a la casa, porque confío en que él va estar ahí, preocupándose por si me alimento, ayudándome cuando lo necesito, manteniendo la chimenea encendida en invierno o simplemente, acompañándome en silencio, viendo como trabajo. Él y nadie más. Ni siquiera mi madre se ha preocupado por si vuelvo a casa en las horas de la comida, incluso estoy seguro de que nunca en su vida ha pisado mi estudio y tú has ido solamente cuando me necesitas por algo. —Hizo una pausa para tranquilizarse—. Una persona que se preocupa por los demás de la forma en que lo hace Quentin, no tiene lugar en sus sentimientos para disfrutar de ver sufrir a los demás. Es demasiado bueno, demasiado noble… No vuelvas a dudar de él, jamás te dará motivos para que te decepciones.

—Disculpa, no quise… La verdad no sabía —dijo su padre, avergonzado.

—Ni siquiera conoces a tus hijos —dijo Noah y dejó el establo apurado.

24

—¡El sol…! Cuanto lo extrañaba —suspiró Josh al salir de la enfermería. Mirka iba correteando y ladrando delante de él—. Ya necesitaba sentir el calor en la piel.

—Ni que hubieras estado un año encerrado —dijo Quentin.

—Pues veinte días, para un alma libre y salvaje, es demasiado tiempo. Tú, todo contento, porque andabas de acá para allá. ¿Pero yo?

—Ya cállate, ¿quieres? —Lo reprendió su amigo, riendo— Como si hubiera estado tan bueno… Hacer de loco despiadado, perseguir a un idiota, rescatar soldados machacados a golpes.

—A mí me hubiera gustado acompañarte…

—También me hubiera gustado que estuvieras ahí… Te lo merecías… Lástima que eres tan malo que te dejaste clavar como un alfiletero por dos flacuchos pyebranos.

Josh le dio un puñetazo en el brazo.

—Sí, lo sé, me lo merezco. —Quentin se tomó el brazo con una mueca.

Los muchachos siguieron caminando hacia la casa de Josh mientras reían y conversaban, con Mirka trotando delante de ellos.

—¡El caníbal! ¡A resguardo! —exclamó un soldado cuando pasaron por el cuartel de la fortaleza. Los que estaban junto a él rieron a carcajadas.

Josh miró a su amigo, como preguntándole a qué se referían.

—¿No te contó el pequeño Quentin de su apetito por los norteños? —preguntó el oficial a Josh.

—Ya, Conrado, no es gracioso —dijo Quentin con el rostro enrojecido.

—¡Eric! Ven y cuéntale al señor Josh lo que sucedió esa noche.

El enorme Eric apareció en la puerta y se paró junto a Josh, que a duras penas le llegaba al hombro.

—Venga, señor, va a necesitar sentarse, es una larga y muy buena historia. —Eric lo rodeó con el brazo y lo llevó hacia dentro del cuartel.

—Me largo —dijo Quentin, a quien no le gustaba presumir de lo que hacía. Le había contado a Josh lo que ocurrió, pero no con todos los detalles, ya que la mayor parte de las veces era él el protagonista.

Siguió su camino mientras escuchaba a los soldados hablar todos a la vez, dejó las pertenencias de Josh en la cocina y como no sabía qué hacer, se dirigió al Palacio de Gobierno a ver a Noah, a quien encontró en su mesa de trabajo, etiquetando frascos con polvos de diversos colores y acomodando todo en un armario de muchos estantes.

—¿Novedades de Pyebra? —preguntó antes de sentarse en el suelo, ya que todas las sillas estaban cargadas de libros.

—Nada aún. El hombre que envié aún no regresa, temo que le haya sucedido algo.

—¿Ninguna carta, rumor ni nada de lo que sucede allí? —insistió.

—No, parece que todo está tranquilo.

—Y sin embargo sabemos que no es así…

—Lo sabemos a medias. Ni siquiera tenemos una certeza de cómo están las cosas por allá. Almairon hablaba como si todo fuera un hecho, pero quizás recién hayan comenzado a hacer los primeros movimientos. Puede que incluso les tome años lograr algo. —Y agregó sonriendo—: Deberías dejar de preocuparte, y disfrutar de tus últimos días libres antes de ir al “encierro”, ya

mañana comienzan las festividades por el aniversario de Sitnor, es una buena ocasión para distraerse —dijo y se encogió de hombros.

—Sí, puede que tengas razón…

—Eso sí, ten cuidado con beber mucha cerveza. Escuché lo que le dijiste a Eric…

Quentin bajó la cabeza, avergonzado, ya que pensó que su hermano no había oído.

—Está bien —dijo.

—Puede convertirse en un muy mal hábito en menos de lo que esperas. Hay hombres que pierden todo culpa de la bebida y aún eres muy joven para darte cuenta… —Noah siguió por largo rato dándole un extenso sermón sobre moralidad y sobre los efectos que las bebidas causaban a largo plazo en el cuerpo. Como hombre de ciencias que era, había tenido la oportunidad de investigar y aprender sobre muchas cosas, entre ellas, el cuerpo humano.

Quentin escuchaba y, como siempre, guardaba cada palabra en su memoria; todo lo que decía Noah era útil e importante para él.

25

A mediados del verano se festejaba el aniversario de Sitnor y la ciudad se llenaba de vecinos de toda la región que aprovechaban la semana que duraba la fiesta para realizar negocios, intercambios de mercancías, anunciar compromisos, empezar noviazgos y visitar a la familia.

El día en casa de Quentin comenzó muy temprano, incluso antes de que el sol saliera. Debían preparar todo para el comienzo de la fiesta, por lo que todos andaban alborotados y nerviosos, haciendo ruido en la cocina unos, y terminando de adornar la casa los demás.

La ciudad se vestía de fiesta, en las calles se colgaban guirnaldas, los árboles se decoraban con cintas y, en cada casa, se ponían cortinas de colores. Los establos de la parte sur, ya limpios y vacíos, se usaban como alojamiento por los visitantes durante el tiempo que permanecieran en la ciudad.

Llegaban caravanas de toda clase; de vendedores de telas, perfumes y especias de otras tierras, de espectáculos de marionetas para los más chicos y de teatro para los mayores, de juegos e incluso solía llegar desde hacía unos años una espectacular caravana que traía toda clase de objetos extraños y poco útiles para los sitnorenses, pero que, según los vendedores, se utilizaban en otras lejanas tierras. Eran objetos muy caros, aunque muy llamativos. Había carretas donde se podía comer y de Morrau llegaba una caravana cargada de toneles con sus mejores vinos frutados y especiados.

Era tiempo de encuentros y reencuentros. Las señoritas esperaban esta ocasión para vestir sus mejores prendas en los paseos vespertinos por la feria y los caballeros buscaban a toda costa llamar la atención de las jóvenes damas luciéndose en los juegos de puntería, destreza e ingenio que ofrecían los feriantes. Todos en esa zona habían empezado su noviazgo en la feria del aniversario de Sitnor. Incluso el mismísimo Gobernador cortejó a la Dama Ema durante esas fiestas y ambos lo recordaban riendo aún después de todos los años que pasaron.

Quentin y Noah, al igual que los demás jóvenes que no hacían nada más que molestar, fueron levantados, alimentados, y sacados de la casa apenas salió el sol.

—Vayan a hacer algo útil allá afuera —dijo la nana con el ceño fruncido, ni bien terminaron de desayunar, y los sacó de la cocina por la puerta de atrás.

Sabía que era inútil resistirse, por lo que Quentin se quedó en el patio general, conversando con los soldados de guardia hasta que apareció Josh; Noah, como de costumbre, fue a encerrarse a su estudio. Durante esa semana, nadie trabajaba, a excepción de los taberneros.

Quentin y Josh buscaron sus caballos y se fueron a recorrer la ciudad, mientras se llevaban a cabo los preparativos para la apertura de la celebración que, se esperaba, sería por la tarde.

Las carretas ya habían empezado a tomar sus lugares alrededor de la Plaza de la Fuente, que era la zona que ocupaban cada año. Los muchachos pasaron largo rato recostados en el césped del hermoso jardín de la plaza, viendo como montaban los escenarios y preparaban los juegos. Con el paso de las horas, todos fueron terminando de acomodarse. Las carretas que elaboraban las comidas típicas de cada rincón del continente, ubicadas en la calle este de la plaza, ya tenían todo listo y no pasó mucho hasta que comenzaron a encender sus fuegos y a cocinar.

Como era costumbre, toda la población de Sitnor empezó a acercarse, atraídos por los dedos invisibles de los apetitosos aromas que inundaban el aire de a poco. Y, como también era costumbre, los festejos iniciaron antes de lo previsto. Al ver que la gente se acercaba a las carretas de comida, los músicos organizaron sus instrumentos y lanzaron los primeros acordes, a

los que se sumaron otros poco después. Las botas de vino comenzaron a correr de mano en mano antes de que notaran de dónde habían salido.

En cuestión de horas, se había juntado toda la concurrencia; el Gobernador no tuvo más opción que subir al escenario y dar por inaugurada la celebración, entre aplausos y exclamaciones de alegría.

A media tarde, siguiendo la tradición, las parejas más ancianas de la ciudad comenzaron a bailar alrededor de la fuente. A ellos se fueron sumando más y más bailarines y, al poco rato, ya no había nadie que se estuviera quieto. Los más jóvenes eran los únicos que se quedaban mirando. Las muchachitas esperaban ansiosas que alguno de los muchachos las invitara a bailar, aunque las más atrevidas iban a buscarlos ellas mismas.

Cerca del atardecer, Noah salió del Palacio de Gobierno y fue por su hermano, al que encontró junto a Josh, sentados en la parte trasera de la carreta de su padre.

—¡Noah! Al fin saliste de la cueva —saludó Josh.

—Lo mismo digo. Se te ve pálido.

—Fueron muchos días sin sol…

—Igual no perdió la costumbre de quejarse —dijo Quentin.

—Cállate, caníbal —rio Josh, lo que le valió un puñetazo en el hombro.

—Así que ya te enteraste —dijo Noah al sentarse junto a Josh.

—Sí, los guardias me lo contaron ayer cuando salí de la enfermería.

—Seguro exageraron la mitad de las cosas —dijo Quentin.

—A ver… ¿Hicieron que algo estallara?

—Sí —respondieron los hermanos a coro.

—¿Amenazaron a Almairon?

—Sí. —De nuevo a coro, y Quentin agregó—. Varias veces.

—¿Q, le pasaste el cuchillo por el rostro, diciendo que querías sacarle un ojo…?

—Sí.

—¿… Y luego querías sacarle las uñas…?

—Sí.

—¿Y después de eso lo trataste de comida? ¿Cómo si te lo fueras a comer?

—Sí.

—¿Qué clase de amigo tengo? —preguntó fingiendo espanto y apartándose de Quentin. Los hermanos rieron y siguieron bromeando por un buen rato, pero Noah parecía distraído, mirando de aquí para allá, cada pocos minutos.

—¿Estás bien? —Quiso saber Quentin cuando Josh se fue a comprar algo para comer.

—Sí, ¿por qué lo dices?

—Te veo distraído… Como buscando algo… o a alguien… ¿A quién buscas?

El rostro de Noah cambió ligeramente de color.

—Na... Nadie, no busco a nadie —dijo, agachó la cabeza y se miró las manos. El cabello le ocultaba el rostro.

—Oh —dijo Quentin sonriendo—, parece que mi hermano se puso nervioso…

—Calla. Lo haces peor.

—Ya, ya. ¿Cómo puedo ayudarte? —dijo retomando la seriedad.

Noah se tomó unos momentos para responder.

—¿Has…? ¿Viste a la señorita Enara? —habló casi en un susurro.

—Sí, iba del brazo de un joven —dijo Quentin—, la vi hace ya un largo rato.

Noah se puso de pie de un salto y agregó con una triste sonrisa:

—Iré por un trago.

—¿Hablas en serio? ¿Después de todo el sermón de ayer?

—Soy un adulto responsable, y tú un niño. El sermón era para ti, no para mí.

—¡Noah! ¿Qué sucede? Tú nunca me hablas de esa forma —dijo el menor de los hermanos, ofendido.

—La señorita Enara me sucede. ¿Respondí a tu pregunta? Ahora deja que vaya a embrutecerme con un poco de cerveza.

—No sabía. No quise… ¡Noah, espera! —Quentin corrió detrás de su hermano, pero este se dio vuelta y lo miró de una forma que no admitía una palabra más. Luego, simplemente, se perdió entre la gente. Quentin regresó a sentarse a la carreta, a esperar a Josh. Tenía que encontrar la forma de evitar que Noah se agarrara la borrachera de su vida.

Al poco rato apareció Josh rengueando con una brocheta de carne de cerdo en una mano y un bollo de pan tesariano que se veía muy delicioso en la otra.

—Necesito que me ayudes en algo —dijo apresurado.

—Ya, Q, ¿recién salgo de la enfermería y ya quieres ponerme en movimiento?

—Tenemos que evitar que Noah se emborrache.

Josh rio.

—¿No es ese el propósito de las fiestas? Déjalo en paz, recuerda que tú eres el hermano menor.

—No entiendes… —Quentin se tomó la cabeza con ambas manos—. Parece que Noah está interesado en la señorita Enara… Creo que tenía pensado cortejarla durante la fiesta. Me preguntó si la había visto y le dije que iba del brazo de un joven.

—Es su hermano —dijo Josh con la boca llena—. Su familia vino por los festejos, se están alojando en mi casa.

—Sabía que no eras tan inútil. —Quentin rio y Josh lo golpeó—. Me lo gané, sí… Ven, vamos a buscar a Noah, anda.

—Qué pereza, Q… Deja que termine de comer al menos.

—Come en el camino —respondió tirando de su brazo.

Cuando al fin logró convencerlo, comenzaron a buscarlo por todos lados, preguntaron aquí y allá, hasta que alguien les dijo que lo habían visto en la taberna.

Hacia allí fueron y lo encontraron afirmado en una mesa, con un enorme jarro de cerveza en una mano y su cara en la otra.

—Noah… —dijo Quentin en voz baja.

—Te dije que me dejaras en paz —respondió arrastrando las palabras, sin mirarlo.

—Es su hermano, Noah, puedes estar tranquilo —dijo Josh aun masticando—. Su familia vino desde su pueblo, en la costa. Son nuestros huéspedes. Este idiota vio a Enara con su hermano.

Quentin se quejó, pero ninguno le hizo caso. Josh tomó a Noah del brazo y lo levantó de la silla de un solo tirón, como si se tratara de un muñeco de tela. Quentin dejó unas monedas y se marcharon.

—¿En serio lo dices? —Noah sonreía, mientras se colgaba de los hombros de los muchachos.

—Por supuesto. —Josh se llevó a la boca el último trozo de pan—. No te dejaría hacer el ridículo mintiéndote en algo tan serio e importante, Noah.

—Qué sutil eres —dijo Quentin disgustado.

—Está borracho. —Josh se encogió de hombros—. Vaya a saber si sabe de qué estoy hablando.

—Acompáñenme a mi estudio, necesito deshacerme de esta borrachera antes de dar un

espectáculo aún más penoso —dijo en un breve momento de lucidez, arrastrando las palabras.

—¿Qué tomaste? Hace apenas media hora que me dejaste.

—¡Ghona! —gritó Noah. Luego rio mirando a su hermano—. ¿Recuerdas?

Quentin no podía creerlo. El sermón del día anterior también incluyó una lección de bebidas y sus efectos. Según Noah, el ghona era la peor de todas las bebidas alcohólicas inventadas. Y, sin embargo, iba acarreando a su hermano emborrachado con ghona. Josh reía a carcajadas de las incoherencias que Noah decía y Quentin maldecía por lo bajo, mientras iban caminando por una de las calles laterales, para evitar que vieran a Noah en ese estado, y, también, para tratar de llegar más rápido.

—Josh, vi a uno de los hombres de Almairon —dijo Quentin en voz baja, alarmado, luego de unos momentos.

—¿Estás seguro? ¿No habían dejado la ciudad?

—Eso dijeron los guardias de la puerta, pero pueden haber regresado después en alguna de las caravanas. ¡Apresurémonos!

Noah seguía diciendo incoherencias, pero Josh ya no reía. Debían llegar al Palacio con urgencia para que Noah pudiera recuperarse.

—¿Qué debo darte? —preguntó Quentin una vez que estuvieron dentro.

—En mi bolso, busca un saco de cuero no muy grande. —Noah se tomaba la cabeza mientras arrastraba las palabras.

Quentin buscó y rebuscó hasta que dio con lo que necesitaba. Le dio una de las semillas a Noah y él se la llevó a la boca de inmediato.

—¿Recuerdas cómo llegar a tu casa desde aquí? —preguntó Quentin a su amigo.

—El borracho es él —dijo señalando a Noah.

—Por los pasillos… —respondió frunciendo el ceño.

—No, no tengo idea.

—Iré yo entonces. Cuida a Noah y espérenme aquí, avisaré a Eric y a los que encuentre, aunque no sé si tendré suerte de hallarlos conscientes.

Quentin corrió entre los libros desparramados hasta la segunda habitación y abrió la puerta que llevaba abajo.

—Cierra con llave. —Le dijo a Josh antes de bajar.

Quentin encendió una antorcha y corrió con toda la velocidad que se lo permitían las circunstancias, tratando de no apagar el fuego.

Terminó el trayecto en el despacho de su padre, por lo que salió de ahí de inmediato y recorrió la casa vacía, buscándolo. Al no encontrarlo, decidió ir directo al cuartel.

Allí halló a un par de soldados que lo recibieron alegremente, pero cambiaron sus expresiones al ver la palidez de su rostro.

—¿Qué sucede, joven?

—¿Eric?

—Está libre hoy, joven.

—¿Conrado también? —preguntó con la voz entrecortada.

—No, se encuentra en la guardia.

Quentin salió corriendo, con dos de los soldados por detrás.

—¡Conrado! — gritó Quentin antes de llegar.

El oficial salió de la caseta y lo miró preocupado.

—¿Qué sucede, señor?

—Vi a uno de los hombres de Almairon —dijo con la voz agitada.

—Esos malditos.

—Busca… Busca quien te acompañe, busca a Eric y los que estuvieron esa noche. Vístanse con sus ropas para no llamar la atención. No le avisen a mi padre ni al Gobernador, lo haremos nosotros.

—Por supuesto, señor.

—Si te cruzas con alguno de ellos, y los dioses quieran que no lo hagas, me culpas a mí. Dile… no sé, dile cualquier cosa. Debo buscar mis armas y las de Josh.

—Yo estuve esa noche, señor —dijo uno de los soldados que lo habían seguido.

—Ve a vestirte entonces —dijo mirándolo—. Nos encontraremos allí. Josh y yo seremos la carnada. Les daremos unos minutos antes de salir del Palacio de Gobierno, estén atentos. Traten de encontrar al resto de los hombres que estaban con ustedes. Recuerden que Noah también corre peligro, pero trataremos de no separarnos de él.

—A la orden, señor.

Quentin corrió a la armería y se detuvo unos momentos. Necesitaba serenarse. Parecía que en su cabeza, sus pensamientos, sus ideas… Todo en su interior estaba tan alborotado que estaba empezando a marearse. Su sangre cosquilleaba en sus venas y, como le sucedió las veces anteriores, parecía que sus sentidos eran más agudos que de costumbre. Veía los colores más brillantes y era capaz de escuchar las voces de los soldados en el cuarto de guardias, a muchos metros de donde él se encontraba. Se tomó unos minutos, luego buscó dos espadas cortas y dos cuchillos. Regresó corriendo a su casa, subió las escaleras apresuradamente hasta el despacho y bajó a los pasillos otra vez.

—¿Todo bien por acá? —preguntó Quentin una vez que llegó al estudio y hubo cerrado la puerta.

—Gracias, hermano.

—Tú hubieras hecho lo mismo —contestó sonriendo a medias—. Ya avisé a los hombres que estuvieron con nosotros esa noche —agregó mientras le daba las armas a Josh.

—¿Quedaba alguno consciente? —preguntó Noah.

—Conrado y uno más que no sé el nombre. Eric estaba libre hoy.

—No bebe —dijo Josh—, así que podremos encontrarlo en condiciones.

—Qué alivio —suspiró Noah.

—¿Estás seguro? Por las dudas llevemos de esas semillas. —Quentin guardó la bolsa en uno de sus bolsillos—. Noah, me sentiría más tranquilo si te quedaras aquí. Está bien si quieres ir, pero…

—Estaré bien, estuvo trabajando en algo —dijo Noah con inusitada confianza, y palmeó uno de sus bolsillos.

—¿Listos, entonces? —preguntó Quentin.

Al saber que contaría con Josh esta vez, sintió que todo su nerviosismo anterior se transformaba en una extraña calma que le recordó a Onix, su gato negro, a la hora de cazar. Se quedaba muy quieto, calculando, observando a su presa sin que ninguno de los músculos de su cuerpo hiciera el más mínimo de los movimientos. Y cuando menos uno lo esperaba, saltaba con impresionante velocidad y precisión, para reclamar su botín. Sí, Quentin se sentía como Onix.

26

El sonido de la celebración les llegó a los oídos ni bien abrieron las grandes puertas talladas del Palacio de Gobierno. El cielo estaba ya oscuro y había faroles encendidos en todas las calles. La gente en la fiesta reía y bromeaba y aún había parejas bailando, las carretas al este de la plaza seguían preparando sus llamativas y apetitosas comidas y las muchachas se arremolinaban cerca de las carretas donde los jóvenes jugaban en los desafíos de destreza.

Josh y los hermanos Guna, se dirigieron hacia allí y varias señoritas comenzaron a codearse y a susurrar entre risas nerviosas. Los tres eran altos y apuestos, aunque muy diferentes. Noah era delgado y de rasgos delicados; Quentin y Josh eran robustos y de la misma altura, pero Quentin tenía el cabello oscuro y unos llamativos ojos verdes; el cabello de Josh se asemejaba al color de las hojas de los árboles en otoño y veía el mundo a través de sus ojos celeste oscuro. Era muy normal que causaran alguna reacción en las féminas más jóvenes pero, durante las celebraciones de Sitnor, todos, incluyendo a las damas, se volvían más osados.

—¡Hola, hermanos! —exclamó una niña de repente, saltando frente a ellos.

—Demonios, Ara —dijo Quentin, sobresaltado. Su joven hermana reía divertida, ya que siempre lograba asustarlo.

—¿Vienen a probar suerte?

—Venimos a patear traseros. —Josh sonrió confiado, antes de dirigirse a donde estaba el vendedor de los boletos para los juegos.

A los pocos minutos, Josh regresó con los billetes, y los repartió entre Quentin y Noah.

Era un juego de puntería, pero tuvieron que esperar unos minutos hasta que fue su turno. Primero pasó Josh, y las muchachas aplaudían y festejaban cada vez que él acertaba en el blanco; Ara ya no parecía divertirse. Noah la rodeó con su brazo y le susurró algo al oído. La niña miró hacia atrás, donde se encontraban las señoritas que alentaban a Josh, y sonrió. Como Josh completó el desafío sin errores, le dieron de premio una canasta con pequeñas flores rosadas que le entregó a Ara, no sin antes pedir la aprobación de sus dos hermanos.

Luego fue Quentin, que falló el primer tiro. Dos de las muchachas lo alentaban fervorosamente mientras Josh se burlaba de él. Miró alrededor y vio que el soldado del que no recordaba el nombre pasaba en esos momentos a pocos metros de ellos. Ya más tranquilo, afinó la puntería y acertó los dos tiros siguientes. Un coro de muchachitas aplaudió y gritó su nombre mientras él regresaba, mirándose los pies, hacia donde estaban los demás.

—Tu turno. —Le dijo a su hermano, con el rostro enrojecido.

Noah se acercó a la marca y, entre aplausos y exclamaciones, acertó los tres tiros. Regresaba sonriendo junto a los demás, con otra canasta de flores en las manos, cuando alcanzó a ver que un hombre le tapaba la boca de su hermana y la arrastra hacia atrás, para intentar perderse entre la multitud.

—¡Abajo! —gritó, dejó caer la canasta y se llevó la mano al bolsillo.

Quentin y Josh se agacharon, mientras daban media vuelta y desenfundaban sus espadas. Todos a su alrededor gritaron y corrieron espantados, ya que no se permitían armas durante las fiestas. Noah arrojó un dardo que se clavó en el cuello del hombre que se llevaba a Ara. El sujeto dejó ir a la niña, que corrió llorando desesperada. Josh se acercó a ella y la abrazó.

—¿Estás herida? No llores por favor, todo está bien. Todo estará bien —susurró mientras pasaba una de sus temblorosas manos por su rubia cabellera.

El sujeto se quitó el dardo y corrió entre la gente, perdiéndose por una calle lateral.

—¡Vayan tras él! —dijo Noah cuando los alcanzó y se hizo cargo de su pequeña hermana.

Un grupo de soldados uniformados se presentó junto a ellos.

—¿Qué sucede? —preguntó levantando la voz.

—Llévenla con mi padre, díganle que Almairon está aquí, pero que no se alarme, ya tenemos todo bajo control —susurró Noah.

—Como ordene, señor —dijo tomando a Ara, que aún sollozaba, de la mano—. Que continúen los festejos.

Noah se detuvo por unos instantes a recoger el dardo y corrió en la misma dirección en que había visto ir a Josh y su hermano. Las calles alrededor de la plaza estaban desiertas y solo se oía el lejano alboroto de la fiesta. De repente notó que una puerta se abría a su derecha y se detuvo sin sangre en las venas, ya que no se sentía capaz de defenderse por sí solo. Un hombre de gran tamaño salió por la puerta riendo, abrazando por la cintura a dos mujeres con los vestidos algo alborotados.

—Eric —dijo Noah, aliviado. No se había dado cuenta de que era la casa del soldado.

—Señor Noah —dijo asombrado. Luego, al ver el estado de nerviosismo en que se encontraba, se despidió de sus risueñas acompañantes—. ¿Qué sucede?

—Almairon está aquí —dijo Noah con voz entrecortada.

—Buscaré mis armas, venga conmigo. No quiero que le suceda nada. —Eric regresó al interior de su casa y tomó las espadas que tenía colgadas junto a la puerta—. ¿Hacia dónde vamos?

Mientras Eric pasaba los brazos entre las correas y comenzaban a caminar, Noah le contó lo que había sucedido.

—Le reventaré el cráneo a ese maldito —dijo una vez que Noah terminó.

—Primero tenemos que encontrar a mi hermano y a Josh. No sé si fueron solos, en el alboroto, no vi si alguien más fue con ellos.

Continuaron caminando en completo silencio, para evitar ser oídos y tener alguna oportunidad de sorprenderlos, si era posible. A tres calles de la plaza, oyeron la estridente risa de Quentin. Ambos se detuvieron para escuchar mejor, tratando de identificar de donde venía el sonido. Caminaron hasta la esquina y se asomaron entre los arbustos. Podían ver con claridad a tres hombres de espaldas y a Quentin y a Josh de cara a ellos. Para su alivio, aún nadie tenía las armas en las manos.

—No podría ser mejor —susurró Eric con una sonrisa en su rostro—. Iremos en silencio hacia ellos. Quédese a mi lado, no conviene que regrese, ni que se quede aquí. Solo… manténgase lejos de las espadas una vez que todo empiece.

Ambos avanzaron con cautela, viendo en donde ponían cada pie. Los muchachos los vieron acercarse, pero actuaron como si aún estuvieran solos. Caminaron unas cuantas decenas de metros y, cuando estaban a una distancia prudente, se detuvieron.

Almairon estaba entre dos de sus hombres, haciendo gala de una valentía que no poseía, y Noah lo oyó al final de su discurso.

—Entreguen sus armas y nada malo les sucederá, seré compasivo con ustedes.

—Tú nos debes un ojo y dos degollados. Si las cuentas no me fallan, ya tengo a los candidatos perfectos para saciar la sed de sangre de mi pequeña. —Mientras Quentin hablaba, sacó su espada y pasó el dedo, con lentitud, por el filo de su arma—. Además, no te veo muy capaz de cumplir tus promesas, vejete, la última vez que nos cruzamos no estabas tan… cómodo. —Quentin se dio un golpe en el muslo—. Que poco cortés de mi parte, creo que no los he

presentado. Él es mi amigo Josh, aunque ya te hablé de él en nuestro encuentro anterior.

—¿También es un maldito demente como tú? —preguntó con cierto tono de burla.

—No tanto… A mí solo me gusta el sonido que hacen los huesos al quebrarse. No interesa si lo hago yo o si lo hace alguien más —dijo Josh.

—Con gusto lo haré yo, mi señor —dijo Eric mostrando una enorme sonrisa.

Almairon y sus hombres giraron sobre sus talones al oír una voz grave a sus espaldas y buscaron sus armas. Por las expresiones de sus rostros, Noah se dio cuenta del efecto que había ocasionado la aparición de Eric.

—Creo que ahora la ventaja es nuestra. La diferencia es que nosotros somos, en tus propias palabras, unos malditos dementes y ustedes solo son "compasivos" —dijo Quentin burlándose de Almairon—. ¿Cómo quedan las cosas ahora?

El rostro de Almairon había palidecido, se notaba aun a la luz de los faroles que alumbraban las calles.

—Sus padres no permitirán que me hagan daño —tartamudeó—. Sé que armaron algún alboroto en la fiesta, pronto vendrán refuerzos y no los dejarán hacerme daño.

—¿Quién dice? —preguntó Josh—. ¿Por qué crees que nos enviaron a nosotros a buscarlos? Si los quisieran vivos, hubieran mandado a sus soldados a arrestarlos, así de simple. En cambio, tienes a este pequeño escuadrón de dementes dándote caza.

—El punto es, mi estimado señor, que nuestros padres prefieren que nosotros nos encarguemos de la basura que llega a Sitnor. No importa cómo lo hagamos y saben que tenemos métodos… un tanto extravagantes, por llamarlo de alguna forma.

—Solo imagina que ya están enterados que quisiste dañar a mi pequeña hermana —dijo Noah.

—No íbamos a lastimar a la niña, ¿por quiénes nos toman? —preguntó, alarmado, uno de los hombres.

—¿Vieron, acaso, el terror de sus ojos? —preguntó Quentin, acercándose.

—¿Oyeron su llanto? —agregó Josh y desenvainó su espada. —Va a ser la primera y última vez que hagan llorar a Ara.

—¡Quentin! —exclamó Noah.

Dos hombres de Almairon se acercaban por detrás de los muchachos. Eric no esperó demasiado, desenfundó una de sus espadas y se lanzó en contra de Almairon, para forzar a sus hombres a defenderlo. Los muchachos se dieron vuelta y fueron al encuentro de los que se acercaban, en ese momento, corriendo.

Noah vio que Almairon intentaba escapar, por lo que le arrojó un dardo que se clavó en una de sus piernas.

—¿Con esto quieres detenerme, maldito cobarde? —gritó arrancándolo de un tirón.

—Solo espera. —Noah sonrió.

Almairon dio unos pasos más y cayó de cara al suelo.

—¿Qué demonios…? —El falso comerciante intentó incorporarse, pero su pierna, simplemente, no respondía; estaba paralizada. Noah había logrado dar, por error, con una poción que causaba adormecimiento cuando entraba en contacto con la sangre. Para estar seguro de que funcionaba, la había probado él mismo en varias ocasiones. Esta vez, tuvo el tiempo suficiente de untar la punta del dardo con ese líquido, para poder inmovilizar a Almairon.

—Ahora, esperaremos a que tus hombres mueran, así luego se encargan de ti. —Noah se acercó unos pasos a él.

—¿Qué pasa contigo? ¿Te faltan huevos?

—No me gusta ensuciarme con sangre. A Quentin se le da mejor.

Noah no estaba seguro de cuánto tiempo podría durar el efecto del dardo, por lo que solo podía intentar retener a Almairon lo suficiente para que alguno de los demás pudiera hacerse cargo de él.

—Eres aún más cobarde que yo. ¿Sabías, estorbo? Qué triste que tu hermanito tenga que cuidarte.

—Al menos no necesito pagarle a alguien para que lo haga. —Noah se encogió de hombros y trató de mantener la calma, lo que era difícil con el ruido del acero chocando una y otra vez.

A Quentin se lo veía con cierta ventaja, su contrincante ya estaba herido y pudo distinguir algunas manchas de sangre en su camisa. Eric parecía más decidido a entretenerse que a matarlos, estaba seguro de que podría haber acabado ya con al menos uno de sus rivales, pero se estaba divirtiendo, luchando incluso con una sola espada. Josh era el que peor lo llevaba, estaba comenzando a renguear mucho más, apoyaba todo su peso en su pierna izquierda y una herida en su brazo sangraba. Necesitaría ayuda pronto.

—Eric, arrójame una de tus espadas —dijo levantando la voz—. Parece que tienes una de sobra.

El oficial lo miró y Noah le hizo una seña casi imperceptible, para que viera a Josh. Eric lo notó y arrojó al suelo a uno de sus rivales de un certero codazo en la nariz; luego, se llevó la mano a la espalda para alcanzar su segunda espada.

—Admítelo —dijo Noah mirando a Almairon—, es un gran espectáculo verlo luchar.

—Espectáculo mis pelotas. —Le respondió con brusquedad e intentó, en vano, ponerse de pie.

Eric cruzó sus dos espadas en el cuello del hombre que tenía frente a él y le rebanó la garganta. Limpió el filo de una de sus armas en la camisa del recién caído y se la arrojó a Noah.

Si bien no entrenaba desde hacía años, el muchacho sabía cómo utilizar un arma. Lo cierto era que no era muy bueno y por eso había desistido; sin embargo, en ese momento no estaba en un entrenamiento y, si las cosas se complicaban con Almairon, debería intentar tomar las riendas de la situación.

Almairon trataba cada poco tiempo levantarse, aunque sin resultado. Noah, mientras tanto, permanecía a su lado con la espada en la mano, observando todo. Eric corrió en ayuda de Josh, mientras el otro sujeto seguía inconsciente por el golpe que había recibido. El rival de Josh no fue capaz de defenderse de los ataques combinados y cayó al poco tiempo.

—Ya siento mi pierna, pequeñín… Será mejor que te prepares, porque te voy a rebanar en mil pedazos.

Noah no lo escuchó, estaba viendo que Josh caía al suelo, con las manos en su costado. Eric se arrodilló junto a él. Una última estocada lo había alcanzado. Quentin se distrajo al ver a Josh caer y casi le cuesta la vida, pero pudo bloquear con rapidez el sablazo que iba a su cuello. Luego, sacó de su cintura un cuchillo y lo enterró en el abdomen de su oponente. También él corrió junto a Josh.

Un destello a su derecha lo distrajo y, con rapidez, giró la cabeza para ver que Almairon al fin se había puesto de pie e iba por él con la espada en la mano. Noah bloqueó el primer golpe y retrocedió unos pasos por el impacto. La espada ondulada de Eric era pesada, pero pensó que podía ser una ventaja si era un combate corto. Se decidió a tratar de evitar ser herido, aunque le faltaba velocidad para rechazar todos los golpes. Sintió el ardor del filo del arma enemiga en su cuerpo una vez, otra vez y una vez más. Ya no podía ver qué sucedía a su alrededor y no tenía en sus pensamientos nada más que la espada de Almairon. Luego de unos momentos notó que él hacía siempre los mismos tres movimientos. Esta vez podía servirle de algo su obsesión por los detalles.

Sus brazos estaban empezando a sentir cansancio por el peso del arma, la falta de entrenamiento y los constantes golpes. Tenía que hacer algo urgente y, en ese momento, vio que Almairon tropezó con una piedra y trastabilló. Noah aprovechó el descuido de Almairon y se lanzó contra él. Intentó recordar la forma en que entrenaban los soldados en la fortaleza, pero estaba seguro de que no podría hacer nada parecido; aun así, lo atacó. Su primer golpe dio de lleno en su brazo izquierdo, ocasionándole un gran corte. Atacó dos veces más sin causar ningún daño de consideración y, al tercero, Almairon lo bloqueó y golpeó a Noah en la mandíbula con la empuñadura de su arma.

Aturdido, intentó mantenerse en pie, pero todo giraba a su alrededor. Le pareció oír su nombre a lo lejos; seguro alguno de los tres vendría en su ayuda. Hizo un esfuerzo por recobrarse y levantó la espada con toda la fuerza y la velocidad que fue capaz, pero ya no sabía qué estaba sucediendo a su alrededor.

27

Josh estaba en el suelo, doblado de dolor, murmuraba algo que Quentin no alcanzaba a oír y ya no podía ponerse en pie. A su lado se encontraba el enorme oficial, con las manos llenas de sangre, tratando de ayudarlo. Quentin sacó el cuchillo que llevaba en la cintura y lo enterró en el estómago de su rival, gritando de rabia. Su amigo estaba herido otra vez.

«Maldito Almairon, malditos pyebranos».

Sintió la sangre caliente bañar su mano y el asco lo inundó. Trató de pensar en otra cosa para no desfallecer en ese momento en que más lo necesitaban. No se molestó en recuperar el cuchillo, no le interesaba, por lo que soltó la empuñadura y corrió a donde estaba su amigo caído.

—Josh, háblame —dijo con la voz entrecortada y se arrodilló junto a él.

—Estoy bien, Q, es solo que… Creo que… se me ha abierto una herida.

Josh apartó las manos que cubrían la lesión y Quentin le levantó la camisa.

—Tu herida anterior está bien, la que sangra es una nueva, te han herido otra vez.

Quentin se arrancó una manga de la camisa para cubrir la herida y mantenerla presionada.

—Me debes dos camisas —dijo en un intento de distraer a su amigo. Josh solo esbozó una pequeña sonrisa y sus ojos se cerraron.

Quentin recostó a Josh en el suelo y le indicó a Eric que mantuviera presionada su herida. Tomó su espada y se puso de pie para ver dónde se encontraba su hermano. Sintió que un escalofrío le recorría el cuerpo al verlo enfrentándose a Almairon.

—Noah —dijo en un susurro, sin entender la situación. Noah de repente comenzó a atacarlo. El primer sablazo hirió a Almairon, pero los siguientes no lo tocaron.

Almairon se defendió y golpeó a Noah, que quedó petrificado por unos momentos.

—¡Noah! —gritó y se lanzó a correr hacia él.

Vio que su hermano abanicaba la espada de Eric y alcanzaba a herir a Almairon en el rostro. El comerciante retrocedió unos pasos, arrojó su arma al suelo y puso sus dos manos sobre la herida. Noah quedó parado frente a él, inmóvil, mirándolo.

Cuando Quentin llegó, Noah giró la cabeza hacia él, con la vista extraviada. Se tambaleaba, levemente, de un lado al otro. Su hermano lo rodeó con los brazos y Noah se dejó caer.

Almairon gritaba de dolor y maldecía, arrodillado en el suelo. Quentin trató de hablar con Noah, pero este no respondió, por lo que lo dejó sentado en la empedrada calle y caminó hacia donde se encontraba Almairon.

—Cierra la boca, maldito —dijo y comenzó a buscar en sus bolsillos una cuerda. Al hallarla, tomó las manos de su prisionero y las llevó hacia su espalda, para sujetarlas. Almairon seguía gritando e insultando.

—Los voy a matar a todos, uno a uno, caerán como moscas. Convertiré Sitnor en un infierno de fuego y cenizas.

Noah se puso de pie y se acercó a ellos. Quentin lo miró extrañado.

—Noah, ¿estás bien? —Le preguntó mientras apretaba la cuerda alrededor de las muñecas de Almairon.

El mayor de los hermanos pateó el rostro de Almairon y este cayó de costado, inconsciente.

—Te dijeron que cerraras la puta boca —dijo Noah.

—¿Están bien, señores? —Eric los había alcanzado.

—Sí. —Noah se quitó el cabello del rostro y aún actuaba de forma extraña.

—¿Dejaste a Josh solo? —preguntó Quentin, alarmado. Se puso de pie y miró hacia donde lo había dejado.

—No, señor, lo llevé a mi casa. Mi hermana lo cuidará hasta que regresemos por él.

—Esto es un maldito desastre. —Quentin se tomó la cabeza con ambas manos y caminó de un lado al otro—. Eric, ve a buscar a mi padre, por favor. Intenta aparentar que todo está bien. Sonríe, festeja… lo que sea pero, por todos los dioses, apresúrate.

Eric asintió y se echó a correr hacia la fiesta. Quentin miró al cielo y respiró profundo. No podía comprender cómo había cambiado su vida en tan poco tiempo. Hasta hacía unos días atrás, lo único que le preocupaba era librarse de la escolta para poder vagar por Sitnor a sus anchas. Pero esos hombres de Pyebra se habían llevado las vidas de dos de sus escoltas y el tercero estaba luchando por mantenerse vivo. Quentin maldijo en silencio y apretó los puños. Tuvo que matar para no morir, pero eso no le molestaba tanto como había imaginado que lo haría, lo hizo para no terminar él mismo dos metros bajo tierra. Y como si fuera poco, utilizó sus poderes frente a Josh.

«Qué demonios, volvería a usarlos, si eso significa no perderlo. Lo haría por él y por mis hermanos, aunque todo Sitnor me viera hacerlo» pensó.

Quentin miró al cielo y encontrar a su pequeña estrella asomando detrás de una nube, lo hizo sonreír unos breves instantes.

—¿Viste? —Noah miraba los cuerpos diseminados en la calle—. Ya saldamos la deuda… Tenemos dos muertos y un ojo.

—Ven, siéntate por aquí. —Quentin guio a su hermano a un banco de madera que había fuera de una casa.

28

Eric corrió hasta unos metros antes de llegar a la plaza. Se detuvo y respiró profundamente varias veces para recomponerse; al mirar sus manos vio que estaban llenas de sangre, por lo que se acercó a un bebedero y se enjuagó los brazos. Se secó en su ropa mientras seguía caminando hasta el centro de la plaza, desde donde podría buscar al señor Rob. Lo encontró junto al señor Aníbal, ambos con expresión seria, disimulando mal su preocupación si alguien se les acercaba. Caminó hacia ellos sin perder tiempo.

Un grupo de risueñas señoritas intentó llamar su atención, pero él sonrió y siguió su camino.

—Señores, todo salió bien —dijo al llegar a ellos. Los dos relajaron los hombros, y respiraron aliviados—. Vengan conmigo, por favor.

El pequeño grupo dejó la celebración lo más discretamente posible.

—En realidad, y en palabras del señor Quentin, es un maldito desastre —dijo ni bien se alejaron del gentío—, pero los señores están bien, dentro de todo, y Almairon fue capturado vivo. Herido, pero vivo.

—¿Quién lo hirió? —Quiso saber el Gobernador.

—Noah.

—¿Noah? —preguntaron a coro.

—El señor Noah, disculpen. —Eric bajó la cabeza.

—No es eso, oficial, pero Noah ni siquiera sabe tener una espada entre sus manos —dijo el asombrado padre.

—Se sorprendería, señor. Es muy capaz, solo está un poco oxidado.

—¿Qué sucedió? ¿Los muchachos cómo están? —preguntó el Gobernador.

—El señor Josh, está otra vez herido —dijo Eric y el Gobernador asintió. Luego agregó—: Y no lo culpo, no estaba listo, aún no terminó de sanar por completo. Fue muy arriesgado de su parte involucrarse. Tuvo suerte de que solo recibió un corte en el abdomen, lo llevé a mi casa para que mi hermana lo atendiera. Asumiré las consecuencias que crean convenientes por sus heridas. Fue muy imprudente de mi parte no socorrerlo. Debí evitar que se expusiera.

—Habrá tiempo para eso —dijo el Gobernador.

—No vi que el señor Quentin fuera herido…

—Bendito sea ese muchacho —dijo el Gobernador.

—… Pero la zona está oscura. Es un honor luchar junto a alguien como él. Además, es un gran muchacho. Y nunca pierde la cabeza. El señor Noah… —Dudó antes de decirlo—, es diferente.

—Dímelo a mí —acotó Rob.

—Estaba bastante aturdido. Creo que los últimos movimientos los hizo sin siquiera saber qué hacía.

—Los dioses han sido buenos con nosotros —dijo Aníbal mirando al cielo.

Los hombres continuaron el resto del camino en silencio, mientras Eric los guiaba, y a los pocos minutos habían llegado al lugar del enfrentamiento.

Quentin y Noah estaban sentados en el banco y Almairon estaba atado e inconsciente frente a ellos.

—Mis muchachos —dijo Rob, apenas los distinguió en la oscuridad. Corrió hacia ellos y Quentin fue a su encuentro cuando los vio.

—Es un desastre padre. Al final, todo salió mal. Murieron tres hombres —balbuceó.

—Tres malditos granos en el trasero menos, muchacho —dijo el Gobernador al acercarse.

—Josh está herido nuevamente y Noah… Bueno, no sé qué le sucede. —Quentin lo miró apenado.

—Es la conmoción, ya se le pasará —dijo el Gobernador.

Noah seguía sentado, ignorando lo que ocurría; las mangas de su camisa estaban rasgadas y manchadas de sangre.

—Noah, ¿cómo te encuentras? —Su padre se acercó a él.

El mayor de sus hijos lo miró con ojos inexpresivos, sin decir una palabra.

—Deberíamos sacarlo de aquí, llevarlo a casa —dijo Quentin.

—Tienes razón, lo haré. Enviaré a que retiren los cuerpos y se lleven a Almairon a una celda.

—Ve, cuando limpien aquí iremos por Josh —dijo el Gobernador.

—Señor Aníbal, vaya usted también. El señor Quentin y yo nos encargaremos.

El Gobernador asintió. Rob tomó a Noah del brazo y el muchacho se puso de pie.

—Vamos, hijo, iremos a casa.

Los tres partieron, caminando despacio, y se perdieron en la oscuridad.

Eric se dirigió hacia el sujeto que había dejado inconsciente y lo arrastró hasta donde estaba Almairon, sacó una soga de su bolsillo y le ató las muñecas en la espalda. Poco tiempo después, llegaron los soldados con una carreta para llevarse los cuerpos de los hombres de Almairon. Los soldados los recogieron y dejaron el lugar sin decir una palabra. No pasó mucho hasta que llegó otra carreta, esta vez era la que llevaría a los prisioneros a los calabozos.

—Lo acompañaré a mi casa y luego iré a vigilar a Almairon. Ese maldito no se escapará de nuevo, señor.

Quentin se puso de pie y, sin decir palabra, caminó junto al enorme oficial. Se permitió por unos momentos volver a sentirse como un niño pequeño, agotado y confundido.

—Gracias por lo que hiciste, Eric, eres un gran hombre.

—Es un gusto, señor. Haré lo posible por estar junto a usted cada vez que me necesite, si usted me lo permite.

—Los dioses quieran que estés a mi lado cuando te necesite, Eric. No podría pedir nada más que saber que siempre será así.

—Y si los malditos dioses no quieren, me los llevo al infierno a conocer a mi padre, señor. —Quentin rio y el oficial le palmeó la espalda.

Al llegar a la casa de Eric, este abrió la puerta y lo guio hasta la habitación donde había dejado a Josh, que ya estaba despierto. Se lo veía pálido y sudoroso. La hermana de Eric, a quien le había confiado su cuidado, era una de las enfermeras de la Fortaleza y había atendido sus nuevas heridas.

Al verlos llegar, el Gobernador se puso de pie y dejó la habitación junto a Eric.

—¿Cómo te sientes?

—Me duele todo, pero sobreviviré.

—Qué gran susto me diste —dijo Quentin aliviado, parecía que sus heridas no eran tan graves, al final.

—¿Y Noah? ¿Qué pasó con él?

—Se abatió con Almairon, con una de las espadas de Eric, ¿puedes creerlo?

—Soy capaz de creer en cualquier cosa en estos momentos…

—… Y lo hirió, al final creo que le sacó un ojo. Cuando llegué a él me dijo «¿Viste? Saldamos la deuda», pero estaba bastante aturdido, incluso me parece que no lo recordará una vez que se reponga de la impresión.

—Mierda, lo rebanaría en mil partes si pudiera.

—¿Sabes qué es lo peor? Que solo cumple órdenes. Lo que significa que hay más como él e, incluso, pueden ser peores que él. Y a eso, súmale los magos.

Josh estaba por decir algo cuando su padre regresó a la habitación; ya tenía todo listo para llevarlo de nuevo a la enfermería.

—Un solo día afuera… ¡Uno solo! —Se quejó el muchacho cuando ingresaban a la habitación que, esta vez, compartiría con Noah.

—No seas tan llorón, solo será un tiempo —dijo Quentin. El Gobernador lo miró con el ceño fruncido, pero luego rio a carcajadas.

—Disculpe, señor, yo no…

—Muchacho, muchacho —dijo y le puso una mano en la espalda—, ustedes me recuerdan a tu padre y a mí cuando éramos jóvenes.

La enfermera terminó de revisar los vendajes de Josh y dijo que permanecería ahí un par de días, principalmente porque no se fiaba de él. Luego de oírla, el Gobernador se disculpó, ya que debía regresar a la fiesta. Noah dormía en la cama de al lado, con sus heridas ya limpias y vendadas. A Josh también le habían dado una poción de sueño, que pronto haría efecto, y Quentin permaneció junto a ellos hasta que sus párpados se cerraron. Luego, fue a su casa a asearse y regresó a la fiesta.

Encontró a su familia en la carreta, Ara tenía a Astor en brazos y sus padres estaban conversando algo alejados de ellos.

—Ara. ¿Cómo estás?

—Más tranquila ahora. Gracias por lo que hicieron.

—Eres nuestra hermana, ¿no? Nadie toca a nuestra hermana. —Quentin abrió los ojos exageradamente, hizo algunas muecas y Ara reía al verlo.

—¿Noah cómo está? No quieren decirme nada, pero sé que algo le ocurrió —dijo indignada.

Quentin se sentó a su lado y le contó todo lo que había sucedido desde que apareció Almairon en la ciudad. La niña estaba muda de asombro.

—Mañana podrás visitarlos, no despertarán hasta entonces —dijo al finalizar.

—¿Sabes? —dijo después de un rato—. Una joven que trabaja en casa del Gobernador vino a hablarme luego de que ustedes se fueron. Me preguntó por Noah al final de la conversación; no por mis hermanos, solo por él. —Ara rio—. Parece que Noah tiene una enamorada.

—Enara… Noah estará muy contento. Por ella se emborrachó de muerte.

—¡Pobre hermano! —dijo apenada.

—Deberíamos decirle que lo visite mañana.

—No creo que sea conveniente, aún no han hablado, su reputación…

—Ara, si sabemos que los dos…

—No, Quentin. Deja que él salga de la enfermería y la corteje, como debe hacerse. ¿Qué pasaría si sus padres no lo aceptan? Sería horrible para los dos.

—¿Cómo no van a aceptarlo? ¡Es un héroe! Ya regreso —dijo, se echó a correr y dejó a su hermana con expresión de asombro y confusión.

Si querían que algo se supiera, debían contárselo a los soldados. En cuestión de horas, toda la ciudad lo sabría y quizás con más detalles de los necesarios. Eso lo llevó a ir a hablar con el oficial Conrado, para contarle lo que había pasado esa noche. Si todo salía como él lo esperaba, la noticia llegaría también a oídos de la familia de Enara y… ¿Quién no querría tener a un héroe en su familia?

Quentin regresaba sonriendo, luego de haber encontrado al oficial con un gran grupo de hombres; debía contarle a Ara lo que hizo.

Iba caminando, distraído, entre la multitud que se reunía frente a las carretas de adornos y chucherías, cuando de repente le pareció que la tierra temblaba bajo sus pies. Miró a su alrededor, pero nadie parecía notar lo que estaba ocurriendo. Se sintió mareado y, en su pecho, una extraña sensación que le aturdía los sentidos y le quitaba el aire de los pulmones; el corazón le latía con tanta fuerza que parecía que en cualquier momento saldría disparado entre sus costillas.

Caminó con dificultad entre la gente, que lo ignoró por completo. Rodeó las carretas y apoyó la espalda en la parte trasera de una de ellas, luchando por respirar. Cerró los ojos e intentó serenarse para poder regresar junto a su hermana. No era, en esos momentos, capaz de asimilar la magnitud de sus emociones, ya que se parecía mucho a la alegría que sentía al mirar *su* estrella, pero de una forma, por lejos, mucho más intensa.

—¿Te encuentras bien? —Una dulce voz habló frente a él.

Quentin abrió los ojos muy despacio, pues los párpados parecían pesarle toneladas. Una muchachita de piel bronceada, grandes ojos grises y cabello plateado estaba parada frente a él, mirándolo con preocupación. Ella giró la cabeza hacia un lado y, cuando su cabello se movió, Quentin vio que el brillo de las esmeraldas de sus aretes se reflejaba en su pelo. Él pestañeó varias veces y ella sonrió. Tenía la sonrisa más hermosa que jamás había visto.

—Creo… Creo que sí. De repente sentí algo extraño aquí —dijo y puso su mano en el centro del pecho.

La muchachita puso su mano sobre la de él y la retiró enseguida. Quentin volvió a sentir lo mismo que lo había aturdido momentos antes.

—¿Qué me hiciste? ¿Qué...? ¿Qué fue eso? —preguntó confundido.

—Yo… Yo no lo sé… Yo también… Debo retirarme, con permiso —dijo y se alejó corriendo.

—¡Espera! No te vayas. —Quentin estiró la mano para alcanzarla, pero ella se perdió entre la multitud.

Los siguientes días los pasó buscando a esa extraña muchachita de hermosos ojos grises, pero sin suerte alguna.

Al cuarto día Josh y Noah pudieron salir de la enfermería y el mayor de los hermanos Guna fue recibido con aplausos por la población de Sitnor en cuanto llegó a la fiesta. Al final, el plan de Quentin resultó como él había pensado y los padres de Enara no se opusieron a que comenzaran a tratarse con más seriedad.

La séptima y última noche, cuando estaban dando cierre a las festividades, Quentin vio una cabellera plateada entre la gente que se arremolinaba frente al escenario. Para desconcierto de Josh, su amigo se alejó sin decir una palabra.

—Te encontré —dijo y la tomó del brazo.

—¿Me buscabas? —La muchachita dio la vuelta y Quentin se quedó sin palabras al ver su sonrisa de nuevo. Todo lo que había pensado y querido decirle se borró de su mente con solo verla a los ojos—. Yo también te busqué, pero no fui capaz de encontrarte.

Quentin abrió la boca para hablar, pero no fue capaz de articular ninguna palabra. Ella rio cubriéndose los labios con sus dedos.

—Me siento muy ridículo. —Bajó la cabeza, resopló y se rascó la nuca, avergonzado.

—Me hubiera gustado conocerte, sin que te sintieras ridículo, pero ya debo marcharme. Ha sido un gusto —dijo y le tendió la mano.

—Yo… Yo… —Aún estaba tan nervioso que le parecía que el cuerpo no le respondía. Ella se

acercó y le tomó la mano, sin miedo esta vez.

Quentin quiso correr, como ella lo había hecho antes pero, al mismo tiempo, quería pasar el resto de sus días viendo su sonrisa. Después de unos momentos, le pareció que sus pies habían abandonado el suelo y se encontraba flotando entre las estrellas que tanto amaba; excepto ella, lo demás parecía haberse desvanecido en torno a ellos. Ya no oía el bullicio de la fiesta que llegaba a su fin, no sentía el calor de la noche veraniega de Sitnor, ni la suave brisa del norte. Simplemente, el resto del mundo se había esfumado.

Ninguno de los dos parecía querer terminar con ese extraño hechizo que habían logrado crear cuando sus manos se tocaban y permanecieron así, mirándose a los ojos, hasta que un niño pequeño de cabello igualmente plateado apareció a su lado y Quentin regresó a la realidad con demasiada rapidez.

—Ya debemos irnos —dijo y tiró de la falda de la muchachita. Ella comenzó a caminar, siguiendo al niño, pero sin dejar que Quentin se fuera de su lado. A dos calles de la plaza, el niño trepó por las escaleras de una gran carreta y ellos se detuvieron poco antes de llegar.

—Dime tu nombre antes de irte —dijo Quentin cuando ella quiso soltar su mano.

—Te lo diré la próxima vez que nos encontremos.

Pensar en que se separarían sin siquiera conocer su nombre le produjo un gran pesar, como si necesitara saberlo para poder seguir respirando.

—¿Y si no…? —La desolación de Quentin debió haberse reflejado en su rostro, ya que la muchachita le apretó levemente la mano. Una sonrisa se dibujó en sus labios y en sus ojos al mirarlo.

—Te encontraré, ya verás —dijo sin dejar que él terminara de hablar. Quentin quiso protestar, pero ella no se lo permitió—. Te prometo que voy a encontrarte, aunque me lleve toda la vida hacerlo. —Levantó la vista al cielo y señaló hacia arriba—. Y, con las estrellas como testigo, te prometo que voy a encontrarte de nuevo.

—¿Lo harás? —Quentin se sintió como un niño pequeño otra vez, deseando escuchar una promesa que apaciguara su tristeza.

—Claro que sí. ¿Esperarás por mí?

—Te prometo que lo haré —dijo y le sonrió por primera vez.

Ella se acercó y tomó su otra mano, hizo puntas de pie y posó los labios en su mejilla. Lo miró a los ojos por unos segundos más y, luego, se alejó. Quentin se quedó en el mismo lugar, viéndola subir a una enorme carreta adornada con soles, lunas y estrellas talladas en la madera de sus paredes.

Sintió que junto a ella, en sus manos, se iba parte de su corazón y todo lo que tuvo sentido para él hasta ese momento. Solo le quedaba un enorme vacío en su interior. Un enorme vacío y un destello de esperanza.

29

Todos en las celebraciones tuvieron una semana de descanso y borracheras, a pesar de lo accidentado que fue el primer día, pero debían volver a la normalidad; había asuntos demasiado urgentes para los gobernantes de Sitnor que no podían ser ignorados.

Noah estaba perdido entre sus libros cuando llamaron a la puerta. Eran Quentin y Josh, que no esperaron a que llegara a abrir para entrar.

—¿Estás muy ocupado? —preguntó Josh.

—Puede esperar. ¿Qué necesitan?

Se miraron dubitativos antes de responder.

—Sé que prometimos no hablar del tema, Noah, pero estamos preocupados —dijo su hermano.

—Los magos de Pyebra, ¿verdad? —Los muchachos asintieron—. Es normal que lo estén. Justamente en eso me he puesto a trabajar.

—Qué alivio —suspiró Josh.

—Antes que nada, les quiero decir algo. Todo lo que hablemos sobre este tema deberán mantenerlo en secreto, el mayor tiempo posible, y tú —dijo y miró a Quentin—, no intentarás nada extraño. Solo bajo esas condiciones los mantendré informados.

Los dos asintieron y juraron silencio, mientras tomaban asiento en el confortable suelo duro y frío del caótico estudio.

—He leído antes sobre la magia; es algo que siempre me ha interesado, pero fue hace mucho tiempo y hay cosas que ya he olvidado. Voy a necesitar un par de días para reunir todos los libros que preciso y así poder empezar a tener una idea de a qué nos enfrentamos. El hombre que envié a Pyebra no ha regresado. Temo que ha muerto en el camino. Pronto enviaré a alguien más, una vez que hayan decidido qué sucederá con Almairon. Lo más probable es que sea deportado a Pyebra.

—¿Cómo es posible? —Se quejó Josh, indignado.

—Tenerlo acá es más peligroso que dejarlo ir. Nos pondría en una situación aún más tensa con Pyebra. Ni hablar si lo ejecutamos; eso sería guerra inmediata. Dejarlo ir significaría librarnos de él.

—Y arriesgarnos a que regrese por nosotros —dijo Quentin.

—Pero con la ventaja de que ya sabemos cuáles son sus intereses —agregó Noah—. Por eso es de vital importancia que nos preparemos para cuando eso suceda, si es que llega a suceder. Deben tomarse los próximos años de entrenamiento muy en serio. Recuerden que la ciudad puede llegar a estar en sus manos, considerando el trabajo que han hecho nuestros padres. Ellos son muy brillantes, pero no estarán con nosotros toda la vida además de que pretenden ignorar cualquier asunto que involucre magos y, si estos norteños siguen empeñados en sus locas ideas, necesitaremos gente como ustedes frente a los ejércitos y a la ciudad.

Los tres hicieron silencio por unos minutos, hasta que Josh habló.

—¿Recuerdan la mujer con la que se encontró Almairon en el bosque? ¿Quién creen que haya sido?

Los hermanos se miraron, habían olvidado por completo ese encuentro.

—Su contacto aquí, por algo sabían a quienes debían capturar. ¿Recuerdas cómo era? —preguntó Noah a su hermano.

—No es que se haya visto demasiado, estaba cubierta con una capa. —Pensando un poco más, agregó—: Aunque creo que podría reconocer su voz si volviera a escucharla.

—No nos sirve. ¿Qué tal si te equivocas?

Quentin levantó los hombros, dudando pero, luego, cambió de expresión.

—Josh, ¿recuerdas el día en que nos atacaron, cuando estábamos en el río? ¿Recuerdas que te hablé de algo que había escuchado?

—La canción que nombraste.

—Esa misma. Noah, ese día, estando en el río, me quedé en la orilla y él bajó a darse un baño. En un momento, en que no sé si me dormí o no, escuché una melodía muy suave que luego se convirtió en palabras. No puedo recordar… Lo intenté, pero no puedo recordar qué decía con exactitud.

—¡Una profecía! —dijo Noah emocionado—. ¿Qué recuerdas?

—La única parte es la que decía «el hijo de la Luna, señor de cielos e infiernos a esta tierra ha decidido llegar».

—Un ser de luz y oscuridad —agregó Josh—. Yo me acuerdo de que dijiste eso.

—Ese día nació Astor. —Quentin se miró las manos.

—Tienes razón —dijo Noah, ya no tan emocionado.

—Y la luna estuvo todo el día y toda la noche sobre nuestra casa.

—Demonios, Q.

—Esto puede cambiar todo. Absolutamente todo.

—Pero no puedes decírselo a nuestros padres. Astor y yo seríamos… ¿Qué? ¿Asesinados?

—¿Qué es lo que se hace con los magos que son reportados? —preguntó alarmado Josh.

—Asesinados. —Noah bajó la vista. La sola idea de perder a sus hermanos, le produjo un fuerte malestar.

—¿Cuánto tiempo pasa hasta que se pueda saber…? —preguntó Josh—. ¿Astor cuánto tardaría en manifestar sus poderes, de tenerlos?

—No es posible saberlo con seguridad. Según leí antes que llegaran, los Astros eligen a quien le dan sus poderes, y el grado de poder que le conceden a cada uno. Sol, Luna y Estrellas; de ellos, el Sol es el más poderoso, le sigue la Luna y por último las Estrellas. —Noah se puso de pie, buscó uno de los libros que tenía abiertos sobre el escritorio y comenzó a leer—. «*También puede suceder que uno de los mismísimos Astros decida nacer como humano*». Esto no me quedó muy claro, debo seguir investigando —dijo y puso una marca en esa página—. *«En raras ocasiones puede suceder que dos Astros den sus poderes a una misma persona, por lo que su poder será inmenso y solo podrá ser igualado o superado por alguien que posea las mismas cualidades o que sea uno de los Astros».*

—Si eres un «hijo del Sol», sí que vas a patear traseros… —dijo Josh

Quentin rio y Noah los miró frunciendo el ceño.

—¿Sigo? —Los muchachos asintieron—. *«Hay personas que tienen poderes sin siquiera enterarse de que los poseen, al ser este muy débil o la persona no interesarse en desarrollarlo cuando se manifiesta por primera vez, lo que suele ocurrir a temprana edad…»*

—Ahí lo tienen, a temprana edad —comentó Josh.

—*«…y pasa desapercibido por el portador. En ocasiones es suprimido, cuando el que lo posee no quiere hacer uso de él. Sin embargo, puede manifestarse en situaciones que ponen en riesgo la vida del individuo. Esto puede llevarlo a querer desarrollar su poder o a suprimirlo nuevamente, sea por ignorancia, miedo o falta de tutores.*

«Aun sin importar el grado de poder que se posea, siempre permanece latente en el individuo

que no lo desarrolla y puede comenzar a entrenarlo a cualquier edad. No desaparece con el tiempo». Esto es interesante, escuchen: *«Usos: Una vez desarrollada, la magia puede tener diferentes propósitos. Hay varios tipos: Uso o manejo de elementos naturales. Ellos son agua, aire, tierra y fuego. Uso medicinal: son personas que pueden ser capaces de identificar y reparar daños en un cuerpo humano o animal. Uso mental: son los más poderosos. Pueden hacer que las cosas sucedan. Mover objetos, repararlos, destruirlos. Un portador puede poseer o desarrollar más de un tipo, dependiendo los intereses o habilidades que posea»*. Una anotación en el margen dice: *«A partir de la Ley de Protección contra la Magia, los portadores deben ser reportados para su ejecución. Son tan pocos los que llegan a edad adulta que mantienen su secreto hasta la tumba»*. Bueno, luego hay reglas para el uso en combate y otros usos que no nos interesan en este momento.

—¡Lee las reglas! —dijo Josh entusiasmado.

Noah lo miró unos segundos.

—Está bien. *«Reglas de cortesía.*

Reglas para uso en duelo: Portador de magia mental.

Un portador solo puede acudir a sus poderes para atacar a alguien que también los posea y sea capaz de defenderse.

Un portador no puede infligir daño físico a la persona con la que está enfrentándose, ni controlar su voluntad para que se inflija daño a sí mismo.

Un portador debe manifestar en voz alta su intención de atacar la mente de su oponente.

Pueden conectarse más de dos magos mentalmente para potenciar su ataque o defensa.

Magos con poderes sobre los elementos:

Al ser un duelo en donde uno de los contrincantes cuente con ayuda de un portador mental, este oficiará solo de asistente, teniendo totalmente prohibido la utilización de los elementos por su parte».

—¿Aplicarán en los próximos duelos? —preguntó Quentin.

—Vaya uno a saber… se cagaron en la Ley de Protección, imagínate en unas simples reglas de cortesía.

—Acabas de darme una idea, Josh —dijo Noah—. Enviaré con Almairon una copia de estas reglas. Y otra cosa. Tenemos que interrogarlo. Necesito saber qué es lo que él conoce acerca de los magos de Pyebra. ¿Me harán los honores?

—¿Puedo llevar unas pinzas? —preguntó Quentin riendo.

—Vayan a buscar los elementos de tortura, los espero aquí —dijo Noah, riendo ante la ocurrencia de su hermano.

—Noah… ¿Puedo hacerle daño? —Quiso saber Josh antes de dejar el estudio—. Realmente me encantaría hacerle daño.

—Todos queremos hacerlo, pero cada vez que lo hacemos por simple gusto, perdemos un poco de nuestra humanidad. Lastimándolo, verás lo fácil que puede llegar a ser dañar a alguien que tenemos en nuestro poder y también empezarás a creer que solo por tener poder sobre una persona te da el derecho de hacer lo que te plazca y cuando te plazca.

—Lo decía en broma, Josh. — Quentin lo miró con el ceño fruncido.

—Yo no. Y no es cuestión de poder, es que simplemente lo odio. Le hizo daño a Ara. A ustedes, a mí…

—Está bien, pero solo por esta vez, Josh, no será bueno para ti que te acostumbres a esas prácticas —dijo Noah luego de ver que Quentin asentía.

Josh asintió también y estaban por dejar el estudio, otra vez, cuando Quentin se detuvo y cerró

la puerta. Se rascó la cabeza, respiró hondo y dijo:

—Será por la magia o no… No sé a qué se deba, pero sí sé que puedo darme cuenta cuando alguien miente. Lo presiento, hay algo que me hace saber que no están diciendo la verdad.

Josh y Noah se sobresaltaron y quedaron en silencio por algunos segundos.

—¿En serio, Q? —Josh lo miró asombrado, cuando pudo recuperar la compostura. Quentin solo bajó la cabeza, avergonzado.

—De haberlo sabido antes, me habría ahorrado un frasco de poción de la verdad. Es muy difícil de hacer… —dijo Noah con una sonrisa—. Bueno, pues, como es algo que no puedes evitar hacer no puedo prohibirte que lo hagas. Solo debo recomendarte que no se lo digas a nadie, por tu propio bien.

—Está bien. —Quentin respiró aliviado.

—Vayan, entonces. Iré a los calabozos a hablar con los carceleros.

30

—Por el olor a mierda que lo rodea, asumo que está siendo correctamente alimentado, señor Almairon —dijo Quentin e ingresó a la inmunda celda donde estaba detenido—. Es una lástima que los guardias tengan tan mala memoria que olvidan sacar sus baldes.

Almairon, sucio y ojeroso, los miró con profundo desagrado, pero no dijo ni una palabra. El cabello grasiento y húmedo por su propia transpiración le caía sobre la frente. Tenía, sin embargo, una venda limpia sobre la herida de su ojo izquierdo. Al igual que Santoro, un gran corte le cruzaba parte de la mejilla, hasta la ceja; pero Noah solo le había lastimado el párpado, su ojo estaba sano.

—Voy a ver si encuentro una celda digna de usted, señor —dijo Josh y salió haciendo una reverencia. Se podía escuchar como gritaba por los pasillos, reclamando una celda limpia y seca. Unos minutos más tarde, regresó sonriendo—. Listo, ya arreglé su traslado.

Lo tomó de la cadena que mantenía sujetas sus manos y lo llevó a los tirones por el largo pasillo, hasta el final. Allí se toparon con una puerta de madera, gruesa y fuerte, como la de las demás celdas. Almairon se detuvo en la entrada y ya no quiso avanzar.

Era una habitación que solo tenía tres sillas y una mesa; sobre ella había pinzas de diferentes tamaños, cuchillos, navajas y una ornamentada hacha de guerra. Noah los esperaba ahí, sentado con total tranquilidad.

—Malditos dementes. ¿Qué quieren ahora conmigo? —dijo Almairon, aterrorizado, mientras era llevado a empujones hasta una de las sillas. Quentin lo sujetó con correas de cuero a los apoyabrazos.

—Necesito hacerle algunas preguntas, luego regresará a su celda. El tiempo que tardemos en regresarlo, dependerá de lo que le lleve responder. Su bienestar físico, dependerá de sus respuestas. Ya no me queda poción de la verdad, sin embargo, estos amables jóvenes decidieron colaborar conmigo en la búsqueda de respuestas. Así que… ¿Qué dice? —Noah terminó con una sonrisa y Almairon lo miró con una mezcla de miedo y odio, pero no dijo nada más que un insulto. Quentin le golpeó la cabeza con la palma de la mano.

—Más respeto, que no está en condiciones de andar maldiciendo.

—Asumo que va a cooperar —agregó Noah.

Josh tomó una pequeña navaja de la mesa, se acercó a Almairon y le levantó la venda con ella.

—Vaya, no ha perdido el ojo. Es una suerte, señor Almairon. Aún va a poder ver el mundo con sus dos ojitos negros. A menos que mi amigo Noah decida lo contrario, por supuesto.

—¿Qué quieren? —murmuró.

—¿Cuántos magos tienen en Pyebra?

—Una veintena a lo sumo.

Quentin había ubicado una silla detrás de la de su prisionero y estaba sentado, con los ojos cerrados.

—Miente—dijo.

—Quentin siempre sabe cuando alguien está tratando de engañarlo. Y no le gusta que le mientan.

—Entonces es un maldito mago. Vaya, vaya, señor correcto, me parece haberle oído decir que hay una Ley contra la Magia.

Quentin volvió a darle un golpe en la cabeza con la palma de la mano y el hombre se encogió,

como si estuviera por caerle encima una lluvia de garrotazos.

—Limítese a responder.

—Por poco y llora —rio Josh.

—¿Cuántos magos están entrenando en Pyebra? —preguntó Noah. Almairon se tardaba en responder—. Josh.

El muchacho acercó la navaja al puño cerrado de Almairon y comenzó a deslizar la filosa punta sobre el dibujo que hacían sus hinchadas venas en el dorso de la mano. Los trazó una vez, dejando una marca enrojecida, pero sin lastimarlo; se detuvo a esperar unos segundos y, cómo no salía respuesta alguna de su boca, clavó el filo en la piel, lo deslizó unos pocos milímetros y unas pequeñas gotas de sangre brotaron de la piel abierta. Almairon los insultó en voz baja. Josh clavó la mitad de la navaja en su mano y esta vez el prisionero grito de dolor.

—Son… Son alrededor de ciento cincuenta —dijo y apretó las mandíbulas.

—Qué gusto de dejarse lastimar… —Noah movió la cabeza de lado a lado—. ¿Quién los entrena?

—Viktoria, la esposa de mi hermano.

—¿Qué tan poderosos son?

Almairon nuevamente hizo silencio. Josh apoyó su dedo en el mango de la navaja y lo movió de un lado al otro. Volvió a brotar sangre de la herida.

—Demonios. Hay un par que pueden hacer alguna cosa, lastimar gente. —Cerró los ojos con fuerza—. Los demás solo manejan elementos. Aire, su gran mayoría.

Mientras Almairon hablaba, Noah miraba a Quentin, que aún con los ojos cerrados, asentía en cada palabra.

—¿Cuántos magos mentales hay? —Josh había quitado el dedo de la navaja.

—Solo tres.

—Miente.

—Está bien, malditos sean —dijo apresurado—. Son seis contando a Viktoria.

—¿Cómo los reclutan?

Almairon respiró profundamente.

—Hace dos años derogamos la Ley de Protección y convocamos abiertamente a los magos para su entrenamiento. Para demostrarles que era verdad, Viktoria recorrió las ciudades más grandes de Pyebra dando muestra de sus habilidades. La gente que poseía poderes comenzó a confiar en ella y fueron con nosotros a la Capital.

—¿Cómo los entrenan?

—No sé más que eso, se los juro.

Josh removió la navaja, y la enterró un poco más en su mano. Almairon gritó nuevamente.

—Viktoria es una mujer muy misteriosa. Y aterradora. Vaya uno a saber qué es lo que hace, o cómo lo hace. Yo… yo no me meto en sus cosas.

—¿Qué pueden hacer los magos mentales? ¿Los has visto?

Almairon hizo un prolongado silencio; Josh tomó una de las pinzas de la mesa y volvió a acercarse a su prisionero.

—¿Qué tan útiles son las uñas para una persona, Noah?

—Oh, vuelven a crecer, no te preocupes.

—Malditos sean. No, no los he vist...

—Miente.

—¡Demonios! ¡Está bien! —dijo. Apretó los puños y cerró los ojos. Se oyó el tintineo de un líquido cayendo y una mancha oscureció el piso de piedra debajo de su silla. La navaja se movió

levemente al tensarse sus músculos—. He visto a Viktoria y a dos de los suyos. Ellos… Ellos hicieron… Asesinaron a un condenado. Fue… Fue impresionante. El hombre gritaba de dolor. Estaba atado de pies y manos. Se retorcía. Sus venas comenzaron a reventarse, toda su piel se tornó morada. Luego se desmayó. —Hizo una pausa, su rostro había palidecido ante el recuerdo de lo sucedido—. Recobraba la conciencia de a ratos solo para gritar y volver a desmayarse. No fui capaz de presenciar la ejecución completa, me marché antes de que terminara. Era insoportable. —Abrió los ojos y los miró. Se veía tan miserable, como aterrado—. Le siguieron muchas más después de esa, pero nunca me quedé a ver.

Ante una señal de Noah, Josh quitó la navaja de la mano de Almairon, que se quejó apenas. Algunas gotas de sangre volvieron a brotar de la herida y Noah se acercó para limpiarle y vendarle la mano.

—Muchas gracias por su colaboración. Sin duda, esta no será la única vez que lo visitemos pero, por ahora, puede regresar a su celda. Espero, por su bien, que la próxima vez sea más inteligente a la hora de hablar.

Quentin se había puesto de pie y estaba quitando las correas de sus manos para regresarlo a su celda mientras Noah hablaba. Josh lo arrastró de las cadenas hasta su celda, que había sido aseada, y a la que habían agregado un catre y una silla.

—Que tenga un buen día —dijo Quentin y cerró la puerta.

—Le enviaremos pantalones limpios, espero que los guardias no olviden entregárselos. —Josh se asomó en la ventana enrejada de la puerta.

Una vez en el estudio, Quentin le dijo a Noah:

—¿Nuestros padres sabían de este interrogatorio?

—Olvidé decírselos.

—¿Y ahora?

—Pues… no lo sé. Ninguno de los dos quiere saber nada de los magos. —Noah se rascó la nuca—, pero supongo que debo decirles lo que le dije a ustedes. Y también lo que acabamos de hacer.

—Iremos contigo —dijo Josh.

31

—¿Que hicieron qué? —El Gobernador se puso de pie y golpeó el escritorio con sus puños. Rob, ubicado en uno de los sillones junto al ventanal, cerró los ojos, hastiado, y apoyó la cabeza en su mano. Los muchachos estaban sentados frente a ellos, Quentin y Josh se miraban los pies y Noah permanecía con la cabeza levantada, mirando un punto invisible en la pared frente a él—. De ustedes dos puedo esperar casi cualquier cosa ya, ¿pero tú Noah?

—Padre, teníamos dudas y…

—Cállate. —El Gobernador lo miró y Josh volvió su vista a sus pies—. Noah, te dije que no quería saber nada sobre esos malditos magos y…

—Gracias a uno de esos malditos magos estamos aquí. —Josh se puso de pie de un salto y su silla cayó detrás de él—. A ver si de una puta vez se quitan la venda de los ojos. Si Quentin no hubiera hecho lo que hizo, vaya uno a saber en qué agujero estaríamos. —Tanto Aníbal como Rob quedaron mudos de asombro y Quentin comenzó a tirar de su brazo para que volviera a sentarse—. Quizás él se hubiera salvado, pero yo no y no vi que se lo agradecieras.

—Josh, cállate —susurró Quentin.

—No, no me voy a callar —dijo y movió su brazo para liberarse de la mano de Quentin—. Ya es hora de que dejen de ignorar lo que sucede. La magia existe, siempre existió y lo seguirá haciendo.

—Hay una Ley de Protección, Joshua, las leyes están hechas para ser cumplidas, no burladas a nuestra conveniencia, tenemos que ver…

—Los malditos pyebranos tienen ciento cincuenta magos, ¿oyeron? ¡Ciento cincuenta! Tres de ellos destruyeron a varios condenados en sus demostraciones de poder, les reventaron las venas sin ponerle un dedo encima, los reventaron por dentro. ¿Cómo creen que combatiremos contra eso? ¿Con una carta firmada por Sitnor, Morrau y Tesar pidiendo que desista en sus prácticas? ¡No! ¡Con más magos! Y si ustedes insisten en asesinar a todos los magos en lugar de entrenarlos para que sean buenas personas y hagan buen uso de sus poderes, terminaremos todos reventados como los condenados de Pyebra.

—Las reglas han cambiado, tal como lo dijo Almairon —dijo Noah.

—Las reglas seguirán respetándose. ¡Salgan ahora mismo los tres de acá!

Los muchachos se pusieron de pie y caminaron hacia la puerta. Josh se detuvo antes de salir y parecía no haber terminado.

—¿Qué sucederá cuando los de Pyebra lleguen a Sitnor con sus magos? Harán pedazos nuestra ciudad y nuestra gente sin que podamos levantar un maldito dedo. ¿Así piensas solucionarlo? ¿Enojándote e ignorando la terrible ventaja con la que cuentan? Vaya padre, te tenía por una persona inteligente.

—Espero que esta sea la última vez que te diriges a mí de esa forma, Joshua.

—Quédate tranquilo, quizás esta sea la última vez que me dirijo a ti de cualquier forma —gritó y azotó la puerta con todas sus fuerzas.

32

—Me parece que debo dejar la ciudad —dijo Quentin a Josh cuando estuvieron solos. Se habían quedado en los jardines de la Plaza de la Fuente, donde podrían conversar sin ser oídos.

—¿Qué dices?

—Ya escuchaste a tu padre, las reglas deben ser respetadas. Eso significa que…

—Iré contigo.

—¿Y quién cuidará de Ara? ¿De mis hermanos? Además, debes hacer tu entrenamiento y luego hacer todo lo posible para llegar a gobernar Sitnor. Cuando eso suceda, regresaré.

—¡No! ¿Cómo vas a irte y no llevarme?

Quentin arrancó una brizna de hierba y comenzó a girarla entre sus dedos.

—Josh, tú estás destinado a gobernar, no puedes escapar, debes hacer todo lo posible para que suceda. Es tu responsabilidad y debes asumirla. No toda la vida seremos jóvenes y no podremos seguir con nuestras bromas y vagabundeos por siempre, por más tentadora que sea la idea. Se esperan ciertas cosas de nosotros y, si de verdad queremos proteger Sitnor, tenemos que aprender cómo hacerlo y estar preparados para cuando llegue el momento.

Josh agachó la cabeza y pensó por unos momentos.

—Tienes razón, haré mi mejor esfuerzo para aprender todo lo que deba y así llegar a ser un buen gobernante. —Luego de un rato agregó—. ¿Cuándo lo harás?

—No lo sé. Supongo que tampoco te lo diré. Serás el primero al que interroguen.

—Tampoco me dirás a dónde irás.

—Exacto. Aunque ni yo lo sé.

Josh asintió.

—¿Vamos a pescar? —preguntó luego de unos minutos.

—Esa es una buena idea —convino Quentin. De sus dedos cayó una pequeña canasta tejida con el césped del jardín.

Regresaron del río a media tarde, había sido un día con pocas conversaciones. Quentin subió a su habitación y se encerró ahí, ni siquiera le abrió la puerta a Noah cuando este regresó de su estudio. Se recostó en la cama, pero no pudo dormir ni un minuto, solo daba vueltas de un lado al otro.

Cuando cayó la noche, Onix, su gato negro, regresó de sus andanzas y entró a la habitación por la ventana que Quentin siempre dejaba abierta. El muchacho lo miraba, mientras pensaba en lo fácil que sería todo si fuera simplemente un gato. El felino subió de un salto a la cama y comenzó a restregarse en sus manos, reclamando atención.

—¿Qué estoy por hacer, Onix? —susurró—. No sé por qué te hablo… tan solo eres un gato, ni siquiera me contestarás. —Quentin se puso de pie, se acercó a la ventana mientras pasaba los dedos por su cabeza—. Por los dioses, siento que me va a estallar en cualquier momento. Si tan solo pudiera sacar la mitad de cosas que tengo aquí adentro.

Se quedó por largo rato mirando al cielo, posando sus ojos en cada uno de los luminosos destellos que adornaban la oscuridad. Su pequeña estrella aún no estaba a la vista.

De a poco, los sonidos de la casa se fueron apagando y, cuando supuso que todos ya dormían, agarró un bolso de cuero, enrolló algunas prendas, guardó su cuchillo y salió. Fue al cuarto de

abajo donde dormían Astor y la nana, lo tomó en brazos intentando no despertarlo y dejó la habitación con pasos silenciosos. Pasó por la cocina y guardó algunas frutas, pan y queso.

Dirigió sus pasos al despacho de su padre y bajó a los pasillos. El único camino que recordaba, llevaba al estudio de Noah, por lo que iba a intentar llegar hasta allí. Rogó a los dioses que la salida estuviera despejada. Había pensado utilizar una de las ventanas para llegar al exterior. Astor dormía plácidamente en sus brazos y parecía no saber que estaba escapando con su hermano.

—Buen chico —dijo Quentin.

Al llegar al estudio, la puerta cedió al empujarla, para su alivio. Puso al niño en el piso y abrió una de las ventanas; no podría subir con él en brazos, debería sacarlo atado a una soga y bajarlo lentamente hasta que llegara al piso de afuera.

—Maldición, esto me pasa por idiota —dijo cuando se percató de que debería haber llevado la canasta tejida que su madre usaba cuando salían de la casa. Se tomó unos momentos para pensar y se sentó en el suelo, sosteniendo en sus brazos al pequeño Astor—. No sé qué estoy haciendo, ni cómo hacerlo. Aunque no me entiendas lo que te digo… Seguro en el futuro me lo reprocharás, pero no quiero que mueras por ser como yo.

—*Regresemos, Quentin* —dijo una voz infantil, pero no había nadie más en la habitación.

—¿Quién dijo eso? —preguntó, alarmado. Apretó al niño contra a su pecho y llevó su mano hacia la cintura, donde colgaba su espada.

—*Astor, aquí.*

Quentin lo miró extrañado; sin embargo, el niño seguía durmiendo.

—¿Qué demonios…?

—*Quédate tranquilo, todo saldrá bien, pero debemos regresar* —Quentin lo miraba asombrado, sin entender qué ocurría—. *Aún mi cuerpo no me permite hablar, pero sé que tú puedes escucharme. Soy como tú. Sé lo que piensas, lo que haces y lo que has hecho. De alguna forma estamos conectados. No he logrado conectarme con el resto de la familia, solo contigo.*

—Espera, espera, ¿cómo es posible?

—*Te conocí el día en que nací, te sentías muy atormentado por haber hecho uso de tus poderes frente a Joshua. Te pesaba más aún que haber asesinado a esas dos personas que los atacaron. Yo decidí quitarte esa carga, liberarte.*

Quentin asintió, recordaba el primer encuentro que tuvo con Astor.

—Gracias por eso —susurró.

—*No necesitas hablar, solo piénsalo.*

—La verdad que es un poco extraño, me sentiría más cómodo hablando —dijo algo más tranquilo.

—*Está bien por mí. Preguntaste cómo es posible. No sé si soy capaz de explicarlo, solo puedo decirte que la Luna me concedió sus poderes y que tú fuiste bendecido de igual manera. Sé también que te niegas a aceptarlo. Quizás no sea tu momento aún, quizás tienes miedo y lo entiendo. Yo tuve la suerte de tenerte cerca. Sé que quieres protegerme, pero no es necesario. Soy consciente de quién soy desde que fui concebido, no haré nada que pueda ponerme en peligro y te enseñaré cómo hacer para que tú también puedas protegerte.*

—No sé si esto sea exactamente una bendición…

—*Lo es. Se acercan tiempos difíciles y lo que le dijiste a Joshua también tienes que hacerlo tú. Prepárate, aprende, entrena. Escucha a padre al igual que a Noah. Es un buen hombre, y hace lo mejor que puede con lo que sabe.*

—¿Qué pasará conmigo? El Gobernador ya sabe lo que hice, si decide reportarme, voy a

morir.

—*No lo hará.* —El pequeño hizo una prolongada pausa—. *Te vi dentro de cinco años.*

—¿Cóm…? ¿Cómo que me viste? —tartamudeó. Quentin volvía a sentirse confundido.

—*Una visión. Solo eso puedo decirte.*

—¿Qué viste?

—*No puedo decirlo. Intentarías evitarlo y cambiarías el curso del tiempo. Solo puedo decirte, para que confíes en mí y regresemos a casa, que en cinco años aún estarás vivo.* —La pequeña voz hizo silencio una vez más y Astor se movió en los brazos de su hermano—. *En poco tiempo será mi hora de comer, mi cuerpo empezará a llorar y nos meteremos en problemas.*

—Peor aún si la nana se despierta y no estás.

—*O madre.*

—Tienes razón. Gracias por evitar el desastre que estuve a punto de causar.

—*En realidad… No creí que fueras capaz de alimentarme y mantenerme limpio.*

Quentin se puso de pie y rio con ganas, más que nada porque eso era algo que Josh diría.

—Volvamos, entonces.

Quentin abrió la puerta hacia los pasillos e hizo el camino de regreso con más tranquilidad. Ya no sentía esa desesperación que lo había llevado a actuar sin pensar, pero todavía no sabía cómo se sentía con respecto a Astor. Antes suponía que era como él, en cambio, desde que le habló tenía la certeza. Llegando a la escalera que daba al despacho de su padre, Quentin se detuvo.

—¿Qué pasará si quiero hablar contigo, o que me enseñes a protegerme?

—*Si quieres hablar conmigo, solo hazlo. Piensa que lo estás haciendo y yo te escucharé. Cuando sea el momento en que debas aprender, lloraré hasta que se harten de mí y tú me llevarás a dar un paseo. Pero debes esperar a qué todas las mujeres estén desesperadas y ya sin saber qué hacer para calmarme. Cuando sea el momento lo haré. No antes.*

—Comprendo —dijo—. ¿Puedes, no sé cómo sé dice, ver o escuchar todo lo que pienso?

—*Es un poco difícil seguirte el hilo.*

—No entiendo.

—*Verás, por lo general, tienes cuatro o cinco pensamientos totalmente diferentes cruzando por tu mente, pocas veces he encontrado uno y solo una vez vi tu mente vacía. Para explicarme mejor, la mente de los no magos es como una gran sala con muchas puertas, por lo general, solo paredes sin decoración de ningún tipo, aunque he visto un par, sin embargo, que tienen algún color. Incluso algunos llevan retratos. Supongo que serán imágenes de sus muertos. La fiesta de Sitnor fue una buena oportunidad para husmear y conocer cómo funcionan. La mente de los magos es diferente. No tienen paredes ni puertas, a menos que el mago las construya, y sus recuerdos giran como un enorme y lento remolino. Los pensamientos se asemejan a las voces humanas. En tu mente, serían cuatro o cinco voces hablando a la vez. Tampoco me paso todo el día ahí dentro, solo en algunas ocasiones, para saber cómo te encuentras.*

—Es un poco incómodo… ahora que sé que entras a mi mente. Es bastante raro. —Hizo una pausa y luego preguntó haciendo una mueca, mientras cerraba los ojos—. ¿Cuándo fue que viste mi mente vacía?

—*Sí, fue exactamente esa vez en la que estás pensando ahora mismo* —dijo la pequeña voz; Quentin notó cierto tono divertido en ella—. *Cuando la niña de bonita sonrisa tomó tu mano.*

—Por los dioses, Astor ¿Por qué haces eso? ¿Por qué entras? —dijo Quentin avergonzado, se sentó en el primer escalón y acomodó al niño en su falda.

—*Te sentías diferente y me alarmé. Aún no me familiarizo con todas las emociones y lo que sentiste era algo muy intenso. Nuestra conexión hace que pueda sentir lo mismo que tú, sin*

siquiera estar dentro de tu mente. Todavía no sé cómo… quitarla. Simplemente sucede desde el día en que te conocí.

—Esto se está tornando cada vez más incómodo —dijo y pasó su mano por su cabeza.

—Lo sé, pronto pasará. Llegaré a saber cuándo debo o no debo entrar, pero nunca te avergüences de lo que sientes. Llegado el momento, cuando te pueda enseñar, sabrás qué hacer para proteger tus pensamientos e, incluso, podrás saber cuándo alguien quiere entrar en tu mente. Dependerá de ti que tan lejos lo dejas llegar.

—Solo intenta no invadirme demasiado. ¿Puedes?

—Lo intentaré, pero quizás me lleve tiempo llegar a comprender tus emociones sin sentir que estás en peligro. Me preocupa que te suceda algo. He sentido tu miedo, tu inseguridad antes de enfrentarte a alguien y tu emoción una vez que todo comenzaba. Sentí tu indignación cuando algo le sucedía a Noah y tu deseo de rebanar en pedazos a quienes se atrevieron a golpearlo. Tu preocupación por Joshua en cada enfrentamiento y el pánico que te invadió cuando viste que tomaron a Ara. Es tan incómodo para ti como para mí, debo admitirlo.

—Entiendo. Lamento haberte hecho pasar por todo eso. Intentaré no…

—No, nunca dejes de sentir, Quentin. Es lo que nos hace ser quienes somos, lo que nos define. Está bien que sientas amor y también está bien que sientas enojo. No dejes de hacerlo porque yo también lo siento, ni dejes de hacerlo porque te avergüence, nunca te avergüences de sentir.

Quentin asintió, pero ya no dijo nada más. Finalmente subió al despacho y llevó de regreso a Astor a su cuna. Cuando cerró la puerta, escuchó que el niño comenzaba a llorar con desesperación.

—Con lo justo —dijo en voz baja y subió a su habitación. Necesitaba descansar.

33

Tanto Aníbal y Rob como los muchachos, dejaron que el tiempo pasara sin mencionar a Almairon, los magos de Pyebra o los poderes de Quentin.

Al finalizar el verano, Quentin y Josh debían presentarse a su entrenamiento reglamentario, por lo que decidieron, tácitamente, que lo mejor sería intentar pasar los últimos días lo más tranquilos posible. Josh y su padre regresaron a su relación habitual, ignorarse por completo, y Aníbal solo le dirigía la palabra para regañarlo. Quentin se pasaba todo el día vagando lejos de su casa con Josh, o ambos iban a encerrarse al estudio con Noah. Cada vez con más frecuencia, Tanáel se unía a ellos y se enfrascaban en largas conversaciones que podían durar hasta el amanecer.

Noah comenzó a visitar a Enara, por lo que, hasta la partida de los muchachos, se había vuelto más torpe que de costumbre. No había día en que no ocasionara algún accidente en su estudio y el Palacio de Gobierno tuvo que ser evacuado en varias oportunidades para evitar que alguien terminara intoxicado por los vapores y humos que generaban sus descuidos.

Santoro finalmente recobró el conocimiento y se recuperó de sus heridas. Una larga cicatriz le cruzaba el rostro y, a pedido de los muchachos, Ara le cosió un parche, al que le bordó con hilos de oro la insignia de la Guardia de Sitnor. Santoro, a pesar de los dolores de cabeza que le ocasionaban Quentin y Josh, habría dado con gusto su otro ojo por protegerlos, por lo que lucía su parche con orgullo y a todo el que preguntaba, le contaba que era un regalo de los señores a los que escoltaba.

Reda Almairon y el único hombre que le quedó, fueron acompañados hasta la frontera norte, con Eric a cargo del traslado. No había nadie mejor que él para esa tarea.

El primer día del otoño, todos los jóvenes de Sitnor, tanto de Ciudad Capital como los que vivían en otros poblados del país, debían presentarse para cumplir con su obligación en el Campo de Entrenamiento, una gran fortaleza de altos muros, rodeada por un profundo foso. Se encontraba a unos pocos kilómetros de Ciudad Capital, por lo que, al amanecer, una gran caravana de carretas partió a acompañar a quienes pasarían los próximos años allí. Era obligatorio para los jóvenes que ya tuvieran trece años y opcional para las señoritas, pero regularmente asistían al campo varias decenas de ellas.

A media mañana, la caravana llegó a su destino, entre los llantos de las madres y preocupación mal disimulada de los padres. Sabían que las cosas ahí no serían fáciles. Pasarían hambre, frío y necesidades, solo con la intención de fortalecer su carácter.

Los muchachos bajaron sus pertenencias, se despidieron de sus familias y la enorme puerta levadiza se levantó cuando el último de ellos hubo entrado.

Los recién llegados fueron formados en un círculo en el patio central. El Comandante quedó en el medio de ellos.

—Sean bienvenidos a Campo de Entrenamiento —dijo sin levantar la voz una vez que todos estuvieron en completo silencio—. Para comenzar, es siempre agradable la presencia de las damas en nuestro Campo, alegran nuestros días con sus sonrisas y siempre están dispuestas a prestarnos su oído cuando pasamos momentos difíciles. Lamentablemente, debo comunicarles que estarán separados en edificios diferentes durante el primer año, solo podrán verse una vez

cada quince días, siempre y cuando se hayan comportado como se espera que lo hagan. El próximo año formarán un solo grupo.

«Es normal que algunos tengan algún amorío aquí dentro, podrán enviarse y recibir correspondencia entre ustedes cuando lo deseen, pero no se permitirá el contacto físico, ni los encuentros a escondidas. Mucho menos se tolerará que una muchacha sea forzada. La señorita que sea maltratada de alguna forma, tiene la obligación de denunciarlo, sin importar cuantas amenazas haya recibido. La pena para el que incurra en ese delito es la castración, sin importar cuánto rueguen, lloren o se excusen. Aquí no tenemos consideraciones, preferencias ni acomodos, todos son iguales, y el trato será el mismo para todos, sin importar si sus padres son leñadores o gobernantes. Cuando esa puerta se cerró, quedó afuera su apellido y su linaje. Aquí tenemos nuestras propias leyes y códigos y serán cumplidos. Si roban, pierden un dedo. Si golpean a un compañero fuera del entrenamiento, serán azotados. Somos ciudadanos respetables, no una tribu salvaje, por lo que espero de ustedes que se comporten como es debido.

«Hace más de un siglo que fue establecida esta fortaleza, por lo que sabemos bien cómo funcionan las cosas. Las rivalidades que surjan entre ustedes, se resolverán en el campo de entrenamiento y con la supervisión de un oficial. Verán a diario a sus compañeros dándose golpes en solitario… se habituarán a ello. Es normal. Pronto recibirán por parte de sus instructores las reglas para hacerlo correctamente.

«Por otra parte, olvídense de sus comodidades, aquí todos trabajarán cuidando de los animales, cosechando su alimento y preparándolo, limpiarán sus habitaciones y todo lo que usan en la fortaleza. También recibirán los turnos para cada tarea por parte de sus instructores. Al terminar mi discurso, serán divididos en grupos de diez personas por habitación. Ellos serán su familia a partir de ahora. Con el fin de mantener las rivalidades lo más alejadas posibles, les sugiero que permanezcan con sus amistades, parientes y conocidos. Si desean cambiar de grupo, deben comunicarse con su instructor y solo podrán hacerlo dos veces, así que piénsenlo bien.

«Los entrenamientos los llevarán a cabo en los momentos que no estén ocupados con sus tareas, sus horarios también se los darán sus instructores.

«Como ya saben, no pueden dejar la fortaleza, salvo algunas pocas excepciones. Una vez al mes una carreta con correspondencia va a la ciudad, por lo que si quieren enviar algo, deben dárselo a su instructor. Solo podrán recibir cartas desde el exterior, así que no gasten tinta solicitando comida ni vestimenta, porque no se les dará nada de lo que les sea enviado. Pueden aprender a coser y a tejer, si les place, y les recomiendo que lo hagan. Los inviernos pueden ser muy duros lejos de casa. Podrán intercambiar prendas por otras cosas, por ejemplo, una manta tejida a cambio de algunas tareas semanales. Estos intercambios deben ser notificados a sus respectivos instructores para evitar malos entendidos.

«Sin más que decir, hagamos que los próximos años sean lo más llevaderos posible.

34

Pyebra Ciudad Capital, año 3998

Un guardia lo detuvo al tratar de ingresar por las puertas del Palacio de Las Hojas.

—Lárgate pordiosero, aquí no damos limosnas —dijo y lo amenazó con su espada.

—Soy Reda Almairon, imbécil, quítate de mi camino. —Respondió un andrajoso Reda y le dio un empujón.

—Discúlpeme, mi señor, no lo reconocí. —El guardia se arrodilló a sus pies, pero Reda lo ignoró y continuó caminando.

El cielo estaba pintado con grises e inmensos nubarrones y el calor de mediodía era difícil de soportar, por lo que respiró profundamente antes de subir el sinuoso camino selvático.

Después de una larga hora de caminata, llegó a las puertas del Palacio empapado en sudor y los truenos que lo acompañaban eran cada vez más frecuentes y ensordecedores. Sin siquiera asearse, se dirigió apresurado a ver a su hermano. Subió corriendo al primer piso y entró sin dejar que los guardias lo anunciaran. El rey Kirios estaba reunido con sus ministros, a los que despidió ni bien vio a su hermano.

—Por los dioses, Reda, ¿qué te sucedió?

—Estos malditos sitnorenses están dementes —gritó levantando los brazos. Llevaba meses acumulando odio y resentimiento, por lo que explotó apenas tuvo la oportunidad—. Fui maltratado, torturado, humillado. Mataron a casi todos mis hombres y el último de ellos tuvo que morir en el desierto cuando nos dirigíamos hacia aquí.

—¡Guardia! —llamó Kirios y, cuando un guardia se asomó por la puerta, agregó—: Ve por Viktoria ya mismo.

—Sí, señor.

—Cálmate, por favor, espera a que llegue Viktoria. Dime, ¿cómo que tuvo que morir?

Reda lo miró por unos segundos, pero luego le dio la espalda.

—El agua, Kirios. —Comenzó a caminar de un lado al otro, apretando los puños y los músculos de su mandíbula se tensaron en sus mejillas. Fue hasta una mesa que había en un rincón y se sirvió una copa de licor, la bebió de un sorbo, volvió a llenarla y continuó paseándose de lado a lado.

—¿Y cómo puedes pedirme que me calme? Esos malditos niños… ¿Puedes creerlo? ¡Un puñado de niños me dejaron en ridículo!

Viktoria entró a la habitación y abrió los ojos, asombrada, al ver a Reda.

—¿Qué te sucedió? —dijo a media voz y lo miró de arriba abajo. Su cuñado vestía harapos y la venda que llevaba en su rostro estaba manchada de sangre seca y suciedad.

—Estuve a milímetros de perder un ojo, aparte de haber perdido a todos mis hombres. —Reda tomó una larga bocanada de aire y comenzó a contarles lo que había sucedido en Sitnor Ciudad Capital, cómo los dos miembros de la Hermandad habían encontrado la muerte al intentar secuestrar al hijo del Gobernador y lo que sucedió desde que se cruzó por primera vez con Noah Guna hasta que fue expulsado del país.

—No puede ser cierto —dijo Viktoria, incrédula—. ¿Cómo es posible qué…? ¡Dijiste que llevarías a tus mejores hombres! —gritó sin hacer ningún esfuerzo por controlarse.

—¿Crees acaso que estoy mintiendo? ¿Cómo te atreves? Ve tú por esos condenados

muchachos, lleva a tus magos, a los dioses o a quien quieras y compruébalo por ti misma.

—Eres un inútil, Reda, jamás debimos haber confiado en ti.

—No les vi el rostro a Aníbal ni a Rob, salvo cuando me deportaron —continuó Reda sin escuchar ni una palabra de lo que Viktoria decía—. Todo lo hicieron los dementes de sus hijos. Vi cuando asesinaron a todos mis hombres, esos dos muchachitos indefensos, como les llamaron, son más hábiles que toda tu maldita guardia —dijo y miró a su hermano, que continuaba sentado, observándolos sin abrir la boca.

—Admite que llevaste a un puñado de inútiles contigo, admite que eres un inútil tú también. ¡No pudiste con dos mocosos!

Reda se sentó en uno de los sillones y bajó la cabeza para intentar calmarse. Se hizo un prolongado silencio.

—Di lo que quieras, cuñada —dijo luego de unos minutos—. Pero no estuviste ahí. No sabes nada. —Hizo una nueva pausa y apoyó la frente en sus manos—. Estoy seguro de que el menor de los Guna también posee algún tipo de poder, pero se cuida de utilizarlo. En el último enfrentamiento, en el que fui apresado, lo observé mientras esperaba para ponerme de pie nuevamente. Se movía con una velocidad inhumana, todos sus golpes eran precisos y dudo que haya sido herido, siquiera.

—Además, dijiste que podía saber cuándo mentías —agregó Viktoria, algo más tranquila y Reda asintió.

—Deberemos esforzarnos más, entonces —dijo Kirios—. Retírense. Reda, haz que te vean esas heridas.

Viktoria y Reda salieron juntos, en completo silencio. Reda se encaminó hacia sus aposentos y Viktoria lo siguió unos pasos detrás.

—Déjame, ¿quieres? —dijo, molesto, al llegar a la puerta.

—Permíteme ver tus heridas al menos.

Reda la miró frunciendo el ceño.

—Te dije que me dejaras. Vete, no quiero ninguna de tus charlas enigmáticas ni esas mierdas. Vete y déjame en paz.

—Reda, por favor, no quise decir...

—Lo dijiste. Ahora lárgate de aquí. —Reda entró a su habitación y cerró la puerta en su cara.

35

—La visita de Reda al sur no fue tan exitosa como planeamos. —El rey Kirios se dirigió a dos de sus ministros—. Los hijos de Pronees y Guna ofrecieron resistencia, asesinaron a los dos miembros de la Hermandad que fueron asignados a su captura. Reda perdió a todos sus hombres y fue encarcelado por un largo tiempo, luego fue liberado y escoltado hasta la frontera. —Los ministros escuchaban, sin decir una palabra—. Enviarán a buscar a todos los magos que dieron sus nombres y los traerán a la fuerza si es necesario. Serán llamados todos los hombres que sean capaces de sostener una espada entre sus manos, también los herreros y los mejores alquimistas de cada ciudad. Se le exigirá a cada gobernante el doble de impuestos, si no es en oro, será en granos.

—Mi señor, eso traerá hambre a su pueblo —dijo alarmado Qirha, uno de los ministros.

—Es un sacrificio que estoy dispuesto a correr, si eso nos conduce al éxito.

—Pero, mi señor…

—No estoy pidiendo consejo. Lo estoy ordenando. —El ministro bajó la mirada—. Tendremos un gran ejército para alimentar, nuestros hombres, tanto soldados como magos, necesitan estar fuertes para marchar al sur, donde el dios Efos no es tan benévolo.

—Por supuesto, mi señor, mandaré a redactar las notas —dijo Dhalora.

—Excelente, pueden retirarse.

El rey Kirios rara vez se alejaba de la sala del trono, un accidente con un caballo le había dejado mal una rodilla, le dolía al caminar y permanecía, principalmente, en la planta alta del palacio.

Muy temprano en la mañana, antes de que el sol saliera, se levantaba, tomaba un baño y se dirigía a la Sala Dorada, una habitación lujosamente decorada, donde el oro relucía en cada rincón; cortinas, muebles, adornos, cuadros e incluso en la vajilla que utilizaba para alimentarse a diario. Allí permanecía el resto del día, entre visitas y peticiones.

Esa tarde decidió que sería bueno saludar a sus tropas, por lo que ordenó a sus guardias que lo escoltaran al otro lado de la ciudad, a los campos de entrenamiento donde estaban alojados los hombres que se presentaron voluntariamente para formar parte del nuevo ejército de Pyebra.

«Será una vida de sacrificios, pero el honor de luchar por Pyebra valdrá más que cualquier lujo» les dijo el primer día y los hombres lo vitorearon, orgullosos de ofrecer la vida a su rey y a su patria.

Kirios bajó con dificultad de un carruaje bastante modesto, que era el que utilizaba cuando salía a dar algún paseo por la ciudad. De esa forma, evitaba llamar la atención de sus súbditos.

Cuando sus soldados lo vieron llegar, se arremolinaron a su alrededor y comenzaron a entonar cánticos en su honor. El rey los saludaba sonriendo y estrechándoles la mano. Los superiores del campo se acercaron rápidamente al ver el alboroto y se encontraron con la sorpresiva llegada del rey.

—Mi señor, no nos comunicaron de su visita —dijo uno de los oficiales con una reverencia.

—Es algo que surgió en el momento. Quería aprovechar el tiempo libre visitando a mis hombres. —El rey Kirios siguió caminando, sin preocuparse por el oficial que continuaba mirando al suelo. Alzó la voz y dijo—: Si no les molesta, me gustaría permanecer por aquí unas horas, mientras ustedes continúan con sus tareas. No se preocupen por mí, hagan de cuenta que no estoy.

Los hombres regresaron a lo que estaban haciendo y dejaron a su rey solo junto a su guardia personal. El rey Kirios caminaba a paso lento, disimulando la molestia que sentía en su pierna, deteniéndose cada pocos metros a observar a los hombres entrenar.

«Son realmente malos, tengo que traer a mis guardias aquí. Alguien tiene que enseñarles a luchar como es debido» pensó.

Continuó caminando hasta llegar a las barracas donde se alojaban. Con asombro vio que eran unas pocilgas malolientes, con pequeños montones de paja, donde dormían sus soldados. Dejó el lugar disimulando de mala manera su enojo y se dirigió a la barraca que oficiaba de cocina.

—¿Quién prepara los alimentos? —preguntó con brusquedad a uno de los hombres que se encontraba más cerca.

—Nosotros, mi señor.

—¿Tú eres soldado también?

—Sí, mi señor, por supuesto.

—¿Qué...? ¿Qué clase de alimentos preparan? —Al ver que el cocinero no decía una palabra y continuaba mirando al suelo, el rey Kirios se tranquilizó para darle confianza—. Puedes decírmelo, sin miedo.

—Con todo respeto, mi señor, realmente no hay mucho más que algunas hortalizas. A veces tenemos algo de carne —dijo sin levantar la vista de sus pies.

—Deben estar bromeando.

—Mi señor. ¿Cómo cree? —exclamó, alarmado, el cocinero.

El rey se dirigió enfurecido hacia la caseta donde estaban los oficiales.

—¿Qué demonios es esto? —gritó ni bien abrió la puerta.

—Su Majestad, ¿qué sucede? —preguntaron a coro.

—¿Cómo se supone que nuestro ejército sirva de algo si se alimentan de patatas y zanahorias y duermen en pocilgas infestadas de pulgas?

—¿Mi señor? — preguntó el comandante, confundido.

—¿Dónde están los animales? Ordené que trajeran rebaños de animales. Cabras, vacas, incluso gallinas.

El comandante del campo se dirigió hacia un estante con enormes libros. Sacó uno de ellos y buscó en las primeras páginas.

—Aquí tiene —dijo con más brusquedad de la permitida, pero el rey ignoró la falta de respeto—. Este es el registro de todo lo que llega al campo, con la firma de la persona que lo trae. Note que son varias personas las que traen regularmente los víveres.

Kirios no podía creer lo que sus ojos veían. En efecto, las raciones eran miserables y llegaban con varios días de separación.

—¿Cómo es posible? —dijo en voz baja—. Ordené que sean alojados en buenas condiciones y que sean apropiadamente alimentados.

—Eso nunca sucedió.

El rey regresó a donde entrenaban los hombres, seguido a pocos pasos por los oficiales del campo.

—Llama a todos —ordenó al comandante.

Luego de unos minutos, la totalidad del ejército se había congregado alrededor del rey.

—Les pido mis más sinceras disculpas. —Kirios alzó la voz—. Fuimos engañados. Mis órdenes fueron que los alojaran y alimentaran apropiadamente, pero las ignoraron y ustedes sufrieron las consecuencias. Les aseguro, les juro, que los culpables serán castigados, pero antes debo arreglar todo para que sean tratados con el respeto que se merecen. No encuentro palabras

para describir el malestar que me produjo ver las condiciones en que vivieron estos últimos meses. De inmediato arreglaré esto. Espero que me perdonen por mi error.

Los soldados de Pyebra festejaron las palabras de su rey, y nuevamente comenzaron a cantar en su honor, mientras Kirios sonreía con lágrimas en los ojos.

Luego de unos minutos, el sonido de las voces de sus hombres lo acompañaron de regreso a su carruaje y pidió ser llevado a toda velocidad, no sin antes ordenar a uno de sus guardias que cabalgara al palacio y convocara a sus ministros a una reunión de urgencia.

—Fui a dar un paseo —dijo el rey Kirios, intentando disimular su enojo, una vez en la Sala Dorada. Sus ministros sonrieron.

—¿Y cómo lo trató su rodilla? —preguntó Qirha, el Ministro de la Moneda. Kirios no pudo dejar de notar el tono de adulación con el que habló.

—¡Oh muy bien, muy bien!

—¿A dónde lo llevaron esta vez? ¿Al teatro, quizás? —preguntó Dhalora, Comandante en jefe del ejército de Pyebra.

—No, no —dijo fingiendo una sonrisa—. Quise ir a visitar a mi ejército. ¿A qué no saben con qué me encontré? ¡Con un maldito campo de prisioneros! —rugió.

El rostro regordete de Dhalora palideció con mucha velocidad. Quiso ponerse de pie, pero uno de los guardias del rey lo detuvo.

—¿Creíste acaso que nunca lo sabría?

—Mi señor. ¿Qué sucede? —preguntó Qirha.

—Sucede que el señor aquí, estuvo robándonos en nuestras propias narices. Las condiciones del campo de entrenamiento son peores que en cualquier prisión de Pyebra. ¡Y se supone que esa gente defenderá nuestro pueblo! —gritó—. ¿Cómo demonios creen que podrán luchar por Pyebra si se alimentan de patatas y duermen sobre montones de pulgas?

—Eso es una bajeza, Dhalora, incluso para alguien como tú —dijo hablando por primera vez Ásija, la única mujer en la Sala, Ministra encargada de los asuntos del pueblo.

—Ásija, encárgate ahora mismo de visitar el campo de entrenamiento y proveerlo de lo que necesiten. Por hoy será prioridad la alimentación. Mañana quemarán esas inmundas barracas y se comenzará la construcción de nuevas instalaciones.

—Como ordene, mi señor. —Ásija inclinó la cabeza y se retiró de la Sala.

—Guardias, encarcelen a este hombre de inmediato. Sin agua ni comida, y asegúrense que sea en la celda más sucia de la que dispongan.

—Como ordene, mi señor.

Dhalora no volvió a abrir la boca y dos guardias lo escoltaron a los calabozos del subsuelo.

—Tú. —Kirios se dirigió a otro de sus guardias—. Ve en busca de Reda.

Mientras esperaban la llegada del hermano gemelo del rey, Kirios se acercó al ventanal y su mirada se perdió en los dorados colores del atardecer.

—Es irónico, ¿no crees? La persona a cargo del ejército de Pyebra, matando de hambre a sus propios hombres —dijo Kirios, como si estuviera pensando en voz alta.

—Probablemente confió en que usted no dejaría la Sala Dorada por un largo tiempo, mi señor. Quizás sus planes eran largarse de aquí antes que notara lo que estaba haciendo.

—Si no supiera que Sitnor es un pueblo orgulloso y pacífico, sospecharía de ellos. Pero serán rivales dignos, lejos de traiciones y engaños. En cambio, a las traiciones las tengo en mi propio palacio, con mi propia gente.

Qirha no respondió y Kirios valoró su silencio. No necesitaba, en esos momentos, palabrería

inútil.

Después de unos minutos, Reda ingresó en la Sala Dorada sin anunciarse, como era su costumbre.

—Ahora da gusto verte, Reda. —Kirios sonrió al verlo aseado y con su vestimenta habitual, completamente de negro. Su gemelo respondió inclinando la cabeza—. Te mandé a llamar por dos razones: primero porque Dhalora nos estuvo robando en la cara y necesitamos saber dónde escondió su botín y segundo porque a partir de este momento eres el nuevo Comandante en Jefe del ejército de Pyebra.

Qirha se puso de pie ante sus palabras. La costumbre era que se celebrara una asamblea donde, entre ministros y consejeros, decidieran quién era apto para determinada tarea.

—¡Mi señor! —exclamó alarmado.

—Para qué voy a ser el rey, sino para ordenar. La decisión es inapelable. Tú eres testigo del nombramiento. Ya puedes retirarte.

—Sí, mi señor. —Qirha inclinó la cabeza y retrocedió hacia la puerta, sin darle la espalda al rey. Cuando la puerta se cerró, Reda se acomodó en uno de los sillones.

—¿A qué debo el honor?

—A que no puedo confiar en nadie, al parecer. —Kirios le contó lo que había visto en el campo de entrenamiento y las condiciones de su ejército.

—La codicia… —dijo Reda con un largo suspiro.

—Dime qué piensas —dijo Kirios luego de unos minutos.

—Lo primero que hay que hacer es contratar mercenarios, que sirvan para entrenar a los hombres. Una vez que los consigamos, seguiremos el método que usan en Sitnor: tenemos que separar a los soldados según las habilidades que posean para que se entrenen solo en eso. No nos sirven espadachines y arqueros mediocres, necesitamos los mejores espadachines y los mejores arqueros. Mientras eso sucede, los soldados ayudarán a los carpinteros en la construcción de las nuevas barracas. No es conveniente tener dos mil hombres mirándose las caras mientras esperan a que las cosas sucedan y, cuanto antes terminen, mejor será para todos. Mal que nos pese, Sitnor está al tanto de nuestros planes y no podemos estar seguros de que no intentarán algo antes que nosotros.

—Hablando de eso, envié hombres a la frontera. Pronto nos llegarán noticias.

—Excelente.

—Habla con Viktoria sobre lo que viste del muchacho Guna. Ella puede sernos de utilidad para interrogar a Dhalora. Quizás a esta hora haya encontrado la manera de hacer alguna de las cosas que él hace.

36

Reda caminó con pasos veloces por el ala sur. Las puertas de todos los salones se encontraban abiertas ese día, pero decidió mirar hacia su derecha, al jardín del patio interior. No le gustaba en absoluto ir a esa parte del palacio, cada vez que veía a esas extrañas personas, un escalofrío le recorría la columna vertebral.

Como la mayor parte de los hombres que no la poseía, él odiaba la magia, incluso sabiendo que sería una gran ventaja tener algunos buenos magos entre ellos. No llegaba a comprender cómo personas, al parecer iguales al resto, podían hacer cosas tan diferentes, cómo podían mover cosas e incluso matar gente sin siquiera tocarlos. Se sintió aturdido ante el recuerdo de la primera exhibición de poderes, cuando ejecutaron cruelmente a un prisionero; no podía borrar de su mente la imagen de esa dulce niña moviendo sus dedos, haciéndolo mover en una extraña danza imposible, siguiendo el compás del sonido de sus articulaciones al romperse. Le siguieron más ejecuciones a esa, tanto en la Ciudad Capital como en Palmeras, la segunda ciudad más grande de Pyebra, ubicada en medio de la selva del centro del país, y también en las grandes ciudades costeras de Puerto Bahía, Puerto de las Águilas y Mar Verde.

—Reda, qué agradable sorpresa. —Viktoria acompañó sus palabras con una sonrisa.

—Debemos hablar.

—Sígueme —dijo y lo condujo al último de los salones, que en esos momentos estaba desocupado.

Viktoria cerró la puerta cuando Reda entró y luego se abalanzó sobre él. Le rodeó el cuello con los brazos e intentó besarlo, pero él la detuvo.

—Espera, Viktoria, vine a hablar contigo por otros asuntos. Dhalora.

—¿Qué hay con él? —preguntó mientras sus dedos acariciaban el cabello de Reda.

—Fue encarcelado por traición. Robó el dinero destinado al campo de soldados. Kirios decidió que debemos interrogarlo para saber dónde escondió su botín. —Viktoria soltó sus manos y bajó los brazos—. Quiere tu ayuda para eso. Me encomendó que hable contigo, quizás sabías hacer lo mismo que el muchacho Guna, saber cuándo alguien miente.

—No sé cómo hacerlo. Sería más fácil entrar en su mente y saberlo de esa forma.

—Como desees, entonces. —Reda dio media vuelta y caminó hacia la puerta. Cuando la abrió, Viktoria, sin moverse de donde estaba, volvió a cerrarla con un fuerte golpe.

—Aún no he terminado contigo.

Sus ojos pardos se volvieron violetas, un mechón de su cabello le caía en el rostro y Reda la miró boquiabierto. Ella se acercó caminando despacio, la brisa que entraba por las ventanas abiertas hacían que la delicada tela del vestido que llevaba se moviera suavemente, acentuando su delgada figura. Reda la tomó por la cintura y la atrajo hacia él. Muy a su pesar, no podía resistirse a ella.

—¿Qué sucedió en Sitnor, hijo?

El sonido de sus pasos sobre el pulido suelo de piedra quebraba el abrumador silencio que imperaba en el salón subterráneo. Un único rayo de sol descendía por la cúpula de rocas y sus destellos se reflejaban en los diminutos cristales que las cubrían, haciendo que se multiplicaran por miles y creando así una telaraña de haces de luz que alumbraban suavemente la estancia.

—Los hermanos fallaron en su misión y encontraron la muerte, lo que me forzó a intervenir, aunque debo admitir que sin éxito —dijo Reda en un susurro a una anciana encorvada, cuyo rostro se escondía debajo de la sombra de su capa—. No fui capaz de encargarme de esos muchachos. Nuestros informes no fueron certeros. Dijeron que no darían complicaciones, sin embargo me han humillado de todas las formas posibles. Incluso, falló la descripción que teníamos de ellos. De no haber sido así, podría haber capturado a los dos hijos de Guna desde el inicio, pero los confundí, en cambio, con dos muchachos curiosos que espiaban a la mesera de la posada en la que me alojaba, cuando en realidad estaban vigilándome. El mayor de los Guna lleva el cabello largo, es delgado, alto, torpe en sus movimientos, pero según noté tiene una mente muy rápida, aunque pierde la cabeza ante situaciones violentas. Es un gran hombre de ciencias, no un simple e inútil aprendiz, como nos habían informado. En nuestro encuentro en la taberna arrojó algo al suelo que causó un gran estruendo y todo se cubrió de humo, lo que obligó a la gente a huir espantada. En ese momento la Guardia de Sitnor nos apresó por primera vez. Logramos escapar, aunque esa noche perdí cuatro hombres. La siguiente vez, me arrojó un dardo que se clavó en mi pierna, inmovilizándola por completo por largos minutos. No tenía conocimiento de que pudieran suceder cosas como esas —dijo Reda Almairon y la anciana escuchó sin interferir—. Su hermano menor, en cambio, es la imagen de su padre, el color de su cabello, su porte, su habilidad, incluso sus gestos. A pesar de que es muy cuidadoso, estoy seguro de que también es mago. Sus movimientos con la espada son demasiado rápidos y siempre certeros, no creo que siquiera haya sido herido. La mayor parte de las veces, está un paso adelante en cualquier situación, no pierde la cabeza, es despiadado y frío. Joshua Pronees fue herido cuando los Hermanos los atacaron y solo lo vi cuando me apresaron. También es la imagen de su padre. Si recuerdas a Guna y Pronees en su juventud, podrás hacerte una idea de cómo son. —La anciana asintió con un murmullo—. Nos indicaron dos niños delgados y desgarbados y nos terminamos encontrando con dos muchachos de mi altura, con las espaldas anchas como Kirios y habilidades increíbles.

—¿Cómo los hallaron los Hermanos?

—Ellos estarían vigilándolos fuera de la fortaleza, pero no podíamos comunicarnos para mantenernos fuera de sospechas. Eso es algo que deberíamos haber previsto.

—Lo sabemos para la próxima ocasión —dijo la anciana, sin dejar traslucir preocupación alguna.

—Perdí mi insignia y temo que la Hermandad haya sido descubierta.

—Tarde o temprano, sucedería. Hay algo más que quieres decirme… —La anciana animó a Reda.

—Así es. Kirios me designó como nuevo Comandante del ejército de Pyebra y me dijo que sus hombres carecen de entrenamiento y de guías adecuados. Necesito la ayuda de la Hermandad para entrenar a los soldados, no confiaría en nadie más semejante tarea. Son en su mayoría campesinos y pescadores, pero necesitamos hacer de ellos los mejores guerreros del mundo.

—Cuenta con eso, hijo.

37

—An Dhalora por el delito de alta traición, yo Kirios Almairon, rey de Pyebra y las Tierras Anexas, te sentencio a morir en la horca ante la presencia del ejército al que has perjudicado con tu codicia. Que el dios Ladha juzgue tu corrupta alma, que la diosa Zarba la conduzca a la Oscura Morada y el dios Suin te mantenga a su lado por el resto de la eternidad.

An Dhalora estaba parado sobre un taburete con las manos y los pies encadenados. Vestía unos sucios harapos, ya que había sido despojado de su costosa vestimenta y de todos sus anillos y cadenas de oro. El verdugo colocó una soga en el cuello, pero él se mantuvo firme, con la vista fija en la estatua del rey que había en el centro de la plaza de armas. Le colocó una capucha de tela en la cabeza y, luego de unos pocos segundos, pateó el taburete con fuerza. El cuerpo de Dhalora quedó suspendido por el cuello. Por unos minutos solo se oyó el sonido de las cadenas tintineando mientras sus piernas y brazos se movían sin control, hasta que su vida se apagó para siempre.

El ejército de Pyebra estalló en aplausos, al ver que el rey Kirios había cumplido con otra más de sus promesas.

En el Campo de Entrenamiento ya habían finalizado las obras de reconstrucción. Los soldados se alojaban ahora en cabañas cerradas, limpias y seguras. Si bien no tenían un invierno frío, las tormentas de verano podían llegar con vientos huracanados que destruían viviendas y tiraban árboles sin piedad alguna. La alimentación había mejorado notablemente y había soldados experimentados y mercenarios a cargo de los entrenamientos.

La ejecución de Dhalora se había llevado a cabo en la plaza del Campo de Entrenamiento, por lo que el rey y su comitiva aprovecharon para recorrer las nuevas instalaciones. Una veintena de cabañas se alineaban en cuatro largas y prolijas filas y, al final de ellas, se encontraba una imponente construcción, aún sin terminar, que sería comedor y sala común.

—Me siento muy orgulloso del trabajo que has hecho aquí —dijo Kirios a Reda al finalizar el recorrido—. Las condiciones de mis hombres han mejorado de forma notable, espero que se vea reflejado en su desempeño en el campo de batalla.

—Sin duda verás también mejoras en ese aspecto. Estamos preparando una sorpresa para ti.

—No puedo esperar para verlo. —Kirios sonrió complacido—. ¿Qué te parece, querida?

—Es maravilloso —dijo Viktoria, distraída, mientras movía su abanico de plumas blancas.

—Me gustaría dar un paseo por la ciudad —dijo Kirios al llegar a los carruajes, luego de unos minutos.

—No ahora, querido, no me siento muy bien. Quisiera regresar enseguida y recostarme. Aún no logro acostumbrarme a este terrible calor —dijo Viktoria sin dejar de abanicarse.

—Por supuesto, por supuesto.

Kirios ordenó dirigirse al Palacio de Las Hojas inmediatamente y decidieron regresar en uno de los carruajes más pequeños, separados de la comitiva principal.

Al llegar al palacio, el rey se encontró con un gran revuelo de personas apostadas en las puertas, a las que les habían prohibido la entrada. Eran los recaudadores de impuestos que solicitaban verlo con suma urgencia. El rey los recibió en una de las salas de la planta baja, algo más modesta que la imponente Sala Dorada.

—¿A qué debo su visita? —preguntó Kirios con una sonrisa, como era su costumbre.

—Mi señor, lamentamos comunicarle que no estamos teniendo el éxito esperado en nuestro

trabajo —dijo uno de ellos—. En un principio hubo muchas quejas, pero la mayor parte de las ciudades y aldeas pagaron. Las siguientes ocasiones fueron menos amables. A muchos de nosotros esta última vez nos prohibieron la entrada, nos agredieron y la mayoría resultamos heridos. Temo, mi señor, que la próxima vez deberemos ir escoltados.

—Puede que no sea apropiado que lo diga, mi señor —dijo otro de los recaudadores—, pero debe saber que el tributo es excesivo.

—No, no es apropiado. Retírense —dijo el rey Kirios y les dio la espalda.

Los hombres dejaron la sala caminando hacia atrás y haciendo reverencias. El rey salió poco después y solicitó la presencia de su hermano en la Sala Dorada y, una vez que los dos volvieron a estar solos, le contó las noticias.

—Deberás proveerlos de hombres para que los escolten —dijo al finalizar.

—¿Cuántos son los que necesitan escolta?

—Todos ellos. Un total de veinticuatro.

—A cinco escoltas por recaudador… Reduce la cantidad de recaudadores, que se ocupen de más ciudades los restantes. No podemos prescindir de tantos soldados. Recuerda que nuestro ejército es pequeño. Debemos incluso reclutar más hombres.

—Fue también una de mis órdenes cuando regresaste de Sitnor.

—No vi que se haya cumplido. No llegaron nuevos reclutas.

—Encárgate de eso también. Haz que, además de los impuestos, todo hombre que sea capaz de sostener una espada, sea traído a Ciudad Capital, como también los alquimistas y los herreros. Dhalora se iba a encargar de redactar las notas.

—Maldito sea.

—Lo dejo en tus manos, entonces. —Terminó el rey con una sonrisa.

—Por supuesto —contestó Reda antes de retirarse. Era una de las pocas personas que tenían esa clase de permisos.

38

El canto de las aves anunció la llegada de un nuevo día, despertando así a los cientos de especies que vivían en los frondosos jardines del Palacio de Las Hojas. Reda se sentó en su cama, aún sin haber despertado del todo, estiró los brazos sobre su cabeza y bostezó largamente. Observó por su ventana que había un par de pequeños primates en su balcón comiendo las frutas que les había dejado la noche anterior. Sonrió y se puso de pie para verlos más de cerca, pero se fueron, espantados, cuando lo escucharon. No había caso, no podía acercarse a ellos y tampoco tenía el suficiente tiempo libre para intentarlo. Dio media vuelta y se sobresaltó al ver su cama.

—¡Viktoria! —Otra vez se había dormido en su cama—. Viktoria, despierta. —La llamó moviendo su hombro con suavidad—. Debes irte, ya amaneció.

La mujer no respondió, solo se cubrió la cabeza con un almohadón. Reda la observó por unos segundos y, luego, sus dedos recorrieron la suave y blanca piel de su espalda. El cabello caía como una oscura cascada entre sábanas y almohadones.

«Si solo hubiera partido antes a Pyebra, no deberíamos escondernos como dos pecadores» pensó.

Siempre lamentaba haber permitido que Kirios partiera antes que él de Ojo de Agua, la aldea emplazada en medio del desierto de Then Kua, una de las pocas que sobrevivía a las sequías y constantes tormentas de arena; era una parada obligatoria de camino a Ciudad Capital. La mañana que Kirios partió, él decidió pasar unos días más en la aldea, ya que el viaje desde Sitnor lo había agotado. Maldecía su pereza cada día desde entonces, desde hacía más de una década.

Viktoria viajaba en una caravana con su esposo y sus dos pequeños, a Pyebra desde Morrau. Al llegar al desierto y cruzar la frontera, un grupo de bandidos los había atacado. Forzaron a las mujeres frente a la mirada de los hombres y los niños, y luego fueron asesinados. Las doncellas, y la misma Viktoria, fueron presa de las urgencias de esos jinetes durante gran parte de la noche, hasta que se manifestó su poder y acabó con sus vidas.

Kirios encontró la caravana y quedó horrorizado por el escenario. Según dijo, contó ocho hombres sin cabeza y cinco mujeres con los vestidos rasgados, degolladas y atadas a cruces de madera. A un costado, un gran montículo de arena parecía ser una sepultura reciente.

Vio huellas de unos pequeños pies que se dirigían al norte, por lo que ordenó a uno de sus hombres que regresara por Reda y, luego de ordenar que quemaran todo, él partió siguiendo el rastro; sin duda alguna, la persona que se había alejado sola del campamento perecería bajo el sol del desierto si no se apresuraba a alcanzarla. Halló una mujer de piel muy blanca y oscuro cabello inconsciente a pocos kilómetros, su cuerpo estaba golpeado y cubierto de ampollas, sus labios rotos e hinchados. Se dirigieron de prisa a la capital y él la cuidó durante diez días con sus noches, casi sin moverse de su lado.

Al despertar, fue la primera persona a la que vio. Siguió cuidándola hasta que pudo valerse por sí misma y le ofreció matrimonio. Ella le dijo que aceptaría si la dejaba partir para encontrar a alguien que pudiera enseñarle a controlar sus poderes. Él prometió que le ayudaría en lo que fuera, sin importar lo que la Ley de Protección ordenara.

Ya no recordaba cómo habían sucedido las cosas después de eso. Solo sabía que la mujer de la que se había enamorado era la esposa de su hermano.

—Perezosa, ya despierta. —Viktoria se acostó sobre su espalda y su vientre se dibujó como una cúpula bajo las sábanas. Estiró los brazos y sonrió, aún dormida—. Vamos Viktoria, ya

debes irte.

Al ver que no se despertaba, caminó hasta la mesa y sirvió agua en un vaso.

—¿Qué haces? —Viktoria se sentó en la cama con el rostro empapado y Reda reía divertido.

—¡Al fin te despiertas! Ya es de día, debes irte.

—No quiero —dijo y volvió a cubrirse con la sábana.

—Vamos, mis hombres me esperan —susurró y, luego, colocó su vestido sobre la cama—. Debo salir de la ciudad y prometí hacerlo al amanecer.

—¿Cuándo regresarás? —preguntó aún con el rostro cubierto.

—No lo sé, puede que en una semana, tal vez un poco más. Apresúrate.

Viktoria se puso de pie de un salto y comenzó a vestirse apresuradamente, como si recién se diera cuenta de lo que estaba sucediendo.

—¿Por qué no me despertaste antes? —preguntó molesta, luego de que un rayo de sol alumbrara dentro de la habitación, sobre la cama.

—Pero…—Reda la miraba extrañado, es lo que había estado intentando hacer hacía un buen rato.

Viktoria se acercó a él y lo besó. Luego, sin decir ni una palabra más, dejó la habitación utilizando una puerta oculta detrás de un enorme espejo. Reda siguió abrochando su camisa y el espejo volvió a moverse. El rostro de Viktoria se asomó.

—Regresa pronto —dijo, aún con el ceño fruncido, y volvió a marcharse.

Reda sonrió y observó la cicatriz que le surcaba el rostro, un recordatorio permanente de lo que había sucedido en Sitnor.

Luego de dos días de cabalgata por la calurosa selva pyebrana, llegaron a Palmeras al promediar la mañana, con el insoportable calor sobre sus hombros. Luego de presentarse en las puertas, fueron conducidos por un escolta hasta el centro de la ciudad, donde los esperaría el Gobernante.

Las empedradas calles estaban llenas de gente, lo que los había obligado a marchar a paso de hombre. Era una ciudad, entre otras cosas, de pescadores, ya que estaba asentada en el margen sur del caudaloso río Thara, que llevaba el nombre de la diosa de las lluvias, creadora de la vida y protectora de las madres. Según la leyenda, las lágrimas que la diosa Thara derramó al morir su hija, formaron el río, dando de esa forma origen a la vida de los hombres.

Las pintorescas casas de bloques de piedra y techos inclinados, ubicadas en perfecto orden a los lados de la calle, eran una muestra de la prosperidad de sus habitantes. Reda había estado en muchas ciudades a lo largo de su vida y esta era una de las pocas que había visitado donde no se veía gente andrajosa pidiendo limosna.

Reda y sus hombres cabalgaban por las márgenes del río Thara sobre una avenida rodeada por las imponentes palmeras que le daban nombre a la ciudad. La vegetación crecía abundante en la ciudad y los jardineros daban rienda suelta a su creatividad podando los arbustos y dándole diferentes formas. Así habían convertido a un hermoso parque en un lugar de ensueño, lleno de criaturas mágicas que parecía que en cualquier momento cobrarían vida.

La avenida terminaba en una amplia plataforma de piedra blanca, en cuyo centro se alzaba un modesto edificio de simple arquitectura y de color blanco, que contrastaba con el verde vibrante de la vegetación que lo rodeaba.

Al llegar allí, los esperaba un grupo de personas que vestían túnicas amarillas y, en el medio de todos ellos, un pequeño individuo de rostro delgado y gran bigote se adelantó unos pasos para recibirlos.

—Sean bienvenidos a Palmeras —dijo y abrió los brazos. Reda y sus hombres se acercaron e inclinaron la cabeza en señal de respeto—. Es un honor recibirlos en nuestra humilde ciudad.

—No sea modesto, señor Jeno. Hemos visto que es una ciudad muy bien administrada.

El señor Jeno rio con timidez.

—Pasen por favor, seguro no hicieron tan largo viaje solo para visitarnos.

—Por supuesto que no. Vine a discutir importantes asuntos con usted. —Reda caminó junto al Gobernante hacia el interior del Palacio de Gobierno, acompañado de cerca por los consejeros y su escolta.

El señor Jeno los condujo a una amplia sala y tomó asiento en la cabecera de una larga mesa rectangular, invitando a Reda a sentarse a su izquierda. Los consejeros se sentaron en las sillas restantes, mientras la escolta de Reda permaneció de pie, detrás de él.

—¿Qué lo trae por estas tierras, señor Almairon? —preguntó el Gobernante una vez que todos estuvieron acomodados y en silencio.

—Vengo a hacer cumplir las órdenes de mi hermano el rey —respondió—. La última vez que los recaudadores estuvieron aquí no fueron recibidos por usted ni por ninguno de sus consejeros y regresaron con las manos vacías. Eso no nos pareció correcto.

—A nosotros no nos pareció correcto que debamos pagar el doble de lo que pagábamos, que, debo decir, ya era excesivo.

—Cuidado, señor Jeno, esto no es una negociación —advirtió Reda, que ya había abandonado la simpatía—. Hay otro asunto que quiero tratar con usted: nos llevaremos a todos los hombres de la ciudad que sean aptos para luchar, a los herreros y también a los alquimistas. Órdenes del rey Kirios.

—¡Imposible! —dijo el señor Jeno y se puso de pie.

—Como ya le dije, no estamos negociando. El rey necesita ampliar sus tropas y proveer a los hombres de armamento. Invadiremos Sitnor —dijo Reda con una sonrisa.

El señor Jeno volvió a sentarse, atónito. Le era difícil creer lo que estaba oyendo. Habían gozado de paz por años, salvo por algunos pequeños conflictos, y el nuevo rey pensaba enfrentarse, nada más y nada menos, con Sitnor, el país con el ejército más grande y mejor preparado de todo el continente. Pensó que era una pésima idea, además de ser absurda e innecesaria, y se lo dijo a Reda sin rodeos.

—¿Y usted se cree con autoridad de cuestionar al rey? Debería agradecer que no le arrancara la lengua ahora mismo. Ya le comuniqué nuestra misión aquí, ahora lo dejaré para que empiece a preparar todo. Mis hombres y yo necesitamos descansar —dijo Reda y se puso de pie.

—Por supuesto —respondió el señor Jeno—. Escolten a los caballeros a la Villa. Es un lugar muy bonito, les gustará —agregó con una sonrisa.

Reda se marchó con su escolta, sin decir siquiera una palabra de agradecimiento. El señor Jeno se sentó y pasó las manos por su rostro.

—Esto nos saldrá muy caro, mis señores —dijo luego de unos minutos.

—Más caro nos saldrá someternos a esta locura del rey, mi señor —dijo un hombre de cabello blanco y espesa barba igualmente blanca.

—Debería haberlo consultado con ustedes, les pido disculpas por mi falta.

—Creo que hablo en nombre de todos cuando digo que su decisión fue la correcta, mi señor —dijo un hombre calvo y regordete que se sentaba a su derecha; los demás asintieron—. Si debemos enfrentarnos a este títere que tenemos por rey, lo haremos con orgullo para proteger a

nuestra gente. Ninguna bruja tesariana vendrá a arruinar nuestra paz sin que pague las consecuencias.

—Debemos avisar con urgencia a las aldeas cercanas, para que se resguarden en nuestra ciudad. La mayoría debe haber terminado de levantar sus cosechas, enviaremos hombres para que les ayuden a terminar, si es necesario, y deberán traer sus animales y sus granos, así como todo lo que consideren esencial. Debemos intentar resguardarlos de esta locura.

Cuatro de los consejeros de túnicas amarillas se pusieron de pie y salieron de la sala con una reverencia.

—El rey no notará nada inusual por unos días —continuó el señor Jeno—, debemos actuar de prisa. Envíen mensajeros a las ciudades costeras y den aviso en todos los poblados que haya en el camino. Pero sean cuidadosos, no sabemos cuántos de ellos están al tanto de lo que sucede, ni tampoco si han aceptado someterse a las nuevas órdenes. Todos serán bienvenidos aquí, en Palmeras, si no van a colaborar con él.

—¿Podremos resguardar a tanta gente? —preguntó alarmado uno de los consejeros.

—Deberemos buscar la forma de hacerlo funcionar. Confío en que nuestro ingenio y los dioses nos ayudarán a superar este mal trago.

—El alojamiento, señor. ¿Dónde resguardaremos a los aldeanos y a los que vayan llegando en un futuro?

—Por el momento podrán alojarse en el Gran Salón. —Dima Hidrym, el más joven de los consejeros, tomó la palabra—. Los primeros en llegar serán mujeres y niños. Pondremos nuestros hombres a limpiar y construir en la zona norte, junto a la muralla. Los árboles que talen servirán para comenzar a hacer viviendas.

—Ya mismo envía gente que comience con esa tarea, Dima —dijo el señor Jeno. El joven se puso de pie inmediatamente y dejó la sala con una reverencia—. Debemos dar aviso a los ciudadanos de las noticias. El que desee tomar partido por el rey, es libre de marcharse, los que deseen quedarse, ayudarán a nuestros huéspedes hasta que estén instalados. Luego, debemos comenzar a entrenarnos. ¿En qué estado está la ampliación del muro?

—Nos queda una buena parte por terminar aún, quizás en dos meses esté listo, con mucho viento a favor.

—Bien. Emplea más constructores para terminarlo cuanto antes. Envíen gente a controlar que los puestos de vigilancia dentro de la selva estén en condiciones. Debemos habilitar todos los del sur y este de la ciudad. —Uno de los consejeros asintió y dejó también la sala—. Ustedes, hagan circular las malas nuevas. Nuestra máxima prioridad es acondicionar la ciudad para recibir a los que deseen refugiarse aquí y prepararnos para un asedio, aunque dudo que Kirios quiera tener enemigos tan cerca.

Salieron dos consejeros más y en la sala solo quedó el señor Jeno y los dos sabios ancianos.

—¿Y ahora cómo sigo con esto? —dijo el señor Jeno y se dejó caer en su sillón.

—No te atormentes. Has hecho bien —dijo el sabio anciano a su derecha.

—¿Deberíamos…? —dijo no muy seguro de lo que estaba por decir—. ¿Creen que deberíamos llamar a Lobo Blanco?

—Ese maldito viejo borracho —dijo Ven Adar, el anciano de cabello blanco.

—Debes admitir que nos ayudó siempre que se lo pedimos y sin pedir nada a cambio —dijo Tanug, el sabio calvo.

—La última vez que supe de él estaba en Sitnor. Dijo que la era de los magos había comenzado, que pronto todo iba a cambiar. Creí que estaba borracho hasta que vi a la bruja de Kirios… y ni siquiera en ese momento pensé que nos afectaría de esta manera. —Hizo una pausa

y luego agregó—: Poniendo mis conflictos a un lado, creo que sí deberíamos contactarlo. Es importante que nos diga cómo podemos enfrentar todo esto, o mejor aún, si puede regresar aquí a ayudarnos.

El señor Jeno y el sabio Tanug estuvieron de acuerdo.

39

La villa donde habían alojado a Reda Almairon y sus hombres era la residencia permanente del Gobernante, una pequeña fortaleza muy bien custodiada dentro de los muros de Palmeras. Allí había un hermoso parque con un lago y, detrás de la casa principal, varias cabañas con el mismo estilo de las que habían visto en la ciudad, de muros de piedra y techos de paja, y fueron conducidos hasta allí.

En el frente de ellas había pequeños jardines cercados, todos diferentes en la composición de las plantas y flores que los decoraban. Reda pensó en Viktoria al ver las orquídeas que trepaban por las columnas de piedra que sostenían la galería, el violeta de los pétalos le recordaba a sus ojos cuando usaba sus poderes, pero, a pesar de los sentimientos que despertaban su recuerdo, no se permitió sonreír, no lo haría frente a sus hombres.

Ingresó en la pequeña casa, que tranquilamente entraba en su habitación del Palacio de Las Hojas, y a pesar de lo diminuto de su tamaño, la sintió acogedora y cómoda. Se decidió a tomar un baño, ya que el viaje le había resultado agotador, y el agua tibia y los aceites aromáticos hicieron que se adormeciera. Aunque no era su intención, finalmente durmió una larga siesta. Despertó sobresaltado cuando llamaron a su puerta, ya que uno de los sirvientes del señor Jeno venía a traerle el almuerzo y a presentar las disculpas de su señor, que no podría acompañarlo por tener compromisos urgentes que atender. No había notado lo hambriento que estaba hasta que sintió el aroma de la carne asada que inundó toda la estancia cuando destapó la charola de plata.

Luego de almorzar, pensó en salir a dar un paseo por los jardines de la villa, sería una buena manera de pasar el tiempo hasta que el señor Jeno regresara. Se sentía de un increíble buen humor, como hacía mucho tiempo no le sucedía.

Al dejar atrás la cabaña vio, sorprendido, que sus hombres se habían recostado en el verde césped, junto al lago, a tomar el sol mientras reían y hablaban armando un gran bullicio.

«¿Qué demonios sucede aquí? No es normal que mis hombres descansen despreocupadamente sin yo habérselos permitido…» pensó Reda y se dirigió hacia ellos para imponer orden pero, súbitamente, cambió de parecer. «Después de todo, no podremos partir hasta dentro de unos cuantos días… y todo aquí es tan agradable... Creo… Creo que me quedaría aquí por siempre».

Reda alcanzó a sus escoltas y se recostó en la hierba junto a ellos, riendo como un chiquillo despreocupado. A media tarde los sirvientes del señor Jeno se acercaron a llevarles bebidas y frutas frescas y, pocas horas después, su anfitrión se les unió.

—¡Mi amigo! — Reda lo saludó con alegría al verlo—. Se diría que eres el elegido de los dioses por vivir en tan hermoso lugar. Todo lo que mis humildes ojos ven aquí es perfecto y armonioso. El aroma de las flores, el trinar de las aves, los pequeños animales que se esconden detrás de los arbustos… —Reda suspiró—. No alcanzarían los días de mi vida para admirar tanta belleza.

—Vaya, vaya… Qué bien les sentó el cambio de aires. —El señor Jeno sonreía—. ¿No notaron que algo les dañó la razón?

—¿Qué dice, mi amigo? Aquí todo es perfecto. De hecho, me gustaría alargar mi estadía en su villa, si no es molestia.

—Encantado de recibirlos pero, ¿qué dirá su hermano el rey al respecto?

—¡Mi hermano! —Reda suspiró y se puso de pie—. Le enviaré una carta, eso haré.

—Pero no puede decirle que se va a quedar aquí porque le gusta, simplemente. Debe decirle que las negociaciones tomarán un tiempo, pero que todo marcha como habían acordado.

—Tiene usted razón. Mi hermano no entendería la felicidad que produce contemplar a una mariposa posarse sutilmente en una delicada flor, tampoco podría apreciar el sonido de las hojas al mecerse con suavidad con la brisa del atardecer… Ohh el atardecer. —Reda volvió a suspirar y se recostó en la hierba—. Benditos sean mis ojos por contemplar tan sublime y fugaz paisaje.

—Pero no olvide que debe escribirle a su hermano el rey, señor Reda.

—Mañana ¿sí? —suplicó—. Permítame, mi amigo, contemplar este magnífico atardecer. Mañana escribiré lo que usted me pida.

El señor Jeno rio.

—Por supuesto, por supuesto. ¿Desean cenar aquí o prefieren hacerlo en sus cabañas?

—¿Podemos hacer una fogata? —preguntó entusiasmado uno de los escoltas de Reda. Los demás aplaudieron ante la ocurrencia.

—Claro que sí. Enviaré a mis hombres a que les traigan lo que necesiten.

—¿Te quedarás con nosotros, mi amigo? —preguntó Reda con cierta timidez.

—Debo atender unos pequeños asuntos, pero volveré antes que terminen de asar la cena.

Los hombres festejaron cantando y aplaudiendo.

El señor Jeno regresó apresurado al pequeño castillo que habitaba, girando la cabeza de cuando en cuando para ver a sus invitados. Todos seguían recostados en la hierba, aún cantando. Cuando llegó, se dirigió a su despacho, donde lo esperaban los sabios ancianos.

—¿Cómo se encuentra el señor Almairon? —El anciano Adar se puso de pie ni bien el señor Jeno llegó al estudio donde lo esperaban.

—Se convirtió en un poeta, amante de la naturaleza y los atardeceres. —El señor Jeno rio.

—Magnífico —suspiró Tanug aliviado.

—Me pidió permanecer unos días más aquí, prometió enviarle una carta a su hermano el rey diciéndole que las negociaciones tardarán un poco más de lo previsto, pero que todo marcha según lo acordado.

—¿Y le creíste? —preguntó Adar.

—Por supuesto. No quedan ni rastros del desagradable personaje que es. Deberían venir conmigo, sus hombres y él quieren hacer una fogata y asar carne junto al lago. Se pondrán felices de verlos, cuando los dejé estaban cantando y riendo como niños.

—No sé tú, Tanug, pero yo me quedaré. Me van a venir bien unas risas.

—Pero antes deberán beber el antídoto…

—Anda, no nos quites eso a estos dos viejos decrépitos.

—Bien, pero no me haré responsable de sus actos. Cuando termine la cena, regresaré aquí, lo que ustedes hagan corre por su propia cuenta. Si salen de la villa, irán escoltados. Quedan advertidos.

Los ancianos comenzaron a festejar, incluso antes de dejar la habitación.

En los jardines de la villa se encontraba escondido un arbusto muy poco conocido, al que llamaban “la planta de la felicidad”. Sus diminutas hojas grises desprendían un suave y dulce aroma que hacía que todo aquel que lo respirara sintiera una sensación de felicidad absoluta que perduraba por varias horas e, incluso, podía durar algunos días si las personas estaban en contacto con la planta por un lapso de tiempo mayor. Los alquimistas de Palmeras habían conseguido dar con un brebaje que contrarrestaba los efectos del perfume del arbusto. Todos los guardias lo bebían antes de ingresar a la fortaleza, lo mismo que los sirvientes y el señor Jeno.

Lobo Blanco, un anciano enigmático y solitario que vivió un tiempo en la ciudad, les había obsequiado un ejemplar de ese arbusto hacía ya muchos años. Era un secreto muy bien guardado, había pocos de su especie al ser su crianza muy exigente y eran pocos también los que conseguían llegar a la madurez, que era cuando su aroma causa el efecto de felicidad. Demandaba muchos cuidados y necesitaba atención constante, por lo que un jardinero especialmente entrenado se dedicaba en exclusivo al cuidado del exótico arbusto.

Los tres hombres se dirigieron hacia la orilla del lago, donde Reda Almairon y sus escoltas bromeaban y reían mientras acomodaban, junto a la fogata, una mesa y bancos de madera que habían sido llevados por los sirvientes.

—La están pasando en grande —dijo Ven Adar, emocionado.

—Pronto nos divertiremos nosotros también, mi amigo —dijo Tanug poniéndole una mano en el hombro a su viejo compañero.

—Los necesitaré en el consejo temprano en la mañana, así que intenten no desvelarse demasiado… —Los ancianos se miraron y comenzaron a reír a carcajadas—. Ya es en vano, debería habérselos dicho antes —se lamentó el señor Jeno.

40

Cuando asomaron los primeros rayos de sol, el señor Jeno abrió la puerta principal de su pequeño castillo y vio, asombrado, que la fogata seguía encendida y los hombres permanecían aún despiertos, incluidos los dos sabios ancianos.

—Por los dioses, ¿está gente nunca se cansa? —dijo y se tomó la cabeza con ambas manos.

Regresó al interior de inmediato y caminó apurando sus pasos hasta una puerta disimulada detrás de la escalera, que llevaba al subsuelo. Tomó la llave que colgaba de su cuello y la abrió, bajó los escalones apresurado y tomó de uno de los estantes un pequeño frasco de vidrio con un líquido verdoso en su interior. Luego, volvió a subir y cerró la puerta con llave.

—A ver si logro convencer a estos viejos de que se retiren sin tener que obligarlos a tomar el antídoto, quisiera ahorrarles el desencanto. —El señor Jeno iba hablando solo mientras caminaba hacia la fogata.

—Mi buen amigo. —Reda Almairon se puso de pie de un salto cuando lo vio acercarse. Los ancianos corrieron hacia él con una velocidad que no los creía capaz.

—Mis señores —dijo el señor Jeno intentando sonreír—, que sorpresa verlos aquí tan temprano.

—Oh aún no nos hemos acostado —dijo Ven Adar riendo nervioso. Sus compañeros de trasnoche rieron con él.

—Me parece que ya deberían hacerlo, si no se perderán de un hermoso día, en algún momento les dará sueño.

—Tienes razón. —Reda lo abrazó—. Debemos descansar, señores. Fue un día muy largo.

—¿Podemos dormir aquí? —preguntó uno de los soldados.

—De ninguna manera —dijo el señor Jeno con brusquedad—. El sol les quemará la piel horriblemente si se quedan aquí, no sé si no se dieron cuenta de que ya amaneció.

—Tienes razón. —repitió Reda moviendo el dedo índice con énfasis—. Debemos regresar a nuestras casitas.

Todos sus hombres se pusieron de pie y caminaron detrás de Reda, cantando y bailando por el sendero de piedra que conducía a las cabañas de atrás. El señor Jeno se quedó mirándolos con gran desprecio, pensando en lo ridículos que se veían.

—¿Podemos nosotros también utilizar unas de las casitas? —Tanug lo tomó de la mano y el señor Jeno lo miró extrañado.

—No, deben ir a las suyas propias. Los enviaré en un carruaje así no deben caminar hasta allí.

Los ancianos aplaudieron mientras lo seguían a las caballerizas, dando pequeños saltos.

Cuando el señor Jeno ingresó a la sala de gobierno, lo esperaban allí todos los miembros del consejo, a excepción, por supuesto, de los dos sabios ancianos que acababan de retirarse de la Villa.

—Buenos días a todos. —Entró a paso apurado—. Díganme, ¿qué novedades me tienen?

—Las aldeas más cercanas ya han sido notificadas —dijo uno de los consejeros—, se espera que para esta tarde estén llegando a nuestra ciudad, en principio, las mujeres y los niños. En un par de días arribarán los hombres que transportarán las frutas, los granos y animales. Solo una de las aldeas solicitó ayuda para terminar con las cosechas y ya fue enviado un grupo de hombres

para terminar cuanto antes.

—Estupendo. ¿En todas las aldeas la decisión de refugiarse aquí fue unánime? ¿Alguien se opuso?

—Solo algunos pocos vecinos se resistieron en principio pero, al ver que todos aceptaban, cambiaron de parecer.

—El Gran Salón ya está siendo preparado para recibir a los primeros aldeanos que lleguen a la ciudad —dijo Dima, el joven consejero—. Envié un grupo de hombres a la zona norte para que comiencen con la tarea de limpieza y la construcción de las primeras cabañas. Una vez que lleguen los hombres de las aldeas, deberán sumarse a esa tarea, también, para ir preparando más cabañas para los refugiados de otras poblaciones.

—Me parece muy bien —dijo el señor Jeno y luego agregó—. Buen trabajo.

—Los puestos de vigilancia han sido revisados —continuó otro de los miembros del consejo—. Solo tres presentaban daños considerables y serán reparados en los próximos días.

—Excelente. ¿Han enviado ya los mensajeros a las ciudades costeras?

—Por supuesto, mi señor. Han partido antes que asomara el sol quince mensajeros, en grupos de a tres. Sin complicaciones, deberían estar de regreso en diez días a más tardar. A medio día los pregoneros comenzarán a dar aviso a la población sobre lo acontecido.

—Estupendo. Pueden retirarse y continuar con sus tareas. Si surgen novedades, no duden en acudir a mí.

Todos los consejeros se pusieron de pie y dejaron la habitación en un revoloteo de capas amarillas, pero a los pocos segundos, uno de ellos regresó.

—Disculpe, mi señor, desearía hablar con usted a solas.

—Por supuesto, Dima, cierra la puerta y toma asiento.

El más joven de sus consejeros se sentó y quedó mirándose las manos por unos momentos.

—¿Qué sucede? —Lo animó el señor Jeno.

—Señor yo… me avergüenza decirlo. —El joven comenzó a retorcerse los dedos sin darse cuenta.

—No puede ser tan malo. Anda, con tranquilidad.

—Yo tengo poderes, mi señor, pero temí decírselo a la señora Viktoria cuando nos visitó.

—¿Por qué razón?

—Cuando Lobo Blanco vivió aquí yo era solo un niño… él también es como yo. —El señor Jeno lo miraba asombrado—. Me enseñó a protegerme de otros magos, y también como hacer muchas otras cosas. —Por primera vez lo miraba a los ojos—. Pude *ver* en su mente, en la mente de la señora Viktoria y vi cosas muy espantosas, cosas que le sucedieron y cosas que ella misma hizo. Ella no se protege porque al parecer cree que nadie pueda verla, pero pude hacerlo, muy a mi pesar.

—¿Cómo es que no me lo has dicho? —preguntó sin reproche alguno en su voz.

—Si no se lo dije antes fue por miedo. Temía que me enviara con ella. No… no entro en la mente de la gente que me rodea, sería una traición, sería muy injusto que yo estuviera en su cabeza viendo qué sucede, qué piensa, o qué hizo o quiere hacer. Mi maestro me enseñó que lo primero y principal es el respeto hacia el otro, como en cualquier aspecto de la vida.

—Sin embargo utilizaste tu poder con la señora Viktoria…

—A decir verdad, no creí que fuera capaz de hacerlo. Verá, los magos entrenados crean una especie de muralla dentro de sus mentes, para que no sea fácil descubrir que hay dentro. La mente de un humano común guarda todos sus recuerdos sin necesidad de pensar en hacerlo y lo que piensa en ese momento se manifiesta en forma de sensaciones, voces o imágenes.

El señor Jeno lo miraba pensativo. No entendía muy bien aún a que se refería cuando decía *ver* en la mente de las personas y estaba tratando de hacerse una imagen de cómo sería eso.

—¿Dices que las mentes de las personas comunes y las de los magos son diferentes?

—Sí, mi señor, la mente de la gente común es como un gran salón con muchas puertas y detrás de cada una de ellas están sus recuerdos y todo lo que lo llevó a ser la persona que es, es decir, lo que aprendió a lo largo de su vida y, cuanto más antiguo o doloroso es el recuerdo, más difícil de abrir es la puerta que lo resguarda. En cambio, en la mente de un mago, lo primero que uno *ve* cuando entra es una muralla. Solo eso. El hecho de tener una muralla, lo hace saber si alguien está tratando de entrar y la señora Viktoria, al no tenerla, nunca supo que alguien anduvo husmeando en su mente.

«En la mente de un mago desprotegido, todo es como un gran torbellino, pero que circula lentamente, donde los recuerdos giran sin cesar en forma de imágenes que se pueden ver como si estuvieran sucediendo en ese momento. Los pensamientos que está teniendo en ese instante se oyen como voces. La mente de un mago entrenado, es el orden absoluto. Detrás de la muralla principal, hay múltiples trampas, más murallas, laberintos, acertijos, incluso infinitas puertas con diferentes, podría llamarle, cerraduras, todo eso con el fin de proteger cada uno de sus pensamientos y recuerdos. Cuanto más poderoso es el mago, más mecanismos de defensa es capaz de crear para mantenerse a salvo.

El señor Jeno lo miraba extrañado, tratando de procesar todo lo que el joven le había dicho. El muchacho abrió la boca, pero el señor Jeno levantó la mano para que guardara silencio, se puso de pie y comenzó a caminar lentamente por la sala, tratando de poner las ideas en orden; ahora mismo sentía un gran torbellino girando sin control en su mente, tal como había dicho que era la mente de un mago desprotegido. Sonrió ante la ocurrencia.

—Entra en mi mente y dime que ves. —Le ordenó. El joven se movió incómodo en su silla.

—Mi señor, no quisiera…

—Hazlo, Dima. Por favor.

El joven asintió. Sus ojos se tornaron color gris muy claro ante la mirada asombrada del señor Jeno, que nunca había presenciado algo parecido.

—Escucho mi voz, diciéndole lo que acabo de decirle… veo el recuerdo de la señora Viktoria de pie delante del edificio del Consejo, hablando sobre las nuevas leyes de aceptación a los magos… siento su desconcierto y su indignación ante sus palabras. —El joven hizo una pausa y luego continuó—. Veo a través de sus ojos a los habitantes de nuestra ciudad, le preocupan, siente que ellos están asustados por lo que la señora Viktoria está haciendo con ese prisionero. Oigo sus gritos y sus súplicas. Puedo sentir el pánico que usted sintió cuando la pequeña niña de ojos violetas se acercó a la señora Viktoria y juntas lo asesinaron, luego de torturarlo. Creo que ya es suficiente —dijo Dima y sus ojos volvieron a su color celeste natural—. ¿Por qué quería que lo hiciera?

—Para saber si sentía algo diferente, si había algo que me indicara que alguien estaba en mi cabeza. Pero no me di cuenta, no hubo ningún cambio.

—Porque no quise cambiar nada, solo entré. Si quisiera conocer algo en específico, lo notaría. Para hacerlo debería abrir esas puertas que mencioné antes y no es fácil, ya que por lo general terminan rompiéndose. Cuando eso sucede, le causa un gran dolor a la persona y además todos los recuerdos que se esconden detrás salen en tropel. El aturdimiento es tal que puede llegar a perder la razón de forma permanente si se abre más de una puerta o si los recuerdos que se esconden detrás de ella son demasiado dolorosos.

Hicieron silencio por largo rato, mientras el señor Jeno pensaba en lo que Dima le había dicho.

—¿Señor Jeno, sabía usted que Lobo Blanco era mago?

—No, no lo sabía. Sabía de sus extrañas investigaciones y de su notable inteligencia, pero jamás me lo imaginé…

—Hay algo más que debe saber, mi señor. Estuve en contacto con él después que la señora Viktoria partió.

—¿Cómo que en contacto con él? ¿Está aquí?

—No, mi señor. En ocasiones él me habla. Puedo escuchar su voz en mi cabeza.

El señor Jeno abrió los ojos arqueando las cejas. Había muchas cosas más, al parecer, que solo mover objetos.

—¿Y qué dijo?

41

Después de quince días en el paraíso, el señor Jeno decidió que ya era hora de enviar a Reda Almairon y a sus hombres de regreso a Ciudad Capital, antes que el rey comenzara a sospechar que algo no estaba bien. Muy temprano en la mañana, fueron acompañados por una multitud hasta las puertas, en medio de cánticos y festejos. Los agasajados lloraban de emoción y dedicaron afectuosas palabras a los habitantes de Palmeras, expresando en todo momento su admiración por la belleza de cada parte de la ciudad que recorrieron. Quedaron particularmente enamorados del Parque de los Animales, dónde los arbustos y pequeños árboles eran podados en forma de diversos seres reales o mitológicos. Habían pasado horas y horas observándolos, caminando entre ellos y conversando con los jardineros que habían creado ese hermoso lugar.

Una vez que dejaron atrás Palmeras, tardaron cuatro días en llegar a Ciudad Capital, el doble de lo normal. Kirios recibió a Reda en la Sala Dorada.

—¡Mi queridísimo hermano! —exclamó Reda ni bien abrió la puerta. Kirios lo miró asombrado, ya que no era normal esa clase de comportamientos en él.

—¡Reda! ¿Qué te sucede? —preguntó con el ceño fruncido.

—La vida es tan bella, mi hermano, sonríe. Sonríe y sé feliz. —Reda lo abrazó y Kirios rio, al fin algo había hecho que su hermano dejara su seriedad a un lado y comprendiera que la vida era mejor si se afrontaba con una sonrisa.

—¿Cómo te encuentras?

—Estoy feliz de estar de regreso —rio como un niño.

—Ya veo… ¿Acaso te has enamorado? ¿Por eso has tardado tanto en regresar?

—Me enamoré de la vida —dijo y caminó hacia el ventanal—. Mira la belleza de estos jardines. ¿Te has detenido a contemplar la perfección con que ha sido creada cada hoja, cada pétalo, cada tallo, cada animal? Es tan maravilloso…

Kirios lo miraba confundido, sin duda algo sucedía con Reda. No podía ser un simple cambio de actitud hacia la vida. Había algo más.

—Dime, Reda, ¿cómo te fue con el señor Jeno?

—Estupendo, mi hermano. Es un ser encantador. Me dijo que de ninguna manera está de acuerdo con invadir Sitnor. Y vaya si tiene razón, es una idea…

—¿Qué? Ese maldito medio hombre —masculló enojado.

—… muy fea eso de querer tomar por la fuerza algo que no nos pertenece. No podemos hacerlo, Kirios.

—Espera un segundo —dijo Kirios, caminó hasta la puerta y habló a uno de los guardias—. Ve por Viktoria de inmediato.

Kirios volvió a cerrar la puerta mientras observaba a Reda, que se había acercado a una enorme planta que adornaba un rincón y pasaba la yema de su dedo con sutileza por las nervaduras de una hoja.

—¿Qué demonios han hecho contigo? —preguntó enfurecido.

—No utilices ese vocabulario. —Lo reprendió—. Se han portado de maravilla. Hemos cantado y reído en la orilla del lago, hemos pasado noches enteras escuchando historias fascinantes, hemos...

—Ya cállate, ¿quieres? —dijo con la paciencia agotada.

Reda lo miró ofendido y sus ojos se llenaron de lágrimas. Caminó con la cabeza gacha hasta

uno de los sillones y se quedó muy quieto, como un niño al que han regañado sin razón. Unos minutos después llegó Viktoria y Reda se puso de pie de un salto.

—Mi querida. —Reda se acercó a ella y le besó ambas mejillas—. Qué gusto verte. Estás tan encantadora como siempre.

Viktoria quedó petrificada, mirándolo con un gesto de confusión.

—¿Qué te sucede?

—Siéntate, Reda, por favor —dijo Kirios secamente, y agregó dirigiéndose a Viktoria—. Le han hecho algo, se comporta como un idiota, no deja de hablar sobre lo maravilloso que es todo. Es insoportable.

—Lo llevaré e intentaré ver que le sucede, volveré cuando lo haya averiguado. —Viktoria se acercó a su cuñado y lo tomó del brazo—. Acompáñame, Reda.

Reda obedeció sin decir una palabra y ambos dejaron la habitación.

Viktoria lo condujo al ala sur y se encerró con él en una sala.

—Siéntate aquí y cierra los ojos. —Reda obedeció y Viktoria se puso de pie detrás de él—. Quédate en silencio, no tardaré mucho.

La maga cerró los ojos y entró en la mente de Reda, como ya lo había hecho tantas veces antes. Sabía que era un salón frío y oscuro, de cuatro paredes que ascendían hasta perderse en las tinieblas. Normalmente no podía ver nada, ni siquiera sus propias manos. No había recuerdos, ni voces, solo oscuridad, pero ella sabía cómo ingresar a sus recuerdos y buscar lo que le interesaba conocer. Sabía la ubicación de cada puerta y la manera en que debía abrirla. Pero al ingresar, lo único que podía ver era una espesa y cálida niebla, que la hacía sentir confundida y mareada. Decidió salir de ahí antes que lo que le sucedía a Reda llegara a afectarle a ella también.

—Ven, debes descansar —dijo.

Reda volvió a obedecer sin decir una palabra, su cuñada lo llevó hasta su habitación y le ordenó que durmiera. Luego de dejarlo, regresó a la Sala Dorada para hablar con el rey Kirios.

—¿Qué le sucedió? —Le pregunto a su esposa ni bien abrió la puerta.

Viktoria se acercó y se sentó en su falda.

—Le han hecho alguna clase de hechizo. Su mente parece una nube, cálida y densa. No hay nada más que eso. No pude encontrar manera de ver otra cosa y a los pocos segundos comencé a sentirme aturdida. No hay nada que pueda hacer, escapa de mis conocimientos. Le ordené que descansara. Quizás cuando despierte ya se encuentre mejor.

42

Reda se movió, incómodo, tratando de encontrar posición entre los almohadones que había desparramados sobre su cama. Le dolía el hombro derecho y le parecía que había dormido un año entero. Estaba muy a gusto entre sus sábanas.

—¿Cómo llegué hasta aquí? —Reda se sentó de repente y miró a su alrededor. Lo último que recordaba era estar conversando con el señor Jeno en el Palacio de Gobierno de Palmeras y luego… luego todo era una gran nube. Maldijo, se levantó apresurado y se vistió. Corrió hasta la Sala Dorada y encontró a su hermano el rey sentado junto a uno de los grandes ventanales de la Sala Dorada, observando los jardines. Este giró al oír el sonido de la puerta.

—Reda, al fin has despertado —sonrió.

—Kirios. ¿Qué ocurrió conmigo? —preguntó con el ceño fruncido.

—Bueno, llegaste hace dos días de Palmeras, y estuviste durmiendo hasta ahora.

—Pero… ¿Qué sucedió allí? No recuerdo absolutamente nada. —Tomó una copa dorada y se sirvió licor.

—Pues no lo sé. Llegaste muy… —Se tardó un segundo en hallar la palabra adecuada—. Feliz. Demasiado, para mi gusto. Encontrabas todo maravilloso.

—Maldito sea Jeno. ¿Qué sucedió con mis hombres?

—Oh… Temo que Viktoria los asesinó en un ataque de furia. —Kirios desvió la mirada hacia afuera, otra vez.

—¿Cómo que…? ¿Con qué derecho? —Reda apretó los puños—. Eran buenos hombres. ¡No tenía por qué hacerlo, Kirios!

—Bueno, ya sabes que es algo impulsiva a veces. —Se encogió de hombros.

—Entonces a ver si empiezas a controlarla un poco mejor, porque a este paso nos quedaremos sin hombres culpa de sus impulsos.

—Suficiente, Reda —dijo Kirios.

Reda caminaba de punta a punta de la sala. Se sirvió otra copa de licor, que bebió de un sorbo, y luego se sentó en una de las sillas más alejadas.

—¿Cómo se encontraban ellos? —preguntó sin levantar la mirada de la copa vacía que aún tenía entre sus dedos.

—Igual que tú. Felices y confundidos. Nadie sabía decirnos qué demonios estaba sucediendo, solo reían, cantaban y bromeaban. Viktoria entró en sus mentes y vio lo mismo que en la tuya. Una niebla, espesa y cálida, que la hacía sentir confundida. Enfureció luego de eso.

—Ya veo. ¿Qué sucederá ahora?

—No podemos dejar las cosas como están. Si el señor Jeno cree que su forma de actuar no tendrá consecuencias, está muy equivocado. Se está burlando de su rey al no contribuir con los hombres que le fueron exigidos y rehusarse a pagar el tributo.

—Correcto —dijo Reda, pensativo.

—Cuando te encuentres repuesto, prepararás una incursión a Palmeras y acabarás con esta ridiculez. Viktoria enviará tres de sus mejores discípulos para acompañarlos.

—Iré ahora mismo. Cuanto antes sea, mejor.

43

Palmeras, Pyebra

—Ha pasado más de un mes y aún no tenemos noticias de Ciudad Capital —dijo el señor Jeno, apoyado en el barandal del balcón de la sala del Consejo.

—Eso puede ser tan bueno como malo —dijo Tanug.

—¿A qué te refieres? —preguntó el señor Jeno, intrigado, sin dejar de observar la ciudad en movimiento.

—Puede ser bueno porque quizás no tengan interés en tomar represalias y puede ser malo porqué tal vez nos encontremos con un ejército en nuestras puertas en cualquier momento. —El anciano hablaba lento, con su calma habitual—. Puede ser bueno porque eso nos da más tiempo para prepararnos y puede ser malo porque, mientras tanto, nos carcomen los nervios. Puede ser bueno porque eso le da más tiempo a llegar a los aldeanos que vienen de la costa y puede ser malo porque quizás los soldados vengan mezclados con ellos. Puede ser bu...

—Espera, acabas de darme una excelente idea —dijo el señor Jeno de repente—. Así como Dima pudo ver los pensamientos de la señora Viktoria cuando ella vino a Palmeras, podemos pedirle que también vea los pensamientos de los refugiados que han llegado y de los que vendrán. Eso nos hará saber si hay algo malo en alguno de ellos, o si, por el contrario, hay más gente como él. Iré a verlo de inmediato.

El señor Jeno caminó muy apurado por los entrecruzados corredores del Palacio de Gobierno, en dirección al despacho del joven consejero, un pequeño cuarto al final del último pasillo. La puerta estaba abierta.

—¿Estás ocupado? —El señor Jeno se asomó dentro de la habitación.

—No, mi señor, pase por favor —dijo y comenzó a despejar el escritorio. El despacho de Dima era un cuarto modestamente amoblado, con apenas un escritorio y solo tres sillas. Tenía un gran estante con libros y una diminuta ventana cerca del techo—. Disculpe el desorden, no acostumbro recibir visitas.

—Está muy bien por mí, no te preocupes. ¿A dónde da esa ventana?

—Al río, mi señor.

—Perfecto. Necesito algo de ti —dijo—. En realidad, todos lo necesitamos. Pero primero quiero saber si es posible.

—Dígame, mi señor.

—¿Es posible…? Espera. —El señor Jeno hizo una breve pausa para acomodar sus ideas—. Tú me dijiste que entraste a la mente de la señora Viktoria y *viste* sus pensamientos.

—Así es…

—¿Puedes ver el pensamiento de todos?

—No entiendo a qué se refiere, mi señor.

—A ver si puedo explicarme mejor. ¿Tienes manera de poder ver los pensamientos de todos los que habitan Palmeras?

—Nunca me lo había planteado, mi señor. No debe ser algo difícil de hacer, aunque llevará mucho tiempo.

—Pues necesito que lo hagas. Necesito que encuentres dentro de nuestros muros cualquier cosa fuera de lo común… ya sean enemigos o a más personas como tú. Si es el caso, necesito

saber si Lobo Blanco también estuvo o está aún en contacto con ellos.

—Va a ser un trabajo titánico, señor, pero no imposible. Para poder entrar en la mente de las personas, debo poder verla. Y voy a necesitar que me acompañe. Nadie más que usted sabe de esto y puedo experimentar cierto agotamiento si hago algo que excede mis capacidades y mi entrenamiento. —El señor Jeno se quedó mirándolo confundido, sin entender nada de lo que le decía—. Verá, le daré un ejemplo simple: ¿Qué sucede si corre, corre y corre sin detenerse?

—Pues… me cansaré.

—Exacto y si no tiene la costumbre de correr largas distancias, no podrá hacerlo por mucho tiempo sin caer rendido. Lo mismo sucede con los magos. Necesitamos entrenar para ampliar nuestras habilidades y nuestra resistencia. No tuve motivos ni razones, hasta ahora, para entrenar demasiado y nunca hice gran cosa, a decir verdad. Voy a necesitar que me acompañe a recorrer la ciudad.

—Entiendo. Vamos, pues.

—¿Qué? ¿Ahora mismo? —preguntó Dima.

—Por supuesto. —El señor Jeno le contó lo que había conversado con el anciano Tanug momentos antes.

—Comprendo, mi señor —respondió y se puso de pie.

—¿Ves algo? —preguntó con impaciencia.

—Nada aún, mi señor. —Dima lo miró con sus extraños ojos grises que, inquietos y veloces, solo se detenían unos pocos segundos en cada persona que se cruzaban, lo suficiente para darse cuenta de que ninguna de ellas merecía su interés.

Caminaron por horas por la gran avenida, los jardines, el puerto, sin encontrar indicios de otro mago.

—Señor Jeno, ya deberíamos regresar, creo que esto es inútil. Estoy seguro de que Lobo Blanco me hubiera dicho si hubiera alguien más.

—¿Qué hay de los magos que se marcharon a Ciudad Capital? ¿Sabías de ellos?

—No, no lo sabía. —Dima bajó la vista.

—Por favor, dime que entraste en sus mentes cuando acudieron al llamado de la señora Viktoria.

—No lo hice, mi señor. No era correcto que lo hiciera —dijo con cierto orgullo, a pesar de haberse dado cuenta que hacer lo correcto depende de muchos factores, no solo de una apreciación personal.

—Está bien, Dima. No te preocupes. Te acompañaré hasta tu hogar, sigue intentándolo por favor.

—Sí, mi señor.

La noche amenazaba con terminar con la maravillosa explosión de colores que pintaban el cielo de Palmeras. Los últimos rayos de sol se colaban entre las esponjosas nubes, teñidas de rojos y naranjas, que colgaban estáticas sobre la ciudad. Dima admiró por un breve segundo el contraste que se generaba entre las nubes y el profundo violeta por encima de ellas.

—Mi señor, continúe caminando y no reaccione —susurró Dima—. encontré una muralla.

—¿Conoces a esa persona? —preguntó el señor Jeno sin siquiera inmutarse.

—Es una joven, la he visto en varias ocasiones en el puerto, pero no sé su nombre. Es la que lleva una canasta en sus brazos. Lo ha notado, comenzó a mirar hacia todos lados buscando a quien intentó entrar.

—Si contactas con ella, ¿te verá tal cual eres?

—No exactamente, mi señor. Puedo presentarme como quien soy, como una voz, que no tiene que ser la mía o, incluso, puedo tomar la apariencia de otra persona, cambiar el color de mi cabello, mi vestimenta.

—¿Puedes entablar una conversación con ella mientras sigues caminando y conversando conmigo?

—Sí, mi señor, puedo intentarlo, aunque quizás a usted le diga incoherencias.

—No te preocupes por mí. No te presentes como tú mismo, en caso de que sea extranjera.

—Es de aquí. La he visto desde que somos niños, mi señor.

—¿Necesitas seguir teniendo contacto visual para seguir la conversación?

—No necesariamente.

—Inténtalo, entonces

Dima cambió su apariencia mental, tomó la forma de un niño, y entró en la mente de la joven por segunda vez. Se topó con lo que parecía una muralla de radiante piedra blanca. De inmediato la imagen de la joven se hizo presente entre Dima y su muro.

—*¿Quién eres?* —preguntó. Su apariencia era diferente, en su imagen mental no vestía el sencillo vestido de lino que usaba en el exterior, ni el cabello recogido. En cambio, llevaba un traje de montar de cuero, lo que hubiera sido una idea descabellada de hacer en la realidad, debido a las altas temperaturas de Palmeras. Su cabello estaba suelto, y ondeaba en el viento imaginario de su mente.

—Un amigo. ¿Puedo preguntarte algo?

—Por supuesto —dijo, y una sonrisa se dibujó en su rostro.

—¿Quién te entrenó?

La joven se tomó unos segundos para responder.

—Mi maestro vivió aquí hace muchos años, cuando era niña. No lo conoces. ¿Puedo yo ahora preguntarte algo?

Dima iba repitiendo al señor Jeno cada palabra que decían.

— Claro, sería lo justo.

—¿Eres de Palmeras o eres refugiado?

—Soy de aquí. ¿Te entrenó Lobo Blanco?

—¿Lo conoces? —preguntó la muchacha asombrada.

—Por supuesto, él me entrenó a mí también.

—¿Yo te conozco?

—No estoy seguro, tal vez me has visto algunas veces, como yo te he visto a ti. ¿Puedes contactarte con Lobo Blanco?

—Dile quien eres —dijo el señor Jeno.

—No, no puedo hacerlo. Él me habla cuando necesita decirme o enseñarme algo.

—Lo mismo sucede conmigo —dijo Dima y tomó su apariencia real.

—Tú… te conozco—dijo la muchacha, sonrió otra vez y su imagen mental desapareció.

Una joven se presentó junto a ellos unos momentos después, haciendo una reverencia. Llevaba una canasta con frutas en sus brazos, ya que estaba vendiendo en la plaza.

—Buenas noches, señores —dijo.

—Buenas noches, señorita —contestó el señor Jeno—. Le pido disculpas por la indiscreción. Aún no me he familiarizado con las reglas de cortesía de los magos.

—No hay por qué disculparse, mi señor.

—Si no es molestia, quisiera recibirla temprano en la mañana en el Palacio de Gobierno. Me gustaría conversar con usted.

—Allí estaré.
—Que tenga una buena noche —dijo el señor Jeno y bajó el mentón levemente.

44

—Mi nombre es Áliza Ghaya y él es Dima Hidrym. —La mujer se paseaba frente a un pequeño grupo de personas—. Como ya la mayoría sabe, los hemos buscado porque todos tenemos algo en común: hemos sido introducidos en el mundo de la magia, hasta ahora oculto, por la misma persona, nuestro maestro Lobo Blanco. Él nos enseñó a protegernos, a defender y también a atacar, entre otras cosas. Llegó el momento que él alguna vez nos advirtió, en el que debemos defender nuestra ciudad. Estoy segura de que ninguno de ustedes pensó que deberíamos enfrentarnos a nuestro propio rey, pero ese es otro tema.

—No sabemos en qué momento la señora Viktoria se presentará en nuestras puertas, con toda la intención de destruirnos por habernos negado a sus peticiones —agregó Dima—, por lo que es hora de que nos preparemos.

—Comenzaremos con ejercicios simples —continuó Áliza—, como hemos hecho antes con nuestro maestro, pero formaremos parejas para hacerlo. Iremos aumentando la dificultad a medida que vayamos avanzando y deben avisarnos ante cualquier indicio de malestar, no necesitamos destruirnos entre nosotros.

—Áliza y yo entraremos alternadamente en sus mentes mientras practican, para observarlos.

Una de las mujeres que se encontraba en la sala alzo la mano. Dima asintió, invitándola a hablar.

—¿Quién los autorizó a ustedes para oficiar de maestros? —preguntó con cierta brusquedad. Su pregunta fue apoyada por algunos de los demás magos.

—¿No lo vieron en sus sueños? —Le preguntó a la mujer una muchachita regordeta, de largo cabello dorado y piel morena—. El maestro lo explicó muy claro. Las iniciales de sus nombres talladas sobre el disco blanco, Palmeras, los siete, nosotros, —dijo señalando a los demás y a ella misma—, a su alrededor con nuestras manos entrelazadas…

—… Si la cadena se corta, el disco blanco se quebrará —dijo a su vez un muchachito que se encontraba a su lado.

—Y el fuego lo consumirá todo —agregó un tercero.

—Lo que significa que debemos trabajar juntos para salvar a nuestro pueblo —dijo Áliza. La señora que habló primero bajó la mirada, avergonzada.

—Ahora lo comprendo, sepan aceptar mis disculpas —dijo luego de unos segundos, mirando a Áliza y a Dima—. En su momento no supe interpretar ese sueño, no entendía qué podía significar. Luego lo olvidé por completo.

—Por eso es que debemos trabajar unidos, codo a codo. Lo que alguno de nosotros no conozca, el resto se lo enseñará. Si cometemos errores, los solucionaremos unidos. Debemos estar atentos, principalmente, a nuestras fallas, para poder aprender de ellas y encontrar la forma de que la siguiente vez salga bien. Todos tenemos fortalezas y debilidades, por lo que lo ideal sería que nos las comuniquemos sin que eso nos suponga un problema. Por ejemplo: mi fortaleza son las batallas mentales, pero tengo grandes problemas cuando se trata de hacer algo en el exterior, me agoto con mucha facilidad.

—En cambio —dijo Áliza—, mi debilidad está a la hora de defenderme, mis murallas son débiles. Mi fortaleza es crear ilusiones en las personas. Puedo hacerlo por horas, sin importar cuantas personas esté afectando.

—Como verán, nuestras vidas estarán en manos de todo el grupo, somos responsables tanto de

nosotros mismos como de nuestros compañeros, por eso debemos confiar plenamente y mantenernos comunicados en todos los aspectos. De esa forma, podremos cubrir los huecos que existan —dijo Dima.

—Recuerden que fuimos elegidos por alguna razón —agregó Áliza—. Alrededor de cincuenta magos de Palmeras fueron llevados a Ciudad Capital por la señora Viktoria y, si el maestro no tuvo ningún interés en ellos, tuvo que haber un motivo importante. Aunque ahora no es momento de juzgar sus decisiones ni a los propios voluntarios por haberla seguido. Tenemos que concentrarnos en trabajar juntos para proteger Palmeras.

—Bien… comencemos entonces. —Dima sonrió.

45

Como la noche anterior, y las sesenta y dos noches que le precedieron, no hubo nada que alterara la paz de los vigías. Pronto amanecería y, con el sol, llegarían los guardias que tomarían el siguiente turno.

El jardinero había bajado del refugio, construido entre la copa de los árboles, para observar a la pequeña planta de la felicidad que se hallaba escondida entre las raíces de un arbusto común, de mayor tamaño. Las condiciones en la selva eran diferentes a las de la villa, el sol escaso y la humedad muy abundante. A pesar de los grandes cuidados proporcionados por los jardineros, uno solo de los cinco que lograron trasplantar consiguió adaptarse a su nuevo entorno. Lobo Blanco le había comunicado al jardinero, a través de Dima, los pasos que debía seguir para trasplantar el frágil arbusto, y le había aconsejado al señor Jeno colocar los nuevos ejemplares en los caminos que conducían a la ciudad. El pequeño arbusto estaba ubicado a la vera de uno de los varios caminos que comunicaban Palmeras con Ciudad Capital, más precisamente, el único que unía ambas ciudades sin desviarse hacia otros puntos de la geografía.

Uno de los vigías, asentado en las ramas más altas, notó que las aves que pernoctaban en los árboles a algunos kilómetros al sur de su ubicación comenzaron a volar, causando un gran alboroto entre los pequeños simios que también pasaban las noches en las copas de los árboles. De inmediato dio aviso a sus compañeros y estos comenzaron a silbar, imitando el canto de las aves, para hacerles saber a los guardias que estaban en los demás refugios que había posibilidades de que alguien estuviera acercándose.

Uno de los corredores, encargados de llevar las noticias hasta la ciudad, partió hacia Palmeras. Se esperaba que minutos después, al confirmar qué era lo que habían visto, se marcharan los dos restantes.

No pasó mucho tiempo hasta que un corredor de un puesto ubicado al sureste de su posición llegara con las noticias que esperaban.

—Se acercan las tropas del rey —dijo con la respiración agitada—, alrededor de mil hombres. Arcos, espadas y lanzas. Vienen con ellos dos jóvenes de túnica blanca, y una niña. Magos seguramente. Están a unos diez kilómetros, están marchando hacia aquí.

—Odio a los magos —murmuró uno de los vigías—. ¡Ya lo oyeron señores, a moverse!

Los dos corredores que habían quedado en el puesto partieron a la carrera hacia la ciudad con la nueva información. Los hombres comenzaron a preparar sus armas; ubicaron las flechas en sus puestos, alistaron los arcos y, luego, bajaron a revisar las trampas.

—Señor Jeno, se acercan las tropas del rey —dijo un joven mensajero que llegó de las puertas de la ciudad—. Alrededor de mil hombres y tres magos. Vienen por el camino directo, mi señor.

—Muchas gracias, puedes retirarte —dijo. El joven salió de la sala del consejo con una reverencia.

Dima y Áliza se encontraban junto al señor Jeno. Y ambos se miraron nerviosos.

—Llegó el momento, debemos avisar al resto. — Áliza abandonó su asiento y Dima se retorció las manos.

—Confío en que harán un gran trabajo —dijo el señor Jeno, animándolos—.Dedicaron muchas horas a prepararse para este momento. Todo saldrá bien, ya verán.

—Esperemos que así sea, mi señor —dijo Dima en voz baja. Sentía que un nudo se le había formado a mitad de su garganta y, si hubiera querido decir más, seguro no lo habría logrado.

Los magos caminaron por los pasillos del Palacio de Gobierno, para dirigirse a sus puestos en las murallas de la ciudad. Gracias a que una de las magas recordó el momento en que el maestro le había enseñado a realizar la conexión mental por la que se comunicaban, cuando tenía apenas unos días de nacida, consiguieron crear una nueva unión para contactarse mentalmente entre todos los compañeros, por lo que ganaron tiempo informándoles de lo que estaba sucediendo en esos momentos.

Cuando traspasaron la puerta principal, unos débiles rayos de sol comenzaban a iluminar las frondosas coronas de las palmeras que bordeaban la avenida.

—Tendremos viento del norte —dijo Dima al observar las hojas de las palmeras mecerse.

—Eso es bueno —asintió Áliza, —les llegará antes la esencia del arbusto. Con suerte, ni siquiera los veremos acercarse.

—¿Qué hay, tropa? Llegó el momento de asesinar señoritos acicalados de la capital. ¿No les emociona? —preguntó divertida Shanyi Dokjusu, una jovencita de cara redonda y alegres ojos marrones.

—No, Shanyi, llegó el momento de proteger a nuestras tropas y a nuestra ciudad. Pensé que ya habíamos aclarado ese punto —dijo Dima, frunciendo el ceño.

—Que aburrido eres, jefe. Serías un hermoso ejemplar de ser humano si solo lograras divertirte un poco —dijo la joven, pero Dima continuó caminando sin mirarla.

—Es suficiente, Shanyi —dijo Áliza.

—Ahora que lo pienso, tú también serías una hermosa humana si sonrieras de cuando en cuando. —Un hoyuelo se dibujó en las mejillas de la joven cuando sonrió. Áliza levantó una ceja, molesta.

—¡Buen día, tropa! —gritó Tino Suhrah, el más joven del grupo de los nueve, como llamaban al pequeño ejército de magos que habían formado Dima y Áliza bajo las órdenes del señor Jeno. Era un muchachito de doce años, por eso se había convertido en el “pequeño niño”. Todos le tenían un inmenso cariño e intentaban hacer lo posible para que él se sintiera a gusto, ya que sus padres habían partido hacia Ciudad Capital con la señora Viktoria, dejándolo solo en la ciudad en la que vivían. Tino llegó con los refugiados que dejaron Mar Verde.

—¡Mi muchachito bello! —dijo Shanyi y corrió hacia Tino, que venía caminando detrás de ellos. Él frunció el rostro cuando ella lo abrazó.

Áliza y Dima los miraban divertidos, pero habían acordado no celebrar las ocurrencias de Shanyi, ya que podía volverse insoportable si alguien la alentaba.

—Buen día, Tino —dijo Áliza y al ver que Shanyi no lo soltaba, agregó—: Ya, apresúrense.

Luego de unos minutos de caminata, se les unieron en completo silencio Héctor y las gemelas, Ade y Bela.

Aún no había quedado muy en claro cuál era la relación que tenían, pero Dima había llegado a la conclusión que él era el esposo de las dos. Lo había visto dando muestras de cariño a una o a otra, a pesar de que era relativamente fácil diferenciarlas una vez que se las conocía. Ellos conformaban un solo grupo, eran poco comunicativos con los demás, pero muy efectivos a la hora de entablar un duelo. Una de ellas, Ade, era una fuente inagotable de energía, Bela era capaz de crear ilusiones formidables en la mente de magos y no magos y, además, sus murallas eran impenetrables; Héctor era un mago de ataque mental, eso era lo único que se le daba realmente bien. Si alguno de ellos era invadido por otro mago, sería defendido con uñas y dientes por los tres en simultáneo, de una forma que los demás miembros del grupo de los nueve no

habían logrado siquiera imitar.

En la muralla los esperaban los dos miembros restantes del grupo, que eran maestros de los elementos. Ky Ha, una mujer muy pequeña, de cuerpo casi infantil, brillante cabello negro y ojos rasgados, había llegado de una de las aldeas de la costa con los primeros refugiados y, además de ser muy habilidosa con la magia, era extraordinaria a la hora de usar una espada. Junto a ella se encontraba un hombre de cabeza rapada y que tenía el doble del tamaño de Ky Ha. Era su compañero Drian que, al igual que ella, era un excelente espadachín. Eran los únicos capaces de luchar con magia y con armas al mismo tiempo.

—Buenos días —saludó Dima al llegar—. ¿Novedades?

—Buenos días, señor —respondió Ky Ha. Sus ojos, normalmente negros, eran violeta en esos momentos—. Aún están lejos de la ciudad y continúan marchando a paso lento. Son solo tres magos los que acompañan al ejército. Comencé a utilizar el viento para hacerles llegar la esencia del arbusto. Dudo que lleguen incluso hasta la ubicación del primer puesto de guardia.

—Es excelente Ky Ha, mantente alerta a mi llamado, iré hasta el puesto del arbusto para ver qué tal van. Tomen sus puestos, Áliza, encárgate de todo aquí —dijo Dima. La joven asintió y comenzó a impartir órdenes al resto del grupo.

Dima caminó hasta las puertas entre soldados que iban y venían preparándose para resistir el inminente ataque de las tropas del rey Kirios. Al llegar, pidió un caballo para dirigirse hasta el puesto y, a los pocos minutos, se acercaron dos soldados. Estos cabalgaron junto a él a través del polvoroso camino que cruzaba la calurosa selva pyebrana de norte a sur y que nacía en las puertas de Palmeras, pasaba por Ciudad Capital y cruzaba todo el desierto de Then Kua hasta el paso de la frontera con Sitnor. Era la única ruta directa entre ambas ciudades, ya que el resto de los caminos que llegaban a Palmeras unían Ciudad Capital con otros poblados y aldeas antes de alcanzar a la ciudad selvática.

A media mañana arribaron al puesto del arbusto, completamente bañados en sudor.

—Maldito calor. —Se quejó uno de los soldados que lo habían acompañado, mientras se secaba el sudor del rostro. Dima rio ante el comentario, siempre le sorprendía lo mucho que la gente se quejaba.

El mago desmontó y subió al refugio escondido en las copas de los árboles.

—Buenos días. ¿Qué novedades hay? —Dima se dirigió a uno de los vigías.

—Nada aún, señor. El ejército continúa marchando a paso lento. Los tres magos se han separado del grupo principal y ya se les han adelantado un par de kilómetros. Temo que la esencia no tiene efecto alguno en ellos.

—Puede ser cierto. Yo bebí el antídoto antes de venir. Nunca se me hubiera ocurrido, maldita sea —dijo Dima apretando los puños—. Denme unos momentos.

Los ojos celestes del muchacho se tornaron grises de un segundo al otro.

—Áliza, envía a Tino, dile que no beba el antídoto. Uno de los vigías me dijo que los magos se adelantaron casi dos kilómetros del grupo principal, dejando atrás al ejército. Parece ser que somos inmunes a la esencia del arbusto.

—De inmediato —dijo Áliza.

A los pocos segundos, apareció Tino junto a uno de los árboles, levantando en torno a él un remolino de polvo y hojas secas. El cabello rizado del muchacho se movía sin control.

—¿Qué carajo…? —dijo uno de los soldados y colocó su mano en la empuñadura de su arma.

—Tranquilo, tranquilo, es de los nuestros —dijo rápidamente Dima—. Sepan disculparnos, no tuve tiempo de avisarles que llegaría. Él es Tino.

El muchachito levantó una de sus manos tímidamente. Dima bajó del refugio y se acercó a él.

—Ven, párate aquí. —Le dijo y lo llevó junto al arbusto—. ¿Sientes algo diferente?

—Pues no, la verdad que no.

—Maldita sea —dijo Dima—. Llégate hasta el siguiente puesto de guardia hacia el sur ¿Recuerdas donde aparecer?

—Por supuesto —dijo Tino.

—Tus insignias... —Dima se quitó las suyas y las colocó en la chaqueta verde oscuro del muchacho—, te van a atravesar una flecha en un ojo si no llevas tus insignias, Tino.

—Disculpe, jefe, las olvidé.

—Habla con los vigías y que te informen la ubicación del ejército y de sus tres magos. Ve con los dioses.

El joven desapareció, causando un remolino de hojas en donde había estado parado y a los pocos minutos regresó al mismo lugar, sus ojos eran como dos pequeñas brasas rojas.

—Los tres magos siguen avanzando y en dos horas, a lo sumo, llegarán aquí. El ejército se detuvo. Si me lo permite, me acercaré a ellos para ver su estado.

—No, no lo harás. Puede ser muy peligroso, no conoces el terreno y no quiero que te lastimes. Le diré a Áliza que venga con el resto del grupo. Los esperaremos aquí, por si acaso.

46

—¿Falta mucho para llegar? Me duelen las piernas —se quejó Idris.

—Ven, te cargaré, si no te molesta.

La niña aplaudió, se trepó a la espalda de Tareq y se sujetó de sus hombros.

—No debemos estar muy lejos, según dijo la señora Viktoria, un kilómetro después de cruzar el arroyo comenzaremos a divisar las murallas. —Lehsa señaló un robusto puente de madera que se veía algunos cientos de metros delante de ellos—. Y ahí se encuentra el maldito arroyo.

Idris le pidió a Tareq que la dejara bajar.

—Muero de calor. —La niña corrió hacia el arroyo.

—Idris no te alejes —llamó Lehsa, pero la pequeña no hizo caso y continuó alejándose de ellos.

El muchacho comenzó a correr detrás de ella y, a cada paso que daba, notaba que el puente seguía pareciendo inalcanzable.

—¡Idris regresa aquí, es una maldita trampa! ¡Tareq apresúrate!

Lehsa corría desesperado por alcanzar a la niña, que se alejaba más y más, sin responder a su llamado. Muy pronto su compañero lo alcanzó y lo adelantó, y dejó caer su bolso algunos metros más adelante.

Lehsa se detuvo a recogerlo y se tomó unos segundos para recobrar el aliento. Vio que Tareq alcanzaba a Idris, pero cuando su mano tocó la túnica esta se desinfló. La niña había desaparecido.

Tareq volteó y miró aterrorizado a su compañero, con la tela blanca ondeando en la mano, al darse cuenta de que la niña ya no estaba al alcance de su vista. Lehsa llegó a él y miró a su alrededor, buscando algo que le indicara qué había sucedido con Idris.

—Lo siento tanto, lo siento tanto. —Se lamentaba Tareq, mientras sostenía en sus manos la túnica vacía.

—¡Tareq, escúchame! Debes controlarte, tenemos que estar alertas, estamos a merced de quién quiera que sea que está haciéndonos esto.

—¡Maldita sea! —El rostro de Tareq había enrojecido y en su frente se hizo visible una gruesa vena, que la cruzaba de arriba a abajo—. ¡Maldita sea la señora Viktoria y su soberbia! Dijo que en Palmeras no había magos. ¿Me quieres decir quién carajo se llevó a Idris, entonces?

—Tareq, cálmate. Concéntrate y comienza a rastrear. —El muchacho estaba fuera de sí. Caminaba de un lado al otro con las manos en la cabeza—. ¡Tareq, por lo más sagrado! ¿Quieres controlarte de una vez? —dijo Lehsa y le asestó un puñetazo en la cara. Tareq se llevó la mano a su labio, que comenzó a sangrar. Lo miró asombrado por unos segundos y luego reaccionó.

—Gracias —dijo. Sus ojos se tornaron grises, mientras comenzaba a mirar a su alrededor con detenimiento.

—¡Demonios contigo! Debes mantener la calma, maldición. No me sirve que te alteres de esa forma.

—Discúlpame. Son tres… No, cuatro. Cuatro personas. Hay uno que maneja elementos, los demás son mentales.

—Que malo eres, bonito —dijo una muchacha de rostro redondo, frunciendo el ceño. Se acercaba caminando por el camino que llevaba a Palmeras—. ¿Será que no aprendiste a contar?

—¿Tú quién eres? —preguntó Lehsa, asustado, y se interpuso entre ella y su compañero.

—Soy la reina del terror —dijo con ironía—. ¿Por qué nadie me dijo que los señoritos de Ciudad Capital eran tan guapos, Áliza? Va a ser una gran pérdida para la humanidad tener que matarlos.

—Cálmate Shanyi. ¿Crees acaso que serán todos tuyos? —dijo una mujer que salió de atrás de un grueso árbol, a la derecha del camino.

—¿Dónde está la niña? —preguntó Tareq—. ¿Qué han hecho con ella?

—La pequeña Idris pasará unos momentos con nuestro niño. Ya saben, no es bueno exponerlos a la violencia a tan temprana edad —dijo Shanyi.

—¿Cómo es que saben cómo se llama? —preguntó Lehsa en voz baja.

—Tienen su nombre dando vueltas en su cabeza como un maldito remolino. ¿Cómo creen que lo sabemos? —respondió Shanyi con un gesto de fastidio. Tareq y Lehsa se miraron extrañados. Los ojos de Lehsa se tornaron violetas, al igual que los de Shanyi, unos segundos después.

—*¿Qué demonios es esto?* —Lo único que Lehsa pudo ver en la mente de la muchacha fueron unas paredes de piedra gris, que se extendían hacia los lados y hacia arriba, y parecían no tener fin. Era un lugar muy frío y seco, todo lo contrario a la temperatura del exterior. Pasó su mano por la rugosa superficie del muro y parecía ser tan real que se sintió aprisionado, confundido y frustrado.

—*Una muralla ¿no lo ves? Te tomaba por un mago serio, bonito.*

—*¿Cómo es qué…? ¿Por qué…?* —La mente de esta muchacha no se parecía en nada a las que había visto en sus prácticas con la señora Viktoria. Ahora se sentía decepcionado y sumamente furioso.

«¿Acaso nos estuvo engañando todo este tiempo? ¿Cómo se supone que puedo vencer a la muchacha si ni siquiera sé qué debo hacer?» pensó.

—*A ver, dulce, ¿viniste a invadirme o quieres que te dé algunas lecciones?*

El tono burlón con el que habló la muchacha lo hizo sentir una oleada de calor intensa que trepó por su espalda hasta llegar a su cabeza; la humillación era algo que no iba a soportar. Salió rápidamente de su mente.

—No invadas a nadie. —Le dijo en voz baja a Tareq—. Sus mentes tienen una especie de muralla, que parece impenetrable.

Miró a su alrededor y vio que Shanyi se encontraba sentada en el suelo, con las piernas cruzadas delante de ella, escribiendo algo con su dedo en el polvoroso camino, ajena a lo que hacían los demás. Su compañera estaba sentada en el suelo también, recostada en el tronco del árbol que la había ocultado minutos antes, con la vista perdida en el verde follaje.

—¿Qué hacemos entonces?

—Lo que aprendimos. Sufrirán la misma suerte que los prisioneros que utilizamos para las demostraciones.

Lehsa comenzó a mover sus dedos en el aire, como si manejara hilos invisibles. Shanyi se retorció levantando una nube de polvo a su alrededor y gritó de dolor.

Tareq inmovilizó a Áliza aprisionándola contra el árbol en el que se había apoyado con tanta tranquilidad.

—Ahora nos dirán a donde tienen a Idris —dijo Lehsa.

—Déjenlas ir y les devolveremos a la niña. —La voz de un hombre les hablaba desde la copa de los árboles.

—Vaya, de a poco salen las ratas de su cueva —dijo Tareq, que presionó aún más las invisibles ataduras que manipulaba con sus dedos y Áliza gimió—. Queremos a la niña, ahora.

—Idris está en un lugar seguro. Liberen a nuestras compañeras si quieren regresar a su hogar

en una sola pieza —dijeron a coro dos mujeres idénticas como gotas de agua.

Lehsa no había sido capaz de ver de dónde habían salido, no sabía si habían llegado recién o si siempre habían estado ahí. En medio de ellas se encontraba un hombre de rostro delgado y huesudo, que contrastaba enormemente con lo bajitas y gordas que eran las mujeres que lo acompañaban.

Lehsa levantó los dedos de una de sus manos y Shanyi quedó suspendida en el aire, como si una soga invisible la levantara del cuello. Momentos después sintió que alguien lo golpeaba en la espalda y cayó de rodillas con las manos apoyadas en el suelo. Todo el aire de sus pulmones había sido expulsado con el empujón que recibió. Shanyi cayó con un golpe seco y un hombre alto y de cabeza rapada se acercó a ella a grandes pasos.

—¿Te encuentras bien? — Le oyó decir. La muchacha tosía e intentaba ponerse de pie.

Alguien le torció la mano hacia atrás y lo obligó a levantar la cabeza.

—Quédate quieto o te abro la garganta —dijo la voz de una mujer a sus espaldas, mientras le colocaba una espada debajo del mentón. El frío helado de su filo congeló tanto su sangre como su deseo de reaccionar.

Miró hacia los lados, moviendo apenas los ojos, en busca de Tareq y lo vio a pocos metros de él, de pie y con los ojos cerrados. La maga a la que había atacado estaba a su lado, parecía haberse liberado de su ataque y ahora era él su prisionero.

—Ya habrás notado que te encuentras en desventaja, ¿no? —Un hombre de cabello rubio y ojos grises bajó de un salto desde la copa de los árboles—. Te aconsejo que no hagas nada estúpido o tu amigo perderá la razón. Héctor y las gemelas están en su mente y pueden destruirlo en solo dos segundos. Creo que no es necesario agregar que tienes una espada en tu garganta. Al más mínimo movimiento o cambio en tus ojos, Ky Ha te degollará. No tienes otra opción más que rendirte.

—Quiero a Idris. ¿Dónde está?

Lehsa sintió una puntada en su cabeza y vio que dentro de su mente se encontraba el hombre rubio.

—Mi nombre es Dima Hidrym. Soy el líder del grupo de los nueve y servimos a Palmeras. No es nuestra intención lastimar a nadie, solo queremos solucionar nuestros problemas sin derramar ninguna gota de sangre. Como verás la pequeña se encuentra en perfecto estado, nada le sucederá a ella. —Dima le mostró una serie de imágenes de Idris, en forma de recuerdo, jugando en el arroyo.

—¿Cómo sé que no es una ilusión?

—Deberás confiar en mi palabra.

Lehsa asintió. Debía ganar tiempo para intentar liberarse de la mujer que lo tenía cautivo. Tenía que escapar de ahí de inmediato.

—¿*Qué harán con ella?*

—La devolveremos a Ciudad Capital sana y salva una vez que ustedes dos se hayan rendido y hayan partido de regreso con los soldados que los acompañan. La pequeña los estará esperando allí.

—¿Cómo que nos estará esperando?

—Somos magos, no lo olvides. —Dima le guiño un ojo y abandonó su mente—. ¿Qué dices? ¿Tenemos un trato? —Dima sonrió y le tendió la mano.

Lehsa cerró los ojos para que no notaran que iba a acudir a sus poderes, movió apenas sus dedos y un lazo invisible se arrastró por su espalda hasta llegar a su cabeza. Lo extendió hasta encontrarse con el cuello de la mujer que lo había capturado y ajustó el lazo hasta ahorcar a Ky

Ha. Cuando la espada que tenía en su cuello cayó de las manos de la mujer, Lehsa se puso de pie y se acercó a Tareq.

—Detente si no quieres que tu compañero salga herido —dijo Dima.

—Libérenlo o la mujer morirá. —Lehsa miró a Dima con sus brillantes ojos violetas. El rostro de la pequeña mujer había enrojecido y sus manos rascaban su cuello, en un intento de librarse del lazo invisible que la estaba ahogando—. Diría que no le queda mucho tiempo a su amiga. Liberen a Tareq y la dejaré ir.

Lehsa los miraba uno a uno, para evitar ser sorprendido otra vez. Si alguien lo golpeaba, sabía que perdería contacto y la mujer escaparía.

—Déjala o tu amigo sufrirá las consecuencias —dijeron juntos las gemelas y Héctor. El coro de voces sonó aterrador e hizo que le corriera un escalofrío por la espalda.

—Liberen a Tareq ahora mismo o la mujer se muere —replicó Lehsa, decidido. El rostro de Ky Ha era en ese momento color morado y parecía que sus ojos iban a salirse de su rostro.

—¡Liberen a ese maldito de una vez! —exclamó Shanyi entre sollozos.

En ese instante Tareq fue liberado y abrió sus ojos con total normalidad. Lehsa lo miró de reojo y, con una sonrisa, ajustó aún más la atadura del cuello de la pequeña mujer; sus brazos cayeron a los lados y su cabeza hacia adelante. Lehsa la liberó y su cuerpo inerte cayó en los brazos de su enorme compañero, que estaba junto a ella intentando salvarla.

47

Dima y sus compañeros quedaron inmóviles, viendo como el pequeño cuerpo de Ky Ha caía, ya sin vida. El tiempo parecía haberse detenido para ellos y todos se agruparon en torno a Drian, que sostenía a Ky Ha entre sus brazos. El enorme hombre levantó la cabeza y gritó enfurecido.

Lehsa y Tareq aprovecharon el momento de confusión para escapar y corrieron por el camino en dirección a Ciudad Capital. Dima fue el primero en notarlo.

—Escaparon —dijo con la voz quebrada y las lágrimas cayendo por sus mejillas—. ¡Han escapado! Shanyi, quédate con Áliza. El resto, vamos tras esos malditos.

—Estás demente si crees que me dejarás afuera. —Shanyi se secó las lágrimas y se puso de pie.

—Yo también iré —dijo Áliza.

—Vamos, entonces. —Drian recostó con suavidad el cuerpo de su compañera sobre la tierra seca del camino—. Pronto volveré por ti —dijo y cerró sus ojos.

Las gemelas y Héctor se quedaron a resguardar el cuerpo de Ky Ha y los demás corrieron detrás de los fugitivos.

—*Los compañeros de la niña han escapado, cuida de ella y no la dejes sola ni un momento hasta que tengas noticias nuestras* —dijo Dima.

—*De acuerdo* —respondió Tino.

Dima dejó de comunicarse con su compañero y continuó corriendo.

—Allí están. —Shanyi fue la primera en verlos—. Siguen por el camino. Atacaré al asesino de Ky Ha, su nombre es Lehsa —dijo al tiempo que sus ojos se tornaban violetas. Shanyi se detuvo unos segundos y luego continuó caminando.

—Ten cuidado —dijo Áliza.

Dima vio que Lehsa, mientras corría, se tomó la cabeza con ambas manos. Momentos después rodó por el suelo y levantó una nube de polvo a su alrededor. Su compañero se detuvo algunos metros delante de él, pero luego regresó para ayudarlo a ponerse de pie. Tironeó de su brazo hasta que consiguió levantarlo, pero él era incapaz de caminar.

—*Atacaré al otro* —dijo Dima—. *Estén atentos por si algo sucede. Áliza, quédate con Shanyi y asístela. Drian, si ves que alguna de ellas está siendo atacada, golpéalos, eso los hace perder la conexión.*

—*Entendido* —dijeron a coro.

Dima invadió la mente de Tareq y se encontró con un caos en su interior, similar al que había visto en la mente de la señora Viktoria. No sabía muy bien por dónde empezar, pero recordó que estos magos no eran como ellos, ya que atacaban el cuerpo y no la mente. Debía encontrar la forma de bloquear esa habilidad que poseían. Se puso en contacto con Shanyi para decírselo, pero no obtuvo respuesta de su parte. Dirigió su mirada hacia ella y vio que se encontraba arrodillada en el suelo, con su cabeza hacia atrás, los brazos le colgaban a los lados y se balanceaban como las hojas de un árbol se mecen con la brisa. Lehsa lo había hecho de nuevo. Sintió que algo apretaba su garganta y, de a poco, todo empezaba a oscurecerse.

—*¡Áliza!* —Fue lo último que pudo decir, antes de desmayarse.

48

—*¡Dima! Maldita sea, responde de una vez.* —La voz de Tino resonaba en su mente, pero no conseguía reponerse por completo.

—*Aquí… estoy* —tartamudeó.

—*Por todos los dioses, Dima ¿Qué sucedió? Nadie me responde.*

Dima abrió los ojos cuando ya era mediodía; el sol, que le daba de lleno en el rostro, estaba justo sobre él y le ardía la piel en los lugares en los que la chaqueta no lo cubría. Se llevó una mano a la frente, donde se le había pegado el cabello empapado en sudor, e intentó proteger sus ojos de la intensa luz. Trató de incorporarse pero sentía un gran dolor de cabeza al moverse. Miró a su alrededor y vio que los demás estaban en las mismas condiciones en las que él estuvo. Todos se encontraban inconscientes.

—*Hemos perdido la batalla, Tino. No sé cómo se encuentran nuestros compañeros. Intentaré llegar a ellos para ver su estado. ¿La niña?*

—*Todo sigue bien aquí, Héctor y las gemelas esperan noticias también.*

—*Diles que vengan hacia nosotros, por el camino* —dijo con la voz entrecortada.

Volvió a hacer otro intento de levantarse, esforzándose más esta vez. Caminó hasta Drian, que era quien se encontraba más cerca de él y notó, aliviado, que respiraba aún.

—Drian, despierta. —Le dio unas palmadas en el rostro, pero no respondió.

Caminó unos pasos más hasta donde se encontraban Áliza y Shanyi, estaban tomadas de la mano y cubiertas de polvo y sudor. Un hilo de sangre caía de los labios de Áliza.

—Maldición —dijo Dima y se arrodilló junto a ellas.

Intentó despertarlas, llamándolas por sus nombres pero, al igual que Drian, no respondieron. Le tomó la mano, puso sus dedos en su muñeca, buscando su pulso y lo sintió débil. Shanyi respiraba pausadamente. Dima tomó a Áliza en sus brazos y la llevó hasta la sombra de los árboles al costado del camino; luego, regresó a buscar a Shanyi. Una vez que ambas estuvieron a la sombra, se acercó de nuevo a Drian. No sería capaz de moverlo, pero debía intentar hacerlo despertar para ponerlo a resguardo de los rayos del sol.

—¡Dima! —exclamó alarmada Bela, que se acercó corriendo a él. Dima se incorporó y su rolliza compañera llegó hasta él y lo abrazó con afecto—. Muchacho, nos tenías muertos de preocupación. Gracias a los dioses que te encuentras bien.

Héctor se acercó a Drian y, sin esfuerzo alguno, levantó su enorme cuerpo. Caminó unos pocos metros hasta donde se encontraban Áliza y Shanyi y recostó al enorme calvo junto a ellas, como si se tratara de una pequeña niña. Dima no podía creer la fuerza que tenía ese delgado hombre. Ade se acercó a él y lo abrazó, al igual que su gemela.

—No volveremos a dejarlos solos, es una promesa —dijo y su mano le acomodó los cabellos con dulzura, como una madre preocupada lo haría.

—Gracias. No sé qué podemos hacer para ayudarlos —agregó mientras miraba a sus compañeros.

—Yo me ocuparé de ellos. Tú descansa, muchacho —dijo Ade. Sus ojos se volvieron grises y Dima sintió primero que se adormecía y, luego, una oleada de energía le recorrió cada centímetro del cuerpo e hizo que se sintiera en perfectas condiciones de nuevo. Miró a sus compañeros y vio que de a poco comenzaban a reaccionar. Áliza fue la primera en despertar.

—¿Dónde se fueron? —Fueron sus primeras palabras.

—Déjalos, escaparon —dijo Dima.

—Debemos ir tras ellos. —Shanyi se sentó y acomodó su largo cabello, que estaba revuelto y sucio—. ¿Qué demonios ocurrió?

—Al parecer, nos dejaron inconscientes y escaparon. Supongo que no acabaron con nosotros porque tenemos a la niña. Si nos mataban no podrían recuperarla.

—Les devolveremos su cuerpo —dijo Bela—, pero capturaré su mente. No quedará nada de esa mocosa.

—Regresemos. —Drian se puso de pie—. Ya decidiremos qué hacemos, pero no en voz alta, no sabemos qué tan lejos han ido.

—*Los soldados han llevado a Ky Ha a la ciudad* —dijo Héctor—. *Regresemos.*

Al llegar, se dirigieron a un salón que se encontraba cerca de las enormes puertas de la ciudad, el lugar que utilizaban para reunirse. Allí los esperaba Tino junto a la niña. Áliza la había introducido en una ilusión, por lo que ella creía que estaba aún con sus compañeros, aunque en la realidad se encontraba recostada en una manta en el suelo, dormida.

—Yo me encargo de la pequeña —dijo Bela ni bien cerraron la puerta del salón. Su hermana se ubicó a su lado y ambas se quedaron muy quietas, indiferentes a lo que sucedía a su alrededor.

Dima, mientras tanto, le contó a Tino lo que ocurrió desde que se separaron, cuando el muchacho apartó a la niña de sus compañeros.

—¿Qué haremos con ella? —preguntó Shanyi.

—Tenemos que regresarla —dijo Tino—. Yo lo haré. Hablé con Ade, ella podrá asistirme. Bela puede extraer los recuerdos de Ciudad Capital de la mente de la niña, la dejaré en las puertas y regresaré de inmediato.

—Es muy arriesgado, pero no tenemos otra opción —acordó Dima luego de pensarlo unos momentos.

—Está hecho —dijo Bela—. Ahora es una simple niña, aunque de aquí en adelante no recordará absolutamente nada de lo que le sucedió. Todo lo que aprenda sobre la magia se le olvidará apenas terminen de explicárselo, ya que esos recuerdos se guardaran en un lugar al que solo yo puedo acceder. Todo lo que se diga frente a ella, podré escucharlo, todo lo que vea, podré verlo. Podré manejarla a mi antojo, cuando quiera y como quiera.

—Eso es magnífico —dijo Áliza—, tendremos una espía dentro del palacio.

—Exacto, mi niña —asintió Bela, sonriendo por primera vez desde que se conocían.

—*Tino, estos son los recuerdos de Ciudad Capital. Ten mucho cuidado, cariño.*

—*Por supuesto, Bela. Muchas gracias. Ade, estoy listo.*

—*Cuando quieras, niño, ya estoy lista* —respondió la gemela luego de unos momentos.

—Regresaré pronto. —Tino tomó a la niña en sus brazos y ambos desaparecieron.

Un fuerte viento huracanado comenzó a formarse en el salón, cayeron sillas y muebles y las cortinas fueron arrancadas de las ventanas. Los magos se miraban con desconcierto, intentando protegerse del caos que los rodeaba.

Finalmente, los vidrios de las ventanas estallaron hacia fuera y Tino, inconsciente, apareció en medio del salón. Tenía flechas clavadas en la espalda, las piernas y los brazos. Una de las piernas de Tino estaba incrustada en una pica de madera.

—*Salió mal. Salió mal.* —Era la voz de Tino, que le hablaba a todos—. *El dolor era insoportable. Pude regresar, pero la niña murió. Aparecí sobre una barricada. Ella quedó…*

Fue espantoso.

Bela y Héctor de inmediato comenzaron a ayudar a Tino ante la mirada atónita del resto de los magos, que aún no entendían que sucedía. Mientras Héctor quitaba las flechas, ella curaba sus heridas y reparaba los tejidos y huesos rotos. Cuando terminó con las heridas menores, empezó a trabajar con su pierna donde un tronco de árbol, del ancho de un brazo de Drian y tallado en punta, sobresalía de manera extraña.

Tino, al poseer los poderes del Sol, tenía la particular habilidad de poder aparecer en otros lugares. Una de las limitaciones de ese poder era que tenía que conocer a la perfección el lugar al que iba, por lo que había, en Palmeras y sus alrededores, lugares marcados en los que no debía circular nadie, sin excepción.

El poder de Tino le permitía materializarse en cuestión de segundos en otra locación, por lo que, de haber algo en el lugar en el que aparecería, su cuerpo se formaría alrededor y sobre eso, sea un objeto, un animal o una persona.

—¿Ade, que pasó? —preguntó Áliza, desesperada, ante tal escena.

Caían gruesas lágrimas de los ojos de la gemela, que se había arrodillado junto a Tino y le sostenía la mano.

—El muchacho apareció sobre una barricada de madera que ubicaron en las entradas de Ciudad Capital. —Ade hablaba con la voz entrecortada—. Eso no se encontraba en los recuerdos de la niña. Al notar la conmoción y ver el uniforme de Tino, los soldados de las murallas comenzaron a disparar sus flechas. Tino quedó inconsciente ni bien llegó, el dolor en su pierna lo hizo desmayar. Al estar conectada a él, pude acceder a su mente subconsciente y hacer que regresara, se valió de mis poderes para ello, él solo no podría haberlo hecho. La niña… falleció en ese momento.

49

Una sucesión de golpes apresurados sonó en su puerta y la señora Viktoria se puso de pie, maldiciendo.

—¡He dicho que no quiero ser molestada cuando me encuentro con los niños! —dijo al abrir la puerta.

—Mis disculpas, mi señora —dijo un joven soldado sin atreverse a mirarla a los ojos—, sucedió algo en las puertas de la ciudad… La niña Idris regresó.

—Llévame con ella —ordenó y salió de la habitación.

—Me temo, mi señora, que ella… está muerta.

—¿De qué demonios estás hablando? —Ambos caminaban apresuradamente por los pasillos del Palacio de Las Hojas.

—Un carruaje la está esperando, mi señora, para llevarla hacia las puertas. Debo advertirle que lo que le sucedió a la niña es horrible.

La señora Viktoria corrió por los pasillos del palacio, con el soldado siguiéndola de cerca. Se dio cuenta de que había olvidado calzarse cuando se clavó una piedra del camino. Maldijo en silencio, pero no se detuvo más que el tiempo necesario para quitarse esa molestia de su pie. Corrió los últimos metros que le faltaban hasta llegar al carruaje y dio la orden de partir sin haber cerrado la portezuela.

—Dime —ordenó una vez que el vehículo se puso en marcha.

—Los guardias de la muralla escuchamos un estruendo, como un fuerte trueno, fuera de la ciudad y luego de eso gritos, terribles gritos que le erizaban a uno la piel. Uno de mis compañeros dijo que vio cuando los dos aparecieron ahí mismo… solo aparecieron y un remolino de polvo y hojas giraba a su alrededor. Cuando se aplacó, vimos que una niña y un muchacho con el uniforme de Palmeras estaban sobre las barricadas. Luego de reponernos de la impresión, uno de los oficiales dio la orden de disparar. Una lluvia de flechas cayó sobre ellos hasta que alguien notó que era la niña Idris y nos ordenó detenernos. De inmediato abrieron las puertas y corrimos hacia ellos. El muchacho de Palmeras… era apenas un crío… estaba muerto o inconsciente, no sabemos.

—¿Qué sucedió con él? —pregunto Viktoria en voz baja.

—Desapareció. No sabemos si vivía o no. De repente el viento volvió a arremolinarse a su alrededor y desapareció llevándose consigo parte de la barricada.

La señora Viktoria no pudo volver a hablar por el resto del viaje, ya que se sentía profundamente afectada. No entendía cómo pudo haber sucedido una cosa así, siendo que en Palmeras ya no quedaban magos o, al menos, eso era lo que ella creía hasta ese momento. Si en Palmeras había magos entrenados, tanto o más poderosos que sus discípulos, eso significaba que podía haber más magos en otras partes de Pyebra que fueran capaces de defenderse.

La señora Viktoria sintió la inmensa necesidad de destruir algo. Palmeras de ser posible. Lamentó no poder estar en contacto con Tareq y Lehsa. Quería que destruyeran esa maldita ciudad.

Al llegar a las puertas, parecía que todo el ejército de Pyebra se había congregado para ver lo que había ocurrido. Los soldados se apartaron, murmurando, mientras la carreta pasaba.

A pocos metros de la muralla exterior, el rey Kirios había ordenado cavar una fosa, dentro de la que se colocaron unas enormes cruces de madera con sus extremos tallados en punta para

proteger la ciudad en caso de un asedio.

Idris estaba incrustada en esa barricada. Tenía la cabeza hacia atrás y sus largas trenzas se balanceaban con la brisa del norte, tenía la boca abierta y las moscas se posaban sobre sus ojos. Dos surcos de lágrimas, ahora secas, habían corrido por sus mejillas, arrastrando con ellas el polvo y la suciedad de su bello rostro. Una de las lanzas de la burda construcción de madera sobresalía de su vientre y de una de sus piernas, que parecía que se había formado alrededor de ella. Cuando Viktoria vio la grotesca escena, el estómago se le revolvió y no fue capaz de contenerse. Se limpió los labios con el dorso de la mano y gritó, indignada y furiosa, mirando hacia el cielo.

La señora Viktoria perdió la estabilidad y sus piernas parecían que no podían aguantar su peso. Uno de los soldados la sostuvo y ella se apoyó en él. Lloró su frustración y su rabia hasta que fue capaz de sostenerse por sí misma.

Cuando se sintió mejor, caminó hasta llegar junto a la niña, cerró sus ojos, la miró por largos minutos y le limpió el rostro lo mejor que pudo. La pequeña Idris tenía un broche en su túnica, una mariposa de plata y zafiros, que su madre le había dado antes de dejar su hogar en Mar Verde. Viktoria lo desprendió y lo guardó en su bolsillo. Retrocedió unos pasos y sus ojos se volvieron violetas.

Levantó una de sus manos y todo se convirtió en llamas rojas que ascendieron varios metros, ante la mirada aterrorizada de los soldados que se habían congregado a su alrededor. El fuego consumió los gruesos troncos y el cuerpo de Idris en solo unos minutos.

—Regresó el ejército, mi señora —dijo un soldado cuando la puerta se abrió. Una ráfaga de aire glacial le dio de lleno en el rostro.

—¿Lehsa y Tareq están con ellos? —preguntó Viktoria sin siquiera salir de las sombras. La habitación donde se encontraba, estaba totalmente a oscuras. No había abandonado la estancia desde hacía días. Se rehusaba a comer y pidió no ser molestada hasta que regresara el ejército. Nadie, ni siquiera el rey, se atrevió a desobedecerla esta vez.

—Sí, mi señora, la esperan en el salón de prácticas.

Su largo vestido negro se arremolinaba en sus piernas mientras caminaba apresurada por los pasillos. Tenía los ojos hinchados y enrojecidos, rodeados de oscuras ojeras.

—Mi señora —dijeron los magos haciendo una reverencia cuando Viktoria abrió la puerta. Una leve sonrisa iluminó su rostro al verlos.

—Lo sentimos tanto. Nos dijeron lo que sucedió a Idris —dijo Tareq. Sus ojos no pudieron contener las lágrimas y estas rodaron por sus mejillas lentamente—. No fuimos capaces de protegerla.

—No es su culpa, —dijo Viktoria con dulzura, limpiando su rostro con sus frías manos—, no sabíamos que Palmeras tenía sus propios magos. ¿Ustedes se encuentran bien?

—Sí, mi señora —dijo Lehsa y, apretando los puños, agregó—. Por los dioses que vengaré a Idris. Esos malditos llorarán sangre la próxima vez que nos crucemos.

50

Montañas Kobliz, Pyebra, año 3999

El fuego crepitaba y pequeñas chispas ascendían desde las brasas hacia el oscuro cielo, en una danza lenta. Los ancianos de la aldea se reunían en torno a una gran fogata para celebrar consejo. Hacía pocos días habían recibido a un mensajero del señor Jeno, gobernante de Palmeras, invitándolos a resguardarse en la ciudad amurallada antes que las tropas del rey Kirios llegara a llevarse por la fuerza a todos los hombres.

—No hemos criado hijos para que se los lleve una guerra, ni hemos criado hijas para que sean ultrajadas por soldados indecentes —dijo Saara, una anciana de largas trenzas blancas. Su boca desdentada se frunció en una arrugada mueca al terminar la oración.

—Es una insensatez movilizar a toda la aldea —respondió un anciano alto y delgado que caminaba nervioso delante de la fogata.

—Tendremos que hacerlo, ¿o prefieres morir de hambre cuando el rey se haya llevado a nuestros rebaños?

—Eso si no nos matan antes sus soldados —agregó el anciano sentado a la derecha de Saara. Su comentario recibió el apoyo de los demás.

—Han perdido la cabeza —dijo el anciano, aún de pie, y levantó los brazos hacia el cielo estrellado—. Son quince días de viaje, de caminata incesante, con el peligro de que seamos atacados en cualquier momento por el ejército.

—No le veo mucha diferencia. Excepto porque vamos a estar caminando y puede incluso que lleguemos a Palmeras y estemos a resguardo detrás de sus fuertes murallas —dijo un anciano calvo. Las cuentas de sus collares tintinearon cuando levantó las manos, haciendo un dibujo invisible de las murallas en el aire.

El anciano se detuvo y miró por breves segundos a cada uno de los ancianos que estaban sentados frente a él.

—No podré caminar por quince días. Ninguno de nosotros podrá hacerlo. —El anciano arqueó las cejas y movió la cabeza de un lado al otro.

—Tendremos que buscar la forma de seguirles el paso —respondió el anciano que había hablado en segundo lugar.

—O podemos hacer que nos lleven en una de las carretas, es lo justo —dijo Saara y, esta vez, todos asintieron.

Pasaron dos lunas hasta que estuvieron listos; les llevó mucho tiempo convencer a los aldeanos de que debían abandonar todo aquello que habían logrado con tanto esfuerzo y sacrificio.

Al amanecer del día anterior a la partida, todos dejaron sus casas de adobe y paja y se congregaron en el centro de la aldea. Vila, la sacerdotisa, los guio en una lenta peregrinación a través de un polvoroso sendero, a cuyos lados se veían unos pocos arbustos de largas espinas blancas y hojas gris verdoso. Las rocas de arenisca diseminadas aquí y allá, los acompañaron por todo el recorrido hasta el templo.

No mucho después de haber dejado atrás la última casa los alcanzó un fuerte viento del norte, cálido y cargado de granos de arena. Las mujeres ajustaron más los pañuelos que cubrían sus cabezas y las túnicas se les enredaron en los pies. Poco tiempo después, llegaron al templo de

Sinmá, la diosa luna, que era el orgullo de todos los habitantes de la pequeña aldea desértica.

El templo de piedra caliza, apenas más grande que una casa, estaba ubicado entre dunas de arena y matorrales espinosos y, frente a él, se hallaba un gran círculo de piedras blancas en cuyo centro se encontraba una pila de madera del alto de un hombre. Vila les indicó con un ademán a los aldeanos que se sentaran alrededor del círculo de piedra y, mientras ellos tomaban sus lugares, la joven sacerdotisa abrió las puertas del templo.

A los pocos minutos salió con una jarra dorada y una copa de madera, las que dejó a un lado del gran círculo, en una mesa de piedra. La sacerdotisa había cambiado su túnica de lino por un vestido de gasa blanca bordada con hilos de oro. En sus muñecas llevaba gruesos brazaletes dorados y en uno de ellos brillaba un inmenso rubí. También se había quitado el pañuelo que cubría su cabello, y lo había reemplazado por una tiara de oro y rubíes. Su cabello plateado ondeaba con el viento, mientras el reflejo de las piedras preciosas dibujaba líneas de un suave rosado sobre él.

Vila se introdujo en el círculo de piedra con una antorcha en la mano, y con ambos brazos en alto.

—Sinmá, señora de los cielos, dorado disco que guías nuestros pasos a través de la oscuridad, cubre a tu pueblo con tu manto de piedad en su camino a la ciudad de Palmeras. No dejes que las lanzas del rey rocen su piel, ni que las flechas se entierren en su carne. Que tu inmenso poder nuble la mente de los magos enemigos y que sus hechizos sean inútiles. Ayúdalos, señora nuestra, a llegar a la poderosa ciudad de Palmeras y bendice eternamente al generoso señor Jeno por proteger a los indefensos del falso rey.

Mientras hablaba, Vila caminó dentro del círculo primero hacia su izquierda hasta completar una vuelta y luego volvió sobre sus pasos para llegar hasta el lugar desde el que había partido. Al terminar, se dirigió al centro y, acercando la antorcha, encendió la hoguera. La sacerdotisa dejó el círculo y le indicó a los aldeanos que se pusieran de pie y se tomaran de las manos. La voz de Vila se elevó en el aire nuevamente, dando inicio a una canción de alabanza a la diosa Sinmá. Uno a uno, los aldeanos fueron acercándose a la hoguera y arrojaron a las llamas un objeto de su pertenencia, mientras agradecían a la diosa por su protección y le rogaban que el sacrificio fuera de su agrado. Cuando el último de ellos hubo realizado su ofrenda, Vila sirvió vino en la copa de madera, bebió de ella y luego arrojó la copa a la hoguera. Un puñado de chispas verdes se elevó entre las llamas y el humo tomó la forma de una mujer por unos segundos, ante el asombro de los aldeanos.

—La diosa Sinmá ha expresado su satisfacción. Serán protegidos por ella en su viaje a Palmeras —exclamó Vila.

Los aldeanos agradecieron a la sacerdotisa, se despidieron de ella y regresaron a sus hogares caminando en silencio.

Al llegar a la aldea Saara, la anciana de más edad, ordenó que se cargaran todas las carretas para partir antes del amanecer del siguiente día. Una vez terminada la tarea, los aldeanos se despidieron de las callejuelas que los habían visto crecer con una celebración que los reunió a todos en el centro del poblado. Se mataron algunas cabras, se abrieron varios toneles de vino y el festejo duró hasta la puesta del sol; después de descansar algunas horas, despertaron antes del amanecer y subieron los niños a las carretas. Las mujeres fueron las primeras en dejar la aldea, junto a los ancianos, algunos hombres y los jóvenes que guiaban los rebaños de cabras y ovejas.

El resto de la población masculina, permaneció en el pueblo para incendiar los restos de los magros sembradíos, los pastos y las pequeñas casas que habían habitado. Largas lenguas de fuego pintaron la oscuridad del cielo de un extraño color anaranjado. La caravana esperó a los

retrasados detrás de la primera colina, para ahorrarse el dolor de ver su mundo en llamas. Cuando el sol se asomó sobre las montañas Kobliz, tanto sus tristezas como su aldea, se habían convertido en cenizas.

Aunque era media mañana y el sol brillaba con intensidad, el acostumbrado calor del desierto aún no se dejaba sentir con toda su fuerza. Soplaba viento del sur, fresco y bastante inusual. La caravana marchaba a paso lento, como si los habitantes de la aldea aún no estuvieran completamente seguros de lo que estaban haciendo.

—Vila —dijo en voz baja Ajác. Luego se dirigió a su madre, hablando muy rápido—. Madre, dile a Mihaí que regresé por Vila, ella se quedó en el templo, quedó sola.

—Ten cuidado.

—Sí, madre, no te preocupes —dijo y acomodó sobre su larga y oscura cabellera el pañuelo que llevaba alrededor del cuello.

—Que los dioses te acompañen y los astros guíen tus pasos, hija.

La joven hizo unos pocos pasos y luego regresó a abrazar a su madre.

—Madre, si ninguna de nosotras ha llegado a la caravana al anochecer, no regresen a buscarnos. —La madre de Ajác comenzó a sollozar. La joven puso sus manos en sus mejillas y le secó las lágrimas—. Escúchame madre, por nada del mundo regresen y no permitas que Mihaí vuelva. Si no regresamos, no pierdan tiempo esperándonos, y marchen lo más rápido posible a Palmeras. ¡Júramelo, madre! —Su madre asintió y la joven corrió hacia el final de la caravana para pedir un caballo y regresar a las afueras de la aldea, donde se encontraba el templo.

El caballo de Ajác galopó a toda velocidad, desandando el camino que había hecho horas antes. Al bajar la colina, vio que en los campos alrededor de su aldea aún había humo. Sintió como si una enorme roca le oprimiera el pecho y le impidiera respirar al pensar que el fuego, que habían provocado para evitar que el ejército de Pyebra tomara lo que quedara de sus pertenencias, había devorado gran parte de su vida. Todo se había consumido; la casa de sus padres, donde había nacido y se había criado y también el hogar que había construido junto a Mihaí, su esposo, el verano anterior.

Recordó lo que había oído decir a los mercaderes de las caravanas que pasaban por su aldea, sobre las tropas del falso rey exigiendo mayores tributos y llevándose con ellos a todos los hombres y muchachos que fueran capaces de sostener una espada entre sus manos.

Hasta ese momento, había visto la guerra como una pequeña y lejana sombra o como una historia de esas que cuentan los ancianos, donde todo sucede a alguien más y no a ellos mismos. Al ver su aldea ardiendo, sintió por primera vez que esa sombra, antes distante, se estaba convirtiendo en algo tan real como el humo negro que se alzaba en el cielo y como la tierra que golpeaban los cascos de su caballo. Sujetó con tanta fuerza las riendas de cuero trenzado, que creyó que estas terminarían incrustadas en sus manos. Un gran resentimiento se apoderó de ella, al tiempo que una sensación de angustia crecía en su interior.

Sintió que los jirones de la túnica negra de la diosa Zarba, quien se encargaba de recolectar las almas de los muertos, le helaban la piel y el corazón. Espoleó su caballo para que cabalgara más rápido, al tiempo que intentaba calmarse para poder pensar con mayor claridad. Rogó a los dioses su ayuda y su protección para llegar al templo antes que sucediera algo terrible.

No pasó mucho tiempo hasta que vio los muros del pequeño templo y, con alivio, comprobó que no ocurría nada fuera de lo normal a sus alrededores. Su tensión se disipó y el último tramo del camino le permitió a su caballo recorrerlo con más calma.

La sacerdotisa apareció en la puerta del templo cuando escuchó el galope del caballo de Ajác y

el asombro se dibujó en su rostro cuando se dio cuenta de quién era.

—¿Qué haces aquí? ¿Por qué has regresado?

—Vila, no puedes quedarte en el templo, sabes lo que ocurrirá si los soldados te encuentran. —Ajác desmontó y ató su caballo a la sombra de los muros, junto a un bebedero. El animal sorbió el preciado líquido con gran apuro.

—Mi deber como hija de Sinmá es honrarla hasta el fin de mis días, mi lugar está en este templo. No puedo abandonarlo.

—Tus días se acabarán más pronto de lo que crees si permaneces aquí. Debes marcharte. Busca tus cosas —dijo Ajác con firmeza.

—No entiendes ¿verdad? Los soldados no me harán daño, soy una hija de Sinmá.

Ajác sacó una pequeña daga de su cintura y se acercó, amenazante, a la sacerdotisa.

—Si no te apresuras, te ataré a la silla de montar y te llevaré conmigo.

Vila retrocedió y la miró aterrada por unos segundos, pero se recobró enseguida.

—Soy una hija de la diosa Luna —dijo mirándola a los ojos. Ajác movió la hoja de su daga con gran velocidad y le hizo un pequeño rasguño en el brazo izquierdo. Vila gimió y se llevó la mano hacia el hilo rojo que comenzaba a brotar.

—Pero sientes dolor y sangras como un mortal. Es la última vez que te lo pido cortésmente, Vila. Ve por tus cosas de inmediato, algo terrible está por suceder. —Ajác respiró profundamente y movió la cabeza a ambos lados, intentando encontrar donde se encontraba la amenaza.

Vila no se movió de donde estaba, Ajác miraba hacia el camino por donde había llegado, el único que llevaba al templo, caminó con pasos lentos hasta donde estaba su caballo y lo desató. Rodeó el templo y volvió al mismo lugar.

—¿Tienes armas aquí? —preguntó, aún sin dirigirle la mirada, mientras observaba las dunas que bordeaban el templo.

—Solo la Lanza Dorada de la diosa —respondió, confundida.

—Ve por ella— susurró. Por primera vez Vila obedeció a Ajác, y corrió al interior del templo. Al regresar traía en sus manos una ornamentada y majestuosa lanza de asta de madera encerada que terminaba en una cuchilla ancha de medio metro de largo. Su hoja de oro estaba afilada por ambos lados y tenía grabada una oración a la diosa. Ajác miró con fascinación como se reflejaban en ella los rayos del sol—. Sabes cómo utilizarla, asumo.

—Por supuesto, aunque la diosa no me ha dado la oportunidad de hacerlo. ¿Y tú? ¿Tienes armas? —Ajác negó en un movimiento de cabeza y Vila encogió los hombros—. No sabemos si alguien vendrá, de todos modos.

—Sí, vendrán. Y deben morir. —Ajác se quitó el pañuelo que llevaba en la cabeza y lo ató a su cintura, luego se trenzó el cabello que flotaba libre con el fresco viento del sur.

—¿Por qué?

—Porque así debe ser.

El silbido de una flecha cortó el aire con la facilidad que una daga rasga una tela. Y, al primero, le siguieron más silbidos. Las flechas que se enterraron en la arena cerca de los pies de Ajác venían de las dunas del oeste. La muchacha tomó a Vila de la muñeca y la llevó dentro del templo.

51

—¿Qué haremos? ¿Qué haremos? —gemía la sacerdotisa.

—Cálmate, el templo solo tiene una entrada. No podrán sorprendernos. —Vila comenzó a rezar entre sollozos—. ¿Recuerdas cómo usar la lanza? Necesitaremos que lo hagas, Vila.

Al ver que la joven no reaccionaba, Ajác le quitó, con toda la delicadeza que sus curtidas manos le permitieron, el pañuelo que cubría su cabeza y le trenzó el plateado cabello, mientras susurraba unas palabras. Vila dejó de llorar y se secó las lágrimas que rodaban por sus mejillas, levantó el rostro e irguió la espalda.

—Estoy lista —dijo y Ajác sonrió.

Vila caminó hacia el muro oeste y se asomó en uno de los miradores.

—Los veo, son cuatro hombres. Están bajando por las dunas, llegarán en unos minutos.

—Debemos hacer lo posible por acabar con ellos, aunque eso signifique dar nuestra vida. Tenemos que hacerlo para que la caravana pueda llegar a Palmeras a salvo.

—La diosa no nos negará su protección. Lo lograremos, ya verás—respondió la sacerdotisa y Ajác notó que el titubeo de su voz no concordaba con la seguridad que quería transmitir en sus palabras.

Vila dejó su lanza apoyada en el muro, caminó hasta el altar, y Ajác la observó quitarse los anillos que llevaba en su mano izquierda, para dejarlos allí. Luego regresó al mirador.

—Ya están aquí. Van a rodear el templo —susurró.

Ajác se dirigió hacia otro mirador y vio las siluetas de cuatro hombres girar la cabeza hacia ambos lados mientras caminaban sin hacer ruido, sujetando las fundas de sus espadas para evitar que chocaran con sus armaduras.

Los hombres se comunicaban con señas que Ajác no logró descifrar, pero los vio, luego, separarse en dos grupos; se acercó a Vila y le dijo en susurros lo que había visto. Las jóvenes se pararon una junto a la otra, en el centro del vacío salón, cuya única decoración se encontraba en los muros, bellamente dibujados. En ellos se narraba la historia de la diosa en murales pintados con distintos matices de marrones y ocres.

—Gracias por regresar por mí cuando nadie más lo hizo.

—Déjalo para después, Vila, aún tenemos que salir de esto —dijo Ajác.

—No caeremos ante cuatro idiotas. Soy mejor que eso. —Vila hizo girar la lanza y se colocó en posición de ataque.

Ajác la miró asombrada, ya que la sacerdotisa se asemejaba ahora a la representación de la diosa Sinmá en una de las pinturas que decoraban los muros.

Según la historia Sinmá protegió a Efos, dios sol, con su Lanza Dorada cuando Zarba se alió a Suin, dios de los mil infiernos. Su plan era secuestrarlo y encadenarlo eternamente junto al fuego que nunca muere y así gobernar tanto a dioses como a mortales.

Zarba fue vencida y descuartizada. La diosa Sinmá esparció sus restos por todos los cielos y los mil infiernos. Suin escapó de la ira de Sinmá y logró recuperar una parte de ellos, lo que hizo posible que Zarba volviera a la vida, pero no fue capaz de encontrarlos a todos.

Por eso, Zarba está condenada a vagar por el mundo de los vivos y de los muertos en busca de los restos que aún le faltan, para poder descansar en paz. En su odio e impotencia, juró que quitaría la vida a cuanto mortal se cruzara en su camino mientras durara su condena.

La puerta se abrió y se asomó el filo de una espada. Las jóvenes se quedaron donde estaban,

conteniendo la respiración. Ajác vio el reflejo de unos ojos en la resplandeciente hoja.

—Son solo dos mujeres. —Escuchó decir. La puerta se abrió por completo y tres soldados entraron; detrás de ellos, apareció un joven de túnica blanca, alto, robusto, de moreno rostro lampiño y cabello dorado, que no llevaba armas ni escudo.

«Es un mago» pensó alarmada Ajác.

—Parece que la diosa nos dejó un apetitoso regalo —comentó otro soldado.

Los demás rieron mientras se acercaban, pero el joven de túnica blanca permaneció en la puerta, mirándolas detenidamente.

—Una de ellas es maga —dijo.

Los soldados se detuvieron, pero Vila, sin reaccionar a las palabras del joven, aprovechó el desconcierto de los hombres y atacó al que estaba más cerca de ella. El soldado se defendió, pero fue incapaz de hacer frente a la destreza y determinación de la sacerdotisa y cayó decapitado a los pocos segundos. Los soldados restantes, cuando fueron capaces de reaccionar, la atacaron juntos.

Ajác, por su parte, se tomó un tiempo demasiado prolongado pensando que podía hacer para ayudar a su compañera. Debía actuar pronto, pero no se le ocurría nada y su mente parecía en blanco. Sin embargo, la idea le llegó al ver que Vila había sido herida. El filo de la espada de uno de los soldados había alcanzado su brazo, justo arriba de donde Ajác la había herido minutos antes. De reojo, vio que el mago permanecía inmóvil en la puerta y continuaba observando a Vila sin intervenir.

Ajác recordó que a las cabras les hacen un pequeño corte en el cuello, por el que les sale la sangre a borbotones y, a los pocos minutos, mueren. Levantó lentamente su mano izquierda, mientras sus ojos café se tornaban violetas y, sin quitar la vista del cuello de uno de los soldados, movió su dedo índice. El hombre dejó caer su espada y se llevó ambas manos al cuello, en un intento vano de detener la sangre que brotaba entre sus dedos y se escurría por sus brazos. El soldado sobreviviente se detuvo y, con ojos aterrorizados, miró luego al mago.

—¡Detenla ahora! —exclamó.

Ajác volvió a repetir el mismo movimiento antes que el mago reaccionara y el último soldado cayó al suelo, mientras se desangraba a gran velocidad. Vila la miró asombrada, y a Ajác le pareció ver una pequeña sonrisa en sus labios.

—Veo que de a poco salen las ratas de su cueva —dijo el mago con una mueca de desprecio en su rostro.

—Hazte a un lado y déjanos ir —dijo Ajác—. Esto no tiene por qué terminar mal.

—¿Crees que me asustas? Vi hacer cosas peores que lo que hiciste.

—Escóndete, que no pueda verte —susurró Ajác a Vila, la vio correr llevando consigo la Lanza Dorada, y esconderse detrás del altar. Luego miró al mago y vio que sus ojos cambiaban lentamente de color. Ajác levantó su mano izquierda sin quitarle la vista de encima—. No te atrevas a hacer nada.

El mago rio y movió sus dedos. Ajác sintió que algo, como frías serpientes, comenzaba a arrastrarse por el brazo que tenía extendido, enroscándose en él. Bajó el brazo y lo sacudió, espantada por la sensación. El mago rio más fuerte esta vez y movió sus dedos con más énfasis. Ajác sintió que todo su cuerpo era aprisionado, sus brazos se pegaron a su torso y, al mirar hacia abajo, vio horrorizada que las sogas invisibles que la sujetaban le dejaban rojas marcas en la piel. La desesperación se apoderó de ella, al notar que no podía moverse. De nuevo estaba con la mente en blanco, sin saber qué hacer.

«Piensa Ajác, por todos los dioses ¡Piensa!» intentaba animarse a sí misma.

Las sogas comenzaron a apretarse cada vez más y notó que a cada segundo le costaba un poco más respirar. Sabía que si la situación se prolongaba por mucho tiempo, se desmayaría. En un intento de liberarse, empezó a repasar mentalmente las lecciones que su maestro le había dado a lo largo de su vida, pero no lograba encontrar ninguna que le fuera de utilidad en esa situación.

—¡Ajác, la daga! —gritó Vila.

—Quédate fuera de su vista, pase lo que pase —respondió a media voz, a la vez que pensaba «¡Una daga puede cortar una soga!». Su daga había caído de su mano cuando el mago la atacó, por lo que intentó moverla con sus poderes y cerró los ojos para que el mago no supiera que iba a recurrir a ellos. La daga se movió apenas, temblando sin control pero, de a poco, Ajác fue capaz de levantarla hasta la altura de su barbilla.

La filosa hoja recorrió su cuerpo desde el hombro derecho hasta su tobillo y gritó de dolor al cortar esta su piel. Aun así, la soga invisible seguía aprisionándola. El mago volvió a reír y Ajác, ya al borde de la inconsciencia, abrió los ojos y arrojó la daga hacia él. El arma le rozó el cuello, dibujando en él una delgada línea carmesí.

De inmediato, las sogas se liberaron y la muchacha cayó sobre sus rodillas, amortiguando la caída con los brazos. Tosió varias veces al recuperar su capacidad de respirar nuevamente.

—Perra —dijo el mago y se llevó una mano a la herida.

Vila, ignorando lo que Ajác le había dicho, salió de atrás del altar y se interpuso entre ella y el mago, con su lanza en las manos.

—Vete de aquí. Has quedado solo.

Ajác, jadeando, levantó la cabeza al escuchar la voz de la sacerdotisa.

—¿Acaso me ves asustado? Aún puedo quebrar cada hueso de tu cuerpo, arrancarte la piel o extraer de tus venas hasta la última gota de sangre. Y todo eso sin ensuciarme las manos. ¿Quieres que lo intentemos? O quizás puedo hacerlo con tu amiga, para que lo aprecies mejor.

Ajác se puso de pie y caminó hasta quedar delante de Vila.

—Te dije que te mantuvieras lejos de él.

—Yo solo…

Ajác le dio la espalda al mago y tomó a Vila de los hombros.

—Aléjate, escóndete donde sus ojos no puedan verte. Lo que dijo es cierto, pero solo si puede poner sus ojos sobre ti.

Ajác sintió una punzada en la nuca y, en simultáneo, vio el asombro dibujarse en el rostro de Vila y al mago que acababa de entrar en su mente.

—Vete —susurró. La sacerdotisa trastabilló, al soltarle Ajác los hombros, y luego se arrastró hasta detrás del altar, sin dejar su lanza.

—*Otra vez una muralla.* —Le oyó susurrar.

—*¿Esperabas un campo de girasoles?*

—*No, yo…*

La imagen del mago desapareció de la mente de Ajác. Era como si él no conociera las murallas. Sin darle demasiado tiempo a que reaccionara, Ajác entró en la mente del mago y, en ese momento, comprendió su sorpresa. Esta era muy diferente a lo que su maestro le había enseñado en sus lecciones.

—*Tareq Sabah. ¿No es así?*

—*¿Có... cómo sabes eso?* —dijo y apareció de repente en el interior de su propia mente.

—*Puedo verlo. De hecho, puedo ver todo lo que hay aquí.*

Ajác sintió que unas manos frías como hielo se apretaban alrededor de su cuello.

—*Dime cómo lo haces. ¡Dime cómo haces las murallas!*

—*Algo descortés de tu parte… pidiéndome ayuda mientras intentas matarme.* —La imagen de Ajác se paseaba por la mente del mago, caminando de un lado al otro mientras observaba el torbellino de recuerdos que giraban lentamente delante de ella.

—*¡Dímelo!* —Le exigió, presionando aún más fuerte. Ajác tosió y extendió una mano para apoyarse en una columna. Su imagen mental imitó el movimiento de su cuerpo pero, al no encontrar en qué apoyarse, se sumergió en la vorágine de imágenes y voces diferentes que se enredaban y mezclaban entre sí. Las manos imaginarias de Tareq desaparecieron, por lo que la maga pudo volver a respirar. En la mente del mago, Ajác se incorporó y vio muchas personas que no conocía, escuchó sus voces y sus nombres. Vio al rey Kirios y a la señora Viktoria presentando a sus súbditos a sus dos pequeños niños. Le sorprendió tanto la palidez de la piel de la reina que, por un momento pensó que se trataba de un cadáver. Vio, por instantes, fragmentos de los entrenamientos que recibían de la pálida señora, oyó su voz, sus palabras salían de sus labios con tanta dulzura que contrastaban de gran manera con la dureza de sus rasgos y parecían pertenecer a otra persona.

—*Detente, sal de ahí, te lo ruego.* —La voz del mago sonaba como la súplica de alguien que está sintiendo un gran dolor.

—*¿Por qué debería hacerlo? Encuentro tu mente muy interesante.*

—*Ya no lo soporto* —susurró.

—*Resiste, cucaracha, pronto te dejaré. Solo me tomaré unos momentos más.*

Ajác extendió una mano y posó uno de sus dedos sobre uno de los recuerdos que pasaban frente a ella. De inmediato se sumergió dentro de un lugar completamente diferente. La vegetación era de un verde exuberante, el calor era aplastante y el aire se sentía pesado al respirar. Vio a dos mujeres con chaquetas verdes siendo atacadas por Tareq y su compañero. Una estaba sujeta al robusto tronco de un árbol y la más joven de ellas se retorcía en el camino que cientos o quizás miles de pies, pezuñas, cascos y ruedas habían abierto entre la vegetación.

—Ahora nos dirán a dónde tienen a Idris —dijo un muchacho de túnica blanca como la que vestía Tareq, delgado y de cabello negro como la noche sin luna.

—Déjenlas ir y les devolveremos a la niña. —La voz de un hombre llegó desde arriba.

—Veo que de a poco salen las ratas de su cueva —dijo Tareq mirando hacia la copa de los árboles—. Queremos a la niña, ahora.

—*Debes... debes salir* —suplicó Tareq—, *no resistiré…*

—*Deja de llorar, esto es sumamente interesante.*

Un grupo de tres personas, dos mujeres bajitas y regordetas y un hombre delgado y alto aparecieron de la nada justo al lado de donde Ajác se encontraba. La joven se sobresaltó y retrocedió unos pasos, pero nadie parecía notarla.

—*Por supuesto, es un recuerdo* —sonrió.

—*Ya vete… ¡Vete!* —gritó Tareq. Su voz se oyó en su interior, pero también fuera de su mente, como un rugido ensordecedor.

52

Ajác se vio, de repente, siendo expulsada de la mente del mago, al tiempo que un estruendo hacía volar en pedazos una de las paredes del pequeño templo.

Una nube de polvo blanquecino los rodeó por completo y los tres comenzaron a toser.

—¡Vila! —llamó Ajác, alarmada—. Vila. ¿Dónde estás?

—Por aquí. Mi pierna está atorada, no puedo moverme.

Se quitó el pañuelo que había anudado a su cintura y se cubrió la nariz y la boca para respirar mejor. Ajác se movió con cuidado entre los cientos de escombros que se habían desprendido del muro, tratando de no tropezar y, luego de un interminable minuto, logró llegar hasta la sacerdotisa.

—¡Por Efos! ¡Mi cabeza! —Se quejó Tareq.

Ajác, ignorando al mago, se agachó y le tocó el rostro a Vila; sus piernas estaban atrapadas debajo del altar, donde un enorme trozo de roca había caído, aplastándolo casi por completo.

—Voy a mover esto, no sé por cuánto tiempo podré hacerlo, pero deberás salir lo más rápido posible ni bien sientas que puedes moverte, ¿sí?

Vila asintió y Ajác se puso de pie. Extendió sus manos y comenzó a moverlas con suavidad en el aire, como quien toma una frágil y enorme flor. Vila retrocedió sobre sus manos, quitándose de debajo del altar donde había quedado atrapada. Ajác gritó y arrojó la roca lo más lejos que pudo. Esta quedó mezclada entre otras de su mismo tamaño. Vila se puso de pie y se acercó, cojeando y apoyándose en su Lanza Dorada, a su compañera.

—¿Estás herida? —preguntó Ajác, y Vila respondió moviendo la cabeza de lado a lado. Luego agregó—: Debemos irnos, Vila. Nos alcanzará la noche lejos de la caravana.

—¿Y él? —Vila señaló al mago, que se encontraba aún junto a la entrada del templo. Estaba sentado en el suelo, con la espalda apoyada en una columna. Un surco de sangre le caía sobre el rostro.

—Puede joderse. El maldito por poco nos mata.

—Debe estar herido, tenemos que ayudarlo.

—Olvídalo, él no se quedaría a ayudarnos.

—Ella tiene razón. Yo no movería ni un dedo para ayudarlas.

—Yo no soy como ustedes, no puedo dejarlo. —Miró a Ajác directo a los ojos.

—Vila, no.

La sacerdotisa ignoró a Ajác y se acercó al mago. Lo ayudó a ponerse de pie y lo condujo al exterior, Ajác los siguió de cerca, pocos pasos detrás.

Al salir del templo, caminaron hacia el pozo de agua, que se encontraba algo alejado del templo. Tareq tiró de la cuerda para elevar el balde y, luego de quitarse en parte el polvo y la sangre que los cubría, el mago volvió a sacar agua del pozo, esta vez, para beber.

—¿Por qué lo haces? —preguntó Ajác, aprovechando la tregua. Vila y Tareq la miraron, confundidos—. ¿Por qué quieren hacernos daño?

—Es su culpa. —Tareq encogió los hombros—. Si obedecieran a su rey, nada de esto sucedería.

—No necesitamos esta guerra, no tiene sentido —dijo Vila.

—Nosotros debemos obedecer, no entender sus razones.

—No has respondido. ¿Tú por qué lo haces?

Tareq se tomó un largo minuto en responder, mientras bebía. Al final, levantó el rostro, la miró a los ojos, por primera vez, y sonrió mostrando unos perfectos dientes blancos.

—Porque puedo.

—Eres una alimaña asquerosa. —Vila tomó su lanza y se abalanzó sobre él, pero Ajác la detuvo saltando delante de ella.

—Vete, Vila —dijo—. Vete donde él no pueda verte.

Vila comenzó a correr hacia el templo, aunque Tareq fue capaz de atacarla. La sacerdotisa cayó sobre la arena, con los brazos pegados al cuerpo y las piernas juntas, como si estuviera atada.

—Déjala ir.

—¿Por qué lo haría? —preguntó sin dejar de sonreír—. Ella me atacó primero.

—*Tú te lo buscaste* —dijo Ajác dentro de la mente del mago. La imagen de Tareq se hizo presente al instante, junto a ella.

—*No lo hagas, por favor.*

—*Déjala ir.*

—*¡Mató a mis hombres!*

—*Solo a uno de ellos. Tu problema es conmigo* —dijo mientras se acercaba al torbellino de recuerdos de Tareq. Ajác vio que Vila seguía en la arena, inmóvil—. *Tú sí que no aprendes.*

Ajác se introdujo dentro de aquel remolino entre sus súplicas y llantos de dolor. La imagen mental del mago la seguía hacia donde ella iba, mientras continuaba implorándole que se alejara. Ajác tocaba por escasos segundos cada recuerdo que pasaba delante de ella. Los escenarios se sucedían a gran velocidad. Una aldea, el Palacio de Las Hojas, el desierto, la batalla en la selva que había visto antes, marchas con los soldados, entrenamientos, paseos en los jardines.

Ajác caminaba hacia el centro del torbellino, maravillada e intrigada al mismo tiempo por lo que podría encontrar. Tareq continuaba suplicando que se detuviera, pero Ajác no tenía ningún interés en ahorrarle ni una gota de sufrimiento.

La maga vio que Vila comenzó a incorporarse despacio, al fin la había liberado.

—¿*La dejaste ir o fue porque no soportas que esté aquí dentro?* —dijo y se dio vuelta para mirarlo.

—*Tú eres una mujer malvada* —susurró, con sus manos sobre la cabeza y el rostro contraído en una mueca de dolor.

—*Porque puedo* —exclamó, mientras caminaba más deprisa. Tareq volvió a quejarse—. *¿Qué sucede si quiero intervenir en un recuerdo?*

—*No, por favor* —sollozó.

Ajác se topó de repente con una enorme esfera de luz plateada que flotaba inmóvil; había llegado al corazón del torbellino, al centro mismo de la mente de Tareq.

—¿*Qué es esta luz?* —preguntó, maravillada.

—*Es mi poder, lo que hace que sea capaz de utilizar la magia.*

—*Deberías protegerlo, o alguien como yo podría dejarte sin una gota de él.*

—*No, por favor* —susurró mientras y se puso de rodillas—. *Ya déjame en paz. Prometo no hacer nada para impedir que se marchen.*

Ajác acercó ambas manos a la esfera y cerró los ojos. Cuando estas se posaron sobre la superficie, la luz dentro de la esfera brilló con mayor intensidad, pero al cabo de unos segundos, comenzó a reducirse muy lentamente.

—*Por supuesto que no lo harás.* —Ajác permaneció con las manos sobre la esfera, y se preguntó por qué razón Tareq no intentaba impedírselo. El mago podría haber atacado su cuerpo,

pero no lo hizo, ni tampoco la atacó en su mente, de hecho, no se atrevió a tocarla.

«Tal vez está demasiado debilitado, o quizás ni siquiera sabe cómo hacerlo» pensó.

Al cabo de unos minutos, la esfera casi había perdido la totalidad de su brillo y Ajác quitó las manos de ella cuando su luz era apenas visible.

—*Sabes que volverá a crecer, ¿no?* —susurró Tareq, que había permanecido todo el tiempo arrodillado, sujetando su cabeza.

—*Por supuesto.*

—*Cuando eso suceda, te buscaré, te encontraré y te haré pagar por esto* —dijo al tiempo que su imagen mental se incorporaba.

Ajác le sonrió y dejó la mente del mago. El cuerpo de Tareq yacía inconsciente con la espalda apoyada en el brocal del pozo.

—¡Vila! —llamó. La joven sacerdotisa se asomó desde detrás del templo y, al ver a Tareq inconsciente, corrió hacia ellos.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó con urgencia.

—Se desmayó. Nos dará tiempo de alejarnos de aquí.

Vila se agachó junto a él y lo miró por largos segundos. Luego volvió su rostro hacia Ajác.

—Es un maldito bastardo, pero es una belleza —dijo. Ajác la miró, asombrada—. En serio, me consagraría a él, si me lo pidiera.

—Por los dioses, Vila. —Ajác rio y se sentó junto a Tareq.

—¿Acaso estoy mintiendo? Es perfecto. Su rostro, su cabello, hasta asumo que su cuerpo debajo de esa horrible túnica es perfecto.

—No te encariñes demasiado. La próxima vez que lo veamos tendrá aún más ganas de matarnos, ya verás. Larguémonos de aquí.

—Espera —dijo Vila y se arrodilló junto a él—. Ayúdame a quitarle la túnica.

—Debes estar bromeando.

Pero no era así. Vila comenzó a levantarle la túnica y entre las dos lograron quitársela. Debajo de la túnica llevaba una camisa de fino algodón y pantalones. Entre exclamaciones y suspiros de Vila, le quitaron la camisa a Tareq, lo recostaron boca abajo y la sacerdotisa tomó un puñado de arena, con la que dibujó un gran círculo sobre la amplia espalda del joven. Dentro del círculo, trazó una línea que lo cruzaba de arriba a abajo.

—Listo —dijo la sacerdotisa y se sacudió el polvo de las manos—. Ahora dejémoslo en donde le dé el sol, para que su perfecta piel dorada se queme hasta quedar horriblemente roja. Es una pena, tanta belleza y tanta maldad en una sola persona. —Vila recogió la ropa de Tareq, la lanza y se puso de pie—. Larguémonos de aquí, estoy agotada.

Las jóvenes rodearon las ruinas del templo y se dirigieron al camino, tenían que alcanzar la caravana.

53

Vila y Ajác caminaban lo más rápido que podían y se apoyaban una en la otra. Hacía un par de horas que habían abandonado las ruinas del templo y estaban siguiendo, en completo silencio, las huellas que los aldeanos habían dejado en su marcha hacia Palmeras.

—¿Cómo ocultaste por tantos años que sabías utilizar la magia? —dijo de pronto Vila.

Ajác continuó en silencio por unos minutos más, mirando el camino. Sabía que debía decirle a Vila lo que necesitara. Lo que había sucedido en el templo merecía una explicación sincera.

—Si alguien lo descubría, sería asesinada. Creo que el hecho de saber lo que me sucedería me impidió muchas veces cometer el error de ir por el camino fácil.

—¿Y cómo te las arreglabas para entrenar?

—Me alejaba de todos… Hay una cueva entre las montañas, solía pasar largas horas ahí durante mi infancia, practicando lo que mi maestro me enseñaba.

—¿Tienes un maestro? ¿Quién es? ¿Vive en la aldea? ¿Cómo es que nadie se dio cuenta? —Parecía que Vila quería saber todo y, en lo posible, en ese preciso instante. Ajác rio.

—No, no. Es difícil explicarlo —dijo—. Estuvo en la aldea cuando era una niña. Él puede hablar conmigo sin estar presente, escucho su voz en mi cabeza y él me dice qué es lo que debo hacer y cómo hacerlo.

—Es maravilloso y creo que eres una gran maga. Nunca había visto una antes, pero en mi opinión eres la mejor. —Ajác rio—. En serio, derrotaste a un mago de la señora Viktoria, lo que no debe haber sido fácil. Digo, estoy segura de que el bellísimo mago…

—Tareq, su nombre es Tareq Sabah.

—¡Por los dioses, hasta su nombre es bello! —dijo Vila entusiasmada—. Tareq Sabah…

—¡Vila! Deberías dejar de jugar con eso, recuerda que responde a las órdenes de la señora Viktoria.

—Eso no quita que…

—No, Vila. Quítalo de tu mente, no sería bueno, ni práctico. Además, es un maldito bastardo —dijo Ajác con una mueca—, tú misma lo dijiste.

—Es cierto, debo dejar de pensar en su perfección, en su belleza, en su espalda…

—¡Vila!

—Ya, lo olvidaré…

—Soy capaz de entrar en tu mente y borrar todo recuerdo que tengas de él, pero no quisiera hacerlo, principalmente, porque te sentirás muy confundida al no saber por qué abandonaste tu templo.

—Da igual, al fin y al cabo ya no tengo un templo. Maldito Tareq. Lo odio.

Ajác soltó una carcajada.

—Dime. ¿Qué era ese signo que hiciste en su espalda? —preguntó sin dejar de sonreír.

—¿No lo conoces? —Ajác negó meneando la cabeza a ambos lados—. Es el signo de «los complacientes». Verás, en las ciudades lo usan en colgantes o incluso pintado o bordado en sus ropas, los jóvenes que ofrecen favores a hombres adinerados.

—¿Qué clase de favores? —Ajác se detuvo.

—Favores… emmm… Ajác. —Vila hacía ademanes con la mano que no llevaba la Lanza, como si con eso lograra explicarse mejor—. Pasar la noche con ellos a cambio de dinero.

Ajác la miró con la boca abierta por unos instantes y luego volvió a reír a carcajadas.

—No puedo creer que hayas hecho algo así —dijo cuando pudo ser capaz de hablar de nuevo.

—¿Te imaginas cuando regrese a su campamento? —dijo Vila, divertida—. Desnudo y marcado así. Será la burla de todos. Nos odiará, pero esa humillación será eterna. —Las dos rieron hasta que se cansaron. Cuando la gracia había pasado, Vila se puso seria de nuevo—. El bastardo destruyó mi templo, se lo debía. Además perdí mis anillos. —Los ojos de Vila se llenaron de lágrimas y su voz se entrecortó—. ¿Qué clase de sacerdotisa seré sin mis anillos? ¿Y además quién creerá que de veras soy una hija de la Diosa Sinmá?

—Llevas la Lanza Dorada…

—No es suficiente, necesito también los anillos —dijo mientras se secaba las lágrimas con el borde del pañuelo.

—Te prometo que regresaré por ellos.

—¡Oh Ajác! —Vila la abrazó entre sollozos—. Nunca nadie hizo algo tan lindo por mí.

—Aún no lo hago, Vila, pero te prometo que lo haré.

—No es solo eso, me refiero a que tú regresaste por mí cuando a nadie más le importo que me quedara sola. A nadie le importó, ni siquiera a los ancianos, a nadie…

Ajác la condujo al costado del camino, se sentaron junto a una roca y Vila lloró a su lado hasta que se quedó dormida.

El sol estaba ocultándose, se encontraban solas y aún lejos de la caravana. Todo lo que las rodeaba era lo mismo que veían hacía horas y la desolación del paisaje desértico aumentaba la sensación de soledad que sentía.

Todavía no podía entender qué la había llevado a actuar con tanta impulsividad, pero, a pesar de eso, no se arrepentía de lo que había hecho. Vila no hubiera sobrevivido si ella no regresaba, los soldados no iban a tener piedad de una mujer sola. ¿Y el mago? El mago, seguramente, no hubiera movido ni un músculo para evitar que la dañaran.

Ajác se puso de pie, intentando no despertar a la sacerdotisa, y miró a su alrededor. No alcanzaba a distinguir nada que le indicara qué tan lejos estaban de alcanzar a la caravana. Desilusionada, volvió a sentarse en la arena junto a Vila y se abrazó las rodillas.

No había nada. Ni el humo de una fogata lejana, ni ruidos. Deberían pasar la noche ahí, en lo que parecía ser el lugar más oscuro y vacío del mundo, con la incertidumbre de no saber si el mago ya había recuperado la consciencia, si las estaba siguiendo o si las dejaría marcharse hasta reunirse con su gente y no sabía cuál de esas opciones era la peor.

Estaba demasiado cansada, le dolía el cuerpo y sentía que su cabeza estaba a punto de estallar. No estaba segura de poder hacer algo si el mago o los soldados las alcanzaban.

Pensó en su madre, a quien dejó llorando, y en su esposo. Ni siquiera se atrevió a despedirse de él porque sabía que no hubiera sido capaz de marcharse de su lado.

—Mihaí, estrella de mis noches —susurró antes de quedarse dormida.

Vila se despertó sobresaltada, en medio de una absoluta oscuridad, estaba temblando y sentía que el frío le congelaba hasta los huesos. No se atrevía a moverse, quería seguir creyendo que todo había sido un mal sueño, que aún seguía en su cama en la seguridad del templo de la Diosa Sinmá. Movió apenas los dedos y sintió la fría arena entre ellos.

—Maldición —susurró.

—¿Qué sucede? —exclamó Ajác y se sentó, sobresaltada.

—No fue un maldito sueño. ¿Faltará mucho para el amanecer? Me estoy congelando.

—Ven, acércate —dijo Ajác—. Aún falta un buen rato.

Vila se acurrucó junto a ella.

—No hay nada alrededor para hacer una fogata, ni un maldito arbusto… ¿No conoces alguna magia para hacer fuego?

—¡Sí, conozco, tienes razón! Aunque no crea que sea conveniente, ¿qué si ese tal Tareq nos está siguiendo?

—Que se joda, Ajác, moriremos congeladas y será lo mismo que nada.

—Uno pequeño, solo para calentarnos —dijo sin estar convencida por completo.

Vila asintió y se apartó de Ajác. A los pocos segundos, una diminuta fogata apareció frente a ella, danzando suavemente.

—¿Puedo acercarme? —Vila miró a Ajác. Le sorprendieron sus ojos, que eran de un asombroso color violeta.

—Sí, es seguro —dijo Ajác con las manos sobre las llamas.

Ajác había excavado un pequeño hoyo en la arena y, dentro de él, estaba la fogata no más grande que una mano, pero que, a pesar de su tamaño, emanaba un calor tan intenso que logró calentarles el cuerpo entero en pocos segundos.

—Deberíamos utilizarlo para calentar la arena. ¿No te parece? —dijo Vila.

—Es una buena idea, haz un pozo más grande, donde quepamos las dos.

Vila se arrodilló, comenzó a remover la arena con sus manos y sintió el frío de la arena regresar a ellas. Cuando terminó, Ajác movió sus dedos y el fuego comenzó a recorrer el interior del hoyo; Vila lo miraba fascinada e hipnotizada, mientras sus ojos seguían a la pequeña llama ir de un lado al otro. Sin darse cuenta de lo que hacía, levantó una de sus manos y parecía dispuesta a tocar el fuego.

—Vila —dijo Ajác.

La sacerdotisa la miró, confundida.

—¿Qué me hizo esa llama, Ajác? —susurró.

—¿De qué hablas? —preguntó e hizo desaparecer el fuego.

Con la oscuridad regresó el frío del aire y de la arena. Vila se arrastró hasta Ajác, como una pequeña niña atemorizada.

—Estoy segura de que algo raro había en ella, sentía que me llamaba, que *ella* quería que yo me acercara y la tomara entre mis manos.

—Creo que deberíamos marcharnos, Vila. El desierto está lleno de fantasmas. De los buenos, pero algunos pueden ser traviesos o, incluso, malvados.

—Maldición, es cierto —dijo y se puso de pie con torpeza.

Las jóvenes comenzaron a caminar a ciegas, usando el asta de la Lanza Dorada para guiarse entre piedras y arbustos espinosos. La oscuridad las envolvía como una pesada manta, no podían siquiera verse las manos, por lo que caminaban aferradas una a la otra.

—Tengo miedo —susurró Vila.

—Yo también. Pronto amanecerá y todo será mejor, ya verás.

54

Tareq intentó incorporarse, pero fue incapaz de hacerlo. Sentía que el cuerpo no le respondía, ni siquiera era capaz de abrir los ojos por completo. Se sobresaltó cuando pudo distinguir que estaba en su habitación en el Palacio de las Hojas. Estaba acostado boca abajo y la mitad de su visión quedaba obstaculizada por almohadones blancos.

—Al fin despiertas. ¿Cómo te sientes?

La voz de Hidzá le llegó cercana, detrás de él.

—¿Qué hago aquí? —susurró Tareq—. ¿Qué sucedió?

—Eso es lo que todos quisiéramos saber. Los soldados te encontraron desmayado cerca de las ruinas del templo al que fueron a investigar. Los hombres que te acompañaron estaban muertos. Fueron a buscarlos a media tarde porque se estaban retrasando demasiado. Al parecer los emboscaron.

—No, no fue así. ¿Qué le sucede a mi cuerpo? No puedo moverme.

—Te cocinó el sol. Estás hinchado y rojo. Es horrible verte, por eso me senté aquí, para no verte la cara. Hasta a mí me duele.

—No siento dolor, solo parece que no tuviera cuerpo.

—Te dieron una poción.

—Entiendo.

Tareq escuchó el sonido de la silla al moverse.

—Iré a buscar a la señora Viktoria, ordenó que se le avisara cuando despertaras, si es que lo hacías. ¿Sabes? —Agregó riendo—. Me hiciste ganar una buena cantidad de oro. Los soldados hicieron apuestas, la mayoría te daba por muerto.

—El mérito es mío, quiero la mitad —susurró.

—Olvídalo.

Tareq escuchó los pasos de su compañero alejarse y luego el sonido de la puerta al cerrarse. No pasó mucho hasta que esta volvió a abrirse y cerrarse nuevamente. No oyó pasos, por lo que supuso que la señora Viktoria había entrado sola. Sus pies descalzos nunca se oían.

La mujer rodeó la cama y se sentó junto a la cabecera.

—Tareq, querido —dijo mientras sus fríos dedos le acariciaban la afiebrada frente.

—Mi señora, que humillante es no poder saludarla como debo —susurró el muchacho.

—No te preocupes. ¿Crees ser capaz de explicarme qué es lo que sucedió en ese templo?

—Sí, mi señora.

Tareq le contó a media voz lo que había ocurrido, sin ocultar ningún detalle de su batalla con Ajác. Hacía pausas prolongadas entre cada oración, poniendo en orden sus recuerdos y los sentimientos que estos les causaban. No recordaba qué había sucedido después de dejar escapar a la sacerdotisa. Al terminar su relato, la señora Viktoria tomó un vaso con agua y le acercó a los labios hinchados un tallo hueco de hierba.

—Bebe despacio —dijo.

Tareq sorbió el líquido fresco y se sintió revivir. No se había dado cuenta, hasta ese momento, de cuan sediento estaba.

—Debo marcharme ahora, querido, pero volveré al anochecer para ver cómo sigues. Tus compañeros estarán aquí hasta que estés repuesto.

Tareq murmuró unas palabras de agradecimiento y la señora Viktoria salió de su campo

visual. Otra vez oyó la puerta y, luego, pasos. Sin embargo, no eran los pesados pasos de Hidzá.

—Que gusto que hayas despertado. —Lo saludó Nihá, su nueva compañera.

Después de regresar de Palmeras, la relación con Lehsa empezó a arruinarse. Al principio no hablaban sobre lo que había sucedido, pero luego comenzaron las discusiones y fueron volviéndose cada vez más frecuentes; se culpaban el uno al otro por la muerte de Idris, hasta que llegó el día en que Tareq atacó a su entonces compañero. La señora Viktoria tuvo que intervenir en esa ocasión para evitar que se mataran entre sí.

—Nihá… ¿Cuántos días dormí?

—Solo dos días. ¿Me dirás qué sucedió cuando dejaste el campamento?

Tareq volvió a repetir el relato, pero esta vez, le pedía a Nihá que le acercara el vaso con agua en cada pausa.

—Parece que han quedado magos ocultos por todos lados. Y todos tienen esas malditas murallas —dijo Tareq al finalizar—. ¿Qué sucedió después que fuimos a esa aldea?

—Pues los soldados siguieron holgazaneando, como de costumbre. A media tarde expresé mi preocupación por ti y por quienes te habían acompañado. Parecía que los imbéciles se habían olvidado por completo. Unos quince hombres galoparon en dirección a la aldea. Solo hallaron un caballo vagando entre las cenizas. Luego se dirigieron al templo y lo encontraron destruido, a ti inconsciente bajo el sol y a los tres soldados muertos. Recuperaron las armas y armaduras y, al ver que estabas vivo, te llevaron al campamento. Casi estaba anocheciendo cuando regresaron. Diez hombres a caballo partieron de inmediato por el camino que lleva a Palmeras para ver si encontraban rastros de la gente de la aldea, pero no hallaron nada. Regresaron antes del amanecer. Poco después tú y yo regresamos a Ciudad Capital para que los sanadores pudieran curarte. Estoy segura de que la señora Viktoria está enfurecida. No me extrañaría que mande al ejército completo a destruir Palmeras.

—Eso si no asesina primero a medio ejército por permitir que una aldea entera pasara frente a sus narices sin que nadie lo haya notado.

—Cierto, eso también sucedió. Después que presenté mi informe, la señora Viktoria ejecutó a cincuenta de ellos, de diferentes rangos.

Los jóvenes hicieron silencio por unos minutos. Tareq veía, entre sus párpados apenas abiertos, que Nihá evitaba mirarlo directo a la cara, sus ojos se posaban en diferentes lugares de la habitación, pero nunca en su rostro o en su cuerpo.

—Dime Nihá —susurró—. ¿Qué tan mal me veo?

—No tan mal —dijo con una pequeña sonrisa.

—Hidzá dijo que me veía terrible…

—Ya sabes cómo es él.

—Es sincero, al menos —dijo. Nihá bajó la mirada

—Eres un espanto, Tareq. Tu rostro está enrojecido y horriblemente hinchado. Se diría que tus labios podrían reventarse en cualquier momento. El resto de tu cuerpo está en similares condiciones. De hecho, estás desnudo y...

—¿Qué dices? ¿Cómo… cómo que desnudo? —En ese momento entendió por qué Nihá evitaba mirarlo. Quiso con todas sus fuerzas moverse, quería cubrirse y evitar ser observado de esa forma por todos los que entraran a su habitación.

—No te alteres, por favor. Estás debajo de un armazón de madera cubierto de tela, es para que los insectos no se posen en tu piel. Pero debajo de eso estás desnudo. Te aplican lociones y aceites cada poco tiempo para que tu piel no se lastime y no quieren vestirte ni vendarte para que la curación sea más rápida.

—Qué alivio. Por un momento creí que podías verme así.

—A decir verdad, si te vi desnudo, cuando los soldados te regresaron al campamento. No te preocupes, no es nada que no haya visto antes. —Y agregó sonriendo—. Tengo tres hermanos menores que yo.

—Perdón Nihá, qué vergüenza.

—Eso… si algún día quieres hablar sobre tu tatuaje… Quiero que sepas que borré ese recuerdo de los soldados que lo vieron y, luego, te cubrí con una manta para que nadie más del campamento lo viera.

—¿Qué?

—Aquí solo la señora Viktoria y los sanadores lo han visto. Puedo borrar sus mentes también si así lo deseas, incluso la de la señora.

—Nihá, ¿qué tatuaje? Yo no tengo tatuajes…

—Pero, Tareq, esa marca...

—¿De qué marca hablas?

Nihá hizo silencio por un largo minuto. Tareq no entendía a qué se refería, pero ya casi no le quedaban fuerzas para insistir.

—La de «los complacientes», Tareq.

—Malditas sean, las voy a quemar vivas cuando tenga la oportunidad —dijo entre dientes. De haber sido capaz, Tareq hubiera destruido cualquier cosa que tuviera a su alcance, pero su cuerpo no le respondía y su magia tampoco[3].

—¿Entonces no es tuya esa marca?

—Demonios, no. Deben haberla hecho esas malditas mujeres, por eso estaba desnudo.

—Tareq cálmate, no te va a ayudar en nada enojarte de esa forma.

Tareq rio nervioso.

—¿Cómo quieres que me calme? ¿Tienes idea de lo humillante que es? Mis padres viven en Mar Verde. ¿Cómo demonios podré presentarme ante ellos marcado así? Estoy condenado a no volver a ver a mi gente, a mi tierra, no podré casarme, nunca seré padre. Mi historia, la historia de mi familia morirá conmigo, Nihá.

—Quédate tranquilo, buscaré la forma de borrarte esa marca. Primero tendremos que esperar a que sanes por completo, puede que incluso no te quede marca alguna una vez que se haya desprendido toda la piel quemada.

—¿Lo harás?

—Te prometo que lo haré.

—¿Sabes si Hidzá vio la marca?

—Estaba con Lehsa en una misión cuando regresamos. No dejé que nadie te viera, Tareq. Solo la señora Viktoria y los sanadores. No estoy segura si ella sabe que significa, porque no la mencionó en ningún momento. Hablaré con ella, quizás así sea más fácil encontrar una solución.

—Gracias Nihá, eres una buena persona.

Tareq vio que el rostro de su compañera se sonrojaba. Los jóvenes se quedaron en silencio, hasta que entró un grupo de personas, un largo rato después.

—Los sanadores han llegado —susurró Nihá—. Regresaré más tarde.

La muchacha se puso de pie y se marchó.

Los sanadores le preguntaron cómo se sentía y, luego, procedieron a quitar el armazón de madera que lo cubría. Sin decir una palabra más, Tareq los escuchó ir y venir, limpiarle el cuerpo, aplicarle unos ungüentos que olían a lavanda y miel y, al finalizar, volvieron a colocar el armazón encima de él. Luego, uno de los sanadores se acercó para limpiarle el rostro.

—Si no tuvieras solo medio rostro quemado, tendríamos que haber hecho un agujero en tu cama y la cabeza colgaría en él —dijo con seriedad, mientras abría al medio una hoja de sábila—. Tu espalda sufriría por el peso de tu cráneo y terminarías con la columna arruinada, aparte de que la piel de tu espalda cicatrizaría de forma extraña. —El sanador acercó la viscosa planta al rostro de Tareq y la pasó suavemente sobre él—. Es tal la hinchazón, que probablemente se hubiera lastimado. —Al finalizar, agregó con una sonrisa—. Has tenido suerte.

—¿Cuánto tiempo estaré así? —susurró.

—Bueno, eso no puede saberse con precisión. —El sanador se rascó la barbilla—. Cada cuerpo es diferente. Puede tomarte un par de días hasta que se vaya la hinchazón o, incluso, unas semanas. Y después de eso se te caerá la piel quemada. Eso va a tardar más aún, pero no duele. Yo no trataría de quitarla, te quedarán manchas bastante feas si lo haces. Notarás que cuando te bañes se afloja y se desprende sola; tendrás que tener cuidado y no podrás darte baños de tina ni tampoco refrescarte con un paño, porque eso hará que la piel se despegue y no es lo ideal, por las cicatrices. Necesitarás que alguien te ayude a hacerlo, que deje caer el agua muy despacio para que corra, sin frotarla. Tendrás que hacerlo a diario. Pero no aún, dado que no puedes moverte.

Otra vez, el sanador habló con gran seriedad y terminó la oración sonriendo. A Tareq le resultó desagradable su voz y la forma en que hablaba. Hubiera deseado golpearlo.

—Te daré de beber la poción para que no sientas dolor —continuó el sanador—. Es amarga, pero preferirás eso a sentir tu cuerpo. Primero bebe bastante agua, puede que te duermas después que tomes la poción y tu cuerpo necesita agua. Me dijeron los soldados que ya no transpirabas cuando te encontraron. Eso es malo, muy malo.

El sanador le acercó un diminuto vaso a los labios y derramó entre ellos un líquido amargo y caliente. Tareq hizo un enorme esfuerzo para no escupir. Luego le acercó el vaso con agua y el muchacho volvió a beber. Una vez que finalizó, se puso de pie y se despidió con una gran sonrisa.

Tareq se quedó viendo a través de la ventana abierta el cielo celeste adornado con parches de esponjosas nubes blancas. Había recibido demasiada información en poco tiempo y parecía que todo requería de su atención de inmediato. Su mente vagó por las diferentes voces que escuchó en el día, la de sus compañeros, la del sanador, la voz de la señora Viktoria, sin demasiadas ganas de hacerles caso, y divagó por sus recuerdos hasta que estos lo llevaron al momento en que destruyó el templo.

—*¿Y él? Debe estar herido, tenemos que ayudarlo. Yo no soy como ustedes. No puedo dejarlo* —dijo la voz de Vila en sus recuerdos.

Se detuvo recordando las imágenes de Vila.

«Hubiera preferido verte sonreír y, en cambio, lo único que hice fue asustarte» pensó.

Tareq comenzó a adormecerse de a poco, viendo a la sacerdotisa luchar contra los soldados en sus recuerdos.

55

El calor del desierto hacía que a su alrededor se vieran imágenes extrañas, como grandes figuras danzarinas que cambiaban de forma cada vez que pestañeaba. Intentaba encontrar en ellas algo de realidad para no pensar en la sed que la torturaba desde hacía horas.

El aire caliente y carente de humedad le secaba los labios y la garganta. Lamentó no haber llevado agua, fue muy impudente de su parte. El sol estaba a su izquierda y sentía que las mejillas le ardían. Entre otras cosas, se preguntó qué habría sucedido con el caballo de Ajác, que había soltado antes que los soldados las atacaran.

—Maldito sea —murmuró.

—¿Qué sucede? —Ajác se detuvo y miró a su alrededor.

—Solo recordé mi templo destruido. —Vila meneó la cabeza.

Ajác no le respondió. Se detuvo y miró hacia adelante, achicando los ojos para poder ver mejor.

—¿Es humo? ¡Es humo, Vila! Es la caravana, ya casi la alcanzamos.

A lo lejos, se levantaba una delgada columna de humo blanco, como un hilo que colgaba de la nada. Las jóvenes comenzaron a caminar más rápido, ignorando el calor, la sed, el hambre y el cansancio. Tenían la esperanza a unos kilómetros y ver el humo les había dado nuevos ánimos.

A poco más de una hora de caminata comenzaron a distinguir el polvo que se levantaba a su alrededor. No pasó mucho hasta que divisaron un joven de rostro moreno, barba y cabello plateado que cabalgaba hacia ellas a gran velocidad.

Ajác se soltó del brazo de la sacerdotisa y corrió hacia él. Era Mihaí, su esposo. Vila vio que detuvo el caballo unos cuantos pasos antes de llegar a ella, desmontó y corrió hacia Ajác. Su compañera de viaje se arrojó a sus brazos mientras él le acariciaba el rostro y le besaba la frente. Después de secarse los ojos, vio que Mihaí reparaba en ella.

—Mi señora Sacerdotisa —dijo Mihaí en una reverencia.

—Que gusto verte —dijo Vila una vez que los hubo alcanzado.

—Tengan, les traje agua y algunas frutas —dijo mientras comenzaba a sacar cosas del bolso que llevaba colgado del hombro.

Las dos bebieron casi la mitad del contenido de los odres que el hombre les entregó antes de poder decir algo más.

—Mihaí, debemos apurarnos en llegar a Palmeras.

—Por supuesto, no hemos disminuido la marcha, tal como le pediste a tu madre.

—No es eso —dijo Vila—. Ajác regresó no solo por mí, sino por todos. Sabía que el humo atraería a los soldados, y así fue. Llegaron tres de ellos y un mago del ejército.

—Debemos continuar—interrumpió Ajác—. Hablaremos en el camino.

Mihaí sostuvo al caballo mientras las jóvenes montaban. Luego tiró de las riendas y se pusieron en marcha nuevamente, Mihaí comenzó a trotar al lado del animal.

—¿Un mago? —dijo el asombrado esposo sin disminuir la marcha—. ¿Las dejó escapar?

—Eso hubiéramos querido. —Vila sonrió—. Tu esposa se enfrentó a él y lo derrotó, es la mejor maga que he visto. Destruyeron mi templo, pero estamos vivas y a salvo.

—¿Ajác? —dijo cuando logró articular una palabra.

Vila se dio vuelta para mirarla y vio que movía la cabeza de arriba a abajo, sin dejar de masticar. Tenía un manojo de dátiles en la mano.

—Por eso es que debemos apresurarnos aún más.

—¿Qué sucedió con los soldados?

—Yo maté uno, Ajác a los otros dos. Deberías haberla visto, estuvo magnífica.

—Tú también —dijo Ajác entre bocado y bocado.

—¿Y el mago?

—Ajác lo dejó inconsciente. Quedó desmayado al rayo del sol. Espero que se haya cocinado.

—Podría haber despertado enseguida y haberlas seguido.

—No lo creo —dijo Ajác—, le robé casi toda su energía. Perdóname Mihaí, me hubiera gustado habértelo dicho antes, pero mi maestro no me lo permitió.

—Hablaremos una vez que estemos más tranquilos. ¿Le dirán al resto de la gente lo que ocurrió?

Vila volvió a girar sobre la montura para mirar a Ajác.

—Deberíamos, ¿no? Tenemos que hacer que se apresuren.

—Entrarán en pánico.

—No lo harán si saben que podemos encargarnos de ellos.

—De acuerdo. —Luego agregó mirando a Mihaí—. Sí, les diremos. Vila tiene razón, es la única forma para evitar retrasos innecesarios. Descansaremos una vez que hayamos llegado a Palmeras.

Mihaí estuvo de acuerdo y continuaron el resto del trayecto en silencio. Estaba anocheciendo cuando alcanzaron a la caravana, que había frenado al costado del camino para pasar la noche.

Los aldeanos las recibieron con aplausos y la madre de Ajác se acercó llorando a su hija. Vila las escuchó hablar y no pudo evitar sentir cierto pesar. Nadie esperaba por ella, era solo la sacerdotisa, una persona sin familia, sin amigos.

Su madre la llevó al Gran Templo de Ciudad Capital antes de cumplir los diez años y allí fue instruida por monjes y maestros. De aquellos días solo recordaba el silencio y la soledad. Le enseñaron a no hablar tanto como a ella le gustaba, a no preguntar cosas que no entendía, a no cuestionar a sus maestros y mucho menos a los monjes. Aprendió a fuerza de golpes y encierros a ser valiente y a ser fuerte. Pasó incontables noches de miedo y de soledad, de llanto y de hambre, para hacer de ella una mujer digna de ser llamada Hija de la Diosa Sinmá.

Solo un puñado de los cientos de niñas que llegaban al Gran Templo cada año soportaban los duros entrenamientos a las que eran sometidas para convertirse en Sacerdotisas. Del grupo que llegó junto a ella, solo tres terminaron su formación y, hasta donde Vila sabía, solo a ella le habían entregado una aldea y un templo. Su deber como sacerdotisa era permanecer en su templo hasta el fin de sus días. Pero ya no tenía templo. Vila volvió a maldecir.

—Hay algo que debemos decirles. —Vila alzó la voz y los aldeanos hicieron silencio—. Ajác arriesgó su vida regresando a la aldea, pero no solo lo hizo por mí. Ella sabía que el humo atraería a los soldados, estos verían a la aldea desierta e irían tras de ustedes para evitar que llegaran a Palmeras. Ajác regresó para asesinar a esos soldados, para protegerme de ellos y para tener ventaja sobre nuestros perseguidores. Todos ustedes la conocen, y saben que es una mujer buena y trabajadora. Lo que no saben es que Ajác es también maga. —Vila lo dijo sin rodeos, y los aldeanos hicieron exclamaciones de asombro, mientras miraban a la joven mujer—. Ajác asesinó a dos soldados, se enfrentó a uno de los poderosos magos de la señora Viktoria y lo venció. Ajác hizo eso por nosotros y para que tengamos un futuro.

«Los soldados no tardarán en recibir nuevas órdenes, que seguro incluirán asesinarnos o esclavizarnos. Debemos aprovechar la ventaja que Ajác con tanta valentía nos otorgó. Debemos marchar a mayor velocidad y las jornadas de viaje deberán ser más largas para seguir

conservando esta ventaja y para llegar a Palmeras antes que los soldados nos alcancen. Habrá tiempo para descansar cuando estemos en Palmeras o cuando la diosa Zarba llegue junto al ejército del rey Kirios.

Saara, la anciana de trenzas blancas, se acercó a Vila y la tomó del brazo.

—Estoy tan sorprendida y confundida como todos ustedes, pero la sacerdotisa ha hablado bien. Ajác, nos encargaremos de que tu sacrificio no haya sido en vano, nos esforzaremos y caminaremos hasta que nos sangren los pies si es necesario, para así poder conservar el regalo que nos has hecho. Siempre tendrás nuestra gratitud y serás parte de la historia de nuestra gente hasta el fin de los tiempos, haremos canciones en tu honor y les contaremos a los niños sobre tu gran batalla, para que nadie te olvide, nunca.

Vila vio que Ajác se miraba los pies, llena de vergüenza, aunque después alzó la mirada hacia la anciana.

—Lo que Vila no les dijo es que ella también se enfrentó a los soldados y al mago. Fue tan glorioso haberla visto blandiendo su Lanza Dorada, que se hubiera dicho que la mismísima diosa Sinmá estaba junto a mí en la batalla. Este regalo no fue solo mío, porque no lo hubiera logrado estando sola. Es gracias a ella que pudimos regresar.

«Fui entrenada desde muy pequeña para hacer un buen uso de mis poderes, para defender a los que no pueden hacerlo y así ser útil a mi pueblo. Mi maestro me dijo que llegaría el día en que tuviera que decirle a mi gente quien era en realidad y, a pesar del miedo, fue un honor haberlo hecho de esta forma, y volveré a hacerlo si los dioses así lo quieren. Los defenderé con mi vida si eso significa darles la oportunidad de llegar a Palmeras.

—Los defenderemos, mi lugar es con ustedes —dijo Vila levantando la Lanza

—Cuando llegue ese momento, no estarán solas —dijo Saara—, todos nos protegeremos con uñas y dientes.

Los aldeanos comenzaron a aplaudir y a afirmar con gran entusiasmo lo que Saara dijo y, después de varios minutos de algarabía, comenzaron a dispersarse. Debían prepararse para pasar la noche.

56

Esa noche los aldeanos cenaron todos juntos, a pesar de que habían hecho fuegos pequeños y separados en los alrededores del campamento. Fue una comida rápida y con pocas conversaciones, ya que estaban todos muy cansados y sabían que deberían partir antes del amanecer. Aun así estaban contentos y esperanzados.

—¿Quieres quedarte en mi tienda esta noche? —preguntó Ajác, y acomodó la manta que cubría sus hombros—. Mihaí tomará una guardia

—No te preocupes, la señora Saara me ha ofrecido su tienda.

Ajác asintió, sonrió a Vila y se marchó a la tienda que Mihaí había armado, al sur del campamento.

Cuando abrió la tienda, vio que su esposo ya había preparado los *kijurs*, una especie de esterilla hecha con los juncos que recogían cuando viajaban cerca del río Thara, y que eran transportadas enrolladas para que ocuparan poco espacio. Arriba de los *kijurs*, se colocaba una manta o un delgado colchón.

Al verla, Mihaí se puso de pie, se acercó a ella y la abrazó por largos minutos.

—Debo decirte algo —dijo sin soltarla—. Yo también soy mago y fui entrenado desde pequeño, como tú.

Ajác levantó la cabeza y lo miró, asombrada. Finalmente, dijo:

—¿Tú? Sabía que había alguien más en la aldea, pero no sabía quién podría ser.

—Sí, yo. También sabía que había uno más…

—¿Tu maestro fue Lobo Blanco? —Mihaí asintió—. Bueno, eso explica algunas cosas, como el hecho de que el tejado de nuestra casa no se viniera abajo.

Los esposos rieron. En su aldea, antes de que los novios se casen, el hombre debía ser el que construyera la casa que habitarían. Y debía hacerlo solo, sin ayuda de nadie más, para demostrarle a la familia de la novia que era un hombre fuerte y capaz.

El tejado de su casa parecía sostenido, en verdad, como por arte de magia. Había partes donde los tirantes no llegaban a unirse y el entretejido de paja, que era colocado por encima, parecía estar flotando.

—Es una gran noticia —dijo Ajác—, me hace muy feliz que seas tú.

Ajác lo abrazó aún con más fuerza por unos momentos.

—Ya debo irme, voy a tomar la primera guardia.

—Hoy no te acompañaré, estoy agotada. Mañana iré contigo.

—Por supuesto, debes contarme lo que sucedió en el templo.

Ajác asintió. Mihaí le dio un beso en la frente y dejó la tienda.

Cuando Ilis, como llamaban al lucero matutino, asomó en el horizonte los hombres que habían tomado la última guardia comenzaron a despertar a los aldeanos y, mientras algunos comenzaban a enrollar los *kijurs* y a desarmar las tiendas, otros avivaban las fogatas para preparar el desayuno.

Una hora después, aún de noche, la caravana volvió a ponerse en movimiento. Esta vez decidieron que Ajác y Vila fueran montando y recorriendo la caravana. Mihaí aún no había hablado con los demás, pero eligió quedarse en la retaguardia por si se presentaban los soldados

del rey.

A partir de ese día, la marcha comenzaba cuando asomaba Ilis, hacían un descanso a mediodía, en las horas en que el calor era más intenso y terminaba cuando el sol se ocultaba en el horizonte.

Después de tres días de extenuante caminata, los aldeanos comenzaron a notar que el paisaje sufría leves cambios. Los arbustos grises y espinosos que los habían acompañado desde su salida eran más escasos y, en su lugar, comenzaron a verse con más frecuencia matas de hierba que tenían unas pequeñas flores con cuatro pétalos morados. De vez en cuando, alcanzaban a ver algún arbusto de radiantes hojas verdes, rodeado de hierba.

Al quinto día, se encontraron con los primeros árboles. La mayor parte de los niños no habían salido nunca de la aldea y lo único que conocían era el dorado color de las rocas y de la arena y el apagado verde de las palmeras datileras que había en el poblado, por lo que quedaron maravillados con lo radiante que se veían sus hojas y con el cantar de las aves que había en ellos. Al principio los encontraban algo alejados del camino, pero en el transcurso del día comenzaron a verlos cada vez más cerca y en mayor cantidad.

Al detenerse al atardecer del séptimo día, era lo único que podían ver a los lados.

Todas las noches, los aldeanos se reunían para cenar juntos y conversar sobre lo que había sucedido durante el día. Aunque pareciera extraño, los conflictos seguían apareciendo. Antes de partir, sabiendo que les tomaría mucho tiempo llegar a la ciudad amurallada de Palmeras, se habían organizado para que los ancianos, las tres mujeres embarazadas y los niños más pequeños de la aldea fueran todo el trayecto en carretas; los demás tomarían turnos para descansar por unas horas durante el día. Las quejas más frecuentes eran porque algunos alegaban dolores para estar más tiempo sin caminar, o se dormían y no bajaban cuando les correspondía. También había algunos problemas entre los cuidadores de los rebaños y como novedad, un hombre casado comenzó a coquetear con una mujer que había enviudado hacía poco tiempo.

Después de haber resuelto, en parte, los problemas los ancianos quedaron solos pero esta vez pidieron a Ajác y Vila que no se marcharan. También permanecieron en sus lugares los hombres más fuertes, que eran los encargados de cuidar la caravana y de hacer las guardias nocturnas.

—Si continuamos a este ritmo, mañana a mediodía estaremos llegando a uno de los arroyos que desembocan en el río Thara— dijo Hoss, un anciano que hacía tintinear sus collares de cuentas con cada movimiento.

—Hemos hecho en siete días el trayecto que habíamos pensado hacer en diez —dijo Saara.

—Así es —dijo el anciano—. El camino corre al lado del riachuelo, lo que nos alivianará la marcha al no tener que cargar con agua, pero necesitaremos estar más atentos porque la selva es muy calurosa y muchos se sentirán tentados de darse un remojón de cuando en cuando. Tendremos que ser firmes para no perder a nadie en el camino. Les diremos que no deben acercarse al río cuando estemos en movimiento, ya que en algunos tramos hay pozos muy profundos y cualquiera podría ahogarse. Sabemos que no somos buenos nadadores, deberemos ser muy cuidadosos.

Todos estuvieron de acuerdo y se comprometieron a estar más al pendiente de la gente para evitar que los aldeanos sufrieran accidentes. Saara continuó:

—Ajác, Vila; ya se imaginarán por qué les hemos pedido que se queden esta noche con nosotros. —Las dos asintieron—. Han pasado varios días desde el ataque en el templo, y me temo que en cualquier momento podríamos encontrarnos con nuevos peligros. Las dos sobrevivieron al ataque de los soldados del rey. Vila nos contó con detalles lo sucedido por lo que creemos que ahora debemos estar más atentos que nunca. La selva va tornándose cada vez

más tupida y los soldados podrían tendernos una emboscada en cualquier parte del camino.

Mihaí se puso de pie y, luego de mirar a Ajác, miró a los ancianos.

—Yo también soy mago. Fui entrenado por el mismo maestro que tuvo Ajác. Hasta que regresó de la aldea con Vila, no supe que ella también lo era y se lo dije esa noche, antes de tomar la guardia.

Los ancianos lo miraron desconcertados al principio, pero luego comenzaron a sonreír.

—Es una noticia grandiosa. —Saara mostró su desdentada sonrisa—. Los dioses han sido muy generosos con nosotros.

—¿Y tú sabes hacer las mismas cosas que Ajác? —preguntó Hoss.

—Aún no hemos hablado demasiado del asunto. No hemos tenido la oportunidad, pero supongo que sí.

—Nuestro maestro fue un buen maestro —dijo Ajác—. Nos ayudó a protegernos de la gente para que nadie nos descubriera y, además, nos instruyó en los usos que le podemos dar a nuestros poderes.

—¿Qué usos son esos? —preguntó Hoss.

—Dependiendo de las capacidades de cada persona —dijo Mihaí—, pueden usarse para controlar la mente de otros, para sanar heridas o para provocarlas, para mover cosas, para controlar el fuego, el aire, la tierra o el agua.

—También se pueden crear ilusiones para que afecten a cierta cantidad de gente y hay algunos que pueden desaparecer y aparecer en otro lado, pero ninguno de nosotros dos puede hacerlo.

—¿Pueden ustedes sanar?

—Yo solo puedo sanar pequeños cortes y algunos dolores. Cosas pequeñas —dijo por su parte Mihaí.

Los ancianos asintieron y, mirándose los unos a los otros, murmuraron por largos minutos hasta que finalmente Saara se dirigió a ellos.

—¿Qué significa para ustedes usar sus poderes? ¿Se, cómo decirlo, “acaba” la magia en algún momento?

—Sí, se acaba. Depende de la cantidad de energía que tengamos.

Los ancianos miraron a Ajác confundidos.

—No se asusten, lo explicaré mejor. En el interior de nuestra mente tenemos nuestra energía. —Levantó una mano y en ella comenzó a formarse una pequeña esfera de luz—. Dependiendo de la cantidad de energía que tengamos. —La esfera creció unos centímetros y volvió a achicarse—, podremos hacer mayor o menor cantidad de cosas. Cada hechizo hace que nuestra energía disminuya. Cuanto más complejo es, más energía necesitaremos. No es lo mismo mover dos ramas que arrancar un árbol completo.

—Es como nuestra fuerza —dijo Mihaí moviendo los brazos—. Hay personas que son capaces de mover mucho peso y personas que no.

—Exacto. Además, cada vez que entrenamos, nuestra energía crece un poco más.

—Entonces, Ajác —dijo Vila, pensativa—, cuando moviste los enormes escombros del templo que cayeron sobre mí… ¡Eres muy fuerte! ¡No me equivoqué al decir que eras la mejor maga del mundo!

Todos rieron ante la inocencia y el asombro de la sacerdotisa. Mihaí rodeó a Ajác con su brazo, orgulloso de ella. Después de unos momentos, volvieron a la conversación. Saara aún tenía dudas.

—¿Qué sucede cuando esa energía de la que hablaste se agota?

—Morimos —dijeron los esposos al mismo tiempo.

—Pero conocemos nuestros límites —agregó Ajác luego de unos segundos—, no deberían preocuparse.

Se escuchó que varios de los ancianos soltaron el aire que contenían en sus pulmones desde que nombraron a la muerte.

—Me parece que ambos también coincidiremos —dijo Mihaí—, en que una de las primeras cosas que nuestro maestro nos enseñó es reconocer lo que se siente cuándo nuestra energía está llegando a su fin.

—Así es, para así saber cuándo debemos detenernos.

—¿Esa energía vuelve a crecer? —preguntó Hoss.

—Sí, por supuesto. Depende también de cada persona la velocidad con que vuelve a su punto máximo.

—Y de su entrenamiento —agregó Mihaí. Ajác asintió.

Los ancianos pusieron fin a la conversación, ya que no tenían, de momento, más preguntas que hacerles respecto al uso de la magia. Sin embargo, antes de dar por terminada la reunión, acordaron que desde ese día, dejarían vigías entre los árboles a los lados del camino, para así saber si se acercaban las tropas del rey Kirios. Eligieron a los que consideraron que correrían más rápido hasta la caravana.

El décimo día comenzó como todos los anteriores, antes del amanecer. Notaron desde temprano que iba a ser un día de excepcional calor; pudieron percibirlo ni bien el sol comenzó a colarse entre las ramas de los árboles que cubrían el polvoroso camino a Palmeras. Antes del mediodía decidieron hacer un descanso para poder remojarse en el arroyo y poder pasar las horas de mayor calor.

Ajác estaba junto a Vila y las demás mujeres, cuidando de los niños que jugaban y corrían de un lado al otro.

—Algo está por suceder, Vila. Debemos advertir al resto.

De inmediato Vila se puso de pie y comenzó a hablarles a las demás mujeres. Ajác, por su parte, corrió hacia la caravana.

—Señoras, reúnan a todos los niños y manténganlos juntos y lo más quietos que puedan. Quizás tengamos visitas desagradables. Las que estén en condiciones y dispuestas a defender a nuestra gente, vengan conmigo. Las demás estén atentas. Si las cosas se salen de control, escóndanse en la selva y esperen hasta que alguno de nosotros regrese por ustedes. Si eso no sucede, sigan el viaje a Palmeras. No se acerquen a la caravana, porque seguro será una escena desagradable. No sientan culpa ni vergüenza por proteger y cuidar a los niños.

Las mujeres obedecieron sin cuestionar a Vila y, mientras se organizaban, la sacerdotisa se dirigió a donde se estaban reuniendo los demás.

Ajác había avisado ya a los ancianos y Vila llegó junto a ella cuando hablaba con Mihaí.

—Algo va a suceder.

—No digas esas cosas, Ajác. —Mihaí sonrió.

—Puedo sentirlo.

—¿Algo como qué? —dijo con cierta alarma en la voz esta vez.

—¡Los soldados del rey! ¡Se acercan los soldados del rey! —Uno de los vigías que habían dejado un par de kilómetros atrás se acercaba corriendo, pálido y bañado en sudor.

—Eso —dijo Ajác en voz baja. Mihaí le tomó la mano.

—No temas, estaré junto a ti, con mi cuerpo como escudo —dijo y Ajác sonrió.

Los ojos de ambos se tornaron violetas y Ajác entró en la mente de su esposo y, siguiendo las enseñanzas de su maestro, le dijo:

—Lobo Blanco me enseñó cómo crear una conexión para que pudiéramos comunicarnos sin que los demás nos escuchen. Construí una habitación en la que solo tú puedes entrar. Dentro de uno de los cajones del gabinete deberás guardar y sellar uno de tus recuerdos. Cuando más felicidad te produzca, más podremos alejarnos el uno del otro y aún permanecer en contacto. Deberás apresurarte para hacerlo porque solo podré bajar mis murallas unos pocos segundos. ¿Estás listo?

Mihaí asintió e ingresó en la mente de su esposa. Se encontró con un campo de girasoles y, en el medio de este, se abría una puerta de madera, que parecía sostenida por manos invisibles. Al traspasar la puerta, se encontró con una habitación pequeña, ordenada y modestamente amoblada. Era una representación exacta de su casa, a excepción de un gabinete de madera blanca, con detalles dorados; sobre él se encontraba una caja de madera que cabía en la palma de su mano. Mihaí tomó la caja, quitó la tapa y se dispuso a guardar ahí uno de sus recuerdos. Luego, abrió el primer cajón del bonito mueble y dejó la caja con cuidado. Murmuró unas palabras y, cuando el cajón se cerró, de sus bordes salieron destellos dorados. Una imagen de Mihaí apareció frente a él y se sentó en uno de los almohadones que había sobre la alfombra, una copia exacta de la que Ajác había tejido.

—Listo —dijo una vez que abandonó la mente de su esposa.

Ajác volvió a levantar sus murallas mientras caminaban hacia el sur, donde se estaban reuniendo todos los hombres y mujeres que estaban dispuestos a luchar. Se habían colocado en el centro del camino, empuñando unas pocas espadas, hachas, horquillas y palos. Ajác los miró detenidamente antes de unirse a ellos. Estaban muy delgados por las extensas y extenuantes marchas y, aun así, sabía que ninguno de ellos correría a esconderse. Pensó en la valentía que corría por su sangre al intentar plantarles cara a las tropas del rey, aun sabiendo que podrían morir antes de levantar su arma una sola vez. Intentó contarlos, no eran más que unas cuarenta personas.

Esperaron por largos minutos y cada uno de ellos parecía una eternidad. Llegó el último vigía agitado y jadeante.

—Ya se acercan. Deben ser alrededor de doscientos cincuenta soldados —dijo con la voz entrecortada—. Traen dos magos.

—Nos aniquilarán —dijo uno de los aldeanos.

El campamento se agitó y tres mujeres dejaron sus improvisadas armas y corrieron hacia el río.

Mihaí soltó la mano de su esposa, se adelantó y los miró a la cara a cada uno de ellos.

—No solo Ajác es maga. Yo también lo soy. Ustedes manténgase juntos y atentos. Los magos solo podrán atacarlos si les ponen sus ojos encima. Si se los pedimos, escóndanse, pero no se vayan lejos por si las cosas se nos salen de control. Trataremos que eso no suceda y que no se acerquen a ustedes.

Los aldeanos asintieron mientras sonreían. Mihaí les había dado una renovada esperanza. Ajác se adelantó hasta ponerse junto a su esposo y Vila permaneció con los demás, rezando una oración a la diosa Sinmá.

No pasó mucho tiempo hasta que empezaron a sentir el sonido de los tambores que marcaban los pasos de los soldados. Del río regresaron las tres mujeres que se habían marchado minutos antes, junto a cuatro mujeres más y algunos de los niños más grandes. De a poco, el viento comenzó a traer el sonido del tintineo de cientos de armaduras. Unos cuantos minutos después ya veían los destellos de las puntas de las lanzas, que reflejaban los pocos rayos del sol que eran capaces de llegar hasta el camino entre el techo de ramas que se entretejía sobre ellos.

La tensión iba creciendo entre los aldeanos, que hacían movimientos nerviosos con sus improvisadas armas.

Los primeros en llegar fueron los dos magos. Eran dos hombres de poco más de veinte años. Vestían túnicas blancas, como la que llevaba Tareq cuando atacaron el templo.

Los dos tenían la piel enrojecida por el sol, aunque el de mayor altura tenía la piel más morena.

Ajác los miró con cautela, tratando de predecir qué harían.

—*Estos magos no saben atacar la mente, son débiles en eso* —dijo a Mihaí—. *No conocen las murallas, por lo que intentarán hacerle daño a nuestro cuerpo. Ten cuidado.*

—Esto es ridículo —dijo el mago más alto, quien tenía el cabello largo y oscuro—. Son solo un puñado de granjeros.

—Tenemos que cumplir las órdenes de la señora Viktoria, Hidzá, no cuestionar cada paso que damos.

—De no ser por lo que le hicieron a Tareq, ya estaría regresando —dijo y los miró con gran desprecio. Levantando la voz, agregó—: A ver, ¿quién de ustedes dejó inconsciente y expuesto al sol a mi amigo Tareq? Me dijo que habían sido dos mujeres. Entréguenlas y podrán seguir su camino sin ser molestados.

Mientras su compañero les hablaba a los aldeanos, el otro mago se dio la vuelta y habló con el comandante de la tropa. Segundos después, los soldados del frente hicieron sonar una trompeta, y otra le respondió desde el final de las filas. Dieron media vuelta y se alejaron marchando al sonido que marcaban los tambores.

Los dos magos los observaron hasta que se perdieron detrás de la primera curva. Se dieron media vuelta y dirigieron su atención a los aldeanos otra vez.

—Me imagino que habrán aprovechado estos minutos para pensar, ¿no es así?

Los aldeanos se quedaron en el mismo lugar en el que estaban, sin abrir la boca.

—Mira Lehsa —exclamó el llamado Hidzá—. Allí está la sacerdotisa que Tareq quiere que le llevemos.

—Tú —dijo Lehsa señalando a Vila—. Ven aquí y libera a tu pueblo de una muerte lenta y dolorosa.

Vila rio, mientras movía la Lanza Dorada de una mano a la otra.

—¿Cómo está el señorito Tareq? Me imagino que le gustó el recuerdo que le dejamos y por eso ha solicitado nuestra presencia.

Ajác rio también pero intentó, en vano, disimularlo. Los magos la miraron.

—Ahí está la otra, la que es maga —dijo Hidzá.

—Sí, soy yo —dijo Ajác y se adelantó unos pasos.

—¿*Estás loca? No te expongas.*

—*Podemos con ellos, no te preocupes. Tareq, el otro mago era igual de fanfarrón, pero casi se orina encima cuando entré en su mente y ni siquiera lo ataqué. Solo toca sus recuerdos cuando empiecen a atacarnos.*

—*Lo haré. Ten cuidado* —dijo Mihaí.

—Acérquense.

—Que aburrido tener que decirles las cosas tantas veces. ¿Acaso no lo oyeron a la primera? Ya deberíamos estar regresando a Ciudad Capital.

Hidzá movió sus manos y Vila quedó sujeta por sogas invisibles. Los aldeanos corrieron a esconderse detrás de los árboles y las carretas ni bien vieron que inmovilizaron a la sacerdotisa.

El mago movió apenas los dedos y Vila comenzó a ser arrastrada hasta él. La muchacha se

retorcía intentando librarse de sus ataduras, pero era inútil.

Ajác sintió que el otro mago entraba en su mente y, otra vez, escuchó su asombro al encontrarse con una muralla. Sin perder un instante ingresó en su mente y encontró lo mismo que había visto en la mente de Tareq, por lo que se adentró en el remolino de recuerdos que tenía frente a ella. La imagen mental de Lehsa apareció unos momentos después.

Al igual que Tareq, comenzó a insultarla y a rogarle que se detuviera. A Lehsa también le causaba alguna clase de dolor que alguien tocara sus recuerdos. Ajác no hizo caso de sus súplicas y siguió avanzando hasta que llegó a la esfera luminosa.

—*Adiós Lehsa Ingut.* —Ajác colocó ambas manos sobre la esfera, comenzó a absorber su energía y abandonó la mente del mago cuando finalizó. Su cuerpo estaba inconsciente y había caído en el camino.

Mihaí por su parte, había atacado a Hidzá. El mago de túnica blanca estaba arrodillado y tenía ambas manos sobre su cabeza cuando Ajác reparó en ellos. Vila no estaba a la vista, al parecer el mago la había liberado.

—*Camina hasta el centro del torbellino* —dijo Ajác a Mihaí—, *encontrarás la esfera de luz. Coloca tus manos encima de ella y absorbe sus energías. Detente antes que se apague por completo, si no morirá.*

Ajác vio que poco después Hidzá se desplomó en el suelo, también inconsciente.

—Está hecho —dijo Mihaí.

—¡Vila! —llamó la maga. Cuando la sacerdotisa asomó desde detrás de una carreta, Ajác le hizo una seña para que se acercara—. Ya debemos partir. Ve en busca de las mujeres y los niños, tenemos que irnos cuanto antes.

Mihaí fue a hablar con el resto de los aldeanos que, de a poco, empezaron a asomarse entre las carretas y los árboles de los alrededores. Cuando vieron a los dos magos tendidos en el camino, comenzaron a aplaudir y a cantar los nombres de los magos de su aldea.

—¿Están muertos? —preguntó un hombre que llevaba un hacha en una mano y un improvisado escudo en la otra.

—No, se han desmayado. Quedarán así por largas horas.

Los aldeanos que escucharon comenzaron a dirigirse hacia los magos y Ajác caminó hasta ponerse delante de ellos.

—¿Qué creen que están haciendo? —preguntó alarmada.

—Ellos nos matarían si estuvieran en nuestro lugar

Los demás asintieron, estaban tan enojados, que no escuchaban a Ajác y querían desquitar su ira contra los magos de la señora Viktoria.

—No somos como ellos. No han dañado a ninguno de nosotros. Ustedes no tienen derecho a ajusticiarlos.

Los aldeanos comenzaron a acercarse, amenazantes, a Ajác, dispuestos a llegar a los magos aun si eso significaba pasar por encima de ella.

—Suficiente —dijo Mihaí y su voz se oyó fuerte y clara encima del bullicio que causaban, aún a varios metros de donde estaban. De sus manos irradiaban rayos blancos como los de una tormenta de verano—. No somos asesinos y no mataremos a alguien que no puede defenderse. Es la única vez que lo diré.

Los aldeanos se detuvieron y se quedaron mirando sus manos en completo silencio. Ninguno de ellos se atrevió a dar un paso más. De entre la gente aparecieron los ancianos, que habían abandonado su escondite en cuanto Vila fue a buscarlos.

—Mihaí ha hablado bien —dijo Saara—. Somos una aldea de gente buena, honesta y

trabajadora, no un manojo de asesinos inescrupulosos. No toleraremos esa clase de comportamientos entre los nuestros. Los magos se quedarán en donde están y nosotros partiremos lo más rápido posible hacia Palmeras.

—Ya oyeron a la señora Saara —agregó Hoss. Los aldeanos dieron media vuelta y comenzaron a acomodarse para partir.

Mihaí y Ajác se quedaron junto a los magos que yacían inconscientes en el camino, para evitar que algún aldeano quisiera acercarse a ellos.

—Quiero examinar la mente de Hidzá —dijo Ajác—. Me gustaría saber cómo está el mago que fue al templo, Tareq. No encontré nada sobre él en la mente de Lehsa.

Mihaí asintió. Los ojos de la mujer se volvieron de un violeta intenso al recurrir a sus poderes y comenzó a recorrer con detenimiento los recuerdos de Hidzá, inspeccionando cada uno de ellos. Unos minutos después, sus ojos regresaron a su color natural.

—¿Encontraste lo que buscabas? —preguntó Mihaí.

—Sí. Está muy malherido. El sol le cocinó la piel de forma horrible. Lo hallaron esa misma tarde, pero despertó recién dos días después. Según la conversación que Hidzá tuvo con Tareq, casi no sobrevive.

Mihaí se agachó y miró a los magos.

—¿Qué sucederá con ellos?

—No creo que lo mismo. Estarán a la sombra.

Mihaí se puso de pie, aún mirándolos. Ajác le tomó el brazo y señaló hacia adelante, la caravana se había puesto en marcha otra vez.

57

Pyebra Ciudad Capital

—¿Cómo se encuentran mis príncipes? —preguntó el sonriente rey Kirios apenas abrió la puerta de la habitación.

—Están muy bien, mi querido. —Viktoria se incorporó y caminó hacia él. El rey Kirios la abrazó por unos momentos y luego se sentó trabajosamente en un gran cojín que había en el suelo alfombrado.

Los niños, Dante y Lena, gatearon hasta él y se treparon a sus enormes brazos. El rey los abrazó mientras les daba sonoros besos y los niños respondían con pequeñas carcajadas.

Lena fue la primera en bajarse y regresar gateando hasta donde estaban los juguetes con los que habían estado jugando unos momentos antes. Tomó con una de sus pequeñas manos un caballo de madera, se acercó hasta una silla y comenzó a levantarse. Viktoria la observaba de pie, sin decir nada. La niña hizo varios pasos apoyándose en la silla, pero cuando notó que su padre aún estaba fuera de su alcance, se soltó y, con pasos vacilantes, completó el trecho que le faltaba. Se arrojó a los brazos de su orgulloso padre, que reía y aplaudía por el logro de la niña. Viktoria, sonriente, se acercó a ella y la alzó en brazos.

—Me gustaría entrar en las mentes de los niños para ver si alguno de ellos es mago. ¿Qué opinas?

—Pensé que ya lo habrías hecho —dijo el rey.

—No lo haría sin consultarlo contigo antes.

—Vaya… Pues, en ese caso, me parece una buena idea. Creo que estaría bien que comenzaran a ser entrenados cuanto antes. No les hará daño ¿Verdad?

—En lo absoluto, no sería capaz de dañar a mis niños —dijo y dejó a Lena en la alfombra junto a su hermano—. Lo haré ahora, mientras estás con nosotros.

Viktoria se sentó junto a su esposo y miró primero a Dante.

Al entrar a su mente, se encontró con una imagen de la habitación donde se encontraban, que era la sala de juegos, en la que pasaban la mayor parte del día. Se sintió diminuta al ver todo desde la perspectiva de su hijo. Los escasos muebles que el niño había recreado en su imaginación eran enormes, de formas extrañas e irregulares y parecía que sus contornos eran translúcidos.

Sus juguetes, en cambio, eran de una nitidez asombrosa y sus colores más brillantes que en la realidad. Sus pensamientos eran sensaciones. A pesar de que el niño reía, en ese momento el príncipe se sentía hambriento y cansado y la señora Viktoria se dio cuenta de que en cualquier momento llegaría la nana a buscarlos para darles su cena y llevarlos a dormir.

—Dante es un niño normal —dijo sin dejar translucir la desilusión que sentía. Había esperado que él hubiera heredado sus poderes, pero no fue así.

Sus ojos se posaron en Lena y la señora Viktoria sonrió. Esta vez, se encontró con que los pensamientos de la niña eran claros y precisos, como los de los magos. Voces e imágenes nítidas giraban frente a ella formando un enorme remolino.

También en los recuerdos de Lena había sensaciones y la pequeña, en ese momento, sentía mucho calor. Viktoria hizo correr por la habitación una ráfaga de aire frío, y notó la felicidad de la niña por la brisa refrescante.

—Lena es maga —susurró Viktoria.

—¡Eso es grandioso! —exclamó el rey—. Vas a entrenarla ¿no es así?

—Por supuesto.

La señora Viktoria continuó examinando la mente de la pequeña. Caminó entre sus recuerdos, apartándolos con un gesto de sus manos. Le sorprendió la cantidad de memorias que la niña tenía en su mente, a pesar de su corta edad, memorias desde el día en que había nacido. Siguió caminando hasta llegar al centro del torbellino que giraba lentamente a su alrededor.

La esfera de energía de Lena era diferente a las que había visto antes, no brillaba tanto como las demás y parecía una enorme bola de fuego. En ella se entremezclaban diferentes tonalidades de amarillos, naranjas y rojos. La emoción la invadió por completo, Lena tenía los poderes del Sol, lo que significaba que sería más fuerte que cualquiera de sus magos, e incluso podría llegar a igualar a los poderes de su maestra.

Aun así, debía intentar mantener en secreto sus habilidades el mayor tiempo posible. Si su maestra descubría que Lena tenía los poderes del Sol, querría apartarla de su lado y no podía permitirlo.

Después de un largo minuto observando la esfera, la señora Viktoria se sintió tentada de apoyar las manos sobre ella. Quería saber qué se sentía al tocarla, si su energía era diferente a la que había visto en las mentes de sus discípulos.

Con cierta precaución, acercó su mano a la esfera. Cuando estaba a unos centímetros, comenzó a sentir que el aire delante de la palma de su mano vibraba y ofrecía cierta resistencia, como si quisiera evitar que alguien la tocara. Viktoria, sin embargo, continuó llevando su mano hacia adelante. Cada vez requería más esfuerzo de su parte llegar a ella y, cuando al fin tocó su superficie, una inmensa corriente de energía le sacudió todo el cuerpo, a la vez que se sentía expulsada de la mente de su hija.

Lena continuaba jugando con Dante, ajena a lo que acababa de suceder. La señora Viktoria, en cambio, todavía podía sentir la energía que le recorría las extremidades; los brazos y las piernas le temblaban y se sentía aturdida, sin saber si continuaba sentada junto a Kirios o si estaba flotando cerca de la luna.

—¿Te encuentras bien? ¿Qué sucedió? —La voz de Kirios parecía llegarle de un lugar lejano, como si estuviera a varios metros de ella.

Le costó algunos minutos retomar el control de su cuerpo y lograr que su respiración se calmara. Apenas se sintió capaz, le explicó a Kirios lo que había sucedido. Su esposo no dio muestras de entender a qué se refería Viktoria, pero no se lo hizo saber con palabras.

Viktoria comenzó a entrenar a Lena al día siguiente, considerando que no debía perder ni un momento más, ya que su hija parecía ser más poderosa que cualquiera de sus discípulos. Con un entrenamiento constante e intensivo, estaba segura de que podría ser capaz de vencer a cualquiera de ellos en poco tiempo.

Hizo acondicionar una habitación en el ala sur del palacio para entrenar a Lena y pidió no ser interrumpida mientras la puerta se encontrara cerrada. Al principio, le costó llamar su atención, pero con el pasar de los días sus momentos de concentración eran cada vez más prolongados.

Lena aprendía con rapidez las lecciones y al poco tiempo tenía la fuerza suficiente para mover objetos mucho más pesados que ella. Viktoria convocó a los maestros de los elementos para comprobar si su hija era capaz de controlarlos y se sorprendió al ver que era hábil también al utilizarlos.

La pequeña fue separada de su hermano; Viktoria pensó que era necesario que su interés se centrara solo en entrenar. Lena tenía una energía que parecía inagotable y Viktoria se aprovechaba de eso manteniéndola ocupada con diferentes maestros durante todo el día.

Su padre el rey la veía por unos escasos minutos, los pocos momentos del día en que la niña volvía a sonreír. El rey Kirios quiso convencer a su esposa de dejar a Lena algunos momentos libres en el día, pero Viktoria se negó, alegando que era necesario que se esforzara para aprender todo lo que pudiera; estaba segura que en pocos años podría ser capaz de ir a la guerra junto a los demás magos y necesitarían de sus habilidades para cumplir sus propósitos de destruir Sitnor.

A Tareq le llevó dos largos meses recuperarse de las quemaduras del sol y ser capaz de volver a utilizar sus poderes por completo. El daño que la maga de la aldea le causó al robarle casi la totalidad de su energía fue peor que el daño del sol en su cuerpo.

Hidzá y Lehsa sufrieron el mismo trato por parte de la maga y su esposo, por lo que estaban en iguales condiciones.

Al estar los tres recuperados, la señora Viktoria se reunió con todos sus magos y les comunicó que atacarían Palmeras. Aquellos que se habían enfrentado a los magos con murallas mentales compartieron con los demás sus experiencias, buscando hallar la forma de detener sus ataques. Estaban de acuerdo en lo útil que eran las murallas, pero ninguno de ellos había sido capaz de crear una que se mantuviera en pie más que unos pocos minutos, ya que se derrumbaban ni bien era tocada.

Tres meses después de la destrucción del templo de la aldea al pie de las montañas Kobliz, la mayoría de los magos partieron a caballo, con la señora Viktoria al mando, rumbo a Palmeras; eran un total de noventa y cinco. Dieron un gran rodeo para evitar los puestos de vigilancia de Palmeras, y se dirigieron a las Tierras Anexas, un vasto territorio de fértiles llanuras que en la antigüedad pertenecía a Morrau, pero fue usurpado por Pyebra en la última Gran Guerra. Entrarían por la ciudad por el norte, ya que no había caminos y por lo tanto, su vigilancia estaría descuidada. Una semana después de haber llegado a un lugar que creyeron conveniente para montar un campamento, y luego de haber estudiado los movimientos de la ciudad de Palmeras, llegó el momento del ataque.

La señora Viktoria había elegido una noche sin luna, para resguardarse mejor en la oscuridad.

Cuando el sol se escondió en el horizonte, Lehsa y Nihá se acercaron al muro y, entre murmullos, crearon una ilusión sobre ellos para evitar que los guardias apostados en las torres de la muralla vieran lo que estaba sucediendo. A su señal, los magos que podían manejar los elementos se ubicaron formando un amplio semicírculo detrás de los dos primeros.

Mientras movían sus manos y murmuraban hechizos, de la tierra comenzaron a emerger unas desprolijas escaleras de tierra, que parecían haber sido excavadas con mucha prisa.

Cerca de una hora más tarde, el escalón más alto llegaba al borde de la muralla. Tareq fue el primero en subir, y detrás de él, fue Hidzá. Los demás se quedaron esperando hasta que este último, que se quedaría sobre el muro, diera la señal para que pudieran subir.

Tareq e Hidzá esperaron pacientemente hasta que el bullicio de la ciudad y las últimas luces de las cabañas se apagaron.

El muro tenía dos metros de ancho y cada treinta metros había una torre de vigilancia de dos plantas. En la primera, un guardia dormía sentado en el suelo.

Tareq lo mató con un movimiento de su mano antes que fuera capaz de abrir los ojos y dar la señal de alarma; luego subió hasta el piso superior, pero estaba vacío. Quedaban tres torres más, por lo que continuó corriendo con el mayor sigilo posible Cuando terminó con más vidas de las

que hubiera deseado, bajó las escaleras de piedra.

Ya estaba dentro de la ciudad.

Fin de la parte I

Epílogo

—*Humano, despierta* —dijo el gato negro y subió a su cama.

Lobo Blanco se sentó y el gato trepó a sus brazos. Estaba temblando y su pelaje estaba cubierto de diminutas gotas de humedad.

—*¿Qué sucede?*

—*Ha comenzado. Palmeras. Mucha gente está siendo lastimada. Muerte, humano, muchas muertes.* —Aunque el gato susurraba con su voz mental, estaba agitado y le costaba encontrar las palabras para expresar lo que estaba sintiendo.

—*Comparte tu dolor conmigo, gato. Siempre hemos sido compañeros, permíteme aliviarte* —dijo acariciando el pelaje erizado del felino

El gato permitió que Lobo Blanco entrara en su mente y comenzó a compartir con él las visiones que estaba teniendo.

El anciano mago abrazó al gato con más fuerza, ya que no solo sentía el dolor de su amigo de cuatro patas, sino también el miedo, la incertidumbre y la desolación de las personas que estaban siendo atacadas. Las lágrimas rodaban por las arrugadas mejillas del mago, mientras sentía en su anciano cuerpo la mismísima manifestación de la maldad.

Después de unos minutos, el gato comenzó a temblar con mayor violencia, como si ya no pudiera soportarlo más. Lobo Blanco empezó a cantar entre sollozos y el felino dejó de tener visiones. Sus temblores fueron disminuyendo hasta que, finalmente, desaparecieron por completo.

Lobo Blanco se puso de pie, dejó al gato negro en su cama, lo tapó con una manta y salió a tomar el aire fresco de la noche.

Se acercó a la fogata, puso agua y unas hojas secas en una tetera y la colgó sobre la fogata. Mientras esperaba a que hirviera la infusión, se sentó de cara al fuego. Vio que sus manos temblaban y sentía un gran peso en el corazón, por las muertes de las que había sido testigo.

Lo que más lo atormentaba era que sabía que eso era tan solo el inicio. Así había empezado la última vez. Pequeñas batallas en algunas ciudades y luego en otras, hasta que el continente de Thoria se vio envuelto en una guerra que casi acaba con todos. Perdió más de lo que quería recordar. El único que quedó a su lado era el gato negro. Su único amigo, su único compañero por largos años, el único que lo entendía y lo conocía mejor de lo que se conocía él mismo.

Sus ojos volvieron a empañarse cuando los recuerdos se agolparon en su mente, como si fueran las aguas de un río caudaloso, fríos y sin compasión alguna.

Faltaba poco para el amanecer y al mirar hacia arriba, vio que la luna tenía un halo a su alrededor. La niebla de otoño empañaba el aire y hacía parecer que el mundo se terminaba a unos pocos pasos de donde se encontraba.

Debía apresurarse a encontrar a la Dama de la Cueva. Ahora no le quedaban dudas de que continuaba con vida. Solo ella podría tener la maldad tan metida en los huesos como para iniciar otra guerra de esa magnitud.

La profecía resultó cierta. Estaban ante una nueva Era de magos, y él debía hacer hasta lo imposible para que no resultara como la última vez.

La vieja señora, igual que él, se escondió del resto del mundo por cientos de años. Durante mucho tiempo había sospechado que él no era el único y con el tiempo había ido hallando pequeños indicios de que había más sobrevivientes de la Antigua Era.

El gato y él corrieron detrás de los rumores por mucho tiempo hasta que volvieron a encontrar, en una aldea de Pyebra, a uno de sus amigos y compañeros más cercanos: Ogdev Wrognia. Un mago que había sido conocido como Mano de Fuego, se había ganado el apodo por ser ese su elemento favorito en las batallas. Fue uno de los mejores magos de su época y el más grande Maestro de los elementos de toda la historia documentada de Thoria, lo que abarcaba casi cuatro mil años desde que empezaron a registrarse los hechos más importantes de la humanidad.

Tras haberse encontrado, casi un siglo después de haber sido firmada la Ley de Protección, siguieron rastreando las débiles pistas que dejaban sus antiguos compañeros y, a la vez, ocultándose lo mejor posible para no ser descubiertos, no solo por aquellos que se dedicaban a cazar a los magos, sino también de sus enemigos.

Su vida se vino abajo cuando tuvo que matar a su amigo para evitar que su mente fuera robada. Nunca supo quién se había atrevido a hacer tal cobardía, pero tenía sospechas de que la Dama de la Cueva podría estar detrás de eso. Era una de sus antiguas prácticas y los zorros viejos pueden perder el pelo, pero nunca las costumbres.

Al robar una mente, todos los conocimientos que se poseen son adquiridos por el ladrón y este puede utilizarlos mientras el poseedor original se mantuviera con vida, aunque la víctima estaba condenada a una vida sin sentido, ya que no podría valerse por sí misma. Sería nada más que un cuerpo vacío, sin alma, sin sentimientos ni recuerdos. Un despojo que solo existía para que el inhumano ladrón obtuviera los poderes que costaron a alguien más años de estudios, esfuerzo y sacrificios.

Después de perder a Ogdev, Lobo Blanco se escondió en el Extremo Sur, una región también conocida como el fin del mundo, la región más fría de Thoria. Cayó en una dolorosa vorágine en la que se mezclaba su soledad y su culpa.

Quiso, en un principio, hallar al culpable del ataque que había recibido su amigo, pero nunca fue capaz de encontrar más de una pista, que desaparecía después de ser investigada.

Casi sin notarlo, empezó a ahogar sus malos recuerdos y su pesar en botellas de licor barato. El gato nunca lo abandonó, a pesar de todo el sufrimiento que le ocasionaba verlo en esa condición. El gran Lobo Blanco enterrado hasta los ojos en su miseria.

Hicieron de Tesar su hogar, donde les pareció que sería el lugar más seguro para esconderse y ahí permanecieron hasta que la profecía le dio a Lobo Blanco una razón para volver a sonreír, un motivo para sentirse útil e importante y, además, una misión. Formar a la próxima generación de magos.

El gato apareció a su lado y se sentó junto al fuego, alejando los malos pensamientos que inundaban su mente. Lobo Blanco sonrió al verlo.

—*¿Cómo te encuentras?* —preguntó al felino.

—*¿Iremos a Palmeras?* —preguntó a su vez el gato, ignorando su pregunta.

—*Estamos muy viejos ya, los años nos pesan demasiado y muchos hechizos son ahora para mí difíciles, si no imposibles, de realizar. Seríamos un estorbo.*

—*Podemos hacerlo, debemos intentarlo, humano.*

—*Nos arriesgaríamos demasiado y tenemos que esperar al niño. Seremos más útiles manteniéndonos vivos y seguros. Ya le enseñé a los demás todo lo que podía, es momento que*

ellos lo pongan en práctica.

—Tienes razón. —Lobo Blanco dio un sorbo a su taza de té y el gato subió a su falda—. *Hemos hecho un gran trabajo con los nuevos, humano.*

—Espero que así sea, gato.

—Quiero que sepas que valió la pena cada maldito segundo de sufrimiento que he vivido todos mis años. Volvería a nacer en el mismo cuerpo y en la misma mente mil veces si eso significara que estaré contigo otra vez.

Lobo Blanco rio y le rascó detrás de la oreja.

—También te extrañé, gato. ¿Cómo te ha ido con el humano nuevo?

—Me ha puesto un nombre y siempre deja su ventana abierta, no me falta el alimento ni la atención.

—Eso quiere decir que te cae bien —dijo riendo.

—Me he encariñado, sí. —El gato hizo una pausa y levantó sus ojos verdes hacia Lobo Blanco—. *Es un humano asombroso, qué demonios. Todos lo dicen y lo he visto con los mismos ojos que te veo a ti.*

Lobo Blanco asintió y terminó su té. Los primeros rayos de sol comenzaron a asomar entre las copas de los árboles, espantando a la niebla. Había algunas nubes decorando el cielo que parecían esponjosos pétalos de una enorme flor de impresionantes colores; algunas rosas, otras naranjas.

—¿Los has visto? —preguntó Lobo Blanco después de unos minutos—. *¿Has visto lo que les sucedió?*

—Sí, siempre estoy cerca de él.

—No puedo creerlo. Entre toda la gente que habita este mundo… entre todos los países que existen, todas las aldeas, gato… ellos dos...

—Los astros tienen sus razones para hacer las cosas, humano, no debería tener que explicártelo a estas alturas de tu vida.

—Ya lo sé, pero no por eso deja de preocuparme, es mi… —Su voz se quebró y no fue capaz de continuar hablando. Cubrió su rostro con las manos, para que el gato no pudiera ver sus lágrimas.

—Los guerreros también lloran. No sientas vergüenza, humano.

—¿Tú crees que él será bueno para ella? —preguntó entre sollozos.

—¿Y ella será buena para él? —El gato se acomodó en la falda de Lobo Blanco y enrolló la cola a su alrededor.

—Sufrirán, lo sabes.

—Solo hasta que sus caminos vuelvan a cruzarse.

—Será como si despertaran en una agonía diferente cada día.

—Valdrá la pena, lo sabrán cuando se encuentren.

—Cuanto más se alejen, más grande será su dolor —sollozó el humano.

—Cuida de ella, alivia su dolor, enséñale a ser feliz, dentro de lo que se pueda.

—¿Y quién cuidará de él? ¿Tú lo harás? ¿Aliviarás su dolor? ¿Le enseñarás a ser feliz? —preguntó mientras le acariciaba el lomo, con la mirada perdida en los árboles frente a él. Algunas hojas doradas se desprendían de sus ramas, danzando en remolinos mientras caían.

—No dudaría en dar mi vida por él. Intentaré estar ahí cuando él lo necesite y haré todo lo que sea posible para atenuar su pesar.

—Gracias, gato.

—Una estrella los ha elegido y ellos no tienen la culpa. Deberemos cuidarlos de ellos

mismos.

PARTE II

Niebla de Otoño

Prólogo

Páginas 965 a la 973 del libro de texto «Historia Universal»
Autores varios
Programa de educación básica de la
Gobernación de Sitnor.

La Última Gran Guerra se extendió desde el año 3694 hasta el año 3733. Incontables personas perdieron la vida y los daños materiales, aún a doscientos años de finalizado el conflicto (mientras se escribe este ejemplar), siguen sin haber sido recuperados en su totalidad. Grandes extensiones de tierras completamente fértiles fueron arrasadas por las terribles llamas de los fuegos mágicos, llegando a convertirlos en largas hectáreas de cenizas y, en ellas, aún no ha vuelto a crecer ninguna hierba, por nombrar solo uno de los peores daños ocasionados.

El conflicto inició cuando «La Orden de los Hijos del Águila» asesinó al último rey de la antiquísima dinastía erjathaína, el rey Mesut Tabarhdiz, segundo de su nombre. En ese momento, la Orden tomó el control de sus ejércitos de soldados y magos, sin poner un nuevo soberano. Su líder, del que nunca se supo su nombre ni se vio su rostro, fue el encargado de comandar ambas fuerzas o de asesinar a quienes se opusieran a sus órdenes. Cientos de magos honrosos escaparon hacia Sitnor, pero muchos más de ellos cayeron víctimas del acero.

El objetivo principal de la Última Gran Guerra era tomar el control del Consejo General de Magos de Thoria que, en esos momentos, estaba radicado en Tesar, al poseer la mayor cantidad de magos del continente y, también, al ser los tesarianos los más poderosos y longevos.

Morrau, en un principio y por medio de engaños, cedió el mando de ambos ejércitos, soldados y magos, a Pyebra. Sitnor recibió una propuesta de Pyebra para formar parte de su alianza, pero este se alió a Tesar ni bien Pyebra envió su declaración de guerra al frío país del sur.

A pesar de su rechazo, Sitnor fue ignorada por completo y comenzaron los intentos de invasión a Tesar a través de la cordillera Selgo. Numerosas vidas se llevaron los magos tesarianos, hasta que los aliados del norte se retiraron para reagruparse y planificar su próximo paso.

Sitnor cerró todos los pasos fronterizos a excepción de los que llevaban a Tesar, pero no pasó mucho hasta que fueron el blanco de los magos del norte, que ingresaron a los túneles de Morrau para lograr su objetivo, sin contar que los magos sureños llenaron de encantamientos los túneles que llegaban a Sitnor, por lo que no pudieron continuar con la invasión por el oeste. Cuando los norteños vieron sus planes fracasados, Tesar y Sitnor tomaron las riendas del conflicto y marcharon por los túneles hacia Morrau. Como resultado, ciudades y aldeas enteras fueron arrasadas y los cuatro países fueron responsables de la destrucción, sea por ataque o por defensa.

Numerosas atrocidades se cometieron en esta cruel contienda, entre ellas la creación de Indignos a gran escala, algo nunca antes visto. Miles de niños y jóvenes fueron arrancados de sus hogares y llevados a Vhinden[4], Morrau, donde el señor Laurent Monvant, el infame mago y Supremo Sacerdote del Gran Templo de la diosa Zarba, se encargaba él mismo de hacer lo necesario para convertirlos. A partir de la firma de la «Ley de Protección contra la Magia», los templos de los dioses Suin y Zarba fueron destruidos en todo Thoria, quedando absolutamente prohibido el culto a los dioses de los muertos.

Apenas cinco años después de la firma de la alianza Morrau - Pyebra, los «Hijos del Águila» acabaron con la dinastía Edouard, siendo Camille su última reina. Morrau renunció a su alianza en el año 3702, pero sus soldados y magos estaban atados a Pyebra por un juramento mágico de obediencia que les impedía abandonar la alianza y, también, quitarse la vida para no traicionar a su país.

Nunca antes se había dado una guerra con tal nivel de destrucción. Morrau Ciudad Capital fue arrasada por completo. Miles de años de historia quedaron enterrados bajo los escombros y las cenizas de sus bibliotecas y castillos. Lo que se sabe de su historia es gracias a los archivos de Sitnor y de Tesar y, en base a eso, pudo reconstruirse parte de su pasado, aunque no su totalidad. Los retratos de los reyes que custodian la entrada al Castillo Blanco, actual residencia de los soberanos, fueron el último obsequio de los magos tesarianos antes de su forzado exilio.

Cientos de monumentos, catedrales, templos, aldeas y castillos a lo largo del continente fueron arrasados por los magos pyebranos y morroínos hasta que, en el año 3733 los ejércitos de Pyebra se rindieron definitivamente a las fuerzas aliadas de Tesar y Sitnor, pidiendo como única condición para rendirse, que le fuera entregada la porción de tierra ahora conocida como «Tierras anexas», en el oeste del país. Morrau aceptó la condición, ya que quería separarse de Pyebra lo más posible, dejando que la cordillera Selgo fuera su límite natural. Sitnor cedió parte de su territorio a Morrau, donde se fundó la nueva Ciudad Capital en el año 3734, meses después de haber finalizado la guerra con la firma de la «Ley de Protección».

Los aspectos más sobresalientes de la «Ley de Protección contra la Magia», y que más han afectado a la población de Thoria, son:

** La obligación de todo ciudadano de reportar para su ejecución inmediata a cualquier persona que sea vista usando la magia, ya sea su uso por voluntad propia o por voluntad de su Astro.*

** Prohibición al culto de los dioses Suin y Zarba. Destrucción de sus templos, manuscritos, anillos mágicos, brazaletes, tiaras y todo objeto requerido por los dioses para cumplir sus rituales.*

** Restricción de circulación de todo libro, tratado o manual que enseñe el uso de la magia. Solo monjes y estudiosos podrán acceder a ellos, bajo estrictos controles.*

** Prohibición de enseñar en las escuelas sobre la historia de los magos, sus nombres, sus poderes y los usos que la magia pudiera tener.*

** Prohibición de la circulación de relatos, cuentos y pinturas de los magos para uso o aprendizaje de menores de edad[5], sin contar con la supervisión y aprobación de un adulto competente e instruido.*

** La inclusión del Tratado de Magia que todos los magos firmaron para mantener la paz, sin saber que ellos serían los principales perjudicados.*

Con respecto a este último punto, cabe aclarar que el «Tratado de Magia» fue propuesto por los magos de Tesar para evitar que los hechizos más poderosos fueran utilizados por toda la población del continente. Los magos de Sitnor y los pocos sobrevivientes de Morrau y Pyebra (ya liberados de su juramento) estuvieron de acuerdo y colaboraron en su realización. Al concluirlo y quedar Thoria liberada de la amenaza que los magos suponían, éstos comenzaron a ser perseguidos y asesinados bajo los términos de la Ley de Protección, que los magos desconocían. Muchos de ellos pudieron escapar, pero se puso precio sobre sus cabezas; la gente que había perdido su fortuna o su tierra en la guerra vio la oportunidad de recuperar parte de su patrimonio y corrieron tras ellos con la esperanza de cobrar una recompensa que los haría

ricos a ellos, a sus hijos y a sus nietos.

Otra de las traiciones más resonantes de la firma de la ley, incluía la utilización del oro tesariano para pagar las recompensas, al considerar, injustamente, que ellos habían sido los culpables de la guerra.

No se sabe, hasta la fecha, cuántos magos de la Antigua Era sobreviven escondidos, pero se sospecha que, al menos, una decena de ellos caminan aún sobre nuestras tierras.

1

Palmeras, Pyebra, año 3999

Después de arrebatarle la vida al vigía, Tareq descendió de la última torre de guardia de la muralla, se detuvo unos momentos y observó debajo de él. Se sintió aprisionado por la oscuridad que lo rodeaba y parecía que el mundo se terminaría en su siguiente paso. No había un farol encendido, ni una fogata, nada que le indicara por dónde debería caminar una vez que pisara la ciudad.

Bajó las escaleras cuidándose de no hacer ningún ruido y, al pisar la mullida tierra, fue capaz de distinguir la sombra tenue de unas cabañas de madera aún en construcción. Comenzó a correr entre ellas hasta que llegó a las que estaban terminadas y mostraban señales de estar habitadas.

Se asomó en las ventanas de cada una de ellas y, cuando encontró a quien buscaba, rodeó la cabaña hasta llegar a la entrada. La puerta crujió al abrirse y Tareq esperó sin moverse, por si su ocupante se despertaba, pero no escuchó ningún sonido más. El piso de tierra del oscuro interior amortiguó sus pasos, por lo que caminó a tientas hasta la habitación, que estaba separada del resto de la cabaña por una cortina de hilos trenzados.

En la habitación, el rostro de la sacerdotisa de plateada cabellera era iluminado por la débil luz de un farol que había junto a la cama hecha de gruesos troncos. Tareq se aproximó a ella, se arrodilló a su lado y se quedó viéndola dormir por unos minutos. Era más bella de lo que recordaba y el temor de que algo malo pudiera sucederle le atenazó las entrañas y un escalofrío le recorrió la espalda. Acercó la mano a su mejilla, pero la retiró enseguida, antes de llegar a tocarla.

«¿Qué debo hacer? Por Efos, si la dejo aquí, ella morirá y no podré perdonármelo nunca pero, si la llevo conmigo a la fuerza, me odiará por el resto de sus días» pensó, intentando aclarar sus ideas.

Después de largos minutos de vacilación se puso de pie y le cubrió la boca con la mano. Vila abrió los ojos de inmediato y se retorció, intentando librarse de él. Sin embargo, al darse cuenta de quién era, sus manos se cerraron como pinzas en el brazo de Tareq y le enterró las uñas en la carne. El muchacho hizo una mueca y se llevó el dedo índice a los labios, para pedirle que hiciera silencio.

—Ven conmigo a Ciudad Capital, prometo que te cuidaré y nadie te hará daño allí. ¿Vendrás conmigo?

Vila soltó el brazo de Tareq y se señaló la boca. El muchacho quitó la mano con cautela y Vila se sentó en la cama.

—Debes estar bromeando. ¿Has venido a raptarme? —susurró, furiosa.

—Dime que vendrás conmigo, por favor. —Tareq se arrodilló junto a ella y le tomó la mano.

—¿Acaso perdiste la razón?—preguntó y se apartó de él.

—Perdóname.

—Destruiste mi templo. ¿Cómo pretendes que…?

—No tenía opción, la maga estaba a punto de matarme. Fue lo único que pude hacer para quitármela de encima —dijo con tanto pesar en la voz que vio a Vila mirarlo con cierta compasión—. Escúchame, invadiremos Palmeras. Dime que vendrás conmigo y podré protegerte, si eliges...

Vila se puso de pie de un salto y quiso correr, pero Tareq la sujetó y cubrió su boca nuevamente. La sacerdotisa intentó, en vano, liberarse de él, pero el mago la sujetó con fuerza.

—Perdón —murmuró. Comenzó a recitar unas palabras y Vila se durmió en sus brazos.

Tareq, sin perder más tiempo, cargó a la sacerdotisa sobre uno de sus hombros y salió de la cabaña. Se dirigió hacia el muro, nuevamente, sin estar demasiado seguro de lo que hacía. Sabía que estaba arriesgando el plan de la señora Viktoria por una muchacha, pero proteger a Vila era para él, en esos momentos, mucho más importante que cualquier orden que pudiera haber recibido.

Corrió hasta la última cabaña en construcción, que estaba a algunos metros de la muralla norte, sentó a Vila en un rincón y se dejó caer a su lado; acomodó la cabeza de la muchacha en su hombro y su cabello plateado le cubrió el rostro. Lo único que podía oír, aparte de los acelerados latidos de su corazón, era la suave respiración de la sacerdotisa. Tareq le acomodó el cabello y acarició con suavidad su mejilla. Vila olía como un amanecer en un campo de flores y un poco como la libertad, también.

Le hubiera gustado poder despertarla y permanecer a su lado por el resto de la noche, que le contara sobre su vida y de su pasado antes de ser llevada al Gran Templo, pero temía que ella arruinara todo en cuanto abriera los ojos; tenía sobradas razones para huir de él. Sabía que lo que estaba haciendo no era lo que debía, sin embargo, él la protegería de la señora Viktoria y de quién fuera.

Se quedó junto a ella por largas horas, recreando en su mente una conversación que nunca sucedió y que, estaba seguro, nunca sucedería. Vila lo odiaría en cuanto la despertara, podía apostar su vida a ello.

Después de despedirse imaginariamente de ella, recostó a la muchacha en el suelo y, luego de mirarla unos segundos más, dejó la cabaña.

Una vez afuera, murmuró un largo hechizo caminando alrededor de la estructura de troncos. Cuando terminó de hacerlo, el aire vibró y la cabaña desapareció de su vista. Tareq sintió que su cuerpo se estremeció por unos momentos, cuando las energías para proteger a Vila abandonaron su anatomía. Aunque algo alarmado por la pérdida, sonrió con satisfacción al saber que ella estaría a salvo allí.

Dio media vuelta y se largó a correr por las estrechas callejuelas, con sus poderes puestos en encontrar algún rastro de los magos de Palmeras. Un perro comenzó a ladrar con ferocidad cuando estaba acercándose a él y lanzó un hechizo rápido sin detenerse. El perro se desplomó en el suelo, ya sin vida.

Continuó hasta que se topó con una cabaña con dos magos, por lo que se detuvo en su puerta por unos momentos y dejó una marca.

«Deben ser la maga de la aldea y su esposo» pensó después de marcharse. Lehsa les contó sobre ellos cuando regresó junto a Hidzá de su fallida misión para capturarlas a ella y a Vila.

Tareq retomó su camino y llegó a la parte vieja de la ciudad sin encontrar rastros de ningún otro mago; debía apresurarse, había perdido demasiado tiempo con la sacerdotisa.

Corrió por las empedradas calles, escondiéndose en las sombras de los árboles. Había luminosos faroles cada pocos metros y guardias recorriendo las calles. Maldijo en silencio, ya que sabía que no podría revisarla por completo si debía detenerse cada pocos pasos para ocultarse. Quedaban apenas unas horas para el amanecer y la ciudad era inmensa.

En una pequeña casa de piedra encontró otro mago. Volvió a dejar una marca sobre la puerta y siguió corriendo. Un perro ladró desde el interior de una casa a pocos metros de allí y comenzó a rasguñar la puerta frenéticamente. Como no podía verlo, no pudo hacer nada para hacer que

dejara de ladrar, por lo que corrió a esconderse en una calle lateral. Esperó, en silencio, para ver si alguien salía de esa casa; no podía arriesgarse a que diera la alarma.

La puerta de la casa se abrió y el animal corrió, olfateando su rastro en la calle. Detrás caminaba un hombre con una espada corta en su mano izquierda y Tareq volvió a maldecir. El perro seguía caminando hacia su escondite y, cuando estuvo a unos pasos de él, el mago decidió terminar con su vida antes que el animal empezara a ladrar para delatarlo. Su dueño lo vio caer muerto, regresó sobre sus pasos y corrió en la dirección contraria. Tareq abandonó su escondite y fue tras él. El hombre comenzó a gritar pero, antes de que pudiera completar una palabra, se desplomó en el suelo pesadamente.

El muchacho, levantó la espada, cargó al hombre en su espalda y llevó el cuerpo hacia su casa. Luego de cerrar la puerta, dejó el hombre en el suelo y apagó el farol que estaba sobre la mesa.

Recorrió la casa, apresurado, pero parecía no haber nadie más allí. Las luces de los faroles de la calle iluminaban el interior de la vivienda, a través de las ventanas, lo suficiente como para poder ver los contornos de los muebles y algunos detalles de su decoración allí donde la luz reflejaba directamente. La casa estaba limpia y ordenada y Tareq llegó a la conclusión de que el hombre vivía solo con su perro, pues sobre la mesa había un solo plato vacío y limpio, cubiertos y una copa de metal. En el suelo, junto a la cocina de leña, había un plato con restos de comida.

A Tareq le llamó la atención un haz de luz que acariciaba un retrato en una de las paredes de la pequeña sala. Vio a cuatro personas en él: el hombre que yacía muerto junto a la puerta, una mujer de rostro moreno y dos muchachos jóvenes, muy parecidos a la mujer. Tareq corrió hacia el pasillo que llevaba a las habitaciones. Una de ellas estaba completamente vacía y en la otra había una cama y dos baúles.

Hizo que una pequeña esfera de luz apareciera sobre él para poder ver mejor. Abrió uno de ellos y que encontró ropa de hombre; el segundo estaba cerrado con llave.

—*Loyk lanta*[6] —murmuró y la traba se liberó con un chasquido. Al abrirlo encontró un atado de cartas, pequeños frascos de perfume y algunos potes de vidrio de diferentes tamaños, todos ellos vacíos. Debajo podía verse ropa de mujer; uno de los vestidos era de telas costosas mientras que los demás eran de confección más simple.

Tareq tomó, casi sin pensarlo, una de las cartas del baúl y comenzó a leerla. En un papel amarillento, y algo ajado, vio letras escritas con la torpeza de alguien que no suele hacerlo con regularidad. Aún así, había tanta devoción, tanto amor expresado en pocas y poéticas palabras, que no pudo evitar sentirse miserable por lo que hizo. Ese hombre había amado, se había casado, había tenido hijos y, al parecer, había enviudado. Quizá tenía nietos, también. Y él fue el culpable de haber terminado con su vida sin darle la mínima oportunidad de defenderse.

Retrocedió, asqueado y con pasos temblorosos, hasta que se detuvo en contra de una pared; miró a su alrededor, pero no fue capaz de ver más allá de su pesar. Las piernas le fallaron y se deslizó hacia el suelo. Abrazó sus rodillas y escondió su rostro.

«Acabo de matar» pensó y los ojos se le llenaron de lágrimas. Era la primera vez que mataba humanos, ya que él no participó en ninguna de las ejecuciones de la señora Viktoria.

«Arrebaté cinco vidas. Cinco personas que eran amigos de alguien, familiares de alguien, padres, hijos, hermanos. Maldito sea. ¿Qué hice? ¿Qué estoy haciendo?» se lamentó.

Tareq lloró sin temor a que alguien lo escuchara, lloró por lo que hizo y por lo que aún le quedaba por hacer. Tendría que asesinar a más gente inocente, porque así se lo ordenaron. Y, en ese momento, las palabras de Ajác y de Vila le golpearon en la cabeza con la fuerza de una maza.

«¿Por qué lo haces?» le preguntó la maga de la aldea. Él respondió que esas eran sus órdenes y Vila quiso atacarlo por su respuesta.

En ese momento comprendió. Entendió la diferencia entre el miedo a morir y el poder que se tiene sobre una vida. Él tenía ese poder, pero ya no lo quería. Todo lo que le enseñaron, todo lo que le dijeron dejó de tener sentido cuando se dio cuenta en lo que se convirtió. Un maldito asesino.

Los ideales con los que lo adoctrinó la señora Viktoria solo serían reales si destruían todo lo que no concordaba con ellos. No era posible destruir los idiomas, las religiones, las tradiciones ni las creencias de los que no se ajustaran a su utópica perfección. Tenía que ser una farsa, debía haber otro motivo, pero él ya no quería ser parte de eso. «¿Qué sentido tiene matar gente, solo porque su forma de pensar es diferente a la propia?» se preguntó, pero no pudo encontrar una respuesta.

Nada de todo eso era racional y él era un asesino, eso era todo. No había ninguna justificación posible para sus actos.

Tenía que hacer algo con urgencia; el tiempo no se detuvo por él y sus compañeros esperaban su señal para atacar Palmeras. Se asomó por una ventana para comprobar que no hubiera nadie en la calle y, al ver que se encontraba vacía, dejó la casa. Corrió sin rumbo, sin saber a dónde ir ni qué hacer pero, cuando se dio cuenta, había regresado a la parte nueva de la ciudad y estaba frente a la cabaña donde había dos magos. Quizás inconscientemente, sus pasos lo llevaron hacia la única persona que podría ayudarlo.

Tareq se detuvo por unos momentos. Tomó aire y abrió la puerta. Entró sigilosamente hasta la habitación y se aseguró de inmovilizar a la pareja que descansaba sobre la cama. Cuando sintieron las invisibles sogas que sujetaban sus cuerpos, ambos despertaron, alarmados.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Ajác y Tareq pudo notar el pánico en su voz.

—No teman, por favor, y escúchenme. La señora Viktoria atacará Palmeras. Todos sus magos están esperando mi señal detrás de las murallas. —La voz le temblaba y aún tenía lágrimas en sus mejillas. Sintió entre sus pensamientos la presencia de Ajác y la de su esposo, sabiendo que nadie podía mentir en su propia mente, fuera mago o no.

—*¿Y por qué nos lo dices?* —preguntó el esposo.

—*Escúchenme, maldición. Avisen a sus magos, deben proteger a la gente de la ciudad, mis compañeros entrarán por el muro norte.* —Tareq se sentó en el suelo frente a ellos y comenzó a llorar nuevamente—. *No puedo hacer esto. Maté personas, ¿entienden? Tuve que matar gente inocente que no podía protegerse, gente que no pudo despedirse de su familia, que no tuvo ninguna oportunidad contra mí. Por eso vine con ustedes, para salvar a quienes pueda.*

—*Debo ir por Vila* —dijo Ajác.

—*Ya protegí a la sacerdotisa, la oculté en una cabaña en construcción y nadie puede verla. Por favor, avísenles a los demás magos. Protejan a quienes puedan. Si no doy la señal, los magos atacarán al amanecer. Creo que aún quedan algunos minutos en los que podrem…*

—*Ya está comenzando a amanecer* —dijo el hombre, sin dejarlo terminar.

Tareq se puso de pie de un salto.

—¿Qué haré? —preguntó, desesperado, y comenzó a pasearse de lado a lado de la habitación, con ambas manos sujetándose la cabeza.

—Libéranos, Tareq —dijo Ajác con suavidad. El muchacho los miró confundido, pues había olvidado que aún eran sus prisioneros, y terminó con el hechizo que los sujetaba. El esposo se levantó sin perder el tiempo y comenzó a vestirse con rapidez. Ajác lo imitó y Tareq les dio la espalda.

—Su casa está marcada —dijo con la voz ahogada—, al igual que una más del otro lado del muro, cerca de aquí.

—Gracias, Tareq —dijo el hombre—. Ya hemos avisado a los dem...

La frase fue interrumpida por un sonido atronador, muy cerca de ahí, que le hizo erizar la piel y acelerar el corazón. Tareq giró para verlos y se sintió mareado y atemorizado.

—Que Sinmá nos proteja, ya han comenzado —dijo el esposo de Ajác.

—Ve, Mihaí —dijo ella, apresurada—, me quedaré con él.

Vio con cierta envidia y, a su vez, con angustia que Mihaí abrazó a su esposa por unos segundos, le besó las manos y, después, se fue corriendo. Tal vez era la última vez que ellos se verían y no pudo evitar sentirse culpable por el incierto destino de los esposos.

—Tareq, debes calmarte y pensar en qué harás. —Ajác lo trajo de vuelta a la realidad—. No podré quedarme por mucho tiempo, me necesitan ahí fuera.

Tareq se limpió el rostro enrojecido con la manga de su camisa, pero las lágrimas continuaban cayendo.

—Iré primero a ver a Vila. Luego intentaré proteger a los habitantes de Palmeras sin que mis compañeros me vean —dijo con un hilo de voz y, momentos después, agregó—. ¿Sabes? Ella tenía razón, soy un mal nacido. Pensé mucho en lo que sucedió en el templo. Tú me preguntaste por qué los atacaba, y te respondí que era una orden. Ustedes mataron a los soldados para defenderse y mis muertos no pudieron defenderse de mí.

Les llegaba desde afuera el sonido de la gente que corría, como así también los gritos y llantos de las personas que huían de los magos de la reina y Ajác se asomó por una ventana para ver la situación.

—Ahora no. —Ajác se acercó a él, puso una de sus manos en su hombro y Tareq sintió su cuerpo ponerse rígido ante el contacto—. Protege a Vila, te prometo que hablaremos después. Gracias por avisarnos.

Ajác sonrió y Tareq la miró por unos segundos sin comprender cómo podían agradecerle con tanta sinceridad. La ciudad estaba siendo invadida, él esperó hasta el último minuto para ponerlos al tanto de lo que ocurriría y, aun así, le confiaban la seguridad de Vila, sin objetar ni dudar de sus intenciones.

«En su lugar, yo me hubiera asesinado» pensó con amargura, al notar lo diferentes que eran de él.

Tareq dio media vuelta sin responderle y saltó por la ventana; afuera se encontró con una escena tan terrible que se le heló la sangre. Las llamas rodeaban a muchas cabañas y la gente, desesperada, corría con los niños en brazos, intentando abrirse camino entre las lenguas de fuego que se adherían a todo aquello que alcanzaban, fuera tela o fuera piel.

—Tareq ¿estás bien? —exclamó uno de sus compañeros, un maestro de los elementos, al verlo quitarse el pañuelo que le cubría el rostro para limpiar las lágrimas que caían de sus irritados ojos. Vio al hombre empujar sin remordimiento alguno a una mujer contra una de las cabañas incendiadas—. ¿Qué te suce...?

Tareq no dejó que terminara la pregunta y acabó con su vida sin responder. El cuerpo del mago cayó envuelto en una nube de polvo y, a los pocos segundos, las llamas alcanzaron su túnica y corrieron apresuradas por su vestimenta hasta convertirlo en una pira.

Miró a su alrededor, vio que una maga estaba incendiando una cabaña y reclamó su vida, también. Terminó con las vidas de dos más de sus compañeros, sin detenerse siquiera a pensarlo, antes de llegar hasta donde estaba Vila. Le bastó ver lo que estaban haciendo para no sentirse culpable de desobedecer las órdenes de la reina.

Comprobó que nadie hubiera notado la ausencia de la construcción ni el hechizo que la ocultaba, por lo que regresó sobre sus pasos e irrumpió en una de las cabañas habitadas más

cercanas, que quedaron a resguardo del fuego. Volvió a cubrir su rostro con el pañuelo, se echó sobre la cabeza una manta que encontró allí, encorvó su espalda y volvió a salir.

Corrió entre las cabañas en llamas, murmurando hechizos para acabar con los fuegos que amenazaban con destruirlas, en un intento de retrasar los planes de la reina.

—¿Qué demonios haces? Maldito traidor. —Uno más de sus compañeros lo descubrió y se acercó a él, amenazante.

—Está muriendo gente inocente —dijo Tareq con desesperación—. ¿No te pesa matar a personas que no pueden defenderse?

—¡Defiéndete entonces! —gritó arrojando contra él una pequeña bola de fuego. Tareq la detuvo en el aire con un movimiento de su mano y la hizo desaparecer.

—No hagas esto, por favor. Sabes que soy capaz de matarte antes que puedas volver a levantar una mano.

—¡Tenemos órdenes, Tareq! Estás traicionando a Pyebra, la señora Viktoria se enterará de esto.

—No, no lo hará —dijo Tareq y, lanzando otro hechizo, acabó con la vida del mago.

Tareq le dio la espalda y tosió varias veces; el humo comenzaba a irritarle la garganta a pesar de que llevaba cubierto su rostro y los ojos le ardían tanto que le parecía llevar una brasa encendida en cada uno de ellos. El muchacho empezó a correr hacia otra cabaña en llamas, pero hizo solo un par de metros cuando su cuerpo se paralizó por completo y cayó de cara al suelo. Sintió el sabor metálico de la sangre al lastimarse los labios por el golpe.

—¿Qué haces, Tareq? —Era la calmada voz de Lehsa esta vez—. Me pregunto por qué razón estás atacando a nuestros compañeros tan cobardemente.

Lehsa le dio una patada en el costado; Tareq se quejó, pero no pudo moverse.

—No. Todo esto está mal, está mal lo que la señora Viktoria está haciendo —susurró.

—¿Qué sabes tú de lo que está bien o lo que está mal? —preguntó sin perder la calma, antes de volver a patearlo pero, esta vez, en el rostro y Tareq maldijo—. Tenemos órdenes que cumplir. ¿Quién crees que eres para cuestionar a la reina? Te llevaré ante ella para que…

—No llevarás a nadie a ningún lado —dijo Mihaí en algún lugar detrás de él—. No permitiré que le hagas más daño.

—Déjalo —susurró Tareq—. Protege a los demás, son más importantes que yo.

—Vaya, Tareq el mártir —dijo Lehsa y lo pateó en el vientre, otra vez.

Mihaí arrojó una esfera de luz blanca que envolvió a Tareq y, también, pareció anular todos sus sentidos por unos instantes. Dejó de oír, de sentir, de ver, su respiración se entrecortó pero, antes que la desesperación se adueñara de él, fue capaz de recuperarse. Sintió su respiración agitada y el sudor caer por su frente.

Se incorporó y abrió los ojos despacio; solo pudo ver que todo era blanco, menos su cuerpo. Sintió que era libre de moverse, pero parecía que el suelo en el que se encontraba sentado se unía con lo demás a su alrededor, al no notar sombras ni nada que indicara a qué distancia estaba el final de esa blancura. El abdomen y el rostro le dolían por los golpes de Lehsa y se llevó la mano al rostro para comprobar sus heridas.

—¿Estoy muerto? ¿Vendrá alguien a decirme qué sucede? —dijo en voz alta. Podía escuchar su voz, pero solo eso. Ante el desconcierto y la incertidumbre, cerró los ojos y se decidió a esperar. No podía ser que hubiera muerto, Mihaí no pudo haberlo hecho.

2

La esfera de luz hizo desaparecer a Tareq delante de los ojos asombrados de Lehsa. Antes que el mago pudiera reponerse de la sorpresa, Mihaí entró en su mente y comenzó a caminar entre sus recuerdos, como Ajác le enseñó a hacer. No le tomó mucho tiempo llegar hasta la esfera de energía y absorber lo que quedaba de ella. Lehsa se desplomó en el suelo; se quejó por la intrusión pero, a los pocos segundos, enmudeció.

—*Tengo al mago llamado Lehsa. Estaba atacando a Tareq.*

—*Déjame a esa alimaña* —dijo Bela—. *Borraré sus recuerdos sobre lo que sucedió con su compañero, después veremos qué hacemos con ellos.*

—*Iré por él* —agregó Tino y, unos segundos más tarde se presentó frente a Mihaí. El muchacho se acuclilló junto a Lehsa, tomó su mano y ambos desaparecieron en un remolino de polvo y cenizas.

—*Buen trabajo* —dijo Dima. Mihaí, al quedarse solo, se alejó corriendo hacia donde estaban los demás.

Los magos de la señora Viktoria asesinaron a muchas personas sin reparar siquiera en su edad. Había madres abrazando a sus niños, hombres protegiendo a sus familias y todos yacían muertos donde los invasores los encontraron. Los pocos que lograron escapar, huyeron al otro lado de la ciudad.

Los soldados de Palmeras se presentaron en el lugar, aunque sin saber qué hacer, y los magos de la reina los mataban con una facilidad aterradora. Bastaban unas simples palabras para que cayeran sin vida. Los magos de Palmeras les dijeron que se mantuvieran alejados donde no pudieran ser vistos por los enemigos, por lo que, después de sus instrucciones, permanecieron en las puertas que separaban la parte nueva de la vieja, ayudando a organizar a los aldeanos que huían del incendio.

Como esa ampliación se construyó fuera de las murallas originales de la ciudad, abrieron una puerta de no más de diez metros de ancho por cinco de alto para unir ambas secciones, pensando, en un futuro, derrumbar esa parte del muro antiguo. Gracias a que la muralla aún no había sido derribada, los magos de Palmeras pudieron detener a los invasores en esa parte y, así, evitaron que el daño fuera mayor de lo que ya era.

Los magos de elementos de la señora Viktoria creaban extensas nubes de polvo y de humo, detrás de las que se escondían los magos con poderes mentales. De esa forma, se habían movido con total impunidad para atacar a quienes se cruzaban en sus caminos.

Tras la pérdida de Ky Ha en el anterior enfrentamiento entre los magos, Drian era el único de Palmeras capaz de manejar los elementos y era quien más se esforzaba, al ser el encargando de utilizar sus poderes para disipar las oscuras nubes que acariciaban la superficie de la ciudad para que sus compañeros pudieran atacar. Sin embargo, su energía se consumía a una velocidad vertiginosa al mover enormes cantidades de aire para lograrlo.

En algunos momentos era asistido por Ade, aunque ella no podía ayudar con sus energías a todos a la vez. Drian cayó desmayado más veces de las que pudieron contar y sus compañeros temían que no pudiera detener los hechizos antes de que su energía se acabara por completo.

—*Drian volvió a caer* —dijo Bela a sus compañeros—. *Debemos intentar algo más o podríamos perderlo.*

Sin embargo, Ade lo asistió y, en unos segundos, el hombre estaba de pie otra vez.

—Drian, no está funcionando —dijo Dima—. *Préndelos fuego.*

—Señor, ¿está seguro? —preguntó, asombrado.

—Sí. A todos. No podemos arriesgarnos más. Áliza, crea una ilusión delante de Drian. Ade, tú lo asistirás. Debemos llegar a los demás magos y no podemos hacerlo de otra forma.

—Entendido, señor —dijeron a la vez.

Dima hizo retroceder a sus magos hasta detrás de la muralla que separaba ambas secciones, manteniendo a sus enemigos del otro lado. Áliza creó delante del enorme hombre una imagen de las puertas, tal como se verían si estuvieran despejadas, y dio una señal a Drian, quien avanzó con pasos seguros por el medio de la abertura y se adentró entre las nubes de humo. Caminó hasta llegar a los nuevos límites de la ciudad y allí se detuvo.

—Ade, empezaré ahora.

—Adelante —respondió ella.

Drian levantó ambas manos y comenzaron a formarse enormes llamas a su alrededor, aún más grandes que las que ya estaban consumiendo los restos de las cabañas que aún se mantenían en pie. El hombre retrocedió a paso lento para asegurarse de que, en esa ocasión, no quedara ni un centímetro sin cubrir. Algunos de los magos de la señora Viktoria hicieron el intento de atacar a quien originaba las llamas, pero no podían verlo; ninguno de ellos fue capaz de llegar a Drian y sus esfuerzos se consumieron con las llamas que lo rodeaban.

—¡Vila! — exclamó Ajác. Comenzó a correr hacia las puertas pero Mihaí la retuvo—. ¡Vila está allí! ¡Está en las cabañas y el gigante la cocinará!

En ese mismo momento, Mihaí sintió que Tareq intentaba con urgencia comunicarse con él. Cuando se lo permitió, escuchó la desesperación en su voz.

—Vila está en peligro. No podré mantener el hechizo que la protege por mucho más tiempo, mis energías se agotarán de un momento a otro.

—Muéstrame donde está y enviaré a buscarla. Cuando te lo diga, debes terminar el hechizo.

Tareq le mostró, en un recuerdo, la ubicación de la cabaña en construcción y Mihaí se comunicó con los demás para que le concedieran retirar a Vila de ahí; Dima aceptó y Tino se preparó para ir por ella.

—Ahora —dijo Mihaí y Tareq terminó con el hechizo que la protegía.

Tino no tardó más que unos segundos en ir por la sacerdotisa y regresar pero, a pesar de eso, su camisa se había prendido fuego. Vila aún dormía cuando el muchacho la dejó en brazos de Mihaí. Tino se quitó la camisa y la arrojó al suelo, para apagar las llamas. Ajác se acercó corriendo a ellos y ayudó a su esposo a revisar que estuviera fuera de peligro.

—Vila está a salvo.

—Los dioses te bendigan. ¿Podrías decirme dónde estoy?

—Luego, no puedo distraerme en estos momentos, discúlpame.

Mihaí terminó la conversación con Tareq sin esperar a que él dijera algo más. Un grupo de soldados, que estaba junto a los magos de Palmeras, tomaron a la sacerdotisa y la llevaron a la Villa del Señor Jeno, para que descansara a salvo allí.

Pasaron algunos minutos más hasta que Drian regresó con sus compañeros, dejando detrás de él una hoguera cuyas llamas tenían, al menos, cinco metros de alto. Cuando cruzó las puertas, tanto Ade como él se desplomaron en el suelo. Héctor se acercó a Drian, lo levantó en brazos para alejarlo de donde había caído y Bela los siguió de cerca, mientras curaba las quemaduras del cuerpo del enorme mago.

—Dudo que haya quedado alguien vivo del otro lado —dijo Dima—. *Esperaremos unos minutos y luego iremos a comprobarlo. Áliza, Shanyi, Tino y Mihaí se quedarán conmigo. Los*

demás resguárdense en mi casa en cuanto Drian y Ade estén recuperados. Bela, cuando termines con Drian ven con nosotros.

—Entendido, señor — dijeron al unísono.

—¿Señor, que haremos con Tareq y Lehsa? —preguntó Ajác.

—Lehsa no tendrá recuerdos de lo que vio hacer a su compañero, por lo que lo mantendremos como prisionero hasta que la señora Viktoria se retire de aquí, si todavía está viva. Tareq es libre de hacer lo que desee. De no haber sido por él, hubieran destruido la ciudad completa y no sé qué sería de nosotros ahora.

Los magos se separaron en dos grupos y Ade se puso de pie, al haberse recuperado parte de su energía. Héctor alzó a Drian y se alejaron caminando despacio hasta la casa de Dima, que quedaba a pocas calles de donde se encontraban. Bela los miró por unos momentos y, luego, fue hacia donde se encontraban los demás.

—Por favor, los que se quedarán aquí, abandonen esta sala —dijo Dima. Los magos se reunían en una representación mental del salón donde hacían las prácticas habitualmente—. *No quisiéramos ser interrumpidos. Volveremos a contactarnos con ustedes cuando regresemos.*

—Pero, señor, ¿cómo sabremos si necesitan ayuda? —dijo Ade.

—Ustedes manténgase a salvo y no nos sigan, es una orden. Abandonen la sala o los expulsaré.

Las imágenes de los magos se esfumaron de la sala, sin objetar.

—¿Por qué, Dima? —preguntó Shanyi.

—Porque si morimos allí, alguien tiene que quedarse para defender la ciudad, no estoy seguro de lo que puede ocurrir cuando encontremos a los magos de la señora Viktoria. Si tienen conexiones individuales, córtenlas, Mihaí, Bela. Los que quedan tendrán que ser pacientes y esperar a nuestro regreso. Si ellos saben que fuimos heridos no dudarán en dejar la seguridad para venir por nosotros y es algo que no puedo permitir.

Todos estuvieron de acuerdo y cerraron sus conexiones individuales, sin despedirse de los demás.

Los magos se quedaron esperando hasta que las llamas comenzaron a extinguirse y luego fueron apagando los pequeños fuegos que había delante de ellos mientras caminaban.

El suelo crujía a sus pies y el olor amargo del humo les hacía picar la garganta, por lo que tosían cada pocos segundos. Había cuerpos calcinados, diseminados hasta donde alcanzaba la vista y Shanyi, que iba delante del grupo junto a Áliza, lloraba en silencio, esforzándose por no ver lo que había a su alrededor.

—Shanyi, debes controlarte —dijo Áliza—. *Tienes que estar atenta, podemos encontrar magos en cualquier momento. Si miras hacia el cielo no podrás verlos.*

—Esto es muy difícil. Murió mucha gente, hay niños allí.

—Regresa, Shanyi. Dile a Ajác que venga en tu lugar —Shanyi quiso protestar, pero Dima no la dejó hablar—. *Nos pones en riesgo a todos si estás distraída y no podemos permitírnoslo.*

Shanyi se limpió la cara con el pañuelo que cubría su cabello, dio media vuelta y miró a Dima. La muchachita abrió la boca para hablar, pero antes de decir una palabra, sus ojos se abrieron al doble de su tamaño, levantó una de sus manos y de su palma salió despedida una esfera de luz roja. Dima se agachó ante la sorpresa y siguió con la mirada el recorrido de la esfera, que volaba con rapidez.

El hombre que la recibió voló por el aire por la fuerza del impacto y cayó cinco metros atrás, con el pecho abierto en una horrible herida. Shanyi lo vio cuando intentaba escapar, mientras

creaba una débil nube de polvo alrededor de él.

—Intentaré estar atenta de ahora en más —dijo Shanyi con la voz temblorosa.

—Bien hecho, amiga. —Tino sonrió y le dio una palmada en el hombro cuando pasó junto a ella.

Dima asintió y continuaron caminando, más alertas que antes. Llegaron hasta el otro lado de la ampliación sin encontrarse con nadie más y subieron la escalera de piedra por la que Tareq bajó horas antes, escudados con una ilusión que creó Áliza.

Dima llegó a la cima de la muralla, vio que al otro extremo, había un enorme montículo de tierra y cerca de allí se concentraba un grupo de no más de cincuenta personas. Algunos estaban tendidos en el suelo, mientras otros permanecían de pie a su alrededor y uno de ellos iba de un lado al otro. Alcanzó a distinguir, entre todos, a la señora Viktoria, cuya blanca piel parecía reflejar la luz del sol que se colaba entre las nubes de humo que brotaban, aún, del incendio de la ciudad.

—*Los veo* —dijo Dima—. *Están del otro lado, son alrededor de cincuenta. La señora Viktoria está entre ellos, así que caminaremos hasta el otro extremo. Parece que han hecho una escalera de tierra que llega hasta alcanzar la cima del muro. Áliza, deberás crear otra ilusión para protegernos hasta que hayamos conseguido bajar.*

La maga asintió y se adelantó hasta llegar al lado de Dima. Algunos segundos después, hizo una señal al resto para que la siguieran. Corrieron por la muralla hasta el otro extremo y comenzaron a descender por la escalera de tierra en silencio.

Uno de los magos de la señora Viktoria miró hacia donde ellos se encontraban. Los magos de Palmeras se detuvieron, conteniendo la respiración; estaban a algo más de cincuenta metros. El mago continuó con sus tareas momentos después.

—*Nos han visto* —dijo Mihaí—. *Puedo escucharlo hablar con los demás.*

—*¡Ataquen!* —exclamó Dima sin siquiera cuestionarlo.

Áliza creó un escudo frente a ellos. Dima y Mihaí lanzaban blancas y luminosas esferas de energía hacia los invasores, a la vez que estos intentaban acabar con sus vidas de igual forma, pero sus esfuerzos eran vanos al desviarse en el escudo de Áliza. Tino tomó a Mihaí y a Bela de las manos y los llevó con él a un claro que había fuera de las murallas de Palmeras, más allá de donde estaban los magos de la señora Viktoria.

—*Atáquenlos* —dijo el muchacho y volvió a desaparecer.

Mihaí y Bela se recuperaron con rapidez de la confusión que les causó haber sido transportados por Tino, sin previo aviso, y continuaron atacando.

3

La melódica voz de Shanyi comenzó a cantar sus hechizos y tres magos enemigos cayeron de rodillas sosteniendo su cabeza, mientras otros cuatro gritaban y se retorcían en el suelo. Tino regresó y se llevó consigo a Dima y a Áliza.

La reina vociferaba órdenes a sus desorganizados discípulos, cuando una joven de rostro moreno que estaba a su lado le señaló a la muchacha que cantaba.

—¡Tú! —La reina levantó sus manos y la canción se detuvo.

Shanyi se vio arrojada desde la cima del montículo de tierra, arrastrada por las cuerdas invisibles que la sujetaban. Aterrizó sobre su costado, su codo derecho crujió por el golpe y ella gritó de dolor. La señora Viktoria rio y la obligó a ponerse de pie.

—Mira, Nihá, así es como se ve una escoria que se revela ante sus señores —dijo la reina y se acercó a ella caminando con calma.

—Y así es como se ve una bruja que asesina a su propio pueblo. —Shanyi levantó el rostro y la miró con desprecio. Contuvo las lágrimas que amenazaban con caer de sus ojos y sonrió burlonamente—. Vaya, pensé que sería una visión un poco más… impactante. La famosa reina Viktoria solo parece una campesina despechada.

—Qué poca estima tienes por tu propia vida, muchacha insolente —exclamó la reina y las cuerdas que sujetaban a Shanyi se apretaron más alrededor de su cuerpo—. Te llevaré conmigo al Palacio de Las Hojas, seguro mis soldados encontrarán la forma de divertirse contigo.

—Me divertiría más que me entregaras a tus magos —dijo a media voz—, tengo una cuenta pendiente con uno de ellos. Lehsa es su nombre, si no recuerdo mal. —Shanyi soltó una carcajada y Viktoria la miró extrañada—. ¡Oh! Cierto que lo tenemos cautivo, perdón la confusión.

—*Tino, necesito que vengas por mí en cuanto pueda moverme* —dijo Shanyi a su compañero.

—*Por supuesto. ¿Te encuentras bien?*

La señora Viktoria abrió la boca para hablar, pero Shanyi no le dio tiempo a hacerlo, recurrió a sus poderes y entró en la mente de la reina.

—*Detente, te lo ordeno* —exclamó ella y Shanyi pudo sentir el miedo que acompañaba a sus palabras.

—*Tú no tienes derecho a darme órdenes, maldita bruja* —respondió.

Shanyi se acercó a las memorias de la reina y, recordando lo que Ajác dijo, comenzó a pasearse entre ellas, tocándolas por breves segundos. Las sogas que la sujetaban se liberaron, Shanyi levantó sus brazos y la señora Viktoria cayó de rodillas. Nihá, la maga que estaba junto a ella, entró a la mente de Shanyi, quien percibió el asombro que sintió al encontrarse con sus murallas.

—*Sal de aquí de inmediato, no me hagas perder el tiempo* —dijo Shanyi. La imagen de la muchacha se desvaneció y Tino apareció a su lado.

—¿Estás bien? —dijo el muchacho.

—Sí, vayámonos de aquí.

Tino la tomó de la mano y se dispuso a llevarla junto a los demás.

Nihá levantó una de sus manos antes que ellos desaparecieran y alcanzó a sujetar el antebrazo de Shanyi con una de las sogas invisibles que utilizaban para atacar. Nihá quiso retener a la muchacha, tirando con fuerza de las ataduras. Shanyi sintió que era arrastrada hacia atrás y que la

piel de su brazo se desgarraba en el mismo momento en que desaparecían.

Cuando aparecieron junto a sus compañeros, la muchacha se desmayó y cayó al suelo, ante el asombro y confusión de los demás. Tino se arrodilló a su lado y la hizo girar para acostarla sobre su espalda.

—Maldición —murmuró. Shanyi yacía sobre un charco de su propia sangre.

—¿Qué sucede? —preguntó Dima.

—Shanyi está herida y necesitaré regresar, continúen atacando —dijo Tino.

Áliza gritó y se llevó la mano a la boca al ver lo que sucedió. Bela se arrodilló junto a Tino y comenzó a examinar el brazo de Shanyi, para detener el sangrado.

—Bien. Áliza no dejes que se desvanezca la ilusión. Concéntrate, por favor —dijo Dima.

—Mihaí, ataca a la maga que está junto a la reina, iré por el brazo de Shanyi —agregó Tino antes de desaparecer.

El mago asintió y atacó a la discípula de la reina. Tino regresó apenas un segundo después, con el estómago revuelto y el rostro pálido por la impresión. Le entregó a Bela el brazo desgarrado de su compañera y se alejó de ellos.

—*¿Tino?* —preguntó Mihaí.

—*Estaré bien. Sigan atacando a esos malditos.* —Tino esperó unos momentos hasta que pudo recobrarse y, cuando estuvo mejor, sacó de su cintura un cuchillo—. *Podré hacer tres viajes solo y pienso aprovecharlos. Déjenme esta zona libre.*

—*Quédate aquí* —dijo Dima, alarmado.

—*No, señor, no lo haré.*

Tino desapareció y reapareció entre los magos de la señora Viktoria. Ninguno de ellos llevaba armas, por lo que no tuvo que luchar para reclamar sus vidas. Regresó a sus compañeros con la hoja del cuchillo ensangrentada y sus primeras tres muertes en su consciencia. Tenía la respiración agitada y su sangre alterada le cosquilleaba en las venas de una forma que nunca antes sintió.

Drian le enseñó a utilizar las armas y, para satisfacción de su compañero y maestro, aprendía rápido y los entrenamientos era algo que ambos disfrutaban hacer a diario. Tino, en poco más de un año, dejó de ser aquel «pequeño niño», delgado y bajito, y se transformó en un muchacho alto y fornido. Sus compañeros solían bromear diciendo que tanto pasar tiempo con Drian, estaba empezando a parecerse a él.

—Tino, detente. —Dima lo tomó del brazo salpicado con la resbaladiza sangre de los magos de la señora Viktoria—. Te estás exponiendo a ser herido.

—No, señor. Esas basuras destruyeron nuestra ciudad, mataron a nuestra gente y le arrancaron un brazo a Shanyi —dijo liberándose—. Si caigo, arrastraré conmigo a tantos como pueda, lo autorice o no.

Antes de escuchar a Dima decir algo más, Tino volvió a desaparecer y reapareció junto a dos magos que estaban apartados de los demás. El primero de ellos murió sin saber qué iba a sucederle.

—Hijo, soy yo, detente por favor —dijo un hombre con el rostro cubierto de suciedad, poniendo sus manos delante de él. Tino lo miró por unos segundos.

—¿Padre? —El muchacho quedó con la mano que sostenía el cuchillo en alto, listo para enterrarlo en su cuello.

—Ven conmigo, la señora Viktoria es una buena mujer, y te ayudará a ser un mejor mago, ya verás.

—¿Cómo podría, después de lo que han hecho esta noche? ¿No te da vergüenza pedirme que la siga?

—Ingenuo. ¿Crees que esconderse aquí y desobedecer las órdenes del rey es lo correcto? Ven conmigo y sálvate de morir con este montón de escoria.

—No, padre.

—Muchacho ignorante —exclamó con brusquedad.

Tino regresó una vez más junto a sus compañeros y, en esta oportunidad, mucho más enojado de lo que estaba antes.

—Maldición, Tino, ya quédate aquí —exclamó Mihaí—. ¿Qué pretendes?

—Hacer la mayor cantidad de daño posible. —Apretó los puños antes de volver a dejarlos.

Esta vez, apareció cerca de la señora Viktoria, que estaba custodiada por cinco de sus discípulos. Vio, antes de presentarse allí, que su padre corrió hacia ella en cuanto él lo dejó. Reclamó la vida de tres de ellos y había tomado a una maga cuando su padre y la reina se percataron de lo que sucedía.

—Espera, muchacho —dijo el hombre.

Tino se detuvo, con el filo de su cuchillo a punto de rebanar otra garganta. La mujer forcejeó para liberarse, pero el muchacho la retuvo con fuerza.

—¿Qué quieren? ¿Piedad? —exclamó apretando los dientes—. Tendré la misma que tuvieron ustedes cuando pensaron en atacar Palmeras.

—¿Este es tu hijo? Es muy parecido a ti —dijo la reina con calma y miró a ambos alternadamente—. ¿Vendrás con nosotros, Tino? Podremos hacer grandes cosas juntos. Imagínate, con lo habilidoso que eres, serías...

—Solo en sus pesadillas me verán, pues eso seré de ahora en más para ustedes.

—Mátelo, mi señora, yo ya no tengo un hijo —dijo antes de darle la espalda.

Tino apretó la empuñadura del cuchillo hasta que su mano perdió el color; la mujer que tenía cautiva se quejó e intentó liberarse por última vez.

—Padre, la próxima vez que nos encontremos, yo te mataré a ti.

Tino deslizó el cuchillo por su cuello, sin quitar la vista de los ojos violetas de la señora Viktoria. La sangre caliente de la mujer que tenía en sus brazos bañó la hoja de su arma y llegó hasta su mano. Por primera vez, escuchó el gemido de dolor y el murmullo ahogado y burbujeante que provenía de una garganta abierta. En las ocasiones anteriores, no había permanecido tanto tiempo junto a sus víctimas.

La reina gritó, enfurecida, y Tino sonrió antes de empujar a la mujer hacia ella y desaparecer. Cuando regresó junto a sus compañeros, vio que la reina encendió en rojas llamas el lugar donde él estuvo segundos antes y los cuerpos que yacían a sus pies estaban consumiéndose a gran velocidad. Ya no volvió a ver a su padre.

Después de unos segundos, apartó la vista, se agachó, enterró su cuchillo, tomó un puñado de tierra y se restregó las manos para quitarse, en parte, la sangre que lo cubría. El muchacho se puso de pie y se acercó a Bela. Para su alivio, nadie preguntó qué sucedió allí.

—Me falta muy poco, aunque solo pude arreglar lo esencial, necesito a Ade para continuar.

Shanyi volvió en sí y quiso sentarse, pero Tino la detuvo.

—Quédate quieta, Bela terminará en unos momentos —susurró.

—¿Qué te sucedió? Estás lleno de... —dijo Shanyi con preocupación.

—No es mi sangre, es de ellos —murmuró y señaló hacia detrás de él, donde estaban los magos invasores—. Tenía que cobrarles por lo que te hicieron.

—Tino… ¿Qué hiciste? —dijo Shanyi con los ojos llenos de lágrimas. Su mano sana buscó la

del muchacho.

—Hizo lo que debía hacerse —intervino Bela—. Niña, esos condenados te arrancaron un brazo, Tino fue por él y lo acomodé lo mejor que pude. Cuando regresemos, terminaré de arreglarlo, porque necesito la ayuda de Ade para hacerlo. No te asustes por cómo se ve ahora, quedará perfecto cuando hayamos terminado. —Bela se quitó el pañuelo que llevaba anudado a su cuello y lo puso alrededor del brazo de Shanyi—. Intenta no moverlo y no te quites la venda.

Bela y Tino ayudaron a Shanyi a levantarse y caminaron hacia donde estaban los demás, que seguían resguardados por la ilusión de Áliza y, de cuando en cuando, lanzaban algún ataque hacia los enemigos. Quedaban no más de treinta de los magos de la señora Viktoria y habían creado delante de ellos una nube de polvo para protegerse de ser vistos.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Dima al ver a Shanyi. La muchacha estaba pálida y debilitada por la sangre que perdió, pero podía mantenerse en pie sin ayuda.

—Aún no se librarán de mí.

—Nadie quiere librarse de ti. —Dima sonrió—. Buen trabajo, Bela.

La mujer asintió y luego preguntó, señalado hacia la muralla.

—¿Qué haremos con ellos?

—No lo sé —dijo Dima—. Estamos todos al límite de...

El suelo comenzó a temblar debajo de sus pies y Dima los miró asustado. La escalera que habían levantado los magos de la señora Viktoria se derrumbó con un estruendo. Una espesa nube de tierra se extendió por varios metros y minutos después, cuando el polvo se aplacó, vieron que los magos de la señora Viktoria habían dejado el lugar.

—Los malditos se han escapado —dijo Tino y apretó los puños—, y no me quedan energías para seguirlos, demonios.

—Si no hubieras hecho esas incursiones, ahora serían más los que se escapan. No me gustó que te expusieras de esa forma, pero lo hiciste bien. —Dima le dio una palmada en la espalda. Luego, comenzó a caminar—. Debemos regresar. Además del asunto de Lehsa y Tareq, tenemos que ayudar a los que perdieron todo esta noche. Fue un desastre para el que ninguno de nosotros estaba preparado.

Los demás lo siguieron y se encaminaron hacia el sur, a las puertas de Palmeras.

—¿Cómo pudieron hacer esto? —preguntó Bela después de unos minutos—. Somos todos habitantes de la misma tierra y no les tembló el pulso para matarnos como a ratas.

—Escuché en el mercado decir que los soldados del rey están asesinando a todas las caravanas de aldeanos que encuentran de camino hacia aquí y no perdonan la vida de nadie, ni tan siquiera a los niños —dijo Tino y Bela se llevó una mano al pecho—. Dejan los cadáveres estaqueados a la vera del camino a modo de advertencia para los demás. Tendremos que acostumbrarnos y hacernos fuertes, estamos en las puertas de la próxima Gran Guerra.

—No quiero acostumbrarme a la muerte, no quiero que el hecho de ver niños asesinados sea algo normal en mi vida —respondió Bela.

—Nadie quiere hacerlo —agregó Shanyi.

4

La batalla de los magos destruyó por completo la parte nueva de la ciudad. Allí era donde se alojaban los refugiados de las aldeas de Pyebra que se rehusaron a seguir las órdenes del rey Kirios y aceptaron la invitación del señor Jeno de resguardarse detrás de las murallas de la ciudad de Palmeras.

Fallecieron cientos de personas y otras tantas perdieron todas sus pertenencias. Sin embargo, los muros no recibieron daños considerables.

El señor Jeno, junto a sus consejeros y una centena de ciudadanos voluntarios, estaba ocupándose de organizar y sanar a los heridos y conseguir alojamiento para las familias que perdieron sus hogares.

Los magos se reunieron en el salón que ocupaban, cerca de las puertas de la ciudad. Las gemelas terminaron de sanar el brazo de Shanyi y ya ni rastros quedaban de lo que le sucedió.

Tareq fue liberado de la esfera de luz de Mihaí y Lehsa, que aún no se recuperaba, estaba inconsciente en el suelo, sobre unos almohadones. Cada tanto alguno de los magos entraba en su mente para comprobar que sus energías no se repusieran.

Mientras los demás estaban ocupados en decidir qué harían con el mago de la señora Viktoria, Shanyi se acercó a Tareq, que estaba sentado en un rincón del salón, junto a Lehsa.

—Qué vueltas tiene la vida, ¿no? —dijo y se sentó al lado del joven—. Quién diría que hoy estarías aquí con nosotros, sin intensiones de hacernos daño.

Tareq no contestó. Tenía la vista fija en sus manos y ni siquiera se movió cuando la muchacha habló.

—La última vez que estuviste aquí, atacaste a Áliza —continuó Shanyi y su tono fue cargándose de resentimiento con cada palabra—, tu compañero mató a Ky Ha y casi me mata a mí también. ¿Sabías que Ky Ha era madre de dos niños? Dos niños que quedaron huérfanos por su culpa, dos niños que no podrán recibir el cariño de su madre, que no tendrán quien los abrace por las noches cuando las pesadillas los acechen. —Shanyi se puso de pie, perdiendo la paciencia por la falta de reacción de Tareq—. Di algo, demonios. Te quedas ahí, como si con tu maldito silencio pudieras deshacer el daño, las muertes y la destrucción que causaron en nuestra ciudad.

Los demás magos dejaron de hablar y estaban mirándolos, a esperas de que algo sucediera, pero Tareq no levantó la vista de sus manos. Finalmente, Áliza se acercó a Shanyi y la tomó del brazo.

—Cálmate.

—¿Cómo puedes pedirme eso? —preguntó Shanyi y se alejó de ella—. Sabes muy bien lo que han hecho...

—Suficiente, Shanyi. Déjalo en paz o te haré escoltar a la Villa.

—Por supuesto —dijo la muchacha con una sonrisa—. Basta con pedir perdón para que pasen por alto cualquier delito, ¿no es así? Está bien por mí. Hagan lo que quieran con esta mierda, sigan cuidando de él como si fuera uno de los nuestros, yo me largo de aquí.

Ajác quiso ir tras ella, pero Dima se lo impidió.

—Ya lo entenderá. Déjala, no escuchará a nadie en estos momentos. Le hablaré más tarde, cuando se haya calmado. Tino, ve tú con ella, para evitar que haga alguna locura.

Tino asintió y dejó el salón para ir tras Shanyi. Dima le hizo una seña a Ajác, indicando a Tareq, y la joven mujer caminó hacia él. Se sentó a su lado y Tareq volteó la cabeza para verla.

—Está bien, Ajác. Ella tiene razón, no merezco ninguna consideración de su parte. Ni siquiera merezco estar vivo el día de hoy.

—Salvaste a mucha más gente de lo que crees, Tareq. De no haber sido por lo que hiciste, todos estaríamos muertos ahora. Espero que pienses en eso cada vez que quieras castigarte de esta forma. Esa mujer confundió tu mente con su visión del mundo, no es tu culpa no conocer más que lo que ella dijo. Alégrate por haber sido capaz de darte cuenta.

—Gracias por tus palabras, aunque eso no quita…

—Basta, Tareq, debes dejar de pensar en eso. Te debo mi vida, la de mi esposo, la de mis padres, la de los demás magos y la de las miles de personas que pueden hoy ver el sol nuevamente.

Tareq la miró por unos segundos, una pequeña sonrisa se dibujó en su rostro y volvió a bajar la vista.

—¿Cuándo despertará Vila? —preguntó Ajác después de un largo silencio.

—Cuando decida terminar el hechizo, o cuando yo muera —dijo Tareq sin levantar los ojos de sus pulgares.

—¿Quieres hablar? Ahora que estamos más tranquilos.

Después de pensarlo por unos momentos, Tareq le contó lo que sucedió en la cabaña del último hombre al que mató y lo que lo llevó a tomar la decisión de revelarse a las órdenes. Por momentos, su voz se ahogaba y los ojos se le empañaban, pero él continuó hablando. Le contó a cerca de sus padres, de su familia y de su pesar al no saber si podría volver a presentarse ante ellos por la marca que Vila le hizo y que aún permanecía en su espalda.

Le habló también sobre sus sentimientos hacia Vila, y que gracias a ella y a las pocas palabras que le oyó decir, se dio cuenta de lo equivocado que estuvo todo el tiempo.

—¿Qué crees que sucederá cuando Vila despierte? —preguntó Tareq al finalizar.

—No lo sé. Estaba muy enojada contigo por haber perdido su templo y sus anillos —Tareq la miró sin comprender, y Ajác le explicó que sin ellos no podía ser sacerdotisa—. Prometí que regresaría a recuperarlos, pero no sé cuándo seré capaz de hacerlo, el camino es largo y hay muchos peligros. No me permitirán abandonar la ciudad para ir por ellos.

Tareq asintió.

—Quisiera que estés presente cuando la despierte —dijo sin levantar la mirada—. Tú la conoces mejor que yo y podrás explicarle lo sucedido.

—Si así lo deseas —respondió Ajác.

—Soy un cobarde —susurró.

—No lo creo. Fuiste capaz de reconocer tus errores y salvarnos.

El silencio cayó entre ellos una vez más y, varios minutos después, Tareq volvió a hablar.

—¿Qué harán con Lehsa?

—Aún no lo deciden. Alguien se encargó de borrar sus recuerdos sobre ti y lo que te vio hacer.

—¿Y conmigo?

—Tú eres libre de hacer lo que desees. Si decides regresar con la señora Viktoria y Lehsa es liberado, no correrás peligro de que te delate.

—No quiero regresar, pero estoy seguro de aquí todos los ciudadanos me tratarán con desprecio. Esto es muy complicado.

—No te apresures. Aún no sabremos qué harán con tu compañero, hasta entonces tendrás tiempo de pensarlo.

—¿Y qué se supone que haré si regreso con Lehsa? No puedo mirar a esa gente a la cara sin recordar lo que hicieron. Ni siquiera puedo pensar en lo que yo hice sin sentir desprecio por mí

mismo.

—¿Quieres que despertemos a Vila? Mejor ahora que más tarde. Se sentirá peor.

Tareq se puso de pie y Ajác lo imitó.

—*Iremos a despertar a Vila* —dijo Ajác a Mihaí.

—*Ten cuidado con Tareq.*

—*No sucederá nada, quédate tranquilo. Ya hemos comprobado que no mintió.*

—*Puede haber cambiado de parecer, puede intentar asesinarte, ya lo hizo una vez.*

—*Me cuidaré de él, no temas.*

Ajác y Tareq dejaron el salón para dirigirse a la villa, donde la sacerdotisa estaba ocupando una de las cabañas para invitados. Le habían dado de beber, sin despertarla, la pócima para evitar que la planta de la felicidad hiciera algún efecto en ella.

Caminaron en silencio y Ajác podía ver el nerviosismo que sentía el muchacho, lo que era algo comprensible después de lo que le confesó. Por un lado, era uno de los magos de la señora Viktoria y, por otro, debía enfrentarse a Vila. Tareq caminaba con la cabeza baja y el rostro cubierto por un pañuelo, para evitar ser visto por los pobladores de la ciudad.

—Deberías tranquilizarte. Nada malo sucederá. —Tareq la miró y Ajác se sobresaltó al ver que sus ojos eran grises—. ¿Qué haces?

Al instante los ojos de Ajác cambiaron también de color.

—Rastreo. Es lo que sé hacer. Rastreo por si se infiltró alguno de mis compañeros.

Ajác asintió.

—No pensé en eso, perdóname.

—*¿Sabes si alguien controló a la gente que pasó a la parte vieja de la ciudad?* —preguntó a Ajác a Mihaí.

—*¿Cómo dices?* —preguntó a su vez, asombrado.

—*Tareq está rastreando en busca de magos en nuestro camino hacia la Villa, por si algún mago de la Señora Viktoria se infiltró con la gente que huía del fuego.*

—*Hablaré con los demás.*

Unos minutos más tarde, Mihaí le confirmó que intentaron hacerlo, pero que no pudieron ver a todos.

—Continúa rastreando —susurró Ajác—. No pudieron controlar a todos los que cruzaron.

Tareq asintió y siguieron caminando, cada vez a mayor velocidad. Cuando llegaron a la villa, los guardias los dejaron pasar y uno de ellos los escoltó hasta la cabaña donde se hallaba la sacerdotisa.

Al ingresar, Ajác se dirigió hasta la habitación en la que se encontraba Vila y Tareq esperó en la sala. Ajác se sentó en la cama, al lado de la sacerdotisa, y Tareq finalizó el hechizo que la mantenía durmiendo. Vila abrió los ojos, se sentó de repente y abrazó a Ajác al verla junto a ella.

—Atacaron Palmeras — susurró—. Tareq… él dijo… ¿Tú estás bien? —preguntó y se alejó para mirarla.

—Sí, tranquila.

—Él… él quiso secuestrarme...

—Tareq está aquí.

Vila saltó de la cama, corrió hasta la puerta y Ajác fue tras ella. La sacerdotisa recorrió el pasillo hasta las demás habitaciones y, luego, regresó sobre sus pasos para dirigirse a la sala. Se detuvo al ver que Tareq estaba allí.

Recién al volver a ver al muchacho, Ajác comprendió el comportamiento de Vila. Los magos aún no se habían lavado ni cambiado y ambos tenían el rostro y sus vestimentas cubiertas de

hollín, sangre seca y tierra. El rostro de Tareq estaba golpeado y Ajác había sufrido quemaduras en las mejillas y en las manos al ayudar a la gente de las cabañas.

—¿Por qué? ¿Por qué lo hiciste? —sollozó. Vila se abalanzó sobre él y comenzó a golpearle el pecho con los puños. Tareq permaneció de pie, sin moverse y sin atreverse a mirarla a los ojos.

—De no haber sido por él, las cosas hubieran sido peores de lo que ya son, Vila —dijo Ajác—. Él nos ayudó a salvar la ciudad.

—Yo podría haber ayudado ¿sabes? —dijo, ignorándola, con su vista clavada en los evasivos ojos de Tareq—, pero en cambio me mantuviste dormida… ¿Cuánto tiempo? Ajác, ¿cuánto tiempo estuve así?

—Solo desde anoche.

Vila cerró los ojos, apoyó la frente en el pecho de Tareq y sus brazos cayeron a los lados. El muchacho levantó una mano con la intención de acariciar su cabello, pero no se atrevió a hacerlo y volvió a bajarla.

—¿Quieres escuchar lo que sucedió? —susurró Tareq.

La sacerdotisa asintió, Ajác la tomó del brazo y la condujo al comedor. Cuando los tres estuvieron sentados en torno a la mesa, Ajác le contó todo lo que sucedió la noche anterior. Luego, se puso de pie, ante las miradas de desconcierto de Tareq y Vila.

—Ustedes se deben una conversación en la que yo no esté presente. Hay cosas que no me corresponde decir. Estaré afuera por si me necesitan.

Ajác dejó la cabaña y se dirigió a la caseta de los guardias. Pidió permiso para asearse y los guardias la llevaron a una de las cabañas junto a la de Vila. Le enviaron vestidos limpios y una muchacha para que le ayudara. Cuando terminó, se sentó fuera de la cabaña a esperar. Conversó con Mihaí mientras los esperaba y él le informó que decidieron llevar a Lehsa a las cercanías de Ciudad Capital y lo dejarían ahí para que pudiera regresar por sus propios medios. Ajác le contestó que Tareq y Vila estaban conversando y que aún no sabía qué decisión tomaría.

Cuando cayó la noche, la sacerdotisa y el mago salieron a buscar a Ajác. Ella se puso de pie en cuanto los vio y se dirigió a los jóvenes.

—Ya tomé una decisión —dijo Tareq—. Me gustaría poder decirlo ante los demás también.

Ajác asintió y les hizo una seña, para dirigirse al salón donde esperaban sus compañeros.

5

Pyebra Ciudad Capital

—Princesa Lena, ¿dónde se encuentra? Le he traído su cena.

La nana colocó la bandeja en la mesa y comenzó a recorrer la habitación de la niña. Miró detrás de las cortinas, debajo de la cama y en el balcón.

—Señorita, ya no juegue; su madre se molestará conmigo si le llevo la bandeja con la comida sin tocar otra vez.

—Mi madre siempre está enojada. —La pequeña se asomó desde detrás de la puerta del vestidor. La nana sonrió al verla y se acercó a ella. La alzó y la llevó hacia la mesa.

—La señora Viktoria es una persona con muchas responsabilidades, por eso es que a veces parece enojada. —La nana sentó a Lena en una silla y acomodó la cena.

—La he visto, dentro de su cabeza. Con Dante está feliz, conmigo siempre está enojada. Con Dante pasa muchas horas en la sala de juegos, a mí me obliga a estar encerrada en esa horrible habitación vacía. A él le sonríe, a mí me grita cuando estoy cansada.

La niña comenzó a sollozar, se bajó de su silla y se abrazó a las piernas de su nana. La muchacha se sentó, la subió a su falda y le acarició el negro cabello mientras intentaba tranquilizarla.

—Tu madre está muy feliz contigo también, eres como ella y serás una maga muy poderosa, ya verás.

—Yo quiero jugar con mi hermano, quiero ir a correr al jardín y comer pasteles, no quiero ser una maga poderosa —dijo Lena entre llantos—. El señor Reda me odia, mi madre me odia, mi padre no viene a verme y estoy sola todo el día. Ya no quiero ser maga, ya no quiero que los maestros entren en mi cabeza para obligarme a hacer cosas, quiero estar escondida de todos ellos.

—El rey es una persona muy ocupada y...

—Mi madre le prohibió verme, también lo vi.

—Mi niña —dijo la nana y la abrazó más fuerte—. Te traeré un regalo, para que ya no estés sola ¿quieres? Pero deberás comer toda tu cena ¿sí?

Lena la miró sonriendo entre lágrimas y pasó sus pequeñas manitas por su cara.

—Sí, quiero. Voy a comer hoy. ¿Cuándo lo traerás?

—Cuando termines de cenar —dijo la joven sonriendo a su vez.

Lena comió rápidamente y le pidió a la nana que se apresurara a llevarle su regalo. La muchacha se marchó con la bandeja y, a los pocos minutos, regresó con una canasta cerrada.

Lena estaba saltando en su cama, sin poder controlar su emoción, pero al ver la canasta su alegría se tornó seriedad.

—¿Me traes una canasta de regalo? —preguntó disgustada.

—No, princesa, el regalo está adentro.

La nana dejó la canasta en el borde de la cama y la niña se acercó. Al abrirla, sus ojos brillaron otra vez.

—¿Cómo…? —Lena metió sus manos dentro de la canasta.

La nana se sentó junto a ella y la ayudó a sacar a dos pequeños cachorros, marrones y gordos. Los pequeños animales se acercaron a la niña moviendo las colas y Lena intentó abrazarlos mientras ellos trataban de lamer sus mejillas.

—Estoy muy feliz, de veras estoy muy feliz.

—Yo te ayudaré a cuidarlos y deberás educarlos para que se comporten y no rompan las cosas aquí, ¿sí lo harás?

—Sí, nana. ¿Pueden dormir conmigo?

—Pueden dormir donde tú quieras, tesoro.

Lena jugó con los cachorros hasta que los tres se quedaron dormidos por el cansancio y la nana se retiró a su habitación después de haber acomodado y limpiado el desorden que hicieron.

Lena se despertó temprano esa mañana y desayunó sentada en el suelo, junto a sus dos cachorros. Ella tenía la costumbre de entrar en las mentes de todas las personas que la rodeaban. Nadie le enseñó a hacerlo y nadie le dijo, tampoco, que estaba mal, por lo que también hizo el intento de entrar en la mente de los cachorros.

Estas eran diferentes a las de los humanos, pero se sintió bien. Había en ellos curiosidad, hambre y el deseo de estar con su madre. Lena los tranquilizó, diciéndoles que ellos eran ahora sus amigos y que los iba a cuidar y a abrazar todas las veces que pudiera.

—*Ahora me tengo que ir* —dijo la niña—, *pero volveré a la hora de la comida. Deben portarse bien y no romper nada o mi madre se enojará, ¿sí?*

Lena pudo sentir que los cachorros no comprendían lo que les dijo, pero los abrazó unos momentos y dejó la habitación. Cuando la puerta se cerró, los cachorros comenzaron a aullar y a rasguñar la puerta. La niña volvió a entrar y los cachorros se abalanzaron sobre ella. Lena rio y esta vez se comunicó con ellos transmitiéndoles emociones, su amor y su felicidad al estar junto a ellos.

—*¿Comprenden? Eso quiero decir cuando digo que me voy a ir, pero que voy a regresar. No deben llorar porque alguien los va a oír. Esperen por mí.*

Lena volvió a dejar la habitación y, esta vez, los cachorros no lloraron cuando cerró la puerta. Corrió por los pasillos que llevaban hasta la sala donde recibía sus entrenamientos y todo el camino estuvo pensando cómo hacer para esconder a los cachorros de su madre, ya que cuando ella entrara en su mente sería lo primero que vería. Estaba tan feliz de tener compañía, que iba a ser imposible que no lo notara. Además, ella siempre estaba triste y desganada y hoy se sentía más animada que nunca. Lena se detuvo a mitad de camino.

«Tengo que protegerlos de ella. Necesito un cofre para esconder a mis cachorros» pensó y sonrió al imaginarse poder hacerlo. Decidió que se retrasaría unos momentos para intentar resguardar sus sentimientos. Su madre se enojaría de todos modos, siempre se enojaba.

La pequeña giró a la izquierda y corrió unos metros hasta que dio con una escalera. No le gustaban las escaleras, sus pequeñas piernas aún no le permitían subir de manera rápida como lo hacían los adultos. Se sentó en el primer escalón y cerró los ojos. Imaginó ver un cofre como el que se encontraba en la habitación de juegos. Trató de recordar todos los detalles que tenía. El color, su rugosidad, su aroma a madera y el de la herrumbre de las bisagras; los herrajes plateados y los dibujos de la tapa. Cuando se sintió satisfecha de su apariencia, lo abrió y guardó allí todos los sentimientos que le producían sus cachorros, incluso el miedo que tenía de que alguien los descubriera. Volvió a cerrar el cofre, se puso de pie y corrió al ala sur, donde recibía sus lecciones.

Su madre se molestó por su retraso, pero Lena se sintió muy aliviada cuando al fin terminó su entrenamiento sin que notara nada extraño en ella. Lena corrió a toda la velocidad que sus piernas se lo permitían y llegó a su habitación para encontrarse con sus cachorros. Se asustó al no verlos apenas entró, pero después de buscarlos por todos lados notó que una de las cortinas

estaba abultada de forma extraña. Corrió la cortina con suavidad y los vio durmiendo uno sobre el otro. Los acarició y los pequeños perros se despertaron moviendo las colas. La nana llegó poco tiempo después con el almuerzo para los tres y Lena, esta vez, almorzó en su mesa mientras los cachorros hacían lo propio, sentados a su lado. Lena colocó los platos uno de cada lado, para que no se pelearan, y les dijo que debían comportarse al comer.

Estaba por terminar su almuerzo cuando su madre entró sin anunciarse. Lena no tuvo tiempo de esconder sus cachorros y estos corrieron hacia ella.

—¿Qué significa esto? —preguntó mirando con desprecio a los perros.

—Son mis cachorros, mi nana me los trajo de regalo, ¿puedo quedármelos?

Viktoria los miró por un largo rato, mientras ellos intentaban llamar su atención, pero al no lograrlo, regresaron a sentarse junto a Lena.

—Está bien —dijo finalmente—, pero no quiero que te distraigan de tu entrenamiento ¿entendido?

Lena aplaudió, feliz, prometiéndole a su madre que no iba a distraerse ni iba a volver a llegar tarde a sus lecciones.

Viktoria dejó la habitación sin decir una palabra más. La nana recogió los platos y salió unos minutos después. Lena jugó con los cachorros hasta que uno de los maestros fue a buscarla para su lección siguiente.

Al caer la noche, Lena terminó con su última clase y fue corriendo hasta su habitación. Los cachorros la estaban esperando sentados frente a la puerta y saltaron hacia ella ni bien la abrió. Lena se sentó en el suelo a jugar con ellos hasta que, unos minutos después, entró una muchacha a la que Lena no conocía.

—Princesa Lena, yo soy Teka, su nueva nana. —Se presentó la muchacha—. Ya le he preparado su baño y...

—¿Dónde está mi nana? —Lena se puso de pie—. Vete, quiero a mi nana.

—Ella ya no se encuentra en el palacio, princesa.

—¡Quiero a mi nana! —gritó Lena. La nueva nana se acercó a ella e intentó alzarla en brazos, pero Lena comenzó a gritar más fuerte.

—No te atrevas a tocarme, vete y dile a mi nana que regrese.

Los cachorros corrieron a esconderse debajo de la cama, asustados por el escándalo. La puerta se abrió y entró su madre.

—¿Qué significa este griterío? —Viktoria tenía el ceño fruncido y su voz retumbó sobre las demás.

—Quiero a mi nana, ¿dónde está?

—Tu nana se marchó —dijo Viktoria, sin emoción alguna.

Los ojos de Lena se encendieron como dos pequeñas brasas e ingresó a la mente de su madre.

—*¿Dónde está mi nana?* —gritó, mientras comenzaba a pasearse, enfurecida, entre los recuerdos de su madre. La mujer se tomó la cabeza con ambas manos y cerró los ojos.

—*Desobedeció las órdenes, Lena* —dijo Viktoria con la voz entrecortada—. *Tuvo que recibir un castigo por eso.*

—*No la castigaste, la asesinaste.* —La niña comenzó a llorar al ver un recuerdo donde Viktoria le decía a uno de sus guardias que la matase—. *¿Cómo pudiste, madre? Era la única persona que se preocupaba por mí, la única que me quería y que no me tenía miedo.*

Viktoria no era capaz de responder, su cara estaba contraída por el dolor y la niña no hizo ningún esfuerzo para evitar que sufriera. Quería que sintiera el dolor, la soledad y la falta de atención que ella estaba padeciendo. Por primera vez, comprendió a lo que su madre se refería

cuando le decía que tenía que evitar sentir compasión por las personas. Su madre, en esos momentos, no representaba nada para ella y quería que sufriera para aliviar su malestar. Quería matarla para librarse de ella y de la presión constante en la que vivía.

Tareq estaba a punto de cenar cuando escuchó que alguien llamaba a su puerta con insistencia. Cuando abrió se encontró a una muchachita atemorizada y nerviosa.

—¿Quién eres? —preguntó, confundido.

—Soy Teka, la nana de la princesa. Debe venir, mi señor, la niña está atacando a la señora Viktoria.

Tareq rio.

—Aún no tiene dos años ¿qué daño puede hacerle a su madre? —preguntó con una mueca. La nana tiró de su brazo, con urgencia y Tareq la miró con desconfianza.

—La niña tiene los ojos encendidos como el fuego de las antorchas, mi señor, y la señora acaba de desmayarse. Apresúrese, se lo ruego.

Tareq no sabía que la pequeña hija del rey también era maga, pero le bastó con que la nana describiera sus ojos para darse cuenta de que no mentía. Se apresuró a seguirla, mientras la muchacha lo guiaba a sus habitaciones.

Cuando entró, vio que la princesa Lena estaba sentada en el suelo, llorando mientras abrazaba a dos cachorros marrones. Al mirarla supo que aún estaba utilizando sus poderes. La señora Viktoria yacía en el piso, inmóvil.

Tareq sintió que la niña entraba en su mente y, también, sintió el enojo y el dolor que acompañaban su presencia.

—¿Quién eres?

—Mi nombre es Tareq Sabah. Soy un mago y vivo aquí.

—Te trajo la nana nueva, ¿no es así? Tiene miedo que la lastimara a ella también.

—Por supuesto que tiene miedo, estás atacando a tu madre.

—Dile que no le haré daño, estoy enojada con mi madre porque mató a mi nana

Tareq respiró profundamente y se sentó a su lado.

—¿Tus cachorros ya tienen nombre? — preguntó, intentando distraerla. La niña movió la cabeza de lado a lado—. *Deberías buscarles unos. Si quieres puedo ayudarte.*

Lena hizo una mueca que intentaba ser una sonrisa, pero sus ojos continuaban llorando.

—Sientes lástima por mí —dijo Lena.

—Sí —dijo Tareq—, *ninguna niña debería sufrir lo que tú estás sufriendo. Puedo sentirlo yo también.*

—Vete.

—No, no me iré. Quiero ser tu amigo y ayudarte.

—Estás mintiendo, solo quieres que deje a mi madre.

—Las personas no podemos mentir en nuestra propia mente ¿lo sabías? —Lena negó moviendo la cabeza—. *Si digo una mentira, la verdad habla detrás de mí. ¿Conoces los colores?* —Lena asintió esta vez—. *Fíjate, el sol es azul.*

En la mente de Tareq, apareció una imagen real del sol, iluminando todo el interior. La niña miró fascinada el astro hasta que desapareció, unos segundos más tarde.

—Los caballos tienen alas —dijo cuando se apagó el sol y una imagen de un caballo blanco apareció corriendo a su alrededor.

—Me gustan los caballos —dijo Lena.

—¿Has visto? No podemos mentir en nuestras mentes.

—*Así que es cierto que quieres ayudarme y ser mi amigo* — dijo Lena sonriendo, mientras se limpiaba la carita con las mangas de su túnica. Sus cachorros se habían dormido.

—*Por supuesto. ¿Ahora puedes dejar de atacar a tu madre así se la llevan de aquí?*

—*Quiero que sufra como yo estoy sufriendo.*

—*Tu madre está desmayada, está dormida, ya no puede sentir lo que le sucede, estás perdiendo el tiempo con ella. En lugar de eso, podríamos buscar dos buenos nombres para tus cachorros, ¿qué dices?*

Lena se retiró de la mente de Tareq, dejó a los cachorros a su lado, se puso de pie y se acercó a su madre. Le corrió el cabello de la cara y la miró por largos minutos.

—Llévatela —dijo y levantó la mirada hacia la muchacha que permanecía en la puerta, sin atreverse a entrar. La nana les hizo una seña a los guardias y estos entraron, levantaron a la señora Viktoria y salieron. La nana salió detrás de ellos, cerrando la puerta tras de sí.

Tareq se quedó con Lena hasta cerca de la medianoche, cuando la niña se durmió. Al dejar la habitación, vio a la nana esperando afuera.

—Mi señor, ¿cómo está la niña?

—Está dormida ya. Estaba enojada con su madre por haber matado a su nana anterior. —La muchacha lo miró con espanto y Tareq pudo comprender su reacción. Al mínimo error, ella sería la próxima—. Es una niña muy buena, no debes tenerle miedo, no te hará daño. Es más adelantada que el resto de los niños, es muy inteligente y habla como un adulto, pero también le gusta jugar y hacer travesuras. Trátala como a una niña normal y ella se comportará como tal.

—Gracias, mi señor. Así lo haré.

—No dudes en buscarme si algo ocurre.

A la mañana siguiente, Tareq asistió a los entrenamientos pero la señora Viktoria no estuvo presente. A mediodía se presentó uno de los guardias y le informó que la señora Viktoria deseaba hablar con él. Tareq lo siguió en silencio hasta una de las salas del ala sur, donde se daban las lecciones a los aprendices y que, en ese momento, se encontraba vacía.

—Tareq, querido, toma asiento —dijo, invitándolo a sentarse en un almohadón. Tareq obedeció y se sentó frente a ella—. Me dijo Teka, la nana de mi hija, que anoche fue a buscarte cuando… Cuando Lena me atacó.

—Así es, mi señora. ¿Cómo se encuentra?

—Aún un poco confundida, pero nada que no pase con el tiempo. Gracias por tu ayuda, no sé qué hubiera sucedido si Lena continuaba atacándome.

—Por nada, mi señora, solo hice lo que cualquiera de nosotros hubiera hecho.

—Lena se está volviendo rebelde. Cada vez tiene menos ganas de entrenar y me hace perder la paciencia con demasiada frecuencia, pero ésta es la primera vez que ataca a alguien. Temo que su rebeldía la lleve a dañar a alguien más y no sé qué hacer con ella.

—¿Dejaría que me acercara a ella? ¿Que la visitara con más frecuencia? Quizá logre descubrir cómo hacer para que se interese más por sus entrenamientos.

—Me parece una buena idea, querido. Ya fuiste capaz de controlarla una vez, no dudo que podrás volver a hacerlo, llegado el caso.

«Por un demonio, habla de su hija como si se tratara de un caballo» pensó Tareq, aliviado de que ella no estuviera en su mente en ese mismo momento; de lo contrario, sentiría todo el desprecio que le causaba esa conversación.

—Iré a visitarla por la tarde, después de los entrenamientos, si me lo permite.

—Por supuesto. Ya puedes retirarte.

Tareq se puso de pie y dejó la sala con una reverencia. Comenzó a caminar hacia su habitación, que se encontraba del otro lado del palacio, esquivando a la gente que se cruzaba; no estaba de humor para conversaciones triviales. Sin embargo, pensó que pasar a visitar a Lena por unos momentos, quizá, sería una buena idea. Quería asegurarse que la pequeña se encontrara bien.

Tareq se desvió de su recorrido y caminó hasta la puerta de Lena. Levantó la mano para golpear y antes de hacerlo, la puerta se abrió de golpe. El señor Reda Almairon apareció frente a él y sus miradas se cruzaron por unos segundos.

—Muévete de mi camino, escoria. —Reda lo miró con desprecio. Tareq bajó la cabeza en una reverencia, retrocedió y el hermano del rey se alejó caminando apresurado.

Tareq esperó unos momentos y, luego, golpeó la puerta. Lena le contestó desde adentro, preguntando quién era.

—Soy Tareq, anoche vine a verte, ¿recuerdas? —La puerta se abrió y la pequeña se abrazó a sus piernas. Tareq sonrió, sorprendido—. Vine a ver cómo te encontrabas tú y tus cachorros.

—Estábamos por almorzar, pero llegó mi tío Reda. Viene cuando tiene malos días, a gritarme —dijo con tanta naturalidad que a Tareq le dio un escalofrío. La pequeña se dirigió a la mesa y se trepó a la silla, mientras sus cachorros se quedaban uno a cada lado.

—¿Se lo has dicho a tus padres?

—Mi padre ya no viene a verme, mi madre se lo prohibió, y a ella no le importa lo que me suceda, mientras entrene y sea capaz de hacer las cosas que ella quiere que haga.

—Entra en mi mente Lena, me gustaría decirte algo.

Los ojos de Lena se encendieron y Tareq vio a la pequeña aparecer entre sus pensamientos.

—Esta mañana hablé con tu madre sobre lo que sucedió anoche. Le pregunté si estaba de acuerdo con que te visitara y accedió. Le mentí diciéndole que era para convencerte de que entrenaras con más ganas, pero en realidad solo quisiera pasar tiempo contigo, para acompañarte.

—Ya veo. Quiere seguir controlándome. Gracias Tareq, pero no hace falta. Ahora tengo mis cachorros conmigo, no necesito tu lástima.

—No es por lástima. Quiero ayudarte y hacerte compañía, nada más. Te diré algo, que es un secreto. Y es tan grande que si alguien llega a saberlo, me cortarán la cabeza.

—No me lo digas entonces, no sabría como ocultarlo. Los maestros y mi madre entran en mi mente todo el tiempo. No puedo esconder nada. Excepto por los cachorros. Fui capaz de ocultarle a mi madre que tenía a los cachorros durante toda la mañana de ayer, hasta que ella vino a mi habitación y los vio con sus propios ojos.

—¿Crees que podrías hacerlo por más tiempo?

—No lo sé. No quisiera arriesgar tu secreto, Tareq. Cuando sea capaz de hacerlo, te lo diré y podrás contármelo.

—Está bien. Hay otra cosa que quisiera que sepas. Los magos de Palmeras, una ciudad al norte de Pyebra, son capaces de crear murallas en sus mentes. De esa forma, protegen sus pensamientos de los magos que quieren atacarlos. No sabemos cómo lo hacen, ninguno de nosotros fue capaz de hacer esas murallas. Se derrumban a los pocos minutos y volvemos a quedar expuestos. Como tú fuiste capaz de ocultar a tus cachorros, quizás eres capaz también de crear murallas estables y protegerte de los demás.

El rostro de Lena se iluminó en una enorme sonrisa. La niña bajó de su silla y se arrojó sobre Tareq. El muchacho la miró asombrado.

—¿Debo... puedo abrazarte? —preguntó, sin saber qué hacer con ella. La niña asintió y Tareq

la subió a su falda, la rodeó con sus brazos y le acarició el suave cabello.

—Gracias Tareq. Intentaré hacer esas murallas, así ni los maestros ni mi madre vuelven a molestarme.

—Debes tener cuidado, pues no sé cómo reaccionarán cuando las vean.

—Me da igual, solo quiero mantenerlos lejos de mí. Quiero ver a mi padre y volver a jugar con mi hermano, lo que digan los maestros me tiene sin cuidado.

—Entiendo. También quisiera lo mismo.

6

Viktoria regresaba al palacio en un carruaje modesto, para evitar ser molestada por la gente de Ciudad Capital. Sentía gran desprecio por todo lo que la rodeaba, la gente, el idioma, las costumbres, el maldito calor. No había nada en esas tierras que le produjera satisfacción, a excepción de sus discípulos. Ni tan siquiera sus hijos. Sintió cierto orgullo al ver que Lena era maga, pero la niña se estaba tornando cada vez más peligrosa. El ataque que sufrió días antes le demostró que Lena no era capaz de controlarse si se enojaba y lo que más le molestaba era que ella no fue capaz de defenderse. Eso la llevó a pensar cómo solucionar ese asunto y, por esa razón, fue a ver a los alquimistas que el rey Kirios convocó a Ciudad Capital. Necesitaba con urgencia que dieran con una poción para inhabilitar los poderes de los magos y así poder controlar a Lena, aunque eso significara que no volviera a utilizarlos. Lamentaba tener que perder el poder de la niña, pero era mejor eso al riesgo que corrían los demás e, incluso, ella misma.

La Dama de la Cueva no estuvo de acuerdo con su decisión, le sugirió aislar a la niña como castigo, pero Viktoria creía que eso iba a afectar aún más su carácter.

Al llegar al palacio, Viktoria se dirigió a la sala de juegos, donde estaba Dante con su nana. El niño corrió a su encuentro al verla y Viktoria lo levantó en brazos por unos minutos. Luego el niño quiso bajarse y, al dejarlo en el suelo, el pequeño corrió a buscar uno de sus juguetes para llevárselo a su madre. Era una pequeña muñeca de tela, de vestido azul.

—Lena —dijo el niño.

—¿Es tu hermanita? —preguntó su nana.

—Quiero Lena, madre.

—Lena no puede venir ahora, pero te prometo que pronto vendrá a jugar contigo.

—Hoy estuvo preguntando por la princesa todo el día, mi señora. Podría venir a jugar con Dante, ¿no cree?

—Lena está muy ocupada con sus entrenamientos, Erfa, apenas si le queda tiempo libre.

—Comprendo, mi señora —dijo la nana y bajó la mirada.

Alguien golpeó a la puerta y la nana fue a abrir.

—Déjanos —dijo Reda ni bien dio un paso en la habitación y la nana salió sin objetar.

Reda se acercó a Viktoria y la tomó de la cintura; Dante, al verlo, corrió a esconderse detrás del cofre donde guardaban sus juguetes.

—No, Reda, está el niño aquí —susurró—. Puede decírselo a alguien.

—Mocoso de porquería. —Reda se alejó y miró con desprecio hacia el lugar donde el pequeño se escondió—. ¿Cuándo tendrás tiempo para mí? Te la pasas todo el día con estos niños y nunca puedo verte.

—Son mis hijos, Reda, y son mi prioridad, ¿cómo te atreves a hablar así de ellos?

—Son tus hijos, no los míos. No tengo por qué sentir algo por ellos. Lo único que hacen es alejarme de ti.

Viktoria rio.

—Pareces un niño caprichoso, reclamando atención.

—Será porque necesito atención —dijo Reda, y esta vez acercó a Viktoria hasta él, tirando de su brazo. Viktoria intentó apartarse, pero Reda la sujetó con fuerza y la besó.

—Esta noche ven a mi habitación —dijo Reda en voz baja y Viktoria asintió. Él sonrió y se

apartó—. Me dijo la Dama que fuiste a verla porque no sabes qué hacer con Lena —dijo y se sentó en el sillón que había en un rincón—. No deberías haberle enseñado a usar sus poderes desde tan pequeña.

—Ese no es tu problema.

—No me sorprendería que un día de estos atacara a alguien más.

—Ya me estoy ocupando del asunto, Reda, no necesito de tu opinión.

El hombre levantó las manos, dándose por vencido.

—Solo decía. —Reda se puso de pie, se acercó a la puerta y agregó antes de marcharse—: Te espero esta noche.

Viktoria le dio la espalda, sin dar ninguna respuesta, y fue en busca de su temeroso heredero.

7

Lena y Tareq estaban sentados en la alfombra, jugando con los cachorros, cuando se escucharon fuertes golpes en la puerta. Alguien quiso abrirla, pero estaba con llave y, desde afuera, se escuchó que un hombre le ordenaba a Lena que abriera. La niña se puso de pie de un salto y le dio los cachorros a Tareq.

—Escóndete —dijo apresurada.

—¿Quién es? —susurró.

—Mi tío, ¡escóndete!

Tareq, de muy mala gana, se escondió en el vestidor con los cachorros en sus brazos. Momentos después, Lena abrió la puerta y Reda Almairon entró. Tareq no podía verlos y no se atrevía a abrir la puerta por temor a que él lo notara.

«Hoy me dijeron que atacaste a tu madre, pequeña bruja» dijo Reda. «Tú y tu hermano no son más que un dolor de cabeza, no sé por qué han nacido».

Se escucharon los pasos de Reda sobre el suelo de madera.

«¿Qué estás escondiendo?» lo oyó decir.

«Nada, tío» contestó Lena, con la voz temblorosa.

«Cállate, no soporto escuchar tu voz».

Tareq oyó que los pasos se acercaban hacia donde él se encontraba, por lo que durmió a los cachorros y los escondió en un rincón. Escuchó que Lena corría y le decía a su tío que no tenía nada escondido pero, luego, se oyó el sonido de un golpe. Tareq abrió la puerta al mismo tiempo que Reda y vio que Lena estaba arrodillada en el suelo, con la mejilla marcada, y sus ojos llorosos comenzaban a encenderse peligrosamente.

Lena levantó una mano y Tareq, sin pensarlo, agarró a Reda de su camisa y lo empujó contra la pared.

—Quítame las manos de encima —dijo Reda, apretando los dientes.

—Mire a Lena —dijo Tareq sin soltarlo.

Reda miró detrás de Tareq, sus ojos se agrandaron al doble de su tamaño y volvió a mirar al muchacho.

—Tareq, déjanos —dijo la pequeña.

Reda movió la cabeza de lado a lado; Tareq lo soltó y se apartó.

—No, Lena, ¿qué harás? Por favor, no fue mi intención… —murmuró.

—Arrodíllate.

Reda se puso de rodillas y Lena lo miró a los ojos mientras en su mano se formaba una pequeña esfera de luz blanca. Reda perdió todo el color de su rostro y su mandíbula temblaba. Después de lo que pareció una eternidad, Lena hizo desaparecer la esfera y sus ojos regresaron a la normalidad.

—No te atrevas a volver a tocarme. —La niña le dio la espalda y murmuró—: Retírate.

Reda corrió hacia la puerta y dejó la habitación si voltear a cerrar, siquiera.

—De no haber estado tú aquí, tal vez lo hubiera matado —dijo Lena, sin emoción alguna en su voz—, o lo hubiera lastimado. Me gustaría lastimarlo.

—Los dioses no lo quieran, pequeña, no hables así.

—Mi madre me está entrenando para esto, Tareq, me está entrenando para matar. Si no lo hice, fue porque tú estás aquí y siento que soy diferente cuando estás a mi lado.

Tareq se sintió asqueado por lo que le escuchó decir. Aún no cumplía los dos años y hablaba de matar a alguien con tal indiferencia que le helaba la sangre. Más que antes, sintió deseos de escapar de ese lugar tan terrible, y de ser posible, llevar a la niña con él.

—Entra en mi mente —dijo finalmente y se sentó en uno de los almohadones que había sobre la alfombra.

Lena obedeció, él le mostró lo sucedido en el templo de la aldea y, luego, lo ocurrido en la noche que atacaron la ciudad de Palmeras.

—Ese es tu secreto, Tareq —susurró cuando él dejó de mostrarle sus recuerdos. La pequeña, que en un principio estaba sentada junto a él, se había puesto de pie y lo estaba abrazando. En los ojos de Tareq algunas lágrimas amenazaban con caer—. Por eso estás aquí conmigo, tú también odias todo esto.

Tareq asintió, tenía un nudo en la garganta que no le permitía emitir ningún sonido.

—Larguémonos de aquí —dijo Lena de repente, alejándose de él y mirándolo con una sonrisa—. Vayámonos a esa ciudad de las palmeras, tú y yo… y los cachorros. Allí hay gente buena que puede ayudarnos y nosotros también podremos ayudarlos a ellos. Podemos vivir en la cabaña de la mujer de cabello plateado y brillante sonrisa y los cachorros tendrán mucho jardín para correr.

Tareq sonrió ante la inocencia de Lena, la cabaña cabía perfectamente en su habitación y pensó que se sentiría ahogada en ese lugar.

—No es una buena idea, Lena —dijo al entrar en su mente—. *Si regresé fue para poder ayudar a los demás intentando averiguar todo lo que sucede aquí, si me voy, no podré ser tan útil. Tú tienes a tu familia, quizás pueda convencer a tu madre de que te permita pasar más tiempo con ellos y así las cosas no serían tan difíciles para ti.*

—Tienes razón, no me gustaría dejar a mi hermano. ¿Y si lo llevamos con nosotros?

—¡De ninguna manera! Me culparían de secuestrar a los dos príncipes, no solo a uno. Puede que ir solo contigo no sea del todo malo, porque tú decidirías ir, pero con el príncipe es diferente. Los soldados del rey caerían sobre Palmeras como una tempestad, y destruirían aún más la ciudad. No, es una pésima idea.

—Me gustaría ir a ese lugar. Ahí parece que todo es más lindo.

—A mí también me gustaría ir, sin embargo a veces lo que queremos no coincide con lo que debemos hacer. Te prometo que si las cosas se vuelven insoportables para ti, te ayudaré a escapar, pero primero haremos un intento para que funcionen, ¿te parece bien?

—No creo que nada funcione con mi madre, Tareq, tú me has hecho ver las cosas de forma diferente a la manera en que ella las ve. No hay posibilidad de que ella entienda el punto de vista de alguien más.

—Haremos el intento ¿sí? —Lena asintió, desganada—. *¿Cómo vas con las murallas? ¿Has practicado?*

—La verdad es que ya no lo recordaba. Ahora tengo tu secreto y debo protegerlo, así que tengo una razón más para intentar hacer las murallas, gracias por recordármelo.

La nana llegó a la habitación trayendo la bandeja de la cena. Tareq recordó a los cachorros, por lo que fue a buscarlos, los despertó y dejó a Lena con ellos, ya era hora de marcharse.

8

Palmeras, Pyebra

—Mihaí. ¿Estás bien?

Mihaí se sentó en su cama, sobresaltado. Ajác despertó y él la tranquilizó para que volviera a dormir.

—Maestro.

—Mihaí… Qué alegría saberte vivo —dijo aliviado—. *¿Dónde te encuentras?*

—En Palmeras, maestro. —Mihaí se vistió y salió al jardín de su casa. Él y Ajác estaban viviendo temporalmente en la villa, al lado de la cabaña de Vila, hasta que terminaran de reconstruir la zona afectada por la última incursión de los magos de la señora Viktoria.

—Eso está muy bien, Mihaí. Mi compañero felino y yo vimos lo que sucedió en Palmeras, no me atreví a contactar a alguien más por temor a no encontrarlos.

—Fue una gran matanza, pero ninguno de mis compañeros ha muerto, maestro. En cambio, más de la mitad de los magos que vinieron con la señora Viktoria cayeron ese día.

—Mihaí, necesito que me digas algo. Una vez te enseñé una canción, ¿la recuerdas?

—¿La del árbol?

—Esa misma. Escúchame con atención y recuerda mis palabras. Verás, cuando se firmó la Ley de Protección, los magos accedimos a realizar un tratado para proteger a la magia más poderosa y así evitar que una nueva ola de violencia causara la misma destrucción que causamos en la última guerra. Ustedes conocen esos hechizos, se alojan en algún lugar de su mente inconsciente, pero no son capaces de utilizarlos. A algunos de tus compañeros le enseñé una canción como la que te enseñé a ti y en ellas se esconde un hechizo que ayudará a romper el tratado y a que recuerden y puedan utilizar todo el poder de la magia de los sagrados Astros.

«Para hacerlo, también, deberán contar con la asistencia de un sacerdote o sacerdotisa, en lo posible alguien que sea de su confianza, ya que deberán llevar a cabo la invocación de Efos o Sinmá. Ellos sabrán lo que debe hacerse. No será fácil, no será agradable y no muchos se atreverán a realizarlo, pero es necesario que así se haga.

«La señora Viktoria recibió instrucción de la Dama de la Cueva, una bruja muy poderosa y malvada que sobrevivió al exilio, al igual que yo, escondiéndose. Lo que no sé es si la Dama le enseñó a Viktoria los hechizos antiguos. En caso de ser así, ellas también tendrán la oportunidad de utilizarlos. Tampoco sé a cuántos discípulos ha instruido la Dama directamente, lo que también es algo muy peligroso.

«He rastreado a la Dama, y creo conocer su escondite, pero estoy viejo e inútil y no me atrevo a enfrentarla. Temo que deberán acabar con ella antes de romper el tratado. No hay forma que puedan vencerla si liberan la magia antigua antes de enfrentarla, les lleva siglos de ventaja y resentimiento.

—Dígame dónde se esconde, maestro.

—Esta bruja siempre habitó en montañas y extraños recovecos entre las piedras, de ahí su apodo. No creo que haya cambiado de hábitos, después de todo, son buenos escondites. Lo más lógico sea que esté en Ciudad Capital, ya que está cerca de Viktoria. He sabido que Viktoria y su cuñado, el hermano del rey, salen con frecuencia del Palacio de Las Hojas. Puede que se dirijan al escondite de la Dama en sus paseos. Salen cinco carruajes iguales cada vez, y se

dirigen a lugares distintos para confundir. Después de mucho tiempo siguiéndolos, mis informantes han logrado identificar el que ellos usan y han llegado al lugar a donde se dirigen. Fue difícil y costó muchas vidas, pero su sacrificio valió la pena. Hay una sola cadena montañosa en Ciudad Capital, pero su escondite fue bien elegido.

Mihaí comenzó a ver en su mente las imágenes de un modesto carruaje que iba por la ciudad, luego, la dejaba atrás y se dirigía hacia la selva. El carruaje tomó por un camino poco transitado para cruzarla y las imágenes parecían vistas por un ave que volaba en círculos sobre el vehículo.

Al terminar el camino, Reda Almairon descendió de la carreta y comenzó a caminar con dos guardias detrás, que le dieron la espalda una vez que él puso un pie en las rocas. Reda ascendió algunos metros y la imagen se desvaneció. Volvió a aparecer una imagen en la mente de Mihaí pero, esta vez, era un animal el que seguía su rastro. El dueño de los ojos vigilantes avanzaba escondiéndose entre rocas y arbustos cada pocos pasos. Lo siguió por varios metros hasta que Reda lo descubrió, lo emboscó y acabó con él. Mihaí no pudo más que sentir compasión y agradecimiento por esos animales que se sacrificaron para ayudarlos. Perdió la cuenta después que veinte de ellos perdieron la vida, aunque le siguieron muchos más. Aves, reptiles, insectos, zorros, liebres, todos ellos fueron descubiertos y asesinados. Mihaí sentía un gran peso en su pecho cuando, finalmente, Reda llegó a su destino.

—Mihaí, debes recordar lo que has visto. Es doloroso y es cruel, pero ellos dieron su consentimiento y ofrecieron sus vidas para que esto fuera posible. Honremos su memoria y hagamos que su sacrificio valga la pena.

—Sí, maestro. Recordaré y lo haré por ellos.

—Me da gusto que lo comprendas, Mihaí. Debes hablar con tus compañeros. Dima sabrá quién de ustedes es más apto para cumplir con esta tarea. No pueden ir Tino, Drian ni Ade, ellos son esenciales para lo que vendrá después. Los que partan deberán escribir la canción que les enseñé, en caso de que los que sean elegidos la hayan aprendido. Si uno de ellos no regresa y la canción se pierde, no podrán romper el tratado.

—Comprendo, maestro.

—Una cosa más, Mihaí. Deben buscar entre los niños a aquellos que también tengan poderes. Es posible que encuentren a varios magos entre ellos. Encuéntrenlos y comiencen a entrenarlos. Serán necesarios. Me marcharé ahora, saluda a tus compañeros y diles de mi parte que les agradezco por su existencia.

—Adiós, maestro.

—No olvides, Mihaí. Nunca olvides.

El contacto de Lobo Blanco se desvaneció y Mihaí se quedó sentado en el jardín hasta que amaneció. Entró a despertar a Ajác y, mientras preparaba el desayuno, se contactó con sus compañeros para informarles que su maestro habló con él durante la noche.

Se reunieron en el salón que acostumbraban utilizar y Mihaí les contó todo lo que hablaron. Acordaron ir por Vila para que los ayudara y Ajác fue por ella.

—No puedo hacerlo —dijo Vila una vez que le contaron—. Y no es porque no me atreva, es porque no tengo mis anillos.

—Nosotros sabemos que eres sacerdotisa, no tienes que comprobarnos nada.

—Los necesito para la invocación. La magia está en esos anillos y sin ellos no puedo lograrlo.

—¿Y si alguien te presta los suyos? —sugirió Bela.

—No me servirían los anillos de otra persona. La magia de los anillos es única para cada uno y solo funcionan con sus dueños. Lo lamento.

—Iremos por los anillos, entonces —dijo Dima.

—Yo iré —dijo Ajác—. Le prometí a Vila que lo haría.

—Está bien. ¿Algún otro voluntario?

—Me encantaría ir, pero mi tamaño no me permite montar un caballo. Solo te retrasaría, cariño.

—Está bien, Bela, no te preocupes —dijo Ajác con una sonrisa.

—Iré con Ajác —dijo Tino—. Si me lo permiten y están de acuerdo, por supuesto.

—Me parece bien —dijo Dima después de unos segundos de reflexión.

—Gracias. —Los ojos de Vila se llenaron de lágrimas—. Cuando tenga los anillos seré capaz de ayudarlos, cuenten con eso.

—Muchas gracias, Vila —dijo Dima—. Bien, prepárense para partir mañana al amanecer. Si alguno de ustedes dos aprendió la canción que mencionó Mihaí, por favor escríbanla antes de partir. Una vez que regresen comenzaremos a pensar en cómo acabar con esa mujer que el maestro mencionó. Ya pueden retirarse.

9

Unos pobres rayos de sol se colaban entre la frondosa vegetación de uno de los caminos de tierra que nacían en las puertas de Palmeras. Tino y Ajác se habían sentado en un claro entre los árboles, donde la hierba crecía suave y mullida a un lado de la polvorosa senda, para así pasar las horas más calurosas cerca del agua. Llevaban cabalgando toda la mañana y tanto ellos como sus caballos estaban agotados.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Ajác después de almorzar—. Estás más callado que de costumbre.

Tino se recostó en la hierba y transcurrieron varios minutos hasta que, al fin, habló.

—Yo vivía en Yarth Leg[7], con mis padres, en una hermosa casa en el centro de la ciudad. Era tan grande y con tantas habitaciones, que no soy capaz de recordar si alguna vez entré a todas ellas. Mi padre era comerciante, tenía varios barcos de carga, no sé cuántos… Tenía nueve años cuando la bruja del rey llegó hasta la ciudad y lo único que me interesaba en esos momentos era hacer travesuras y cabalgar en la playa. Tenía un compañero, un muchacho que estaba todo el día conmigo y siempre estaba dispuesto a hacer lo que yo quisiera. Ahora que lo pienso, debió haber sido un esclavo de mis padres, por eso nunca me contradecía.

«Mis padres no dudaron ni un segundo en dejar nuestro hogar cuando una partida de carretas a cargo del hermano del rey llegó a buscar a los magos un tiempo después. Ellos… Los dos tienen poderes. La noche que partimos, el maestro habló conmigo para advertirme sobre la señora Viktoria y le conté que nos estábamos marchando con el hermano del rey hacia Ciudad Capital. El maestro se alarmó y se preocupó. Me enseñó lo que Dima vio en la mente de la señora Viktoria y le dije que regresaría a mi ciudad, aunque intentaría convencer a mis padres primero.

«Al día siguiente, les hablé pero no pude persuadirlos. Les dije que no quería ir con ellos y esa noche me ataron con sogas a los barrotes de una carreta. Escapé sin que lo supieran y regresé a Yarth Leg. Cuando encontré mi casa, después de varios meses, otra gente vivía allí y los sirvientes me echaron como si fuera un perro sarnoso. Ellos me conocían desde que nací. —Tino cerró los ojos y apretó las mandíbulas varias veces antes de continuar—. Vagué por las calles por meses, hasta que escuché decir que el señor Jeno daría refugio en Palmeras a quienes se opusieran al rey. No volví a hablar con el maestro, pero escuchar que alguien se oponía al rey era lo que necesitaba oír. Me quedé por días en las inmediaciones del camino hacia Palmeras hasta que vi un grupo de gente que partía hacia allí y me uní a ellos. El señor Jeno nos recibió con mucha amabilidad y Áliza me contactó en las puertas, antes de entrar a la ciudad. Al día siguiente me buscaron y Dima me alojó en su casa hasta que me dieron una cabaña pequeña cerca del salón de prácticas, hace apenas un mes.

Tino se puso de pie, caminó unos metros hacia la orilla del río con su bota de agua y regresó minutos después.

—Vi a mi padre el día que atacaron Palmeras —dijo sin sentarse—. Casi lo mato, no me di cuenta que era él.

—¿Y qué sucedió? —preguntó Ajác, asombrada.

—Quiso convencerme de seguirlo, me negué y desaparecí. Vi que corría a hablar con esa maldita bruja, por lo que mi siguiente aparición fue junto a ellos. Maté a tres de sus magos y tomé una mujer de rehén. La reina quiso persuadirme pero, como volví a negarme, mi padre me dio la espalda. Asesiné a la mujer y desaparecí.

—Por los dioses, Tino —dijo Ajác acercándose a él. El muchacho la miró con los ojos empañados y una solitaria lágrima rodó por su mejilla.

—Le dije que la próxima vez que nos encontremos, lo mataría.

Ajác lo abrazó y Tino sintió que su cuerpo se puso rígido pero, luego de unos momentos, sus músculos se relajaron y él también abrazó a la mujer. No pudo evitar que todo el peso del dolor que guardó en los últimos años se manifestara en forma de lágrimas y se le formó un nudo en la garganta, que le impidió hablar cuando quiso excusarse por su comportamiento.

—Está bien, Tino —susurró Ajác. El muchacho lloró por largos minutos, desahogando las penas que llevaba dentro y, cuando al final pudo controlarse, se secó las lágrimas, pero no se alejó de la seguridad y la paz que le brindaba Ajác.

—Hacía años que... nadie me abrazaba de esta forma—balbuceó.

Ajác se separó de él, le tomó el rostro con las manos y le limpió las lágrimas.

—No estás solo, ¿sí? Cada vez que necesites hablar, dímelo.

—Eres una mujer casada, Mihaí…

—Mihaí es el hombre más bueno y comprensivo de este mundo.

—Lo sé, pero…

—¿Crees que él pueda malinterpretarnos? —preguntó sin soltar su rostro—. Puedes ser mi hijo, Tino. Y tú necesitas una madre, aunque te veas casi como un adulto.

—Gracias, Ajác…

—Estamos juntos en esto, debemos ser fuertes y apoyarnos entre nosotros para no caernos en pedazos, ¿sí?

—Tienes razón. Muchas gracias…

Ajác volvió a abrazarlo una vez más.

—Debemos seguir, muchachote —dijo unos minutos después y se separó de él.

Cuando cayó la noche se apartaron del camino para descansar y esperar el amanecer.

—Tomaré la primera guardia —dijo Tino después de cenar—, de todas formas, no puedo dormir desde que atacaron Palmeras.

—¿Por tu padre?

—Por haber matado a ocho personas. No puedo sacarme de la cabeza lo que sucedió… Los recuerdos aparecen cada vez que cierro los ojos.

—Comparte tu dolor conmigo, Tino.

—No es necesario, Ajác, no te preocupes.

—No es solo por ti, sino por mí también —dijo la mujer en un intento de convencerlo—. Tenemos que estar atentos a nuestro entorno. Si estoy dormida y tú no notas que alguien se acerca, será malo para los dos.

—Entiendo, pero no sé cómo hacerlo.

—El maestro me enseñó. Debes dejar que entre en tu mente. Buscaré esos recuerdos y los retendré conmigo. Serán solo un par de segundos.

Tino accedió a hacerlo y las sensaciones que acompañaban esos recuerdos inundaron la mente de Ajác, sumiéndola en un profundo dolor. Sin embargo, al saber que esos sentimientos no le pertenecían, no le preocupó sentirlos por unos momentos si eso significaba aliviar a Tino de su pesar. Ajác se retiró de la mente del muchacho, pero no fue capaz de hablar en esos momentos.

—Ya me siento mucho mejor. No sé como podré pagarte todo lo que estás haciendo por mí.

—Solo sé una buena persona, Tino —balbuceó con la voz ahogada—, me puedes pagar siendo una buena persona.

—Así lo haré, te lo prometo.

Ajác intentó disimular lo que sentía y habló con la mayor normalidad posible, como si lo que acababa de ocurrir no le afectara.

—Bueno, ya vete a dormir, muchachote, tomaré la primera guardia. Debes estar agotado.

—La verdad que sí. Ahora sí podré dormir. —Aunque Ajác no podía verlo, el alivio de Tino se reflejaba en el tono de su voz.

La mujer apoyó la espalda en el tronco de un árbol, Tino se recostó a su lado y no pasó mucho hasta que comenzó a oírse la respiración calma del muchacho.

Más allá del malestar, que aún perduraba en ella, Ajác se alegraba de que Tino estuviera mejor. Sentía cierto cariño hacia él después que le confiara su pasado y pensó que, a pesar de lo dura que era su vida, era un buen muchacho y siempre intentaba ser una distracción para los demás.

Sabía que Tino comenzaba una etapa difícil en el desarrollo de una persona, ella tenía tres hermanos y recordaba que fueron criados con muchos consejos, interminables charlas y un sinnúmero de discusiones cuando los consejos eran ignorados. Tino no tendría eso.

Después de un rato, Ajác se puso en contacto con Mihaí y conversaron sobre lo que ocurrió en el día de ambos. Ajác le habló sobre Tino y lo mucho que le preocupaba que el muchacho no supiera cómo manejar todas sus emociones ahora que vivía solo y que las cosas se estaban tornando cada vez peor para todos. Mihaí la consoló al decirle que pasaría más tiempo con él, tal como un padre lo haría.

Los árboles habían empezado a escasear desde hacía algunas horas, el terreno comenzó a volverse cada vez más árido y, con el atardecer del tercer día, Tino vio por primera vez el desierto en toda su extensión. El muchacho quedó hechizado por su dimensión y por los colores que tomaba con la luz del sol a esa hora.

—Ajác, esto es maravilloso —dijo con una enorme sonrisa pintada en sus labios y en sus ojos—. Jamás imaginé ver algo así, me siento como una hormiga diminuta e insignificante.

—No le encuentro nada especial, yo nací entre la arena —respondió quitándole importancia.

—Y yo a la orilla del mar… y el mar es inmenso, pero esto… ¡Esto es de otro mundo!

Tino frenó su caballo, desmontó y se quitó la túnica que lo protegía del sol. Se quitó también las botas y se echó a correr entre la arena, riendo como un pequeño niño. Ajác sonreía mientras conducía los caballos hasta uno de los últimos grupos de árboles que verían hasta su regreso a Palmeras.

—¡No te transpires! —exclamó al ver al muchacho escalar una duna—. ¡Cuando caiga el sol, se pondrá muy frío y puedes enfermar!

Cuando Tino regresó hasta ella, todo él brillaba por la mica que se pegó en su rostro, en sus brazos y en su alborotado cabello al bajar rodando por la duna que trepó minutos antes.

—Me quemé los pies —rio Tino—. No debería haberme quitado las botas.

—Tendría que haberte advertido, pero pensé que…

—Fue divertido, me quedaré con eso. —Luego agregó mirando a su alrededor—. ¿Se va a poner muy frío?

—Te costará creerlo y cuando la arena se enfríe, te congelará hasta los huesos.

—No podremos mantener la fogata por mucho tiempo, ¿verdad? —preguntó con una mueca.

—Sería mejor no hacerlo. Pero no te preocupes, no dejaré que te congeles, puedo hacer fuego. —Ajác levantó su mano y unas pequeñas llamas flotaron sobre su palma.

—Tienes que enseñarme a hacer eso —dijo con una sonrisa.

—¿Qué elementos manejas?

—El maestro me enseñó solo a manipular el agua. No sé si podré con algún otro, no tuvimos mucho tiempo. No hablo con él desde que mis padres se marcharon a Ciudad Capital

—Bien, probaremos más adelante.

Ajác terminó de sacar de las alforjas lo necesario para pasar la noche y se sentó en contra de un árbol a ver a Tino entrenar con su espada, mientras esperaban a que se cocinaran los conejos que cazó el muchacho. Desde que dejaron la ciudad, esa era la rutina que adoptaron y, aunque parecía que Tino nunca se cansaba, cuando llegaba la noche se dormía ni bien se quedaba quieto y a Ajác le costaba despertarlo a la hora de cambiar la guardia.

Al atardecer del quinto día Ajác encontró la piedra donde Vila y ella pasaron la noche cuando escaparon del templo, y estuvieron de acuerdo en que lo mejor sería no detenerse hasta llegar a las ruinas.

Al caer el sol, la luna se asomó a la izquierda del camino, lo que les facilitó seguir el sendero pedregoso que cruzaba entre las dunas y cuando la luna alcanzó su máxima altura, la pareja de magos llegó a las ruinas del templo donde Vila una vez fue sacerdotisa. La plateada luz iluminaba apenas los contornos de la construcción, un edificio cuadrado, de techo bajo y de paredes lisas.

—Estoy agotado —dijo Tino una vez que desmontó.

—Debemos tener mucho cuidado estando aquí, muchachote. —Ajác bajó de su caballo, lo acercó al bebedero y Tino la siguió—. Me da escalofríos este lugar de solo recordar lo que sucedió. No voy a dormir esta noche, necesitaré estar despierta por si algo sucede.

—Pero tienes que descansar. —Se quejó mientras comenzaba a desatar las hebillas que sujetaban la montura.

—Lo haré mañana cuando regresemos, deberás guiar mi caballo —dijo Ajác, imitándolo.

—Cuenta con eso.

—Entremos, creo que podremos encontrar algunas mantas de más entre las pertenencias de Vila.

Una vez que terminaron con sus animales, se acercaron al templo. Pudieron ver la puerta de madera que se encontraba abierta y el muro que Tareq había derrumbado meses antes. Dejaron las monturas junto a la puerta de entrada y Ajác hizo aparecer una muy pequeña luz en su mano, la hizo descender hasta la altura de sus rodillas y la dejó libre para que se moviera delante de ellos y, así, poder ver dónde pisaban. La arena había entrado por los huecos del muro y adueñándose del suelo de piedra del salón principal. En la pequeña habitación de Vila, que permaneció cerrada, no había presencia alguna de los diminutos y dorados granos.

—Puedes ocupar la cama de Vila. —Ajác se acercó a un baúl que había a los pies de la cama. Dentro, estaban los vestidos que Vila utilizaba para los rituales y celebraciones, las túnicas que utilizaba a diario y unas cuantas mantas. Ajác tomó una y se la puso sobre los hombros.

—Pero…

—En serio, no dormiré. Temo no poder darme cuenta si algo ocurre mientras duermo.

El muchacho se dio por vencido y, después de tomar un trozo de pan de su bolso, se sentó en la cama y se cubrió la espalda con una manta. Conversó con Ajác por unos momentos, mientras comía, y a los pocos minutos estaba profundamente dormido. Ajác se contactó con Mihaí para contarle las novedades y recibir noticias de Palmeras. Su esposo le dijo que encontraron cuatro niños con poderes y sus padres les permitieron entrenarlos. De momento no sabían de qué eran capaces, pero de a poco sus habilidades se manifestarían. En Palmeras, todos estaban felices y esperanzados con los niños e, incluso, el señor Jeno los presentó en frente de una gran cantidad

de ciudadanos en un acto llevado a cabo frente al Palacio de Gobierno de la ciudad.

Mihaí se despidió de su esposa cuando aún restaban muchas horas para que el sol volviera a iluminar las dunas y Ajác, por su parte, pasó toda la noche caminando de un lado al otro, asomándose entre los miradores de los muros que quedaban en pie o entre los huecos que abrió Tareq meses antes.

Una de sus manos comenzó a temblar y sentía un cosquilleo en algunos de sus dedos por la tensión acumulada en su cuerpo. Los nervios y el miedo que la acompañaban jugaban con sus sentidos y le hacían ver sombras que se movían entre la arena, que lucía como un mar de plata bajo la luz de la luna llena. A veces, le parecía escuchar voces y, en varias oportunidades, estuvo a punto de despertar a Tino, pero desistió a último momento. Era mejor que descansara mientras pudiera.

Cuando el sol comenzó a retirar, muy lentamente, el oscuro manto nocturno, Ajác despertó a Tino y, después de un muy pobre desayuno, se dirigieron al salón principal, que en esos momentos estaba iluminado casi en su totalidad. Ajác se paró en el centro del salón y miró a Tino.

—¿Por dónde empezamos? —dijo el muchacho mirando con desconcierto a su alrededor.

—Quédate en contra de un muro y no te muevas. —Tino abrió la boca para hablar, pero Ajác no le dio tiempo a hacerlo—. Hazlo.

Tino retrocedió unos pasos y apoyó su espalda en la pared más cercana. Ajác cerró los ojos y extendió los brazos delante de ella, con las palmas de sus manos hacia abajo.

—*Ecsa lazda* —murmuró.

Por unos segundos nada ocurrió. Tino estaba por preguntar qué había dicho cuando los escombros comenzaron a temblar y en la arena que inundaba la estancia se formaron unos cráteres de diferentes tamaños, que expulsaban lo que parecían ser gotas formadas por la misma arena. Ajác sonrió complacida.

—¿Qué fue eso? —preguntó Tino, sin dejar su lugar.

—Ya puedes moverte, pero no camines sobre las marcas, por favor. Lo que utilicé es una de las palabras de poder. Las palabras de poder se pronuncian en el idioma de los Astros y fueron descubiertas por los sabios de la Antigua Era. Son absolutos, que dan órdenes precisas y sin opción a ser malinterpretadas. Utilizan el poder del Astro que decidió bendecirnos por lo que el hechizo no tiene posibilidad de ser interrumpido en caso de que nuestra energía esté próxima a agotarse.

—¿Me enseñarás a utilizarlas? —preguntó sonriendo como un niño al que le han regalado un dulce.

—Busca en los agujeros —dijo Ajác, mientras se agachaba e introducía su mano dentro de uno de ellos—, dentro de cada uno hay un objeto de oro. Nos llevaremos todo lo que podamos. Encontraremos los brazaletes de Vila, sus tiaras y por supuesto, los anillos. —Tino obedeció, se arrodilló en la arena y también comenzó a buscar—. Claro que te enseñaré, pero hay ciertos requisitos que debes cumplir, sino serás incapaz de hacerlo.

—Haré lo que me pidas.

—No lo digo yo. —Ajác rio—. Son reglas mágicas. Para empezar, debes poder comunicarte con tu astro, en tu caso, el Sol.

Tino se incorporó y la miró, con cierta decepción.

—¿Y cómo se supone que lo haga? Debo… no lo sé, ¿preguntarle algo? —Tino abrió los brazos y las dejó caer nuevamente.

—Lo aprenderás cuando llegué el momento de hacerlo, muchacho. No soy una maestra, aún

me faltan muchas lecciones para llegar a serlo. Lobo Blanco te lo enseñará cuando estés preparado, eso tenlo por seguro.

—Eres grandiosa, ¿lo sabías? —dijo y volvió a agacharse para continuar con la búsqueda—. No importa que no puedas enseñármelo tú, pero eres una maga grandiosa. Me gustaría haber tenido una madre como tú.

Ajác se sentó en la arena y se quedó mirándolo por unos momentos. El muchacho continuó buscando, sin prestar atención a lo que ella hacía.

—Eso… Tino…

—¿Qué sucede? —preguntó mientras escarbaba en otro cráter.

—Quiero que sepas que hablé con Mihaí sobre ti, y me gustaría… nos gustaría preguntarte algo. —Tino la miró esta vez—. Queríamos saber si tú... Si te gustaría que fuéramos tus padres. —El muchacho no movió ni un músculo, ni tan siquiera para pestañear y Ajác pensó que tal vez no fue una buena idea decirlo, por lo que se apresuró a hablar—: Aún no tenemos una casa, como sabes, todo se destruyó cuando nos atacaron, pero Mihaí está construyendo una nueva y hará dos habitaciones…

Tino se puso de pie de un salto y se acercó a Ajác. Sus ojos enrojecieron y parecía que, de a poco, comenzaban a inundarse.

—¿Es en serio...? —tartamudeó—. ¿Es en serio que… quieren ser… mis padres?

—Solo si tú quieres, pero nos harías muy felices si aceptaras. —Ajác se puso de pie.

—¿Puedo... ? —preguntó Tino y se acercó a Ajác un paso más.

—Claro que sí —dijo Ajác abriendo los brazos. El muchacho se abalanzó sobre ella y recostó la cabeza sobro su hombro.

—Ahora tengo una familia… otra vez —dijo entre sollozos y Ajác le acarició el rizado cabello.

—Por supuesto que sí —susurró. Después de unos minutos, cuando Tino logró calmarse, volvió a hablar—. Queríamos esperar a nuestro regreso, Mihaí quería estar presente cuando te lo preguntara, pero no pude esperar.

Ajác se separó de él y secó sus lágrimas con el pañuelo que cubría su cabello.

—Mi reacción seguro hubiera sido diferente, porque aún no conozco tanto a Mihaí, aunque sé que es un buen hombre.

—Es un gran hombre, ya lo verás. Él está tanto o más ansioso que yo. Hemos hablado mucho por las noches, cuando tú dormías.

—No seré un problema para ustedes, te lo prometo, obedeceré siempre y…

Ajác rio.

—No hace falta que me prometas nada, Tino —dijo y le tomó el rostro entre sus manos—. Sé que has pasado días difíciles. Quiero… queremos que seas tú mismo, no lo que nosotros digamos. —El muchacho sonrió y Ajác se separó de él—. Deberíamos continuar buscando, encontrar los anillos y regresar cuanto antes. No me gusta este lugar.

A media mañana, con las alforjas cargadas con la mayor parte de las pertenencias de Vila y las botas llenas de agua, dejaron el templo para regresar a Palmeras. La inmensidad del desierto, que en un principio maravilló a Tino, terminó ganándose el desprecio del muchacho. Le irritaba la arena que se pegaba en todas partes; el calor del día y el frío de la noche también contribuyó a su cambio de parecer y el hecho que, aparte de lagartijas, no hubiera presas para cazar, acabaron por agotar su paciencia.

Faltaban pocas horas para que el quinto día del viaje de regreso finalizara, cuando se

internaron en la selva pyebrana. Tino volvió a sonreír en el momento en que pudo darse un baño en uno de los arroyos que atravesaban la selva hasta llegar a unirse con el río Thara.

—No más arena —dijo con una sonrisa cuando Ajác regresó de buscar leña—. Que me cuelguen si vuelvo a pisar el desierto.

Tino tomó su arco y se fue a cazar la cena, dejando sola a Ajác para que también pudiera darse un baño; una hora después regresó con un pequeño ciervo cargado en su espalda, y con una sonrisa que iluminaba más que el fuego que la mujer encendió.

—Mira lo que traje —dijo depositando el animal junto a la fogata—. ¡Esta sí será una cena como los dioses quieren!

—¡Vaya, qué buen cazador resultaste!

Tino sonrió orgulloso y comenzó a quitarle la piel con gran habilidad.

—Ya tengo pensado que haré con ella —dijo dándole la espalda a Ajác, una vez que terminó, para extender la piel sobre un arbusto—. Será para nuestra casa. No te diré aunque preguntes… es una sorpresa.

—¡Sorpresa! —exclamó alguien detrás de él. Un escalofrío le recorrió la espalda y, cuando quiso darse vuelta, el sujeto que habló lo golpeó en la cabeza. Lo último que pudo ver, antes de que sus ojos se cerraran, fue a Ajác inconsciente en el suelo, junto al fuego. Otro hombre, con el uniforme de los soldados de Pyebra, estaba arrodillado junto a ella, vendando sus ojos.

10

Tino intentó abrir los ojos pero, al igual que a Ajác, también lo habían vendado. Estaba recostado en el suelo y, cuando intentó sentarse, comprobó con desesperación que sus ataduras le impedían moverse.

—¿Quiénes son y qué quieren de nosotros? —preguntó sin dejar traslucir la preocupación que sentía.

—Los seguimos hace días. ¿Qué hacen dos personas solas viajando sin equipaje?

—No es tu asunto, déjennos seguir nuestro camino, no estamos molestando a nadie.

El hombre rio y se acercó al muchacho.

—Ya nos dimos cuenta de que la mujer es maga, niño, por eso vendamos sus ojos. Y los tuyos también, por precaución. Los hemos vigilado... ¿Sabes cuánto pagará la señora Viktoria por llevar su cabeza a Ciudad Capital? Seré rico, niño, ¡rico!

—¿Su cabeza? —Tino rio—. Estoy esperando a que te atrevas a hacerlo. ¿Dónde está?

—Mis hombres cuidarán de ella, se entretendrán juntos —contestó riendo.

—Malditos sean, si la llegan a lastimar de alguna for…

—¿Qué harás, pequeñín? ¿Me convertirás en sapo? —El soldado volvió a reír y Tino sintió el aliento del hombre en su rostro.

Sin pensarlo demasiado, movió con fuerza la cabeza hacia delante y su frente chocó con la nariz del soldado, que se alejó de él al instante.

—Maldito seas —murmuró. El hombre se acercó nuevamente, unos segundos después, y Tino sintió que algo muy caliente se aproximaba a su rostro.

—Dime el nombre de la mujer…

—¿Para qué? De todas formas la matarás.

—Para saber cuánto dinero me pagarán por ella. Todos tienen distintos precios. —Tino sintió que el calor se retiraba y escuchó que el hombre hacía ruido, como si desenrollara un pergamino—. Por Dima Hidrym me pagarían 500 monedas de plata, por Shanyi Dokjusu 300 monedas de plata, por Mihaí y el calvo 300 monedas de plata, por cada una de las gemelas y Drian 100 monedas de oro. Por Ajác 300 monedas de oro si está muerta, 500 si la llevamos viva y el premio gordo es Tino Suhrah. 500 monedas de oro muerto, 1000 si lo llevamos vivo.

«Demonios, nos están cazando como a los ciervos» pensó Tino.

—Traigan a la mujer, quizás así el muchacho hable.

Tino escuchó las voces y risas de los demás hombres que acompañaban al soldado que habló con él y sintió que el hombre comenzaba a desatar la venda que le cubría los ojos.

«El cabrón va a torturarla y quiere que lo vea, ¡maldito retorcido!»

En cuanto sus ojos se acostumbraron a la luz de la fogata, vio a Ajác aún inconsciente. Tenía sangre en el rostro, su túnica estaba rasgada y sus piernas al descubierto. Sintió que la sangre hervía en sus venas como nunca antes.

—*Despierta, por favor, Ajác* —dijo con su voz mental, pero la mujer no respondió, ni tan siquiera se movió. Tino respiró varias veces para intentar calmarse. Debía ser cuidadoso y pensar lo que haría porque cualquier error podría costarle la vida a Ajác. Sabía que sus ojos lo delatarían apenas recurriera a sus poderes, por lo que debería moverse con rapidez y precisión.

—*¿Tino?*

—*Por los dioses que alivio… Escucha, tengo los ojos descubiertos, pero el cuerpo atado. No*

puedo sacarte de aquí.

Los soldados sujetaron a Ajác, que permanecía con los ojos cerrados, mientras el hombre a cargo se acercaba a ella con un cuchillo en la mano.

—*Fíjate si consigues mover la venda de mis ojos, si puedes cortarla o liberar mis manos, no importa si me lastimas, pero ¡hazlo ahora!*

—¿Qué harán? —preguntó el muchacho y, al ver que nadie ponía su atención en él, acudió a sus poderes—. *Temo lastimarte, Ajác, no aprendí bien a mover cosas, no sé si puedo hacerlo.*

—¡*Hazlo ahora, demonios, o lo que me harán ellos será peor!*

Tino, dudando, tomó el control del cuchillo que el hombre estaba acercando al pecho de Ajác. Cuando notó lo que estaba sucediendo, se giró para mirar a Tino y, al ver que los ojos del muchacho se encendieron como las brasas que estaban frente a ellos, su rostro se bañó de sudor.

—Sorpresa —susurró Ajác ni bien fue capaz de abrir los ojos.

Los cuatro soldados que la sostenían se apartaron de ella y quisieron correr, pero entre Tino y la maga los inmovilizaron para que no pudieran escapar. Ajác, utilizando sus poderes, hizo uso del mismo cuchillo cortó la venda de sus ojos para amenazar al oficial a cargo.

—Libera al muchacho —dijo y pinchó su cuello con la punta del arma—. Apresúrate, cucaracha.

El hombre obedeció y, con movimientos lentos y cuidados, se acercó a Tino, desató la soga que le sujetaba las manos y Ajác le ordenó que se apartara de él.

—Por poco y es tu día de suerte. La presento: ella es Ajác —dijo Tino con una sonrisa y luego agregó con un suspiro—, la señora Viktoria estará muy desilusionada contigo.

Tino terminó de desatar las sogas que le inmovilizaban las piernas y se acercó a Ajác, para cortar sus ataduras. La maga se puso de pie con algo de dificultad, se sostuvo en el brazo de Tino y miró su túnica desgarrada y manchada con sangre seca.

—¿Quién lo hizo? —Ajác posó la vista en cada uno de los soldados, que la miraban aterrados.

—Yo te lo diré —dijo Tino y sus ojos volvieron a encenderse.

El muchacho ingresó a la mente de cada uno de ellos y se abrió paso con brusquedad entre sus recuerdos buscando, también, algo que pudiera servirle para utilizar en contra del rey. Mientras tanto, Ajác permaneció inmóvil, amenazando al oficial. Los soldados no pudieron resistir la violenta intrusión del muchacho y se desmayaron luego de varios minutos.

Después de haber terminado, Tino señaló a dos de ellos.

—¿Qué harán? ¿Qué sucederá con ellos? —tartamudeó el oficial.

—Morirán —dijo Ajác—. De hecho, todos lo harán, pero esperaremos a que despierten, para que sean capaces de defenderse. No somos unas cucarachas como ustedes.

Tino tomó la soga con la que lo sujetaron antes, ató al oficial al tronco de un árbol y luego se sentó junto a Ajác a esperar a que los demás despertaran.

—*¿Cómo te encuentras?*— preguntó a Ajác después de unos minutos.

—*Estaré bien, no te preocupes.*

—*¿Ellos te… forzaron?* —Tino apretó los puños. Ajác no respondió y bajó la vista—. *No quise ver en detalle lo que ocurrió, malditos sean.*

Se puso de pie de un salto, tomó una de las botas con agua y la vació sobre el rostro de uno de los soldados que señaló antes. Este se removió en el suelo cuando el líquido empapó su cabeza y su cuerpo.

El muchacho caminó hasta su montura en busca de su espada y regresó a los pocos segundos.

—Ponte de pie, alimaña —dijo a su regreso, tomándolo de la camisa. Tiró una espada a sus pies y desenfundó la suya.

Tino le dio la espalda y se alejó de él; el soldado se agachó a recoger su arma y, cuando se levantó, se quedó mirándolo como si no fuera capaz de entender, todavía, qué era lo que estaba sucediendo.

—El chico no podrá contra él, ese es uno de los mejores espadachines que vi alguna vez—dijo el oficial con una mueca, señalándolo con la cabeza, y Ajác rio.

—No tienes una mínima idea de quién es, ¿verdad? —El soldado negó moviendo la cabeza a ambos lados y Ajác susurró—. Es Tino Suhrah. Mil monedas por llevarlo vivo ante esa maldita bruja que tienes por reina.

El rostro del oficial palideció y su mandíbula se movió, como si intentara hablar, pero ningún sonido salió de su boca.

Los ojos de Tino volvieron a encenderse y movió la mano que tenía libre. Una esfera de agua se levantó del arroyo que corría al lado del camino y cayó sobre los otros tres soldados. Los hombres se sentaron asustados, confundidos y empapados y Tino atacó al soldado que tenía frente a él.

—Defiéndanse, malditos sean—dijo Tino apretando las mandíbulas.

—¡A él! — exclamó a su vez el oficial, removiéndose exaltado ante la posibilidad que tenían sus soldados de poder capturarlo—. Capturen a ese maldito muchacho. ¡Serán mil monedas de oro!

Los soldados, aunque aturdidos, se arrastraron hasta sus armas y corrieron hacia donde se encontraba su compañero defendiéndose de los sablazos de Tino. El soldado parecía confundido, sin embargo, ante las palabras del oficial, pareció recuperar en parte la lucidez y fue capaz de herir a Tino. Cuando el muchacho sintió el ardor del filo de la espada en su piel, desapareció para reaparecer detrás de él y antes que este pudiera notarlo, su cabeza rodó por el piso. Sus compañeros esquivaron el cuerpo decapitado y atacaron al muchacho. Tino levantó el brazo y una pequeña esfera de luz blanca salió de su mano para estrellarse en la cabeza de uno de ellos, que cayó gritando de dolor. La piel se desprendió del hueso allí donde recibió el impacto y, esta vez, los hombres se detuvieron a mirarlo, impresionados por los aullidos de dolor del soldado que se retorcía en el suelo y por la escena que tenían frente a ellos. Su oreja derecha y parte de su cuero cabelludo colgaban sobre su hombro y el soldado intentaba regresar la piel a su lugar mientras sus manos temblorosas solo empeoraban la herida.

Ajác levantó una de sus manos y murmuró unas palabras; los gritos cesaron y el soldado cayó para ya no volver a moverse. Sus compañeros centraron su atención en Tino una vez más y se lanzaron a él.

—¿Qué hiciste? —tartamudeó el oficial que estaba a su lado.

—Debería haberlo dejado sufrir unos minutos más, pero sus gritos estaban distrayendo a tus hombres y mi hijo está ansioso por terminar con ellos de una vez.

Tino sonrió al oírla y la distracción le costó dos nuevas heridas.

—¡Mientes! —gritó el oficial—. Conozco a sus padres, ¡ellos están en Ciudad Capital, junto a la señora Viktoria!

El muchacho levantó una mano y los soldados se arrojaron al piso, cubriéndose la cabeza con los brazos. Tino rio.

—Mueran con decencia. ¿O acaso necesitan a una mujer indefensa frente a ustedes para ser valientes? ¡Levántense!

Uno de ellos levantó apenas la cabeza y Tino lo apuntó con su espada.

—Ponte de pie y toma tu arma —dijo. El hombre cerró su mano sobre la empuñadora de su espada y se incorporó, pero no se atrevió a moverse.

Ajác se puso de pie y, con otro movimiento de su mano, acabó con su vida. El hombre se desplomó pesadamente sobre la tierra del camino.

—Terminemos con esto de una vez —dijo, se acercó a Tino, y agregó—: Dame tu cuchillo.

El muchacho le entregó el cuchillo que llevaba en su cintura y Ajác se acercó al soldado que aún estaba hecho un ovillo en el suelo. Lo tomó del cabello y levantó su cabeza. El hombre suplicó por su vida pero la mujer lo ignoró y pasó la hoja del cuchillo por su garganta. Luego se acercó al tembloroso oficial que la miraba aterrado y cortó las sogas que lo sujetaban. El hombre escapó corriendo cuando se vio libre, pero el muchacho lo detuvo apareciendo frente a él, con la espada apuntando su pecho.

—Déjalo —dijo Ajác.

—Personas como él no merecen seguir respirando—dijo Tino—. Quiero acabar con su miserable existencia.

—Déjalo. Que corra bajo las faldas de la señora Viktoria y le cuente lo que vio esta noche. Si nuestras cabezas tienen precio, que sepa que no será tan fácil cazarnos.

Tino bajó su espada y se apartó de él.

—Corre, perro apestoso —dijo cuando el oficial pasó por su lado.

11

Sitnor Ciudad Capital

Tino se quitó la capucha que cubría su cabeza y le entregó un sobre a uno de los guardias que custodiaban la puerta del Palacio de Gobierno. Mientras el guardia leía la carta que contenía, el muchacho observó los detalles de la enorme puerta frente a él. La madera tallada parecía contar una historia, le recordaba a los grabados que vio en los muros del Gran Templo de Efos, en Palmeras.

Cuando terminó de leer, el hombre le dijo algo que él no entendió. Le hizo saber por señas que no había comprendido y el guardia le hizo un gesto para que lo siguiera al interior del edificio. El muchacho caminó detrás del guardia mientras miraba a su alrededor.

El Palacio de Gobierno de Sitnor estaba construido con pulida piedra blanca, que brillaba con la luz que entraba por la cúpula de vidrio que se encontraba en el centro del edificio. Altas columnas contorneadas se levantaban en el centro del enorme salón y, entre ellas, una amplia escalera de mármol conducía a los pisos superiores. El guardia condujo a Tino hacia la escalera y, llegados al primer piso, le hizo una seña para que esperara. El hombre llamó a la segunda puerta y aguardó unos momentos hasta que esta se abrió. El guardia habló con alguien que estaba dentro de la habitación y, luego, le entregó el sobre que Tino le había dado. Después de una breve conversación, el guardia llamó a Tino y le hizo una seña para que pasara.

Un hombre de gran tamaño, de cabello rubio y nariz recta lo recibió en un despacho de muebles de madera negra.

—Saludos, chico. —El hombre se rascó la barbilla—. Perdón, he olvidado… palabras de Pyebra —dijo intentando encontrar la forma de poder comunicarse con él.

—Tenga usted buenos días, mi señor —contestó haciendo una reverencia—. Mi nombre es Tino Suhrah y vine desde Erjathá, en Pyebra, en nombre del señor Jeno, Gobernante de la ciudad.

—«Esperar un minutos». Vendrá alguien a ayudar —dijo con una sonrisa. El Gobernador le indicó uno de los sillones frente al escritorio y Tino tomó asiento.

Después de unos momentos, un muchacho delgado y pálido ingresó al despacho y, tras saludar al Gobernador, se presentó a Tino hablando perfecto pyebrano.

—Buenos días, mi nombre es Noah Guna. Seré su intérprete.

Tino volvió a repetir el saludo y el muchacho lo tradujo para que el Gobernador pudiera entenderlo.

Después de las formalidades, Tino le entregó a Noah Guna otro sobre. El joven leyó en voz alta la carta que contenía, pero iba traduciendo cada una de sus palabras. Tino vio que las manos del Gobernador se tensaban por momentos y hacía observaciones cada pocas frases. En varias oportunidades, Tino vio que el rostro del hombre enrojecía y dos veces golpeó el escritorio con los puños antes de maldecir. La puerta se abrió de golpe y un hombre alto, robusto y de espesa barba negra se asomó detrás. Al parecer, venía a ver qué estaba causando tanto malestar en el Gobernador.

—Él es mi padre, Rob Guna, Vicegobernador de Sitnor —dijo Noah Guna mientras los hombres hablaban—. Se está enterando ahora de lo que dice la carta. No te asustes, hacen mucho ruido, pero son buenos hombres, no te harán daño.

Noah Guna le sonrió cuando terminó de hablar y Tino pensó que realmente debía verse asustado, lo que no dejaba de ser cierto. No quería utilizar sus poderes frente a desconocidos, pero lo haría si su seguridad estaba en riesgo.

Cuando los hombres hicieron silencio, Noah Guna continuó leyendo y pasaron unos minutos hasta que el Gobernador volvió a hablar y el joven le tradujo sus palabras.

—El Gobernador dice que no están interesados en lo que ocurre fuera de las fronteras de Sitnor. Finge que lo comprendes y que no insistirás. Acompáñame a mi estudio. Podremos hablar más cómodos. Sé que podré convencerlos, aunque ahora no quieran escuchar nada que tenga que ver con los magos.

Tino asintió y se puso de pie, saludo a ambos hombres y se retiró de la habitación caminando hacia atrás, sin levantar la vista del suelo. Noah Guna dijo unas palabras y salió detrás de él. Antes que cerrara la puerta, los hombres comenzaron a hablar ruidosamente otra vez.

—Ven por aquí —dijo Noah Guna, guiándolo a la planta baja y, luego, hasta el final de un largo corredor. Al llegar a la última puerta, sacó un enorme manojo de llaves e introdujo una en la cerradura, pero no abrió. Después de varios intentos y muchas disculpas, Noah Guna pudo abrir la puerta y lo hizo ingresar a una habitación que parecía haber sido el escenario de una batalla entre libros y pergaminos y Tino sonrió ante la idea. Había libros abiertos en el suelo y en el escritorio, y varias pilas de ellos se amontonaban por todo el lugar, había también decenas de pergaminos desenrollados y unos cuantos en blanco.

—Perdona el caos —dijo levantando algunos pergaminos para que Tino pudiera pasar—, desde que mi hermano no está en la ciudad, se me dificulta mantener el orden.

—Quentin Guna, ¿no es así? Es tu hermano.

—Sí, ¿cómo sabes eso? —dijo mirándolo confundido.

—Lo vi en la mente de un soldado. No lo dice en la carta que presenté al Gobernador, pero yo soy uno de los magos de Erjathá[8].

—Vaya. —Noah Guna lucía tan ansioso que sus manos dejaron caer los pergaminos que sostenían y se dibujó una sonrisa en su rostro—. Dime ¿y tú qué puedes hacer? No, perdona, que descortés de mi parte. Es que nunca había visto a un mago de cerca, a uno que pudiera utilizar la magia a voluntad.

—Mira mis ojos, Noah Guna —dijo y recurrió a sus poderes. Los ojos verdes del pálido muchacho se abrieron el doble de su tamaño y se acercó para ver mejor. Tino pudo ver el reflejo de sus ojos encendidos en los de Noah Guna y, también, notó que Noah Guna olía como la madera recién cortada.

—Puedes llamarme solo Noah —susurró, hipnotizado.

Tino levantó una mano y en ella se formó una pequeña esfera blanca. La atención de Noah se dirigió a su mano y llevó uno de sus delgados dedos hacia ella, pero Tino hizo desaparecer la esfera.

—Ibas a perder la mitad de tu mano si la tocabas.

—Demonios… —susurró y se alejó de él. Noah le dio la espalda y rodeó el escritorio—. Siéntate, por favor, y cuéntame cómo es que supieron sobre lo que sucedió con mi hermano.

—Hace una semana, estábamos llegando con mi madre a Erjathá y fuimos emboscados por un grupo de soldados que nos seguían. Notaron que ella es maga, pero no supieron que yo también lo era. Pusieron precio a nuestras cabezas y por eso nos siguieron hasta que pudieron atraparnos. Pudimos librarnos de ellos y, cuando estuvimos seguros, entré en sus mentes para intentar obtener información. Así fue como supe lo de tu hermano, entre otras cosas. También supe que tú capturaste a Reda Almairon. Fue asombroso. —Noah bajó la vista y su rostro se sonrojó ante

las palabras de Tino—. Lástima que lo dejaron ir.

—Hubiera sido un desastre si lo reteníamos. Imagina si hubieran venido con sus magos a rescatarlo…

—Sí, eso es cierto. —Tino le habló sobre los ataques a Erjathá y, con más detalles, acerca del último asedio, que causó la destrucción de la parte nueva de la ciudad. Noah escuchaba con atención y, de vez en cuando, hacía algunas preguntas o comentarios.

—Cuando el Gobernador sepa todo esto… —comentó cuando Tino terminó de hablar.

—¿Podrás convencerlo de que empiece a reclutar magos? Nosotros estamos dispuestos a ayudarlos con los entrenamientos.

—No lo sé, no estoy seguro, pero deberé esforzarme. Esto es algo que no podremos ignorar por mucho tiempo.

—¿Y tu hermano? Se dice que también Quentin Guna es mago.

—Vaya, sí que corren rápido los rumores —dijo Noah y acomodó el cabello que le caía sobre el rostro con un movimiento de su mano—. Mi hermano no sabe utilizar sus poderes, tan solo tuvo algo de suerte cuando Reda Almairon estuvo en la ciudad y Quentin ahora está en su entrenamiento obligatorio, no saldrá hasta dentro de unos meses, a principios del próximo año.

—Es una lástima, me hubiera gustado conocerlo.

—¿Tienes alojamiento para esta noche? —dijo Noah. Se asomó por una puerta que había a un costado y daba a una habitación oscura—. Las puertas de la ciudad se cierran cuando cae el sol y no se abrirán hasta mañana.

—Debo regresar esta noche.

Noah se movió incómodo en su sillón y Tino notó que bajaba una de sus manos.

—Hay algo que no comprendo —dijo, y su anterior amabilidad se convirtió en seriedad—. Dijiste que hace una semana fuiste atacado, pero el viaje desde Erjathá hasta aquí te tomaría cerca de dos meses. ¿Qué me estás ocultando?

—Tengo los poderes del Sol, puedo aparecer y desaparecer en otros lugares. Mira y no te muevas, por favor.

Tino recurrió a sus poderes y en menos de un segundo apareció junto a la puerta de entrada del estudio. Noah se levantó de la silla de un salto y esta cayó hacia atrás.

—¿Cómo demonios…?

—Espero no haberte asustado. No fue mi intención, solo que esta era la forma más rápida de enseñártelo.

—Está bien, no te preocupes —dijo y se dio vuelta para acomodar la silla—. Es solo que… no lo esperaba. Eso fue asombroso, debo decirlo.

Noah volvió a sonreír y Tino se acercó de nuevo al escritorio.

—Ya debo marcharme, salí al amanecer de Erjathá y no quiero que se preocupen por mí.

—Espera, quisiera saber algo. Estos viajes que tú haces, ¿con qué frecuencia puedes hacerlos? ¿Demandan mucha energía? Me gustaría que regresaras.

—Puedo pedirle al señor Dima que me permita regresar. Además, quisiera saber si has podido convencer al Gobernador.

—Bien, bien. ¿El mes próximo? Con la luna nueva.

—Está bien. ¿Dónde nos encontraremos?

—No puedes usar la magia en lugares en los que haya gente, por los que tendrás que aparecer fuera de la ciudad.

—Desde que aparecí esta mañana, me llevó horas llegar hasta las puertas y otro tanto encontrar el Palacio de Gobierno. No conozco la ciudad, ni los alrededores. Solo encontré varios

lugares en las mentes de los soldados y uno de mis compañeros me dijo cuál podría ser Sitnor. No estábamos completamente seguros de que lo fuera, pero debía intentarlo. Tuve suerte de encontrar la ciudad a la primera oportunidad. Si no es mucho pedir, ¿podría aparecer aquí? Recordaré un lugar libre de obstáculos y apareceré aquí.

—¿A qué te refieres con libre de obstáculos?

—Puedo aparecer en un lugar que he visitado o que alguien más haya visto pero, si algo cambia, si hay un mueble, una persona… cualquier objeto, apareceré mmm… alrededor de él, entre él —dijo frunciendo la nariz. Ante la confusión de Noah, Tino le contó lo que sucedió cuando llevó a Idris, la niña maga, a Pyebra Ciudad Capital.

—Comprendo. —Noah se puso de pie y caminó hasta un rincón. Movió un sillón desvencijado, tapado de pergaminos, y apartó una pila de libros—. Aquí… puedes aparecer aquí, con la luna nueva.

—Por favor, no vayas a olvidarlo. Puedo morir si algo sale mal.

—No lo haré. Durante el día previo y el siguiente a la noche de luna nueva, este lugar permanecerá despejado. Si necesitas encontrarme en otra fecha, deberás aparecer fuera de la ciudad y llegar hasta aquí.

—Bien, ha sido un gusto, Noah. Nos veremos la próxima luna nueva.

—Esperaré ese momento —dijo Noah sonriendo.

Tino desapareció, llevando en su mente el lugar a dónde debía regresar y, también, la sonrisa de Noah Guna.

12

Sitnor Ciudad Capital, año 4000

Al salir del «encierro», era tradición que los jóvenes caminaran de regreso a la capital y solo las señoritas eran llevadas en carretas. El entrenamiento obligatorio era de dos años, pero Quentin y Josh permanecieron tres años en la fortaleza ubicada en las afueras de la ciudad, como todos aquellos quienes pretendían unirse al ejército de Sitnor.

El verano ya había comenzado y las puertas de la fortaleza se abrieron ni bien el sol asomó sus primeros rayos. Les esperaba una larga y calurosa caminata.

—No veo la hora de llegar a casa —dijo Josh, molesto, una vez que cruzaron el puente levadizo—, estoy harto de esta gente.

—Lo noté, creo que fuiste el que más veces se batió en duelo en la historia de la fortaleza… Quizás hasta hacen una estatua en tu honor.

—Tú lo hiciste casi tanto como yo —dijo Josh con una sonrisa.

—Gracias a ti. Si fueras capaz de mantener el hocico cerrado, no me metería en problemas tantas veces.

—Quizás… pero se siente bien golpear a la gente.

—Y dicen que el demente soy yo. Se nota que no te conocen.

—Tú eres el caníbal —dijo Josh riendo.

—Cállate, que me puede dar hambre en cualquier momento y Sitnor está bastante lejos.

Se habían apartado del grupo principal, quedándose al final de la fila. Durante su estancia en el campo de entrenamiento, hicieron muy pocas amistades porque, al principio, todos se burlaban constantemente de Quentin llamándolo «caníbal» o «demente», sin siquiera saber que gracias a eso evitó que todo Sitnor cayera en manos del rey de Pyebra. Josh sabía lo que sucedió y, a pesar de habérselos dicho a los demás, las burlas continuaron. Después de un tiempo, decidió que lo mejor sería explicárselos a golpes. A Quentin no le interesaba lo que los demás dijeran, pero su amigo veía las cosas de manera diferente, por lo que era habitual que se golpeara con sus compañeros y, la mayor parte de las veces, Quentin terminaba también golpeándose con alguien. Una vez que todos lo entendieron y dejaron a Quentin en paz, Josh tomó el rol de justiciero, defendiendo a todos aquellos que se convertían en objeto de burla, fuera cual fuera la razón. Se ganó el respeto de muchos y el desprecio de la mayoría de sus compañeros, pero no era algo que le quitara el sueño.

Las señoritas lo adoraban y siempre recibía cartas que no contestaba y regalos que terminaba compartiendo con sus compañeros de habitación. En cambio, se tomaba horas escribiendo largas cartas que enviaba a Sitnor cuando la carreta de la correspondencia viajaba a la ciudad y esperaba nervioso su regreso.

Quentin, en un principio, hizo amistad con varias de sus compañeras y fue, también, la causa de varios duelos entre ellas por lo que, finalmente, decidió dejar de responder a sus cartas. La idea de que las señoritas se enemistaran entre ellas por él, le resultaba irracional.

—¿Qué haces? —preguntó Quentin, intrigado, al ver que su compañero se sentaba a mitad de camino y se quitaba el bolso que llevaba colgado en la espalda.

—Voy a tirar todas estas porquerías —contestó Josh—, pesan demasiado. No necesito cargar con cosas que no voy a volver a utilizar jamás.

—Deberías conservarlas, varias cosas pueden resultarnos útiles cuando salgamos de campaña.

—Tonterías —respondió Josh mientras comenzaba a tirar hacia los lados las cosas que llevaba—. Basura, basura, basura. Dime, ¿para qué demonios queremos esto? —Josh arrojó con fuerza un juego de cucharas de madera que él mismo había tallado. Quentin se sentó a su lado y a los pocos segundos Josh se puso de pie—. Vámonos.

—Acabo de sentarme —se quejó.

—Si quieres podemos quedarnos todo el día en el campo, pero en ese caso, pasaremos la noche en las puertas.

—Oye, ¿qué tal si nos quedamos fuera? —preguntó.

—¿Te dio mucho el sol?

—Piénsalo, sería una buena forma de festejar nuestro regreso a la libertad.

—Ya vámonos —dijo Josh con impaciencia, tirando del brazo de Quentin.

El camino hacia Ciudad Capital era un polvoroso sendero que cruzaba campos de ganado y sembradíos. Había una hilera de árboles a un lado pero, en esos momentos, su sombra ya no les daba ninguna protección contra los rayos del sol, que les quemaba la piel sin compasión alguna. No había ninguna nube y ni siquiera una leve brisa soplaba para aliviarlos del sofocante calor veraniego.

—Tengo hambre —dijo Josh en un momento. Ya era cerca de mediodía y Las Tres Hermanas aún no estaban a la vista.

—Y yo tengo calor y no estoy quejándome…

—Pero en serio tengo hambre.

—Vaciaste tu bolso, ¿recuerdas? Seguro arrojaste tu almuerzo con el resto de «porquerías inservibles».

—Así es… lo hice sin darme cuenta —dijo, desilusionado, luego de meter su mano dentro del bolso y comprobar que estaba vacío.

—Menos mal que no soy tan idiota como tú —dijo mientras sacaba de su bolso un pequeño pan y se lo ofrecía.

—No sé qué haría sin ti, Q… —dijo devorándolo de un solo bocado.

—Pues seguro que ya estarías muerto —dijo Quentin llevándose un panecillo a la boca. Josh de pronto se detuvo—. ¿Y ahora qué te sucede?

—Acabo de recordar a Almairon —contestó mientras masticaba.

—Yo también lo olvidé. Noah nunca contestó en sus cartas si había noticias de Pyebra y, con el tiempo, dejé de insistir. ¿Qué es lo que recordaste?

—En verdad podríamos haber muerto… en varias oportunidades.

—Pero no sucedió…

—Porque eres un mago…

—Cállate, ¿quieres? —dijo Quentin, que giró la cabeza hacia todos lados para ver si alguien lo había oído.

—Estamos completamente solos por primera vez en años… déjame decirlo.

—Es incómodo. —Quentin bajó la vista. Luego de unos momentos, agregó—. Hay algo que no te dije. Una noche quise escapar con Astor, pero él me detuvo.

—¿Cómo que *él* te detuvo?

—Pudo hablar conmigo y me convenció de regresar.

—Los dioses quieran que siempre confíes en mí de la misma forma, maldito seas. ¡Tres años pasaron y recién ahora lo dices!

—Josh, no empieces, ¿acaso debo decirte todo lo que me sucede?

—Como mínimo… ¿Para qué demonios eres mi amigo?

—Ya, ya. ¿Quieres que siga hablando o vas a seguir con tus quejas? —Josh le hizo una seña con la mano, para que continuara—. Gracias. Como decía, Astor habló en mi cabeza. Escuché una pequeña voz entre mis pensamientos… no sé muy bien cómo explicarlo. En ese momento estaba muy preocupado por lo que podría sucederme si me reportaban, ¿recuerdas? —Josh asintió—. Por lo que decidí dejar la ciudad y llevar a Astor conmigo. Fuimos por los pasillos hasta el estudio de Noah y, cuando estaba a punto de sacarlo por la ventana, me habló. Dijo que todo estaría bien y que debíamos regresar. Como no creí en lo que me decía, me dijo que tuvo una visión en la que me veía dentro de cinco años…

—Así que además de poder hablarte, también es capaz de tener visiones. Mierda, Q.

—Eso no es todo. Me dijo que podía entrar en mi mente «para ver cómo me encontraba», y también que me ayudaría, me enseñaría algunas cosas.

—¡Eso es estupendo!

—No estoy muy seguro de querer hacerlo, Josh.

—Debes hacerlo. Necesitamos que lo hagas. Recuerda que el rey de Pyebra, en aquel entonces, ya contaba con ciento cincuenta magos. Imagina cuántos más tendrá ahora. Nosotros no tenemos a nadie para enfrentarnos a eso.

—Tenemos a Astor…

—¡Es un crío! ¿Cómo puede hacer él algo?

—¿Cómo podré hacer yo algo, entonces? —Josh no respondió a eso—. Lo pensé mucho, no creas que no. Tuve tiempo suficiente. Astor dijo que podría enseñarme a proteger mi mente, para que nadie entrara. Solo eso haré. Le prometí a Noah que no intentaría hacer nada estúpido y voy a mantener mi palabra. Solo accederé a proteger mi mente porque quizá sabré cosas que es peligroso que alguien más sepa, pero eso será todo.

—Creo que estás cometiendo un error. —Josh sabía que intentar hacer cambiar de opinión a Quentin era en vano, pero solo expresó lo que sentía en ese momento.

—Todos cometemos errores…

—¿Qué haremos cuando lleguemos a Sitnor? —Josh cambió súbitamente de tema.

—Pues, supongo que descansar unos días mientras esperamos el llamado del ejército. Por mi parte, quiero ir a la taberna a emborracharme. Y llevaré a Noah y a Tanáel también. Seguro será muy gracioso.

Josh rio con ganas.

—¿Otra vez?… En serio, Q, ¿te sientes bien?

—¿Sabes? El tiempo que estuvo Almairon en la ciudad, fue lo mejor que viví. Lástima que te perdiste la mayor parte, pero fue emocionante… La incertidumbre de no saber qué sucedería, las corridas, las peleas de vida o muerte… Necesito eso de nuevo.

—Estoy contigo, Q. También coincido en eso, ¿pero qué tiene que ver con querer emborracharte?

Quentin sonrió a medias y se encogió de hombros. No quería hablarle a Josh del malestar constante, del vacío y la desolación que sentía desde el último verano que pasaron en la ciudad, no quería decirle que la única forma de olvidarse de eso era cuando se perdía entre las bebidas que conseguía robar cuando estaban en el campo de entrenamiento. Quería guardárselo para él. Después de todo, Josh no lo comprendería porque ni él mismo lo hacía y sabía que no podría ser capaz de explicárselo, aunque lo intentara.

A media tarde llegaron a las puertas de la ciudad y, al cruzarlas, se encontraron con la familiar

escena del verano sitnorense: los vendedores ofreciendo sus mercancías, las voces de cientos de personas que hablaban a la vez, el relinchar de los caballos, los perros y niños que correteaban sin importarles contra quien tropezaran.

—Extrañaba esto. —Josh sonrió—. Cebolla, ajo y mierda de caballo. —Quentin rio ante la ocurrencia pero, luego frunció la nariz.

—Por los dioses, odio el ajo…

—¿Qué hacemos? —preguntó Josh ignorando el comentario—. ¿Vamos por unos tragos o a la fortaleza?

—Depende de ti, yo no tengo ni una moneda.

—A la fortaleza, entonces —dijo Josh, desencantado.

Continuaron caminando, arrastrando los pies un poco por cansancio y otro poco porque no tenían muchas ganas de regresar a su anterior vida, ni siquiera por un corto período de tiempo, ya que les producía cierto malestar. Era muy probable que sus padres siguieran tratándolos como niños, obligándolos a limpiar los establos, culpándolos por cualquier cosa que sucediera a kilómetros a la redonda y, seguro, deberían cargar con una escolta nuevamente.

Iban caminando por las calles del mercado, cuando vieron unos rostros que les resultaron familiares.

—Así que los dementes salieron del encierro al fin. Qué bien, ya estábamos necesitando a quien golpear.

El más alto de cuatro sujetos, algunos años mayores que Quentin y Josh, se acercó para cerrarles el paso, con sus amigos siguiéndolo detrás. Eran los que solían pelear con los muchachos cada vez que se cruzaban.

—¿A quién le dices, imbécil? —dijo Josh y se quitó el bolso que llevaba colgado.

—Déjalo, no vale la pena —dijo Quentin, mientras intentaba continuar caminando.

—El pequeño caníbal tiene miedo —agregó uno de ellos y sus compañeros rieron con él.

—¿Caníbal quién? —preguntó Quentin. Josh lo miró, sonriendo, mientras arrojaban sus pertenencias a un costado.

Al ver que se estaba por producir una pelea, todos a su alrededor comenzaron a retirarse. Los vendedores sabían que esos cuatro sujetos ocasionaban problemas cada vez que aparecían y, después de casi tres años fuera de la ciudad, no se percataron de quienes eran esos dos extraños que se atrevían a enfrentarlos.

—¿No van a correr a llamar a su escolta, niñitos?

—Podemos encargarnos de cuatro idiotas sin necesidad de llamar a nadie. ¿Lo quieren con espadas o sin ellas?

—Mejor sin armas, Josh, estarían en desventaja. Seguro no han tenido una espada en sus manos en toda su miserable vida —dijo Quentin.

—Es cierto, y las del encierro no cuentan como espadas, parecen palos desafilados.

Uno de los sujetos hizo el intento de atacarlo, con un cuchillo en una de sus manos, pero Quentin lo tomó del brazo cuando lanzó el primer ataque y de un solo y certero puñetazo lo arrojó al suelo. El muchacho quedó inconsciente y con la nariz sangrando. Josh reía a carcajadas.

—Y sin transpirar —murmuró Quentin.

Los tres restantes corrieron hacia ellos, pero Josh desenfundó su espada y se detuvieron por completo, sin atreverse a dar un paso más.

—Sin espadas, Josh.

—¿A puño limpio? —preguntó ingenuamente.

—Sí, señor —dijo Quentin y sonrió con malicia, sabía que su amigo golpeaba mucho más

fuerte que él y tenía varias mandíbulas rotas en su haber.

Josh arrojó la espada sobre su bolso y se abalanzó contra el que estaba más cerca suyo, un muchacho pecoso y de pelo rojizo. Los años en el campo de entrenamiento lo hicieron ágil y certero, por lo que esquivó con facilidad los primeros ataques de su contrincante, hasta que este chocó repetidamente contra el puño de Josh. Después de tres golpes, quedó tendido en el suelo, al igual que su compañero.

Quentin ya había derribado al tercero cuando Josh se acercó a él.

—¿Tuyo o mío? —preguntó.

—No, no —suplicó el último que quedaba en pie—. Ya no los molestaremos.

—¿Ahora se te fue lo valiente? Pensé que querías a alguien a quién golpear. Ven, dame tu mejor golpe. —Quentin se dio unas palmadas en la mejilla.

A pesar de ser más alto y, en apariencia, más fuerte que Quentin, se desanimó al verse solo.

—¡Señores, con ustedes cien kilos de pura cobardía! Pasen y vean —gritó Josh al gentío que se congregaba a su alrededor. Todos reían, sabiendo que, al menos por un tiempo, estos sujetos estarían lejos del mercado.

—Despierta a tus amigos y lárguense de aquí —dijo Quentin.

El avergonzado muchacho corrió junto a sus compañeros y, luego de unos momentos, los cuatro desaparecieron entre la multitud que los abucheaba.

Quentin y Josh tomaron nuevamente sus pertenencias y, entre aplausos y felicitaciones, dejaron el lugar sonriendo satisfechos.

—Esa si fue una buena forma de regresar a casa —dijo Josh riendo, cuando ya se habían alejado del gentío.

—No estuvo mal, a decir verdad —asintió Quentin—. Espera… ¿Aquél no es Tanáel?

—¡Tanáel! —Josh levantó los brazos y, cuando él los miró, agregó sonriendo—. Mira, es Tanáel.

Quentin lo miró extrañado, ya que eso era lo que acababa de decirle. El bibliotecario se veía algo desconcertado, pero luego sonrió mostrando sus pequeños dientes.

—¡Por los dioses! ¡Tienen el doble de tamaño que cuando se fueron! ¿Con qué los alimentaron? —exageró Tanáel. Josh, que casi llegaba a los dos metros de altura, era ahora más alto que Quentin y ambos crecieron más de lo que, incluso ellos mismos, esperaban.

—Espadas y almas enemigas —dijo Quentin. Josh y Tanáel rieron.

—Iba de camino a la taberna, quedé encontrarme ahí con Noah. Acompáñenme, tenemos que celebrar su regreso.

—Vaya, ¿ahora resulta que van de copas? —Josh rio, sorprendido.

—Solemos hacerlo, sí.

—No tenemos ni una moneda y estamos sedientos. Si sus bolsas de oro pueden con eso, por mi no hay problema —dijo Quentin.

—Vamos, pues —dijo Tanáel cuando comenzó a caminar.

—Y yo muero de hambre—agregó Josh.

—No me extraña, en lo absoluto. —Tanáel lo miró de arriba a abajo.

Continuaron el camino hasta la taberna, mientras los muchachos le contaban a Tanáel sobre su estadía en el *encierro*. Al llegar, vieron que Noah estaba sentado en una mesa en un rincón, alejada de todos, con dos jarros vacíos sobre ella. Quentin les hizo una seña a Josh y a Tanáel para que no hablasen. Se acercó desde atrás a Noah y rodeó su cuello con el brazo. Noah reaccionó con rapidez y llevó su mano al bolsillo.

—Quieto, o te rompo el cuello —susurró Quentin en su oído, pero enseguida lo soltó al notar

que los hombros de su hermano mayor se relajaban.

—Podría haberte matado —dijo Noah con calma, antes de darse la vuelta para mirarlo.

—¿Cómo es eso? —preguntó Quentin, sorprendido.

—Si se clavan en tu cuerpo, puede causarte diferentes reacciones. La muerte es una de ellas —dijo Noah y sacó de su bolsillo un manojo de dardos con distintas ranuras talladas.

—Vaya… te has vuelto peligroso.

—La verdad, uno nunca sabe con qué se puede encontrar. —Noah se encogió de hombros. Luego agregó, mirándolo con más detenimiento—. Vaya, hermanito, sí que has crecido. ¿Y Josh?

—Con Tanáel… allí, mira. —Quentin los señaló. Estaban esperando a que los atendiera el tabernero—. ¿Por qué están aquí y no en lo del Tuerto?

—Me prohibieron la entrada allí. —El rostro de Noah se ruborizó—. Ya sabes, después del desastre que hicimos…

Quentin rio y se sentó a su lado.

—¿Qué noticias hay de Pyebra? —preguntó después de unos momentos.

—Que nos afecten directamente, ninguna por el momento. Lo que es un hecho es que Kirios, el nuevo rey de Pyebra, está en guerra con Erjathá, que se volvió una gran molestia. Rechazaron con relativo éxito todos los avances que el rey Kirios hizo —dijo Noah y agregó bajando la voz—. Estoy en contacto con los magos de Erjathá. Con un muchacho que se llama Tino Suhrah, pero ni el Gobernador ni padre lo saben. Tino fue enviado para dialogar con ellos, para advertirles sobre los planes del rey, pero no lo escucharon. Me llamaron para oficiar de intérprete y cuando les comuniqué el propósito de su visita, lo despidieron amablemente, diciéndole que no les interesaba lo que tenía para decirles. Lo llevé a mi estudio para hablar más tranquilos y ahí me informó de lo que sucedía. Tiene el poder de aparecer en distintos lugares…

—¿Cómo que *aparecer*?

—Eso, aparece —dijo y chasqueó los dedos—, de repente. Son magos ¿qué esperabas? Pueden hacer infinidad de cosas, según me he ido enterando. —Quentin asentía, asombrado—. Cada luna nueva, aparece en mi estudio y me trae noticias. Ya te contaré con más calma, ahora deberíamos festejar su llegada. Ahí vienen. —Noah, sonriendo, se puso de pie para saludar a Josh, que lo abrazó tan fuerte que le hizo crujir la espalda.

—Te has achicado. —Josh rio, aunque Noah tenía una mueca de dolor en su rostro.

—Lo cierto es que tú te has agrandado, pero eso no importa… Qué bueno es tenerlos aquí de nuevo. —Los cuatro se sentaron y Josh tomó la jarra de cerveza y la repartió entre ellos, al tiempo que le hacía señas al tabernero para que trajera otra llena.

Pasada la medianoche y ocho jarras más tarde, Josh se paró sobre una mesa para darse la bienvenida a Sitnor, mientras los demás lo animaban. Tanáel y Noah se retiraron poco tiempo después y los dos amigos continuaron con su celebración, ya que también se sumaron sus compañeros de encierro, que acudieron a la taberna por la misma causa.

En un momento, uno de los parroquianos chocó contra otro, lo que ocasionó una pelea. Quentin, Josh y sus compañeros se mantuvieron al margen, sabiendo que no podían estar envueltos en tremenda escaramuza; si querían presentarse en el ejército debían mantenerse lejos de los calabozos y esta era una buena razón para ser encarcelados.

Volaron puñetazos, jarros, algún que otro plato y varias sillas. En pleno conflicto se presentó la Guardia de Sitnor y fueron llevados todos al calabozo, los muchachos incluidos. Por más que se quejaron y protestaron, fueron a parar a una de las celdas subterráneas del Palacio de Gobierno.

Cada vez que alguno de los guardias se acercaba, Josh gritaba que quería hablar con su padre el Gobernador, pero los soldados le contestaban que conocían al señor Joshua y que él no se le parecía en nada.

A mediodía del día siguiente, uno de los soldados accedió a la petición de Quentin de ir en busca de Eric.

—¿Cuál es el nombre familiar de ese tal Eric? —preguntó el soldado.

—No lo sé, simplemente es Eric —dijo Quentin encogiéndose de hombros—. Es uno de los Guardias de la fortaleza, el que lleva dos espadas en su espalda.

—Es el Capitán Eric Bohn, inútil. Si fueras quien dices ser, sabrías que es el Capitán Bohn.

—Recién ayer salimos del encierro —dijo Quentin, resignado, y se sentó nuevamente en el frío y húmedo suelo de piedra. El soldado lo miró por unos segundos y luego se marchó.

El tiempo corría tan lentamente que ya no sabía si pasaron solo unas horas, unos minutos o unos cuantos días. Quentin tenía un gran dolor de cabeza y Josh hacía horas que dormía; se había rendido al ver que nadie le hacía caso. Fueron alojados en celdas contiguas, separadas por gruesos barrotes de hierro. Era media tarde cuando Josh se movió, incómodo, y trató de incorporarse.

—Mi cabeza —se lamentó y apoyó las palmas de sus manos en sus sienes—, pareciera que me machacaron a golpes.

—No esta vez.

—Q, ¿qué sucedió? —dijo de repente y miró a los lados.

—Nos emborrachamos, hubo una pelea, destruyeron la taberna y nos encerraron.

—¿Peleamos? Por los dioses, dime que no peleamos.

—Nosotros nos quedamos aparte, al menos en eso estuvimos razonables —dijo con una mueca que intentaba ser una sonrisa—. ¿Quieres agua? Aún me queda.

Josh tomó la jarra que Quentin le ofrecía, pasando su mano entre los barrotes, y bebió todo su contenido.

—¿Tendremos que pasar una semana aquí? —preguntó Josh—. No podremos presentarnos al ejército si no nos liberan pronto y aclaran todo esto. Maldición, por una vez que nos comportamos. Imagina el recibimiento que nos darán nuestros padres.

—Sí, ya lo pensé… Probablemente terminemos siendo herreros.

—O zapateros…

—O palafreneros…

—O mercenarios…

—Eso me gustaría más.

—¿Dónde están? —rugió una voz como trueno desde la entrada al pasillo que llevaba a los calabozos. Quentin y Josh se pusieron de pie de un salto al reconocer la voz de Eric.

—Por aquí. —Josh sacó el brazo entre los barrotes.

Se escuchó el sonido de pasos apresurados y el tintinear de las llaves.

—¿Cómo diablos han terminado aquí? Apresúrate a sacarlos —ordenó Eric al soldado que lo acompañaba.

—Fue una confusión, Eric, esta vez no hicimos nada —dijo Josh.

—Les creo. Lo difícil va a ser que sus padres lo hagan.

—Ey, por aquí —dijo una voz detrás de Eric. Tres brazos se asomaban entre los barrotes.

—¿Y ustedes qué? —El Capitán Bohn se dio la vuelta para mirarlos con el ceño fruncido.

—Estaban con nosotros —dijo Quentin.

—Bien, libéralos a ellos también. ¿Alguno más estaba con ustedes? —Los muchachos negaron

meneando la cabeza—. Acompáñenme —dijo ni bien estuvieron todos fuera de las celdas. Eric los guió hasta un calabozo de muros de piedra y habló una vez que estuvieron dentro—. Ahora, díganme qué es lo que sucedió.

Los muchachos comenzaron a relatar los eventos de la noche anterior; solo Quentin recordaba todo tal como sucedieron, por lo que agregaba los detalles mientras sus compañeros hablaban; Josh, por su parte, no dijo ni una palabra.

—Su versión de los hechos coincide con lo que el tabernero denunció a los soldados que acudieron a la taberna. Los escoltaré hasta el despacho del señor Gobernador, para que les otorgue el perdón. Luego podrán marcharse.

Eric abrió la puerta de la celda y esperó a que todos salieran. Josh fue el último.

—Gracias, Eric —dijo, aliviado, y al instante se corrigió—. Capitán Eric.

—Tranquilo, muchacho —rio—, ustedes siempre podrán llamarme Eric o como se les dé la gana, por mí estará bien.

El resto del camino hasta el despacho del Gobernador lo hicieron en completo silencio, principalmente por el malestar que sentían los recién liberados. Eric se detuvo en la puerta al llegar.

—Esperen aquí, primero hablaré con el Gobernador para ponerlo al corriente.

Eric golpeó la puerta y aguardó unos instantes hasta que la inconfundible voz del Gobernador les concedió el paso. Se acomodó las correas de la funda de sus espadas dobles, estiró su camisa y desapareció tras la puerta.

Los cinco jóvenes esperaron impacientes y Josh se paseaba de punta a punta del corredor, caminando nervioso. Pasaron unos cuantos minutos hasta que, al fin, la puerta volvió a abrirse. Quentin respiró profundamente antes de pasar al despacho, esperando el sermón que les dedicarían. Se detuvieron al frente del gran escritorio, fijando su vista en un punto invisible sobre la pared detrás del Gobernador.

—Buenos días, señores —dijo el Gobernador con absoluta seriedad—. Me acaba de informar el Capitán que hubo un malentendido por el que terminaron en el calabozo. Mis más sinceras disculpas por la injusticia, se tomarán medidas para evitar futuras equivocaciones. Marchen con orgullo y en paz y podrán presentarse en el ejército cuando se abra la convocatoria. Vayan con los dioses. —El Gobernador se puso de pie y los saludó inclinando la cabeza.

Los compañeros de Quentin y Josh salieron de la habitación junto con Eric, mientras ellos dos permanecieron en la misma posición. Una vez que la puerta se cerró, el Gobernador se sentó pesadamente, apoyando los codos en su escritorio y la frente en sus manos. La puerta se abrió detrás de los muchachos, pero estos no movieron ni un músculo. Rob pasó junto a ellos y se sentó detrás del escritorio, al lado del Gobernador.

—¿Cuándo va a ser el día en qué nos den buenas noticias? ¿Cuándo va a ser el día en que no estén metidos en problemas? —preguntó sin levantar el rostro y, al parecer, sin esperar una respuesta.

—Señor, solo fuimos a beber y se armó una pelea. Nosotros no tuvimos nada que ver esta vez.

—¿Y el incidente en el mercado?

—Por los dioses, padre. Esos imbéciles solo hacen desastres cada vez que se aparecen en cualquier lado. Roban, maltratan a la gente, destruyen sus puestos y nadie hace nada.

—Entonces sí fueron ustedes —dijo Rob Guna en un suspiro.

—¿Nos denunciaron por golpearlos? —Quentin rio, pero regresó a la seriedad de inmediato, al ver que solo a él le causó gracia.

—No los denunciaron, lo cuentan los puesteros.

—Por unos momentos tuve la esperanza de que lo negaran —dijo el Gobernador—. No alcanzaron a cruzar las malditas puertas y ya estaban metiéndose en problemas.

—Ellos nos provocaron —dijo Josh en voz baja.

—Es verdad.

—Llamaron caníbal a Quentin…

—Y nos llamaron «niños» por llevar una escolta.

El Gobernador miró a Rob y ambos comenzaron a reír sonoramente. Los muchachos permanecieron firmes, mirando la pared de piedra blanca frente a ellos, sobre las cabezas de sus padres.

—Tuvimos tres años de paz y tranquilidad con ustedes lejos, aunque nos llegaban reportes de su comportamiento y de sus duelos diarios. Por los dioses, muchachos, lo llevan en la sangre —dijo Rob y Quentin notó cierto orgullo en sus palabras.

—No se pueden estar quietos, eso es un hecho —dijo el Gobernador y se puso de pie. Se acercó a su hijo y lo abrazó con fuerza, mientras le palmeaba la espalda. Rob, por su parte, caminó hacia Quentin para saludarlo.

—Noah nos contó esta mañana que los vio en la taberna anoche, haciendo hincapié en el tamaño que ganaron estos años que estuvieron lejos… La verdad es que no exageraba, casi nos dejaron enanos —dijo Rob, mirándolos a ambos alternadamente—. Como decía, supusimos que seguirían de juerga hasta que el Capitán Eric vino con estas noticias.

—Debo advertirles que sus madres no están nada contentas, se enteraron que los demás llegaron y ustedes no se dignaron a verlas aún.

—Y están en todo su derecho de regañarlos, no nos involucraremos en sus sermones. Advertidos están…

Los muchachos rieron.

—Disculpen que lo diga —dijo Quentin unos momentos después—, pero lo que hicieron los soldados estuvo muy mal. Si nosotros no hubiéramos estado ahí… Si nos hubiéramos marchado con Noah, nuestros compañeros no habrían tenido oportunidad alguna, nadie los habría escuchado…

—El Capitán Eric nos dijo lo mismo. No te preocupes, tomaremos cartas en el asunto.

—Gracias —dijo Quentin.

—Ahora vayan a casa, y dense un baño antes de ver a sus madres, por favor, realmente apestan —dijo el Gobernador con una mueca.

Los muchachos pasaron unos momentos a saludar a Noah y, de inmediato, fueron a saludar a sus respectivas familias.

Quentin encontró a su hermana recogiendo tomates en la huerta, mientras una versión muy pequeña de Noah, incluso con el cabello largo, correteaba entre las plantas aromáticas detrás de Onix.

«¡Astor! Cuánto creció» pensó. Como ninguno de los dos lo habían visto, trató de acercarse a ellos sin hacer ruido.

—¡Hola hermana! —dijo y saltó al lado de Ara, lo mismo que hacía ella siempre que lo encontraba. La canasta que llevaba cayó de sus manos, haciendo rodar los frutos por todo el lugar. Ara dio un pequeño grito y luego saltó para colgarse del cuello de su hermano, abrazándolo con fuerza. Astor corrió hacia la cocina, asustado al ver a *un extraño*.

—¡Quentin! Qué alegría verte…

—Lo mismo digo, chiquita.

—Ven, todos te están esperando —dijo y caminó hacia la cocina.

La nana, que cuidó a todos los hermanos Guna desde su nacimiento, también gritó de alegría al verlo.

—¡Mi niño! Regresó mi niño. —Los ojos se le humedecieron apenas lo vio cruzar la puerta y, cuando lo abrazó, gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas.

—Nana, solo estuve fuera una temporada.

—¿Te alimentaron bien? —dijo apretándole los brazos; era la única persona que siempre veía a todos delgados—. Estás muy alto, bien, bien, aunque seguro has pasado hambre en ese horrible lugar. Te prepararé algo para que comas —dijo y corrió a las ollas.

—La verdad que eso estaría muy bien, hace dos días que no como algo decente.

—¡Oh, mi pobre niño! —dijo y volvió a abrazarlo por unos segundos más.

—¿Qué sucede que hay tanto alboroto? —dijo una voz femenina que se acercaba desde el salón. Todos en la cocina hicieron silencio, esperando a que Elisa Guna llegara para darle la sorpresa. El pequeño Astor estaba en sus brazos, con el rostro escondido entre su rubia cabellera. Elisa abrió grande los ojos al ver al muchacho, una versión muy joven de su marido. Por unos breves instantes pareció no notar quien era—. ¡Por los dioses, si es mi hijo! —dijo más para sí misma que para los demás—. Mira, Astor, tu hermano regresó.

El pequeño lo miró muy tímidamente, mientras su madre abrazaba al recién llegado, pero volvió a ocultar su rostro sin prestarle más atención.

—Qué bueno es verlos a todos —dijo Quentin sonriendo—. ¿Cómo han estado las cosas por aquí?

—Bueno, la verdad es que no han cambiado demasiado —dijo Ara.

—Enara y Noah van a casarse —dijo Elisa—. Estaban esperando a que ustedes regresaran para celebrar la boda. La verdad que es una muchacha adorable, son muy afortunados de tenerse el uno al otro.

—¡Vaya, esa si es una noticia!

—Como no sabíamos con seguridad en qué fecha los dejarían salir, decidieron esperar hasta que ya estuvieran aquí para empezar los preparativos.

—Quizás alguna de las primas de Enara y tú… —dijo Ara sonriendo con picardía.

—Ara, no empieces. —Quentin sintió su rostro arder.

—¿Qué hay de malo? Sería asombroso. Serían familiares por partida doble…

—Ya, déjalo. —Esta vez su rostro se estaba poniendo cada vez más colorado y todos se divertían, menos él y antes de dejar la cocina, incómodo, agregó—: Iré a darme un baño.

Quentin subió las escaleras de piedra a paso apurado y se dirigió a su habitación. Al abrir la puerta, vio que su gato negro estaba sentado en la ventana abierta. Por lo visto, Ara siguió sus instrucciones. El gato saltó con agilidad a la cama y volvió a sentarse.

—Hola, Onix. —Quentin dejó el bolso que cargaba junto a la puerta y, luego, se recostó junto al felino. Comenzó a rascarle el lomo y a los pocos segundos el gato empezó a ronronear.

—*Te extrañé, humano* —dijo una voz grave. Quentin cayó de la cama del susto, el gato dio un salto y se le erizaron los pelos del lomo.

—¿Cómo demonios…? ¿Tú puedes… hablar? —dijo sin entender qué sucedía, aún sentado en el piso. Luego de unos segundos, el gato volvió a recostarse como si nada hubiera ocurrido y Quentin se rascó la cabeza—. Debe ser por el cansancio, seguro lo imaginé.

Se puso de pie y bajó a buscar un sirviente que le ayudara a llevar agua hasta su habitación; necesitaba darse un baño urgente, comer y dormir por largas horas.

13

—*Quentin, ¿eres tú el que llegó a la casa hoy?* —La pequeña voz de Astor resonó en sus pensamientos justo cuando estaba a punto de dormirse y, en seguida, contestó sin dejar que él respondiera—. *Sí, eres tú.*

—*¿Astor?* —preguntó, sobresaltado. Quentin se había recostado en su cama luego de bañarse, mientras esperaba que lo llamasen para la cena.

—*Soy yo. No los escuché decir tu nombre, por lo que no tenía la certeza de si eras Quentin. No quise entrar en tu mente hasta no estar seguro, mi maestro me dijo que debo ser cuidadoso. Cuando entré ahora vi que tu mente cambió, por eso pregunté si eras tú.*

—*¿Cómo has estado, hermanito?* —A Quentin no se le ocurría qué podía decirle a un niño con el que apenas habló una vez, y que no era más que un bulto de mantas cuando se fue al entrenamiento obligatorio.

—*Por acá las cosas han estado bien. No es Sitnor el problema. Es Pyebra, Morrau y Tesar.*

—*Vaya, pequeño…* —Quentin se sentó en la cama y cruzó las piernas delante de él. Astor parecía no estar interesado en las formalidades.

—*Mi maestro me dijo que en Pyebra el regreso de la Era de los magos ya es un hecho. El rey atacó la ciudad de Erjathá dos veces, la segunda con casi una centena de magos. Los magos de Erjathá son poderosos pues han sido entrenados como yo, desde pequeños, por el mismo maestro. La señora Viktoria, la esposa del rey, regresó a su palacio con un tercio de los magos que llevó a Erjathá, pero destruyeron buena parte de la ciudad antes de retirarse.*

—*Noah me dijo que está en contacto con los magos de Erjathá, habla con un muchacho que vino a informar al gobernador sobre lo que está ocurriendo allí.*

—*Tino Suhrah. Me lo dijo mi maestro. Me gustaría conocerlo.*

—*Viene cada luna nueva. Haré lo posible para que estemos en el estudio de Noah esa noche.* —Quentin hizo una pequeña pausa—. *¿Sabes? Quise hablar contigo estando en el encierro, pero no fue posible.*

—*La distancia afecta nuestros pensamientos. Ven por mí, ahora estoy en la cocina y la nana hará que mi estómago reviente si continúa alimentándome.*

Quentin sonrió ante sus palabras, se puso las botas y bajó corriendo a buscar a su pequeño hermano. Solo después de llenar sus bolsillos con unos panecillos dulces recién horneados, la nana les permitió dejar la casa. Quentin encendió un farol, tomó a Astor de la mano, se dirigieron al establo y, cuando llegaron, el niño dio vuelta un balde y se sentó mientras él iba por la montura. Quentin siempre le hablaba a su yegua cuando la veía y ella respondía relinchando. Esta vez, la yegua de brillante pelaje negro relinchó con fuerza al escuchar su voz.

—*Luna está muy feliz de volver a verte, Quentin.* —El muchacho palideció, la montura se escapó de sus manos y se sujetó de un poste para no caer sentado ahí mismo—. *¿Te encuentras bien? Siento tu malestar, pero no quiero voltear a verte por si alguien lo nota…*

—¿También… hablas… con los animales?

—*Ah, eso era… Claro que sí, cualquier mago con poderes mentales puede hacerlo, si el animal quiere hablar, por supuesto.*

—¿Qué?

—*Algunas veces no quieren hacerlo, y no permiten que entremos en su mente. Apresúrate, Luna está ansiosa por salir; Noah no la llevaba de paseo tan seguido, estuvo ocupado.*

—Quentin miró primero a Astor, que estaba sentado con las manos sobre sus piernas, mirando a los soldados que entrenaban en el patio central y luego a Luna, que no le quitaba los enormes ojos de encima—. *Dile algo a Luna, está preocupada por ti.*

—Demonios, Astor… podrías avisarme con tiempo sobre estas cosas, ¿no te parece?

Astor rio y se dio vuelta para mirarlo.

—Estás tan pálido como Noah, incluso ahora sí que te pareces a él, aunque con algunos kilos más. —Astor volvió a reír y Quentin se rascó la nuca.

Finalmente, se acercó hasta Luna y le habló, como hacía antes de dejar la ciudad. Cuando terminó de asegurar la montura, subió a Astor al lomo de la yegua y salieron de la fortaleza a dar un paseo. Las calles de la ciudad estaban bien iluminadas por la luz de los faroles que dibujaban parches de claridad cada pocos pasos y mucha gente paseaba a esas horas, aprovechando el alivio que llegaba con la caída del sol.

El niño acariciaba el cuello de Luna, mientras observaba a la gente que pasaba cerca de ellos y transcurrió más de media hora hasta que Astor volvió a hablar.

—Intenta responderme en tu mente, ¿sí? Tengo que enseñarte a hacer las murallas que nombré una vez, Quentin.

—Recuerdo que me dijiste que llorarías y debería sacarte de la casa…

—Lo haremos hoy. Mi maestro no pudo enseñármelo antes de que dejaras la ciudad, estuvo muy ocupado con otros asuntos que no conozco en detalle.

—¿Y tú puedes enseñarme a hacerlo? Apenas eres capaz de hablar, Astor…

—No te guíes por mi apariencia, Quentin, podrías llevarte una sorpresa. Soy capaz de controlar los cuatro elementos, de crear fuego de la nada, condensar mi energía, crear ilusiones, manipular la mente de las personas y animales, puedo, incluso, hacer crecer una flor entre las rocas. No creas que solo por medir un metro no puedo hacer grandes cosas.

—Vaya, no han perdido el tiempo.

—Por supuesto que no, Quentin. Hay magos destruyendo ciudades y aldeas, asesinando personas, animales y árboles en igual medida. No tenemos tiempo para perderlo en banalidades.

Quentin detuvo a Luna al llegar a la Plaza de la Fuente y la ató a un poste. Pensó en lo extraño que era su hermano, ese hijo de la Luna al que las circunstancias le impidieron tener una niñez como la de los demás seres humanos. Se preguntó cómo era capaz de soportar tener que aprender tantas cosas siendo tan pequeño.

Ingresaron al laberinto de arbustos, caminaron un par de metros en su interior, se sentaron en la hierba y el niño se recostó a mirar el cielo. Astor levantó una mano para hacer sombra sobre sus ojos y así poder ver mejor las estrellas.

—¿Quién es ese maestro tuyo? —preguntó Quentin después de unos minutos—*¿Y cómo sabes que no es una mala persona? Astor, puede estar utilizándote para cualquiera que sean sus propósitos, incluso para destruir Sitnor.*

—La gente no puede mentir en su mente. Conocí a mi maestro poco después de nacer, en la fiesta de aniversario de Sitnor, aunque hablé con él desde el momento en que nací.

—¿Cómo?

—Hay cosas que no puedo decirte, Quentin.

—Astor…

—No me corresponde decirlo y no lo diré.

—Al demonio con los misterios…

—Me da igual si te enojas y maldices.

—Maldición, Astor. —Quentin se puso de pie y caminó un par de metros, para luego

regresar—. *Estoy harto de esto, recién piso la ciudad y ya regresan los misterios. Estoy harto de los magos, de los poderes y de los malditos enigmas. A cada paso, una mierda nueva de la que hay que preocuparse.*

—Cálmate, no me sacarás ni una palabra de más.

—Pero no eres solo tú, es todo lo demás también. Por ejemplo, el día que nos atacaron a Josh y a mí, maté a una persona sin saber que estaba haciéndolo y…

—Quisiste hacer uso de tus poderes para salvar una vida y tu Astro te lo concedió.

—¿Y quién demonios es mi Astro? —exclamó abriendo los brazos.

—¿Podrías no gritarlo? Por favor, Quentin, alguien te puede escuchar. —Al darse cuenta de que habló en voz alta, Quentin se llevó ambas manos a la boca y volvió a sentarse—. *No sé quien es tu Astro, no sé siquiera qué color toman tus ojos cuando usas tus poderes.*

—¿Qué? Por todos los cielos, ¿también los ojos cambian? ¿Algo más? ¿Escamas, yagas en la piel, cuernos?

—Estás siendo ridículo, Quentin.

—Ridículo es todo esto. Todo. Y no estoy seguro aún de querer saber más, porque cuanto más sepa, más querré saber y no me gusta el rumbo que están tomando las cosas. No quiero ser un mago, no quiero saber nada de los magos, no quiero…

—¿Crees que puedes escaparte? Un Astro te eligió. Siempre vas a ser mago y todos tus pasos te guiarán hacia el destino que tu Astro vio en ti el día que te eligió. Ahora o en otro momento.

—¿Qué destino? ¿Salvar al mundo con mis poderes? —Quentin se puso de pie otra vez y comenzó a caminar—. ¿Ser el mago poderoso que acabe con los malos? ¡No me jodas, Astor!

—¡Quentin! —Astor gritó con su voz mental, se levantó y caminó detrás de él. Se escuchó tan alarmado que Quentin giró para mirarlo. Vio, asombrado, que en su pequeña mano apareció una luz rojiza que desprendía chispas naranjas, que saltaban en todas direcciones, pero lo que más lo impactó fueron los ojos del niño, que en lugar de ser verdes, eran de color violeta.

«Señor de cielos e infiernos, dueño de vida y muerte…»

Quentin recordó una parte de la profecía que oyó el día que nació su hermano y un escalofrío le recorrió la espalda. El muchacho retrocedió unos pasos, trastabilló y cayó sentado, incapaz de mantenerse en pie al pensar que su hermano lo atacaría.

—Mátalo. —Una voz cavernosa resonó entre sus pensamientos. No era la voz de Astor, ni ninguna que hubiera escuchado antes.

—¿Quién eres? ¿Eres mi Astro?

—Mátalo ahora, antes que él acabe contigo. Te ayudaré a hacerlo.

No sabía a quién pertenecía, pero sí sabía con seguridad que le causaba escalofríos oírla.

—¿Astor? —Quentin quiso hablar con su hermano, que permanecía de pie delante de él, pero parecía que no podía oírlo. Miró sus manos y vio que la luz rojiza aún estaba allí, pero las chispas que se desprendían de ella estaban quietas, como si flotaran en el aire. El cabello del niño, que antes se balanceaba con la brisa, también estaba inmóvil. Parecía que todo se había paralizado.

—Hazlo ahora. —La voz insistió y, junto a ella, una inusual sensación de miedo lo invadió por completo.

—¡No! ¡Es mi hermano!

—No lo escuches, Quentin Guna. —Una tercera voz apareció entre sus pensamientos, pero esta era muy diferente a la anterior. Era una voz dulce y musical, que trajo a su mente a la muchachita de ojos grises que conoció el día que capturaron a Almairon.

—Cállate —rugió la voz cavernosa—. *¿Por qué siempre tienen que intervenir? Vete, maldita*

seas.

Quentin sintió una puntada en medio de la cabeza y se llevó las manos a las sienes. El dolor parecía que comenzaba a extenderse, como si fueran las raíces de un gran árbol que escarbaban para enterrarse entre sus pensamientos y, a cada segundo, el dolor aumentaba un poco más.

—*¿Qué quieren conmigo? ¿Por qué me hacen esto?* —susurró cerrando los ojos.

—*Yo soy tu Astro, Quentin Guna* —dijo la voz musical—. *Mi voz te recordó a alguien. Piensa en esa persona.*

Quentin no quería pensar en la muchachita, pues hacerlo le producía una efímera, aunque inigualable, felicidad que duraba hasta que se daba cuenta que ella no estaba junto a él y, cuando regresaba a la realidad, el vacío que causó su partida parecía ser mayor.

—*No…* —balbuceó.

—*Hazlo, Quentin Guna. Los Indignos no pueden permanecer en mentes felices. Recuerda y él se irá* —susurró la voz musical.

—*Duele tanto hacerlo, no puedes pedirme eso.*

—*Si un Indigno se aloja en tu mente, Quentin Guna, dejarás de ser tú mismo y ya nunca podrás volver a verla, ni siquiera serás capaz de recordarla, pues la felicidad no convive con los Indignos y su recuerdo te hace feliz. Te perderás en los laberintos de la locura, te obligará a asesinar a tu familia y a tus amigos, solo servirás a sus propósitos hasta que su maldad te consuma. Recuerda, por favor.*

Mientras el Astro hablaba, la voz cavernosa intentaba ganar la atención del muchacho, prometiéndole oro y fama y eso lo convenció de que la voz musical decía la verdad y era quien decía ser; de otra forma, el ser de la voz cavernosa hubiera sabido que Quentin prefería pasar desapercibido y que la fama no le importaba.

Muy a su pesar, y con el miedo que le causaron las palabras de quien decía ser su Astro, Quentin desenterró de sus recuerdos a la muchachita de ojos grises. Cuando acudió a su mente el instante en que la vio por primera vez, su sonrisa y las pocas palabras que le oyó decir en ese momento, las punzadas que sentía comenzaron a retirarse.

—*Bien, Quentin Guna.* —Lo animó la voz musical.

—*Ella no estará aquí cuando abras los ojos, iluso* —dijo la voz cavernosa—. *¡Tu Astro te engaña!*

—*Ella siempre estará en mi recuerdo y eso me basta* —contestó Quentin e intentó regresar al momento en el que le prometió encontrarlo.

—*¿Qué harás cuando no puedas soportar ya la falta de sentido en tu vida? ¿Qué sucederá cuando la necesidad de ver su sonrisa te oprima el pecho y te impida respirar? En ese momento regresaré, y serás mío, iluso. Juro que tu vida me pertenecerá.*

Quentin no hizo caso a sus palabras y la presencia del extraño ser desapareció por completo de su mente en el instante en que el recuerdo de la muchachita de ojos grises lo tomó de las manos.

—*Lo hiciste bien, Quentin Guna.* —La voz musical parecía sentirse orgullosa.

Quentin respiró varias veces, mientras intentaba encontrar algo de sentido en lo que acababa de suceder. Le dolía la cabeza, estaba confundido y asustado.

—*Él tiene razón… ¿Qué haré en el momento en que ya no soporte mi existencia, Astro? En ocasiones, siento que no soy capaz de levantarme en las mañanas, que no tengo razón, ni motivo para hacerlo…*

—*Las promesas son dichas para ser cumplidas, Quentin Guna, y ella cumplirá su promesa. Pero aún no es el momento y debes ser paciente.*

—*¿Cuánto más? A veces solo quiero dejar de existir, dejar de sentir…*

—Lo sé, Quentin Guna. Yo también lo siento, pues ambos son parte de mí. Yo les pertenezco, ustedes me pertenecen, ella te pertenece como tú le perteneces a ella.

—¿Ella también sufre como yo? ¿Puedes dejarla ir? ¿Puedes liberarla de esto? Dime que puedes, por los dioses, dime que ella puede olvidarse de todo, dime que no me recuerda y que su existencia es feliz…

—No puedo hacerlo.

—Por favor, libérala de su promesa.

—Adiós, Quentin Guna.

La presencia del Astro dejó su mente y, cuando lo hizo, Quentin volvió a sentir su entorno. Regresó la brisa, el relinchar de un caballo, sus cascos golpeando en las empedradas calles de Sitnor y su hermano, que estaba junto a él, abrazado a su cuello.

—¿Astor?

—Por los dioses, hermano, al fin. Tuve tanto miedo…

Quentin abrazó al pequeño, se atrevió a abrir los ojos y vio que Onix, su gato negro, estaba parado delante de él. Su cola azotaba como un látigo, de lado a lado.

—¿Qué hace Onix aquí? ¿También puedes hablar con él?

—Tú también puedes hablarme, humano. —La voz que escuchó horas antes, cuando estaba en su habitación, volvió a resonar en sus pensamientos.

—¡Por un demonio! —exclamó Quentin—. ¿Quieren decirme que ocurre?

—Onix no es un gato normal. —Astor se separó de su hermano.

—Soy mago.

—¡Ah, no me digan! Vaya sorpresa.

—Deja de comportarte como un cachorro.

—Si, Quentin, no me avergüences frente a él. ¿Tienes idea acaso de quién es?

—¿Crees que si lo supiera actuaría así?

—Cállate, humano, y escucha.

—Harto estoy. ¡No escucharé nada! ¿Saben lo que acaba de ocurrir? —Quentin se señaló la cabeza con los dedos.

—¿Por qué crees que estoy aquí? —preguntó, a su vez, el gato con cierto fastidio.

—Van a volverme loco con todo esto, ya no quiero escuchar más —Quentin se puso de pie—. Vamos, Astor. Es hora de ir a casa.

El pequeño lo ignoró y se sentó junto al gato.

—Espera, humano. Debes aprender a protegerte.

—¡Maldición! ¿Ya les dije que estoy harto? ¡Pues eso, estoy harto! Siento que la cabeza me va a explotar en cualquier momento, un no-sé-qué se metió acá adentro con no entiendo qué propósitos, alguien que dijo ser mi Astro estuvo hablándome aquí dentro, diciéndome qué hacer y qué no hacer, y ahora ustedes siguen con el mismo cuento. Basta, basta por favor.

—Tú me obligas, humano. — Los ojos verdes del gato se volvieron grises y Quentin se sintió aprisionado por manos invisibles, que lo obligaron a sentarse justo donde estaba parado—. *Así te quedarás quieto. ¿Sabes lo que ocurrió en tu mente? Te lo diré. ¿Recuerdas cuando los atacaron a ti y a Joshua por primera vez? Pues en ese momento comenzó todo para ti, humano. Los sujetos que asesinaste tenían un encantamiento en sus armas. En cada una de ellas tenían apresado a un Indigno, un ser que solo sería liberado cuando los dueños de las armas perdieran la vida, ya que la energía que se necesitaba para mantener el encantamiento provenía de sus cuerpos y…*

—Debes estar bromeando…

—¿Me veo como alguien capaz de hacer bromas?

—No seas irrespetuoso, Quentin.

—Podría, en estos momentos, estar junto a mi humano pero decidí quedarme junto a ti para ayudarte en lo que fuera posible. No hagas que me arrepienta de mi decisión, cachorro.

—Eres libre de partir cuando gustes, Onix, yo no pedí esto, no pedí verme involucrado en cosas que no entiendo ni quiero entender. Me conformo con la vida que tenía antes, acudir al llamado del ejército, ser un soldado… eso es todo lo que quiero.

—Qué decepción. Vaya manera de desperdiciar mi tiempo con tus pobres aspiraciones de campesino simplón.

—¡No insultes a los campesinos, Onix!

—Qué vergüenza, humano. Esperaba más de ti.

—¿Sabes? Yo no espero nada más de mi, solo quiero una vida tranquila y lo más sencilla posible, sin tener que verme involucrado en toda esta mierda en la que me han metido. Déjame ir ahora mismo. No estoy interesado en…

—¡Quentin! —La voz de Josh sonó cerca de ellos.

—¡Aquí! —exclamó Quentin.

Pasaron unos pocos segundos hasta que Josh apareció entre los arbustos.

—¿Qué demonios…?—dijo Josh mirando primero a Quentin y luego al gato y a Astor—. ¿Qué sucede aquí?

—Gracias a los dioses que llegaste. Estos dos… no me dejan ir.

—¿Cómo que…? —Josh caminó decidido hasta su amigo, pero se detuvo a pocos pasos de él y el color de su rostro desapareció—. Ellos… Maldición.

Josh se llevó la mano a la cintura pero, antes de poder desenfundar su espada, cayó al suelo pesadamente.

—¿Qué…? —Quentin quiso moverse pero se encontraba sujeto por las manos invisibles que el gato estaba utilizando—. *¿Qué han hecho con él?*

—Dormirá… Hasta que tú escuches todo lo que tenemos para decirte y accedas a hacer las malditas murallas en tu mente.

—Déjenlo ir ahora mismo. —Quentin se removió en vano, intentando liberarse, pero fue incapaz de hacerlo.

—No estoy negociando contigo, cachorro insensato. Cuanto más te resistas, más tiempo estará tu amigo durmiendo.

—Confía en nosotros, Quentin, queremos lo mejor para ti.

—¿Y alguien, en algún momento, se preguntó qué es lo que yo quiero?

—No se trata de lo que quieras o no, estúpido cachorro, se trata de lo que necesitas. Como querer, uno puede querer muchas cosas. Yo, por ejemplo, quiero estar con mi humano, en donde sea que él esté, y sin embargo acá estoy, porque necesito enseñarles cosas. Tú, quieres emborracharte a diario. —Quentin se sobresaltó ante sus palabras y su rostro enrojeció—. *De ser posible, todo el maldito día, pero sabes que necesitas mantenerte despierto y por eso no lo haces.*

—¿Y tú qué demonios sabes? ¿Quién te crees que eres para…?

—Cállate, cachorro. Tengo más años de los que puedo contar, he visto cosas que ni siquiera serías capaz de soñar aunque durmieras dos años seguidos. Sé cosas que acabarían con el más duro de los corazones y llevarían a la locura a la persona más sana. Podría incluso destruir a un Astro si así lo quisiera… y también sé de tu pesar. ¿Crees, acaso, que lo que te sucede es algo nuevo? No, estúpido cachorro. Ha ocurrido desde el inicio de los tiempos que una estrella

decide compartir su poder con dos personas y estas nacen el mismo día y a la misma hora, aunque siempre en distintos lugares. Están condenados a buscarse y a sufrir la pena de no tenerse, hasta que el momento de encontrarse sea lo único que pueda salvar a uno de ellos de la muerte y, en ese instante, cosas inexplicables sucederán que no podrán repetirse nunca jamás. No quieras enseñarme algo a mí, cachorro irresponsable. Tu hermano y yo mismo arriesgamos nuestras vidas para que el Indigno no acabara contigo. No vuelvas a desafiarme, no vuelvas a creer que sabes lo que necesitas, no desobedezcas mis órdenes ni cuestiones a Astor. Ahora nos debes la vida por lo que acabamos de hacer. Y una cosa más, ¿sabes lo que ocurre cuando un humano que comparte una estrella muere? La pena del que sobrevive es mil veces mayor a la que sufre por no encontrarlo. Si crees que ahora tu alma duele, imagínate la pena que ella sentirá si algo así te sucede, estúpido cachorro. No solo nos debes la vida, sino que el padecimiento de… la muchachita de ojos grises no sea mayor. Ahora cerrarás la maldita boca, dejarás de actuar como un cachorro indisciplinado y harás lo que te decimos.

—Libérennos ahora mismo. —Quentin quiso moverse pero, como en las ocasiones anteriores, nada sucedió.

—Quentin… —dijo Astor, tratando de hacerlo entrar en razón, sin saber que era algo casi imposible de lograr.

—Déjennos ir.

Astor y el gato se miraron y, finalmente, Josh despertó y se sentó en el suelo, confundido. Quentin pudo moverse y se levantó para acercarse a Josh.

—¿Estás bien?

—¿Q, qué sucedió?

—Te explicaré luego. Ven, vámonos —dijo y lo ayudó a ponerse de pie.

—Quentin, espera. —Astor se puso de pie y fue tras él. Quentin se dio vuelta para mirarlo y vio que Onix ya no estaba a su lado—. *No puedo llegar a casa solo, recuerda que salí contigo.*

—Demonios, es cierto.

—Y recuerda que nadie puede saber lo que ocurrió. Yo soy un niño travieso y risueño, y tú mi hermano mayor. Intenta reír cuando entres a la casa. —Astor caminaba apresurado junto a Quentin.

—Ni lo sueñes. Hazte el dormido y te llevaré hasta tu habitación.

—¡Pero tengo hambre!

—Tengo los panes de la nana en el bolsillo, serán tu cena.

—Quentin…

—Basta, Astor. Es suficiente por hoy, no puedo más, mañana hablaremos. Perdóname.

14

Quentin llevó a Astor en brazos hasta la fortaleza, intentando calmar un poco el torbellino de emociones que tenía en su interior. Josh caminó a su lado, llevando a Luna de las riendas, sin decir ni una palabra en todo el recorrido y, aunque quizás estaba muerto de curiosidad, no lo dijo. El muchacho abrió la puerta de madera del patio y su madre salió a su encuentro ni bien oyó sus pasos.

—Hijo, me tenías tan preocupada, ¿dónde estaban?

—Solo anduvimos por la ciudad, ya sabes… Astor se durmió cuando regresábamos así que lo llevaré a su habitación.

—Está bien. ¿Han cenado? Salieron muy temprano y…

—Sí, quédate tranquila. Comimos algo por ahí.

—¿Mamá? —Astor levantó la cabeza del hombro de su hermano.

—Sí, mi pequeño. —Astor se dio vuelta y le tendió los brazos a su madre, que lo tomó y comenzó a caminar hacia la casa.

—Saldré con Josh —dijo Quentin antes de que ella desapareciera tras la puerta.

Quentin caminó hacia el establo; Josh estaba terminando de acomodar a Luna, dejándole agua y alimento.

—¿Regresamos al laberinto? —preguntó Josh cuando Quentin se sentó pesadamente en una carreta.

—No, creo que mejor no.

—Está bien, Q. No sé qué es lo que ocurrió ahí, pero está bien si no quieres hablar sobre eso.

—Onix es mago.

—Ya decía yo...

—Él te durmió. Y tiene cientos de años.

—Estás de broma, me imagino.

—Ojalá… —Quentin comenzó a contarle lo que ocurrió en la plaza y Josh apenas si eras capaz de reaccionar. Le llevó varios minutos pensar en todo lo que escuchó para, finalmente, poder decir algo.

—¿Y qué sucedió con esos seres que salieron de las espadas?

—No lo…

Onix entró al establo, se sentó frente a ellos y enroscó la cola sobre sus patas. Josh lo miró con desconfianza y, luego, miró a Quentin.

—*Cuando los Indignos son liberados, van tras aquel que destruyó sus prisiones, para alojarse en ellos y tomar el control de su mente* —dijo el felino.

Quentin repitió las palabras del gato a Josh.

—¿Los dos? —preguntó Josh.

—*Uno fue destruido.*

—No lo entiendo —dijo Josh—. ¿Cómo pudo Astor verlo? ¿O tú?

—*Los magos no solo los podemos ver, también podemos sentirlos y, por lo general, sentimos la maldad que los rodea antes de verlos. Se alojan en lugares donde no hay felicidad, en sitios donde se ha cometido alguna clase de crimen. Prefieren lugares donde ha ocurrido una muerte violenta, pues los sentimientos de odio quedan impregnados en los muros, en los muebles, en los suelos mismos.*

—Eso es escalofriante —dijo Quentin al terminar de decirle a Josh lo que Onix dijo.

—¿Hubo un asesinato en el laberinto? —dijo Josh.

—No necesariamente. Puede que Quentin haya pasado por el lugar donde el Indigno se alojaba y este lo reconoció y fue tras él.

—¿Y ahora? —preguntó Josh.

—Debo aprender a protegerme.

—¿Y qué estás esperando, pedazo de…? —Josh saltó de la carreta y comenzó a caminar de un lado al otro—. Por los dioses, casi te vuelves loco ahí dentro ¿y aún reniegas porque quieren…? Tienes a dos magos a tu disposición, que te protegieron, que quieren ayudarte y enseñarte y tú…

—Baja la voz, ¿quieres que te oiga todo el mundo?

—¡Me da lo mismo, Quentin! ¿Crees que quiero perderte? ¡Por un demonio, Q! —Josh se dio vuelta y se acuclilló frente al gato, para mirarlo a los ojos—. Dime, Onix, y lo duermo de un solo golpe para que hagas tu trabajo.

—Necesito estar despierto, cabeza hueca. —Quentin estiró la pierna y empujó con la punta de la bota la espalda de Josh, que casi cae de cara al piso.

Josh tomó a Onix entre sus brazos y caminó hacia la carreta, puso al felino en brazos de Quentin y se sentó a su lado.

—Empiecen. No me iré de acá hasta que sepa que lo has hecho, Q.

—Onix quiere que vayas por Mirka.

—¿Mi perra también es maga? —preguntó asombrado.

—No, lo lamento Josh, pero Onix no confía en mí y la necesita para que tú sepas cuando hayamos terminado.

Josh dejó el establo corriendo y regresó a los pocos minutos con Mirka a su lado. Onix se bajó de los brazos de Quentin y caminó hasta ella, se restregó en sus patas y Mirka le lamió la cabeza. Después de unos momentos, Mirka se acostó en el suelo de tierra, hecha un ovillo. Onix caminó de regreso hasta la carreta y se sentó entre Josh y Quentin.

—¿Estás listo? —preguntó Onix y Quentin asintió —. *Aunque sé que no quieres hacerlo, debes traer a tu mente alguno de los momentos en los que te encontraste con… la niña.*

—Por los dioses, no… —Quentin se llevó las manos a la cabeza.

—¿Q, estás bien? —preguntó Josh, que no le quitaba los ojos de encima.

—Necesitas el recuerdo que más felicidad te produzca, y dudo que algún otro se compare.

—Sí, no te preocupes, Josh.

—Solo esta vez te lo pediré. Te lo prometo. Sé lo que produce en ti, soy consciente de eso, pero es la única forma de que esto funcione. Lo ideal es hacer las murallas apenas un niño nace, pues no hay recuerdo más feliz, hasta ese instante, que el de respirar por primera vez, pero no estuve contigo en ese momento.

Quentin asintió y cerró los ojos. Onix le dictaba instrucciones de lo que debía hacer y, aunque tuvo que repetir todos los pasos más de una vez, finalmente logró crear unas murallas con las que el gato se sintió conforme.

—Ahora podrás darte cuenta cada vez que alguien entre en tu mente, aunque podrás hablar conmigo siempre que lo desees, sin importar a qué distancia nos encontremos y sin que yo deba entrar a tu mente para hacerlo. Serás capaz de guardar tus secretos, todos ellos, para que nadie pueda conocerlos y, para tu tranquilidad, te aseguro que solo tú y yo sabemos lo de… la niña.

—Astor… él lo sabe.

—Solo lo que vio en tu mente cuando quisiste escapar con él, no lo que realmente sucedió.

—Pero la conversación de hoy… Él la escuchó.

—Accedió a que borre sus recuerdos sobre lo ocurrido en el laberinto, para resguardar tu secreto. Solo sabe sobre lo que puso en peligro tu vida, y es consciente de que hay algo que él no conoce sobre ti. Hasta ese punto quiere protegerte. Recuérdalo.

Quentin asintió y Onix bajó de la carreta. Mirka se levantó, se estiró y caminó hasta donde estaban los muchachos.

—Ya está hecho, Josh.

Cuando Quentin subió a su habitación, Onix ya estaba durmiendo en el medio de su cama, como hacía de costumbre. El muchacho se quedó parado junto a la puerta, mirándolo.

—¿Onix?

—Dime, cachorro.

—¿Aún puedo tratarte como a un gato normal? ¿O debo…?

—Sigo siendo un gato normal. Me gusta esta cama, que tomes mi garra antes de dormir y, también, ronronearé cuando me acaricies.

—Gracias, Onix. No sabía qué sucedería ahora con nuestra… relación.

—Acuéstate, ya es tarde.

Quentin estuvo de acuerdo, por lo que se desvistió y se acostó junto al felino pero, como le ocurría con frecuencia, no podía conciliar el sueño.

—¿Qué sucede, cachorro?

Quentin se tomó varios minutos en responder.

—Me pareció que varias veces estuviste a punto de decir su nombre, pero no lo hiciste. ¿Tú… la conoces?

—Desde su nacimiento.

Quentin notó que su corazón comenzaba a latir con más fuerza que nunca.

—¿Cuál… es su nombre?

—No te lo diré, pues ella lo hará cuando te encuentre, tal como lo prometió. No puedo intervenir en eso, cachorro, lo lamento.

Quentin hizo silencio por unos minutos más, mientras le rascaba detrás de la oreja al felino.

—¿Onix?

—Dime.

—¿Podrías contarme algo sobre ella?

—Puedo hacer algo mejor…

Quentin sintió la presencia del gato en su mente e instantes después, comenzó a ver imágenes de un bebé que acababa de nacer. Le recordó a la primera vez que vio a Astor, pues tenía el rostro hinchado y enrojecido, pero unas suaves pinceladas de cabello gris adornaban su cabeza.

—¡Es ella! Por los dioses… pequeña.

Se sintió tan feliz al ver los recuerdos del gato, que casi se comparaba con lo que sintió cuando la conoció. Por unos minutos, Onix le mostró recuerdos de la niña en sus primeros días de vida, hasta que las imágenes desaparecieron al igual que la presencia del felino.

—Es suficiente por hoy, ha sido un día muy largo para los dos. Es hora de dormir.

Quentin cerró los ojos y, por primera vez en años, se durmió con una sonrisa en el rostro.

15

Pyebra Ciudad Capital

A Tareq le aborrecía todo lo que lo rodeaba y, de a poco, se había distanciado de sus compañeros, incluso de Nihá con quien solía compartir largas conversaciones antes del ataque a Palmeras. Pasaba la mayor parte de sus ratos libres en la soledad de su habitación, ya que sus momentos de descanso muy pocas veces coincidían con los de Lena, la princesa. Era con la única que hablaba y, en ocasiones, escapaban de los ojos vigilantes de la señora Viktoria y se perdían en los jardines con los perros, que habían crecido tanto que ya eran mucho más altos que ella.

Reda Almairon no volvió a molestarla después de que Lena estuvo a punto de atacarlo. Tareq logró convencer a la señora Viktoria y le permitía a la niña pasar algunos momentos con su hermano y su padre, por lo que ahora estaba mucho más tranquila y de mejor humor. Esa noche, Tareq estaba en su pequeña habitación, después de una larga jornada de entrenamientos. La señora Viktoria insistía en que fueran capaces de crear una muralla en sus mentes, y los hacía practicar la mayor parte del día, hasta que sus energías estuvieran casi agotadas.

Tomó un baño y estaba por acostarse cuando escuchó que alguien llamaba a su puerta. Se apresuró a vestirse, temiendo que haya ocurrido algo con Lena, pero se sorprendió al encontrar a Nihá cuando abrió.

La muchacha entró a su habitación sin saludar y cerró la puerta.

—Necesito hablar contigo. —Fueron sus únicas palabras. Tareq se quedó parado donde estaba, mirándola. Nihá caminó unos pasos y se sentó en el sillón que había junto al ventanal que llevaba al balcón—. Sé lo que hiciste, Tareq, y lo que estás haciendo.

—¿A qué te refieres? —Tareq sintió que el corazón iba a escapar de su pecho.

—Pude ver en tu mente lo que ocurrió en Palmeras. Hoy, mientras entrenábamos. Lo sé todo.

—¿Por qué estás aquí, entonces? —preguntó intentando que el miedo que sentía no se dejara translucir en sus palabras—. ¿Por qué estás aquí en lugar de estar contándoselo a la señora?

—¿Qué viste en esa sacerdotisa? ¿No te das cuenta que su vida es servir a la diosa Sinmá?

—¿De qué hablas?

La muchacha se puso de pie y caminó hacia él.

—Ella nunca será capaz de verte como yo te veo, Tareq. —Nihá levantó una mano y la acercó a su rostro, pero el muchacho la detuvo.

—¿Qué te sucede? ¿Qué quieres?

Nihá le dio la espalda y caminó hasta salir al balcón.

—Imagina lo que sucedería contigo si la señora Viktoria escuchara mis palabras. —Nihá se dio vuelta para mirarlo—. En el mejor de los casos, te matará enseguida. En el peor de los casos…

—¿Qué quieres?

—A ti.

—Por Efos, Nihá. Si ya sabes lo que siento por la sacerdotisa, ¿cómo pretendes…?

—No hablo de amor, Tareq —dijo sonriendo—. Me conformo con… tu cuerpo.

—Vete de aquí.

—Mañana por la noche regresaré, tienes hasta entonces para pensarlo. Si tu respuesta me conforma, no hablaré con la señora. Y, de verdad, lamentaría mucho tener que decírselo.

—Largo, Nihá —dijo y abrió la puerta.

La muchacha dejó la habitación con una sonrisa en el rostro y Tareq cerró la puerta de inmediato.

«Lo que me faltaba» pensó, se llevó las manos a la cabeza y caminó de una punta a la otra de la habitación por varios minutos.

El muchacho pensó en Vila y en la conversación que tuvieron la última vez que la vio.

«Si tú me lo pides, dejaré de ser sacerdotisa e iré contigo a Ciudad Capital».

«No podría hacerte eso, Vila. Si te pido que dejes la seguridad de Palmeras para venir conmigo y descubren lo que hice, ¿sabes lo que harán contigo? Vas a desear que te maten, pero no lo harán…»

«¿Y qué sucederá contigo, si te descubren?»

«Tampoco me matarán…»

Vila lloró abrazada a él cuando oyó sus palabras y le pidió que se quedara en Palmeras, pero él se negó. Tenía la oportunidad de hacer algo para frustrar los planes de la señora Viktoria y estaba decidido a hacer todo lo posible para lograrlo, pero no contaba con que alguien podría encontrar esos recuerdos tan rápido. Nihá notó el cambio en él y supo qué debía buscar, hasta que lo encontró.

Tenía miedo, por supuesto que tenía miedo. Lo sentía como una espina clavada en su estómago desde el mismo momento en que Lehsa se recuperó y volvió en sí. Tenía miedo constantemente, pero él eligió regresar y el hecho de haber conocido a Lena y haberla ayudado, era algo que lo hacía ver que su decisión fue la correcta.

Lena era muy pequeña y su madre le arruinó la vida de forma irreparable al alejarla de sus afectos. No podría ya volver a ser quien era antes, pero haber logrado que la señora Viktoria accediera a que Lena pasara algún tiempo con su familia, sin duda ayudaría a que su dolor no siguiera aumentando y, con él, su resentimiento y su falta de control. Era un pequeño triunfo entre tantas derrotas, un pequeño haz de luz entre la oscuridad que estaba comenzando a cubrir Thoria.

Aún no sabía con seguridad cuáles eran las intenciones de Nihá, le resultaba sospechoso que solo fuera a guardar su secreto por compartir su cama, pero ya se había percatado de que la gente tiene motivaciones que, para muchos, resultan incomprensibles. Tino no regresaría hasta la próxima semana, por lo que no podría consultarlo con él ni hacérselo saber a Vila, aunque quizás era mejor así.

La decisión era solo suya.

16

Lena dejó su habitación y se largó a correr por los pasillos que conducían al ala sur, donde la esperaba su madre. Era tarde y le gritaría ni bien abriera la puerta de ese horrible y aburrido salón, pero se enojaría aún más cuando comenzaran a entrenar, algo que la hizo sonreír.

La pequeña no durmió durante gran parte de la noche y le costó despertarse, por más que Fuego y Plata, sus perros, intentaron hacerlo.

Cuando llegó al ala sur, comenzó a caminar porque estaba sin aliento y necesitaba recuperarse. De todos modos, ya era tarde. Hacía tanto calor que deseaba escaparse con Tareq y sus perros, pasar el día en el lago y chapotear como los patos. Tareq era divertido y siempre la hacía reír, aunque luego su madre se enojara con ambos, más con ella que con él.

Se sentía tan feliz ese día, que el futuro enojo de su madre, incluso, contribuía a hacerla sentir mejor.

Lena abrió la puerta del salón y vio a su madre parada junto a uno de los ventanales observando el jardín, pero se dio vuelta para mirarla en cuanto la pequeña cerró la puerta. Los ojos le relampaguearon y una mueca tensó sus labios.

—Pareciera que disfrutas haciéndome perder el tiempo, Lena.

—Perdón, madre —dijo con una sonrisa.

—Cuando alguien pide perdón, debe procurar no volver a repetir su error, pero tú siempre llegas tarde. Diría que lo haces a propósito.

—Lo lamento, madre.

—Ya no hables, no quiero escuchar tus palabras vacías.

—De acuerdo, madre.

Lena vio que su madre fruncía el ceño, como cada vez que iba a gritarle, pero pasaron algunos segundos y sus rasgos se suavizaron. Sus ojos cambiaron de color y al instante vio la figura de su madre en su mente. Lena sonrió.

—*¿Qué es esto? ¿Qué has hecho?* —preguntó, asombrada.

—*Pude hacer unas lindas murallas, madre. Y estas no se caen, ¿quieres probar?* —Lena pudo sentir el desconcierto que acompañaba la imagen mental de su madre, como así también su frustración y una mezcla de otros sentimientos que ella no pudo reconocer—. *Pensé que por una vez estarías orgullosa de mí, pero veo que nada de lo que haga puede hacerte feliz. Estaba dispuesta a compartirlo contigo, te iba a enseñar a hacer las murallas que tanto envidias a los magos de Palmeras, pero veo que no lo mereces.*

Lena vio que en las manos de su madre comenzaban a formarse esferas de luz blanca, lo que significaba que atacaría sus murallas. Lena retiró su imagen, para resguardarse detrás de sus defensas y, a la vez, su pequeño cuerpo se hizo un ovillo. La niña se cubrió la cabeza con las manos, esperando sentir el dolor que le causaría la ira de su madre pero, en cambio, no sintió nada. Sus murallas de verdad la protegían. En un principio creyó que se caerían al más mínimo ataque, pero estaban de pie, para su alivio. Podía escuchar a su madre gritar en su mente, pero ella no podía dañarla.

Lena bajó sus manos y levantó la cabeza, para ver el exterior. Su madre estaba en el otro extremo del salón, sin quitarle los ojos de encima y cuando vio que Lena se ponía de pie, caminó a paso apurado hacia ella.

—Pequeña bruja traidora. —Viktoria tenía el rostro contraído en una mueca de desagrado y

levantó la mano en cuanto estuvo a su lado pero, antes de llegar a chocar contra la cabeza de Lena, la niña la detuvo usando sus poderes.

—¿Ahora también me golpearas, Viktoria?

—Suéltame, Lena, y dime cómo haces las murallas.

—No voy a decírtelo, pues no te lo mereces. No eres digna —dijo soltando su mano.

Sintió que la presencia de su madre se retiraba de su mente y le dio la espalda para dejar el salón.

—¿A dónde crees que vas? Aún no hemos terminado.

—Ya no entrenaré contigo, Viktoria. Nunca más lo haré. Regresaré a mi habitación anterior, junto a la de mi hermano. Jugaré con él, comeremos pasteles y pasearemos en el lago con mi padre y mis perros. No volveré a pisar este feo salón nunca más. Si intentas hacerme regresar, te mataré, y mataré a todos tus magos. Pero primero los mataré a ellos, para que su muerte te entristezca, ya que lo único que te preocupa son ellos. Lo sé, lo he visto.

La niña hizo puntas de pie y tomó el pomo de la puerta, para abrirla.

—Lena ven aquí o…

—¿Matarás a mi nana? ¿Otra vez? —Lena se dio la vuelta para mirarla y sus ojos se encendieron —. *¿Cuál de tus magos es tu favorito? Aquí no puedes mentir, dímelo.*

—No, Lena.

—Dímelo, Viktoria.

—Lehsa. Es Lehsa.

—Si algo le sucede a mi nana, él será el primero.

—¿Cómo puedes hablar así…?

—Para esto me entrenaste. Deberías sentirte orgullosa de tu trabajo. Aunque de ahora en adelante quiero ser una niña normal, como Dante lo es. Si me molestas de alguna forma, antes recuerda proteger a Lehsa.

Lena dejó el salón y comenzó a correr por los pasillos otra vez, riendo. Debía encontrar a Tareq para decirle que ya no entrenaría y que podrían pasar más tiempo juntos, pero antes, quería ir a buscar a su nana, a sus perros y regresar a su antigua habitación, junto a la de Dante, la que antes estaba llena de juguetes y de túnicas preciosas.

17

Palmeras, Pyebra

Vila golpeó la puerta del despacho del señor Jeno y, enseguida, su voz contestó desde adentro. A los pocos segundos la puerta se abrió y el Gobernante la hizo pasar.

—Señorita sacerdotisa —sonrió después de tomar asiento—, ¿qué puedo hacer por usted?

—Señor Jeno, necesito de su autorización para construir un templo a la diosa Sinmá. La diosa me lo encomendó.

—Lo lamento pero, en estos momentos, no puedo permitirme la construcción de uno de las dimensiones del Gran Templo de Efos, señorita Vila.

—No es necesario que sea uno de esas magnitudes, señor. En la aldea tenía un templo del tamaño de una casa. Era pequeño, pero con eso bastaba. Aquí hay más adeptos a Efos pero, entre los refugiados, hay muchos que agradecerían un lugar donde venerar a Sinmá, además de que la diosa estaría complacida.

—Puedes hacerlo, entonces. ¿Los Supremos Sacerdotes de Ciudad Capital lo saben?

—No se los dije, pero creí prudente consultarlo con usted antes. Enviaré un mensaje al Gran Templo de Sinmá.

El Señor Jeno se quedó pensando y volvió a hablar luego de unos minutos.

—Los Sacerdotes nunca antes han intervenido en asuntos políticos, por lo que el enviado no correrá peligro de ser delatado. Tienes mi autorización para enviar un mensajero avisando de la construcción de un nuevo templo.

—Gracias, señor, la diosa lo bendiga y lo proteja —dijo Vila antes de dejar la habitación.

Vila se retiró del Palacio de Gobierno y se dirigió hacia la fortaleza del Gobernante, donde todavía vivían Ajác y su familia. A pesar de que la mayor parte de las casas de la zona norte ya habían sido reconstruidas, la de ellos aún no estaba lista. Mihaí y Tino, aunque ayudaban a quienes lo necesitaban, se negaron a aceptar la colaboración de sus vecinos, por lo que avanzaban con mayor lentitud. Ellos deseaban que Ajác se sintiera orgullosa de lo que lograran hacer juntos, como padre e hijo.

Vila encontró a Ajác quitando la maleza del pequeño jardín y se sentó en un banco de madera a conversar. Al atardecer, Tino y Mihaí llegaron y Vila les reveló el motivo de su visita. Quería que Tino fuera a Ciudad Capital, si se lo permitían, a llevar su mensaje al Supremo Sacerdote del Gran Templo de Sinmá y Tino aceptó de inmediato.

—Nuestras cabezas tienen precio —dijo Mihaí—. Si alguien llega a reconocerte, quién sabe de lo que serán capaces de hacer.

—Seré prudente y no hablaré de más. Prometo comportarme como un simple mensajero.

—Los magos te han visto y uno de los soldados también, tus verdaderos padres viven allí —agregó Ajác—. ¿Crees que si alguno de ellos te ve se quedará callado?

—Puedo cortar mi cabello o sujetarlo con un lazo. —Tino pasó sus manos sobre sus incontrolables rizos y lo peinó hacia atrás.

—Vaya, pareces otro —murmuró Vila. Ajác la miró con el ceño fruncido y Vila se encogió de hombros a modo de disculpa.

—Además, si alguien te ve a aparecer… —continuó Mihaí—. La señora Viktoria no tiene ningún mago como tú, sabrán de inmediato quién eres aunque no te conozcan.

—Apareceré fuera de la ciudad y regresaré cuando me den una respuesta. Prometo que no me meteré en problemas ni haré nada que pueda hacer sospechar quién soy y, si me preguntan, diré que me entregaron el mensaje en la ciudad.

—Te seguirán… —dijo Mihaí.

—Una vez que tenga la respuesta puedo desaparecer sin preocuparme, padre, ya no importará si me ven.

—En eso tienes razón —acordó Mihaí—. Vila, ¿los sacerdotes pueden ser magos?

—Puede haber magos entre ellos, pero como hasta hace poco los magos estaban vetados, no sé con seguridad cómo eso influye en sus poderes de sacerdote.

—¿Tú puedes usar magia?

—Solo en contadas ocasiones y bajo ciertas circunstancias.

—¿Puedes entrar en la mente de las personas?

—No, eso no lo puedo hacer. Mis poderes están limitados a los rituales sagrados pero no sabría decirles los del Supremo Sacerdote.

—Es muy arriesgado —murmuró Ajác.

—Si sirve de algo, el Supremo Sacerdote no recibe a los mensajeros. Las cartas pasan por cinco sacerdotes antes de llegar a sus sagradas manos. A Tino lo recibirá uno de los novatos.

—¿Puedes asegurármelo? —preguntó Mihaí.

—Claro que sí. Yo misma recibí cientos de mensajeros antes que me dieran mi templo en la aldea.

—¿Cuándo será?

—Mañana al amanecer. Debo redactar la carta aún.

—¿Sabes cuánto tardan en responder? —preguntó Ajác.

—No más que unas horas.

—Si al atardecer Tino no regresa, iré a esa condenada ciudad y tiraré el templo abajo —murmuró Ajác.

—Estaré bien, madre. —Tino se acercó a ella y la abrazó.

Ajác se despertó antes del amanecer para ayudar a su hijo a prepararse para el viaje. Decidieron que llevara el pelo recogido, por lo que la mujer pasó un largo rato, la noche anterior, peinando su cabello para estirarlo lo más posible y así poder sujetarlo. Después de mucho batallar, al fin quedó conforme con el resultado, pero cuando se levantaron en la mañana, la mayor parte de los ensortijados rizos de Tino se escaparon del lazo aunque, en la siguiente ocasión, le fue más fácil volver a recogerlo. El muchacho prometió comportarse y abrazó a sus padres antes de partir.

Tino apareció lejos de las murallas de la ciudad, cerca de uno de las tantas vías que llegaban a la capital. Caminó por varias horas y llegó al Gran Templo de Sinmá cuando era mediodía.

El templo se encontraba cerca de la muralla oeste de la ciudad y era un círculo formado por cientos de perfectos domos de bloques de piedra blanca. Entre ellos corrían angostos senderos negros, los mismos que también bordeaban todo el conjunto. En el centro del círculo, se hallaba un domo de mayor tamaño, hecho completamente de vidrio.

Desde cerca era imposible notar que el grupo de edificios formaban una representación de la luna, pero Tino lo vio desde lo alto del centro de la ciudad y se asombró por la forma, el tamaño y la perfección con que todo fue construido.

Un joven sacerdote lo recibió con amabilidad, antes de que sus pies cruzaran los límites del sagrado lugar, y lo condujo hacia uno de los domos. Tino vio que las piedras que los construían eran diferentes a cualquiera que hubiera visto antes. Parecían ser transparentes, pero a su vez, no

lo eran. Tenían un color blanquecino y, al mismo tiempo, tornasolado. Era lo más raro que había visto en toda su vida.

—Se llama piedra de la luna —dijo el sacerdote al ver que Tino se detuvo a observar—. Un obsequio de la diosa Sinmá.

—Sagrada sea su lanza —respondió Tino, que estaba pasando sus manos sobre la suave y reluciente superficie. El sol le quemaba la piel, pero la piedra estaba fría, tan fría como un invierno en Sitnor. Tino miró a sus pies, vio que estaba parado sobre una especie de hierba y se agachó para tocarla. Se sentía como el césped verde y ordinario que conocía, pero era negro como la noche.

—Por aquí, por favor. —El sacerdote posó ambas manos en la curvada pared y, al empujarla, un rectángulo perfecto se recortó en ella. Una puerta se abrió y entraron al lugar. Era frío y luminoso y Tino se sintió aliviado por el cambio de temperatura. En el centro de la habitación, como único mobiliario, había una mesa redonda, rodeada de bancos circulares, todos hechos de la misma piedra blanca. Ambos se sentaron y el sacerdote habló—. ¿En qué puedo ayudarte?

—Traigo un mensaje de la sacerdotisa Vila. —Tino sacó de su bolso un sobre y se lo entregó. El sacerdote lo abrió, lo leyó en silencio y se puso de pie.

—Regresaré en unos momentos. Un sirviente traerá bebidas y alimentos. Con permiso.

Tino no pudo ver cómo el hombre abrió la puerta y, de pronto, se sintió alarmado. Su frente se bañó de sudor y sintió la tensión en sus músculos.

«Puedo desaparecer si las cosas se complican» pensó con alivio luego de unos breves segundos de pánico.

No pasó mucho hasta que un muchacho entró con una bandeja, la depositó sobre la mesa y salió sin haber dicho una sola palabra. Tino observó que eran solo frutas y una jarra con una bebida de color naranja. Sintió deseos de probar esa llamativa bebida, pero por precaución, no tocó nada de lo que le ofrecieron y bebió del agua que llevó desde Palmeras. No quería correr riesgos innecesarios.

Esperó tanto y estaba tan aburrido que perdió la noción del tiempo. Caminó alrededor de la mesa y se sentó muchas veces. No había nada ahí dentro, no podía ver hacia fuera y ni siquiera sabía cómo abrir la puerta. Estaba contemplando la idea de regresar a Palmeras cuando la puerta volvió a abrirse y regresó el mismo joven que lo recibió.

—Mis disculpas por la tardanza. —El sacerdote traía un sobre en la mano—. El Supremo Sacerdote desea saber si usted viene de Palmeras.

—No, señor. Un hombre me contactó en la ciudad, me dio unas monedas para que trajera el mensaje y para que le llevara su respuesta.

—Comprendo. —El sacerdote le entregó el sobre y sonrió—. Puedes ir en paz.

Tino caminó hacia la salida, detrás del sacerdote, y este lo acompañó hasta donde se terminaban los senderos de césped negro. El muchacho caminó con calma por la polvorosa calle que llevaba hacia el centro de la ciudad. En ningún momento miró hacia atrás, para ver si lo seguían, pero giró en el primer callejón angosto que vio en su camino. Se perdió en un laberinto de callejuelas y, cuando creyó que nadie lo veía, desapareció.

Tino apareció en su habitación en la villa y, cuando abrió la puerta, Vila y su madre estaban esperándolo.

—¡Hijo! —exclamó Ajác antes de abrazarlo—. Tuve tanto miedo que algo pudiera sucederte.

—Estoy bien, madre —dijo después de besar su frente—. Nada ocurrió.

—¿Dijeron algo? —preguntó Vila con impaciencia.

—Me dieron esto —dijo y le entregó el sobre.

Los tres caminaron hacia a el comedor y se sentaron. Vila sacó la carta del sobre y la leyó.

—Malditos sean —murmuró.

—¿Qué sucede? —preguntó Ajác.

—Quieren que regrese al templo de la aldea, aún cuando les dije que la aldea está abandonada y el templo destruido. Y, por último, me están amenazando con la muerte si construyo uno nuevo.

—No podrán saberlo si lo haces o no, nadie de Ciudad Capital puede ingresar a Palmeras —dijo Tino.

—Tienen sus métodos para averiguarlo, pero la Diosa Sinmá me lo encomendó y debo cumplirlo.

—¿Lo harás de todas formas? —preguntó Ajác.

—Por supuesto. No les escribí para pedirles permiso, les escribí para avisarles que lo construiría.

—¿Qué sucederá si desobedeces? —preguntó Tino.

—Lo han tomado como una declaración de guerra.

—Y eso significa que… —dijo Ajác.

—Que harán lo que sea para acabar conmigo y con el templo.

—No podrán entrar a Palmeras, ¿cómo lo harían? —dijo Tino.

—No lo sé. Pero sé que hallarán la forma de hacerlo.

—¿Estás segura de continuar con esto? —preguntó Ajác y Vila asintió—. Creo que deberías consultarlo con el señor Jeno para advertirle que tendremos otra guerra pero con un enemigo diferente esta vez.

—No será una guerra de Palmeras, será solo mía y de los sacerdotes.

—Vila, es muy peligroso y dudo que no vaya a verse involucrado nadie más —dijo Ajác, intentando convencerla.

—No puedo volver a fallarle a mi diosa, debo hacerlo para ganar su favor. Lo necesito… mejor dicho, lo necesitamos. Si en algún momento tengo que hacer la invocación, debo demostrarle que soy digna de ser llamada sacerdotisa otra vez. Esta es su voluntad y yo debo obedecer. Me ofreció la oportunidad de volver a ganar su atención, su protección y su favor, y no voy a ignorarlo. La voluntad de los hombres no puede ser más fuerte que la de los dioses.

—Vila, estamos hablando de una sacerdotisa en contra de una centena de sacerdotes… —Tino quiso hacerla desistir, pero Vila pasó sus manos sobre sus anillos y estos parecieron brillar con más intensidad.

—Una sacerdotisa que no teme a las palabras de los hombres, no lo olvides. Tendré el favor de la diosa Sinmá al desafiarlos y ellos recibirán su ira al negarse a sus deseos.

—Vila, piénsalo…

—Lo pienso: Por un lado, todo lo que tengo son un puñado de objetos de oro que no sirven de mucho sin el favor de la diosa. Por otro lado…

—Espera —dijo Tino con el ceño fruncido—. Dijiste que podrías hacer la invocación a Sinmá cuando tuvieras los anillos.

—En esos momentos… —Vila levantó el mentón, pero no miró a Tino ni a Ajác—. Estaba en diálogo con la diosa, muchacho.

—¿A qué te refieres? —preguntó Ajác.

—Nada es tan fácil como dejar un templo y seguir con tu vida. Los dioses son sensibles, se ofenden con facilidad…

—¡Pero estabas muy segura cuando lo dijiste! —protestó Tino.

—La diosa estaba feliz porque recuperaría mis anillos, me quedaba pendiente lo del templo.

—Vila, por los dioses —susurró Ajác y se llevó la mano a la frente.

—En todo caso, no les estoy pidiendo nada más a ustedes. Ya hicieron mucho por mí. Trajeron mis anillos y el Supremo Sacerdote recibió mi mensaje. Si los sacerdotes del Gran Templo deciden desafiar los deseos de la diosa, seré yo la encargada de castigarlos.

—Ellos pueden venir a atacarte a Palmeras pero tú los castigarás… —Tino levantó las manos, rendido—. No estoy entendiendo nada de lo que dices.

—Ni yo. —Vila encogió los hombros—. Solo hago lo que la diosa me pide. El resto depende de ella.

18

Sitnor Ciudad Capital

La cuarta noche de la fiesta de celebración por el aniversario de Sitnor había terminado hacía rato y Quentin estaba acostado viendo las sombras de las vigas de madera del techo, sin poder dormir. Onix ronroneaba a su lado, estirado cuan largo era, pegado al cuerpo de Quentin. Era una noche calurosa, pero al felino le gustaba el calor y el muchacho nunca hacía el intento de moverse, ya que Onix volvería a pegarse a él. Quentin se acostó de lado, le rascó la panza al gato, y este se despertó.

—Otra noche sin dormir, ¿qué te sucede esta vez?

Quentin se tomó varios minutos para responder.

—Hace unos días vi a una muchacha en la fiesta y creí que era ella, pero cuando me acerqué, me di cuenta que no era. La miré durante gran parte del día, de lejos, para ver si podía darme cuenta si era a quien buscaba. Solo por cortesía le hablé, pero creo que ella se confundió y ahora no puedo alejarla de mí.

—Entiendo.

—Ara se molestó. Primero conmigo y después con la muchacha, incluso la atacó, ¿puedes creerlo? ¡Mi hermanita!

—La he visto entrenando con Santoro y con el capitán Eric. Sin duda ha heredado la destreza de tu padre.

—Pero yo no lo sabía siquiera. El Gobernador nos regañó, por supuesto, y le quitó la navaja a Ara.

—¿Por qué se molestó Ara?

—Dice que es una muchacha indecente y no quiere que se me acerque. Rubí se llama. Según dijo, habló con ella para decirle que se aleje de mí, pero Rubí no le hizo caso.

—¿Y tú qué opinas?

—Intento escapar de ella cada vez que la veo, pero es muy insistente. Le dije que no me interesa, aunque parece no importarle, pues siempre regresa a buscarme. En fin… te dejaré dormir.

—Descansa, cachorro.

La tarde siguiente, Noah invitó a Quentin, Josh y a Tanáel, para hacer una demostración de su más reciente descubrimiento: una poción que podía hacer ampollas en la piel ni bien entraba en contacto con ella, pero sin causar dolor ni picazón.

Después de haberla probado todos ellos, causándose ampollas en gran parte de los brazos, Noah dio por terminada la presentación y decidieron ir a la fiesta.

Comenzaba a caer la noche cuando abrieron las enormes puertas del Palacio de Gobierno y, como estaban todos hambrientos, dirigieron sus pasos directo hacia donde se encontraban las carretas de comidas. Quentin se detuvo en una de las carretas proveniente de Tesar, pues sentía fascinación por los platillos de aquellas latitudes, y Josh, que podía comer cantidades enormes de cualquier cosa, compró un par de bocadillos en cada una y terminó llevando una canasta que uno de los cocineros le prestó, repleta de diversos platillos de todas las regiones. Mientras cenaban, Josh trajo a la conversación a Rubí y Quentin intentó desviar su atención hacia otro tema, aunque

sin demasiado éxito. Finalmente, le dijo que ya no quería verla y que le molestaba que lo persiguiera todo el tiempo.

—¿Y tú qué? —dijo en otro intento de dejar de hablar de Rubí. Josh lo miró como si no entendiera la pregunta, por lo que Quentin prosiguió—. ¿Has encontrado a alguien en las fiestas?

—Como si no lo supieras, Q —dijo. Josh agachó la cabeza y se miró las manos.

—¿Saber qué...?

—¿Recuerdas cuando los hombres de Almairon intentaron llevarse a Ara? —Quentin asintió—. En ese momento sentí que se me rompía el alma, Q, y no fue porque ella fuera tu hermana…

Quentin se quedó mirándolo por largos segundos, recordando todos los episodios que tenía en su memoria en los que ellos estuvieran juntos. En cada uno podía ver los detalles que tenían el uno con el otro, cosas que, de ser hechos aislados, hubieran sido insignificantes, pero se repetían una y otra vez desde que eran muy pequeños, cuando Ara empezó a jugar con ellos. Se preguntó cómo no fue capaz de darse cuenta antes.

—Di algo, maldito seas, deja de mirarme como si no me conocieras.

—Perdón, solo estaba recordando algunas cosas.

—¿Y bien?

—¿Por eso escribías cartas todas las semanas? Le escribías a mi hermana.

—Así es.

—Ya me parecía raro que echaras de menos a tus padres. —Josh asintió—. ¿Y ella que dice?

—Bueno pues, no es que hubiéramos hablado al respecto, tan solo nos escribíamos sobre las cosas que nos sucedían, del día a día.

—Vaya…

—Y se irá al encierro a finales del verano… Pero creo que está bien así. Disculpa que lo diga, pero es cada día más hermosa, es imposible que nadie se fije en ella estando en el campo de entrenamiento y puede que allí conozca a alguien que le resulte más interesante que yo. Quizás sea doloroso al principio, pero terminaré por aceptarlo, supongo.

—Tú también puedes conocer a alguien más, Josh —dijo Quentin después de un largo silencio.

—Mi corazón, mi cuerpo y mi alma son solo de Ara, desde siempre fue así y así seguirá siendo.

Quentin sabía que Josh no mentía cuando lo decía. Durante todas sus vidas estuvo ese sentimiento presente entre Ara y Josh y él fue testigo de ello, aunque no lo notó hasta que Josh se lo dijo.

—Está bien por mí, hermano. Solo que si alguna vez la veo derramar una mínima lágrima por tu culpa, te juro por todos los dioses reales e inventados que te arrancaré las entrañas y te las haré tragar.

—Me parece bien —asintió Josh, sin dudarlo.

—¿Hablarás con ella sobre esto antes de que se vaya?

—No lo sé… —dijo sin levantar la vista de sus manos—, creo que sería muy pronto.

Quentin se quedó mirando el diseño irregular que dibujaban las piedras debajo de sus pies y, cuando levantó la vista para mirar a la gente que bailaba en el centro de la plaza, vio que una muchacha de cabello plateado se acercaba a él.

—Levanta el trasero, debemos irnos —dijo Quentin y se puso de pie de un salto.

—¿Qué sucede? —dijo Josh, algo confundido, y llevó su mano a la cadera, donde siempre portaba su espada.

—Rubí. —Josh comenzó a reír al oírlo—. Y no quiero estar con ella.

—¿Nos pasaremos las fiestas escondidos?

—Ya me ha visto, maldición. ¿Vienes? Yo me largo.

Josh se puso de pie y siguió a Quentin. Por unos momentos lograron deshacerse de ella, caminando entre la gente de un lado a otro, pero cuando menos lo esperaban, volvían a verla. Después de un rato, Quentin se aburrió de esconderse y se fueron a la fortaleza, pasaron por la cocina a buscar algunas botellas de vino y subieron al tejado de la habitación de Josh para poder ver la fiesta desde ahí sin ser molestados.

—Ahora que me vio huir tantas veces, espero que se haya dado cuenta que ya no quiero hablarle —dijo Quentin destapando una de las botellas y entregándosela a su amigo.

—No me parece que estuviera muy decidida a renunciar, Q —rio Josh. Quentin hizo una mueca y se recostó para mirar al cielo.

Los muchachos regresaron a la fiesta algunas horas después y se sentaron en una carreta, algo apartados de donde estaban sus madres. Astor jugaba con otros niños delante de ellas.

—No vi a Ara —susurró Josh—. ¿Habrá dejado la fiesta por hoy?

—No lo sé —dijo Quentin y agregó levantando la voz—. Madre, ¿dónde está Ara?

—Estuvo aquí hace unos momentos, dijo que iría en busca de sus amigas.

La respuesta conformó a los muchachos por lo que siguieron conversando mientras miraban a la gente que había frente a ellos. Pero, unos minutos después, Astor se acercó a Quentin y le tendió los brazos, por lo que Quentin lo alzó y lo sentó en su falda.

—*Debes ir por Ara, está herida, de alguna forma* — dijo Astor con su voz mental, mirándolo a los ojos. Quentin se sobresaltó al escucharlo pero, antes que lograra decir algo, Astor se bajó de las piernas de su hermano y corrió junto a su madre.

—*¿Qué… qué dices?*

—*Ahora, Quentin, lleva a Josh contigo.*

Quentin sintió que perdía la estabilidad y parecía que todo se movía a su alrededor a velocidad vertiginosa.

—¿Qué sucede? —preguntó Josh al ver a su amigo reclinarse hacia un costado.

—Debemos ir por Ara, ahora —susurró.

Josh se puso de pie y tiró de su brazo.

—¿Qué sucede? —Insistió una vez que Quentin se recuperó y pudo ponerse de pie.

—*Está por salir por la puerta principal de nuestra casa; lleva tu espada* —dijo Astor. Quentin repitió en voz alta sus palabras para que Josh pueda oír lo que su hermano decía.

Los muchachos corrieron los pocos metros que separaban la plaza central de la fortaleza y se encontraron con Ara cuando salía a la calle. Llevaba el vestido rasgado, su cabello estaba revuelto y tenía manchas de sangre en los labios y en la ropa. Su rostro estaba enrojecido y caían gruesas lágrimas por sus mejillas.

—Por los dioses —dijo Josh al verla—. ¿Qué te sucedió?

—¿Quién te hizo esto? —preguntó su hermano al mismo tiempo.

—Quítense de mi camino. —Ara levantó la espada, que parecía más grande que ella.

Josh alzó las manos e intentó acercarse. Quentin dio unos pasos hacia un lado, tratando de llegar a ella para desarmarla.

—Dime qué te sucedió, por favor —dijo Josh. Ara apuntó el arma al centro de su pecho.

—Muévanse, malditos sean, déjenme en paz —gritó Ara con la voz afectada.

Quentin acortó los pasos que los separaban, tomó el brazo de su hermana con firmeza y le quitó la espada. Ara gritó, enfurecida, y quiso ir detrás de Quentin, que se había apartado de ella.

Josh corrió y levantó a Ara del suelo, rodeando su cintura con un brazo, para impedir que se acercara a Quentin.

—Cálmate, por favor, dime qué te sucedió —susurró.

Ara dejó de luchar después de unos momentos y Josh volvió a dejarla en el suelo. Ara se dio vuelta y se aferró a él, escondiendo su rostro en el pecho de Josh. Él la abrazó y Quentin vio que sus ojos enrojecían. Ara continuaba llorando, sin responder.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Quentin, hablando con tranquilidad, a pesar de que sentía su sangre hervir de indignación.

—Rubí y sus amigas me atacaron —dijo después de largos minutos, con la voz entrecortada por todo lo que lloró.

Quentin caminó hasta el banco que se encontraba al lado de la puerta de su casa y se sentó pesadamente, sabiendo que intentar hacer entrar en razón a Ara en esos momentos sería una pérdida de tiempo; si hubiera sido por él, la hubiera encerrado en su habitación hasta que se tranquilizara, pero pensó que sería divertido ver a Josh tratar de calmar la furia ciega de su hermana. Se sentía algo aliviado al saber qué sucedió, ya que no podían hacer nada más que reportar el ataque a los soldados de la Guardia.

—¿Por eso viniste por la espada? —preguntó Josh y Ara asintió—. No, Ara, no puedes atacarlas por eso.

—¿Estás de su lado? Maldito seas —gritó Ara, alejándose de él de un empujón.

—No, ¿cómo crees? — dijo Josh sorprendido.

—¿Entonces por qué no me dejas cobrarme lo que me hicieron?

—No es así como funciona, Ara. No puedes intentar matar a todo el que te golpee.

—¿Y tú qué demonios sabes? —gritó Ara.

—Hace años que nos peleamos con medio Sitnor, ¿crees que las narices rotas o las costillas quebradas han sido por que nos caímos montando a caballo? —Josh hablaba con una calma que sorprendía a Quentin y le hacía preguntarse cuándo se le agotaría la paciencia.

Ara volvió a acercarse a Josh y levantó la mano con toda la intención de darle una bofetada, pero Josh le sujetó el brazo antes de que llegara a hacerlo.

—Que sea la última vez que intentas golpearme —dijo acercando su rostro al de Ara y, luego, la soltó—. Cálmate de una vez.

Ara le sostuvo la mirada y, antes que Josh volviera a erguirse, la pequeña mano de Ara se estrelló en su mejilla. Quentin se largó a reír ante lo sucedido, ya que era lo que menos esperaba que hiciera. Tanto Josh como Ara parecían haber olvidado que él se encontraba ahí y ambos se sobresaltaron al escucharlo.

—Es suficiente —dijo Josh y, antes de que se dieran cuenta, cargó a Ara en un hombro y se dirigió hacia la entrada de la casa. La muchacha comenzó a patalear y a golpear la espalda de Josh con los puños, pero eso no hizo que se detuviera. Abrió la puerta y se dirigió a paso firme hacia las escaleras, las subió de un solo tirón, entró en la habitación de Ara y la dejó en su cama. Quentin los siguió, al no estar seguro de cómo reaccionaría Josh, por lo que se quedó en el pasillo esperando a ver qué sucedía. Oyó a Josh decir:

«Escúchame Ara. Ahora te vas a tranquilizar, te darás un baño, te cambiarás y luego hablaremos. Necesito que escuches lo que quiero decirte y, lo que es más importante, que lo entiendas. En el estado en que estás no vas a hacerlo.

Como respuesta, Ara gritó y arrojó algo que se hizo añicos contra la pared.

«Maldición» murmuró Josh. «Puedes romper todo lo que quieras, pero no te dejaré salir de aquí hasta que estés calmada, ¿entendiste?»

Josh salió y cerró la puerta tras él, justo para evitar que algo lo golpeara, ya que lo que parecía ser un objeto metálico se estrelló en la puerta.

Quentin lo esperaba sentado en el suelo del pasillo, Josh caminó los pocos pasos que los separaban y se sentó junto a él.

—Si alguna vez Ara te hace derramar una lágrima, le arrancaré las entrañas y se las haré tragar —dijo Quentin, con toda la seriedad que fue capaz. Josh lo miró por unos segundos, confundido.

—Eres un idiota —dijo y le dio un golpe en el brazo. Quentin rio, a la vez que se llevaba una mano al brazo.

Se escuchó algo más dar contra la pared, y Josh hundió la cabeza entre sus hombros.

—Maldición, que carácter tiene.

—¿Aún piensas lo mismo sobre Ara? —preguntó Quentin con su mano sobre el brazo golpeado—. Digo, después de haber visto que atacó a otra muchacha, después de haberla visto enojada contigo.

—Me encanta. Creo que estoy más enamorado que nunca. Esa mirada, el brillo en sus ojos…

—Ya, sin detalles, maldición, es mi hermana —dijo Quentin frunciendo el ceño.

—¿Para qué preguntas, entonces? —Quentin movió la cabeza de lado a lado en respuesta—. Lo que no tiene en altura lo tiene de coraje.

—Noah debería llamar a sus piedras con su nombre —agregó Quentin.

Después de lo que pareció una eternidad, Ara dejó de romper cosas, bien porque ya no le quedaba qué romper o porque había calmado su enojo, y tuvieron que esperar un largo rato más hasta que terminó de asearse y ponerse presentable. Cuando al fin salió de su habitación, ya no quedaban rastros de su anterior estado, o eso parecía al menos. Se pusieron de pie al verla, bajaron a la cocina en silencio y Quentin salió por la puerta que llevaba al patio después de decir algo ininteligible.

Josh se sentó en uno de los bancos y Ara comenzó a preparar té. Una vez que estuvo lista la infusión, Ara tomó una bandeja, llevó todo a la mesa y se sentó junto a Josh. Cuando las tazas estuvieron frente a ellos se quedaron en silencio por unos cuantos minutos.

—Perdón por el escándalo —murmuró Ara—. Y por haberte golpeado.

—No fue nada. No podíamos permitir que hicieras una locura, Ara, espero que entiendas por qué no te dejamos ir. —Ara asintió—. Podrías haber matado fácilmente a una de esas muchachas, la espada de Quentin no es de juguete, es un arma bastante peligrosa y ellas estaban desarmadas, por lo visto, porque solo te han golpeado. ¿Qué sucedió con tu navaja?

—Tu padre me la quitó anoche, cuando nos llamó al Palacio de Gobierno, después de haber amenazado a Rubí.

—Gracias a los dioses… —suspiró aliviado—. Yo te daré otra, pero solo si me prometes que la usarás en caso de que tu vida esté en peligro, no por un impulso. Como ya dije, las armas no son juguetes y no puedes utilizarlas contra alguien que esté desarmado. Si no puedes defenderte de los golpes a golpes, pues te aguantas, como hemos hecho nosotros. —Ara lo escuchó sin interrumpir, con la mirada fija en su taza de té—. Lo más fácil sería que evitaras meterte en problemas, pero yo no soy quién para decirte algo así, ya sabes que ese es mi pasatiempo favorito.

—Sí, lo sé. —Ara lo miró, sonriendo.

—Así te ves más linda, cuando sonríes —dijo Josh casi sin darse cuenta. Ara lo miró asombrada y el rostro de Josh enrojeció de repente—. Perdón, no quise faltarte el respeto.

—Está bien, no te preocupes —susurró y volvió a bajar la vista.

—Ara… quisiera decirte algo, pero no sé cómo hacerlo.

—Entonces no lo digas —dijo mirándolo por unos segundos.

Se quedaron en silencio, ambos fijando la vista en sus tazas ya casi vacías.

—Cuando te vi así, golpeada y llorando, se me destrozó el corazón —soltó Josh finalmente y la voz le temblaba por los nervios—. Tuve el alma en los pies hasta que pudiste hablar.

Ara acercó la mano a la de Josh y él, sin atreverse a mirar a la muchacha, puso la palma hacia arriba. Ara dudó por unos momentos pero, luego, colocó su mano sobre la suya. Josh envolvió la pequeña y suave mano de Ara con sus dedos. Cerró los ojos y soltó todo el aire que tenía contenido en sus pulmones.

Desde el patio, se oyó la risa de Astor y la voz de Quentin. Ara y Josh se soltaron las manos justo en el momento en que ellos entraban a la cocina.

—¿Ya estás mejor? —Quentin miró a su hermana.

—Sí, gracias por lo que hicieron.

—El día que naciste me prometí que siempre te iba a cuidar, y eso es lo que voy a hacer. Bueno, eso vamos a hacer. —Miró a Josh y les guiñó un ojo—. Voy a llevar a Astor a su habitación, madre vendrá en unos momentos.

Quentin levantó al pequeño, lo colocó sobre sus hombros y dejó la cocina saltando, entre las risas de Astor. Josh se puso de pie y Ara lo imitó.

—Mejor me marcho, ya es bastante tarde —dijo Josh. Ara se acercó a él, tiró de su camisa para que se agachara, hizo puntas de pie y le dio un beso en la mejilla.

—Por el golpe —dijo sonriendo con timidez. Josh sonrió, dio media vuelta y salió hacia el patio, más feliz de lo que alguna vez imaginó estar.

—Vaya desastre has hecho aquí —dijo Quentin desde la puerta.

—Rompí más cosas de las que debería —dijo Ara, mientras seguía juntando el desorden. Quentin caminó entre los restos de botellas de perfume y adornos rotos y se sentó en la cama de su hermana.

—No sé si Josh te lo dijo, pero espero que hayas comprendido por qué te detuvimos.

—Sí, me lo dijo.

—Si una de esas muchachas moría, ibas a terminar encarcelada por largos años.

Ara se sentó junto a Quentin, recostó la cabeza sobre su hombro y su hermano la abrazó.

—Pero tuvo su parte buena —dijo Ara después de un rato—. ¿Tú sabías que Josh…?

—Sí.

—¿Y por qué no me lo dijiste?

—Porque no me correspondía hacerlo. Además, les hubiera quitado lo emocionante —dijo Quentin con una sonrisa—. ¿Qué sentido tenía si yo te lo decía? Quizás hasta les hubiera resultado incómodo. ¿Y quién soy yo para arruinarles ese momento?

—Te amo, hermano.

—Y yo a ti, chiquita —dijo Quentin y le dio un beso en su rubia cabeza.

19

Pyebra Ciudad Capital

El sol estaba comenzando a retirarse, llevando con él una porción del calor del día, y Lena sonrió aliviada cuando salió al jardín; el calor hacía que sintiera sus piernas inestables, como las de un potrillo recién nacido. No le gustaba el calor, pero a su hermano parecía no importarle, ya que hacía horas que estaba afuera jugando. Lena se soltó de la mano de su nana, se quitó las sandalias y corrió por el césped llamando a Dante. Sus perros corrían y ladraban delante de ella, instándola a que corriera más rápido.

«No sé qué tanta prisa tienen, si el jardín no se irá a ningún lado» pensó mientras corría detrás de ellos.

Lena tropezó y cayó de rodillas. Su vestido se manchó y sus manos se rasparon. Los ojos se le llenaron de lágrimas, pero unas manos la ayudaron a levantarse.

—Princesa, ¿se encuentra usted bien?

Lena levantó la cabeza y a su lado había una muchacha de rostro moreno y ojos oscuros.

—¿Quién eres? —Lena retrocedió y se alejó de ella. Llamó a sus perros mentalmente; estos regresaron, se pararon delante de la pequeña y la muchacha fue quien retrocedió esta vez. Lena pudo ver el miedo que le provocó la aparición de Fuego y Plata. La pequeña les ordenó sentarse y ellos obedecieron—. No te atacarán si no doy la orden.

—Vaya… —murmuró.

—No me has dicho quién eres.

—Yo…

Lena no esperó a que terminara de hablar y entró en su mente.

—Una maga de mi madre, qué sorpresa. Parece que ahora me los cruzo a cada instante. ¿Qué quieres?

—Solo estaba dando un paseo —susurró, confundida.

—¿Quién eres?

—Mi nombre es Nihá, no te haré daño, solo paseaba por aquí y te vi caer. Es todo.

—Yo sí ansiaba encontrarte. Sé quién eres, Tareq me lo ha dicho.

—No deberías confiar en Tareq, no es…

—No deberías confiar en mi madre.

—No entiendo, princesa…

—Quiero que te alejes de Tareq y que ni siquiera pienses en decirle a mi madre lo que sabes de él. No puedes mentir aquí. Promete que no le dirás a la señora Viktoria lo que sabes de Tareq.

—Niña, tú no entiendes lo que ocurre.

—¿Yo no lo entiendo? No sé dónde están tus lealtades, Nihá. Sabes lo que Tareq oculta y quieres ocultarlo tú también. Lo llevas a tu habitación a cambio de guardar silencio. ¿Y si mi madre se entera lo que estás haciendo? No sé quien se llevará la peor parte, si tú o Tareq.

—Yo… no es así como… Maldición, sí. Me importa muy poco lo que suceda a mi alrededor, solo quiero tener una buena vida, y hacer lo que siempre soñé. Su guerra no me interesa. Vine al palacio porque lo vi como una oportunidad de dejar la pobreza de mi hogar y…

—No me importa tu historia, Nihá. —Lena no la dejó continuar—. *Está bien por mí, haz lo*

que desees, pero aléjate de Tareq. Promételo, aquí mismo.

—Prometo que me alejaré de él y no hablare con la señora Viktoria sobre su secreto.

—Excelente.

—¿Y tú? ¿Guardarás mi secreto?

—Los magos de mi madre no me interesan, solo Tareq. No me importa lo que hagan, mientras él y yo estemos a salvo.

Lena se retiró de la mente de Nihá, llamó a sus perros y se alejó sonriendo. Había solucionado el problema de Tareq sin proponérselo.

—¡Dante! —La niña vio a su hermano y se largó a correr hacia él.

20

Sitnor Ciudad Capital

La boda de Enara y Noah fue una semana después de finalizadas las celebraciones por el aniversario de Sitnor, aprovechando que la familia de Enara estaría en la ciudad. La fortaleza se vistió de fiesta por segunda vez pero, en esta oportunidad, los adornos eran flores y guirnaldas blancas y azules.

Como era tradición en Sitnor, la fiesta duró tres días. El primer día, la familia de la novia fue la anfitriona para darle la bienvenida a Noah. Al no vivir en Ciudad Capital, el Gobernador, la Dama Ema y Josh se alojaron temporalmente a casa de los Guna para que la familia de Enara pudiera cumplir con las costumbres de cocinar ellos mismos los platos que se sirvieron en el almuerzo y la cena de recibimiento.

En el segundo día, los anfitriones fueron los Guna, y en esa oportunidad, hasta el Gobernador trabajó codo a codo con ellos para recibir a Enara en la familia. El tercer día, la fiesta continuaba en la Plaza de la Fuente y asistía todo el pueblo para celebrar el enlace de dos destinos, que unían sus pasos para caminar uno junto al otro.

A medida que los invitados llegaban a la plaza, caminaban hasta el centro de esta, donde se encontraba una pequeña mesa adornada con ramilletes de flores blancas. En ella, depositaban una sola moneda como obsequio para los recién casados. Al final del día, contaban el número de monedas, sin importar su valor. Según la creencia, si el número era par, la buena fortuna acompañaría a la familia que acababa de formarse. En cambio, si el número de monedas era impar les esperaba un futuro con lágrimas e incertidumbre.

Los novios fueron acompañados por sus respectivas madres desde el frente del Palacio de Gobierno hasta el centro de la plaza. Desde lo alto de la enorme puerta tallada, descendían cientos de cintas blancas que eran sujetas por la familia de los novios del otro lado de la calle. Enara y Noah, ambos vestidos de azul, caminaron tomados de la mano, escoltados por sus orgullosas y llorosas madres, por el túnel que formaban las cintas y, una vez en la plaza, toda la familia los acompañó hasta llegar a la mesa de los obsequios.

Con la aprobación de todos los presentes, Enara y Noah recitaron en una sola voz las palabras que daban por consumada su unión.

—Aquí y ahora, con los Astros como testigos y protectores de nuestro destino, te ofrezco mi lealtad y mi amor.

«Con mi cuerpo como tu escudo, con mi confianza como tu espada, con mis ojos como la luz que guíen tus pasos, con mi voz como la canción que alivie tu pesar, con mis brazos como el lecho donde reposarás en tus días finales, prometo ser quien te acompañe hasta el día en que tu vida deje de iluminar la mía.

«Aquí y ahora, con los Astros como testigos y protectores de nuestro destino, prometo cuidar de nosotros desde hoy y hasta mi último suspiro.

Ara escuchaba entre sollozos a Enara y a su hermano mayor recitar aquel ancestral discurso, en el que ambos esposos hacían su promesa de amor y fidelidad. Mientras, Quentin la abrazaba, intentando en vano consolarla. El muchacho miró a su alrededor y vio que Astor correteaba entre los invitados, con su padre siguiéndolo por detrás; Elisa y la madre de Enara lloraban sosteniéndose una en la otra. La nana, que era un miembro más de su familia, lagrimeaba en

silencio abrazada a su hijo y a su nuera. No había quién no estuviera, en esos momentos, con un pañuelo en la mano para enjuagar sus lágrimas. El Gobernador tenía los ojos enrojecidos y la Dama Ema, siempre tan correcta, lloraba sonoramente tomada del brazo de su esposo, mientras Josh aprovechaba la distracción de los demás para robarse los bocadillos de las mesas para los invitados. Quentin sonrió al verlo y Ara le dio un codazo en el costado.

—¿Qué sucede contigo? ¿Cómo puedes sonreír en este momento? —susurró con el ceño fruncido.

—Por los dioses, Ara, ¿quieres que llore también?

—Cómo mínimo…

Quentin hizo una mueca, dejó a su hermana y caminó hasta donde estaba Josh.

—Se podría llenar un río con tantas lágrimas que han soltado —susurró cuando llegó junto a su amigo.

—El río Salado —dijo Josh y Quentin tuvo que contenerse para no reír—. ¿Ara cómo está?

—Enojada, como es su costumbre últimamente.

—¿Qué hiciste ahora?

—Sonreí porque vi que estabas comiendo cuando creíste que nadie te veía. Estaba por decírselo, pero no quise que te hiciera un escándalo por eso a ti también.

—Por un demonio, que carácter tiene.

—No te quejes, ya lo sabías desde antes…

—Me encanta verla enojada —suspiró.

—Es mi hermana, maldición, no lo digas. —Quentin frunció el ceño y le dio un codazo. Josh rio y, luego, dejó a Quentin para ir junto a Ara. Vio que su hermana lo tomaba del brazo y apoyaba su cabeza en él. No pasó mucho tiempo hasta que se acercó su padre con Astor en brazos.

—¿Podrías…? Quisiera estar con tu madre…

Quentin asintió y tomó al exaltado y ruidoso niño que parecía no querer quedarse quieto.

—Ven, vamos por algo para beber —dijo Quentin.

—*Ya estoy cansado de correr, menos mal que me trajeron junto a ti.* —La voz de Astor resonó entre sus pensamientos.

—*Espero que no haya sorpresas hoy, así que intenta comportarte, ¿sí? No quisiera que arruináramos este día tan especial para Noah y Enara.*

—*No es mi culpa, Quentin, no sé por qué me dices eso…*

—*Y si sucede algo, no quiero enterarme.*

—*Tampoco depende de mí.*

—*¿Quieres que te devuelva, así tienes que seguir corriendo?*

—*Quentin…*

—*Era broma. Solo deseo que hoy todo salga bien… Por los dioses, daría una mano para que nada les arruinara el día.*

—*No digas eso, Quentin. No es algo que se pueda arreglar con un sacrificio.*

—*Ya lo sé, solo decía. Estamos muy cerca del laberinto, ¿qué tal si…?*

—*No está aquí, al menos no aún. Onix estuvo en la plaza varias veces y no es aquí donde se aloja. Quiere saber, también, por donde anduvimos la otra noche, para…*

—*No hoy, Astor.*

—*Lo sé, pero no es algo que puedas posponer por mucho tiempo. Debemos encontrarlo y destruirlo.*

—*¿Debemos? ¿Tú lo ayudarás?*

—¿Quién crees que se encargó del otro?

—Por todos los cielos… —Quentin se sentó pesadamente la primera silla que encontró y Astor rio, en un intento de desviar la atención de la gente que miró a Quentin—. *¿Cómo…?*

—El verano pasado, durante las celebraciones. Aprendí mucho mientras no estabas aquí, Quentin, ya te lo dije. No creas que solo me conformaría con aprender a caminar o a hablar algunas palabras en voz alta. Onix encontró a uno de ellos en donde capturaron a Almairon, según me contó. Madre casi muere del susto cuando no me vio junto a ella, pero hice que… lo olvidara. Quentin, ¿podrías comportarte y cerrar la boca? La gente te está mirando.

—¿Cómo…?

—Por los dioses, debes poder conversar conmigo sin perder atención a lo que sucede a tu alrededor, Quentin. No puede ser que cada vez que te hable te tambalees de lado a lado y el color de tu rostro desaparezca.

—Pero…

—Voy por Josh, estás dando un espectáculo penoso.

El pequeño se bajó de la falda de su hermano y corrió entre la gente hasta llegar a donde estaba Josh. Tiró de su pantalón y le señaló a su hermano, que estaba sentado en una silla. Quentin sostenía su cabeza y parecía que en cualquier momento se desvanecería.

Josh llegó junto a él, le dio una palmada en la espalda y Quentin lo miró.

—¿Qué sucede, Q? Parece que has visto un fantasma.

—Quiero… quiero ir a casa —susurró.

Josh lo ayudó a ponerse de pie y comenzaron a caminar hacia la fortaleza. Su padre, al verlos marcharse, corrió hacia ellos.

—Hijo, ¿qué tienes?

—Estoy… creo… —balbuceó.

—Creo que esta afiebrado, señor. Ayer trabajamos todo el día al sol y, además, ya sabe… por las noches él no duerme mucho. Lo llevaré a la enfermería, seguro en poco tiempo estará bien y regresaremos.

—Gracias, Josh. Avísame si sucede algo más.

Josh asintió y continuó caminando mientras sostenía a su inestable amigo.

—¿Qué sucedió ahora? —preguntó ni bien se alejaron de la multitud que asistió a la boda.

—Astor… Según entendí, él destruyó al otro ser que se liberó de las espadas, al otro Indigno. Y también él… borró algo de la mente de mi madre. Ya no sé quién carajo es, Josh, me van a volver loco.

—Por un demonio…

—Ojalá pronto recibamos la llamada del ejército y nos envíen lejos de aquí. No puedo con tantas cosas, quizá para ellos es normal hablar de seres malignos, murallas, hechizos… pero para mí no. Y encima se queja porque me descompongo pero no puedo entender que mi hermanito que apenas camina haga cosas… Por los dioses, no puedo ni repetirlo.

—Está bien, cálmate e intenta pensar en otra cosa.

Quentin y Josh llegaron a la fortaleza y, en lugar de ir a la enfermería, se quedaron un largo rato en el jardín de los Guna, sentados a la sombra de un árbol de jazmín. Cuando Quentin se sintió mejor, entraron a la cocina, que estaba repleta de comida por un lado y licores, vinos y cervezas por otro, todos de diversas clases y procedencias, y hacia allí se encaminó Quentin.

—¿De Morrau o de Tesar?

—¿A qué te refieres?

—Aquí, idiota. Hay vinos y cervezas para todos los gustos.

—Es demasiado temprano para mí —dijo levantando las manos—. Y creo que para ti también…

Quentin se encogió de hombros y eligió una botella de cerveza de Tesar, que no era más alta que su mano, la destapó y bebió la mitad de un solo trago. Josh caminó hacia él y le quitó la botella, como si se tratara de un veneno.

—Deja eso, por los dioses. ¿Quieres dar un espectáculo frente a tu familia? No ha empezado el almuerzo aún ¿y ya quieres llegar borracho?

—No me jodas…

—Mañana haz lo que desees, bebe hasta vomitar si te parece bien, pero hoy es el día de tu hermano y de Enara, y no voy a dejar que lo arruines con tus estupideces. Vámonos de aquí. —Josh tomó del brazo a Quentin y lo arrastró hasta el patio—. No sé qué demonios quieres.

—Ya los tengo a todos, Josh, no necesito uno más —murmuró de mala gana.

Quentin dejó de resistirse y le permitió a Josh que lo sermoneara. Al fin y al cabo, era preferible escuchar la voz de Josh que las intrusiones mentales de Astor y Onix.

Cuando su amigo estuvo conforme y dio por finalizado su discurso, regresaron a la plaza. Aunque sentía que Josh lo observaba en cuanto él se alejaba, el resto del día transcurrió con normalidad y nada arruinó la celebración de su hermano mayor. Quentin no bebió, Astor no volvió a hablarle y no vio a Onix en ningún momento.

Al anochecer, Quentin y Astor acompañaron a Noah a contar las monedas que recibieron como obsequio y la concurrencia estalló en aplausos al comprobar que era un número par. Nunca sabrían que Quentin guardó una de ellas sin que los demás lo notaran.

El muchacho dejó la plaza y fue a buscar refugio a la soledad de su habitación, aunque la fiesta aún continuaba. Estar con tanta gente por tanto tiempo solo contribuía a aumentar la sensación de soledad que lo acompañaba desde hacía varios años. Por más que riera, por más que conversara con los demás, por más que aparentara que se sentía bien, por dentro solo llevaba un gran vacío, que parecía hacerse más grande con cada minuto que pasaba y le hacía preguntarse si algún día dejaría de crecer o si acabaría con él por completo.

Se hizo un ovillo en su cama, abrazó su almohada y, desde donde estaba, podía ver la noche estrellada a través de la ventana, aunque no prestaba atención a lo que veía. Sentía frío, aun cuando faltaba más de un mes para que finalizara el verano. Era un frío que le llegaba hasta los huesos y parecía no haber nada que le devolviera el calor. De a ratos, se abandonaba tanto a su propia desolación que le parecía que ya no sentía su cuerpo y, cuando tomaba conciencia de ello, movía apenas los pies y las manos y el frío regresaba. Pensó que, quizás, así era como se sentía una persona segundos antes de morir.

Onix llegó después de una hora y se acostó estirado, cuan largo era, en contra de su espalda, pero Quentin no se movió. La luna, que era apenas una delgada y curva línea dorada esa noche, se asomó en un rincón de su ventana e hizo todo el recorrido hasta la esquina contraria pero Quentin no cambió en ningún momento de posición.

El gato despertó, se estiró y lo miró por unos segundos. Como Quentin no le prestaba atención, caminó sobre él y se sentó en la medialuna que se formaba con sus piernas y su abdomen. Quentin siguió ignorándolo, por lo que el felino se acostó y metió la cabeza entre los brazos del muchacho.

—*¿Cachorro?*

—*Ahora no, Onix, por favor*—dijo. Quentin movió apenas la cabeza, ya que los bigotes de Onix le hicieron cosquillas en el mentón.

—Cuéntame qué sucede, cachorro. Quizá pueda ayudarte.

Quentin dejó pasar varios minutos antes de aceptar compartir su angustia con el gato. Después de todo, era con el único que podía hablar sobre lo que le sucedía.

—¿Por qué, Onix?¿Por qué no puedo ser normal sin ella? Ni siquiera pido ser feliz, tan solo no sentirme tan miserable. Sé que no la conozco y soy consciente de que solo cruzamos unas pocas palabras… Y si lo pienso es, incluso, ridículo. Pero ni siquiera cuando Rubí me besó sentí algo como lo que sentí cuando ella tomó mis manos. Cuando estuve con Rubí solo sentí culpa… y me genera más culpa cada vez que lo recuerdo.

—No tengo una respuesta para ti, cachorro. No se suponía que se encontraran hasta que alguno de los dos estuviera en peligro de muerte, si es que eso ocurría alguna vez. Deberían ignorar la existencia del otro y ahora entiendo el por qué. La pena que sufren es mayor desde que se conocieron. Los humanos que comparten una estrella suelen hacer una vida normal, a pesar de sentirse tristes mucho tiempo, se casan con otras personas, forman una familia… son felices, a su manera.

—No quiero pensar en que ella pueda casarse.

—Hazte a la idea, está en edad de hacerlo y seguro…

—No lo digas, por favor —dijo. Se llevó las manos a la cabeza y se tapó los oídos, como si con eso lograra acallar la voz de Onix.

Quentin sintió la presencia del gato ingresar a su mente y antes que pudiera protestar, el recuerdo de una beba rolliza, de mejillas enrojecidas y bucles plateados, apareció frente a él. Quentin rio al verla y pensó que todo el malestar que sintió durante el día, valió la pena si esa era la recompensa.

—Pequeña… —susurró. Quentin se acostó de espaldas, Onix se subió a su pecho y se estiró sobre él, ronroneando ruidosamente.

La niña estaba sentada sobre lo que parecía ser una esponjosa alfombra hecha con el cuero de una oveja y tenía entre sus manos un gran bollo de pan que apenas era capaz de manejar. Con sus gordos y diminutos dedos, pellizcaba un trozo y se lo llevaba a la boca, luego, le ofrecía al perro que estaba a su lado y, por último, al gato negro. Repitió varias veces la ronda hasta que dejó el bollo a un costado y el perro se adueñó de él. Detrás de ella podía verse una chimenea que era tres veces más ancha que las que había en Sitnor. En ella ardían ramas enteras y varias pilas de gruesos troncos. Había una reja protegiendo las brasas y Quentin pensó que era para evitar que la niña se quemara. Nunca había visto en Sitnor algo como eso, pero, momentos después, vio que la reja cumplía un doble propósito: una mujer se acercó con una pila de ropa en sus brazos y comenzó a colgarla en la reja. La pequeña niña gateó hasta la mujer y se abrazó a sus piernas. El perro caminó tras ella con el bollo entre sus dientes y la mujer los miró a ambos con el ceño fruncido, ya que no la dejaron mover para seguir con sus tareas.

La escena era tan cotidiana, tan tranquila y familiar que Quentin se entretuvo viendo a la niña comiendo, jugando, gateando o intentando caminar hasta que la pequeña se recostó en su mullida alfombra, con una de sus manitas sobre las patas del gato. Sus párpados se cerraron pesadamente sobre sus ojos grises y la niña se durmió. No pasó mucho hasta que a Quentin le ganó el sueño y, como la vez anterior, se durmió con una sonrisa en el rostro.

—Descansa, cachorro.

21

Palmeras, Pyebra

Tino y Mihaí llegaron a la villa al atardecer, después de haber estado todo el día ocupados en la construcción de la que sería su vivienda. No les faltaba mucho para terminarla, y a pesar de que la mayor parte de las casas de la zona nueva habían sido terminadas y estaban habitadas, ellos dos decidieron que la harían por si solos, sin ayuda de nadie más. Ni siquiera le permitieron a Ajác acercarse, ya que deseaban sorprenderla.

Restaban algunos detalles menores, pero querían que estuviera completamente habitable antes de llevar a Ajác. En el pequeño espacio que les asignaron, construyeron una casa de madera de dos plantas. En la planta baja había una sala amplia, en la que Tino colocaría la piel del ciervo que cazó cuando regresaban de la aldea abandonada, una habitación pequeña para que Ajác pudiera tejer los canastos que tanto le gustaba hacer, y junto a ella una habitación que sería la cocina, en la que ubicaron una pesada cocina a leña, de hierro, que Tino hizo junto a uno de los herreros y como novedad, podían tener agua dentro de la casa sin tener que ir al pozo, ya que vio en uno de sus viajes a Sitnor que Noah Guna tenía agua en su estudio y le preguntó por ese artefacto tan extraño de la que provenía. Noah compartió con él los detalles del funcionamiento de la bomba por la cual extraían agua de los pozos y Tino fue capaz de darle las instrucciones al herrero para su creación. Mihaí estaba tan sorprendido como orgulloso cuando terminaron de instalarla y lograron sacar agua con tan poco esfuerzo.

La planta alta estaba dividida en dos habitaciones, una para el muchacho y otra para sus padres.

Cuando llegaron a la cabaña, Ajác los esperaba en el jardín, tejiendo un cesto mientras conversaba con Vila. La sacerdotisa se despidió después de haberlos saludado y Tino les recordó que esa noche iría a Sitnor, a ver a Noah. Ajác no estaba de acuerdo con que Tino hiciera esos viajes, pero no se oponía a que los hiciera.

Después de haberse dado un baño y haber cenado, Tino abrazó a sus padres, como cada vez que tenía la oportunidad de hacerlo, fue a su habitación y desapareció.

Cuando apareció en el frío estudio de Noah, se sorprendió al ver que no estaba solo, ya que junto a él había un muchacho y un niño pequeño. El desconocido desenfundó su arma en el instante que él apareció y vio a Noah sujetar su muñeca y decirle unas palabras. Vio, también, que los ojos del pequeño cambiaban de color y al escuchar a Noah decir «Tino Suhrah», sus ojos volvieron a ser verdes. Observando con más detalle, notó que los tres tenían los ojos del mismo color, por lo que debían ser hermanos.

Noah les presentó a los que, efectivamente, eran sus hermanos, Quentin y Astor, y Quentin se disculpó en un muy rudimentario pyebrano. Noah le tradujo su respuesta a su hermano.

«Así que este es Quentin Guna… vaya, que mirada tan interesante tiene» pensó Tino, mirándolo con detenimiento.

Tino entregó a Noah un regalo de parte de sus compañeros por su reciente boda. En una caja rectangular de palo de rosa estaba tallado el nombre de Enara, pero lo más asombroso de la decoración era que las letras eran de oro con pequeñas piedras preciosas incrustadas en ellas. Noah se sorprendió al ver la lujosa caja, pero su sorpresa fue mayor cuando la sostuvo entre sus manos y sintió su peso.

Al abrirla, vio que estaba repleta de collares, finas cadenas, brazaletes, pectorales, gargantillas y aretes de oro y piedras preciosas que parecían brillar con luz propia. Tino les explicó que eran las costumbres de su país regalar oro a la nueva familia, ya que el color dorado representa la bendición de Efos, dios sol.

Noah agradeció a Tino por el regalo, pero el muchacho sacó de entre sus ropas un estuche, esta vez de brillante ébano. Tenía el nombre de Noah tallado en él, con la misma decoración que la caja de Enara. Al abrirla, Noah se encontró con una daga hecha completamente de oro, con rubíes incrustados.

—Son también los colores de Sitnor —sonrió el mago.

Después de agradecer por segunda vez y mientras conversaban sobre las novedades, Astor observaba a Tino, pero el pequeño no se atrevió a hacer ni un movimiento y tan solo después de haber nombrado a su maestro se animó a hablar.

Noah se puso más pálido de lo que ya era y Quentin se llevó la mano a la frente. Cuando Noah se recuperó le hizo saber que él no sabía que Astor también era mago, ni de lo que podía hacer. Para él, era solo su hermano pequeño y acababa de enterarse de lo que ocurría.

Después de verlos hablar por unos momentos, Noah fue capaz de traducir las palabras de Astor:

—¿Cuántos magos quedan en Ciudad Capital bajo las órdenes de la señora Viktoria?

—Tenemos un infiltrado en el palacio —contestó Tino—. Hay cerca de cien, aunque continúan buscando más, incluso entre los niños más pequeños. Sabemos que la princesa también es maga, una muy poderosa al parecer, que comenzó a ser entrenada, pero terminó rebelándose a su madre y abandonando los entrenamientos. Hasta Viktoria le teme, por lo que la ha dejado en paz.

—Qué interesante esa princesa, me gustaría conocerla —dijo Astor.

Quentin rio ante el comentario, pero no dijo nada, Astor lo miró con demasiada seriedad y luego regresó su atención a Tino.

—¿Cuántos magos hay en Erjathá?

—No llegamos a ser veinte, pero también estamos esforzándonos en encontrar más y el maestro nos ha pedido que buscáramos entre los niños para comenzar a entrenarlos.

Se escuchó un ruido en la habitación contigua al estudio, y todos se sobresaltaron y se pusieron de pie. Una de las ventanas se abrió y tanto Tino como Astor recurrieron a sus poderes, mientras Quentin desenfundaba su arma.

Unos segundos después, un gato negro entró al estudio, caminando con calma.

Quentin dijo unas palabras que Tino no comprendió.

—Es el gato de Quentin —dijo Noah—. A veces viene al estudio cuando él está aquí.

Todos regresaron a sus asientos, el gato miró a Tino por unos breves segundos y luego saltó sobre la falda de Quentin y enroscó la cola a su alrededor.

Tino sintió una presencia en su mente y, enseguida, una voz.

—Soy el gato compañero de Lobo Blanco. No temas.

Astor volvió a hablar y sus hermanos lo miraron.

—Lo recuerdo, maestro. Usted fue quién me enseñó en mis primeros días de vida.

Noah palideció y, cuando habló, parecía tartamudear. Quentin se puso de pie, con Onix en brazos, y caminó de una punta a la otra del estudio. Noah miró primero al pequeño y luego a Quentin, sin poder cerrar la boca.

—Así es. No digas nada a Noah. Si no puedes conversar conmigo, lo comprenderé, pero me da gusto verte bien, Tino Suhrah.

—Gracias, maestro.

—Esto será interesante, ya verás… —dijo el gato, y a Tino le pareció que se divertía.

Astor y Quentin discutieron, Quentin dejó al gato en una silla y se acuclilló frente a Astor, mientras parecía estar regañándolo. Astor lo miraba con seriedad y, cuando Quentin terminó, Astor solo dijo tres palabras. Quentin cayó sentado y el pequeño volvió su atención a Tino. Comenzó a hablar, por segunda vez, y Noah le tradujo sus palabras, con la voz débil y extraña.

—El maestro le ha habló de la Dama de la Cueva —dijo—, y le hizo saber que puede que necesiten de él cuando deban atacar su escondite. Está dispuesto a viajar contigo a Ciudad Capital en el momento que eso suceda.

—Es cierto, aunque consideramos que aún no estamos listos para hacerlo. Yo no iré en esa incursión, el maestro dijo que dos de mis compañeros y yo somos necesarios para romper el tratado que protege la magia antigua, cuando debamos hacer la invocación de Sinmá.

Noah palideció por tercera vez esa noche y habló con sus hermanos. Al parecer, estaba contándoles sobre la invocación de la diosa, pues oyó decir varias veces su nombre. Quentin se tomó la cabeza con ambas manos.

—Quentin tiene poderes, pero no quiere ser mago—dijo el gato—*, y se rehúsa a saber sobre cualquier cosa que se refiera a ellos. Todo lo referente a la magia le produce un gran dolor de cabeza, tiene una mente muy compleja y es un poco difícil saber a ciencia cierta a qué conclusiones llega cada vez que alguien le habla sobre este tema. Ahora que aprendió a hacer sus murallas no puedo ver qué le ocurre, aunque debo admitir que antes tampoco lo tenía fácil.*

—Maestro, ¿por qué vino, entonces?

—Astor y Noah no tienen una relación cercana, pues para él, Astor era solo un niño ruidoso y no había forma de que Noah lo trajera sin antes decirle, pero temía su reacción. Por eso es que Quentin ha venido esta noche. Astor le dijo que quería conocerte y él dijo que lo traería, pero seguro que no se imaginó esta clase de conversaciones o quizá pensó que ustedes hablarían sin que él y Noah los escucharan.

Quentin volvió a ponerse de pie e inició su recorrido de punta a punta del estudio mientras hablaba y miraba a su pequeño hermano. Astor, como la vez anterior, lo escuchó sin mover ni un músculo de su rostro y Noah también habló, aunque con más calma que Quentin

—No puedo hablar el idioma de Sitnor y dudo que el pequeño hable mi idioma, no veo cómo nos comunicaríamos.

—No sé qué habrá imaginado… pero seguro que no esto.

—Disculpe la pregunta, maestro. ¿Siempre son tan ruidosos?

—Quentin aún está tranquilo… —contestó el gato, divertido.

Cuando sus hermanos terminaron de hablar, Astor dijo unas pocas palabras y ellos se quedaron, nuevamente, viéndolo con la boca abierta.

—Quentin y Noah han intentado disuadir al pequeño de hacer ese viaje a Ciudad Capital. Astor dijo que el destino de Thoria es más importante que cualquier destino individual, aún más importante que su propia vida y que hará lo que su maestro le pida que haga, aunque eso lo obligue a dejar el hogar y la familia, puesto que no habrá ni hogares ni familias si la Dama de la Cueva no es detenida a tiempo. Astor ha comprendido que esto es más grande que cualquiera de nosotros.

—Él tiene razón, no es tiempo para egoísmos.

—Tú lo has dicho mejor que yo. Lo difícil va a ser que ellos lo comprendan a tiempo.

—Lo entiendo, maestro. A ellos aún no les ha tocado ver la destrucción con sus propios ojos y temo que no lo comprenderán hasta que eso suceda.

—No quiero mostrarle a Quentin lo que vi la noche que atacaron Palmeras, pero si no entra en razón, no me quedará más opción que hacerlo.

—Los dioses quieran que no deba, maestro.

—También me gustaría ahorrarle eso.

Noah se disculpó por la discusión familiar y dijo que lo mejor era que Tino se marchara, pues cada cosa que Astor decía parecía alterarlos cada vez más.

Tino se puso de pie y se despidió de ellos, pidiendo disculpas por lo que había ocasionado y, luego, desapareció.

Después de llegar a su habitación, fue a la cocina y allí estaban sus padres, sentados a la mesa con una taza de té frente a ellos, esperando por él, como cada vez que iba a Sitnor.

22

Desierto Then Kua, territorio de Sitnor

Tras la incursión de Reda Almairon, el Gobernador de Sitnor decidió reforzar tanto los puestos fronterizos, como también los parajes donde los mensajeros cambiaban sus monturas. Sin embargo, la mayor parte del ejército se concentraba en el único puente que cruzaba el Río Seco, el Puente Negro. Era extenso y robusto, hecho de piedra, una de las pocas construcciones que sobrevivieron a la Última Gran Guerra, aunque se rumoreaba que alguna clase de hechizo protector lo resguardaba.

Durante la guerra, en la época más oscura de la historia del continente, la «Batalla de los dos soles» tuvo lugar en esa porción de tierra. Los ejércitos de Pyebra por un lado y de Tesar y Sitnor por el otro, se encontraron en una de las batallas decisivas del conflicto.

Después de una agotadora jornada en la que lograron hacer retroceder al diezmado ejército pyebrano hasta más allá de sus fronteras, los ejércitos aliados estaban en territorio de Sitnor preparándose para dar sepultura a sus muertos, cuando los refuerzos de Pyebra llegaron para continuar la invasión.

Después de varias idas y vueltas en las que la balanza de la victoria se inclinaba a favor de uno u otro, los magos de Tesar pusieron fin al enfrentamiento cuando un mago llamado Ogdev Wrognia, junto con la asistencia de más de cincuenta magos, fue capaz de crear y manipular una esfera de fuego de tamaño descomunal y arrojarla sobre el puente en el momento en que estaban cruzando las tropas de Pyebra, acabando con todos ellos en un instante. Según las historias que se contaron en los años siguientes, los pobladores de las aldeas cercanas al puente vieron esa tarde un sol que caía lentamente en el oeste, mientras que otro se elevó por unos pocos minutos haciendo que todo se iluminara pero, luego, este cayó con la velocidad de un rayo, causando un gran estruendo y espantando a los animales. Las casas de barro cercanas al Puente Negro temblaron y algunas de ellas, las más antiguas, se desplomaron por completo.

Se dice que antes de la batalla las piedras del puente no eran negras, sino que eran blancas, pero la caída del segundo sol las quemó hasta hacerlas cambiar de color. A pesar de eso, el puente seguía en pie.

Quentin y Josh, junto con una veintena de sus antiguos compañeros de encierro, fueron destinados a la frontera noroeste de Sitnor. Además de ellos, alrededor de trescientos soldados de diversos rangos partieron de Ciudad Capital hacía más de quince días para relevar a una parte de los que permanecieron allí el último año. Una larga fila de mujeres, hombres y animales caminaba en una desordenada línea entre las doradas dunas del extenso desierto. Solo un puñado de ellos iba montando a caballo, mientras los demás soldados caminaban cargados con sus tiendas y sus armas.

Los muchachos decidieron ir en el último tramo de la serpenteante fila ya que, en la retaguardia, era menor la probabilidad de cruzarse con alguno de sus ex compañeros, aunque había un par que estaba junto a ellos. Los nuevos siempre querían llamar la atención, por eso intentaban estar cerca de los oficiales de mayor rango, en la parte delantera de la caravana.

Faltaban unas pocas horas para que cayera el sol, cuando comenzó a soplar un fuerte viento del este cargado de diminutos granos de arena, que parecían lastimar la piel de las manos y del rostro. Quentin, Josh y otro soldado, uno de sus ex compañeros, entrelazaron sus brazos, para

que el viento no los hiciera caer, y continuaron caminando a tropezones. Lo único que podían oír entre los aullidos del viento, era la voz del hombre que estaba a su lado por lo que, sin saberlo, comenzaron a separarse de los demás.

Al poco tiempo no podían ver más allá de sus manos y decidieron detenerse. Con gran esfuerzo, fueron capaces de extender una de las tiendas para cubrirse y la sujetaron sentándose sobre ella.

Cuando, horas después, el viento cesó, estaban sumergidos en una profunda oscuridad inundada de pequeños destellos titilantes sobre sus cabezas. Quentin fue el primero en dejar el improvisado refugio y lo primero que notó fue el silencio, que le resultó tan abrumador que regresó de inmediato junto a sus compañeros solo para escucharlos decir algo. Se decía que las almas de los magos que morían, encontraban en ese inhóspito lugar su morada y jugaban bromas a los desprevenidos viajeros que se aventuraban a cruzarlo. Hacían ilusiones, susurraban voces en el viento y confundían sus pensamientos para que sus rutas se desviaran.

«Solos en este maldito infierno» pensó.

—¿Qué hay? —dijo Josh.

—Nada. No se ve nada, no se oye nada.

—¿Y ahora? —preguntó el otro soldado, al que llamaban «Rojo» por el color de su cabello.

—Deberíamos armar la tienda y prepararnos para pasar la noche —sugirió Quentin—. Ya está comenzando a hacer frío, y si no vemos nada pronto, nos congelaremos aquí.

—Y también deberíamos hacer una ronda de cuando en cuando, sin alejarnos demasiado, para ver si logramos divisar algún fuego o algo que nos guíe hacia los demás.

Sus compañeros estuvieron de acuerdo, y se dispusieron a armar la tienda y a buscar mantas, agua y comida entre los bultos que cargaban en sus espaldas.

Sin posibilidades de prender fuego, la fría noche se les hizo eterna y apenas si pudieron pegar un ojo. Ni bien comenzó a aclarar, los tres se levantaron de un salto, enrollaron las mantas, la tienda y las pocas cosas que sacaron para pasar la noche. Tomaron apenas unos sorbos de agua, y cuando el sol asomó en el este, fueron capaces de darse cuenta hacia donde debían caminar.

Caminaron y caminaron. El día pasó y no vieron nada más que arena y sol, y a nadie más que a ellos mismos. Al caer la noche, no solo estaban desanimados, sino también enojados y frustrados. Pasó un día, pasaron dos, pasaron tres y los ánimos cada vez estaban peor. Cada palabra que escuchaban contribuía a aumentar el malestar y no pasó mucho hasta que Quentin tuvo que detener a Josh. Lo detuvo una vez, otra vez y una vez más, hasta que fue Quentin quien golpeó y Josh quien respondió y Rojo no pudo más que mirarlos, porque había que tener muy poco aprecio por la propia vida para intentar meterse entre ellos dos. Había comprendido, con el tiempo, que solo Quentin se atrevía a interponerse a Josh cuando este se enojaba. A pesar de la clara diferencia de altura y peso, era el único que podía detenerlo, aunque a veces simplemente no le apetecía hacerlo y, puesto a elegir, Rojo hubiera elegido correr antes de ser golpeado por alguno de ellos otra vez. En los entrenamientos, probó con dolor los puños de ambos, pero sabía que no se comparaba un entrenamiento con una pelea de verdad. Josh había quebrado varios huesos en duelo y Quentin había dejado inconsciente a otros tantos.

Y, en ese momento, el paciente Quentin estalló y descargado su enojo con su amigo. Josh lo golpeó una vez, dos veces y se detuvo, pero Quentin continuó y continuó, hasta que Josh cayó de espaldas en la arena y Quentin se dio cuenta de lo que hizo. Aturdido y arrepentido, Quentin se arrodilló junto a Josh y esperó, y al ver que Josh no reaccionaba, armó una tienda sobre él para protegerlo del sol y sacrificó su última reserva de agua para cuando su amigo recuperara la consciencia. Rojo, sin siquiera atreverse a abrir la boca para reclamarle a Quentin lo que hizo, los

dejó y siguió caminando, en busca de algo que ya no sabía qué era. Quentin rezó por primera vez en su vida a cuanto dios se le cruzó por la mente y, luego de rezarles, los maldijo y al poco tiempo les pidió perdón por haberlo hecho. Quentin temió que su falta de control le costara la vida a su único amigo y eso era lo que estaba torturándolo y matándolo de a poco.

Y, a media tarde, sucedieron dos cosas: en el mismo momento en que Josh abría los ojos y Quentin volvía a la vida, Rojo regresó corriendo con una enorme sonrisa en el rostro.

—Encontré un oasis —dijo casi sin aliento.

Josh rio y Quentin se permitió hacerlo, también. Josh se puso de pie y los tres caminaron con el sol del atardecer siguiendo las huellas de Rojo y, antes que la noche se adueñara del desierto, llegaron finalmente al oasis. Los tres corrieron, rieron, se lanzaron al agua y chapotearon ruidosamente hasta que no pudieron más del frío. Después de haberse vestido, hicieron una enorme fogata y comieron de las frutas de los árboles. Los tres durmieron de espaldas al fuego y, cuando despertaron, cada uno de ellos tenía una espada en su cuello. Quentin saltó de entre sus mantas y desarmó a quién lo amenazaba. Josh le arrancó la espada de la mano al sujeto que estaba de pie frente a él y quebró su brazo. Rojo sacó de entre las mantas su arco e hirió a dos de ellos, pero llegaron más y más.

Y fueron pateados, golpeados, despojados de sus pertenencias, encadenados y obligados a caminar detrás de unos inmensos y malolientes animales.

Y Josh, Rojo y Quentin pasaron a ser esclavos.

23

Pyebra Ciudad Capital

Viktoria estaba cepillando su largo cabello negro cuando alguien llamó a la puerta. Esperaba a Tareq, por lo que se apresuró a abrir.

—Tareq, querido, pasa por favor —dijo con amabilidad. El joven ingresó a la habitación y se quedó de pie junto a la puerta. Sin dudas, estaba muy sorprendido y le hubiera gustado ver su mente en esos momentos, pero no tenía motivos para hacerlo y no quería alertarlo—. Quisiera pedirte un favor, querido. Sé que Lena pasa tiempo contigo y creo que ya debes saber que la niña ha conseguido crear murallas con un gran éxito.

—¿Es en serio, mi señora? —preguntó el joven y el asombro se dibujó en su expresión.

—Me temo que sí. Es la única aquí que ha podido hacerlo y necesitamos saber cómo lo hace. Quisiera que hagas uso de la cercanía que tienes con ella para averiguarlo, pero necesito que ella no lo sepa, pues temo su reacción si lo descubre.

—Por supuesto, mi señora, cuente con eso.

—Gracias, querido. Ven a verme cuando sepas algo.

Tareq hizo una reverencia y, cuando abrió la puerta para salir, se chocó con Reda. El muchacho se alejó, sin mirarlo y Reda entró enfurecido.

—¿Por qué esa escoria estaba aquí? ¿Ahora también lo recibes en tus habitaciones, como a mí?

—No comiences, Reda —dijo con una sonrisa—. Es por Lena que mandé por él.

Viktoria caminó hasta la puerta, puso llave y regresó a él. Sus delicadas manos acariciaron el pecho de Reda y, cuando Viktoria comenzó a desabrochar su camisa, la expresión del hombre cambió por completo. Llevó una de las manos a su rostro y le acarició la mejilla.

—¿Alguna vez te dije que me encanta el aspecto que te da tu cicatriz? Debería agradecerle al muchacho Guna por eso.

—Detente Viktoria, no vine por esto… —dijo cerrando los ojos.

—Ahora estás aquí y mi marido no hace más que preocuparse por mis hijos. Estoy sola, aburrida y has llegado en un muy buen momento, Reda.

—Viktoria… —dijo tomándole los brazos.

La mujer se alejó de él y regresó al sillón en el que estaba. Tomó su cepillo y comenzó a pasarlo por su cabello.

—¿Qué necesitas, cuñado?

—Acabo de olvidarlo —dijo Reda caminando hacia ella.

—Tengo noticias de los alquimistas —dijo y le dio la espalda—. Me dijeron que lograron dar con una poción que anula los poderes de los magos y me pidieron que envíe algunos de los nuestros para comenzar a probar su efectividad.

Mientras ella hablaba, Reda le acarició los hombros y comenzó a desatar las tiras de su vestido.

—No escuché ni una palabra de lo que dijiste —le susurró al oído, antes de besar su cuello.

—Ya lo sé —dijo Viktoria y dejó caer su vestido en el momento en que se ponía de pie.

—Hijo, han llegado novedades de Sitnor —dijo con voz temblorosa la anciana, mientras

acomodaba el chal que cubría su canoso cabello—. El hijo mayor de Guna se ha casado.

—¿Y eso en qué nos afecta?

—Su esposa es quien era nuestro contacto allí.

—Maldita mujer —murmuró Reda apretando el puño.

—Esa es la razón por la que la descripción de los hijos de Pronees y Guna fue cambiada. Enara Pirhs traicionó a la Hermandad, los protegió de nosotros.

—¿Cómo sucedió eso?

—No lo sé, hijo. En sus mensajes parecía marchar todo según lo acordado. Me engañó como a una niña. No debí confiar en ella.

—Regresaré a Sitnor, mi señora. Guna tiene una hija y un hijo pequeño. No causarán problemas.

La anciana tosió ruidosamente y Reda se puso de pie, sirvió agua en un vaso y se lo acercó.

—Gracias, hijo —dijo después de beber—. Pronees ha reforzado las guardias. Hay centenares de soldados en el Puente Negro, en Dos Puertos, frente a Garhq Tahok, y en cada puesto del Río Seco. La frontera está cerrada. No vale la pena preocuparse por esa mujer ahora.

—Puedo pasar como comerciante de Morrau, mi señora. Puedo regresar a Sitnor…

—Déjala, hijo. —La anciana volvió a toser—. Ella no es más importante que tú. Sería una pérdida muy grande si te ocurriera algo en ese maldito país. Pronto tendremos la oportunidad de golpearla donde más le duele. Solo debemos ser pacientes y esperar a que se presente la ocasión.

24

Castillo Rostur, Morrau

Entre las más altas montañas de la cordillera Selgo[9], se encontraba el lujoso castillo que perteneció por cientos de años a la dinastía Rostur. Este, como todos los castillos de las más antiguas familias de Morrau, fue excavado en la roca de uno de los picos de la cadena montañosa. Con el tiempo, sufrió algunas modificaciones, la más extrema fue la última, cuando lo reconstruyeron después que una de las batallas entre los magos lo dejó convertido en una pila de escombros.

Era una enorme e impenetrable fortaleza, con muros de varias decenas de metros y seis torres como obeliscos que se elevaban sobre las murallas. Un serpenteante camino de no más de diez metros de ancho, que rodeaba las laderas de la montaña, era el único que llegaba hasta la puerta principal. Visto desde las montañas más bajas, se diría que la cabeza de un oscuro dragón asomaba entre la blanca nieve de las cumbres, tal era la apariencia que las torres le daban a la construcción.

Unas pocas antorchas humeantes alumbraban las paredes de rocas negras del castillo de la señora Morgana Rostur donde, cada mes, la adinerada mujer pasaba varios días con sus noches en la sala subterránea, a la que llegaba solo un selecto grupo de personas. Muchos hubieran dado con gusto todas sus pertenencias por estar ahí aunque fuera una sola vez.

La señora Morgana había enviudado hacía seis años, cuando su esposo sufrió un accidente mientras cazaba en las montañas y la pena que la invadió fue tan grande que atentó contra su vida en varias oportunidades. Con el tiempo y la ayuda de su esclava, consiguió reponerse, pero luego la influencia de sus amistades hizo que se sintiera atraída por la vida fácil y los excesos. Las deudas comenzaron a acumularse y estuvo a punto de perder todo lo que poseía, por lo que comenzó a organizar, en su propio castillo, fiestas que terminaban en una marea de cuerpos desnudos y a nadie parecía importarle, en esos momentos de desinhibición, si sus compañeros ocasionales eran grandes señores o esclavos, si eran de familias distinguidas o si fueron comprados por una pequeña bolsa de monedas. Lo que sucedía en esa sala subterránea era un secreto que debía respetarse con la vida misma; sin embargo muchos lo conocían y todos aquellos que lo oían querían ser parte de él.

La señora Morgana seleccionaba con mucho cuidado a sus invitados, sean señores o esclavos, sean mujeres u hombres, ya que quería disfrutar de la perfección con todos sus sentidos. Los hombres debían ser fuertes, altos y de espaldas grandes, algo no muy difícil de encontrar entre los pobladores de Morrau; las mujeres también debían poseer los encantos que despertaran en los hombres sus instintos más primitivos, sin necesidad de decir una palabra y a los hombres les gustaban de baja estatura, de cuerpos redondos, de pechos grandes y caderas anchas. La señora Morgana respondía a esas características y su gran atractivo y sensualidad hacía perder la razón a más de uno, hasta que ella le concedía asistir a una de sus fiestas privadas.

Los esclavos eran comprados para dichos eventos, pero los señores y señoras de todo Morrau pagaban por asistir, sea con grandes cantidades de oro o con arriesgados favores, puesto que la clase de fiestas que organizaba la señora Morgana estaban prohibidas y el rey hubiera ordenado cortar las cabezas y quemar los castillos de todos los asistentes de haberse enterado. A pesar de los riesgos que corría, ella disfrutaba de los desenfrenos en los que se embarcaba por días, pero

más disfrutaba de la fortuna que había conseguido y de los favores que podría cobrar una vez que recibiera la orden de su maestra.

La señora Morgana vio que la puerta se abría y un mensajero entraba. El hombre se detuvo después de hacer unos pocos pasos a contemplar, hipnotizado, la centena de cuerpos desnudos y sudados que había frente a él, algunos entrelazados entre los almohadones, otros de pie, en parejas o en grupos, sin que ninguno de los presentes se percatase de su llegada.

—Quítate. —Le dijo al hombre que estaba entre sus piernas. El hombre levanto la cabeza y la miró, confundido, pero ella le tomó el rostro entre las manos y, después de besarlo, se puso de pie y caminó hacia el mensajero—. ¿Qué me traes?

—Mi señora —dijo haciendo un notable esfuerzo por apartar la vista de sus redondos pechos—. Ha llegado esto para usted.

Le entrego un rollo de pergamino, ella quitó el sello, lo leyó, sonrió y lo acercó a la llama de una vela que había a su lado. Cuando el pergamino se convirtió en cenizas, la señora Morgana miró al mensajero que tenía la vista perdida entre sus pechos.

—¿Por qué estás vestido aún? —Morgana lo miró de arriba a abajo con una sonrisa.

—Mi señora, ¿cómo…?

—Te mereces una recompensa por la excelente noticia que me has traído.

La señora Morgana se acercó más a él, besó sus labios, lo tomó de la mano y lo condujo al lecho en el que la esperaba el hombre al que había dejado, mientras el mensajero se desvestía con manos nerviosas.

25

Morrau Ciudad Capital

Cuando la delgada línea que era la luna esa noche asomó sobre los muros de la ciudad, una esfera de luz no más grande que el puño de un hombre se estrelló en el centro del portón que daba entrada al Castillo Blanco donde vivía el rey Mesqeu, primero de su nombre. La pesada puerta de roble quedó reducida a un simple montón de tablas en un abrir y cerrar de ojos.

El jardín principal se vio, de pronto, invadido con media centena de hombres vestidos de negro que corrían hacia el edificio principal, como si fueran sombras escapando de los rayos del sol.

Mientras la guardia del rey aún intentaba reaccionar, un reducido grupo se separó del resto y esperó escondido entre los arbustos a que los soldados llegaran hasta ellos y, cuando esto ocurrió, no les tomó más que unos pocos minutos y pocas palabras acabar con sus vidas. Los cinco magos regresaron sobre sus pasos a la puerta principal, levantaron sus manos y parte de la muralla de piedras blancas se derrumbó sin causar ningún sonido. Nadie podría ingresar al castillo del rey esa noche, pero nadie podría escapar tampoco.

La señora Morgana levantó una mano y la tallada puerta de entrada al castillo se abrió de par en par, tomó una de las antorchas que había a su derecha y la encendió con un chasquido de sus dedos. Con la tenue luz, pudo ver que se encontraba en un amplio pasillo y, desde las paredes, la observaban los inmóviles ojos de los antiguos reyes de Morrau, cuyos retratos enmarcados en oro contaban una mínima fracción de la historia del país, sin dar más detalles que el nombre y las fechas de su reinado. Nadie sabía, ni recordaba, si esos reyes trabajaron para los hombres que vivían en sus tierras o si estos fueron exprimidos hasta su último suspiro para que el rey viviera entre lujos. Nombres y fechas que no decían nada y que serían borrados de la historia de Morrau esa misma noche.

Detrás de ella, ingresaron los hombres que la acompañaban y, mientras recorrían la extensa entrada que conducía al salón principal, la señora Morgana acercaba la lumbre a cada uno de los ancianos rostros de ojos oscuros, hasta que estos se encendían en llamas verdes y azuladas y se consumían con gran velocidad. Solo quedó detrás de ellos algo de humo y más de cincuenta reyes calcinados. Los marcos de oro permanecieron amurados, intactos, cuando el último de los hombres de la señora Morgana llegó al salón principal.

El grupo de hombres se dividió en otros menores y se distribuyeron en diferentes direcciones. Unos pocos fueron hacia las habitaciones de la servidumbre, otros hacia los cuartos de los guardias y el resto siguió los pasos de la pelirroja mujer hacia la escalera que llevaba a las habitaciones de los pisos superiores.

La señora Morgana puso un pie en el primer escalón cuando se oyó el primer grito, proveniente de lo alto de la escalera; era una de las criadas que caminaba por los pasillos con una vela en la mano. La mujer quiso alertar a la familia real y algunos rostros se asomaron desde detrás de las puertas. Uno de los hombres se adelantó a los demás y corrió tras ella, pero sus llamados habían advertido ya a algunos de los habitantes del Castillo Blanco. Los invasores se apresuraron a subir las escaleras de piedra y corrieron hacia las numerosas puertas de la primera planta. La señora Morgana iba encendiendo las antorchas que encontraba a su paso lo que hacía que sus hombres pudieran actuar con mayor velocidad.

Algunas puertas fueron trabadas desde adentro, dificultando el avance de los usurpadores, pero no todas ellas. Allí donde sus ocupantes no actuaron con suficiente rapidez, entraron los invasores con las espadas en sus manos, listas para asesinar a quienes se pusieran delante de ellos. Las puertas que obstaculizaron el avance, volaron en pedazos cuando los magos llegaron a ellas.

Las cocineras, las criadas, las decenas de mujeres del rey, los esclavos, los guardias y los prisioneros fueron víctimas inocentes. Muchos fueron degollados mientras dormían, otros tantos muertos por los magos antes que se dieran cuenta de lo que sucedía. Algunos, haciendo uso de su instinto de supervivencia, intentaron enfrentar a sus verdugos, pero todos ellos fallaron.

Los príncipes, las princesas, los niños, los hermanos, los parientes de los reyes y los reyes mismos, se alojaban en el piso más alto del castillo y tuvieron la oportunidad de cerrar sus puertas y escapar por los pasadizos escondidos detrás de los muebles de sus habitaciones, pero no contaban con que los esperarían en la única puerta que llevaba al exterior. El rey y su descendencia fueron escoltados de nuevo al castillo y conducidos a la sala del trono, mientras que los demás fueron separados del resto y asesinados antes de ingresar.

Amanecía ya y la señora Morgana estaba sentada en el trono de oro, con la corona de la reina mal puesta sobre su cabeza y un gesto de satisfacción. Unos mechones de su rojo cabello caían a los lados de su rostro de porcelana y sus ojos verdes se paseaban por el salón, contemplando con deleite su alrededor. Unos pálidos rayos de sol entraban por los grandes vitrales, dibujando con vivos colores las batallas de los primeros reyes en las blancas piedras del piso.

Los estandartes verdes y azules de la antigua dinastía Ravenna fueron arrancados y se amontonaban en un rincón, mientras una decena de mujeres y hombres estaban colgando, en su lugar, largos estandartes de terciopelo negro, cuyos bordados de hilos plateados dibujaban un águila con las alas extendidas, la insignia de Los Hijos del Águila.

Cuando la puerta se abrió y entró la familia real, la señora Morgana sonrió.

—Ni el mejor de mis amantes me ha dado una alegría tan grande como este viejo decrépito —dijo dirigiéndose a Ilaria, su guardia principal, que era a la vez su propia sombra y la encargada de esperar a los reyes a la salida de los túneles.

—Mi señora —respondió Ilaria llevándose un puño al pecho—, ¿o debo decir su Majestad?

—¿Cómo se atreven? —rugió el rey, mirando a su alrededor con asombro.

Ilaria golpeó al hombre en las piernas y este cayó de rodillas. Los príncipes quisieron socorrer a su padre, pero fueron sostenidos cada uno por un hombre. A todos los amordazaron y les ataron las manos y los niños tenían, también, los ojos vendados.

—Debería haberlo amordazado a él también, no hizo más que quejarse todo el camino.

La señora Morgana rio y se acomodó en el trono dorado. Era un sillón incómodo, para que los soberanos recordaran que un trono no es para sentarse sino para mantenerse en movimiento para beneficio del pueblo. No poseía ninguna clase de decoraciones ni tallados; era un bloque de oro macizo, liso como un lago en calma y brillante como el sol de mediodía. El precioso metal era suficiente por sí mismo para ostentar la riqueza del país.

—Ilaria, deja que los niños abracen a su abuelo una vez más, luego llévalos a la cocina, ya es su hora de desayunar.

La reina lanzó un grito y sus piernas le fallaron, pero estaba sostenida por dos guardias que no la dejaron caer; dos de las princesas cayeron de rodillas, llorando, y se arrastraron hacia las escaleras que llevaban al trono de Morrau, pero los hombres que estaban custodiándolas las ayudaron a ponerse de pie y las regresaron junto a los demás.

—Permitan a las princesas y a la reina ir con ellos —dijo con un ademán. Ni los príncipes ni el

rey se movieron en esta ocasión. Miraron a la señora Morgana con una mezcla de temor, odio y frustración y ella les devolvió una sonrisa.

Cuando las mujeres y los niños se despidieron de los hombres de su familia y dejaron la habitación, la señora Morgana miró a Ilaria y le indicó por señas que ordene a los magos acabar con sus vidas. La mujer asintió y dejó la Sala del Trono.

Luego, la señora Morgana se puso de pie, acomodó la falda de su vestido y descendió con parsimonia los diez escalones que llevaban hasta la parte inferior de la sala. El acompasado sonido de los tacones de sus botas resonó en el silencio que imperaba en el enorme y casi vacío salón. Una vez abajo, caminó hacia el rey y sacó de entre sus grandes pechos un rollo de pergamino. Lo desenrolló como si no tuviera otra cosa más importante que hacer, con toda la lentitud que era capaz. Ilaria regresó, le hizo una seña con la mano, y Morgana comenzó a leer.

—Su Majestad el rey Mesqeu, primero de su nombre, acaba de ser capturado vivo y será ejecutado en la plaza de armas frente al castillo real cuando el sol llegue a mediodía. Se lo acusa de permitir la esclavitud y contratar los servicios de hombres para cazar a los pueblos nómadas de las montañas. También se lo acusa de tener mujeres en sus habitaciones, para satisfacer sus necesidades carnales…

—¿De qué hablas, maldita mujer? —dijo.

—Ilaria, ¿podrías amordazarlo? No quiero que vuelva a interrumpir. —La mujer asintió y puso una mordaza en la boca del rey, que intentó deshacerse de ella moviendo la cabeza—. Mesqeu, no sé por qué lo niegas —dijo la señora Morgana riendo y unos hoyuelos se marcaron en sus mejillas—, ya vi a tus muchachas. Continúo: También se lo acusa de tener mujeres en sus habitaciones, para satisfacer sus necesidades carnales, y de asesinar a sus hijos al nacer. Se lo acusa de proveer de mujeres a sus hijos y a sus parientes. —La señora Morgana bajó el pergamino y lo miró con incredulidad—. Por la santa madre Thara, señor. Si hubiera sabido de sus perversiones, hubiera sido un invitado de honor en las fiestas que daba en mi castillo. Qué pena… —La señora Morgana volvió a levantar el pergamino y continuó leyendo—. Es sabido, también, que hay aldeas en el sureste que sobreviven gracias a la generosidad de Tesar e incluso de Sitnor, que hacen llegar granos… No puedo continuar —dijo y se cubrió teatralmente los ojos con una mano—, me da vergüenza haber tenido un rey como usted.

La señora Morgana se acercó a uno de sus hombres y levantó una mano, con la palma hacia arriba.

—Dame tu espada —ordenó.

El hombre desenfundó su arma y se la entregó. El rey se removió en sus ataduras, mirándola con los ojos desencajados y haciendo un esfuerzo sobrehumano para hacerse entender. La señora Morgana caminó hacia él, se agachó y le bajó la mordaza.

—¿Qué sucede, viejo pervertido?

—¿Qué harán con mi familia?

—Ya debería imaginarlo. No puedo permitir que en unos años sus herederos regresen a reclamar el trono. Eso no sucederá jamás. La dinastía Ravenna terminará aquí, hoy.

El rey bajó la cabeza y su cuerpo pareció achicarse varios centímetros.

—¿Por qué hacen esto? —murmuró.

—Es algo que podría imaginarse con mucha facilidad. Si conoce la historia de nuestras tierras y ha conseguido identificar la insignia que ahora decora este horrible castillo, sabrá que se acercan aires de cambio y que todo va a ser distinto. Además, usted ya no sirve a nuestros propósitos.

—El mes próximo los Praeths[10] estarán aquí y no aprobarán sus actos, señora Rostur. Su

reinado será el más breve de la historia.

—Ah, mi estimado viejo pervertido… —dijo en un largo suspiro—. ¿Sabía usted que los Praeths están de acuerdo conmigo? Morrau necesita que algunas cosas cambien y su desagradable rostro es una de ellas. Sitnor fue nuestro aliado desde hace siglos, pero Pyebra demostró ser ahora el país más poderoso del continente y no podemos desaprovechar la oportunidad. La nueva era de los magos ha comenzado y los reyes de Pyebra ya tienen cientos de ellos a su servicio. ¿Deberíamos quedarnos atrás? ¿Deberíamos ignorar ese pequeño y destructivo detalle? Oculté toda la vida quién soy en realidad, pero ahora llegó nuestro momento y ¿qué mejor que una maga sea la reina de Morrau? Dile adiós a las viejas leyes que prohibían que utilizáramos nuestros poderes, adiós a las viejas costumbres que nos impiden reclamar el trono, adiós a la esclavitud, adiós a la familia real y a su estúpida creencia de que el sexo es solo para concebir, que dicho sea de paso, hasta ustedes mismos descreen, puesto que había más mujeres aquí que en mis lujuriosas veladas.

—Está cometiendo un error, señora Rostur.

La señora Morgana puso el filo del arma en el arrugado cuello del rey.

—Y usted habla demasiado —dijo sin dejar de mirarlo a los ojos. La mujer movió la espada y la sangre brotó de la herida abierta, como un caudaloso río cuando comienzan los deshielos—. Asesinen a los príncipes.

26

Pyebra Ciudad Capital

—Lena, espera —escuchó que Tareq la llamó, por lo que se detuvo y dio media vuelta—. Espera, por favor, ¿a dónde vas?

—Déjame. No hagas que te lastime.

—Lena, por favor —suplicó.

—No quiero lastimarte, Tareq, pues eres uno de los pocos adultos que realmente aprecio aquí. No interfieras.

Lena se dio vuelta y comenzó a correr hacia el ala sur del Palacio de Las Hojas, chocando con cualquiera que se cruzara en su camino. Los largos minutos que le llevó recorrer el laberinto de galerías y pasillos color arena no lograron calmar el enojo que sentía. Tareq le contó los planes de su madre, utilizar su amistad para descubrir cómo hacía las murallas, y eso le molestó tanto que ni siquiera fue capaz de esperar a que Tareq terminara de hablar.

No quería calmarse, no quería escuchar a nadie, no quería que la detuvieran, solo quería destruir algo o, mejor dicho, a alguien.

—¡Lehsa! —exclamó cuando llegó al ala sur, donde los magos tenían sus entrenamientos.

La primera puerta estaba cerrada, pero Lena levantó una mano y la puerta estalló en cientos de astillas que se dispersaron por todo el lugar y, algunas de ellas, terminaron enterrándose en la piel de las personas que estaban en el salón. Lena se asomó unos segundos en el interior y vio que todos estaban en silencio, a pesar de las muecas de dolor que había en sus rostros ensangrentados. Preguntó por Lehsa y le dijeron que no se encontraba ahí, por lo que continuó caminando.

Las siguientes dos puertas corrieron el mismo destino que la anterior y las personas que estaban allí dentro resultaron heridas de igual forma, pero ninguno de ellos, ni aprendices ni maestros, se atrevió a dejar los salones para buscar ayuda o para intentar detenerla. Cuando la cuarta puerta estalló, Lena encontró solo a tres magos adultos en ella.

Había un hombre joven, alto, de piel morena y cabello ondulado, un muchacho de piel clara, cabello largo y rostro delgado y también estaba allí la muchacha que vio en el jardín, Nihá, quien tenía ambas manos levantadas. Los tres estaban de pie, inmóviles, en medio de la habitación y, a sus pies, se apilaban las astillas de madera. Al parecer, la muchacha creo un escudo frente a ellos, por lo que ninguno de los tres estaba herido.

—¿Princesa? —murmuró Nihá.

—¿Quién de ustedes es Lehsa?

El rostro del muchacho perdió el poco color que tenía y sus compañeros lo miraron. Lena levantó sus pequeñas manos y el hombre moreno y Nihá volaron hacia atrás, como si hubieran sido golpeados en medio del pecho por una maza invisible. Ambos chocaron con la pared que había detrás de ellos y cayeron al piso. El hombre intentó moverse y Lena caminó hacia el interior de la sala.

—Si se mueven, los mataré. —Lena los miró con sus ojos encendidos y el hombre quedó inmóvil. Nihá tosió y se sentó, a pesar de la advertencia.

—Princesa, ¿qué sucede? —susurró con la voz temblorosa.

Lena la miró por unos segundos, que se sintieron como una eternidad y, luego, volvió a levantar una mano.

—Tú vendrás conmigo —dijo señalando a Lehsa.

Del dedo extendido de la pequeña salió lo que parecía ser una larga cadena cuyos eslabones, que se diría estaban recién salidos de la forja de un herrero, eran del color del hierro fundido. La cadena se enroscó en el cuello de Lehsa y él se llevó las manos a la garganta, en un intento de quitarse la intangible atadura. Lena tiró de la cadena y Lehsa trató de resistirse, pero la pequeña movió su mano otra vez y el muchacho cayó al piso. Uno de sus codos crujió al caer y Lehsa se quejó.

—Princesa, por favor, déjelo ir —exclamó Nihá con desesperación.

—Le dije a mi madre que no me molestara, pero no me escuchó, nunca escucha lo que digo —dijo la niña.

Tareq llegó corriendo en ese momento y se quedó en el vano de la puerta.

—Lena —susurró.

La niña se dio vuelta y, al verlo, comenzó a llorar.

—Le dije a mi madre que no me molestara, Tareq —sollozó—. Le dije que protegiera a Lehsa, pero no lo hizo y ahora debo…

—No debes hacer nada, pequeña, ven conmigo. —Tareq se arrodilló y abrió los brazos con lentitud—. Anda, ven conmigo, puedo llevarte a ver los caballos que llegaron recién, hay uno que es pequeño y todo blanco, como a ti te gustan.

—No puedo, le dije a mi madre…

Lena volvió a mover su mano y Lehsa se quejó otra vez. Su rostro estaba comenzando a tornarse morado, pero aun así, intentaba quitarse la cadena que lo sujetaba rasguñando su cuello con desesperación.

—Tu madre no sabe cómo tratarte, pero no por eso debes dañar a los demás. Lehsa no tiene la culpa de sus errores.

El hombre moreno quiso ponerse de pie, pero Lena lo notó, se dio la vuelta y levantó su otra mano. La cabeza del hombre chocó con fuerza contra la pared y cayó inconsciente. Nihá soltó un grito y se arrastró hasta él. Tareq se levantó y se acercó a la niña.

—Por favor, no lo hagas —susurró.

Lena sintió la mano de Tareq en su hombro y, en ese momento, bajó sus manos y la cadena que sostenía a Lehsa desapareció. El muchacho comenzó a toser, intentando volver a respirar, y Nihá corrió a acercarse a su lado. Lena se lanzó a los brazos de Tareq, que se sentó en el piso y la abrazó con fuerza, mientras intentaba consolarla.

—Tranquila, princesa —susurró.

Pasaron varios minutos hasta que Lehsa pudo ponerse de pie y, en ese momento, la señora Viktoria llegó al salón.

—¿Qué demonios has hecho? —exclamó enfurecida.

Lena levantó la cabeza del hombro de Tareq y sus ojos volvieron a encenderse cuando la miró, pero Tareq se puso de pie y comenzó a caminar hacia la salida.

—Cálmate, Lena —dijo Tareq—, yo me ocuparé.

La señora Viktoria quiso detenerlos levantando sus manos y recurriendo a sus poderes.

—No se atreva, señora, o esta vez no seré yo quien la detenga. Hidzá está inconsciente, Nihá golpeada y Lehsa casi muere. Hay decenas de personas heridas que necesitan que los asistan. Con su permiso.

—Tareq, te ordeno que te detengas, ahora mismo.

El muchacho se detuvo y rio.

—¿En serio, señora? ¿Quiere que deje a Lena para que pueda terminar lo que empezó? ¿Quiere que Lena asesine a mis compañeros? ¿En serio quiere que se convierta en una asesina?

Tareq giró sobre sus talones y dejó la sala. En los pasillos, todos se apartaron al verlos y nadie se atrevió a decir ni una sola palabra.

27

Drioed-ta, desierto Then Kua

Quentin, Josh y Rojo caminaron encadenados por tres días, hasta llegar a una ciudad que no figuraba en los mapas de Sitnor: Drioed-ta[11].

Llegados allí, fueron alojados en unas chozas de paja custodiadas por hombres armados. Fueron bien alimentados y les permitieron beber agua cada vez que lo necesitaran.

Al amanecer del quinto día les permitieron bañarse, les dieron unas largas e incómodas túnicas blancas para que se vistieran y fueron encadenados a una extensa fila de hombres de todos los tamaños y colores. Los condujeron a latigazos hasta un mercado y a Quentin le sorprendió que en ningún momento del camino se cruzaran con una mujer.

La ciudad era ruidosa y en cada calle había pequeños puestos con coloridos toldos en los que vendían cualquier cosa que existiera en Thoria. Desde perfumes y géneros, hasta especias y hortalizas, pasando por animales, vestimentas de todas las regiones, utensilios de cocina, muebles y comidas y bebidas preparadas en el lugar.

La mayor parte de las calles estaba techada por largos lienzos blancos que pendían desde un tejado al otro, lo que contribuía a resguardar a los transeúntes del abrasador sol del desierto. Las casas eran de forma cuadrada, del mismo color de la arena de sus calles, y todas tenían pequeñas aberturas cuadradas cerca del techo y ventanas redondas con postigos de madera a los lados de la puerta de entrada.

—¿Dónde se supone que estamos? —susurró Josh.

—No tengo ni la más mínima idea, pero creo que en Pyebra —contestó Quentin.

—Por un demonio, como si no tuviéramos nada mejor que hacer, deberíamos estar…

—Somos esclavos, Josh, ya no tenemos nada que hacer.

El mercado de esclavos estaba ubicado en lo que parecía ser el centro de la urbe, ya que desde allí partían callejuelas techadas en todas direcciones. La ciudad, al parecer, fue construida sin ningún tipo de planeación, ya que no se parecía en nada a Sitnor, cuyas calles eran paralelas entre sí. Allí se asemejaban a serpenteantes caminos que partían desde un oasis rodeado de altas palmeras.

Una vez que les soltaron los grilletes, les preguntaron en diversos idiomas qué habilidades tenían y fueron separados según lo que supieran hacer. Primero vendieron a los cocineros, luego fue el turno de los herreros, los zapateros, los sastres y, por último, ofertaron a los soldados, que eran una veintena de esclavos.

Tres compradores llegaron al final de la subasta, rodeados de guerreros armados, y se saludaron entre ellos con apretones de mano y ruidosas carcajadas. Fueron conducidos hacia tres tiendas separadas entre sí y les sirvieron frutas y llamativas bebidas de diversos colores.

Uno de los compradores era un hombre de grandes dimensiones, que vestía un pantalón blanco y una túnica abierta delante, dejando al descubierto su velludo y musculoso torso. Era calvo, de piel rosada y sin barba, y usaba gruesas cadenas de oro, anillos y pulseras con piedras preciosas. El segundo vestía de igual manera, pero era más joven, de larga barba trenzada, delgado y moreno. El tercero era un anciano de cabello canoso y espesa barba gris. Vestía también una túnica, pero cerrada, y estaba cargado de oro al igual que los otros dos compradores.

Los vendedores hicieron pasar a los esclavos de a uno por vez y Quentin no podía entender

qué era lo que decían los compradores, que vociferaban distintas cosas cada vez que un esclavo era presentado. Una vez que todos fueron exhibidos, los hicieron parar uno al lado del otro y los tres compradores empezaron a discutir entre sí, varias veces se pusieron de pie y caminaron con sus guardias hacia alguna de las otras tiendas hasta que uno de los guardias del mercado intervino y desenfundó su arma. Los ánimos se calmaron y volvieron a sentarse cada uno en su tienda.

Los vendedores comenzaron a hablar y los compradores a discutir otra vez, hasta que un vendedor señaló al enorme calvo. Los dos compradores restantes se levantaron y se acercaron a la tienda del calvo, quien rio escandalosamente. Unos jóvenes llevaron a la tienda comida y bebida, y los esclavos fueron encadenados otra vez.

Los condujeron por las callejuelas retorcidas hacia las afueras de la ciudad, hasta llegar a una mansión de grandes dimensiones.

—Por todos los cielos, ni el Palacio de Gobierno tiene este tamaño —susurró Josh asombrado.

La mansión tenía la misma arquitectura de las casas que vieron en la ciudad, pero era excesivamente grande, con cuatro pisos y un oasis propio. Los esclavos fueron conducidos hacia detrás de la mansión, donde había un largo edificio de dos plantas, de paredes rectas, pequeñas ventanas enrejadas y sin decoraciones de ninguna clase.

En el interior, se encontraron con una sala grande, con tres mesas largas y bancos; había una puerta a cada extremo del salón y, en una esquina, una escalera que llevaba a la planta alta. Los condujeron hacia la puerta de la derecha, donde se encontraron con un pasillo con numerosas puertas a los lados.

A cada uno de los esclavos lo llevaron a una habitación, con nada más que una cama y una cajonera como mobiliario. El guardia que los escoltó cerró la puerta al salir y Quentin se quedó solo por primera vez en días. Solo, confundido y esclavizado, en un lugar que no conocía, con gente que le daba órdenes que no entendía y sin saber qué demonios hacer para salir de ahí.

—¿*Onix?* —Se aventuró a decir.

—*Dime, cachorro.*

—*Por los dioses, que alegría. Nos han esclaviza…*

—*¿Cómo dices?* —La voz mental del gato se escuchó alarmada.

—*Eso, que nos han esclavizado, una tormenta de arena nos separó de los demás. Nos perdimos en el desierto, no sé cuantos días pasaron, y nos atraparon en un oasis. Caminamos tres días y seguimos en el desierto. Creo que estamos en Pyebra.*

—*No es Pyebra, muchacho, es Drioed-ta* —dijo y Quentin notó la preocupación del felino.

—*¿Qué puedo hacer, Onix? ¿Cómo podemos salir de aquí?*

—*No lo sé. Intenta que no te maten. Obedece, no hagas nada que pueda molestar a tus amos.*

—*Pero…*

—*Necesito tiempo para pensar, Quentin, tiempo. Solo dame tiempo y mantente con vida. No puedo llegar hasta allí en dos segundos, me tardaría meses en lograrlo, teniendo suerte.*

—*Entiendo, perdón.*

—*Está bien cachorro, no hagas tonterías y obedece. Eres un soldado, serás utilizado en los circuitos de lucha, los señores de Drioed-ta apostarán sobre unos u otros, aunque algunas veces los combates están arreglados, por lo que si te dicen que golpees, golpea, si te dicen que mates, mata, si te dicen que te detengas, hazlo.*

—*Onix…*

—*Es la única forma que tienes de mantenerte vivo. Espera, por favor, veré que puedo hacer por ti.*

—No se lo digas a Astor, por favor. No me gustaría preocuparlo.
—Como tú digas, cachorro. Cuídate.

Desde el día siguiente, fueron llamados a entrenar al amanecer y eso era todo lo que les permitían hacer. No encontraron, entre la centena de esclavos de Arkghor, a nadie más que hablara el idioma de Sitnor, más allá de uno de los hombres que los custodiaban. Eran bien tratados, correctamente alimentados y podían descansar con comodidad, pero no por ello eran libres.

Diez días después de haber llegado, alrededor de cincuenta de los esclavos fueron encadenados y trasladados en carretas por la ciudad. Recorrieron las callejuelas repletas de hombres y muchos corrían detrás de ellos, gritando y levantando los puños, algunos alentándolos, otros amenazándolos.

Tras un largo recorrido entre las calles de polvo blanquecino, arribaron a una colosal construcción circular de altos muros, que se ensanchaba a medida que sus paredes ascendían. En el exterior se podían ver pinturas de llamativos colores de hombres de todas las naciones en combate: los tesarianos, altos y esbeltos, ataviados con sus delicadas y livianas armaduras, con su largo cabello rubio o gris trenzado, sus bellos y feroces rostros al descubierto, empuñando espadas finas y largas y cubriéndose con escudos en forma de diamante. Los morroínos, los amantes más fieles de la guerra, con sus torsos cubiertos por armaduras de cuero endurecido, sus musculosos brazos desnudos, portando enormes hachas, mazas o, los menos, una espada en cada mano. Llevaban cascos, de cuero labrado, que simulaban ser cabezas de dragones, en cuyas fauces abiertas asomaban sus barbudos rostros. Los pyebranos, de piel morena, con sus cascos en punta y sus cuerpos cubiertos de placas de reluciente metal plateado o dorado, con sus peligrosas espadas curvadas que eran el terror de sus contrincantes. Los sitnorenses, con sus robustos cuerpos enfundados en plateadas armaduras, sus manos enguantadas cerrándose en torno a largas y anchas espadas doblemente afiladas que, a pesar de sus dimensiones, manejaban con gran destreza. No por nada se decía que Sitnor poseía el ejército más poderoso de Thoria. Y por último, los misteriosos hombres de las Islas de La Luna, de piel tan oscura como un cielo sin estrellas y tan reluciente como un lago en calma bajo la luna llena; luchaban con sus torsos descubiertos, con sus rostros pintados con líneas rojas y blandiendo hachas de dos filos o pesadas mazas, capaces de destruir cascos y cráneos con la misma facilidad.

Los esclavos, contemplando la asombrosa y sorpresiva decoración, fueron conducidos a una puerta que daba a una sólida escalera lateral, desgastada por los años de uso. Esta llevaba a una especie de amplio puente con asientos de piedra, techado con toldos de tela, que cruzaba de lado a lado sobre el recinto. Los muros resguardaban una selva, una zona de montañas y cuevas, un pantano y un oasis rodeado de dunas doradas. Vieron que había muchos de esos puentes cruzando sobre cada una de las zonas y eran sostenidos, asombrosamente, por columnas de piedra delgadas y de aspecto frágil.

Uno de los hombres que los condujo hasta ahí, les habló en diferentes idiomas, para que todos pudieran comprenderlo.

—Hay armas ocultas en todo el lugar. Espadas, arcos, hachas, cuchillos, martillos, escudos, lanzas. Serán separados e ingresados de a cinco por cada una de las entradas—dijo señalando a diferentes puntos—. Si aún viven, al atardecer todo habrá terminado. Las apuestas nos dan ganadores y esta vez no hay arreglos, así que hagan todo lo posible por sobrevivir y matar a todos aquellos que lleven brazaletes con colores diferentes a los que les asignen. No sabemos cuántos de ustedes saldrá con vida de la «Pequeña Thoria», pero… los dioses quieran que todos

tengan buena suerte.

Los esclavos fueron conducidos de nuevo a la parte baja del edificio y, una vez allí, liberaron sus cadenas y los separaron en grupos. Quentin, Josh y Rojo hicieron lo posible para permanecer unidos y, junto a ellos, quedó un hombre de edad indefinida, de piel negra y fuertes brazos musculosos. Quentin lo había observado en los entrenamientos, solía luchar con dos hachas y permanecer por unos minutos delante de él parecía ser muy arriesgado. Su otro compañero era un muchachito delgado, de larga barba trenzada y rostro moreno y Quentin no lo había visto antes. Ninguno de ellos hablaba el idioma de Sitnor, pero Quentin intentó hacerles saber por señas que debían mantenerse juntos cuando se abrieran las puertas y les permitieran ingresar, y ambos dieron muestras de entenderlo.

Esperaron junto a la puerta por más de media hora y, de a poco, comenzaron a escuchar el bullicio de la gente que se estaba reuniendo en los asientos de las pasarelas que cruzaban sobre el lugar. Un cuerno sonó y la muchedumbre hizo silencio, pero estalló en aplausos cuando las puertas se abrieron y los esclavos ingresaron al recinto.

—Necesitamos armas antes de alejarnos —dijo Josh.

Rojo hizo solo unos pasos, se trepó a un árbol y bajó de un salto a los pocos segundos, trayendo un arco en una mano.

—Me faltan las flechas, pero ya es algo —dijo con una sonrisa.

—Allí. —Quentin señaló otro árbol, después de observar por unos segundos a su alrededor.

Rojo corrió en busca del carcaj y lo colgó a su espalda.

—Excelente, ahora podré cubrirlos.

El sujeto de piel oscura se adelantó y miró a los demás.

—Tá-qá —dijo señalándose el pecho, y luego repitió—. Tá-qá.

—Creo que es su nombre —dijo Quentin a los demás y señaló a sus amigos, nombrándolos.

—Quentin —dijo Tá-qá señalándolo. Quentin sonrió y asintió, y Tá-qá señaló a los demás—. Josh, Rojo.

Quentin miró al muchachito de barba.

—Nagalíjakh Barbreti Monteftonra. —Y, ante la cara de asombro de los demás, agregó—. Pero pueden llamarme Naga.

—¡Hablas el idioma de Sitnor! —dijo Rojo.

—Hablo todos los idiomas de Thoria, incluso los dialectos de los nómadas de Morrau y las varias lenguas de las Islas de La Luna.

—Díselo a Tá-qá —dijo Quentin y Naga intentó en varios idiomas hasta que consiguió que Tá-qá lo entendiera. El enorme sujeto abrazó a Naga y lo levantó del piso varios centímetros, mientras reía ruidosamente. Los demás los miraron sonriendo y, cuando Tá-qá lo devolvió al suelo, Quentin volvió a hablar.

—Naga, tradúcele. —El muchachito asintió y Quentin prosiguió—. ¿Alguno de ustedes estuvo aquí antes? —Naga habló con Tá-qá y ambos negaron moviendo la cabeza de lado a lado—. Bien tenemos que pensar como los demás lo harían… Nos dieron la orden de matar a todos los que no fueran de los nuestros, pero no sabemos dónde se encuentran nuestros compañeros. Deberíamos intentar hallarlos.

—¿Has visto el tamaño de esto? Estaríamos todo el día para hacerlo —dijo Naga después de traducirle a Tá-qá las palabras de Quentin.

—Por eso intentaremos mantenernos vivos por nuestra cuenta. Necesitamos encontrar armas y regresar para defender esta posición. Estoy seguro que los demás saldrán a recorrer el lugar para encontrar a sus compañeros, armarse e intentar matar a quienes se crucen en sus caminos. No

sabemos si hay animales sueltos o si hay trampas escondidas, por lo que será mejor mantenernos seguros aquí.

—Que se maten entre ellos —dijo Tá-qá mostrando una enorme sonrisa y Naga tradujo sus palabras—. Bien pensado, hombrecito.

—Saldremos nosotros dos —continuó, señalando a Josh—. Rojo, sube a un árbol y cúbrenos. Ustedes manténganse escondidos hasta que regresemos.

Después que Rojo encontrara una posición cómoda en uno de los árboles y les diera una señal, Josh y Quentin dejaron el lugar. Avanzaron tramos cortos, escondiéndose entre la vegetación y no pasó mucho hasta que encontraron un cuchillo. Quentin se lo ofreció a Josh, pero él lo rechazó en silencio. En combates cuerpo a cuerpo, prefería utilizar solo sus puños. Continuaron caminando en línea recta, observando con detenimiento su entorno. A solo cien metros de la puerta por la que ingresaron, la selva se terminaba bruscamente y era reemplazada por montañas de roca, por lo que decidieron regresar, aunque esta vez, por otro camino. Josh se llevó ambas manos a la boca, y Quentin lo detuvo.

—No lo hagas, no hay pájaros aquí —susurró—. Si nos escuchan, sabrán dónde deben venir a buscarnos.

Josh asintió y le hizo una seña a Quentin para que continuara. Unos pocos minutos después, Quentin notó que algo cedió bajo su pie y se detuvo, sin atreverse a continuar. Le hizo una seña a Josh para que se acercara a él.

—Pisé algo —dijo cuando Josh lo alcanzó—. No sé qué pueda ser, pero temo que una trampa.

Josh se agachó y movió con cuidado la capa de hojas en estado de descomposición que tapizaba el húmedo suelo de la selva artificial y encontró una cuerda a medio enterrar debajo de la bota de Quentin.

—Hay una soga, buscaré algo de peso para poner junto a tu pie y luego lo quitaremos para activar la trampa.

Quentin asintió y Josh se alejó hacia donde quedaron los demás. Regresó a los pocos minutos junto a sus otros compañeros y entre todos comenzaron a seguir el recorrido de la cuerda. Se encontraron con que cada extremo se unía a una telaraña de sogas que se diseminaban entre el follaje y trepaban en los árboles. Siguieron a varias de ellas, pero estaban tan bien colocadas que muchas se perdían antes de poder ver su final.

—Buscaré una roca —dijo Tá-qá—. Estaremos todo el día para encontrar a dónde conduce cada una de ellas, con el peligro de que activemos alguna otra en un descuido.

Los demás estuvieron de acuerdo y Josh y él se dirigieron hacia donde vieron las montañas poco antes.

—Al menos tenemos un arsenal interesante —dijo Naga, observando las armas que encontraron mientras buscaban la forma de activar la trampa sin resultar heridos. Recolectaron tres hachas, un juego de espadas similar a las que usaba Eric, uno de los capitanes de la Guardia de Sitnor, otro carcaj con flechas, una espada larga, varios cuchillos, un casco y dos escudos.

—Lo que no sé es de dónde sacaremos agua —dijo Quentin—, a no ser que dejemos la selva para ir hasta el oasis.

—Es cierto —dijo Rojo—, no había pensado en eso.

Naga los miró por unos segundos, pero no dijo nada y se quedaron en silencio. Pasó más de media hora hasta que Josh y Tá-qá regresaron, empujando una roca de algo más de un metro de alto.

—Por un demonio. —Se quejó Josh poniendo ambas manos en su cintura y estirando la espalda, una vez que colocaron la roca junto a Quentin—. ¿Estás bien, Q?

—Algo acalambrado, pero ya pasará —dijo estirándose—. Debemos encontrar agua sin tener que ir al oasis, pronto será mediodía y el calor está comenzando a ser difícil de soportar. Los demás, si no se han movido aún, buscarán la sombra de la selva o el agua del oasis, aunque me inclino por la última opción.

El grupo juntó las armas y comenzó a caminar de nuevo hacia la puerta por la que entraron y Josh y Quentin fueron detrás, como de costumbre.

—De comer, ni hablar, ¿no? —dijo Josh.

—Podríamos ver si alguno de los árboles tiene frutas —dijo Quentin.

—¿Y si alguna es venenosa?

—Las lecciones de supervivencia cayeron en saco roto, ¿no? ¿No recuerdas nada? —Josh negó moviendo la cabeza de lado a lado—. Menos mal que alguien prestó atención.

—¿Qué sería de mi vida sin ti? —preguntó riendo.

—Sabemos la respuesta, no me molestaré en decirlo.

Cuando llegaron al lugar por donde ingresaorn, se sentaron contra la pared de roca, observando a su alrededor. No pasó mucho hasta que se oyó a un hombre gritar desde la zona de las montañas y apenas un segundo después, la audiencia estalló en aplausos.

—Malditos carniceros —murmuró Quentin.

En seguida, los esclavos se pusieron de pie y tomaron sus armas; Tá-qá tomó dos hachas, Josh una de las espadas largas, Quentin las dos espadas cortas y Rojo trepó a uno de los árboles. Naga, en cambio, se quedó de pie con los puños cerrados.

Quentin le ofreció una espada a Naga, pero el muchachito movió la cabeza a ambos lados.

—No necesito armas. Soy mago.

—Por un demonio —dijo Josh dando un salto.

—Parece que el señor Arkghor los quiere vivos, por eso me hizo venir con ustedes.

—¿Qué significa eso? —preguntó Quentin.

—Los nuevos no suelen llamarle la atención, pero tiene alguna clase de interés en ustedes. En fin…

Tá-qá dijo algo y Naga le respondió. El hombre lo miró por largos minutos y luego se llevó el puño cerrado al centro del pecho.

—Al grandulón le cayó bien la noticia—dijo Naga con una sonrisa.

—Doy fe que un mago entre nosotros es lo mejor que nos podría suceder —dijo Josh y, antes de regresar a su posición, se acercó al árbol en el que estaba trepado Rojo y le contó las noticias.

Quentin sintió un leve mareo y, al instante, vio la imagen de Naga en su mente.

—Onix me habló de ti. Estoy aquí para protegerte. A ti y a tus amigos si así lo deseas, no desconfíes de mí.

—Comprendo… ellos son más importantes que yo, cuida de ellos, creo que podré arreglármelas.

—No es lo que Onix me dijo.

—Cuida a Josh. Estaré bien.

Naga asintió y se retiró de la mente de Quentin, dejándolo más confundido de lo que antes estaba.

—Estúpido cachorro, no dejes que te maten —dijo Onix unos minutos después, pero fueron sus únicas palabras.

El público comenzó a aplaudir y a vociferar cada vez con mayor intensidad.

—Parece que están luchando en algún lugar no muy lejos de aquí—dijo Naga mirando al suelo—. El público está pidiendo la muerte de alguien.

—Maldición —murmuró Quentin—. Rojo, ¿ves algo desde allí?

—Nada todavía, pero me gustaría moverme hacia otro lado, desde acá no los veré hasta que los tengamos encima.

—Creo que todos deberíamos movernos —dijo Naga—. Las montañas son un buen escondite, hay cuevas en las que podríamos resguar...

Antes que Naga pudiera terminar de hablar, se oyó un gran estruendo y un árbol, que aún tenía tierra húmeda adherida a sus raíces, cayó entre medio de ellos.

Quentin fue alcanzado por una de las ramas, que lo golpeó en la espalda y lo tiró de cara al piso, quitándole todo el aire de los pulmones. Escuchó que alguien entre sus compañeros gritó, que la multitud estaba enardecida y, también, sintió que no era capaz de moverse.

28

—¿Josh? —murmuró—. Por un demonio debo encontrarlo. No puedo regresar a casa y decirle a Ara… ¿Cómo demonios…?

Quentin hizo un mayor esfuerzo esta vez y se arrastró desde debajo de la copa del árbol. Las enormes manos de Tá-qá lo ayudaron a ponerse de pie y el enorme sujeto lo dejó solo. Caminó desorientado por unos segundos, hasta que pudo recuperarse de la confusión. Se llevó las manos a la cara y sintió la cálida humedad de la sangre que brotaba de la herida que tenía sobre una de sus cejas.

—¡Josh! ¡Rojo! ¡Naga! —exclamó y, como respuesta, una flecha pasó silbando cerca de su cabeza. Quentin se resguardó detrás del tronco del árbol, esperando que alguien contestara.

—Q, ¿estás bien?—dijo Josh desde detrás de él.

—Josh, por todos los cielos…

Quentin se dio vuelta y comenzó a adentrarse entre ramas y hojas, intentando encontrar dónde estaba su amigo, pero antes de poder hallarlo, el árbol entero volvió a levantarse.

—Pónganse detrás de mí —dijo Naga en los dos idiomas y Quentin ayudó a Josh a ponerse de pie para seguir las órdenes del mago. Tá-qá se unió a ellos unos segundos después.

—¿Dónde está Rojo? —preguntó Quentin mirando a los lados.

—Él no… no pude hacer nada por él, lo lamento.

Antes que pudieran reaccionar a lo que acababa de decirles, Naga movió las manos y el árbol salió disparado hacia adelante, junto a los demás árboles que había frente a ellos, arrancándolos de la tierra como si se tratara de unas simples briznas de hierba. La multitud que estaba en silencio, expectante, estalló en aplausos y el rugido de sus voces hizo que Quentin se sintiera asqueado, ya que cada vez que algo así ocurría, lo festejaban con tanta alegría que lo hacía sentir enfermo.

—Debemos irnos —dijo Naga apresurado, tomando del brazo a Josh que estaba justo detrás de él, y empujando a Tá-qá con su otra mano.

—Las armas —dijo Quentin. Los demás comenzaron a correr mientras él intentaba encontrar, entre los restos de ramas rotas y hojas, alguna de las armas que consiguieron. Naga regresó sobre sus pasos y lo tomó del brazo.

—¡Déjalas, por un demonio, no las necesitamos!

—Puede que tú no las necesites, pero nosotros sí —dijo. Quentin se soltó y se agachó para revolver entre la tierra removida—. Si se te da por separarte, nos comerán como a unas simples gallinas.

Naga levantó la mano derecha hacia el surco que abrió cuando arrojó los árboles, y el aire frente a ellos se movió como las aguas de un lago cuando una roca rompe su superficie.

—¿Crees que te dejaré por tu cuenta?

—Te dije que protegieras a los demás, protege a Josh, que es más importante que yo.

—Onix me dijo que cuidara de ti, maldición, ¿tan difícil es que lo entiendas?

Quentin se puso de pie y se acercó a Naga.

—Si quieres cuidar de mi, protege a Josh, así no debo preocuparme por él y puedo mantenerme a salvo sin hacer estupideces. Si tú te preocupas por mí, y Josh queda a su suerte, solo estaré con la cabeza puesta en que no le suceda nada. ¿Tan difícil es de entender?

Naga lo miró a los ojos por varios segundos, hasta que, finalmente, asintió.

—Como tú quieras. Aléjate de ahí, buscaré las armas —Quentin lo miró confundido y Naga agregó, fastidiado—: Con magia, Quentin, quítate.

Quentin caminó hacia la puerta, el mago levantó su otra mano, murmuró unas palabras que no pudo comprender y el suelo vibró delante de ellos. Sin bajar su mano derecha, se agachó y sacó de entre la tierra removida las espadas y un hacha.

—Quitaré el escudo que nos protege, ¡corre!

Naga bajó la mano y corrió detrás de Quentin hacia las montañas, a encontrarse con los demás, que los esperaban asomándose con impaciencia entre las rocas.

—Q, ¿estás bien? Estás cubierto de sangre —dijo Josh una vez que se les unieron.

—Es solo un corte —dijo llevándose la mano hacia la ceja derecha—. No es nada. ¿Tú estás bien?

Josh asintió y tomó la espada que Naga le estaba entregando. Si bien no estaba lastimado, Josh tenía un ojo enrojecido y la camisa rasgada en un hombro. El mago volvió a salir de la cueva, comenzó a recitar largas palabras en un idioma desconocido y luego regresó, como si nada pasara.

—Deberías haberme dicho lo obstinado que es este muchacho, por un demonio. Si no te hubiera prometido que me haría cargo de él, lo hubiera dejado a su suerte, gato.

—Por eso es que no lo dije, ¿qué hizo?

—¿Aparte de preocuparse tan poco por su propia vida? Le interesa más que cuide de su amigo que de él, ¿puedes creerlo?

—No sería Quentin si se preocupara solo por él mismo…

—Como digas, pero ese chico no está bien.

—¿Quién de nosotros lo está, Nagalíjakh?

Naga dejó la conversación con el gato y se fijó en sus compañeros, para ver si alguno de ellos necesitaba ser curado.

—Quentin, déjame ver esa herida. —Naga se acercó a él. Quentin esta vez no protestó y, cuando Naga recurrió a sus poderes, el muchacho lo miró con asombro y retrocedió unos pasos—. Nunca habías visto a un mago, ¿verdad?

—Sí, pero sus ojos no se parecen en nada a los tuyos. —El muchacho parecía asustado, pero Naga volvió a acercarse.

—Arderá, pero dejará de sangrar. —Naga llevó su mano a la frente de Quentin por unos cuantos segundos y luego la retiró—. Listo.

—Gracias. —Quentin se llevó la mano a la frente para comprobar que su herida estuviera sana—. ¿Qué le sucedió a Rojo?

—El tronco del árbol le dio de lleno en el medio del pecho, ni siquiera supo lo que estaba ocurriendo.

—Que los dioses lo bendigan en su próxima vida —murmuró Quentin.

Tá-qá habló y todos lo miraron.

—Pregunta cuánto tiempo estaremos aquí —dijo Naga.

—¿Qué es exactamente lo que puedes hacer, Naga? —preguntó Quentin, a su vez.

—Lo que sea que imaginen. Algunas cosas puede que no logre hacerlas por demasiado tiempo. Los magos no somos infalibles, llega un momento en que nos agotamos y ya no podemos hacer nada más.

—¿Puedes hacer que no nos vean? —preguntó Tá-qá.

—Si estamos quietos es más fácil y puedo hacerlo por más tiempo —dijo Naga en ambos

idiomas.

—No me gusta la idea de esconderme como una lagartija… —dijo Tá-qá.

—A mí tampoco me gusta —agregó Josh.

—… pero creo que no tenemos muchas más opciones —continuó el enorme moreno.

—Eso de lanzar el árbol fue asombroso —dijo Quentin—, pero en términos prácticos, ¿cuántas veces más podrías hacerlo? El mismo tamaño, la misma intensidad.

—Unas… cincuenta veces.

—Bien. ¿Qué tal estás para el uso de las armas? Y pregunta a Tá-qá qué tal se las ingenia con un arco.

—Puedo arreglármelas. Tá-qá dice que se le dan mejor las hachas, pero se esforzará si es necesario.

—Perfecto, entonces. Según tu experiencia, ¿cuántos magos crees que haya aquí?

—Soy el único entre los hombres del señor Arkghor. Puede que haya dos más, quizás tres, en los equipos contrarios.

—¿Son buenos? —preguntó Quentin.

—No mejores que yo —dijo sonriendo.

—¿Y si los tres atacan a la vez? —preguntó Tá-qá.

—En ese caso… destruiré todo.

Tá-qá soltó una gran carcajada y se llevó las manos al vientre.

—¿Qué tal si solo destruyes todo y acabamos con esto? —preguntó Josh.

—Nada me gustaría más, pero trataremos de evitarlo.

—Bien —dijo Quentin—. Lo que hiciste recién, de encontrar las armas, ¿podrías encontrar arcos y flechas y traerlas hacia aquí?

—Puedo —dijo Naga después de unos segundos. «Vaya con este chico» pensó—. Lastimaré a mucha gente, seguramente que a los nuestros también, pero todos los arcos y todas las flechas llegarán hasta aquí. El problema es que después de eso, no podré hacer nada más por un buen rato.

—¿No puedes limitarlo a cuatro arcos?

—No, lo lamento.

—¿Qué dicen? —preguntó Quentin mirando a Josh y a Tá-qá y ambos coincidieron en que serían más útiles las armas que cualquier otra cosa.

—*Quentin, puedo usar tus energías para traer las armas y en ese caso…*

—*No sé cómo puedo ayudarte, no sé usar la magia, ni nada de eso.*

—*Lo sé, Onix me lo dijo, pero si estás dispuesto a hacerlo…*

—*Hazlo entonces.*

—*Te sentirás cansado por unos minutos y quizás mareado.*

—*No importa, haz lo que debas.*

Quentin se acercó a Josh y habló con él, pero Naga no pudo oír lo que decían, luego el muchacho se sentó en el suelo de piedra y lo miró.

—*Estoy listo.*

Naga asintió, le dijo lo que debía hacer y, luego, caminó hacia la entrada de la cueva. Hacía tantos años que no utilizaba ese hechizo, que tuvo que rebuscar en su memoria la manera correcta de formularlo para que nada saliera mal. Cerró los ojos, levantó ambas manos y dijo:

—*Ecsa lazda* —esperó unos segundos y luego recitó la frase que empezaba a hormiguearle en la sangre con tantos deseos de ser pronunciada que ni él mismo podía soportarlo.

Quentin sintió en su interior un cosquilleo que le causó una desconocida sensación. Parecía que se trataba de cientos de delgados hilos que salían de todo su ser. Se los imaginó como hilos plateados que recorrían sus venas, sus músculos y sus huesos y salían de su cuerpo para esparcirse por todo el recinto, pero no pasaron más que tres segundos y el extraño efecto desapareció.

—*¿Te encuentras bien?*—preguntó Naga.

—*Creo que sí. Fue extraño.*

—*Ya te acostumbrarás…*

Quentin se sintió regresar a la realidad y lo que escuchó le heló la sangre. Entre el bullicio del público que festejaba el resultado del hechizo de Naga, podían oírse decenas de hombres gritando de dolor. Sin dudas, lo que el mago hizo lastimó a muchas personas y Quentin intentó convencerse que era lo mejor que podrían haber hecho para mantenerse con vida.

—Listo, señores. Terminemos con esto de una vez —dijo Naga señalando hacia afuera. En la entrada de la cueva había, al menos, una veintena de arcos y una pila alta de flechas, la mayoría de ellas teñidas de púrpura, acomodadas en perfecto orden una junto a la otra.

Josh se acercó a su amigo y lo ayudó a ponerse de pie.

—¿Te encuentras bien, Q?

—Creo que necesito unos momentos, nada más —dijo sosteniéndose en Josh. Tá-qá lo miró desde la entrada, se llevó un puño al pecho y bajó el mentón, en señal de respeto. Quentin se tambaleó y se llevó las manos a la cabeza, que parecía que en cualquier momento le estallaría.

—Naga —dijo Josh, alarmado.

—Estoy bien, tranquilo —murmuró y, luego, agregó sin quitarse las manos de las sienes—. Se me acaba de ocurrir algo. ¿Recuerdan la trampa? Deberíamos atraer a los demás hasta allí y ver qué sucede. Ya no tienen arcos, por lo que estaremos a salvo si nos mantenemos a distancia.

—Iré a ver que la trampa no se haya destruido cuando arrojé los árboles, aunque creo que ya es inservible. —Naga dejó la cueva y regresó, agitado, a los pocos minutos—. Están cerca y la trampa ya no sirve.

—Demonios —murmuró Quentin—. ¿Viste a alguno que sea mago?

—No reconocí a ninguno entre los que vi, aunque eso no quita que no haya alguno.

—¿Por dónde se encuentran?

—Vienen hacia aquí, están llegando a la base de las montañas.

—Iremos a la cima entonces —dijo Quentin—. Que los dioses sean piadosos con nosotros.

«Y me permitan ver las estrellas esta noche, una vez más» pensó.

29

Desde donde se encontraban, tenían vista de gran parte del recinto. La única excepción eran las zonas que quedaban ocultas por los frondosos árboles de la selva.

A unos cinco metros por encima de ellos, cruzaban las pasarelas donde el público festejaba cada muerte como si se tratara de un nacimiento y, debajo de ellos, una centena de hombres de brazaletes verdes provistos de espadas, lanzas y escudos comenzaba a escalar las rocas con gran habilidad.

Quentin, Josh y Tá-qá repartieron los arcos y las flechas en parte iguales y los distribuyeron en seis posiciones diferentes, ya que se encargarían de dos de ellas cada uno. Naga, en cambio, bajó algunos metros y recorrió los senderos, deteniéndose cada pocos pasos.

—Escuchen —dijo una vez que regresó—, si hay magos entre ellos, solo tendremos unos minutos hasta que noten que he creado una ilusión debajo de nosotros y por eso no pueden vernos. —Naga se pasó la mano por la barba—. Tendrán dos opciones: una es desactivarla y la otra, atacarnos con lo que tengan.

—¿Qué crees que harán? —preguntó Josh.

—La segunda opción —dijo Naga frunciendo el rostro.

—¿Qué tan malo puede ser? —preguntó Quentin—. No saben dónde nos encontramos, gastarán todas sus energías moviendo cosas y vaya a saber si nos tocarán.

—Bien dicho, hombrecito —dijo Tá-qá con una enorme sonrisa en el rostro.

—Naga, ¿podrás detener lo que nos arrojen? Si mueven un árbol de nuevo, por ejemplo.

—Sí. Estaré más arriba de ustedes, así tendré mejor vista. Si les digo que corran, por un demonio, corran, porque eso significará que no puedo hacerlo. No importa hacia dónde, pero aléjense de donde estén, ¿entendido?

Los tres asintieron y se dirigieron a sus posiciones. Buscaron lugares detrás de las rocas donde pudieran ocultarse, por si la ilusión de Naga dejaba de ser efectiva y desde donde alcanzaran a ver a quienes se acercaban a ellos y, una vez que estuvieron listos, apuntaron sus flechas a los hombres que se aproximaban a la cima gritando y rugiendo.

«Perdón» pensó Quentin al momento de disparar la primera flecha, que se clavó en el abdomen de un sujeto alto y de piel blanca como la nieve. Con un nudo en el estómago, vio como la sangre teñía su túnica y oyó sus gritos de dolor mientras el hombre caía, pero no tenía tiempo para detenerse a sentir piedad. Dejó su arco y corrió hacia su segunda posición. Colocó una flecha y miró hacia abajo, buscando quién sería el próximo. Estaba por soltar la cuerda cuando un proyectil se clavó en el ojo derecho de su objetivo y Josh aulló, exaltado, a unos cuantos metros por encima de él.

—Demonios —dijo Quentin y volteó hacia atrás para verlo.

—Te daré unas lecciones de tiro cuando regresemos, Q —le dijo guiñando un ojo, antes de correr hacia su derecha y desaparecer tras un peñasco.

Quentin ignoró el comentario y volvió su vista hacia donde se acercaban los hombres de brazaletes verdes.

«¿Por qué son tantos? Nosotros no éramos más de cincuenta, ¿qué clase de matanza es esta?» pensó.

Disparó la segunda flecha y esta se clavó en el hombro de un enorme sujeto que corría como un toro enfurecido. El hombre apenas si se detuvo, arrancó la flecha, como si de un simple dardo

se tratara, y la arrojó a un lado con un gruñido.

Quentin colocó otra flecha y disparó, pero esta pasó volando a pocos centímetros de su cabeza. El hombre, de pronto, comenzó a reír con sus ojos fijos en él y Quentin se dio cuenta que lo estaba viendo, ya que había traspasado los senderos por los que había caminado Naga unos minutos antes. Buscó a su lado, pero sus espadas quedaron en su otro escondite.

—¡Demonios, demonios! —exclamó y comenzó a correr hacia ellas. «Me va a aplastar como a una maldita hormiga» pensó alarmado.

Cuando pudo oír los rugidos del hombre y su ruidosa respiración detrás de él, Quentin se arrojó al suelo y cerró las manos en las empuñaduras de sus espadas. Dio la vuelta a tiempo para cruzar sus armas sobre él antes que la extraña espada que llevaba el otro esclavo se clavara en el medio de su pecho.

El hombre murmuró algo entre risas, escupió al suelo y retrocedió, dándole a Quentin la oportunidad de ponerse de pie y, ni bien lo hizo, el hombre volvió a atacarlo. La espada que llevaba era de hoja curva más ancha en el extremo, terminaba con un corte sesgado y estaba afilada por los dos lados.

Hacía tanto tiempo que no tenía que combatir contra alguien, que ya había olvidado la forma en que su sangre se agitaba y sus sentidos se agudizaban. Esta vez, no podía intentar convencerlo, no podía negociar y no había, siquiera, una razón coherente para este enfrentamiento.

«Otra vez debo intentar matar para no morir» pensó. Y, con ello, llegó otra vez el miedo. «El que me atenaza los músculos y las entrañas, el que me paraliza y hace que deje de pensar y de funcionar y, a su vez, el que le da el sentido necesario a mi vida, el que hace que vuelva a respirar, el que me impulsa a caminar, el que hace que mis movimientos sean más rápidos y precisos, aunque mis pensamientos no vayan a la misma velocidad».

El hombre, que era mucho más alto que él, levantó el brazo herido por sobre su cabeza y lo dejó caer, permitiendo que el peso de la espada dirigiera su rumbo. Quentin se maldijo por haber elegido esas dos espadas cortas en lugar de una larga, ya que no tenía la altura ni el entrenamiento de Eric para usarlas como él lo hacía y ni siquiera practicó tantas veces con espadas de ese estilo como para llegar a familiarizarse con ellas. Una vez más, cruzó sus armas frente a él y las tres chocaron con tal fuerza que el impacto le sacudió todo el cuerpo. El hombre volvió a reír y, mientras intentaba hacer que las espadas de Quentin cedieran, levantó su mano izquierda y sus dedos se cerraron como pinzas alrededor de su cuello. El sujeto comenzó a murmurar entre risas y sus ojos parecían los de un desquiciado.

El muchacho sintió que ya no podía respirar y sus brazos perdieron la fuerza necesaria para mantenerse sobre él. Cuando empezaron a ceder, el hombre retiró la espada y Quentin dejó caer los brazos a su lado. El hombre rio más fuerte pero él, aprovechando lo que quizá sería su última oportunidad, movió su brazo derecho con fuerza y clavó la espada en el abdomen desprotegido de su contrincante. El sujeto rugió como un animal herido y, de inmediato, lo soltó. Quentin cayó de rodillas, intentando respirar, pero el aire que entraba a sus pulmones le parecían pequeñas agujas que se clavaban dentro de él y, antes de poder recomponerse, la rodilla del hombre al que hirió se estrelló en su mentón. Quentin cayó de lado, confundido y con el pecho a punto de explotar. Sin embargo, a los pocos segundos escuchó al hombre aullar de nuevo y esta vez lo vio caer a unos pasos de donde él se encontraba.

Josh llegó a su lado y lo ayudó a ponerse de pie.

—Apresúrate, los tenemos encima —dijo su amigo mientras lo guiaba hacia uno de los escondites. Cuando estuvieron a resguardo, Josh tomó uno de los arcos y continuó disparando—.

Hay otro…

Josh hizo silencio de pronto y miró a Quentin con los ojos muy abiertos y la confusión marcada en su rostro. La montaña comenzó a temblar y no pasó mucho hasta que oyeron la voz de Naga.

—¡A la selva! ¡Corran a la selva!

El delgado muchacho parecía un espantapájaros en medio de una tormenta, sacudiendo los brazos en todas direcciones. Josh tomó a Quentin del brazo y lo arrastró hacia la izquierda, donde se encontraba la tupida arboleda. Quentin, que todavía no se había recuperado por completo, se dejó guiar hasta que pudo hacerse cargo de él mismo.

—Por aquí —le dijo a Josh después de unos momentos—, hay un sendero marcado.

—¡Es un mago de tierra! —exclamó Naga, que corría algunos metros detrás de ellos—. Un maldito mago de tierra, ¿cómo demonios no se me ocurrió que podía haber uno?

—¿Dónde está Tá-qá? —Josh giró para mirarlo. Naga volvió a maldecir y, antes de responderles, desapareció en un remolino de polvo. Josh se detuvo como si hubiera chocado contra una pared invisible—. ¡Por un demonio!

Quentin regresó unos pasos y lo tomó del brazo para hacerlo avanzar otra vez.

—Vamos, Josh, habrá tiempo para asombrarse después.

—¿Lo viste? —tartamudeó.

—Claro que lo vi. —Lo soltó y comenzó a correr—. Pero no podemos detenernos a pensar en ello en estos momentos.

Aún faltaban cientos de metros para llegar hasta la selva y la montaña temblaba cada vez más. Quentin vio a Naga y a Tá-qá aparecer junto a la puerta por donde entraron al recinto, pero Naga desapareció a los pocos segundos para reaparecer frente a ellos, con los ojos encendidos como antorchas. Quentin se detuvo y cayó sentado por la sorpresa.

—Tomen mis manos, ¡ahora! —ordenó sin darles tiempo a decir algo.

Los muchachos obedecieron y Naga los llevó hasta la destruida selva junto a su compañero.

—Maldito seas, Naga. —Josh se dobló al medio, apoyó las manos en sus rodillas y bajó la cabeza. Naga se acercó a él y le palmeó la espalda.

—Estarás bien, eso ocurre cuando apareces. ¿Quentin?

—Fue extraño, pero estoy bien. —Quentin, divertido, miraba a Josh batallar contra su malestar.

—Malditos sean los magos, por un demonio —se quejó Josh.

—Corran, lárguense de aquí, lo más lejos que puedan —dijo Naga y los empujó sin darle tiempo a que volvieran a recuperarse. Josh lo miró frunciendo el ceño, como si quisiera asesinarlo con la mirada, pero Quentin lo tomó del brazo.

—Vamos, la montaña caerá en cualquier momento —dijo.

Tá-qá y los muchachos comenzaron a correr hacia el surco que abrió Naga pero, antes de llegar a la mitad de este, la tierra debajo de sus pies comenzó a temblar igual que la montaña. Los tres se detuvieron y miraron hacia atrás.

Naga estaba de espalda a ellos y, delante de él, estaba la enorme montaña de rocas que se sacudía con más fuerza que antes. Una a una, las rocas comenzaron a elevarse y algunas, incluso, se levantaron por encima de las pasarelas donde el público se encontraba. Algunos de los esclavos que habían trepado la montaña se aferraban a las piedras, mientras otros flotaban entre ellas, gritando aterrorizados, sin poder controlar su propio cuerpo. El público estaba eufórico, gritando y aplaudiendo sin descansar.

Quentin se adelantó un paso y Josh lo detuvo.

—Veré si Naga necesita ayuda —dijo. Corrió junto al mago y, cuando estuvo a pocos metros de él, le preguntó—: ¿Qué sucede?

Al alcanzarlo, se paró junto a Naga que estaba viendo como casi la totalidad de la montaña estaba ya en el aire.

—Estoy esperando a que el otro levante la montaña por completo. —Naga lo miró y volvió a empujar a Quentin—. ¡Corran, maldición, les dije que se alejaran!

Quentin regresó con sus compañeros y los tres terminaron de cruzar el surco de tierra removida, se internaron entre los árboles y siguieron corriendo hasta que la húmeda tierra se convirtió en arena y el sol los cegó. Cuando miraron hacia atrás, vieron que las rocas y los hombres aún flotaban en el aire, como si se tratara de hojas secas atrapadas en una suave corriente de aire. El público no dejó de aplaudir ni un segundo y parecía que cada vez eran más los que lo hacían.

—Tenemos que seguir —dijo Quentin, y tiró de los brazos de sus compañeros que miraban las rocas, estupefactos. Caminaron con dificultad por la temblorosa arena, que hacía que sus pies se enterraran a cada paso que daban. Josh se detuvo después de unos minutos y miró con detenimiento a su alrededor.

—Los muros —dijo a gritos, para hacerse oír por sobre el bullicio del público—. Los muros y las pasarelas no están temblando.

—Tienes razón, debemos ir hacia allí.

Quentin le señaló la pared más cercana a Tá-qá, los tres se dirigieron hacia ella y comprobaron, aliviados, que la arena era más estable en esa parte.

Faltaba poco más de doscientos metros para llegar al oasis cuando, de pronto, todo el recinto quedó en silencio.

—¿Qué demonios…? —dijo Josh.

—Esto no puede ser algo bueno —dijo Quentin al mismo tiempo.

Cuando miraron hacia atrás, vieron que las rocas estaban comenzando a girar como si estuvieran atrapadas dentro de un remolino, pero no había viento en el lugar; los árboles estaban quietos y los toldos que daban sombra a las pasarelas y las gradas alrededor del recinto, no se movían. Se podía oír, aun a la distancia, los gritos de los hombres que fueron apresados por ese remolino y este giraba cada vez a mayor velocidad. Las rocas comenzaron a chocar entre sí y algunas, incluso, se partieron por el impacto, mientras otras aplastaron a los hombres que quedaban entre ellas.

La gente que estaba en las pasarelas se largó a correr y pocos eran ya los que celebraban por el espectáculo que los esclavos estaban dando, a pesar de que las piedras se desviaban antes de chocar contra las pasarelas o las columnas que las sostenían. Quentin vio a algunas personas que, en su desesperación, se arrojaban desde lo alto de las pasarelas pero eran atrapadas por el remolino de piedras que escupía sangre en todas direcciones.

Naga apareció sobre la arena, a pocos metros de la selva y segundos después, reapareció junto a Quentin.

—¡Corran! —exclamó tirando de sus brazos, mientras corría él también.

Dos enormes piedras salieron despedidas de ese torbellino y chocaron contra el muro detrás del oasis, causando un gran estruendo. Una de ellas rebotó en la arena y cayó dentro del agua, levantando grandes olas, mientras la otra se partió en cientos de pedazos que volaron en diferentes direcciones. Naga levantó las manos y los fragmentos de roca que se desprendieron con el impacto, rebotaron contra el escudo invisible del mago y se enterraron en la arena.

—¡A la puerta! ¡Corran a la puerta! —gritó con urgencia, adelantándose a sus compañeros,

mientras señalaba debajo de donde se estrellaron las rocas. Naga volvió a levantar una de sus manos y la puerta se salió de su marco, estallando en numerosas astillas.

Quentin iba muy por detrás de Josh y de Tá-qá y, cuando vio que Josh cruzó la puerta, escuchó un zumbido y vio el suelo a su alrededor oscurecerse. Se dio vuelta y vio que otra de las enormes piedras se acercaba a toda velocidad. Miró fugazmente hacia la abertura y vio a Josh mirarlo con espanto, pero volvió la vista hacia la roca, que atraía su vista como un potente imán. Pudo ver con detalle su rugosa textura y cada una de sus grietas e irregularidades.

En ese momento, apareció en su mente el rostro sonriente de Ara y, del mismo modo, recordó a sus hermanos y a sus padres. Vio en una fracción de segundo todos los momentos que compartió con ellos y se imaginó la tristeza que sentirían cuando Josh regresara a casa y tuviera que darles la noticia de lo que sucedió. Pensó en que el último recuerdo que Josh tendría de él sería muriendo de esta forma tan ridícula y, también, pensó en la muchachita de ojos grises y en lo que su muerte significaría para ella si lo que Onix dijo resultaba cierto.

—Perdóname —susurró.

En un acto reflejo levantó las manos y agachó la cabeza, esperando el impacto. Cuando cerró los ojos, sintió que un par de brazos se cerraban en torno a él y, luego, todo desaparecía. No había zumbido, ni calor, ni luz, ni las voces aterradas del público pero, antes que fuera capaz de pensar en eso, todo regresó de golpe. Quentin abrió los ojos y estaba fuera del recinto. Cayó arrodillado sobre la tierra endurecida y se palpó el pecho y los brazos.

—¡Eres un maldito genio! —exclamó Josh dando un salto, pero, luego, se acuclilló junto a Quentin y lo miró—. Q, estás pálido, ¿estás bien? ¡Estás bien, maldito seas!

Josh lo ayudó a ponerse de pie y lo abrazó con fuerza, aunque las piernas de Quentin aún no eran capaces de sostenerlo con estabilidad.

—¿De qué color podría estar? —tartamudeó Quentin mientras era apretujado por su amigo—. Por los mil infiernos, sí que estuvo cerca.

El muchacho miró a su alrededor y vio que sus otros compañeros estaban vivos y sanos y, a pesar del griterío del público, se permitió sonreír.

—¿Y ahora qué? —preguntó Tá-qá.

—No lo sé —dijo Naga.

—¿Tú hiciste eso? —preguntó Quentin una vez que se recuperó, señalando hacia el torbellino de piedras.

—En parte. Aunque se salió de control cuando alguien más intervino. Tendría que regresar y detenerlo, pero lo dejaré para que cause un poco más de daño

—¡Pero está muriendo gente! —exclamó Tá-qá, indignado.

—¿A quiénes te refieres? —preguntó Quentin—. ¿A los que debíamos asesinar para que no nos mataran o a esos malditos carniceros que se alegran por cada gota de sangre que sale de nuestros cuerpos?

—Toda vida es importante, Quentin —respondió Tá-qá frunciendo el ceño y Quentin notó que podía entender lo que decía sin la intervención de Naga.

—Esas personas querían vernos morir o, en su defecto, matarnos ellos mismos. No entiendo dónde está su importancia.

El enorme moreno se acercó a Quentin y el muchacho tuvo que levantar la cabeza para poder sostenerle la mirada.

—¿Quién crees que eres para decidir qué vidas son importantes? —murmuró apenas moviendo los labios.

Antes de que pudiera contestar, Josh se metió entre los dos y alejó a Quentin de un empujón.

—¿Qué les sucede? —dijo mirándolos—. ¿Ahora pelearemos por algo que no podemos solucionar? Contrólense, maldición.

—El chico tiene razón —dijo Naga, que estaba de espalda a ellos, apoyando un hombro en el destrozado marco de la puerta, contemplando el desastre que causó—. No peleen entre ustedes. Después de todo, me da igual lo que digan y no les haré caso aunque se rompan cada uno de sus huesos a golpes.

Tá-qá se acercó a grandes pasos a Naga y el muchachito se dio la vuelta a mirarlo con los ojos encendidos en cuanto lo escuchó.

—¿Te atreverás a pelear conmigo, grandote? Puede asarte como a un conejo antes de que vuelvas a pestañear. No me pagan por protegerlos, no me molestes y, si quieres continuar con vida, cierra la boca. Aquí no existen los héroes, aquí nadie recordará si salvaste una o cien vidas. Si quieres, salva a uno de esos señores adinerados que está viendo el espectáculo y mañana pasará a tu lado y te escupirá mirándote a los ojos. No estamos en las Islas de la Luna, Tá-qá, eres un esclavo en Drioed-ta, una de las peores ciudades de Thoria para alguien de tu condición. No lo olvides, acá solo sobreviven los egoístas.

Tá-qá permaneció en el mismo lugar por varios minutos, apretando los puños, pero ya no volvió a hablar. Naga volvió a darle la espalda y continuó mirando las piedras que estaban girando en el aire. El recinto estaba casi en silencio, a excepción de alguna que otra roca que se salía de su curso y terminaba estrellándose contra los muros. Apenas si quedaba gente en las gradas que, al igual que Naga, continuaba viendo el espectáculo, pero los hombres que fueron atrapados por el torbellino ya habían enmudecido.

El mago levantó una mano y las piedras quedaron sostenidas en su lugar por un mínimo instante para luego caer con un gran estruendo. Una inmensa nube de polvo blanquecino se levantó allí donde cayeron, y se oyeron los aplausos de las pocas personas que permanecían aún en sus lugares.

—Los odio a todos—murmuró Naga—. Vámonos de aquí, tenemos que encontrar al señor Arkghor.

30

Morrau Ciudad Capital

La señora Morgana estaba sentada en el trono dorado de Morrau con la actitud de quienes han nacido para reinar, con la espalda recta y el rostro en alto.

—¿Ilaria?

—A sus órdenes, su Majestad. —La esbelta figura de su guardia personal se acercó al trono con pasos firme y posó sus ojos a los pies de su señora. Su piel oscura como el ébano brillaba con la luz de las humeantes antorchas que iluminaban la Sala del Trono.

—Dime, ¿qué clase de reina seré? —La reina habló sin abandonar su rigidez.

—La reina que Morrau necesita en estos momentos, su Majestad.

—Es muy aburrido ser una reina. —Morgana se recostó en el trono con toda desfachatez y estiró las piernas y los brazos, para terminar pareciendo una muñeca a la que han arrojado sin ningún tipo de consideración—. Me duele la espalda y el cuello, y recibir gente todo el maldito tiempo, con sus quejas ridículas y sus exigencias me causa dolor de cabeza. Entiendo que los pobres se quejen, porque que les roben una oveja significa mucho, pero esos señores que vienen a quejarse de los impuestos cuando tienen los cofres llenos de monedas me enferman. Que traigan al tipo ese, el que escribe mis leyes.

—¿El notario, su Majestad?

—Ese mismo.

La señora Morgana observó a Ilaria mientras descendía los escalones con pasos felinos. Ni la rígida armadura dorada que protegía su cuerpo podía disminuir la gracia con la que se movía. Muchos fueron los hombres que pretendieron que Ilaria se uniera a ellos en sus fiestas y le ofrecieron joyas, oro e incluso uno de los asistentes, el señor Atrien, hizo construir un castillo para ella, pero Ilaria rechazó los obsequios y nunca aceptó sus invitaciones.

La vio caminar hacia la puerta de entrada; allí habló con uno de los mensajeros y regresó junto al trono

—Dime, Ilaria —dijo apoyando la cabeza en su hombro para poder ver a su guardia—. ¿No extrañas el castillo Rostur?

—Mi lugar es donde usted se encuentre, mi señora. Sea aquí o en la choza más pobre de Thoria.

—Ilaria… no me aburras. Quiero que seas sincera —se quejó.

—Soy sincera, mi señora.

—Pero… ¿no quieres algo para ti misma? Ya sé: a partir de ahora, te ordeno que me contestes solo con la verdad —dijo con una enorme sonrisa.

—¿Está usted segura de que quiere solo la verdad?

—Por supuesto. Ya tengo toneladas de gente que me miente todo el tiempo, no estaría mal algo de sinceridad, para variar.

—Como usted desee. Quiero matar gente, no cualquier gente, pero sí algunas personas en específico. Y quiero tener a mi hombre a mi lado.

—¿Cómo nunca supe que…? —preguntó incorporándose.

—Nunca lo preguntó, mi señora.

—Eso es cierto. —Morgana se avergonzó al pensar en lo egoísta que fue su comportamiento

con Ilaria, después de todo lo que la mujer hizo por ella—. Cuéntame sobre él. Quiero saber quién pudo haber robado el amor de mi hermosa y valiente Ilaria.

—Imagine usted un hombre de brazos del ancho de mi cintura, alto, aún más alto que el señor Nathan, y con la espalda más ancha que la de él. Imagine su piel negra y reluciente…

—¿Cómo la tuya?

—Sí, mi señora. Imagine una sonrisa capaz de robarle miles de suspiros cada vez que la ve, imagine las manos más fuertes y los ojos más dulces. Imagine al guerrero más valiente y más peligroso. Ese es mi hombre, mi señora.

—¿Y dónde está tu amado?

—Eso quisiera saber yo. Nos separaron cuando estábamos en Garhq Tahok[12]. Nunca supe qué hicieron con él.

—Bueno pues, lo buscaremos y lo traeremos aquí. No quiero que mi Ilaria sufra más.

—¿Y cómo…? —preguntó Ilaria con un hilo de voz. Los ojos le brillaron por una fracción de segundo pero, en seguida, se recobró.

—Déjame eso a mí, Ilaria. Hay mucha gente en este mundo… con un poco de oro y haciendo las preguntas correctas… mírame, hasta llegué a ser reina. —Morgana largó una estridente carcajada y se acomodó en el trono—. ¿Cómo no voy a poder encontrar a tu hombre?

—¿Cómo podré pagárselo, mi señora? —dijo Ilaria, hincando una rodilla.

—Primero, no vuelvas a arrodillarte frente a mí. Ponte de pie. Y segundo, has salvado mi vida más veces de las que puedo contar. Es mi momento de agradecértelo. —Ilaria quiso hablar, pero la señora se lo impidió levantando una mano—. Sé que eres una esclava y que te compré, precisamente, para que me protegieras, pero eres más que mi esclava.

—Nunca me hizo sentir que fuera una esclava, mi señora.

—Es que te tomé cariño. —Morgana se puso de pie, se quitó la pesada corona dorada y comenzó a caminar por la sala. Liberó su melena, del color del sol al atardecer, y pasó sus dedos entre su ensortijado cabello—. No hay hombres negros en Thoria, así que no va a ser muy difícil encontrar a tu…

Un guardia abrió la puerta e ingresó, por lo que la señora Morgana regresó al trono.

—Su Majestad, el notario está aquí —dijo sin levantar la mirada del suelo. Ilaria se paró detrás del trono, con la mano enguantada sobre la empuñadura de su espada.

—Hazlo entrar.

El guardia regresó sobre sus pasos y, al minuto, llegó el notario, un hombre vestido de larga túnica carmesí y bordados dorados. Traía en sus manos rollos de pergaminos y un estuche de cuero. El hombre caminó apresurado hacia una mesa que había a un lado del trono, detrás de una columna, y tomó asiento. Desenrolló un pergamino, abrió el estuche y sacó de él un tintero y una pluma.

—Estoy listo, su Majestad.

—Notario, escribe que quiero que decapiten a todo aquel que se queje de los impuestos. Sus posesiones, ya sean tierras, castillos o casas, serán confiscados en nombre de la reina. Su familia será borrada de Morrau, para que nadie deba avergonzarse de su avaricia. Punto final. En otro pergamino quiero que escribas que Ilaria… —Morgana se puso de pie y miró a su guardia—. ¿Tienes nombre familiar? —Ilaria negó, moviendo la cabeza de lado a lado y Morgana volvió a sentarse—. Escribe que Ilaria es ahora una mujer libre y que está al mando de mis ejércitos desde este mismo instante. Pero permanecerá junto a mí. Punto final. Puedes retirarte cuando termines, deja los pergaminos ahí, así los firmo.

El hombre continuó garabateando por largos minutos y, cuando finalizó, levantó sus

pertenencias y dejó la sala en completo silencio.

—¿Has visto? —preguntó, dándose la vuelta y arrodillándose sobre el trono para ver a su guardia—. Ahora eres libre.

Las lágrimas se deslizaban con suavidad por las mejillas de Ilaria, como si fueran negras y exóticas perlas; sin embargo, ningún sonido salía de sus labios.

—¿Qué haré con mi libertad señora, cuando mi vida es servirla?

—Continúas a mi servicio, hermosa Ilaria. Pero a partir de ahora tienes oro, joyas, tierras y un castillo nuevo cerca del castillo Rostur. Todo lo que rechazaste, lo guardé para el día en que fueras libre. Encontraré a tu hombre y en un año o dos, cuando toda esta mierda se acabe, tendrán un lugar a dónde regresar, puesto que volver a tu isla es un poco… complicado.

—No me alcanzará la vida, su Majestad, para agradecerle. —Ilaria cayó de rodillas, a pesar de su advertencia, y se cubrió el rostro con ambas manos. Morgana caminó hacia ella, se arrodilló a su lado y la rodeó con sus brazos.

—A mí, en todo caso, no me alcanzará la vida para agradecerte, Ilaria. Tú me sostuviste en mis días más tristes, cuidaste de mí como si fuera una niña inválida, bañaste mi cuerpo, cepillaste mi cabello y vendaste mis heridas más veces de las que recuerdo, cuando lo único que deseaba era que la diosa Zarba me llevara a donde creyera conveniente. Abrías las cortinas de mi habitación aun cuando te lo había prohibido, me obligabas a alimentarme y a salir al jardín para que me diera el sol. Sufriste mis ataques de rabia, mis insultos y nunca te quejaste ni desististe, a pesar de que serías libre si yo moría. Cada día de esos dolorosos años estuviste a mi lado, por más que te ordenara que me dejaras sola y eso es algo que las esclavas no hacen, Ilaria, es algo que una hermana haría. Y eso es lo que eres para mí.

Ilaria se incorporó y sus ojos ámbar se posaron en los de la señora Morgana.

—Su Majestad…

La reina se puso de pie, limpió sus lágrimas y le tendió la mano.

—Basta ya de lágrimas. Iremos a beber —dijo con una enorme sonrisa—. La señora Viktoria llegará mañana al amanecer y esa maldita mujer me aburre como nadie en este mundo.

Ilaria rio y tomó la mano de la reina para ponerse de pie. Las mujeres dejaron la sala del trono y se dirigieron a las habitaciones de la reina, con una escolta de diez hombres de armaduras doradas caminando detrás de ellas. Al llegar, la reina dio indicaciones para que le llevaran la cena y una decena de botellas de vino.

Morgana, con la ayuda de Ilaria, se quitó el vestido de terciopelo negro, las joyas de plata que decoraban su cuello y sus brazos, quedándose solo con una fina enagua. Luego, se sentó en una silla, se quitó las botas y las arrojó a un lado. Ilaria, por su parte, se quitó la armadura que cubría su torso y los guantes de cuero y dejó su espada a su lado cuando se sentó en uno de los sillones. Las mujeres esperaron en silencio hasta que los sirvientes llevaron la cena y, después de servirles, se marcharon por pedido de la reina. Cenaron sin que ninguna palabra saliera de sus labios, como acostumbraban. Cuando terminaron, Ilaria llenó dos copas de vino.

—¿Es una visita oficial o una visita encubierta, mi señora? —preguntó Ilaria, después de vaciar su copa.

—Gracias a los dioses llegará al amanecer y partirá al día siguiente. No quiere que nadie sepa que está aquí y prefiere la soledad, por lo que no tendré que estar tras ella todo el tiempo. Lo mismo, necesito que la vigiles en lo que dure su estadía. No confío en Viktoria.

—Entiendo, mi señora.

—La alojaré en una habitación que no tenga más que una entrada y permanecerás junto a su puerta, me dirás si recibe visitas y a quienes. —Morgana vació su copa y volvió a llenarla—. Es

muy capaz de querer meter a su gente entre los míos y no quiero que se me alborote el gallinero. Demasiado me costó poner a los Praeths de acuerdo con lo de los impuestos. Y hablando de eso, ¿El señor Nathan ya dejó la capital?

—No aún, mi señora.

—Perfecto, se me antojó un poco de diversión para pasar la noche. Cuando te retires, envía a alguien a buscarlo.

—¿Quiere que vaya por él ahora, mi señora?

—No, ¿cómo crees? Tú y yo tenemos que festejar tu libertad, aunque después yo vaya a continuar los festejos con él —dijo con una carcajada e Ilaria rio también. Cuando terminaron de reír, agregó con un largo suspiro—: Ilaria… no sé cómo haces para vivir sin un hombre.

Morgana tomó una botella y caminó hasta uno de los divanes junto a la chimenea.

—Cuando una tiene una espina en el corazón, no puede pensar en otro hombre, mi señora. Usted también lo sabe, cuando mi señor Rostur…

—Sí, así es —dijo y se llevó la botella a los labios—. Pero no me deprimas, Ilaria. —Morgana volvió a beber—. No quiero recordar a mi difunto esposo.

—Perdón, mi señora.

—No es tu culpa… —Morgana se incorporó para mirarla—. Dime, ¿a quiénes quieres asesinar?

—Mi señora, no le agradará mi respuesta, por lo que prefiero no…

Morgana se recostó en el diván y bebió un largo sorbo de vino.

—Mientras no me quieras asesinar a mí, el resto me da igual, Ilaria. Tienes miles de oportunidades de matarme a diario y no las has aprovechado, así que supongo que no soy yo una de ellos…

—Reda Almairon, la señora Viktoria, Enara Pirhs, el capitán Dutar Inostrosa y, en lo posible, a toda la tripulación del «Velas Rojas». —Ilaria tomó una botella y su copa, se acercó a la chimenea y se sentó sobre la piel de oso junto al diván—. Pero no hablaré de mis razones en esta ocasión, mi señora. No me gustaría deprimirla. —Ilaria sonrió con tristeza, y sirvió más vino en su copa.

—Debo saber algo… —Morgana bebió hasta la última gota de su botella y se levantó a buscar otra, la destapó y volvió a beber. Cuando se sentó, preguntó—: ¿Asesinarás a Viktoria mañana?

—No, mi señora, porque eso la pondría a usted en peligro. Solo cuando usted me lo permita, lo haré.

—Yo también quisiera matarla pero, como dices, aún no es el momento. Estoy segura de que ella siente por mí exactamente lo mismo, lo que no deja de divertirme, pero nos necesitamos todavía.

—Creo que al final, medio continente querrá asesinar a la señora Viktoria.

—Y alguno de nosotros lo logrará, ya verás. Creo que todos estamos esperando el momento para matarnos entre nosotros… La hermandad, de hermandad solo tiene la fachada.

31

La señora Viktoria dormitaba entre las mantas que la abrigaban, recordando su infancia en Tesar. En el Palacio de Las Hojas no tenía la oportunidad de envolverse en esas pieles que tanto añoraba, a no ser que sacrificara grandes cantidades de su propia energía para enfriar una habitación, por lo que estaba disfrutando el largo viaje que la mayor parte de la gente hubiera aborrecido.

Por debajo de la cordillera Selgo, un laberinto de túneles anchos y altos atravesaban las montañas en todas direcciones, comunicando entre sí las ciudades principales. Los magos de la Antigua Era los excavaron para facilitar la comunicación a ambos lados de la cordillera, ya que las montañas ocupaban la mayor parte del territorio del país e intentar cruzarlas por la superficie era una tarea titánica, por no decir imposible. En el centro de la cordillera, los picos más altos trepaban por el cielo hasta perderse entre las nubes, a miles y miles de metros. Era tal su tamaño que quienes intentaron llegar a las cimas, murieron al ser incapaces de respirar.

Todos los caminos subterráneos estaban correctamente señalizados y pequeñas piedras incrustadas en los muros, que parecían ser trozos de la mismísima luna por la suave luz ámbar que emanaban, daban a los viajeros la sensación de estar sumergidos en un constante atardecer. Era la primera vez que Viktoria viajaba por esos caminos y, al contrario de lo que imaginó, se cruzaban con frecuencia con otros carruajes o con largas caravanas que iban hacia uno u otro lado.

Según la cuenta que Viktoria llevaba, hacía más de diez días el carruaje en el que viajaban llegó al pie de la cordillera Selgo e ingresó a uno de los túneles; aun así, era difícil de saber al no ver la luz del sol. Solo Hidzá la acompañaba esa vez, no quería llamar la atención entre quienes circulaban los interminables túneles llevando a los soldados de Pyebra en su comitiva.

—Mi señora, ya se ve el final del túnel —dijo Hidzá, ansioso.

Viktoria se incorporó y estiró sus músculos con discreción. Se sentía algo entumecida, pero ya faltaba poco para arribar a la capital de Morrau.

Al salir del túnel, los rayos del sol comenzaban a pincelar de dorado las oscuras torres de los edificios de mayor altura de la ciudad negra, aquellos que eran aún más altos que las murallas que la protegían. Tanto los muros, como todo lo que resguardaban, estaban construidos con las oscuras piedras extraídas de las montañas más altas de la cordillera Selgo. Sin embargo, el Castillo Blanco, como su nombre lo indicaba, fue edificado con relucientes rocas blancas provenientes de las montañas más bajas y el contraste que generaba con el resto de la ciudad era un espectáculo para la vista, a cualquier hora del día.

La capital era pequeña en extensión, pero una de las más pobladas del continente. Sus calles eran angostas y la mayor parte de los edificios eran torres de más de tres pisos, que terminaban en largas puntas que imitaban a las estalagmitas que se forman en las cuevas de las montañas que habitaron los pobladores de Morrau miles de años atrás, antes que comenzaran a construir ciudades.

La bella arquitectura de la urbe impactaba a Viktoria cada vez que transitaba sus calles, ya que las paredes de cada residencia parecían oscuros y relucientes espejos, que deformaban ligeramente el reflejo de quienes pasaban frente a ellos. Lo que llamó su atención era que, en esta oportunidad, había largos canteros a los lados de las calles en los que crecían unos arbustos pequeños con flores de un azul brillante, casi eléctrico.

Viktoria ordenó detener el carruaje, ya que quería ver esas exóticas plantas de cerca. Hidzá descendió con ella y la siguió algunos pasos detrás.

La pálida mujer se dejó envolver por el viento que descendía de las montañas y cerró los ojos unos momentos, disfrutándolo y llenándose con el frío aire de Morrau. El aroma del pan recién horneado inundó sus pulmones e hizo que se le antojara seguir esos dedos invisibles que parecían llamarla. A pesar del hambre que sintió, caminó hasta uno de los canteros más cercanos y acercó su mano a los pétalos.

—No debería hacerlo —dijo una profunda voz detrás de ella—. Sería una lástima que uno de sus delicados dedos se lastimara.

Viktoria se incorporó y se dio vuelta. Un hombre alto, de cabello entrecano y nariz recta la miró a los ojos. Se sintió tan impactada como intimidada por ese desconocido.

—¿Perdón? —susurró Viktoria.

—Esas flores no son reales, están encantadas. La reina Morgana las creó cuando tomó el trono y ahora adornan las calles de la ciudad. Por su acento y ante su asombro, puedo asumir que es nueva en la ciudad.

—Así es, solo estoy de paso.

—Es una pena… por las noches, las flores se cierran y llenan las calles de una tenue luz azulada, es un espectáculo digno de apreciar. Además, me hubiera gustado invitarla a cenar, así podía contemplarlas con sus hermosos ojos.

—Vaya… —Viktoria sonrió—. Ya había olvidado lo directos que son los hombres en estas tierras.

—Soy el señor Atrien, Praeth del Distrito 1, por si tiene dudas de mi reputación —dijo poniendo la palma de la mano izquierda hacia arriba, a esperas de la presentación de su interlocutora.

—Soy Viktoria Almairon, reina de Pyebra —contestó colocando su mano derecha sobre la del Praeth. El hombre la miró con asombro, una leve sonrisa se dibujó en sus labios y Viktoria retiró su mano con suavidad—. Estoy segura que nos veremos para la cena.

El señor Atrien hizo una reverencia y volvió a mirarla a los ojos.

—¿Me honraría con su compañía? Puedo enseñarle la ciudad y llevarla al Castillo Blanco cuando usted decida.

—Me gustaría caminar hasta el castillo, si me acompaña. Pyebra es un lugar insufrible para alguien de Tesar y sentir el frío aire de Morrau me llena de felicidad.

—Por supuesto, iré encantado con usted, su Majestad —dijo el Praeth, haciendo una reverencia una vez más.

—Discúlpeme, le diré a mi gente que continúe sin mí. —Viktoria caminó hacia Hidzá y le ordenó seguir el viaje.

—¿Cómo cree, mi señora, que voy a dejarla sola con un extraño?

—Hidzá, querido. Ese hombre es el Praeth más importante de Morrau, ¿crees que dejará que alguien me haga daño? Cuando llegues, dile a la señora Morgana que el señor Atrien me acompañará. No temas, todo estará bien, mi querido.

Hidzá asintió, dudando, y se subió al carruaje después de hablar brevemente con el conductor. Viktoria los vio partir hasta que se perdieron entre el gentío que se acumulaba en las calles y, luego, volvió su atención a su acompañante.

—Le agradecería que se dirija a mí solo por mi nombre mientras estemos en la calle, señor Atrien, no quisiera llamar la atención. —Viktoria habló en voz baja, acercándose a él para que pudiera oírla.

—Como usted desee. Dígame, ¿ya ha desayunado? Me imagino que después de tantos días en viaje se le apetece una comida como los dioses mandan.

—Nada me gustaría más que disfrutar de una bebida caliente.

La señora Morgana caminaba de lado a lado en su habitación, con una botella de vino en la mano, bebiendo varios sorbos cada vez que llegaba a uno de los extremos.

—Mi señora, ya debería dejar eso—dijo Ilaria, por quinta vez en esa tarde.

—Si Atrien se atreve a traicionarme… —Morgana se quedó con la frase en los labios cuando alguien llamó a la puerta. Ilaria, que estaba parada junto a los ventanales, caminó hacia el otro extremo de la estancia, habló por unos segundos con quien había llamado y luego lo despidió.

—Han llegado. El señor Atrien está aquí.

—Ve por él.

—A sus órdenes —dijo haciendo una reverencia—. ¿Qué le digo a la señora Viktoria?

—Maldita mujer… —murmuró—. Dile que la veré cuando se haya acomodado, que estoy ocupada ahora.

Morgana dejó la botella sobre una mesa y se sentó frente a la chimenea. El sol se había escondido ya tras las altas cumbres y la penumbra cubría la tierra al este de la cordillera. Morgana esperó, impaciente, hasta que Ilaria llegó acompañada del señor Atrien.

—Puedes retirarte, Ilaria, ve a ver a mi invitada. —La mujer dejó la habitación con una reverencia y Morgana miró al Praeth—. ¿Qué demonios hacías…?

—Cálmate, ¿sí?

—¿Cálmate? Todo el maldito día esperándolos y los señores paseando por la ciudad como si fueran chiquillos.

—Es una bella mujer —dijo el Praeth con picardía—, es lo único que puede interesarme de ella. Y si soy capaz de meterme en sus asuntos, mejor para ti. ¿Crees que caeré en sus juegos solo porque es atractiva?

—Es un maldito esqueleto, no sé dónde la encuentras atractiva. —El señor Atrien rio por las palabras de la reina. Morgana lo miró con fastidio, se puso de pie y fue en busca de la botella que había dejado hacía pocos minutos.

—Me gustan las mujeres así, ya sabes las locuras que hice por Ilaria…

—Me da igual, solo te advierto Atrien, si te atreves… si siquiera piensas traicionarme…

—Nunca lo haría —dijo con seriedad—. Me ofende que dudes de mí de esta forma. Si puedo acercarme a ella mucho más, tanto como para que solicite mi presencia en Pyebra, tendrías información de primera mano. No me subestimes, hace años que dejé de ser un muchacho que pierde la cabeza por una mujer.

—No lo parece, Atrien.

—Viktoria no es tan hermosa como Ilaria, pero a falta de una… —dijo encogiendo los hombros. El Praeth se acercó a la mesa y se sirvió vino en una copa—. Tú, en todo caso, deberías tener cuidado con Nathan. Ya vi que aún no dejó la capital.

—Al menos Nathan no me hace esperarlo todo el día.

—Morgana, por favor. —Atrien se sentó frente al fuego de la chimenea—. Esos comentarios me causan dolor de cabeza.

—Ya, ya. Dejemos esto de los amantes. No quiero entrar en tu mente para averiguar que tramas, pero si me veo en la obligación, te aseguro que lo haré, Atrien.

—¡Por un demonio! —dijo el Praeth. La copa que sostenía resbaló de su mano y se hizo añicos en el piso de piedra—. ¿Y si Viktoria lo hizo?

—Maldito seas —murmuró Morgana, dejándose caer a su lado—. Dime, ¿te sentiste mareado o descompuesto en algún momento, cuando estabas junto a ella?

—No lo sé, Mor, ahora que lo pienso, creo que se me han olvidado algunas cosas.

Morgana bebió lo poco que quedaba en su botella, se puso de pie y la arrojó contra uno de los muros.

—¡Maldita mujer!

—Hazlo ahora. —El señor Atrien se removió en su asiento y buscó con sus ojos los de la reina—. Mírame ahora, por favor.

—Sí, lo haré. No estarás a salvo hasta que no lo compruebe.

Los verdes ojos de Morgana se volvieron grises y la reina entró a la mente del hombre, intentando encontrar alguna falla entre sus pensamientos, algo que le indicara si Viktoria estuvoahí antes.

—No hay nada fuera de lo común o, al menos, nada que pueda encontrar.

—Ahora no sé si quiero acercarme a ella.

—Déjame eso a mí, voy a proteger tu mente para que no logre encontrar nada que le sirva y así estarás a salvo.

—¿Eso es seguro?

—Tendrá que torturarte si quiere averiguar algo con más detalles pero, por supuesto, es algo que notarás al instante.

—Malditos sean los magos —murmuró Atrien, y luego agregó—: Hazlo, hazlo.

Morgana se sentó junto a él y comenzó a recitar hechizos. Unos para proteger las palabras dichas en las conversaciones que Atrien tuvo con ella y con los demás Praeths, como así también otros que servían para proteger futuras conversaciones. Cuando terminó de hacerlo, se recostó en el sillón, con las piernas estiradas y las manos entrelazadas sobre su abdomen.

—Listo. No se atreverá a hacer nada que la delate, al menos de momento. No puedo estar segura de cuánto tiempo pasará hasta que todo este teatro se caiga y Viktoria comience a actuar por su propia cuenta.

—¿Por qué lo dices?

—Porque todo esto es una farsa, Atrien. La conozco más de lo que ella cree, está esperando el momento, un mínimo error, para dejar la Hermandad. No sé si la Dama lo sabe pero, en todo caso, ese es su problema. No estoy segura de querer decirle algo a mi maestra. Tiene una adoración ciega por Viktoria, y la pondría en mi contra si abro la boca.

—Eso no nos conviene.

—Por supuesto que no, pero cuando esto comience a caerse a pedazos, debemos desaparecer de aquí. Tú, yo y los demás Praeths.

—Por un demonio, Morgana, ¿cómo se te ocurrió aceptar involucrarte con esta gente?

—Pensé que sería divertido ser una reina y me equivoqué. Es un asco. —Morgana se levantó para ir por más vino, Atrien se recostó en el sillón en el que se encontraba y se llevó las manos a la cabeza.

—En ningún momento pensaste en las consecuencias, ¿verdad?

—A decir verdad, sí lo hice. Pero de algo hay que morir, ¿no? Que mejor que llevarme a cuantos pueda cuando eso ocurra.

—¿A qué te refieres? —Atrien se incorporó para mirarla.

—Acabaré con la Hermandad. —Morgana regresó, se dejó caer junto a él y bebió un largo sorbo de la botella—. O, al menos, voy a intentarlo.

—Maldita seas, mujer. —El hombre apoyó los codos en sus rodillas y la cabeza en sus manos.

32

Morgana llamó a la puerta y esperó, intentando calmar sus alborotados pensamientos, a que Viktoria respondiera.

—Morgana, querida —dijo la reina de Pyebra en cuanto abrió la puerta. Viktoria la tomó por los hombros y la besó en ambas mejillas—. Adelante, pasa por favor.

—Viktoria, tan radiante como siempre —dijo con una sonrisa e ingresó a la pequeña habitación—. Disculpa que te haya alojado aquí, pero las demás habitaciones están siendo… redecoradas. Ya sabes, después de los incidentes con la familia Ravenna…

—No tienes de qué preocuparte. —Viktoria caminó hasta uno de los pequeños e incómodos sillones de madera frente a la chimenea de piedra. Morgana, en cambio, se dirigió hasta la mesa que había en un rincón y sirvió dos copas de licor—. Morrau es un lugar muy hermoso y no te haces una idea de cuánto añoraba el viento y el frío. Además, el señor Atrien me ha resultado… interesante. Lo recibiré después de la cena y aunque Hidzá, mi acompañante, no se atrevería a delatarme, agradecería que lo alojaras en otro piso, si es posible.

—Por supuesto, no te preocupes. No me hubiera imaginado que tú… —Morgana le entregó una copa a su invitada y se sentó a su lado.

—Kirios casi ha olvidado que tiene una esposa.

—Con lo hermosa que eres, ¿cómo es posible? —dijo fingiendo asombro.

—Ya ves… —dijo con la mirada fija en las llamas que danzaban frente a ellas—. Como sea, aprovecharé la libertad de la que gozan en estas tierras ahora.

—Por supuesto, estás en todo tu derecho de hacerlo y nadie se escandalizará ni nada de eso. Y dime, ¿qué noticias traes de la maestra? —preguntó antes de terminar el licor de un sorbo.

—Excelentes noticias. ¿Ya has comenzado a reclutar magos?

—Así es y han llegado algunos a la Capital. —Morgana se levantó para volver a llenar su copa.

—Muy bien. Debes comenzar a preparar los ejércitos, Morgana. Tenemos previsto atacar Sitnor el próximo año y, si no es problema, Hidzá se quedará contigo para ayudarte con los entrenamientos de los magos.

Morgana sintió que le estaba clavando muy despacio una daga en las entrañas, pero mantuvo la compostura y sonrió.

—¿Habla mi idioma? Sería un inconveniente, de no ser así.

—Aprenderá rápido y me encargaré de encontrar alguien que le enseñe antes de dejar la Capital.

—Por supuesto. Sería de gran utilidad aquí, tenlo por seguro, apenas si tengo un par de ayudantes. —Morgana se puso de pie y esperó a que Viktoria la imitara—. Ya me retiro, en pocos minutos vendrán a buscarte para la cena.

Viktoria asintió y Morgana se alejó con la certeza de haber sido utilizada solo para poner un ejército más al servicio de la reina de Pyebra sin haber sacrificado a sus propios soldados. Antes lo sospechaba, pero después de esa conversación lo sabía con seguridad.

33

Drioed-ta, desierto Then Kua

Quentin y Josh caminaban por las arenosas calles de la ciudad, visitando los numerosos puestos que había a los lados de las calles. Naga los sacó de la mansión y le prometió a Arkghor cuidar de ellos, pero les dio unas monedas y los dejó solos ni bien llegaron a una calle concurrida, prometiéndoles regresar en algunas horas. Sin embargo, llegaron al lugar temprano en la mañana, faltaba poco para el mediodía y no había noticias del mago.

Era la primera vez que estaban solos en las calles de Drioed-ta y, a pesar de haber caminado por horas, aún no habían sido capaces de recorrer todos los puestos.

Con el ascenso del sol, el calor comenzó a hacerse cada vez más intenso y Quentin comprendió por qué en ese lugar todos vestían esas largas, livianas e incómodas túnicas. Hacía más de cinco meses que estaban ahí, pero tanto Josh como él, seguían prefiriendo utilizar sus habituales pantalones y camisas, aunque no era lo mismo estar en el fresco edificio en el que se alojaban que estar en la calle. Lo que sí adoptó era una especie de chalina, no muy ancha pero larga, que enroscaba alrededor de su cuello, para protegerse del sol. Hubiera sido más práctico si hubiera podido cubrirse también la cabeza con ella, pero era muy angosta.

Después de tanto andar, Josh se detuvo por algo para comer y Quentin, sin notarlo, continuó caminando. Le llamó la atención el brillo de una de las joyas que vendían en un puesto más adelante, por lo que se dirigió hacia allí. Al llegar, vio que el objeto que despertó su curiosidad parecía ser un broche plateado, que tenía la forma de una mariposa. Algo en esa joya le recordó a la muchachita de ojos grises y, tal vez, con las monedas que Naga le dio podía comprarlo para ella, para entregárselo cuando volvieran a encontrarse.

Se acercó más para poder ver con detenimiento sus alas pero, para su asombro, la mariposa levantó vuelo cuando él se agachó. La miró sin poder cerrar la boca y quiso llamar la atención del vendedor pero este parecía estar demasiado ocupado, conversando con el puestero de al lado, como para hacerle caso.

Quentin comenzó a caminar detrás del extraño insecto y lo siguió por varias calles, con los ojos puestos en él.

Cuando se dio cuenta, se detuvo y vio que no había nadie a su alrededor. No sabía dónde estaba y Josh no lo había seguido. Estaba por regresar sobre sus pasos cuando la mariposa revoloteó frente a sus ojos, para luego retomar su camino en la misma dirección de antes. Quentin se dio la vuelta, decidido a volver para encontrar a Josh, pero, nuevamente, la brillante mariposa regresó a donde él se encontraba, dio una vuelta a su alrededor y voló hacia el mismo lugar al que iba en un inicio.

—Por los dioses, ¿qué sucede? —murmuró. La mariposa regresó por tercera vez y Quentin la siguió—. Voy a hacer que me maten por esto, ya verás.

La mariposa retomó su camino y Quentin contempló, hipnotizado, cómo los rayos de sol creaban pequeños destellos en ella con cada aleteo. Le hubiera gustado poder sostenerla entre sus manos y ver cada uno de sus detalles, pero la mariposa no dejó que lo hiciera. No sabía si eso era magia de los Astros o de la naturaleza, pero le intrigaba lo suficiente como para seguirla sin saber hacia dónde se dirigía.

En un nuevo, y muy breve, momento de juicio se preguntó por qué estaba actuando sin pensar,

qué era lo que lo había llevado a hacerlo y por qué ni siquiera estaba cuestionándose, pero antes que pudiera responder a sus preguntas, una voz femenina llamó su atención de forma violenta. No pudo comprender sus palabras, pero se detuvo y se dio vuelta para ver qué sucedía. Tres mujeres vestidas con los uniformes que utilizaban los soldados de Drioed-ta se acercaban hacia él corriendo y con sus bastones en las manos.

«¡Por los dioses, estoy en el norte!» pensó alarmado.

En Drioed-ta, las mujeres vivían en otra parte de la ciudad, apartadas de los hombres, ya que eran consideradas demasiado puras para convivir con ellos. Según su cultura, el hecho de dar vida, cargar a sus hijos en su vientre y alimentarlos de sus pechos cuando nacían, convertía a las mujeres en seres sagrados y superiores a cualquier otra criatura. Ellas dictaban las leyes, se encargaban de la economía de la ciudad y eran las que decidían cuando y con quiénes traerían hijos al mundo.

Los hombres no tenían el derecho de posar sus ojos sobre el venerable rostro de una mujer, a menos que ella se lo permitiera, y por eso utilizaban un velo cuando iban al otro lado de la ciudad o cuando se encontraban en algún espectáculo público; los hombres tampoco podían entrar a la zona norte sin haber sido invitados y eran escoltados por guardias hasta la casa de la mujer en cuestión, para comprobar que no mentía. Quentin lo sabía, se lo advirtieron en numerosas ocasiones y ahora se encontraba allí, solo, sin escolta, sin invitación y sin poder decir ni una palabra en su idioma para que comprendieran que estaba perdido.

Una lluvia de golpes cayó sobre él y, sabiendo que resistirse podría significar ser decapitado en frente a una gran multitud sedienta de sangre, solo atinó a agacharse para recibir su castigo. Golpearon sin piedad alguna su espalda y sus piernas, hasta que no fue capaz de mantenerse en pie y cayó hecho un ovillo. Sintió que las pesadas botas de las guardias se estrellaron en su vientre, en su espalda, en sus brazos y sus manos y una de las guardias fue capaz de golpearle el rostro, aún cuando él intentaba protegerse la cabeza con los brazos.

Para su suerte, no pasó mucho hasta que escuchó otra voz femenina llamarles la atención, pero no se atrevió a moverse. Los golpes se detuvieron de inmediato y le pareció que la misma guardia que le habló antes estaba respondiendo a la mujer que intercedió; cuando el intercambio de palabras terminó, Quentin sintió una mano posarse con suavidad sobre su hombro. La mujer volvió a hablar, esta vez con calma, y él notó por su tono de voz que era joven.

Se atrevió a mover apenas uno de sus brazos para mirarla. La mujer, que llevaba un velo blanco como la túnica que vestía, se puso de pie y volvió a reclamar a las guardias, pero ninguna de ellas respondió por lo que las despidió gritándoles, furiosa. Quentin intentó sentarse y la joven le tendió la mano para ayudarlo, pero él se tomó el abdomen.

—Permíteme ayudarte —dijo ella con suavidad. Aunque habló en su idioma, lo hizo con un extraño acento, ya que pronunciaba la «D» como una «T» y la «T» como el sonido «tch».

—No puedo tocarla, señorita —murmuró sin levantar la vista. Se quitó la chalina que tenía en su cuello y se envolvió una de las manos, que sangraba y le dolía como si tuviera algún hueso roto.

—Creo que nadie nos está viendo —dijo apresurada—. ¿Puedes levantarte? Necesito sacarte de aquí ahora, antes que alguien más nos vea.

Quentin, sin atreverse a tocarla o mirarla, se puso de pie con gran trabajo.

—¿Por qué lo hace, señorita? Solo seré un problema para usted —murmuró.

—Calla, por favor, y sígueme. No deben verte hablándome.

La joven mujer comenzó a caminar y él la siguió, encorvado y en silencio, hasta que cruzaron dos calles más. Se preguntó por qué demonios estaba dejándose guiar por una desconocida. El

hecho de que hubiera detenido a las guardias no llegaba a convencerlo por completo, pero estaba tan dolorido y confundido, que solo la siguió en silencio. Ella entró en una casa, dejó la puerta abierta hasta que Quentin llegó y, luego, la cerró, no sin antes mirar a ambos lados de la calle. Dejó a Quentin solo y él apoyó la espalda en contra de un muro. Además del dolor de los golpes, sentía que estaba mareado, los oídos le zumbaban y le parecía que el aire que entraba a sus pulmones no era suficiente. Cuando pudo recuperarse, abrió apenas los ojos y miró el suelo frente a él. La casa en la que estaban parecía estar deshabitada, ya que había partes del tejado derrumbado y la arena inundaba el suelo, dejando apenas visibles unas pocas zonas del piso de piedra. Al escuchar sus pasos regresar, cerró los ojos otra vez.

—Mírame —susurró ella y tomó su rostro. Quentin se quedó petrificado en cuanto sintió sus manos en sus mejillas; un escalofrío le recorrió todo el cuerpo, a la vez que sentía que el vacío que lo acompañó los últimos años se llenaba de la más pura felicidad. Abrió los ojos, asombrado, y el aire volvió a sentirse puro y refrescante. Se encontró con una muchachita apenas más baja que él, de rostro delgado, grandes ojos grises y cabello gris oscuro. Ella sonrió—. Te encontré.

—¿Qué demonios…? ¿Cómo es qué…? —Quentin estaba tan confundido que no era capaz de expresarse, otra vez, como le ocurrió en Sitnor cuando la vio por primera vez. La muchachita no le dio tiempo a nada, se abalanzó sobre él y lo abrazó con fuerza. El dolor de los golpes que recibió le azotó el cuerpo, pero no se quejó y la estrechó contra su pecho—. Por los dioses, dejaría que me golpearan todos los días si supiera que tú estarás a mi lado cada vez que abra los ojos —murmuró sin soltarla, con el rostro perdido entre su largo cabello que olía a lavandas.

—Quítate la camisa —dijo ella y se separó de él de repente. Quentin debió verse realmente alarmado, porque ella rio y se cubrió los labios con una mano—. *Shrakjta*[13], que vergüenza. No es lo que… Solo quiero curarte.

—Estoy bien —dijo e intentó no pensar en que sentía su rostro arder por su reacción—, no te preocupes.

—Curaré tus lastimaduras entonces, así dejan de sangrar.

El ojo derecho de la muchachita se iluminó, acercó la mano a sus labios y luego a su frente y sus heridas dejaron de arder en un instante, aunque no fue igual que cuando Naga lo curó, pues no sintió ni una mínima molestia. Cuando terminó, miró a su alrededor y le hizo una seña para que la siguiera.

—¿Qué es este lugar? —preguntó Quentin mirando hacia los lados.

—Vivo a pocas casas de aquí y puedo ver su tejado derrumbado desde mi habitación. Fue el primer lugar al que se me ocurrió venir.

Quentin volvió a apoyarse en la pared, ya que las punzadas por los golpes que recibió en la espalda le dificultaban mantenerse en pie. En la habitación en la que se encontraban había tres sillas y una mesa a la que le faltaba una pata; la muchachita caminó hasta allí, sacudió las sillas y cada una de ellas despidió una nube de polvo.

—*Shrakjta* —dijo cubriéndose la boca y la nariz.

—¿Qué significa eso?

—Ven, por favor —dijo tendiéndole la mano y Quentin obedeció. Ella hizo una mueca y frunció la nariz de forma graciosa—. Perdona, a veces suelo ser un poco grosera. *Shrakjta* es algo así como un insulto en el idioma de Tesar, mi país natal, pero no he encontrado una traducción en sitnorense que me… ¿Consuele? ¿Conforme? No sé decirlo.

—Vaya… —Quentin pudo comprender en ese momento porqué le gustaban tantas cosas provenientes de Tesar. Se sentó frente a ella e intentó no quejarse por el dolor.

—Mi nombre es Ilsa —dijo con una sonrisa y Quentin sintió que la habitación se iluminaba.

—Ilsa… —susurró—. Al fin puedo ponerle un nombre a tu recuerdo. Yo soy Quentin.

—¿Cómo es que llegaste hasta esta parte de la ciudad?

—Seguí a una mariposa de plata —dijo y se rascó la nuca—. Estaba en uno de los puestos y parecía ser un broche, aunque levantó vuelo cuando me acerqué a verla. Quise comprarla para ti cuando la vi, pero… me trajo hacia donde tú estabas y no sé hacia dónde se fue.

—Eso sí que es extraño. —Ilsa frunció el ceño y, luego, inclinó la cabeza hacia un lado— ¿Y por qué querrías comprármela?

—Pensé en ti cuando la vi. Bueno, pienso en ti todo el tiempo, a decir verdad —dijo y su rostro enrojeció otra vez. Una cosa era sentirlo y otra, muy diferente, que ella estuviera sentada frente a él y pudiera decírselo. A pesar de lo incómodo que a él le pareció, Ilsa le tomó la mano y sintió que un escalofrío le recorría el cuerpo de nuevo. Ilsa notó la improvisada venda y la quitó con mucho cuidado.

—Yo también te recuerdo a cada momento —dijo con su vista puesta en sus heridas—. Esto va a doler, perdón.

La muchacha puso la mano de Quentin entre las suyas y, en un crujido, le acomodó los huesos salidos de lugar. Luego pasó sus dedos por cada corte hasta que cada uno de ellos se cerró.

—Gracias —dijo, asombrado. Quiso mover la mano para comprobar que todo estuviera bien, pero Ilsa no lo soltó—. ¿Cómo fuiste capaz de encontrarme?

—No lo sé. Sentí como en Sitnor, que el suelo temblaba y que no podía respirar. Dejé mi casa sin saber hacia dónde ir, pero de alguna forma, sabiéndolo, pues te encontré otra vez.

—Has cambiado, aunque tu sonrisa sigue siendo la misma. —Quería decir tantas cosas en esos instantes, que no sabía por dónde empezar.

—Tú estás más alto, pero sigues siendo quien recuerdo, con tu cara de niño inocente y tu voz demasiado gruesa. —Quentin sonrió al escucharla, pero Ilsa acariciaba su mano, distraída, con toda naturalidad, siguiendo con sus ojos el recorrido de sus delicados dedos—. Me has hecho falta, Quentin, y ahora no quiero dejarte ir nunca más.

—Eso no será posible —dijo bajando la vista—. Soy un esclavo aquí…

—¿Cómo…?

—Nos perdimos en el desierto, nos capturaron y nos trajeron aquí. Josh… —Quentin se puso de pie de un salto e Ilsa se asustó—. ¡Por los dioses, dejé solo a Josh!

—¿A quién? —preguntó Ilsa, imitándolo.

—Es mi amigo, estaba conmigo cuando nos capturaron y también… —Quentin puso sus manos sobre su cabeza—. Estaba conmigo en la ciudad, lo olvidé por completo.

—¿Estaban solos? ¿Cómo es que dejaron a dos esclavos solos?

—Uno de los hombres de Arkghor… —Quentin sintió una puntada y se llevó una mano al abdomen por unos segundos.

—¿Arkghor? —El rostro de Ilsa palideció aún más de lo que ya era.

—El sujeto que nos compró.

—Quentin… —Ilsa sujetó sus manos de nuevo—. ¿Te usan en las peleas?

—Sí, así es. Somos soldados.

—Te acompañaré hasta que los encuentres, no te preocupes. —Ilsa sacó del bolso, que tenía colgado en su hombro, su largo velo y se cubrió el rostro y el cabello—. Usar esto es una porquería, pero esta vez será de utilidad, ya que no sabrán quién soy. Ambos tendríamos problemas si nos ven juntos.

—No lo entiendo… ¿Por qué tú?

—Eres un esclavo y yo no pedí permiso para estar contigo. —Ilsa le hizo una seña y dejaron la

casa—. Las mujeres de aquí pueden pedir un esclavo a sus dueños para casarse con él, pero no es un matrimonio como conocemos, sino que son apenas unos quince días en los que, se supone, la mujer debería quedar embarazada. Después de eso, el esclavo regresa a su dueño. —Ilsa chasqueó los dedos—. Eso podría hacer. Te pediré a ti y ya veremos cómo hacemos para salir de esta horrible ciudad.

—No lo hagas. —Quentin se detuvo—. Por favor, no lo hagas. Solo te meterás en problemas y a mí me mataran. No sé donde estamos, ni cómo salir de este lugar. Solo sería para que nuestros cadáveres se secaran en el sol del desierto.

—Entonces que así sea, pero juntos. —Ilsa retomó el camino y Quentin se tardó unos segundos en seguirla—. Pasarán quince días hasta que lo noten, podremos llegar a alguna aldea de Sitnor para ese entonces.

—Ilsa, no…

—Quentin, ¿cuánto tiempo crees que viven los esclavos de Arkghor? —murmuró, molesta—. Te lo diré: no más de unos meses. No te dejaré ahí para que un puñado de malditos carniceros se siente a la sombra para entretenerse con tu muerte.

—No puedo irme sin Josh —dijo y volvió a detenerse. Ilsa se frenó y se dio vuelta, caminó hacia él, lo tomó del brazo y se dirigió de nuevo a la casa abandonada—. ¿Qué haces?

—Cállate y sígueme la corriente, hay gente en las calles —murmuró—. Si te ven hablándome, tendremos problemas.

—Perdóname, Ilsa —dijo Quentin en cuanto cerraron la puerta—. Josh es como un hermano para mí. No podría marcharme y dejarlo aquí.

—Comprendo, pero puedes morir, Quentin. —Ilsa se quitó el velo, lo guardó en su bolso y se recogió el cabello mientras hablaba—. ¿Cómo estaré tranquila? Ni siquiera tengo dinero para comp… —Dejó caer sus brazos y su cabello cayó como una lluvia de plata sobre sus hombros y su rostro—. Espera, tal vez podría conseguir el dinero. Y luego trabajaríamos para comprarlo a él.

—¿Puedes? ¿Se puede comprar un esclavo así como así?

—No es fácil. —Ilsa volvió a recoger su cabello y lo sujetó con una cinta—. Los esclavos son muy caros, pero creo que podría conseguirlo. Ya veré como hago. Intenta mantenerte con vida y, por los dioses, deja que alguien te cure, apenas si eres capaz de quitarte las manos del abdomen. Arkghor debe tener magos que puedan hacerlo.

—Sí, está Naga, el mismo que nos trajo a la ciudad. Él solo nos dejó un puñado de monedas y se marchó.

—¿Nagalíjakh?

—¿Lo conoces?

—Todo el mundo lo conoce, aunque él es como un hermano para mí. Sabía que estaba en la ciudad, pero no que estaba con Arkghor. Es bueno que sea tu amigo, permanece con él todo el tiempo que puedas. Veré si puedo encontrarlo, de seguro podrá hacer algo más…

Quentin se quedó mirándola hablar, sin alcanzar a comprender quién era esa muchachita desgarbada y de movimientos torpes a la que tanto anheló encontrar. Por momentos sentía que la conocía desde una y mil vidas anteriores pero, al observarla y escucharla, se dio cuenta que era una completa extraña, que nada tenía que ver con lo que él imaginó que sería. Entendió que era una persona real, tan real como él lo era, y no solo el puñado de emociones tan intensas que sintió cuando la conoció y que sentía cada vez que la extrañaba. Nunca pensó en Ilsa de esa manera; para él, su recuerdo era felicidad, esperanza, ilusión y a eso se le añadían ahora miles de interrogantes con cada segundo que pasaba con ella.

—Quentin, ¿estás bien? ¿Qué te sucede? —Quentin negó con un movimiento de cabeza e Ilsa lo condujo hasta las sillas de la otra habitación, pero él permaneció de pie. Nada le sucedía, solo quería estar con Ilsa por unos minutos más. Quería que el tiempo dejara de correr para poder hablar con ella, descubrir quién era, qué le gustaba hacer y, también, porque le gustaba verla sonreír. La muchachita le tomó las manos y susurró—: Dime que tienes, por favor.

—Solo… no quiero alejarme de ti. —Quentin intentó esbozar una sonrisa, pero no supo si lo consiguió—. Sé que debo hacerlo, Josh está solo, ni siquiera le dije que me iba y, al mismo tiempo, por los dioses, no quiero dejar esta casa.

—Quentin… —dijo y, en su voz, Ilsa dejó translucir lo mismo que él sentía.

—Y soy un maldito esclavo, un objeto, sin poder de decisión sobre mí mismo.

—Calla, te sacaré de ahí, como sea, pero lo haré. Por favor, no dejes que esto te desanime. —Ilsa se soltó el cabello y se colocó el velo una vez más—. Ya debemos irnos, antes que empiecen a buscarte.

Ilsa caminó hacia la salida, pero él no la siguió y se quedó mirándola, como si estuviera clavado al piso, como si su cuerpo no le respondiera o, mejor dicho, como si él mismo no quisiera irse.

—Quentin, por favor, no hagas esto más difícil —susurró Ilsa al llegar y darse cuenta que él no se movió. Apoyó una mano en la puerta y bajó la cabeza—. Debo llevarte para que regreses a ese horrible lugar, sin saber qué sucederá contigo, sin saber si uno de estos días morirás entreteniendo a esos desalmados. ¿Crees que quiero hacerlo? —Ilsa se dio la vuelta, se quitó el velo y fijó sus ojos enrojecidos en él. Se llevó las manos al pecho y, entre ellas, tenía el velo al que retorcía sin consideración—. No quería decírtelo, pero me sentí morir cada día desde que nos conocimos en Sitnor, las mañanas, las tardes, las noches, cada instante era insoportable. —Quentin caminó hacia ella y, cuando la abrazó, Ilsa comenzó a llorar—. Sentía que algo me estrujaba el corazón constantemente, que el aire que respiraba era como un veneno que entraba a mi cuerpo y me enfermaba cada vez más. Y ahora que te encontré, debo dejarte ir de nuevo con esos asesinos.

—Yo también me sentí igual —susurró, mientras pasaba la mano sobre su cabello—, lo único que le daba sentido a mi existencia era que prometiste volver a encontrarme, Ilsa, y recordaba tus palabras cada mañana para poder ponerme de pie.

—Dime que no sentiste este peso en el pecho que no te deja pensar en nada más —dijo entre lágrimas—. Dime que no te dolía vivir, Quentin. Dime que eras feliz.

—No puedo hacerlo, Ilsa. Puedo mentirle a todo el mundo, pero no a ti.

—¿Cómo se hace para vivir así? —susurró.

—A mí me ayudaba recordar tu promesa, el recuerdo de tu sonrisa me salvó de caer en la locura una vez. Aunque no sé qué responderte, puesto que perdí la cabeza en muchas ocasiones e hice cosas que no debí hacer. —Quentin le tomó el rostro y quiso mirarla a los ojos, pero Ilsa bajó la mirada. Quentin sonrió y le secó las lágrimas—. Ya no llores, ¿sí? Me destroza verte así…

Ilsa sonrió a medias y volvió a esconder su rostro abrazándose a él.

—¿Por qué? ¿Por qué nos sucede esto? —preguntó con la voz ahogada.

—Porque somos parte de la misma estrella. Y, a pesar de todo, creo que es lo más hermoso que podría sucedernos. —Quentin habló sobre lo que Onix le contó al respecto y lo poco que pudo hablar con su Astro cuando fue atacado por el Indigno. Ilsa se quedó en silencio por largos minutos después que Quentin terminó de hablar.

—Pero… las guardias no iban a matarte. —Ilsa, recién en ese momento, se separó de él para

mirarlo, sin embargo Quentin tenía la vista fija en la puerta que estaba frente a él.

—Y tampoco nada malo estaba ocurriendo cuando nos encontramos la primera vez. Tal vez, en adelante, las cosas sean diferentes para nosot… —bajó la mirada y se encontró con que los grises ojos de Ilsa estaban observando sus labios. En ese momento, pareció que se le abrió un infinito vacío en el estómago, fue consciente de que las manos de Ilsa estaban en su cintura y de la peligrosa cercanía en la que se encontraban. Su perfume le pareció hechizante y la forma en que estaba mirándolo solo contribuía a que sus sentidos estuvieran aturdidos como nunca antes. Miró con detenimiento su rostro, observó los lunares que decoraban sus mejillas, sus largas pestañas y el contraste que se generaba entre el color de sus labios y su piel. Sintió la necesidad urgente de besarla y, también, de besar su pálido cuello, de acariciar su rostro y acercarse aún más a ella, deseó que las suaves manos de Ilsa se aferraran a él y le impidieran alejarse. Quentin contuvo la respiración y antes de hacer algo de lo que quizá se arrepentiría, le tomó el rostro con ambas manos y cerró los ojos—. Debemos irnos ya —susurró y le besó con suavidad la frente.

Cuando quiso separarse de ella, Ilsa le tomó la mano y lo detuvo.

—Quentin —dijo en un suspiro. La muchacha volvió a acercarse a él, sus brazos lo rodearon y sus manos recorrieron su espalda con tal sutileza que sintió su piel erizarse. Ilsa pareció notar su reacción puesto que sonrió y lo miró a los ojos. Quentin se perdió entre las betas grises de su mirada y el mundo pareció girar a una velocidad imposible, pero todo se detuvo cuando Ilsa pestañeó y su espalda chocó contra la puerta. De alguna forma, ella lo acorraló contra la única puerta de salida—. Ya no quiero que te alejes de mí.

—No hagas esto… —susurró y cerró los ojos.

—Quiero quedarme contigo hasta que cada uno de los Astros pierda su luz—dijo tan cerca de él, que sus labios acariciaron su cuello.

—Por favor, ya no sigas. —Su corazón latía con tanta fuerza que pensó que saldría de su pecho en cualquier momento Puso sus manos sobre los hombros de Ilsa con toda la intensión de apartarla pero, a su vez, deseando que lo que sucedía en ese momento nunca se terminara.

—¿En serio lo dices? —susurró.

Quentin sintió su cálido aliento en la piel y, ya sin pensar en lo que hacía, acarició los hombros de Ilsa. Sus dedos se detuvieron al llegar a su cuello y se deslizaron por él con lentitud. Su piel era tan suave y delicada que temió lastimarla con sus callosas manos. Abrió los ojos y la miró. Ilsa tenía los ojos cerrados; su cabeza, levemente inclinada hacia un lado, reposaba con total confianza en una de sus manos y una pequeña sonrisa iluminaba su rostro. La acarició una vez más y su dedo pulgar siguió el recorrido de los lunares en su mejilla hasta llegar a sus labios. Tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no ceder a sus deseos de besarla y olvidar todo lo demás.

—Por los dioses, Ilsa —susurró. Ella lo miró y puso una mano sobre la de él—. ¿Cómo puedes ser tan hermosa?

—Me pregunto lo mismo desde que te encontré de nuevo. —Ilsa sonrió y sus ojos brillaron.

—Perdóname. —Quentin desvió la mirada e intentó alejarla—. Nunca pensé en verte de esta forma. No…

—¿De qué forma? —susurró divertida. Sus ojos volvieron a encontrarse y Quentin se incomodó por la intensidad de la mirada de Ilsa. Se sintió como un niño torpe, abrumado y confundido por todo lo que ocurría y sentía.

—Así, Ilsa. Como si… No me hagas decirlo, por los dioses. —El rostro de Quentin enrojeció una vez más y las mejillas le ardieron. Ilsa rio, volvió a abrazarlo y apoyó la mejilla en su pecho, por lo que Quentin sonrió y continuó hablando como si ella no lo hubiera interrumpido—. No

sabía por qué te extrañaba tanto hasta que me dijeron lo que sucedía, pero no imaginé jamás algo así. Perdóname por ser solo un esclavo y ni siquiera ser libre para sentir.

—No digas eso…

—Es la realidad, perdóname —dijo y acarició su cabello—. Si alguien llega a saber que estuve aquí contigo, a solas, sin tener un permiso… no sé que podría suceder.

Se quedaron en silencio, aferrados el uno al otro por unos minutos, hasta que Ilsa se alejó de él de repente y evitó mirarlo.

—En todo caso, perdóname tú a mí por causarlo. No quiero que te hagan daño por mi culpa. —Ilsa le dio la espalda, rebuscó en su bolso y se colocó el velo otra vez. Cuando volvió a hablar, su voz era tan baja que apenas pudo oírla—. Además, me casaré en la primavera y quien será mi esposo me espera en Morrau.

Quentin sintió que su sangre hervía y deseó rebanar en mil partes a ese sujeto desconocido, pero intentó que Ilsa no lo notara, no tenía ningún derecho de interferir en su vida y en su futuro. Sin embargo, en ese momento se sintió tentado de sugerirle escapar de Drioed-ta. Tenía un remolino en su interior en el que se mezclaba todo lo que sentía, lo que pensaba, lo que era correcto, lo que quería hacer y lo que debía hacer.

—Ilsa…

—Dime.

Pero, como tantas veces antes, Quentin decidió hacer lo que creyó que era lo correcto. Seguir siendo un esclavo y dejar que Ilsa continuara con su vida.

—Espero que seas feliz… cuando te cases.

Se sintió devastado cuando Ilsa asintió y pasó junto a él para abrir la puerta sin decirle ni una palabra. Tal vez, ella estaba esperando algo más, pero él no tenía nada para ofrecerle. Era un esclavo y los esclavos no pueden decidir sobre su propia vida.

Cuando dejaron la casa, el sol ya llegaba a su punto más alto. Hicieron el recorrido en silencio y, al cruzar los cercos de arbustos de radiantes hojas verdes que dividían la ciudad, Ilsa comenzó a caminar delante de él.

Las calles de la parte masculina de Drioed-ta estaban llenas de gente que se detenía a comprar en los numerosos puestos y, a esa hora, los más concurridos eran los puestos de comida. La mayoría de las mujeres que veía llevaban velos para cubrir sus rostros, aunque había algunas pocas que iban con el rostro descubierto. Las mujeres sonreían descaradamente a cuanto hombre se cruzaran y estos se detenían a observarlas sin pudor alguno.

—¡Q! —Josh corrió hacia él en cuanto lo vio—. Por un demonio, ¿dónde estabas? ¿Te encuentras bien?

—Me perdí —dijo. Vio a Ilsa detenerse y mirar hacia donde ellos estaban—. ¿Naga regresó?

—No aún. ¿Qué te sucedió? —dijo tocándose el rostro.

Ilsa regresó a su lado, Josh la miró por unos segundos y luego bajó la mirada.

—Crucé los arbustos, me vieron las guardias, me golpearon y la señorita me ayudó a regresar.

—¿Dónde está Nagalíjakh? —preguntó Ilsa.

—Aún no vuelve —dijo Quentin, sin mirarla.

—Me quedaré junto a ustedes y lo esperaré.

—Ilsa, no. Regresa, por favor.

—No puedes dirigirme la palabra aquí sin que yo lo consienta y no te permitiré hablarme. Me quedaré aquí, necesito ver a Nagalíjakh.

—Ilsa, lo digo en serio —protestó y sintió los ojos de Josh clavados en él.

—Yo también, Quentin —susurró.

—Q, ¿qué haces? Harás que vuelvan a golpearte —dijo Josh apartándolo del lado de Ilsa.

—La conozco de Sitnor, no dejará que me golpeen otra vez.

—¿Desde cuándo tú conoces muchachas?

—Ahora no, por favor. —Josh abrió la boca para seguir protestando, pero Quentin regresó junto a Ilsa y lo dejó solo—. Escúchame…

—Escúchame tú a mí —dijo golpeando con el dedo índice en el medio del pecho de Quentin—. Si no me permites hablar con Nagalíjakh y me voy ahora, iré hasta la casa de Arkghor y te pediré como esposo, lo que significa que escaparemos de aquí. Tú elijes.

Quentin miró a su alrededor y vio que Josh estaba parado en el mismo lugar donde lo dejó, mirándolo con desconfianza.

—¿Qué crees que harán tus padres cuando no te encuentren? Me cazarán como al maldito esclavo que soy. Y si logras comprarme, ¿qué voy a hacer? ¿A dónde me alojaré? ¿Contigo? Tu esposo te espera en Morrau, Ilsa, y no creo que se vaya a alegrar cuando sepa lo que has hecho.

—No voy a casarme, ¿cómo podría hacerlo? Nunca imaginé que podría sentir por alguien lo que tú…

—No hagas esto, por favor —suplicó.

—¿Hacer qué?

—Ilusionarnos, Ilsa.

—*Shrakjta*, Quentin, no lo digas así… —Ilsa quiso tomar la mano de Quentin, pero él no se lo permitió. Había demasiada gente a su alrededor y no quería sobrepasarse.

—¿Cómo quieres que lo diga? —preguntó con un gesto de impaciencia—. Nos separaremos hasta quién sabe cuándo y… te casarás, maldición. Si ya tienes un matrimonio arreglado no puedes cancelarlo, no puedes rehusarte porque sí, Ilsa. ¿Cuál será tu excusa? ¿Qué te enamoraste de un esclavo que acabas de conocer?

—Eres cruel —susurró dolida—, no sabes lo que siento.

—No me digas eso, dime cualquier cosa, pero no eso. Tú tampoco sabes lo que yo siento. No sabes lo que tuve que luchar contra mí mismo para no perderme en tus labios, pero sabía que si lo hacía, no solo nuestra separación sería más dolorosa sino que si alguien se entera, me matarán. No me importaría morir, pero sé que tú vas a sufrir aún mucho más de lo que ya sufriste.

—Nadie lo hubiera sabido, hubieran sido solo unos momentos…

—No solo unos momentos, Ilsa —susurró y se acercó a ella—, porque estoy seguro que si te besaba iba a perder la razón por completo.

—Yo ya lo hice —murmuró. Quentin rio y la voz de Ilsa se endureció—. Dime cómo demonios se llama esto, entonces.

—Confusión. Es por nuestra estrella. Fue solo porque nos encontramos —dijo, intentando convencerse él mismo, también—. Si llegas a conocerme mejor, verás que soy un idiota y no pensarás lo mismo de mí.

—Aun así, deberíamos haber disfrutado de esos momentos de confusión ¿no te parece? —Quentin notó que Ilsa estaba utilizando el mismo tono de voz, entre seductor y divertido, que cuando estaban en la casa abandonada.

—Por los dioses. —Quentin se sintió avergonzado y se pasó las manos por el rostro. Escuchó que Ilsa reía debajo de su velo y hubiera dado cualquier cosa por verla reír, aún a costa de su vergüenza—. ¿Acaso crees que soy de piedra?

—A decir verdad, sí —dijo Ilsa, divertida—. A mí no se me ocurrió razonar en ese momento, pero ahí estabas tú, recordando que eres un esclavo. Yo solo te hubiera besado y…

—Ilsa, ya deja de jugar conmigo —dijo. Sintió que el rostro le ardía e Ilsa rio otra vez.

—Te ves tan lindo cuando te pones nervioso —murmuró entre risas y Quentin cerró los ojos por unos segundos, pero lo mismo sonrió por su comentario.

—¿Lo haces a propósito?

—Claro que sí, y también porque me gusta ver cuando sonríes. Ojalá pudiera verte sonreír todos los días.

—No sé quién es más cruel, si tú o yo —murmuró Quentin e Ilsa volvió a reír.

—¡Ilsa! —una mujer se acercó a ella, la tomó del brazo y la alejó de Quentin antes que ella pudiera responderle. Se preguntó cómo fue capaz de diferenciar a Ilsa entre las demás mujeres, pero luego notó que ella era la única que llevaba un bolso de cuero colgado de su hombro. Con la misma desolación de la primera vez, la vio perderse entre la gente que recorría las calles sin poder hacer nada para evitarlo.

—Dime qué sucede —dijo Josh, con el ceño fruncido, cuando llegó junto a él—. ¿Quién era ella?

Quentin se llevó la mano al abdomen al recordar que, desde que dejaron la casa abandonada, no volvió a sentir dolor. Ilsa lo curó sin que lo notara, tal vez cuando estaba abrazada a él.

—La conocí antes de ir al encierro, cuando tú y Noah terminaron en la enfermería. —Quentin intentó que su voz sonara lo más normal posible, a pesar de que sentía un nudo a mitad de su garganta.

—Te agradezco profundamente la confianza —dijo disgustado.

—Otra vez con lo mismo… —Quentin se pasó las manos por la cabeza. Necesitaba una excusa para no tener que decirle a su amigo quién era Ilsa en realidad y todo lo que ella significaba para él. Quería seguir conservando ese secreto, pero sin tener que mentirle a Josh—. No lo mencioné porque solo intercambiamos unas pocas palabras esa vez, fue solo eso.

—Por la forma en que hablaban, no lo pareció. ¿Estaba coqueteando contigo?

—¿Qué dices? No, quiere comprarme o pedirme como esposo a Arkghor para escapar. Pero le dije que no te dejaría aquí. —La respuesta pareció haber convencido a su amigo, puesto que no insistió.

—¿Y Naga qué tiene que ver en todo esto?

—Lo conoce y quiere pedirle dinero para comprarme. De esa forma, yo sería capaz de trabajar para comprarte a ti. Pero dudo que Naga tenga la cantidad necesaria.

—Vete con ella, Q. Ve a Sitnor y habla con mi padre…

—Salimos los dos juntos de aquí, o aquí moriremos, Josh. No te dejaré. —Josh quiso protestar, pero Quentin lo interrumpió—. ¿Tú te irías? —Su amigo negó moviendo la cabeza—. Entonces ya no digas más.

Se quedaron en silencio, sentados contra la pared de una casa, por más de una hora hasta que Naga llegó y, en silencio también, los tres regresaron a la mansión de Arkghor.

34

Lo único que tenía de bueno ese horrible lugar, era que podía pasear sola por la ciudad, sin condiciones ni quejas de su madre y era algo que aprovechaba a hacer a diario. Pero, esta vez, Ilsa salió a la calle ni bien amaneció y caminó hacia las afueras de Drioed-ta, donde se encontraba la mansión del señor Arkghor.

Estaba tan nerviosa que sentía que en cualquier momento podía desmayarse, pero tenía que controlarse de alguna forma. Aunque quizás Quentin no estaría de acuerdo con su decisión, no se podía quedar de brazos cruzados esperando que, por voluntad de los dioses, él fuera liberado. Tampoco podía estar tranquila sabiendo que en cualquier momento podían anunciar un nuevo evento en la «Pequeña Thoria». Decenas de personas morían ahí cada vez que los esclavos luchaban y él podría ser uno de ellos.

Encontró a Nagalíjakh el día anterior, poco después de dejar a Quentin, pero él no podía prestarle ni una moneda, ya que debía grandes cantidades de dinero a Arkghor, y ella no se atrevía a pedirle el dinero a su padre. Una suma tan importante llamaría su atención y las preguntas no terminarían nunca. No conocía a nadie más allí que pudiera ayudarla y no tenía más opción que pedirlo como esposo.

No pensó qué haría cuando Quentin fuera llevado a su casa, ni qué le diría a su madre. Ya había decidido que no se casaría con el esposo que sus padres le habían buscado, pero ellos no lo sabían aún.

Tampoco pensó cómo harían para escapar de Drioed-ta, pero seguro encontrarían la forma de hacerlo. Quizá podrían dirigirse hacia alguna aldea de Sitnor o de Morrau, su padre tenía infinidad de mapas en la carreta en la que viajaban y no le sería difícil encontrar el que necesitaban, ya que el vehículo estaba en el establo de la casa de invitados en la que se alojaba con su madre.

Después de más de una hora de caminar por las arenosas calles de la ciudad, Ilsa llegó a la mansión de Arkghor y, antes de llamar a la puerta, respiró varias veces para intentar serenarse.

«Maldición, no voy a ser capaz de hablar siquiera, ya me lo imagino» pensó.

Finalmente, respiró profundo una vez más, levantó la mano y tiró de la fina cadena de oro que pendía frente a ella. Un coro de campanas de distintos tamaños sonaron por unos segundos, creando una suave melodía. Ilsa no tuvo que esperar mucho, ya que, casi al instante, un muchachito se presentó en la puerta.

—Deseo hablar con el señor Arkghor —dijo Ilsa y su propia voz le sonó tan ridícula que sus mejillas se sonrojaron. Nuevamente, agradeció a los dioses por el velo que la cubría.

El muchachito le hizo una seña y la invitó a pasar a una sala decorada con almohadones, alfombras, sillones y mesas de todas las clases, tamaños, formas y colores. Había desde los rústicos muebles que pueden verse en las casas más pobres del continente hasta lujosos sillones de oro y almohadones de terciopelo.

Ilsa viajó con sus padres y su hermano en una carreta de madera desde que tenía memoria. Conoció aldeas pobres y ciudades prósperas, se alojó con aldeanos y grandes señores; y parecía que el señor Arkghor viajó de igual forma y llevó con él una muestra de cada casa que pisó alguna vez. Si bien era extraño encontrar una sala con tan variada decoración, todo estaba correctamente dispuesto, de forma que la composición general era agradable y armoniosa a la vista.

El sirviente la condujo hasta el sillón de oro más grande que había en la sala, la invitó a tomar asiento y la dejó sola. Unos minutos después, regresó con una bandeja de oro con frutas y bebidas de colores.

—Cuando termine de alimentarse, haga sonar la campana y el señor vendrá a verla.

—No es necesario, me gustaría hablar con él ahora.

El sirviente hizo sonar él mismo la campana y desapareció detrás de una puerta. El señor Arkghor entró a la sala y se sentó, en un almohadón de tela rústica, a los pies de Ilsa.

—Mi señora, ¿qué puedo hacer por usted? —dijo sin levantar el rostro.

—Deseo casarme con uno de sus esclavos —contestó, intentando que su voz sonara serena y segura.

—Como usted desee.

—Su nombre es Quentin. ¿Se encuentra disponible?

—Por supuesto, mi señora.

Ilsa deseó abrazar al desagradable y rosado sujeto y saltar de alegría, pero se contuvo.

—Excelente.

—Noto por su voz que usted es joven, ¿podría decirme su edad?

«Maldición, ¿a qué edad se casan las mujeres aquí?» pensó.

—Tengo dieciséis años.

El hombre hizo silencio por unos segundos y luego asintió.

—Dígame su dirección y su nombre.

—Mi nombre es Ilsa Zvezda y me alojo en la casa de invitados número 29.

—Esta noche, él llamará a su puerta, mi señora.

—Excelente —repitió y se puso de pie. El señor Arkghor se levantó tras ella y la acompañó hasta la salida.

Estaba hecho, Quentin estaba a un paso de ser libre. Ilsa sonrió y su sonrisa la acompañó de regreso hasta su hogar.

—El viejo me matará si envío ese esclavo a su hija —murmuró y luego exclamó—: ¡Naga!

El señor Arkghor caminó por las diferentes habitaciones buscándolo, pero el muchacho no aparecía. Salió hacia el jardín trasero y caminó hasta el edificio de los esclavos.

—Naga, maldito seas, muchacho, ven aquí —le dijo con una seña cuando lo vio. Estaba sentado en la sombra, justo al lado del esclavo que la señorita Zvezda solicitó; los ojos verdes de Quentin parecían iluminar aún a la distancia y resaltaban sobre su piel bronceada por el cruel sol del desierto.

«¿Cómo demonios no va a querer que el muchacho la visite? Es raro que sea la primera que ha pedido por él» pensó divertido.

Naga corrió hacia él y Arkghor lo tomó del brazo y lo condujo hacia la casa. Entraron al despacho y el señor de la casa se sentó en un sillón de cuero negro. Naga caminó hasta una mesa que había en un rincón, repleta de botellas de diferentes tamaños y colores.

—Escucha, vino la hija del viejo Zvezda.

—¿Y? —preguntó Naga sirviendo licor en una copa.

—Quiere casarse, idiota, ¿a qué otra cosa puede venir aquí?

—¿Y yo qué tengo que ver? Oh, maldición… ¿Acaso quiere casarse conmigo?

—La chica no es ciega, Naga, y tú eres feo por donde te miren, ¿cómo crees?

—Tengo más propuestas que tú y, al menos, hay quince niños que llevan mi sangre… No sé quién es el más feo en esta sala... Bueno, entonces, ¿qué? ¿Yo debo decírselo al viejo? No sé qué

es peor, no me jodas. —Naga bebió el contenido de su copa de un solo trago—. Aún aprecio mi vida, Arkghor, ve y díselo tú.

—Ya deja de llorar… Quiere al muchacho que estaba contigo recién, a Quentin. Dile al viejo que se lo vendo al precio que él desee, que es uno de los buenos, pero que se lo vendo y que haga lo que quiera. No quiero tener problemas, ya sabes como es.

—Los tendré yo cuando deba decírselo, demonios. ¿Por qué no envías un mensajero? —Naga volvió a llenar su copa y se sentó frente al señor Arkghor.

—Porque la señorita quiere a su esposo hoy y no puedo negarme a enviarlo. El mensajero pasará todo el día yendo y viniendo de un lado al otro entre ridículas formalidades. Si él viene enseguida y lo compra, puedo decir que lo vendí antes que ella llegara y lo olvidé. —Arkghor se encogió de hombros y frunció la cara—. Yo qué sé.

—Demonios, Arkghor. Me las pagarás si el viejo se enoja conmigo, ¿oíste?—dijo apuntándolo con el dedo.

—Sí, sí, lo que digas —dijo moviendo las manos—. Habla con él, vamos. Quiero saber que dice.

Los ojos de Naga se convirtieron en dos esferas luminosas, del color del metal fundido y, a los pocos minutos, volvieron a apagarse.

—Estará aquí al mediodía.

—¿Cómo lo tomó? —preguntó con impaciencia.

—Dijo que pagará lo que el muchacho vale.

—¿Y ya? ¿No gritó, insultó, amenazó ni nada?

—Y ya, solo que estará aquí.

—Pero, ¿le dijiste que la chica quiere casarse?

—¿Tengo cara de idiota? —Naga lo miró fastidiado—. Claro que le dije, era la única forma en que se llevara al muchacho de aquí.

—No sé qué es peor, si saber que está tranquilo o que insulte y maldiga hasta a mi madre. Bueno, como sea. Quédate conmigo cuando el viejo llegue, no sea cosa que se le dé por destruir mi casa.

Cuando el sol estaba en el punto más alto del cielo, un sirviente llamó a la puerta y, cuando Naga abrió, el muchacho señaló a la sala.

—El señor Zvezda está aquí —dijo y se retiró hacia la cocina. Arkghor y Naga se dirigieron a la sala y, detrás de ellos, otro sirviente iba llevando frutas frescas y bebidas.

—No quiero formalidades —dijo el señor de cabello y barba del color de las nubes de tormenta—. ¿Cuánto quieres por el muchacho?

—Aceptaré lo que quieras pagarme por él.

—Dime un precio, no quiero deberte ningún favor, Arkghor.

—Al contrario, soy yo el que está en deuda contigo.

—Ya, ya —dijo moviendo las manos como si espantara a las moscas—. Dime el precio.

—10 monedas de oro. Y haz lo que quieras con él.

—Hecho. —El señor Zvezda sacó su bolsa de cuero y comenzó a contar las monedas, luego las amontonó en una pila y la empujó hacia Arkghor—. 10 monedas. Trae al muchacho.

—Naga, ve.

—¿Qué harás con él? Es un muy buen guerrero, sería una pena que…

—Lo devolveré a Sitnor. Es hijo del segundo, si el Gobernador se entera que está aquí, buscará Drioed-ta por cielo y tierra y, cuando la encuentre, hará pedazos la ciudad.

—¿Y el rubio grandote, el que está junto al muchacho siempre, quién es?

—Por su descripción, debe ser el hijo de Pronees. ¿Puedes traerlo?

—Sí, sí. —Arkghor se pasó la mano por el rostro—. Por un demonio. Llévatelo, entonces.

—¿Cuánto quieres por él?

—Nada, llévatelos a los dos y encárgate de ellos.

Naga llegó en ese momento, con Quentin a su lado.

—Ve por el otro, Naga, por el amigo. —El mago lo miró extrañado—. Después te explico, ve por él, anda.

Naga volvió a dejar la habitación con un gesto de fastidio y Quentin se quedó parado junto a la puerta, mirando al suelo, con las manos cruzadas tras su espalda.

—Y pensar que por poco los llevo a mi habitación —dijo Arkghor mirando a Quentin.

—Maldito seas, Arkghor, ¿qué cosas dices?

—No puedes negar que se ven muy bien…

—Cállate, demonios, cállate. Son dos críos.

—Ya son muy capaces de comer solos, viejo —rio Arkghor.

—Cierra la maldita boca o te arrancaré la lengua.

Arkghor rio y Naga llegó acompañado de Josh.

—Sí, es quien dije. Los llevaré a los dos. —El viejo hombre les habló en el idioma de Sitnor y los dos muchachos se sobresaltaron al oírlo. Luego, el mago volvió su atención hacia su anfitrión—. Gracias, Arkghor.

—¿Qué le digo a tu hija?

—Envíale a cualquier otro y dile que Quentin fue vendido.

—Vendrá a quejarse.

—No lo creo, pero si viene, no le digas que yo lo compré.

Arkghor asintió y el señor Zvezda se puso de pie, les hizo una seña a los muchachos y estos se acercaron a él. El viejo los encadenó y, luego, lo siguieron en silencio para desaparecer tras la puerta de la mansión.

—¿Por qué el viejo se llevó a los dos? —preguntó Naga.

—Porque son hijos de los gobernadores de Sitnor y no queremos problemas con esa gente. Los devolverá a su país.

—¿Qué sucede, Arkghor? ¿Te duelen las monedas que perdiste?

—Casi llevo a esos dos a mi habitación —dijo en un suspiro.

—Cualquiera de ellos te hubiera roto todos los huesos si solo lo hubieras intentado —dijo Naga riendo.

—Qué molesto eres, Naga, ni siquiera me dejas soñar despierto. Vete de aquí, encuentra algo útil para hacer. Anda, lárgate ya.

Naga soltó una carcajada y salió al jardín.

35

Quentin y Josh caminaban encadenados detrás del hombre de cabello gris por un camino de fina tierra blanca que se levantaba en pequeñas nubes a cada paso. Sentían que el astro rey les estaba cocinando, a fuego lento, la piel del rostro y de las manos.

A los lados del camino, solo veían arena, rocas y algún que otro arbusto de ramas y hojas grises. Y para Quentin era un día tan triste como el paisaje que lo rodeaba.

«¿Qué estará haciendo Ilsa? Me han vendido y no hay forma que ella lo sepa. Ojalá Naga pueda decírselo» se lamentó.

Era lo que más le mortificaba en ese momento, más aún que el hecho de haber sido vendido a un desconocido y haber sido alejado de Naga que les demostró, en reiteradas oportunidades, que su amistad con el gato era lo único que los mantuvo a él y a Josh con vida por tantos meses.

Después de una hora de caminar bajo el sol abrasador, llegaron a una mansión tan grande como la que dejaron atrás y, cuando entraron, su nuevo dueño se apresuró a quitarles las cadenas.

—Mis señores —dijo haciendo una reverencia—, disculpen a este viejo por haberlos tratado de esta forma.

—Yo lo conozco —dijo Quentin, de repente, cuando el hombre se irguió—. Usted… Usted nos ayudó en Sitnor.

—¡El borracho! —dijo Josh dándose un golpe en el muslo.

—Así es, mis señores.

Josh comenzó a reír y abrazó al viejo hombre.

—¿Usted nos compró? —preguntó, sin soltarlo.

—Sí, mis señores, y los devolveré a Sitnor.

—Nuestros padres pagarán lo que gastó y seguro que más también, cuando sepan lo que hizo por nosotros —dijo, dejando al señor y acomodándole la túnica.

—Las monedas no son nada, mis señores.

—No lo entiendo —dijo Quentin y Josh lo miró como si quisiera matarlo—. ¿Por qué lo hizo?

—Tenemos amigos en común —dijo el viejo y Quentin asintió con una sonrisa.

— Onix… —murmuró en respuesta—. Gracias, señor.

—Nada que agradecer. Esta noche pueden descansar aquí. Partirán mañana al amanecer hacia Sitnor y mis hombres los escoltarán.

El viejo hombre les hizo una seña, los condujo hacia las escaleras y, en el primer piso, les señaló las habitaciones.

—Mis señores, cuanto poseo les pertenece. Siéntanse cómodos, están en su casa.

Los muchachos volvieron a agradecerle y el señor regresó a la planta baja por las escaleras.

—Hay que hacerle un enorme obsequio a Onix cuando regresemos, Q.

—Así es…

—Tendremos que averiguar qué es lo que más le gusta.

—Eso es fácil…

—Pero, debe haber algo más, aparte de que lo halaguen —dijo Josh riendo.

Quentin rio y entró a una de las habitaciones, necesitaba darse un baño con urgencia, quitarse de la piel el fuego del sol y la arena del camino.

Ilsa se pasó toda la tarde encerrada en la carreta de su padre, acondicionándola para cuando Quentin llegara. Decidió alojarlo ahí hasta que supieran cómo dejarían Drioed-ta pero, cuando entró a ver en qué condiciones estaba, vio que una capa del fino polvo blanco de las calles cubría todo el interior. Se entretuvo limpiando y eso la ayudó a pasar el día con más calma, porque se había imaginado que los nervios se le destruirían de tanto esperar. Al atardecer, subió a su habitación, se dio un baño y se quedó esperando a que llamaran a la puerta. Su madre había ido a ver a su hermano y a su padre, que vivían del otro lado de la ciudad, y cenarían juntos allí, por lo que estaba completamente sola.

Cuando la noche se adueñó de Drioed-ta, al fin alguien golpeó la puerta y, al abrir, se encontró con Naga, un muchacho con un lejano parecido a Quentin y dos de las guardias.

—Solo entrará Nagalíjakh —dijo Ilsa, y el mago entró a su casa—. ¿Qué es esto, Naga? ¿Dónde está Quentin?

—Lo siento, Ilsa. Alguien lo compró.

—¿Cómo que…? —Ilsa se dejó caer en el sillón más cercano. Sintió que le costaba respirar y que comenzaba a formarse un nudo en su garganta.

—No lo sé, no sé quién fue ni dónde se encuentra.

—No es posible, Naga, no puede ser cierto —susurró retorciéndose las manos.

—Voy a averiguar qué fue de él y mañana vendré, ¿sí? —dijo acercándose a la puerta, pero la miró por unos segundos y regresó junto a ella—. Dame unos momentos, intentaré saber qué sucedió ahora. —Los ojos del mago se encendieron y su vista se extravió por unos cuantos minutos. Ilsa lo observó, para ver si había algún cambio en sus expresiones, pero parecía tallado en piedra—. Lo compró alguien de Sitnor, Ilsa. Partirán hacia su país mañana en la mañana.

Ilsa se permitió sonreír. A pesar de que no podría verlo, era libre otra vez y regresaría a su hogar. Le dolía no poder despedirse de él, pero ahora estaba a salvo y eso le bastaba.

—Gracias —suspiró, aliviada.

—No te preocupes, él estará bien. ¿Me llevo al muchacho?

—Sí, por supuesto, ¿para qué lo querría? —preguntó con el ceño fruncido.

—No responderé a eso —dijo con picardía, se levantó de su asiento e Ilsa lo imitó.

—Ya lo hiciste. Si no fuera por la información que me diste, les diría a las guardias que te den una paliza, Nagalíjakh.

Naga rio y abrió los brazos. Ilsa le besó ambas mejillas y lo abrazó.

—Adiós, bonita.

—Adiós, Naga —dijo sonriendo.

«Quentin es libre» pensó ni bien cerró la puerta. Y eso era lo único que le importaba. Subió a su habitación corriendo, se desvistió y se acostó mirando el techo.

Las noches en Drioed-ta eran frías según la opinión de la gente que vivía allí y las camas de la casa en la que se alojaba estaban cubiertas con pesadas mantas tejidas que nunca utilizaba. Para ella, que nació en el Extremo Sur donde la nieve podía llegar a acumularse más de un metro en una sola hora de tormenta, el frío del desierto era soportable con una simple sábana. Aunque recordaba poco de su infancia y de esas nevadas tan impresionantes, sabía que aborrecía el calor del norte de Thoria y esperaba ansiosa el momento en que sus padres decidieran regresar a Tesar.

Ellos planeaban dejarla casada en Morrau, pero eso no sucedería. Escaparía si no lograba convencerlos, por nada del mundo ataría su vida a la de un hombre que no conocía. Antes le disgustaba la idea, sin embargo en esos momentos estaba segura de no querer hacerlo. Y no era por lo que sucedió estando con Quentin sino porque, probablemente, nunca sentiría algo así con nadie más. Él estaba en lo cierto y se daba cuenta de ello, solo fue un instante de confusión.

Quizás fue la emoción de encontrarse, de dejar de sentir esa angustia que le carcomía las entrañas a diario o el hecho de tener la certeza de qué era lo que ocurría entre ellos. Saber que eran parte de la misma estrella era, tal como dijo Quentin, lo más hermoso que podría sucederles.

Solo esperaba que las cosas fueran diferentes para ellos desde ese momento. Que su dolor no fuera tan grande y que su separación no durara tanto.

36

Quentin estaba en el jardín de la mansión del misterioso hombre que los compró a él y a Josh. Parecía que cada vez que necesitaba ayuda urgente, el señor sin nombre aparecía.

El señor tuvo invitados esa noche, por lo que Josh y él cenaron en su habitación y su amigo se retiró enseguida a descansar. Quentin esperó hasta que se hizo silencio y bajó a tomar aire al jardín. Era libre y había extrañado su libertad. Desde su celda en el edificio de esclavos de Arkghor solo podía ver una mínima porción del cielo nocturno, eso si corría la cama y la cajonera de su lugar, pero no todas las noches tenía la energía suficiente para hacerlo sin quedarse dormido antes de devolver las cosas a su posición original. La primera vez que lo hizo, el guardia lo despertó a latigazos por el desorden que causó. Aprendió de mala forma que los muebles no debían moverse.

Se quitó las botas y caminó descalzo por los pocos parches de hierba que había entre los caminos de piedras blancas, que brillaban como si tuvieran luz propia y, después de unos minutos, se sentó en contra de una alta palmera.

El cielo en ese lugar era diferente al de Sitnor, podía ver muchas más estrellas y no encontraba ninguna que le resultara familiar. Siempre pensó que las mismas estrellas alumbraban por igual en todos los cielos pero, como no dejó su ciudad desde su nacimiento, no sabía que eso podía ocurrir. Había tantas y eran tan distintas, que pensó que nunca sería capaz de saber cuál de todas ellas era la que compartía con Ilsa.

Sintió vértigo al pensar en la infinidad de estrellas que habría en el cielo y en lo diferentes que serían en otras ciudades. Se sintió tan diminuto e insignificante como un grano de arena entre las dunas que rodeaban Drioed-ta.

—¿Quentin? —La voz serena y profunda del señor sin nombre lo llamó desde la galería. El muchacho se puso de pie, tomó sus botas y caminó hasta donde él se encontraba. Este lo invitó a tomar asiento en los sillones de mimbre que estaban junto a la puerta que llevaba al salón principal y Quentin obedeció. La vista del jardín era hechizante, ya que los caminos luminosos parecían formar el rostro de una mujer de largo cabello y lo notó recién cuando los vio desde lejos—. Me gustaría hablar unos momentos contigo. ¿Cómo te sientes ahora que has encontrado a la persona con la que compartes tu estrella?

Quentin se sobresaltó y lo miró.

—¿Cómo… cómo lo sabe?

—Puedo verlo, así como pude verlo cuando se encontraron por primera vez. —El viejo señor se puso de pie y levantó las manos—. Ahora verás lo que yo veo cuando se encuentran, pues mis ojos pueden ver la magia en las personas y en los objetos. Lo que tú verás será una ilusión de esa magia, ya que te tomaría muchos de años de entrenamiento lograr verlo con tus propios ojos.

«¡Un mago! Es un maldito mago» pensó Quentin, alarmado, y miró a su alrededor, para ver si alguien más estaba en el lugar.

—No temas, no te haré daño. —El señor bajó las manos—. Soy amigo del gato al que tú llamas Onix y él me pidió que cuidara de ti y del señor Joshua. Quizás mi nombre no te diga nada, pero me llaman Lobo Blanco.

—Comprendo. Josh me habló de usted —murmuró Quentin y volvió a sentarse. Estaba justo al lado de uno de los magos más poderosos de la Antigua Era y, en su mente, se acumularon cientos de preguntas en un solo instante—. No me imaginé que fuera cierto todo lo que él me contó, ni

siquiera se me ocurrió pensar que usted podría estar vivo aún.

—Pues ya ves… —dijo sonriendo.

Lobo Blanco levantó una mano y Quentin vio con asombro cómo en el jardín se formaron las siluetas de dos personas de pie, una frente a la otra y, a su alrededor, aparecieron cientos de aros de suaves colores, de los que emanaba una tenue luz. Las siluetas estaban rodeados por ellos de pies a cabeza y parecía que unos finos hilos blancos unían sus manos. Algunos de los aros eran pequeños, algunos más brillantes pero todos ellos parecían girar muy lentamente a su alrededor, mezclándose entre sí, subiendo o bajando. Una de las siluetas se alejó algunos pasos de la otra, mientras movía sus brazos de un lado a otro. Los aros de colores se alborotaron y comenzaron a girar más rápido y, en lugar de circulares, se volvieron ovalados y mucho más brillantes.

—¿Eso… eso sucede cuando estamos juntos? ¿Eso es lo que un mago puede ver cuando nos ve? —tartamudeó. Nunca había visto un espectáculo tan maravilloso y estaba seguro de que pensaría en eso cada vez que recordara a Ilsa.

—Así es. Sin embargo, no todos los magos son capaces de verlo, se necesita de mucho entrenamiento y ser un mago poderoso para lograrlo. Esos aros forman parte del poder que los une. Cuanto más se alejan, más se estiran, pero después de cierta distancia se debilitan, su luz se apaga y los anillos vuelven a separarse. Antes de su primer encuentro en Sitnor, los dos llevaban vidas melancólicas, pero normales, y esas luces no existían. Sin embargo, segundos antes que se encontraran, esos anillos se unieron por primera vez y es por eso que ahora se sienten incompletos cuando están lejos uno del otro.

—Recuerdo que antes de verla por primera vez me sentí mareado y no podía respirar.

—Fue en el momento en que esos anillos se unieron. —Quentin asintió—. Ella se sintió igual, pero corrió hacia ti sin saber lo que hacía. Y aquí sucedió lo mismo.

—¿Por qué yo no pude darme cuenta de que ella estaba cerca? Seguí sintiéndome mal incluso estando ella en la misma ciudad que yo.

—Sus anillos no habían vuelto a unirse y la vida de ninguno de los dos corrió peligro hasta ese momento —Quentin lo miró, confundido—. ¿No te mencionó el señor Joshua que hubo una pelea en el puesto de joyas? El dueño mató a un hombre, lo culpó de haber robado uno de sus collares. Si hubieras permanecido ahí, te hubiera culpado a ti.

—¿Y qué hay de lo que ocurrió en el recinto? Casi me aplasta una roca descomunal la primera vez que estuve allí y…

—Nagalíjakh estaba ahí para protegerte, Quentin. No deberías subestimar la sabiduría de tu Astro.

—No entiendo… ¿Cómo sabía usted que estaba en el puesto de joyas?

—La mariposa no salió volando por sí sola, Quentin. Deberías saber que un objeto de plata no puede moverse a voluntad.

—¿Fue usted o fue mi Astro, entonces? —dijo y lo miró frunciendo el ceño.

—Quizás fuimos los dos —dijo con una sonrisa.

—Esto es muy confuso…

—Lo sé. Onix me ha mencionado que tienes algunos problemas para familiarizarte con…

—No tengo algunos problemas, señor. No quiero hacerlo.

—Pero lo necesitas.

Quentin cerró los ojos, intentando calmarse para no mandar al demonio al mago y a todas sus palabras. No solo sabía lo de Ilsa, sino también quería convencerlo de ser un mago, como Onix, como Astor.

—¿Por qué me habló de mi encuentro con… ella? —preguntó. Ya no quería seguir

conversando con él. Deseaba que llegara la mañana para largarse de ese lugar, aunque significara alejarse de Ilsa otra vez.

—Porque quiero que sepas que deberás ser muy fuerte en los próximos años.

—No es necesario que me lo diga. Puedo manejar mis emociones, señor.

—Onix…

—¡Por un demonio! —exclamó Quentin y se puso de pie—. ¿Será que pueden mantener un secreto? ¿Qué le dijo Onix? ¿Le habló de mis problemas para dormir, acaso? ¿De mis …?

—¿Terminaste? Onix está viejo, eso quería decir.

—Perdón, señor —murmuró avergonzado y volvió a sentarse—. Sucede que ahora todos se entrometen en mis asuntos y es algo que me molesta más de lo que quisiera, discúlpeme por reaccionar así.

—Todo esto es nuevo para ti y lo entiendo. Con respecto a Onix, es un animal y está muy viejo. Incluso para uno de los nuestros es inusual que viva tanto...

—Pero él está muy bien, señor.

—Que no te sorprenda si uno de estos días ya no despierta, Quentin. Él no querría que supieras su edad, pues es muy vanidoso, pero debes saber que lleva varios siglos caminando sobre nuestras tierras. Ha sido mi amigo y mi compañero desde que ambos éramos pequeños, hemos aprendido juntos y peleado lado a lado. Nos hemos separado por largos años en reiteradas oportunidades, pero permanecimos juntos durante el exilio. Ha sido uno de los más poderosos magos de la Antigua Era y lo sigue siendo. Pero, a pesar de su vanidad, siempre se mantuvo oculto. Encontrarás pocas referencias sobre él en los libros que todavía se conservan de esa época, pero sí de mí o de mis compañeros. En algunos escritos lo describen como un gran dragón negro, pues eso era lo que él quería que los demás recordaran. Es tan grandioso que podía defenderse, atacar y, a la misma vez, crear la ilusión de ser uno de esos feroces animales.

—¿Qué es un dragón, señor?

—Es un enorme animal que, se dice, vive al otro lado del mundo, en unas tierras a las que ninguno de los habitantes de Thoria ha llegado jamás. —El rostro de Quentin debió haber reflejado su desconcierto, porque el viejo mago sonrió y cambió el tema de conversación—. Dejaremos eso para otra ocasión, me llevaría varias horas poder explicártelo y hay otras cosas de las que deberíamos hablar.

Josh apareció en ese momento por la puerta y los miró. Tenía el cabello revuelto y los ojos hinchados.

—¿Estás bien, Q? ¿Qué sucede?

—Solo conversamos —dijo Quentin y le señaló uno de los sillones. Josh se sentó y se cubrió la boca para bostezar—. ¿Sabes quién es este señor? Estoy seguro que te gustará saberlo. Es Lobo Blanco.

Josh se paró de un salto y volvió a caer pesadamente. Abrió la boca para hablar, pero al no lograrlo, pasó las manos por su rostro.

—Demonios, yo sé quien es —dijo saltando del sillón una vez más—. Leí sobre usted. ¡Maldición! Perdón, señor. —Josh agachó la cabeza y volvió a sentarse. Quentin rio y el mago lo miraba con una sonrisa—. Amo la magia, ¿sabe? A mucha gente le disgusta y teme a los magos, pero yo daría con gusto una mano por ser mago.

El viejo hombre rio.

—Haría bien en temer a los magos, muchos pueden ser muy peligrosos, señor Joshua.

—Lo sé, pero eso no hace que deje de admirarlos. —Josh señaló a Quentin—. Él es mago, ¿sabía?

—Onix me lo dijo.

—Me salvó la vida una vez con sus poderes. Pero no quiere aprender a utilizarlos. ¿Cómo puedo convencerlo?

—¿Tú también, Josh…? —murmuró Quentin.

—Es su decisión, no es algo que se pueda forzar.

—Comprendo. —Josh miró a Quentin con el ceño fruncido y, luego, volvió la vista a Lobo Blanco—. ¿Puedo hacerle un montón de preguntas? Perdón, pero no dejan de darme vuelta muchas cosas en la cabeza.

—Adelante —contestó sonriendo.

—¿Por qué está usted aquí?

—¡Josh! ¿Acaso vas a interrogarlo? Ten más respeto, por los dioses.

—Está bien, no tengo nada que ocultar. Estoy aquí porque necesito dinero, enormes cantidades de dinero, y la mejor forma de conseguirlo es con las apuestas. Según Onix me ha contado, ya están al tanto sobre lo que sucede en Pyebra con los magos. —Los muchachos asintieron—. Desde que la Era de los magos comenzó nuevamente, hace poco más de veinte años, me he dedicado a viajar por Thoria para instruir a los nuevos magos. Y para eso se necesita dinero.

—Comprendo. ¿Esta ciudad qué es? No sabíamos que había ciudades en medio del desierto.

—Es Drioed-ta, la ciudad dorada. Cuando finalizó la Última Gran Guerra, en Sitnor se reunieron representantes de cada país, tanto magos como no magos, y allí se firmó la Ley de Protección. Esta ley incluye un tratado para proteger la magia antigua, para que no se volvieran a utilizar los hechizos que destruyeron Thoria y, por eso, los magos fueron perseguidos y asesinados con relativa facilidad, pero los grandes maestros nos dispersamos y ocultamos, incluso de nuestros propios amigos. Además de los no magos, nuestros enemigos querían acabar con nosotros, tanto como nosotros queríamos acabar con ellos.

«Dos de las grandes maestras de Tesar: Leyna, Hija del Viento del Sur, y Rivka, Señora de las pesadillas, fueron quienes fundaron esta ciudad y llamaron a los magos menores que huyeron de Sitnor después que el tratado se firmó. Ellas dos hicieron las leyes que la gobiernan y se encargaron de que sea una ciudad pacífica. Los magos que llegan son entrenados por ellas mismas. Con el paso de los años, más gente llegó: refugiados, desterrados, gente que no se amoldaba a la ciudad en la que vivía pero, principalmente, magos. Más allá del país en el que hayan nacido y la crianza que hayan recibido, todos se adaptan a las reglas, y tienen prohibido revelar la ubicación de Drioed-ta si alguna vez dejan la ciudad.

—¿Y cómo es una ciudad tan enorme, entonces?

—Bueno… haciendo las preguntas correctas a las personas correctas, puedes llegar sin mayores problemas. La ciudad toda está llena de hechizos y encantamientos que la protegen y ayudan a mantener el orden. Aquí las Leyes de Protección no funcionan, pues Leyna y Rivka se encargaron de anularlas.

—Entiendo. Me preguntaba cómo era que podían sostenerse esas pasarelas sobre el recinto de combate, si apenas tenían una o dos columnas. Y también comprendo por qué en una mansión como esta no hay ningún sirviente.

—Eso es para ahorrar dinero, muchacho, todo lo hago con magia y ahorro muchas monedas en esclavos, alimentos, uniformes y demás.

—¿Esas maestras que mencionó, aún viven? —preguntó Quentin.

—Claro que sí.

—¿Los magos son… inmortales? —preguntó Josh después de tragar con algo de dificultad.

—Por supuesto que no, pero podemos vivir por muchos siglos, si no nos asesinan. Contamos

con la ventaja de que nuestro Astro nos protege, por eso es raro que un mago enferme. Puede ocurrir que un hechizo salga mal y acabemos con nuestra vida nosotros mismos o que en una batalla resultemos heridos y no seamos capaces de curarnos, pero eso rara vez ocurre, no es tan fácil matar a un mago hábil.

—Por un demonio… eso significa que Q va a vivir por siglos y Astor también. —Josh palideció y se llevó ambas manos a la boca. Quentin se puso de pie y miró al mago primero y a Josh después—. No debí decir eso.

—Por los dioses, Josh…

—Astor es mi discípulo, Quentin. Joshua no dijo nada malo, ¿recuerdan lo que ocurrió el día que él nació? —Ambos asintieron—. Yo estuve ahí.

—Ese día Quentin dijo haber oído algo y Noah, su hermano mayor, dijo que era una profecía.

—¿Es necesario que le cuentes todo? —preguntó Quentin, enojado. Josh lo miró y encogió los hombros.

—También la oí. —Lobo Blanco recitó la profecía entera. Quentin volvió a sentarse y se llevó las manos a la cabeza. Nunca fue capaz de recordarla por completo, pero desde ese momento le sería imposible olvidarla.

—Eso no suena nada bien, señor—susurró Josh—. ¿Quién será Astor, entonces?

—Si la profecía no se rompe, será un peligro tanto para sí mismo como para nuestros enemigos, Joshua. Y eso es lo que estamos intentando hacer, educarlo y ayudarlo para que esa profecía pierda sentido.

—¿Se puede conseguir? —tartamudeó Quentin.

—Todo es posible. Es la razón para que Onix y yo estemos junto a él la mayor cantidad de tiempo posible. Astor no sabe de la profecía, por lo que sería mejor que no la mencionaran. Solo lo condicionaría, estaría pendiente de eso a cada instante y, si comete un error, puede llegar a castigarse de tal modo que terminará siendo quien quiere evitar ser.

—¿Cómo podemos ayudarlo nosotros? —preguntó Josh.

—No depende solo de los que estamos a su alrededor. Pueden ocurrir cosas que estén fuera de todas nuestras previsiones y desencadenar el infierno en él. Puede ocurrir que, después de haberlo hecho, él necesite ayuda para volver a ser quien era, puede que sea capaz de hacerlo por sí mismo, o puede que ya no haya regreso.

Para Quentin, las palabras de Lobo Blanco fueron como una puñalada en las entrañas. Era consciente del poder de su hermano, de sus habilidades y de sus conocimientos y si bien eso era algo que lo asustaba, más le afectaba la perspectiva que le dio el viejo mago sobre quién era Astor.

—Puede haber sido para alguien más —susurró Quentin.

—No nació nadie más, ese día, en Ciudad Capital. Ni siquiera alguien a quién los Astros no hayan bendecido. Tanto Onix como yo estuvimos atentos desde el momento en que la oímos. No hay posibilidades de que sea otra persona.

—Un animal tal vez… alguien en otra ciudad.

—¿Cómo es que funcionan las profecías, señor? —preguntó Josh.

—Una profecía es un mensaje de los Astros. Ellos nos hacen saber ciertas cosas con su cantar. Algunas veces, todos los magos son capaces de oír sus bellas voces, aunque en otras ocasiones solo aquellos que estarán más afectados por sus palabras podrán escuchar la profecía.

—Ahora entiendo porqué pude escucharla… sí es Astor —dijo Quentin y Lobo Blanco asintió.

—Ya es hora de descansar, Sitnor queda lejos.

El viejo mago se puso de pie y entró a la casa. Quentin y Josh se quedaron en silencio por

largos minutos.

—¿Por qué ahora? —preguntó Quentin—. Todo sucede ahora, todo junto, como un golpe bien dado.

—No lo sé, no sé qué decirte. A mí me sorprende tanto como a ti, pero me parece que hay más cosas que aún no me dices.

—Estás en lo cierto, hay cosas que no te dije.

—Y tampoco me las dirás…

—No, no lo haré. Es algo que me gustaría guardarme. Pareciera que todos quieren saber todo lo que me sucede. Onix, Astor, el ser que me atacó, mi Astro y ahora también este mago. Entran en mi cabeza, hablan, me dicen qué hacer, qué no hacer… Perdón, Josh.

—Comprendo. —Josh se puso de pie y le dio una palmada en el hombro—. Si necesitas hablar sobre eso en algún momento, sabes que te escucharé.

—Lo sé. Gracias.

37

Cuando el sol asomó en el horizonte, una carreta de madera llegó a la mansión. Parecía que no iba a aguantar ni medio día de viaje antes que se desarmara por completo, pero el viejo mago aplaudió cuando se detuvo.

—Vamos, señores, Sitnor nos espera —dijo señalándoles el camino.

—¿Usted también vendrá? —preguntó Josh y empezó a caminar.

—Por supuesto. Debo visitar a un amigo cerca de Ciudad Capital.

—Gracias a los dioses —dijo Josh—, porque no sé cuantos kilómetros pueda durarnos el viaje en este armatoste.

—Ya verás, ya verás. Es la mejor carreta que podría haberse construido —dijo el mago y le dio unas palmadas en la espalda a Josh.

—Los cajones de los pescadores tienen mejor pinta que esto, señor.

El mago soltó una carcajada y subió a la destartalada carreta por una puerta que estaba en un costado. El vehículo era tirado por cuatro animales de largas y delgadas patas, de cuerpo robusto y feo rostro alargado. En Drioed-ta vio a cientos de ellos pero Quentin no supo de su existencia hasta que fueron esclavizados y no era capaz de pronunciar su nombre sin que los que estuvieran a su alrededor rieran a carcajadas.

Quentin no salía de su asombro, ya que reconoció la carreta en el mismo instante en que la vio, ya que en Sitnor Ilsa se subió en ella cuando se separaron por primera vez, aunque era tirada por caballos en ese entonces.

—¿Esta carreta es suya? —Quentin se acercó para ver la madera tallada con soles, lunas y estrellas.

—La alquilé. Sube de una vez. —Lobo Blanco se asomó por una de las ventanas por unos segundos. Quentin subió los escalones y entró—. Hay camas para todos, así que viajaremos cómodos.

Quentin se sentó en la cama que estaba junto a la puerta y se dio cuenta que esa, sin dudas, era la carreta de Ilsa. Podía oler su suave perfume a lavandas y había un largo cabello gris sobre los almohadones. Se percató que estaba sonriendo y levantó la mirada para comprobar si lo habían visto pero, para su alivio, nadie le prestaba atención. Observó con detenimiento a su alrededor y vio que a los pies de la cama, entre las mantas dobladas prolijamente, asomaba una correa de cuero. Estiró la mano, levantó las mantas y vio un bolso que tenía muchos bolsillos de distintos tamaños cerrados con hebillas de bronce y Quentin lo reconoció, también. Era el bolso de Ilsa. Volvió a bajar las mantas y escondió la correa debajo de ellas. No quería que alguien más lo viera y lo sacara de ahí. Era una parte de Ilsa que lo acompañaría hasta Sitnor y quería conservarla la mayor cantidad de tiempo posible.

Después que los dos hombres que irían con ellos terminaron de cargar las provisiones, la carreta se puso en marcha con unos cuantos crujidos. A pesar de que no inspiraba nada de confianza, dejaron la ciudad sin contratiempos y recién a mediodía se detuvieron en medio de la nada. Los hombres que los acompañaban sujetaron una lona en el techo de la carreta y, con unas varas que clavaron en la arena, armaron un toldo para resguardar a los animales del sol.

—¿Vieron? Es la mejor carreta jamás creada —dijo el mago cuando se sentaron a almorzar.

—No entiendo… ¿Por qué las ruedas no se enterraron? —preguntó Josh—. Está usando magia, ¿verdad?

—¿Quién sería tan idiota para usar tanta cantidad de magia? ¿Sabes la cantidad de energía que consumiría sostener esta carreta todo el viaje? Ya estaría seco como este desierto, señor —dijo y soltó una carcajada.

—¿Entonces…?

—Chinchillas —susurró el viejo. Los muchachos se miraron confundidos, el viejo volvió a reír y los hombres que viajaban con ellos rieron también.

Uno de los hombres, al que llamaban Aqhú, se inclinó hacia Josh y susurró para que él y Quentin puedan oírlo:

—Acostúmbrense, todas sus respuestas serán inusuales. No se tomen en serio nada de lo que diga durante el día. De noche vuelve a ser… confiable, en algunas ocasiones. Ya podrán darse cuenta.

Josh miró a su amigo y Quentin encogió los hombros.

—¿Por qué no quieres ser mago? —preguntó Lobo Blanco mirando a Quentin.

—Prometí no hacerlo y, además, mucho de lo que me dicen me confunde.

—Ya le dije que debe buscar a alguien que le enseñe, pero no me hace caso —dijo Josh—. Seguro que con un buen maestro sería un gran mago. Usted podría enseñarle…

—¿Enseñarle qué?

—Sobre la magia.

—¿Quién es mago? Si conocen a uno deben reportarlo, señores.

—Déjalo —susurró Quentin.

—Por supuesto que hay que reportarlo —asintió Josh mirando al viejo mago.

—Claro que sí. La Ley así lo dice. Reportarlo para su inmediata ejecución. Son un peligro para el mundo los magos, eso son.

Aqhú se acercó a Lobo Blanco y le habló en voz baja. El viejo se puso de pie y entró a la carreta, acompañado por el hombre que lo llevaba del brazo. Pasaron varios minutos hasta que Aqhú regresó.

—Hoy no es un buen día para él, pero dormirá algunas horas y despertará mejor.

—¿Qué le sucede? —preguntó Quentin.

—Los años, la vida. No sé si hay en el mundo alguien que haya perdido tanto como él. Amigos, compañeros, familia. La última Gran Guerra terminó hace más de dos siglos. Pyebra fue derrotada, pero él sigue perdiendo hasta el día de hoy. La historia y los libros hablan de grandes hazañas y de poderosos magos, pero nadie habla de los hombres reales. La historia no es solo un puñado de batallas ganadas, ni lo que se cuenta en diez páginas sobre cada uno. Ni siquiera es lo que puedes ver de un hombre, puesto que las batallas contra las que luchan los de carne y hueso están dentro de cada uno y de esas nadie sabe. —Aqhú hizo una pausa y sacó de su bolsillo una pequeña bolsa de cuero. La abrió, sacó de ella un picadillo de hojas marrones, las puso sobre una delgada, casi transparente, hoja de papel y la enroscó. Cuando estuvo conforme con lo que veía, acercó el cilindro a las brasas y luego llevó a sus labios el extremo contrario al encendido. Aspiró el humo y lo exhaló a los pocos segundos.

Josh miró de reojo a Quentin, que tenía la vista perdida entre sus pies. Recordó lo diferente que era su amigo desde que dejaron la ciudad para ir al entrenamiento obligatorio. Con el tiempo se volvió más callado y más serio. Pasaba noches enteras sin dormir, le costaba levantarse en las mañanas y, cada vez que tenía la oportunidad, bebía cualquier clase de licores que tuviera al alcance de la mano hasta quedar inconsciente.

No sabía qué le ocurría, ni qué era lo que le afectaba tanto como para que actuara de esa forma. Josh veía el esfuerzo que hacía Quentin cada día para aparentar que no había nada malo en él, pero le preocupaba cuánto tiempo pasaría hasta que dejara de hacerlo, cuánto pasaría hasta que se cansara de esforzarse, cuánto faltaría para que se desmoronara definitivamente. No podía hacer nada para ayudarlo, puesto que no quería hablar de lo que sucedía y Josh no sabía qué decirle para reconfortarlo.

Ambos estaban peleando en la misma batalla, aunque en distintos frentes.

Quentin se puso de pie y se subió a la carreta cuando Aqhú comenzó a hablar. No estaba de humor para conversaciones profundas, tan solo quería que el viaje continuara para que cada uno pusiera su atención en sus propios asuntos. Notó la inquietud de Josh y lo entendía, pero contarle lo que sucedía solo iba a hacer que estuviera aún más pendiente de él y no quería eso para su amigo, no se lo merecía.

Se sentó en la cama en la que estuvo toda la mañana y, tras comprobar que el viejo mago dormía, levantó las mantas y sacó el bolso de Ilsa. Lo sostuvo entre sus manos por largos minutos hasta que se le ocurrió que podría dejarle una nota en él, para que ella supiera qué le sucedió.

Sentía una inmensa curiosidad, quería abrir cada uno de esos bolsillos y ver qué cosas guardaba, pero se contuvo y volvió a esconderlo. Decidió que era mejor ponerse a pensar en qué le escribiría y así, también, ocuparía su cabeza en algo.

Josh llegó después de casi una hora y se sentó en la cama frente a él.

—Partiremos otra vez.

—¿Necesitan ayuda con los animales?

—No, ya los acomodaron. ¿Estás bien?

—Sí, estamos regresando a casa, ¿qué más puedo pedir?

—Es cierto, ¿qué mejor que volver a casa? —Josh rio y se recostó en la cama.

—Hemos sido afortunados, los esclavos no viven mucho en Drioed-ta.

38

Drioed-ta

Ilsa estaba apoyada en el marco de la ventana observando la casa del tejado derrumbado cuando escuchó que alguien llamaba a la puerta. No tenía ganas de escuchar a su madre preguntándole lo mismo una y otra vez: «¿Cuándo dejarás esa cama?»

Si era necesario, fingiría dormir, como tantas veces antes lo hizo.

Hacía más de dos semanas que había comenzado a sentirse mal; el dolor en su pecho y la angustia regresaron y la golpearon con mayor crueldad de la que estaba acostumbrada. Sin dudas, Quentin ya había dejado la ciudad y estaba segura de que él estaría sintiéndose de la misma forma, lo que contribuía a aumentar su malestar.

—¿Cuál de todas ustedes es culpable de que Quentin se sienta así? —susurró mirando a las estrellas—. Déjenlo en paz, por favor.

—Ilsa, ¿estás despierta? —Era la voz de su padre, por lo que corrió a la puerta y, cuando la abrió, se colgó de su cuello—. Mi niña, mi pequeña estrella[14].

—Padre, te extrañé, ¿dónde estabas?

—Tu viejo tuvo que hacer un viaje urgente. Toma —dijo y le entregó su bolso—, estaba en la carreta y no lo noté hasta que llegué aquí. Espero que no hayas necesitado nada de ahí.

—Con razón no podía encontrarlo —dijo sonriendo—. ¿Tu viaje estuvo bien?

—Sí, mi pequeña. Bajaré ahora, tu madre me espera, pero creí que sería mejor entregarte tu bolso —dijo antes de dejarla.

Ilsa se sentó en su cama y, cuando abrió el bolso, se encontró con un montón de hojas dobladas prolijamente por la mitad.

—Esto no es mío —dijo con el ceño fruncido.

Cuando separó las hojas, vio que estaban escritas y en un primer momento no fue capaz de entender el idioma, a pesar de que la caligrafía era limpia y clara. Dio vuelta la primera hoja y sus ojos se dirigieron hacia el final, donde leyó la firma de quien las escribía: «Quentin Guna».

Ilsa sintió que la invadió la emoción y empezó a reír. Al parecer, su padre compró y llevó a Quentin a Sitnor y ninguno de ellos lo supo. De haberlo sabido, quizás ella podría haber viajado a Sitnor también. De nada le servía ahora pensar en ello, quería saber qué decían las cartas de Quentin, por lo que se acomodó en la cama y, después de hacer un esfuerzo por recordar los caracteres de Sitnor, leyó:

«Hoja 1

Ilsa:

Quería que supieras que un señor de Sitnor nos compró a Josh y a mí y nos llevará a nuestro país. Esta es la primera noche después de haber dejado Drioed-ta y estoy sentado frente a la fogata. Pedí hacer la primera guardia, ya que me cuesta dormir en las noches y podía usar este tiempo para escribirte estas líneas, aprovechando la soledad y el silencio.

No puedes imaginar lo que sentí cuando vi que viajaríamos en tu carreta, hasta llegué a pensar que tú estarías ahí, pero no fue así. La reconocí apenas llegó a la casa del señor, puesto que la recordaba de Sitnor. Cuando subí me senté en una de las camas, la que está junto a la puerta, y vi que una correa de cuero asomaba entre las mantas que había dobladas. Tiré de ella

y ¡era tu bolso!

Puedo asegurarte que la intriga por abrir los bolsillos y curiosear lo que tienes guardado me está carcomiendo, pero intentaré no abrirlos. A mí no me gustaría que alguien mirara mis cosas, así que supongo que a ti tampoco. Pero si lo hago, te lo diré, porque no sé cuantos días pueda contenerme.

—No te atrevas, Quentin… —murmuró.

«No podré saber cómo te encuentras, puesto que no puedes responderme, pero quiero que sepas que estoy bien.

—¡Cuánto me alegro! Ahora estoy mejor que hace unos minutos, Quentin, gracias a ti y a esta sorpresa. —Ilsa comenzó a conversar con la carta, como si estuviera cara a cara con su remitente.

«El viaje fue tranquilo y sin contratiempos. Josh pensó que la carreta se desarmaría antes de dejar la ciudad, pero no fue así y debo admitir que yo pensé lo mismo.

—¡Descarados! ¡Es la mejor carreta jamás construida!

«Ahora te imagino con el ceño fruncido y dándome un codazo entre las costillas, aunque no te vi de esa forma, pero mi hermana suele enfadarse por cualquier mínima cosa que hago y siempre reacciona de esa manera cuando se ofende por algo.

Me hubiera gustado pasar más tiempo a tu lado, tanto como para que pueda verte fruncir el ceño y enojarte conmigo, aunque sea por unos minutos.

—¿Cómo podría enojarme contigo?

«También, me hubiera gustado encontrarte en esta carreta y que hicieras el viaje hacia Sitnor con nosotros. Pero, en ese caso, no sé si podría haberte dejado regresar. Creo que si alguna vez pasamos más de dos días juntos, no seré capaz de dejarte ir. Estuvimos juntos menos de dos horas y fui más feliz que en toda mi vida, ¿te imaginas dos días?

—Tampoco dejaría que te alejaras de mi lado nunca más, Quentin Guna.

«Creo que ya estoy desvariando. Creo que estoy siendo muy egoísta en pensar solo en mí y en lo que quiero, sin siquiera pensar en ti o en tu familia.

Se me termina la hoja y no tengo muchas, así que hasta acá escribiré por hoy.

Te recuerdo.
Quentin Guna

~~~~~

Hoja 2

<u>Ilsa</u>:

El segundo día de viaje ha finalizado y, como ayer, pedí la primera guardia. No he abierto tu bolso, para tu tranquilidad.

—Gracias a los dioses…
~~~~~

«Aunque la intriga continúa, pero supongo que con el tiempo se pasará.

He encontrado tu velo debajo de la almohada, el que usabas cuando me encontraste, y te aviso que lo voy a conservar como recuerdo, aunque no me haga falta un objeto para recordarte.

—¡Ladrón! —murmuró.

«No tengo nada para dejarte a cambio de él, puesto que fui despojado de lo poco que tenía cuando me capturaron. Espero poder encontrar, en algún lugar, algo para que sea un intercambio justo. Ya te diré cuando lo encuentre.

El viaje estuvo bien el día de hoy, salvo por el momento en que Josh perdió la paciencia y casi se golpea con uno de los sujetos que viajan con nosotros. Josh pierde la paciencia con mucha facilidad y estos hombres son bastante molestos, debo decir. Por suerte pude detenerlo antes que lo lastimara. Ya has visto el tamaño que tiene Josh y el que lo molestaba no era particularmente fornido. El señor que nos liberó se divertía al verlos discutir, pero no creo que le hubiera divertido si Josh le rompía algún hueso. En fin… cosas que pasan, supongo, es la primera vez que viajamos encerrados en una carreta con desconocidos.

Dejando ese tema de lado, me entristece no poder saber qué has hecho estos días, no hay forma de que vaya a enterarme.

—Han sido una mierda, pero por suerte no lo sabrás.

«Quisiera poder encontrar una forma para hacerlo. Creo que la magia sería de mucha utilidad, pero no sé hacer nada con ella. Fue muy estúpido de mi parte no aceptar la ayuda que me ofrecieron en Sitnor, antes de ir al desierto. Quizás de esa forma podríamos seguir comunicándonos, aunque según noté, tú tampoco tienes muchos conocimientos en ese rubro a pesar de estar en una ciudad llena de magos.

—Debo ocuparme de eso, hubiera sido más fácil separarnos si pudiéramos hablarnos a la distancia.

«Me pregunto cuánto faltará para encontrarnos otra vez…

—Lo mismo quiero saber.

«… y espero que no sea cuando nuestras vidas peligren. Pero si es así, ojalá sea yo quien esté en apuros.

—No digas algo así, Quentin, no…

«No podría soportar verte sufrir.

Ya se me acaba la hoja, así que solo diré que estoy bien.

Te recuerdo.
Quentin.

~~~~~

Hoja 3

<u>Ilsa:</u>

El tercer día de viaje ha finalizado, y hoy no ha sucedido nada. Todo es arena, más arena, sol,
~~~~~

viento y calor. Josh hoy apenas si ha hablado dos palabras, supongo que la inactividad le está afectando. Ni siquiera tenemos un par de espadas para entrenar por las noches y, siendo sincero, la idea de recibir golpes de sus puños no es algo en lo que estoy interesado en estos momentos.

Debo decir que por un lado estoy ansioso por llegar a Sitnor, pero al mismo tiempo no quiero hacerlo. Creo que dejar de escribirte va a sentirse como separarme de ti otra vez. Quizá continúe haciéndolo una vez que llegue a Sitnor, aunque no sé si algún día lo leerás. Si lo hago, conservaré las cartas, por si quieres leerlas cuando volvamos a encontrarnos.

—¡Por supuesto que las leeré! Creo que haré lo mismo, gracias por la idea —dijo con una sonrisa.

«Me enteré de algo que te interesará. Bueno, lo supe en Drioed-ta, pero no había tenido lugar antes para mencionarlo. ¿Sabes? Cuando estamos juntos, nos rodean cientos, o tal vez miles, de anillos de todos los colores y parecen estar hechos de luz. El señor de Sitnor es mago y me hizo verlos y dice que son parte de la magia que nos une.

—¿Qué? ¿Mi padre es mago? Eso es imposible. Quizás alguien más viajó con ellos y mi padre solo fue por la carreta. Sí, eso debe ser…

«¡Es maravilloso! Si tan solo pudiera explicarte cómo se ven, pero soy un poco torpe para describirlo. Cuando nos separamos esos anillos se estiran y empiezan a perder el brillo, hasta que se separan y se apagan. Pero mientras estamos juntos, esos anillos giran a nuestro alrededor, muy lentamente y cuando nos movemos se agitan y cambian de formas y brillan mucho más. Fue muy emocionante verlo.

Ilsa reía, imaginando como se verían Quentin y ella rodeados de anillos de colores.

«¿Recuerdas la primera vez que nos vimos?

—¿Cómo podría olvidarlo?

«El malestar que sentimos fue porque nuestros anillos se unieron. ¿Y el escalofrío cuando nuestras manos se tocan? Es porque hay unas líneas de luz blanca que unen nuestras manos, como si fueran unas finas cadenas de plata. O al menos esa impresión me dio.

Ilsa soltó las cartas y se miró las manos.
—Quisiera tirar de esas cadenas para que regreses a mi lado.

«Es maravilloso y ojalá algún día seas capaz de verlo. Pensándolo mejor, puede que acepte ayuda de algún mago para aprender a hacer una ilusión así, para enseñártela la próxima vez que nos encontremos. Sería lindo que tú también lo vieras, aunque sea una vez. Sé que pensaré en ello cada vez que te recuerde, porque realmente es algo hermoso y además no podré olvidarlo aunque pasen miles de años.

—Yo también pensaré en ello.

«Entre todas las cosas extrañas que nos suceden, creo que esta es la más extraña de todas. Y

también la más bella.

Te recuerdo.
Quentin.

~~~~

Hoja 4

Ilsa:

El quinto día de viaje ha finalizado. Ayer no ocurrió nada destacable, por lo que creí que era mejor ahorrar una hoja. Sin embargo, me di cuenta que necesitaba estos minutos y escribir estas líneas. Es como si estuviera contigo, aunque no pueda verte ni escucharte.

Josh está cada vez más callado y de peor humor. Según dijeron, mañana deberíamos llegar a una aldea. Ojalá así sea, quizá podemos encontrar aunque sea dos palos para practicar y, si no es así, puede que ver un paisaje diferente contribuya a mejorar el humor de Josh.

No quería mencionarlo pero, al mismo tiempo, tampoco quiero mentirte. Hoy no ha sido un buen día. Me parece que la distancia en la que nos encontramos está comenzando a afectarme.

—Quentin —susurró con tristeza.

«Supongo que en estos momentos nuestros anillos se están apagando y, con ellos, mi alegría. Perdón por decirlo. Quisiera poder escribir en una hoja nueva, pero no tengo muchas. Quisiera empezar de nuevo y decirte que estoy bien. Pero lo dejaré por hoy. Creo que te haré más daño si continúo escribiendo.

Te extraño. Quentin.

~~~~

Ilsa:

Es la noche del sexto día. Estamos en una pequeña aldea, ya en Sitnor. Discutí con Josh, nos golpeamos y él me rompió la nariz.

Ilsa se llevó una mano a la boca para ahogar una exclamación.

«El señor me ha curado y mi nariz quedó bien. Josh no ha vuelto a hablarme y de momento tampoco sé cómo acercarme a él. Creo que es mejor dejar pasar un tiempo. Los dos dijimos cosas que no deberíamos haber dicho, pero comprendo que los dos teníamos razones para decirlas. Sé que he sido un mal amigo porque no le he hablado sobre ti. Pero sé que si le cuento todo, solo lograré preocuparlo aún más de lo que se preocupa por mí y no quiero que esté pendiente de mis problemas todo el tiempo. No se lo merece y no puedo explicárselo. Lo golpeé primero para dejar que él pueda desquitar su frustración en mí.

Por los dioses, ha sido un día terrible. Creo que ya ninguno de los anillos tiene color alguno. Y si lo pienso, tampoco soy capaz…

Hoja 5

…de ver colores en nada de lo que me rodea. Solo espero llegar pronto a mi hogar, abrazar a mis hermanos y a mis padres. Creo que eso me serviría de consuelo.

Perdóname, Ilsa. Perdóname por preocuparte. Quisiera poder verte sonreír una vez más y así aliviar el dolor que estoy sintiendo. Me conformaría con verte en mis sueños, así sea solo por unos pocos minutos.

Estoy siendo tan desconsiderado y egoísta. Perdóname.

Te extraño.

Quentin.

—Yo también te extraño. —Ilsa dejó las hojas a su lado, se cubrió el rostro y comenzó a llorar. De nuevo Quentin había comenzado a sentirse mal, al igual que ella. Pensó que quizás esta vez sería diferente para él, pero hasta su letra era distinta a la de la primera hoja y sus palabras lo confirmaban. Lloró por largos minutos, en silencio, hasta que pudo ser capaz de calmarse. Sabía que lo poco que quedaba por leer no iba a ser agradable, pero necesitaba leerlo.

~~~~

Ilsa:

Ha finalizado el octavo día. En dos días llegaremos a Ciudad Capital. No encontré sentido en escribir ayer. Soy una muy mala compañía en estos momentos. He discutido con Josh y nuevamente dejé que me golpeara.

—¿Por qué? No hagas eso —susurró.

«Son días muy malos, pero intentaré arreglar las cosas con él y haré un esfuerzo por estar mejor, te lo prometo. Es deprimente leer lo que escribo y ya no quiero preocuparte más, puesto que tú debes estar sintiéndote igual que yo.

No he abierto tu bolso, ahora que lo recuerdo…

Ilsa sonrió.

«… pero duermo abrazado a él. Me sirve de consuelo tener algo que te pertenece cerca de mí.

Ilsa tomó el bolso y lo sostuvo en sus brazos, como si de esa forma pudiera abrazar a Quentin.

«He encontrado también algo para dejarte a cambio de tu velo. Es un poco ridículo, pero no tengo dinero para comprarte nada.

Ilsa abrió el bolso y comenzó a buscar hasta que encontró algo que no le pertenecía hasta ese momento. Sacó una piedra rectangular, con delgadas rayas en todos los tonos del marrón. Era hermosa.

«Es una simple piedra que encontré en el camino ayer cuando paramos a mediodía. Aunque sea tan lisa, suave y brillante, no creo que tenga algún valor en monedas. El hecho de que sea rayada fue lo que llamó más mi atención. Como sea, no creo valga algo, pero puedes preguntar y si tiene valor, puedes venderla y comprar un nuevo velo.

—¿Cómo crees? Jamás la venderé, aunque valga una fortuna.

«Por los dioses, daría cualquier cosa para que estés bien, para que te olvides de mí y de lo que nos une.

—Es lo más terrible y, a la vez, lo más hermoso que podría sucedernos, Quentin. Ojalá no vuelvas a decirlo.
~~~~

«Sé que no depende de mí, pero si fuera posible, con gusto sentiría tu dolor para que tú estés bien. Lo que más me pesa es saber que tú te sientes mal y que cada vez será peor. Ya casi había olvidado esta angustia y ahora que ha regresado, tan de golpe y con tanta fuerza… maldición, cuánto quisiera saber que estás bien.

—Estaré bien, encontraré la forma de estar bien.

«¿Cuándo volveré a verte? ¿Cuánto tiempo pasará esta vez?

Perdóname, de nuevo mi egoísmo y desconsideración. Te extraño y te necesito tanto. Perdóname.

Quentin.

—Ya no me pidas perdón. —Ilsa abrazó el bolso y volvió a llorar. Podía imaginarse lo mortificado que debió haberse sentido si necesitaba pedirle perdón cada vez que expresaba su malestar. Ambos eran conscientes de lo que les sucedía y, ahora, mucho más que antes. Ilsa secó su rostro y continuó leyendo. Quedaba ya una sola hoja.

«Hoja 6

<u>Ilsa</u>:

Noveno día de viaje. Se supone que llegaremos a C.C. mañana a medio día, por lo que esta será mi última carta. Espero no arruinarla. Al menos pude hablar con Josh en la parada del mediodía, está de mejor humor ahora que estamos cerca de casa, y ya ha notado que no estoy bien. Se disculpó por no haberlo visto antes e insistió en que le dijera qué me sucede, sospecha que tú tienes algo que ver, pues nos vio en Drioed-ta, pero no escuchó nada de lo que hablamos. No le se lo dije, inventé una excusa sin pies ni cabeza, que por supuesto no creyó. Sé que en unos días volverá a insistir así que deberé esforzarme en mostrarle que estoy bien. Solo que no esperaba tanto malestar de repente y me tomó por sorpresa. Desearía que a ti no te ocurriera lo mismo, aunque sé que te sientes igual y eso es lo que más me atormenta. Sin embargo, te prometo que me esforzaré en estar bien y me gustaría que tú también lo hicieras. Por favor, inténtalo. Quiero que tu sonrisa siga siendo la misma la próxima vez que nos encontremos. Quiero ver esa sonrisa inocente y dulce, ¿sí?

—Sí, te prometo que me esforzaré en estar bien —sonrió.

«Cásate con el esposo que tus padres buscaron para ti e intenta ser feliz a su lado. ¿Lo harás?

—Ni lo sueñes.

«Quisiera escucharte decir que sí lo harás y que también te esforzarás por estar bien. Aunque en estos momentos, tan solo escucharte decir cualquier palabra me devolvería a la vida, Ilsa.

Me he planteado volver a Drioed-ta cuando el señor regrese, pero he decidido no hacerlo. Sitnor está a un paso de entrar en una guerra con Pyebra. No es mi intención correr a los brazos de la muerte, pero no podría estar tranquilo sabiendo que mi país, mi ciudad está siendo invadida. Tarde o temprano regresaría a Sitnor, aunque no sea de mucha ayuda. Pero la razón más importante por la que no regreso es porque estaría interfiriendo en tu vida. Me dijiste que no te casarías porque me habías encontrado, pero sé que estabas tan confundida como yo y de no haber sido porque tuve un momento de conciencia, quizás hubiera hecho alguna locura de la

cual los dos nos arrepentiríamos luego.

Ilsa bajó las hojas y sonrió. Pensó en lo que sucedió en la casa abandonada y se dio cuenta de que aún no sabía bien cómo se sentía respecto a lo que hizo. Ni siquiera estaba segura de qué sentía por Quentin, ahora que él se había marchado. No se arrepentía de haberse acercado a él como lo hizo, pero tampoco sabía hasta dónde se hubiera animado a llegar si él no hubiera recordado que era un esclavo. El hecho de perder su pureza con alguien que era un completo desconocido hubiera sido un escándalo en su familia y, aunque le permitían algunas libertades que no hubiera tenido de haber sido criada en Tesar, su matrimonio ya estaba arreglado y no había vuelta atrás.

«Viéndolo desde la lejanía, no tiene sentido que canceles tu matrimonio. Tienes todo el derecho y la libertad de casarte y formar tu familia. Quizás ahora coincidas conmigo. Ojalá que así sea.

—No coincido contigo y ya decidí que no voy a casarme. Que me cuelguen si acepto ser la esposa de un desconocido —dijo, aún sabiendo que no tenía otra opción más que aceptar.

«Espero verte pronto y que, cuando nos encontremos, tu sonrisa siga siendo la que recuerdo. Prometo que me esforzaré por estar bien. Que las estrellas guíen tus pasos, Ilsa. Buscaré cuál de todas es nuestra estrella, así la próxima vez, podré decírtelo. Te lo prometo.

—No veo la hora de encontrarte otra vez, porque prometo que te encontraré de nuevo, Quentin Guna. Me enseñarás cual es nuestra estrella y ya nunca más me alejaré de ti.

Ilsa dobló las cartas y las guardó en uno de los tantos bolsillos de su bolso. Tomó la piedra y se acostó. Esa noche pudo dormir tranquila, otra vez.

39

Sitnor Ciudad Capital, diez días antes.

Quentin y Josh descendieron de la destartalada carreta y caminaron más de una hora antes de llegar a las puertas de la ciudad.

—Extrañaba el frío —murmuró Quentin después de pasar junto a los guardias.

—Se nota, hacía bastante que no sonreías por tanto tiempo —Quentin rio—. Qué afortunados hemos sido, Q. Llegué a pensar que moriríamos en esa espantosa ciudad.

—Estuvimos a punto de hacerlo varias veces… ¿Qué haremos ahora?

—¿Ir a la taberna?

—Podría ser, pero me refería a otra cosa… Nuestros padres creen que estamos en la frontera.

—Supongo que les habrán dicho que nos perdimos.

—Por los dioses, es cierto. Quizás hasta nos dieron por muertos…

Regresaron a las puertas corriendo, les dijeron a los guardias quiénes eran y, después de la sorpresa inicial, estos les confirmaron lo que Quentin pensó. Sus familias guardaron luto por un mes entero al comprobar que los intentos de encontrarlos fueron vanos. Quentin y Josh se sentaron junto a los guardias después que un mensajero fue enviado al Palacio de Gobierno con las noticias de su llegada.

—No puedo esperar aquí —dijo Josh después de unos minutos. Se puso de pie y Quentin lo imitó—. Nos llevaremos sus caballos y se los enviaremos de regreso.

—Por supuesto, señores —dijo uno de los guardias, acompañándolos hacia donde estaban atados los animales.

Para su suerte, la calle principal estaba casi desierta y no tuvieron que detenerse ni aminorar la marcha por temor a lastimar a algún peatón.

Cuando arribaron a la fortaleza, el Gobernador y Rob llegaban caminando. Rob cayó de rodillas en cuanto los vio. Aníbal se detuvo y su rostro palideció de tal forma, que parecía que estaba viendo no a su hijo, sino a su fantasma. A su lado pasó el mensajero que fue enviado desde las puertas de la ciudad e ingresó por la puerta enrejada. Habló con uno de los guardias, y luego ambos corrieron hacia cada una de las casas del Gobernador y de los Guna.

Quentin desmontó y corrió hacia su padre, que se cubría el rostro con ambas manos. Cuando llegó a él, vio que su cabello, antes negro como la noche, ahora se veía nevado y estaba mucho más delgado. Quentin pensó en cuánto sufrimiento tuvo que pasar por el corazón de ese hombre para que cambiara tanto en tan poco tiempo.

—Padre —susurró. Quentin se arrodilló frente a él y, al abrazarlo, su padre comenzó a llorar como nunca antes.

—Condenados sean los dioses —murmuró Aníbal antes de abrazar a Josh. El Gobernador comenzó a reír y luego exclamó—: ¡Mi hijo está vivo! ¡Está vivo!

No pasó mucho hasta que la Dama Ema llegó riendo entre lágrimas para unirse a la alegría de su esposo. Quentin ayudó a su padre a ponerse de pie y luego corrió a abrazar a su madre que caminaba hacia ellos apoyándose en Ara y ambas reían, con los ojos enrojecidos. Elisa llegó hasta él y le tomó el rostro con las manos.

—Mi muchacho. —Quentin sonrió. Todo lo que estaba bien en el mundo, estaba en los ojos de su madre. La paz, el amor, la comprensión. Solo lo notó cuando estuvo en esa ciudad infernal,

sin saber si podría ver una vez más a la mujer que le dio la vida, sin saber en qué momento le tocaría a él ser quien arrancara los aplausos del público con su muerte.

—Maldito idiota —susurró Ara cuando se colgó del cuello de su hermano y su madre la reprendió. Rob llegó hasta ellos y Elisa acarició el rostro de su esposo, secó sus lágrimas y besó sus mejillas.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Quentin sin soltar a su hermana.

—No pude regresar al entrenamiento después que abandonaron su búsqueda. —Ara se separó de él—. No podía dejar de pensar en que no volvería a verlos.

—Chiquita, perdón—dijo y volvió a abrazarla.

Josh se acercó a ellos y los padres de Quentin lo abrazaron como si fuera su propio hijo. Ara soltó a su hermano y se quedó mirando a Josh. Él se dio vuelta y la vio, pero luego miró a Quentin y a sus padres.

—Con todo lo que lloró esa niña —dijo el Gobernador—, no creo que alguien vaya a decir algo en estos momentos.

Ara parecía estar conteniendo un mar de lágrimas en sus ojos. Josh la miró por unos instantes, que se sintieron eternos, y luego la abrazó, levantándola del suelo.

—Por un demonio, cuantas noches soñé con volver a verte, Ara de mi vida —exclamó Josh y Ara rio, abrazada a su cuello. Pero no pasó mucho hasta que Quentin le dio una palmada en el hombro a su amigo.

—Suficiente —dijo con seriedad—. Ya déjala.

—Quentin —protestó Ara, pero Josh hizo lo que Quentin decía.

—Está bien, Ara —susurró Josh, con el rostro convertido en una fogata ardiente, y sin atreverse a mirar a Quentin.

—¿Por qué siempre…? —Ara comenzó a reprocharle su interrupción, pero no la dejó continuar.

—No te atrevas —dijo mirando a su hermana. Ara abrió la boca, pero su padre le puso una mano en el hombro.

—Aranza.

—Iré a ver a Noah, con permiso —dijo Quentin. «¿Por qué hice eso? Es mi amigo, es mi hermana, ¿cómo pude ser tan desconsiderado? Por un demonio, debo aceptarlo de una vez» pensó.

Caminó refunfuñando y apretando los puños hasta el Palacio de Gobierno, entró, corrió hasta llegar al final del largo pasillo y, una vez que llegó, golpeó la puerta con fuerza. Noah abrió enseguida y su rostro quedó petrificado cuando lo vio.

—Tú —susurró—. ¡Eres tú! Yo sabía que no podías estar muerto.

Quentin entró al estudio y abrazó a su hermano mayor.

—Perdón, Noah —dijo y se separó de él—. No teníamos forma de hacerles saber que estábamos vivos.

—¿Qué te sucedió? —Noah cerró la puerta y Quentin se dirigió hacia los desvencijados sillones frente a la chimenea. Disfrutaba del frío del invierno, pero su cuerpo lo sufría más de lo que le gustaba admitir.

—Nos esclavizaron. —Quentin se sentó y se quitó las botas. Sentía que tenía dos bloques de hielo por pies, por lo que estiró las piernas para acercarse más al fuego.

—Demonios. —Noah se sentó a su lado—. ¿Josh está bien? ¿Regresó contigo?

—Está en la fortaleza, estuvimos juntos todo este tiempo.

—Por los dioses, lo que Ara ha sufrido por ustedes…

—Lo sé… Rojo, uno de nuestros compañeros, también se perdió con nosotros, pero él no logró sobrevivir. Nos usaban para luchar y hacían apuestas… en el primer evento él perdió la vida. Debo ir a ver a sus padres… Y tenemos mucho de qué hablar. No sé cómo, pero debemos hacer algo para que el señor Aníbal y nuestro padre nos hagan caso esta vez.

—Ahora no, Quentin, después habrá tiempo. Tómate unos días…

—No tenemos unos días, Noah. Han ocurrido demasiadas cosas.

—Vamos a la fortaleza. Después veremos cómo hacemos para ponerlos al tanto de lo que está ocurriendo.

—¿Qué noticias tienes de Pyebra? —preguntó sin moverse.

—Tranquilo, hermano. —Noah rio—. Has regresado de la muerte, ¿puedes darme un respiro? ¿Unos momentos para asimilar el hecho de que volviste a casa?

Quentin sonrió. No se había dado cuenta que, para sus familias, ellos ya no volverían.

—Tienes razón, perdóname. —Quentin se recostó en el sillón—. ¿Enara? ¿Astor?

—Están bien. Astor viene cada luna nueva a hablar con Tino Suhrah, el mago de Erjathá. —Quentin asintió—. Enara no quiso dejar a la Dama Ema después que ustedes… ya sabes, por lo que continúa trabajando con ellos. Quizás a partir de ahora dejará de hacerlo, no sabría decirlo. Creo que se encariñó mucho con ellos.

—¿No seré tío? —preguntó y Noah rio.

—Aún no. Enara es muy inteligente, aunque no tuvo oportunidad de aprender mucho más que lo básico, pero es algo que le gusta hacer y quiere tomarse un tiempo para ella, para nosotros, así que creímos que era mejor esperar para traer un niño al mundo. Cuando no está en casa del Gobernador, viene aquí a leer. Al principio le costaba entender la mayor parte de las cosas, se interrumpía constantemente preguntándome el significado de las palabras, pero aprende muy rápido y a veces me olvido que ella está aquí, de tan silenciosa que es. —Quentin vio cómo los ojos de Noah brillaban de orgullo cuando hablaba de su esposa—. Incluso más de una vez me ha ayudado en algunas cosas a las que no podía encontrarle sentido. Ella, con solo leerlo y pensarlo unos segundos, me da la solución que quizás estuve horas buscando.

—Vaya, me quitó el trabajo de ayudante —dijo Quentin con una sonrisa.

—Ya lo creo, hace todo lo que tú hacías antes de dejar la ciudad.

—Me alegro mucho por ustedes, Noah, en serio.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—Sabes a lo que me refiero, Quentin.

—¿Tú también? Te pareces a Ara, no jodas —dijo con una mueca.

—No dije nada malo, solo preguntaba…

—Buscaré una esposa. —Quentin tomó las botas para calzarse—. A la mía me la robaron los sujetos que nos esclavizaron. —Noah rio—. De hecho, buscaré dos, como las de Eric.

—Qué idiota eres.

—¿Qué mujer podría ser tan paciente para soportarme, Noah? Josh es la persona que más tiempo pasa conmigo y en los últimos diez días me rompió la cara dos veces… Sería muy desconsiderado de mi parte torturar a una mujer con mis tonterías.

—Josh no es la paciencia personificada, debemos admitirlo.

—Lo sé. Y también me conozco lo suficiente para no desearle a nadie pasar el resto de su vida conmigo. No hay una sola persona aquí a la que le hable de todo lo que me sucede, de lo que pienso o de lo que siento. Tú, Josh, Ara… solo conocen una parte de mí. Ustedes lo saben y lo aceptan, Josh lo cuestiona en cada oportunidad que tiene, pero no soy capaz de hablar de mí

mismo con nadie. Las personas que conozco confían en mí, por alguna razón, y me cuentan sus problemas. Y lo que no me dicen, lo deduzco. Termino sabiendo todo de todos, muy a mi pesar, porque hay cosas que es mejor no saber.

—A veces me asustas, ¿sabías?

—Más te asustarías si conocieras a las personas, Noah —dijo y encogió los hombros—. La cuestión es que no quiero casarme, ni voy a hacerlo. ¿De qué sirve compartir la vida con alguien, si sé que no podré confiar en ella? Y no soy capaz de confiar en nadie, por más que lo desee. Dejaría mi vida en tus manos o en las de Ara… Josh me salvó la vida en varias oportunidades, de hecho, pero hay cosas que no quiero decir y no las diré jamás. Hay veces que quisiera poder decirlas, pero al mismo tiempo hay algo que me detiene de hacerlo. Siento… me siento débil si hablo de lo que me sucede.

—La gente cambia. No siempre serás la misma persona. Algún día llegará alguien en quien podrás confiar y que te hará pensar de manera diferente con respecto a no querer casarte, ya verás.

Quentin pensó en la sonrisa de Ilsa y, al mismo tiempo, se reprochó por hacerlo. «Fue solo un momento de insensatez. Deja de pensar en ella de esa forma, demonios, la chica está a punto de casarse». Quentin frunció los labios en una mueca, le dio un golpe al apoyabrazos y el destartalado sillón crujió.

—¿Qué dije? —Noah se sobresaltó.

—Nada, recordé algo. ¿Vamos a casa? —Quentin se puso de pie y cuando salieron del estudio, dijo—: Necesito que mañana me ayudes en algo. Hice una estupidez antes de venir a verte. —Le contó lo que sucedió con Josh y Ara.

—¿Y qué quieres que haga?

—Que saques a Ara de la casa mañana, yo iré por Josh y no sospecharán.

—Sería extraño, Quentin. Ara y yo apenas nos hablamos, ¿a dónde podríamos ir juntos? No tiene mucho sentido, le diré a Enara.

—Hablaré con ella entonces, si no te molesta.

—¿Por qué me molestaría? —Noah se detuvo unos segundos para mirarlo y luego movió la cabeza de lado a lado—. Demonios, Quentin.

—Solo decía… es tu esposa ahora y…

—No vuelvas a decir algo así, es ridículo.

El Gobernador dio una discreta cena familiar para festejar el regreso de los muchachos, después de haber ido junto a ellos a la casa de Rojo a informar a sus padres que su hijo perdido falleció en el desierto, antes que los nómadas los rescataran. Algo que inventó Quentin en ese momento, ya que no podían decirles lo que de verdad ocurrió con él.

Ara estaba tan ofendida por lo que hizo su hermano, que apenas si lo miró, pero Quentin, en cambio, se disculpó con Josh y su amigo hizo lo mismo por haberse excedido. Astor estuvo la mayor parte de la noche en brazos de su recién llegado hermano, pero se comportó todo el tiempo como un niño acorde a su edad.

Cuando la cena terminó y Quentin regresó a su habitación, Onix estaba esperándolo, sentado en medio de su cama.

—*Cachorro.* —Onix ronroneó ni bien Quentin puso un pie en la habitación.

—*Onix, no me alcanzará la vida para agradecerte lo que hiciste por nosotros.* —Quentin se acostó junto al felino y lo abrazó.

—*Te aprecio, cachorro, a pesar de que eres estúpido, irresponsable e insensato.* —Quentin

rio.

—También te extrañé. ¿Sabes? ¡Se llama Ilsa!

—¿Estuviste con ella?

—Me encontró, Onix, tal como lo prometió. Ninguno de nosotros estaba por morir. Me estaban dando una paliza, pero no iba a morir por eso. —Quentin le contó al gato lo ocurrido, salvo por el momento en que estuvo a punto de besarla—. *Casi no regreso de Drioed-ta, Onix. Pero ella está por casarse y no podía interferir en eso. No tendría sentido arruinar su vida.*

—¿Por qué lo dices?

—Dijo que no podría casarse después de haberme encontrado. Estoy seguro que solo fue por la emoción de habernos visto otra vez, no por otra cosa. Quizás ahora que nos hemos separado, no piensa lo mismo y puede casarse sin mayores problemas.

—¿Y tú qué piensas sobre eso?

Quentin se puso de pie y comenzó a desvestirse.

—¿De su casamiento? Que es una mierda. Y, cada vez que lo pienso, siento ganas de matar al cabrón que se casará con Ilsa —dijo y arrojó con fuerza una bota al piso.

—¿Acaso quieres casarte con ella?

—No lo sé, Onix, no la conozco. Pero te mentiría si dijera que no quiero conocerla, pues quiero saber todo de Ilsa. Antes pensaba en ella de forma diferente, pero después de haber estado a su lado, siento deseos de saber quién es de verdad.

—Te enamoraste, cachorro.

—No es así. —Quentin quitó las mantas, se acostó y Onix se estiró a su lado antes que el muchacho se cubriera—. *¿Cómo podría enamorarme de alguien que apenas conozco? Pero es tan diferente a las mujeres que estoy acostumbrado a ver en Sitnor. Ilsa es apenas más baja que yo y las mujeres de aquí no llegan a alcanzar la altura de mi hombro siquiera.*

—Claro que sí, conozco a las mujeres de Tesar, allí todas son altas y delgadas.

—Ilsa es muy delgada, y bastante torpe… Parece que está a punto de tropezar a cada paso que da, tiene la piel muy blanca y algunos lunares en el rostro. Y su acento es muy extraño, pero me gusta, y tiene la voz suave incluso cuando está molesta.

—Te enamoraste, cachorro.

—No, Onix. Pero sí creo que es hermosa y estoy seguro que nunca me cansaría de verla sonreír. Por eso es que no regresé. Porque me pareció muy bonita en ese momento y creí que era solo por haber dejado de sentirme mal. Sin embargo, ahora me siento mal y sigo pensando que es hermosa y que su sonrisa es bellísima, al igual que sus ojos. Pero bueno… ya está visto que todo va a salirme mal siempre, no debería sorprenderme que la única mujer que me ha parecido hermosa hasta ahora, esté a cientos de kilómetros y a punto de casarse con algún maldito infeliz de Morrau. No veo por qué no se podría sumar una desgracia más a mi vida.

—Los destinos de las personas están muy enredados y nunca se puede saber con seguridad a dónde los conducirán sus pasos. No seas tan pesimista, cachorro. Quizás Ilsa no se casa y en dos meses está aquí. Deja de lamentarte por cosas que aún no suceden.

—Quién sabe… pero me gustaría que fuera como dices.

—Toma mi garra de una vez, cachorro, y vamos a dormir. Mañana te espera un largo día. —Onix estiró sus patas delanteras y las puso entre las manos de Quentin.

—¿Me despertarás a mitad de la noche para que te abra la ventana así puedes ir a maullar al tejado?

—No solo los humanos se enamoran, cachorro.

—Desafinando como lo haces, no creo que vayas a tener suerte en tus conquistas…

—Ya duérmete y deja de molestarme. No sabes de lo que hablas.

40

Pasó una mala noche y, otra vez, las pesadillas en las que se veía en la «Pequeña Thoria» lo acosaron sin piedad. No vio qué sucedió cuando Rojo perdió la vida pero, en sus sueños, podía ver el momento de su muerte una y otra vez. En cada ocasión estaba a punto de advertirle o de llegar a él, pero nunca lo lograba. Lo alcanzaba cuando el gran árbol caía donde él se encontraba, escuchaba su voz aterrada, el crujido de sus huesos siendo aplastados y el aplauso eufórico del público. Todos los combates eran diferentes, pero todos terminaban de igual forma, con la muerte de Rojo.

A pesar de que había sucedido hacía muchos meses, no podía dejar de soñar con él. Una sola vez, estando en Drioed-ta, habló con Josh sobre su compañero y, al igual que él, se sentía culpable por su muerte. Ninguno de los dos hubiera podido hacer nada para evitarlo y ambos lo sabían, por eso acordaron, aunque sin decirlo, no volver a nombrarlo, como una forma de enterrar el dolor y la culpa. Aun así, Quentin soñaba con él cada pocas noches y nunca podía despertarse para ahuyentar al fantasma de Rojo.

En la ciudad del desierto, vio a varios de sus compañeros quitarse la vida ya sea arrojándose desde el tejado de la mansión del señor Arkghor o con las armas que conseguían en el circuito de peleas. Josh presenció una de esas muertes en el recinto, la segunda vez que estuvo allí, y lo sucedido lo perturbó de tal forma, que pasó varios días sin ser capaz de comer ni dormir. Quentin le preguntó a Naga si podía hacer algo por él, si podía ayudarlo a escapar o, en todo caso, borrar sus recuerdos, pero Naga le contestó que hizo un juramento mágico que le impedía liberar esclavos.

—Un recuerdo no se puede borrar para siempre, Quentin —le dijo Naga esa vez—, *no puede hacerse desaparecer. Otra mente debe alojarlo en el momento en que sea extraído de su lugar original.*

—¿A qué te refieres?

—A que si le quito algún recuerdo a Josh, debo depositarlo en otra mente. Y no solo será el recuerdo, sino también todas las emociones que ese recuerdo cause en él. Tá-qá… a él se le borran sus recuerdos cada vez que va al recinto y estos son depositados en alguno de los otros esclavos. Por eso se quitan la vida tantos aquí. Por qué tienen que cargar con cosas que no les pertenecen. La forma de concebir la vida y la muerte de los habitantes de las Islas de la Luna es muy diferente a la nuestra. Es cierto que son grandes guerreros, pero no toleran la guerra y son el pueblo más pacífico de todos. Para ellos, toda vida es preciada, desde la de una hormiga hasta la de una persona. Piden perdón con lágrimas en los ojos si deben matar un animal para alimentarse, aunque rara vez lo hacen, puesto que ellos lo perciben como una atrocidad.

Quentin insistió en cargar con los recuerdos de Josh, pero Naga le dio una semana para que lo pensara, no era una decisión que se debía tomar a la ligera. Sin embargo él sabía que no quería pensarlo y, aún teniendo la oportunidad, ni siquiera lo consultó con Onix. Josh la estaba pasando realmente mal. Estaba demacrado y ojeroso, aún más impaciente que de costumbre y perdió tanto peso, que se le podían contar las costillas cuando estaba sin camisa.

Una semana después de que se lo pidiera, Naga accedió a la petición de Quentin. Se escabulleron en la habitación de Josh en la noche y Naga hizo su trabajo mientras él dormía. Quentin le pidió que eliminara sus recuerdos desde el segundo evento, al que Quentin no fue, y Naga, en un principio, no quiso hacerlo. Era demasiado tiempo y muchas cosas las que

sucedieron. Él no era capaz de borrar recuerdos aislados, sino que borraría todo lo ocurrido desde ese momento en específico hasta el último recuerdo que tuviera.

Quentin insistió hasta que logró convencerlo y, una vez que Naga finalizó, el muchacho de ojos verdes y cabello oscuro como la noche estuvo delirando por la fiebre por más de una semana.

Después de eso, cada vez que Josh asistía a un evento, Naga examinaba sus recuerdos. Si había presenciado un suicidio, se lo decía a Quentin y él siempre estaba dispuesto a cargar con el dolor de su amigo, aunque, por las noches, su mente fuera lo más parecido a un infierno.

Un rayo de sol dio en su rostro y lo despertó. Quentin se sentó en su cama, asustado, y le tomó algunos segundos darse cuenta a dónde se encontraba.

Se vistió apurado, fue por Josh y se encontró con que aún estaba desayunando, por lo que se sentó a acompañarlo. Cuando terminaron, fueron por Noah para ir a hablar con el Gobernador y contarle todo lo que sabían de Drioed-ta y de Pyebra. Como era de esperarse, el Gobernador comenzó a ponerse nervioso ni bien los magos fueron nombrados, palideció cuando le hablaron de la muerte de Rojo y cuando le explicaron con todos los detalles lo sucedido en el recinto de combates de Drioed-ta. Luego, le hablaron de cuando los magos de la reina atacaron Erjathá y lo que estaba sucediendo en Pyebra Ciudad Capital. El Gobernador se rehusó a hacer algo al respecto, escudándose en que ya había tomado medidas para proteger la frontera con Pyebra.

—No es suficiente —dijo Noah con seriedad—. Estamos hablando de magos y los magos pueden matar a cientos de soldados sin siquiera ponerles un dedo encima, con solo mirarlos. —El Gobernador asintió y se pasó las manos por la cabeza—. Necesitamos magos nosotros también. Los magos de Erjathá están dispuestos a venir a instruir a los que se presenten.

Aníbal los miró en silencio por largos minutos, hasta que al fin abrió la boca.

—No es posible. En la Última Gran Guerra los magos destruyeron la mayor parte del continente. No podemos dejar que eso suceda de nuevo.

—Las cosas son diferentes ahora, señor. La Ley de Protección hizo que la mayor parte de los hechizos fueran inútiles. Los magos de Erjathá conocen los hechizos antiguos aunque no pueden recordarlos por el tratado que los protege. Ellos saben cómo romper ese tratado, pero no lo harán a menos que sea necesario. Además, hasta que no acaben con la líder de los Hijos del Águila, no vale la pena arriesgarse. Esa mujer es una bruja de la Antigua Era, malvada y peligrosa. Ella, por supuesto, también conoce esos hechizos, aunque ahora sea incapaz de utilizarlos. De tener la posibilidad de usar la magia antigua, no dudaría en hacerlo para terminar lo que empezó hace tres siglos. La Dama de la Cueva es quien quiso destruir Tesar en la Última Gran Guerra y es la misma que comenzó esta guerra sin sentido cuando quiso llevarse a Josh y a mi hermano. Al parecer, Tesar sigue siendo su objetivo principal y nosotros estamos en su camino. No sabemos las razones que la motivan ahora, puesto que el Consejo General de Magos de Thoria fue disuelto en cuanto se firmó la Ley de Protección, pero arrasarán Sitnor para llegar hasta allí si no tenemos magos entrenados que detengan a los de la señora Viktoria y Erjathá no puede darse el lujo de dejar a su ciudad sin defensas. Pueden venir uno o dos magos, pero no más que eso, señor.

—Es como intentar detener con los puños a un lancero a caballo, padre. ¿Qué crees que haremos cuando debamos enfrentarnos a gente como ese mago de Drioed-ta, por ejemplo? A pesar del tratado que anula los hechizos, los magos siguen siendo poderosos. Puede que no vayan a hacer tanto daño como la última vez, pero siguen siendo peligrosos para personas como nosotros, sin esas cualidades.

—Quentin, no has dicho nada en toda la mañana —dijo el Gobernador—. Tú eres mago también.

—No sé hacer nada, señor —se excusó de inmediato—. Alguien me enseñó a proteger mi mente, para evitar que otro mago pueda ver que hay dentro de mi cabeza, pero es algo involuntario, por así decirlo. Una vez que está hecho, no puede deshacerse y tampoco tengo que pensar en que está ahí. Solo está.

—¿Qué opinas de lo que sucede?

—Noah y Josh tienen razón, señor, por eso estoy aquí con ellos ahora. Nuestro mundo cambió y debemos adaptarnos o nos destruirán. Es necesario advertir a Morrau y a Tesar para que también se preparen. Reda Almairon dijo que iban a saquear el continente entero y en aquel momento lo justificó diciendo que iban tras el oro, pero no creo que eso sea cierto. No tiene sentido, no necesitan involucrar a todo el continente en una guerra por el oro de Tesar, siendo que en Pyebra viven tapizados de oro.

«Hay magos de la Antigua Era aún con vida, pero están escondidos. La Dama de la Cueva, la líder de la orden que Noah mencionó, es la causante de este desastre, pero hay al menos tres de Tesar, dos de ellos en la ciudad del desierto. No sé si ellas saben lo que ocurre, ni qué harán en caso de que optemos por no defendernos, pero no creo que vayan a dejar la protección de su ciudad para involucrarse en esto. Ellas entrenan a los magos que llegan a su ciudad, aunque eso no garantiza que vayan a colaborar con nosotros.

«El mago restante va de pueblo en pueblo instruyendo magos en secreto. Él es el maestro de los magos de Erjathá que se enfrentaron a la señora Viktoria. Si mi opinión sirve de algo, debemos ponernos en contacto con los magos de Erjathá y que nos aconsejen sobre cuál es la mejor manera para poder hacer salir del anonimato a los magos entrenados y a los que no tienen ninguna clase de conocimiento. Establecer las reglas para el uso de la magia, los límites, sus deberes y derechos y comenzar con sus entrenamientos cuanto antes.

—Bien —dijo el Gobernador—. Pensaré en qué medidas tomaremos. Pueden retirarse.

Los tres salieron después de hacer una reverencia y caminaron hacia el estudio de Noah.

—Al menos no enfureció —dijo Josh tras cerrar la puerta. Quentin se acercó a la chimenea y, mientras intentaba reavivar el fuego, Noah y Josh se sentaron en los sillones detrás de él.

—No es mucho, pero ya es algo —dijo Noah—. En veinte días vendrá Tino Suhrah, veremos que noticias nos trae. No hubo muchos cambios, lo que no deja de ser una suerte. Lo malo es que el rey continúa convocando a más hombres para engrosar sus ejércitos y sus soldados continúan masacrando a aquellos que deciden refugiarse en Erjathá. La ventaja es que el país es muy grande. Movilizar a la gente del norte es un gran problema debido a la falta de caminos por los que circular. No pueden atravesar la selva porque se cruzan con las patrullas de Erjathá, que han desbaratado cientos de caravanas de soldados y reclutas que se dirigían a Ciudad Capital…

—¿A quién demonios se le ocurrió llamar «Ciudad Capital» a cada capital? —preguntó Josh.

—Cuando los primeros reyes se reunieron…

—No es necesario, Noah —murmuró Quentin—. ¿Qué hay de la princesa de Pyebra? ¿Ha vuelto a entrenar con su madre?

—No, incluso atacó a los magos de la reina. La niña aprendió, por sí sola, a hacer murallas en su mente y después de eso abandonó los entrenamientos. Su madre intentó utilizar al espía de Erjathá para conocer cómo las hizo, pero él se lo dijo a la niña. La pequeña enfureció y atacó a tres de los magos más fuertes de la reina. Casi asesina a uno de ellos, el favorito de la señora Viktoria, e hirió a decenas de magos mientras lo buscaba.

—Esa niña sí que sabe lo que hace… —dijo Josh.

—El espía dijo que, después de ese ataque —continuó Noah—, la niña no volvió a utilizar sus poderes y no recuerda cómo hacerlo. Sospecha que la reina está inhabilitándola de alguna forma.

—Por los dioses —dijo Quentin—. ¿También eso puede hacer? ¿Inhabilitar los poderes de un mago?

—Al parecer, así es. No han podido saberlo con seguridad, pero una persona que sabe utilizar sus poderes, no tendría por qué olvidar cómo hacerlo, a menos que haya algo que se lo impida.

—¿Un hechizo? —preguntó Josh.

—Lo dudo. La niña tiene su mente protegida.

—Una poción —susurró Quentin.

—Puede que estés en lo cierto, quizás estén administrándole una poción, o inyectándola en su cuerpo. Debo decírselo a Tino cuando venga.

—Hablaré con Astor. —Quentin se puso de pie—. Que se comunique con su maestro y que él lo averigüe cuanto antes. Pueden estar haciéndole un tremendo daño a esa niña.

—Más daño aún del que ya le han hecho, malditos sean —murmuró Josh, imitando a su amigo—. Vamos por Astor.

Cuando salieron del Palacio de Gobierno el sol brillaba en su punto más alto y, a pesar que el día anterior fue frío y apagado, ese día era radiante, casi primaveral. Quentin recordó las tardes de verano en que iban a pescar al arroyo, fuera de las murallas y, al mismo tiempo, recordó también que esa mañana habló con Enara antes de ir a ver al Gobernador.

—Espérame en el laberinto —dijo Quentin—. Iré por Astor.

Josh asintió y se separaron. Cuando Quentin llegó a su casa, encontró a Enara en la cocina, preparando una canasta.

—¿Ya está? —preguntó cuando lo vio entrar.

—Sí, le dije a Josh que me esperara en el laberinto. ¿Hablaste con Ara?

—Sí, fue a su habitación a buscar una manta.

—Gracias, Enara, te debo una —dio con una sonrisa—. Dile a Josh que me ocuparé de lo que íbamos a hacer. Iré a ver a Astor.

Enara, que se había llevado un panecillo a la boca, señaló hacia la habitación de la planta baja y hacia allí dirigió sus pasos. Al abrir la puerta, se encontró al pequeño correteando desnudo por todo el lugar, mientras su madre y la nana intentaban alcanzarlo para poder vestirlo. El niño corrió hacia él en cuanto lo vio y Quentin lo levantó del suelo, pero lo mantuvo lejos de él con los brazos extendidos, para que pudieran vestirlo.

—Gracias a los dioses que llegaste, hijo —dijo Elisa y se acercó a él. Quentin se agachó para que su madre le diera un beso en la mejilla.

—¿Está muy inquieto? —preguntó y las dos mujeres lo miraron con ojos agotados mientras intentaban ponerle una camisa al niño—. Lo llevaré a dar un paseo. Es un lindo día, tal vez vayamos a pescar. ¿Qué dices, Astor? —El pequeño comenzó a aplaudir y a festejar—. Entonces deja que te vistan.

Astor obedeció e, incluso, se puso el pantalón él solo. Quentin fue a buscar sus cosas a su habitación y, al bajar las escaleras, se cruzó con Enara, que había regresado sola.

—Todo listo, cuñado.

—Eres grande, Enara.

—Los dos estaban muy sorprendidos por haberse encontrado ahí. Ara invitó al señor Josh y él aceptó, pero luego dijo que no podía quedarse, porque tenía cosas que hacer. Le dije que te ocuparías, que fue tu idea que se encontraran en el laberinto y yo solo fui para acompañar a Ara. El señor Josh rio y su rostro enrojeció como nunca antes —dijo sonriendo—. Ara solo dijo «Mi

tonto hermano».

—Espero que puedan disfrutar este día —dijo con una sonrisa—. Ayer en serio que les arruiné su reencuentro, pero me di cuenta cuando ya lo había hecho. No sé por qué me cuesta tanto aceptar que Ara ya no es una niña y que ella y Josh…

—No te mortifiques, al menos hiciste algo para remediarlo. Solo intenta no ser tan odioso la próxima vez —dijo Enara y Quentin rio.

—Lo intentaré, aunque quizás me cueste al principio… Llevaré a Astor a pescar, así que estarán en paz toda la tarde. —Enara rio—. Dile a mi madre que iré a la armería, a ver a la Dama Ema y luego vendré por Astor.

Los hermanos dejaron la ciudad y fueron hacia uno de los arroyos que unían sus aguas al río Mor. En el camino, Quentin le habló sobre lo que sucerdió en Drioed-Ta y le dijo que fue su maestro quién los llevó de regreso a Sitnor, pero el niño no dijo ni una palabra en todo el viaje. Una vez que llegaron y pusieron las cañas en la orilla, Quentin le contó sobre la princesa de Pyebra, y la posibilidad de que le estuvieran suministrando algo para que no pudiera utilizar sus poderes.

—¿Puedes hablar con Tino Suhrah? —preguntó Quentin.

—No conozco el idioma de Pyebra. Hablaré con mi maestro ahora. —Quentin pudo ver que las pupilas de su hermano parecían un torbellino verde, que se fue mezclando a gran velocidad con unas líneas violetas que surgieron desde el centro de su ojo, hasta que fue el único color que podía verse. Astor le puso una mano en el mentón—. Cierra la boca, hermano, o entrarán las moscas.

—Es que no había visto antes cómo sucedía. Vi otro mago en Drioed-ta, pero sus ojos simplemente comenzaron a brillar. Eran rojos, como los de Tino Suhrah.

—Tienen distintas formas de cambiar.

—¿Y qué sucede cuando un mago tiene los poderes de dos Astros?

—Tendrán un ojo de cada color. Dependiendo a que poder acuda, uno de sus ojos se iluminará, pero puede utilizar los dos a la vez, también, y en ese caso sus dos ojos cambiarán. Ahora sabemos que tu Astro es una estrella, así que tus ojos se pondrán grises. Si es que alguna vez decides aprender a utilizarlos.

—No había pensado en eso… —Quentin sonrió.

—Ya sé que no quieres aprender…

—Me refería al color de mis ojos, no imaginé que serían así. No lo recordaba. —Quentin se recostó en la hierba—. Habla con tu maestro, ya no te interrumpo.

Quentin esperó a su hermano mientras miraba, entre las hojas de los árboles, como las esponjosas nubes surcaban el firmamento con tranquilidad, sin ningún apuro. Siempre le gustó observar el cielo y no le importaba si era de día o de noche, si era celeste o si estaba cargado de nubes blancas o grises. Sin embargo, se dio cuenta de que pasó mucho tiempo desde la última vez que lo hizo. Estuvo demasiado ocupado con sus entrenamientos, los estudios en el encierro o manteniéndose con vida en Drioed-ta y olvidó lo reconfortante que era recostarse en la hierba y, simplemente, mirar el cielo sin pensar en nada más.

—Tino irá al palacio esta noche a ver a su contacto ahí, y espera poder encontrarlo. No deberían verse hasta dentro de cinco días, por lo que probará suerte.

—Los dioses quieran que pueda hacerlo.

—Mi maestro me lo dirá mañana, solo nos queda esperar. ¿Qué harán tú y Josh ahora? ¿Regresarán al desierto?

—No lo sé, no lo creo. Hasta dentro de seis meses no partirá otro relevo, así que supongo que estaremos por aquí. Aún no nos han dicho nada.

—Eso es bueno. Me gusta que estés aquí. Pronto deberé partir yo también y no regresaré por mucho tiempo.

Quentin se incorporó.

—¿De qué hablas?

—Te lo dije ya, te hablé de mi visión. Me iré con mi maestro después que eso suceda.

—¿Qué sucederá, Astor? Dímelo.

—No puedo. Pero queda poco tiempo, menos de dos años. Para ese entonces, debemos estar preparados para que lo peor ocurra, Quentin. Y no solo a nosotros, sino a Sitnor también. —Quentin volvió a recostarse—. Sé que no quieres aprender sobre la magia y lo entiendo. Pero yo debo partir con mi maestro. Tú eres un soldado ahora, así que haz lo posible por lograr un cargo importante. Debes decírselo a Josh y a Ara también, ella debe regresar al entrenamiento. Cuanta más gente con cargos haya entre nosotros, más fácil será tener el control. Los magos de la Antigua Era eran más importantes que cualquier otra persona, solo respondían a su maestro, y, por esa razón, yo estaré por encima de cualquiera de ustedes pero no basta con un mago conocido. Necesitamos estar bien ubicados en los ejércitos también y ese será su trabajo hasta que yo regrese. Deben esforzarse como nunca desde ahora. —Los ojos de Astor volvieron a cambiar de color—. No te asustes, pero verás algo en tu mente. Esto ocurrió hace un tiempo, pero es necesario que lo conozcas.

Quentin vio lo que sucedió en Erjathá, cuando la señora Viktoria atacó la ciudad con sus magos. Presenció, con la misma desesperación que tendría una persona que lo está viendo con sus propios ojos, como las cabañas se consumían por el fuego y como los magos de la reina asesinaban a la gente que quería escapar de las llamas. Los vio acabando con las vidas de los soldados que se atrevían a asomarse entre los muros de piedra, sintió el dolor de su brazo siendo arrancado y vio a una maga volver a colocarlo en su lugar. Se vio a si mismo degollando gente, sintió su sangre alborotada y, a su vez, la sangre de sus enemigos deslizarse por sus brazos. Se sintió aparecer y desaparecer en varias oportunidades, sintió odio, dolor, impotencia, miedo, asco, frustración, decepción. No eran sus emociones, sino las de quienes compartieron esos recuerdos para que ellos pudieran verlos y entender lo que sucedía cuando una ciudad era atacada.

Astor se retiró de su mente y las sensaciones se fueron con él. No dijo nada, para darle tiempo a su hermano de asimilar lo que acababa de experimentar.

—Padre tiene que ver esto. Y el Gobernador también.

—Onix lo hará como último recurso, pero en una persona normal, ver esto podría causar un daño irreparable. No lo viven de la misma forma que un mago.

—Vaya, no lo hubiera imaginado.

—Tú pudiste sentir lo mismo que ellos, pero ahora esas sensaciones se han ido. —Quentin asintió después de unos momentos—. En los que no son magos, permanecen por mucho tiempo. Pueden pasar días o incluso meses hasta que logren recuperarse, pero la mente de los magos es mucho más fuerte y es por eso que no te afecta ver recuerdos de esta clase. Puedes recordarlos, revivirlos, pero solo estarán presentes en ese momento y luego desaparecerán.

—Entiendo, por eso es que Onix no lo hizo antes.

—Así es. —Astor se puso de pie y caminó hacia donde estaban las cañas, aún sabiendo que no habría ningún pez—. ¿Quentin? Tengo hambre.

—Ven. —Quentin sonrió y tomó su bolso—, me imaginé que no pescaríamos nada.

41

—Siéntense y no se muevan por nada del mundo —dijo Noah cuando abrió la puerta del estudio. Sus hermanos y Josh entraron y se apresuraron a acomodarse—. Tino llegará en cualquier momento.

Aguardaron en silencio por algunos pocos minutos y, cuando menos lo esperaban, sintieron una corriente de aire y Tino apareció frente a sus ojos. Después de presentarle a Josh, Noah le preguntó qué ocurrió en el Palacio de Las Hojas.

—No encontré a Tareq cuando mi maestro me lo pidió, pero si anoche, cuando acordamos encontrarnos. —Noah tradujo sus palabras a los demás—. Es como ustedes lo suponían, la señora Viktoria está administrándole algo con el agua a la niña. La princesa quiso conocerme, por lo que anoche estaba presente y ella misma me dijo que el único momento que su madre pasa con ella es por la mañana, cuando desayuna, pero le insiste en beber una copa de agua antes que nada.

—Maldita mujer —murmuró Josh—. ¿No hay forma de escabullirse en sus habitaciones y asesinarla?

—Lo pensamos. Incluso la princesa también lo sugirió, pero ella no puede hacer uso de sus poderes y, aunque lo conversamos antes con Tareq, él no se atreve. La señora Viktoria es fuerte y, si algo le sucede a Tareq, la niña quedaría desprotegida ahí dentro. Reda Almairon detesta a los dos príncipes y los maltrata en cada oportunidad que tiene.

—¿Y el rey? —preguntó Quentin.

—Es un adorno, un títere de su esposa y de su hermano. Les dio poder y ahora no puede contra ellos. Tareq me dijo que se la pasa encerrado en la Sala Dorada, la sala del rey.

—Qué inútil —murmuró Josh.

—La princesa me pidió que los lleve a Erjathá —continuó Tino—. A ella, a Tareq y a su hermano, pero es un riesgo que no podemos correr. Arrasarían la ciudad si saben en dónde están. La única solución que se nos ocurrió es que Tareq cause algún disturbio, o interrumpa a la señora Viktoria para que la princesa no beba el agua y ver qué sucede. Cuando regrese el mes próximo, les diré qué ha sucedido. Disculpen, pero me retiraré por hoy. Mi padre está con fiebre hace días y mi madre necesita descansar.

Noah y Tino conversaron por unos minutos y luego el mayor de los Guna miró a sus hermanos.

—Iré con Tino.

—Noah, ¿cómo crees? —exclamó Quentin y se puso de pie.

—El padre de Tino está enfermo y los sanadores no han podido curarlo. Ni siquiera la maga sanadora de Erjathá sabe qué le sucede. Iré a verlo y Tino me regresará en cuanto haya terminado de revisarlo.

—Está bien, Quentin. Es importante que Noah vaya —dijo Astor.

Quentin los miró por unos momentos y luego asintió. Noah se apresuró a buscar su bolso y puso en él varios frascos de diversos tamaños.

—Te esperaremos aquí —dijo Quentin. Noah tomó la mano de Tino y ambos desaparecieron.

—Pobre Noah —dijo Josh—, menuda sorpresa se va a llevar cuando llegue a Erjathá.

—¿Por qué lo dices? —Astor se puso de pie, asustado, y lo miró.

—Porque eso de aparecer y desaparecer te revuelve todo adentro, niño —dijo Josh moviendo

las manos sobre su abdomen—. Estuve a punto de vomitar cuando Naga me bajó de la montaña.

—Quisiera poder hacerlo, pero mis poderes no me lo permiten. —Astor regresó a su asiento.

—Eso es algo que solo hacen los que tienen el poder del Sol —dijo Josh—, sin embargo hubo quienes poseían los poderes de otros Astros y pudieron hacerlo en la Antigua Era. Lo leí.

—¿Quiénes? Debo preguntárselo a mi maestro —dijo Astor, ansioso.

—*Egil Zvezda* —dijo Onix. El gato entró desde la habitación donde Noah hacía sus experimentos.

—Tu maestro —dijo Josh a su vez—. Uno de los más grandes magos de toda la historia.

—¿Mi maestro? —dijo Astor con asombro.

—Vaya, eres un experto ahora —dijo Quentin. Onix se subió a su falda y se recostó.

—Es interesante la magia. —Josh levantó los hombros.

—*Deberías escuchar a tu amigo, cachorro.*

—¿Quién más? —preguntó Astor—. Es un poco difícil tenerlo como referencia considerando sus habilidades.

—Shrika Valya, la Reina, y Zelig Akhusta, el Dragón Azul.

—*Buenos tiempos cuando los dragones atacaban.* —Onix comenzó a ronronear y Quentin dijo lo que el gato mencionó.

—Leí también sobre los dragones, había siete en los últimos años de la Antigua Era. El de Zelig Akhusta era uno de ellos. Estaba también el dragón dorado de Verj, el blanco de tu maestro… —Josh se veía entusiasmado al compartir sus conocimientos sobre la Antigua Era.

—¿Por qué lo llaman Lobo Blanco entonces? —preguntó Quentin.

—Porque cuando era joven se parecía a un lobo… su rostro —dijo Josh y miró de reojo a Onix—. Solo los últimos años comenzaron a utilizar a los dragones. Pero todos eran ilusiones, no dragones de verdad. Había un dragón verde que era de Ogdev Wrognia, uno rojo de Shrika Valya, uno plateado de Leyna, que era la esposa de Verj, y uno negro, pero nadie sabía de quién era, puesto que nunca podían ver de dónde salía. El dragón negro fue el primero en aparecer en los campos de batalla y, junto al dragón plateado de Leyna, eran los únicos capaces de escupir fuego de verdad, pero solo el negro podía aplastar a sus enemigos o incluso, comérselos.

—Aquí está el dragón negro. —Quentin señaló a Onix.

—Maldición. —Josh se acuclilló frente al gato—. ¿Señor Onix? ¿Usted era el dragón negro? —Onix se lamió una pata y fijó sus ojos en Josh—. ¿Puedo ver su dragón?

—Dice Onix que mañana, al aire libre. Aquí adentro haría un desastre y Noah se molestaría con nosotros.

—Por los dioses, muchas gracias. ¿Puedo acariciarlo? —Josh miró a Quentin y él se largó a reír. Onix saltó a las piernas de Josh y el muchacho lo abrazó.

—Tendremos que dejar la ciudad para que nadie más lo vea, iremos al arroyo en la mañana y Onix nos enseñará su dragón.

—No voy a poder dormir esta noche —dijo Josh, con una enorme sonrisa en el rostro.

—*Nada me haría más feliz que poder enseñarles algo de magia de la Antigua Era* —dijo Onix.

Mientras esperaban que Noah regresara de Erjathá, Onix les contó que los dragones fueron el resultado de una apuesta. Ogdev Wrognia y el gato competían constantemente para ver quién de los dos lograba algo antes que el otro. Ogdev lo desafió a crear un dragón y utilizarlo en una batalla. Onix, por supuesto, aceptó el reto y lo logró con éxito, venciendo así a Ogdev. Luego Zelig Akhusta, el discípulo de Ogdev, fue desafiado por Onix y Zelig creó su propio dragón, para gran disgusto de su maestro, que no lograba crear uno que durara más de cinco minutos y se

deshacía con el viento.

A partir de eso nació el «Escuadrón de los Dragones de Tesar», cuando Onix y Zelig decidieron compartir el secreto de su creación y los demás se sumaron a hacer los suyos propios.

Tino y Noah regresaron de Erjathá mucho después de la medianoche. Astor dormía en brazos de Josh y Onix sobre las piernas de Quentin cuando aparecieron en un rincón del estudio y los muchachos se sobresaltaron de la sorpresa.

Noah estaba pálido y su rostro sudaba. Quentin se puso de pie y dejó a Onix en la silla para acercarse a su hermano.

—¿Te encuentras bien? ¿Qué sucedió?

—Es solo la sensación, no te preocupes. —Quentin ayudó a Noah a sentarse y Tino volvió a desaparecer luego de despedirse.

—¿Pudiste ayudar al padre de Tino? —preguntó Josh cuando Noah recuperó el color.

—Sí, su fiebre bajó y despertó. Mientras esperaba a que Mihaí, el padre de Tino, se recuperara, me reuní con los magos de Erjathá y con el Señor Jeno, el Gobernante de la ciudad.

—Por un demonio —dijo Quentin—, deberías habernos avisado, Noah. ¿Qué tal si te sucedía algo?

—Hace meses que estoy en contacto con ellos, Quentin, ¿qué podría pasarme? Además, tampoco solucionarían nada desde aquí. Son gente muy agradable y los magos son sorprendentes. Les comenté sobre las «piedras que reaccionan» y le dije que estoy dispuesto a enseñarle a uno de sus alquimistas a crearlas, para que puedan hacerlo a gran escala.

—¿Estás seguro de regresar? No estoy de acuerdo contigo, Noah.

—*No olvides lo que Astor te hizo ver, cachorro. Es necesario encontrar aliados en esta guerra que se avecina.*

—Voy a consultarlo con Enara llegado el momento, de todas formas. Aún no sé si será necesario que vaya, puedo enviar con Tino una copia de mis anotaciones y esperaré a que me digan si han tenido los mismos resultados que yo. —Noah sonrió—. No te preocupes, lo de hoy fue una emergencia. El padre de Tino es un gran mago, al igual que su madre. De hecho, son sus padres adoptivos, pues sus padres reales, también magos, partieron a Ciudad Capital cuando la señora Viktoria convocó a los magos de Pyebra. Tino escapó y se refugió en Erjathá. Mihaí y Ajác, su esposa, lo llevaron a vivir con ellos después de que los magos de la reina atacaron la ciudad. Ajác me contó que estuvo a punto de matar a su padre verdadero esa mañana y estaba muy atormentado por lo que sucedió, tenía pesadillas, no podía dormir y hasta su humor era otro.

—Por supuesto que sí, fue terrible lo que sucedió en Erjathá —dijo Quentin a media voz—. Astor me lo hizo ver. Vi cuando Tino enfrentó a su padre y cuando mató a ocho personas en apenas unos segundos. Hay que admitir que el muchacho es realmente habilidoso, pero no quita lo desagradable que fue ver todo eso.

Quentin se quedó en silencio, con la mirada perdida entre los caminos que se dibujaban entre las rocas del suelo, reviviendo las lamentables escenas del ataque a la ciudad de Erjathá. Le causaban tanta impresión y dolor como la primera vez que las vio y Josh debió notar el malestar en el que estaba sumergido, ya que le puso una mano en el hombro para regresarlo a la realidad.

—Vamos, Q. Es mejor que vayamos a descansar. —Josh sostenía a Astor con un brazo y el niño dormía con la cabeza apoyada en su hombro. Quentin asintió y se puso de pie.

—¿Noah?

—Me quedaré aquí, en caso de que Tino regrese y necesite de mi ayuda. Los veré mañana.

—¿Quieres que le avise a Enara?

—Solo la preocuparías, hablaré con ella en la mañana.

42

Grordau[15]*, Morrau.*

«Maldición, si al menos pudiera seguir utilizando el velo para que no vean mis gestos. ¿Qué hay peor que tener que aparentar? Ya sé, casarse con un desconocido» pensó con disgusto.

Parecía una locura que, desde ese momento, debería quedarse en esa extraña ciudad junto a su futuro esposo. Estaba acostumbrada a viajar y, además de tener que casarse, la idea de establecerse en un lugar fijo le causaba un fuerte malestar, como si desde en ese momento en adelante pasara a ser no más que una prisionera. Además, las costumbres de Morrau eran las que menos le gustaban de Thoria, sin mencionar la comida, que le parecía espantosa. Tenían el hábito de comer la carne casi cruda y a todo le ponían grandes cantidades de ajo. El pan era pesado, seco y demasiado tostado para su gusto, en comparación con los blancos y esponjosos panes de Tesar, que eran, por lejos, los mejores de Thoria.

Después de haber leído las cartas de Quentin, Ilsa habló con sus padres y les dijo que no se casaría, pero no lo aceptaron. Su matrimonio ya estaba arreglado y se concretaría el primer día de la primavera. Llegaron a la ciudad de Grordau, al oeste de la cordillera Selgo, diez días antes para comenzar los preparativos.

Su futuro esposo había sido nombrado Praeth del Distrito 2, por lo que vivía en el castillo ubicado en el centro mismo de la ciudad y, desde allí, podían verse las enormes y blancas cimas de la cordillera recortadas contra el límpido azul del cielo. Era tan impresionante su altura, que se dirían imposibles de escalar. Jamás vio algo tan descomunal como esa cordillera y siempre se sentía del tamaño de una hormiga al contemplarla.

Ilsa dibujó una fingida sonrisa en su rostro y descendió de la destartalada carreta en la que viajó por años junto a su familia. El castillo del señor Damien Enda era un magnífico edificio de brillante piedra negra, que le recordó a los edificios espejados Morrau Ciudad Capital. Su anfitrión los estaba esperando en la puerta de entrada, envuelto en un gran saco de piel de oso. El hombre era tan parecido a Quentin que Ilsa tuvo que mirarlo dos veces para corroborar que no fuera él. Incluso, tenía los ojos verdes, pero era más alto y unos años mayor que ellos.

«Al menos no es un viejo barbudo y enorme, como todos por aquí» pensó Ilsa.

—Pasen, por favor, o se congelarán —dijo con un ademán, invitándolos a pasar. Los condujo al salón principal, en el que había una gran chimenea encendida frente a los lujosos sillones de madera tallada. Los sirvientes se acercaron para tomar sus abrigos y desaparecieron a los pocos segundos. El Señor Damien los miró, sonrió y dos hoyuelos se dibujaron en sus mejillas—. Espero que hayan tenido un buen viaje, los túneles tienen la ventaja de no verse afectados por las tormentas y el viento.

—Ha estado bien, muy bien —dijo su madre, que parecía hechizada por su futuro yerno. No le quitó los ojos de encima ni un segundo, ni siquiera cuando Evan, el hermano menor de Ilsa, intentó llamarle la atención.

—Cuánto me alegro, mi señora. Si no es molestia, señor Zvezda, me gustaría conversar con usted en privado cuanto antes.

—Por supuesto, pero puedes llamarme Egil —dijo. El señor Enda hizo un ademán y su padre lo siguió.

—Quedan en su casa, mis señoras, joven. Los sirvientes los conducirán a sus habitaciones para

que puedan asearse. Con su permiso —dijo haciendo una reverencia y luego le señaló el camino a Egil para que lo siguiera.

Damien condujo a Egil Zvezda hacia su despacho y encendió la chimenea con un chasquido de sus dedos ni bien cerró la puerta.

—Tome asiento, maestro —le dijo antes de sentarse.

—Damien, que gusto ver que te has convertido en Praeth, ¡vaya sorpresa!

—No es tan bueno como quisiera, maestro. Pero lo que más me importa decirle es que no me casaré con su hija.

—¿Cómo dices? —Egil se puso de pie y su rostro enrojeció— Esto es una falta…

—Por lo que veo no está enterado —dijo con calma—. El rey Mesqeu ha sido asesinado y una mujer de la Orden de los Hijos del Águila gobierna ahora. Es por su seguridad, maestro, y la de su familia. Deben dejar Morrau cuanto antes.

Egil se sentó y se llevó las manos a la cabeza.

—No puede ser posible.

—Sí, lo es. Morgana Rostur está en el trono dorado. Asesinó al rey y a toda su descendencia. Han cambiado muchas leyes y han comenzado a reclutar magos, tal como Viktoria Almairon hizo en Pyebra. No puede quedarse aquí, no estarán seguros mientras estén en Morrau.

—¿Alguien sabía de tu boda con Ilsa? ¿Los demás Praeths? ¿La reina?

—Solo mi amigo Nathan Bohn, Praeth del Distrito 3, pero le dije que la boda se canceló y le di una excusa creíble. Él está buscando la forma de desbaratar los planes de Morgana, también. En un principio la reina comenzó a reclutar hombres para aumentar los ejércitos, y Nathan mandó a decir a la gente de su distrito que emigraran a Tesar, mientras él permanece en Ciudad Capital. La señora Morgana… Verá, no es que sea una reina muy cuidadosa. Le importa más divertirse que gobernar y Nathan se aprovecha de eso.

—¿Confías en él?

—Con mi vida, maestro. Gracias a él estoy aquí. Para ponerlo a prueba sugerí enviar a la gente a Tesar y él fue el primero en hacerlo. La reina no lo ha notado, ya que los emigrantes debían pasar por mi distrito y, por supuesto, no le dije ni una palabra. Mi gente comenzó a emigrar a Tesar también, aunque algunos, creo, optarán por quedarse en Sitnor… De cualquier forma, nuestros distritos son los más poblados de Morrau, por lo que cambiamos algunos números para evitar que la reina sospechara. Muchos de nuestros ciudadanos decidieron apoyar a Morgana, pero no todos, y en cuanto comiencen a escasear los alimentos, más serán los que dejarán nuestras tierras. Nos encargaremos de que así sea.

—¿Sabe él de tus poderes?

—No, maestro, no encontré oportunidad para decírselo, ya que hace meses está en Ciudad Capital y nos comunicamos a través de un mensajero de confianza. No cree en Morgana, pues conoce la Hermandad. Nathan es un hombre muy estudioso, no es nada fácil engañarlo, aunque pasa por ingenuo y dócil. Por eso estamos buscando la forma de contactar con el Gobernador de Sitnor…

—No. No se dirijan a él, pues será inútil. Busquen a Noah Guna, el hijo del segundo. El muchacho está en contacto con mis discípulos de Erjathá y está al tanto de todo lo que sucede en Pyebra. Erjathá tiene un hombre en el Palacio de Las Hojas, por lo que tienen noticias desde adentro. Hace tiempo que no hablo con ellos, pues hay cosas que es mejor que no sepa. Mi tiempo ya ha pasado y solo sería un peligro para ustedes que esté involucrado en lo que ahora está sucediendo, pero hablaré con alguien para que Noah Guna contacte contigo o con Nathan

Bohn.

—No, maestro. Es mejor que nosotros iniciemos el contacto, para evitar que algún mensaje llegue a manos de la reina.

—Entonces le diré sus nombres, para que confíe en ustedes y sus intenciones.

—Eso está mejor. Maestro, si usted quiere, pueden partir esta misma noche. Desde mi castillo pueden acceder a los túneles sin cruzar la ciudad y llegarían a Sitnor en tres días. Puede llevar los hombres que sean necesarios y hay caballos cada pocos kilómetros por si quieren forzar la marcha. Ya he dispuesto de todo para facilitar su viaje fuera de Morrau. Si alguien llega a saber que usted está aquí, si algo llega a ocurrirles, no podría perdonármelo nunca.

—Gracias, hijo. Nos daremos un baño y partiremos enseguida.

—Mis sirvientes tienen preparados alimentos para ustedes y también ropa limpia y mantas, pueden dejar aquí aquello que no esté en condiciones. —Egil se puso de pie y Damien lo imitó—. ¿Maestro? Discúlpeme por cancelar la boda…

—Entiendo las razones, hijo.

—Me gustaría hablar con la señorita Ilsa, para explicarle los motivos. He inventado una excusa para no decirle…

—Ella no quería casarse, de todos modos. La hará feliz saber que seguirá siendo libre.

—Se sentirá rechazada, maestro, aunque no haya deseado casarse.

—¿Ilsa? ¡Ja! No lo creo. Casi tuve que amarrarla para que se subiera a la condenada carreta, hijo. Tú no te preocupes por ella, estará bien, ya verás.

Ilsa se asomó por una de las ventanas del salón del castillo del Señor Enda y miró el sol perderse en el inalcanzable horizonte, mientras esperaba a que terminaran de cargar la carreta para partir hacia Tesar. Su padre le dijo que su casamiento se cancelaba.

«Feliz día, Quentin. Feliz día para mí» pensó con una sonrisa genuina en el rostro. Hacía diecisiete años, a media tarde, ambos habían llegado a este mundo. En ese momento, a pesar de que no estaba junto a él, Ilsa era feliz.

43

Sitnor Ciudad Capital

Después de haber dejado a Astor durmiendo en su habitación, Quentin despidió a Josh, subió a su alcoba y se acostó. Había sido un día demasiado largo pero, aun así, no podía conciliar el sueño. El hecho de tener pesadillas cada pocas noches contribuía a que, inconscientemente, se mantuviera despierto por mucho más tiempo del que le tomaba dormirse antes de caer esclavo.

Para pasar el rato e intentar dormir, cada noche pensaba en lo que hubiera sucedido de haberse animado a regresar a Drioed-ta con Lobo Blanco. Las opciones eran tantas y tan variadas, que se pasaba horas pensando en cada una de ellas y en sus posibles consecuencias.

Ninguna de las noches de desvelo aspiraba llegar a alguna conclusión, solo lo hacía por el gusto de imaginarse junto a Ilsa y, de esa forma, mitigar el dolor que sentía al estar lejos de ella. Le prometió en sus cartas esforzarse para estar bien y, dentro de todo, lo estaba cumpliendo. Al menos, pasaron casi tres semanas desde que llegó a Ciudad Capital y todavía no había probado ni una gota de alcohol en ese tiempo. Cada vez que estaba por rendirse y correr hacia alguna taberna para poder adormecer un poco sus sentidos, pensaba en la promesa que le hizo.

A pesar de su insistencia, a Josh y a él les dieron un mes de descanso y aún faltaban diez días para regresar a sus tareas en el ejército. Ambos querían que les asignaran algo para hacer, pero no había trabajo para ellos, por lo que intentaba mantenerse atareado durante todo el día, un poco para mantener la mente ocupada y otro para agotarse lo más posible y poder dormir de noche, pero eso seguía sin darle resultado. Había empezado a entrenar con Eric, para que le enseñara cómo utilizar dos espadas a la vez como él lo hacía y casi siempre entrenaba por su cuenta por varias horas, hasta que sus músculos se sentían tan agotados que empezaban a temblar.

Su madre lo había encontrado más de una vez en la cocina a mitad de noche, buscando algo para comer o bebiendo una taza de té. Ella le recomendó algunas infusiones de hierbas que ayudaban a dormir, pero Quentin prefería pasear toda la noche a beber alguna de ellas, ya que le parecían horribles.

«Puedes endulzarlas con miel» dijo su madre, aún sabiendo que, también, detestaba la miel.

Habló con su hermano, pero Noah no quería darle una poción porque podía acostumbrarse a ella y eso aumentaría el problema en lugar de solucionarlo.

Lo único que le ayudaba a dormir era cuando Onix compartía con él algún recuerdo de cuando Ilsa era niña, sin embargo el gato no siempre llegaba temprano y las horas se hacían eternas esperándolo.

La mayor parte de las veces prefería la soledad, pero en ocasiones la noche se le hacía demasiado larga e iba a la caseta de las puertas de la fortaleza o al cuartel a hablar con los soldados, pues siempre tenían alguna anécdota interesante para contar. Varias veces el amanecer lo encontró sin haber podido pegar un ojo y, en esos casos, andaba adormecido la mayor parte del día, deseando que el sol llegara al horizonte para poder ir a su cama y, al fin, descansar. Más de una vez pensó en cambiar el día por la noche, pero le resultaba inadecuado porque, a la noche, no había nada para hacer.

Estaba a punto de dormirse cuando Onix saltó a su ventana y comenzó a maullar. De muy mala gana, Quentin se levantó a abrirle y el felino se escabulló entre las mantas ni bien el muchacho se acostó.

—*¿Cachorro?*

—*¿Qué?* —preguntó, malhumorado.

—*Tengo algo que decirte.*

—*Si es malo, no quiero saberlo. Al menos no ahora.*

—*Damien Enda, el esposo de Ilsa…*

—*No…* —Quentin se tapó, inútilmente, los oídos.

—*… canceló la boda.*

Quentin se sentó de golpe y Onix saltó, asustado.

—*Dilo de nuevo.*

—*Ilsa no se casará. En estos momentos está viajando hacia Tesar con su familia.*

Quentin saltó de la cama y tuvo que contenerse para no festejar ruidosamente la noticia en ese mismo momento.

—*Por los dioses… sí que me has dado un gran regalo de cumpleaños, Onix* —dijo cuando logró serenarse.

—*Y dices que no estás enamorado.*

—*No lo estoy. Pero la noticia me alegra más de lo que hubiera imaginado.*

—*Lo dije solo por molestarte… Lo supe hace unas horas y me hubiera gustado decirlo antes pero, cada vez que te veía, estabas rodeado de gente y temía tu reacción. Hice bien en esperar* —dijo el gato, divertido.

—*Gracias, Onix.*

«Feliz día, Ilsa. Feliz día para mí» pensó. Quentin volvió a acostarse y abrazó al ronroneante felino.

Noah dormía en un sillón cuando alguien llamó a la puerta. Se sentó, confundido, al ver que ya era de día. Se levantó, acomodó su ropa lo mejor que pudo y abrió la puerta de su estudio; su esposa estaba en el pasillo, con una canasta en la mano. Se veía extraña, como si estuviera enferma.

—¿Te encuentras bien? Te ves muy pálida. —Noah tomó la canasta, la dejó sobre su escritorio y abrazó a Enara—. ¿Qué sucede?

—Necesito decirte algo —susurró—. Ya no puedo guardarlo por más tiempo.

—¿Qué es? —Noah llevó a Enara hacia uno de los sillones frente a la chimenea y se sentó junto a ella.

—Una vez que me escuches, podrás hacer lo que creas necesario. Repudiarme, anular nuestro matrimonio, enviarme lejos de aquí…

—Eres la luz de mis ojos, el sol que ilumina mis días, mi paz y mi alegría más inmensa. —Noah abrazó a su esposa y le besó la frente—. ¿Cómo crees que podría hacerlo? Sea lo que sea, estoy a tu lado. Siempre estaré a tu lado.

Enara se tomó unos minutos antes de volver a hablar.

—¿Recuerdas a Reda Almairon? —susurró, aún en brazos de Noah.

—Por supuesto, ¿qué sucede con él?

—Yo… yo debía decirle quienes eran Quentin y el señor Joshua. —Noah apenas si fue capaz de escucharla, de tan baja que era su voz—. Era su contacto aquí.

—Enara… ¿Cómo…? —Noah se puso de pie y se llevó las manos a la cabeza.

—También los vi a ti y a Quentin la noche que me encontré con él, detrás de la Posada del Tuerto. Mi misión en Sitnor era infiltrarme en la fortaleza y mantener informada a mi maestra, la Dama de la Cueva, sobre sus movimientos. Los de todos ustedes. Sus horarios, su rutina, sus

actividades. Todo lo que ustedes hicieran. —Noah la miraba sin reaccionar—. Perdóname.

Enara se cubrió el rostro y comenzó a llorar. Noah se arrodilló frente a ella y tomó sus manos.

—No lo hagas, no llores —dijo y la abrazó—. No sé cuales fueron tus motivos, ni por qué lo hiciste, pero, por alguna razón, no cumpliste lo que te encomendaron. Ya no llores, por favor.

—Es que siento vergüenza, Noah. Vergüenza por lo que hice, por lo que creía, por lo que estuve a punto de hacer.

—Pero no lo hiciste. Mírame. —Noah le tomó el rostro y secó sus lágrimas—. No hiciste nada malo. Si le hubieras dicho a Reda quiénes eran, ni Quentin ni Josh estarían aquí hoy, probablemente.

—Ambos morirían ni bien Reda tuviera el control de Ciudad Capital. —Enara comenzó a llorar de nuevo y abrazó a Noah.

—Ya pasó, corazón. No debes preocuparte.

—Se vengarán, Noah. Encontrarán la forma de hacerme pagar. —Noah dejó de respirar y le pareció que hasta su corazón se detenía. No había pensado en esa posibilidad—. Por mi culpa perdieron la oportunidad de tomar Sitnor sin tener que movilizar sus ejércitos. Y no se han olvidado de mí, hace una semana encontré en nuestra puerta una insignia de la hermandad.

—Lo saben todo —murmuró Noah—. Viviremos en la fortaleza desde ahora. Y tendrás una escolta…

—Noah…

—… no dejaré que salgas a la calle sola.

—No querrán que yo muera, querrán que sufra, Noah. Matarme sería rápido y fácil. Yo no estoy en peligro. Tú lo estás. Astor, Ara, tu madre, la Dama Ema.

—¿Y tu familia? Debes decirles que vengan.

—No tengo familia, Noah —susurró.

—Pero… —Noah se apartó de Enara una vez más.

—Soy huérfana.

—No entiendo. Tu madre, tu familia… —Enara bajó la vista y movió la cabeza de lado a lado—. ¿Quiénes eran ellos?

—De la hermandad —susurró—. Borré sus recuerdos antes que dejaran la ciudad. Modifiqué en sus mentes lo que no quería que supieran, tu apariencia, la de tu familia, nuestro casamiento.

—¿Quién eres? —Noah se puso de pie y se alejó—. ¿Quién eres? —preguntó para sí mismo, sin esperar una respuesta de Enara. El joven caminó de un lado al otro, con las manos en la cabeza, mirando cada pocos segundos a esa extraña en la que se había convertido su esposa—. ¿Qué es esto? ¿Otro engaño? ¿Te casaste conmigo para cumplir otra misión?

—Noah, por favor, no digas eso.

—¿Qué quieres que diga? ¿Cómo puedo ahora saber lo que es cierto y lo que no? —Enara se puso de pie—. No te acerques. No sé quién eres. No sé nada de ti, no sé lo que es real y lo que has inventado. ¿Cómo puedo…? ¿Y también eres maga? Por un demonio.

Noah le dio la espalda y se quedó pensando por unos minutos en todo lo que escuchó. Le costaba creer que lo que Enara decía fuera cierto, pero no tenía forma de saber algunas cosas si no hubiera estado presente. Él nunca le habló de lo que sucedió en la posada.

—Esperaré en casa —susurró.

—No, no te vayas —dijo y volvió a mirarla.

Enara, que ya había llegado a la puerta, lo miró con los ojos enrojecidos y la tristeza marcada en el rostro.

—Sea cual sea la decisión que tomes con respecto a mí, la acepto, Noah. —La muchacha bajó

la vista—. Y quiero que sepas que no me arrepiento de haber usado la magia para protegerlos. Lo haría cada vez que fuera necesario, aún ante cientos de personas.

—No quiero que te vayas y me dejes con cientos de preguntas que no puedo responder. Solo… necesito algo de tiempo, estoy confundido…

—Y también estás decepcionado porque te estuve engañando todos estos años, lo sé.

—No es así, perdóname por lo que dije, perdóname por reaccionar de esa forma. —Noah se acercó a Enara y la tomó de la mano para llevarla nuevamente frente a la chimenea—. Mentir es muy fácil, lo difícil es decir la verdad y enfrentar las consecuencias. Aún necesito asimilar todo lo que has dicho, pero eso no significa que vaya a tomar una decisión drástica sin saber lo que ha sucedido, Enara.

—No puedo decir nada en mi defensa porque dudarás de todo lo que diga de ahora en más. Traicioné tu confianza y te cuestionarás cada palabra que diga de ahora en adelante. Haz lo que debes hacer, repórtame.

—No es la solución, Enara —dijo con calma.

—Te puedo contar que me crié sola en las calles de Garhq Tahok, que mendigaba alimentos, pero recibía más golpes que pan. ¿Creerás que es cierto o pensarás que lo estoy inventando? Tal vez creas que no era así, o tal vez dudes si nací en Garhq Tahok o si tenía padres. Lo entiendo, Noah. Yo tampoco confiaría en mí.

—Yo decidiré si confío o no en ti, pero antes necesito entender tu historia. —Noah intentaba hablar con la mayor tranquilidad posible, para no alterar aún más a su atormentada esposa.

—Astor lo sabe todo. —Enara lo miró fijamente—. Él lo descubrió la primera vez que me llevaste a tu casa.

Otra confesión que se sintió como un mazazo en la cabeza. Noah cerró los ojos y se pasó las manos por el rostro.

—Hablaré con Astor después. —Enara se puso de pie de un salto y su esposo la imitó, asombrado.

—¡Reacciona, maldita sea! —exclamó y Noah la miró, confundido—. ¿Cuánto más falta para que te enojes conmigo? Golpéame de una vez, arrójame a la calle como la basura que soy, llama a los guardias para que me encarcelen. —Noah quiso tomar su mano pero Enara se apartó y empezó a hablar entre lágrimas—. ¿Qué demonios esperas? Ni siquiera merezco que me mires.

Él la abrazó y Enara quiso alejarse, pero Noah no la dejó ir.

—Cálmate, ¿sí? Entiendo lo que quieres hacer, pero no lo permitiré —dijo antes de besar su frente.

—No, no lo entiendes —sollozó—. ¿No te das cuenta de que si sigo con vida harán lo posible por hacerles daño? Repórtame, por favor.

—Con mi cuerpo como tu escudo… —Enara se removió entre sus brazos y le cubrió la boca con su mano.

—No lo digas, por favor, no lo digas —susurró. Las lágrimas corrían por sus mejillas y Noah sintió que su corazón se rompía en mil partes. Tomó entre las suyas las manos de Enara, las besó y las puso en su pecho.

—¿Acaso lo has olvidado? —dijo con una sonrisa—. Yo no. Yo me casé contigo, con tu pasado y con tus errores, y tú con los míos. Quizás ahora las cosas sean un poco diferentes, pero no por eso te dejaré sola. Si Astor no me dijo nada de ti, es porque confió en lo que le dijiste.

—Noah…

—No voy a cuestionar tus razones ni cómo es que terminaste con esa gente, no necesito hacerte pasar por eso otra vez. Confío en Astor y, por eso, confío en ti.

—Me merezco que me odies.

—Pero te amo, Enara —dijo sin dejar de mirarla a los ojos—. Y me siento el hombre más feliz del mundo cuando vienes aquí en tus ratos libres, cuando me preguntas algo o cuando me ayudas. Mi corazón salta de alegría cuando te miro y me siento como la primera vez que te vi, cuando te acercaste a mí en la entrada de la fortaleza. —Enara lo abrazó con fuerza—. Cuando vienes y te recuestas en el sillón a leer, tengo que hacer un esfuerzo titánico para concentrarme en mis asuntos, aunque a veces me es imposible y lo único que puedo hacer es mirarte. Para tu tranquilidad, utilizaré los pasillos para venir hasta aquí, saldré a la calle con una escolta y mi familia también. Ya sabes que Astor es mago, él podrá ayudarte a que aprendas más cosas.

—Pero… ¿y la Ley de Protección? —preguntó sin moverse.

—Debemos burlarla. Los planes de Pyebra no nos dejan otra opción. Tú ya los conoces, ya sabes lo que quieren así que no debo explicártelo. Quentin también es mago, pero no quiere aprender a hacer nada.

—Lo sé. También sé del muchachito de Erjathá que viene cada luna nueva. Astor me lo ha dicho.

—Eso me ahorra unas cuantas explicaciones. Y ahora entiendo cómo es que Astor sabía lo de la Dama de la Cueva. No fue su maestro quien se lo dijo.

—Sí, fue él —dijo Enara y se separó de Noah para regresar al sillón frente a la chimenea—, aunque Astor me preguntó sobre ella y le conté todo lo que sabía, aunque no era mucho. Siempre se cuidó de hablar frente a mí.

—De a poco armaremos el rompecabezas que es esa mujer y encontraremos la manera de detenerla —dijo Noah después de sentarse junto a su esposa.

—El problema no es solo ella, sino también sus discípulas. Viktoria, Morgana, Islery y Vanya. Hasta donde sé, ellas serían las futuras reinas de Pyebra, Morrau, Sitnor y Tesar, respectivamente. Viktoria está en su lugar. Morgana debe estar pronta a tomar la corona, si es que ya no lo ha hecho…

—¡Por un demonio! —exclamó Noah.

Alguien llamó a la puerta en ese momento y Noah y Enara se miraron, sobresaltados.

—Quédate del otro lado. Despediré a quien sea.

Enara se encerró en la habitación y Noah caminó hacia la puerta.

—Son ustedes —dijo, aliviado, al abrir. Eran sus hermanos.

—Tenemos algo que decirte —dijo Quentin. Hizo un paso y Noah lo detuvo.

—Ahora no puedo, discúlpenme.

—Es urgente, Noah —dijo Astor y Quentin entró a la habitación, con el niño en brazos—. Noticias de mi maestro. El rey Mesqeu Ravenna de Morrau ha sido asesinado, al igual que toda su familia.

Enara abrió la puerta, miró primero a Astor y, luego, caminó hasta llegar junto a Noah. Quentin los miró, confundido, y Astor sonrió.

—¿Qué sucede? —dijo Quentin.

—Enara es como nosotros. Pero conoce a la Orden del Águila desde adentro —dijo Astor.

—¿Cómo que…? ¿Alguien puede explicarme qué sucede?

—Sí, yo, pero no ahora. Deja que termine de hablar con Noah. Como dije, el rey ha sido asesinado y una mujer llamada Morgana Rostur es la nueva reina de Morrau. En el Castillo Blanco ahora ondean los estandartes de los Hijos del Águila.

—Maldición —murmuró Enara y buscó la mano de su esposo.

—Hay dos Praeths que se oponen a ella, aunque le siguen el juego para engañarla. Nathan

Bohn y el señor Damien Enda, este último es discípulo de mi maestro. Él le ha dicho que querían contactarse con el Gobernador, pero mi maestro le dijo que se dirigieran a ti, Noah. Recibirás correspondencia de alguno de ellos.

—Gracias, Astor. Agradece a tu maestro. Estaré atento por si llega algún mensaje de ellos.

—Eso es todo, nos retiramos. —Quentin no se movía de donde estaba y tenía los ojos clavados en Enara. Astor le tomó el rostro para que lo mirara—. Vamos, Quentin.

—¿Cómo es que nadie me dijo?

—Reacciona, hermano, hablaremos después. Ellos necesitan estar solos ahora.

—Pero…

—Noah acaba de enterarse, también. Vamos.

Los hermanos dejaron el estudio y Noah miró a Enara.

—¿Qué sabes del distintivo o de las personas que lo dejaron en nuestra puerta?

—Astor me ayudó a rastrear a las personas que estuvieron en contacto con el objeto. Sin embargo, cabe la posibilidad de que haya habido más personas involucradas, a eso no lo sabemos. Seguimos el rastro de dos hasta que dejaron la ciudad.

—¿Qué crees que harán?

—Imagina la forma más cruel de hacer sufrir a alguien. Ellos pueden hacer algo aún peor que eso, Noah.

—¿Cómo es posible?

—He visto cosas que no verías ni en tus pesadillas, pero no quiero inquietarte, por eso no lo diré.

—Mi hermosa Enara, si pudiera hacer algo para que olvidaras todo eso… —Noah acarició su mejilla y ella se abrazó a él.

—La mejor forma de superar a tu enemigo, es conociéndolo. Gracias a los dioses que lo recuerdo, de lo contrario, me encerraría en nuestra casa, pensando que vienen por mí, cuando en realidad las personas que me importan serán su objetivo.

De pie frente a la puerta de su despacho, Noah se preguntó qué cosas habrían visto esos ojos que parecían ser tan limpios y puros, que lo miraban siempre con amor y orgullo; qué cosas fue obligada a hacer esa mujer que parecía tan frágil, pequeña e insegura.

Se preguntó quién era en realidad su esposa, si Enara Pirhs era su nombre verdadero o si lo inventó cuando llegó a Sitnor, se preguntó si alguna vez tuvo un nombre, un hogar, una familia de verdad; si recordaba algo de su infancia, antes de llegar a esa siniestra orden, se preguntó cómo fue capaz de cambiar el resentimiento con el que fue criada por todo el amor que era capaz de entregarle. Se preguntó de qué sería capaz su esposa, qué cosas hizo por él, para defenderlo y resguardarlo de su antigua maestra.

Quería saber todo sobre su pasado y, a su vez, no quería perturbarla con esos recuerdos. Sin embargo, a pesar de todas las preguntas que surgieron a raíz de su confesión, Noah tuvo la certeza de que jamás dejaría de amarla.

«Con mi cuerpo como tu escudo, con mi confianza como tu espada, con mis ojos como la luz que guíen tus pasos, con mi voz como la canción que alivie tu pesar, con mis brazos como el lecho donde reposarás en tus días finales, prometo ser quien te acompañe hasta el día en que tu vida deje de iluminar la mía».

44

Palmeras, Pyebra

Erigieron el templo a Sinmá contra el muro norte, en la zona donde los inmigrantes construyeron sus hogares y donde se concentraba la mayor cantidad de personas adeptas a la diosa. Era una construcción sencilla, de troncos de madera como las casas de la zona, pero sus paredes estaban revocadas con barro por dentro para poder ser decoradas de la misma forma en que estaban en el templo de la abandonada aldea de Vila. No tenían esperanzas de que el revestimiento resistiera por mucho tiempo, puesto que el clima era muy diferente al de la desértica aldea, sin embargo, estaban buscando otras alternativas en caso de que esta fallara.

Vila no fue capaz de dormir en toda la noche debido a la variedad de emociones que se entremezclaban en su interior. El templo estaba terminado y ella sería la encargada de realizar el primer ritual a Sinmá en la historia de Palmeras. No solo eso, Vila, también, tenía miedo. En cuanto el rito comenzara, el Supremo Sacerdote recordaría a Vila, sabría que desoyó sus órdenes de regresar a su antiguo templo, aunque estuviera destruido y la aldea abandonada. Los sacerdotes no pasarían por alto su desobediencia. Sabía de las consecuencias de sus actos, pero la diosa quería perdonarla y ella necesitaba su perdón como al sol en su piel.

El cielo ya había comenzado a iluminarse cuando Vila decidió, finalmente, dejar su cama y ponerse en movimiento. Se vistió con una túnica de seda blanca y adornó su cuello y sus brazos con gruesas cadenas doradas; trenzó su cabellera plateada, colocó en su coronilla una tiara de oro y, cuando se sintió preparada, dirigió sus pasos hacia el nuevo templo.

Vila sonrió, complacida, al llegar y ver que una gran cantidad de personas estaban esperando por ella, aun cuando pactaron comenzar el ritual a media mañana. No esperaba tal cantidad de gente y, mucho menos, tan temprano, pero los fieles estaban muy animados y todos ellos vestían sus mejores prendas para tan importante acontecimiento.

El señor Jeno y los consejeros de Palmeras llegaron poco antes del comienzo y Vila tuvo que trasladar el altar hacia fuera, porque el templo parecía pequeño para tan nutrida concurrencia.

La sacerdotisa comenzó a cantar una alabanza a Sinmá y, poco a poco, se le unieron las voces de las casi doscientas personas que la acompañaban. Alguien llevó un instrumento de cuerdas y se sumó también a ellos, logrando una agradable melodía. Mientras todos cantaban, Vila se quitó un anillo, que llevaba un inmenso rubí incrustado, y lo dejó en el centro de una bandeja de oro que había sobre el altar. Hizo fuego en una vasija de barro e introdujo, primero, un puñado de los frutos de las plantas de *raicar*, un arbusto de frutos amarillos que debían ser cosechados con la luna llena, cuando esta alcanzaba su punto máximo en el cielo. Luego, puso sobre ellos el anillo y, por último, abrió un saco de cuero que colgaba de su cuello, sacó de él una diminuta botella de vidrio, derramó tres gotas del líquido que contenía sobre el fuego y retrocedió, sin dejar de cantar.

Las llamas comenzaron a crecer de a poco y estas dieron vida a una figura humana. Se hizo el silencio en cuanto el fuego tomó la forma de una mujer de largo y llameante cabello, pero Vila los animó a continuar cantando.

La mujer de fuego bajó desde el altar saltando con agilidad entre la gente, que la miraba con una mezcla de felicidad y temor. Ella comenzó a bailar entre los fieles y acariciaba sus rostros y sus manos, sin quemarlos ni herirlos. Tocó a cada una de las personas que estaban presentes y

podía oírse el murmullo de una risa infantil sobre las voces que continuaban cantando.

Cuando terminó de saludarlos, caminó hacia el altar, con pasos suaves. Vila miró a su alrededor y vio que todos estaban arrodillados, mirando al cielo y murmurando entre lágrimas y sonrisas, como si conversaran con un ser invisible.

Se arrodilló en cuanto la figura de fuego se acercó a ella y la contempló con fascinación.

—Mi amada diosa, bienvenida sea a Palmeras.

—Mi hija más preciada. —Una voz salió de entre las llamas, una voz dulce y calma, que transmitía paz y sabiduría—. Mi guerrera más joven y valiente, la del corazón lleno de amor.

Vila no pudo más que dejar sus emociones salir desde dentro de su pecho. Hacía tiempo que tenía una espina clavada en su alma y a nadie pudo hablarle de lo que le sucedía.

—No merezco sus amables palabras, mi señora —murmuró.

—Mereces todo lo bueno, Vila.

—No, mi señora. Dudé, por largos meses, entre seguir siendo Vila la sacerdotisa o comenzar a ser Vila, la mujer.

—No puede haber una sacerdotisa sin una mujer, Vila. No está escrito que debas dejar de lado a alguna de ellas para ser la otra. Los sacerdotes tienen a sus familias, aunque no lo griten a los cuatro vientos. Tareq Sabah y tú tomaron una dolorosa decisión, pero ambos decidieron desde el amor y el amor es un milagro, Vila, y también un privilegio, puesto que no todos tienen la capacidad de hacerlo. Su amor por ti lo ayudó a despertar y él decidió regresar a Ciudad Capital para redimir sus errores, sacrificando su propio bienestar y su felicidad. Actuó, sin egoísmo alguno, para ayudar al pueblo de Thoria. Puso, por encima de todo, el bienestar de millones de personas, ya que las palabras de Tareq Sabah ayudan a cada instante a proteger a los inocentes; hombres que, de otra forma, hubieran terminado entre las filas de guerreros del rey Kirios, mujeres y niños destinados a morir de hambre de no haber sido por su intervención, aldeas enteras hubieron sido arrasadas si esos hombres que fueron salvados llegaban a la capital. Los magos de Palmeras actúan rápido y de forma precisa gracias a lo que él está haciendo. Tu amor por él te llevó hacia el mismo camino. Sabes que debes ayudar a mantener al pueblo esperanzado, que necesitan de ti y de mí como del agua y del sol. Hubiera sido más fácil para ambos alejarse de aquí, de todo, pero el amor viene en muchas formas, mi amada Vila. Siéntete orgullosa de lo que su amor ha logrado.

La sacerdotisa se cubrió el rostro con las manos y lloró sin poder controlarse.

—Tan solo me gustaría verlo una vez más...

—Llegará su tiempo, mi preciosa Vila. No hoy, no mañana. Pero ten por seguro que llegará y ambos serán libres de todo esto. Sé valiente, sé fuerte. Sabes que a partir de ahora nada será fácil. Cuidaré de ti…

—Cuida de él, mi amada Sinmá, te lo ruego. —Vila miró, suplicante, al rostro ígneo de la diosa.

—No necesitas pedírmelo, lo hago desde el día que decidieron alejarse.

—Mi señora, tan justa, tan buena y noble —sollozó.

—Ten cuidado, mi valerosa hija. Los sacerdotes ya están enterados de que has desobedecido sus órdenes y que he decidido darte mi bendición; ellos tienen muchas formas de hacer la guerra. No atacarán hoy, ni mañana. Lo harán cuando los hayas olvidado, cuando seas feliz y no pienses en ellos. Cuando no los esperes. Pero te ayudarán, Vila, los tuyos estarán contigo, quienes te aman. Sé fuerte, hija.

La figura de fuego se desvaneció sin dar aviso alguno y todos se miraron desconcertados. Poco a poco, se pusieron de pie al notar que la diosa no regresaría y que estaban solos. A pesar de eso,

una sensación de esperanza y bienestar perfumaba el aire, las personas sonreían y se abrazaban por el milagro que acababan de presenciar. Recibieron los consejos y las bendiciones de Sinmá y eso era mucho más de lo que cualquier mortal podría siquiera imaginar.

Los concurrentes, de a uno, se acercaron a Vila para agradecer su intervención y dejaron el lugar luego de hacerlo. El señor Jeno fue el último en acercarse a ella.

—Gracias, señorita sacerdotisa, por lo que ha logrado.

—Solo soy un instrumento de la diosa, mi señor.

—La figura de fuego…

—La diosa Sinmá, mi señor —corrigió con amabilidad.

—¿Cómo lo has hecho?

—La señora de los cielos decidió venir a derramar sus bendiciones y consejos sobre sus fieles. No creí que fuera a presentarse ante nosotros, pero la diosa así lo quiso.

—No entiendo.

—Usted no creía en la diosa Sinmá, ¿no es cierto? —dijo con el ceño fruncido.

—No es eso, no me malinterprete señorita, solo que nunca vi una cosa así, Vila —respondió, aún asombrado—. He visitado el Gran Templo desde que tengo memoria, pero jamás presencié una manifestación de este tipo.

—Que no lo haya visto no significa que no suceda, mi señor —agregó con una sonrisa.

—Tienes razón. Creo… creo que me verás más seguido de ahora en adelante.

—¿El consejo de mi señora Sinmá le fue de utilidad?

—Como jamás me lo hubiera imaginado, Vila. Ella conoce el corazón de cada persona mejor que uno mismo.

—Así es, mi señor.

—No dude en hacerme llegar una invitación para el próximo encuentro, señorita Vila.

—Así lo haré, no tenga dudas.

El señor Jeno caminó algunos pasos hacia la calle, pero se frenó y dio la vuelta.

—Supongo que tendremos que pensar en construir un templo de mayores dimensiones —dijo, sonriente.

—¿En serio lo dice? —preguntó sin poder contener la emoción.

—No ahora, Vila, no puedo permitirlo en los tiempos que estamos atravesando pero, quizás, con la colaboración de los fieles podamos solventar algunos gastos, conseguir quienes donen su tiempo en las construcciones… ya lo pensaremos con más tiempo.

—Bendito sea, mi señor Jeno. La diosa cuidará de usted por su generosidad.

—Ya lo hace, niña. —El señor Jeno se acercó a Vila otra vez y le tomó una mano—. ¿Qué mayor bendición puedo pretender? Estoy rodeado de gente inteligente, hábil y bondadosa, que actúa desinteresadamente en beneficio de todos, se ayudan unos a los otros, siempre están dispuestos a socorrer a quienes estén en necesidad. Eso, Vila, eso es una bendición mayor que cualquier otra en este mundo.

45

Picos Blancos, Tesar

El viento gélido aullaba y estrellaba grandes copos de nieve en su ventana. Ilsa estaba sentada frente a su escritorio, tenía el rostro apoyado en sus manos y la mirada perdida en algún punto fuera de su habitación, entre los pinos cubiertos por un manto blanco que parecían iluminar en el plomizo atardecer.

Hacía poco más de una semana que llegaron a Tesar y se establecieron en la antigua casa de sus padres, donde ella nació. Estaba a las afueras de Picos Blancos, una ciudad al noroeste de Ciudad Capital. Limpiaron el polvo que cubría los muebles y los pisos, repararon el tejado de una de las habitaciones y su padre compró animales para criar y vender en la ciudad.

Toda sucedió tan rápido que aún no lograba comprenderlo. Una tarde Evan, su hermano, comenzó a tener fiebre, a las pocas horas enfermó su madre y a la mañana siguiente, ninguno de ellos despertó. Dos días atrás, ayudó a su padre a cavar dos tumbas en el helado suelo, una junto a la otra, y ninguno de ellos dijo una palabra después que los despidieron y los encomendaron a la diosa Sinmá. Desde ese momento, su padre se encerró en la habitación y no quiso comer. Ilsa dejaba a su lado un plato de comida y lo retiraba, intacto, una hora después. No sabía qué hacer ni qué decirle para que regresara a ella y se sentía más sola que nunca. Ya no le quedaban lágrimas para llorar y no podía recordar cómo era el rostro de su hermano. Había olvidado la voz de su madre, pero su perfume permanecía en la habitación, en la casa, en todos los rincones.

Tenía, frente a ella, la piedra rayada que Quentin le regaló y, a su lado, un estuche de cuero cerrado. Hacía tiempo que lo había comprado pero nunca había utilizado los elementos que guardaba en su interior.

En sus viajes vio que, en el este de Pyebra, las personas mezclaban unas gotas de agua en un frasco que contenía un polvo negro, luego introducían en él una aguja de plata y lo clavaban en su piel. Lo hacían muchas veces para formar líneas, hasta que esas líneas se convertían en dibujos. Siempre le gustó la apariencia de la piel tatuada, pero su madre no pensaba igual que ella, por lo que ese estuche, que compró cuando tenía doce años, era uno de sus secretos mejores guardados y siempre lo llevaba en su bolso. Esa noche lo abrió, como tantas veces antes, pero en esta ocasión sacó todo su contenido.

Extendió el paño negro en el escritorio y, sobre él, un estuche metálico que contenía finas agujas de plata, un frasco de vidrio vacío del tamaño de su meñique, otro frasco, de mayor tamaño, lleno de polvo negro, y varias tiras de cuero, algunas más anchas que otras, todas ellas perforadas con distintas formas, letras de varios idiomas y números. Ilsa miró cada una de ellas y se decidió por una que tenía números. Puso unas gotas de agua en el frasco vacío y le agregó un poco del polvo negro, lo cerró y luego de agitarlo varias veces, volvió a abrirlo. Sujetó la tira calada a su brazo derecho y tomó una aguja, la pasó sobre una vela, esperó a que se enfriara y la introdujo en el frasco.

El primer pinchazo le dibujó una mueca en el rostro y una gota de su sangre se mezcló con la tinta pero, aun así, estaba decidida a continuar. Cuando terminó de dibujar el primer número en su piel, desató las correas para ver cómo quedaba. Lavó su brazo y, aunque la piel alrededor del número estaba hinchada y enrojecida, se sintió conforme. Se secó, ató nuevamente la tira de cuero con los números en su brazo y continuó clavando su pálida piel hasta que completó la

fecha en que la diosa Zarba arrancó de su lado a su madre y a su hermano. No podría olvidar nunca ese día, pues lo llevaba escrito en su alma, pero sintió que era una forma de rendirles homenaje.

Cuando terminó, guardó todo en su estuche y arrojó a la chimenea encendida las telas manchadas de tinta y sangre.

Se sentía, de alguna forma, aliviada. El ardor en su brazo atraía tanto su atención, que no podía pensar en su pérdida. Sabía que era temporal, que al día siguiente su piel estaría bien y el dolor en su pecho regresaría, pero le conformaba saber que por unas horas tendría otra cosa por la que preocuparse. Pensó en Quentin y en lo diferente que sería si él estuviera junto a ella. Tendría con quien hablar, con quien llorar, con quien sentirse cuidada. Pero estaba demasiado lejos y nunca sabría lo que a ella le estaba sucediendo.

Vendó su brazo y se acostó, esa noche no iría a ver a su padre, no tenía ganas de comer ni mucho menos de cocinar. De todas formas, él ni miraba su plato. Pensó que tal vez en la mañana sería capaz de hablarle y sacarlo de su dolor. Lo necesitaba, pero él parecía no notarlo, tan abandonado como estaba a su pesar.

Los dos estaban sufriendo, pero su padre era viejo y estaba cansado, como tantas veces lo dijo antes. Su madre estuvo a su lado por muchos años antes que Ilsa llegara al mundo y, a pesar de lo incómodo que le resultaba a Ilsa, siempre demostraban el cariño que se tenían. No había día en que él no le regalara una flor, la que su madre recompensaba con una sonrisa, un abrazo de largos minutos y palabras susurradas en sus oídos. No había noche en que ella no le cantara una canción mientras él se recostaba en su regazo para recibir sus caricias.

Eso era el amor para ellos y su padre perdió a la persona a la que le regalaba una flor cada día y ya no tendría quién le cantara una canción por las noches.

Ilsa se levantó y caminó hacia la habitación de su padre, pero se cruzó con él en el pasillo, antes de llegar.

—¿Papá?

—Perdóname, mi pequeña. —Su viejo padre abrió los brazos y ella lo abrazó—. Tu padre es un egoísta, olvidándote de esta forma.

—No digas eso, papá, los dos necesitábamos un tiempo. ¿Me acompañas a tomar una taza de té?

El hombre asintió con una sonrisa que iluminó su triste rostro.

Sitnor Ciudad Capital

«Otra noche sin poder dormir y Onix aún no aparece».

Quentin se levantó, se vistió, tomó un puñado de monedas y salió de la casa por la puerta principal. Ya no era capaz de soportar el peso del dolor que sentía en su interior y necesitaba, de alguna forma, desconectarse de todo. Ese fue un día terrible, igual que los dos anteriores, y tener que fingir que nada le sucedía era tan desgastante como el dolor que sentía en su pecho. Sin detenerse a pensar por un segundo en lo que estaba haciendo, caminó hasta la taberna de peor reputación de Sitnor, cerca de las puertas de la ciudad, y estaba por entrar cuando Eric lo alcanzó.

—¿Señor Quentin?

El muchacho se detuvo y lo miró.

—¿Acaso me seguiste?

—Lo vi de casualidad. No le recomiendo entrar, a menos que quiera perder alguna parte de su

cuerpo ahí.

—Me da igual, Eric—dijo de mala gana. Quentin quiso abrir la puerta, pero el hombre lo detuvo.

—Conozco un lugar mejor. Acompáñeme —dijo y comenzó a caminar.

—Llevas el uniforme, no podrás beber conmigo.

—De todas formas no bebo. No lo molestaré, solo lo esperaré en la calle.

—No hace falta.

Caminaron por cerca de media hora y llegaron a una lujosa casa de varios pisos, en la calle principal. Las ventanas de los pisos superiores tenían cortinas oscuras y una delgada línea de luz aparecía allí donde los paños se juntaban. Eric dio tres golpes en la puerta y un hombre de traje negro abrió a los pocos segundos.

—Señor Bohn, adelante.

—Hoy no, solo vengo a acompañar al señor Quentin, pero lo esperaré aquí afuera.

—Por supuesto. Adelante.

—Si causa problemas, no dude en llamarme —susurró Eric, pero Quentin pudo escucharlo.

El hombre de traje acompañó a Quentin hasta un salón de paredes oscuras, iluminado con escasos faroles dorados, que estaba repleto de hombres de trajes costosos y mujeres con finos vestidos bordados con diminutas piedras preciosas y collares de oro en sus cuellos. Se miró a sí mismo y se vio vistiendo su camisa de uso diario arremangada hasta los codos, sus pantalones desgastados y sus botas sin lustrar. Sintió vergüenza por su atuendo pero, antes que pudiera dar la vuelta para salir del lugar, una bella muchacha de vestido carmesí y rubíes en su cuello se acercó a él y lo condujo amablemente hacia una mesa. Quentin pidió cerveza y que no lo molestasen. La misma muchacha se acercaba a él antes que su jarro de vidrio se vaciara, y Quentin perdió la cuenta de cuantas veces ocurrió. Cada vez que se acercaba a él, la muchacha sonreía e intentaba una conversación, pero Quentin no estaba de humor para hablar y apenas si respondía.

—¿Tienen ghona? —preguntó en un momento.

—Por supuesto, señor.

La muchacha se llevó el jarro y a los pocos minutos regresó con una bandeja de plata en la que traía una botella de cerámica y un pequeño vaso del mismo material. Quentin le pidió que dejara la botella y se sirvió dos veces. El tibio líquido fue como un fuerte golpe en la cabeza y a partir de ese momento, no pudo darse cuenta de lo que hacía ni de lo que sucedía a su alrededor.

Solo recuperaba la conciencia de a ratos y, en un momento, la muchacha estaba sentada a su lado mientras le acariciaba el rostro, en otro caminaba de su mano por un pasillo en penumbras, al siguiente sus labios recorrían el vientre de esa desconocida que lo llevó a su habitación.

Quentin abrió los ojos y vio a Eric. El hombre estaba intentando despertarlo.

—¿Qué demonios…? —preguntó e intentó sentarse. La cabeza le pesaba y sentía que podía vomitar en cualquier momento.

—Vamos, señor, no falta mucho para que amanezca. Lo acompañaré a la fortaleza.

Eric lo ayudó a vestirse y dejaron la habitación. Quentin se dejaba guiar por el Capitán de la Guardia como si fuera un crío dormido, apoyado en el enorme Eric.

—¿Cuánto debe? —preguntó. Quentin se sentía tan mal que no quería levantar la vista para ver lo que ocurría frente a él.

—10 monedas de plata, señor Bohn —dijo una voz femenina.

—Maldición, ¿cuánto bebió? —murmuró Eric y luego agregó—: No importa. Señor, ¿cuánto tiene?

—No lo sé, Eric. —Quentin comenzó a rebuscar en sus bolsillos y sacó un puñado de monedas de cobre.

—Con esto no hacemos nada, maldito chico. —Se quejó y luego agregó—. Vendré en unos momentos, lo llevaré a la fortaleza y pediré el dinero a su padre.

—¿Y quién es su padre? Si puede saberse, por supuesto.

—El señor Robnan Guna. Agradecería su discreción, señorita, usted entiende.

—Por supuesto. Pueden salir por la puerta de atrás y un carruaje los llevará. Cortesía de la casa.

Quentin entró tambaleándose por la puerta de la cocina y su madre estaba ahí, preparando el desayuno.

—¡Quentin! ¿Qué te sucedió? ¿Dónde estabas? ¿Te encuentras bien?

—Son demasiadas preguntas para un solo Quentin —dijo arrastrando las palabras—. A ver… Sucede que me emborraché. Estar, estaba en un prostíbulo y me siento como el carajo, madre.

—¿Por qué, Quentin? ¿Qué sucede contigo?

—Quiero bañarme con agua hirviendo y arrancarme la piel, madre. —Quentin apoyó la espalda en la puerta y se dejó caer hasta el piso, con las manos en su cabeza—. Pasé la noche con esa muchacha y no recuerdo sus ojos, su rostro ni su voz. Quiero rascarme con un cepillo hasta arrancarme la piel. Por los dioses, siento tanto asco por mí mismo.

—¿Qué dices, hijo? —Su madre se acuclilló frente a él y le tomó el rostro.

—Le prometí que estaría bien, pero no estoy bien, no puedo estar bien.

—¿A quién le prometiste?

—No debo decir su nombre. Suena horrible nombrarla con estos labios, con esta voz y con esta culpa, madre. ¿Cómo podría decirlo? Sería ensuciar su recuerdo de la peor manera. Y la recuerdo, aún como estoy, la recuerdo, cuando solo quiero olvidar, nada más que olvidar.

Quentin se levantó, corrió como pudo hacia el patio y su madre fue tras él. Se apoyó en el árbol más cercano y vomitó todo lo que había bebido esa noche.

—¡El jazmín! —exclamó Elisa—. Me vas a matar el jazmín con esa peste, ¿qué tenías en el estómago?

Quentin oyó la voz alarmada de su hermana, preguntando qué sucedía.

—Ve por un balde con agua, este desgraciado me va a matar el árbol. Y trae a tu padre también. Que sean dos baldes con agua, hija.

Quentin se sentó en el banco mirando a la nada, sin prestar atención a las preguntas que su madre le hacía, ya que todo frente a él daba vueltas a una velocidad vertiginosa y los oídos le zumbaban. Después de lo que pudo ser un minuto o una hora, Ara le puso una mano en el hombro y dejó un balde frente a él.

—Te ayudaré a lavarte —le dijo.

—Ve a casa del Gobernador, Ara —dijo Quentin sin levantar la mirada.

—¿Quieres que traiga a Josh?

—No, quiero que te vayas. No quiero que me veas, no quiero que me recuerdes así.

—No puedes alejarme de ti ahora que me necesitas, Quentin.

—Vete, por favor —murmuró.

—Haz lo que tu hermano dice, te llamaré cuando esté mejor —susurró Elisa—. ¿Y tu padre?

—Ya salió, pero enviaré a alguien por él.

Quentin escuchó cerrarse la pesada puerta de madera que separaba su jardín del patio central y miró a su madre. Quiso desprender los botones de su camisa, pero sus manos no conseguían

hacerlo.

—Te ayudaré, hijo. —La mujer lo desvistió y tiró la camisa a un lado.

—Quémala, madre, no quiero recordar esta noche, ni lo que sucedió.

—Dime qué te sucede —dijo y acercó un paño húmedo para limpiarle el rostro.

—Rompí mi promesa. Ya no valgo nada, un hombre sin palabra no vale nada, madre. Le prometí que estaría bien y mírame. ¿Esto es estar bien? —Quentin comenzó a rascarse los labios y el cuello, dejando marcas rojas en su piel—. No sé qué labios besé, no sé qué cuerpo toqué, madre.

—Quentin, por los dioses, ya déjate en paz. —Su madre le sujetó las manos antes que lograra lastimarse.

—Bebí tanto que apenas soy capaz de recordar lo que hice. Y lo que recuerdo… Demonios, madre, ¿cómo pude?

—No es tan terrible, estabas borracho, no sabías lo que hacías.

—Yo lo sé, madre. Y eso es suficiente. —Quentin se liberó de su madre y comenzó a rascarse los brazos.

—¿Dónde demonios está tu padre? —preguntó con desesperación. Quentin se distrajo cuando la puerta se abrió y su madre lo sujetó de nuevo—. Gracias a los dioses, Josh.

—¿Qué sucede? —dijo su amigo.

—Está borracho y diciendo incoherencias. Se está lastimando, no lo entiendo.

—¿Qué tienes, Q?

—Culpa. ¿Cómo se quita la culpa, Josh? —Quentin se liberó de las manos de su madre y empezó a rascarse el abdomen y el pecho, pero Josh llegó hasta él y le sujetó las manos con fuerza.

—Detente, estás asustando a tu madre. —Josh lo ayudó a ponerse de pie—. Lo llevaré a su habitación y haré que tome un baño. Tal vez así se reponga. —Josh intentó que Quentin caminara, pero sus piernas parecían no querer sostener su cuerpo—. Colabora, por un demonio, pesas demasiado.

—No soy yo. Es mi culpa la que pesa, Josh.

—Cierra la boca y pon un poco de tu parte, maldición. —Josh intentó acomodar su brazo para sostener mejor a Quentin—. Disculpe mi vocabulario, señora.

—Está bien, querido. Gracias por haber venido.

Elisa caminó delante de ellos, los acompañó hasta la habitación y luego se retiró. Josh levantó a Quentin y lo sentó dentro de la tina. El agua fría hizo que regresara a sus sentidos en menos tiempo del esperado.

—Maldito seas —se quejó Quentin, resignado.

—¿Yo? ¿Maldito yo? —Josh tomó un balde con agua y le arrojó el contenido sobre la cabeza. Quentin protestó y quiso ponerse de pie, pero Josh lo mantuvo sentado—. Mírate, mira tus brazos, mira tu cuerpo. —Quentin bajó la vista y comprendió a qué se refería. Tenía marcas en todas partes y algunas de ellas le picaban—. Tu madre te vio lastimarte de esa forma y Ara llegó llorando a casa. ¿Qué demonios sucede contigo? Yo debería arrancarte las entrañas por hacerles esto. —Josh sacó ropa del armario y la dejó sobre una silla, junto a la tina—. Me iré ahora, pero luego hablaremos tú y yo. ¿Entendido?

—Perdón, Josh.

—¿Necesitas algo? —preguntó al llegar a la puerta.

—Deshacer lo que hice —dijo sin mirarlo.

—Intenta descansar, vendré a verte en la tarde.

Josh bajó las escaleras y caminó hacia la cocina. Allí estaban los padres de Quentin esperando por él, sentados frente a dos tazas de té.

—¿Cómo está? —Rob se puso de pie en cuanto lo vio.

—Ya se despejó un poco. Le dije que intentara dormir, que vendría a la tarde a hablar con él. ¿Qué le sucedió? —Josh se sentó frente a ellos.

—El Capitán Bohn fue a verme. Me dijo que anoche lo vio salir de la fortaleza y lo siguió. Estaba por entrar a una taberna de mala muerte pero lo detuvo y lo llevó a una casa privada de la calle principal…

—Por un demonio —dijo Josh, pero luego se disculpó por lo inapropiado que fue frente a los señores Guna—. ¿Por qué no lo trajo de vuelta?

—Porque ya no es un niño. Pensó que era mejor que estuviera ahí, al menos las mujeres están limpias y sanas en ese lugar. —La señora Elisa se llevó una mano a la boca para ahogar una exclamación y Rob la abrazó—. Disculpa, querida, esto es tan incómodo para ti como lo es para mí. Como decía, el Capitán se quedó afuera esperando toda la noche hasta que alguien lo llamó desde adentro. Quentin estaba absolutamente borracho en una habitación. Su chiste me costó 10 monedas de plata.

—¿Cómo dem…? Perdón —murmuró Josh—. 10 monedas… ¿Tanto puede beber una persona?

—No lo sé, pero tendré que hablar con él sobre esto. Echará su vida a perder si este comportamiento se repite.

—No es de ahora, señor —dijo Josh—. Desde que empezamos el entrenamiento que lo hace. Muchas veces lo detuve, pero otras tantas no llegué a tiempo. Se las ingeniaba para robar botellas de lo que sea de la bodega de los Comandantes. Lo extraño es que al día siguiente estaba como si nada hubiera pasado y no se quejaba de ningún malestar por haber bebido de más.

—¿Por qué lo hace? —preguntó Rob.

—No lo sé. Parece estar triste todo el tiempo, como si estuviera apagado y sombrío.

—Se refirió a alguien, pero no dijo su nombre. —Elisa tomó la mano de su esposo—. Solo que le prometió estar bien pero que no podía hacerlo. No pude saber nada más. —Elisa sollozó y se cubrió el rostro—. Dijo que sentía asco de él mismo y quería arrancarse la piel.

—Ahora entiendo por qué se lastimó de esa forma. Estando en Drioed-ta desapareció por un par de horas y regresó con una muchacha, aunque no supe quién era y las mujeres allí llevan velos que ocultan sus rostros. No quiso decirme su nombre —dijo Josh y, aún sabiendo que se llamaba Ilsa, no lo mencionó—. Dijo que la conoció aquí antes de ir al Campo de Entrenamiento. Le quitó importancia diciendo que solo hablaron unas pocas palabras, sin embargo discutieron frente a mí y no como si fueran desconocidos, precisamente. No pude escuchar lo que hablaban, así que no es de mucha utilidad lo que sé. Los días que le siguieron a su encuentro parecía el mismo Quentin de antes, pero luego volvió a retraerse y a apagarse. Quizás a ella se refería hoy. Insistí muchas veces, pero nunca me habla de lo que le sucede, y solo se molesta conmigo cuando la menciono. Me imagino que esa muchacha algo tiene que ver, pero no sé nada más, perdónenme.

—¿Por qué no habla contigo?

—Eso quisiera saber, señor. Tendré que estar más pendiente de él para que no vuelva a repetir lo de anoche.

46

Astor estaba sentado en el jardín, viendo a su madre quitar las flores secas de un arbusto, cuando el gato negro llegó y se recostó a su lado. Astor lo miró con una sonrisa y acarició su brillante pelaje.

—*Necesito decirte algo* —dijo Astor.

—*¿Qué sucede?*

—*A los pocos días de nacer tuve una visión. En su momento no lo entendí pero, con el tiempo, cuando comencé a conocer a la gente de mi entorno, lo que vi comenzó a tener sentido. Mis padres, el Gobernador y la Dama Ema morirán.*

—*¿Estás seguro?*

—*Sí. Vi a mis hermanos, a Josh, a Enara y a otra gente que aún no he conocido. Estábamos parados frente a cuatro féretros. Mis padres no estaban con nosotros, ni los padres de Josh. No sé qué sucederá, si será un accidente o algo más. Ocurrirá en menos de dos años.*

—*El sistema de gobierno de Sitnor permite que los gobernantes sean elegidos mediante elecciones populares. No podemos permitir que alguien que piense igual que Aníbal tome su lugar.*

—*Por eso te lo he mencionado, Onix. Debes hablar con el maestro, puesto que a mí no me ha respondido. Tenemos que saber su opinión. Lo único que se me ocurre hacer es que Noah tome la Gobernación por la fuerza cuando el Gobernador ya no esté. Yo estaré a su lado cuando llegue el momento y debemos convencer a Quentin, a Joshua y a los que sean cercanos a ellos. Noah no estará de acuerdo, pero es la única forma.*

—*Lobo Blanco me acaba de decir que nos ocupemos nosotros. Hay otra forma, Astor. Necesitamos tener, principalmente, a Noah de nuestro lado y también evitar que los posibles candidatos o quienes quieran postularse se rebelen y el daño que causemos sea peor. Me encargaré de ello ahora mismo, antes que suceda algo que nos distraiga de esto.*

Onix dejó al niño y saltó sobre el paredón de piedra. Corrió hasta llegar a la parte que daba a la calle y, desde ahí, se dirigió al Palacio de Gobierno. Rodeó el enorme edificio blanco y buscó una ventana que estuviera abierta. Cuando entró, se encontró en un pasillo de la planta alta. Bajó las escaleras hasta el piso intermedio y se paró frente a la puerta del despacho del Gobernador. Respiró hondo y sus ojos se volvieron grises. Abrió la puerta y la cerró. El Gobernador se puso de pie y Onix saltó sobre el escritorio de madera negra.

—Saludos, humano. —El Gobernador se dejó caer sobre su sillón y lo miró con un gesto extraño—. He venido a hablar contigo.

—Hablas —balbuceó.

—Por supuesto. Soy mago, uno de los más poderosos que ha pisado esta tierra y también soy el gato al que Quentin llama Onix. He sabido que en dos años morirás. También sé que eres consciente de lo que... —El Gobernador se puso de pie y quiso escapar, pero Onix lo detuvo y lo obligó a sentarse. Su cola azotó de un lado al otro, impaciente—. Quería que hiciéramos esto de forma amigable, pero no me dejas opción.

—¿A qué te refieres? —preguntó después de notar que cualquier intento de liberarse de Onix era inútil.

—Cuando mueras, se llamará a elecciones para decidir quién tomará tu lugar. No podemos permitir que gobierne alguien que continúe con tus ridículas ideas. Los magos no pueden

detenerse con una espada. Los magos se detienen con más magos. Noah tiene contacto con los magos de Erjathá, como ya te lo han dicho en más de una ocasión. Lo has ignorado cada vez y eso no le conviene a Sitnor. No solo eso, Noah entrará en contacto con gente de Morrau que se opone a que la Orden del Águila gobierne su país. Noah es el más apropiado para ocupar tu lugar y he venido a asegurarme que así sea. También podemos hacer que Noah tome el Gobierno por la fuerza, pero es demasiado correcto para estar de acuerdo con nosotros y no querrá hacerlo.

—¿Quiénes son «nosotros»? ¿Eso significa que hay más magos en Sitnor?

—Por supuesto. Patea una piedra y hallarás un mago debajo de ella. Pero no lo gritamos a los cuatro vientos, porque tú no lo permites.

—Hay una Ley que lo prohíbe. —El Gobernador se removió en su asiento.

—Quieto humano, no me obligues a demostrarte quién soy en realidad.

—¿Quién demonios eres?

—Ya te lo he dicho, presta atención cuando hablo, humano.

—Un gato, un gato mago, ya lo escuché.

—Me alegro de que lo recuerdes. Quiero que redactes un documento que asegure a Noah como tu sucesor y a Tanáel Nocia como su segundo.

—Eso es ilegal, gato.

—Tú eres quien dicta las leyes, puedes hacerlo legal.

—Me niego a hacerlo.

—¿Me obligarás a obligarte?

—Puedo destruir el documento que me has hecho escribir una vez que dejes esta habitación.

—Solo si recuerdas haberlo escrito.

—¿Qué demonios significa eso?

—Que borraré tu mente antes de irme. Como dije, no quiero obligarte, pero si no colaboras conmigo, lo haré. El destino de Sitnor depende de que Noah asuma como gobernador una vez que tú hayas dejado este mundo.

—¿Tú me matarás, acaso?

—¿Por quién me tomas, ridículo humano? No sé qué sucederá, solo que ustedes morirán. Eso es todo.

—¿Josh? ¿Él también…? —susurró y una sombra cayó sobre el rostro del Gobernador.

—No, Josh no.

—¿Qué será de él? ¿Lo sabes?

—No lo sé.

—Redactaré el documento. Prometo que no lo destruiré. No es necesario que borres mis recuerdos, gato. Quiero recordar que mi tiempo se acaba.

—Por supuesto.

El Gobernador sacó un pergamino de uno de sus cajones y comenzó a escribir. Cuando terminó, lo dobló en tres partes, y garabateó unas palabras en él. «Abrir solo en caso de muerte» y debajo, puso su firma y sello. Guardó el documento en el último cajón de su escritorio y miró al gato.

Onix recurrió a sus poderes, selló el cajón que contenía el documento y, en un santiamén, el Gobernador olvidó lo que ocurrió en los últimos minutos.

No le gustaba borrar recuerdos, pero tampoco quería correr riesgos.

Quentin y Josh se reincorporaron ese día al ejército de Sitnor y les asignaron patrullar las calles de la zona noreste de la ciudad, donde la mayor parte de sus habitantes eran personas muy

dadas a los crímenes, robos y maltratos. Estaban quienes vendían su cuerpo por unas pocas monedas, quienes comerciaban con artículos de dudosa procedencia y quienes gustaban de estafar a los incautos con pociones que prometían milagros que jamás se realizarían.

Nunca antes habían estado en esa parte de Ciudad Capital, pero ahora tenían un uniforme y, con ello, la autoridad para detener a quien causara problemas y, si llegara a ser necesario, matar a quien se atreviera a desafiarlos. En las horas que transcurrieron desde que llegaron al lugar, no sucedó nada que les llamara la atención. La mayor actividad en ese barrio comenzaba en las últimas horas de la tarde y terminaba cuando el sol hacía su aparición, por lo que a ellos, por ser novatos, les asignaron el primer turno.

No cruzaron ni una palabra en toda la mañana, más que unas pocas formalidades. Quentin sabía que no pasaría mucho tiempo hasta que Josh le preguntara sobre lo ocurrido el día anterior y, si bien no quería hablar de ello, tendría que hacerlo en algún momento. Pero siguieron pasando las horas y ninguno de los dos dijo una palabra. Su turno finalizó a media tarde y, cuando estaban regresando al cuartel a dar su parte, Quentin se decidió a hablar.

—Perdón por no recibirte ayer. Hice cosas que no debería haber hecho y no quería ver a nadie.

—Está bien, Q —dijo Josh sin mirarlo.

—¿Solo eso? —Quentin se detuvo—. ¿No me dirás nada?

—¿Qué más puedo decir? —Josh continuó caminando.

—No lo sé, Josh. Estaba esperando algún sermón de tu parte.

—Como si sirviera de algo. —Josh finalmente se detuvo y lo miró—. Ya dije demasiado, en varias oportunidades, y a ti te da igual. No es solo a ti a quien estás haciendo daño, pero parece que no te importa.

—Fue una borrachera… —dijo queriendo quitarle importancia.

—Una de tantas, Quentin. —Josh continuó su camino y Quentin lo siguió—. No es la primera y no será la última, estoy seguro. Solo intenta no regresar a casa hasta que estés bien. Ahórrales el lamentable espectáculo a Ara y a tu madre y procura salir con el dinero suficiente para que tu padre no tenga que pagar tus deudas.

—Eso fue…

—No tienes que darme explicaciones.

—Josh, quisiera poder decirlo…

—No es necesario. Apresúrate. Quiero llegar a casa de una vez.

Quentin ya no dijo nada más pero, por primera vez, se dio cuenta de lo dolido que estaba Josh por lo que estaba sucediendo. Al final, en su intención de no querer preocuparlo, lo único que logró era que su amigo decidiera distanciarse de él.

Después de entregar su informe en el Cuartel y regresar a la fortaleza, Quentin subió a su habitación. Le urgía quitarse esas botas que, por ser nuevas, eran incómodas y le sacaron ampollas. Volvió a vestirse con sus ropas desgastadas con las que se sentía cómodo y fue a buscar a Josh. Mientras cruzaba el patio central, iba arremangando su camisa y pensando en qué le diría a su amigo, si este lo recibía.

Quentin abrió la puerta de madera que daba al jardín de la casa del Gobernador y Mirka lo recibió moviendo la cola y saltando sobre él. La Dama Ema se asomó entre los rosales al oírlo hablar y lo invitó a pasar, pero Quentin decidió esperarlo en el jardín y Josh apareció a los pocos minutos con una manzana en la mano.

—Acompáñame —dijo Quentin y caminó hacia la salida.

—¿Qué sucede? —Quentin no respondió, pero Josh fue tras él y Mirka no quiso quedarse encerrada esta vez, por lo que caminó junto a ellos. Se dirigieron hacia la Plaza de la Fuente,

ingresaron al laberinto y se recostaron sobre la hierba, donde solían hacerlo siempre. Mirka se dedicó a olisquear el césped y, luego, se acostó de espaldas y comenzó a revolcarse.

—Te diré lo que me sucede. —Quentin se sentó después de unos minutos de silencio. No sabía bien cómo explicarle la importancia de Ilsa y le costaba un poco poner sus ideas en orden. Era la primera vez que hablaba de lo que sucedía, puesto que Onix lo supo la noche que ese extraño ser lo atacó y no tuvo que explicárselo. Le contó a Josh todo lo que ocurrió desde que se encontraron por primera vez hasta lo sucedido en Drioed-ta, incluido el momento en que quiso besarla. Cuando terminó de hablar, volvió a recostarse—. No sé si pude explicarme, pero puedes preguntarme lo que sea que no hayas entendido.

—¿Cómo te sientes? —Mirka estaba acostada entre medio de ellos y Josh le rascaba el lomo, distraído.

—Como si tuviera el vientre abierto y pudieras ver mis entrañas.

—No era la respuesta que esperaba, pero lo entiendo. Sabía que estabas mal, pero no me imaginé que podía ser por algo así. Es cuestión de magia…

—No podía explicármelo a mí mismo antes de que Onix me lo dijera, por eso tampoco te lo dije a ti. Y de regreso de Drioed-ta… —Quentin suspiró y se llevó las manos a la cabeza—. Fue todo muy repentino. La felicidad de haberla encontrado me volvió tan egoísta que no quería compartirlo con nadie más. Nunca me sentí tan bien en toda mi vida, pero cuando nos separamos de nuevo, el dolor golpeó con demasiada intensidad… Sentirme tan miserable de repente me afectó mucho más. Creo que antes de verla, de alguna forma, estaba acostumbrado a mi dolor. Fue peor verla, que si no hubiera sucedido.

—¿Seguro? Al menos sabes su nombre —dijo Josh con una sonrisa.

—Me aterra decir su nombre, Josh.

—Noté que no lo has dicho ni una vez. ¿Por qué?

—No lo sé. Creo que es la culpa por lo que hice.

—Hay algo que no entiendo de todo esto, aunque creo que ya lo dijiste. —Josh dudó—. Tal vez sea mejor que no lo preg…

—Dilo.

—¿Estás enamorado de Ilsa y sientes culpa por haber pasado la noche con otra muchacha?

—No, no sé nada de ella, creo que no podría enamorarme de alguien que no conozco. Siento culpa porque le prometí que haría un esfuerzo por estar bien y le fallé. Debí haber hecho algo más para no caer nuevamente, pero no fui capaz. Solo quería dejar de pensar y corrí a emborracharme.

—Comprendo… como mencionaste lo que ocurrió cuando estuvieron solos, pensé que quizás…

—Es cierto que es muy hermosa y jamás hubiera imaginado sentirme así con alguien. Por los dioses, todavía no sé cómo fui capaz de recordar mi condición de esclavo en esos momentos. —Quentin rio—. Pero de ahí a sentir amor creo que hay mucho camino. Creo que debería conocerla mejor para saber si realmente estoy enamorado, aunque tampoco voy a negar que me gustaría saber más de ella. Aun así, no sé si eso puede llamarse estar enamorado… no lo creo.

—Yo diría que sí, pero tú sabes mejor que yo qué es lo que sientes.

—Pues eso… Perdona por no haberlo dicho antes. No quería que te preocuparas por mí, pero resultó al revés. Creí que podría manejarlo solo.

—La próxima vez que sientas que ya no puedes más, ve a buscarme, Q, permite que te acompañe. Quizá podemos hacer que no rompas tu promesa otra vez. De alguna forma, intentaré distraerte.

—Ahora puedo decir: «No sé qué haría sin un Josh en mi vida» —dijo Quentin y ambos rieron.

—Si te sirve de consuelo, yo debo recordar que Ara es tu hermana cada vez que estoy cerca de ella.

—Por los dioses, Josh… no digas esas cosas, ¡es mi hermana!

—Y también es el amor de mi vida, Q.

47

Norte de Pyebra

Hacía dos días que Tino, Drian y Ajác iban tras el rastro de una veintena de soldados. Encontraron sus huellas en uno de los caminos que unía a las aldeas ubicadas al noreste de Palmeras y Tino regresó a la ciudad a informar sobre el hallazgo. El señor Jeno los autorizó a seguirlos y encargarse de liberar a los hombres que fueran forzados a marchar a Ciudad Capital para engrosar las filas del rey.

Si bien la invitación del gobernante se había extendido ya a todo el país, no todos pudieron emigrar hacia Palmeras. Los constantes ataques de los soldados de Pyebra contra las caravanas, la destrucción de la parte nueva de la ciudad, donde murieron más de quinientas personas, y las grandes distancias fueron los mayores impedimentos. Con el correr del tiempo, los magos de Palmeras comenzaron a salir con más frecuencia a recorrer los caminos, atacaban a los soldados que se encontraban y ponían a resguardo a los que quisieran protegerse en la ciudad amurallada.

Los magos sabían que los soldados debían regresar por el mismo camino, puesto que no había senderos más allá de las aldeas. La selva entre estas y Puerto de las Águilas era un lugar peligroso para cualquier persona que no estuviera familiarizada con su geografía. Abundaban los pantanos, largas extensiones de arenas movedizas y un sinnúmero de insectos y serpientes venenosas, sin mencionar a los bandidos y exiliados que hicieron de esas tierras salvajes su hogar.

—Son solo veinticinco soldados y traen con ellos alrededor de doscientos hombres desarmados —dijo Ajác. Se había adelantado a sus compañeros para poder ver a qué debían enfrentarse.

—¿Nada más? —dijo Tino—. No me agrada. Iré a ver. —Ajác compartió con él los recuerdos de los lugares por los que caminó horas antes y Tino desapareció. Pasaron unos pocos minutos y el muchacho regresó—. Hay una mujer entre ellos, seguro que es maga. Viste con las mismas ropas que los campesinos pero, aun así, no me extrañaría que hubiera algún otro encubierto. No pude reconocer a ninguno de los más peligrosos entre ellos. No está Lehsa, Nihá, ni siquiera Tareq.

—Demonios —dijo Drian y Tino asintió—. Puede que sean de elementos o que sean nuevos.

—No sé que es peor —dijo Ajác—. Estarán aquí en una hora, así que no queda más que esperar y ver qué sucede.

—Me gustaría ir por Bela —dijo Tino—, pero consumiría demasiadas energías con ella.

—Estaremos bien, no te preocupes —dijo Ajác, intentando tranquilizarlo.

—Dormiré hasta que lleguen. —Drian se sentó contra un árbol y puso su espada sobre su regazo. Había cubierto el último turno y hacía mucho tiempo que estaba despierto. Como él mismo decía, le gustaba demasiado dormir y aprovechaba cada oportunidad que tenía para hacerlo.

Ajác asintió y, junto a Tino, se alejaron de él para que su compañero pudiera descansar. El muchacho se sentó junto a su madre y conversaron en susurros hasta que oyeron las voces de los soldados traídas por el viento. Ambos se pusieron de pie, despertaron a Drian y se ubicaron, separados y ocultos entre la vegetación, a los lados del camino. No pasó mucho tiempo hasta que pudieron verlos. Los soldados rodeaban al grupo de hombres desarmados y pudieron ver que

algunos estaban encadenados, pero no todos ellos.

Los ojos pardos de Drian se volvieron grises y el hombre se arrodilló. Puso las palmas de sus manos en la tierra y esta comenzó a temblar. Las personas que estaban en el camino se detuvieron y miraron a los lados, dando claras muestras de no entender qué era lo que estaba sucediendo. La tierra se abrió por apenas unos segundos y los soldados cayeron entre las grietas, gritando desesperados. Los hombres que estaban desarmados se amontonaron en el centro cuando la tierra se movió una vez más y la grieta se cerró.

—He contado tres magos —dijo Tino—. *Una mujer al final de la fila y un hombre a cada uno de sus lados.*

—Desde aquí puedo ver a dos más —dijo Ajác—. *Están justo frente a mí.*

—Veo a uno en el centro. Es un joven que tiene los ojos rojos, tendremos que cuidarnos de él.

—Competencia —dijo Tino, emocionado por encontrar a alguien similar a él. No había visto, además de la princesa Lena, a nadie más que tuviera los poderes del Sol por lo que, encontrar a alguien así contra quién enfrentarse, le causaba cierta alegría.

—Ten cuidado y no hagas locuras —dijo su madre—. *¿Alguno de los que ustedes ven está armado?*

—No —dijeron Tino y Drian a la vez.

—Atacaré a los del frente, Drian intenta mantener ocupados a los de atrás. Tino, encárgate del que está en el centro y sé prudente, por los dioses.

Tino desenfundó su espada y apareció a escasos centímetros de la mujer que estaba flanqueada por dos magos, la tomó de la mano y tiró de ella, para separarla del resto. Los hombres quisieron moverse pero Tino, que puso la espada en su cuello, los detuvo con un gesto.

—Déjala —dijo uno de ellos. Tino escuchó al mago de los ojos rojos aparecer tras él, por lo que soltó a la mujer y desapareció antes que el joven lo atacara. Se refugió entre la vegetación a un lado del camino, para poder ver qué hacían los demás. Enfundó su arma y vio que el hombre que se dirigió a él cayó al suelo, seco como un animal que llevaba meses muerto en el desierto. A sus pies, una mancha de humedad comenzó a ser absorbida por la reseca tierra. La mujer a su lado gritó aterrorizada y su otro compañero intentó calmarla. El joven de los ojos rojos estaba de pie, observando el cadáver de su compañero, sin reaccionar.

Tino reapareció detrás de él y le tocó el hombro. El joven se dio vuelta de inmediato y Tino le asestó un puñetazo en la mandíbula, que lo hizo trastabillar.

—Eres nuevo aquí —dijo Tino, divertido—. ¿Es la primera muerte que ves?

El joven estaba pálido y parecía que se desvanecería en cualquier momento. Tenía la mano en su mejilla y sus ojos, en esos momentos, eran oscuros como un pozo del que no se puede ver el fondo. Tino volvió a desaparecer y se refugió entre la vegetación. No podía ver a sus compañeros desde donde estaba pero sí a los magos que estaban en el camino. La maga, aún conmocionada, miraba con espanto el cadáver deshidratado del hombre, mientras su compañero intentaba hacerla reaccionar. Uno de los que estaban siendo atacados por Ajác estaba inmóvil, con los ojos cerrados y el otro cayó de rodillas en ese momento.

—Madre, ¿necesitas ayuda? ¿Drian?

—Llévate al muchacho de aquí —dijo Ajác.

Tino obedeció y volvió a reaparecer frente al joven que, en esta ocasión, reaccionó de inmediato y sus ojos se transformaron en lava. Tino lo tomó del brazo y lo llevó consigo para aparecer en el camino, pero a más de quinientos metros de los demás. Tino lo soltó y el joven se llevó las manos al estómago.

—Por Efos. —Tino rio—. ¿Acaso es tu primera aparición a distancia? Esa bruja que se hace

llamar reina sí que está desesperada.

—No hables así de mi señora —masculló sin levantar la vista.

—Perdón —dijo en tono de burla—, olvidé que en Ciudad Capital son muy leales a ese desagradable cadáver.

El joven se incorporó y Tino pudo ver que su expresión era diferente. Antes parecía un niño asustado, pero se estaba por enfrentar a un hombre enfurecido. Sus ojos se iluminaron y Tino sonrió. Al fin vería de qué era capaz, aunque no tenía demasiadas esperanzas de que fuera un duelo justo, ya que solo podía hacer apariciones a escasos metros. Tino desenfundó su espada y acudió a sus poderes.

—¿Te asustan las armas, también? —preguntó al verlo dudar. Tino arrojó la espada a un lado, el joven cargó contra él y le golpeó el estómago con su hombro.

Tino cayó sentado, sin aire y, antes de poder levantarse, su contrincante le dio un rodillazo en el mentón que terminó por dejarlo en el suelo, tendido cuan largo era. El muchacho sintió el sabor de la sangre en su boca y se limpió los labios con la manga de su camisa, dibujando en esta una mancha roja. El joven retrocedió y le dio lugar a que se incorporara, Tino rio y se puso de pie.

—¿Cómo es tu nombre? Yo soy Tino Suhrah —dijo y se sacudió el polvo que tenía en la ropa.

—Sé quién eres, me hablaron de ti —dijo sin quitarle los ojos de encima ni un segundo, mientras caminaba de lado a lado—. Soy Radjhá.

Tino retrocedió varios pasos, sacudió su ensortijado cabello y una nube de polvo gris se desprendió de su cabeza.

—¿Qué dices? ¿Nos golpeamos de nuevo? —sonrió.

Antes de que Radjhá pudiera contestar, Tino reapareció a un paso de él. Radjhá se sobresaltó, pero reaccionó rápido y arrojó un puñetazo dirigido a su ya golpeada mandíbula. Tino fue capaz de esquivarlo y le devolvió el golpe. Su puño dio en el pómulo de Radjhá y este trastabilló, pero volvió a incorporarse y pudo golpear a Tino. Después de unos minutos, los rostros de ambos estaban ensangrentados, lo mismo que sus camisas, y tenían los nudillos en carne viva.

Radjhá sacudió sus manos y en sus palmas se formaron dos esferas negras. Tino nunca había visto algo así, pero no quería detenerse a probar qué se sentiría ser alcanzado por una de ellas.

Tino desapareció y reapareció tras él. Sacó el cuchillo que llevaba en su cintura y lo puso en su cuello.

—Podría matarte aquí mismo, pero eres uno de los míos y debes saber que eso no se ve a diario. Te dejaré vivir para que la próxima vez, sea un duelo justo.

La respiración de Radjhá comenzó a agitarse cada vez más y, finalmente, levantó las manos, para demostrar que ya no había nada en ellas. Tino ingresó en su mente y recorrió uno a uno sus recuerdos. Su nombre en efecto era Radjhá, no tenía nombre familiar y era de una aldea al pie de la cordillera Selgo. Ignoró todos los recuerdos de su infancia, hasta que llegó a los que mostraban su llegada a Ciudad Capital. Vio sus paseos en los jardines del palacio, las atenciones que recibía por parte de la reina y las visitas que recibía de Nihá por las noches.

Radjhá se llevó las manos a la cabeza y cayó de rodillas mientras Tino inspeccionaba sus recuerdos. Cuando dejó de quejarse y ya no se movió, Tino robó la mayor parte de su energía y dejó su mente. Fue por su espada, se agachó a su lado, tomó su mano y apareció en la lujosa habitación del joven, en el Palacio de Las Hojas. Dejó a Radjhá tendido en el suelo y, después de inspeccionar sus pertenencias, se lavó, no muy bien, el rostro y lo secó, dejando los blancos paños manchados de sangre y suciedad.

Tino caminó hacia la entrada de la habitación, levantó sus manos e hizo estallar la puerta.

Esperó unos segundos, mientras escuchaba los alaridos de la gente que fue herida y las voces de quienes llamaban a los guardias y a los magos. Podía ver frente a él un amplio jardín interno, rodeado de galerías. El jardín tenía el piso de piedra pero, a su alrededor, había canteros con flores e incluso algunos árboles con frutas. Había seis pequeñas mesas redondas, con dos sillas cada una, y bancos de madera debajo de los árboles.

Cuando se hizo silencio, Tino salió de la habitación, miró a los lados y encontró una veintena de guardias armados con espadas, pero ningún mago entre ellos. Tino levantó la mano derecha y muchos de los soldados amagaron a esconderse detrás de sus compañeros, lo que lo hizo reír.

—¿Dónde se encuentra su reina? —preguntó—. Me gustaría hablar con ella.

—No te acercarás a la señora Viktoria. —Un hombre a su izquierda habló con firmeza y Tino lo miró. Vestía una reluciente armadura y tenía la mano en el pomo de su espada enfundada.

—No tengo tiempo para esto. Le he traído a su muchacho de ojos rojos que, por cierto, está inconsciente y es incapaz de usar sus poderes. Quisiera darle algunos consejos sobre su entrenamiento antes de retirarme.

El hombre movió una mano y los soldados que estaban del lado derecho de la puerta corrieron hacia él, pero Tino desapareció para reaparecer en el jardín. Levantó una mano y las mesas y sillas que había a su alrededor se estrellaron contra las paredes. Los soldados, una vez repuestos de la sorpresa, saltaron sobre los canteros que rodeaban el patio y se acercaron al muchacho con sus espadas listas. Tino levantó su arma y se enfrentó a los primeros que llegaron a él. El resto de los guardias lo alcanzaron, lo rodearon y lo hirieron en la espalda y en los brazos pero, aun así, Tino fue capaz de incapacitar a tres de ellos. Al ver que no tendría oportunidad de escapar de ahí sin utilizar sus poderes, Tino levantó su mano derecha y de ella salió una extensa cadena dorada que se enroscó alrededor de cuatro de sus atacantes y los hizo chocar unos contra otros. Los soldados comenzaron a gritar, ya que la cadena se ajustaba cada vez más y no había nada que pudieran hacer para deshacerse de ella. Los hombres cayeron al piso y sus rostros comenzaron a enrojecer cuando sus armaduras, incapaces de soportar la presión, se abollaron como si fueran de papel. Mientras los guardias miraban a sus compañeros morir, Tino decapitó a dos de ellos y, luego, caminó hacia la galería.

—Trae a tu maldita reina —dijo mirando al que parecía estar a cargo. El muchacho agitó la mano y la cadena que salía de ella regresó a gran velocidad.

—No lo haré —contestó el hombre.

Tino enfundó su arma y levantó ambas manos. Los soldados que estaban detrás de su interlocutor saltaron hacia atrás, como si hubieran sido golpeados en el vientre con un martillo gigante, ya que sus armaduras se hundieron y algunas de ellas se resquebrajaron. El soldado de la brillante armadura, el único que quedaba en pie, giró sobre sus talones y vio que ninguno de sus hombres se movía. Miró a Tino con el rostro pálido y sin poder cerrar la boca.

—Trae a tu reina, ahora —dijo el muchacho.

El hombre retrocedió unos pasos, chocó con la pierna de uno de sus hombres y cayó sentado. En ese momento, Tino sintió que algo trepaba por sus piernas y, antes de poder reaccionar, cientos de sogas se enroscaron en su cuerpo y lo hicieron caer de cara al piso.

—*Tino, ¿qué demonios haces?* —La voz de Tareq sonó en su mente.

—*Una estupidez. ¿Estás solo?*

—*No. Están Lehsa, Nihá y la reina. Mis compañeros te sujetan. Yo debo entrar en tu mente, pero atacaré a Nihá en cuanto se acerque a ti. Encárgate de Lehsa.*

Tino sintió que alguien le pateaba el costado y, cuando abrió los ojos, se vio rodeado por los tres magos de la señora Viktoria. Miró primero a la muchacha y luego a Lehsa, y entró en la

mente de ambos a la misma vez, sin darle a Tareq ninguna oportunidad. No quería que se arriesgara ayudándolo. Sus ataduras se liberaron de inmediato y Tino se incorporó, tomó a Tareq y le puso su cuchillo en el cuello.

—¿Dónde está esa bruja cobarde a la que llaman reina? —dijo apretando los dientes. Su rehén se removió en sus brazos, como si intentara escapar, pero Tino lo golpeó en la cabeza con el cabo del cuchillo y este cayó al suelo. Lehsa y Nihá estaban de pie, con los ojos cerrados y sin mover ni un músculo—. ¡Señora Viktoria!

Tino escuchó un silbido y antes de poder siquiera moverse, una flecha se clavó en su muslo, otra en su brazo y una tercera en su pantorrilla. El muchacho apretó las mandíbulas y sintió que las flechas le quemaban la carne. Sin ser capaz de evitarlo, recordó cuando apareció por primera vez en las puertas de la Capital; su respiración se agitó, sintió la desesperación apoderarse de él y no era capaz de pensar en nada. Tenía que escapar de ahí para regresar junto a su madre, pero no podía recordar cómo debía hacerlo. Sabía que debía conectar con su poder, tenía que ver el lugar donde debía aparecer y… ¿después?

—Que agradable visita, Tino Suhrah —dijo la voz serena de la señora Viktoria, que se detuvo a unos pasos de él y lo miró detenidamente—. Es una lástima que hayas matado a algunos de mis hombres. A pesar de eso, me alegra tenerte aquí. Ahora podremos conversar y pagarás la deuda que tienes conmigo. —La señora Viktoria le dio la espalda y miró a los guardias que llegaron detrás de ella—. Enciérrenlo.

Tino sintió que Tareq entraba en su mente y atacaba sus murallas.

—*¡Vete, demonios!*

En ese momento, pudo reaccionar. Recordó que, después de ver el lugar en el que iba a aparecer, debía hacer que su cuerpo se convirtiera en la misma esencia que conformaba su poder, que cada mínima parte de él fuera de la misma luz que componía la esfera de energía que estaba en el centro de su mente. Tino cerró los ojos y dejó el Palacio de Las Hojas. Cayó de rodillas a pocos metros de donde desapareció y escuchó la voz de su madre llamarlo.

El dolor que sentía en donde tenía las flechas clavadas, hacía que su vista se nublara y los latidos de su corazón resonaran en sus oídos. Sentía la pegajosa humedad de la sangre que empapaba su cuerpo y cada mínimo movimiento hacía que sus heridas le quemaran. Ajác llegó hasta él, se arrodilló a su lado y le acarició el magullado rostro. Tino la miró y vio a sus ojos aguados mirarlo con ternura.

—*Perdón, madre. Regresaré a Palmeras* —dijo a Ajác. La mujer asintió, se apartó y Tino volvió a desaparecer para buscar quien pudiera curarlo. Apareció en el salón donde se reunían y Héctor era el único que estaba ahí.

—¡Muchacho, por Efos! ¿Qué hiciste esta vez?

El delgado hombre corrió hacia él y comenzó a murmurar hechizos, mientras retiraba con cuidado las flechas de su cuerpo. Luego, posó sus manos en las heridas abiertas y estas dejaron de sangrar. Lo ayudó a sentarse, le quitó la camisa, pero la herida de su brazo volvió a abrirse en cuanto se movió y la sangre volvió a brotar. Héctor rasgó la tela de la camisa y la anudó sobre la herida.

—Bela y tu padre llegarán enseguida y podrán ayudarte mejor de lo que yo puedo.

—Gracias, Héctor —susurró.

—¿Qué pasó con Ajác y Drian? —El hombre se alejó por unos momentos, regresó con un vaso con agua y lo ayudó a beber.

—Ellos están bien. Había magos entre los soldados que seguíamos —dijo a media voz—. Uno de ellos es como yo, lo dejé inconsciente y lo llevé a Ciudad Capital.

—¿Qué demonios dices?

—Soy un idiota, lo sé. De no haber sido por la ayuda de Tareq, ahora sería un juguete de la reina.

—Cuando tus padres sepan lo que has hecho, cuando el señor Dima se entere, Tino, por Efos.

—Lo sé, ya no dejarán que salga de la ciudad.

La puerta del salón se abrió y Bela corrió hacia él, seguida de cerca por Mihaí.

—Hijo, ¿qué te sucedió?

—Perdóname —susurró sin atreverse a mirarlo.

—Dejen que lo cure, después podrán hablar —dijo Bela.

Héctor y Mihaí se alejaron y Tino pudo escuchar que hablaban, aunque no entendía sus palabras. Bela curó primero sus piernas y se tomó más tiempo en recomponer su brazo. La flecha se clavó hasta el hueso y algunas astillas se desprendieron de él, según mencionó cuando acabó.

Mihaí volvió a su lado, lo ayudó a incorporarse y a vestirse con una camisa limpia de las que guardaban en el salón. Bela y Héctor dejaron el lugar luego de decirles que irían a ver al señor Jeno para que enviaran refuerzos a donde Ajác y Drian quedaron.

—Espero que esta sea la última vez que haces una locura así, muchacho —dijo Mihaí con brusquedad. Se apartó de él y se sentó frente a la mesa que había a mitad del salón.

—Más allá de las heridas que recibí y del miedo que sentí cuando la señora Viktoria estuvo a punto de encarcelarme —dijo y tomó asiento junto a su padre—, lo que más me duele es haber dejado a Ajác llorando antes de venir hacia aquí.

—Ya le dije que Bela se encargó de tus heridas.

—Eso no quita la culpa que siento por haberlos preocupado, padre.

—Seguro lo pensarás mejor en la siguiente ocasión que se te presente.

—El señor Dima no me permitirá dejar la ciudad otra vez, estoy seguro. Ya no podré acompañar a mi madre. —Tino apretó los puños. La razón principal de sus salidas junto a Ajác eran para intentar protegerla pero, cuando la oportunidad se presentó, él decidió arruinarla en un acto de completa inmadurez y egoísmo.

—Eso se verá. Aún no se lo hemos dicho. —La voz de Mihaí se suavizó y puso una mano sobre las suyas.

Tino hizo silencio por largos minutos y pensó en todo lo que arruinó por culpa de su impulsividad.

—¿Y mis viajes a Sitnor? —Tino se llevó las manos a la cabeza—. Demonios, cómo no pensé en eso antes de hacer tremenda idiotez.

—Sitnor es un asunto de Palmeras también, no solamente tuyo. —Mihaí se puso de pie—. Vamos a casa, hijo, seguro quieres darte un baño.

48

Sitnor Ciudad Capital, año 4001

Esa noche, Astor se quejó tanto del calor que Quentin le dijo a su madre que lo haría dormir en el estudio de Noah, como una excusa para ir a ver a Tino. Cuando llegaron, Josh estaba ahí y también Tanáel. Por sugerencia de Astor, lo pusieron al tanto de todo lo que sucedía en Thoria y, aunque le costó asimilarlo y dejó de verlos por un tiempo, terminó por aceptarlo y regresó para poder despejar las dudas que le surgieron en esas semanas de reflexión. El bibliotecario estaba inusualmente nervioso y, a cada rato, Noah debía detenerlo cuando quería ponerse de pie para caminar por la habitación.

Sin previo aviso, Tino apareció en el rincón de siempre y Tanáel saltó de su silla al verlo, a pesar de que le advirtieron cómo sucedería. Noah se apresuró a presentarlo ante Tino, sin darle tiempo a preocuparse por el desconocido hombre que estaba hoy junto a ellos. El joven mago se sentó en el sillón junto a Quentin, que tenía a Astor en su regazo, y en una forma de entrar en confianza con el asustado y muy pálido bibliotecario, les contó sobre la golpiza que recibió por parte de Radjhá y su irracional viaje al Palacio de Las Hojas. Una vez que Tanáel se animó a hablar y hacer alguna pregunta, Tino cambió el tema de conversación.

Les contó que la señora Viktoria alejó a Tareq de la princesa Lena, pero que ellos aún se veían en cuanto podían escaparse de los ojos vigilantes de los guardias que custodiaban a la niña. Tareq comenzó a prepararla por si en algún momento tenía que dejar el palacio sin que Tino pudiera llevarla con él. Le estaba enseñando a hablar como una campesina, a cazar y a cocinar su presa, de cuáles frutas podía comer en la selva, qué insectos eran peligrosos y demás cosas esenciales para quien debe refugiarse en la intemperie por un largo período de tiempo. La situación para ella se estaba volviendo cada vez más peligrosa en el palacio, ya que Reda Almairon comenzó a maltratarla nuevamente sabiendo que ella no podía defenderse. Si bien no lo hacía cuando sus perros estaban cerca, muchas veces los hacía encerrar fuera del palacio para poder acercarse a la pequeña y a su hermano.

El rey Kirios estaba cada vez más retraído y ya casi había abandonado los asuntos del reino, dejándolos en manos de sus consejeros y ministros. Se quejaba de dolores que ningún sanador podía curar y rara vez dejaba su habitación.

—Alguna buena noticia debes tener —dijo Noah en un momento, al ver que los rostros de todos eran de preocupación.

—Podría decir que sí —dijo Tino—. Ya son casi treinta los niños que estamos entrenando. Algunos son más poderosos que otros, pero todos se empeñan en aprender y en mejorar.

—Ya es algo… —dijo Josh.

—¿Ustedes tienen alguna noticia? —preguntó Tino.

—Aún esperamos que los Praeths de Morrau se contacten con nosotros —dijo Noah.

—Josh y yo partiremos el mes próximo hacia el Puente Negro para reforzar la frontera —dijo Quentin—. Será una partida de alrededor de mil soldados.

—¿Alguno de ustedes ha estado en el Puente Negro? —preguntó Tino con un gesto de picardía—. Quizás podría visitarlos allí cuando los soldados del rey se animen a dejar la Capital.

—Yo —dijo Tanáel—, pero recuerda que el puente está cerrado ahora y hay campamentos dispersos en todos lados. Puedes caer en cualquier lugar y sería un grave problema para ti.

—¿Del lado de Pyebra también? —preguntó Tino. Noah le dijo que solo del lado de Sitnor y Tino volvió a preguntarle a Tanáel por medio del mayor de los Guna—. ¿Cruzaste la frontera? Si tienes recuerdos del lado pyebrano, me serán útiles. Puedo llegarme en estos días y buscar un lugar apropiado para aparecer cuando llegue el momento.

—¡Eso sería grandioso! —dijo Josh cuando Noah terminó de traducir—. Nos vendrá bien una mano mágica para detenerlos.

—*Ahorra* hablo su idioma —dijo Tino en sitnorense y los demás festejaron—, así *podrré* hablar con ustedes. Más fácil.

—Lo haces muy bien —dijo Quentin—, será útil si vienes a instruir a nuestros magos o si vas hasta el Puente Negro cuando llegue el momento.

—Sí, sí —dijo Tino—. Áliza, una de las *maestrras* de Erjathá, me está *aprrendiendo.*

—Enseñando —lo corrigió Quentin.

—Sí, sí —rio Tino—, no sé *decirrlo* todo. —Tino volvió a su idioma y Noah tradujo lo que dijo—. ¿Puedo ver tus recuerdos del Puente Negro, Tanáel? No quiero irme y sin antes pedirlos.

Tanáel accedió y Tino entró en su mente por apenas unos segundos, sin que el bibliotecario se diera cuenta de que estaba sucediendo. Cuando finalizó, Noah le preguntó al mago si era posible que viniera una vez a la semana desde ese momento, ya que estaban esperando que la gente de Morrau se contactara con ellos.

—No sé —respondió Tino—, debería solicitarles al señor Dima y al señor Jeno que me autoricen a hacerlo.

—Tengo una nota para que le lleves al señor Jeno. —Noah se puso de pie y caminó hacia su escritorio, abrió varios cajones y revisó entre los diferentes libros y papeles que había por todas partes, hasta que halló el sobre que buscaba y se incorporó con un gesto triunfal en su rostro—. ¡Aquí! Ten, entrégalo al señor Jeno. Me gustaría que pudieras venir seguido. Muchas cosas están comenzando a suceder y es mejor mantenernos informados entre nosotros.

—Estoy de acuerdo. Si me autorizan a venir, lo haré dentro de siete días. Recuerda dejar mi espacio despejado.

—Por supuesto.

—Ya me retiraré entonces —dijo Tino y se puso de pie—. Espero poder regresar pronto.

Tino caminó hacia su rincón y desapareció haciendo revolotear el aire.

49

Drioed-ta, desierto Then Kua

Naga se abrió paso entre hombres borrachos y se acercó a una mesa, donde estaba uno de sus conocidos bebiendo solo. Al verlo llegar, le ofreció una silla desocupada y le sirvió cerveza en un jarro.

—¿Qué tal? —dijo Naga después de beber la mitad de su contenido—. ¿Hay alguna cosa interesante?

—Me recuerdas a las viejas de mi pueblo —dijo el hombre barbudo y gordo que estaba sentado frente a él—, que lo único que hacían era entrometerse en la vida de los demás.

—Estoy aburrido como un árbol, viendo la vida pasar, ¿qué esperas? —dijo Naga con una mueca.

—Ya quisiera aburrirme como tú, ni siquiera tienes que trabajar.

—Soy mago y soy un esclavo —resopló—. Mi vida es una mierda.

—Tengo algo para ti… —El hombre miró a los lados y bajó la voz—. Me enteré que la reina de Morrau ofrece mil monedas de oro por un hombre que encaja perfecto con la descripción de Tá-qá. Al parecer, es el esposo de Ilaria, la mujer que está al frente de su ejército. Por eso la reina está buscándolo e hizo correr la noticia.

Naga se quedó mirándolo por largos segundos. Eso pagaría su deuda, pagaría lo que vale Tá-qá y aún le quedaría muchísimo dinero.

—Ya mismo me voy a buscar a Tá-qá. Si conoce a esa tal Ilaria, te daré 250 monedas. Pero no digas ni una palabra a nadie.

—Por supuesto que no diré nada. No se lo he dicho a nadie, solo tú podrías hacer algo al respecto.

Naga salió de la taberna, hizo unos pasos y desapareció para aparecer frente al edificio donde se alojaban los esclavos. Entró, subió las escaleras y golpeó en la puerta de Tá-qá.

El hombre de piel negra como el ébano se tardó unos minutos en abrir y Naga tuvo que llamar varias veces.

—¿Qué sucede? —preguntó a media voz. Naga ingresó en su cuarto y cerró la puerta.

—¿Conoces a una mujer llamada Ilaria?

Tá-qá caminó hasta su cama y se sentó pesadamente en ella. Se pasó las manos por la rapada cabeza y volvió a mirar a Naga.

—¿Cómo sabes sobre Ilaria? ¿Qué le ha sucedido?

—No digas una palabra. —Naga se sentó junto a él—. Ilaria es la capitana de los ejércitos de Morrau, y la reina ofrece mil monedas a quién le diga dónde encontrarte.

—Llévame. —Tá-qá se puso de pie de un salto.

—Espera. No puedo hacerlo ahora, tendremos que esperar hasta que amanezca.

—¡No quiero esperar hasta el amanecer!

—Cálmate, de todas formas no podremos ingresar al Castillo Blanco hasta que sea de día. ¿Crees que la reina nos recibirá a mitad de la noche?

—Tienes razón. Por Sinmá, Naga. Mi Ilaria, al fin estaré junto a mi dulce Ilaria. —Naga pudo ver que la luz de la luna llena, que entraba por la ventana enrejada, se reflejaba en el brillo de sus ojos llorosos.

—Descansa, Tá-qá, e intenta que todo es normal. No quiero que sospechen de nosotros. Lo mismo, vendré a buscarte antes que los llamen para el desayuno, no quiero que el viaje te descomponga, pero si debes salir por alguna razón, mantén la compostura. En lo posible quédate aquí y no te muevas de tu cama, apareceré junto a la puerta y nos largaremos, ¿entendido? —Naga se puso de pie y Tá-qá lo abrazó, levantándolo varios centímetros del suelo.

—Gracias, Naga.

—Tranquilo —rio el muchacho—. Tú descansa, prepara tus cosas y recuerda no moverte de tu cama después del amanecer.

Naga desapareció de la habitación de Tá-qá y apareció cerca de la ciudad. Necesitaba encontrar a alguien que hubiera estado en la capital de Morrau, por lo que dirigió sus pasos nuevamente hacia la taberna. El hombre de barba que le dio la información estaba en la misma mesa y se deshizo de quien lo acompañaba en cuanto vio a Naga.

—Es él —dijo Naga—. Necesito recuerdos de Morrau Ciudad Capital para poder hacer el viaje, si tengo que caminar hasta allí, querrán robarme a Tá-qá a cada paso que dé. —Naga rio.

—El año pasado estuve allí, fíjate.

Naga no podía creer que todo estuviera saliendo tan bien. Estaba acostumbrado a dar un paso y retroceder dos, a que cada cosa que empezara resultara en un desastre, o que fracasara, incluso, antes de empezar. Naga se encogió de hombros y entró a la mente del hombre. Se sumergió en sus recuerdos y vio que había acampado a pocos kilómetros de las puertas de la ciudad negra. Vio todo el recorrido desde su campamento hasta las puertas, hasta que encontró un lugar seguro donde podría aparecer junto a Tá-qá. Dejó la mente del hombre y prometió ir a verlo a su casa al día siguiente para darle su parte de la recompensa. Cerraron el trato con un apretón de manos y Naga dejó la taberna por segunda vez.

Sabía que la noche se le haría eterna, estaba a un paso de comprar su libertad y poder hacer lo que quisiera con su vida. Nunca se había sentido tan feliz y aunque intentaba no esperanzarse demasiado, le era imposible. Naga reapareció en su habitación en el edificio de los esclavos y se dispuso a acomodar sus cosas. Guardó en su bolso de cuero sus pocas pertenencias de valor y se recostó a esperar la salida del sol.

Cuando los primeros rayos asomaron en su ventana, Naga buscó un saco, se lo puso sobre los hombros y reapareció en la habitación de Tá-qá, que estaba sentado en su cama, mordiéndose las uñas.

—¿Listo? —preguntó. El moreno saltó de la cama y, cuando Naga trabó su puerta, Tá-qá se puso un pesado saco y tomó sus cosas—. Este viaje será largo, incómodo y tomará más tiempo. Intenta mantener la calma y no intentes moverte por nada del mundo, ¿sí? —Tá-qá asintió—. Toma mi mano.

Dos minutos después, el viento helado que bajaba de la cordillera les golpeó el rostro con fuerza. Tá-qá lanzó un grito triunfal y rio de la forma que solo lo haría alguien que ha recuperado su libertad.

—¡Soy libre! ¡Soy libre!

Naga pensó que el viaje le afectaría, pero no fue así.

—Ven, grandote —dijo sin perder el tiempo—, debemos caminar hasta las puertas, por lo que cambiaré tu apariencia para que nadie intente alejarte de mi lado. Agáchate. —Tá-qá obedeció y Naga pasó las manos alrededor de su rostro y su cabeza, cambiando algunos de sus rasgos y aclarando su piel—. Listo. No hables y no te muevas muy rápido. Si hay problemas, yo me encargo.

Tá-qá asintió y se pusieron en movimiento. Caminaron por más de una hora hasta llegar a las

puertas y poco más de media hora hasta que, finalmente, llegaron al Castillo Blanco.

Un par de guardias los detuvo y Naga solicitó ver a la reina Morgana. Esperaron unos minutos y una mujer de baja estatura, de cabello rizado y amplia sonrisa los condujo al interior.

—¿Qué asuntos quieren tratar con la reina? —preguntó.

Naga miró a Tá-qá y terminó con el hechizo que cambiaba su apariencia.

—Traigo al hombre que la reina Morgana busca.

La mujer volvió a sonreír y los condujo a una habitación.

—Esperen aquí, por favor. Vendré por ustedes en unos momentos.

Tá-qá se retorcía las manos y caminaba de lado a lado mientras esperaban a que alguien entrara a la habitación. Naga estaba por reprenderlo, pero entendía lo que pasaba por su mente, llevaba más de seis años siendo un esclavo, era uno de los pocos afortunados que había logrado esa triste victoria. Aparte de sus habilidades, una de las principales razones de su prolongada supervivencia era porque Arkghor hacía curar sus heridas y borrar su mente cada vez que un evento terminaba. Tá-qá no recordaba lo que había sucedido, por lo que las atrocidades que veía y debía cometer para poder seguir con vida, no hacían mella en su conciencia. Arkghor pagó mucho por Tá-qá y no quería perderlo.

La mujer de cabello rizado regresó y les pidió que la acompañasen. Caminaron por un largo pasillo alfombrado y Naga se sentía tan nervioso que no era capaz de quitar la vista de la puerta de madera negra en la que finalizaba el corredor.

La mujer se detuvo y la puerta se abrió desde adentro. Naga miró a su alrededor y vio, alarmado, los estandartes negros colgar desde los techos. Un escalofrío le recorrió el cuerpo, pero continuó caminando hasta que la mujer los presentó y dio un paso al costado.

La reina Morgana, que estaba sentada en el trono dorado, clavó en ellos sus ojos verdes y los miró con curiosidad. Detrás de ella, junto al trono, una mujer alta y esbelta estaba de pie. Vestía una armadura dorada y llevaba puesto un casco que dejaba al descubierto solo sus ojos y mejillas, oscuras como la piel de Tá-qá. La reina se puso de pie y giró para ver a su capitana.

—¿Qué esperas, mi Ilaria? Ve a buscar a tu hombre —dijo con suavidad.

La mujer asintió, se quitó el casco y descubrió su melena rizada. Bajó los escalones a paso lento, como si ver a Tá-qá fuera parte de un sueño, y Naga pudo ver que gruesas lágrimas corrían por sus mejillas. Tá-qá quiso dar un paso, pero Naga lo detuvo. El hombre lo miró con los ojos enrojecidos y una enorme sonrisa.

—Gracias, Naga. Jamás olvidaré esto —dijo. Corrió hacia la mujer de la armadura y la abrazó.

Ambos comenzaron a reír, entre caricias, besos y palabras susurradas que estuvieron cautivas por miles de días, esperando ese reencuentro.

—Malditos sean —murmuró Naga y se secó los ojos con las mangas de la camisa. Miró hacia el trono y vio a la reina llorando sin hacer ningún esfuerzo por contenerse. Ilaria miró a su señora y a Tá-qá, sin decidir hacia dónde ir o qué hacer en esos momentos. La reina Morgana bajó los escalones y Tá-qá le hizo una reverencia. La reina sonrió y les dijo:

—Váyanse, Ilaria, no pasará nada si no estás a mi lado por un día o dos.

—¿Mi señora?

—Vete, te lo ordeno —dijo sonriendo—. Enviaré a buscarte solo si es necesario.

Ilaria dudó por unos momentos, pero luego tomó del brazo a Tá-qá y salieron por una puerta lateral.

—Has hecho feliz a mi Ilaria. —La reina miró a Naga cuando regresó al trono—. Traigan su recompensa.

Un hombre llegó cargando un cofre y lo depositó en sus brazos. El peso sorprendió al

muchacho, ya que jamás en su vida tuvo tanta cantidad de monedas.

—Gracias, su Majestad —asintió con una reverencia.

—Puedes retirarte —dijo haciendo una seña con la mano. Naga volvió a bajar el mentón y fue escoltado hacia fuera del castillo por dos guardias.

El mago sonrió. Tá-qá era libre, tenía los brazos llenos de oro y él sería libre en pocas horas. Aún le costaba comprender por qué todo le estaba saliendo bien.

Caminó hacia una calle lateral y desapareció cuando creyó que nadie lo veía. Apareció en su habitación, dejó el cofre sobre la cama y lo abrió. Nunca se imaginó ver tanto oro junto. Su brillo era tan hermoso que, si hubiera podido, se hubiera fundido con esas monedas para ser parte de ellas. Naga rio por su ocurrencia y comenzó a contarlas. 250 para el hombre que le dio la información, 350 para el maldito de Arkghor, 100 para pagar el precio de Tá-qá y 15 para cada uno de sus quince hijos.

Cuando terminó de separar sus monedas, envolvió cada pequeño montón en tiras de tela para que no hicieran ruido y no se mezclaran, y las guardó en el bolso que colgó en su hombro. Caminó hacia la mansión y fue en busca de Arkghor, al que encontró en la sala, lustrando con gran esmero uno de los sillones de oro.

—¿Dónde demonios estabas? —preguntó ni bien lo vio.

Naga puso el cofre a sus pies y lo abrió.

—Cuéntalas y libérame. 350 monedas de oro.

Arkghor se arrodilló frente al cofre, lo miró asombrado por unos segundos y luego miró a Naga.

—¿De dónde salió esto?

—No contestaré ninguna pregunta hasta que me liberes.

—Maldito seas, muchacho. ¡Eres libre, claro que sí!

—Recita las palabras, Arkghor, sabes que no puedo ser libre hasta que lo hagas. —Arkghor se puso de pie y adoptó un aire de solemnidad.

—*Ivnez lanta*[16] Nagalíjakh Barbreti Monteftonra —dijo con toda seriedad.

Naga cerró los ojos y repitió lo que Arkghor dijo. Sintió que las cadenas mágicas que le impedían dejar ese lugar definitivamente se rompían en mil partes y se sintió libre de verdad, liviano como una pluma y más feliz de lo que alguna vez creyó que se sentiría. Naga rio y estiró los brazos sobre su cabeza, como quien se quita de encima un lastre.

—Toma, Arkghor —dijo dándole un saco de cuero—. 100 monedas más… por Tá-qá.

—¿A qué te refieres?

—Lo vendí. —Naga le dio la espalda y caminó hacia la puerta—. Ya me marcho, no tengo nada más que hacer aquí.

—Espera un segundo, maldito seas. Quédate donde estás.

—No te debo obediencia ahora, Arkghor.

—¿Dónde está Tá-qá?

—Lejos. —Naga abrió la puerta—. En Morrau. Adiós.

Naga hizo dos pasos y Arkghor corrió tras él, pero el mago desapareció.

Después de haber dado su parte de la recompensa al hombre de la taberna y de haber visitado por última vez a cada uno de sus hijos, Naga se sentó a descansar junto al oasis.

—*Maestro, ya soy libre. ¿Dónde se encuentra?*

—*¡Naga, qué gusto!* —Lobo Blanco le contestó de inmediato, como nunca antes—. *Ilsa y yo estamos en Tesar, estamos solos. A Magtha y a Evan se los llevó la fiebre a los pocos días de llegar.*

—Cuánto lo lamento, maestro. Me gustaría quedarme con ustedes ahora que puedo disponer de mi vida.

—Claro que sí, muchacho, claro que sí.

Su maestro le mostró una habitación vacía de la casa en donde se hallaban Ilsa y él, y Naga llegó hasta ellos después de unos minutos de estar convertido en la nada misma.

Era completamente libre y todo salió bien; mejor que si hubiera pensado cada uno de los detalles de su plan por miles de horas, mejor que si hubiera analizado cada ventaja y desventaja cientos de veces, mejor… imposible.

El muchacho abrió la puerta de la habitación y sus anfitriones estaban frente a él, esperándolo.

—¡Naga! —exclamó la sonriente Ilsa antes de abrazarlo.

50

Sitnor Ciudad Capital

Noah abrió la puerta de su estudio y había un guardia acompañado de un joven de aspecto frágil, con oscuras ojeras y rostro pálido.

—Le traigo una visita, señor Noah, viene de parte del señor Nathan Bohn —dijo, dubitativo, el guardia y el joven asintió.

—Claro, sí, gracias —dijo Noah y le hizo una seña al joven—. Pasa, por favor.

El joven hizo unos pocos pasos y se quedó junto a la puerta. Noah habló en el idioma de Morrau y lo invitó a tomar asiento frente a su caótico escritorio.

—Mi nombre es Joel, mi señor, he traído un mensaje para usted.

El joven sacó de su bolsillo un sobre amarillento y se lo entregó. Noah lo abrió y leyó:

Al señor Noah Guna de Nathan Bohn y Damien Enda.
¡Saludos!

Por amigos en común hemos sabido que está al tanto de la nueva amenaza que acecha sobre Thoria. Debe saber que sus servidores están haciendo todo lo posible por desbaratar los planes de nuestra reina, aunque hay muchos que tenemos que permitirle hacer, para que las sospechas no comiencen a echar raíces. Los sucesos ocurren con demasiada rapidez y hasta el día en que escribimos este mensaje hay solo una noticia que afecta a Sitnor directamente y, en caso de haber más, enviaremos mensajeros veloces para que se le informe cuanto antes.

La reina Morgana nos ha comunicado que Pyebra avanzará sobre Sitnor en el otoño. Somos conscientes del peligro que Sitnor corre al estar rodeados y desprotegidos, pero Morrau no se involucrará aún. Sabemos que el primer asedio será sin magos, puesto que sus fuerzas se vieron diezmadas en la última incursión a Erjathá. No debería preocuparse, el ejército de Sitnor es muy superior a la improvisada milicia de Kirios.

Sabemos que usted está en contacto con la gente de muy al norte y creemos que es una buena estrategia tener aliados a los magos de Erjathá. El maestro nos ha contado tanto de sus victorias como de sus derrotas y, al parecer, los apoyarán cuando llegue el momento. Quisiéramos saber su opinión sobre lo que está sucediendo.

No desconfíe de nuestro mensajero, por favor.

Lo saludan, N.B. y D.E.

Noah dobló la carta y miró al mensajero.

—¿Cuándo regresarás a Morrau? Hay cosas que me gustaría consultar.

—Partiré en la mañana, si a usted le parece. Si necesita más tiempo, lo haré en la mañana siguiente.

—Me bastará con el día de hoy, muchas gracias. ¿Tienes alojamiento para hoy?

—Sí, mi señor.

—Excelente. Ven a verme en la mañana y podrás llevar mi respuesta. ¿Necesitas alguien que te acompañe? Un guardia, un guía…

—No, mi señor. Descansaré. Ha sido un largo y agotador viaje.

—Comprendo. Estaré aquí si necesitas cualquier cosa.

El joven asintió, se puso de pie y Noah lo acompañó hasta la puerta. El guardia, que permaneció del lado de afuera, lo dirigió a la salida del Palacio de Gobierno y Noah los siguió para pedirle a otro de los guardias que fuera por Quentin, Josh y Tanáel.

Noah esperó por largos minutos hasta que llegó primero Josh, luego Tanáel y, por último, Quentin que traía a Astor de la mano. El niño tenía el rostro enrojecido y los ojos hinchados.

—¿Qué sucedió? —preguntó Noah mirando a Quentin—. ¿Por qué está así?

—El señor no quiso bañarse —respondió intentando permanecer serio y el pequeño le golpeó el brazo.

—Estoy seguro que a ustedes tampoco les gustaba —refunfuñó Astor y los demás rieron.

—Te apoyo en eso —dijo Josh, Astor sonrió, caminó hacia él y Josh lo sentó en su falda.

—¿Qué sucedió? —preguntó Quentin.

—Llegaron, finalmente, las noticias de Morrau que esperábamos. Al parecer, Pyebra nos atacará en otoño.

—Iremos directo al frente. —Josh miró a Quentin.

—Vaya… no me lo esperaba tan pronto.

—Noah, hay que contactar a Tesar y será mejor que lo hagan desde Morrau también —dijo Tanáel.

—Él tiene razón —dijo Astor—, pueden que ignoren un mensaje, pero no ignorarán dos.

—¿Hay magos de tu maestro en Tesar? —preguntó Noah.

—No lo sé, pero probablemente haya algunos.

—¿Y aquí? —preguntó Josh.

—Tampoco sabría decirles. Los magos de Erjathá tampoco sabían quiénes eran los otros hasta que llegó el momento en que debieron unirse. Los padres de Tino llevan juntos desde hace años y ninguno sabía de los poderes del otro. Vivían en una aldea en el desierto y no se enteraron de que se habían casado con un mago hasta que partieron hacia Erjathá. Aquí sucederá lo mismo y en Morrau y Tesar también. Puede que alguno de los guardias de la fortaleza sean magos, la nana o su hijo, el señor que trae la leche en las mañanas, o alguna de las enfermeras. No lo sabremos hasta que llegue el momento.

—Noah, deberías enviar a buscar a Enara —dijo Quentin—. Necesitamos que nos cuente sobre las discípulas de la Dama, y enviar esa información a Tesar y Morrau.

—Según me dijo mi maestro, el señor Nathan Bohn sabe mucho de la reina Morgana —dijo Astor—, pasa mucho tiempo con ella.

—¿Bohn? ¿Cómo Eric? —preguntó Quentin.

—¿Serán familia? —Josh miró a los demás, buscando alguna respuesta.

—No lo sé —dijo Noah—, solo el Gobernador y mi padre saben de dónde viene Eric.

—No creo que eso importe ahora —dijo Tanáel—, estamos todos del mismo lado y si ellos no quieren hablar sobre su origen…

—¿Ellos…? —Quentin miró a Tanáel.

—Eric y Rhoane, su hermana. —Tanáel se incomodó—. He estado… visitándola.

—¿Eric lo sabe? No queremos quedarnos sin nuestro bibliotecario favorito —dijo Josh, divertido, y los demás rieron.

—Claro que lo sabe, ¿crees que soy tan tonto? Le bastaría mirarme para romper cada hueso de mi cuerpo. Pero es un buen hombre, aunque pensé que me cortaría en dos la primera vez que me dirigí a él.

Después de bromear por unos minutos más y felicitar a Tanáel, este se retiró y Noah comenzó

a redactar las cartas que enviarían a Morrau y a Tesar.

—¿Quién llevará el mensaje a Tesar? —preguntó Josh a Noah—. ¿Crees que podríamos ir nosotros?

Quentin lo miró, asombrado, y Josh le guiñó un ojo.

—No hablan tesariano y no conocen el camino —dijo Noah sin levantar la vista de la hoja que tenía frente a él.

—Quentin un poco, algo aprendimos en el encierro, aunque no lo creas.

—Déjalo Josh, nos llevaría meses y no regresaríamos a tiempo para ir al Puente Negro.

—Tal vez dos meses —dijo Noah, sin dejar de escribir—, días más, días menos.

Josh aplaudió y Noah dio un salto.

—Demonios —murmuró—, manché la hoja. ¿Qué sucede, Josh?

—¿Podríamos ir?

—No depende de mí y lo saben. No puedo disponer de ustedes, son soldados del ejército de Sitnor ahora. Debería solicitar un permiso a su comandante, detallar los motivos por los que deseo que ustedes vayan, asegurarle que regresarán a tiempo para la partida hacia el Puente…

—O hablar con mi padre —dijo Josh—, decirle lo que sucede y que quieres enviar un mensaje al rey Atkjer.

—No voy a hablar con él sobre Tesar. Le diré que recibí información de Morrau y que Pyebra atacará en otoño, pero nada más.

—Noah está en lo cierto —dijo Astor—. Tu padre solo haría un escándalo y lo prohibiría. Es mejor que no lo sepa.

—Sí, tienen razón —dijo Josh.

—He pensado enviar ambas cartas a Morrau y que ellos envíen a Tesar a su mensajero de confianza. De esta forma, llegarían a la vez y nos aseguraríamos que nuestro mensaje no se pierda en el camino. No tengo un mensajero de confianza y tendré que encargarme de eso. ¿Podrían retirarse ya? Me distraen. —Noah regresó su atención a los pergaminos que tenía frente a él y los muchachos dejaron sus asientos—. Díganle a Enara que venga cuando se desocupe, por favor.

51

Tesar Ciudad Capital

El rey Atkjer[17] estaba de pie junto al ventanal viendo a Verj entrenar. Era tan diferente a sus demás hijos, que alguna vez llegó a dudar si realmente era suyo. Sin embargo se sentía tan orgulloso de él que aún si la reina Valka le hubiera confirmado que, efectivamente, no era su hijo, no hubiera dejado de sentirse su padre. Cabía la posibilidad que no lo fuera, pero amaba a ese muchacho grandote, serio y respetuoso.

Verj era enorme, de espaldas anchas y brazos fuertes, un auténtico y despiadado guerrero, tan exigente consigo mismo como lo era con los hombres bajo su mando.

Por otro lado, los otros dos príncipes, aunque eran altos, sus cuerpos eran esbeltos, sus rostros de rasgos suaves y su carácter tranquilo; eran habilidosos con el uso de las armas, pero preferían otra clase de actividades. Verj solía ser impulsivo, se enojaba y desaparecía en el bosque por varios días, hasta que se calmaba, recapacitaba y regresaba al palacio.

El carácter de Zelig, el único hijo varón que tuvo con Atharja, era parecido al de Verj, pero Zelig golpeaba a quien lo molestara y, luego de hablar con su gemela, se disculpaba por lo que hizo. Verj, al contrario, nunca golpeó a nadie dentro del castillo.

El rey regresó al trono y miró a Ogdev, su hijo mayor y heredero del reino, que estaba leyendo un libro de la historia de Tesar, lo mismo que hacía cada vez que tenía un poco de tiempo libre. Las llamas de la chimenea teñían su rubio cabello de tonos dorados y rojizos, otorgándole la apariencia del protagonista de alguna historia de la Antigua Era, de cuando los grandes magos caminaban sobre esas tierras y los artistas pintaban sus gloriosas batallas con colores vivos y detalles asombrosos. Hasta el arte era diferente cuando los magos existían, ya que después de la Ley de Protección, las pinturas se volvieron apagadas y las melodías tristes y melancólicas.

El rey era un gran amante de la historia mágica de su país y, por esa razón, todos sus hijos llevaban el nombre de los grandes maestros de Tesar: Los tres príncipes Ogdev, Verj y Egil, y los hijos que tuvo con su concubina: Leyna, Zelig, Shrika y Rivka. Le hubiera gustado tener más hijos para así seguir honrando a los magos, pero su amada Atharja[18] no quiso darle uno más, ya que consideraba que siete eran suficientes.

El rey regresó al trono y acomodó los pliegues de su media falda. Los hombres de Tesar, sin importar su edad o clase social, vestían media falda sobre sus pantalones; esta cubría una sola de sus piernas hasta el tobillo y la llevaban en su pierna derecha quienes estaban casados o en su pierna izquierda los que eran solteros. Los más adinerados solían combinar los colores de su falda con los de su chaqueta y su pantalón, mientras que los menos pudientes usaban solo el color negro. La composición de las telas también variaba de acuerdo a la clase social, pero todos, sin excepción, tenían al menos una falda gris perla, que era utilizada para los actos y fechas importantes.

Un guardia ingresó al salón justo cuando el rey estaba pensando si sucedería algo en ese aburrido día. El hombre venía acompañado de un joven pálido y ojeroso.

—Su Majestad, el señor Joel, de Morrau —dijo el guardia, hizo una reverencia y retrocedió hasta quedar detrás del joven.

—Lo escucho —dijo el rey. Ogdev se acercó a su padre y se sentó a su lado.

—Traigo dos cartas firmadas de Morrau y de Sitnor, su Majestad.

El rey le hizo una seña, el guardia tomó los sobres y se los entregó. El soberano leyó cada misiva con detenimiento y luego se las dio a su hijo.

—Gracias, señor Joel de Morrau. Le daré mi respuesta en cuanto la tenga. —Y, luego, agregó mirando a su guardia —Lleva al mensajero a descansar, parece estar agotado.

—Muchas gracias, su Majestad —dijo el joven con una reverencia, antes de dejar la sala.

—¿Qué harías en mi lugar, Ogdev? —preguntó cuando se quedaron solos. El rey se giró para ver a su primogénito.

—Lo mismo que ha hecho Pyebra. Sabes que los Astros siempre nos han favorecido, padre.

—Te olvidas de algo. Pyebra está a miles de kilómetros de aquí y Sitnor está entre medio, con el ejército más poderoso del continente. No les permitirán llegar hasta aquí.

—¿Y por esa razón debemos escondernos? —Ogdev se acomodó en su sillón y lo miró—. ¿Debemos confiar en que Sitnor se hará cargo? Ya lo has leído, el Gobernador no quiere saber nada que tenga que ver con los magos y Morrau apoya a Pyebra.

—¿Pretendes involucrar a Tesar en una guerra que aún no ha comenzado? —El rey hizo un gesto de impaciencia y se acomodó, recto, en su sillón—. Ni siquiera sabemos si comenzará alguna vez, Ogdev. Déjalos que solucionen sus problemas entre ellos.

—¿Olvidas a los miles de refugiados que han llegado de Morrau? No me parece que sea algo que debamos ignorar. El pueblo de Morrau no quiere meterse con Sitnor y por eso han dejado su país. Sabemos que sus hombres aman la guerra más que beber y, aun así, han escapado de ella.

El rey volvió a mirar a su hijo y lo estudió por unos segundos.

—¿Quieres ir a la guerra, Ogdev?

—Sitnor necesita apoyo, padre —respondió con seguridad.

—Tú eres mi heredero y no puedo permitírtelo. Ignoraremos estos mensajes y, si volvemos a recibir noticias de Morrau o de Sitnor, lo pensaremos un poco mejor. —Ogdev asintió y el rey Atkjer se puso de pie—. Iré unos días a la casa de campo con Verj y Egil, ¿vendrás a ver a tus hermanos?

—Claro que sí —asintió con una sonrisa—. Madre estará feliz de que le demos un descanso.

—Su madre los ama, no hables así.

—Lo decía por ti —dijo riendo y el rey soltó una carcajada.

—Si no fueras el Primer Príncipe te daría una paliza, muchacho. —El rey desenfundó su espada y arremetió contra un enemigo invisible.

—Estás oxidado, padre. —Ogdev lo miró de arriba abajo—. Hasta Egil puede vencerte…

—Los treinta y ocho inviernos que he vivido aún no han marchitado mi fortaleza. —El rey lo apuntó con la espada—. Hoy los voy a desafiar a todos ustedes y los voy a vencer, ya verás. Pensándolo mejor, a Verj no. No es que quiera morir tan pronto.

Ogdev rio, se puso de pie y Verj entró a la sala en ese momento. Unos largos mechones de su cabello gris plomizo se habían escapado de su trenza y le caían en el rostro, sus musculosos brazos brillaban por el sudor que lo cubría y tenía el rostro enrojecido. Traía su hacha apoyada en un hombro, como un leñador que vuelve de trabajar.

—Mi muchachote —dijo el rey y Verj hizo una reverencia.

—¿Qué ha sucedido? ¿Quién era el mensajero?

Ogdev volvió a sentarse, le contó a su hermano lo que leyó en las cartas y Verj sonrió a medias.

—¿Iremos a Sitnor?

—Olvídenlo —dijo el rey y enfundó su arma—, nadie irá a ninguna guerra. Ni siquiera hay una guerra a la que ir.

—Es una lástima. Iré por mis cosas y luego partiré a la casa de campo.

—Pero, iríamos todos juntos —dijo Ogdev, confundido. Verj se sentó en los escalones que llevaban al trono, justo debajo de su hermano, y acomodó su hacha a su lado.

—Le prometí a Leyna que iría en mi caballo —respondió Verj—, y la llevaría a montar en él. Le gustan los caballos de guerra, pero Zelig no le permite acercarse al suyo.

—No lo sabía, tendré que comprar uno para ella —dijo el rey—. Veré si lo consigo para su cumpleaños.

—Que sea blanco —dijo Ogdev y Verj asintió.

—Yo me encargaré de él —agregó Verj—, no quisiera que Leyna se lastimara porque el caballo esté mal entrenado.

Ogdev le dio una palmada en la espalda.

—¿Y a Zelig que le obsequiarás? —preguntó el mayor de los príncipes. Leyna y Zelig eran gemelos, por lo que debía recibir un regalo de igual valor para evitar un conflicto entre ambos.

—A Zelig le permitiré que se mude al Palacio Dorado para que empiece a entrenar con ustedes.

—¿Atharja está de acuerdo? ¿Y madre? —Quiso saber Verj.

—Lo he hablado con las dos. —El rey se sentó en el trono, otra vez—. La reina estuvo de acuerdo desde el inicio. Atharja en un principio no quería permitirlo, pero logré convencerla. El muchacho es brillante y necesita un entrenamiento más intensivo. Se está echando a perder en la casa de campo.

—Será bueno que esté aquí —dijo Verj.

—Y las chicas estarán en paz —dijo Ogdev con una sonrisa.

—Así es —dijo el rey Atkjer—. Zelig no les permite hacer nada, pobres mis niñas, todo le molesta. Aunque casaré a Leyna el año entrante…

—¡No! —exclamaron Verj y Ogdev al mismo tiempo. El rey se sobresaltó y los miró.

—¿Otra vez? Este año debió haberse casado y ustedes no me lo permitieron.

—Es una niña aún —dijo Verj con el ceño fruncido.

—Cumplirá diecisiete. No puede quedarse sola de por vida. Es bella, tiene educación, tiene dinero. Es un buen partido para cualquiera.

—¿Para cualquiera? ¿Dejarás que Leyna se case con cualquiera? No, padre, no lo permitiré.

—¿Qué harás, Verj? ¿Raptarla y huir con ella para que no la case?

—No, pero si Leyna debe casarse, que sea con alguien que ella elija, no con un noble que la quiera solo para poder engrosar sus arcas o escalar posiciones.

—Nadie sabe que es mi hija, no puedo darle más que el oro que le corresponde. ¿Quieres que se case con un campesino o uno de los soldados que cuidan la casa de campo?

—Con quien sea, padre —dijo Ogdev, apoyando las palabras de su hermano—, pero será alguien que ella elija.

—¿Harán lo mismo cuando deba casar a Shrika? ¿O a Rivka?

—Por supuesto —respondieron a la vez.

—Por un demonio, ya no sé para qué soy rey, si ni siquiera puedo casar a mis hijas a mi voluntad. —El rey se acomodó la corona—. Hagan lo que quieran, entonces. Pero si en un año y medio Leyna no se casa…

—Nada, padre. Lo hará cuando deba hacerlo —dijo Verj. El rey se incorporó, lo miró por largos segundos y, luego, asintió.

—Como deseen, al fin y al cabo ¿quién soy yo para oponerme? Ah, cierto, ¡soy el rey! —dijo riendo. Ogdev rio e incluso Verj se sumó a ellos.

—Ninguna de las chicas puede ser llamada princesa, padre —dijo Ogdev—. Déjalas que al menos puedan elegir con quién compartir su vida.

—Mi obligación como padre es asegurar que se casen con alguien de…

—Solo nosotros sabemos que son tus hijas. Para el resto, no tienen un padre que decida por ellas. En otros países las costumbres son distintas y les permiten elegir con quién…

—Estamos en Tesar, no en otro país —dijo el rey con el ceño fruncido—. Esas libertades ridículas que se toman solo sirven para arruinar los linajes familiares y la economía de los países.

—¿Realmente cree en eso?—preguntó Verj—. Preste atención a lo que sucede en Sitnor, por ejemplo. Son el país más libre de Thoria, el más próspero, tienen el ejército mejor preparado y su gente puede elegir con quién casarse.

—Y las mujeres pueden ir a la guerra, vaya estupidez —dijo con una mueca—. Las mujeres deben ocuparse de la casa y de los hijos, no estar entrenando como si fueran hombres.

Verj soltó una carcajada, se puso de pie y su padre lo miró extrañado.

—Hace unas semanas me crucé con una mujer de Sitnor. Me dio una paliza memorable y era así de alta —dijo poniendo su mano un poco más arriba de su codo—. Ve y dile a una mujer de Sitnor que se ocupe *solo* de la casa.

—Bah, seguro no quisiste hacerle daño… —dijo su padre.

—No pude, que es diferente —dijo Verj y Ogdev rio—. Me avergonzó frente a todos. Cada vez que regreso a la taberna me lo recuerdan.

—¿Qué le dijiste? —preguntó su hermano.

—Una grosería que no repetiré. —Verj se sentó en los escalones nuevamente—. Noté por su acento que era de Sitnor y quise comprobar si era cierto que tenían carácter. Vaya que lo tienen. Podría haberme matado, pero le dijeron que era el Segundo Príncipe y se retiró. Los hombres quisieron detenerla y llevarla a los calabozos, pero lo impedí. Fue mi culpa, después de todo.

—Qué idiota eres, Verj —soltó Ogdev—. Seguro esa mujer está muerta ahora.

—Me aseguré de que nada le sucediera. Anoche la vi en la taberna, para tu tranquilidad.

—Ya veo —murmuró el rey—, otra de tus conquistas.

—Una mujer como ella no me haría caso ni en un millón de años.

—Eres un príncipe —dijo el rey—, puedes tener a quién quieras, no sé por qué pierdes el tiempo pidiendo permiso.

—No quiero «tener a quien quiera», padre. Prefiero que ellas estén de acuerdo. Tengo tres hermanas, una madre y a Atharja, que también ha sido como una madre para nosotros. ¿Cómo podría tomar a una mujer a la fuerza? Mataría sin dudarlo a cualquiera que quisiera hacer algo así. ¿Te imaginas que alguien quiera forzar a Leyna o a Shrika?

—Es diferente, Verj.

—No, padre —dijo Ogdev—. Todas las mujeres son hermanas de alguien e hijas de alguien… ¿Alguna vez te detuviste a pensar en lo que ellas puedan sentir?

—Parece que todo lo que diga hoy tendrá una negativa por respuesta. Me han cansado. Vayan ustedes por su parte, iré con Egil, no podría soportar que estés todo el viaje con lo mismo.

Los príncipes rieron y el rey se alejó de ellos refunfuñando.

La casa de campo estaba ubicada a las afueras de Ciudad Capital y en ella vivían Atharja y los cuatro hijos del rey. Atharja fue el primer y único amor de Atkjer. Se conocían desde que eran apenas unos niños ya que la madre de Atharja era una de las cocineras del palacio y, cuando llegó el momento en que el entonces príncipe Atkjer debía contraer matrimonio, su padre el rey Brander rechazó a Atharja y arregló su matrimonio con Valka Akhusta, una bella joven de la alta

sociedad tesariana y descendiente del legendario «Dragón Azul». Ninguno de los dos jóvenes estaba de acuerdo con ese matrimonio, pero no tuvieron más opción que obedecer y aceptar.

Al poco tiempo de haberse casado, la princesa Valka dio la noticia de que estaba embarazada. El rey Brander fue feliz, pero la tristeza se adueñaba del humor del príncipe con cada día que pasaba. Valka sabía que la única forma en que Atkjer sonriera, era ante la mención de Atharja, por lo que la princesa le sugirió que siguiera viendo a su amada y ella guardaría su secreto.

—¿Por qué haces esto? —Había preguntado Atkjer.

—Porque no podemos ser los dos infelices por el resto de nuestras vidas. Yo tampoco quería casarme contigo, quería casarme con uno de los soldados de la fortaleza de mi familia. Huiríamos a Sitnor en primavera, pero me trajeron en otoño y ya me ves, aquí, a cientos de kilómetros de él. Al menos, que nuestro hijo tenga a uno de sus padres feliz, ¿no crees?

—Deberíamos los dos ser felices, Valka. Por nuestro hijo. Dime su nombre y enviaré a buscarlo.

—Nos matarán si nos descubren, Atkjer.

—Pero moriremos sonriendo.

Reidar, el soldado, llegó a Ciudad Capital unos días antes del nacimiento de Ogdev, y Atkjer lo asignó como guardia personal de Valka, cargo que mantenía en la actualidad, al igual que su relación secreta con la reina.

El príncipe heredero a la corona de Tesar llevó a Atharja a una casona muy cerca del Palacio Dorado, la residencia de la familia real, y la visitaba con frecuencia. Apenas un año después de Ogdev, Verj llegó al mundo y, si bien en un principio Atkjer dudó si era realmente su hijo, nunca cuestionó a Valka y lo aceptó como propio. A los pocos meses del nacimiento del Segundo Príncipe, nacieron Leyna y Zelig, los primeros hijos de Atkjer y Atharja.

Las costumbres en la familia real de Tesar eran que cada año naciera un niño, pero ni Atkjer ni Valka querían ya compartir el lecho y Valka se cuidaba de no concebir un niño con su guardia personal. Sin embargo, ante las presiones del rey Brander, la princesa Valka dio a luz a Egil dos años después del nacimiento de Verj y Atharja, oculta a los ojos de la familia real, trajo al mundo a Shrika un mes antes que Egil respirara por primera vez.

El rey Brander cerró sus ojos para ya no abrirlos cuando Egil cumplía los tres meses y Atkjer fue coronado rey de Tesar. Lo primero que hizo tras su coronación, fue llevar a Valka y a los príncipes a la casa donde vivía Atharja con sus otros hijos. Las mujeres no tenían una relación cercana, pero se trataban con respeto por todo lo que significaban para el rey; Valka solía visitarlos con frecuencia para que todos los hijos del rey pasaran tiempo juntos, como los hermanos que eran. Después del cuarto cumpleaños de Egil, Valka dejó de visitar a Atharja y la concubina del rey y sus niños fueron mudados a una lujosa casona en el campo. Rivka fue la última niña del rey y Atharja, llegando a sus vidas hacía seis primaveras.

Cuando el carruaje del rey llegó a la casa de campo, Leyna y Rivka estaban sentadas en un banco debajo de un pino, bordando la falda de un vestido que sería para la menor de las hermanas.

Las hijas de Atkjer eran como la inmensa mayoría de las mujeres de Tesar: delgadas, altas, de rasgos suaves y modales delicados, de piel pálida y rubio cabello, a excepción de Shrika que tenía el cabello gris como Verj y algo de su temperamento, también.

Ambas se pusieron de pie para recibirlo y la mayor miró a su padre con cierta desilusión cuando solo él bajó del carruaje.

—¿Qué sucede, Leyna? —dijo el rey después de saludarlas, mientras caminaban hacia la casa.

—Esperaba que vinieran mis hermanos también —respondió con suavidad.

—Tu viejo padre ya no es lo suficientemente interesante, ¿verdad? —Leyna sonrió y sus mejillas se ruborizaron.

—No es así, padre —dijo y bajó la mirada.

—Tus hermanos llegarán en cualquier momento —dijo el rey y rodeó a su hija con un brazo—, venían en sus caballos.

La puerta de la casona se abrió y Shrika saltó a los brazos de su padre, pero luego lo miró confundida.

—¿Egil no vendrá? Quería que leyera algo en lo que estuve trabajando.

—Ya no divierto a nadie en esta casa. Me quedaré solo con Rivka —dijo el rey fingiendo estar ofendido, pero a los pocos segundos rio, levantó a la pequeña en brazos y dejó solas a sus hijas mayores, que salieron al jardín a esperar a sus hermanos.

—¿Crees que nos dejarán montar sus caballos? —preguntó Shrika.

—Yo no las dejaría. —Zelig se acercó a ellas. Venía del establo y estaba bañado en sudor. El muchacho era, físicamente, una combinación de sus hermanos: Su cabello era rubio, aunque más oscuro que el de los príncipes, de ojos de un verde que se mezclaba con betas doradas en el centro y de hermosas facciones, como Ogdev y Egil, pero de espaldas más anchas que ellos y podía ser tan salvaje como Verj con un arma entre las manos.

—Pero Verj me lo prometió… —Se quejó Leyna. Las muchachas continuaron hacia el camino de entrada.

—Ellos no son como tú, ellos sí nos aprecian —dijo Shrika.

—Porque no saben lo insoportables que pueden ser.

—Se lo diré a Verj —murmuró Leyna, ofendida.

—¿Y qué hará Verj? ¿Golpearme? —dijo en tono de burla.

—Te aplastará como al gusano que eres —dijo Shrika. Zelig rio y Shrika tomó a Leyna de la mano—. Vamos a la entrada a esperarlos, no quiero quedarme junto a este idiota.

Las muchachas estaban por llegar a las puertas de madera, que separaban la propiedad del camino público, cuando estas se abrieron y los príncipes tomaron el polvoroso sendero que llevaba a la casa. Los tres desmontaron antes de llegar a ellas y, después de saludarlas, Verj y Egil las ayudaron a montar sus caballos y condujeron a los animales por las riendas. Conversaron sobre lo que sucedió desde la última vez que se vieron y Ogdev les habló de las cartas que recibieron de Morrau y de Sitnor.

—¿Qué sucederá con nosotras si ustedes se van a la guerra? —preguntó Shrika.

—No hay guerra aún —dijo Verj con una sonrisa—, así que no deberías pensar en eso.

—Yo no podría ir —dijo Ogdev.

—Pero tú sí —dijo Leyna mirando a Verj—, y no me gustaría que te fueras.

—Si voy a la guerra, será para proteger nuestro país y evitar que esos bastardos pyebranos se acerquen a ustedes. No iría solo por el gusto de ir.

—En Sitnor las mujeres pueden ir a la guerra, ¿no? —preguntó Leyna y Verj asintió—. Yo también quiero ir, entonces.

—No sabes utilizar un arma, ¿a qué irías?—dijo Ogdev y Leyna lo miró.

Estaba a punto de revelar a sus hermanos el secreto que había guardado durante toda su vida. Leyna cerró los ojos, recurrió a sus poderes y, cuando volvió a abrirlos, vio que su hermano mayor la estaba mirando. De inmediato sintió que alguien entraba en su mente, se alarmó y sintió que le faltaba el aire.

—¡*No lo hagas!* —dijo Ogdev. Leyna volvió a calmarse cuando se dio cuenta que era él.

—¿Por qué? Puedo ser útil en la guerra. Puedo cuidar a Verj.

—No deben saberlo aún, si padre te ve no sé lo que podría sucederte, por eso tampoco yo se los he dicho. Hablaremos luego ¿sí?

Leyna asintió y Ogdev abandonó su mente, dejándola agotada y confundida. Verj la miró, detuvo el caballo y la ayudó a desmontar.

—¿Qué te sucede? ¿Qué tienes?

Por más que lo intentaba, no conseguía que todo a su alrededor dejara de girar y, para empeorar las cosas, su cuerpo parecía no responderle. Verj la tomó en sus brazos y la llevó a un costado del camino, para sentarla sobre el verde césped.

—Me he sentido mareada, nada más —dijo e intentó sonreír. Se incorporó y vio que todos estaban mirándola con preocupación.

—¿Desayunaste hoy? —preguntó Verj.

—Claro que sí.

—¿Zel te ha hecho algo? —Verj bajó la voz.

—No, quédate tranquilo—contestó en un susurro y, luego, agregó—. No se preocupen, ya estoy bien. —Leyna se apoyó en su hermano y se incorporó. El suelo había dejado de temblar bajo sus pies, por lo que caminó hasta los demás—. Continuemos, por favor. Shrika y yo estuvimos cocinando todo el día de ayer para cuando ustedes llegaran.

Verj la abrazó y le dio un beso en la cabeza. Ella era la única, aparte de la reina Valka, que recibía alguna muestra de cariño de su parte.

52

Sitnor Ciudad Capital

Quentin dibujó, con la ayuda de Eric primero y las recomendaciones de Onix después, cómo eran las espadas que quería que el herrero hiciera para él y uno de los guardias fue a buscarlo para que fuera por ellas. Se sentía como un chiquillo, tan emocionado y ansioso que casi no podía contenerse.

Caminó apresurado por el patio central y el calor de la fragua le azotó el cuerpo cuando entró a la herrería.

El enorme sujeto le entregó las armas envueltas en un paño y Quentin lo quitó para poder verlas. Eran tal como las imaginó; idénticas como dos gotas de agua, afiladas por los dos lados, levemente curvadas, livianas y, en las empuñaduras, tenían incrustadas una piedra diferente en cada una. La que usaría en su mano derecha tenía una esmeralda y la de la izquierda una piedra rayada, similar a la que le envió a Ilsa en su bolso.

Después de haber pagado por sus armas y haber agradecido al herrero, Quentin volvió a cubrir sus espadas y regresó a su habitación. Quería que Onix las viera antes que nadie. Cuando llegó, colocó la envoltura en su cama y la abrió despacio.

—Mira, son casi perfectas, Onix.

—¿Qué les falta para ser perfectas? Para mi están muy bien.

—Si pudiera hacer que las hojas fueran negras, sí serían perfectas. Vi una espada así en Drioed-ta.

—Eso puedo hacerlo yo por ti —dijo el felino y Quentin lo miró.

—¿En serio puedes?

—¿Aún no tienes idea de con quién hablas, verdad?

—No leí tantos libros como Noah, ni siquiera los que Josh. Perdón por mi ignorancia.

—Qué vergüenza.

El gato se acercó a las espadas y las miró fijamente. Ante el asombro del muchacho, las hojas empezaron a cambiar de color, como si gotas de tinta cayeran sobre ellas y su color se mezclara con el brillante gris del metal.

—¿Quieres que sean brillantes o sin brillo? Apresúrate.

—Brillantes —murmuró Quentin sin quitar sus ojos de las espadas.

Las armas cambiaron de color por completo y Onix le dijo que ya podía levantarlas. Quentin tomó una de ellas y la miró con fascinación.

—No deberás afilarlas jamás. También me encargué de eso.

—Vaya, Onix, te has lucido. —Quentin observó la espada, pero luego la bajó y miró al felino—. Espera, ¿qué diré cuando alguien me pregunte por su color?

—Ese es tu asunto. Deberías haberlo pensado antes, cachorro.

—Por un demonio, te hablo en serio, Onix.

—Yo también. ¿Acaso quieres que solucione todos y cada uno de tus problemas?

El gato se estiró y saltó a la ventana.

—¿Te vas a ir? —Quentin se acercó y cerró la ventana—. No puedes, dime qué haré.

La ventana volvió a abrirse y Onix salió.

—Tengo una cita, llegaré tarde. —El gato saltó al tejado y lo dejó solo.

—Maldición —murmuró.

Por suerte al día siguiente marcharían hacia el norte, al Puente Negro. Podría ocultar sus espadas de su familia y demás guardias de la fortaleza, sin que el herrero lo delatara. Aun así, colocó sus armas en las fundas de cuero que mandó a confeccionar y fue a ver a Josh. Necesitaba que él también las viera.

—¿Por qué las piedras son diferentes? —preguntó Josh después de haberlas mirado con detenimiento y haberlas guardado. Ambos estaban sentados en el césped del jardín, entre los rosales de la Dama Ema.

—¿Te llaman la atención más las piedras que el color de las hojas?

—La huella de la pata de Onix en cada una ya me sacó de dudas, pero no entiendo lo de las piedras.

—Me recuerdan a ella, aunque no necesite de un objeto para recordarla, puesto que está todo el tiempo en mi mente. Pensé que tal vez me ayuden a no hacer alguna estupidez de nuevo. —Quentin encogió los hombros—. Llevaba unos aretes de esmeraldas cuando nos conocimos y la piedra rayada es similar a la que puse en su bolso antes de llegar a la ciudad.

—Comprendo. ¿Y cómo te encuentras?

—No lo sé. Acostumbrado a sentirme como una mierda. Pero creo que me ayuda un poco poder decírtelo de cuando en cuando. —Quentin se puso de pie.

—¿A dónde vas?

—Supongo que querrás despedirte de Ara, nosotros nos cansaremos de vernos las caras. —Quentin hizo algunos pasos y se dio vuelta—. Puedes olvidar por hoy que es mi hermana, pero no te pases.

Quentin retomó su camino antes que su amigo le respondiera y regresó a su habitación a guardar sus cosas.

—Adelante —dijo la voz del Gobernador y Eric abrió la puerta para entrar al despacho—. ¿Qué sucede, Capitán?

—Mi señor, quería solicitar su permiso para partir mañana hacia el Puente Negro. Estoy dispuesto a regresar al rango más bajo, a renunciar a mi salario e incluso…

—¿Por qué harías eso? ¿No estás conforme con tu posición, acaso?

—Puedo ser de mayor utilidad en el frente, mi señor.

—Vaya. Sabía del amor de los morroínos por la guerra, pero no hasta este punto.

—No es solo por eso, Santoro también desea ir, pero él está de guardia y no pudo acompañarme. Es por los señores Quentin y Joshua, mi señor. Son hábiles y son valientes, pero son nuevos y una guerra no es para cualquiera. Ellos no conocen a nadie allí y son tan cerrados que dudo vayan a hacer amistad con alguien más.

—No son niños, Capitán. Muchos tendrán su bautismo de acero en el otoño, no veo por qué hacer la diferencia con ellos.

—La señorita Ara regresará al Entrenamiento Obligatorio, y ya no tendremos a quién ayudar aquí. Además, se lo prometí al señor Quentin la noche en que apresamos a Almairon. Si no me permite hacerlo dentro del ejército, renunciaré e iré por mi cuenta.

—Por un demonio, Eric. ¿Y tenían que esperar hasta última hora para decirlo?—El Gobernador abrió un cajón y sacó un pergamino—. Ve por Santoro. Les permitiré ir, pero perderán sus rangos y su paga será la mínima. Recibirán órdenes de sus superiores y todo lo demás que no es necesario que repita.

—Gracias, mi Señor. —Eric sonrió y fue en busca de Santoro.

53

Picos Blancos, Tesar

—Naga, ¿puedo preguntarte algo? —Ilsa terminó de poner en el horno una bandeja con panes y se sentó en la mesa frente a él.

—Ya lo has hecho. ¿Quieres saber otra cosa? —dijo sin levantar la vista del libro que estaba leyendo.

—Qué gracioso —refunfuñó y Naga rio.

—¿Qué sucede? —murmuró sin mirarla.

Ilsa se tomó unos momentos en responder.

—¿Puedes decirme algo de Quentin? —En su imaginación, era una buena idea hablar con Naga sobre Quentin, pero una vez que lo dijo le pareció en extremo ridículo y su rostro enrojeció.

—Sí, de eso quería hablar contigo, pero tu padre siempre estaba en la casa y no tuve la oportunidad de mencionarlo antes. —Naga cerró el libro y la miró—. Vaya, no es para que te pongas así. Es un muchacho muy guapo, entiendo que…

—No es eso, Naga. Tú eres mago y entenderás de lo que hablo. Quentin y yo somos parte de la misma estrella.

—Maldición, ahora comprendo.

—¿Qué cosa? —Ilsa se alarmó—. ¿Qué más sabes?

—Nada, que lo pediste por esposo, por ejemplo. Era para liberarlo de Arkghor, ¿no es así?

—Por supuesto.

—En ese momento pensé que, bueno… querías…

—Ni lo menciones, demonios —dijo Ilsa con el ceño fruncido y Naga rio—. Además estaba a punto de casarme, imagínate, hubiera sido un escándalo si hubiera tomado un esposo en Drioedta.

—Tus padres te hubieran abandonado ahí.

—Pues si… No quiero ni pensarlo, con lo que detesto el calor.

—Yo lo extraño, pero prefiero estar aquí, con ustedes. ¿Qué querías saber de Quentin?

—Algo, no lo sé. Mira. —Ilsa se arremangó y puso su brazo izquierdo en la mesa, frente a sus ojos.

—¿Qué te hiciste? —preguntó cuando vio que se había tatuado flores, pájaros volando, palabras sueltas en varios idiomas y diferentes formas que no tenían relación alguna entre ellas.

—Descubrí que esto me distrae, cuando siento que no puedo más. —Ilsa volvió a cubrirse y le habló de lo que les sucedía, de cómo se conocieron y parte de lo que sucedió en la casa abandonada. No creyó que fuera adecuado mencionar su momento de insensatez, por lo que se guardó eso para ella. Tal vez en alguna ocasión se lo diría, pero no aún.

Naga tenía unos años más que ella, pero tenía la apariencia de alguien mucho menor. Su padre lo había recogido de las calles de Ahrbak Ardhal[19], cuando Ilsa era pequeña, y era casi como un hermano para ella. Al hacerse mayor, decidió hacer su vida, pero terminó esclavizado en Drioedta por varios años. Cuando finalmente pudo pagar en oro el precio de su error, se decidió a regresar con la única persona que le dio cariño y una familia. A la fuerza se dio cuenta que no era tan maduro como él creyó y necesitaba aprender muchas cosas aún.

—Escúchame y quiero que lo pienses antes de decir algo. Pyebra atacará a Sitnor en breve y antes que eso suceda, iré hacia allí. Hay magos activos en el norte de Pyebra que se oponen a los reyes actuales y les han dado algún que otro dolor de cabeza. Tengo que ir a Sitnor a buscar a alguien y llevarlo hacia Erjathá. Podría llevarte para que veas a Quentin y regresaríamos ese mismo día.

—No, Naga. No quiero saber cuándo te irás.

—Pero… es una buena oportunidad.

—No podré regresar contigo si lo veo otra vez y no quiero dejar a mi padre solo.

—Piénsalo, por favor.

—Ya lo hice. Mi padre está viejo, no sé cuantos años más le queden. Quisiera estar con él hasta sus últimos días. —Ilsa sintió que se le hizo un nudo en la garganta y que se inundaron sus ojos—. Si veo a Quentin otra vez, no seré capaz de dejarlo, Naga. No sabes lo que se siente morir a cada instante por no estar cerca de él.

El muchacho se levantó de su silla, se acercó a ella y le puso una mano en el hombro. Por primera vez, Ilsa sintió que podía compartir su dolor con alguien y lloró frente a él.

—Por favor, no llores. Encontraré la forma de ayudarte. ¿Qué tal si le escribes una carta? Puedo entregársela y traer su respuesta cuando regrese.

—No, eso solo empeorará las cosas. Creo que es mejor si no sabemos el uno del otro. ¿Qué tal si él quiere venir hacia aquí?

—Lo dudo. No llegué a conocer mucho a Quentin, pero por lo que vi de él, creo que no dejará su lugar. Ellos comenzarán a marchar hacia el Puente Negro en estos días, a esperar la invasión de Pyebra. Aunque, ante la posibilidad de verte, tal vez lo haga, no sabría decirlo.

Ilsa sintió que todo dejaba de existir a su alrededor. Quentin podía morir ahí y la sola idea le oprimió el corazón.

—No me digas eso —sollozó.

—No ganaría nada mintiéndote.

—Discúlpame, Naga. Necesito estar sola. —Ilsa dejó a Naga y se encerró en su habitación. Abrió el estuche de cuero que había comprado en Pyebra, sacó las agujas y los pequeños frascos de vidrio. Tal vez, podría encontrar algo más que tatuar en su brazo.

Sitnor Ciudad Capital

Quentin estaba acostado, pero sin ser capaz de conciliar el sueño. Comenzó a sentirse mal hacía unas horas, mucho peor de lo que ya estaba, y ningún pensamiento podía distraerlo. Pensar en Ilsa solía ayudarlo a atenuar levemente su malestar, pero en ese momento no podía hacerlo, su recuerdo se escapaba como el humo de las chimeneas, incontrolable y libre.

«¿Qué te sucede Ilsa? ¿Por qué me siento así de repente? Por los dioses, si solo pudiera saber que estás bien. Me conformaría con que alguien me dijera que nada malo te sucede».

Se levantó de su cama y se vistió. Iría a beber. Ya no podía soportar ese dolor que sentía hasta en los huesos y quería que todo se desvaneciera aunque fuera por unas pocas horas. Se aseguró de llevar dinero suficiente esta vez y dejó su casa para ir a donde Eric lo llevó la vez anterior. Al menos ahí lo conocían y, si había problemas, podrían avisarle a Eric o a su padre. No confiaba en sí mismo, no tenía idea de lo que haría y ya sabía que podía beber hasta perder la conciencia antes de darse cuenta.

«Le prometí que estaría bien, pero no puedo» se dijo mientras caminaba. «¿Cómo se hace? ¿Cómo pude prometerle algo sin saber si sería capaz de cumplirlo?»

Quentin llamó a la puerta y el mismo hombre de traje de la última vez lo recibió con amabilidad, lo condujo al salón y lo dejó solo.

—¿Qué beberás esta noche? —preguntó una suave voz detrás de él. Se dio vuelta y vio que era la misma muchacha que lo acompañó la ocasión anterior.

—Cerveza —contestó y la joven lo acompañó hasta una mesa.

No pasó mucho hasta que regresó y se sentó a su lado.

—Estoy bien solo, gracias —dijo con seriedad, pero ella sonrió.

—¿Ya no quieres que Ilsa te acompañe? —Sus dedos se deslizaron con suavidad su espalda.

—¿De qué demonios hablas? —Alejó el jarro de cerveza que tenía frente a él, como si se tratara de alguna clase de veneno.

—No lo recuerdas, ¿verdad? Me llamaste Ilsa. —La muchacha quiso tocar su mano, pero Quentin no lo permitió—. Puedo ser ella de nuevo hoy, si así lo deseas.

Quentin se llevó las manos a la cabeza y cerró los ojos. No podía creer lo que estaba oyendo. Se puso de pie y abandonó el salón, le dejó una moneda al hombre que cuidaba la puerta y salió a la calle.

Lo último que esperaba esa noche era saber que había llamado Ilsa a una mujer que ni siquiera conocía y que no tenía absolutamente nada que ver con ella. Su voz era diferente, su rostro, su cuerpo, su cabello, sus ojos… todo lo que veía en esa muchacha era distinto a Ilsa. Solo quería dejar de pensar y alejarse de la realidad por unas horas, aunque fuera por unas pocas horas.

—¡Espera! —La muchacha lo llamó, Quentin se dio vuelta y se detuvo al verla. Ella corrió hacia él sosteniendo su voluminoso vestido—. Si algo aprendí en este trabajo, es reconocer a una persona atormentada y tú…

—Calla, por favor. —Quentin no la dejó seguir hablando—. No sabes nada de mí y no sabes nada de ella. No es mi intensión ser grosero, pero no me interesa escucharte.

—Está bien. Solo… intenta ya no tener miedo.

—¿Y quién te dijo que tengo miedo? —Quentin habló apretando las mandíbulas.

—Tienes miedo de lo que sientes, chico. Miedo de admitirlo, miedo de vivirlo. —Ella le tomó la mano y Quentin se sorprendió al no sentir nada. La única muchacha que le tomó la mano alguna vez fue Ilsa y con ella todo era muy intenso y, sin dudas, mágico. Se sintió más vacío y más miserable que antes.

—Ya cállate —murmuró. Quentin quiso darse la vuelta y ella se lo impidió.

—He visto toda clase de cosas aquí. Me han golpeado, me han quemado, me han lastimado, me han violado, me han humillado de todas las formas posibles, pero tú… tú fuiste diferente. No lo recuerdas, pero quería que lo supieras.

—Perdóname, no lo sabía… —Quentin miraba sus pies sin saber qué más podía decir. No estaba esperando escuchar esa clase de confesiones en medio de la calle.

—No tienes que pedirme perdón, tú no me has hecho nada malo. No suelen tratarnos bien y, cuando eso sucede, por supuesto que lo recordamos —dijo con una sonrisa triste—. Ya puedes irte. Esa tal Ilsa es muy afortunada de tener tu amor en sus manos. Ojalá el destino dejara de jugar con ustedes, sea lo que sea que les ocurra, y vuelva a ponerlos en el mismo camino.

La muchacha se alejó y Quentin se quedó parado en medio de la calle vacía, sin saber qué hacer ni qué pensar y con el mismo dolor de hacía unas horas atenazando sus entrañas, arraigado en lo más íntimo de su ser, más constante y agobiante que nunca.

«Ilsa es muy afortunada de tener tu amor en sus manos». Sus palabras se repetían como un eco sin fin entre sus pensamientos. No la amaba, pero aún estaba presente en él lo que sintió a su lado. Estaba seguro que con el tiempo esas sensaciones se desvanecerían y volvería a pensar en

Ilsa de la misma manera que antes, cuando no pensaba que era hermosa, cuando no sentía tantas ganas de volver a oler su perfume a lavandas, cuando no quería besarla.

Quentin movió la cabeza de lado a lado, como si quisiera que sus pensamientos se escaparan mágicamente por algún lugar. En ese momento solo quería beber y olvidarse de Ilsa, de esas palabras que se repetían sin parar y de lo que sucedía a su alrededor, por lo que comenzó a caminar hacia el muro oeste, si mal no recordaba había otra taberna cerca de allí.

—¿Dónde estás, cachorro?

Quentin no respondió y Onix insistió varias veces hasta que soltó un rugido tan fuerte que Quentin se tomó la cabeza con ambas manos, pensando que algo estallaría ahí dentro. Se sentó en el banco que había afuera de una casa, a esperar a que cediera el malestar que estaba sintiendo.

—No me ignores, maldito seas —exclamó cuando terminó de rugir.

—¿Qué demonios quieres, Onix? Si no respondo es porque no tengo ganas de escucharte, ¿no lo has notado?

—Me importa tres carretas de mierda lo que quieras, Quentin Guna. ¿Dónde estás?

—Maldición, estoy yendo a…

—En dónde, no hacia dónde.

—Y a ti qué te importa.

—Encontré al Indigno que te atacó. ¿Vas a seguir comportándote como un niñito caprichoso o me prestarás atención?—Quentin sintió como si dos martillos le hubieran golpeado en las sienes al mismo tiempo—. *Astor y yo iremos por él ahora. Necesitas estar a resguardo, cachorro irresponsable.*

—¿Dónde se encuentra?

—En la calle de Los Libertadores, dos calles antes de llegar a la biblioteca. No se te ocurra pasar cerca de ahí y, si estás en la zona, aléjate ahora mismo.

—Estoy del otro lado, pero regresaré a casa ahora. —Quentin se puso de pie y comenzó a correr hacia la fortaleza—. *¿Llevarás a Astor?*

—Por supuesto, no puedo hacerlo sin él, pero ahora no es momento para que te preocupes, sabemos lo que hacemos. Regresa a casa y no hagas ruido para que nadie se despierte, de lo contrario tendré que borrar la memoria de los que pregunten por el niño y no es algo que me guste hacer.

Justo lo que necesitaba para que fuera una noche memorable, saber que Astor y Onix estaban a punto de poner su vida en riesgo.

Cuando llegó, corrió a la habitación de su hermano, la que antes ocupaba Noah, pero el pequeño ya no estaba en su cama. Quentin tocó las mantas y aún estaban tibias.

«Los dioses y los Astros me los cuiden» pensó.

Fue a su habitación, tomó sus espadas, bajó en silencio y se quedó en el jardín, esperando.

Páginas 727 y 728 del Libro de Anotaciones de Leyna,
Hija del Viento del Sur.
Tesar Ciudad Capital, año 3647

«Sobre los Indignos:

Un Indigno ha sido, en el pasado, una Estrella que decidió nacer como un ser humano y que en su paso por la tierra ha sido corrompida por una invocación o como resultado de sus propios actos.

Los Indignos normales son seres espectrales, cuyo cuerpo esquelético se rodea de la más absoluta oscuridad y solo pueden ser vistos por ojos mágicos aunque, algunas veces, los magos con pocos poderes tampoco son capaces de verlos. Los indignos mutables pueden cambiar su tamaño y apariencia y, cuando ellos cambian, todos, sean magos o no, podrán verlos y oírlos.

En un principio, se creía que un Indigno era una Estrella que había decidido obrar con maldad, de ahí su nombre. Eran indignos de ser llamados Astros, de ser llamados Estrellas, pues las Estrellas son bondad, paciencia y amor en la mayoría de los casos, pero nunca completa crueldad.

Con el tiempo se descubrió que el humano ha obrado en perjuicio de estos maravillosos seres, aprovechándose de su inocencia. Sin embargo, una vez que una Estrella ha sido corrompida, el ser resultante no puede ser tratado con ninguna clase de consideración, ya que ha olvidado su verdadero origen, su verdadera esencia.

Cabe remarcar el hecho de que una Estrella que decide nacer como humano será una persona dulce, pura e inocente, de modales suaves, de corazón noble y mirada sincera. No hará daño jamás a una persona, un animal o un árbol. Estará siempre dispuesta a ayudar y sufrirá como una tortura insoportable en su propio cuerpo cualquier injusticia que presencie e intentará dar lo mejor de sí para hacer de su entorno un lugar mejor.

Un Indigno, en cambio, es un ser repugnante que solo sirve a la maldad y se alimenta de ella. El propósito de su creación es otorgar ciertos poderes mágicos a quienes no los poseen o aumentar los de quienes sí han sido bendecidos por un Astro.

Se puede corromper una Estrella con la invocación del Dios Suin, guardián de las puertas de los mil infiernos, y de la Diosa Zarba, la segadora de almas, la incompleta, la eterna sufriente.

No se ha podido saber quién fue el primer mago y el primer sacerdote a los que se les ocurrió cometer tal atrocidad, ya que no solo no les bastó con hacer una invocación a los dioses malvados, sino también tuvieron que esclavizar, someter, forzar, a una Estrella a ceder sus poderes y ser funcional a quien la mantiene cautiva.

Nadie con un mínimo de compasión sería capaz de realizar un acto tan egoísta y cruel. De por sí las invocaciones son desagradables, pero aún más monstruosas, inhumanas, atroces y retorcidas son las invocaciones del Dios Suin y la Diosa Zarba. Siniestros rituales adicionales se necesitan para la creación de un Indigno mutable.

Una Estrella se corrompe por propia voluntad cuando sufre una niñez desbordada de violencia y dolor. Por esta razón, como humanos, no suelen vivir más allá de los veinticinco años y suelen morir por su propia mano o como consecuencia de sus actos. Su esencia convertida en maldad pura queda en la tierra y se aloja en la mente de la primera persona que pase a su lado, sin importarle su edad, hasta que destruye ese cuerpo y busca uno nuevo. Un Indigno que se corrompió a sí mismo, no puede nunca ser capturado y esclavizado, pero sí puede ser destruido de la misma forma que uno cautivo.

Un Indigno en estado cautivo, debe mantenerse dentro de un objeto que tiene que estar en contacto permanente con la persona a la que sirve. Es común que los mantengan sometidos dentro de joyas que se engarzan en anillos, brazaletes, collares o gargantillas, aunque hay muchas opciones diferentes y muy variadas: cuchillos, dagas, espadas, armaduras, coronas.

El Indigno resultado de una invocación puede ser liberado al dar muerte a la persona que lo

tiene sometido y, en este caso, el Indigno buscará alojarse en la mente de quien lo liberó. En un primer momento, el Indigno huye de su prisión física, atormentado y asustado por su condición, por lo que le ha ocurrido y lo que ha sido forzado a hacer, hasta que toma consciencia de cuál es su realidad. A partir de ese momento, comienza a buscar a quién lo liberó. De no encontrarlo, recorrerá los alrededores hasta hallar un lugar que le agrade para permanecer en él. Habita en lugares donde han ocurrido asesinatos, escenas de violencia extrema, campos de batallas o prisiones. Necesitan de la maldad para vivir y los sentimientos de odio se impregnan en los suelos, las paredes y los muebles, tanto como pueden hacerlo en las personas.

Un Indigno que ha sido liberado, puede volver a capturarse dentro de un objeto pero, en este caso, el Indigno estará de acuerdo en servir a otra persona siempre y cuando se le ofrezca un sacrificio que sea de su agrado. De más está decir que mientras se trate de un hecho violento, el Indigno estará complacido. Sin embargo, algunos Indignos son más crueles que otros y exigirán diferentes clases de ofrendas para aceptar ser sometido. No enumeraré aquí cuales son las de su preferencia.

Cuando un Indigno toma una mente, personas que siempre fueron honestas, correctas y respetuosas se transforman en un peligro para su entorno de la noche al día. El Indigno lo conduce rápidamente a la locura y la persona poseída por él asesina a las personas que una vez amó sin tener una razón genuina para hacerlo, solo porque el Indigno así lo quiere.

Si el Indigno es libre, volverá a poseer cuanto cuerpo se cruce en su camino hasta ser destruido por un mago del bien. En cambio, si el Indigno ha sido un esclavo, buscará acabar con la persona que lo liberó de su cárcel física y, luego de eso, será libre para regresar a su forma original de Astro, pero no podrá otorgar sus poderes por un largo período de tiempo, hasta que las heridas causadas por aquellos que lo llevaron a convertirse en un Indigno hayan sanado por completo».

El gato encontró al Indigno esa noche sin proponérselo, ya que regresaba de una de sus andanzas, puramente felinas, cuando sintió el mal que acompañaba al horrendo ser.

Corrió sobre los tejados siguiendo el rastro de maldad que emanaba hasta que pudo verlo. El Indigno, que tomaba la forma de un esqueleto cubierto de una piel gris y apergaminada cuando estaba libre, tenía a su alrededor un halo de profunda oscuridad a pesar de estar flotando debajo de uno de los numerosos faroles que iluminaban las calles de la capital de Sitnor.

Onix lo observó por varios minutos y el Indigno apenas si se movió, balanceándose con la suave brisa nocturna como si se tratara de la hoja de un árbol. Cuando se aseguró de que estaba reposando, se alejó con sigilo hacia la fortaleza. Había alertado a Astor en cuanto lo sintió por primera vez y el niño lo esperaba en su habitación, ya vestido y preparado.

Los dos caminaron de regreso entre las sombras de los árboles y los arbustos, ocultándose de los ojos alertas de los guardias que recorrían las calles.

—*Haremos lo mismo que la vez anterior* —dijo Onix—. *Le diré que eres mi ofrenda.*

Astor asintió y, cuando pudieron verlo, el niño comenzó a sollozar. El Indigno pareció despertarse de su letargo y levantó la esquelética cabeza para encontrar el origen de ese débil llanto. Se deslizó hacia ellos y revoloteó a su alrededor.

—*Quiero tus servicios.* —Onix se dirigió al Indigno—. *Tengo este niño y haré con él lo que me pidas.*

El ser se acercó a Astor, que fingía no verlo, y olió su cabello, su cuello y sus manos.

—*No tiene miedo.*

—*Lo tendrá* —dijo Onix.

—*Muéstrame.* —El Indigno frotaba sus huesudas manos, emocionado y ansioso.

Onix saltó y golpeó en el pecho al Indigno, que trastabilló y cayó sentado. Las manos de Astor se iluminaron, tomó al ser del cuello y este comenzó a retorcerse hasta que fue capaz de liberarse de las pequeñas manos del niño y se alejó de ellos, aullando y maldiciendo. Ascendió para resguardarse debajo de las salientes de los tejados y Onix se lanzó hacia él, lo sujetó entre sus garras y saltó hacia abajo. Los huesos del ser crujieron al aterrizar en la calle empedrada y este soltó un alarido; las piedras debajo de ellos se rompieron y saltaron en todas direcciones. Astor, que puso una mano delante de él para que los escombros no lo lastimaran, se acercó corriendo. En sus manos aparecieron dos esferas de luz roja, las que liberó en cuanto Onix se alejó. Una de ellas le dio en un brazo y la otra se desvaneció antes de llegar a impactar.

El Indigno se puso de pie, se acomodó los huesos que se salieron de su lugar y comenzó a crecer, haciéndose más alto a cada segundo. Astor levantó una mano y una llama apareció en ella.

—*No lo hagas* —dijo Onix.

—*Este es diferente. ¡Este crece!*

El Indigno creció hasta sobrepasar la altura de los techos de las casas que, en esa zona, eran de dos plantas.

—*Es mutable. Tenemos que ser capaces de llegar a su marchito corazón sin destruir la ciudad.*

Astor rio y lanzó una bola de fuego hacia el pecho del Indigno, pero esta se esfumó mucho antes de llegar a él.

—*Es imposible alcanzarlo* —dijo—. *¿Tienes idea de cómo lo haremos?*

—*De la misma forma que con el anterior, aunque nunca me enfrenté a uno mutable.*

El ser saltó sobre una casa, se acuclilló y enterró sus garras en el techo de madera. Entre aullidos de rabia, el Indigno comenzó a arrancar cada una de las tejas y a arrojarlas hacia ellos. Los habitantes de la vivienda gritaron aterrorizados y el Indigno, entonces, soltó una risa estridente que hizo vibrar el aire a su alrededor.

—*¿Voy por él?* —Astor corrió hacia la casa y se apoyó contra la pared, junto a la entrada—. *¿O lo dejamos ir?*

La puerta de la casa se abrió y tres mujeres, pálidas por el pánico, salieron corriendo; una de ellas llevaba un niño pequeño en brazos.

—*Ya no podemos dejarlo. Está enfurecido y va a destruir todo lo que se cruce en su camino hasta encontrar a Quentin.*

Astor esperó hasta que las personas se alejaron, entró por la puerta que quedó abierta y desapareció en la oscuridad del interior. Onix, por su parte, trepó a un árbol y ascendió hasta las ramas más altas, para luego saltar hacia el tejado de la casa lindante.

Varias ventanas se iluminaron, los vecinos de la propiedad que estaba siendo destruida aparecieron en las ventanas de sus casas y miraron hacia la calle. Una viga de madera salió disparada desde el tejado, como si de una enorme flecha se tratara, y entró por la ventana de una de las casas de en frente. La viga debió haberse estrellado en contra de una columna, pues el techo cedió y parte de él cayó hacia adentro. El Indigno soltó un victorioso chillido cuando los habitantes de la casa gritaron.

—*¡Maldito bicho!* —exclamó Onix

Tres soldados de la guardia se hicieron presentes y, al mirar hacia el lugar del que caían los trozos de madera, dos de ellos corrieron hacia donde se encontraba el cuartel del ejército; el tercero desenfundó, inútilmente, su espada.

El sonido del metal atrajo la atención del Indigno y este giró su horrible cabeza hacia el soldado. Flexionó las piernas y se dispuso a saltar pero, antes de poder hacerlo, unas luminosas cadenas plateadas surgieron desde el hueco que él mismo abrió, se enredaron en sus brazos y rodearon su descarnado cuerpo. Las cadenas tiraron de él hacia abajo y el Indigno aulló, desesperado y enfurecido. Onix corrió detrás de él, entró por la abertura y vio que Astor lo aprisionó en la planta baja, ya que parte del segundo piso se derrumbó por la fuerza con la que el niño lo bajó del techo.

El horrendo ser maldecía e intentaba liberarse de las mágicas ataduras sin lograrlo, ya que las cadenas estaban fijas al suelo de piedra. Onix saltó sobre su pecho, el Indigno se contorsionó y el felino cayó al suelo. Los aullidos de frustración y odio de la criatura inundaban el ambiente y Onix supuso que la mitad de la población de Sitnor estaría despierta a esas horas por ello.

—*¡Las palabras de poder!* —exclamó Astor.

—*No pueden ser utilizadas contra un Indigno, al ser un Astro él mismo.*

—*Maldito sea.* —El cuerpo esquelético se quedó quieto y en silencio. Astor movió las manos y las cadenas tintinearon como copas de cristal—. ¡*Está cambiando otra vez, Onix! Lo siento en las cadenas.*

—*Usaré el dragón.*

—*Esto será un desastre.*

—*Tengo que hacerlo. Sostenlo lo que más puedas. Libéralo a mi señal y haz un escudo sobre ti.* —Astor asintió. Onix subió las escaleras y, una vez que subió al tejado, el gato miró hacia la calle—. ¡*Por un demonio, está lleno de soldados! Sal a la calle y protégelos, me llevaré al Indigno fuera de la ciudad.*

—*No creo que pueda proteger a todos, Onix.*

—*Inténtalo, crea un escudo sobre ellos. Temo que la casa se derrumbe y causemos una desgracia.* —Después de unos momentos, el niño le confirmó que estaba en la puerta de entrada y Onix le dio la orden—. ¡*Ahora!*

El chillido triunfal del Indigno al saberse libre aturdió al gato y asustó a los soldados, que apretaron con fuerza las empuñaduras de sus armas y se agitaron, nerviosos. El ser dio un salto hacia el tejado y miró a Onix con sus brillantes ojos plateados.

—*Me traicionaste, gato.*

—*Quiero liberarte para que vuelvas a ser un Astro.*

—*¡No quiero hacerlo!*

—*Ya lo sé y por eso te traicioné.* —Onix creó su dragón negro y este apareció pesadamente detrás del Indigno. La casa crujió bajo su peso y parte del tejado se derrumbó. La horrible criatura saltó hacia la casa de al lado y le dio la espalda a Onix. El gato vio como le crecieron unas alas cubiertas, en parte, de plumas negras. Algunas estaban rotas, otras parecían chamuscadas y varias de ellas colgaban como si estuvieran a punto de caerse. El Indigno miró a su alrededor y levantó vuelo. Onix escuchó gritar a la gente que había en las calles, mientras buscaba la sombría figura del Indigno en la oscuridad de la noche.

—*¿Viste hacia donde se dirigió?* —preguntó a Astor.

—*¿Se escapó?* —preguntó, a su vez, horrorizado.

—*Salió volando el muy maldito.*

Onix se sentó, resguardado entre las tablas del tejado destruido, conectó su mente a la de su creación e hizo que el dragón levantara vuelo.

—*Iré hacia ti* —dijo Astor.

55

—¿Enara? ¿Qué sucede? —Quentin, que estaba sentado en el jardín cuando Enara ingresó por la puerta que separaba los patios, se puso de pie apenas la vio.

—Hay un Indigno suelto, pude sentirlo y por eso vine por Onix. —Su cuñada se veía algo pálida y nerviosa.

—Él y Astor están encargándose. —Quentin volvió a sentarse y se acomodó las correas de la funda doble en la que llevaba sus espadas. Al ser la primera vez que la usaba le resultaban un tanto incómodas—. Yo lo liberé hace unos años y ese ser me quiere a mí.

—Me quedaré contigo, entonces. —Enara se sentó junto a él y puso sus temblorosas manos entrelazadas sobre su falda.

—¿Y Noah?

—En su estudio… No fui a verlo, no quise preocuparlo, no sabía si tendría que ir a ayudar a Onix.

—Comprendo. —Quentin se quedó en silencio por unos minutos y luego preguntó—: ¿Qué opina él sobre tus… poderes?

—Está muy orgulloso de mí y, aunque teme que algo malo me suceda, no me lo dice. Astor y Onix me han enseñado mucho, pero hay cosas que aún no soy cap…

Un agudo chillido los aturdió, ambos se asustaron y se pusieron de pie de un salto. El suelo tembló, se escuchó a la gente gritar a lo lejos y pareció que cientos de piedras caían a la vez.

—Astor —dijo Quentin.

—Noah está cerca de donde sentí al Indigno —dijo Enara a su vez.

—Iré por Josh y a buscar a mi hermano. —Quentin quiso caminar hacia la casa, pero Enara lo detuvo.

—Quentin, no puedes. —Enara lo tomó del brazo y él la miró por unos segundos, pensando qué hacer. Sabía el riesgo que corría si acercaba al Indigno pero, a su vez, no era capaz de quedarse tranquilo sabiendo que Astor y Onix corrían peligro. Quizás, si él hacía de carnada, les sería más sencillo atraparlo y destruirlo. El estruendo que oyeron hablaba por sí mismo. Este no era similar al que atraparon en la ocasión anterior, debía ser mucho más poderoso.

—No puedo quedarme haciendo nada. ¿Te animas a venir conmigo? —Enara dudo pero, luego, asintió y Quentin caminó hacia la casa—. Salgamos de aquí antes que los demás despierten y comiencen las preguntas.

Salieron por la puerta principal, rodearon la fortaleza y Quentin se trepó por los muros hasta la habitación de Josh. La ventana estaba abierta pero su amigo no estaba en su cama. Quentin regresó con Enara y la tomó del brazo para continuar caminando.

—Hoy venía Tino, el muchacho de Erjathá —susurró—. Me había olvidado por completo, pero no deja de ser una suerte. Onix tendrá un mago más para atrapar al Indigno.

Enara se detuvo en mitad de la calle y Quentin la miró, extrañado. Su cuñada comenzó a desatar las cintas de su falda y él la detuvo.

—¿Qué haces? ¿Has perdido la cabeza?

—Llevo un pantalón debajo. No se puede correr con faldas, Quentin. —Enara arrojó la prenda a un costado y se largó a correr.

Quentin asintió y fue tras ella, cruzaron la Plaza de la Fuente y continuaron hasta llegar al Palacio de Gobierno. Cuando Quentin abrió las puertas, vio que Tino, Noah y Josh, con Mirka a

su lado, estaban llegando ya a la salida.

—¿Qué sucede? —preguntó Josh.

—Un Indigno —dijo Enara. Noah caminó hacia ella y la abrazó.

—Quédate con Noah —dijo Quentin mirando a Enara—, nosotros iremos con Tino.

—Tú debes quedarte aquí —dijo Josh con el ceño fruncido—, es a ti a quien busca.

—¿*Erres* su objeto? ¿Objetivo? —preguntó Tino.

—Objetivo, sí —dijo Quentin—. Yo lo liberé.

—Ellos lo *oyerron* —dijo Tino. Josh y Noah asintieron—. Entonces es uno mutable, hay que *tenerr* mucho cuidado.

Mirka caminó hacia la puerta, ladró y Josh le silbó para que regresara a su lado.

—¿Qué diferencia hay? —preguntó Noah.

—Los mutables son más poderosos —dijo Enara—, cambian de tamaño y de forma.

—Me lo imaginé —murmuró Quentin.

—Queda, Quentin —dijo Tino—. Yo *irré* con el gato.

—¿Cómo crees? ¡Mi hermano está allí!

—Tu *otrro herrmano* aquí. *Astorr* puede *defenderrse* y tú no. El Indigno *harrá* todo lo posible *porr poseerrte*.

—Tino tiene razón, Q. Yo iré con él.

—Vuelvo ya, *irré porr* magos a Erjathá. *Esperren* donde están —dijo Tino y desapareció con una correntada de aire.

—¿A qué gato se refería? —preguntó Noah y Enara y Quentin se miraron.

—Onix es un mago de la Antigua Era —dijo Enara.

—Por todos los cielos…

—Es quien instruye a Astor y, en ocasiones, a mí también.

—Toma. —Quentin le entregó una de sus espadas a Josh y dejó que su hermano y Enara hablaran—. Estás desarmado.

Josh la tomó con una mano e hizo algunos movimientos.

—Mierda, que incómoda es.

—Bueno, tienes hasta que regrese Tino para habituarte a ella. —Quentin sonrió, desenfundó su otra espada y estaba por atacar a Josh cuando Noah los detuvo.

—Quietos, pueden lastimar a Tino y a quien venga con él.

Los dos asintieron y regresaron a donde estaban cuando Tino desapareció. Oyeron un aullido, a los pocos segundos un estruendo y les pareció que el suelo tembló otra vez. Tino regresó acompañado de una muchacha de largo cabello dorado y rostro redondo y una mujer bajita y rolliza. La muchacha miró primero a Josh, luego a Quentin y por último a Noah. Levantó una ceja, sonrió y habló en pyebrano. Su compañera la miró sobresaltada y Enara hizo un claro esfuerzo por no reír. Tino frunció el ceño y le dijo algo, evidentemente disgustado.

—Ella es Shanyi —dijo, después de unos momentos, presentando a la más joven de sus acompañantes—, y ella es Ade. Nos *ayudarrán* con el Indig…

Algo cayó pesadamente sobre el tejado y lo que parecían ser garras rasguñaron la cúpula vidriada. Quentin se tapó los oídos, Mirka se paró delante de Josh y volvió a ladrar.

—*Onix, el Indigno está en el Palacio de Gobierno* —dijo Quentin.

—*No preguntaré por qué demonios estás ahí.*

—*Tino está aquí, también Enara y dos mujeres de Erjathá.*

—*Perfecto. Quédate junto a Enara y no hagas idioteces, por favor. Iremos hacia ustedes.*

—Onix y Astor vienen hacia aquí —dijo Quentin.

Tino dijo algo y salió hacia la calle con sus compañeras, Josh y Mirka.

—¿Astor? —preguntó Noah.

—Astor destruyó el anterior junto a Onix. —Enara le explicó su procedencia y la forma en que su hermano menor y el gato de Quentin se encargaron de él. Noah la miró, asombrado.

—Vaya con el niño —dijo al final.

—¿Cuánto faltará para que llegue el Gobernador? —preguntó Enara.

—No lo sé —contestó Noah—, pero estoy seguro que será un desastre. Cuando vea que hay magos de Erjathá, cuando sepa que Astor…

Un nuevo estruendo sacudió el edificio y una de las enormes placas de vidrio de la cúpula cayó para estrellarse en el suelo. Enara levantó las manos, las astillas de cristal chocaron con su escudo invisible y se amontonaron a sus pies.

—¿Qué demonios fue eso? —rugió el Gobernador, sin quitarle los ojos de encima a Enara—. ¿Qué acabas de hacer?

Los dos guardias que venían detrás de él se adelantaron pero Quentin desenfundó su espada y se paró delante de Noah y Enara. El Gobernador lo miró primero a él y luego a su arma. Sus ojos se abrieron al doble de su tamaño al notar su color.

—Mi señor, estamos siendo atacados —dijo Enara con firmeza. La muchacha discreta, tímida y callada que solía ser parecía haberse esfumado esa noche, y caminó con seguridad hasta pararse junto a Quentin.

—Enara, ¿qué haces? —susurró Noah. Un nuevo aullido apuñaló el aire y los dos magos se cubrieron los oídos por unos segundos.

—Un ser maligno y poderoso está en busca de Quentin y estoy aquí para protegerlo.

—No me interesan los seres malignos y podero…

Un destello iluminó la totalidad del interior del edificio y se escuchó algo caer pesadamente al suelo, acompañado de un fuerte gemido de dolor que les hizo erizar la piel.

—¿Está usted seguro, mi señor? Regrese a la fortaleza, avise a mis suegros y resguárdense en los pasillos. Saque a sus hombres de las calles, esto no se puede combatir con soldados. Solo la magia puede detenerlo. Haga algo para que la gente no deje sus hogares y, si tienen sótanos, se resguarden allí. Han venido tres magos de Erjathá a ayudar, podrá agradecerles después. Astor está…

—Enara, no. —Quentin la miró, alarmado.

—No es momento para secretos. Astor es un mago también y está ayudando a los magos de Erjathá.

—¿Qué demonios…?

—¡Hágalo! —exclamó Enara con firmeza.

Los dos guardias desenfundaron sus armas y el Gobernador se sobresaltó. Quentin tomó a Enara por un brazo para ponerla detrás de él y apuntó con la espada a los guardias. En ese momento se escuchó un rugido, que parecía venir desde lo alto del cielo, y los vidrios de la cúpula que aún se mantenían en su lugar tintinearon al chocar entre sí.

—Bajen sus espadas, maldición, haré lo que la señora Enara dice —dijo el Gobernador—. Hablaremos después.

—Dígale a mis padres que Astor estará bien, señor —dijo Quentin—. Él sabe lo que hace.

Aníbal lo miró extrañado, como si estuvieran diciendo incoherencias, pero después de unos breves segundos asintió, dio media vuelta y salió del edificio con los dos guardias detrás de él.

—Ese rugido no fue del Indigno —dijo Noah.

—Onix —dijo Enara y su esposo la miró, confundido—. Onix puede hacer aparecer un

dragón…

—Esto tengo que verlo —dijo Noah con una sonrisa y caminó hacia la salida. Enara lo tomó del brazo y lo detuvo.

—Puede confundirte con Quentin —dijo asustada y Quentin sintió que Enara estaba en su mente—. *¡Ayúdame!*

—*¿Eso es cierto?*

—*No, pero no quiero que se arriesgue. Si le sucede algo a Noah, yo…*

—*Está bien, no diré nada. Pensé que Astor podría estar arriesgándose demasiado, también.*

Noah la miró por unos segundos y regresó a donde estaba. Pasaron varios minutos y nadie volvió a hablar.

—Por un demonio. —Quentin cerraba y abría las manos cada pocos segundos—. Como me molesta estar encerrado aquí sin hacer nada.

—Mejor encerrado y vivo… —dijo Enara.

—Mejor libre —dijo Quentin con una sonrisa. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan animado. La sangre le cosquilleaba en las venas y mantenerse quieto era lo más parecido a una tortura para él—. Ya fui esclavo una vez y no pienso regresar a ese estado nunca más.

El muchacho dio media vuelta y corrió hacia la calle, sin esperar a que dijeran algo. Miró hacia los lados y se dirigió hacia la derecha. Escuchó que Enara y Noah gritaron su nombre, pero no hizo caso.

—*Regresa, por favor* —dijo Enara.

—*Cuida de Noah. Estaré bien.*

—*Ten cuidado.*

Quentin vio que un grupo de personas estaba en medio de la calle y alcanzó a distinguir a Josh. Cuando llegó hasta ellos tenía la respiración agitada y resopló. Junto a su amigo estaban Ade y Shanyi.

—¿Qué hay? ¿Dónde está? —preguntó.

—Vete, demonios —masculló Josh, sin muchas esperanzas de que Quentin regresara a resguardarse al Palacio de Gobierno—. No sabemos dónde se encuentra.

—Si estoy aquí, vendrá a buscarme. ¿Dónde están los demás?

—Tino se fue con Astor, aunque no sé a dónde. Onix está sobre el tejado y su dragón está sobrevolando la ciudad. Los soldados han intentado atacarlo pero no pueden hacerle daño con unas simples flechas. Ni siquiera estoy seguro si puede resultar herido de alguna forma.

—No sabría decirte, tú eres el experto. —Quentin miró hacia el cielo estrellado, intentando ver algo—. ¿Cómo se ve el Indigno?

—Como *sombrra* —dijo Shanyi—. Mucho *negrro*. Como humano escuálido con alas de pluma *negrra*.

—Comprendo. —Quentin miró con más atención. Una porción de la luna, como un pétalo blanco, reposaba a su derecha y los parpadeantes astros decoraban el resto de la inmensidad que había sobre ellos. Recordó su estrella y escudriñó el cielo en busca de la más brillante. Junto a ella, pequeña, su estrella brillaba con la misma timidez de siempre y Quentin sonrió. Una sombra las ocultó por unos breves segundos, lo que hizo que se sobresaltara.

—Allí —dijo y señaló hacia arriba. Sus ojos siguieron la espectral sombra—. *Onix, estoy junto a Josh. Mírame, he divisado al Indigno.*

Quentin sintió el aire vibrar y miró hacia arriba, detrás de él. Una sombra inmensa como el mismísimo edificio de la biblioteca se recortó en el cielo y pasó volando a gran velocidad por encima de ellos, haciendo temblar el aire. El muchacho estaba maravillado, jamás había visto

algo tan enorme e imponente como un dragón volando y, aun cuando no fuera una criatura con vida propia, sabía que nada podría compararse a esa sorprendente visión.

—*¿Lo has visto?* —preguntó a Onix.

—*El maldito bicho desaparece de mi vista en apenas segundos.*

Josh le dio un codazo para llamar su atención.

—No te distraigas, Q. Puede aparecer en cualquier momento y desde cualquier dirección.

—Tu mano se acostumbró a la espada, ¿no? —preguntó Quentin y Josh la movió de lado a lado, recortando el aire—. Perfecto, vamos a buscar a ese bicho.

—No puede —dijo Shanyi—. Ustedes no magos, tú *erres* su objetivo, señor.

—Ven con nosotros —dijo Quentin.

—Ustedes corren, Ade no corre. No dejar Ade *fuerron* mis *órrdenes*.

Quentin se rascó la frente y frunció el rostro.

—En ese caso, mis disculpas, señoritas. —Quentin hizo una reverencia—. No puedo quedarme esperando. Pueden seguirnos, pero no las esperaremos.

Quentin miró a Josh y ambos corrieron hacia la Plaza de la Fuente, con Mirka delante de ellos.

—*Estaré en la plaza con Josh, hay más lugar para tu dragón allí y menos edificios que puedan destruir.*

—*Volaré sobre ustedes y avisaré a Astor.*

—¿Te sientes bien? —preguntó Josh cuando se detuvieron cerca de la fuente.

—Mejor que nunca —dijo con una sonrisa—. ¿Sabes? Fui a beber…

—Maldición, Q.

—Pero no lo hice —dijo y levantó las manos, excusándose. Quentin se agachó y acarició a Mirka, que estaba sentada junto a él, para que Josh no notara que mentía—. Estaba regresando a casa cuando Onix me dijo lo del Indigno. Me sentía terrible, empecé a sentirme peor de lo que estaba muy de repente. No sé si le habrá sucedido algo malo a Ilsa, tengo tanto miedo que ella, no sé, Josh, que ella esté pasándola peor que yo.

—¿Y cómo puedes saberlo?

—Esa vez que Eric me llevó a casa borracho, estuve dos días sintiéndome fatal… ¿Sabes por qué? La madre y el hermano de Ilsa fallecieron… —Quentin suspiró y se pasó las manos por la cabeza, como Noah hacía cuando necesitaba pensar—. Onix me lo dijo al día siguiente. Por eso no quise recibirte esa tarde…

Mirka se levantó de un salto y empujó a Quentin hacia un costado, haciéndole perder el equilibrio. La perra comenzó a ladrar enfurecida; Quentin se puso de pie, desenfundó su espada y miró en la dirección que Mirka señalaba. Uno a uno, los árboles que bordeaban uno de los senderos de la plaza fueron arrancados y volaron para caer a varios metros; el Indigno lanzaba un chillido triunfal cada vez que uno de ellos aplastaba un arbusto o chocaba en contra de otro árbol, dirigiendo su odio hacia los únicos seres vivos incapaces de hacer nada más que el bien a la tierra que habitan. Quentin sintió en su mente la maldad de su presencia y el miedo se adueñó de cada centímetro de su cuerpo. Mirka quiso correr hacia el lugar de donde provenía la escalofriante risa, pero Josh la sujetó por la cadena que tenía en su cuello.

—*Te encontré, Quentin Guna.*

—¡*Onix, está aquí!*

—*No temas, estoy cerca, cachorro.*

Quentin miró hacia el último árbol derrumbado y pudo ver al espantoso ser. Parecía un repugnante esqueleto, con una especie de piel seca y gris pegada a sus huesos. Tenía unas enormes y desplumadas alas tan negras como la sombra que parecía rodearlo de pies a cabeza y

sus piernas parecían tener las rodillas detrás, puesto que se flexionaban de manera extraña.

Quentin recordó lo que sucedió la ocasión anterior, lo que su Astro le dijo y recordó a Ilsa, pensó en sus bellos ojos y en la dulzura de su sonrisa. El Indigno se retorció y sus alas temblaron.

—¿Qué le sucede? —preguntó Josh.

Antes que Quentin pudiera decir algo, el inmenso dragón negro aterrizó detrás del Indigno haciendo temblar el suelo bajo sus pies, lo sujetó entre sus poderosas garras y, tomando impulso con sus patas traseras, volvió a levantar vuelo. Quentin intentó ver hacia dónde se habían dirigido, pero la oscuridad de la noche se los tragó antes que pudiera encontrarlos.

Tino llegó con sus compañeras y Astor y rodearon a Quentin. Shanyi tenía a Onix en sus brazos y el felino parecía mirar al infinito, pues sus ojos no se fijaban en ningún objeto o persona.

—¿A dónde se fueron? —preguntó Josh, que aún sostenía por la cadena a la inquieta Mirka.

—*Intentarrá sacarr* de la ciudad —dijo Tino—, *perro* no sabemos si *podrrá hacerrlo*. Cambia de *forrma* todo el rato, *agrranda*, achica. No se puede *saberr*.

—Maldito bicho —murmuró Astor.

Todos miraban al cielo, en distintas direcciones, para intentar encontrar algo que les indicara dónde se encontraban.

—¡*Se me escapó!* —dijo Onix. El felino bajó de los brazos de Shanyi, corrió hacia la fuente y, de un salto, trepó hasta la parte más alta.

Josh soltó la cadena de Mirka, la espada se resbaló de su mano y cayó de rodillas, sosteniendo su cabeza. Quentin se acercó a él y, cuando puso una mano en su espalda, Josh se levantó de repente y le lanzó un puñetazo hacia el rostro. Mirka saltó entre ellos y recibió el golpe en sus costillas. La perra cayó al piso, aullando de dolor.

—Me *encarrgo* —exclamó Tino y sus ojos se iluminaron. Tomó a Josh del brazo sin perder un segundo y desapareció con él.

Quentin, que aún no podía comprender qué acababa de suceder, se agachó junto a la gimiente Mirka y miró a los magos.

—¿Alguien puede ayudarla? Por los dioses…

—*Intentarré* —dijo Shanyi y se arrodilló junto a él. Puso sus manos sobre Mirka y ella le lanzó un gruñido. Quentin la tranquilizó y sostuvo su cabeza.

—Costilla rota —dijo Shanyi—, pulmón *herrido*. *Sangrre adentrro*. ¿Astor ayuda?

El niño negó moviendo la cabeza de lado a lado y Ade, con gran trabajo y apoyándose en Quentin, se arrodilló junto a su compañera y ambas comenzaron a hablar en susurros. Por unos minutos nada sucedió pero, de pronto, Mirka movió la cola y quiso incorporarse. Quentin continuó sosteniéndola por unos segundos hasta que las mujeres se alejaron y, luego, la soltó. Mirka se sentó al lado de Quentin y miró a las mujeres con gratitud en su mirada por lo que hicieron por ella.

—¿Dónde están? —preguntó Quentin a Astor después de haber agradecido a las magas por curar a Mirka.

—Tino está intentando expulsar al Indigno de la mente de Josh, el dragón de Onix está junto a ellos, fuera de la ciudad —dijo Astor.

—Por todos los cielos… —dijo Quentin.

—No *prreocuparr* —dijo Shanyi con una sonrisa—, amigo *regrresarrá* bien.

—¿Tino te dijo algo?

—Quiso *matarr* Tino. Robó su espada. Tino *durrmió* Josh, *parra* no *tenerr* que *golpearrlo*.

Tiene *narriz* rota.

—Josh podría matar a alguien de un golpe, maldita sea.

—Tino *fuerrte*, no *prreocuparr*.

—Tranquilo, hermano. —Astor se acercó a él y le tomó la mano—. *Sé que lo haces, pero no te culpes por lo que sucede. Lo que el Indigno hace es su asunto.*

—¡*Lo tengo!* —La voz de Onix sonó en sus pensamientos y todos suspiraron aliviados.

Tino regresó con Josh, que aún estaba dormido, lo despertó, tomó a Ade de la mano y desaparecieron sin decir una palabra. Quentin alcanzó a ver que el muchacho tenía sangre en su rostro y en su camisa. Mirka se acercó a su dueño moviendo la cola y le lamió el rostro. Josh sonrió, la abrazó y, luego, Quentin lo ayudó a ponerse de pie.

—¿Qué sucedió? No lo recuerdo —dijo, confundido.

—Nada, no te preocupes.

—Tino estaba herido. ¿Fue mi culpa?

—Indigno hizo —dijo Shanyi—. No *prreocuparr*.

Josh se disculpó y caminó hacia donde dejó caer la espada que su amigo le prestó.

Unos minutos después, una esfera negra cayó del cielo, haciendo volar las piedras de los senderos. Quentin vio con espanto como una de ellas golpeó a Astor en la cabeza y el niño se desplomó en el suelo. Se agachó junto a su hermano e intentó despertarlo, puso su mano en su cabeza y un escalofrío le recorrió la espalda cuando sintió la aterradora y cálida humedad de la sangre.

Mirka corrió hacia la esfera, ladrando enfurecida, antes que alguno de ellos pudiera detenerla. Del costado del curioso objeto surgió un brazo esquelético, una enorme garra tomó a Mirka del medio del pecho y la arrojó con fuerza en contra de la fuente. Sin que nadie pudiera prever lo que sucedería, Mirka golpeó su espalda contra el mármol blanco de la construcción y cayó al agua. Josh corrió hacia allí, la levantó y la recostó con suavidad en el suelo.

—Llévate a Astor —dijo Quentin a Shanyi, poniendo al niño en sus brazos—. Al Palacio de Gobierno, rápido.

56

Tino reapareció a las afueras de Sitnor junto a Ade. La oscuridad los abrazó con fuerza y tardaron algunos segundos en acostumbrar sus ojos. La capital era muy luminosa, mucho más que Erjathá, y sus calles parecían estar en un constante atardecer.

Tino miró hacia arriba y vio las sombras del dragón de Onix y del Indigno recortarse en el cielo estrellado, momentos antes que ambos cayeran e hicieran temblar el suelo. El dragón aterrizó sobre el Indigno y este emitió un sonido ahogado, como quien se queda sin aire. El dragón lo sostuvo con firmeza y, como la horrible criatura se retorcía e intentaba escapar, lanzó una llamarada de largos segundos, que hizo que la hierba a sus pies se ennegreciera hasta desaparecer por completo. El Indigno rio y esperó hasta que el dragón cerrara la boca para volver a moverse; Ade había creado pequeñas esferas de luz que estaban estacionadas y distribuidas en varios puntos por encima de ellos, para poder ver mejor lo que estaba sucediendo.

El cuerpo del Indigno se hizo líquido como el agua y, de esa manera, escapó de debajo de las garras que lo sujetaban. Su esquelética figura se formó alrededor de una de las patas delanteras del dragón, quien empezó a moverse para quitárselo de encima. El Indigno comenzó a reír otra vez y el dragón lanzó un gruñido al ver que no podía librarse de él.

Tino desenfundó su espada, corrió hacia ellos y, en ese momento, el Indigno soltó al dragón y puso su atención sobre el muchacho. Entre sus esqueléticos dedos apareció una espada del mismo largo que la del muchacho. El arma parecía estar tallada en hueso y Tino se estremeció al verla.

—*¡No lo hagas!* —dijo la voz de Onix, pero ya era tarde. El Indigno giró para darle la espalda al muchacho. Sujetó la escalofriante espada con sus dos manos y, en un veloz y certero movimiento, rebanó una de las patas del dragón, que expresó su dolor con un fuerte rugido. Tino vio, con espanto, que la extraña espada cortó la gruesa pata por completo y, por absurdo que le pareció en ese momento, del muñón brotaba sangre como si se tratara de un dragón de verdad—. *¡Por un demonio! No pude retirarme de la mente del dragón, siento que me ha lastimado en mi propio cuerpo.*

—*¿Qué puedo hacer por ti?* —preguntó Ade.

—*No distraigamos a Tino.*

El Indigno dio un salto y aterrizó detrás del muchacho. Tino, antes de darse vuelta, vio que Ade caminaba hacia el dragón, pero no pudo ver más ya que tenía a la horrible criatura a solo unos pasos. Levantó su espada a tiempo y pudo frenar el golpe que el ser le lanzó. Su brazo tembló con el fuerte impacto y retrocedió unos pasos, pero no estaba en sus intenciones darse por vencido, a pesar de estar en clara desventaja. Desapareció para aparecer detrás de él y le atravesó el pecho de lado a lado. El Indigno rio y giró con velocidad. La espada fue arrancada de su mano al estar encajada entre las costillas de la criatura y Tino lo miró con asombro. El huesudo puño del Indigno le golpeó en medio del pecho, el muchacho se dobló en dos y tosió para poder volver a respirar. El maligno ser no le dio tiempo a recuperarse y volvió a golpearlo hasta que perdió la consciencia y cayó al suelo.

57

Shanyi comenzó a correr con Astor en brazos, Quentin la miró por unos segundos y, cuando le dio la espalda, vio que el Indigno había retomado su forma esquelética, pero sin alas esta vez. Llevó la mano hacia detrás de su cabeza para tomar su espada y vio que Onix caía en un chapoteo desde lo alto de la fuente, como si estuviera inconsciente.

—¡Josh! —exclamó y señaló hacia donde se encontraba el felino.

Apenas si tuvo tiempo de decir su nombre, ya que el Indigno acortó la extensa distancia que los separaba de un salto y lo pateó en medio del pecho.

Quentin sintió cómo el aire se escapó de sus pulmones y su cabeza golpeó con fuerza en las piedras del sendero. Su vista se oscureció, pero intentó hacer un esfuerzo por recuperarse. Josh y él estaban solos y no tenían más que dos espadas. Quizá podían contar con la ayuda de su Astro, que aparecía cuando se le daba la gana, pero no tenían mucho más que eso y debía mantenerse despierto a toda costa. Oyó la risa triunfal del Indigno y, de inmediato, su presencia en su mente.

—Eres mío, Quentin Guna.

Quentin intentó pensar en Ilsa, pero sus recuerdos se esfumaban de su mente; solo podía ver dos ojos brillando en la oscuridad, ojos que lo miraban con odio y deseo a la vez.

Sintió cómo el Indigno comenzaba a escarbar en su interior, como si estuviera arrancando pedazos de él con sus inmundas garras. Se tomó la cabeza con las manos y se hizo un ovillo en el duro suelo de piedras grises. Era tanto el dolor que no era capaz de pensar en nada más. El Indigno susurraba todo el tiempo; por momentos gritaba y su voz se alzaba por sobre el dolor que sentía; por momentos, era solo un débil murmullo.

—Eres tan inútil que caíste directo en mi trampa. ¿Te diste cuenta? Todo lo que haces está destinado al fracaso y solo yo puedo liberarte de tu miserable existencia. No eres nada, no sirves para nada, a nadie le importas, nadie arriesgará nada por ti. ¿Dónde está el gato ahora? ¿Tu amigo? ¿Tus hermanos? No eres nadie, no sirves para nada. Te estoy haciendo un favor al querer hacerme cargo de ti y de tu deplorable vida.

Quentin perdió la consciencia y volvió en sí varias veces, pero lo único constante eran el dolor y las palabras del Indigno que, por momentos, se mezclaban con imágenes en las que sus hermanos y sus padres estaban siendo torturados. Perdió la noción del tiempo, le pareció oír la voz de Josh, le pareció escuchar al Indigno gritar de dolor, reírse y quejarse. Sentía el padecimiento en su cuerpo y en su mente pero, aun así, seguía intentando recordar a Ilsa, recordar algo que lo mantuviera lúcido, necesitaba con urgencia algo a lo que aferrarse para no ceder ante esa criatura que quería arrebatarle la razón.

«Ilsa, ¿dónde estás?» preguntó, después de ver a Ara morir por segunda vez, como si ella fuera capaz de oírlo. Ya no tenía más fuerzas para soportar los tormentos a los que el Indigno lo estaba sometiendo. Le lloraba el alma al no estar seguro de si lo que estaba sucediendo era verdad o si era algo que veía en su mente, ya no era capaz de distinguir qué era realidad y qué una ilusión.

En un momento, le pareció que Josh lo tomaba del brazo, lo hacía poner de pie y le hablaba, pero no estaba seguro de qué era lo que ocurría. Vio a su madre morir, a su padre gritar por su muerte y se sintió morir él también.

«Quentin, ¿qué tienes?» la suave voz de Ilsa se escuchó como si estuviera muy lejos de él. «Siempre estoy contigo, aunque no puedas verme, todo estará bien» agregó y, como si escuchar su voz fuera suficiente, todo lo malo que ocurría comenzó a desvanecerse.

Josh dejó a Mirka junto a la fuente y puso su oído sobre su pecho. No podía escuchar el golpeteo de su corazón ni su respiración. Conocía demasiado bien esos sonidos, durmió muchas noches junto a ella y, casi siempre, Mirka amanecía siendo su almohada. Se le anudó la garganta y sus ojos se inundaron. Sintió una mezcla de furia, odio, dolor e impotencia crecer en su pecho y antes de poder dejarla salir, escuchó a Quentin llamarlo.

—¡Josh!

Quentin señaló frente a él, Josh se puso de pie y vio que Onix había caído dentro de la fuente. El muchacho entró al agua y levantó al felino. Lo llevó junto a Mirka pero, antes de dejarlo en el suelo, escuchó aliviado que su pequeño corazón latía con fuerza. Lo dejó junto a Mirka y volvió a erguirse. Esa espantosa y desalmada criatura tenía sus garras sobre Quentin esta vez y su amigo estaba enrollado en sí mismo, intentando protegerse.

Corrió hacia ellos y saltó sobre la espalda del espantoso ser, lo tomó de la cabeza y comenzó a tirar de ella para separarlo de Quentin. Su piel, si a eso se le podía llamar piel, era como un cuero seco y áspero, frío como el invierno y, a su vez, vivo y latente. Sintió un asco visceral al poner sus manos sobre el Indigno, pero debía alejarlo de Quentin. Tiró y tiró con tanta fuerza que él mismo cayó al suelo, de espaldas, con la inmunda cabeza entre sus manos. Sin embargo, el esfuerzo no sirvió de nada pues, al incorporarse, vio que el Indigno continuaba en el mismo lugar, riendo más que antes.

—¡Maldita criatura! —exclamó—. No dejaré que te lleves también a Quentin.

Josh arrojó la cabeza hacia un lado, regresó junto a ellos y pateó al Indigno en la espalda. Las costillas le crujieron y pareció que una de ellas se rompió por el golpe. Volvió a patearlo y otra más se quebró, pero el ser no se movió de su lugar. Lo único que hacía era reír. Una risa que parecía un murmullo, lejano y escalofriante.

Josh se detuvo y retrocedió. Quentin parecía estar sufriendo, pero él no sabía qué hacer para ayudarlo.

«Piensa, Josh» se animó. Ese ser no sentía dolor, por el contrario, parecía disfrutar de él. No recordaba haber leído nada sobre los Indignos, ni siquiera sabía de su existencia hasta que Quentin fue atacado por primera vez. No sabía cómo destruirlo, pero había dos cosas que eran vitales para un ser vivo, si es que estaba vivo. La cabeza era una, su corazón era otra. Quizás, el Indigno tenía un corazón, o algo semejante, para destruir, puesto que su cabeza ya estaba separada de su cuerpo.

Josh se abalanzó sobre la criatura y comenzó a golpear con sus puños en donde tenía las costillas rotas. Golpeó y golpeó hasta que la apergaminada piel se abrió. Introdujo los dedos en la llaga y tiró hasta que se agrandó lo suficiente como para que su mano entrara en ella. Una especie de líquido negro y viscoso chorreaba de la herida y olía a carne podrida. Sintió náuseas al meter su mano en el frío cuerpo del Indigno, pero hizo un esfuerzo para no vomitar.

—¿Tienes corazón, maldito bicho? —preguntó, más para sí mismo que para recibir una respuesta. Tenía la mitad del brazo adentro del pecho del Indigno y su mano intentaba encontrar algo que pudiera parecerse a un corazón. Tomó un órgano esponjoso y tiró de él hasta que lo arrancó de su lugar. Sacó el brazo del cuerpo del Indigno y miró lo que sujetaba. No se parecía a un corazón. Volvió a meter el brazo hasta el codo por la herida abierta—. Mataste a Mirka, condenada criatura, pero no te permitiré que te lleves a una de las pocas personas que de verdad me importan.

Josh sacó otro órgano putrefacto y lo arrojó a un lado. La única reacción del Indigno era reír cada vez con más placer y Josh no sabía si le asqueaba más eso que el repugnante olor que despedía.

—Mirka era mi amiga, mi hermana, mi madre, ¡mi hija, maldito seas!

Metió ambas manos en la herida y comenzó a tirar de ella. La piel empezó a desgarrarse aún más y dejó al descubierto sus costillas, tan blancas como un copo de nieve. Las miró sorprendido, ya que se imaginó que estarían tan oscuras y putrefactas como todo lo demás.

El Indigno se dio vuelta en ese momento, tomó a Josh por el cuello y sus garras le lastimaron la piel cuando clavó las uñas en él. Luego de levantarlo como si fuera un muñeco de trapo, lo arrojó a más de cinco metros de donde se encontraban. Josh cayó despatarrado en un cantero de flores, pero se levantó como impulsado por un resorte, corrió hacia una de las espadas y regresó al Indigno.

El filo negro del arma de Quentin se enterró en el podrido cuerpo con tanta fuerza que dos costillas más se rompieron como si fueran unas simples ramas secas. Josh dejó el arma a un lado y arrancó las costillas rotas. Debajo de ellas, vio un destello, como si una pequeña luz plateada intentara abrirse paso entre las tinieblas. Sin decir nada e intentando que el Indigno no lo notara, introdujo la mano una vez más y revolvió entre las vísceras hasta que tocó algo duro. El Indigno quiso librarse de Josh en ese momento, pero él tomó ese objeto que llamó su atención y se apartó con rapidez. La criatura gritó enfurecida, cayó hacia un lado y se retorció en el suelo gimiendo como un pequeño animal herido e indefenso.

Josh se acercó a Quentin, lo tomó del brazo y, con la facilidad con la que se levanta a un gato, lo alejó de donde estaba. Un lamento de gran pena reemplazó a las risas que había escuchado hasta ese momento y Josh sintió su corazón encogerse de tristeza. Quentin, por su parte, intentaba mantenerse en pie, pero se tambaleaba de lado a lado, con las manos en su cabeza y los ojos cerrados.

—¿Qué hago con esto? —preguntó Josh.

—No sé —susurró—. Usa la espada.

Quentin resbaló de su mano, cayó de rodillas una vez más y se ovilló en el suelo. Josh miró hacia los lados, para ver a dónde habían quedado las armas. El Indigno había caído sobre una, lo había visto, pero no sabía dónde estaba la segunda de ellas. Caminó hasta el charco de inmunda sangre negra y comenzó a revolver entre las putrefactas entrañas que había arrancado minutos antes, hasta que vio un destello verde. Era la espada de la esmeralda.

—¡Quentin! —Escuchó la voz de Enara cerca, miró hacia su izquierda y vio que ella venía corriendo junto a Noah.

Josh sintió que la piel de su espalda se le desgarró en cuanto tomó la espada y lanzó un grito. El Indigno, en un último intento de mantenerse vivo, estiró su garra hacia Josh y clavó sus uñas en él. Al saber que Quentin estaba acompañado, puso su atención en lo que debía hacer: destruir ese objeto.

Abrió su mano para ver qué era lo que había encontrado dentro del Indigno y, entre la negrura de la sangre del extraño ser, brillaba una pequeña piedra blanca, no más grande que una moneda. La puso en el suelo, levantó la espada con ambas manos y respiró profundo. Soltó la espada con toda la fuerza que tenía y esta se estrelló contra el corazón del Indigno, o lo que eso fuera. Un lamento agónico inundó sus oídos y le llenó el corazón de dolor y tristeza.

«Y si ahora se termina todo para mí, espero que Quentin lo logre. Que no sea tarde para él, por los dioses» pensó. Recordó a Ara y una solitaria lágrima rodó por su mejilla, perdiéndose en la fétida sustancia que había salpicado su rostro. La luz blanca que salió del corazón del Indigno lo cegó y, cuando cerró los ojos, vio entre sus pensamientos a una persona que nunca conoció, una persona de hermosos ojos brillantes que sonreía con dulzura, a pesar de que los gemidos de dolor continuaban inundando sus sentidos.

Cuando la luz se extinguió, al fin se hizo el silencio. Un silencio que le resultó tan repentino como abrumador. No había nada, como si en todo el mundo se hubiera hecho silencio al mismo tiempo, como si el viento se hubiera detenido, como si las personas hubieran dejado de hablar, como si nada más fuera a ocurrir jamás.

Josh se tomó unos momentos antes de intentar abrir los ojos. No sabía si había muerto junto al Indigno o si se le había concedido otro día más de vida. Tenía miedo. Por primera vez en su vida, Josh se sintió paralizado por el miedo. Miedo por él, miedo por Quentin, miedo por no saber si había logrado romper la piedra antes que el Indigno se adueñara de su amigo. Le aterraba imaginar su vida sin Quentin, si es que aún él mismo continuaba con vida. Sin embargo, comenzó a sentir dolor y eso era bueno, pero no se atrevía a abrir los ojos. No quería mirar a Noah y a Enara, no quería que sus rostros le revelaran nada de lo que había ocurrido.

Después de lo que pareció una vida entera, alguien le puso la mano en la espalda, Josh relajó los hombros y soltó la espada. Sentía el cuerpo cansado y sin fuerzas, el corazón devastado por la pérdida de Mirka y, a pesar de estar aterrado ante la posibilidad de haber perdido a Quentin, no se atrevía a mirar hacia donde él estaba la última vez que lo vio. Sin embargo, alguien estaba a su lado y, fuera quien fuera, supo que no estaba solo por completo.

—Maldito demente, vaya desastre has hecho.

La grave voz de Quentin resonó como un trueno en el silencio que los rodeaba y se sintió aliviado de oírlo. Sin embargo, dudó por unos momentos si era cierto que él estaba a su lado o si podía ser un último truco del Indigno. Ya lo había engañado antes. Entró en su mente y lo confundió. Tino estaba herido cuando despertó y, si bien todos le quitaron importancia, sabía que él mismo lo hizo aunque no se lo confirmaran. De esos momentos, solo podía recordar una turbulencia de imágenes que se entremezclaban, como si miles de cosas ocurrieran en apenas un segundo. Recordaba que su cuerpo se movía sin que él pudiera evitarlo y que, por más que intentaba resistirse, sus extremidades hacían su voluntad. O la voluntad del Indigno, mejor dicho.

Abrió los ojos y lo primero que vio fue a la pequeña piedra partida en dos. Estaba rodeada, como él mismo, en la viscosa sustancia negra que era la sangre del Indigno y ya no brillaba. Era translúcida, como un trozo de vidrio ordinario, y no parecía haber nada de especial en ella.

Josh se incorporó lentamente, pues le dolía cada mínima parte de su anatomía. Levantó el rostro y vio a Quentin de pie; su amigo lo miraba con tanta incredulidad como agradecimiento. Estaba pálido y unas oscuras ojeras le rodeaban los ojos. Su rostro estaba, también, salpicado con manchas negras y apestaba igual que él. Josh largó una carcajada, se puso de pie y lo abrazó, levantándolo del suelo. Realmente lo había logrado, lo había hecho a tiempo y Quentin estaba vivo.

Tino abrió los ojos y, con algo de trabajo, se incorporó. Sentía un dolor intenso en el pecho y se llevó las manos al lugar donde el Indigno lo golpeó. De no haber sido por los duros golpes que recibía en los entrenamientos con Drian, los puños del horrible ser le habrían roto hasta la columna. Miró a su alrededor sintiéndose un poco fuera de sí, como si estuviera viendo desde muy arriba, como si flotara; a su derecha, una suave claridad amenazaba con desplazar las sombras de esa terrible noche y, a su izquierda, solo se encontraba una profunda oscuridad.

—*¿Ade? ¿Dónde te encuentras?* —preguntó, sin embargo le respondió el más absoluto y desolador de los silencios.

Hizo un esfuerzo y se puso de pie. El cuerpo le dolía, pero necesitaba encontrar a su compañera. No recordaba en dónde estaba ella la última vez que la vio, por lo que caminó hacia la oscuridad, chocando con las matas de hierba que crecían por todo el lugar. Vio una sombra

recortarse entre la maleza y caminó hacia allí. Tal vez era una rama arrastrada por alguna tormenta, pero no podía saberlo desde donde estaba. Tropezó poco antes de llegar y sus manos cayeron sobre lo que creyó que era una rama, pero se encontró con que era algo mullido, frío y cubierto de tela húmeda. Tino regresó a sí mismo de golpe y se quedó sin aire; se arrodilló, volvió a recorrer a tientas lo que tenía frente a él, pero retrocedió espantado cuando llegó a la fría mano de Ade.

No era la primera vez que veía a la muerte de cerca, incluso él mismo tomó muchas vidas, pero Ade era su compañera y eso lo hacía todo diferente. Debería regresar a Palmeras y contarles a su hermana Bela y también a Héctor por qué no pudo proteger a Ade. Tendría que hablar de ello más de una vez, estaba seguro, y no quería hacerlo. Él fue el culpable de que Ade estuviera ahí. Él fue por ella y por Shanyi.

«¿Y Shanyi? ¿Y si ella también murió por mi culpa? ¿Qué sucedió con los demás? ¿Josh, Astor, Quentin, Noah, Onix?»

Tino empezó a temblar; la realidad era demasiado dolorosa, la vida también, pero la muerte le dolía aún más.

Se quedó sentado, abrazado a sus rodillas, sin poder pensar y sin ser capaz de moverse por sus propios medios, aunque se balanceaba de atrás hacia adelante, murmurando palabras sin sentido.

Los primeros rayos de sol asomaron y desvelaron la escena frente a sus ojos. Ade estaba muerta y había trozos de su cuerpo todo a su alrededor, pero Tino no podía verlo. No podía ver nada de lo que ocurría.

Escuchó que Quentin llegó a su lado y le habló, pero no fue capaz de comprender sus palabras. Lo ayudó a montar en su caballo, lo llevó hacia donde estaban Shanyi y Josh y regresaron a toda velocidad a la capital. Lo llevaron a un cuarto, le ayudaron a desvestirse, a limpiarse y curaron sus heridas pero él parecía estar dentro de un sueño en el que solo era un muñeco, incapaz de reaccionar, de moverse, de escuchar, de pensar.

58

Cuando el sol iluminó las calles de Sitnor, la ciudad pareció regresar a la vida. Todo se inundó de gente que corría de un lado a otro, buscando ayuda u ofreciendo sus herramientas y sus carros para mover los escombros que tapizaban las calles del centro de la urbe. Casi una decena de casas alrededor de la Gran Biblioteca resultaron destruidas y el doble tenía daños considerables. El Palacio de Gobierno permanecería inhabilitado hasta que pudieran remover por completo la cúpula central, que amenazaba con caer de un momento al otro. El laberinto de la Plaza de la Fuente fue arrasado por el Indigno, como si un fuerte vendaval hubiera arrancado todos y cada uno de los arbustos, los hubiera estrujado y los hubiera arrojado a un lado. Los árboles, ya casi desnudos por la llegada del otoño, eran un conjunto de ramas retorcidas, enredados unos con otros. Las dalias que crecían entre sendero y sendero estaban aplastadas sin ninguna consideración y los caminos de piedra que cruzaban la plaza de una punta a la otra, estaban interrumpidos por la vegetación caída o por los escombros.

A media mañana, de pie frente a las puertas del Palacio de Gobierno, un agotado y ojeroso Aníbal Pronees habló ante los habitantes de la capital con absoluta sinceridad, después de haber pasado toda la noche ayudando a los vecinos que se vieron afectados por el ataque del Indigno.

A pesar de los destrozos, solo tres personas perdieron la vida entre los ciudadanos de la capital y Ade era la única maga que no sobrevivió al enfrentamiento con el misterioso atacante.

El gobernador reconoció su culpa al no tomar en cuenta a los magos de la reina de Pyebra, pidió perdón por los daños y por haber ignorado, en numerosas ocasiones, a quienes intentaron hacerle ver la realidad a la que se enfrentaban, pero sin mencionar los nombres de aquellos quienes le habían advertido. Prometió, también, remediar su error modificando las leyes que antes prohibían el uso de la magia y hacer lo posible para garantizar la seguridad de todos los habitantes de Sitnor.

Agradeció a los magos que llegaron de Erjathá a ayudarlos y dedicó un sentido homenaje a la memoria de Ade. Shanyi era la única de los magos pyebranos que estuvo presente en dicho acto, pero pareció no comprender su discurso, ya que estuvo parada como una estatua a la derecha del Gobernador, junto a Enara, varios soldados, los mayores de los hermanos Guna y Josh.

Astor permaneció en la enfermería hasta que Naga llegó desde Zart Vialh[20], por la tarde, y pudo curarlo por completo. Shanyi no pudo hacer nada por él y el niño no despertaba.

Onix no estuvo presente en el acto, ya que se quedó junto a Tino, esperando a que despertara, lo que no ocurrió sino hasta tres días después del incidente. Shanyi fue la primera en entrar a su habitación y el muchacho lloró abrazado a ella por largos minutos. Shanyi le contó que Naga, un discípulo de su maestro con los poderes del Sol, llegó a Ciudad Capital al mediodía siguiente y viajó hasta Erjathá a llevar el cuerpo de Ade y noticias de ellos dos. Ajác regresó junto a él, pero en ese momento estaba en la casa del Gobernador, pues hacía dos días que no probaba bocado y estaba descompuesta.

Cuando Tino pudo ver a su madre y, después de haberse recuperado de la impresión de lo que ocurrió esa trágica noche, Onix les habló sobre la muerte de Ade y de su sacrificio para que él pudiera continuar con vida.

Onix no pudo desconectar a tiempo su mente de la del dragón que él mismo creó y, al haber sido herido, sintió en su propia carne el ataque del Indigno. Su vida se escapaba con cada gota de sangre que caía de su pata cercenada.

Ade estaba intentando detener el sangrado del dragón cuando fue atacada. Después que el Indigno dejó a Tino inconsciente, la criatura saltó sobre Ade y le arrancó un brazo sin darle la posibilidad de defenderse, sin aviso y sin compasión alguna. Las garras del Indigno se enterraron en su cuerpo y Ade, sabiendo que no sobreviviría, expulsó a Onix de la mente del dragón y tomó su lugar, salvándole así la vida.

Por pedido de Josh, nadie más que sus amigos más cercanos supo que él acabó con el Indigno, y dejó que los ciudadanos de Sitnor creyeran que fueron los magos los que lo hicieron. Pensó que era la mejor forma para que su padre y los habitantes de la capital confiaran en ellos y dejaran de resistirse a la nueva realidad que estaban enfrentando.

Cuando Tino se repuso, Naga acompañó a los magos de Erjathá de regreso a su ciudad y, cuando volvió a Zart Vialh, llevó con él una pequeña caja de madera que Quentin le envió a Ilsa. Naga sabía que Ilsa no quería recibir noticias del muchacho pero estaba seguro, también, que ella iba a ser feliz por al menos unos momentos, antes que la soledad la invadiera otra vez y sus ojos volvieran a perder el brillo.

Una semana después del ataque del Indigno, una extensa fila de carros, caballos y soldados traspasó las puertas de la capital con las primeras luces del día. Una fría, espesa y plomiza nube los rodeaba y adornaba cada superficie con minúsculas perlas transparentes. Los árboles, vestidos de un dorado sin brillo, acompañaban a los caminantes en su salida de la ciudad y los despedían arrojando alguna de sus hojas como si de lágrimas se tratara, al saber que muchos de ellos no regresarían o lo harían sin ser ya los mismos. Nadie resulta ganador en una guerra.

Cuando Quentin dejó la ciudad y el sendero de piedras terminó, el camino ya era un chiquero, el barro se le pegó en las botas y, a los pocos pasos, tenía una gruesa e incómoda suela adicional. Josh iba conduciendo uno de los carros de provisiones, a la cabeza de la marcha y, aunque Eric caminaba a su lado, no tenía mucho de qué hablar con él.

Quentin tomó la mala decisión de enviar a Luna, su yegua, con los demás caballos en lugar de hacer el camino montando y ya estaba arrepentido de ello.

—Maldita niebla—murmuró un soldado delante de él. Pasó sus manos por sobre su abrigo y se quitó las gotas de humedad. Su comentario desencadenó una conversación de varios minutos en los que se quejaron de las desventajas de los días de humedad.

—Ahora mismo nuestro porvenir es como este día —dijo Quentin.

—¿De qué hablas, chico? —preguntó uno de los hombres que caminaba junto a él.

—La niebla… nos empaña los ojos y nos muestra una realidad sombría y apagada, como si todo estuviera muerto a nuestro alrededor. Nosotros estamos marchando hacia la frontera a defendernos de un posible ataque de Pyebra, lo que también se siente como lo que vemos delante de nosotros. Muchos seremos heridos, perderemos alguna parte de nuestro cuerpo o caeremos en batalla. —Quentin se detuvo un instante, miró al costado del camino y, después de volver a caminar, agregó—. Pero, aun así, me gusta la niebla…

—¿Qué? ¿Te gusta la perspectiva de morir? Estás mal de la cabeza, chico.

—Todos vamos a morir. Puede ser hoy, mañana, en unos años… Estuve a punto de morir hace una semana y, sin embargo, aquí estoy. Me gusta la niebla en otoño porque no sé lo que hay detrás de ese velo gris y puedo imaginar mil cosas diferentes, tal como puedo imaginar mil posibles vidas para mí.

—A mí me deprime… —agregó un tercero.

—Es porque te olvidas de algo. —Se dio vuelta para mirarlo —. Siempre sale el sol y todo vuelve a brillar como antes.

—En eso tienes razón —asintió alguien más.

—Vaya, ahora además de novatos, infiltran pequeños sabios entre nosotros —dijo un soldado que iba delante de Quentin.

—Debe ser una nueva forma de mantener los ánimos en el frente —agregó otro y los demás rieron.

—Púdranse —murmuró Quentin. El soldado se detuvo y se dio vuelta.

—Y parece que además de sabios, cobardes. ¿Qué murmuras?

—Cálmense —intervino Eric y se paró entre ellos. Quentin dio un paso al costado y miró al soldado que le habló.

—Púdrete —dijo sin quitar la vista de sus ojos.

—Por un demonio, señor Quentin. —Eric detuvo al soldado que quiso saltar sobre el muchacho, poniendo una mano en su pecho. Quentin rio, levantó las manos y se encogió de hombros.

—Sería poco cortés de mi parte no responder a su pregunta.

Los demás a su alrededor rieron.

—Quítate, grandote —dijo el soldado ofendido—. Deja que le enseñe modales al niño.

—Sí, Eric, déjalo —rio Quentin.

—Si pelean, los van a azotar antes de que sea mediodía, malditos sean. Ya cálmense —rugió. Eric forcejeó con el soldado por unos momentos hasta que este desistió.

—Te buscaré en los entrenamientos, niño. —El soldado lo apuntó con el dedo—. Veremos si ríes cuando te rompa toda la cara.

—Te espero —respondió con una sonrisa.

El soldado se adelantó hasta perderse entre los demás y Eric miró a Quentin.

—Señor, guarde sus energías para los pyebranos. No sirve de nada pelearnos entre nosotros.

—Lo tendré en mente, Eric. —Quentin retomó el camino.

—¿Qué le sucede?

—Nada, ¿por?

—Pensé que era más sensato.

—Lamento desilusionarte. —Quentin sonrió—. Deberías haberle preguntado a Santoro qué clase de idiota soy. Espero que no te arrepientas de haber dejado la capital por mí.

—No lo creo. En todo caso, debo acostumbrarme a verlo hacer estupideces, o detenerlo si es posible.

—Intentaré comportarme, pero no prometo nada —dijo Quentin y Eric rio.

El resto de la jornada transcurrió con normalidad y, en los días siguientes, Quentin no volvió a cruzarse con el soldado al que había insultado.

Después de una semana los soldados llegaron al Puente Negro y Quentin quedó maravillado por lo imponente de su tamaño. Era tan ancho que podían pasar seis carretas sin que se tocaran entre ellas. En el lado de Sitnor la entrada al puente estaba custodiada por dos colosales torres de cinco pisos, de negras paredes lisas y brillantes. En cada piso había aberturas por las que asomaban ballestas de diferentes tamaños, desde las pequeñas que lanzaban una sola flecha hasta las que podían disparar proyectiles del tamaño de una lanza.

El camino que llevaba a la soberbia construcción que unía Pyebra y Sitnor estaba rodeado por una marea de tiendas rojas que abarcaba un espacio tan amplio que se perdían en el horizonte. Los recién llegados fueron ubicados en el extremo este del campamento, al otro lado de uno de los campos de entrenamiento, en una pradera en la que la hierba todavía no había muerto bajo las botas de los hombres. El murmullo del Río Seco, ya casi agonizante por el fin de la temporada

cálida, hacía eco en sus altas paredes de roca y tierra, y resonaba por sobre el relinchar de los caballos y las miles de voces y mugidos que inundaban el ambiente.

Tras armar sus tiendas individuales, recibir sus horarios y lugares de guardia, de entrenamiento y días de descanso, Quentin y Josh salieron a dar una vuelta por el campamento, para conocer el lugar y la ubicación de las tiendas principales, dónde debían reunirse en caso de alarma, dónde estaban los puntos de aprovisionamiento, dónde podían entrenar, dónde estaban los herreros, los sanadores y las tiendas que oficiaban de enfermería.

Después de caminar por algunas horas, se dirigieron al campo de entrenamiento y esperaron hasta que se retiraron los hombres que ya había allí para poder tomar su turno.

Su último entrenamiento fue el día en que el Indigno atacó Sitnor, y ya se sentían pesados y lentos. Eran pocas las ocasiones en que los dos se enfrentaban y, desde que Quentin comenzó a utilizar sus espadas dobles, no se cruzaron ni una vez pero, al no conocer a nadie más por allí, decidieron hacerlo. No intercambiaron más que unos pocos golpes cuando alguien los interrumpió.

—Eh, niño sabio, al fin te encuentro. —Un hombre de unos veinticinco años, de anchas espaldas y brazos fuertes se paró a pocos metros de ellos.

Quentin bajó sus armas y el filo de la espada de Josh quedó a pocos centímetros de su cuello.

—Por un demonio, te voy a rebanar el pescuezo un día de estos —maldijo Josh, que retiró su arma y se apartó de él.

—¿Vienes a romperme la cara? —preguntó Quentin, divertido, sin reparar en su amigo.

—¿Qué sucede, Q? —preguntó.

—Tuvimos un intercambio de palabras al salir de la capital —dijo Quentin.

—Tu amigo no puede tener la boca cerrada y creo que necesita modales —soltó el soldado.

Josh rio y se alejó, para dejarles lugar.

—¿Cómo vas a educarme? ¿Con los puños o con espadas?

—Cómo tú decidas, corazón —dijo en tono de burla.

—Está bien, con espadas. ¿Quieres avisar a los jefes para que alguien nos supervise?

—No temas, no seré yo quien arruine tu bello rostro —rio el soldado, que desenfundó su espada y puso distancia entre ellos, retrocediendo sin quitarle los ojos de encima.

—Lo decía por ti.

—Es el caníbal —exclamó alguien a lo lejos y la expresión del soldado cambió por completo.

—¡Señor Guna! —El hombre palideció.

—No soy ningún señor de nada, soy solo un soldado.

Quentin cargó contra él antes que este pudiera reponerse, pero se detuvo al ver que no levantó su espada.

—No cruzaré armas con usted, señor. —El soldado dio media vuelta y se alejó de él, casi corriendo.

—¡Eh! ¡Regresa! ¿Qué demonios…? —Quentin se dio vuelta y buscó a Josh con la mirada. Su amigo caminó hacia él después de terminar de hablar con los hombres que estaban a su lado—. ¿Lo viste?

—Los de allí dicen que estás loco, Q —dijo haciendo una seña con la cabeza hacia un lado.

—¿Y eso por qué?

—Son soldados ¿qué esperas? Recuerdan lo que sucedió con Almairon. Ellos sí escucharon de primera mano lo que hiciste en la taberna, algunos de ellos incluso te vieron.

—No me jodas —dijo riendo—. ¿Y tú qué les dijiste?

—Qué era cierto —dijo y encogió los hombros.

—Maldito seas. —Quentin volvió a reír—. ¿Ahora tendré que actuar como loco todo el tiempo para conservar mi reputación?

—En guardia, caníbal —dijo y sacó la espada de su funda otra vez.

59

Palmeras, Pyebra

Áliza dejó el salón después que Shanyi tomó la guardia y caminó hacia el este de la ciudad, a la casa de Bela y Héctor. Pasaron veintidós días desde que Ade había muerto en Sitnor y en todo ese tiempo, ni Bela ni Héctor dejaron su hogar. Bela perdió tanto peso que era apenas reconocible y Héctor no se separaba de su lado más que por unos pocos minutos. Sus compañeros iban a verlos varias veces al día, mantenían su casa limpia, les llevaban alimentos, los acompañaban e intentaban animarlos, pero no había nada que hiciera sonreír a Bela, no decía ni una palabra y, la mayor parte de las veces, ni siquiera los miraba. Héctor intentaba que Bela se alimentara, pero ella solo aceptaba beber una taza de té de vez en cuando, lo justo para sobrevivir.

Áliza llamó a la puerta y esperó algunos minutos a que Héctor abriera, pero nada sucedió. Rodeó la pequeña casa, abrió la puerta de la cerca que llevaba al jardín, se asomó por la ventana que daba a la cocina y, como no se veía ningún movimiento, se decidió a entrar.

—Héctor —llamó, pero solo le respondió el silencio.

Áliza corrió hacia la habitación y se asustó al ver a Héctor y a Bela acostados uno junto al otro, abrazados, pálidos e inmóviles. Se acercó, tocó el rostro de Bela y comprobó que estaba tan frío como las noches en el desierto. Áliza apenas si se atrevió a rozar la mano de Héctor, que reposaba en la espalda de Bela. Ya sabía lo que encontraría, pero aun así debía hacerlo.

—*Bela y Héctor han muerto* —dijo a sus compañeros cuando pudo reponerse de la impresión.

Áliza dejó la habitación, se sentó en un banco en la pequeña cocina a esperar por los demás y lloró en silencio, hasta que alguien llamó a la puerta. Tino fue el primero en llegar, con la respiración agitada, la frente cubierta de sudor y el rostro pálido. El muchacho la abrazó, sin decir ni una sola palabra; su cuerpo temblaba y lloró con ella.

Áliza lo comprendió, le pesaba más que a nadie la pérdida de Ade y ahora, estaba segura, sumaba dos muertes más a su consciencia.

—No fue tu culpa, Tino —dijo con la voz quebrada—. No eres culpable de nada de lo que sucedió, ¿sí?

—Si no hubiera llevado a Ade por mi estúpida creencia de no tener energías suficientes, si al menos hubiera confiado más en mí mismo, Ade estaría aquí. Y también Bela y Héctor.

—Déjalo, Tino. No te hagas más daño con esto.

—¿Cómo se hace? —dijo el muchacho. Ajác y Mihaí llegaron en ese momento y él los miró, con el rostro atormentado y los ojos empañados—. ¿Qué hice? ¿Cuántos más morirán por mi culpa?

—Yo moriría por ti —dijo Mihaí abrazando a su hijo—, todas las veces que fueran necesarias, si eso significa que ya no sentirás este dolor dentro de ti. —Ajác se abrazó a ellos y Mihaí besó la frente de su esposa. Luego de unos minutos, Mihaí se apartó—. Vayan a casa, por favor, me quedaré aquí a ayudar en lo que pueda.

Los cuerpos de Bela y Héctor fueron acompañados al Gran Templo de Efos, dios sol, ese mismo día. Sus pertenencias fueron llevadas junto a ellos para que, de ser necesario, sean acondicionadas y donadas a quienes pudieran serles útiles.

Mesut, el sacerdote del Gran Templo de Efos, los recibió y, luego de las oraciones de recibimiento, los monjes comenzaron el rito de purificación para que sus almas ascendieran a uno de todos los cielos. Después de despojarlos de sus vestimentas, los cuerpos fueron sumergidos en agua de lluvia mezclada con aceites perfumados para ser correctamente higienizados y para que toda impureza se desprendiera de ellos. Cuando finalizaron con su limpieza, fueron conducidos hacia la sala donde el sacerdote continuaría con los ritos sagrados.

Una vez que Mesut quedó solo, avivó el fuego del horno y, mientras los troncos eran alcanzados por las llamas, se acercó al cuerpo de Bela. Rezó una oración a su nombre y tomó uno de los cuchillos que estaba a su lado. Después de bendecir su filo, lo clavó en la base del vientre de la maga y lo deslizó hasta llegar a sus costillas. Extrajo con sumo cuidado uno a uno sus órganos, a excepción de su útero, y los depositó en una plancha de hierro. Cuando hubo finalizado, los llevó al horno y, mientras esperaba a que el fuego los redujera a cenizas, rezó una oración de agradecimiento a ellos por haber mantenido con vida a una persona.

Al terminar de rezar, regresó junto a Bela y oró por ella una vez más. Bendijo su útero, para que en la próxima vida trajera hijos sanos al mundo, y su cabeza, lugar donde nacen todos los pensamientos y se originan todas las acciones, para que su próxima vida fuera de provecho para la evolución del ser humano. Luego, el cuerpo de Bela fue introducido en un gran cofre de piedra que tenía una capa de sal y, una vez acomodado, fue recubierto en su totalidad con el mismo mineral.

Dicha sal, extraída de las minas sagradas de Efos en las mesetas en las Tierras Anexas, era de todos los colores que toma el cielo al atardecer y era utilizada en los ritos sagrados para quitar el exceso de agua de los cuerpos para su mejor preservación. Según las sagradas palabras de Efos, un cuerpo correctamente purificado y conservado tendría una mejor acogida al momento de presentarse a besar los pies del dios Ladha, el encargado de juzgar el alma de los muertos.

Tanto el cuerpo de Bela como el de Héctor permanecerían en los cofres de piedra durante cuarenta días y, luego, serían puestos en ataúdes de ébano en los que se tallarían sus nombres y serían llevados a la cripta familiar, en donde el cuerpo de Ade los esperaría.

Lejos del Gran Templo, en el edificio de Gobierno de Palmeras, sus amigos, familiares y conocidos celebraban el paso de Bela y Héctor por este mundo. Recordaban sus vidas, sus logros y sus virtudes, ya que lo malo de una persona debía olvidarse al morir, para que el muerto no se fuera triste y su alma pudiera ascender a uno de todos los cielos en paz. No era momento de culpar al muerto por sus acciones, puesto que solo el dios Ladha tenía la inteligencia y el criterio suficientes para comprender sus acciones y, así, juzgarlo. Ese era el momento de alegrarse por haber sido su amigo, su maestro o su alumno, su compañero o su familia.

Celebraban, reían, lloraban, cantaban y rezaban por ellos, al igual que lo hicieron por Ade hacía veintidós días, pero, en ese momento, lo hacían por lo que Bela y Héctor significaban en sus vidas.

60

Puente Negro, Sitnor

Quentin se encontraba en el sur del campamento, tenía la espalda apoyada en un tronco y estaba esperando la llegada del amanecer para que su turno finalizara. Detestaba tomar la última guardia nocturna porque nunca podía dormirse temprano y, cada vez que le tocaba, debía pasar el resto del día siguiente sin descansar. Los ojos le pesaban y sentía que estaban llenos de arena.

Su relevo estaba a pocos pasos de él cuando el sonido de un cuerno quebró el silencio que imperaba al amanecer y, a los pocos segundos, varios aullidos similares contestaron a su llamado desde distintos puntos.

El campamento cobró vida en un abrir y cerrar de ojos y Quentin corrió, entre hombres nerviosos, para llegar al punto donde debía reunirse con los soldados de su división. Encontró a Josh y a Santoro, pero no vio a Eric junto a ellos.

—¿Dónde está Eric?

—De guardia, señor —respondió Santoro.

—Ya no me llames así —dijo Quentin—, soy un soldado igual que tú.

Los primeros rayos de sol asomaron detrás de ellos, el grupo de soldados comenzó a marchar y las conversaciones cesaron. Quentin miró a su alrededor y observó a sus compañeros que, aún con la pobre luz que había, se notaban perturbados.

La mayor parte de ellos parecía estar usando una máscara rígida debajo de sus cascos, carente de expresión y de vida. Vio miedo en sus ojos, desesperanza y tristeza pero en algunos pocos, había determinación y ferocidad. A medida que se acercaban al camino que llevaba al puente, Quentin comenzaba a sentirse cada vez más confiado, más alerta y, a su vez, más nervioso.

«Porque es mayor el miedo a perder aquello que nos importa, que el miedo a perder nuestra propia vida» pensó.

Abría y cerraba las manos al ritmo de sus pasos y comenzó a sentir que su estómago estaba revuelto pero, a pesar de eso, notó que tenía hambre. Para distraerse, pensó en algo que le gustaría comer y recordó los panes dulces que su nana hacía en las tardes de invierno, con nueces o almendras. Recordó, a su vez, la canción que la nana les cantaba antes de dormir y comenzó a tararearla. Nadie prestaba atención a lo que hacían los demás, por lo que continuó canturreando despreocupado.

Estuvo antes en situaciones arriesgadas, incluso siendo casi un niño, pero nunca a esta escala. Nunca hubo miles de hombres frente a él, ni tampoco a su lado. Cuanto mucho una centena en la «Pequeña Thoria» y el miedo fue terrible para su cuerpo y su mente en aquellas ocasiones. Pero ese día no sentía miedo por él, pues tenía un motivo para luchar. Ayudar a detener el avance de Pyebra sobre Sitnor. Si su país caía, llegarían a Tesar. En Tesar, aunque a miles de kilómetros de él, estaba Ilsa y no podía permitir que algo le sucediera a Ilsa, ni ese día, ni mañana, ni en unos años. Jamás.

«Sitnor no va a caer, no pueden llegar a Tesar» pensó y esas se volvieron las únicas palabras que resonaron en su mente.

Quentin comenzó a adelantarse a sus compañeros para llegar al frente, pero Josh lo tomó del brazo.

—¿Qué demonios haces? ¡Los de adelante son los primeros en caer!

—Nos veremos cuando todo termine —dijo y no se atrevió a mirarlo a los ojos.

—Q, por favor…

—Cuídate, ¿sí?

Quentin se soltó y se escabulló entre los demás. Si se quedaba junto a Josh, sucedería lo de siempre, estaría pendiente de él y ese día no quería hacerlo. Las veces que Josh estuvo lejos de él, fue mucho más libre, pero tenerlo cerca era como un imán para sus sentidos y no solo por el afecto que sentía por su amigo, sino también por lo que Josh significaba para su hermana.

Llegó hasta la primera fila cuando todos se detuvieron a una orden de su comandante y, aunque tenía la vista puesta en las altas torres que custodiaban la entrada al puente, podía sentir las miradas de los que estaban junto a él. Los soldados comenzaron a murmurar y le divirtió escuchar sus comentarios, lo que le pareció absurdo por la situación en la que se encontraban.

«Es el caníbal» era lo que más se repetía. Tuvo que hacer un esfuerzo por no sonreír, pero su estómago rugió y pudo finalmente hacerlo.

—Todo esto me da hambre —dijo y notó que los que estaban a su lado se apartaban de él.

—¿Por qué no usa armadura, señor? —preguntó uno de los que estaba más cerca.

—Nunca lo hice y no tengo intensiones de morir hoy por usar una.

—Estás loco, chico —soltó el soldado. Quentin sonrió, lo miró y el soldado se puso incómodo—. Perdóneme, señor, no quise…

—No soy señor de nada, por los dioses, dejen de llamarme así.

Los tambores comenzaron a resonar y los soldados se pusieron en marcha.

«Sitnor no va a caer, no pueden llegar a Tesar».

Desde donde estaba, no podía ver más que un océano plateado formado por los cascos de los soldados, en cuyo frente se alzaba una fila de astas de madera coronadas por una hoja que se veía dorada a la luz del amanecer.

No sabía nada, no podía ver cómo se formaban los demás, dónde estaba la caballería ni cómo atacarían. No tenía idea si esperarían a que los pyebranos se arriesgaran a tomar el puente o si, por el contrario, serían ellos los que avanzarían y atacarían a las tropas en su propia tierra. Él solo seguía órdenes y, en ese momento, la orden era avanzar hasta el puente, que se elevaba levemente a medida que se acercaba al centro, por lo que no podía ver más que unos escasos metros de este y no sabía qué era lo que sucedía del otro lado.

Al llegar junto a las torres, un soldado vistiendo una túnica blanca sobre su armadura avanzó, solitario, montando un caballo. Las reglas de cortesía establecían que ambos bandos enviaran un delegado para exponer sus condiciones y negociar antes de llegar a un enfrentamiento pero, antes que detuviera su montura, una lluvia de flechas cayó sobre él. El caballo herido relinchó, arrojó a su jinete al suelo y regresó a todo galope hacia donde ellos estaban. Un grupo de soldados unió sus escudos y corrió a buscar al compañero caído.

Un estridente cuerno sonó, de los pisos más altos de las torres salieron disparadas largas lanzas de puntas afiladas y, al instante, los gritos de los enemigos heridos se hicieron oír desde algún lugar frente a ellos.

Dieron la orden de avanzar y avanzaron.

Sus botas golpeaban las piedras negras del puente al ritmo que los tambores marcaban y Quentin comenzó a limpiar su mente de todo pensamiento, tal como le enseñaron en los entrenamientos.

«Espero que Josh lo recuerde» se dijo antes de deshacerse de todo lo que parecía requerir su atención en ese momento.

Delante de él, avanzaba un grupo de soldados con altos escudos rectangulares con los que

formaban una pared de más de dos metros de alto para repeler a las flechas pyebranas, que comenzaban a menguar a medida que avanzaban. Las lanzas disparadas desde las torres cortaban el aire sin descanso, apresuradas por chocar contra las tropas enemigas. Nuevamente los hicieron detener y esperaron, impacientes, hasta que las flechas dejaron de caer. Una ráfaga de viento trajo hacia ellos los sonidos de cientos de voces agonizantes y, con ello, el hedor de la guerra que acababa de comenzar.

—Puedo olerlo —murmuró Quentin—, sangre y miedo. Y solo quiero matar.

—Yo también, chico —soltó alguien a su lado y Quentin sonrió.

—Sitnor no caerá, no pueden llegar a Tesar —dijo. Le dolían las manos por la fuerza con la que sujetaba sus armas y parecía que los músculos de sus brazos explotarían por la tensión.

El zumbido de las lanzas se detuvo de repente, los cuernos sonaron una vez más y, con ellos, los tambores volvieron a marcar el ritmo. Dieron la orden de avanzar por última vez y, cuando llegaron a mitad del puente, vieron frente a ellos cientos de águilas plateadas volando sobre el paño negro de los estandartes que ondeaban con la brisa.

Quentin miró hacia el otro extremo del puente y vio que había dos torres parecidas a las del lado sitnorense, pero de menor altura. Sobre una de ellas, se recortaba la figura de un hombre solitario.

—Maldición, un mago —murmuró.

—¿Un mago? —preguntó, alarmado, alguien cerca de él.

—No estoy seguro, pero podría ser.

—¿Qué se supone que haremos si es un mago?

—Cuando estemos allí, ayúdenme a llegar a él por el interior de la torre. Estará ocupado atacando a los demás, no prestará atención a lo que ocurre a sus pies.

Quentin no quitaba los ojos del hombre que los miraba desde la torre, para ver si hacía algún movimiento que lo delatara.

—*¡Quentin! Puedo* verrte. —La voz de Tino resonó entre sus pensamientos unos minutos después.

—*¡Por un demonio, Tino, eres tú!* —Quentin levantó ambos brazos y le habló a quienes estaban a su alrededor—. ¡Es uno de los magos de Erjathá! Él estuvo cuando atacaron la ciudad, es quien quedó en la enfermería por días. Hagan correr la voz, por favor, que no vayan a herirlo. Vino a ayudarnos.

—*Es un* placerr estarr *aquí, Q.*

—*Ya avisé a los demás quién eres. ¿Hay magos de la reina? ¿Está Reda Almairon aquí?*

—*No hay magos. Reda sí,* perro *está escondido. Me mezclé con los soldados y me lo* dijerron. Aparrecerré *junto a ti cuando me lo digas, avisa a los* hombrres *que me hagan* lugarr.

Quentin apartó a sus compañeros, les avisó que Tino aparecería junto a ellos y, a su seña, el mago de Erjathá apareció a su lado en un remolino de polvo. Los soldados reaccionaron como todo aquel que ve a un mago aparecer por primera vez, dando un salto y apartándose aún más.

—Qué gusto verte, Tino —dijo con una sonrisa, ignorando a los soldados que estaban a su lado. Las piedras del puente dieron paso a la tierra y pudieron ver que un coro de soldados les cerraba todas las salidas posibles.

—¡Avancen! ¡Avancen! —Eran las órdenes.

Tino tomó a Quentin del brazo y lo llevó hacia atrás.

—Me han dicho que estás tan loco como yo y *quierro prrobar* algo, ¿te animas? —Tino hablaba mientras lo hacía retroceder cada vez más.

—¿Es seguro?

—*Segurro…* —Tino se rascó la frente—, no mucho. Si funciona, *grrandioso*.

—Maldición. —Quentin lo pensó por una mínima fracción de segundo y asintió—. A darle, Tino, hagámoslo.

Tino le dijo lo que harían, Quentin enfundó sus espadas y respiró hondo. Tomó la mano del mago y se sintió desaparecer. Cuando sintió su cuerpo nuevamente, estaba a diez metros del suelo sobre el ejército de Pyebra, a pocas filas de donde se enfrentaban ambos bandos. Sintió como si el aire ofreciera cierta resistencia a su peso y caían lento, como una pluma atrapada en una suave corriente de aire.

Tino lanzó una inmensa bola de fuego hacia abajo y esta impactó sobre los pyebranos. Los gritos de dolor y sorpresa inundaron el aire, a la vez que se sentía el olor de su carne siendo quemada. Mientras caían con lentitud, vio a un hombre que estaba completamente envuelto en llamas e intentaba, en su desesperación, quitarse la armadura, como si con eso pudiera evitar la tortura de estar quemándose vivo.

A pesar de que muchos corrieron para alejarse de las llamas, Quentin no sintió su calor en ningún momento y ambos cayeron justo en medio de donde la candente esfera impactó. Rodaron en la tierra quemada, pero se pusieron de pie rápidamente y desenfundaron sus armas. Los soldados pyebranos los rodearon en un instante y Quentin se dio cuenta de lo suicida que fue la idea de Tino.

—No estoy tan loco como tú, maldito seas —exclamó para hacerse oír sobre los demás sonidos y Tino soltó una carcajada.

Los muchachos se pusieron de espaldas entre sí para defenderse de los sablazos enemigos, que cayeron como una lluvia sobre ellos.

—*Déjame en ese* lugarr.

Quentin intercambió su posición con el mago después de varios intentos y, cuando menos lo esperaba, escuchó un nuevo estruendo. Esta vez, sintió un intenso calor detrás de él, se dio vuelta y vio que un camino de fuego, de al menos diez metros de ancho, se abría frente a él separando el ejército de Pyebra en dos. Quentin tomó a Tino del brazo y retrocedieron hasta donde estaba su ejército.

—¡Avancen! —exclamó Tino cuando hizo desaparecer el fuego y los soldados de Sitnor comenzaron a correr por la brecha, antes que los pyebranos volvieran a cerrarla.

—¿Qué demonios están haciendo? —Un hombre a caballo se acercó a ellos y los separó del resto—. ¿Quién les ha dicho que pueden dar órdenes?

—Soy Tino Suhrah, mago del *ejérrcito* de Erjathá, mi señor —dijo y se llevó la mano al pecho, sobre su insignia—. No recibo *órrdenes* de nadie aquí, *perro* he venido a *ayudarr* en lo que pueda. En vistas de lo que ocurre, hay *trres* opciones: puedo *regrresarr* a mi ciudad, puedo *recibirr órrdenes* de usted, que no sabe nada de magia ni de cómo combatimos o puedo *seguirr* haciendo lo que sé *hacerr parra* que podamos *terrminarr* con estos malditos soldados del rey. Dígame usted, señor. —El comandante se quedó mirándolo sin decir nada y sin siquiera moverse—. Reda Almairon está *entrre* los soldados, en algún *lugarr*, escondido. Cuanto antes matemos a sus *hombrres*, más rápido *dejarrá* su cueva. Si lo detenemos, *detendrremos* su *ejérrcito porr* un buen tiempo.

—¿Y tú quién eres? —dijo el comandante mirando a Quentin.

—Quentin Guna, señor. Estoy con él.

—Guna, ¿eh? —El comandante lo miró a los ojos por unos segundos—. Continúen con sus cosas, hablaremos luego de su insubordinación.

—Sí, señor. ¿En caso de tener la oportunidad, puedo seguir a Tino a…?

—Veo que se entienden, así que hagan lo que crean conveniente, pero no involucren a nadie más.

—Entendido, señor. —El comandante espoleó su caballo y se alejó hacia el frente. Quentin miró a Tino—. ¿Cuánta energía te queda?

—*Mucho aún. ¿Se te ocurre algo?*

—*Buscar a Almairon, pero no sé cómo.*

—Regresarré *a la torre y* verré *desde allí cómo se ve todo. Te* avisarré *de mi* regrreso.

—*Cuídate.*

Quentin se abrió paso hacia donde las espadas pyebranas y sitnorenses se enfrentaban a muerte y se unió a sus compañeros. A medida que pasaban los segundos, Quentin empezaba a percibir las familiares sensaciones que lo acompañaban cada vez que se enfrentaba a alguien. La ligereza de sus músculos, los sonidos que se desvanecían, la sensación de que todo a su alrededor ocurría mucho más lento que en la realidad. Veía a sus enemigos levantar sus armas como si pesaran demasiado, con tal lentitud que le irritaba de forma excesiva. Mientras tanto, los cuerpos se acumulaban a sus pies y cada vez llegaban menos enemigos hacia él. Cuando lo notó, miró a su alrededor y vio que estaba parado sobre una pila de hombres de más de un metro de alto.

—¡No pueden llegar a Sitnor! —exclamó. Quentin soltó una carcajada, saltó hacia las filas pyebranas y se escurrió entre ellas, sin detenerse más que unos pocos segundos en cada soldado que tenía la desgracia de acercarse al filo de alguna de sus espadas negras.

Si hubiera sido capaz de verse, difícilmente se hubiera dado cuenta que era él. La sangre de sus heridas se mezclaba con la de sus oponentes y no había parte de su cuerpo que no estuviera teñida de rojo, reía como un loco, como si hubiera sido poseído por un espíritu guerrero o por el mismísimo dios Xito, el dios de la guerra.

Xito, según las leyendas, poseía cuatro brazos y un enorme cuerpo musculoso; portaba tres espadas cuyas hojas habían sido talladas del indestructible cristal otorgado por las estrellas en el día se la creación del mundo y se protegía con un escudo hecho de la luz del sol, un regalo de Efos, su padre. Amaba la guerra por sobre todas las cosas, más aún que beber, y era siempre el primero en arremeter contra el enemigo. Era el dios predilecto de los morroínos, a quienes los creyentes rezaban antes de cada batalla, a quienes las esposas y madres suplicaban que protegiera a sus hombres cuando dejaban el hogar para partir a la guerra.

En Sitnor conocían a los dioses de Thoria, pero ninguno de ellos era venerado allí, no había templos ni rituales en su honor.

Los dioses nunca escuchaban a los hombres por lo que estos, cansados de tantos siglos de ser ignorados, dejaron de hablarles.

61

Puente Negro, Pyebra

En una modesta tienda al norte del campamento, Reda Almairon tamborileaba los dedos sobre el apoyabrazos de su silla. Abandonó los lujos a los que acostumbraba para mantenerse a salvo en caso de que hubiera más infiltrados por parte de Sitnor.

La velocidad con la que se elevaba el sol hacia el cenit, hacía que a cada segundo se sintiera más nervioso. Las últimas noticias que llegaron no eran buenas. Un mago de Palmeras se infiltró entre los suyos y no sabía desde cuándo estaba ahí, vigilándolos y observando todos sus movimientos, comiendo de su comida y riendo con sus hombres.

Ese mago, que no era otro que Tino Suhrah, estaba peleando codo a codo junto a sus enemigos, quemando vivos a sus soldados y desafiando a su rey con total desfachatez.

Tino Suhrah era el más buscado, él solo valía más que todos los magos de Palmeras juntos y, sin embargo, el muchachito se había paseado entre sus tropas como si fuera un soldado cualquiera.

—Radjhá, ve a ver qué sucede.

—En seguida, mi señor. —El muchacho salió de la tienda y regresó un cuarto de hora más tarde—. Tino Suhrah está combatiendo en el frente junto al hijo del Gobernador esta vez. Apenas si está usando sus poderes, pero los guardias que los observan desde la torre oeste me han dicho que ha matado casi a treinta solo con la espada y Pronees otro tanto.

—Malditos sean —exclamó—. ¿Dónde está Guna?

—Al este y parece imparable, señor. —Reda se puso de pie y se sirvió licor en una copa—. Han dejado de contar después de cincuenta.

Reda lo miró por unos segundos, bebió el licor de un solo trago y estrelló la copa en el suelo.

—¿Cómo puede ser que no haya nadie capaz de detener a esos condenados muchachos? —exclamó.

—Señor, si me lo permite, puedo ir y hacerme cargo de ellos.

—No. ¿Qué más han dicho? ¿Qué probabilidades tenemos?

—Nos están masacrando, señor —dijo en voz tan baja que apenas si fue capaz de oírlo.

—No vale la pena que te arriesgues por ellos. Regresaremos a Ciudad Capital.

—Pero… ¿Señor?

—Me imagino que tendrás las energías suficientes para llegar hasta la capital.

—Por supuesto que sí, mi señor.

—Entonces no cuestiones mis órdenes y sácame de aquí.

—¿Qué sucederá con los demás?

—Lo que deba suceder. Será su castigo por ser tan inútiles.

—*Quentin, estaba junto a Josh,* perro *me han* herrido, regrreso *a Erjathá* —dijo Tino.

—*¿Es grave? ¿Josh está bien?*

—*Él sí. Me* clavarron *en un brazo y no puedo sostener la espada, suficiente para que puedan* herrirrme *de nuevo. Adiós,* regrresarré prronto.

—*Gracias, Tino, espero que te recuperes bien.*

La breve conversación con el mago lo hizo distraer y solo se dio cuenta cuando sintió que su

cabeza se llenaba de destellos de colores.

Quentin cayó al lodoso suelo y su boca se llenó del espantoso sabor de la sangre, la tierra y el miedo. Alguien le pateó las costillas y luego sintió que la misma persona lo tomó del cabello para levantarlo. Él se resistió y rebuscó entre el barro que lo rodeaba intentando encontrar sus espadas, que se le habían escapado de las manos al caer. Sintió que sus dedos le quemaron al deslizarlos sobre el filo, pero continuó hasta que pudo llegar a la empuñadura. El hombre que lo sujetaba tiró aún más de su cabello y Quentin le enterró la espada en la bota. Cuando el soldado lo soltó, giró sobre sus rodillas y, sin dudarlo, deslizó su espada por debajo de la armadura y le abrió el vientre. Las entrañas de su enemigo cayeron sobre su brazo y Quentin vomitó, asqueado por el hedor y la desagradable sensación. Quiso limpiar su boca, pero todo él estaba cubierto de barro y no había ni un trozo de su camisa que no estuviera manchada. Escupió a un lado y se tomó unos segundos antes de ponerse de pie. Alguien lo tomó de las correas que sujetaban las fundas de sus armas e intentó levantarlo. Quentin soltó la hebilla que las mantenía en su lugar, se liberó de ellas y fue capaz de ponerse de pie. Levantó la espada y gritó:

—¡No pueden llegar a Tesar!

—¡Soy yo! —Josh le tomó el brazo antes que la espada cayera sobre él—. Q, soy yo, maldición.

Quentin forcejeó con él por unos breves segundos, hasta que se dio cuenta que era su amigo quien estaba frente a él.

—Josh, gracias a los dioses…

—Ya está, Q. —Quentin dejó caer los brazos a los lados y Josh le puso una mano en el hombro—. Ya se terminó, Reda escapó y se rindieron.

—¡Estás bien, Josh! —Quentin comenzó a reír y lo abrazó, como si no hubiera escuchado nada de lo que dijo—. Gracias a los dioses que estás bien.

Cuando se separaron, miró a su alrededor y, por primera vez, notó el horror que se extendía frente a él. El estómago se le estrujó y un escalofrío le recorrió la espalda. Nunca imaginó presenciar algo así.

La realidad frente a sus ojos era peor que todas las heridas que cosechó ese día y que comenzaron a hacerse presentes desde el momento en que volvió a prestar atención a su propio cuerpo. Estaban parados sobre un océano de heridos y de muertos. Sin embargo, lo más impactante eran los cientos de hombres que gritaban, gemían y se retorcían.

No había honor en una guerra, no había gloria ni nada de lo que sentirse orgulloso, como antes pensó. Era, nada más, la mayor expresión de la miseria de los hombres.

Lo único que podía hacer era agradecer a los dioses el hecho de haber sobrevivido a su primera batalla sin heridas de consideración en su cuerpo, pero comenzó a preguntarse qué sucedía con las heridas que quedarían en su mente y en su alma después de ver esta matanza. Se preguntó si sería capaz de olvidar lo que oía por, al menos, las horas suficientes para poder descansar cuando el silencio llegara con la oscuridad y se preguntó, también, si ese maldito olor se desprendería alguna vez de su piel y de su ropa. Era el miedo de miles de personas el que inundaba el aire y parecía que se impregnaba en todo lo que alcanzaba. Le daba la sensación de que, por más años que pasaran, el mismo olor permanecería allí, inalterable. No supo si morir era mejor que haber sobrevivido. Al fin y al cabo, los muertos no recuerdan.

Volvió a colocarse las fundas de sus espadas y, luego, se palpó el cuerpo.

—Necesito conseguir un par de guantes. —Quentin se miró las manos y vio que, en una de ellas, sus dedos sangraban en abundancia y las heridas le ardían.

—¿Qué dices? —Josh lo miró, Quentin le mostró la mano y su amigo hizo una mueca.

Comenzaron a caminar para buscar a quienes tuvieran mayores oportunidades de sobrevivir, para llevarlos a las tiendas que oficiaban de enfermería, cuando se detuvo en seco.

—Me falta una espada —dijo de repente. Miró la que estaba sujetando y la limpió lo mejor que pudo para ver la piedra que llevaba en la empuñadura; era la espada de la esmeralda.

Regresó sobre sus pasos hacia el lugar donde lo habían derribado y comenzó a buscar entre el barro y los cuerpos hasta que su mano se encontró con la familiar forma de su empuñadura. Quentin suspiró aliviado y, cuando se estaba levantando, una mano se cerró sobre la suya y tiró de él hasta hacerlo caer.

El hombre le saltó encima y le golpeó la cabeza con una piedra. Quentin, aturdido y dolorido, se retorció en el barro en un intento de librarse de su atacante, pero Josh llegó hasta ellos, de un tirón arrojó al soldado de Pyebra hacia atrás y desenfundó su arma. Quentin se puso de pie y sintió que el suelo se balanceaba debajo de él. Vio al hombre, de espaldas en el piso, suplicar por piedad pero Josh le enterró la espada en el cuello.

—Maldito cobarde —murmuró. Enfundó su arma después de limpiarla y lo miró—. ¿Estás bien, Q?

—Ese maldito me rompió la cabeza… —Quentin bajó la mano y la vio cubierta de más sangre fresca.

—Llevemos a alguien más y larguémonos de aquí, tienen que ver tus heridas.

—Hay quienes están peor que yo —dijo y señaló a un hombre que estaba sentado en el suelo, con la mirada perdida en algún lugar frente a él. El soldado sostenía con fuerza su brazo, que terminaba abruptamente antes de llegar a la mano.

Josh caminó hacia él y Quentin miró el cielo. Hacia el oeste unas enormes nubes esponjosas, de un blanco que parecía imposible, se recortaban contra el celeste más profundo. Se tomó unos momentos para distraer sus pensamientos y contempló esas blancas y perfectas catedrales flotantes. Se las imaginó pertenecientes a alguna ciudad de los libros de aventuras que Josh leía, cuyos autores eran los magos de la Antigua Era y de los que solía hablarle casi todo el tiempo. Nunca antes se le había ocurrido poder ver una ciudad en las nubes, sin embargo, en ese momento era capaz de imaginar cada nube como un enorme edificio. Se imaginó en esos pocos segundos qué clase de seres los habitaban y cómo se verían.

Josh llamó su atención para que lo ayudara a trasladar a un herido a uno de los carros y, cuando regresaban para buscar otro hombre, Quentin señaló hacia el cielo.

—Mira, una ciudad hecha de nubes —dijo y Josh sonrió.

62

Morrau Ciudad Capital

Ilaria dio dos golpes en la puerta de la habitación de la reina Morgana y esperó a que esta respondiera. Pasaron los minutos y no se oía ningún sonido desde el interior, por lo que golpeó con más fuerza la segunda vez.

—¿Alguien ha entrado a la habitación? —preguntó a uno de los guardias que estaban apostados a los lados de la puerta.

—El señor Hidzá pasó la noche aquí, mi señora.

—Maldito sea —murmuró—. ¿Se marchó?

—No, mi señora.

Ilaria respiró profundo, ingresó a la habitación, caminó decidida hasta los ventanales y corrió las pesadas y oscuras cortinas. La reina se quejó y se cubrió el rostro con las mantas cuando la luz inundó el lugar. Hidzá dormía boca abajo, desnudo y sin cubrirse.

—Cierra, Ilaria, por lo más sagrado —murmuró la reina.

—Su Majestad, ya es demasiado tarde. La gente se está acumulando por montones, esperando a que usted los reciba.

—Despídelos.

—¿Qué sucede? —Hidzá se dio vuelta, sin abrir los ojos, y estiró los brazos. Ilaria apartó la mirada y caminó hacia el guardarropa.

—Debes irte —susurró la reina. El muchacho la abrazó y se metió debajo de las mantas. Ilaria vio con desagrado a su regreso, como se removían y escuchaba sus risas y murmullos.

—Hay mucha gente esperando por usted, su Majestad —dijo alzando la voz—. Y también los aprendices esperan por el señor Hidzá. No falta mucho para que sea mediodía.

—Despídelos —repitió Morgana entre risas.

—Ya lo hice ayer, no puedo volver a hacerlo hoy.

La reina logró convencer a Hidzá que debía retirarse y, luego de que él se vistió y dejó la habitación, se sentó en la cama. Sus pies no llegaban a tocar el piso, por lo que dio un pequeño salto para aterrizar en una mullida alfombra.

—Vino gente de Pyebra —dijo Ilaria—, por eso insistí en que asistiera a la sala del trono hoy.

—Maldita Viktoria, esqueleto caminante, mujer odiosa. Encima este maldito muchacho… parece que no estuvo con una mujer en toda su condenada vida, por los dioses. —Ilaria se acercó a ella con un corsé y un vestido de terciopelo negro—. Y mira que para que yo me queje… Maldito sea, no me deja dormir en toda la noche, estoy agotada.

—Debería haber pensado en ganárselo de otra forma, mi señora. —Ilaria tiró con fuerza de los lazos del corsé y la reina se quejó.

—Si hubiera sabido que sería así, hubiera sacrificado un cofre de oro, pero el maldito es muy atractivo y me dejé llevar. No es que una vea ese color de piel dorada todos los días y Nathan dejó la capital hace tiempo, ya sabes… —La reina levantó los brazos por sobre su cabeza para que Ilaria pudiera ponerle el vestido—. ¿Los de Pyebra han pedido ver a Hidzá?

—No, mi señora, solo a usted —dijo después de dejar caer la suave y pesada tela.

—Excelente. Hazlos pasar primero. ¿Dijeron cuantos días se quedarán?

—Tampoco, tan solo que traían un mensaje para usted —dijo mientras ajustaba los lazos del

vestido de la reina.

—Pregúntales. Preferiría que no se cruzaran con él. Necesito dormir y si habla con esa gente tendré que recibirlo esta noche también para averiguar qué le han dicho.

—Mi señora, ¿no sería mejor si buscara a alguien más para ese trabajo? —preguntó antes de alejarse hacia el tocador.

—No sé si vaya a lograr algo. ¿Tú crees que se atrevería a traicionar a la reina?

—Tiene razón, no lo había pensado de esa forma. —Ilaria regresó con un cepillo y broches para recoger los rojizos bucles que tenía frente a ella—. ¿Y si usted misma lleva algunas mujeres a su habitación? Eso le daría a entender que usted no tiene problema con que él se divierta con alguien más.

—Eres excelente, Ilaria. Te cedería la corona, pero sé que solo estaría arruinando tu vida y no mereces sufrir esta lenta y absurda agonía.

Ilaria rio y comenzó a cepillar los rebeldes rizos de la reina.

—No veré a nadie más por hoy —dijo Morgana después de estar tres horas en el trono. Recibió a los mensajeros de Pyebra y a una veintena de campesinos. Se puso de pie, bajó los escalones e Ilaria la siguió de cerca.

Cuando dejaron la sala del trono, un grupo de diez hombres de armadura dorada las rodeó para acompañarlas hasta los aposentos reales. La reina se quitó sus ropajes ni bien cerraron la puerta, Ilaria se despojó de su armadura y las mujeres almorzaron en silencio.

Después de haber terminado una botella de vino, Morgana dijo:

—Viktoria enviará espías a Sitnor y quiere que respondan solo a ella. Los pasos a Sitnor desde Pyebra están cerrados, quiere que reciba en mi castillo a los hombres que ella enviará, los aprovisiones y les dé una salida segura hacia el este.

—¿Y cómo se comunicarán con ella desde Sitnor? Es inútil, la información llegaría con meses de retraso y sería igual que nada.

—No lo sé, pero debe haber algo más, algo que no me dice. —Morgana caminó hasta el diván frente a la chimenea y se recostó. Ilaria la siguió con una botella y una copa en la mano y se sentó frente al fuego, sobre la piel de oso—. No sé si están utilizando alguna clase de hechizo que no conozco para mantenerse en contacto o qué demonios se trae entre manos. No pueden enviar a nadie a cruzar el río Seco, eso se entiende, y les sería más fácil enviar a alguien a través de Garhq Tahok hasta alguna playa deshabitada.

—Mi señora, una vez que lleguen, esos espías no deberían salir vivos del Castillo Blanco.

—¿Qué tienes pensado? —Morgana se incorporó para mirarla.

—Entre en sus mentes y averigüe todo lo que saben. —Ilaria la miró a los ojos—. Si usted no quiere matarlos luego de eso, lo haré yo, porque una vez que irrumpa en sus mentes no podrá dejarlos ir.

—Es muy arriesgado —contestó después de unos segundos de vacilación y volvió a recostarse.

—Alguien podría matarlos en el camino, mi señora. —Ilaria sonrió—. La mayoría de nuestros soldados han sido movilizados hacia la capital y no hay quienes protejan los túneles, los bandidos están haciendo de las suyas sin que nadie se los impida. Cualquiera podría ser víctima de un asalto.

—¿Y si esa es su intención? Podría estar buscando la forma de ponerme en evidencia.

—De alguna forma tendremos que averiguarlo, ¿no le parece? Puede que Viktoria confíe ciegamente en usted y no tenga motivos para pensar que quiere traicionarla. Usted nunca le dio

razones para que sospechara e hizo todo lo que le ordenaron. Una vez que vea lo que hay dentro de la mente de esos sujetos, sabrá qué es lo que piensa Viktoria de usted y cómo piensa recibir noticias desde Sitnor.

—¿Te he dicho que eres brillante?

—Solo soy práctica, mi señora. Deseo que Viktoria fracase tanto como usted y haré todo lo que sea posible por verla acabada, miserable y arrastrándose por los suelos para que alguien la ayude. Pero tenga en cuenta que una vez que empecemos a sabotear sus planes no podremos detenernos y tendremos que pensar qué haremos cuando Viktoria lo note.

—Lo mismo le he dicho a Atrien. —Morgana se llevó la botella de vino a los labios—. Cuando esto se salga de control, tendremos que escapar pero no sé hacia donde. Nos buscarán hasta debajo de las piedras.

—Podemos ir hacia las Islas de la Luna, mi señora. Usted podrá controlar las corrientes y vencer a las criaturas que destruyen los barcos.

—Eso es imposible, Ilaria. Tu gente teme a las personas de piel clara y todo lo que significamos. Nos asesinarán ni bien nos vean.

—De todos modos, estamos condenados. Aquí nos perseguirá la gente de la Orden y en las islas, quizá puedo convencerlos de que ustedes son buena gente y que no quieren hacerles daño. Además, no son solo dos o tres islas. Hay cientos y muchas de ellas están deshabitadas. Tiene tiempo de pensarlo hasta que esos espías lleguen. Usted decide si comenzamos a sabotear a la señora Viktoria ahora o si esperamos.

—Voy a pensarlo, Ilaria, aunque la idea es muy tentadora.

63

Tesar Ciudad Capital

Cuando llegó al establo, Ogdev estaba cubierto de los blancos copos que se habían adherido a su cabello, a su saco de piel y a sus botas. Verj estaba sentado frente al fuego, afilando su hacha, y levantó la vista al abrirse la puerta. El Segundo Príncipe solía pasar largas horas allí y, para que los caballos no se congelaran, mantenía varias fogatas encendidas y masajeaba sus patas cada poco tiempo.

—¿Zelig estaba contigo? No pude encontrarlo—preguntó Ogdev después de sentarse junto a su hermano.

—Fue por algo para comer, ya debe estar por regresar.

—Excelente.

—¿Qué sucede?

—Noticias de Sitnor y Morrau. Pero esperaré a que Egil también venga, así no debo repetirlo.

—Se está poniendo difícil, ¿verdad?

—Así es y me alarma la indiferencia de nuestro padre. —La puerta se abrió con un rechinar de sus bisagras y Zelig y Egil entraron riendo, tan cubiertos de nieve como llegó el mayor de los hermanos—. Menos mal que no se tardaron. Siéntense, por favor.

Zelig sacó de debajo de su abrigo una canasta repleta de bollos de pan y se la dio a Ogdev antes de sentarse junto a él.

—¿Qué sucede? —preguntó Egil después de tomar la canasta de manos de su hermano.

—Pyebra atacó a Sitnor a comienzos del otoño, tal como nos informaron que sucedería. Sitnor rechazó el primer ataque y se adentró en sus tierras, tomaron algunas aldeas y llegaron hasta la ciudad portuaria de Garhq Tahok, donde se estacionaron de momento, pero pronto avanzarán hasta tomar la ciudad de Ahrbak Ardhal.

—¿Dónde es eso? —preguntó Zelig.

—Es una ciudad en medio del desierto Then Kua —dijo Egil—, es un punto de aprovisionamiento desde Ciudad Capital a Sitnor. Si toman esa ciudad, Pyebra no podrá avanzar hacia el sur.

—Los reyes de Pyebra aún no envían a sus magos a la batalla —continuó Ogdev—, y uno de los magos de Erjathá estuvo ayudando a Sitnor. Cuando los magos de la reina sean enviados al frente, no sé cómo serán las cosas.

—Al revés —dijo Verj.

—Es probable —asintió Ogdev—. El problema es que nuestro rey no piensa hacer nada, incluso sabiendo que la intención de Pyebra es venir por nosotros. Se alegró con la noticia de que Sitnor entró en territorio pyebrano, pero no quiso escucharme cuando le recordé que estaban luchando sin magos.

—Padre ama a los magos, ¿cómo puede ignorarlos? —preguntó Zelig—. Pensé que correría a anular la Ley de Protección y comenzaría a reclutarlos, antes que a los soldados incluso.

—Ya ves que no. Padre no quiere ninguna clase de conflicto, no quiere encargarse de eso —dijo Ogdev.

—Tendremos a los pyebranos aquí antes que nos demos cuenta —murmuró Verj.

—Intentaré evitar que lleguen a nuestras fronteras. Tengo que convencerlo de alguna manera,

necesitamos colaborar con Sitnor antes de que sea demasiado tarde.

—Lo ideal sería que no llegaran a Sitnor —dijo Verj—. No podemos sentarnos a esperar a que estén por llegar aquí para ponernos en marcha.

—Lo sé, pero ya sabes cómo es nuestro padre. Aún así, intentaré que haga algo antes que lleguen a Sitnor Ciudad Capital. Si cae la capital…

—… serán historia. —Egil terminó la oración—. Sin un gobierno, llegar hasta aquí les tomará apenas unos cuantos meses, no nos darán tiempo a prepararnos

—¿Y Morrau qué pinta en todo esto? —preguntó Zelig.

—Morrau está gobernado ahora por la Orden del Águila al igual que Pyebra —dijo el Primer Príncipe—, y es cuestión de tiempo hasta que se unan a ellos. Muchos de los morroínos emigraron hacia aquí, otros se quedaron en Sitnor. Es evidente que no todos están de acuerdo con el nuevo gobierno y querrán luchar con Sitnor y con nosotros cuando llegue el momento, para recuperar sus tierras y su reino.

—Exterminaron a la dinastía Ravenna —dijo Egil—. ¿Quién gobernará después?

—Quien sea más apto, quien haya contribuido en mayor medida a recuperar la libertad de Morrau… Supongo que alguno de los hombres que están en contacto con nosotros y Sitnor.

—¿Padre va a contestar los mensajes? —preguntó Egil.

—Solo felicitando a Sitnor y manifestando su desinterés en el conflicto, sin embargo hablé con el mensajero antes de venir hacia aquí y le dije que le daré un mensaje para ellos.

—¿Qué les dirás? —preguntó Verj.

—Quería consultarlo con ustedes. Quería saber qué están dispuestos a hacer para defender a Tesar.

—Iría hasta las mismísimas puertas del Palacio de Las Hojas —dijo Verj.

—Yo también —dijeron a coro Egil y Zelig.

—Me lo imaginé, solo quería estar seguro, saben que yo no puedo dejar la capital, soy el Primer Príncipe, pero puedo ayudarlos desde aquí. Soy mago. —Ogdev levantó una mano, con la palma hacia arriba, e hizo aparecer en ella una pequeña esfera de luz dorada. Zelig se sobresaltó, cayó del banco en el que estaba sentado y Verj y Egil rieron. Ogdev hizo desaparecer la esfera y le tendió la mano a Zelig.

—Lo sabíamos —dijo Egil—. Te hemos visto haciendo algunas cosas.

—¿Cómo yo nunca lo supe? —tartamudeó Zelig.

—Será porque no vivías aquí. —Egil encogió los hombros y Zelig asintió.

—Una de nuestras hermanas también es maga, hemos tenido al mismo maestro y va a ir a la guerra, llegado el momento.

Por primera vez, ninguno de los hijos del rey preguntó nada y Ogdev los miró detenidamente por largos segundos.

—Leyna —dijo Zelig, Ogdev asintió y Verj apretó los puños—. Me parecía que había algo extraño en ella. Siempre asustada, nerviosa, alerta, como resguardándose de todos. Además de lo inteligente que es y de la cantidad de cosas que sabe, cosas que ningún maestro nos ha enseñado.

—Leyna no puede ir a una guerra —murmuró Verj con una mueca—, es una niña demasiado inocente. Si me dijeran que es Shrika, podría aceptarlo, tiene mucho más carácter, su espíritu es más fuerte. Si la dejaran entrenar como a las mujeres de Sitnor, patearía más traseros que Egil, sin ofender, hermano. —Egil asintió—. ¿Pero Leyna? De ninguna forma.

—Leyna vio el ataque a Erjathá hace dos años, mientras estaba sucediendo —dijo Ogdev—. Los magos de la reina atacaron la ciudad y destruyeron una buena parte de ella. No deberías subestimarla, Verj.

—¿Cómo es que pudo verlo? —preguntó el menor de los hermanos.

—Tiene visiones, puede ver y sentir como si fuera una persona que está en el lugar en que ocurre. Ambos supimos hace poco quienes somos. Ella es una maga muy poderosa, yo apenas si puedo hacer alguna cosa mínima, pero mi maestro me ha instruido en otros asuntos más que en la magia. Leyna, en cambio, me supera por kilómetros.

—Aun así, no creo que sea conveniente permitir que lo haga —murmuró el Segundo Príncipe.

—Por más que la encierres antes de dejar Tesar, nada va a impedir que vaya.

—Por un demonio… ¿y tú lo permitirás? —Verj lo miró con el ceño fruncido.

—Tampoco me gusta la idea —dijo Ogdev—, pero no podremos evitarlo.

—Todo esto está más allá de lo que podamos querer o permitir, Verj —dijo Egil—. Desde la antigüedad, un mago no responde ante nadie más que su maestro y si él le dice a Leyna que debe ir a la guerra, ella lo hará.

—¿Y a quién responde su maestro? —preguntó Verj.

—Antes respondían a su consejo. Ahora, a nadie más que a ellos mismos, puesto que no hay a quien más responder.

—Dime quién es tu maestro —dijo mirando a su hermano mayor.

—No puedo hacerlo.

—¡Maldición, Ogdev! —exclamó golpeando su muslo con el puño.

—Leyna puede llegar a ser la diferencia entre la victoria y la derrota, Verj —respondió con calma—. Hazte a la idea de que no es una niña que necesita protección, es capaz de tirar este castillo abajo si se lo propone. Si nuestro maestro considera que Leyna debe ir, será por el bien de todos. No creas que a los magos nos gustan las guerras, no nos gusta matar ni destruir. Fuimos entrenados para proteger a los que no pueden hacerlo, para evitar conflictos y para mantener la paz, aunque a veces es imposible llegar a la paz sin caer en un conflicto. Matamos solo si debemos hacerlo, somos soldados pero con otras habilidades.

—¿Se lo dirás a los de Sitnor y Morrau? —preguntó Zelig.

—No, no conozco a esa gente. Aunque mi maestro me ha dicho que uno de ellos es su discípulo, creo que aún no es el momento de decirlo. Mañana iré a la casa de campo con el rey, no sé si alguno de ustedes nos acompañará. Hablaré con Shrika y con Leyna sobre las noticias del norte…

—¿Por qué con Shrika? —preguntó Egil.

—Porque también hay planes para ella. Debo instruirla para el futuro, lo mismo que a ustedes. Se nos ha puesto en frente una guerra que no pedimos, pero estamos a tiempo aún de salvar Tesar y eso es lo que haremos si el rey no piensa ensuciarse las manos. Somos los hijos del rey, reconocidos o no, y alguien tiene que tomar las riendas.

—Comprendo —murmuró Egil, pero no agregó nada más.

—Averiguaré si nuestro maestro ha hablado con Leyna, también —continuó Ogdev—. Él no siempre habla con todos sus discípulos al mismo tiempo, tiene cosas diferentes que decirnos a cada uno. Conmigo hace bastante que no habla, pero se ha comunicado con ella hace pocos meses.

—Eso significa que vive en Tesar… —dijo Verj.

—Puede estar en cualquier lugar. —Ogdev les habló sobre la conexión mental por la que se mantienen en contacto—. No sabemos siquiera cómo luce, podríamos cruzarlo en la calle cualquiera de estos días y no saber que es él.

—Los magos son una cosa muy rara —dijo Zelig—, no me hubiera imaginado que ustedes dos… vaya.

—No puedo imaginar a Leyna yendo a una guerra —dijo Verj—, ni siquiera puede ver una gota de sangre sin descomponerse, ¿cómo se supone que se enfrentará a un campo de batalla?

—No necesita estar en el frente —respondió Ogdev—, hay muchas otras posiciones donde un mago puede ser útil sin estar expuesto.

Verj se puso de pie y dejó el establo sin decir nada más.

—Iré con él, quizás pueda hacerlo comprender —dijo Zelig y salió detrás de su hermano.

—Vaya desastre han armado estos malditos pyebranos —murmuró Egil.

—Y sin razón aparente. En la carta de Noah Guna, el alquimista de Sitnor, decía que el hermano del rey de Pyebra dijo que irían por la plata de Morrau y luego vendrían por nuestro oro… —Ogdev se quedó en silencio de repente—. Espera Egil, mi maestro me habla.

El menor de los príncipes se quedó viéndolo, entre confundido y expectante, mientras los ojos celestes de su hermano mayor se volvían grises y parecía desconectarse de su entorno. Pasaron unos minutos hasta que Ogdev regresó a la normalidad.

—¿Qué te dijo tu maestro? —preguntó, nervioso.

—Los cuernos han sonado entre los hombres de Sitnor y más aldeas han caído.

—¡Esas son buenas noticias! —exclamó Egil.

—Mi maestro teme que no sea más que una trampa. No había magos entre los pyebranos y los soldados apenas si ofrecieron resistencia. Los están dejando avanzar con demasiada facilidad.

—Puede que sea solo ineptitud. Ya lo dijiste antes, Reda Almairon escapó del Puente Negro y de Garhq Tahok, dejando sus tropas abandonadas, y los de Sitnor no iban a desaprovechar la oportunidad de aplastarlos.

—Tal vez… En todo caso, solo con el tiempo lo sabremos. Debo decirle al rey sobre esto.

—¿Le dirás que eres mago? ¿Le dirás de tu maestro? —preguntó Egil, ansioso.

—Sí, él me autorizó. Es hora de que los hombres y mujeres que han sido bendecidos por los Astros caminen con la frente en alto, Egil. —Una sonrisa iluminó el rostro de Ogdev—. Es hora de que nos pongamos en marcha.

—No pienso perderme la sorpresa del rey por nada de este mundo. Traeré a los sirvientes al establo e iré en busca de Verj y de Zelig, espéranos, por favor.

64

Verkrity[21] era una gran ciudad entre las montañas cercanas a Zwiershadla Naveshia, o lo que se traduciría como «espejos del cielo», los lagos que se formaban con las aguas del deshielo de la cordillera Selgo y se encontraban al norte de Tesar, casi rozando el límite con Sitnor. Allí pasaba la estación fría la reina Valka, dado que su estado de salud se había vuelto más delicado con el correr de los años. En ausencia de la callada y reservada reina, las cenas invernales en el Palacio Dorado solían estar inundadas de las ruidosas voces de los príncipes y del rey. Con la llegada de Zelig, abundaban las risas y las cenas solían terminar mucho más tarde que de costumbre. Siempre encontraban alguna anécdota que recordar o alguna historia nueva para contar. Sin embargo, esa noche los príncipes estaban callados y el rey intentó en varias oportunidades iniciar una conversación, sin éxito alguno.

—¿Me pueden decir qué les ocurre? —El rey los miró uno a uno pero, como ninguno respondía, frunció el ceño—. ¿Acaso se pelearon entre ustedes?

—No, padre, ¿cómo cree? —Verj levantó, por primera vez, los ojos de su plato.

—Entonces no comprendo por qué están tan callados hoy.

Por unos breves e incómodos momentos solo hubo silencio. Ogdev sirvió vino en su copa, bebió todo su contenido de un solo trago y se puso de pie.

—Padre, soy mago —dijo sin siquiera una pequeña introducción.

El rey estaba llevando el tenedor a su boca cuando escuchó a su hijo y su mano quedó inmóvil a mitad de camino. Sus ojos quedaron clavados en la porción de zanahoria que pinchó su cubierto de oro y permanecieron ahí por interminables segundos.

—¿Padre? —murmuró Zelig—. Padre, di algo, por favor.

El tenedor se deslizó entre los dedos del rey y cayó en el plato. Unas gotas de salsa saltaron para caer sobre el mantel que Leyna bordó durante el invierno anterior, e hicieron un desagradable dibujo rojizo sobre la delicada tela blanca.

—Un mago —dijo el rey y su voz apenas se oyó. Se puso de pie y levantó los brazos al techo—. ¡Un mago! ¡Eres un mago!

El rey Atkjer se tambaleó hacia un lado, se sujetó, en vano, del mantel, y arrastró la dorada vajilla mientras caía. Egil levantó su plato y tomó la botella de vino que tenía en frente, Verj saltó de su silla y alcanzó a su padre justo a tiempo, antes que llegara a golpear la cabeza en el alfombrado suelo. Zelig, con el rostro inexpresivo, se arrodilló junto al rey y miró a Ogdev, que no se había movido de su lugar.

—Mataste al rey —dijo.

—No es nada, Zel, está respirando. —Lo tranquilizó Verj.

Egil caminó hacia la puerta que llevaba a las cocinas y estaba por trabarla cuando esta se abrió y dos sirvientes se asomaron, alarmados por el ruido.

—Está todo bien, fue solo un accidente —dijo Egil con calma y se acomodó frente a ellos para que no entraran al comedor—. Nosotros nos ocuparemos, no hace falta que regresen.

Egil regresó a la mesa, tomó la botella y se la llevó a los labios; bebió dos largos sorbos mientras miraba a cada uno de sus hermanos con una expresión confundida en su rostro. Al ver que nadie le hacía caso, se agachó para recoger lo que estaba frente a él y Zelig lo ayudó a levantar las copas, los cubiertos y bandejas que cayeron al piso. Al terminar, Egil extendió el mantel de Leyna frente a sus ojos y vio, con tristeza, que estaba completamente manchado por el

vino y las salsas que se derramaron de platos y bandejas. Cuando lo dobló, miró al Primer Príncipe.

—Solo se desmayó. —Egil dejó el mantel sobre la mesa, se acercó a Ogdev y le dio una palmada en el hombro. Luego, agregó con una sonrisa—. Vaya, que sensible resultó el viejo.

—¿Cómo no se me ocurrió decirlo de otra manera? —murmuró el mayor.

—Se iba a desmayar de todas formas, no te mortifiques. —Egil sirvió vino en una copa y la puso entre las manos de su hermano mayor —. Bebe, o caerás de culo al piso igual que el rey.

Verj levantó a su padre en brazos y lo llevó hasta un enorme sillón que había frente a una de las chimeneas del comedor. Sus hermanos lo siguieron y se sentaron a su alrededor a esperar a que despertara.

—Trae alguna botella de algo, por favor. —Verj miró a Zelig, que estaba a su lado

—¿Vino? ¿Cerveza? —preguntó mientras se alejaba hacia la cocina—. ¿Licor? ¿Ghona?

—Ghona —exclamó el Segundo Príncipe y esperaron en silencio a que algo ocurriera; que el rey despertara o Zelig regresara con la bebida.

Ogdev se retorcía las manos y no quitaba la vista de su padre, que parecía dormir con un gesto relajado en el rostro. Egil miraba la escena, divertido, y Verj… Verj tenía la misma expresión de siempre. Serio, concentrado en vaya uno a saber qué asunto, la frente arrugada, como si todo el tiempo estuviera enojado, y la boca cerrada.

Zelig regresó con una botella en cada mano, dejó una en la mesa y, cuando llegó hasta ellos, le ofreció la botella a su hermano mayor. Ogdev movió la cabeza de lado a lado, pero Verj la tomó. Bebió dos sorbos y le pasó la botella de cerámica a Zelig, quién bebió y la pasó a Egil.

Los minutos pasaron silenciosos, lentos y extensos. Iban por la mitad de la segunda botella cuando el rey abrió los ojos y se sentó, de pronto, como si nunca se hubiera desmayado. Le sacó la botella de la mano a Zelig y bebió de ella como si se tratara de agua.

—Así que un mago —dijo con una mueca y volvió a beber—. Condenado muchacho, tenías que esperar a tener dieciocho años para decirlo ¿ah? Un mago… ¿Ustedes ya lo sabían? —El rey observó a cada uno por escasos segundos y ninguno dijo ni una palabra. Ni siquiera se atrevieron a mirarlo—. Ya sabían. Estoy pintado aquí, ¿no?

—Se los dije esta tarde, padre.

El rey hizo un gesto con la mano, como si espantara una mosca.

—Si de algo puedo sentirme orgulloso es de que son un gran equipo. Eso, al menos, es algo que hice bien. ¿Qué otra sorpresa me tienen? Hablen.

—Leyna… —comenzó Ogdev.

—No, mi niña… ¿Qué sucede con mi pequeña? —murmuró el rey, sin dejar que terminara de hablar, y volvió a beber.

—También es maga, padre —dijo Verj. El rey cerró los ojos y suspiró.

—Ella no, Leyna no —sollozó Atkjer y miró a Ogdev—. ¿Por qué ustedes? ¿Por qué ella?

Zelig se sentó junto a él, el rey apoyó la cabeza en su hombro y un mechón de su rubio cabello ocultó su rostro. Le pareció que su tamaño se redujo varias tallas y tenía el aspecto de un hombre viejo y cansado.

—Está bien, padre. —Lo consoló Zelig—. Leyna es más fuerte y más sabia de lo que creíamos.

Verj se quedó mirando sus pulgares y Egil, que se estaba sentado en un rincón, ya no se divertía por lo que veía.

—Los magos llevan vidas peligrosas y solitarias, Zel. Nos verá a morir a todos, quedará sola por siglos. Su esposo morirá, sus hijos morirán y su corazón se marchitará cientos de veces hasta

que ella deje nuestras tierras. —El rey miró hacia el techo y exclamó—: ¿Por qué mis niños, Astros? ¿Por qué ellos? Preferiría morir mil veces antes que ellos sufrieran el solitario destino de los magos.

—Nosotros ya lo sabemos, padre. —Ogdev se arrodilló frente a él y le tomó la mano—. Somos conscientes de ello desde pequeños. Tenemos la opción de renunciar a nuestros poderes cuando consideremos que es necesario y, luego, viviremos una vida normal, como cualquiera de ustedes.

—Lo dices solo para consolarme —balbuceó Atkjer y lo miró con desconfianza—, eso no es cierto.

—No podría engañarte en estos momentos, padre. Leyna lo sabe, yo lo sé. Ningún mago está condenado a vivir una vida casi eterna. Los que lo hacen, lo hacen por su propia voluntad, para ayudar a los demás, para ser útiles a sus pueblos, tal como hemos aprendido.

—Verj, acompáñame a mi habitación. —El rey se puso de pie, apoyándose en Zelig—. Ustedes pueden quedarse. Mañana hablaremos.

Verj se paró a su lado y el rey se tomó de su brazo.

—Padre… —dijo Ogdev.

—No estoy molesto contigo, mi niño. Solo, necesito descansar hoy. Mañana, con la luz del día, todo será diferente.

65

Pyebra Ciudad Capital

Detestaba movilizarse en ese pequeño carruaje, ya que la hacía sentir sin aire y aprisionada, pero era la única forma de moverse con seguridad por la ciudad.

«Vale la pena, Viktoria. Todo sacrificio vale la pena para lograr un bien mayor» se animó. Estiró la mano y abrió apenas la cortina que había frente a ella. La brisa caliente le dio en el rostro y Viktoria frunció el ceño en un gesto de desagrado.

No había nada en ese lugar que le diera algo de alegría. Kirios estaba muriendo hacía meses, día a día, segundo a segundo, sin que ella pudiera hacer nada para evitarlo y ni siquiera podía aliviar su dolor. Dante apenas si hablaba dos palabras y Lena nunca la miraba.

A Reda solo le importaba tenerla en su cama, pero no se interesaba nunca por cómo ella se sentía y ni siquiera era capaz de hacer bien su trabajo. Sus discípulos eran lo único que, medianamente, alegraban sus días, pero eso ya no era suficiente.

Estaba cansada.

Muchas noches pensó en dejar el palacio y regresar a Tesar, volver a su pueblo rodeado de nieve, donde nadie sabía que era una reina falsa, donde no sabían que fue madre de dos criaturas asesinadas, que ahora era de una maga y de un niño pequeño que aún no aprendía a hablar. Donde nadie sabía que fue esposa de un buen hombre y que estaba casada con un agonizante rey que ascendió al poder por la mano de una maga vieja y con más secretos que ella misma.

«Si tan solo tuviera el coraje suficiente para dejarlo todo…»

El pequeño vehículo se detuvo en donde el camino terminaba y la brusca frenada la distrajo de sus pensamientos. El sol había iniciado su caída a su derecha y se reflejaba en las piedras de la montaña que debía subir, haciendo que sus mejillas enrojecieran y su cuerpo sudara.

Después de una larga hora de caminata en ascenso, Viktoria llegó a la entrada de la cueva que quedaba oculta detrás de unos arbustos de frutos rojos, del tamaño de una uña, que eran tan sabrosos y tentadores como mortales. Su aroma dulzón hacía que solo sintiera deseos de probar uno de ellos, pero si había un antídoto para el veneno de esos frutos, Viktoria no lo sabía. Lo único que le sabía era que comer uno solo era inofensivo, pero un puñado de ellos hacía que las entrañas se retorcieran, que la piel se pusiera morada por la falta de aire y que una persona muriera en una horrible tortura. Eso era suficiente para mantener sus manos lejos.

Viktoria se abrió paso entre las ramas recubiertas de suaves y carnosas hojas redondeadas e ingresó a la cueva; respiró aliviada al sentir el frío aire que envolvió su cuerpo, se sintió renacer al enfriarse su piel y una pequeña sonrisa asomó entre sus labios. Comenzó a caminar entre los oscuros pasillos rocosos y, cuidando donde daba cada uno de sus pasos, descendió por escaleras y pasillos naturales hasta llegar a la parte más baja del lugar.

Una estancia amplia y vacía, apenas iluminada, se extendía frente a ella, y el eco de sus pasos resonó a su alrededor cuando caminó hacia uno de los tantos corredores naturales que discurrían desde allí.

—Mi señora, ¿se encuentra aquí? —El eco de su susurro se extendió entre los recovecos de la gruta.

La parte en la que se encontraba, en particular, le producía escalofríos por los recuerdos que llegaban a su mente, pero era uno de los favoritos de su maestra y en donde la vieja señora solía

pasar más tiempo.

El pasillo terminaba en una gran cámara natural, cubierta por una bóveda elevada y con pequeños orificios por donde se colaba la luz durante el día pero, a esa hora, estaba en penumbras. Angostos puentes de piedra cruzaban sobre la calma superficie del lago subterráneo, en cuyo fondo algunas piedras que conservaban la luz del sol iluminaban las cristalinas aguas, dándoles tonos verde esmeralda y celeste.

—Aquí, Viktoria —murmuró la anciana y su voz resonó en un eco infinito que se repitió entre las rocas. Viktoria miró con detenimiento hasta que pudo hallarla. Estaba al otro lado del lago, sentada en lo que parecía ser un sillón de piedra negra, reluciente como los edificios de Morrau Ciudad Capital. Se acercó y se quedó de pie frente a ella, sin mirarla—. ¿Qué ha sucedido?

—Malas noticias. Perdimos más aldeas. Reda escapó cuando le dieron el aviso de que se acercaban los de Sitnor. No sirvió de nada que Kirios le diera el mando. Solo le dio vía libre a Sitnor para que entraran a nuestras tierras. Se esconde en su tienda dejando a sus hombres a la deriva. No hay nadie que se atreva a cuestionarlo, nadie que se atreva a ponerse al mando cuando él está presente. Se larga cuando no hay posibilidades de revertir la derrota.

—Parí a un cobarde —masculló—. No dejes que Radjhá vaya con él nuevamente. Ese muchacho puede ser más útil en otro lugar.

—No habrá nuevos avances hasta que contemos con la ayuda de Morrau, mi señora. Se han perdido muchos hombres entre los muertos y los desertores.

—Entonces, haz que regresen a su lugar. Usa a los magos.

—No están listos aún para una batalla, mi señora. Cada uno de ellos es valioso y uno de los magos de Erjathá pelea junto a Sitnor. Lo conozco, los puede hacer cenizas él solo, sin ayuda de nadie más.

—¿Tino Suhrah?

—Así es.

—Reda me ha hablado de él. Ese crío me recuerda al maldito de Ogdev Wrognia. Ojalá sus condenados huesos se retuerzan junto a Suin —masculló—. Wrognia era como Tino, no tenía piedad por nada ni por nadie. Era impulsivo y temerario. Él y Egil, malditos sean, eran capaces de acabar con una centena de hombres en un solo hechizo y aún tener las energías suficientes para viajar de Pyebra a Tesar en un segundo.

La Dama se quedó murmurando en voz baja, con la mirada perdida entre las rocas que iluminaban el lago y Viktoria se limitó a esperar a que los recuerdos dejaran de atormentar a su maestra.

—Utiliza a sus padres para atraerlo al palacio —dijo con dureza después de unos minutos—. Amenázalo con asesinarlos…

—No le importan sus padres, mi señora —respondió Viktoria con voz temblorosa. Temía que su maestra reaccionara contra ella, como ya había ocurrido en el pasado. La señora respiró profundo, sostuvo el aire unos segundos y, luego, lo soltó lentamente.

—Pregunta entre los soldados de todos los rangos quién, entre ellos, ha logrado algo digno de admirar, quién ha sobresalido en el campo de batalla. Necesitamos a alguien que tenga las pelotas bien puestas, no saldremos nunca de Pyebra con Reda al mando.

—Sí, mi señora. —Viktoria se sintió aliviada al no haber sido víctima de la frustración de la vieja señora, pero no dio ninguna muestra de ello.

—¿Cómo está Kirios?

—Su salud se deteriora día a día. No hay nadie que sepa qué le ocurre. Se levanta algunas horas para estar con los niños y el resto del día… solo duerme, atiborrado de pociones para

calmar sus dolores.

—Consigue nuevos sirvientes. Magos con pocos poderes, que respondan solo a ti. Que Reda no se acerque a él. Temo… Temo que esté envenenando a su hermano.

—Sí, mi señora.

—No puede ser que ningún sanador consiga aliviarlo… Si tan solo pudiera salir de aquí.

—No, mi señora, es muy arriesgado —dijo con alarma en la voz.

—Lo sé, pero mi hijo se está muriendo de a poco y no puedo hacer nada para ayudarlo —susurró.

—Yo me encargaré, mi señora. No se preocupe.

—Que Efos te acompañe siempre, Viktoria.

66

Picos Blancos, Tesar, año 4002

Desde las partes más elevadas de la ciudad, en los días más despejados, se podían divisar las altas cumbres de nieves eternas de la cordillera Selgo, que se recortaban en el lejano horizonte y sumergían a la ciudad en una suave penumbra en las noches estivales.

En Picos Blancos, al igual que en Ciudad Capital y demás poblaciones que se ubicaban al sur de ella, los días de verano duraban más de un ciclo lunar, y se podía ver al sol sumergiéndose por escasas horas entre las cimas más altas, dándole a la ciudad solo una combinación de atardecer y amanecer en las horas en que, en el norte del continente, sería noche cerrada. El sol se ocultaba entre las columnas de roca de «La Ventana del Dragón» y hacía su aparición, unas breves horas después, en la cima de la montaña llamada «Kyslav[22]», la más alta en la porción tesariana de la cordillera.

«La Ventana del Dragón» era una montaña que fue parcialmente destruida por el dragón negro en una de las batallas de la Última Gran Guerra, cuando los magos de Pyebra y Morrau intentaron avanzar sobre Tesar. El resultado de la defensa del dragón, al que hostigaban con constantes hechizos para hacerlo desaparecer, fue que un trozo de la montaña se desprendiera y esta quedara con una abertura en el medio, como si un extenso y perfecto bloque de piedra hubiera sido removido en su totalidad.

La ciudad de Picos Blancos se expandía entre suaves colinas tapizadas de pastos duros y grisáceos que alimentaban a los rebaños de ovejas, una de las principales actividades económicas del lugar. La lana tesariana era una de las más suaves y, por lo tanto, más caras del continente; se comerciaba en Sitnor y en Morrau a precios exorbitantes.

Verj y Zelig llegaron esa misma mañana, dejaron sus caballos en la posada y salieron a recorrer Zart Vialh, buscando dónde se reunían los hombres en esa desconocida y gris ciudad. Caminaron por las calles lodosas que separaban los conjuntos de casas bajas de piedra blanca y tejados robustos, que soportaban, imperturbables, las abundantes nevadas invernales.

Se pasearon por el mercado, por el pequeño puerto y por la triste plaza central, que solo era una rotonda de piedra con una pequeña fuente sin agua. Tras unas horas de caminar, parecía que no había nada más que mujeres en ese lugar.

Después de la confesión de Ogdev, el rey les di vía libre para partir hacia Sitnor, pero no los apoyaría de ninguna manera; no habría paga, armas, armaduras, caballos ni provisiones y no pondría al ejército de Tesar bajo el mando del Segundo Príncipe si dejaba las fronteras del país. Verj intentó por todos los medios recibir alguna clase de apoyo, pero no lo consiguió, por lo que vendió las propiedades que le correspondían y se decidió a financiar la campaña con eso. Su padre enfureció y, de no ser por la intervención de sus hermanos, lo hubiera desheredado en ese momento.

Leyna y Shrika vendieron sus joyas y Egil puso sus tierras en venta, en esperas de conseguir un comprador justo. La reina Valka quiso vender el Palacio de Invierno de Verkrity, pero sus hijos no se lo permitieron. Su salud era frágil y no podría sobrevivir a muchos inviernos en la capital, además de que el rey terminaría por deshacerse de todos ellos ante una ofensa de ese tamaño.

Con lo que reunieron, les alcanzaría para armar a varias centenas de hombres y conseguir el

alimento suficiente para llegar a Sitnor Ciudad Capital. Luego de eso, quedarían a disposición del Gobernador. De ninguna manera exigirían una paga, solo alimento, armas y, por supuesto, ghona en abundancia.

Iban pasando por el mercado, de regreso hacia la posada, cuando Verj vio que un hombre se acercaba a ellos corriendo y, a unos cuantos metros detrás de él, una muchacha gritaba y corría en la misma dirección.

—Un ladrón —murmuró Verj y Zelig asintió.

Los hermanos se separaron y, cuando el hombre estaba por pasar en medio de ellos, Verj levantó un brazo y el ladrón chocó contra él, como si se hubiera estrellado contra un muro. Cayó sentado y lo miró con el ceño fruncido hasta que sus ojos se posaron en su pecho, en la insignia que indicaba su ascendencia real. El ladrón se arrodilló, bajó la cabeza y puso sus manos sobre las rodillas.

—¿Qué robaste? —preguntó Verj.

—Mi señor, yo no robé nada.

La muchacha llegó en ese instante, se detuvo frente a ellos y le dio un rodillazo en las costillas del hombre, que se quejó pero no hizo ningún movimiento. Verj la miró con asombro y Zelig ahogó una carcajada.

—¿Dónde está mi bolso? —exclamó. Tenía el ceño fruncido, el rostro enrojecido y algunos mechones de su cabello gris se habían liberado de la cinta que lo sujetaba. De un bolsillo de su falda sacó una daga y la puso en su cuello—. Devuélveme mi bolso.

Verj levantó una mano.

—Haya paz, señorita.

Los relampagueantes ojos de la muchacha se posaron en él por unos breves instantes y, luego, volvió su atención al ladrón.

—Mi bolso —dijo con dureza. El hombre, con movimientos cuidados, abrió su abrigo y sacó de él un bolso de cuero de muchos bolsillos y hebillas de bronce. La muchacha lo arrancó de sus manos de un tirón y se lo colgó en un hombro.

El hombre se puso de pie y corrió en cuanto Verj le hizo un gesto para que se largara.

—Muchas gracias por su ayuda, señores.

—Muestra respeto, hablas con Verj, Segundo Príncipe de Tesar —dijo Zelig, haciendo un esfuerzo por no reír.

—Entonces, muchas gracias por su ayuda, señor Verj, Segundo Príncipe de Tesar. —La muchacha hizo una reverencia y le dio la espalda.

—No he dado permiso para que te retires —dijo Verj. La muchacha se detuvo y giró para verlo.

—¿Qué desea, mi señor? —Una extraña y forzada sonrisa se dibujó en sus labios.

—Para ser de Sitnor hablas muy bien nuestro idioma.

—¿Quién dijo que soy de Sitnor?

—No tienes los modales de alguien que ha nacido aquí, por no mencionar tu absoluta falta de respeto hacia la realeza.

—Me crie en el mundo, señor —dijo sin simpatía alguna—. Recorrí Thoria junto a mi familia y hace poco tiempo nos establecimos de nuevo en la casa donde nací, a unos kilómetros de aquí. ¿Ya puedo retirarme?

—Tienes suerte de no haberte cruzado con mi padre. Él te hubiera decapitado por tu insolencia.

—Está bien… ¿Debo darle las gracias por no matarme, entonces? Gracias al rey y a sus malas

decisiones es que hay ladrones en cada esquina, señor. De haber hecho las cosas bien, no tendría nada para agradecerle a usted.

Zelig no pudo contenerse esta vez y se largó a reír. Verj la miró con el ceño fruncido.

—Dime tu nombre y dónde vives. Tus padres deben pagar por lo que has dicho.

—¡No, señor! —Esta vez el rostro de la muchacha se sonrojó, cayó de rodillas frente a él y bajó la mirada—. Mis padres han hecho su mejor esfuerzo para ensañarme modales, señor, se lo aseguro, pero ya ve que no ha sido posible. Si alguien tiene la culpa, soy yo. Puede hacer lo que desee conmigo, solo permítame ver a mi padre una vez más, para poder despedirme de él.

—Tu nombre.

Zelig le dio un codazo. Verj lo miró y le guiñó un ojo.

—Ilsa Zvezda, mi señor —susurró.

—¿Zvezda? ¿Cómo Egil Zvezda, el mago? —preguntó Zelig. La muchacha los miró, confundida y asustada, y bajó la vista de nuevo.

—Ese es el nombre de mi padre, pero no es ningún mago. ¿Cómo cree? No, señores, criamos ovejas en nuestra granja.

—Es un nombre bastante común, Zel, déjalo. —Verj le tendió la mano e Ilsa la aceptó, después de dudar unos instantes, para ponerse de pie—. Estás armada, ¿tienes entrenamiento?

—Apenas, mi señor.

—Estamos reclutando guerreros para ir a Sitnor. —La muchacha abrió mucho los ojos y Verj no pudo descifrar su fugaz expresión. Fue una mezcla de angustia, miedo, dolor y alarma—. Pyebra quiere invadir sus tierras, arrasar con ellos y llegar hasta aquí. Tesar no tiene mujeres en sus ejércitos pero, si quieres unirte a nosotros, búscanos. Podremos entrenarte, proveerte de armas y protegerte.

—No podría hacer mucho en una guerra, mi señor —tartamudeó y su voz apenas era audible—. Además mi padre es un hombre viejo, mi madre y mi hermano fallecieron y no quiero dejarlo solo.

—Comprendo. Estaremos aquí por seis días más, en la Posada del Cuervo, por si cambias de parecer. Ya puedes retirarte, Ilsa Zvezda.

—Gracias, mi señor —murmuró e hizo una reverencia.

Verj la miró hasta que se perdió entre la gente que, de a poco, comenzaba a poblar las calles.

—Realmente espero que vaya a buscarnos.

—No jodas, Verj, ¿ya le echaste el ojo?

—¿Acaso te sorprende? Tú la viste… es hermosa.

—Demasiado tesariana para mi gusto. Tampoco es que sea un parámetro de belleza, para ti todas las mujeres son hermosas.

—Eso es cierto, pero no es como las demás, ella tiene carácter.

—Un carácter de mierda —rio Zelig—, te trató como si fueras un pescador.

—No me molestaría que me maltratara así de por vida —rio, a su vez, Verj—. Estoy un poco cansado de que me tengan tantas consideraciones. Quizás cuando lleguemos a Sitnor diga que tú eres el Segundo Príncipe y yo un guerrero más. Además, te pareces más a Ogdev que yo.

—Deja, prefiero seguir siendo el hijo bastardo del rey. En Sitnor no conocen a Ogdev, así que tu excusa no sirve.

—Egil no pasaría como Segundo Príncipe ni en un millón de años. ¿No quieres que se arrodillen ante ti?

—No. —Zelig acompañó la palabra con un movimiento de su cabeza—. Prefiero la libertad de no tener nombre familiar. El rey puede avergonzarse de mi comportamiento, pero no pondría en

ridículo a la familia real. Tiene sus ventajas, si lo piensas.

—Maldita suerte la mía —murmuró.

67

—¿Zvezda? ¿Cómo Egil Zvezda, el mago? —preguntó el acompañante del príncipe e Ilsa los miró, asustada. Era la segunda vez que alguien mencionaba a la magia y a su padre en la misma oración y eso no podía ser posible. De ninguna manera.

—Ese es el nombre de mi padre, pero no es ningún mago. ¿Cómo cree? —se apresuró a decir y clavó la vista en el ruedo de la media falda gris plomo que vestía el príncipe—. No, señores, criamos ovejas en nuestra granja.

—Es un nombre bastante común, Zel, déjalo —dijo el príncipe y le tendió la mano. Ilsa dudó, le pareció extraño que un príncipe la tratara con… ¿respeto? Finalmente, tomó su mano y fue raro hacerlo. No hubo ese agradable cosquilleo que sintió en su cuerpo al tocar a Quentin y sintió una punzada en medio del pecho al recordarlo. Solo con Quentin podía sentir eso y hacía tanto tiempo que lo extrañaba… El príncipe volvió a hablar y la regresó de sus pensamientos—. Estás armada, ¿tienes entrenamiento?

—Apenas, mi señor —musitó.

—Estamos reclutando guerreros para ir a Sitnor. —Ilsa sintió que el mundo le dio vuelta cuando lo oyó decirlo—. Pyebra quiere invadir sus tierras, arrasar con ellos y llegar hasta aquí. Tesar no tiene mujeres en sus ejércitos pero, si quieres unirte a nosotros, búscanos. Podremos entrenarte, proveerte de armas y protegerte.

—No podría hacer mucho en una guerra, mi señor. Además, mi padre es un hombre viejo, mi madre y mi hermano fallecieron y no quiero dejarlo solo.

—Comprendo. Estaremos aquí por seis días más, en la Posada del Cuervo, por si cambias de parecer. Ya puedes retirarte, Ilsa Zvezda.

—Gracias, mi señor. —Intentó hacer una reverencia pero nunca supo si lo logró con éxito.

Se alejó del Segundo Príncipe y de su acompañante con una mezcla de sensaciones. Por un lado, el miedo que despertó en ella que el príncipe le hablara de la guerra y, por otro lado, el alivio que le producía saber de los planes de Tesar de involucrarse en ayuda de Sitnor. Pyebra tenía magos, pero Sitnor tendría a los implacables soldados tesarianos como refuerzo. Naga se lo dijo, el Segundo Príncipe estaba a cargo del entrenamiento de los ejércitos hacía algunos años y era tan exigente con sus hombres como lo era consigo mismo. Ni los morroínos podrían hacerles frente si se encontraban en batalla. Aunque, en el último año, muchos habitantes de Morrau dejaron su país y los hombres se enrolaron en el ejército tesariano ni bien llegaron, esperando la oportunidad de derrocar a Morgana Rostur, la reina puesta por la Orden de los Hijos del Águila. También Naga le contó que muchas mujeres de Sitnor que vivían en las frías tierras tesarianas decidieron regresar a su patria y alistarse en los ejércitos para defender su país y evitar que las intensiones de Pyebra de llegar a Tesar fueran una realidad.

Si bien Sitnor y Tesar aún se resistían a cambiar la Ley de Protección, una vez que los tesarianos entraran en batalla, eso sería solo un detalle. Era bien sabido que los Astros siempre favorecieron a Tesar y, sin duda alguna, muchos dejarían de esconderse para ser quienes realmente eran en cuanto la situación lo requiriera.

Además, estaba el hecho de que nunca se topó con dos hombres tesarianos en la calle, y menos de esa forma. Las veces que salió de la posada, lo hizo con Naga y él nunca le permitía hablar con nadie, por lo que les prestaba nula atención. Al interactuar brevemente con ellos dos, tuvo la oportunidad de observarlos y, definitivamente, el acompañante del príncipe le hacía helar la

sangre. No podía negar que era muy guapo, de hecho todos los hombres de su país lo eran, pero tenía algo que la repelía, quizás sus fríos ojos verdes o ese fugaz gesto de ferocidad que vio en él cuando ella amenazó al ladrón con su daga, parecía que estaba esperando a que usara su arma. No tenía la mirada comprensiva y sincera del príncipe Verj, ni su tranquilidad. Ese tal Zel parecía una olla de agua hirviendo a punto de saltar y el príncipe se asemejaba a un lago en calma. Sí, esa sensación le daba. Quizá por eso el príncipe lo llevaba a su lado; un príncipe necesita un hombre que esté dispuesto a todo y que sea capaz de hacerlo sin dudar.

Ilsa caminó refunfuñando y hablando consigo misma hasta la posada e hizo un recorrido diferente, aunque más largo, para no volver a cruzarse con el Segundo Príncipe y su acompañante. Cuando llegó, entró sin mirar a la gente que se reunía en la sala común y subió las escaleras para llegar a la habitación de Naga. Golpeó una vez y, después de escuchar su voz, ingresó. El muchacho estaba acostado en su cama, con un libro en sus manos.

—Adivina qué me sucedió.

—No quisiera entrar en tu mente. —Naga apartó la vista del libro que tenía frente a él y la miró.

—Qué idiota eres —rio—. Un hombre me robó el bolso…

—¿El que traes colgado?

—Sí, pero lo recuperé gracias a Verj, Segundo Príncipe de Tesar —dijo haciendo una reverencia a la nada.

—Por todos los cielos, Ilsa. —Naga se sentó de repente—. No puedo creer que aún estés viva para contármelo.

—Me dijo que su padre me hubiera decapitado por mi insolencia, pero eso no es lo importante. —Ilsa se sentó en el borde de la cama de Naga—. Me dijo que está reclutando hombres para partir en ayuda de Sitnor. Me ofreció entrenamiento, armas y protección.

—No comprendo.

—Amenacé al ladrón con mi daga.

—¡Ilsa!

—¿Crees que iba a dejar que se llevara mi bolso? Ni en un millón de años, Naga, tengo cosas demasiado importantes aquí, además del dinero de las ventas. ¿Tú qué hubieras hecho?

—Lo hubiera cocinado, pero sin dejar que otros me vieran. ¿Cómo te atreviste a sacar un arma frente al príncipe? Tienes que estar loca, niña.

—No me conozco todas las reglas aún, Naga. Además, nunca me había topado con un príncipe, no es algo que me ocurra todos los días.

—Aunque no sepas tratar con la realeza, aquí no eres tan libre como en otros lugares, aquí debes respetar a todos los hombres que se crucen en tu camino.

—¡Eso es injusto! —Ilsa se puso de pie y cruzó los brazos en su pecho—. Tengo tanto derecho…

—No, Ilsa. No en Tesar. Observa cómo se comportan las mujeres de aquí. Obsérvalas y aprende a imitarlas, aunque te desagrade. El príncipe podría haberte encerrado, haber castigado a tu padre o haberles quitado sus tierras, sus animales y su casa. Tuviste suerte de que fuera amable y considerado, pero no todos los señores son como él. Seguro que es un joven aventurero, por eso no presta tanta atención al protocolo. Pero puede que la próxima vez no seas tan afortunada como hoy.

—¡Que mierda!

—Pues sí. Entiendo que en Drioed-ta las mujeres son tratadas como deidades y te acostumbraste a ello, pero aquí es todo lo opuesto.

—¿Acaso tengo que aceptar a mi futuro esposo sin cuestionarlo, como los hombres de Drioedta? —dijo con una mueca burlona.

—Si un hombre se acerca a ti y no te deja más salida… —Naga cerró los ojos y sus palabras salieron de sus labios como si le doliera decirlas—. No te resistas, no grites, no pelees.

—¿Qué…? —susurró. Se sintió desfallecer en ese momento. Por irreal e irracional que sonara, sabía que Naga no jugaría con algo así.

—Pueden matarte si te resistes y nadie haría nada. Tu padre y yo quemaríamos el mundo por ti, pero no los soldados o los gobernantes de la ciudad. La vida de una mujer vale poco y nada en estas tierras.

—¿Qué…? —Ilsa se dejó caer en una silla—. ¿Por qué mi padre no me lo dijo?

—Es algo que una madre debe decirle a su hija, Ilsa, y ella no tuvo la oportunidad de hacerlo. Quizá tu padre pensó que ya lo sabías.

—¿Por qué me trajo a vivir aquí? Es un lugar horrible, ¿cómo puedo salir a la calle tranquila después de lo que me has dicho?

—Por eso vine contigo a la ciudad, Ilsa, y por eso te advertí de que no salieras sola de la posada.

—Es una mierda, Naga, ¡una mierda! —Se puso de pie otra vez y comenzó a caminar por la diminuta habitación—. Debo regresar a casa y hablar con mi padre. No quiero vivir en este lugar y si él no quiere irse, me uniré al príncipe y me iré a Sitnor.

—No podemos irnos aún. Tenemos que entregar el resto del cargamento y cobrarlo.

—¡Me importa una mierda! —exclamó levantando los brazos.

—¿Quieres calmarte? Demonios, te escucharán.

—No me interesa. ¿Quieres que acepte que no valgo nada? ¿Quieres que acepte que pueden violarme apenas ponga un pie fuera de tu habitación? ¿Quieres que me quede callada mientras lo hacen? ¡Pues no, Naga, no!

—¿Crees que estarás más segura en el ejército del príncipe? —Naga la tomó de la mano y la condujo hacia una silla—. No hay mujeres en los ejércitos tesarianos, Ilsa. Serías la única mujer que los soldados verían por meses, ¿crees que eso es más seguro que la protección que podemos darte tu padre y yo?

—Quiero irme de aquí —susurró.

—Puedo llevarte a donde quieras y lo sabes. —Naga se arrodilló frente a ella—. Piénsalo primero. Piensa en tu padre, piensa en qué harás, a dónde irás.

—Iré con Quentin.

—Quentin está en Ahrbak Ardhal. —El muchacho se incorporó y se sentó en la cama—. Tomaron la ciudad y estarán estacionados allí hasta que el resto del ejército se les una para avanzar a Ciudad Capital. ¿Qué harás en medio de una guerra?

—No lo sé, Naga, curar a los heridos.

—Eso puede ser de gran utilidad. Lo mismo tienes que hablarlo con tu padre, no haré nada sin consultarlo antes con él.

Ilsa se puso de pie y dejó la habitación. Caminó hasta el final del pasillo, bajó las escaleras y llegó hasta donde se reunían huéspedes y ciudadanos a beber y cenar. Algunos de ellos levantaron los ojos de sus platos y la miraron, pero sin ponerle demasiada atención.

Caminó decidida hasta el extenso mostrador de madera, que separaba la cocina del resto de la estancia, y se sentó en un banco alto, de espaldas a los comensales. Una mujer alta, de cabello negro, mirada apagada y mejillas coloradas se paró frente a ella.

—¿Qué se le ofrece? —preguntó en un susurro.

—Un jarro de cerveza, señora —dijo sin bajar la voz. Ilsa escuchó que algunas voces se acallaron detrás de ella.

—Usted no puede beber aquí, pero puedo llevarlo a su habitación —susurró.

—Mis monedas valen tanto como las de cualquiera en este salón. Quiero un jarro de cerveza.

Los ojos de la mujer parecieron brillar por un segundo pero, en seguida, se dio vuelta, habló con el hombre que estaba acomodando las botellas en un estante y hablaron por más tiempo del que deberían, a su parecer. El silencio se apoderó de la posada y solo se escuchaba a los dueños murmurar. El hombre gesticuló y su rostro cambió de colores, pero la mujer dejó de escucharlo, tomó un jarro, lo llenó de cerveza, lo depositó frente a Ilsa y la muchacha pagó su bebida con una sonrisa de satisfacción en el rostro.

«Debería ir a una mesa y así burlarme de todos estos idiotas» pensó, pero permaneció en el mismo lugar.

Después de unos minutos, un hombre se paró cerca de Ilsa y pidió lo mismo que ella bebía. Cuando la mujer lo atendió, él tomó su bebida y se sentó a su lado. Ilsa no le prestó atención y siguió en sus cosas.

—Mujer, tráeme otra —dijo con una seña.

—No debería, las mujeres no sirven para beber —dijo el hombre. Ilsa giró levemente la cabeza para mirarlo por una fracción de segundo. El hombre se inclinó hacia su lado, puso una mano frente a ella y susurró en su oído—. ¿O estás buscando compañía?

Ilsa, moviéndose apenas, sacó una navaja de su bolsillo y la sostuvo con su mano derecha. Posó con suavidad su mano izquierda sobre la de él.

—¿A ti qué te parece? —dijo con una sonrisa y él le respondió de igual forma. Ilsa frunció el ceño, levantó su mano y clavó el arma en la mano del hombre hasta que el filo topó con la madera del mostrador; el sujeto ahogó una exclamación y apretó las mandíbulas—. A mí nadie me dice lo que debería o no debería hacer.

—Quita tu navaja o te…

—¿O qué? —preguntó, divertida. El rostro del hombre palideció y su frente sudaba.

—¡Señorita! ¿Qué está haciendo?—exclamó la mujer y se llevó las manos a la boca. Ilsa retiró su arma y, en ese momento, el hombre la tomó del cabello y le hizo levantar el rostro.

—Parece que nadie te ha enseñado a respetar a un hombre —susurró en su oído e Ilsa hizo una mueca de desagrado.

—¡Mira nada más! —exclamó una voz masculina detrás de ellos—. Si es la señorita Ilsa.

El hombre la soltó de inmediato. Ilsa se puso de pie y vio al hombre arrodillarse en el suelo. Cuando giró, vio que el Segundo Príncipe estaba allí. Con una sonrisa en el rostro, se acercó al desagradable sujeto y se agachó para hablar en su oído.

—El príncipe acaba de salvar tus pelotas. No te olvides de agradecerle.

El hombre se sobresaltó, pero no levantó la cabeza.

—Zel, llévate a este cobarde de aquí —dijo el príncipe.

—Como ordene, su Majestad. —El Príncipe le dio su hacha a su compañero y este la puso en el cuello del hombre—. Camina, escoria —dijo. Ambos caminaron hacia la puerta trasera de la posada y se podían oír las súplicas del hombre mientras se alejaban.

—Gracias, su Majestad. —Ilsa hizo una reverencia.

—¿Ahora eres correcta y has adquirido modales? —preguntó, divertido. Luego, miró hacia la mujer detrás del mostrador—. Lleva a mi mesa un botella de ghona y lo que la señorita estaba bebiendo, por favor.

El príncipe caminó hacia el rincón más alejado del salón e Ilsa lo siguió.

«¿Por qué es así de cruel mi destino? ¡Es un maldito príncipe, por un demonio! ¿Tengo que aceptar en silencio lo que sea que él desee? ¡Maldición!» pensó.

—Puedes guardar tu arma —dijo el príncipe después de que se sentaron—, no es mi intención ser despreciable como el hombre que estaba contigo.

—Perdón, no me di cuenta de que aún la tenía en la mano —murmuró al tiempo que la guardaba.

—Tienes miedo. ¿Qué cambió desde nuestro encuentro anterior hasta ahora?

Ilsa miró el jarro que la mujer estaba colocando frente a ella y esperó a que se retirara para responder.

—Yo no conocía las costumbres de Tesar, mi señor —susurró—. Me enteré cuando regresé a la posada. Las mujeres no somos nadie aquí, hasta un caballo vale más que un par de nosotras.

—No todos creemos que eso sea así. —El príncipe sirvió ghona en el pequeño vaso de cerámica y lo bebió de un solo trago—. Ni mis hermanos ni yo pensamos de esa forma, por lo que muchas cosas cambiarán cuando mi padre deje el trono.

Ilsa sonrió a medias.

—Les llevará siglos educar a la gente —dijo antes de beber.

—Puede ser, sin embargo algún día hay que empezar a hacerlo. Tal vez no tú, pero mis hijas o mis nietas y las mujeres en esos próximos años podrán sentirse libres y seguras. Si continuamos posponiéndolo, nunca sucederá.

—Eso es cierto.

—Puedes estar tranquila. —El príncipe le sonrió e Ilsa lo miró por unos segundos. No parecía tan serio ni tan rígido cuando sonreía—. Acepto tu falta de educación, es más, me divierte. Así que no tengas miedo cuando estés conmigo, no dejaré que nadie te falte el respeto y mucho menos oirás una falta de respeto salir de mi boca. No utilizo el privilegio de mi sangre real para conseguir mujeres, no me interesa hacerlo de esa forma.

—Entonces. —Ilsa frunció el rostro y preguntó con cautela—. ¿Puedo conversar con usted y beber sin que vaya a intentar llevarme a… su habitación?

—Te doy mi palabra de que no voy a intentar nada, señorita Ilsa.

—Eso está muy bien. —Ilsa suspiró, aliviada—. Muchas gracias, señor príncipe.

—Puedes llamarme Verj.

—¿Puedo hacerle una pregunta? —El príncipe asintió—. Está bien si no quiere responder, es algo muy serio. ¿Cómo es que saben lo que ocurre entre Sitnor y Pyebra?

—Eso es algo que no puedo responder, muchacha, porque pondría en riesgo la vida de quienes nos mantienen informados. No te conozco y no sé qué clase de persona eres, qué amistades tienes, ni qué contactos.

—Contactos, dice. —Ilsa rio—. Es la primera vez que vengo a esta ciudad y vivo a menos de cinco kilómetros. Mis contactos son mi padre y Naga, ese muchachito moreno que acaba de bajar por las escaleras. —Ilsa se puso de pie, levantó un brazo para atraer su atención y luego susurró—. Se asustará al verme junto a usted, ya verá.

La puerta de su habitación se cerró y Naga se contactó con su maestro para contarle del encuentro de Ilsa con el príncipe y la conversación posterior.

—¿Dónde está ella ahora?

—Acaba de dejarme. Estaba molesta con usted y conmigo también, supongo.

—Condenada muchachita caprichosa, no sé en qué momento se ha vuelto así.

—¿Quiere que le conteste?

—No hace falta. Ve por Ilsa, a ver cómo se encuentra. No quiero que haga una estupidez.

Naga se levantó de la cama y salió de su habitación. Golpeó la puerta siguiente a la suya, pero no obtuvo respuesta. Corrió por el pasillo hasta la escalera y, al llegar al salón, miró a su alrededor. La vio de pie al otro extremo del salón y haciéndole señas. Se sobresaltó al ver a Ilsa junto a un joven de larga melena gris, que llevaba trenzada a la manera de los soldados tesarianos, de rostro serio y de gran tamaño. Ilsa parecía una niña pequeña a su lado. Caminó hacia ellos y vio en el pecho del joven la brillante insignia de la Casa Real de Tesar, un círculo de oro y, en su centro, una estrella de plata de cuatro puntas.

—Tarde, maestro, Ilsa está sentada en una mesa junto al príncipe.

—¿Qué dices? Esa chica perderá la cabeza por su falta de tacto, no debí haberle dado tantas libertades.

—Iré a buscarla, maestro, intentaré llevármela ahora mismo.

Cuando llegó hasta ellos, Ilsa corrió una silla hacia atrás para que se sentara, pero Naga permaneció de pie.

—Buenas noches, su Majestad —dijo con una reverencia.

—Siéntate —contestó el príncipe—, bebe con nosotros.

—No quisiéramos molestarlo, vine por la señorita Ilsa.

—Estamos teniendo una conversación bastante interesante —dijo Ilsa—, siéntate.

—Mi señor, si nos disculpa…

—Siéntate —contestó con seriedad y Naga obedeció, sin protestar esta vez—. Para tu tranquilidad, no tengo ninguna intención de llevarme a la señorita Ilsa a mis aposentos, si esa es tu mayor preocupación. —Ilsa asintió mientras el príncipe hablaba—. Por lo demás, es agradable tener compañía. —El príncipe sirvió ghona en un pequeño vaso y lo dejó frente a Naga—. Todos me tratan como tú lo haces pero la señorita Ilsa, en cambio, me trata como a un igual y eso me hace sentir bien. Cuando era más joven, en mis primeras salidas fuera del palacio, solía esconder mi insignia antes de entrar a alguna taberna, pero no pasó mucho hasta que me descubrieron y el trato de la gente cambió. Regresaron las reverencias y las conversaciones se acabaron. Tuve que ordenarles, a los primeros amigos que tuve, que me trataran como siempre lo habían hecho cuando la insignia no estuviera a la vista, pero pasaron algunos meses hasta que retomaron la confianza. Los hombres con los que había reído, peleado y bebido me miraban con temor, como si fuera un completo extraño.

—Eso debe haber sido muy triste —dijo Ilsa.

—Más aburrido que triste. Pero ahora no puedo quejarme. Hay un puñado de mineros, un herrero, un criador de ovejas, un sanador y un par de borrachos con los que puedo reír y beber sin preocuparme de que quieran pagar mi bebida. ¿Pueden creerlo? Cuando supieron quién era, hasta eso querían hacer, pagar mis bebidas, cuando no me alcanzaría la vida para gastar todo el oro de mi familia.

—No me imagino cuánto oro es eso —murmuró Ilsa.

—No sabría decirte, no estoy muy atento a esas cosas.

—Vaya, señor príncipe, se ve muy serio, pero habla más que…

—¡Ilsa! —Se apresuró a decir Naga, pero el príncipe soltó una carcajada.

—A él no le molesta, Naga.

—Hombre, te va a dar algo, cálmate —dijo el príncipe entre risas.

Naga quería retirarse a su habitación, alejarse de ahí y no tener que presenciar el descaro con el que Ilsa lo trataba pero, a su vez, temía que algo le sucediera si la dejaba a solas con ese desconocido. Él le dio su palabra de respetarla pero, por más príncipe que fuera, cualquiera podía

mentir y Naga no era nadie para recriminarle sus acciones. Decidió, finalmente, permanecer junto a Ilsa, pero no participar de su conversación más que lo estrictamente necesario y no intentar detener sus descabelladas respuestas. Transpiró como si estuviera en Drioed-ta, temió por su integridad física en más de tres ocasiones y, cuando el príncipe pidió una segunda botella, un muchacho de cabello rubio, y tan alto como el príncipe, se unió a ellos.

—¿Qué hiciste con el hombre? —preguntó Verj a Zelig, su compañero, después de haberlo presentado a Naga.

—Perdió algunos dedos… A decir verdad, terminó perdiendo una mano. —Zelig se rascó una oreja e hizo una mueca. Sus ojos verdes brillaron por unos segundos—. Y, bueno, ya no será capaz de molestar nunca más a una mujer. —El muchacho hizo una pausa y el príncipe lo interrogó con la mirada—. Lo castré.

—Bien hecho —dijo, le palmeó la espalda y le sirvió una copa—. Brindemos por eso.

Ilsa rio y festejó con ellos el logro del tal Zelig y Naga los observó, sin saber muy bien qué pensar de lo que acababa de oír.

—Ese hombre estaba molestando a la señorita Ilsa —dijo el príncipe a Naga—. Zelig lo vio y decidimos intervenir. No toleramos esa clase de comportamientos de nadie.

—Me parece correcto —susurró Naga, aún asombrado. Tal vez, sí eran hombres de palabra.

Las conversaciones continuaron más ruidosas que antes entre los hombres pero, después de la llegada de Zelig, Ilsa ya no se comportaba de igual forma y, cuando la muchacha se puso de pie para retirarse, Naga tenía un ardor en el estómago que parecía quemarle las entrañas.

—Esperen —dijo el príncipe—. ¿Irán con nosotros a Sitnor?

Ilsa y Naga se miraron por unos segundos.

—¿Cuándo partirán? —preguntó ella.

—Cuando hayamos juntado algunas centenas de hombres. En un año quizás, queremos recorrer todos los lugares posibles.

—Vaya uno a saber qué estaremos haciendo dentro de un año —dijo Ilsa y se encogió de hombros.

—Daré un comunicado antes de partir, de todas formas. Espero encontrarlos allí.

—Ya veremos que tiene preparado el destino para nosotros, señor Segundo Príncipe —contestó Ilsa.

El príncipe sonrió y ellos se retiraron.

68

—¿Crees que Ilsa vendrá con nosotros? —preguntó Verj mientras la miraba marcharse.

—Lo dudo, no parecía muy convencida.

—No me extraña, la guerra siempre es peor para las mujeres, Zel. Nosotros podemos ser heridos o morir, pero ellas pueden ser violadas por decenas de hombres y aún continuar con vida para parir a un hijo sin padre.

—Tienes razón. —Zelig vació su copa una vez más—. El muchacho que estaba con la señorita Ilsa, ¿quién es?

—Su hermano adoptivo —dijo Verj antes de beber—. Es de Pyebra.

—Hay algo extraño en él, como si tuviera miedo.

—¿Quién no tendría miedo frente a nosotros, Zel? —contestó Verj con una mueca burlona—. Además, tú has visto el tamaño que tiene, parece un niño.

—No es eso a lo que me refiero. No esa clase de miedo, sino algo más grande, diferente. Como si ocultara algo tan grande que…

—Como Leyna… —murmuró Verj.

—Tienes razón. Eso es, ¡es un mago! —dijo Zelig, intentando contener la emoción.

Los hermanos dejaron la mesa y Zelig caminó hacia el mostrador.

—Mujer, ¿podría decirme en qué habitación se aloja el muchacho que estaba con nosotros? —preguntó Zelig con amabilidad.

—En la 7, mi señor.

Zelig le agradeció dejando una moneda frente a ella y caminó hacia la escalera. La subieron a grandes zancadas y Verj llamó a la puerta 7. Pasaron unos segundos hasta que el muchacho abrió. Se asombró al verlos pero, de inmediato, hizo una reverencia y se apartó para dejarlos ingresar.

—Su Majestad —murmuró cuando Verj pasó junto a él— ¿en qué puedo ayudarlo?

—Te haré una pregunta y te ordeno a que me respondas con total sinceridad. ¿Eres mago?

Naga, que no había levantado la mirada del suelo hasta ese momento, lo miró y su rostro palideció.

—Yo… sí, lo soy —tartamudeó. Naga cerró los ojos por unos instantes y, cuando volvió a abrirlos, su actitud cambió por completo. Su espalda se irguió y miró a Verj a los ojos—. Si intentan detenerme o hacer algo contra mí, desapareceré de aquí en el mismo instante en que muevan un dedo y me llevaré a Ilsa conmigo.

Verj levantó ambas manos y miró a su alrededor. Se sentó en una silla, apoyó los codos en sus rodillas y su compañero ocupó el lugar a su lado.

—Siéntate, por favor. —Verj señaló la cama que había frente a él—. No queremos hacerte daño, no te reportaremos ni atentaremos contra ti.

—Te necesitamos —agregó Zelig.

—También es mi guerra, señores, pero aún no es mi momento.

—No entiendo —dijo Verj—, ¿de qué lado estás?

—Del de Sitnor, por supuesto. Estamos al tanto de lo que…

Unos golpes interrumpieron a Naga y Verj le hizo una seña para que abriera.

—¿Te imaginas a Quentin vistiendo media falda, como los tesarianos? Sería… —Ilsa ingresó a la habitación, su sonrisa desapareció y se quedó con la frase en los labios en cuanto reparó en

ellos—. ¿Qué sucede? Naga, ¿estás bien?

—Estoy bien. Pasa y siéntate. —Naga cerró la puerta—. El príncipe descubrió que soy mago.

—¿Te descuidaste? Naga…

—Zelig lo descubrió —dijo Verj.

—No lo vi hacer nada, fue su actitud, señorita Ilsa.

—No entiendo, pero no importa. Continúen. —Ilsa se sentó junto a Naga y él comenzó a hablar otra vez.

—Estamos informados de todo lo que sucede entre Sitnor y Pyebra. Sitnor acaba de tomar Ahrbak Ardhal…

—¡Bien! —exclamó Verj.

—Avanzaran a Ciudad Capital cuando se una a ellos el resto del ejército. En ese momento, algunos de nosotros iremos en apoyo de Sitnor. La reina cuenta con una centena de magos de diferentes clases de poderes y seremos necesarios. Somos muchísimos menos pero, quizá, podamos hacer una buena defensa si unimos fuerzas. Hasta ahora, los magos de la reina continúan en Ciudad Capital, por lo que avanzar ha sido muy fácil para Sitnor.

—Demasiado fácil, a nuestro parecer —dijo Zelig—. Pensamos que quizás están guiándolos hacia allí a propósito.

—No fue así —dijo Naga—. Fue por la cobardía de Reda Almairon, el hermano del rey. Se esconde en su tienda y escapa en cuanto las cosas se ponen difíciles. Huyó de Ahrbak Ardhal antes que Sitnor llegara, los soldados se rindieron casi sin luchar y muchos desertaron cuando se supo que Reda escapó una vez más.

—Vaya guerrero —dijo Verj.

—¿Qué hay de los magos de Erjathá? —preguntó Zelig.

—Hay uno de ellos que participó en las batallas pero, al no tener rivales, se dedicó a jugar con ellos. A pesar que la reina puso precio a su cabeza, él se dio el lujo de camuflarse entre los soldados de Pyebra, comer con sus hombres, pasearse entre ellos, conocer sus planes y luego participar activamente con las tropas de Sitnor.

—¿Cuánto piden por él? —preguntó Verj.

—1000 monedas de oro —dijo Naga con una mueca—. Vivo o muerto.

—Eso es mucho oro—dijo Zelig asombrado—. La reina está desesperada o ese mago es muy bueno.

—La segunda —asintió Naga—. Y además de ser poderoso, no tiene ni un gramo de prudencia. Se presentó en el Palacio de Las Hojas dos veces para devolver a dos magos con los que se cruzó. Casi muere en la primera ocasión… —Naga hizo una pausa—. Bueno, las dos veces, de hecho. En la última, la reina casi lo captura. Lo salvó el espía que tienen en el palacio.

—Por Sinmá —rio Zelig—, ya me cae bien.

—Hay varios imprudentes de nuestro lado. En el campo de batalla suele hacer equipo con un muchacho de Sitnor, Quentin Guna.

—Por los dioses —exclamó Ilsa y se llevó la mano a la boca—. ¿Lo hirieron?

Verj pudo notar que Ilsa permaneció ajena a la conversación y solo en ese momento se sobresaltó.

—Los pyebranos le llaman «reznic».

—¿Qué quiere decir…? —tartamudeó Ilsa y, luego, exclamó alarmada—. ¡Carnicero! ¿Lo llaman carnicero?

—Usa dos espadas de hojas negras y es imparable en el campo de batalla. No deberías preocuparte, si lo hieren, serán solo heridas menores.

Ilsa miró a Naga por unos segundos y, luego, se miró las manos.

—Vaya, pensé que era incapaz de matar a una mosca.

—¿Eso te pareció?

—No lo vi con un arma, no podría saberlo —murmuró y se puso de pie—. Debo… me marcho.

La muchacha dejó la habitación sin más explicación, para asombro de Verj.

—¿Qué le sucede? —preguntó el príncipe.

—Quentin es alguien muy cercano a ella, lo conocimos en Sitnor.

—Se alteró cuando lo mencionaste —dijo Zelig.

—Siempre, cada vez que escucha algo de él, no se preocupen. Quentin es el hijo del Vicegobernador. Su hermano, Noah, es quien envía correspondencia a su padre el rey Atkjer, junto a los Praeths de Morrau.

—Se me hacía conocido el nombre familiar —dijo Verj.

—El mundo es muy pequeño —murmuró Zelig.

—Más de lo que imaginamos —dijo Naga—. Nunca hubiera pensado conversar con el Segundo Príncipe acerca de estos asuntos. Es importante hacer alianzas y permanecer unidos, pero no imaginé que sería así.

—En algún momento sucedería. —Verj se puso de pie y su compañero lo imitó—. ¿Permanecerán aquí más días?

—Mañana por la tarde dejaremos la ciudad.

—Quizá no nos veamos hasta que lleguemos a Sitnor —dijo Verj—. Ha sido un gusto haberte conocido, Naga.

—¿El padre de Ilsa es el mismo mago de la Antigua Era? —soltó Zelig y Verj lo miró, confundido.

—En lo absoluto —dijo Naga—. Es un granjero que cría ovejas.

—Zelig, ¿qué sucede contigo?

—Solo curiosidad, su Majestad.

—Mis disculpas —dijo Verj mirando a Naga y el muchacho asintió.

De regreso en su habitación, Zelig estaba quitándose las botas cuando habló.

—Me juego la cabeza que es el mismo Egil Zvezda de los libros.

—Ya déjalo —murmuró Verj, acostado en su cama.

—Ilsa no lo sabe, pero ese Naga sí. Ni siquiera se sorprendió cuando lo pregunté.

—Quizá está habituado a que se lo pregunten.

—No lo sé, pero para mí hay algo. Deberíamos visitarlos. Tal vez ese sea el maestro de Ogdev y de Leyna.

—Eres inteligente, condenado crío.

—Apenas eres unos meses mayor que yo, anciano.

—Fue una buena idea traerte, aunque aún no es el momento de visitarlos. Ahora que lo pienso, no sé por qué deberíamos hacerlo. Ogdev ya nos dejó en claro cómo son las cosas. No podré convencerlo de que deje a Leyna aquí, ella no querrá que la dejemos atrás y, aunque me duela decirlo, la necesitamos.

69

Pyebra Ciudad Capital

—¡El rey ha muerto! ¡El rey ha muerto!

Eran las únicas palabras que se oían en las calles, en los mercados y en los puestos callejeros.

Las mujeres lloraron arrodilladas allí donde la noticia las alcanzó. Los hombres se despojaron de sus sandalias y comenzaron a caminar hacia el Gran Templo de Efos, para rezar por él.

Ciudad Capital lloraría por un día y, al siguiente, celebraría el paso del soberano por esas tierras. En cada hogar se festejaría el recuerdo de Kirios Almairon, su bondad y lo bueno de su reinado. Las calles se llenarían de guirnaldas de flores, los músicos se reunirían en cada esquina… Pero no era momento de hacerlo aún. Era momento de expresar la tristeza de su pérdida, llorar por la reina viuda y por sus pequeños, que crecerían sin el cariño y la protección de su padre.

La procesión para acompañar al rey en su último paseo por la ciudad, partió desde la puerta enrejada del Palacio de Las Hojas, donde se congregaban miles de tristes mujeres. Presidía la desconsolada comitiva una carreta blanca, sin techo, donde el cuerpo del soberano iba envuelto en sábanas blancas con bordados de oro. La reina, vestida de blanco, escondía su rostro debajo de un velo e iba en un carruaje abierto, acompañada por los dos pequeños príncipes, que lloraban en silencio.

Reda Almairon, hermano del rey, caminaba al lado del carruaje de la viuda, con el rostro serio y la mirada puesta en las piedras del sendero.

Mientras avanzaban lentamente, más y más mujeres se unieron a ellos y, cuando llegaron a su destino, todos los hombres de la ciudad los recibieron gritando su dolor a los cuatro vientos.

Veinticuatro colosales columnas de piedra gris, que se elevaban hasta acariciar el cielo, formaban un cuadrado que rodeaba al edificio de lisas paredes de mármol blanco.

El Supremo Sacerdote, ataviado con una túnica azul, esperaba delante de las talladas puertas de ébano del Gran Templo de Efos, dios sol. Caminó hasta atravesar las columnas y llegó a la carreta que se detuvo en la calle. Junto a Reda y los ministros, tomaron el cuerpo de Kirios y caminaron hacia el templo. Viktoria y los príncipes los siguieron algunos pasos detrás.

Los llantos y exclamaciones continuaron hasta el anochecer, cuando la reina salió del templo, con el príncipe Dante durmiendo en sus brazos y la princesa Lena caminando a su lado.

La coronación de Viktoria como Reina Única se llevó a cabo esa misma noche, en la intimidad de un palacio en silencio. Si continuaba con vida, la reina Viktoria regiría hasta que el príncipe Dante cumpliera los trece años, en el año 4010.

Viktoria entró a su habitación, cerró la puerta con llave, tomó una botella de vino y salió al balcón. Era una noche sin luna y, frente a sus ojos, solo se veían los brillantes y pequeños astros suspendidos en el cielo. Se recostó en un diván y bebió.

—¿Cómo pudiste, Kirios? ¿Cómo me dejaste sola? —sollozó—. Eras mi compañero, mi amigo, Kirios, ¿por qué te fuiste? Ibas a reinar el mundo, luz de mis días, ¿cómo continúo sin ti? —Cubrió su rostro y lloró por largos minutos, hasta que oyó pasos detrás de ella. Se sentó, sobresaltada y limpió sus mejillas. La silueta de Reda se recortaba en la tenue luz de la habitación.

—Pensé que querrías compañía —dijo Reda.

—Vete —dijo con la voz ahogada.

—No tienes que fingir conmigo, Viktoria. Ya te libraste del inút…

Viktoria se puso de pie y pequeños rayos de luz blanca se formaron en su mano.

—No te atrevas, Reda, ¡no te atrevas! —Se acercó a él pero, después de unos segundos, los rayos de luz desaparecieron y Viktoria regresó al diván.

—Ahora lloras, pero pasabas más noches en mi cama que en la de tu marido. ¿A quién quieres engañar? No tienes público para fingir tristeza, nadie aquí se conmoverá con tus palabras o tus lágrimas, Viktoria.

—Vete o serás el próximo en encabezar la procesión —susurró sin mirarlo.

—Nos casaremos en cuanto terminen estas ridículas festividades.

—¿Cómo te atreves a pedirme casamiento cuando acabo de perder a Kirios? ¿Has perdido la razón?

—Te casaste con él por conveniencia, pero ya no está aquí, somos libres.

—Me casé con él porque lo amaba, Reda.

—¿Y a mí?

—Tú eres solo un accesorio. —Viktoria sonrió disfrutando hacerlo sentir insignificante—. Tenía esperanzas de que, al menos, fueras capaz de tomar la primera aldea pasando el Puente Negro, pero ni siquiera fuiste capaz de defenderlo…

—Sitnor tenía a Tino Suhrah…

—Tú tenías a Radjhá, pero en lugar de enviarlo por Tino, le pediste que cuidara tu trasero. —Viktoria hizo una pausa y luego lo miró—. Vete, Reda, antes que…

—¿Antes que qué…?

—Demuéstrame que sirves para algo, además de complacerme en la cama. Demuéstrame que eres útil para Pyebra y para nuestros propósitos. No me sirves de nada si no es así. Puedo conseguir un amante en cualquier lugar. Uno que me dé todo lo que necesito, además de una buena noche.

—¿Cómo te atreves…? —Caminó hacia ella y la levantó del diván tomándola del brazo, pero Viktoria puso una mano en el cuello de Reda.

—Dame un solo motivo para no arrancarte la garganta aquí mismo —murmuró.

—Mi madre te… —Reda levantó la voz, pero Viktoria no lo dejó continuar.

—Tu madre sospecha que envenenaste a Kirios. —Reda la soltó. Viktoria se alejó de él y le dio la espalda. Miró hacia el cielo por unos segundos antes de volver a hablar—. Puedo entrar en tu mente y averiguarlo o, incluso, inventarlo si no lo hiciste. Tu madre maldecirá tu tumba y tu alma hasta el último de sus suspiros.

Cuando giró para verlo, Reda ya no estaba. Viktoria entró a su habitación y revisó el lugar. Su cuñado parecía haberse esfumado.

70

Lena abrió los ojos cuando escuchó el sonido de su puerta abrirse. Se sentó en la cama y se restregó los ojos, que parecían estar llenos de arena. Lloró por la muerte de su padre todo el día anterior y gran parte de la noche. El dolor que sentía amenazó con llegar a sus ojos de nuevo,

pero no lo permitió.

—Los dioses la bendigan, princesa —dijo Teka, su nana—. He traído su desayuno.

—No tengo hambre. Iré a ver a mis perros. Ayer no les permitieron estar conmigo. —Lena caminó hacia el guardarropa, buscó una túnica, se quitó la ropa de dormir y se vistió.

—Princesa, su madre se enojará si no…

—Siempre está enojada, Teka.

—Ella vendrá en cualquier momento a verla.

Lena la ignoró y se sentó en el suelo para calzarse sus sandalias. Cuando terminó, dejó la habitación con la nana corriendo detrás de ella, rogándole que regresara.

Lena caminó entre el laberinto de pasillos y, cuando salió al jardín, la nana ya no venía tras ella. Corrió hacia el establo y, al abrir la puerta, un fuerte olor le sacudió los sentidos y oyó el zumbido de cientos de moscas revoloteando.

—¡Fuego! —llamó, asomada en la puerta—. ¡Plata!

Lena comenzó a sollozar, intuyendo lo que encontraría, y caminó hacia el interior ignorando el hedor. Repitió sus nombres entre lágrimas hasta que llegó a ellos.

Sus cuerpos estaban cubiertos por decenas de heridas abiertas y tenían sangre seca en sus colmillos. Se arrodilló entre ellos y los acarició, a pesar del estado en el que se encontraban.

«Te voy a matar, Reda, te juro que un día te voy a matar» pensó. Reda amenazó con dañarlos en más de una ocasión y, esta vez, lo cumplió.

Tomó la pata de Fuego entre las suyas y se agachó para besarla. Recostó la mejilla en su cabeza y sus lágrimas cayeron en los ojos abiertos del enorme animal. Recordó que su nana anterior se los regaló, para que no se sintiera sola, cuando apenas eran unas gordas bolas de pelos. Y Viktoria la mandó a matar por ello.

Se abrazó a Plata y lloró con su frente apoyada en su lomo. Los momentos que compartió con ellos regresaron a su mente y Lena recordó, con dolor y alegría mezclados en su interior.

«Ya sé cómo podemos llamarlos». Le había dicho a Tareq una tarde junto al lago y él había sonreído. «Tus ojos son como dos monedas de plata cuando usas tus poderes y los míos del color de las brazas, por eso es que los llamaré Plata y Fuego».

«¡Esos nombres me gustan! Qué inteligente eres, pequeña».

Alguien puso una mano sobre su hombro y Lena se puso de pie de un salto.

—Tareq, mis perros —murmuró y se abrazó a él.

—Debes irte, pequeña, hoy mismo.

—No, no quiero. No quiero irme sola, tengo miedo.

—Ayer vi a Reda salir de aquí con sus hombres.

—Por favor, Tareq. —Lena lo abrazó con más fuerza.

—¿Cuánto crees que faltará para que ese monstruo te lastime? Ahora que tu padre no está…

Todo el dolor que echó raíces en su pecho desbordó por sus ojos, rodó por sus mejillas y ahogó su garganta. El único lugar seguro que le quedaba, desde que Fuego y Plata fueron asesinados, eran los brazos de Tareq, pero debía alejarse de él para mantenerse a salvo. Lena dejó toda su pena en el hombro de su amigo, que intentaba consolarla acariciando su cabello.

—Ya he creado una distracción para que tu madre esté ocupada —dijo Tareq cuando ella se calmó—. Tienes que irte antes que recuerde que debes beber la poción.

—Ven conmigo —susurró sin soltarlo.

—Si no me encuentran, saldrán a buscarnos y me matarán cuando me encuentren. Nihá sabe todo de mí, sabrán que fuimos a Palmeras.

—¿Cuándo viene Tino?

—Dentro de cuatro días.

—Esperaré a que él…

—No, mi pequeña, no quiero que Reda te lastime. Ya me he ocupado de todo. En la puerta norte…

—No, por favor —dijo y se aferró con más fuerza a él.

—Lena, escúchame. —Tareq la apartó para mirarla a los ojos y le acarició el pequeño rostro—. No puedo protegerte de él, tu madre no me deja acercarme a ti y, si le hago algo a Reda, ella acabará conmigo; quedarás desprotegida y sola aquí. Debes irte a Palmeras ahora mismo. En la puerta norte dejé un bolso con algunas cosas para ti. Hay ropa y alimentos para varios días. ¿Recuerdas lo que te enseñé? —Lena asintió y Tareq se puso de pie, con la niña en brazos—. Deja tu túnica, tus sandalias y tus pulseras entre los arbustos, yo las buscaré. Vístete con las ropas que hay en el bolso antes de salir. Ten mucho cuidado, evita los poblados, escóndete bien. Tino dejó marcas en los árboles por donde debes ir, ¿lo recuerdas? —Lena volvió a asentir—. Cuenta los pasos y, si pierdes una marca, regresa hasta la anterior. Si debes defenderte, hazlo. No dejes que nadie te lastime. No importa si es soldados, hombre o mujer. No permitas que nadie te toque, solo estarás segura cuando llegues a Palmeras. —Tareq respiró profundo—. Si debes matar, hazlo. No sientas culpa si lo haces, tu vida es más importante que cualquier otra hasta que llegues a Palmeras. Mantente alerta hasta que encuentres a Tino, ¿sí? —Lena asintió—. Le diré que te busque por los caminos cuando venga.

—Te quiero, Tareq. —Lena se abrazó con fuerza a él.

—Yo también, mi pequeña.

—Te voy a extrañar.

—Pronto iré a verte, ¿sí? Esta es tu oportunidad para escapar de aquí y ser libre. Te esperan buenas personas, estarás bien allí. —Tareq depositó a la niña en el suelo, se quitó la cadena que colgaba en su cuello y la pasó sobre la cabeza de Lena. Ella la miró y vio que tenía un dije de una estrella de plata con un rubí incrustado en el centro. Tareq mandó hacer dos colgantes iguales, uno para ella y uno para él, pero Viktoria le quitó el suyo cuando lo descubrió y, después de eso, alejó a Tareq de su lado y le prohibió visitarla otra vez.

Lena le dio la espalda, comenzó a correr hacia la puerta del establo y, luego, se dirigió hacia la salida norte. Llegó a la pequeña puerta de madera y buscó entre los arbustos el bolso que Tareq mencionó. Cuando terminó de vestirse, dejó sus pertenencias a un lado, se colgó el bolso en la espalda y abrió la puerta.

Delante de ella, un camino de tierra rojiza, cubierto en partes por la hierba, se internaba en la tupida selva pyebrana.

«Cuando regrese aquí, será para destruirlo todo» pensó.

Lena, sin mirar atrás, se internó en el sendero en desuso y agradeció que, en lugar de sandalias y túnicas, Tareq hubiera incluido un par de botas y pantalones largos. Los pastos eran altos y molestos y se imaginó que le hubieran irritado las piernas de forma horrible.

Corrió por un par de minutos, pero el calor no contribuyó a que pudiera recorrer mucho camino, por lo que se sentó a descansar y a beber agua. Una rama crujió a sus espaldas y Lena se puso en marcha nuevamente. Debía alejarse del palacio lo más posible antes que notaran su ausencia.

Tareq sacó de su bolsillo un collar igual al que le dio a Lena y lo colgó en su cuello. Respiró profundo y caminó hacia la salida. El olor a putrefacción se le había impregnado de tal manera en la ropa y en los sentidos, que no lo notó hasta que salió del establo. El aire puro le llenó los

pulmones y respiró, aliviado.

Fue a la puerta norte a buscar las ropas de Lena y, luego, corrió hasta la galería que se abría frente a él. Después de terminar con la ilusión que lo escondía, se dirigió a su habitación. Se quitó las ropas manchadas con la sangre de Plata y de Fuego y las quemó. Se vistió y se dirigió al ala sur, para comenzar con las clases que dictaba a los niños más pequeños.

A mediodía, después que todos se retiraron a sus habitaciones a pasar las horas en que el calor era más intenso, Tareq dejó el palacio por la puerta sur y fue hacia uno de los barrios pobres. Sabía que allí, en la inocente creencia de que tendrían una mejor vida, algunas madres vendían a sus niños a cualquier desconocido por unas pocas monedas. No preguntaban qué harían con ellos, no reclamaban volver a verlos y, probablemente, no pensarían en ellos nunca más; tenían más niños por los que preocuparse.

Necesitaba una niña que se ajustara a las características de Lena. De cabello negro, rolliza, de baja estatura para su edad pero, el principal problema, era encontrar una niña de piel tan blanca como la de la princesa. En Pyebra era raro encontrar personas de piel clara, a menos que sean originarias de Tesar.

«Los muertos palidecen, Tareq, no te pongas tan exigente» pensó.

Después de varias horas de caminar entre perros famélicos y niños sucios de todas las edades, encontró una niña parecida a Lena. Su madre accedió a vendérsela y él dejó la zona junto a la pequeña. Caminó hacia el río con la niña en brazos y cuando ella empezó a preguntar por su madre, la puso a dormir con un hechizo.

Al llegar a la orilla, Tareq la depositó entre la hierba, la desvistió y volvió a vestirla, pero con la túnica de Lena esta vez. Estiró la raída túnica de la niña, colocó unas piedras en ella, la anudó y la arrojó a la corriente. Intentó ponerle las sandalias de Lena, pero sus pies eran más grandes que los de la princesa. Las dejó a un lado y se sentó junto a ella. La miró de reojo y la pequeña dormía, tan confiada y tranquila que el corazón se le encogió y no fue capaz de mantener el control.

Tareq lloró e intentó convencerse de que lo que él haría era mejor que cualquier destino que podría esperarle a esa pequeña.

Niños como ella llegaban al mundo para sufrir desde el primero hasta el último de sus suspiros. Hambre, humillaciones, maltratos, abusos, violaciones, torturas… Pocos eran los señores adinerados que compraban niños para hacerlos sus sirvientes y la mayoría de ellos no duraban más que unos pocos meses con quienes los compraron. Él la mataría sin que sintiera dolor, sin que sufriera, sin enterarse de lo que estaba por ocurrirle. De hecho, la niña ya no volvería a despertar.

Levantó una mano y la acercó a ella, pero no pudo recitar las cuatro palabras de poder que acabarían con su vida.

—Hazlo por Lena. ¡Debes hacerlo! —exclamó, pero no logró reunir el coraje suficiente.

Después de varios minutos, se puso de pie y se acercó al río. Mojó su cabello y lavó su rostro varias veces. Se secó las manos en el pantalón y caminó decidido hasta la niña.

—*Khubta sharak gatryth lanta*[23] —murmuró y la pequeña dejó de respirar. Cayó de rodillas y se tomó la cabeza—. ¡Demonios! Maldito sea, lo hice.

Tareq se golpeó la cabeza con los puños y gritó, maldiciéndose. Luego, se arrastró hasta la niña, tomó su mano y apoyó su frente en ella. Le pidió perdón cientos de veces, hasta que ya no salió ningún sonido de su garganta y, cuando se dio cuenta, la diminuta mano que sostenía entre las suyas estaba tan fría que la soltó y retrocedió, horrorizado.

Las moscas, de verdes alas tornasoladas, se posaban en los ojos y en la boca de la niña y él las

apartó en vano, pues regresaron enseguida.

Miró al cielo y vio que no faltaba mucho para el atardecer; debía volver al palacio antes que alguien fuera a buscarlo a su habitación.

Se sentía miserable y vacío, como si su alma se hubiera escapado de su cuerpo en el momento en que sus labios pronunciaron esas cuatro palabras. Aun así, sabía que debía continuar con el plan, no podía dejar que alcanzaran a Lena, no podía permitir que la muerte de esa niña no significara nada. No podía arruinarlo todo por su debilidad.

Se puso de pie, arrojó las sandalias de Lena a un lado y arrastró a la pequeña hasta dejarla junto a la orilla. Se debatió entre hacerlo o no pero, finalmente, apartó la mirada, cortó uno de sus pequeños dedos y dejó caer la mano en el agua.

Los animales se encargarían del resto.

71

A pesar de que intentó seguir con completa normalidad los entrenamientos esa tarde, se sentía descompuesto. Todavía podía sentir esa pequeña y fría mano entre las suyas y fue una impresión de la que no se pudo deshacer por más horas que pasaron. Temía que, en un descuido, notaran su malestar. O, en el peor de los casos, alguien pudiera ver un destello de sus recuerdos en su propia mente y se decidiera a indagar con mayor profundidad. Tenía que hallar con urgencia la manera de proteger esas memorias. Había evitado hacerlo, pero debía preguntarle a Tino cómo lograrlo antes de que fuera demasiado tarde.

Cuando la noche cayó sobre ellos, se retiró a su habitación, se dio un baño y estaba mirando por su ventana cuando vio que una marea de antorchas comenzó a inundar los jardines.

—Recién ahora notaron que Lena no está aquí —susurró.

Abrió la puerta de su habitación y vio que sus compañeros salían hacia el pasillo con la misma confusión, que él intentaba aparentar, marcada en sus rostros.

—¿Qué sucede? —preguntó a uno de los soldados que pasaba frente a él.

—La princesa ha desaparecido.

—¿Dónde está su nana?

—Estaba colgada en su habitación. Lleva muerta varias horas.

—Puedes retirarte —dijo Tareq, intentando mantener la compostura.

«Fue mayor el temor a enfrentar a la señora Viktoria que el aprecio a su propia vida. Demonios, ¿qué hice?»

Tareq corrió hacia los jardines, para unirse a la búsqueda. Todos conocían la relación que tenía con la princesa, por lo que nadie se extrañaría de verlo tan perturbado. Al final podía expresar su pesar sin temor alguno.

Una mano se posó con suavidad en su hombro y él se dio vuelta, sobresaltado. La señora Viktoria lo alcanzó.

—Tareq, querido.

—¿Qué sucedió con Lena, mi señora?

—No lo sé, no lo entiendo. Los perros de Lena estaban muertos en el establo, cubiertos de heridas. Llevan así desde ayer y…

—Reda —murmuró sin notarlo.

—¿Cómo dices? ¡Habla! —exclamó. Viktoria lo tomó de la túnica y lo sacudió con una fuerza que no parecía poseer.

—Perdón, mi señora. —Se excusó, pero ya lo había dicho y no le quedaba más opción que continuar, antes que ella forzara su mente—. El señor Reda amenazó con matarlos en varias oportunidades. Lo escuché, Lena lo escuchó, todos alguna vez lo oyeron.

—¿Crees que él fue capaz de dañar a Lena…?

—No es lo que…

—¡Reda! —Un grito salió de lo más profunda de sus entrañas y apuñaló el silencio de la noche.

La reina caminaba, enfurecida, de regreso a las galerías del palacio cuando Reda se dirigió hacia ella. Su cuñado cayó de rodillas, antes de poder hablar, y se retorció en el piso, gimiendo de dolor.

Tareq los alcanzó, pero se tomó unos momentos para intervenir. Reda merecía sufrir por lo

que causó.

—Mi señora —susurró, pero no obtuvo respuesta. La señora Viktoria empezó a llorar y las lágrimas brillaron como gotas de oro por las luces de las antorchas que comenzaron a rodearlos.

—¡Maldito seas, Reda! —La señora Viktoria se agachó junto a él y lo tomó de la camisa—. ¿Cómo pudiste hacerle eso a mi niña? ¡Te maldigo, miserable, te maldigo!

—*Mi señora, ¿Reda hirió a la princesa?*

—*No hoy pero, por lo que vi, siempre maltrató a mis hijos y asesinó a Fuego y a Plata.*

—¡Largo! —Tareq hizo una seña a los soldados que estaban a su alrededor—. Continúen buscando a la princesa, no hay nada que ver aquí.

Los hombres comenzaron a dispersarse, pero uno de ellos regresó.

—¿A dónde buscamos ahora, mi señor?

—En toda la ciudad, en las orillas del río, en las afueras, en las calles, en cualquier lado. Movilicen a todo el maldito ejército, que no quede un solo rincón sin recorrer.

Tareq ayudó a la reina a ponerse de pie.

—Mi señora, ¿él aún vive? —preguntó con cautela.

—Sí, pero déjalo ahí —contestó con la voz quebrada.

—¿Qué sucederá con él?

—Lo enviaré a Sitnor en cuanto se reponga, debo alejarlo de Dante. —La señora Viktoria limpió sus lágrimas—. Los dioses quieran que los Guna lo encuentren y terminen lo que alguna vez empezaron —agregó apretando las mandíbulas.

—Entiendo. ¿Quiere que la acompañe a su habitación? Me gustaría ir a buscar a Lena.

—Acompáñame a ver a Dante, querido, por favor. Luego saldré contigo.

—Sería mejor que permaneciera aquí a esperar a que lleguen noticias, mi señora.

—Es mi hija, Tareq —dijo y la desesperación empañó sus ojos fugazmente—. Quizás no fui la madre que Lena necesitaba, quizás no supe cómo lidiar con ella, pero la amo tanto como a Dante.

—Entiendo.

La angustia amenazaba con quitarle los pocos jirones de cordura que le quedaban. Recorrió la ciudad junto a Tareq durante toda la noche y el amanecer comenzaba a desafiar a la oscuridad a la izquierda del polvoroso camino.

Estaban en las afueras, llegando al río Salado, cuando vio a un soldado correr hacia ellos. Traía una pequeña sandalia en la mano y trozos de una tela sucia y desgarrada en la otra.

—¡Es la niña! ¡Es la princesa!

El sol asomó, triunfal, en ese momento e iluminó la armadura del soldado. Los reflejos de sus rayos jugaron con el cabello de Tareq, como si todo lo que ocurriera en la tierra fuera insignificante para el máximo Astro.

El tiempo se detuvo para Viktoria y dejó de escuchar lo que decían. Las manos de Tareq intentaron sostenerla, pues sus piernas le fallaron, y sintió que la tierra del sendero desaparecía bajo sus pies. Vio los labios del soldado moverse, pero no comprendía sus palabras. Lo vio gesticular y, arrodillada en el suelo, lo vio mirarla. El soldado ponía frente a sus ojos el embarrado calzado de Lena y sacudía la tela bordada, que alguna vez formó parte de la túnica de su hija, intentando obtener una respuesta de su parte. Tareq lo sujetó del brazo, lo alejó de ella y le habló. Vio a Tareq tomar entre sus manos lo que el soldado le entregaba. El muchacho cayó de rodillas, abrazando las prendas. Pasó entre un segundo y una eternidad hasta que Tareq se puso de pie y corrió por el sendero que llevaba al río.

Viktoria quedó sola, con la mirada extraviada en el camino, esperando poder escuchar algún

sonido, esperando volver a sentir el sol, el horrible sol de Pyebra que quemaba la piel y la hacía sentir débil.

«Cuando estoy en el sol, las piernas me tiemblan como a un potrillo recién nacido» decía Lena.

No tenía sentido, ¿por qué estaría Lena allí?

Lena tenía que estar en su cama, en su habitación, junto a la habitación de Dante. Lena tenía que levantarse dentro de pocos minutos, tenía que correr por los pasillos del Palacio de Las Hojas, chocar contra los sirvientes y hacer travesuras con Dante, Plata y Fuego. Lena tenía que escapar de Teka, cuando la nana quería bañarla, tenía que escabullirse en las habitaciones de los sirvientes y las cocineras para comer pasteles con su hermano y sus perros, con la complicidad de todos ellos. Lena tenía que exasperar a sus maestros, tenía que cuestionar cada lección que intentaban enseñarle. Lena tenía que chapotear en el lago, abrazada al cuello de Fuego, o de Plata. Nunca lograba distinguirlos uno del otro. Lena tenía que correr descalza en el césped de los jardines.

Lena tenía todo lo que necesitaba en el palacio. ¿Qué haría Lena en el río? No tenía sentido. ¿Por qué vendría aquí?

Viktoria revivió lo que sintió la noche en que su primera familia fue arrancada de su lado. Cuando murió su alma y su corazón se secó. Creyó que nunca volvería a vivir una pena tan grande como aquella vez. Creyó que no quedaba en ella nada que pudiera ser capaz de amar. Creyó que nada la apenaría de la misma forma, pero perdió otra vez a su esposo y a su hija en apenas un día.

Quizás esta vez ya no quedaba nada en su interior, quizás esta vez sí dejaría de amar por siempre.

Un velo de oscuridad cayó con suavidad sobre sus cansados ojos y se sintió desaparecer.

Cuando despertó, horas después, no quiso abrir los ojos. No quería ver nada que le indicara que lo que sucedió era realidad y no una pesadilla. Estaba en su cama, podía sentir la suavidad de sus sábanas de seda y la comodidad de sus almohadones. Sí, tenía que haber sido una pesadilla. En cuanto se levantara, iría a ver a Lena y ella apartaría la mirada, como siempre lo hacía.

Viktoria estiró los brazos y escuchó una silla crujir a su derecha. Abrió los ojos y vio a Tareq; el muchacho tenía los ojos enrojecidos y su bello y joven rostro lucía demacrado. Estaba pálido y parecía haber envejecido una década.

Ver al muchacho le confirmó que la realidad era cruel, que no se podía despertar de ella como de una pesadilla y deseó poder regresar el tiempo atrás, tan solo un día atrás, para dejar que Tareq permaneciera con ella, protegiéndola, cuidándola, acompañándola en su pérdida. Primero su padre, luego sus perros. Era demasiado dolor para una pequeña niña y sabía que ella tenía la culpa. No le permitió que sus perros estuvieran a su lado ni dejó que Tareq la visitara cuando Kirios falleció. Si solo pudiera volver un día atrás… Viktoria comenzó a llorar, sin poder evitarlo.

—Dime que fue una pesadilla, por favor, dímelo.

—Mi señora, lo lamento tanto… —dijo sin moverse de su lugar. Viktoria se limpió el rostro y recobró la compostura.

—¿Qué sucedió con ella? Dime todo lo que sepas.

—Creemos que Lena escapó después de ver lo que ocurrió con sus perros, pues estuve averiguando y el establo estaba abierto. Se debe haber perdido y puede que un animal salvaje la atacara, no fue capaz de defenderse al no poder usar sus poderes.

—¿Puedo verla? —Se aventuró a preguntar.

—Mejor que no lo haga, mi señora. Los animales… no quedó mucho de ella —dijo antes de que su voz se quebrara. Viktoria se incorporó y una pequeña esperanza nació en su pecho.

—Quizás no sea Lena, quizás ella está en otro lugar, escondida —dijo.

—No, mi señora. Su túnica, sus pulseras…

—Necesito verla. —Viktoria saltó de la cama y Tareq la detuvo.

—Recuérdela como era, por favor, no necesita tener esa visión espantosa.

—Por favor, Tareq. Es mi niña…

—¿Quiere que le diga en qué estado estaba? —exclamó el muchacho. Viktoria lo miró asombrada. El tranquilo y respetuoso Tareq perdió la compostura por primera vez frente a ella—. ¡La reconocí por sus pulseras, señora! Por sus pulseras…

El muchacho se derrumbó y cayó de rodillas. Sabía que él apreciaba mucho a Lena, pero no se imaginó que hasta ese punto. Viktoria se arrodilló frente a él y lo abrazó.

—Perdón, mi querido, perdón por hacerte pasar por eso.

Tareq asintió y no se movió por varios minutos.

—Ya me he encargado de llevarla al templo de Efos, mi señora —murmuró—. El Supremo Sacerdote la recibió y me dijo que la trasladarán al panteón el mismo día que al rey Kirios.

Tareq se apartó de ella y ambos se pusieron de pie.

—¿La acompañaron? La gente, ¿la acompañó?

—Sí, mi señora —dijo limpiando su rostro—. Toda la ciudad.

—¿Dante?

—No me atreví a visitarlo, está junto a su nana. Me tomé el atrevimiento de poner magos en su puerta, con órdenes de no permitirle el paso al señor Reda. Ese cobarde no se atreverá a enfrentarlos, tienen órdenes de atacarlo si insiste. Asumiré las consecuencias si cree que me extralimité.

—Hiciste bien, mi querido, ese maldito no merece ninguna consideración. Cuando su madre sepa lo que ha causado…

—¿Su madre? —preguntó, confundido.

—La Dama de la Cueva, mi maestra. Ella apreciaba mucho a Lena y, a pesar de lo que se dice de ella, es una buena mujer.

—No lo sabía, perdón por mi indiscreción —dijo y bajó la vista.

—Está bien, Tareq. No hay nada de malo en que lo sepas. ¿Reda ha despertado?

—Hasta donde yo sé, no. Pero hace más de dos horas que estoy aquí.

—Iré a ver a Dante, debo decirle lo que ha sucedido con su hermana y sus perros.

—Me retiro, estaré en mi habitación.

Cuando Tareq dejó a la señora Viktoria, ya estaba comenzando a anochecer y, mientras se dirigía a su habitación, pensaba en lo que había sucedido. Por unos breves momentos, llegó a sentir lástima por ella. Estaba realmente perturbada por la pérdida de Lena pero, aunque no se sentía con la capacidad de juzgarla, creyó que se lo merecía. Hizo un infierno la vida de la pequeña desde el mismo momento en que se enteró que era una maga y en ese momento estaba pagando cada uno de sus errores.

No se arrepentía de haber facilitado su escape, pero le pesaba como una tonelada de piedras lo que tuvo que hacer para asegurarse de que Lena no fuera buscada por mucho tiempo. Por más que intentaba convencerse de que lo hizo por la seguridad de la princesa, no lograba apartar el malestar que le producía recordar que asesinó a una pequeña e inocente niña, cuyo único error fue parecerse físicamente a Lena. Se preguntó por cuánto tiempo podría soportar esa carga sin

derrumbarse por completo.

Tareq llegó a su habitación y se recostó en su cama sin encender ni una vela o farol, necesitaba descansar y si alguien veía luces, seguro querrían preguntarle por Lena o la señora Viktoria.

Pensó en Lena y en dónde estaría, cómo habría pasado su primera noche sola y si aún tenía miedo. Lena no temía a la oscuridad, pero le preocupaba que estuviera completamente sola, en un lugar desconocido, con animales salvajes rondando y todo el peligro que eso significaba. Era una maga poderosa, pero los magos también tienen miedo, él lo sabía, lo vivía en carne propia cada día.

Cerró los ojos y estaba a punto de entregarse al sueño cuando sintió una brisa y, de inmediato, un crujido. Se sentó sobresaltado en la cama y vio dos puntos luminosos en la oscuridad.

—Soy yo, tranquilo —susurró la voz de Tino.

—Por Efos, qué alivio.

—Llegaron noticias de Lena a Palmeras… ¿qué le sucedió?

—La ayudé a escapar ayer por la mañana.

—Gracias a Efos, temí que las noticias fueran ciertas, iré por ella ya mismo.

—Espera. —Tareq suspiró—. No puedo soportar esto un día más, Tino. No sé hasta cuándo podré esconder tantos secretos…

—Iremos por Lena, entonces, y luego a Palmeras. Quizás debamos caminar un tiempo, hasta que me reponga, o puedo utilizar sus energías. Ustedes son magos poderosos y eso me desgastará más de lo habitual. ¿Qué dices?

—Perdón, no me hagas caso. No seré de tanta utilidad si…

—No eres de piedra. Sabíamos desde un principio que esto iba a suceder en algún momento y no estás obligado a permanecer aquí. Yo, en tu lugar, me hubiera largado hace meses. ¿Quieres que regrese mañana por ti, así lo piensas? —Tareq no respondió. Aunque habló sin pensar, no estaba seguro de qué debía hacer—. Lena ya es libre, no tienes mayores motivos para estar aquí ahora. Ven conmigo.

Tino le tomó la mano y Tareq supo que el muchacho tenía razón. Ya no tenía sentido permanecer allí, arriesgando su vida y su cordura.

—Espera, dejaré una carta para que no me busquen. Diré que me alejé hacia la cordillera, que necesito algo de tranquilidad, y que regresaré cuando me sienta bien.

Tino se escondió en el guardarropa y Tareq encendió algunas velas. Se apresuró a garabatear unas líneas en una hoja y, luego, tomó algunas de sus pertenencias y las guardó en un bolso.

—Estoy listo —murmuró—. ¿Recuerdas el camino?

—Claro que sí —susurró desde su escondite. Tareq apagó las velas, abrió la puerta del mueble y tomó la mano de Tino—. No te asustes y no te muevas, intentaré llevarnos a donde se encuentra ella, según los planes que teníamos.

72

Una absoluta oscuridad, acompañada de una fresca brisa, los rodeó cuando aparecieron. Tareq se tomó unos momentos para reponerse de las extrañas sensaciones y Tino quiso soltar su mano, pero él no se lo permitió.

—¿Te encuentras bien? —preguntó.

—No del todo —murmuró—. ¿Tú? ¿Tus energías?

—Estaremos bien. Puedo defenderme si es necesario.

Tareq respiró profundo y comenzó a concentrarse en su entorno, para encontrar las energías de Lena; sin embargo, el poder de Tino era tan grande que le dificultaba sentir algo más a escasa distancia. Sus energías se expandían por muchos metros, abarcando todo a su alrededor.

—No puedo sentir a Lena aquí. Tomemos el camino de regreso, puede que se haya retrasado. Además, no soy capaz de rastrear a corta distancia contigo tan cerca.

—¿Quieres que nos separemos?

—Mejor no, no sabremos cómo encontrarnos si llegamos a ella, pero podré sentirla desde lejos.

—Está bien, regresemos —acordó Tino—. ¿Crees conveniente encender alguna luz?

—Una pequeña, a nuestros pies, para no tropezar.

—Hazlo tú, quiero reponer mis energías antes de volver a utilizarlas.

Caminaron por más de una hora hasta que Tareq pudo percibir a Lena a varias centenas de metros delante de ellos y se lo dijo a Tino. Expandió la luz y comenzaron a correr hacia donde la había sentido. Cuando su energía se confundió con la de Tino, la llamaron por su nombre ya sin importarles si alguien los oía, no dejarían escapar a nadie que se atreviera a acercarse a ellos.

Una luz blanca se encendió en mitad del camino y comenzó a aproximarse.

—¡Tareq! —exclamó la pequeña y él sintió, al verla, que todo lo que hizo valió la pena. Su sonrisa, sus bonitos ojos negros, que se veían alegres, y su bienestar valían cualquier sacrificio. La niña se arrojó a sus brazos mientras reía y, a su vez, lloraba.

—Ya está, pequeña, ya estamos contigo.

Tareq la apartó para ver si estaba herida pero, al verla sana, volvió a abrazarla y se puso de pie.

—Hola, Tino —dijo con la cabeza apoyada en el hombro de Tareq.

—Hola, princesa.

—Lena, solo llámame Lena ¿sí?

—¿Cómo estás para regresar a Palmeras? —preguntó Tareq. Ya que se habían reunido con la pequeña, pensaba en la posibilidad de volver a ver a Vila esa misma noche y su corazón saltaba de emoción.

—¿Tú puedes cederme tus energías?

—No sé cómo hacerlo, pero…

—¿Recuerdas lo que hizo Ajác? Es eso, básicamente, pero no llegaré a tal extremo.

—Hazlo, larguémonos de aquí.

—Lena, ¿recuerdas lo que te dije sobre cómo aparecer? —preguntó a la niña, ella lo miró y asintió—. ¿Recuerdas lo que sentiste la noche que lo hicimos? —Lena volvió a asentir—. Esta vez nos llevará más tiempo y será más incómodo. Necesito que ambos se queden quietos, que no intenten hacer nada y confíen en mí. En unos minutos estaremos en mi habitación.

Lena rio, nerviosa, y se abrazó al cuello de Tareq.

—No tan fuerte, Lena, me dejarás sin aire —susurró Tareq.

Tino le tomó la mano y los tres desaparecieron en un vendaval, para reaparecer en una habitación de paredes de madera.

—¿Se encuentran bien? —preguntó Tino y Tareq asintió—. Bajaré a avisar que ya estamos aquí, no tardo.

Tino dejó la habitación, Tareq se sentó en la cama que había en contra de una pared y acomodó a Lena en su falda.

—¿Cómo estás? ¿Cómo estuvo tu viaje?

—Estuvo bien, conocí a algunos animales que me acompañaron, incluso, por las noches. Pude conversar con ellos y fueron muy amables. —Tareq rio—. No tuve miedo porque ellos estaban conmigo. Una jaguar con sus dos crías, una familia de monos y…

La puerta se abrió de repente y Vila apareció. Miró primero a Tareq y luego a la niña.

—¡Es la mujer de tus recuerdos! —exclamó Lena, que giró para verlo y, al notar que él no reaccionaba le tomó el rostro con sus dos manos—. Es Vila, Tareq.

—Sí, mi pequeña —susurró.

Vila comenzó a reír y caminó hacia ellos. Tareq se puso de pie, sin dejar a Lena, y Vila los abrazó a ambos.

Tareq se sintió, al fin, a salvo junto a esa mujer de cabello gris y hermosa sonrisa. Pasaron tres años desde la última vez que la vio, pero seguía emanando la misma paz que antes y el mismo amor. A pesar de los años, parecía que nada había cambiado y que fue el día anterior cuando ella le pidió que se quedara en Palmeras, a su lado.

Vila se apartó y secó sus lágrimas con el borde del velo que cubría su cabello. Tareq le acarició el rostro y ella sonrió.

—Lena, te presento a Vila —dijo, pero la niña no respondió. Tareq se giró para que Vila la viera.

—Está dormida—susurró.

—Vaya, debe haber estado agotada, fueron días difíciles para ella. —Tareq la recostó en la cama de Tino y se quedó viéndola por unos segundos.

—¿Y para ti? —preguntó Vila. Él se giró para verla y ella le tomó las manos.

—Años difíciles… —Tareq bajó la vista—. De no haber sido por Lena, no hubiera podido permanecer allí. Creí que perdería la razón si me quedaba por más tiempo. —Vila lo abrazó y apoyó la mejilla en su pecho.

—Ya pasó —susurró—. Ahora estás conmigo, estarás bien, podrás descansar y, luego, hablaremos sobre todo lo que te ha sucedido, así puedes sacarlo de tu vida antes que te haga más daño.

—No quisiera. Son demasiadas cosas y no tiene sentido involucrarte en ellas.

—¿Crees que si te las guardas estarás mejor? Los malos recuerdos son como espinas, duelen si están clavadas en nuestra carne. Estoy aquí por y para ti, Tareq, desde el momento en que entraste en mi cabaña para salvarme esa noche. Te escucharé cuando lo necesites y te ayudaré a que te deshagas de todo lo malo que haya en ti. Y juntos haremos lo mismo para que Lena pueda sanar sus recuerdos.

—Eres el ser más maravilloso de este mundo, Vila. Gracias a los dioses que te cruzaste en mi vida. —Tareq le acarició el cabello y le dio un beso en la frente pero, después de unos momentos se apartó de ella—. Perdóname, por favor. Olvidé que eres una sacerdotisa y…

—¿Y…? —preguntó confundida.

—Eso, que eres una sacerdotisa. Perdóname, por favor, me dejé llevar. Tenía tantas ganas de volver a verte que olvidé que Tino me dijo que habías construido un nuevo templo y…

—Soy una sacerdotisa de Sinmá, no de Efos. Los hijos de Sinmá tienen familia—dijo.

Tareq rio y volvió a abrazarla.

—¿Dónde nos alojaremos? —preguntó después de un tiempo—. No pensé en eso cuando decidí venir.

—Conmigo, por supuesto. Como Tino nos habló de la princesa y de la posibilidad de que debiera escapar del palacio, pedí que me ayudaran a construir una segunda habitación para ella. Tino me dijo que Lena me conocía de tus recuerdos y que cada vez que él iba, le preguntaba por mí. Creí que sería bueno que permaneciera con alguien a quien conociera hasta que tú llegaras. Pero ahora ambos están conmigo.

—¿Estás segura? La gente puede hablar mal de ti y no quisiera eso.

—¿Por qué lo dices?

—No lo sé, llegamos así, de repente…

—Hace tanto que te espero, que los espero, que me tiene sin cuidado lo que los demás digan. Mi diosa nos dio su bendición y eso es lo único que necesito.

—Entonces no te cuestionaré.

—¿Vamos? —preguntó y Tareq asintió—. Avisaron a los demás de su llegada, pero les pidieron que no vinieran hoy, ya les presentaremos a la princesa cuando ustedes hayan descansado.

Tareq levantó a Lena, Vila tomó sus bolsos y bajaron las escaleras. Ajác, Tino y Mihaí estaban sentados alrededor de la mesa y se levantaron de sus asientos en cuanto los vieron.

—Qué alegría verlos aquí—susurró Mihaí, para no despertar a la niña. Ajác se acercó a ellos, miró a Lena, sonrió y le besó la mejilla.

—Iremos a mi casa —dijo Vila sin levantar la voz—. Cuando Lena se encuentre descansada y bien de ánimos, vendremos a verlos.

—Claro que sí —dijo Ajác—, ya habrá tiempo para conocernos.

—Gracias, Tino —agregó Tareq—, te debemos tanto…

—Te lo debía —contestó sonriendo—. Iré a verlos en la mañana, descansen.

Caminaron a paso lento por los caminos de tierra iluminados con la luna llena que se posaba en lo alto del cielo y Tareq recordó, con una mezcla de sentimientos, lo que ocurrió la única vez que estuvo allí.

—No lo hagas, Tareq. —Vila tomó su mano, como presintiendo lo que le sucedía—. Crearemos nuevos recuerdos a partir de hoy.

—Eso no podrá borrar los que ya poseo.

—No te pido que los borres, solo que no pienses en ellos, pues no te traen nada bueno y puedo sentir cómo tú alma se entristece al recordar. Las personas que viven aquí perdieron todo ese día. Sus pertenencias, sus hijos o sus padres, sus amigos y vecinos, pero regresaron a levantar sus hogares en el mismo lugar dónde estaban antes, porque el dolor no puede borrarse, pero se puede elegir entre recordarlo y vivir vidas miserables o no recordarlo y permanecer atentos a lo que hacemos ahora, para crear buenos momentos que se conviertan en mejores recuerdos.

Tareq no supo qué contestarle. No estaba acostumbrado a que alguien se interesara en lo que a él le sucedía. El único interés que despertaba era por sus habilidades, que mejoraron notablemente desde la última vez que estuvo en Palmeras, o por su apariencia física. Pensó que le llevaría algún tiempo habituarse al interés genuino que Vila le demostraba y a su manera de interpretar el mundo, que contrastaba enormemente con todo lo que él conocía.

—Por aquí —dijo Vila y entró en una cabaña. Se tomó unos momentos para encender un farol y caminó hacia el angosto pasillo que conducía a las habitaciones. Vila le señaló una cama amplia y corrió las mantas.

Tareq recostó a Lena, pero la niña no quiso soltarse de su cuello.

—Está bien —dijo y tomó sus manos—, estaré aquí, a tu lado.

—No te vayas… —murmuró sin abrir los ojos.

—No me iré, pequeña. —Tareq acomodó a Lena en el centro de la cama y se sentó junto a ella. La niña se acostó de lado y abrazó la almohada.

—Iré a la otra habitación así descansas—susurró Vila y Tareq se puso de pie.

—Quédate, por favor. —El joven se acercó a ella, tomó el farol que Vila sostenía y lo dejó sobre la mesa de noche—. Hay lugar para los tres.

Abrió los ojos y había un techo de madera sobre ella. Se sintió confundida y asustada, ella se acostó entre los arbustos la noche anterior. Giró con lentitud la cabeza hacia su derecha y vio, aliviada, que Tareq estaba a su lado. Miró, luego, a su izquierda, vio a Vila y sonrió. Respiró profundo, intentando no moverse demasiado para no despertarlos, y se quedó por largos minutos disfrutando de la compañía. Estuvo dos largos días sola, caminando casi sin detenerse y estar junto a ellos la reconfortaba. Ese hombre la cuidó desde el día en que la conoció y la mujer que dormía a su izquierda era la razón por la que él decidió traicionar a Viktoria.

«Viktoria debe estar aliviada de haberse librado de mí» pensó.

Sentía un peso en su vientre y pensó que, tal vez, Vila tenía un gato y este había venido a darle la bienvenida. La idea la divirtió, nunca había acariciado un gato. Imposible hacerlo con Fuego y Plata siempre cerca de ella. A pesar de que no quería moverse, la curiosidad pudo más y levantó la cabeza de la almohada para ver qué era. Se encontró con las manos de Tareq y de Vila entrelazadas sobre ella. Lena sonrió, puso sus manos sobre las de ellos y, en ese momento, Vila despertó.

—Hola, soy Lena. —Se presentó en un susurro—. Perdóname, no quise despertarte.

—Está bien, princesa. Yo soy Vila.

—Discúlpame por mis modales, pero… —dudó entre decirlo o no—, ¿tienes algo para comer? Tengo mucha hambre.

Vila sonrió, se puso de pie y le hizo una seña para que la siguiera. Cerraron la puerta al salir y Vila la condujo hacia la cocina. Notó que todo era pequeño en ese lugar, pero no se sintió encerrada, como Tareq le dijo que sucedería. Se sentía bien. Vila era amable y parecía que una luz la envolvía cada vez que hablaba. Mientras preparaba las frutas para el desayuno, le preguntó cómo estuvo su viaje y, al contrario de Viktoria, no le pidió que dejara de hablar a cada instante. Escuchó todo lo que ella tenía para decir y le hizo preguntas sobre los animales que conoció.

Vila, por su parte, le contó que era sacerdotisa y que dirigía el templo a la diosa Sinmá. Lena no sabía qué diosa era esa, pero sonaba que era una muy compasiva, tal como lo era Vila.

Tino llegó después de que terminaron el desayuno, trayendo una canasta con más frutas, hortalizas y pan recién horneado. Tareq se presentó al poco rato en la cocina, sin duda lo había despertado el alboroto. Aunque creyó que estaría malhumorado, él reía a cada instante y parecía diferente a cuando estaban en el palacio. Ella también se sentía diferente. Su vida había cambiado tanto que le costaba pensar en que esa era su nueva realidad, después que Tareq la hizo dejar el palacio.

Pensó, en un primer momento, que se había equivocado en su decisión, que las cosas serían cada vez peores, que un animal la atacaría en mitad de la noche o que los soldados la

confundirían con alguna niña perdida y la atacarían, pero resultó ser todo lo contrario y en ningún momento sintió miedo mientras estuvo sola.

Lena se bajó de la silla y se acercó a Tareq.

—Tenías razón en venir hacia aquí —le dijo—. Lamento no haber sido capaz de salvar a Fuego y a Plata de la crueldad de mi familia, pero ahora somos libres.

Tareq la sentó en su falda y le besó la frente.

—Claro que sí, pequeña. Vamos a estar bien.

—¿Puedo ir a pasear con Tino? Quiero conocer a su padre, él horneó ese pan tan delicioso y quiero agradecerle.

—No creo que sea conveniente que salgas tan pronto, Lena.

—Podemos aparecer en mi habitación. —Se apresuró a decir Tino—. Nadie más la verá.

Tareq dudó por unos momentos pero, finalmente, aceptó. Lena le pidió a Vila que la ayudara a bañarse y, una vez vestida y peinada, se despidió de ellos, tomó la mano de Tino y ambos desaparecieron.

73

Pyebra Ciudad Capital

Viktoria estaba firmando unos documentos en la Sala Dorada cuando Reda llegó escoltado por dos guardias.

—¿Deseaba verme, su Majestad? —preguntó sin levantar los ojos del suelo. Viktoria despidió a los hombres de armadura con un gesto y Reda se acercó a ella en cuanto la puerta volvió a cerrarse—. ¿Cuándo aceptarás casarte conmigo?

Viktoria lo miró de arriba abajo.

—Cuando me demuestres que sirves para algo.

—Ordena.

—Quiero a Sitnor. —Reda la miró, asombrado—. Quiero que la capital sea mía. Quiero llegar a Tesar y no puedo hacerlo si Sitnor resiste. Quiero que sus ciudades queden reducidas a escombros.

—Viktoria, ¿cómo crees que…?

—Las excusas no nos llevarán a ningún lado Reda. —Viktoria se puso de pie y caminó hacia la ventana que daba a los jardines—. Tienes un ejército de soldados y de magos entrenados a tu disposición. Úsalos. Si me entregas la cabeza de Pronees, consideraré casarme contigo. Si Sitnor cae, me casaré contigo. Demuéstrame que eres digno.

—Es imposible… —Reda se acercó a la mesa de los licores y se sirvió una copa.

—No esperes resultados si solo te escondes en tu tienda. Si quieres lograr algo, debes ensuciarte las manos, debes luchar codo a codo con tus hombres. Gánate su respeto, haz que ellos quieran luchar a junto a ti, haz que den su vida por ti.

Reda bebió de un sorbo lo que quedaba en su copa y se acercó a ella.

—Lo haré, si así lo deseas. —Quiso tomar su mano pero Viktoria se alejó.

—Excelente —dijo sin mirarlo y regresó a su asiento.

—¿Puedo disponer de Radjhá?

—Es la última oportunidad que tienes con Radjhá, sea lo que sea que se te haya ocurrido. Ya puedes retirarte.

Reda dejó la Sala Dorada y fue en busca del muchacho. Cuanto antes cumpliera con los deseos de Viktoria, más rápido estaría cerca de ella.

Sitnor Ciudad Capital

Radjhá apareció en las afueras de Sitnor, en un claro entre un grupo de árboles. Hacia el oeste las enormes murallas de la capital se iluminaban de naranja con el sol del ocaso. Sobre ellas, en el centro, brillaban los cristales de la cúpula de la biblioteca, el edificio de mayor tamaño en toda la ciudad. Le dijeron que en Sitnor no había templos y Radjhá pensó que la desgracia que caería sobre la ciudad era una de las consecuencias de la soberbia de los hombres al pensar que no había nada más sobre ellos. Los dioses no protegían a quienes los ignoraban.

A cada uno de sus lados estaban Reda Almairon y uno de sus hombres, Kuiza, que se soltó de su mano y se alejó a tropezones de ellos. Se apoyó en un árbol y vomitó.

—Patético —murmuró Radjhá y apartó la vista.

—Malditos sean los magos —exclamó. El hombre bebió de su bota y regresó junto a ellos. Radjhá lo ignoró, de lo contrario hubiera acabado con él en ese mismo instante.

—Vámonos —dijo Reda—, debemos llegar a las puertas antes del anochecer. No me apetece pasar la noche a la intemperie y con este maldito frío.

Los hombres se apresuraron a llegar hasta el camino principal y se mezclaron entre los granjeros y los mercaderes que querían ingresar a la ciudad. Llevaban, al igual que los ciudadanos comunes, ropas viejas y con remiendos. Sus botas estaban desgastadas y cada uno cargaba en sus espaldas un atado con otras prendas.

Caminaron arrastrando los pies por más de una hora, hasta que traspasaron las puertas de la ciudad y se escabulleron por las calles hasta que encontraron una posada de las más baratas. Debían evitar llamar la atención.

Al amanecer del día siguiente, dejaron el lugar y se separaron para investigar los movimientos del Gobernador, pero no fue hasta cinco días después que se presentó la oportunidad que esperaban. Por la noche se celebraría la boda de uno de los consejeros del Gobernador en una lujosa casa ubicada en la calle principal. Aníbal Pronees, según le comentaron a Radjhá, solía ser el primero en dejar los eventos a los que concurría.

Desde la fortaleza hasta la casa a la que acudiría, el carruaje del Gobernador no necesitaba más que rodear la Plaza de la Fuente y, luego, seguir en línea recta por la calle principal. No había ninguna posibilidad de que se desviaran o tomaran por otro camino.

Aguardaron entre las sombras de los arbustos por largas horas, luego de haber visto el vehículo salir de la fortaleza y pasar por donde lo esperarían. La espesa niebla otoñal comenzó a caer sobre la ciudad momentos antes de que oyeran el carruaje de Pronees acercarse hasta donde ellos se encontraban. No había nadie en las calles y la ciudad estaba sumida en un absoluto silencio, a excepción del sonido acompasado de los cascos de los caballos.

Radjhá caminó hasta la mitad del camino, levantó una mano y los dos animales de tiro cayeron muertos. El carruaje se detuvo bruscamente y el hombre de Reda dejó su escondite, trepó por un lado y cayó sobre el chofer. Pasó el filo de su cuchillo por su cuello antes que este pudiera ser capaz de defenderse y, desde dentro del carruaje, se escucharon insultos y gritos de sorpresa.

Radjhá y su compañero rodearon el vehículo, abrieron las portezuelas y vieron que había seis personas dentro. El Gobernador, el vicegobernador y su hijo junto a sus esposas. Los hombres estaban desarmados y las mujeres temblaban, tomadas de las manos de ellos.

—Abajo, todos —dijo Radjhá.

—¿Qué demonios creen que están haciendo? —exclamó Pronees y Radjhá encendió una esfera de luz en su mano. Los ocupantes del vehículo descendieron, atemorizados, y se quedaron todos juntos, patéticamente amontonados, pegados unos con otros como cachorros abandonados.

—*Contrra* la *parred* —dijo, reforzando sus palabras con una seña.

—Están locos si creen que…

Radjhá movió la mano y la pequeña esfera salió despedida para impactar en medio del pecho de la mujer alta y de cabello oscuro que estaba tomada de la mano de Pronees. Una fugaz mueca de dolor apareció en su delicado rostro pero, al instante, se desvaneció. Radjhá pensó que debió haber sido muy bella en su juventud.

El Gobernador la miraba, como si no comprendiera lo que estaba sucediendo, mientras ella se desplomaba en el suelo. Las mujeres dieron un grito y Guna maldijo en una exclamación. Kuiza puso la punta de su espada en el cuello del Gobernador, impidiendo que se arrodillara a su lado y lo obligó a retroceder.

—¿Alguien más *desobedecerrá* mis *órrdenes*? —preguntó Radjhá—. *Contrra* la *parred*,

ahorra.

La mujer más joven abrazó a la de cabello rubio y murmuró algo en su oído. Todos obedecieron y retrocedieron hasta llegar a la pared. Los Guna, inútilmente, intentaban proteger a las dos mujeres que quedaban aún con vida, mientras el Gobernador no podía quitar los ojos del cuerpo de su esposa. Una línea de sangre se dibujó en su cuello y en su camisa, pero parecía que él no lo notaba.

—Buen trabajo, Radjhá —dijo Reda.

—¡Maldita alimaña! —exclamó Robnan Guna. Su rostro estaba enrojecido y las venas se marcaban en su frente—. Pagarás por esto.

—Espera, espera. Mira a quién tenemos por aquí… —Reda parecía divertido y habló en pyebrano esta vez, ignorando las amenazas de Guna—. Enara Pirhs, qué bonita sorpresa. Al parecer todavía sigues siendo esa niña temerosa y cobarde. Aún no alcanzo a comprender de dónde sacaste el valor para mentirme en mi propia cara.

—¿Es por mí? ¿Hacen esto por mí? —tartamudeó la mujer.

—No ha llegado tu momento aún. Promete no ser valiente esta noche y perdonaré tu vida. Otros asuntos me han hecho regresar. Kuiza, tráela. A nuestra Dama le gustaría verla de nuevo.

El hombre la apuntó con la espada y ella se aferró a la mano de su esposo.

—No te atrevas, Reda —dijo Noah Guna, pero Reda ni siquiera lo miró. El vicegobernador quiso avanzar sobre Reda, pero Radjhá levantó sus manos hacia el Gobernador, él y su esposa; el hombre se quedó inmóvil, mirándolo con desprecio.

Kuiza la tomó del brazo y, cuando quiso tirar de ella, el joven Guna saltó sobre él y clavó algo en su cuello. Kuiza levantó una mano para quitárselo pero, antes de poder hacerlo, cayó de cara al suelo.

Ante una seña de Reda, Radjhá murmuró unas palabras y el gobernador se desplomó pesadamente.

—¿Qué has hecho? —Robnan Guna miraba alternadamente al mago y a Pronees—. ¿Qué has hecho?

Radjhá sonrió, movió los dedos y la mujer rubia que estaba a su lado se tomó el cuello. Su rostro comenzó a enrojecer y parecía que sus ojos explotarían en cualquier momento. Reda desenfundó su arma y apuntó a Guna, para evitar que se moviera. El enorme hombre, sin temor alguno, tomó la espada por el filo y la arrancó de la mano de Reda. Le dio un golpe con el puño, que lo dejó sentado en el suelo y, luego, lo obligó a levantarse sujetándolo del cabello. Tomó por la empuñadura la espada que había quitado de las manos de Reda y la cruzó en su cuello.

—Suelta a mi esposa si no quieres llevar su cabeza a tu reina —dijo mirándolo a los ojos.

Radjhá ladeó la cabeza y levantó ambas manos, mostrándole que no tenía nada en ellas. La mujer tosió y volvió a respirar. Robnan, confiado, bajó el arma y Reda se alejó. Radjhá volvió a sonreír.

Tanto Guna como su esposa cayeron al suelo en el mismo momento y Radjhá pudo escuchar el sonido de sus cabezas al golpear las piedras de la calle. Fue como si un par de rocas hubieran chocado entre sí.

Se sentía bien, la reina Viktoria estaría complacida por el trabajo realizado. De alguna forma, debía compensar sus involuntarios errores al no poder participar activamente en ninguna de las batallas a las que acudió. Su desempeño esa noche le aseguraría seguir contando con su simpatía. Era difícil competir con Lehsa, pero no imposible.

Reda se agachó para tomar su arma y sus ojos se posaron en Noah Guna, que miraba a sus padres tendidos en el suelo, sin pestañear. Enara Pirhs estaba inmóvil a su lado. Era una escena

bastante deplorable, a su parecer. Esperaba al menos tener algo de acción, pero parecía que era cierto lo que dijeron de ellos. Noah Guna no tenía nada de iniciativa y su esposa era una insignificante maga, débil y miedosa.

—Hemos concluido nuestro trabajo, Radjhá. —Reda le dio la espalda a los jóvenes y caminó hacia él—. Ya podemos marcharnos.

—Como desee, mi señor —asintió.

En ese momento, la mujer lanzó un grito al cielo y extendió sus manos. Antes que Radjhá pudiera predecir lo que estaba por suceder, se sintió aprisionado y su cabeza empezó a dolerle, como si algo hubiera estallado en su interior. Quiso llevarse las manos a las sienes, pero no podía moverse. Lo último que vio antes de concentrarse en su defensa, fue a Noah saltando sobre la espalda de Reda.

Enara Pirhs inundó su mente con su enojo, su frustración y su dolor, y Radjhá se sintió asfixiado por la fuerza de su ataque. Vio la imagen mental de la mujer caminar entre sus recuerdos, tocándolos, modificándolos y destruyendo muchos de ellos.

Quería defenderse, sabía que era más poderoso que ella al contar con la bendición del Sol, pero la ira de Enara parecía darle una fuerza descomunal para alguien con tan poco nivel de energías. La reina le habló de ella pero, según sus palabras, la mujer no tenía más que un entrenamiento básico y no sería capaz de hacerle nada; su poder era escaso y se paralizaba cuando tenía miedo. Repitió varias veces que era una inútil sirvienta.

Sin embargo, estaba a punto de destruir todo lo que tenía en su mente y, si llegaba a su esfera de energía, sabría que se habría terminado para él.

Desobedecería las órdenes que había recibido, pero debía marcharse antes de perder la razón. Reda podría escapar por sus propios medios. El muy maldito siempre escapaba, como si tuviera un dios exclusivamente a su servicio.

Radjhá convirtió su cuerpo en la esencia que componía su energía y apareció a los pocos minutos en su habitación en el Palacio de Las Hojas. Cayó de rodillas, sentía que todo giraba a su alrededor e, incluso, el piso alfombrado en el que se encontraba parecía mecerse debajo de él.

—Malditos sean todos —murmuró y se llevó las manos a la cabeza—. Al final, Tareq estaba en lo cierto, todo aquí es una farsa.

Una vez que pudo recomponerse y su alrededor regresó a su sitio, caminó hacia el mueble donde guardaba sus bebidas y sacó una botella de licor. En la mañana iría a ver a la reina. «Pero ahora… Ahora necesito beber».

Enara, sorprendida, vio que el mago de Viktoria desaparecía frente a sus ojos sin que pudiera evitarlo. Corrió hacia donde él se encontraba y gritó su nombre, pero ya no estaba allí.

—¡Cobarde! —exclamó con todas sus fuerzas. Se dio la vuelta, buscó a Noah con la mirada y, al encontrarlo, se sintió desfallecer—. No puede ser…

Cuando llegó a él, vio que su esposo estaba hecho un ovillo sobre un charco donde el agua de la llovizna diluía la sangre que emanaba de sus heridas. Se arrodilló a su lado, acarició su frente y apartó el cabello que le cubría el rostro. Estaba desfigurado por los golpes y tenía ambas manos sobre una herida en su abdomen.

—Enara… —susurró.

—Aquí estoy, todo estará bien, mi corazón.

Los vecinos se asomaron a ver qué había sucedido y corrieron a socorrerlos al verlos solos. Dos hombres tomaron a Noah y lo llevaron hacia el interior de una casa. Enara se puso de pie justo en el momento en que una mujer ahogaba una exclamación y caía desmayada al suelo.

Corrió hacia ella y, cuando la alcanzó, vio que el cuerpo del Gobernador había sido horriblemente mutilado. Faltaban su cabeza y su mano derecha, donde llevaba el anillo con el sello de Sitnor. Se llevó las manos a la boca, aunque no fue capaz de emitir ningún sonido.

—*Enara, ¿qué sucedió?* —Era la voz de Onix la que le hablaba.

—*Reda y un mago. Mataron a todos. Noah…*

Enara no pudo decir más y un velo de oscuridad cubrió su mente y sus ojos. Su cuerpo cayó pesadamente en la calle, junto a los demás.

74

Ahrbak Ardhal, Pyebra

—Señor Joshua, apresúrese.

Un joven con la respiración agitada y cubierto de sudor lo llamó antes de llegar a la casa que ocupaba con Quentin, cerca del límite este de la pequeña ciudad.

—¿Qué sucede? —Josh se detuvo para esperarlo.

—El señor Quentin, señor, otra vez está ebrio y lo están golpeando —soltó como sintiendo vergüenza, como si lo que Quentin hiciera fuera su culpa.

—Maldito sea —murmuró—. ¿Dónde se encuentra?

—Sígame, señor. Espero que no sea tarde.

Desde que dejaron Ciudad Capital, hacía poco más de un año, Josh se aseguró de cumplir con su deber, tanto dentro como fuera del campo de batalla, y su esfuerzo fue recompensado con una pequeña división de ciento cincuenta hombres a su cargo.

Quentin, en cambio, se destacaba en las batallas, pero se emborrachaba en cada oportunidad que tenía y terminaba provocando peleas sin sentido. Fue estaqueado por varios días, en varias ocasiones, y, por último, azotado frente a todos en cinco oportunidades, pero no habría una sexta. Lo regresarían a Sitnor, dado de baja por comportamiento deshonroso, si alguien volvía a reportarlo a sus superiores. Josh lo salvó más veces de las que recordaba pero, aún así, Quentin no se daba por enterado. No solía defenderse, tan solo se dejaba golpear una vez que conseguía provocar a alguien. Josh ya no sabía cómo hacerle entender que debía dejar de hacerlo, ni sabía cómo evitar que se emborrachara y temía que terminase apuñalado o muerto en alguna de sus riñas.

El joven soldado lo llevó hacia los barrios del norte del poblado, donde abundaban tabernas y prostíbulos, borrachos y ladrones. Josh ya conocía esas calles de memoria, pero nunca sabía en cuál de ellas lo hallaría y mucho menos en qué estado. Estaba con el corazón en la boca cada vez que Quentin salía, ya que nunca tenía la seguridad de qué haría ni en qué condiciones regresaría, si es que no debía salir él mismo a detener una pelea o acarrearlo absolutamente inconsciente y magullado de regreso hasta la casa.

Recorrieron las callejuelas malolientes de la zona entre mujeres que se les tiraban encima con medio cuerpo descubierto y hombres que querían robarles o venderles objetos de valor de dudosa procedencia a precios en extremo ridículos. No pasó mucho hasta que lo encontraron hecho un ovillo en un charco de vaya uno a saber qué clase de líquidos.

Josh se arrodilló a su lado y lo dio vuelta. Tenía el rostro a la miseria, la nariz rota y ambos ojos ennegrecidos e hinchados.

—Q, por un demonio, ¿qué has hecho esta vez?

Josh revisó que no tuviera heridas de gravedad y, al no encontrarlas, lo levantó con la ayuda del soldado y lo llevaron arrastrando hasta la casa. Josh y el joven bañaron a Quentin, limpiaron sus heridas y lo acostaron, pero Quentin no reaccionó en ningún momento. El muchacho se marchó poco después de terminar, cuando el sol naciente comenzaba a acariciar los tejados de paja de Ahrbak Ardhal.

Josh se sentó a su lado a esperar, como siempre hacía.

—No sé qué diablos hacer contigo, Q. En serio… ya no sé qué hacer —murmuró, aún

sabiendo que él no podría oírlo—. Ni siquiera puedo culparte por lo que haces, maldito seas.

Josh dormitó en la silla por unas horas, despertando a cada mínimo movimiento que su amigo pudiera hacer, hasta que alguien llamó a la puerta. Se estiró, bostezó, arregló su camisa y fue a ver quién era, temiendo que uno de los comandantes fuera por Quentin.

—Tino, los dioses te han enviado —dijo, aliviado.

—¿Qué sucede? —preguntó, sorprendido. Josh lo hizo pasar, lo llevó a la habitación de Quentin y Tino se sobresaltó al verlo—. ¿Qué le sucedió?

Le hizo una seña para regresar a la cocina y cerró la puerta al salir de la habitación.

—Ya no sé qué hacer con él —dijo después de sentarse frente a la mesa—. Se emborracha y busca que lo golpeen. Desde que estamos estacionados aquí, lo hace cada noche si no tiene guardia.

—*Perro*… ¿por qué?

Josh dudó por unos segundos pero, finalmente, le habló a Tino sobre lo que le ocurría con Ilsa y su Astro. No quería hacerlo, consideraba que era traicionar la confianza que Quentin tenía en él, pero la situación ya se había salido de su control y no podía hacer nada más por su amigo.

—Ahora dime, ¿cómo podríamos ayudarlo? —preguntó al terminar—. Tú sabes más que yo sobre estos asuntos y seguro sabes sobre estrellas que hacen esta clase de cosas.

—La única solución que se me ocurre en estos momentos es *enviarrlo* a Tesar, o ir a *buscarr* a la chica.

—Es lo mismo que pensé. Aunque no sé si él estará de acuerdo.

—Podemos *engañarrlo*. Puedo *intentarr comunicarrme*, por medio de mi *maestrro*, con Naga y que él *trraiga* a la chica o se lleve a Quentin de aquí.

—¿Servirá que sea solo por unos días o haremos peor? Es una mierda todo esto… Estoy sin ideas ya, te lo aseguro. Nada, absolutamente nada de lo que le diga le sirve de algo. En cuanto despierte estará mortificado y arrepentido, y le dolerá eso más que los golpes que recibió, ya verás, pero eso no lo detendrá de volver a hacerlo.

—Por lo que me dijiste, *serrá* peor que solo sea por un *perríodo corrto* de tiempo. *Deberríamos encontrrar* la *forrma* de que estén juntos *parra siemprre*. O, al menos, *cerrca*, para que la distancia no los afecte de esta forma.

—Quizá dejarla en Sitnor sea suficiente… quizás eso ayude —dijo esperanzado. Tino asintió y se quedaron en silencio por algunos minutos.

—Antes de que tomemos una decisión, hay algo más, Josh. Vine *parra llevarrlos* a Sitnor. A ti y a Quentin.

—¿Qué sucedió en Sitnor? —Quentin se asomó en la pequeña cocina, con las manos en el abdomen, la espalda encorvada y una mueca de dolor en su desfigurado rostro.

—Por los dioses, Q, mírate… —Josh se puso de pie y lo ayudó a llegar hasta una silla.

—Ya lo sé. Perdóname. Perdón por hacerte pasar por esto otra vez. —Quentin saludó a Tino antes de acomodarse en su asiento—. Escuché todo lo que dijeron. Lamento tanto ponerlos en esta situación… pero no quiero que traigan a Ilsa y de ninguna manera iré a Tesar. No puedo dejar el frente, no estaría en paz si me escapo de aquí y no quisiera que ella viviera esto de cerca.

—Escucha, no *sirrves* de mucho si solo te emborrachas y te dejas moler a golpes, Quentin. Lo *entenderría* si *pudierras contrrolarrte, perro*…

—Tino, espera. No comprendes como son las cosas en realidad. —Josh lo interrumpió. Quería evitar que Quentin añadiera más culpa a la que ya sentía, pero Tino tenía otros planes y esos no incluían dejarle pasar sus errores.

—No, Josh. No podemos *perrmitir* que su vida se *convierrta* en un *infierrno* mayor al que ya

es.

—Él tiene razón —murmuró Quentin, sin levantar la vista de sus manos.

—No puedes *dejarrte morrir* cada día, Quentin. Si solo *pudierras verrte* como los demás te vemos, *dejarrías* de *hacerrlo*. *Mirra* a Josh, consumido por la *prreocupación*, volviéndose loco cada vez que te quita los ojos de encima. ¿En *serrio crrees* que a esto lo *atrraviesas* solo? ¿En *serrio crrees* que a los demás no nos afecta lo que haces? Y si eso no es suficiente *parra* ti, si *crrees* que *nosotrros* no somos tan *imporrtantes* en tu vida…

—No digas eso, claro que me importan, pero…

—Las excusas no sirven de nada, Quentin. —Tino se puso de pie y golpeó la mesa con los puños—. Si no es suficiente pensar en quienes estamos cerca de ti, piensa en lo que *verría* Ilsa si *llegarra* ahora y te *encontrarra* en ese estado. ¿Qué *quierres* que Ilsa *encuentrre* cuando te *encuentrre*? ¿Qué *quierres* que ella piense cuando sepa que lo único que has hecho de tu vida es estar borracho, buscando pelea y dejándote golpear sin razón? Imagínate si ella te *vierra* llegar en este estado cada noche, ¿qué *dirría*?

—No quiero ni pensarlo… —murmuró.

—¡Dilo!

—Ya, Tino, es suficiente —exclamó Josh.

—No es suficiente, Josh. Si realmente *querremos ayudarrlo*, debemos hacer que *entrre* en razón. No podemos *perrmitirrle* que siga arruinando, con su *comporrtamiento*, no solo su vida sino la de todos los que estamos a su alrededor.

—¡Pero esta no es la forma!

—¿Y cuál es? ¿*Sirrvió* de algo lo que hiciste hasta ahora? Y no estoy diciendo que haya estado del todo mal, solo que no fue suficiente *parra* él. No le va a hacer mal regresar a la realidad.

—Él tiene razón, Josh —murmuró.

Tino asintió, se acercó a Quentin, le tomó el mentón y le levantó el rostro. Quentin no fue capaz de mirarlo.

—Quítate la camisa también, *currarré* tus *herridas* —dijo después de observarlo—. Debo llevarlos a Sitnor y es mejor que no llegues así.

—¿Qué sucedió?

—Reda y Radjhá… —contestó después de haberse encargado de los magullones de su amigo.

—¿Qué hicieron? —exclamaron Quentin y Josh a la vez.

—Lamento tener que ser yo quien se los diga. Ellos *emboscarron* a sus *padrres*, a Noah y a Enara.

—¡Habla! —Josh saltó de su silla.

—Lo lamento mucho… Noah está en la enfermería, Enara está bien, pero sus padres no *sobrrevivierron*.

—¡Malditos sean! —Josh le dio un puñetazo a la pared. Sintió que su mente quedaba en blanco por unos segundos. Nunca tuvo una buena relación con sus padres pero, aun así, eran sus padres. Miró a Quentin y lo vio inmóvil, con los codos apoyados en la mesa y sus manos sosteniendo su cabeza. Parecía que ni siquiera estuviera respirando. Debía estar devastado por la pérdida, por Noah y por sus hermanos. Su mente volvió a funcionar de repente—. Ara… ¿Qué sabes de Ara? Por los dioses, debe estar destruida. ¿Y Astor? Cielos, el pequeño…

—No sé nada, apenas me *informarron* de lo sucedido y vine hacia aquí. Podemos *parrtir ahorra*, si *quierren*. Ya informé a sus *superriorres* y me dijeron que puedo *llevarrlos* a la ciudad.

—Vamos. —Josh se acercó a Quentin y le puso la mano en la espalda.

—Espera, debemos ir por los uniformes —dijo en voz baja.

—¿En serio? ¿Lo único que se te ocurre decir es que debemos ir por los uniformes? —Josh pensó en lo práctico e insensible que Quentin podía ser algunas veces.

Su amigo dio media vuelta, sin prestarle más atención, y fue hacia las habitaciones.

—¿Cómo sucedió? —Josh volvió a sentarse y apoyó la frente en sus manos.

—No tengo detalles, no estuve allí, solo me *ordenarron* que viniera por ustedes. Debo *regresarr* enseguida a Erjathá, les han dado una semana *parra*… *Parra* que arreglen sus asuntos en la capital. Naga o yo los traeremos de vuelta.

—Gracias, Tino. Por lo de Quentin también.

—Como dijo mi madre: «Estamos juntos en esto, debemos ser *fuerrtes* y *apoyarrnos* entre *nosotrros parra* no *caerrnos* en pedazos».

—Cuánta razón tiene. —Quentin regresó con un bolso en cada mano—. ¿Vamos?

75

Palmeras, Pyebra

La vida de Lena cambió mucho desde que llegó a Palmeras y eso la alegraba. No había nadie que le diera razones para enojarse, aprendió a ayudar a Vila en las tareas de la casa y hasta le permitían ir a visitar a Tino sin compañía. Dormía todas las noches con Vila y Tareq ocupaba la otra habitación, aunque era más pequeña. A veces se encontraba abrazando a Vila al despertar y a la mujer no le molestaba que lo hiciera.

Muchas tardes las pasaba jugando con los hijos de los vecinos y le gustaba que todos la trataran bien, aún sin saber que era una princesa. Había perros con los que jugar e incluso conoció a un gato gris, rayado y de ojos amarillos. Lo alimentaba a diario y él se lo agradecía con un ronroneo, pero no estaba acostumbrado a recibir caricias por lo que no le había permitido tocarlo aún; cada vez que se acercaba demasiado, él corría y se subía a un árbol. Lena no perdía las esperanzas, algún día podría hacerlo.

Hacía poco había vuelto a entrenar con Tino y había aprendido infinidad de cosas. Una muchachita, Shanyi, solía entrenar con ellos y cada vez que la veía, la abrazaba y la llenaba de sonoros besos que le hacían cosquillas en las mejillas. Al principio era extraño, pero ya se había acostumbrado y siempre se reía cuando estaba con ella. Tenía muchas ideas divertidas, incluso para hacer los ejercicios que el señor Dima les pedía.

Sus entrenamientos no se parecían en nada a los que padeció en el palacio. Día de por medio, Tino la llevaba al salón por unas horas pero, a media mañana, regresaban a sus hogares, a tiempo para acompañar a Vila al mercado o para ir con Ajác a tejer canastos. Estaba haciendo uno en secreto para regalarle a Vila y no le faltaba mucho para terminarlo.

Tareq era oficialmente un mago de Palmeras y también estaba tomando lecciones con los maestros. Pero Tareq era diferente ahora. Los primeros días en Palmeras durmió la mayor parte del tiempo; según Vila le dijo, lo necesitaba y por eso lo dejaron hacerlo. Él pasó por muchas cosas dolorosas en el palacio, al igual que ella, y esas cosas le impidieron dormir por años. Desde que estaban allí estaba en paz y su cuerpo descansaba correctamente, o al menos, eso dijo Vila cuando Lena quiso saber porqué Tareq pasaba tantas horas encerrado en su habitación.

Tareq tenía los ojos tristes, pero Lena podía notar que él se esforzaba mucho para estar bien y sonreír; sin embargo, en ocasiones, parecía no ser capaz de hacerlo y se volvía inalcanzable. A veces estaba muy callado y con la mirada perdida, no escuchaba lo que ella quería contarle y no había nada que le dijera que lo trajera de vuelta. Vila, en esos momentos, la llevaba a casa de Ajác, pero regresaba enseguida junto a él, ya que nunca quería dejarlo solo cuando estaba así. En algunas oportunidades, Tareq iba a buscarla al poco rato y le pedía perdón por no haberla escuchado, otras Lena pasaba la noche en casa de Ajác. La primera vez que Tareq se perdió en sí mismo, estuvo tres días sin verlo y Mihaí se pasó esos angustiosos días yendo y viniendo cada poco rato. De verdad se asustó en esa ocasión, pensó que estaba muy enfermo y temía que le sucediera lo mismo que a su padre. No quería que él muriera pero, gracias a un sanador de lejanas tierras que Tino fue a buscar, Tareq se recuperó y sus siguientes crisis no volvieron a ser tan extensas.

Muchas veces se preguntó por qué él no podía, simplemente, dejar el pasado atrás y disfrutar lo bonito que estaban viviendo. Al fin y al cabo, no podían cambiar nada de lo sucedido y no

tenía caso pensar en ello.

Tareq y Vila se pasaban mucho tiempo conversando, pero Lena se alejaba para no oírlos. Por un lado, no quería seguir recordando el palacio y, por otro, quería respetar su privacidad.

No entendía a Tareq, pero lo amaba como a un padre, él hizo muchos sacrificios por ella y ella estaba dispuesta a responder por él las veces que se presentaran. Por él y por Vila, que la recibió con tanto amor e hizo que sus días allí fueran hermosos.

—Iré a buscar a Ajác para que te dé un baño, estás cubierta de polvo de nuevo, y luego iremos con Vila. —Tareq le dio un beso en la frente y camino hacia la puerta. Se frenó antes de salir y la miró unos segundos. Sonrió y agregó—: No le abras la puerta a nadie y no te muevas de aquí, ¿sí? Regresaré enseguida.

Esa noche era la vigilia en conmemoración al nacimiento de Sinmá, que se celebraba la sexta luna nueva de cada año. Estuvieron preparando todo desde hacía varios días y Vila dejó la cabaña mucho antes del atardecer para ir al templo. Era la primera vez que Tareq y Lena asistirían, por lo que los tres estaban muy ilusionados. Vila había bordado una túnica igual a la que ella utilizaba en las celebraciones y Lena la estrenaría esa noche.

La sacerdotisa les dijo que muchas veces, desde que se estableció el templo, la diosa se presentó frente a ellos para hablar a sus seguidores y guiar sus pasos en los momentos más oscuros. Lena no sabía a qué se refería con esas palabras pero, de todas formas, estaba nerviosa. Quizás, esa noche, presenciaría la aparición de una diosa de verdad.

Alguien llamó a la puerta con urgencia y Lena se asustó. Nunca iban visitas a esas horas de la noche. La niña no se movió de donde estaba, pero una mujer se asomó por la ventana.

—Llama a tu padre, pequeña. ¡Vila necesita ayuda!

Lena saltó de su silla y corrió hacia afuera, ignorando la advertencia de Tareq. Miró en dirección al templo, que se encontraba cerca de los muros, y vio llamas recortarse sobre los tejados. Sin siquiera pensar en lo que hacía, y sin detenerse a esperar por Tareq, Lena corrió hacia allí, esquivando a los vecinos que se dirigían al mismo lugar. Escuchó la voz de la mujer que la llamaba, pero la ignoró. Vila la necesitaba y no podía esperar a nadie.

Cuando llegó al templo, vio que un grupo de personas estaban tendidas cerca del pequeño edificio, como si Zarba los hubiera alcanzado queriendo escapar de allí, mientras que otros estaban siendo transportados por los vecinos.

—¿Dónde está Vila? —preguntó y le señalaron el interior del templo—. ¿Qué sucedió?

—Los sacerdotes del Gran Templo. Aún no perdonan que ella…

Lena dejó al hombre y corrió hacia el templo. El hombre quiso detenerla, pero Lena se liberó de él y se paró frente a la puerta; extendió los brazos, con las manos abiertas y las llamas que estaban devorando las paredes de madera se convirtieron en un río que corrió, apresurado, hasta desaparecer en las manos de la pequeña. Lena pudo oír algunas exclamaciones y algún que otro aplauso, que no duró mucho.

Lena volvió a mover las manos, con las palmas hacia abajo esta vez, y extrajo del suelo hasta la última gota de agua. Movió los diminutos dedos, como si estuviera tejiendo canastas con Ajác y unió cada gota en una esfera que elevó por sobre el tejado. Luego, la dejó caer. Una espesa nube de vapor se desprendió de las paredes y Lena ingresó al templo, sin perder más tiempo.

Vio a Vila tendida en el piso de piedra, inconsciente, y vio una figura vestida de negro de pie a su lado. Lena se preguntó por qué ese extraño no escapó del fuego.

—Vete, niña —murmuró. No pudo saber por su voz si era un hombre o una mujer.

—¿Qué le hizo a Vila? —preguntó, intentando mantener la calma. Le sería más fácil acabar con su vida que interrogarlo, pero no quería hacerlo, no quería desilusionar a Tareq. La miró y

sus relucientes ojos negros la traspasaron por completo. Lena sintió que se quedaba sin aire por unos breves momentos y su corazón latió tan fuerte que podía oírlo por sobre los gritos de la gente que estaba fuera del templo.

—Este no es su asunto, princesa. Retírese. —Esta vez pudo distinguir el tono masculino en su voz.

El hombre sacó de un bolsillo una daga plateada, que brillaba con una blanquecina luz propia, y se arrodilló junto a Vila. La respiración de Lena se agitó de repente y sintió miedo. Más miedo que nunca en su vida. Apretó los puños y vio al hombre levantar la daga por encima de su cabeza. Cuando intuyó que estaba por dejarla caer sobre la sacerdotisa, Lena cerró los ojos con fuerza por unos segundos, pero luego volvió a abrirlos.

—*¡Khubta sharak gatryth lanta!* —exclamó. Oyó al cuerpo caer y el sonido cristalino de la daga al rebotar en las piedras del suelo.

Lena se quedó sin aire, otra vez, cuando sintió que, desde su cuerpo, se extendían cientos de corrientes de una energía más intensa de lo que alguna vez sintió. Era la primera vez que utilizaba esas palabras de poder y no estaba preparada para algo así.

Cuando pudo respirar de nuevo, se acercó a Vila y quitó el cabello que cubría su rostro. Estaba muy golpeada; uno de sus párpados estaba deformado por la hinchazón y tenía un color oscuro, sus labios estaban lastimados y tenía cortes en las mejillas. Su túnica blanca con bordados dorados, como la que Lena vestiría esa noche, estaba rasgada y cubierta de sangre.

Y Lena enfureció.

Pudo sentir que, en su interior, crecía un fuego tan intenso como el que abrazó al templo minutos antes. No podía controlarlo y tampoco quería hacerlo. Quería dejarlo salir y envolver al mundo con él. Por Vila.

Corrió fuera del templo, llamando a los vecinos para que la ayuden a sacar a Vila de ahí y, cuando vio que ellos obedecían, desapareció para volver a materializarse en la marca que había para ella en el salón donde entrenaban.

—¡Lena! ¿Qué sucedió? —exclamó Tino. Shanyi estaba a su lado y su silla cayó hacia atrás cuando se puso de pie.

—Los sacerdotes atacaron a Vila —dijo con dureza—, necesitamos destruirlos.

Shanyi se acercó a ella y quiso tomar su mano, pero Lena no se lo permitió. No quería nada más que la extinción de esa gente que dañó a Vila.

—Por favor, Lena. Quédate aquí a esperar a Ajác —susurró Shanyi—. Nosotros nos encargaremos de todo. Quédate con ella, Tareq cuidará de Vila.

Lena no respondió. Vio que Tino y Shanyi se tomaban de la mano, lo que sucedía cuando iban a desaparecer, y decidió que iría con ellos. Dejaron a Vila a un paso de la muerte, si es que no lo habían logrado ya. Lena tenía el poder suficiente para destruir muchas cosas y en ese momento quería, o mejor dicho, necesitaba hacerlo. Y lo haría, sin importar las consecuencias.

Lena reapareció junto a Tino y lo tomó de la mano, justo un segundo antes de que desaparecieran.

—¡Por un demonio! —exclamó Tino cuando aparecieron en un descampado—. ¿Quieres decirme en qué estabas pensando, Lena? Podríamos haber muerto los tres.

—Sabía que no lo haríamos. ¿Hacia dónde está el templo? —Shanyi la miró como si no la conociera y Lena le sostuvo la mirada hasta que la muchacha bajó la vista.

—Que sea la última vez que…

—Tino, el templo —dijo Lena, con la voz carente de emoción.

El muchacho señaló hacia detrás de ella. La niña giró para ver a sus espaldas y vio un conjunto

de edificios circulares, a unas decenas de metros de donde estaban. Desapareció para volver a aparecer frente a uno de ellos y no esperó a que Tino y Shanyi la siguieran; sin embargo, a los pocos segundos, estaban a su lado.

—Detente, Lena. Seguirás mis órdenes de ahora en adelante.

—Tú no viste el estado en el que dejaron a Vila, Tino. Voy a destruir a esta gente. Sígueme si quieres, pero no me detengas.

Lena comenzó a correr entre los domos y se detuvo frente a la construcción de vidrio.

Se arrodilló, puso ambas manos en la extraña hierba negra de los senderos y sus ojos encendidos se reflejaron en el vidrio que formaba el edificio de mayor tamaño. La translúcida construcción tembló y los vidrios comenzaron a crujir, hasta que se agrietaron y cayeron con un gran estruendo.

Los sacerdotes y sacerdotisas dejaron los pequeños domos blancos y corrieron, gritando, hasta donde ella se encontraba. En las manos de Lena se formaron dos esferas de luz roja y Shanyi se paró frente a ella.

—Lena, detente —dijo la muchacha—. Solo vendríamos a dialogar con el Supremo Sacerdote.

—Hablaremos con ellos, Shanyi, pero en su propio idioma.

—¿A qué te refieres?

Lena se apartó de la muchacha y comenzó a correr hacia la muchedumbre que se congregó frente al edificio derrumbado.

—¡El Supremo! —repetían atemorizados.

Lena liberó las esferas de luz sin ver donde impactaron. A los pocos segundos, nuevas esferas reemplazaron a las que expulsó pero, esta vez, las dirigió hacia las personas.

Tino la tomó del hombro, pero ella se dio la vuelta.

—¡No te atrevas a tocarme! —exclamó antes de alejarse sin mirar atrás.

Comenzó a correr sin sentido, persiguiendo y disparando a quién se cruzara en su camino. Era libre al dejar salir de su cuerpo el dolor que sentía. El que hacía tanto tiempo estaba guardando en su interior y el que ocasionaron los sacerdotes al atacar a Vila. Era la última vez que alguien se atrevería a dañar a sus afectos sin sufrir las consecuencias de sus actos. De ahora en más no habría perdón para nadie y no huiría jamás de nadie. No pudo enfrentar a Reda, pero lo haría llegado el momento y también él pagaría por lo que le hizo a Fuego y a Plata.

Cuando estaban en el palacio, antes que Viktoria inhibiera sus poderes, Lena pensaba en qué haría Tareq en su lugar. Y Tareq siempre quería solucionar los problemas con calma, considerando las opciones que tenía antes que actuar impulsivamente, lo que la detuvo, en numerosas ocasiones, de hacer cosas terribles.

Pero esta vez no quiso pensar en él. No quiso pensar en cómo se sentiría Tareq cuando supiera lo que hizo. Solo quería que todos esos sacerdotes desaparecieran de la tierra y ya nunca más molestaran a Vila.

La diosa Sinmá estaba a su lado, feliz de lo que Lena estaba haciendo y ella podía sentirla en el aire que respiraba, en la brisa que le acariciaba la piel y le revolvía el cabello. Podía escucharla cantar y reír. Pudo sentirlo, también, en las llamas que envolvieron su cuerpo de un momento al otro. Pero ese fuego que se adhería a todo lo que alcanzaba y arrancaba gritos de dolor en los sacerdotes, no quemaba a Lena, ni le arrebataba el aire, al contrario. Era un fuego que la llenaba de vida y de energía, que la hacía querer danzar y cantar como la misma diosa lo hacía a su lado.

Esa era la forma en que Sinmá le daba su bendición, lo sabía.

No era solo el deseo de Lena, era también la voluntad de la diosa que los sacerdotes desaparecieran.

Las llamas que brotaban de los cuerpos caídos comenzaron a crecer como zarzas y a abandonarlos, para unirse y formar una figura humana. La mujer de larga cabellera incandescente, la diosa que nació de la muerte de los hombres, creció hasta alcanzar los dos metros de altura. Danzaba alrededor de Lena, encendiendo aún más todo lo que su cuerpo ardiente acariciaba.

La niña y la diosa se acompañaban mutuamente, cantando y riendo, saltando y festejando, mientras los sacerdotes caían rodeados de un manto con los colores y el brillo de un atardecer en el desierto.

Los cuerpos de las personas que fueron alcanzados por la ira de la pequeña niña se convirtieron en curiosas islas rojas y naranjas, que iluminaban los domos de color blanquecino transformándolas en extrañas y enormes lámparas circulares. De no ser por los gritos de desesperación o de agonía de los sacerdotes, se hubiera dicho que el templo de Sinmá se vistió de fiesta para conmemorar el nacimiento de la diosa.

—Todo brillará, la diosa Sinmá ha hablado y ellos la han ignorado. Todo caerá. Hoy la diosa Sinmá ha renacido. Todo arderá.

La voz infantil de la diosa comenzó siendo un murmullo, pero creció hasta ahogar las voces de los que estaban siendo castigados por haberla desobedecido.

Shanyi y Tino se alejaron hasta traspasar el extenso círculo de hierba negra y contemplaban, horrorizados, la escena que tenía lugar frente a sus ojos.

Una niña pequeña, envuelta en llamas que no quemaban su cuerpo. Una mujer hecha de fuego que reía junto a ella y acompañaba sus acciones, mientras los sacerdotes y sacerdotisas caían a su paso, sin poder escapar más allá de donde la hierba negra se acababa.

Tino intentó en varias oportunidades acercarse al lugar, pero el calor era tan intenso que sintió su cuerpo arder en cada ocasión. Shanyi estaba a su lado, tomada de su mano, y las lágrimas que bañaban sus mejillas brillaban como rubíes.

Cuando la claridad del sol comenzó a competir con las llamas que todo lo envolvían, la mujer de fuego cantó por última vez y Lena salió de los límites de lo que alguna vez fue el Gran Templo.

Una multitud se congregó en las afueras y todos contemplaban el espectáculo con tanto horror como fascinación. Se apartaron cuando la niña en llamas caminó hacia ellos; muchos la insultaron y le arrojaron cosas, pero estas se esfumaron antes de llegar a tocarla.

El murmullo de la risa de la diosa Sinmá aún resonaba en el aire cuando Lena se desplomó en mitad de la calle y el fuego que la envolvía desapareció. Tino dijo unas palabras a Shanyi, reaparecieron brevemente junto a Lena y los tres dejaron Ciudad Capital. La multitud los insultó y los maldijo, pero ellos ya no estaban allí para escuchar esas palabras.

El Gran Templo ardió durante tres días con sus noches, aun cuando no había nada que pudiera mantener las llamas vivas por tanto tiempo, ya que los edificios y los muebles eran de piedra y de vidrio.

El fuego desapareció de un instante a otro y, cuando lo hizo, no quedó allí más que un círculo de tierra negra.

FIN DE LA PARTE II

Epílogo

Tesar Ciudad Capital

Salió de su habitación silbando una alegre melodía y descendió los ciento sesenta y ocho escalones alfombrados hasta llegar al pasillo que llevaba a la entrada de las mazmorras del palacio. Después de cuarenta pasos, se topó con una fuerte puerta de madera tachonada con remaches de hierro y los dos guardias que la custodiaban, uno de pie a cada lado. Ambos hicieron una reverencia al verlo y uno de ellos quitó la pesada madera que la trababa. El otro guardia le entregó una antorcha y él traspasó la puerta.

Continuó silbando por veinte pasos más.

Unos pocos meses atrás, decidió dejarse crecer el cabello para llevarlo trenzado, como la mayor parte de los soldados tesarianos. Aún no se acostumbraba a ello, le resultaba un tanto incómodo y no lo tenía del largo suficiente para recogerlo en un lazo. Sin embargo, conoció, entre los sirvientes, a una esclava de las tribus nómadas de Morrau que sabía hacer unas trenzas pequeñas y pegadas a la cabeza. La muchacha lo ayudaba, a veces, a mantener su lacio y rubio cabello en orden, pero esa noche no era una de esas ocasiones y el cabello que le caía sobre el rostro lo ponía de muy mal humor.

Cuando llegó hasta la puerta enrejada que daba a las celdas subterráneas del Palacio Dorado, lo recibió un uniformado de mediana edad, casi tan alto como él, de rostro serio y mirada penetrante.

—Buenas noches, mi señor —dijo con voz firme.

—Buenas, ¿qué tenemos? —Se agachó para mirar la lista que había sobre la pequeña mesa frente a él.

—Han traído a tres hombres por órdenes del Segundo Príncipe, mi señor. —El carcelero señaló sus nombres—. Dijo que usted va a encargarse de ellos.

—Es un gran sujeto el príncipe Verj. —Se incorporó y le mostró una enorme sonrisa. El carcelero, en respuesta, le entregó un juego de llaves.

—Están en donde siempre los alojan, al final del pasillo.

—¿El piso inferior está vacío?

—Como de costumbre, mi señor.

—¡Excelente!

Zelig continuó silbando y caminó entre los húmedos pasillos hasta llegar a la última celda. Se asomó entre los barrotes de la puerta y miró su interior. Dos antorchas iluminaban pobremente la habitación, pero lo suficiente para ver a tres hombres durmiendo en el frío y húmedo piso de piedra. Zelig volvió a sonreír.

Regresó sobre sus pasos, caminó hasta la mitad del extenso corredor y giró a la derecha, donde unas escaleras lo condujeron al piso inferior. Introdujo la llave en la cerradura y abrió la puerta. Zelig se dirigió a cada uno de los rincones, mientras encendía las antorchas entre silbidos. Luego, caminó hacia la puerta y miró el lugar iluminado en sepia. Una mesa con correas de cuero, un cepo, una rueda de hierro de dos metros de alto, una silla de enormes dimensiones, atornillada al piso, con correas de cuero para sujetar brazos y piernas, una mesa a su lado en la que brillaban cuchillos de diferentes tamaños, pinzas y un hacha de no más de cincuenta centímetros. Junto a la puerta había dos baldes llenos de agua.

—¡Excelente! —exclamó.

Traspasó la puerta, subió los escalones y se dirigió a la última celda. Los prisioneros se alarmaron al verlo y se amontonaron todos juntos en un rincón.

—¿Quién llegó primero? —preguntó. Uno de los prisioneros empujó a otro de ellos y este avanzó un paso más, retorciéndose las manos.

—Hoy serás libre —dijo Zelig con una sonrisa y el prisionero sonrió también. El hijo del rey le hizo un gesto con la mano y les dio la espalda—. Acompáñame.

El prisionero caminó, con algo más de confianza esta vez. Zelig cerró la puerta tras él y le hizo otra seña al hombre.

—Por aquí.

El hombre caminó y Zelig fue detrás, guiándolo con breves palabras, pero este se detuvo al llegar a la habitación que se encontraba al finalizar la escalera. Se dio la vuelta para enfrentar a Zelig y le lanzó un puñetazo al rostro. El muchacho lo esquivó y el golpe fue detenido por la pared de húmedas piedras. Zelig lo empujó y el hombre cayó sentado, pero se levantó de un salto, dispuesto a escapar. El joven sacó un cuchillo de su cintura, el hombre miró el destellante filo y, luego, a la puerta que estaba a sus espaldas.

—Yo que tú, lo pensaría dos veces —dijo Zelig. Su sonrisa simpática se había esfumado ya y había sido reemplazada por un brillo de ferocidad—. Siéntate.

El hombre retrocedió, Zelig se giró para cerrar la puerta y, cuando se dio la vuelta, vio al hombre estirar su mano hacia la mesa. Zelig arrojó su cuchillo y este se clavó en el muslo del hombre. El prisionero aulló y cayó, golpeando su cabeza con el borde de la mesa antes de llegar al piso.

—Qué idiota eres. Te lo advertí… —murmuró. Zelig lo tomó del brazo para que se pusiera de pie, pero el hombre estaba inconsciente—. Maldito sea el instinto de supervivencia de estos cabrones.

Zelig giró la cabeza a ambos lados y su cuello crujió. Quitó el cuchillo de la pierna del prisionero y un chorro de sangre caliente le saltó a la mano, pero no hizo nada por limpiarla, solo levantó al hombre tomándolo por debajo de los brazos y lo sentó en la silla. Le aseguró las extremidades con las correas, así como cada uno de los dedos de las manos, fue por uno de los baldes y regresó junto al prisionero. Le arrojó un poco de agua sobre la cabeza y el hombre despertó sobresaltado.

—Despierta, Zarba está buscándote. —El muchacho caminó hasta la mesa y tomó el hacha.

El hombre forcejeó con sus correas pero, al ver que era inútil escapar de ellas, comenzó a implorarle que lo liberara.

—¡Calla! —rugió. El hombre cerró la boca y lo miró asustado—. Por los dioses, qué cobarde eres. De ahora en más, cada vez que abras la boca sin que lo autorice, perderás una parte de tu cuerpo, ¿estamos de acuerdo? —Zelig lo señaló con el hacha. El hombre asintió—. Excelente. ¿Sabes por qué estás aquí?

—No, mi señor —susurró.

Zelig bajó el hacha y el dedo meñique de la mano derecha saltó por el aire, a pesar de las correas que lo inmovilizaban. El hombre gritó, Zelig levantó el hacha nuevamente y el prisionero cerró la boca, aunque los gemidos de dolor se escapaban entre sus labios así como su sangre chorreaba a través de la herida abierta; el líquido comenzó a tintinear en las piedras del suelo y Zelig contempló por unos segundos la mancha que aumentaba de tamaño con cada gota. El prisionero tenía la respiración agitada y su sudor se mezclaba con el agua que el muchacho le arrojó hacía unos pocos minutos.

—Te contaré una historia, así nos conocemos un poco mejor, ahora que somos íntimos. —Se apartó el cabello que caía sobre su frente, con la mano salpicada de sangre, y comenzó a caminar de una punta a la otra de la habitación, con la vista puesta en las telarañas del techo—. Mi nombre es Zelig, soy el tercer hijo varón del rey Atkjer pero, como mi madre no es la reina Valka, no soy un príncipe. En un principio, cuando me enteré de quién era en realidad mi padre, me molesté con él y con mis hermanos, los que vivieron aquí desde su nacimiento. Con el tiempo, sin embargo, comprendí que era mejor así. Los maestros de mis hermanos fueron en extremo exigentes y podría decirse que cualquiera de los príncipes tiene una maldita biblioteca en su cabeza. Ogdev está obligado a reinar, Verj a comandar los ejércitos y Egil a manejar la economía del reino. Una mierda, si les preguntas. Ninguno de ellos puede elegir qué hacer. Yo, en cambio, fui afortunado. Me crie en el campo, sin protocolos, con pocos sirvientes, un solo maestro, sin actos ni fiestas aburridas, sin que mi padre me presionara por ser alguien que no soy. Es mejor así. ¿Alguna pregunta? —Zelig se detuvo, lo miró y el hombre negó moviendo la cabeza de un lado al otro. Luego, retomó su andar—. Bien... Además, debo decir que mis hermanos son muy buenas personas. Siempre nos trataron a mí y a mis hermanas, las otras hijas del rey, como a iguales. Nos mantuvieron al tanto de todo lo que ocurría aquí y nos pidieron opinión en decisiones que, quizás, no nos correspondía tomar. A todos menos a Rivka, porque ella es solo una niña y lo único que le interesa es dibujar y comer pasteles.

«Padre se aseguró de que nos llevásemos bien, evitando hacer diferencias entre nosotros; nos visitaban regularmente, nos llevaba obsequios, y demás. Verj es muy cercano a mi gemela, Leyna, y a mí. A ella la adora, a mí me vigila; Egil es muy cercano a Shrika. Ogdev es más bien solitario, pero se lleva bien con todos nosotros. ¿Sabes por qué Verj me vigila? —El prisionero negó con un movimiento de su cabeza—. Te lo diré. Una vez llegaron a la casa de campo y me vio maltratando a Leyna. Teníamos diez años y él once, pero ya era mucho mayor de tamaño que yo. Leyna me defendió, a pesar de todo lo que le hacía a diario, y Verj me obligó a decirle lo que sucedía. Le dije que no podía controlarme, que mis deseos… mi necesidad de dañar a alguien se hacía cada vez mayor. Verj obligó a Leyna a enseñarle las piernas y los brazos. Los tenía cubiertos de heridas, algunas nuevas y otras ya cicatrizadas. Leyna lloró, Verj enfureció y me dio una paliza. Me dijo que si alguna vez volvía a tocar a mi hermana, me rompería todos los huesos. Quizás esté loco, pero no soy idiota y no lo volví a hacer. Ogdev y él intercedieron para que padre enviara soldados al campo y me entrenaran en el uso de las armas. De esa forma, logré aplacar mis impulsos. Golpeaba cuantas veces quería, pero me golpearon muchas veces más de las que hubiera deseado. Leyna volvió a hablar conmigo después de un año, puesto que no me dejaban acercarme a ella. Siempre había un guardia a su lado, por orden de Verj. Pudimos volver a tratarnos y a retomar nuestra relación y, después de tres años, Verj retiró el guardia. Gracias a las constantes conversaciones con Ogdev y Verj, aprendí a no dañar a quienes son de mi familia. Solo ellos tres saben lo que está mal en mí y hacen lo posible para ayudarme a que no le haga daño a quienes no lo merecen. Aprendí a controlarme y a tener la confianza suficiente en los príncipes para decirles cuando estoy por hacer algo que, según sus criterios, está mal. Sin embargo, si se presenta la oportunidad en otra ocasión, no la voy a desaprovechar, claro está.

«Hace un tiempo que estoy aquí, mi padre el rey me trajo a vivir con ellos, puesto que los entrenamientos con los soldados no eran suficientes y, nuevamente, estaba comenzando a sentir la necesidad de dañar a alguien. Verj detesta a quienes maltratan a las mujeres y ¿sabes qué? Los encarcela para que yo pueda darle rienda suelta a mis impulsos y a mi imaginación. Y, créeme, tengo mucha inventiva.

El prisionero lo miró con los ojos desencajados y su respiración volvió a agitarse.

—¡Maldito loco! —exclamó y Zelig se acercó a él en dos veloces pasos. Le dio un puñetazo, la nariz le crujió y dos hilos de sangre corrieron por sus labios hacia su mentón. Zelig apartó la vista y tomó uno de los cuchillos.

—No me gusta que me llamen así —susurró. Sus ojos verdes centellearon a la luz de las antorchas y una sonrisa escalofriante se dibujó en sus labios. El prisionero abrió mucho los ojos e intentó, en vano, liberarse de las múltiples correas que lo sujetaban—. Esto se ha tornado personal —murmuró antes de deslizar la afilada punta de su arma por la frente del prisionero, justo donde comenzaba la línea del cabello.

PARTE III

Los guerreros también lloran

Prólogo

Tesar Ciudad Capital, año 3689

—Vanya, corre hacia la cueva y espérame allí. —El pequeño se detuvo y tiró del abrigo de su hermana.

—¿Quieres que te deje solo, Aleksy? —La muchacha le tomó ambas manos entre las suyas. Estaban tan frías como el paisaje que los rodeaba.

—Te quieren a ti —respondió el niño. Sus ojos, tan puros y celestes como el cielo en primavera, reflejaban los copos de nieve que caían sobre ellos—. Ya sabemos lo que ocurrirá si te atrapan y yo solo te retrasaré. Corre a la cueva, Vanya, por favor.

El niño sonrió y dos hoyuelos se marcaron a cada lado de sus labios. Vanya lo miró por unos segundos, le besó las mejillas enrojecidas y, luego, le dio la espalda. Sus botas se enterraban en el blanco y helado manto con cada paso que daba, pero no por eso se detuvo. Si la alcanzaban, sabía que le harían cosas terribles. Todavía recordaba la risa de los hombres que forzaron a su madre frente a ellos. Se despertaba de esas pesadillas cubierta de sudor, con sus gritos causándole escalofríos y arrancándole las lágrimas que no podía llorar de día, frente a su hermano. Debía huir y esconderse, no podía pensar en que a ella le sucediera algo peor que una violación y, por ello, Aleksy quedara solo.

El aire helado comenzó a pincharle en el pecho y le costaba cada vez más respirar, pero Vanya corrió, subió al cerro por los senderos escondidos entre las rocas y se resguardó entre ellas. Desde allí podría ver y oír a Aleksy sin ser vista. Se frotó las manos enrojecidas y las guardó en sus bolsillos.

Vanya esperó y, a los pocos minutos, vio a tres hombres doblar por el camino. Aleksy caminaba algunos metros delante de ellos, apresurado.

—¡Allí está el niño! ¡Es él! —exclamó uno de ellos y Vanya se llevó las manos a la boca para que no la oyeran gritar. No iban tras ella, querían a Aleksy.

Se quedó petrificada, sin ser capaz de pensar en qué hacer para ayudarlo. Sintió que el cuerpo se le bañó de sudor y este se volvió frío casi al instante.

Vio que su hermano comenzó a correr, con el horror pintado en cada uno de sus gestos. Uno de los hombres levantó las manos y el pequeño se desplomó sobre la nieve, sin darle ya ninguna clase de oportunidad. Sus perseguidores llegaron a él y uno de ellos lo levantó en brazos.

Vanya reaccionó y comenzó a recorrer el sendero de regreso hacia el camino principal. Al rodear el cerro, los perdió de vista y la desesperación se apoderó de ella; comenzó a llorar sin poder controlarse y a pensar en lo que sucedería si esos hombres eran capaces de desaparecer. Se estaban llevando a la única persona que tenía en el mundo, la única razón que tenía para despertar cada día.

Aleksy era una estrella nacida como humano. Su maestra se lo dijo cuando él comenzó sus entrenamientos y era un secreto que ambas cuidaban más que a sus propias vidas. Desde hacía algunos años, se volvieron cada vez más frecuentes los reportes de la desaparición de niños con esa particularidad. Se desvanecían sin que nadie hubiera visto u oído qué había sucedido y nunca más se sabía de ellos.

Vanya, sumida en la desesperación, corría sin mirar en dónde pisaba y no pasó mucho hasta que resbaló y cayó de rodillas. Cuando quiso ponerse de pie, volvió a patinar y rodó entre la

nieve y las rocas hasta llegar a la base del cerro. Quedó tendida a un lado del camino, golpeada y confundida.

Se incorporó sin pensar en cómo se sentía y vio que algunas gotas enrojecieron la nieve a sus pies. Se llevó la mano a la frente y la sangre tiñó sus dedos pero, sin dejar que eso la detuviera, Vanya se limpió en su abrigo y volvió a correr. Necesitaba ayudar a su hermano; él no se defendería, lo sabía, no haría nada para salvarse.

El pálido gris del cielo se fundía con la nieve que cubría el horizonte y Vanya pudo ver tres oscuras siluetas recortarse contra el descolorido paisaje. Se permitió detenerse y respirar por unos segundos, pero enseguida retomó la marcha. Siguió a los captores manteniéndose alejada y escondiéndose cada pocos pasos. La oscuridad comenzó a caer sobre ellos y Vanya apresuró el paso. Si los perdía de vista, nunca sabría a dónde llevarían esos extraños a su hermano.

Ya era noche cerrada cuando llegaron a una residencia que parecía abandonada, en las afueras de la ciudad. Vanya esperó hasta que los hombres entraron para acercarse al edificio de piedra. A pesar de lo frío del aire y de la nieve que le llegaba a los tobillos, sentía que un fuego la quemaba por dentro.

La muchacha buscó en sus bolsillos una tira de cuero para sujetarse el cabello y, cuando quiso recogerlo, notó que sus manos heridas temblaban sin control. Intentó serenarse y aguardó con la espalda apoyada en un muro hasta que pudo conseguirlo. Cuando sus temblores cesaron, se ató el cabello y comenzó a buscar un lugar para ingresar a la casa. Rodeó el edificio para hallar una entrada, pero las ventanas estaban bloqueadas con gruesas tablas clavadas a los marcos. Tiró de algunas de ellas, en vano, hasta que sus uñas se quebraron, sin conseguir que se movieran ni siquiera un ápice.

La casa tenía una sola puerta, sin embargo no se atrevía a utilizarla. Vanya siguió buscando alguna solución, hasta que encontró un lugar por donde escalar los muros; quizá, desde el techo, podría llegar a donde tenían a Aleksy. La piel de sus dedos se laceró con las ásperas y filosas rocas, pero eso no le impidió llegar al tejado. Caminó con cuidado sobre la nieve, hasta que un agudo grito le apuñaló tanto los oídos como el corazón. Le siguió una risa estridente y, tras eso, solo el silencio. Poco después fue consciente de que este solo era interrumpido por los latidos de su corazón, que resonaban como tambores en sus oídos.

«¡Muévete, maldita seas!» se dijo, pero su cuerpo parecía haberse convertido en un objeto inanimado y sin voluntad.

Un nuevo grito se alzó entre las sombras que la rodeaban y, al mismo tiempo, decenas de haces de luz se colaron entre los tablones del tejado y traspasaron la gruesa capa helada, para perderse en la inmensa oscuridad. Se cubrió la cabeza con ambas manos y cayó de rodillas. Sintió que las lágrimas se deslizaban por sus mejillas y su cuerpo se estremecía. Vanya perdió la estabilidad y rodó por el tejado hasta caer de espaldas en la nieve endurecida. El aire salió expulsado de sus pulmones y oyó el crujido de su brazo al romperse a la altura del codo.

Se incorporó lo más rápido que pudo y le pareció que el piso se balanceaba debajo de ella. Caminó tambaleándose hasta llegar a la pared e intentó camuflarse con las piedras del muro. No sabía si alguien la había oído y no quería correr riesgos. Quería ayudar a su hermano, pero ahí dentro había hombres y ella no dejaba de ser una mujer.

Pasaron los minutos y no se escuchó ningún sonido más. Vanya se dirigió a la puerta y la entreabrió para mirar el interior. Ahogó un grito al verlo desnudo, sujeto por correas de cuero a una mesa de madera. A su alrededor había varias personas que caminaban de un lado al otro. Un hombre de túnica carmesí le bloqueó la visión por unos breves segundos, pero rodeó la mesa y pudo verle el rostro, aunque no fue capaz de reconocerlo; el hombre llevaba en sus manos una

daga de largo filo.

Vanya, olvidando ya su propia seguridad, abrió la puerta de repente y todos detuvieron lo que estaban haciendo. Su hermano la miró y sus llorosos ojos celestes se fijaron en los suyos.

Vio que sus labios se movieron para formar la frase «Vete de aquí», sin embargo ningún sonido salió de ellos. Una lágrima solitaria se deslizó por su bello y pequeño rostro y cayó a la mesa.

—Ustedes… —murmuró Vanya—. Ustedes son los culpables de que los niños desaparezcan. ¡Todos lo sabrán! Los reportaré ante el Consejo de Magos ahora mismo.

Vanya giró sobre sus talones, dispuesta a salir de allí, pero la voz de una mujer la detuvo.

—Nosotros somos el Consejo.

Vanya no se atrevió a moverse. Reconoció esa voz aunque su tono era diferente al que conocía. Hacía tres años, la recibió con amabilidad y dulzura cuando Aleksy manifestó sus poderes por primera vez. La escuela de magos era muy costosa, pero Vanya trabajaba de sol a sol para que al menos él pudiera tener la oportunidad que ella no tuvo de aprender a controlar sus poderes. En sus planes, Aleksy sería un gran maestro y, cuando eso sucediera, ella podría estudiar. Solo debía esforzarse por unos años más y todo mejoraría. Dejarían de ser los huérfanos pobres que vivían en una cueva, podrían mudarse a la ciudad o, quizás, a otro país. Pero todo se derrumbó y Vanya sintió un dolor ciego en sus entrañas. La única persona que se mostró amable con ellos, desde que su madre falleció, los traicionó de la forma más cruel. Estaban por hacer un Indigno con su hermano, en ese momento lo comprendió. Sus piernas se aflojaron y sintió que el alma se le escapaba con el aire que salía de sus pulmones.

Nació en su pecho el deseo de destruir ese lugar y de acabar con toda la corrupción que estaba carcomiendo los cimientos de aquella honorable institución. Vio en su mente una luz roja que crecía de forma desmedida y luchó contra sí misma para no dejarla salir. Si lo hacía, su hermano sería herido o, peor aún, podría morir. Sin embargo, ese poder tan inmenso continuaba creciendo y cuando parecía que ya no podría contenerlo más en su interior, sintió un fuerte golpe en la nuca y todo se oscureció de repente.

Vanya despertó sobresaltada y se incorporó. La cabeza le dolía, se sentía confundida y mareada. Miró a su alrededor y vio que se encontraba en medio de la nieve; no podía reconocer las formas de las montañas y, le parecía, todo era más brillante allí. El cielo era de un profundo azul y la nieve lanzaba pequeños destellos, imitando al sol.

—¡Aleksy! —exclamó y se puso de pie de inmediato.

Ignoró las puntadas en sus sienes y el dolor en su brazo. Miró el camino en busca de huellas, pero estas desaparecían a los pocos metros de donde despertó. Corrió hacia un lado y, a los pocos segundos, regresó sobre sus pasos. Se percató de que esas personas consiguieron lo que buscaban. También, que había un Indigno más en el mundo… y un niño menos. Que el mundo se estaba volviendo cada vez más terrible e inseguro. Que la esperanza ya no servía de nada. Que el odio y las mentiras estaban ganando cada vez más adeptos y estos consumirían al mundo que conocían. El Consejo de Magos, ese grupo de personas que debía cuidar de todo el continente por igual, quienes tenían la obligación de velar por la paz y el orden entre los países, se había corrompido, como los rituales corrompían la carne, como los sacerdotes y Zarba corrompían a las estrellas.

Vanya cayó de rodillas y lloró por la tristeza, la culpa, la impotencia y la soledad. Lloró hasta que las lágrimas se congelaron en sus mejillas y hasta que se quedó sin ellas.

Cuando se dio cuenta, estaba acostada sobre la nieve y no era capaz de sentir su cuerpo. Su

largo cabello rubio estaba empapado al igual que sus ropas. Pero no le importaba. Deseaba morir allí. Nadie la necesitaba, no tenía ninguna razón para esforzarse, no tenía que luchar por nadie más. No merecía seguir respirando después de lo que le ocurrió a su hermano. En lugar de titubear, debería haber dejado que su poder se expandiera, Aleksy estaba muerto de todas formas, pero no hubiera sufrido la espantosa tortura que lleva a una estrella a convertirse en un Indigno. La maestra de su hermano se lo contó sin ahorrarle ningún detalle[24]. Se sentía culpable del sufrimiento del pequeño, sabía que no podría perdonárselo nunca y, por eso, quería morir.

Merecía morir.

Necesitaba morir.

Vanya cerró los ojos y, sin moverse, esperó a que Zarba fuera por ella, pero la diosa incompleta no necesitaba de su cuerpo para componer el suyo e ignoró su deseo. Los dioses y los Astros tenían otros planes para ella.

Vanya despertó dos días después, en un hogar que nunca había visto, con gente que hablaba un idioma desconocido, con ropas usadas y desgastadas que no le pertenecían. Una familia de granjeros la cuidó hasta que pudo ponerse de pie, pero Vanya no tenía ningún motivo para despertar en las mañanas. Les decía todos los días, en cada ocasión que tenía, que hubiera sido mejor que la dejaran morir, pero ellos sonreían y asentían con amabilidad. No la comprendían.

Solo por compromiso les ayudó, en cuanto fue capaz, en las tareas del hogar y, cuando el cálido sol de la primavera se llevó la nieve y el hielo, Vanya dejó el hogar antes del amanecer, sin despedirse.

Caminó sin rumbo fijo hasta que llegó a una pequeña ciudad. No tenía dinero ni nada de valor, más que su cuerpo y a ella no le valía para nada. Quería que alguien la ayudase a morir lo más pronto posible, pero nunca antes sus deseos se cumplieron y hasta la muerte huía de ella.

Vanya recorrió la ciudad hasta que llegó al barrio más pobre y miserable de todos, donde los chiquillos tenían los rostros sucios y llenos de mocos, caminaban descalzos entre la porquería y los perros se disputaban con ellos algún mendrugo de pan.

Entró a una taberna de puertas destartaladas y le dijo al dueño que quería saber dónde se encontraba. Nadie entendió lo que decía, por lo que se fue sin más.

Comenzó a hablar sola mientras caminaba. Tal vez alguien podría comprender sus palabras.

—Estoy sola y necesito regresar a Tesar. —Lo repitió tantas veces que, al final del día, solo murmuraba algo que ni ella comprendía.

La noche la encontró a las afueras de un edificio circular, con cuatro torres altas y delgadas. Los jardines no tenían flores ni árboles, solo unos arbustos oscuros, que parecían grotescas figuras humanas de miembros retorcidos bajo la débil luz de la luna creciente.

Estaba cansada, hambrienta, frustrada y malditamente viva.

Se acercó a la gran puerta de madera, pensando que quizás habría algún guardia que no la quisiera allí y la golpeará hasta la muerte, pero el lugar estaba desierto.

—Maldición —murmuró.

Se sentó en contra de la puerta, con toda la intención de que alguien la viera y la matara a golpes, pero, por el contrario, un hombre de amable sonrisa llegó cuando estaba a punto de dormirse. Le habló en ese horrible y suave idioma, que parecía compuesto solo de vocales, y le tendió la mano.

—No lo comprendo —dijo, de la peor manera posible, en cuanto se puso de pie.

—Oh *tesaguiana* —exclamó divertido el hombre. Era alto y fornido, y una espesa barba le oscurecía el rostro—. Estás invitada a pasar al templo, niña. Ven conmigo.

—Quiero morir, maldición, hace días que busco a Zarba y ella no acude a mí.

—Tú has llegado a ella, niña. Este es el único templo de la diosa en todo el continente. Ella eligió la ciudad de Vhinden para *alzag* su templo y estás ante él.

—¿Querrá ella tomar alguna parte de mi cuerpo? —preguntó con un hilo de voz—. Está sano, es joven y fuerte. Es mi alma la que está rota y cansada, señor.

El amable hombre se acercó a ella y la abrazó. Vanya no reaccionó, no le importaba lo que ese enorme señor quisiera hacer con ella, pero él no hizo más que reconfortarla. Vanya comenzó a llorar y él la llevó al interior cuando se calmó; la condujo a la cocina y encendió el fogón. Ella le contó a Laurent Monvant, tal era su nombre, todo lo que vio en Tesar Ciudad Capital. Mientras hablaba, él le acercó un plato de sopa que ella devoró entre palabras.

—No lo entiendo —dijo el sacerdote cuando ella dejó de hablar—, ¿el Consejo de Magos avala estas… *pgácticas*? Eso no es posible. Morrau, *Pyebga* y *Sitnog* deben *sabeg* lo que *ocugue*, el Consejo no tiene ningún *deguecho* a *pasag pog* encima de las decisiones de los demás.

—No me interesa, señor. Mi hermano y cientos de niños más han sufrido y seguirán haciéndolo sin que…

—¡No! Debemos *deteneglos*. Tú puedes *haceglo*. *Egues* una maga *fuegte* y tienes un motivo de peso para *haceglo*.

—No tengo entrenamiento, no soy nadie, señor —susurró.

—Yo te *convertigué* en alguien. —El hombre se puso de pie y comenzó a gesticular—. La mejor maga del continente, *segás* muy *podegosa* y *guespetada*. Con mi ayuda, *lidegagás* la *Ogden* de los Hijos del Águila.

—No entiendo. —Fue Vanya esta vez quien lo dijo.

—*Podgás acabag* con el Consejo de Magos desde la *ogden*. *Pog* eso *Zagba* no quiso *llevagte*. Tu vida tiene un *pgopósito* más *gande* del que *cgees*, niña. En un año, y que la diosa me lleve si no es así, *segás* la nueva *lídeg*.

Vanya se fue a descansar esa noche con una nueva perspectiva y una meta. Acabar con el Consejo de Magos, reducir Tesar a cenizas por avalar las atrocidades que se estaban cometiendo y no permitir que jamás volviera a crearse un Indigno. No fue capaz de proteger ni de salvar a su hermano, pero haría todo lo posible para que nunca más un niño fuera apartado de su familia. Los niños debían estar a salvo.

Tal y como Laurent Monvant prometió, en menos de un año, Vanya, la huérfana de la cueva, se convirtió en la líder de la orden, la temida Dama de la Cueva.

Nunca dejó que otros vieran su rostro, al que ocultaba con diferentes máscaras y disfraces y nadie más que el Supremo Sacerdote Laurent Monvant sabía que era una joven de dieciocho años quien comandaba a una de las hermandades más antiguas de Thoria.

La Orden de los Hijos del Águila no era un puñado de mercenarios, como todos creían. Era quien movía los hilos para que Thoria bailara al ritmo que ellos decidieran. Ponían a un rey y, con la misma facilidad, lo quitaban del medio. Dinastías enteras fueron extintas por sus aceros y Vanya sería quien decidiría qué rumbo tomaría la historia del continente.

Ella cambió mucho en un año, pero sus planes seguían intactos. Tesar se convertiría en cenizas aunque fuera lo último que hiciera en su vida.

Se lo debía a Aleksy y a cada estrella corrompida por el Consejo de Magos.

1

Zart Vialh, Tesar, año 4002

La primera nevada del año apagó todos los colores del paisaje y las nubes, de un gris oscuro, auguraban que una nueva capa helada se sumaría a la anterior. El día parecía estar sumergido en un constante atardecer, a pesar de que hacía pocas horas que el sol había ascendido desde detrás del establo.

Ilsa estaba sentada entre las rocas, al resguardo del viento, cuidando de las ovejas que intentaban encontrar, entre la nieve, alguna mata de pasto seco para comer. Miraba a los animales, aunque no prestaba atención a lo que veía; se sentía hastiada, como desde que se estacionaron en Tesar. Los días pasaban todos iguales, sin ningún tipo de cambio. Levantarse al amanecer, preparar la masa y dejarla leudar, salir a ordeñar la vaca, hervir la leche mientras el pan se horneaba, soltar la vaca, llevar las ovejas a pastar, preparar el almuerzo, limpiar la casa, limpiar el establo, ir por las ovejas, encerrar la vaca, alimentar a los perros, tomar un baño, cenar y dormir. Amanecía y vuelta a empezar. La misma rutina, el mismo paisaje, las mismas personas.

No le entusiasmaba la idea de cruzarse con algún tesariano, con esos modales tan desagradables y su innata superioridad masculina, pero extrañaba conversar con otras mujeres, como lo hacía en Drioed-ta. Las tesarianas eran asustadizas y se alejaban en cuanto la oían hablar. Para ellas, Ilsa era una mujer demasiado llamativa, se comportaba de manera indecente al hablar en voz muy alta y, seguramente, iba a terminar mal. Ya se le estaba pasando la edad de casarse pero, según decían, ningún hombre honrado la querría como esposa, algo de lo que Ilsa siempre se burlaba.

Tras su encuentro con el Segundo Príncipe, su padre la llevó a la ciudad para que aprendiera a ser una auténtica tesariana, pero las señoras que su padre contrataba como maestras rechazaban a Ilsa después de haber terminado la primera clase; dos de ellas, incluso, antes de que finalizaran. «Es un caso perdido», le dijeron. Después del quinto rechazo, su padre desistió y, simplemente, dejó de llevar a Ilsa a Zart Vialh.

Naga le ayudaba a pasar el tiempo un poco mejor, pero no siempre estaba en la casa. Desaparecía por días y ella nunca preguntaba a dónde iba, por temor a la respuesta. No quería saber cuando fuera a ver a Quentin, la tentación de dejar todo para ir con él era demasiado grande, pero el hecho de que su padre estuviera tan viejo la detenía. Cuando su padre ascendiera a uno de todos los cielos, iría a dónde sea que Quentin se encontrara. Pero aún no era el momento.

Una nevada cayó antes de que promediara el día, lo que hizo que regresara temprano a su hogar, helada y mojada hasta los huesos. Estaba a punto de salir de la tina, después de haberse dado un baño caliente, cuando sintió en su pecho una punzada de dolor que la inmovilizó por completo. Ilsa luchó por respirar, pero le pareció que no podía hacerlo. Sus dedos se aferraron al borde de la tina pues le daba la impresión, también, que todo se sacudía a su alrededor.

Después de lo que le pareció una decena de minutos, Ilsa volvió a respirar de repente, con la sensación que se tiene al estar demasiado tiempo bajo el agua.

—Quentin… ¿qué te sucede ahora? —murmuró.

Confundida y sintiendo un gran e incomprensible pesar, se apresuró a secarse y vestirse. Dejó el cuarto de baño y buscó a Naga en su habitación.

—¿Qué te sucede? —preguntó él cuando la vio—. Te ves terrible.

—Quentin —repitió en un susurró—. Algo le sucedió.

—Espera, toma asiento. Preguntaré. —Naga la ayudó a sentarse; Ilsa tenía ambas manos sobre el pecho, con una aterradora sensación de dolor, miedo y soledad—. Quentin está bien, pero sus padres… Ellos fueron asesinados. El Gobernador y su esposa también. Su hermano mayor y su esposa estaban con ellos cuando sucedió y solo Enara salió ilesa.

—Llévame —suplicó—, llévame con Quentin, Naga.

—¿Estás segura? —Ilsa asintió—. ¿Cuántos días piensas estar allí?

—No lo sé, no puedo pensar en eso ahora.

—Comprendo, tienes razón… ¿Qué le diremos a tu padre?

—La verdad. Ya no quiero ocultarle que puedo usar la magia, que sé curar heridas y que Quentin y yo somos parte de la misma estrella. Debe saber que soy parte de algo más grande de lo que puedo comprender. Y, si no lo quiere aceptar, será peor para él, porque lo mismo iré a dónde sea que Quentin esté. Él me necesita.

A media tarde, estaban los dos preparados para salir. Ilsa llevaba en su bolso algunas prendas por si su estadía se prolongaba más de un día, pero quería permanecer en Sitnor solo por unas horas, o le sería imposible regresar.

—Cuando estés lista, toma mi mano y no te muevas por nada del mundo —dijo Naga y ella asintió.

Estaba tan nerviosa que le parecía que se desmayaría en cualquier momento. Era la primera vez, no solo que desaparecería, sino que viajaría a una distancia de miles de kilómetros. Le pidió a Naga que la durmiera, pero él se negó a hacerlo. Le dijo que no quería gastar su energía en algo que era inútil. Iba a esperar a que ella se calmara por sus propios medios y solo cuando lo lograra, podrían viajar.

—Estoy lista —dijo después de unos minutos. Naga la miró con desconfianza y ella intentó sonreír, aun cuando tenía un nudo en el estómago y le parecía que tenía tanta energía contenida que podría correr hasta llegar a Sitnor sin mucho esfuerzo. Finalmente, el mago asintió, le tendió la mano e Ilsa la tomó.

Sintió que su cuerpo dejaba de existir y que estaba flotando en medio de la nada; comenzó a desesperarse, quiso gritar y moverse para volver a recuperar el control de sus extremidades, pero se contuvo de hacerlo. Naga le había advertido que no se moviera.

Cuando llegaron a Sitnor, Ilsa cayó de rodillas y se llevó las manos al centro del pecho.

—Maldito seas, Naga —murmuró con un hilo de voz. Todo en la habitación le daba vueltas y parecía estar a punto de vomitar. El mago, sin embargo, rio.

—Que blandita resultaste.

—Cierra la boca —murmuró molesta.

Cuando recuperó un poco la estabilidad de sus piernas, se puso de pie y se acercó a la ventana. La abrió de un empujón y respiró con ganas, buscando que el aire fresco la reconfortara. Naga caminó hacia la puerta y, cuando la abrió, el amigo de Quentin, Josh y un gato de brillante pelaje negro entraron a la habitación. Ilsa los miró extrañada, puesto que no sabía que los estarían esperando.

—¿Dónde está? —le preguntó a Naga en tesariano y él encogió los hombros como respuesta. Josh la miraba de forma extraña, lo que la hizo sentir incómoda. Quizás, Quentin le habló de la estrella que los unía y por eso él fue a recibirlos, pero no dejaba de extrañarle que Quentin no estuviera con ellos. Decidió presentarse, al ver que nadie decía nada—. Buenas tardes, mi nombre es Ilsa.

—Bienvenida, señorita. —Se apresuró a decir Josh, que parecía haberse dado cuenta de su falta de cortesía—. Soy Joshua Pronees, amigo de Quentin.

—Te recuerdo, de Drioed-ta. ¿Dónde está él?

—No lo sé, no lo veo desde hace horas…

—Saldré a buscarlo —dijo Ilsa con determinación. Le dio su bolso a Naga y dejó el cuarto.

Josh quiso detenerla, pero Naga lo impidió.

—Déjala, ella sabe cómo encontrarlo. —Le oyó decir antes de dejar la habitación.

Ilsa recorrió un angosto pasillo sin ventanas, de paredes de grandes piedras grises e irregulares que la hicieron sentir aprisionada. Estaba pobremente iluminado por unas agónicas velas y algunas de ellas ya se habían apagado, dejando parches de oscuridad en las paredes. El corredor la llevó a unas escaleras que desembocaban en la planta baja y miró a los lados para ver dónde se encontraba la salida.

Una vez afuera, se dejó llevar como lo hizo las veces anteriores. Llegó hasta la plaza central y la recordó llena de carretas, música y gente bailando bajo la agradable noche veraniega de Sitnor. Sonrió y miró hacia el cielo que, en ese momento, estaba cubierto de nubes pesadas y grises, que parecía que caerían sobre la ciudad de un momento al otro. El aire, frío y cargado de humedad, le revolvía el cabello y le causaba escalofríos, a pesar de haber pasado los últimos años en Tesar.

Caminó por esas calles desconocidas aunque, de cierta forma, familiares y se alejó sin saber a dónde sus pasos la llevaban. Los caminos empedrados se terminaron y fueron reemplazados por otros más angostos, tapizados de un barro maloliente.

—¿Qué demonios haces en este lugar, Quentin? —susurró.

Las casas eran cada vez más bajas y más precarias. La madera de las puertas lucía podrida y, a los lados, no había bancos ni canteros, como en la parte central de la ciudad, la única que conoció hasta ese día. Los postigos de las ventanas se balanceaban con el viento, acompañados de un agudo chirrido. Por todos lados se podía oír niños llorar o pelear y mujeres gritar, seguramente con la paciencia ya agotada. Los perros hambrientos deambulan como espectros por las calles, creando sombras huidizas entre los callejones.

Caminó hasta que la penumbra comenzó a ganar cada vez más territorio, entre charcos y basura, entre incertidumbre e inquietud. Continuó, aunque a cada paso se sintiera más insegura, hasta que comenzó a oír risas y a hombres maldecir.

—Quentin —susurró.

Comenzó a correr hacia el lugar del que provenían los sonidos y, mientras, buscó su navaja en uno de sus bolsillos. Sosteniéndola con fuerza, se acercó y pudo entrever dos hombres que estaban golpeando a alguien que yacía en el suelo.

—¡Alto! —exclamó, pero no se detuvieron.

Ilsa llegó hasta uno de ellos, saltó sobre su espalda y le enterró la navaja en la base del cuello. Retrocedió, aterrada e impactada, sin comprender cómo fue capaz de hacer algo así.

El hombre soltó un alarido que logró sacudirle el estado de confusión y cayó en un charco de olor repugnante.

«Lo maté» pensó, pero no dejó que eso la distrajera demasiado, aún había alguien más y Quentin seguía tirado en la mugre de las calles.

—¡Quentin! —exclamó, pero él no se movió en lo absoluto. El hombre que estaba con él, sin embargo, dejó de prestarle atención y se giró, despacio, para verla.

—¿Conoces a este sujeto? Es una puta lacra que no merece seguir respirando.

—Es Quentin Guna, es… es… —balbuceó Ilsa, pero no recordaba el nombre de su padre ni tampoco el del gobernador.

—¿Quién, hermosa? —El hombre avanzó un paso e Ilsa retrocedió—. Nadie de importancia, a mi parecer, más que un desperdicio de la alta sociedad.

—No se acerque, señor —murmuró. La voz le temblaba y sus manos parecían no detenerse, tampoco.

El hombre rio.

—No te asustes, preciosa.

Cayó sentada al tropezar con algo. El hombre la alcanzó y le tendió la mano. Ilsa miró hacia los lados, buscando hacia dónde escapar, pero antes de que pudiera decidirlo, el sujeto la levantó tirando de su brazo, la tomó de los hombros con fuerza y la hizo retroceder hasta que chocó en contra de una pared. Ilsa gritó, pero él le puso la mano sobre la boca para que no pudiera volver a hacerlo. Se esforzó para apartarse de él, pero era mucho más alto y apenas si le permitía moverse por la fuerza con la que la sujetaba.

«No te resistas, no grites, no pelees» le había dicho Naga, pero era imposible no hacerlo. Ilsa sintió, en su pierna, la mano del hombre que buscaba con urgencia la forma de levantarle la falda y, a su vez, las lágrimas que le quemaban las mejillas hasta llegar a la asquerosa mano que la estaba ahogando. Intentó gritar, pero solo oyó un gemido ahogado provenir de su garganta.

«Quentin, ayúdame» pensó con desesperación y, al mismo tiempo, recordó que si podía reparar un hueso roto, tal vez también podría romper uno. O varios, si era posible.

Trató de encontrar en su interior el poder para lograrlo, quiso verlo como lo veía cuando quería sanar una herida, pero no ocurría, no podía hacerlo. Parecía ser que esa luz que la ayudaba a sanar no era la misma que podía usarse para herir.

La sucia mano estaba tocando groseramente su rodilla y ella se sentía a un paso de desfallecer por la impotencia de no poder hacer nada para quitárselo de encima. Estaba ya a punto de rendirse cuando vio que una mano enguantada aparecía desde detrás del hombre, lo tomaba por el mentón y lo apartaba de ella. Se oyó un grito ahogado, un espantoso crujido y un cuerpo desplomarse en el suelo.

Ilsa estaba petrificada, quería huir, correr lo más lejos posible y nunca más regresar a ese horrible lugar, pero sus piernas no le respondieron. Podría haber pasado lo mismo un segundo o una eternidad, hasta que Ilsa sintió un cosquilleo en su cuerpo, el aire ingresar de golpe en sus pulmones y vio a Quentin frente a ella.

La nube de alcohol que lo mantuvo adormecido e idiotizado por las últimas horas se despejó de repente cuando una sensación de urgencia, peligro y temor se apoderó de él. No comprendía, siempre se emborrachaba y, en todas las ocasiones, terminaba golpeado. ¿Por qué esta vez sería diferente, si ni siquiera lo estaban golpeando ya? Quentin maldijo para sí mismo, estaba muy bien en su «no-sentir», donde no había malestar, vacío ni Ilsa.

Quentin se sentó de golpe y miró a su alrededor. Apenas si podía distinguir unas pocas sombras bajo el apagado atardecer, pero oyó el murmullo de una voz masculina y a una mujer llorando y el corazón se le estrujó.

—¡Ilsa! —exclamó alarmado. Se puso de pie de un salto y corrió como pudo hacia el lugar de donde provenían las voces.

Un hombre estaba delante de ella y la sujetaba contra la pared de una casa. Quentin lo tomó desde atrás y, con un movimiento firme, le rompió el cuello. Lo dejó caer y apartó a Ilsa del lugar, para ver si estaba herida.

—¿Ilsa? Por los dioses, háblame. —Él le tomó el rostro y, con las manos temblando, le apartó el cabello húmedo que le caía sobre la frente y los ojos. Podría haber matado de nuevo a ese hijo

de puta por haberla tocado—. Por lo más sagrado, Ilsa, dime algo.

La suave luz que se proyectaba desde una ventana le iluminó el rostro y Quentin vio que tenía las mejillas enrojecidas, lloraba sin poder controlarse, sus ojos parecían no mirar a ningún lugar en específico y su cuerpo temblaba. Se dio cuenta que llevaba los guantes puestos, por lo que se los quitó y le tomó la mano, pero ella también tenía guantes y la muchacha no reaccionó de ninguna forma. Le tomó el rostro con ambas manos y, en ese momento, Ilsa respiró como quien se siente impedido de hacerlo y fijó sus ojos en él.

—¿*Washya khusta*[25]*?* —balbuceó al verlo. Los labios le temblaban y sus manos buscaron aferrarse a él.

—¿Estás herida? ¿Te… lastimó? —Ilsa negó moviendo la cabeza de lado a lado—. Te llevaré a casa, salgamos de aquí. —Quentin la rodeó con un brazo y la condujo en dirección hacia el centro de la ciudad—. ¿Cómo es que estás aquí? ¿Por qué nadie me lo dijo? —preguntó, pero ella no dijo ni una palabra—. ¿Cómo demonios te dejaron venir sola hasta aquí?

Ilsa no respondió y recién se detuvo después de varios minutos.

—Maté a alguien —balbuceó en voz tan baja que él apenas fue capaz de oírla. A Quentin se le oprimió el pecho.

—No te preocupes —dijo con la mayor calma posible—. Ya me ocuparé de eso más tarde…

—Mi navaja quedó allí y tiene mi nombre —dijo ella, en cambio, con una dolorosa ausencia de emoción en su voz.

—Debemos regresar. ¿Quieres esperarme aquí? —Quentin se detuvo e Ilsa respondió moviendo la cabeza de lado a lado.

—No me dejes sola, por favor.

—No lo haré, pensé que quizás no querrías volver. —Como respuesta, Ilsa tomó su mano y comenzó a caminar de regreso hacia dónde se encontraron—. ¿Sabes hacer alguna cosa con magia?

—No, solo sé curar. Quise lastimar al hombre que estaba sobre mí, pero no funcionó.

—Somos los magos más inútiles de la historia —dijo, en un intento de animarla, pero no supo si lo había logrado. Caminaron en silencio hasta que llegaron a donde había ocurrido la pelea y a duras penas pudo ver dónde cayeron los cuerpos, puesto que la noche ya cubría la ciudad. Quentin se agachó y el filo de la daga hizo un sonido desagradable al liberarse del cuerpo del muerto. Limpió la hoja en el abrigo del hombre y se guardó el arma—. Larguémonos de aquí.

En silencio cruzaron varias calles lodosas, mientras una densa niebla comenzaba a hacerse presente y a dificultar su visión. Cuando llegaron a las calles empedradas, todos los faroles estaban encendidos y la neblina dibujaba un amplio halo dorado alrededor de cada uno de ellos.

—¿Le dirás a alguien lo que hice? —susurró y Quentin se detuvo. La miró y su rostro continuaba serio e inexpresivo—. No se lo digas a Naga, por favor.

Quentin la abrazó, pero Ilsa no reaccionó. Todo lo que dijo Tino esa misma mañana cobraba más sentido que nunca. «¿Qué sucedería si Ilsa te encontrara así?», le preguntó y él no fue capaz de imaginarlo. En ese momento la angustia lo invadió al pensar que constantemente ponía en riesgo a todos aquellos que eran importantes para él, no solo por lo que Ilsa se vio obligada a hacer, sino también por todo lo que pasó Josh por su inmadurez.

—Es mi culpa… Si no fuera tan idiota, tan egoísta, no estarías pasando por esto. Ni siquiera… ni siquiera puedo pedirte que me perdones.

Ilsa se separó de él y lo miró.

—Volvería a hacerlo. Todas las veces que fueran necesarias, Quentin —dijo con seguridad y él no se sintió capaz de sostenerle la mirada.

—Los dioses quieran que nunca más debas…

—Después de mi padre, no hay nadie en el mundo que me importe más que tú. No te conozco y no me conoces, no sé de qué eres capaz, pero tú tampoco sabes lo que estoy dispuesta a hacer por ti, así que ya no sientas culpa y no te mortifiques.

Quentin frunció el ceño, confundido.

—Puse tu vida en riesgo, ese desgraciado estaba aprovechándose de ti, mataste a un hombre por mí, ¿cómo quieres que no sienta culpa?

—Yo maté por ti y tú lo hiciste por mí. Ninguno de los dos debería haberlo hecho, pero lo hicimos. No me importa mi seguridad si tú estás en peligro, Quentin, me gustaría que lo comprendieras.

—Ilsa…

—Vivo en una maldita agonía cada día —susurró—. ¿Crees que lo que sucedió me cambiará en algo, sabiendo que ahora tú estás a salvo?

Cada palabra que salía de sus labios era una daga que se enterraba en algún lugar de su cuerpo. Podía comprender lo que ella decía, porque él también lo sentía a diario, sin embargo, oírla decirlo dolía más que todos los años que estuvieron separados. Él mató por ella, pero tampoco le importaba haberlo hecho. En un principio lo atribuyó a las cientos de muertes que atormentaban sus pocas horas de sueño cada noche, pero lo que Ilsa dijo era cierto. Ella estaba a salvo y eso era todo lo que le importaba.

—¿En qué te has convertido por mi culpa? —preguntó sin esperar una respuesta.

—En quien debo ser, por alguna razón una estrella nos eligió.

—Y no pudo haber hecho mejor elección. —Quentin tomó la mano de Ilsa y comenzó a andar.

Caminaron por las iluminadas calles del centro de la ciudad e Ilsa habló después de unos minutos. Cuando lo hizo, parecía la misma Ilsa que lo encontró en Drioed-ta. No supo si estaba actuando así para no preocuparlo o si realmente se repuso tan rápido.

—Necesito darme un baño. —Se detuvo, soltó la mano de Quentin y sujetó su chaqueta y, luego, su falda con la puntas de los dedos. Frunció la nariz e hizo una mueca de desagrado—. Y quitarme esto de encima. Naga tiene mi bolso.

—Por supuesto, ¿a dónde es que aparecieron?

—En casa de Joshua. Él estaba ahí cuando Naga abrió la puerta de la habitación.

—¿Solo?

—Sí, con su gato.

—Es mi gato. —Quentin sonrió—. Bueno, eso creía… Lo llamo Onix, pero es un mago de la Antigua Era y desconozco su verdadero nombre.

—*Shrakjta* un gato mago, eso sí que es raro. Naga iría a ver a tu hermano, me lo dijo antes de venir.

—Noah fue herido anoche, gracias a los dioses…

—Lamento mucho lo que sucedió a tus padres. Por eso es que le pedí a Naga que me trajera, no podía dejarte solo en estos momentos.

—Gracias por haber venido —dijo e Ilsa asintió.

—¿Qué estaba sucediendo cuando te encontré? ¿Por qué te estaban golpeando?

—No es nada.

—Ni siquiera te estabas defendiendo.

«Demonios».

—Fui a beber y hubo una pelea… Maldición, ni siquiera puedo mentirte.

—Dime qué sucede. —Ilsa se frenó en mitad de la calle y tiró del abrigo de Quentin para que

se detuviera.

—Mi inmadurez, Ilsa —dijo, derrotado—. Bebo, causo una pelea y dejo que me golpeen. Eso es lo que suce…

Hubiera deseado que ella también lo golpeara pero, sin embargo, Ilsa lo abrazó.

—Ya no lo hagas, por favor —susurró.

—No soy tan fuerte como creí, te prometí que intentaría estar bien, pero es casi imposible. Son tantas cosas, Ilsa, tantas muertes, tanto pesar…

—Olvídalo por un instante y recuérdanos así cuando tus fuerzas te abandonen. Yo lo haré, también. Somos parte de la misma estrella. Te pertenezco, tanto como tú me perteneces, somos uno y para nosotros no hay nada imposible. Tenemos toda la vida por delante, aunque parezca que a veces no vemos más allá de nuestro dolor. Llegará el momento en el que estaremos juntos para ya no alejarnos. Ahora solo debemos ser pacientes y esperar a que los Astros nos lo concedan. Sé fuerte, por los dos, por favor.

Un nudo se formó en su garganta y cerró con fuerza los ojos para que las lágrimas no se le escaparan. A su lado, parecía que todo lo malo que había en el mundo y en él mismo dejaba de existir, como si con su sola presencia lograra disolver las pesadillas, el dolor y los muertos que lo acompañaban a diario desde hacía tantos años. Ella era paz.

—No quiero que te vayas… —murmuró.

—Estoy aquí, no pienses en ello ahora.

—… Aunque apestes.

—Tú no hueles como un bosque de pinos, exactamente —dijo sin apartarse de él.

—Lo sé.

2

Ilsa se restregaba las piernas con demasiada energía, mientras lloraba en silencio. Quería quitarse esa espantosa sensación, pero parecía que la mano del hombre continuaba allí, tocándola, queriendo levantar aún más su falda.

Miró su mano y vio que tenía sangre. Pero sabía que esas rojizas manchas irregulares no estaban en su piel, sino en su mente y que nunca se irían, por más que intentara quitarlas, puesto que no era su sangre. Era la del hombre al que mató. Revivió el momento y un sollozo reventó en su garganta. Sus brazos perdieron toda su fuerza y cayó de rodillas en la tina.

«¿Qué hice? ¿Cómo fui capaz? ¿Por qué?»

Las mismas preguntas sin respuestas le daban vuelta una y mil veces entre los pensamientos y, aunque le dijo a Quentin que solo le preocupaba que él estuviera bien, sabía que no era el todo cierto. Estaba destruida por dentro.

Dos golpes en la puerta la sacaron de su miseria y la voz de Quentin preguntándole si se encontraba bien la obligaron a recuperarse rápidamente. Mintió, por supuesto, y se apresuró a salir del agua. Él dijo que la esperaría abajo.

Se tomó unos segundos en respirar para recobrar la normalidad de su voz y se refrescó los ojos y las mejillas con agua fría. Se alejó de esos malos pensamientos, queriendo poner su atención en cualquier otra cosa para olvidar, aunque sea por unos momentos, lo que le hicieron, lo que hizo.

Se secó y buscó en su bolso qué ponerse. Las botas, de cuero negro y suela alta, estaban un poco sucias, pero secas por dentro, lo que era una suerte porque no había llevado otro par. Eligió una falda de lanilla gris oscuro, larga hasta mitad de la pantorrilla, amplia y sin pliegues, una camisa negra de cuello alto y, sobre ella, se colocó una chaqueta corta hasta la cintura a juego con la falda. Tesar podía ser una mierda en demasiados aspectos, pero tenía que admitir que las costureras tesarianas eran un prodigio y sus vestidos y prendas eran los que más le gustaban, por todo el tul, encajes y cintas que llevaban la mayoría de los vestidos.

Quentin la esperaba en un frío salón en penumbras y se puso de pie en cuanto la vio llegar. Se quedó viéndola, con la boca abierta y sin decir nada, como si las palabras se le hubieran quedado atoradas.

—¿Está todo bien? —preguntó Ilsa, confundida.

—Sí, claro —respondió, aunque se lo veía extraño—. Bien, vamos a casa. Mi hermana, está preparando la cena. ¿Cómo te sientes?

—Estaré bien, no te preocupes —sonrió y, luego, agregó—. Quisiera disculparme por lo que hice en Drioed-ta.

—No es necesario… —Comenzó a caminar hacia una amplia puerta vidriada, a sus espaldas.

—Sí, lo es. No debí haberlo hecho. —Ilsa se colocó sobre los hombros la capa que llevaba en la mano y lo siguió—. Estaba tan emocionada por haberte encontrado de nuevo, tan feliz y eufórica, que todo eso hizo que sintiera cosas que no pude comprender. Por eso me acerqué a ti más de lo que correspondía.

—Lo sé, yo me sentí igual que tú. Pero… —Se giró a verla un instante, pero luego bajó la vista y, también, la voz—. Aún sigo pensando que eres hermosa.

—Quentin… —dijo y abrió mucho los ojos.

—No. No digas nada. —Quentin la miró fugazmente—. No lo digo con ninguna intención. Solo que me es imposible mentirte y… es verdad que eres hermosa. Pensé que dejaría de

pensarte de esa forma cuando todo en mí regresara a la normalidad, aunque no lo conseguí.

—No… —Se sentía extraño oírlo. Que Quentin le dijera algo así después de tanto tiempo no dejaba de confundirla.

—No por decirlo tengo intenciones de aprovecharme de la situación, Ilsa. En Drioed-ta, sucedieron cosas que no deberían haber sucedido y cuando me dijiste que te casarías, me molesté muchísimo.

—Lo sé… —murmuró.

—¿Cómo que lo sabes? —La miró apenas de reojo.

—Pude darme cuenta. Tampoco te esforzaste demasiado en ocultarlo…

Quentin murmuró algo que Ilsa no pudo comprender, pero cuando quiso preguntarle, él abrió la puerta otra vez y salió.

—Ven, vamos a casa. No creo que sea bueno que continuemos con esta conversación.

Ilsa lo siguió en silencio por un angosto sendero de piedras que cruzaba un patio en penumbras. Quentin abrió un portón de madera y se encontraron con un enorme terreno tapizado de barro, rodeado de altos muros y lleno de guardias armados que los saludaban con una inclinación de cabeza en cuanto pasaban junto a ellos.

—¿Vives aquí?

—Sí. Está dividido en dos —dijo después de ver su desconcierto—. Antes era el castillo del rey de Sitnor, pero fue modificado cuando él murió, después de la Última Gran Guerra. —Quentin señaló hacia atrás—. Del otro lado vive el Gobernador… vivía el Gobernador y su familia. Josh está ahí de momento, hasta que se decida quién gobernará de ahora en adelante.

Le extrañó que pareciera, de repente, demasiado nervioso; su voz no se oía como antes y miraba hacia todos lados.

—¿Qué tienes?

—Escucha, no sé qué sucederá cuando entremos, pero debes saber que…

—¿Qué sucede?

—Es incómodo decirlo…

—¿Estás comprometido o algo así? —preguntó Ilsa y él frunció el rostro—. Deberías habérmelo dicho antes, Quentin, ¿qué si alguien te vio conmigo?

—No estoy comprometido, ¿cómo crees? Ya te pareces a mi hermana, pero eso era lo que quería decirte. Desde que Noah se casó, Ara, mi hermana, está intentando que yo también lo haga y suele ser bastante insistente. Creerá que tú y yo nos conocemos… de esa manera…

—Bueno, en cierta forma, tendrá algo de razón. —Ilsa no pudo evitar decirlo.

—Por un demonio, no empieces —dijo Quentin y rio por primera vez en esa noche.

—Está bien —respondió divertida—. ¿Ella sabe que tú eres mago? —Quentin negó moviendo la cabeza—. Buscaré una posada, entonces, así no tienes que darle explicaciones incómodas.

—No, ¿cómo se te ocurre? Te quedarás conmigo. —Quentin empujó un portón igual al que cruzaron antes, e ingresaron a otro patio pequeño, similar al anterior, pero que estaba bien iluminado.

—Ven, acompáñame a buscar a Naga y luego encontraremos dónde quedarnos, no te haré pasar malos momentos.

—Ni lo sueñes, te quedarás aquí.

—¿Qué le dirás cuando pregunte?

—Ya se me ocurrirá algo.

—Puedo fingir que no comprendo lo que dicen o que no puedo hablar muy bien —susurró. Quentin se detuvo y la miró unos segundos.

—Eso sería grandioso —acordó—, habla mal cuando estés con mi hermana, así no se pone molesta con este asunto.

—Como digas, por mi está bien.

Quentin respiró profundo, como si en verdad le costara entrar a ver a su hermana, tomó a Ilsa del brazo y abrió la puerta.

Ara estaba empezando a preparar la cena cuando Quentin ingresó a la cocina, acompañado de una joven alta y de cabello gris, que vestía un hermoso atuendo tesariano. Ara pensó que debía provenir de una familia adinerada por la calidad de su vestimenta. Por absurdo que pareciera, a pesar de las ojeras y del cansancio que se reflejaba en sus ojos, Quentin estaba sonriendo. Aun con la desgracia que cayó sobre su familia, su hermano halló un motivo para sonreír o, mejor dicho, alguien que le enseñó a hacerlo. Había esperado que en algún momento el milagro ocurriera, pero Quentin huía de los compromisos como del fuego e hizo todo lo posible para ignorar esa conversación por años. Cada vez que sus padres o ella misma se lo mencionaban, él desaparecía por horas. Sin embargo, llegó a casa acompañado y, al parecer, estaba alegre. No pudo más que sentirse bien por él.

Se apresuró a limpiarse las manos en el delantal y Quentin se acercó a ella, la abrazó y le besó la mejilla.

—Ara, quiero presentarte a Ilsa —dijo su hermano antes que ella pudiera decir nada. Parecía estar haciendo un esfuerzo por no delatar lo incómodo que estaba—. Es mi amiga.

Ilsa sacó del bolsillo de su falda una mano enguantada y la extendió para presentarse. A Ara le pareció algo extraño el hecho de que llevara guantes de piel, ya que en Tesar las temperaturas eran muy inferiores pero, de repente, recordó al mago que solía llegar desde allí, Naga, y se alegró por ello, haciendo que se olvidara del detalle de los guantes. Él curaría a Noah, sabía que era un mago muy importante y que ayudó a Quentin y a Josh a mantenerse con vida en esa condenada ciudad del desierto en la que fueron esclavizados.

Quentin las dejó solas, diciendo que iría a ver a Noah y, luego, iría a buscar a Josh para cenar. Ara hizo uso de toda su fuerza de voluntad para no preguntarle de dónde conocía a su hermano y, mientras preparaba la cena, le preguntó de Tesar, sus paisajes y sus costumbres. Ilsa hablaba con un marcado acento sureño; era un poco gracioso ver sus expresiones y escucharla batallar con la pronunciación de las palabras y, en ocasiones, utilizaba algunas que no eran las adecuadas. A pesar de eso, podía comprender bastante bien lo que ella intentaba decir. Ilsa se quejó del trato que las mujeres recibían en Tesar y, también, le contó que conoció a Verj, Segundo Príncipe de Tesar, en uno de sus viajes a la ciudad y que este le habló de sus intenciones de ir a Sitnor.

—¿Vendrá el ejército tesariano? ¡Eso es maravilloso!

—No ejército tesariano. —Ilsa movió la cabeza y su cabello gris reflejó las luces doradas de los faroles—. Príncipe Verj y hombres voluntarios que quieren *vinir*. Rey Atkjer no deja a príncipe Verj comandar ejército fuera de su país, rey no da oro, no quiere *vinir* a Sitnor, pero príncipe vendió sus propiedades para armar a voluntarios. Príncipe entrenará a todos, también. Es un grandioso guerrero.

—No comprendo, ellos serán los mayores perjudicados, ¿por qué el rey actúa de esa manera?

—Rey es perezoso —dijo riendo—. No quiere hacer nada, quiere estar tranquilo sin preocupación. Sus hijos *entindieron* todo lo que ocurre y están haciendo su trabajo. Ogdev, Primer Príncipe, será un gran rey cuando llegue su momento, pero hay que lidiar con rey Atkjer ahora y es un problema. Con guerreros tesarianos sería fácil acabar con Pyebra. Además, Astros siempre han favorecido a Tesar, Naga dice mucho.

—¿A qué te refieres?

—Tesar siempre ha tenido magos más poderosos de Thoria. Astros aman tesarianos, pareciera.

—¿Crees que ahora será así otra vez?

—No sé. No hay maestros ni Consejo de Magos, no hay quien entrene…

—Sí hay, mi hermano Noah me lo dijo. Hay varios magos de la Antigua Era aún con vida y uno de ellos entrena magos en todo el continente… No recuerdo el nombre, es impronunciable para mí, así que asumo que es de Tesar. No se me da bien tu idioma, lo lamento.

—Es uno «mucho difíciles». —Los grandes ojos de Ilsa se achicaban hasta parecer solo dos líneas cada vez que reía—. He viajado mucho y conocí todos idiomas. Tesariano «mucho difícil», pero es idioma de nacimiento; sitnorense fácil, pyebrano raro, muchas «R»; morroíno «*hoguible*». —Ilsa volvió a reír—. No pronuncian «R» y suena «mucho feo» cuando morroíno habla otro idioma, peor si es pyebrano.

—Noah habla todos los idiomas, también, pero nunca lo escuché para saber las diferencias. Soy mala en ese aspecto, así que nunca asistí a esas clases.

—Es grandioso que sepa. Muy útil, se necesitará en tiempos que se acercan.

—No es un panorama muy alentador, ¿verdad?

—Tú no sabes mucho qué ocurre, ¿no? —Ilsa hizo un gesto que le recordó a Quentin. Eso de fruncir el ceño y mover la cabeza hacia un lado era algo que su hermano siempre hacía.

—He estado en el entrenamiento obligatorio y esas noticias no llegan hasta allí. Estamos aislados de todo.

Ilsa asintió.

—Rey de Pyebra empezó a destruir todo desde dentro, su país primero. Erjathá es ciudad grande que se opuso a reyes desde primer día. Reyes enviaron magos a destruir todo. Mucha gente muerta, pero magos de Kirios no lograron vencer a Erjathá. En Morrau asesinaron a rey Mesqeu y en su lugar hay una mujer llamada Morgana Rostur. —Ara no podía creer lo que estaba oyendo y se preguntó en qué momento el mundo se había convertido en un lugar tan horrible—. Gente de pueblo de Morrau viajó a Sitnor y Tesar, no quieren a nueva reina, no después de haber asesinado a familia real.

—¿A todos?

—Todos, sí.

—¿Naga te lo dijo?

—Sí.

—¿Crees que lo de mis padres signifique que…?

Antes de que Ara pudiera terminar la pregunta, Quentin y Josh entraron a la cocina. Ambos lucían serios y parecían preocupados. Quentin se acercó a Ilsa, se paró detrás de ella y puso las manos sobre sus hombros, un gesto de familiaridad que nunca lo vio hacer con nadie. Josh se sentó junto a Ara y le tomó las manos.

—Hay algo que queremos decirles —dijo Quentin—. Estuvimos hablando con Noah.

—¿Ya despertó? —preguntó Ara.

—Naga, el mago que trajo a Ilsa desde Tesar, pudo sanarlo y ya regresó a casa con Enara —dijo Quentin—. Según mencionó Enara, Radjhá, el mago de Pyebra, desapareció mientras ella lo estaba atacando y él se fue sin Reda. Noah mató al otro hombre que estaba con ellos.

—Reda está solo e iremos tras él —dijo Josh.

—¿Cómo se les ocurre? —Ara apretó con fuerza las manos de Josh.

—Es lo que debemos hacer —dijo Quentin—. No podemos dejar las cosas así.

—Iré con ustedes —dijo Ilsa y se giró para posar sus ojos en Quentin.

—Ni lo sueñes —respondió él sin mirarla.

—Soy mayor de edad incluso en Tesar y puedo tomar mis propias *dicisiones*, Quentin.

—Naga me matará. —Quentin se sentó junto a Ilsa y ella lo siguió con la mirada, hasta que sus ojos se encontraron—. Onix también. ¿Y tu padre? Debes pensar en él también.

—Si tú vas, yo voy —dijo con su suave tono de voz—. No voy a discutirlo contigo. Naga puede *vinir* con nosotros y será mejor si nos acompaña.

Ilsa dijo algo más en voz baja, pero Ara no pudo escucharla. Quentin asintió aunque su rostro se volvió por demás serio.

—Si Ilsa va, yo también iré —dijo Ara y Josh la miró con los ojos muy abiertos.

—Ninguno de ustedes dejará Sitnor. —Astor entró en la cocina, se acercó a Quentin y él subió al pequeño a su falda—. Onix y yo partiremos antes del amanecer para seguir el rastro del asesino de nuestros padres. Cuando lo encontremos, nos rendirá cuentas. Luego, iré con mi maestro. Regresaré cuando mi aprendizaje haya concluido.

—Astor… —murmuró Ara.

—No lo hagan más difícil, por favor, y no digan nada. Vengo preparándome para este día desde que nací y lo mismo me resulta difícil saber que no los veré por mucho tiempo. Mañana me iré sin decírselos. Incluso, pensaba no decírselos en lo absoluto, pero los quiero demasiado.

Los ojos del pequeño se empañaron mientras miraba a cada uno de ellos por unos instantes y, luego, escondió el rostro en el pecho de Quentin. Ara se levantó del banco, rodeó la mesa y abrazó a sus hermanos.

—Hay que ser «mucho valiente» para hacer lo que tú haces, pequeño —dijo Ilsa. Ara la miró unos instantes. Había olvidado que se encontraba allí y se preguntó qué pensaría después de haber oído a Astor hablar de esa manera. Ara se separó de ellos después de unos minutos, limpió su rostro y se acercó a la cocina.

—Ara, ¿me llevas a ver a Noah? Quiero despedirme de él también, Enara me dijo que está recuperado.

—Claro que sí. Ya falta poco para que la cena esté lista; cenaremos y te llevaré, ¿quieres?

—Sí, se lo diré a Enara.

A mitad de la cena, Enara le avisó a Astor que Noah se ya dormía, por lo que continuaron conversando después que terminaron. El niño se durmió en brazos de Quentin y él lo llevó a su habitación en cuanto se dio cuenta. Astor había dejado, a los pies de su cama, un pequeño bolso con sus pertenencias. Quentin fue a su habitación, tomó un trozo de papel y escribió algunas palabras en él. Lo dobló, regresó a la habitación de su hermano y guardó la carta entre sus cosas. Luego, se acercó al pequeño, besó su frente y se marchó. Ilsa tenía razón, había que ser muy valiente para marcharse.

«Ojalá los adultos tuviéramos la mitad del coraje de lo que él tiene» pensó. Estaba por bajar la escalera cuando Josh lo alcanzó y lo sacó de sus pensamientos.

—¿Cómo te sientes?

—Bien, mal… Confundido. —Quentin se sentó en el primer escalón y Josh lo imitó—. Bien, porque vino Ilsa. Terrible porque ni siquiera pudimos despedirnos de nuestros padres. Los arrancaron del mundo sin ninguna consideración. Por momentos, culpable de sentirme bien, en otros el malestar puede más y también me pesa no poder estar bien ahora que Ilsa está aquí. —Quentin encogió los hombros—. Una mierda… ¿Y tú?

—No lo sé. Raro. Es extraño tener la certeza de que ellos ya no estarán, que no podré verlos ni oírlos nunca más. Pero no es tristeza. No es que hayan sido como tus padres, tan cercanos y

siempre al pendiente de su hijo… No lo sé, ni yo entiendo qué demonios me sucede. Estoy enojado, de eso sí me doy cuenta.

—Te entiendo…

—¿Sabes qué es lo peor? —Josh soltó un largo suspiro—. Que si matamos a Almairon, les daremos una razón más para venir con todo. Hasta ahora, los magos no han participado…

—Es que si lo piensas, hace más de doscientos años que no hay magos. Los de ahora son nuevos y no tienen mucha idea de cómo se hacían las cosas antes. Creo que ni ellos mismos saben cómo usar la magia en toda su potencia.

—Cierto. Más allá de Tino y Naga, dudo que alguien se haya animado a algo más.

—¿Lo ves? Son todos novatos y, además, tienen miedo.

—¿Por qué lo dices?

—Ya hemos visto lo que son capaces de hacer… —Quentin se interrumpió unos segundos—. ¿Tú no tendrías miedo de saber que puedes destruir una aldea entera con apenas mover tus manos?

Josh lo pensó unos segundos.

—Yo estaría encantado de poder hacerlo. Terminaríamos con esto mucho más rápido.

—Pero no te olvides que del otro lado hay personas que también pueden hacer lo mismo o algo más grande aún… Esto de la magia es bastante terrible, si te pones a pensarlo.

—Deberías intentarlo.

—No lo haré.

—Cabeza hueca. ¡Hazlo! —Josh lo empujó con su hombro.

—No, no lo haré, porque cuanto más sepa, más querré saber y seré cada vez más imprudente a medida que mis poderes se desarrollen. ¿Y sabes qué? Me aterra saber que puedo matar personas con solo mirarlas, o hacer cosas incluso peores.

—Para mí, sería grandioso —insistió.

—Qué pesado eres… —Quentin se incorporó y le tendió la mano.

—Q, antes que bajemos… Ten cuidado con lo que haces con Ilsa, ¿sí?

—¿Qué? —preguntó, confundido—. ¿Por qué dices eso?

—No seas idiota, por lo que sucedió en Drioed-ta.

—Maldición —murmuró, avergonzado—. ¿Cómo se te ocurre, Josh?

—Sé que escuchas la mitad de lo que digo, pero mencionaste lo que ocurrió en esa casa abandonada y… Solo eso, ten cuidado, por favor.

Quentin se movió incómodo.

—Es hermosa, a eso no puedo negarlo y ni siquiera… —resopló—. Ya déjalo, ¿sí? Me confundo aún más si lo pienso. —Josh rio y Quentin miró al techo, pensando en qué demonios sentía, queriendo poner algo de orden a sus emociones y pensamientos—. No sé cómo demonios voy a hacer para dormir esta noche.

—¿Quieres que te encierre en una habitación y me lleve la llave? —preguntó con una mueca burlona.

—Te las ingenias para ser un idiota en todo momento, ¿no? —Quentin rio y le dio una palmada en la espalda—. Vamos, quisiera aprovechar que está aquí…

Al regresar a la cocina, vieron que Ara e Ilsa habían comenzado a levantar la mesa y a limpiar. Ilsa los miró asombrada cuando ellos tomaron las fuentes con restos de comida y los platos. Se acercó a Quentin y le sacó las cosas de las manos. Miró confundida a Ara y, luego a él nuevamente. Ara estaba arremangada hasta los codos, lavando los cubiertos, y no reparó en ella.

—¿Qué te sucede? —preguntó Josh.

—Ustedes… no deben. —Ilsa parecía confundida y quiso impedir que Quentin tomara las copas.

—El que come, limpia —dijo Quentin y se apartó para que Ilsa no le interrumpiera el camino. Recordó las palabras de su madre, que los crió queriendo que sus hijos fueran capaces valerse por sí mismos en todos los aspectos de la vida—. No estamos en Tesar y, mientras estés aquí, deberás acostumbrarte a vernos hacerlo.

—¿Acaso en Tesar no limpian? —preguntó Josh con toda su ingenuidad y Quentin rio.

—Hombres no. Limpian mujeres —murmuró Ilsa, aún contrariada.

—Que espanto —exclamó Ara y, luego, agregó—. Josh y yo nos encargaremos, ustedes salgan un rato.

Ilsa la miró, sorprendida, y luego miró a Josh, como si estuviera esperando a que él dijera algo para negarse, aunque él continuó con las tareas como si nada.

—Buena idea —acordó Quentin. Se acercó a Ilsa y la tomó de la mano.

—No, pero… soy invitada, no puedo ir sin… —Intentó resistirse y no se movió de donde estaba.

—Con más razón —dijo Josh sin mirarla.

—Pero…

—Deja de protestar y ven conmigo, quiero que conozcas a Onix.

Quentin caminó hacia la salida casi arrastrando a Ilsa; se detuvo al llegar a la puerta, abrió un armario pequeño, tomó de él dos abrigos y, después de ofrecerle el suyo a Ilsa, regresó sobre sus pasos.

—¿No saldríamos?

—Por el patio —dijo y señaló al otro extremo del salón—. Iremos al establo, lo encontraremos allí. ¿Qué te parece si le digo que nos enseñe a hablar cuando estamos lejos? Como él puede hablar conmigo.

Josh les señaló un farol que dejó junto a la puerta vidriada y Quentin lo tomó antes de salir.

—¡Eso sería grandioso! —exclamó Ilsa ni bien Quentin cerró la puerta—. *Shrakjta*, ¿podríamos hablar siempre, en todo momento?

—Sí, y no nos sentiríamos tan solos.

Ilsa rio, con su risa musical e inocente, que hacía que el resto del mundo se desvaneciera y Quentin se sentía tan fuera de lugar que hasta olvidaba por momentos que Reda Almairon estuvo en Sitnor y asesinó a sus padres y a los de Josh la noche anterior.

Se cruzaron con algunos soldados en su camino por el patio y estos los saludaron en silencio. Quentin abrió la puerta del establo y levantó la lumbre para ver el interior. Esperaba escuchar a Luna, pero recordó que quedó en Ahrbak Ardhal, al cuidado de Marco Santoro.

El establo estaba vacío de animales, pero había, en un rincón, una carreta cargada con sacos de semillas y a su lado una parva de heno que llegaba casi hasta el techo. Quentin le dio el farol a Ilsa y tomó uno de los sacos, para hacer lugar donde sentarse.

—*¿Onix? Quiero que conozcas a Ilsa, ¿dónde estás?* —preguntó mientras lo dejaba junto a la rueda del vehículo.

—*La conozco desde antes que tú lo hicieras* —contestó divertido.

—*Ya lo sé, pero ella no te recuerda y le dije que te presentaría.*

—*¿Quieres presumir a tu gato mago?*

—*Por un demonio, Onix. ¿Me escuchaste?* —Quentin soltó, molesto, otro de los sacos.

—*Solo unas pocas palabras, quería comprobar que estuvieran bien.*

—*Podrías haberme preguntado.*

—*Hay veces que no quieres responder…*

—¿Qué sucede? ¿Por qué tienes esa cara? —Lo interrumpió Ilsa.

—Onix me pone de mal humor a veces. Estaba hablando con él, le pedí que viniera a conocerte; resulta que el señor felino nos estuvo escuchando.

—¿Señor felino? —preguntó entre risas. Ilsa se acercó y le sacudió el polvillo que se depositó en su hombro—. Quizás estaba preocupado por ti. Cuando llegué me dijeron que hacía horas que no te veían.

—Pero él puede hablarme —dijo señalando su cabeza—, podría haber preguntado y no lo defiendas, porque puede ser muy difícil lidiar con él y… sus cosas.

Quentin le hizo una seña y ambos se sentaron en la carreta. Onix entró al establo, se paró frente a ellos y miró a Ilsa con interés.

—¿Qué debo hacer? —susurró Ilsa, incómoda, al notar que los ojos del gato no se apartaban de su rostro.

—Onix, deja el teatro y ven aquí —dijo Quentin. El felino saltó sobre su regazo y, luego, se sentó entre Ilsa y él.

—*Es muy lindo verla, después de tanto tiempo, pero no se lo digas.*

—Dice que es un placer conocerte. —Quentin le acarició el lomo y Onix cerró los ojos. A los pocos segundos, comenzó a ronronear—. Onix, quiero que nos enseñes a hacer algo.

—*¿Qué desean aprender?*

—Queremos poder hablar cuando estamos separados, como puedes hablar tú conmigo. —Ilsa se sobresaltó de repente, se puso de pie y se llevó las manos a la boca—. ¿Qué sucede?

—Él… me habló —dijo mirando al felino.

—Eso fue muy descortés, Onix. —Lo reprendió Quentin—. ¿Por qué no me avisas?

—*No debes protegerla de mí, Quentin, cálmate.*

—*Pero se asustó.*

—*Tanto escándalo por nada… Necesito que se calmen los dos y que hagan exactamente lo que les digo para que esto funcione, ¿de acuerdo? Si les sale bien, no nos llevará más que unos minutos.*

Tanto Ilsa como Quentin estaban muy nerviosos. Ser capaces de hablar, aún cuando estuvieran lejos, significaba que la distancia no sería tan difícil de soportar, los días serían más llevaderos en adelante y, también, Quentin lo vio como una oportunidad de conocer mejor a Ilsa, algo que quería hacer desde que ella lo encontró en Drioed-ta, hacía ya dos largos y dolorosos años.

Después de algunos intentos fallidos y de muchas disculpas por parte de Ilsa, al fin lograron hacerlo. Onix se paró, estiró sus músculos y dejó el establo corriendo, sin decir nada más.

—Le caí mal —dijo Ilsa.

—No creo, seguro alguna de sus conquistas lo está llamando y nosotros no podemos oírlo. ¿Regresamos? Fue un día demasiado largo.

—Ya lo creo.

Quentin se incorporó y fue por el farol que había colgado en un gancho en unas vigas del techo del establo.

—Puedes ocupar mi habitación, me quedaré abajo.

—Debería yo ocupar la habitación de huéspedes, ¿no crees?

—No es una habitación de huéspedes, es más bien una habitación de trastos viejos y cosas en desuso. —Tiró de la puerta y dejó que Ilsa pasara—. Después que Astor nació y mis padres decidieron ya no tener más hijos, empezamos a dejar ahí las cosas que ya no se utilizaban a diario. Estoy acostumbrado a dormir en cualquier lado, no me molestará quedarme allí.

—Quentin cerró las puertas del establo—. A Onix le gusta mi cama, así que espero que no te asustes cuando regrese de sus andanzas. Quizá tengas que abrirle la ventana.

—Pero… dijiste que era mago.

—Así es, pero no le gusta abrir ventanas ni puertas. Teme que alguien lo vea y se desate una cacería de gatos. Siempre fue muy cuidadoso con el uso de sus poderes, incluso antes de que la Antigua Era finalizara.

—Comprendo, tiene razón.

Salieron del establo y una suave llovizna caía sobre Sitnor, formando pequeños charcos de lodo en el patio de la fortaleza. Caminaron apresurados y, cuando entraron a la cocina, la encontraron vacía.

—Demonios —murmuró Quentin—, no quedó nadie aquí. Te acompañaré a mi cuarto. Intenta no hacer ruido, no quisiera asustar a mis hermanos.

Ilsa asintió y Quentin tomó otro farol. Subieron las escaleras y él abrió la primera puerta, dejó el farol sobre una mesa, tomó una manta y se marchó sin decir nada más.

La muchacha se sentó en la cama y se quitó las botas. Le pareció extraño llegar a la noche y no sentir como si el mundo fuera a terminarse al próximo segundo. No estaba acostumbrada a que fuera así, puesto que en la noche era cuando todo quedaba en silencio y su interior parecía estar más vivo y, también, más insoportable. Se desvistió, se metió en la cama y se abrazó a la almohada.

Su mente quiso regresar a los momentos en que encontró a Quentin, pero Ilsa hizo un esfuerzo más allá de lo normal para evitarlo. Su padre siempre decía que lo que estaba hecho no podía cambiarse; que había que aprender de ello, perdonarse por los errores y procurar no volver a repetirlos. Que una mala experiencia, no era más que eso, una experiencia, y que siempre se puede aprender de ella, de alguna forma u otra.

«¿Qué debo aprender?» se preguntó y ella misma se respondió, después de mucho cavilar y dar vueltas en la cama: Magia.

Ilsa sonrió al darse cuenta. Si hubiera sabido usar la magia, podría haber herido a los hombres y haber evitado que se acercaran a ella. Le diría a Naga que le enseñara ya que, al estar en Tesar, solo él podría ayudarla.

Pasaron varias horas desde que se acostó y dio vueltas de un lado a otro, sin ser capaz de dormir. Contó en los cuatro idiomas y no funcionó; recitó canciones, poemas y frases que sus padres solían decir, las tradujo como pudo, pero nada lograba aburrirla lo suficiente. Ni siquiera necesitaba pensar en Quentin, ya que él estaba durmiendo a unos pocos metros.

«Gracias a los dioses la cocina está en la planta baja» se dijo, corrió las mantas, se vistió, tomó el farol y salió del cuarto.

Al bajar las escaleras, vio que un parche de luz se dibujaba en el suelo frente a la puerta de la cocina. Caminó sigilosamente y al asomarse, se sorprendió al ver a Quentin. Estaba con el torso desnudo y un farol detrás de él alumbraba su espalda surcada por gruesas líneas blancas, que resaltaban en su piel bronceada. Tenía moretones en el costado izquierdo y un corte debajo del omóplato.

—Quentin —murmuró y él se dio vuelta, sobresaltado—, tu espalda.

—Si hubiera sabido que te encontraría aquí, me hubiera vestido —dijo y caminó hacia la salida.

—Estás lleno de cicatrices —dijo Ilsa sin moverse de la puerta.

—Estoy en el frente, es normal.

—Esos son latigazos, no cicatrices de una espada, a mí no me engañas.

—Hago muchas estupideces, no te lo voy a discutir. —Encogió los hombros.

—Te quitaré las marcas.

—No es necesario, no me molestan. —Quentin movió los brazos, para mostrarle que no le impedían hacerlo.

—No protestes y date la vuelta —dijo con seriedad y lo miró hasta que él obedeció, resignado.

Ilsa dejó el farol sobre la mesa y le pidió que se sentara; se colocó detrás de él y comenzó a pasar sus dedos por las cicatrices, hasta que estas fueron borrándose una a una.

Quentin se puso de pie de repente, antes de que ella pudiera terminar, caminó hacia un mueble y abrió las puertas.

—Hay agua caliente, por si quieres beber té. Aquí tienes hierbas de varias clases —dijo, sin mirarla, y señaló una serie de cajas de madera con rótulos.

—¿Te hice daño?

—En lo absoluto. Ya me voy a dormir —dijo y fingió bostezar. Se estiró y caminó hacia la puerta que daba al salón.

—¿Qué te sucede? —preguntó, confundida. Actuaba extraño y parecía, de pronto, mucho más nervioso de lo que lo vio alguna vez. Quentin no respondió, pero regresó al mueble y bajó un frasco del estante más alto.

—Y aquí tienes miel, si quieres. Madre la dejaba aquí porque Astor se la come a cucharadas.

—No me gusta la miel —respondió, aun sin terminar de comprender qué demonios había ocurrido. Quentin sonrió y volvió a dejar el frasco en su lugar.

—A mí tampoco. —Pasó a su lado, para dejar la cocina, pero Ilsa le tomó la mano y lo detuvo.

—¿Qué tienes?

—Nada, Ilsa —respondió con la vista puesta en la puerta—. Solo… Solo que estar tan cerca de ti me confunde, como en Drioed-ta. Y, siendo sincero, aquí es peor, porque no soy un esclavo. —Ilsa abrió mucho los ojos y Quentin se soltó de su mano y se encogió de hombros—. Perdóname.

—No tienes que irte.

—¿Acaso quieres seguir confundiéndome? —Quentin la miró y volvió a sonreír.

Ilsa respiró profundo, apartó la vista y se alejó de él, antes de que ella misma fuera quien perdiera la compostura otra vez.

—No, quiero que nos acostumbremos a estar cerca sin tener que sentirnos así, o cada vez que nos encontremos será igual. Tú estarás nervioso y yo confundida sin entender qué demonios está sucediendo.

Quentin rio.

—Tienes razón —dijo—. Iré a vestirme.

—¿Quieres té?

—Negro, por favor.

Cuando volvió a la cocina, Naga ya había regresado. Estaba sentado frente a la mesa junto a Ilsa y, con ellos, estaban Josh y Onix.

—¿Qué sucedió? —preguntó Quentin al ver la seriedad en sus rostros.

«Otra vez malas noticias, como si no hubiéramos tenido suficiente ya» pensó.

Naga e Ilsa estaban hablando en tesariano y no pudo entender ni una palabra de lo que decían. Se pusieron de pie y, mientras hablaban, dejaron la cocina. Quentin los vio alejarse, esperando alguna explicación, pero ninguno de ellos le dijo nada.

—Algo sucedió en Pyebra. —Josh le habló—. No tenemos muchos detalles, solo sabemos que la princesa Lena acaba de destruir el Gran Templo de Sinmá, en la capital.

—¿Cómo? ¿No estaba en Erjathá?

—No sabemos nada más que…

Quentin sintió una fuerte punzada en el pecho, se quedó sin aire de repente y cayó de rodillas.

—Ilsa —murmuró. Josh se agachó a su lado y Quentin se sostuvo en él—. Se fue, Josh, se fue.

Se puso de pie como pudo y corrió hacia las escaleras. Las subió a tropezones y, cuando abrió la puerta, la habitación estaba vacía.

Ilsa y Naga ya no estaban.

3

Quentin se movió entre las puertas y compartimentos que tenía en su mente e ingresó en el pequeño salón que había creado para poder hablar con Ilsa. Ella estaba allí, sentada en uno de los sillones imaginarios, inmóvil y en silencio, con los ojos vacíos.

—*¿Ilsa?* —Se aventuró a decir—. *Por los dioses, dime cómo estás.*

Josh lo alcanzó y se paró a su lado.

—Naga debía ir a Pyebra, pero no me imaginé que Ilsa se iría sin despedirse —dijo afligido.

—La entiendo —susurró—. No estaba seguro de haber sido capaz de dejarla ir si me lo decía.

—*¿Quentin?* —La imagen de Ilsa que permanecía en su mente cobró vida y su mirada lo encontró. Sin embargo, parecía no ser capaz de levantarse o estaba seguro de que hubiera corrido hacia él. Quentin se arrodilló frente a ella y quiso tomar su mano, pero era solo una ilusión, aire, vacío. Ella no estaba allí de verdad.

—*Ilsa, por todos los cielos…*

—*Perdóname, no hubiera podido despedirme de ti, perdóname.*

—*¿Estás bien?*

—¿Está todo bien? —susurró Josh

—*Estaré mejor, cuando me acostumbre a sentirme como un trapo viejo otra vez.*

Quentin asintió y Josh le dio a entender por señas que estaría abajo.

—*No vuelvas a hacerlo, por favor. Si vas a irte así, ya no regreses, no me gustaría que pasaras por esto otra vez.*

Se sentó en el borde de la cama y se quedó mirando sus manos, a la vez que su imagen mental lo imitaba, sentándose frente a Ilsa.

—*Lo sé. No me imaginé que sería así, perdóname.*

—*Ya no me pidas perdón. No sabías lo que ocurriría.*

La imagen de Ilsa sonrió.

—*Qué alivio es poder escucharte. Tuve mucho miedo de que esto no funcionara.*

—*Onix dijo que cuanto más feliz fuera el recuerdo que utilizaras, más distancia podría haber entre nosotros.*

—*Entonces podríamos estar en el otro lado del mundo y siempre podríamos hablar…*

Quentin sonrió y se preguntó qué recuerdo habría guardado en su mente.

—*Hablaré con Josh y con Onix, espérame.*

—*Naga ya partió hacia Pyebra. Díselos.*

Después de haberle contado las pocas novedades que tenía, Josh y Onix se marcharon, al no haber nada que ellos pudieran hacer para ayudar.

Sabía que no podría dormir esa noche por lo que avivó el fuego de la cocina de leña y se sentó frente a él. Quentin volvió a buscar a Ilsa, pero su imagen no se movió en lo absoluto, por lo que pensó que, quizás, la verdadera ya se había dormido.

Por si acaso, se quedó en la cocina y, sin darse cuenta, dormitó en su silla por algún tiempo. Se despertó sobresaltado cuando Ara le tocó el hombro.

—¿Qué haces durmiendo aquí? —preguntó y se sentó junto a él—. ¿Dónde está Ilsa?

Quentin le dijo que regresó a Tesar por lo ocurrido en Pyebra.

—¿Y no puedes dormir por eso?

—Siempre he tenido problemas para dormir —respondió, quitándole importancia.

—Sé que esto es incómodo para ti, pero me gustaría saber qué clase de relación…

—No hay ninguna relación, Ara, somos amigos. Nos conocimos aquí hace algunos años y también nos vimos en Drioed-ta.

—Eres un pésimo mentiroso. —Ara se levantó, disgustada, y siguió hablando mientras se alejaba—. Hubiera sido mejor que dijeras que no querías hablar sobre eso, Quentin. Al fin y al cabo, nunca lo haces.

—Espera —dijo y se levantó para ir tras ella—, no te vayas.

—¿Acaso me dirás la verdad? —Ara se detuvo en el primer escalón, se dio la vuelta y lo miró a los ojos. Quentin pensó, divertido, que esa era la única manera en que estuvieran los dos a la misma estatura.

«Tan explosiva y peligrosa que puede ser y tan pequeña y frágil que se la ve» pensó.

—Sí, creo que… creo que ya es hora de que lo sepas. —Quentin se rascó la nuca y torció la cabeza—. En algún momento lo vas a saber, después de todo.

—Quentin, me pones nerviosa. ¿Ilsa está embarazada, acaso?

—Por un demonio, Ara, ¿cómo crees? No es nada de eso.

Quentin tomó a su hermana del brazo y regresaron a la cocina.

—Sé claro, entonces. Cómo voy a saber si solo te pones colorado, titubeas y no dices nada en concreto.

—Soy mago.

—Eso ya lo sé, pero ¿qué tiene que ver eso con Ilsa?

—¿Y me lo dices así? ¿Cómo es que lo sabes? ¿Desde cuándo?

—No lo sé. —Ara se rascó el mentón—. Creo que desde siempre, desde niños. Te veía hacer cosas y siempre te asustabas, por eso nunca lo mencioné.

—Vaya… Bueno, Ilsa… —Quentin hizo una breve pausa para acomodar sus ideas y reunir el coraje de hablar. Cuando lo consiguió, le contó todo lo que los relacionaba y lo que sentían al estar lejos uno del otro.

—Ahora comprendo…

—¿Qué cosa?

—A ti. Y que, a pesar de que fue un día terrible, sonreías cuando Ilsa estaba aquí.

—Cuando ella está cerca me siento feliz, no puedo evitarlo. —Ara rio y sus ojos brillaron de forma extraña—. Y no, no es lo que te imaginas. No existe esa clase de sentimientos entre nosotros, tan solo una inexplicable conexión mágica que ninguno de los dos comprende y que tendremos por el resto de nuestras vidas.

—Pues se ven muy bien juntos, digas lo que digas.

—¿Volvemos a lo mismo? No empieces… —dijo con un gesto de fastidio y Ara volvió a reír.

—No te pongas así, estoy bromeando. —Ara bajó la vista—. Es que Astor se irá, tú te irás, Josh también… y yo regresaré al encierro. Todos alejados y Noah solo aquí. —Quentin le tomó las manos y la voz de Ara falló—. Sin mamá, sin papá. ¿Qué vamos a hacer sin ellos? Todo se romperá, hermano; Astor, Noah, nosotros…

—Todo estará bien, no hay nada que pueda rompernos, Ara, ni la distancia ni esta guerra. Somos lo único que tenemos, debemos seguir unidos y esforzarnos para ser de utilidad a Sitnor.

—Ilsa me contó lo que está sucediendo en todos lados. Es terrible. —Se pasó las manos por las mejillas para secar las pocas lágrimas que se le escaparon.

—Así es, pero Noah gobernará Sitnor. Astor y Onix se encargaron de que fuera así, Noah me

lo dijo cuando fui a verlo. A partir de ahora las cosas cambiarán, tendremos nuestros magos también y podremos enfrentar a los de Pyebra.

—Ilsa dijo que Verj, el Segundo Príncipe de Tesar, vendría con sus hombres a Sitnor.

—Algo de eso sabíamos, sí.

—Dijo que es uno de los mejores guerreros de Tesar y que él mismo entrena a sus hombres. —Quentin frunció el ceño y Ara continuó—. Ilsa lo conoció en una ciudad que no recuerdo, dijo que parece muy serio, pero que es muy agradable hablar con él.

—También tendremos a un principito valiente de nuestro lado —dijo Quentin con cierta ironía y Ara rio—. ¿Qué? ¿Qué dije?

—«No existe esa clase de sentimientos entre nosotros» —dijo imitándolo, divertida—. A ver si empiezas a disimular un poco mejor.

—¿Disimular qué?

—Que Ilsa te importa… de otra forma. —Y Ara lo dijo con toda seriedad esta vez. Quentin intentó encontrar una excusa, pero su hermana lo conocía demasiado bien, por lo que se quedó en silencio por unos momentos.

—No lo sé, Ara. Ni siquiera la conozco, pero sé que me gustaría conocerla mejor, pasar más tiempo a su lado y saber si de verdad es que tengo sentimientos por ella o si es solo que me siento bien porque está cerca.

—¿Puedo decir algo? —preguntó y Quentin asintió—. Sea lo que sea, no hagas estupideces, ¿sí?

—Ya las hicimos.

—Quentin… —Ara se llevó una mano a la frente.

—Pero hace tiempo ya. —Quentin le habló de lo que pasó en la ciudad del desierto.

—Entonces ella se sintió como tú, confundida, cuando te encontró. —Quentin asintió—. ¿Y aquí?

—Se disculpó por lo que sucedió en Drioed-ta. Le dije que lo comprendía, después de todo, los dos nos sentíamos igual por reencontrarnos, pero aquí…

—Ah, eres todo lo idiota que puede ser una persona, Quentin.

—Era broma, deberías ver tu cara —dijo y se largó a reír—. Ninguno de los dos podía dormir y nos encontramos aquí, aunque sin saberlo. Yo quise irme porque estar cerca de ella me hace sentir incómodo por momentos, pero no me lo permitió. Acordamos seguir conversando para acostumbrarnos a estar juntos sin que todo este caos emocional nos trastornara los pensamientos. Cuando regresé de vestirme, porque estaba sin camisa y no me imaginé que la encontraría, Naga vino por Ilsa para llevarla a Tesar otra vez.

—Me voy a la cama, no quiero saber qué otras cosas has hecho, porque seguro me has dicho la mitad.

—Nada más, en serio. —Quentin rio—. No te vayas, por favor, acompáñame un poco más. Hace tiempo que no hablamos y no sé cuando volveremos a tener la oportunidad de hacerlo.

—¿No vas a descansar?

—Dudo que pueda dormir, Ara. Además, me gustaría ver a Astor y a Onix antes que se vayan.

Ara asintió, se puso un abrigo y salió a buscar leña. Después de acomodar las brasas y reavivar el fuego, Quentin preparó té para los dos. Hablaron por horas y él se asomaba a cada rato por la ventana para ver el cielo, hasta que el sol comenzó a hacer retroceder la oscuridad que cubría a Sitnor.

Con gran nerviosismo esperaron a que el menor de los hermanos apareciera por la puerta, pero ni él ni Onix lo hicieron.

—Se deben haber ido por los pasillos —murmuró Ara y Quentin asintió. Se pusieron de pie los dos a la vez y dejaron la cocina. Quentin abrió la puerta de la habitación del pequeño y volvió a cerrarla.

—Ya se han ido —murmuró. Ara lo abrazó y comenzó a llorar—. Él estará bien, ya verás.

—Es muy pequeño.

—Pero puede hacer grandes cosas, aunque no parezca. No temas por él, estará bien y además está con Onix.

—Onix también es pequeño —sollozó. Quentin sonrió y le dio un beso en la cabeza.

4

Erjathá, Pyebra

Naga apareció en el salón donde los magos se reunían, en la marca que dejaron para él en uno de los rincones. Lo esperaban Dima y Áliza, y ambos dejaron sus asientos en cuanto el muchacho se materializó.

—¿Qué sucedió? —preguntó Naga obviando las formalidades, mientras se acomodaba para que el cambio de temperaturas no lo agobiara. El muchacho se quitó los abrigos de piel que estaba usando, se deshizo de las botas y sacó del bolso que llevaba unas sandalias de cuero. Hubo tal urgencia en la petición de presentarse en Palmeras, que ni siquiera se detuvo a pensar en cómo estaría Ilsa después de separarse de Quentin de forma tan repentina.

—Una tragedia de dimensiones catastróficas, Naga —dijo Áliza—. Vila, la sacerdotisa de Sinmá, fue atacada por los sacerdotes del Gran Templo. Le prometieron cobrarse su desobediencia por levantar un templo aquí, en lugar de regresar al destruido templo que le asignaron en un principio.

—La princesa Lena y Tareq viven con ella —continuó Dima—, y asistirían a la vigilia en conmemoración al nacimiento de Sinmá, pero fue atacada antes de que comenzara. Lena estaba sola cuando le dijeron que el templo estaba en llamas. La niña corrió a ayudar a Vila y la encontró muy herida y a punto de ser asesinada. Mató al sacerdote y perdió el control por completo. Tino y Shanyi irían a hablar con el Supremo Sacerdote sobre el ataque, pero Lena se coló con ellos.

—Su objetivo era destruir el Gran Templo y lo consiguió. —La maestra Áliza retomó la palabra—. Tino y Shanyi dijeron que la mismísima Sinmá estaba junto a ella, encendiendo todo lo que tocaban. Sería un milagro si alguien sobrevivió. Cuando regresaron, todo allí ardía. Lena regresó inconsciente. Vila está tan herida que dudamos que sobreviva por sus propios medios. Tuvimos que dormir a Tareq porque perdió el control al saber lo que hizo Lena en la capital.

—Vayamos a verlos, por favor —dijo Naga, una vez que estuvo listo, y caminó hacia la puerta.

—Tino no pudo sanar las heridas de Vila. Se cierran, pero a los pocos segundos vuelven a abrirse.

—Si fue herida con la magia de los sacerdotes —dijo Naga con preocupación—, no creo que pueda revertirla, aunque lo intentaré.

Los tres magos dejaron el salón y se encaminaron hacia el edificio de los sanadores, en el centro de la ciudad.

—¿Hay más heridos? —preguntó Naga.

—Solo hubo algunos que sufrieron quemaduras, pero leves. Murieron doce personas en el ataque, gente que asistió temprano al templo a ayudar a Vila con los preparativos.

—Malditos sean esos sacerdotes —murmuró Naga.

—Lena ya se encargó de ellos —respondió Dima con pesar.

—Perdonen —se disculpó, avergonzado, y agregó—. ¿La princesa está herida?

—Milagrosamente, no. Tino dijo que salió del Gran Templo envuelta en llamas, que se apagaron cuando se desmayó. Ni siquiera su ropa tenía marcas, por absurdo que suene.

—Ya no hay nada que no crea, maestra Áliza. Suceden tantas cosas irracionales que hay pocos

eventos que me sorprendan.

Hicieron el resto del camino en silencio. Las calles de Palmeras estaban ya desiertas y solo vieron desde lejos las sombras de los guardias que custodiaban la ciudad por las noches. El otoño de Pyebra era lo más parecido a un verano en Sitnor y Naga se sentía bien cuando regresaba a su tierra, aunque casi siempre debía ir por motivos que no eran nada agradables.

«Quisiera volver a ser un niño» pensó Naga, «a cuando el maestro nos llevaba a recorrer el mundo en la carreta, a cuando la señora Magtha me abrazaba como a uno de sus hijos, a cuando el maestro se comportaba como mi padre y me regañaba por mi falta de entusiasmo, al día en que me dijo que podía ser un gran mago si entrenaba duro. Quisiera volver al tiempo en que mis mayores preocupaciones eran que el maestro me encontrara durmiendo después de su segundo llamado».

Dos guardias armados estaban parados a cada lado de las puertas abiertas del edificio y los recibieron con una reverencia en cuanto se acercaron. Entraron sin decir una palabra y caminaron por el largo pasillo iluminado por antorchas hasta una de las habitaciones. Un velo, que colgaba desde el techo, cubría la única cama que había en el pequeño cuarto y había varios faroles encendidos. Shanyi dormitaba en una silla junto a la cabecera, pero se despertó ni bien los oyó llegar.

—Bienvenido seas, Nagalíjakh —dijo al reparar en él—. Vila aún no despierta y Lena tampoco.

—Veré si puedo ayudarla —susurró Naga.

El muchacho se acercó a la cama y separó el velo, que Shanyi volvió a cerrar para que los insectos no molestaran a la sacerdotisa.

—Iremos a ver a Lena y a Tareq —dijo Áliza y, junto a Dima, regresaron sus pasos hacia el pasillo.

Vila tenía la mejilla surcada por un profundo corte, los párpados hinchados y oscuros y un rasguño en la frente. Sus labios estaban rotos y uno de sus dientes estaba partido en una esquina. Cada una de sus heridas emanaba pequeñas gotas de sangre que no dejaban de caer.

—¿Tiene más heridas en el resto del cuerpo? —preguntó Naga.

—Está lastimada en todas partes, es horrible lo que le han hecho.

—Intentaré sanar su rostro, si lo consigo, deberás desvestirla y guiar mis manos para que pueda sanar su cuerpo. Cerraré los ojos para que no se sienta avergonzada cuando despierte.

—Eso es lo de menos, pero te ayudaré si así lo quieres.

Naga asintió, recurrió a sus poderes y acercó sus dedos a la herida que tenía en la frente.

—*Yavik lanta*[26] —dijo y la herida dejó de sangrar. Sin perder el tiempo, continuó—. *Dor lanta. Mor lanta.*

Naga sintió la energía de su Astro recorrer su cuerpo y vio que la herida de la frente desaparecía. Miró a Shanyi, que reía en silencio.

—Todavía no te ilusiones —susurró—, tenemos que esperar a ver si no vuelve a abrirse.

Aguardaron, impacientes, por unos momentos, pero no vieron ningún cambio. La herida se cerró para siempre, dejando solo una pequeña marca.

—Intentaré con la herida de la mejilla.

—Tino no fue siquiera capaz de curar la de la frente, Naga —dijo conteniendo la emoción. El mago sonrió apenas y su mano se detuvo sobre el corte que atravesaba el pequeño rostro de Vila. La piel parecía arrancada y supuraba un líquido rosado y espeso. Volvió a recitar las palabras de poder, pero sintió que las piernas le fallaron y que su cuerpo se adormecía al ser traspasado por la inmensa fuerza de su Astro. Se apoyó en la cama, aunque sin quitar la mano de la herida,

esforzándose por no caer. Shanyi se acercó a él y lo sostuvo hasta que la herida terminó de cerrarse.

—Necesito descansar —dijo con la voz entrecortada—. No… No puedo continuar.

Shanyi lo ayudó a llegar hasta una silla, sirvió agua y le acercó el vaso a los labios, pero Naga pudo sostenerlo sin ayuda.

—Bebe con calma.

Shanyi se acercó a ver a Vila y volvió a verlo con una sonrisa en el rostro.

—Las heridas no volvieron a abrirse, Naga, ¡lo lograste!

Naga sonrió, aunque hasta eso le costaba un gran esfuerzo. Aun así, no tenía fuerzas para continuar. La inusitada cantidad de energía que su cuerpo canalizó lo agotó de tal manera, que se sentía como si estuviera a punto de acabar su propia energía, aun cuando sabía que no era así.

—¿Cómo te sientes?

—Agotado —susurró—, pero puedo quedarme solo si quieres avisar a los demás.

—Iré a ver a los maestros, regreso enseguida. —Shanyi dejó la habitación ni bien dijo la última palabra. Naga intentó ponerse de pie, pero no fue capaz, por lo que se acomodó en la silla a esperar a que regresaran.

Pasaron unos pocos minutos y Shanyi volvió junto a un pálido y demacrado Tareq. El muchacho saludó a Naga y se acercó a ver a Vila. Después de unos momentos, se sentó junto a Naga y le agradeció por lo que hizo.

—¿Cómo lo lograste?

—Palabras de poder.

—¿Cómo no se me ocurrió? —Tareq quiso ponerse de pie, pero Naga lo detuvo.

—No lo intentes, te matará. Solo curé dos heridas pequeñas y me siento de muerte. Los malditos sacerdotes usaron un arma encantada con los poderes de Sinmá para herirla, cerrar un pequeño rasguño se sintió como haber movido una montaña, Tareq. La herida de la mejilla me desgastó como si tuviera apenas un mínimo punto de mi energía. No te arriesgues a hacerlo. —Tareq lo miró por unos segundos y luego asintió, derrotado—. Continuaré apenas pueda, pero iré más lento esta vez.

—Gracias, Naga. —Tareq sonrió.

—¿Sabes si Tino puede usar las palabras de poder?

—No puede, solo Ajác y yo aquí. Lena también, pero no creo que sea conveniente.

—Que Lena no lo sepa, los poderes de nuestro Astro podrían dañarla de manera irremediable.

—Duerme, de todas formas. —El dolor tiñó sus palabras y Naga le puso una mano en su brazo.

—Mejor que así sea, con lo testaruda que es, querría hacerlo y, si lo consigue, podría morir en el primer intento, Tareq. ¿Qué Astro le dio sus poderes a Ajác?

—La Luna —respondió Shanyi.

—Quizás podría probarlo, con alguna herida pequeña para empezar.

—Le diré —dijo Shanyi.

—Al menos podría detener los sangrados para que Vila no continúe debilitándose y yo seguiré con el resto, ya sin tanta urgencia.

—Yo ayudaré. —Lena estaba parada debajo del marco de la puerta y nadie se dio cuenta en qué momento llegó hasta allí. Tareq se puso de pie y se acercó a ella.

—Mi pequeña —murmuró antes de levantarla del piso. La niña se abrazó a él y sus ojos se empañaron.

—Perdóname, Tareq, perdóname por lo que hice —sollozó—. Debía hacerlo, tenía que

hacerlo, perdóname.

—Está bien, Lena, ya me contarás lo que sucedió. ¿Cómo te sientes?

—Estoy bien. —La pequeña secó las lágrimas que rodaron por sus diminutas mejillas y le pidió a Tareq que la devolviera al suelo. Luego fijó sus ojos en Naga—. Dime qué debo hacer para ayudar a Vila.

—Necesito que elimines tus murallas para poder examinarte —dijo Naga. Lena miró de repente a Tareq. Parecía sentirse desesperada.

—No, no sé hacerlo, Tareq, ¿cómo se hace?

—No importa, Lena —dijo Naga con calma—. Ajác y yo nos ocuparemos de sanar a Vila. No puedes ayudarnos si estás alterada, la salud de Vila es más importante que cualquier otra cosa y necesitamos estar en calma.

—No puedes… —La niña se puso tensa y su tono de voz se volvió violento en un solo segundo.

—Escúchame, Lena. —Naga frunció el ceño y se puso de pie—. No puedes ayudarnos, asúmelo. Que seas impulsiva y tu magia te responda no significa que todos harán lo que tú digas o lo que tú quieras. —Tareq quiso hablar pero Shanyi le puso una mano en el brazo para que no interfiriera—. Lo que hiciste esta noche fue una falta muy grave a tus maestros, una insubordinación que en la Antigua Era se hubiera penalizado con la muerte. Y sin mencionar que pusiste en riesgo la vida de Tino, la de Shanyi, la tuya y la de Tareq también. Si alguien te reconoció en Ciudad Capital, tu madre caerá sobre Palmeras con todo lo que tenga, para llevarlos con ella y hacer de sus vidas un infierno. La de Tareq para empezar. No estás sola en el mundo, no puedes decidir qué hacer o qué no hacer de acuerdo a tus impulsos. —Lena asintió y bajó la cabeza aceptando las palabras de Naga—. Si no sabes controlarte me veré obligado a anular tus poderes de forma permanente, no podemos permitir que pongas en riesgo a cientos de personas porque no eres capaz de detenerte dos segundos a pensar en las consecuencias de tus actos. Ahora irás a descansar y, si puedes ayudarnos, te lo haremos saber.

—Perdón, maestro Naga. —Lena bajó la vista y, también, el tono de su voz—. Usted tiene razón. No quise… No pensé en lo que podía suceder.

—Lo sé, por eso es necesario que te lo recuerde. Ya puedes retirarte. Hablaré contigo en la mañana.

—Gracias, maestro Naga. —Lena hizo una reverencia, le dio la espalda y miró a Tareq—. ¿Me acompañas a mi habitación?

Tareq asintió, asombrado y confundido; la niña le tomó la mano y ambos se fueron en silencio.

—Por Efos, pensé que me mataría como a una hormiga —susurró. Naga se llevó las manos al pecho antes de caer en su silla.

—Te veías muy seguro —dijo Shanyi—. Lena necesitaba que alguien se atreviera a detenerla. A mí me dio miedo, ni Tino ni yo pudimos frenarla, estaba completamente fuera de sí.

—Me odio cuando me dan estos arranques de valentía…

Shanyi rio, se sentó junto a él y le tomó la mano.

—Estará todo bien. Hiciste lo que ninguno de nosotros se atrevió a hacer. Ella necesita un maestro como tú.

—No soy maestro, Shanyi, pero creo que está bien que Lena piense que si lo soy. No es que me falte mucho para completar mi formación de todas maneras…

—Prometo no decirle a nadie —dijo con una sonrisa.

Aguardaron a la llegada de Ajác por unos minutos y la maga llegó acompañada de Tino y Mihaí. Los pusieron al tanto de las novedades y Ajác se acercó a ver a Vila. Mihaí y Tino

salieron al pasillo para dejarlos trabajar. Shanyi y Ajác desvistieron a Vila y Naga le pidió a Shanyi que lo guiara para ubicarse junto a la sacerdotisa.

—Solo debes decir *Yavik lanta* —dijo dirigiéndose a Ajác—, yo me ocuparé de cerrar las heridas.

—Cuando estés listo —respondió Ajác. Naga asintió y oyó las palabras de poder. Luego, Ajác añadió—. Ahora.

—*Dor lanta. Mor lanta*. —Y el sacudón de energía volvió a dejarlo sin aliento, pero pudo mantenerse en pie—. Dame unos minutos a que me recupere, antes de hacerlo otra vez.

—¿Quieres sentarte? —preguntó Shanyi y Naga se negó—. Ajác, ¿cómo te encuentras?

—Estoy bien, no he sentido gran cosa.

—Eso es muy bueno —dijo Naga—. Con cuidado intenta detener el sangrado de las heridas más grandes, por favor. En cuanto me recupere, comenzaré a cerrarlas. Hazlo sin apresurarte, tómate unos momentos entre cada hechizo, para comprobar que no te afecte demasiado.

—Así lo haré —asintió Ajác.

Tareq y Lena caminaron hasta la habitación que le asignaron a la niña. Tareq la ayudó a acostarse otra vez y, luego, acercó una silla a su cama

—¿Puedes quedarte conmigo hasta que me duerma?

—Claro que sí —dijo y le tomó la mano.

—Solo hasta que me duerma, después regresa con Vila. Seguro querrá verte cuando despierte.

—Me quedaré contigo hasta que me avisen que ella ha despertado.

—Perdón por lo que hice. —Lena lo miró—. No podía dejarlo escapar, Tareq.

—¿De qué hablas, pequeña?

—Ese sacerdote que atacó a Vila me reconoció —susurró Lena—. Me llamó princesa y yo me asusté mucho.

—¿Cómo dices? —Tareq se levantó por unos segundos de la silla, pero volvió a sentarse.

—Él me miró y sus ojos me traspasaron, incluso en la oscuridad. Supo quién era y no podía dejarlo escapar, si llegaba a la capital y allí lo sabían… Tenía que hacerlo, Tareq. Cuando vi que Vila estaba herida de esa forma fui incapaz de controlarme, quería que todos pagaran por lo que esa persona le hizo… —Tareq se sentó en la cama y Lena lo abrazó—. Estaba cubierta de sangre, Tareq, tenía la bella túnica que ella misma bordó toda manchada y rota. ¿Cómo iba a quedarme tranquila después de ver a la mujer más bondadosa del mundo lastimada de esa manera? Vila no hizo nada malo. Ella nos ama y cuida de nosotros, es mi madre más que lo que nunca lo fue Viktoria, ¿cómo podía esperar a que Tino y Shanyi pidieran explicaciones? No quería explicaciones en ese momento, quería que sufrieran por lastimar a Vila.

—Pequeña, esa no es la forma de hacer las cosas. Te comprendo porque amo a Vila tanto como te amo a ti, sin embargo hay veces en las que debemos alejarnos de nuestros sentimientos para poder pensar la situación de forma diferente. En ocasiones el dolor nos ciega y no somos capaces de ver más allá de él, queremos acabar de cualquier forma con quién nos hirió, sin pensar en quiénes pagaran las consecuencias de nuestros actos.

—Podría haber herido a Tino y a Shanyi y no pensé en ellos cuando decidí ir a la capital.

—Veo que lo comprendes.

—El maestro Naga tiene mucha razón. Soy tan peligrosa para mis enemigos como para la gente que nos abrió las puertas de sus hogares y no quiero ser esa clase de persona. Cuando Vila esté curada, aceptaré el castigo que él tenga para mí. —Lena no se movió en ningún momento, pero se separó de Tareq para mirarlo—. Quiero ser como tú, una persona buena y justa.

Los ojos de Tareq se empañaron, volvió a abrazarla y le dio un beso en la frente. No pudo evitar recordar a la niña que asesinó el día en que ayudó a Lena a escapar de Ciudad Capital.

—Debes ser mejor que yo, pequeña. No creas que siempre hice las cosas bien —murmuró.

—Para mí, sí. —Lena se acostó, Tareq se puso de pie y acomodó el velo sobre su cama.

—Me gustaría pedirle perdón a Shanyi. Ella me miró con miedo, Tareq, ella temió que yo la lastimara de verdad y no quiero que sea así, quiero que vuelva a jugar conmigo y a reír como siempre. También le pediré perdón a Tino cuando lo vea.

—Hablaré con ella, pero no podrá venir, estaba ayudando a sanar a Vila.

—Dile que entiendo si no quiere verme, que estaré esperándola hasta que se sienta cómoda con mi presencia.

Tareq dejó sola a Lena cuando la pequeña se durmió, regresó hacia la habitación donde atendían a la sacerdotisa, pero se encontró con Mihaí en el pasillo.

—¿Qué sucede? —preguntó, alarmado, al verlo.

—Está todo bien. Han conseguido cerrar dos de las heridas más grandes que tenía en el vientre. Tino y Shanyi están ayudando a guiar a Naga. ¿Lena cómo se encuentra?

—Arrepentida, en gran parte. Lena entró al templo cuando un sacerdote estaba por apuñalar a Vila. Él la miró y la reconoció, por eso se asustó, temió que en Ciudad Capital también supieran que ella está con vida. Mató al sacerdote y, luego, fue por Tino y Shanyi… ya conocemos el resto.

—Tino nos dijo algo que parece una insensatez, pero Shanyi estaba ahí también y dudo que nos mientan. Dijo que… la diosa Sinmá estuvo junto a Lena en la destrucción del Gran Templo.

—¿Cómo que estuvo allí?

—La diosa estuvo en algunos de los rituales de Vila. —Tareq asintió, Vila se los dijo más de una vez y estaba muy orgullosa de ello—. Al parecer la diosa se hizo presente, también, mientras Lena asesinaba a los sacerdotes de la capital. Dijo que una mujer alta y hecha de fuego, danzaba y cantaba al lado de Lena mientras todo se quemaba. Lena salió del perímetro del templo envuelta en llamas, pero tú la has visto, ni siquiera huele a humo como sí lo hacen Shanyi y Tino, su ropa está intacta y no tiene heridas.

—Es verdad —murmuró—. ¿Eso quiere decir que… la diosa le ayudó?

—Los dioses son extraños, Tareq, nunca sabremos con certeza qué es lo que quieren de nosotros y, al parecer, Sinmá quería que Lena acabara con sus sacerdotes y con el templo y contribuyó a que eso sucediera. Tino dijo que todo era fuego, que los edificios de piedra ardían como si fueran de madera seca y que los sacerdotes no podían traspasar los límites del círculo de hierba negra que rodea el Gran Templo. Los oyeron gritar y suplicar, pero nada detuvo ese infierno que aún ardía cuando dejaron la capital.

—Por Efos, ¿en qué momento el mundo se volvió un lugar tan terrible?

—No lo sé… lo peor es que creo que esto recién está comenzando.

5

Pyebra Ciudad Capital

Viktoria salió al balcón de la Sala Dorada y miró hacia el oeste. Las llamas eran tan altas y el fuego se veía tan intenso que parecía a punto de amanecer, aun cuando hacía apenas unas horas que el sol se escondió en ese mismo lugar. La reina le dio la espalda al falso astro y enfrentó al joven soldado que le llevó la noticia.

—¿Quién se atrevió a atacarnos? —exclamó enfurecida—. ¿Quién? ¿Jeno? ¿Pronees? ¿Acaso… fue Atkjer?

—Hasta el momento, no lo sabemos, su Majestad —respondió el soldado haciendo un vano esfuerzo por disimular su incomodidad.

—¿Dónde atacaron?

—En el Gran Templo de la diosa Sinmá, su Majestad. Está ardiendo por completo, pero el fuego no se ha dispersado hacia los pastizales.

—¿Cómo es posible que atacaran nuestra ciudad sin que nadie lo notara? ¿Cómo pudo alguien colarse entre nuestros malditos muros e incendiar de esa forma el Gran Templo?

—No lo sabemos, mi señora, no han llegado reportes de ningún otro ataque, hasta ahora.

—Preparen mi carruaje y avisen a Lehsa y Nihá que deben venir conmigo.

—Como ordene, su Majestad.

El soldado bajó el mentón y retrocedió hacia la puerta sin levantar la vista del suelo.

Viktoria regresó al balcón una vez más. Su mente no podía concebir la magnitud del problema al que se enfrentaba. El terreno que abarcaba el Gran Templo era mayor al del Palacio de Las Hojas, con todos sus jardines y parques, y todo allí estaba construido en piedra, ¿cómo era posible que se originara un incendio de ese tamaño? Sin lugar a dudas, el ataque fue perpetrado por magos. Solo necesitaba averiguar de dónde provenían y quiénes fueron.

La reina dejó la Sala Dorada y se dirigió hacia la salida del palacio. Un carruaje pequeño estaba estacionado en la puerta y sus dos discípulos, Lehsa y Nihá, la esperaban en él. El silencio solo fue interrumpido por un breve saludo, y el carruaje se puso en marcha al instante.

Las calles estaban inundadas de gente que corría hacia la misma dirección a la que ellos iban; al parecer, su curiosidad era más fuerte que su sensatez. Mientras más se acercaban al muro oeste, más se les dificultaba avanzar y Viktoria dio la orden a los soldados a caballo que iban por delante, que despejaran el paso a la fuerza, si era necesario.

A medida que fueron aproximándose a las inmediaciones del Gran Templo, empezaron a sentir el inmenso calor que el irreal incendio producía y las calles iluminadas por él se llenaban de sombras oscilantes, que danzaban y se diluían en aquella fuerte luz naranja. Por extraño que pareciera, no había humo y los extensos pastizales que se encontraba a su alrededor no fueron alcanzados por las llamas; el fuego se detenía al terminar el círculo de hierba negra que marcaba los límites del sagrado lugar.

Viktoria y sus discípulos descendieron del carruaje y miraron con atención la escena. De inmediato, dos oficiales se acercaron a la reina.

—Informes —exigió.

—Mi señora, dicen que una niña fue quien lo hizo.

—¿Cómo que una niña? ¿Quién?

—No lo sabemos, mi señora. La vieron correr entre las llamas junto a una dama de fuego de más de tres metros de alto.

—¿Una qué? —exclamó, perdiendo la calma. El joven soldado que hablaba se encogió, atemorizado.

—Dicen algunos que era la diosa Sinmá —intervino quien se mantuvo en silencio hasta ese momento. Viktoria se tardó unos segundos en terminar de analizar lo que estaba oyendo.

—¿Qué sucedió con ellas? —preguntó, cuando se recuperó.

—Desaparecieron, mi señora.

Viktoria asintió y los despidió con un gesto. Se giró para ver lo que ocurría en el Gran Templo. Frente a sus ojos, los que antes eran domos de reluciente piedra blanca, ahora eran montones de rocas derretidas de ígneas tonalidades. Las llamas se alzaban por varios pares de metros y no era posible fijar la vista en ellos por mucho tiempo, puesto que quemaban con la fuerza del sol. Posó sus ojos en los soldados que estaban intentando contener a la multitud que quería aproximarse a ella y las llamas se reflejaron en sus armaduras.

Los guerreros del fuego tienen las espadas largas y la paciencia corta, las espadas afiladas y la paciencia rota.

Tienen las armaduras brillantes como incendios, las manos veloces como el viento y el cuerpo ágil como el tiempo.

Sus ojos ven tu alma, distinguen la maldad.

Sus oídos escuchan tu mente, saben cuando no es verdad.

Sus bocas mudas, como sabios.

Su mente rápida, como rayos.

Los guerreros del fuego imparten la justicia de los Astros, los dioses y los hombres.

Los guerreros del fuego ya no tienen nombre.

Viktoria recordó la canción que entonaban todos los niños en su lejana Tesar, cuando los soldados vestían sus armaduras completas en los desfiles del rey Brander, el implacable. Los soldados de Tesar eran la perfección personificada y su ejército pyebrano nunca llegaría a compararse con ellos. Le llegaron reportes actuales de Tesar y confirmaban que Verj, Segundo Príncipe, no tenía nada que envidiarle a su difunto abuelo. Era perfeccionista y tanto o más exigente que el fallecido rey Brander. Su padre lo removió de su puesto en la comandancia del ejército real, pero él vendió sus propiedades y comenzó a formar su propia milicia para marchar al norte en ayuda de Sitnor. Cientos de soldados desertaron y se unieron a él y lo mismo hicieron los refugiados de Morrau que huyeron después que Morgana Rostur se autoproclamó reina.

La única esperanza de tomar Sitnor primero y luego Tesar estaba en sus magos y, tal como ordenó la Dama de la Cueva, debía comenzar a avanzar con urgencia, antes que el príncipe Verj y sus hombres reforzaran las filas sitnorenses.

—Despejen el lugar —dijo a Lehsa sin levantar la voz y el mago se acercó a los soldados para transmitirles la orden de la reina.

Los soldados desenfundaron sus armas y, entre empujones e insultos, dispersaron a la multitud de curiosos y asustados ciudadanos que los rodeaban. Viktoria caminó hasta acercarse lo más posible al ardiente Gran Templo y, tras unos minutos de observar, regresó a sus discípulos.

—Una niña… Temo que Sitnor haya escondido sus intenciones y haya dado vía libre a sus magos. No sabemos si allí hay magos entrenados como los que se reunieron en Palmeras. Incluso, puede que Tesar los tenga, también. —Viktoria cerró los ojos—. Perdón. Fui engañada como una idiota. Escuché a las personas equivocadas y causé el inicio de la destrucción del mundo que conocíamos.

Lehsa y Nihá se miraron fugazmente.

—¿Señora? —preguntó Nihá.

—Desatéfuerzas que no fui capaz de comprender y que no quise imaginar, cegada por un odio que no me pertenecía. —Viktoria los miró—. Pero ya no puedo volver atrás, ya no puedo arreglar nada de lo que rompí. Desde ahora, son libres de irse de aquí, tienen siete días para decidirlo. —Lehsa quiso hablar pero Viktoria levantó la mano para interrumpirlo—. No quiero que sufran por mi error. No los cuestionaré, no les impediré marcharse, nunca los buscaré ni los delataré con la Dama. La sagrada madre Thara quiera que Tareq no regrese, que se extravíe en las montañas y nunca más encuentre el camino. Yo no tengo más opción que continuar, ya no puedo echarme atrás. —Sintió su voz debilitarse, pero hizo un esfuerzo para continuar—. Estoy dispuesta a morir por ustedes.

—Yo estoy dispuesta a morir por usted, mi señora. —Nihá se arrojó al suelo y apoyó la frente en sus pies.

—Levántate, Nihá.

—Podemos detener a la Dama… —dijo Lehsa—. Podemos intentarlo, si ella cree en usted, si…

—Es imposible, no puedo mentirle tanto. Me aterra —murmuró, derrotada.

—Las murallas. —Nihá, aún de rodillas, levantó el rostro y los miró. Lehsa le tendió la mano y le ayudó a ponerse de pie—. Ella sabe de las murallas y no se lo ha dicho, no le ha enseñado a hacerlas, mi señora. Los magos entrenados que se reunieron en Palmeras las tienen y saben al instante cuando alguien entra en sus mentes, pero nosotros no nos damos cuenta a menos que nos ataquen o nos hablen.

—Nosotros no fuimos capaces de hacerlas —dijo Viktoria— y no estaré nunca a salvo frente a ella mientras no pueda levantar esos benditos muros. Lo mejor que pueden hacer por salvarse es dejar el Palacio de Las Hojas lo más pronto posible. Llévense a sus familias con ustedes, partan lo más lejos que puedan y yo inventaré algo para protegerlos de ella. No es tan tarde para ustedes como lo es para mí.

—Señora… —dijo Lehsa, pero nuevamente Viktoria lo interrumpió.

—Si dentro de siete días todavía siguen aquí, sepan que iremos a recuperar Ahrbak Ardhal. La Dama quiere que nos pongamos en marcha. No puedo oponerme y ya no puedo retrasarlo más. Lo intenté… —Viktoria soltó un largo suspiro—. Intenté que Sitnor llegara aquí y destruyera todo. Envié a Reda al frente sabiendo que es un cobarde y lo culpé del fracaso, pero Sitnor no continuó el avance y ahora me es imposible poner más excusas. —Señaló hacia el Gran Templo—. Ya saben de lo que son capaces los magos que se nos oponen y no estoy dispuesta a sacrificarlos a ustedes, por eso les doy la oportunidad de marcharse ahora. No digan nada aún, solo piénsenlo.

—Mi señora… —susurró Nihá y Viktoria le acarició el rostro.

—Siete días. —Le dio la espalda, cerró los ojos y acudió a sus poderes. Extendió las manos, como si con ellas pudiera abarcar el templo, y exclamó—: *¡Sajk lanta*[27]*!*

Pudo ver como una multitud de hilos violáceos surgían de ellas y se entremezclaban con las llamas que envolvían lo que antes fueron los bellos edificios circulares que formaban el Gran Templo. Sin embargo, nada interrumpió el hechizo del que fueron víctima los blancos domos. El fuego continuó, imperturbable, consumiéndolo todo, como si solo una suave e insignificante brisa hubiera llegado con la intención de apagar su terrible voracidad. Viktoria inclinó la cabeza hacia su derecha, confundida. Las palabras de poder no podían fallar, no podían ser desoídas por nada ni por nadie.

—*¡Yavik lanta!*[28]

Un torbellino de luz violeta recorrió la ardiente superficie, y se extinguió a los pocos segundos. El fuego, sin embargo, continuó como si nada hubiera sucedido.

—¿Quién fue capaz de hacer esto? —Viktoria bajó las manos, frustrada—. No es posible que se resistan al poder de los Astros. ¡No es posible que las llamas se resistan! ¿Quién demonios hizo esto?

Ni Lehsa ni Nihá supieron qué responderle, por lo que callaron y bajaron la mirada. Viktoria se giró para verlos y señaló hacia atrás.

—A esto nos enfrentaremos, recuérdenlo. Lehsa, ve a avisar que alisten el carruaje y despejen los caminos. Que se quede una guardia aquí y dejaremos el fuego a que se extinga solo, no hay nada que podamos hacer. —El mago asintió y Viktoria se acercó a Nihá—. No quiero que menciones a Radjhá ni una palabra de lo que les dije. No me importa lo que hagan en su tiempo libre, pero si te marchas después de que él regrese, no se lo menciones. Sus entrenamientos con la Dama… Es muy peligroso que él lo sepa y no puedo salvarlos a todos.

—Radjhá disfruta más que nadie de su poder, mi señora, y de las misiones que se le asignan —murmuró Nihá—. Él no dejaría la capital por nada del mundo.

6

Sitnor Ciudad Capital

Astor despertó cuando oyó su puerta cerrarse. Se sentó en la cama en el mismo momento en que Onix saltaba frente a sus ojos.

—¿Ya amaneció? —susurró el niño.

—Falta muy poco.

—No es necesario que vengas conmigo, puedes quedarte con Quentin si así lo quieres.

—Me gustaría ver a mi humano. —Onix se enroscó en el regazo del niño y Astor lo abrazó—. *No sé cuántos días nos queden por delante, pero dudo que sean muchos, pequeño. Cada vez los años me pesan más, mi mente está agotada, aunque mi cuerpo aún sea veloz. No soportaré otra guerra y Egil tampoco. Sabemos que van por Tesar, pero estamos haciendo lo posible para que eso no ocurra. Los dos queremos morir en el lugar que nos vio nacer y espero que nos convirtamos en luz una vez que tengamos la certeza de que hemos logrado nuestra misión en este mundo.*

—Ahora entiendo. Llegué a pensar, en algunos momentos, en que querían alejarme aquí por alguna causa que no conozco y por eso el maestro estaba en Tesar. Insistió tanto en que necesitaba ir con él, que creí que había otras razones.

—La muchacha que estuvo aquí anoche…

—¿Ilsa?

—Sí, es hija de Egil. Tiene los poderes de una estrella y del sol, pero ella lo ignora. No sabe quién es ni de qué es capaz, porque Egil siempre se lo ocultó. Pensó que mantenerla alejada de esa verdad la mantendría lejos de lo que fuera a ocurrir.

—¿Por qué lo dices de esa forma?

—Porque Quentin y ella están unidos por la magia de una estrella, Astor. Son parte de la misma estrella.

—¡No me lo creo! —exclamó en voz alta—. Quentin… mi pobre hermano.

—Ellos lo sufren peor que cualquiera de los casos que han sido registrados en la Antigua Era, puesto que se hallaron cuando ninguno de los dos estaba en peligro. Sus existencias han sido más miserables de lo que te puedes imaginar, lo sé porque he visto a Quentin sufrir aún más después de su encuentro.

—¿Cómo hace? —susurró—. ¿Cómo hacen para soportarlo, Onix?

—No lo sé, Astor, pero de ahora en más estarán mejor. Me pidieron que les ayudara a hacer una conexión entre ellos. La distancia será más soportable de esa forma. Egil se molestó conmigo, pero no puedo dejarlos sufrir innecesariamente pudiendo ayudarlos.

—No lo entiendo, ¿por qué dejaría él sufrir a su hija de esa forma?

—Tiene miedo que Ilsa se aleje de él, la muchacha se debate cada día entre permanecer con su padre y venir hacia Sitnor. Egil moriría de tristeza si pierde a su única y última hija. Perdió a su primera familia, a su esposa y a los seis hijos que tuvieron juntos; perdimos a todos nuestros compañeros y amigos, maestros y discípulos. Perdió hace poco a Magtha, la madre de Ilsa, y a Evan, su pequeño. Son demasiadas cicatrices las que lleva su alma, Astor.

—Acabo de tener una súbita y demente ocurrencia —dijo Astor de repente.

—No me gusta cómo suena eso.

—Unirnos todos los magos, aparecer entre las montañas de Pyebra y reventar todo.

—Tenemos entre nosotros solo a cuatro magos capaces de aparecer, sin contar a la princesa Lena, que aún es muy pequeña, ni a Ilsa, que no tiene ningún entrenamiento. Cada uno de ellos puede transportar a una persona sin desgastar sus energías a un nivel peligroso, porque deberíamos utilizar a los magos más fuertes entre los nuestros. Egil está demasiado viejo y eso significa que él no podría ir, por lo que solo seis personas deberían atacar la cueva. ¿Qué harán seis magos, Astor?

—Destruir la montaña, por supuesto.

—¿Quién desactivará los encantamientos que la protegen y tendrá, luego, la energía suficiente para destruir la montaña?

—No había pensado en ello…

—Por eso es que debes ir con Egil y aprender todo lo que aún no sabes. —El gato se levantó y estiró sus músculos—. *Ya es hora de que partamos, Astor. Pronto amanecerá.*

—¿No puedes tú ser mi maestro aquí? —preguntó sin moverse de la cama.

—Ya lo hemos hablado, eso no es posible. Egil posee libros y pergaminos que solo pueden leer los hijos de la luna y sabes que Egil y yo hemos sido bendecidos por las estrellas.

—Onix, tengo miedo… por mí y por mis hermanos. Por el viaje que haremos y porque ellos estarán muy cerca de la guerra. Noah correrá un peligro inmenso al ser el nuevo Gobernador y también temo por Enara; sus vidas estarán en riesgo tanto como la de Quentin o la de Josh.

—Nada nos sucederá en el viaje, Astor. Ambos somos magos entrenados, fuertes y trabajamos muy bien juntos, además de que no hay guerras que asolen estas tierras. Debemos confiar en que las cosas saldrán bien aquí con tu familia, pequeño. Levántate, ya debemos irnos.

—¿Iremos tras Reda o los planes han cambiado mientras dormía?

—Iremos tras Reda, pero debemos alcanzarlo antes de que cruce la frontera con Morrau, no estaremos seguros allí.

El niño se vistió, tomó su bolso y, después de darle una última mirada a su habitación, cerró la puerta. Caminó junto a Onix hasta el despacho de su padre y entraron a los pasillos; sería menos llamativo dejar la ciudad de esa forma.

7

Pyebra Ciudad Capital

Radjhá despertó confundido y aletargado. El ataque de Enara de la noche anterior lo dañó severamente y la botella de licor que bebió al regresar no contribuyó a que la situación mejorara.

Se sentó en la cama por casi una hora y, mientras, su confundida mente pensó en las posibilidades que tenía en ese momento. Tomar lo que pudiera y largarse de la capital, esperar unos días antes de ver a la reina o ir a hablar con ella ese mismo día.

Todas eran tan buenas como peligrosas. No podía dejar el palacio sin llevar algo de oro, pero si la vajilla desaparecía de su habitación, sería sospechoso y eso lo delataría. Lo buscarían por cielo y tierra y lo asesinarían por desertar.

A su vez, Reda era el amante de la reina y él lo abandonó nada más y nada menos que en Sitnor Ciudad Capital después de asesinar a los gobernantes. Si lo encontraban, era hombre muerto. El hecho de haber acabado con esos tipos no compensaría la pérdida de Reda y la reina se lo cobraría con él. Ni siquiera estaba seguro de poder ser capaz de utilizar sus poderes después del ataque de Enara Pirhs.

—Maldito, Tareq, lo sabía todo —murmuró al recordar la información que la reina le dio sobre la muchacha, que fue completamente errónea. Tareq, por lo poco que pudo ver en la mente de Nihá, tenía la certeza de que las cosas no eran como la reina decía, que estaba mal su idea de mundo perfecto, y estaba buscando la forma de alejarse de todos ellos—. Si supiera dónde está, le diría que ya no regresara. Los dioses quieran que no se le ocurra volver. Esto se caerá a pedazos en cualquier momento y nosotros pagaremos los platos rotos.

Radjhá se puso de pie y acomodó las mantas para que su cama luciera tal como si nadie hubiera dormido allí. Sin siquiera asearse, volvió a vestirse con las ropas que llevaba en Sitnor, las humedeció e intentó desaparecer y reaparecer en su propia habitación.

—Excelente —dijo al comprobar que podía hacerlo.

Humedeció su cabello y miró entre las cortinas. Desde su ventana podía verse una de las entradas al Palacio de Las Hojas. Respiró profundo y acudió a sus poderes. Borró sus propios recuerdos de lo que hizo desde que apareció en su cuarto la noche anterior hasta ese momento, y desapareció para volver a materializarse en el polvoroso sendero.

Los guardias se sobresaltaron al verlo desplomarse frente a ellos, ya que el muchacho cayó hacia un costado después de haber estado de pie por apenas unos segundos. El gasto que le supuso esa pequeña aparición consumió casi la totalidad de sus energías y Radjhá se alarmó. Eso no era normal.

Al reconocerlo, los guardias acudieron en su ayuda, lo tomaron entre dos y lo llevaron hacia el interior del palacio. Lo sentaron en uno de los varios sillones que había bajo la galería y le quitaron los abrigos que llevaba encima.

—Señor Radjhá, ¿qué sucedió?

—Llévenme con la reina —murmuró. Radjhá había querido actuar cierto malestar pero en ese momento no estaba fingiendo absolutamente nada. Esa maldita Enara Pirhs lo dejó al borde de la muerte y logró escapar de pura suerte. Un segundo más y no hubiera sido capaz de dejar Sitnor.

Uno de los guardias se alejó corriendo por los pasillos y, aunque Radjhá quiso incorporarse varias veces, no pudo hacerlo. Sin embargo, a los pocos minutos, la reina llegó junto al soldado

que fue por ella.

—¡Radjhá! ¿Qué ha sucedido? —exclamó la reina y, luego, miró a sus guardias—. Déjennos, por favor.

—Mi señora —asintieron antes de alejarse.

—¿Qué te han hecho? —La reina le tomó el rostro con ambas manos y le quitó el sucio cabello del rostro, tal como una madre haría con un hijo.

—Asesiné a Pronees, a Guna y a sus esposas, pero… Pero el señor Reda… Enara Pirhs me atacó y tuve que escapar antes de que me matara. No sé qué sucedió con el señor Reda.

—¿Enara?

—Sí, mi señora, la esposa de Noah Guna.

—¿Enara fue capaz de hacerte esto?

—Sí, mi señora. Su poder de destrucción se vio aumentado por el dolor de la pérdida —balbuceó. Intentaba hilar las palabras, pero sin saber si era coherente en lo que estaba diciendo. Todo dentro de su mente era un remolino descontrolado que parecía que nunca se detendría—. El señor Reda, mi señora, perdón…

—Al fin me libré de él, Radjhá. No importa. ¡Guardias! Te llevaremos a tu habitación para que descanses, luego hablaremos con más detalle, querido.

Los guardias se presentaron a los pocos segundos y entre tres soldados llevaron a Radjhá a sus aposentos.

Aún con todo el malestar que sentía, no podía olvidar las palabras de la reina: «Al fin me libré de él».

—Vaya —murmuró una vez que lo dejaron solo—, no hay nadie que juegue limpio aquí.

8

Villa Chester, Sitnor

Abrió los postigos de la habitación y maldijo en silencio. La primera nevada de la temporada había caído y él no había podido verlo. Cada año, desde que era niño, esperaba con gran ansiedad el día en que ocurría y, a escondidas de sus padres, pasaba la noche en vela, sentado en el marco de la ventana, esperando a que los primeros copos cayeran. Entonces, en silencio, salía con sus cinco gatos a corretear y a saltar hasta quedar empapado y temblando de frío.

Se dio la vuelta y vio que ninguno de sus felinos estaba en la cama.

—Debe ser muy tarde ya —murmuró—, nunca se despiertan antes que yo esos holgazanes.

Si bien la migración de los morroínos, que se aventuraban a dejar sus tierras y su patria para establecerse en Tesar o en Sitnor, había comenzado hacía ya dos años, nunca antes había pasado tanta gente por Villa Chester y, por esa razón, la posada familiar estaba abarrotada. Se turnaba con sus hermanos para cubrir las horas nocturnas y, la noche anterior, casi había visto amanecer. No daban abasto entre lavar ropa de cama, preparar comidas, hacer cerveza, ir al mercado e, incluso, ya casi ni animales les quedaban. Ese día sus dos hermanos mayores y su padre irían a comprar más, si conseguían, mientras sus hermanas y su madre se ocupaban de la posada.

Se vistió y salió de la habitación, bajó las escaleras y, de a poco, comenzó a oír los sonidos del ajetreo de mediodía. Volvió a maldecir, no le gustaba despertarse tarde.

—¿Descansaste? —preguntó su madre ni bien lo vio. Estaba frente a una olla inmensa y revolvía un caldo de verduras. Sus cinco gatos estaban sentados a su alrededor, esperando algún trozo de carne. De cuando en cuando, alguno de ellos maullaba, pero era ignorado.

—Más de lo que debería. —Se acercó a ella y le dio un beso en la frente—. ¿Papá pudo salir?

—Sí, salió con tus hermanos antes de que nevara, pero no tendrán problemas, no tiene pinta de que vaya a continuar —dijo y miró hacia afuera. Él tomó una manzana y caminó hacia la ventana. Su madre tenía razón, era una nevada insignificante y el sol buscaba abrirse paso entre las espesas nubes. Se sentó a contemplar los pocos centímetros de nieve que embellecieron el paisaje y uno de sus gatos grises saltó a su falda, dispuesto a robar lo que fuera que él estuviera comiendo.

—Es una manzana —dijo con una sonrisa y levantó la mano para que la fruta quedara fuera del alcance de sus garras—, no te gustan las manzanas.

—Hay noticias terribles, hijo. Pronees y Guna fueron asesinados. —La manzana cayó de su mano y rodó hasta chocar con la bota de su madre—. Reda Almairon y uno de sus magos.

—Malditos sean —murmuró.

—¡No maldigas en mi cocina! —exclamó y le pegó con el repasador en la cabeza. Sus largos cabellos se alborotaron, él se pasó los dedos por la cabeza y la miró con el ceño fruncido—. Esos condenados pyebranos quieren llegar a Tesar y por todos los dioses que lo van a lograr así sea a fuerza de cuchillo.

—¿Tan poca fe le tienes a Sitnor?

—¿Fe? De qué maldita fe hablas, Iska. Han matado al Gobernador, es cuestión de días hasta que caiga.

—Pues, yo no me quedaré sentado a esperar a que esos insignificantes norteños lleguen hasta aquí, madre. Iré a la capital —dijo con una gran sonrisa en el rostro, sabiendo que, otra vez, su

madre lo golpearía con el repasador en la cabeza y, en efecto, eso fue lo que sucedió—. ¿Qué? El nuevo gobierno aceptará a los magos con los brazos abiertos. No entrené por veinte años para que otro como Pronees nos siga escondiendo.

—Calla, que alguien puede oírte. Aún no hay más noticias que esa, no se sabe quién gobernará.

—Yo sé quien lo hará, y por eso te lo estoy diciendo, madre. El hijo mayor de Guna será el nuevo Gobernador.

—Insensateces. —Su madre no lo miró.

—Mañana partiré hacia la capital —dijo y, esta vez, no sonrió—. Mi maestro me lo dijo en varias oportunidades. Cuando Pronees y Guna murieran, sería la hora.

—Iskánder…

—Soy el único mago entrenado de Sitnor, madre, me necesitan.

—¿Quién maldecirá conmigo cuando te vayas? —preguntó sin apartar la vista de la sopa que estaba revolviendo y a Iskánder se le estrujó el corazón—. ¿Quién me ayudará a limpiar la condenada posada en dos segundos?

—Mi maestro no me entrenó para que sea un esclavo en tu pocilga, madre. —Intentó de que su voz sonara lo más normal posible, aunque un nudo enorme se detuvo en medio de su garganta y le impidió tragar.

—Ya lo sé, idiota, ven aquí. —La delgada mujer lo abrazó y, luego, le pasó la mano por la cabeza y tomó un mechón de cabello—. ¿Cuándo te lo cortarás? Al menos podrías trenzártelo, como los soldados de mis tierras.

—No puedes con tu herencia tesariana, ¿verdad? Deja mi cabello en paz, me gusta tal como está, libre y al viento.

—Los soldados te confundirán con una mujer

—¿Quién sabe? Quizás regreso con un hombre musculoso y enorme a mi lado. Te morirás de envidia cuando lo compares con papá.

—Me conformo con que regreses —dijo con la voz ahogada y lo abrazó otra vez—, no importa con quién, hijo. Aunque sea un hombre.

Iskánder sonrió. Sabía que su madre, nacida y criada con la mentalidad de los tesarianos, no comprendía que dos personas del mismo sexo pudieran sentir atracción entre ellos, o que, además, pudieran sentir amor. Pero, a pesar de todo, parecía dispuesta a quitarle importancia a eso, con tal de verlo volver. En la posada estaban acostumbrados a ver toda clase de cosas, pero no podía evitar referirse a ellos de forma despectiva cada vez que una pareja «demasiado pareja», como ella los llamaba, pedía una habitación.

—Todo estará bien, no llores o serás una pasa de uva cuando regrese. Quiero a mi madre intacta, ¿sí? Ahora es cuando debes ser tesariana y tragarte las lágrimas. —La mujer dejó de contenerse y soltó el llanto. Iskánder la abrazó con fuerza y la sostuvo cuando estuvo a punto de caer—. Estaré bien y vendré a molestarte en cada oportunidad que tenga.

—Mi niño… —murmuró.

—Tienes otros cinco hijos más de los que preocuparte. Tienes que casar a dos hijas e incordiar a tus nueras y al inútil de tu yerno; estarás ocupada, ya verás.

—Pero tú eres el más especial. —Su madre le tomó el rostro con las manos y le acomodó el cabello.

—Seguro que a todos mis hermanos les dices lo mismo.

—Por supuesto, ¿quién te crees que eres? —La mujer sonrió con los ojos aguados y le besó las mejillas.

Iskánder dejó la casa de gruesos troncos cuando el cielo comenzó a cambiar de color. No pudo dormir y solo dio vueltas en su cama de un lado al otro. A pesar de que toda la vida esperó el momento de ser un mago libre, se sentía nervioso en exceso. El gato negro, su maestro, lo entrenó desde el día en que nació e hizo de él un mago con muchas habilidades diferentes, no solo tender camas y limpiar la posada.

—Demonios, extrañaré a mi madre —se dijo en cuanto abrió la puerta del establo, pero a pesar de eso, no se detuvo. No podía hacerlo. Debía partir de inmediato.

Ensilló su caballo y, cuando estaba por cerrar el portón, su hermana menor lo llamó.

—Iskánder. —Zaria corría hacia él, con sus espadas en su espalda y las empuñaduras sobresaliendo por encima de sus hombros.

—Me preguntaba cuánto más tardarías en llegar.

Se detuvo y su bolso cayó de su mano.

—¿Cómo sabías…?

—Fuiste la única mujer de la familia que asistió al entrenamiento en la capital. —Señaló hacia la casa con la cabeza—. ¿Les dijiste?

Zaria asintió e Iskánder esperó a que terminara de poner la montura a su caballo.

—¿Tus gatos se quedan? —preguntó en cuanto se puso a su lado.

—No se perderían un viaje así ni de casualidad, los tres negros se fueron anoche y los grises… —Iskánder se abrió el abrigo y asomaron dos cabezas felinas. Zaria asintió.

Cuando dejaron la propiedad, los primeros dedos luminosos del sol comenzaban a asomar frente a ellos, al final del camino, para emerger desde el horizonte y abrirse paso hacia el nuevo día.

9

Tesar Ciudad Capital

En la cima de una montaña baja llamada Kolewska[29] se encontraba el lago Ravwska[30] y, en la orilla este, se asentaba la ciudadela amurallada, que era la capital de Tesar. Descendiendo por la cara norte de la montaña y protegida de los helados vientos que provenían del Extremo Sur, se encontraba el resto de la ciudad.

En el centro de la ciudadela, se levantaba el Palacio Dorado construido de radiante piedra blanca que, si pudiera ser visto desde el cielo, reproducía a gran escala una estrella de cuatro puntas. En cada uno de los cuatro extremos del palacio, y señalando a los puntos cardinales, se encontraba una torre delgada y alta, que se angostaba hasta terminar convirtiéndose en una aguja de oro de varios metros.

Alrededor del castillo había una fosa circular de diez metros de profundidad, normalmente seca, que podía ser llenada con el agua del lago en poco menos de una hora en caso de un ataque. En el amplio espacio entre los altos muros del castillo y los bordes de la fosa se hallaba un bosque de *vygkiary tzarr*, unos árboles frondosos de gran tamaño y de hojas doradas. Visto desde el cielo, el conjunto del castillo y su bosque formaban la insignia de la familia real: una estrella de plata de cuatro puntas sobre un círculo de oro.

El rey Atkjer estaba sentado frente a la chimenea con un libro en las manos cuando la gran puerta del salón del trono se abrió y sus cuatro hijos entraron. El rey los miró hastiado; si entraban los cuatro de esa forma, seguro que venían con la misma historia de siempre: la guerra del norte

—¿Y ahora qué? —preguntó sin demostrar ningún interés.

—Terribles noticias, padre —dijo Ogdev—. El Gobernador de Sitnor y su segundo han sido asesinados por el hermano del fallecido rey de Pyebra.

El rey cerró el libro y cruzó las manos sobre su falda. Por más que no quisiera verlo, sus hijos tenían razón en preocuparse como lo hacían.

—¿Cómo sucedió?

—Reda Almairon y uno de sus magos aparecieron en Sitnor Ciudad Capital, emboscaron a Pronees y a Guna. Ellos y sus esposas fueron asesinados. Almairon se llevó la cabeza de Pronees y la mano en la que llevaba el sello de Sitnor.

Atkjer los miró espantado y se llevó una mano al pecho.

—¿Aún cree que no debemos involucrarnos? —preguntó Egil.

—¿Qué sabes de los candidatos? —preguntó a Ogdev, ignorando al menor de sus hijos.

—El Gobernador dejó a Noah Guna, hijo mayor del vicegobernador, como su sucesor. Había una carta con su sello y su firma en su despacho.

—¿Es quien enviaba las cartas junto a los morroínos? —preguntó Atkjer y los cuatro asintieron. Aliviado por la respuesta, agregó—: Lo tienen todo controlado… Por lo visto, ellos saben bien qué es lo que debe hacerse. Ya pueden retirarse.

Sus tres hijos mayores asintieron y dejaron el salón, pero Egil no se movió de su lugar.

—¿Y tú qué?

—Padre, ¿de verdad no piensas hacer nada? —insistió Egil.

—¿Qué puedo hacer desde aquí? Tengo millones de problemas con mi propio país como para

involucrarme con una guerra que no me pertenece

—Aun así, recuerda que tú eres el único de los reyes originales que queda en pie.

—¿Qué quieres decir con eso? —Atkjer se incorporó y caminó hacia el trono.

—La dinastía Ravenna fue aniquilada en una noche, sin que nadie pudiera preverlo ni evitarlo. ¿Cuánto crees que pasará hasta que Almairon venga con ese mago que puede aparecer en cualquier lugar? ¿Cuánto crees que falta para que un falso rey se siente en tu trono? Tus días están contados.

—Egil, controla tu lengua…

—Gracias a Sinmá que mis hermanas no viven aquí y que Leyna podrá vengarnos. Con permiso, su Majestad —dijo con cierta ironía. Egil hizo una aparatosa reverencia y abandonó la habitación.

Atkjer se sentó en su trono y miró a su alrededor. Su reinado era próspero, su pueblo era feliz. ¿Qué opinarían si él decidía entrar a la guerra? ¿Estarían de acuerdo o solo cosecharía el desprecio de sus súbditos al enviarlos al norte?

La mayor parte de los soldados del ejército tesariano eran leales a Verj, por lo que abandonarían sus puestos para unirse a su improvisado ejército, ya lo intuía, pero los soldados habían elegido vivir de esa forma. A muy poca gente le gustaba la guerra.

Se puso de pie y se acercó a uno de los ventanales, desde el cual podía ver el sol caer entre los lejanos picos nevados de la cordillera Selgo.

«¿Y los magos? ¿Cómo haría con los magos?»

Él no sabía cómo hacerse cargo de algo así. Los magos tenían más poder que un rey, eso lo sabía cualquiera, y dejarlos ser libres significaría arriesgarse a que hicieran su voluntad.

«No hay Consejo de Magos, no hay maestros ni alguien de autoridad que les ponga un freno, ¿cómo podría yo controlarlos?» se preguntó, pero no halló respuesta a sus dudas. La única opción que tenía era Ogdev, su primogénito, pero no quería que él se enfrentara a ese dilema tampoco.

Atkjer se resistía a verlo como al hombre inteligente y responsable que era, y aún pensaba de sus hijos que todos eran niños a los que debía proteger del asqueroso mundo en el que vivían. Ya le habían demostrado en sobradas ocasiones que no era así, pero él se negaba a verlo, quería que fueran pequeños por siempre, que corrieran a sus brazos cuando estuvieran asustados, que rieran cuando atacaba a enemigos invisibles con su espada.

«Ahora, hasta Egil me ha perdido el respeto» se lamentó.

10

Sitnor Ciudad Capital

El día más corto del año, cuando se daba comienzo al invierno, los habitantes de Sitnor dejaron las vestimentas blancas que llevaban desde hacía una semana para guardar el luto. Ese día, también, en Ciudad Capital se recibió a los nuevos gobernantes de Sitnor: Noah Guna y Tanáel Nocia. En esta ocasión, no hubo celebraciones, no hubo música ni comidas al aire libre, ya que todos aún lloraban la prematura partida de Aníbal Pronees, la Dama Ema, Robnan y Elisa Guna.

Un golpeado y compungido Noah tomó la palabra después de haber firmado los documentos que lo nombraban como nuevo Gobernador. En un discurso muy breve agradeció al pueblo por el acompañamiento que habían recibido, tanto él como sus hermanos, en esos dolorosos días y, sin más dilaciones, derogó la Ley de Protección contra la Magia.

La mayoría de los ciudadanos, aquellos que habían vivido en carne propia el ataque del Indigno el año anterior, aplaudieron y festejaron la medida y solo unos pocos de los presentes protestaron, pero la decisión ya había sido tomada. A partir de ese momento, los magos serían aceptados y entrenados por los maestros de Erjathá. El nuevo Gobernador, también, les comunicó que en poco tiempo arribaría a la ciudad Iskánder Lavank, un habitante de Villa Chester, que era un mago instruido por el mismo maestro que entrenó a los magos de Erjathá y la noticia fue recibida con tanto temor como asombro. Nadie esperaba que tan pronto comenzaran a ver magos entre ellos y el desconcierto se adueñó del ambiente.

Desde Villa del Sol, Dos Puertos y las aldeas y poblados que se diseminaban por el país, acudieron representantes y emisarios para presentarse a la asunción de los nuevos mandatarios. Tanáel recibió a todos ellos en el interior del Palacio de Gobierno una vez que Noah finalizó con su primera presentación oficial, ya que el nuevo Gobernador se retiró a descansar, al no haberse recuperado por completo de las heridas recibidas la noche en que los atacaron.

Si bien Naga lo había curado, por pedido de Noah solo se había encargado de las heridas de mayor gravedad y de aquellas que ponían en peligro su vida, dejando que el resto sanara de manera natural. No quería que el mago gastara energías en él por si surgía una emergencia. Sabía que Naga era el nexo entre Tesar, Erjathá y Sitnor, un mago indispensable si querían mantenerse unidos para luchar contra esa gente sin ninguna clase de escrúpulos que había puesto de cabeza el orden en el que vivía Thoria. Aunque no llegaban a comprender el ensañamiento que tenían contra Tesar, estaban dispuestos a actuar en conjunto para lograr descubrir las motivaciones de esa extraña señora que tantas vidas había tomado y arruinado.

—Y eso que aún no han comenzado —murmuró sin notarlo.

—¿Qué sucede? ¿Te encuentras bien?—preguntó Quentin. Noah lo miró y vio la preocupación en su rostro.

—Solo… Solo pensaba en la Dama de la Cueva y en todo el daño que han hecho.

Quentin asintió. Estaban solos, sentados en la cocina con una taza de té en la mesa frente a ellos. Noah se había mudado de regreso a la que fuera antes la casa de sus padres y Tanáel ocupaba la casa del Gobernador, aunque no había querido hacerlo en un principio. Para evitar problemas en el consejo y malestar en los ciudadanos, el ex bibliotecario había accedido, pero también insistió en que Josh permaneciera allí el tiempo que lo necesitara.

—¿Cuándo acabará, Noah? —preguntó sin levantar la vista de su taza.

—Eso quisiera saber. Me serviría poder hablar con los sobrevivientes de la Antigua Era, quizás de esa forma podríamos llegar a descifrar los motivos de tanta maldad.

—Podríamos hacer que Naga te lleve a Drioed-ta. Allí se encuentran dos de las antiguas maestras, Leyna y Rivka, según mencionó Lobo Blanco. Tal vez Naga sabe dónde se encuentra él también y pueden reunirse todos.

—Sería bueno si pudiera hacerse, que pudiéramos hablar de lo poco que sabemos y terminar con ella antes de que logre llegar a Tesar a cumplir con su extraño propósito.

Noah tomó la taza y bebió un largo sorbo de té.

—Estoy cansado —dijo Quentin tras unos minutos de silencio—. Cansado de las pérdidas, de los riesgos, de esta ridícula guerra sin sentido.

—Lo sé… —Noah puso una mano sobre el hombro de su hermano y Quentin hizo silencio por unos momentos.

—Cuatrocientos sesenta y dos —dijo después de unos minutos.

—¿Cómo dices?

—Son los que maté. Cuatrocientos sesenta y dos personas. Cuatrocientos sesenta y dos veces que estuve a punto de ser yo quien muriera —continuó sin moverse—. Sin contar las ocasiones que Josh, Santoro o Eric lo hicieron por mí, y olvidando al Indigno —agregó con una triste sonrisa. Quentin parecía imperturbable todo el tiempo, como si nada de lo que sucediera lo afectara de ninguna forma, sin embargo ahora lo veía tan vulnerable, tan roto y agotado, que temió que sus silencios fueran peores que lo que estaba diciéndole—. A pesar de que ya tenía problemas desde antes, muchas veces me es imposible dormir, vuelvo a ver sus rostros, a sentir sus cuerpos siendo cortados por mis armas… Y sus voces, sus gritos, Noah, ¿cómo se puede dormir con ellos resonando en los oídos todo el tiempo? —Quentin se pasó las manos por la cara—. Sé que debía hacerlo para no ser yo quien ocupara su lugar, pero eso no ayuda, no sirve de consuelo.

—Quentin…

—Perdóname, no debería perturbarte con estas cosas ahora, estoy siendo muy desconsiderado.

—Tenemos permitido sentirnos mal, no tienes por qué sentirte culpable al hacerlo. Haré que regresen del frente cuanto antes. Josh y tú.

—No es necesario, no quiero tratos preferenciales, Noah. —Quentin enderezó su espalda y pareció haberse compuesto en cuestión de segundos—. Para eso entrenamos y esto es lo que queríamos hacer.

—Estoy seguro de que no a esta escala. De todas formas, antes de que protestes, los necesito. A Eric y a Santoro también. Mantendré a Iskánder aquí, en la capital. Primero por protección personal y segundo, para demostrarle al pueblo que los magos son confiables. Ya viste la forma en que reaccionaron hoy cuando mencioné su llegada, están aterrados. —Quentin asintió—. Pero los necesito a ustedes para llevar las novedades a las demás ciudades y aldeas, y para que se encarguen de custodiar a quienes tengan poderes.

—Son magos, Noah, no necesitan protección —dijo sonriendo con ironía.

—Enara apenas si sabe algunas cosas y Astor ya no está aquí. Así que, Iskánder es el único mago entrenado formalmente de Sitnor, estamos en clara desventaja con todos los demás países

—¡No puede ser!

—Es el único y Onix lo entrenó. Según Astor me dijo, Iskánder es uno de los más habilidosos magos de esta nueva era.

—Parece que Tino tendrá competencia…

—Tiene ciertas capacidades extremadamente útiles, aunque a él le resulten molestas: puede tener visiones del futuro.

—Como Astor —afirmó Quentin y Noah movió la cabeza de lado a lado.

—De otra forma. Cuando toca a alguien, puede ver el pasado de esa persona. Si lo que ve le afectó a él, tiene una visión antes de que suceda ese momento en cuestión.

—No comprendo —dijo, confundido.

—Esto es hipotético, Iskánder y yo tenemos una buena relación. Dentro de un tiempo, sufro un atentado y me hieren de muerte, por lo que él llega a lamentar mi pérdida. Iskánder elije tocarme en ese momento en que estoy muriendo, para que el Iskánder del pasado pueda tener una visión de lo que va a suceder y así, hacer lo posible para evitarlo.

Quentin lo miró con el ceño fruncido por un rato y Noah se quedó en silencio para dejar que procesara lo que acababa de decir. A él le costó entenderlo en un primer momento y le llevó un buen rato descifrarlo después que Astor se lo dijo.

—¿Elije tocarte?

—Lleva guantes de forma permanente, como tú, porque le resulta insoportable ver el pasado de todos los que toca. Solo funciona con sus manos. —Noah levantó la mano que tenía sana, puesto que tenía un brazo quebrado e inmovilizado, y movió los dedos.

—Vaya, eso sí que es algo útil… Aunque comprendo que debe ser agobiante, a su vez.

—¿Tú por qué los llevas? ¿También tienes alguna otra clase de poder extraño?

—No me gusta tocar a la gente. —Quentin volvió a fijar la vista en su taza y sus ojos se perdieron como si hubiera mucho más detrás de esas pocas palabras. Noah lo miró por un rato y se preguntó cuántas cosas habría de Quentin que él no conocía, cuántos secretos, cuántas dudas, cuántas culpas.

—Por favor, no lo menciones a nadie —dijo Noah después de unos minutos—, es algo que queremos mantener en secreto la mayor cantidad de tiempo posible.

—Se me ocurren infinidad de cosas que pueden hacerse con esa clase de habilidad.

—Iskánder es más preciado que el oro, Quentin —agregó, ignorando su comentario—. Si esto se sabe, tendremos que protegerlo más que Erjathá protege a Tareq y a la princesa Lena.

—¿Quién más lo sabe?

—Además de Onix y Astor, solo nosotros dos. Ni siquiera Lobo Blanco, puesto que Onix no se lo dijo nunca. El robo de mentes era algo bastante común durante la guerra y también en la posguerra. Onix pasó desapercibido por ser un gato que nadie conocía, pero Egil Zvezda era un mago muy famoso y, seguro, aún lo debe estar buscando la Dama de la Cueva.

—Lo sé, Josh me lo ha dicho. Hay algo que no comprendo, cuando Astor me habló de la visión en la que morirían nuestros padres, me dijo que no podía decirme qué sucedería porque si yo quería evitarlo, alteraría el curso normal del tiempo, sin embargo este Iskánder sí puede hacerlo, sí puede cambiar lo que no quiere que suceda.

—No lo sabía. —Noah se pasó la mano por la cabeza, para acomodar su cabello—. No se me ocurre una explicación para eso, entiendo poco y nada de la magia.

—Se lo preguntaré a Onix, aunque me imagino la respuesta que dará: «Los Astros tienen sus razones». —Noah rio y Quentin pareció quedarse en blanco por unos momentos, con su mirada perdida en algún lugar más allá del mueble frente a él, pero luego parpadeó y volvió a la normalidad—. Ni siquiera responde. Me exaspera. Nada de lo que le pregunto tiene una respuesta. Solo me dice en las noches «Estamos bien, aún no encontramos a Almairon», pero el resto del tiempo pareciera que le hablo a la nada misma.

—Quizás no haya respuesta para todo, Quentin.

—Eso es más molesto que Onix ignorándome.

—Lo sé… Mañana regresan a Ahrbak Ardhal. —Quentin asintió—. Tanáel traerá unos documentos que deben llevar al frente, para que los magos empiecen a presentarse. De haber algunos, tú o Josh los escoltarán de regreso a la capital.

—No creo que sea necesario, si son magos y además soldados, ¿cuál sería el problema con que regresaran solos?

—No hay solo soldados en el frente, también hay cocineros, acompañantes, músicos, vendedores, barberos; ellos sí necesitarán escolta.

—¿Qué sucederá si no quieren venir?

—No puedo obligarlos, eso está claro. Quizás se animen cuando sepan que tendrán una paga desde el momento en que comiencen sus entrenamientos y esta aumentará si deciden continuar al servicio de Sitnor.

—No me parece apropiado, Noah.

—Los magos de Erjathá tenían un trabajo antes de ponerse al servicio de su ciudad y no podían continuar trabajando con los entrenamientos intensivos a los que Dima y Áliza los sometieron. Hay gente que tiene familia y personas a su cuidado, no podemos permitir que ellos mueran de hambre porque necesitamos que su sostén económico deje de trabajar, nadie ama más a su país que a su familia, eso tenlo siempre presente, y si queremos que los magos se presenten o que dejen sus vidas en otras ciudades para venir a la capital, debemos darles motivos suficientes para que confíen en nosotros. El dinero es una buena forma de hacerlo.

—No serían más que mercenarios.

—Tú también lo eres, llegado el caso. A ti te pagan, a Josh, a Eric, Santoro y a cada persona que está allí.

—¡Eso no es cierto, nunca vi ni una moneda!

—Tus problemas con la bebida son la razón, Quentin. Ese dinero no duraría más que un par de horas en tus manos. Josh se hace cargo de tu paga, compra lo que necesitas y guarda el resto. ¿Cómo crees que te alimentas en Ahrbak Ardhal?

—Maldición… —Quentin se pasó ambas manos por el rostro.

—No la tomes con Josh, padre lo decidió así y Josh accedió, aunque nos llevó bastante convencerlo. Cuando demuestres que eres capaz de beber sin buscar quedar inconsciente, eso cambiará. Espero que lo que sucedió con Ilsa la noche en que estuvo aquí te ayude a reflexionar.

—Espera, ¿cómo es que…? —Quentin se puso de pie.

—Naga, Onix… ¿Crees que dejarían ir a Ilsa sola a un lugar así? Estaban a punto de intervenir cuando te despertaste.

El menor de los hermanos comenzó a caminar de un lado al otro, con ambas manos en su cabeza.

—Todos saben… Saben que Ilsa…

Noah se puso de pie con algo de trabajo, y caminó hasta él. Quentin lo miró y en sus ojos pudo ver una desesperación que parecía ir creciendo a cada fracción de segundo.

—Ilsa no sabrá nunca que lo sabemos, si eso te preocupa, pero creí que era apropiado que tú lo supieras para que empieces a tomar conciencia de lo que estás haciendo. No sé cómo haces para funcionar si siempre quieres esconder todo lo que te sucede.

Quentin bajó la mirada y Noah puso su mano sana en su hombro.

—Intento hacerlo lo mejor que puedo —dijo, derrotado—, pero nunca es suficiente.

—Tienes a mucha gente a tu alrededor, apóyate en nosotros.

Quentin asintió, aunque no parecía muy convencido. Noah sabía que nada de lo que dijera

podría hacer que su hermano confiara tanto en alguien como para poder descargar sus pesares en una conversación. Muy rara vez lo hacía y era solo cuando estaba sobrepasado por alguna situación. Por lo que notó, luego de decirlo se sintió incómodo, como si poder desahogarse no solo fuera mostrarse débil y vulnerable, sino también una vergüenza. Quentin nunca fue bueno demostrando sus sentimientos.

Sin siquiera mirarlo, se dio media vuelta y, antes de cerrar la puerta, dijo que iría a ver a Josh.

Quentin caminó por el patio general de la fortaleza y, en lugar de ir a ver a Josh, caminó hacia las puertas enrejadas. Llegó a la calle y se dirigió a la Plaza de la Fuente, para sentarse en uno de los primeros bancos que había dentro del laberinto. Los últimos rayos de sol comenzaban a ser tragados por la fría noche de Sitnor y algunas estrellas eran apenas visibles en el este. Los faroles fueron encendiéndose de a poco y apagaron a los astros más débiles que adornan el cielo en la oscuridad.

Quería huir, a pesar de que sabía que no era la decisión más valiente que pudiera tomar. Quería renunciar a todo y largarse de Sitnor para estar cerca de Ilsa y calmar la pena que ambos sentían. ¿Cuántas veces ya se había planteado hacerlo? Tantas que olvidó cuántas eran; sin embargo, desde que se separaron por última vez, esos pensamientos cobardes lo acechaban día y noche, a cada instante. En un principio lo atribuyó a que no tenía mucho para hacer en la capital, pero no podía engañarse a sí mismo. Estaba cansado de todo y solo quería estar cerca de Ilsa, saber que ella ya no se sentía igual de miserable que él, quería tener la seguridad de que ella se encontraba bien y que nada la atormentaba.

Metió la mano en el bolsillo y la volvió a sacar; extendió la palma y contó cinco monedas de plata y dos cobres. Le alcanzaba y sobraba para ir a la casa privada de la calle principal.

Se puso de pie, acomodó su abrigo y se encaminó hacia allí. Quería beber, pero esta vez haría todo lo posible por moderarse y regresar a la fortaleza antes de que se olvidara de quién era.

El mismo señor de traje lo recibió y no lo había olvidado, a pesar de que habían pasado años desde la última vez que estuvo allí. En realidad, las cosas no habían cambiado demasiado allí dentro, tampoco. El salón principal mantenía su sombría y discreta ambientación, los hombres vestían costosos trajes y las muchachas llevaban lujosos vestidos y joyas.

Quentin caminó hacia un rincón, a una mesa vacía, y se acomodó para esperar a que lo atendieran. Después de unos minutos, un hombre joven se acercó a su mesa y se sentó frente a él. Vestía un traje tesariano, lo que acentuaba su ancha espalda, su cintura estrecha y sus fuertes brazos.

—¿Quieres que te acompañe? —le preguntó. Quentin movió la cabeza de lado a lado—. Le diré a alguna de las chicas, entonces.

—Quiero una cerveza, nada más —dijo. Se sentía incómodo ante la forma en que el joven lo miraba, con tanta intensidad que parecía traspasarlo de lado a lado. Este, de repente, apoyó un codo en la mesa y el rostro en su mano. Quentin frunció el ceño por el exceso de confianza.

—Eres el carnicero de Ahrbak Ardhal, ¿no es así? —Quentin, se echó para atrás en la silla, lo miró con tanto desconcierto como asombro y el joven rio—. Quentin Guna… Han hablado mucho de ti en la capital, ¿no lo sabías? —Quentin negó moviendo la cabeza y el joven volvió a reír—. ¡Inocente criatura! Eres tal como han dicho, tienes cara de niño, pero eres un soldado despiadado al que no le basta el campo de batalla y sale a beber…

Quentin se inclinó sobre la mesa y acercó su rostro al de él.

—¿Alguna vez viste a alguien morir? —La sonrisa del joven se congeló en su rostro—. ¿Viste su vida escapar por sus ojos? ¿Fuiste culpable de que esa vida se apagara?

—Solo… estaba bromeando…

—¿Qué clase de persona eres para bromear con la muerte de alguien? —Quentin sintió unas ganas incontrolables de arruinar su andrógino y perfecto rostro a golpes, pero se contuvo de hacerlo—. Debería decirle al Segundo Príncipe que venga por ti y te lleve una temporada al frente, para que aprendas a respetar a los muertos.

—¿Conoces al príncipe Verj? —tartamudeó.

—Verj vendrá con su ejército, quizás haga el llamado a los tesarianos que viven en Sitnor, ¿quién sabe? —Quentin volvió a recostarse en la silla—. Tal vez nos veamos en el frente.

El joven se levantó y se alejó, sin dejar de darse vuelta cada pocos pasos para mirarlo con tanto espanto como confusión. Quentin rio para sí mismo. Eso había sido más satisfactorio que golpearlo. Lo vio hablar con un grupo de mujeres y parecía que ninguna de ellas quería atenderlo aunque, finalmente, una mujer bajita y de cabello oscuro se acercó, sonriendo nerviosa, con un jarro de cerveza. Lo depositó frente a él y lo miró con cierto temor.

—No muerdo —dijo Quentin. Al ver que la muchacha no cambiaba su actitud, agregó—: No hace falta que te quedes, solo vine por un par de cervezas.

La joven asintió, visiblemente aliviada, y se alejó sin decir una palabra. Se acercó a su mesa dos veces más para llenar su jarro, pero, en la tercera ocasión, se acercó otra joven diferente. Se sentó frente a él y sonrió.

—Aún te recuerdo —dijo a modo de saludo. Era la muchacha a quien había llamado Ilsa la primera vez que estuvo allí.

—Yo también —respondió.

—¿Ghona?

—Paso por esta vez.

La joven se puso de pie y le tendió la mano.

—¿Me acompañas?

Quentin sonrió y se puso de pie; rodeó la cintura de la muchacha con sus manos, la acercó a él y la besó. Ella rio y lo condujo a una de las habitaciones.

Una vez allí, Quentin volvió a besarla y comenzó a quitarle el vestido.

—*¿Quentin?* —Era Ilsa. Tenían por costumbre hablar varias veces en el día desde que Onix les había enseñado a hacerlo.

—*Estoy ocupado* —respondió, sin ponerle demasiada atención, y comenzó a quitarse la camisa.

—*¿Está todo bien?*

La joven se acostó en la cama y Quentin le apartó el cabello para besar su cuello, tan suave y perfumado como el pétalo de una rosa.

—*Luego, Ilsa, estoy…* —Y dejó la frase a medio terminar, incapaz de prestarle atención en esos momentos.

—*¿Es Almairon?* —Quentin no respondió—. *No me preocupes, por favor.*

La muchacha se giró con lentitud y los labios de Quentin besaron su hombro.

—*Estoy… estoy con una mujer* —dijo, avergonzado.

—¡*Shrakjta!*

—*Mierda, qué incómodo…* —dijo e Ilsa rio.

Quentin apoyó la frente en la espalda de la muchacha y, luego, se sentó en la cama.

—No puedo hacer esto —murmuró.

—¿Qué sucede? —La joven se acercó a él y le acarició la espalda, mientras besaba sus hombros. Quentin se puso de pie y volvió a vestirse. La joven se acercó a él nuevamente, pero

Quentin retrocedió hacia la puerta.

—Discúlpame —dijo antes de dejar la habitación. Caminó apresurado hacia la salida, pagó lo que debía y dejó el salón.

—*¿Ilsa?* —dijo una vez en la calle.

—*Eso sí que fue rápido* —dijo, divertida, y Quentin rio sin percatarse de que parecía un demente haciéndolo mientras caminaba solo por la calle—. *A ver, vamos a tener que solucionar esto de alguna forma, no quiero volver a interrumpirte en esos momentos.*

—*Tampoco me gustaría molestarte…*

—*Quentin, soy tesariana. Las mujeres aquí solo pueden estar con el hombre que su familia ha elegido para casarse. A menos que trabaje en un burdel, pero no es mi estilo.*

—*¿Así que nunca…?*

—*¡Claro que no! Mis padres me hubieran abandonado en Drioed-ta de ser así. ¿Recuerdas que me iba a casar? No podría haber llegado a Morrau siendo «impura».*

—*Vaya… no parecías tan «pura» cuando nos encontramos.*

—*Shrakjta, Quentin, me haces avergonzar, maldición.*

—*Pagaría por verte avergonzada, sería toda una novedad.*

—*Regresa a tus asuntos y déjame en paz.*

—*Inocente y avergonzada Ilsa…*

—*Me voy a dormir, hasta mañana.*

—*Vamos, no te enojes.*

Pero Ilsa no respondió. Al final, Quentin se dirigió a la fortaleza y se acostó enseguida, ya no estaba con ánimos de nada más.

A la mañana siguiente, antes de que el sol asomara, Quentin salió al pasillo en el mismo momento en que Josh abría la puerta de la habitación de su hermana.

Josh pareció a punto de decir algo, pero Quentin se lo impidió.

—No. —Levantó una mano sin mirarlo.

—Quizá debería haber… —Comenzó a hablar, avergonzado y titubeante.

—Ara es mayor de edad, aunque a mí siga resultándome incómodo —dijo y comenzó a bajar las escaleras.

—¿Te molestarás conmigo por no habértelo dicho?

—Claro que no. Solo que es demasiado incómodo y hubiera sido peor si lo sabía. ¿Le dijeron a Noah?

—Ella habló con Enara, así que supongo que ya lo sabe. —Quentin asintió—. Iré por mis cosas, Naga llegará a buscarnos en cualquier momento.

Josh salió por la puerta de la cocina y Quentin, para distraerse y no pensar en Ara y Josh, miró si encontraba algo para comer en las alacenas. Llenó su bolso de tortas dulces y de manzanas, cosas que no vería en Ahrbak Ardhal ni de casualidad, ya que no sabía cuánto tiempo pasaría hasta que regresara a la capital. Naga y Josh llegaron poco después y, luego de unos incómodos minutos, aparecieron en la ciudad del desierto.

El mago regresó a Erjathá, ya que dijo que tenía muchos asuntos pendientes aún allí. Josh, por su parte, fue a reportarse ante su superior ni bien se repuso del viaje y Quentin se quedó a limpiar. La arena había entrado por todas las aberturas y había cubierto casi todo el piso de la vivienda, así como los escasos muebles y las camas.

Tras un polvoroso día, la oscuridad llegó para apagar los sonidos de la ciudad y ambos se fueron a dormir, agradecidos de regresar a las camas a las que ya se habían acostumbrado. Antes del amanecer, sin embargo, su descanso se vio interrumpido por los cuernos que comenzaron a

sonar desde el norte.

—*¿Ilsa?* —dijo mientras se vestía—. *Perdona la hora que es, pero nos atacan, no me hables hasta que yo lo haga, por favor. No puedo distraerme.*

—*Shrakjta, ten cuidado.* —Ilsa respondió en seguida.

—*Haré lo posible. Te haré saber cuando todo haya terminado.*

—*Tengo mucho miedo… ¿y si no…?*

—*Te prometo que en un par de horas estaré molestándote de nuevo y esta vez sí cumpliré mi promesa. Hasta pronto.*

—*Prométeme que tendrás cuidado.*

—*Lo intentaré.* —Quentin terminó de acomodar las correas de sus armas en su pecho y salió a la calle—. *Puedo sentir tu preocupación desde aquí. Por favor, quédate tranquila, todo estará bien. No tengas miedo.*

—*Sé prudente, por favor.*

—*Te hablaré más tarde* —dijo y se largó a correr hacia el norte de la ciudad.

Capítulo 11

«Muerte, mierda, orina, decadencia, descomposición».

—Apestas, Pronees —repetía, entre susurros, a cada minuto.

La noche en que asesinaron a Aníbal Pronees, a Robnan Guna y a sus esposas, y después que el cobarde de Radjhá desapareció, Reda se alejó del centro de la ciudad hacia el norte, lo más lejos posible de las puertas de acceso a la capital, ya que ese sería, seguramente, el primer lugar en el que buscarían cuando se supiera lo que habían hecho.

«Tengo a Pronees en mi bolsa, Sitnor será cenizas y escombros» canturreaba para sí mismo cada pocos pasos.

Reda vagaba por las calles de la capital con las mismas ropas desgastadas y viejas hacía más de una semana. Deambulaba por los barrios bajos arrastrando por los suelos un saco de cuero en el que llevaba su espada y su cuchillo envueltos en tela y, además, la cabeza y la mano de Aníbal Pronees.

Antes del amanecer, caminó como si los pies le pesaran toneladas desde una punta de la ciudad hasta la otra, y se detuvo a mendigar sobras de comida en cada oportunidad que se le presentó.

Hacía más de una semana que no se daba un baño caliente, que no dormía en una cama cómoda, que no comía «como la gente decente». No había regresado a la posada más que para cambiar sus ropas y había abandonado su magro equipaje y su bolsa de oro. Un vagabundo con dinero llamaría demasiado la atención y no quería arriesgarse a que lo descubrieran por ceder a la tentación de comprar algo para comer.

Estaba dispuesto a apestar como un pordiosero, y a escuchar a sus entrañas rugir cada vez que llegaba el aroma de la comida a sus fosas nasales, con tal de regresar con su botín a Pyebra.

—Apestas, Pronees —susurró y, luego, rio—, y yo también.

Reda se mezcló entre los campesinos que salían a trabajar y aguardó paciente hasta que llegó su turno en el control.

—¿Qué llevas en la bolsa? —preguntó uno de los guardias de las grandes puertas. El soldado

lo miraba con asco y golpeó el bolso con la bota.

—Mi perro, mi pobre perrito que me lo mataron, ¿sabe? Me lo mataron —lloriqueó—. ¿Quiere ver lo que esos animales le hicieron? Animales son, no merecen respirar. Mi pobre perrito… me lo mataron.

Su mano sucia y temblorosa apartó un mechón de pelo enmarañado que caía sobre sus ojos, para que el soldado pudiera verlo llorar.

—¿A dónde lo llevas? —El soldado se apartó cuando Reda entreabrió el bolso y el olor a putrefacción le dio de lleno en el rostro.

—No hay templos aquí, quiero que los dioses me lo cuiden, ¿sabe? Los dioses querrán recibirlo —dijo y su voz se entrecortó—, era bueno mi perrito ¿sabe?

El soldado asintió y lo apartó de la fila. Reda continuó con su penoso andar, sorbiéndose los mocos cada pocos segundos, y se alejó sin prisa alguna, hasta que las puertas quedaron ocultas por las suaves ondulaciones de los campos. Se giró para mirar a la capital y, al no verla, sonrió.

«Idiotas sin remedio, eso son. ¿Perrito? Odio a los perros. A Fuego, a Plata, a Lena. Todos están muertos ahora. Kirios, muerto».

Soltó una carcajada al aire y los campesinos que pasaron a su lado por el polvoroso camino lo miraron con gesto extraño.

—¿Qué? —Reda levantó el puño, amenazante—. ¡Todos muertos! ¡Todos se van a morir! Cenizas, escombros. —Volvió a reír y los hombres azotaron a sus monturas para alejarse de él lo más rápido posible—. Imbéciles.

Reda caminó durante todo el día, haciendo solo unas breves paradas para descansar, y se detuvo cuando el sol comenzó a acariciar el horizonte. Había llegado a una pequeña arboleda al costado del camino y decidió que pasaría la noche allí, por lo que juntó una considerable cantidad de ramas y pastos secos para calentarse en la noche.

«Maldito invierno, como si no tuviera suficiente, también tengo que lidiar contigo» pensó mientras intentaba encender el fuego. Cuando al fin lo logró, se sentó frente a él y se tomó un tiempo considerable para disfrutar del aroma de la carne asándose. Al terminar la cena, se recostó en la tierra de cara al fuego y miró las llamas danzar delante de sus ojos.

Estaba a punto de dejarse vencer por el sueño cuando se sentó de repente. Miró la bolsa de cuero que había quedado del lado contrario, se levantó para llegar hasta ella y desató los nudos que la cerraban. La tomó desde la base y la dio vuelta. Todo su contenido quedó desparramado en la tierra y Reda frunció el rostro cuando el fuerte olor a carne podrida lo alcanzó; a sus pies se formó un charco de líquido viscoso y oscuro que goteaba desde el saco. Corrió lejos de la fogata y vomitó la magra ración de carne que logró sacar de la perdiz que había cazado horas antes.

—Maldito seas, Pronees. Ni aún muerto me dejas en paz.

Escupió a un lado, se limpió la comisura de los labios con la manga de su apestoso abrigo y regresó a donde estaba.

Con la punta de la espada quitó la tela que envolvía los restos de Pronees y empujó la cabeza con la bota hasta que la dejó cerca del fuego. Se sentó del otro lado de la fogata y lo observó. Los párpados se habían contraído y los ojos entreabiertos, antes celestes, se veían de un escalofriante color blanquecino. La piel estaba morada de un lado y pálida del otro, tenía la nariz torcida y su rostro se había deformado en una mueca burlona.

—Debería arrancarte la piel y arrojarla al fuego, pero prefiero dejar que te pudras de a poco. —Reda escupió al fuego y decenas de chispas revolotearon más allá de las llamas—. ¿Recuerdas el entrenamiento obligatorio? Me hiciste la vida miserable y mira ahora dónde estás. Muerto, igual que el idiota de Guna. Los dos eran unos idiotas, estuve frente a sus narices y no me vieron.

No se imaginaron que aquel escuálido niño regresaría algún día, ¿verdad? Que mi nombre sea diferente es solo un detalle, deberían haberme mirado con más atención, pero nunca miraban a nadie con demasiada atención, se creían únicos y superiores, niños consentidos. Ridículos, se tragaron el cuento del comerciante de la frontera, malditos idiotas. —Reda soltó una carcajada y comenzó a toser a los pocos segundos—. Si la niña cobarde de Enara no nos hubiera traicionado, Sitnor ya sería polvo, pero les prometo que no pasará mucho hasta que lo consiga y sus malditos hijos pagarán lo que me hicieron. Les haré vivir un infierno.

Terminó su perorata escupiendo al fuego y nuevas chispas saltaron en todas direcciones, como si el fuego le reprochara tan desagradable gesto.

Reda durmió todo lo cómodo que una persona puede dormir en el suelo helado pero, al menos, no debía preocuparse porque alguien lo molestase esa noche. Estaba solo en mitad de la nada por primera vez en días y aprovechó para recuperar las horas de sueño que la vigilia constante le había arrebatado en Sitnor. Se despertó un par de veces, solo para echar más leña al fuego, y continuó durmiendo hasta que el sol comenzó a asomar en el este. Juntó las pocas ramas que habían sobrado, metió los restos de Pronees en su bolso, guardó su cuchillo en su cintura y se colocó el cinturón de la funda de su espada. Apagó las brasas con tierra y comenzó a caminar de espaldas al sol.

Morrau lo esperaba.

12

Ahrbak Ardhal, Pyebra

—Nos mantendremos unidos y Radjhá nos sacará de la ciudad si alguno de nosotros es herido. —Viktoria hablaba apenas en un débil susurro—. Sin quejas y sin demoras. Regresaremos aquí para hacer las primeras curaciones y, luego, decidiremos si regresar a la capital o si podemos volver a atacar. Radjhá, tú mantente al margen, a menos que sea necesario, para conservar tus energías.

—Mi señora, ¿puedo usar las de ustedes si mis niveles bajan demasiado? De ser así, podemos intentar acabar con toda la ciudad.

—No es algo que hayamos practicado y puede salir mal. No correremos riesgos innecesarios, ¿de acuerdo?

Los tres magos asintieron y Viktoria se tomó de una de las manos de Radjhá, Nihá de la otra y Lehsa se sujetó a la mano libre de la reina. En un abrir y cerrar de ojos, aparecieron en el este de la ciudad, cerca de los vallados que bloqueaban una de las calles de entrada. Había dos guardias y la reina les indicó a sus discípulos que aguardaran allí. Comenzó a caminar hacia los hombres sin ocultar su rostro en ningún momento. Los hombres recién se percataron de su presencia cuando estaba a pocos pasos de ellos y uno le dio la voz de alto.

Viktoria levantó una mano y ambos hombres se desplomaron, levantando una nube de polvo a su alrededor. Aguardó hasta que sus discípulos la alcanzaron y se adentraron en la ciudad sin hacer ningún sonido. Asesinaron en silencio a cada soldado que se cruzaron pero no pasó mucho hasta que alguien los reconoció y dio la voz de alarma.

—Destruyamos todo —dijo la reina y sus magos obedecieron. Se pararon en un cruce de calles y Nihá se ubicó en medio del triángulo que los demás formaban.

—Listo —exclamó luego de haber creado un escudo para protegerlos de las flechas que, con seguridad, no tardarían en comenzar a caer.

La señora Viktoria levantó los brazos por sobre su cabeza. Una esfera de fuego se formó entre sus manos y comenzó a crecer a gran velocidad. Con el ceño fruncido por la concentración, la dirigió hacia el caserío de barro y paja, que se extendía a las orillas del pueblo, y la liberó. Las casas sobre las que cayó se desintegraron en un instante y la esfera rebotó varias veces, causando el mismo daño y encendiendo a todas aquellas que estaban a su alrededor. La gente salió a las calles entre gritos de pánico y confusión y el ambiente se llenó de humo espeso y de llamas naranjas.

Lehsa miró hacia los techos frente a ellos y vio que había soldados con sus arcos listos para dispararles. Sonrió, con la malicia de quien se sabe vencedor, y de sus manos comenzaron a salir pequeñas esferas de un azul eléctrico que impactaron en las columnas de madera que sostenían el tejado de paja. Todo el techo se vino abajo con un estruendo y Lehsa, aprovechando la confusión, lanzó varias esferas rojas hacia ellos. El fuego corrió a gran velocidad entre los resecos pastos que cubrían a las viviendas del abrasador sol del desierto y los soldados se alejaron con sus ropas encendidas, gritando por ayuda.

—Busquemos los establos —dijo Viktoria y comenzó a caminar. Sus discípulos avanzaron sin alejarse de su lado y Lehsa no dejó de aprovechar cada oportunidad que tuvo para incendiar las casas que aparecían frente a ellos.

—¿Cómo estás? —preguntó Radjhá en voz baja a su compañera.

—Aún puedo mantenernos a salvo, no te preocupes.

—Avísame si necesitas que lo haga yo.

—Intenta que no nos alcancen las flechas.

Radjhá asintió y sus ojos se encendieron por primera vez desde que entraron en la ciudad. Un grupo de soldados les cerró el paso y dos filas de arqueros comenzaron a lanzar sus proyectiles sin descanso.

—Detrás de mí, mi señora —exclamó Nihá y Viktoria obedeció. Radjhá movió las manos con fuerza, como si estuviera empujando algo pesado, se oyó un zumbido grave y el aire frente a ellos se movió como las ondas que se forman en el agua. Los soldados que estaban primeros en las filas y que no pudieron protegerse a tiempo, perdieron la piel y la carne de sus cuerpos antes de salir expulsados hacia atrás con el resto de sus compañeros. Solo quedó de ellos un puñado de huesos blancos.

—No vuelvas a hacerlo —dijo Viktoria—. Conserva tus energías.

—No me supone una gran pérdida, mi señora —respondió Radjhá. Viktoria lo miró por unos segundos y volvió a caminar.

—No quiero sorpresas, hace poco sufriste un ataque.

Radjhá asintió y siguió a la reina, junto a sus compañeros.

Para ese momento, todos los soldados de la ciudad habían sido alertados y habían comenzado a acercarse a ellos, creando barricadas entre las calles y cerrándoles el paso para que ya no pudieran avanzar. El fuego había alcanzado a todas las casas a su alrededor y el humo los rodeaba y les impedía ver más allá de unos pocos metros. Las flechas comenzaron a caer con mayor intensidad y cada vez que alguna de ellas impactaba en el campo de fuerza, Nihá sentía que sus energías disminuían.

—Mi señora, permítame… —comenzó a decir, pero Viktoria no lo dejó continuar.

—No, Radjhá.

—Ustedes no pueden hacer lo mismo sin caer agotados, mi señora, y tampoco pueden ver a los soldados para atacarlos.

Antes de que pudiera pensar en una solución, el humo les inundó los pulmones con violencia, Nihá gritó de dolor y Radjhá, sin perder el tiempo, se agachó para acercarse a ella.

—Debemos irnos ahora, ¡sujétense de mí!

Viktoria acortó la estrecha distancia que lo separaba de su discípulo y se sujetó de uno de sus brazos. Sintió un fuerte pinchazo de dolor en su mano libre, pero no se movió y aguantó el grito que quiso salir de su garganta, ya que Radjhá los regresaría a donde habían acampado la tarde anterior y sabía que no debía moverse.

Cuando abrió los ojos y el dolor regresó, levantó la mano izquierda para ver que dos de sus dedos ya no estaban y la sangre se arrastraba por su antebrazo creando surcos rojos en su pálida piel.

El estómago se le revolvió y tuvo que esforzarse para no vomitar cuando se sujetó la mano mutilada para así contener la hemorragia.

El sol apenas había asomado cuando miró a su alrededor. Lehsa estaba de rodillas, gimiendo y con ambas manos en su abdomen. Una flecha salía de entre sus dedos ensangrentados. De la pierna de Nihá, otra de ellas hacía brotar sangre y dolor y la muchacha lloraba, abrazada a Radjhá.

—Debemos regresar a la capital, Nihá está perdiendo mucha sangre —dijo Radjhá.

—¿Puedes llevarnos al palacio? —preguntó y él asintió—. Vamos, necesitamos sanadores

urgente.

13

Quentin corrió al lado de Josh por las arenosas calles de Ahrbak Ardhal y, a medida que avanzaban, más soldados fueron sumándose a ellos. A pocas cuadras se encontraron con el comandante, Josh cruzó algunas palabras con él y regresó junto a Quentin y al resto de sus hombres.

—Debemos ir hacia la tercera entrada por el este. Los magos de la reina han entrado a la ciudad y están incendiando el caserío.

—Cobardes —murmuró Quentin.

—Tenemos que cerrarles las calles para que no puedan llegar al resto de la ciudad; nosotros iremos hacia el sureste y bloquearemos la cuarta calle que va desde la tercera entrada hacia el oeste.

Todos asintieron y partieron de inmediato hacia la ubicación que les asignaron. Cubrieron sus rostros con pañuelos, sin detenerse ni un segundo, y corrieron entre la gente espantada y desesperada que corría hacia donde el fuego no los alcanzara.

El humo comenzó a arrebatarles el aire antes de que llegaran a la cuarta calle y, a medida que se acercaban a la tercera entrada, fueron encontrando a las primeras víctimas de esa noche. Decenas de mujeres, niños y hombres cayeron sofocados antes de poder escapar hacia una zona segura. Personas que fueron arrancadas de su sueño y corrieron por sus vidas apenas vestidas o sin nada de ropa puesta, cargando en sus brazos algunas pocas pertenencias de valor.

—Ustedes —dijo Josh y señaló a seis de sus soldados—, busquen sobrevivientes y aléjenlos de aquí. —Los hombres asintieron y se dispersaron. Luego, separó a su grupo en dos—. Ustedes esperarán órdenes. Permanezcan a dónde el humo no sea tan denso, pero sobre esta misma calle. El resto venga conmigo.

Corrieron agachados hacia la tercera entrada y se detuvieron antes de llegar al cruce de calles.

—Puedo verlos. —Quentin se acercó al cruce de calles junto a Josh.

—¿Cómo haces? Yo no veo más que humo y fuego.

—Puedo ver la magia, no me preguntes cómo, porque no lo sé. Las flechas rebotan sobre ellos, y el humo no les afecta. Tienen una especie de protección a su alrededor.

—¡Si que eres útil cuando quieres! —Josh le dio una palmada en el hombro que casi lo tira de cara al piso.

Quentin se dio vuelta y miró a sus compañeros, que esperaban detrás de él.

—Necesito un arco —exclamó y, enseguida, uno de ellos se acercó con un arco y flechas—. Regresa, yo me quedaré, quiero intentar algo.

Josh corrió hacia los demás y Quentin colocó una flecha en el arco. Apuntó y disparó. Vio que unas líneas luminosas se expandían desde el punto donde el proyectil mpactó y, sin perder más tiempo, preparó otra flecha y volvió a disparar al mismo lugar. Repitió el mismo procedimiento tres veces más y llamó a Josh.

—Creo que puedo ver una pequeña grieta en su escudo, necesito que… —Un acceso de tos lo detuvo y Josh lo hizo retroceder, tirando de su brazo.

—Respira con calma.

Quentin tomó varias bocanadas de aire enrarecido.

—Quería que continuaras disparando —dijo con la voz debilitada—, pero ahora me doy cuenta que no puedes ver lo mismo que yo. Creo que su escudo estaba a punto de fallar y

romperse, ya que… No importa, ven conmigo y trae otro arco. —Comenzaron a preparar sus armas y le dijo lo que debía hacer.

Ambos regresaron corriendo y se colocaron lado a lado. Quentin lanzó dos flechas y, a la tercera, en el escudo mágico se abrió una grieta luminosa que se ramificó en todas direcciones. El escudo se abrió de repente y se desvaneció.

—¡Ahora! —exclamó y lanzó una nueva flecha, que impactó en la pierna de la muchacha bajita. Quentin vio a la pálida reina de Pyebra y se sintió paralizado por unos breves momentos. Volvió en sí cuando Josh soltó su proyectil y lo vio impactar en el abdomen de un joven con cara de asustado.

«¡Debo terminar con esto ahora!» pensó.

Desenfundó una de sus armas y corrió hacia donde se encontraban, pero los vio agruparse y tomarse del brazo de uno de los magos, que estaba agachado junto a la joven que él había herido.

«Van a desaparecer, ¡maldición!»

Quentin arrojó la espada hacia ellos, pero no pudo ver si fue capaz de herir a alguien.

—¡Dejen de disparar! ¡Alto! —La voz de Josh se alzaba por encima de los demás sonidos, repitiendo las mismas palabras desde que Quentin se había acercado más a los magos pyebranos.

—¡Desaparecieron! —respondió Quentin cuando regresó a resguardarse de las flechas sitnorenses, tosiendo y maldiciendo.

—¿Qué demonios…? —Josh lo tomó del brazo y lo alejó del irritante humo.

—Estaba la reina… —dijo antes de volver a toser. Se agachó y puso las manos sobre sus rodillas, intentando tomar algo de aire.

—Estás demente, podrían haberte matado los nuestros, ¡qué inconsciente eres!

—Por los dioses, tuve la oportunidad de acabar con todo esto, pero no sé si alcancé a herirla cuando le arrojé mi espada. Quería… Quiero que se acabe de una vez, Josh.

—Ya lo sé, pero debes tener más cuidado.

—Debo ir por mi espada. —Quentin se incorporó y volvió a donde estuvieron los pyebranos. Su espada estaba en medio del cruce de calles y, junto a ella, había dos dedos delgados rodeados de una mancha oscura. Se quedó mirando la arena de la calle, ajeno a todo lo que ocurría, sin notar que varios hombres lo rodearon y comenzaron a murmurar.

—¿Qué mierda…? —preguntó el comandante.

Quentin salió de su sorpresa, se agachó y tomó su espada.

—La arrojé cuando vi que la reina estaba entre los atacantes.

—¿Los viste? —preguntó, extrañado.

—Soy mago, también, aunque no sé utilizar mis poderes.

El comandante sacó un pañuelo de su bolsillo, se agachó y recogió los dedos.

—Busca a tu superior y vayan a verme.

Quentin asintió y regresó junto a Josh.

—Acabo de decirle al comandante que soy mago, y me envió a buscarte. Quiere vernos.

—Sabes lo que eso significa, ¿verdad? Te harán regresar a la capital, harán que entrenes…

—Noah nos da la opción de entrenar, Josh, pero no voy a hacerlo.

—Sigues siendo un idiota.

—Ya lo sé. —Quentin rio, antes de volver a toser.

Josh le dio la orden a sus hombres de que se pusieran a disposición de los sanadores y, junto a Quentin, partieron hacia una gran tienda en el centro de la ciudad que oficiaba de cuartel general.

—¿*Ilsa? Ya ha terminado todo y no fui herido.*

—¡*Gracias a Sinmá!* —respondió de inmediato, aliviada.

—Tuve a la reina de Pyebra frente a mí.

—¡Quentin! —exclamó y su preocupación lo invadió.

—¡Estuve a punto de matarla! Pero los cobardes se largaron. La tuve a apenas unos metros, le arrojé la espada, pero solo le rebané dos dedos.

—Por los dioses, ten más cuidado.

—Es bastante fácil decirlo desde Tesar, pero si la tuvieras en frente, seguro que también lo intentarías para terminar con esta locura cuanto antes…

—Sí, creo que tienes razón… aunque antes tendré que aprender a manejar una espada. ¿Me enseñarás?

—Espero no tener que hacerlo y que estés lejos de todo esto la mayor cantidad de tiempo posible. Pero llegado el caso, me gustaría hacerlo.

—Ahora que lo pienso, me das un poco de miedo, porque me ha dicho Naga que en el frente te llaman «reznic».

—¿Qué es eso?

—Carnicero en pyebrano.

—Oh… Sí, me enteré estando en la capital, pero me lo dijeron en mi idioma. No puedo decir que esté orgulloso de eso, pero justo hoy que debería haber hecho honor a mi apodo, no fui capaz.

—Ahora te llamarán «espada voladora».

Quentin rio y Josh se sobresaltó.

—Debo reportarme con el comandante. En cuanto me libere te diré qué es lo que sucedió en el ataque.

—Comprendo, hasta pronto.

—Era Ilsa —dijo con una sonrisa.

—A ver si el comandante dice algo que te cambie el humor, porque estoy harto ya de oír «que Ilsa esto, que Ilsa aquello».

Quentin lo miró, lanzó un beso al aire y Josh frunció el rostro con un gesto de desagrado.

—La próxima vez que hagas eso, besarás mi puño.

—Siempre dices lo mismo.

—Y algún día lo haré, ya verás.

—Tú eres peor cuando hablas de Ara, y encima ¡es mi hermana!

—Ah, Ara de mi vida —suspiró.

14

Pyebra Ciudad Capital

Radjhá apareció en la sala del trono y corrió hacia las puertas. Las abrió de un tirón y empezó a llamar a los sanadores.

Los guardias de la reina comenzaron a correr en todas las direcciones y la escena se volvió confusa, como sus pensamientos. El salón se llenó de gente que iba y venía, todos hablaban a la vez e intentaban ayudar a los heridos.

Estaba parado entre medio de las puertas y la gente lo chocaba cada pocos segundos. Un soldado lo tomó del brazo y lo arrastró a un costado hasta hacerlo sentar en un banco de madera, pero Radjhá no se inmutó. Lo que veía era una escena surrealista. La señora Viktoria sostenía su mano y su sangre goteaba desde su codo, Lehsa tenía una flecha enterrada en las entrañas y Nihá estaba perdiendo muchísima sangre por la herida en su pierna. Incluso él mismo estaba bañado de sangre, pero en esos momentos no sabía si era suya o de Nihá. Se encontraba aturdido y al límite. No sabía cómo había sido capaz de llegar al palacio, ya que sus energías estaban a punto de agotarse, lo que le parecía en extremo ridículo. Ese viaje no le debería haber supuesto una pérdida tan grande.

«Maldita seas, Enara Pirhs, ¿qué demonios me hiciste? Cuando te encuentre…»

—Señor Radjhá, permítame ver sus heridas.

Movió la cabeza y vio a una de las sanadoras de pie ante él. La mujer le señaló las piernas y él negó con la cabeza.

—Creo que es por Nihá. No siento dolor. —La sanadora asintió y regresó junto a los demás.

Radjhá respiró profundo y caminó hacia su compañera. Al llegar a ella, vio que tenía el rostro contraído por el dolor, ya que los sanadores estaban por sacar la flecha.

—¡Bestias! —exclamó. Se arrodilló junto a Nihá y tomó su mano—. ¿No le darán una poción para el dolor? ¿No ven que está sufriendo?

—Se la hemos dado, mi señor, pero tarda demasiado en hacer efecto y ya no podemos esperar más.

—Llamen a un mago y hagan que se duerma, ¿acaso quieren arrancarle la flecha mientras está consciente? ¡Aléjense de ella! —Radjhá se incorporó y movió los brazos para apartarlos. Los sanadores se sobresaltaron y retrocedieron.

—Déjalos —susurró Nihá—. Que terminen de una vez.

—No así, no de esta forma. —Radjhá regresó a ella, acarició su rostro, pálido y bañado de sudor, y le acomodó el cabello que le cubría la frente—. Te pondré a dormir. Todo saldrá bien.

Nihá asintió y cerró los ojos. Radjhá no estaba seguro de ser capaz de hacerlo sin desmayarse antes, pero debía intentarlo. El esfuerzo que le supuso entrar a la mente de Nihá fue demasiado para él y se desvaneció sin darse cuenta de lo que estaba ocurriendo.

Despertó cuando la noche era oscura y silenciosa. Estaba solo en su habitación, le habían cambiado la túnica y dedujo que también habían limpiado las manchas de sangre que antes lo cubrían. Se sentó en la cama, todavía confundido y aturdido, sin llegar a comprender qué era lo que salió tan mal en Ahrbak Ardhal. No había magos de Palmeras allí y, por lo que sabían, Sitnor no tenía magos propios a excepción, quizá, de Enara Pirhs, que ni siquiera era sitnorense, sino una sucia traidora.

Radjhá se levantó y dejó su habitación. Necesitaba hablar con Nihá y ver cómo se encontraba; sabía que no tendría la suerte de ver a la señora Viktoria a esas horas, pero tal vez se cruzaría con alguien que pudiera informarle de su estado. La había visto sangrar, pero no sabía qué le había sucedido a ella. Y, aunque no quisiera, tendría que preguntar por Lehsa. Le caía pésimo, pero debía mantener las formas. Eran compañeros, después de todo.

Llegó primero a la habitación de Nihá y los sanadores le informaron que estaba descansando. Entró a verla unos momentos, pero ella no despertó. Estaba agotada, débil por la pérdida de sangre y atiborrada de pociones para calmar los dolores. Se quedó a su lado por algunos minutos, mientras le informaban por el estado de la señora Viktoria, que perdió dos dedos de su mano izquierda. Era la única herida que sufrió y su estado de salud era excelente, aunque no así su ánimo, lo que Radjhá pudo comprender a la perfección. La señora Viktoria era una olla de aceite en un constante estado de ebullición y se preguntó con quienes descargaría su frustración esta vez. No con los magos, por supuesto. Ellos estaban exentos de cualquier castigo y eran intocables para todos, pero cualquiera de los soldados, sin importar su rango ni posición, era un posible candidato.

«Gracias a Efos que soy mago» pensó.

Después de agradecer por haberlo puesto al corriente y tras besar la frente de Nihá, dejó la habitación, caminó hasta el final del pasillo, subió una escalera, caminó hasta mitad del corredor, giró a su izquierda, otra escalera y listo. Llegó a los aposentos del señor Lehsa, que, después de la prematura muerte del rey Kirios, ocupaban un piso entero del ala sur del Palacio de Las Hojas.

Se rumoreaba entre los sirvientes que la señora Viktoria visitaba el lugar con mucha frecuencia, que más de una vez la vieron llegar a mitad de la noche o abandonar la habitación de Lehsa al amanecer, pero nadie pondría su cabeza en juego al asegurarlo, eran solo habladurías de los sirvientes, y Radjhá siempre se cuidaba de comentar todo lo que sabía. Y sabía demasiadas cosas.

Lehsa estaba acostado en su cama, entre almohadones bordados y sábanas de seda, entre sirvientes mudos y sanadores.

—Vaya. —Radjhá silbó por el asombro—. Tú sí que eres el consentido de la reina.

Su propia habitación era amplia y consideraba que tenía bastantes objetos lujosos, pero eran minucias en comparación con la de Lehsa. Los muebles eran de ébano, los cortinados de terciopelo tenía bordados en hilos de oro, las alfombras eran tan mullidas y suaves que uno podría dormir cómodamente una noche entera allí y no sufrir ninguna clase de lesión.

Lehsa abrió apenas un ojo cuando lo oyó y enseguida lo cerró. Radjhá se sentó en uno de los sillones de madera tallada, a pesar de que Lehsa no lo había invitado a hacerlo.

—Lamento decirte que una sola flecha no es suficiente para matarme. —Tenía la voz ronca, como si hubieran pasado horas desde que habló por última vez.

—También me alegro de verte. Es bueno saber que te encuentras bien.

Lehsa despidió a sus sirvientes y a los sanadores con su acostumbrado mal humor. Cuando estuvieron solos, lo miró, como quien mira a uno más de los esclavos.

—No puedo moverme —murmuró apretando los dientes—. ¿Acaso vienes a burlarte de mí?

—¿Por qué lo haría? Podrías estar muerto, Lehsa, pero solo estás herido. —Radjhá se recostó en su silla.

—Lo dices porque no traes ningún rasguño, hipócrita.

—¿No tienes nada para beber? —Radjhá lo ignoró—. Me extraña, hasta sirvientes propios tienes.

—¿Qué quieres? —masculló.

—Un té de hierbas estaría bien.

—¿A qué viniste? —insistió, perdiendo la poca paciencia que le restaba.

—No sé si pensar que eres odioso o solo un idiota. No haces más que quejarte. —Radjhá suspiró—. Quería saber si aún tendríamos que soportarte hasta el próximo asedio o si Efos había sido lo suficientemente bondadoso como para llevarte de aquí. Es una pena… Voy a tener que aguantar tu mal genio un poco más. —El rostro de Lehsa se puso rojo y apretó los puños—. ¿Qué pasa? ¿Irás con el cuento a la señora Viktoria? —Radjhá rio, se desperezó y se puso de pie—. No te olvides que podría haberte dejado en medio del desierto para que te comieran los buitres, pero tuve la amabilidad de devolverte al palacio.

—La señora Viktoria se hubiera dado cuenta.

—Puedo ser muy persuasivo. Además… el encuentro con Enara Pirhs me dejó algo extraño y no funciono del todo bien aún. No soy infalible, Lehsa, soy un humano que puede cometer errores. Procura no estar cerca cuando se me ocurra fallar.

Radjhá le guiñó un ojo y le dio la espalda, dispuesto a marcharse.

—La señora Viktoria lo sabrá. Si algo me sucede…

—Todo el mundo te odia, Lehsa —dijo sin darse vuelta—. El problema de la reina será encontrar quién no lo hace. Hasta la pequeña princesa te dio una paliza, según recuerdo…

—¡Largo de aquí!

—Ya me iba, de todos modos. La verdad es que sí, eres idiota.

Radjhá regresó a la habitación de Nihá, acercó un diván a su cama, le tomó la mano y se recostó. No había un mejor lugar en el mundo, que a su lado.

15

Palmeras, Pyebra

Tareq despertó antes que el sol y desayunó nada más porque Lena controlaba las alacenas a diario y no quería decepcionarla. La niña se había quedado en casa de Ajác después de los ataques a los templos de Sinmá, pero cada día iba a verlo, almorzaban juntos y se quedaba con él por unas horas, hasta que Tareq se iba a ver a Vila, que aún no despertaba.

Ajác y Naga pudieron cerrar sus heridas y estas desaparecieron sin dejar marcas, sanaron los moretones, raspones y quemaduras, pero había algo que le impedía despertar y nadie sabía qué era.

Tareq llegó a la enfermería con los primeros rayos de sol, abrió las ventanas de la habitación de Vila y le habló de lo bonito que se veían los colores en el amanecer. Con la ayuda de una enfermera la bañó y peinó su cabello. Aceitó su piel, tal como ella hacía antes cada día, y cortó las uñas de sus manos y las de sus pies. Le dio de beber té, con una cuchara muy pequeña, mientras le contaba de las tardes que pasaban junto a Lena en el lago del Palacio de Las Hojas. Cuando terminó, se sentó a su lado y comenzó a leer en voz alta un libro que había empezado hacía dos días.

Cerca de la hora del almuerzo, Tino llegó a buscarlo junto a Shanyi, que se quedaría con ella. Él se despidió de Vila y le prometió volver por la tarde. Cuando la puerta volvió a cerrarse, Tareq se apoyó en la pared y se cubrió el rostro.

—Se pondrá bien, ya verás. —Tino se acercó a él y le puso la mano sobre el hombro. Tareq estaba tan triste, desesperado y agotado, que las fuerzas parecían abandonarlo cuando dejaba a Vila.

—No es normal que alguien esté tanto tiempo sin despertar. ¿La has visto? Se va apagando cada día, su cabello ya no brilla, su cuerpo se encoje, está pálida. Ella estaba llena de vida, Tino, y ahora… ahora parece que está muriendo a cada instante.

Tareq ya no fue capaz de contener el llanto que lo ahogaba.

—¿Qué puedo hacer por ayudarlos? —murmuró Tino—. Si se te ocurre algo, dímelo, por favor.

—No lo sé, pero Vila necesita otro sanador. ¿Tú crees que…? —Tareq limpió su nariz—. ¿Crees que Noah Guna puede venir? ¿O Naga?

—Iré a ver a Noah y esperaré por él hasta que pueda traerlo. También hablaré con Naga para que venga cuanto antes.

—Gracias.

—Ven, te acompañaré a casa, Ajác estaba preparando el almuerzo y Lena te espera allí.

—Hoy no tengo ganas, Tino.

—Debes hacerlo, Lena también te necesita. Recuerda que es pequeña y también está sufriendo por Vila y por no estar en su propia casa. La he encontrado llorando escondida varias veces…

—Mi niña… —murmuró.

—No sé muy bien qué decirte, pero necesitas mantenerte fuerte, Tareq, por Lena y por Vila también.

—Solo vivía por verlas sonreír, pero ¿a dónde están sus sonrisas ahora? Nos han arrebatado todo.

—Van a salir adelante, ya verás, solo espera un poco. Conseguiremos que Vila sane, te prometo que haré todo lo que esté en mis manos para que así sea. —Tareq asintió, agradecido—. Vamos, nos esperan en casa.

Tino apareció en el Palacio de Gobierno de Sitnor poco tiempo después, en una sala que Noah había desocupado para él y para Naga, con dos sectores visiblemente delimitados para cada uno de ellos por si en algún momento aparecían al mismo momento. Dejó el salón y se dirigió hacia el despacho, donde Noah pasaba la mayor parte de sus días. Llamó a la puerta y entró en cuanto le concedió el paso.

—¡Tino, qué sorpresa! —exclamó el Gobernador en cuanto lo vio.

—Lamento que mis visitas no sean tan recreativas como antes lo *erran* —dijo el joven.

—¿Qué sucede?

—Vila. Cada día se *encuentrra peorr* y aún no *despierrta*. He venido *porr* ti, si puedes *acompañarrme*, *parra verr* si puedes *ayudarrla*.

—Vaya… —Noah se puso de pie—. Claro que sí. Avisaré a Tanáel y a Enara, iré por mis cosas y voy contigo. Lo que me queda por hacer aquí, puede esperar hasta mañana.

—*Grracias*, Noah.

Después de haber guardado una muda de ropa apta para las altas temperaturas de Erjathá y pociones y hierbas de diferentes clases en su bolso, Noah se despidió de Enara y regresó al Palacio de Gobierno. En un par de incómodos minutos de viaje llegaron a Erjathá, al salón de prácticas de los magos. Noah cambió sus ropas de invierno de inmediato y, cuando estuvo listo, salieron a las calles y caminaron bajo el abrasador sol pyebrano hasta llegar al edificio de los sanadores, donde Vila permanecía desde hacía tantos días.

Tareq y Shanyi estaban allí, esperando por él, y se levantaron de sus asientos en cuanto lo vieron. Después de los saludos, Tino salió de la habitación y Shanyi y Tareq se quedaron junto a él para ayudarles a revisar a Vila.

—Tendrán que cambiarla de posición cada pocas horas —murmuró Noah en cuanto revisó su piel—. Tiene escaras en su espalda, en los codos, en las piernas y en los talones. Es común en gente que está todo el tiempo acostada. —Se acercó a su bolso, sacó de él un ungüento y se lo entregó a Shanyi—. Deben colocarle esto sobre las heridas; intenten que no esté sobre su espalda hasta que se vean mejor, aunque no deben descuidar el resto del cuerpo.

Noah flexionó con suavidad sus articulaciones y las notó algo rígidas.

—También necesita moverse. Deben ayudarla.

Noah flexionó cada una de sus extremidades, mostrándoles los ejercicios que tenían que hacer de forma regular, varias veces al día.

—Gracias a que le siguen aceitando la piel, no se le ven las venas, y eso es muy bueno. Esos pequeños masajes han contribuido, así que continúen haciéndolo, aunque dos veces en el día, tres en lo posible. Las escaras no han empeorado porque su piel no estaba tan seca, sino ya se hubieran infectado y tendríamos otro problema más.

Noah levantó los párpados de Vila.

—Sus ojos reaccionan a la luz, lo que significa que su cerebro no ha sufrido daños por golpes o por pócimas de ninguna clase. —Noah se quedó pensando por unos momentos, con su vista perdida entre los pliegues de las sábanas—. ¿Alguno de ustedes ha intentado entrar a su mente? —Shanyi y Tareq se miraron unos breves instantes y ambos negaron moviendo la cabeza de lado a lado—. Yo lo hubiera hecho, de tener la oportunidad. Deberían intentarlo. No entiendo mucho del asunto, pero quizás, puedan dar con ella, de alguna forma. Quizás ella misma sabe cómo

podemos ayudarla, ella conoce la magia de los sacerdotes y cómo hacen las cosas. Tal vez sabe reconocer lo que le hicieron y puede decírselos.

—Lo haré —dijo Tareq y Shanyi asintió.

—Está muy bien, yo seguiré examinándola, mientras tanto.

Noah puso las manos sobre su vientre y ejerció cierta presión con los dedos en distintas zonas, pero no encontró nada extraño.

—¿Con que la alimentan? —Noah se dirigió a Shanyi, pero bajó la voz para no distraer a Tareq.

—Té de hierbas endulzado con miel.

—¿Alguna vez se ha ahogado? —Shanyi negó con la cabeza—. Excelente. Tienen que darle algo con más sustento, para que no siga perdiendo peso. Caldo de verduras, de pollo o de res, jugo de fruta con miel, leche de cabra o de vaca.

—No le gusta la leche —dijo Tareq.

—¿No le gusta o le hace mal?

—Solo no le gusta.

—No importa entonces, no lo sabrá, de todas formas. No puede comer como una persona normal, por lo que necesita alimentarse lo mejor posible con líquidos. Si notan que algún alimento la ahoga o le hace alguna reacción inusual, suspéndanlo. Tienen que ser muy cuidadosos y controlar que sean absolutamente líquidos, sin trozos de carne o de pulpa, porque puede ahogarse y sería un desastre capaz de causarle la muerte.

—No pude ver nada en su mente —dijo Tareq, con la voz apagada.

—Continúen intentándolo, cada vez que puedan. Traten de estar de buen humor cuando lo hagan. Díganle cosas buenas, transmítanle sensaciones agradables, o muéstrenle cosas que a ella le gustan. Si no responde, al menos tendrá buenas sensaciones y eso siempre ayuda. El dolor, solo atrae más dolor y no sabemos si ella está sufriendo.

—Tienes razón —dijo Shanyi.

—¿Lena viene a verla?

—No se lo he permitido —dijo Tareq—. Si para mí es doloroso, para ella será peor.

—Vila también la necesita y estoy seguro que le ayudará a su recuperación que la niña venga a visitarla. Los niños son muy puros… —Noah se detuvo al recordar lo que Lena hizo y luego se lamentó por haberse detenido a pensarlo—. Perdón, Lena…

—Está bien —dijo Tareq—, sé que no es una niña inocente como cualquier otra de su edad y tampoco puedo culparla.

—Lo sé, perdóname. Aun así, el cariño que se tienen contribuirá a su recuperación. Se necesitan, como madre e hija. No lo son, pero han asumido esos roles y es importante que no pierdan su vínculo. Deberás advertirle a Lena de cómo la encontrará, para que el impacto no sea tan grande. —Tareq asintió—. Le diré a Tino que en una semana me traiga otra vez, para ver si ha mejorado físicamente, pero pueden ir por mí si lo necesitan, a cualquier hora, cualquier día. Dejaré una guardia en el Palacio de Gobierno por si Tino necesita aparecer en la noche; se lo diré a él también. No puedo hacer nada más por ella, porque no tiene heridas que pueda ver o sentir, lo siento mucho. No me atrevo a darle ninguna clase de medicina porque puede ser aún peor.

—No tengo más que agradecimiento para usted, señor Guna —dijo Tareq.

16

Morrau Ciudad Capital

Ilaria golpeó con fuerza las puertas de la habitación de la reina y comenzó a caminar de un lado al otro por el pasillo alfombrado. Después de unos minutos, insistió.

—¿Está acompañada? —preguntó a uno de los guardias de armaduras doradas.

—El señor Nathan Bohn pasó la noche aquí.

Antes incluso de que el hombre terminara de hablar, Ilaria ingresó a la habitación y cerró las puertas con fuerza. La reina se quejó entre murmullos e Ilaria cruzó la estancia a grandes zancadas hasta los ventanales. Corrió las cortinas y miró hacia la cama. La señora Morgana y el Praeth no llevaban ninguna prenda y eran una mezcla de miembros enredados, pero ninguno de los dos hizo ningún esfuerzo por cubrirse, acostumbrados como estaban a la presencia de la guardia de la reina.

—Mi señora, han llegado tres magos de Pyebra…

—Ahora no, Ilaria…

—… que quieren verla con urgencia.

Morgana no se movió, pero Ilaria ya había comenzado a acomodar los atuendos de la reina. Se acercó a ella, tomó uno de sus brazos y la levantó de la cama de un tirón. La reina no colaboraba en lo absoluto, pero Ilaria ya se había acostumbrado a tratarla como a una niña pequeña otra vez. Vestirla mientras aún estaba sentada en la cama, peinarla antes de que terminara de despertarse y llevarla hasta la mesa para que desayunara.

El señor Bohn no se despertó en ningún momento, por lo que Ilaria lo cubrió con las mantas una vez que Morgana pareció haberse despertado.

—Los que llegaron, ¿quiénes son? —preguntó antes de beber un sorbo de té.

—Tres magos de la señora Viktoria.

—Qué molesta es —farfulló.

—¿Recuerda los mensajes de hace unos meses? Viktoria dijo que quería enviar espías a Sitnor. —Morgana asintió—. Bueno, han llegado ya.

—Tengo que averiguar cómo harán para comunicarse con ella o con mi maestra —Morgana se pasó las manos por la cara, pensativa—. Los recibiré a ellos primero. Dile a Bastian que quiero que se presente en la sala del trono ahora mismo. A Ágatha también, por si acaso.

—¿Forzará sus mentes, mi señora? —Morgana asintió, con una sonrisa en el rostro—. ¿Y si no puede hacerlo?

—La muerte siempre es una buena opción, mi bella Ilaria. Necesitaré que Tá-qá y tú permanezcan detrás de ellos. No quiero correr riesgos.

Ilaria asintió.

—También quieren ver al señor Atrien, la señora Viktoria solicita su presencia en Pyebra.

—Vaya, qué poco le ha durado el luto a la mal nacida, ¡perdió a su hija y a su esposo hace apenas unos meses! No tiene vergüenza.

—La gente tiene diferente manera de lidiar con su dolor, mi señora —dijo Ilaria.

—Bah, odiaba a esa niña, le hizo la vida imposible mientras pudo, no sé por qué me sorprende que no se sienta mal por su pérdida. Si yo hubiera podido tener hijos… —Morgana suspiró y se llevó las manos a la cabeza—. Envía a un mensajero a Atrien y dile que venga cuanto antes.

—Sí, mi señora. —Ilaria dejó la habitación para cumplir con las órdenes de la reina y, también, para darle tiempo a que se compusiera. La señora Morgana siempre tuvo deseos de ser madre, pero nunca se hizo realidad y eso era causa de un profundo dolor en ella, a pesar de que ya había abandonado la idea de concebir un niño. Cuando supo todo lo que le había sucedido a Lena Almairon, odió a Viktoria mucho más que antes, ya que ella había tenido gran parte de la responsabilidad por su muerte.

Morgana estaba sentada en el gran trono de oro y miraba a los tres magos de Viktoria con toda la simpatía que era capaz, a pesar de que detestaba todo lo que tuviera que ver con Pyebra. Volvió la vista a un lado y vio a Bastian junto a una de las columnas. Del otro lado, Ágatha esperaba, también, a su orden. Ilaria y Tá-qá, se habían parado detrás de los magos pyebranos con las manos en las empuñaduras de sus armas, por si debían intervenir. Ambos estaban enfundados en sus armaduras doradas de pies a cabeza y la única porción visible de su oscura y brillante piel, era la de sus mejillas y los ojos.

«Son tan bellos y perfectos» pensó Morgana, como cada vez que les ponía los ojos encima. Estaba orgullosa de ellos y no dejaba de decirlo en cada oportunidad que se le presentaba.

Uno de los magos pyebranos dio un paso hacia el trono y Morgana lo miró, molesta por tener que dejar de observar la perfección de la capitana y su hombre.

—Los dioses la protejan, su Majestad. —Por apenas unos breves instantes, el hombre la miró a los ojos, pero regresó la vista al suelo—. Hemos venido por orden de la señora Viktoria Almairon, Reina Única de Pyebra y las Tierras Anexas, para solicitarle…

Morgana les dedicó una sonrisa y pasó las manos por la falda de su vestido. Era la señal que sus magos esperaban. De inmediato acudió a sus poderes e ingresó a la mente del mago que estaba hablando. Él la miró con desconcierto, pero solo por un santiamén, ya que lo puso a dormir. Los tres magos cayeron tendidos cuan largos eran al mismo momento y Morgana se levantó del trono.

—Manténgalos así. Cuando termine con este, seguiré con los demás.

Sus discípulos asintieron y Morgana se concentró en encontrar algo fuera de lo común entre el enorme torbellino que tenía frente a sus ojos. Traspasó los miles de recuerdos que tenía el mago, cuidándose de no tocar ninguno de ellos, hasta que llegó a la pequeña esfera de energía plateada que le daba su poder. No había nada inusual allí. Salió del interior del torbellino e hizo aparecer una luz en su mano. El mago se llevó las manos a los ojos, pero no despertó ni se quejó, y Morgana lo miró extrañada. Nunca se le había ocurrido que algo así podría suceder. Caminó hasta llegar al límite de la mente del hombre. Hizo crecer la esfera de luz y levantó la mano; frente a ella se encontraba lo que parecía ser una pared rojiza, de superficie irregular que le recordaba a la corteza de un árbol pero, en lugar de ser rugosa, era aterciopelada y de apariencia suave. Le dio un escalofrío por la impresión y comenzó a caminar, buscando en esa extraña pared algo que se asemejara a una abertura. Del otro lado de donde entró, había una grieta. La siguió con la mirada hasta que completó su forma: era una puerta. Morgana sonrió, pero no se atrevió a abrirla, no sabía qué se podía encontrar allí y todavía tenía cierto aprecio por su vida y su cordura. Regresó hasta el torbellino de recuerdos y comenzó a ver entre ellos. Quería saber cómo el mago hizo esa puerta y qué escondía en su interior. Buscó y buscó por horas hasta que se presentó frente a ella lo que necesitaba: su maestra creando una conexión mental con el dueño de la mente que estaba inspeccionando. Morgana dio un salto de emoción y miró a Ilaria.

—¡Lo tenemos! —exclamó. Bastian y Ágatha aplaudieron y la miraron con admiración—. Encontré una puerta, pero no me atreví a abrirla. Comencé a buscar entre sus recuerdos y pude

ver cómo es que la hizo y qué es lo que esconde y ¡gracias a Xito que no la abrí! Detrás de ella se encuentra la Dama. De haberla abierto, ella hubiera sabido en ese preciso instante lo que estaba sucediendo. Así es como piensan hacerlo, así es como se comunicarán. —Morgana se puso de pie, ya que se había sentado en uno de los escalones mientras inspeccionaba al mago, y miró a su alrededor—. Ahora entiendo por qué estoy muriendo de hambre, ya casi anochece…

—Pediré que traigan algo para que… —Intentó decir Ilaria, pero la reina la interrumpió.

—Diles que me lleven comida, abundante comida, a mi habitación. Estos tres deberán dormir hasta mañana, es imposible despertarlos ahora sin que sospechen. Ilaria, dile a uno de los guardias que se encarguen de llevarlos a una habitación. Bastian, acompáñalos y, luego, puedes retirarte. —Ilaria dejó la sala del trono y ella se quedó, por unos instantes, mirando a los magos que dormían en el suelo. Luego, miró a Ágatha y a su compañero—. Se alojarán en las habitaciones principales por esta noche, no regresen a sus residencias, por si los necesito.

Los discípulos asintieron y Tá-qá caminó tras ellos, para transmitir las nuevas órdenes de la reina a los sirvientes.

A la pequeña mesa redonda en la que la reina solía hacer su desayuno, le agregaron una más, de mayor tamaño, en la que sirvieron el platillo favorito de la soberana. Carne de cerdo asada y papas fritas en grasa de cerdo.

Morgana unió las cuatro comidas del día en una abundante y por demás necesaria cena temprana junto a Nathan, en la que le contó lo que había ocurrido con los visitantes de Pyebra.

—¿Qué harás con ellos? —preguntó en cuanto Morgana finalizó.

—Los enviaré a Sitnor, tal como ordenaron. Ya tengo lo que quería, ya descubrí que tienen una conexión con mi maestra por la que piensan mantenerla informada de lo que ocurra allí. —El rostro de Nathan reflejó un fingido desconcierto, ya que Damien le había hablado de ello con anterioridad. Morgana le explicó con más detalles a lo que se refería, tal como si él no hubiera sabido de qué le estaba hablando.

—¿Y Atrien?

—Que vaya a tirarse a Viktoria, a mí me da lo mismo. Es más, mejor que así sea, porque no quiero que ese maldito cadáver regrese a mi castillo. No soportaría verla de nuevo y, si se aparece por aquí, puede que le dé vía libre a Ilaria, sé que tiene algunos asuntos que quiere solucionar con ella.

Nathan rio. Siempre le causaba gracia la forma en que Morgana hablaba de su compañera. La reina se levantó de la mesa en cuanto terminó de cenar y se recostó en su cama. Nathan la siguió a los pocos minutos.

—Estoy agotada —murmuró en cuanto él se acercó.

—Puedo imaginármelo. —Nathan se acostó a su lado, ella se acurrucó en sus brazos y él le acarició la mejilla—. Estuviste todo el día con esos magos.

Morgana asintió y, en apenas unos segundos, se durmió. Nathan esperó por un rato para volver a levantarse; no quería que Morgana se diera cuenta de que la dejaría por esa noche.

Después de informarles a los guardias que la reina necesitaba descansar, Nathan subió un piso para llegar hasta su habitación. Sin demorarse, escribió una larga carta con todo lo que la reina le contó y, al terminarla, la puso dentro de un sobre y la selló. Se quedó en un sillón junto a la ventana y dormitó, incómodo, hasta que las primeras betas de claridad aparecieron en el oscuro cielo. Se puso un pesado saco de piel sobre la espalda y dejó sus aposentos para dirigirse a los cuartos de los sirvientes. Contó las puertas hasta que llegó a la quinta del lado derecho y golpeó dos veces. A los pocos segundos, un joven pálido y de apariencia enfermiza le abrió y se apartó

para darle paso. Nathan entró a la pequeña habitación, que como único mobiliario tenía una cama, una cajonera, un par de sillas y una mesa, sobre la que había un candelabro para tres velas. El joven encendió dos de ellas y Nathan se sentó en una de las sillas.

—Joel, ¿qué tienes? Te ves terrible —dijo después de observarlo.

—Las mujeres aquí en la capital son muy persistentes, mi señor —respondió, adormilado.

—Lo sé… —dijo, divertido—. Pero lamento comunicarte que todo lo bueno se acaba y debes partir a Grordau, necesito que le lleves esto a Damien.

Nathan sacó de entre sus ropas el sobre que preparó en la noche y el muchacho lo guardó en un bolsillo oculto de su bolso de viaje.

—¿Tiene que ser ahora? Puedo partir después de mediodía y llegar antes del atardecer a los túneles.

—Sí, descansa. No quisiera que te arriesgues a ir sin dormir

—Gracias, mi señor.

—No regresarás por un tiempo, supongo. Damien necesitará enviarte a algunos lugares.

—¿Fuera de Morrau? —Nathan asintió—. ¿A Tesar? —Nathan volvió a asentir. Joel se sentó en su cama y pareció encontrarse peor que antes—. Odio a los malditos tesarianos.

17

Reda Almairon viajó a pie desde la capital, hasta que encontró una granja a mitad de la nada, a cuatro días de haber dejado la ciudad. Esperó hasta que la noche cayó y, cuando la última luz se extinguió dentro de la cabaña, entró y asesinó a su único ocupante. Comió las sobras de lo que encontró, durmió en la cama de su víctima y, al amanecer, partió. Se llevó los dos caballos y liberó a los animales que estaban encerrados en los corrales.

El resto del viaje fue similar, aunque evitó encontrarse con otras personas. Robaba lo que podía y dejaba la zona en silencio. Acampó lejos de los poblados, a los que solo entraba para hurtar aquellos elementos que necesitara o que encontraba y creía que le serían de alguna utilidad.

Cuando cruzó la frontera con Morrau, ya contaba con algunas monedas y varias prendas decentes que le sirvieron más tarde, cuando llegó a la capital. No podía presentarse en el palacio apestando a pordiosero y vistiendo esas fachas o no habría forma de que Morgana lo recibiera. Los guardias lo espantarían peor que a un perro sarnoso, de eso estaba seguro.

Después de cinco días dentro del país montañoso, Reda arribó a la capital al atardecer. Buscó una posada que sus monedas le permitieran pagar y se apresuró a bañarse, recortar su barba y vestirse con prendas limpias. Si bien no eran de la calidad a la que estaba acostumbrado, servirían hasta que pudiera encontrarse con la reina Morgana.

Reda durmió tranquilo esa noche y despertó antes del amanecer, por lo que dejó la posada apenas el sol aclaró el cielo. Había intercambiado uno de los caballos por una cena y agua caliente, por lo que tomó al único animal que le quedaba y recorrió las elegantes calles capitalinas hasta llegar al Castillo Blanco. Morgana lo recibió enseguida por apenas unos minutos, pero hizo que sus sirvientes lo alojaran en una habitación y se pusieran a su disposición.

En cuanto estuvo solo, Reda abrió el bolso de cuero y sacó la calavera de Pronees. La había arrojado al fuego una noche en que se encontraba bastante indignado, ya que una lluvia pasajera le había mojado hasta el tuétano y no tenía otra muda de ropa con qué cambiarse, a poco de salir de la capital. De la mano y la cabeza del Gobernador había quedado poco más que los huesos y ya no apestaba tanto como antes, según él. Morgana no opinaba lo mismo y lo había mandado a bañar de inmediato, sin saber que el origen de su pestilencia era lo que su bolsa llevaba.

Reda se pasó la mañana paseando por la ciudad en un carruaje lujoso, con abrigo y botas de buena calidad, tal como se lo merecía. Llegando a mediodía, regresó al palacio. Morgana envió a buscarlo y fue escoltado por Ilaria, una de las esclavas que él mismo trajo de las Islas de la Luna y que la actual reina de Morrau le compró por una buena cantidad de oro.

—Vale más tu armadura que lo que Morgana pagó por ti —dijo mientras caminaban por los solitarios pasillos blancos, decorados con tapices bordados con llamativos colores. Ilaria no respondió—. No te ha ido tan mal por aquí, no sé por qué te comportas así conmigo… al fin y al cabo, solo contribuí a que tu vida sea mejor.

Ilaria lo dirigió por pasillos y galerías, sin decir una palabra.

—Si mi memoria no me traiciona, había un hombre contigo aquella vez. Según supe, lo compró un morroíno, igual que a ti… ¿has sabido algo de él?

La mujer continuó caminando sin responder a sus provocaciones. Reda sabía que Ilaria podía hacerlo añicos antes de que él pudiera llevar la mano a su espada, pero lo que le divertía era saber que ella no se atrevería a dañar a un invitado de la reina, menos aún a alguien como él.

Después de algunos minutos en que Reda hizo algunos comentarios más sobre quienes la acompañaban cuando atacaron una de las Islas de la Luna, llegaron a la gran sala del trono, donde Morgana lo esperaba sentada en el trono como si hubiera nacido para eso.

—Qué bien te queda el reino, Morgana —dijo a modo de saludo.

—Hago lo que puedo —respondió—, aunque en realidad es bastante complicado estar aquí, prestando atención a las necesidades de miles de personas que no conozco. Además, nunca se ponen de acuerdo con nada, son peores que los niños —se quejó.

—Me imagino… detesto a los niños —rio Reda y Morgana cambió su actitud de un momento a otro, lo que lo sorprendió.

—Dime, Reda, ¿qué haces por aquí? Supe que te atreviste a asesinar a los gobernantes de Sitnor, ¿en qué demonios estabas pensando?

—Viktoria quiere que Sitnor caiga de una vez por todas y sus deseos son órdenes para mí. —Morgana lo miró con curiosidad—. Uno hace muchas locuras por amor.

La reina soltó una carcajada que resonó en todos los rincones de la sala del trono e incluso Ilaria, que estaba de pie a su lado, hizo un esfuerzo vano por contenerse y Reda vio su blanca dentadura asomar entre sus gruesos labios.

—Reda, pero qué idiota eres… Los años pasan y tú no cambias ni un poco.

—¿Cómo te atreves…? —Reda avanzó unos pasos, amenazante, aunque Ilaria bajó en apenas un salto los diez escalones que los separaban y aterrizó frente a él con la mano en la empuñadura de su arma. Sus ojos brillaban ferozmente y a él se le congeló la sangre. Reda retrocedió, tan sorprendido como acobardado, e Ilaria volvió a sonreír mientras avanzaba con lentos movimientos felinos.

—No seas tan sensible. —Morgana habló e Ilaria se detuvo—. Me supongo que quieres regresar a Pyebra y por eso estás aquí, ¿no? —Reda asintió, sin apartar los ojos de la mujer que estaba frente a él—. Mi casa es tu casa, Reda. Diles a los sirvientes qué es lo que necesitas y ellos te lo conseguirán. ¿Cuándo piensas partir?

—Lo antes posible. —La miró fugazmente.

—Puedes retirarte, entonces. Enviaré a una escolta contigo… Los caminos se han vuelto peligrosos y no quisiera que llegues herido hasta los brazos de tu amada Viktoria.

Reda asintió y se dio media vuelta para dejar la sala, aún sin comprender por qué Morgana lo trató de esa forma, siendo que siempre existió una buena relación entre ambos.

Le dio importancia al asunto solo los minutos que le llevó regresar a sus aposentos y, cuando encontró a los sirvientes que la reina puso a su disposición, se dedicó a acomodar lo necesario para regresar cuando antes a Pyebra.

Quería sorprender a Viktoria con el botín que consiguió en Sitnor.

18

Sitnor Ciudad Capital

Al promediar el día vieron las grandes murallas de la ciudad capital alzarse en el horizonte. Iskánder detuvo su caballo y su hermana se sorprendió al notar que no iba a su lado, por lo que regresó sobre sus pasos.

—¿Qué sucede?

—Déjame por unos minutos disfrutar de esto —dijo, mirando embelesado hacia el final del camino. Zaria levantó una ceja—. Esta es la primera vez que veo la capital y nunca volveré a sorprenderme de esta forma.

Zaria resopló.

—Me gustaría llegar antes que anochezca, Iska. Puedes asombrarte mientras cabalgamos —dijo, en cambio, y espoleó su caballo. Iskánder puso ambas manos sobre el bulto en su abdomen, donde dos de los gatos negros dormían con comodidad, estiró la espalda y, luego, la imitó, resignado.

A cada momento, la ciudad parecía estar al alcance de la mano, pero consiguieron alcanzarla recién cuando faltaban apenas unos pocos minutos para que la oscuridad cayera sobre ellos. Zaria estaba preocupada porque ambos sabían que cerraban las puertas al anochecer y no quería pasar una noche más a la intemperie. Así que, cuando finalmente entraron a la ciudad, se dio el gusto de sonreír, por primera vez en varios días.

—*Gatos, estoy en las puertas de la ciudad, acabamos de entrar* —dijo Iskánder y detuvo su caballo.

—Primero busquemos una posada y después sí, disfruta de la capital.

—*Los esperábamos hace horas* —dijo uno de ellos.

—*Ahora los estamos viendo* —agregó otro.

—Debo ir al Palacio de Gobierno antes que nada. —Iskánder se dirigió a su hermana.

—¿Ya? ¿Así? —Iskánder la miró y vio su rostro sucio, sus cabellos parecían de paja, duros y secos, y su ropa estaba más sucia que ella. No pudo evitar soltar una carcajada—. ¿Por qué te ríes? ¡Tú te ves peor que yo!

—Te abrazaría, pero seguro apestas peor que mi caballo.

—Eres un idiota, Iskánder. Acompáñame a buscar una posada y luego vete a ver al Gobernador, yo no quiero presentarme así ante él.

—Qué presumida resultaste. ¿Qué harás en el frente?

—Es una cuestión de respeto, no de presumir.

—Sí, claro…

—Buscaré una posada. ¿Vienes o no? No me voy a quedar toda la noche esperándote. —Zaria espoleó su caballo.

—*Iremos junto a ustedes, por los tejados* —dijo uno de los gatos e Iskánder asintió.

Siguió a Zaria y, después de encontrar una posada cómoda y agradable, dejó a su hermana y a todos sus gatos y fue a llevar los caballos al establo. Los pobres animales estaban agotados, por lo que regresó caminando al centro de la ciudad para presentarse ante el Gobernador, no sin antes pedir indicaciones al posadero, porque se había mareado de tanto ir y venir por esas extrañas calles. Ninguno de los gatos lo acompañaría porque estaban tanto o más cansados que ellos.

Iskánder se había acostumbrado al bulto que llevó por más de treinta días en su abdomen y, en ese momento, sentía un alivio inesperado en su espalda al no tener que cargar con dos felinos gordos constantemente.

Caminaba y miraba a su alrededor como un niño, asombrado por el tamaño de las casas y de los edificios de la gran urbe. En su pequeña ciudad, todas eran edificios bajos y de gruesos troncos, las calles eran lodazales y el viento azotaba constantemente. En la capital, en cambio, no había siquiera una brisa y las calles estaban empedradas e iluminadas por faroles que se elevaban frente a las casas. A cada lado de las puertas de entrada, había canteros con arbustos y bancos de madera. La capital era hermosa, sin dudas.

Iskánder encontró, al fin, la Plaza de la Fuente, un enorme terreno cruzado por senderos y poblado de árboles de todos los tamaños y edades. Algunos de ellos vestían una frondosa copa de hojas verdes y amarillas, mientras otros llevaban sus ramas desnudas. En una de las esquinas había un laberinto de arbustos y se sintió emocionado y ansioso por entrar a recorrerlo, pero tenía obligaciones y no estaba de paseo por la ciudad, por lo que continuó caminando. Quizás, algún día podría ir a perder el tiempo ahí dentro.

Cuando el laberinto se apartó de su vista, se encontró con el Palacio de Gobierno, finalmente. Un edificio cuadrado y blanco, con una descomunal puerta doble de madera.

«Qué manera de desperdiciar material estos capitalinos» pensó al llegar.

No sabía muy bien qué hacer, por lo que empujó una de las hojas de la puerta y esta se abrió sin hacer ni un solo sonido. La cerró y volvió a abrirla. Buscó con la mirada las bisagras y abrió la puerta una vez más. Con una mueca de incredulidad, cerró y abrió la puerta de nuevo.

«Vaya, pero qué bien se las ingenian para hacer puertas» pensó.

Al final, entró al edificio. Un amplio hall se abrió frente a él, pero parecía no haber nadie por allí.

—¿Hola? —Su voz retumbó por todos los rincones y se perdió entre las paredes de mármol. Caminó hacia el interior, hasta que el hall se abrió en una amplia cámara que parecía interminable. Toda la posada de sus padres cabía cómodamente en ese lugar. Quizá, hasta había espacio para el establo también. Miró hacia arriba y vio las estrellas a través de una cúpula de vidrio de dimensiones descomunales y no pudo contener la exclamación—. ¡No me jodas!

—¿Perdón? —Una voz llamó su atención desde algún punto más alto, a sus espaldas, e Iskánder se giró, alarmado. Un hombre delgado y alto, de cabello largo y rostro de adolescente lo miraba con curiosidad desde un piso intermedio. Tenía ambas manos apoyadas en la baranda de hierro forjado.

—Mis disculpas, señor —dijo, avergonzado—. Nunca había estado en un edificio tan grande. Mi nombre es Iskánder Lavank, señor. Recién llego a la ciudad y debo presentarme ante el Gobernador.

Mientras hablaba, el hombre bajó las escaleras apresurado y llegó hasta él.

—Bienvenido a Ciudad Capital, señor Lavank —dijo e hizo una reverencia. Iskánder se sintió extraño y algo avergonzado, no estaba acostumbrado a recibir muestras de respeto de ninguna clase—. Soy Noah Guna, Gobernador de Sitnor.

—Mi señor. —Iskánder respondió al instante con otra reverencia.

—Puede llamarme Noah, señor. Me imagino que ha tenido un largo viaje, enviaré a que alisten una habitación para usted…

—No hace falta, mi señor Noah. Nos instalamos en una posada a algunas calles de aquí.

—¿Viene acompañado?

—Mi hermana Zaria. Hizo el entrenamiento obligatorio y quiso unirse al ejército.

—Bien. No enviaremos refuerzos al frente hasta la primavera, por lo que ambos permanecerán en la ciudad, de momento. —El Gobernador comenzó a caminar hacia la salida e Iskánder lo siguió—. Pero no quiero agobiarlo, vengan mañana y hablaremos con más calma. Los dejaré descansar el tiempo que sea necesario.

—Mañana a primera hora…

—Descansen, por favor. No tendrán mucho tiempo para hacerlo una vez que les asigne sus funciones. Las cosas por aquí suelen ocurrir a un ritmo demasiado acelerado y nunca sabemos qué es lo próximo que sucederá.

—Mi maestro me ha entrenado durante veinte años para poder ser útil a mi país, mi señor. Haré todo lo posible por no decepcionarlos.

—Onix es un buen maestro, lo sé.

—¿Onix?

—El gato negro… —Iskánder asintió y el señor Noah empujó la puerta de salida y se apartó para dejarlo pasar— Era el gato de mi hermano, Quentin, y él lo llamó Onix. Aunque luego supimos su verdadera identidad y nos enteramos que no era un gato vagabundo, si no que estaba aquí por alguna razón puntual que de momento desconocemos.

—Vaya… Bueno, si su hermano lo extraña, puede pasar tiempo con mis gatos. Tengo cinco y son hijos de mi maestro.

—¿Vinieron a la capital? —preguntó con asombro.

—Claro que sí, mi señor, no son gatos corrientes, son como él, por eso es que aún viven. Mi maestro estuvo en mi ciudad apenas unos días cuando nací, hace veinte años. Ningún gato vive tanto, mi señor.

—Tiene razón, señor Lavank, no lo había pensado. Mi hermano está en Ahrbak Ardhal, pero debe regresar con los magos que haya en el frente, para que sean entrenados. Seguro querrá conocer a los descendientes de Onix.

—Será un placer.

—Acompáñame a la fortaleza y enviaré a un par de guardias con usted.

—No es necesario, mi señor. Nadie nos conoce aquí y, además, podemos defendernos.

—Discúlpame, ha sido un día demasiado largo y ya estoy un poco confundido.

—No le quito más tiempo, regresaré a la posada.

—Descanse, señor Lavank.

Se separaron en el enorme parque que había frente al Palacio de Gobierno e Iskánder regresó a la posada.

La única habitación que tenían disponible ese día era una no muy grande, con dos camas, una tina en un rincón del cuarto y dos baúles a los lados de las camas. No era una maravilla, pero el lugar estaba limpio y era barato. El viaje desde Villa Chester en pleno invierno los obligó a buscar posadas en cada pueblo que cruzaban y se gastaron gran parte de la provisión de dinero que llevaban.

Ante la imposibilidad de acercarse demasiado a Morrau por temor a cruzarse con algún mago de la reina impostora, siguieron el río Rojo hacia el este, hasta que este se cruzaba con el río Mor, y luego subieron a la capital yendo de pueblo en pueblo por el camino que corre junto al río, hacia el norte.

En diagonal entre su ciudad y la capital de Sitnor, se hallaban las tierras quemadas por los magos de la Antigua Era, el llamado Bosque Muerto, que era una extensión de cientos de kilómetros de terreno que había sido arrasado hacía casi trescientos años. La hierba, los campos sembrados, las aldeas, así como sus habitantes, habían quedado detenidos en un eterno instante y

los ríos se habían secado, al igual que los árboles. Todo ser vivo se había convertido en piedra y podía vérselos como esculturas talladas por habilidosas manos. Las aves parecían estar reposando en sus nidos de roca, los humanos fueron inmortalizados cosechando granos de piedra y los animales pastando finas matas de granito. Nada había sobrevivido y nada podría vivir nunca allí.

Iskánder encontró a Zaria recostada en una de las camas, con uno de los gatos negros acostado sobre ella y los demás a su alrededor.

—No sé como haces para dormir con ellos —dijo a modo de saludo.

—Son calentitos. —Iskánder encogió los hombros.

—Les dije que no quería que se acercaran a mi cama, pero no es que hagan mucho caso.

—Son gatos, ¿qué esperabas? Ellos hacen lo que quieren cuando quieren. ¡Vengan con papá! —exclamó y los cinco felinos abandonaron a Zaria para acercarse a él de un salto. Se restregaron en sus botas, mientras ronroneaban ruidosamente. Iskánder se sentó en las tablas del piso y los acarició; los gatos caminaron alrededor de él, algunos por encima de sus piernas y uno de los grises se acostó en uno de sus hombros.

—Ya veo, muy independientes. —Zaria se levantó y estiró los brazos—. Saldré un rato, así puedes darte un baño.

—¿Dejarás la posada?

—Quizás. —La muchacha tomó un cuchillo y lo colocó en su cintura. Tomó sus espadas, pasó los brazos entre las correas de sus fundas y, después de asegurarlas, se marchó.

Iskánder se puso de pie y abrió una ventana.

—Vayan con ella —susurró y los felinos salieron de inmediato, sin embargo, uno negro y uno gris regresaron a la habitación.

—*Puede que nos necesites* —dijo uno de ellos.

—*Y queremos estar contigo si es así* —agregó el otro.

—*No conocemos la ciudad…*

—*… ni a sus habitantes…*

—*… y no queremos tomar riesgos.*

—*¡Ya!* —Iskánder se cubrió, inútilmente, los oídos—. *No hagan eso de hablar a la vez, es molesto.*

—*Lo sabemos…*

—*… y lo sentimos…*

—*… pero no somos capaces de evitarlo.*

Iskánder movió la cabeza de lado a lado, cerró la ventana y dejó la habitación para pedir agua caliente. Le urgía darse un baño, por lo que permaneció en la tina un buen rato después que la llenaron. Al salir, vio divertido que el agua quedó marrón por la cantidad de tierra que se desprendió de su largo cabello. Zaria regresó poco después, cuando estaba terminando de vestirse. Bajaron a cenar y él le contó las novedades a su hermana. Ella, siempre controlada y muy tranquila, parecía nerviosa y expectante, respondía con frases mucho más cortas que lo habitual y parecía haber perdido el apetito.

—¿Qué tienes? —le preguntó cuando llegaron a la habitación.

—Siento algo extraño aquí —dijo y puso una de sus manos sobre su estómago.

—Tienes miedo, ¿no es así?

—No es miedo, pero tampoco sé qué es lo que siento.

—Eres rara…

—Tú más que yo.

—¿Acaso alguien te siguió?

—Nadie más que tus gatos. Es un lugar bastante tranquilo, al parecer. No vi…

—*No se fíen* —dijo uno de los gatos grises—, *ocurren cosas malas.*

Iskánder levantó una mano para pedirle a Zaria que hiciera silencio, como cada vez que alguno de ellos decía algo interesante.

—*Nuestro padre ya no está en la ciudad y el mal se dispersa por los rincones. Se expande de a poco y no hay quien lo detenga.*

—¿Qué dicen? —susurró ella e Iskánder le hizo un gesto para que esperara. Zaria se quitó las botas y comenzó a masajear sus pies mientras su hermano hablaba con los gatos.

—*Hemos encontrado algunas cosas en nuestro paseo con Zaria. Nuestro padre destruyó a un Indigno, y Joshua Pronees a otro, pero hay más de ellos, diseminados en la ciudad…*

—*… inactivos…*

—*… aletargados…*

—*… latentes…*

—*… aguardando el momento justo…*

—*… el instante preciso…*

—*… para ocasionar el caos.*

—*¿Cómo lo descubrieron?* —Iskánder sacudió la cabeza para quitarse la incómoda sensación que le dejaban todas las mentes de sus gatos. Cada vez que hablaban de esa forma lo mareaban, porque cada una de sus mentes era diferente, lo mismo que las emociones que los acompañaban, y que hacían presencia en la de Iskánder por los escasos segundos que les llevaba decir lo que sea que dijeran. Además, podía ver sus imágenes mentales y no siempre eran gatos. A veces eran humanos, o aves, arañas, perros, caballos o lo que se les ocurriera. Lo hacían así porque los gatos entraban en cada mente que se cruzaba en sus caminos e inspeccionaban todo lo que podían. Presentarse como quienes realmente eran siempre les pareció peligroso, en cambio así, la persona que estaba siendo sometida a investigación por los felinos tenía lo que parecía un breve recuerdo de algo pasajero, como si de pronto recordaran un animal o una persona, y su recuerdo se diluía en cuanto los felinos abandonaban esa mente.

—*Padre dejó pistas que supimos encontrar.* —El gato gris que había tomado la palabra, el mayor de los hermanos, se lamió la pata y se mordisqueó la almohadilla, para quitarse una astilla—. *Tendremos que encontrar lo que se ha dejado aquí antes que sea tarde.*

—*¿A qué te refieres?*

—*Cofres, Iskánder. Trajeron la maldad en formas de monedas…*

—*… de oro…*

—*… de plata…*

—*… de cobre…*

—*… de bronce…*

—*… y las fueron diseminando…*

—*… distribuyendo…*

—*… repartiendo entre las personas, poco a poco.*

Iskánder se tomó la cabeza, agobiado por los cambios de interlocutor. Sin embargo, no los detuvo.

—*Llegarán a las manos adecuadas…*

—*… a las manos malvadas…*

—*… y será cuando el caos comience, Iskánder.*

—*¿Cuándo será eso?*

—*No lo sabemos…*
—*… pero debemos encontrarlas…*
—*… y destruirlas…*
—*… antes que sea tarde…*
—*… muy tarde, Iskánder.*
—¡Mierda! —exclamó y Zaria saltó de la cama del susto—. ¿De cuantas monedas hablamos?
—*Un par de centenas.*
—¿Doscientas con seguridad o…?
—*No lo sabemos con certeza aún, debemos movernos más.*
—*Acabamos de llegar…*
—*… y no pudimos hacer demasiado.*
—*Ten paciencia.*

Iskánder caminó desde su cama hasta la puerta de la habitación varias veces, hasta que logró serenarse. Acarició a sus gatos, les agradeció por su trabajo y ellos respondieron con ronroneos. Zaria esperó pacientemente a que él terminara y, cuando lo hizo, dos de ellos salieron por la ventana hacia el tejado vecino y los otros tres, quienes salieron más temprano, se acomodaron en la cama y comenzaron a asearse con dedicación. Iskánder le contó a Zaria lo que los felinos dijeron.

—Bueno, parece que tendremos que empezar a trabajar enseguida.

—No sé tú, pero yo sí, aunque dudo que pueda hacer algo solo. Nunca estuve en situaciones así, lo único que hice fue tender camas y hacer el aseo. —Zaria se largó a reír—. Es vergonzoso, pero es la verdad. Si mi maestro lo supiera, seguro que se molestaría conmigo.

—Te aconsejo que no lo menciones —dijo, divertida—, no creo que quieran poner la seguridad de Sitnor en tus manos con esa experiencia tan… doméstica.

Iskánder soltó una carcajada.

—Imagínate que me presente mañana ante el Gobernador diciendo que se me da bien la limpieza.

—Y la cocina… —agregó Zaria, entre risas.

—¡Cierto! Corto verduras como un experto —dijo mientras movía los dedos en el aire—. Y mis estofados son dignos de servirse en la mesa del Gobernador.

Continuaron riendo y bromeando hasta que el sueño se apoderó de ellos. Los dos gatos que habían salido regresaron a mitad de noche y un somnoliento Iskánder se levantó a abrirles la ventana, después de que lo despertaron irrumpiendo con suavidad en su mente.

Apenas el nuevo día se hizo presente, los hermanos despertaron, sin haber podido descansar todo lo que necesitaban, después de haber viajado por un mes desde el sur del país. Había cosas que el Gobernador de Sitnor debía conocer con urgencia.

19

Noah llegó al Palacio de Gobierno e Iskánder Lavank lo esperaba allí. Después de haberse aseado y haber descansado, el joven parecía otra persona. Iskánder era tan alto como él, delgado y llevaba el cabello largo, hasta la mitad de su espalda. Noah pensó, divertido, que si se dejara crecer el cabello, podrían confundirlos con facilidad.

Junto a él, se encontraba una muchacha bastante parecida a su hermano, alta, de ojos pequeños y rasgados y cabello gris oscuro. Ambos vestían como tesarianos lo que le llamó la atención. Llevaban pantalones de cuero, botas de suela alta y una chaqueta corta, ceñida al cuerpo, lo que les hacía parecer aún más delgados y altos. Iskánder, además, llevaba guantes de cuero con hebillas en sus muñecas y media falda sobre su pierna izquierda. Noah se sentía maravillado; siempre le había gustado aprender de otras culturas y los nuevos parecían venir directamente desde el helado país del sur.

—Buenos días, señor, señorita —dijo con una reverencia.

—Mi señor —contestaron ambos a la vez.

—Le presento a mi hermana Zaria, de quien le hablé anoche —dijo, por su parte, Iskánder y ella extendió la mano para presentarse.

—Síganme, por favor —dijo y los condujo al despacho del primer piso, en donde pasaba la mayor parte del día después que fue nombrado Gobernador. En cuanto llegaron, Noah rodeó el escritorio y les señaló los sillones que quedaban frente a él—. Tomen asiento, por favor.

—Tenemos varias cosas que decirle, mi señor —dijo Iskánder ni bien se acomodó.

—Adelante —asintió Noah.

—Mi maestro, Onix como ustedes le llaman, dejó varias cosas, pistas, leyendas, que mis gatos encontraron anoche en el momento en que acompañaron a Zaria a dar un paseo. —Noah abrió mucho los ojos—. Al parecer, él estaba investigando sobre la llegada de cofres con monedas, ya que cada una de ellas contiene a un Indigno.

Noah saltó de su silla y se llevó las manos a la cabeza. Recordaba a la perfección lo que uno de ellos había ocasionado en la ciudad la noche que Onix y Astor quisieron destruirlo.

—¿Indignos? ¿Están seguros? ¿De cuántos estamos hablando?

—No lo sabemos aún con certeza, mi señor. Mis gatos dijeron que un par de centenas, pero es un número impreciso todavía.

Noah se sintió desfallecer y cayó sentado nuevamente. Un solo Indigno ya era preocupante… Varias centenas podrían significar la destrucción de la ciudad.

—Puede que Onix haya encontrado el cofre y destruido su contenido. —Zaria habló por primera vez—. Los gatos seguirán investigando para saber qué es lo que pudo hacer el maestro antes de dejar la ciudad.

—Quizás esos mensajes sean viejos, mi señor, pero queríamos que lo supiera para que pueda decidir qué hacer con esto, en caso de que las monedas hayan sido distribuidas.

El Gobernador se quedó callado por algunos minutos y los Lavank aguardaron, pacientes, a que se expresara.

—No me esperaba algo así. Por los dioses… Indignos. ¿Alguna vez han visto a uno? —Los hermanos se miraron por un breve instante y negaron con un movimiento de cabeza—. Son aterradores y completamente malvados. Disfrutan haciendo daño, ríen ante el dolor propio o ajeno… —Noah cruzó las manos sobre el escritorio—. Necesito hablar de esto con los magos de

Erjathá y quisiera saber si sus gatos estarían dispuestos a viajar hacia allí, por si Onix dejó algún mensaje para ellos. Tenemos dos magos del Sol que viajan constantemente de un lugar a otro y pueden llevarlos y traerlos en unas pocas horas. Sería una catástrofe si allí también dejaron de esas monedas.

—Hablaré con ellos —dijo Iskánder. Se puso de pie y se alejó por unos segundos—. Dicen que van a ir a Erjathá cuando usted lo decida, están a sus órdenes, mi señor.

—Agradéceles de mi parte. —Noah suspiró y se acomodó el cabello—. Bueno, bienvenidos a Sitnor. —Intentó sonreír—. No ha sido el recibimiento que me hubiera gustado darles, pero ya no puedo cambiarlo. La guerra hace cosas fuera de toda previsión. Aun así, los presentaré formalmente en la ciudad, la gente no tiene por qué saber que Zaria no es maga. No diré que lo eres, pero tampoco lo negaré en un inicio.

—Mi señor, no me sentiré cómoda con eso.

—Lo sé, pero necesito que la gente confíe en mí. Derogué la Ley de Protección hace un mes y no se ha presentado ni un solo mago para aprender a utilizar sus poderes. Se ha corrido el rumor de que es una trampa, y quiero asegurarme de que comprueben que no es cierto. Permanecerán a mi lado la mayor cantidad de tiempo posible, siempre y cuando Iskánder no sea necesario en el frente. Con usted, señorita Zaria, no sé qué hacer de momento. Recién en primavera partirá un grupo de soldados al norte, por lo que estará por aquí hasta ese entonces. Quizás puede acompañar a algunos de mis soldados a ir a buscar magos a los poblados o aldeas hasta que llegue el momento de partir. —Zaria asintió—. Hemos acondicionado una casa para que se sientan cómodos allí. Enara, mi esposa, los acompañará y ayudará a instalarse. Dejaré que descansen, mientras consigo comunicarme con alguien de Erjathá para el viaje de los gatos y ver si, además, los felinos pudieron encontrar más pistas que nos aclaren a qué estaremos enfrentándonos. Señor Iskánder, ¿sus gatos tienen nombre?

—Los nombres que su madre les dio son impronunciables para los humanos, mi señor.

—Comprendo.

—Para los demás, nunca fueron más que gatos, por lo que no tuve que nombrarlos. Ahora que se han vuelto importantes, les diré que necesitan buscar un nombre.

—Mi hermano me dijo una vez que Onix era bastante difícil, me supongo que no debe ser simple lidiar con cinco de ellos.

—Uno llega a acostumbrarse, mi señor —respondió Iskánder, divertido y Zaria lo miró con escepticismo.

—¿Están entrenados?

—Formalmente, no. Yo los entrené, pero no soy maestro. No es válido de ninguna manera, aunque a fines prácticos, es de mucha utilidad.

—Si quieren pueden entrenarse con alguno de los maestros que venga de Erjathá, se han ofrecido a ayudarnos en cuanto comiencen a presentarse los nuestros.

—Creo que sería apropiado mantenerlos escondidos, al menos por ahora, pero lo consultaré con ellos, de todos modos. Los maestros de la Antigua Era ocultaban a los animales con poderes después que un incidente, que involucró a algunos de ellos, derivó en una cacería descontrolada de inocentes.

—Ahora entiendo, seguiremos su consejo entonces —acordó Noah—. No quisiera que se pierdan vidas innecesarias.

—También me han dicho que uno de ellos estará con usted en los momentos en que yo no me encuentre a su lado, para su seguridad.

—No los notará en un principio —dijo Zaria—, pero con el tiempo aprenderá a verlos en los

tejados o entre las sombras.

—Agradézcanles de mi parte —dijo Noah y los hermanos asintieron. Noah se puso de pie—. Regreso enseguida.

Salió al pasillo y habló con uno de los guardias que custodiaba la escalera, para pedirle que fuera a buscar a Enara a la fortaleza.

Noah regresó, llamó a la puerta de Tanáel y este respondió desde el interior con un simple «¡Pasa!». Noah ingresó y lo encontró con una gran pila de libros sobre su escritorio, estudiando leyes.

—Iskánder Lavank está en mi despacho, junto a su hermana —dijo apresurado—. Tienen… —Noah suspiró y se dejó caer en uno de los sillones—. Tienen pésimas noticias, no sé en qué estaba pensando Onix cuando nos dejó este trabajo, Tanáel.

—Él sabía que somos capaces, no te agobies.

—Indignos, centenas de Indignos dispersados por las calles de Sitnor.

—¿Qué? —Tanáel palideció y Noah recordó con pesar que su casa había sido destruida esa noche y que perdió a sus padres y a su hermana en el ataque. Lamentó profundamente haber sido tan brusco al decirlo.

—Perdóname, por favor. —Se apresuró a disculparse—. No estaba pensando con claridad. —Noah se acercó a su amigo y puso la mano en su hombro. Tanáel bajó la vista y asintió.

—Ahora comprendo a lo que te referías, ¿cómo se supone que enfrentaremos a los Indignos sin magos? Ni siquiera Josh está aquí, aunque creo que lo de él fue más determinación que otra cosa, por lo que el Indigno les hizo a Mirka y a Quentin.

—Aun así, lo que Josh hizo nos servirá de experiencia.

—Solo si son como aquel, mutables.

—Los dioses quieran que no haya ninguno de esos —dijo Noah y alguien llamó a la puerta. Tanáel se levantó de su asiento y fue a abrir. Era Enara, que cambió su sonrisa por un rostro preocupado en cuanto los vio.

—¿Qué sucedió ahora? ¿Los chicos están bien? —Enara aún llamaba «chicos» a Josh y a los hermanos de Noah.

—Llegó Iskánder Lavank —dijo Tanáel a modo de saludo—, y con él la noticia de que hay cientos de Indignos diseminados por la ciudad.

Enara se detuvo donde estaba, antes de llegar hasta Noah, por lo que él caminó hasta alcanzarla.

—Hablaremos después —dijo y la rodeó con su brazo para tranquilizarla—, y les explicaré con más detalle lo que me han dicho. Él y su hermana me están esperando en mi despacho. Acompáñenme, quiero presentárselos.

Después de haber intercambiado las formalidades de rigor, Enara dejó el Palacio de Gobierno junto a los hermanos Lavank y los llevó al que sería su nuevo hogar: una casa de dos plantas muy cerca de la fortaleza. Era una construcción de piedra y techo de madera, como la mayor parte de los edificios de la capital. Una puerta de dos hojas les dio la bienvenida y Enara les dio paso a los hermanos ni bien la abrió. Una amplia sala los recibió, en la que había solo un par de sillones, un perchero y un escritorio.

—No sabíamos qué necesidades tendrían —dijo Enara y cerró la puerta—, por lo que pusimos solo lo básico. Pueden pedirme lo que sea que necesiten y me encargaré de conseguirlo para ustedes.

Enara se acercó a uno de los ventanales y corrió las cortinas. Los rayos de sol entraron

presurosos para llenar el lugar de luz. Caminó hasta la chimenea y la encendió con un chasquido de sus dedos; Zaria ahogó una exclamación e Iskánder sonrió.

—A Noah no le agrada que haga esta clase de cosas, pero está frío aquí y nunca fui muy buena encendiendo las chimeneas.

—El Gobernador no mencionó sus poderes, mi señora —dijo Zaria.

—Intentamos que aún no se sepa, aunque es algo ridículo, a mi parecer. Sin embargo, él cree que es mejor así, teniendo en cuenta lo que sucedió en Pyebra. La reina Viktoria es aterradora incluso para aquellos que nunca la han visto.

—Eso dicen… —dijo Iskánder.

—Por eso es que, de momento, seguiré escondida. Ustedes tienen la libertad de hacer uso de sus poderes cuando lo crean conveniente, pero intenten no asustar a los ciudadanos. Un Indigno atacó la capital hace un tiempo, hizo un desastre, asesinó personas y destruyó muchos edificios, incluido el Palacio de Gobierno. Los vecinos de la ciudad aún sienten miedo de cualquier cosa que se relacione con la magia.

—Yo no soy maga, mi señora, solo Iskánder. Yo vine como soldado.

—Veo tus armas. Podrás practicar con Quentin, mi cuñado, si es que se encuentran, él también usa dos espadas.

—Escuché mucho de él —dijo y su actitud cambió de ser seria e inexpresiva a la de una chiquilla ruidosa y entusiasmada. Su rostro se sonrojó y sus ojos parecían brillar cada vez que soltaba una palabra—. Hasta Villa Chester han llegado noticias de su destreza y es uno de los hombres más importantes de Sitnor, sino de todo el continente.

—Cálmate —susurró Iskánder.

—Por eso es que hice que mi padre me comprara dos espadas. No veo la hora de conocerlo. ¡Se han contado tantas cosas asombrosas sobre él!

—No sé cuándo estará por aquí —dijo Enara, en un intento de aplacar la emoción de la joven—, pero supongo que no faltará mucho para que llegue acompañando a los magos del frente. Espero que tengan la oportunidad de cruzarse con él, es un buen muchacho.

—Nada me gustaría más… —Giró hacia su hermano y lo tomó de la chaqueta con ambas manos—. ¿Te imaginas que quiera entrenar conmigo, Iska? Por Sinmá, sería grandioso.

—Ya cálmate —dijo él, visiblemente incómodo.

—Perdonen —se excusó Zaria. Bajó la mirada y su rostro se enrojeció aún más que antes—. Discúlpeme, mi señora.

Enara asintió con una sonrisa y caminó hacia la puerta.

—Los dejaré para que se acomoden, pueden buscarme en la fortaleza si necesitan algo; si no estoy, dejen su recado a cualquiera de los guardias, ellos se asegurarán de encontrarme. Llené las alacenas y hay leña cortada afuera. Vendré a verlos por la tarde, si no surge ningún inconveniente.

Enara le entregó la llave a Zaria y dejó la casa. Un viento gélido le golpeó las mejillas y subió el cuello de su abrigo para cubrirse el rostro. A pesar de que sentía mucha curiosidad por las novedades que trajeron los hermanos Lavank, sabía que Noah estaría ocupado hasta después del mediodía por lo que se dirigió hacia el mercado.

Al llegar a las calles en que los puestos impedían el tránsito de carretas y peatones, una decena de niños y niñas se arremolinaron a su alrededor, llamando su atención. Era normal que intentaran conseguir sus propias monedas y, por eso, se ofrecían a llevar las compras de la gente. Contrató los servicios de una niña y ella la acompañó con su pequeño carro de madera cuando comenzó a recorrer los puestos. Compró algunas frutas de estación y también nueces y

almendras, ya que quería hacer uno de los panes dulces que Elisa, su fallecida suegra, solía cocinar. Sabía que a Noah le gustaban, pero ella nunca había intentado hacerlos.

Caminó entre los angostos pasillos que formaban los puestos hasta llegar a donde vendían adornos, perfumes y géneros. Se entretuvo observando los detalles de cada cosa y compró una fina cadena con una piedra de cuarzo rosa para su esposo. Cuando se dio cuenta, las calles estaban casi vacías y la mayor parte de los puesteros se reunían en grupos de cinco o seis personas para compartir el almuerzo. La niña la había seguido todo el camino sin protestar ni quejarse, a pesar de ser pequeña.

Enara comenzó a caminar hacia la calle principal, para volver a su hogar, y un chiquillo las alcanzó.

—¡Señora! Se ha olvidado de esto —dijo y dejó un paquete en el carro de la niña. Sin embargo, antes que Enara pudiera agradecerle, el niño regresó hacia el mercado y se perdió entre los puestos. Enara le quitó importancia y retomó su camino.

Al llegar a la fortaleza, ayudó a la niña a vaciar el carro, le dio dos monedas y una tarjeta con su nombre y dirección escrita, para que sus padres supieran con quienes estuvo, y la niña se marchó.

Enara guardó las frutas en un canasto, las nueces en un frasco e hizo lo propio con las avellanas. Tomó el paquete que el niño le dejó y lo miró desconcertada, puesto que no había comprado nada más, de eso estaba segura.

Parecía que era una pieza de género, aunque se sentía algo rústico. Desató la cinta, abrió el bulto y se encontró con una tela sucia y vieja. Un familiar olor a suciedad y decadencia le llegó a las fosas nasales. Las lágrimas se agolparon de repente en sus ojos pero, aun así, sacó de la envoltura una túnica pequeña, hecha con la tela de un saco de patatas.

La recordaba, había vestido su cuerpo cuando era niña.

—¿Por qué? —murmuró—. No ahora, por favor.

Los recuerdos la golpearon con la fuerza de un vendaval y cayó de rodillas en el piso empedrado de la cocina, con la sucia túnica entre las manos. Las memorias de su dolorosa infancia arrasaron su presente con violencia, llevándose con ellos la poca estabilidad emocional que había logrado construir con el amor y el cuidado de Noah.

Enara corrió hacia las escaleras y las subió, tropezando cada pocos pasos. Sus piernas y sus manos se lastimaron con cada caída, pero ella no se percató de lo que ocurría, tan ocupada como estaba en escapar de donde nadie podía; sus ojos se empañaron de furia y dolor y su mente se nubló de recuerdos y fantasmas.

Ingresó al cuarto de baño y sus manos, nerviosas y heridas, rasgaron su ropa con desesperación, como si las telas le quemaran la piel tanto como lo hacían las lágrimas que inundaban sus ojos y corrían por sus mejillas.

El agua helada no pudo apagar el incendio que sentía en su interior ni apaciguar el clamor de sus demonios. Tomó una esponja y comenzó a frotar frenéticamente su piel, como si con eso pudiera borrar sus cicatrices.

Lloraba sin saber que lo hacía y sus gritos alertaron a los guardias que custodiaban la fortaleza. Tres de ellos entraron por la cocina y recorrieron la casa hasta que la encontraron. Ella gritó aún más fuerte al verlos, sus ojos se volvieron grises y la puerta se cerró con un estruendo que hizo temblar los vidrios de ventanas y puertas.

20

Noah dejó sus asuntos pendientes en manos de Tanáel y corrió a la fortaleza. El llanto de su esposa podía escucharse antes de ingresar a la casa y la piel se le erizó porque nunca había oído nada igual.

Despidió a los guardias al llegar, subió las escaleras de unas pocas zancadas y golpeó la puerta con suavidad.

—Enara, soy yo. ¿Puedo pasar? —Noah esperó a que respondiera, pero solo la oía llorar. Aguardó unos instantes y volvió a insistir; ella, sin embargo, continuaba sin responder—. Voy a entrar, ¿sí?

Abrió la puerta muy despacio para que ella notara que estaba por ingresar y pudiera detenerlo si así lo deseaba, sin embargo, ni una palabra coherente salía de sus labios. Murmuraba mezclando palabras en sitnorense y en pyebrano, sin que ninguna de ellas tuviera relación alguna.

Cuando la vio sintió un nudo en la garganta y los ojos se le aguaron. Estaba sentada en la bañera, de espaldas a la puerta; se abrazaba las rodillas y se balanceaba de atrás hacia adelante, con la cabeza escondida entre sus brazos.

Noah nunca antes había visto a Enara desnuda, ella decía que su cuerpo le avergonzaba y siempre lo llevaba cubierto, fuera verano o invierno. Tampoco nunca habían tenido intimidad, por supuesto, y ella había aceptado que él buscara a otras mujeres si así lo deseaba, pero no quería enterarse si lo hacía. Noah amaba a su esposa con cada parte de su ser y jamás dejó su hogar con esa intención.

Enara en un principio huía del contacto físico, aunque la dedicación, el amor y la paciencia de Noah le dieron la confianza suficiente para confiar en sus abrazos. Apenas unas noches antes que fueran atacados por Reda Almairon y sus hombres, Enara entró en la habitación de su esposo por primera vez y empezó a dormir a su lado. Algunas veces, él se despertaba y la encontraba llorando en silencio, hecha un ovillo en la orilla de la cama, pero se calmaba cuando él la abrazaba y lo oía hablar.

Enara nunca quería hablar de lo ocurrido en Pyebra y, hasta ese momento, él había respetado su decisión.

Noah se acercó despacio a la bañera y se pasó las manos por los ojos para limpiar sus lágrimas. El lienzo blanco de su piel tenía un intrincado dibujo de líneas rosadas de diverso grosor, donde los latigazos, cortes y quemaduras habían marcado tanto el cuerpo como el alma de su esposa.

—¿Qué han hecho contigo, hermosa mía? —susurró con la voz rota—. ¿Qué clase de ser humano puede permitir algo así?

Ella hizo silencio y Noah se arrodilló a su lado. Vio que en la piel enrojecida de sus brazos algunas gotas de sangre brotaba de las heridas que ella misma se hizo.

Noah intentó recomponerse del impacto que le causó ver las cicatrices de Enara y habló con la mayor normalidad posible.

—Mírame, por favor, soy yo, Noah. —Enara no se movió para verlo, solo continuaba balanceándose de atrás a adelante—. ¿Puedo… tocarte? Debes salir del agua o vas a enfermar.

—Vete, déjame sola. —Su voz sonó tan monótona y apagada que parecía la de alguien que carecía de sentimientos y emociones.

Noah se quitó los zapatos y entró en la bañera. El frío del agua le cortó la respiración pero, aun así, se sentó detrás de su esposa y la abrazó antes de que ella pudiera reaccionar.

—Todo estará bien, regresa aquí, por favor.

—¿Noah? —preguntó entre sollozos, como si recién en ese momento se hubiera percatado de su presencia. Enara se dio vuelta y sus ojos enrojecidos e inflamados lo vieron, al fin. Noah sonrió, ella se aferró a él y apoyó la cabeza en su pecho, sin dejar de llorar—. Perdóname… perdón por esto, Noah, perdón…

Noah le besó la frente, le acarició la espalda y sintió bajo sus dedos algunas de las cicatrices más gruesas.

—Tenemos que salir de aquí —susurró después de unos momentos y Enara asintió. Se puso de pie y le tomó las manos para ayudarla a salir. La envolvió con un paño seco y, todo él chorreando agua, la acompañó a la habitación. Regresó al cuarto de baño para quitarse la ropa empapada, se envolvió en otro paño y volvió junto a Enara; estaba sentada en el borde de la cama y tenía la mirada perdida en el piso. Buscó ropa en los armarios y la puso a su lado, regresó a tomar algunas prendas para él y, cuando estaba a punto de dejar la habitación otra vez, Enara lo detuvo.

—Quédate.

—Solo un momento para vestirme, regresaré cuando haya terminado, ¿sí? —Enara asintió y Noah se cruzó a su antigua habitación. Se secó sin demasiado esmero, se vistió a medias, lo suficiente para que Enara no se sintiera incómoda al verlo y terminó de abrochar su camisa en su camino de regreso. Su esposa seguía en el mismo lugar que estaba cuando la había dejado. Tenía el rostro pálido, los ojos enrojecidos y los labios morados, al igual que las manos y los pies.

—Debes vestirte, Enara, estás violeta por el frío —dijo mientras terminaba de abrigarse. Sentía su cuerpo temblar y sus manos inútiles y entumecidas.

Ella no se movió en lo absoluto, por lo que Noah se acercó y ya sin pensar en el pudor que su esposa siempre sentía, le secó el cuerpo y la vistió. No podía dejar de sentir un gran dolor por cada marca que veía en su piel, puesto que cada una de ellas seguro le había arrancado miles de lágrimas y otros tantos miles de pensamientos tortuosos. Enara, sin embargo, parecía perdida y apenas si hacía algún movimiento para ayudarlo.

Le cubrió la espalda con una manta, hizo que se sentara de nuevo en la cama y masajeó sus piernas y sus pies hasta que empezaron a tomar temperatura. Peinó su revuelto cabello con suavidad, y, cuando terminó, le tomó las manos. Las sostuvo entre las suyas por unos momentos y luego se levantó. Buscó vendas y un ungüento y regresó para curar las heridas que ella misma se hizo en los brazos. Al terminar, se alejó para colgar la ropa húmeda que había quedado sobre la cama y en el cuarto de baño.

—Te mereces a alguien mejor que yo —dijo Enara, sin levantar la vista—. Ya has visto mi cuerpo, soy un monstruo.

Noah dejó la ropa junto a la puerta, regresó, se sentó a su lado y le tomó el rostro.

—Te amo tal como eres, no deberías pensar en esas cosas ahora.

—Y te has casado con alguien que no es siquiera ni media mujer.

—Me preocupa más lo que acaba de suceder. —Noah se metió en la cama, llevó a Enara a su lado y cubrió a ambos con las mantas—. Del resto ya hemos hablado y no creo que haya nada más para decir, no quiero que te castigues con eso.

—Pero…

—Ya comprendo —dijo con una sonrisa y besó su cabeza. Le acarició el rostro y pensó que quería encontrar a esa tal Dama de la Cueva y hacerla volar en pedazos—. Y mi respuesta es no,

Enara. No te sacaré de mi casa ni haré ninguna de esas cosas que pretendes. Tienes miedo y yo estoy aterrado, pero no por eso voy a deshacerme de ti como si no me importaras en lo absoluto, ¿por quién me tomas?

Enara se sentó en la cama y lo miró.

—¿Por cuánto tiempo aguantarás esta clase de cosas? ¿Cuántas veces me sacarás de la bañera?

—Sucedió solo una vez y nada asegura que volverá a ocurrir, no te mortifiques —dijo con toda la calma que lo caracterizaba. Los ojos de Enara se aguaron, otra vez, y su corazón volvió a estrujarse.

—¿Cuánto tiempo pasará hasta que te canses de mí? —preguntó, angustiada—. Pedí el control, ¿comprendes? Perdí la razón y recién me di cuenta de lo que estaba pasando cuando te vi empapado a mi lado.

—Nunca me cansaré de ti. Superaremos esto también, como todo lo que se nos presente.

Noah sonrió y abrió los brazos; Enara se acostó a su lado nuevamente y él volvió a cubrirla con la manta.

—¿Me dirás qué fue lo que te perturbó? —preguntó después de unos minutos y sintió el cuerpo de Enara tensarse—. Estoy contigo ahora, no dejaré que esos recuerdos vuelvan a dañarte.

Enara se tomó unos minutos antes de contestar y cuando lo hizo, su voz era apenas más alta que un susurro. Le contó del paquete que le habían entregado y de su contenido.

—Pasé tres años encerrada en la oscuridad, la única luz que veía era la de las antorchas y, si había luz era porque alguien se acercaba. Si alguien se acercaba, era para causar daño. Si en algún momento decía la palabra «No», el verdugo pasaba a la celda de al lado y torturaba a quien se encontrara allí. —Enara se cubrió la cabeza con ambas manos y se hizo un ovillo; Noah la abrazó con fuerza y sintió que tenía una piedra en su garganta, que le impedía respirar y hablar—. Y yo solo podía escuchar sus lamentos y sus llantos. Sin importar cuánto le suplicara que se detuviera… él nunca se detenía. Nunca, nunca. ¿Cuántos murieron por mi culpa?

—Es suficiente, ya es suficiente, regresa aquí… —Noah la tomó de los hombros, tratando de calmarla.

—Ella ríe, de pie frente a la celda, viéndolo todo. Mirándome llorar y rogar para que el verdugo regrese a mi celda.

Noah la tomó de las muñecas, para verle el rostro.

—Enara, mírame —dijo con toda la calma que fue capaz. Sus ojos vidriosos y aterrados parecían ver más allá de él, más lejos de lo que él se encontraba, más allá, incluso, del tiempo—. Estoy aquí, mírame, por favor.

Noah sintió que la desesperación quiso adueñarse de él también, pero debía enfocarse y hacer algo para que Enara regresara, no podía dejarla reviviendo esos terribles momentos otra vez. No tenía en la casa ninguna poción que pudiera darle para calmarla, no había nadie cerca para que se quedara con ella y, por supuesto, no quería ni podía dejarla sola en ese estado. Las palabras de Enara habían vuelto a convertirse en un murmullo incoherente en varios idiomas y seguía sin escucharlo ni verlo.

—¡Enara! —dijo en voz más alta de lo que hubiera querido y ella, al fin, lo miró. En sus ojos perturbados apareció una chispa de luz al regresar de sus recuerdos y él respiró aliviado.

—Voy a perder la razón, Noah —murmuró—. Los recuerdos me van a robar poco a poco todo lo que tiene sentido, me van a robar de tu lado y nunca podré regresar. Ella lo hará, ya verás, ella logrará destruirme como a todos los que se le acercan, como…

—Detente. Ya es suficiente.

—Ella está aquí —dijo y se llevó un dedo a la frente—. Y los olores y los sonidos me traen su recuerdo y no se irá hasta haberse llevado todo lo que tiene sentido.

—Tú eres la única que tiene poder aquí dentro. —Noah deslizó un dedo desde su frente hasta la punta de su nariz y ella entrecerró los ojos—. Recuerda eso

—¿Cómo haré? ¿Y si hay más túnicas? ¿Y si envía otras cosas? —parecía que la desesperación iba a apresar su mente una vez más, pero Noah se acercó y le besó la frente.

—Son solo cosas que no pueden dañarte si no lo permites, amor mío. ¿Qué es una túnica? Un trozo de tela y, a menos que esté envenenada, es inofensiva. Eres fuerte, más fuerte que ella y que todos los demás, porque fuiste capaz de cambiar, de desobedecer y de enfrentarlos. Sobreviviste a miles de cosas y las marcas en tu piel lo demuestran —dijo mientras se acostaba en la cama y se cubría con la manta. Parecía que el frío no quería dejar su cuerpo aún. Enara, que se había acurrucado junto a él, hizo un gesto inconsciente y se abrazó a sí misma—. Te golpearon, te quemaron y vaya uno a saber que más, pero estás aquí y has podido vivir con normalidad; estudiaste, aprendiste a usar tu magia, ¿te parece poco lo que has conseguido?

—Tengo miedo todo el tiempo, Noah. Cuando estoy sola, cuando está oscuro, por las noches… Te tuve miedo a ti, por mucho tiempo. —Noah abrió grandes los ojos y la miró, a pesar de que ella no podía verlo—. Aunque siempre fuiste respetuoso y paciente conmigo, creí que cambiarías después de casarnos.

—Mi Enara…

—Dormía con un cuchillo bajo la almohada, por si entrabas en mi habitación.

—¿Qué? ¿Cómo que…? —preguntó sin darse cuenta de la sorpresa que le había causado esa confesión. Esta vez sí se movió y se sentó en la cama para verla. Ella desvió la mirada, avergonzada.

—Tenía miedo, Noah, y era más fuerte que yo. Me enamoré de ti, incluso antes de que tú supieras que yo existía, mientras te seguía para informar a Pyebra, pero… —Enara sonrió como si todo lo que hubiera ocurrido en esos angustiantes momentos se hubiera diluido en el olvido. Le acarició el rostro y Noah puso las manos sobre las suyas—. ¿Cómo podía decirles quién eras en realidad, si el único momento en que sonreía era cuando te veía? Aun así, después de casarnos tuve mucho miedo. Me da vergüenza decirlo, pero así fue… Ahora tengo la certeza de que eres el hombre más bueno, dulce y comprensivo de todo el mundo.

—Lamento mucho que te hayas sentido así en tu propio hogar, donde deberías haber estado segura y protegida.

—Fueron mis propios demonios, mi corazón, tú solo haces que mi vida tenga sentido. Eres un milagro que los dioses me obsequiaron y te amo tanto, que soy capaz de hacer cualquier cosa por ti.

Noah sonrió y le dio un beso en la frente. Volvió a acostarse y Enara se acomodó junto a él.

—Si es así, entonces intentemos sanar tus recuerdos. Voy a descubrir cómo hacerlo, ahora que sé cómo te sientes. Buscaré por cielo y tierra la forma de ayudarte, porque lo único que quiero es que seas feliz.

—Haré todo lo posible para poder superarlo. —Se quedó callada por unos momentos—. Cuando empecé a dormir contigo, me aterraba que vieras mi cuerpo marcado y huyeras de mí, pero estás a mi lado después de haberlo visto. Pensé que dejarías de amarme cuando vieras las horribles cicatrices que me llenan la piel de vergüenza y el alma de dolor.

—Te amo por quien eres y, a mis ojos, eres hermosa. Una cicatriz no cambia lo que significas para mí.

—No es una, son muchas.

—En ese caso —sonrió—, muchas cicatrices no cambian lo que significas para mí.

Noah se levantó, sin destapar a Enara.

—Encenderé la chimenea —dijo mientras recogía la ropa húmeda que había quedado junto a la puerta—, y luego iré por el almuerzo. Tú descansa.

—¿Puedes… quemar la túnica?

—No te preocupes por eso, yo me encargo de todo.

Después de la comida, Noah fue a ver a Zaria. Tenía muchas cosas para hacer por la tarde y no quería que Enara se quedara sola después de lo que le había sucedido. Le encargó que fuera a buscarla con la excusa de conocer la ciudad o lo que se le ocurriera, con tal de acompañarla hasta que él terminara con sus asuntos y pudiera regresar, al anochecer. Zaria no hizo preguntas, algo que Noah agradeció, y aceptó la orden del Gobernador.

Se pasó el resto del día con los pensamientos entre lo que debía hacer y su esposa, preocupado en cómo estaría. Se consolaba sabiendo que, de haber problemas, irían a buscarlo, pero la inquietud no tardaba en regresar. Solo quería volver a casa, verla sonreír y saber que se encontraba bien.

Cuando al fin cayó la noche, tomó los documentos que le faltaban por leer, dejó el Palacio de Gobierno y se dirigió a la fortaleza, pero la casa estaba vacía, oscura y fría. Alarmado y con miedo a lo que pudiera haber sucedido, prendió un farol y subió las escaleras, solo para encontrarse con que Enara aún no había llegado.

«Las desgracias son lo primero de lo que uno se entera» pensó.

Algo más aliviado, encendió todas las chimeneas y faroles, se dio un baño y estaba empezando a vestirse cuando la escuchó llamarlo. Enara lo esperó en el pasillo mientras le contaba que había acompañado a Zaria a recorrer la ciudad, a conocer los lugares más importantes y a comprar un par de muebles que necesitaban, así como ropa de cama y algunos utensilios de cocina que habían olvidado dejar en la casa de los hermanos Lavank. Su voz sonaba ansiosa, pero sin rastros de preocupación.

Al abrir la puerta, Enara sonrió y se abrazó a él. Noah se sorprendió al punto de no poder reaccionar, ya que ella nunca había hecho algo así. Cuanto mucho, se acercaba a él y era Noah quien la abrazaba, o tomaba su mano cuando estaba asustada por alguna razón. Noah sonrió y la rodeó con sus brazos. Ella se encontraba bien, mejor aún de lo que antes estaba y nada podría hacerlo más feliz.

—Gracias, Noah —dijo sin moverse de su lado.

—¿Por?

—Pensé que… Tuve mucho miedo de que no regresaras hoy.

—¿Y no verte sonreír? —preguntó fingiendo alarma, aunque por dentro se sintió angustiado por los pensamientos que la habían atormentado durante las pocas horas que estuvo lejos de ella—. Tienes que estar loca, nunca dejaría pasar esa oportunidad.

Enara rio.

—No quería volver a casa por temor a encontrarla vacía, estaba aterrada.

—Yo también temí no encontrarte, hasta que no oí tu voz, no me quedé tranquilo —dijo con seriedad, aunque se separó de ella y sus miradas se encontraron. Enara sonreía con todo su ser, sus ojos brillaban y parecía llena de luz. Noah le besó la frente y agregó—: Pero ambos estamos aquí, como siempre. Juntos.

—Claro que sí —sonrió—. Me daré un baño.

Enara se separó de él y Noah bajó a preparar la cena. Después de la comida, Noah se quedó en

el despacho a terminar el trabajo del día y Enara se fue a la cama. Dejó los papeles cuando el farol estaba a punto de apagarse y fue a la habitación. Controló que las lumbres tuvieran el suficiente aceite, ya que a Enara le asustaba la oscuridad, y se acostó sin hacer ruido, para no despertarla. Había tenido un día cargado de tensión y no quería interrumpir su sueño, pero se sorprendió cuando ella se dio vuelta.

—Perdón, no quise despertarte —se excusó.

Enara se incorporó, se acercó a él y acarició el rostro de su esposo, sin dejar de mirarlo a los ojos. Se acercó aún más y Noah se sintió, de pronto, abrumado.

—No tienes que hacerlo… —dijo en voz muy baja, pero su esposa no se detuvo y Noah cerró los ojos, embriagado por las sensaciones que le producían la cercanía y el calor de su cuerpo—… si no estás segura.

—Hace mucho tiempo que quiero besarte, pero tenía miedo de acercarme a ti y que me rechazaras al ver mi cuerpo.

—Es hermoso, como todo lo que tiene que ver contigo.

—Siempre estuve llena de dudas y tú las despejaste una a una, cada día, a cada instante.

Noah no dijo nada más y dejó que Enara hiciera las cosas a su tiempo. Sintió su respiración muy cerca; sus labios rozaron su mejilla primero y luego, su boca se abrazó a la suya con suavidad y ternura, como si fuera al único lugar a donde pertenecía.

—Recuerdo…

—No recuerdes, quédate aquí, conmigo —suplicó y tomó su rostro. Enara sonrió y negó moviendo la cabeza.

—¿Cómo pude olvidarlo? Antes conocí tus besos —dijo y se aferró a sus labios como quien acaba de probar la fruta más deliciosa y adictiva y quiere confirmar que es real.

—Fue antes de casarnos —dijo Noah cuando se separaron.

—Lo olvidé y después tuve miedo y te dejé solo, aún estando a tu lado. —Enara le acarició la frente y acomodó su cabello.

—Lo recuerdas ahora, eso es lo que importa.

—No dejes que lo olvide otra vez. Ayúdame a recordar que ya no soy su prisionera. Ayúdame a recordar que no me robaron la libertad de besarte ni de amarte. Hubo momentos en los que llegué a creer que si te besaba lo recordaría a él, pero ¿cómo pude comparar su maldad con tu amor? — dijo, ansiosa y feliz, a pesar de las palabras que había pronunciado. Enara volvió a besarlo, con la calma y la ternura de quienes han sufrido los interminables segundos de distancia, disfrutando cada mínimo instante de ese reencuentro.

Noah, por otro lado, hizo un descomunal esfuerzo por no reaccionar a lo que acababa de escuchar, aun cuando el corazón se le achicó y se sintió furioso y devastado por el daño que le hicieron a Enara. Sabía que volvería a perturbarla si le preguntaba sobre eso, por lo que hizo lo que antes le pidió a ella: regresar a ese momento, a su lado. Dejó que sus bocas se recordaran y se sintieran, como antes que los fantasmas de otro tiempo les arrebataran la posibilidad de tener intimidad. Se permitió, también, ser libre él mismo y vivir en esos minutos que eran los primeros para ellos. Sus manos se aventuraron a conocer el cuerpo amado y se deslizaron por su espalda; Noah se incorporó para acercarse más aún y sus manos la guiaron con suavidad hasta que ella se recostó sobre la cama. Separó los labios de su boca, pero no de su piel y los llevó a recorrer su mentón y, luego, su cuello de terciopelo y jazmín.

Noah se detuvo de repente, se alejó unos centímetros y le acarició el rostro. Pensó que no había en el mundo mujer más hermosa que ella.

—Creo que… —suspiró. Sentía la respiración agitada, el alma desbordante de felicidad y los

pensamientos confusos. Enara recorrió su espalda con ambas manos y se metió debajo de su camisa para sentir su piel. Noah cerró los ojos por unos instantes y le dio un rápido beso en los labios—. Creo que deberíamos dejarlo ya, no quisiera…

—Hasta ahora, solo pude amarte con mi corazón y con mi alma —susurró sin apartar las manos de él.

—Ahora soy yo quien tiene miedo, de asustarte, de que… —Noah se acostó de lado, en un intento de poner distancia, pero Enara deslizó una de sus manos desde su espalda hacia su abdomen y él se quedó sin poder continuar hablando, sin poder respirar o pensar de nuevo—. No lo hagas por mí, por favor.

—Lo hago por los dos —dijo y su mano recorrió su pecho hasta llegar a su cuello. Se incorporó para acercar los labios a los suyos y volvió a acostarse, atrayéndolo hacia ella—. Quiero que mi cuerpo también te ame, para que nunca vuelva a olvidar que soy libre al fin.

—Dime si quieres que me detenga… —Volvió a besar su cuello, justo en el lugar donde había dejado de hacerlo momentos antes, como si su boca quisiera guardar en su memoria cada centímetro de ella. Enara entrelazó una mano con la suya.

—Solo ámame, Noah.

21

Quentin llegó desde Ahrbak Ardhal poco antes del mediodía, después de una semana de viaje. Había forzado al extremo la marcha de las cuatro personas que lo acompañaron, por lo que llegaron casi en la mitad del tiempo. Luna, su yegua, estaba acostumbrada a esa clase de presiones y fue la única de los cinco caballos que no tuvo que ser cambiada en los puestos de descanso que el ejército tenía cada pocos kilómetros. Además, él nunca la hubiera dejado en manos desconocidas, aunque eso hubiera retrasado la llegada.

Acompañó a los magos al Palacio de Gobierno ni bien arribaron, con toda la tierra, la transpiración y el malhumor del viaje. Noah los recibió enseguida y, después de las presentaciones, Quentin los dejó y fue a la fortaleza. En lugar de entrar por la cocina, como de costumbre, se dirigió a la entrada principal. Enara vivía allí y, si bien sus cosas permanecían en su cuarto, ya no era solo su casa. Golpeó la puerta y esperó hasta que Enara abrió. Ella se sorprendió al verlo y enseguida lo hizo pasar.

—Qué sorpresa verte por aquí.

—Puedo volver en una semana, si gustas —dijo y Enara rio.

—Me refería a la puerta, Quentin. ¿Por qué no has entrado por la cocina?

—No quería asustarte, no sea que me carbonizaras con algún rayo mágico o algo así.

—No seas ridículo… —rio Enara.

—Está en mi esencia —dijo, divertido, y subió a darse un baño.

Mientras preparaban el almuerzo y esperaban a Noah, Enara le contó sobre Iskánder y, cuando estaba diciéndole de los hijos de Onix y el descubrimiento que ellos hicieron, Noah llegó. Quentin, por su parte, habló con todo detalle sobre el ataque de la reina Viktoria a Ahrbak Ardhal y Enara lo felicitó por haberla mutilado.

—El comandante me recomendó quedarme aquí a entrenar, pero regresaré al frente en unos días, cuando Luna esté descansada.

—Lo decía en la carta que llegó después del ataque. Lo lamento, pero no te dejaré regresar —dijo Noah y Quentin frunció el ceño—. Te necesito aquí.

—No voy a ser la niñera de tus magos, Noah, ni lo sueñes. Escuché más quejas en estos últimos días que en toda mi vida.

—Después de leer el informe del frente y de hablar con Iskánder, llegamos a la conclusión de que eres un rastreador —dijo Noah y Quentin se sintió tan confundido que no pudo siquiera preguntar a qué se refería—. Puedes ver la magia.

Y en ese momento lo comprendió. Era cierto, recordó las espadas de los pyebranos que los atacaron a Josh y a él el día en que Astor nació y, por supuesto, el escudo mágico del último ataque de la reina.

—Tareq, el mago que escapó junto a la princesa Lena, es igual que tú. Gracias a su entrenamiento, puede ver la magia en las personas también y detectarlas a distancias considerables. Tienes que entrenar para…

—No —dijo con firmeza.

—Sí, lo harás. Uno de los maestros de Erjathá vendrá a ayudarnos con los magos que te acompañaron y tú…

—No lo haré.

—Sí, lo harás. No comprendes, ¿no? Enara ya te habló de los Indignos. Onix apenas si pudo

encargarse de un puñado de ellos, pero hay cientos circulando por la ciudad y, me temo que por el resto del país también.

—Debo… —Quentin cerró los ojos y suspiró—. Debo buscar esas monedas, ¿verdad?

Noah asintió con un gesto y Quentin se sintió derrotado, de pronto. ¿Tan difícil era llevar una vida tranquila y sin sobresaltos? Entrenar significaba aprender y sabía que si se ponía en ello, querría saber absolutamente todo y esforzarse al máximo para lograr superar todos los entrenamientos que le pusieran en frente. No tenía ganas de hacerlo, estaba bien con su entrenamiento militar, con eso le bastaba.

—Tareq no puede venir —insistió Noah—. Si se conoce su identidad…

—Lo sé, la princesa.

—Así es.

Alguien llamó a la puerta y Enara se levantó de la mesa.

—Debe ser Iskánder —dijo—. Seguro encontró otra moneda.

—Los presentaré. —Noah se incorporó, pero Quentin lo detuvo.

—No ahora, por favor.

Enara los miró por unos breves instantes.

—Déjalo, Noah. Podrán conocerse después. Regresaré cuando terminemos.

Enara dejó la habitación y Quentin se recostó en la silla. Sentía que su cabeza estaba a punto de explotar por el exceso de cosas en las que pensaba. Había evitado meterse con la magia desde que supo de lo que era capaz de hacer Astor porque, ¿a quién quería engañar? Si sabía cómo hacerlo, sería aún más imprudente de lo que ya era.

—¿Estás seguro de que quieres que entrene?

—Sí.

—Sabes que no me conformaré con aprender a encontrar objetos o magos…

—Lo sé.

—Y si tengo la posibilidad de aparecer como lo hace Tino haré hasta lo imposible por llegar a la capital de Pyebra. No me asustan los castigos que puedan darme mis superiores, ya me han estaqueado, me han azotado…

—Responderás a tus maestros, no al ejército y los castigos son diferentes. Además, no podrás aparecer, tienes los poderes de una Estrella.

—Aun así, puedo acudir a Tino, que está aún más loco que yo.

—Soy consciente de eso —respondió, para su asombro.

—¿Qué sucede contigo?

—¿Tiene que sucederme algo? —preguntó sin contestar.

—Sí, de lo contrario no querrías que entrenara, o te limitarías a permitirme solo un entrenamiento básico para encontrar las monedas. Ya sabes que estoy más que harto de esto y, si está en mis manos, haré todo lo posible por acabarlos. —Noah asintió—. Estuve a centímetros de matar a la reina… Si no hubiera sido por el humo, estoy seguro de que todavía estaría bailando sobre su cadáver.

—Me asustas…

—Porque la última vez que me viste con un arma en las manos tenía trece años.

—Es cierto, pero entendí que no podemos ganar una guerra con miedo.

—El miedo es lo que me mantiene vivo, Noah. Miedo a ver a Josh muerto, a que lleguen a Sitnor, miedo a que arrasen con nosotros, que consigan llegar a Tesar, miedo que a Ilsa le suceda algo.

—No solo el miedo nos mueve, también el enojo, el deseo de venganza o, aunque no lo creas,

el mismísimo amor —dijo Noah y Quentin frunció el ceño—. Amor a tu país, a tu familia, a tus amigos.

—Para mí, es solo miedo y el miedo nos lleva a hacer cosas irracionales, como ya has podido comprobar. —Quentin se puso de pie y estiró su espalda—. Aún estás a tiempo de arrepentirte, piénsalo antes que de verdad quiera entrenar y no te deje elegir. —Tomó sus armas, las puso en sus fundas y sonrió—. Ahora que me has puesto la idea en frente, se me ocurren infinidad de formas de terminar con toda esta mierda, solo me queda saber si alguna de ellas es posible. —El rostro de Noah palideció—. No te asustes, todavía no sé hacer nada. —Le guiñó un ojo y caminó hacia la salida—. Iré a entrenar.

Salió al patio y se sentó debajo del jazmín, debía calmar un poco su cabeza antes de querer cruzar armas con alguien, o podría resultar en un desastre.

—*¿Ilsa?*

—*¡Ocupada!*

—*¿Qué sucede? ¿Está todo bien?*

—*Lobos. No te preocupes, Naga salió conmigo.*

—*Ten cuidado, por favor.*

—*Haré lo posible* —respondió tal como él lo había hecho antes del ataque de la reina de Pyebra y le dio más miedo su respuesta que los lobos en sí—. *¿Qué sucedió?*

—*Nada, solo quería decirte que ya llegué a la capital* —dijo y se despidió diciendo que iría a entrenar, para que ella no lo interrumpiera.

Se quedó por unos momentos pensando en qué pudo haberle sucedido a Noah para que tomara esa actitud. No era normal en él querer arriesgar nada, Noah iba siempre a lo seguro, a lo pensado y analizado y su hermano sabía que Quentin se había vuelto cada vez más impredecible e impulsivo y eso no dejaba de confundirlo, ¿qué pretendía Noah? No poder ver más allá de lo que de verdad le sucedía, lo ponía de mal humor. Quería entender y él no le había dado nada para que pudiera hacerlo.

Después de unos minutos, fue al establo y Luna relinchó, molesta, cuando se acercó a un caballo que no era ella.

—Recién llegamos, ¿ya estás lista para salir? —La yegua resopló y movió la cabeza hacia arriba—. Comprendo.

Quentin abrió la puerta de su compartimiento y la tomó de la rienda. Montó sin ensillarla y se dirigió hacia el este de la ciudad, donde había un enorme predio cercado en el que los soldados hacían las prácticas.

Al ingresar, algunos rostros conocidos lo saludaron sin demasiado entusiasmo. Dejó a Luna junto al resto de caballos y se encaminó hacia la zona donde decenas de hombres y mujeres blandían sus armas con gran habilidad.

Se apoyó en el cerco de madera que delimitaba la zona, junto a un grupo de personas que esperaban su turno para ingresar, y miró a quienes estaban practicando en busca de alguien con quien pudiera entrenar por más de quince minutos, ya que, por lo general, era lo que le duraban sus contrincantes antes de pedir un descanso. Vio una mujer enfrentando a un hombre, al que despachó después de tres golpes bien dados. Parecía una oponente digna, pero otro hombre ocupó el lugar del anterior por lo que siguió observando. Vio a dos tesarianos de larga cabellera gris, altos, delgados y de rostro casi femenino y se sintió tentado de pedirles entrenar con ellos.

—¿Quiénes son? —preguntó a los hombres que estaban cerca de él.

—Llegaron hace unos días de Tesar —dijo uno de ellos—, eran del ejército, pero por respeto al Segundo Príncipe, se unieron a los nuestros.

—El rey no quiere que el príncipe comande sus ejércitos —continuó otro y Quentin asintió—, por lo que algunos soldados desertaron cuando le quitaron la comandancia al príncipe Verj.

—Se ven peligrosos —sonrió.

—Nadie se ha atrevido a enfrentarlos…

—Hasta ahora —dijo con una sonrisa aún más grande. Entró al campo esquivando espadazos y les silbó para llamar su atención. Ambos hombres se detuvieron y lo saludaron con un gesto.

—¿Hablan sitnorense? —les preguntó.

—Poco.

—¿Puedo entrenar con ustedes? —Quentin sacó sus armas. Los tesarianos sonrieron apenas y se miraron.

—¿Dos o uno? —preguntó el más alto de ellos, señalando a su compañero y a él mismo.

—Dos —acompañó sus palabras levantando dos dedos. Los tesarianos asintieron y se separaron.

—¿Límite? —preguntó el tesariano más bajo.

—Hasta sangrar —respondió Quentin.

El tesariano soltó una musical carcajada y le habló en su idioma a su compañero, quien hizo un vano esfuerzo por contenerse. Quentin hizo una mueca similar a una sonrisa y les dio la espalda para tomar distancia.

—¿No armadura? —preguntó uno de ellos

—No necesito —exclamó y los hombres volvieron a reír.

Quentin los ignoró y continuó caminando. Levantó una de sus espadas y vio en el reflejo de la hoja que uno de ellos se acercaba con sigilo por su izquierda. Giró a tiempo para desviar el ataque y la fina espada de su contrincante vibró el chocar con la suya. El otro tesariano se situó en el lado contrario, saltando con agilidad felina y atacó directo a sus costillas, aunque fue capaz de evitar ser alcanzado al cargar contra su compañero. El tesariano más alto lanzó una seguidilla de estocadas, tan rápidas que apenas fue capaz de verlo, pero, aun así Quentin le arrancó la espada de las manos en cuanto tuvo la oportunidad de enredarlas con las suyas, por lo que el hombre se alejó para recuperarla. Su amigo, sin darle tregua, lo atacó con una serie de golpes tanto o más rápidos que los que ya había recibido y parecía que las tres espadas creaban abanicos de luz al reflejar los rayos de sol. Quentin desvió apenas la vista para ubicar al otro tesariano y lo vio justo cuando su arma estaba a centímetros de alcanzarlo. Se giró sobre sus talones y de un codazo derribó a quien acababa de unírseles. El tesariano que había quedado de pie se largó a reír y se alejó apenas unos pasos.

—¡Sangre! —exclamó—. Afuera, Byarkh.

El otro se llevó la mano al rostro y comprobó que un hilo rojo caía de su nariz.

—*¡Shrakjta!* —maldijo. Quentin le tendió la mano, Byarkh la tomó para ponerse de pie y, antes de alejarse, dijo—. Bien, bien.

Quentin asintió y regresó su atención al que aún estaba intacto. El tesariano se llevó la mano al pecho y luego a su cuello, como si estuviera buscando algo. Quentin avanzó y él levantó las manos.

—Espera. No medalla —dijo haciendo una seña a su cuello y dejó caer su espada—. Hija regala medalla, me rindo.

—La buscaré contigo —dijo y se acercó a él para ayudarlo. No pasó mucho hasta que el hombre lo llamó. En su mano tenía dos trozos de cadena de oro y una medalla a juego.

—Usted corta cadena dos veces antes de caer—dijo y levantó su otra mano para hacer un zigzag en el aire—. Es veloz.

Quentin asintió.

—¿Seguimos?

—Sangre —dijo el tesariano y se dio vuelta para mostrarle la pierna. Se veía un rasguño en su blanca piel a través de la tela rota y manchada de su pantalón. Quentin volvió a asentir, desencantado.

—Mi nombre es Quentin Guna. Me hicieron regresar del frente, por lo que estaré por acá un tiempo.

—Yo Pawel, Byarkh —señaló a su compañero, que se había acercado mientras estaban ocupados rebuscando en la tierra—. Podemos entrenar mañana, ¿no?

—Claro que sí. Ha sido un gusto, buscaré a alguien más para seguir.

Los tesarianos caminaron hacia la salida y se oyeron algunos aplausos aislados a su paso. Quentin se quedó donde estaba, esperando a que alguien quisiera compartir entrenamiento con él, pero nadie se acercó.

—¿En serio? —exclamó. Miró a su alrededor y todos apartaban los rostros para no hacer contacto con él. Enfundó una de sus armas y levantó la otra—. A una espada… —Esperó y, como nadie se acercaba, levantó la voz—. ¿Qué demonios harán cuando tengan a los pyebranos en frente? ¡Ni siquiera voy a herirlos, maldición!

Quentin enfundó su otra espada y caminó hacia la salida del campo de entrenamiento con peor humor del que había llegado.

—¿Señor? —Escuchó una voz femenina, pero no se giró a ver—. ¿Señor Quentin?

Se detuvo y levantó una ceja al verla. Era una muchacha extraña, de rostro pequeño, ojos rasgados como los pyebranos del noreste, pero alta y delgada como tesariana, y sostenía dos espadas en sus temblorosas manos.

—¿Sí?

—Me preguntaba si, tal vez, podría entrenar con usted —dijo y Quentin tuvo que hacer un esfuerzo para oírla.

—Quizás mañana, parece que no puedes controlar tus armas en estos momentos. Si te esfuerzas demasiado, terminarás lastimándote.

Se dio la vuelta y continuó su camino.

—No es esfuerzo, señor. —La muchacha lo alcanzó—. Llegué cuando usted estaba…

—¿Acaso estás nerviosa? —preguntó, divertido. La miró de reojo y la vio sonrojarse. Quentin se detuvo y la miró—. No es cierto.

—Se dicen muchas cosas de usted, señor —dijo a media voz, con su vista clavada en algún lugar entre su cuello y su mentón. Su rostro tomó color como nunca había visto a nadie hacerlo—. Cualquiera se pondría nervioso en su presencia.

—Perdóname, no quise ser grosero. —Quentin intentó tranquilizarla—. Solo que… me pareció extraño.

La muchacha sonrió apenas.

—Creo que fue una pésima idea, ya no lo molesto.

—¿Tienes entrenamiento? —preguntó él, en cambio, y por primera vez, ella lo miró a los ojos.

—Sí, señor, lo terminé hace dos años.

—¿Piensas ir al frente? —La muchacha asintió—. Entonces vas a tener que hacer algo para controlarte, porque allí no esperarán a que tus nervios vuelvan a estar en su lugar.

—Lo sé —murmuró y bajó la vista. Quentin desenfundó y ella lo miró al oír las espadas salir de sus fundas.

—Ven, vamos a ver qué tal sale —dijo con un gesto.

—Haré el ridículo, señor —dijo viendo a su alrededor, ansiosa.

—¿Ante cientos de personas que se quedaron viéndose el ombligo mientras esperaba a un contrincante? Lo dudo. —La muchacha elevó la comisura de los labios, en lo que intentaba asemejarse a una sonrisa.

Caminaron hacia una zona libre y Quentin se alejó de ella. La dejó que hiciera el primer movimiento y los siguientes fueron predecibles, aunque seguros. Notó que había entrenado más su mano derecha y apenas utilizaba la izquierda, por lo que asumió que hacía poco tiempo que usaba dos espadas. Vio que ambas empuñaduras eran diferentes y se aprovechó de eso para desarmar su derecha y forzarla a que solo utilizara su mano débil.

—No puedo —dijo a los pocos minutos. Intentó retirarse, pero Quentin no le dejó salida.

—Claro que sí. Solo debes acostumbrarte.

Ella frunció el ceño, cargó contra él e intentó cambiar de dirección su arma en el último momento, pero su mano se torció y soltó la espada cuando esta chocó en contra de la de Quentin. La muchacha abrió mucho los ojos y él se detuvo; uno de los filos quedó a apenas centímetros de su mejilla y el otro apuntando hacia su abdomen. Miró de reojo los filos de las armas de Quentin y se llevó una mano al pecho. Tenía la respiración agitada y el sudor le caía por el cuello.

—Pensé que moriría —dijo con la voz entrecortada.

—Ese descuido te hubiera matado en el frente, pero estamos en un entrenamiento. Eso no ocurre aquí. —Se agachó para levantar la espada y la miró con curiosidad antes de entregársela—. Asegúrate de entrenar tu mano antes de aventurarte a utilizarla de verdad.

—Sí, señor.

—O modifica las empuñaduras para que puedas manejarlas con ambas manos. —Quentin sostuvo sus espadas con dos dedos, para que ella pudiera verlas—. O puedes quedar desarmada en cuanto alguien note tu debilidad.

—¿Me permite? —preguntó y él se las entregó—. Son pesadas, pero son muy cómodas, es cierto.

—Cualquier armero puede hacerlo, deberías considerarlo.

—Así lo haré. —Le devolvió sus armas y caminaron hacia la salida tras haber recuperado la que ella había perdido en el inicio.

—¿Tu mano está bien?

—Sí, señor. —Movió la mano para comprobarlo.

—No me llames señor, soy solo un soldado.

—Lo recordaré —dijo y se detuvo—. Gracias por el entrenamiento. Seguiré en el campo de tiro, que tenga un buen día.

Quentin asintió y se fue a buscar a Luna. No había estado tan mal el entrenamiento, después de todo, pero ya no tenía con quién enfrentarse.

—*¿Ilsa? ¿Cómo estás?*

Llevó a Luna de las riendas y se dirigió hacia la Plaza de la Fuente. Quentin estaba entrando en el laberinto cuando Ilsa le contestó.

—*Ya regresamos. Mataron tres ovejas los condenados bichos, pero pudimos traer al resto.*

—*Gracias a los dioses…*

—*¿Tú qué tal? Parecía que tenías más por decir.*

—*Ya terminé por hoy, no tengo ganas de hacer nada más. Noah me pidió que me quede en la capital…* —Le contó sobre la conversación que había tenido con su hermano y que recibiría entrenamiento con los magos a pedido de él. Le habló, también, de las dudas que le surgieron por el cambio tan repentino de Noah.

—Puede que vaya a ser padre.

—¿Tú crees? Me lo hubiera dicho apenas llegué, supongo. Y Enara… sigue siendo la misma, no veo que esté diferente.

—No lo sé, entonces. Pregúntale.

Quentin se sentó en uno de los bancos del interior.

—Ya lo hice, pero no quiso decirme.

—Quizás está tan cansado como tú y todos los demás.

—Quizás… ¿Sabes algo de tus príncipes?

—Hasta que no cambie la estación, aquí no sucede mucho. Todo es nieve, frío e intentar no congelarse por las noches.

—Vaya… ¿Crees que vendrán en primavera? Hoy entrené con dos tesarianos que desertaron porque el rey le quitó el ejército al príncipe Verj.

—Lo dices mal —dijo, divertida—. *La «R» se pronuncia como la doble «R» de tu idioma.*

Quentin puso los ojos en blanco e hizo un gesto de fastidio.

—Da lo mismo.

—Es un príncipe, no puede darte lo mismo si te presentas frente a él.

—No está en mis planes hacerlo, tal vez eso quede para ti —dijo de peor forma de lo que imaginó.

—¿Por qué lo dices así?

—¿Así cómo? —Quentin se incomodó al darse cuenta de su reacción.

—Como si te molestara. El Segundo Príncipe es una gran persona, si lo conocieras, dejarías de pensar que no se merece respeto. Se ha ganado la admiración de sus hombres a base de constancia y trabajando tanto como sus propios guerreros. Además, está haciendo muchos esfuerzos para poder llevarlos a Sitnor.

—¿Podemos dejar de hablar del príncipe? —Intentó, está vez, no sonar tan brusco. No comprendía qué le molestaba tanto de ese príncipe desconocido, pero su sola mención hacía que se pusiera de mal humor.

—Tú trajiste el tema…

Quentin desvió la conversación hacia otros asuntos menos fastidiosos y le habló de los tesarianos que había cruzado en el entrenamiento.

La noche comenzó a caer sobre la ciudad y, con ella, el frío se hizo más intenso, por lo que Quentin se dirigió a la fortaleza; se despidió de Ilsa al entrar y ver que Noah y Enara estaban en la cocina.

22

Llegaron al palacio de Gobierno con los primeros rayos de sol, saludaron a los guardias y subieron al despacho de Noah.

—Es raro verte sentado ahí —dijo Quentin, pensativo. Recordó las veces que Josh y él se habían parado justo donde en ese momento se encontraba para recibir el sermón de turno de Aníbal Pronees y de su propio padre. Sermón que, cada vez, terminaba con un «Lo llevan en la sangre» que siempre decía Rob con orgullo. Sus recuerdos lo llevaron, también, a Josh. Nunca habían estado separados por tanto tiempo y a cada instante parecía que le faltaba algo, como una parte de él, que se había quedado en Ahrbak Ardhal. Se descubrió varias veces a punto de decirle algo a alguien que no era su amigo.

«Mierda, extraño al maldito» pensó. «Ojalá Noah me envíe de regreso pronto o haga que Josh regrese».

Alguien llamó y lo distrajo de sus pensamientos. Caminó hacia la puerta y, cuando la abrió, se encontró con un joven alto y delgado, de cabello largo y vestido a la manera de los tesarianos. A su lado, se encontraba la misma muchacha que entrenó con él el día anterior. Quentin frunció el ceño, extrañado.

—Buenos días, soy Iskánder Lavank y ella es mi hermana, Zaria —dijo el joven.

Quentin pensó que eran bastante parecidos. Se presentó, hizo un paso al costado y los invitó a pasar. Noah los recibió con su acostumbrada amabilidad e Iskánder le habló sobre unos informes de algún asunto que Quentin no comprendió. Noah comenzó a buscar entre sus papeles y el mago se acercó para ver lo que su hermano estaba señalando. Quentin y Zaria se quedaron de pie detrás de los sillones que había frente al escritorio.

—Así que Zaria, la hermana de Iskánder —dijo Quentin en voz baja.

—No quería que se viera obligado a entrenar conmigo o a que se muestre amable por compromiso, señor.

—En algún momento lo iba a saber, ¿no crees?

—Por supuesto, pero al menos ahora sé quién es de verdad.

—¿Qué quieres decir?

—Si le hubiera dicho quien soy, su trato conmigo no hubiera sido auténtico.

—¿Los nervios eran parte de tu plan, también? —preguntó, divertido, y la miró.

—No, señor. —Zaria lo notó, pero no se movió en lo absoluto—. Usted es… intimidante.

Quentin sonrió.

—Solo soy una persona normal —dijo.

—Veo que ya se han conocido. —Noah los estaba mirando.

—La señorita me abordó ayer en el campo de entrenamiento —dijo Quentin. Vio que Iskánder abrió mucho los ojos y, luego, miró a su hermana con gesto de desaprobación. Alguien llamó a la puerta por segunda vez y Quentin abrió. Eran los cuatro magos que acompañó desde Ahrbak Ardhal.

Tras presentar a Iskánder y a Zaria, Noah les hizo saber que posiblemente ese día llegarían dos magos de Erjathá para comenzar con los entrenamientos cuanto antes. Después de pedirles a los magos que estuvieran disponibles para ser llamados en cualquier momento, Noah les dejó el día libre. Zaria, por su parte, se marchó hacia la fortaleza para acompañar a Enara, lo que extrañó mucho a Quentin. Aun así, no era momento de preguntar sobre qué ocurría, lo hablaría con su

hermano en cuanto estuvieran solos.

—¿Tan pronto comenzaremos? —Quentin se dejó caer en un sillón.

—Cuanto antes, mejor —respondió Iskánder—. Tú necesitas empezar antes que nadie. Ya estás al tanto de lo que mis gatos descubrieron. —Quentin asintió, aunque sin demasiado entusiasmo—. Necesitamos encargarnos de eso. —Iskánder sacó una bolsa de cuero de uno de sus tantos bolsillos y puso su contenido sobre el escritorio. El sol que entraba por los ventanales detrás de Noah reflejó en las monedas y Quentin entrecerró los ojos—. ¿Ves algo en ellas?

Se acercó para verlas de cerca, pero no notó nada extraño. No se veían como las espadas que portaban a los Indignos cuando Josh y él fueron atacados. Noah caminó hacia la derecha, para rodear nuevamente el escritorio y, cuando su sombra las ocultó por unos breves instantes, Quentin se sobresaltó. Tomó a una de ellas, se puso de espaldas a la claridad, la cubrió con sus manos y dejó apenas un pequeño espacio entre sus dedos para poder verla.

Ahí estaba lo que necesitaba ver. Desde el centro de la moneda salían unos muy delgados hilos de luz dorada, que parecían envolverla. Se movían con suavidad, crecían y se encogían, sin detenerse ni un momento, flotaban y se balanceaban con una brisa inexistente.

—¡Sí! —exclamó con una sonrisa en el rostro. Levantó la vista y miró a su hermano—. Cierra las cortinas, parece que solo puedo verlo en la oscuridad.

Noah regresó sobre sus pasos e Iskánder lo ayudó a cerrar las cortinas de todos los ventanales. La penumbra se apropió del lugar poco a poco y las monedas comenzaron a emanar suaves líneas de luz, que se unían unas con otras, se entrelazaban y volvían a separarse.

—Si no supiera lo que estas monedas llevan en su interior, diría que es un espectáculo bellísimo —dijo Quentin.

—¿Todas ellas tienen algo? —preguntó Iskánder. Quentin negó moviendo la cabeza y apartó a dos de las cinco que había frente a él.

—Estas no, pero todavía hay claridad; tal vez en la noche pueda ver algo que ahora no. ¿Cómo haces tú para encontrarlas?

—Son frías al tacto. Aun cuando las tienes por un rato entre las manos, no cambian de temperatura. Por eso es que es más difícil para mí encontrarlas.

—Comprendo. ¿Ya saben con certeza cuántas hay?

—Entre trescientos cincuenta y cuatrocientos —dijo Noah.

—¡Por un demonio! —Quentin se dejó caer sobre uno de los sillones otra vez, apoyó los codos en sus rodillas y se tomó la cabeza. ¿Cómo podría encontrar todas esas monedas antes de que fuera tarde para Sitnor? Era una tarea titánica, casi imposible, más aun sin tener la certeza de cuánto tiempo tenían. Podían liberarse al día siguiente, en dos años o en tres horas. Se masajeó las sienes con los dedos pulgares y, de pronto, una idea llegó—. ¡Naga!

—¿Qué hay con él? ¿También puede ver la magia? No me lo dijeron…

—No, él puede atraer objetos. En Drioed-ta fue capaz de mover todos los arcos y flechas que había en el recinto. —Noah e Iskánder lo miraron con la confusión pintada en sus rostros, ya que Quentin dejó de hablar y recordó lo que sucedió. Las armas se abrieron camino entre vegetación y seres humanos, dañando a gran cantidad de personas en su camino hacia él, para obedecer a su hechizo. No era una idea sensata, porque podían herir a los ciudadanos—. No, es una pésima idea, no me hagan caso. Podría morir mucha gente inocente, es una locura.

—Lo único que se me ha ocurrido es ordenar a todos que se presenten con sus monedas en el Palacio de Gobierno.

Quentin rio.

—¿Tú crees que la gente vendrá? Pensarán que es para que puedas cobrarles más impuestos,

Noah, ya sabemos que son muy pocos quienes de verdad pagan lo que les toca, la mayoría solo se queja e intenta ocultar la mitad de sus negocios para no hacerlo.

—Liberemos un Indigno, entonces… —dijo Noah, despreocupado, como si estuviera hablando de realizar un censo—. Así verán lo que están guardando debajo de sus colchones.

—¿Estás loco? —Quentin lo miró con preocupación e Iskánder frunció el ceño.

—No uno real, Iskánder puede hacer una ilusión de él. —Miró al mago y este asintió—. Hacerlo rondar por la ciudad y «destruirlo» frente a la mayor cantidad posible de gente. Después de eso, hacer correr la voz de que hay monedas infectadas y que debemos deshacernos de ellas.

—La gente estará aterrada, Noah. Sin contar los heridos que ocasionará tu idea.

—Si se te ocurre una mejor forma de atraer todas las monedas, o algo para que la gente las traiga frente a tus ojos, te escucho.

—Es una excelente idea —dijo Iskánder—. Si podemos contar con más magos, será mucho mejor. Algunos de Erjathá, el mago de Tesar, Enara…

—Tino no estará de acuerdo en hacerlo. Una de sus compañeras murió la vez que un Indigno atacó Sitnor. Estuvo varios días inconsciente por la impresión que le causó.

—Hay más magos, además de Tino, Quentin.

—Lo digo para que no se lo menciones a él. —Noah asintió—. ¡Ya sé! Puedo decirle a Ilsa que le diga a Naga sobre esto, así no debemos esperar a que Onix decida contestar.

—¿Puedes hacerlo ahora? —preguntó Iskánder y Quentin asintió. Después de que Naga le confirmo que iría por la maestra Áliza a Erjathá, comenzaron a prepararse para hacerlo.

Tres días después, tras haberlo comunicado a los soldados y a los guardias de la ciudad, Iskánder, junto con Enara, Naga y Áliza, pusieron en marcha el plan de Noah. Áliza se encargó de crear un Indigno tan espeluznante como el que atacó la ciudad antes. Tiraron abajo un par de casas abandonadas, hicieron saltar por los aires los empedrados de varias calles y destruyeron los jardines de dos parques públicos en su paseo por Ciudad Capital. Después de varias horas de rayos luminosos, ráfagas de fuego y gritos aterradores, dieron por terminada la farsa. Áliza y Naga partieron dos días después, ya que tuvieron que quedarse a reparar el daño que causaron. Se reportaron una centena de heridos de diferente consideración, pero no hubo que lamentar ninguna muerte.

La idea de Noah resultó tal como había previsto y, al día siguiente al fingido ataque, ciudadanos de la capital de todas las clases sociales se apiñaron en las puertas del Palacio de Gobierno, dispuestos a deshacerse de todas sus monedas, si era necesario. Sin embargo, Noah cambió las monedas infectadas por su equivalente en monedas comunes a casi todos, a excepción de aquellos conocidos por evadir sus responsabilidades impositivas en cada oportunidad que se les presentaba. Era tanta la gente que llegó aquel día, que Noah decidió instalar mesas en la Plaza de la Fuente, para que las personas con menos dinero intercambiaran sus monedas por otras que Quentin revisó con anterioridad.

La paranoia generada por el falso Indigno fue tal, que hasta que Noah no declaró que todas las monedas de la ciudad habían sido controladas, nadie se atrevió a recibir dinero de manos extrañas. Los negocios cerraron sus puertas y las ventas se paralizaron por completo. Lo único que funcionaba era el mercado callejero y solo admitía trueque, por temor a que un Indigno fuera liberado en el bolsillo de algún mercader.

Tras diez días de trabajo, consiguieron doscientas cincuenta y siete monedas infectadas. Quentin permaneció la mayor parte del tiempo en un cuarto completamente oscuro, al que le llevaban las monedas para que él las examinara, y del que salía apenas unas pocas veces al día. No había hablado con Ilsa más que algunas palabras, para no distraerse, y en los últimos días era

tal la necesidad que tenía de hablar con ella, que se sentía a punto de volverse loco, principalmente porque podía sentir, a su vez, la angustia y la consternación de Ilsa. Estaba a un paso de renunciar a su agotadora tarea cuando le comunicaron que, al fin, se habían terminado las monedas para controlar.

Cuando salió de ese cuarto que llegó a odiar, Quentin se encontró con un sonriente Josh de pie frente a la puerta. Había llegado dos días atrás, pero no se lo dijeron. Para recobrar la poca cordura que le quedaba, Noah les concedió a ambos unos días libres, por lo que dejaron la capital con la intención de acampar cerca del río, a donde solían escaparse de niños. Ambos sintieron la falta de Mirka en su pequeña travesía, ya que la perra solía acompañarlos cuando no se les ocurría la casi siempre fallida idea de burlar a la escolta y forzar demasiado la marcha.

Quentin y Josh parlotearon como loros los días que estuvieron allí y, en los momentos en que ella estaba desocupada, incluía a Ilsa en sus conversaciones, por lo que tenía que comunicarle a uno u a otro lo que opinaban. Esas pocas horas de vivir sin preocupaciones de ninguna clase les sirvieron para olvidarse por algunos momentos de todo lo malo que ocurría en el mundo. Gracias a la conexión que Onix les ayudó a hacer, su pesar se había mitigado de forma considerable; Ilsa no volvió a tener la necesidad de clavar en su piel las agujas para hacer tatuajes y Quentin ya no tuvo la ridícula necesidad de adormecer sus sentidos con botellas de alcohol.

Si bien no estaban físicamente cerca, mantenerse en contacto de forma permanente les ayudaba a ambos a lidiar de mejor manera con la distancia que los atormentaba a cada segundo de sus vidas.

23

Picos Blancos, Tesar

El cielo estaba pintado de un profundo azul y unas pocas nubes blancas cruzaban el cielo a gran velocidad, arrastradas por el viento del sur. La nieve se había endurecido después de varios días de sol, lo que hacía que la dura superficie blanca se viera como un espejo que reflejaba la intensa luz solar. Ilsa había salido, al igual que cada mañana, al establo a alimentar a las ovejas, cuando escuchó a Naga llamarla desde la casa.

—¡Termino y voy! —exclamó. A los pocos segundos se oyó un golpe seco y Naga resbaló hasta la puerta del establo.

—Maldito invierno —murmuró.

Ilsa miró hacia la entrada y el joven se estaba levantando del piso helado con bastante dificultad. Ilsa rio sin poder evitarlo y Naga la miró con cara de dolor. Tenía las ropas empapadas, el cabello revuelto y se llevó una mano a la cadera.

—Padre te dijo que usaras las botas con clavos…

—Ya lo sé —murmuró, molesto.—

—Olvidaba que tú siempre quieres ser dueño de tus propias experiencias —dijo, divertida.

—Ya, cállate…

—¿Qué te ha deslizado hasta aquí? Perdón, ¿qué te trajo hasta aquí?

—Necesito que vengas conmigo a Erjathá —dijo, ignorando su broma.

—¿Yo? —El tono jocoso de Ilsa se transformó en uno de confusión y alarma—. ¿Por qué?

—Vila aún no despierta y ha perdido mucho peso, según me han dicho. Temen que algo más esté evitando su recuperación.

—¿Y crees que yo puedo curarla? No sé nada de magia, Naga, puede que solo empeore las cosas —tartamudeó, confundida.

—Si no hay qué curar, no creo que vayas a empeorar nada. Lo mismo, tenemos que intentarlo. El hermano de Quentin, Noah, ha ido a verla cada semana y, si bien en un principio ganó peso y empezó a verse mejor, la última semana su cuerpo comenzó a deteriorarse y nadie entiende qué más puede estar sucediéndole. La magia de los sacerdotes, sin duda, ha hecho algo más en ella.

—Quentin…

—¿Qué ocurre con él ahora?

—Quentin puede ver la magia, Naga. Su hermano lo hizo regresar del frente para que se entrene por esa razón.

—Es cierto, ¿cómo no nos dimos cuenta antes? Tareq también puede hacerlo. Se lo diré a Tino ahora mismo, espérame unos momentos.

Naga pareció extraviarse por unos minutos e Ilsa terminó con su tarea, lo sujetó con fuerza del brazo y lo condujo hacia la casa.

—¿Qué le sucede? —preguntó su padre al verlos.

—Está hablando con Tino Suhrah, de Erjathá. La sacerdotisa de Sinmá está cada vez más enferma y nadie ha podido curarla. —Ilsa soltó a Naga y se quitó el abrigo. De espaldas a su padre, continuó hablando—. Debo viajar con Naga hasta allí para curarla.

—Hija…

—Para mí también es extraño todo esto. —Ilsa se paró frente a la chimenea, tenía las manos

entumecidas por el frío—. Pero si puedo ayudar, lo haré.

—No puedo evitar que lo hagas, ¿verdad?

Ilsa se dio la vuelta y lo miró.

—No, padre. No deberías temer, Erjathá es un lugar seguro y Naga estará conmigo, puede protegerme en caso de no poder traerme.

Egil no dijo nada e Ilsa vio con cierto dolor en el pecho como su padre se marchaba a encerrarse en su biblioteca.

—Tareq no ha visto nada —dijo Naga de repente—. Quizás Quentin si pueda, debo ir a Sitnor ahora mismo.

—Espera, yo le diré, así te ahorras el viaje —dijo antes que el muchacho se dirigiera a su habitación.

—Es cierto —acordó Naga.

—Quentin quiere que le pidas a Tareq que mire a Vila con la habitación a oscuras —dijo después de unos segundos—. A él le funcionó de esa forma con las monedas.

—Es sabido que la magia de los Indignos es magia de los sacerdotes —murmuró Naga—. ¿Cómo no lo pensamos antes? No puedo creer nuestra estupidez…

—Iré a buscar mis cosas mientras tanto.

Naga le informó que Tareq no estaba en la enfermería, ya que estaría en la casa de estudios a la que asistía Lena. Ese día la niña, junto a sus compañeros, haría una presentación artística. Era el aniversario del establecimiento, por lo que la fiesta duraría gran parte de la noche. Tareq y los demás magos se habían encargado de hacer los vestidos y trajes que la pequeña utilizaría en los distintos actos, y estarían con ella en ese día tan especial.

Ilsa intentó mentalizarse de que el viaje no iba a resultar como la vez anterior, ya que las circunstancias eran diferentes. Aun así, la horrible sensación de estar sin un cuerpo propio sumado al abrupto cambio de temperatura, terminaron por descomponerla. Vomitó ni bien se separó de Naga, antes incluso de poder quitarse los abrigos que llevaba. Naga la miró con una mezcla de desagrado, vergüenza e incomodidad, pero Ilsa no tenía fuerzas ni para insultarlo. El mago movió las manos y limpió el piso en un abrir y cerrar de ojos, antes de dejar el salón en el que estaban.

Una muchacha bajita, de cabello dorado y piel oscura se acercó a ella y le ofreció un vaso con agua.

—Bebe con cuidado —dijo en voz baja e Ilsa le agradeció el gesto. La muchacha le ayudó a quitarse el pesado saco de piel y la chaqueta, ya que llevaba una sencilla túnica de lino debajo. Luego, le quitó las botas, que fueron reemplazadas por sandalias de cuero. La muchacha la ayudó a lavarse el rostro y las manos, para que se refrescara. Después de un par de minutos recobró la compostura y pudo presentarse.

—Soy Shanyi —dijo la muchacha en respuesta—. Si ya te encuentras bien, los acompañaré a la enfermería.

Ilsa asintió y caminó hacia la salida.

—¿Reviviste, muñequita de papel? —preguntó Naga en cuanto las vio salir.

—Cierra la boca —murmuró, molesta. Todavía podía sentir como si llevara una tormenta tropical dentro de su estómago.

Naga rio y se puso a conversar con Shanyi. Ilsa no prestó atención a lo que decían, principalmente porque hablaban en voz muy baja. Los miró de reojo en algunas ocasiones, ya que parecían no tener ninguna intención de incluirla. Cada vez que lo hacía, podía verlos sonreír.

Ilsa frunció el ceño. ¿Acaso tenían una relación y Naga no se lo dijo? Él nunca hablaba de esos asuntos con ella, por lo que no le extrañó que estuviera sucediendo en esos momentos sin que lo supiera. Después de todo, Naga nunca preguntaba y ella tampoco lo hacía.

Caminaron por las calles de Erjathá en el momento en que mayores cambios ocurren en el cielo y, en su opinión, el instante más precioso del día. Las nubes, apenas unas cintas que se enredaban entre ellas, parecían poseer una luz en su interior, que iluminaban de naranjas y rosas los violetas y rojos oscuros que se adueñaban del cielo poco a poco. Algunas estrellas ya destellaban aquí y allá sobre sus cabezas, unas más grandes y otras siendo unas diminutas gotas de luz sobre la oscuridad.

Ilsa apenas prestó atención a lo que veía; el malestar persistía, se sentía aturdida, los oídos le zumbaban como si llevara un enjambre de abejas y el mareo no contribuía en lo absoluto a mejorar su situación. A cada paso le parecía estar caminando sobre una gigante y esponjosa almohada, que se hundía irremediablemente bajo su peso. Pudo sentir, también, el sudor correr por su espalda y por su frente. Naga no le prestaba nada de atención, por lo que no pasó mucho hasta que perdió la poca estabilidad que tenía.

Ilsa despertó sin saber cuánto tiempo había transcurrido; lo último que recordaba ver fue la calle de tierra y arena acercarse peligrosamente a su rostro. Después, todo era silencio.

Quiso moverse, pero una puntada le aguijoneó el cuello y se lo impidió. Se llevó la mano detrás de la cabeza para curar lo que fuera que le estuviera causando ese agudo dolor.

—Ilsa —dijo alguien a su lado y al instante reconoció su voz.

—¿Quentin? —Se sentó después de haber sanado los músculos de su cuello.

—Al fin despiertas, estaba tan preocupado… —Quentin, sentado en una silla junto a la cama, le tomó la mano y un familiar cosquilleo le recorrió por dentro, como si su sangre hubiera vuelto a la vida a partir de ese instante. No pudo hacer nada más que sonreír.

—¿Qué haces aquí? —Miró a su alrededor y se encontró en una muy pequeña habitación de techo alto. Las paredes, todas ellas, tenían a unos centímetros del tejado unas pequeñas aberturas cuadradas de menos de un palmo, para que el calor no se acumulara en la altura.

—Tino me trajo para ver a la sacerdotisa —respondió Quentin—, pero cuando llegué, me dijeron que te habías desmayado, así que me quedé contigo.

—¿Dónde está Naga? —Ilsa bajó los pies de la cama y se pasó las manos por el cabello. Quentin se rascó la frente, desvió la mirada y bajó la voz, como si le avergonzara decirlo.

—Se fue con los demás al festival de la niña.

—*Shrakjta*, y yo que le dije a mi padre que el muy maldito cuidaría de mí para que no se preocupara. Me desmayo y se va de fiesta. Me las va a pagar, ya verás. —Ilsa se puso de pie y Quentin se acercó y la tomó del brazo para sostenerla, hasta que se aseguró de que podía mantenerse en pie por sus propios medios.

—¿Qué iba a hacer? ¿Quedarse a esperar?

—Como mínimo —respondió, molesta. Se calzó las sandalias y vio que, junto a su morral y sobre una silla, estaba el bolso que dejó en el salón de los magos. En él, guardó algunas prendas y objetos de uso personal. Lo abrió, sacó un cepillo y comenzó a peinarse despacio. Tenía el cabello enredado y parecía que aún conservaba algunos restos de arenisca que, sin dudas, se habían adherido por su sudor.

—Esperaré afuera. —Quentin parecía algo incómodo y caminó hacia la puerta.

—No hace falta, no verás nada extraño, nada más estoy peinándome… ¿Iremos a ver a Vila ahora?

—Estamos los dos solos, no creo que sea conveniente. Naga hace un largo rato que se fue y ya

no regresó. Antes de irse, me dijo que los sanadores no nos permitirían verla hasta mañana a menos que algo sucediera.

—Comprendo, podríamos empeorar todo… —Ilsa se recogió el cabello y lo sujetó con una tira de cuero—. ¿Sabes si puedo salir de aquí? Ya me encuentro bien.

—Apenas si hablo pyebrano, así que no podría preguntar aunque quisiera. Además, ¿a dónde quieres ir? ¿Conoces la ciudad? —Ilsa sonrió y negó moviendo la cabeza—. Yo tampoco, sería para perdernos, nada más.

—Escapémonos —sonrió.

—¿Qué dices? —Quentin se sentó en donde estaba antes que ella despertara—. Ni lo sueñes, se preocuparán, sin mencionar que Naga me va a cocinar vivo si regresa y no nos ve aquí.

—No seas tan aburrido. —Ilsa lo tomó de la mano, tiró de él para que se levantara y, en ese momento, vio que las mangas de su túnica estaban manchadas de suciedad. A pesar de eso, preguntó—. ¿Cuántas veces tendremos la oportunidad de hacerlo?

—El calor te afectó, ¿no? —Quentin sonrió e Ilsa volvió a tirar de él—. Dicen que a los locos hay que darles la razón, así que… —Quentin se puso de pie y tomó sus armas—. Primero avisaremos que vamos a salir, no quiero que salgan a buscarnos desesperados por las calles de la ciudad.

—Está bien —asintió. Estaba tan nerviosa que hubiera querido saltar hacia él y abrazarlo, pero eligió no hacerlo. En lo posible, evitaría cualquier clase de contacto físico con él. Tenían que acostumbrarse a estar juntos como dos personas que apenas se conocen, ya que, después de todo, eso eran.

—Y de paso, pregunta a dónde es esa fiesta, así vamos con Naga.

—No es que esté muy ansiosa por verlo… Además, él me abandonó aquí.

—Yo le dije que se fuera.

—¿Por? —Lo miró confundida.

—Porque estaba demasiado nervioso y me ponía peor aún.

—Naga es muy molesto, eso te lo concedo. —Ilsa tomó su bolso y lo abrió otra vez—. ¿Puedes esperar afuera? Mi túnica está manchada y quisiera cambiarme.

Quentin asintió y la dejó sola. Lo bueno de la vestimenta pyebrana era que apenas si ocupaba lugar en su bolso, por lo que había podido llevar varias prendas. Sacó la primera que encontró, una sencilla túnica de lino sin mangas, se quitó la que estaba sucia y volvió a vestirse. Sin saber qué hacer con sus pertenencias, puso su bolso sobre la cama y colgó en su hombro el morral en el que llevaba sus objetos de valor.

Cuando dejó la habitación, vio a Quentin apoyado en contra de la pared, pero este se incorporó y la miró asombrado.

—Ilsa, tus brazos —murmuró.

—¿Te gustan? —preguntó en respuesta, levantando ambos para que él pudiera verlos a la luz de los faroles. Quentin le tomó las manos y se acercó para observar con más detalle. Pasó su dedo por algunos de los tatuajes y, luego, la miró.

—Vaya, son impresionantes.

Ilsa sonrió. Estuvo a punto de decirle que eran el resultado de sus momentos de angustia, pero prefirió callar. No tenía caso atormentarlo con eso.

Caminaron por los pasillos hasta que se toparon con una enfermera, quien se alegró de ver a Ilsa repuesta. Dijo que no veía ningún problema en dejarla salir y que estaría pendiente de sus pertenencias. Les indicó hacia dónde debían ir para encontrar la celebración y los acompañó hasta la salida del edificio.

El aire afuera era agradable y cálido, las luciérnagas revoloteaban a su alrededor, como si de diminutas lámparas flotantes se tratara, y los grillos eran lo único que podía oírse. Aunque, de haber una tormenta de nieve, la felicidad de Ilsa no hubiera cambiado en lo más mínimo y rezó en silencio para que, al menos por unas horas, pudieran estar juntos sin que nada malo sucediera. Si bien no quería hacerlo, algunos pensamientos intrusos llegaban a ella a cada instante, llevándola a imaginar que cuando tuvieran que separarse, iba a ser igual de doloroso que la última vez.

—¿Por qué mundo andas? —Estuvo batallando consigo mismo por varios minutos, sin saber qué decir. El silencio entre ambos se le hacía incómodo, acostumbrado como estaba a las conversaciones constantes con Ilsa cuando la distancia los separaba—. Estás muy callada.

—Estoy feliz, nada más. —Ilsa lo miró, sonriendo, y a Quentin le pareció ver el brillo de las estrellas en sus ojos—. Ahora que estamos juntos, no tengo mucho para decirte. No hay nada nuevo para contarte porque estamos viendo lo mismo, estamos yendo en la misma dirección e incluso sé que estás tan feliz como yo…

—Eso es cierto, ojalá podamos pasar una noche en paz y cuando debamos…

—No sigas —dijo, de repente—, estoy intentando no pensar en ese momento.

—Yo también, aunque es difícil no hacerlo.

—Lo sé.

El silencio volvió caer entre ellos, dejándolos enredados entre sus propios pensamientos, y los acompañó hasta que les llegaron los primeros sonidos de la celebración.

Después de cruzar algunas calles se encontraron con un espectáculo de luces y colores que Quentin creyó imposible. Había lámparas de papel flotando sobre la gente, guirnaldas y banderines colgando de tejado a tejado, y personas bailando en las calles. Había puestos de comida, músicos y, por supuesto, niños corriendo de un lado al otro, vestidos con atuendos coloridos y disfraces con bordados brillantes, máscaras y sombreros. Algunos adultos, que también se habían disfrazado, se entremezclaban entre los demás y los llevaban a bailar entre risas y bromas.

Un personaje con zancos, que vestía un traje rayado rojo y negro, se acercó a ellos y los empujó con sus largas extremidades para acercarlos a quienes bailaban. Ilsa rio y tomó a Quentin de la mano, pero una mujer que llevaba una larga túnica violeta con vivos naranjas, y que cubría su rostro con un antifaz de plumas púrpura, se metió entre ellos, los tomó de las manos y los separó, no sin antes entregar a Ilsa a su compañero, que vestía de igual manera. Los alejaron, bailando y entremezclándose entre los demás, hasta que, de improvisto, la mujer se despidió con una aparatosa reverencia, dispuesta a encontrar a alguien más. Quentin rio por la sorpresa y caminó entre cientos de parejas que danzaban. Intentaba encontrar a Ilsa, pero parecía imposible hacerlo entre tantas personas.

Estaba regresando hacia donde estaban en un inicio, cuando una mujer con una máscara blanca y brillante, con largas pestañas rizadas y labios rojos se interpuso en su camino. Llevaba un largo saco amarillo, que brillaba con cada movimiento que hacía. Dijo algo que él no comprendió y quiso hacérselo saber por señas, pero la mujer bailaba frente a él y quería evitar que se alejara. La mujer tomó su mano y él sonrió, aliviado. Nadie más que Ilsa causaba ese cosquilleo en su ser cuando se tocaban. Se quitó la máscara y soltó una carcajada.

—¿De dónde sacaste eso? —preguntó alzando la voz para hacerse oír sobre el bullicio que los rodeaba.

—Yo qué sé, de repente me rodeó un montón de gente y me vistieron así. —Ilsa movió los

brazos arriba y abajo y los destellos brotaron de ellos—. Y también me dieron esta máscara. —Ilsa abrió su chaqueta y, de un bolsillo interior, sacó una careta—. Ten, conseguí una para ti.

Quentin no pudo evitar reír al verla; la máscara que Ilsa pretendía que él usara era roja, con ojos saltones y amarillos, la boca abierta y una lengua verdosa saliendo entre unos labios negros.

—No usaré esto.

—Sí lo harás. —Ilsa le cubrió el rostro con la máscara y aseguró las cintas detrás de su cabeza, a pesar de las protestas de Quentin—. Listo, estás hermoso. —Ilsa volvió a reír y salieron de entre los bailarines—. Vamos por algo para comer, tengo el estómago rugiendo de hambre.

A los costados de las calles, entremezclados con puestos que vendían bebidas, dulces, disfraces y máscaras, se ubicaban los de comidas. Una hilera de mesas altas y banquetas separaban la zona de puestos de las calles donde la gente caminaba y bailaba.

Se acercaron a varios puestos de comida e Ilsa le explicó a grandes rasgos qué ingredientes tenía cada platillo. Quentin rechazaba todos, ya que le generaban desconfianza, y a cada movimiento, la lengua verdosa que salía de la máscara se balanceaba de lado a lado. Ilsa, por su parte, compró lo que parecía ser un bollo de pan, pero cuyo interior era hueco y estaba relleno con tiras de carne, verduras y una salsa espesa y muy condimentada, por el aroma que desprendía.

—Quiero solo carne, ¿no hay nadie que venda un corte de carne asada, sin más?

—¿Por qué eres tan aburrido? —soltó Ilsa. Quentin se sobresaltó y se quitó la incómoda máscara—. No me mires así, es cierto.

Ilsa se sentó en una de las banquetas y Quentin se acomodó frente a ella.

—Quizás porque en los últimos años mi única preocupación ha sido sobrevivir y me acostumbré a ello —dijo y levantó los hombros.

—Bueno, esta noche esmérate por vivir. —Ilsa lo miró con cierta tristeza—. Olvídate de todo, intenta no pensar y solo mira lo que ocurre a tu alrededor. No hay nadie aquí que pueda hacernos daño, nadie que venga a molestarnos, estamos juntos en una fiesta, algo que, quizás, nunca creímos que sería posible dado las distancias y lo que está sucediendo en Thoria. —Ilsa sonrió, extendió su mano y la puso sobre la de Quentin—. Pero a pesar de eso, estamos juntos. Todo está bien aquí, todo estará bien esta noche.

Estuvo a dos segundos de soltarle todos los pensamientos nefastos que rondaban en su cabeza durante el día y que no le permitían dormir en las noches, pero no quería apagar la sonrisa de Ilsa, ya demasiado estaba amargándole la velada con su aburrida presencia.

—¿Cómo se hace? —preguntó con algo de vergüenza.

Ilsa le ofreció su cena y él la miró con desconfianza, por lo que ella insistió. Quentin, resignado, tomó el pan relleno y le dio un mordisco no muy grande, bajo la atenta mirada de Ilsa. No tenía mal sabor a primera impresión, pero después de un par de segundos, comenzó a sentir como si una brasa estuviera dando vueltas dentro de su boca, quemando cada mínima parte de ella.

—¿Qué demonios…? —Alcanzó a preguntar antes de que un irrefrenable calor subiera por su cuello y pareciera estallar en su cabeza y, a su vez, en el resto de su cuerpo. Ilsa lo miraba expectante, sin dejar de sonreír. Quentin tosió y le devolvió el bocadillo a Ilsa. Necesitaba agua con urgencia. Decenas de litros, de ser posible y frente a él había solo un vaso con lo que parecía ser jugo de alguna fruta. Ilsa rio y lo señaló.

—Bebe —dijo. Quentin, aturdido, ya no sabía si confiar en ella, pero no tenía demasiadas opciones, ya que el calor parecía que lo consumiría por dentro—. Solo un trago, no te pases.

Quentin obedeció y, como si de magia se tratara, el calor retrocedió enseguida hasta

desaparecer.

—Por los dioses, Ilsa —jadeó, intentando asimilar el milagro que acababa de suceder. Ella volvió a reír y le dio un generoso bocado a su cena, como si se tratara solo de un inofensivo bollo de pan. Quentin la miró espantado—. ¿Cómo haces? ¡Es como si el infierno se desatara en tu boca!

—Estoy acostumbrada, vivimos muchos años por aquí con mi familia. Además, Naga es pyebrano, ¿recuerdas? Algunas veces suele cocinar él y los condimentos nunca faltan en mi casa.

—Moriría de hambre en este condenado país…

—No toda la comida es así, pero quería que lo probaras —dijo, divertida—. Iré por algo para ti…

—Deja, prefiero aguantarme. —Ilsa le guiñó un ojo y caminó hacia los puestos de comida, para regresar a los pocos minutos con otro pan relleno pero, esta vez, solo de tiras de carne y un nuevo vaso con jugo—. No tiene condimentos de ninguna clase, te doy mi palabra.

—Espero que no quieras torturarme otra vez… —dijo, resignado, antes de recibir el bocadillo que Ilsa trajo para él.

—No voluntariamente, al menos. Me dijeron que no tenía picante, aunque nunca se sabe.

Respiró hondo antes de probarlo y, si bien algo quemaba, no se comparaba en lo absoluto con lo que Ilsa estaba comiendo. Después de la cena, Ilsa quiso ir por cerveza, pero al ser un evento en el que los niños eran los principales protagonistas, tan solo vendían jugos coloridos, algunos servidos en frutas ahuecadas, cuyas cáscaras duras y gruesas evitaban que las bebidas se derramaran.

Quentin estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano para no dejar que los pensamientos que lo acechaban a cada segundo empañaran esos instantes. Estaba feliz pero, a su vez, aterrado, pensando en qué momento todo se transformaría en un desastre otra vez. Aun así, no lo dijo; Ilsa parecía estar disfrutando de la fiesta más que los propios niños y, cada vez que se separaban entre quienes bailaban, regresaba a él con un disfraz completamente diferente y él nunca era capaz de darse cuenta. Tenía miedo que a Ilsa le sucediera algo cuando se alejaba de él, que alguien se la llevara y no pudiera encontrarla o que algo mucho peor ocurriera. Solo en el momento en que ella regresaba, podía volver a respirar con tranquilidad.

Habían vuelto a separarse, bailando entre divertidos desconocidos, cuando una sensación de urgencia llegó a él con más fuerza e intensidad que antes. Quentin comenzó a buscarla entre la gente, llamándola por su nombre, sin poder hallarla. Algunos se molestaron con él, por el tono de voz que utilizaron, pero él continuó sin ponerles más atención.

Alguien tiró de su camisa y él se detuvo, sobresaltado. Sonrió fugazmente al ver a Ilsa, pero su sonrisa se desvaneció al verla. Traía la máscara en la mano y se veía más pálida que de costumbre, lo abrazó sin decir una palabra y parecía pequeña, tan pequeña y frágil como una niña.

Ilsa se alejó de Quentin sin quererlo, cuando una extraña la tomó de la cintura para llevarla al otro extremo de donde se encontraba. La mujer estaba disfrazada con una túnica roja, una máscara de ave con un largo pico y grandes alas negras en su espalda e hizo que la muchacha sintiera un espasmo en cuanto le tocó la mano y, al instante, una serie de escenas aparecieron en su mente. Humo, fuego, dolor, incertidumbre.

Cerró los ojos con fuerza, pero se vio inmersa en un lugar y un tiempo que no correspondían. Las nubes eran negras y bloqueaban el sol, que se veía como un muy pequeño y lejano destello. Estaba parada sobre una muralla y, a sus pies, se extendía un campo de tierra humeante y

ennegrecida; los árboles estaban desnudos y parecían haber sido arrasados por un fuerte viento, porque sus raíces estaban expuestas y lucían como esqueléticos dedos retorcidos. Cientos de cuerpos se esparcían por todo el lugar y, sostenido en el aire como si de magia se tratara, flotaba un gemido que le lastimaba los oídos y le inundaba de angustia el corazón.

Sin ser poseedora de voluntad alguna, Ilsa fue guiada por la muralla para ser testigo de la matanza que había ocurrido allí. Caminó entre hombres de armaduras de cuero y rostros barbudos, que no habían muerto en paz. Los gestos que quedaron impresos en sus facciones al momento de sus partidas, le mostraban su pena y su sufrimiento.

Fue arrastrada como una hoja en el viento hasta las calles desoladas de la ciudad, donde nada más que un manto gris cubría los árboles, las aceras, el empedrado y los tejados. Las cenizas revoloteaban y se enredaban entre sus pies al moverse, creando pequeños remolinos blanquecinos. Los cuerpos calcinados se amontonaban en las esquinas y algunas personas con los rostros cubiertos, de quienes apenas se divisaban sus tristes miradas, se encargaban de subirlos a los carros que los transportarían vaya uno a saber dónde.

Ilsa se deslizó involuntariamente entre las casas derrumbadas, que antes eran de madera y techo de paja. Quedaban solo unas pobres fogatas extinguiéndose, al no tener ya nada de dónde asirse para continuar ardiendo.

El escalofriante gemido que la acompañó en su recorrido por la desértica y agonizante Erjathá, se convirtió en palabras que llegaron claras a sus oídos. Era una voz infantil que repetía la misma frase una y otra vez, con la misma entonación, la misma falta de fuerza y de voluntad, como si fuera algo que carecía de sentido e intención, como una frase aprendida de memoria y recitada hasta el cansancio.

«No quiero ser esto» repetía entre sollozos.

Ilsa recorrió con la vista la cruel escena que la rodeaba, pero no pudo encontrar a quien se lamentaba de esa forma.

Se tomó la cabeza con ambas manos, porque quería dejar de ver y de sentir, aunque sabía que no era posible. Ya le había ocurrido antes, hacía unos años, cuando la reina Viktoria y sus magos atacaron la misma ciudad donde se encontraba en ese momento. Aunque en ese tiempo las víctimas fueron otras, todos eran inocentes, gente que nada tenía que ver con la guerra ni con los magos, pero que pagaron con sus vidas como si hubieran sido los culpables de enormes atrocidades.

Revivió también, sin desearlo, lo que sucedió esa noche y recordó que había un muchacho rubio que lloraba frente a un puñado de cartas. Ilsa lo abrazó en aquellos momentos, porque ella lloraba a su lado al poder sentir el dolor y la culpa que le ocasionaron sus actos. Lo ayudó a ponerse de pie y lo guió fuera de la casa, para alejarlo de lo que fuera que estaba causando su malestar. Sabía, aunque sin tener conocimiento de ellos, que debía acompañarlo a un lugar seguro y lo guió por las calles desiertas de Erjathá hasta llegar a una pequeña cabaña de madera, de la que emanaba una sensación de paz, seguridad y comprensión.

Ese joven aparecía en sus sueños de forma recurrente, la misma escena, los mismos sentimientos, la misma angustia, a pesar de saber cómo era que terminaba. Creyó que todo fue una pesadilla aquella vez, pero días después escuchó a sus padres hablar sobre lo que ocurrió y su pesadilla dejó de serlo para tomar otro sentido y volverse una premonición. Esa vez, no pudo hacer nada para evitarlo, pero estaba en sus manos advertirles a los demás para impedir que algo así volviera a ocurrir.

Ilsa volvió en sí tal como fue introducida en ese estado, de repente. Los faroles de papel continuaban flotando, las guirnaldas de colores se mecían con la brisa nocturna, la música seguía

sonando y las personas bailando y riendo. Un hombre desconocido la sostenía por los hombros y había una niña con un vaso de jugo en las manos, que la miraba con preocupación.

—¿Te encuentras bien? —preguntó con dulzura la pequeña.

—Solo fue un dolor de cabeza, no te preocupes —sonrió aunque sentía náuseas y aún podía oler el humo y la descomposición de los cuerpos que la habían rodeado hasta hacía instantes—. A veces me sucede.

La pequeña asintió y le ofreció la bebida, que Ilsa aceptó y bebió de un solo trago.

—¿Quieres que busque a alguien? —preguntó el hombre.

—Necesito a alguno de los magos, a cualquiera de ellos.

—Por supuesto, señorita —dijo el hombre y se perdió con rapidez entre la gente.

Ilsa miró a su alrededor y vio a la extraña mujer-ave a unos pocos pasos de donde estaba. Corrió tras ella, la tomó del brazo y su mano tocó una pequeña porción de la piel de la mujer. Ilsa la soltó, con la sensación de que sus dedos ardían.

«¡Mis guantes, maldición!» pensó y levantó la mano por unos segundos para observarla a la luz de los faroles, pero no había nada inusual en ella.

Cuando quiso encontrarla otra vez, la mujer ya se había esfumado entre el gentío. Mientras miraba a su alrededor, comenzó a rebuscar en su bolso, hasta que halló sus guantes de piel. No le importaba que hiciera calor, que sus manos sudaran o que se viera ridícula usándolos en Pyebra, los necesitaba; normalmente los usaba porque tocar a alguien que no fuera Quentin le causaba una profunda desolación, pero tocar a esa mujer había sido extraño y aterrador, a la misma vez.

—Señorita Ilsa. —Una voz femenina la alcanzó y se giró para ver. Era la maestra Áliza, que la miraba con inquietud—. ¿Qué sucedió? ¿Se encuentra bien?

La muchacha le contó lo más rápido que pudo sobre lo que vio y la maestra le recomendó que regresara junto a Quentin. Áliza se encargaría de reunir a los magos y de llevarlos a ellos dos a un lugar seguro. Ilsa asintió y regresó hacia donde lo había visto por última vez.

Lo encontró casi en el mismo lugar, mirando desesperado hacia todos lados, buscándola entre quienes estaban disfrazados, recibiendo amenazas e insultos. Corrió hacia él y lo tomó de la camisa para detenerlo, antes que volviera a escabullirse entre los demás. Quentin se sobresaltó, se giró para verla y sonrió por un fugaz instante, pero luego frunció el ceño. Lo abrazó, porque fue lo único que pudo hacer. Necesitaba quitarse esas espantosas sensaciones y estar cerca de él podía hacerla olvidar de todo el tormento que había sufrido en tan solo unos pocos minutos.

—¿Qué sucede? —La tomó por los hombros e Ilsa lo miró.

—¿Te divertiste hoy? —Quiso sonreír. Quentin la miró confundido e Ilsa acarició su mejilla, para tranquilizarlo—. Espero que hayas tenido una bonita noche.

—¿Te hicieron algo? Me asustas, Ilsa.

—Atacarán Erjathá. —La angustia y el dolor se reflejaron en sus ojos y sintió que sus manos comenzaban a temblar—. Tenemos que advertirles, ahora.

24

La actitud de Ilsa cambió de un segundo a otro y, de ser una muchacha desgarbada y despreocupada, pasó a ser una persona completamente diferente, que nunca antes había visto. Sus gestos se endurecieron, irguió su espalda y hasta su porte era otro. Se la veía tan segura, fuerte y confiada, que cualquiera la hubiera confundido con una guerrera.

Comenzó a dar órdenes a quienes estaban a su alrededor y todos se voltearon a verla. De inmediato, se alejaron de ellos, dejando un gran espacio abierto. A los pocos segundos, Naga y Shanyi aparecieron a su lado ocasionando un pequeño torbellino de tierra y no pasó mucho hasta que Tino llegó junto a sus padres.

Los magos se dispersaron después de hablar con Ilsa y comenzaron a dar indicaciones a la gente, que se largó a correr en busca de sus niños y sus familias.

—Ilsa, ¿cómo que…? —preguntó alzando la voz, pero antes que pudiera responderle, una niña pequeña y delgada, vestida con un brillante traje rosado y naranja, apareció frente a ellos, con los ojos encendidos y su cabello revoloteando. Cuando estos se apagaron, notó que tenía la mirada más triste que Quentin hubiera visto alguna vez.

—¿Ustedes son quienes vinieron a sanar a Vila? —preguntó en sitnorense, sin siquiera presentarse. Quentin asintió—. Síganme.

La niña dio media vuelta y comenzó a caminar hacia la calle principal de Erjathá. La pequeña se quitó el traje mientras caminaban y lo arrojó a un lado.

—Soy Lena, y alguna vez fui princesa de Pyebra —dijo cuando notó que no había gente a su alrededor—. Los llevaré a un lugar seguro. Han detectado tropas moviéndose entre las sombras. Malditos cobardes que atacarían durante la noche, pero gracias a la señorita Zvezda, atacaremos nosotros primero.

—Yo quiero ayudar —dijo Quentin.

—Tú viniste a sanar a Vila y eso harás —dijo la niña con tal autoridad que Quentin no se atrevió a contradecirla—. Vila es como mi madre, estoy segura de que ya saben lo que ocurrió en el Gran Templo y pueden imaginarse que soy capaz de hacer cualquier cosa por ella y por Tareq. Los protegeré a ustedes de quien sea para que Vila vuelva a ser quien era, aunque mi propia vida se vaya en eso, ¿comprenden?

La niña se detuvo, se dio vuelta y los miró a los ojos. Ambos asintieron e Ilsa tomó la mano de Quentin; debía haberse asustado tanto como él de solo escucharla.

—¿A dónde nos llevas? —preguntó Ilsa, con un hilo de voz.

—Iremos a nuestro salón de prácticas. Vila y Tareq están allí. Ustedes, por favor, traigan a Vila de regreso. —Su voz se quebró y la niña comenzó a llorar. Quentin se acercó, se arrodilló frente a ella y Lena se arrojó a sus brazos, como si lo hubiera conocido desde siempre. Lena habló entre susurros, con la voz entrecortada por el llanto—. Quiero escuchar su voz de nuevo, por favor. Tareq… Tareq ya no sonríe, su vida también se está consumiendo y me voy a quedar sola.

Quentin se puso de pie con la niña en brazos e Ilsa le acarició la frente y le acomodó el cabello.

—Ambos estarán bien, ya verás —dijo con suavidad—. Haremos todo lo posible por ayudar.

—Debemos continuar —dijo Quentin después de unos segundos, sin saber si bajar a la niña o si caminar con ella en brazos. Miró a Ilsa y, sin hablar, intentó preguntarle qué debía hacer. Ilsa

se encogió de hombros y Lena, abrazada a su cuello, les indicó que continuaran por la calle principal. Al parecer, no tenía intenciones de soltarlo y a Quentin no le molestaba, extrañaba a su hermano pequeño y, de alguna forma, Lena le recordaba a Astor. Aunque agradeció a los dioses que Astor no estuviera tan perturbado como ella.

Poco antes de llegar a su destino, Lena le pidió a Quentin que la dejara en el suelo.

—No me gustaría que Tareq se sintiera mal —dijo y se limpió el rostro con la manga de su túnica. La niña retomó el camino y antes de abrir la puerta del salón, se volteó a mirarlos—. No le digan a nadie que me vieron llorar. Tareq está muy triste por Vila y quiero que me vea bien, no necesita más preocupaciones.

Una sonriente Lena entró al salón y corrió hacia un joven ojeroso, pálido y demacrado. A Quentin se le encogió el corazón al verlo. Por lo que le contaron de él, apenas si tenía un par de años más que Quentin y le dijeron que era robusto, alto y saludable. Se había hecho una imagen de Tareq que no se correspondía en nada a lo que veía en esos momentos.

«El sufrimiento hace estragos hasta en el más fuerte» pensó, y se preguntó si Ilsa y él serían capaces de devolverle lo que los sacerdotes de Sinmá le arrebataron y, también, su vitalidad y su esperanza.

Lena los presentó y, luego, Tareq los condujo a una pequeña habitación en la que había una sola cama y dos sillas. En lo que parecía una inmensidad de sábanas blancas, yacía una mujer muy pequeña, que no era más que piel y huesos; tenía el rostro atormentado, contraído en un gesto de dolor. En ese instante, Quentin pudo comprender la angustia que Lena y Tareq estaban sintiendo. Había oído también de la sacerdotisa, de su fortaleza y valentía, y ahora no era nada más que un saco de huesos esperando la muerte.

—Necesito que la habitación esté a oscuras —dijo Quentin y Tareq tomó los faroles y salió del cuarto sin decir nada—. ¿Cómo haces tú para sanar?

—Pongo las manos sobre la herida y mi energía repara lo que esté dañado… No sé muy bien cómo explicarlo, porque desde que recuerdo lo hago así —susurró, como si la oscuridad no les permitiera levantar la voz.

—Bien, intentaré ver algo.

Quentin mantuvo los ojos cerrados, sin saber por qué, y los abrió despacio, con algo de temor de lo que pudiera encontrar. Vio que del cuerpo de la sacerdotisa salían haces de luz dorada de varias partes, como si tuviera flechas clavadas.

—¡Por un maldito demonio, Ilsa! —exclamó.

—¿Qué? ¿Qué hay? —preguntó asustada.

—Dame tu mano —dijo y movió las manos en la oscuridad hasta que encontró la de Ilsa. La dirigió hacia la primera flecha de luz, en la cabeza de Vila. Ilsa se sobresaltó y quiso retroceder pero Quentin la retuvo—. ¿Qué sientes?

—Esto es muy malo, Quentin, ¿cómo se supone que lo haré? Puedo… Me da mucho miedo, puedo sentir la maldad que sale de ese lugar.

—Inténtalo.

—No sé cómo hacerlo. —Su voz sonaba desesperada—. ¿Y si le hago daño?

—¿Crees que estará mejor si tiene eso en su cuerpo? Son siete, Ilsa, siete de esas cosas atraviesan su cuerpo, por todos lados.

—Sagrada sea tu lanza, Sinmá, ¿cómo haré?

—No lo sé, pero intenta hacer lo que haces siempre.

—¿Cuál es la más pequeña? Debería empezar por ahí; si funciona, sanaré la mayor después, ¿sí?

—Creo que es una buena idea. —Quentin guio las manos de Ilsa sobre la luz más débil, a la altura del corazón de la sacerdotisa y la soltó para dejarla trabajar.

—Ya no lo siento, toma mis manos de nuevo, creo… Creo que solo así puedo hacerlo.

Quentin buscó a tientas hasta dar con ella otra vez y, unos instantes después, pudo ver a uno de los ojos de Ilsa volverse un pequeño destello blanco que resaltaba en la oscuridad.

—Ahora sí —exclamó. De las manos de Ilsa salieron haces de luz rosada que envolvieron a esa extraña flecha y, de a poco, comenzaron a extraerla del cuerpo de Vila.

—Continúa —susurró Quentin—, lo estás haciendo bien.

La peculiar flecha parecía resistirse, por momentos, a abandonar a Vila, pero la magia de Ilsa la guio con suavidad hasta que logró extraerla por completo. La flecha se esfumó en una voluta de humo rojo e Ilsa rio.

—Lo hice —dijo, emocionada.

—Yo sabía que podrías —respondió Quentin.

—¿Cómo se ve el lugar donde estaba? ¿Quedó algo?

—Ya no hay nada. ¿Les decimos o mejor cuando terminemos?

—No lo sé, ¿si algo sale mal? Mejor esperemos; hagamos todo lo que podamos, ya veremos después.

—Tienes razón. ¿Cómo te sientes?

—Estoy muy bien. Llévame hacia la mayor.

Quentin tomó las manos de Ilsa otra vez y las condujo a la flecha más luminosa, en el centro del pecho de la sacerdotisa. Ofreció mayor resistencia que la primera pero, en un momento y ante el asombro y confusión de Quentin, el ojo izquierdo de Ilsa se volvió rojo como los de Tino y Lena, y la flecha no pudo batallar por mucho tiempo contra el poder que emanaba de las manos de Ilsa, que era, en esos momentos, un torbellino de haces de luces rosados y rojos. Sin siquiera decir nada, Quentin la guio al siguiente punto y, luego, a los demás, hasta que nada más quedó en el cuerpo de la joven mujer.

Quentin rodeó la cama guiándose con las manos para llegar a Ilsa.

—Lo hiciste —dijo sin ser capaz de contener la emoción—, lo lograste, Ilsa, ¡la sanaste!

—Quentin… —Ilsa se desvaneció y él pudo llegar a tomarla de los brazos antes que tocara el suelo. La levantó y caminó hacia la puerta, dio dos golpes con la bota y en seguida Tareq abrió.

—Lo logramos —dijo, conmocionado—. Pasen a verla, puede que despierte enseguida.

Las lágrimas inundaron los ojos de Tareq y enseguida giró para ver a Lena, que dormía en un sillón. Caminó hacia ella y la despertó. La niña se levantó de un salto y miró a Quentin y a Ilsa. Tareq tomó un farol y entró al pequeño cuarto, apresurado.

—¿Qué le sucedió a la señorita Ilsa?

—Está agotada, pero…

Los ojos de Lena se encendieron y, a los pocos segundos, Ilsa abrió los ojos, como si nada hubiera ocurrido.

—Gracias —dijo la niña. Con la mirada alegre y una enorme sonrisa en su rostro, corrió detrás de Tareq.

—¿Cómo te encuentras? —Quentin dejó a Ilsa en el suelo y ella lo tomó del brazo.

—Parece que el piso tiene vida propia —sonrió—, pero al menos me siento bien.

—¡Vengan! —Lena se asomó, riendo, por la puerta. Les hizo una seña con la mano al verlos dudar. Ambos corrieron hacia el cuarto y, cuando llegaron, vieron algo que les sorprendió tanto que se quedaron por varios segundos detenidos en la puerta. Pudieron presenciar cómo estaba cambiando el cuerpo de la sacerdotisa. Apenas perceptiblemente, pero sin pausa alguna, sus

músculos crecían, sus mejillas se rellenaban y el color volvía a su piel. La habían visto hacía poco menos de una hora y cada uno de sus huesos podían notarse a través de su piel. En cambio, en esos momentos su cuerpo volvía a la vida y su rostro se veía relajado y en paz y parecía que estaba tomando una apacible siesta. Ilsa sonrió, tomó la mano de Quentin y apoyó la cabeza en su hombro.

Esperaron y esperaron, sin moverse, sin hablar, casi sin atreverse a pestañear, hasta que, finalmente, Vila se movió. Fue apenas un leve espasmo, pero Tareq se levantó de su silla por una breve fracción de segundo y volvió a sentarse. Lena miró a Quentin y a Ilsa y sus ojos brillaron junto a su sonrisa; tanta era su felicidad, que parecía una niña completamente diferente a la que conocieron.

Vila movió apenas los dedos de una mano y sus labios parecieron abrirse unos milímetros. Murmuró unas palabras que Quentin no comprendió e Ilsa lo hizo salir de la habitación.

—Dijo «mis amores» —susurró Ilsa casi al borde de las lágrimas.

—¿Te das cuenta de lo que hicimos? —Quentin se sentía igual que Ilsa, con un nudo en la garganta y las emociones a flor de piel.

—Regresamos a una persona a la vida. —Ilsa sonreía como nunca antes, con sus labios, sus ojos y su alma y Quentin la abrazó—. Nosotros, juntos, Quentin, ¿puedes creerlo?

Lo único que Quentin sabía hacer, y había hecho en los últimos años, era matar, pero junto a ella, había logrado salvar a alguien y, a su vez, devolverles la esperanza a dos personas más que se hallaban en una constante y angustiante incertidumbre desde hacía varios meses. Tenía ganas de correr y decirle a todo el mundo lo que habían hecho, quería que todos supieran que no era solo *el carnicero de Sitnor*, sino que también era capaz de dar vida y que esa sola vida, valía más para él que cualquier otra batalla en la que hubiera participado.

Se había salvado a sí mismo, también, aunque aún no lo sabía.

Después de caminar de un lado al otro y esperar alguna noticia de Vila o de los demás magos que partieron para detener el ataque, Quentin se había sentado en uno de los sillones e Ilsa, poco después, se había dormido con la cabeza apoyada en su hombro. Había sido un día demasiado largo para los dos, lleno de emociones de toda clase y, apenas se acomodaron, el sueño se apoderó de ellos sin que lo notaran.

Tareq, quien recuperó su vitalidad casi tan milagrosamente como Vila, los despertó con suavidad, pero ambos se sobresaltaron, temiendo que algo malo hubiera sucedido. El sol inundaba la estancia, arrancando pequeños destellos a cada superficie que tocaba, por lo que fruncieron los rostros al ver la claridad en la que se encontraban.

—¿Vila? —preguntó Quentin apenas lo vio—. ¿Está ella bien?

Ilsa se desperezó y bostezó. Tareq asintió sonriendo y les indicó que lo acompañaran. Al llegar a la habitación, vieron que Vila estaba sentada en la cama, de espaldas a la puerta, mirando por la ventana. Lena dormía con la cabeza en su regazo y ella acariciaba con suavidad su frente y su mejilla.

—*Porr favorr*, pasen —dijo en sitnorense en cuanto los escuchó llegar. Sus movimientos eran muy lentos y sus manos temblaban cuando las levantaba—. No *quierro moverrme parra* que Lena no *despierrte*, su noche fue muy *larrga*.

Tareq, que parecía desbordar alegría por cada poro de su piel, les indicó por señas que se acercaran a la ventana que Vila estaba mirando. Los jóvenes obedecieron y vieron por primera vez el rostro de la sacerdotisa despierta. Era una mujer hermosa, de mirada dulce y a la vez sabia y poderosa. Quentin no pudo más que sentirse insignificante al estar en su presencia, tal era la

sensación que le daba. Ilsa debió sentirse de igual forma, puesto que bajó la vista después de unos segundos. Tareq se sentó junto a ella y Vila le tomó la mano.

—La magia de los dioses siempre ha sido más *fuerrte* que la de los *Astrros* —dijo con lentitud—, *perro* ustedes han sido de las pocas *perrsonas* capaces de *vencerrla*, de *transforrmarrla* y de *sanarrla*. Mi vida la debo a ustedes…

Ilsa se arrodilló frente a ella y habló, conmocionada.

—No sabíamos lo que hacíamos, mi señora sacerdotisa, no crea que está en deuda…

Tareq se acercó a Ilsa, mientras ella hablaba, e intentó levantarla.

—Nosotros estamos agradecidos —dijo Quentin, a su vez, arrodillándose junto a Ilsa. No sabía por qué lo hacía, pero sintió que estar de pie frente a ella, era un insulto—. Dejaron sus últimas esperanzas en nuestras manos y…

—No se arrodillen ante mí —dijo Vila, contrariada—, yo *deberría hacerrlo*, aunque aún no tenga las *fuerrzas necesarrias*.

Tareq se largó a reír ante lo confusa que se volvió la situación. Hizo un esfuerzo de contenerse cuando todas las miradas se dirigieron a él, pero no tuvo más resultado que otra sonora carcajada, a la que los demás se unieron, irremediablemente. Lena despertó, asustada, y luego los vio a todos reír. Se sentó en la cama y saltó a los brazos de Tareq, riendo sin saber por qué lo hacía; Vila se puso de pie y todos contuvieron la respiración. Ilsa se levantó de inmediato y le tomó el brazo para sostenerla, pero la sacerdotisa caminó con seguridad hasta Tareq y se abrazó a ellos.

Quentin sonreía, aún de rodillas, mientras contemplaba la felicidad hecha personas. Recordó a sus padres que, por las noches, salían al jardín a ser ellos mismos, a conversar, cantar o solo sentarse juntos a disfrutar de la compañía. Se preguntó si, a pesar de la longevidad de los magos, de sus dudas e inseguridades, alguna vez él lograría construir algo similar junto a alguien, pero Ilsa lo distrajo cuando le tocó el hombro y la vio tendiéndole la mano para que se pusiera de pie, sin quitar los ojos de aquella particular familia.

Después de unos momentos, Tareq habló en pyebrano e Ilsa tradujo sus palabras a Quentin:

—Tenemos que marcharnos ya. Iremos a Sitnor.

—¿Todos?

—Todos nosotros.

—¿Tú también? —No podía con su asombro.

—Sí. —Ilsa sonrió—. Ellos por su seguridad y porque Vila necesita recuperarse, nosotros para cuidar de ella.

—Yo puedo quedarme y ayudar —dijo Quentin, a pesar de que la perspectiva de permanecer más tiempo junto a Ilsa era mucho mejor.

—No arriesgaremos tu vida —dijo Lena—, eres nuestro invitado aquí y te llevaremos a tu hogar sano y salvo, tal como llegaste. En unos minutos vendrán Naga y Tino para llevarnos a Sitnor. Ellos traerán nuestro equipaje.

—¿Tienen abrigos? ¿Para ti y Vila, al menos? —preguntó Ilsa—. Está frío allí, puede ser malo para su salud.

Lena pareció desesperarse, puesto que abrió mucho los ojos, miró a Tareq y le dijo lo que Ilsa había mencionado. Él asintió y la niña volvió a sonreír, aliviada. No pasó mucho hasta que Naga y Tino llegaron. Sus rostros tensos y agotados se suavizaron al ver a Vila caminando por sus propios medios. Tino, quien evidentemente tenía más familiaridad con ellos, se acercó y abrazó a la sacerdotisa, emocionado y al borde de las lágrimas. Luego, dirigió su atención a Quentin y a Ilsa. Le dio una palmada a Quentin en el hombro, sin dejar de sonreír.

—Ahh *reznic* sí que *erres asombrroso*.

—Y sin entrenamiento —contestó, divertido.

—¡Bah, *prresumido*! —dijo Tino e Ilsa rio.

—Ilsa tiene todo el mérito —dijo, finalmente—, fue ella quien curó a Vila.

—Muchas *grracias, señorrita*. Hizo algo *asombrroso*. No conozco muchas *palabrras* en *sitnorrense, perrdón*. —Tino pareció cohibido, de repente.

—Lamento interrumpirlos. —Naga se acercó a ellos—. Pero ya tenemos que partir. Las cosas aquí están… extrañas, ya le expliqué a Tareq, él los pondrá al tanto en cuanto los dejemos en Sitnor.

Los hicieron colocar, tomados de la mano, formando un óvalo. Naga estaba en un extremo y Tino en el otro; de un lado Tareq, Lena y Vila y del contrario Quentin e Ilsa.

—*Shrajkta*, detesto desaparecer —dijo Ilsa y Quentin le tomó la mano con más firmeza.

—Quietos —dijo Naga—, si alguien se mueve, puede ser un desastre. A la cuenta de tres, Tino. —El muchacho asintió y Naga contó en voz alta.

Todo desapareció por unos minutos y Quentin sintió que solo era dueño de una mente y nada más. Ya lo había hecho antes, pero la sensación de no estar y no existir siempre le era aterradora. El temor de no poder volver a moverse jamás era asfixiante y, cuando pensó que ya no soportaba más la horrible sensación, aparecieron en un cuarto frío y en penumbras. La mano de Ilsa estaba fría y temblorosa, pero se soltó de él y corrió hacia la hendija de luz que se veía a su izquierda. La joven empujó los postigos de madera y respiró con ganas en cuanto el aire fresco ingresó en la habitación. Quentin caminó hacia ella, le puso una mano en el hombro, pero Ilsa se movió, como si el contacto le molestara.

—¿Estás bien?

Por respuesta, recibió un puñado de palabras murmuradas con dureza en tesariano y Quentin retrocedió. Nunca la había visto enojada y no quería contribuir a aumentar su malestar.

—Déjala —dijo Naga—, ya se le pasará.

Quentin asintió, no muy convencido y miró a los demás. Naga y Tino comprobaron que Vila se encontrara bien y, luego, Tino salió del cuarto. A los pocos minutos, Naga tomó la mano de Vila y ambos desaparecieron. Tino regresó y habló con Tareq y Lena. La niña parecía no estar conforme con algo, por lo que Tareq se acuclilló frente a ella y le habló con calma; ella respondió de igual forma y, luego, lo abrazó. Él le besó ambas mejillas y un par de lágrimas inundaron sus ojos cuando se puso de pie. Tino y Lena desaparecieron, juntos. Quentin miró a Ilsa, que seguía apoyada en la ventana y, luego, se acercó a Tareq.

—Lena *regrresar* Erjathá —dijo, batallando con las palabras, y después agregó algo en su idioma, que él no comprendió.

Noah entró en ese momento y los miró, sonrió al ver a Quentin y ambos se saludaron con un abrazo. Quentin le presentó a medias a Ilsa, ya que no se había movido de la ventana, y luego Noah saludó a Tareq, le dijo que Vila estaba en la fortaleza y, antes de dejarlos, le encargó a Quentin que les ayudara a instalarse, porque tenía muchos asuntos que atender.

Quentin se preguntó a dónde podrían alojar a tanta gente extraña, si a duras penas había una sola habitación disponible, la que perteneció a Astor, y no era, precisamente, espaciosa. Ara se molestaba si alguien entraba a sus dominios, por lo que descartó la idea. Podría alojarlos abajo, aunque la última vez que entró, tuvo que sortear varios obstáculos hasta llegar a la cama, sin mencionar a las arañas que habían invadido cada rincón y, desde que Onix no estaba, seguro que las ratas se habían comido la mitad de lo que allí guardaban. Quentin movió la cabeza de lado a lado… tal vez sería mejor buscar una posada.

Ilsa se alejó, al fin, de la ventana y se acercó a ellos; tenía mejor semblante y parecía haberse

recuperado. A Tareq, en cambio, se lo veía nervioso, sudaba aún cuando no hacía calor y uno de sus ojos palpitaba. Ilsa conversó con él y, luego, le transmitió sus inquietudes a Quentin: tenía miedo que alguien lo reconociera. Ilsa le sugirió usar una de sus túnicas para cubrir su rostro y él estuvo de acuerdo, por lo que sacó una de su bolso y Tareq improvisó una chalina con la cual se ocultó. Algo más calmado, los tres dejaron el pequeño cuarto para dirigirse a la fortaleza.

25

Erjathá, Pyebra

Bastian llegó a las inmediaciones de la ciudad amurallada con la luna nueva. Se ocultó entre la abundante vegetación para observar los movimientos de sus hombres, haciendo vanos esfuerzos por ignorar a los insectos que se adherían a cada mínimo centímetro de piel que quedaba expuesta. Nunca había estado en Pyebra, pero ya había decidido que detestaba ese país. El calor era agobiante, los insectos no le daban paz ni un momento y, como si fuera poco, no podía dormir por los jaguares que lo rondaban por las noches. No podía encender fuego para alejarlos, ya que atraería la atención de los vigías, y había matado a tres de ellos, pero eran una maldita plaga. No podía negar que eran unas bestias hermosas e imponentes, pero no estaba en sus planes ofrecerse para la cena.

El ejército morroíno esperaba a más de quince kilómetros hacia el noroeste, lejos de la mirada de los últimos puestos de vigilancia de la ciudad, que estaban a diez kilómetros de la muralla. En cada posta había seis hombres que permanecían allí por cuatro días, hasta que eran reemplazados. Se comunicaban con los demás por medio de silbidos, que imitaban a los de los pájaros, y solo lo notó al tercer día, cuando por un descuido uno de ellos lo vio y tuvo que hacer uso de sus poderes para camuflarse entre la vegetación. Pudo ver que lo buscaron por varias horas y algunos estuvieron a escasos centímetros de encontrarlo, pero esperó sin moverse más que para respirar hasta que todos se dispersaron. Estuvo a segundos de matar a uno de ellos, que se acercó tanto que casi lo toca, sin embargo el soldado lo esquivó a último momento. De haberlo descubierto, hubiera tirado por la borda todo el trabajo de los últimos días en apenas unos instantes.

Tras una semana, Bastian decidió que ya tenía la información suficiente y desapareció de la tupida selva para regresar al campamento. Encontró a Hidzá, que había quedado a cargo de una centena de guerreros de elite, jugando a los dados con algunos de ellos, entre risotadas e insultos. Le hizo una seña para que lo siguiera y caminó hasta la orilla del río; se quitó la túnica y se lanzó al agua. Hacía días que necesitaba un baño y no quería esperar hasta terminar de hablar con Hidzá. El mago pyebrano llegó a los pocos minutos y Bastian, sin abandonar el vital elemento, le contó lo que había visto. Hablaron por casi una hora y acordaron reunirse en la mañana siguiente para comenzar a trazar los planes.

Si bien la señora Morgana descubrió la conexión con la que la Dama de la Cueva se comunicaba con sus espías en Sitnor, no pudieron hacer lo mismo entre ellos. Algo faltaba en los recuerdos que la reina Morgana vio en la mente de los magos y llegaron a la conclusión de que estos fueron manipulados; sin dudas, la vieja maestra se guardaba demasiados secretos para su propio uso y no estaba dispuesta a compartirlos con nadie más, ni siquiera con quienes estaban bajo sus órdenes.

Cuando le pareció que el calor de la selva abandonó su cuerpo, regresó a su tienda. No quedaban rastros del astro rey en el cielo y lo único que alcanzaba a ver, era la luz de unas escasas estrellas entre la abundante vegetación. Había solo tres fogatas encendidas, unos insignificantes puntos luminosos entre la oscuridad que lo rodeaba, por lo que las usó como referencia para no perderse, ya que el campamento estaba bastante alejado del cauce del río Thara. No quisieron llamar la atención de los pescadores de las pocas aldeas que sobrevivían a

los constantes acechos de la reina de Pyebra.

Dos días después de su regreso, levantaron el campamento y partieron. Avanzaron bajo el abrigo de la noche y se ocultaron durante el día y, tras dos jornadas de silenciosa marcha, llegaron a su destino. Los soldados ocultaron su equipaje entre la maleza y se sumergieron en el agua con sus armaduras completas, arcos y flechas, que Hidzá protegió con un hechizo para que el agua no las dañara.

El río Thara se hacía más angosto antes de llegar a la enorme ciudad; una serie de cascadas de gran altura, la profundidad del cauce y las rocas que sobresalían entre la blanca espuma que caía de un nivel al otro, hacían desistir cualquier intento de invasión por la pequeña fracción de agua que cruzaba una porción al este de la ciudad. Sin embargo, Erjathá había prosperado y alzado sus murallas después de la Última Gran Guerra, por lo que nunca antes se habían enfrentado al poder y al ingenio de los magos.

Cuando vio un manto de luces desplegarse abajo, a su derecha, Bastian supo que la primera cascada estaba a escasos metros. Creó una descomunal esfera que contuvo en su interior a todos los guerreros, así como el agua en la que se encontraban sumergidos. Los hombres, aterrados y con nada de confianza, comenzaron a vociferar ni bien el vacío se hizo debajo de la esfera. Hidzá les ordenó callar y tuvo que dormir a tres de ellos que, presos del pánico, quisieron acabar con sus propias vidas por el terror que les causó la situación. Cuando la esfera aterrizó con suavidad en la corriente, los despertó para que comprobaran que no corrían ningún peligro. Con mejores ánimos se deslizaron entre la espuma del río hasta sortear cuatro caídas más.

Justo donde acababa la pared natural que formaba la última cascada, comenzaban las murallas que resguardaban la ciudad de los dos lados de la costa. Dos puentes de piedra, robustos y tan anchos como la muralla misma, cruzaban el río para mantener unidas las dos secciones del muro.

El paso del río por la ciudad terminaba con un rastrillo levadizo casi tan alto como las murallas. Este permanecía bajo la mayor parte del tiempo y solo se elevaba, para su limpieza, cuando el agua comenzaba a estancarse por la acumulación de algas y vegetación que bloqueaban su flujo normal, por lo que ingresar a la ciudad contra la corriente, tampoco era posible.

Bastian deshizo la esfera que los contenía y los hombres nadaron en silencio hasta la orilla opuesta a la ciudad, que estaba completamente deshabitada y solo se utilizaba como campo para el cultivo de hortalizas. Bajo el resguardo de la más absoluta oscuridad, corrieron en silencio hasta la muralla, con Hidzá y Bastian a la cabeza de la marcha. Los magos subieron las escaleras sin que una palabra se escapara de sus labios y estaban a punto de llegar a la cima cuando un estruendo los sorprendió. Las piedras bajo sus pies temblaron y estuvieron a un paso de caer, de no haber sido por la velocidad con la que Hidzá reaccionó y contuvo el temblor. Los soldados pegaron la espalda a la pared y esperaron a que les dieran la orden de continuar.

Bastian buscó el origen de aquel sonido tan fuerte, pero solo vio unos muy pequeños reflejos de las luces de la ciudad en la superficie del río. Miró con más detalle a su alrededor, sin poder ver nada más; la oscuridad se tragaba todo, irremediablemente. No había luna esa noche y parecía que las estrellas se habían apagado, también, por lo que supuso que una tormenta se avecinaba. Esperaron por eternos minutos, pero ningún sonido llegó hasta ellos. Ni guardias, ni alarmas.

Hidzá y Bastian acordaron seguir con el plan y dieron la orden de continuar subiendo. Al llegar hasta lo alto del muro, los magos se separaron y cada uno fue seguido por la mitad de los hombres. Bastian encontró el primer puesto de guardia y se sorprendió al comprobar que no había nade allí. Lo mismo sucedió con el segundo y con el siguiente. Corrió sin intentar ocultarse

y estuvo a un paso de caer al vacío. El puente que unía ambas orillas había desaparecido por completo y en ese momento comprendió el origen del temblor. Los estaban esperando.

Bastian regresó sobre sus pasos y les ordenó a los soldados permanecer en sus lugares. A mitad de camino, llegando a las escaleras, se encontró con Hidzá.

—Destruyeron el puente —dijeron los dos al mismo tiempo.

—Malditos sean —murmuró Bastian—. Tendremos que atacar desde aquí. Armaré uno de los puentes, cúbreme.

—Voy —dijo Hidzá.

Bajó las escaleras, mientras Bastian reunía a los soldados y los enviaba hacia abajo. Debían actuar rápido, antes que la noche se escabullera en el horizonte y quedaran a la vista de los erjathaínos.

Con la respiración agitada y la sangre cosquilleando en sus venas, corrió entre los campos sembrados a toda la velocidad que fue capaz, hasta que alcanzó la orilla. Al llegar, se tomó unos breves segundos para serenarse y lograr conectar con su poder. Cuando se sintió listo, levantó ambas manos y el río comenzó a moverse lentamente, creando pequeñas olas en la superficie, que se fueron volviendo cada vez más grandes. Con un movimiento de sus dedos, el agua pareció cobrar vida y se formó una ola de varios metros de altura, la que dirigió con velocidad hasta el lado opuesto. Hidzá creyó que rompería en contra de la primera fila de casas, como mínimo, pero esta se estrelló frente a una pared invisible y retrocedió con la misma intensidad y velocidad.

—¡Malditos sean! —exclamó. Extendió sus manos delante de él y formó un escudo para contener el embiste del agua lo máximo posible, pero sabía que si no lo detenía, esta rebotaría de lado a lado hasta que las energías se agotaran y uno de los escudos se desvaneciera. Y tenía la seguridad que él sería el primero en caer, porque estaba solo y sin apoyo. Cuando el agua se retiró otra vez, Hidzá deshizo su escudo y se concentró en detener la ola antes de que alcanzara el otro lado del río. La turbulenta superficie regresó a la calma tan rápido como se levantó y, antes que pudiera reponerse, una fuerte y repentina corriente de aire lo arrojó al suelo. Los juncos y matorrales a su alrededor fueron arrancados de cuajo y el viento le hizo llegar una voz que susurraba.

—*Ríndanse, o no habrá piedad alguna.*

Hidzá rio. Sabía que los magos de Erjathá eran más habilidosos que ellos, pero no unos asesinos. Preferirían dejarlos escapar antes de derramar una gota de sangre. Corrió de regreso hacia la muralla y subió las escaleras de un solo tirón. Preguntó por Bastian y los soldados le indicaron que estaba río abajo. Se lanzó a correr entre los hombres hasta que vio a su compañero.

—¿Cómo vas?

—Inténtalo —respondió, molesto—. Intenta levantar una de esas putas rocas.

Hidzá hizo lo que Bastian le dijo y notó que ofrecían una resistencia descomunal.

—¿Qué carajo están haciendo?

—¡Las retienen! ¡Los muy cabrones las retienen!

—Malditos… ¿Cuánto tiempo crees que podrán aguantar?

—Si están utilizando una palabra de poder, nos pasaremos toda la eternidad intentándolo.

—Déjalo —murmuró Hidzá—. Después de todo, nosotros jugamos con ventaja…

—¿A qué te refieres?

El sol se abrió paso entre el oscuro cielo, que había recuperado sus estrellas, y asomó veloz y

triunfal, entrecortado por las rejas que había entre las murallas. Bastian e Hidzá, que contaban con la ventaja de haber descansado durante todo el día, se pasaron esa noche lanzando inofensivos y esporádicos ataques al otro lado de la costa, para mantener a los magos erjathaínos ocupados y expectantes, sin permitirles pegar un ojo en toda la noche. Hidzá sabía que ellos no los atacarían y se aprovecharon de eso, también.

Cuando el sol rayaba el cenit, tres torbellinos de agua se formaron en la orilla opuesta y avanzaron sobre la tranquila superficie del río, con una lentitud pasmosa, por lo que dieron a los soldados la orden de mantenerse todos juntos y estos rodearon a los magos, de inmediato. Uno de ellos señaló a la derecha, vociferando alarmado, y los magos giraron para ver. Las piedras que antes componían al puente estaban regresando a su lugar original y brillaban hipnóticas bajo el sol de mediodía. El agua que arrastraban con ellas en su escalada hacia el cielo caía hasta el río sin hacer ni un sonido y, como si de una pintura se tratara, se veían algunos arcoíris flotando sobre la corriente. Distraídos con ese espectáculo, se tardaron en ver que, por encima de la muralla, centenas de hombres corrían hacia la orilla norte del río y que lo mismo sucedía en el lado contrario. Los soldados morroínos comenzaron a subir por las escaleras, en cuanto los vieron, para hacer frente a los que se acercaban hacia ellos.

Los magos quedaron solos, con los pies plantados entre la verde hierba y con las miradas puestas en esos extraños torbellinos que no se decidían aún a tocar tierra. Sin saber si su único propósito era distraerlos o si los erjathaínos los liberarían para arrasar la tierra en donde se hallaban, Hidzá decidió regresar a la orilla y Bastian lo acompañó, a pesar de que no estaba de acuerdo, pero lo necesitaba por si sus planes fracasaban.

Conectó con sus poderes y la energía escapó de sus manos para apoderarse del elemento básico del agua; haciendo un esfuerzo que casi lo deja inconsciente, desvió el curso del río y, de inmediato, los torbellinos desaparecieron. Hidzá cayó de rodillas, agotado y exhausto, y el zumbido en sus oídos le impedía oír a Bastian, a pesar de verlo mover los labios. Movió la cabeza de lado a lado y se señaló la cabeza. Su compañero intentó ayudarlo a incorporarse, pero las piernas no le respondían por lo que lo tomó de la mano y ambos aparecieron en contra de la muralla, otra vez.

—*Los soldados han llegado* —dijo Áliza.

—*Estamos a pocos pasos* —confirmó Dima, por su parte.

Las voces de los maestros resonaron entre los pensamientos de Tino, Shanyi y Lena, que esperaban en uno de los muelles, mientras el resto de los magos de la ciudad regresaron a descansar por unas horas, después de pasar toda la noche en la espera del ataque de los invasores.

Los ojos de Lena se encendieron y miró a Shanyi.

—Perdóname —dijo y la puso a dormir.

—¿Qué estás haciendo, Lena?

—Espera —dijo la niña enseguida. No se veía como la Lena que atacó el Gran Templo y Tino respiró, aliviado—. Tenemos que acabar con esto ahora, Tino. Shanyi solo iba a interferir.

—Los maestros nos dieron órdenes, pensé que ya había quedado claro que tenemos que obedecer.

—Los maestros solo quieren ahuyentarlos —se excusó—. Y regresarán, porque nos ven débiles. Jugarán con nosotros en cada oportunidad que se les presente. Lo sé, lo oí muchas veces de mi… De Viktoria —se corrigió—. Saben que aquí nadie morirá en nuestras manos si, podemos evitarlo, pero debemos demostrarles que no es cierto. ¿Cuántos más caerán de los nuestros para ganarnos su respeto? Somos mejores que ellos, es hora de que lo sepan y lo

recuerden.

Tino la miró, pensativo. Lena tenía razón, pero desobedecer a los maestros era casi tan peligroso como dejar a los invasores partir.

—Cuando tu madre…

—Viktoria.

—Sí, Viktoria. ¿Qué me dices de la vez que vino con sus magos y atacaron en el amanecer?

Lena levantó una ceja.

—Trajo un puñado de inútiles con ella. Ninguno de sus magos importantes recibió ni un mísero rasguño. Ahora enviaron a un desconocido y a Hidzá.

—Solo dos…

—De los fuertes, Tino. El otro desaparece. —Lena sonrió, como si supiera el desafío que significaba para él encontrar a otro mago con los poderes del sol.

—¿Es Radjhá? —Tino apretó los puños—. Me gustaría encontrar a ese maldito…

—No es él. Este es rubio. Saca tu espada, es hora de que los visitemos.

—Demonios, Lena, ¿por qué me haces esto? —preguntó, frustrado. Lena estaba en lo cierto, pero eso no significaba que fuera lo correcto. Quiso resistirse a último minuto y convencer a la niña de que debían obedecer.

—Porque lo único que quiero es regresar con Tareq y Vila lo antes posible. Cuanto más vueltas le demos al asunto, menos tiempo pasaré con ellos.

—Cuando el maestro Naga lo sepa…

—Ya estaré en Sitnor. ¿Vamos?

—No, no lo haré, es muy peligro…

Lena desapareció ante sus ojos antes que terminara la frase y Tino maldijo. Tenía que decírselo a los maestros con urgencia.

—*Lena aparecerá allí, quiere… no sé qué quiere hacer, pero me temo que…*

Fuego.

Grandes llamas se desataron sobre la muralla y, al instante, Lena regresó con Dima y Áliza, dormidos pero ilesos.

—¿Vamos? —insistió—. Asumiré toda la culpa de lo que suceda.

—Maldita seas, Lena.

La niña sonrió y volvió a desaparecer. Tino lanzó un grito de frustración al aire y la siguió, no podía dejarla sola. Apareció en uno de los puentes y, luego de ordenar a los soldados regresar a la ciudad de inmediato, se llegó hasta el otro lado con la misma intención. Los hombres obedecieron, dejando tras de sí unas cuantas decenas de muertos y heridos. Miró con detalle a su alrededor y vio a Lena de pie en el techo de una de las casetas de los guardias. Tenía una daga en una de sus manos y estaba observando, debajo de ella, cómo los soldados se reagrupaban cerca de la escalera.

Siguió recorriendo la escena con los ojos y vio que los magos estaban en contra del muro. Uno de ellos sentado en el suelo y el otro de pie frente a él.

—*Apareceré junto a ti* —dijo y se unió a la niña. Señaló la mano izquierda de Lena y preguntó—: ¿De dónde sacaste eso?

—Se la robé a un soldado.

—¿Sabes usarla?

—No debe ser muy difícil apuñalar gente, ¿no?

—Dámela. —Tino la miró con el rostro serio y extendió la mano. Lena negó moviendo la cabeza. La niña dio un paso, se asomó por el borde del tejado y se lanzó al vacío—. ¿Qué

demonios…? ¡Estás loca, maldición!

Vio a Lena caer hasta el corredor de la muralla, justo encima de uno de los hombres. La niña clavó la navaja en el hombro del soldado y este gritó y se sacudió para quitarse a Lena de encima. La pequeña fue arrojada al piso como si fuera una muñeca de trapo; Tino apareció entre el soldado y su compañera y desenfundó su arma, para mantener apartados a quienes comenzaron a rodearlos. Miró a Lena y vio que tenía sangre en el rostro, pero no supo si era de ella o del hombre al que atacó. Le tendió la mano y ella la tomó.

—¿Qué demonios haces?

—Pruebo cosas, Tino.

—Detente, o tendré que dormirte.

—Inténtalo.

La niña movió sus dedos y la daga, que había escapado de su mano, regresó a ella. Se largó a correr entre los soldados que estaban dispersos a su alrededor, sin que nadie previera lo que iba a hacer. Tino estaba por seguirla cuando uno de los magos enemigos apareció entre los soldados. Era enorme, aunque parecía ser más joven que él, de brazos musculosos, espalda ancha y caderas estrechas; su piel era muy blanca y su cabello rubio ondeaba con el viento. Llevaba una armadura de cuero endurecido, así como también perneras del mismo material, y un arma en su cinto. Debía ser morroíno, ya que solo ellos eran tan dementes para usar esas armaduras que no servían para nada.

El mago sacó la espada de su funda y lo miró. Alguien gritó detrás de Tino, pero no se dio vuelta a mirar. El mago se distrajo y él aprovechó ese instante para sacarlos de ahí. Estaba en clara desventaja entre todos esos hombres y no se sentía cómodo matando soldados con su magia; Lena tendría que arreglárselas sola. Tino y el mago aparecieron en el puerto de la ciudad, y sin perder un segundo se alejó lo más posible de él, antes que le clavara la espada en algún lado.

Lena se separó de Tino y se lanzó a correr entre los soldados. Estos, en un principio, se apartaron para dejarle lugar y la miraron confundidos. Lena cerró la mano con fuerza alrededor de la empuñadura de la daga y la clavó en la primera pierna que vio frente a ella, entre las juntas de las placas de cuero que las protegían. El hombre aulló, levantó su espada, pero se detuvo en cuanto vio a la pequeña.

—Niña, ¿qué haces? —preguntó, con el rostro contraído en una mueca.

—Mátame —suplicó Lena—. Es la única forma en que me detendrán. —El hombre frunció más el entrecejo, negó con la cabeza y retrocedió, horrorizado—. Por favor —imploró Lena, pero él bajó el arma. La niña cerró los ojos por unos breves instantes y levantó la mano. El soldado se desplomó tan cerca de ella que pudo sentir su olor a sudor, cuero y licor.

Sus compañeros miraron la escena con temor y asombro en igual medida y Lena lanzó un grito cargado de dolor, furia y asco por sí misma.

—¡Mátenme! ¿No entienden? Fui criada para hacer esto. Mi madre me entrenó para esto, para matar, malditos sean. ¡Necesito que me detengan!

Los hombres retrocedieron tan sorprendidos como aterrados y los ojos de Lena, enrojecidos por las lágrimas, se encendieron como piras.

—¿Por qué son tan cobardes?

Junto a sus palabras se extendieron de sus dedos líneas de luz rojiza que alcanzaron a quienes estaban en las primeras filas. Sus cuerpos se encendieron como si fueran pastos secos y quienes fueron alcanzados por las llamas gritaron de dolor. Sus manos, como antorchas incontrolables,

no podían desatar las correas de las armaduras que se iban encogiendo cada vez más, convirtiéndose en prisiones individuales que les quitaban la respiración a medida que aumentaba su desesperanza.

Lena volvió a levantar la daga y pasó entre las llamas para seguir atacando a los soldados que estaban allí. Clavó piernas, muslos y abdómenes, cortó brazos, cuellos y rostros sin que ninguno de ellos se atreviera siquiera a golpearla para quitársela de encima. Lloró, gritó e imploró que la detuvieran, pero los soldados huían de ella como de la peste, atrapados en los corredores de la muralla. El humo, que olía a cabellos quemados, a carne chamuscada y a desesperación, se cobró las víctimas que Lena no llegó a alcanzar en esa cárcel que ella misma construyó para evitar que se escaparan de la rabia y la frustración que sentía por ser quien era.

26

El mago morroíno se lanzó contra Tino sin perder ni un segundo, con la espada en alto y el ceño fruncido. Peleaba de forma diferente a cualquiera contra quien hubiera cruzado armas antes. Era más fuerte que él, mucho más alto, aunque no era capaz de igualar la velocidad de Tino, que se movía como una serpiente, rápido y certero.

Lo que más le alarmaba, sin embargo, era que sus energías parecían menguar cada vez que sus armas chocaban entre sí y podía notarlo en el destello de dolor que lo cegaba. En uno de esos fugaces episodios, Tino tropezó con un desnivel y ese pequeño descuido hizo que su espada se resbalara apenas de su mano y su contrincante alcanzara a hacerle un corte en la mejilla.

Tino quiso recurrir a sus poderes para acabar con ese enfrentamiento, pero no pudo hacerlo. No podía conectarse con su fuente de energía, ni siquiera era capaz de verla en su mente y su asombro le paralizó el cuerpo y la razón. Sus manos comenzaron a transpirar y no pasó mucho hasta que su arma se resbaló definitivamente y el mago volvió a herirlo. La espada se enterró en su pierna derecha y Tino cayó, presa del miedo y la desesperación al no poder hacer nada para salirse de esa situación. No podía llamar a sus compañeros ni pedir auxilio a nadie. Estaba solo, confundido y aterrado.

Cuando quiso incorporarse, el mago rubio le asestó un puñetazo y su boca se llenó de sangre y dolor; el joven se arrodilló con una pierna a cada lado de su cadera y sus manos aprisionaron su cuello, apretándolo con tanta fuerza que comenzó a ahogarse en ese mismo instante. El morroíno tenía el rostro enrojecido por el esfuerzo y se le marcaban gruesas venas en su frente y su cuello. El sudor resbaló por su rostro y su cabello, goteó sobre los ojos de Tino y se escurrió por sus mejillas, como lágrimas de desesperación.

Tino levantó una mano e intentó alcanzar los ojos del mago, pero este se irguió y quedó fuera de su alcance. Con tanta frustración como desesperación, clavó sus dedos en sus brazos, pero el morroíno ni se inmutó, ya que sus músculos endurecidos y tensos parecían haber sido tallados en roca.

Cerró los ojos, entregándose a lo inevitable, pero, de pronto, la presión en su cuello se liberó y un poco de aire entró como punzantes agujas a su cuerpo. Quiso toser, pero la sangre inundaba su boca y se ahogó, dificultándolo todo aún más. Unas manos fuertes lo hicieron dar vuelta. Tino escupió, se arrodilló y levantó la cabeza, buscando una forma de respirar mejor. Una fuerte puntada en su pierna arrancó una queja, pero quedó ahogada entre sus jadeos desesperados.

—Maldición, si hubiera podido llegar antes… —murmuró alguien a su derecha, llamando su atención. Uno de los soldados estaba de espaldas a él, revisando a quien yacía en el suelo. Tino tosió y el soldado volteó a verlo; el joven mago pudo ver su angustia y su nerviosismo cuando se acercó a él—. Perdóneme por tardar tanto, mi señor.

Tino asintió y le apretó la mano. Al no ser capaz de hablar, quería transmitirle algo de tranquilidad, de alguna forma.

—Intente respirar con calma, mi señor, por favor.

Tino asintió y se sentó en el suelo. Observó a su alrededor y vio que a pocos metros de donde estaba, yacía el cuerpo agonizante del mago morroíno, rodeado de su propia sangre, que aún brotaba de una herida en su cuello. Sus manos intentaban, en vano, contener la hemorragia, pero la sangre se escapaba entre sus dedos como su propia vida. Tino no podía quitar los ojos de él, que lo miraba como, se imaginó, él lo miró antes, rogando por compasión.

El soldado lo ayudó a ponerse de pie y lo alejó del lugar. Tino quiso agradecerle, pero de sus labios no salió más que un extraño murmullo.

—No se esfuerce, mi señor —dijo el soldado. Tino se recargó en él para caminar—. Mi nombre es Ajhmet. Lo llevaré a un lugar seguro.

—Lena —susurró.

—No lo comprendo —se excusó, y Tino recordó que, para el resto de la gente, la princesa se llamaba Ilis, como la primera estrella que se ve al amanecer.

—Ilis —dijo haciendo un mayor esfuerzo—. La niña.

—No lo sé, señor. Hallamos a los maestros y a la señorita Shanyi en el muelle y los pusimos a salvo, aunque no fuimos capaces de despertarlos. El resto de los magos fue alertado de la situación y se han reunido para rearmar los puentes y cruzar al otro lado. Se ha visto fuego y mucho humo de aquel lado.

Tino asintió, Lena estaba sola allí, haciendo vaya uno a saber qué cosa.

—Necesito a Naga, urgente.

El soldado lo ayudó a sentarse en una de las escalinatas que llevaba a los muelles y corrió en dirección al Palacio de Gobierno. Sin embargo, a los pocos minutos regresó junto a él.

—Ya alerté de su estado, mi señor. Mis compañeros buscarán al señor Naga.

—Gracias, Ajhmet —murmuró—. De no haber sido por ti, no la hubiera contado.

—No hace falta que lo diga, no se esfuerce, por favor. El señor Naga deberá escucharlo, ahorre fuerzas.

Después de unos minutos, Naga apareció frente a ellos. El soldado se sobresaltó, pero no se apartó de Tino.

—¿Ilis? —preguntó apenas se presentó.

—Está allí, sola. —Tino señaló hacia el otro lado del río—. No puedo usar mis poderes, Naga.

Naga lo miró asombrado y, de inmediato, curó la herida que tenía en la pierna y le estaba haciendo perder mucha sangre.

—*¿Cómo que no puedes…?*

—No puedo —murmuró con trabajo. La garganta le dolía al hablar, tragar o respirar—. Revisa mis defensas, por favor, no puedo ver nada.

—*Se mantienen firmes, gracias a los dioses. ¿Cómo sucedió?*

—Mi garganta. —Señaló su cuello para que Naga viera las marcas. Su compañero puso sus manos en su cuello y, después de unos momentos, se sintió mucho mejor. Tino miró al soldado, que aún lo sostenía, a pesar de no necesitar ya su ayuda—. Muchas gracias por todo, Ajhmet, te debo la vida.

—No es nada, señor. —El soldado se apartó rápidamente e hizo una reverencia.

—Debemos continuar, si nos disculpas… —El soldado asintió y se alejó corriendo hacia sus compañeros. Tino le contó lo que sucedió en su enfrentamiento y Naga quiso regresar por la espada; necesitaban saber qué era lo que tenía para poder hacer esa clase de daño en otros magos. Después de llevarla al salón de entrenamiento para ponerla a salvo, regresó con Tino.

—¿Puedes sentir algo en la espada? —El joven negó con la cabeza—. Entonces démonos prisa, tenemos que llegar a Lena.

Naga lo llevó hasta la entrada más cercana a las murallas, dónde estaba marcada una sección con su nombre, y ambos subieron las escaleras corriendo, dando voces para que los que por allí caminaban les dejaron espacio. Se oían gritos aterradores desde la muralla norte y, por momentos, se veían llamaradas brotar entre el espeso humo que parecía haberse adueñado de esa

porción de arquitectura.

Después de pasar el puente recién reconstruido, dieron con un campo de energía que les bloqueaba el paso; parecía una muralla de espeso humo negro que remolineaba buscando un lugar por donde salir.

—*Zahl lanta*[31]. —Naga apoyó las manos sobre la invisible superficie y esta se desvaneció. El humo, ya libre y sin fronteras, escapó hacia el cielo en grandes volutas. Naga movió las manos y un fuerte viento limpió la superficie para que ellos pudieran caminar a salvo. Continuaron corriendo y llamando a Lena por su nombre, pero la niña no respondía. Naga comenzó a adelantarse desapareciendo y apareciendo metros más adelante, en sitios donde no veía obstáculos de ninguna clase, y pronto dejó a Tino muy rezagado. Comenzó a ver los cuerpos de los soldados muertos y sintió que se le helaba la sangre en las venas. Se detuvo por unos breves momentos y los miró con más detalle. Algunos de los soldados estaban calcinados, otros intactos, pero la mayoría de ellos eran una masa informe de carne, sangre y vísceras, que parecían haber sido atacadas por una manada de animales salvajes.

—No puede ser, no puede haber sido ella —murmuró.

Volvió a andar, intentando no poner demasiada atención en lo que veía, pero se le hacía casi imposible. Oyó un grito agudo venir desde abajo y se acercó al borde de la muralla. No podía ver con mucha claridad, pero apareció allí, en el aire, y se dejó caer en la hierba para evitar cualquier daño.

Ya en la superficie, corrió dejándose guiar por los llantos de la niña y cuando la vio, sintió su corazón detenerse. La pequeña estaba cubierta de sangre de pie a cabeza y se encontraba arrodillada en el suelo. Sus brazos subían y bajaban, rítmicamente, ya que sostenía entre sus manos una daga que enterraba en un bulto ensangrentado que parecía ya no tener ninguna clase de vida, ni forma.

—¿Lena? —dijo—. Soy yo, el maestro Naga.

La niña se detuvo y levantó la vista hacia él.

—Maestro… él me conocía. —Lena sonrió, nerviosa, lo que fue escalofriante. La daga resbaló de sus manos teñidas de muerte, y se ocultó entre la hierba que crecía a su alrededor. Su rostro estaba cubierto de la sangre de sus víctimas y sus pequeños dientes blancos asomaron entre sus labios—. Era Hidzá, un mago de Viktoria. Tuve que hacerlo, maestro. Tuve que…

—Comprendo, está bien —asintió. Habló con la mayor calma posible, para no alterarla todavía más—. Necesitamos a los maestros y a Shanyi, debes despertarlos ahora, para que nos ayuden a…

—Listo, maestro —dijo la niña.

—Bien, muy bien. —Naga se acercó unos pasos a ella—. *¿Shanyi?*

—*Estoy bien, ¿qué sucedió? ¿Lena?*

—*Hablaremos después, estoy con ella.*

—Maestro… perdón. —Lena comenzó a llorar y se cubrió el rostro con las manos, sin importarle el estado en el que estaban—. Ya no quiero ser así.

—Podemos hablar después, ¿sí?

—¿Qué harán conmigo? —Lena lo miró—. Los maestros, ¿qué harán?

Naga le tendió la mano y la niña la tomó, con timidez. Luego caminaron hasta alejarse del cuerpo de Hidzá. Se internaron entre los campos sembrados y continuaron sobre los mullidos surcos de tierra negra.

—Lo único que quería era regresar rápido con Tareq y Vila, maestro —murmuró, avergonzada.

—Yo te llevaré a Sitnor, pero primero deberás tomar un baño, ¿sí? —La niña asintió—. ¿Estás herida?

—No lo sé, maestro.

—Lo veremos después. Te llevaré a casa de Vila, Ajác nos espera allí.

—Todos saben lo que hice, ¿verdad?

—Saben que dormiste a los maestros y a Shanyi, y pudieron ver el fuego y el humo.

—No se los diga, maestro, tendrán miedo de mí, huirán cuando me vean.

—No les diré, lo sabremos solo tú y yo. Aun así, debes prometerme que será la última vez que desobedecerás las órdenes.

—No quiero que Tareq y Vila lo sepan, maestro. —Lena comenzó a llorar otra vez—. Soy una persona horrible, Viktoria quería que fuera esto y, míreme, lo logró. Ya no quiero ser así, maestro.

—Lo sé, pequeña. No lo sabrán, no fue tu culpa…

—No puedo detenerme, maestro. —Lena lo miró con dolor y pánico en sus ojos—. Recuerdo cada cosa que hice allí, cada puñalada, cada grito…

—¿Confías en mí? —Naga se agachó para quedar a su misma altura.

—Sí, maestro —sollozó.

—Entonces una vez que te hayas aseado, borraré tus recuerdos, para que ya no te molesten, ¿está bien? —Naga se arrepintió justo después de haberlo dicho, pero ya no había vuelta atrás, tendría que cargar con las memorias y los sentimientos de Lena—. Luego, te llevaré a Sitnor para que estés con Tareq y Vila, ¿sí?

—¿Eso puede hacerse? —Lena sonrió—. ¿Voy a olvidar todo?

—Solo este episodio, lo que hiciste aquí.

—¿Y por qué no desde el principio? Para que Viktoria…

—No se puede, Lena.

La inocente risa de Lena, en ese escenario, sonó como lo más perturbador y terrible que alguna vez escuchó y a Naga le corrió un escalofrío por la espalda.

—No importa. Gracias, maestro. Usted es una de las personas más bondadosas que conozco, aun cuando estoy rodeada de gente maravillosa.

27

Naga dejó a Lena junto a Ajác, quien la recibió con toda la naturalidad que fue capaz a pesar del estado en el que la niña se encontraba, y se contactó con el resto de sus compañeros, que estaban yendo hacia el otro lado del río. Les advirtió de lo que verían, aunque estos se sorprendieron tanto como él en cuanto se encontraron allí, lo que era comprensible; el escenario era horrible y más aún sabiendo que solo la pequeña lo había ocasionado, sin la intervención de nadie más.

Después de enterrar afuera de las murallas a la centena de víctimas del caos que Lena causó, los magos de Erjathá acordaron alejar a la niña de la ciudad. Era un peligro para todos que siguiera teniendo la oportunidad de utilizar sus poderes, ya que no había quién pudiera detenerla. Lena escuchaba a Naga, pero no sabían si en una situación similar, la niña le obedecería.

Aprovechando la recuperación de Vila y que ella y Tareq estaban en Sitnor, los mantendrían allí la mayor cantidad de tiempo posible. Habían pasado menos de dos meses del ataque al Gran Templo de Sinmá y Naga no había podido trabajar mucho tiempo con ella, dada la preocupación que afectaba a los ánimos de la pequeña.

Les dijo a sus compañeros, también, que reemplazaría los recuerdos de Lena; los magos le recomendaron no hacerlo, pero Naga se mantuvo en su postura. La niña estaba tan atormentada que a él le sería imposible estar en paz sabiendo lo que ella sufría. Lena tuvo una vida difícil en el Palacio de Las Hojas y halló un poco de tranquilidad cuando escapó de allí, pero no pasó mucho hasta que la desgracia volvió a cruzarse en su camino. No tenía ningún sentido mirar a un lado, cuando sabía que tenía la oportunidad de quitarle ese enorme peso de encima.

Naga estaba recostado en un sillón de mimbre en la galería de la casa de Vila, con las piernas extendidas y apoyadas sobre el barandal de madera que corría entre los postes que sostenían el techo de paja de la galería. Tenía la vista perdida entre las matas de flores que crecían en el diminuto patio frente a él, cuando oyó el sonido de la puerta abrirse. Miró hacia su derecha y sonrió al ver a Lena ya aseada, y con una túnica limpia.

—Mire, maestro. —Se dio la vuelta y movió la cabeza—. Ajác trenzó mi cabello.

—Hizo un gran trabajo… Tendríamos que decirle que haga algo con el cabello de Tino, ¿no crees?

Lena rio.

—Ya estoy lista, maestro, puede borrar mis recuerdos ahora.

—Claro que sí. Esperaremos a Ajác por si necesito asistencia. —Lena asintió y se sentó junto a él—. Borraré tus recuerdos y los reemplazaré por otros, para que nada de esto te perturbe.

—No lo haga, maestro. Quiero saber que hice algo tan terrible como para que usted se vea forzado a eliminarlo.

—Eso solo aumentaría tu pesar, Lena. Imaginarías miles de posibles escenarios y perderías el rumbo al no saber cuál de todos ellos es el que borré. Será mejor así, confía en mí.

Lena lo meditó por largos minutos y Naga esperó pacientemente su respuesta.

—Tiene razón, maestro, no podría pensar en nada más.

Ajác llegó poco después y los tres ingresaron a la casa. Naga le contó lo que iba a hacer, ya que necesitaría de su ayuda para crear un nuevo recuerdo para reemplazar el de Lena. Después de hacer que bajara sus murallas, Ajác durmió a la niña y se dispusieron a hacer el cambio. La mujer inventó una versión alternativa de lo que sucedió, en la que Lena permanecía en el muelle

del lado de la ciudad y veía los ataques de los magos desde lejos, junto a Tino y Shanyi. Apenas si participó brevemente manipulando las corrientes de aire a la orden de los maestros y asistiendo a Tino y a Shanyi cuando ellos lo necesitaron. La batalla ficticia duró poco tiempo y recibió las felicitaciones de sus compañeros por el gran trabajo que realizaron como equipo. El episodio inventado continuaba con Lena regresando a su casa de la mano de Ajác, quien la ayudaría a darse un baño para que Naga la llevara de nuevo junto a Tareq y Vila.

Naga se sofocó con los sentimientos de Lena. Eran tan diversos y tan fuertes que su cabeza parecía a punto de explotar. Ira y felicidad se manifestaban en igual medida, entremezcladas con miedo, culpa, emoción, dolor, euforia, desconcierto, angustia, exaltación. La miró, con los ojos empañados, y se preguntó cómo podían caber tantas cosas en su pequeño ser. Ajác le tomó las manos y entró en su mente para ayudarlo. Como una brisa refrescante, Ajác inundó su mente con sentimientos de paz, lo que ayudó a calmar su malestar.

Shanyi y Tino llegaron en ese momento y la sola presencia de la muchacha contribuyó a aliviarlo aún más; con los frecuentes viajes de Naga a Erjathá, se habían vuelto muy cercanos. Pasaban mucho tiempo juntos y solían conversar por largas horas de los temas más diversos. Shanyi era divertida, siempre estaba de buen humor y, para qué negarlo, se sentía muy bien cuando estaba a su lado.

Shanyi se sumó a Ajác y, mucho antes de lo que habían previsto, Naga se sintió lo suficientemente repuesto como para terminar de quitar los últimos segundos del ataque a Hidzá y dar por finalizado el hechizo borrando lo que sucedió después.

—Shanyi, cuida de la mente de Lena mientras ella duerme, por favor —dijo Naga—, quisiera tomarme unos minutos más. La chiquita va a querer que la lleve de inmediato a Sitnor y no estoy seguro de que pueda hacerlo tan pronto.

—¿Le dirás a Tareq? —preguntó Tino.

—No tiene caso. Él la ve como a su propia hija y los padres tienden a ver a sus hijos de manera diferente. Nosotros sabemos que Lena es un peligro, Tareq pondrá como pretexto la mala crianza que su madre le dio y minimizará el asunto. Perdonará a la niña y creerá que ella no tuvo la culpa, como lo que sucedió en el Gran Templo.

—Claro que sí —dijo Ajác—, ¿qué motivos tendría para mentir en un caso así?

—Disfrutó de todo lo que hizo, tanto en el templo como aquí. Me dijo que Hidzá la reconoció y le creí, pero después de ver sus recuerdos, vi que él fue el último.

—Demonios —murmuró Tino.

—La culpa llegó después y eso es lo único que puede ayudarnos a salvarla… De no ser así, le diría a los maestros que anularan sus poderes.

—¿Se puede hacer eso? —preguntó Shanyi.

—Sí, en casos extremos —respondió Ajác—, y Lena es un caso extremo.

—Pensé que lo dijiste para salir del paso. —Shanyi miró a Naga y este negó con la cabeza—. Si estuviera en mis manos, ya lo hubiera hecho.

—Todos merecen una segunda oportunidad —dijo Naga—, y Lena más que nadie. Su madre empezó a entrenarla para ser un arma ni bien cumplió un año, lo único que aprendió de ella es a no sentir compasión. Viktoria nunca tuvo una palabra de cariño hacia la niña, a pesar del esfuerzo que ella hacía. Solo recibió exigencias, reclamos, desprecio e insultos. Su madre mandó a ejecutar a su niñera cuando Lena tenía dos años, porque la muchacha le obsequió dos cachorros, era la única persona que le demostraba algo de afecto y que no le temía en el palacio. Viktoria decidió finalmente anular los poderes de Lena cuando la niña atacó a sus discípulos y también la alejó de Tareq tras ese incidente. La dejó sola cuando su padre murió y su tío asesinó

a sus perros ese mismo día. Tareq la ayudó a escapar cuando Lena descubrió a sus mascotas asesinadas y fingió su muerte para liberarla de todo eso. Lena piensa que su madre está aliviada de haberse librado de ella y por eso no la busca. ¿Aún crees que ella no tiene derecho a que le enseñemos a ser mejor persona?

—Es terrible… —dijo Shanyi después de unos segundos—. ¿Por qué no nos dijeron todo eso cuando llegó?

—Porque todos la consentirían en cada capricho y eso la arruinaría aún más —dijo Ajác—. Tareq le perdona todo y la niña hace lo que quiere con él. Necesita que la gente la trate como a cualquier otro y eso es lo que todos hicieron al ignorar su pasado.

—¿Tú lo sabías? —Shanyi miró a Tino y él asintió—. Deberías habérmelo dicho cuando fuimos a la capital.

—Iba muy seguido al palacio a ver a Tareq y a veces Lena estaba allí —dijo con calma—. Una vez se ofreció para asesinar a su propia madre, ¿cómo crees que la verías si hubieras sabido eso?

Shanyi abrió mucho los ojos y se recostó en su silla.

—No podría ni mirarla —dijo Shanyi después de unos momentos. Naga se puso de pie y miró a los jóvenes magos.

—Será mejor que se vayan. Ya me siento bien para llevar a Lena con Tareq.

28

Pyebra Ciudad Capital

Reda viajó con una decena de hombres a caballo que lo acompañaron en el viaje a través de los oscuros túneles que discurrían debajo de la cordillera Selgo y por las extensas praderas de las Tierras Anexas. Llegaron al Palacio de Las Hojas a media tarde, cuando el calor era insoportable. Viktoria vio llegar a la aparatosa comitiva desde la ventana de la Sala Dorada; si bien le asombraba que hubiera sobrevivido, no se molestó en bajar a recibirlo, como él mismo solicitó con el mensajero que envió desde las puertas de la ciudad.

Lo vio bajar del carruaje y mirar hacia los lados, sin dudas, buscándola. Tenía una estúpida sonrisa en los labios y parecía estar mucho más delgado. Sintió que lo detestaba más que antes. Reda entró corriendo al edificio y lo escuchó gritar su nombre.

—Espérame en mi habitación, no quisiera una escena aquí mismo —dijo la reina.

—En algún momento lo va a saber, no puedo esconderme por siempre —respondió el señor Atrien.

—Ya lo sé, querido. —Viktoria se acercó a él y lo besó—. Pero no es el momento aún.

Atrien asintió y dejó la sala por una puerta escondida tras una de las bibliotecas. Viktoria trabó el mueble y se sentó detrás del escritorio, para simular que estaba ocupada. Abrió un par de libros contables y comenzó a pasear su vista sobre ellos. Reda abrió la puerta de golpe y entró sin dejar que los guardias lo anunciaran.

—La próxima vez que entres sin permiso, terminarás en el calabozo. —Viktoria levantó apenas la vista de los libros.

—Mira lo que tengo —respondió sin dar muestras de haber escuchado lo que Viktoria dijo. Levantó una bolsa de cuero con manchas oscuras y la sacudió.

—¿Qué demonios…? No puede ser, Reda —dijo, intuyendo lo que llevaba. Le habían dicho que Reda se robó la cabeza y la mano de Aníbal Pronees, pero no creyó que sería tan demente como para llevar los restos del Gobernador todo ese tiempo con él.

Reda asintió, abrió la bolsa y vació su contenido sobre el escritorio. Una calavera y un puñado de pequeños huesos cayeron arriba de los libros, acompañados de un olor repugnante, Viktoria apartó la mirada y frunció el rostro. Reda seguía sonriendo y, de su bolsillo, sacó un anillo y lo dejó junto a lo demás. Viktoria lo tomó, con tanto asco como curiosidad, y vio que era de oro macizo, con una gruesa letra «S» en relieve.

—El sello de Sitnor —dijo con su estúpida sonrisa, como si ella no se hubiera dado cuenta—. Sitnor caerá y tú serás mi esposa.

Reda rodeó el escritorio y se acercó a ella, dispuesto a abrazarla, pero Viktoria lo detuvo, con la mano en alto.

—Aún no sé si tú envenenaste a Kirios y es algo que no puedo dejar pasar tan fácil.

El rostro de Reda se crispó en una mueca y sus ojos se abrieron por el asombro.

—No dejaré que entres a mi mente, Viktoria.

—Eso significa que me estás ocultando algo…

—Deberás confiar en mí, ¿no se trata de eso el matrimonio, mi querida?

Viktoria rio.

—Tú fuiste quien causó la muerte de Lena, ¿crees que podría confiar en ti?

Reda resopló, fastidiado, como si hubiera escuchado esa acusación tantas veces que ya le parecía ridículo volver a oírla.

—Ni siquiera tenías un ápice de cariño por esa niña, perdiste el interés en ella en cuanto anulaste sus poderes.

—Ya puedes retirarte, Reda. —Viktoria regresó la vista a sus papeles—. Seguro necesitas descansar después de tan largo viaje.

—Tomaré Sitnor, ya verás, y tendrás que casarte conmigo.

—¿Y si no acepto?

—Aceptarás, no te daré otra opción.

Viktoria lo miró y se levantó de su sillón, pero Reda ya estaba llegando a la enorme puerta ornamentada que daba al corredor.

—Maldito sea —murmuró—. ¿Qué se trae entre manos?

29

Sitnor Ciudad Capital

Lena comenzó a hablar ni bien pisaron el Palacio de Gobierno. Estaba tan feliz por su ficticio desempeño en el asedio a Erjathá, que no veía la hora de ver a Tareq y a Vila para contarles todo lo que había sucedido esa misma mañana. Mientras caminaban hacia la fortaleza, Naga iba pensando si al final haría bien en no decirles la terrible verdad, pero sus dudas se despejaron en cuanto vio a Tareq sonreír otra vez al ver a la pequeña, sana y tan feliz y orgullosa de sí misma. ¿Qué caso tenía? Ya habían sufrido demasiado todos ellos y, después de tantos años de penurias, se merecían estar tranquilos el tiempo que pudieran.

—Lena estuvo muy bien hoy. —Naga sonrió cuando Tareq lo miró para confirmar lo que ella decía.

—Mi pequeña… —Lena estaba en sus brazos, con la mejilla apoyada en su hombro.

—¿Dónde está Vila? —preguntó la pequeña sin moverse.

—Está descansando, dormía cuando la dejé.

—¿Hace mucho? —Tareq negó moviendo la cabeza—. Entonces esperaremos un rato más. Yo dormí una siesta antes de venir, estaba muy cansada.

—¿Quieres comer algo? —Lena asintió—. Enara hizo galletas para cuando regresaras.

Naga sonrió otra vez. Merecían estar en paz, ellos más que nadie.

—¿Hay alguien por acá? ¿Ilsa?

Tareq sentó a Lena frente a la mesa.

—Ilsa está con Vila. El Gobernador y su hermano en el Palacio de Gobierno, la señora Enara salió recién con Iskánder. —Tareq tartamudeó al nombrar al mago y Naga sonrió.

—Iré a ver a Noah antes de regresar a Erjathá.

—Gracias, maestro —dijo Lena. Naga volvió a sonreír y salió al patio, desapareció y reapareció en la misma habitación de siempre. Salió al pasillo y se dirigió al despacho de Noah.

—Adelante —dijo este cuando Naga llamó a la puerta. Al entrar le pareció extraño que Josh no estuviera allí, ya que donde estaba Quentin, siempre estaba él.

—¿Y Josh?

—Lo envié a una aldea hace unos días, debería regresar hoy…

—Se ha convertido en la niñera de los magos de Noah —dijo Quentin, divertido. Su hermano lo miró como si quisiera golpearlo—. ¿Qué sucedió en Erjathá?

Naga se dejó caer en un sillón y les contó lo que hizo Lena.

—No puede regresar a Erjathá —dijo al finalizar—. Tendrán que alojarlos aquí la mayor cantidad de tiempo posible y yo vendré a entrenarla cada vez que me sea posible.

—Vila es una sacerdotisa y en Sitnor no hay templos de ninguna clase, ¿cuánto tiempo aceptará quedarse aquí sin hacer nada? —preguntó Noah.

—No podemos dejarlos ir, Noah —dijo Quentin—. Tú no la viste aún, es más pequeñita que Astor y ya ha matado a cientos de personas.

—¿Los retendremos en contra de su voluntad? —Noah lo miró sin inmutarse.

—Claro que no, pero tendremos que inventar algo. ¿Cuánto tiempo crees que necesitarás trabajar con ella, Naga?

—Yo qué sé, pero cuanto más tiempo esté lejos de Pyebra, mejor. Esa niña es más peligrosa

que una marmita de dos patas llena de aceite hirviendo.

—Tareq puede ayudar con los entrenamientos —sugirió Quentin—, Lena habla bien sitnorense, puede continuar sus estudios aquí y Vila… no lo sé. —El muchacho pasó las manos por su rostro, como si quisiera aclarar sus ideas—. Ni siquiera estoy seguro de qué es lo que hicimos con Ilsa, no sé si puede llegar a volver eso mismo que quitamos de su cuerpo. Puede que tengamos que revisarla a diario para ver si continúa todo bien.

—Aquí no hay dioses… —dijo Noah.

—Quizás sea momento de que empecemos a creer que sí los hay y están en todas partes, solo que no supimos verlos.

—Lamento mucho dejarles el problema de Lena, pero las únicas opciones que tenemos es dejarlos aquí o abandonarlos a su suerte en Tesar, donde no conocen a nadie, donde los magos deben estar ocultos y donde el clima es sumamente hostil para alguien de Pyebra. Tareq nunca en su vida trabajó, puesto que fue el primer discípulo de Viktoria y lleva con ella desde que era pequeño, por lo que vivió entre lujos desde siempre. Vila es una sacerdotisa y en Tesar solo los hombres son sacerdotes; Lena…

—Ya comprendí, Naga. —Noah se sentó y se masajeó las sienes—. Se quedarán aquí, aunque la idea me desagrade. Si alguien llega a reconocer a la princesa y la noticia llega a oídos de la señora Viktoria…

—Estarán bien —dijo Quentin—, mejor que en Erjathá. Hay mucha tierra de por medio y las fronteras están cerradas, no tienen forma de hacerle llegar la noticia.

—No te confíes —dijo Noah—. Tienen sus… maneras…

—¿A qué te refieres? —preguntó Quentin.

—Solo digo…

—¿Qué sabes? —Naga, que no creyó en su excusa, se incorporó de repente—. No es momento para reservas.

Noah se recostó en su sillón y se pasó las manos por la cabeza.

—Vienen, no sé cómo, pero viene gente de Pyebra, de «Los Hijos del Águila».

—Maldición. —Naga golpeó su rodilla con un puño.

—Hace unas semanas le hicieron llegar algo a Enara y no es la primera vez que ocurre. No ha sido ninguna casualidad, porque se lo entregaron en las manos, prácticamente. Tampoco es una suposición, ya que ella reconoció el objeto.

—¿Qué hiciste con él? —preguntó Quentin.

—Lo guardé, está en mi estudio. La vez anterior, dejaron una de sus insignias en la puerta de nuestra casa, y Enara me dijo que Astor y Onix la habían ayudado a rastrear a quienes estuvieron en contacto con el objeto hasta la salida de la ciudad, pero ahora no pude saber de dónde provino.

—Vaya, ¿ellos también son rastreadores?

—No. Por lo que Enara me explicó, hay ciertos hechizos que…

—Hechizos de revelación —intervino Naga—. No son ni por asomo tan eficaces como un rastreador nato, pero sirven para cosas muy básicas si cumplen ciertos requisitos. Cada objeto toma la esencia de la persona que la manipuló, que nunca es la misma dos veces, ya que se ve influenciada por el estado anímico, el del clima, la gente que acompañó a esa persona y, si quien lo manipuló es un mago, también influye la posición de su Astro en el infinito firmamento. La huella que dejen siempre será más duradera si se trata de un mago, pero la de una persona normal también se puede rastrear. Para los hechizos de revelación, el rastro más fuerte se desvanece en cuestión de horas, desaparece si alguien o algo transitó sobre él, y ni hablar si llueve, se lo lleva el agua. Un rastreador, en cambio, puede verlo aunque pasen meses, sin importar qué haya

sucedido, siempre y cuando se tenga algo con que iniciar la búsqueda. —Noah asintió y Quentin tenía el ceño fruncido y la mirada perdida en algún punto invisible cercano a sus pies, por lo que Naga continuó hablando—. Ya te lo explicarán mejor los maestros una vez que comiences con tus entrenamientos…

—¿Qué hay con Iskánder? —preguntó Quentin.

—No pudo hacer nada. Él, Zaria y los hijos de Onix cuidan de Enara desde ese momento, pero no pude averiguar de dónde salió esa túnica.

—Una túnica —dijo Naga abriendo mucho los ojos. Noah asintió.

—Le pertenecía a Enara cuando era niña, cuando esa gente puso sus manos en ella.

—No quiero imaginar lo que tuvo que vivir allí —dijo Naga.

—Mejor que no lo hagas —respondió Noah en un murmullo.

—Tareq —murmuró Quentin—. Tareq es un rastreador.

—Ya no tiene caso. Sucedió hace tiempo, tal vez ya se fueron.

—Pueden estar aquí ahora —dijo Naga—. Y vaya a saber uno qué cosas están haciendo. Si pudieron entrar, pueden salir y llegar a Pyebra. O tal vez Radjhá esté viniendo a las afueras de la ciudad de forma regular, tal como Tino hacía en el Palacio de Las Hojas.

—Es una locura —susurró Noah—. Todo esto es…

—… Agobiante —continuó Quentin y Noah asintió.

—Si nos ponemos a lamentarnos, nos pasan por encima, muchachos. —Naga dio un golpe con sus manos y se puso de pie—. Iré a ver a Tareq. Necesitaré también a Iskánder.

—Estaría con Enara hoy, deben estar en la fortaleza o…

—Me quedaré en la fortaleza —dijo, por su parte, el menor de los Guna—, por si Enara necesita salir.

—No dejes que salga.

—Noah… —Quentin se sorprendió.

—Iré más tarde y hablaré con ella, estará más segura si se queda en casa. No le digas nada, por favor, ella cree que quemé la túnica.

—¿Qué quieres que hagamos si encontramos a alguien? —preguntó Naga.

—Quiero saber todo lo que saben, a la fuerza si hace falta. No me interesa lo que hagan con ellos cuando terminen.

—No pueden hacerlo hoy —dijo Quentin—. Erjathá fue atacada anoche, ¿qué sucederá si ustedes tres no pueden con lo que sea que encuentren?

—Tino… —comenzó Naga, pero recordó el incidente con la espada del mago morroíno—. Tienes razón. Tino sufrió una grave descarga de sus energías esta mañana y yo estoy agotado. Es más, debería dormir aquí, para evitar más desgastes. —Noah y Quentin se miraron—. O puedo irme, si gustan…

—No, claro que no. Tenemos la casa llena —dijo Noah—, pero iré a hablar con Tanáel para que te dé alojamiento hasta que te repongas.

—Será por esta noche, mañana ya estaré bien para regresar a Erjathá.

—Sería mejor que te quedaras. Tienes que familiarizarte con Iskánder y sus habilidades. Por lo demás, hablaré con Tanáel o conseguiré una habitación en una posada, tú no te preocupes por nada. Hay que esperar a que Tino también esté disponible, no me gustaría que se arriesguen sin tener la seguridad de que él puede venir con ayuda si algo sale mal.

—Siempre sale algo mal —murmuró Quentin.

30

Después que Noah les entregó una túnica pequeña, sucia y deteriorada, Naga salió a la calle junto a Iskánder y a Tareq, ya que este último había encontrado en la prenda restos de magia que podían seguir con mucha claridad. Hicieron que los tres pudieran comunicarse sin importar el idioma en que hablaran, para evitarse perder el tiempo en traducir sus palabras.

Lena había obedecido su orden de permanecer en la fortaleza sin ninguna objeción y prometió no interrumpirlos mientras estuvieran fuera. Sin embargo, Naga le pidió que se mantuviese atenta por si la necesitaban. En parte, era para tranquilizarla y en parte porque, había que admitirlo, la niña era brillante. Era un peligro, sí, pero una gran maga y no sabía si podrían necesitarla. Naga estaba bastante cansado, aunque sus energías estuvieran en niveles normales; Tareq hacía bastante tiempo que no entrenaba y venía de pasar una mala racha por los problemas que los sacerdotes habían causado en la salud de Vila, por lo que estaba delgado y se lo veía débil. Iskánder, por su parte, era casi un desconocido. Tuvieron un par de entrenamientos juntos los días anteriores, para poder conocerse, pero ambos sabían que no fueron los suficientes.

—*El rastro se hace más fuerte* —dijo Tareq.

Estaban al este de la ciudad, en una calle angosta que corría entre altos muros de piedra. Sobre ellos, asomaba algún que otro árbol despojado de sus hojas. Había desniveles cada pocos pasos y, en ocasiones, parte de una casa de dos o más plantas cruzaba por sobre la callejuela, convirtiéndola en un túnel por varios metros. La noche no tardó en llegar y la luz del sol que se filtraba entre los tejados, fue reemplazada por la de los faroles, que proyectaban sombras oscilantes en los paredones y arbustos.

Soplaba una ventisca helada, que hacía que Tareq se ajustara la bufanda a cada rato. Nunca había estado tan al sur, el invierno era algo completamente nuevo para él y a veces, cuando un farol lo iluminaba, se veía su mentón temblar.

Tareq señaló una puerta de roble, con herrajes fuertes y brillantes, que estaba en medio de un paredón.

—*Entra aquí* —dijo—. *¿Qué hacemos?*

—*Loyk Lanta* —murmuró Naga y la puerta se abrió— *¿Puedes ver el rastro?*

Tareq asintió y los tres se miraron. Iskánder desenfundó su espada y entró primero, luego Tareq y, por último, Naga. Cerró la puerta tras él sin hacer ningún sonido y miró a su alrededor. Estaban en un oscuro jardín y sus pisadas hacían crujir la capa de hojas y pasto seco que tapizaba la tierra.

Caminaron por varios minutos y les daba la impresión de que nada cambiaba a su alrededor, los esqueletos de los árboles parecían ser diferentes, pero nada nuevo aparecía frente a ellos, ni una pared, ni un arbusto distinto al que acababan de dejar atrás. No había sonidos allí, más que los de sus pasos y los de su propia respiración agitada, ya que el ambiente era opresivo y hasta el aire que respiraban se les hacía denso y viciado.

—*¿Dónde estamos?* —preguntó Iskánder con algo de inquietud—. *Parece que todo sigue igual.*

—*¿Una ilusión?* —preguntó Tareq a su vez.

—*Yavik lanta* —dijo Naga, pero nada sucedió—. *¿Ves el rastro?*

—*¡Olvidé el rastro! ¿Cómo diablos…?*

—*Debe ser una broma* —dijo Iskánder, fastidiado.

—*No, no lo es, no sé lo que ocurre.*

—*Zahl lanta* —exclamó Naga y, como en la ocasión anterior, no hubo ningún cambio—. *¡Maldición! Salgamos de aquí ahora mismo.*

—*¿Hacia dónde?* —Iskánder estaba parado de frente a él, con la espada apoyada en su hombro—. *Si me preguntas, vinimos desde allí* —dijo y señaló a su derecha con su arma—, *pero como estoy absolutamente seguro que solo di media vuelta, tendría que caminar hacia adelante. Si miro hacia la izquierda, también es una opción válida y…*

—*Ya* —dijo Naga—. *¿Tareq?*

—*No sé dónde demonios estoy parado ni qué carajo hago aquí, perdonen.*

—*Intenta ver algo, al menos, nuestro rastro.*

—*Atácame, Naga.* —Naga entró en su mente y lanzó una descarga de energía que se estrelló en contra de las murallas mentales de Tareq. El joven frunció el rostro cuando recibió el impacto y, luego, se relajó. Era muy sensible a los hechizos, lo que hacía que perdiera toda clase de concentración bajo su efecto, pero volvía en sí cuando alguien lo atacaba—. *Gracias. Nuestro rastro está hacia donde dijo Iskánder, pero estuvimos dando giros sin sentido. El que vinimos a buscar sigue por allá. ¿Qué hacemos?*

—*Continuemos, te atacaré cada pocos segundos.*

Tareq se paralizaba cada vez que Naga lo atacaba, pero siguieron caminando por un largo rato entre pastizales que parecían eternos.

—*Esto no tiene sentido, nos vamos.* —Naga tomó las manos de sus compañeros, conectó con su poder y, cuando quiso desaparecer, solo se elevaron por el aire para luego caer bruscamente en el suelo.

Iskánder soltó un quejido e hizo aparecer una luz en su mano. La espada se le había enterrado en el muslo.

—Por un maldito demonio —murmuró, apretando los dientes—. La puta espada se clavó hasta el hueso.

Lanzó al aire la luz de su mano derecha y esta quedó flotando sobre su cabeza. Sacó de un tirón el arma, la dejó a su lado y se sujetó la pierna hasta que Naga se arrastró hacia él e intentó curar su herida, pero no funcionó.

—*Dor lanta* —exclamó aunque, otra vez, no hubo respuesta. Se golpeó las sienes con las puntas de los dedos—. Piensa, Naga, piensa…

Iskánder, sin perder el tiempo, buscó en uno de sus tantos bolsillos una tira de cuero y la sujetó por encima de su herida. Luego, apoyándose en su espada, se puso de pie y se acercó a Tareq, que estaba inconsciente en donde había caído. Tocó con la punta de la bota a Naga, que aún no se había movido y le señaló a su compañero.

—No puede ser —dijo. Prefería morir él mismo antes de que a Tareq le sucediera una desgracia. Se acercó al muchacho y, al ver que no respondía, entró en su mente—. No hay nada, Iskánder.

—¿Qué? —exclamó.

—No está… en su mente, él… Lena…

—Llama a la niña, ¡ahora!

Iskánder lo tomó por los hombros y lo sacudió, al ver que no reaccionaba. Naga movió la cabeza, como si acabara de despertar de un mal sueño y contactó a Lena.

—*Tiene que ser algo tan fugaz que apenas lo notemos, Lena, o te perderás con nosotros aquí por siempre.*

—*Entiendo, maestro.*

—Vendrá —dijo Naga y tomó a Tareq y a Iskánder de la mano.

Pasaron los segundos y nada ocurría.

—No los encuentro, maestro. No puedo llegar a donde ustedes están.

—No te preocupes —respondió con calma—. *Dile a Quentin que haré venir a Tino, que nos espere en el Palacio de Gobierno, ¿sí? Nosotros estaremos bien.*

—Maestro, ¿y Tareq?

—Quédate junto a Vila y haz todo lo que la señora Enara te diga, ¿sí? Responderás a ella hoy y hasta que yo regrese, ¿de acuerdo?

—¿Qué sucede? —preguntó Iskánder, impaciente, y Naga levantó la mano para pedirle que esperara.

—Sí, maestro.

—Cuida de Vila y de Ilsa y no dejes que nadie desconocido se acerque a la señora Enara.

—¿Puedo atacar, maestro?

—Defiéndete solo si la vida de los demás corre peligro, pero recuerda moderarte o puedes herir a personas inocentes.

—Comprendo, maestro.

—Te contactaré luego. Cuídate.

Naga soltó las manos de sus compañeros y se tiró la barba.

—¿Y?

—No puede encontrarnos. Hice venir a Tino de Erjathá y le conté lo que sucede. Si estos mal nacidos saben que estamos acá, Enara y los demás están en peligro también. Le dije a Lena que cuide de ellos, pero la niña es muy impredecible, capaz de destruir media ciudad si sabe lo de Tareq.

—Tenemos que salir de aquí cuanto antes, esto duele como un infierno. —Iskánder miró su pierna.

—Lo sé, aguanta. Esperemos unos minutos, quizás Tino sí puede alcanzarnos. A Lena aún le falta entrenamiento.

Iskánder asintió y cerró los ojos. El dolor que sentía se veía reflejado en su ceño fruncido y en la forma en que la luz, que flotaba sobre él, parpadeaba cada vez que se movía.

—Naga, a tu señal, estaré allí.

—¡Viene Tino!

Iskánder desapareció por primera vez en su vida y nada le había parecido, hasta ese momento, tan extraño y agradable a la vez. El dolor se desvaneció y disfrutó de ese alivio por los pocos segundos que duró, puesto que al reaparecer, sintió que la espada se había vuelto a clavar en su pierna. Cayó al suelo apenas notó algo bajo sus pies y una mujer de piel morena y largo cabello oscuro se arrodilló a su lado para curar su herida.

—¡Tareq! —escuchó la desesperación en la voz de Naga.

Iskánder ignoró el dolor y se incorporó. Quien estaba junto a Naga no era Tareq, sino un hombre viejo y andrajoso.

—¿Dónde está? —preguntó Tino y Naga miró a Iskánder en busca de una respuesta. Un hombre rubio y de piel bronceada abrió la puerta en ese instante y los miró.

—¿Quién es? —preguntó señalando al hombre que yacía en el suelo junto a Naga.

—Pensé… pensé que era Tareq —dijo Naga en un susurro. Se encorvó y se abrazó a sí mismo, como un niño pequeño y asustado.

Iskánder frunció el rostro, porque no entendía qué estaba sucediendo con él. No lo conocía lo

suficiente, pero no le parecía el tipo de sujetos que se rompían con tanta facilidad. Se puso de pie en cuanto la mujer terminó de curar su pierna y enfundó su espada.

—Naga dijo que él no estaba en su mente, que no había nada allí —respondió Iskánder al ver que Naga parecía haberse alejado del mundo—. ¿Qué le sucede?

—Tareq, Lena, Vila… —dijo el hombre rubio e Iskánder asintió. Ya le habían contado su historia—. Es largo de explicar, pero debemos regresar a ese lugar a buscar a Tareq antes de que sea demasiado tarde. ¿Recuerdas dónde era?

—Sí, mis gatos están haciendo guardia allí y me acaban de decir que nadie ha entrado o salido del lugar. Disculpen, soy Iskánder.

—Yo soy Áliza, él es Dima y él es Tino —dijo la mujer presentando a sus compañeros—. Shanyi vendrá en unos momentos para encargarse de Naga y Quentin vendrá con nosotros, necesitamos un rastreador.

Iskánder levantó las cejas.

«Esto se pone bueno» pensó. Todo Erjathá estaba allí y esa noche prometía volverse más interesante. Una muchacha de cabello dorado y piel morena entró corriendo y se arrodilló frente a Naga. Le tomó el rostro y le habló, pero él no respondió. Miró a su lado y se sobresaltó al ver al hombre desconocido.

—Está muerto —dijo Tino y la muchacha, que debía ser Shanyi, abrió mucho más los ojos.

El Gobernador y su hermano entraron a la habitación y ambos miraron a Naga con asombro.

—Está… aturdido—dijo Iskánder.

—¿Tú estás bien? —preguntó Noah y él asintió—. Estás herido.

—Ya no, la maestra Áliza se encargó. —Iskánder movió la pierna para que Noah comprobara que estaba bien—. ¿La señora Enara?

—En los pasillos, los envié a todos allí con una guardia. Zaria está junto a ellos también.

Iskánder se sintió aliviado al saber que su hermana estaría a salvo con los demás. Era valiente, pero ambos eran conscientes de que le faltaba experiencia y entrenamiento.

—Tenemos que regresar por Tareq, señor. —Áliza se dirigió a Noah—. De alguna forma, esas personas se las ingeniaron para reemplazarlo por un vagabundo al que, además, han asesinado.

—Adelante, háganlo ahora, antes que llegue el día y Quentin pierda el rastro.

—Creo que sería adecuado que desalojen los alrededores, señor —dijo Dima—. Puede que ocurran… cosas.

Noah cerró los ojos por unos instantes y asintió.

—Bien, espérennos abajo, enviaré a buscar a los guardias para que vayan con ustedes y marquen la zona.

—Si esperamos mucho tiempo… —comenzó a decir Quentin.

—Dejaré a uno de mis gatos, señor —dijo Iskánder—. Le diré que aguarde aquí y los guíe al lugar.

—Bien. Pueden irse. Que los Astros guíen sus pasos…

—… Y nos lleven por el buen camino —continuó Iskánder. Le dio una palmada en el hombro al Gobernador y salieron de la habitación.

Una vez en la calle, se lanzaron a correr detrás de Iskánder, que parecía moverse como uno de sus felinos, rápido y sin titubear. El joven los guio hasta la zona de los callejones, un verdadero laberinto para quienes no conocieran el lugar, y no tardaron más que unos pocos minutos en llegar hasta una puerta alta y robusta. Quentin, debido a su falta de experiencia, encontró y perdió el rastro varias veces, pero volvió a verlo en cuanto se detuvieron. Los maestros de

Erjathá lo miraron en busca de aprobación y él les confirmó que estaban en el lugar correcto.

Dima levantó ambas manos y la puerta se reventó en una nube de astillas que se dispersó por los aires.

—¡Sí! —exclamó Iskánder y sacó su espada. Quiso lanzarse hacia el interior como si estuviera esperando encontrarse con cientos de enemigos armados y furiosos, pero Quentin lo tomó del brazo para detenerlo.

Entraron a un jardín mustio y apagado. Quentin miró con detalle y vio que el rastro se dividía en dos: una línea gruesa, de color morado, seguía hacia adelante hasta perderse entre los árboles y otra, muy delgada, intermitente y apenas visible, de color amarillo verdoso, corría pegada al muro que estaba a su derecha.

—Por aquí —susurró y caminó siguiendo el rastro más débil.

A no más de una decena de metros, la pista se perdió en contra de una pared de ladrillos. Quentin se agachó y observó más detenidamente, pero no podía ver nada. Se incorporó y miró a los demás.

—Se pierde en contra de…

No alcanzó a terminar la frase, cuando Áliza convirtió la pared en cientos de escombros y la traspasó para comprobar que no hubiera nadie del otro lado. Regresó sobre sus pasos, tomó a Quentin del brazo y lo arrastró tras ella.

—¿Puedes verlo ahora? —preguntó la mujer y Quentin, aún sorprendido, intentó volver a hallar la línea luminosa. Caminó entre los escombros hasta que pudo ver algunos puntos de luz delante de él.

—Sigue hacia allí.

Caminaron por un extenso laberinto de pasillos oscuros, subieron y bajaron escaleras y, de pronto, el rastro desapareció por completo. Quentin se agachó para ver si se dirigía hacia alguno de los lados, pero no podía encontrar ni siquiera un mínimo punto de luz.

—Quentin, ¿qué suc…? —Antes de que Áliza pudiera completar la pregunta, se escuchó el chasquido de un látigo estrellarse contra la carne. Él conocía muy bien como sonaba.

—¡Tareq! —exclamó y se lanzó a correr.

—Regresen. —La voz de Tareq les llegó, lejana, desde algún lugar delante de ellos y el grupo se detuvo—. Protejan a Ilis.

Se oyó el sonido de un golpe, como el de un puño chocando contra un cuerpo y, al mismo tiempo, un quejido. Quentin, sin hacer caso a su advertencia, se lanzó a correr más rápido aún, guiado por las quejas de Tareq. Cruzó una puerta y, ni bien lo hizo, un rayo de luz roja le arañó la oreja.

—¡Maldición! —exclamó. Retrocedió enseguida y se ocultó de la vista de los magos detrás de la pared. Llevó la mano a su herida, que le quemaba como un infierno, y sus dedos notaron el líquido pegajoso y caliente que salía de ella.

—No, vete —murmuró Tareq, y esas dos palabras fueron suficiente motivo para que volvieran a golpearlo.

Tino e Iskánder lo alcanzaron y se colocaron delante de Quentin antes de entrar; Dima y Áliza se sumaron a ellos e iluminaron el lugar al traspasar la puerta. Al fin pudieron ver lo que ocurría. Estaban en un gran salón, amplio y vacío, de piso de tierra y paredes de ladrillos de barro. De una de las vigas de madera del techo, colgaba una gruesa cadena que terminaba sujeta a los brazos de Tareq por grilletes de hierro. Quentin se adelantó para ir por él, pero Iskánder lo sujetó por las correas que sujetaban sus espadas y lo detuvo.

—¿A dónde ibas? Te van a matar antes que alcances a dar dos pasos.

Iskánder lo empujó hasta detrás de ellos otra vez y le dio la espalda. Tino lo miró y le curó la herida. Parecía estar a punto de decir algo, pero no lo hizo.

Quentin vio con impotencia que Tareq se balanceaba de lado a lado, y apenas si era capaz de rozar el piso de tierra con las puntas de sus pies. Tenía el rostro morado por los golpes y varios hilos de sangre caían de su nariz y de su boca hasta su pecho desnudo. Lo habían despojado de sus ropas, a excepción de los pantalones, y, al parecer, le habían arrojado agua, puesto que estaba empapado de pies a cabeza y había una mancha oscureciendo la tierra debajo de él.

Quentin pensó en que debería estar pasando mucho frío, porque sabía lo mal que le había caído el invierno de Sitnor. Quiso deshacerse de las fundas de sus armas, pero antes de que alcanzara a desprender las hebillas, Tino apareció junto a Tareq, lo sujetó y ambos desaparecieron de su vista. Su intención había sido quitarse el abrigo para cuando lo liberaran, pero no contaba con que Tino lo sacaría de allí tan rápido y con tanta facilidad.

«Soy un verdadero imbécil en los asuntos de la magia» se dijo Quentin.

Después de la desaparición de ambos, todo se volvió confuso. Iskánder hizo una esfera luminosa para proteger y retener a Quentin y los magos que capturaron a Tareq aparecieron de repente, pero no como Tino o Naga lo hacían, sino como si hubieran estado camuflados con las paredes de barro que había tras ellos. Eran alrededor de una decena de personas, que corrían y se movían, camuflándose con alguno de sus compañeros o con su entorno, lo que hacía que se le dificultara saber cuántos eran.

Las esferas de luz que los maestros crearon se apagaban por momentos, y solo podía ver los rastros de la magia que cruzaban el aire de un lado al otro, trazos de luces de colores tan diversos que no estaba seguro siquiera si algunos de ellos tenían nombre. Los había en formas de espirales, líneas o llamaradas que cortaban la oscuridad e iluminaban por un breve instante aquello que tocaban. A veces, impactaban contra los muros, a veces en contra de los escudos con los que los magos se defendían y muy pocas veces en contra de una persona. En repetidas ocasiones vio a los rayos de luz desaparecer a escasos centímetros de él y cada vez que sucedió, su única reacción fue quedarse mirando fijamente la pequeña porción de aire en donde la magia había sido anulada por el escudo que Iskánder hizo para resguardarlo.

Entre las voces de los magos pyebranos que hablaban entre ellos, alcanzó a oír a Tino aparecer a su lado y se giró para verlo.

—¿Tareq? —preguntó Quentin—. ¿Está bien?

—Con Shanyi y Naga en el Palacio de Gobierno. Él se encargaría de sus heridas, ya se había recuperado.

—Gracias a los dioses.

—Te llevaré a ti también en cuanto Iskánder desactive tu escudo, porque no puedo tocarte.

Quentin esperó sin moverse a que la extraña pared de luz azulada desapareciera y, en cuanto la vio diluirse, sintió una fuerte punzada en el costado que le quitó el aire y toda capacidad de razonar, como si un hierro caliente hubiera entrado en su cuerpo y le estuviera quemando por dentro. Cayó de lado, con tanta fuerza que su cabeza rebotó en el suelo antes de que Tino pudiera tocarlo y vio la expresión de desconcierto en su rostro.

El mago levantó ambas manos y un nuevo escudo, esta vez de luz blanca, los protegió. Quentin quiso levantarse el abrigo para tocar su herida, pero cada mínimo movimiento hacía que las punzadas fueran aún más intensas. Nunca antes había sentido tanto dolor y los ojos se le aguaron.

—*¡Quentin!* —La voz de Ilsa sonó entre sus pensamientos, pero hizo todo lo posible por calmarse y así evitar que ella se alarmara más aún.

—Malditos sean —murmuró entre jadeos. Tenía la respiración agitada porque parecía que no era suficiente el aire que entraba a sus pulmones.

Tino se arrodilló junto a él y quiso levantarlo para poder quitarle el abrigo, pero Quentin no podía moverse, ya que parecía estar fijado al piso de tierra. Hizo un esfuerzo por incorporarse y, cuando la oscuridad los cegó por unos breves segundos, vio que lo que parecía ser una lanza de luz dorada salía de algún lugar entre su cadera y sus costillas. Se dejó vencer por la gravedad y su cabeza cayó hacia abajo, otra vez. Ya había visto ese color tan particular en otras ocasiones y el miedo en su estado más puro volvió a paralizarle los pensamientos.

Tino hizo aparecer una luz sobre ellos, levantó su abrigo y su camisa y lo miró aún más extrañado.

—No estás herido, ¿qué tienes? —Quentin tosió y salpicó sangre en las ropas de su amigo—. Maldición, ¿qué tienes?

—Un Indigno —susurró y Tino palideció—. ¿No puedes verlo? —Tino negó con la cabeza. Se lo veía desesperado, tanto como él lo estaba, y sus ojos iban de un lado al otro—. Trae a Ilsa.

—Tengo que sacarte de aquí…

—Ilsa… —balbuceó—. Ve por ella, ahora.

—¡Iskánder! —Tino se puso de pie—. ¡Escudo!

—*Ilsa.*

—*Estás herido…*

—*Debes salir, ir al Palacio de Gobierno.*

—*Shrakjta, Noah no está aquí, no sé cómo… ni dónde estamos.*

—*Dile a Enara que te necesito aquí.*

Quentin intentó pensar en algo más para no desfallecer, mientras veía pequeños reflejos de colores aparecer por breves instantes por encima de él. Cerró los ojos y repasó mentalmente lo que había visto hacer a los magos pyebranos, necesitaba saber cuál de ellos lo había atacado. Recordó que había uno que permanecía, como él, apartado del enfrentamiento. Caminaba con la espalda pegada a la pared, a veces mimetizándose con ella. Lo vio mover los brazos como si portara un arco que ni siquiera él era capaz de percibir, lo vio apuntar en varias oportunidades, pero en ningún momento soltó una flecha de ninguna clase. Debía de ser él.

Estiró el brazo para tocar a Tino, que estaba de pie a su lado, y el mago se acercó a él para oírlo.

—Gírame —susurró. Tino frunció el ceño, Quentin tosió y la cabeza se le llenó de destellos de colores cuando el dolor le golpeó las entrañas—. Mueve mis piernas y gírame, necesito ver a los magos. Hay un arquero.

—No me jodas, Quentin, ¡estás clavado al suelo!

—Tienes que detenerlo, antes que alcance a alguien más —balbuceó—. Hazlo ahora, no puede ser peor de lo que ya es.

—¡Las cosas que me haces hacer! ¡Maldito demente! —Tino tomó las piernas de Quentin y las movió hacia atrás. Quentin cerró los ojos y ahogó el grito que le anudó la garganta, contuvo la respiración y esperó a que Tino moviera su torso. Cuando lo hizo, Quentin se desvaneció por unos momentos. Despertó con los golpes que Tino le estaba dando en el rostro; abrió los ojos y buscó a quien había recordado. La vista se le nublaba por momentos y no podía enfocarse por más de un segundo.

—Vamos, Quentin —lo alentó Tino.

—El que tiene una cadena de oro en su cuello. —Quentin volvió a toser y las gotas rojizas se iluminaron con los hechizos que se desvanecían en contra del escudo de Tino—. Dile a los

maestros, puede tener más Indignos.

Tino se puso de pie y, al hacerlo, los ataques de sus compañeros se detuvieron. Dima y Áliza retrocedieron hasta ponerse junto a Iskánder y los tres levantaron las manos. Quentin alcanzó a ver que Tino se convirtió en una antorcha humana y se lanzó, espada en mano, hacia los magos enemigos, pero se sentía tan agotado y adolorido que ni siquiera se asombró o alarmó por lo que estaba sucediendo; al único lugar a donde se dirigía su atención era a esa extraña luz que parecía traspasarlo de derecha a izquierda hasta inmovilizar su cuerpo. Se sentía como una maldita brocheta de carne.

«Menos mal que nadie más puede ver esta ridiculez» pensó.

Un movimiento a su lado atrajo su atención y vio varios pies caminar a su alrededor. Alguien se arrodilló junto a él y le levantó la cabeza, que antes caía sobre el duro y frío piso de tierra apisonada.

—No te puedo dejar solo ni un instante, maldición —dijo Josh y Quentin sintió un inmenso alivio por tenerlo a su lado. Quiso hablar, pero no fue capaz de decir ni una sola palabra—. ¡Ilsa! Por un maldito demonio. Resiste, Q.

Josh puso algo debajo de su cabeza y se puso de pie. Regresó unos instantes después arrastrando a la muchacha. Los escuchó quejarse uno del otro y discutir; Quentin sabía que aparecer descomponía a Ilsa, pero Josh no le iba a perdonar su sensibilidad, menos en esos momentos, y él solo quería que se callaran de una maldita vez, aunque no tenía fuerzas ni para levantar una mano.

—¡Está clavado al condenado suelo!

—¡No me grites, maldito seas! ¿Crees que no escuché lo que Naga dijo?

—¿Entonces a qué demonios esperas?

El rostro de Ilsa apareció delante de él y, al mismo tiempo, sintió su mano tomar la suya.

—¿Dónde, Quentin? —Le preguntó con suavidad.

—*Arriba de mi cadera.* —Ilsa movió las manos y Quentin se estremeció—. *Ya no lo soporto…*

—Josh, ayúdame —dijo Ilsa—. Sostén su brazo, necesito estar en contacto con él para saber dónde debo curarlo.

Josh obedeció y Quentin cerró los ojos, ya que mantenerlos abiertos se había vuelto una tarea agotadora. Escuchó a Josh y a Ilsa hablar, pero no pudo prestar atención a lo que decían. Sus fuerzas lo estaban abandonando y, por más que intentara permanecer atento, ya no era capaz de hacerlo.

—*Resiste, por favor. Ya falta poco.*

Quentin quiso sonreír, pero no supo si había logrado algo. Su mente se desconectó por completo de lo que estaba sucediéndole y el dolor, al fin, desapareció.

Cuando abrió los ojos, se vio en el laberinto de la Plaza de la Fuente. Los arbustos eran altos, mucho más altos que él, los pasillos que formaban se veían amplios y los bancos de madera le llegaban hasta la mitad del vientre. Miró sus manos y estaban muy sucias; eran pequeñas y sus dedos gordos terminaban en una medialuna negra que se encontraba bajo sus uñas. Quentin frunció el ceño, ya que le causó un gran desconcierto verse así. Había vuelto a ser un niño, era consciente de eso, pero, a su vez, era consciente de que era un adulto y de todo lo que vivió hasta ese momento.

Oyó la voz de su madre llamarlo y de su boca salió una voz infantil que pronunciaba mal las palabras. Quentin corrió, quería ver a su madre otra vez, quería abrazarla y escucharla, aunque Elisa nunca había sido una mujer muy locuaz. Corrió y corrió por los pasillos de hojas verdes

mientras el sol se filtraba entre las ramas desnudas de los árboles. Era la estación fría, al parecer, pero parecía un día de primavera. Quentin miró hacia arriba y ningún brote rompía con la paleta de colores marrones y grisáceos del invierno.

Una suave brisa le revolvió el cabello en cuanto dejó el laberinto y se encontró con una sonriente y muy joven versión de su madre que lo esperaba. La mujer se acuclilló en cuanto lo vio y él se arrojó en sus brazos, tan feliz como el niño que había vuelto a ser.

—¿Dónde está Ara? —preguntó, con el rostro escondido en la melena dorada de su madre.

—¿Quién es Ara? —preguntó ella, a su vez.

—Aranza, madre.

—No conozco ninguna Aranza, niño loco —dijo, divertida—. Vamos, tus hermanos están hambrientos y me imagino que tú también. ¿Cómo te ensuciaste tanto?

«¿Hermanos? En ese entonces tenía solo uno, si ni siquiera Ara existía» pensó.

—Tengo un solo hermano, Noah.

—¿Y Ethan no es tu hermano? —Elisa le hizo cosquillas en el vientre y Quentin se removió en sus brazos aunque, a la misma vez, su pequeño cuerpo se estremeció y comenzó a mirar hacia todos lados, en busca de Noah y de su hermano desconocido. Había muchos niños en la plaza ese día y todos eran tan parecidos que temía volver a despertarse en su cuerpo adulto sin haber sido capaz de conocer a ese tal Ethan y sin saber si era un producto de su delirio o si de verdad tenía un hermano más.

Su madre se detuvo junto a una mesa de piedra y lo depositó en el suelo, junto a un Noah pequeño y regordete que apenas pudo distinguir, de no ser por su inmutable palidez. Junto a su hermano mayor había un niño de piel bronceada como la de Quentin, de cabello rubio y ojos gris oscuro.

«¿Josh? No, no es Josh, lo recuerdo y no se veía así… Josh es de mi edad… Además, sus ojos… Sus ojos se parecen mucho a los de mi padre».

Su hermano desconocido era menor que Noah y mayor que él y en ese momento comprendió por qué había casi cinco años de diferencia entre ambos. Faltaba un hermano entre ellos dos.

Quentin rio, tenía un hermano más y en su mente se mezclaban las sensaciones de sus dos realidades: el niño que había descubierto a un hermano más con quien jugar y el adulto que se preguntaba dónde estaba, qué había sucedido con él, por qué nadie nunca lo mencionaba y por qué no había sido capaz de recordarlo antes.

—Ethan —dijo Quentin, sin dejar de sonreír, y el pequeño lo miró—. ¿Dónde estás ahora, Ethan? —Su hermano desconocido sonrió también y señaló hacia detrás de él—. ¿Te llevaron o estás muerto?

Elisa se acercó a Quentin, lo tomó del hombro y lo apartó de sus hermanos.

—¿Qué dices? ¿Por qué le hablas así a tu hermano? ¡Me estás asustando!

—No hay Ethan, madre. —Elisa frunció el ceño y se agachó para ponerse a su altura—. Soy adulto, no hay Ethan. ¿Quién es Ethan?

—Detente, no sé por qué estás diciendo estas barbaridades, pero no es gracioso. —Se la veía realmente asustada y molesta y decidió darle la razón para poder verla sonreír una vez más, aunque fuera en ese extraño sueño.

—Está bien, madre. —Quentin sintió que iba a llorar en cualquier momento, puesto que los ojos comenzaron a picarle y algo se anudó en su garganta. Elisa, al notarlo, lo abrazó y le dio un beso en la frente.

—No vuelvas a decir algo así, mi pequeño, porque tu hermano está allí y se puede asustar.

—Sí, mamá. —Elisa le sonrió, se puso de pie y lo guio de nuevo hasta sus hermanos.

Quentin miró el rostro de Ethan para ver si lograba verlo en alguien que conocía de su adultez, buscó en él alguna marca o lunar, pero solo vio uno pequeño sobre su ceja derecha.

Se acercó de nuevo a él y le habló en voz baja.

—¿Dónde estás ahora?

—¿Por qué me llaman Ethan? ¿Cómo es tu nombre? —susurró él, en cambio.

Antes que pudiera responderle, la escena comenzó a diluirse, como si fuera una gota de tinta en el agua.

31

Quentin batalló por quedarse en esa infancia que nunca antes recordó, pero sus esfuerzos fueron completamente inútiles. Quería saber su nombre y decirle el suyo, quería saber si había alguna forma de encontrarlo porque tenía la certeza de que ese niño, ya adulto, todavía vivía y ambos se habían enterado de la existencia del otro en ese momento en el que él permanecía inconsciente. Quizás, su hermano también se encontraba pasando un mal momento, al igual que él, y por eso habían podido verse allí, en esa infancia olvidada hacía mucho tiempo.

Despertó y vio a Ilsa y a Josh mirándolo de forma extraña, con curiosidad y asombro al mismo tiempo.

—¿Quién es Ethan? —preguntó Ilsa y Josh le dio un codazo que casi la tira al suelo. Quentin no respondió. Hizo un intento para moverse y, como nada que le impedía hacerlo, se puso de pie. Josh lo sostuvo, pero él ni siquiera le habló.

—¿Qué tienes? —Su pregunta quedó flotando en el aire, sin respuesta alguna.

Quentin miró hacia donde los magos enemigos estaban cuando perdió la consciencia y vio que había siete cuerpos; algunos de ellos intactos, otros con heridas del arma de Tino y un par estaban completamente carbonizados. Entre los muertos encontró a quien tenía la cadena de oro, el que portaba el arco invisible. Tenía una horrible herida en su cuello y algo de sangre fresca en sus ropajes.

Cuando quiso acercarse, los magos intentaron detenerlo, pero él los ignoró, quería llegar al arquero. Escuchó, aunque sin prestar demasiada atención, que le ordenaron alejarse de los muertos, lo amenazaron con atacarlo e Iskánder quiso sujetarlo, pero él lo arrojó al suelo de un golpe en la mandíbula y continuó caminando. Al llegar hasta los magos enemigos, Quentin se arrodilló junto al arquero y comenzó a rebuscar entre sus pertenencias. Josh lo levantó de un solo tirón y lo sujetó del abrigo.

—¿Qué demonios te sucede?

—Suéltame, necesito encontrar a Ethan.

—¿De qué hablas? Estás asustando a todos, piensa en Ilsa, maldición.

Quentin negó con la cabeza, se liberó de Josh y regresó a donde estaba. Buscó entre los bolsillos del sujeto hasta que halló un puñado de monedas. Eran solo monedas, pero ¿cómo se suponía que ese mago las utilizaba? Quería volver a herirse con una de esas extrañas lanzas luminosas para regresar a sus recuerdos, necesitaba respuestas, aun a costa de su propio dolor. Sabía que no iba a poder volver a pensar en otra cosa que no fuera su hermano perdido.

—Tienen Indignos —murmuró, derrotado, al no saber cómo podía utilizar a uno para herirse. Sus manos cayeron a los lados y las monedas rodaron por la tierra.

—¿Qué tienes? —Ilsa se acuclilló a su lado y se abrazó las rodillas.

—Dudas, muchas dudas.

—¿Por eso actúas tan extraño? ¿Qué pretendías hacer?

—Regresar.

Quentin se puso de pie y comenzó a buscar la salida de ese lugar; Josh e Ilsa fueron tras él sin decir nada.

—¿Nos vas a decir qué está pasando, Quentin? —exclamó Josh.

—¿A dónde querías regresar? —preguntó Ilsa al mismo tiempo.

Quentin se sostuvo la cabeza con ambas manos.

—Necesito encontrar a Noah, ahora mismo —dijo y comenzó a correr, olvidando a los maestros, a Tino y a todo lo que había ocurrido entre los magos.

Al llegar al Palacio de Gobierno, subieron la escalinata hacia el primer piso e ingresaron al despacho de Noah, donde Josh lo había visto por última vez.

El mayor de los Guna estaba junto a una decena de soldados, Tanáel y otras personas que Quentin no conocía.

—Tenemos que hablar —dijo sin esperar un segundo.

—Espérame afuera.

—Ahora, Noah.

—Espérame en mi estudio —dijo con seriedad. Quentin asintió y regresó sobre sus pasos, seguido de cerca por Josh e Ilsa.

Después de lo que se le hizo una eternidad en la que ninguno de los tres dijo ni una palabra, Noah llegó.

—¿Quién es Ethan? —preguntó Quentin ni bien lo vio.

—¿Quién?

—Ethan.

Noah apenas había abierto la puerta y se quedó ahí, inmóvil, por un interminable minuto, con la confusión pintada en cada centímetro de su rostro. Sus ojos parecían buscar entre cientos o, quizá, miles de recuerdos, moviéndose de lado a lado como si se pasearan por las páginas de un libro a una gran velocidad. Hizo algunos pasos y se sentó en uno de sus desvencijados sillones.

—¿De dónde sacaste lo de Ethan? Por los dioses, hacía tiempo que no pensaba en él, muchos años.

—No me ayudas, Noah. ¿Quién es? ¿Qué le sucedió? —Quentin caminaba de punta a punta del pequeño y abarrotado estudio, nervioso como una fiera enjaulada. Noah se masajeó la frente antes de hablar.

—Alguien se lo llevó, pero nunca supe por qué. Era… nuestro hermano. —Quentin se detuvo—. Nadie pidió un rescate, no pidieron nada a cambio, no tuvimos más noticias de él. Ese día había una boda, alguna celebración o algo así, había mucha gente desconocida. Tú y Ethan estaban siempre juntos y quizá fue por eso que los llevaron a los dos, aunque a ti te encontraron vagando por las calles algunas horas después. Sin embargo, no pudiste decir nada que ayudara a encontrarlo…

—Soy un completo inútil… —Quentin se cubrió el rostro con ambas manos. Sentía tanta impotencia, tanta rabia y confusión que saber que podría haber ayudado a recatar a su hermano solo hacía que su culpa creciera aún más.

—No digas eso, eras muy pequeño, no sé si alcanzabas los dos años… —Noah pensó por unos momentos—. Puede que hayas tenido un poco más de dos años, creo que Ara nació poco tiempo después.

—Tengo dos años y medio más que Ara.

—Entonces habrá sido por esa época y apenas si hablabas, ni siquiera sabías los colores, no conocías a la gente… —Noah miró primero a Josh y luego a Quentin—. ¿Cómo es que supiste de Ethan?

Quentin se sentó en el piso, en contra de la pared, y les contó, a grandes rasgos, lo que había sucedido en su recuerdo.

—¿Pero cómo pudo ser posible? —preguntó Josh.

—No lo sé, fue como si ambos nos hubiéramos encontrado allí, en el mismo instante.

—Debes preguntárselo a Onix —dijo Noah—. Él debe saber por qué ocurrió algo tan extraño.

—Quizás solo fue un recuerdo y tu mente imaginó el resto —sugirió Ilsa.

—Como en los sueños —dijo Josh—, cuando cambiamos lo que no nos gusta de lo que estamos soñando.

—Era todo muy real, él también estaba confundido. Quería saber por qué lo llamaba con ese nombre.

—¿Qué hacía yo? —preguntó Noah—. Dijiste que también estaba allí.

—No lo sé, tenía toda la atención puesta en Ethan. —Quentin reflexionó por unos momentos—. Jugabas con él cuando los vi por primera vez y cuando Ethan se fijó en mí, tú… No lo recuerdo.

—¿Qué hacía Elisa?

—Dioses… —Se masajeó las sienes—. Madre estaba por darnos algo para comer, dijo que estábamos hambrientos. Me regañó cuando le pregunté a Ethan si se lo habían llevado o si estaba muerto.

—¿Y él qué respondió?

—Él… Madre me regañó en ese momento y, luego, le pregunté dónde se encontraba. —Quentin cerró los ojos por unos momentos, agobiado por las preguntas y por las dudas—. Él señaló hacia atrás y me preguntó por qué todos allí lo llamaban Ethan y cómo era mi nombre. —Volvió a cerrar los ojos y apoyó la cabeza en la pared—. Todo desapareció y no pude responderle.

—Maldición —murmuró Noah.

—Tal vez Ilsa tiene razón y fue solo algo que inventé por mi malestar…

—En serio que parecía muy real —dijo Josh—, pero no podremos saberlo.

Quentin lo miró por unos segundos y encogió los hombros. No tenía respuestas de ninguna clase, solo una marea de dudas que aumentaban a cada segundo. Demasiados qué, cómo y por qué y ninguno de ellos tenía una contestación.

—Y ellos murieron sin saber qué le sucedió a Ethan —murmuró Noah, más para sí mismo que para los demás y a Quentin se le encogió el corazón. Era cierto, sus padres fueron asesinados y nunca supieron qué había sucedido con uno de sus hijos. Tal vez por eso su madre era tan callada y su padre no le quitaba el ojo de encima ni un segundo, quizá por eso llevaban escolta antes de ir al entrenamiento obligatorio y en ese momento pudo comprender el estado en que lo encontró cuando regresaron del desierto con Josh. Estaba deshecho, delgado y lleno de canas. Hasta ese día, Rob Guna había perdido a dos de sus hijos.

—¿Qué sucedió con Iskánder? —Noah lo sacó de sus cavilaciones.

—Golpeé a Iskánder —dijo con asombro, como si recién en ese momento se hubiera dado cuenta.

—¿Cómo que golpeaste a mi mago? ¿Por qué lo hiciste? —preguntó Noah, molesto.

—Porque… no estaba pensando —respondió, avergonzado—. Tuve la estúpida ocurrencia de volver a herirme con un Indigno cuando Ilsa me curó.

—¿Qué? —exclamó Josh.

—¿Estás loco, Quentin? —Ilsa, molesta, se levantó de un salto de la silla que estaba ocupando—. No tiene ni una mínima idea de lo que me costó sacar esa cosa de tu cuerpo.

—¡La chica casi se desmaya por el esfuerzo, maldito seas! —continuó su amigo.

—Era un Indigno, reconocí su color —murmuró.

—¿Tan imprudente puedes ser? —preguntó Noah, molesto—. ¡Con un Indigno, Quentin!

—Perdón, perdónenme —dijo mirándolos uno a uno—, ni siquiera entendía qué era lo que había visto, solo quería regresar a hablar con Ethan, estaba a un segundo de decirle mi nombre

cuando regresé… Iskánder quiso evitar que me acercara a los cuerpos de los magos y… no tuve mejor idea que golpearlo para que me dejara en paz. —Quentin se incorporó—. Espera, no vi a Tino… ¿Y Tareq? ¿Qué saben de Tareq?

—Tino regresó aquí —dijo Ilsa—, había sufrido algunas quemaduras y, después de incendiar todo como lo hizo, casi se había quedado sin energías.

—Tareq está en la enfermería de la fortaleza, estaba bastante mal, por lo que sé —agregó Noah.

Quentin se puso de pie y tendió la mano.

—Vamos, Ilsa, seguro nos necesita. Si Naga no pudo sanarlo, debe haber algo más. ¿Vila y Lena lo saben? —preguntó antes de salir.

—No, no saben nada de lo que ocurre aquí arriba.

Quentin asintió.

—¿Quieren que los acompañe? —preguntó Josh.

—Mejor quédate con Noah, por si te necesita. —Quentin cerró la puerta pero, al segundo, volvió a abrirla—. Gracias, Josh, perdóname por ser un idiota tantas veces.

—Ya lo tengo asumido —contestó, divertido, y Quentin rio.

—Tenemos que apagar las luces —dijo a Naga apenas abrió la puerta de la habitación—. Tareq puede estar herido con un Indigno.

—¿Él también? —Naga lo miró como si hubiera perdido la razón.

—Si no despierta, es lo más probable —respondió Ilsa, mientras Quentin se paseaba de farol en farol, apagándolos—. Si no pudiste sanarlo tú, veremos si a él le sucedió lo mismo.

Quentin tomó el último farol encendido, se ubicó junto a Ilsa y cerró los ojos antes de apagarlo. Movió la cabeza hacia Tareq, pero no se atrevió a mirarlo, como si tuviera miedo de lo que encontraría allí, otra vez. Abrió los ojos muy despacio, pero no tuvo que hacer mucho, ya que parecía un maldito alfiletero luminiscente y se preguntó cómo demonios era capaz de seguir respirando aún.

—Es un desastre —murmuró una vez que se repuso de la impresión.

Tomó la mano de Ilsa y ella se sorprendió tanto o más que él. Sin siquiera preguntar ni decir nada, la muchacha comenzó a sacar del cuerpo de Tareq lo que parecían ser cientos de espinas o pequeñas astillas de luz dorada que estaban incrustadas en su cabeza y su pecho.

Ilsa tuvo que recibir asistencia en reiteradas ocasiones, ya que sus energías no eran suficientes para tan titánica tarea. Quentin, después de la tercera vez que Ilsa estuvo a punto de desvanecerse, aprendió a distinguir cuando sus fuerzas comenzaban a disminuir lo suficiente y se lo hacía saber a Naga, para así evitarle el malestar.

El mago había cubierto las ventanas con mantas cuando la claridad comenzó a interferir en la visión de Quentin y el sol dibujaba una única línea en el suelo de piedra en el momento en que Ilsa, finalmente, extrajo la última de las astillas que torturaba a Tareq. Quentin la miró y vio que unas oscuras ojeras resaltaban en la palidez de su rostro, pero ella sonreía a pesar del cansancio y de la tensión de esa agitada noche. Sin soltar su mano, la sacó de la habitación y la acompañó a la casa, después de decirle a Naga que regresaría en unos momentos.

Enara estaba en la cocina cuando entraron, preparando el desayuno como para un batallón.

—¡Chicos! —exclamó, aliviada, en cuanto los vio. Se acercó a ellos, sonriendo, y abrazó a Ilsa primero y a Quentin después.

—Fue una noche difícil, cuñada, pero Tareq ya está a salvo.

—Gracias a los dioses. —Enara se dio vuelta y destapó una bandeja repleta de galletas, tortas

y panecillos—. Coman algo, seguro están hambrientos y agotados.

—Eso es cierto. —Ilsa se dejó caer en una silla y tomó un par de galletas.

—Espero que no te moleste, pero envié algunas de tus prendas a Tareq, sus túnicas no le sirven de nada aquí y ustedes son prácticamente de la misma talla —dijo Enara y Quentin asintió.

—No hay problema, lo comprendo. ¿Vila? ¿Lena? —Ilsa le dio una galleta y Quentin la devoró de un bocado.

—Duermen aún. Noah nos fue a buscar a mitad de la noche. No sé si Vila habrá podido descansar, pero quizás no quiera dejar a Lena sola.

—Iré a la enfermería —dijo aún masticando—. Cuando Vila despierte dile que vaya a verlo, yo me quedaré con él.

—¿Quieres una taza de té antes? —preguntó Enara y Quentin negó con la cabeza pero, en cambio, tomó algunos panecillos.

—Me llevaré esto.

—Iré en un rato —dijo Ilsa.

—No hace falta, quédate a descansar. Te veré luego.

Ilsa asintió mientras bostezaba.

Tareq abrió los ojos y lo primero que vio fue a Quentin durmiendo en una silla a su lado. Se sentía muy confundido, puesto que habían ocurrido cosas demasiado extrañas desde que lo separaron de Naga y de Iskánder. Se preguntó qué sucedió con los demás, ya que recordaba haber visto a Tino, a Áliza y a Dima. Y Quentin también estuvo allí. Aun cuando sabía que no era capaz de usar sus poderes para defenderse, ese completo extraño estuvo a punto de ser asesinado por ayudarlo.

Se miró a sí mismo y vio que estaba completamente curado, lo habían bañado y llevaba ropa limpia, que debía de ser de Quentin. Ya le había prestado antes sus abrigos de piel y un grueso suéter tejido, porque el frío se le hacía intolerable.

«Demonios, perdí sus abrigos» se lamentó.

—Quentin —susurró y estiró una mano para tocar su rodilla. El muchacho se despertó enseguida y su preocupación inicial fue reemplazada por una sonrisa en cuanto lo vio despierto.

—¿Cómo te encuentras? —Se lo veía ojeroso y agotado.

—*Grracias*, Quentin.

—Ilsa hizo todo el trabajo.

—Tú también. —Quentin bajó la vista y Tareq hubiera jurado que estaba incómodo—. Anoche vi que te *hirrierron*, ¿cómo estás?

—No fue nada. —Quentin se giró hacia un costado—. Me dieron en la oreja, pero Tino me curó, no era más que un raspón.

—*Grracias* a Efos. Ve a *descansarr*, ¿sí? Estoy bien.

—Me iré cuando Vila y Lena vengan… Ellas estaban descansando cuando vine, no tienes que preocuparte. Noah las llevó a un lugar seguro hasta que todo terminó y según supe, recién a mitad de noche pudieron regresar a la fortaleza.

—¿Los demás?

—Están todos bien. Vinieron los maestros de Erjathá. —Tareq asintió, recordaba haberlos visto—. Y también Shanyi y Tino, por supuesto. Ninguno fue herido de gravedad, aunque no estoy seguro de cómo terminó todo. Tuve algunos momentos… extraños, en los que no sé qué ocurrió.

—¿Te *hirrierron*? —preguntó, alarmado, y se incorporó para mirarlo. Quentin frunció el rostro.

—Digamos que sí, pero ya me ves, estoy bien, no te alarmes. Tú, en cambio… ¿Qué hicieron contigo?

—Me *descubrrierron*. Pude *encarrgarrme* de dos de ellos en el momento en que me *alejarron* de Naga, *perro* luego sentí como si miles de agujas se *clavarran* en mi pecho y ya no fui capaz de hacer nada más —dijo intentando hacerse entender. Áliza les daba lecciones de sitnorense a los magos erjathaínos, pero hacía bastante tiempo que no practicaba y muchas palabras se le confundían. Aun así, Quentin aguardaba con paciencia a que él pudiera expresarse—. Ahí fue cuando me *encadenarron*. Bueno… y tú lo viste, me *golpearron* a más no *poderr*.

—Murieron todos ellos, así que ya no serán un problema.

—*Ryjhza*[32] —murmuró—. Aunque sean unos *bastarrdos*, *siemprre* me pesan sus *muerrtes*.

—Piénsalo de esta forma, son ellos o nosotros. No es demasiado consuelo, pero algo ayuda a mitigar la culpa.

—*Parrecierra* que lo único que puedo *sentirr* últimamente es eso, culpa.

—No eres el único —dijo con tristeza—. Si no es culpa, es miedo y no sé cuál de los dos es peor. —Quentin se levantó de la silla y estiró los brazos por sobre su cabeza.

—Ve a descansar, te ves agotado.

—Esperaré un poco más, no pasa nada. —Volvió a sentarse y lo miró por unos segundos—. Anoche… Te hirieron con un Indigno, o con cientos, Tareq, ¿cómo hiciste para soportarlo? Estaban en tu cabeza, en tu pecho… ¿Cómo lo hiciste?

—¿Fue con un Indigno? —Tareq se sentó en la cama—. ¿Cómo demonios?

—No lo sé, no tengo idea de cómo lo hacen, pero Vila tenía siete cosas, que parecían ser flechas, clavadas en su cuerpo y por eso no podía sanar. Tú tenías cientos de lo que parecían ser astillas. No las conté y dudo que Ilsa lo haya hecho y a mí… —Quentin cerró los ojos y suspiró. Al parecer, no quería hablar de eso, pero lo dijo sin notarlo—. A mí también me hirieron con uno. Parecía una lanza, que me atravesó el vientre y me dejó clavado al suelo.

—¡Malditos sean! ¿Ilsa te ayudó?

—Sí, no sé cómo lo hizo, porque yo estaba inconsciente y no pude ayudarla ni ver qué hacía. Además, estaba clavado al suelo y no podía moverme sin escupir sangre.

—Maldición, ¿y lo dices así?

—Bueno, tú tenías cientos de ellos y tampoco te escuché quejarte. —Quentin encogió los hombros y comenzó a reír—. Haremos competencia de quién se queja menos.

Tareq lo miró con el ceño fruncido por un breve instante y se largó a reír.

«Quentin Guna, el carnicero de Sitnor» pensó. «Es un sujeto muy extraño y a la vez es tan agradable… Ahora comprendo por qué Tino siempre hablaba bien de él».

La puerta se abrió de repente para sacarlo de sus cavilaciones y su hermosa familia llegó junto a la señora Enara. La niña lo miró con algo de temor, pero sonrió y corrió a la cama al ver que se encontraba bien. Seguro temía verlo en el mismo estado en que estuvo Vila por tanto tiempo. La sonrisa de esas dos personas valía todos los sacrificios que la vida le pusiera en frente y se sentía dichoso de que hubiera, a su alrededor, gente como Tino, como los maestros y como Quentin, dispuestos a arriesgar su pellejo para que él pudiera verlas a su lado otro día más.

Quentin se retiró a descansar poco después, no sin antes recibir el agradecimiento de Vila y un abrazo de Lena.

Vila se veía angustiada, pero su recuperación física avanzaba a pasos agigantados, ya que no faltaba mucho para que volviera a verse como antes del ataque a su templo. Lena se trepó a la

cama, se acostó a su lado y apoyó la mejilla sobre el brazo de Tareq.

—Pasamos una mala noche—dijo la sacerdotisa en cuanto la niña se quedó quieta—. Lena estaba muy nerviosa por no saber qué estaba ocurriendo contigo y los demás, y se durmió cerca del amanecer, después de que regresamos a la fortaleza.

—Es muy temprano aún, no descansó nada. Y tú tampoco, al parecer…

—Era imposible, Tareq. Nos llevaron a un lugar cerrado por seguridad, custodiadas, y nadie nos decía nada, porque andaban muy ocupados. Cuando fueron por el hermano del Gobernador y él dejó el refugio supe que las cosas iban mal, y los ánimos de todos se volvieron sombríos.

—Gracias a los dioses nadie más salió herido. Y por Ilsa y Quentin es que estoy bien ahora —dijo Tareq—, me habían herido con un Indigno, como ese sacerdote hizo contigo.

—Lo lamento tanto. —Vila se acercó a él, le besó la frente con dulzura y le acomodó el cabello—. Es lo más horrible que alguna vez pudo sucederme, lamento mucho que hayas tenido que pasar por eso tú también.

—Las pesadillas… nunca se detenían. No me daban respiro ni un segundo.

—No pienses en ello ahora, nada de eso fue real.

—A mí me pareció que sí, porque vi cosas que…

—Shh, tranquilo. —Vila le tomó la mano—. Cuanto más lo pienses, más te enredarás en esas fantasías. La señora Enara me lo dijo, fue todo obra del Indigno. Los sueños, las sensaciones, los recuerdos… —Tareq asintió y Vila sonrió, tranquila. Sabía que Enara había crecido con la Dama de la Cueva, y no tenía motivos para mentirles. Tal vez, Vila habló con ella para no angustiarlo y por eso lo sabía. Sin embargo, vio demasiadas cosas extrañas y no supo qué, de todo eso, fue real alguna vez.

32

El sol le hizo entrecerrar los ojos en cuanto salió. Miró al cielo y no vio ni una mísera nube encima de él, no había viento y, a pesar de que el aire se sentía bastante frío, podía sentir al sol calentarle la piel; sin dudas, ya faltaba poco para la primavera. Quentin estiró los brazos por sobre su cabeza y su espalda crujió.

—Por los dioses —murmuró. Si hubiera sido por él, se hubiera sentado ahí mismo, en el camino de piedras que bordeaba la pared de madera de la enfermería, a dormir al calor del astro rey.

—Señor Quentin. —La voz de Zaria hizo que se sobresaltara cuando lo saludó con toda su acostumbrada seriedad. Miró hacia su izquierda y la vio de pie junto a la puerta, con las manos entrelazadas detrás de su espalda.

—Señora Zaria —respondió, divertido.

—No soy ninguna señora.

—Yo tampoco, y ya ves lo incómodo que es cuando te lo dicen.

Zaria asintió.

—Supe lo que ocurrió anoche, pero…

—Cualquiera diría que esperabas verme postrado en una cama.

—Dicho así, suena bastante mal. —Su rostro tomó un vergonzoso color rojizo.

—Si te hubieras escuchado, me comprenderías. Estoy bien, ya ves.

—Gracias a los dioses —murmuró.

—¿Irás a entrenar hoy? —Zaria asintió—. Iré por la tarde, a ver si nos cruzamos.

—Por supuesto, señor.

—Hasta la tarde, señora Zaria.

Quentin dio media vuelta y se encaminó hacia la puerta de madera que daba al jardín de la casa. Le pesaban los pies como toneladas de piedras y le parecía tener un enjambre de abejas retumbando dentro de la cabeza.

Al abrir la puerta de la cocina, vio que Ilsa se había reclinado sobre la mesa y dormía entre tazas de té y bandejas con galletas, con la cabeza escondida entre sus brazos, pero no se movió a pesar del rechinar de las bisagras. Tocó su hombro para despertarla, aunque tampoco respondió.

—Vaya, que sueño pesado —murmuró—. Ilsa, ve a dormir… Al fin y al cabo, ya estás durmiendo… —agregó más para sí mismo que para ella.

Esperó unos instantes pero, como no reaccionaba, la tomó en brazos y salió de la cocina. Se paró frente a la escalera y supo que no podría subirla llevando a Ilsa, de tan agotado que estaba.

—Qué demonios —se dijo y caminó hacia la habitación de abajo, que había limpiado y acondicionado hasta hacerla parecer una habitación de verdad, y que era la que él utilizaba desde que la casa estaba llena de gente.

Acostó a Ilsa en la cama, la cubrió con las mantas, tomó una manta de piel, se envolvió en ella y se acostó de espaldas a Ilsa. Confiaba despertarse antes que ella lo hiciera, para que no se alarmara por verlo ahí. Vio que había dejado la puerta abierta y estuvo a punto de levantarse a cerrarla, pero sería mejor que quedara así, no quería que los demás pensaran cosas que no eran. Se cubrió hasta la cabeza y el sueño no tardó más que dos segundos en vencerlo.

Despertó cuando sintió un fuerte golpe en su espalda y, al instante, su cuerpo se estrelló en las piedras del piso.

—Por un demonio —murmuró. Trató de moverse, pero estaba absolutamente inmovilizado por las mantas. Ilsa gritó y la escuchó moverse sobre la cama.

—¡Quentin! —exclamó.

—Sí, por los dioses. Ayúdame.

Ilsa lo hizo rodar con sus pies y Quentin pudo descubrirse el rostro y los brazos.

—¿Estás bien? —preguntó Ilsa—. Entré en pánico, discúlpame.

—Pensé que despertaría antes que tú. —Quentin se puso de pie y se estiró. Le dolía el cuello y la espalda—. No era mi intención asustarte, pero estaba demasiado cansado para subir las escaleras.

—Yo ni siquiera sé como llegué aquí. —Ilsa se tiró hacia atrás, con los brazos estirados—. Esta cama es mucho más cómoda que la tuya, ¿no quieres regresar a tu habitación?

—Si no te molesta dormir con las ratas corriendo por los tirantes…

—Casi toda mi vida me la pasé en una carreta en la que entraban toda clase de alimañas e insectos, ¿crees que una rata me asusta?

Quentin se sentó en la cama, junto a Ilsa.

—Como gustes, trae tus cosas y yo subiré las mías. ¿Me curas el cuello? No puedo girar hacia los lados.

—Estoy cansada —murmuró sin moverse, Quentin resopló indignado.

—Iré a darme un baño.

Ilsa solo se limitó a bostezar. Quentin cargó con algunas de sus pertenencias y subió las benditas escaleras, que se le hicieron eternas.

Después de un reconfortante y caliente chapuzón, se vistió a medias y salió hacia su dormitorio, ya que el cuarto de baño tenía no una sino tres puertas. Una daba al pasillo, otra a la antigua alcoba de sus hermanos y la tercera a la suya. Descalzo y sin camisa, abrió la puerta y encontró a Ilsa recogiendo sus pertenencias.

—¡Por un demonio, Ilsa! —La miró molesto; ella levantó una ceja y lo miró de arriba a abajo.

—¿Qué? No pasa nada, si ya te he visto antes, Quentin.

—Respeta mi privacidad, maldición —murmuró, resignado.

—Bah, tanto escándalo…

—Pero… —Tomó la camisa de arriba de la cama y continuó vistiéndose—. Es molesto que te aparezcas así sin avisar, llama a la puerta al menos.

—Como si hubiera tanto para ver…No eres mi tipo, no te ilusiones.

Quentin se largó a reír.

—¿Quieres que te presente a los tesarianos con los que entreno, acaso? Cabellos grises, altos, delgados, rostros delicados…

—No voy a discutir estos asuntos contigo, pero ahora que te vi, recordé a Tareq —agregó, pensativa.

—Tareq está comprometido con Vila —dijo Quentin, divertido—, o casado, quizás. No deberías meterte entre ellos.

Ilsa soltó una carcajada.

—¿Eres tonto todo el tiempo o…?

—No, no. Descanso a mediodía. —Quentin terminó de vestirse mientras hablaban.

—Vi que Tareq tiene unas cicatrices en su espalda, tal vez quiera que se las quite. Iré a verlo después. —Se colgó el bolso en un hombro y tomó la almohada.

—Ey, ¿dónde vas con eso?

—Es más cómoda que la de abajo.

—Ten un poco de respeto… —Quentin se la sacó de la mano y la dejó en su lugar.

—Y tú un poco de consideración por tus invitados.

—Por los dioses, ¡es una almohada! —Se paró delante de ella para interrumpirle el paso y ella se detuvo.

—Por eso. —Ilsa se encogió de hombros, hizo un paso al costado para esquivarlo y saltó sobre la cama para volver a agarrarla.

—Ya, como gustes… —rio—. Iré al campo de entrenamiento, ¿quieres venir?

Ilsa se sentó en la cama, con la almohada abrazada como su más preciada pertenencia, y negó moviendo la cabeza de un lado al otro.

—Intentaré hablar con Tareq de esas cicatrices y estaré al pendiente de Vila, por si acaso.

—Bien, te veré luego.

Ilsa dejó la casa de Quentin y cruzó el enorme patio hasta llegar a la enfermería, donde aún estaba Tareq. Lena y Vila lo acompañaban, pero Ilsa las hizo regresar con Enara, con la excusa de que quería revisar si tenía algún daño más que pudieran haber pasado por alto.

Se sentó frente a él en cuanto estuvieron solos y lo miró con detalle. Tareq se veía incómodo, pero no se atrevía a moverse, aunque parecía querer hacerlo.

—Eras tú —dijo finalmente y Tareq se sentó en la cama, confundido—. Te recuerdo.

—No comprendo, perdóname.

—Cuando atacaron Erjathá, eras tú. Te vi matar a un perro y a un hombre, estuve allí cuando llorabas con un puñado de cartas entre tus manos. Te abracé y te contuve porque creí que eras parte de un sueño. —Los ojos de Tareq enrojecieron y apartó la vista—. Perdóname, no quise alterarte. Solo que has estado en mis sueños en muchas ocasiones después de esa vez y, hasta ahora, no había tenido la oportunidad de hablar contigo a solas. —Tareq volvió a mirarla después de haber secado sus mejillas con la sábana—. Te reconocí en Erjathá, cuando nos llevaron a Quentin y a mí a ver a Vila.

—También te recuerdo. —Tragó con algo de dificultad—. No a ti, sino a tu presencia. Sentí que alguien me acompañó, pero con el tiempo llegué a pensar que solo fue mi imaginación. De alguna forma conseguí encontrar la casa de Ajác y de Mihaí sin saberlo y fue gracias a ti.

—¿Los padres de Tino? —Ilsa se sorprendió cuando Tareq asintió—. Esa cabaña emanaba paz y sabía que estarías seguro allí.

—Por Efos, Ilsa, tú salvaste mi vida. —Tareq se tomó la cabeza con ambas manos—. Y la de Lena, y tantas otras. Y sanaste a Vila y de nuevo me salvaste a mí.

Ilsa negó con la cabeza porque un nudo en la garganta le impedía hablar. Tareq se levantó de la cama y ella se puso de pie. Tareq la abrazó e Ilsa a él.

—Estoy muy feliz de haberte encontrado, al fin —balbuceó como pudo—. Tantas noches soñé contigo, tantos días me angustié pensando en qué podría haberte sucedido y en cómo estarías. Y resultó que eras Tareq, el espía del Palacio de Las Hojas.

Tareq rio y se alejaron. Ilsa regresó a la silla y Tareq volvió a sentarse en la cama.

—Dioses, pensé muchas veces en lo que sucedió esa noche y en cómo se habían dado las cosas. ¿Tú… alertaste al perro?

—No, comencé a ver desde que cayó en la calle. Corrí detrás de ti cuando presentí tu angustia, quise levantarte y sacarte de allí, pero no pude.

—Eras casi una niña cuando sucedió… Lamento mucho que hayas visto y sentido todo eso por mi culpa siendo tan joven.

—No fue tu culpa, no lo digas. Además, tenía quince, casi era mayor de edad —sonrió—.

Ninguno de nosotros pidió tener los dones que recibimos y, a pesar de que siempre me lamenté por ello, ahora estoy tranquila al saber que aunque sea un poco, ayudé a que las cosas cambiaran. Tú no eres mucho mayor que yo, tampoco…

—Dos años… Me pareció que eras más joven.

—Ya ves… —Ilsa bajó la vista—. Perdón que lo mencione, pero vi una cicatriz muy grande en tu espalda. —Tareq comenzó a reír e Ilsa lo miró extrañada.

—Me la hizo Vila, cuando nos conocimos —dijo divertido y la muchacha se asombró aún más—. Estando a las órdenes de la reina Viktoria, destruí su primer templo, Ajác me dejó inconsciente y Vila se cobró su venganza de esa forma. Me calcinó al sol.

—Pero ustedes… Están juntos ahora, ¿no?

—Sí, así es. —Tareq sonrió—. Es un poco extraño cómo se dieron las cosas, pero ya ves que la vida tiene muchas vueltas.

—Ya lo creo… —Ilsa se incorporó—. Gírate, te quitaré esa cicatriz.

—¿En serio puedes hacerlo?

—Sí.

—Gracias a Efos. —Tareq se quitó la camisa y se acostó boca abajo sin perder un segundo—. Es bastante incómodo tenerla, y quienes saben de ella no han podido quitarla. Quizás aquí no signifique nada, pero en Pyebra…

—Lo sé, por eso quise borrarla. No sé si Naga la vio ni los demás magos de Erjathá.

Ilsa miró con detalle la marca tan particular, que se veía clara y brillante sobre la piel ya de por sí pálida de la espalda del mago. Todo lo que tenía frente a sus ojos era piel cicatrizada de una horrible quemadura e Ilsa pensó que debió haber sido una tortura haberla llevado oculta hasta sanar. Tenía un símbolo en medio, un círculo que abarcaba todo el ancho de su espalda y una línea recta justo sobre su columna vertebral, que cruzaba el círculo de arriba abajo. Sin saber por dónde comenzar, colocó sus manos abiertas sobre su hombro derecho, mientras sus poderes sanadores quitaban muy despacio todas las imperfecciones de su piel.

—No te preocupes, todos ellos conocen la historia de esa marca, pero no he podido regresar a Mar Verde a visitar a mi familia desde que la tengo. Ellos tienen una casa en la playa, mi padre es pescador. Si me vieran marcado así podrían hacerme linchar en la plaza central.

—¿A ese punto?

—Así es.

—Vaya, son tan extremos como en Tesar para algunas cosas. —Tareq asintió en silencio e Ilsa terminó de borrar los últimos vestigios de piel dañada—. Listo, ya está.

—¿Tan rápido? —Ilsa asintió y Tareq se incorporó para darse la vuelta y mirar, pero al no lograrlo, usó sus manos para tocar allí donde las quemaduras habían estado, o sea, en toda su espalda.

—Te dejé un recordatorio en el omóplato izquierdo. —Puso su dedo sobre una pequeña marca circular no más grande que una uña—. Para que no olvides el día en que se conocieron.

Tareq volvió a reír e hizo un esfuerzo para mirar la pequeña cicatriz.

—A Vila le gustará. No el recordatorio, sino que el resto ya no esté. Se sentía muy culpable por haberlo hecho.

—Es comprensible. —Ilsa caminó hacia la puerta—. Ha sido un gusto saber de ti y haber podido ayudarte con tu cicatriz, Tareq.

—Creo que te debo tantas cosas que no sé si alguna vez seré capaz de compensarlo.

—Olvídalo, si lo hiciera a cambio de algo, bien podría partirme un rayo. —Tareq sonrió—. Si me permites un consejo…

—Por supuesto.

—Suelta el peso de lo que sucedió. —El mago bajó la vista—. No elegiste seguir a la reina Viktoria, pero aprovechaste la oportunidad que se te dio de cambiar tus pasos hacia otro destino.

—Lo intento, por todos los que me ayudan a diario, por…

—Hazlo por ti, no por alguien más. Nadie más que uno mismo sabe la carga que lleva a sus espaldas y ya es hora de que la dejes ir.

—¿Cómo?

—Perdonándote. —Tareq la miró y frunció el ceño por un instante—. Perdona cada día de tu vida, cada momento que viviste bajo la mirada de la reina, perdona cada lección aprendida, cada orden recibida, cada decisión tomada. Si lo piensas, gracias a todo eso llegaste hasta dónde estás hoy.

—Hasta aquí, rodeado de gente que no duda un instante en ayudar a los demás.

—Quédate con lo bueno que te sucede, Tareq, que ya el mundo está bastante podrido.

Alguien llamó a la puerta e Ilsa abrió al instante. Era Vila. Tareq sonrió en cuanto la vio, se puso de pie y le dio la espalda.

—Mira lo que hizo Ilsa.

La sacerdotisa posó sus ojos en él y luego volteó a ver a Ilsa.

—¡Le quitaste la cicatriz! —exclamó sonriendo.

—No del todo, le dejé un pequeño recordatorio.

Vila se largó a reír y se acercó a Tareq.

—Por Sinmá —murmuró y pasó sus manos por la espalda del mago—. ¡Quedó tan perfecta como la primera vez que la vi!

Tareq soltó una sonora carcajada y Vila lo abrazó y posó su mejilla entre los omóplatos de Tareq.

—Creo que ya puedes dejar este lugar tan deprimente —dijo Ilsa—, no hay motivos para que estés aquí encerrado. Quentin fue herido por un Indigno anoche, también, y hoy fue a entrenar. No lo han traído agonizando, así que no creo que vaya a sucederte nada malo a ti tampoco.

—Me lo dijo, pero como si estuviera hablando de una espina clavada en el dedo…

—Así es él. —Ilsa encogió los hombros

—¿Y a él qué le hicieron? —preguntó Vila, horrorizada.

—Tenía lo que parecía ser una lanza atravesándolo de lado a lado y reteniéndolo al suelo, pero una vez que se la quité, se levantó y salió andando como si nada le hubiera sucedido.

—Por Sinmá, ese chico está loco —dijo Vila e Ilsa rio.

—Un poco, tal vez… Bueno, iré a ayudar a Enara con la cena. Le diré a la enfermera que ya estás bien, así te deja salir de aquí. —Tareq asintió—. Los veo luego.

Quentin encontró a Zaria en el campo de entrenamiento y practicaron juntos hasta que los guardias comenzaron a hacer sonar los silbatos que anunciaban el cierre del campo, al atardecer. Caminaron entre el gentío que se arremolinaba en la salida y se separaron en el momento en que Quentin fue por Luna. Cuando finalmente consiguió llegar a la calle, se dirigió al Palacio de Gobierno. Quería saber qué novedades tenía Noah de lo que había ocurrido la noche anterior.

Mientras llevaba a Luna al paso, iba recordando lo que sucedió y se detuvo en el hecho de que tenía un hermano más, un hermano que fue arrebatado de los brazos de sus padres. Tenía que hallar la forma de averiguar algo más sobre su desaparición y comenzó a pensar en las personas que podrían llegar a ayudarlo.

«Aunque si mis padres no fueron capaces de encontrarlo, ¿cómo podría hacerlo yo ahora,

después de tantos años?» se lamentó. Estaba seguro de que ellos removieron cielo y tierra por Ethan, pero él no lo recordaba y Noah tampoco. Se le ocurrió preguntarle a su nana, a la señora que los crió, pero descartó la idea enseguida. La última vez que fue a visitarla, hacía unas pocas semanas, la amable señora no se veía bien de salud. Aunque intentó ocultar sus dolores, caminaba con dificultad y hablaba pausado, como si hubiera comenzado a olvidar el significado de las palabras y tuviera que buscarlo entre sus recuerdos antes de decirlas.

«Le diré a Ilsa a que la sane» pensó, «la nana no se merece sufrir de esa forma».

Sin llegar a ninguna conclusión sobre su hermano perdido, llegó al Palacio de Gobierno. Según lo que Naga, Tino y los maestros le informaron a Noah antes de marcharse a Erjathá, eran ocho los magos que hallaron en ese lugar y hacía poco más de un mes que habían entrado a Sitnor, camuflados como vendedores. Dos de ellos tenían una conexión mental con su maestra, por lo que suponían que la señora estaba al tanto de que Tareq se había unido a los erjathaínos. Tino se aseguró de hacerle saber a la Dama de la Cueva de que habían encontrado, torturado y asesinado a sus espías. La extraña y antigua maga amenazó con destruir Erjathá y Tino se rio en su cara. La señora, aun así, no les dijo si sabía lo de Tareq. Llegaron a la conclusión de que deberían alejarlos de la capital cuanto antes.

—Si saben que Tareq está aquí, pensarán que eso es exactamente lo que haremos, Noah —dijo Quentin—. Creerán que lo llevaremos a otro lugar.

—¿Quieres que se queden aquí?

—Así es. Tenemos que reforzar las entradas al país y a la capital. Iré a buscar magos a todos lados, aunque la idea no me agrade, pero no podemos permitir que vuelvan a colarse en nuestra propia casa y armen un maldito refugio en donde esconderse, que se paseen entre nuestra gente y aterroricen a Enara en cada oportunidad que se les presenta.

—¿Y qué haremos con Vila y su diosa?

—Creo que su seguridad en estos momentos es más importante que su diosa, Noah. No podemos dejar ir a Lena a Erjathá, menos aún con la amenaza de la señora.

—¡Maldita vieja de mierda! —exclamó Noah y estampó los puños en el escritorio. Quentin saltó en su silla e, instintivamente, se llevó las manos a su espalda, donde estaban sus armas—. Si pudiera ponerle las manos encima la haría pedazos, aunque fuera lo último que hiciera en mi vida, por un demonio. —Quentin lo miró, asombrado, ya que su hermano nunca reaccionaba de esa forma—. ¿Cuánto más tenemos que soportar? ¿Qué quiere de nosotros? ¿Qué necesidad tiene de hacer tanto daño?

—Cálmate, Noah. Necesitamos tener la cabeza fría, como ellos…

—¡Pero es que no somos ellos, maldición! —Un nuevo golpe en el escritorio acompañó sus palabras y Quentin saltó en su asiento, otra vez—. No tenemos necesidad ni intención de dañar a nadie, no puedo comprender qué quieren con Tesar y por qué demonios no dejan a Enara en paz. —Noah se pasó las manos por la cabeza y se tomó unos instantes—. Por el momento lo hemos tenido fácil, lo que es demasiado extraño, y podemos costear una guerra porque tenemos reservas y nuestros hombres no han sido todos movilizados, pero ¿qué si estos malditos cabrones cruzan el puente? No quiero ver huérfanos en las calles, no quiero ver familias que han perdido sus tierras.

—Tenemos que pensar como ellos, Noah, y acabarlos antes, buscarle la vuelta.

—¡Es que yo no nací para pelear una guerra, por un maldito demonio! ¿Y Tesar? ¿Qué sucede con los príncipes? No entiendo por qué ese maldito viejo no hace nada. Dijeron que iban a venir, pero aún ni noticias hay de esos condenados críos.

—Noah…

—Vete, por favor, Quentin. Déjame solo, no tengo cabeza para escucharte en estos momentos.

—Está bien… —Caminó hacia la puerta y se detuvo antes de salir—. ¿Dónde está Josh?

—Lo envié a buscar a Ara al Campo de Entrenamiento. —Quentin estuvo a punto de preguntarle la razón, pero Noah lo detuvo—. Considerando que no quieren enviarme a Santoro y a Eric desde Ahrbak Ardhal, necesito a Ara aquí. Josh y ella partirán mañana mismo hacia el sur a buscar magos, en caso de que los haya.

—¿Ni siquiera la dejarás venir a saludar? —Noah lo miró como si quisiera golpearlo, por lo que retomó su andar hacia la salida.

—Dile… —Noah suspiró y se tomó la cabeza con ambas manos—. Dile a Enara que la esperaré en mi estudio, por favor, que vaya a verme cuando se desocupe.

Un frío húmedo le acarició el rostro y las manos en cuanto entró a su estudio. Hacía varias semanas que no entraba y, al encontrarse con los familiares olores a pociones, pergaminos y hierbas, Noah sonrió. Extrañaba ese lugar y, también, su tranquilidad.

Noah encendió las antorchas que reposaban contra los muros de piedra y, por último, la chimenea. Cerró la puerta que daba a la otra habitación, en la que solo quedaban unas pocas pociones, hierbas y el mobiliario, y no pasó mucho hasta que el ambiente empezó a cambiar y el calor se extendió por el aire a paso lento.

Noah se sentó en el desvencijado sillón y su vista se perdió entre las llamas que danzaban frente a él, sin detenerse y sin ser dos veces las mismas. Esperó sin darse cuenta de cuánto tiempo pasó, hasta que Enara llegó y se sentó junto a él. Noah se recostó hacia un lado sin decir una palabra, y acomodó la cabeza sobre su regazo, sin perder de vista el fuego.

—¿Qué tienes, corazón? —Sus dulces manos se deslizaron por su rostro con mucha suavidad y Noah cerró los ojos; no había nada que le diera tanta paz como esa hermosa mujer. Era su refugio seguro, su calma y, a la misma vez, su fortaleza.

—Estoy cansado. —Los dedos de Enara le peinaron el cabello—. Tareq y su familia se quedarán aquí, lo que es una gran responsabilidad…

—También pueden ser de gran utilidad. Tareq puede ayudar en los entrenamientos y en otras tareas.

—Es cierto, pero nada le impedirá a la reina venir a buscarlos si se entera de que están aquí. Ellos no tienen la culpa, porque han hecho todo lo posible por ayudar, además de que son tan víctimas como nosotros… Aun así no puedo dejar de pensar que son un problema, los tres.

—Lena es muy linda… —dijo Enara con dulzura y Noah se acostó de espaldas para mirarla.

—Lena asesinó a ciento treinta y cuatro hombres cuando los morroínos atacaron Erjathá. —Enara abrió mucho los ojos y una exclamación quedó ahogada en sus labios—. Casi todo el batallón que acompañaba a los magos. Solo un par de ellos falleció en manos de los soldados. Tareq y Vila no lo saben, ni van a saberlo. Naga lo borró de la mente de la niña. Es necesario alejarla de la guerra antes que no haya retorno.

Noah volvió a acostarse de lado, a mirar al fuego. La mano de Enara se había quedado en su hombro, por lo que Noah la tomó y la puso en su mejilla. Pasaron algunos minutos hasta que Enara movió sus dedos de nuevo y estos hicieron un sonido áspero al cruzarse con la barba de dos días de Noah.

—Se pueden anular sus poderes —murmuró.

—Sí, pero Naga no quiere hacerlo aún, quiere intentar ayudarla a comprender que debe controlarse. Al fin y al cabo, solo hace daño a sus enemigos… No es que la esté justificando, pero es muy efectiva.

—¡Noah! —exclamó, espantada.

—Ya lo sé, ya sé que es una niña pequeña y que es un peligro, pero ha tenido sus motivos razonables, en mi opinión. Si estuviera en mis manos, la haría enojar y la liberaría en el Palacio de Las Hojas.

—¿Qué dices? —Enara se oía cada vez más aterrada.

—Tenemos que pensar como ellos, Enara, actuar como ellos. Si nos compadecemos de todos y de todo, nunca llegaremos a nada, ya está visto. A ellos no les importa quién muere y quién vive, a menos que les suponga una amenaza. No les tembló el pulso en atacar Erjathá. Incendiaron la ciudad mientras la gente dormía y no les importó, atacaron Ahrbak Ardhal antes del amanecer y no les importó. Incendiaron el caserío, donde viven entre siete y diez personas por vivienda, y no les importó. Y no estamos hablando de soldados, sino de familias pyebranas, que hasta hacía poco cobijaron a su propio ejército. ¿Y qué hubiera sucedido si Lena no acababa con esos hombres? Erjathá hubiera sufrido otra espantosa carnicería. —Noah se sentó para mirarla—. Queman las aldeas, roban sus cosechas, esclavizan a todos aquellos que se resisten a seguirlos. ¿Crees que a la reina le importa? No, ellos solo quieren llegar a Tesar y, por un maldito demonio, lo van a lograr. Nosotros solo tenemos una ciudad portuaria y Ahrbak Ardhal en nuestro poder, pero ellos no nos han atacado con todo lo que tienen. No han atacado con sus magos. Cuando lo hagan, acabaran con nosotros.

—Tenemos muchas cosas, Noah, y las usaremos a nuestro favor. —Los ojos de Enara brillaban de una forma extraña, con una chispa de locura, de intrepidez y de determinación. A Noah le corrió un escalofrío por la espalda y, a la vez, quiso besar esa enigmática sonrisa que se había asomado en sus labios. Su hermosa Enara nunca dejaba de sorprenderlo.

33

Palmeras, Pyebra

—Necesitamos a Quentin Guna o a Tareq —dijo Dima—. No vamos a poder saber qué hay de extraño en esta espada hasta que alguno de ellos dos la vea, ¿cómo estás para ir a Sitnor? —preguntó a Naga.

—Viajar con ese elemento destructivo puede ser muy peligroso —presionó Áliza.

—Estoy bien —respondió Naga—. Iré por alguno de ellos.

—Sería mejor que vinieran ambos —dijo Dima.

—No puedo traer a Quentin sin traer a Ilsa, no quiero causarles ese sufrimiento otra vez, y me es imposible traer a los tres juntos.

—Quentin resultó ser mejor rastreador que Tareq —concluyó Áliza—, pero no podemos descuidar a Vila, ¿podrás traerlos y devolverlos hoy mismo?

—Puedo. Pediré a Tino que me ayude a reponer lo que falta de mis energías y partiré de inmediato. Que Quentin no haya comenzado a entrenar es un gran impedimento, no puedo valerme de sus energías para viajar.

—Con todo lo que ha sucedido, no hemos tenido el momento para comenzar con él lo que es una pena, porque podríamos avanzar muy rápido, es muy capaz y muy inteligente. —Se lamentó Áliza

—Y está muy mal también, como Lena, por lo que deberían tener cuidado.

—Me parece extraño que al nivel de Lena… —Áliza lo miró con ciertas dudas.

—Quentin no llama la atención de casi nadie porque no sabe utilizar la magia, pero si lo vieran con sus armas, lo comprenderían. En el momento en que aprenda, sabrán de lo que hablo.

—En estos momentos no nos encontramos en una posición tan cómoda como para limitarnos, aunque sea lamentable siquiera que lo piense —dijo Dima—. Quentin puede tener sus problemas, como todos nosotros, pero sus intenciones y motivaciones son las mismas que las nuestras y es por eso que debemos ayudarlo a desarrollar sus capacidades.

—Yo solo digo… deben tener cuidado. —Naga se puso de pie y estiró discretamente su espalda—. Iré por los muchachos, ya falta poco para que anochezca.

Áliza y Dima asintieron y Naga se desvaneció en el aire pero, en lugar de ir a ver a Tino, se apareció en Mar Verde, en una playa que, haciendo honor a su nombre, poseía las aguas más hermosas que Naga hubiera visto alguna vez. Eran de un verde cristalino, que dejaban traslucir los bancos de arena blanca y los arrecifes de coral.

La playa era una medialuna de unos pocos cientos de metros de extensión y estaba resguardada por un muro de palmeras frondosas, que crecían amontonadas y sin orden alguno.

Naga se quitó las sandalias y caminó sobre la arena. Le gustaba sentirla, cálida y suave, entre los dedos de los pies. La marea estaba baja, por lo que caminó varios pasos hasta llegar a donde esta aún conservaba algo de humedad. Se desvistió, continuó andando y, al alcanzar el mar, buscó los parches de arena para no lastimarse los pies. Cuando el agua le llegó a la cintura, se recostó de espaldas sobre la ondulante superficie, y se quedó flotando, con la mirada perdida en un manto de nubes naranjas y esponjosas que iluminaban el violeta oscuro que empezaba a ganar espacio en el cielo. A su derecha, el causante de tan imponente espectáculo de colores, un enorme disco rojizo y brillante, se ocultaba con pereza detrás de un espejo de agua que se

balanceaba en un eterno movimiento oscilante.

Reapareció en la arena cuando la noche sobre él solo se vio interrumpida por unos diminutos puntos blancos y palpitantes. Se vistió y regresó a Erjathá, al sitio marcado para aparecer más cercano a la casa de Tino.

—No veo nada extraño aquí. —Quentin se hallaba en el salón de los magos y miraba hacia la más profunda oscuridad, a donde tenían la espada del morroíno que atacó a Tino cuando cayeron sobre Erjathá.

—Iremos al puerto. —Tino hizo que los faroles se encendieran todos a la vez y Quentin parpadeó ante el repentino cambio.

—Va a ser inútil —dijo Quentin sin moverse más que para frotarse los ojos—, no pude ver a los Indignos que huyeron de las espadas cuando nos atacaron a Josh y a mí, tampoco pude verlos después deambulando por la ciudad. Solo lo vi… esa noche. Al mutable —Quentin calló. El recuerdo de la tortura a la que lo sometió el Indigno le aguijoneó la mente y un escalofrío corrió por su espalda, como cada vez que alguna de esas memorias intrusas se atrevía a regresar, como cada vez que recordaba a Rojo, a la toma del Puente Negro, de Garhq Tahok o de Ahrbak Ardhal. Como cada vez que recordaba lo que había estado haciendo los últimos años.

—*Quentin*. —La voz de Ilsa fue como una brisa fresca y reconfortante, que lo trajo de regreso—. *¿Qué sucede?*

—*Nada, todo está bien. Disfruta el paseo.*

Ilsa había salido con Naga y Shanyi, que la acompañarían a recorrer la ciudad mientras él estuviera ocupado.

—*Regresaré.*

—*No, fue solo algo pasajero. No te preocupes, en serio.*

—¿Qué haremos entonces? —preguntó Tino.

—*¿Seguro?*

—*Sí, estoy bien* —respondió a Ilsa y luego habló en voz alta, a Tino—. Tendrán que traer a Tareq, que tiene entrenamiento, yo no puedo ayudarlos. Además, deberán custodiar al soldado que mató al dueño de la espada hasta que Tareq pueda hacer algo más. El Indigno regresará por el soldado y hará lo posible por poseerlo. —Tino palideció y Quentin se acercó a él—. ¿Qué te sucede?

—Lo hemos dejado solo todo este tiempo… *podrría haberrle* sucedido algo.

—No, tranquilo. Durante varias semanas el Indigno se encuentra confundido al ser libre, y no sabe muy bien cuál es su condición real. Le toma un tiempo acostumbrarse y convertirse en lo que realmente es.

—¿Estás *segurro*?

—Sí, así me lo explicó Onix cuando sucedió en Sitnor. Quise saber por qué no me atacaron cuando los liberé de las espadas…

—*Comprrendo… Irré* por Ajhmet. Le *dirré* a Naga que *regrrese* por ti, no puedo *quedarrme trranquilo* sabiendo que él está en *peligrro, perrdóname*, Q.

—No te preocupes. Esperaré a los demás aquí.

Naga regresó a Quentin y a Ilsa a Sitnor esa misma noche y partió hacia Erjathá con Tareq. Tino se había puesto bastante insistente con el asunto del Indigno, y no dejó a Naga en paz hasta que este llevó a Tareq a inspeccionar el arma, el puerto y los alrededores y, principalmente, el

área al otro lado del río Thara, en el lugar en el que se había librado la batalla contra los morroínos. Los Indignos solían asentarse en esa clase de sitios, donde la maldad quedaba impregnada.

Amanecía ya cuando Tareq terminó de inspeccionar los campos de cultivo al otro lado del río, sin haber encontrado nada que pudiera ver o rastrear o que lo llevara a donde el Indigno estaba ocultándose.

—Usaré las palabras de poder—dijo a Naga.

—¿Estás seguro? ¿Crees que funcionará?

Tareq se encogió de hombros.

—Tendría que funcionar… Puedes irte, si quieres.

Naga negó con la cabeza, por lo que ambos retrocedieron algunos pasos.

—¿En qué quieres que te ayude? —preguntó

Tareq lo miró de reojo y lo vio nervioso.

—No lo sé todavía, veamos qué sucede. —Tareq conectó con su poder y sintió la magia acudir a él—. *¡Ecsa lazda!*[33]

—*Las palabras de poder no pueden ser utilizadas con un Indigno, Tareq Sabah.* —La dulce y profunda voz de su Astro resonó entre sus pensamientos.

—*¿Por qué?* —Tareq sacó la daga que tenía en la cintura de su pantalón y la clavó a su lado. Se agachó, recogió un puñado de tierra y comenzó a quitar de ella los restos de hierbas secas y pequeñas piedras.

—*Porque un Indigno fue un Astro en su momento y volverá a serlo cuando sea liberado por un mago del bien. No podemos darnos órdenes entre nosotros, porque se desataría una guerra de dimensiones descomunales y ustedes los humanos serían los principales afectados.*

—*Entiendo* —dijo—. *¿Cómo puedo encontrar a uno de ellos, entonces?*

—*No puedo intervenir en los asuntos de otros Astros, Tareq Sabah, a menos que tu vida esté en riesgo absoluto y no haya nadie a tu alrededor que pueda ayudarte.*

—*Entiendo, estrella. Agradezco tus consejos.*

—*Cuídate, Tareq Sabah.*

Al terminar la conversación, se puso de pie y en sus manos tenía una pequeña vasija de barro, que moldeó con su magia. A Lena le gustaban las miniaturas que él hacía, por lo que la guardó en uno de sus bolsillos.

—No se pueden usar las palabras de poder contra los Indignos —dijo a Naga.

—No lo sabía…

—Pues ya ves… Lo único que podría funcionar es que paseáramos al soldado por aquí, hasta que el Indigno lo reconozca.

—Los maestros no lo permitirán y Tino tampoco.

—Entonces tendrán que custodiarlo hasta que suceda. Otra cosa no se me ocurre.

—Dile a Tino, te regresaré a Sitnor, aunque tendré que usar tus energías. —Naga suspiró—. Estoy al límite.

—Por supuesto. ¿Te quedarás allí?

Naga lo miró por unos segundos y luego asintió.

—Será lo mejor, hasta que descanse por unas horas, al menos.

—Le diré a los demás.

Campo de Entrenamiento, Sitnor

Ara salió del cuarto y caminó apresurada hacia el despacho del comandante. Era extraño que fueran a buscarla y una sensación horrible se apoderó de su cuerpo. La última vez que había ocurrido, fue cuando sus padres…

—Maldito seas, Almairon —murmuró apretando los puños y una nube de vapor se formó alrededor de sus palabras.

El ala oeste de la fortaleza estaba en completo silencio, puesto que todos se encontraban en el extremo opuesto, donde se hallaban las cocinas. Apenas estaba por amanecer y ni siquiera los gorriones se habían despertado. Sus botas resonaban en un eco molesto que se dispersaba por las paredes de piedra, lo que solo contribuía a que su nerviosismo aumentara.

Al llegar al final del corredor, se miró a la luz de las antorchas. Su ropa estaba limpia y, a pesar de los parches y remiendos, relativamente presentable, por lo que golpeó la puerta con fuerza. Alguien la abrió desde adentro y el comandante, un hombre de rostro serio surcado por una cicatriz en su pómulo izquierdo, la invitó a pasar.

—Señorita Guna, hoy es su último día aquí —dijo tras tomar asiento y Ara intentó permanecer impasible—. El señor Gobernador requiere de su presencia, por lo que deberá preparar sus cosas lo antes posible. Aparte lo que sea esencial, y prepárese para viajar al sur. —El hombre tomó un sobre y extendió la mano para que Ara lo recibiera—. El resto de sus pertenencias serán enviadas a la ciudad en cuanto usted parta.

—Pero, ¿por qué?

—Los detalles están en el sobre. Su acompañante está esperándola en el establo, listo para partir.

«¿Listo? Demonios, ¿con quién tendré que viajar? Ojalá que sea Quentin».

—Muchas gracias, mi señor. —Ara bajó el mentón—. Iré de inmediato a prepararlo todo.

—No es necesario que regrese a despedirse.

—Entendido, mi señor. Ha sido un honor estar a sus órdenes.

—Ha sido un gusto estar al mando, señorita Guna. Seríamos afortunados si al menos un tercio de las personas que llegan aquí se esforzaran la mitad de los que usted lo hizo.

Ara sonrió y, con una reverencia, dejó la habitación.

Abrió el sobre de inmediato y se acercó a la antorcha más cercana para leer. La desprolija caligrafía de Noah le comunicaba que debía viajar a las aldeas dispersas a orillas del río Mor en busca de todos aquellos que tuvieran alguna clase de poder. Ara dobló la carta y la guardó entre sus ropas mientras corría de regreso a las habitaciones. Era su primera misión y, sin importar quién fuera su acompañante, cumpliría con ella sin quejarse. Noah había tenido en cuenta sus progresos y el empeño puesto en cada uno de sus entrenamientos, de eso estaba segura. Nunca tuvo una relación tan cercana con él como tenía con Quentin y que hubiera pensado en ella, la llenaba de orgullo y de ilusión. Toda la vida lo intentó, pero lo cierto era que no tenían demasiados temas de conversación, ni gustos en común, sumado que la diferencia de edad y las obligaciones de cada uno los mantuvieron apartados.

Sin dejar de sonreír un segundo, acomodó un pequeño bolso de viaje, guardó sus pertenencias en su baúl y le puso llave. Garabateó una breve nota de despedida en una hoja y la dejó sobre su cama para que sus compañeras supieran que se había marchado. Se abrigó, colgó el bolso en su espalda, tomó su espada y volvió a correr por los pasillos hasta llegar al patio. Los charcos de agua estaban congelados y crujieron bajo sus apresuradas botas. Caminó con cuidado hacia el establo, donde una luz tenue se veía a través de los tablones de las paredes.

Se detuvo al llegar al portón, algo indecisa y nerviosa.

«Que sea Quentin» pensó con los ojos cerrados. Volvió a abrirlos, empujó la pesada puerta y

se encontró con un hombre de espaldas, enorme y rubio. Ara lo reconoció al instante y soltó un grito de alegría al ver a Josh. Ni en el mejor de sus sueños él sería su compañero de viaje. Él se giró al escucharla y abrió los brazos para recibirla, ya que Ara corrió a él. Hacía meses que lo único que sabían el uno del otro, se resumía a algunas esporádicas cartas, sumado a que las distancias y las obligaciones de Josh lo mantenían ocupado y, muchas veces, temiendo por su vida o la de sus cercanos.

Ara se colgó de su cuello y, luego, lo besó en los labios.

—Te extrañé tanto —dijo Josh entre beso y beso

—¿Cómo es que…? —preguntó—. ¿Cuándo regresaste a Sitnor?

—Perdí la cuenta, puede que hace un mes… No lo sé. Tu hermano me ha tenido yendo y viniendo hacia todos lados y apenas si he visto a Quentin, con eso te lo digo todo. ¿Ya estás lista para partir? —Ara asintió y Josh la dejó en el suelo. Le tomó el rostro y la miró—. Mierda, Ara, cada día te ves más hermosa.

—Y tú —respondió entre risas.

—Ya tengo tu caballo listo, debemos partir ahora para poder llegar antes del anochecer a…

—No soy Quentin, ni mi caballo es Luna. Si planeas llegar hasta Las Quebradas, estás tan demente como mi hermano.

Josh la miró por unos instantes con el ceño fruncido y respiró profundo.

—¿Hasta dónde crees que podremos llegar?

—No lo sé, ¿hay algo entre medio?

—Un largo camino polvoriento…

—Dormiremos donde nos agarre la noche, entonces.

—¿Estás segura?

—¿Acaso me ves pinta de princesita tesariana? —Ara levantó el mentón y habló con orgullo—. Soy hija de Robnan y Elisa Guna. Mi madre es descendiente…

—Lejana… —Josh sonrió.

—… De Albort Guna, el último rey de Sitnor. No me interrumpas, y deja que me enorgullezca de mis tátara, tátara, tátara… ancestros —rio—. Mis padres lucharon en las batallas del Puente Negro de 3969 y la de 3972, que fue cuando se conocieron. —Josh la levantó de la cintura para ayudarla a montar—. Jozep Orme, el padre de mi padre…

Ara se acomodó en la silla, Josh apoyó el mentón en su pierna para mirarla y ella le acarició la frente.

—¿Me vas a dar una clase de historia familiar?

—Bueno, es que no puedo hablar tanto aquí dentro. Entre las clases y los entrenamientos apenas si me queda tiempo de nada.

Él sonrió y se dio la vuelta para montar su caballo.

—Tendrás que dejar las lecciones para cuando nos detengamos, porque no podré oírte en el camino.

—Cuando lleguemos a algún lado, ya me habré olvidado por el cansancio.

—Qué lástima, porque me encanta oírte hablar —dijo antes de poner su caballo junto al de Ara y acercarse para besarla.

—Me harás perder la cabeza antes de salir de aquí —murmuró Ara sin quitarle los ojos de encima.

Josh rio y espoleó a Magnus. Era hora de dejar la fortaleza.

34

Tesar Ciudad Capital

Los ánimos en el Palacio Dorado eran cada día más sombríos, si se podía. Tras los asesinatos de los gobernantes de Sitnor y de sus esposas, los príncipes insistieron en numerosas ocasiones que el rey Atkjer pusiera un poco de voluntad de su parte, pero él los ignoró cada vez.

El Segundo Príncipe Verj estaba haciendo todo lo humanamente posible para poder convencer a más tesarianos de partir a Sitnor, pero defender Tesar de una posible invasión pyebrana no era suficiente incentivo cuando no había quien les garantizara una paga, armas de calidad o siquiera el alimento suficiente hasta llegar con los sitnorenses. El rey no hacía más que poner palos en la rueda, aumentando los impuestos a los herreros y a los criadores de caballos, lo que hacía que el dinero que consiguieron con la venta de sus tierras se desvalorizara a cada maldito día que pasaba.

Egil puso en venta sus propiedades, pero sabiendo que los príncipes necesitaban reunir dinero con urgencia y, con la esperanza de que las malvendieran, los grandes señores no querían pagar el precio que correspondía, esperando a que su desesperación los llevara a aceptar lo que les ofrecieran.

El príncipe Ogdev estaba atado de pies y manos; si quería ser rey algún día, debía mantener la paz con su padre, aunque eso significara que sus hermanos perdieran la fe en él en más de una ocasión, lo que causaba peleas y discusiones entre ellos.

Zelig, al estar encerrado allí, aburrido y muchas veces enojado con sus hermanos y su padre, frecuentaba cada vez con mayor frecuencia las mazmorras, donde desquitaba sus frustraciones con los presos que Verj conseguía para él.

Las cenas ya no eran agradables, puesto que la única compañía del rey eran sus sirvientes y algún músico, que era despedido ni bien comenzaba su repertorio. El rey no podía sentirse bien sin sus hijos, pero hizo todo lo posible por alejarlos, cuando lo único que deseaba era retenerlos a su lado. Tenía miedo, se pasaba los días y las noches temiendo una guerra que no podría evitar, temiendo perder a sus hijos, perder la estabilidad de Tesar y el apoyo de su pueblo. Temía perder a su amada Atharja, que ya no lo miraba con orgullo y admiración, sino con cierto desencanto; temía perder el respeto de Valka, que siempre había apoyado las decisiones que concernían a los príncipes, puesto que hasta ella consideraba necesaria la intervención de Tesar en favor de Sitnor.

El rey Atjker perdía cada día y lo único estable que tenía era una espantosa incertidumbre, un miedo atroz y el cariño de Rivka, la única hija que no entendía qué demonios estaba sucediendo en el mundo y para quien continuaba siendo un héroe. Leyna le dirigía la palabra por cortesía y porque era la muchacha más dulce del mundo, pero Shrika se encerraba en su habitación hasta que él regresaba a la ciudadela. Hacía meses que no la veía.

Atkjer citó a sus hijos esa noche, puesto que tenía noticias que quería compartir con ellos. De muy mala gana, los príncipes y Zelig se presentaron en el comedor principal y el ambiente era tan denso que cualquiera diría que se podía cortar con un cuchillo. El rey intentaba actuar como si nada hubiera arruinado la relación que tenía con sus hijos, pero estos no tenían ningún interés en hacer las paces si él no se ponía en su papel de rey y empezaba a pensar en el bienestar del pueblo de Tesar.

—¿Qué es lo que quería decirnos, Su Majestad? —preguntó Egil con cierta brusquedad después que uno de los chistes malos del rey no provocara más que un par de miradas de lástima. Era quien lo trataba con más frialdad de todos ellos.

Atkjer dejó los cubiertos y se limpió los labios con una servilleta, la que dobló con mucha delicadeza y colocó en su correspondiente lugar.

—Cuando comience el verano, llegará Irenka Stor, la futura esposa de Ogdev —dijo el rey con una sonrisa en el rostro—. No vendrá sola, por supuesto, su familia llegará con ella y la boda se hará al promediar la estación.

Sus hijos se miraron entre ellos y sonrieron. Todos menos Ogdev, a quien parecía que acababan de darle la peor noticia de su vida. Verj le dio un manotazo en la espalda, que lo hizo salir de su confusión y una sonrisa extraña se dibujó en sus labios.

—¡Te vas a casar! —exclamó el Segundo Príncipe, antes de abrazarlo.

Todos lo rodearon para felicitarlo, aunque Verj pudo notar que Ogdev se sentía incómodo y, aunque quiso atribuirlo a la sorpresa, había algo en su mirada que parecía no estar del todo bien. Tal vez un poco de decepción, tal vez un poco de temor… No podía ponerlo en palabras, pero su expresión no era de felicidad, de eso no tenía dudas.

El rey ordenó que les llevasen bebidas, música y mujeres y el comedor se llenó de voces, de risas y de bailes y la familia real tesariana se olvidó de su acostumbrado autocontrol, y también de sus desacuerdos, para entregarse a los excesos aunque fuera solo por esa noche.

Zelig fue el primero en dejar el salón, rodeado de mujeres morroínas, abundantes en sus cuerpos y en bullicio, puesto que reían más fuerte que nadie. Egil se fue no mucho después acompañado de varias señoritas semidesnudas y el rey se había esfumado en algún momento incierto sin que ninguno de ellos se diera cuenta. Ogdev, que nunca probaba más de dos copas de vino, se adueñó de la botella de ghona y bebió sin soltar ni una sola palabra hasta que se cayó de su silla. Verj lo arrastró por los pasillos y lo llevó a una habitación cercana, porque no iba a subir las escaleras cargándolo, por más heredero al trono que fuera.

—Verj… —balbuceó Ogdev cuando este estaba a punto de cerrar la puerta.

—Descansa, dejaré a alguien en tu puerta por si necesitas ayuda.

—… No me quiero casar.

—Estás borracho —rio—. Mañana hablaremos.

—En serio no quiero.

Verj ingresó a la habitación otra vez y cerró la puerta.

—¿Qué te sucede?

—No me quiero casar.

—Ya lo dijiste… —Acercó una silla a la cama y se sentó frente a su hermano, que tenía los ojos fijos en las doradas decoraciones del techo—. ¿Acaso eres como el rey? ¿Estás enamorado de otra mujer?

Silencio.

Ogdev se sentó en la cama y se acomodó el revuelto cabello con manos torpes.

—No… Yo… no soy como ustedes —susurró.

Verj rio y le apoyó la mano en el hombro.

—¿Qué dices? No seas ridículo, Ogdev. El diferente es Zelig, no tú.

—Yo… Yo sí —tartamudeó—. Yo también.

—Mira, si uno habla estando borracho, al día siguiente se arrepiente de lo que dijo. Te quiero y te respeto y me iré ahora mismo antes que sueltes algo que luego puedas llegar a lamentar, ¿estamos de acuerdo?

—No importa si voy a lamentarlo, no lo recordaré, quizás. —Ogdev tenía dificultades para hablar y lo hacía a una velocidad pasmosa y exasperante. Pero Verj fue paciente con él, porque le intrigaba saber qué quería decirle—. Tú eres discreto y me aprecias y callarás, porque mi secreto podría costarme no solo la corona, sino también mi reputación y mi cabeza.

—¿De qué hablas? —Verj, alarmado, se sentó en la cama junto a Ogdev.

—Que no me gustan las mujeres, Verj. —Ogdev lo miró con vergüenza, con miedo y con tanto dolor que no supo si abrazarlo o decapitarlo y terminar con su agonía ahí mismo—. Lo intenté, pero no causan nada en mí, más que repulsión. —Los ojos del Primer Príncipe buscaron los detalles de las sábanas que lo cubrían—. Ya puedes irte, si quieres. Sé que de ahora en adelante las cosas serán diferentes entre nosotros y vengo preparándome para el rechazo desde que supe que me siento más atraído por el cuerpo masculino que por el femenino. Lo lamento mucho, de verdad. Lamento decepcionarte de esta forma, pero…

Verj lo abrazó, porque su hermano estaba deshecho y quería recomponerlo, de alguna forma. Se notaba en su voz quebrada y en su mirada atemorizada que de verdad estaba esperando gritos, quejas, rechazo, golpes y, quizás, insultos. El desprecio de su familia. Ogdev dudó, pero luego se abrazó a él y lloró en silencio, con el rostro apoyado en su hombro. Pensó en todo lo que debió estar sufriendo y desde cuándo lo estaba haciendo. ¿Hacía cuánto tiempo que Ogdev había dejado de ser él mismo para construir esa fachada de heredero perfecto? ¿Cuánto había padecido en soledad, estando rodeado de gente? ¿Cuánta vergüenza innecesaria había sentido por sí mismo en todos esos años?

—Perdóname, hermano —dijo Verj. Ogdev se sobresaltó y se apartó de él para mirarlo con incredulidad.

—¿Tú? No, yo…

—Estuve a tu lado siempre, pero nunca te atreviste a decírmelo, lo que me hace lamentar la soledad en la que vivías cada día, sin poder decirle a nadie lo que pensabas y lo que te estaba sucediendo. Realmente admiro tu valentía, hermano.

Una muy pequeña sonrisa apareció en los labios de Ogdev, pero se disolvió al instante.

—Lo mismo me harán casar.

—Tranquilo, falta mucho para eso.

—El rey querrá nietos —murmuró.

—Nos encargaremos de eso, de alguna manera.

—¿Cómo, Verj? No puedo, nunca podré.

—Pero yo sí, o Egil, o Zelig, incluso. Aunque esa tal Irenka sea muy tesariana, estoy seguro de que ni siquiera él dudaría en ocupar tu lugar para evitar que el rey sospeche de ti.

—No, no se los digas. —Ogdev lo tomó con fuerza de la chaqueta y Verj puso sus manos sobre las de su hermano y las apartó con tranquilidad—. Prométeme que nunca se los dirás.

—No se los diré. Tú lo harás cuando te des cuenta de que no estás solo. Somos hermanos, estamos juntos, siempre lo estuvimos. Que te gusten los hombres no cambia quién eres, no lo olvides.

—¿No? ¿Qué soy, Verj? No soy nada más que una farsa. Todo lo que ves en mí es falso, todo lo que hago, todo lo que muestro, lo que digo… Solo soy libre en mi mente, en algunas ocasiones.

—Lo lamento mucho, Og, espero que te sientas mejor ahora.

—No lo sé. —El Primer Príncipe volvió a acostarse—. Estoy demasiado borracho.

—Descansa. —Verj se puso de pie y caminó hacia la puerta—. Mañana hablaremos, tú y yo, o cuando estés más despejado, si así lo quieres.

—Gracias.

Dejó la habitación tan confundido, que no estaba seguro de qué pensaba sobre lo que acababa de escuchar. Nunca había visto en él algo que le indicara el mal momento que estaba atravesando y se preguntaba cómo fue capaz de engañar a toda su familia durante años, escondiendo su dolor y su verdadera esencia. No quería pensar demasiado en lo que su hermano dijo y lo que eso implicaba, porque eso significaba admitir que su hermano era distinto. Imaginar que podía haber atracción entre hombres le daba escalofríos, porque era algo innatural. Nunca había sido cruel con uno de ellos, como sucedía a menudo en la ciudad, pero eso no significaba que pudiera aceptarlo tan fácilmente. Los hombres estaban hechos para las mujeres y ellas para los hombres. Pero su hermano mayor lo hacía enfrentarse a sus propios prejuicios, porque lo amaba y lo respetaba aún más que antes, tras la confesión de su secreto. No sabía cómo sería la próxima vez que se encontraran. No sabía cómo iba a tratarlo o si podría hablarle de la misma forma, no sabía si iba a ser capaz de aceptarlo sinceramente alguna vez. La única certeza que tenía era que no quería ver a su hermano sufrir más, aunque eso significara tener que ser él quien fingiera que todo seguía siendo igual.

Comprendió que las constantes negativas de Ogdev a acompañarlo a la ciudad no eran para guardar la compostura, sino porque no tenía forma de evitar ser encerrado con una mujer en una habitación cualquiera, de una taberna cualquiera. Comprendió por qué siempre tenía una excusa para no acudir a las fiestas que Zelig, Egil o él mismo organizaban en el palacio, o que se fuera temprano y de forma casi imperceptible por los demás.

Verj se dirigió a sus aposentos, sin ánimos ya de nada, aunque el jolgorio continuara en el salón del segundo piso y a pesar de que hubiera montones de mujeres hermosas esperándolo. No tenía nada que festejar después de saber que Ogdev iba a ser obligado, una vez más, a ser quien no quería ser.

«No les bastó con obligarnos a ser herederos, comandar ejércitos o llevar las finanzas del reino, ahora también nos obligarán a tener una familia de mentira. ¿Cuánto faltará para que mi padre traiga a la mujer con quien voy a casarme sin haber conocido? Malditos sean todos, no somos más que una maldita farsa, empezando por el mismísimo rey con sus dos familias».

Por única vez en su vida, pensó que le hubiera gustado ser el Primer Príncipe, solo para tener la certeza de que algún día iba a poder cortar las cadenas de la casa de Tesar de un hachazo, tal como había ocurrido en Sitnor después de la última Gran Guerra. Nadie se merecía vivir en tales condiciones, con responsabilidades que no habían sido capaces de elegir y con imposiciones de toda clase.

Ogdev no podría renunciar nunca al trono para escapar a Sitnor o a Pyebra y ser libre y feliz, claro que no. Su deber era permanecer y soportar todo lo que cayera encima con tal de complacer las leyes tesarianas. Porque así fue por generaciones y porque era la tradición.

Verj se levantó cuando las primeras luces del amanecer comenzaron a filtrarse entre los gruesos cortinados de sus ventanas. Eran tantas las cosas que pasaron por su cabeza en esos momentos, que no pudo dejar de darle vueltas a todo y la noche se le fue entre divagaciones que no lo condujeron a ningún lugar.

Después de vestirse fue a buscar a sus hermanos. La habitación de Zelig estaba revuelta, como si un vendaval hubiera ocurrido ahí mismo, pero no había noticias de él. Buscándolo, encontró a Egil, que dormía en la alfombra frente al fuego acompañado por dos mujeres, en uno de los salones de la tercera planta. Continuó bajando escaleras y cruzando pasillos, hasta que vio a Zelig dejando la sala del trono. Verj lo miró sorprendido.

—¿Acaso pasaste la noche ahí?

—No, imbécil, el rey quiere vernos a todos otra vez. No pude despertar a Egil y no encuentro a Ogdev, ¿a dónde se fue?

—Estaba tan borracho que lo dejé en una de las habitaciones del segundo piso. Iré por él.

—Vaya, míralo al futuro esposo —rio Zelig y Verj lo imitó. Luego, señaló hacia dentro del salón con la cabeza

—¿Te dijo qué quiere?

—No, solo que tenía prisa.

Verj asintió y se separaron al llegar a la segunda planta. Cuando estuvieron medianamente decentes y despiertos, se presentaron ante su padre, que ordenó a los guardias salir de la habitación, como cada vez que Zelig se encontraba junto a ellos. Nadie allí sospechaba siquiera que era hijo del rey y así debía continuar siendo.

—He tomado una decisión. —El rey, sentado en su trono dorado, los miraba como si fueran unos completos desconocidos—. Las propiedades de Egil han sido expropiadas…

—¿Qué? —exclamó el menor—. ¡No tienes ningún derecho!

—Tengo, soy el rey de Tesar. —Atkjer se levantó del trono y les dio la espalda para acercarse a uno de los ventanales—. Y mientras yo gobierne, soy quien toma las decisiones.

—No puedes hacerlo. Esas propiedades me corresponden, son mi herencia, y no hice nada malo para que me arrebates lo que es mío.

—No voy a discutirlo contigo.

—Sí lo harás, cobarde. No haces más que esconderte detrás de tu corona y tu falsa sensación de bienestar…

—Basta, Egil —dijo Verj y el muchacho lo miró.

—No, estoy cansado de esta situación tan vergonzosa. El continente entero se burla de nuestra cobardía.

—Detente, Egil, si no quieres pasar una semana en las mazmorras —sentenció el rey.

—Eres un maldito cobarde. Una vergüenza para la familia y para todos nuestros ancestros.

—¡Guardias! —exclamó el rey, sin mirarlos—. Te lo advertí, Egil.

—¿Crees que eres más valiente por encarcelarme? Eres una mierda, Atkjer.

—Padre, detente —dijo Ogdev.

—Tú te callas —rugió—. Cuando estés sentado aquí, haz las cosas a tu manera, pero mientras tanto, yo soy quien gobierna Tesar. —El salón se inundó de armaduras refulgentes en menos de un segundo—. Lleven al príncipe Egil a los calabozos.

Los guardias avanzaron con algo de duda, pero Verj, por el contrario, sacó la espada de su funda y Zelig lo imitó. Ambos se pusieron a cada lado de Egil para impedir que se acercaran a él.

—Padre —imploró Ogdev, con la mano en la empuñadura de su espada—, piensa en lo que estás haciendo, por favor.

—Arréstenlo —dijo sin ninguna clase de vacilación en su voz.

Se percibía la duda en los ojos de los diez hombres al avanzar hacia ellos y Ogdev no tardó en regresar junto a sus hermanos.

—No lo hagan —advirtió Ogdev, pero los guardias, que solo obedecían al rey, se lanzaron contra ellos como si fueran unos bandidos o usurpadores que querían dañar a su protegido.

Egil estaba desarmado y no era de los más diestros con las armas, pero hizo todo lo posible por evitar que lo sujetaran, porque se imaginaba que en el instante en que uno de los soldados lo tomara, sus hermanos dejarían de luchar. Sus manos se lastimaron de golpear armaduras y cascos; cualquier cosa era mejor que pasar una semana en las heladas mazmorras del palacio, sin alimentos y en la más completa oscuridad. Con los nudillos en carne viva, fue capaz de

mantenerse alejado hasta que su propio padre lo sorprendió golpeándolo por la espalda. Egil cayó de rodillas, aturdido y con una herida en la cabeza y sus hermanos no lo notaron hasta que uno de los hombres del rey lo levantó del suelo para arrastrarlo a la salida.

—¡Zel! —exclamó Ogdev, ya que él era quien estaba más próximo a la puerta. Zelig corrió a trabarlas y apuntó su delgada espada al rostro del soldado.

—Suéltalo, no lo diré otra vez —murmuró Zelig, pero el hombre se mantuvo en su lugar, sujetando a Egil con fuerza.

—Zelig, hazte a un lado o tú lo acompañarás —amenazó el rey.

Zelig lo miró por encima del hombro del guardia y volvió la vista al oficial. Mientras tanto, Verj y Ogdev intentaban que los seis hombres que quedaban en pie no se acercaran a la salida. Los tres restantes yacían inconscientes.

—¡Padre! —exclamó Verj—. Diles que se retiren o acabarán muertos. Mi paciencia tiene un límite.

—¿Me amenazas tú también, Verj? —preguntó el rey con cierto desprecio—. Si no vas a cumplir, no deberías…

Verj lanzó un grito y en dos golpes arrojó a tres soldados al suelo, uno de ellos ahogándose con la sangre de su garganta abierta, otro inconsciente y el tercero con una de sus manos amputada. El rey abrió mucho los ojos y retrocedió asustado, temiendo por su vida por primera vez. Ogdev por su parte, se alejó del conflicto y se acercó con cautela al soldado que retenía a Egil.

—Suéltalo o te desangro aquí mismo.

El guardia dudó por unos breves instantes, pero Ogdev presionó la espada entre la delgada línea de piel que quedaba descubierta entre su casco y su armadura, por lo que soltó a Egil, que cayó al suelo, aun sin haberse recuperado del golpe de su padre. Zelig regresó de inmediato junto a Verj, y espalda con espalda, sometieron a quienes quedaban.

—¿Qué han hecho? —preguntó con una mueca de odio, desprecio y, a su vez, temor—. ¿En qué se han convertido?

—Si vuelves a tomarla con uno de nosotros de nuevo, será la última orden que des —expresó Ogdev, que llevaba a Egil hasta la escalera que ascendía al trono—. Somos tus hijos, no tus enemigos. Desde que supimos lo que sucedía en Pyebra, estamos haciendo lo posible para hacerte entrar en razón y para que puedas, de una vez, tomar las riendas del conflicto.

—¡Basta! —El rey volvió a darles la espalda y regresó al ventanal.

—Pyebra no aguantaría más que unos pocos meses con nuestro ejército apoyando a Sitnor —continuó Verj—. ¿Acaso no lo entiendes?

—Vienen por Tesar —agregó Zelig que, aunque siempre acompañaba a sus hermanos, nunca intervenía—. Y no se detendrán a esperar a que cambies de opinión. ¿Qué pasaría si Sitnor simplemente los deja avanzar hasta aquí? ¿Lo ha pensado, Su Majestad?

—¡Han matado a mis hombres! —El rey se giró y señaló a quienes yacían en el piso, ignorando, como era su costumbre, cualquier cosa que ellos dijeran.

—No a todos —dijo Zelig quitándole importancia.

—¿Crees que es gracioso? —El rey lo miró extrañado.

—Le rompiste la cabeza a Egil. —Zelig encogió los hombros—. Si no hubieran sido sus guardias, no me hubiera contenido, su Majestad.

—Tú los lanzaste en nuestra contra, Atkjer —dijo Verj—, deberías haber previsto cómo reaccionaríamos. No puedes pretender que nos quedemos de brazos cruzados mientras uno de nosotros es encarcelado injustamente.

—Egil me insultó, a pesar de mi advertencia.

—Deja de ser tan cobarde —murmuró el menor de los príncipes.

—Ya déjalo —dijo Ogdev y Egil asintió—. Ven, te llevaré a que te vean la herida.

El Primer Príncipe le tendió la mano y Egil se puso de pie apoyándose en él.

—Me iré a Verkrity, no pienso quedarme un segundo más entre tanta decadencia —dijo Egil.

—Olvídate de… —El rey quiso comenzar a hablar, pero Egil lo detuvo.

—¿Qué harás? ¿Quitarme el oro, también? ¿Confiscar mi caballo? ¿Mis ropas? —Se llevó la mano a la herida y, luego, la mostró al rey—. ¿Enviarás a que alguien me asesine en el camino?

—¡Ve! Corre a esconderte bajo las faldas de tu madre, niño.

—Ya basta —rugió Verj y añadió sin quitar los ojos del rey—. Llévatelo de aquí, Zel.

Zelig asintió y tomó al príncipe menor del brazo para alejarlo de la sala del trono. El único guardia que había salido ileso murmuró una disculpa cuando pasaron frente a él y Egil asintió.

—Tu único error es recibir órdenes de este viejo arruinado—murmuró antes de alejarse.

El rey se sentó en su sillón dorado, visiblemente agotado, y miró a su alrededor. Algunos de sus hombres habían despertado y estaban revisando las heridas de quienes aún no lo hacían. Verj los ayudó mientras pedía disculpas por lo sucedido; apartaron a tres cuerpos de los heridos y los que se podían mover por sus propios medios fueron dejando la sala de a poco, hasta que en la habitación quedaron solo el rey y sus dos hijos mayores.

—Deberían haberse mantenido al margen —dijo el rey—. No le iba a hacer mal pasar un par de noches encerrado. No tiene nada de respeto por su padre.

—Quizás deberías empezar por ganarte el respeto de tus hijos, no intentar imponerlo. —Verj le dio la espalda y caminó hacia la puerta—. Enviaré a Zelig con Egil y tendrá toda la libertad de asesinar a cualquiera que se acerque demasiado a ellos.

—Verj… —El Segundo Príncipe se detuvo y miró a su padre—. No atentaría contra sus vidas, no pienses eso de mí.

—Tengo mis dudas.

Verj salió de la sala y Ogdev lo siguió en silencio.

35

Sitnor Ciudad Capital

Quentin recorrió la casa en busca de Ilsa y la encontró en la habitación de abajo. Dio dos golpes en la puerta abierta y la muchacha lo miró por encima de su hombro desde el sillón en el que estaba sentada, junto a la ventana. Se la veía apagada, lo que era extraño en ella, siempre tan ruidosa y sonriente.

—¿Ocupada?

—Aburrida como un hongo.

—¿Salimos?

—Sí, por favor. —Ilsa tomó su capa, caminó hacia él y le señaló el ojo derecho, que tenía morado—. ¿Qué te sucedió?

—Hoy en el entrenamiento…

—¿Otra vez?

—No es nada. —Quiso apartarse, pero Ilsa acercó un dedo y lo curó antes que tuviera tiempo de protestar.

Recorrieron las calles por algunos minutos y terminaron entrando en una taberna llena de gente que cenaba casi en silencio. Ocuparon una mesa de las más pequeñas y, un tiempo después de que el tabernero les dejó dos jarros de cerveza, Quentin vio a los hermanos Lavank entrar y buscar un lugar. Iskánder los vio y quiso ir hacia ellos, pero Zaria lo tomó del brazo para detenerlo, por lo que se limitó a levantar la mano y saludó, todo sonriente aunque, a su vez, algo desilusionado por no poder acercarse. Ilsa, al ver a Quentin responder, se dio la vuelta y les hizo una seña para que se les unieran, pero Zaria negó con un gesto.

—Son un poco extraños —dijo Ilsa.

—Zaria lo es. Se siente avergonzada cuando está conmigo.

—¿Y eso por qué?

—Porque me han hecho fama, aunque a eso ya lo sabes, y hasta en el sur de Sitnor cuentan cosas de mí, ¿puedes creerlo? Es una locura.

—En algún momento se va a acostumbrar.

—Intenté que viera que soy una persona común y corriente, pero no hay caso.

—Bueno, es normal, ¿no? No todos los días uno puede hablar o, incluso, entrenar con una leyenda.

—Ya cállate, ni que fuera la gran cosa. —Quentin bebió, para que Ilsa no notara su incomodidad.

—Es lo que tú crees, pero ya conoces como son las historias de los héroes. Los pintan como dioses invencibles, poderosos e inmortales…

—No soy nada de eso.

—… Sanos, de conducta intachable.

Quentin se largó a reír.

—Sanos… Si uno de esos malditos bardos tuviera que vivir un día aquí adentro —dijo señalando su cabeza—, pediría a gritos que alguien lo matara de una vez.

—Ya lo sé, pero ya sabes cómo son las cosas… —Quentin resopló y se recostó en la silla. Ilsa bebió lo que quedaba en su jarro y, cuando lo depositó en la mesa, se tomó unos momentos antes

de hablar—. Enara me dijo que mañana te enviarán a buscar más de esas monedas con Indignos y yo aprovecharé tu ausencia para regresar a Tesar.

—No… —Ilsa asintió y Quentin le tomó las manos—. No te vayas.

—Debo hacerlo. Falta poco para la primavera, comienza la temporada de esquila y mi padre no puede hacerlo solo. Es mejor cuando estés lejos para que nuestra separación no duela tanto como la última vez.

—Maldición, tan fácil uno se acostumbra a sentirse bien. ¿Cuánto fueron? ¿Diez días? —Ilsa encogió los hombros—. ¿Y qué hay de Vila?

—No ha tenido ningún problema.

—¿Y Tareq?

—Tendrán que estar pendiente de él y, si algo ocurre, regresaré.

—Demonios.

—Ya lo sé, me siento terrible desde que Enara me lo dijo.

—¿No querrá mudarse aquí tu padre?

—Quiere pasar sus últimos días en Tesar. Ya se lo pregunté una vez. —Ilsa miró hacia un lado por unos momentos, como si estuviera recogiendo fuerzas para continuar—. No lo hagas más difícil, por favor.

—Perdón. Soy un idiota, tú no tienes la culpa de todo esto, perdón. —Quentin bajó la cabeza y posó la frente sobre las manos de Ilsa; intentó pensar en algo que pudiera cambiar el humor de ambos y recordó que ese día, hacía diecinueve años, ambos habían llegado al mundo—. Por cierto… Feliz día, Ilsa.

—¿Es hoy? —Quentin asintió y ella sonrió—. ¿De verdad? Vaya, perdí la cuenta de los días desde que llegué aquí.

De improvisto, Ilsa tomó el jarro de Quentin y se paró sobre su silla. Él quiso detener su descabellada idea, pero ella le pegó en el brazo y exclamó:

—¡Mañana regreso a Tesar y quiero una despedida! —Bebió todo el contenido del jarro en un empinar de codo y cuando lo bajó, todos la miraban con gesto de desaprobación. Ilsa les echó un vistazo con desagrado y continuó, sin bajar la voz—. Vaya, sí que son aburridos acá.

Quentin la ayudó a bajar de la silla e Ilsa se colgó de su brazo, sin estabilidad alguna.

—Larguémonos de aquí, esta es una taberna decente, por los dioses.

—¿Decente? Es un maldito cementerio, Quentin.

—¿Quieres bajar la voz?

A medida que caminaban hacia la salida, Ilsa miraba a quienes estaban en las distintas mesas y los apuntaba con un dedo acusador.

—Aburrido, aburrido, aburrido.

—Ilsa, cállate, por favor —murmuró, mientras se disculpaba con gestos de los demás comensales.

—Tú también, aburrido.

—Ya basta…

—¿Quieren venir? —preguntó en cuanto pasaron cerca de Iskánder y Zaria.

—¿A dónde? —preguntó Iskánder.

—A beber. —Ilsa sonrió.

—¿Estás segura? —Quentin la miró.

—Deberíamos acompañarla, Tesar es mucho más aburrido que aquí. —Iskánder tomó su abrigo y se puso de pie, pero Zaria lo miró sin moverse.

—¿Vienes? — Quentin preguntó a Zaria. Ilsa entrelazó un brazo en el de Iskánder y comenzó

a caminar hacia la salida con él. La muchacha se veía confundida, con el ceño fruncido y con su mirada que no se decidía si fijarse en Quentin o en Ilsa—. Vamos, ven con nosotros.

Zaria asintió y se puso de pie, Quentin sacó un puñado de monedas de su bolsillo y las dejó sobre la mesa. Al salir, vieron que Ilsa e Iskánder se habían adelantado, e iban cantando a gritos una canción tesariana.

—¿Cómo te trata la capital?

—Aún no me acostumbro.

—Entiendo, fue un gran cambio, ¿verdad? —Zaria asintió.

Quentin intentó entablar alguna conversación con ella, pero la mayor parte de sus respuestas eran monosílabos o no más de tres palabras, por lo que desistió de decir algo más.

—¿A dónde, Quentin? —exclamó Ilsa. Quentin señaló a su izquierda. Ilsa trastabilló cuando quiso doblar e Iskánder tiró de ella porque, al parecer, creyó que se caería. Caminaron por dos calles y doblaron una vez más hasta que Zaria se aventuró a decir algo por su propia cuenta.

—Iskánder es muy inapropiado, su prometida lo dejó atrás. —Zaria señaló hacia ellos—. Iré a buscarlo.

—¿Ilsa? —Quentin rio y Zaria se detuvo—. No es mi prometida, somos amigos. Bueno, es más complicado que eso, a decir verdad, pero podría simplificarse en que somos amigos.

Zaria sonrió apenas.

—Pensé que estaban comprometidos.

—No, para nada.

Llegaron a una taberna en la que había montones de gente ruidosa, música y un ambiente mucho más festivo y relajado que en donde estuvieron antes. Era un lugar en el que apenas si había algunos faroles encendidos en las esquinas, donde la gente bailaba y reía, sin poner atención en lo que los demás hacían a su alrededor.

Ilsa dejó a Iskánder y se acercó a Quentin.

—¿Puedo dejarte solo? —preguntó sin levantar la voz.

—¿Por? Me voy a aburrir como un hongo.

Ilsa miró a Iskánder y Quentin resopló.

—Zaria apenas si habla.

—Lástima que no sea como su hermano, él sí es divertido. Además, se ve tan bien —dijo y levantó una ceja.

—Dijiste que no hablarías de tus preferencias conmigo.

—En ese momento no, pero el alcohol hace que uno se suelte un poco. Lo cierto es que… se me alborota la sangre…

—Por los dioses, Ilsa, no me digas esas cosas —frunció el rostro.

—… Desde la primera vez que lo vi. —Ilsa rio y se colgó de su brazo—. Bueno, recuerda que no fui yo quien dijo «Estoy con una mujer».

—Pero lo dije porque insistías y no quería que te preocuparas.

—Sí, sí, como digas.

—Ten cuidado con lo que haces, ¿sí?

—¿Acaso tú bailas? —Quentin, muy a su pesar, negó con un gesto—. Entonces no me arruines la despedida. —Ilsa dejó caer la cabeza hacia atrás como una niña pequeña haciendo un berrinche—. Por favor…

—Solo digo, no quisiera recibir reclamos de tu padre por no haber cuidado de ti.

—Soy mayor de edad, Quentin.

—Ilsa…

—¡Aburrido! —Ilsa se alejó de él, tomó a Iskánder de la mano y lo llevó entre la gente que bailaba. Quentin movió la cabeza de lado a lado, y se acercó a Zaria.

—Busquemos una mesa, ¿o quieres ir a…? —señaló sin mucho entusiasmo hacia donde Ilsa e Iskánder estaban.

—No se me da bien.

—A mí tampoco, pero podría hacer el intento si quieres ir.

Zaira caminó hacia las mesas en respuesta y Quentin la siguió. Nuevamente, cualquier intento de conversar con Zaria fracasó, por lo que se limitó a mirar a la gente, a beber y a buscar cada dos minutos a dónde estaba Ilsa. Iskánder y ella regresaban a la mesa, conversaban por algunos momentos y volvían a bailar cuando terminaban sus bebidas.

—¿Qué sucede? —preguntó de aburrido que estaba—. ¿Siempre eres tan callada?

—Todo esto es muy extraño y estoy haciendo un esfuerzo por acostumbrarme.

—¿A qué te refieres?

—A que estoy aquí, en la capital, bebiendo con usted, nada más y nada menos.

—¿Usted? —preguntó, pero Zaria no respondió.

—Hace unos meses oía hablar de sus hazañas en el desierto y ahora… parece solo un joven común y corriente.

Quentin rio.

—Te lo dije cuando nos conocimos, soy solo un soldado normal, como cualquier otro.

—Aun así, me había hecho una idea muy diferente, incluso después de que nos conocimos. Creí que lo dijo nada más porque estaba nerviosa.

—Lo digo siempre, pero parece que nunca me toman en serio. Y ya no me trates de usted, eso solo lo hace más incómodo.

—¿Por qué se siente incómodo?

—Lo digo porque me sigues tratando como a alguien con algún cargo de importancia y no tengo nada más que mis espadas.

—Es difícil. Creo que me costará acostumbrarme —dijo, con los ojos puestos entre quienes bailaban lejos de las mesas.

—Bueno, algún día lo asumirás, supongo…

Zaria encogió los hombros. Quentin no supo si se sentía intimidada o si realmente era así, seria. Después de un par de copas más, se dio cuenta de que hacía rato que Ilsa no regresaba a la mesa.

—¡Ilsa! —Quentin se puso de pie y Zaria lo imitó. Miraron hacia donde Ilsa e Iskánder se habían ido, pero no los vieron bailando entre la gente—. Demonios, Ilsa —murmuró—. Perdóname, tengo que buscar a Ilsa, no quisiera que haga algo de lo que después vaya a arrepentirse.

—¿Por qué?

—Porque tiene alguna clase de interés en tu hermano, o algo así.

Zaria se largó a reír, para su sorpresa.

—¿Iska? No me lo creo, ¿por qué la señorita Ilsa se fijaría en alguien como él? Además… ¡Es mi hermano!

—¿Y eso qué tiene? —Quentin rio, contagiado por Zaria—. Tú lo ves como tu hermano, pero los demás no, hazte a la idea.

Zaria asintió, divertida, y se entremezclaron entre la gente que bailaba, bebía y conversaba. Preguntaron a algunos de ellos y la mayoría decía haberlos visto bailando, pero ya no estaban allí. Finalmente, alguien les dijo que los vio caminar hacia los pasillos que llevaban a los

servicios y se dirigieron hacia allí, apresurados. Caminaron hacia un lado y hacia el otro hasta que vieron a una pareja besándose en las sombras de un rincón.

—Es Iskánder —murmuró Zaria y Quentin apretó los puños. Lo hubiera golpeado ahí mismo, pero no tenía motivos para hacerlo, más que su… incómoda y creciente necesidad de desquitar su frustración en su rostro—. ¿Qué hacemos?

—Tengo una conexión mental con Ilsa —dijo. No podía creer que se había olvidado de ese detalle. Se hubiera ahorrado el malestar de ver y saber qué estaba haciendo Ilsa. Regresaron al salón y Quentin le habló a Ilsa.

—*No molestes.* —Fue su única respuesta.

—*¿Qué demonios haces?*

—*Estoy con Iskánder.*

—*Ya lo sé, ya te vi.*

—*¿Me viste? ¡Shrakjta, Quentin!*

—*Regresen, mañana debo viajar y ya quiero irme a descansar.*

Ilsa no dijo nada más.

—Volvamos a la mesa.

—¿Qué sucedió?

—Nada, se molestó conmigo. Le dije que regresaran. Mañana me enviarán no sé a dónde a buscar de esas monedas con Indignos y seguro tendré que salir temprano.

—Si no vienen enseguida, iré a buscar a mi hermano. No está bien lo que está haciendo, Ilsa es tesariana, si su familia llega a saberlo, la tirarán a la calle como a si fuera un perro sarnoso.

—Demonios, no lo sabía… hablaré con ella.

Sin embargo, antes de que lo hiciera, Ilsa e Iskánder llegaron a la mesa, riendo y conversando como si nada hubiera sucedido.

—Nos vamos. —Quentin la tomó de la mano y salió sin despedirse de los demás—. ¿Qué demonios haces, Ilsa?

—Estoy borracha hasta los pies, Quentin —dijo arrastrando las palabras—, lo que me digas me importa tanto como las piedras sobre las que estoy caminando en este preciso momento.

—Lo mismo, en algún momento lo recordarás. ¿Qué crees que sucederá con Iskánder? ¿Crees que se quedará esperando hasta que regreses algún día?

—No me importa… Tampoco es que quiera casarme —dijo frunciendo la nariz—, no seas ridículo. ¿Acaso nunca besaste a alguien que te gustaba? ¿Solo porque sí? —Quentin dudó por unos instantes, pero terminó por asentir—. Pues yo no, porque soy una maldita tesariana y es una maldita mierda. Acabamos de cumplir diecinueve años y nunca había besado a nadie. ¿Crees que está bien? Pues no.

—Y todo lo que quieras, pero debes respetar tus costumbres, Ilsa. Zaria me dijo que tu padre podía echarte a la calle si llegara a saberlo.

—Que se pierdan las costumbres en el culo, Quentin. Me tienen cansada. Yo quiero ser yo sin tener que pedir permiso.

—No puedes hacerlo, aunque sea lamentable.

—¿Lo ves?

—Claro que sí, pero así sean una mierda debes respetarlas o quedarte aquí y ser libre.

—No me tientes, cabrón.

Quentin sonrió. Muy a su pesar Ilsa tenía algo de razón en lo que decía y no era del todo justo enojarse con ella. Las costumbres tesarianas eran por demás represivas y relegaban a las mujeres a niveles de casi esclavitud.

—Quentin… —Ilsa se detuvo a mitad de la calle—. No me quiero ir.

—Yo tampoco quiero que te vayas, pero tú tienes que decidir, yo no puedo hacerlo.

—¿Qué crees que es mejor? ¿Decidir borracha o cuando esté normal?

—Las decisiones que tomé estando borracho me llevaron a que mi espalda sea una telaraña de latigazos… Saca tus propias conclusiones.

—No me estás ayudando. Naga vendrá a buscarme. Si sigo borracha, ¿podré decirle que me quiero quedar?

Quentin rio, pero no contestó a eso. La tomó del brazo y tiró de ella para que continuara caminando. Entraron a la casa por la puerta del frente, para no tener que rodear la fortaleza, y Quentin la llevó a la habitación. Ilsa se tiró en la cama y parecía que no tenía ninguna intención de moverse, por lo que le quitó las botas, la acomodó, la cubrió con las mantas y, antes de que pudiera irse, Ilsa abrió apenas los ojos.

—Quédate conmigo.

—No estaría bien.

—Por favor, hasta que me duerma…

Quentin asintió, después de todo, en el estado en que se encontraba no iba a tardar demasiado en dormirse. Se recostó sobre las mantas y… despertó cuando alguien llamó a la puerta.

—Mierda. ¡Mierda! —exclamó. La habitación estaba muy iluminada y se oía gorjear a los gorriones que se posaban en las rejas de la ventana para tomar el sol.

Levantó apenas la cabeza, vio que Ilsa estaba abrazada a él, pero se sintió aliviado al comprobar que estaban vestidos. No recordaba muy bien qué había sucedido, las escenas se le entremezclaban y no estaba muy seguro de qué era real y qué había soñado. Se movió intentando no despertarla, se sentó y vio que Noah estaba apoyado en el marco de la puerta.

—No voy a preguntar qué demonios haces aquí, aunque te haría azotar por ser tan irresponsable.

—Me lo merezco… —murmuró. La cabeza le daba vueltas y sentía un fuerte malestar en el estómago.

«Vaya uno a saber qué clase de porquería bebí anoche» pensó.

Se levantó y cerró la puerta al dejar la habitación.

—Te dije que te necesitaba temprano. —Noah lucía muy molesto; si no lo conociera, hubiera temido terminar golpeado por su hermano ahí mismo.

—Lo sé, perdón. Ilsa quiso ir a beber porque regresará a Tesar.

—Y eso hizo que olvidaras todo lo demás, por lo que veo. Ve a asearte, te quiero en el Palacio de Gobierno lo más pronto posible.

Quentin asintió y subió la escalera a grandes zancadas. Después de darse un baño, rasurarse y cambiarse, bajó corriendo y Enara lo detuvo y le dio algo para comer. Era la mejor mujer de todo el maldito mundo, sin lugar a dudas. Siempre estaba pendiente de todos, sin importar qué estuviera sucediendo y, mientras caminaba, pensó con bastante culpa que él nunca se detuvo ni un segundo a preguntarle siquiera cómo se encontraba. Estuvo a punto de regresar, pero Noah ya estaba demasiado molesto con él como para hacerlo perder más tiempo.

Se encontró con Iskánder y Zaria llegando a las puertas del edificio y apenas si se saludaron con un gesto. Cualquiera diría que, teniendo una posada en la que venden la «mejor cerveza del mundo», estarían bien, pero lo cierto era que lucían peor que él. Tenían los ojos hinchados, se veían mucho más pálidos que de costumbre y somnolientos.

—¿Ilsa? —preguntó Iskánder cuando comenzaron a subir las escaleras.

—Duerme —respondió con sequedad. Estaba tan molesto con Iskánder que aún no se habían

desvanecido sus deseos de golpearlo.

—Me siento terrible por…

—Haces bien —reprochó sin mostrar ni un ápice de simpatía.

—No estaba pensando —se excusó.

—Ya me di cuenta, no hace falta que lo aclares.

—Es que ella…

Quentin lo tomó de las solapas de su chaqueta y lo empujó en contra de la pared. La cabeza de Iskánder rebotó contra el duro mármol blanco y una fugaz mueca de dolor le arrugó la frente.

—No te atrevas a culparla, o todo tu perfecto y bello rostro tesariano terminará convertido en un amasijo de carne y huesos tan repugnante que ni tu propia madre va a poder reconocer.

—¿Ni siquiera puedo decir que es hermosa? —Iskánder sonrió con cierta ironía.

—No, no puedes.

Iskánder ensanchó aún más su sonrisa y sus ojos se encendieron como estrellas en la noche más oscura. Quentin no se inmutó ni se apartó ni un milímetro del mago, aun sabiendo que este podría dejarlo inconsciente o romperle un hueso con solo decir una palabra.

—¿Acaso te molesta que me haya besado? —Bajó la voz para que solo Quentin pudiera oírlo y como respuesta, este presionó sus puños en el pecho de Iskánder con tanta fuerza que el aire que se escapó de sus pulmones hizo que el largo mechón de cabello que le cruzaba el rostro bailoteara entre ellos.

—Me jode que aun conociendo las costumbres de Tesar no hayas tenido un mínimo de consideración por ella y su futuro.

La sonrisa de Iskánder se volvió una mueca de espanto, como si recién en ese momento hubiera caído en la cuenta de lo que realmente estaba ocurriendo.

—Quítame las manos de encima —murmuró apretando las mandíbulas. Zaria puso sus manos sobre las de Quentin e intentó que soltara la chaqueta de su hermano.

—¿O qué? —preguntó sin quitar la mirada de esas dos monedas de plata que relucían entre las espesas pestañas de Iskánder.

—¡Deténganse, maldición! —exclamó Zaria, pero al ver que no le hacían caso tomó el rostro de su hermano para obligarlo a apartar la vista de Quentin—. Iska, basta.

Iskánder cerró los ojos después de unos segundos y Zaria tiró de Quentin hasta hacerlo retroceder.

—Demonios con ustedes —protestó la muchacha.

—Al parecer no podrán viajar juntos, como había previsto. —Noah, más molesto de lo que ya estaba, los observaba desde el piso superior—. Iskánder, espérame abajo, por favor. Ustedes dos vengan conmigo.

Iskánder asintió y, sin decir nada más, bajó las escaleras.

—Demonios —volvió a quejarse Zaria.

—Perdóname —se excusó Quentin, mientras se arreglaba la ropa. Se dio cuenta de que su reacción fue, quizás, exagerada. Se había habituado de tal forma a la violencia, que se le hacía difícil pensar en responder de una manera diferente cuando estaba enojado. En Ahrbak Ardhal siempre encontraba a alguien tan perturbado como él para poder golpearse a gusto cuando era incapaz de soportar la situación en la que se encontraba. Después de todo, hacía años que resolvía todo a golpes—. No debí reaccionar de esa manera, perdón por el mal momento.

Zaria lo miró por unos segundos y le dio la espalda para terminar de subir las escaleras. Al llegar arriba, la puerta del despacho de Noah estaba abierta, esperándolos.

—¿Qué sucedió, señorita Zaria? —preguntó sin mirar a su hermano.

—Un malentendido, señor.

—No lo pareció. Dime qué ocurrió. —Quentin abrió la boca, pero Noah levantó un dedo—. Tú no digas ni una palabra.

—Anoche salimos con la señorita Ilsa y el señor Quentin. Bebimos, la señorita Ilsa se emborrachó, bueno, todos nos emborrachamos a decir verdad, pero ella un poco más que nosotros. Iskánder y ella… Bueno, se besaron y por eso el señor Quentin se molestó con él.

—¿Lo hizo a la fuerza? —preguntó Noah.

—No, ella estuvo de acuerdo —dijo Quentin.

—No comprendo, entonces.

—Las costumbres tesarianas no permiten a una mujer estar con un hombre sin estar casada, señor. Si su familia lo sabe, podrían apedrearla o azotarla en la plaza de su ciudad, humillarla públicamente contando los motivos de su deshonra y su familia tendría derecho a echarla a la calle o venderla… señor.

—¿Qué? —exclamó Quentin, que la miró con tanto asombro como temor—. Voy a matar a ese infeliz.

—Tú no moverás ni un dedo. —Noah se levantó de su sillón—. No solucionarás nada. Ya sucedió y no se puede cambiar.

—Noah…

—Silencio. Hablaré con Ilsa y con Iskánder más tarde, esto no es tu asunto.

—Pero…

—Basta, Quentin. Alisten sus cosas, partirán cuanto antes hacia las aldeas de la costa.

—¿Nosotros? —exclamó Zaria.

—¿Hay algún problema? —Noah los miró con detenimiento— ¿Algo más que se les haya olvidado decirme?

—No, señor —dijeron al unísono.

—Excelente. Deberán ir por las aldeas hasta llegar a Villa del Sol. Preguntarán en los poblados más pequeños si tienen monedas y tú —dijo y señaló a su hermano—, controlarás todas las que pongan a tu disposición. Quiero saber cuántas encuentras en cada lugar, por lo que te aconsejo que tomes notas. Llevarán una carga de dinero para cambiar por las que estén infectadas. Cuando se les acaben, regresarán a buscar más y, luego, continuarán con el resto de poblados. ¿Alguna pregunta? —Los jóvenes negaron con un movimiento de cabeza, por lo que Noah continuó—. No quiero borracheras, peleas, ni inconvenientes de ninguna clase. Se comportarán como emisarios del Gobernador, no como dos chiquillos conociendo el mundo, ¿comprendido?

—Sí, señor —dijeron a la vez.

—Pueden marcharse. Enviaré a la fortaleza lo que deben llevar.

36

—¿Ya te vas?

Quentin apareció en la cocina cargando un par de bolsos pequeños en cada mano y la voz de Ilsa lo sorprendió desde el otro lado de la mesa.

—Pensé que aún dormías.

—¿Te ibas a marchar sin decírmelo? —preguntó con un hilo de voz.

—No, no, ¿cómo crees? Estaba llevando las cosas al establo. Te iba a despertar.

—Tu hermano quiere verme. —Ilsa lo miró con cierto temor—. ¿Qué sucedió?

Quentin dejó las cosas en el suelo y se sentó frente a ella.

—Estuve a punto de golpear a Iskánder y Noah nos vio.

—¿Qué? ¿Por qué?

—¿Recuerdas lo que sucedió anoche? —Ilsa se cubrió el rostro con ambas manos.

—*Shrakjta*, pensé que lo había soñado —dijo al descubrirse—. Maldita sea, ¿cómo pude?

—No quiero decir «te lo dije», pero…

—Ya lo sé, qué inconsciente que soy. —Ilsa lo miró—. Qué maldita vergüenza, Quentin.

Quentin rio, sin poder evitarlo.

—Esa fue la razón, el idiota todavía tuvo el descaro de preguntarme por ti cuando nos encontramos en el Palacio de Gobierno.

—No me jodas, ¿en qué estaba pensando?

—¿Quieres que te lo diga? —preguntó sin intención de decírselo, pero Ilsa asintió. Quentin cerró los ojos unos instantes—. Dijiste que nunca habías besado a nadie antes.

Ilsa saltó de la silla y se llevó las manos a la cabeza.

—¡No te lo creo! ¿Se puede ser más…? *¡Shrakjta!*

—Ya, tranquila. No sé qué quiere Noah con ustedes, pero no puede ser tan malo.

—¿Y si me hacen casar? —Lo miró espantada, se dejó caer en la silla otra vez y preguntó bajando la voz—. ¿Y si él sí quiere?

—No lo creo… no sé qué decirte. —No quería preguntarlo, pero debía hacerlo, aun si la respuesta le molestaba—. ¿Tú lo harías?

—No, ni siquiera sé quién es Iskánder, maldición.

—Anoche no pareció importarte —dijo en tono jocoso, para que Ilsa se serenara, aunque se sentía muy aliviado.

—Anoche estaba borracha hasta el tuétano —contesto riendo, pero su sonrisa se congeló en un instante—. ¿Y si me obligan?

«Voy a matar a Iskánder antes de permitirlo».

—No dejaré que te obliguen, Ilsa. Te llevaré de aquí si es necesario, donde nadie nos encuentre.

Ilsa sonrió con tristeza, como si estuviera a punto de llorar. Quentin rodeó la mesa e Ilsa lo abrazó.

—Si Naga llega a saberlo… —murmuró.

—Noah no le dirá nada, menos aún sabiendo lo que sucede con las mujeres en Tesar, quédate tranquila.

—No puedo.

—¿Quieres que vaya contigo a ver a Noah?

—Se va molestar porque aún no te fuiste.

—Me da igual, no puedo irme sabiendo que te encuentras así. ¿Quieres que te acompañe?

—Si, por favor.

—Ve a arreglarte. —Quentin se separó de ella y le tomó el rostro. Ilsa tenía los ojos enrojecidos, le temblaba el mentón y Quentin sintió que se le rompía algo adentro al verla así—. Yo terminaré de acomodar mis cosas, ¿sí? Ve a buscarme si terminas antes que yo, estaré en el establo. —Ilsa asintió—. Quédate tranquila, por favor, no dejaré que suceda nada que no quieras, ¿me oíste?

Ilsa asintió otra vez y él le dio un beso en la frente.

—Creo que la señorita Ilsa no necesita una escolta, Quentin, ¿qué haces todavía aquí? —El Gobernador estaba demasiado serio. Al parecer, la presencia de su hermano había contribuido a que su humor empeorase.

—Ilsa quiso que la acompañara.

Noah los miró por unos instantes y suavizó sus gestos al ver a Ilsa. Debería estar sudando temor e incertidumbre por cada poro de su piel.

—Está bien. Señorita Ilsa, conversé con Iskánder sobre lo que ocurrió y él está arrepentido por haberle faltado el respeto de la forma en que lo hizo.

—Él no… —Se apresuró a decir, pero su voz sonó extraña, al tener un nudo en su garganta le impedía hablar. Carraspeó antes de continuar—. No fue todo su culpa, señor, también fue mi responsabilidad.

—Comprendo. Iskánder está dispuesto a responder por ti, para que tu honor y reputación no se vean afectados.

—¿Eso qué significa? —preguntó Quentin.

—Que se casará con Ilsa, si ella considera que así debe ser.

Dejó de escuchar tras oír su nombre. Nada de lo que el Gobernador pudiera decir después podía ser bueno, en lo absoluto. Sintió que se derrumbaba el mundo sobre ella, ¿cómo era posible que tuviera que casarse? ¿Y solo porque besó a Iskánder? Eso no podía estar pasando. Miró a Quentin y le apretó la mano con tanta fuerza que vio su frente arrugarse por un muy breve instante.

Quería huir, escaparse, que nadie pudiera encontrarla nunca más. Le aterraba casarse con alguien que la obligara a hacer cosas que ella no quisiera, que controlara cada uno de sus pasos, que le gritara o la golpeara si algo no le parecía bien. Había visto como trataban a sus esposas en su país. Iskánder nació en Sitnor, pero su madre era tesariana y por eso se vestía así, por eso era tan delgado y tan alto, por eso conocía sus costumbres y su idioma, aunque a ambos se le hubieran olvidado la noche anterior. ¿Y si él también se comportaba como un maldito tesariano? Su corazón latía a tal velocidad que parecía que de un momento a otro iba a detenerse por completo.

—No tienes que hacerlo, Ilsa —dijo Quentin con toda la tranquilidad del mundo, como si los dos hubieran oído cosas diferentes. ¿Era cierto eso? Miró al Gobernador.

—Por supuesto que no tienes que hacerlo —continuó el Gobernador e Ilsa soltó todo el aire que, sin saberlo, retuvo en sus pulmones—. No se lo diré a Naga y menos aún lo sabrá tu familia, pero debes saber que si tu sentido de la tradición y el respeto que sientes por tus costumbres así lo dictaminan, puedes contar con que él responderá.

Ilsa miró a uno y a otro, y sintió que su alma regresaba a su cuerpo otra vez, como si todos los dioses y los Astros hubieran bendecido su destino y sus pasos para que ella pudiera seguir siendo

libre, absoluta y completamente libre.

—¡Que se jodan las costumbres! —exclamó sin poder contener la emoción que le cosquilleaba en el cuerpo y abrazó a Quentin por unos instantes. Cuando pudo calmarse, se separó de él y se dirigió a su hermano—. Perdón, señor. Temía que me obligaran, tenía tanto miedo que mi padre lo supiera.

Noah sonrió, comprensivo.

—Nosotros no estamos de acuerdo con esa clase de atropello a las libertades individuales ni con la forma en que las mujeres son tratadas en Tesar, aunque respetamos sus costumbres. En ningún momento pasó por mi mente obligarte a que te casaras con Iskánder, pero quería que supieras que él no dejaría que tú y tu familia se sintieran deshonrados por lo que ocurrió. La señorita Zaria nos dijo lo que ocurre con las mujeres en casos como el tuyo y no podía permitir que algo así te sucediera, bajo ninguna circunstancia.

—Gracias, señor Noah, no me alcanzará la vida para agradecerle lo que ha hecho por mí.

—Solo hice mi trabajo. Ya pueden retirarse.

—Gracias —dijo Quentin y Noah sonrió.

—Cuídate —respondió.

Lo acompañó al establo, lo vio montar en su yegua, lo vio partir, sin que ninguno de ellos dijera una sola palabra desde que salieran del Palacio de Gobierno. Lo vio regresar, con los ojos enrojecidos, lo vio desmontar y correr a ella, otra vez. Se abrazaron, por supuesto. ¿Qué más podían hacer? Sabían que se quebrarían en pedazos en cuestión de días, que el mundo perdería los colores, los sabores y los aromas. Eran conscientes de que nada volvería a estar en el sitio correcto hasta que estuvieran juntos otra vez.

—Ven conmigo —dijo, con la voz rota, que sonó casi infantil, cuando no lo era. Su cuerpo, grande y fuerte, en ese momento se sentía pequeño y frágil. Parecía, incluso, que se desintegraría de un instante al otro, en sus brazos, mientras ella hacía un esfuerzo por sostenerlo. Era una tortura separarse, más aún al no tener la certeza de cuándo volverían a verse otra vez.

Ilsa contuvo las lágrimas. Vio a Zaria regresar y mirarlos con curiosidad y confusión, por lo que escondió su rostro en el hombro de Quentin. ¿Cómo podía volver a Tesar, si ella se sentía igual que él? Quería seguirlo hasta el fin del mundo…

—No puedo —dijo después de haber reunido todo el coraje posible, sin estar segura de dónde provenía.

—¿Cómo hiciste? La otra vez, ¿cómo hiciste para irte? ¿De dónde sacaste las fuerzas para poder irte, Ilsa? —preguntó.

—No lo sé —sollozó. Quentin pareció sentirse renovado, de pronto, y se separó de ella. Si había algo que Quentin no podía soportar era verla llorar y hasta ella podía sentir la pena que lo invadía cuando lloraba.

—Perdóname —sonrió, o intentó hacerlo, al menos. Le tomó el rostro y le quitó las lágrimas que le rodaban por las mejillas con sus pulgares—. Estaremos bien. Por favor, perdóname.

Miró a su alrededor y parecía que todo el mundo se había detenido para verlos. Los soldados, enfundados en sus armaduras plateadas, habían dejado de caminar; las enfermeras estaban apoyadas en la puerta abierta, el armero tenía una maza colgando de su mano izquierda, la muchacha que trabajaba en la casa del vicegobernador quedó inmóvil con un canasto recargado en su cadera, la lavandera había dejado de tirar del carro desbordante de telas arrugadas y el hombre que llevaba las verduras, tampoco movía su carreta. Se sintió incómoda, avergonzada, con tantos ojos puestos en ellos.

—Todos nos están mirando —susurró.

—Deben estar esperando a que nos besemos —rio y ella lo imitó, irremediablemente. Podía ser tan infantil a veces.

—Ya vete, por favor.

—Sí, tengo que irme.

—No puedes irte si no me sueltas, Quentin.

—¿Y si te rapto y te llevo conmigo?

Ilsa rio.

—Te perseguirán los soldados de tu hermano.

—E Iskánder —murmuró y se apartó de ella.

—*Shrakjta*, no me gustaría cruzármelo de nuevo, al menos por un tiempo. Estoy muy avergonzada.

—No me parece, creí que iba a ser un espectáculo más…

—Ya cállate —rio. Quentin sonrió y le dio un beso en la frente.

—No hagas nada sin pensarlo, por favor, ten cuidado.

—Sí, lo haré.

—Adiós, pequeña. Espero que pronto podamos encontrarnos de nuevo. —Su mano se cayó desde su mejilla hasta su hombro y, de allí, hasta tomar su mano y retrocedió un paso.

—Ten cuidado, por favor. —Ella también dio un paso atrás, pero ninguno de los dos podía soltar al otro. Querían sentir por unos instantes más ese hermoso cosquilleo que les recorría el cuerpo y les llenaba el corazón de la más pura alegría.

Quentin, finalmente, separó sus dedos de los de ella y se marchó. Ilsa le dio la espalda y también corrió, incapaz de verlo alejarse. Enara estaba en la puerta que separaba los patios y la tomó del brazo cuando pasó a su lado. Ilsa la miró y vio el dolor con que la miraba esa mujer. Rompió en llanto y Enara la abrazó.

—Tranquila, estará todo bien —dijo, sosteniendo el peso de Ilsa, que se había recargado en ella.

Ilsa no podía responder, aunque quisiera. Todo ese llanto le ahogaba la garganta, los ojos y los pensamientos. Aún sabiendo que lo que Enara decía no sería cierto, no tenía caso contradecirla y se sintió agradecida por tener alguien con quien desahogarse, nunca antes lo tuvo, nunca nadie supo lo que le sucedía.

Enara la llevó a la habitación y se sentó junto a ella. Ilsa se hizo un ovillo en la cama y la mujer le acarició el cabello un largo rato, hasta que escuchó ruido proveniente de la cocina.

—Debe haber llegado Noah. —Ilsa se sentó en la cama—. Muchas gracias por acompañarme.

—No hay problema —dijo.

—Estaré bien —sonrió—. Hace casi veinte años que vivimos así. —Enara frunció el ceño, evidentemente confundida e Ilsa se preguntó por qué nadie se lo había dicho aún—. Somos parte de la misma Estrella.

—Por todos los cielos. —Las palabras se escaparon de entre sus dedos, con los que se había cubierto la boca.

—Solo… debo acostumbrarme a la horrible sensación de estar lejos de Quentin. Pero no te preocupes, por favor.

—Debe haber sido muy difícil para ustedes, no quiero imaginármelo.

—Es lo más terrible y, a la vez, lo más hermoso que podría sucedernos. —Ilsa recordó las palabras de Quentin y, la verdad, era lo que mejor resumía sus sentimientos—. Estoy habituada a pasar por todo esto sola y todavía Quentin no se ha alejado lo suficiente como para que pueda

afectarme.

—Llámame si me necesitas, ¿sí?

Ilsa asintió y Enara cerró la puerta al salir. Se quedó sola, mirando las vigas del techo. Otra vez el dolor de estar lejos de Quentin y no entendía la razón de ese malestar. Nunca lo había hecho, pero en esos momentos la duda se le hizo más grande que antes.

—Estrella, ¿me oyes? Por favor, sé que Quentin puede hablar contigo, que tú has respondido a veces. ¿Estás ahí? Necesito comprender, estrella.

—Ilsa Zvezda. —Su voz era hermosa, tan dulce y calmada que se sintió abrumada. Se sentó en la cama con las manos en el pecho. Su corazón latía con la fuerza de mil tambores y su respiración se hizo corta y rápida.

—Estrella… —murmuró.

—Dime, Ilsa Zvezda, ¿qué es lo que te perturba? —preguntó con amabilidad.

—¿Por qué nos elegiste a los dos? Podrías haber escogido a uno o a otro, pero ¿por qué a los dos?

—Porque estarían solos e incompletos, aun si yo no me hubiera fijado en ustedes. Tarde o temprano, sus caminos iban a cruzarse.

—¿Y por qué nos sentimos así?

—Porque están unidos por el amor.

—¿Qué? ¿Cómo que…? —Ilsa pensó en todos los días en que estuvo en Sitnor, en cómo de a poco fue acostumbrándose a estar cerca de Quentin sin tener esa inquietante necesidad de besarlo o acercarse a él; en cómo el solo hecho de estar en la misma ciudad le bastó para sentirse como se suponía que se sintiera una persona normal y que a él no le molestó lo que sucedió con Iskánder, más allá de la comprensible molestia al ser ella tesariana y no haber respetado sus costumbres. Ilsa negó con la cabeza. Su estrella tenía que estar equivocada—. *Eso no es posible, si fuera así, lo sabríamos, ¿no crees? Nos daríamos cuenta.*

—El amor es un sentimiento muy grande, Ilsa Zvezda. No amas de igual forma a personas diferentes. El amor es amor, y no necesita una explicación. No intentes ponerle un nombre o definirlo con simples palabras, porque nunca te acercarías a su verdadero significado. Lo que los une es solo amor, puro, desinteresado, que no pide nada a cambio y solo se contenta con dar, con entregar, con saber que el otro está bien y a salvo.

Ilsa sonrió al comprender a qué se refería, puesto que eso era lo que sentía por Quentin más que por cualquier otro ser humano, incluso más que por su padre, pero eso no explicaba lo que había ocurrido las primeras veces que se encontraron.

—¿Entonces por qué sentí deseos de acercarme a él… de esa forma… cuando nos vimos en Drioed-ta?

—Recuerda. Ya sabes la respuesta, Ilsa Zvezda. Tú misma se lo dijiste a Quentin Guna, y él te lo dijo a ti. Confundieron sus emociones.

—Pero él, ahora… Creo que él sigue confundido.

—Tal vez. Tal vez no.

Ilsa se puso de pie sobre la cama y señaló al techo con un dedo acusador.

—¡Tú lo sabes! Sabes lo que a él le sucede.

—No es algo que me corresponde decir o decidir, Ilsa Zvezda, y a ti tampoco. Quentin Guna es libre de hacer las cosas como a él le parezcan mejor, de sentir y de callar, también.

Ilsa se dejó caer en la cama nuevamente. Estaba tan desconcertada como al principio de la conversación.

—Es mi… Quentin. Tengo derecho a saber qué le ocurre —refunfuñó.

—Tienes tanto derecho, como él de saber lo que no le dices, por alguna razón. Que yo sepa algo de cualquiera de ustedes, no significa que pueda hablar al respecto.

—Yo no le oculto nada.

—¿Segura?

Pensó en que sí, que había callado algunas cosas, pero que lo había hecho para que él no se sintiera mal. No tenía caso perturbarlo con sus problemas, cuando sabía que él tenía los suyos propios y, quizá, peores. Ella había matado a un solo hombre y él a cientos, desde hacía años.

—Adiós, Ilsa Zvezda.

—¿Qué? No, espera ahí. —Ilsa se arrodilló en la cama unos segundos, para luego bajar al suelo y correr por la habitación—. *¡No te vayas!*

Pero la estrella ya no contestó y se preguntó en qué invertiría su tiempo un Astro. ¿Qué podía ser más importante que ayudarla a resolver sus dudas? Después de todo, las tenía gracias a la intervención que la misma estrella hizo en sus vidas.

Ilsa volvió a dejarse caer en la cama. Al final, no había resuelto nada y tenía más preguntas que antes.

—¿Quentin?

—Dime.

—¿Qué sientes?

—¿A qué te refieres?

—Cuando estamos juntos, cuando estuve con Iskánder.

—¿A qué se debe el interrogatorio?

—Quiero saber, porque no entiendo. No comprendo qué es lo que nos hace sentir tan mal cuando nos separamos.

—Es que dejamos de ser uno. Al menos, eso es lo que entendí. Cuando nos alejamos…

—Pero, ¿por qué? No comprendo y de verdad que quiero hacerlo. Ya sé a lo que te refieres, pero no logro entender nuestra confusión inicial, por ejemplo. ¿Por qué quisimos besarnos?

—Por los dioses, Ilsa, no vuelvas a lo mismo. Es incómodo…

—¿Por qué te pones incómodo?

—Yo qué sé. Porque… es algo que sucedió hace tiempo y ya no tiene caso hablar de eso. Ninguno de los dos sabía lo que estaba haciendo.

Ilsa sonrió.

—A veces me pregunto qué hubiera sucedido si nos hubiéramos besado.

—Por los dioses, ya déjalo.

—¿Nunca te lo preguntaste?

—No voy a responder a eso.

—¿Por qué?

—Porque no tiene sentido hacerlo.

—Estás nervioso.

—¿Por qué estás haciendo esto? ¿A dónde quieres llegar?

—Quiero saber qué te sucede, qué sientes, qué piensas…

—Lo lamento, señorita, pero hay cosas que prefiero no compartir con nadie.

—Pero…

—Yo no te pregunto sobre ciertos asuntos, estaría bien que respetaras mi privacidad, aunque ya sé que no se te da muy bien.

Ilsa rio al recordar que se había molestado por entrar en su habitación sin pedir permiso y, aunque sabía que se sentiría incómodo, continuó hablando.

—Bueno… te ves bastante bien sin camisa, siendo sincera.

—Maldición, Ilsa… ¿Por qué…? —Quentin hizo un breve silencio e Ilsa volvió a reír, sabiendo lo avergonzado que estaría—. *¿Por qué dices esas cosas?*

—Porque estoy aburrida y tú no quieres aclarar mis dudas.

—¿No tienes nada útil para hacer?

—No, estoy en la habitación, revolcándome en mi miseria y, la verdad, prefiero estar molestándote a ti que estar con Enara y Noah, que me van a mirar con cara de lástima. Se lo dije a Enara… Espero que no te moleste.

—No, no me molesta. Aun así, creo que cuanta menos gente lo sepa, va a ser mejor.

—¿Por qué?

—Porque si alguien de Pyebra lo sabe…

—¡Oh! Comprendo… ¡Podrían tomarnos a uno o a otro para obligarnos a hacer cosas!

—Si alguien se atreve a ponerte una mano encima, soy capaz de destruir el mundo entero, Ilsa.

—Y yo también lo haría por ti.

—Bueno, ahora ya sabes lo que siento, eres la persona más importante para mí. Aunque no sé explicar por qué es así, solo… lo sé y lo siento de esa forma. Llegamos a un poblado y pasaremos la noche aquí. Debo ocuparme de algunas cosas…

—Comprendo, cuídate.

Ilsa volvió a quedar sola con sus cavilaciones. Quería comprender demasiadas cosas, pero no llegaba a conseguir todas las respuestas que necesitaba. La estrella había respondido a medias y Quentin no era del todo claro. Tampoco sabía por qué se había empecinado en encontrar respuestas y en molestar a Quentin con sus dudas. Quizás era porque sospechaba que él… sí la veía de forma diferente.

37

Tesar Ciudad Capital

El rey Atkjer se había sumido en una patética angustia desde el incidente entre sus hijos y él, pero esta se volvió más deprimente y exasperante cuando faltaban pocos días para que los dos hijos menores del soberano se marcharan. Zelig se disculpó con su padre en privado y prometió que intentaría hacer cambiar de parecer a Egil mientras estuvieran afuera, pero Atkjer no fue demasiado optimista. Era evidente que el viejo tenía alguna cosa más por la que se preocupaba, pero Zelig no logró descifrarlo, así que se decidió a intentarlo una vez más antes de partir.

La primera vez quiso comportarse como Verj lo haría, pero el Segundo Príncipe era demasiado formal con su padre y lo trataba casi como a un desconocido, así que se le hacía un poco complicado imitarlo; ni el viejo se creería esa puesta en escena, aun cuando Zelig era un experto mentiroso. En la segunda ocasión que Atkjer lo recibió, pensó que si imitaba a Ogdev le resultaría mejor. Correcto, comprensivo, racional, conciliador, pero tampoco le sirvió de mucho y, antes de perder la paciencia del todo, quiso intentarlo una última vez. Sabía que tarde o temprano descubriría qué le pasaba al viejo, pero a Zelig le gustaba demasiado jugar.

Ensayó un discurso ni muy extenso, ni muy corto, cargado de dolor y culpas varias. Verj le había explicado hacía tiempo que intentar manipular a las personas colocándose a él mismo en una posición de víctima no era correcto y haría que con quienes interactuara se sintieran mal por situaciones que, por lo general, no les correspondían. Sin embargo, Verj no estaría en esa habitación y sabía que el viejo se sentía, normalmente, muy miserable por tener hijos con distintas madres y hacía cualquier cosa para que los hijos de Atharja no se sintieran diferenciados de los príncipes.

—Perdóname, padre —comenzó Zelig con actitud abatida—. Quisiera poder rechazar esta vez el encargo de Verj, pero ya sabes… Debo ir con Egil, por si algo le ocurre. Son tiempos peligrosos y no estamos seguros de que él pueda defenderse por sí solo.

—Está bien, hijo. —Había tristeza en su mirada, preocupación y miedo. Zelig era muy bueno leyendo las reacciones y emociones de la gente, aunque no comprendiera muchas de ellas y nunca hubiera sentido otras tantas.

—Yo nunca tomé partido entre usted y ellos, intenté mantenerme al margen de todo esto, pero ellos… los príncipes tienen una idea muy clara de lo que quieren y usted está siempre ocupado y no tiene tiempo para mí, por lo que me dejé influenciar más de lo que es correcto, perdón. —El rostro de Atkjer se puso aún más triste y sombrío y le tomó las manos. Si hubiera tenido alguna clase de sentimientos, se le hubiera roto el corazón, sin lugar a dudas, pero solo le causó rechazo que un hombre tan débil fuera el rey de una nación que podría ser la más poderosa del continente. Verj debería estar al mando del reino, él sí tenía las pelotas bien puestas y sería capaz de llegar él mismo hasta Pyebra y cargarse a la reina Viktoria con sus propias manos, por más bruja y poderosa que fuera. Zel pensó que le encantaría presenciar esa escena, pero antes de sonreír por lo glorioso que sería estar ahí en ese momento, apartó esas ideas y continuó diciéndole al rey lo miserable que era y que, desde que estaba en el palacio, se sentía con las manos atadas al no poder siquiera opinar de los asuntos que involucraban al reino—. Yo no soy más que una marioneta en todo esto, padre.

—No digas eso, hijo…

—No es necesario que mienta para hacerme sentir mejor, padre. Ya lo asumí hace rato. Si me dicen que vaya, voy; si me dicen que regrese, regreso. Hablo si me lo permiten, lucho si me lo ordenan, vivo para serv…

—No lo digas, no digas eso. —Atkjer lo miró, alarmado y dolido—. Eres mi hijo, como los príncipes, como tus hermanas.

Zelig sonrió con toda la tristeza con la que fue capaz de hacerlo y los ojos de su padre se humedecieron. Se felicitó a sí mismo por su excelente actuación. Ya podría pedirle cualquier cosa que quisiera y su padre se la daría.

—Pero no vine a hablar de mí, padre. Sé que me iré y se quedará con los príncipes, pero no puede hablar mucho con ellos. Lo he visto muy mal desde hace días, se nota muy perturbado, ¿qué le sucede?

Podría pedirle la maldita corona si quisiera, pero en esos momentos tenía otros intereses. Ya lo había pensado antes, había pensado qué haría si fuera rey, pero las conclusiones a las que había llegado no le satisfacían por completo y, poniendo en una balanza los beneficios del anonimato y los que supondría tener una corona sobre su cabeza, prefería seguir siendo nadie. Ni siquiera ser considerado príncipe le llamaba demasiado la atención. Podía conseguir lo mismo que sus hermanos viviendo allí y tenía menos presiones y muchos menos ojos vigilantes a sus espaldas.

—Lo descubrirás de todas formas. Tus hermanos no me lo perdonarán. —El viejo ocultó su cobarde rostro con las manos y se echó a llorar. Zel puso los ojos en blanco antes de posar una mano en su hombro y decir algo para consolarlo. El rey lloró y sollozó, pero no soltó una maldita palabra y ya estaba empezando a perder la paciencia—. Intenta convencer a Egil de que no vaya a Verkrity, Zel.

—Ya lo intenté, padre —murmuró afligido—, pero está empecinado en ir.

En ese mismo instante quería partir hacia el Palacio de Invierno, aunque faltaran algunas semanas para que la nieve se despejara de los caminos. «Habría que ser muy cagón para acobardarse por un par de metros de nieve» pensó. Tenía que convencer a su hermano menor de dejar la capital cuanto antes, le picaba demasiado la intriga.

La tortura con su padre finalizó cuando un guardia llamó a la puerta de la sala. El rey se recompuso y Zel se escabulló por una abertura disimulada detrás de una biblioteca. No era conveniente que lo vieran a solas con el rey, ya había comprobado que los tesarianos tenían una mente muy retorcida, inventaban romances, revolcones y demás si dos personas pasaban mucho tiempo juntas. Zel se había encargado de un par de tipos que habían sembrado dudas sobre la sexualidad de Verj al verlo demasiadas veces acompañado de su hermano bastardo.

La verdad, a Zel no le importaba demasiado la sexualidad de las personas, menos aún cuando él mismo había experimentado con ambos sexos y disfrutó tanto con unos y como con otros, pero la hombría de Verj no podía ser puesta en duda, porque era el maldito Segundo Príncipe.

«Con lo bien que uno se la puede pasar» pensó al llegar a los aposentos de Egil. Antes de que su hermano abriera la puerta, decidió que esa noche iría a visitar a los esclavos morroínos. Ellos sí que sabían disfrutar sin reparos y, además, eran muy discretos.

Mucho antes de que comenzara a retirarse el manto blanco que cubría al bosque de *vygkiary tzarr* que rodeaban al palacio, Egil y Zelig dejaron la residencia real. No le costó mucho convencer a su hermano de largarse cuanto antes, ya que Egil estaba harto de estar allí.

Zelig estaba ansioso como hacía tiempo no lo estaba y quería comerse los seiscientos cincuenta kilómetros que los separaban de Verkrity para descubrir qué demonios sucedía allí. Sin embargo, la nieve realmente les complicó las cosas, los retrasó de forma considerable y pasaron

tanto frío que varias noches creyeron que morirían mientras dormían, aun cuando se resguardaban en contra de los vientres de sus monturas, en el reparo de una tienda que podía cubrirlos por completo.

—No sé a quién demonios se le ocurrió venir a vivir al congelado culo del mundo —decía Egil con frecuencia. Y Zel no podía estar más de acuerdo.

Hasta Dath Tenz lo tuvieron difícil, pero entre medio de los lagos Zwiershadla Naveshia[34], las zonas habitadas eran mucho más frecuentes y los caminos se mantenían medianamente decentes, ya que se encargaban de mantenerlos despejados y echarles sal para facilitar el tránsito entre los poblados. Otra vez tuvieron algunas dificultades para subir hasta Verkrity, pero no había nada imposible para dos muchachos; uno furioso y el otro con una curiosidad impresionante.

El Palacio de Invierno estaba emplazado en las afueras de la ciudad; era un castillo bajo, de piedra recubierta de argamasa, de arquitectura simple, amplio y tan solo de tres plantas, rodeado de un bosque de pinos que se extendía hasta perderse de vista su final. Los guardias los detuvieron en la entrada y Egil se tomó su tiempo para que sus manos entumecidas y enguantadas quitaran todos los abrigos que le protegían el rostro del terrible frío tesariano.

El guardia que se acercó a hablarles, tan cubierto de pieles como estaban ellos. Los saludó sin mostrar más que desprecio y Egil tuvo que presentarse con su nombre y título para lograr alguna palabra amable. Aun así, los hombres no bajaron sus armas y se negaron a permitirles la entrada.

Egil, ya harto del trato que estaban recibiendo, les ordenó apartarse, pero los guardias persistieron en su postura, hasta que el Tercer Príncipe de Tesar espoleó su caballo e hizo que su enorme animal los empujara a un lado, obligándolos a que abrieran las puertas.

—¿Qué les sucede? —preguntó a Zelig mientras subían el serpenteante camino que llevaba hasta la residencia.

—¿Y cómo se supone que yo lo sepa?

Egil dijo alguna cosa incomprensible e instó a su caballo a que aumentara la velocidad, por lo que Zelig lo imitó.

Cuando llegaron a la entrada, Egil desmontó y se apresuró a llamar a la puerta. Zel permaneció en su caballo, sosteniendo las riendas del otro animal. Una jovencita de cabello oscuro apareció tras la puerta, pero unos segundos después se presentó a su lado un joven algo más alto que ella y Zelig notó que tenían un sorprendente parecido, por lo que asumió que eran hermanos. El muchacho ordenó a la chica a entrar, salió al frío exterior y cerró la puerta tras él.

—¿Quiénes son ustedes y qué desean aquí? —preguntó mirándolos con una mueca de absoluto desprecio—. No sé cómo les permitieron entrar, no damos alojamiento a los viajeros.

No debía tener más que unos trece años, pero parecía querer aparentar ser mayor. Por sus gestos parecía un niño malcriado cuya familia cayó en desgracia y a quien se le olvidó cuál era su lugar.

—Soy el Tercer Príncipe de Tesar, chico. Apártate, vengo a ver a la reina Valka, mi madre.

El joven abrió los ojos al doble de su tamaño y sus manos cayeron laxas a los lados. Egil lo miró como si no comprendiera qué le sucedía y Zel desmontó de un salto. El sorpresivo ruido de sus botas al chocar contra las piedras hizo que el joven saliera de su estupor y corriera hacia la puerta.

—No puedes pasar… —Extendió los brazos frente a Egil, como si con eso fuera a impedirle la entrada al príncipe.

Zelig caminó hasta él, lo levantó del suelo y lo depositó a un lado. Egil rio y le revolvió el cabello al muchacho.

—También soy dueño de este castillo, niño, no puedes, ni deberías, prohibirme el paso. Agradece que esté de buen humor y que mi madre no se merezca presenciar una escena, o te daría tu merecido aquí mismo.

El menor de los príncipes abrió la puerta y se perdió en su interior.

—¿Dónde está el establo? —preguntó Zel al sorprendido joven. Como no le prestaba atención, le golpeó la mejilla con la mano enguantada.

—¿Qué? —dijo con voz apenas audible una vez que fijo sus ojos celestes en Zelig.

—El establo, chico. Los caballos se congelan. ¿Qué te sucede? No eres muy bueno haciendo tu trabajo, por lo que veo.

—Mi madre… ella es ¿la reina? —susurró. Zelig quiso soltar una exclamación y reír a carcajadas por lo absurdo de la situación, pero se contuvo de hacerlo.

—Demonios —dijo, en cambio—. ¿Valka es tu madre? —El chico asintió—. ¿Y tu padre es…?

—Reidar —dijo y se llevó las manos a la cabeza. Las tenía moradas ya y le temblaban como una hoja en un vendaval.

—Debí imaginarlo. El guardaespaldas de la reina. —Zelig no hizo ningún esfuerzo por ahorrarle un segundo golpe y el muchacho lo miró espantado—. Acompáñame, vamos al establo o perderás alguna parte de tus manos.

El joven no reaccionaba, por lo que Zelig lo arrastró del brazo, y lo llevó por el camino que bordeaba el edificio. Necesitaba con urgencia que alguien se encargara de los animales para poder entrar a ver qué sucedía en el interior, por lo que empezó a gritar para pedir la ayuda de los sirvientes.

Egil entró al hall del palacio y se encontró con la niña que antes abrió la puerta. Junto a ella, una mujer de rostro severo y sorprendido la sostenía por los hombros. El príncipe se sacudió la nieve que tenía encima y esta cayó como diminutas perlas en la alfombra a sus pies.

—¿Mi madre? —preguntó sin dilaciones, pero ninguna de las dos reaccionó—. La reina Valka… Por Sinmá, ¿acaso me comprenden?

La mujer se compuso y se presentó, de forma nerviosa, como el ama de llaves.

—Le avisaré a la reina que ha llegado —dijo con la voz temblorosa y, tomando a la impactada muchacha, desaparecieron tras una puerta al final del pasillo.

Egil comenzó a quitarse los abrigos y le sorprendió que no hubiera nadie allí para recibirlos. Rebuscó sin éxito alguno en las paredes de madera tallada, por si veía alguna perilla que indicara que era un armario. Al no encontrarla, miró a su alrededor, pero como no halló dónde colgarlos, los sostuvo entre las manos. Se preguntó por qué la reina no tenía los sirvientes necesarios para asistirla como se merecía.

Esperó y esperó por largos minutos y nada ocurrió. Se dio la vuelta, abrió la puerta y vio que Zel y el muchacho ya no estaban, así que supuso que fueron a llevar los caballos al establo. Esperó y continuó haciéndolo, pero al ver que nadie se presentaba a recibirlo, caminó hacia el interior.

Nunca había estado allí, ya que la reina era la única que visitaba el lugar en los meses de invierno, así que se dispuso a recorrerlo. El pasillo de entrada desembocaba en un punto en el que se topaba con dos puertas cerradas, una escalera de madera y una arcada que llevaba a un amplio salón. Al no saber a dónde llevaban las puertas, decidió caminar hacia su derecha. La habitación mantenía una decoración bastante parecida a la del palacio de la capital y, se diría, era muy similar a uno de los salones donde pasaban más tiempo, antes de que todo se fuera a la

mierda con el rey.

Egil hizo un esfuerzo por olvidar el malestar que le causaba pensar en su padre, ya que había decidido no perturbar a la reina con sus problemas. De seguro la pobre mujer ya tenía suficiente con su delicado estado de salud.

Encontró un perchero en un rincón y se dirigió hacia allí para colgar sus abrigos, pesados por la humedad de la nieve ya derretida. Le sorprendía que su madre tardara tanto en recibirlo, aunque podía comprenderlo porque no le había anunciado de su llegada. Se preguntó si estaría bien de salud o si su enfermedad estaba imposibilitándole bajar a verlo; se retorció las manos, nervioso, y se sentó en un sillón justo frente a la entrada, pero no pasó mucho hasta que se levantó y se acercó a los ventanales. Egil pasó las manos para quitar el vapor que se había condensado en ellos, empañándolos, y contempló el exterior.

A través de los cristales se tenía una visión de un jardín cuyos muebles estaban cubiertos de una gruesa capa blanca. Los sillones, una mesa, una hamaca de madera, una mecedora, todo parecía haber sido fabricado con nieve. Más allá del jardín, había una glorieta de grandes dimensiones, de madera tallada, en el que se podían ver algunos pequeños ciervos comiendo. Las ardillas iban y volvían desde los árboles hasta el refugio a buscar las semillas que sin dudas allí había dejado su madre.

Egil sonrió, porque en la capital, la reina siempre alimentaba a las aves y a los pequeños animales que vivían en el bosque dorado, aunque allí no tenía un lugar tan bonito como ese; tan solo salía en las mañanas a dejar semillas en algunos pequeños comederos que había colgado en los árboles.

—Hijo. —La voz de su madre lo hizo sobresaltar. Se giró y la vio bien para su sorpresa. Quizás un poco pálida, pero nada preocupante. Sonrió aliviado y se acercó a ella.

—Madre. —Egil la abrazó y le dio un beso en la cabeza.

—¿Qué haces aquí? ¿Qué ha sucedido? —La reina lo condujo a uno de los sillones.

—Tuve problemas con Atkjer y decidí dejar la capital. Zelig me acompañó hasta aquí.

—No deberías haberte arriesgado, podría haber ocurrido algo en el camino.

—Congelarnos, como mucho —sonrió—. ¿Tú cómo has estado?

—Bien, hijo. ¿Qué sucedió con tu padre?

—Lo de siempre. Su terquedad y falta de iniciativa me exaspera; no hace nada más que esconderse cuando es necesario que se involucre, que apoye a Sitnor y, para terminar de arruinar las cosas… —Egil se puso de pie y se acercó al ventanal pero, al ver los animales que llegaban con toda tranquilidad y confianza, dejó de hablar del tema y sonrió—. No quiero molestarte con estos asuntos, tú vienes aquí a descansar y para cuidar de tu salud.

Valka sonrió y Egil notó algo extraño en ella, cierto nerviosismo que nunca antes había visto, pues era una mujer muy controlada. Crió a tres hijos molestos, que discutían a diario o daban vuelta el castillo con sus travesuras y jamás la vio así, a pesar de lo traviesos que los príncipes fueron en su infancia. Valka se retorcía las manos y miraba constantemente a la entrada del salón.

—¿Qué sucede? —preguntó con el ceño fruncido y Valka se sobresaltó—. ¿Qué tienes, madre?

—Nada, yo…

Egil se sentó frente a ella y le tomó las manos.

—Dímelo, ¿qué ha ocurrido? ¿Hay alguien aquí que te esté molestando? ¿Dónde está Reidar? —preguntó bajando la voz. Los ojos de Valka viajaban desde los de su hijo menor hasta la entrada al salón de forma nerviosa, como si estuviera esperando que alguien llegase a

perturbarlos. Recordó las miradas que recibió del muchacho y de las dos mujeres en la entrada y algo en su interior saltó—. Esos jóvenes extraños que están aquí, ¿quiénes son? Ni siquiera sabían que eras la reina de Tesar.

Valka escondió el rostro entre las manos y comenzó a llorar.

Zelig y el chico llegaron al establo sin encontrar a nadie que los ayudara con los animales, por lo que instó al muchacho a que lo asistiera. El muchacho no tenía ni la más mínima idea de cómo hacer las cosas y, además, estaba muy perturbado por las noticias que había recibido. Lo normal para alguien que acaba de descubrir que su vida no era más que una maldita farsa.

—¿En serio no tenías idea de quién era tu madre?

—¿Y tú quién eres, a todo esto? ¿Uno más de mis hermanos?

—Oh, no. Soy hermano de los príncipes, pero por parte de padre. Uno de los bastardos del rey Atkjer, así que no somos parientes directos —contestó con toda normalidad.

—Así que somos dos bastardos… —sonrió irónicamente.

—Podría decirse que sí. Soy Zelig —dijo y tendió la mano.

—Boryak —respondió al saludo.

—La chica que abrió, ¿es tu hermana?

—Sí, Chyesna. —El muchacho se sentó en un fardo y se cubrió el rostro—. Mi pobre hermana… ¿Cómo…?

—No es tan malo como parece. Los príncipes tienen una vida de mierda, eso puedo asegurártelo.

—¿Y nosotros? ¿Crees que es vida la que llevamos? Es una mentira, todo esto. Mi madre, mi padre…

—Lo sé, es duro, pero terminarás por aceptarlo. Tampoco es que tengas demasiadas opciones. —Zelig encogió los hombros y Boryak lo miró con el ceño fruncido.

—Ni siquiera puedes aspirar al trono, ¿por qué te lo tomas así?

—¿No escuchas cuando hablo? Los príncipes llevan una vida de mierda, de la que no envidio ni medio segundo. Soy libre, no debo mirar por detrás de mi espalda a cada instante, no estoy obligado a hacer nada y tengo todo lo que deseo.

Boryak se puso de pie y caminó hacia la salida.

—Mi madre deberá darme explicaciones de esto.

Zelig lo tomó del brazo y lo detuvo.

—Tu madre no te debe nada. —El muchacho quiso zafarse del contacto, pero Zelig lo sostuvo con fuerza—. Pudo deshacerse de ti en cuanto supo que vendrías al mundo y, sin embargo, tuvo el valor suficiente para parirte a ti y también a tu hermana.

—No sabes nada de nosotros.

—Sé lo que necesito y voy a evitar que hagas un berrinche innecesario.

—¿Berrinche? Alguien llega a mi casa diciendo que es el hijo de mi madre, que ella es la reina de Tesar, ¿y tú crees que yo haré un berrinche? Ese tipo…

—Egil, se llama. Dirígete a él con respeto, niño. —Lo señaló con el dedo, con actitud amenazante, lo que, en lugar de amedrentarlo, lo enojó aún más—. No solo es tu hermano mayor, sino también el Tercer Príncipe de Tesar.

—¡Me importa una mierda quien sea! —exclamó. Quiso empujar a Zelig para quitárselo de encima, pero él le dio una bofetada y el muchacho lo miró asombrado.

—Contrólate, mocoso. Ni los príncipes ni tú son culpables de lo que ocurre con esta familia. Compórtate como un hombre racional, no como un caballo desbocado. Lo único que harás

reaccionando sin pensar, es herir más a tu madre. —«Vaya, eso sonó a algo que diría Verj» pensó divertido. Boryak lo miró a los ojos y Zel pudo ver en ellos la batalla que se estaba librando en su interior—. Quédate aquí hasta que la reina mande a buscarte.

—Yo podría ser un príncipe —murmuró apretando los dientes.

—Podrías ser las cenizas de un aborto de hace quince años, también, pero la reina tuvo las agallas necesarias para decirle al rey que esperaba un hijo de su amante y el rey fue lo suficientemente piadoso para permitirte vivir.

—¿Debo darles las gracias? ¿Eso dices?

—Solo comportarte como una persona madura y racional. Tienes una hermana que te necesita. No ganarás nada enfrentándote a tu familia, al contrario, perderás hasta tu vida. Los príncipes son muy buenas personas, y los reyes también, más allá de sus errores.

—Justifícalos cuanto quieras, pero no por eso dejas de ser un bastardo.

—Y tú tampoco dejarás de serlo, por más que grites o patalees.

La puerta del establo se abrió de repente y una esbelta figura masculina, que se recortó en la claridad del exterior, llegó cargada de copos de nieve y ventisca helada.

—Zelig, muchacho. —Reidar lo saludó con un amable y, a su vez, nervioso apretón de manos. Miró a Boryak, pero este lo ignoró apartando el rostro.

—Capitán… Estábamos teniendo una charla bastante interesante con tu hijo. Qué mejor que un bastardo para decirle cómo funcionan las cosas en nuestra gran familia.

—Yo no soy parte de… —Se puso de pie de un salto para contradecir a Zelig.

—¡Boryak! —exclamó Reidar con firmeza y el muchacho cerró la boca—. Ve con tu hermana ahora mismo, está en la sala de arriba. Se quedarán allí hasta que vayamos a verlos.

—¿Me lo pides como padre o lo ordenas como guardaespaldas de la reina?

El rostro normalmente sereno y controlado de Reidar se transformó en la misma máscara de fiereza que veía cuando entrenaban en el Palacio Dorado. Zelig intuyó que le daría la paliza de su vida al muchacho, por lo que se interpuso entre ambos y sujetó el brazo de Reidar antes de que su mano cayera con pesadez sobre su rostro. Escuchó al muchacho retroceder y caer sentado en los fardos, mientras el oficial y él continuaban forcejeando. Al ver que Reidar no iba a calmarse, le torció el brazo, y lo arrojó de cara al suelo.

—Vete, chico —dijo Zelig, y el muchacho salió corriendo del lugar, sin esperar a que se lo repitieran.

—Quítate, Zelig. —Reidar forcejeaba e intentaba girarse para quitárselo de encima.

—Cuando te calmes. ¿Crees que dándole una paliza al mocoso mejorarás las cosas?

—No eres padre, no sabes…

—Bla bla bla. —Zelig se acomodó sobre la espalda de Reidar, sin soltar su brazo—. Soy tan bastardo como él y comprendo su furia. Déjalo, ya lo asimilará. —Sintió cómo los músculos del guardia de la reina se relajaban y perdían todo deseo de moverse—. Si quieres golpear a alguien, dímelo y nos rompemos las caras a gusto, pero no voy a permitir que descargues tu frustración con el muchacho.

«Aunque me gustaría verlo, debo guardar las formas» pensó.

Zelig se levantó y obligó a Reidar a ponerse de pie. El hombre se dejó mover como si fuera un mero espantapájaros sin ninguna clase de voluntad y el joven lo llevó a sentarse sobre los fardos de alfalfa. El piso estaba demasiado frío como para dejarlo mucho tiempo recostado en él.

—¿Por qué haces esto? —preguntó, abatido. Parecía que el invierno se había llevado parte de su vitalidad y de su entereza, aunque Zelig sabía que solo era porque su secreto había salido a la luz, después de tanto tiempo.

—Tus hijos van a pasarla realmente mal en los próximos días, o en los próximos años, quizás. Su mundo se ha puesto de cabezas y no necesitan más dolor del que ya tienen, Reidar. Nadie es culpable.

—Sí, Atkjer. —Sus palabras sonaron duras, pero su voz estaba cargada de tristeza.

—El rey podría haber obligado a la reina a abortar a tus hijos o haberlos regalado a cualquier persona que encontrara en medio de la nada. Para empezar, ni siquiera tenía por qué hacerte salir de Kaldna-Rathge, pero lo hizo, para que Valka no muriera de tristeza, pariendo hijos que nunca deseó. Todos nosotros somos esclavos de las leyes y las costumbres de Tesar. Nadie tiene la culpa. Atkjer será un cobarde, pero —dijo haciendo énfasis en la última palabra—, el condenado tiene corazón. No sirve para llevar a Tesar a la guerra, pero —remarcó con su dedo el «pero», esta vez—, hay que admitir que hace lo que casi nadie quiere hacer, procurar que las personas a su alrededor estén lo mejor posible.

—Si no te conociera tan bien, diría que tienes sentimientos, Zelig —murmuró.

—No los tengo… No esa clase, al menos, pero si no manejamos bien todo esto, mis hermanos se enojarán con su madre y contigo, pero más que nada con Atkjer. ¿Te imaginas a Verj enfurecido con el rey? Será un escándalo. Llegará a oídos de los malditos consejeros y demás chusma que abunda en el palacio y moriremos todos en la horca. Eso no puede ocurrir. Aún deseo seguir con vida, conocer tetas pyebranas y tocar culos morenos mientras bailo en pelotas en la playa al ritmo de los tambores. No voy a dejar que un escándalo familiar me arruine los planes. —Reidar soltó una carcajada, aunque teñida de angustia—. Apenas comience el deshielo, regresaré a la capital y traeré a mis hermanos. No conviene que Egil hable con ellos o que Valka vuelva con todo el pesar y la culpa al Palacio Dorado. A esto lo tenemos que solucionar aquí, lejos de quienes puedan enviarnos al cadalso.

—Eres un gran sujeto, Zelig.

—Solo soy práctico, ya te lo dije. —Zelig estiró la espalda y se acomodó los abrigos—. ¿Egil ya lo sabe?

—Sí, estaban en eso cuando vine hacia aquí.

—Iré a verlo, antes de que quiera regresar a la capital con el cuchillo entre los dientes.

Tenía la vista perdida entre la nieve que se acumulaba a su alrededor, sin reparar en que las ardillas lo observaban desde detrás de los árboles, reprochándole el no poder acercarse a buscar alimento.

Se sentía engañado por su madre, más decepcionado de lo que antes estaba por culpa de su padre, preocupado por sus hermanos los príncipes y también por esos dos que aparecieron tan de repente. Ni en un millón de años podría haber previsto que algo así ocurriría, nunca tuvo sospechas de que su madre, en realidad, no tenía ninguna clase de enfermedad y que dejaba la capital tras la primera nevada porque dos de sus hermanos estaban esperando por ella allí, ajenos a todo lo que sucedía en el mundo real. No podía entender que los hubieran mantenido apartados, aislados e ignorantes de todo, sin tener conocimiento de quiénes eran en realidad los miembros de su familia.

—Egil. —La voz de su hermano lo sacó de sus cavilaciones. Se dio media vuelta y lo vio de pie entre las mesas con bandejas y cajones repletos de semillas, frutas y nueces.

—Zel… ¿Ya te enteraste?

—Me lo dijo el niño. Él se enteró en el momento en que le dijiste que querías ver a tu madre.

—Lo sé. Lamento que haya tenido que ser así, me da mucha lástima que mi madre no pudiera decírselos de otra manera. Mi hermana también se enteró de la misma forma. Quise disculparme,

pero Valka creyó que sería mejor que ella hablara antes con los dos. Atkjer deberá darme muchas explicaciones por esto.

—No creo que sea conveniente…

—El maldito cobarde los alejó de nosotros, esos chicos ni sabían siquiera quienes eran de verdad.

—Regresaré a la capital, iré por Verj y Ogdev en cuanto comience el deshielo.

—No, yo iré y les diré lo que sucede.

—Escucha, no puedes hacerlo. —Zelig lucía realmente alarmado, más allá de lo que creyó que le afectaría. Egil lo miró sin comprenderlo—. Quédate aquí, conoce a tu nueva familia, y yo me encargaré de traer a los príncipes.

—¿Por qué? Este no es tu asunto, es algo que involucra a mis hermanos y mis padres, no a ti.

—Nos incluye a todos. Piensa un poco más allá. Si llegas a la capital con esta noticia, los príncipes reaccionarán muy mal con el rey. Todo se sabrá, harán un escándalo que va a traspasar a la familia real y la mierda nos salpicará a todos. Ustedes y nosotros también terminaremos en la horca. El rey, la reina, mi madre, los príncipes y todos los bastardos de ambos reyes.

—Estás exagerando…

—¿Sí? —Zel rio—. Imagina que Ogdev o Verj quieran llevar a la capital a tu madre y a sus hijos para que Atkjer se sienta aún más miserable de lo que ya se sentía. ¿Qué explicaciones se dará sobre su origen? ¿Qué la reina es un alma caritativa y se encontró con dos huérfanos y decidió criarlos? Ya son mayores, Egil, podrían trabajar para ganarse la vida, como cualquier persona.

—Son unos niños —murmuró contrariado.

—Bajo tus parámetros, pero los campesinos, la gente común de las ciudades empieza a trabajar antes de lo que crees. Normalmente a los doce años, algunos antes si son muchos hermanos y la familia es pobre.

—¿Qué? ¿Cómo puede ser? —Egil no paraba de recibir noticias dolorosas y decepcionantes. Él creía que todos tenían una vida similar a la que ellos llevaban, en su mente no había lugar para nada más—. Todos merecen una vida digna.

—El hambre no convive con la dignidad, Egil. Tendrías que salir un poco más al mundo, recorrer las aldeas, otras ciudades o, incluso, los barrios más bajos de Ciudad Capital.

—¿Nuestro pueblo pasa hambre? ¿Me quieres decir qué demonios hacemos derrochando dinero en comidas que ni siquiera miramos mientras pueblo se muere de hambre?

—No soy rey, Egil.

—Atkjer es una maldita mierda, Zel.

—Yo ya desistí de juzgar a la gente. A veces lo que se ve no es lo que parece ser. Puede que el rey no lo sepa…

—¿Cómo mierda no lo va a saber? Es el rey, tiene que estar al tanto de todo.

—Hace años que no baja de la ciudadela, más que para ir a la finca donde viven mi madre y las chicas. Puede que los consejeros le mientan, puede que haya gente que esté robando parte del dinero que debería ser para pagar las cosechas, puede que se cobren más impuestos en su nombre de los que deberían ser… O puede que el rey sea un cabrón. No lo sabemos, por lo que no es razonable que sea juzgado por algo que nosotros desconocemos.

—¿Por qué lo defiendes? —Necesitaba a su lado a alguien que odiara a su padre tanto como él lo hacía, no a un traidor que lo defendiera en sus narices. Le hubiera gustado golpear a su hermano, pero lo detuvo el hecho de saber que no tenía ninguna oportunidad en contra de él—. ¿Qué te sucede?

—Soy objetivo, Egil. —Zel se encogió de hombros—. Es fácil dejarte llevar por tus sentimientos en este momento, cuando todo lo que veas o escuches sobre Atkjer solo sirva para reforzar la decepción que sientes por él.

—Mandó a mi madre a parir aquí, lejos de la familia, de su hogar, Zel, no me pidas que sea objetivo. —Tuvo que hacer un esfuerzo muy grande para no gritarle.

—Pudo haber asesinado a los niños antes de que nacieran o haberlos enviado a alguna familia en medio de la nada sin siquiera haberles permitido sentir el calor de su madre. —La sola idea de que eso pudiera haber ocurrido hizo que sus ánimos cayeran por el suelo—. Valka tuvo la posibilidad de criarlos a su manera, aunque su vida estuviera dividida entre dos ciudades desde hace quince años, o los que hayan sido.

Egil tuvo que reconocer que su hermano tenía razón, aunque no le creyó a su madre cuando ella le dijo que fue una decisión que tomaron entre los dos. Le gritó a Valka para que dejara de defender a Atkjer, le reprochó su falta de determinación y ella no hizo más que llorar, con el corazón deshecho por todo lo que estaba ocurriendo.

—Ya está anocheciendo, será mejor que entremos o te vas a congelar acá.

Miró hacia el bosque teñido de un profundo azul, como si la nieve fuera inmune a la oscuridad, y sus ojos se perdieron por unos instantes en la paz que allí había. Zel lo tomó del codo y su abrigo crujió por el frío, lo que lo hizo volver a reaccionar.

—Gracias, Zel.

—Eres mi hermano, no voy a dejar que te cubra la escarcha.

—Idiota —sonrió y Zelig, divertido, le hizo una seña hacia el castillo.

Nunca confió en el buen juicio de Zel, que tendía a ser mucho más impulsivo que él mismo, pero le sorprendió la forma en que colaboró para que pudiera ver las cosas desde un punto de vista más amplio. Juzgó mal a sus padres, influenciado por la deteriorada imagen que tenía del rey, e hizo que su madre se sintiera peor de lo que ya lo hacía.

Zel siempre decía que ser bastardo tenía sus ventajas y nunca creyó que eso fuera cierto, hasta ese momento. Él podía comprender mejor que nadie lo que estaba pasando por la cabeza de sus nuevos hermanos y, sin dudas, su experiencia ayudaría a que las cosas no se salieran más de control.

38

Sitnor Ciudad Capital

Al señor Noah Guna de Nathan Bohn y Damien Enda.
¡Saludos!

Ante todo, nuestras felicitaciones por su nombramiento como Gobernador de Sitnor, señor Guna. Estamos seguros de que realizará un excelente trabajo en pos del bienestar no solo de Sitnor, sino también del resto del continente, puesto que sus esfuerzos por mantener la paz y el orden son, sin dudas, admirables. Ha logrado que tres países tan distintos y lejanos, se unieran para combatir el mal que quiere nacer en nuestras tierras. Cuente, sin dudarlo, con todo nuestro apoyo.

En referencia a ello, queremos informarle que el señor Atrien, Praeth del Distrito 1, ha viajado a Pyebra a pedido de la reina Viktoria, y permanecerá allí por tiempo indefinido, según la reina Morgana nos ha comunicado. Sin querer entrometernos en asuntos privados, sabemos que la reina y el Praeth están sosteniendo una relación. No es eso lo más relevante de todo esto, sino que nuestra reina lo acepta para obtener información de Pyebra. Como podrá apreciar, Los Hijos del Águila no están en su mejor momento; aunque en apariencia haya colaboración entre ellos, están esperando un error de alguno para caerle encima.

Otro aspecto importante es que el Distrito 1 está sin Praeth, sin gobernante, sin orden alguno. La reina Morgana, como ya mencionamos con anterioridad, no tiene demasiado interés en reinar, sino en divertirse. El punto es que es un buen momento para aprovechar su debilidad.

Según las leyes firmadas durante la Última Gran Guerra, Sitnor cedía el territorio que actualmente pertenece al Distrito 1, siempre y cuando Morrau respetara el pacto de no agresión ni cooperación con otros países en perjuicio de Sitnor, lo que lo habilita, señor Guna, a reclamar las tierras antes mencionadas. Las partes irrelevantes de estas leyes han sido olvidadas por todos nosotros, por nuestra generación, pero el señor Lobo Blanco, maestro de Damien Enda, tuvo el detalle de hacérnoslo saber. Hemos comprobado en nuestros archivos la veracidad de sus palabras, por lo que su reclamo será absolutamente comprensible y legal.

Le aseguramos que apoyaremos a Sitnor en caso de que su reclamo sea sometido a votación.

Lo saludan, N.B. y D.E

A los señores Damien Enda y Nathan Bohn, de Noah Guna.
¡Saludos!

Ante todo, perdonen por haber retenido a su mensajero por más de una semana, pero al señor Joel se lo veía en un estado deplorable y temí por su salud. Lo alojé en una posada para que pudiera descansar, con custodia y un guía para cuando quisiera salir a despejarse. Espero vean una mejoría en él cuando regrese a ustedes. Perdonen el atrevimiento.

Yendo a lo que nos concierne, obtener las tierras que mencionan serían una excelente manera de mantener alejada a la reina Morgana y evitarnos ser atacados por dos frentes, pero me temo que las negociaciones no llevarán a nada y se me ocurre una mejor manera de recuperar lo que

nos pertenece.

No se sorprendan si una mañana se encuentran con las banderas de Sitnor ondeando frente a las puertas del Castillo Blanco.

Recomiendo mantenerse alejados de la capital de ahora en adelante, no quisiera que recibieran daños, puesto que sus noticias nos han sido de gran ayuda y estaremos agradecidos con ustedes hasta la eternidad. Ni yo ni mis hombres los conocemos físicamente y, en medio de un enfrentamiento, las cosas pueden resultar en un desastre.

Los dioses quieran que sus nombres pasen a la inmortalidad cuando los libros de historia hablen de esta absurda guerra y cuenten lo que ustedes se atrevieron a hacer por recuperar la paz de nuestro continente.

Ojalá algún día podamos encontrarnos en circunstancias más amenas y podamos brindar por nuestro triunfo.

Los saluda, Noah Guna.

Joel se tomó los diez días que el Gobernador le recomendó como un merecido y muy postergado descanso. No hizo más que dormir, comer y vagar, en ese exacto orden y, aunque al principio le molestaba la inactividad, al tercer día empezó a tomarle el gusto. Cuando tuvo que prepararse para partir otra vez lo hizo con bastante resistencia, porque se había habituado a la comodidad de una cama caliente, de un baño diario, de comida abundante y del hecho de poder dormir sin tener que estar alerta a los ruidos que lo rodearan. Su caballo, también, había descansado y recuperado peso y parecía otro animal, más joven y fuerte.

Dejó la ciudad con cierto pesar, sabiendo que otra vez debería comenzar a correr como el viento para llevar noticias de un lado al otro, aunque sin tener absoluta consciencia de lo vital que era su labor en los acontecimientos que estaban ocurriendo en sus tierras.

Después de tres días entre caminos polvorientos, montes inhóspitos, atajos y campos sembrados, Joel tuvo que dejar las rutas reales para escabullirse por senderos escondidos entre la vegetación y así poder cruzar a Morrau hasta retomar su camino a la Ciudad Capital. Las principales vías estaban cerradas de ambos lados y era imposible cruzarlas. Mucho menos le serviría de algo decir que era un mensajero del señor Nathan Bohn, lo hubieran llevado a la horca en menos de una semana, sin siquiera escuchar la tan elaborada excusa que habían inventado en caso de ser descubierto con correspondencia de Sitnor en su poder.

Una vez cruzada la frontera, fue de una aldea a otra hasta que, al sexto día de cabalgata, arribó a la ciudad negra con los últimos rayos de sol. Se dirigió sin demoras a las habitaciones del servicio del castillo real, que era el lugar donde se alojaba, y envió a un sirviente a buscar al señor Bohn. No tardó más de diez minutos en tocar a su puerta y lo recibió con tanta alegría que casi lo abraza.

—Demonios, Joel, ¿qué sucedió contigo? Estaba preocupado —exclamó con la voz agitada.

—El señor Guna me retuvo en la capital. —Joel revolvió entre sus ropas y le entregó el sobre con el sello de Sitnor.

—Pero ¿por qué? ¿Sucedió algo?

—Me vio enfermo —rio—. Creyó que estaba a punto de desfallecer del cansancio, aunque no era así, y me ordenó, fíjese usted, descansar. Diez días panza arriba, señor, que fueron una gloria.

El señor Bohn soltó una carcajada.

—La verdad que te hizo bien, te ves mucho mejor y hasta tus ojeras han desaparecido.

—Ya ve, señor.

—Perdona, Joel. Es cierto que muchas veces estamos tan apresurados que nos olvidamos de algo tan básico como el descanso. Prometo ser menos exigente y darte algunos días entre un recado y el siguiente.

—Las noticias vuelan, señor, pero no estaría mal que tuvieran otro mensajero. Quizás así podemos hacer el trabajo entre dos.

—No sé si podría confiar en otra persona como lo hago en ti, pero haré el intento. Por cierto, ¿qué sucedió en Tesar?

—¡Oh los tesarianos! Olvidé los malditos tesarianos…

—¿No fuiste a Tesar? —preguntó sorprendido.

—Claro que fui, pero las fronteras están cerradas. No me dejaron entrar y ya sabe que la única forma de pasar al otro lado es cruzando el río… y lamento decirle que ni loco lo cruzo en invierno, señor.

—Lo comprendo, tienes razón. Siendo así, deberás ir hasta Grordau a ver al señor Enda…

—Por supuesto, partiré mañana mismo.

—… Para que él hable con su maestro y termine de transmitir los mensajes que no podemos entregar en mano. Descansa, Joel, puedes tomarte un día.

—Descansaré en Grordau, señor, traigo energía de sobra —sonrió.

Nathan subió las escaleras corriendo para regresar a su habitación. Necesitaba saber con urgencia qué diría el señor Guna sobre la sugerencia que le hicieron de reclamar las tierras del Distrito 1.

Rompió el sobre ni bien cerró la puerta y apoyó la espalda en ella. Sonrió ante las primeras líneas, pero su sonrisa era más grande aún cuando terminó de leer. Caminó hacia la mesa y acercó el papel a la llama de la vela.

Tras haber entregado un nuevo mensaje a Joel para que lo llevara a Damien, Nathan fue a buscar a Morgana con una mezcla de sentimientos. Quería despedirse de ella de forma adecuada. Tal vez, era la última vez que podría verla.

Encontró a la reina en los pasillos, mientras se dirigía a sus aposentos y lo recibió con una sonrisa. Ilaria empezó a desvestirla ni bien se cerró la puerta y los dejó solos poco después, cuando la mujer desparramó su abundante cuerpo en un diván.

Nathan la observó maravillado. A pesar de que era una muy pésima reina, era una mujer divertida, ocurrente, tenía una personalidad explosiva y era bellísima. Si no fuera porque sus intereses se contradecían, le hubiera propuesto matrimonio hacía mucho tiempo. Estuvo tentado de hacerlo en varias oportunidades, cada vez que tenía que dejar la capital, de hecho, pero sabía que Morgana no podía traicionar a su maestra, aunque quisiera hacerlo. Siempre hablaba de lo mucho que quería terminar con la hermandad, pero Nathan se preguntaba si el miedo por la vieja señora era demasiado grande o si todavía no había encontrado la oportunidad o una razón de peso para hacerlo.

Otra vez, en ese preciso instante, se vio en la necesidad de preguntarle si lo haría, si él era una razón suficiente para que se decidiera, pero si no lo era, lo mataría por su traición. Morgana sabría todo lo que estuvo haciendo junto a Damien y Joel y también pondría en riesgo la vida de ambos.

—¿Qué sucede? ¿Por qué me miras de esa forma?

—Quería recordarte así, hasta la próxima vez que nos veamos.

—¿Te irás?

—Falta poco para que se termine el año y hay muchas cosas que revisar. Hace meses que

estoy aquí y el Distrito 2 está a su suerte desde entonces.

Morgana echó la cabeza hacia atrás y soltó un largo suspiro.

—No me aburras, por favor.

Nathan rio.

—Es nuestro trabajo, por eso estamos donde estamos, mi señora.

—No me tienes que respetar cuando estamos aquí, ya deberías saberlo. —Morgana esbozó una de sus encantadoras sonrisas al tiempo que elevaba una ceja. Nathan se acercó y se arrodilló junto a ella. La besó y ella envolvió su espalda con sus brazos.

—¿Traerán la cena? —preguntó apartándose unos segundos. Morgana asintió antes de volver a besarlo—. Entonces mejor te quito las manos de encima ahora, no me gustaría que nos interrumpieran.

—No me molesta —dijo ella y lo retuvo.

—Pero a mí sí. —Nathan le tomó las manos y las separó de su cuerpo. Se incorporó y se sentó frente a la reina—. Ya deberías saberlo.

—Tan pudoroso, como siempre —dijo divertida y él sonrió.

—¿Sabes en qué pensé hoy?

—¿Aparte de ir a cumplir tus funciones? No se me ocurre.

—Enviaste tus magos a Erjathá, pero no han regresado.

—Demonios, es cierto. —Morgana se sentó de repente—. Bastian, Hidzá… ¿Hace cuánto se fueron?

—Según creo, unos tres meses… Días más, días menos. Un mes de viaje hasta allí…

—Ya deberían haber regresado hace mucho tiempo y, como no lo han hecho, deben haber fracasado.

—Me sorprende que Erjathá no haya mencionado que tiene a tus magos.

—Porque no los debe tener, Nathan, ya deben ser cenizas, maldición.

—¿Tú crees? No es como hacen las cosas, devuelven a los prisioneros, devolvieron a Lehsa y a Tareq dos veces, dejaron escapar a la señora Viktoria…

—Pero ya han sufrido varios asedios, no creo que tengan tanta paciencia.

—Es una cuestión de honor para ellos.

—Bah, honor… Está sobrevalorado, Nathan.

—¿Qué piensas hacer?

—¿Con Erjathá? —Nathan asintió—. Voy a tener que mandar a más gente y a Ágatha. ¡Mierda, me voy a quedar sin magos útiles!

—¿Cuándo lo harás?

—No lo sé, supongo que no puedo tardarme demasiado. Los erjathaínos llevan riéndose a nuestras espaldas hace meses y yo ni enterada estaba. Mañana se lo diré a Ilaria para que se encargue. —Morgana se estiró y suspiró otra vez—. Estoy cansada de esto, Nathan.

«Y aún no ha comenzado de verdad para ti…»

—Son las obligaciones de una reina, Morgana, ¿qué esperabas?

—No sé, estar panza arriba pasándola bien. —Volvió a recostarse en el diván—. Si pudiera, mandaría todo al demonio, pero aún no puedo.

—No entiendo, siempre lo dices, pero…

—Es que me van a buscar por cielo y tierra y me van a torturar hasta matarme, Nathan, no es la forma en que me gustaría morir. Necesito encontrar la manera de escapar de sus garras, pero en Sitnor dudo que me reciban, en Tesar, menos aún. Dejé hacer muchas cosas, y soy visiblemente irresponsable en otras. Dejé que la gente escapara del país bajo mis narices y sé que

tú y tu amigo Damien Enda también facilitaron el escape de miles de morroínos. —Nathan intentó no reaccionar, aunque le fue difícil no hacerlo. Morgana movió la cabeza de lado a lado, tranquila—. Pero también sé que ustedes lo hicieron por lo mismo que yo, porque no son crueles y saben que esto es lo más absurdo que ha ocurrido alguna vez. No tiene caso ni sentido esta guerra, no tiene razones, motivos ni causas. Solo que a mi maestra se le ocurrió apoderarse de Tesar. ¿Por qué? —Morgana levantó ambos hombros y los dejó caer—. Solo su mente enferma lo sabe. Y nosotras no tenemos más opción que aceptar y obedecer.

—Pero… ¿Es necesario hacer todo esto? Digo, si su interés es Tesar, ¿por qué no va hacia allí en barco? Las entrenó como grandes magas, era más fácil…

—Yo qué sé. La Dama fue la causante de la Última Gran Guerra. —Nathan, asombrado, se aferró con fuerza a los apoyabrazos—. Y ya sabes cómo terminó el asunto.

—Es imposible —balbuceó.

—Si lo hubiera sabido desde un inicio, no me hubiera involucrado, pero cuando lo supe ya era muy tarde para salirme de toda esta mierda. Me mintieron, me engañaron, me cubrieron de lujos, me dieron un castillo, un esposo amoroso, y la posibilidad de ser maga y convertirme en reina, ¿cómo podía negarme?

Nathan no respondió, pero más que nunca quiso ser sincero y confesarle todo lo que él y Damien estaban haciendo. Quería ayudar a Morgana, deseaba con todas sus fuerzas hacerlo, pero quizás todo eso era un engaño, quizás Morgana no era tan inocente como quería hacerle parecer y decidió callar. No era una decisión que involucrara solo su pellejo, sino también a Damien y a Joel. Si Morgana estaba engañándolo, no tendría piedad con ninguno de los tres cuando supiera de su vínculo con Tesar y Sitnor.

—Debes buscar la forma de salir, Morgana. —Fue lo único que pudo decir y Morgana asintió.

—Lo estoy haciendo, créeme. Enara Pirhs… Vaya… Esa chica se llevó la peor parte de todas, porque no era tan poderosa, era inútil a los ojos de la Dama, miedosa, cobarde y sumisa. Pero tuvo las agallas para traicionarla. —Morgana rio—. La pequeña Enara… ¿Quién lo hubiera dicho? Era quien menos uno se esperaría que hiciera algo así.

—¿Quién es? ¿La conozco?

—No lo creo… Es la esposa de Guna, el nuevo Gobernador de Sitnor. —Nathan asintió, sorprendido—. Y no sé si ese chico es un ignorante por completo o si tiene los huevos más grandes de toda Thoria. Me pregunto si sabe con quién se casó, porque cuando menos lo esperen, les caerá el infierno encima. Enara debía entregarle al Guna pequeño y al hijo de Pronees al inútil de Reda, pero al final terminaron pateándole el trasero.

—El carnicero de Sitnor —dijo Nathan.

—El mismo. No me sorprende en estos momentos, pero Enara mintió con la información que le dio a la Dama y Reda cayó como el idiota que es. Hace cinco años que debían haber tomado Sitnor, y aún no pasan el Puente Negro. —Morgana volvió a reír—. Sí que tuvo agallas la pequeña Enara… Ilaria quiere matarla, pero espero mantenerla alejada de ella. La pobre chica ya sufrió demasiado. ¿Me puedes alcanzar una botella? —preguntó como si hubiera estado hablando del clima—. Ya me aburrí de tanta charla…

Nathan rio para disimular su alarma e hizo lo que la reina le pidió. Tendría que hacer una nueva carta para Damien. Había muchas más cosas de las que hablar.

39

Costa de Sitnor

No había grandes ciudades en Sitnor, más allá de Ciudad Capital. Dos Puertos, ubicada en la desembocadura del río Seco, Villa Chester, al pie de la cordillera y Villa del Sol, en la costa. El resto de los poblados se componían de algunas cuantas decenas de casas rodeadas de campos fértiles en los que se cultivaba o pastaban animales.

Los mares que bañaban la porción sitnorense del continente estaban plagados de bestias descomunales y, sumado a eso, las fuertes corrientes marítimas destruían las naves como si fueran de papel. Antes de que la Antigua Era finalizara, los magos podían manipular ambas amenazas con relativa facilidad, pero tras la firma de la Ley de Protección, las pocas ciudades costeras que quedaron en pie tras la guerra, fueron abandonadas y la gente se asentó en los campos. Dos Puertos se estaba cayendo a pedazos hacía varias décadas, unos cuantos barrios de la periferia fueron demolidos por completo para detener el avance de la delincuencia, había una sola casa de estudios para los niños y jóvenes y quienes dejaban su hogar para asistir a su Entrenamiento Obligatorio rara vez regresaban, seducidos y maravillados por las oportunidades, la calidez de las personas y el tamaño de la capital. Noah, incluso, le había comentado a Quentin en alguna oportunidad que tenía pensado hacer un censo en Dos Puertos, para saber si cabía la posibilidad de reubicar a toda esa gente en la capital, en Villa del Sol o si era factible reconstruir la ciudad en algún lugar donde sus habitantes tuvieran una mejor calidad de vida.

Villa del Sol fue la única ciudad que sobrevivió, al estar junto a la desembocadura de uno de los brazos del río Mor y hacia allí era donde Quentin y Zaria se dirigían a buscar las monedas con Indignos.

En las aldeas, los pobladores vivían de lo que cultivaban y, lo que no podían producir, lo obtenían por medio del trueque entre sus vecinos, con aldeas cercanas o con los mercaderes ambulantes que recorrían los caminos desde los campos a las ciudades, por lo que su paso por los asentamientos era rápido al haber pocas monedas en circulación.

El viaje con Zaria resultó mucho más aburrido de lo que hubiera imaginado y su comunicación se limitaba a solo un puñado de palabras diarias, lo justo y lo necesario para saber qué camino tomar o cuándo debían detenerse o retomar el viaje. No hizo mucho esfuerzo tampoco para hablar de algo más. Sumado a eso, la distancia que los separaba de la ciudad hacía que a cada momento notara más la lejanía de Ilsa y, con ello, más crecía su malestar hasta que, finalmente, sintió que algo se rompía dentro de él en el momento en que el vínculo con Ilsa se deshacía como una voluta de humo en el viento.

La punzada que sintió en medio del pecho casi lo tira de su montura y de no ser porque Luna y él se entendían de maravilla, habría caído de cara al suelo a mitad del camino. La yegua se sacudió para acomodarlo en la grupa, mientras iba disminuyendo la velocidad hasta que se detuvo por completo. Luna flexionó las patas delanteras, luego las traseras y se inclinó para ayudarlo a descender hasta los pastos que bordeaban la polvorosa ruta. Se puso de pie y relinchó con fuerza varias veces, hasta que vio a Zaria detenerse y regresar hasta ellos. Recién cuando la muchacha llegó hasta Quentin, Luna se alejó algunos pasos.

—¿Qué tienes? —preguntó Zaria, confundida. Lo ayudó a acomodarse y le dio agua.

—Nada, no te preocupes —dijo con la respiración agitada y el sudor bañándole el cuerpo.

—¿Cómo que nada? Acabas de caer del caballo.

—Nada, Zaria —susurró, exhausto. Se sentía tan mal que parecía que su dolor traspasaba los límites de su propia alma y le castigaban el cuerpo, agotándolo y dejándolo hecho un despojo humano.

—*¿Ilsa? ¿Cómo estás?*

—*Ya estoy en Tesar. ¿Tú cómo te encuentras?*

—*Acabamos de detenernos* —contestó—. *Descansaremos por un rato.*

—*Me hará bien ver a mi padre* —dijo Ilsa por su parte, sin revelar nada más—, *lo extrañé mucho.*

—*Salúdalo de mi parte.*

—*Lo haré, ten cuidado, por favor.*

Otra vez comenzaba el mismo martirio de siempre, saber que ambos estaban deshechos, intentar ocultarlo evitando referirse a su estado de ánimo, el mismo dolor que le llegaba hasta los huesos, la misma tristeza que le quitaba los colores al mundo, la misma añoranza de un encuentro en un futuro que se hacía cada día más incierto.

Zaria permaneció junto a Quentin, sentada en silencio a un lado, hasta que él se sintió lo suficientemente repuesto como para ponerse de pie.

—Perdóname —murmuró.

—¿Ya te encuentras mejor?

—Estaré bien.

—¿Quieres que acampemos aquí?

—Quedan horas de luz aún, podríamos intentar avanzar un poco más, para poder llegar mañana a medio día a Villa del Sol.

Quentin caminó hacia Luna, pero trastabilló antes de lograrlo y Zaria lo sostuvo.

—Olvídalo. —Zaria lo ayudó a sentarse—. Llegaremos cuando podamos, no tiene sentido que nos arriesguemos, podrías herirte.

Zaria les quitó las monturas a los caballos, los ató a las ramas de los arbustos y, luego, regresó junto a Quentin.

—Iré a cazar algo para la cena, no me tardaré. —Quentin quiso disculparse por su incapacidad, pero Zaria no lo dejó hablar—. Descansa. Continuaremos cuando te encuentres bien.

Quentin asintió, resignado. No tenía demasiadas opciones, tampoco.

Llegaron a Villa del Sol al día siguiente, cuando la tarde comenzaba a morir y ni siquiera la perspectiva de conocer el mar le entusiasmaba, a pesar de tenerlo a pocos pasos.

Buscaron una posada y Zaria pidió indicaciones para correr hasta donde el camino se terminaba y, así, poder ver la inmensa masa de agua salada. Aunque la noche le iba a dificultar bastante la vista, no fue capaz de esperar al día siguiente.

Quentin no tenía ánimos para acompañarla, ya que la desolación lo embargó y tiñó de negro todo su horizonte desde el momento en que se alejó de Ilsa. Dejó en la habitación de Zaria sus pertenencias y regresó a ocupar la suya. Se dio un baño y estaba a punto de acostarse, cuando decidió bajar a preguntar si su compañera había regresado. Estaban en una ciudad desconocida, había salido sola y, quizá, no tenía el mismo sentido de orientación que su hermano.

Ante la negativa del posadero, Quentin ocupó una mesa y pidió algo para beber. Esperaría por unos momentos a Zaria y, si no regresaba, saldría a buscarla.

Aunque no quería hacerlo, pensó en muchas cosas juntas, como cada vez que estaba

desocupado: su hermano perdido, Ilsa, las monedas con Indignos, el Indigno que estaba libre en Erjathá, Ilsa, los príncipes tesarianos y su repentina inactividad, Ethan, la sorpresiva actividad de la reina de Pyebra, Ilsa, el enigma que significaba Morrau en este conflicto sin sentido, Ilsa e Iskánder…

«Tengo que hacer las paces con el maldito Iskánder» se dijo, sabiendo que eran pocos los magos de Sitnor y, aunque esta vez se libraron, cabía la posibilidad de que en un futuro tuvieran que trabajar juntos. Después de todo, Ilsa no tenía por qué darle explicaciones de nada de lo que hiciera y él tampoco tenía por qué pedirlas.

«Soy un idiota impulsivo» pensó.

Quentin pagó su cerveza y le pidió al posadero que le diera las mismas indicaciones que había pedido Zaria. Iría a buscarla porque hacía largo rato que se había ido y comenzaba a preocuparse. Por suerte, solo tenía que hacer unas pocas calles en dirección al este y un par más hacia el sur para encontrar la bajada a la playa. La ciudad de casas de piedras blancas se veía bastante tranquila y ordenada; no tenía la misma iluminación que la capital, pero tenía los faroles suficientes como para que se pudiera ver dónde se pisaba.

A medida que iba bajando hacia la costa, la suave brisa marina escalaba por las calles cada vez más fresca y a Quentin le sorprendió el olor salado del aire.

*—Voy a conocer el mar —*le dijo a Ilsa con cierta nostalgia. Se había imaginado más de una vez que conocería el mar junto a Ilsa, cuando el conflicto con Pyebra terminara*—. Zaria se fue apenas llegamos a la ciudad y, como no regresa, iré por ella.*

—¿Y si algo malo le sucede?

—Es capaz de defenderse por su propia cuenta.

—¿Por qué la dejaste ir sola?

—Tengo un humor de perros, Ilsa, mis ánimos están por el suelo y no quería arruinarle el momento.

—Comprendo. Sé fuerte, Quentin, pronto estaremos cerca otra vez. No dejes que nuestra distancia te quite la ilusión de vivir.

—Es tan difícil…

—Lo sé. Solo deja de pensar y concéntrate en lo que te está sucediendo en el momento. ¿Acaso no hay nada que no quisieras recordar cuando pasen los años?

—Quizás, sí.

No, no lo había. No en esos momentos, al menos, cuando Ilsa estaba en la otra punta del maldito continente.

—Como sea, si no nos hemos muerto de angustia hasta ahora, bien podrías hacer un esfuerzo más para poder disfrutar lo que te ocurra. Yo estoy aquí, seguiré aquí, y puedes hablarme en todo momento. No me iré a ningún lado.

—Hemos sobrevivido, es cierto.

—Es hora de comenzar a vivir, Quentin, ya no solo sobrevivir.

*—Gracias, Ilsa —*sonrió, aunque ella no pudiera verlo*—. Ya llegué a la bajada que da a la playa.*

—Cuídate.

—Tú también.

Quentin iba caminando por una acera empedrada que tenía una muralla de casi un metro de alto y a su izquierda se abrió una brecha que llevaba a unas escaleras de madera que bajaban hacia la playa. Un camino de piedras bordeado de antorchas, serpenteaba entre la arena hasta una zona donde las rocas formaban un anfiteatro natural. El mar estaba en calma y solo se oía el

suave murmullo de las olas al disolverse en la costa.

Vio a Zaria sentada en la parte más alta y, dispersos entre las rocas, había varios grupos de personas. Sin poder entender qué era lo que sucedía, se apresuró a buscar por dónde subir y encontró una escalera tallada que llevaba a los distintos niveles. Trepó hasta lo más alto y caminó hasta llegar a su compañera.

Ella se sobresaltó cuando se sentó a su lado, pero respiró aliviada cuando se dio cuenta de quién era.

—Perdón si te asusté —dijo Quentin.

—No imaginé que vendría, ¿se encuentra bien, señor?

—Sí. Me preocupé porque no volvías y salí a buscarte.

—Regresemos, entonces. —Zaria se puso de pie.

—No es necesario, solo quería asegurarme que estuvieras bien. Solo te acompañaré, si no te molesta.

Zaria volvió a sentarse.

—Estamos esperando a que salga la luna.

—¿Por eso hay tanta gente aquí?

—Así es. Vienen a ver salir la luna y dicen que es hermoso. No debe faltar mucho, porque el cielo está cada vez más claro en el horizonte.

Quentin miró hacia arriba y vio millones de puntos luminosos brillar sobre la más absoluta oscuridad. Se preguntó cuántas de esas estrellas serían en esos momentos las estrellas de alguien y, como siempre, se preguntó cuál de ellas sería la que compartía con Ilsa. Eran tantas que se imaginó que no le alcanzaría la vida para hallarla. Buscó a la más luminosa de todas hasta que la vio a su izquierda; a su lado, fiel y constante, una estrella diminuta brillaba y parpadeaba sin descanso y Quentin sonrió. Tal vez esa era su estrella, después de todo. Se recostó sobre las piedras y sus ojos pasearon de astro en astro, deteniéndose apenas unos segundos en cada uno de ellos, pero siempre su vista terminaba allí, sobre la más pequeña de todas.

—Señor, mire.

Quentin se incorporó y vio una línea de luz roja nacer allí donde se encontraba el final del mundo. Se le erizó la piel y un escalofrío le recorrió la espalda al ver que solo una luna descomunal podría crear un resplandor de tal tamaño. Se sentó, alarmado, y miró a Zaria, pero la muchacha sonreía, para su sorpresa, y el brillo rojizo se reflejaba en su rostro. Ver su calma, sin embargo, no sirvió para disminuir su preocupación, ya que comenzó a oír un coro de voces lejanas que cantaban en susurros.

La luna roja anuncia la paz que nace en el mundo
o la destrucción que se acerca a él.
Quizás la paz detenga la destrucción.
Quizás la destrucción detenga la paz.

Miró a su alrededor, para comprobar si alguien más escuchó lo mismo que él, pero la gente continuaba hablando y sonriendo despreocupada.

—¿Ilsa? ¿Oíste las voces de los Astros?

—La luna roja… ¿Qué significa?

—Estoy junto a Zaria en la playa, viendo la luna salir, y es roja, una maldita luna roja, como la sangre y como el fuego. ¿Está Naga contigo?

—Sí, acaba de llegar.

—Habla con él, y pregúntale si sabe algo más. Preguntaré a Onix.

Quentin intentó mantener la calma y así evitar que Zaria notara algo extraño en él, aunque estaba tan maravillada viendo cómo se extendía la mancha que teñía de rojo al mar a medida que la luna ascendía, que no le ponía nada de atención.

—¡Onix!

—Cachorro.

—¿Lo escuchaste? ¿Escuchaste a los Astros?

—Lo escuché.

—¿Qué significa?

—Lo que oíste, cachorro, te creí más inteligente.

—No es momento para tus insultos, Onix. ¿Por qué lo escuché?

—Todos los magos de Thoria lo oímos. Es una advertencia.

—Explícate, por los dioses, estoy con el corazón en la mano de la preocupación.

—Hemos llegado a un punto en el que el mundo debe elegir entre el camino del amor, la paz y la armonía, y entre el camino de la destrucción, que es hacia donde nos dirigimos si no nos detenemos. Algunos de nosotros, pero mayormente los pyebranos, los morroínos y todos aquellos que son funcionales a sus propósitos, sean del país que sean. Estamos empujando al mundo hacia un nuevo caos y es hora de revisar nuestras prioridades, o el mundo se volverá un lugar mucho más hostil de lo que ya lo es.

—¿Qué debo hacer, Onix? ¿Cómo puedo ayudar en algo?

—Piensa antes de actuar, no te dejes llevar por tus impulsos. Hay muchas formas de solucionar los conflictos, piensa en ello antes de hacer algo de lo que, quizá, te vas a arrepentir. No contribuyas a que tus actos causen más dolor a los demás.

Por su mente pasaron cientos de imágenes de todas las veces en que decidió golpear, insultar o, incluso, matar a alguien antes de pensar en qué estaba haciendo.

—¿Qué sucederá si los demás no cambian?

—Confiemos en que lo harán.

—¿Y si no sucede?

—Nos destruiremos los unos a los otros, cachorro.

Quentin creyó que Onix le daría alguna clase de esperanza, pero solo escuchó lo que había imaginado cuando oyó a los Astros.

—Naga acaba de decirme… —dijo Ilsa.

—Onix también. —No la dejó continuar, no quería volver a escucharlo y menos de ella.

—¿Hay alguna esperanza?

—Tendremos que hacer lo posible para que la haya. Aunque no sé cómo.

—Shrakjta, estoy cansada de todo esto. ¿Por qué no nos dejan en paz de una vez?

—Ojalá pudiera saberlo…

—Iré a dormir ahora, el trabajo no tiene piedad con quienes se desvelan.

—Descansa.

Quentin abrió los ojos, aunque no supo cuándo los había cerrado. El cielo oscuro poblado de brillantes destellos estaba sobre él.

—Señor, mire.

Zaria volvió a repetir las mismas palabras y Quentin se incorporó, más alterado que la primera vez. En el horizonte, una delgada línea carmesí comenzaba a hacerse cada vez más gruesa y extensa. Frunció el ceño, confundido, y miró a Zaria, que sonreía con su rostro apenas iluminado con la luz rojiza del inmenso Astro.

La escena volvía a repetirse, pero esta vez sin murmullos, sin profecía y sin tanta angustia, tan

solo confusión. No sabía si estuvo soñando o si fue real. Escuchó las voces despreocupadas de quienes lo rodeaban, las risas y la felicidad de quienes esperaban con ansiedad ese momento y quiso dejarse contagiar, aún sin saber cómo lograrlo. Volvió a mirar a Zaria y ella ensanchó su sonrisa cuando giró a verlo.

—Es hermosa, ¿verdad?

—Sí, así es.

Quentin volvió la vista a la luna y pensó en Ilsa, en cómo estaría sintiéndose después de haber oído esa profecía.

40

Cuando la luna terminó de salir, las personas comenzaron a dejar la playa, solos o en grupos. Zaria estaba agotada, el cuerpo le pesaba tanto como el sueño, pero se encontraba tan feliz que no se quejó en ningún momento y esperó a que el señor Quentin quisiera marcharse para ponerse de pie, lo que ocurrió cuando ya no quedaba nadie más allí.

Desde el mismo día en que lo conoció le pareció un sujeto extraño y, aunque su razón le impidiera admitirlo, mucho más guapo de lo que podría haberse imaginado. Serio por momentos, pero amable y muchas veces divertido. Cuando estaba callado, tenía el ceño fruncido y parecía estar de tan mal humor que podía espantar a cualquiera, pero cambiaba en el momento en que hablaba y nunca se sabía con qué iba a salir, lo mismo una broma que un insulto. Notó que siempre la buscaba en los entrenamientos, y le parecía una absoluta locura, porque era Quentin Guna, el carnicero de Sitnor, quien era capaz de matar a cien soldados en una sola batalla, quien sobrevivió casi seis meses en el desierto, quien destruyó un escudo mágico solo con flechas y le rebanó dos dedos a la reina de Pyebra en la misma noche.

Se sentía como una chiquilla, toda llena de emoción y euforia cada vez que él se acercaba o le hablaba, pero casi muere de los nervios en el instante en que el Gobernador les ordenó viajar juntos. Era más de lo que cualquier mortal podría alguna vez pretender, y ella había sido elegida para esa tarea. Quizás fue solo buena suerte, quizás el destino lo quiso así, pero estaban allí y habían visto a una impresionante luna roja nacer del mar.

Caminaron por algunas calles en silencio y se sentía tan exaltada que no se le ocurría qué decir para no sonar ridícula, por lo que prefirió callar. Zaria siempre tuvo facilidad para entablar conversaciones con los huéspedes de la posada de sus padres e incluso no tuvo problemas en la capital para conversar con la gente que conocía, pero era Quentin Guna y se le hacía todo muy difícil. Se preguntó si algún día podría, finalmente, verlo como a una persona normal, tal como él le dijo muchas veces que era.

—Le pediré al posadero que me llame al amanecer —dijo de repente—. Es tarde y dudo que me despierte por mis propios medios. Quiero ir temprano a ver al alcalde.

—Le diré que me despierte, también.

—No hace falta, tú descansa. Solo le diré que ya estamos aquí y le daré tiempo para que reúna las monedas y eso, aunque creo que ya fue avisado por un mensajero que vendríamos. Debes estar agotada y, como aún no has cenado, te dormirás más tarde todavía; no tiene caso que mañana vayas conmigo.

—¿Está seguro?

—Claro. ¿Noah te asignó alguna tarea? —Zaria negó con un gesto—. Entonces descansa, yo me ocuparé.

Hasta en eso era considerado y Zaria se alegró de tenerlo por compañero.

Faltaban apenas unos días para que la primavera llegara y, de a poco, la naturaleza comenzaba a mostrárselo al mundo. El sol calentaba la piel, las ramas de los árboles tenían pequeños botones verde pálido y las aves parecían alborotadas y más ruidosas que de costumbre.

Zaria podía disfrutar de pasar el día entero en la playa gracias al buen clima; se dio cuenta de que contemplar el vaivén del mar era algo que podía hacer por horas, sin notar que el tiempo se

le escapaba como se escurre el agua entre los dedos. Le gustaba mucho pintar, por lo que hizo algunos bocetos de los pequeños botes pesqueros que se aventuraban a navegar cerca de la costa. También de la salida de la luna y un par más del amanecer, aunque lamentaba no haber llevado sus pinturas para darles vida. Aun así, confiaba en que su memoria no borraría tan fácilmente los detalles de lo que vio y podría mostrarle a su padre, cuando regresara a casa, que las playas de Sitnor eran tan bellas como las de su Pyebra natal.

Quentin estaba muy ocupado controlando las miles de monedas que pusieron a su disposición, por lo que apenas si se cruzaban en la cena. Según le dijo una noche, era una tarea agotadora, que exigía de mucha concentración pero, a pesar de eso, se la pasaba los días encerrado en un cuartucho oscuro del edificio de la gobernación, desde hacía casi una semana. Zaria le recomendó tomarlo con más calma, pero él se rehusó a hacerlo. Quería pasar al siguiente poblado cuanto antes y terminar con esa ruta para regresar pronto a la capital.

Parecía que el cansancio estaba empezando a cobrarle factura y lo cierto era que cada noche se veía peor no solo físicamente, sino que estaba más retraído y malhumorado. Se notaba que hacía un esfuerzo increíble por controlarse, por lo que Zaria se preguntaba cuánto faltaría para que estallara y mandara al demonio a alguien. Conocía su fama, tanto las historias que lo ponían en un pedestal como aquellas en que hablaban de su mal carácter y, aunque en un principio no creyó que esa parte de él existiera, la veía por sí misma cuando se reunían a cenar.

—Mañana dejaremos la ciudad.

—¿Ya terminó, señor? —preguntó aliviada, pero se arrepintió al instante de hacerlo, al ver la forma en que la miró. Quiso hundirse en su silla y desaparecer de su vista.

—Puedes ser muy obvia cuando te lo propones, bravo por eso —La observó por largos segundos con el ceño fruncido, por lo que Zaria, incómoda, intentó continuar con su cena. Quería terminar cuanto antes y largarse a su habitación. Sin embargo, Quentin soltó los cubiertos, que cayeron en un ruidoso tintinear, y se puso de pie—. Ya me has quitado el apetito.

Pasó por su lado y se alejó hacia la escalera que llevaba a las habitaciones.

—¿Qué le sucede a este imbécil? —murmuró Zaria, molesta.

—¿Qué dices? —Lo oyó regresar.

—¿Qué te importa?

Él la tomó por el brazo y la levantó de su silla de un solo tirón; el brusco movimiento hizo que la mesa se sacudiera y los jarros de cerveza cayeran, derramando su contenido. El salón quedó sumido en el silencio más absoluto, pero nadie se atrevió a intervenir.

Zaria le puso el cuchillo, que no había soltado, debajo de las costillas y lo miró fijamente. Notó sus ojos llenos de rencor, como si lo hubiera ofendido de forma imperdonable, y no fue capaz de comprender por qué actuaba así. Miró a uno y a otro ojo y se sorprendió al notar que el verde cristalino que recordaba, se veía interrumpido por varias grietas oscuras que nacían desde sus pupilas y parecían quebrar y apagar su brillo.

—¿Qué dijiste? — repitió.

—Me está lastimando, señor. Suélteme ahora mismo o me va a importar muy poco si es el hermano del Gobernador o un maldito dios.

Quentin se adelantó para que su vientre presionara aún más la punta del arma, pero Zaria retiró la mano, tan confundida como alarmada.

—Te faltan kilómetros para alcanzarme, ingenua. —Sus labios se elevaron en una sonrisa cargada de soberbia y desprecio.

—¿Qué demonios le sucede? —preguntó al mismo tiempo. Quiso liberarse de su mano, pero él la sujetaba tan fuerte que sentía que su brazo estaba empezando a adormecerse—. Está

demente, déjeme en paz.

—Señor Guna, por favor, suelte ahora a la señorita Lavank.

El dueño de la posada, un hombre de mediana edad y enorme como una puerta, estaba parado junto a ellos con un cuchillo de carnicero en una mano y una descomunal maza en la otra. Quentin lo miró de reojo y soltó a Zaria luego de unos segundos, les dio la espalda y se alejó hacia la escalera otra vez.

—La acompañaré a buscar sus pertenencias y esta noche se alojará en una habitación diferente, señorita Lavank.

—No es necesario, muchas gracias —dijo mientras flexionaba el brazo y movía los dedos entumecidos.

—Sí, lo es. —El tono de su voz no admitía ninguna objeción de su parte, por lo que asintió.

El hombre la acompañó y, tras recoger sus cosas, le dio una amplia habitación de la planta baja. Zaria volvió a agradecerle y el posadero le prometió que estaría cerca de su cuarto.

Zaria apagó los faroles y se recostó en la cama. No podía entender que quien había parecido tan amable y atento en un principio, se hubiera convertido en alguien tan desagradable. Se sentía como una completa estúpida por haberlo puesto en un pedestal tan alto y no había pasado mucho tiempo para que él mismo comenzara a darle cada una de las sogas que necesitaría para bajar su figura de aquel lugar.

«Mi padre siempre lo decía, el verdadero carácter de las personas sale a la luz momentos de tensión. Y es tan cierto como que me llamo Zaria Lavank, por Sinmá. Casi golpea a Iska en la capital y no faltó mucho para que me golpeara a mí también aquí y lo que es peor, sin motivo alguno».

—No sé cómo pude ser tan idiota —murmuró.

Zaria se metió en la cama y se cubrió la cabeza con las mantas, con la esperanza de que la perspectiva de regresar a la ciudad aplacara su terrible humor e hiciera el viaje más ameno.

Quentin subió las escaleras y cerró dando un portazo. Siendo consciente de su estado de ánimo, aunque sin ser capaz de controlarlo o comprenderlo, se dio cuenta de que estaba furioso. Quería golpear y romper cosas, pero a su vez se sentía aterrado por todas esas extrañas emociones que se apoderaron de él en algún momento que no podía determinar.

Pasron horas desde que comenzó a oír un espantoso lamento, que se hacía eco de cada persona que hablaba cerca de él, como una absurda burla a las palabras que llegaban a sus oídos. No comprendía qué le estaba sucediendo y se le hacía difícil pensar en cualquier cosa, puesto que le parecía que estaba sumergido en una nube de densa lobreguez, que empañaba lo que veía y lo que sentía. Sin embargo, aún quedaba una parte de él que quería regresar a ser quien era y luchaba contra esa desesperante sensación de asfixia que le cegaba la razón y le obligaba a pensar y sentir cosas que no tenían nada que ver con su situación. Era como si estuviera disputándose con alguien más el control de su propia mente y de su cuerpo.

«Maltraté a Zaria, ¿qué demonios sucede conmigo?» se preguntó.

Batallando contra esa voluntad desconocida, se obligó a sí mismo a acostarse. Necesitaba descansar porque el viaje hasta la capital era largo y agotador, pero su otra parte quería salir de allí, hacia algún lugar y le llegaban unas continuas oleadas de furia y rencor que se le hacían difíciles de creer y, lo que era peor aún, mucho más difíciles de controlar. Ni cuando se enteró lo que Reda Almairon hizo con sus padres y los de Josh se sintió tan enojado como lo estaba en ese momento.

Quería hablar con Ilsa, pero ni siquiera era capaz de recordarla por completo. Era un nombre,

una lejana sensación de bienestar y de paz, alguien a quien necesitaba con urgencia, pero que no podía encontrar en el oscuro laberinto en que se había convertido su mente.

Entre pesadillas y extraños lamentos, llegó el amanecer y la claridad trajo consigo algo de paz. Quentin se levantó, apresurado, y juntó sus cosas para marcharse. No le avisaría a Zaria, porque quería mantenerse alejado de ella; no sabía en qué momento esas anormales y peligrosas sensaciones regresarían a él y qué sería capaz de hacer cuando se apoderaran de su voluntad otra vez.

Dejó varias monedas en la pequeña mesa que había en un rincón, salió de la habitación y bajó intentando hacer la menor cantidad de ruido posible. El dueño de la posada dormía en una mecedora junto a una puerta y no despertó cuando él abandonó el salón. Caminó apresurado al establo, acomodó la montura de Luna y partió.

Cabalgó lo más rápido que el tránsito se lo permitió mientras estuvo en la ciudad y, cuando traspasaron los muros, ni siquiera tuvo que espolear a Luna para que galopara a toda velocidad, ya que ella sabía lo que debía hacer.

Sin detenerse más que para que la yegua pudiera descansar y beber algo de agua, cabalgaron hasta que, hacia media tarde, Quentin comenzó a sentir que un frío aterrador trepaba desde sus piernas, como si inmundas manos se arrastraran sobre él para adueñarse nuevamente de su razón y, quizás esta vez, también de su voluntad.

Con temor de que pudiera encontrarse con algún viajero o que Zaria lo alcanzara, desmontó y ató a Luna a un árbol a la vera del camino. La yegua golpeó el suelo con sus cascos y resopló su disconformidad.

—Necesito que te quedes aquí y esperes a Zaria. Yo regresaré mañana —dijo y acarició su cuello y su frente para tranquilizarla—. Sé buena.

Luna relinchó cuando él se alejó, pero no podía perder más tiempo. Dejó todas sus pertenencias escondidas entre los pastizales y se internó en los verdes sembradíos sin volver la vista hacia atrás. Se le desgarró el corazón al dejarla, al oírla reclamarle su abandono, pero no quería ponerla en peligro

Corrió aun cuando parte de sí mismo le ordenaba detenerse, aun cuando la respiración comenzó a fallarle y, en el momento en que cayó rendido entre los verdes tallos, completamente agotado, comenzó a arrastrarse, solo para asegurarse de que su cuerpo exhausto no pudiera moverse hasta el día siguiente.

Despertó con los rayos del sol cegándolo. Le dolía el cuerpo y no sabía dónde demonios se encontraba. Todo era una confusión y un entumecimiento incomprensibles. Se sentó en el suelo y contempló con desesperación que sus manos estaban manchadas de rojo oscuro hasta los codos. Su camisa estaba rasgada y su torso desnudo también estaba salpicado con gotas parduscas de sangre seca. Maldiciendo a la noche y a la locura que se apoderaba de él, se puso de pie; tenía frío y sus abrigos no estaban por ningún lado, por más que miró a su alrededor mientras caminaba entre el sembradío para ver si lograba saber qué era lo que había hecho.

No tuvo que buscar demasiado para encontrar pistas de sus acciones, ya que gotas del mismo color que teñía sus manos formaban un rastro que siguió, con tanto miedo como vergüenza. A los pocos pasos encontró vísceras, enormes trozos de algún animal grande, jirones de cuero con pelo negro. Su corazón se detuvo por unos segundos cuando comenzó a preguntarse qué era lo que había sucedido. Corrió con pasos confusos y cayó de rodillas más de una vez. Se arrastró entre pastizales que no se acordaba de haber pisado y cruzó caminos que no recordaba haber visto.

—¿Luna? —exclamó. Quiso silbar, como solía hacerlo para llamarla, pero los labios le temblaban por pensar que podía haber masacrado a su propia yegua, quien lo había acompañado

por tantos años y, también, por tantos kilómetros.

Siguió corriendo y tropezando cada pocos pasos, encontrando sin buscar restos de cuero, carne o pelo. Su alivio no fue menor al ver que en el epicentro del desastre no encontró a Luna, sino a otro caballo que tenía una mancha blanca con forma de diamante en la frente.

Quentin cayó de rodillas, tan horrorizado e impactado que no podía reaccionar ni asimilar lo que sus ojos veían. El pobre animal tenía el cuello roto, pues estaba doblado en un ángulo imposible. Tenía el vientre abierto y vacío, y los órganos que alguna vez lo mantuvieron con vida estaban diseminados a su alrededor. El cadáver estaba lleno de moscas verdes, brillantes, enormes y ruidosas y, en el cielo, volaban en círculo unos cuantos carroñeros, que se alejaron al ver a Quentin llegar hasta allí. No sabía si había sido él quien había hecho tal desastre, pero cabía la posibilidad de que así fuera, a juzgar por la sangre seca que cubría su cuerpo.

Miró alrededor del caballo, conteniendo las nauseas, en busca del arma con la que había asesinado con tal saña al animal, pero no fue capaz de encontrarla. Observó sus manos y se preguntó si solo había bastado con la fuerza de sus dedos para hacerlo.

«Ojalá le haya roto el cuello antes de…» no fue capaz de terminar de pensarlo. Se dio vuelta y corrió sin un rumbo fijo, con las lágrimas ardiendo en sus ojos y limitándole la visión, en un intento de alejarse de esa imagen tan escalofriante, aún sabiendo que esa espantosa carnicería quedaría por siempre grabada en su memoria.

Corrió y, cuando se cansó de hacerlo, continuó andando. Sin tener un rumbo fijo, iba pensando en qué haría en adelante, si se convertía en un asesino despiadado en cuanto el día estaba llegando al final, sin tener consciencia de lo que hacía. Lo que más lo atormentaba era que aun cuando su cuerpo estuviera agotado, encontraba fuerzas de no sabía dónde para hacer su propia voluntad. No podría acercarse ya a lugares habitados y lo mejor sería huir a un lugar desierto, donde no pudiera herir a nadie más, ni humano ni animal.

Tenía miedo. Estaba aterrado por no poder comprender qué era lo que sucedía y porque se sentía solo, como si le faltara una gran parte de él y de su memoria. Sabía que contaba con mucha gente, pero apenas recordaba sus rostros y comprobó que había olvidado sus nombres.

—Sus nombres… —murmuró—. La muchacha de ojos verdes, el niño, el rubio grandote, la muchacha de cabello gris… ¿Cómo se llaman? ¿Quiénes son?

Tropezó y se fue de cara al suelo, en medio de un campo sembrado. No podía saber de qué eran esas hojas redondas y pequeñas sembradas en prolijos e interminables surcos, porque nunca fue bueno recordando el nombre de las plantas.

No quería usar los caminos por temor a cruzarse con alguien, tampoco quería encontrar a Luna y que ella lo regresara a casa, donde fuera que quedara.

—¡Luna!

Había recordado un nombre. Uno importante.

Sin despegar su rostro de la tierra, se largó a reír como si acabaran de darle la mejor noticia del mundo, pero su risa se convirtió en pesadas lágrimas cuando se dio cuenta de que eso era lo único que pudo recordar.

Se tendió de espaldas entre los montículos de tierra y miró al cielo. El sol estaba comenzando su descenso hacia el horizonte, lo que significaba que no faltaba mucho para que dejara de ser él mismo, otra vez. Sin saber si seguir alejándose hacia ningún lugar o si debería quedarse allí, permaneció tendido en la tierra, con la mente atormentada por la culpa, la incertidumbre y el miedo.

«Quiero ver las estrellas de nuevo» pensó en el momento en que el frío comenzó a tomar su cuerpo, una vez más.

El posadero le dijo a Zaria que Quentin pagó por los gastos de ambos y se largó antes de que él despertara. Se quedó esperando por un rato a ver si tenía noticias de su compañero, pero al no recibirlas, decidió iniciar el recorrido hacia la capital por su propia cuenta. Como mucho, se encontrarían allí en algunos días; sabía que Luna estaba acostumbrada a cabalgar a velocidades casi irreales por largas distancias, por lo que sería bastante difícil que fuera a alcanzarlos en el camino.

Sin las prisas por ir por las monedas, sin la presión de viajar con Quentin y más tranquila por no tener que soportar su mal carácter, Zaria dejó Villa del Sol a media mañana. Llegó a un poblado de casas de madera casi al anochecer y buscó donde quedarse a pasar la noche. Se alojó en una posada muy pequeña, minada de gatos y pulgas, pero ya estaba acostumbrada a ambas cosas gracias a los felinos de su hermano. La noche le duró un suspiro y, cuando amaneció, se sentía tan cansada como si no hubiera dormido nada.

Partió enseguida, no sin antes preguntar si habían visto a su compañero. Por lo que pudo saber, Quentin pasó poco después del mediodía anterior por allí, pero no se detuvo más que para dar de beber a su montura. Nadie mencionó que hubiera algo malo en él, lo que fue un alivio. No quería llegar a Ciudad Capital y enfrentar al Gobernador con un listado de quejas en su contra.

A media tarde, divisó un caballo a la vera del camino, atado a un árbol. Con algo de cautela por temor a que se tratara de un engaño de los ladrones que solían deambular por los caminos, se acercó al animal.

—¿Qué haces aquí sola? —preguntó sin desmontar y la yegua relinchó, impaciente. Se acercó un poco más y reconoció a Luna.

Desmontó apresurada y le dio de beber a la yegua, ya que notó que el pasto a su alrededor estaba al ras, lo que significaba que hacía bastante tiempo que se encontraba allí, probablemente, desde el día anterior. Cambió de lugar a Luna y ató a ambos caballos a la sombra de otro árbol.

Sentada al reparo de los fuertes rayos del sol, se dispuso a esperarlo y un destello en un montículo de hierba, cercano a donde encontró Luna, llamó su atención. Se acercó a mirar qué había y descubrió un bolso con las pertenencias de Quentin. Al levantarlo encontró sus dos espadas, cinco cuchillos de distintos tamaños, tres navajas y dos dagas de puño. Alarmada, comenzó a mirar en más detalle en busca de su compañero. Hacía días que Quentin se comportaba de forma extraña y terminó de convencerse de que algo no estaba bien en él al hallar sus cosas allí. Abrió su bolso, aun a riesgo de que él llegara justo en esos momentos y se enfadara con ella por revisar sus pertenencias. Encontró algunas mudas de ropa prolijamente dobladas, un cuaderno, una libreta y tres sacos de distintos tamaños, que tenían monedas. En el más pequeño había dos monedas de plata y dos de oro, y un trozo de papel que decía «Indignos». En el mediano había una decena de diferentes valores y en el grande, más monedas y una libreta.

Zaria regresó todo a su sitio y decidió salir a buscarlo. Se introdujo entre los sembradíos siguiendo el rastro que dejó, pero caminó por horas sin hallar nada que pudiera indicarle qué le sucedió. Creyó que sería mejor volver al camino, al lugar adonde dejó a los caballos, antes que la oscuridad la encontrara en mitad de la nada, por lo que regresó sobre sus pasos.

Pasó una noche agitada, intranquila, despertando a cada rato, atemorizada por estar sola en medio de la nada y preocupada por Quentin y su extraño comportamiento. El día la encontró sentada junto a una agonizante fogata y decidió que ya no esperaría. Juntó las cosas de Quentin, las sujetó a la montura de su caballo, ató sus riendas a Luna y montó en ella.

Cabalgar sobre esa yegua le resultó aterrador en un inicio, por la potencia que tenían sus patas, por la velocidad a la que corría y porque parecía que nunca se agotaba. Su pobre caballo tenía el morro lleno de espuma blanca cuando Luna empezó a disminuir el paso, por lo que la obligó a

detenerse para darle un respiro a su animal. Se detuvo al costado del camino y lo llevó a la orilla del río para que se refrescara. Luna, que permaneció en el sendero de tierra, parecía no tener ganas de detenerse aún y se movía ansiosa, golpeando sus cascos delanteros y resoplando a cada instante, como si estuviera presionándola para continuar.

—Demonios, Luna —murmuró—, no puedo dejar a mi caballo aquí, al menos espera a que lleguemos al próximo poblado.

Luna relinchó en respuesta, y Zaira tiró de las riendas para llevarla a beber.

Una vez que su caballo pareció recuperarse, Zaira le quitó todo el peso que pudo y sujetó los bultos en las alforjas de la yegua. Luna los llevó en una nueva carrera infernal y a media tarde arribaron a una pequeña aldea en la que encontró quien cuidara de su caballo hasta que alguien llegara a recogerlo. Después de dejar una generosa cantidad de monedas en manos del amable granjero, Zaria y Luna partieron a la velocidad el viento hacia Ciudad Capital. Le urgía informar sobre lo que había ocurrido a Quentin y, si bien lamentaba haber dejado a su caballo, sabía que solo los retrasaría. Quentin podía estar en peligro, solo, perdido y, encima, desarmado.

41

Palmeras, Pyebra

Tino miraba cada pocos segundos la puerta de entrada al salón, sin notar que lo estaba haciendo. Hacía rato que habían terminado los entrenamientos con Shanyi y el señor Dima, por lo que este se había marchado a cumplir con sus tareas como Consejero de la ciudad. Ajác y Drian debían llegar para tomar la guardia, pero se estaban tardando mucho, o eso le parecía. Shanyi estaba estudiando las leyes de Palmeras porque quería postularse para consejera en las elecciones del próximo año, por lo que le daba la impresión de que el tiempo corría demasiado lento al estar callado y ocioso.

Cuando su relevo finalmente llegó, Shanyi tomó sus libros y ambos salieron al calor del sol de media tarde.

—¿Tomamos una cerveza? —preguntó Shanyi—. Nos la merecemos después de lo agotador que fue el día de hoy.

—Iré a entrenar. —Le dio dos golpes a la funda de su espada, que colgaba de su cadera.

—¿Solo? Drian acaba de tomar la guardia.

—Con los soldados.

—Tú nunca entrenas con los soldados. —Shanyi lo miró entrecerrando los ojos.

—Con Ajhmet…

—¿El muchacho de bonitos ojos? —preguntó divertida y Tino se puso más incómodo que nunca—. ¿El soldado que te ayudó con el mago morroíno?

—Así es.

—¿El de la risa contagiosa? —Tino asintió—. ¿El de los abdominales mejores trabajados de todo el bendito ejército erjathaíno?

—¡Shanyi!

—Bueno, también me tocó ser su niñera y tuve que acompañarlo a los entrenamientos. La verdad, nunca me había imaginado que ir a ver a los soldados entrenar iba a ser tan… educativo. Se puede apreciar muy bien la anatomía masculina en ese lugar.

—Por Sinmá, Shanyi. —Tino se sentía demasiado incómodo. A pesar de estar habituado a los comentarios de su compañera, que pusiera a Ajhmet en sus conversaciones le resultaba por demás embarazoso. Sí, debía que admitir que él también compartía las mismas impresiones que Shanyi tenía sobre el soldado, pero oírla decirlo era muy extraño y hacía que se sintiera algo… No podía identificar sus emociones, todas tan nuevas que lo abrumaban.

—¿Te molesta? —Shanyi rio. Tino desvió la vista hacia otro lado y ella se adelantó para mirarlo—. ¡Estás molesto! Vamos, no te enojes conmigo, solo estoy bromeando. —Se colgó en su brazo y volvió a reír—. Es una broma, no sabía que tenían algo.

Tino se sobresaltó y la miró.

—No hay nada, Shanyi.

—Podría haber… —dijo divertida.

—Pero no hay. Ya déjalo.

—¿Por qué te molesta?

—No me molesta, no sé por qué dices eso.

—Porque no puedes verte la cara.

Tino sintió que el rostro le ardía y quiso que Shanyi dejara de hablar de una vez.

—No estoy enojado, solo que es raro.

—¿Que diga que…?

—Sí, todo eso… sobre él —admitió, finalmente.

—Prometo no volver a repetirlo —aseguró, muy seria, y Tino se detuvo asombrado. Shanyi lo tomó del brazo para seguir camino—. Una cosa es bromear con alguien que no significa nada y otra con alguien que sí importa. Si para ti significa algo, ya deja de ser gracioso.

—Vaya… Gracias.

—No lo sabía, no me había dado cuenta y te pido disculpas por eso.

—Ya sabes… desde que empezamos a acompañarlo tuve la oportunidad de conocerlo un poco mejor. Además de su sonrisa encantadora, sus bonitos ojos y sus impresionantes abdominales, es un sujeto muy agradable. —Shanyi rio y Tino se dio unas palmadas en el abdomen—. Incluso me hace creer que debería dedicarle un poco más de esfuerzo a mis entrenamientos.

—No lo necesitas. —Shanyi quiso enterrarle los dedos en los brazos, pero se encontró con los músculos endurecidos de Tino—. Si no fueras mi amigo, te vería con otros ojos.

—Como si me gustaras…

—Y si no fueras un niño…

—Tengo diecisiete, hace rato que dejé de ser un niño.

—Como sea, sigues siendo un niño para mí. —Tino rio.

Admitir que le gustaba Ajhmet, tanto ante Shanyi como ante él mismo, le significó un alivio. Ponerle nombre y algo de orden a lo que le sucedía lo hizo sentir libre. Si bien en ocasiones bromeaba con su compañera sobre lo bien que se veían los hermanos Guna, Josh o algunos de los soldados de Palmeras, no sintió antes ninguna clase de interés por nadie en específico. No de la forma en que se sentía cuando estaba cerca de Ajhmet, al menos. Más allá de que debían estar juntos por su seguridad, le gustaba pasar tiempo con él y a Ajhmet parecía no molestarle en absoluto tener una sombra permanente a su lado. Al menos no se había quejado frente a él ni había oído que lo hiciera con los demás.

—¿No te gusta ninguna mujer o solo lo decías por mí? —Shanyi interrumpió sus pensamientos con una pregunta absolutamente fuera de lugar, pero que al parecer le había generado alguna clase de inseguridad.

—¿Te vas a ofender acaso? —rio—. ¿Tú?

—No me voy a ofender, es solo curiosidad. Siempre hablamos de otros muchachos, pero nunca te lo había preguntado.

—Vi solo a una mujer realmente impactante, pero por lo general, me resultan más atractivos los hombres.

—¿Quién es? ¿La conozco?

—Aquí te dejo, nuestros caminos se separan —dijo, ignorando a propósito su pregunta y señalando hacia delante.

—¡Dime! —exigió.

—¿Quieres que pase por ti cuando termine de entrenar? —continuó, divertido—. Podemos ir a beber algo.

—Estaría bien —resopló, sabiendo que él ya no diría nada más—. Creo que va a venir Naga, aunque todavía no ha confirmado.

—Bien, pasaré por tu casa después del anochecer.

Shanyi asintió y giró a la derecha, hacia un barrio de edificios de varios pisos, que se dividían en pequeñas viviendas de pocas habitaciones, donde vivían personas solas y, en su mayoría,

jóvenes. Tino estaba considerando mudarse allí, pero todavía no se decidía. Se llevaba muy bien con sus padres adoptivos y le gustaba despertar y saber que estaban allí, cerca de él.

Arribó al campo de entrenamiento y vio a Mihaí sentado a un lado, sin perder de vista a Ajhmet ni un solo segundo. Desde que Quentin y Tareq intentaron encontrar algo en la espada del mago morroíno, los magos de Erjathá se turnaban para acompañar a Ajhmet día y noche, temiendo que un Indigno se hubiera liberado de la espada y lo atacara en el momento menos esperado.

Después de saludarse, Tino le dijo a su padre que se haría cargo de la vigilancia de Ajhmet por algunas horas, por si quería ir a descansar, ya que iba a quedarse allí.

Aprovecharon el entrenamiento no solo para practicar con sus armas, sino que también Tino atacó con magia a los soldados y aunque en un principio no fue bienvenido por muchos de ellos, al final varios acabaron tomándolo como un desafío a superar. Sabían que existía la posibilidad de encontrarse con magos en un campo de batalla, por lo que comenzaron a idear estrategias que enseguida pusieron en marcha para así tratar de hallar la forma de evitar los ataques de Tino y poder llegar a desarmarlo y reducirlo. El mago les explicó que ellos no pueden atacar lo que no ven, por lo que su objetivo principal debía ser atacar sus ojos. No pudieron llegar a él para imposibilitarlo ni una sola vez, pero estuvieron cerca de lograrlo en dos oportunidades, lo que fue una sorpresa también para el propio Tino. Le comunicó a Drian lo que descubrió en su entrenamiento, y le aconsejó que se reunieran a entrenar con los soldados en algunas oportunidades, para así ponerse a prueba. Los soldados podían ser por demás ingeniosos y los resultados lo sorprenderían tanto como a él.

La magia siempre le dio una sensación de seguridad y hasta de superioridad con respecto a quienes no la poseían, pero después de que Ajhmet matara al mago morroíno como a cualquier otro ser humano normal, Tino comenzó a verse a sí mismo desde una perspectiva diferente. No le bastó tener la experiencia de la muerte de sus compañeras porque, al fin y al cabo, Ky Ha y Ade fallecieron en manos mágicas y tampoco le bastó con ser herido por las flechas de los soldados de la reina cuando se presentó en el Palacio de Las Hojas, pero un soldado degollando a un mago era algo nuevo y tan aterrador como la muerte misma.

Tras haber convertido el campo de entrenamiento en un verdadero desastre, Tino se tomó varios minutos en recomponer todo lo que destruyó durante su práctica con los soldados. La tierra fue removida en varias zonas, había grandes charcos de agua y de barro, se podían ver piedras donde antes no estaban y en la zona donde Tino había hecho crecer pastizales, había quedado un parche negro y humeante de hierba calcinada.

Cuando todo regresó a ser como era, solo la silueta de Ajhmet se recortaba por las tenues luces de las antorchas. Al resguardo de la oscuridad que no podía delatarlo, Tino sonrió, pero solo un par de segundos, ya que recordó que era porque debía permanecer a su lado hasta que Mihaí tomara su lugar, no porque el soldado hubiera decidido esperarlo.

—¿Qué hará ahora? —preguntó Ajhmet cuando dejaron el campo. El estómago de Tino dio un vuelco, ¿había escuchado bien?—. ¿Le gustaría ir por algo para beber, señor?

Sí, había escuchado bien. Intentando que su nerviosismo no se notara demasiado, pensó en aceptar de inmediato, pero recordó que se había comprometido a pasar a buscar a su compañera.

—Quedé con Shanyi. —Miró a Ajhmet y lo vio sonreír, pero no estaba seguro de que lo que estaba viendo era cierto desencanto o si era solo impresión suya—. ¿Te gustaría acompañarnos?

—En otra ocasión, tal vez, no quisiera arruinar su cita.

Tino se largó a reír.

—¡No, por Sinmá! Nos conocemos desde que empezamos a entrenar con los demás magos,

hace más de cuatro años, y siempre nos hemos llevado muy bien, como si fuéramos hermanos. No podría ver a Shanyi de otra forma, si es a lo que te refieres.

—Perdón, señor. Como los vi muchas veces juntos, llegué a creer que entre ustedes…

—Suena hasta extraño que lo digas.

—Qué inapropiado de mi parte, señor. —El soldado bajó la vista—. No fue mi intención, ni siquiera sé por qué lo mencioné.

—No te preocupes, y ya te dije que no es necesario que me trates como a tu superior, incluso creo que soy menor que tú.

—Por unos meses, nada más. —Tino se detuvo a mitad de la calle y lo miró sin poder ocultar su asombro. Le sorprendió que supiera ese detalle, siendo que no era una persona que acostumbrara a hacer grandes festejos para conmemorar su natalicio. Tras algunos pasos, Ajhmet notó que no caminaba a su lado, por lo que se dio la vuelta y sonrió, tan encantadoramente como era su costumbre—. ¿Qué sucede?

—Nada, solo que no recuerdo haber mencionado cuándo nací.

—Es que uno puede averiguar muchas cosas cuando se lo propone.

—Creo que no comprendo.

Ajhmet rio y regresó a donde Tino estaba, tan inmóvil como si sus pies hubieran echado raíces.

—Despertó mi interés hace bastante tiempo, señor, y eso hizo que quisiera saber muchas cosas de usted. Gracias a Efos tuve la oportunidad de estar cerca en el momento en que necesitaba ayuda y no dudé en desobedecer las órdenes de permanecer en formación para acabar con ese bastardo que lo estaba atacando. Lo único que lamento es no haber podido llegar antes y evitar que lo dañara como lo hizo —Tino frunció el ceño, confundido y tan aturdido que no sabía qué demonios debía hacer o cómo tenía que comportarse en una situación así. Ajhmet volvió a sonreír, pero esta vez con algo de tristeza. Le dio la espalda y continuó caminando—. Vamos, la señorita Shanyi lo espera, señor.

—¿Por qué me lo dices? —preguntó sin moverse.

—Porque quería que lo supiera, señor —dijo con toda naturalidad y se giró nuevamente.

—Pero, ¿por qué?

—Porque puedo morir mañana mismo, o dentro de unas horas, si ese Indigno existe y decide venir por mí. —La sola idea de que algo malo pudiera ocurrirle le hizo apretar los puños involuntariamente—. Puede que no tenga otra oportunidad. Estamos acostumbrados a manifestar nuestro enojo, nuestra disconformidad y nuestro malestar, pero no a expresar nuestra alegría cuando hay situaciones que nos hacen sentir bien, señor, y haberlo conocido mejor es una de las cosas que me gustaría atesorar por siempre en mi memoria, porque es una persona muy amable, sincera y porque me siento bien cuando estoy con usted. —Tino abrió mucho los ojos y no era capaz de decir ni una miserable palabra. Confusión, alegría, miedo, incertidumbre y demás emociones irreconocibles para él le daban vuelta en el cuerpo y le hacían perder la noción del tiempo y el espacio—. Espero que no se moleste conmigo, señor, no quise ser inapropiado. Le juro por mi vida y por mi honor que no volveré a repetirlo. Solo me basta con haberlo dicho una sola vez.

Le pareció que el tiempo se detuvo para él en ese preciso instante. Hacía solo un par de horas que había admitido lo que le sucedía y que Ajhmet expresara de esa forma tan abierta y con tanta seguridad sus sentimientos le alegraba y le aterraba en partes iguales.

—Creo que será mejor que le avise a su padre que ya terminamos, no tiene por qué permanecer conmigo si le incomoda, señor. Incluso puede dejarme solo, el señor Dima vive a

pocas calles.

—¿Cómo crees? Yo… No me molesta que lo hayas dicho, al contrario. —Tino intentó sonreír, aunque su cuerpo parecía que tenía alguna clase de voluntad propia y no podía controlarlo del todo—. Solo estoy sorprendido y… halagado.

Ajhmet asintió, pero ya sin sonreír.

—La señorita Shanyi lo espera. —Le dio la espalda y volvió a retomar el camino hacia donde se encontraba su hogar.

Tino no se movió, primero porque no podía y segundo porque, al parecer, su absurdo comportamiento dio a Ajhmet una impresión equivocada de lo que le sucedía. Ver la decepción que tiñó su ánimo lo hizo sentir bastante mal, y no llegaba a él ninguna clase de palabra que pudiera decir para hacerle saber que él también disfrutaba del tiempo que pasaban juntos.

—Ajhmet. —El soldado se detuvo—. Ven con nosotros. De verdad me gustaría que me acompañaras. —Lo dijo, finalmente. Encontró la forma y retomó el control de sí mismo. Sonrió justo cuando Ajhmet se daba vuelta, con su fascinante sonrisa en los labios, cuya luz hacía opacar hasta al mismísimo Astro que le había otorgado su poder. Valía la pena superar los miedos, las inseguridades y los nervios solo por ver la felicidad y la ilusión que esas pocas palabras causaron.

42

Sitnor

Luna, sin tener compasión ni consideración por Zaria, corría a mayor velocidad desde que dejaron al otro caballo. Sin dudas, había significado un lastre para ella llevarlo a tiro.

El viaje con Iskánder había sido largo y agotador, pero montar durante cuatro días sobre Luna era un suplicio que no podía compararse. No había músculo de su cuerpo que no se sintiera entumecido y dolorido, pero no podía hacer nada contra la determinación de Luna. Ya lo había intentado y había fracasado varias veces. La yegua estaba dispuesta a llegar a la capital cuanto antes y no se iba a contener porque a Zaria le doliera el trasero. Y los brazos, y la espalda.

—Mierda, Luna. Necesito un descanso —exclamó en vano, pero pasaron varias horas hasta que Luna comenzó a detenerse. Zaria respiró aliviada, creyendo que ya estaba agotada, pero no fue así. Luna regresó sobre sus pasos y se detuvo, oliendo el aire. Cabeceó y resopló varias veces, ignorando las indicaciones de Zaria de quedarse quieta para que pudiera desmontar.

Luna dio vueltas en círculos varias veces, caminó en zigzag por el camino y Zaria se preguntaba si el animal había perdido la razón igual que su dueño. Sin embargo, después de unos minutos de comportamiento extraño, golpeó la tierra endurecidas con sus cascos y caminó, sin dejar de oler el aire. Comenzó a trotar y Zaria se sujetó con fuerza de las riendas, porque temía que la llevara en una alocada carrera hacia la nada en cualquier momento. Luna dejó el camino y se internó entre los sembradíos, primero con cautela, pero de un momento a otro comenzó a correr sin dejar de relinchar y resoplar cada pocos pasos.

Zaria estaba considerando la idea de arrojarse de la montura cuando Luna volvió a detenerse. Relinchó y comenzó a caminar despacio, sin dejar de mirar hacia los lados ni oler el aire. Se lanzó a trotar otra vez y Zaria, al final decidió detenerla, aunque sus fuerzas se fueran en ello.

—¿Qué demonios sucede contigo? —preguntó cuando pudo frenarla, pero, ni bien puso los pies en la tierra, Luna se escapó de su lado.

Zaria corrió tras ella y la vio detenerse a algunos cientos de metros delante. Luna se dio la vuelta, miró a Zaria y volvió a relinchar. A pesar de que sus músculos se quejaban y le reclamaban el esfuerzo, continuó corriendo. Vio que Luna tenía la cabeza baja, y parecía murmurar con suavidad, mientras movía los cascos delanteros.

Antes de llegar a su lado, vio que Luna estaba junto a un hombre inconsciente. Zaria se llevó la mano hacia la espalda, para alcanzar una de sus espadas y la sacó despacio de su funda. Luna volvió a relinchar, como si le estuviera pidiendo que se apresurara. Pudo ver aun a la distancia que el hombre tenía las ropas completamente embarradas y desechas y la porción de rostro que alcanzaba a ver, no estaba en mejores condiciones. Se oía el zumbido de las moscas y un olor acre y amargo se hacía más fuerte a medida que se acercaba, lo que la hizo temer que se tratara de un cadáver.

Se aproximó con cautela y estaba a pocos pasos de alcanzarlos cuando notó que Luna estaba junto a Quentin, que yacía boca abajo. Dejó caer su espada y se acercó a Luna para buscar entre sus alforjas una bota de agua. Se arrodilló a su lado, lo dio vueltas y vio que estaba cubierto de sangre seca, sin embargo comprobó aliviada que estaba respirando con normalidad.

—Señor Quentin —llamó en voz baja. Se humedeció una mano para quitarle algo de la suciedad que cubría su rostro y él se movió apenas cuando sintió el líquido fresco.

—Agua —susurró y Zaria se apresuró a levantarle la cabeza y acercarle la bota. Quentin levantó una mano temblorosa y la posó sobre la de Zaria para ayudarse. Bebió, se ahogó y tosió, aunque sin abrir los ojos.

—¿Qué le sucedió? —murmuró.

Quentin reaccionó cuando la escuchó y se sentó de repente. Se lo veía aterrorizado y nervioso y retrocedió empujando con los pies.

—Deber irte, Zaria. Aléjate de mí, por lo que más quieras.

Luna caminó hacia él, le acercó el morro y sus gestos se suavizaron al verla. Le acarició el cuello y Luna cerró los ojos mientras resoplaba complacida.

—¿Qué sucede?

—Vete, llévate a Luna. Ve a la capital y…

—¡No voy a dejarlo solo de nuevo!

Quentin volvió a beber y utilizó algo de agua para enjuagarse las manos y lavarse el rostro.

—No comprendes, dile a mi hermano que hay algo malo en mí. Dile que necesito a los magos, a la maestra Áliza, Tareq, Naga, cualquiera de ellos.

—No entiendo. ¿Qué…?

—No lo sé, pero debes irte ahora mismo. Cuando cae el sol, por alguna extraña razón, dejo de ser quien soy. Mírame, maté animales con mis propias manos, imagínate lo que puedo hacer contigo si vuelve a suceder, Zaria. Debes irte ahora mismo.

Zaria estaba horrorizada y pudo comprender en ese momento el comportamiento que tuvo la última vez que lo vio

—Por favor, tienes que irte.

—Usted tiene una conexión con la señorita Ilsa, ¿ha hablado con ella?

—No la encuentro, Zaria. Mi mente está confusa, atormentada y no puedo hacer nada para cambiar esta situación. Vete.

—Señor Quentin…

—Por favor, hazlo.

—No me sentiré tranquila si lo dejo aquí.

—Zaria, le rompí el cuello a un caballo y no recuerdo haberlo hecho —aseguró mientras movía las manos—. ¿Comprendes? ¿Cómo un hombre puede hacerlo con sus propias manos? Algo no está bien aquí —dijo y apuntó a su cabeza con los dedos—. No está nada bien.

—Puede que esté confundido…

—Mírame, mira mis manos y mi cuerpo, Zaria. Estoy cubierto de sangre.

Zaria no quería admitirlo, se negaba a hacerlo, porque era irracional e imposible, pero sus ojos no la engañaban y él, al parecer, tampoco.

Se puso de pie y miró hacia el cielo. Aún quedaban un par de horas de luz solar y, si era cierto que Quentin podía hacer lo que decía, estaba en un serio peligro.

—Por lo más sagrado, vete y busca a alguien que pueda ayudarme.

Quentin se incorporó y rebuscó entre las alforjas de Luna.

—Encontré sus cosas, por si necesita algo —murmuró Zaria—. También hay agua y algo para comer.

—No tengo hambre, lo que no deja de asustarme. Me quedaré con algo de ropa limpia. —Después de dejar un par de cosas a su lado, caminó hasta llegar a la cabeza de Luna—. Me encontraste, mi Luna, eres grandiosa. —La yegua resopló y bajó el morro para apoyar su frente en el pecho de Quentin—. Pero ahora debes irte, debes llevar a Zaria a casa.

Luna parecía protestar y quejarse, pero Quentin continuó hablándole en voz baja y acariciando

su cuello por varios minutos más. No se parecía en nada a quien vio por última vez en Villa del Sol; era quien conoció, quien vio en la capital y quien la acompañó a ver la luna roja nacer del mar.

Se acercó a él y puso una mano sobre la suya. Quentin levantó la vista de las crines de Luna y fijó su mirada triste y avergonzada en ella. Se veía la palidez de su piel y las oscuras ojeras que sombreaban sus ojos entre las betas de suciedad mal limpiada.

—Soy una ruina, Zaria. —Clavó la vista en el suelo y retiró, despacio, su mano—. Temo perderme en esta locura y…

—Haré lo posible por llegar cuanto antes hasta la capital y buscar ayuda —aseguró intentando mantener el control de su voz, ya que le dolía más de lo que hubiera imaginado verlo así. Una muy pequeña sonrisa se asomó en sus labios y suavizó las arrugas de su frente.

—Gracias —murmuró.

Zaria asintió y se dio vuelta para echarle una mirada a las alforjas, antes que su voluntad flaqueara y fuera él quien tuviera que consolarla. Quentin volvió a hablar con Luna y, cuando Zaria regresó hacia él, su compañero le entregó las riendas de su yegua. La muchacha montó e intentó hacerla andar, sin resultados. Luna se negaba a dejar a Quentin allí, solo y en medio de la nada.

—Ve a casa, Luna —exclamó. La yegua relinchó y golpeó la tierra, pero Quentin le dio una palmada en la grupa y ella, muy a su pesar, se alejó.

No regresó al camino, sino que avanzó entre pastizales y sembradíos, entre bosques y bañados. Corrió sin detenerse y solo disminuyendo la velocidad cuando el terreno la obligaba a hacerlo. Zaria la dejó hacer, confiando en ella con los ojos cerrados, al punto que, cuando llegó la noche, Luna continuó andando y Zaria se acomodó en su montura y se abrazó a su cuello para dormitar por unos momentos. Recién cuando el sol comenzó a despuntar a sus espaldas, buscó una arboleda y se detuvo. Zaria se apresuró a quitarle la montura y Luna mordisqueó los pastos tiernos que había junto a los árboles. Luego, se tiró a dormir y no pasaron más que unos pocos minutos para que comenzara a roncar sonoramente. La muchacha se recostó junto a ella y, aunque creyó que no podría pegar un ojo por los ruidos del animal, durmieron hasta el mediodía, cuando Luna decidió que ya era suficiente. Zaria le dio de beber y, tras volver a ensillarla, continuaron su camino.

Algo más descansada, comenzó a pensar en lo que le ocurría a Quentin. En un primer momento se preguntó cómo hizo para recorrer tanto camino si Luna corría como una saeta y apenas si hicieron algunos pocos kilómetros hacia los sembradíos, pero luego cayó en la cuenta de que el camino bordeaba al río, lo que significaba muchas curvas y recovecos. Además, él le confirmó que había algo malo, que le hacía actuar de forma extraña, no recordar lo que hacía, que le daba una fuerza sobrehumana y, quizás también, una velocidad que no podía compararse a la de cualquier otra persona. Se preguntaba qué le sucedía, qué podría haber causado ese efecto en él y, como solicitó la ayuda de los magos, estaba segura de que tenía que ser algo a lo que ella no podría encontrarle solución, pero tampoco un origen.

No los atacaron en ningún momento, ni tuvieron ninguna clase de inconveniente durante su estadía, salvo por la última noche que estuvieron allí, pero Quentin ya estaba mal para ese momento y él mismo fue quien lo ocasionó.

Lo único anormal que recordaba en él eran sus ojos, que en la ciudad costera se veían agrietados. Zaria empezó a hurgar en sus recuerdos para recordar cómo se veían el día anterior y, si su memoria no fallaba, esas grietas continuaban allí. Seguramente tenían algo que ver con lo que le estaba sucediendo, porque no era común que los ojos de una persona se alteraran de esa

forma. Aun así, fue lo único anormal que alcanzó a advertir en él, por más que le dio vueltas a las escuetas conversaciones que mantuvieron y a los pocos momentos que compartieron. No había nada que indicara qué le sucedía y la única certeza que tenía era que estaba pasando un mal momento y necesitaba ayuda urgente.

Llegaron al anochecer a las puertas de la capital, cuando estas estaban ya cerradas por completo. De no haber sido porque Luna hizo un escándalo descomunal golpeándolas con sus cascos y relinchando a todo pulmón, Zaria hubiera sido ignorada hasta el amanecer.

Los guardias solo abrieron una portezuela lateral para ordenarle a Zaria que controlara a su animal y ella pudo aprovechar ese momento para darse a conocer. Y nadie, en su sano juicio, hubiera desoído a la hermana del señor Iskánder Lavank, menos aún si su urgencia se debía a que el hermano del Gobernador estaba en graves problemas.

Luna voló por la calle principal hasta la fortaleza del Gobernador y Zaria corrió a verlo, después de haber enviado a uno de los guardias a que buscara a Iskánder. No fue mucho lo que pudo informarles, una vez reunidos, más que hablarles sobre cómo se deterioró su comportamiento, el particular detalle de sus ojos y lo que él dijo que sucedió cuando estuvo solo.

El Gobernador, alarmado pero siempre práctico, no dudó en poner en aviso a los magos de Erjathá quienes, a su vez, se comunicaron con Naga. Cuanto más ayuda tuvieran, más posibilidades existían de poder ayudar al señor Quentin.

Erjathá, Pyebra

Desde lo alto de las cascadas, la ciudad apenas era visible. La selva se desplegaba detrás de ellos y, ante sus ojos, un velo de agua danzaba entre las rocas, murmuraba una suave melodía y brillaba bajo la luz de la luna, se enredaba entre los juncos y continuaba sin temer que la caída pudiera arruinar su esplendor.

Tino siempre quiso subir hasta allí, pero Shanyi nunca quiso acompañarlo, los demás siempre estaban ocupados y le parecía que ir solo sería mortalmente aburrido. En cambio, Ajhmet sí quiso ir a ver el mundo desde lo alto cuando él se lo propuso y, tras pedir autorización a sus superiores, tomaron unas tiendas y algunos pocos pertrechos y salieron de la ciudad, dispuestos a escalar las rocas hasta llegar al punto más alto de Erjathá.

Les llevó casi un día entero llegar a la cima, pero lo lograron sin usar magia. Comenzaron a armar las tiendas antes de que la noche les cayera encima y, como Ajác se encargó de prepararles la cena para esa noche y tenían un calor abismal, se arrojaron al agua ni bien tuvieron el campamento listo.

Tino quería enseñarle a Ajhmet que no todo lo que se hacía con magia era destructivo y peligroso, y desplegó sobre ellos un espectáculo de luces y colores con los que le contó la leyenda de Sinmá y Efos, mientras una voz armoniosa y profunda les relataba lo que las imágenes de luz dibujaban en el cielo.

—Cuentan las historias que la diosa Thara dio la vida a los hombres, pero antes de eso, mucho antes, solo los dioses vagaban entre todos los cielos y los mil infiernos, yendo y viniendo a sus anchas, sin reglas ni propósitos, más que existir. Efos, dios sol, al que creían poderoso y perfecto, brillaba con fuerza entre la eterna oscuridad. Sinmá, diosa luna, era su compañera, y surcaba los cielos con el orgullo de saber que había cautivado al más importante de todos.

«Las envidias, que no pertenecen solo al ser humano, comenzaron a enraizarse en la esencia de algunos y dos de ellos, que no temían al poder de Efos, se aventuraron a engañarlos para que Sinmá entristeciera y dejara de existir. Zarba y Suin eran sus nombres.

«Mediante artimañas y trucos bajos, Efos fue capturado y encadenado en uno de los mil infiernos, para que su eternidad caducara y, también, su majestuosidad.

«Sinmá vio que la luz de su amado ya no alumbraba y lo buscó por un tiempo, que los humanos podrían llamar milenios o segundos, porque los dioses no saben de horas ni de días, hasta que lo encontró encadenado a una roca. Débil y triste. Gris y casi extinta su esencia. Su amado ya no era luz, sino sombra. No era dios, sino mortal.

«Sinmá en su desesperación, lo alimentó con su luz, a pesar de saberla insignificante en comparación de la de Efos, pero eso bastó para evitar su muerte y para decir los nombres de los traidores. Lo liberó, lo escondió, y esperó a que los captores regresaran.

«Zarba fue quien primero se dejó ver y su sorpresa fue enorme, pero duró poco, ya que Sinmá blandió su lanza dorada y se abalanzó contra ella, dispuesta a no dejar de la desleal diosa más que un montón de polvo y lo hubiera logrado, de no haber sido por la intervención de Suin, su cómplice en el engaño.

«Sinmá dispersó los restos mutilados de Zarba por todos los cielos y los mil infiernos, y la condenó a vagar en su búsqueda, humillada y hediendo a muerte y corrupción. Muerta sin poder vivir. Viva sin poder vivir.

«Efos, por su parte, encadenó a Suin en las puertas de los mil infiernos y lo condenó a esperar a la nada misma, hasta que toda la vida desapareciera, hasta que los ríos se secaran, hasta que el polvo se adueñara de la existencia del universo, hasta que los Astros dejaran de bendecir a los humanos.

«Sinmá y Efos regresaron a iluminar los cielos, él casi perfecto y ya no tan poderoso, ella valiente y decidida.

Ajhmet, maravillado por lo que acababa de presenciar, se puso de pie y comenzó a aplaudir, sin poder ser capaz de expresarle a Tino lo que sentía más que riendo, a lo que el mago respondió con un aparatoso y teatral agradecimiento.

—Había querido hacer una ilusión así —dijo Tino cuando los ánimos se calmaron y volvieron a sentarse frente a la fogata, uno junto al otro—, pero nunca antes tuve la oportunidad.

—Fue asombroso, jamás imaginé que vería algo por el estilo. Tantos colores, tantas luces juntas. Me siento honrado de que hayas querido mostrarme esa ilusión, y asombrado porque esa leyenda es mi preferida de todas.

—¿Lo dices en serio o solo por…?

Ajhmet rio.

—Claro que lo digo en serio, ¿por qué mentiría?

—No lo sé, tal vez porque acabas de ver una representación de ella.

—Y aunque no lo fuera, desde ahora lo sería, hasta el fin de mis días, porque será imposible no recordar este momento cada vez que vaya a escucharla otra vez.

Tino se sintió nervioso, de repente. Desde el día en que Ajhmet le confesó lo que sentía, no volvieron hablar del tema. Aunque pasaban mucho más tiempo juntos y solían conversar de los temas más diversos, ninguno de los dos dijo nada. Ajhmet no preguntó y Tino no habló sobre qué era lo que sentía cada vez que lo veía. Ni de cómo se ponía un poco nervioso y un poco inútil, de cómo las manos le sudaban y sentía la estúpida necesidad de sonreír. O de que se tenía que regañar a sí mismo para comportarse como un adulto y no como un niño inquieto y sin juicio. No le dijo que tenía que convencerse de que no era razonable, ni mucho menos cortés de su parte, quedarse viendo sus labios cuando hablaba. Tampoco le dijo que tenía que obligarse a mirar hacia alguna otra parte, para no sentir la necesidad de acercarse mucho a él.

Tino lo miró y sonrió. Y se sintió inútil porque no era capaz de decir nada más. Porque hubiera

querido ser capaz de hacerlo, pero los pensamientos se le enredaban y las palabras no salían.

—Perdón. —Ajhmet sonrió con cierta nostalgia—. Es difícil recordar que prometí no molestarlo más con…

—No me molestas. Solo que… —Tino rio, nervioso, y antes de volver a verlo desilusionado e incómodo, prefirió intentar aclararse—. Quisiera poder ser tan claro y seguro como tú al hablar de lo que siento.

—Soy un soldado en una ciudad que puede ser atacada en cualquier momento. Puede que mañana no esté aquí o, los dioses no lo permiten, tú no estés aquí. ¿De qué me vale sentir si no soy capaz de expresarlo? Saber que la vida no te pertenece, ver a los propios compañeros irse del mundo, escucharlos dedicar sus últimas palabras a quienes aman… Eso hace que uno comience a ver las cosas de otra manera. Mi abuela solía decir «La guerra es una maestra cruel, pero una muy efectiva» y, para mí, eso es muy cierto.

—Vaya, nunca lo había pensado de esa forma…

Ajhmet sonrió. Él siempre lo hacía, parecía la persona más feliz del mundo. Sin cambiar su actitud, puso su mano frente a Tino y el mago primero la miró, luego a Ajhmet y de nuevo a la mano. Finalmente, luego de reunir una cantidad impresionante de coraje, de ordenarle a su cerebro que se serenara, tras haberse obligado a no salir corriendo y después de haberse preguntado si su mano no estaría asquerosamente sudada, colocó su mano sobre la de Ajhmet. El soldado volvió a sonreír.

—No ha sido tan difícil, ¿verdad?

Tino rio. «Peor que haberme enfrentado a la reina, maldición».

—Algo…

Ajhmet se recostó en la hierba y Tino lo imitó. El soldado, aún sosteniendo la mano de Tino, las puso sobre su pecho y se quedó en silencio, con una sonrisa en el rostro. Una más grande que de costumbre, que brillaba con las estrellas sobre sus ojos, que deslumbraba con la fuerza de mil soles.

Tino se quedó mirándolo y a él, al parecer, no le molestaba en lo absoluto que lo hiciera. Pensó en lo que acababa de decir y en lo cierto que era. De un momento a otro la vida de cualquiera de ellos podría acabarse y quedarían muchas cosas para decir o hacer. El futuro se llenaría de «hubieras» y de dudas que no podrían ser resueltas jamás.

—¿Qué…?

Ajhmet giró la cabeza para verlo.

—Disfruta del momento, Tino. No pienses en qué sucederá en una hora o mañana, en un año o en veinte. Mira las estrellas, siente la brisa, oye a las ranas y a los grillos. Siente que estamos juntos.

—No quiero ver las estrellas, quiero verte sonreír. Y guardar esa imagen en mis recuerdos, para cuando no esté contigo.

Ajhmet volvió su vista al cielo.

—Entonces hazlo.

Tino se acostó de lado y se apoyó en un codo.

—¿No te molesta que te mire como una polilla al fuego?

—Me siento encantado y, también, halagado.

Tino sonrió. Él se sentía más encantado que Ajhmet, de eso estaba seguro. Nunca había sentido algo tan intenso por nadie y tenía la suerte de poder estar a su lado y conversar con él, tocar su mano y quizás… Se acercó un poco más a él y desenredó sus dedos de los de Ajhmet. Le acarició la mejilla y él cerró los ojos por unos momentos.

—Me gustaría besarte —susurró, mientras sus dedos se deslizaban por su frente y volvían a bajar hacia sus labios.

—Puedes hacer lo que quieras conmigo, Tino.

Se tomó unos momentos en responder porque estaba disfrutando de la incertidumbre de no saber qué ocurriría cuando hablara.

—Es que no sé cómo… Nunca lo hice antes.

—Entonces podemos aprender juntos.

Ajhmet se acercó a él y sus labios quedaron a apenas un suspiro. Tino volvió a acariciar su rostro, mientras su mirada seguía el recorrido de sus dedos. El soldado cerró los ojos y se dejó caer sobre la hierba otra vez. Tino se acercó un poco más y sintió en su piel la cálida respiración de Ajhmet. Quería cerrar los ojos también y solo sentir, pero tenía un miedo atroz de arruinar todo en dos segundos. De ser torpe y que su inexperiencia convirtiera todo en un caos ridículo y que quisiera olvidar por siempre. Se acercó despacio hasta casi rozar sus labios y Ajhmet terminó por matar la escasa distancia que los separaba, para unir su boca a la de Tino.

Tino cerró los ojos y sintió. Se sintió volar por los cielos llenos de paz y por el infierno que le calentaba las entrañas, por el frío que le congelaba las ideas y por la calidez de la piel de Ajhmet, por los glaciales del razonamiento y por los volcanes del primer amor. Ajhmet entreabrió los labios y envolvió los suyos; Tino lo imitó y sus dientes chocaron. Se disculparon y rieron, pero volvieron a intentarlo, como quien quiere aprender a hacer las cosas bien, como quien disfruta de algo nuevo y bonito.

Y sus manos también aprendieron las formas del cuerpo, y de sus cosquillas, de los lugares donde hacían que los besos fueran más rápidos, dónde aceleraban la respiración y dónde la calmaban. Hasta que ambos decidieron que debían calmarse, y sus manos dejaron de jugar con las reacciones que causaban y sus labios se separaron, aunque no quisieran hacerlo, aunque desearan seguir aprendiendo un poco más uno del otro.

Tino quería decir algo, pero no había palabras para describir lo que estaba sintiendo, por lo que solo se recostó junto a él. Alterado, feliz, nervioso y con ganas de volver a repetir lo que acababa de ocurrir. Aun cuando hubiera sido todo un poco extraño, algo caótico y bastante torpe. A pesar de que ninguno de los dos hubiera sabido muy bien qué estaba haciendo. Aunque le hubiera sorprendido que Ajhmet fuera tan tímido e inseguro como él mismo.

—Tino, lamento interrumpir tu descanso, pero necesitamos ir a Sitnor de inmediato.

La voz de Áliza lo sacó de su ensueño y se incorporó de inmediato, como si la maestra se hubiera presentado en persona allí mismo.

—¿Qué sucede? —preguntaron a la misma vez. Tino en su mente y Ajhmet a él. Tino levantó una mano y le pidió que aguardara, por lo que Ajhmet asintió.

—Necesitamos ir en busca de Quentin, que está trastornado, violento y perdido, hasta donde sabemos. Ha asesinado animales con sus propias manos y ni él sabe qué es lo que le ocurre.

Tino suspiró. Le sonaba irreal que lo bajaran del cielo de forma tan rápida.

—¿Naga no puede?

—Irá con la señorita Ilsa a la capital. Lo que le sucede es muy grave, Tino. Hace cinco días que no se sabe nada de Quentin.

—¡Por Efos! —Tino se puso de pie y comenzó a pasearse de un lado al otro, frente al fuego.

—Y la última vez que se lo vio, él mismo manifestó que no quería que nadie se le acercara porque no era capaz de controlarse.

—Comprendo, iré en unos minutos al salón, maestra. Levantaremos el campamento y dejaré a Ajhmet allí para que alguien se haga cargo de su seguridad.

—*Gracias, Tino. Shanyi estará con él.*—Debemos irnos. Es urgente.

—¿Qué sucede?

—No lo sé. Hay problemas en Sitnor con Quentin Guna.

—¿Volverás esta noche o…?

—No estoy seguro. Tenemos que levantar todo y te llevaré de regreso a la ciudad. No quiero dejarte aquí sin alguno de mis compañeros.

—Podremos regresar en otra ocasión —sonrió—. La cascada no se irá a ninguna parte.

Ajhmet se acercó a una de las tiendas y Tino lo imitó.

—Lo lamento mucho —dijo con la voz apagada.

—Eres una persona importante y necesaria, Tino. —Ajhmet se acuclilló para quitar las estacas—. Deberías sentirte orgulloso de ti mismo.

—Sí, pero… de verdad quería quedarme unos días aquí.

—Cuando regreses a la ciudad, podremos volver. No te preocupes.

—Es que… No sé si regresaré.

Ajhmet se incorporó, de repente.

—¿Cómo que no sabes? ¿Por qué? Sitnor es un lugar seguro, no han sido invadidos por la reina.

—Porque es incierto en estos casos. —Quiso sonreír—. Puede que no salga todo bien, puede que Quentin no sea capaz de controlar lo que sea que le esté ocurriendo. —Ajhmet lo miró como si no comprendiera en absoluto de qué estaba hablando—. Por lo que me dijo la maestra Áliza, hay algo malo en Quentin, que lo ha vuelto muy violento e inestable. Está perdido y debemos encontrarlo y ayudarlo a volver a la normalidad.

Ajhmet se acercó a él y, después de dudarlo por unos segundos, lo abrazó.

—Regresa a salvo, por favor.

—Haré todo lo posible, te lo prometo.

Ajhmet se alejó apenas y sonrió. Le dio un beso en los labios y regresó a desarmar su tienda.

—Debemos apresurarnos.

43

Sitnor Ciudad Capital

Sentada debajo del árbol de jazmín, Ilsa contemplaba las estrellas, que resaltaban en la oscuridad como si fueran pequeñas y lejanas flores. Intentaba mantener la calma, lo que era difícil tras saber que Quentin no estaba bien en lo absoluto. Aunque, después de tantos días de incertidumbre por no poder comunicarse con él, le produjo cierto alivio saber que al fin Zaria lo había encontrado y en ese momento estaban buscándolo otra vez.

Se sobresaltó cuando la puerta de servicio se abrió y se acomodó en el banco al ver la silueta de Zaria caminar hacia ella. Cuando pasó cerca de la luz de los faroles, pudo ver su rostro ensombrecido y agotado.

—¿Le molesta si la acompaño? —preguntó con la voz apagada.

—Claro que no, siéntate.

—La señora Enara se retiró a descansar y yo no quiero volver a casa. Tengo miedo.

—¿A estar sola? ¿Quieres usar la habitación de abajo? No voy a poder dormir hasta que no sepa de Quentin.

—No, no es eso. Es por el señor Quentin y lo que es capaz de hacer. Es por las noches que él tiene esos… problemas e Iskánder está allí.

—Te comprendo. Naga está con ellos y es como mi hermano. Pero no deberías preocuparte. Son cinco magos muy poderosos y hábiles.

—El señor Quentin le rompió el cuello a un caballo, señorita Ilsa. Con sus propias manos. —La sonrisa que esbozó para transmitirle algo de calma a Zaria se borró de un instante a otro. Sintió como si un balde de agua helada le hubiera caído encima y esta se hubiera filtrado a través de su piel y su carne para congelarla por dentro—. ¿Se encuentra bien?

—Naga no me dijo eso —contestó una vez repuesta—. ¿Qué más sabes?

—Solo eso, no mencionó nada más.

—Tiene un maldito contrato de por vida con los Indignos, por un demonio. —Acompañó sus palabras golpeándose el muslo con el puño.

—Yo no mencioné a los Indignos, señorita…

—¿No? —Ilsa se sentía confundida. Hubiera jurado que ella dijo algo sobre…

—No, estoy segura.

—… Las monedas, Zaria —exclamó, triunfal—. ¿Dónde están las monedas que fueron a buscar?

—En el bolso del señor Quentin.

—Y antes de eso, ¿dónde estaban?

—No lo sé, las llevaba encima, supongo.

—Son esos malditos bichos, Zaria.

Ilsa se puso de pie y comenzó a caminar hacia la casa.

—Señorita, ¿qué hace? —Zaria corrió hasta ella e Ilsa se detuvo.

—Debo decirle a Enara, para que se lo diga a los demás. Puede que una de esas cosas se haya liberado de las monedas y haya poseído a Quentin, ¿comprendes? —dijo y, después, dirigió sus pasos hacia la entrada de servicio.

—Sí, pero los gatos de Iskánder dijeron que solo se liberarían en las manos adecuadas.

Ilsa se detuvo y miró hacia atrás.

—¿Y cuáles son esas manos?

—No lo sé, señorita.

—Por eso. La magia es extraña, Zaria. Tiene requisitos, claves y cosas raras que son difíciles de descifrar. Puede que uno de los requisitos sea reunir una determinada cantidad de monedas, o que estas permanezcan junto a una misma persona por un tiempo mínimo determinado. —Zaria asintió e Ilsa volvió a caminar—. Tenemos que decírselos ya mismo.

Después de ingresar a la casa, Zaria permaneció en la cocina, por si Noah regresaba del Palacio de Gobierno con noticias, e Ilsa se dirigió rápidamente hacia las escaleras. Una vez arriba, caminó a la habitación principal, llamó a la puerta dos veces y esperó apenas unos segundos, ya que Enara despertó enseguida.

Ilsa le contó lo que sucedía y, aunque en un principio lo encontró poco probable, accedió a decírselo a los demás.

—¿Tienen noticias? —preguntó Ilsa apenas Enara terminó de hablar con Naga.

—Lo han encontrado.

—¿Cómo está? ¿Qué ha sucedido con él? —Sin esperar a que respondiera, Ilsa se puso de pie y le dio la espalda a Enara—. *¿Quentin?*

La fresca noche estrellada los recibió inundada de mosquitos, luciérnagas, grillos y el croar de las ranas. Tareq se soltó de la mano de Naga y de Iskánder y, sin esperar a que su cuerpo se recuperara por completo de la sensación de no existir, comenzó a rastrear. Miró a su alrededor con detalle, sin saber cómo se vería el poder de Quentin. Al no haber sido desarrollado nunca, lo más probable era que este se viera apenas una minúscula mota de polvo en la inmensidad del espacio, como una estrella en el cielo o una luciérnaga de las que volaba en ese instante a su alrededor.

—No puedo verlo —admitió a los pocos minutos—. Mejor busquemos sus huellas.

Cada uno de ellos hizo aparecer una luz en su mano y, después de dejarla caer a sus pies, se separaron y comenzaron a caminar en los alrededores para encontrar algo que les indicara hacia dónde se había dirigido y no pasó mucho hasta que él mismo encontró la hierba quebrada y hundida con la forma de una pisada. Puso su pie al lado y notó que eran casi del mismo tamaño, por lo que no era la huella de la señorita Zaria, sino la de Quentin.

—¡Aquí! —exclamó. De inmediato comenzó a avanzar junto al rastro, siguiendo su errante camino hasta que este se perdió en una laguna que no parecía muy profunda. Tareq levantó la luz, la hizo crecer y la arrojó al cielo, que iluminó los alrededores con una fría claridad.

—Hay árboles a veinte metros, no es más que un charco —dijo Iskánder, y avanzó con toda la intención de cruzarlo.

—Imprudente eres —Tino lo sujetó del brazo—. Puede haber cualquier cosa ahí dentro.

—Así es —apoyó la maestra Áliza—. El mundo ya no es el lugar tranquilo y seguro que antes era. Menos si Quentin se transforma en algo desconocido. Buscaremos huellas en los alrededores. Iré con Tareq, ustedes tres vayan juntos y sean cuidadosos.

Disminuyó la intensidad de la luz que colgaba sobre la pequeña laguna y la colocó de nuevo delante de sus pies. Se separaron de los demás y caminaron hacia el noroeste, a un par de metros uno del otro. Tareq estaba muy inquieto, tenía una extraña sensación de inseguridad. Lo normal era saber qué era a lo que uno se está enfrentando. Personas, fueran soldados o magos, un animal o un Indigno en el peor de los casos. Pero no sabían qué le sucedía a Quentin y, si era tan peligroso como la señorita Zaria mencionó, temía que tuvieran que herirlo para poder ayudarlo.

Aunque también cabía la posibilidad de que no pudieran hacer nada por él o de que él mismo matara a uno de ellos, o los hiriera de gravedad. No sería su culpa, pero ¿qué sucedería si no podían quitar esa maldad que se apoderó de él? ¿Qué pasaría con la señorita Ilsa, al perder la otra mitad de su estrella? Tareq no quiso pensar demasiado en eso. Quería que lo encontraran y que lo sanaran de lo que fuera que le estuviera ocurriendo, para devolverlo a salvo a la capital, a donde debía estar, junto a los suyos. Saber que estaba solo y atormentado, cargando en su consciencia con las atrocidades que había cometido, era desolador para Tareq. Quentin no se merecía algo así, era una persona buena y justa, que siempre procuraba que las cosas fueran mejores para todos.

«¿Por qué no me sucedió a mí, que causé tanto mal innecesario? Yo me lo merecía, no él».

Un veloz movimiento a su izquierda lo hizo mirar hacia la maestra Áliza. Una sombra saltó sobre la mujer y, en el momento en que se posaba en ella, se oyó un fuerte crujido y ambos, sombra y Áliza, cayeron a los pastizales siendo uno. Un gruñido animal salió de alguno de ellos y Tareq acudió a sus poderes.

—*¡Áliza!*—exclamó Tareq.

—*No soy yo, dejé un señuelo.*

—*Gracias a Efos.*

Tareq no pudo encontrar en ese ser ninguna clase de poder mágico, por lo que hizo que su luz se acercara, mientras en sus manos hacía aparecer dos grandes llamaradas. El fuego siempre intimidaba, pero la sombra no se inmutó y siguió siendo lo que era. Un trozo de oscuridad cuyos límites se desdibujaban, se movían y se extendían para luego encogerse otra vez. La sombra se movía como un animal furioso, desgarrando con sus uñas y su boca, arrojando al cielo jirones de tierra y hierba al no tener nada más que eso frente a él.

—*Creo que es Quentin, vengan hacia aquí, pero no aparezcan.* —La maestra Áliza estaba al otro lado del ser, y les hizo una señal luminosa para marcar su ubicación.

Tareq hizo que su luz creciera más y, con las llamas aún encendidas, se acercó caminando despacio. Le parecía impresionante que ningún destello ni nada en lo absoluto se reflejara en esa extraña sombra, que parecía incluso absorber la luz y hacerla desaparecer por completo. Un escalofrío le recorrió la espalda cuando esta se movió y unos ojos plateados y brillantes se posaron en él. Pudo reconocer el rostro de una persona, pero que estaba mortalmente pálida y más de esa misma oscuridad absoluta se había apoderado de la piel del contorno de sus ojos, por lo que parecía que sus luminosas pupilas flotaban en los huecos de esas infinitas sombras.

—¿Quentin?

El prolongado aullido que salió de su boca le perforó los tímpanos y, de inmediato, Tareq hizo desaparecer las llamas de sus manos para cubrirse los oídos.

—*¡Tareq!* —exclamó Tino.

—*Estoy bien. Creo que es él, pero convertido en una bestia.*

—*Llegaremos pronto* —dijo Iskánder.

Tareq retrocedió sin quitarle los ojos de encima y dejando que su luz permaneciera sobre el extraño ser. La bestia lo vio alejarse y, luego, puso su atención en la maestra, a quien Tareq no alcanzaba a ver desde donde se encontraba.

—*Estoy herida, Tareq. Alcanzó a rasguñarme y la herida se ve fea.*

—*Intentaré sacarla de allí.*

Tareq hizo lo que una vez Mihaí hizo con él para liberarlo de Lehsa, y lanzó una esfera de luz blanca hacia donde la maestra se encontraba, pero antes de alcanzarla, una bocanada de oscuridad se extendió hacia la luz y la absorbió por completo, dejando a Tareq tan asombrado

como aterrado.

Naga fue el primero en llegar y, al ver lo que había sucedido, se detuvo a su lado.

—Áliza está herida —dijo ni bien lo vio.

—Intenta distraerlo, los demás ya llegan. Trataré de llevarme a la maestra.

Tareq asintió. Volvió a buscar su magia y extendió desde sus manos unas finas cadenas plateadas para apresar al escalofriante ser. Logró envolverlo con ellas el tiempo suficiente para que Naga se acercara; el ser, por su parte, gritó y aulló, como si su oscuridad se estuviera quemando con la fuerte luz blanca que emanaban de sus lazos. Tareq tiró de él y, al momento, unas nuevas cadenas rojas se unieron a las suyas.

—*Apartémoslo* —dijo Tino y Tareq estuvo de acuerdo. Ambos tiraron de él con fuerza y a los pocos segundos Iskánder llegó a ellos.

—*Tengo a la maestra Áliza, iré a la capital.*

Naga desapareció y Tareq miró a Iskánder.

—Sostenlo, intentaré aprisionarlo.

Iskánder extendió desde sus manos unas cadenas de color azul celeste, que reemplazaron a las de Tareq y él hizo desaparecer las propias, que se dispersaron en un chispazo. La bestia, mientras tanto, se retorcía y gritaba cada vez más fuerte. Tareq volvió a hacer aparecer una esfera de luz y movió las manos para incrementar su tamaño. Una vez alcanzó la dimensión necesaria, envolvió con ella al oscuro ser, que hizo silencio al instante.

Tareq se acercó con cautela a él para poder verlo mejor.

—¿Es seguro lo que estás haciendo? —exclamó Iskánder, pero fue ignorado. Tareq necesitaba saber qué era eso, si era Quentin quien estaba siendo controlado o si era otra persona.

A la luz de las cadenas y de su esfera, vio un rostro macilento y atormentado, que sufría, aullaba y se quejaba por una boca llena de dientes puntiagudos y sangre fresca, pero que no era oído por nadie más que por Tareq. Sus manos, unas garras ensangrentadas y retorcidas, arañaban la superficie de la esfera mágica con la intención de destruirla para poder escapar de allí.

—*Quentin, ¿eres tú?* —habló dentro de la cárcel que lo retenía—. *Necesito saberlo, quiero saber si estás allí, por favor, y qué te sucedió.*

El ser se quedó quieto por apenas un instante y sus ojos se volvieron verdes, agrietados, tal como la señorita Zaria había mencionado, y tan desesperados que dolía verlos.

—*Indigno… Es un Indigno.* —La grave voz de Quentin sonó alarmada y atormentada y a Tareq se le cayó el alma al suelo.

—¡Quentin! —Se arrodilló frente a él y puso la mano sobre la superficie de la esfera, pero él ya se había ido nuevamente, para que el Indigno volviera a tomar su lugar.

—Es un Indigno —exclamaron Tareq y Tino al mismo tiempo, e Iskánder los miró como si no comprendiera lo que acababa de ocurrir.

—Un Indigno tiene a Quentin —continuó Tareq—. Él mismo acaba de decírmelo. Cuiden mi cuerpo, necesito ayudarlo.

Oyó que Tino continuaba hablando, pero decidió no escucharlo ni distraerse.

—*Quentin* —susurró—, *sé que estás ahí. Aguanta, te ayudaré.*

Tareq se puso en cuclillas en el mismo sitio en donde estaba y se concentró en traspasar la barrera que él mismo había creado para encontrar algún vestigio de la consciencia de Quentin allí dentro. Necesitaba poder ingresar en su mente para combatir a ese maldito ser que estaba robándole la humanidad.

Lo primero que vio al entrar fue un manto de oscuridad que lo envolvió por completo, haciendo que se sintiera enfermo, pero resistió lo mejor que pudo con un gran esfuerzo de su

parte. Caminó entre tinieblas, lamentos y gemidos agónicos, entre brasas que trepaban por unas ensangrentadas paredes, entre alimañas que reptaban por sus pies y subían por sus piernas, entre insectos que revoloteaban a su alrededor y querían posarse en sus ojos y en su boca, entre olor a quemado, a azufre y a descomposición.

—*Tareq, ayúdame.* —La voz de Quentin sonó a su derecha y hacia allí se dirigió, intentando ignorar todo lo que ocurría a su alrededor.

—*Estrella, ¿cómo puedo ayudarlo?*

—*Quentin Guna está luchando, Tareq Sabah, pero necesita fuerzas, pues su estrella no está con él.*

—*¿Cómo demonios? ¿Por qué lo abandonó?*

—*Porque tú estás aquí.*

—*¿Y antes? ¿Ayer?* —Tareq caminaba con cautela, en un suelo inestable, esponjoso y que, por momentos, parecía estar cubierto de líquido que se pegaba a sus botas y le impedía caminar.

—*Quentin Guna no estaba en peligro aún, se entregaba al poder del Indigno y este, al ser libre de dejar salir su maldad, no dañaba a Quentin Guna. Las cosas cambiaron cuando él te reconoció. Quentin Guna lucha por regresar y el Indigno lo matará si no lo eliminan primero.*

—*Ayúdame, estrella, tengo miedo.*

—*Estaré contigo, si es necesario, pero no dudes de tus capacidades, Tareq Sabah, úsalas.*

—*Gracias, estrella.*

Con algo menos de temor y un poco más de confianza, avanzó a mayor velocidad que antes, mientras intentaba encontrar a Quentin allí.

—¿Dónde estás? —Sus palabras se expandieron como un eco interminable, que parecía resonar en todas direcciones, hasta perderse en la infinita inmensidad. Oyó un latigazo, un golpe seco y un gemido en simultáneo, que provenía de su izquierda por lo que se giró de inmediato. Quentin parecía un niño pequeño, arrinconado contra unos montículos de un rojo brillante, parecidos a las piedras candentes que expulsan los volcanes en erupción. Su cuerpo se veía delgado y herido, tenía la cabeza cubierta por sus brazos, que estaban cubiertos de laceraciones y arañazos.

—¡Quentin! —exclamó y corrió hacia él.

El muchacho levantó su rostro y lo miró, suplicante.

—Mátame —susurró.

—Estoy aquí, para llevarte conmigo.

—No podrás. Mátame, se ha apoderado de mí.

—No aún. Si puedes hablarme, todavía puedo ayudarte.

Tareq se colocó a su lado y lo levantó en brazos. Pesaba más de lo que parecía y sus piernas temblaron al incorporarse.

—*¿Cómo se hace estrella?* —exclamó, frustrado, pero no recibió respuesta—. ¿Quentin? Tienes que decirme hacia dónde debo ir.

La espalda de Quentin se arqueó con tal violencia que los arrojó a los dos al suelo. La sustancia pegajosa que tapizaba la superficie trepó por sus extremidades, para aprisionarlos allí.

—¡Piensa en Ilsa, Quentin! —exclamó, desesperado—. Recuérdala, por Efos, recuerda a Josh, a tus hermanos, a Enara, a Sitnor.

—Ellos ya no están… —susurró con pesar—. Ya no hay nada ni nadie.

—Claro que están. Tino e Iskánder están afuera, y también Naga. Vinimos por ti, Quentin, por lo más sagrado, recuerda. —La extraña y asquerosa sustancia había alcanzado el abdomen de Tareq, y reptaba hacia su pecho, despacio, caliente y asfixiante—. ¡Josh! Josh regresará a la

capital con Aranza en unos días, Quentin. ¿Quieres verlos, verdad?

—Ya se han ido… —murmuró.

—Ilsa está en la capital, esperando por ti. Ilsa vino de Tesar con Naga, por Efos, Quentin, ¡escúchame!

Tareq gritó, forcejeó y se retorció para liberarse. Logró incorporarse y se sentó; sus manos comenzaron a rascarse mutuamente para desprenderse de la sustancia y, cuando logró liberar a una de ellas, hizo crecer una luz blanca, fría y enorme en ella.

Como un animal herido, el espeso líquido se retiró gimiendo. Cayó de sus manos como si fuera piel muerta, seca y grisácea, y volvió a retomar su viscosidad una vez que se puso en contacto con el resto. Tareq se apresuró a llegar hasta Quentin y se arrodilló a su lado. Estaba sentado abrazando sus rodillas, sumido en una tristeza inconmensurable. Le tomó el rostro y lo obligó a mirarlo. Sus ojos eran todo pesar y desesperanza.

—Escúchame, estoy aquí, ¿puedes verme? ¿Puedes sentir mis manos? Vine por ti y no me iré hasta que estés convencido de eso, aunque me consuma yo mismo en el intento, ¿me oyes?

—Tú…

—¡Sí! Sí, soy yo. Vámonos, ven conmigo.

—¿Eres…? —Los ojos de Quentin parecieron iluminarse.

—Soy Tareq, Tareq Sabah. De Erjathá, ¿recuerdas? Vila, Lena, ¿las recuerdas?

Quentin negó con la cabeza.

—Eres Ethan.

44

Quentin sonrió y Tareq se preguntó de qué demonios estaba hablando.

—Soy Tareq, Quentin. Pero seré Ethan, si lo crees.

—Viniste por mí. —Quentin se incorporó de un salto, todo emocionado e ilusionado. Abrió los brazos, con la intención de abrazarlo y Tareq, confundido, lo dejó hacer.

—¿Recuerdas ahora? —Se separó de él para tomarlo por los hombros—. ¿Recuerdas quién eres?

—Debemos ir a casa. —Tenía la actitud de un niño, como si hubiera vuelto a tener cinco años en apenas unos instantes.

—¡Sí!

—Ethan —sonrió y le tomó la mano.

—Tenemos que irnos, ya mismo.

—Llévame a casa.

Comenzaron a caminar sobre la esponjosa superficie, pero las piernas le fallaron a los pocos pasos y Quentin cayó de rodillas. La sustancia lo aprisionó por completo de forma instantánea, desde los pies hasta el cuello y lo que parecía una mano, negra y huesuda, se extendió sobre su cabeza, para mantenerla en alto.

—¿Ethan? —Los ojos de Quentin volaban de un punto al otro—. ¿Dónde…? No me dejes, no te vayas otra vez.

—Estoy aquí —dijo Tareq, pero parecía que se había vuelto invisible para él. Estiró la mano para alcanzar su rostro, pero una descarga eléctrica proveniente de uno de los muros le castigó la punta de los dedos y se extendió por todo su brazo, entumeciéndolo.

Tareq saltó hacia atrás y, con la paciencia ya agotada, frunció el ceño y extendió sus manos.

—¡Quentin no está solo, basura!

Al tiempo que hablaba, hizo brotar de sus manos numerosas esferas de luz de todos los tamaños, para hacerlas danzar alrededor de Quentin, recorrer cada uno de los pasillos, rincones y salas de la mente en la que se encontraba. Quentin, mientras tanto, seguía llamando a Ethan, pidiendo por él, buscándolo con desesperación. Rayos de energía brotaron del cuerpo de Tareq y se estrellaron y recorrieron los muros, formando telarañas luminosas que duraban apenas unos segundos.

Tareq avanzó muy despacio hasta Quentin, a medida que la oscuridad que los rodeaba comenzaba a ceder. La viscosidad chorreaba de los muros hacia el suelo, con un sonido desagradable, como de millones de animales heridos gimiendo su agonía, y las paredes de ladrillos del color del barro cocido se dejaron ver a medida que la pegajosa sustancia se retiraba.

Quentin comenzó a mirar hacia los lados, al comprobar que algo estaba sucediendo. Sus ojos viajaron de un punto al otro, hasta fijarse en quien estaba en medio de la escena.

—Ethan. —Quentin se movió, se retorció y batalló contra la sustancia que lo aprisionaba. Su rostro recuperó parte de su color y sus ojos volvieron a verse verdes, seguros y decididos. Movió los hombros y los brazos, hasta que logró liberar una de sus manos. Rompió a pedazos su elástica prisión, mientras esta se quejaba y gemía cada vez más fuerte—. No me dejaré vencer ahora que encontré a mi hermano.

Se deshizo de todo aquello que lo retenía y su actitud dejó de ser la de alguien derrotado, para recuperar la determinación y la confianza que había visto antes en él. Tareq sonrió al verlo

regresar, aunque no llegaba a comprender por qué estaba confundiéndolo con alguien más, ni a quién se refería. Pero no importaba en esos momentos, quería que Quentin regresara, que pudiera expulsar a ese horrible ser de su mente antes de que fuera demasiado tarde y estaba dispuesto a seguirle la corriente hasta que pudieran terminar definitivamente con el Indigno.

—Noah me espera, y Ara. Ilsa, Josh, Enara, Tino, Naga, Tareq. No estoy solo, nunca estoy solo. —Quentin volvió a dudar, se sujetó la cabeza y Tareq se acercó a él y le puso la mano en el hombro, lo que hizo que Quentin se relajara—. No soy solo un asesino. Soy capaz de dar vida, también, maldito Indigno. Vila volvió a la vida, Tareq también.

Tareq se preguntó qué clase de conversaciones estaría teniendo con el Indigno, porque no era capaz de escucharlo, pero al parecer, su estrategia fue engañarlo diciéndole que todos lo habían olvidado. Quentin siguió murmurando nombres, recordando situaciones, riendo en algunos momentos, enojado en otros, pero ya no derrotado ni mucho menos inseguro.

La oscuridad que los había asfixiado en algunos momentos, retrocedía cada vez a mayor velocidad, y poco y nada quedaba del espeso líquido apestoso.

—Tareq, dile a los demás que se preparen, puede que salga de aquí buscando a alguien a quien controlar.

Lo llamó por su nombre y eso era señal de que ya casi había conseguido ser él mismo. Les comunico a Iskánder y a Tino lo que acababa de decirle Quentin y, luego, movió las manos para atraer a todas las esferas de luz que se habían dispersado en la mente de Quentin. Estas llegaron de a una, arrastrándose por los rincones para espantar a los jirones de viscosidad y flotando entre las hilachas de oscuridad que se desplazaban en el aire para reunirse en una esfera enorme y blanca, que abarcaba todo lo que veían y sentían.

—La luz ahuyentó las sombras —susurró Quentin—. Tu luz, Tareq.

—También la tuya. No te dejaste vencer y eso ayudó más de lo que yo hice.

Quentin quedó de pie en medio del salón de paredes de ladrillo cocido, con Tareq de su lado, mientras cada recuerdo que había sido corrompido y alterado, regresaba sano y a salvo a donde pertenecía.

—Estás haciendo un gran trabajo —susurró Tareq y Quentin le dedicó una mirada de agradecimiento.

Cada una de las puertas que fueron quebrantadas volvieron a recomponerse y se ubicaron en su lugar original, para proteger lo más preciado que puede tener una persona: sus recuerdos y su identidad. Cada uno de los cajones que fueron reducidos a cenizas, se reconstruyeron y, luego, todos ellos volaron a su sitio, en las prolijas filas que había por encima de las puertas.

Tareq comprobó que Quentin miraba a su alrededor, arriba y abajo, satisfecho al ver que todo estaba en su orden habitual.

—Gracias, Tareq.

—Gracias a ti, por no rendirte.

—¿A quién ataqué? —Quentin parecía haber entrado en pánico de repente—. Sé que herí a alguien…

—La maestra Áliza utilizó un señuelo y el Indigno cayó sobre él. Ella se encuentra bien, no te preocupes.

—Gracias a los dioses.

—Escucha, dejaré protegido tu cuerpo y tu mente en una esfera de luz. Cuando despiertes no verás nada más que una claridad infinita. No te inquietes. Tengo que salir y ver qué ocurre con el Indigno, tenemos que destruirlo y liberarlo para que vuelva a ser un Astro.

—Comprendo.

—Necesito que no te alteres y, por favor, haz lo posible por no hablarme. Te dejaré salir una vez que todo haya terminado.

—¿No pueden regresarme a casa?

—Eres muy vulnerable en estos momentos, dejarte desprotegido sería solo para que vuelvas a caer en sus manos. Te veré cuando todo termine, sé paciente.

Quentin, aunque inquieto y consternado, asintió. Tareq no quería correr riesgos dejándolo salir de su esfera, y sabía que solo estaba acompañado por dos magos; uno inexperto, confiado y muy poco prudente y Tino, que era aún más imprudente que Iskánder, pero al menos ya sabía de lo que un Indigno era capaz de hacer. Tareq nunca se enfrentó a uno de esos, y estaban sin supervisión de un maestro, por lo que una punzante preocupación le aguijoneaba de forma persistente.

Dejó la mente de Quentin, para encontrarse con Tino e Iskánder batallando por mantener a un descomunal Indigno dentro de sus ataduras. Debía medir, por lo menos, unos diez metros de alto y estaba de pie en esos momentos, tirando manotazos al aire y moviéndose sin descanso. Sus compañeros se veían exhaustos, sudados y desesperados.

Tareq hizo desaparecer la esfera de luz donde Quentin se encontraba, y la vio destellar a doscientos metros del lugar en el que ellos se hallaban. Estaría a salvo mientras Tareq siguiera con vida.

—*Hay que llegar a su corazón* —dijo Iskánder—. *Pero no sabemos cómo se hace y el gato negro, mi maestro, no responde.*

El Indigno chilló y Tareq se llevó las manos a los oídos. Tino e Iskánder se retorcieron de dolor, pero mantuvieron sus manos en las cadenas. Si alguno de ellos las hubiera soltado, el oscuro ser podría haber huido.

—*Eres débil, Tareq Sabah. ¿O debo llamarte Ethan?*

Recordando lo que oyó sobre el Indigno que atacó la capital de Sitnor, Tareq lo ignoró. Su estrategia era golpear de forma insistente en alguna mínima duda que pudiera haber en la mente de una persona, para así poder tomar el control.

—*Tino, toma tu espada y busca la gema blanca en su pecho. Iskánder y yo lo retendremos.*

Las manos de Tareq formaron una cadena de gruesos eslabones, tan blancos y luminosos que lastimaban la vista, y estos se enroscaron alrededor de la figura esquelética. Lo sometieron haciéndolo caer de rodillas, para luego dejarlo tendido en ella. Tareq se aseguró de anclarlo a la tierra con firmeza y esta tembló y se resquebrajó por el impacto. Iskánder lo miró y silbó por el asombro.

Tino saltó sobre él, que hacía vanos y violentos movimientos para intentar zafarse, y comenzó a apuñalar su pecho en busca de su corazón.

—¡*Haz tu espada de luz!* —exclamó Iskánder.

Tino obedeció y su acero se convirtió en una cinta que parecía estar al rojo vivo. La piel seca y gris del Indigno chirrió y el olor a carne chamuscada los alcanzó enseguida, arrastrada por la brisa del norte. El ser soltó una placentera carcajada y se quedó quieto, como si esperase ansioso el próximo golpe.

—*¿Qué demonios le sucede?* —preguntó Iskánder, notablemente afectado.

—*El dolor le produce placer* —respondió Tareq.

—*¡Que puto asco!*

Tino volvió a apuñalarlo una y otra vez, y los trozos de costillas y piel muerta se pegaban por unos segundos a la candente hoja de su espada, para luego salir despedidos por el aire. La risa complacida del Indigno se alzaba entre ellos, revoloteando en sus oídos y enredándose en sus

pensamientos. Tino intentaba no dejarse molestar por lo que el ser hacía; estaba cubierto de la espesa y oscura sustancia que, supuso, era la sangre del Indigno, pero más de una vez, el muchacho tuvo que hacer un esfuerzo por contener las náuseas.

—*¿Quieres que me encargue?* —preguntó Iskánder cuando, finalmente Tino saltó desde arriba del Indigno y se apartó para vomitar.

—*No te muevas, Iskánder, necesito que me ayudes a retenerlo hasta que Tino se recupere. No sé si seré capaz de contenerlo yo solo.*

—*Mis cadenas no están haciendo mucho, la verdad, pero esperaré.*

—*Me da mucho asco este hijo de puta* —exclamó Tino.

—*Entonces, déjale tu lugar a Iskánder y ayúdame a retenerlo.*

—*Avisaré cuando esté listo.*

Tino se tomó unos minutos más, mientras el Indigno le pedía a gritos que regresara a él. Quería seguir siendo apuñalado y sus risas y palabras llegaban a los tres, fuertes y claras, sin ninguna clase de esfuerzo de su parte.

—*Ya no soporto escucharlo* —dijo Tino.

—*Cálmate*—respondió Iskánder—. *No le hagas caso, haré lo posible para terminarlo cuanto antes.*

Una decena de lazos rojos nacieron de los dedos de Tino y se enroscaron en las extremidades del Indigno, que volvió a retorcerse de satisfacción.

—*Te esperaba, Tino Suhrah* —murmuró complacido—. *Me agrada sentir tu desprecio otra vez.*

—¡Maldito bicho retorcido! —exclamó Tino y se aseguró de tensar aún más las sogas. El Indigno volvió a reír, todavía más fuerte.

—*Déjalo* —dijo Tareq con calma—. *No hace más que provocarte, ignóralo.*

—Es una maldita mierda, Tareq, no me pidas que…

—*Es lo que quiere, Tino, que pierdas tu concentración para poder escapar. ¡Concéntrate y no le pongas atención, por Efos!*

El sol estaba a asomando a su espalda y su luz dejaba ver numerosos detalles del inmundo cuerpo. Podían notarse todas y cada una de sus costillas, tenía el abdomen hundido y sus extremidades no eran más que huesos rodeados de piel seca y gris. Iskánder sentía más repugnancia a cada paso que daba para acercarse a él, pero eso no le impidió alcanzarlo y trepar por sus huesos hasta llegar a su pecho. La parte izquierda de su caja torácica estaba destrozada, y de las numerosas heridas brotaban ríos viscosos de sangre putrefacta. El Indigno levantó la cabeza para ver a quien estaba parado sobre su pecho y a Iskánder se le frunció toda la cara cuando el ser habló y le llegó el vaho de su aliento.

—*Iskánder Lavank, me halagas con tu interés.*

—*¿Qué pasa, bicharraco inmundo? ¿Estás listo para morir?*

—*Cuánta confianza… Deberías saber que si no lo logras iré por tu hermana, la bonita Zaria, pequeña perla, tan joven, tan bella.*

—*No te atrevas, maldito adefesio.*

—*Volveré a tomar a Quentin Guna, y junto a él poseeré el precioso cuerpo de tu hermana.* —Iskánder gritó, le clavó la espada en medio de dos costillas y deslizó el filo a través de ellas; unos espesos borbotones de sangre negra se esparcieron alrededor de la herida y el Indigno rio, disfrutando del dolor y de la repugnancia de Iskánder—. *Quiero absorber el aroma de su juventud, recorrer la suavidad de la piel de sus piernas, y llenarme de la humedad de sus labios.*

Iskánder estaba furioso y lo único que deseaba era que cerrara la puta boca de una vez. Clavó su arma en medio del esternón, se agachó y arrancó dos trozos de sus costillas, para arrojarlos luego al propio rostro del Indigno.

—*Se me escapó una vez* —continuó este sin inmutarse—, *pero te prometo que no volverá a suceder. ¿O acaso crees que podrá resistirse a Quentin Guna, que es el héroe de sus sueños más íntimos?*

Iskánder tomó su espada nuevamente, caminó sobre el ruinoso pecho, sorteando piel desprendida y costillas rotas, y se acercó a la cabeza del ser.

—¡Cállate, porquería inmunda! —gritó apuntándolo con la espada—. ¡Cierra la puta boca de una vez!

—*Puedo ser encantador, si me lo propongo, Iskánder Lavank.*

La voz de Tareq resonó en su mente, para transmitirle algo de cordura.

—*Iskánder, cálmate, solo quiere provocarte para que falles. No le hagas caso.*

—*Está hablando de mi hermana, maldición, ¿cómo quieres…?*

—*Y aunque hable de tu madre, no lo escuches. Concéntrate en tu tarea, maldición.*

—*Hiéreme, Iskánder Lavank. Destrózame con tu espada y con tu odio. Rómpeme en mil pedazos, si quieres. Pero asegúrate de matarme, o vivirás siglos de agonía viendo a tu familia ser destruida poco a poco cada día.*

Las manos de Iskánder hirvieron en fuego azul y se enterraron en la garganta del Indigno, con la espada entre ellas. Las llamas crecieron y se esparcieron por su interior. De los huecos de las heridas del corrupto ser, asomaron llamaradas violáceas rodeadas de humo oscuro y pestilente. La risa del Indigno llenó el aire y se esparció entre ellos como el asqueroso humo que desprendía su cuerpo. Iskánder continuó haciéndolo, y las lágrimas rodaron por sus mejillas, para evaporarse al calor de su furia.

—*Tu odio no te hace más fuerte, Iskánder Lavank. Te hace más apetecible a mis ojos. Pienso… Pienso que tú y yo podríamos adueñarnos de Ilsa Zvezda, ¿qué opinas?*

Iskánder dejó de escuchar definitivamente. Se dio cuenta de que Tareq estaba en lo cierto y ese maldito Indigno solo quería provocarlo. Disfrutaba tanto con el dolor propio, como con el ajeno y, tal como dijo el mismo bicho, su odio lo hacía más débil ante él.

Dejó extinguir las llamas de sus manos y se incorporó. Limpió su rostro y regresó a donde debería haber estado.

—*No dejen que se mueva* —dijo a sus compañeros.

Iskánder levantó su espada y la enterró en las costillas del Indigno, otra vez. Abrió un hueco entre ellas y, luego, se detuvo; dejó la espada a un lado, se recogió el cabello en una coleta y se dejó caer en el agujero que hizo. Se enterró en porquería hasta la cintura y le fue imposible no vomitar cuando el hedor le arrebató el aire.

—Maldito bicho putrefacto del demonio.

Conteniendo el asco, metió las manos entre las latentes vísceras del indigno, obviando sus risas y murmullos de placer, y comenzó a rebuscar en ellas. Revolvió y volvió a hacerlo, hasta que sus dedos se cerraron sobre un objeto duro, pequeño y de forma irregular. Sin perder nada de tiempo, levantó una mano e hizo que un hueco del tamaño de una puerta se abriera frente a él. Las entrañas del Indigno fueron expulsadas por la onda expansiva y se desparramaron por el suelo. Iskánder se arrastró para salir de allí y, cuando al fin tocó tierra firme, sacó el cuchillo que llevaba en su cintura. Se incorporó y comenzó a correr, mientras escuchaba al Indigno rugir y chillar.

—*¡Tengo su puto corazón en la mano! ¡No dejen que se mueva!*

Temiendo que las poderosas cadenas de Tareq no pudieran contenerlo, Iskánder corrió lo más rápido que pudo, para alejarse de su alcance, al menos. Nunca hay que subestimar al instinto de supervivencia.

—¡Hazlo! —Oyó que Tino gritaba a lo lejos. Se detuvo y miró hacia atrás. Sus compañeros parecían estar teniendo problemas para contenerlo, ya que el putrefacto bicho se había incorporado. Las entrañas, oscuras y viscosas, le chorreaban por las heridas abiertas, pero recuperar su corazón era más importante para él.

Iskánder se arrodilló entre la hierba y depositó sobre ella lo que le robó. Era una gema que desprendía una suave luz blanca. Muy a su pesar, porque era una gema de una belleza realmente impresionante, clavó el acero en medio de la piedra.

Por unos momentos, la oscuridad pareció ganarle al día y todo se volvió triste y sombrío. El Indigno comenzó a marchitarse aún más, mientras se escuchaban llantos y lamentos agónicos. Sin embargo, no pasó mucho hasta que una potente luz surgió desde la gema rota y borró todo rastro de las tinieblas que los sumieron en un estado de desesperación y desesperanza sin igual, para devolverlos a la realidad y a la alegría de haber derrotado a ese ser desalmado que estuvo a un paso de arrebatarle la razón a Quentin y a quienes fueron en su ayuda.

—Iskánder 1, Indigno 0 —susurró y se dejó caer de espaldas en la hierba.

—¡Quentin!

Ilsa salió de la fortaleza y corrió entre carretas, caballos y peatones. Las calles de la capital sitnorense estaban atestadas de gente en las primeras horas de la mañana primaveral.

Sorteando charcos de barro, gente molesta y perros hambrientos, se abrió paso a codazos entre los vendedores callejeros que llenaban la Plaza de la Fuente y que, también, la llenaron de insultos por haber chocado sus puestos y haber tirado al suelo su mercadería. No pasó mucho para que los soldados que patrullaban el lugar le impidieran el paso. Ilsa quiso evitarlos, pero lo mismo ellos la detuvieron para preguntar qué le sucedía y por qué estaba causando tanto desastre. La muchacha les gritó, por lo que los guardianes del orden la sujetaron con fuerza y comenzaron a arrastrarla para conducirla hacia las celdas. Ilsa insultó, pataleó y maldijo, pero lo mismo fue arrastrada entre el gentío. Enara y Zaria salieron detrás de ella y llegaron a los pocos segundos para impedir que la encarcelaran. Las tres mujeres continuaron su camino hacia el Palacio de Gobierno e Ilsa volvió a separarse de ellas al llegar a las escaleras, incapaz de esperar un segundo más. Corrió hacia arriba, y recorrió los pasillos hasta llegar a la habitación que Naga y Tino utilizaban para aparecer.

El olor a putrefacción le arrancó una mueca ni bien abrió la puerta y vio a Tareq; estaba cubierto de una sustancia negra y de apariencia asquerosa, por lo que supuso que ese era el origen del fétido olor. El mago estaba solo y de espaldas a la puerta, pero entonces se giró y Quentin quedó a la vista. Aparte de sucio, se lo veía muy delgado, pálido y unas profundas y muy marcadas ojeras le rodeaban los ojos de mirada triste. Estaba apoyado en Tareq y parecía que no tenía demasiadas fuerzas para mantenerse estable.

Ilsa acortó la distancia de unas pocas zancadas y llegó hasta ellos.

—Aquí estás. —Le acarició el rostro, sucio, cansado y ensombrecido—. Al fin. ¿Estás bien? —Quentin asintió y la abrazó.

—Necesito descansar.

—Gracias, Tareq, muchas gracias por ayudarlo.

Tareq sonrió, sin más, con el rostro cansado y cubierto de porquería. A los pocos segundos sintió a Quentin incorporarse y se imaginó que debía ser porque Enara y Zaria habían llegado.

Ilsa se separó de él, se giró a mirar y Enara pasó como una exhalación a su lado.

—¡Quentin! —dijo antes de abrazarlo—. Cuánto me alegro de que estés bien, estábamos tan preocupados.

—Perdona, cuñada…

Zaria permaneció junto a la puerta; sonreía, pero sin atreverse a ingresar a la habitación. Ilsa caminó hasta ella y la abrazó unos segundos.

—No hubieran podido regresarlo sin tu ayuda —dijo tomada de una de sus manos—, muchas gracias.

—No me agradezca, señorita Ilsa.

—Claro que sí.

Los ojos de Zaria volaban inquietos y sin decidirse a permanecer viendo a Ilsa o a quienes estaban detrás de ella y, cuando se dio cuenta de que ella había notado su actitud, bajó la vista, incómoda. Tino llegó en ese momento para llevar a Quentin a la fortaleza y Enara dijo que iría a ver a Noah, por lo que salieron las tres hacia los pasillos; cuando llegaron, Zaria permaneció de pie junto a la puerta del despacho del Gobernador. Ilsa siguió su camino y salió nuevamente a la calle atestada de gente y aromas a especias y se detuvo unos momentos en medio de la plaza a disfrutar de la tibieza del sol, que nunca era tan fuerte en Tesar.

—¿Descansando a estas horas, señorita?

Ilsa se sobresaltó y abrió los ojos; Iskánder estaba a su lado, cubierto de porquería y apestando a chiquero. Ilsa frunció la nariz antes de hablar.

—Por Sinmá, sí que apestas —dijo. Iskánder rio y ella buscó en sus bolsillos un pañuelo para cubrirse. Apenas si se le veía el rostro entre tanta suciedad.

—En el estado en que me encuentro no aceptarás una invitación para salir a comer, ¿me equivoco?

—En lo absoluto, le puedes quitar el apetito hasta a los cerdos. —Comenzó a caminar hacia la fortaleza y él la imitó, riendo—. Peste aparte, debo darte las gracias por haber ido por Quentin, a pesar de lo que sucedió entre ustedes.

La gente se apartaba de ellos para dejarlos pasar, pero no porque inspiraran respeto, sino por el estado en que Iskánder se encontraba. El mago solía vestir siempre de negro, de pies a cabezas, media falda tesariana incluida, pero en esos momentos las hebillas de su chaqueta, los broches de los numerosos bolsillos que tenía en ella y en su pantalón, su espada, sus manos, su rostro… todo estaba cubierto de una capa negra, opaca y apestosa.

—Quentin estaba en lo cierto y, en lugar de reconocerlo, empeoré las cosas provocándolo aún más.

—Bueno, ya no podemos cambiar lo que sucedió, así que deberíamos dejar este tema.

—Aun así, ¿quieres salir después? Hay muchos lugares bonitos en la ciudad.

—No creo que sea apropiado, Iskánder. La última…

—No me voy a dejar besar tan fácilmente esta vez —dijo levantando un dedo—, por más encantadora y hermosa que seas, Ilsa Zvezda.

Ilsa no pudo evitar reír.

—Viéndote así, tendría que estar demasiado borracha para intentarlo.

—Mi suciedad es temporal, pero lo suyo no tiene forma de cambiar, mi estimada señorita, ni en miles de años.

—Me pregunto cuántas veces habrás dicho lo mismo…

—Nunca. —Ilsa lo miró con una ceja en alto y él levantó los hombros—. Jamás en la vida estuve tan impresentable como ahora. —Ilsa volvió a reír y él bajó la vista—. Tenía muchas

ganas de hablar contigo otra vez y no sabía si volverías a dirigirme la palabra… Los nervios me consumen desde que te vi y solo digo tonterías. —Volvió a mirarla, alarmado, y la voz se le entrecortó cuando volvió a hablar—. No la parte en la que dije que eres encantadora, sino en la que…

—Comprendo —dijo, divertida. «Demonios, ¿cómo puede ser tan adorable?»—. No te preocupes.

—Iré a darme un baño, o varios, y espero poder quitarme toda esta asquerosidad de encima. —Iskánder se detuvo en mitad de la calle—. Cuando lo logre, que espero sea pronto, iré a preguntarle a Naga y a Quentin si te permiten acompañarme a dar un paseo. Si ambos aceptan, pasaré por ti, ¿qué dices?

—Vengo a Sitnor solo cuando hay problemas, estaría bien hacer algo diferente, para variar.

—¡Excelente! —dijo con un batir de manos, pero no tardó demasiado en preocuparse—. ¿Crees que Quentin se molestará?

—En tu lugar, a mí me preocuparía más no oler a bicho podrido por el resto de mi vida.

—¿Sabes lo que es más triste? —Se miró los brazos—. Que esta chaqueta, así inmunda como la ves, es mi preferida, por no decir la única que tengo.

—Y tendrás que quemarla…

—Sí, así parece. Lástima que Tesar me queda lejos para ir de compras…

—Te traeré una la próxima vez que venga.

Iskánder sonrió y retrocedió algunos pasos.

—Nos vemos luego, si me lo permiten.

«Quentin me va a querer colgar en medio de la plaza» pensó mientras lo miraba alejarse.

45

Se desvistió despacio, porque cada movimiento era un suplicio. Se miró con detalle el pecho y los brazos, y pudo comprobar que estaba cubierto de manchas violetas, irregulares y enormes, que se unían unas con otras. No supo en qué momento se golpeó de esa forma, pero estuvo inconsciente la mayor parte del tiempo y sin saber qué hacía su cuerpo en esos momentos de inconsciencia. No le sorprendía que el Indigno no hubiera cuidado de él ni siquiera un poco.

«Malditos bichos inmundos».

Quentin entró a la bañera y el agua caliente resultó ser una bendición para su cuerpo maltratado. Flexionó y estiró las piernas y los brazos, movió los hombros y la cintura, buscando que sus músculos y sus articulaciones se aliviaran un poco más. Tendría que decirle a Naga o a Ilsa que se encargaran, porque no se iba a quedar una semana en la cama esperando a que su cuerpo morado volviera a verse y a sentirse normal. Seguro había muchas cosas que hacer.

Tomó una esponja y se fregó toda la mugre que encontró, aun cuando quiso maldecir a cada segundo por el dolor que le causaba hacerlo. Sangre seca, barro, excrementos de vaya uno a saber qué… Cuando se sintió conforme, salió de la bañera y se arrojó encima un balde de agua limpia para enjuagarse. No se tomó demasiado tiempo allí. No quería pensar mucho en lo sucedido. Ilsa estaba en Sitnor y quería verla, porque parecía que habían pasado años desde la última vez que habló con ella. Quería pedirle disculpas a Zaria por lo sucedido, y también a Iskánder. Quería darles las gracias a quienes fueron por él, contarle a Noah lo que sucedió y preguntarles a los magos qué demonios había ocurrido para que un Indigno se apoderara de él de esa forma.

Se secó a medias, porque le dolía hasta el más mínimo roce, se puso un pantalón limpio, destrabó las puertas y dejó el cuarto de baño.

—¡Ilsa, por un demonio! —exclamó ni bien entró a su habitación y la vio sentada en su cama.

—*Shrakjta*, te ves terrible —murmuró preocupada—, eres todo moretón.

—Golpea la puerta antes de entrar —dijo con cierta frustración al ver que Ilsa lo ignoró.

—Ya, sí. Como si no te hubiera visto antes.

—Pero… respeta un poco mi privacidad, por los dioses.

—Bueno, lo tendré en cuenta para la próxima. ¿Quieres que te cure?

—Sí.

—¿Estás molesto?

Quentin sonrió.

—Solo un poco. —Ilsa se acercó para mirarle las marcas.

—*Shrakjta*, sí que se ven mal.

—Sí, ¿verdad?

—¿Cómo te hiciste esto? —Extendió un dedo y lo presionó en su espalda, lo que hizo que se sobresaltara al sentir un pinchazo.

—No lo sé. —Quentin se acostó boca abajo, quejándose en el proceso—. Estuve inconsciente la mayor parte del tiempo, ni siquiera sé cuántos días…

—Seis desde que hablamos por última vez.

—¡Seis días! —Se incorporó un poco y el cuerpo le reclamó por ello, por lo que se dejó caer de nuevo sobre la cama—. ¿Ese maldito bicho me robó seis días de mi vida?

—Cálmate y déjame trabajar. No sirve de nada que te alteres. Ya estás aquí y estás a salvo.

Quentin calló, por varios minutos.

—¿Cuándo te irás?

—No importa ahora —dijo en voz baja.

—A mí sí —respondió, adormilado. Quedarse quieto y recostado, sentirse completo al estar Ilsa junto a él, seguro y tranquilo al haber regresado a su hogar, sumado a que los dolores estaban diluyéndose de a poco, contribuían a que el sueño lo venciera, aunque no estuviera en sus planes volver a perder la consciencia—. Quédate… esta vez.

Quentin se durmió, finalmente.

Unos pocos faroles estaban encendidos cuando abrió los ojos y frunció el ceño, confundido, porque estaba de día cuando se había dormido. Se incorporó y vio a Ilsa que dormía a su lado, sujetando una de sus manos entre las suyas; estaba recostada sobre las mantas y aún llevaba las botas puestas. Quentin sonrió.

«Ojalá pudiera despertar así cada día…»

Hubiera querido acariciar su rostro calmado y sereno, acomodar esos mechones de cabello que caían sobre su frente, pero temía que se despertara.

Se estiró un poco para comprobar en qué estado se encontraba y notó que ya no había nada de dolor. No quería molestarla, así que se quedó quieto, viéndola dormir, sin pensar en nada mientras los minutos pasaban.

Ilsa murmuró unas palabras que él no comprendió, se dio vuelta y se abrazó a sí misma, como si tuviera frío, por lo que Quentin se incorporó, la cubrió con la manta y luego se sentó en la cama, de espaldas a ella. Se sentía algo confundido y mareado, pero su estómago le reclamó, de repente, los días que pasó sin haber comido, por lo que creyó que era mejor hacerle caso a su organismo.

La cama crujió cuando se puso de pie. Ilsa se incorporó sobresaltada y lo miró, sonrió y se dejó caer en la cama nuevamente.

—Ya estás bien —susurró, somnolienta.

—Sí, descansa. Iré a comer algo porque llevo días sin hacerlo y tengo un hambre atroz.

—Espera, iré contigo.

Con una taza de té en las manos y una bandeja de galletas entre ellos, Ilsa le contó que había dormido por casi tres días, para su asombro; también, que la maestra Áliza había sido herida por el Indigno, pero que ya se encontraba en buen estado y había regresado a la capital con Tino y Naga, que tenía cosas que hacer allí. Tareq regresó en varias oportunidades a preguntar por él y se ofreció a quedarse a su lado para que Ilsa pudiera salir a despejarse.

—¿Sabes? Confundí a Tareq con mi hermano perdido, Ethan —dijo divertido—. Ahora me doy cuenta. Tareq estaba desesperado por hacerme recordarlos, a ti, a Josh, a mis hermanos, pero yo buscaba a Ethan y lo vi en Tareq.

—¿Por qué?

—Vaya uno a saber… No era del todo consciente de lo que hacía y el pobre Tareq me daba la razón como a los locos. —Ilsa rio—. Iré a verlo cuando amanezca, y a los demás también.

—Dijo que se encargaría, de ahora en más, de buscar las monedas con Indignos. En parte porque al parecer tú eres muy sensible a su influencia y en parte porque quiere hacer algo de utilidad mientras está aquí.

—Pero tendrá que viajar por Sitnor y podría ser peligroso.

—Deberías saber que es un mago de los buenos, Quentin. Puede cambiar su apariencia.

—¿De verdad?

—Sí. El color de su cabello, de sus ojos, la forma de su rostro. Es asombroso.

—Vaya, no sabía que se podía hacer algo así.

—Convengamos que no sabemos nada de la magia —respondió divertida.

—Es algo que debemos cambiar…

—Hablé con Naga, pero no puede enseñarme porque no es maestro, según dijo.

Quentin pensó en decirle que se quedara en Sitnor, para aprender y estar cerca, pero no lo hizo. No quería entristecerla con sus planteos egoístas y desconsiderados.

—Es una pena —murmuró, en cambio.

—Iskánder acabó con el Indigno —dijo Ilsa de repente.

—No sabía que había ido también, no lo recordaba.

—Sí, me lo crucé después que te trajeron.

—¿Fue incómodo?

—Más para él que para mí.

—¿Por?

—Me invitó a salir.

—¿Iskánder? —Quentin sintió deseos de golpearlo, nuevamente, pero intentó que no se notara.

—Sí. Dijo que hablará contigo y con Naga.

—¿Y tú qué? ¿Aceptaste? —preguntó sin querer oír la respuesta.

—Es que… No lo sé. Creo que sus intenciones conmigo no son las mismas que las mías con él… —Quentin la miró por unos segundos sin comprender, pero luego frunció el ceño y le dio un golpe a la mesa con el puño.

—Si ese maldito te pone un dedo encima sin…

—No, Quentin. Es al revés.

—Por un demonio, Ilsa. —Se pasó las manos por el rostro, solo para no verla.

—Bueno, ¡pero qué ingenuo eres! —rio, aunque a él no le hizo nada de gracia. Solo quería salir de ahí y dejar ese tema de una vez.

—Ya te dije que no quiero que me hables de estas cosas, maldición.

—Eres peor que un tesariano —dijo riendo—. No tengo a quién más decírselo, así que te aguantas.

Quentin se recostó en la silla, con los ojos puestos en las vigas del techo y se acomodó el cabello, que estaba largo y revuelto, aunque ese era la menor de sus preocupaciones en esos momentos. Se preguntó si algún día podría dejar de verla así, como si fuera la única mujer en el mundo.

—Díselo —dijo después de unos momentos.

—¿Qué?

—Que se lo digas. —Volvió a mirarla—. No puedes dejar que él se haga una idea equivocada. Si él quiere hacer las cosas según tus tradiciones para no faltarte el respeto y tú solo quieres pasar un par de noches con él obviando todo lo demás, debes decírselo.

—Sí, tienes razón. —respondió, pensativa—. ¿Y cómo crees que lo tomará?

—Yo qué sé, Ilsa, tú lo conoces mejor que yo. —Quentin se puso de pie y habló con más brusquedad de la que hubiera querido—. Iré a ver a Luna, no tengo interés en hablar de Iskánder.

—¿Por qué estás molesto?

Quentin hizo un esfuerzo para controlar su malestar. No tenía caso preocuparla y que ella notara que estaba mintiendo, sin mencionar que si sus emociones eran muy intensas, ambos podían sentir lo que al otro le sucedía.

—Es solo incomodidad, no te preocupes —dijo antes de abrir la puerta—. Te veo luego.

Afuera, el cielo estaba comenzando a tomar los colores del día, pero Quentin no lo notó, tan molesto y ocupado como estaba en murmurar maldiciones en voz baja. Sabía que tenía que pedirle disculpas a Iskánder y agradecerle por haber ido con los demás a buscarlo y, además, haber acabado con el Indigno, pero solo recordar que había besado a Ilsa, le hacía olvidar las formalidades y solo se le ocurría querer golpearlo. En repetidas ocasiones, de ser posible. No quería hacerlo, pero tampoco podía evitar detestarlo.

Luna relinchó ni bien puso una mano en la puerta del establo y se sorprendió de ver también a Magnus, el caballo de Josh, al abrir.

—¡Ya volvieron! —exclamó. Quiso regresar, pero Luna se movía ansiosa, después de tantos días sin saber de él. Se acercó a ella y le acarició la frente—. Mi Luna preciosa, ¿me acompañas a dar un paseo?

Luna resopló en respuesta y Quentin le puso las riendas para salir. Anduvieron al paso por las calles de una ciudad que empezaba a despertar poco a poco, a medida que el sol comenzaba a escalar el cielo. Regresaron algunas horas más tarde y Quentin se apresuró a ir a su casa a ver a su hermana.

La encontró en la cocina y Ara saltó de la silla para correr hacia él apenas la puerta se abrió en un rechinar de bisagras. Josh estaba también allí, esperando por él y, antes de que Noah llegara y les asignara nuevas tareas, Ilsa, Ara, Josh y Quentin tomaron sus caballos y se escaparon de la ciudad, como si aún fueran chiquillos irresponsables. Como si el mundo no se estuviera yendo al infierno. Como si recuperar las risas y los buenos momentos fuera algo de vital importancia.

46

Tesar Ciudad Capital

—Qué maldito calor. —Zelig secó la transpiración que le corría por la frente.

Hacía menos de un mes que había comenzado la primavera, pero la estación cálida parecía haberse adelantado bastante. Después de ascender la condenada montaña que era la capital del país y llegar a la ciudadela que se extendía al este del lago, Zelig se detuvo en una taberna a beber una cerveza. No solo por el calor, sino porque tenía que dar una noticia capaz de derrumbar la maldita montaña donde se encontraba. Y tenía que ser cuidadoso; más que todo con Verj, porque era muy capaz de cercenar la cabeza del rey de un solo hachazo por haber humillado a su madre de esa forma. Verj amaba a Valka y si no cuidaba sus palabras, su hermano dejaría de escucharlo, antes de que terminara de decirle cómo eran las cosas, para ir a enfrentar a su padre.

—De todas las familias que existen en este puto mundo, vine a caer en la más complicada de todas —murmuró para sí mismo apenas volvió a montar.

Encontró a Verj entrenando en los jardines traseros cuando iba a dejar su montura, por lo que lo saludó con un gesto y se apresuró a entrar al palacio a buscar a Ogdev. No quiso ver a Atkjer para no ponerlo sobre aviso, por lo que evitó la Sala del Trono y la primera planta.

Ogdev se veía terrible; estaba nervioso y unas profundas ojeras le contorneaban los ojos.

—¿Qué demonios te sucede? —preguntó ni bien el Primer Príncipe abrió la puerta de su habitación—. ¿Estás enfermo?

—Este verano debemos ir a Sitnor, sin más retrasos.

—¿Debemos?

—Ustedes, en todo caso, yo no puedo dejar este maldito palacio.

«¿De qué me perdí? Ogdev nunca pierde los estribos de esta forma».

—¿Qué sucedió?

—Hay Indignos en Sitnor. Uno de ellos poseyó a Quentin Guna, el hermano del Gobernador.

—¡Qué hijos de puta! ¿Indignos? Eso sí es jugar sucio.

—Ni lo digas… Tuvieron que ir magos desde Erjathá y Naga, que vive en Zart Vialh, porque allí solo tienen uno entrenado. Han encontrado un par de magos, pero recién están comenzando a organizar los entrenamientos. Quentin Guna ha encontrado a cientos de Indignos en la capital, apresados en monedas de uso común. Había salido con su compañera a las aldeas hasta Villa del Sol a buscar más de esas monedas cuando uno de ellos se le metió en el cuerpo. Estuvo vagando sin saber qué hacía por cerca de una semana hasta que lograron encontrarlo y quitarle esa mierda de la cabeza.

—Tendremos que esperar a que te cases para partir.

—Atkjer está loco. Una boda en estos tiempos, ¿a quién carajo se le ocurre pensar en una fiesta con todo lo que está sucediendo?

Dos golpes en la puerta lo detuvieron y le hizo una seña a Zelig para que abriera.

—¿Qué haces aquí? ¿Dónde está Egil?

—Vine por ustedes —dijo y los miró. Verj levantó las cejas, sin comprender—. Tengo que llevarlos a Verkrity.

—¿Le pasó algo a mi madre? —Ogdev se puso de pie.

—No, la reina está en perfecto estado.

—¿Y Egil?

—También está bien.

—¡Por un demonio, Zel! —rugió Verj. Zelig se acercó a la puerta.

—Acompáñenme, vamos de caza.

—¿Has perdido la razón? —Verj lo tomó de las solapas de su chaqueta y lo empujó contra la pared—. ¿Vienes de Verkrity tú solo, no nos dices qué demonios está ocurriendo y luego, quieres que vayamos a «cazar»?

—Déjalo, Verj —intervino Ogdev.

Zel mantuvo la calma, porque se esperaba algo así.

—¿Confías en mí?

Verj volvió a gruñir y se alejó de él.

—Vamos, maldición. Toma tus cosas, Ogdev.

Partieron a toda prisa hacia el bosque dorado que rodeaba el palacio, hasta internarse en los senderos menos transitados. Zelig les hizo prometer que no le interrumpirían hasta que hubiera terminado de hablar y ambos príncipes prometieron mantener la calma, pero Verj no pudo contenerse. Le dio un puñetazo al árbol que tenía más cerca y una bandada de pájaros salió volando cuando este tembló. Zelig continuó contándoles todo lo que sabía y les advirtió sobre las consecuencias que habría si decidían hacerle un escándalo a su padre, explicándoles que la reina accedió a que así fueran las cosas. Ogdev se limitó a apartarse de ellos, pero Verj tomó su hacha y volteó dos árboles antes de decir algo. Zel esperó, acuclillado, viendo a Verj descargar su furia contra el pobre tronco gris, hasta que ambos regresaron a él.

—¿Cómo está mi madre? —preguntó Verj.

—Cuando dejé el Palacio de Invierno, bien. Mucho mejor que el día que llegamos. Boryak, el hijo mayor, tiene un carácter de mierda pero Chyesna, la niña, es muy tranquila. La vi muchas veces con Egil paseando por los jardines, conversando y riendo.

—¿Y Reidar?

—Casi le da una paliza a Boryak por ser tan impertinente, pero logré frenarlo y hacerle comprender que su reacción era normal. Al final terminó por calmarse y, hasta que dejé Verkrity, las cosas iban relativamente bien. No creo que se atreva a hacerle nada malo al mocoso con Egil allí.

—¿Egil y el chico han hablado? —preguntó Ogdev.

—Lo intentó, pero sin éxito. Ni siquiera habla con sus padres, solo con Chyesna y con el ama de llaves.

—Al menos tiene a su hermana… —dijo Verj y luego miró al Primer Príncipe—. ¿Qué haremos?

—Ir a Verkrity.

—Por supuesto, pero ¿qué haremos con ellos?

—No pueden hacer nada —dijo Zel—. Cuanto mucho, ir a conocerlos y a visitarlos de cuando en cuando.

—¡Tú te callas! —rugió Verj. Ogdev se sobresaltó y Zelig frunció el ceño.

—Espera un poco, grandote. No te la tomes conmigo, que yo solo estoy intentando que no se derrumbe el castillo de naipes en el que vivimos, ¿estamos? No fui yo el que tomó un montón de malas decisiones y tampoco puedo culpar a mi madre o a los reyes, porque solo hicieron lo que creyeron que era mejor para todos.

—¡Es una mierda! —Verj volvió a tomar su hacha y Zelig se le puso en frente para detenerlo.

—¿Quieres calmarte de una puta vez? No hay culpables aquí, ni hay nada que podamos hacer para que las cosas sean diferentes. Son como son y hay que aceptarlo.

—Zel tiene razón.

Verj clavó el hacha en la tierra y las hojas podridas del otoño anterior se levantaron por el aire.

—Me cago en todas y cada una de sus malditas razones, Ogdev. Madre tiene dos hijos que crecieron lejos, aislados y sin saber quiénes demonios son, vivió por años con el corazón dividido entre dos familias, pensando en unos mientras estaba con los otros. ¿Crees que eso es vida?

—Madre lo quiso así, Verj —respondió con calma—. Y debemos aceptarlo.

Verj les dio la espalda, montó su caballo y se adentró aún más en el bosque.

—Será mejor que regresemos al palacio. —Zelig se rascó la cabeza mientras lo miraba alejarse—. Puede que Verj vaya a reclamarle a padre.

—Sí, no quiero convertirme en rey aún —convino Ogdev.

Zelig habló con el rey y lo puso al corriente de lo que sucedió en Verkrity y en la capital cuando los príncipes se enteraron. Atkjer no dijo ni una palabra, ni intentó hablar con sus hijos, tan solo respetó su decisión.

Los tres hermanos bajaron de la ciudadela ni bien despuntó el día y tanto Ogdev como Zelig se pasaron todo el viaje intentando que Verj se calmara. Para cuando llegaron a la ciudad escondida entre las montañas, Verj había comprendido que no había nada que pudiera hacer para cambiar las elecciones que sus padres hicieron.

No le recriminó a la reina por haberlo separado de sus hermanos, tan solo la abrazó por un largo rato, mientras ella lloraba con el rostro escondido en el pecho de su hijo. Ogdev habló con Reidar y luego le pidió que les presentara a sus hermanos.

Chyesna estaba encantada con el heredero al trono tanto como con Egil y parecía temerle a Verj, aunque él podía ser tan manso como un corderito cuando la niña se acercaba, de la misma forma que se comportaba con sus otras hermanas. Boryak apenas si se presentó para conocer a Ogdev, lo miró con recelo y no se dignó a dirigirle la palabra. En cambio, el mayor de los hijos de la reina y su guardia, sí se acercó a Verj; al amanecer, lloviera o amaneciera despejado, el Segundo Príncipe salía a los jardines a entrenar y Boryak salía a los pocos minutos a verlo. Los primeros dos días, Boryak rechazó la invitación de Verj a unírsele, ya que nunca había tomado un arma antes, pero al tercero por sus propios medios le preguntó a su hermano si podría enseñarle a usar una espada y a luchar como él lo hacía. Entrenaban, descansaban, conversaban y, así, fueron entablando una relación más cercana. Verj normalmente era bastante calmado y racional, a excepción de los momentos en los que se enojaba, y podía ser una buena influencia para cualquier persona a la que se acercara, lo que hizo que Boryak terminara aceptando su nueva realidad, perdonando a sus padres y queriendo saber más de los príncipes y, también, de Zelig y sus hermanas.

Para finales de primavera, la reina Valka decidió que ya era hora de regresar a la capital al saber que sus hijos pequeños estarían bien y que esperarían por ella hasta el otoño siguiente, como cada año. Los príncipes y Zelig partieron de Verkrity solos, dejando a la reina Valka regresar con su comitiva, como era su costumbre. Además, debían apresurarse porque la futura esposa de Ogdev arribaría a la capital en cualquier momento y no era cortés, ni conveniente, hacerla esperar.

Año 4003

Los hijos del rey tuvieron más dificultades de las que hubieran previsto, ya que la primavera había sido inusualmente cálida, haciendo que los deshielos comenzaran antes y de forma más intensa, lo que ocasionó que los ríos llegaran cargados de turbulentas aguas; los lagos Zwiershadla Naveshia parecían a punto de desbordar y, cuando pasaron, muchas aldeas pequeñas comenzaban a tener problemas con las crecidas de los arroyos tras las lluvias.

Los príncipes arribaron al Palacio Dorado y de inmediato fueron a ver a su padre. No solo para evitar sospechas, sino también para informar ante el consejo el estado de emergencia de las aldeas del norte debido a las altas temperaturas en aquel sector del país. Tras haber cumplido con las formalidades, los príncipes se retiraron y no volvieron a ver a su padre hasta la noche, cuando lo acompañaron en la cena. Le hablaron sobre sus hermanos y sobre su madre, pero sin reclamarle en ningún momento por la forma en que ellos decidieron criarlos.

Tres días después, Irenka Stor arribó a la capital tesariana en un carruaje dorado y negro. La acompañaban sus padres, sus hermanos, abuelos, tíos, primos y sirvientes, que llegaron en una caravana de quince carruajes, nueve carretas y una decena de carros, todos igualmente lujosos que el vehículo principal.

Zelig, sabiéndose libre, dejó el palacio apenas informaron de la llegada de la comitiva y se mezcló entre los vecinos de la ciudadela para ver mejor a todos los recién llegados, sirvientes incluidos. De paso, podría conocer qué impresiones causaba en la gente la futura princesa.

La odiaron y murmuraron críticas de toda clase al verla. Sus vestidos no eran lo suficientemente lujosos, su peinado no era el adecuado, no era tan alta como se esperaba que fuera, ni tan delgada, aunque a Zel le pareció que estaba bastante bien. Tenía los pechos muy grandes y la nariz muy larga. Sus ojos no eran celestes, sino verdes, y Zel no podía creer que criticaran con tanta saña a alguien a quien nunca, jamás en sus putas vidas tendrían la oportunidad de conocer de verdad.

Después de aburrirse de escuchar idioteces de toda clase, Zel regresó al palacio, se vistió como uno de los soldados de la guardia y se camufló entre quienes fueron asignados para la custodia de los príncipes, pero asumió que también se aburriría y no podría presenciar ni participar del banquete de bienvenida. Por eso, después de ver a los padres de Irenka presentar sus respetos al soberano con tantas formalidades que le dieron sueño, Zel dejó su puesto para correr a su habitación, ponerse un atuendo diferente y regresar a tiempo para la cena como si fuera un invitado más. De esa forma, podría conversar con sus hermanos cuando estos también quisieran huir de allí, como les ocurría cada vez que había algún banquete formal.

Irenka se veía mucho mejor de cerca, a pesar de las críticas que había oído de la gente. Su cabello era una mezcla entre un rubio casi blanco y gris plomo y, aunque se la veía demasiado seria, era muy hermosa cuando sonreía. Ogdev parecía estar encantado con ella, puesto que no la dejó sola en ningún momento tras la ceremonia en la que formalizaron su compromiso. Hablaban, reían y hasta bailaron, para deleite del rey. Egil estaba tan borracho que ni siquiera fue capaz de empezar la cena y Zelig tuvo que sacarlo muy discretamente del salón y encerrarlo en una de las habitaciones más alejadas de todos para evitar que hiciera un desastre, ya que había empezado a hablar mal del rey y no faltaría mucho para que el tema de los hijos de la reina y Reidar saliera a flote.

Entre los destellos de las joyas de la estirada sociedad tesariana, brillosos vestidos y conversaciones triviales, Zel se acercó a la hermana menor de la futura princesa y la muchacha cayó a sus pies mucho antes de lo que él hubiera imaginado. Zel podía ser muy persuasivo y encantador si se lo proponía y tampoco le costó mucho esfuerzo convencerla de encontrarse en una de las habitaciones y deshacerse de todos las joyas y telas costosas que la vestían para

conocerse tan desnudos como ambos habían llegado al mundo. Lo que creyó que era una conquista para una noche, terminó siendo una aventura que duró hasta que la familia dejó la ciudad, diez días después, en la que no solo se vieron solos, sino a la que también se sumaron los esclavos del rey a los que Zelig solía visitar cuando estaba de buen humor.

La boda real se celebró a los doce días del verano y las aburridas y tradicionales festividades, en las que los recién casados recibían los obsequios, comían, bailaban y jugaban tediosas y extensas partidas de cartas, duraron tres jornadas. Los jóvenes solteros se escabullían de los ojos poco atentos de los padres y tutores, y se reunían en diferentes salones cada vez, donde no todo era tan formal ni tan aburrido. Los dos príncipes menores se unían a los demás apenas tenían oportunidad, en apariciones cortas aunque para nada discretas. Tanto Verj como Egil tenían reputación de mujeriegos y bebedores, y no tenían ningún inconveniente en hacerle honor a su fama en los pocos momentos en que podían escaparse para acompañar a su abandonado hermano bastardo que, en honor a la verdad, no se sentía para nada solo, ni mucho menos abandonado, y estaba viviendo las celebraciones como si fuera a acabarse el mundo al día siguiente.

Atharja y Rivka no asistieron a la boda por temor a que la niña no pudiera disimular ser hija del rey, pero sí lo hicieron Leyna y Shrika, aunque como invitadas de Verj para así evitar sospechas. Aunque Egil permaneció borracho los tres días y por momentos no sabía ni quién demonios era, Verj mantuvo sus ojos en ellas mientras estaban en el salón principal. Sin embargo, a pesar de sus esfuerzos por retenerlas allí, las muchachas se escabulleron varias ocasiones para asistir a esas reuniones que pretendían ser secretas, pero que no lo eran en lo absoluto. Zel estuvo a punto de romper algunos huesos cada vez que veía a sus hermanas siendo abordadas por algún joven, más por miedo a Verj que por interés propio, pero ellas eran lo suficientemente inocentes como para besarse con el primero que le hablara. O al menos eso fue lo que ellas hicieron creer, porque una vez que todo acabó y los invitados se fueron, las oyó hablar sobre lo que hicieron y no resultaron ser tan recatadas ni puras como parecían. Al parecer, eso de amar la diversión era algo hereditario. Zel rio y calló, porque si esa conversación llegaba a oídos de Verj, el Segundo Príncipe desquitaría su enojo con Zel y su bello rostro correría peligro; no estaba en sus planes tener la nariz torcida y perder los dientes tan joven.

Una vez que la familia de Irenka regresó a Vinkh Dras, el rey Atkjer anunció que el verano siguiente sería la boda de Verj lo que ocasionó una nueva discusión, que culminó esa misma noche con la imprevista partida del Segundo Príncipe para ir en busca de los hombres que irían a Sitnor. No quería ni podía retrasar más la partida y no se quedaría a ver cómo su padre decidía sobre su vida, luego de haberle quitado el único propósito que tenía, para lo que había sido criado desde niño, que era el comando de los ejércitos tesarianos.

Ogdev se enteró de la partida de su hermano cuando se levantó al día siguiente y su desesperación fue tan grande que casi pierde la razón. No había vuelto a hablar con él sobre su imposibilidad de consumar su matrimonio con Irenka, pero aunque Verj le había dado su palabra y confiaba en él, su repentina salida de la ciudad lo había sorprendido y enojado en partes iguales.

No iba a pasar mucho para que el rey comenzara a pedir nietos y si Verj no estaba allí para ayudarlo, no sabía lo que iba a hacer. Podía hablar con Zelig, pero le tenía tanto miedo como a Verj, aunque cuando le confesó su secreto estaba tan borracho que ni siquiera tenía idea de lo que estaba haciendo. Le dio vueltas a la idea por dos días completos, hasta que Zel se dio cuenta de que había algo mal en él y decidió preguntarle qué le ocurría.

Ogdev no estaba para nada preparado para decírselo, pero Zelig partiría en menos de una

semana hacia el norte y se estaba quedando sin tiempo. Egil no era una opción muy conveniente, porque podía abrir la boca en cualquier borrachera y sería un desastre.

—No puedo acostarme con mi esposa, Zel.

—¿Ella no quiere?

—Yo no quiero. Me gustan los hombres. —Ogdev cerró los ojos y esperó el golpe de su hermano, que estaba seguro de que le caería en cualquier momento y le terminaría rompiendo la mandíbula. Pero como nada sucedía, abrió un ojo y se quedó sin aire al ver su silueta al sacar el cuchillo de su cintura. Cuando abrió ambos ojos y pudo ver con más nitidez, se dio cuenta de que Zel le estaba dando la espalda. El muchacho tomó una manzana de la mesa junto al ventanal y se sentó en un sillón, con toda tranquilidad.

—A mí también. —Cortó un trozo de la fruta y se lo llevó a la boca. Ogdev lo miró, dudando, porque siempre lo había visto acompañado de mujeres, por lo que Zel mascó dos o tres veces y habló con la boca llena—. Bueno, ambos, a decir verdad.

—Es una broma —murmuró, incrédulo.

—No, ¿por qué te mentiría?

Ogdev suspiró aliviado.

—No lo sé, para hacerme sentir mejor, quizás. Aunque no es algo que tú harías.

Zel se excusó encogiendo los hombros.

—¿Quieres que me acueste con tu esposa?

—¿Lo harías?

—Si ella está de acuerdo, sí —respondió con toda naturalidad—. Pero debes decírselo, no voy a seducirla y hacerle un hijo así como así. Acaba de casarse y por lo que he visto, está encantada contigo, no me hará caso en lo absoluto.

—Ya se lo dije. La primera noche. No tenía forma de justificar mi falta de interés en dormir con ella.

—¿Cómo reaccionó?

—La educaron para que cumpla todas mis órdenes y caprichos, Zel. Acepta cualquier cosa que le diga.

—Vaya, qué desgracia de mujer.

—Me da mucha lástima, a decir verdad. Y acaba de casarse con un hombre que nunca le pondrá la mano encima.

—¿Alguien más lo sabe? —Zel se llevó la boca otro trozo de manzana.

—Verj. Me dijo que se encargaría, pero ya ves…

—Padre siempre arruinando todo…

—Así es.

—Esta noche iré a tu habitación, avísale a tu esposa.

—¿Estás seguro? —Zel asintió—. Te debo…

—Nada, consígueme un par de prisioneros, que las mazmorras están casi vacías de indeseables.

—¿Sigues con esas prácticas?

—¿Crees que es algo que se va con la edad, Ogdev? La única forma en que me mantengo tranquilo es porque Verj me brinda… entretenimiento.

—Son seres humanos, Zel, maldición. No hables así.

—Despreciables e inútiles. Si lo piensas, le hago un favor a la sociedad y cientos de mujeres pueden vivir en paz al librarse de esas lacras que tenían por esposos y padres.

—En cierta forma, es cierto.

—Si no fueran ellos, serían otros y caerían por igual buenas y malas personas.

—Verj es un tipo astuto.

Zel se puso de pie y, antes de limpiar y guardar su cuchillo, dejó sobre la bandeja los restos de manzana que no había comido.

—Debo acompañar a las chicas a la casa de campo, así que ve a despedirte de ellas mientras ordeno que alisten el carruaje.

—¿Ya?

—Verj se fue… Y eran sus invitadas.

—Vaya, es un idiota cuando se lo propone. Están muy a gusto aquí, podrían quedarse una temporada más.

—Padre cree que no es conveniente.

—Aunque me duele que se vayan, es cierto. Iré con ustedes, no pude hablar demasiado con ellas y quiero ver a Rivka y a Atharja, también.

—¿Llevarás a Irenka?

—No. Es muy pronto para que sepa y temo que Rivka diga algo fuera de lugar.

—Comprendo. —Zel caminó hacia la puerta, pero se detuvo antes de abrir—. ¿Sabes? Los esclavos morroínos son muy discretos, por si en algún momento quieres… ya sabes, divertirte.

—No es mi estilo, pero lo tendré en mente.

—Me lo suponía… pero por si acaso.

Zel llegó a la habitación de Ogdev a mitad de la noche, cuando ya no quedaba nadie despierto.

—Ogdev me dijo que vendrías —dijo después de cerrar la puerta. Irenka estaba vestida solo con una enagua y, al parecer, los nervios la consumían desde hacía horas, porque la cama estaba intacta y lo saludó con apenas un murmullo.

—¿Tú estás de acuerdo?

—Solo quiero concebir un heredero para Tesar. Mi esposo me dijo que tienes sangre real y con eso es suficiente para mí.

Zel caminó hacia el mueble de las bebidas y tomó una botella de licor. Le sacó el corcho con los dientes y bebió unos cuantos tragos.

—Esto no está bueno, ni es fácil. Pensé… —Zel sonrió, nervioso—. Pensé que sería más sencillo, pero eres la esposa de Ogdev y nunca me metí con una mujer casada.

—Estamos todos de acuerdo, Zelig. No nos van a cortar la cabeza por esto. —Zel le ofreció la botella e Irenka la rechazó—. No beberé, quiero concebir un hijo sano.

«¿Sano? Conmigo como padre… Pobre ilusa».

Zel volvió a beber. Los nervios que sentía no eran normales. A pesar de que Ogdev le dijo que la educaron para obedecer, Irenka imponía respeto. Más del que creyó en un principio. Sus ojos verde esmeralda parecían mirarlo, traspasarlo, conocerlo, interrogarlo y contestar por sí mismos todas sus preguntas. Parecía dueña y señora del universo, inaccesible, inalcanzable, perfecta y él se sentía como un adolescente a punto de perder la virginidad.

—Bueno… —Irenka se quitó la enagua, la arrojó sobre un sillón y dejó su pálida piel al descubierto—. Tenemos que concebir un heredero, Zelig, apresúrate.

Caminó hacia la cama y se sentó en ella, pero Zel no se movió de donde estaba. No podía, no le respondía el cuerpo. No era capaz de quitar la vista de sus piernas, tan perfectas y torneadas pero, a pesar de lo atractiva que le resultaba, no podía acercarse a ella.

—¿Has estado antes con una mujer, Zelig? —Irenka lo miró. Tenía el rostro serio, una ceja levantada y algo de curiosidad en sus ojos.

—Sí, claro que sí —contestó contrariado. Irenka sonrió de lado, como quien finge creer una mentira y Zel se sintió más abrumado, torpe e inexperto que antes. Normalmente, una situación así lo hubiera enfurecido, la hubiera arrojado a la cama y le hubiera demostrado que era todo un hombre… Pero Irenka podría hacer su santa voluntad con él y él hubiera obedecido, sumiso e idiotizado, obediente y leal como un maldito perro faldero, porque no sabía qué había en ella que le hacía perder la voluntad de esa manera, pero algo en todo eso le causaba tanto gusto como temor.

Su cuñada se incorporó despacio y regresó hacia él. Zel no pudo apartar la vista de sus pechos, redondos y perfectos, aunque intentó mirarla a los ojos por algunos segundos. Irenka parecía disfrutar de su control sobre él y Zelig no tuvo ningún inconveniente en cederle el mando, por una vez que le ocurría. Ella comenzó a desabrochar los botones de su chaqueta y su sola cercanía le hizo erizar la piel.

—Gracias a Sinmá que me iré la próxima semana… —susurró, cerrando los ojos, cuando los dedos de Irenka pasaron a desabrochar su camisa.

—¿Por qué lo dices? —preguntó en voz baja.

—Porque querría hacer contigo mil herederos para el maldito trono tesariano. —Zelig se acercó a ella, con toda la intención de besarla, pero Irenka se movió a un lado, dejando a su alcance solo la delicada piel de su cuello.

—Ni siquiera sé cómo lo harás hoy. —Tras haber desabrochado una infinita cantidad de botones, Irenka le quitó con suavidad la camisa, acariciando sus hombros y sus brazos. Se apartó de él y miró su torso con detalle. Pasó sus dedos finos y suaves por entre los músculos de su pecho, para descender con demasiada lentitud por su abdomen. Lo miró por unos segundos a los ojos—. Al menos te ves bien —dijo antes de besarlo. Lo tomó por la cintura del pantalón y lo llevó a la cama. Zelig ya estaba completamente rendido y cautivado por la esposa de su hermano.

47

Picos Blancos, Tesar

Ilsa despertó y miró confundida a su alrededor. Después de estar diez días en Sitnor, hasta que Quentin se recuperó definitivamente, Tareq puso a Quentin a dormir y Naga hizo lo mismo con ella. Él no tenía que dejar la ciudad todavía e Ilsa no podía quedarse más tiempo allí.

Llegó el día anterior y, después que Naga la despertó, saludó a su padre y volvió a encerrarse en su habitación. Parecía que alejarse de él era cada vez más doloroso e intenso. El malestar era mucho más persistente, más allá de la conexión mental por la que podían hablar todo el tiempo.

Dejó la cama con mucho pesar, aunque permanecer allí solo hacía que se sintiera más miserable. Sabía que mantenerse trabajando le ayudaba a que fuera todo un poco más llevadero, pero cada vez parecía costarle mucho más abandonar las mantas. Después de desayunar, salió a soltar las ovejas justo cuando el sol comenzaba a asomar en el horizonte. Una suave bruma se levantaba en esos momentos, haciendo que la luz se reflejara en esas nubes bajas y estas iluminaran las colinas de pastos verdes. Ilsa sonrió, porque le gustaba ver el amanecer allí.

Después de pasar el día acomodando las piedras que cayeron de los cercos, regresó a su casa cuando la noche ya era dueña de todo lo que sus ojos podían ver.

—Debes ir a Grordau —dijo su padre en medio de la silenciosa cena. El hombre cada vez hablaba menos y se veía tanto o más apagado que ella—. Hay un cargamento de lana que entregar y mis huesos ya no me lo permiten. Lo intenté mientras no estabas, pero tuve que regresar.

—Padre…

—Los años, hija —dijo resignado.

—¿Cuándo debo ir?

—Cuanto antes. No me gustaría que la humedad echara a perder la lana. Está lloviendo mucho últimamente.

—¿Mañana?

—Si te parece…

—¿Naga dijo cuando regresa?

—Puedo encargarme de los animales solo, no te preocupes.

—Pero tu salud…

—Lo hice cuando no estabas, no pasará nada que lo haga por una temporada más.

—Iré y regresaré lo más rápido posible, te lo prometo.

—Sé que sí. —El hombre sonrió e Ilsa le respondió de la misma forma, aunque le dolía mucho dejarlo y solo hubiera querido abrazarlo y llorar porque su padre estaba viejo, roto y triste, tal como él mismo dijo tantas veces. Se derrumbó tras la muerte de Evan y de su madre y, aunque quería aparentar que estaba bien, su cuerpo se había encogido, sus ojos estaban llorosos casi todo el tiempo y muchas veces lo había visto hablando y riendo solo, cuando creía que nadie lo veía. Cada vez, a Ilsa se le rompía un poco más el corazón.

Ilsa dejó los límites de la granja bien temprano al día siguiente, montada en un carro cargado de sacos de lana, tirado por dos caballos algo viejos, pero obedientes y que sabían hacer bien su trabajo. Tomó la ruta hacia el noroeste, ya que haría el camino a Kaldna-Rathge, cruzaría a Sitnor, seguiría hasta Villa Chester, pasaría a visitar a los padres de Iskánder para darles noticias

sobre sus hijos y luego cruzaría los túneles hacia la ciudad donde vivía quien antes había sido su prometido. Sería un viaje largo y aburrido, pero esperaba poder hacerlo sin mayores contratiempos. La guerra no había llegado a esas latitudes aún gracias a que Sitnor se había animado a adentrarse en Pyebra y, según decía Noah, confiaba que para el próximo año todo se terminara de una buena vez. Tenía planes, aunque no dijo cuáles eran y si bien le generaban algo de intriga, no había querido preguntar.

El primer día de viaje fue tranquilo y sin contratiempos y lo mismo sucedió en los cuatro días posteriores, hasta que llegó a Borsk Taknel, un poblado que no tenía más que una rotonda descolorida en el centro, un pequeño templo a Sinmá a un lado, un pequeño edificio de gobernación y una posada de mala muerte. Lo único que tenía de interés era la casa donde nació Viktoria Almairon y, como no podía ser de otra forma, fue a conocerla. Era una casa grande y, quizás, lujosa en sus mejores épocas, pero en esos momentos no tenía puertas ni ventanas y la consumió un incendio cuando se supo lo que la actual reina pyebrana estaba intentando hacer. Sus padres, por supuesto, dejaron el lugar, insultados y apedreados, cuando la noticia llegó hasta esas lejanas tierras y no se sabía a dónde fueron a parar.

Durante la primera semana de separación, Quentin e Ilsa apenas si hablaban una o dos veces al día, porque la angustia de ambos era tan grande que ninguno de los dos quería que el otro lo supiera. Eso le daba tiempo para pensar en lo que había sucedido mientras estuvo en Sitnor, en las cosas que sabía sobre lo que sucedía en Thoria y, yendo de un lado al otro, sus pensamientos regresaron a Iskánder. Siguiendo el consejo de Quentin, le preguntó qué intenciones tenía él y cuando le respondió que le gustaría ir a Zart Vialh a pedir su mano, Ilsa rechazó la idea, diciéndole que no era lo que ella pretendía con él.

Iskánder no respondió, tan solo le dio la espalda y la dejó en medio de la Plaza de la Fuente, sin explicación ni aclaración alguna. Se sintió bastante mal por lo que había sucedido y, aunque quiso disculparse con él, no volvió a cruzárselo en los días siguientes. Zaria le dijo que su hermano estaba callado y pensativo todo el tiempo y que había pedido al Gobernador que lo enviara a algún lugar fuera de la ciudad. Noah accedió y lo mandó junto a Josh a buscar magos a las aldeas del oeste. Pensó que quizá, la próxima vez que fuera a Sitnor, podría hablar con él y disculparse, porque no se había imaginado que él iba a reaccionar de esa forma ni que se había tomado las cosas tan en serio.

«Después de todo, solo nos besamos en una noche de borrachera, no era para tanto. Una cosa es casarse por obligación y otra muy distinta es casarse por querer pasar el resto de la vida junto a alguien. Y eso es demasiado tiempo para mi gusto, que me perdone…»

Arribó a Kaldna-Rathge el día en que llegó la noticia de la celebración de la boda del príncipe Ogdev y de Irenka Stor, por lo que la ciudad era una fiesta. Bueno, si se podía llamar fiesta a un lugar donde había borrachos tirados en las calles, gente golpeándose en las esquinas y hombres correteando detrás de cada mujer que veían. Ilsa puso una espada, que no sabía utilizar, sobre su regazo y no dudó en amenazar con ella a cada infeliz tambaleante que se acercó demasiado a su carro. Decidió que no era una buena idea permanecer allí y siguió camino. Estaría más segura en las rutas que en una ciudad descontrolada, donde hasta los guardias tenían más alcohol que sangre en su cuerpo.

Con bastante temor y muy nerviosa, Ilsa no fue capaz de dormir esa noche, pero sus caballos necesitaban descansar por lo que se apartó del camino para liberarlos por unas horas de los arneses. No le había dicho a Quentin que estaba de viaje hacia Morrau, porque eso lo hubiera puesto muy nervioso, así que intentó ocultarle lo que estaba haciendo. Después de todo, no le había sucedido nada malo.

Cuando los rayos del sol comenzaron a abrirse paso entre las estrellas, Ilsa regresó al camino y, cuatro días después había cruzado el puente que unía Sitnor y Tesar.

—*Estoy en Sitnor, pero de pasada, porque me dirijo hacia Grordau.* —Ilsa estaba muy contenta por la sorpresa que iba a darle y ya se imaginaba la preocupación que asaltaría a Quentin.

—*¿Qué? ¿Por qué? ¿Estás sola?* —preguntó en respuesta. Se oía mucho más alarmado de lo que esperaba.

—*Tengo que llevar un cargamento de lana para vender. Mi padre no pudo hacerlo porque…*

—*Regresa de inmediato Ilsa, no pises Morrau.*

—*¿Qué? No me puedo regresar, Quentin, es mucho dinero y se va a perder si no lo entrego, la lana se humedece y se arruina* —contestó molesta.

—*Nosotros nos dirigimos a Morrau, Ilsa. Tomaremos la capital*—dijo de golpe. Ilsa tuvo que frenar a los caballos porque la noticia era demasiado para procesar.

—*¿Qué demonios dices? ¿Cómo que…?*

—*Lo que oyes.* —Quentin pareció querer trasmitirle algo de tranquilidad hablando con más calma—. *Maldición, Ilsa, ¿cómo no me lo dijiste antes?*

—*¿Cómo iba a imaginarme que iban a tomar la maldita capital de Morrau, Quentin?*

—*Intenta vender la lana en Villa Chester o en algún otro lado, pero no cruces la frontera, por los dioses* —suplicó.

—*No puedo faltar a la palabra de mi padre, ya se comprometió y…*

—*Quédate en Villa Chester, por lo más sagrado, y enviaré a alguien que vaya por ti. Naga o Tino. Busca la posada de los padres de Iskánder y quédate allí. No estarás segura en Morrau, no sabemos cómo pueden salir las cosas, ni si la reina escapará como rata cuando sepa que estamos llegando.*

—*Pero la lana…*

—*Te pagaré lo que sea que cueste, Ilsa, deja de pensar en ello y quédate en un lugar seguro, por los dioses.*

—*Está bien.*

—*¿Dónde te encuentras?*

—*A un día de Villa Chester.*

—*Quédate allí hasta que vaya alguien por ti, por favor. No debes ir a Morrau y ni siquiera es seguro permanecer cerca de la frontera en estos momentos.*

—¡Maldición! —Quentin arrojó un tronco al fuego y cientos de chispas saltaron en todas direcciones. Se puso de pie y no sabía si salir corriendo hacia el sur o qué demonios hacer.

—¿Qué sucede? —Josh se sobresaltó.

—Ilsa. Se dirige hacia Grordau.

—No puede ser… —dijo Ara.

—Está a un día de Villa Chester. —Se tomó la cabeza con ambas manos y comenzó a caminar de lado a lado, mientras les contaba la conversación que habían tenido.

—Naga podrá ir por ella —dijo Ara, en un intento de tranquilizarlo—. Estará a salvo si se queda con los padres de Iskánder.

—Pero quedamos en reunirnos en las afueras de la ciudad, no podrá ir por ella hasta que todo se termine, y si es que todavía tiene fuerzas para hacerlo.

—Encontraremos la forma…

—Tengo que ir por ella.

—No podemos retrasarnos, Q. Te tardarás en ir y regresar ¿y qué harás una vez que la encuentres? ¿Traerla contigo? ¿Vendrá a tomar la ciudad con nosotros?

—Por los dioses, Josh. ¿Y si algo le ocurre? Está sola, maldición.

—Estuvo sola hasta ahora y nada malo le pasó, ¿por qué le sucedería ahora? Estará bien, ya verás. Una vez que terminemos con todo, Naga puede ir a buscarla o le puede decir a Tino, incluso. No tiene caso que te preocupes, ni que la preocupes más a ella. Si se queda en Villa Chester estará bien.

—¿Cómo demonios Noah no nos dejó traer a Iskánder o a Tareq? ¿Por qué quiso retenerlos hasta último momento?

—Ya sabes por qué, Q. Alguien tiene que quedarse…

—¡Pero tiene a Lena y a Enara!

—Ya, Quentin —dijo Ara—. Ilsa está bien, que es lo importante y estará bien hasta que puedan ir a buscarla. Lena es una niña con graves problemas de autocontrol y Enara no tiene suficiente entrenamiento. Noah es el Gobernador, no puede quedar desprotegido por mucho tiempo, menos después de lo que ocurrió con… nuestros padres.

Soltó las últimas palabras como si le estuvieran quemando y Quentin se dio cuenta de que estaba haciendo un gran esfuerzo por no llorar.

—Perdón, tienes razón.

—Tranquilos, por favor. —Josh le dio una palmada a Quentin en la espalda y abrazó a Ara—. Todo estará bien, ya verán.

—Tomaré la primera guardia, ustedes vayan a descansar. —Quentin volvió a sentarse frente al fuego. Si antes se le dificultaba dormir, estaba seguro de que esa noche no lo haría en lo absoluto.

—¿Estarás aquí en la mañana? —preguntó Josh en voz baja, detrás de él. Quentin asintió, sin mirarlo—. Recuerda por qué estamos haciéndolo.

—Cuanto antes se termine, mejor —respondió.

—Así es.

—Descansa, Josh.

Antes del atardecer del siguiente día, Ilsa le confirmó estar en la posada de los Lavank y le dijo que permanecería allí hasta que fueran a buscarla, lo que le produjo un considerable alivio. Le dijo que intentaría encontrar algún comprador para su cargamento en la ciudad para poder regresar a la casa con algo de dinero, aunque él insistió que pagaría por su mercancía si eso la hacía sentir más tranquila. Lo único que quería era tener la certeza de que ella estaría en un lugar fijo y seguro hasta que pudieran regresarla a su hogar. Sabía que Ilsa era bastante inquieta y muy poco dada a seguir instrucciones, pero ella le prometió no hacer ninguna tontería.

Tras cuatro días más de viaje, porque no tenían recambio para los caballos de Ara ni de los diez soldados que los acompañaban, cruzaron la frontera con Morrau, lo que implicó un cambio en sus horarios, puesto que viajarían por las noches y descansarían durante el día para evitar ser detectados. Iban acompañados por los mejores que tenían para esa tarea, por su destreza, sigilo y precisión a la hora de actuar y Quentin se encargó de seleccionarlos, entrenarlos y prepararlos. Le hubiera gustado contar con los tesarianos que conoció en el campo de entrenamiento, pero fueron a Ahrbak Ardhal apenas partió el siguiente grupo de refuerzos para el frente y no tuvo el tiempo suficiente para hacerlos regresar.

Si bien el paisaje era bastante parecido al sitnorense, de abundantes pastizales y pequeños bosques dispersos, comenzaron a notar el ascenso a la cordillera rápidamente tras cruzar el límite entre países. Poco a poco, comenzaron a ver, también, algunas formaciones rocosas que parecían

haber salido de la nada y que creaban enormes y atemorizantes sombras a los lados del camino. Quentin intentaba no prestarles demasiada atención, puesto que verlas le recordaba a cuando el Indigno lo había poseído.

Tras cruzarse con varias de ellas, la mente de Quentin no fue capaz de soportar más presión y terminó por colapsar. Obligó a Luna a detenerse, porque sentía que el aire que respiraba era denso y caliente. Su corazón parecía latir en sus mismísimos oídos y la sensación de vértigo lo obligó a descender de la montura. Atormentado por los recuerdos del Indigno, por la culpa de lo que hizo en esos días y por la vergüenza que sentía por el poco control que tenía sobre sí mismo, Quentin corrió en la oscuridad, tropezando y cayendo en varias oportunidades. Pasaron algunos minutos hasta que los demás notaron su ausencia, y tuvieron que regresar en su búsqueda. Luna guió a Josh hasta él y su amigo lo encontró acuclillado entre los pastizales, abrazando sus rodillas y cubriéndose la cabeza con los brazos.

Ilsa se despertó a mitad de la noche, a cientos de kilómetros, sintiendo toda la angustia y el malestar que Quentin estaba experimentando y no sirvió de nada que intentara calmarlo con palabras, pues estaba fuera de sí. No le respondió hasta que pudo calmarse, lo que sucedió casi una hora después.

Su amigo se quedó a su lado e hizo todo lo posible por serenarlo. Al principio, no podía llegar a él de ningún modo. No le permitía acercarse y se comportaba como alguien que perdió la razón y estaba aturdido por el miedo. Había en sus ojos tanta desesperación que Josh sintió que el mundo se le caería encima pensando que perdería a Quentin de esa forma. Josh esperó junto a él, hablándole con calma, hasta que muy de a poco, Quentin comenzó a volver en sí. Al principio, inseguro y dubitativo, pero a medida que Josh fue acercándose más a él, empezó a cobrar algo de cordura y seguridad y fue capaz de hablarle sobre lo que le sucedía. Si bien Quentin era perfectamente capaz de darse cuenta de que solo eran rocas de gran tamaño, su mente creó sombras que se movían con voluntad propia y se dibujaron seres de extrañas formas donde no había más que piedra. Su propia mente las dotó de vida, de voluntad y las inundó de malas intenciones y, aunque quiso convencerse de que solo era un engaño, no pudo hacerlo por demasiado tiempo. Terminó por caer en una extraña locura que casi se adueña de él por completo. Josh no sabía cómo podía ayudarlo, más que prometiéndole estar a su lado durante el resto del recorrido y Quentin le dijo que era más que suficiente saber que estaría junto a él.

Ara, preocupada y sin entender qué sucedía, se conformó con abrazar a su hermano y no preguntar nada más, para sorpresa de Quentin. Después de pensarlo un poco, sabía que Josh le diría lo que ocurrió en cuanto estuvieran solos, ahorrándole la vergüenza que le ocasionaba hablar sobre su poca estabilidad mental.

Un par de horas antes del amanecer retomaron el camino hacia el oeste. Josh no le quitaba los ojos de encima ni un segundo y cada poco tiempo le preguntaba cómo se sentía, a lo que Quentin siempre respondía que estaba bien. Josh nunca supo que varias veces más Quentin estuvo a un paso de caer en la desesperación, pero que logró evitarlo gracias a que su amigo estaba pendiente de él. Con apenas tres palabras, lo hacía regresar de donde fuera que su mente lo llevara y podía volver a concentrarse en lo que estaba haciendo.

Siguiendo uno de los ríos que se formaban con los deshielos de la cordillera, llegaron a media noche a las afueras de la ciudad negra tras tres días dentro del país. Naga llegaría junto a Iskánder en la noche siguiente, por lo que se dispusieron a descansar durante el día y mantenerse despiertos durante las horas de oscuridad, como ya estaban haciendo.

Los magos llegaron al lugar en el momento pactado y, antes de eso, Quentin, Josh y Ara acordaron no decirle a Naga lo que sucedía con Ilsa hasta no haber terminado lo que fueron a

hacer, porque no querían alarmarlo. Sabían que él la consideraba su hermana y, de saber que Ilsa podía estar en peligro, perdería la concentración. Tampoco era apropiado que Iskánder lo supiera, porque notaron el cambio en él tras el rechazo de Ilsa y él mismo le confirmó su malestar a Josh cuando fueron en busca de magos a las aldeas.

Las murallas de la capital eran de enormes bloques de piedras negras, lisas y sin ninguna ranura que pudieran utilizar para escalar, por lo que dos soldados, un hombre y una mujer, entraron a la ciudad por un día como aldeanos morroínos, para así poder saber qué lugares eran más apropiados para aparecer. Tras examinar sus recuerdos y tomar energías de Quentin, Naga fue ingresándolos de a pares, para dejarlos en varios puntos de los alrededores del Castillo Blanco, residencia de la reina Morgana Rostur.

Quentin y Naga fueron los últimos en llegar a la puerta de entrada y los demás se unieron a ellos ni bien los vieron. Iskánder se adelantó unos pasos y, después de unos momentos, la enorme puerta donde empezaba la calle principal se desintegró sin dejar ni una mísera viruta.

—Adelante, señores. La verdadera «Era de magos» ha comenzado —dijo invitándolos a pasar con un ademán.

48

Cuando todos ingresaron al terreno del castillo, Iskánder volvió a recrear las puertas y las selló por completo.

—¿Para qué…? —Josh, confundido, señaló hacia la entrada.

—Ah, es que toda la vida quise desintegrar algo… ¿Se me da bien, eh?

—Dejen de perder tiempo —murmuró Naga.

Iskánder y los soldados se dispersaron por los jardines del castillo y subieron las murallas para encargarse de los guardias. Naga, Josh y los hermanos Guna se escondieron entre los arbustos y fueron avanzando de a poco, para evitar ser vistos, pero no pasó mucho hasta que alguien pudo escapar de las manos de los soldados de Sitnor y fue capaz de dar la alarma.

Ante la confusión que se desató en apenas unos pocos segundos, corrieron hacia la puerta de entrada del castillo y Josh la abrió de una certera patada. Dos guardias, aún adormilados y que no se enteraron de lo que estaba ocurriendo afuera, los recibieron sorprendidos y desenfundaron con torpeza sus armas, pero no alcanzaron a terminar de hacerlo cuando ambos cayeron al piso para manchar la alfombra con la sangre que brotaba desde las heridas en sus cuellos.

Naga cerró y trabó las puertas y corrieron por el largo corredor de entrada. Este terminó abruptamente en un amplio salón con puertas y arcadas que conducían a diferentes lugares inciertos. Tras mirar hacia los lados, decidieron subir las escaleras que había a la derecha.

—Buscaré a la reina —susurró Quentin.

En los días previos al viaje, y aprovechando que Mihaí y Ajác viajaron a Ciudad Capital para comenzar a trabajar con los magos de forma permanente, Quentin recibió un entrenamiento básico, pero intensivo. Además de eso, también tuvo lecciones con Tareq para poder aprender a rastrear a otros magos y hacer alguna otra cosa más. No había avanzado demasiado, pero al menos era capaz de encontrar poderes ajenos a una distancia corta y de utilizar las palabras de poder, que era en lo que más se empeñó Tareq en que aprendiera.

Quentin divisó una pequeña luz en el tercer piso, por lo que subieron los escalones rápidamente, acompañado de los demás; hasta ellos ya llegaban los sonidos de lo que estaba ocurriendo afuera y no faltaría mucho para que la reina fuera alertada. Y estaban en lo cierto.

El rostro de Morgana se asomó desde los barandales del piso superior.

—¿Quién demonios se atreve a entrar a mi castillo? —Su voz se escuchó con claridad en cada rincón del lugar y, por unos segundos, la batalla que se estaba librando en los jardines se detuvo por completo.

—¿Qué pasa, reina falsa? —preguntó Naga, que había atinado en hacer que todos pudieran comprender el idioma en que los demás hablaran—. Seguro no te parece tan divertido ahora que es tu cuello el que corre peligro.

—Te conozco, flacucho. —La reina entornó los ojos y lo miró—. Tú trajiste a Tá-qá.

—¿Tá-qá está aquí? —preguntó Quentin. Ni bien terminó de hablar, una puerta se abrió frente a ellos y el enorme moreno se asomó, armado con un hacha dorada en cada mano.

—¿Hombrecito?

—¿Qué demonios? —exclamó Josh.

Quentin, sin esperar a que alguien reaccionara, levantó una mano y de ella salió una ola de energía que hizo ondear el aire y arrojó a Tá-qá hacia atrás.

—¡Ciérrala! —exclamó mirando a Naga y este lo hizo con un mínimo movimiento de su mano.

La reina gritó y unos largos rayos azulados salieron de sus manos para estrellarse en contra de los barandales de mármol, haciendo volar escombros en todas direcciones. Un enorme trozo se desprendió del piso superior y, tras un segundo de vacilación, se desplomó hacia abajo. Quentin pudo ver, horrorizado y paralizado, que Ara estaba justo debajo y lo mismo vio Josh. Sin embargo, tuvo la suficiente agilidad y presencia mental para tirar de su brazo y quitarla de allí un instante antes de que hiciera retumbar los suelos.

Desde el interior de la habitación de Tá-qá comenzaron a oírse golpes y la puerta vibraba con cada uno que recibía. Bastaron menos de cinco para que el hacha asomara parte de su filo entre la madera.

—Ve por la reina —dijo Josh a Naga.

—¿Creen que me cazarán como a un maldito cerdo salvaje? —exclamó Morgana desde el final del pasillo en el que ellos se encontraban—. No soy una rata cobarde que huye por los tirantes, niño bonito.

El rostro de Tá-qá asomó en el agujero de la puerta y la reina lo miró por unos segundos, los suficientes para que Naga la atacara con una correntada de luz verde que la soberana deshizo con un movimiento de su mano.

Desde la planta baja se oyeron los sonidos de las botas de los soldados que comenzaban a ascender la escalera, por lo que dejaron que Naga se hiciera cargo de Morgana para poner atención en los hombres que subían por ellos.

Ara se asomó por la baranda y, tras retroceder algunos pasos, saltó por encima de esta para caer en el primer piso.

—¡Maldita loca! —exclamó Josh y corrió al encuentro de quienes se acercaban, antes que estos pusieran su atención en la muchacha.

Dos fuertes patadas terminaron de sacar de su marco lo que quedaba de puerta y Quentin vio salir a Tá-qá y a una mujer alta, igual de morena y enfundada en una armadura dorada. Hizo un esfuerzo por tragar, porque se veían tan fuertes e imponentes que, por primera vez, tuvo miedo de enfrentarse a alguien. Miró rápidamente a su alrededor y comenzó a retroceder hacia su derecha, buscando un lugar que sea lo suficientemente amplio para moverse, pero que les dificultara acercarse a los dos a la vez.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó el hombre y se detuvo a una considerable distancia.

—¿Y tú?

—¿Se conocen? —preguntó la mujer.

—De Drioed-ta —respondió Tá-qá—. Se llama Quentin.

—¡Quentin Guna! —exclamó la mujer, sorprendida—. La señora Morgana lo querrá vivo.

La mujer movió apenas los labios y un silbido corto y agudo salió de ellos. Comenzó a correr, saltó con gracia felina y Tá-qá se agachó justo para que se impulsara pisando su espalda y cayera detrás de Quentin.

«Maldición…»

Se giró para ver a uno y a otro, apuntándolos con ambas espadas. Pensó en que probabilidades tenía y el porcentaje lo desalentó. El hombre tenía una altura descomunal y dos hachas y la mujer una armadura de oro que parecía impenetrable, una agilidad asombrosa y una determinación arrolladora. Sin embargo, la mujer dijo que lo querían vivo y sabía que eso era peor que morir, así que tenía que intentar cualquier cosa para evitar ser apresado.

Ara amortiguó la caída flexionando las rodillas y cayó en silencio justo debajo del primer escalón. Sin haber recibido ningún golpe, se apresuró a subir y abanicó su arma. El cuero de las botas no fue un impedimento para que su espada alcanzara los tendones de la pierna y el hombre que iba delante de ella soltó un alarido que se le clavó en los oídos y le causó un escalofrío. Pero vio a Josh asomarse a donde la escalera terminaba y eso la animó a continuar. Ara esquivó un débil sablazo del hombre que saltaba en un solo pie, pateó su pierna de apoyo y le clavó la espada en el cuello antes de que terminara de caer; sacudió el brazo para destrabar su espada, pasó sobre el cuerpo y continuó subiendo.

Dos hombres se volvieron para atacarla y ella se valió de su baja estatura para escabullirse entre ambos y clavar su espada en la axila de uno de ellos cuando pasaba. De una patada en la espalda lo hizo descender hasta la planta baja y, mientras el otro la miraba con expresión de sorpresa, Ara sonrió.

—¡Abajo! —La voz de Josh la hizo agachar y un morroíno pasó volando sobre su cabeza, para aterrizar sobre el que estaba frente a ella, haciendo que ambos cayeran en un lío de espadas, piernas, brazos, maldiciones y gotas de sangre.

Ara volvió a descender de un salto y aterrizó sobre la espalda de uno de ellos. Aprovechando la fuerza de la caída, le clavó la espada entre las vértebras de la base de la cabeza; el hombre debajo amortiguó el golpe con su cuerpo, pero aun así se removía intentando quitarse a su compañero de encima. Ara no le dio tiempo a hacerlo, puesto que aprovechó su inmovilidad para buscar su cuello con la punta de la espada. Un grito camuflado por un murmullo húmedo y borboteante salió de su boca, y fue lo único que pudo oír de él.

Un nuevo cuerpo cayó a su lado y Ara se dio vuelta. No quedaba ningún morroíno en pie a la vista. Josh la miró desde la mitad de la escalera y ella le hizo una seña para que la acompañara hacia la planta baja. Debían evitar que los soldados de la reina subieran a asistirla pero, ni bien llegó a ella, Josh la abrazó levantándola del suelo.

—Maldición, Ara —dijo antes de besarla con urgencia.

—Guarda algo de energías para cuando todo esto termine —murmuró en respuesta y Josh volvió a besarla.

Quentin se decidió por atacar primero a Tá-qá, que no llevaba ninguna protección en su cuerpo. Golpearlo iba a ser en vano; llegar a él con sus espadas, imposible. Atacarlo con magia… No era demasiado honorable, pero no tenía muchas opciones. Se concentró en buscar su poder y este le inundó los sentidos de luz blanca.

—*Zahl lanta*[35] —murmuró y un espantoso crujido arrancó un alarido de dolor de Tá-qá. Su pierna se dobló hacia un lado y el hombre cayó al suelo—. Perdóname.

Aprovechó el desconcierto de la mujer para ir contra ella, que reaccionó con rapidez a pesar la angustiante situación. Quentin lanzó un golpe tras otro y ella se encargó de desviar y frenar cada uno de ellos, sin que le costara esfuerzo alguno hacerlo. El casco, que ocultaba en partes su rostro, no era capaz de disimular ni atenuar la frialdad de su mirada, ni la forma en que su vista se desviaba por una fracción de segundo hacia su compañero. Quentin comenzó a girar hacia la izquierda, obligándola a darle la espalda a Tá-qá, lo que no solo hizo que su atención estuviera más dispersa, sino que además le daba más espacio de movimiento a Quentin, a la vez que limitaba los de su contrincante. A pesar de eso, no era capaz de llegar a herirla porque no había ni una grieta en su armadura por donde pudiera pasar sus espadas; era como si su cuerpo estuviera construido de oro de pies a cabeza. Por su parte, sus brazos ya tenían algunos rasguños y una herida en su pierna le imposibilitaba, en parte, a moverse con rapidez.

Viendo su debilidad, la mujer volvió a silbar y Tá-qá arrojó un hacha a su mano. Esta se cerró justo alrededor del mango y Quentin vio cómo salía volando en su dirección apenas un segundo después. Mientras sus ojos distraídos seguían el recorrido del arma que se acercaba a alta velocidad, la mujer arremetió contra él en una sucesión de golpes tan fuertes que hicieron que su mano izquierda se entumeciera y perdiera la fuerza. Su espada resbaló hacia el suelo, cortando su mano en el camino, y Quentin retrocedió lo más que pudo. La mujer se lanzó hacia él, con la espada apuntando a su cuello y, sin recordar que lo querían capturar vivo, comenzó a rebuscar en su memoria por alguna de las palabras de poder que Tareq le enseñó.

—*Yavik lanta* —dijo, y la mujer se detuvo en medio de su carrera. Quedó suspendida en el tiempo y en el aire, sin que ninguno de sus músculos pudiera responder hasta que él la habilitara a hacerlo. Quentin soltó todo el aire que retuvo en sus pulmones y cerró los ojos unos instantes. Miró su mano, vio que la carne se le abrió en toda la palma y su dedo meñique estaba contraído y no respondía. No sentía dolor, sino un gran desconcierto y como si algo le estuviera quemando la mano. «¿Funcionará?» se preguntó—. *Mor lanta.*

No alcanzó de terminar de pronunciar la frase cuando un cosquilleo incómodo le comenzó a picar en la herida y la piel y los músculos volvieron a unirse, como si nunca hubieran sido lastimados. Volvió su atención a su entorno y vio a Tá-qá hecho un ovillo en el suelo, sosteniendo su pierna y a la mujer en el mismo lugar que antes. Se preguntó qué hacer, si debía liberarla, matarla ahí mismo sin darle la oportunidad de defenderse o si debía dejarla e ir hacia donde los demás estaban.

Finalmente, tomó su espada del suelo y se acercó a ella.

—Perdón, pero no dejaré que me lleven tan fácilmente —dijo.

Viéndola desde más cerca, vio que una pequeña línea de aire separaba el casco de la pechera. Tá-qá suplicó e imploró, pero Quentin acercó su espada y la enterró en su cuello. La mujer se desplomó como una muñeca de trapo y Tá-qá volvió a gritar y maldecir.

—¡Mátame! —gritó entre lágrimas—. Acaba conmigo, maldito cobarde. —Tá-qá se arrastró hasta el barandal y se levantó con la fuerza de sus brazos—. Mátame.

Quentin se acercó a él con una de sus espadas apuntándole al pecho y la otra baja, lista para desviar cualquier golpe sorpresivo que pudiera llegar desde algún lado. El rostro del moreno brillaba por las lágrimas y sus labios formaban una mueca de dolor y espanto. El hombre abrió los brazos y cayó de rodillas nuevamente. La pierna volvió a hacer un sonido escalofriante al golpear el suelo, pero él no se inmutó.

—*Mor lanta* —exclamó la reina Morgana con la voz afectada por el llanto—. Captúralo. Nos encargaremos de él más tarde.

Quentin sintió que la sangre se le congelaba cuando vio que Tá-qá se incorporó con su pierna ya sana; las lágrimas dejaron de caerle y su rostro se convirtió en una máscara de piedra que solo mostraba rencor y furia en sus ojos.

Después de haber matado a los ineptos guardias que debían custodiar la entrada al castillo, Iskánder y los soldados se dispersaron entre los jardines llenos de arbustos, fuentes y sillones, para buscar otras entradas al edificio principal. Los soldados fueron en pares y él se fue solo hacia la parte trasera. Tras haber llegado sin mayores contratiempos, salvo por un pequeño grupo de soldados que se desplomaron al suelo por las heridas internas que causó su hechizo, buscó una puerta por la cual entrar, pero al verlas todas selladas como si se acercara una tormenta de nieve, despedazó una de ellas. Ya no podría ser sigiloso en lo absoluto, por lo que hizo nacer una luz en la palma de su mano y la arrojó hacia arriba, para ver mejor.

«Si ya avisé que estoy adentro, al menos que sepan dónde encontrarme» pensó.

Agudizó sus sentidos y comenzó a buscar si alguien se movía entre las sombras, pero el lugar parecía desierto. Se hallaba en una cocina enorme, blanca como todo el exterior, ordenada y perfectamente limpia.

—¡Mira el tamaño y la blancura de esta cocina! Vaya, mi madre estaría muy feliz de ver esto —murmuró.

Hizo que la luz creciera y no vio más que una sola puerta del otro lado de donde se encontraba, por lo que se largó a correr hacia la salida, con la espada en la mano. Se detuvo y apagó su luz antes de abrirla. Si no lo escucharon, ya no tenía caso llamar atenciones innecesarias sobre él.

Se encontró con un corredor iluminado por antorchas irregulares, que creaban parches de luz sobre los muros de ladrillo. Recorrió el extenso pasillo en silencio y notó que había puertas a cada lado, las que se aseguró de trabar a medida que pasaba. En algunas escuchó a su ocupante sobresaltarse y se quedó quieto para ver si hacían algún otro sonido, pero al ser solo eso, se dispuso a continuar.

Dejó atrás las que sin duda eran las habitaciones de los sirvientes, y llegó hasta un punto en que el camino se dividía en dos. Por un lado, las antorchas señalaban que se encontraba frente a un extenso pasillo y por el otro… también.

Iskánder maldijo. Bloquear uno u otro antes de saber a dónde conducían no era la opción más inteligente. Se pasó las manos por el rostro en actitud resignada y suspiró. Después de unos momentos comenzó a andar y dejó unos puntos de luz adheridos a las paredes debajo de algunas de las antorchas, por si se perdía, y fue bloqueando cada puerta que encontró. El final del pasillo daba contra un muro, por lo que regresó corriendo hasta llegar a la bifurcación. Apagó las diminutas luces que puso con anterioridad y volvió a repetir los mismos movimientos mientras se alejaba.

—¿Dónde mierda estoy?

Se encontró con que el pasillo terminaba en otra bifurcación y casi pierde la compostura por lo difícil que se le estaba haciendo salir de allí.

Una nueva marca de luz se dibujó en una de las paredes e Iskánder se lanzó a correr hacia la derecha. El pasillo doblaba esta vez hacia la izquierda, sin ningún otro maldito cruce más y los ladrillos de los muros fueron reemplazados por paredes de piedras blancas.

—¡Al fin! Malditos sean los creadores de castillos —murmuró.

Apagó todas las luces que había creado hasta el momento y continuó corriendo por más pasillos que iban y regresaban hasta que su paciencia terminó por agotarse y enfundó su espada. Se frotó ambas manos y las puso frente al muro.

Una fuerte oleada de energía, llena de ruido, polvillo, escombros y gritos, se extendió a lo largo de nueve paredes de distinto grosor. Iskánder avanzó haciendo que el aire se moviera frente a él y no puso atención en las súplicas ni los llantos de quienes estaban en las habitaciones, salones y pasillos que acababa de destruir.

—Soy un inconsciente, podría haber herido a los nuestros —se dijo en un momento, pero continuó andando hasta que llegó a otro maldito pasillo—. ¿Me estás jodiendo?

Regresó sobre sus pasos y buscó a alguna persona que estuviera ilesa. Encontró a un muchacho algo tapado de polvillo, lo tomó del brazo y lo llevo a rastras hasta el condenado corredor.

—Quiero encontrar la salida del castillo, llévame. Si haces alguna tontería, te mato, ¿me oíste?

El chico asintió y comenzó a indicarle hacia dónde dirigirse. Iskánder, de cuando en cuando,

hacía aparecer alguna esfera de luz frente a ellos, como para recordarle al mocoso que no iba a tener ningún problema en terminar con su existencia si lo llevaba en otra dirección.

Llegaron, después de cruzar otro puto laberinto de pasillos, hasta la entrada principal del castillo, a la que accedieron por una puerta oculta.

—Lárgate, puede que se sigan derrumbando cosas —dijo y el jovencito regresó por donde llegaron. Se quedó mirándolo hasta que su silueta desapareció en una esquina y derrumbó parte del techo para bloquear esa entrada; luego, cerró la puerta, que quedó disimulada tras un mueble.

—Mira que son ingeniosos los condenados creadores de castillos… —dijo con una mueca de incredulidad.

Caminó hacia el lado contrario a la puerta principal y se dirigió hacia las escaleras, ya que se oían voces. Corrió al subir y, saltando escombros varios y cuerpos de hombres muertos y agonizantes, llegó hasta el tercer piso, justo para ver que Quentin era llevado inconsciente sobre la espalda de un enorme hombre negro. Una mujer bajita y de melena rojiza iba tras ellos. Iskánder les gritó que se detuvieran y la mujer respondió lanzándole un trozo de mampostería encima.

Iskánder se cubrió con un escudo de aire y los escombros rebotaron sobre él, para caer a un lado. Corrió entre el desastre y encontró a Naga, golpeado y desmayado, apoyado en contra de una de las paredes. Intentó reanimarlo, pero al no tener respuesta, lo dejó para ir en busca de Quentin. No había rastros de Aranza ni de Josh por ningún lado, lo que significaba que no estaban muertos ni heridos. Allí, al menos. Cruzó la puerta que vio que utilizaron para escapar y se encontró con una habitación ordenada y vacía.

—¡Mierda!

Comenzó a mover muebles y espejos, solo para encontrarse que no había nada detrás. Golpeó las paredes para ver cuál de ellas respondía con sonido hueco, pero le costó encontrar el lugar por donde desaparecieron. Delante de él se abría un pasillo que iba en descenso y que le recordó a los caminos de montaña, de esos en zigzag que van por una sola de las caras. Había perdido mucho tiempo en encontrar el maldito pasillo, y los captores le llevaban una clara ventaja, porque no podía oír ni ver nada en lo absoluto, más que su propia sombra.

No sabía si regresar para intentar buscar la salida del túnel por el exterior o si seguir adelante e intentar alcanzarlos.

—*¡Naga!*

Silencio. Ni siquiera su imagen estaba donde debería, en la sala mental en la que hablaban a resguardo de los demás.

—¡Puto Naga! ¿Cómo demonios se va a salir?

Iskánder comenzó a correr más rápido, aunque las piernas comenzaron a dolerle y su respiración a entrecortarse. Anduvo así hasta que llegó al final.

El pasillo terminaba en una pared ciega y no se veía ninguna puerta, reja o salida y gritó de frustración antes de regresar sobre sus pasos.

Capítulo 49

—*Mor lanta.* —Oyó la voz de su señora teñida de pesar e impotencia. El dolor de su pierna

desapareció en un instante y Tá-qá convirtió su deseo de morir en deseos de matar a ese pequeño cobarde—. Captúralo. Nos encargaremos de él más tarde.

Tomó el hacha que le había quedado cerca y se incorporó. No le importaba que pudiera usar la magia, ya había pocas cosas que le importaran, a decir verdad.

—Pedazo de mierda —murmuró—. Creí que eras otra clase de persona…

El mocoso tuvo el descaro de reír.

—Ni yo mismo me conozco, Tá-qá, ¿qué te hace creer que tú lo haces?

—Ilaria era lo único que me quedaba, mierda. Me arrebataron toda mi vida, solo ella quedaba. Y tú te la llevaste de la forma más cobarde.

Quentin lo miraba sin demostrar ninguna clase de sentimiento, como si no le importara absolutamente nada de lo que estaba diciendo, como si hubiera arrancado una miserable mala hierba de un pastizal y no la vida de su dulce Ilaria. No se le movía ni un músculo y permanecía en la misma posición que adoptó tras acercarse a él, como si estuviera a punto de atacarlo en cualquier momento. Su pulso y su equilibrio eran perfectos, a pesar de las heridas que tenía en ambos brazos y en una de las piernas. Era como la estatua de algún guerrero inmortalizado en plena lucha. Y lo odió por eso, también, porque su propio cuerpo parecía que se derrumbaría en cualquier instante, tan cansado que se sentía, tan miserable y roto por dentro.

—No puedo permitir que hagan lo mismo conmigo —dijo Quentin con calma—. No me disculparé, si es lo que pretendes. Mi vida vale más que cualquier otra en estos momentos.

«¿Más que la de Ilaria?» pensó y el alma se le inundó de dolor otra vez.

—Toda vida es importante —murmuró—. Pero no voy a matarte, te dejaré en manos de mi señora Morgana.

Tá-qá movió la mano y el hacha que sujetaba se balanceó en ella. Los ojos de Quentin se movían a una velocidad increíble, posándose apenas instantes en todo lo que había alrededor y frente a él. Parecía buscar un lugar hacia donde huir y él no podía permitírselo, no después de lo que le hizo a Ilaria.

Tá-qá avanzó dos pasos cuando pareció que la inquieta mirada de Quentin se detuvo a observar algo, pero el muchacho lo miró otra vez, con los ojos grises y brillando y supo que algo iba a doler. Sus músculos se contrajeron todos en un instante y Quentin abrió la boca.

—*Zahl lanta* —dijo el muchacho y Tá-qá sintió que sus dos piernas, esta vez, se rompían a la mitad del muslo.

No pudo hacer más que gritar por el dolor y la impotencia, la frustración y la rabia. Miró a Quentin. Vio que una lágrima caía por la mejilla del muchacho y que lo miraba horrorizado. Sus manos temblaban y también su mentón.

—Per… Perdón —lo oyó balbucear, pero el dolor era demasiado para prestarle atención. Lo vio alejarse, aunque no pudo saber más. No podía ni quería moverse y se preguntó por qué no lo mató, antes de dejarlo solo.

Quentin se alejó de Tá-qá intentando borrar de su mente esos terribles segundos desde que pronunció las palabras de poder. No podría, sabía que era imposible, pero tenía que ocuparse en algo para olvidar esos espantosos sonidos, el de los huesos al quebrarse y el de un hombre al sentirlo en su propio cuerpo. Se alejó con la intención de ayudar a Naga, sin embargo, a los pocos pasos decidió regresar y terminar con la vida de Tá-qá. Dejarlo con vida significaba correr un riesgo innecesario.

Caminó sigilosamente, con la espada apuntando a la espalda del hombre, sin embargo, antes de llegar, un golpe le sacudió el cuerpo entero y lo arrojó hacia un lado, haciendo que su hombro

chocara contra el muro. Sus armas escaparon de sus manos con el impacto, pero hizo un esfuerzo para incorporarse de inmediato y mirar qué estaba ocurriendo a su alrededor.

Desde la distancia vio que se enfrentaban Naga y la reina, y parecían totalmente ajenos a lo que a él le estaba ocurriendo. Varias líneas luminosas, de diversas tonalidades de verdes unas y de rojas las otras, cruzaban el aire de un lado a otro y desaparecían en un chisporroteo a escasos centímetros de sus cuerpos, y ninguno de los dos le prestaba atención, como si se hubiera vuelto invisible. Sin dudas, la reina había protegido a su hombre, pero no lo parecía, porque no había nadie más allí. Cerró los ojos unos instantes y volvió a fijar su vista en la mujer.

Pensó que, al estar atenta a Naga, no se daría cuenta de sus intenciones, aunque Morgana era una maga poderosa e instruida y él apenas un novato, que no tenía idea de nada y actuaba solo por miedo. Pero, quizá, eso era suficiente para poder vencerla. Su temor a que la reina lo capturara, después de lo que hizo con la mujer negra, era mayor que antes.

—*Kystha lazda*[36] —exclamó Quentin y la reina Morgana se detuvo por completo por apenas unos instantes. Naga lo miró asombrado y Quentin volvió a exclamar—: *Thras lanta*[37].

La reina comenzó a reír.

—Eres un niño ingenuo. ¡Mírate! —Morgana seguía atacando y defendiéndose de Naga mientras le hablaba—. ¿Crees que tu miserable estrella puede con el poder de la mía? No entiendes nada.

Quentin sintió que algo estallaba dentro de su cabeza y cayó tendido en el piso, incapaz de sostenerse en pie después de eso. El dolor se le extendía por los huesos y por la piel, y parecía que todo estaba marchitándose y secándose dentro de él. No sabía cómo defenderse, ni cómo quitársela de encima, y pensó en Ilsa, porque no sabía qué hacer para ganar fuerzas. Sin embargo, no le valió de nada y su consciencia fue abandonándolo de a poco, para protegerlo de sentir más dolor.

—*Tareq…*

—*¿Qué suce…?*

No tuvo ya más fuerzas para oír a Tareq tampoco. Vio a Naga siendo golpeado por el inmenso puño de Tá-qá y lo único que le quedó era la certeza de que se los llevarían y que les harían cosas terribles.

Josh sintió que el mundo se detenía de repente y cualquier cosa que le decían carecía ya de sentido. No podía ser posible. ¿Cómo alguien podía llevarse a Quentin? No era un niño, ni un paquete, ni un inútil, ¿cómo era eso posible?

Frunció el ceño y movió la cabeza, incrédulo. Iskánder tenía que estar mintiendo, o haciendo una pésima broma. Naga continuaba inconsciente, recostado entre los escombros. Ara cayó de rodillas y con sus ojos puestos en la nada, al parecer, sin comprender lo que estaba diciendo Iskánder.

Lo tomó de las solapas de su abrigo y lo levantó del suelo.

—¿Dónde mierda está Quentin?

El mago, tranquilo como un estanque, respondió sin alterarse. Ara salió de su letargo y se colgó de uno de sus brazos, inútilmente.

—Quise detenerlos, pero la reina me atacó. Llegué tarde, mientras estaban huyendo con él, perdón.

—Josh, déjalo ahora mismo. —Cuando escuchó la voz preocupada de Ara, se dio cuenta de lo que hacía. Dejó a Iskánder en el suelo nuevamente.

—No se pueden llevar a Q —murmuró. Se llevó las manos a la cabeza y caminó de un lado al

otro. Tenía que pensar en algo, rápido, antes de que fuera demasiado tarde para encontrarlo—. ¡Tino! Iskánder dile a Tino que venga y que traiga a los maestros. Y que también traiga a Tareq y Lena.

—No puedo, Josh.

—¿Qué demonios sucede contigo? —Se abalanzó sobre él, con toda la intención de golpearlo y Ara intervino, otra vez. Casi le estampa el puño en la mandíbula, pero pudo detenerse antes de hacerlo. Josh se detuvo, alarmado y arrepentido.

—Morrau está atacando Erjathá —susurró Iskánder.

Josh cayó de rodillas, sintiéndose derrotado, inútil, quebrado y solo. Ara lo abrazó, pero no era suficiente para calmar su angustia. Se dio cuenta de que ella estaría sintiéndose igual o peor que él y se volteó a verla. Su bonito rostro estaba enrojecido y sus ojos irritados, tristes y angustiados. Pasó sus brazos alrededor de su cuerpo y Ara se derrumbó por completo. Y en ese instante se dio cuenta que no podía caer él también, tenía que ser fuerte por ella aunque su alma estuviera partida en mil pedazos y su corazón desgarrado, aunque tuviera que inventarse los motivos para levantarse y tuviera que sacar fuerzas de algún lugar incierto, aunque estuviera paralizado por el miedo y tuviera su mente a punto de colapsar. Tenía que pensar en Ara y en Noah y Enara, en Ilsa.

—… Ilsa —susurró Josh y, como si algo hubiera cambiado en ella cuando lo escuchó, Ara se incorporó. Sus lágrimas habían arrastrado la suciedad de sus mejillas y parecían cicatrices recientes y brillantes. Se preguntó a sí mismo si así quedaban las almas con cada herida que recibían.

—Maldita sea la reina Morgana. —La muchacha se puso de pie y limpió su rostro con la punta de la camisa. Respiro hondo un par de veces y los miró—. Iskánder, habla con tu maestro, necesitamos al señor Damien Enda y a Nathan Bohn, de inmediato. Tenemos que conocer la ubicación de los túneles, sus entradas y secretos.

—Ya mismo… —respondió y se alejó de ellos.

—Espera. Infórmale a Enara lo que acaba de ocurrir. Tenemos que hacer lo posible para despertar a Naga y que vaya por Lena.

—Lena no está prepar…

—Mejor. Que destruya la maldita cordillera si lo cree conveniente, pero quiero a mi hermano de regreso y no tenemos tiempo. Lo quiero aquí antes de que esa bruja le ponga las manos encima. —Iskánder asintió, algo acobardado por la actitud de Ara, y se apartó de ellos—. Josh, acompáñame. Tenemos que decirles a los morroínos que su reina acaba de pasar a la historia.

Ara comenzó a caminar hacia la salida y Josh fue tras ella. La vio tan llena de seguridad y determinación, tan fuerte y completa… Justo todo lo que a él le faltaba.

—Ara… —Ella se detuvo y volteó a mirarlo—. Te amo.

Sonrió y regresó sobre sus pasos. Hizo puntas de pie y le acarició el rostro con ternura.

—Yo también te amo. —Josh la abrazó y se sintió tan vulnerable y destruido que no pudo más que agradecer a todos los dioses por estar con ella en esos momentos. Como si supiera el tormento que estaba consumiéndolo, Ara levantó el rostro y posó sus ojos verdes en él—. Vamos a estar bien, ya verás, y traeremos de nuevo a Quentin aunque tengamos que llegar hasta el maldito fin del mundo.

—Haré todo lo que sea necesario para traerlo de nuevo.

—Lo sé, mi cielo.

50

Erjathá, Pyebra

Alrededor de dos mil quinientos soldados morroínos se adentraron en las calles de Erjathá cuando el día estaba a punto de nacer. Burlaron, de alguna forma, la aguda mirada de los centinelas que se apostaban en la selva y avanzaron en silencio sin que nadie pudiera saberlo. La maga que los acompañaba tiró la enorme puerta abajo y, también, parte de las murallas. El ojo certero de uno de los arqueros consiguió impedir su entrada a la ciudad, pero ya había cumplido con su principal objetivo: darle entrada a los soldados. Al estar Ajác y Mihaí en Sitnor, solo quedaban allí los dos maestros, Tino, Shanyi y Drian, pero llegaron tarde para impedir la entrada de los morroínos, que se volcaron a las calles dispuestos a hacer la mayor cantidad de daño posible, sin importar a qué o a quién.

Los soldados de ambos bandos habían inundado las calles y llevaban todo el día intentando matarse mutuamente, lográndolo en algunos momentos, hiriendo inocentes en otros.

Las casas de la zona eran de piedra, pero los techos de paja ardían tan rápido y con tanta intensidad que, para la tarde, una densa nube de humo estaba estacionada sobre la entrada a la ciudad. Los magos quisieron acercarse, pero los maestros dieron la orden de no hacerlo. Si no había magos, no era su batalla y debían dejar al ejército erjathaíno hacer su trabajo. Les ordenaron, en cambio, desalojar la entrada sur de la ciudad y atender a los heridos.

El sol comenzó a retirarse, los morroínos aún insistían en su propósito de tomar Erjathá y Tino no podía contenerse ya un segundo más.

—Shanyi, ¿qué tal si…? —Se limpió la sangre de las manos con un trozo de tela.

—Ni lo sueñes. Las órdenes fueron permanecer aquí.

—Los nuestros no lo lograrán y los morroínos avanzan cada vez más —dijo derrotado—. Parece que nunca terminarán de entrar. Los heridos continúan llegando y…

—No, Tino, no te acompañaré. Desobedecer las órdenes puede costarme mi postulación al consejo y no quiero arriesgarme.

—Tienes razón, perdóname.

Tino tomó la funda de su espada y se sujetó su cinto a la cadera.

—¿Te irás?

—No puedo quedarme aquí. Ajhmet está allí y me estoy volviendo loco al no saber de él. Con cada tanda de heridos que llega, mi corazón parece salirse de su lugar hasta que compruebo que no está entre ellos. Pero imaginar que puede estar muerto en algún otro lado, es aún peor.

—Comprendo. —Shanyi se puso de pie y lo abrazó—. Cuídate, ¿sí? No diré nada, al menos por unas horas.

—Gracias.

Tino salió de la tienda y se largó a correr hacia el otro lado de la ciudad. Con el caos que reinaba, era muy arriesgado aparecer en los puntos marcados, porque no sabía en qué estado estarían. Por todas partes se veían escombros, maderas, árboles caídos y, para su horror, cuerpos.

Comenzó a buscar entre aquellos que llevaban el uniforme de los soldados de la ciudad, para ver si Ajhmet se encontraba entre ellos. Aunque fuera un alivio no verlo, no dejaba de atormentarlo saber la cantidad de personas que fallecieron ese día por defender la ciudad.

Tino continuó corriendo y deteniéndose ante cada uniforme, hasta que llegó al frente del

conflicto. Drian estaba junto a Ajhmet en esos momentos, por si se presentaba un Indigno, y Tino le habló diciendo que lo reemplazaría, por lo que necesitaba saber en qué ubicación se encontraban. Drian le indicó un parque pequeño a seis calles de la entrada a la ciudad y se dirigió hacia allí de inmediato.

Había una gran cantidad de humo y las llamas bailaban sin música sobre los tejados de las casas, saltando por momentos y contagiando su destructiva luz a los objetos cercanos. Así, de a poco, los hogares de los erjathaínos fueron uniéndose, uno a uno, a una terrible danza. Algunas personas intentaron resistir y ayudar a resguardar la ciudad, pero lo que los soldados no mataban, era arrebatado por el fuego, siempre implacable. Tino contempló desolado que el tiempo estaba haciendo mella en los ánimos de los defensores y, junto al avance del fuego, los morroínos se adentraban a paso seguro cada vez más en sus dominios.

Comprobó al llegar que esa zona había sido liberada, pero, sabía que en otros frentes la lucha continuaba. El parque estaba completamente arrasado, aunque en esos momentos no había morroínos a la vista. Los que se resistían a rendirse, estaban escondidos en los escombros de las casas quemadas y entre la basura de las calles. Lanzaban esporádicos flechazos que rara vez daban en un objetivo, según le comentó Drian cuando se dirigía hacia allí, y los erjathaínos se movían con relativa soltura.

Primero vio a Drian, enorme y fornido, y a su lado estaba Ajhmet, organizando a los heridos para enviarlos a la enfermería. Sin poder evitarlo, sonrió, porque ese efecto causaba en él, a pesar de que estuvieran frente a cientos de muertos y a una ciudad en llamas. Se acercó a ellos y Drian desenfundó su espada para ponerse a las órdenes del ejército.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Ajhmet, sin dejar de sonreír desde que llegó a su lado.

—Ahora, mucho mejor. Vine a inclinar la balanza a nuestro favor, así que quédate cerca de Drian.

—No lo hagas, te…

Ajhmet frunció el rostro y se llevó una mano al pecho. Se lo veía confundido y asombrado.

—¿Qué…? —Tino no pudo terminar la pregunta, ya que vio que un hilo rojo y brillante comenzó a salir por la comisura de sus labios. De inmediato extendió su mano izquierda para protegerse del frente—. No, no, no.

Los sonidos de su entorno se silenciaron en el momento en que Ajhmet perdió la estabilidad y Tino lo sostuvo con un solo brazo, sin bajar el otro. Lo ayudó a sentarse y miró su espalda.

—¿Qué te han hecho? —preguntó asustado. Un ramillete de plumas negras asomaban debajo del omóplato izquierdo. Una flecha lo había herido—. ¿Qué demonios…?

—Gracias —susurró con un hilo de voz.

—Todo estará bien… —Se incorporó y miró a su alrededor—. ¡Un sanador!

Lo acomodó sobre su brazo y podía sentir los temblores, pero no sabía si eran de Ajhmet o suyos. O si eran de ambos.

—Ya no, Tino… —Ajhmet sonrió, intentando atenuar el dolor de sus gestos—. Mi Tino.

—Quédate tranquilo, ¿sí? —murmuró y, conteniendo las lágrimas, intentó sonreír—. No digas nada.

—Gracias a Efos… pude… conocerte. —Su mano temblorosa acarició su mejilla y Tino cerró los ojos al sentir la calidez de su tacto—. Gracias… por los… pocos… días que… tuvimos.

Ajhmet apoyó la cabeza en su pecho, agotado.

—¡No! No puedes irte ahora, no puedes dejarme así —suplicó. Deshizo el escudo que los resguardaba y le levantó el rostro.

—Gracias, Tino. —Sonreía. Ajhmet estaba desangrándose en sus brazos y sonreía. De algún

lugar sacaba fuerzas para hacerlo y Tino no podía comprenderlo. Se estaba yendo de allí, de su lado, de su mundo y, sin embargo, Ajhmet sonreía. Tampoco podía soportar ver su sonrisa débil, triste y ensangrentada.

—No puedo, Ajhmet —sollozó mientras le limpiaba la sangre del mentón—. No puedo permitir que te vayas…

—Mi Tino… —dijo por última vez y las fuerzas lo abandonaron por completo. Su cuerpo se relajó, su mano cayó a un lado y su cabeza hacia atrás.

Y también las fuerzas abandonaron a Tino. Se dejó caer sobre el pecho de Ajhmet y su corazón, que tantas veces oyó latir, ya no sonaba. No había latidos, ni respiración, ni una caricia en su espalda. Ya no había nada. Nunca más habría nada.

¿Cuánto más tenía que perder? Su padre y su madre lo abandonaron, Ade había muerto en Sitnor, Bela y Héctor el mismo día. Murieron por la tristeza de no tener a Ade y ahora él se quedaba sin Ajhmet.

Su Ajhmet.

Quien le enseñó a sentir, a amar, a ser libre, a confiar, a encontrar calma y belleza en cualquier lugar.

Su Ajhmet, que había muerto en sus brazos, frente a él, junto a él, pero solo. Se fue solo a donde no podía acompañarlo ni seguirlo, a donde no podría verlo nunca más, a donde no podría volver a escuchar su voz.

—¿A dónde irás, Ajhmet, si aún estás en mis brazos? —murmuró con la garganta desgarrada por el dolor—. ¿Cómo puedes irte sin mí? ¿Cómo puedes irte solo, Ajhmet? Mi Ajhmet…

—*Shanyi, Ajhmet ha muerto, debes venir urgente. Si Tino enfurece, no podré contenerlo.*

Shanyi corrió más rápido que nunca entre gente aterrorizada, escombros y llamas. La ciudad parecía uno de los mil infiernos y ella tenía en mente solo llegar hasta su compañero, ignorando los pedidos de ayuda, las súplicas y los llantos.

Ajhmet no podía estar muerto. ¿Cómo demonios había ocurrido? Tino se derrumbaría. Quizás destruía a los morroínos, pero luego se derrumbaría, estaba segura. Estaba enamorado de él, estaba feliz, alegre y motivado como nunca antes. Habían pasado solo un par de semanas desde que se lo había dicho, pero Tino y Ajhmet se amaban y a eso cualquiera podía verlo. Se cuidaban, se alentaban y se motivaban a mejorar. Tino había perdido mucho y ahora también a Ajhmet.

Corrió hasta que los vio y verlos fue lo más doloroso que alguna vez pudo presenciar. Tino estaba sentado en el suelo, sosteniendo a Ajhmet. Su mirada estaba perdida en algún lugar frente a él, en las llamas de una improvisada barricada hecha de muebles, carros, piedras y tablas.

Se acercó a él y puso una mano en su hombro, pero no reaccionó. Las lágrimas corrían por sus mejillas, sin descanso.

—Tino, estoy aquí —dijo, pero él no escuchó. Tan solo permaneció abrazando el cuerpo de Ajhmet. Shanyi se incorporó y buscó a Drian con la mirada—. *¿Se lo dijiste a los maestros? ¿A alguien más?*

—*No* —respondió—. *Está tan roto, que dudo que vaya a hacer algo.*

Shanyi habló con los maestros y ellos llegaron varios minutos después, angustiados, agitados y sudorosos.

—Mierda —dijo Dima al verlos—. No quiero imaginar por lo que está pasando.

Shanyi recordó a Bela y a Héctor y estaba segura de que lo mismo hicieron los maestros, puesto que bajaron la mirada y permanecieron en silencio por varios minutos.

—Hay que sacarlo de allí —dijo Áliza con la voz afectada.

—Lo intenté, pero no responde.

—Trata de hacerlo de nuevo, a la única que escuchará es a ti.

—Quizás. Le pediré a Naga que traiga a sus padres.

—Naga no está disponible —dijo Dima—. Fueron a tomar la capital de Morrau con los Guna, Iskánder y Joshua Pronees.

—Comprendo.

—¿Sabes cómo les fue? —preguntó Áliza.

—Lograron tomar el Castillo Blanco, pero la reina huyó llevándose a Quentin Guna.

—¡Por Efos! —Shanyi apretó los puños y Áliza se sobresaltó—. Cuando Tino lo sepa… ¡Maldición con esta gente!

Shanyi los dejó y avanzó hacia el frente. No escuchó a los maestros ni a sus órdenes de que se detuviera. Quería acabar con todo eso de una vez.

Se arrodilló en el suelo y colocó ambas manos abiertas en la calle. Cerró los ojos y cuando volvió a abrirlos, la tierra frente a ella se resquebrajó y una grieta comenzó a correr y a abrirse cada vez más a medida que se alejaba hacia el frente morroíno. La improvisada barricada se tambaleó y fue engullida por el vacío.

—¡Shanyi, detente!

Podía oírlos, y también comprenderlos, pero no quería obedecer. Quería terminar con todos esos malditos cobardes.

La grieta se ramificó y se abrió hacia los lados, y miles de nuevas aberturas se fueron ensanchando a medida que reptaban por la tierra. Los soldados morroínos quisieron huir, pero las grietas fueron engulléndolos uno a uno, sin piedad. Se encargó de que llegaran hasta las entrañas de la tierra, allí donde sus gritos no se oyeran, donde solo verían oscuridad. No cerraría las grietas, ni permitiría que Drian lo hiciera hasta estar segura de que habían muerto de hambre, de sed y de locura. Hasta que las heridas infectadas por la caída se les pudrieran y la fiebre los consumiera o lo hicieran los gusanos, hasta que sufrieran por haberse metido en su ciudad y haber matado a tanta gente.

Por haber matado a Ajhmet.

Por haberle arrebatado la felicidad a Tino.

Por haber secuestrado a Quentin Guna.

Cuando Shanyi se puso de pie, solo había silencio. No quedaba nada más que un laberinto de grietas que se llevaron todo lo que estaba en la superficie. No había humo, ni llamas, ni casas, ni hombres. Las murallas destruidas, a unos cuatrocientos metros de donde estaban, alcanzaban a verse con la luz de la luna.

Tino estaba en el mismo lugar, con Ajhmet en sus brazos, ajeno a todo lo que acababa de ocurrir, sin que le importara nada más en el mundo. Se mecía hacia adelante y hacia atrás y ya no lloraba, pero sus mejillas brillaban por la sal de sus lágrimas. Shanyi se arrodilló a su lado y lo abrazó. Los abrazó a ambos y lloró con él y por ellos. Por lo que habían sido y ya no serían. Tino apoyó la cabeza en su hombro, vencido y sin fuerzas.

—Tenemos que llevar a Ajhmet, Tino.

—Este ya no es Ajhmet —susurró—. Es el cuerpo que amé, el cuerpo que me abrazó, pero Ajhmet ya no está aquí.

Tino se puso de pie, hizo unos pocos pasos y desapareció.

—*¡Tino!*

No obtuvo respuesta.

Shanyi miró a los maestros, sosteniendo el cuerpo de Ajhmet que se enfriaba un poco más a cada segundo que pasaba.

—Dale tiempo para asimilarlo —dijo Dima—. Regresará en algunos días.

51

Morrau Ciudad Capital

—Señora Enara.

—¡Iskánder qué alivio! ¿Te encuentras bien? ¿Los chicos?

—Mi señora, tomamos Morrau y la reina Morgana huyó…

—¡Eso es excelente!

—No, mi señora, la reina capturó a Quentin.

—No puede ser.

—Corrí tras ellos, pero no fui capaz de alcanzarlos.

—No, Quentin…

La señora Enara se mantuvo en silencio por algunos minutos. Iskánder se sentó en los escombros junto a Naga, e intentó despertarlo, aunque sin éxito.

—Iskánder, ¿puedes impedirlo? Quentin ya no está… no puedes tocarlo a él, pero, ¿si tocas a alguien más? ¿Puede funcionar?

—Lo intentaré, aunque solo Naga estaba con él y está inconsciente; no sé si funcionará.

—Hazlo, por favor.

Iskánder se deshizo de uno de sus guantes y se preparó mentalmente para recibir una cantidad abismal de información, fragmentos, imágenes y sonidos de la vida de Naga. Siempre le había parecido horroroso hacerlo y le dejaba una sensación desoladora, pero necesitaba evitar que se llevaran a Quentin. Tomó la mano de Naga y se sorprendió al no ver nada.

Se quitó el otro guante y tomó sus dos manos. Nada.

Le tocó el rostro, el cuello, probó con una u otra mano, pero seguía sin ocurrir.

—¿Qué diablos…?

Iskánder entró en la mente de Naga y se encontró con que solo era un espacio oscuro y desierto.

—¿Qué te hicieron…? —murmuró, con un nudo en la garganta.

Caminó primero y se largó a correr después dentro de la mente del mago, pero la oscuridad era infinita. Lo llamó. Gritó su nombre, pero su voz se perdía en un eco eterno, retumbando sin fin.

No estaban las murallas color arena que Naga construyó. No había señales de su esfera de energía, de ese pequeño sol oscuro que le daba el poder de la magia. Ni siquiera él estaba allí, en ningún lado.

Por eso no fue capaz de ver su pasado, porque Naga ya no tenía un pasado. No tenía nada, no era nada. Morgana Rostur lo convirtió en un cascarón vacío, en nada más que un recipiente. Lo dejó con vida, pero ya estaba muerto, pues no tenía identidad, pasado, memoria, ni poderes. Naga ya no existía.

Iskánder abandonó, desolado, la mente de quien antes fue un poderoso mago y al que convirtieron en un muerto en vida.

—Perdóname por no llegar a tiempo, Naga —susurró con la voz quebrada—. Dos minutos… Solo necesitaba llegar dos minutos antes…

Se cubrió el rostro con ambas manos y se dejó caer de rodillas a su lado. Estaba deshecho porque perdió a Naga y a Quentin en la misma noche. Porque no había forma posible de evitar lo que sucedió, ya que no había nadie más con ellos en ese instante. Quizás si tocaba a la señorita

Aranza o al señor Josh…

—*Señora Enara.* —Trató que su voz no sonara afectada—. *Naga no está, la señora Morgana destruyó su mente.*

—*¿Qué demonios dices?*

—*No hay nada allí, está vacío.*

—*Iskánder… ¡No!*

—*Perdóneme, señora. Fue mi culpa… si solo hubiera llegado unos minutos antes… Tal vez las cosas no serían así. Perdón.*

—*No, no es tu culpa, no podías saberlo. Por los dioses… Naga… Quentin…*

—*Perdón, mi señora.*

—Iskánder, ¿qué tienes? —La señorita Aranza llegó hasta él. Iskánder se puso de pie y limpió su rostro.

—Naga, no está. Morgana destruyó su mente.

—¿Cómo qué…? —La señorita Aranza lo miraba confundida y sin creer en sus palabras.

—Lo intenté. Entré en su mente, pero ya no hay nada allí dentro.

Aranza se apresuró a arrodillarse al lado de Naga y le tocó el rostro.

—Pero… está vivo…

—Sí, pero no tiene una mente, ni magia, ni nada.

—¿Por qué…? —Lo miró. Tenía los ojos enrojecidos, a punto de llorar—. ¿Por qué lo dejó vivir?

—No lo sé. Esta gente es cruel y despiadada. Naga vivirá hasta que su cuerpo se resista a continuar haciéndolo, no lo sé. No sé cuánto tiempo… Tendremos que alimentarlo y… mantenerlo vivo, aunque ya esté muerto.

—Tiene que haber una solución, Iskánder. No puede ser que… Alguien tiene que poder hacer algo.

Iskánder apartó la vista. No sabía que responderle.

—Hablaré con mi maestro.

—Hazlo, por favor.

—*Señora Enara, si toco a la señorita Aranza o al señor Josh, llegaré al inicio del ataque. Al instante en que nos separamos, antes de entrar al castillo. Quizás puedo evitar que Naga y Quentin… Ya sabe, aunque también puede que no lo logre, o que alguien diferente resulte herido o muerto.*

—*¿Y si eso ocurre?*

—*No lo sé. No sé si podré tener una segunda visión en caso de que las cosas salgan mal.*

—*Lo consultaré con Noah.*

Iskánder le dio espacio y contactó con su maestro. Habló con el gato negro sobre lo que había sucedido con Quentin y con Naga y lo que su maestro le dijo lo dejó sin aire. Se tambaleó e intentó asirse de algo para no caer pero, al no encontrarlo, cayó sentado. Aranza se apresuró a alcanzarlo y lo ayudó a incorporarse.

—¿Qué tienes? ¿Qué sucede?

—Naga… Él se inmoló. —La señorita Aranza lo soltó y pareció desplomarse a su lado—. Morgana quiso robar su mente, pero él lo descubrió a tiempo. Se despidió de su maestro diciéndole lo que estaba ocurriendo y se destruyó así mismo para protegernos. A todos nosotros. —Iskánder se acomodó lo mejor que pudo entre los escombros y tomó sus guantes para volver a ponérselos—. Él sabía muchas cosas. Sobre Tareq, Lena, Vila… Sobre Sitnor, Tesar…

—Naga… —La señorita Aranza comenzó a llorar—. Por un demonio.

Iskánder se sostuvo la cabeza, porque le parecía que estaba punto de estallar. La maestra Áliza le estaba hablando, y la señora Enara también. Su maestro insistía en saber sobre qué más sabía sobre Quentin y él solo podía pensar en que Naga se había sacrificado. Iskánder quería huir de allí, aunque sabía que la única opción que tenía era aceptar que el mundo no era ese agradable lugar que él había creído. La realidad le golpeó con tanta fuerza que todo parecía irreal.

Su vida en Villa Chester ahora le parecía parte de un sueño perfecto y tan lejano que dolía. Nunca tuvo problemas con nadie y su familia era bastante tranquila; todo lo tranquila que puede ser una familia de ocho personas. Sin embargo, al llegar a la capital, tuvo que enfrentarse a cosas que nunca imaginó que existirían. No imaginaba que la maldad podía llegar a no tener límites. No se imaginaba que una guerra sería así. No sabía que se iba a encariñar con las personas que lucharían a su lado y que estas morirían o sufrirían por un pasado traumático, no sabía que el sentido del deber, la responsabilidad y el amor podían llega a ser tan importantes como para sacrificar la propia existencia. No sabía si él sería capaz de ser tan valiente como Naga, de encontrarse alguna vez en su lugar.

Miró a la señorita Aranza y pudo sentirse reflejado en la oscuridad de su rostro. Era la primera vez para ella, también.

El día se abrió paso entre los escombros y el polvillo que flotaba en el ambiente, y Josh encontró a Iskánder y a Ara tomados de las manos, sentados junto a Naga, con los rostros vacíos.

—¿Qué pasó? ¿Qué tienen?

Josh corrió hacia ellos y se arrodilló junto a Ara. Miró a uno y a otro, sin comprender. Miró a Naga y parecía dormir. Tocó su cuello, buscando su pulso y lo encontró, por lo que regresó su atención a Ara y le tomó el rostro.

—Chiquita mía, ¿qué tienes? —Acarició su rostro y le acomodó el cabello, Ara cerró los ojos y se abrazó a él. Josh miró a Iskánder y le tocó el hombro—. Iskánder, ¿qué demonios sucede?

Pero Iskánder tampoco parecía estar bien y Josh se preguntó si también necesitaría que alguien lo abrazara. Iskánder lo miró, pero como si no fuera capaz de verlo. Movió la cabeza de lado a lado, sin decir una palabra, y se encogió de hombros. Josh extendió el brazo e Iskánder se dejó caer hacia él.

Y así quedaron, intentando contenerse y darse las fuerzas que ninguno de los tres tenía, tratando de levantarse uno al otro, de sostenerse, queriendo encontrar el sentido a algo que carecía de pies y cabeza. Tomaron la capital de uno de los países de la Hermandad del Águila, pero el precio fue demasiado alto.

Tenían que volver a la realidad, tenían que estar atentos por si Morgana regresaba a reclamar lo que le pertenecía, por si el pueblo se revelaba, debían mantener el orden entre los ciudadanos y transmitirles las nuevas leyes. También tenían que recuperar a Quentin, aunque no sabían cómo, ni hacia dónde ir por él. Ilsa podría ayudarles, porque siempre sabía cómo encontrarlo, pero estaba en Villa Chester y Naga no despertaba para ir por ella. Josh no podía pensar con claridad en todo lo que tenían que hacer, y no sabía si obligarse a ponerse de pie o si podía permitirse sentirse como una mierda por un rato más, aunque fuera solo eso, unos minutos.

—Naga se inmoló —dijo Ara con la voz quebrada—. La reina Morgana empezó a robar su mente y él se sacrificó por nuestra seguridad. Fue capaz de decírselo a su maestro antes de hacerlo. Ilsa estará devastada cuando sepa lo que ocurrió hoy.

—Tenemos que ir por ella.

—¿A Tesar? —preguntó Iskánder, sin hacer ningún movimiento de más.

—Está en Villa Chester —murmuró Ara—, en la posada de tus padres.

—¿Qué hace allí?

—Debía llegar hasta Grordau, pero Quentin le dijo que se quedara en Sitnor. No es seguro Morrau en estos momentos.

Iskánder se puso de pie y se estiró. Rebuscó en sus bolsillos hasta que encontró algo con qué sujetarse el cabello, y lo recogió en un rodete.

—Bueno, gentecita linda. Demasiadas personas dependen de lo que hagamos en las próximas horas. La maestra Áliza me dijo que Tino desapareció. Se largó de Erjathá porque los morroínos mataron a Ajhmet, su compañero.

—Por todos los cielos —dijo Josh.

—Estaba devastado, derrotado y no era capaz de reaccionar de ninguna forma. Se marchó sin decir hacia dónde iría y no responde a quienes quieren saber de él. Shanyi abrió la tierra y esta se tragó a todos los morroínos que quisieron invadirlos, aunque lo hizo cuando cientos de habitantes ya habían muerto y la mitad sur de la ciudad ya estaba destruida.

—Es… Es terrible. —Ara se incorporó.

—No tenemos quién venga a ayudarnos de forma inmediata —continuó Iskánder—, por lo que tendremos que sacar fuerzas de donde podamos para que el sacrificio de Naga no sea en vano. Nathan Bohn y Damien Enda están viniendo hacia aquí, Tareq dijo que quiere ir por Quentin, pero tardará un tiempo en llegar.

—Será tarde —susurró Ara.

—Roguemos a los dioses que no —respondió Josh.

—Alguien tiene que ir a avisar a Ilsa de lo que sucedió con Naga y con Quentin, porque noté que son muy cercanos.

Josh y Ara se miraron.

—Ellos… —Josh no quería decirle a Iskánder que sus poderes formaban parte de la misma estrella, porque era un secreto peligroso en manos equivocadas.

—No es necesario, señor Josh. No necesita darme explicaciones. Vayamos a lo práctico. ¿Por dónde empezamos?

—Iré a ver a Ilsa. —Ara se puso de pie—. Ahora mismo.

—Le diré a alguno de los soldados que te acompañe. —Josh la imitó.

—No —respondió ella, segura—, mejor que vaya sola. Necesitarás de todos aquí, hasta que lleguen los refuerzos la próxima semana.

—Entonces llévate a Magnus, al menos.

—Sí, lo haré. Iré directo a Sitnor, avisaré al ejército que es seguro entrar y luego bajaré a Villa Chester.

—Iré a buscar su caballo, señorita —dijo Iskánder.

—Gracias, Isk…

—¡No! No te acerques a Magnus. Es un maldito cabrón y no te conoce tanto. Puede arrancarte un pedazo de una dentellada. Déjalo, yo me ocuparé.

—Como digas —se encogió de hombros.

Josh asintió y, junto a Ara, caminaron hacia la salida del castillo. Un grupo de soldados sitnorenses fue por los caballos y demás pertenencias que dejaron fuera de la ciudad y Josh y Ara los encontraron pastando fuera de los establos. Magnus relinchó y se paró en dos patas en cuanto los vio y Luna los miró con curiosidad, como si esperara que Quentin también estuviera entre ellos.

—Me llevaré también a Luna —dijo Ara y se acercó a la yegua—. Ilsa querrá venir.

—¿Tú crees?

—Me juego una mano a que vendrá conmigo.

Josh asintió. Ya sabía que Ilsa era capaz de hacer cualquier cosa por Quentin.

—Por favor, ten mucho cuidado —dijo mientras revisaba la montura.

—Y tú también.

—Cuida de ella, chico. —Josh se acercó a la cabeza de Magnus y le acarició la frente. El animal cerró los ojos y resopló, como si fuera consciente de la tarea que él estaba encomendándole. Ara se aproximó, Josh se dio vuelta y la abrazó. Tenía mucho miedo de lo que pudiera ocurrirle viajando sola por ese país desconocido. No dudaba de sus capacidades ni de su valentía, pero sí de la honestidad de la gente.

—Josh. —Ara lo miró con sus bonitos ojos verdes brillando—. ¿Te casarás conmigo cuando todo esto termine?

—Ahora mismo me casaría contigo.

—Entonces hagamos todo lo posible para acabar con esto de una puta vez, futuro esposo.

—Por un demonio, te amo, futura esposa.

Ara rio y se colgó en su cuello. Le llenó el rostro de sonoros besos y, cuando Josh quiso besarla, ella se apartó.

—Guárdalo para cuando regresemos, futuro esposo, así tengo más motivos para apresurarme.

Ara volvió a poner los pies en el suelo y montó de un salto a Magnus.

—Cuídense —dijo Josh.

—Te amo —respondió Ara y espoleó al inmenso animal. Magnus y Luna se largaron a correr haciendo resonar sus cascos en las piedras de los senderos que conducían hacia la salida del Castillo Blanco.

52

Ahrbak Ardhal, Pyebra

Reda dejó Ciudad Capital con unos cuantos miles de hombres. Más de tres mil. Tres mil quinientos para ser exactos.

Llevaba consigo a veintidós magos. Uno de ellos, un maestro de elementos, Yasid Suhrah. El padre del condenado crío de Erjathá, sí.

Los demás magos eran también de elementos, para que buscaran los pozos de agua, porque llevar provisiones para tremenda cantidad de personas era una empresa imposible. Tenían que ser útiles de alguna forma los magos. Hacía años que se estaban comiendo el oro de Pyebra en lujos, sueldos y comodidades y no habían logrado nada útil los muy malditos. Hacía más de quince años que habían reclutado a Tareq, el primero de todos. Reda se preguntó dónde estaría, que hacía tiempo que no se lo veía en el palacio. Quizá Viktoria lo envió a los caminos a cuidar a los soldados que iban a buscar más hombres para el ejército. Fue un chiquillo astuto, que siempre supo salirse con la suya. No era muy bueno al inicio, pero si la Dama lo quiso desde que lo vio, por algo sería.

Así era la Dama, lo que quería, lo obtenía. De cualquier forma posible, aunque significara arrancar a un niño de los brazos de sus padres. Lo único que se le había resistido era Tesar, pero esta vez sí iba a lograrlo, porque lo había jurado por sus hijos. Los que murieron con el paso de los siglos, por Kirios, a quien pudo hacer rey, y por el único que le quedaba vivo, Reda.

Definitivamente, Reda no fue, hasta ese momento, el más útil de todos ellos, pero eso estaba a punto de cambiar. Arrasaría Sitnor y le daría Tesar a su madre, porque hacía cientos de años que lo deseaba y eso la haría feliz.

Y porque se podría casar con Viktoria, también. Porque ella era lo único que realmente deseaba en el mundo. No le bastó con tener retazos de su atención mientras Kirios vivía. La quería por completo para él. Más que nada porque desde que regresó a la capital con la cabeza de Pronees, Viktoria apenas si le dirigía la mirada y ni siquiera lo recibía en la sala del trono. Ni hablar de su habitación. Había bloqueado el pasillo secreto que daba a su vestidor, para que él no pudiera entrar por allí.

Viktoria estaba enojada con él desde que Kirios murió. Puede que él haya tenido algo que ver con su enfermedad, pero nunca quiso matarlo, tan solo quería asegurarse de que Viktoria siguiera siendo suya. Tal vez equivocó las dosis, tal vez el alquimista era un inútil, no lo sabía, pero lo cierto era que Kirios continuó enfermando aún después de que él dejó de suministrarle la poción de raíces de raicar. Quizás hasta le salvaba la vida si seguía envenenándolo. Pero bueno, Kirios ya no estaba y la posibilidad de tener a Viktoria en sus brazos para siempre estaba cada vez más cerca.

Sin embargo, antes que nada tenía que expulsar a los sitnorenses de Ahrbak Ardhal. Sí, y lo lograría. No estaba el muchacho Guna, ni Pronees. No había magos allí, no había nada que pudiera impedirle a Pyebra recuperar el control de su territorio para comenzar el esperado avance sobre Sitnor.

Por Efos, odiaba a los sitnorenses. Fueron un grano en el culo desde que era joven. Pronees y Guna, para empezar. El primer contacto que tuvo con el país cuando la Dama decidió que debía hacerse pasar por aldeano sitnorense para recibir el Entrenamiento Obligatorio, como si fuera un

muchacho de cualquier poblado perdido en medio de la nada. Los peores dos años de su vida. Le hicieron su estancia allí miserable ni bien puso un pie en esa maldita fortaleza y parecía que esos dos se empeñaron de forma especial en complicarle la existencia todo el tiempo.

No importaba ya. Cayeron haciendo tanto ruido que se oyó en cada rincón de Thoria. Y ahora había llegado el turno de sus hijos y de su condenado país de campesinos inútiles. Bueno, no podía engañarse. No eran campesinos inútiles. Eran campesinos, sí, pero tres de ellos eran más hábiles que toda la guardia de la reina. Aunque le pesara, Reda debía admitirlo; el Entrenamiento Obligatorio fue una mierda para él, pero bastaban dos años ahí dentro para hacer grandes guerreros de por vida. Sus métodos eran quizás demasiado rudos, sin embargo, a nadie que hubiera asistido allí se le olvidaría jamás cómo utilizar bien un arma, por más años que pasaran.

Reda dio la orden de avanzar entre las frías y plateadas dunas cuando la luna comenzó a asomar a su izquierda. Era la señal que habían acordado. Cuidándose de no hacer ningún sonido, pusieron como objetivo las fogatas que servían a los soldados sitnorenses para calentarse en las heladas noches desérticas, y hacia allí se dirigieron, reptando como víboras.

Los pyebranos formaron un cercado alrededor de Ahrbak Ardhal y este se fue cerrando cada vez más con cada minuto que pasaba. Cuando el disco lunar terminó de emerger del horizonte, los hombres se incorporaron y corrieron hacia las barricadas que bloqueaban las calles de entrada a la ciudad, azotando con rapidez y muerte a los soldados sitnorenses, que dormitaban en sus puestos.

En silencio, estos cayeron a la arena, oscureciendo el blanco suelo con aquello que corría por sus venas. El espeso líquido se derramó por las heridas abiertas en sus cuellos, como se esparce un puñado de semillas en la época de la siembra. Aunque se sembrara muerte en lugar de una nueva vida, dolor en lugar de regocijo, odio en lugar de anhelo.

Los pyebranos avanzaban agazapados, convertidos en uno con las sombras que proyectaban las casuchas de los suburbios, arrastrando con ellos incertidumbre, caos y destrucción.

Nada más que una puerta tejida con fibras de palma separaba el límite entre las precarias viviendas y sus verdugos, y esta se destrozaba y saltaba de sus improvisadas bisagras cuando uno de los soldados la pateaba o golpeaba con su hacha. Sin mediar palabra alguna y sin oír súplicas ni gritos, descargaron con urgencia y crueldad sus machetes sobre los bultos envueltos en mantas que se dispersaban en los suelos y en los pocos camastros que encontraban. La sangre no tardó en formar parte del decorado, oscureciendo paredes, mantas y suelos con manchas irregulares.

Pasaron de choza en choza, repitiendo el mismo procedimiento hasta que un chiquillo fue capaz de escabullirse del abrazo de la muerte y huyó, gritando y rogando a todos los dioses por algo de ayuda y los dioses, piadosos y siempre dispuestos, alertaron a los soldados sitnorenses que descansaban después de un agotador día de entrenamiento en esa tierra que no les pertenecía, en ese clima que no les favorecía y al que no estaban habituados.

Y los sitnorenses dejaron sus catres, se metieron en sus armaduras lo mejor que la urgencia se los permitió, tomaron sus armas y se volcaron a las calles, rebosantes de ansiedad y determinación, para golpear rostros, clavar vientres, cortar cuellos y cercenar miembros pyebranos. Estaban dispuestos a todo para conservar esa privilegiada posición y la defenderían con uñas y dientes.

A medida que estos recorrían las zonas atacadas por los soldados de Reda Almairon, su actitud inicial se tornó en horror al ver los cuerpos masacrados de los ciudadanos de Ahrbak Ardhal, que eran tan pyebranos como sus verdugos. No podían concebir el nivel de crueldad que habían empleado para terminar con cientos, quizá miles de inocentes que nada tenían que ver en ese conflicto.

Una vez repuestos, los soldados sitnorenses reemplazaron su espanto por furia ciega, de esa que quema en los músculos e impulsa las espadas, de esa que pierde la clemencia y solo reclama por una venganza disfrazada de justicia.

Eric saltó de su cama al oír los cuernos dar una alarma de ataque. Se sacudió el sueño mientras enfundaba su enorme musculatura en una armadura de cuero repujado, tomó sus dos espadas y echó una rápida mirada a la habitación contigua. Al comprobar que Marco no había regresado aún, dejó la casa y se largó a correr por las calles atestadas de hombres que brillaban por el sudor y las armaduras metálicas.

Se presentó, como tantos otros, ante su superior. El hombre, con su rostro marcado por una desesperada resignación, les comunicó que los pyebranos rodeaban la ciudad y estaban atacando a muerte a todo el que se cruzara en su camino. Esta vez había magos, y manejaban el mismo nivel de crueldad que aquellos que portaban armas.

La orden era escapar de la ciudad a cualquier precio. Debían abrir una brecha y replegarse hasta la próxima aldea. Quienes lo lograran y pudieran enfrentarse a un viaje por el desierto, debían hacer llegar las noticias a Ciudad Capital. Era esencial que enviaran magos para conservar la ciudad portuaria de Garhq Tahok y las aldeas que estaban bajo su poder.

Los soldados de Sitnor cuestionaron a su superior, ya que no fueron entrenados para huir tan cobardemente, pero el comandante se negó a luchar. Era imposible enfrentarse al poder de tantos magos solo con armas y necesitaban llevar las noticias al Gobernador, así fuera que uno entre todos ellos pudiera huir.

—Busquen compañeros, porque salir solos va a ser imposible —dijo para terminar con la corta instrucción. El hombre se veía abatido y preocupado—. No tenemos más que desearles buena suerte. Nosotros nos quedaremos aquí e intentaremos resistir hasta que nos concedan dialogar o enfrentaremos a esos malditos hasta que nos desangren, pero ustedes hagan todo lo posible por salvarse. —El capitán miró a los ojos por última vez a cada uno de la veintena de hombres que estaban frente a él y sonrió—. Sitnor es una gran nación, porque fue levantada por personas como ustedes.

—¿No hay nada que podamos hacer? —insistió un muchacho que parecía recién salido del Entrenamiento Obligatorio.

—No entrenamos para enfrentarnos a los magos, no sabemos qué hacen ni cómo detenerlos y nosotros asumiremos las consecuencias de nuestros errores. La decisión ya ha sido tomada. Ahora, largo de aquí, hagan que el Gobernador Guna y la gran nación de Sitnor se enorgullezcan de ustedes.

Los soldados se miraron entre sí y, cuando el capitán los dejó solos, acordaron volver a reunirse en el mismo punto tras aprovisionarse para la huida. Eric corrió de regreso hasta su casa y vio que todo seguía de la misma forma. Marco no había vuelto y la sola idea de que hubiera sido de los primeros en caer le causó un escalofrío. Le tocaba guardia y, si lo habían designado a alguno de los puntos exteriores, las probabilidades eran muy altas. Tras colgar en su espalda unos pocos pertrechos, dejó la casa, corrió hacia el punto de reunión y, cuando se unió a los demás, preguntó por su compañero.

—Está en la armería —dijo uno de los soldados—, le tocaba ahí esta noche. Acabo de verlo.

—¿Le dijiste que nos reuniríamos aquí?

—Está armando a quienes van a buscar equipo, Eric. No va a dejar su puesto.

—¿Pero le dijiste? —insistió—. Nos dieron la orden de dejar la ciudad.

—Creo haberlo mencionado, no recuerdo, era todo un caos allí.

—Maldito inútil —murmuró Eric—. Iré por él, no nos esperen.

Los demás lo miraron por apenas un par de segundos y Eric, sin esperar respuesta, partió en dirección a la armería.

El edificio quedaba a unas diez calles del límite sur de la ciudad y a unas treinta de donde se encontraba en ese momento, por lo que debía apresurarse si quería encontrarlo antes que los pyebranos. El capitán dijo que, hasta el último reporte, los hombres de Almairon ya habían tomado tres calles completas alrededor de Ahrbak Ardhal, casa por casa, persona por persona, comercio por comercio. Al parecer, no tenían intención alguna de detenerse hasta acabar con todo.

Eric corrió entre soldados apresurados, gente confundida, perros aturdidos y caballos desbocados. El humo se levantaba a lo lejos, teñido con los colores del fuego, y la luna se asomaba por segundos en medio de nubes oscuras y rojizas. Se detuvo para intentar recuperar el ritmo normal de su respiración, pero lo único que ingresaba a su cuerpo era un aire viciado y acre, que le irritaba las fosas nasales y punzaba en sus pulmones como cientos de agujas.

—Marco —se dijo para recordar por qué estaba corriendo y volvió a andar hacia donde las llamas consumían todo lentamente, pero sin detenerse ni dudar.

La ridículamente débil puerta estaba sostenida por sus padres, creyendo que con eso serían capaces de detener el avance de los soldados. Ella ya había visto la casa de los vecinos y les había advertido que debían escapar, pero se negaron a abandonar las pocas pertenencias que poseían.

Con desmedida brutalidad, los soldados patearon la puerta y se encontraron con dos andrajosas personas que intentaban protegerse una a otra. Dunayar, conteniendo un alarido de pánico, se alejó hacia el minúsculo cuarto de baño y se escondió tras la cortina de hilos de yute. Oyó golpes en la carne y a su padre rogar por el bienestar de su madre con súplicas de toda clase. Se asomó a mirar, sabiendo que lamentaría poseer esos recuerdos, y vio cuando uno de ellos golpeaba a su madre en la cabeza con el pomo de su espada. Dunayar sintió las lágrimas corriendo por sus mejillas y quiso salir de allí a defenderlos, a ayudarlos, a intentarlo al menos, pero sus piernas no respondían en lo absoluto. Su madre cayó inconsciente, o muerta, en los brazos del hombre que la golpeó y él no tardó nada en recostarla en el suelo y levantarle la túnica hasta la cintura con una mano apresurada, mientras que con la otra comenzaba a rebuscar entre sus propias vestimentas. Su padre gritó más fuerte y forcejeó con quien lo sostenía hasta que sus alaridos de impotencia y frustración se transformaron en un balbuceo burbujeante al ser degollado.

Dunayar seguía sin poder moverse.

Quien degolló a su padre se incorporó y miró a su compañero. Movió la cabeza de lado a lado, disgustado, al verlo empujar sus caderas sobre el cuerpo inerte de la mujer. Comenzó a caminar por la estancia, lo que significaba que era cuestión de segundos hasta que la encontrase, porque el lugar era bastante pequeño. Hizo un esfuerzo abismal para poder reaccionar, pero sus músculos seguían sin responder. Lo vio andar de un lado al otro, moviendo las cosas con la punta de su arma y asomándose para ver mejor lo que la oscuridad le ocultaba.

—Debe haber alguien más aquí —dijo el soldado que estaba de pie, pero el otro gemía cada vez más, al mismo ritmo de sus movimientos, y lo ignoró por completo.

Escuchar su voz hizo que saliera de su estado de estupefacción y, al fin, pudiera reaccionar.

Buscó desesperada un lugar por donde huir. Por primera vez en su vida, agradeció a Efos el hambre que había pasado desde el primer día de su existencia. Si bien tenía ya doce años, parecía de menor edad, porque era menudita y no muy alta. Piel y huesos, como la gran mayoría de la

gente en aquella zona de la ciudad.

Dunayar se quitó la túnica, la anudó y la dejó en un rincón. Sin pensarlo dos veces, se arrastró hasta el borde del pozo. El fuerte olor casi la voltea, pero era eso o morir antes de ser violada, o mientras la violaban, o después de que lo hicieran. Cualquiera de esas opciones era mucho peor que un poco de mierda.

Cuidándose de no hacer ruido, descendió por el borde hasta que tocó el fondo, que por algún milagro, o por la ineptitud de sus padres, no era tan profundo como había esperado. La inmundicia le llegaba hasta más arriba del ombligo y tuvo que hacer otro esfuerzo sobrehumano para caminar entre el espeso y frío líquido hasta llegar a alguna de las orillas; si el soldado acercaba una antorcha a la abertura, corría el riesgo de que la descubriera.

Los sonidos llegaban distorsionados hasta ella, por lo que apenas oyó un par de voces hablando, pero sin ser capaz de comprender absolutamente nada de lo que decían. Permanecieron allí solo unos minutos más, pero a Dunayar el tiempo se le hizo interminable. Temblaba por el miedo, el dolor, el frío y el asco, y no sabía cuál de todas esas cosas era lo que más le perturbaba.

Esperó y esperó, pero se decidió a abandonar su escondite cuando vio que un par de luces anaranjadas se reflejaban en la brillante y apestosa superficie del pozo. Eso solo significaba fuego, ya sea en forma de antorcha o en forma de incendio y cualquiera de las dos era mala. Esperó un poco más y, al comprobar que la luz no se alejaba, se decidió a salir, porque la casa se quemaría y se caería y, lo que era peor, bloquearía la boca del pozo.

Dunayar salió de su asqueroso, pero seguro, escondite y no pudo evitar vomitar lo poco que su estómago tenía dentro, que no era más que un líquido amargo que le quemó la garganta. Miró a su alrededor y vio que unas pequeñas llamas tomaron una de las paredes que era de caña y no de barro. Si nada empeoraba, tenía un rato hasta que las llamas treparan por las paredes y llegaran hasta el techo. Sabía que ni bien las llamas se le acercaran este se quemaría por completo, porque era de paja seca y esa porquería podía arder entera en cuestión de segundos.

Dunayar ni siquiera le echó una mirada a sus padres, o a lo que quedaba de ellos. El último recuerdo que tendría de los dos era ya de por sí espantoso; no quería ver más, no necesitaba saber más. Si en algún momento tenía tiempo suficiente, rogaría a los Astros y a los dioses para que le ayudaran a olvidar esas imágenes, pero en esos momentos tenía otras prioridades.

Dunayar buscó entre el humo que comenzaba a inundar la estancia hasta que halló una de las tinajas donde almacenaban el agua. Al comprobar que estaba casi llena, lanzó a las paredes de caña algunos jarros de agua y, luego, aprovechó para quitarse la suciedad que la cubría y que podía enfermar su cuerpo. Fregó a conciencia sus genitales, su abdomen y su espalda hasta que le pareció que estaba lo suficientemente limpia.

«La sagrada madre Thara quiera que me haya limpiado bien, no quiero llenarme de bichos» pensó. Su madre siempre le decía que tenía que mantenerse limpia ahí abajo, porque era muy fácil enfermar y no quería morir afiebrada y pudriéndose por dentro.

—Si salgo de esta, al menos que este inútil cuerpo esté sano —murmuró mientras se quitaba con un trapo húmedo los restos de excrementos que tenía pegados en las piernas.

Al terminar, sacó la tinaja afuera por si alguien necesitaba agua; miró a su alrededor y vio que las llamas danzaban entre las casuchas como el viento lo hacía entre las palmeras del oasis, por lo que le pareció que sería una idea por demás descabellada cruzar las calles desbordantes de calor y color, pero no tenía demasiadas opciones disponibles. Se quitó la túnica y la remojó en la tinaja, volvió a colocársela y entró a su casa por unos instantes. Cuidándose de no mirar a donde yacían sus padres, buscó una manta, la que sumergió en la tinaja ni bien salió, y la colocó sobre su cabeza y sus hombros. Dio un vistazo rápido hacia su casucha por última vez y, con un nudo

en la garganta y la angustia maltratando sus nervios, se lanzó a correr por esas calles que parecían diferentes y desconocidas por las sombras oscilantes, el exceso de luz en algunas partes, la gente corriendo y gritando y los soldados que antes cuidaban de ellos, dándoles caza como si fueran animales o enemigos.

Dunayar corrió hacia donde iban todos, sin saber con qué propósito o si tenían alguna oportunidad. ¿Serviría de algo correr? ¿Tendría salvación la gente? ¿Quién levantaría primero su arma contra ella? ¿Un pyebrano o un sitnorense?

Corría y pensaba, lo que siempre se le dio bastante bien. Mejor que a sus padres o conocidos, al menos, pero la gente del caserío nunca le dio al mundo grandes pensadores o si lo hizo, ella no lo sabía. Allí, en los suburbios, no había más que putas, ladrones, estafadores y asesinos. Y cualquiera de ellos podía ejercer su profesión por gusto o por dinero sin ninguna clase de problema.

Mientras su mente divagaba por extraños y ridículos horizontes, su cuerpo huidizo se fue escabullendo por las callejuelas hasta llegar a donde las chozas daban paso a las casas algo más grandes y algo más lindas. El fuego ya no la perseguía por lo que comenzó a llamar a cada puerta que se ponía frente a sus ojos. Sus padres no la escucharon, pero tal vez esa gente si lo haría. Tal vez podría salvar a alguien de los soldados pyebranos.

La mayor parte de la gente optó por ignorarla, no le abrían las puertas o la insultan y la echaban cuando la veían.

—Seguro están exterminando a la peste del caserío —dijo un hombre gordo antes de cerrarle la puerta en la cara, sin darle siquiera el tiempo suficiente para decir que eran los soldados pyebranos quienes estaban haciéndolo, no los de Sitnor.

—Que se jodan todos —masculló Dunayar. Ya no intentaría ayudar a nadie más.

Mientras los soldados sitnorenses se dirigían hacia los barrios exteriores de la ciudad, la chica caminaba apresurada hacia donde la demás gente iba, entre gritos y empujones, sin estar demasiado segura si lo que hacía era una buena idea o si solo se estaba dejando llevar. Si le preguntaban, ella hubiera decidido irse hacia el lado contrario, a las afueras de la ciudad, donde no había fuego, ni soldados, ni magos. Pero eso significaba atravesar una barrera formada por las tres cosas y ella sola no podía hacerlo. Necesitaba de algunas personas más, pero nadie quería escucharla.

—¡Imbéciles! ¡Vamos a quedar todos atrapados en el centro de esta maldita hoguera! ¿Acaso son tan ciegos?

La gente la miró apenas, la señaló, murmuró, y se alejó. Nadie le hizo caso. Iban hacia el centro arreando niños y cargando en sus brazos lo que pudieron salvar de sus pertenencias, demasiado ocupados en conservar objetos aunque eso le costara la vida.

—¡Idiotas! —Volvió a gritar.

Dunayar regresó sobre sus pasos. Tenía que hallar la manera de dejar la ciudad; de todas formas, no tenía garantía alguna de que fuera a salir con vida de allí. Tal vez, se cruzaba con alguien tan loco, o sensato, como ella. Tal vez tenía alguna oportunidad de escapar de Ahrbak Ardhal.

53

Encontró a Marco en la armería, tal como le dijeron. Estaba solo, abasteciendo de armas y flechas a todos quienes pasaban por allí a reponer las suyas y no parecía tener mucha idea de lo que estaba sucediendo. Eric se abrió paso a empujones para llegar hasta él.

—Tenemos que irnos —exclamó para hacerse oír sobre el bullicio, pero Marco no dio muestras de haberlo escuchado. Eric saltó sobre la valla que separaba la zona de espera de la del depósito y Santoro le puso una espada en el cuello de inmediato, al creer que alguien estaba saltándose el turno.

—¡Eric! —exclamó, asombrado, y bajó el arma.

—Tenemos que irnos. Dieron la orden de abandonar la ciudad. —Eric le explicó lo que estaba sucediendo afuera y que las órdenes eran alejarse hacia las aldeas siguientes y, en lo posible, hacia la capital para dar aviso de que los magos pyebranos entraron, finalmente, a la guerra.

—Esta vez vienen en serio —murmuró Santoro, asombrado.

—¿Nadie vino a informarte?

—¿Crees que estaría aquí si me lo hubieran dicho?

—Cabrones…

Marco tomó tres aljabas repletas y las colgó en el hombro de Eric

—No soy arquero, por un demonio —se quejó.

—Pero yo sí y soy bastante bueno, aunque tenga un solo ojo —dijo sonriendo, antes de colgar dos arcos en el otro hombro de su amigo.

—¡Hagan lo que quieran, señores, la armería es suya! —Marco corrió las vallas y le hizo una seña a Eric para salir de allí—. ¿Cuál es el plan, escudero?

Marco parecía divertido, a pesar de que tenían la soga al cuello y esta se ajustaba cada vez más.

—No hay plan, estamos a nuestra suerte. La ciudad completa está rodeada de magos y soldados.

Marco miró a su alrededor y se quedó unos segundos observando el humo que se alzaba desde las orillas de la ciudad. Hizo una mueca y se rascó la cabeza.

—Pensé que ya tenías algo en mente… —Y enseguida agregó—. Tú te conoces todos los escondrijos, ¿por dónde crees que podríamos escapar?

—No tengo idea. Según el reporte, los pyebranos han tomado ya tres calles y han quemado todo. Si no fueran unos alfeñiques tan patéticos podríamos robar sus armaduras, pero…

—Ya lo había pensado, por eso no lo mencioné. Quizás yo podría usar una, pero a ti solo te quedaría de collar.

—Malditos cabrones. —Eric resopló. La gente espantada corría toda en la misma dirección, y se perdía entre las sombras de las calles que llevaban hacia el centro de la ciudad, entre gritos de pánico, llantos y falsas esperanzas—. Pobres diablos.

Eric comenzó a caminar hacia el sur y Marco lo detuvo.

—Allí habrá más tropas para impedir que escapemos hacia Sitnor. Mejor salir por el este y dar un rodeo.

Eric asintió y cambiaron de dirección, aunque eso significara que podrían perderse entre las eternas dunas que circundaban Ahrbak Ardhal. Se escabulleron camuflados en la oscuridad de los edificios y corrieron pegados a los muros para no toparse con la marea de gente que iba en

dirección contraria. El humo, teñido por las llamas del caserío, se alzaba en la lejanía, lo que le daba una desesperante sensación de opresión e incertidumbre que Eric se sacudió de encima como si se quitara un molesto insecto. Necesitaba tener la cabeza fría y estar atento a lo que sucedía delante de ellos.

Ahrbak Ardhal ya estaba perdida, pero debían hacer lo posible para llevar las noticias al señor Noah. Tal como decía el señor Quentin durante las batallas «Los pyebranos no pueden llegar a Sitnor».

Marco le tocó el brazo para llamar su atención y se deslizó por un callejón a su derecha. Trepó con gran agilidad hacia el tejado y lo instó a que lo imitara.

—Tenemos que llegar a los establos. —Marco señaló a su derecha. A dos calles se encontraba el amplio predio donde los animales del ejército se alojaban. Se puso de pie y miró a lo lejos—. Las llamas están a unas tres o cuatro calles de aquí, tenemos que apresurarnos.

Los hombres descendieron nuevamente y comenzaron a correr.

—¡Imbéciles! —La enérgica voz de una niña se oyó a sus espaldas—. ¡Vamos a quedar todos atrapados en el centro de esta maldita hoguera! ¿Acaso son tan ciegos?

Eric se detuvo y Santoro continuó avanzando por algunos pasos más, hasta que lo notó.

—No… —Marco levantó ambas manos, para luego dejarlas caer por su peso, resignado.

—Tenemos que ayudarla.

—¡Idiotas! —Volvió a oírse la voz de la chica.

—Ni siquiera podemos ayudarnos a nosotros mismos, Eric, ¿cómo crees que podremos con ella?

—¡Es una niña, está sola y desesperada!

—Y nosotros somos dos hombres solos y desesperados, maldición, abre los ojos.

—Si cae en manos de los soldados pyebranos, vaya uno a saber qué hacen con ella, Marco. Tenemos que intentarlo.

Santoro se pasó las manos por la cabeza y aceptó, finalmente, con un gesto de aprobación.

—Ve a buscarla.

Eric asintió y se encaminó al cruce de calles, justo cuando ella comenzaba a dirigirse hacia el oeste.

—¡Chica! —Llamó acompañando sus palabras con un ademán. La muchacha se dio vuelta y lo miró con recelo. Eric habló en pyebrano para que pudiera entenderlo—. Estamos buscando salir de la ciudad, ¿quieres venir con nosotros?

Señaló a Marco y a él mismo. La chica retrocedió, en lugar de acercarse. Se acomodó la arruinada manta que tenía sobre los hombros y miró a los lados, como si buscara por dónde escapar.

—¿Por qué? —preguntó antes de frotarse la nariz con el dorso de la mano—. No soy puta, no voy a hacerlo con ustedes.

Eric retrocedió espantado; la niña no debía llegar a los diez años siquiera. Levantó las manos y negó con la cabeza.

—Solo queremos salir de aquí y tú también, por lo que dijiste. No podrás hacerlo sola. Pero si no quieres está bien —dijo mientras retrocedía un poco más—. Me marcharé por donde vine.

Eric le dio la espalda y retomó su camino, aunque solo hizo unos pasos hasta que oyó la voz de la chica.

—Grandote, espera. —Corrió hacia él y lo miró a los ojos. Las lágrimas habían arrastrado la suciedad de sus mejillas, dejando dos surcos más claros en ellas. Tenía una mirada penetrante y, también, la más triste que alguna vez hubiera visto—. Gracias.

Eric sonrió para tranquilizarla y ambos se dirigieron hacia donde Marco, impaciente, los esperaba.

—Soy Eric Bohn y él es Marco Santoro. Somos soldados de Sitnor —dijo ni bien lo alcanzaron. Era una obviedad, pero quería aclarar cuál era su respetable profesión.

—Dunayar —respondió y, luego, habló en sitnorense. Lo hacía bastante bien y casi sin acento—. Sin padres desde hoy. Sin casa, sin ciudad y sin nación.

—Lo lamento —murmuró Marco—. Haremos lo posible para salir de aquí los tres con vida. Después… —se rascó la nuca y suspiró—. Después veremos qué sucede.

—No tendrán que cargar conmigo por mucho tiempo.

—¿Sabes usar un arma? —preguntó Eric, ignorando su comentario, y ella negó con la cabeza. Buscó una navaja en su bota y se la dio—. Se abre así. —Hizo retroceder con el pulgar un pequeño botón y el filo saltó con un chasquido desde dentro del mango. Se la entregó luego de cerrarla y ella la tomó con manos inseguras—. Si alguien se te acerca demasiado, la abres y se la entierras con fuerza en donde puedas. El cuello, el hombro, la entrepierna, los muslos, el pie, el brazo, un ojo; intenta no dar en un hueso, eso sí. No vas a matar a nadie de un solo puntazo, pero podrás huir antes de que te hieran. Y por favor intenta llevarte el arma después de atacar.

—Gracias —murmuró—. ¿Tú te quedarás sin navaja?

Marco rio.

—Eric lleva un arsenal encima. Tiene armas de toda clase, no deberías preocuparte por él.

Eric asintió, divertido, y una tímida sonrisa asomó en el pequeño rostro de Dunayar.

—No tenemos tiempo de enseñarte mucho—añadió Marco—. Pero si se pone feo, intenta mantener la cabeza fría y haz lo que te pidamos.

—Lo que será —agregó Eric—, pedirte que te escondas o que huyas, nada más.

Dunayar los miraba de una forma difícil de descifrar, lo que era comprensible. Había perdido todo esa noche y, quizás, ya ni esperanzas le quedaban. Debía confiar su vida a dos hombres desconocidos que ni siquiera sabían qué era lo que estaban haciendo y Eric se preguntó si realmente hizo bien en llevarla con ellos.

Cuando llegaron al establo, descubrieron que las puertas estaban abiertas y no había más que silencio allí dentro, que incluso parecía tragarse todos los sonidos del exterior.

—Pero qué mierda —murmuró Marco—. Han liberado a los animales.

—Siempre olvidan a alguno atado —agregó Eric—, vuelvo enseguida.

Eric se adentró en la oscuridad del edificio y Dunayar quedó junto a Marco en la puerta. La jovencita se retorcía las manos y uno de sus talones golpeaba sin descanso la tierra endurecida de la entrada.

—¿Por qué llevas un parche en el ojo? —preguntó ella con voz nerviosa.

Marco se sorprendió. Era raro que la gente lo preguntara, menos aún alguien que acababa de conocer, pero lo atribuyó a su inquietud.

—En Ciudad Capital era parte de la escolta de los hijos de los gobernantes. Me hirieron cuando quisieron secuestrarlos.

—Lo siento. ¿Qué pasó con ellos?

—Mataron a esos cabrones —respondió orgulloso.

—¿Los chicos? —Lo miró con los ojos muy abiertos y se llevó una mano a la boca.

—¿Has oído del «carnicero de Sitnor»? ¿Reznic? —añadió.

—Oh, claro que sí. Me lo crucé en las calles también. Me daba monedas cada vez que lo veía.

Marco se sintió más orgulloso que antes al oír eso.

—Era uno de ellos a quienes custodiaba.

—Vaya. Mi madre siempre me decía que no me acercara a él, pero no sé por qué, si no se metía con nadie, solo bebía hasta caer dormido en cualquier lado.

—Quentin es su nombre. Es un gran muchacho, aunque a veces parece no poder lidiar con todo esto.

—Vi a muchos soldados en el caserío buscando para beber. Al parecer, tu muchacho no es el único que no puede con su vida.

—Eso parece…

—Aun así, los sitnorenses son buena gente. Nunca nos molestaron, ni tocaron a las mujeres. No a la fuerza, al menos, como hicieron esta noche los pyebranos.

—Lo lamento tanto…

—No me vieron, me escondí —aclaró ella, al instante.

Marco no supo qué responder a eso. No fue capaz de imaginarse por el miedo que tuvo que haber pasado en esos momentos.

El silencio cayó sobre ellos después de esa breve conversación, y siguieron escondidos en las sombras hasta que se oyó el sonido amortiguado de unos cascos golpeando en la tierra blanda. Marco se sintió aliviado y pudo ver que la pequeña a su lado se estremecía de la emoción.

«¿Por cuántas cosas más habrá pasado esta noche?» se preguntó. «Ojalá podamos hacer que su destino mejore».

Dunayar, como si hubiera sabido lo que él estaba pensando, lo miró y sonrió, y eso fue suficiente para convencerlo de que Eric hizo lo correcto al hablarle.

Su enorme compañero llegó hasta ellos junto a dos caballos ya ensillados, para su sorpresa. Le tendió las riendas a Marco y él las sostuvo.

—Ya regreso. ¿Sabes montar? —preguntó mirando a Dunayar y ella negó con un gesto—. Bueno, en ese caso, tendrás que ir con Marco.

Ella asintió de inmediato y Eric se alejó corriendo, otra vez, hacia el interior. Regresó varios minutos después en una carreta tirada por dos caballos mucho más grandes que los que Marco tenía a su lado. Eric, incluso, se veía pequeño junto a ellos.

—¿Qué pretendes? ¿Cargar la carreta de gente?

Eric bajó del asiento del conductor, y se acercó. En una de las monturas aseguró las aljabas que se quitó de los hombros y le tendió los arcos.

—Sujeta el otro caballo a la montura —dijo sin responder a su pregunta. Se dirigió a Dunayar y ella lo miró con desconfianza—. ¿Me prestarías tu manta? —La chica asintió y se la quitó de encima para dársela.

Eric se acercó a uno de los bebederos y empezó a remojarla. Una vez que estuvo chorreando agua, se la dio a Marco y le ordenó que humedeciera sus ropas. Eric sacó de la carreta un par de bolsas tejidas y volvió al bebedero; las rompió en tiras y las sumergió en el agua para luego humedecer el pelaje de los animales. Marco, por su parte, montó al caballo guía y, cuando se acomodó, le tendió la mano a Dunayar para que se subiera tras él.

—Cuando nos pongamos en marcha, sujétate fuerte y no te sueltes.

—¿Crees que lo logremos? —Su voz se oyó algo ahogada.

Marco no lo sabía. Ni siquiera estaba seguro de qué era lo que Eric tenía en mente, pero confiaba en él.

—Haremos todo lo posible para conseguirlo —respondió con la mayor tranquilidad que fue capaz.

Dunayar hizo silencio unos momentos.

—¿Qué vas a hacer cuando salgamos?

—Nosotros tenemos que ir a la capital de Sitnor. ¿Quieres acompañarnos? —La chica no respondió—. Podemos llevarte hasta alguna de las aldeas de camino al Puente Negro, también.

Tampoco respondió a eso, por lo que Marco ya no dijo más. Eric terminó con su faena y lo vio envolverse en los trozos de tela que chorreaban agua y dibujaban un sinuoso y brillante camino tras él.

—Envuelve tu cabeza con esto —le dijo a Marco y, luego, se dio media vuelta para regresar al carro. Se ubicó en el asiento nuevamente y le hizo una seña. Luego, azotó a los caballos y los dirigió hacia los portones de salida.

Al tomar las calles, los sonidos regresaron como por arte de magia y le sonaron más aterradores que antes. Dunayar se aferró con fuerza a su cintura y Marco espoleó a su caballo para acercarse más a la carreta de Eric, lo que era casi imposible con la cantidad de personas que corrían de un lado a otro. Marco veía en todos ellos las mismas horrendas máscaras de pánico; de piel pálida y bañada en lágrimas, ojos desencajados y bocas abiertas. Había niños que deambulaban solos por las calles, que lloraban descontrolados, cuyos lamentos se oían aun por encima de todo el bullicio que las demás personas causaban. Algunos teñidos con sangre, algunos desnudos, otros heridos. Nadie se detenía a auxiliarlos, pero ellos tampoco lo hicieron.

«Tenemos otras prioridades» se dijo, intentando convencerse, «como todos aquí» agregó, decepcionado.

Dunayar se sujetó con más fuerza a su cintura y sintió su pómulo apretarse a su espalda, lo que lo hizo volver la vista al camino, a prestar atención a lo que estaba sucediendo y que pudiera significar una amenaza para ellos, aunque la concurrencia comenzaba a menguar a medida que se acercaban a los límites que los pyebranos marcaron a base de acero y fuego.

—Prioridades —murmuró en voz baja.

Lo único que alcanzó a ver fue alguna que otra silueta entre las llamas, que bien podría ser una ilusión, o algún pobre infeliz que ya no tenía ninguna oportunidad. Esperaba encontrar soldados, magos o alguien que les impidiera el paso, pero no fue así. No había nadie.

Delante de él, a solo una calle de distancia, comenzaba el verdadero infierno. Un muro de llamas se alzaba desde el suelo y terminaba perdiéndose entre el humo aún por encima de los tejados de las grandes casas de dos plantas. El calor ya se sentía y el aire ardiente y viciado le picaba en los pulmones.

—Cúbrete la nariz y la boca —dijo alzando la voz para que Dunayar lo escuchara. La muchacha no respondió, pero la sintió moverse detrás de él por unos momentos, hasta que volvió a aferrarse a él y permanecer quieta.

Marco guió su montura hasta acercarla lo suficiente al carro que comandaba Eric y lo vio azotar a los caballos, que querían desviar su recorrido para evitar las llamas, pero el hombre se mantuvo firme y los animales, irremediablemente, se sumergieron en esa marea de llamas que se tragó a la carreta un segundo después y, al instante, las lenguas de fuego lamieron su propia piel.

Se cubrió el rostro con el trozo de tela húmeda, pero aun así sentía el fuego alrededor de sus ojos. Entre el desesperado relinchar de los caballos, pudo oír a Dunayar gritar de miedo y dolor, lo que lo hacía querer gritar a él también. Se sentía aprisionado y le daba la sensación de que en cualquier momento las llamas se apoderarían de su ropa y moriría calcinado ahí mismo. Era un sentimiento desesperante y el corazón le latía tan rápido que le pareció que podía oírlo. No pasó mucho para que los caballos se encabritaran y comenzaran a correr a mayor velocidad, lo que agradeció en silencio. Tuvo que hacer un esfuerzo inmenso él mismo para no desfallecer con la falta de aire, lo que le hizo creer que los pobres animales se desplomarían de un momento a otro.

Cuando le parecía que su propia vestimenta se derretiría sobre él, la oscuridad del cielo nocturno los recibió con una bocanada de aire, algo más limpio y respirable, frío y seco. Tosieron e inhalaron, con la garganta irritada y los pulmones ardiendo. Marco miró a su alrededor y vio que corrían sobre cenizas humeantes y escombros al rojo vivo, los restos de las casas de paja y barro de las orillas de la ciudad, cuyos fuegos se extinguieron al no encontrar ya nada más a lo que aferrarse.

—Avísame si ves a alguien —dijo y Dunayar relajó los brazos y se separó un poco de él—. ¿Estás bien?

—Lo logramos —respondió ella.

—Todavía tenemos que terminar de salir de aquí, pero la parte más difícil ya la pasamos.

Marco no tenía ninguna clase de seguridad de que lograran siquiera alejarse de allí, pero no tenían más opciones que continuar.

A la débil luz de la luna, pudo ver que la carreta se enterró en la arena y quedó inmóvil unos metros delante de ellos. Eric saltó de su asiento y, sin perder tiempo, corrió hacia la caja del carro mientras se quitaba la manta de encima. Quitó una lona humeante y comenzó a bajar baldes vacíos.

—¡Marco, ayúdame!

Marco desmontó enseguida y ayudó a Dunayar a descender del animal.

—¿Estás bien? —preguntó tras quitarse los jirones de manta, ya seca, de encima. Dunayar asintió, asustada e impactada, quieta como una estaca—. ¿Te quemaste?

Le tomó el rostro y la miró lo mejor que pudo; revisó sus brazos y sus piernas, pero tenía apenas unas pocas quemaduras que no parecían ser graves.

Marco corrió a ayudar a Eric y la muchacha permaneció de pie donde la había dejado. En el carro había numerosas tinajas con agua y se apresuraron a mojarse el cuerpo entero para apaciguar el calor que parecía que se les había metido adentro y le llegaba hasta el tuétano. Mientras Eric ponía agua en los baldes y les daba de beber a los nerviosos animales, Marco se acercó con agua a Dunayar. Le indicó que se lavara las heridas, pero la chica seguía conmocionada e inmóvil. Al ver que no respondía, le quitó con suavidad la tela que cubría su cabello, la humedeció y se la pasó por el rostro.

—Puedo continuar sola —habló en un susurro casi inaudible. Tendió la mano y, moviéndose de forma lenta, mojó sus brazos y sus piernas. Se quitó la túnica sin una gota de pudor y Marco le dio la espalda para alejarse de ella. Escuchó que la remojaba en el balde y asumió que volvería a vestirse.

Caminó hasta alcanzar los inmensos caballos del carro y se fijó si estaban quemados o heridos de gravedad; al comprobar que solo tenían quemaduras leves, les quitó todas las ataduras que los mantenían sujetos al carro, por lo que los animales hicieron un par de pasos y se tiraron en la fría arena a descansar, completamente exhaustos. Cuando apartó la mirada de ellos, vio que Eric estaba junto a los otros dos.

—¿Están heridos? —preguntó mientras se acercaba.

—Tienen quemaduras en las patas, Marco. De las jodidas

—Maldición.

—Tendremos que dejarlos.

Marco asintió y se apresuraron a quitarles las monturas y buscar en las alforjas lo indispensable para partir de inmediato hacia el sur. Marco vio a Dunayar acuclillada en medio de la nada, con el rostro escondido entre sus brazos.

—¿Crees que estará bien? —preguntó Eric, que también detuvo sus tareas para mirarla.

—Vaya uno a saber…

—¿Está herida?

—No, al menos nada grave. ¿Tú?

—Tengo los antebrazos en carne viva —murmuró Eric—, y las manos se salvaron porque tenía guantes.

—Qué mierda.

Eric estiró los brazos y le indicó que se los vendara con las mismas tiras que utilizaron para cubrirse.

Cuando estuvieron listos, Marco llamó a Dunayar y partieron hacia el este, para perderse en una inmensidad de arena plateada, fría y muerta. Dejaron atrás el intimidante sonido del fuego que estaba consumiendo a una ciudad entera y el silencio más absoluto los recibió con los brazos abiertos, como si su intención fuera cobijarlos y mantenerlos a salvo.

Capítulo 54

Los soldados y magos pyebranos detuvieron la destrucción de la ciudad recién llegando el amanecer.

Los sobrevivientes a la masacre se encontraron rodeados cuando todo acabó, ya que se reunieron en las calles centrales huyendo de la destrucción. Fueron arreados como ganado, todos juntos, a empujones, latigazos y gritos. Corrieron siguiendo las órdenes de aquellos quienes redujeron Ahrbak Ardhal a una decena de calles de ancho, por otro tanto de largo. Corrieron con lágrimas en los ojos, con furia contenida, con miedo, con el cuerpo quemado, violado y roto. Con el alma destrozada por las pérdidas y las muertes. Con la mente trastornada por las humillaciones y las bromas. Porque se los ordenaban, porque era eso o el filo de algún arma, porque ellos vencieron y el vencedor decidía.

Corrieron hacia el norte, hacia el este, hacia el sur, hacia el oeste, pero el paisaje era siempre el mismo: nubes de humo negro y cenizas revoloteando. Cuerpos en las calles, buitres en los cielos, verdugos en los suelos.

Corrieron con el alma destruida, siendo su dolor objeto de burlas, de festejos y risas y, cuando el espectáculo dejó de ser divertido, los condujeron al centro de Ahrbak Ardhal, al terreno que los comerciantes utilizaban para ubicar sus puestos de mercancías.

Unos cuantos millares de personas estaban sentadas sobre el suelo endurecido por siglos de constante tránsito, con el sol cayendo encima de ellos como centenares de flechas en llamas. Había un pequeño número de tesarianos desertores de su ejército que se unieron a las filas sitnorenses, y eran quienes más estaban sufriendo en esos momentos. Tenían la piel enrojecida e irritada; algunos, incluso, tenían hinchados sus rostros y no era solo por los golpes.

Después de más de mediodía allí, el lugar apestaba a orina, sudor y pánico. Los niños ya no lloraban, las mujeres ya no suplicaban y los hombres habían dejado de rezar. No había dios capaz de permitir esas atrocidades, más que Zarba o Suin que, por alguna extraña razón, expulsaron a Efos y a Sinmá de esas tierras. No quedaba a la vista más que una decena de ancianos, ya que los demás fueron asesinados en el mismo lugar en el que cayeron la primera vez que el agotamiento y el miedo fueron más fuertes que su voluntad.

Estaban rodeados por un cerco de hombres que los miraban amenazantes en todo momento,

pero que desviaban la vista cuando una madre suplicaba agua para sus hijos.

Espadas curvas, machetes, hachas y magia eran suficientes para hacer desistir cualquier asomo de valentía y, si eso no era suficiente, los soldados de Sitnor y Tesar que no lograron escapar, fueron despojados de sus armas y golpeados sin piedad para sacar de su cabeza cualquier clase de idea ridícula.

Reda Almairon ingresó a las ruinas de Ahrbak Ardhal sonriendo y felicitando a sus hombres por el gran trabajo realizado.

—Se respira el triunfo aquí —dijo en un momento.

El olor del caos y del pavor tenía connotaciones diferentes según en qué lugar estuviera una persona; para algunos era el fin de la vida que conocían, para Reda, el comienzo de algo maravilloso.

Reda ordenó que le buscaran una casa donde descansar porque, después de haber logrado su primer éxito militar, se merecía un baño reparador y una siesta. Aunque no hubiera levantado el arma, aunque no hubiera estado allí, aunque no hubiera visto lo que sus hombres hacían, aunque no hubiera oído a nadie suplicar por su vida o, en algunos casos, por su muerte. Él lo planificó, y eso era lo que importaba. Estaba a un paso más de tener a Viktoria como su esposa y su madre se sentiría orgullosa de él, por primera vez.

Ocupó una mansión espaciosa y llena de lujos, porque en el centro de la ciudad eran las únicas construcciones que había y por eso se habían salvado de las llamas y los saqueos. De momento.

Detrás de los altos muros, un gran jardín con palmeras, una fuente y diversas plantas daban la bienvenida a la nueva residencia de Reda. Las galerías se abrían a los lados de la entrada, rodeaban el patio y llevaban hacia las diferentes dependencias. Unas escaleras, cuyos barandales estaban cubiertos de enredaderas, conducían a la segunda planta, donde se encontraban las suntuosas habitaciones. Los tonos terrosos de sus muros y su mobiliario repujado en oro lo hicieron sentir como en casa. Como se merecía, después de todo.

Reda disfrutaba del triunfo de Pyebra en una tumbona junto a la fuente, cuando uno de los soldados se acercó a importunarlo.

Se arrodilló a sus pies, apoyó la frente en el suelo y le deseó la protección de los dioses antes de incorporarse y posar la vista justo donde antes estuvo su cabeza.

—Mi señor, ¿qué quiere que hagamos con los prisioneros?

Reda lo pensó unos momentos.

—Necesito servidumbre. Trae cuatro o cinco mujeres jóvenes para que se encarguen de las tareas, dos hombres jóvenes para los jardines. Nada de niños. Deja gente suficiente para que se ocupe de asistir a los magos. Averigua cuantos sirvientes necesitan esas lacras. De los que sobren, deja a algunas mujeres con vida para los soldados, y acaba con los niños y los hombres. Esos gordos adinerados no serán útiles para las armas.

—Sí, mi señor.

—Aunque… podría darles la oportunidad —murmuró, pensativo—. Si se quieren unir al ejército, déjalos vivir.

—Como ordene, mi señor.

—Solo quienes se vean bien en condiciones físicas.

—Sí, mi señor. Hay un grupo de tesarianos entre los prisioneros, ¿qué quiere que hagamos con ellos?

Reda se sorprendió. No se imaginaba que ya habían comenzado a llegar y la situación lo alarmó.

—¿Alguno se ha dado a conocer? —preguntó como si no le interesara el asunto.

—No, mi señor.

«Excelente, no son los príncipes».

—Déjalos con los demás. Antes de que comience la limpieza, sepárenlos y encadénenlos. Serán un obsequio.

—Por supuesto, mi señor. ¿Desea algo más?

—Que te apresures, estoy hambriento y no hay sirvientes aquí.

El soldado retrocedió sin quitar los ojos de las piedras de los senderos, hasta que su espalda chocó contra la maciza puerta de salida.

—Qué bien me vendría una copa de vino… —murmuró Reda.

—No dejé a mi esposa y a mi hija en Tesar para que estos alfeñiques de culo negro me sequen al sol como a un maldito dátil —masculló Pawel.

—Estamos desarmados, golpeados y…

—Y aun así podemos romper unos cuantos cuellos antes de que se den cuenta de qué demonios está sucediendo.

Byarkh sonrió.

—Se lo diré a los demás.

—Diles que descansen hasta que les demos la señal.

Byarkh asintió y empezó a moverse entre cuerpos sudados y adormilados. Era fácil encontrarse entre ellos. No había tanta gente con cabellos claros allí. Byarkh regresó alrededor de una hora después, tras haber cumplido su misión.

—Estamos todos vivos. Los treinta y cuatro.

—Mierda, qué buena suerte.

—Duerme un rato, te despertaré al anochecer para que tomes la guardia.

Pawel asintió, se hizo un ovillo allí mismo y el sueño lo venció enseguida. Su compañero lo despertó cuando los últimos rayos de sol estaban apagándose y apenas si se veían unas pocas antorchas. Resguardado por la penumbra, se acercó al exterior del grupo de gente para poder observar a los soldados. Se veían agotados, con los ojos irritados por el humo y el sueño. Ya no eran tantos como al principio y, a medida que pasaba el tiempo, menos iban quedando. Se dormían sentados en la tierra o apoyados en los postes, se marchaban sin que otro los reemplazara o caían desmayados por el cansancio. Nadie se preocupaba ya por vigilarlos. El lugar estaba en completo silencio y la luna aún no se asomaba. Era el momento.

Volvió para despertar a Byarkh y, mientras regresaba, fue alertando a los demás tesarianos.

—Nos reuniremos en la entrada sur de la ciudad —decía a cada uno de ellos antes de escabullirse entre los pyebranos que dormían amontonados para conservar el calor.

Se arrastró hasta llegar a Byarkh y le indicó que ya era el momento de salir de allí. Juntos, como desde que tenían memoria, fueron alertando a cada uno hasta que todos ellos estuvieron en movimiento. Se alejaron hacia el sur y, cuando estaban a punto de escapar, alguien los detuvo.

—No creo que veamos la próxima noche, pero alerten al Gobernador, por favor.

Detrás de un rostro cansado y amoratado, Pawel pudo reconocer al comandante, que los había visto y adivinado sus intenciones.

—¿Viene con nosotros? —Le tendió la mano para ayudarlo a incorporarse.

—Ya no soy tan joven ni tan fuerte como ustedes y no quiero ser una carga, muchacho.

—¿Hay más soldados sitnorenses, señor?

—Les ordenamos dejar la ciudad cuando todo comenzó. Espero que lo hayan logrado. No vi más que a unos pocos de los mandos superiores por acá. Los han molido a golpes, muchacho,

como a mí.

—¿Cree que puedan llegar a la próxima aldea? Iremos por ellos.

—No, hijo, lo dudo.

—Demonios, señor.

—Por favor… —El hombre bajó la voz y Pawel se acercó más a él—. Diles a mis hijas que las amo y a mi esposa que cada día a su lado ha sido una bendición.

—Lo haré, señor.

—Diles… —Su voz se entrecortó por unos momentos—. Diles que no me extrañen, por favor.

«Mierda».

Pawel asintió, incapaz de responder. Le dio la espalda enseguida y continuó andando hasta que llegó al exterior de la zona en la que los confinaron. Frente a él había un muchacho pyebrano que dormía abrazado a su espada. Miró hacia la derecha y el siguiente hombre estaba a más de treinta metros; no se veía a nadie hacia la izquierda. Le indicó a quienes lo seguían que hicieran silencio y se acercó con cautela al muchacho. Volvió a mirar a la derecha y vio a uno de los suyos sobre el soldado pyebrano más cercano.

Se arrodilló junto al joven, le cubrió la boca y, en cuanto el chico abrió los brazos por la sorpresa, tomó la espada y la empujó con fuerza por debajo de su mentón. Una antorcha no muy lejana le dejó ver que un par de lágrimas brotaron en sus ojos antes de que su cuerpo dejara de temblar. Pawel le bajó los párpados después de haber robado sus armas, hizo una seña y se dispersaron entre las sombras de las mansiones céntricas.

No andaban ni los perros en las calles. Los pocos soldados que alcanzaron a ver estaban borrachos, tirados como despojos en donde la inconsciencia los alcanzó.

—Son unos inútiles —dijo en voz baja.

—Si el Segundo Príncipe pudiera venir hasta aquí —respondió Byarkh—, le rompería el culo a Almairon, a la reina y a todos los pyebranos.

Pawel rio, pero hizo silencio al ver una puerta entreabierta. Dos hombres lo acompañaron a entrar y se encontraron con una escena repugnante. Había una mujer desnuda en el suelo, con las piernas abiertas y el rostro desfigurado por los golpes; tenía moretones y laceraciones en todo su cuerpo, las yemas de los dedos ensangrentadas y las uñas quebradas. Cuatro soldados pyebranos dormitaban en unos camastros, rodeados de botellas de cerveza y vino. Pawel le tendió un cuchillo a uno de sus compañeros y no les llevó más que un par de minutos terminar con ellos.

—Tomen sus armas y busquen en las demás habitaciones.

Los hombres obedecieron en silencio y Pawel hizo un esfuerzo por mirar a la mujer. Se acercó a ella y notó que respiraba con dificultad pero, como no despertaba, acercó la punta de su arma a su cuello y la clavó rápido y sin dudar. No sobreviviría y si lo hacía, volvería a vivir otro infierno. Era mejor así.

Hizo llamar a quienes esperaban afuera y buscaron entre el desastre que quedó tras los saqueos, por cosas que les resultaran útiles para su regreso a Sitnor. Túnicas, botas de agua y de esas extrañas telas que usaban para cubrirse el rostro y la cabeza. Una vez pertrechados, volvieron a las calles.

Tras unos minutos de correr entre las sombras, Pawel vio a dos soldados apostados a los lados de la entrada de una casa y eso le pareció demasiado llamativo. Debía haber alguien importante tras aquellas puertas y Pawel sonrió. Byarkh llegó a su lado, le señaló lo que estaba mirando y él asintió, sabiendo que su amigo podía leerle la mente si se lo proponía. Tras dejar a los hombres que los acompañaban ocultos en las sombras, Pawel y Byarkh se separaron y cayeron sobre los guardias, que ni siquiera fueron capaces de defenderse de la velocidad de los tesarianos.

Por señas les hicieron saber a los demás que se acercaran y, cuando estuvieron allí, entraron en silencio. Se dispersaron por las galerías, mataron a todo aquel que quiso luchar y silenciaron a aquellos que quisieron advertirles a los demás de lo que ocurría. Había alrededor de una veintena de soldados, por lo que la idea de que alguien de importancia se alojaba allí, cobró más fuerza. Quizás, tenían la suerte de encontrar a…

—¡Soy Reda Almairon! ¡No pueden hacerme esto! ¡Guardias!

«¡Qué buena suerte!»

Dos de sus compañeros traían al hombre sujeto por las axilas, y el ridículo pyebrano movía los pies en el aire, como si quisiera correr hacia la nada. Bajaron las escaleras y Reda Almairon siguió gritando y pataleando como un niño asustado. Pawel, sin decirle una palabra, buscó una tira de tela y lo amordazó sin permitir que sus compañeros lo liberaran.

—¿Estás a cargo aquí? —preguntó Pawel. Reda asintió, orgulloso—. Eres el hermano del rey muerto, ¿no? —Reda volvió a asentir—. ¡Qué buena suerte! Átenlo a una silla, nos llevaremos su mano. Al señor Guna le gustará tener un recuerdo.

Reda comenzó a gritar y a moverse con más fuerza, pero uno de los que lo sujetaban lo dejó inconsciente de un golpe en la cabeza. Mientras le ataban las extremidades, Pawel recorrió la mansión hasta que encontró un hacha. Estaba bastante afilada y le sería útil. Si se infectaba la herida, no iba a ser su problema y, después de todo, no tenía ningún interés en que conservara la vida.

Pawel regresó hacia su prisionero, midió la distancia y descargó el hacha con fuerza justo donde la mano pasaba a ser parte del antebrazo.

Reda sangró y gritó. Gritó y sangró.

Pawel levantó la mano del suelo, apretó los dedos y la palma para que la sangre cayera más rápido y, luego, la metió en un saco de cuero, mientras Reda continuaba gritando, llorando y maldiciendo en varios idiomas. Prometió fuego y escombros, muertes, caos y demás cosas horribles que ya habían presenciado, hasta que uno de los tesarianos le pidió el hacha a Pawel y él se la entregó.

Pidió su permiso para decapitarlo y Pawel se encogió de hombros. No estaba al mando, solo organizó a los hombres para escapar. Reda suplicó que lo dejaran en paz, que no enviaría a nadie a perseguirlos si le perdonaban la vida, pero no hicieron más que reírse de su patética cobardía. Su compañero miró a los demás que estaban allí, buscando su aprobación y todos estuvieron de acuerdo.

El hombre de cabello gris trenzado apuntó a la nuca de Almairon. Levantó el hacha y, luego, la dejó caer. La sangre de Reda dibujó un arco rojo a medida que caía, y salpicó hombres, suelos y paredes. No había techos allí, porque los pyebranos tenían la extraña costumbre de construir habitaciones separadas alrededor de un patio, pero la sangre que salió por su cuello sin duda hubiera llegado a salpicarlo, de haber habido uno.

La cabeza hizo un ruido horrible al caer y todos siguieron con la vista su trayectoria sobre los adoquines hasta que esta se detuvo. Pawel hizo dos pasos, la levantó tomándola del cabello y la sacudió con energía, para que la sangre escurriera.

—Bueno, señores, Reda Almairon ya no existe. —Sus compañeros rieron y él buscó otro saco para guardar el trofeo—. No festejen tanto. La señora Viktoria estará furiosa y querrá regresar a casa cuanto antes.

—La hija pródiga —dijo Byarkh y sus palabras fueron acompañadas por más risas—. Que vuelva pronto, seguro el príncipe Verj será amable con su recibimiento.

Alguien entre ellos tuvo la idea de escribir con un carbón «REDA ALMAIRON» en un trozo

de tela y lo clavaron en su pecho con una daga, aunque, para cuando regresaron a las calles, la tela chorreaba sangre y las letras apenas si se distinguían.

Entre esporádicas palabras y algunas señas, se abrieron camino hasta llegar a la zona quemada de Ahrbak Ardhal y, a medida que corrían sobre las cenizas, más de ellos se unían al grupo. Cuando llegaron a los límites, estaban todos. Y todos ellos listos para emprender el viaje hacia el sur.

Si había algo que los tesarianos tenían, además de coraje, era resistencia física. Sus delgados y esbeltos cuerpos estaban acostumbrados a cargar con varios kilos de abrigos, pieles y botas, pero allí estaban casi desnudos, en comparación a lo que vestían habitualmente en sus tierras. Correr en los caminos arenosos no era muy diferente a desplazarse sobre la nieve. El único inconveniente que se les presentaba era el calor, pero un desierto de mierda no los iba a matar, de eso estaban seguros. Pawel había dado su palabra a un hombre que se sabía muerto y por sus pelotas que lo iba a cumplir, así fuera lo último que hiciera en la vida.

Y, además, llevaba un obsequio para el señor Guna.

55

Dath Tenz, Tesar

Leyna detuvo su caballo junto al de Verj. Frente a ellos, se extendía un lago que abarcaba todo lo que podía verse. Un lago donde antes había una aldea, un camino, un puente, un muelle… Era como si el mar se hubiera trasladado a la tierra y eso no podía ser posible.

—No hay forma de que yo acomode esto —dijo.

—Me lo imaginaba, pero quería estar seguro.

—¿Qué haremos?

Su hermano se pasó las manos por la cara, y pudo presentir la frustración que se apoderó de él. Se sintió pésimo por decepcionarlo de esa forma, pero esa tarea excedía sus capacidades, de eso estaba segura.

—Tendremos que rodear el lago, tomar la ruta hacia Kaldna-Rathge y cruzar por detrás de Verkrity.

Leyna miró a sus espaldas y vio las miles de tiendas que los soldados levantaron.

—Tardaremos meses, Verj.

—Lo sé.

—Nos alcanzarán las nevadas antes de llegar a Sitnor.

—Lo sé.

Leyna descendió del caballo y su capa, azul como el cielo que tenían sobre sus cabezas, ondeó con los fuertes vientos que ascendían la colina donde se encontraban. Se quedó parada contemplando la inmensidad del territorio y lo desolado que se veía. Verj desmontó y se sentó en una roca, a su lado.

—Ogdev me dijo que… sucedieron cosas. —Notó la mirada de Verj, pero no se volteó a mirarlo—. Anoche Sitnor tomó la capital de Morrau…

—Malditos sean, así se hace.

—… Pero la reina de Morrau secuestró a Quentin Guna.

—¿Qué? ¡No puede ser!

—Huyó con él y ahora están intentando saber hacia dónde.

—¿Cómo demonios?

—Morgana Rostur es poderosa, aunque no lo parezca. No solo eso, quiso robar la mente de Naga y él se inmoló para proteger a sus compañeros y a todos nosotros. La reina se llevó a Quentin Guna cuando no había nadie más allí.

—Mierda… —Verj se puso de pie—. ¡Mierda!

Leyna cerró los ojos y su cuerpo se estremeció al oírlo levantar la voz.

—Y no es todo —continuó Leyna, acobardada—. Erjathá fue atacada por Morrau, ayer también. Los morroínos no lograron tomar la ciudad, pero sufrieron muchos daños y numerosas vidas se perdieron.

—¡Maldición!

—Tino Suhrah está desaparecido. Su…—dijo con un hilo de voz. Leyna no podía decirlo sin sentirse incómoda, más aún sabiendo que su hermano estaba visiblemente molesto. Sabía que los pyebranos acostumbraban a tener parejas del mismo sexo, pero a ella le parecía demasiado extraño y no estaba segura de cómo reaccionaría Verj al decirle que uno de los magos de Erjathá

era… diferente—. Su compañero… amante… Bueno, él falleció en sus brazos y Tino Suhrah decidió desaparecer. No se sabe dónde está desde ese momento.

—No puede ser —dijo con pesar.

—Tenemos que hacer lo posible por llegar cuanto antes. Ahora tanto Sitnor como Erjathá tienen sus propios problemas y necesitan de nuestra ayuda. Si tú me lo permites, puedo adelantarme y…

—Ni lo sueñes.

—En Morrau me necesitan, Verj. Quentin Guna será torturado hasta la muerte si no lo encuentran pronto.

—No, Leyna, no puedo dejarte ir. Le prometí a tu madre que cuidaría de ti.

—Puedo llevar a Zel conmigo.

—No te dejaré ir sola con Zel. —Verj se movió incómodo—. No confío en Zel, Leyna, por eso siempre está a mi lado.

—Él ya no es como era, hermano.

—Nunca dejará de serlo, pero sucede que lo mantengo ocupado. Zel mata personas solo por gusto…

—¿Qué quieres decir? —Leyna se volteó, alarmada. Verj parecía arrepentido de lo que dijo, aunque continuó hablando.

—Dejo que se encargue de los prisioneros más problemáticos, aquellos que ya no tienen remedio… —dijo bajando la voz, como si él mismo se avergonzara de lo que su hermano hacía. Leyna se sintió enferma, nunca se hubiera imaginado que Zel fuera capaz de algo así—. Y al único que medianamente respeta y teme, es a mí. No puedo permitir que esté lejos y menos aún si es contigo.

—Puedo defenderme ahora, Verj —respondió intentando mantener el control.

—Pero no lo harás, porque es tu gemelo.

Leyna asintió, Verj tenía razón. No sería capaz de hacerle daño.

—Ven tú conmigo y deja a Zel a cargo.

Verj rio.

—No, ellos confían en mí —dijo haciendo una seña hacia los miles de hombres que se preparaban para pasar la noche.

—Puedo pedirle a mi maestro indicaciones para aparecer en Morrau —insistió, aun temiendo que Verj se enojara con ella. Nunca lo hizo, pero Verj era bastante impredecible y si se le ocurría ponerse a gritar, Leyna no iba a poder soportarlo.

—Estarás sola, rodeada de gente extraña…

No parecía enojado, parecía estar pensándolo. Quizás, si insistía un poco más, lograría que le permitiera ir en ayuda de los sitnorenses.

—Si mi maestro me lo ordena, iré. Todavía no me lo ha pedido, pero quiero que lo recuerdes, Verj.

—Tenemos que encontrar otra solución.

—No la hay. Ya lo pensé y no tenemos salida, más que rodear Verkrity y rogar a Sinmá para que las lluvias dejen de ser tan abundantes, de lo contrario, el río Rojo desbordará en su nacimiento también y estaremos en graves problemas. Tardaremos meses y a cada minuto la vida de Quentin Guna está en mayor peligro.

—¿Crees…? —Verj hizo una pausa mientras parecía acomodar sus ideas—. Si tomamos los barcos cargueros…

—No, Verj. Padre se molestará demasiado.

—Es una emergencia, los devolveremos. Necesitamos cruzar hacia Sitnor urgente. —Leyna lo pensó. No era tan mala idea, pero eso implicaba moverse hacia Vinkh Dras y, si no había barcos atracando allí, continuar hasta Dath Pont, con la posibilidad de que tampoco encontraran navíos suficientes—. ¿Crees que podrás con las corrientes y con las bestias marítimas de Sitnor?

—No lo sé. Si fracaso, nos iremos todos al fondo del mar. Nunca hice nada por el estilo, no tuve prácticas de esa magnitud, Verj. —Su hermano asintió, aunque no parecía decepcionado—. Creo que confías demasiado en mí.

—Claro que sí, pondría mi vida en tus manos, Leyna.

—Pero no es conveniente que me confíes la de todos tus hombres. Es demasiado arriesgado.

—Yo creo que podrías hacerlo.

Leyna sonrió. Nunca la había visto hacer nada y aun así la creía capaz de manejar las corrientes marinas de Sitnor, que hundían a los barcos como si fueran cáscaras de nuez.

—Rodearemos los lagos y cruzaremos detrás de Verkrity —dijo Leyna después de pensarlo un poco más—, queda un mes de verano, y la nieve será más fácil de cruzar que el agua de los deshielos. Eso o nos esperamos a que todo esto se congele.

—No puedo tener tres mil hombres esperando por dos meses, se van a matar entre ellos.

—Entonces caminaremos, para que se mantengan ocupados.

Pyebra Ciudad Capital

«Reda está muerto».

Viktoria sonrió, en la oscuridad de su habitación, donde nadie podía verla hacerlo, donde no la juzgarían ni la señalarían. Se había librado de Reda, para siempre. Nunca más tendría que verlo ni soportar su soberbia. Tendría que decírselo a la Dama, y eso era algo que le quitaba la alegría, porque nunca se sabía cómo iba a reaccionar. Pero Reda ya no estaba. Podía tomarse un par de días o decirle a Radjhá que se lo dijera. No le haría daño a él, eso era una certeza, y ella podría ausentarse con la excusa de estar preparando todo para tomar Garhq Tahok.

Eso tendría que hacerlo, estaba segura. Enviar a sus muchachos a la ciudad portuaria, porque ella no podía dejar la capital. Dante no podía quedar huérfano, o se le echarían encima como lobos hambrientos. Además, el niño ni hablaba. Desde que Lena y Kirios fallecieron, no volvió a decir una palabra. Apenas si salía de su habitación y se pasaba el día sentado junto a la ventana, mirando al lago. No reaccionaba a los buenos tratos, ni a los malos. No lloraba, no se quejaba, no se enojaba. Era como un enorme muñeco de tela, sin voluntad ni reacción alguna. Reda sugirió llevarlo al frente, para que las emociones fuertes hicieran alguna clase de efecto en el niño, pero temió que le devolvieran otro ataúd y estuvo en lo cierto. Si lo hubiera dejado ir… No quiso terminar de pensar en ello.

—Lena —murmuró. Y recordó también a Tareq, que se había marchado hacía casi un año ya. Se preguntó si regresaría alguna vez, si estaría vivo todavía, si habría encontrado la paz en las montañas o si estaba aún demasiado atormentado como para regresar al palacio—. Sería mejor si no regresara…

Sitnor Ciudad Capital

Noah estaba recostado con la cabeza sobre el regazo de Enara. No se movía desde hacía horas y ella comprendía su pesar. Se habían llevado a Quentin. La Hermandad tenía a Quentin. Enara

ya no tenía lágrimas para llorar. No le quedaban más, pero la tristeza no se había ido con ellas. Y para empeorar las cosas, Naga se había sacrificado.

Sabía que si no encontraban a Quentin enseguida, más riesgos existían que le sucediera algo grave. Si es que ya no habían empezado a hacerle daño. Dos lágrimas rodaron por su mejilla y Enara se cubrió la boca, para evitar hacer ruido, pero Noah lo notó. Se incorporó y la abrazó, sin decir nada. No encontraban palabras de consuelo para ninguno de los dos, porque ambos sabían de lo que eran capaces de hacer. Aunque no tuvieran motivos, aunque fuera solo para demostrar su poder.

Quentin en manos de la Hermandad era una pesadilla.

Enara sintió un cosquilleo en su vientre y se movió, incómoda. Ya lo había sentido antes, pero no se acostumbraba a ello aún. Iba a decírselo a Noah esa noche pero, después de las noticias que Iskánder le dio, no podía hacerlo.

¿Cómo tomaría Noah en esos momentos que iba a ser padre? Se sentiría culpable si se alegraba por la noticia y, a su vez, su tristeza no le permitiría ser feliz por ello. No, era mejor esperar algunos días, cuando tuvieran noticias de Quentin.

Algún lugar de Morrau

Despertó.

O eso le parecía. No podía ver nada y solo podía escuchar un zumbido molesto y constante. Quiso estirarse, pero se encontró con que el lugar donde se hallaba era demasiado reducido. Tenía las manos atadas y también los pies. Se desesperó.

Comenzó a golpearse contra las paredes que sonaban a madera gruesa y fuerte, y esta no cedió ni un centímetro.

Se detuvo y pensó, aunque tenía la mente confundida y dispersa. Se esforzó por recordar algo, así sea una mínima cosa.

¿Dónde se encontraba la última vez? ¿Con quiénes? ¿Era de día o de noche? ¿Verano o invierno?

Tenía calor. Estaba sofocado. Aunque considerando que se encontraba en una caja… podía hacer cualquier temperatura afuera. ¿Dónde estaba?

Y recordó. Todo. Lo bueno y lo malo. Naga luchando contra la reina Morgana. Él mismo de camino a asesinar a Tá-qá. El ataque de la reina.

—Mierda.

Quentin recordó cómo hirió a Tá-qá y cómo asesinó a la mujer negra. Como un cobarde, cuando ella estaba indefensa y paralizada.

Recordó, también, que podía usar la magia y sonrió. Nunca antes había podido hacerlo, pero Tareq le había enseñado, había insistido y lo había conseguido.

Rebuscó en su mente enredada el lugar donde se encontraba esa maravillosa esfera de luz blanca y fría, que se arremolinaba sobre sí misma. Llegó a ella y… No pudo hacer que se expandiera ni que traspasara sus límites para llenar su mente.

Otra vez la desesperación se adueñó de él y le atenazó los músculos. Su respiración se agitó y el estómago comenzó a arderle, como cuando estaba a punto de usar sus espadas antes de una batalla.

—*¿Ilsa?*

Nada.

No había Ilsa. Ni Onix. Tampoco Tareq. No estaban donde deberían. No podía verlos ni

sentirlos. Era incapaz de encontrarlos.

Y sus recuerdos lo llevaron a Sitnor, al estudio de Noah, al día en que Tino les dijo que la reina Viktoria había anulado los poderes de la princesa Lena con una poción.

Sus músculos se relajaron. No tenía nada. Estaba solo por primera vez en años. Completamente solo. Y en las garras de la hermandad.

—Nunca estuve tan jodido en toda mi maldita existencia.

Fin de la parte III

Epílogo

Tareq estaba sentado en el borde de la cama, esperando por Vila. Hacía pocos minutos que le habían dicho que Quentin había sido capturado y le urgía dejar la capital para ir a Morrau. Ya se hubiera ido, de haber estado solo, aunque tuviera que tirar abajo las puertas de la ciudad para salir de allí, pero su familia estaba en Sitnor y tenía que decirles lo que estaba sucediendo.

Sabía que Lena querría acompañarlo, porque Quentin e Ilsa sanaron a Vila y eso la hacía sentir en deuda con ellos. Sin embargo, no iba a permitirle ir. Era demasiado riesgo tanto por la identidad de Lena como por sus impulsos. No sabía qué podría hacer la niña y Naga ya… Él ya no estaba.

Se llevó las manos a la cabeza y suspiró. Se le hacía imposible creer que Naga ya no existiera. O que solo quedara de él un cuerpo vacío y sin voluntad.

Vila entró en la habitación.

—¿Qué tienes? —Se acercó preocupada al verlo así.

Tareq le contó lo que sabía de Naga y de Quentin y Vila solo habló cuando él terminó de contarle.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó con cierto temor, aunque parecía que ella ya sabía la respuesta.

—Saldré hacia Morrau al amanecer.

—Por favor, no lo hagas. Si te encuentras con la reina Morgana y ella te reconoce…

—Debo hacerlo —murmuró.

—¿Acaso te ordenaron que fueras por Quentin? —Vila se alteró—. Por Sinmá, como si no supieran en la situación que te encuentras.

—Quiero ir, Vila. Es Quentin.

—Quien sea, Tareq. —La sacerdotisa se puso de pie y comenzó a caminar por la habitación—. Estarás arriesgando tu propio cuello. Esa gente te conoce, pueden entrar en tu mente, saber de Lena y que estamos aquí.

—Debo ir.

—Pero, ¿por qué insistes? —Se detuvo a mirarlo y se la veía molesta, preocupada y asustada.

—Porque quiero ir, Vila. Porque creo… Creo que yo soy Ethan, ese hermano que ellos perdieron.

—¿De qué hablas? —murmuró, confundida.

—Cuando fuimos a buscar a Quentin, cuando lo poseyó el Indigno, él me llamó Ethan. Mientras esperábamos a que despertara, le pregunté a Ilsa si sabía a quién se refería y me contó que Ethan era uno de los Guna, que fue secuestrado cuando eran niños, antes que la señorita Aranza naciera, incluso. No tenía más que tres o cuatro años cuando se lo llevaron. Secuestraron a Quentin al mismo tiempo, pero a él lo dejaron en las calles y del otro niño no se supo más nada.

—No tiene sentido, Tareq. Solo porque Quentin te confundió con su hermano, no te hace ser él. Puede estar muerto, o estar en cualquier lugar de Thoria.

—Espera. Quentin supo de la existencia de Ethan la noche que fuimos a rastrear la túnica que le dieron a la señora Enara. Cuando lo hirieron con un Indigno, quedó inconsciente y entre sus recuerdos, eso salió a la luz.

—Pero, Tareq…

—Esa noche también me hirieron con un Indigno, o con varios, no lo sé. También soñé cosas extrañas y lo mismo vi cosas que no comprendía.

—Pero eso es lo que hacen los Indignos, por Sinmá. —Vila volvió a pasearse, nerviosa, por la habitación.

—En mi sueño había una mujer rubia y bajita, a la que llamé «madre» en cuanto la vi. Y un hombre de barba negra y ojos grises que me llevaba en brazos. Adivina cómo se veían los padres de Quentin… La mujer era muy parecida a la señorita Aranza y a ella no la conocí hasta hace un par de semanas, antes que partieran a Morrau.

—Pudiste ver un retrato de ellos en algún lado y haber imaginado el resto.

—No hay retratos en ningún lado, Vila. Tú estuviste en esa casa, con ellos; conmigo y con Lena. Vivimos allí por semanas y el único retrato que había era de un caballo blanco en la sala. Pregúntale a Lena, que tiene una memoria formidable, si sabe cómo eran los Guna o si vio un retrato de los padres de Quentin en algún momento. No te podrá responder, porque los conoce tanto como tú o como yo. Son solo nombres… Ni siquiera sé cómo se llamaba la señora, de hecho.

—No es posible, Tareq, creo… Creo que estás dejándote llevar por una mínima coincidencia.

Tareq movió la cabeza de lado a lado, negando lo que Vila decía.

—Había un niño durmiendo en una cuna, y otro un poco mayor que yo sentado junto al bebé. Yo no tengo hermanos en Mar Verde y mis padres no se veían como esas personas de mis sueños, Vila. Podrían haber sido el señor Noah y Quentin y… sus padres, que quizás hasta son mis padres.

Vila se arrodilló frente a él y le tomó las manos.

—Tareq, puede que estés buscando un motivo para desligarte de Pyebra y todo lo que eso significa para ti, piénsalo…

Tareq se puso de pie y se alejó de Vila.

—¿Cómo explicas esta angustia que siento? ¿Y cuando fuimos por él al medio de la nada? Por Efos, me sentía destruido, Vila. Me sentía culpable por lo que él estaba sufriendo y entré a su mente para ayudarlo, sabiendo que yo podía quedarme atrapado allí por siempre. Jamás hubiera tomado ese riesgo por nadie, salvo por Lena o por ti, y ni yo me explico por qué lo hice por Quentin. ¿Y quién es Quentin, después de todo? Una persona que conozco apenas hace unos meses. No lo hice porque me sintiera en deuda con él, no lo haría por Ilsa, por ejemplo. Por nadie, pero *necesitaba* hacerlo por él. Y él también, cuando me separaron de Naga y de Iskánder… Cuando regresaron por mí, fue el primero en llegar.

Vila se sentó en la cama. Parecía más confundida que antes. O tal vez, más cerca de darle la razón a Tareq.

—Además, mírame. Un solo invierno y me veo tan pálido como todos por acá. Los pyebranos son morenos y menudos… A mis doce años ya era del mismo tamaño de mi padre… o de quien me crió como mi padre, que ya no sé si son mis padres o no.

—No lo sé, Tareq. Todo esto es muy extraño.

—¿Lo ves? No son coincidencias, porque son demasiadas. Y además, mira. —Tareq caminó hacia uno de los faroles, lo tomó y lo acercó a su rostro—. ¿Ves este lunar? Todos ellos tienen el mismo lunar sobre la ceja derecha. Los miré en detalle. Aunque debo haber parecido un idiota, busqué en ellos cualquier cosa que pudiera encontrar que se pareciera a mí. Quentin tiene un lunar en cada dedo de la mano derecha, igual que yo. Apenas si se ven, pero están, como los míos. Astor, el pequeñito, ama la miel, se obsesiona por la miel, mejor dicho —rio—. El señor Noah tiene terror a las arañas. La señorita Aranza tiene una terrible alergia a las nueces y…

¿Adivina? Son todas cosas que me suceden a mí.

—Ya, Tareq.

—Y nunca tuve esta inexplicable necesidad de ayudar a nadie más que a mí mismo hasta que tú apareciste en mi vida y rompiste con todo lo que sabía y conocía. Me hiciste ver cosas que pasaban desapercibidas y que nunca me enseñaron y es lo que los Guna hacen de forma natural. Quizás sí las aprendí cuando era muy pequeño, pero me hicieron olvidarlas. Tal vez eliminaron de mi mente todos esos recuerdos o los encerraron en algún lugar inaccesible para mí. Tal vez nos cagaron la vida a todos por pura maldad, pero tú llegaste para recordarme todo eso, ¿comprendes? —Tareq se sentó en la cama junto a Vila y la abrazó—. Pero, ¿sabes qué es lo más triste? Que ellos murieron sin saber qué ocurrió con Ethan. Quizás mi subconsciente se vengó de ellos cuando me llevé a Lena… Un hijo por otro hijo…

PARTE IV

Los Astros tienen sus razones

Prólogo

Sitnor Ciudad Capital, año 3986

Iban de la mano, caminando hacia la carreta donde un grupo de feriantes hacía bailar a sus coloridas marionetas. El más pequeño de ellos, un niño regordete y de cabello oscuro, llevaba una torta dulce que comía con gran prisa, mientras el mayor de ellos caminaba atento a su entorno, algo inseguro. Cada pocos pasos se daba vuelta a mirar hacia atrás y, al ver que su madre no les quitaba los ojos de encima, sonreía y volvía la vista al frente.

Llegaron y se entremezclaron con los demás niños. El pequeño reía cada pocos segundos, pero el mayor lucía intranquilo y distraído, sin prestar mucha atención a lo que arrancaba aplausos y risas de quienes estaban a su alrededor.

El espectáculo terminó y la gente comenzó a retirarse. Los dos hermanos comenzaron a caminar hacia donde los esperaban, sin embargo, el pequeño se soltó de la mano del mayor y se alejó de él, sin decir una sola palabra.

—¡Quentin! —llamó desesperado.

Corrió detrás de su hermano, pero de un momento a otro, lo perdió de vista entre la gente que se movía de un lado al otro, bailando, riendo, cantando. Se detuvo y miró hacia donde se suponía que estaban sus padres, pero no reconoció su entorno.

—¡Mamá! —exclamó—. ¡Papá!

No alcanzaba a distinguir sus rostros entre la muchedumbre y se desesperó.

—¡Mamá! ¡Quentin!

Nadie le ponía atención alguna, ocupados como estaban en divertirse.

—¡Papá! ¡Papá! —insistió. Sus ojos se llenaron de lágrimas ardientes y estas corrieron por sus mejillas. Desesperado, comenzó a correr sin saber hacia dónde, pero con la esperanza de regresar a los brazos de su padre para decirle que había perdido a Quentin.

—¡Papá! —repetía una y otra vez y su voz se perdía en los cientos de voces y acordes que poblaban el ambiente esa noche.

«No están. No está mamá, no está papá».

—¡Quentin!

—Ethan —dijo la voz de su pequeño hermano y el niño se detuvo. Miró a su alrededor y lo vio en brazos de una mujer delgada y de cabello blanco. Sonreía.

—Vamos a casa, Quentin —dijo, mientras se secaba las lágrimas con la manga de la camisa.

—¿Sabes dónde vives, acaso? —preguntó la mujer y Ethan dudó antes de responder.

—No —dijo al fin. La mujer le tomó la mano.

—Los llevaré a casa.

—No, iremos solos —dijo y se soltó—. Mi papá no me deja hablar con personas que no conozco. Deme a mi hermanito.

La mujer sonrió.

—Pero yo conozco a tu mamá.

—¿Sí? —sonrió, esperanzado.

—Claro que sí. Es bonita.

—Sí, mi mamá es la más hermosa.

—¿Viste que es cierto? —sonrió la mujer.

—¡Mamá! —dijo Quentin y empezó a moverse, incómodo, para que la mujer lo bajara.

—¡Quieto! —exclamó de muy mala manera. Ethan se asustó y sus ojos se agrandaron por un instante.

—¡No le grite a mi hermanito!

Quentin comenzó a llorar y la mujer lo abofeteó.

—¡Calla, mocoso!

Ethan corrió hacia ella y comenzó a golpearla en la cintura con los puños.

—¡Suéltelo! ¡Papá! ¡Papá!

La mujer arrojó a Ethan al piso de un empujón y cayó sentado sobre un charco. Los ojos del niño se clavaron en ella. La miró fijo, mientras ella zamarreaba a Quentin, que no dejaba de llorar. Un sonido fuerte, como un crujido, lo hizo sobresaltar y la mujer cayó tendida en la calle. Quentin rodó sobre los adoquines y su cabeza comenzó a sangrar.

Ethan se quedó paralizado por el miedo y la angustia de ver a su hermano lastimado, pero la mujer lo sacó de su estado cuando lo tomó del brazo. Quentin lloraba y llamaba a su madre, pero Ethan no podía escapar de la garra de esa extraña mujer. Ella lo levantó de un tirón y lo arrastró por la calle.

—¡Quentin! ¡Papá!

De nada le sirvió que se resistiera o gritara por ayuda, la mujer seguía alejándolo de su hermanito. Lo estaba dejando solo, sentado en medio de la calle, con las manos en su boca.

Lloraba.

Lloraban los dos.

Uno por el golpe. Otro de miedo y desesperación.

1

Erjathá, Pyebra, año 4003

La gente se apartaba para dejarle camino y el señor Jeno avanzaba por el extenso corredor de curiosos lo más rápido que sus cortas piernas se lo permitían. Todos murmuraban a su alrededor, pero hacían silencio cuando él pasaba; no entendía lo que decían, aunque el terror y la incertidumbre podía sentirse en el aire pesado y caliente de la selva pyebrana.

Al final del camino se hallaban los magos y Shanyi se apresuró a correr hacia él. Lloraba, la pobre niña tenía el rostro cubierto de lágrimas; su dorado cabello formaba remolinos en su frente, pegados a la piel por su sudor. Los ojos enrojecidos, el mentón tembloroso, las manos sucias. Lo abrazó, a pesar de que él era el Gobernante de la ciudad, y escondió el rostro en su hombro.

—Mi… Mi mamá —balbuceó—, Tino…

El señor Jeno le puso una mano en la espalda para consolarla, al mismo tiempo que sentía su corazón detenerse.

—Lo siento tanto —murmuró. Lamentaba la pérdida de su madre, pero que a Tino lo hubiera alcanzado Zarba era una noticia más alarmante de lo que le gustaba admitir. Tino era el espíritu de Erjathá, su nexo con el resto de Thoria, quien se había encargado de fortalecer su relación con Sitnor con sus constantes viajes… No podían haberlo perdido. Era imposible.

—Ven conmigo, Shanyi —dijo la maestra Áliza y la muchacha obedeció, sin dejar de llorar ni un segundo. Las vio alejarse y, también, vio cuando cientos de manos se extendían hacia ellas y les acariciaban la cabeza por un instante, en señal de respeto por las pérdidas sufridas esa noche. Se escabulleron en la multitud a los pocos segundos, y el señor Jeno continuó andando.

Se quedó paralizado al ver que enormes grietas en la tierra se tragaron la parte sur de la ciudad. De alguna forma que él nunca llegaría a comprender, los magos colgaron luces en el cielo, que alumbraban los más de cuatrocientos metros que los separaban de las murallas. Todo estaba destruido. Arrasado, mejor dicho. No había palmeras, ni árboles, ni arbustos…

—Ni una maldita casa en pie —murmuró.

—Lamentamos mucho lo sucedido, señor Jeno —se excusó Dima y el señor Jeno levantó la cabeza para mirarlo. Tenía el rostro cubierto de hollín y polvo—. Fue la única forma de detenerlos. Los daños…

—¿Qué…? —interrumpió—. ¿Cómo demonios fueron capaces de llegar hasta aquí? —Se sentía furioso y no sabía a dónde estaba su calma y su paciencia habitual. Sin embargo, no hizo ningún esfuerzo por controlarse—. ¿Qué sucedió con las malditas «plantas de la felicidad»? Esto no tendría que haber pasado, todos los caminos tenían una de esas condenadas plantas. ¡Me lo dijeron los malditos jardineros!

—Señor Jeno. —Dima quiso tomarlo del brazo, pero él se apartó.

—¿Y los vigías? —exclamó, pero sus fuerzas menguaron de repente al pensar en que podrían estar muertos— No puedo creer que todos ellos…

—Cálmese, por favor…

—No puede ser que todos hayan muerto, no es posible. —Miró a Dima y a Drian, con su rostro imperturbable, y ambos bajaron la vista.

—No lo sabemos, señor —dijo Drian—. El ejército envió soldados a ver qué ocurrió después de que Shanyi los hizo desaparecer.

—¿Shanyi?

—Sí, señor —contestó Drian.

—Pobre niña…—murmuró y, luego, buscó con la mirada entre los cuerpos que yacían a su alrededor—. ¿Qué sucedió con Tino?¿Cómo fue?

—Ajhmet, su compañero, fue alcanzado por una flecha —dijo Dima—. No había nada que pudiéramos hacer por él y falleció en sus brazos. Tino estaba destrozado por haberlo perdido y desapareció.

—¿Entonces no murió? ¿Tino está bien?

—Está vivo y sano, pero no está bien —aclaró Dima—. No nos contesta, no quiso hablarnos, ni siquiera sé si a Shanyi le dijo algo. Es… Es terrible no saber cómo ayudarlo.

—Por Sinmá —dijo el señor Jeno. Se masajeó las sienes y respiró profundo—. Denle un tiempo. Regresará cuando se sienta mejor.

Miró a su alrededor y su vista se fijó en un cuerpo carbonizado, que parecía haber caído mientras huía del horror que se había desatado a sus espaldas. Era pequeño, tal vez un niño o una niña, y yacía con su brazo derecho estirado, como si quisiera alcanzar algo. Tal vez, la esperanza que se le estaba escapando cuando la muerte lo encontró.

—¿Podremos arreglar esto? —murmuró, derrotado, sin poder apartar los ojos de aquel espanto.

—Los daños materiales pueden repararse y haremos lo posible para poder reconstruir la ciudad cuanto antes. Por lo demás… no sabemos cuántos perdieron sus vidas en el ataque.

—Es lamentable… Hablaré con el ejército para saber si hicieron un recuento. Ustedes soliciten ayuda. Hablen con Naga, que traiga a Ajác y a Mihaí de inmediato.

—Eso no será posible, señor —dijo Dima—. Sitnor tomaría la capital de Morrau anoche.

—Perdieron a Naga —dijo Drian en voz baja—, y la reina Morgana se llevó a Quentin Guna como botín mientras huía.

El señor Jeno los miró y sintió que la tierra desaparecía bajo sus pies. Debió haberse mareado, porque ambos magos lo sujetaron, uno de cada brazo.

—¿Cómo que…? ¿Hoy? ¿Ahora?

—Sí, señor —dijo Dima.

—¿Shanyi ya lo sabe? ¿Sabe sobre Naga?

—No se lo dijimos aún, señor —respondió Dima.

—Esa pobre niña… —murmuró, apenado al pensar en cómo reaccionaría Shanyi cuando lo pusiera. Sin embargo, había todavía más cosas de las que preocuparse. Levantó la cabeza para mirar a uno y a otro—. Las murallas. Tenemos que reconstruir las murallas de inmediato. Que regresen los soldados que enviaron… ¿Se fueron solos?

—Los acompañan seis de nuestros mejores discípulos —aseguró Dima.

—Por todos los dioses del panteón, ¿qué clase de locura está ocurriendo? —susurró, aunque trató de recomponerse lo mejor posible y hacerse cargo de su propio cuerpo—. Háganlos regresar de inmediato, aunque nunca sepamos qué demonios sucedió para que estos malditos morroínos llegaran a nuestras puertas. Si existe un encantamiento para que todo aquel que toque la muralla se muera de forma horrible, háganlo. Y que no haya puerta. Ni una sola, en ningún lugar. Nadie entrará ni saldrá de la ciudad a menos que ustedes lo permitan. Sellaremos la maldita ciudad con todos los encantamientos que conozcan, aunque tengamos que poner soldados cada dos metros para que ningún ciudadano se convierta en polvo.

—Lo consultaremos con nuestro maestro —dijo Dima y el señor Jeno asintió.

—De inmediato. Iré ahora mismo a hablar con el ejército para que se haga cargo del resto,

ustedes pongan sus energías en hacer de esta ciudad una pesadilla para cualquiera que quiera acercarse sin invitación.

Castillo Blanco, Morrau

Una de las habitaciones de los sirvientes estaba cerrada y vacía, y nadie lo sospechaba, porque un hechizo mantenía su puerta oculta detrás de una ilusión que imitaba a las paredes, que en esa zona eran de ladrillo. La Dama aparecía allí una vez cada mes, se paseaba por los corredores y escaleras y averiguaba con los sirvientes cómo iban las cosas allí, porque si era por Morgana, no se enteraba de nada de lo que ocurría. Sus cartas eran esporádicas y muy poco claras, lo que la obligó a tomar medidas drásticas.

Viajar a cualquier lugar de Thoria no era tan sencillo para ella como lo era antaño. Los huesos le ardían cada vez que su cuerpo volvía a recomponerse y su mente permanecía confundida por más tiempo del que era aconsejable. A mayor distancia, mayor era su tormento.

Estaba vieja e inútil. Los largos años que pasó caminando sobre esas tierras le pasaban factura. Cuando se trataba de usar la magia de forma desmedida, su cuerpo se volvía una carga. De haber sido posible, hubiera trasladado su mente y sus poderes a un cuerpo más joven y más apto, pero nunca consiguió algo así, por más que lo intentó.

Una vez que recuperó el control, la Dama dejó la habitación y se encontró con que todo allí era un caos. Los sirvientes llamaban por ayuda desde sus habitaciones, aunque ninguna puerta estaba abierta; se oían gritos desde los jardines y dentro del castillo, también. Se hizo una con las sombras y se ocultó en una ilusión para que nadie la viera. Recorrió los pasillos hasta que encontró los primeros indicios de lo que estaba sucediendo allí.

Los cuerpos de los soldados tapizaban la escalera principal y tuvo que estar atenta para no pisar a alguno de ellos mientras subía.

Al llegar al segundo piso, vio que Morgana tenía un pie sobre el pecho de un hombre moreno y delgado. Pyebrano, al parecer. Tá—qá tenía el cuerpo de Ilaria en sus brazos y miraba a la nada. Junto a él, yacía un joven inconsciente.

—¿Qué sucede? —preguntó al tiempo que se dejaba ver.

—Mi señora. —Morgana hizo una reverencia.

—¿Quiénes son?

—De Sitnor, mi señora. Vinieron a tomar el castillo.

—Déjalos.

—¿Dejarles el castillo?

—No interesa ya. Ve a Pyebra cuando termines aquí, serás más útil, porque parece que Viktoria no consigue salir de Pyebra y esto se está tardando demasiado para mi gusto. Que hagan lo que quieran.

—¿Y el ejército?

—Tú eres más fuerte que un ejército, Morgana. Aniquilaremos a sus magos y a sus soldados. ¿Alguno de ellos tiene poderes? —preguntó mirando a los desconocidos.

—Él. —Morgana pateó el cuerpo del joven a sus pies—. Un mago del Sol.

—Roba su mente. Quiero saber quién lo entrenó y dónde se esconde el cobarde de su maestro.

—El otro es el hermano del Gobernador de Sitnor, es quien asesinó… a mi dulce Ilaria —terminó con un hilo de voz. La Dama recordó lo que Reda le habló de él cuando quiso secuestrarlo en Sitnor.

—También es mago. ¿Sabe usar sus poderes?

—Solo las palabras de poder, al parecer, porque no hizo nada más que intentar detenerme con ellas.

—Es poderoso, pero no está entrenado —dijo y Morgana asintió—. Haz lo que quieras con él, entonces, no me interesa.

—¿Puedo matarlo, mi señora?

—Como desees. Cóbrate la muerte de Ilaria, pero apresúrate con el mago, porque puede llevarte mucho tiempo y, si te interrumpen, puedes arruinarlo todo. Recuerda llevarte su cuerpo, o sufrirás cuando él muera.

Morgana asintió y se acuclilló junto al hombre. Una mueca de dolor se formó en su rostro y lo vio retorcerse en el suelo. Se hizo un ovillo, se llevó las manos a la cabeza y se jaló el cabello. Sin embargo, a los pocos segundos dejó de hacerlo y un haz de luz salió de su cabeza, para perderse entre el destruido piso superior. Su rostro se serenó y su cuerpo se relajó.

—El muy maldito… ¡Demonios! —Morgana se incorporó y lo pateó en el costado, pero el hombre no se inmutó.

—¿Cómo demonios pudo hacer algo así? —preguntó la Dama al darse cuenta de que el mago había renunciado a sus poderes.

—No solo eso, también borró su propia mente, mi señora. ¡Maldito seas! —exclamó y volvió a patearlo.

La Dama entró en su mente y comprobó que no había nada allí, puesto que se encontró con un lugar frío, oscuro y vacío. Hizo aparecer una luz en su mano y la expulsó. La vio volar hasta que la oscuridad se la tragó, lejos, cuando no era más que una pequeña mota de polvo en la inmensidad.

—Maldigo su lealtad y su sentido del deber —masculló ni bien salió de allí.

Un repentino estruendo en la planta baja llamó su atención y ambas se miraron.

—¿Cuántos de estos malditos críos hay? —exclamó Morgana.

—Vamos —dijo y le tendió la mano.

—No me iré sin Tá—qá y sin el maldito muchacho que mató a mi Ilaria.

—Por Sinmá, Tá—qá es un esclavo.

—Se equivoca, mi señora, es un hombre libre.

—Los sentimientos llevan a la ruina, Morgana, ya deberías haberlo aprendido.

—Lo lamento, mi señora, no me iré sin ellos.

—Deja al muchacho, entonces, no podré llevarlo. Tendrás otra oportunidad cuando lleguemos a Sitnor.

Morgana negó con un gesto, se alejó de ella y retrocedió sin dejar de mirarla.

—Me lo llevaré y le haré pagar por lo que hizo a mi dulce Ilaria.

—Como quieras, no me quedaré a ver cómo te pierdes por culpa de tus impulsos. Ve a Pyebra, te estaremos esperando.

—Sí, mi señora —dijo con una reverencia.

La Dama desapareció y regresó a su cueva oscura, fría y silenciosa.

En algún lugar de Morrau

—Nunca estuve tan jodido en toda mi maldita existencia —murmuró Quentin, y darse cuenta de ello solo hizo que su determinación por liberarse fuera mayor que nunca.

Desde que podía recordar, siempre tuvo alguien en quien apoyarse. Josh, de forma casi permanente. Luego llegó Astor, aunque su interacción no fue tanta. Con el conocimiento de lo

que su hermano menor era capaz de hacer, llegó Onix y saber que podía acudir a él en caso de sentir la necesidad, como ocurrió cuando estuvieron en Drioed—ta, le daba una sensación de seguridad y tranquilidad constante. Después llegó Ilsa y su alma envejeció cien años al darse cuenta de que, si perdía la vida, podía causar un daño permanente e irreparable en ella. También estaba Tareq…

—Tareq, te necesito, ¿cómo demonios salgo de esto?

Sin embargo, la poción que la reina Morgana le suministró hizo que no pudiera comunicarse con ninguno de ellos. Lo había dejado solo y a su suerte.

«Gracias a los dioses por Tareq y sus lecciones» sonrió.

Hizo un esfuerzo por acordarse de todo lo que el mago pyebrano le enseñó. Podía recordar su voz, paciente y segura, su acento extraño, la forma en que sus ojos parecían recorrer las páginas de un libro cuando estaba intentando recordar alguna palabra en sitnorense, cómo se reía cuando Quentin quería adivinar lo que él no podía explicar.

«Las *palabrras* de *poderr* se *sirrven* de la magia del *Astrro* que te bendijo, de tu *estrrella*» fue lo primero que llegó a él. Si eso era así, no necesitaría usar la magia de su esfera para poder utilizarlas. Quiso festejar su triunfo poniéndose de pie, pero lo único que logró fue darle un cabezazo a la tapa de la caja de madera. Maldijo para sí mismo, aunque no se dejó desanimar. Las palabras de poder iban a ayudarlo llegado el momento, en cuanto el carro se detuviera. La caja, al parecer, estaba cerrada con algún candado o con llave, y debería liberar el cerrojo. Luego abrir la caja e inmovilizar a quienes viera. La palabra de poder para abrir era…

—Por los dioses, ¿cómo era?

Quentin pensó y volvió a hacerlo, pero no podía hallarlas en su mente. Respiró profundo; sabía que debía mantener la calma, porque no le serviría de nada desesperarse. Tan solo decidió esperar a que sus pensamientos no estuvieran tan enredados. Sabía que la princesa Lena bebía la poción todas las mañanas, antes de ingerir nada más. La reina Viktoria se aseguraba de que así fuera. Si se rehusaba a beber por un día, podría empezar a recordar con mayor claridad. No sabía con certeza cuánto tiempo pasó desde que lo separaron de Naga, pero no tenía más opción que esperar.

Temía lo que sucedería cuando lo sacaran de allí, porque la reina Morgana no estaba nada contenta con lo que él le hizo a la mujer negra, y Tá—qá mucho menos. Sin embargo, tenía la certeza de que podría resistir unos cuántos golpes si era necesario, ya que seguro que querrían extender su sufrimiento lo máximo posible, no lo iban a matar en los primeros días. Al menos no lo harían hasta llegar a alguna ciudad. Quizás su intención era llevarlo hasta Pyebra, al mismo escondite de la Dama de la Cueva, pero no tenía la certeza de que eso ocurriría. Tal vez llegarían al castillo de algún Praeth y lo torturarían hasta la muerte sin pedir autorización a nadie más. No tenía la oportunidad de saberlo y no pensaba quedarse a averiguarlo, tampoco. Necesitaba escapar mucho antes.

Quentin dormitó de a ratos y su mente se perdía entre lejanos recuerdos cuando soñaba, pero ninguno de ellos lo llevó a los que tenía sobre Ethan, a quien le hubiera gustado conocer. Pensó en Ilsa y en que estaba sola en una ciudad desconocida, con gente extraña. Era muy sociable y simpática, pero estar varada allí no sería para nada fácil. Se despidió de ella antes de entrar al Castillo Blanco y, desde ese entonces, no volvió a hablarle. Se imaginaba que debía estar muy preocupada.

Pensó en que, precisamente, nunca se detuvo demasiado a analizar qué hacer con lo que sentía por Ilsa. Si bien ya estaba acostumbrado a estar con ella, sabía que la confusión que sintió las primeras veces que estuvieron juntos nunca lo abandonó del todo, por lo que ya no podía

llamarlo solo «confusión». La amaba, sí, y al principio creyó que como se quiere a una hermana y que ambos malinterpretaron el resto, pero las ganas de querer besarla no se le quitaron nunca. Aunque a ella sí, al parecer, y por eso había besado a Iskánder.

«Maldito Iskánder. Besó a Ilsa el muy cabrón».

Le hubiera gustado que le diera un solo motivo para romperle toda la cara, pero el imbécil ni eso hizo. Se disculpó y, encima, le pidió permiso para llevar a Ilsa a recorrer la ciudad. Gracias a los dioses que Ilsa le dejó en claro que su intención era solo pasar el rato, no algo formal. Y menos mal que él no estuvo dispuesto a seguirle el juego.

Los músculos en sus mandíbulas se contrajeron y sus muelas rechinaron al pensar en que ellos podrían… Respiró profundo.

«No puedo creer que esté pensando en esto. Las palabras de poder, Quentin. Concéntrate».

Quiso acomodarse, pero la caja era bastante chica. Le dolía la cadera y el hombro por los constantes saltos de la carreta, tenía el brazo derecho entumecido al estar recostado sobre él y hacía rato que las manos parecían no existir, por lo ajustada que estaba la soga. Las tenía atadas en su espalda y no sabía si los dedos se movían cuando él quería hacerlo.

No supo cuantas horas pasaron hasta que el maldito carro se detuvo, pero su cuerpo se tensó cuando el carro dejó de tambalearse.

Las palabras de poder. ¡Rápido! Alguna, aunque sea una sola. Que prendiera fuego todo, que abriera la caja, que reventara huesos como si fueran frágiles como el cristal, algo, por los dioses, cualquiera de ellas sería una salvación.

«Si salgo de esto, le diré a Ilsa…»

La tapa de su caja se movió de golpe, sin que nadie la tocara. No escuchó llaves, ni una traba. Solo se abrió. Quedó cegado por la repentina luz, pero antes que pudiera hacer nada más, Tá—qá lo tomó del cabello y lo hizo sentar en la caja.

Hablaba con la reina, aunque Quentin no entendía un cuerno de lo que estaban diciendo. La enorme mano del hombre lo levantó de un brazo y lo depositó en el suelo. Sus piernas fallaron al querer sostenerse, porque tenía todo su cuerpo entumecido, y cayó de cara al piso de roca. Recibió una patada en el abdomen y de nuevo Tá—qá lo levantó tomándolo del brazo, aunque lo sostuvo en esa ocasión. La reina señaló sus pies y las sogas desaparecieron, haciendo que volviera a perder el equilibrio. Al trastabillar, Tá—qá lo arrojó al suelo de un empujón y otra vez su cabeza se estrelló contra el piso, lo que hizo que una herida se abriera en su frente. La sangre corrió y se escurrió hacia un lado, caliente y pesada. Su cabeza se llenó de luces y estas dibujaron figuras confusas. Sin embargo, la risa de la reina la delató. Estaba jugando con él.

—*Estrella, ayúdame* —pensó—. *Permíteme ver a Ilsa una vez más.*

Tá—qá volvió a golpearlo, a gritarle, a patearlo, a arrojarlo de un lado al otro, como una hoja atrapada en un vendaval. Aun así, no les dio el gusto de quejarse, aunque sintió cuando una de sus costillas se rompía como una rama seca. Tampoco lo hizo cuando una patada le quebró dos dedos. Ni cuando la reina causó un incendio en su mente. Pudo sentir como si el cerebro se le estuviera hirviendo y los huesos del cráneo se calentaban hasta convertirse en una sucursal del infierno. Se sentía como si estuviera a punto de estallar y, sin embargo, la presión aumentaba cada vez más, sin detenerse.

Ilsa, solo pensaba en Ilsa y en poder vivir para que ella no sufriera su pérdida, tal como Onix le dijo que sucedería cuando uno de los dos falleciera. Pensaba en que debía hacer un esfuerzo más grande para recordar alguna de las palabras de poder. Aunque sea una de ellas. Parecía, entre golpe y golpe, que pronto llegarían. Estaban ahí, cerca, pero no se dejaban ver.

Una patada en su rostro le hizo sentir que se le reventaba un ojo y una en su pecho le hizo

toser la sangre que se le había acumulado en la boca.

—*Broj lazda*[38] —susurró la dulce voz de su Astro y a Quentin se le llenó el corazón de alegría y de esperanza—. *Khubta sharak gatryth lazda*[39]. *Dame la orden, Quentin Guna, y lo haré para ti.*

Una sanguinolenta sonrisa se dibujó en su rostro, pero nadie pudo verla.

—*¡Broj lazda!* —exclamó con las pocas fuerzas que le quedaban.

Entre los ojos hinchados y cubiertos por un velo rojo, alcanzó a ver que Tá—qá salía despedido hacia una de las paredes y su enorme cuerpo se estampaba en ella. Pudo oír el sonido de algunos de sus huesos al quebrarse y, también, el que hizo su cabeza al golpear la pared de roca. Al mismo tiempo, Morgana Rostur voló hacia la parte superior del túnel y cayó al suelo. A pesar de la velocidad con lo que todo ocurrió, pudo ver el asombro en ambos, su dolor y su desesperación. La reina apoyó ambas manos en el piso e intentó incorporarse, pero parecía que no era capaz de lograrlo.

—Maldito niño —murmuró en sitnorense.

—*Khubta sharak gatryth lazda* —dijo, antes que la reina pudiera poner sus ojos en él, y sus cuerpos se desplomaron en el suelo, sin ninguna voluntad. Le hubiera gustado tener la oportunidad de devolverles la cortesía, de haberlos golpeado hasta cansarse, pero carecía de las fuerzas necesarias para hacerlo. Ni siquiera estaba seguro de que fuera capaz de ponerse de pie.

«El cochero» pensó. Debía haber alguien más allí. Sin embargo, confirmó que no podía moverse. Su cuerpo estaba hecho pedazos y su cabeza otro tanto. Tenía que alejarse de allí cuanto antes, necesitaba hacerlo. Si tenía la mala suerte de que pasara una carreta, podía fingir por algún tiempo estar inconsciente, pero corría el riesgo de que lo alejaran aún más de la capital. Tampoco podía hablar sin delatar su origen y eso solo haría que lo mataran más rápido.

Quiso moverse, aunque sus manos atadas le dificultaban todavía más la tarea. No importaba, debía hacerlo. Tenía que irse de allí.

—*Gracias, estrella* —murmuró.

Quentin quedó inconsciente y no supo cuánto tiempo pasó hasta que volvió a despertar. El cuerpo le dolía más que antes, pero su cabeza se sentía algo más despejada y eso era bueno, muy bueno, de hecho. Todavía no era capaz de comunicarse con nadie, ni tampoco de usar su magia, pero las palabras de poder estaban allí, a su disposición.

—*Ivnez lazda* —dijo y las sogas que sujetaban sus manos se liberaron, al fin. Se tendió de espaldas y se miró la mano derecha. Dos de sus dedos estaban retorcidos y lastimados y no supo si podría arreglarlos—. *Mor lanta* —susurró. Las lastimaduras se cerraron, pero solo eso, por lo que los tomó con la otra mano y tiró de ellos. Se estiraron con un crujido y una punzada de dolor le recorrió el brazo. No podía moverlos, pero al menos ya no se veían tan raros. Cuando encontrara a Ilsa o a Naga podrían acomodárselos.

Se sentó con algo de trabajo y luego se puso de pie para ir hacia el carro. No había nadie más allí. Se asomó en la baranda y vio la caja de madera, que no era más que un ataúd; algunas bolsas, rollos de géneros, varias vasijas con agua y atados de vaya a saber qué cosa. Tomó una tela, la rompió en tiras y se envolvió la mano.

«Una venda de sedas pyebranas» pensó divertido. «Ara sin dudas se enojaría bastante por haber arruinado una pieza tan delicada para vendarme la mano».

Luego se quitó la camisa, lo que arrancó alguna que otra maldición de sus labios, y se aseguró de envolverse el torso lo mejor posible. Quiso arreglar su costilla rota, pero tampoco le funcionó, como con la mano.

Tenía sed, así que destapó las vasijas y estaba por beber cuando recordó la poción que

anulaba la magia. No sabía si toda el agua estaba contaminada, si solo era una de las vasijas la que tenía la poción o si la reina llevaba consigo algún otro frasco. Miró hacia atrás y vio que su cuerpo se encontraba demasiado lejos como para comprobarlo, así que destapó los recipientes y olió cada una de ellas. Uno solo parecía tener un aroma dulzón y extraño, por lo que lo sacó y lo dejó caer al suelo. El sonido de la cerámica al romperse se expandió en un eco infinito en el túnel y, hasta ese momento, no se dio cuenta del silencio que lo rodeaba.

—Al menos no me reventaron los oídos —murmuró.

Acercó a sus labios una de las vasijas que parecía normal y bebió bastante. Los primeros tragos sabían a sangre a pesar de haberse enjuagado la boca varias veces.

No podría montar con una costilla y una mano rota, así que se sentó en el asiento del conductor y azotó al caballo para que avanzara. Lo hizo dar la vuelta y regresar por donde llegaron.

—*Thras lanta* —murmuró al pasar junto a los cuerpos de la reina y de Tá—qá y ambos ardieron en llamas al instante.

El túnel era monótono y parecía no avanzar ni un paso, pero el constante repiqueteo de los cascos del caballo le decían lo contrario. Detuvo al animal cuando vio un cartel a un lado, por lo que se bajó del vehículo para ver qué decía. Apenas era capaz de ver una línea entre el párpado hinchado del ojo izquierdo, puesto que el derecho estaba cerrado por completo.

Eran señales. Los nombres de las ciudades estaban junto a flechas que apuntaban en distintas direcciones y la cifra que marcaba la distancia. Sin embargo, Morrau usaba un sistema de medición diferente al de Sitnor y él no recordaba cómo era la conversión a kilómetros.

—¿Por qué demonios no presté más atención en las clases?

Siempre pensó que estudiar era inútil, cuando su única ambición en la vida era ser un soldado, y en ese momento se dio cuenta de lo equivocado que estaba.

Volvió a subir al carro y azuzó al caballo. Si no sabía las distancias, al menos seguiría las flechas. Si se pasaba de largo, lo notaría al ver que indicaran que la capital se hallaba hacia el lado contrario.

Sin saber cuántos kilómetros recorrió, ni cuántas horas pasaron, el túnel empezó a mostrar diferentes cruces y bifurcaciones, y los letreros le indicaban cuál tomar para ir a las ciudades. Vio que una de las flechas junto a la palabra Ciudad Capital señalaba hacia la derecha, por lo que se dirigió hacia allí. A partir de ese momento, empezó a encontrar carteles con más frecuencia, por lo que rechazó la idea de dormir mientras el caballo galopara. Perderse una señal podía dejarlo en cualquier lugar del mundo.

Solo cuando su compañero de viaje comenzó a aminorar la marcha y él a cabecear, decidió que lo mejor era descansar por algunas horas. No le duraría mucho la montura si le exigía de más. Se bajó del carro, liberó al animal de los arneses y estiró las piernas un poco, caminando algunos metros para volver a regresar. Probó con buscar a Ilsa o a Tareq en su mente, pero seguía sin poder hallarlos. Sin desesperarse, se subió al carro y se hizo un ovillo junto a la caja en la que hizo ese camino, vaya uno a saber cuánto tiempo atrás. Era difícil darle sentido al paso del tiempo allí dentro. La luz que se veía era siempre igual, tenue y anaranjada, y no había ninguna clase de apertura hacia al exterior porque, por supuesto, estaba en el mismísimo vientre de la cordillera Selgo.

Durmió hasta que el sueño le permitió despertar y se preguntó cómo demonios alimentaría al animal, si en todo el camino que hizo no vio nada que se pareciera a la hierba, ni postas de descanso o de cambio de montura. Le pareció extraño, por lo que se fijó en las bolsas y atados que había a su lado para ver si llevaban algo que darle a la pobre bestia.

Encontró avena y maíz. Más maíz que avena. Sabía que no era lo apropiado, pero no tenía otra cosa. Lo demás eran telas, joyas, monedas de oro y algún que otro pergamino. Nada que pudiera comer él mismo tampoco. Alimentó al animal, le dio de beber y, con bastante esfuerzo, volvió a colocarlo al carro.

Todavía tenían un largo, aburrido y doloroso viaje por delante.

2

Morrau Ciudad Capital

Josh miró hacia la calle principal hasta que las figuras de Ara y de los caballos se hicieron una pequeña mancha a lo lejos. La ciudad estaba tan silenciosa como un cementero, porque él y Ara anunciaron, antes del amanecer, que el Distrito 1 de Morrau dejaba de llamarse así y pasaba a formar parte, otra vez, del territorio de Sitnor. Los ciudadanos salieron en sus ropas de cama a escucharlos hablar, guardaron silencio y regresaron a su hogar. Todas las luces se encendieron, lo que era normal. No habría quien pudiera dormir después de recibir una noticia así. La reina Morgana, su reina, había huido. Los abandonó a su suerte y los sitnorenses se aseguraron de cada uno de los habitantes de la ciudad lo comprendiera.

Regresó con el corazón en las manos al interior del castillo, preocupado por Ara. Tenía por delante, al menos, dos semanas de viaje solo para llegar hasta Villa Chester. Eso, si le permitía a Magnus hacerlo a su manera. Sería más si ella decidía detenerse más seguido. Era mucho tiempo, demasiado, si le preguntaban.

Se sacudió las emociones al llegar a la escalera semidestruida y subió sorteando muertos y escombros hasta el tercer piso. Iskánder permanecía allí, junto al cuerpo vacío de Naga, con la vista perdida en un lugar incierto, por lo que asumió que estaba teniendo alguna conversación con otro mago. Josh se hizo notar, para que Iskánder no se sobresaltara y se sentó en un trozo de techo. Miró a Naga y todavía no podía creer que no estuviera allí. Parecía que estaba durmiendo, simplemente. El problema era que nunca volvería a despertar.

Iskánder lo miró, con los ojos vueltos plata, y le hizo una seña con la mano para que esperase. Josh asintió.

—El príncipe Verj y su gente están en camino hacia Sitnor —dijo después de algunos minutos—. Tardarán más de lo normal porque el verano en Tesar está mucho más caliente que lo habitual. Los deshielos y las lluvias hicieron que la tierra entre los lagos se convirtiera en un mar que va desde la base de las montañas de Verkrity hasta la costa este. Es un puto desastre.

—Por un infierno, ¿no hay nada que salga bien?

—Me gustaría poder decir que sí, pero lo cierto es que no. —Iskánder se puso de pie y Josh lo imitó—. Tenemos muchas cosas que hacer, será mejor que nos pongamos en movimiento. Hay que ubicar a Naga en algún lado y ocuparnos de que cuiden de él.

—Me encargaré de buscar una habitación.

—Allí hay una. —Iskánder señaló hacia una de las puertas que estaba entreabierta—. Es bastante linda, pero tiene una salida secreta. Quédate allí con él y yo acomodaré todo este desastre. Cuando terminé te avisaré, porque no es seguro que permanezca en ese cuarto por mucho tiempo.

Josh asintió. Levantó a Naga del suelo y lo llevó en brazos hasta donde el mago le indicó. Lo depositó en la cama y se sentó a su lado.

«¿Será piadoso dejarlo vivir así? Ni siquiera sabe que está vivo, su cuerpo se consumirá hasta que colapse. ¿Acaso es un digno final para alguien como él? Considerar matarlo es una atrocidad, pero está vivo solo porque respira. Si me preguntan, eso no es vivir».

Se recostó en el sillón en el que estaba y se llevó las manos a las sienes. En ese momento entendió a Quentin cuando decía que le parecía que su cabeza iba a estallar, pues eso sentía. Se

preguntó dónde y cómo se encontraría su amigo, y un nudo le atenazó el estómago al pensar en lo que podría estar sucediéndole.

—Los dioses quieran que regrese a salvo —susurró.

Iskánder abrió la puerta y le hizo una seña para que lo siguiera, sacándolo así de sus pensamientos. Al regresar al pasillo, comprobó que el lugar estaba impecable y nadie hubiera dicho que hacía solo unos minutos parecía estar a punto de derrumbarse por completo.

—Buen trabajo —dijo y acompañó sus palabras dándole un manotazo en el hombro, que casi lo deja tendido de cara en el piso—. Perdón, estoy acostumbrado con Quentin. Discúlpame.

—No fue nada —murmuró con una mueca—, no te preocupes.

—¿Tienes noticias de Sitnor?

—Algo. El señor Noah no habla desde que supo que se llevaron a Quentin, según me dijo la señora Enara. No se sabe dónde están Onix y Astor, pero sí se sabe que están a salvo. Tino sigue sin responder, aunque es muy pronto para que supere su pérdida y desde Erjathá le darán algunos días antes de volver a insistir.

Josh no sabía si quería seguir recibiendo noticias. Suspiró y se acomodó el cabello.

—Quédate con Naga, iré por un par de hombres para que cuiden de él y luego buscaré a los pregoneros para que den las nuevas directivas.

Los ciudadanos de la antigua capital, al ver que nada les impedía salir a las calles, fueron asomándose de a poco. Los comercios abrieron sus puertas y los vecinos se aventuraron a dejar sus hogares para comprar lo necesario para pasar el día. No se veían chiquillos correteando, como en cualquier día normal, y la gente murmuraba en voz baja, pero solo con sus conocidos, para tratar de saber más de lo que ocurrió la noche anterior.

—¿Dónde están los soldados? —preguntó en voz baja una mujer que entró en la panadería.

—Parece que solo los magos intervinieron —contestó el joven que atendía.

—¿Vieron? —exclamó el dueño de la tienda—. Ya decía yo que los sitnorenses eran buena gente. No destruirían una ciudad entera solo porque su gobernante simpatizara con los estandartes negros.

—Cállate, nos meterás en problemas si te escuchan —murmuró, alarmada, la señora, mientras sus ojos miraban en todas direcciones.

—No aprenden, ¿verdad? No matarán inocentes porque piensen diferente… Eso es cosa de los estandartes negros —insistió.

Las campanas de los pregoneros repiquetearon en las esquinas y todos se apresuraron a rodearlos, para oír de primera mano las noticias.

—Habitantes de esta ciudad. El señor Joshua Pronees, actual gobernante de la ciudad y el territorio recuperado, hace saber a sus vecinos que, si desean continuar siendo ciudadanos de Morrau, tienen un máximo de diez días para dejar el ex Distrito 1. En caso contrario, y transcurrido ese plazo, los pasos de los túneles se cerrarán por completo y será imposible circular de un lado al otro.

«Se comenzará un censo para determinar la cantidad de ciudadanos que serán considerados sitnorenses de aquí hasta su muerte. Serán tratados de la misma forma que un habitante de la nación de Sitnor, las leyes serán iguales para todos, así también lo que refiere a seguridad, salud, educación, impuestos, deberes y derechos.

«Los varones mayores de trece años tendrán la obligación de presentarse en el Campo de Entrenamiento, en las afueras de Sitnor Ciudad Capital a finales de este verano, para que reciban su instrucción. Las señoritas de trece años en adelante, pueden hacerlo de forma voluntaria. Se

informará con más precisión cuando la fecha sea más próxima.

«No se aceptará ni tolerará ninguna clase de represalia contra los ciudadanos sitnorenses que arriben a la ciudad en las fechas próximas. En caso de incurrir en ello, la o las personas involucradas en tales incidentes serán condenadas a muerte, sin el beneficio de un juicio y sin posibilidad de defenderse.

«Los ciudadanos del ex Distrito 1 pueden seguir hablando en su idioma nativo, pero tienen la obligación de aprender a hablar en sitnorense de ahora en adelante. Se emitirán certificados en los establecimientos habilitados que dictarán las clases de idiomas y todos los ciudadanos tienen la obligación y el deber de tomarlas, sin excusas.

«No se destruirán los templos ni se prohibirá el culto a los dioses, siempre y cuando, no se pretenda abrir más templos o influenciar a los ciudadanos sitnorenses para que comiencen a interesarse en su religión.

«Las escuelas y establecimientos educativos permanecerán cerrados hasta el comienzo del otoño y los maestros sitnorenses dictarán las clases en adelante. Los maestros morroínos que quieran continuar ejerciendo su honorable oficio, deberán asistir, cuando sean convocados, a enlistarse y recibir los nuevos programas de educación.

«Aquellos ciudadanos que deseen enlistarse en el ejército de Sitnor, deberán presentarse la próxima semana cuando se abran las convocatorias. No tienen el deber de hacerlo, pero en caso de ser necesario, serán obligados a ello.

«Los precios de los alimentos, bienes y servicios, estarán regidos a los precios oficiales de Sitnor. Se hará un estudio en los comercios y casas de bienes o servicios a fin de conocer los valores que se están utilizando y, una vez informados, deberán atenerse a los cambios indicados por las leyes de Sitnor.

«Las enfermerías y centros de sanadores, serán gratuitos desde este mismo instante, sin importar la complejidad de los tratamientos ni la posición social del paciente.

«La educación será obligatoria y gratuita para todos los ciudadanos desde los cinco años de edad. Aquellos ciudadanos mayores de trece años que no sepan leer o escribir, deberán asistir a un establecimiento educativo a enlistarse. Serán notificados en sus domicilios cuándo deberán presentarse a sus clases.

«Las mesas de reclamos se abrirán cuando finalice el plazo de diez días, vigente desde este momento, para que quienes lo deseen abandonen el actual territorio de Sitnor.

«Quienes no tengan un trabajo podrán presentarse desde el día de mañana en el Castillo Blanco a fines de:

1- Recibir asistencia alimentaria inmediata.
2- Recibir, en un plazo máximo de veinte días, vestimenta y calzado acorde a la edad y contextura física de cada miembro de la familia.
3- Tomar conocimiento del estado de su vivienda.
4- Tomar nota de las capacidades, oficios y profesiones de los adultos de la familia. Serán notificados cuando haya puestos disponibles y pueden rechazar un máximo de dos llamados a trabajar. Al tercero, la asistencia a los adultos (entiéndase ración de alimentos, calzado y vestimenta de estación) será suspendida, no así la de los niños.

«Por último, se solicita que todos aquellos que tengan el oficio de costurero, se presente de forma inmediata en la entrada del Castillo Blanco.

«Estás son las palabras del señor Joshua Pronees y, por lo tanto, las del Gobernador Noah Guna. No podrán ser juzgadas, cuestionadas ni ignoradas de ninguna forma, bajo pena de muerte.»

El pregonero hizo repicar sus campanas y se alejó caminando hasta la siguiente calle, para volver a repetir su enunciado.

Los rostros de los morroínos eran difíciles de leer. Había en ellos algo de incertidumbre, temor y duda, aunque también, un poco de esperanza.

Hubo algunas protestas y algunos festejos. Los dueños de los establecimientos educativos y de las enfermerías, fueron los más indignados, pero las familias de los barrios de la periferia se alegraron al saber que sus hijos podrían vestirse, alimentarse, educarse y aprender un oficio, porque allí solo lo hacían quienes podían pagar por ello.

Los comerciantes se dieron cuenta de que un mayor ingreso económico en las familias menos pudientes, significaría mayores ventas. Aun si estaban obligados a bajar los precios de sus productos, sabían que la materia prima también sería más accesible, por lo que de ninguna manera perderían dinero. Quizás, hasta ganaban más.

Los maestros eran quienes más confundidos estaban. En Morrau, no eran más que intermediarios para que los bolsillos de los dueños de los establecimientos engordaran cada año, pero en Sitnor era muy distinto. Los maestros de Sitnor eran honrados, respetados y muy bien recompensados, porque en ellos estaba la responsabilidad de transmitir sus conocimientos a los futuros encargados de las decisiones del país. Incluso, dedicaban un día a hacer celebraciones en su honor. Con suerte, ellos también serían tratados de la misma manera.

En sus pocos años al poder, la reina Morgana no hizo grandes cambios, más que expropiar algunos castillos y borrar del mapa a algunas familias. Sin embargo, las cosas serían diferentes y, al parecer, no todo lo que era diferente tenía que ser, necesariamente, malo para todos.

Iskánder y Josh dejaron a tres soldados sitnorenses al cuidado de Naga y bajaron a recibir a quienes se acercaron a las puertas del castillo. Eran una centena de hombres y mujeres de diferentes edades, los costureros que convocaron. Iskánder les informó que debían suspender todo trabajo previo y acudir al Castillo Blanco cada día para confeccionar las vestimentas que le serían entregadas a la población. Se les pagaría por prenda terminada, para agilizar el trabajo, y se le facilitarían todos los materiales necesarios. Siendo conscientes de que cada costurero tenía su propio estilo, no les dirían cómo hacer su trabajo, tan solo les solicitaron que las prendas fueran sencillas y cómodas. Cada costurero podría tener un máximo de tres asistentes de su confianza, y sus sueldos serían pagados por el Gobierno de Sitnor, también.

En su gran mayoría, se mostraron cooperativos y conformes, aunque no todos ellos. Hubo un pequeño grupo que se quejó por los precios, aun cuando sus colegas accedieron a trabajar bajo esas condiciones. Algunos, incluso, parecían mucho más contentos y predispuestos y quisieron empezar en ese mismo instante, lo que no fue posible porque no habían acondicionado las salas de trabajo, todavía.

Era mediodía cuando los costureros dejaron el Castillo Blanco y Josh e Iskánder subieron a ver a Naga por unos momentos. Todo seguía igual allí, por lo que regresaron a sus tareas.

Debían, por un lado, desocupar todas las habitaciones y salones de la planta baja y dejar en ellas solo algunas sillas, mesas y estantes para que pudieran comenzar a coser desde el día siguiente. Mientras Iskánder se encargaba de ello, Josh ordenó comprar varias toneladas de granos de maíz, avena, arroz, y otras tantas de frutas, verduras y carnes para ser entregadas a primera hora del día siguiente a quienes fueran a solicitarlo. Sabía que tenía poco personal y que si no pensaba todo de forma milimétrica, podría resultar en un desastre, pero contaba con que Iskánder haría alguna magia para mantener a la gente ordenada y en calma si las cosas se le salían de control. Nunca imaginaron que perderían a Naga y a Quentin en la misma noche, ni que

Ara debería ausentarse, por lo que las tareas de cinco personas tenían que hacerlas solo dos. Por supuesto, obviando lo anímicamente dañados que esos dos estaban.

Para el final del día, las habitaciones estaban listas y el enorme y hermoso jardín del castillo, arruinado totalmente, ya que había carros, carretas, toneles, cajones y bolsas por todos lados, sin mencionar las centenas de pollos, cerdos, vacas, ovejas y cabras que deambulaban por todos lados, y que serían entregados al día siguiente.

Los sirvientes de la antigua reina estaban horrorizados por el desastre que Josh e Iskánder causaron en apenas unas horas, y corrían de un lado al otro intentando, en vano, que los animales no destruyeran lo poco que quedaba en pie o que no se rompieran los jarrones antiguos, las pinturas o muebles, que Iskánder arrojó afuera como si de trastos viejos se tratara. Y tanto fue el alboroto que el personal armó, que Josh ordenó que sacaran todo a la calle, para que los transeúntes se llevaran lo que quisieran.

Vestidos, botas, cuadros, maquillajes, perfumes, sillones, pieles y adornos terminaron decorando otras casas y otros cuerpos.

Al día siguiente, antes de que el sol asomara, empezó a llegar la gente que fue a solicitar alimento. Josh ordenó que fueran atendidos de inmediato, para evitar que se amontonaran y causaran disturbios. Para sorpresa de todos, fueron muy ordenados y pacientes y, poco después del mediodía, despacharon a las últimas personas. En el jardín todavía quedaban animales vivos y una cantidad considerable de cada cosa, que podría ser entregada en los días siguientes.

Los costureros se presentaron después del amanecer y comenzaron a trabajar enseguida. Sin embargo, no estaban todos. Aquellos que protestaron el día anterior, no se dejaron ver.

—Quiero sus nombres y direcciones —dijo Iskánder y los costureros, tras algunos momentos de vacilación, optaron por dárselos. Eran quienes solo trabajaban con la alta sociedad morroína, reina Morgana incluida, y acostumbraban a cobrar precios exorbitantes por cada prenda.

El mago, acompañado de algunas decenas de soldados morroínos y unos pocos sitnorenses, se presentaron en los salones de venta de los costureros. Tras confiscar sus telas, hilos, botones y demás materiales, les ordenó dejar la ciudad al día siguiente. Iskánder llegó al castillo con tres carretas llenas de mercancía y, como era demasiado lujosa para ser utilizada en las prendas que se estaban confeccionando allí, las almacenaron para rematarlas entre los costureros que sí estaban trabajando para el gobierno de Sitnor.

El segundo día fue un caos, pero resultó bastante bien y ambos jóvenes estaban conformes por cómo resultaba todo, aun cuando era muy pronto para estar seguros.

El tercer día prometía ser igual de agotador, pero recibieron una noticia que no esperaban y eso hizo que pudieran soltar algo del peso que llevaban encima.

3

Zwiershadla Naveshia oeste, Tesar

Leyna estuvo toda la noche dándole vueltas al asunto. Había recibido la orden de acudir de inmediato a Morrau, pero ella no se atrevía a decírselo a Verj. Temía que no le permitiera ir, a pesar de que él ya sabía que tenía que obedecer las órdenes que su maestro le diera. Tendría que hablar con su hermano al amanecer, antes que los hombres llegaran con sus quejas y reclamos y echaran a perder su humor.

Se levantó enseguida y ordenó a sus sirvientes que prepararan el desayuno del príncipe y le avisaran antes de llevárselo, para estar allí. Estaban asomando los primeros rayos de sol cuando salió de su tienda por segunda vez, para ir a ver a su hermano. Se sentía tan nerviosa que se había mordido las uñas de su mano derecha hasta lastimarse, por lo que se puso guantes, para ocultarlo. Verj sin dudas lo notaría; él siempre se daba cuenta de todo.

Dos hombres aguardaban a los lados de la entrada y le hicieron una reverencia cuando llegó.

—Mi señora, le haré saber al príncipe que está aquí —dijo uno de ellos y Leyna asintió. Debía mostrarse formal y serena frente a los demás, que solo la conocían como a una maga, la única de Tesar, por el momento.

Verj la recibió manteniendo la misma distancia y solo sonrió y le besó la frente cuando las cortinas de la tienda volvieron a estar cerradas.

—¿Qué haces aquí tan temprano? Esperaba verte a mediodía.

Leyna sonrió.

—Verj… Debo ir a Morrau.

Su hermano frunció el ceño y le dio la espalda, para sentarse frente a la diminuta mesa donde solo había una bebida caliente.

—Ya lo hablamos, no puedo permitir que algo te suceda.

—Mi maestro lo ordenó.

Verj se puso de pie de un salto y parecía mucho más grande de lo habitual. O sería que ella se sentía pequeña y estúpida cuando él se mostraba serio.

—Entonces iré contigo. Me llevarás a ver a esa gente y, si no veo nada extraño, podrás regresarme y quedarte allí.

—Verj…

—Hablaré con Zel para que se quede a cargo. Prepara tus cosas.

Leyna bajó la cabeza y salió de la tienda.

«Podría haber sido peor» sonrió.

Leyna preparó sus maletas, cajas con maquillajes, zapatos, botas, abrigos y libros de estudio y los redujo a una pequeña bolsa de mano. Llamó a un sirviente y le ordenó ir por su caballo. Después de unos minutos de esperar, el muchacho llegó con su animal listo para montar.

Leyna lo tomó por las riendas y caminó hasta la tienda de su hermano. Zel estaba junto a él.

—¿Así que te vas?

—Sí, mi maestro me lo ordenó. No tienen a ningún mago que actúe de nexo entre los demás y necesitan encontrar a Quentin Guna.

Zel hizo una mueca.

—Vaya mierda…

Leyna bajó la vista. Le incomodaba que Zel dijera esas cosas frente a ella, aunque a él parecía no importarle. A decir verdad, pocas cosas le importaban a Zel, a no ser por su espada, sus cuchillos y obedecer a Verj.

—Zelig, hazte cargo y no hagas ninguna estupidez.

—Por supuesto.

—Que nadie entre a esta tienda hasta que Verj o yo salgamos de aquí, es importante que nadie entre o podría lastimarnos —remarcó Leyna.

—Comprendo, me encargaré de eso.

—Vamos. —Verj le tendió la mano.

—Oh, no. No aquí, debo llevar a mi caballo.

—Hazlo entrar.

—Podemos destruir la tienda y causar un desastre a nuestro regreso. Tiene que ser en un espacio abierto.

Verj asintió y la invitó a salir. Zel los siguió y se despidió de ellos con la mano. Leyna tomó las riendas, hizo dormir a su caballo, sujetó la mano de Verj y desaparecieron. Cuando volvieron a ser, se encontraban fuera de un establo de grandes dimensiones, de paredes de madera blanca y techo de tejas negras.

Lo primero que hizo fue mirar a su hermano.

—¿Cómo te sientes?

—Estoy bien —dijo sin hacer siquiera un movimiento de más. Leyna asintió, incómoda, y despertó a su caballo. Se aseguró de tranquilizarlo y lo sujetó a un poste.

—¿Por qué no hay nadie para recibirnos?

—Deben estar ocupados —respondió y Verj gruñó—. No te molestes, son pocas personas y tienen mucho que hacer. Avisaré a mi maestro.

Leyna se apresuró a comunicarle a Lobo Blanco que ya estaba en Morrau y que se encontraba con su hermano Verj, para que se lo dijera al mago sitnorense. Lo poco que se veía de los jardines estaba lleno de carretas, toneles, vasijas, y animales de toda clase, comiendo los arbustos y las flores, cabras trepando en los muebles de exterior, y todo olía a establo.

Pasaron algunos minutos hasta que dos hombres salieron de una puerta de servicio. Uno era alto, delgado, de oscuro cabello largo y vestía como los hombres de Tesar, lo que la extrañó. El otro era tan grande como Verj, rubio y tenía una mirada triste y rodeada de ojeras.

—Bienvenidos su alteza, señorita —dijo el rubio con una reverencia, hablando en sitnorense —. Soy Joshua Pronees, actual gobernante del ex Distrito 1. Él es Iskánder Lavank, nuestro mago.

Verj los miró detenidamente por unos incómodos segundos antes de asentir.

—¿Tesariano? —preguntó sin presentarse.

—De madre tesariana —respondió.

—Verj, Segundo Príncipe de la Casa Real de Tesar —dijo de muy mala manera. ¿Le cayeron mal tan temprano? Leyna cerró los ojos unos segundos.

—Soy Leyna, maga instruida por Lobo Blanco. Él solicitó mi presencia aquí.

—Gracias por acudir, señorita —respondió con amabilidad Joshua Pronees—. Si no es molestia, necesitamos…

—Quiero ver a dónde alojarán a Leyna —exigió su hermano.

—Por favor —susurró incómoda y le tocó apenas la mano.

—Te dije que primero quería conocer dónde y en qué condiciones estarías mientras permanecieras aquí y no voy a tolerar ninguna excusa —sentenció en tesariano, por lo que ella

no tuvo más opción que asentir y callar. Verj volvió a clavar una seca mirada a los anfitriones, que se veían visiblemente incómodos, y estos asintieron enseguida.

—Acompáñennos, por favor —dijo el mago, haciendo una seña—. Tendremos que utilizar la entrada de servicio porque la principal está… inhabilitada.

—¿Sufrió daños? —preguntó Leyna.

—No, señorita. Está lleno de trabajadores y solo sería incómodo para todos.

—Qué vergüenza —protestó Verj en tesariano y Leyna volvió a bajar la vista.

—Comprende la situación en la que se encuentran, por favor —murmuró.

—Deja de excusarlos. Es una falta de respeto que reciban a un príncipe de esta forma.

Leyna no respondió, pero le parecía extraño que de pronto le importara tanto el protocolo, cuando siempre renegó de ello. Verj ocupaba una tienda apenas más grande que la del resto, comía lo mismo que sus hombres y nada más tenía dos sirvientes desde que dejaron la capital.

Entraron por una cocina casi tan grande como la del Palacio Dorado y recorrieron largos corredores de ladrillo hasta que toparon con una escalera. Ya en la segunda planta, caminaron por los pasillos y se detuvieron al llegar a su destino.

—De momento, solo estamos ocupando esta sección del castillo, porque es la más segura. —El gobernante señaló a las puertas y abrió una de ellas—. Los pisos superiores tienen salidas a corredores que dan al exterior o tienen trampas y todavía no hemos tenido el tiempo suficiente para asegurar…

—¿Quieres decir que pueden entrar desde el exterior en cualquier momento? —exclamó Verj de mala manera.

—Hemos sellado las entradas exteriores —respondió el señor Pronees, sin dejarse intimidar. Leyna sonrió apenas, porque todos solían achicarse cuando Verj levantaba la voz.

Joshua Pronees abrió la puerta y les hizo una seña para pasar. Era una habitación pequeña, pero se veía limpia y segura. Aunque Verj no opinó lo mismo.

—Es una vergüenza… ¿Pretenden que te alojes aquí? Mis esclavos tienen mejores cuartos.

—Verj, ¿no? —dijo Joshua Pronees—. Entiendo que su real culo se haya criado entre oros y sedas, pero estamos en una maldita guerra, por si no lo había notado. Lo que hay, es lo que se ve.

—¿Cómo te atreves? —rugió Verj y Leyna encogió los hombros y agachó la cabeza.

—Baja la voz, bestia, que aquí no eres más que una persona común y corriente. No eres mi príncipe, ni mi señor. En todo caso, yo debería exigir tu respeto, al estar en mis tierras. Estamos con demasiadas cosas entre manos para soportar tus exigencias ridículas y quejas infantiles por el tamaño de una habitación. ¿Quieres llevarte a la maga? Hazlo. Reportaremos su desobediencia ante su maestro y ella pagará las consecuencias por tu inmadurez. Ahora, decidan qué van a hacer, porque no puedo tirarme un día entero para estar pendiente de sus caprichos, señor.

Leyna los miró, entre asustada y alerta, y vio a Iskánder Lavank parado con las manos entrelazadas en su espalda, como si nada estuviera ocurriendo, pero con los ojos grises. Verj lo miraba sin ninguna clase de expresión y el señor Pronees tenía una mano en su espada y la otra cerrada.

Después de unos largos segundos, Verj asintió y sonrió.

—Es excelente. Me hubiera decepcionado mucho si me daban el gusto. —Leyna miró a su hermano sin creer lo que estaba oyendo—. No esperaba menos de usted, señor Pronees. —El aludido asintió y sonrió a medias. Verj abrazó a Leyna, le dio un beso en la cabeza—. Perdón por el mal momento —dijo en tesariano pero, luego, agregó mirando a los sitnorenses—. Lamento haberlos molestado, necesitaba comprobar con qué clase de gente estaría Leyna. Aunque no se sepa, es mi hermana. Compartimos padre, pero no madre, y dejarla aquí me causa una gran

angustia.

—Lo comprendo. También me hubiera decepcionado bastante si su única excusa era por el alojamiento de la señorita Leyna. No debería preocuparse, haremos lo posible para evitar que se exponga a peligros innecesarios.

—Confío en ella y en su palabra, señor Pronees, y comprendo en la situación tan terrible y angustiosa en la que se encuentran. Si no es molestia, quisiera ver al señor Naga, lo conocí en Zart Vialh y esperaba poder verlo cuando finalmente llegáramos aquí.

—Lamento mucho que…

—Lo sé, lo sé. Leyna ya me dijo lo que sucedió, lo que hizo para protegernos. Quería presentarle mis respetos, aun cuando él no sea capaz de escucharme.

—Comprendo. Señorita Leyna, si quiere ocupar su habitación, vendremos por usted en unos momentos.

Leyna asintió y, cuando la dejaron sola, cerró la puerta, se acercó a la cama y se dejó caer en ella.

—Verj, qué momento tan incómodo, por Sinmá —suspiró—. ¿Cómo no me dijo que haría algo así?

Sonrió. Verj nunca dejaba de sorprenderla.

Llevó a su hermano de nuevo a Tesar, se despidió de Zel, en esa ocasión sabiendo que no vería a su gemelo en varios meses, y regresó a su habitación en Morrau. Al salir, Iskánder Lavank estaba esperándola en el pasillo. Saludó con una reverencia y luego, comenzó a caminar, por lo que ella lo siguió.

—Señorita Leyna, antes que nada, debemos hacer una conexión mental, para evitar retrasos en nuestras comunicaciones.

—Por supuesto.

—Y luego, si sus niveles de energía lo permiten, debemos acercarnos a la antigua frontera con Sitnor. Necesito estar allí para avisar al ejército que es seguro su ingreso y esperar a la señorita Aranza Guna, hermana de Quentin.

—¿Viene de la capital?

—No, se dirigía hacia Villa Chester, para ir en busca de la señorita Ilsa Zvezda, hermana adoptiva de Naga. Iba a comunicarle sobre su situación y de la desaparición de Quentin. Ahora que usted está aquí, deberá ir a Villa Chester, probablemente junto a la señorita Aranza, para que ella pueda poner al tanto a la señorita Ilsa de lo que ocurre.

—Comprendo. Podemos partir ahora mismo, si está dispuesto.

—Excelente —sonrió—. ¿Podrá regresar enseguida? No hay que dejar el castillo desprotegido.

—Sí, puedo hacerlo.

—Grandioso, vamos a ver al señor Josh.

Iskánder y Leyna aparecieron en el camino central que unía ambos territorios, a unos pocos metros de donde el ejército de Sitnor aguardaba las órdenes de ingreso, en un lugar que demarcaron con anterioridad para que Naga apareciera. Después de presentar a Leyna, comunicar las novedades y comprobar que Ara aún no pasaba por allí, levantaron el campamento y tomaron el camino hacia la antigua capital.

Los soldados de Morrau quisieron impedirles la entrada, pero Iskánder presentó un

documento firmado por Josh donde confirmaba que la reina Morgana había escapado junto a Tá—qá y que el territorio conocido con anterioridad como Distrito 1, volvía a formar parte de Sitnor.

En un primer momento, se rehusaron en aceptar las órdenes, por lo que fueron obligados a dejar su puesto, desarmados y encadenados para ser llevados a la antigua capital. Iskánder se quedó allí con un grupo de diez soldados, para esperar a la señorita Aranza, y ordenó a Leyna regresar de inmediato al castillo y mantenerse alerta para volver por ellos.

Iskánder estaba perdiendo el tiempo con los soldados, jugando dados, cuando uno de ellos dio la noticia de que se acercaba un jinete a lo lejos, desde el oeste.

—La señorita Aranza —dijo Iskánder, y se apresuró a salir a su encuentro. La pequeña nube de polvo que se veía en el horizonte fue agrandándose cada vez más, hasta que finalmente tomó la forma de una mujer montando un enorme caballo negro, y de otro que corría por detrás.

—¡No te acerques! —exclamó la señorita cuando vio que su intención era tomar las riendas de Magnus. Iskánder olvidó que era bastante salvaje, por lo que se apartó del camino y dejó que ella se encargara de los animales.

—Me crucé con los soldados y me pusieron al tanto de la llegada de la maga. ¡Es grandioso!

—Excelente, me ahorro la explicación —sonrió.

—¿Cómo haremos con los caballos? —preguntó. La señorita Aranza comenzó a quitarle la montura a Magnus, mientras él se encargaba de Luna.

—No se preocupe, señorita, la chica se trajo su caballo desde Tesar. Podrá llevarlos sin problemas. Además, fue capaz de viajar de Tesar a Morrau dos veces y todavía traerme hasta aquí y regresarse a Morrau. Es una bestia, si me pregunta. Para que se dé una idea, Naga apenas si podía hacer dos viajes y necesitaba refuerzos para el tercero.

Iskánder tomó la montura que Aranza dejó al costado del camino y se dirigió al campamento.

—Es tesariana, los Astros siempre han tenido preferencia por los tesarianos… —dijo Aranza mientras iba detrás de él, acomodándose el cabello.

—La verdad es que sí. La señorita Leyna podrá ir a Villa Chester a buscar a la señorita Ilsa, pero creo que es mejor que usted vaya con ella. —Entró en una tienda a dejar la montura y volvió a salir—. Usted la conoce y será menos impactante recibir las noticias que si se las da una desconocida.

—Sí, es cierto… —La señorita Aranza apoyó el hombro en un poste—. ¿Cómo haremos?

—Lo mejor sería que aparezcan ahora en Villa Chester, puedo compartir con ella mis recuerdos de los alrededores de mi hogar. Yo esperaré aquí a que la maga venga por mí, cuando ustedes estén de regreso en el Castillo Blanco.

—¿Estás seguro? Quizás puede dejarme allí, con los caballos y nosotras regresar por nuestra cuenta.

—No, tardarán demasiado y no tenemos tiempo. Por eso su maestro le ordenó venir, para que nos apresuremos a buscar a Quentin.

—Es cierto. Dile que venga, entonces. Pensaba pedir algo para comer, pero es mejor que no. Josh me dijo que lo descompone aparecer.

—Depende mucho de cada persona, pero puede ocurrir, sí.

Un fogonazo a su izquierda hizo sobresaltar a la señorita Aranza y esta reaccionó desenfundando su arma, para luego volverla a su lugar.

—Señorita Aranza, la señorita Leyna… y viceversa. —Iskánder las presentó y ambas se saludaron con una inclinación de cabeza, aunque pudo notar que la maga la miraba con cierto

desprecio, de arriba a abajo. Quizás porque apestaba a sudor, tierra y a caballo y la maga parecía recién salida de un escaparate; hermosa, perfecta, perfumada, impecable. La hermana del Gobernador se apresuró a entrar a la tienda, recordarle a Iskánder que no se acercaran demasiado a Magnus y a tomar un bolso de las alforjas.

—Estoy lista —dijo en cuanto salió.

—¿Usted ha aparecido alguna vez?

—No, pero no debe ser tan complicado, supongo.

La señorita Leyna levantó una ceja.

—No se mueva y no intente hablar. Tardará algún tiempo y será incómodo, pero si sigue mis consejos, llegaremos a salvo.

—¿Y si no? —preguntó con una mueca.

—Se va a herir.

—Sería mejor que la pusiera a dormir, señorita —intervino Iskánder—, para evitarles problemas.

La maga asintió

—¿Quieres que le diga algo a tu familia? —preguntó la señorita Aranza.

—Sí, dígales que estoy vivo y que Zaria está en la capital, junto a la señora Enara. Y dile a mi madre que ningún hombre se quiere casar conmigo, de momento.

La señorita Aranza se largó a reír y la maga miró, incómoda, hacia un lado.

—¿Se lo digo así? —preguntó, consiente del origen de su madre.

—Sí, pierde cuidado. Lo más probable es que golpee con su repasador a un yo imaginario y que sus mejillas se pongan rojas como una manzana. Tal vez deba consolarla luego.

—Le daré un abrazo de tu parte, no te preocupes.

—Gracias.

La señorita Leyna pidió el consentimiento de la señorita Aranza para ponerla a dormir y, tras unos segundos, ambas desaparecieron en otro fogonazo que dejó a Iskánder parpadeando.

Ara despertó y casi cae al hacerlo. Sentía las piernas flojas y la cabeza extraña. La maga, sin preocuparse demasiado por su estado, soltó su mano y observó los alrededores.

—Por aquí —dijo, y se largó a caminar.

Ara se sentía como borracha, pero hizo lo posible por seguirla, porque la remilgada malnacida no se detuvo a esperarla. Se encontraban en un camino bordeado por un bosque de pinos que ocupaba todo lo que se podía ver. El aire era fresco y perfumado, lo que contrastaba bastante con el calor que dejaron atrás unos segundos antes, y la ayudó a que su malestar se disipara con el correr de los minutos. Algunos charcos en el camino y la tierra húmeda decían que no hacía mucho había llovido allí, sin embargo, el cielo era de un profundo celeste, por lejos más impresionante del que jamás había visto.

Caminaron por unos pocos cientos de metros y, tras una curva, Ara se maravilló al ver las montañas a lo lejos, nevadas y casi imposibles de alcanzar, pero que parecían tan cerca que daba la impresión que con solo extender el brazo podría llegar a tocarlas. Tan absorta estaba en observar el paisaje, que recién se dio cuenta de que arribaron a la posada cuando Leyna lo mencionó.

Ara se adelantó y, al abrir la puerta, vio a Ilsa arremangada hasta los codos, limpiando las mesas como si fuera lo más natural del mundo.

—¡Ilsa! —exclamó y la joven se giró a verla. Sonrió, pero solo por dos segundos, porque luego su rostro se mostró preocupado y ansioso.

—¡Ara! ¿Qué sucedió con Quentin?

Ara sonrió apenas.

—Ella es la señorita Leyna, es una maga de Tesar que vino para ayudarnos.

—¿Qué sucede? —preguntó después de haberse presentado.

—¿Podemos hablar en otro lado? —Ara miró a su alrededor.

—Saldré unos momentos —dijo Leyna. Ilsa asintió y la condujo por un largo pasillo hasta que llegaron a su habitación.

—¿Dónde está Quentin? —preguntó ni bien cerró la puerta. Ara se dejó caer en una silla y le contó todo lo que había sucedido con él y lo que Naga se vio obligado a hacer. Ilsa se mantuvo quieta y en silencio, con el rostro inexpresivo. Pestañeó un par de veces para aliviar sus ojos enrojecidos y una sola lágrima cayó por su mejilla. Se la quitó con la mano y le dio la espalda.

—Iré con ustedes ahora mismo —dijo mientras comenzaba a juntar sus cosas.

—Pensamos que, tal vez, querrías ir a Tesar, con tu padre…

—No hay nada que podamos hacer por Naga y Quentin está desaparecido. Mi padre no sabrá lo que le sucedió a Naga hasta que yo regrese y se lo diga. Será mejor así. Quentin… Quentin no me habla desde antes de que entraran al castillo. Él nunca deja de hablarme, a menos que algo no esté bien.

—Entiendo.

—Perdón. —Ilsa la miró— ¿Quieres tomar un baño? ¿Comer? Te ves agotada.

—Venía a caballo, pero me encontré con Iskánder y a la estirada señorita tesariana antes de llegar a la antigua frontera de Morrau.

Ilsa sonrió.

—Las tesarianas suelen comportarse así con las extranjeras. En casa no son más que una sombra, pero pareciera que tienen el culo más alto que cualquier otra mujer del mundo…

—Bueno, en mi caso es cierto, porque no les llego al hombro a ninguna de las dos. En fin, estaré bien. Cuando lleguemos a Morrau… Bueno, ya no es más parte de Morrau… Como sea, cuando lleguemos, me ocuparé de acomodarme y luego iremos a buscar a Quentin.

Ilsa asintió, tomó sus bolsos y ambas salieron al pasillo de nuevo.

—Vamos, le diré a la madre de Iskánder que ya debo marcharme.

Al llegar al salón—comedor, Ilsa dejó sus bolsos sobre una mesa y se metió tras el mostrador, para desaparecer detrás de una cortina. A su regreso, la acompañaba una bella mujer, alta, rubia y de porte elegante.

Ara se presentó y la señora le hizo una reverencia.

—No debe hacerlo —dijo Ara, contrariada—. Tan solo soy un soldado.

—¿Ha visto a mis hijos, señorita Guna?

—Sí, por supuesto. Iskánder estuvo conmigo hasta antes de venir hacia aquí. Anoche tomamos la capital de Morrau… —La mujer palideció y estrujó el repasador que tenía entre sus manos, pero Ara la tranquilizó con una sonrisa—. Se encuentra muy bien, no se preocupe. Además, hizo un gran trabajo. Zaria está en Ciudad Capital, y está encargada de la custodia de mi cuñada, la esposa del Gobernador.

—Gracias a Sinmá —susurró—. Muchas gracias, señorita.

—Iskánder también me pidió que le dijera… Que ningún hombre quiso casarse con él, todavía.

Tal como dijo el mago, el rostro de la señora se puso rojo, luego, empezó a reír, golpeó la mesa con el repasador y, por último, se cubrió el rostro con él y se largó a llorar. Ilsa la abrazó y la señora apoyó la mejilla en su hombro.

—Maldito chico, cuánto lo extraño —murmuró entre sollozos.

—Es una gran persona y un excelente mago, también —dijo Ara, sin saber cómo actuar en un momento así. Ilsa la consolaba hablando en tesariano y, después de algunos sollozos más, se recompuso.

—Muchas gracias, señoritas, por traerme noticias de mis hijos. Fueron un suplicio estos últimos meses sin saber de ellos.

—Puedo imaginármelo —murmuró Ilsa.

—Ustedes tienen cosas que hacer, no voy a entretenerlas con mis penas. Vayan, vayan.

—Regresaré apenas pueda —dijo Ilsa, divertida—, pero de visita, no para que me ponga a trabajar.

La señora se largó a reír y le golpeó el brazo con su repasador.

—Ah, te voy a extrañar, chica. Ojalá regreses pronto.

—Fue un gusto haberla conocido —sonrió Ara—. ¿Tiene algún mensaje para Iskánder? A Zaria no sé cuando la veré de nuevo, pero…

—Dígale que… Que lo extraño y que de verdad es mi hijo consentido.

—Así será. También… —Ara se acercó a ella—. También le envía un abrazo.

La señora la miró con los ojos enrojecidos y la abrazó.

—Muchas gracias —susurró—. Son un orgullo para Sitnor. Todos ustedes.

4

Castillo Blanco, antigua capital de Morrau

Ilsa se separó de la mano de la maga y se alejó buscando una ventana. Tenía ganas de vomitar, por lo que necesitaba aire fresco con urgencia. Ni siquiera reparó en qué hacían Ara o Leyna, tan solo quería refrescarse. Sin embargo, la ventana le devolvió una bocanada de aire caliente y con olor a establo, que nada más contribuyó a que su malestar se intensificara, por lo que volvió a cerrarla.

—¿Qué sucede, señorita? —preguntó en tesariano la maga.

—Aire frío —respondió conteniendo las náuseas.

Una brisa fresca la envolvió al instante y sintió que su cuerpo regresaba a la vida.

—¿Mejor?

—Gracias —respondió cuando dejó de sudar como un cerdo. Vio que Ara estaba de pie, inmóvil y con los ojos cerrados, e interrogó a la maga con la mirada.

—Oh, olvidé despertarla —sonrió. Ara abrió los ojos de repente y se movió hacia un lado, por lo que Ilsa la tomó del brazo para que no cayera—. Iré a avisarle al señor Joshua que ya llegamos.

Ilsa miró a su alrededor y vio que apenas había un armario en un extremo del cuarto, nada donde poder sentarse y esperar a que todo dejara de dar vueltas. Caminó tambaleándose hasta llegar a una de las paredes y apoyó la espalda en ella.

—Saldré a ver en dónde nos encontramos —dijo Ara—, esto es un maldito laberinto.

—*¿Quentin?* —Ilsa lo intentaba a cada rato, con mayor frecuencia desde que Ara le dio la noticia de que la reina Morgana se lo llevó, pero siempre era lo mismo: la sala estaba vacía y él no se dejaba ver. Extrañaba su voz y sus bromas, sus conversaciones sin sentido y molestarlo con alguna de sus ocurrencias.

Ilsa suspiró y se incorporó. Ya se encontraba mejor, por lo que tomó sus bolsos y salió al pasillo. No se veía ni un alma en ningún lado, así que decidió regresar a la habitación; no quería extraviarse y hacerles perder el tiempo buscándola. Esperó algunos minutos hasta que Ara regresó por ella y estaba en lo cierto, el castillo era un laberinto.

Después de ir un trecho por los corredores, entraron en un salón de un blanco radiante, en el que se encontraban Leyna y Josh.

Leyna dejó el salón para ir por Tareq y, cuando el muchacho entró al lugar, unos minutos después, sonrió al ver a Ilsa y ella le respondió de la misma forma. La tranquilizaba mucho saber que él se uniría a la búsqueda.

En un principio Ara iría con ellos, pero, finalmente, quiso quedarse para ayudar a Josh y a Iskánder, porque había demasiadas cosas que solucionar en el territorio ocupado.

Tras reunir todo lo necesario para el viaje, Leyna los llevó a la entrada a los túneles. Después de que Ilsa se recompuso, tomó dos de los bolsos con provisiones y avanzaron siendo guiados por su instinto.

Nunca supo cuánto caminaron hasta que, agotados de tanto andar, decidieron detenerse a pasar la noche, aunque sin saber si era de noche o de día. Ilsa se acostó entre las mantas, pero decidió sentarse, después de dar muchas vueltas sin poder dormir.

—Deberías aprovechar para descansar —dijo Tareq en cuanto la vio.

—Qué demonios, hace días que no duermo más que unas pocas horas. Es imposible sin saber dónde está Quentin… Y sabiendo lo que le ocurrió a Naga, es peor todavía.

—Lo lamento mucho, era una gran persona.

—Nos criamos juntos. Hicimos travesuras, nos regañaron, nos sermonearon… —Ilsa sonrió al recordarlo—. Naga siempre tenía algo extraño escondido. Un escorpión, una joya que sacó vaya uno a saber de dónde, una serpiente. Y cada vez que encontraba alguna alimaña, esta terminaba en la cama de mis padres. —Tareq la miró entre divertido e incrédulo—. Lo sé, éramos unos completos inconscientes, podríamos haber matado a alguien, pero para nosotros todo era motivo de risas. Le gustaba mucho dormir, recuerdo que mi padre tenía que llamarlo varias veces hasta que al final se dignaba a dejar la cama, aunque a ese hábito nunca lo abandonó. Seguía siendo bastante holgazán.

—Pero se preocupaba mucho por todos. —Ilsa asintió—. Siempre estaba intentando ayudarnos.

—Imagínate, si decidió cocinarse los sesos él mismo… Maldito sea, no hay quién se compare con Naga. Lo voy a extrañar hasta el fin de los días.

Tareq asintió y quedaron en silencio por un rato.

—¿Lo viste? Cuando llegaste…

—No quiero hacerlo, prefiero recordarlo vivo, riendo, molestándome. No sé cómo haré para decírselo a mi padre, no sé si él podrá soportarlo tampoco. Mi madre y mi hermano fallecieron hace un tiempo, el mismo día.

—Lo lamento.

—Yo también —murmuró. Respiró profundo y creyó que lo mejor sería cambiar de tema, o terminarían los dos con el corazón en pedazos—. ¿Lena cómo se encuentra?

—Se indignó muchísimo cuando supo lo de Quentin. Su primera reacción fue desesperarse, luego lloró y después dijo que me acompañaría. Le dije que no podía porque no terminaba aún de aprender del maestro Naga y no debía arriesgarse. Y estuvo de acuerdo, para sorpresa de todos.

—Vaya…

—Estaba esperando que incendiara algo o que desapareciera e intentara venir hacia aquí, pero lo aceptó sin más. Le dije que yo vendría, y esperaba algún reproche, pero no ocurrió. Solo me dijo que estaría lista y dispuesta por si necesitábamos de su ayuda.

—Es que podría tirar abajo una montaña entera esa chiquita…

Tareq suspiró.

—Sí, pero es adorable cuando está bien.

—Eso es cierto, nunca vi unas mejillas tan gorditas y redondas.

—Si la hubieras conocido antes… Era toda redonda —rio—. Sus manos parecían pequeñas bolitas con dedos. Y era muy bajita —agregó señalando una altura de no más de un metro con la mano.

—Hiciste muy bien en liberarla de allí, Tareq.

—Al principio me costó convencerme de que fuera así. Tenía un miedo constante a que nos descubrieran, pero cuando la veía sonreír, cuando la veía irse a jugar con los demás niños, o guardar parte del almuerzo para el gato que iba al árbol detrás de nuestra casa… ¿Qué puedo decirte? Se veía normal, feliz… Y sabía que valía la pena cualquier sacrificio para que ella se sintiera así, como una niña.

—Eres todo un padre… —dijo Ilsa y Tareq rio—. Un gran padre.

—¿Te molesta si duermo unas horas? —Tareq se puso de pie y se estiró.

—No, no. Por supuesto, descansa.

—Avísame si necesitas dormir.

La antigua capital de Morrau, renombrada «Ciudad Naga» en honor al mago pyebrano, estaba en silencio y sus calles vacías. Había toque de queda, por lo que el anochecer debía encontrar a todos los ciudadanos en sus hogares, caso contrario podían ser juzgados y condenados a muerte.

Pasaron cuatro días desde que los sitnorenses se escabulleron entre las defensas de la ciudad y quitaron de su lugar a la reina Morgana Rostur, para reclamar el territorio que Sitnor les cedió tras la Última Gran Guerra, pero que Morrau perdió al aliarse con Pyebra en la contienda actual. Durante esos cuatro días, algunas familias tomaron sus pertenencias y dejaron la ciudad; algunos comerciantes quisieron dialogar con el gobernante para evitar el emparejamiento de precios, pero este no los había recibido hasta ese momento. Algunos de los costureros fueron quienes más resintieron las nuevas medidas porque, al negarse a colaborar con ellos, el gobernante confiscó todas las mercancías de sus negocios y los expulsaron de la ciudad. Una ofensa que decidieron no dejar pasar con tanta ligereza. Se movieron rápido entre las sombras, sobornando personas, prometiendo imposibles y, cuando la idea prendió en las mentes correctas, se escondieron en sus hogares.

Un carro, con un par de toneles de aceite cubiertos de heno y maderas en llamas, se estrelló en contra de un comercio. Los vidrios estallaron y los vestidos y trajes que se exhibían en los escaparates ardieron. La escena se replicó en cada uno de los locales de venta de los costureros que colaboraron con los sitnorenses, para recordarle la traición a su pueblo.

Los costureros que fueron expulsados, pagaron a una centena de personas para que hicieran el trabajo sucio, y estos a su vez, dieron aviso a demás compinches y amigos, que no dejaron pasar la oportunidad de apoderarse de las pertenencias ajenas y causar un revuelo en la ciudad. Los endulzaron con la promesa de recuperar el control del territorio y expulsar de allí a los invasores que llegaron a robarles sus tierras, sus derechos y su identidad.

No pasó mucho para que los negocios adyacentes fueran víctimas de los vándalos. Rompieron cristales y puertas para ingresar, saquearon lo que se podían llevar, destruyeron lo que tenían que dejar, golpearon a los dueños que quisieron impedirlo y continuaron con el siguiente comercio. Como langostas en los sembradíos, fueron arrasando con cada tienda que se cruzó en su camino, pero se aseguraron de empezar en las puertas de la ciudad, para que la información tardara más en llegar a los oídos del gobernante y sus magos.

Leyna e Iskánder Lavank llegaron montando a caballo y se toparon con montañas de muebles, carretas y puertas en llamas que bloqueaban los pasos. Los ojos de la maga se encendieron y sus manos comenzaron a moverse, como si entre ellas tuviera una enorme esfera. El aire desapareció de repente, las personas que corrían entre los negocios se sintieron ahogadas al no poder respirar y, tras unos minutos, las llamas se extinguieron. Iskánder, con otro movimiento, despejó el humo de las calles, y este ascendió como si de un espíritu huidizo se tratara.

Quienes no murieron por la falta de aire, se desmayaron y la revuelta llegó a su fin en menos de lo que los costureros alborotadores pretendían. Sin embargo, lograron arruinar decenas de edificios. Algunos se derrumbaron culpa del fuego y su precario estado, pero otros se mantenían a duras penas en pie. Los hogares de las personas que vivían sobre los comercios fueron arrasados, por los vándalos primero, por las llamas después.

Al llegar el sol, encontró a una ciudad gris, triste y sombría. Los sanadores no daban abasto curando a los quemados y los soldados no lo tenían más fácil llevando a las mazmorras a los saqueadores que sobrevivieron. Antes siquiera de que pudieran interrogarlos de manera formal,

quienes fueron recogidos inconscientes de las calles, acusaron a los instigadores de los atentados ni bien despertaron. Los señalaron con nombre y dirección, por lo que Leyna e Iskánder se encargaron de recoger a cada uno de los siete incitadores. Los sujetaron con cadenas mágicas y los pasearon por la ciudad para que todos pudieran ver los rostros de los responsables de los destrozos, los saqueos y las muertes. Fueron abucheados, insultados y golpeados por los ciudadanos, pero antes de que la violencia escalara nuevamente, los encerraron junto a sus cómplices.

Ciento nueve inocentes fallecieron a causa de los incendios o la violencia de los saqueadores.

Noventa y cinco alborotadores murieron.

Trescientos veintitrés fueron encarcelados.

En la plaza del mercado, al día siguiente, trescientas veintitrés guillotinas, creadas con la magia de Leyna, iluminaron el amanecer de una ciudad de luto. Los reos fueron encadenados y trasladados allí y, a medida que el lugar se llenaba de gente, los ánimos eran cada vez más diversos. Había familias que lloraban por los condenados o por quienes fallecieron la noche anterior, quienes clamaban por justicia, otros que no dejaban de insultar y maldecir.

Iskánder subió a una carreta de madera y se encargó de notificar, tanto a los reos como a la población, los cargos por los que se les condenaba. Entre ellos destacaban acusaciones tales como conspiración, incitación a la violencia, sobornar a sus conciudadanos para ocasionar disturbios, saqueos, uso de violencia desmedida y asesinato.

Los costureros condenados quisieron protestar, pero fueron silenciados de inmediato. No tenían derecho a defenderse por atentar contra la paz del pueblo y por violar el toque de queda. De no ser por la presencia de los magos que sofocaron de inmediato los focos de incendio, las llamas podrían haber consumido la ciudad entera y haber puesto en riesgo la vida de miles de personas.

Cuando la muchedumbre que se congregó frente a los condenados comenzó a perder la paciencia y a exigir que se cumpliera la sentencia, Leyna subió a la carreta y se situó junto a su compañero. Intercambiaron algunas pocas palabras e Iskánder movió las manos, obligando a que los hombres y mujeres que esperaban su ejecución se arrodillaran todos a la vez, aun cuando quisieron resistirse a hacerlo.

Iskánder dio otra orden con sus dedos y los cuerpos carentes de voluntad se inclinaron hacia adelante, sus cuellos se asentaron en el cepo y este se cerró, impidiéndoles cualquier movimiento.

Leyna, sin moverse ni para pestañear, dejó caer los brillantes e intangibles filos que su magia creó y estos cercenaron, al mismo tiempo, trescientas veintitrés cabezas. En una ejecución normal, la audiencia hubiera estallado en aplausos, pero no fue lo que ocurrió esa mañana. Después de que las cabezas cortadas, como una muestra del poderío sitnorense, cayeron a las cestas, el repiqueteo de la sangre al gotear sobre las piedras de la plaza era el único sonido que se oía. No hubo aplausos ni vítores de ninguna clase, no hubo llantos de tristeza por los muertos, ni de alegría al ver que se hizo justicia. Tan solo asombro y temor.

Los ciudadanos se fueron alejando de la plaza como si se hubieran vuelto espectros, sigilosos y carentes de expresión, y se escabulleron por las calles hasta llegar a sus hogares. Nadie volvió a dejarse ver durante ese día y, al siguiente, evitaron hablar de lo sucedido, como si nunca hubiesen visto a los magos terminar con más de tres centenas de vidas en un mismo instante.

5

Pyebra

Apareció en medio de un camino. En Pyebra, seguramente, por el calor. Aunque era verano en Thoria y hacía calor en todos lados. Hasta en Tesar, según sabía. Miró sin ganas a su alrededor y vio que el entorno era igual de gris que en el lugar anterior. ¿Por qué el mundo ya no tenía colores? Tampoco tenía sonidos, ni aromas.

Quizás Ajhmet era quien le aportaba eso al mundo, o tal vez se llevó la vida con él cuando se fue. Quizás era Ajhmet el de la magia, después de todo

«¿Y a dónde es que se van los muertos?»

Caminó sin contar los pasos y sin tener en claro hacia dónde quería ir. Aunque sí, sabía. Quería ir con Ajhmet…

Unos días atrás ambos fueron a Mar Verde, porque Ajhmet no conocía el mar. Al día siguiente, los morroínos lo mataron y en ese momento Tino estaba solo.

Solo y triste.

«¿Qué sentido tiene amar a alguien, si cualquier día te lo pueden arrebatar?»

El amor no se moría con Ajhmet, seguía ahí, doliendo, ardiendo, sangrando como si la flecha se hubiera clavado en su propio pecho, no en el de Ajhmet, desgarrándole el alma y la razón.

Se sentó en el suelo, agotado. Hacía días que deambulaba, aparecía y desaparecía, buscando a alguien que ya no podría hallar, tratando de encontrar un sentido a la muerte, y a la vida también.

Las horas se le escapaban y con ellas los días; había olvidado comer y a veces recordaba que tenía sed. Se recostó en el pastizal que había junto al camino y sus ojos miraron. Había árboles y hojas descoloridas, insectos que apenas si se distinguían entre la ausencia de vida. Miró más allá. Una puerta de madera podrida camuflada entre las grandes hojas de las plantas.

Gris.

Todo era gris.

Tan apagados estaban sus sentidos, que no le llamó la atención ver una puerta entre el follaje. Sus ojos se quedaron fijos en la abertura, como si algo en él quisiera volver a razonar, pero sin poder lograrlo.

Los rayos de sol empezaron a apagarse y, en ese momento, se incorporó, como si la penumbra hubiera cedido para iluminar su mente.

«¡Una puerta!»

Tino desapareció en una nube de polvo y lo próximo en ver fue oscuridad. Calor. Grillos. Mosquitos. Pyebra.

Se dejó caer y se recostó allí mismo, sin importarle en qué lugar estaba. Ya no había mucho que le importara, después de todo. Su vida parecía solo compuesta por pérdidas, una tras otra, sin tregua, sin paz, sin consideración.

—*Regresa, por favor.*

La voz de Shanyi era lo único que lo mantenía medianamente anclado a la realidad, pero sabía que en algún momento también la perdería a ella. Y a los demás.

Decidió, en ese preciso momento, romper con todas las conexiones mentales que tenía.

Adiós, Shanyi, padres, Tareq, Naga… ¿Naga? Bueno, ya no estaba. Otra pérdida más en la que pensar. Adiós maestros, adiós Drian.

Lo mejor era seguir solo, al fin y al cabo, parecía que lo único que le esperaba en la vida era eso, estar solo y roto.

Sitnor Ciudad Capital

—Tino se fue —murmuró Ajác, con la voz afectada.

—Dale tiempo. —Mihaí la abrazó y ella recargó su peso en él. Su pobre muchacho estaba solo, sumido en la tristeza y saberlo le encogía el corazón.

—Se alejó de todos, también de Shanyi…

—Verás que estará bien pronto. Es fuerte, solo que su pérdida fue muy grande.

—¿Podrá hacerlo? —sollozó—. ¿Podrá superarlo?

—Claro que sí, confía en él.

—Quisiera poder estar a su lado…

—Pero él decidió estar solo, mi hermosa. Si nos necesitara, hubiera venido hacia aquí. No todos sanamos de la misma forma, dale un tiempo, estará bien.

Ajác lo pensó y conocía a Tino. Era imprudente e impredecible y lo que más temía era que decidiera ir hacia algunas de las capitales de la Hermandad a querer descargar su frustración allí. Eso era peor que imaginarlo perdido en la peligrosa selva pyebrana.

Al final se decidió por darle la razón. No tenía caso preocuparlo más. Con todo lo que estaba ocurriendo, apenas si tenían tiempo para detenerse a pensar en cada uno de los problemas que surgían a cada momento.

—Tenemos que ir al Palacio de Gobierno, nuestros alumnos están esperándonos.

Ajác sonrió apenas, para practicar la sonrisa que debería mostrarle a los niños. Ellos no tenían la culpa de que el mundo se estuviera yendo al mismísimo infierno.

6

Sitnor Ciudad Capital

Una celda en penumbras. Su estridente risa resonando en sus oídos. Latigazos. Gemidos de dolor.

—No, por favor.

Las manos sobre sus oídos no ahuyentaban los espectros que su mente se aseguraba de revivir.

Quentin.

Quentin podría estar pasando por eso mismo. Solo. Vulnerable. No era más que un niño. Sin padres, sin Ilsa.

«Ya no es un niño» pensó. Y hacerlo logró calmar un poco el infierno de su razón y regresarla a su cuarto, lleno de la luz del mediodía.

Sufre. Sufrirá. Morirá solo.

«No debería subestimar a su Astro».

Estaba un poco cansada de todo. De las pesadillas que se volvieron contantes tras el secuestro de Quentin, de los recuerdos que la atormentaban a cada momento, de pensar en lo que estarían haciendo con él.

Rogaba a Sinmá constantemente que no supieran de su sensibilidad a la maldad de los Indignos, o su tortura sería aún peor. Quentin tenía una resistencia física admirable, no así su mente. Era tal su inseguridad y su miedo contante, que podía despertar a un Indigno incluso estando este cautivo en un objeto. Lo supieron tarde, tras su viaje a Villa del Sol, pero no estaba más seguro desde que lo sabían. Quizás, todo lo contrario. Su temor a despertar a uno de ellos podía empeorar las cosas aún más.

—*Onix.* —Silencio—. ¡Malditos sean todos!

Enara se puso de pie y se dio cuenta de que, en su locura, se había desvestido. Volvió a maldecir mientras se ponía su vestido. Tenía la piel helada, como si se encontrara en pleno invierno, pero era verano. Se llevó la mano al vientre y su preocupación aumentó. Desde el día anterior que no sentía a su bebé moverse, lo que le parecía anormal. Todavía no reunía el coraje para decírselo a Noah aunque, tal vez, el bebé había decidido abandonarlos antes de nacer. Quizás era mejor que Noah no lo supiera.

Terminó de vestirse y, después de intentar cubrir con algo de polvo las ojeras y su mal semblante, decidió buscar a Noah. Su marido estaba destruido; no comía y se pasaba el día entero encerrado en su estudio, haciendo vaya uno a saber qué cosas; intentar hablar con él era una tarea casi imposible. No respondía más que algún monosílabo alguna que otra vez y apenas si iba a la casa a dormir, cuando no se quedaba a pasar la noche en el Palacio de Gobierno. Tanáel se estaba ocupando de sus tareas momentáneamente, pero no tenía la seguridad de hasta cuándo estaría dispuesto a seguir solo, con todo el peso de Sitnor sobre sus hombros.

Enara salió de su hogar y Zaria la siguió de cerca, tan silenciosa y desapercibida como una sombra. Cruzó la Plaza de la Fuente, saludó a los guardias que estaban en las puertas y recorrió el largo pasillo que llevaba al estudio de Noah. Golpeó la puerta y esperó. Su esposo abrió y le hizo un ademán para que pasara, pero no dijo ni una palabra. Enara lo siguió y él caminó hasta la habitación donde hacía sus experimentos. Había unas grandes marmitas con líquidos hirvientes

y, sobre la mesa, unas bandejas repletas de rocas translúcidas; el olor amargo y el humo eran insoportables, sin mencionar el calor que hacía allí.

Enara abrió las ventanas y Noah corrió a cerrarlas, apresurado.

—Te vas a morir inhalando esta peste, Noah —dijo antes de volver a abrirlas.

—No —respondió y fue a cerrarlas de nuevo, pero Enara se paró frente a él para impedirlo.

—Mírame. —Noah tenía la vista en el suelo—. Noah, mírame.

Puso sus manos sobre sus mejillas y le levantó el rostro, a pesar de que él era mucho más alto que ella. Sus ojos evitaron hacer contacto, posándose en cualquier lugar menos en los de ella.

—Noah, necesitas regresar a ser quien eras.

—No puedo —susurró.

—Sí, puedes. Quentin regresará con nosotros, ya verás. Es fuerte e inteligente y, además, Tareq e Ilsa están yendo tras él.

—Perdimos, Enara.

—No perdimos nada y no es momento para rendirnos. Morgana huyó y Morrau se quedará sin reina. Recuerda lo que Bohn y Enda dijeron. Morgana está buscando la oportunidad para alejarse y ahora la tiene. Si no muere cuando Tareq la alcance, seguirá huyendo para no tener que enfrentar a la Dama por haber perdido la Capital. Están confundidos y debilitados, ahora es cuando necesitamos estar más atentos para poder enfrentarlos y derrotarlos. Tenemos muchas maneras de hacerlo.

—No hay nada… —Noah se alejó de Enara y tomó una larga vara de madera, con la que comenzó a revolver los líquidos de una de las marmitas.

—Iré a Pyebra.

Noah se detuvo y sus ojos permanecieron en la burbujeante superficie pero, como ninguna palabra salió de sus labios, Enara dio media vuelta y buscó la salida del estudio. Estaba esperando alguna reacción de su parte, pero solo escuchó que volvía a cerrar las ventanas, sin más.

Túneles de Morrau

Las horas se convertían en días sin que ellos se dieran cuenta y hacían todo según las necesidades de sus cuerpos se los dictara. Dormían cuando estaban agotados, comían cuando sentían hambre.

Conversaban la mayor parte del tiempo; él hablaba mucho de Vila y de Lena y ella de Naga y de Quentin; de cómo se conocieron Ilsa y Quentin, cómo fue la primera vez que Tareq vio a Vila, cómo fue que Naga cayó esclavo en Drioed—ta y de la vez que Lena atacó a Lehsa. Tareq sentía a menudo la necesidad de decirle a Ilsa de sus sospechas de ser Ethan, aunque era un tema muy delicado para tomarlo a la ligera y sería mejor tratarlo con Quentin en cuanto tuviera la oportunidad.

—¿Crees que se encuentre bien? —preguntó Ilsa sin quitar los ojos de la fogata que estaba asando su comida. Leyna les había llevado carne cruda y pan recién horneado, porque se les habían echado a perder las provisiones.

Ese también era un tema recurrente, preguntarse en qué condiciones se encontraría Quentin.

—Al menos todavía está vivo, que ya es bastante.

—Pero no suficiente —murmuró Ilsa y Tareq sintió una pena enorme por ellos.

—Lo sé…

—Lo extraño tanto, Tareq.

Barajó la posibilidad de decirle que él la comprendía, que se sentía terrible por su ausencia, pero optó por callar.

—Siento mucho no poder hacer más, de verdad; pero haremos todo lo posible para llevarlo de regreso a salvo.

—Sí, pero es un dolor tan grande, que muchas veces me parece que me voy a volver loca.

—¿Es por la distancia? ¿Crees que nos estamos alejando de él?

—No es por eso, sé que está cerca —murmuró. Tareq frunció el ceño, confundido, e Ilsa sonrió apenas—. Es que es imposible… —resopló y su rostro enrojeció—. Es imposible no quererlo y supongo que esta angustia va mucho más allá de lo que nuestra estrella hizo con nosotros.

—Comprendo…

—¿Qué se siente estar enamorado, Tareq? Yo nunca… Nunca me enamoré. Se me alborotó un poco la sangre por Iskánder, lo admito —dijo y Tareq rio—, pero con Quentin es diferente.

—¿No se te alborota la sangre? —preguntó divertido.

—También. *Shrakjta*, es que me encanta verlo —respondió y él volvió a reír—. Aunque es mucho más que solo eso.

Tareq recordó a Vila, lo mucho que le gustaban los momentos en que ella bromeaba, su afán por cuidar de él, de ayudarlo a superar los malos momentos que había vivido en el Palacio de Las Hojas, su valentía, su fuerza. Pensó en que le gustaría ser capaz de protegerla de todo, para que nunca nadie le quitara la sonrisa, en cuánto amaba cada segundo de ella.

—¿Y qué más es?

—Yo que sé —encogió los hombros—. Quiero que sea feliz. Siempre.

—Eso es un poco… imposible.

—Pero es en lo que pienso cuando pienso en él. —Ilsa tomó una gran bocanada de aire y la dejó salir—. Quentin siempre está nervioso y preocupado por todos. Y, si bien es algo que al principio me gustaba mucho de él, me he dado cuenta de que no es nada saludable, porque nunca tiene tiempo para pensar en él mismo. Todo lo que hace es por su familia y amigos primero, y por Sitnor en segundo lugar, sin importar qué deba hacer y sin pensar en cómo es que eso le afecta.

«Y eso que no sabes cómo es en el campo de batalla» pensó al recordar lo que Radjhá compartió con él y sus antiguos compañeros, cuando Sitnor tomó el Puente Negro y las ciudades pyebranas hacía tres años.

—Es parte de su personalidad, Ilsa, y no es algo que pueda cambiarse tan fácil… Tal vez, nunca deje de ser así. Esa es la forma en que él ama a los suyos, aunque ya he notado que no sea en especial demostrativo con nadie.

—Conmigo sí —sonrió con nostalgia en sus gestos.

—Se entiende —asintió—. Su relación es absolutamente fuera de lo común, así que supongo que no le alcanza con solo preocuparse por ti.

Ilsa bajó la vista y se abrazó a sí misma.

—¿Y si… llegamos tarde?

Tareq sintió un escalofrío al pensarlo.

—Eso no sucederá —aseguró—. No vuelvas a repetirlo, por Efos.

—La posibilidad existe —dijo con la voz ahogada—. Y no quiero pensar en ello, pero… —Ilsa comenzó a llorar y escondió su rostro con las manos—. Estoy aterrada.

Tareq se acercó y le puso una mano en el hombro. Al igual que Ilsa, no quería pensarlo,

pero la idea lo asaltaba cada poco tiempo y estaba constantemente revisando la sala mental que compartían, porque si él no estaba allí, significaba que estaba muerto.

—Lo encontraremos y estará bien, ya verás —murmuró sin siquiera creer en sus palabras—. Quentin es fuerte y sano, es inteligente y mucho más habilidoso de lo que puedes imaginar.

—¿Entonces por qué no puedo hablarle? ¿Por qué no está? Nunca esta, Tareq —sollozó.

—Quizás le dieron la misma poción que le daban a Lena, y por eso no puede usar su magia. No le harán daño, al menos no hasta llegar con la Dama…

Ilsa comenzó a llorar con más ganas.

«Soy un imbécil…»

—Lo encontraremos antes, te lo prometo. Pyebra queda lejos y llegaremos a tiempo, ya verás.

Ninguno de los dos se dio cuenta de que la carne se quemó hasta convertirse en carbón. ¿Quién podía pensar en comer? Quentin estaba perdido, solo, desarmado, sin poder usar su magia y en manos de Morgana Rostur, seguramente hambriento, asustado y pasando frío.

Sus conversaciones nunca los habían llevado hasta ese punto aunque, al parecer, los dos sentían el mismo miedo de no lograrlo.

7

Desierto Then Kua

Ya había perdido la cuenta de cuántos días hacía que estaban hirviéndose los sesos bajo el sol y Eric, el grandote, era quien peor la llevaba. Tenía los brazos tan quemados que las improvisadas vendas chorreaban un líquido amarillento y habían empezado a apestar. Él decía que se le estaban pudriendo los brazos y, tal vez, era cierto. Al menos estaba bien de ánimos y constantemente estaba bromeando con su amigo. Si lo hacía para que ella se sintiera mejor y no se desesperara ante la situación en la que se encontraban, estaba funcionando de maravilla.

No sabía qué haría una vez que llegara a la aldea de las cabras, porque lo cierto era que había allí más de esos animales que gente, pero intentaba no angustiarse con eso. Cuando llegaran hasta allí, decidiría. Tal vez podía seguir a los soldados hasta Sitnor, porque dijeron que podían ocuparse de ella y Dunayar les creía. Le dijeron que no le harían daño y que la sacarían del infierno en el que los pyebranos convirtieron su ciudad y cumplieron. Eran buenos hombres, tanto así que apenas si bebían para cederle a ella su ración de agua.

—Veo gente. —Dunayar señaló hacia adelante.

Entre las danzantes dunas de Then Kua, alcanzó a ver un grupo de gente que estaba amontonada debajo de un improvisado toldo, mientras que otros caminaban de un lado al otro. Vio, también, detenerse a uno de ellos y oyó sus voces, alarmadas y apresuradas. Se lanzaron a correr hacia ellos de inmediato, aunque con las armas en sus manos.

—¡Somos de Sitnor! —Marco levantó ambos brazos y los movió a los lados. Uno de ellos se detuvo y corrió de regreso hacia los demás, mientras que quienes corrían hacia ellos enfundaron sus espadas. Se descubrieron los rostros y los miraron con preocupación, pero Dunayar sonrió. Eran los soldados tesarianos, los rubios y blancos tesarianos. Los había visto en Ahrbak Ardhal y sabía que estaban con Sitnor.

—¿Cómo encuentran? ¿*Hiridos*? —preguntó uno de ellos.

—Estamos bien —dijo Eric, pero el tesariano le señaló los brazos.

—Eso no se ve bien.

—¿Tienen agua? —preguntó Marco.

No supo en qué momento se encontraron rodeados por los demás, que les dieron agua y unos pedazos de pan seco, que devoraron sin pensarlo. Alguien se encargó de las quemaduras de Eric y otro de cubrir a Marco con un largo turbante, ya que tenía el rostro y el cuello hinchados, quemados por el sol.

Dunayar no podía dejar de sonreír. Los oía hablar entre ellos y sonreía, les veía los rostros, tan hermosos que dolía siquiera poner la vista en ellos, y seguía sonriendo. A ella la hicieron sentar debajo del toldo y le aconsejaron que durmiera, pero Marco y Eric se alejaron a hablar con unos de ellos y no podía pensar en dormirse si no estaban cerca. Por más hermosos que fueran los tesarianos, también podían ser crueles y despiadados. Lo decían en el caserío.

Después de algunos minutos, tanto Marco como Eric buscaron el resguardo de la sombra y el grandote se sentó a su lado.

—Tienes vendas nuevas.

—Y ya no quema como el maldito infierno —sonrió el hombre—. Descansa, estaremos aquí hasta que baje un poco el sol.

Dunayar miró a ambos lados, para comprobar que nadie fuera a oírla y luego bajó la voz.

—¿Se quedarán a mi lado?

—Claro que sí, no te preocupes. Si no soy yo, será Marco, pero no te dejaremos sola, quédate tranquila.

Dunayar asintió, se recostó sobre la arena y como estaba muy cansada por el hambre y el calor, sus párpados no tardaron nada en cerrarse.

—Matamos Reda Almairon —dijo Pawel, el que parecía estar a cargo del grupo, después de las presentaciones. Eric sintió una alegría tan grande que, de no haber sido porque la carne de sus brazos parecía a punto de desprenderse del hueso, hubiera festejado alzando las manos al aire.

Marco sí lo hizo, pero él estaba completo y sano. En parte. Tenía el rostro deformado y enrojecido, pero estaba bastante bien.

—¿Cómo fue? —preguntó en cuanto dejó de reír.

—Corté su mano, para empezar. Quería regalar señor Guna. Eh, después compañero pidió hacha y cortó cabeza. —El tesariano señaló hacia donde improvisaron su campamento.

—Por los dioses, ¿acaso trajeron los restos de Almairon? —preguntó Marco.

—Eh, sí. Regalo para señor Guna —sonrió Pawel.

—Tal como ese cabrón hizo con Aníbal Pronees —dijo Eric, y no pudo evitar volver a reír —. ¿Qué sucedió con los demás?

—Fue espanto. —El hombre movió la cabeza de lado a lado, visiblemente afectado—. Mataron muchos. Violaron mujeres y muchachos, incluso delante nosotros. Mataron soldados que quisieron detener pyebranos. Luego emborracharon y descuidaron prisioneros. Nosotros escapamos, pero soldados Sitnor… no. Golpearon mucho, hasta desmayo. Comandante tenía, eh… —Se señaló el rostro con las manos—. Cara lastimada. Violeta. Espanto. Dio mensaje para familia.

—Malditos sean —murmuró Eric.

—¿Ya decidieron qué van a hacer? —preguntó Marco.

—Llegar a aldea primero. Pedir caballos y dos ir a Sitnor. Demás esperarán órdenes en aldea. ¿Ustedes?

—Ni siquiera teníamos la seguridad de que llegaríamos a la aldea —dijo Marco—. Desde ayer que solo la niña bebe y ya habíamos perdido las esperanzas de llegar a algún lugar.

—¿Por qué traer niña? Es lastre.

—Porque estaba sola y quería salir de la ciudad, aún cuando todos los demás estaban intentando ir hacia el centro, ella sabía que debía salir.

—Astuta. Hubieran violado y matado. Horrible sucedió en Ahrbak Ardhal. Nunca imaginar *tanto* crueldad en personas. Matar propio pueblo es inhumano.

—Ya ves… Si hacen eso con los suyos, no sé qué harán si pasan las fronteras.

—No imaginar, no, no —dijo Pawel, espantado—. Mejor matar a ellos en su *propio* tierra. Descansen ahora. Cuando baja sol volvemos a caminar. No gusta calor a tesarianos, hace mal. Mañana llegar a aldea, ya verán, y *dicidir* qué haremos.

—Ustedes están en mejores condiciones que nosotros —dijo Marco—, así que será mejor seguir sus planes y que vayan a Sitnor quienes ya tenían elegidos.

—Byarkh y yo. Yo porque hablo sitnorense, demás muy poco, apenas. Y Byarkh ser amigo. Confiar vida a Byarkh, si ser necesario.

Marco miró a Eric y ambos sonrieron.

—Comprendo —dijo Eric—. Será así entonces. Les daremos un mensaje para el señor

Guna, si no es molestia.

—No problema, será feliz de saber dos soldados están vivos. Creo que son únicos, no cruzar nadie más que ustedes.

—Puede que hayan tomado otros caminos o se hayan adelantado.

—Puede, sí, sí —respondió el tesariano, no muy convencido—. Nosotros descansar a mediodía, sol muy dañino. Puede que sitnorenses adelantarse y llegar a aldea. Duerman, ahora. Nosotros cuidaremos.

El tesariano les señaló la improvisada tienda y se dirigieron hacia allí caminando despacio.

—Perdón por la desconfianza… ¿Están seguros de que era Almairon? —preguntó Marco.

—¿Ustedes conocerlo? —preguntó en respuesta—. Puedo mostrar cabeza. Estar bastante podrida y apestosa, pero mostrar.

—Yo lo conozco —aseguró Eric.

—Dijo ser Reda Almairon. Lloró y grito *mucha*, también.

Eric rio.

—Entonces es él. No sé si tengo ganas de verlo pero, ante la duda, será lo mejor.

—Sí, sí. Mejor comprobar. No querer ofender señor Guna.

—Esperemos a que Dunayar se haya dormido, mejor. No nos quita los ojos de encima y será malo para ella ver la cabeza de Almairon —dijo Marco.

—Es cierto, demasiado ya tiene con lo que le ocurrió a sus padres —asintió Eric.

—¿Pyebranos matar padres?

—Y violaron a su madre, ella se escondió en el pozo de la letrina para que no la vieran.

—Putos pyebranos —masculló Pawel—. Son demonios convertidos personas.

—Intentaremos ayudarla todo lo posible —dijo Eric—. Aunque aún no la convencimos de ir a Sitnor.

—Lograrán, ya verás —sonrió el hombre con cierta tristeza—. Niña no tiene nadie, seguirá con ustedes, estoy seguro.

Al llegar a donde estaban los demás, Eric se acercó a Dunayar y, cuando la niña se durmió, le hizo una seña a Marco para que se quedara con ella. Quería saber cuanto antes si la cabeza que llevaban era, efectivamente, la de Almairon, o si el muy cabrón había utilizado a algún otro idiota para ponerlo en su lugar.

Se acercó a Pawel y este, de inmediato, tomó una bolsa de cuero y comenzó a alejarse del resto.

—Apesta —dijo mientras caminaba—. No querer que compañeros descompongan estómago por oler cadáver.

«Ya apestaba cuando estaba vivo el maldito ese» pensó Eric.

Pawel se puso de espaldas al viento y abrió la bolsa. Aún cuando Eric también estaba en contra del viento, el olor se le hizo insoportable y tuvo que esforzarse para no vomitar.

—Maldito sea, qué peste, por Xito —murmuró y Pawel rio.

Después de respirar varias veces y contener el aire, se acercó a la bolsa abierta para ver si era Almairon.

—No lo sé. Está irreconocible. —La cabeza era un mazacote de sangre descompuesta, jugos de colores extraños y piel morada.

—Está podrido. Calor ayuda descomposición. —Pawel encogió los hombros.

—Tal vez deberías dejarlo al sol un rato, ¿no? Para que se seque.

—Puede, sí, sí —dijo Pawel y dio vuelta la bolsa. Todo el contenido se derramó en la arena, y esta absorbió los líquidos rápidamente. El tesariano pateó la cabeza para apartarla y, luego,

cubrió la mancha oscura con arena.

—Tal vez cuando esté un poco más seca, pueda reconocerlo —dijo, pensativo.

—No creo que mañana cambie, pero depende hora de llegada a aldea. Ya veremos.

—Bueno, en ese caso, el señor Noah lo conoció, él sabrá si es o no ese cabrón.

—Sinmá quiera que sí. Empezar a dudar si matamos hombre correcto.

Eric encogió los hombros, a falta de algo coherente que decir, más que algunas maldiciones a la peste que soltaban los restos de Almairon. Pawel caminó de regreso al campamento y él lo siguió. Tenía una mezcla de sensaciones en su interior. Por un lado, le gustaría que sí fuera él, para tener alguien menos por quién preocuparse; pero por otro, le hubiera gustado haberlo hecho y sentía un poco de envidia de los tesarianos que se le adelantaron. Aunque, quizás, Eric hubiera dudado en cortarle la cabeza sin más preámbulos. Tal vez, de haberlo encontrado esa noche, lo hubiera arrastrado por el desierto para llevarlo hasta Sitnor, pero ellos, simplemente, fueron y lo decapitaron, así sin más.

—Aunque no sea Almairon, hicieron bien —dijo Eric, finalmente, y Pawel asintió.

Al llegar junto a los demás, Eric se estiró sobre la arena junto a Dunayar. Marco dormía del otro lado de la pequeña, por lo que se entregó al sueño, sin mayores preocupaciones esta vez.

8

Zart Vialh, Tesar

—Pesas mucho, Onix. Tengo los brazos cansados.

—Falta poco.

—Eso dijiste ayer, y el día anterior y es lo que escucho desde hace semanas.

—Esta vez es cierto. Estamos a punto de llegar a la ciudad.

—Ya no te creo nada. Me hubieras dejado hacer un bolso para colgarme en los hombros, al menos… O podrías caminar, también, ¿no? Te vendría bien, porque estás gordo y pesado.

—Insolente.

Astor se agachó y puso al felino en la tierra del camino.

—Camina, o llegarás rodando a los brazos del maestro.

—Alguien podría vernos.

—Y verían a un gato gordo…

—¡Ey!

—… Caminar junto a un niño. No sé donde encuentras lo extraño en eso.

—¿Cómo que gato gordo? Solo es por el cambio de pelo, por…

Astor rio.

—No estamos en cambio de estación, Onix, hace meses que hace calor.

—Puede que sea por el nerviosismo que estoy pasando últimamente.

—Admítelo, eres gordo y vago.

—Qué descarado te has vuelto.

—Y tú un flojo.

—Tal parece que la falta de respeto es algo que llevas en la sangre.

Astor sonrió y se agachó para acariciarlo.

—Eres bastante tierno cuando te enojas, ¿lo sabías? —Sus dedos rascaron la cabeza del felino y, luego, detrás de su oreja.

—No ahí, esto… Esto es muy injusto de tu parte. —Onix comenzó a ronronear y cerró los ojos, disfrutando de las caricias—. *No te lo perdonaré, pequeño atrevido.*

Astor volvió a reír y, como llevaba un largo rato aguantándose el hambre, se sentó al costado del camino.

—Ya que tu ciudad no aparece, ven, vamos a comer algo.

—Es lo más coherente que te he escuchado decir en horas.

Onix se acercó a él y se sentó a su lado, mientras Astor buscaba en su bolso los conejos que cazaron la tarde anterior y que sobraron de la cena. Le dio uno al felino y tomó uno para él. Estaba por terminar de comer cuando escuchó voces a lo lejos.

—Alguien se acerca —dijo Astor.

—Deben ser campesinos o viajeros, no les pongas atención, seguro pasarán, como todos los demás.

Astor intentó seguir su consejo, pero no podía dejar de sentirse incómodo y alarmado, como cada vez que se cruzaron con otras personas en su largo viaje. A muchos les extrañaba verlo, siendo un niño, ir por los caminos. Sin embargo, nadie intentó acercarse a él para preguntarle por qué iba solo o a dónde estaban sus padres; nadie se preocupó por su seguridad, tampoco.

Dos hombres tesarianos de aspecto desaliñado pasaron frente a ellos, en dirección contraria a la ciudad de Zart Vialh. Los miraron, más de lo habitual, y continuaron caminando. Uno de ellos se daba vuelta cada pocos pasos.

—*Esclavistas* —dijo Onix—. *Venden a los refugiados solitarios. Es hora de irnos.*

Astor, con todos sus sentidos alertas, se puso de pie, acomodó sus cosas y, cuando quiso levantar a Onix, este saltó hacia el camino.

—*Mejor que tengas las manos libres, por si deciden seguirnos.*

—*¿Qué sucederá si quieren…?*

—¡Niño! —exclamó uno de ellos en morroíno y a Astor se le heló la sangre. Nunca tuvo que enfrentarse a una persona, ya que las pocas veces que hizo algo, fue en contra de los Indignos que aparecieron en su ciudad. Los que Quentin liberó, primero, y los de las monedas, después.

Astor se detuvo y se giró para verlos. Ambos sonreían y parecían muy amables, aunque Onix hubiera oído lo contrario.

—¿Dónde están tus padres? ¿Qué haces solo? —preguntaron en el idioma de Morrau. Al parecer, estaban habituados a encontrar refugiados en los caminos.

—No comprendo, señores —respondió Astor en tesariano, aún cuando sabía que su acento podría delatarlo.

—*¡Imprudente!* —exclamó Onix, alarmado. El hombre repitió las mismas preguntas, en tesariano, esta vez.

—Voy a la casa de mis tíos —respondió Astor con la mayor seguridad posible. Sin embargo, notó que ambos se miraron fugazmente y supo que había arruinado todo.

—¿Te dejan andar solo? Bastante descuidados tus padres.

—Mis padres están muertos, señor.

—Vaya, es una pena. ¿Y de dónde vienes?

—Quiero llegar a la ciudad antes del anochecer, si me disculpan… —Astor retrocedió y, luego, les dio la espalda para seguir su camino. Acudió a sus poderes y se mantuvo alerta, más aún cuando escuchó que se movían.

—Podemos acompañarte —dijo uno de ellos.

—No hace falta —respondió sin voltearse a verlos, para no delatarse.

—*Atento* —susurró Onix.

—*Lo estoy.*

—¿De dónde vienes, pequeño? —preguntó uno de ellos, muy cerca de él.

Astor se dio vuelta, esta vez, y los miró. Se veían tan miserables, tan sucios, apestosos y desdichados que, por una fracción de segundo sintió lástima por ellos. Avanzó, despacio, consciente de que sus ojos brillaban de forma inusual, y ellos retrocedieron, con la confusión pintada en sus gestos. Entró en la mente de uno y escuchó que sus pensamientos estaban inundados por voces de personas pidiendo por sus hijos, rogándole que no continuara, que suplicaban piedad o lloraban de dolor.

—De uno de los mil infiernos, de las entrañas del fuego y la muerte —susurró.

«Personas como él son quienes hacen vivir el infierno a otros» pensó Astor, complacido por el temor que causó en ellos.

—*Astor, detente.*

Los hombres se miraron, confundidos y aterrorizados, y levantaron las manos, disculpándose por haberlo importunado.

—Vengo de donde las sombras son más oscuras que la noche, de un lugar en el que sus

pesadillas no serían más que un ridículo cuento de hadas.

—*Ya déjalo. Borraré sus mentes.*

—No basta con borrar sus mentes, Onix. Necesitan sufrir por lo que hacen.

Uno de ellos quiso correr y Astor lo inmovilizó moviendo una mano; el otro hombre cayó sentado y retrocedió empujando con sus pies. El niño levantó los dedos de su otra mano y quien estaba en el suelo se tomó la cabeza y se retorció en la tierra del camino. Un grito salió de su garganta, pero fue tan agudo que dejó de escucharse al momento. El otro hombre, por su parte, estaba obligado a ver lo que le sucedía a su compañero, puesto que no podía escapar, y los ojos se le agrandaron y gimió por el miedo.

Onix se paró delante del niño e intentó llamar su atención, pero Astor no quería responderle. Las atrocidades que ese hombre llevaba entre sus recuerdos no merecían ninguna clase de misericordia. Engañar familias, separarlos, venderlos. Arrancar a los niños de los brazos de sus padres para venderlos a gente adinerada con malas intenciones; lastimar niñas antes de encerrarlas en cuartos sucios y oscuros para que otros hombres les hicieran lo mismo a cambio de unas monedas; vender los jóvenes a los mineros, las mujeres a los prostíbulos, los hombres a los castillos… Comerciaban con las personas como si fueran meros objetos.

Astor estaba asqueado por lo que veía y oía en esa mente, y no estaba en sus intenciones concederles la libertad de marcharse como si fueran buenas personas.

—*¡Astor!*

—¡No! No los dejaré ir —respondió, enfurecido.

El hombre que se revolcaba de dolor dejó de hacerlo y Astor puso su atención en su compañero, pero sintió que Onix intentaba someterlo, para que dejara a los hombres. Trataba de distraerlo, atacando sus defensas, y de convencerlo de que no era la manera de hacer las cosas; sin embargo, Astor estaba decidido y Onix no podía detenerlo, fuera porque no quería hacerle daño o porque, para su sorpresa, no era capaz de hacerlo.

—*¡Egil! Astor se salió de control, no puedo frenarlo.*

—*¿Dónde están? Iré donde me digas.*

—*¿Puedes? ¿Estás seguro?*

—*Muéstrame dónde se encuentran.*

El gato le mostró a su viejo amigo en dónde se hallaban y, a los pocos segundos, Egil apareció frente a él. El aire a su alrededor se distorsionó y, por apenas una fracción de segundo, le pareció que toda la realidad se movía de forma extraña.

La sorpresa de su aparición fue tan grande que Astor, al fin, se distrajo y los miró. Egil levantó ambas manos sin perder el tiempo y unas líneas verdes, que parecían ondear con el viento, nacieron de sus manos y envolvieron al niño. Astor reaccionó de inmediato y antes de que estas pudieran aprisionarlo, sacudió sus manos y una explosión de luz violeta intenso hizo que la energía de Egil se dispersara hasta desaparecer.

Onix, aprovechando que Astor no le prestaba atención, entró en su mente, otra vez, para intentar calmarlo. Sabían, desde antes de que el niño naciera, que Astor no sería un mago normal y por eso el gato decidió instalarse en su casa, acercándose a Quentin para lograrlo. Cuando nació, los Astros confirmaron que su destino estaba escrito. «Señor de cielos e infiernos, dueño de vida o muerte» lo llamaron quienes nunca mienten. Sin embargo, cabía la posibilidad de que sus pasos lo condujeran hacia un camino en el que solo hiciera lo bueno y estaban esforzándose para que fuera así, alejándolo de aquello que sería perjudicial para él.

Astor no sabía lo que sucedía con Quentin y con Naga, y estaban esperando a recibir

noticias precisas de su hermano antes de decirle lo que ocurría. No podían prever su reacción y, en ese instante, confirmaron que era mucho más inestable de lo que podrían haber imaginado. Y eso lo hacía más peligroso de lo que creían que sería.

—*Astor, estás ante tu maestro* —dijo Onix con calma—. *No puedes atacarlo.*

—*Él me atacó primero.*

—*Estás desobedeciendo órdenes directas, Astor. Te advertí de que dejaras a esos hombres.*

—*Son asesinos y traficantes de humanos. Puedo cambiarlo, puedo hacer del mundo un lugar algo más seguro, y lo voy a hacer, Onix.*

—*Con dejarlos inconscientes era suficiente, no tenías por qué causarles dolor. Libera…*

—*Tú no viste lo que yo vi en sus recuerdos.*

—*No te incumben sus acciones, Astor.*

—¿Debería liberarlos? —preguntó con la voz afectada—. ¿Tengo que olvidar lo que vi y solo dejarlos ir? ¿Eso dices?

—*Sabes que puedo hacer que lo olvides, Astor. Esto era innecesario. Podríamos haber confundido su mente, simplemente, y dejarlos ir sin que sepan quiénes fueron alguna vez.*

Onix sintió su culpa y arrepentimiento por lo que estaba haciendo, pero también sus dudas. Por un lado, el niño quería terminar con lo que había empezado y, por otro, rendirse y obedecer.

—Astor. —Egil le habló por primera vez—. Debes dejarlos antes de que sea tarde.

—Ya es tarde. Ya dañaron a muchos y nadie estuvo allí para evitarlo.

—El pasado no se puede cambiar.

—Pero sí el futuro.

Las manos de Astor se movieron en diferentes direcciones. Con su derecha aprisionó a Egil y a Onix para evitar que intervinieran. A la misma vez, expulsó al felino de su mente, lo que lo dejó confundido y algo aturdido. Con la izquierda, en cambio, señaló a los hombres e hizo que la piel y la carne se le despegaran de los huesos y se esparcieran en jirones detrás de ellos, tapizando de rojo la tierra del camino, los arbustos y matas de hierba que crecían a los lados de este. El esqueleto de quien estaba de pie permaneció por algunos pocos segundos en el mismo lugar y, luego, se desplomó con un horrible sonido de huesos chocando entre sí. Todo sucedió tan rápido que apenas si tuvieron tiempo a pensar en lo que estaba ocurriendo y, cuando lograron hacerlo, Astor ya había asesinado a dos personas.

El niño continuó de pie con los brazos en la misma posición y con los ojos fijos por eternos minutos en las dos montañas de huesos que yacían frente a él. Ninguno de los tres parecía querer asumir lo que acababan de presenciar. Por culpa, principalmente, aunque también por frustración, asombro y temor. Unos por no poder evitarlo, otro por haber sido el causante.

—Astor… —murmuró Egil, cuando fue capaz de reaccionar.

—*Zahl lanta*[40]. —Onix salió de su estupor al oírlo y la prisión que los retenía se deshizo como las nubes tras una tormenta.

Astor se dio vuelta despacio, los miró con los ojos enrojecidos y cayó de rodillas, derrotado, al tomar consciencia de la magnitud de sus actos.

—¿Qué has hecho? —reprochó Egil—. Ponte de pie de inmediato.

—Perdón, maestro —murmuró sin moverse.

—¿Perdón? Pídele perdón a esas dos pilas de huesos y a los jirones de carne que desparramaste sobre las hierbas y espera a ver qué responden. ¡De pie! Acabas de torturar y asesinar a dos personas indefensas.

—Ellos… —Astor se incorporó.

—¡Silencio! No eres nadie para decidir quién merece la muerte. Lo sabías y eso lo hace aún

peor. Baja tus defensas.

Astor lo miró asombrado y su rostro palideció, pero sus ojos se volvieron violetas y Onix supo que iba a obedecer a Egil. Después de lo que dura un suspiro, los ojos de Astor regresaron a su color original. Se lo veía devastado por la humillación de haberse quedado sin la posibilidad de usar su magia, ya que Egil anuló sus poderes y solo se los devolvería cuando aprendiera la lección.

Egil desapareció y volvió al lugar apenas unos segundos después. Traía una pala y un pico en sus manos. Arrojó las herramientas a los pies del niño y las señaló.

—Cavarás dos tumbas para lo que queda de esos desgraciados.

—Pero… apenas puedo manejar algo así —dijo y tomó la pala.

—Me importa una mierda, como a ti cuando decidiste ser un asesino. Cava. Si al atardecer no has finalizado, Onix y yo nos iremos y tú quedarás a tu suerte. Y sin magia.

Egil se sentó al costado del camino y Onix permaneció donde estaba, sin saber cómo actuar. Vio que Astor se alejaba hacia un lado, buscando un lugar para poder excavar. Hizo unos pasos para seguirlo, pero Egil lo detuvo.

—No lo ayudes, o nunca aprenderá.

—¿Crees que con cavar dos pozos será suficiente? —Onix se acercó a su humano.

—Lo dudo, pero al menos podrá pensar en lo que hizo mientras tanto. Desobedeció órdenes, nos atacó y mató a dos tipos. Va a estar entretenido por un tiempo. Hay mucho trabajo para hacer en la granja y mi hija no está para ayudarme.

—Puedes hacerlo tú con mover dos dedos, Egil…

—Ilsa sospecharía. —Egil hizo una pausa—. *¿Sabes algo de ella?*

—No mucho más de lo que ya te dije. Está junto a Tareq en los túneles.

—No quiero pensar en lo que sucederá si no lo encuentran. Mi pobre niña…

—Quentin es fuerte, hábil y aprendió algo de magia.

Egil rio.

—Sí, es como poner a alguien que se defienda con un tenedor frente a un guerrero, ¿qué mierda dices, gato? Morgana Rostur será descuidada y perezosa, pero sabe bien lo que está haciendo. Por algo la Dama la quiso como reina de Morrau.

—Tal vez, pero no deberías subestimar a Quentin, humano. Podrías llevarte una sorpresa.

—Los dioses quieran que sea una de las buenas, porque mi niña debe estar destruida.

—Un poco, pero tampoco deberías subestimarla. Es más fuerte y valiente de lo que crees.

—¿Por qué lo dices?

—La he visto…

—¿Qué dices, gato? Ilsa nunca ha estado en ningún peligro.

—Eso es lo que tú crees, humano ingenuo, pero Ilsa defendió a Quentin una noche y mató a un hombre.

—¿Cómo que…?

Onix le contó a Egil parte de lo que sucedió esa noche, cuando los padres de Quentin y el Gobernador y su esposa fueron asesinados. Tal vez había hecho mal en decirlo, pero no tenía caso callarse después de haber soltado tan terrible noticia. Egil se impacientó, se puso de pie y comenzó a caminar de un lado al otro.

—¡Cuando le ponga las manos encima a ese imbécil, se va a arrepentir de haber nacido!

—Egil…

—Si regresa vivo de las garras de Morgana, voy a triturar todos y cada uno de sus huesos.

—Egil…

—¡Ni siquiera es capaz de cuidar a Ilsa, gato! ¿Se supone que me quede tranquilo ahora que está yendo detrás de ese bueno para nada?

—¡Egil!

—¿Qué demonios quieres?

—No es algo que ellos hayan elegido, humano ridículo. Su estrella así lo quiso, por alguna razón, y lo sabes de sobra desde hace años. Deja de comportarte como un niño. No buscaron que las cosas fueran así, ni siquiera es que se enamoraron, como suele suceder. Bueno, tal vez…

—¿Qué, gato, qué? ¿Acaso Ilsa siente algo por ese imbécil?

—No Ilsa, él —respondió. No sabía por qué la idea le parecía divertida.

—¿Y mi niña?

—No podría saberlo, no puedo conversar con ella.

Egil volvió a sentarse a su lado y se largó a reír.

—Al menos ese idiota…

—No, humano. No voy a permitirte que vuelvas a insultarlo. —El humano lo miró, sorprendido—. *Quentin puede ser descuidado y tener ciertos problemas, pero es un gran ser humano y no se merece que lo desprecies de esa forma.*

—Bah, tonterías… Te encariñaste con ese… chico —refunfuñó—. *No eres capaz de ver las cosas como son.*

—Quizás tú eres el ciego en estos momentos. No conozco a nadie que no lo aprecie y, además, se preocupa por todos más que por él mismo.

—Sí, sí, lo que digas.

—Si no te conociera, diría que estás celoso de Quentin, humano.

—¿Yo? —Movió la mano, como quien espanta a un insecto—. *Tonterías.*

—Ni Ilsa ni yo dejaremos de quererte por sentir afecto por él. Además, Ilsa siempre regresa a Tesar, aunque su alma se desgarre cada vez que se aleja de Quentin. Y lo hace por ti, porque eres más importante que nadie para ella.

—¿Y si ahora decide no regresar conmigo? ¿Qué haré, gato, sin ella?

—Volverá, ya verás. No deberías desperdiciar tus energías sufriendo por algo que aún no sucede.

—Es fácil para ti decirlo, vas dejando hijos por el mundo como un campesino arroja semillas en temporada de siembra.

—No me culpes, soy un gato y no puedo hacer nada para evitarlo. Si los Astros quisieron que fuera así, yo no puedo negarme a cumplir con mi destino.

—Tampoco es que te esfuerces demasiado en hacerlo de otra forma.

—Si tuviera hombros, humano, los elevaría hasta que rozaran mis orejas, pero dado que no los tengo, te diré que me importa muy poco tu opinión.

—Lo sé —rio Egil y, luego permaneció en silencio por un largo rato—. *Creo… Me parece que haré algo con Ilsa.*

—Era hora…

—Hablaré con ella, aunque sin revelarle mi identidad, y la entrenaré en cosas básicas. Al menos en un principio.

—Es algo que deberías haber hecho desde que nació, humano. Las cosas serían bastante diferentes si Ilsa desarrollara todo su potencial.

—Mírame —dijo el humano y, cuando el gato lo hizo, Egil levantó los hombros. Si hubiera podido reír, el gato lo hubiera hecho—. *Lo pensaré algunos días más, por si acaso…*

—¿Ya te arrepentiste?

—No, solo que se me acaba de ocurrir y no me gusta precipitarme en mis decisiones.

El gato miró a Astor y lo vio golpeando la tierra con el pico, que parecía ser más grande que él.

—Tal vez deberíamos suspender todos las lecciones a los niños, humano.

—¿Lo dices por él?

—Por él y por Lena Almairon. El mundo no está preparado para que los niños sean entrenados. No de la forma en que se está haciendo, al menos. Las condiciones en que vivimos, las prisas, la urgencia porque sean útiles… No tenemos los edificios, los maestros ni la contención con que se contaba en la Antigua Era, nuestros entrenamientos actuales están basados en nuestra urgencia por tener magos útiles para repeler un posible ataque, pero exponer a los niños a eso es sumamente apresurado. En nuestros tiempos, no íbamos al frente hasta ser mayores de edad… Lena atacó por primera vez a su madre antes de tener dos años y exterminó a los sacerdotes antes de los cinco. Astor…

—No lo había pensado de esa forma y tienes razón. Se los diré a los de Erjathá y de Sitnor.

—Si Atkjer se dignara a ponerse en el lugar que le corresponde, podríamos intentar trasladar los niños a Tesar, pero…

—Creo que también hablaré con Ogdev.

Egil se puso de pie y caminó hacia donde Astor estaba golpeando la tierra. Con dos movimientos de sus manos, hizo las fosas, recogió los restos desperdigados de los muertos y los sepultó.

—Nos vamos, Astor. Recoge tus cosas.

—Pero, maestro…

—El mundo no se detiene porque tú cometas errores, mocoso, pero no tendrás tu magia de nuevo porque yo esté apresurado. El castigo continúa vigente y hay muchas tareas para que completes en la granja. Nos vamos.

Egil tomó la mano de Astor, alzó al gato y desaparecieron del camino.

9

Tesar Ciudad Capital

Ogdev entró en la biblioteca y encontró a su esposa sentada junto al ventanal, con su mirada perdida en los jardines. Sentía pena por ella, desde el día en que la vio, pero no tenía más opción que fingir, como lo hizo toda su vida. La mujer sonrió al oír sus pasos y se puso de pie, de inmediato, para hacer una reverencia frente a él.

—Su Majestad —saludó.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó en respuesta.

—Bien, por supuesto. ¿Y usted?

Ogdev sonrió y tomó asiento.

—Dime, Irenka. ¿Hay algo que pueda hacer por ti?

—Nada me falta aquí, su Majestad, soy…

—… feliz, lo sé —interrumpió—. Aun así, ¿no hay algo que te gustaría hacer para no aburrirte? No lo sé… ¿Qué intereses tienes?

Irenka, sin dejar de sonreír, lo pensó unos momentos.

—Estoy embarazada.

Ogdev abrió mucho los ojos.

—Seré tío —murmuró.

—Padre, su Majestad. Será el padre de su heredero.

—O heredera.

—El rey estará encantado con la noticia.

—Claro que sí —respondió sin estar demasiado seguro de cómo se sentía—. ¿Esto es seguro o todavía es muy reciente?

—Nacerá en siete lunas, si Thara así lo desea.

—Es grandioso, Irenka —sonrió.

—Mi príncipe… —dijo en voz muy baja—. ¿Usted… confía en Zelig? —Ogdev la miró y ella bajó la vista, incómoda—. Perdón.

—No te disculpes, por favor. Claro que confío en él.

—¿No teme que quiera reclamar a este bebé? —Irenka se llevó la mano a su vientre.

—Claro que no, a Zel no le importan estas cosas, quédate tranquila.

—Pero, cuando se entere… ¿Y si decide ser su padre?

—No lo hará. Él aceptó ayudarnos y puedes confiar en que no hará nada para acercarse al bebé. No lo hará como tío ni mucho menos como padre. Además, está de camino a Sitnor con Verj y no creo que volvamos a verlo alguna vez. Su sueño siempre fue vivir en Pyebra, a la orilla del mar. No deberías preocuparte ahora por eso, harás daño al bebé.

—¿Qué sucederá cuando el rey decida que quiere otro nieto? —preguntó alarmada.

—Nos ocuparemos de eso cuando llegue el momento, ¿sí? Ahora, tenemos que pensar en que llevas a un bebé en tu vientre y el mundo entero debe saberlo. Tenemos que ocuparnos del anuncio y las fiestas en su honor. —Irenka sonrió—. ¿De qué color te gustaría que fueran los adornos?

—Del color que a ust…

—Esta vez tú lo decidirás, Irenka. Tienes más derecho que yo en hacerlo.

—Es su hijo, su Majestad —aseguró y Ogdev rio.

—Está bien. Haremos una cosa. Tú no volverás a decir que estás de acuerdo en todo lo que yo quiera o decida y yo no volveré a decir que el bebé no es mi hijo.

—Pero, su Majestad, no sé decidir por mí misma, puesto que me educaron para servirle y complacerlo.

—Lo sé. Pero me complacería más que pudieras empezar a tomar decisiones en base a tus intereses. Empecemos con algo básico, la fiesta del bebé. De nuestro bebé.

Irenka sonrió.

—Bueno, en ese caso… —Irenka dudó—. Cuando fui a Morrau Ciudad Capital con mis padres, quedé fascinada por sus edificios, y el Castillo Blanco es una magnífica obra de arquitectura.

—Eso es cierto, es una ciudad hermosa. Entonces, ya tenemos dos colores, blanco y negro. Es un gran avance.

Irenka bajó la vista y sonrió.

—Gracias, su Majestad.

—Haremos el anuncio al rey durante la comida. Luego convocaremos a los decoradores para que comiencen a preparar el palacio.

—Será hermoso —dijo, con los ojos brillando de la emoción—, me imagino al Palacio Dorado decorado con espejos negros… —Irenka bajó la vista y el tono de su voz, de nuevo—. Perdón.

—No, no. Continúa, por favor. —Ogdev se puso de pie y le tomó el rostro con las manos. Le levantó el mentón y sonrió—. Dilo, di todo lo que quieras, lo que imaginas, lo que te gustaría ver.

—Es usted muy compasivo, su Majestad.

—No puedo darte nada, Irenka. Solo puedo verte como si fueras mi hermana, puedo intentar ser tu amigo, pero no tengo nada más para ti y es muy lamentable. Puedo comprar lo que desees, pero no puedo darte el amor de esposo que mereces. Puedo traer a quien quieras para hacer tu soledad más llevadera, o…

Irenka lo abrazó y se largó a llorar. Ogdev se sintió más miserable de lo que normalmente se sentía cuando estaba con ella, y le puso una mano en la espalda, para contenerla. En ese momento, la puerta de la habitación se abrió de repente y los reyes de Tesar ingresaron, escoltados por sus guardias.

—¿Qué sucede? ¿Por qué está llorando? —preguntó Atkjer alarmado.

Irenka se apresuró a apartarse de Ogdev y se secó el rostro.

—Es de felicidad, su Majestad.

—Seremos padres —se apresuró a decir Ogdev, para que el rey no insistiera con más preguntas. Irenka sonrió y le tomó la mano, por lo que Ogdev la levantó a la altura de su pecho y se agachó para posar apenas sus labios sobre ella. El rey se quedó inmóvil en la entrada a la habitación y después de unos momentos, comenzó a reír. La reina Valka caminó hasta ellos, besó las mejillas de Irenka y, luego, abrazó a su hijo. El rey, por su parte, continuó riendo y aplaudiendo desde donde estaba, hasta que Valka lo llamó para que felicitara a los príncipes. Atkjer volvió a ser el mismo hombre ruidoso que era antes de que la guerra del norte arruinara los ánimos de todos allí, y se permitió abrazar a Ogdev y llamar a Egil para darle la noticia.

Su hermano menor, ignorante de la falsedad de su matrimonio, decidió dejar de lado el retraimiento en el que estaba sumido desde la partida de Verj y Zelig y se sumó a los precipitados festejos.

Irenka se veía feliz al ser el centro de atención y no dejaba de sonreír en ningún momento. El rey Atkjer la trataba como si fuera una frágil y muy delicada copa de cristal, e intentaba evitar que las personas se acercaran demasiado, no fuera que alguien tropezara cerca de ella y la golpeara por error al querer felicitarla. Ogdev, por su parte, recibió consejos de paternidad por parte del rey, en los momentos en que este no estaba custodiando a la princesa, y Valka intentaba por todos los medios hacer que su esposo dejara a la chica en paz y le permitiera recibir a quienes querían acercarse a ella para presentarle sus respetos.

La noticia no tardó en salir de la biblioteca y pronto todos en el Palacio Dorado sabían que habría un nuevo heredero si los dioses eran bondadosos, o una heredera si su humor no había sido tan bueno el día de la concepción. Sirvientes, esclavos y señores empezaron a prepararse de inmediato para la fiesta del anuncio oficial y el palacio se inundó, esa misma tarde, de floristas, decoradores y sastres ansiosos por ser elegidos para la titánica tarea de convertir la ciudadela en lo que los futuros padres desearan; en este caso, Ciudad Naga, antigua capital de Morrau.

10

Pyebra Ciudad Capital

El cuerpo mutilado de Reda fue incinerado en Ahrbak Ardhal. Ningún sacerdote con algo de decencia se aventuraría a enviar a Ladha, el dios de la justicia divina, un cuerpo incompleto. Menos aún si faltaba su cabeza. Además, llegaría podrido y apestando al Palacio de Las Hojas. ¿Y para qué lo querrían allí, después de todo? Viktoria no quería encargarse de reconocer lo que quedaba de él, si algo en su piel descompuesta era reconocible, y su maestra no saldría de su escondite para verlo, de eso estaba muy segura. Sin Reda importunándola con su estúpida idea de casarse, podía buscar la forma de librarse del infierno de Pyebra y escapar de allí en cuanto la oportunidad se presentase. Tenía que alejar a Dante de todo ese caos y necesitaba encontrar la forma de derrotar a la Dama de la Cueva, aunque la vieja zorra se hubiera guardado la mitad de los secretos de la magia para ella misma. Quizás, podía hablar con Morgana… Estaba segura de que ella también estaba buscando la forma de librarse de la carga que tenían. Lo presintió la última vez que la vio, como también al desagrado que le causaba tenerla de visita en su castillo.

El carruaje se detuvo de improvisto y Viktoria se sorprendió de lo rápido que llegó. Al final, había decidido ir ella misma a ver a su maestra y decirle lo ocurrido con Reda, porque la vieja señora difícilmente le perdonaría que alguien más le diera la terrible noticia, más aún cuando él murió lejos y en manos de un grupo de tesarianos, según dijeron los sirvientes que sobrevivieron al ataque de esa noche.

Viktoria comenzó a ascender entre las rocas y, a cada paso, su interior se estremecía un poco más. Ver a la Dama siempre la atemorizaba, pero ese día estaba más inquieta que nunca.

Al pasar junto al arbusto de frutos rojos, se sintió tentada de tomar un puñado de ellos. No supo por qué, ya que era un suicidio comerlos, pero se detuvo unos instantes frente al frondoso arbusto con toda la intención de llevarse consigo algunos. Sin embargo, continuó andando poco después. Cuanto antes terminara con todo eso, mejor sería.

La fría oscuridad de la cueva le resultó opresiva y tan densa que hubiera regresado sobre sus pasos de no haber sido porque la Dama parecía estar esperándola justo donde el túnel se convertía en la enorme cámara principal. Viktoria se apresuró a bajar la vista.

—Mi señora —saludó.

—Me siento muy desilusionada, Viktoria.

—Le traigo noticias del frente, mi señora. —La reina ignoró el comentario, rogando a Sinmá que no lo supiera ya.

—¿Acaso vienes a notificarme de la muerte de Reda, cinco días después de que ocurrió?

Viktoria sintió que algo se atravesaba en su garganta y le impedía respirar con normalidad.

«Maldición» pensó.

—Soy madre y he perdido a tres de mis hijos, sé que es algo por lo que nadie debería…

—¡Me ocultaste la muerte de Reda! —reprochó levantando la voz—. ¿Qué otras cosas más me has ocultado?

Viktoria se arrodilló y se arrastró hasta posar su frente sobre su pie.

—No, mi señora…

—¡Quítate!

Viktoria sintió que algo golpeaba en su costado y se vio siendo arrastrada hacia su

izquierda, hasta chocar con una columna de roca. Se incorporó, aun cuando su cuerpo resintió el golpe, pero permanecer en el suelo sería mucho peor que incorporarse. O eso había creído, pues la Dama volvió a someterla, empujando su cabeza con violencia, lo que la hizo perder el equilibrio y caer, otra vez. Su rostro se estrelló contra las rocas y sintió en su boca el sabor de la sangre.

—Mi señora —balbuceó.

—No tienes derecho a hablar, Viktoria. Hice todo por ti, te di todo. Mi hijo, una corona, un ejército, el poder de tener el mundo a tus pies. ¿Y tú? No fuiste capaz de mantener nada de eso. Kirios murió sin que pudieras evitarlo, Lena se escapó de tu cuidado solo para correr a los brazos de Zarba, Sitnor sigue sin caer y Tesar no está mucho más cerca. Morgana… cuando le ponga las manos encima… Inútil. Todas han resultado inútiles. Hasta Enara nos traicionó. ¡Islery!

Un escalofrío le recorrió el cuerpo ante la sola mención de su nombre e intentó incorporarse con más empeño.

—No, mi señora. Yo puedo…

—¿Qué puedes, Viktoria? Ni siquiera eres capaz de cuidar a tus propios hijos.

—Permítame… una oportunidad más. Le prometo…

—Ya me prometiste y fallaste demasiadas veces, Viktoria.

—Entonces déjeme ir. Dante me necesita, no tiene a nadie más.

—¿Dante? ¿Te escudas en tu hijo ahora? ¡Cobarde!

Una afilada daga se enterró entre sus pensamientos y comenzó a hurgar en cada uno de sus recuerdos, tal como las raíces remueven la tierra para encontrar la humedad necesaria para crecer. Se esforzó para no sucumbir y, así, intentar borrar lo que le había dicho a Lehsa y a Nihá la noche en que el Gran Templo de Sinmá fue destruido.

—*¿Usaste a Reda?* —gritó la Dama en su mente—. *No solo traicionaste a Kirios con su propio hermano, también lo usaste para ver a Pyebra caer.*

Viktoria gimió de dolor cuando sintió que una fuerza descomunal la hizo dar vuelta y la dejó tendida en el suelo con los brazos y las piernas extendidas.

—¿Me llamaste, madre? —Una voz serena, casi susurrante, se escuchó a su izquierda—. Vaya, Viktoria. Veo que has enojado a tu señora.

La reina de Pyebra no pudo evitar que las lágrimas se escaparan de sus ojos. Islery era el infierno hecho mujer. Fue su primer contacto con la magia y quien le enseñó cuánto dolor puede resistir una persona antes de morir.

—Calla, Islery. Prepárate, te necesito.

—Después, ¿sí? Hacía mucho tiempo que no veía a Viktoria.

—Me distraes, muchacha. —La presencia de la Dama dejó la mente de Viktoria y, aunque le significó un alivio, este fue solo temporal—. Ya que tanto la extrañaste, ocúpate de ella. Iré al Palacio.

—Mi señora, no. —Viktoria se incorporó y se arrastró hasta un rincón.

—¿Cómo la quieres? —preguntó Islery.

—Muerta, pero no te tardes. Sitnor no puede permanecer por más tiempo en nuestras tierras. —La Dama desapareció e Islery permaneció por unos segundos mirando el espacio vacío que su madre había dejado. Luego, se dio vuelta y recorrió los alrededores mirando con detenimiento, hasta que encontró a Viktoria.

Un rayo de luz proveniente del exterior se reflejó por apenas un segundo en su blanca melena mientras se acercaba hasta el rincón donde Viktoria se refugiaba. Tenía que pensar en algo, tenía que detener a Islery, pero su mente estaba hecha un harapo por el daño que la Dama

había causado.

La mujer se detuvo frente a ella y se acuclilló para mirarla.

—¿Cómo has estado, Vik? Obviando la parte en que mi madre se enojó, por supues…

Viktoria se levantó de repente y le dio un rodillazo en la nariz, que arrojó a Islery hacia atrás. Antes de que pudiera reaccionar y detenerla, Viktoria corrió para esconderse entre las columnas de roca. Islery rio, como si acabara de oír un chiste, y luego soltó un largo suspiro.

—Hacía tiempo que nadie me daba un golpe tan… delicioso. Gracias por eso.

Podía imaginársela probando la sangre de su herida, como la vio hacer en otras oportunidades, pero prefirió no asomarse para comprobarlo. Los pasos de Islery volvieron a sonar en cada recoveco de la cámara subterránea, lo que causó que su respiración se agitara hasta convertirse en un jadeo incómodo que se replicó en todos los rincones. Islery volvió a reír.

—No te asustes, Vik. Prometo que seré rápida, madre tiene prisa por acabar lo que tú ni siquiera fuiste capaz de comenzar.

Un estruendo sacudió las estalagmitas que se encontraban a su lado, y un nuevo estallido hizo que estas saltaran por el aire. Las largas agujas que colgaban del techo de la caverna se balancearon de lado a lado y terminaron cayendo. Un polvillo blanquecino cubrió todo lo que se veía y, también, hizo a ambas toser.

—¡Vas a sepultarnos, maldita demente! —exclamó cuando el aire se despejó un poco.

—Puedo desaparecer antes de que esto colapse, ingenua.

«¡Eso es imposible, tiene los poderes de la luna!» pensó, desesperada.

Viktoria intentó contactar su magia con urgencia. Debía encontrar la forma de matarla o, al menos, de detenerla para salir de allí. Tenía que ir por Dante y huir de Pyebra cuanto antes. Su esfera de energía, violeta y reluciente, se encontraba en perfecto estado, pero era imposible llegar hasta ella para usar sus poderes, porque continuaba sintiéndose confundida y adormecida.

Un crujido encima de ella la obligó a levantar la cabeza y vio que un rayo de luz blanca acababa de traspasar las estalagmitas. Viktoria se arrastró como pudo entre los escombros, descubriéndose.

—¡Oh! Ahí estás —exclamó Islery divertida—. *Yavik lanta*[41].

El cuerpo de Viktoria se paralizó por completo y sintió que su corazón iba a detenerse por la urgencia.

«*Ivnez lazda*» pensó, pero no era tan fácil hacer funcionar las palabras de poder, tenía que pronunciarlas correctamente para que su Astro comprendiera la orden y era muy difícil que alguien lo consiguiera solo con pensarlo. «Maldición. *Thras lazda, kystha lazda, zahl lazda.* ¡Maldición!».

—Es irónico, ¿no crees? —Islery se detuvo a cierta distancia—. Puedo suponer que tu cabecita está tirando palabras de poder al aire, por si alguna de ellas es pronunciada mentalmente de forma correcta, mientras que la Luna, quien nos bendijo a ambas con sus poderes, se debe estar disputando qué hacer. Si dejarte morir en mis manos o salvarte como último recurso. Tampoco puede dejarme morir o matarme, si lo piensas. Es casi poético. Una poesía trágica y cruel, si se quiere. No me gustaría ser la Luna en estos momentos. Tampoco ser tú. Bueno… tal vez un poco.

Islery, con calma, movió sus manos y el cuerpo de Viktoria se movió hasta quedar de pie, con sus brazos en cruz. Quiso gritarle que se detuviera, pero solo gimió, al no poder mover sus labios para hablar. Su antigua compañera la miraba con el deleite y la expectativa de un niño que tiene en frente un nuevo regalo, con ansias de descubrirlo, de divertirse, de disfrutarlo. La espera por saber qué haría con ella se le hizo eterna y los nervios la estaban carcomiendo por dentro.

«*Ivnez lazda*» pensó y lo repetía constantemente; tal vez, en algún momento lo lograría.

Islery movió apenas un dedo y el vestido de Viktoria se abrió de arriba abajo con el sonido que hace la tela al rasgarse, lo que hizo que otro gemido de sorpresa y temor saliera de su garganta.

«*Ivnez lazda*» pensó con mayor desesperación y, esta vez, su cuerpo se liberó. El asombro se dibujó en los gestos de Islery, pero tan solo por un instante, puesto que Viktoria no le permitió reaccionar.

—*Broj lazda* —murmuró e Islery saltó hacia atrás. La maga quedó tendida entre excremento de murciélago, musgo y rocas sueltas y la oyó quejarse. Al parecer, ya no estaba tan ansiosa por sentir algo de dolor.

Viktoria no podía usar su magia, pero tendría que detener a la maga usando las palabras de poder, lo que podía ser una ventaja al ser precisas y tener la certeza de que su orden se cumpliría, pero una gran desventaja si Islery las contrarrestaba al oírla pronunciar alguna de ellas. Viktoria corrió a resguardarse, otra vez, entre las columnas de roca. Los quejidos de Islery habían sido reemplazados por una risa demente, que retumbaba y se hacía eco en cada rincón.

—*Mor lazda* —dijo y su vestido volvió a arreglarse. «Tengo que salir de aquí. Debo proteger a Dante» pensó, nerviosa. Se asomó entre las piedras para ver si Islery continuaba en el mismo lugar y, efectivamente, no se había movido más que para ponerse de pie—. *Kubta.*…

Un estruendo la interrumpió y una lluvia de piedras cayó sobre ella, hiriéndola.

—*Yavik lazda* —alcanzó a murmurar y las rocas quedaron suspendidas a escasa distancia de su cuerpo—. ¡Maldita demente!

Islery apareció a su lado y las rocas volvieron caer sobre ella, arrojándola al suelo rocoso. No sabía qué porción de su anatomía sentía más dolor.

—Cualquiera diría que tienes pocos recursos, Vik. ¿Qué sucede contigo?

—Déjame ir con Dante —murmuró, mientras se movía para quitarse la capa de piedras que la cubría—. Prometo no volver aquí, nos iremos a donde nadie nos conozca.

Islery rio.

—A mí me da igual, Viktoria, pero me ordenaron matarte y debo hacerlo. No solo porque la orden es de mi agrado, sino porque no puedo desobedecer a mi madre.

—Islery, por favor… Mi niño quedará solo…

—Según sé, el pequeño no es más que un pedazo de carne con ojos. —Viktoria sintió que el corazón se le estrujaba al escucharla y batalló con la sepultura de rocas—. Ruega a los dioses que madre le permita vivir.

—*Broj lazda* —exclamó y las rocas salieron expulsadas en todas direcciones. Viktoria, golpeada, herida y confundida, se apresuró a incorporarse y se arrastró en el resbaladizo suelo hasta alcanzar una columna tras la cual esconderse.

—*Luna, por favor* —imploró—. *No me abandones ahora.*

Islery gritó enfurecida y las rocas volvieron a dispersarse.

—La paciencia no es una de mis malditas virtudes. *¡Ecsa lazda!*

Viktoria se vio siendo arrastrada entre montículos y estalagmitas hasta quedar suspendida ante Islery.

—*Yavik lanta* —dijo y todos los músculos de Viktoria se volvieron rígidos e inmóviles.

—*No hay en ti rastros de ingenio ni de valentía, Viktoria Almairon* —dijo la voz de la Luna y Viktoria sintió que el alma se le deshacía en girones. Sin la Luna que pudiera defenderla, animarla y ayudarla, pocas razones le quedaban ya para seguir existiendo. Ni siquiera la perspectiva de que algo le sucediera a Dante la asustaba.

—Perdóname, Luna, nunca quise ser una decepción para ti.

—Islery ha demostrado que es mucho más significativa.

—Será un desastre si ella vive, Luna. La profecía de la Luna Roja… La Dama quiere acabar con todo… No puede vivir, Luna, no puede ser.

No escuchó respuesta alguna de su Astro, por más que lo intentó. Islery la miraba, sin moverse, sin acercarse, sin dejar de sonreír, deleitándose con su desesperación, con su miedo y su agitación. Sabía que iba a morir, porque Islery nunca dejaba algo a medias y, también, porque Viktoria carecía de la voluntad para defenderse, al haber sido rechazada por la Luna.

La mujer de blanca melena buscó entre los frunces de su falda hasta que halló un bolsillo, del que extrajo una navaja. Viktoria sollozó al verla.

—*Por favor, Luna* —imploró con todos los deseos de que, tal vez, hubiera cambiado de opinión. Sin embargo, no obtuvo ninguna respuesta de su parte y su desesperación se convirtió en una lúgubre resignación al comprobar que no era así.

«Solo espero que sea rápido» pensó y las lágrimas corrieron por sus mejillas.

Islery vio que un par de lágrimas asomaron en los ojos de Viktoria y tuvo demasiados deseos de liberarla para así poder escuchar sus súplicas, ver cómo su rostro se contraía y su cuerpo temblaba, pero tendría que conformarse con ver sus ojos llorar. Al menos podía hacer algún que otro sonido, lo que era bastante, dada su rigidez.

Abrió la mano, la navaja se elevó unos centímetros de su palma y, luego, salió disparada hacia Viktoria. La detuvo antes de que la punta se arruinara al chocar contra un hueso y la mantuvo por unos segundos en el mismo lugar. Estaba bastante oscuro y, desde donde se encontraba, no era capaz de ver bien en dónde daría. Además, Viktoria era más hueso que otra cosa. La miró y, en ese momento, ya no eran lágrimas, sino que eran ríos los que brotaban de sus ojos. Se acercó, esforzándose para no correr hacia ella. Sabía que debía apresurarse, pero quería, al menos, disfrutar de la compañía por los pocos minutos que tenía. Era poco habitual que su madre le permitiera socializar.

—Perdiste dos malditos dedos, Vik —dijo asombrada—. Me gustaría que me contaras como fue tu infortunado accidente, pero me temo que no tendremos tiempo. Madre está apurada…

La navaja tembló ante su indecisión, pero se decantó por acercarse a una de las manos de Viktoria. Con sus gemidos suplicantes de fondo, Islery le ordenó al arma hacer un corte en su palma. La sangre goteó en un suave tintineo, lo que la obligó a extender uno de sus dedos e interrumpir su descenso hacia al suelo. Caliente y espesa, esta recorrió su piel y, luego, la abandonó para retomar su curso, por lo que se llevó el dedo a los labios antes que una gota más se desperdiciara entre los excrementos de los murciélagos.

La navaja, que esperaba en el aire, regresó a la piel de Viktoria, se clavó en su antebrazo y trazó una línea que se extendió hasta su hombro. La mujer gritaba sin poder separar sus labios para hacerlo, lo que le parecía, en cierta forma, ridículo.

—Malditos sean los sitnorenses —masculló—. Maldita mi madre y sus prisas.

Viktoria parecía a punto de desmayarse por lo agitada que estaba su respiración y ya casi que no era capaz de emitir ningún sonido.

—Así no me gusta, no tiene sentido si no te mueves, si no gritas con todas tus fuerzas, si no imploras que me detenga. ¡Ni para entretenerme sirves!

La navaja osciló en el aire y descendió hasta el vientre de Viktoria. Se enterró hasta el mango justo debajo de la última costilla derecha y se deslizó hacia la cadera izquierda.

—*Ivnez lazda* —exclamó Islery, fascinada.

Un alarido acompañó el sonido húmedo de sus entrañas al caer junto a ella ya que, una vez libre del hechizo que la mantenía inmóvil, Viktoria se desplomó hacia el suelo. Sus manos, inútilmente, intentaban detener el dolor y contener a sus vísceras, pero estas se escurrían entre sus dedos.

—*Mo… Mor…* —comenzó a decir entre balbuceos, pero Islery le pateó la boca para impedirlo. La sangre le tiñó los dientes y goteó hacia un lado. Islery se acuclilló junto a ella y la miró.

—No te dejaré vivir, Vik —susurró—. No es nada personal, pero mi madre te quiere muerta.

Viktoria parecía que ya no podría responderle, puesto que sus manos habían quedado laxas, una sobre su vientre abierto y casi vacío, la otra a su lado, señal de que ya no volvería a ser consciente de lo que pudiera sucederle. Islery permaneció allí, observando la sangre brotar de diversos puntos. De entre sus labios, de su brazo, de su vientre; pequeños ríos que llevaban en su cauce la vida de Viktoria, gota a gota.

Islery continuó a su lado y, con el paso de los minutos, notó que su respiración comenzó a ser más pausada. Cuando esta se hizo apenas perceptible, se puso de pie, se estiró y volvió a mirarla.

—*Khubta sharak gatryth lanta* —susurró y todo en Viktoria se detuvo por completo.

11

Radjhá se dirigía hacia el ala sur, donde hacían sus entrenamientos, cuando vio a una mujer alta, delgada y de largo cabello blanco, caminar delante de él. Su corazón pareció dar un salto al darse cuenta de que la Dama de la Cueva estaba allí, ya que eso significaba que los planes de la señora Viktoria habían fallado, por alguna extraña razón. Regresó sobre sus pasos de inmediato y desapareció para volver a materializarse en su habitación. Salió de allí y corrió a buscar a Nihá, a quien encontró cuando salía de sus aposentos. Sin decir una palabra, la tomó de la mano y la hizo entrar, nuevamente.

—Junta algunas prendas y todo lo que tengas de valor. Tenemos que irnos de inmediato.

—¿Qué sucede?

—La Dama de la Cueva está aquí, ¡apresúrate! —Nihá obedeció y comenzó a poner su ropa sobre la cama, mientras Radjhá buscaba entre sus joyas—. La señora Viktoria iría a verla para decirle lo que sucedió al señor Reda, pero parece que algo no está bien.

—El príncipe Dante está en peligro.

Radjhá suspiró.

—No podemos arriesgarnos.

—Es solo un niño y no tiene a nadie —dijo sin dejar de rebuscar entre los cajones de sus muebles y de arrojar cosas a la cama.

—La Dama es su abuela, no sé cómo es el parentesco, pero eso entendí una vez. Como sea, no saldremos de aquí llevando al niño. Nos perseguirán por haberlo raptado.

—¿Y crees que así no? —Nihá lo miró de reojo.

—Es diferente, nosotros solo seremos desertores.

—Maldición —murmuró. Destendió la cama y comenzó a hacer un atado con todo lo que había sobre ella.

—Vaya, sí que te has hecho de un interesante botín.

Nihá sonrió apenas.

—Siempre supe que esto algún día sucedería.

—Por Tareq —aseguró Radjhá.

—¿Tú como sabes eso?

—Lo vi en tu mente alguna vez, en la de él en otra ocasión. Hizo bien en largarse… Ojalá que nadie vuelva a encontrarlo nunca más.

Nihá se veía confundida, pero él se acercó y le tomó la mano.

—Iremos por mis cosas. —Nihá asintió y, luego de sujetar el abultado atado, aparecieron en el cuarto de Radjhá.

Él, por su parte, tenía objetos de oro por todos lados, y no dudó en empacar jarrones, vajilla, cubiertos, candelabros y bandejas.

—¿A dónde iremos? —preguntó Nihá.

—No lo sé. ¿Dónde te gustaría?

—Un lugar tranquilo…

—Dudo que en estos momentos encontremos tranquilidad en algún lugar, más que en Tesar, pero lamento decirte que…

—No, ni lo sueñes.

—¿Te parece Mar Verde?

—Allí viven los padres de Tareq, y me conocen. Mejor Puerto de Las Águilas.

—Me parece grandioso.

Radjhá terminó de guardar todos los objetos de valor en un cofre y, luego, redujo a este y al bulto que hizo Nihá al tamaño de un pequeño bolso, que colgó en su hombro. Tomó a la muchacha de la mano y ambos dejaron el Palacio de Las Hojas.

Aparecieron en un camino bañado de sol y, después que Nihá se recuperó, comenzaron a caminar hacia la ciudad.

—¿Qué haremos aquí?

—Primero, buscar un lugar donde pasar la noche. Después, necesitamos una casa y… No lo sé, a decir verdad. —Radjhá se pasó las manos por la cabeza—. Tendremos que cambiar nuestros nombres e inventar una nueva historia de vida por si preguntan. Yo sé trabajar la tierra, pues eso hizo siempre mi familia.

—¿Y tu familia? Radjhá, irán por ellos.

—Tranquila, mi familia ya no vive allí. Cuando comencé a comprender lo que sucedía, tomé precauciones. ¿Qué hay de los tuyos?

—Lo mismo. Están en Morrau.

—Bueno, quizás cuando todo esto termine, podremos volver a verlos, mientras tanto, tendremos que ocuparnos de salvar nuestros traseros.

Nihá no respondió y estuvo casi una hora sin decir ni una sola palabra. Radjhá respetó su silencio, puesto que él también estaba bastante confundido y preocupado por lo que podría pasar.

—¿Alguna vez pensaste en unirte a Sitnor? —preguntó Nihá.

—Un par de veces, pero no lo sé. Creo que estaremos mejor si, simplemente, nos mantenemos al margen de todo. ¿Y tú?

—Todo el tiempo. Más ahora que hemos dejado el palacio y no sabemos qué sucedió con la señora Viktoria.

—No te preocupes. Una vez que estemos en la ciudad y sepamos dónde nos alojaremos, regresaré al palacio a buscar noticias. Puedo ir y volver sin problemas…

—¡No, es muy peligroso! ¿Qué sucederá si esa señora entra en tu mente? Sabrá de inmediato lo que hicimos. Además, no tomamos las suficientes precauciones, saqueamos las habitaciones y ni siquiera tuvimos la idea de cerrar con llave los cuartos. Cuando vayan a buscarnos, verán que nos hemos largado.

Era cierto. Fue tanta la prisa que ni siquiera fueron cautos a la hora de irse.

—Dame la mano, debemos ir hacia otro lugar.

—¿Por qué?

—Porque la Dama ha visto en mi mente todo lo que yo he visto.

—¡Maldición!

—Muéstrame algún lugar, Nihá.

—¿La casa de mis padres?

—¿Dónde es?

—En una aldea cerca de Ahrbak Ardhal.

—No, esa zona está tomada por Sitnor, seguro tu casa está ocupada por soldados.

—Conozco Sitnor, Radjhá. ¿Qué tal si…?

El muchacho cerró los ojos por unos momentos, mientras lo analizaba.

—No puedo hacerlo. Yo maté al Gobernador Pronees y a toda esa gente. Noah Guna es el Gobernador ahora, y él y su esposa me conocen. No puedo presentarme ante ellos y decirles que lo lamento, que solo recibía órdenes y que ahora estoy desesperado por escapar. Querrán

matarme apenas me vean.

—¿Quién prefieres que te mate, Radjhá? ¿Noah Guna o la Dama de la Cueva?

—Viéndolo de esa forma… Guna, por supuesto, aunque preferiría seguir con vida un par de años más.

—A mí no me conocen allí. Cambia algo de tu apariencia; podemos aparecer en las afueras de la capital y luego caminar hacia alguna de las aldeas. Una mejor idea no se me ocurre.

Y a él tampoco. Todos los puntos seguros para aparecer en Pyebra eran cualquier cosa menos seguros, dado que la Dama de la Cueva sabía de cada uno de ellos. Le hizo una seña a Nihá y dejaron el camino, para sentarse en la sombra a descansar por unos momentos. Necesitaba pensar cuál, entre las pocas opciones que tenía, era la menos peligrosa.

—La Hermandad no nos buscará en Sitnor —dijo finalmente—, y solo Enara Pirhs y Noah Guna me vieron esa noche… Creo que si nos mantenemos alejados de la capital, estaremos más seguros que en cualquier ciudad de Pyebra.

—Vamos, entonces —dijo antes de tomar su mano otra vez.

La Dama de la Cueva se paseó por el Palacio de Las Hojas dando la orden de reunir a todos en el jardín principal. En un principio, la miraron con dudas y sin comprender lo que sucedía, pero bastaron un par de muertos para hacerles entender que no era una anciana que estaba desvariando por la edad.

Magos y sirvientes acudieron de a poco a su llamado y permanecieron nerviosos y expectantes mientras ella aguardaba a que todos cumplieran sus órdenes. No iba a desperdiciar el tiempo repitiendo las mismas palabras dos veces. Una vez que todos estuvieron allí, quietos y en silencio, el príncipe Dante fue llevado en brazos de un guardia, por lo que todos se arrodillaron a su paso.

—Bájalo —ordenó al guardia, pero este la ignoró y continuó caminando hasta alcanzar el trono que situaron minutos antes para él entre dos arbustos cubiertos de flores rosadas.

El hombre acomodó al niño en el asiento y el pequeño se quedó mirando el cielo, con los ojos vacíos y perdidos entre las nubes que pasaban sobre ellos.

—¿Qué sucede con él? —preguntó alzando la voz.

Una muchacha menuda levantó apenas la cabeza.

—La muerte de su padre el rey Kirios y de la princesa Lena, su hermana, causaron una gran impresión en él, señora. Desde entonces, es… así.

—Un inútil —dijo sin importarle que estaba insultando al único príncipe heredero de la corona de Pyebra.

Esta vez varias cabezas se levantaron para mirarla y un par de personas se pusieron de pie. Los soldados desenvainaron sus ridículas espadas curvas y rodearon a la mujer, a la vez que los ojos de los magos se encendían al acercarse a ella.

—Debería tener cuidado, señora —dijo un joven mago de ojos violetas—. Está insultando al príncipe Dante.

La Dama elevó una ceja y lo miró de reojo.

—En ningún momento permití que se dirigieran a mí. Ni que se pusieran de pie. —Movió dos dedos y todos aquellos que tuvieron el descaro de levantarse quedaron tendidos en el piso, con los rostros enterrados en la hierba. Le hubiera gustado dejarlos ahí hasta que se ahogaran por completo, pero el mago de ojos violetas parecía interesante. Al menos, fue el único que se atrevió a defender al inútil de Dante. Qué desgracia de familia la suya. Ni uno de sus hijos había servido para nada. Tal vez Islery… pero tampoco podía estar segura. Le gustaba tanto torturar a

las personas, que llegaba a ser contraproducente.

Relajó sus dedos y les permitió levantar los rostros, aunque no incorporarse. Se oyeron sus respiraciones agitadas y un suspiro de alivio general.

—Soy quien conocen como la Dama de la Cueva, líder de la orden de *Los hijos del Águila*. —Miró a Dante y, consciente del impacto que causaría, recitó las palabras de poder que servían para poner fin a la vida. El niño se desplomó sobre su asiento y se deslizó hacia el suelo, como si se hubiera derretido. Los ojos de todos se quedaron viéndolo, sin ser capaces de creer lo que acababa de suceder—. La señora Viktoria ha muerto, también. No tiene caso dejar a un huérfano que no sirve para nada a cargo de un reino. Tú —liberó al mago de ojos violetas—, ¿cómo te llamas?

—Le… Le…

—Habla claro —exigió.

—Lehsa, mi señora —respondió sin levantar la vista de la hierba.

—Ya lo oyeron. Lehsa está a cargo ahora. Larga vida al rey Lehsa, y todo lo demás. No es necesario que derrochen dinero en fiestas de coronación ni esas mierdas. Lo único que deben hacer es expulsar a Sitnor de Pyebra, arrasar sus tierras y llegar a Tesar. La tarea es simple y ha sido repetida en numerosas ocasiones, así que no creo que deba decirla una vez más. Islery llegará en breve y quiero que los mejores hombres estén a su disposición. —La Dama recorrió los asombrados rostros buscando a quien había ido a su refugio en varias oportunidades a entrenar sus poderes con ella—. ¿Radjhá? No veo a Radjhá, ¿dónde se encuentra?

Lehsa miró hacia el gentío, también buscándolo.

—Nihá tampoco está.

—¿Quién? —preguntó aunque no le interesaba la respuesta.

—Nihá, su compañera. Vayan por ellos —dijo Lehsa tras mirar a dos guardias.

Mientras todos se miraban entre sí, incómodos y expectantes aguardando el regreso de los guardias y de los dos magos ausentes, la Dama esperó con la paciencia que solo puede adquirir alguien que ha visto nacer y morir a generaciones enteras.

—¿Atrien? —preguntó sin esforzarse en levantar la voz. Miró detenidamente a todos quienes estaban de rodillas frente a ella, buscando por el morroíno, pero nadie movió ni uno de los míseros músculos de sus cuerpos. Sin necesidad de decirlo, Lehsa se movió entre la gente y, al hallar a Atrien, lo encadenó con sus lazos mágicos para arrastrarlo hasta los pies de la Dama —. Estás un poco lejos de tu Distrito, Atrien.

—Mi señora —balbuceó.

—¿Qué haces aquí? Aparte de calentar la cama de Viktoria. —Atrien se incorporó, para contestarle, pero ella lo silenció con un gesto—. No sé qué hacer contigo… Islery quiere ser madre, pero dudo que te encuentre lo suficientemente atractivo como para concederte ese honor. Además estás viejo y a Islery no le gustan los hombres como tú… No, mejor será que regreses a casa.

El Praeth sonrió, pero antes de que pudiera responder, la Dama acudió a sus poderes y entró a su mente. Se abrió paso con violencia entre recuerdos nuevos y antiguos, entre pensamientos resguardados y falsos, entre conversaciones protegidas e inventadas y vio en primera persona la traición y la ineptitud de Morgana primero, y la de Viktoria después. Se burlaron de ella, su maestra, y arruinaron todos y cada uno de sus planes, desde el principio. Nadie la comprendía y, al parecer, no hubo ni una de sus inútiles discípulas que en realidad creyera que lo que estaban haciendo era lo correcto. No hicieron nada más que aprovecharse de la confianza que les tenía para hacer su voluntad.

Ninguna de ellas quiso llegar a Tesar y destruir todos y cada uno de los pilares de esa sociedad enferma y corrupta. No había nada en el Extremo Sur que fuera digno de admiración. Sus magos fueron los más habilidosos de la Antigua Era, pero también los más soberbios. El poder los corrompió, como Zarba corrompe la carne de los muertos, y llegaron a la cima de la calamidad cuando el abuso de su magia los llevó a crear Indignos.

Según supo, alrededor de siete mil niños y jóvenes fueron arrancados de sus hogares para crear esos abominables seres. Siete mil pequeños que fueron torturados y unidos a Zarba o a Suin para crear esos asquerosos Indignos. Ella se pasó la vida intentando liberarlos, pero estaban en todos lados. En armas, en monedas, en cofres, joyas, báculos; desperdigados en los antiguos campos de batalla, en orfanatos abandonados, en prisiones y hospicios. Thoria era inmensa y no le alcanzó la vida para destruir tanta maldad acumulada por años y años de aberraciones. Nadie, en esas tierras, comprendió el destino que los Astros y los dioses vieron en ella cuando nació. Ni una sola persona fue capaz de comprender que su misión era acabar con la violencia tesariana, la de sus magos y la de sus hombres.

Atrien se retorció en el piso por largos minutos, mientras la Dama observaba, con atención y resentimiento, todo lo que el Praeth hizo en los últimos años. Ya no le importaba que viviera. Resultó ser un inútil, como todos quienes la rodeaban.

Decidió acabar con su existencia cuando los guardias regresaron corriendo y, agitados, hablaron en murmullos a Lehsa. Este se acercó, cuando los guardias terminaron, sin atreverse a mirarla.

—Se han marchado, mi señora. Han robado todos los objetos de valor de sus habitaciones y han huido.

—Cobardes —masculló—. Manda a hacer retratos de ellos y que los pongan en cada ciudad y aldea, ofrece una recompensa importante e infórmame de las novedades. Como dije, estás a cargo. Ordena acondicionar una habitación para Islery y reúne a los mejores para cuando ella llegue. Vendré en un par de días a ver cómo marchan las cosas.

La Dama de la Cueva desapareció dejándolo solo, confundido, aturdido y, como si fuera poco, terriblemente asustado. La señora Viktoria estaba muerta. El príncipe Dante estaba muerto y él a cargo. Sería el próximo si las cosas no se hacían según sus exigencias y, en cierta forma, sintió algo de envidia de sus compañeros. Los buscarían hasta debajo de las piedras, pero al menos no tenían el cuchillo en el cuello de forma permanente.

Lehsa suspiró y se dio la vuelta.

—Lleven al príncipe Dante a su habitación y preparen la carroza para su último paseo por la ciudad. Ustedes, avisen en el templo de Efos que el príncipe ha muerto.

12

Túneles de Morrau

—*¿Quentin?* —se aventuró a decir, como a cada rato, pero lo único que respondía era el silencio.

Tareq estaba sentado frente a un pequeño fuego que flotaba cerca de sus manos y tenía la mirada fija en él. Notó un movimiento a su derecha y vio que Ilsa se sentaba en sus mantas; la saludó inclinando la cabeza, por lo que Ilsa se movió para llegar a su lado.

—Aún falta un rato para el amanecer —dijo—, Iskánder aún no me avisa que ya es de día.

—Igual ya no podré volver a dormirme. —Ilsa encogió los hombros—. ¿Cuántos días llevamos aquí?

—No lo sé con seguridad. Creo que ocho, aunque no sé si ayer también eran ocho o nueve. Ya no lo sé. ¿Quentin te ha dicho algo?

—Ni una maldita palabra. —Ilsa extendió las manos para calentarse.

—A mí tampoco.

—Esta incertidumbre me… — Ilsa se puso de pie y comenzó a andar de lado a lado—. Rastrea, Tareq, creo que…

Tareq se puso en contacto con sus poderes sin cuestionarla, pero no fue capaz de ver nada más que la inmensa energía de su compañera. Ilsa, mientras tanto, se apresuró a juntar algunas de sus pertenencias. Dejaron la mayor parte de sus cosas donde estaban y llevaron tan solo agua y algunos abrigos, por sugerencia de Tareq, a quien el frío se le hacía insoportable y nunca le parecían suficientes.

Hasta ese momento caminaron apresurados, pero tranquilos y siempre sabiendo hacia dónde debían dirigirse. Cada pocas horas se comunicaban con el señor Damien y, según él, los caminos que tomaban llevaban en desuso decenas de años, lo que era cierto, ya que en reiteradas oportunidades tuvieron que sortear derrumbes y mover escombros, pero más allá de eso pudieron continuar sin mayores problemas. A cada hora que pasaba, los caminos se veían más y más destruidos, pero eso no era suficiente para impedirles avanzar.

Se largó a correr tras Ilsa, que lucía tan desesperada que era irreconocible. Se frenaba cada pocos pasos y parecía estar buscándolo con la vista, aunque lo único que veían era el eterno túnel de rocas, monótonas y blancas, iluminadas con la mortecina luz de esas extrañas piedras que se asemejaban a antorchas.

Tareq, a su vez, seguía rastreando, con la intención de ayudar a Ilsa en su visible confusión, ya que parecía a punto de largarse a llorar cada vez que debían detenerse.

—Se me va, Tareq —sollozó en un momento—. No puedo… No puedo…

Tareq corrió hasta alcanzarla y la tomó de los hombros.

—Cálmate, ¿sí? Necesitas estar tranquila, sino empeoras más las cosas. Estoy aquí y sigo rastreando, pero necesito acercarme más para verlo, necesito que tú me guíes, porque mis poderes no son suficientes.

—Se acercaba, podía sentirlo —balbuceó—. Pero ya no…

—Él está bien, todavía, puede que haya tomado un camino que lo alejara, pero volveremos a encontrarlo, solo debes mantener la calma.

—¡Es que no puedo, maldición! ¿Cómo…?

—¡Lo veo!

Tareq se lanzó a correr y oyó los pasos de Ilsa tras él. Era un débil punto de luz, lejano, apenas visible, que titilaba, como si estuviera a punto de apagarse por completo y eso hizo que sus piernas corrieran a mayor velocidad que nunca antes. Se estaba apagando.

Una enorme pared rocosa se interpuso en su camino y miró a derecha e izquierda, solo para encontrarse con que los caminos lucían igual de interminables hacia ambos lados.

«No hay tiempo». Levantó ambas manos y las rocas se abrieron con un gran estruendo, para luego inundar la bifurcación del camino. Temió que toda la montaña colapsara, pero no tenía tiempo para detenerse a pensarlo demasiado y, con la agonizante luz de Quentin como guía, volvió a correr hacia la oscura cueva que tenía delante. Tropezó varias veces, cayó otras tantas, pero no podía detenerse. Tampoco quería hacerlo. Quentin lo necesitaba.

—Leyna, encontré su rastro, aunque aún no encontré a Quentin. Prepárate para venir cuando te lo diga.

—Por supuesto —fue su única respuesta y Tareq agradeció que la muchacha no lo distrajera con preguntas que no iba a poder responder.

Un nuevo tropezón le significó un corte en la mano izquierda y el siguiente, un golpe en el hombro izquierdo y un magullón en el rostro, al no poder contener la caída con la mano lastimada. Sin embargo, eso no lo detuvo.

Ilsa lo alcanzó y lo ayudó a ponerse de pie y, juntos, continuaron andando. Encontraron un nuevo túnel y a poco de andar llegaron a divisar un caballo tirando de un carro desvencijado, que rechinada y se quejaba a cada movimiento. Tareq, de inmediato, entró en la mente del animal para tranquilizarlo e instarlo a avanzar más rápido hacia ellos y el animal obedeció. Para ese entonces, tanto Ilsa como él estaban bañados en sudor y sus respiraciones por demás agitadas, por no mencionar el estado de nerviosismo que ambos tenían.

El caballo llegó hasta ellos y Tareq e Ilsa se separaron para rodear el carro en busca de Quentin. Lo encontraron allí, en una caja de madera, doblado en sí mismo, con el rostro magullado, la camisa cubierta de manchas de sangre seca y con un olor espantoso.

—Leyna, lo tenemos, ven urgente.

Ilsa trepó a la desvencijada carreta y no pudo contener las lágrimas al verlo. Parecía que se estaba dejando morir allí, solo, cubierto de llagas y golpes, y recostado sobre sus propios deshechos.

Quiso levantarlo, pero no sabía de dónde tomarlo para no hacerle más daño.

—Espera, lo sacaré —dijo Tareq. El cuerpo de Quentin se elevó en el aire y se movió suavemente hasta aterrizar, con mucho cuidado, en las rocas del túnel. Ilsa saltó de la carreta y se arrodilló a su lado. Le acarició el rostro, irreconocible por los moretones y por una horrible hinchazón en uno de sus ojos, que supuraba un líquido viscoso y amarillento. Se sentía caliente, sin dudas afiebrado, y temblaba a pesar de estar cubierto de sudor.

—Desvístelo, tengo que curarlo —dijo con la voz afectada. Mientras Tareq le quitaba la camisa, Ilsa comenzó a curar el ojo herido y los cortes que tenía en la frente y en los labios. Las manos le temblaban, aun cuando intentaba mantenerse serena—. ¿Sabes curar?

—Muy poco. —Tareq estaba quitándole la improvisada venda con la que Quentin había envuelto su torso—. Por un demonio, mira esto.

Su pecho tenía un magullón enorme, de un color violeta intenso en el centro y verdoso en las partes exteriores.

—Tiene las costillas quebradas. Cura lo que puedas, donde puedas, me ocuparé de esto primero.

El párpado de Quentin casi recuperaba su tamaño y color normal cuando Ilsa lo dejó a medias y sus manos se movieron hacia su costado izquierdo, donde estaba la herida que, sin ninguna duda, estaba a punto de matarlo.

—*Quentin, estoy aquí. Todo estará bien, tus heridas sanaran y todo volverá a estar bien. Háblame, por favor. Dime algo, cualquier cosa, pero necesito escucharte, te lo suplico.*

Los extraños tonos que tenía su piel se fueron diluyendo hasta desaparecer, por lo que Ilsa intentó serenarse lo más posible para concentrarse en hallar más daños en su interior. Encontró dos costillas rotas, coágulos, su pulmón a punto de colapsar por la cantidad de líquido que se había acumulado, sus riñones casi inútiles por completo, su sangre enferma e infectada.

No estaba segura de poder con todo eso, pero cerró los ojos y buscó la calma que no sentía para poder curarlo cuanto antes.

—*Estrella, por favor, ayúdame a hacerlo.*

Sin saber qué era lo más urgente, comenzó por sanar su sangre, para luego seguir por el pulmón.

—*No temas, Ilsa Zvezda. Eres capaz de eso y más. Estoy aquí, con ustedes.*

Con algo más de confianza y con la seguridad que le otorgaron esas pocas palabras, Ilsa se dejó llevar por sus instintos y comenzó a sentir un fuerte calor salir de sus manos. Sin abrir los ojos, las movió de lado a lado con lentitud.

—*Pequeña, te extrañé tanto.*

Ilsa comenzó a llorar por la emoción de oírlo de nuevo, pero no abrió los ojos ni dejó lo que estaba haciendo hasta que sintió que sus manos se enfriaban. Cuando, finalmente, no quedaba nada más por hacer, abrió despacio los ojos.

Quentin sonreía, ojeroso y pálido, pero feliz.

—*Shrakjta,* Quentin. ¿Por qué demonios tengo que encontrarte siempre así? —preguntó entre lágrimas. Él se sentó con algo de trabajo y le tomó las manos.

—Esta vez no fue mi culpa —respondió, divertido—. No llores, por favor.

—Es que siempre es lo mismo, maldición —protestó.

—*Trataré de que no vuelva a ocurrir. Estoy bien, ya no te preocupes.*

—*Te extrañé mucho, estaba tan preocupada.*

—*Perdóname, no quise que…*

—*Ya lo sé, sé que no fue tu culpa.* —Ilsa secó sus lágrimas—. *Perdóname tú a mí por reprochártelo.*

—Tenemos que *irrnos*… —Tareq interrumpió su conversación y ambos lo miraron.

—Qué bueno que estés aquí. —Quentin sonrió, notándolo por primera vez y Tareq asintió apenas; a su lado, Leyna aguardaba con sus poderes activados, mientras miraba hacia su alrededor.

—Ella es Leyna, de Tesar —dijo y Quentin asintió—. Sé que *parrece aprresurrado, perro* ¿qué sucedió con la reina?

—Gracias a tus lecciones, está muerta —respondió y Tareq suspiró aliviado—. Ella y el sujeto que la acompañaba. Antes me dejaron en el estado en que me encontraron, eso es evidente, pero las palabras de poder que tú me enseñaste me salvaron la vida.

—*Grracias* a Efos… ¿Estás *segurro* de que están *muerrtos*?

—Incendié sus cuerpos antes de dejarlos y ninguno de ellos se quejó.

—Excelente, bien hecho —sonrió—. ¿Puedes *ponerrte* de pie? —Quentin asintió y Tareq le tendió la mano para ayudarlo—. Leyna nos *llevarrá* de *regrreso* al Castillo Blanco.

—¿Tomamos Morrau? —preguntó Quentin.

—Sí, así es —respondió Ilsa.

—¿Josh? ¿Ara?

—Están bien, no te preocupes.

—¿Naga? ¿Iskánder?

—Habrá tiempo para hablar después, necesitas recuperarte y tenemos que salir de aquí urgente.

Quentin asintió y miró a la maga nueva.

—¿Es mucha molestia si me quiero llevar al caballo? Sé que es un animal, pero…

—No es molestia —respondió Leyna—. Los llevaré a ustedes dos primero, señor, y luego regresaré por el caballo y por Tareq.

—Comprendo, muchas gracias —dijo y miró a Tareq—. ¿Estarás bien?

—*Clarro* que sí, no te *prreocupes*.

Quentin asintió y apretó el hombro de Tareq a modo de despedida. Luego, tomó a Ilsa y a Leyna de las manos y desaparecieron.

—¡Eres un maldito harapo! —Josh los recibió en un salón diferente al que vio antes, pero Ilsa estaba demasiado descompuesta como para prestar atención a lo que sucedía a su alrededor. Oyó la voz de Ara y que Leyna e Iskánder conversaban antes de volver a desparecer. Recién pudo ponerles atención cuando Quentin la tomó del brazo para preguntarle si se encontraba bien.

Algo mareada y con un dolor de cabeza atroz, Ilsa acompañó a Josh, Ara y Quentin, que no dejaban de hablar, por un laberinto de pasillos y escaleras hasta que Ara les indicó cuales serían sus habitaciones, una junto a la otra. Se despidieron de ellos y se alejaron apresurados, ya que dijeron tener mucho trabajo que hacer.

—Necesito bañarme.

—Y yo dormir.

—¿Cuándo te irás?

Ilsa suspiró.

—No lo sé, pero creo que no es un buen momento para pensar en ello.

Tampoco lo había pensado ella misma. Solo quería encontrarlo y saber que se encontraba bien. Nada en el mundo era más importante que saber que estaba a salvo.

—Es cierto. ¿Me dirás cuando te vayas?

—Claro que sí, ¿qué clase de pregunta es esa?

Quentin sonrió y abrió la puerta.

—Nos vemos después, entonces.

Ilsa asintió, pero no quería verlo después. Simplemente, no quería dejar de verlo. Quería seguir a su lado y tener la seguridad de que estaría a salvo. Siempre.

Entró en su cuarto y se dejó caer sobre la cama. Era incómoda, demasiado dura y la decoración del cuarto tan sombría que le dio un escalofrío. Tenía unos grandes ventanales, pero parecía que toda la luz era absorbida por el empapelado rojo oscuro y por las cortinas, que eran de terciopelo negro. Se puso de pie y miró a su alrededor. El mobiliario era de ébano, lo que no contrastaba en nada con lo demás. Había una puerta abierta, que daba a un cuarto de baño enorme y tan lúgubre como el resto de la habitación, pero ver la bañera llena de agua caliente le hizo olvidar lo tétrico del decorado. Se quitó la ropa, que apestaba a chiquero, se soltó el cabello y entró a la tina. El agua estaba en su punto justo, lo que hizo que el dolor de cabeza que sentía se fuera con toda la mugre que acumuló en esos días dentro de los túneles.

Estaba medio adormecida cuando oyó que llamaban a la puerta, y en ese momento se dio cuenta de que no había llevado nada limpio para vestirse. Salió del agua, se envolvió en un paño

y consideró volver a ponerse la misma ropa, pero descartó la idea, porque apestaba demasiado. Además, nadie entraría a su cuarto sin que ella abriera la puerta. Uso otro paño para envolver su cabello, que chorreaba agua sin descanso, y abrió la puerta. Quentin estaba sentado en su cama.

—¿Qué demonios haces? —exclamó antes de cerrar la puerta otra vez y lo oyó reír.

«Quería devolverte la cortesía, para que veas lo incómodo que se siente».

—No es lo mismo… Tú… Tú eres hombre.

«¿Y? También puedo sentir vergüenza, señorita. Ya me voy, no te preocupes. Solo te quería avisar que estoy tremendamente agotado y que voy a dormir hasta… no sé cuándo».

Ilsa escuchó sus pasos y la puerta al cerrarse, pero no salió hasta que pasaron unos cuantos minutos. El lugar estaba vacío, así que tomó sus bolsos y volvió a encerrarse en el cuarto de baño. Por si acaso.

—Podrías haberme dicho sin hacerme pasar ese mal momento.

—Cierto, pero la idea era precisamente esa, que pasaras un mal momento.

—No te duermas aún. Tengo que decirte algo.

—Dilo, aunque no creo que vaya a terminar de escucharte.

—Espérame, ya casi termino de vestirme.

Se vistió con lo primero que encontró, un vestido celeste de mangas largas que muchas veces utilizaba de camisón porque era horrendo y le quedaba enorme, y corrió a la habitación continua, aún con el cabello envuelto. Quería decirle antes que nadie lo que había ocurrido con Naga.

Llamó a la puerta y, al no recibir respuesta, entró. Quentin estaba recostado sobre la cama, como si solo se hubiera dejado caer tras estar sentado. Estaba vestido, botas incluidas, por lo que pensó que podría despertarlo para que se acomodase.

Se sentó a su lado, lo llamó y golpeó su rodilla, pero no hubo caso, Quentin no respondió. Ilsa tomó una de sus manos y se recostó junto a él. Le era un poco difícil asimilar que lo hallaron casi muerto.

«Si nos hubiéramos tardado apenas unos minutos…».

Ilsa besó la mano de Quentin y la puso en su mejilla. No quería ni pensarlo. No quería pensar en cómo sería la vida sin él, sin escucharlo, sin verlo; pero esa posibilidad ya había pasado por su mente en los días previos. Varias veces.

«Ya está, Ilsa» se dijo. «Quentin está aquí y a salvo». Sonrió, dejó la mano de Quentin sobre su pecho, donde antes se encontraba, y se dispuso a dejarlo descansar. Le avisaría a Josh o a Tareq que se encargaran de acomodarlo mejor.

—Quédate —murmuró Quentin.

—Estabas despierto, tramposo. —Ilsa lo miró, pero él seguía con los ojos cerrados.

—Te extrañé mucho. A cada instante, en todo momento. —Quentin se sentó y la abrazó—. Y te amo, maldición. —Ilsa sintió que su corazón dejaba de latir al oír esas palabras. Quentin acarició su hombro y le dio un beso en la frente—. Te amo tanto…

—¿Qué…? —preguntó con un hilo de voz, pero Quentin se tardó en responder. Tan solo estaba allí, abrazándola, sin mover nada más que la mano que acariciaba su hombro.

—Me prometí que te lo diría si salía vivo de mi infortunado encuentro con la reina. Y como estoy aquí, ya lo he dicho. Te amo. Y no hay nadie, nunca habrá nadie para mí que sea tan importante como tú lo eres. —Quentin se apartó, puso una mano sobre su mejilla y ella no sabía qué responder, ni cómo actuar en esos momentos—. Ahora sí puedes irte, si quieres, aunque sería muy feliz si te quedaras.

Quentin quiso apartarse, pero ella puso su mano sobre la de él. Lo hizo sin pensarlo aunque,

después de lo que Quentin dijo, su relación ya no sería la misma, tanto si se quedaba como si se iba. No se quería ir, eso lo sabía, pero no estaba muy segura de qué más quería. Y él estaba tan cerca, su corazón latía con tanta fuerza y sus pensamientos estaban tan confundidos que…

—¿Alguna vez pensaste en qué hubiera sucedido si nos hubiéramos besado en Drioed—ta? —preguntó sin quitar la vista de sus ojos verdes. Quentin sonrió.

—Cada maldito día, cada vez que te veo. Ahora mismo estoy pensando en ello. —Ilsa sintió que su rostro enrojecía y Quentin paseó sus dedos por su mejilla—. Te advierto que, si no te vas en este momento, voy a besarte, y no me importa si estás jugando conmigo otra vez.

Él se acercó apenas, pero Ilsa no se movió.

—No me quiero ir… —susurró—. Ya no voy a regresar a Tesar.

Quentin pareció sorprendido de repente y se alejó de ella, lo que lo dejó confundida y desconcertada.

—Perdóname, esto no está bien. Olvidé… —suspiró y se puso de pie—. Olvidé las tradiciones tesarianas, perdóname.

«Ahora soy yo la esclava, pero de mis costumbres» pensó. Sin embargo, sonrió y asintió.

—Yo debería estar más atenta a eso, pero… gracias por recordarlo.

Quentin miró a su alrededor, caminó hasta un sillón que estaba frente a la cama y se sentó.

—¿Cómo es eso de que no vas a regresar a Tesar?

—Pensé que te gustaría la idea… —Se sentía desilusionada y algo dolida por su actitud. Él era el que siempre le pedía que se quedara ¿y ahora…?

—No es eso. Nada me gustaría más que verte cada día, aunque no es un buen momento. Las cosas por acá no son nada fáciles y ya lo has visto, estamos en peligro constantemente. Yo debo regresar a Pyebra y el frente es un infierno, Ilsa.

—El infierno estar lejos de ti.

Quentin sonrió por un momento.

—No, porque cada vez que nos separamos tenemos la esperanza de volver a vernos. Allí no hay ninguna clase de esperanzas, allí todo es dolor. —Quentin tenía sus codos en sus rodillas y, en ese momento, bajó la cabeza—. No quiero que veas eso, que lo escuches, lo sientas, lo recuerdes.

—No puedes decidir por mí.

—Solo quiero protegerte, evitarte esa clase de sufrimiento innecesario.

—No soy una muñeca de papel que se deshace con la lluvia, Quentin. He soportado inmensas tormentas y puedo aguantar otras tantas.

—Lo sé.

—¿Entonces por qué…?

—Porque no quiero que dejes de sonreír, demonios. —La miró con los ojos aguados por unos segundos y volvió a bajar la vista—. Porque verás cosas que te harán desear estar ciega, porque oirás cosas que no te permitirán estar en silencio nunca más. Tendrás que hacer otras que te harán dudar qué clase de persona eres. Matarás niños que llevan armas en las manos porque no sabes en qué momento serán capaces de matarte. No puedes estar allí.

Ilsa se acercó hasta él y se puso de rodillas, pero sus ojos evitaban mirarla.

—Por ti soy capaz de soportar cualquier cosa. Ya no puedo continuar viviendo así, lejos. Mi corazón no lo soporta, mis nervios tampoco. Estuviste a punto de morir. —Puso ambas manos en sus mejillas y le hizo levantar el rostro—. Estabas en esa caja de madera ardiendo en fiebre, golpeado, sucio, pudriéndote… y estabas solo, Quentin. —Él cerró los ojos al oírla y ella pasó sus dedos sobre su frente—. No quiero imaginar las cosas que pensaste en esos momentos. Tal

vez, que nadie iría por ti, o que yo no iba a saberlo… No lo sé… Eso para mí es horrible. ¿Cómo puedo irme sabiéndolo? ¿Cómo puedo seguir con mi vida en Tesar sabiendo que puedo llegar demasiado tarde? —Quentin la miró y asintió, pero sin parecer demasiado convencido. Le dio la mano para ayudarla a ponerse de pie y, luego de dudarlo unos instantes, la abrazó—. No podré quitarme esa imagen de la cabeza mientras viva y no creo que haya algo peor que haberte visto así. Iré a dónde sea que tú vayas. Aprenderé lo que necesite, mataré a quien deba, y si tenemos que morir, moriremos, pero no estaremos solos, porque sé que moriré si tú lo haces.

—No digas… —Quentin suspiró—. Es cierto… Yo tampoco podría continuar sin ti.

Ilsa lo miró sonriendo al darse cuenta de que él la comprendía. Quentin se quedó viéndola y, finalmente, le acarició la mejilla.

—Y no sé si estoy confundiendo mis sentimientos…

—Perdón… —Quentin levantó ambas manos y retrocedió—. Perdóname. Iré a ver a Josh.

—Espera. —Quiso acercarse, pero él se alejó todavía más. Chocó contra la pared y le dio la espalda, buscando la salida.

—No, es mejor que lo dejemos así, Ilsa. —Abrió apenas la puerta y siguió hablando sin girarse—. Me precipité, me sobrepasé y me siento como una mierda. Perdón… Te veré luego.

Quentin salió al pasillo y hubiera deseado poder regresar el tiempo atrás para no acercarse a Ilsa de esa manera. No fue consciente de que la estrella que los unía hacía que las cosas fueran un poco anormales entre los dos y que quizás por eso ella no se alejó. Oyó los pasos de Ilsa acercarse, pero no quería mirarla por lo avergonzado que se sentía.

—Ni siquiera me dejaste terminar lo que quería decir —dijo en cuanto lo alcanzó. Quentin se dio vuelta, despacio.

—Es que soy un imb… —Ilsa puso una mano sobre su boca.

—Deja de hablar, *shrakjta* —sonrió—. Me fascina tu voz pero, por una vez, por favor, cállate.

Quiso reír y tuvo la intención de volver a excusarse por no poder callar.

—¡Quentin! —La voz de Josh sonó detrás de él, por lo que Ilsa se apartó. Quentin respiró profundo y, por primera vez, tuvo deseos de mandarlo al demonio.

—Por los dioses —susurró, en cambio.

—Ahí estás. Ven, tenemos que hablar. ¿Qué tal Ilsa? —preguntó al verla.

—Iba a verte, pero espero que no te pongas muy detallista. Necesito descansar, Josh.

—Deja de llorar, tengo noticias importantes. —Josh lo tomó del brazo pero, de inmediato, Ilsa le tomó la mano.

—¿Acaso te enteraste de cómo se encontraba cuando lo hayamos? —preguntó, molesta.

—También es bueno verte. Yo me encuentro muy bien, gracias por preguntar —respondió Josh con cierta ironía—. Por supuesto que lo sé, ¿por quién me tomas?

—Y así y todo estás ignorando sus necesidades.

—No te preocupes, Ilsa —dijo, intentando que no comenzaran a discutir.

—Estamos en una guerra, señorita. —Josh se agachó para mirarla a los ojos—. Todos tenemos necesidades ignoradas, llegado el caso.

—Ya, cálmense —murmuró, pero fue ignorado.

—¡Estuvo a punto de morir, *shrakjta*! —Ilsa tiró de su mano y Josh hizo lo propio con su brazo.

—Pero está vivo.

—¿Si me corto al medio estarán conformes? —Quentin levantó un poco la voz y ambos lo

soltaron ante la sorpresa—. Puedo tomarme unos minutos para hablar con Josh, no te preocupes, descansaré después.

—Eso si te lo permiten.

—Tranquila, no es para tanto.

Josh puso los ojos en blanco.

—Tú también puedes venir, si quieres. —Josh encontró rápido otra forma de molestarla—. Bueno, después que termines de arreglarte… Te esperaremos aquí, así no te pierdes.

—*Shrakjta*. —El rostro de Ilsa enrojeció por completo y se llevó la mano a la cabeza cuando se dio cuenta de que aún llevaba el cabello envuelto—. Sí, ya regreso.

Quentin siguió a Ilsa con la mirada hasta que entró en su habitación.

—¿Van a discutir cada vez que se vean? —preguntó a Josh cuando la puerta se cerró.

—Si te trata como a un desvalido, seguro que lo haremos.

—Hazte a la idea de que volverá a ocurrir. —Quentin sonrió—. No regresará a Tesar.

—No me jodas… —Josh rio y le dio un manotazo en la espalda—. Me alegro mucho por los dos.

—¿Aunque me trate como a un desvalido? —preguntó divertido.

—Puedo lidiar con sus cosas. Si tú estás feliz, lo demás me da igual.

Quentin rio.

—Gracias por eso… —Ilsa volvió a aparecer en el pasillo. Llevaba el cabello recogido y un vestido negro esta vez—. Demonios, es hermosa.

—Ay, no empieces —murmuró Josh.

—Dijiste que…

—Lo sé, y acabo de arrepentirme.

—Eso no es muy honorable de tu parte.

—Me da igual —dijo en voz baja. Cuando Ilsa llegó hasta ellos, dio media vuelta y les hizo una seña—. Vamos.

13

Sitnor Ciudad Capital

Enara caminó apresurada por el eterno pasillo que llevaba al estudio de Noah. Le hubiera gustado correr hasta allí, pero podía dañar al bebé si lo hacía. Había vuelto a sentirlo esa mañana y no quería correr el riesgo.

Esta vez su esposo sí reaccionaría. Si no era por las buenas noticias, sería por la mala. Pero tenía que volver a ser quien era o se vería obligada a tomar medidas drásticas. Nunca había usado sus poderes con Noah. Ni siquiera pensó hacerlo, pero lo necesitaban. No solo ella, sino Sitnor y, se atrevería a decir, todo Thoria.

Entró sin llamar ya que, los últimos días, ni siquiera se dignaba a abrirle. Lo halló sentado frente a la chimenea apagada, por lo que rodeó el sillón para arrodillarse frente a él. Tenía la misma mirada vacía de siempre, estaba sucio y descuidado como nunca antes. Rogó a los dioses que no fuera tarde para él.

—Noah… —susurró—. Quentin está a salvo. Tareq e Ilsa lo encontraron.

—Eso no es cierto —murmuró sin mirarla.

—Vendrá con ellos cuando se encuentre mejor.

—¿Entonces sí es verdad? —Sus ojos recuperaron un poco de su brillo y Enara sonrió.

—No podría jugar con algo así, Noah.

—Quentin está bien, gracias a los dioses, está bien.

—Sí, y podrás verlo pronto.

Noah se irguió en el asiento, pero luego se miró sus ropas manchadas y apestosas.

—¿Enara, qué…?

—Lo intenté, pero no pude lograr que regresaras a casa.

—¿Hace cuánto que estoy aquí?

—No importa —sonrió, aliviada por saber que Noah era consciente de él mismo otra vez.

—Perdóname, por los dioses, perdón. —Le tomó ambas manos y las besó—. Soy una persona horrible, ¿cómo pude dejarte sola? ¿Cuántos días fueron? —Enara negó moviendo la cabeza de lado a lado—. Dímelo, por favor.

—No tienes por qué hacerte esto, Noah. Estoy aquí para ti, aunque tú no estés, tal como tú estuviste cuando yo no podía ser una esposa de verdad. Además —sonrió, se incorporó y se llevó la mano al vientre—, no estuve sola.

Noah abrió mucho los ojos y miró primero la mano de Enara y, luego su rostro. Sonrió y se abrazó a su cintura.

—Por todos los cielos… ¿Es cierto? —Enara asintió y Noah rio, se arrodilló y habló en voz baja, mientras acariciaba su vientre—. Hola bebé, soy tu padre. Perdón por haber sido un pésimo ejemplo en tus primeras semanas de vida, pero te prometo que ya no volverá a suceder algo así. Aunque el mundo se esté cayendo a pedazos, yo estaré aquí para tu preciosa madre y para ti. No sé qué clase de mundo encontrarás cuando estés listo para nacer, aunque haré todo lo posible para que puedas crecer a salvo, porque recién me entero de tu existencia y ya te amo, bebé. Perdón por haberlos preocupado a tu madre y a ti, pero papá ya regresó. No soy un guerrero fuerte y habilidoso, al contrario. Soy flacucho, torpe, algo descuidado y no sé cómo usar una espada, pero sé de otras cosas. Eso y mi amor por ustedes serán mis armas. No sé de guerras ni

de estrategias, pero voy a aprender. Tal vez me lleve un tiempo, pero cuando llegues, el mundo será distinto, te lo prometo. Y ahora, me pondré de pie y abrazaré a tu madre, porque hace unos días que no lo hago.

Enara reía con lágrimas en los ojos cuando se incorporó. Él secó sus lágrimas, le besó las mejillas y la abrazó.

—Espero que puedas perdonarme.

—Mi cielo… Estoy muy feliz de que seas tú otra vez.

—No me va alcanzar la vida para pedirte disculpas.

—Olvídalo, ¿sí? —Enara hizo puntas de pie para besarle la mejilla—. Tengo más noticas. Una buena y una mala, ¿cuál quieres primero?

Noah invitó a Enara a sentarse y se acomodó a su lado.

—Bueno, ya me diste dos buenas. La mala primero, para que la buena lo compense después.

—Está bien. —Enara suspiró y le tomó las manos—. Hace unas horas llegaron dos tesarianos del frente. Atacaron Ahrbak Ardhal, quemaron todo, mataron a todos, a pyebranos y sitnorenses. Los tesarianos se salvaron de morir, todos ellos, por alguna extraña razón.

—No puede ser cierto. ¿Quién fue esta vez?

—Reda Almairon llegó por la noche con los magos y arrasaron la ciudad.

—Por los dioses. ¿Cuál es la buena?

—Trajeron la cabeza de Almairon.

—¿Qué?

—Cuando los tesarianos estaban intentando pertrecharse para escapar hacia aquí, vieron una casa custodiada. Entraron, asesinaron a los guardias y encontraron a Reda. Trajeron su mano y su cabeza como presente para ti.

Noah rio, incrédulo.

—Qué ironía… Su cabeza y su mano… No puede ser.

—Por lo que él hizo con Aníbal Pronees. No saben cuántos de los nuestros lograron huir, pero Eric y Santoro sí lo hicieron. Los encontraron en medio del desierto, de camino a una aldea. Ellos se quedaron allí con el resto de los tesarianos esperando órdenes.

—Tengo que ver a Tanáel. —Noah caminó hacia la entrada, pero Enara lo detuvo.

—Primero debes darte un baño, Noah, no puedes pasearte por el Palacio de Gobierno con esas fachas.

—Es cierto. —Regresó sobre sus pasos y se dirigió hacia la segunda habitación—. Vamos por aquí, mejor. No será apropiado que me vean en este estado.

Enara se quedó viéndolo tropezar con todo el desastre de marmitas, cajones, libros y pergaminos que había allí.

—Noah… —Él se detuvo y se tambaleó cuando giró para mirarla. Enara rio por su adorable torpeza—. Te amo.

—Yo también los amo —sonrió, mientras se apartaba el cabello del rostro.

Ciudad Naga, Sitnor

Quentin estaba tratando de asimilar todo lo que acababa de oír. Noah, Naga, Tino, Erjathá, Ahrbak Ardhal, el príncipe Verj, Reda… Lo único bueno que había oído era que Reda estaba muerto.

«Uno menos» pensó, aunque luego se dio cuenta que también habían perdido a Naga, que el paradero de Tino era incierto, que Noah parecía haber perdido la razón y que el príncipe Verj

estaba retrasado y aún no había podido salir de Tesar por las inundaciones.

—Tengo que ir a ver a Noah. —Miró a Josh, buscando su aprobación, y él asintió—. Si Enara no puede hacerlo volver en razón, tal vez lo haga cuando me vea.

—Estás en lo cierto; le preguntaré a Leyna si puede llevarlos a los tres. Tareq también debe regresar.

—¿Iskánder está bien? —preguntó al notar que no lo habían mencionado.

—Sí, está ocupado, pero se encuentra bien. Ahora sí, ve a descansar. En un par de horas te diré si Leyna…

—También tendremos que ir a Tesar, Ilsa necesita ver a su padre.

Ilsa lo miró, asombrada.

—Por supuesto. La cocina está por allá. —Josh señaló hacia su izquierda—. Por si acaso. Si se pierden, pidan indicaciones.

Josh dejó la sala por la puerta principal y quedaron solos.

—¿Por qué dijiste eso?

—Porque sé que te gustaría verlo y contarle tu decisión de quedarte. Y, también, sobre lo que Naga hizo.

—No quisiera molestar con eso… Hay cosas más importantes.

—Escucha. Nosotros recibimos entrenamiento desde los trece años, podemos lidiar, medianamente bien, con la idea de dejar nuestros hogares, familias, conocidos, rutinas y demás. Sabemos que pueden pasar meses o, incluso, años hasta regresar a casa y que en todo ese tiempo podemos ser trasladados de un lugar a otro sin tener el tiempo suficiente para hacerle saber a los nuestros dónde nos encontramos. Tú no tuviste nada de eso y, hasta que te acostumbres a la idea, irás a verlo cada vez que necesites, si las circunstancias nos lo permiten.

—Hay mucha gente que desea ver a sus familias, también, no es justo para ellos.

—Somos soldados, Ilsa. Quisimos hacer lo que estamos haciendo y tenemos demasiadas razones de peso para soportarlo.

Ilsa enarcó una ceja.

—Hablas como si el mundo se fuera a detener cuando yo…

—Sí, si es necesario, haré que el mundo se detenga, Ilsa. Cada vez que tú lo desees.

Esta vez vio en ella una expresión que nunca había visto en su rostro, como si lo mirara con inocencia y, también, con ternura.

—Eres… —sonrió—. Gracias.

—¿Vamos? —Quentin tendió la mano. No quería volver a cometer el mismo error que cuando estaban en su habitación, porque sentía más ganas que nunca de besarla—. Ya perdí la cuenta de cuántos días hace que no como algo decente.

—¡Es cierto, ni siquiera te has alimentado todavía! ¿Qué te gustaría?

—Dormir… —Quentin empujó una puerta y un largo corredor de paredes de ladrillo apareció ante ellos.

—¡Quentin!

—No sé, lo primero que encuentre —respondió divertido—. Sería demasiado pretencioso de mi parte pedir algo en específico después de haberme alimentado con los insectos y el musgo de los túneles. —Ilsa frunció la nariz—. Aunque ya ni sé cuántos días pasaron desde la última vez.

—Qué asco, maldición —dijo con una mueca.

—No es tan malo como suena…

—No digas más, demonios, o voy a vomitar.

—Ya, cierro el hocico.

Caminaron en silencio por algunos minutos, hasta que Ilsa volvió a hablar.

—Qué puto asco, Quentin.

—Bueno, pero no sigas pensándolo —rio.

—Es que… Por Sinmá. —Ilsa se detuvo— ¿Sabes? Iré a… algún lado, no creo que pueda ver comida en estos momentos.

—Perdóname, no fue mi intención.

—Lo sé.

—Avísame si te extravías. De alguna forma iré por ti.

Ilsa asintió y deshizo el camino que habían hecho. Quentin se quedó viéndola hasta que su silueta desapareció detrás de una esquina y, luego, retomó su camino.

—Onix.

—Cachorro, sigues vivo.

—¿Te sorprende? Hace falta algo más que una reina para matarme —dijo divertido.

—Vanidoso.

—Mira quien lo dice.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien. Ilsa y Tareq me hallaron. Hablando en serio, casi no la cuento esta vez. Si se hubieran tardado unos minutos, estarían en mi funeral ahora mismo.

—¿Tan malo fue?

—Estaba agonizando… Pero ya pasó. Escúchame, estuve pensando…

—¿También piensas?

—No siempre, pero tengo mis momentos de lucidez… Estuve dándole vueltas a algo y debo hacerte una pregunta.

—Dime.

—Ilsa es hija de Lobo Blanco, ¿verdad? Él estaba en Sitnor cuando la conocí; nos ayudó en Drioed—ta cuando Ilsa me encontró; viajamos en su carreta, su nombre familiar que se me hace impronunciable; tú la conoces desde que nació… —Quentin se quedó callado y Onix, por su parte, también—. *No puedes decirme que son solo coincidencias, Onix, ya no puedes decirme eso.* —Más silencio—. *Al menos no lo negaste, lo que significa que estoy en lo cierto. Ilsa irá a ver a su padre e intuyo que ustedes se dirigieron hacia allí. Dado que ella no sabe quién es su padre en realidad, te avisaré antes de ir para que puedan… tomar recaudos.*

—No se lo dijiste a Ilsa.

Quentin llegó a la cocina y solo entrar hizo que su estómago rugiera; el olor a la carne asada era demasiado tentador. Sin embargo, se paseó entre las mesadas y alacenas buscando algo que no fuera a matarlo. Era tanto el hambre que tenía, que temía que cualquier cosa pudiera causarle un gran malestar.

—No me corresponde, Onix. Si su padre ocultó su identidad, debe tener sus razones y yo no soy quién para decirlo. Sin embargo, creo que se sentiría honrada de tener un padre como él.

—Lo extraño es que hayas tardado tanto en darte cuenta.

Halló unas enormes bandejas repletas de pan que parecía recién sacado del horno, por lo que tomó unos cuantos, los envolvió en una servilleta y buscó nuevamente la salida. Permanecer allí iba a quitarle la poca razón que le quedaba.

—A decir verdad, ya lo había pensado, pero como no era algo que fuera a afectarle, no te lo mencioné. Astor y tú están allí ahora y eso podría ser desconcertante para ella. Ilsa oyó cuando él dijo que iría en busca de su maestro y quisiera ahorrarle la sorpresa de descubrir la

verdad de esa forma.

—Debo darte las gracias, cachorro. Egil nunca quiso escuchar mis opiniones al respecto, pero el día en que nos encontramos dijo que ayudaría a entrenar a Ilsa.

—Es un buen momento para comenzar a hacerlo, ella quiere quedarse conmigo. Aunque espero que no se lo digas y permitas que Ilsa lo haga.

—Por supuesto. Gracias a los dioses Astor lo mantiene ocupado y ha recuperado algo de su vitalidad.

—¿Cómo está mi hermano?

—Él está muy bien, trabajando y entrenando.

—Es bueno saberlo.

—¿Cuándo vendrán?

—En unos días, supongo. Primero iremos a Sitnor, necesito ver a Noah, que no tomó muy bien el asunto de mi secuestro.

—Haces bien, Enara me lo dijo.

—Pues eso. Lo mismo te avisaré antes.

—Gracias nuevamente, cachorro. Y ahora tenemos que ir a encerrar las ovejas, así que, si me disculpas…

Quentin rio.

—Claro que sí, saluda al pequeño granjero de mi parte.

—Cuenta con eso.

Llegó al salón donde estuvieron con Josh e Ilsa y buscó la puerta. Iría de nuevo a su habitación, porque no sabía dónde estaban los demás y no se atrevía a deambular por un lugar desconocido. Asimismo, quería poner algo de distancia con la cocina antes de que su apetito le resultara perjudicial.

Cuando llegó a su destino, notó que el sol estaba comenzando a ocultarse en las descomunales montañas que componían la cordillera. En otras circunstancias se habría tomado unos minutos para contemplar ese peculiar atardecer a media tarde, pero estaba demasiado agotado como para ponerse, siquiera, a pensar en ello. Tal vez el día siguiente, o algún otro día, si se daba la oportunidad.

Se desvistió y se dejó caer en la cama, pero estaba por dormirse cuando pensó en que Ilsa era bastante inoportuna y podía entrar sin siquiera avisarle, así que reunió algo de fuerzas para levantarse y volver a vestirse. Incómodo, con la camisa mal abrochada y los ojos sin haberse abierto del todo, volvió a arrojarse en la cama y el sueño lo venció enseguida, como hacía mucho tiempo no le ocurría.

Unas enormes puertas blancas, lisas y sin ninguna clase de imperfección se abrieron frente a él y se sintió avanzar hacia el interior. Estaba confundido y atemorizado, pero no tenía control sobre su cuerpo y no encontraba a quien preguntar qué estaba sucediendo ni hacia dónde lo llevaban.

El lugar al que ingresó parecía ser infinito, blanco y luminoso. No tenía paredes, ni suelos ni techo. Era como una inmensa nada. Su avance se detuvo y quedó suspendido en medio de esa eterna claridad. Sin saber en qué momento aparecieron, frente a él vio enormes esferas de luz. Una, la más grande de todas ellas, era rojo oscuro; a su derecha se hallaba una de un tamaño algo menor de un violeta intenso y había millones de esferas plateadas dispersas a su alrededor. Había de todos los tamaños; desde unas tan grandes como la violeta, hasta otras que se veían como un pequeño destello.

Quentin estaba fascinado de encontrarse allí, ya que dedujo que estaba en presencia de

todos los Astros y lo único que lamentaba era que Ilsa no estuviera a su lado para que ella también pudiera verlo.

—Prisionero, de rodillas —rugió una voz escalofriante y se vio, de repente, siendo sometido a su orden. Sus rodillas tocaron un suelo invisible y su cabeza fue obligada a agacharse. Quiso preguntar qué estaba sucediendo, pero sus labios se movieron, para su desesperación, sin emitir ningún sonido.

La desesperanza se adueñó de él y la sintió en cada fibra de su cuerpo que, carente de voluntad, permanecía inmóvil y en un obligado silencio.

—Tus actos serán juzgados, prisionero Quentin Guna, y serás condenado por cada uno de ellos.

«No puede ser cierto».

Quentin comenzó a pensar en todos los errores que cometió en su vida y, al instante, esas imágenes cobraron vida y pudo verlas y oírlas frente a él.

La primera vez que golpeó a alguien, cuando tenía diez años. Le rompieron la nariz ese día.

Cada vez que él y Josh iban al mercado a buscar con quien pelear, algunas veces con un motivo justificado, otras tantas sin que hubiera razón alguna.

Cuando comenzó a escabullirse en la bodega de su padre. Tenía doce años la primera vez que lo hizo y estaba solo, ni siquiera podía atribuirlo a una travesura con Josh. Pero, luego, se las ingenió para convencer a su amigo de hacerlo como una picardía más.

Las veces que mintió para que no lo culparan por haber desobedecido las órdenes de su padre.

«Por los dioses, era un niño» pensó.

—Vil mentiroso.

—Manipulador.

—Cobarde.

—¡Culpable!

No quería seguir pensando, pero su consciencia parecía estar siendo sometida a una minuciosa inspección y vio todo, absolutamente todo lo que alguna vez hizo en su vida. Cada palabra, cada muerte, cada golpe, cada insulto y todo ello arrancaba cientos de palabras desaprobatorias de los Astros y su veredicto era siempre el mismo: Culpable.

«No puede ser, no puede estar sucediendo».

Por último, aparecieron frente a él las imágenes de cada vez que estuvo con Ilsa o de cuando había pensado en ella.

«¡No! ¡Ilsa no!»

—Pensamientos impuros.

—Egoísta.

—Eso no es amor.

—Cobarde.

—No tiene respeto por Ilsa Zvezda.

—No merece que su estrella los una.

—¡Hay que romperlos!

«No, por favor».

—Deshacer su conexión.

«¡No!»

—Mejor es matarlo —exclamó la misma voz que habló la primera vez.

«Por lo más sagrado, no».

—Desoíste nuestras voces —clamó una voz menos estruendosa. Obligaron a su cabeza a levantarse y vio cuando la esfera violeta se tiñó del rojo de la sangre—. A pesar de nuestras advertencias, torturaste y mataste a seres indefensos, Quentin Guna. ¡Eres culpable!

«El Indigno, fue su culpa» pensó, pero los cadáveres en estado de descomposición de la reina Morgana, de la mujer negra y de Tá—qá bailotearon frente a él.

—Es un asesino.

—No tiene voluntad.

—Es una deshonra.

—Su estrella debe ser juzgada por sus errores.

—Eligió a alguien que es débil y cobarde.

Alguien gimió y vio un resplandor a su lado. Lo que parecía ser una niña, pero de cuerpo plateado y luminoso, fue arrojada junto a él y la obligaron, también, a ponerse de rodillas.

—*Perdóname, estrella.*

El cabello, lacio y brillante, le ocultaba el rostro. La miró, deseando con todas sus fuerzas que ella levantara el rostro, luchara y se defendiera, pero no sucedió.

—Ilsa Zvezda merece olvidar la vergüenza de haberlos conocido alguna vez —sentenciaron.

«¡No! No pueden hacer eso, no puede olvidarnos».

La niña comenzó a llorar y Quentin sintió en él lo mismo que ella estaba experimentando. Frustración, enojo, dolor, pero en ningún caso vergüenza o arrepentimiento.

Su estrella lo miró esta vez y diminutos cristales translúcidos salían de sus ojos, se deslizaban por sus mejillas y caían a la nada.

—*Estoy orgullosa de ustedes, Quentin Guna. No importa lo que ellos digan, lo que crean o lo que piensen.*

—*Perdóname* —murmuró con el corazón destrozado.

—*Tú no tienes que pedirme perdón. Yo debo hacerlo.*

Quentin sintió que algo estaba siendo arrancado de su interior, como si parte de su alma y de su vida se estuviera yendo de a jirones. Gritó, se resistió cuanto pudo, pero su determinación no fue suficiente y, cuando todo se terminó, sintió su cuerpo vacío. Como si nada fuera a importar nunca más, como si al mundo le hubieran quitado todo lo que tenía sentido.

Oyó risas, aplausos y palabras de aprobación. A su lado, el cuerpo de la niña plateada estaba perdiendo el brillo y volviéndose cada vez más y más oscuro. Sus ojos lloraban ríos negros de un líquido espeso y no pasó mucho hasta que estos se convirtieron en apenas un hilo, hasta que dejaron de fluir por completo.

—*¿Estrella?*

—*Ya no, Quentin Guna* —suspiró por última vez—. *Ya… no.*

Su cuerpo comenzó a resquebrajarse, como la tierra seca, y sus pedazos cayeron uno a uno, hasta que no quedó de ella nada más que una montaña de polvo, pero a él no lo importó. Nada le importaba ya.

14

La noche cayó sobre Ciudad Naga con demasiada velocidad y, con ella, se fue el calor que la había agobiado hasta entonces. Ilsa estuvo ayudando a los sirvientes a alimentar a los animales y, cuando terminaron, decidió quedarse en los jardines para pensar en cuál sería la mejor forma de decirle a su padre que ya no regresaría a su hogar. Ensayó varios discursos en su mente, pero todos le sonaban ridículos, por lo que volvía a comenzar, cambiando palabras y tonos.

Cuando se dio cuenta de que nunca podría encontrar las palabras para decírselo sin que la noticia le causara dolor, Ilsa se rindió y decidió entrar al castillo.

—*¿Quentin?*

No recibió ninguna respuesta, por lo que creyó que estaba durmiendo, así que no lo molestó. Se cruzó a Ara en una de las tantas escaleras y ella le dijo que la cena estaría lista pronto, pero Ilsa rechazó la invitación. Todavía sentía el estómago revuelto por los insectos de Quentin.

En la penumbra, su habitación se veía aún más tétrica de lo que la recordaba, ya que las velas creaban sombras oscilantes con los adornos y el tallado de los muebles, y eso hacía que todo luciera aún peor. Tratando de ignorar el miedo que tenía, se apresuró a acostarse y se cubrió la cabeza con las mantas. Sin embargo, al poco rato se destapó, porque empezó a sofocarse.

Sus ojos se pasearon por el techo, pero las luces jugaban con las vigas de maderas y creaban sombras extrañas, dándole la apariencia de un costillar abierto. Se dio vuelta y miró hacia la pared, pero tampoco eran muy motivadoras ni pacíficas las pinturas de animales devorándose entre sí.

Después de dar muchas vueltas y de intentar, sin éxito, de convencerse de que no había nada malo allí, se levantó, se vistió y salió al pasillo dispuesta a encontrar el comedor para unirse a la cena, aunque no tuviera apetito. Cualquier cosa era mejor que estar sola en ese lugar. Lo encontró, sí, pero ya estaba vacío y ni siquiera los sirvientes se veían por ningún lado. Regresó por donde había llegado y recorrió el pasillo en donde se alojaba en silencio, alguna de esas debía ser la habitación de Leyna o la de Ara. Quería preguntarles si les molestaba que pasara la noche con ellas.

Oyó una mujer toser en una de las habitaciones y, cuando estaba punto de golpear, la voz de Josh provino del interior, también. Desilusionada, golpeó en la puerta siguiente y nadie contestó. La de enfrente estaba vacía y su puerta estaba abierta, pero al tener la misma decoración que la suya, decidió volver a su habitación. Apagó todas las velas, para ver si la oscuridad era un poco más acogedora, pero no ayudó de mucho. Al final tomó una manta, se envolvió en ella y se acurrucó en un sillón.

—Pero qué mal gusto que tenía quien decoró este castillo, ¿en qué demonios estaba pensando? —murmuró.

Ilsa cerró los ojos e intentó conciliar el sueño. Se pasó todo el día pensando en el momento en que finalmente pudiera acostarse a dormir y, cuando tuvo la oportunidad, esta se le estaba escapando entre las manos por culpa del miedo que le causaba el aspecto de su habitación. Cada vez que estaba a punto de dormirse, alguna parte del techo crujía y, si no era eso, era un mueble. La silueta de un búho se posó en su ventana y eso fue todo lo que pudo soportar. Una sensación en la parte baja de su espalda le llenó el cuerpo de un cosquilleo extraño, por lo que se acomodó la manta sobre los hombros y salió al pasillo, con el corazón en las manos. Golpeó en la habitación de al lado, la de Quentin. Esperó unos segundos y, como no respondía, abrió un poco

la puerta para ver si estaba visible, ya demasiado imprudente estaba siendo al entrar allí sin su permiso a esas horas de la noche.

Al comprobar que dormía vestido, entró sin más. Quentin estaba atravesado en medio de la cama, boca abajo, como si hubiera caído ahí y ya no se hubiera movido más.

—Quentin, despierta.

—¿Qué? —murmuró adormilado.

—Tengo miedo, mi habitación es horrible, hace ruidos raros y no puedo dormir.

Se acostó de lado y movió las mantas.

—Ven… —Ilsa se sentó en la cama y dudó, pero Quentin se incorporó, la abrazó y la recostó a su lado—. Quédate tranquila, no hay nada malo aquí.

Le dio un beso en la cabeza y, luego, se envolvió en las mantas y le dio la espalda. Ilsa se hubiera conformado con dormir en un sillón, pero allí estaba mucho mejor, en realidad. Además, la cama era más mullida que la suya y, si bien el aspecto del cuarto era igual de perturbador que los que vio con anterioridad, no tardó más que un par de minutos en dormirse.

Ilsa despertó cuando oyó a Quentin quejarse. Murmuraba cosas que no alcanzaba a comprender y se movía de lado a lado de forma extraña, como si tuviera las manos atadas y quisiera liberarse. Se arrodilló en la cama y trató de despertarlo, pero no fue hasta el tercer llamado que él, por fin, abrió los ojos.

—Estás aquí —dijo, aliviado. Se sentó en la cama, con los pies en el suelo, y se pasó las manos por la cabeza.

—Era una pesadilla, nada más —sonrió para tranquilizarlo.

—¿Por qué estás aquí? —se dio vuelta para mirarla.

—Porque estaba asustada. Te lo dije y tú me dejaste dormir contigo.

—Vaya… —asintió, confundido. Volvió su vista al suelo y apoyó la frente en sus manos—. Fue horrible, por los dioses. Vi a todos los Astros y ellos me estaban juzgando por mis errores. Vi a nuestra estrella siendo juzgada por mi culpa. Era como una niña, pequeña y brillante, y murió frente a mí.

Ilsa entristeció al oírlo.

—*¿Estrella?* —preguntó de inmediato.

—*Nada de eso fue real, Ilsa Zvezda. Ningún Astro puede intervenir en mis decisiones.*

—Vi cómo le arrebataban su luz y su cuerpo se oscurecía y se secaba. Por los dioses, fue espantoso. Dijeron… que te olvidarías de nosotros, que éramos una vergüenza para ti.

«En todo caso, yo sería una vergüenza. Aun sabiendo que soy maga y que puedo curar cualquier herida, me escondí en Tesar como una rata cobarde».

Ilsa se sentó a su lado, lo abrazó y apoyó la mejilla en su hombro.

—Nunca podría olvidarlos, Quentin. Ni aunque me borraran la memoria, porque son parte de mí.

—Ya lo sé… Pero en ese momento se sintió muy real y fue terrible. —Quentin se dejó caer, recostó su cabeza en el regazo de Ilsa y ella comenzó a pasar los dedos entre su cabello—. Gracias a los dioses que estás aquí.

—Dale las gracias a la aterradora decoración…

—No es tan mala.

—A mí me da miedo.

—Por eso —dijo divertido. Se incorporó y caminó hasta una cómoda, levantó un paño y tomó un bollo de pan—. ¿Quieres?

—¿Pan? Qué aburrido. No, gracias. —Ilsa se envolvió en su manta y volvió a acostarse.

—Después de tantos días sin comer, no es bueno sobrecargar el estómago. Lo único que había en la cocina era carne asada y no encontré a nadie para pedirle algo más. Tampoco es que tuviera demasiadas ganas de ponerme a buscar verduras para hacer un caldo o algo así.

—¿Quieres que vayamos ahora? —se incorporó.

Quentin negó con la cabeza.

—Tengo demasiado sueño. —Sirvió agua en una copa y, después de beber, volvió a acostarse de espaldas a ella—. Descansa.

No pasó mucho hasta que su respiración se volvió más pausada e Ilsa supuso que ya dormía. Se acostó de lado y se quedó viendo cómo el rítmico y calmado movimiento elevaba y hacía descender su hombro.

«Ni siquiera está en paz cuando duerme» pensó. «Me gustaría ser capaz de ayudarlo de alguna forma». Levantó una mano, la puso en su espalda y la deslizó de un lado a otro, intentando trasmitirle alguna clase de consuelo.

—No deberías hacer eso… —dijo en voz baja. Ilsa retiró la mano, avergonzada.

—Perdón, no quise molestarte.

—No me molesta. —Se dio vuelta y se quedó mirándola—. El problema es que… me gusta demasiado… —Ilsa se acostó de espaldas y puso ambas manos sobre su pecho. Se quedó mirando el horrible techo, incómoda y ruborizada, sin saber qué responder—. Será mejor que duerma en el sillón —dijo y se sentó en la cama.

—Espera. —Ilsa pensó si era un buen momento para retomar la conversación que Josh había interrumpido, así que decidió tomarlo de la mano. Su corazón latía tan rápido que comenzó a sentirse aturdida y algo ridícula. Quentin se dio vuelta y la miró—. Hoy dije que no sabía si estaba confundiendo lo que sentía por ti… Pero —suspiró—, solo puedo pensar en que eres increíble.

Quentin sonrió apenas y quiso quitar su mano, pero Ilsa se arrodilló en la cama y se acercó a él.

—No deberías hacer esto —dijo con demasiada seriedad. Se puso de pie y ella lo imitó.

—Espera.

—No… Ilsa. —Se pasó ambas manos por la cara—. Estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano para no pensar en que estabas tan cerca y, te digo, esto no me está ayudando en nada. —Ilsa rio y Quentin se masajeó las sienes con los pulgares—. No quiero faltarte el respeto a ti o a tus costumbres, aunque te empeñes en hacerlo muy difícil.

—No son mías, son de mis padres. Me criaron como una mujer libre en un mundo diferente a Tesar y, de repente, quisieron imponerme algo que no conocía, me hicieron temer a los hombres, no opinar, no hablar, no pensar. Yo no soy esa persona.

—Pero tu padre sí.

—Tendrá que aprender a respetarme, puesto que él me enseñó a decidir por mí misma. Ahora elijo estar aquí, en este preciso instante, y quiero…

—Por todos los cielos… ¿Por qué haces esto? —Quentin comenzó a retroceder.

—Porque estuve más de una semana dentro de esos túneles buscándote y pensando que perdería la razón a cada minuto. Porque te extrañé más que nunca. Antes me sentía morir cuando estaba lejos de ti, pero esta vez el que estuvo a punto de hacerlo por otras razones fuiste tú y eso es mucho más de lo que alguna vez tuve que soportar. Eres todo. Todo lo que pienso, lo que siento, lo que sueño, lo que quiero…

Quentin sonrió, incrédulo, y la tensión que veía en él se disipó.

—Jamás me imaginé que me dirías algo así, ni en mis sueños, siquiera. Creí que la idea te

espantaba.

—¿Sueñas conmigo? —preguntó divertida. Quentin cerró los ojos por unos momentos y volvió a sonreír.

—Dormido y despierto. Una vida a tu lado —dijo con ilusión, sin embargo bajó la vista y agregó con cierto desencanto—, aunque sepa que es imposible.

Ilsa terminó por acercarse a él y lo abrazó con fuerza. Quería quitarle el malestar, cuidarlo, quererlo, que fuera feliz, verlo siempre sonreír.

—Haces muy difícil que no quiera pasar el resto de mi vida a tu lado. Cada cosa que conozco de ti me gusta, cómo hablas, cómo eres, cómo me miras, cómo te ves cuando te pones nervioso. —Quentin rio—. Todo lo que haces y lo que dices… Es imposible no querer estar contigo.

Él le dio un beso en la frente.

—Quizás no debería insistir, pero… es que te amo.

Ilsa lo miró y sonrió. Era extraño escucharlo. Extraño y lindo, a la vez. Su mirada estaba llena de luz, de calma y de seguridad, y supo que de esa forma quería que se viera siempre. Quentin le acarició la mejilla y, luego, le tocó la punta de la nariz con un dedo.

—A dormir, pequeña.

Quiso alejarse, pero Ilsa lo sujetó de la camisa.

—Espera —dijo antes de pensar que lo hacía. No quería alejarse de él, no en ese momento, cuando estaban tan cerca y él se veía tan bien. Sin embargo, Quentin le tomó las manos, las besó y las soltó. Luego se dio media vuelta—. Pensé que tú…

Pensó que la besaría, a decir verdad, y se sintió estúpida y confundida cuando le dio la espalda, como si él no quisiera nada más que poner distancia entre ellos. Para su sorpresa, Quentin volvió a acercarse a ella y la miró con tanta intensidad que parecía que sus ojos la traspasaban de lado a lado. Su mirada se paseó por su rostro, como si estuviera examinándola minuciosamente, como si estuviera leyendo toda su existencia en sus lunares, en sus ojos, en sus labios. Sonrió de lado y ella sintió que se quedaba sin aire.

—Si solo me guiara por lo que quiero, haría muchas cosas, Ilsa. Y créeme que no sería solo besarte. —Ilsa sintió que su rostro le quemaba, nunca se había sentido tan abrumada en su vida. Quentin volvió a tomarla de las manos y sonrió, de la manera más dulce e inocente, como si ese Quentin tan peligrosamente atractivo e intimidante de unos segundos antes se hubiera desvanecido de repente, o como si hubiera sido solo un producto de su imaginación—. Pero resulta que quiero hacer las cosas bien. Sé lo mucho que tu padre significa para ti y, aunque ahora digas que no te importan sus tradiciones, no quiero que luego te lamentes si tu relación con él se arruina por mi culpa.

—No sería tu culpa, en todo caso, sería mía.

—Te equivocas. Soy consciente de todo esto y sería muy egoísta de mi parte mirar a otro lado y solo dejarme llevar, cuando sé que puedo evitarlo. Te amo, y eso también significa que quiero cuidarte y protegerte de todo, incluso de ti misma, si es necesario.

Él tenía razón. Aunque en esos momentos quisiera olvidarse del mundo y besarlo, estaba en lo cierto. Si fuera por ella, haría cosas que solo lamentaría en un futuro, cuando llegara el momento de ver a su padre otra vez. Sonrió y lo abrazó.

—Eres increíble, ¿sabías?

—Solo quiero lo mejor para ti, que seas feliz —dijo y le dio un beso en la cabeza—. He cometido demasiados errores en mi vida y, esta vez, contigo, quiero hacerlo lo mejor posible. Sé que me voy a equivocar más de una vez, pero mientras pueda evitarlo, mientras sea consciente de

lo que hago, voy a intentar hacerlo bien. No voy a sacarte de mi habitación porque sé que tienes miedo, pero si no fuera por eso, muy a mi pesar, lo haría. Y tal vez no esté bien… No, de hecho, no está bien en lo absoluto que estés aquí, pero el miedo es un sentimiento espantoso, el peor de todos, y por eso esta noche te quedarás conmigo. Mañana hablaremos con Ara o con Leyna para que no estés sola, ¿te parece?

—No. —Lo abrazó con más fuerza y Quentin rio.

—Ve a acostarte, dormiré en el sillón —dijo y se separó de ella. Ilsa se quedó donde estaba, mirándolo. Quentin se envolvió en una manta y caminó hacia el sillón, sin que ella se moviera. Se recostó y se acomodó allí—. ¿Qué sucede?

—Es que me encanta mirarte, *shrakjta*.

Quentin volvió a reír.

—Ve a dormir.

Ilsa le tendió la mano.

—Si vienes conmigo.

—Disfrutas haciéndome sufrir, ¿verdad? —Levantó una ceja.

—¿Estar a mi lado te hace sufrir?

—Más de lo que te imaginas. —Quentin se cubrió hasta la cabeza—. Descansa, cruel y hermosa Ilsa.

—Quentin…

—No estoy.

—En serio…

—Ya me dormí.

Ilsa resopló y él rio, pero no se movió ni un centímetro.

—¿De verdad me vas a dejar aquí parada como una idiota?

—¿Acaso quieres que te acueste, te arrope y te cuente una historia?

—No, quiero que te acuestes conmigo y me abraces.

—Oh, señorita Ilsa, cuánto atrevimiento de su parte. —Quentin se asomó apenas entre las mantas—. Ni siquiera nos hemos comprometido y ya quieres ponerme las manos encima.

—Por supuesto que quiero —sonrió.

—No tires tanto de la soga, porque se puede cortar…

—¿Cuánto más aguantará?

—Es bastante resistente, no te preocupes —dijo y le guiñó un ojo antes de cubrirse la cabeza otra vez.

—Eres frustrante, Quentin Guna.

—Porque te amo, pero pareciera que no escuchaste ni una sola palabra de lo que dije antes.

—Sí que escuché.

—¿Entonces?

—No lo sé… —Encogió los hombros—. Solo que me gustaría abrazarte mientras duermes. Quiero que descanses bien y que ninguna pesadilla te moleste, me gustaría poder entrar en tus sueños y espantar todos los malos pensamientos que quieran atormentarte. Sé que eso es algo imposible, por eso tan solo… quería abrazarte.

Quentin volvió a descubrirse y la miró por unos segundos.

—Vaya, eso es muy tierno de tu parte.

—¿Te estás burlando de mí? —Ilsa cruzó los brazos frente a su pecho.

—No —sonrió—. No es así; me sorprendió, nada más.

—Bueno, no siempre soy una bruta ordinaria, Quentin, a veces se me da por ser otra clase

de persona.

—Me convenciste. —Quentin rio, dejó el sillón y la manta. Ilsa sonrió y él la apuntó con el dedo—. Pero no porque sea fácil de convencer, sino porque me estoy muriendo de sueño y eres tan necia que no me dejarás pegar un ojo en lo que resta de noche… Que no debe ser mucho.

—¡Perdón! No me di cuenta.

Quentin se paró frente a ella y la levantó en brazos.

—Lo decía en broma, no te mortifiques. —Retrocedió hasta la cama y la recostó.

—¿Te quedarás conmigo? Prometo no hacer nada fuera de lugar —dijo de inmediato y Quentin volvió a reír—, solo quiero abrazarte y que duermas tranquilo.

—No pensaba quedarme, pero es un poco difícil rechazar tu oferta —sonrió y, luego, se sentó a su lado. Ilsa lo abrazó y Quentin se dejó caer de espaldas sobre ella, como si ya no tuviera ni un ápice de voluntad.

—Estás un poco grande… No sé cómo, ni dónde… *Shrakjta* —rio mientras intentaba acomodar los brazos—. Me estás aplastando, colabora un poco.

—Ya me dormí —murmuró, pero a los pocos segundos en los que Ilsa intentó salir de debajo de su espalda, Quentin rio, se acomodó junto a ella y la abrazó—. Descansa, pequeña.

Quizás descansaría, sí, pero estaba segura de que no podría dormirse. Estaba demasiado feliz, orgullosa de Quentin y, a la misma vez, con una incertidumbre que le carcomía por dentro al no saber cómo sería su vida desde ese momento. Quedarse con Quentin ya de por sí era un cambio significativo, pero eso también implicaba muchas cosas que no serían tan buenas. Él iría a Pyebra y ella iba a acompañarlo; la guerra sonaba espantosa y se preguntó si sería capaz de soportar estar allí, si su mente podría con toda esa presión y todos esos horrores, si su magia serviría para poder ayudar a la gente, si sería capaz de aprender a hacer algo más que curar para ser de mayor utilidad.

«Sea como sea, tendré que esforzarme lo máximo posible, como hace cada una de las personas que están allí. En la guerra no hay lugar para los débiles» pensó, aunque luego sacudió la cabeza, para deshacerse de todo eso. No quería pensar en nada en esos momentos, solo quería seguir sintiéndose feliz por estar con Quentin. Se movió para mirarlo y, como él no reaccionó, supo que ya dormía. Sonrió y tomó su mano. Todavía tenía algunos rasguños y estaba amoratada, por lo que la curó pasando los dedos sobre las heridas.

«¿Cómo no podría querer estar junto a él por siempre?»

Aunque pensó que no lo haría, el sueño la alcanzó, finalmente, mientras sonreía al estar a su lado.

«Ni la fuerza de los Astros ni la voluntad de los hombres pueden doblegar dos caminos que, de alguna forma u otra, van a cruzarse. Cuídense, como lo han hecho hasta ahora. Se pertenecen el uno al otro y me pertenecen tanto como yo a ustedes. Estamos juntos y somos invencibles».

15

Garhq Tahok, Pyebra

Unos perezosos rayos de sol desgarraron el manto de oscuridad que cubría esa porción del mundo. Se elevaron abriéndose paso entre las estrellas que lo decoraban y tiñeron de rojo las nubes que colgaban en el cielo.

Los botes pesqueros zarpaban hacia el horizonte, la ciudad comenzaba a cobrar vida y los soldados de Sitnor patrullaban las murallas y las calles, en su eterno caminar, atentos a cualquier movimiento fuera de lo común. Carretas y grupos de hombres a pie que ingresaban o dejaban las puertas custodiadas. Nada especial, al parecer.

Una caravana de feriantes arribó a mediodía haciendo sonar sus alegres melodías, los soldados los dejaron ingresar sin haber puesto demasiado empeño en su inspección pues eran eso, feriantes. Gente que iba de una ciudad a otra llevando sus espectáculos. Los malabaristas descendieron y comenzaron a arrojar al aire sus aros de colores. Los músicos bailaban mientras tocaban sus instrumentos y unas muchachas de bellos rostros maquillados con colores llamativos entregaban dulces a quienes se acercaban. Grandes y chicos se arremolinaron a su alrededor y corrieron tras ellos, contagiados por los colores de su alegría.

Cuando la caravana llegó a la plaza del mercado, los feriantes ya iban acompañados por una gran multitud. Una mujer alta, delgada y de largo cabello blanco descendió de la primera carreta. Con la elegancia y el porte de una reina, miró a su alrededor. Acomodó su voluminoso vestido rojo y mostró una sonrisa amplia, de labios gruesos y perfectos dientes blancos.

—Gracias, ciudadanos de Garhq Tahok por tan amable recibimiento, estoy muy conmovida. —Puso ambas manos en el centro de su pecho y, luego, extendió los brazos. Decenas de cabezas explotaron a la misma vez, llenando el centro de la ciudad de horror, gritos, llantos y confusión. Una lluvia carmesí se elevó sobre los concurrentes y descendió para teñir de muerte a quienes buscaban escapar.

Islery levantó la palma de su mano, para crear un escudo que repeliera los preciosos y líquidos rubíes, y sonrió otra vez. El olor a sangre fresca le removía el interior y la hacía sentir… viva.

Quienes la acompañaban buscaron las armas que escondían entre sus ropas y comenzaron a clavarlas en los cuerpos de quienes no pudieron huir por la conmoción y el caos.

Islery los dejó hacer. Ellos también merecían divertirse, después de tan largo viaje.

Tomó la falda de su vestido con la punta de sus dedos y la levantó unos pocos centímetros. La calle estaba bañada de sangre y no quería arruinarlo. Los vestidos tesarianos eran demasiado hermosos y no había podido llevar en su equipaje tantos como hubiera deseado. Caminó hacia la calle principal, que antes transitaron, y se detuvo en cuanto llegó a un cruce.

Los soldados de Sitnor no tardaron en rodear las inmediaciones y comenzaron a ayudar a los sobrevivientes a huir de allí. Bloquearon las calles y apuntaron sus arcos. Un par de flechas fueron disparadas hacia ella, pero las regresó por donde llegaron, para enterrarse en los ojos de quienes soltaron las cuerdas de sus arcos.

—¿Quién está al mando aquí?

—¿Quién eres? —preguntó, en cambio, un soldado. Islery barrió con sus ojos violetas a todos ellos, hasta que lo encontró. Azotó su mano y una cuerda invisible lo rodeó y lo arrastró

hasta ella.

—Hola, guapo. —Islery se acercó a él sutilmente, para sentir el aroma de su cuello y de su cabello. Cuero, acero, sudor. Olía tan bien… Sus labios recorrieron la piel del tembloroso y atemorizado soldado, que hacía vanos esfuerzos por alejarse de ella—. Ustedes los sitnorenses sí que son atractivos —susurró en su oído.

—Estás loca, mujer —respondió, asqueado. Islery le guiñó un ojo y se alejó de él.

—Me llamo Islery y he venido a tomar la ciudad —dijo alzando la voz—. No importa cuánto quieran resistir, luchar o matar, no podrán contra mí. Si quieren salvar sus bonitos traseros, huyan. Vayan a decirle al señor Guna que Islery irá por Sitnor y que no hay quien pueda detenerme. —Islery liberó al joven soldado y este cayó sentado en el suelo—. ¡Ah! Y dile también a Enara Pirhs que me la voy a desayunar. Primero a ella y después a su esposo. —Se llevó un dedo al mentón y simuló estar pensando—. O tal vez sea al revés. No importa —agregó con un ademán—, el resultado será el mismo. Ahora, necesito que quien esté a cargo se presente aquí. No soy una mujer paciente, así que les recomiendo que se apresuren a buscarlo. Háganle saber que, de momento, estoy interesada en negociar.

Islery entrelazó las manos delante de ella, vio al soldado regresar junto a los suyos y escabullirse entre las filas de hombres cubiertos de metal. Quienes la habían acompañado comenzaron a ubicarse detrás de ella y los soldados de Sitnor siguieron sus movimientos apuntándolos con sus armas.

—El tiempo se acaba —canturreó. Su tacón comenzó a golpear los adoquines de forma lenta y acompasada y, a cada *toc* un soldado de Sitnor caía muerto—. Si se apresuran, tal vez salven a su ejército de malnacidos invasores.

Toc, toc, toc.

Cuando una decena de cuerpos uniformados yacía en la calle, Islery les dio la espalda.

—Esto es demasiado aburrido y ya me cansé de esperar. Debería haber música, ¿no? Sí, eso lo haría mucho más ameno.

Los instrumentos se elevaron en el aire y comenzaron a hacer sonar sus cuerdas por sí solos. Islery bailó hasta una carreta, sacó un objeto largo y envuelto en telas, y se tomó algo de tiempo mientras desataba cada uno de los nudos que lo retenían. Cuando terminó, una espada fina, delgada y dorada relució con los rayos del sol.

—Es hora de bailar, mi preciosa. —Un rugido hizo vibrar la empuñadura que sostenía entre sus manos, lo que la hizo sobresaltar—. Ya sé que estás hambrienta, ten un poco de paciencia.

Entre sus manos tenía la espada forjada en oro que su madre le había dado cuando llegó a la mayoría de edad. Era una reliquia de la Antigua Era que había pertenecido a Ogdev Wrognia, un poderoso maestro de los elementos de Tesar. Ese cabrón le había hecho la vida imposible a la Dama durante la Última Gran Guerra, pero ya hacía tiempo que había dejado de ser un problema. Él había llamado a la espada *Desangradora* y a Islery le gustaba, aunque hizo algunos pequeños ajustes en ella para que su nombre estuviera un poco más justificado. Cinco Indignos libres se alojaban en su empuñadura. Las cinco criaturas más malvadas de las que tenía conocimiento habían aceptado estar a sus órdenes con la condición de recibir sangre de forma regular. Le había costado bastante encontrarlas y otro tanto convencerlas y mantenerlas satisfechas. Muchas veces, incluso, tuvo que dejar que bebieran de su propia sangre y no era que le molestara cortarse, pero los malnacidos la dejaban siempre al borde de la muerte, con la vitalidad mínima como para cerrar su herida.

Islery se deslizó sobre la calle empedrada, como si el mejor bailarín estuviera guiándola, aunque sin más compañera que *Desangradora*. Ajena a las miradas de desconcierto y a los

murmullos que comenzaron a levantarse en el cerco de soldados, los invitó a acompañarla con un gesto. Sin embargo, estos permanecieron en sus posiciones, expectantes y confundidos.

Al ver que nadie se unía a su danza, movió su mano con suavidad y un grupo de soldados fue arrastrado hasta ella.

—¿Bailamos? Solo necesitan desenfundar. —Giró la espada entre sus manos y esta dibujó un arco dorado a su alrededor—. Espero que sean capaces de seguirme el paso.

Islery levantó su arma con ambas manos y cargó contra el soldado que había frente a ella. El hombre reaccionó levantando su filo para detener el golpe, pero *Desangradora* rebanó acero, hueso y carne por igual, separando al hombre justo en la mitad.

Para sorpresa de quienes los estaban mirando, toda la sangre del soldado se elevó, dibujó una figura en el aire y fue absorbida por el filo dorado. Ante la mirada atónita de sus compañeros, la carne del hombre quedó completamente blanca y su piel, casi transparente, estaba surcada por líneas azules y rojizas al quedar todas y cada una de sus venas expuestas. Los más jóvenes arrojaron sus armas al suelo y huyeron en pánico, pero los demás corrieron hacia ella, con sus espadas, lanzas y arcos apuntando a su ágil cuerpo.

—Sí —susurró—, así es como nos gusta.

La espada volvió a rugir e Islery comenzó a rebanar, cercenar y decapitar a los soldados que se acercaban por montones. Sus hombres miraban el espectáculo desde los coloridos carros sin intervenir, puesto que *Desangradora* no diferenciaba amigos de enemigos. Sangre era sangre, y toda tenía el mismo sabor para los Indignos. Tal vez, podía ser aderezada con algo de pánico o de sufrimiento pero, en esencia, era lo mismo.

Parecía que la provisión de soldados no terminaba nunca y temía en qué podía llegar a convertirse *Desangradora* si la alimentaba demasiado. No quería arriesgarse a perder el control sobre ella, así que alejó a quienes la rodeaban con un gesto de su mano. Los soldados volaron hacia atrás y cayeron desparramados en las calles. Había alrededor de cien cuerpos desangrados hasta la última gota.

—Suficiente, ya me aburrí —exclamó—. ¿Dónde está el gobernante más cobarde de la historia? Llévenme con él. —Al ver que nadie hacía ningún movimiento, más que seguir apuntándola, Islery regresó al carro, envolvió la espada con sus telas y regresó al mismo lugar—. ¿Ahora sí me llevarán con él? No quiero seguir matando gente, es solo que debía alimentar a mi espada.

Islery sonrió, para intentar ahuyentarles el miedo, pero no funcionó.

«Como me aburre la gente, maldición».

—*Thras lanta* —exclamó y la mitad de los sitnorenses se convirtieron en piras con piernas que corrían. Miró a sus hombres, les hizo una seña con la cabeza y comenzó a caminar en busca del edificio más grande de la ciudad.

Ciudad Naga, Sitnor

Ilsa despertó llorando, cubierta de sudor y con Quentin junto a ella, preocupado.

—¿Qué sucede? ¿Qué tienes?

Ilsa se aferró a su camisa.

—Dime que todo está bien, por favor, aunque no sea cierto.

Quentin la abrazó.

—Está todo bien, no ha sucedido nada malo —dijo y le acarició la mejilla—. Era una pesadilla, quédate tranquila.

Pero Ilsa no contestó, tan solo se quedó allí, intentando calmarse, aunque en esos momentos no podía dejar de revivir lo que acababa de ver en sus premoniciones; el miedo que esa mujer inspiraba la mantenía paralizada y sin ser capaz de razonar, y le llevó un largo rato poder calmarse y desligarse por completo de lo que acababa de presenciar.

—Busca a Tareq, por favor —balbuceó apenas pudo.

—¿Ya estás mejor? —Quentin la miró y ella asintió, por lo que se apresuró a dejar las mantas. Antes de dejar la habitación, regresó a su lado y le acarició la mejilla—. ¿Estás segura?

—Sí, estoy mejor —sonrió apenas y él le besó la frente.

—Vendré enseguida.

Salió de la habitación y pudo oírlo llamando a Tareq por los pasillos. Ilsa esperó sentada en la cama, abrazando la almohada y sin poder pensar en nada más que en lo que vio hacer a la mujer que portaba la espada dorada.

Quentin regresó a los pocos minutos, acompañado de Tareq, e Ilsa se dio cuenta de que más personas los acompañaron, pero no ingresaron a la habitación.

—¿Qué sucede? —Tareq se quedó parado en la puerta y Quentin, tras cerrarlas, le hizo una seña, para que tomara asiento en los sillones.

—Vi algo.

—¿Otra vez? —preguntó Tareq y Quentin lo miró, sin comprender. Ilsa les habló sobre Islery, su espada y cómo esta absorbía la sangre de los soldados.

—¿Sabes dónde fue?

—Creo que Dras Lagkeb, aunque también pudo haber sido en Garhq Tahok. No estoy segura, hace mucho tiempo que estuve allí.

—No tenemos hombres tan al norte —dijo Quentin—, tiene que ser Garhq Tahok.

Tareq asintió.

—*Ilsa Zvezda*.

La voz de un hombre resonó en su mente e Ilsa gritó, en pánico, incapaz de controlarse. Se agachó y se cubrió la cabeza con los brazos.

—*¿Qué…? ¿Quién eres?*

—¿Qué sucede? —preguntaron Quentin y Tareq a la misma vez. Quentin le tomó las manos, tratando de calmarla.

—*Soy Lobo Blanco, maestro de la Antigua Era. No temas.*

—Lo… Lobo Blanco —balbuceó después de un largo rato. Miró primero a Quentin y luego a Tareq. Ambos sonrieron y pudo notar cuando sus hombros se relajaron.

—*¿Cómo es que…? No, no puede ser, yo a usted no lo conozco.*

—*Te vi al nacer, como a todos a quienes he entrenado.*

—*¿Entonces por qué dejó que fuera una inútil, señor maestro? Yo podría estar ayudando a los demás, pero me mantuvo oculta en la ignorancia.*

Ilsa se dio cuenta de lo imprudente que estaba siendo al hablarle de esa forma a un hombre tan respetable, pero su enojo le impedía controlarse.

—*Hay cosas que no comprendes.*

—*No necesito de sus palabras misteriosas ahora, señor, podré apañármelas sola, y aprenderé con los demás magos.*

—*Necesito que escuches algo.*

—*Acabo de ver que una ciudad será destruida, señor. Podría estar en este instante allí, junto a los demás, pero usted decidió dejarme por mi cuenta. Está desperdiciando nuestro tiem…*

Ilsa sintió que una inmensa luz la cegaba. Era rojiza y cálida, y llenaba cada rincón de su mente. Cuando esta empezó a desvanecerse, ante ella desfilaron diferentes escenarios y, en todos ellos, se veía a sí misma utilizando sus poderes, practicando, entrenando, apareciendo y desapareciendo. Se dio cuenta de que *sabía*. Lo sabía todo, pero había permanecido oculto hasta ese momento, por alguna razón que ignoraba.

—*¿Qué significa esto? ¿Acaso…?*

—*Eres libre ahora, hija.* —Su padre se presentó ante ella e Ilsa comenzó a llorar, con una mezcla de rabia, sorpresa y frustración—. *Quise evitarlo, perdóname. Hice lo posible para que no… tuvieras que estar allí, pero tu encuentro con Quentin en Sitnor lo cambió todo.*

Ilsa se puso de pie y comenzó a caminar por la habitación. Quentin quiso detenerla, pero se lo quitó de encima. Estaba furiosa.

—*¡Eso sucedió hace años! Antes de que todo comenzara, no puedes decirme que mi primer encuentro con él cambió las cosas. Pasaron seis años, padre.*

—*Quise ahorrarte el dolor de la guerra y el temor a perderte no me dejaba razonar, mi niña.*

—*Tú y yo hablaremos más tarde.*

—*Perdóname, mi niña.*

—*Estoy muy enojada en estos momentos y una maga nueva atacará Garhq Tahok…* —Ilsa se tomó unos segundos para respirar, buscando calmarse. Comprendía las razones de su padre, aunque se sintiera furiosa. Sin embargo, decidió no culparlo por lo que ocurría. Era consciente de que sabía todo lo que un mago puede saber y la posibilidad de ser útil en Pyebra era demasiado real, como también lo era la de no verlo nunca. Pensar en ello le atenazó el corazón—. *Hasta pronto, papá. Te amo.*

Los miró y tanto Tareq como Quentin estaban viéndola con todo el rostro lleno de preocupación e incertidumbre, pero ninguno de los dos decía nada.

—¡Por un maldito demonio! —exclamó y arrojó la almohada al suelo.

Ilsa caminó hasta la puerta y, al abrirla, se encontró con que Leyna, Iskánder, Ara, Josh y unos cuantos soldados estaban en el pasillo, todos con los cabellos revueltos, los ojos hinchados y en sus ropas de cama. Se apartaron al verla, por lo que siguió caminando hacia su habitación.

—¡Ilsa!

Quentin fue detrás, por lo que dejó la puerta abierta cuando entró.

—Cierra —dijo.

—¿Por qué estás tan molesta?

—Diles a los demás lo que escuchaste y que avisen al señor Noah que iremos a Garhq Tahok.

—¿Iremos? Tú no irás a ningún lado, Ilsa.

—Lobo Blanco es mi maldito padre, Quentin —masculló y él abrió tan grandes los ojos que parecían ocuparle la mitad de la cara—. Él, el misterioso y amado maestro que ha entrenado magos desde su puto nacimiento. ¿Y yo? Sintiéndome como una mierda al ver que todos se unían para poder mantener la paz del maldito continente, escondida como una rata en el culo del mundo, como una completa inútil. Tengo la magia de dos Astros. ¡Dos Astros! No solo de nuestra estrella. Y ahora, ¿sabes qué? Resulta que si me entrenó el muy cabrón. No es que sé curar por instinto, sé curar porque él me enseñó a hacerlo, y sé hacer muchas cosas más, también. Ahora lo sé todo porque él *permitió* que fuera consciente de ello. Estaba bloqueado, oculto o vaya uno a saber qué mierda.

—Eso… es grandioso —sonrió.

—¡Un carajo! —Los muebles temblaron, los vidrios tintinearon y Quentin retrocedió, acobardado. Ilsa se llevó las manos a la cabeza y respiró profundo—. Perdóname…

—Vaya… Deberías guardar algo de ese enojo para después, ¿no?

Ilsa sonrió primero y, luego, se largó a reír. Caminó hasta Quentin y lo abrazó.

—Quiero llorar… —murmuró a los pocos segundos.

—Lamento decirte que no tenemos tiempo ahora, pero cuando sepamos qué es lo que sucedió en Garhq Tahok, tal vez…

—Ve a prepararte, ahora no dependemos de nadie para poder ir y regresar a nuestro antojo.

—De ninguna manera, Ilsa. Es muy pronto, apenas te acabas de enterar de que sabes hacer cosas.

—Quédate quieto.

Cerró los ojos, lo abrazó muy fuerte y pensó en la playa de Vinkh Dras. Le gustaba mucho ese lugar porque las arenas eran negras como una noche sin estrellas, la playa era extensa y amplia.

El salado viento marino les castigó el cuerpo sin piedad. Estaba frío, oscuro y el mar rugía embravecido frente a ellos.

—¿Qué demonios haces? —preguntó. Se oía asustado y sorprendido en partes iguales.

—Espero haberte convencido de que es seguro viajar conmigo.

—Estás loca, podrías habernos matado. —Quentin se apartó de ella—. Siento que el corazón me va a explotar en cualquier momento.

—Si te decía lo que estaba por hacer, no hubieras aceptado.

—Por supuesto que no, ¿qué te sucede?

—Quiero ser útil, por todo el tiempo que perdí, por todas las vidas que no fui capaz de salvar, por todas las muertes que no pude evitar.

—Pero no así, Ilsa, por favor. Espera unos días a que lo asimiles, practica, conoce tus límites, tienes que saber cuándo detenerte y qué no puedes hacer.

—Debemos regresar.

Ilsa movió la mano y una luz se formó en ella. Sonrió al verla, pero a Quentin no le hacía nada de gracia toda esa situación, al parecer, porque nunca lo había visto tan serio. De cierta forma, le dolió verlo así.

—Sé que es confuso, pero me gustaría que me escucharas. —Ilsa le tomó la mano y la sintió fría—. Regresemos, hablaremos allí.

Cuando llegaron, Quentin se sentó en uno de los sillones y la miró, esperando su explicación.

—Yo ya lo sé todo. Lo tengo a todo en mi cabeza. Mi primer entrenamiento fue a poco tiempo de nacer; mi padre bloqueó esos recuerdos cuando aprendí la lección. Los días siguientes seguí entrenando con él. Siempre, constantemente, toda mi vida, todos mis años. En Tesar, al parecer, mi vida no era solo cuidar ovejas, perros y ordeñar a la vaca. Podía hacer *cosas*, Quentin. Mi padre y yo teníamos enfrentamientos impresionantes, que si no lo hubiera visto, no lo creería. Sé cómo atacar y cómo defenderme. Es extraño y no sé cómo explicártelo… ¡Oye! Sí que puedo.

Ilsa entró en la mente de Quentin y puso en ella alguna de las imágenes que había visto cuando su padre decidió liberarla de su ignorancia. Percibió que él estaba tan asombrado y maravillado como ella.

—Tú no irás a Garhq Tahok —dijo Ilsa cuando terminó—. Ayer en la mañana estabas agonizando, no has descansado, ni siquiera has comido de forma correcta.

—¿Quieres que me quede aquí, acaso?

—No podemos estar tan lejos sin que eso nos afecte, así que te quedarás en Sitnor, con tu hermano.

—De ninguna manera. —Quentin empezó a pasearse de un lado al otro—. No me voy a quedar.

—Sí, lo harás. Apenas sabes algo de magia. No hay ejércitos sitiando la ciudad, es una sola mujer con una espada que absorbe sangre hasta dejar los cuerpos blancos. Lamento decirlo, pero no hay mucho que puedas hacer ante eso. Ni siquiera sé si los demás o yo misma podemos.

Quentin se masajeó la frente y, luego, la miró.

—Tienes razón —dijo al fin—.Tenemos que hablar con los demás y ver qué van a hacer. ¿Les dirás de tu padre y de tus conocimientos?

—Puedes decirles lo que Lobo Blanco hizo conmigo, nada más. No quiero que sepan que él es mi padre, eso lo pondría en peligro.

—Es cierto. Iré a verlos —dijo y dejó la habitación.

—¿Padre? Necesito respuestas.

—Dime, mi niña.

—¿Cómo una espada puede absorber sangre?

—Piensa, Ilsa. Te he enseñado todo lo que sé, todo lo que alguna vez fue útil para magos como tú. Has leído todos los libros que poseo. No hay nada de la magia que no sepas. Solo debes buscar ese conocimiento en ti.

Ilsa hizo un esfuerzo por recordar, por encontrar la respuesta entre todo lo nuevo que había en su mente, que era tanto que se sentía abrumada y confundida.

—¡Indignos!

—Sí, mi niña.

—Gracias, papá.

«Quentin no puede acercarse a esa mujer».

16

Amanecía cuando Ilsa dejó su habitación y recorrió escaleras y pasillos hasta llegar al salón donde, el día anterior, se reunió con Quentin y Josh. Esta vez estaban presentes también Tareq, Ara, Leyna, Iskánder y los dos morroínos, el señor Damien Enda, su antiguo prometido, y el señor Nathan Bohn. Solo cuando volvió a entrar, notó que el salón era igual de escalofriante que las habitaciones y que todo lo que había visto, aunque en ese sitio predominara un blanco radiante que lastimaba los ojos. Las sillas, grandes y robustas, las patas de la mesa, la araña que colgaba sobre esta, los candelabros y los marcos de las pinturas parecían haber sido construidos con huesos y ella no sabía dónde posar la vista para no pensar en que podía estar ante la presencia de cientos de muertos. Ni siquiera se tomó la molestia para mirarlos el tiempo suficiente como para saber si eran de humanos o animales, o si era simple madera tallada.

Estaba aterrada y, a su vez, bastante frustrada y enojada por lo que su padre hizo. Esos sentimientos aún permanecían allí, en algún lugar de su pecho, robando su atención y amenazando con quitarle, también, la cordura. Todos los ojos estaban puestos en ella, por lo que se apresuró a acercarse a Quentin, aunque no se atrevió a tomar asiento. La idea le parecía repugnante.

—No podemos hacer nada por Garhq Tahok —dijo y ponerlo en palabras sonó aún peor de lo que se sentía—. La espada dorada tiene uno o varios Indignos libres, de los más peligrosos que se hayan creado. Si matamos a la mujer, ellos estarán listos para atacar de forma inmediata.

—¡No es posible! —exclamó Josh.

—Para que un objeto necesite ser *alimentado* de esa forma, el Indigno tiene que haber estado cautivo y haber sido liberado en varias ocasiones. Es consciente de quién es en realidad y, como un ser así no quiere renunciar a su condición, mata, destruye y escapa. Si no hay alguien que quiera capturarlo de inmediato, si no recibe un sacrificio para poner sus poderes a disposición de otra persona, irá por el mundo haciendo daño. Si alguien tiene chances de destruirlo, buscará la forma de huir sin defenderse, puesto que su único objetivo es seguir siendo quien es.

—¿Cómo se supone que vencemos algo así? —preguntó Iskánder.

—Hay que separar el objeto de su dueña —respondió Leyna—. Destruir la espada, contener al Indigno y hacer un sacrificio de invocación a Sinmá para que cure el alma del horrendo ser.

—El problema será si hay más de uno… —agregó Quentin.

—No tenemos los suficientes magos para hacer eso —dijo Ara.

—Sin mencionar que esa mujer es… aterradora —dijo Ilsa—. No creo que alejarla de su arma sea tan fácil.

—¿Qué opciones tenemos? —preguntó Josh.

—Huir —respondió Tareq.

—¡No! —Quentin y Josh saltaron de la silla a la misma vez.

—Así es —asintió Ilsa—. Dejar Pyebra cuanto antes.

—Y destruir el Puente Negro —agregó Damien Enda.

—Nos dejamos la vida, la sangre y la cordura allí —exclamó Josh—. No podemos perder, así de fácil, lo que tanto nos costó conseguir.

—Ahrbak Ardhal ya está perdido —dijo Tareq—. No podremos con esa mujer de Garhq Tahok…

—Tiene que haber algo —dijo Quentin.

—Ella avanzará hasta recuperar todo el terreno perdido de Pyebra —continuó Tareq—. Es mejor poner tierra de por medio cuanto antes. Con el puente destruido, su avance se retrasará.

—¿Hasta cuándo? —preguntó Iskánder—. Si tiene una espada chupasangre, dudo que se le dificulte mucho poder recomponer el puente de nuevo.

—En ese caso, tendremos que hacer un mayor esfuerzo para que ese obstáculo la retrase —dijo Tareq—. Necesitamos tiempo para poder ver las cosas de otra forma.

—Se me acaba de ocurrir algo —dijo Quentin y, de inmediato, miró a Ilsa—. ¿Sabes cuándo sucederá? Si aún no ha pasado…

—No sé si hoy o mañana, no sé si quiera si ya sucedió.

—Hay que ir —dijo Leyna—. Sabremos de inmediato si llegaremos tarde o si aún no ocurrió.

—Bien —dijo Josh—. Leyna e Iskánder irán a ver qué tal están las cosas y regresarán de inmediato.

—Yo sé donde aparecer —dijo Ilsa y Josh asintió.

—Comparte tus recuerdos con Leyna cuanto antes, ella sabrá qué lugar escoger.

—Quiero ir.

—Es muy pronto. Entrenarás con Tareq y el señor Enda hasta que sepas de qué eres capaz. —Ilsa debió haber hecho alguna clase de expresión, porque Josh entrecerró los ojos y la apuntó con el dedo—. Me veo venir tu reclamo, Ilsa, pero yo estoy a cargo aquí. Si no te gusta cómo hacemos las cosas, puedes regresar a Tesar y ponerte a las órdenes del príncipe Verj.

—¿Y si decido ponerme a sus órdenes?

—Bueno, estarás lejos un par de meses, hasta que solucionen el problema de las inundaciones o cambie la temporada. Deberías ir, tal vez puedas hacer que se apresuren.

—Josh, ya es suficiente —intervino Quentin.

—No, ¿sabes qué? —Ilsa sonrió, aunque tenía ganas de probar alguna de sus nuevas habilidades—. Él tiene razón, mi gente me necesita más que ustedes.

Ilsa se puso de pie, más alterada de lo que estaba antes.

—Bien hecho —oyó a Quentin decir antes de abandonar el salón.

Caminó por el corredor que llevaba a la entrada principal, dispuesta a buscar sus cosas y marcharse de allí. Sabía que separarse de Quentin iba a ser terrible, pero era más necesario que nunca regresar a Tesar.

—Señorita Ilsa, espere, por favor. —Leyna la alcanzó llegando a la escalinata principal.

—No estoy de humor —dijo sin detenerse.

—Lo sé, pero tampoco es correcto que reaccione así. —Leyna comenzó a seguirla—. El señor Josh está en lo cierto, sobre él recae la responsabilidad de mantenernos seguros a todos e intenta hacer lo mejor para nosotros. Usted acaba de descubrir que sabe usar sus poderes, pero ¿se ha detenido a pensar en todo lo que eso implica? Estoy segura de que el maestro también le enseñó que no somos seres individuales, sino que actuamos en conjunto para el beneficio común. No es correcto que ahora crea que es invencible. —Ilsa la miró con toda la intención de despellejarla viva, pero Leyna mantuvo la calma y, sin dejarse intimidar, agregó—: Y tampoco es indispensable. Puede que algunas personas vayan a extrañarla por algún tiempo, pero somos soldados de un ejército, señorita Ilsa. Nos vamos y otro llega para ocupar nuestro lugar.

—¿Cómo demonios te atreves a hablarle así? —exclamó Ara desde la parte más baja de las escaleras. Leyna puso los ojos en blanco y, tras reemplazar su desagrado con una sonrisa, se giró a verla.

—La humildad es algo que todos deberíamos practicar más a menudo, señorita Aranza. La señorita Ilsa todavía no ha sido puesta a prueba por ninguno de nosotros aquí, quienes somos conscientes de nuestras capacidades desde nuestro nacimiento.

—Yo fui entrenada desde el día en que llegué al mundo —respondió indignada.

—Quisiera saber dónde estaba cuando el príncipe Verj convocó a todos quienes pudiéramos ser útiles para la guerra, señorita Ilsa. No la vi allí. Juntas podríamos haber abierto un camino entre los lagos para que su majestad no sufriera tantos retrasos.

—¡No estaba en mis manos! Acabo de enterarme de lo que puedo hacer.

—¿Y de esa forma quiere ayudar? Sus impulsos serán nuestra ruina. —Ilsa la miró sin poder creer lo que estaba escuchando, Leyna acomodó con calma los pliegues de su falda y volvió su vista a ella—. Al final, tengo que darle la razón, debería regresar a Tesar. El príncipe Verj podría enseñarle a respetar a quienes están al mando.

—¿Qué demonios sucede contigo? —preguntó Ara, pero Leyna la ignoró.

—Comparta conmigo lo que vio. Iskánder y yo debemos ir a Garhq Tahok cuanto antes.

Ilsa entró en la mente de Leyna y le hizo saber todo lo que había visto y, aunque podría haberlo evitado, también se aseguró de que sintiera lo que acompañó a su premonición. El rostro de Leyna se contrajo, sus ojos se empañaron y la vio apretar los puños en varias ocasiones, pero eso no la detuvo.

—Espero que te sea útil —dijo al finalizar. Le dio la espalda y continuó su camino.

—Ilsa, espera —dijo Ara y ella se detuvo para que la alcanzara.

—Por favor, ahora no. En un solo día han ocurrido tantas cosas, que no puedo asimilar por completo todo esto. Necesito un par de días, o uno solo… Al menos unas horas.

—Sí, lo comprendo.

—Sé que lo que le dije a Josh estuvo mal y le pediré disculpas por eso. No estaba pensando correctamente y si Leyna no me hubiera detenido, probablemente sí me hubiera largado a Tesar, a mi hogar.

—No, ¿y Quentin? No puedes irte así, por favor, le harías daño a los dos.

—Lo sé, no estaba pensando en lo absoluto.

—Me da gusto que recapacitaras, aunque eso no significa que le esté dando la razón a esa estirada malnacida.

—Pero la tiene.

—No. Naga no se puede reemplazar, ni los magos de Erjathá, ni Tino, ni ninguno de quienes se han ido hasta ahora.

—Naga se fue y llegó ella para ocupar su lugar. Podemos extrañarlo, sí; lamentarlo, también… Pero todos tenemos un reemplazo, a fines prácticos. —Ara la miró horrorizada e Ilsa se lamentó de inmediato por ser tan insensible—. Perdóname, iré a mi habitación. Cuanto menos contacto tenga con la gente, mejor será para todos.

Ara asintió.

—¿Quieres que le diga algo a Quentin?

Ilsa se llevó un dedo a la frente y golpeó un par de veces.

—Hablaré con él, no te preocupes.

—Si necesitas algo, avísame, ¿sí?

—Gracias.

Leyna regresó al salón y, tras hablar con Josh e Iskánder, los magos desaparecieron dejando un rastro de chispas rojizas, lo que sorprendió a Quentin. Estaba acostumbrado a la brisa de Tino y

de Naga, y no se hubiera imaginado que las formas de desaparecer cambiaban de un mago a otro.

—*¿Ilsa?*

—*Estoy bien, no te preocupes.*

—*Leyna e Iskánder acaban de irse. Cuando regresen iré a verte, ¿dónde estás?*

—*Prefiero estar sola.*

—*Perdóname, quise seguirte, pero Leyna creyó que sería mejor si ella hablaba contigo.*

—*No es por eso, no te preocupes. No voy a pedirte que tomes partido por Josh o por mí, eso sería muy injusto. Además, sé que tú solo quieres lo mejor para mí y… es cierto. No puedo arriesgarme a hacer alguna estupidez, todavía necesito conocerme mejor.*

Un nuevo destello llamó su atención y, al mirar, vio que los magos habían regresado.

—*Ya están aquí, te hablaré luego.*

—¿Qué sucedió? —preguntó Josh, que se puso de pie de inmediato.

—Llegamos tarde. Garhq Tahok es un puto desastre —respondió Iskánder.

—Es un caos —continuó Leyna—. La gente está dejando la ciudad en tropel.

—¿Y se los permiten? —preguntó el señor Bohn, incrédulo.

—Así parece —respondió Iskánder—. Hay varios edificios en llamas, las puertas de la ciudad están destruidas, hay saqueadores por todos lados… Un puto desastre.

Josh apoyó las manos en la mesa y dejó su cabeza caer. Se lo veía derrotado y frustrado.

—Ya pueden retirarse —dijo y se sentó en la silla otra vez. Cuando los demás dejaron el salón, miró a Quentin—. ¿Y ahora?

—Buena preg… ¡Espera! —Quentin corrió hacia la salida—. ¡Iskánder!

El mago se detuvo y esperó a que Quentin lo alcanzara.

—Tócame —dijo y, después de quitarse un guante, extendió la mano. Iskánder lo miró como si no entendiera—. Noah me lo dijo, tócame. Quizás podemos evitar todo esto.

—No, señor Quentin, no lo haré —negó moviendo la cabeza.

—Por los dioses, podemos intentar detener a esa mujer, si lo sabes antes de que ocurra, de que Ilsa tenga su premonición…

—No es así como funciona, señor.

—Debes intentarlo, no perderemos nada.

—Yo no diría eso…

—¿De qué hablas?

—Que si toco su mano, sabré *todo* lo que usted ha hecho en su vida. Todo, señor. Hay cosas que prefiero no ver. —Quentin frunció el ceño, confundido, e Iskánder puso los ojos en blanco —. No quiero ver si pasó la noche con la señorita Ilsa, por ejemplo.

—Iskánder, por un demonio, no puedes estar hablando en serio.

—Mi premonición puede ser esa y, aunque no haré nada al respecto, lo sabré. Será una pérdida de tiempo para todos y un incordio para mí.

—Bueno, toca a Josh o a Ara, entonces. Que Josh lo sepa no te pondrá en peligro.

—Veré todo lo que Josh ha visto y eso puede incluir a su hermana… desnuda.

—¡Maldición, Iskánder!

—Bueno, es espantoso, ¿qué quiere que haga? No es algo que puedo controlar a mi antojo. Es incómodo, molesto y horrible. No puedo evitar ver ciertas cosas, solo veo todo.

—Inténtalo con Leyna.

—Tendría que pedirle permiso al príncipe Verj, primero.

—Es una broma, ¿no?

—Es tesariana, señor Quentin.

—Tampoco te importó tanto cuando besaste a Ilsa, por todos los cielos. Dile a Leyna que venga. Tocarás su mano y veremos qué sucede.

—Está bien, eran perras excusas —admitió Iskánder y Quentin se preguntó por qué era un tipo tan extraño a veces—. Debe estar al tanto de lo que ocurre cuando tengo una premonición importante. Todos los eventos desde ese mismo instante hasta este momento, se eliminarán por completo. Nunca ocurrirán. No solo la maga y su espada chupasangre. También cualquier cosa que todos hayamos hecho. Al parecer, hace dos o tres días que la ciudad es un desastre, por lo que usted estará todavía en los túneles, Tareq e Ilsa tras su rastro y demás. Leyna o yo le diremos a Tareq lo que ocurre en Garhq Tahok, porque si entramos en batalla, debemos avisar a quienes puedan necesitarnos para que no nos interrumpan. Si él se retrasa por alguna causa al recibir esa noticia, cabe la posibilidad de que… a usted lo encuentren cuando sea demasiado tarde. No sé si pude explicarme correctamente.

—¿Eso significa que…?

—Que existe la posibilidad de que pueda morir allí por culpa de mi premonición.

A eso se debían sus evasivas. Quentin se tomó la cabeza con las manos y le dio la espalda. Caminó algunos pasos y volteó a verlo de nuevo.

—No voy a juzgarlo si rechaza este… caos que se crearía si decide regresar el tiempo atrás, señor Quentin.

—Es mi vida a cambio de cientos… Quizás, miles de personas, Iskánder. —Sus manos cayeron a los lados, porque mantenerlas levantadas le estaba consumiendo todas sus fuerzas—. Si cabe la posibilidad de que todo siga igual…

—Digamos que las posibilidades son las mismas. Puede vivir, como también puede morir.

—¿Y cómo hago para vivir sabiendo que está en mis manos evitar tanto daño? No se puede, Iskánder.

—Puedo borrarle este recuerdo, señor.

—Volveré a preguntarte lo mismo.

—Y le responderé que ya tuvimos esta conversación y que no pudimos evitarlo.

—No es correcto —balbuceó.

—Permítase evitar la más incoherente de todas las culpas. Solo yo lo sabré y, si le sirve de consuelo, yo no tomaría el riesgo. Creo que tampoco sentiría culpa por eso. No conozco a esa gente y, además, me gusta vivir.

—¡Iskánder, estamos hablando de gente inocente!

—Baje sus murallas, señor. No tomará más que unos segundos y jamás se lo diré a nadie.

—Esto no me ayuda en nada, es tan terrible.

—¡Quentin! —La voz alarmada de Ilsa provenía de algún lugar arriba de ellos.

—Tiene tiempo hasta que la señorita Ilsa llegue aquí para decidir.

Quentin bajó la vista y pensó en qué valía más, si su vida o la de los ciudadanos que no podrían salvar. Y decidió ser egoísta. Por Ilsa, por Josh, por sus hermanos. Bajó sus murallas y se lo hizo saber al mago.

—¿Qué sucede? —Ilsa bajaba las escaleras ya.

—Llegamos tarde —respondió Iskánder.

—No puede ser. —Ilsa se detuvo donde estaba y se llevó las manos al pecho.

—Puedes tocarme, Iskánder —murmuró Quentin—. Todavía podemos evitarlo.

—Ya tuvimos esta conversación, señor Quentin, y aun así no lo logramos. —Iskánder saludó inclinando la cabeza y se alejó de él.

Ilsa lo alcanzó y se paró a su lado.

—¿Por eso estabas tan angustiado?

—Sí, es… es espantoso —respondió, aunque no comprendía porque Ilsa había sentido lo mismo que él. Tal vez, porque estaban en el mismo sitio y era la primera vez que algo así ocurría mientras estaban juntos—. No quise molestarte con esto, perdóname.

—Solo me asusté, no te preocupes —murmuró.

—¿Cómo te encuentras?

—Terrible…

Tareq se acercó a ellos.

—Ilsa, necesito ver tu premonición, si es posible.

Ella lo miró entre agotada y molesta, y asintió.

—Iré a ver a Josh, ya regreso —dijo Quentin.

—Ven, acompáñame. —Quentin tomó su mano, pero parecía que Ilsa no tenía un ápice de interés en seguirlo.

—De verdad, no creo que sea una buena idea, tengo un humor espantoso hoy.

—No me extraña, con todo lo que está sucediendo… y lo peor es saber que no hay nada que podamos hacer por el momento.

—¿Es mucho pedir un día de calma?

—Lamento decirte que sí. Por eso es que no quería que te quedaras.

—Perdón por insistir, de verdad que no sabía… No me imaginaba… ¿Cómo se quita esta frustración?

—Ven.

—Soy una terrible compañía, Quentin, en serio.

—No importa, no te hablaré. Solo que sé que no te gusta la decoración de las habitaciones y pensé que en los jardines te sentirías un poco menos incómoda.

—Me da igual eso. Y estoy tan enojada que…

—Tengo un remedio para eso. —Quentin tiró de su mano y, aunque protestó e intentó resistirse, terminó por seguirlo. Caminaron por los jardines hasta que se alejaron de todo ser viviente. Ilsa lo miró entre preocupada y confundida, pero Quentin sacó una de sus espadas y la puso en su mano. Retrocedió algunos pasos y desenfundó la otra.

—Recuperaste tus armas.

—Sí, aunque ahora tienen funda nueva; perdí la mía en algún recoveco de los túneles. —Quentin movió los brazos y la espalda—. Es un poco incómoda, pero me imagino que me habituaré a ella.

—Ya me parecía que antes era de otro color.

—La otra era opaca y más rugosa, ahora está a tono con los filos —sonrió. Luego, abanicó su espada a ambos lados—. Esto sirve para no pensar en nada y, a la vez, en todo.

—Mi padre me enseñó cómo usar un arma, ahora que pienso en ello.

—Mucho mejor.

—Y también cómo hacer una con magia. —Ilsa arrojó la espada a los pies de Quentin—. La necesitarás.

Los ojos de Ilsa se encendieron, uno plateado y el otro rojo, sacudió su mano derecha y en ella apareció un objeto luminoso, que comenzó a extenderse hasta formar una espada de apariencia cristalina, de un color entre rojo y rosado. Quentin trató de que ella no notara su asombro, pero no fue lo suficientemente astuto en disimularlo, ya que Ilsa sonrió, con una inusual confianza y algo de malicia. Se veía algo aterradora y, también, hermosa.

Presintió que de verdad necesitaría su segunda espada al ver a Ilsa así, por lo que se agachó a recogerla, pero sin quitarle los ojos de encima, pues se imaginaba que ella aprovecharía hasta el más mínimo error para despedazarlo.

Antes que pudiera incorporarse, Ilsa desapareció para sorprenderlo apareciendo a sus espaldas, con el filo de su espada apuntándolo, como si su intención fuera enterrarla entre sus vértebras. Quentin retrocedió y giró justo a tiempo para desviar su trayectoria golpeando en la punta del arma. Ilsa desapareció y él sintió un pinchazo entre las costillas, en la espalda.

—Muerto —dijo Ilsa.

—Eso no es justo —protestó.

—La vida tampoco.

Ilsa reapareció delante, sin darle el tiempo suficiente para darse cuenta que debía ponerse en guardia antes de que volviera a *matarlo*. Cuando las espadas chocaron, se dio cuenta de lo valioso que había sido el hechizo que Onix puso en ellas, puesto que Ilsa las hubiera hecho añicos de no haber sido así. Ella tenía fuerza, bastante a decir verdad, y sabía un poco más que lo básico, lo que era realmente bueno. Pero no era tan rápida como él, lo que usó a su favor, atacándola con un golpe tras otro hasta que ella decidió desaparecer.

—¿Ya te cansaste?

—Bastante —dijo desde algún lugar incierto. Quentin rio y enfundó sus espadas.

—Está bien, podemos dejarlo ya.

Ilsa apareció cerca y se dejó caer sobre la hierba, con los brazos abiertos.

—Menos mal —suspiró.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó después de sentarse a su lado.

—Transpirada como un cerdo —rio, pero se puso seria casi de inmediato—. Cada vez más confundida. ¿Puedes creer que hay *dos Ilsas*? —Quentin frunció el ceño, sin comprender—. Había dos yo. Una era la yo de siempre, la otra era la que entrenaba con mi padre, quien leía libros de magia, la que hacía las tareas del hogar con dos chasquidos de los dedos. Ninguna de las dos era consciente de la otra parte. Mi otra parte no te conocía, Quentin. No sabía nada de ti y ahora no sé… qué hubiera sucedido si la *otra Ilsa* estaba consciente en Drioed—ta, por ejemplo. Jamás te hubiera visto…

—Tu padre nos compró a mí y a Josh. Él fue quien nos llevó a Sitnor.

—¡*Shrakjta*! —Ilsa se sentó y lo miró—. Ahora que lo pienso, puede que Naga le haya dicho a mi padre que te comprara porque fui a pedirte como esposo. ¿Qué hubiera sido de ti si yo no era yo? —Ilsa suspiró y Quentin se imaginó muriendo en la *Pequeña Thoria*. Ilsa se dejó caer nuevamente sobre la hierba—. Es un desastre, son tantas cosas…

—Eras la Ilsa de siempre, no deberías torturarte pensando en eso ahora.

Ilsa se dio la vuelta y apoyó los codos en la hierba.

—Mi cabeza es un lío, porque son las mentes de dos personas en una sola.

—¿La otra Ilsa es muy diferente?

—Es un poco extraña, sí. Algo insensible, como si no le importara lo que le sucede a los demás.

—¿Y cómo es que ahora puedes… ser tú misma sin ser la otra Ilsa? —Quentin se detuvo a mitad de la pregunta para pensar un poco mejor lo que quería expresar.

—Soy ambas… —Ilsa volvió a acostarse en el césped—. La yo de siempre te hubiera molestado con algún comentario incómodo, porque luces increíblemente atractivo cuando luchas. —Quentin rio—. La otra yo se hubiera ido a la habitación en lugar de quedarse contigo. Soy las dos a la vez y es una maldita locura.

Quentin se recostó a su lado y le tomó la mano.

—Espero que la Ilsa de siempre pueda enseñarle a la nueva cómo ser tú. Mientras tanto, estaré aquí, sin acercarme demasiado, para que la otra Ilsa no quiera escaparse y llevarse a algún otro lugar a mi Ilsa.

—Tengo miedo.

—Es algo comprensible.

—¿Y si me convierto en la otra Ilsa? ¿Si a la otra Ilsa no le interesa lo que te ocurre?

—Eso no sucederá.

—Ni yo puedo entenderlo, no puedes estar seguro que no vaya a ser así y tengo miedo de que gane la otra Ilsa.

—Tienes que aprender a convivir con tu otra parte. Ninguna de las dos ganará, porque son la misma persona. Educadas de forma diferente, con recuerdos distintos, pero una vez que logres asimilar todo lo que sabes, volverás a ser la de siempre. Aunque con un poder impresionante y un muy buen manejo de las armas.

—Quiero irme.

—Ve —dijo y soltó su mano.

—Pero no quiero.

Quentin sonrió y la miró.

—Puedes ir a buscar algo para comer o a darte un baño, por ejemplo. Estarás ocupada y no tendrás que pensar en esto.

—Perdóname.

—No te disculpes, la otra Ilsa no me conoce y no sabe nada de nosotros. Llevará algún tiempo…

—Pero yo tampoco te conocía y aun así sabía quién eras. —Su voz se entrecortó y Quentin volvió a tomar su mano.

—Cuanto más te preocupes peor será, debes tomarlo con calma.

Ilsa se alejó y se puso de pie.

—Buscaré mis cosas e iré a Tesar. —Se veía seria y con una actitud por demás diferente—. No te hubiera avisado, pero dado tu insoportable exceso de confianza, no tuve más opción.

Quentin se incorporó.

—Espera, no puedes irte así. Déjame al menos avisarle a Tareq…

—¿Tiene que saberlo todo el mundo? No tengo tiempo para esto.

Ilsa desapareció y Quentin corrió hacia el castillo.

—¡Tareq! Ilsa se irá a Tesar.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—¿Dónde estás? Fue por sus cosas a su habitación, tienes que detenerla.

—Haré lo posible.

Pero ya era tarde. Quentin cayó de rodillas en medio del jardín. El mundo le daba vueltas y tuvo la misma sensación que en su sueño, cuando los Astros decidieron separarlos de Ilsa.

Quentin corrió entre los laberintos de su propia mente y, cuando entró al cuarto que había creado para hablar con Ilsa, lo encontró vacío.

—¿Estrella?

Quentin intentó ponerse de pie, pero sus piernas parecían no querer colaborar en nada.

—Puedo… Puedo sentir la confusión y el dolor que Ilsa Zvezda y tú sienten.

Percibió la angustia que su estrella sentía, lo que fue tan confuso y alarmante como la actitud de Ilsa. Su voz siempre era calmada y armoniosa, aún en las peores circunstancias, pero

se oía triste y eso lo afligió todavía más.

—*¿Por qué se fue así?*

—*Temo que no podré responderte, Quentin Guna.*

17

Zart Vialh, Tesar

—¿Por qué sientes? Deja de hacerlo, me vas a volver loca.

—No puedo evitarlo, es lo que soy. Lo que somos.

—Esto es aterrador. Esta punzada en el pecho… Y el aire… no es suficiente.

—No debimos dejar a Quentin. Te dije que debía acompañarnos.

—Respira, maldita seas, nos vas a matar.

—Quiero morir. Sin él…

—¡Cállate, cobarde! ¿Por qué tú sabes lo que es sentir? ¿Por qué tú sí puedes?

—Debemos regresar, por favor.

—Ya estamos aquí. Padre tiene que escucharnos.

Ilsa salió de su habitación y se dirigió al comedor. Su padre estaba sentado frente a la mesa, con la mirada perdida y la espalda encorvada. Parecía que sus eternos siglos al fin se habían adueñado de su cuerpo.

—¿Qué demonios hiciste con nosotras? —exclamó, pero él no reaccionó en lo absoluto—. Dos *Ilsas*. Dos malditas personas en un solo cuerpo. Ella siente… cosas… que no entiendo. Y su sentir me va a volver loca. Quiere morir de dolor y tristeza y yo estoy intentando mantenernos vivas. ¿Qué mierda es esto?

—Perdón —murmuró.

—¿Perdón? —Ilsa rio—. Mírame. Mira lo que nos has hecho. ¿Qué clase de retorcido experimento hiciste con nosotras? ¿Qué demonios pensaste que lograrías? Era una maldita piedra, que apenas sabía que estaba viva, y ella es una mujer llena de… sensaciones que no alcanzo a asimilar ni comprender. —Ilsa arrancó los primeros botones de su camisa al abrirla—. ¡Me está asfixiando con tantas cosas que pasan en su interior! —Rascó su cuello, molesta y jadeando—. ¿Por qué ella sabía de él? ¿Por qué le permitiste solo a ella conocerlo? Somos parte de la misma estrella, maldición. ¿Tienes idea de lo que significa? Por supuesto que no, porque estabas demasiado ocupado haciéndonos mierda a las dos, ¿no es así? ¡Por todos los cielos, deja de sentir! —exclamó y su misma voz, pero calmada y temblorosa contestó—. No puedo hacerlo. Déjame hablar con él.

Ilsa batalló con sí misma para retomar el control y aplacar la furia que la estaba consumiendo. Cuando al fin lo logró, se acercó a su padre y lo abrazó.

—Perdóname, papá… No puedo, soy incapaz de controlarla.

—Mi niña. Mi pequeña estrella. —El hombre la abrazó y comenzó a llorar—. Lo siento tanto.

—Necesito saber, padre, quiero saber cómo hacer para que ella no me domine de la forma en que lo hace. Su furia es insoportable… Su rencor… Papá, perdóname por no poder hacerla callar.

—Te hice mucho daño, mi niña, mi estrella hermosa.

—Eso no importa ahora. Ayúdame a superar esto cuanto antes, por favor.

Un gato negro saltó sobre la mesa y se sentó allí, como si nada. Ilsa lo miró por un momento y se separó de su padre.

—¿Onix?

—¿A quién esperabas ver? —Se oyó una voz profunda, pero nada en él indicaba que era Onix quien hablaba. Ilsa se arrodilló en el piso y bajó la vista.

—Ayúdanos, por favor —suplicó.

—Dejando de lado todos los insultos que Egil se merece por la atrocidad que cometió, creo que podemos encontrar una forma de solucionar esto.

—¿Cómo?

—Permíteme entrar en tu mente.

—¿Qué vas a hacer con ella, gato? —Su padre se movió, alarmado.

—Tranquilo, humano, no le haré más daño del que tú ya le has hecho. Ilsa, necesito que te recuestes, que dejes de pensar y me dejes verlas a las dos. No temas, no te haré daño, tan solo echaré un vistazo.

Ilsa se apresuró a llegar al sillón que había frente a la chimenea, se recostó y cerró los ojos. Bajó sus murallas y sintió la angustia de Onix al enfrentarse a los sentimientos tan diversos de sus dos realidades. Arrepentimiento, dolor, esperanza, furia, amor, odio, frustración, tristeza, vergüenza, compasión. Onix se repuso de inmediato y empezó a irradiar una sensación de paz que parecía imposible. Una parte de ella quería aceptarla, sentirla y permanecer allí, en calma; mientras la otra solo buscaba asfixiarla con su rencor. Onix insistió, con una fortaleza envidiable, con determinación y paciencia, hasta que todo el resentimiento se rindió. En su lugar, nació tristeza y arrepentimiento, pero la Ilsa de siempre ayudó a Onix concentrándose solo en la calma que el gato le estaba obsequiando.

—Quédate en paz, Ilsa, quédate allí todo lo que puedas. Yo me retiraré, pero avísame si necesitas que regrese.

—Gracias, Onix.

—Debería hacerte sentir lo que pude percibir en ella, humano. No tiene perdón lo que has hecho, ¿en qué demonios estabas pensando?

—No necesito que tú también me hagas esto, gato.

—Si quieres, ronroneo y me acerco para que me acaricies, ¿eso estaría bien?

—No estoy para tus ironías en estos momentos. ¿Qué sabes de Quentin?

—Iskánder lo puso a dormir. Lo hallaron en el jardín, con la vista perdida y balbuceando tonterías que nadie comprendía. Si a ese chico se le fríe el cerebro, me largaré de aquí, humano, y me llevaré a Ilsa conmigo. Tu culpa no la ayudará en nada, demasiada es la que ella siente al haber dañado a Quentin, al no saber de él, al no poder oírlo ni hablarle.

—¿Por qué? Les ayudaste a hacer una conexión…

—Tu abominable creación la rompió antes de salir de allí.

—Mi niña…

—Esos lamentos no solucionaran nada. Ve a cuidar de Astor, me quedaré junto a ella.

Ilsa volvió a llamarlo, por lo que Onix regresó a su lado de un salto, se acurrucó en su pecho y comenzó a ronronear. Había tenido la esperanza de que, al menos, estuviera tranquila por algunas horas, pero no habían pasado más que unos pocos minutos y ya estaba alterada nuevamente. Era más obstinada y terca de lo que creyó, aunque lo bueno era que las dos partes eran iguales en ese sentido, y tanto una como la otra querían lo mismo, luchar por tomar el control. Mientras la Ilsa no—maga no se rindiera, todavía tenía esperanzas.

El gato negro permaneció en su mente por más tiempo esta vez, para así conocer la forma en que la Ilsa maga lograba desligarse de la calma para retomar sus amargados pensamientos. En esta ocasión, Ilsa pudo mantenerse tranquila por casi una hora y el gato fue testigo de cómo

sucedía.

Lo que la atormentaba era el hecho de no haber sido capaz de sentir nada antes de conocer su contraparte. La Ilsa maga solo salía a flote cuando Egil se lo permitía y, en esas horas, solo entrenaba, leía, aprendía y lo escuchaba. Nunca conoció nada del mundo. Apenas recordaba a su madre y no sabía de su hermano ni de Naga. Nunca tuvo que lidiar con el dolor de estar lejos de Quentin, ni con su recuerdo, puesto que no existía para ella. Cuando Egil la liberó, conoció a su otra realidad, a todos a quienes Ilsa alguna vez conoció, tuvo que lidiar con recuerdos que le eran ajenos y, a cada segundo, algo nuevo aparecía frente a ella, lo mismo que le sucedió a la Ilsa no—maga cuando tuvo que enfrentarse a todo el conocimiento que Egil puso en esa parte de ella que desconocía.

Estaba frente a un problema inmenso. En la historia documentada de Thoria nunca había sucedido algo así y, si alguna vez alguien lo hizo, no había registros de ellos, puesto que era una atrocidad desde todos los puntos de vista.

Cuando logró calmar la frustración de la maga, le pidió a Egil que convocara a Leyna.

—¿Para que la necesitas aquí?

—Tengo que ver a Quentin.

—Puede dormir hasta mañana si quieren, déjalo.

—No voy a discutir este asunto contigo, humano. Dile que venga o le diré a Iskánder que lo haga.

Egil no respondió, pero a los pocos minutos oyó que alguien golpeaba en la puerta de la habitación que antes era de Naga. El gato corrió hasta allí y, tras presentarse, le pidió que lo llevara a ver a Quentin.

—Iskánder, despiértalo, por favor —dijo una vez que estuvo junto a él. El gato entró en su mente de inmediato y se acostó sobre su pecho. Su cuerpo se tensó ni bien Iskánder le hizo recuperar la conciencia y el gato comenzó a ronronear para tranquilizarlo—. *Estoy aquí, cachorro.*

—Onix… —Quentin lo abrazó.

—Ilsa está bien ahora. No te preocupes por ella. La ayudaré en todo lo que sea posible para que pueda regresar a ser quien era.

—¿Por qué se fue así?

—Está confundida. Una Ilsa no sintió nada en toda su existencia y todo lo que la otra Ilsa sí pudo sentir hizo que no pudiera manejar la situación. Necesito que estés lo más calmado posible, que continúes con tus cosas y, por favor, no hagas estupideces. Te prometo que Ilsa regresará pronto.

—Necesito verla…

—No se puede. No ahora, al menos. Tiene que acostumbrarse a saber de tu existencia y lo que significas. Si estás allí, será mucho más difícil para las dos. Ahora está en un estado de semiconsciencia, donde todo en ella está en paz y armonía. Se encuentra bien, la Ilsa maga está aprendiendo que puede encontrar la calma, también. De esta forma, puede comprender mejor sus dos partes. Cuanto más tiempo esté así, más fácil será para ella asimilarlo. Si tú llegas, revolucionarás sus sentimientos otra vez y creo que la perjudicará más que ayudarla.

—Gracias, Onix.

—Agradéceme comportándote, ¿sí? No hagas tonterías, no te hagas daño, por lo más sagrado, intenta ser una persona funcional. Comprendo que esto es difícil, pero recuerda que ella también puede sentir tu dolor. Le ayudará que te esfuerces como nunca lo has hecho para poder soportar este mal trago. Las cosas volverán a estar bien, solo debes ser paciente.

—Haré todo lo posible.

—Y lo imposible también, si es necesario.

—Es mucho más difícil cada vez que nos separamos, Onix.

—Lo sé, por eso estoy aquí. No sé si podré venir tan seguido, porque dependemos de Leyna, pero puedes hablarme cuando quieras, yo estaré para ti.

—¿Hasta cuándo te quedarás?

—Me iré en unos momentos, Ilsa me necesita. —Onix saltó hacia el suelo—. *Ahora quiero que te levantes y me asegures que harás todo lo que sea necesario para estar bien.*

A pesar de que no tenía demasiadas esperanzas, Quentin se puso de pie sin ninguna protesta ni excusa.

—Si es posible, le diré a Leyna que me lleve a Sitnor hoy mismo. Han sucedido muchas cosas y estar en este lugar solo hará que me sienta inútil y miserable. Cuanto antes Noah me envíe al frente, mejor.

—Me parece bien, pero no te dejes matar en vano.

—No lo haré. Tengo más razones que nunca para estar vivo.

18

Tesar Ciudad Capital

Los guardias hicieron una reverencia cuando Ogdev se situó frente a las puertas de la sala del trono y, al traspasarlas, despidió con un gesto a quienes estaban allí.

—¡Ahí viene mi príncipe favorito, quién me ha dado una nuera que es un orgullo y que pronto me hará abuelo!

—Padre, por favor —murmuró, sabiendo que Egil estaría escuchando detrás de la puerta de seguridad.

—Anda, déjame ser feliz por unos segundos, que con la cara que traes, me imagino que no tienes nada bueno para decirme.

—Lamento decirte que estás en lo cierto.

—¿Mi nieto? ¿Irenka?

—Se encuentran bien, padre.

—Entonces lo demás son nimiedades. Dilo.

—Pyebra arrasó Ahrbak Ardhal. Un grupo de los nuestros encontró a Reda Almairon y lo mató. Desertores de nuestras tropas que se unieron a Sitnor —agregó ante la sonrisa orgullosa de su padre, lo que logró que su rostro se ensombreciera—. De momento, solo sabemos que ellos lograron escapar y algunos pocos sitnorenses.

—No hay quién se compare a los gloriosos soldados tesarianos.

—Los estaban *guardando* para más tarde, padre. Seguro que para llevarlos con la reina Viktoria.

—Qué negativo eres, Ogdev —protestó.

—Una maga nueva, de la que nadie sabe nada, atacó Garhq Tahok —continuó sin poner atención a su comentario—. Tiene una espada que absorbe la sangre de quienes hiere hasta secarlos por completo. Los ciudadanos están huyendo de allí porque no hay nadie que controle. No hay soldados pyebranos ni sitnorenses. Hay edificios incendiados y muchos muertos. Leyna fue hasta allí y lo vio por sí misma. ¿Qué piensas hacer? —Ya no había ninguna clase de sonrisa en su rostro.

—Verj ya se fue, no tengo manera…

—Maneras hay, demasiadas, a montones. Solo necesitas dar la orden, padre.

—No… No me siento lo suficientemente cómodo con esto, Ogdev —murmuró con dificultad.

—Entonces déjame la corona. Yo sé qué debo hacer y cómo hacerlo.

—Eres… Eres…

—Soy el Primer Príncipe de la Real Casa de Tesar, ni más ni menos. Puedo convocar a un consejo y alegar que no estás en tus facultades, puedes abdicar y cederme el mando en paz y con una gran fiesta, como a ti te gusta, o puedo asesinarte y tomar el trono. —Atkjer lo miró horrorizado, como si ya no reconociera en él a su hijo—. Tú eliges cuál de estas opciones te conviene más. No hay otra forma. Hace años que insistimos en que debemos hacer algo y tú elegiste ignorarnos. Esta es la última vez que pediré tu opinión y lo hago porque eres mi padre, te aprecio y no quiero que dejes el trono como el rey más insensato y cobarde de la historia de Tesar, sino como alguien que, en su sabiduría, supo cuándo debió dar un paso al costado para

dejar a su hijo, que es mago, tomar las riendas.

—Hijo…

—Por la tarde regresaré a escuchar qué decisión tomaste. Pyebra queda demasiado lejos como para demorarnos más tiempo.

Ogdev hizo una reverencia y, cuando abandonó el salón, dejó que su nerviosismo aflorara; sus manos empezaron a temblar y su cuerpo se bañó de sudor de inmediato. Si bien había ensayado esa misma conversación con Egil en varias oportunidades, no se sentía confiado. A pesar de todo, había salido bastante mejor de lo que esperaba. Entró en la biblioteca, donde su hermano estaría, y lo encontró colocando en su lugar la estantería que ocultaba la entrada a los pasadizos que conducían hasta el punto más bajo de la montaña Kolewzka.

—Estuviste impresionante, Ogdev.

—¿Crees que aceptará dejar el trono?

—No creo que convoque al ejército y realmente dudo que quiera que lo asesines, no te haría eso.

—Por Sinmá… —Ogdev caminaba de lado a lado—. Las horas hasta la tarde se me harán eternas.

—Bueno, tendrás que armarte de paciencia y calma y esperar. No tienes demasiadas opciones. Ve con Irenka, llévala de paseo o quédate a su lado. Te hará bien estar con tu esposa.

«No es que me agrade demasiado mi esposa, sin mencionar que me pone más nervioso que nadie» pensó pero, como siempre, se guardó su opinión. Ogdev sonrió y asintió, como buen príncipe heredero, farsante y frustrado que era.

Irenka, con el apoyo y las sugerencias de Ogdev, había logrado encontrar algo que le gustaba hacer: pintar. Si bien estaba dando sus primeros pasos, le gustaba, entretenía sus horas y, como el clima lo permitía, pasaba mucho tiempo en los jardines, intentando trasladar al lienzo lo que sus ojos veían, aunque sin demasiado éxito. Ogdev la acompañó a orillas del lago y se quedó allí, intentando una conversación interesante con su sumisa y obediente esposa, hasta que el sol alcanzó las doradas copas de los árboles. En ese momento se disculpó con Irenka y regresó al palacio.

Sentía la tensión en sus hombros y en su cuello, pero intentó serenarse antes de entrar a la sala del trono, puesto que no quería que su padre creyera que estaba dudando de sus propias capacidades. Al menos, podía atribuir el sudor y el enrojecimiento de su rostro al hecho de haber estado al aire libre.

Ogdev, otra vez, despidió a los guardias ni bien ingresó y caminó con una seguridad que parecía a punto de desvanecerse, hasta llegar frente al Trono Dorado.

El rey se veía abatido, decaído y miserable; no quedaba en él ya nada de la alegría que siempre lo había caracterizado. Ogdev sintió pena por él porque era doloroso verlo así.

—¿Qué has decidido, padre? —preguntó, a pesar de que tenía ganas de arrojarse a sus pies y pedirle que lo perdonara.

Atkjer se tomó algunos minutos en responder. Tal vez el tiempo no había sido suficiente para pensarlo o, quizás, todavía tenía dudas de las capacidades de Ogdev. Dejó el trono, se quitó la corona y la depositó con delicadeza sobre el asiento. Caminó hasta pararse frente a Ogdev y desenfundó su espada. El príncipe estaba haciendo un enorme esfuerzo por contener sus deseos de llevar la mano a la empuñadura de su arma, pero su padre estaba en todo su derecho de decapitarlo, si así lo deseaba, y él no podría defenderse por haberlo amenazado de la forma en que lo hizo.

El rey apartó su media falda, flexionó su pierna derecha, puso la rodilla en el alfombrado

camino que conducía al trono y le ofreció su espada.

—Larga vida al rey Ogdev —dijo con la mayor solemnidad posible, aunque su mentón temblaba.

Ogdev asintió y le tendió la mano, para que se incorporara.

—No te defraudaré, padre. Haré todo lo posible para defender Tesar de cualquier invasor.

—Sé que sí —respondió al incorporarse—. Perdóname por ser un viejo obstinado y cobarde. Quise permanecer en la ridícula idea de que ustedes nunca crecerían, que serían mis pequeños por siempre, que nunca nadie los dañaría de ninguna forma… y solo logré defraudarlos al no querer aceptar que el tiempo pasó y que son hombres magníficos.

—Los errores son algo inherente al ser humano, padre.

—Son hombres fuertes e inteligentes, nobles y justos. Son un gran equipo y estoy orgulloso de todos ustedes.

—Eso te lo debemos a ti y a la forma en que nos criaste. Tal vez no seas capaz de enfrentar un conflicto, pero criaste a seis hijos con la capacidad de hacerlo.

—¿Cómo que seis? —preguntó asustado.

—Iré al frente con el ejército. Egil reinará en mi lugar, con Shrika como su esposa.

—Eso… ¡Eso es una aberración! —exclamó horrorizado.

—Shrika es muchísimo más inteligente y astuta de lo que imaginas. He estado enseñándole desde hace años y sabe muchas cosas, tanto como Egil.

—Lo que digas, Ogdev, pero casarse entre hermanos… No es correcto, no estoy cómodo con eso.

—No será un matrimonio real, por supuesto, pero es la única forma de justificar que se siente en el trono junto al Tercer Príncipe. No podemos decir que es tu hija y que por eso tiene el derecho a hacerlo.

—¿Y ella está de acuerdo con esto? Me imagino que lo consultaron con ella, ¿no?

—Claro que sí. Fue su idea, a decir verdad, porque nosotros queríamos revelar su verdadera identidad. Ella sugirió esto, para protegerte a ti, a la reina y a su madre.

—Mi niña, tan considerada —dijo con orgullo en su voz.

—Madre se marchará al Palacio de Invierno y no regresará, al menos, hasta que el asunto con Pyebra se termine de una vez. ¿Tú qué harás?

El rey lo pensó por unos momentos.

—Lo consultaré con Atharja. Tal vez Sitnor sea una buena opción, porque no creo que los tesarianos vayan a tenerme alguna clase de respeto después de esto.

—Lo haremos de forma en que sí vayan a respetarte, amarte y recordarte como un gran hombre. Nadie más que nosotros sabe lo que ocurre aquí dentro —dijo para consolarlo.

«Y nadie mejor que yo para mentir descaradamente a toda la nación» pensó.

Al día siguiente, los reyes dejaron el Palacio Dorado al amanecer y se dirigieron a la ciudadela. La gente comenzó a seguir su carruaje, como cada vez que este circulaba por las calles de Tesar Ciudad Capital, para poder ver a los soberanos aunque sea por unos instantes. El vehículo se detuvo en la plaza central y Atkjer y Valka descendieron de él. Eran raras las ocasiones en que algo así sucedía, aunque hacía poco tiempo lo hicieron para comunicarle a sus súbditos que serían abuelos. Los reyes saludaron con alegría en los rostros y respondieron con sonrisas las expresiones de afecto que estaban recibiendo.

Tras ubicarse en el palco donde hacían los anuncios oficiales, el rey llamó al silencio.

—Estimados ciudadanos de Tesar —comenzó—. Como es de público conocimiento, Thoria

está atravesando un momento de gran incertidumbre; los tiempos de paz parecen haber llegado a su fin y es algo que todos lamentamos. Desde nuestra lejana posición, intentamos mantenernos al margen hasta tener la certeza de que nuestra nación no se vería afectada, pero los últimos acontecimientos del enfrentamiento entre Pyebra y Sitnor merecen nuestra más absoluta atención. Nunca fuimos partidarios ni amantes de las guerras, pero Sitnor es una nación aliada, lo fue en la Última Gran Guerra y, en los últimos años, ha intentado por todos los medios evitar que Pyebra se adentrara en sus dominios, ya que Pyebra manifestó en reiteradas oportunidades su deseo de acabar con Tesar. Es por eso que, a partir de este preciso instante, la Ley de Protección contra la Magia queda anulada en todo el continente de Thoria.

La noticia fue recibida con más alegría de lo que alguna vez se hubiera imaginado. Los ciudadanos aplaudieron y festejaron y, para gran asombro y preocupación mal disimulada de los concurrentes, tres personas alzaron al cielo sus manos y dibujaron en el cielo figuras de luz. La gente se apartó de quienes se atrevieron a hacer algo así y ellos, con absoluta seguridad, caminaron hasta el palco oficial y se quedaron frente a los reyes.

—Eso ha sido algo muy bonito de ver, señores y señorita —dijo el rey para calmar los ánimos.

—Estamos a sus órdenes, su Majestad —dijo uno de ellos y los tres hicieron una reverencia.

—¡Ese es el espíritu de los tesarianos! —exclamó Atkjer y la gente volvió a aplaudir, aunque con un poco menos de emoción—. ¡Esa es la clase de gente que Tesar necesita!

Esta vez, los aplausos se intensificaron y se oyó alguna que otra palabra de apoyo.

—Estoy orgulloso de mis hijos, a eso lo saben todos. El Segundo Príncipe Verj partió a principio de la estación hacia Sitnor con sus hombres y, desde ahora, el Primer Príncipe Ogdev será quien gobierne Tesar. —Las expresiones en los rostros del gentío se volvieron tensas y preocupadas, pero el rey Atkjer sonrió y tomó la mano de Valka, para demostrar su conformidad —. Mi tiempo como soberano ha concluido. El príncipe Ogdev es, como estos tres amables ciudadanos que acaban de deleitarnos con sus habilidades, un mago entrenado por un maestro de la Antigua Era y nadie mejor que él para llevar a Tesar a la gloria. Nadie mejor que un mago para detener la tiranía de los magos de Pyebra.

La multitud, que había ido en aumento, estalló en aplausos nuevamente y, con la aprobación y el entusiasmo del rey, comenzaron a dedicar sus vítores al príncipe heredero y sus insultos a los pyebranos.

«¡Acabaremos con esos monos de culo negro!» era lo que más se repetía, aunque la creatividad de los tesarianos para insultar a los pyebranos por su color y sus costumbres era bastante grande. Inventaron ofensas a su olor a sudor, a la suciedad de sus hogares, la sencillez con la que vivían y hasta por el exceso de condimentos de sus comidas, sin mencionar sus burlas por lo malos que eran con las armas y que sus magos nunca habían sido tan gloriosos e importantes como los tesarianos en épocas anteriores. No había, en Thoria, pueblo más intolerante a las costumbres ajenas que el tesariano.

El rey finalizó su última aparición pública decretando dos días festivos y prometió que la comida y el ghona correría por cuenta de la corona. De más está decir que las mujeres huyeron a resguardarse apenas oyeron las nuevas medidas, y se apresuraron a cerrar puertas, postigos y rejas, para evitar ser víctimas de la malsana alegría que se apoderaría de la población masculina de la ciudad. El país se vestiría de fiesta, pero solo para algunos de ellos.

19

Sitnor Ciudad Capital

Leyna dejó a Quentin y a Tareq en el Palacio de Gobierno y regresó sin demoras a Ciudad Naga. Noah los estaba esperando y, aunque se veía algo ojeroso y mucho más delgado que de costumbre, estaba feliz. Los abrazó a ambos ni bien Leyna se retiró y Tareq volvió a preguntarse, rodeado por los brazos de Noah y de Quentin, si ellos serían su familia. Quería decírselos, quería preguntarles si, tal vez, tenían algún retrato de sus padres en algún lugar para que él pudiera quitarse esa duda, quería… que fueran sus hermanos. Sin embargo, antes de que pudiera decir nada más, la puerta se abrió y entraron Vila, Lena y la señora Enara. Con solo ver a su pequeña familia se olvidó de sus dudas y Lena corrió a sus brazos, aunque se detuvo ante de alcanzarlo. Miró a Quentin por unos segundos y luego se abrazó a su pierna. Quentin la miró sorprendido y, sin saber cómo reaccionar, le acarició el cabello.

—Bienvenido. Me hace muy feliz que estés a salvo.

—Gracias, pequeñita. Me alegro de verte bien a ti también.

—Yo no te veo nada bien, Quentin, solo veo que estás a salvo.

—¡Lena! —Tareq la reprendió de inmediato. Vila se acercó a ella y le puso la mano en el hombro. Lena los miró y sonrió con tristeza.

—Es cierto, no me encuentro bien —dijo Quentin—. Ilsa está teniendo algunos problemas y eso me preocupa.

—Ilsa es una buena persona. —Lena se acercó a Tareq y le tomó la mano—. La diosa Sinmá, en su infinita sabiduría, quiera que pronto logre superar las dificultades.

—Estoy seguro de que lo hará —respondió Quentin—. Solo necesita algo de tiempo.

—Ya, Lena —murmuró Vila y Quentin sonrió.

—Está bien, no me molesta.

—Eres muy amable —dijo Tareq y Quentin le guiñó un ojo.

Después de haber acordado reunirse en el despacho de Noah al día siguiente, Tareq, Vila y Lena dejaron el Palacio de Gobierno. Vila parecía más silenciosa que de costumbre y asentía distraída a lo que Lena les decía. Él se esforzó por no preocupar a la niña conversando con ella y dejando a Vila en sus cavilaciones; tendría tiempo de averiguar qué le sucedía cuando Lena fuera a sus clases, sin embargo, antes de llegar a su casa, se cruzaron con Ajác y ella invitó a Lena a pasar el día. Notó que las mujeres estaban de acuerdo desde antes, porque la sacerdotisa fingió estar sorprendida y le permitió acompañar a Ajác sin ninguna clase de objeción, contrario a lo que siempre sucedía en esos casos.

—Tenemos que regresar a Erjathá —dijo Vila ni bien estuvieron solos en su casa.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Mi diosa necesita un templo. Lena y la misma Sinmá acabaron con el Gran Templo en Ciudad Capital y el de Erjathá fue destruido esa misma noche. El de Ahrbak Ardhal fue arrasado por los magos de Pyebra. Una maga llamada Islery atacó Garhq Tahok y no tuvo compasión por nada ni por nadie. No quedaron templos en pie, ni edificios, ni casas.

—Puedes hacerlo aquí, podemos hablar con el Gobernador.

—Las leyes de Sitnor no aceptan el culto a los dioses. Después de tantos años de prohibición, no hay quien necesite a mi diosa aquí, pero sí en Pyebra; sus hijos están

desamparados y no tienen quién los guíe en esta época de pesar y tinieblas. Erjathá es el único lugar en donde estaremos seguros.

Tareq se quedó pensando. No estaba seguro de qué hacer. Por un lado, no quería dejar Sitnor, por otro quería ir con Vila y también estaba el asunto de Lena. Si él se quedaba en Sitnor, lo haría para ir al sur de Pyebra, para ayudar en lo que pudiera y eso significaría dejar a Lena con alguien que apenas conocía o llevarla al frente, lo que era bastante más peligroso que dejarla sola. Tampoco tenía la seguridad de que dejarla ir con Vila fuera lo más adecuado, aunque estaban los maestros Dima y Áliza para que ella pudiera seguir con su aprendizaje.

—¿Qué sucederá con Lena?

—¿Cómo…? Irá con nosotros, por supuesto.

—No sé si voy a regresar. No todavía, al menos.

—¿Por qué? ¿Es por los Guna?

—Por la guerra. Quiero que esto se termine cuanto antes y no me siento cómodo escapando cuando las cosas se ponen difíciles. Ya huí por demasiado tiempo y en los únicos momentos en que he sido útil fue mientras estuve aquí. Necesito ser útil, por todo el daño que hice, por todos mis errores, y la única forma en que estaré en paz conmigo mismo es haciendo algo para evitar que esto continúe.

—Esa maga nueva, Tareq… Es muy peligrosa.

—Nosotros también, si queremos. Ilsa descubrió que fue entrenada por Lobo Blanco. Y sabe hacer muchísimas cosas, aunque no era consciente de ello.

—¿Eso es lo que le sucede?

—Sí. Saber lo que puede hacer hizo que se sintiera confundida, puesto que sus habilidades aparecieron ante ella de repente, como si hubieran estado cautivas…

«Tal vez, en algún momento hicieron lo mismo conmigo» pensó.

—¿Y ahora dónde está?

—Se fue a Tesar, con su padre. Puede aparecer y desaparecer, como Tino y Naga. Quentin no está muy bien, no fue muy coherente cuando me lo dijo pero, según entendí, Ilsa se quedaría con él y ella quería decírselo a su padre.

—Comprendo… ¿Crees que ella pueda hacer una diferencia?

—No lo sé, pero Quentin está aprendiendo a usar sus poderes, Ilsa es una maga bastante interesante, Leyna es muy poderosa… Tal vez tengamos oportunidad ahora que hay magos al servicio de Sitnor. Hasta ahora, tan solo había actuado el ejército y los soldados hicieron un gran trabajo, pero es momento de que nosotros terminemos con esto, más allá de que muchos teman que las cosas salgan como en la Última Gran Guerra.

—Después de lo que hemos visto, es natural que se les tema a los magos. Han hecho muchas co… Perdóname, no quise hacerte sentir mal.

Tareq asintió y sonrió, para tranquilizar a Vila. Aunque lo intentaba, le era un poco difícil perdonarse por lo que había ocurrido en la aldea de las montañas Kobliz y en Erjathá y, si bien estaba trabajando para poder seguir adelante, no era capaz de obtener resultados positivos. La culpa seguía allí, pesada, tirándolo hacia atrás, haciéndolo regresar una y otra vez a sus errores. Si hubiera dejado a Vila antes, si se hubiera apresurado a avisar a Ajác y a Mihaí, si hubiera, si hubiera…

—No te preocupes, tienes razón. Hicimos mucho daño innecesario, y soy consciente de que aún seguiremos haciéndolo por un tiempo más, hasta que logremos acabar con esa gente.

Vila se acercó y lo abrazó.

—Te extrañé —dijo y Tareq sonrió y la besó.

—Yo también. Se hicieron eternos los días en esos fríos túneles.

Vila lo miró.

—¿Estás cansado?

—Tuvimos tiempo de reponernos hasta que Leyna…

—Excelente, porque estaremos solos todo el día —dijo Vila y Tareq se largó a reír.

«Qué poco que dura lo bueno» pensó Quentin ni bien entró en su habitación. Miró la cama y tuvo toda la intención de dejarse caer allí y nunca más levantarse, pero decidió no hacerlo. Era mejor que se ocupara en algo para no tener tiempo de lamentarse de sí mismo.

Según Noah mencionó, los tesarianos le llevaron la cabeza y la mano de Reda Almairon y sentía la repulsiva necesidad de ver los restos de ese malnacido. No sabía si para comprobar que estaba muerto o si era para reírse de la suerte que había tenido. Reda tenía tantas ganas de llegar a Tesar, que al final los tesarianos habían cumplido sus deseos alcanzándolo primero.

Salió de su habitación y buscó a Noah, pero la casa estaba desierta. No supo en qué momento se marcharon, si apenas pasaron un par de minutos desde que lo acompañaron hasta allí. No tenía ganas de ir al campo de entrenamiento, Luna había quedado en Ciudad Naga hasta que Leyna pudiera llevarla y no había nadie allí con quien conversar. Enara tampoco estaba a la vista, los guardias de la fortaleza eran todos nuevos y desconocidos, Josh y Ara estaban Ciudad Naga, Tareq…

—*¿Tareq?*

Pasaron varios minutos y el mago no respondió, por lo que decidió no volver a insistir y dirigirse al Palacio de Gobierno. Sentía que las piernas le pesaban toneladas y que el camino se le hacía interminable, pero se convenció que eso solo estaba en su mente. Había perdido peso, sí, pero no era nada alarmante. Pudo enfrentar sin mayores problemas a Ilsa, a pesar de haber sido un enfrentamiento bastante más exigente de lo que estaba acostumbrado, por lo que decidió no prestarle atención a su malestar físico y continuar. Aun así, llegó a su destino con sus fuerzas al límite y se preguntó qué sucedería si, por una de esas casualidades, Ilsa decidía no regresar.

«Me convertiría en un completo inútil, un despojo humano» concluyó.

El corredor hasta el estudio de Noah le pareció eterno; cuando llegó hasta allí, llamó a la puerta, pero nadie respondió. Quentin resopló, frustrado, al pensar que debería subir las escaleras hasta su despacho, aunque también pensó en la posibilidad de usar las palabras de poder para abrir la cerradura. Sin embargo, dio media vuelta y se encaminó hacia las dichosas escaleras.

«Si hubiera sido un poco más práctico, podría usar la magia para moverme de un lado al otro. No como Leyna, pero al menos podría desplazarme sin tener que usar las piernas».

Quentin alcanzó el despacho de Tanáel y golpeó allí. No tenía más ganas de continuar, aunque quedaran apenas unos pocos metros hasta llegar a la puerta de su hermano.

Tanáel preguntó quién llamaba y, al oír que era Quentin, le dijo que pasara. Quentin se dejó caer en el primer sillón que encontró y Tanáel lo miró preocupado.

—¿Qué tienes?

—Cansancio… —murmuró—. Las escaleras me mataron…

—Vaya, sí que te trató mal Morgana Rostur.

—Un poco, pero me afecta que Ilsa no esté. Cada vez es más difícil separarnos… Quería que me enviaran al frente cuando Leyna trajera a Luna, pero apenas puedo caminar. Esto no es nada normal.

—Descansa un par de días, tal vez te lleve un tiempo acostumbrarte…

«Será peor» pensó, pero no lo dijo.

—¿Sabes dónde tiene Noah los restos de Almairon? Me gustaría verlos.

—Es muy desagradable, te advierto.

—Me lo imagino… Aun así, es Almairon muerto y cualquier nausea que pueda producir, merece la pena.

Tanáel rio.

—Creo que Noah dejó la bolsa en los calabozos. Apestaba a muerto y no era nada saludable tener eso por aquí arriba.

—Maldición… ¿Tendré que bajar para verlo? Ni aun muerto me deja en paz ese cabrón.

—Creo que tu problema va a ser subir de regreso, más que el hecho de bajar.

—Sí… las dos cosas, aunque podría bajar rodando y me ahorraría el suplicio. —Quentin se acomodó apenas en el sillón y estiró las piernas—. ¿Sabes si los tesarianos siguen en la capital?

—Están aquí todavía. Se alojaron en el cuartel.

—Iré a buscarlos luego. Tal vez, si me fuerzan a hacerlo, puedo volver a entrenar.

—¿Y si no?

—Terminaré clavado por todos lados… Aunque ahora puedo curarme las heridas superficiales y eso ya es algo.

—Te aconsejo no esforzarte físicamente, pero si quieres hacer algo, Ajác y Mihaí están en la capital. Ya no entrenan a los niños, por petición de su maestro, así que tienen más tiempo libre. Estoy seguro de que estarán dispuestos a darte algunas clases.

—Prefiero a Tareq… Me tiene mucha paciencia.

—Pero ellos son maestros y Tareq no. Habrá cosas que no podrá enseñarte.

—Ya lo decidiremos cuando lleguemos a ese punto… No me hagas pensar, también eso se me dificulta un poco.

Tanáel volvió a reír.

—Ve a dormir, hazte el favor. Recupérate. No sirves de mucho si estás así de malhumorado y agotado.

—Es cierto, aunque… —Tanáel lo tomó del brazo y tiró de él hasta que lo hizo poner de pie.

—Vete o llamaré a los guardias —dijo, mientras lo empujaba hacia el corredor.

—Hazlo, así me arrastran hasta mi cama y me ahorran el esfuerzo de ir hasta allá.

Tanáel terminó de sacarlo de su oficina y regresó adentro.

—Te veo luego, Q —saludó y cerró la puerta.

—Por un demonio —murmuró al tiempo que hacía crujir su espalda con las manos en la cintura. Sentía como si hubieran golpeado cada centímetro de él. Otra vez.

Arrastró los pies hasta el despacho de Noah y ya no le quedaban fuerzas ni para golpear la puerta.

—Noah —llamó—, Noah…

Quentin vio que los contornos empezaban a desdibujarse y que todo se volvía borroso. Le pareció que, de repente, la luz del sol comenzaba a apagarse hasta que todo se quedó en la más absoluta oscuridad. Sintió un golpe seco en el pómulo, lo que causó que cientos de destellos iluminaran su mente por un instante pero, luego, no supo qué más ocurrió con él, puesto que las tinieblas se habían tragado todo.

Despertó en su cama. Tareq estaba durmiendo en una silla junto a él, con la cabeza un poco torcida hacia un lado. Se preguntó si el cambio de aires lo había agotado tanto como a él y por eso se había dormido a media mañana. Se sentó en la cama y se estiró. Parecía que el malestar había cedido, al final.

—Tareq —dijo en voz baja y el mago se sobresaltó—. ¿Qué haces aquí?

Tareq sonrió, pero luego hizo una mueca cuando quiso enderezarse. Hizo crujir su cuello y parpadeó varias veces.

—Nos *prreocupamos*. Te desmayaste en el Palacio de *Gobierrno*.

—Me sentía como después de una paliza, aunque ya estoy bien. ¿Qué haces tú aquí?

—Temía que algo malo te *sucedierra*. Me *ofrrecí* a pasar la noche aquí, porque el señor Noah y la *señorra* Enara *estuvierron* ayer todo el día…

—¿Ayer? —Se sentó en la cama—. ¿Dormí desde ayer?

—Así es. Es *comprrensible*, sabemos que *separrarrte* de Ilsa es difícil *parra* ti.

—Cada vez más… Pero hoy estoy bien.

—Eso es bueno. —Tareq sonrió—. Levántate, tenemos cosas que hacer.

—¿Qué planes hay? —Quentin se levantó y comenzó a vestirse.

—Depende qué tan bien te sientas.

Volvió a estirarse y a mover las piernas y los brazos.

—Bastante decente.

—¿Cómo para un entrenamiento intensivo?

—Como para enfrentar un batallón pyebrano —sonrió.

—*Grrandioso*. *Irré* a casa a ver a Vila y *regrresarré* enseguida a *buscarrte*. —Tareq abrió la puerta y se volteó a mirarlo—. Desayuna bien, por Efos, que no puedes andar por la vida sin alimentarte.

Quentin rio y asintió. Cuando estuvo listo, bajó y se encontró con Noah en la cocina.

—Me diste un buen susto —dijo a modo de saludo.

—Perdón, de verdad que no me di cuenta.

—No puedes disculparte por desmayarte.

Quentin encogió los hombros.

—Por el mal rato, entonces —dijo y Noah rio—. Tareq me dijo que había cosas por hacer, ¿qué sucedió?

—Tuvo una idea grandiosa, así que si te sientes bien, la pondremos en práctica cuanto antes.

—Dime.

—Primero desayuna, también dijo que apenas has comido en estos días.

—Por los dioses —rio—, ahora resulta que tengo dos herm…

Quentin se quedó, serio, con la frase a la mitad.

—¿Qué ibas a decir? —preguntó Noah con la misma seriedad.

—Dos hermanos mayores. ¿Sabes? Confundí a Ethan con Tareq una vez, en el viaje que hice a Villa del Sol, cuando él fue a rescatarme del Indigno.

—Es un poco difícil que él sea Ethan… es pyebrano. ¡Por un maldito demonio! ¡Es pyebrano! —exclamó y dejó caer la sartén que tenía en las manos. Quentin frunció el ceño y Noah sonrió—. Reda, Viktoria, la Dama… Pyebranos. ¿Comprendes?

—¿Crees que ellos se llevaron a Ethan?

—Y Tareq no se ve como pyebrano.

—Llegado al caso, Tino tampoco es un alfeñique…

—Tino es descendiente de los isleños, de eso no hay dudas. El color de su piel, su cabello… —Noah sacudió la cabeza—. Buscaré a Enara, necesito respuestas que tal vez ella pueda darme.

—Espera. ¿No crees que si hubieran sido ellos, me hubieran llevado a mí también? Si querían magos…

—Tal vez vieron en él algo que tú no tenías en esos momentos. No sé cómo funciona la

magia en los pequeños, quizás en ese entonces tus poderes no se veían.

—Noah… ¿Tú también sientes como si conocieras a Tareq desde antes?

—Yo sí siento que los conozco. —Tareq se asomó en la puerta que llevaba al patio—. Discúlpenme, no pude evitar escucharlos.

—Perdón, Tareq, no deberíamos haber hablado de esto así. —Noah se apresuró a disculparse.

—¿Enara está aquí? —preguntó en voz baja. Noah negó con un gesto—. Bien. La noche que *rastrreamos* la túnica, cuando me *hirrierron*…

—¡Lo sabía! —exclamó Quentin, sin poder contenerse.

—Déjalo hablar —dijo Noah y Tareq sonrió.

—Esa noche vi a quienes sentí como a mis *padrres* y a dos niños. Uno algo mayor que yo y un bebé. Yo no tengo *herrmanos* y esos no *erran* mis *padrres*.

—Yo supe de mi hermano perdido esa misma noche —dijo Quentin, intentando controlarse.

—Me preguntaba si, tal vez, tenían un *retrrato* de sus *padrres* en algún lugar…

—Regreso enseguida. —Noah dejó la cocina y corrió hacia las escaleras.

—Tareq, por todos los cielos —sonrió Quentin—. Perdón, es que todo esto es muy… ¿Tú no recuerdas nada de tu infancia?

—Nada extraño, no. Sé que no me *parrezco* a mis padres, *porrque* ellos son como cualquier pyebrano. —Tareq hizo un gesto con sus manos—. Pequeños. Y *mirra*. —Se acercó a Quentin y señaló sobre su ceja derecha—. Todos ustedes tienen uno igual.

—¿Sí? No lo había notado.

Tareq rio.

—Me fijé después que conocí a la *señorrita Arranza*. Porque ella se *parrece* mucho a la *madrre* de mi sueño.

—O recuerdo…

—Sí, no lo sé. Desde ese momento empecé a sospechar que, tal vez… Bueno, yo no *erra* quien *crreía* ser.

Noah regresó más pálido de lo que ya era. Tenía en sus manos una pintura, pero no mostraba más que la tela del reverso.

—Quizás, quieras tomarte un tiempo. —Noah se acercó a la mesa y puso el cuadro hacia abajo—. Puede que…

Tareq dejó de oír cuando el señor Noah dejó el retrato frente a él. No quería esperar, no quería continuar sin saber quién era. Lo dio vuelta de inmediato y se quedó viendo a las personas que aparecían allí. Los padres sentados en un sillón, tomados de la mano, un niño pálido y de cabello oscuro sentado en el suelo; un niño rubio y sonriente a su lado, con un bebé en brazos.

Los ojos empezaron a picarle y se le atoró algo en la garganta. Sintió por dentro un sinfín de cosas al darse cuenta de que esas eran las personas que él había visto esa noche. Por un lado tener la certeza de conocer su origen lo confundía y lo alegraba y, por otro, lo torturaba la angustia de haber sido arrancado de los brazos de una familia. De su familia. Las manos le temblaban y llevó, con dificultad, uno de sus dedos hacia el rostro de Rob, pero lo retiró antes de tocarlo. Ellos murieron sin saber qué había sucedido con su hijo. Y su madre era tan hermosa, se la veía feliz, radiante, orgullosa.

—Esto explica por qué me angustio tanto cuando algo malo te sucede, Quentin —dijo con la voz ahogada.

—¿Qué quieres decir? —Quentin parecía no poder controlar su impaciencia.

—Quentin y Ethan estaban siempre juntos —murmuró Noah, como si él si lo hubiera comprendido.

—Y yo. —Tareq tocó a Ethan. Levantó la vista y los miró—. Yo soy ese niño. Así se veían todos en mi *recuerrdo*, incluso con esas mismas *prrendas*, por Efos.

—¿Estás seguro? ¿No habías visto antes esta pintura?

—Noah, ¿qué demonios dices? Ni yo recordaba haber visto esto alguna vez y eso que viví aquí toda mi maldita vida.

Tareq se largó a reír y abrazó a Quentin, que estaba a su lado. Eligió ser feliz en esos momentos, más allá de todo lo que perdieron y lo que desconocían de ellos mismos. Estaba con su familia y eso era en lo único que merecía la pena pensar.

—Por todos los dioses, tantas cosas nos arrebataron. —Noah los miraba con una expresión difícil de descifrar, como si estuviera molesto y confundido pero, a su vez, feliz. Se acercó a ellos y los abrazó, también.

—No todo —dijo Tareq—. No *pudierron* con todo… No *pudierron* borrar todos los *recuerrdos*, aunque se *empeñarran* en *hacerrlo*.

—¿Y ahora? —preguntó Quentin antes de separarse de ellos—. ¿Cómo quieres que te llamen? ¿Tareq o Ethan?

—A veces puedes ser tan insensible. —Noah le dio un golpe en la cabeza—. Ni siquiera piensas en todo lo que esto significa para él.

—Bueno, ¿qué quieres que diga? Tengo cientos de cosas dando vueltas en la cabeza.

—Y se te ocurre empezar por la más ridícula de todas ellas.

Quentin encogió los hombros y Tareq empezó a reír, de nuevo. ¿Cuántos de esos momentos se habría perdido? Tantos desacuerdos, travesuras infantiles, regaños, disputas… ¿Qué clase de hermano hubiera sido para ellos? ¿Qué clase de hijo? ¿Qué ejemplo para los menores que él? ¿Con quién se hubiera llevado mejor?

—Para mí es algo importante.

—*Nuestrro nombrre* nos define. Es parte de *nuestrra* identidad, de *nuestrra historria*… *Prrimerro* quiero hablar con Vila y supongo que querrán decírselo a la *señorrita Arranza*. Me gustaría que ella también lo *supierra*.

—Ara —dijo Quentin—. Ahora es Ara para ti también.

Tareq sonrió.

—¿Ella sabía de Ethan?

—No sé si madre alguna vez se lo dijo —respondió Noah—. Quentin no lo supo hasta que lo vio en sus recuerdos. Te vio, mejor dicho.

—Dile a Leyna que traiga a Ara cuanto antes —dijo Quentin.

—¿Y el pequeño? ¿Astor?

—Creo que va a ser más difícil con él —dijo Quentin—. Viajó a buscar a Lobo Blanco y no creo que sea capaz de regresar en estos momentos.

Tareq asintió.

—Leyna, apenas puedas trae a la señorita Aranza a Sitnor, por favor.

—¿Problemas?

—Nada grave, pero sí importante, podrá regresar cuando desee, así que volveré a contactar contigo. Avísame cuando vengan.

—Entendido.

Tomó el retrato y acarició el rostro de su madre.

—¿Cómo se llamaba?

—Elisa Guna —dijo Noah—. Y él Robnan Orme. Creo que tenemos algún tío todavía, pero se retiraron de la capital hace años, después de que… te llevaron y a causa de eso, también. Elisa era descendiente del último rey de Sitnor. Tal vez creyeron que eso los ponía en peligro, de alguna forma.

—Yo no tengo idea —murmuró Quentin.

—¿No hay abuelos?

—Eso sí me acuerdo. La abuela materna y yo no nos llevábamos bien.

—Ponerle sal al té no es algo que genere grandes simpatías —dijo Noah y Quentin y Tareq rieron.

—Siempre le ponía sal a su té. Pero debo decir que ella empezó con nuestra hostilidad. A mí nunca me traía obsequios y a Noah sí.

—Porque era correcto y educado.

—Era un niño, por todos los cielos… —se quejó—. Pero es la única abuela que conocimos. Una vieja malhumorada y que insultaba a todo ser vivo sobre la tierra.

Tareq rio y se preguntó qué clase de relación hubiera tenido con ella. No sabía si hubiera sido travieso o correcto, puesto que creció a la orilla del mar, sin más compañía que la de quienes lo criaron y un perro; no había mucho que hacer allí, hasta que la señora Viktoria fue por él, cuando tenía siete años.

—*Estamos por salir, señor Tareq.*

—*Gracias, Leyna.*

—La *señorrita Arranza* está a punto de llegar y como me *parrece* que no le caigo muy bien, *irré ahorra* a ver a Vila.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Quentin.

—Desde que nos *presentarron*, siempre me evitó y cuando supo que las *acompañarría* a ella y a Ilsa a ir a los túneles, quiso *quedarrse* en Ciudad Naga. —Quentin y Noah se miraron, sin saber qué responder y Tareq admitió, avergonzado—. Quizás no me di cuenta y la *mirré* un «poco demasiado», *porrque* se *parrece* mucho a Elisa… Eso, tal vez, la hizo sentir incómoda. *Regrresarré* cuando me lo digan, *ahorra* debo *decírrselo* a Vila. Y *serrá* mejor *parra* la *señorrita Arranza* que lo sepa por ustedes primero.

—Sí, creo que sería mejor así —dijo Quentin.

—Si no quiere *verrme*, *estarrá* bien, ¿sí? Lo *comprenderé*, *perro* lo mismo *estarré esperrando* a que me avises, Quentin.

—Por supuesto —asintió, aunque se veía algo incómodo.

—*Estarrá* bien, no te *prreocupes* —sonrió.

—Iré por Ara —dijo Quentin y Noah volvió a acercarse a Tareq cuando él dejó la cocina.

—Bienvenido a la familia —sonrió—. Estoy muy orgulloso de ti y de todo lo que has hecho.

Tareq se sintió avergonzado por eso.

—No creo haber hecho tanto, señor. —Tareq rio—. Noah, ahora eres solo Noah, por Efos.

Su hermano volvió a abrazarlo.

—Ve con Vila, te avisaremos cuando Ara lo sepa. La chiquita tiene un carácter bastante difícil, así que no sabemos qué esperar.

—Lo que decida *estarrá* bien, no te *prreocupes*.

Tareq salió por la puerta de servicio y caminó por el sendero de piedras. Se sentía extraño, había dejado de ser Tareq Sabah para ser Ethan Guna.

—*¿Estrella? ¿Por qué nunca lo supe?*

—Los seres humanos tienen formas de hacer las cosas que los Astros no comprendemos. Pueden ser convencidos con mentiras y aceptarlas como una verdad absoluta.

—¿Por qué tú no me llamabas por mi nombre verdadero?

—Tu nombre era Tareq Sabah, tú lo creías y yo actué en consecuencia.

—Pero no lo comprendo, ¿soy Ethan Guna? ¿Lo fui alguna vez?

—¿Lo fuiste?

—No me estás ayudando, estrella. ¿Lo recuerdas? Debes recordarlo, por Efos.

—Yo sé lo que tú sabes, te nombro como tú decidas. Tengo la misma memoria de tu vida que tú mismo tienes, pues estoy en tu interior. No recordaré nada que tú no tengas en tu mente y no creeré lo que tú no creas. Puedo salvar tu vida si no hay nadie más allí que pueda o quiera hacerlo, pero solo en ese caso puedo intervenir en tu destino. ¿Recuerdas Erjathá? ¿Recuerdas lo que hiciste y lo que decidiste? Yo no podía decirte qué ni cómo hacerlo, tú lo decidiste y yo fui feliz por eso, porque elegiste un camino diferente al de la violencia de la reina Viktoria.

—Entonces no sabes nada de mi pasado.

—Sé lo que tú sabes. Y ahora, ¿cómo quieres que te llame?

—No lo sé, estoy muy confundido.

—Lo sabré cuando lo hayas decidido.

—Gracias, estrella —sonrió.

—También te amo.

«Por los dioses, es mi hermano». Todavía no podía asimilar que, finalmente, habían encontrado a Ethan. Que todo el tiempo había sido él, que se conocieron casi al mismo tiempo en que lo supieron. Y le parecía sumamente extraño que ambos lo descubrieran el mismo día, en las mismas circunstancias. «Gracias a los Indignos con los que nos *hirrierron*» pensó divertido.

Se preguntó cómo esos horrorosos seres fueron capaces de sacar a la luz los recuerdos necesarios para poder encontrarse.

«Da igual, gracias a esos monstruos, recuperamos a nuestro hermano».

Quentin llegó al Palacio de Gobierno y corrió hasta las escaleras. Estaba a la mitad de ellas cuando vio a Ara caminar hacia él.

—¿Qué sucede? —preguntó alarmada—. ¿Por qué sonríes como imbécil?

—Es algo estupendo, apresúrate. —Quentin se dio la vuelta, comenzó a desandar el camino y Ara lo alcanzó a los pocos segundos.

—¿Qué es?

—No te lo voy a decir aquí —dijo y empujó las puertas para salir hacia la Plaza de la Fuente—, espera a llegar a casa.

Ara resopló.

—¿Por qué?

—Porque es un tema muy delicado.

—Bueno, tan malo no debe ser, porque estabas sonriendo… ¿Seremos tíos?

—No que yo sepa.

—Mejor. Sería una locura traer un niño al mundo en estos momentos.

—Son tiempos extraños, sí, pero no podemos decidir por ellos, Ara. De todas formas, no es eso.

—¿Sabes algo de Ilsa?

Por raro que le parecía, se dio cuenta de que no había pensado en Ilsa desde que había despertado.

—Nada todavía.

—Espero que regrese pronto.

—Yo también.

Ambos saludaron con un gesto a los guardias de la puerta enrejada y entraron al patio general.

—¿Tareq sigue aquí?

—Sí, ¿a dónde iría?

—No lo sé, pensé que… quizás, regresaría a Erjathá.

—¿Por qué preguntabas?

—Curiosidad, nada más.

Quentin no quiso sonreír, pero le alegró escucharla. Al menos no se notaba molesta al hablar de él.

Noah estaba sentado frente a la pequeña mesa de la cocina, mirando el retrato que le había mostrado a Tareq minutos antes. Ara se acercó a él, le dio un beso en la cabeza y se sentó a su lado.

—¿Qué sucede? —Noah le tomó la mano y Quentin volteó el retrato—. ¿Quienes…? Espera, son papá y mamá. Y… ¿Tú eras rubio? —preguntó mirando a Quentin.

—Sí, pero madre me dejó al sol un día entero y mi cabello se volvió negro.

—Qué idiota eres —resopló.

—Yo soy el bebé —respondió divertido.

—¿Quién es él, entonces? —Puso un dedo sobre el pequeño niño desconocido.

—Ethan —respondió Noah—. A él se lo llevaron cuando tenía cuatro años, más o menos, poco antes de que tú nacieras.

—¿Cómo que lo llevaron? —Ara miró a uno y a otro—. ¿Quién se lo llevó?

—No lo sabemos —dijo Quentin—. Tal vez Reda, o Kirios, o Viktoria…

—Hijos de una…

—Pero lo encontramos —se apresuró a decir Noah—. Bueno, en realidad, él nos encontró.

—¿Dónde está? —Ara se puso de pie y miró hacia el salón.

—En la casa de enfrente. —Quentin señaló hacia la entrada enrejada que había traspasado hacía unos pocos minutos.

—¿Ta…? ¿Tareq? —balbuceó y Quentin asintió. Ara se llevó las manos a la boca para ahogar una exclamación, pero luego empezó a reír—. ¿Era por eso? ¡Era eso! Por todos los cielos…

—¿De qué hablas? —preguntó Noah.

Ara volvió a sentarse, puso un codo en la mesa y apoyó la frente en su mano.

—Es tan vergonzoso —suspiró—. Lo mismo lo voy a decir. Cuando lo conocí, sentí algo extraño, como…

—Como si lo conocieras —dijo Noah.

—¡Exacto! Y era muy confuso, porque cada vez que lo veía quería acercarme a él, pero no tenía motivos; quería hablarle y bromear con él, como hago con Quentin o con Josh, pero apenas si había cruzado dos palabras con el sujeto. Además, la gente podía llegar a pensar que estaba teniendo otras intenciones con él y no era así. —Quentin se largó a reír y Ara estiró la mano con toda la intención de golpearlo, pero él se apartó—. No te rías, imbécil.

—A Josh no le hubiera gustado eso —acotó Noah, divertido.

—¡Claro que no! ¿Y cómo le iba a explicar que quería ser amiga y conversar con alguien que apenas si habla nuestro idioma? Encima eso, ni siquiera sabía si entendería mis chistes. Y

cuanto más una quiere parecer graciosa, más tiende a hacer el ridículo.

—Él pensó que no te caía bien.

—Me agrada más de lo que cree. Iré a verlo. —Ara corrió hacia la puerta y, desde el jardín, exclamó—. ¡No le digas, Q!

—Tampoco le iba a decir, será una linda sorpresa para él.

—Claro que sí —dijo Noah.

—¿La seguimos?

—No, déjala que haga el ridículo ella sola. —Noah se rascó el mentón—. Tenemos que llevarlo a ver a la nana, ella también debe haber sufrido por el secuestro de Ethan.

—Es cierto. ¿Ahora?

—Soy un poco egoísta, así que creo que será mejor esperar hasta mañana, o algunos días. —Noah sonrió—. Que sea nuestro solamente por un rato, antes que tengamos que compartirlo.

Ara cruzó el patio general caminando apresurada. Quería correr y, a su vez, no quería hacerlo. No sabía qué le iba a decir, ni cómo tenía que comportarse en un momento así. De repente le había aparecido un hermano del que nunca supo nada y se preguntó cómo sus padres habían podido vivir con la incertidumbre de no saber sobre su niño. Cuando Quentin y Josh se perdieron en el desierto, su padre había envejecido cien años de golpe y apenas si era capaz de hablar tres palabras coherentes. Su madre aparentaba estar serena y controlada, pero en esos tiempos era frecuente oírla llorar cuando creía estar sola y, cada vez que Ara se le acercaba, se componía como por arte de magia. Tal vez, tener a Astor pequeño le había ayudado y, cuando Ethan desapareció, Elisa estaba embarazada de ella, lo que debe haberla ayudado en algo.

«Pobres padres, pobre Ethan… o Tareq. Dioses, es Tareq».

Ara llegó a la puerta y se tomó unos momentos. No sabía que podía decirle al verlo. Tal vez hubiera sido mejor que sus hermanos la acompañaran. Miró hacia atrás, pero ninguno de ellos estaba a la vista. Respiró profundo y llamó a la puerta. No supo cuánto tiempo esperó, ni si tuvo que volver a llamar, porque su cerebro parecía haber dejado de funcionar por completo. Oyó el *clic* de la cerradura, vio la manilla girarse y la puerta se abrió. Tareq estaba allí, entre avergonzado y nervioso.

—Así que resulta que eres mi hermano — sonrió.

—*Parrece* que sí.

Ara avanzó un paso.

—¿Puedo…? —abrió los brazos y el asintió. Ara sonrió y lo abrazó, porque estaba feliz de que fuera él. Tal vez, si hubiera sido un completo desconocido, le resultaría más incómodo y extraño, pero eso no le sucedía con Tareq. Él era… Tareq, y estaba orgullosa de todo lo que supo que había hecho mientras estuvo en el Palacio de Las Hojas, aún poniendo en riesgo su propia seguridad.

—Pensé que no te *agrradaba.*

—Sí que me agradas, pero sucede que era raro que un desconocido me agradara tanto y eso podía prestarse a confusiones. —Tareq rio—. La gente suele ser bastante malintencionada.

—Eso es *cierrto*. Ven, *entrra*. Lena no está. Sé que suele poner *nerrviosas* a las *perrsonas*…

Tareq la invitó a sentarse en la sala y se ubicó en un sillón frente a ella.

—No nos han presentado, tan solo la vi de lejos una vez y me pareció adorable.

—Sí que lo es. La mayor parte del tiempo —sonrió. Vila se acercó a saludar y salió enseguida, diciendo que iría por la niña.

—¿Qué sucederá ahora? —preguntó Ara—. ¿Sabes quién te apartó de nosotros?

Tareq negó moviendo la cabeza de lado a lado.

—No pude recordar más que una pequeña escena… De *nuestrros padrres*, Noah y Quentin siendo un bebé. Nada más que eso. Tal vez le diga a Ajác o a Mihaí que me ayuden a buscar *entrre* mis *recuerrdos*. No lo sé… En estos momentos no *quisierra amarrgarrme* con ello, acabo de *descubrrir* quién soy, que ustedes son mi familia.

—Pero tienes derecho a saber qué hicieron contigo y por qué lo hicieron.

—En *otrro* momento, tal vez. Hay muchas cosas *ahorra* a las que debemos prestar atención. Saberlo *serría* peor que la *ignorrancia*.

—Esos desgraciados merecen responder por esto. Te robaron tu vida, arruinaron a nuestros padres e hicieron que nosotros creciéramos sin uno de nuestros hermanos.

—*Porr* eso es que no *quierro saberrlo* —dijo con tranquilidad—. El resentimiento solo nos hace perder la perspectiva.

—De todas formas, no hay que ser muy perspicaz para saber quién fue… Y estamos en contra de ellos, también.

—*Perro* es *diferrente* así. *Saberrlo* lo haría personal.

—Ya es personal. Desde el momento en que quisieron llevarse a Quentin y a Josh.

—Vaya, no *recorrdaba* eso.

—Así es como todo comenzó… En el verano de 3997.

—Cuando Enara traicionó a la Hermandad. Tienes… —Tareq sonrió—.Tenemos como cuñada a la mujer más valiente de todo el mundo, no sé si lo habías pensado.

—No, no lo había hecho. —Ara se recostó en el sillón—. Para mí, Enara sigue siendo esa muchachita tímida y de mejillas sonrojadas que me preguntó por Noah la noche en que atraparon a Reda.

—El amor… —suspiró—. Tan *desvalorrizado* que está, tan poca *imporrtancia* que *norrmalmente* le damos, *crreemos* que solo la gente débil ama, que no *sirrve* de nada y, sin *embarrgo*…

—Tu amor por Vila evitó que Erjathá fuera destruida en su totalidad.

—Y el amor de Enara por Noah evitó que Sitnor *cayerra* ese *verrano*.

—Y que salvaras a muchas vidas al regresar al Palacio de Las Hojas, que ayudaras a Tino, que rescataras a Lena de allí… Vaya, sí que has hecho muchas cosas buenas, hermano nuevo.

Tareq se largó a reír.

—También escuché que hiciste un gran trabajo en tu «bautismo de acero», como le llaman aquí.

—Lo llevamos en la sangre… Eso decía siempre nuestro padre.

—Entonces debe ser cierto —sonrió—. ¿Cuándo *regresarrás* a Ciudad Naga?

—No lo sé. Le dije a Leyna que le avisarían. No estaba segura de lo que estaba ocurriendo aquí y por qué me hacían venir, así que… Me gustaría regresar pronto para decírselo a Josh, aunque también quisiera quedarme un poco más contigo.

Tareq sonrió.

—Bueno, tal vez puedas quedarte hasta mañana, ¿no? Nosotros también tenemos cosas que hacer y no nos quedaremos en la capital mucho tiempo.

—¡Una cena de hermanos!

—Eso *estarría* muy bien.

—Iré ahora mismo a decirle a los demás. Al menos por una noche, finjamos que todo está bien en el mundo.

Y, tal como Ara dijo, esa noche se olvidaron de Pyebra, de Islery, la maga que había aparecido en escena en esos días, de que Ilsa no estaba pasándolo bien, de que Sinmá reclamaba un templo, que Lena no debería regresar a Erjathá, de que Tino había decidido apartarse de todos, que Naga los había protegido de Morgana sacrificándose, que habían perdido Ahrbak Ardhal y Garhq Tahok. En cambio, celebraron por tener de regreso a uno de los suyos. Festejaron que Tareq fuera Ethan Guna, aquel niño del que apenas sabían unas pocas cosas, casi todas ellas gracias a Noah.

Lena se ofreció a buscar entre sus recuerdos para saber qué había ocurrido, pero Tareq se negó. En parte porque no quería saberlo todavía, y en parte porque Lena se enteraría de que él asesinó a una niña para evitar que la buscaran por más tiempo y no quería que ella cargara con eso en su consciencia.

El amanecer encontró a los cuatro hermanos bebiendo en el jardín, mientras le contaban a Tareq anécdotas de su infancia, las travesuras de Quentin, Ara y Astor, los experimentos fallidos de Noah, los regaños y castigos de sus padres, las fiestas del Aniversario de Sitnor y cualquier otra cosa que se les ocurriera con tal de evitar llegar al verano en que todo se fue al demonio.

Cuando Enara se levantó, se dieron cuenta de que no habían dormido y que el mundo no se había detenido a esperarlos. Sin embargo, Noah los envió a descansar por unas horas y se fue a cumplir con sus obligaciones, porque había demasiado trabajo por hacer si querían detener el avance de Pyebra.

Llegado el mediodía, Noah envió a buscarlos y los recibió en el Palacio de Gobierno para comunicarles las ideas de Tareq. Quentin, a su vez, hizo algunas sugerencias y decidieron cómo harían para resguardar y asegurar el territorio recuperado. Al final, Tareq convocó a Ajác, Mihaí, Leyna, Iskánder y Damien Enda para así comenzar a pulir los detalles de sus próximos pasos.

Era ya de noche cuando terminaron de organizarse y asignar las tareas que cada uno debía cumplir y Noah se puso de pie para agradecerles por su compromiso y despedirlos. Sin embargo, Tareq los detuvo.

—A partir de hoy, solo *responderré* al *nombrre* de Ethan Guna —dijo y no hubo quien no se asombrara al oír sus palabras—. *Grracias* a la maldad de los Indignos pude acceder a algunos recuerdos que habían permanecido ocultos y *descubrrí*… —Miró a sus hermanos por unos segundos y sonrió—. *Descubrrimos*, que me *robarron* de aquí cuando *erra* un niño muy pequeño. Me *crriarron* en Yarth Leg, con *otrros padrres*, *otrro* idioma y *otrra* historia. La reina Viktoria fue por mí a los siete años y comenzó a *entrrenarme* en *secrreto*, aunque de eso me di cuenta mucho después. Ella se instaló allí y yo iba a *diarrio* a su residencia, hasta que ella y Kirios *tomarron* el *trrono* pyebrano y me *convocarron* para ir a la Capital. El resto ya lo saben. Fui uno de los suyos hasta que conocí a Vila y ella me hizo cuestionarme muchas cosas. Lo que estaba haciendo y por qué lo estaba haciendo… En el primer ataque a Erjathá fue donde *descubrrí* que no podía ser quien la reina *querría* y ahí comenzó mi *trraición*. Y a eso también lo saben. Cuando nos *trrajeron* aquí a mi familia y a mí, pensé que me *sentirría* como un *extrraño* en un mundo que desconocía, *perro* eso no fue así. Me *encontrré* con gente maravillosa y *desinterresada*, que no dudaba ni un segundo en arriesgar su *prropia segurridad* por ayudarnos. Y *encontrré* a una familia que no sabía que existía. Mi familia.

«*Quierro* dejar *atrrás* todo lo que hice por los reyes de Pyebra. Sé que no puedo olvidarlo, que no puedo enmendar el daño que causé, ni revivir a quienes asesiné, pero Tareq Sabah dejó de existir la noche del ataque a Erjathá, solo que en ese momento no sabía quién *erra* en realidad. *Ahorra* lo sé y estoy orgulloso de ello, de la familia que me arrebataron, de mis hermanos y de mis *padrres*. En su honor, *usarré* el *nombrre* que ellos *eligierron* para mí, y del que esas

personas no *pudierron separrarme* por completo. Ethan Guna.

20

Garhq Tahok, Pyebra

La ciudad lucía devastada. Los escombros de los edificios derrumbados tapizaban las calles y circular por ellas era una tarea engorrosa, sin mencionar que debía tener todos sus sentidos alertas para evitar que los sorprendieran. No había gente, ni sonidos, ni siquiera podían oírse las gaviotas que tanto abundaron alguna vez en la ciudad portuaria.

Interminables nubes negras se levantaban desde las ruinas y hacían el aire espeso e irrespirable. Una capa de cenizas y polvillo tapizaba todo lo que la vista alcanzaba, y la brisa remolineaba sobre las superficies, creando pequeños torbellinos grisáceos que llevaban hasta ellos el olor de los cientos o, quizás, miles de cadáveres que yacían desperdigados a su alrededor.

—*Parece un maldito cementerio* —dijo Quentin.

—*Lo es…*—respondió Ethan.

El desolador paisaje era constante y, aunque creyeron que las calles centrales estarían en mejor estado, no fue así. Lo que no había sido consumido por el fuego, yacía derrumbado.

—*¿Por qué hicieron esto? No entiendo qué necesidad había. Ilsa vio que la mujer no tuvo mayores problemas para hacerse con la ciudad.*

—*Porque esta es su forma de hacer las cosas. Arrasar con todo.*

—*No tiene mucho sentido, son pyebranos y están detru…*

—*La Dama es tesariana, Quentin. Islery también. No les interesa lo que suceda aquí, ni a su gente.*

—*Son tesarianas… ¿Y quieren acabar con Tesar?*

—*No sé sus motivos. Tal vez quieren destruir todo y ya.*

—*Esto tiene cada vez menos sentido. ¡Derecha!*

Ethan levantó una mano y la flecha que volaba hacia su pierna se detuvo en el aire.

—¡Soy Tareq Sabah! —exclamó—. Vengo a ponerme a las órdenes de la señora Islery. Y traigo un obsequio.

Tiró de la cuerda y Quentin cayó de cara sobre los escombros.

—*Perdón.*

—*Estoy bien, no te preocupes.*

—¡Oh! ¡Tareq! —Una joven de cabello gris muy claro saltó desde un tejado a su izquierda y cayó frente a ellos. Parecía una muchachita, como una dulce niña retratada en una pintura, una inocente criatura que no le haría daño ni a una hormiga y, sin embargo, había visto en las premoniciones de Ilsa lo que era capaz de hacer—. Escuché algunas cosas de ti, aunque me extraña que no hayas ido a la capital.

—Me encontré con gente interesante en mi regreso y decidí desviar el camino para darle la bienvenida.

—Qué considerado de tu parte. —Islery se acercó a Quentin y se acuclilló. Le tomó el rostro y lo observó unos momentos—. Parece bonito. —Levantó la vista para mirar a Ethan—. Me lo voy a quedar, gracias.

—Perfecto, todo suyo. —Ethan soltó la soga e Islery la tomó.

—¿Tú lo golpeaste así?

—Ya venía roto.

—Pobrecillo. ¿Quién es?

—Quentin Guna, hermano del Gobernador de Sitnor.

—Oh, vaya. —Islery movió los dedos y las heridas del rostro de Quentin desaparecieron—. Sí que es bonito. Levántate, obsequio. Pensé que Morgana se había llevado a este sujeto.

—Se lo arrebaté. Y ahora Morgana está muerta.

—Me caes bien, Tareq —sonrió—. Viktoria también está muy muerta y el pequeño inútil… Dante. —Ethan sintió un escalofrío al oírla—. La Dama se cansó de ella y, como quería acabar con Morgana, estará feliz también por tu regreso. El niño no servía ni para avisar si llovía, no tenía caso que siguiera con vida, así que la Dama puso en el trono a un tal Len… Let… Lec…

—¿Lehsa? —Ethan saltaba de piedra en piedra, tratando de actuar con la mayor normalidad posible, como si no le importara en lo absoluto el destino de las personas de las que Islery estaba hablando.

—Ese mismo. Lehsa. —Islery frunció la nariz—. Los nombres pyebranos son un asco, sin ofender.

—Pensaba regresar a la capital, pero nunca me llevé bien con él… ¿Puedo quedarme aquí?

—Claro… Ven. Camina, obsequio —dijo y acompañó sus palabras con un gesto—. Me gustaría darle un baño y vestirlo apropiadamente, ¿qué dices, Tareq? Seguro quedará más presentable.

—Le haría bien algo de agua, porque apesta.

—Sí, ¿verdad? Pobrecillo.

—Encontré esto entre las cosas de Morgana —dijo y le entregó una pequeña botella de vidrio—. Es una poción que anula la magia. El chico es mago, así que debe darle un par de gotas en una copa con agua cada día.

—¿Hay pociones para anular la magia? Eso es nuevo.

—La señora Viktoria hizo crear una para detener a la princesa Lena, cuando se salió de su control.

Quentin tropezó y, al tener las manos atadas, se fue de cara al piso. Ethan pensó que le caería una lluvia de golpes encima por el retraso y su torpeza pero, para su asombro, Islery lo trató con suavidad. Lo ayudó a ponerse de pie, curó sus heridas y le aconsejó que mirara dónde ponía los pies.

—Es una persona peligrosa, mi señora. Debería tener cuidado con él —advirtió para comprobar su reacción.

—Es adorable. Además, si lo trato bien, él será un buen muchacho, ¿no es así, obsequio? —Quentin no se movió en lo absoluto e Islery sonrió—. Tal vez nunca lo han tratado bien. Ya se acostumbrará, tú no te preocupes. ¿Habla?

—En sitnorense, supongo, pero no lo escuché decir ni una sola palabra.

—¿Hablas, obsequio? —preguntó en sitnorense y Quentin, por respuesta, escupió a sus pies —. Al menos escucha, eso está bien.

Ethan se preguntó qué clase de locura estaban haciendo. Tenía los nervios a punto de estallar a cada paso que daban y no sabía cuánto pasaría hasta que ella atacara a Quentin y todo se fuera al demonio, porque no iba a poder soportar que le hiciera daño.

—Maldita bruja demente —murmuró Quentin y Ethan apretó los puños, nervioso.

—Sí que habla —sonrió Islery—, y tiene una hermosa voz. Espero que pronto la use para decir cosas un poco más amables. Camina, obsequio, pronto llegaremos.

—*¿Qué demonios le sucede?* —preguntó Quentin.

—*No lo sé, pero mejor si te trata bien.*

—Prefiero los golpes a esta locura…

—La verdad que no sé que es peor y temo que la cordialidad le dure poco. Si decide hacerte algo…

—No te preocupes por mí, podré soportarlo.

—No debí acceder a esto…

—Tranquilo.

Caminaron en silencio entre los escombros y apenas si vieron a algunas personas que se escabullían entre las ruinas.

—¿No quedó nadie aquí? —preguntó Ethan.

—La verdad es que no lo sé —respondió despreocupada—. Tampoco es que me importe mucho, estoy acostumbrada a estar sola. Vine con un grupo de soldados, pero solo porque necesitaba acompañantes para ingresar de forma elegante. Deberías habernos visto, fue… glorioso. —Islery levantó ambas manos al cielo y echó la cabeza hacia atrás. Luego, recuperó su falta de interés—. No sé que estarán haciendo en este momento, hace un par de días que no los veo.

—¿Por qué la ciudad está así, entonces?

—El orden me exaspera. Prefiero las ruinas y como tengo mucho tiempo libre… —Islery encogió los hombros y sonrió—. ¿Qué tal tu retiro? ¿Te sirvió de algo?

—De mucho. La muerte de la princesa fue difícil de procesar.

—Lena, sí… Perdimos una gran maga, sí. Menos mal que mataron a Reda. ¿Te das cuenta que quedamos muy pocos? —Islery movió la cabeza de lado a lado—. Todos resultaron ser unos inútiles. El mago del sol desertó. Radjhá. Y se llevó a su chica. Pusieron precio a sus cabezas pero todavía no hay noticias de ellos. La Dama está detrás de su rastro, porque el muy astuto desaparece, así que ella va de ciudad en ciudad intentando hallarlo.

—¿Radjhá? Es raro, él era muy fiel a la señora Viktoria.

—Se llevaron todo el oro de sus habitaciones, así que sí, no hay dudas de que desertó.

—Es muy extraño…

—No tanto, a decir verdad. Habrá visto que todo se estaba yendo al demonio y decidieron huir. Las ratas son las primeras en abandonar el barco, Tareq. Solo los fuertes tienen las agallas para quedarse hasta el final, así que me complace que hayas regresado justo a tiempo.

Tareq inclinó la cabeza.

—Es un placer.

—Cuando haya terminado de destruir Garhq Tahok, iremos hacia el sur. Aunque ahora tengo compañía y se me ocurre que tendré menos tiempo para estar afuera… De todas formas, en dos semanas dejaremos la ciudad, haya terminado con mi obra o no —rio. Sonaba como una jovencita hablando de un bordado, y no como la mujer desquiciada que era.

—Puedo ayudar, si gusta.

—No te molestes… Guarda tus energías para el Puente Negro. Les estoy dando tiempo a los de Sitnor para que se reúnan allí. Todo el ejército pyebrano irá a la reunión, ya verás. Será grandioso.

—Por supuesto que sí… —sonrió, muy a su pesar.

—Tenemos dos semanas, Quentin.

—Creo que será suficiente.

—Bienvenidos a mi hogar —dijo la mujer y les señaló un edificio cubierto de hollín. La entrada estaba tapizada de escombros y muebles quemados, como todo lo demás, y tuvieron que trepar entre la basura para poder llegar a la puerta, que colgaba de sus bisagras.

El interior era tan caótico como todo lo que habían visto hasta el momento, pero tras pasar el hall de entrada, se encontraron con una mansión reluciente, iluminada y ordenada.

—Ponte cómodo, Tareq. Hacia allí hay habitaciones, hacia allí está la cocina y la alacena tiene provisiones de sobra. Arriba también hay cuartos, y creo que por allá también, no lo sé. Nunca fui al ala oeste. Puedes fijarte, si quieres. Ven, obsequio, te daré un baño. —Islery tiró con suavidad de la soga, pero Quentin no se movió. La mujer se dio vuelta y le habló en sitnorense —. Te daré un baño, ven conmigo.

—¡Maldita loca! —Quentin tiró de la soga con fuerza e Islery trastabilló. Él se apresuró a retenerla por los hombros, la hizo dar vuelta y enroscó la cuerda que sostenían sus manos en su cuello. Ethan acudió a sus poderes e Islery, al verlo, lo detuvo con un gesto.

—¡No! No le hagas daño —dijo con la voz ahogada.

—Mi señora…

—Vete. —Islery, con el rostro enrojecido por la presión, sonrió—. Me gusta.

Quentin la soltó y la arrojó al piso de un empujón. La mujer tosió y se arrastró hasta él.

—Hazlo de nuevo —suplicó.

—Estás demente —dijo, asqueado, mientras retrocedía.

—*Yavik lanta* —susurró Islery y Quentin se detuvo. La mujer se incorporó y le acarició el rostro—. Ahora te daré un baño y después podrás hacerme lo que quieras, bonito. Te buscaré cuando terminemos, Tareq. No nos molestes, por favor.

Islery se llevó el cuerpo inmóvil de Quentin por las escaleras y Ethan se quedó allí, viéndolos alejarse, sin saber qué hacer o qué pensar sobre lo que acababa de presenciar.

—*¿Quentin?*

—*Por todos los malditos dioses…*

—*Podemos irnos cuando quieras, solo dímelo.*

—*Tenemos algo que hacer.*

—*¿Estás seguro?*

—*Sigamos con los planes, me las arreglaré.*

—*Esto es horrible.*

—*Recuerda por qué estamos aquí y no te preocupes por mí. Si nos largamos, no tendremos otra oportunidad.*

Ethan oyó una puerta cerrarse y cerró los ojos por unos instantes; se pasó las manos por el rostro, intentando encontrar algo de calma. Por un lado, deseaba que se tardaran, pero por otro deseaba que regresaran enseguida, porque no sabía lo que Islery pensaba hacer con Quentin. Tenía que concentrarse en rastrear y, como estaba solo, ingresó en la primera habitación que encontró. Necesitaban encontrar la espada encantada lo antes posible.

La desquiciada mujer lo elevó por las escaleras y lo llevó a un enorme cuarto de baño, donde relucía el oro en cada rincón. Lo único que era capaz de mover eran los ojos y la desesperante sensación se le hacía cada vez más insoportable, por lo que intentó concentrarse en cualquiera de las cosas que veía para no pensar en que su cuerpo no le respondía en lo absoluto. Sin embargo, cerró los ojos cuando Islery le desgarró la camisa. Sintió que le acariciaba el pecho y quería gritarle que se detuviera, pero solo oyó una queja inútil.

—No te asustes, obsequio, no haremos nada que no hayas hecho antes. —Caminó a su alrededor, deslizando su mano por su espalda, mientras terminaba de desvestirlo. Quentin, por su parte, solo quería vomitar—. No creo que nunca hayas estado con una mujer.

Moviéndose despacio, Islery se alejó y controló su cuerpo para introducirlo en una tina

enorme. Quentin quedó flotando sobre la tibia superficie y, a los pocos segundos, ella entró al agua.

—*Ivnez lazda* —dijo y Quentin se hundió al retomar el control de su cuerpo. Se incorporó y salió a la superficie.

—Maldita loca. —La empujó para apartarla. Quería salir de allí, quería huir. No le importaba a qué habían ido, ni la espada, ni los Indignos, ni la guerra, nada tenía sentido allí. Solo deseaba escapar.

—Espera, por favor. —Islery intentó retenerlo, pero Quentin retiró la mano con un movimiento brusco.

—No me toques. —Retrocedió.

—Claro que te voy a tocar —sonrió mientras avanzaba hacia él.

—Aléjate de mí.

—*Yavik lanta*. —Islery volvió a recostarlo en la superficie, sin dejar de acariciarlo—. Volveré a tocarte y lo haré hasta que hayamos concebido un niño. Luego, quizás, te permita marcharte. —La respiración de Quentin se agitó, aun cuando pensó que hasta eso era controlado por la maga—. No te asustes, no te haré daño. El cuerpo masculino es demasiado… hermoso.

Asco. No podía sentir más que asco y repulsión.

Islery retenía su cuerpo sin voluntad sobre su cama, y ella dormía tranquila, abrazada a él. ¿Cómo podía dormir? ¿Cómo era capaz de no pensar? Su cabeza no le daba tregua y ella solo dormía. Quería matarla, pero solo podía respirar y cerrar los ojos por su propia cuenta.

—*¿Ethan?*

—*¿Qué sucedió? ¿Cómo estás?*

—*¿Encontraste algo?*

—*Nada. ¿Qué hace Islery?*

—*Duerme.*

—*Usa tus poderes, tal vez consigas…*

—*Estoy inmovilizado, solo veo el maldito techo.*

—*Demonios. ¿Te hizo algo? Dime cómo te encuentras.*

—*Dijo… Ella quiere… un niño.*

—*Maldita retorcida. ¿Te…?*

—*Quiero matarla.*

—*Por Efos. No, no podemos hacerlo hasta asegurar esa condenada arma. Estoy subiendo. Ya encontré en dónde están, aunque no puedo ver la espada.*

—*Espera. Haré ruido y, si no despierta, te avisaré para que entres y la inmovilices.*

—*De acuerdo.*

Quentin comenzó a gritar y la única reacción de Islery fue darle un par de palmadas en el pecho, pero nada más. Volvió a gritar, por si acaso, aunque esta vez no se movió en lo absoluto.

—*Hazlo ahora* —le dijo a Ethan y vio que, en el techo, se dibujaba una delgada línea de luz. La habitación se iluminó por completo de repente y, antes de que Islery reaccionara, lo oyó decir las palabras de poder.

—*Yavik lanta.*

Islery se quedó rígida y comenzó a gemir. Ethan se apresuró a cubrirle la cabeza con la sábana, para que no pudiera utilizar sus poderes contra ellos.

—*Ivnez lazda* —dijo para liberar a Quentin y este se apresuró a cubrir su desnudez.

—Maldita loca, la voy a matar cuando tenga la oportunidad.

—Ten. —Ethan le dio su bolso y Quentin buscó algo con qué vestirse. Islery no dejaba de hacer ruido, pero no le pusieron más atención. Ethan comenzó a abrir cajones y armarios, puertas y baúles, buscando el atado de telas que resguardaban la temible espada—. *Concéntrate en buscar los Indignos.*

Quentin guardó sus cuchillos y navajas mientras trataba de serenarse lo más posible para poder utilizar sus poderes.

—*Necesito oscuridad, no logro hacerlo* —admitió luego de intentarlo.

—*Tranquilízate, ¿sí? Estoy contigo.*

—*No puedo, esto es terrible. Ella… Lo que hizo… ¿Y cómo se lo diré a Ilsa? ¿Qué…?*

Ethan le puso las manos en los hombros, aunque Quentin no era capaz de sostenerle la mirada.

—*Sé que es difícil, pero debes entender que no pudiste evitarlo. No te culpes, por favor. Después hablaremos con más calma. Ahora, por favor, concéntrate en hallar la maldita espada que yo haré lo mismo.*

—*Dile a Leyna que venga. No quiero estar más tiempo que el necesario aquí.*

—*Lo haré.*

La maga apareció a los pocos segundos en la habitación y Ethan dejó el lugar a oscuras. No tuvo que hacer mucho para ver la espada, puesto que parecía un sol en medio de la noche.

—*La veo. Esta debajo de la cama.*

Leyna se encargó de vendar los ojos de Islery mientras Ethan y Quentin quitaban las tablas del piso para encontrar el arma. Cuando quedó descubierta, la espada comenzó a rugir y lo que parecían ser cientos de voces empezaron a murmurar extrañas palabras todas a la vez, como si se hicieran eco unas con otras.

—*Yo no tocaré esa cosa* —dijo Quentin.

—*La aseguraré.*

Ethan hizo aparecer una esfera de luz blanca que envolvió el atado de telas y, de inmediato, se hizo el silencio.

—Podemos irnos —dijo Ethan.

—Espera. —Quentin sacó una navaja del bolsillo y se acercó a la cama.

—No puedes matarla —dijo Ethan, alarmado, al oír el chasquido del filo al salir.

—No lo haré, pero me aseguraré de que esta bestia no vuelva a hacer daño a nadie más.

—Déjala.

Quentin negó con un gesto y se arrodilló en la cama. Tomó el rostro de Islery y buscó con los dedos las cuencas de los ojos.

—¡Detente! —exclamó Ethan y la habitación se iluminó otra vez.

—No te metas, Ethan. —La daga se enterró entre las telas y, a la vez que estas se teñían de rojo, la maga gritaba con todas sus fuerzas—. ¿Querías sentir dolor, maldita loca?

—¡Basta! —exclamó Leyna, pero Quentin retiró el filo solo para volver a clavarlo en su otro ojo.

—Quentin, ¿qué has hecho? —Ethan lo apartó tirando de su brazo—. Siento cómo se mueven los Indignos, estas bestias están atadas a ella, pueden sentir su dolor… ¿En qué demonios estabas pensando?

Leyna, aunque nerviosa y a punto de llorar, se apresuró a dormirla, quitarle las vendas ensangrentadas y detener las hemorragias. Mientras, Quentin parecía que estaba viendo todo desde la distancia, desde algún lugar por encima de su cabeza, como si no hubiera sido él mismo quien había dejado ciega a Islery.

—*Ivnez lazda*. Leyna, debemos irnos ahora. ¡Quentin!

Pero él no se movía de donde estaba. Leyna y Ethan se acercaron y lo tomaron de las manos para salir de allí.

Sitnor Ciudad Capital

Aparecieron en el Palacio de Gobierno y el salón estaba vacío. Quentin seguía con la mirada perdida y Leyna estaba tan conmocionada que el mentón le temblaba tanto como sus manos ensangrentadas.

—*Iskánder, acabamos de llegar, ven de inmediato.*

—¿Estás bien? —preguntó a Leyna y ella asintió apenas—. Podemos tomarnos un tiempo si lo necesitas.

—No, no se preocupe, señor. Primero tenemos que asegurar esa… cosa.

—Sí, pero es importante que te serenes, ¿está bien? Dime si necesitas algo.

—Estoy bien, señor.

La puerta se abrió e Iskánder llegó junto a Noah y a Enara.

—Tenemos la espada —dijo Ethan—. Debemos irnos ahora mismo. Quentin no está bien, así que encárguense de él.

—Recuerda que Astor está allí —dijo Noah—, y no sabe de ti.

—No te preocupes, me presentaré como Tareq, no es momento de explicaciones complicadas.

Noah asintió y, sin perder más tiempo, Ethan, Iskánder y Leyna dejaron Sitnor para dirigirse de inmediato a Tesar. Lobo Blanco y Onix los ayudarían a encargarse de lo que fuera que tuviera dentro.

21

Garhq Tahok

Islery podía sentir todo. Percibir sus sensaciones, escucharlos, sentir cómo la odiaban. ¿Por qué la odiaban? ¿Por qué Tareq estaba ayudando a escapar a su obsequio? ¿Por qué de repente la despreciaba? No comprendía, ¿la había engañado? Sí, la había engañado. El muy maldito la inmovilizó, le cubrió el rostro, liberó a su obsequio y se lo llevaría. Quería gritarle, insultarlo, reclamarle su traición, pero solo oía un graznido extraño salir de su garganta. No podía moverse, no podía hablar, no tenía voluntad.

Oyó a Quentin Guna insultarla y, luego, silencio. No hablaban, solo se movían de un lado a otro, buscando. ¿Qué buscaban? ¿Por qué hurgaban entre sus cosas?

«¡No comprendo! ¿Qué quieren de mí?»

Alguien más llegó, pudo percibir una presencia más. Poder, mucho poder, temor, incertidumbre. Sintió que esa persona le vendaba los ojos. Olió su perfume. Costoso, sublime, tesariano. Una perra tesariana.

La cama se movió e Islery se dio cuenta. Buscaban a *Desangradora*, pero no podía comprender cómo sabían de su espada, si apenas habían pasado unos días desde que la utilizó allí. Los sitnorenses no podían haber llegado ya a avisarles, no había forma posible, no tenían magos en Garhq Tahok, sino alguien la hubiera enfrentado.

«No comprendo, no puedo… ¡Necesito entender! Necesito saber qué sucede, quiero entender». Gritaba sin que la escucharan, sin que le pusieran atención.

Islery se detuvo. Habían hallado una de sus espadas, pero no a *Desangradora*. Si eran listos, lo notarían, pero no creía que fueran capaces de darse cuenta.

«Si encuentran a la verdadera, será su problema, no saben lo que les espera».

Usó todas sus fuerzas para serenarse y concentrarse lo máximo posible. Debía convencerlos de que estaban frente al arma que buscaban, porque no iba a permitir que se la arrebataran tan fácilmente. Hizo una ilusión en la habitación y la espada que había debajo de su cama bramó. Islery esperó que dijeran algo, pero se movían en silencio. Sin embargo, unos segundos después, oyó que Tareq les ordenaba marcharse.

«Jóvenes impulsivos y arrogantes» rio para sí misma, aunque su alegría duró poco, porque de alguna forma tendría que dar explicaciones. ¿Qué le diría a su madre? Bueno, tal vez podía mantenerlo en secreto. No era tan grave perder una miserable espada con unos pocos Indignos. Después de todo, Vanya tenía Indignos hasta en los calzones.

Alguien se acercaba y se alarmó. ¿No se habían largado ya? Sintió la cama moverse, unas manos en su rostro, en su frente, en su ojo. ¡Dolor! Oyó gritos, un llanto. Quería llorar, cuánto dolor. Pero antes que pudiera asimilarlo, más dolor llegó a ella, su otro ojo. Sus dos malditos ojos apuñalados. ¿Cómo utilizaría sus poderes? ¿Cómo podría cumplir sus propósitos? ¿Qué diría su madre?

Todo desapareció. El dolor, la angustia, el nerviosismo. Calma, al fin. Momentánea, efímera. Su cuerpo estaba libre, su mente en paz. Pero solo por un instante, puesto que volvió a despertar.

Islery se llevó las manos temblorosas al rostro y la sangre estaba húmeda aún. No se atrevió a tocar donde antes estaban sus ojos.

Tantos años desperdiciados. Toda su vida preparándose para ser la maga más importante y poderosa de la nueva era y no había pasado ni una semana de su presentación oficial en el mundo y ya lo había perdido todo.

La Dama enfurecería, sin dudas. Ya de por sí la condenada vieja era insoportable. Sin ojos, Islery no servía para nada y estaba segura de que su madre la asesinaría. Con suerte, sería rápido y sin demasiado dolor, aunque sabía que su sufrimiento podría extenderse por años. La Dama ya no contaba con Viktoria, ni con Morgana, lo que significaba que tendría que cancelar sus planes de destruir Tesar hasta que hubiera entrenado a nuevas discípulas. Mujeres, por supuesto. Para la Dama, los hombres solo servían para entretenerla, según le dijo una vez, pero nada más que para eso.

Islery tocó las sábanas empapadas de sangre y las quitó de la cama de un tirón. Se acostó de nuevo y se hizo un ovillo. En otro momento seguiría pensando; en su estado, tan solo quería llorar por no tener ojos, pero no era capaz de hacerlo. También quería gritar y destruir cosas, pero como ni siquiera sabía cómo demonios iba a salir de la habitación sin irse de cara al piso, solo gritó abrazada a la almohada.

«Espero que al menos ese maldito cabrón me haya dejado embarazada».

Zart Vialh, Tesar

Llegaron a una habitación vacía y cerrada. Leyna todavía estaba pálida y temblorosa, por lo que Ethan golpeó la puerta enseguida.

Un anciano delgado y alto abrió la puerta.

—Soy Lobo Blanco —dijo de forma escueta.

—Maestro. —Leyna hizo una reverencia y los demás lo imitaron—. Leyna a sus órdenes. Ellos son Tareq Sabah e Iskánder Lavank.

—He oído de ustedes, pero no hay tiempo para formalidades. ¿Dónde está?

—Contenida y a salvo —dijo Ethan. Movió las manos y la esfera de luz que resguardaba la espada apareció frente a ellos.

—Acompáñenme, lo veremos afuera.

Lobo Blanco les dio la espalda y salió de la habitación, por lo que lo siguieron en silencio. El gato negro estaba sentado sobre la mesa del comedor y los siguió sin más.

—¡Astor! —exclamó el anciano, y un chiquillo sucio y de largo cabello revuelto salió del establo—. Tenemos visitas. Ellos son Tareq, Iskánder y Leyna. Nos ayudarán con los Indignos.

El niño miró por unos segundos a cada uno. Torció la cabeza hacia un costado y miró con curiosidad a Ethan.

—Te me haces familiar —susurró cuando se acercó a él—. ¿Cómo están mis hermanos?

—Se encuentran bien y a salvo.

—¿Quentin?

—Él no tanto.

—Me lo imaginaba. Quentin nunca está bien…

—Trataremos de arreglar eso, no te preocupes.

—Sé que tú lo harás —sonrió con picardía. Quiso correr hacia su maestro, pero Ethan lo detuvo sujetando el cuello de su camisa.

—¡Espera! ¿Por qué lo dices?

—Mamá me habló de ti y luego te busqué en su mente. Tienes los ojos de papá, Ethan —susurró. Ethan lo soltó y, luego de unos segundos de asombro, sonrió.

—Así que tú sí lo sabías.

—¡Tú también! Es grandioso, bienvenido de nuevo a la familia, Ethan. ¿Los demás lo saben?

—Lo descubrimos hace unos pocos días.

—Tareq, apresúrate —dijo Lobo Blanco.

—Se llama Ethan y es mi hermano mayor —soltó el niño.

—Sí, sí, lo que digas —respondió el anciano y Astor rio.

—Es cierto.

Lobo Blanco se detuvo, volteó para mirarlos a los dos y se encogió de hombros. Estaban en medio de un prado de hierba verde, decorado son unas pequeñas flores violetas, que se dispersaba entre suaves colinas bajas. Ethan nunca había estado en Tesar, pero esa pequeña porción del país se veía hermosa.

—A ver lo que tienes ahí —dijo a Ethan y él le cedió el control de la esfera luminosa.

Lobo Blanco se acercó, Onix lo imitó a los pocos segundos y se sentó a su lado. El anciano se acuclilló, puso ambas manos sobre la esfera y cerró los ojos. Los jóvenes los miraban inquietos y preocupados, pero sin intervenir ni cuestionarlos. Luego de unos minutos, el hombre se puso de pie para mirarlo.

—No es esta la espada que Ilsa mencionó. ¿Alguno de ustedes vio la premonición de Ilsa?

—Yo, señor —dijo Ethan y el hombre asintió.

—A ver, Guna nuevo, muéstrame.

Ethan entró en su mente y proyectó en ella todo lo que Ilsa le había enseñado. Cuando Islery sacó la espada dorada, Lobo Blanco retrocedió, con el rostro contraído por el espanto.

—*No puede… No puede ser. Ogdev…* —Lobo Blanco comenzó a llorar, como un chiquillo, sin poder contenerse. Onix saltó a sus brazos y el viejo mago bajó la cabeza, para apoyar su frente sobre la del felino—. *Ogdev, gato.*

—*Hazte cargo de la espada, Guna* —dijo la voz de Onix y Ethan obedeció, sin comprender qué era lo que estaba ocurriendo—. *Te lo explicaré luego.*

El viejo y el gato se retiraron, dejándolos en medio de la nada y con un montón de dudas.

«La espada que tiene Islery perteneció a Ogdev Wrognia, Mano de Fuego. Era amigo de Egil» dijo el gato y todos lo oyeron. «Regresaremos en un momento, Egil necesita algo de tiempo para lidiar con sus recuerdos».

Nadie se movió por varios minutos, ni siquiera Astor, a quien Ethan vio inquieto, como a una ardilla, cuando llegaron. El niño se sentó en la verde hierba y quedó mirándose las manos hasta que, al fin, ambos regresaron como si nada hubiera sucedido.

—A trabajar —dijo Lobo Blanco y todos asintieron sin mencionar nada sobre lo que ocurrió —. A ver, Guna nuevo, devuélveme la espada.

Ethan volvió a entregarle el control de la esfera.

—Bien, sepárense —dijo Onix.

—Romperé la espada y ustedes estarán atentos a lo que salga de ella. Sujeten a cada maldito bicho y luego nos encargaremos de ellos de forma individual. Sean rápidos, no piensen, no escuchen lo que sea que ellos digan, no caigan en sus provocaciones y no les sigan el juego. Si alguien necesita alejarse, hágalo sin sentir remordimiento. Es mejor ser menos y fuertes que muchos y débiles.

Ethan miró a Astor y el niño mantenía sus ojos fijos en el atado de telas. Se preguntó si no era demasiado arriesgado que estuviera allí, siendo tan pequeño.

Lobo Blanco deshizo la protección y una espada de lo más ordinaria quedó a la vista.

—Lo haré —dijo el maestro y, con un gesto de su mano, hizo que los lienzos volaran por el aire. Entre sus manos apareció un largo bastón de luz verde. Se acercó sin temor alguno a la espada, elevó el báculo y lo clavó en medio del filo.

El poderoso estruendo que acompañó el golpe los hizo sobresaltar; al mismo tiempo, una luz rojiza se expandió desde el filo roto. Ethan vio cuando cinco figuras oscuras salían de entre medio de los destellos y extendió ambas manos. De ellas salieron varias cadenas de luz blanca que se abrieron paso entre la oscuridad que emanaban, para atrapar a tres Indignos a la vez. Dos lazos plateados se enredaron entre los suyos y, al mirar a su alrededor, vio que Astor había atrapado los dos restantes. En el mismo instante, ambos tiraron de sus ataduras mágicas y anclaron a la tierra a los horribles seres, que rugían, los insultaban y se quejaban.

—¡Aplauso para los Guna! —exclamó Iskánder y Leyna rio.

—*¿Estás bien con ellos?* —preguntó Ethan a Astor.

—*Te iba a preguntar lo mismo* —respondió divertido.

Astor corrió hasta donde había depositado a las criaturas, sostuvo los lazos con su mano izquierda y creó con la derecha dos esferas de luz violácea que los envolvió y silenció al instante.

—Aprisiona a dos de ellos y deja uno afuera, Tareq, Ethan, o como sea que te llames —dijo el maestro y Ethan obedeció—. Leyna, ¿podrás hacerlo?

—Sí, maestro.

Mientras Leyna caminaba hacia el Indigno que había quedado libre, iba murmurando unas palabras que Ethan no fue capaz de oír. La espada que los aprisionó hasta ese momento yacía resquebrajada en cientos de partes, pero empezó a brillar y a recomponerse a medida que la maga se acercaba. Cuando terminó de arreglarse, voló hacia su mano. Leyna la empuñó, corrió hacia el Indigno, que no era más que un retazo de sombra, y la enterró en medio de él. La sombra chilló y se extendió para alcanzarla, pero ella desapareció para volver a materializarse del lado contrario. Volvió a clavarla una vez más, y el Indigno reaccionó de igual forma. Después de repetir lo mismo dos veces más, le hizo una seña a Iskánder, quien corrió hacia ellos. Leyna desapareció pero, al aparecer, lo hizo sobre el ser, que chillaba y gritaba su angustia y su desesperación. Al entrar en las sombras, la espada de Leyna chocó contra algo que hizo un sonido cristalino, ella la quitó de inmediato y se la arrojó a Iskánder, que la alcanzó en el aire y la clavó con fuerza en la tierra. Una grieta se abrió debajo de él y se extendió por algunos metros. Un destello blanquecino salió de las entrañas de la tierra y la sombra fue engullida por este.

—¡Uno menos! —exclamó Iskánder.

—¿Necesitan ayuda? —preguntó Lobo Blanco a Astor y a Ethan y ellos respondieron de forma negativa—. Bien. Ethan, liberarás a otro cuando estemos listos.

—Entendido.

Iskánder le devolvió la espada a Leyna, pero el gato se movió por primera vez.

—*Cambiaremos de táctica, para que no nos sorprendan* —resonó una voz en las mentes de todos a la vez. Detrás del gato apareció una enorme bestia negra, de escamas relucientes, imponentes garras blancas y unos dientes tan grandes como uno de los brazos de Astor. El niño fue el único que no reaccionó al verlo; Ethan retrocedió, Leyna abrió la boca y los ojos, asombrada, e Iskánder cayó sentado. Lobo Blanco, en cambio, comenzó a aplaudir.

—¡Sí! ¡El poderoso dragón negro! —exclamó el viejo señor y Astor rio, sin quitar los ojos de los Indignos.

Leyna se acercó a Iskánder para sacarlo de su confusión, y ambos comenzaron a conversar en voz baja mientras él se incorporaba. Miró a Astor y vio que el niño permanecía con sus ojos fijos en los extremos de sus lazos.

—*¿Estás bien?* —le preguntó.

—*Sí* —sonrió, aunque sin desviar la mirada—. *Ya casi…*

—*Suéltalo* —dijo el gato y Ethan deshizo la esfera de luz, sin poder detenerse a pensar en lo que había dicho el pequeño.

La criatura comenzó a rugir en el mismo instante en que quedó libre y el dragón saltó hacia el aire, se elevó en el cielo y, tras voltearse, lanzó una larga llamarada hacia la sombra que buscaba escapar de las cadenas de luz que lo retenían. Cuando sus temibles fauces llegaron hasta el Indigno, el fuego se apagó y el dragón engulló toda la oscuridad de un solo bocado. Se podía oír al oscuro ser aullar y quejarse desde dentro del dragón, pero este lo masticó hasta que escupió un trozo de piedra hacia donde se hallaba Lobo Blanco. El anciano maestro hizo girar su bastón y, cuando la piedra cayó en el suelo frente a él, la golpeó con la punta del báculo. Una nueva cascada de luz se desprendió de la piedra rota y cegó a todos por unos instantes. El dragón negro desapareció tras ese destello y el gato se lamió una pata, como si nada hubiera sucedido.

—Vanidoso —soltó Lobo Blanco—. ¿Astor?

—Cinco, cuatro…

—¡Cúbranse los ojos! —exclamó el maestro.

—Dos.

Nadie obedeció esta vez, porque no entendían qué estaba ocurriendo. En el momento en que Astor finalizó la cuenta regresiva, sus dos esferas explotaron en luz violácea primero y blanca después. Ethan se esforzó por no cerrar los ojos, porque no quería perder de vista al pequeño, y vio a través de sus ojos entrecerrados que Astor permaneció en el mismo lugar, sin dejar de observar lo que estaba ocurriendo.

—*¿Qué fue eso?*

—*Dos Indignos menos para la cuenta, hermano mayor. Ya solo queda uno.*

—*¿Acabas de… destruir dos? ¿Tú solo?*

—*Soy un poco más poderoso de lo que parece, pero todavía me falta mucho que aprender.*

—Bien hecho, Astor —dijo el maestro y el niño sonrió.

—¡Mierda con el niño! —exclamó Iskánder —. ¡Así se hace, Guna pequeño!

Astor respondió, divertido, con una exagerada reverencia e Iskánder desenfundó su espada y la levantó al aire.

—*Queda uno* —dijo el gato en sus mentes—. *¿Astor puedes hacerlo?*

—No lo creo, maestro —respondió.

—No importa, lo haremos nosotros —dijo Lobo Blanco—, mantente al margen si lo necesitas.

—Sí, maestro.

Un escalofrío recorrió la espalda de Ethan al darse cuenta de que el Indigno dentro de su esfera de luz comenzaba a cambiar.

—Es… mutable —dijo Ethan.

—¡Putos bichos! —exclamó Iskánder.

—Gato, el dragón —dijo el maestro—. Iskánder, no guardes tu espada; Leyna, ¿cómo están tus energías?

—Excelentes, maestro.

—Bien. Astor, aléjate. ¿Y tú, Guna nuevo? ¿Qué sabes hacer?

—Un poco de todo —respondió con algo de duda. No sabía en qué era mejor o peor, puesto que tuvo la misma clase de entrenamiento que los demás.

—Bueno, haz lo que puedas. —Lobo Blanco encogió los hombros. El anciano retrocedió,

mientras murmuraba palabras desconocidas y, cuando el dragón negro volvió a aparecer, uno blanco se materializó a su lado.

—¡Por todos los putos dioses! —exclamó Iskánder desde el suelo, puesto que había vuelto a caer por la sorpresa—. Podrían avisar cuando vayan a hacer algo así, ¿no?

—Ya, ya, deja de llorar —dijo el dragón blanco, con la voz del anciano y Astor rio—. Astor, cuida de nuestros cuerpos.

—¡Sí, maestro!

Ambos animales saltaron hacia el cielo y se ubicaron sobre la esfera de luz de Ethan, con sus alas haciendo zumbar el aire. Mientras tanto, los cuerpos de los dos antiguos magos se quedaron inmóviles, de pie y con la mirada ausente, y Astor estaba junto a ellos.

—*Hazlo, Guna* —dijo la voz del gato y él deshizo el contenedor del último Indigno.

El horrible ser comenzó a tomar forma humana. Era muy similar al que atacó a Quentin cerca de Villa del Sol, aunque a este le faltaba la mandíbula inferior y su lengua, oscura y viscosa, colgaba hacia un lado. Un hilo de baba parduzca chorreaba hacia el suelo y sus ojos, grises y desencajados, brillaban. Una risa demente lo acompañó desde el primer momento, haciendo que todos lo miraran con recelo. Antes de que Ethan pudiera detenerlo, se puso de pie.

—Es muy feo —murmuró Iskánder con una mueca de asco.

—No todos podemos ser eternamente jóvenes y guapos, Iskánder Lavank. La decrepitud carcomerá tu carne algún día, si no lo hago yo primero. —El Indigno se abalanzó sobre Iskánder y este reaccionó haciendo que su espada se bañara de luz azulada.

Iskánder esquivó el primer manotazo, se dio la vuelta y mutiló su mano. La garra del Indigno se arrastró enterrando las uñas en la hierba y comenzó a acercarse hacia él, pero alguien hizo que se elevara al cielo y el dragón negro lanzó una llamarada. Una lluvia de cenizas, que fue arrastrada por la brisa, fue lo único que quedó de la grotesca extremidad.

Leyna apareció sobre la cabeza del Indigno, pero antes que pudiera alcanzarlo con su espada, un brazo esquelético nació de su espalda, la tomó de una pierna y la arrojó con fuerza hacia la tierra. Astor la envolvió en una esfera de luz, que la protegió del golpe, y la ayudó a descender sin que sufriera heridas.

Ethan lanzó más cadenas de luz hacia el Indigno, lo sometió nuevamente, obligándolo a arrodillarse. Lobo Blanco creó una nueva esfera para capturarlo.

—Lo dejaremos allí hasta que Astor se recupere, y luego lo reventaremos. Ustedes pueden regresar —dijo a Leyna, Iskánder y Ethan.

—¿Está seguro, maestro? —preguntó Leyna.

—Sí. Nos exponemos a que nos lastime si lo dejamos suelto. No correremos riesgos innecesarios. Les haremos saber si necesitamos ayuda. Leyna, puede que tengas que traer a Dima o a Áliza, así que intenta no desperdiciar tus energías.

—Por supuesto, maestro.

Un cofre de oro macizo apareció al lado del Indigno, y el anciano introdujo allí al malvado ser. Selló el cofre y, luego, lo introdujo en la grieta que Iskánder había abierto.

—*Estará contenido allí, al menos por el tiempo necesario para que Astor esté recuperado* —dijo el gato.

—*Puedo quedarme, si me necesitan* —dijo Ethan a Onix—. *O ceder mis energías a Astor.*

—*No sería más que un minúsculo grano de arena en un desierto. Sin ánimos de ofender, Guna. Astor tiene más energías que Lobo Blanco y yo juntos. Aunque agradecería que nos guardaras el secreto; si él lo sabe, sería una catástrofe y no habría quién pudiera detenerlo de hacer una locura tras otra.*

—Comprendo.

—¿Puedo hacer una conexión contigo? Me gustaría saber sobre Quentin, ya que tú estarás cerca de él.

—Por supuesto.

—Además, siempre que lo necesites, puedes consultarme lo que desees.

—Muchas gracias.

El gato creó una esfera de energía alrededor de ambos y, luego, le dijo a Ethan que bajara sus murallas. Tras crear la conexión, Leyna lo llevó de regreso a Sitnor y ella e Iskánder se marcharon a Ciudad Naga nuevamente. Ethan estaba por dejar la habitación vacía cuando el gato le habló.

—¿Quentin cómo se encuentra?

—No ha hablado de Ilsa, aunque es normal que no lo haga conmigo, apenas si nos conocemos. Pero sucedió algo espantoso cuando fuimos por la espada y estaba conmocionado cuando vinimos hacia aquí. Dejó ciega a Islery, apuñaló sus ojos.

—¿Cómo sucedió?

Ethan se sentó en el suelo, con la espalda en la pared, ya que se imaginó que iba a ser una conversación que no acabaría pronto.

—Ella lo inmovilizó y lo llevó a su habitación. Cuando Islery se durmió, entré a buscar a Quentin y él estaba desnudo. Dijo que ella quería un niño… Temo que… —Ethan calló por unos momentos, ni siquiera era capaz de imaginar lo que le había sucedido a Quentin—. *Inmovilicé a Islery y, una vez que tuvimos la espada, él la atacó. Sé que no debería alegrarme por esto, pero me es imposible no pensar en que nos hemos librado de ella.*

—No te confíes. Si los Indignos no se liberaron solos, es porque Islery puede ver y, por ende, utilizar sus poderes. De otra forma, ya estaría muerta. O Quentin no le hizo nada grave…

—Sí que lo hizo. Vi cuando Leyna le quitó las vendas y detuvo las hemorragias.

—Entonces, de alguna forma, tiene nuevos ojos, o los tendrá. Una maga sin ojos no es útil en lo absoluto y no dudarían en acabar con ella. —El espanto que sintió debió haberse reflejado en el rostro de su copia imaginaria, porque el gato continuó hablando—. *Que no te extrañe, las atrocidades que la Dama de la Cueva puede cometer van mucho más allá de arrancarle los ojos a una persona.*

—Todo esto es… Es terrible. ¿Y cómo haré para ayudar a Quentin?

—Borra sus recuerdos de lo que sucedió en esos momentos. No merece más tormentos, Ethan. Ilsa regresará con él y ambos se merecen algo de paz. Hazlo aunque no quiera; si no puedes convencerlo, deberás forzarlo, de todos modos no lo sabrá cuando hayas terminado.

—No sé si sea lo más ético.

—¿Ético? Espero que estés bromeando. A veces las cosas que deben hacerse no tienen por qué ser éticas, mientras sean las correctas, y lo correcto es que Quentin deje de acumular culpas y pésimos recuerdos. Conoció a Ilsa hace seis años y sus vidas han sido un infierno desde entonces. Ahora que Ilsa ha decidido quedarse a su lado, ayudemos a que estén lo mejor posible.

—Él mencionó algo de eso… Que no sabía cómo se lo diría a Ilsa. Creo que hay algo más que su estrella entre ellos.

—Los humanos aman, Ethan. Y era inevitable que sucediera entre ellos, también. Sea por su estrella o porque se conocieron de verdad en todo este tiempo. Si Islery lo obligó a aparearse con ella, Quentin no podrá siquiera acercarse a Ilsa porque si no es la culpa, serán sus recuerdos lo que no se lo permitirán. Verá a Islery en Ilsa y ambos saldrán lastimados.

—Es lamentable que algo así haya sucedido… Si lo hubiera sabido… Nunca me lo imaginé.

El plan era entregarlo a Islery y él estaba dispuesto a aguantar los golpes que fueran necesarios mientras yo buscaba la espada, pero nunca imaginamos algo así.

—Si estuviera con él, no te pediría que lo hicieras. Ya he intervenido entre sus recuerdos con anterioridad. No me enorgullezco de ello, pero de no haber sido así, lo hubiéramos perdido hace años. Aunque debes saber que tú cargarás con ello por un tiempo, hasta que logres asimilarlo y olvidarlo.

—Lo sé, podré lidiar con eso.

—Las mentes humanas son diferentes a las de los animales. Nosotros actuamos por instinto de supervivencia; nos guiamos por el hambre, el peligro y la oportunidad de aparear. No tenemos sentido de la culpa y de la responsabilidad, eso es algo que se nos inculca en nuestro entrenamiento. Si no puedes con eso, avísame y haré lo posible por quitarlo de tu mente cuanto antes.

—Comprendo. En caso de que sea necesario, te lo haré saber.

—No temas decirlo, por favor. No serás más débil por ello, y a mí no me afectan las culpas humanas.

—Comprendo.

—Ahora que no estoy, me alegra saber que tú podrás ayudarlo.

—Siempre.

—Debo darte las gracias. Quentin no es tan fuerte como aparenta ser, y eso es lo que lo hace especial. Más humano que cualquiera. Se siente culpable por cosas que no dependen de él, siente la urgente necesidad de hacer que los demás no sufran, prefiere ser él mismo el que carga con todo antes que dejar que alguien más lo haga, se cree responsable lo que a otros le suceda. Y eso es demasiado para una sola persona que vive lo que él está viviendo.

—Vaya, no me lo imaginaba…

—Ya lo verás tu mismo… Te dejaré ahora, Guna. Puedes hablarme si algo sucede, haré lo posible para ayudarte.

—Gracias… Por esto y por ayudar a Quentin.

Ethan se incorporó y dejó la habitación. Tenía que hablar con Noah sobre lo que había sucedido en Tesar y necesitaba ver cómo estaba Quentin, cuanto antes.

22

Noah dejó su habitación y Quentin se sentó en la cama. Fingió dormir mientras su hermano estuvo ahí, porque no quería escuchar nada de nadie. Tan solo quería dejar de existir, si eso era posible, de todas formas Ilsa…

«Ilsa» pensó y su corazón se resquebrajó como un cristal al chocar contra las piedras del piso. Se sacudió la imagen de Ilsa de los pensamientos, ni siquiera tenía derecho a pensar en ella después de lo ocurrido con Islery. De alguna forma, se sintió agradecido de que ya no tuvieran su conexión mental. Con suerte, Ilsa lo olvidaría para siempre y no volvería a verla, porque sabía que no iba a ser capaz de mirarla a los ojos nunca más.

«Parece que nada de lo que haga, nunca saldrá bien… Maldición, es tan frustrante. Cuando creo que, quizás, algo estará bien, aunque sea una mínima cosa, vuelvo a darme de frente contra la realidad. Estoy un poco cansado ya» pensó mientras se calzaba las botas.

Bajó las escaleras en silencio y se asomó para ver si había alguien. Al notar que estaba solo, salió por la puerta principal y se dirigió hacia el noreste de la ciudad, a donde sabía que nadie iría a buscarlo. Quería dejar de pensar, de sentir, de vivir.

Maldiciendo y murmurando, caminó por las calles casi vacías de la zona más peligrosa de la capital, entre perros famélicos, basura y chiquillos descalzos y de cara sucia, que se arremolinaban alrededor de cada persona que se cruzaba en sus caminos para pedirles monedas o distraerlos lo suficiente como para poder robarles.

—El carnicero loco —dijo uno de ellos en cuanto lo vio, y todos los niños corrieron para alejarse de él, gritándole obscenidades y riendo por su ingenio. Quentin los ignoró hasta que recibió un piedrazo en la espalda. Se dio vuelta y los vio escapando entre los callejones, entre más risas y más insultos.

—Malditos críos mugrientos —gruñó, pero les dio la espalda y siguió buscando un lugar dónde poder adormecer sus sentidos.

Una casucha de paredes resquebrajadas con un cartel de madera, podrida por las lluvias y los años, le indicó que había llegado a su destino y entró sin más. Hacía un calor espantoso ahí dentro, apestaba a sudor y a orina, pero no tenía ningún interés en mantenerse consciente por demasiado tiempo, por lo que se sentó una mesa y pidió una botella de ghona. La tabernera, una mujer ojerosa, desalineada y evidentemente trasnochada, dejó sobre la mesa una botella y un vaso.

—¿Te la vas a tomar toda? —preguntó y Quentin asintió—. Dos monedas de plata.

—Tienes que estar loca, mujer. Este vaso debe haber pasado por mil personas antes de mí y dudo que siquiera lo hayas enjuagado.

—Si no estás de acuerdo, ya puedes sacar tu delicado trasero de mi taberna.

—Maldita estafadora —murmuró y la mujer le dio una bofetada. Quentin rio, se puso de pie y la miró. La tabernera retrocedió y se llevó la mano a la espalda, para sacar un pequeño cuchillo con el que amenazó a Quentin con manos temblorosas—. Los niños de la calle pegan con más fuerza que tú.

Pateó todas las sillas que se cruzó en su camino hacia la salida y azotó la puerta en cuanto salió. Respiró profundo en cuanto el aire fresco le dio en la cara, aliviado de haber dejado ese lugar tan asfixiante. Entró y salió de varias tabernas vacías mientras la tarde pasaba, bebiendo un poco en cada lado, aburrido de no tener a quién buscar pleito, puesto que recién al atardecer era

cuando ese sector de la ciudad cobraba vida.

Ethan le habló cuando el sol ya no creaba sombras, cuando se dieron cuenta de que él no estaba durmiendo. Quentin no contestó, por supuesto. Todavía estaba consciente y tan atormentado como cuando había pisado la primera taberna, por lo que ignoró a su hermano y a Enara, cuando ella también comenzó a insistir en que le dijera dónde se encontraba.

La última vez que estuvo en esa zona, Ilsa lo había encontrado y recordarla hizo que sus ojos comenzaran arder. Bebió en pocos tragos la botella que tenía frente a él y pidió una más. No le importaba si le cobraban dos o cinco monedas, solo quería dejar de recordar a Ilsa, olvidar su perfume, sus bonitos ojos, los lunares de sus mejillas y la forma en que sus labios se curvaban cuando sonreía. Vació varias botellas, hasta que los ojos grises de Ilsa se volvieron celestes, hasta que su cabello se aclaró y sus lunares desaparecieron. Hasta que Ilsa se transformó en Islery.

Bebió con más asco que ganas, para borrar a la maga de Garhq Tahok de sus pensamientos, pero no pudo evitar recordar sus manos en su cuerpo, su voz, su risa enfermiza. Vomitó junto a su silla y unas fuertes manos lo tomaron de los brazos y lo arrojaron a la calle, entre insultos y golpes. Su rostro se enterró en un apestoso charco y Quentin escupió la porquería que le había entrado en la boca. Pensó que, tal vez, si bebía de esa inmundicia, se moriría más rápido. Se largó a reír, sentado entre la mugre, y miró el cielo que iba cubriéndose de estrellas de a poco. Se quedó contemplando la oscura inmensidad, algo atontado, hasta que sintió que alguien intentaba sacar una de sus espadas de su funda.

Quentin se levantó de un salto, tomó la mano del ladrón y la retorció hasta que oyó un crujido. El hombre gritó y se quejó, y él, tras asegurarse de que sus armas continuaban en su lugar, se alejó, sin más, arrastrando los pies y maldiciendo a todos sus ancestros.

—¿Otra vez tú aquí? —dijo el hombre desde detrás de la barra y Quentin encogió los hombros. Ni siquiera recordaba haber entrado allí antes.

—Ghona —murmuró y dejó un par de monedas frente a él. El tabernero le dio una botella y Quentin se la llevó a los labios de inmediato. Sabía a mierda, más que a ghona, y Quentin escupió lo que tenía en la boca al rostro del cantinero.

—Maldito borracho —se quejó, y no tardó en tomarlo de la camisa y abalanzarse sobre él.

—Estafador de cuarta —rio Quentin a pocos centímetros de su rostro—. Tu ghona sabe peor que los inmundos charcos de la calle.

El hombre le asestó un puñetazo y Quentin retrocedió, algo aturdido.

—¡Vete de aquí antes de que te rompa la cara! —exclamó y Quentin continuó riendo. El hombre resopló, fastidiado, rodeó la barra y lo empujó hasta arrojarlo a la calle. Quedó tendido, otra vez, sobre los charcos de lodo. No quería moverse, quería ahogarse en esa mugre y permaneció allí, sin más. Si querían robarle sus armas, que lo hiciera, ya le daba igual.

Sin saber que lo estaba haciendo, Quentin contenía la respiración y comenzó a sentirse más mareado de lo que ya estaba. Le parecía que el barrizal se balanceaba de un lado al otro, tal como lo haría, supuso, un barco en el mar. Las nauseas cosquillearon en su estómago, como si de una mariposa entre las manos se tratara, y un líquido caliente y amargo le subió por la garganta. Se puso de rodillas y vomitó, otra vez.

Sintió que alguien lo tironeaba de las correas y Quentin buscó la hebilla para liberarse de ellas. Que se fueran al demonio las espadas, ya no le interesaban, como todo lo demás. Se dejó caer de nuevo en el charco en cuanto sus brazos fueron libres y algo de agua sucia entró en su boca.

—Quentin, maldición.

Esta vez, era alguien que conocía su nombre. Ethan, tal vez, pero no estaba seguro, sus oídos no eran nada confiables en esos momentos.

—Déjame morir aquí de una puta vez —murmuró, pero ese alguien que tenía a su lado insistió hasta que lo apartó de la calle—. Déjame…

Quentin se apoyó contra una pared y se dejó caer hacia el suelo.

—¿Qué demonios sucede contigo? —Ethan se acuclilló a su lado.

—¿Por qué estás aquí? Déjame en paz…

—No voy a dejarte solo. Me voy a quedar contigo aunque no quieras.

Quentin asintió, elevó las rodillas y apoyó la frente en ellas. El mundo no dejaba de dar vueltas y él solo quería quedar inconsciente de una maldita vez, para poder olvidar aunque fuera por algunas horas que su vida era una maldita pesadilla.

—Ilsa se fue, ¿y sabes lo que es lo más triste? —dijo arrastrando las palabras una eternidad después—. Que me alegra no verla, porque tenerla aquí significaría tener que decirle cosas que no quiero recordar.

—La amas, ¿verdad?

—Como a nadie en este mundo… Y no podré verla a los ojos nunca más. ¿Cómo se supone que lo haga?

—No lograrás nada poniéndote así…

—Me da igual… Le dije que la amaba, por una vez que me atreví a decirlo y un par de días después… —Quentin cerró los ojos con fuerza—. Islery. No podré verla nunca más de la misma forma, ni atreverme a pensar en besarla, siquiera. ¿Cómo se supone…? —resopló y se pasó las manos por el rostro, húmedo y lleno de basura pegoteada. Hizo una mueca y sacudió las manos para deshacerse de la suciedad—. No me acerqué de más a Ilsa, por respeto a sus costumbres, pero Islery no tuvo respeto de ninguna clase conmigo.

Ethan guardó silencio por otro largo rato y Quentin se preguntó por qué demonios estaba hablándole sobre lo que le ocurría. A Noah no le hubiera dicho nada, ni siquiera a Josh. Mucho menos a Ara. Pensó y volvió a pensar hasta que se dio cuenta de que, tal vez, confiaba tanto en Ethan porque habían sido inseparables cuando eran niños y esa cercanía había sobrevivido a los años, a la distancia y al empeño de eliminar de Ethan todo recuerdo de lo que alguna vez conoció y amó.

—Gracias por venir por mí… —dijo al final.

—Vamos a casa. Hablaremos después, cuando te sientas mejor.

—Nunca me sentiré mejor, Ethan. Jamás… Pero de verdad aprecio que estés conmigo.

—Ya verás que sí. Me encargaré de eso —dijo y Quentin volvió a negárselo—. Borraré esos recuerdos de tu mente.

—Y tú tendrás que cargar con ellos… —Se recargó en su brazo—. Ni lo sueñes. Sé lo que se siente y no te haré eso.

—No me quedaré con ellos, puedo hacer que no sean una molestia.

—Naga una vez me dijo que…

—La magia que él aprendió no es la misma que yo aprendí —mintió—. Tuvimos maestros diferentes.

Quentin lo miró.

—¿Entonces puedes borrarlos y ya? —sonrió y Ethan asintió—. ¿Qué debo hacer?

—Bajar tus murallas. Reemplazaré aquello que tanto te atormenta.

—No sé cómo agradecerte por esto.

—Lo olvidarás, de todas formas —respondió divertido y Quentin rio.

—¿Ahora?

—No, cuando lleguemos a casa, no es seguro hacerlo aquí.

Solo Islery y ellos sabían lo que había ocurrido esa noche, por lo que no había forma de que Quentin lo supiera por alguien más. Estaría a salvo, al menos de eso.

Lo que Ethan quitó de su mente fue suficiente para causarle nauseas y un horrible malestar que le arrebató el sueño por dos noches seguidas. No le quedó más opción que buscar la forma de bloquear esos recuerdos por sí mismo, porque hacer viajar a Leyna para concretar un encuentro con el gato le parecía algo descabellado. En esos momentos estaban preparándose para asegurar la frontera con Morrau de forma definitiva y no estaban para distracciones. Tampoco había querido perturbar a Vila con sus problemas, porque ella y Lena dejarían Sitnor para regresar a Erjathá y no quería preocuparla, por lo que, finalmente, acudió al gato para encontrar una solución rápida y que no involucrara retrasar los planes de los demás. El gato no podía hacer mucho a la distancia, más que escucharlo, pero eso fue suficiente para poder deshacerse de las terribles sensaciones que lo estaban atormentando.

Sin embargo, lo que le resultaba más doloroso era ver a Quentin. Se lo veía normal, sí. Estaba bien, más allá de su lógica preocupación por el paradero de Ilsa, pero Ethan sabía todo lo que había ocurrido y era imposible no compadecerse de él. No lo escuchó en ningún momento quejarse de los golpes de la Islery que inventó en su mente, pero él sabía que había sido Quentin el que tuvo que golpearla en la realidad. Aun cuando suplicó e imploró, ella lo obligó a maltratarla y cuando él se rehusó, ella controló su cuerpo para que lo hiciera, como también lo controló para tener sexo de una forma tan brutal que le resultaba repugnante, tanto como lo había sido para Quentin. Lo que le resultaba más escalofriante era que él en todo momento estuvo consciente de lo que estaba siendo obligado a hacer.

«Gracias a los dioses que nunca sabrá de esta atrocidad».

De tanto insistir e intentar, Ethan descubrió cómo hacer para enterrar esos recuerdos en un lugar donde no fueran un tormento de forma permanente y, al final, fue capaz de dedicarse a disfrutar de los últimos días en que su familia estaría en Sitnor.

23

Vhinden, Distrito 3, Morrau

Tras los anuncios de Josh en Ciudad Naga y en los demás poblados, quienes no estuvieron de acuerdo con las medidas que Sitnor imponía en el territorio recuperado, cruzaron la cordillera para establecerse en Morrau. Nathan Bohn, con el apoyo de Sitnor, trasladó el trono hacia el Distrito 3, del que era Praeth, y se autoproclamó como el nuevo rey de Morrau.

La fiesta de coronación de Nathan Bohn se tiñó de muerte cuando los Praeths que todavía eran leales a la reina Morgana quisieron atentar contra la vida del nuevo soberano. Lo acusaban de conspirar en contra del trono de Morrau para hacerse con el poder. Se rehusaban a aceptar que él no había tenido nada que ver con la muerte de Morgana Rostur y, cuando los ánimos se tornaron violentos, Nathan y Damien no tuvieron compasión alguna con ellos. Ni los Praeths ni su comitiva salieron por sus propios pies del nuevo Palacio Real.

Nathan colocó sus cuerpos empalados afuera de las murallas de su castillo, a modo de advertencia para los futuros conspiradores.

Ciudad Naga, Sitnor

A lo largo de la nueva frontera entre Morrau y Sitnor, en la cara este de la cordillera Selgo, había cinco entradas hacia los túneles. Estos serpenteaban por debajo de las montañas, y se unían y entrecruzaban para conectar diversos puntos de la geografía thoriana. Se podía llegar desde Tesar a Pyebra si se quería, aunque a riesgo de no ver la luz del sol en todo el camino. Era un viaje extenso, aburrido, monótono, frío y costoso, puesto que ni el agua y ni el alimento para los animales eran gratis. No había hierba, ni ríos, ni árboles, como tampoco había cielo, sol o viento y el único sonido que podían oír los viajantes era el de los cascos de los caballos repiqueteando sobre el rocoso camino, lo que ponía en duda la cordura de más de uno después de un par de días de viaje.

Leyna, Iskánder, Ajác y Damien dejaron Ciudad Naga a media mañana para dirigirse a la primera entrada a los túneles, que estaba ubicada al norte del territorio recuperado, en el desierto Then Kua. Un vendaval cargado de granos de arena los azotó sin piedad apenas aparecieron, por lo que tuvieron que cubrir cada mínima porción de piel a la intemperie y ponerse de espaldas para no ser heridos por el impiadoso viento. Corrieron a resguardarse en la entrada del túnel y, tras recuperar el aliento, se dispusieron a cumplir con su tarea: bloquear todos los pasos que unían Morrau y Sitnor.

Ajác e Iskánder se encargaron de controlar el derrumbe de una centena de metros de túnel. A medida que retrocedían hacia la salida, Damien y Leyna fueron recitando los encantamientos necesarios para que ninguna de esas rocas pudiera ser removida sin antes romper con el hechizo que las mantenía allí.

Cuando finalizaron, la noche se había apoderado del desierto y sus energías se habían desgastado de manera considerable, por lo que regresaron de inmediato a Ciudad Naga. Dos días después, se dirigieron al segundo túnel y, en las jornadas siguientes, terminaron de asegurar las entradas restantes. Solo dejaron despejado el túnel que unía Sitnor con el Distrito 3, pero nada más podría cruzar por allí quien dijera las palabras justas, de lo contrario, le sería imposible

atravesarlo.

Damien Enda fue nombrado Gobernante de Ciudad Naga y administrador de la zona recuperada. Al no poder contactar con Ilsa ni con ningún otro familiar de Naga, decidieron llevar su cuerpo a Sitnor, donde cuidarían de él hasta que Ilsa regresara o hasta que lo peor ocurriera. Ara, Josh, Iskánder y Ajác regresaron a Ciudad Capital junto a Leyna, aunque esta última deseaba ir a Tesar para ver si podía ayudar al Segundo Príncipe a atravesar las inundaciones.

En la semana en que estuvieron esperando por la llegada de Ara, Josh y los demás, Ethan ayudó a Quentin a entrenar su magia, lo que lo mantuvo ocupado y agotado, por lo que apenas si tenía tiempo para pensar en que Ilsa no estaba, en cómo se encontraría o en la razón por la que había decidido alejarse de forma tan repentina.

Leyna llevó a Vila y a Lena de regreso a Erjathá. En un principio, ni Dima ni Áliza estaban de acuerdo, pero con el peligro de Islery acechando la frontera de Pyebra con Sitnor, admitieron que sería mejor para todos que la niña se mantuviera lo más lejos posible del frente. En caso de sufrir ellos un ataque, algo que creían poco probable, la pondrían a dormir hasta que todo terminara.

Garhq Tahok, Pyebra

Islery llevaba una semana a oscuras, golpeándose con los muebles, cayendo por las escaleras, lastimándose y maldiciendo a Quentin Guna por haberle arrebatado los ojos. Sin ellos, su vida carecía de sentido, pero no se atrevía a hacer nada para terminar con esa situación tan de mierda. Le faltaba el coraje necesario para acabar con su vida y, también el que necesitaba para hablar con su madre y contarle lo que ocurría. Vanya podía enfurecer y asesinarla, o torturarla, o abandonarla en algún lugar desconocido.

«De todos modos, no conozco ni esta puta casa».

Se movía en esa eterna y asfixiante oscuridad, solo cuando era necesario y nunca sabía en qué lugar se encontraba. No había comido en días, no dormía y estaba a nada de perder la razón, debatiéndose constantemente entre arriesgarse en hablarle a su madre o dejarse morir allí.

Estaba acostumbrada a la soledad, porque la mayor parte de su vida la pasó escondida y sin compañía, sin embargo el silencio en esa maldita ciudad era abrumador. Antes tenía la libertad de salir a las calles de vez en cuando, aunque no le agradara demasiado, oía los cascos de los caballos, la gente, la música en las calles; pero allí no había nada ni nadie. Ni un puto grillo.

—*¿Madre?* —dijo al fin.

—*¿Qué tienes? ¿Por qué hablas así?*

—*Te necesito.*

—*Tú nunca me necesitas, Islery.*

—*¡Ven, demonios!*

—¡Islery! —Su voz llegó desde algún lugar incierto y oírla hizo que el cuerpo se le bañara de sudor.

—Aquí —sollozó, incapaz de contenerse. Oyó sus pasos apresurados y, luego, silencio. Un extenso silencio que casi le quita la poca cordura que le quedaba—. ¿Madre?

—¿Qué hiciste ahora? ¿Qué sucedió? —Volvió a escuchar sus pasos acercarse despacio—. Apestas, todo aquí apesta, Islery.

—Ya lo sé.

—¿Dónde están tus ojos? ¿Qué sucedió? —Islery comenzó a llorar y un golpe le cayó en la cabeza. A ese, le siguió otro más y ella se cubrió la cabeza con los brazos—. ¿Qué hiciste?

¿Cuánto tiempo llevas así?

—Días, no lo sé —balbuceó, acobardada y esperando algo mucho peor. Sin embargo, su madre se alejó o, al menos, dejó de golpearla.

—Maldita seas, Islery. ¡No haces nada bien!

—Fue Tareq, madre —sollozó—. Él regresó.

—¿Él te hizo esto? —preguntó, en un tono de voz más bajo, lo que fue un alivio a sus nervios.

—Vino con alguien más, me engañó —dijo y levantó un poco la cabeza.

—¿Con quién?

—Quentin Guna. Me dijo que se lo había arrebatado a Morgana Rostur, que me lo obsequiaba.

Su madre comenzó a reír.

—¿Tan pronto?

—¿Qué, madre?

—Nada, no te incumbe —respondió con sequedad—. Y tú eres una inútil, ni siquiera comprobaste en su mente si Tareq estaba mintiendo.

—Era Tareq, madre, ¿qué iba a saber de su traición?

—Es que eres una imbécil. Morgana Rostur apenas acaba de perder Morrau, ¿cómo crees que Tareq cruzó Thoria de lado a lado tan rápido? ¡Imbécil! Deberías haberte dado cuenta de que no estaba actuando solo.

—Ni siquiera puedo llorar, madre. ¿Qué haré ahora?

—¿Dónde están tus hombres?

—No lo sé —murmuró.

—Si no te mato ahora mismo es porque estoy sola, vieja e inservible, maldita seas.

—Hazlo, ¿de qué sirvo si no puedo utilizar mis poderes?

—Te buscaré unos ojos, pedazo de inútil impulsiva, y más te vale que te cuides de ahora en más.

—Gracias, madre. —Islery espero algún insulto más de su parte, pero al parecer se había marchado. Pasaron algunos minutos hasta que oyó sus pasos nuevamente.

—Recuéstate —ordenó y ella obedeció de inmediato.

Lo próximo que supo es que la calma había llegado otra vez y, cuando despertó, se llevó las manos al rostro. Tenía los ojos vendados otra vez.

—No te toques, esperaremos para ver si tu cuerpo no los rechaza.

—¿Tengo ojos? —preguntó sin poder contener su emoción—. ¿De qué color son?

—Da igual, Islery.

—Son marrones, ¿verdad? —Estaba decepcionada, quería que fueran celestes, como los que antes tenía.

—¿Dónde demonios crees que voy a conseguir unos ojos diferentes? Estamos en Pyebra.

—No importa, está bien así. Podré ver y ser útil, lo demás da igual.

—De nada —masculló con su habitual malhumor.

—Gracias, madre —sonrió.

—¿Qué quería Tareq aquí? ¿Qué te dijo?

Islery no quería responder, pero antes de que su madre forzara su mente y averiguara todo lo que había sucedido, era mejor decírselo.

—Vinieron por *Desangradora*.

—¿Por qué? ¿Qué tiene de peculiar?

—Indignos.

—¿Y eso qué? ¿Mutables, al menos?

—Cinco libres.

—Tu insensatez nunca dejará de sorprenderme, Islery. Aunque debo darte mérito por haber conseguido a cinco de esos.

—De todos modos, no se la llevaron. No soy tan imbécil como para tenerla en mi habitación. La que se llevaron tiene un puñado de Indignos comunes y uno o dos mutables, ya no recuerdo.

—Al fin haces algo bien, Islery.

«Maldita vieja de mierda» pensó. «Siempre despreciando todo lo que hago. Ojalá pudiera arrancarle los ojos y hacérselos tragar».

—¿Cuándo podré quitarme las vendas? —preguntó con la mayor amabilidad posible.

—Esperaremos hasta mañana. Tienes que darle algo de tiempo.

Norte de Tesar

Iskánder y Leyna aparecieron al amanecer en el lugar donde Verj había levantado el campamento la última vez que ella estuvo allí. No iba a ser muy difícil seguirles el rastro, por lo que los magos tomaron el camino que ellos habían seguido y fueron adelantándose reapareciendo en el punto más lejano que alcanzaban a ver con nitidez. A media tarde del día siguiente fueron capaces de ver el horizonte cubierto del polvo que levantaba la caravana de hombres y, poco tiempo después, dieron con la retaguardia. Tras presentarse, pidieron dos caballos y cabalgaron hasta la cabeza de la marcha.

Verj los miró con una mezcla de asombro, alegría e incredulidad y de inmediato ordenó a sus hombres que se detuvieran.

—¿Qué haces aquí? —preguntó una vez que armaron una tienda para que pudieran conversar.

—Vinimos a ayudar.

—Son conscientes de que desde aquí hasta cruzar el Rshjeka Wragla[42] nos llevará, al menos, dos meses, ¿no? ¿Podrán permanecer aquí todo ese tiempo?

—Los cruzaremos —aseguró Iskánder. Verj levantó una ceja—. Su Majestad.

—¿Y cómo se supone que harán eso?

—Puedo aparecer y desaparecer —respondió Leyna.

—Son tres mil doscientas personas, con carros, caballos, cabras…

—Lo sé. Si no hay magos entre tu gente, puedo llevar hasta cien personas normales a la vez. Los inmovilizaremos y los cruzaremos en grupos. Puedo reducir objetos a tamaños minúsculos y transportarlos en un solo viaje.

—¿Pueden hacer eso?

—Podemos, Verj —aseguró Leyna—. Ogdev me dijo que padre renunció a la corona, por lo tanto él es el nuevo rey de Tesar.

—¡Larga vida al rey! —exclamó Verj, sonriendo.

—Larga vida al rey —repitió Leyna—.Un mensajero iba a venir a avisar, pero le dije que no lo enviara, ya que nosotros vendríamos hacia aquí. El mensajero no los encontraría por ningún lado y sería un caos si pensaba que se habían esfumado.

—Comprendo.

—También me dijo que Irenka está embarazada. La reina Valka irá a Verkrity cuando las

inundaciones remitan y padre todavía no sabe a dónde irá, pero quiere retirarse con mi madre y Rivka.

—De acuerdo. ¿Cuándo piensan… llevarnos?

—Mañana al amanecer. Necesito recuperar las pocas energías que utilicé para llegar hasta aquí. Es mejor no correr riesgos.

—Daré la orden de que armen el campamento y que…

—Espera. Antes de abdicar, padre derogó la Ley de Protección aquí de forma oficial. Díselo a tus hombres. Si alguien tiene sospechas de ser mago o si ha sido entrenado, necesito saberlo, o pondré en peligro a quienes vayan con ellos, yo incluida.

—Deberíamos haber traído a Ethan —dijo Iskánder.

—¿Quién es Ethan? —preguntó Verj.

—Tienes razón. —Leyna puso una mano sobre el brazo de su hermano para que aguardara —. Puedo traerlo y regresarlo hoy mismo, aunque tal vez retrase un poco la salida de mañana.

—De todas formas, hasta que organicemos todo, no podremos comenzar ni bien amanezca —dijo Iskánder.

—Eso es cierto. —Leyna marcó un rectángulo en el piso de la carpa—. Le preguntaré si está desocupado.

—¿Quién es Ethan? —insistió Verj cuando Leyna se apartó, e Iskánder respondió mientras ella se ponía en contacto con Ethan para solicitar su ayuda.

—Regresaremos en unos momentos. Por favor, no se acerquen a esta zona —dijo señalando al rectángulo.

Leyna apareció en Sitnor solo por el tiempo suficiente para tomar la mano de Ethan y regresó de inmediato a Tesar con él. Después de las presentaciones, Verj salió de la tienda acompañado de los tres magos, reunió a sus hombres y, tras presentarlos, les comunicó lo que Leyna había dicho. Ethan se concentró en rastrear y encontró a dos magos en un inicio, aunque el número se elevó a doce cuando se alejó de Leyna y de Iskánder, y recorrió las prolijas filas tesarianas. De ellos, solo uno había sido entrenado por Lobo Blanco, Brodoslaw; cuatro no sabían de sus poderes en lo absoluto y, a pesar de que en un principio los tesarianos insistieron en que era descabellado, dos mujeres de las que acompañaban al contingente eran magas también. Los soldados no se atrevieron a cuestionar a Ethan ni a Leyna, pero se podía ver en sus rostros el desagrado que les produjo saber que había magas entre ellas.

Leyna de inmediato apartó a quienes tenían poderes y dijo que los llevaría a Sitnor. El único que permanecería allí era Brodoslaw, un hombre de unos treinta años, de cabeza rapada y cejas grises, de hombros anchos y cintura estrecha y con una cicatriz en la mejilla que lo hacía ver tan guapo como temible. Leyna, a pesar de que se sentía intimidada por su presencia, se armó de valor para solicitarle hacer una conexión mental con él y así poder estar en comunicación con Verj.

Al finalizar, les dio instrucciones a los soldados de lo que harían al amanecer y, de no haber sido porque el príncipe les ordenó hacer todo lo que ella dijera, nunca habrían aceptado que una mujer impusiera su voluntad.

Cuando los hombres se dispersaron para preparar el campamento, Leyna y Verj se resguardaron en la tienda del Segundo Príncipe para poder conversar sin que los molestaran.

—¿Dónde está Zelig?

—¡Olvidé a Zel! Lo envié al siguiente poblado a buscar algunas cosas y a los hombres que quisieran sumarse. Regresará al atardecer…

—¿Cómo está?

—Ansioso por llegar al frente, inquieto… Insoportable, por momentos.

—¿Quieres que me lo lleve?

—Ni en tus sueños.

—Hay muchos magos allí, además de que los hombres no aceptan que una mujer sea maltratada. Me tratan muy bien y no dejarán que él me haga daño.

—No lo sé, Leyna…

—Iremos al Puente Negro cuando terminemos con ustedes aquí. Hay una maga nueva, Islery. Es una mujer terrible y destructiva. Zel tendrá con qué… entretenerse.

—Dile a tu compañero que venga, necesito hablar con él.

—¿Sobre Zel? No lo hagas —suplicó, asustada.

—Si quieres llevarlo al frente, alguien más debe saber lo que sucede con él, porque no voy a dejarte desprotegida.

—Es nuestro hermano.

—Y está muy mal de la cabeza, Ley. No voy a correr riesgos con él. No confío en él y temo que tú no harás nada para detenerlo si llega a salirse de control. Si quieres llevarlo al frente, esa será mi condición. Que quieras protegerlo no le ayuda en lo absoluto. Necesita que alguien lo controle y lo mantenga a raya. Si no hay quien lo haga, hará su voluntad y a él le da lo mismo quien… muera. Por lo general son hombres, pero porque soy yo quien los sentencia a muerte, pero no sé si hará distinciones en otras circunstancias. Llama a tu compañero.

—Verj, por favor. Cuidaré de él.

—No necesita que lo cuiden, necesita que lo controlen. —Verj se puso de pie y se acercó a la salida de la tienda, pero regresó sobre sus pasos cuando se dio cuenta de que ella estaba por detenerlo. Sonrió y le tomó las manos—. Puedo hacerme cargo de Zel, no es necesario que te lo lleves si eso te hará sentir avergonzada.

—Solo quería ayudarte con él —dijo sin poder deshacerse del nudo que se había atorado en su garganta.

—No es necesario, puedo manejarlo. Lo que no quiero es que tú tengas que preocuparte por su comportamiento, y mucho menos que te avergüences de lo que hace. Como soldado puede ser de gran utilidad, pero no sé si lo será en los momentos en que no haya a quién clavarle el arma.

—Puedo llevarlo una temporada, para comprobar si se comporta, ¿sí? Si no obedece lo traeré de regreso, ¿qué dices? Pero no le digas a Iskánder, por favor.

Verj la abrazó unos momentos y, luego, le tomó el mentón para que lo mirara.

—Está bien, no le diré, pero quiero que me prometas que no le dejarás pasar ni una desobediencia. Ni una sola, porque en cuanto le des la oportunidad de elegir, hará lo que se le antoje y no podrás detenerlo si no es por la fuerza.

—Lo prometo.

—Entonces sí puedes llevarlo. Tienes que llevar al mago a Sitnor, ¿no? —Leyna asintió—. Ve, iré a decirles que me avisen cuando regrese Zel.

—Regresaré a este lugar, recuerda no pisar el rectángulo.

—Por supuesto.

Cuando Leyna y Ethan se fueron, Verj miró a Iskánder.

—Acompáñame —dijo y el Segundo Príncipe lo guió hacia donde sus hombres estaban armando las tiendas, aunque continuó avanzando hasta que dejaron atrás el bullicio—. Leyna tiene un hermano gemelo, Zelig. Regresará en unas horas, si todo está bien. Ella quiere llevarlo al frente, pero… Zelig es peligroso. No puedo fiarme de él y Leyna intentará protegerlo a toda

costa.

—¿A qué se refiere con peligroso, su Majestad?

—Llámame Verj, por favor. Zel aparenta ser normal, divertido, puede resultar encantador si se lo propone, pero le gusta… matar personas.

—Comprendo —dijo, aunque no comprendía que a alguien le gustara hacerlo.

—Leyna no sabe que lo sabes y no quiere que lo sepas, pero necesito que alguien tenga un ojo en él. Ella puede ser demasiado permisiva con Zelig… y él es capaz de hacer cualquier cosa. A quien sea.

—¿Incluida la señorita Leyna?

—Sí, por aterrador que suene. Tienes la libertad de detenerlo de la forma que creas conveniente si descubres que está haciendo algo fuera de lo común, porque estoy seguro de que Leyna lo encubrirá si lo sabe.

—Comprendo.

—Y si Leyna pregunta de qué hablamos, que seguro lo hará, puedes decirle que amenacé con matarte si te acercabas demasiado a ella —sonrió e Iskánder intentó ocultar su sorpresa—. Es algo que podría decir, pero que nunca diré. Me gustaría que ella fuera feliz con quien desee. Con Ogdev llevamos años impidiendo que padre la casara con cualquier noble imbécil, solo para que ella pudiera elegir con quién hacerlo, cuando lo desee.

—No hay ninguna clase de interés entre la señorita Leyna y yo, señor Verj.

—Verj, solamente… No hace falta la aclaración, Iskánder.

—Solo por si acaso… —agregó y el príncipe rio—. Es que se ve como alguien capaz de arrancar una garganta con sus propios dedos y no está en mis planes morir tan joven… señor.

El príncipe volvió a reír y le dio un manotazo en la espalda.

—Regresemos, no quiero que Leyna se alarme al no vernos.

Iskánder asintió y, efectivamente, Leyna se veía alarmada. Sus ojos se movían entre los soldados que iban y volvían, aunque se inquietó todavía más al verlos caminar juntos. Iskánder no tuvo que fingir verse intranquilo por haber sido amenazado de muerte, puesto que el gemelo de Leyna le causaba escalofríos sin siquiera haberlo conocido. Se preguntó si sería apropiado llevarlo con ellos de regreso a Sitnor, porque le daba la impresión de que iban a tener graves problemas con ese sujeto, aun cuando el príncipe le hubiera dado la libertad de mantenerlo bajo control si su gemela no lo hacía.

Leyna se acercó a ellos y Verj se disculpó, para ir a ver sus hombres.

—¿Cómo haremos con los magos que encontró Ethan? —preguntó Iskánder.

—Haré dos viajes. Si estuviera Ilsa, esto sería mucho más sencillo, qué mal momento eligió para irse sin decir a dónde.

—Es comprensible, si lo piensas. Adquirir el conocimiento de toda una vida de un momento a otro debe ser abrumador.

—Aun así, debería haberse controlado. Estamos en una guerra y tenemos que actuar en consecuencia. Hay muchas cosas que nos resultan abrumadoras. Lo que el señor Quentin hizo en Garhq Tahok, por ejemplo. De haber sido por mí, hubiera regresado a mi hogar ese mismo día, pero hay demasiadas personas que dependen de mí y de mis habilidades y no puedo huir porque algo me da miedo o me repugna.

Iskánder pensó en que tenía algo de razón, él también hubiera regresado a su hogar después de lo que Naga se vio obligado a hacer, pero no podía simplemente, escaparse.

—No conocemos sus razones, ni qué la llevó a hacer lo que hizo. No tenemos más opción que respetar sus decisiones y aguardar a que regrese, si es que lo hace.

—Más le vale que lo haga, o recorreré todo Tesar para hacerla pedazos. Es ridículamente impulsiva y cobarde, una vergüenza para nuestra nación.

«Habría que ver quién hace pedazos a quién».

—Bueno, bueno… Ya no podemos hacer nada por la señorita Ilsa y sus impulsos. Mejor nos concentramos en la tarea que tenemos por delante, ¿sí?

—No queda nada por hacer, más que esperar hasta mañana.

—¿Te encuentras bien? —Leyna lo miró—. Diría que estás un poco nerviosa… ¿Tienes dudas sobre el traslado de los hombres?

—No, en lo absoluto. Sé que podré hacerlo. Ocho viajes, ochocientas personas. Descanso, y vuelta a empezar. Es bastante simple.

—¿Entonces es por los magos? —arriesgó.

—No. ¿Qué te dijo Verj?

—No deberías preocuparte por eso.

—¿Acaso…?

—Sí, demonios. Me dijo que… —resopló—. Es incómodo.

—¡Habla, Iskánder!

—Que no me acercara demasiado a ti o me asesinaría de la forma más horrible —soltó todo de un solo tirón, casi sin respirar. Ni siquiera había pensado en tener que decírselo, porque no creyó que le preguntaría, pero ahí estaba, poniendo incómoda a la pobre muchacha con una mentira.

—¡Por todos los cielos! —El rostro de Leyna enrojeció, miró al suelo y se abanicó con una mano—. ¿Cómo se le ocurre? Perdona, Iskánder. No sé qué decir.

—No es tu culpa, tú no me amenazaste.

—Pero es mi hermano —susurró—. Y es el Segundo Príncipe.

—Y es enorme, también, pero quédate tranquila, le dije que solo somos compañeros de magia.

—Perdóname, en serio. Esto es terrible y ni siquiera tengo el derecho de reclamárselo.

—Olvídalo, es algo que los hermanos suelen hacer. Iré a armar nuestras tiendas, no falta mucho para que el sol se oculte. —Se alejó a preguntar dónde podía armar sus tiendas y vio un revuelo de soldados en el este del campamento. De inmediato fue hacia allí, como tantos otros, para comprobar si había problemas, o ser útil en caso de que en efecto los hubiera. Sin embargo, en el camino escuchó que había regresado el tal Zelig.

Iskánder respiró profundo, puso su mejor cara de malo, y se acercó al Segundo Príncipe para que lo presentara ante el gemelo de Leyna. La vio correr hacia él y abrazarlo, como una niña necesitada de afecto. Zelig sonrió asombrado al verla e Iskánder pensó que no parecía un mal tipo, después de todo. Era alto, de largo y rubio cabello trenzado, y era cierto lo que el príncipe mencionó, se veía bastante normal.

Leyna los presentó y Zelig volvió a verse sorprendido cuando su hermano le dijo que iría a Sitnor con ellos, rio como un niño con un nuevo juguete y, de cierta forma, fue escalofriante que lo hiciera. Iskánder se alejó de ellos después de eso, ya que estaba seguro de que el príncipe querría poner al tanto a su hermano de cómo serían las cosas en Sitnor. La noche pasó sin sobresaltos de ninguna clase y despertó cuando el campamento comenzó a ponerse en movimiento, antes del amanecer. Después de meditar por unos largos minutos si realmente merecía la pena dejar las mantas, Iskánder se sacudió la pereza y abandonó la comodidad del catre para ir a cumplir con sus obligaciones.

Le resultó asombroso el orden con que hacían todo. Su madre era de Dath Pont, Tesar,

aunque renegaba bastante de toda la rigidez con la que había sido criada; nunca había sido un ejemplo de la educación tesariana, por lo que su casa era, normalmente, un caos. Ni siquiera se le habían deshinchado los ojos después de la grandiosa noche de descanso que tuvo y los muy cabrones ya estaban absolutamente listos. Animales incluidos.

Tres mil doscientos hombres y mujeres formados en filas rectas. Las tiendas desarmadas, los carros juntos, los animales atados entre sí; los soldados llevaban sus armaduras puestas y estaban en completo silencio.

—Avancen cien —dijo el príncipe sin levantar demasiado la voz y un grupo dio dos pasos al frente. Se tomaron de las manos y aguardaron.

—*Yavik lazda* —dijo Leyna y no se vio una diferencia significativa entre los hombres que habían sido congelados por su orden. Leyna tomó a uno de ellos de la mano y todo el grupo desapareció.

A pesar de que el asombro se pintó en los rostros que estaban comenzando a iluminarse con la salida del sol, no se oyó ni una sola palabra.

—*Llegamos bien* —dijo Leyna a Iskánder.

—*¿Cómo te encuentras?*

—*Me tomaré un momento. Luego despertaré a los hombres y regresaré.*

—*Entendido.*

—Llegaron bien —dijo al príncipe y este relajó los hombros—. Leyna regresará en unos momentos.

—¿Se encuentra bien?

—Sí, dijo que se tomaría un pequeño descanso.

El príncipe asintió.

—¿Eso es normal?

—Para una tarea tan descomunal, claro que sí.

Volvió a asentir.

—¿Podrías preguntarle si está bien?

—Ya se lo pregunté, su Majestad —sonrió—. No hay nada de qué preocuparse.

Leyna apareció en el lugar que había marcado para hacerlo y el Segundo Príncipe intentó hacer un esfuerzo por no sonreír, aunque no fue muy bueno disimulándolo. Leyna, en cambio, lo miró apenas y volvió la vista hacia los soldados que aguardaban, mientras caminaba hacia Iskánder.

—¿Cómo estuvo?

—Fue más desgastante de lo que había imaginado.

—¿Reducimos el número de soldados? —preguntó Iskánder.

—No es necesario. —Leyna hizo una seña a su hermano y este se aproximó—. Tendré que dejar viajes para mañana, no me será posible llevar a todos hoy.

—Comprendo, no te preocupes.

—Quedará el campamento dividido, ¿dónde quedarás tú?

—Deja a las mujeres para mañana y ustedes quédense aquí así cuiden de ellas. Se quedarán a cargo del campamento. ¡Zel! —exclamó y el joven se acercó a ellos de inmediato—. Leyna te llevará a Sitnor ahora y te quedarás a cargo hasta que yo vaya en el último viaje de hoy.

—Entendido, señor.

—Preparen el campamento y aléjense de la zona que Leyna marque para hacer sus apariciones.

—Entendido, señor.

—No quiero ninguna clase de sorpresa desagradable, ¿comprendido?

—Sí, su Majestad.

—Excelente. Cuando digas, Ley —agregó en voz baja.

—Estoy lista.

Verj dio la orden y cien soldados más avanzaron. Repitieron el mismo procedimiento de la vez anterior hasta completar los ocho viajes que habían pactado y luego, Leyna dijo que tomaría un descanso, por lo que el príncipe dio la orden de romper filas

Iskánder la acompañó, armó una tienda para ella y la puso a dormir para que pudiera recuperar sus energías de forma más rápida, sin preocuparse por los sonidos exteriores, pensamientos, recuerdos, sensaciones o por alguna de esas ideas tan impresionantes que siempre aparecen cuando uno está a punto de dormirse.

Los soldados prendieron fogatas y se dispusieron a pasar el rato mientras se cocinaba el desayuno. Como Leyna necesitaría algunas horas para reponerse, Iskánder se acercó a las mujeres que eran alrededor de quinientas y estaban apartadas del resto. Les comunicó que permanecerían allí esa noche y serían llevadas en el último grupo, por lo que podían comenzar a armar sus tiendas nuevamente si así lo deseaban.

Cuando consideró que Leyna estaría repuesta, la despertó y Verj llamó a los hombres para una nueva tanda más de traslados. Al finalizar el día, Leyna había llevado a dos mil cuatrocientos hombres al otro lado de la frontera y estaba agotada, por lo que la puso a dormir después que ella terminó de alimentarse. Brodoslaw, el mago, e Iskánder se encargaron del lugar mientras la maga recuperaba sus fuerzas y, al amanecer, repitieron lo que habían hecho el día anterior.

Al estar todos en Sitnor, Leyna durmió por algunas horas y luego fue a Ciudad Capital con el primer grupo de magos; Ethan y Ajác le ayudaron a reponer sus energías para que pudiera regresar por los que quedaban.

Con las energías de Iskánder y de Brodoslaw, fueron hacia la capital con Zelig por última vez. El frente los esperaba.

Sur de Sitnor

Radjhá y Nihá encontraron una aldea de poco más de cien habitantes a orillas del río Mor, lo suficientemente lejos de la capital como para que no se cruzaran con ningún rostro conocido. Allí la vida era tranquila y sin sobresaltos, por lo que decidieron que, al menos por un tiempo, estaría bien ocultarse en ese lugar.

Habían convertido todos los objetos de oro que robaron del Palacio de Las Hojas en monedas con el sello de Sitnor, por lo que compraron tablas de madera, algunos muebles, telas y utensilios y una carreta lo suficientemente grande como para trasladar todo eso. Se ubicaron lejos de los demás habitantes y construyeron una cabaña pequeña para empezar. Era precaria, estaba algo torcida y no tenían la seguridad de que fuera a soportar una tormenta de viento, aunque siempre cabía la posibilidad de usar la magia para que no se desmoronara sobre sus cabezas.

Una mañana despertaron con una gran cantidad de gritos de alegría. Un coro de voces masculinas festejaba por algo y no pudieron ocultar su sorpresa y su curiosidad, por lo que salieron a ver qué ocurría. Una centena de soldados enfundados en sus armaduras formaban unas perfectas y simétricas filas, sin dejar de cantar. Estaban a alrededor de quinientos metros de su cabaña, lo que era muy cerca para su gusto.

—Tesarianos —murmuró Nihá.

—¿Cómo demonios?

Un brillo rojizo llamó su atención, pero no pudieron ver nada más hasta que, unos cuantos minutos después, un bloque de soldados inmóviles se materializó en otro conjunto de destellos.

—¡Un mago del sol! —exclamó Radjhá sin poder contener su sorpresa.

—Maga —señaló su compañera. Una mujer rubia y de vestidos voluminosos se paseó alrededor de los hombres, antes de despertarlos—. Está trayendo al ejército.

—No puede ser posible, ¿cuánta cantidad de energía tiene? ¿Cómo puede traer a tanta gente?

La mujer desapareció en otro chispazo y regresó a los pocos minutos con una nueva carga. Radjhá no salía de su asombro, y este aumentaba cada vez más al ver a toda la gente que estaba moviendo esa mujer. Nihá regresó a la cabaña, porque ya había visto suficiente, pero Radjhá no podía hacerlo, estaba tan maravillado como intrigado y necesitaba saber cuánto más podía hacer.

«Menos mal que nos salimos de todo esto. ¿Cómo hubiera sido capaz de vencer a alguien así? Ni siquiera podría pensar en enfrentarme contra alguien como ella».

Después del atardecer, la mujer dejó de transportar gente y cuando la noche ya no dejaba distinguir más que las fogatas del campamento, Radjhá se decidió a regresar a la cabaña y le contó a Nihá todo lo que había presenciado, aunque ella fue a acompañarlo varias veces y vio lo mismo que él.

Estaban cenando cuando oyeron voces afuera.

—Quédate detrás de mí, con tus poderes listos —susurró a Nihá y ella asintió. Abrió la puerta apenas y se encontró del otro lado a un hombre joven y de imponente aspecto, acompañado de una decena de soldados armados.

—Soy el Segundo Príncipe Verj —se presentó en sitnorense—. Como seguro han visto nuestra sorpresiva llegada, vengo a asegurarle que mis hombres no ocasionaran problemas en sus tierras, no habrá ruidos molestos ni vendrán hacia aquí a importunar a su familia. Mañana partiremos hacia el norte, cuando se haya reunido con nosotros el resto de nuestra gente.

—*Grracias*, su Majestad.

—¿Pyebrano?

—Huimos de la guerra. Son tiempos difíciles, su Majestad.

—Comprendo. Le deseo una buena noche, no se preocupe por mis hombres, por favor. —El príncipe retrocedió dos pasos y, luego, se dio la vuelta.

—No debería haberse tomado la molestia de venir hasta aquí, su Majestad, solo somos unos humildes campesinos.

El príncipe se detuvo y se volteó a mirarlo.

—No importa si es un campesino o un gobernante, señor, el miedo no distingue posición social. Soy consciente de la fama de los hombres de mi país y no quiero que las mujeres que nos crucemos en nuestro camino hacia el norte pasen la noche aterradas por ver nuestro campamento tan cerca, señor.

Radjhá sonrió y asintió. Parecía un buen hombre.

—Muchas *grracias*, su Majestad —dijo Nihá y se ubicó al lado de Radjhá.

El príncipe saludó con una reverencia, aun cuando ellos deberían haberlo hecho, y se marchó junto a sus guardias hacia donde las fogatas estaban encendidas.

Zart Vialh, Tesar

—Tienes que escucharme, maldita loca resentida. No es mi problema que no puedas manejar mis emociones. Yo no sé qué demonios puedes hacer tú con la magia y no por eso quiero asesinar a

medio mundo. Eres una adulta y debes controlarte.

—No entiendes nada, insensata. ¿Crees que esto es fácil? ¿Crees…?

—¡Me importa una mierda! Dejamos a Quentin solo, de repente, eliminaste nuestra conexión sin siquiera preguntarme si podías hacerlo. Me cansé de ti y de tu falta de coherencia. De ahora en más yo estaré a cargo, ¿me oyes? Solo yo. Tú serás lo que siempre fuiste. Una maga escondida. Y saldrás a flote cuando *yo* te necesite, cuando te lo ordene y cuando se me dé la gana. No antes, no después, no cuando tú quieras. Quentin es mi prioridad. Si no puedes entenderlo, es tu problema. Me necesita y lo necesito, así que ahora cerrarás la puta boca y te quedarás en esa maldita habitación hasta que yo te autorice a moverte, ¿de acuerdo?

—No, no lo haré. No tienes ningún derecho a darme órdenes.

—Sí que lo tengo, claro que sí. Tú no eras más que un reemplazo, alguien que padre creó. Yo soy la Ilsa original, la que vivió, la que conoció, la que viajó, la que amó, la que perdió. Tú no eres más que un maldito libro lleno de letras y los leerás en voz alta y sin tartamudear cuando yo te lo pida. Es la última vez que tendré esta conversación contigo.

Onix veía las imágenes casi idénticas de dos Ilsas discutiendo. De no haber sido porque una de ellas era un poco más grande, serían réplicas exactas. La Ilsa pequeña era la que Egil había creado y parecía que se encogía un poco más a cada palabra de la Ilsa verdadera. Él le había sugerido hablar con su parte nueva para poder conocerse, pero las cosas no estaban resultando cómo había imaginado.

Los ojos de la Ilsa maga se encendieron y Onix sintió un escalofrío. ¿Acaso podía lastimarse a sí misma? ¿Y si eliminaba su otra parte?

—No usarás la magia conmigo, porque sin mí, tú no existes. Si me lastimas, te lastimarás, si me matas, morirás y Quentin también lo hará.

«Tendría que haberlo previsto, no podría existir si se mata a sí misma» pensó el gato.

—Esto no está bien, es injusto, yo tengo tanto derecho como tú a ser libre…

—No si te comportas de manera tan irracional. Cuando comprendas, cuando te hayas dado cuenta de todo, podrás ser tan libre como yo, pero mientras tanto, te quedarás allí, sin molestar y sin dañarnos.

La Ilsa maga la miró con recelo. Como si algo en ella quisiera obedecer y, a su vez, no quisiera rendirse.

—Te dije que te fueras a esa habitación. Tengo que regresar con Quentin y no lo haré hasta que me obedezcas sin cuestionarme.

—Sabes que lo necesitamos, podemos seguir con esto después, cuando estemos con él…

—¡No! ¿Acaso no entiendes? No hay un nosotras, hay un yo. Yo soy la dueña de este cuerpo y de esta mente, tú no eres más que algo que yo misma creé por orden de mi padre… —Ilsa miró a Onix—. Eso es, gatito. Yo la creé, yo puedo eliminarla.

—Si la eliminas, todo lo que sepas se borrará —contestó el gato.

—Si pude aprenderlo una vez, podré hacerlo de nuevo.

—No puedes eliminarme, se lo diré a padre.

—Te dije que permanecieras allí. ¿Cómo quieres que confíe en ti si ni siquiera pones atención a lo que digo? Si no obedeces, te eliminaré.

La Ilsa maga retrocedió espantada ante la perspectiva de desaparecer, se acercó a la puerta que la otra Ilsa estaba señalando y se hizo una con las sombras que la rodeaban.

—¿Cuánto tiempo crees que obedecerá? —pregunto Ilsa al gato.

—¿Cómo puedo yo saberlo? Eres a ti misma a quien estás castigando.

—¿Te das cuenta de que esto no tiene nada de sentido?

—No todo en la vida lo tiene, Ilsa, pero a veces debemos adaptarnos a lo que nos sucede e intentar sacar el máximo provecho de la situación en la que estamos.

—Es la conversación más ridícula que alguna vez tuve, Onix. —Ilsa miró de reojo a su otra parte, quien los espiaba desde la puerta entreabierta que había creado en su mente para mantenerla controlada.

—Eso es porque eres joven, mi estimada Ilsa. La vida puede sorprenderte con muchas más situaciones completamente absurdas.

—Estoy discutiendo conmigo misma, pero a su vez, esa otra yo no soy yo. Apuesto a que nunca viste algo así.

—No, así no, eso es cierto. Aunque he visto algo parecido en magos que han perdido la razón.

—¿Y si perdí la razón? Onix, no quiero volverme loca.

—No lo has hecho, no todavía al menos.

—No eres muy alentador, ¿sabías?

—Tampoco puedo mentirte tan descaradamente.

—¿Qué sabes de él? —susurró.

—Lo escuché, sé que estás hablando de Quentin. —La otra Ilsa se acercó—. Quiero saber.

—Onix no dirá ni una palabra. No te has ganado el derecho de saber de Quentin, porque no me obedeces.

La Ilsa maga se apresuró a correr hacia la habitación, como si se tratara de una niña pequeña.

—Me comportaré, te lo juro. Solo… Solo déjame escuchar, por favor.

Ilsa movió la mano y la puerta se cerró. Onix fue capaz de sentir la desolación y la tristeza de la maga, encerrada allí, sola y regañada.

—Esto es una locura, Onix. ¿Podrías ponerme a dormir? De verdad que voy a terminar perdiendo la razón si tengo que soportar esto un día más.

—Has dormido mucho, Ilsa. Más de lo aconsejable. Tienen que acostumbrarse la una a la otra y si duermes nunca sucederá.

—Es que es muy desgastante, Onix, no te imaginas cuánto.

—Puedo hacerme una idea… De todas formas, no lo haré. Cuanto más tiempo pasen conviviendo, más rápido se acostumbrarán la una a la otra. No puedo dejarte ir hasta que seas una sola Ilsa.

—¿Y Quentin? No puedo quedarme, no puedo estar aquí, él está lejos. Duele la distancia, Onix, quema, asfixia.

—Lo sé, pero esto es todo lo que puedo hacer por ti. Tienes que asimilar a la otra Ilsa o, al menos, ser absolutamente funcional con ella. Tienen que poder entenderse por completo, aceptarse, comprenderse. No puedes marcharte siendo dos personas en conflicto.

—Pero ella…

—Y tú también. Eres necia e inflexible, pero te olvidas que ella no tenía consciencia de quién o qué era. Trabaja en eso, cede, conócela, escúchala, intenta entenderla, enséñale, háblale sin gritarle. Es otra parte de ti, trátala con respeto

—No hay tiempo para esto, maldición.

—Ya te lo dije, no te dejaré ir. Cede, muchachita.

El gato dejó la caótica mente de Ilsa, antes de que esa extraña y asfixiante situación terminara por arrancarle la cordura. Era, en efecto, lo más absurdo que alguna vez hubiera presenciado, a pesar de que había decidido hacer parte de su entrenamiento mágico en los

hospicios donde terminaban los magos que habían perdido el juicio. Sin embargo, no podía decirle a Ilsa que no sabía lo que estaba haciendo, porque no tomaría sus palabras en serio y terminaría por perderse en la locura de forma definitiva. Lo único que se le había ocurrido hacer, era intentar que sus dos partes convivieran el tiempo suficiente como para que pudieran estar juntas sin insultarse. Si lograba que la Ilsa de siempre asimilara a la otra de forma completa, sería un milagro.

Onix se encerró en el estudio de Egil y comenzó a escribir lo que había visto en esos pocos minutos con ella. Estaba llevando un diario de su trabajo con Ilsa, por si alguna vez a algún otro mago se le ocurría la irracional idea de hacer lo mismo que Lobo Blanco hizo con su hija.

24

Sitnor Ciudad Capital

El calor le sentaba bien, mucho mejor de lo que alguna vez hubiera creído. Las noches cálidas eran toda una novedad para él y, además, Iskánder Lavank había resultado ser un gran compañero de juerga, a pesar de que en un principio le había parecido demasiado serio y aburrido.

El señor Noah les había dado una semana de descanso antes de enviarlos al frente, ya que irían con Leyna y no marchando con el resto de hombres, por lo que pasaron esas últimas noches en la capital borrachos y de fiesta. Lo que más le había asombrado a Zel era que había burdeles y casas privadas y, en ambos lugares, no solo había mujeres, sino también hombres disponibles para el disfrute de los concurrentes. En los primeros, el control era casi nulo, el ambiente por demás relajado y alegre y casi siempre todo terminaba en una pelea que involucraba a la mayor parte de los asistentes. En las casas privadas, por otro lado, las cosas eran diferentes. Discretos, sobrios, música suave, ambientes oscuros. Un aburrimiento inmenso, en su opinión.

La primera noche habían salido con Quentin Guna y la hermana de Iskánder, Zaria, pero su idea de diversión se limitaba a sentarse a beber y apenas soltar dos palabras, por lo que Zel se imaginó en un principio que el resto de la noche sería igual de monótona y aburrida; sin embargo, Guna se fue temprano y Zaria salió prácticamente detrás de él. Cuando estuvieron solos, las cosas mejoraron bastante… y se descontrolaron considerablemente, también.

Zel despertó a mediodía con una resaca terrible, en una habitación un poco arruinada que nunca recordaba haber pisado, con una voluptuosa morena de un lado y un muchacho de cabello oscuro y piel bronceada del otro, que no estaba tan mal, pero que estaba seguro que no hubiera llamado su atención de haber estado sobrio. Zel se vistió y, después de acariciar por última vez las redondas y perfectas nalgas de la morena, dejó el cuarto. Se tambaleó por los pasillos y llegó a una taberna sucia, que apestaba a alcohol, sudor y humo.

—¿Iskánder Lavank? —preguntó. No sabía ni una palabra en sitnorense y no tenía idea de cómo iba a llegar hasta la casa de Iskánder, que era donde se estaban alojando Leyna y él. Para su alivio, la mujer que atendía rodeó el mostrador y lo condujo por el mismo pasillo hasta una de las habitaciones. Abrió la puerta y se marchó. Iskánder dormía enredado con una joven pelirroja.

—Despierta, debemos irnos, ya es de día —dijo, pero el mago no se inmutó. Zel tomó un vaso con agua y lo vació en su rostro, lo que hizo que Iskánder se sentara sobresaltado. Murmuró alguna cosa en sitnorense y, luego, se percató de que Zel estaba allí—. Ya es de día, mago, hay que irse.

—Por todos los cielos, mi puta cabeza —murmuró con la voz ronca.

—Haz alguna magia o algo para mejorarte y larguémonos, este lugar es una ruina.

—¿Cómo demonios llegamos aquí?—Iskánder se sentó en la cama y se llevó las manos a la frente.

—Lo mismo te iba a preguntar, tú eras el guía —rio.

—Eres una pésima influencia —dijo divertido.

—Eso no te lo puedo negar… —Zel recogió las ropas de Iskánder del suelo y se las lanzó —. Vístete y huyamos.

—Zaria va a estar muy molesta… y preocupada —dijo mientras se ponía los pantalones—.

Pero más molesta que preocupada.

—Leyna ya está acostumbrada… —dijo y encogió los hombros.

—Tendríamos que invitarla para la próxima —sugirió mientras se abrochaba la camisa.

—Verj me despellejaría vivo si se enterara. Es una muy mala idea.

—Puede no saberlo, no podemos negarle un poco de diversión, Zelig.

—Olvídalo. Además Leyna es por demás aburrida, tanto como tu hermana.

Iskánder resopló y luego, se dio vuelta para mirar a la cama.

—Vaya… —silbó—. Lástima que estaba tan borracho como para recordar qué demonios hice con esta señorita tan hermosa.

Zelig lo tomó del brazo y lo arrastró hacia la salida.

—Nos vamos, galán.

El sol les apuñaló los ojos ni bien pisaron la calle, y ambos fruncieron los rostros y se hicieron sombra con las manos, aunque el resplandor les resultaba igual de dañino.

—Estoy orgulloso de mí mismo —dijo Iskánder en un momento—. Ni aún borracho pierdo el buen gusto.

—¿Te quedaste pensando en la pelirroja? —preguntó Zel divertido.

—Es que… espero recordar en algún momento qué hice, porque sí que se veía bien esa muchacha.

—Lo que yo espero, es que sepas hacia dónde estamos yendo…

—La verdad es que no. —Iskánder se apoyó en una pared y se sostuvo la cabeza. Cuando volvió a hablar, lo hizo en voz baja—. Pediré ayuda a mis gatos.

Zel se sentó en una de las tantas tablas que había amontonadas en un rincón formado por dos casuchas, y esperaron por un largo rato hasta que el mago se incorporó y lo tomó del brazo, sin decir ni una sola palabra. Los gatos los orientaron y condujeron de regreso hacia el centro de la ciudad.

Ninguna de sus hermanas estaba en la casa cuando llegaron, por lo que continuaron durmiendo hasta el anochecer, cuando se levantaron y decidieron que una sola noche de diversión no era suficiente para enfrentarse a un tiempo indefinido en el frente.

La segunda noche Iskánder sugirió ir a una de esas casas privadas, pero después de dos tragos, partieron buscando horizontes más entretenidos, lo que los llevó a un burdel en iguales o peores condiciones que el de la noche anterior. Decadente, pero no por eso menos asombroso.

Las demás noches que le siguieron a esas fueron tanto o más caóticas que las primeras, pero gracias a algún dios de turno, no tuvieron peleas con nadie. O al menos no amanecieron con indicios de que así hubiera sido. Zel tenía la sensación de que en algún momento quiso besar a Iskánder, lo que hubiera hecho sin dudas, pero no estaba seguro de si era algo que imaginó en su borrachera o si de verdad había sucedido. El mago no dijo nada al respecto y él optó por hacer lo mismo, por si acaso.

Necesitaron más que magia para recuperarse de esa interminable resaca, y no hubo quien no se burlara de sus ojeras, su cadavérica palidez y su constante malestar estomacal, pero así y todo, Leyna los llevó al Puente Negro, junto a los tres Guna, Joshua Pronees, Zaria, Ajác y su esposo, Mihaí.

El calor del desierto sí que se le hizo insoportable, más que nada los primeros días, hasta que logró reemplazar todo el alcohol que llevaba encima con litros y más litros de agua. Zel no se acordaba si alguna vez había orinado tanto.

El grueso de las tropas sitnorenses estaba en Pyebra, en la zona ocupada. Querían conservar el

Puente Negro la mayor cantidad de tiempo posible y harían todo lo que estuviera en sus manos para no ceder territorio. Islery seguía siendo tan peligrosa como antes, dado que no habían podido hacerse con su espada encantada, y tenían miedo de lo que fuera capaz de hacer. No se atrevieron a regresar a Garhq Tahok, ni volvieron a mencionarla, como si eso fuera suficiente para hacerla desaparecer, aunque todos ellos sabían que estaba libre y seguía siendo una amenaza. La maga era impredecible, peligrosa y podía caer sobre Sitnor en cualquier momento. Sin embargo, estaba el asunto de sus ojos. Islery, al parecer, había obtenido ojos nuevos, de alguna retorcida forma, y no tenían ninguna clase de seguridad de si eso los beneficiaría o los perjudicaría. No sabían si su magia funcionaría igual o si se vería aumentada o debilitada por ese cambio, lo que los mantenía en un total desconcierto. Hasta que no la tuvieran en frente, no sabrían de qué era capaz.

El campamento de Sitnor se había convertido en una ciudad en sí, aunque dividida en secciones. Por un lado las tiendas de los sanadores, en el otro extremo las de las cocinas, había zonas de «entretenimiento», donde se habían agrupado todos quienes habían ido a acompañar y levantar los ánimos de las tropas, ya sea con alcohol, con apuestas o con sus cuerpos; zonas de entrenamiento, las tiendas donde se alojaban los soldados y, a las afueras, millares de refugiados. En el centro del asentamiento, se había levantado la tienda de mayor tamaño, donde se reunían a diario quienes estaban al mando.

De Ahrbak Ardhal habían salido vivos solo una centena de soldados sitnorenses y los tesarianos. Ninguno de los altos rangos había escapado al infierno que los magos pyebranos desataron en la ciudad, y no sabían qué suerte habían corrido.

De Garhq Tahok llegaron miles de ciudadanos, y apenas un puñado de soldados. Tampoco se supo qué destino tuvieron los demás. Las aldeas que había desperdigadas en el desierto habían recibido gran cantidad de refugiados, pero no había recursos, ni alimentos, ni tan siquiera dónde alojar a tantas personas, por lo que estos continuaron avanzando hasta que su viaje se vio impedido por el ejército de Sitnor.

Esa gente era un problema más grande del que podían imaginar, porque los pyebranos no se harían cargo de ellos y a los de Sitnor no les correspondía hacerlo. Además, había apenas una franja de unos pocos metros de tierras fértiles a la orilla del río Seco, que no era suficiente para ser cultivada. Sin mencionar la falta de herramientas y de granos para sembrar. Cuando el invierno llegara al continente, la situación se agravaría, seguramente, porque no habría agua suficiente para todos, mucho menos para mantener los pocos cultivos que lograran hacer crecer, si es que lo hacían.

Por la paga, o nada más que por el alimento, muchos se ofrecieron a luchar junto a los sitnorenses y tesarianos, pero no tenían entrenamiento alguno y, al final del día, no serían más que números que engrosarían las pérdidas de aquella absurda guerra.

Después de transcurrida una semana, en la que los refugiados cavaron varias hileras de tumbas, decidieron dejarlos ingresar a Sitnor, para que se establecieran cerca del primer bosque que hallaran. Un pequeño grupo de magos entrenados por Ajác y Mihaí acompañaron y guiaron a la multitud hasta donde el desierto Then Kua se convertía en llanura fértil y hasta donde el río daba vida a una cantidad considerable de árboles que pudieran hachar para construir sus viviendas. El Gobernador se encargaría de proveerlos de raciones de alimentos, herramientas y granos para que pudieran comenzar a trabajar la tierra y, luego, deberían valerse por sí mismos, adoptar el idioma de Sitnor y respetar sus leyes. Pero eso sería más adelante, si sobrevivían a su primera temporada allí.

Quentin encontraba cada vez menos sentido a su existencia. Se sentía pésimo por la distancia de Ilsa, porque parecía que ya no había nada que los uniera y necesitaba de ella, aunque no del mismo modo que antes. Sin embargo, había sido parte de su vida durante tantos años que le daba la impresión de que algo en él faltaba. Tantas veces deseó que Ilsa lo olvidara y que no sufriera por los kilómetros que los separaba, que en esos momentos en que su deseo se hizo realidad, se lamentó por no saber lo que implicaba perderla. Se preguntó si alguna vez volvería a verla y, si eso ocurría, si Ilsa sería capaz de reconocerlo. Sería raro verla y que fuera como estar frente una extraña.

«Es Ilsa, nunca será una extraña. Aunque ella no me reconozca, yo sé quién es y lo que significa para mí».

Dejó su tienda y fue a buscar a Josh. Quedarse más tiempo allí, pensando, solo serviría para empeorar su humor.

Cuando Noah asumió como Gobernador, Quentin regresó a Sitnor y Josh se quedó en Ahrbak Ardhal; desde entonces, apenas si tuvieron unos pocos días juntos, porque siempre había otras cosas de las qué ocuparse. Extrañó bastante, al principio, no tenerlo cerca, aunque luego las prisas lo obligaron a poner su atención en otros asuntos, lo que hizo que se acostumbrara a estar casi siempre solo. No podía decir que, en realidad estuviera solo, pero Josh había sido su único amigo, el único con quien podía hablar de todo o, simplemente, sentarse por ahí a pasar el rato en silencio, sin que eso resultara incómodo o aburrido.

Cuando estaba con Ilsa, el mundo cambiaba por completo, por supuesto. Y cuando conoció a quien en un inicio era Tareq, volvió a sentir lo mismo que cuando estaba con Josh, que lo podía llamar amigo, aunque apenas se conocieran. Sin embargo, resultó ser su hermano y eso le resultaba mucho mejor.

Por uno de los caminos que se abrían entre las tiendas, se cruzó con Zaria y se le hacía extraño que todo el tiempo se la encontrara, donde sea que fuera. Parecía alguna clase de sombra intermitente, o un perrito callejero buscando que se apiadara de él. Sin embargo, no tenía ganas de tenerla cerca. Le resultaba incómoda su presencia. Estaba bien para entrenar, porque se había vuelto bastante buena con sus armas y aguantaba mucho más que cualquier otro, casi tanto como Josh, pero no podía conversar de nada con ella fuera del campo de entrenamiento. De todos modos, Zaria parecía empeñada en… no sabía qué.

—¡Señor Quentin!

Quentin había intentado no verla, quizás así se libraba de ella, pero no tuvo suerte.

—Señora Zaria. ¿Has visto a Josh? —preguntó sin detenerse.

—No, señor. Me preguntaba si, tal vez…

—Más tarde, señora, necesito encontrar a Josh cuanto antes —mintió y ella se quedó donde estaba, gracias a los dioses.

—Tú sí que tienes tacto, ¿eh? —Ara se colgó de su brazo—. ¿Qué le dijiste a la pobre chica?

—Que buscaba a Josh —encogió los hombros.

—Por su expresión, pareciera que le desgarraste el corazón con tus propias manos

—No empieces… —murmuró y su hermana rio.

—Es que esa desolación en sus ojos…

—Por los dioses, ¿no tienes nada más que hacer? No sé, ¿ir a probarte un vestido, o incordiar a alguien más?

—Extraño mis vestidos… Los pantalones están bien para montar y eso, pero extraño las sedas. Quentin, ¡extraño mis vestidos! —se quejó, tironeando el brazo de su hermano.

Quentin se movió para librarse de las manos de Ara.

—Déjame en paz, ve a molestar a Ethan.

—Está ocupado.

—Entonces ve a ver a Zaria, que parece aburrida.

—Es aburrida.

—Bueno, ve a entrenar.

—Ya fui.

—Con razón apestas.

—¡Quentin!

—¿Acaso miento? Un chiquero huele mejor que tú —rio—. Deberías pedirle a Leyna alguno de sus perfumes.

—Esa maldita estirada —murmuró y Quentin volvió a reír.

—Veo que no es de tu agrado.

—Para nada. Además, no sé qué quiere con Josh, la malnacida. Se le pega como garrapata todo el maldito día. Un poco más y tendré que pedirle permiso para hablar con él.

—Tal vez su misión es protegerlo. No sabemos qué órdenes tienen los magos.

—Tonterías…

—Si no te conociera, diría que estás celosa.

—¿Sabes qué? Mejor me voy a ver a Zaria. Tal vez me diga porque te miraba de esa forma —dijo divertida.

—No juegues con eso, Ara. Una cosa es que me molestes a mí, que soy tu hermano, y otro que vayas con tus ideas raras a incordiar a alguien más.

—El amor no es raro, Quentin.

—Amo a Ilsa, ¿sí? Y no quisiera que por culpa de tus ocurrencias, algo saliera mal.

—¡Sabía que tú e Ilsa tenían algo! —festejó y Quentin sonrió.

—No en aquellos momentos, cuando lo dijiste en casa, pero…

—¿Se besaron? ¿Hicieron cositas?

—¡Ara, por los dioses! ¿Cómo se te ocurre preguntarme algo así?

—Espero que no me hagan tía pronto.

—¿Te das cuenta de que estamos hablando de cosas privadas en medio de todo el mundo?

—Como si al mundo le importara con quien te acuestas, Quentin.

—Pero a mí sí me importa, además… es Ilsa, por un demonio, ten un poco de respeto por ella.

—Iré a decirle a Zaria que no se haga ilusiones contigo. —Ara dio media vuelta y Quentin fue tras ella. Esta vez fue él quien la sujetó del brazo y la arrastró hacia donde iban en un principio.

—Tú no le dirás nada a nadie. Ni siquiera sabes qué es lo que le ocurrió.

—¿Ahora de repente no te molesto?

—Dejarte sola es un peligro, Ara. Ven, vamos a ver a Josh… y a Leyna —añadió solo para molestarla.

—Maldito seas, puedes ser un maldito grano en el culo si te lo propones. ¡Suéltame!

—Ni en tus sueños.

Alguien le dio un golpe en las costillas y Quentin quiso darse vuelta pero, antes de lograrlo, sintió que le rodeaban el cuello con un brazo y lo obligaban a bajar la cabeza.

—¿Por qué estás maltratando a mi futura esposa?

—Josh, maldición —dijo antes de darle un codazo en el abdomen, lo que fue como golpear

un muro de rocas y no causó ni una reacción en su amigo.

—Te has vuelto lento como una tortuga vieja. —Josh lo soltó.

—Estaba sujetando a Ara, imbécil.

Ara corrió hacia Josh y se colgó de su cuello, riendo.

—Mi hermosa Ara —dijo antes de besarla.

—¿Y si mejor se van a su tienda? —Quentin apartó la mirada.

—¿Vamos? —preguntó Josh, Ara rio y Quentin hizo una mueca.

—Luego, *bellezo* —dijo Ara y Josh se agachó para dejarla en el suelo—. Primero tienes que hablar con esta ruina que tengo por hermano.

—Te buscaré en el campo de entrenamiento, a ver qué tan arruinado estoy.

—No es necesario. —Ara comenzó a alejarse de ellos—. No quisiera herirte.

Quentin y Josh rieron y se quedaron viéndola mientras se marchaba.

—¿Qué pasa, Q? ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien. ¿Estás ocupado? —Josh negó moviendo la cabeza—. Tengo tiempo libre y poco que hacer en estos momentos, hasta la tarde no veré a los magos para mi entrenamiento, así que…

Josh le hizo una seña y se dirigieron hacia su tienda.

—¿Cómo llevas lo de Ilsa?

—Por extraño que suene, no me siento *vacío* como cada vez que estamos lejos. Me gustaría que estuviera aquí, por supuesto, pero es algo raro, como si estuviera cerca.

—A pesar de que está en Tesar…

—Sí, al menos la Ilsa nueva dijo que irían a Tesar. Mi estrella dijo que Ilsa está confundida y Onix dice que está lidiando con sus dos partes, pero de esto nadie dice nada y se siente… nuevo. Y raro.

—Al menos estás bien, y eso es algo bueno. No has bebido, no has peleado con nadie. Mientras se mantenga así…

—Tengo miedo de que no regrese.

—Es lo más estúpido que has dicho, y eso que dices muchas estupideces.

Quentin sonrió por unos segundos.

—Temo que su lado nuevo me robe a mi Ilsa.

—No será así…

—Si la hubieras visto en Morrau, bueno ya no es Morrau… En Ciudad Naga. Era otra persona, Josh. Con el cuerpo de Ilsa y su rostro, pero la forma en que me habló, sus gestos, su impaciencia, la hicieron ver como si fuera una persona diferente.

—Es que era otra persona. Aun así, la magia los une, Q. Contra eso no hay nada que hacer. Quizás deban conocerse de nuevo, quizás la Ilsa nueva resulte extraña, pero sabes que estará y que te necesita tanto como tú a ella.

—¿Qué harías si Ara dejara de ser ella y se volviera otra persona completamente diferente a la que tuvieras que conocer de nuevo?

Josh lo pensó por unos momentos.

—Me clavaría un cuchillo en la yugular, porque Ara es única.

—Bueno, la posibilidad de que eso le suceda a Ilsa es demasiado grande para mi gusto.

—Tienes un poder especial para deprimirme, maldito seas. Ahora no voy a poder dejar de pensar en eso.

Quentin rio.

—¿Qué te parece tu nuevo cuñado? —preguntó para cambiar de tema y quitar la angustia

que se había marcado en el rostro de Josh.

—Espera —dijo y comenzó a contar con los dedos—, tengo como cuñados al Gobernador de Sitnor, al carnicero de Sitnor, a un mago de seis años que puede cargarse dos Indignos en apenas unos minutos y todavía dar batalla y, como si fuera poco, a Tareq Sabah.

—Ethan.

—Ethan no tiene muchos registros en las páginas de la historia, pero Tareq sí. Y encima está casado con una sacerdotisa de Sinmá. La única viva, mejor dicho. Gracias a los dioses que nos conocemos de pequeños, sino no habría forma de que me acercara a Ara.

—Y te olvidas de Lena —rio.

—Por los mil infiernos… ¡Lena! Tienes una… ¿sobrina? Lo que sea… Pero esta muy perturbada y es demasiado peligrosa.

—Pero le caigo bien —dijo divertido.

—Yo no sé, no nos presentaron.

—Es un poco rara, sí. Bastante especial, como Astor, aunque con más muertes que yo en su espalda.

—¿Sí?

—No lo sé… —encogió los hombros—. Los sacerdotes del Gran templo y los morroínos que atacaron Erjathá después.

—Vaya, es cierto. Tienes competencia —dijo riendo

Vieron a través de las puertas abiertas de la tienda que Ethan se acercaba y Quentin lo llamó para que se les uniera.

—¿Y Vila? —preguntó Josh apenas Ethan puso un pie en la tienda—. Demonios, esa mujer sí que es imponente, y apenas es más alta que Ara.

—Ni lo digas. La primera vez que la vi, podría haber pedido trapear el suelo con mi cuerpo y yo hubiera estado encantado de tener ese honor. Y eso que recién despertaba después de meses de estar inconsciente.

Ethan se largó a reír y se sentó junto a Quentin.

—Cuando yo la conocí tenía la Lanza de Sinmá en sus manos y decapitó a un soldado sin que le *temblarra* el pulso. Después *destrruí* su templo porque Ajác casi me quita la razón y por eso Vila me desnudó y me dejó al sol *parra* que me *cocinarra*.

—La definición de romanticismo —rio Quentin.

—Creo que nadie en la historia ha tenido la suerte de tener una familia política como la mía —dijo Josh por su parte.

—Voy por cervezas, porque esto merece un brindis —dijo Quentin, divertido.

—¿De qué hablaban? —preguntó Ethan.

—De mis cuñados —respondió Josh y él asintió.

—No se olviden de Enara, entonces. Ustedes la ven como una muchachita tímida y bondadosa, pero tuvo las agallas de *trraicionar* a la persona más *peligrrosa* de Thoria.

—Y de enfrentarse al mago del sol de Viktoria —dijo Josh.

—Radjhá —asintió Ethan—. No sé cómo salió viva de eso, porque él la *hubierra* matado de haber tenido la oportunidad.

—Sí que nos gustan los peligros, ¿eh? —dijo Quentin— No podíamos fijarnos en una panadera, una florista…

—Lo llevan en la sangre —rio Josh.

—Vaya que sí —dijo Ethan divertido—. ¿Y *nuestrros padrres*?

—Se conocieron aquí, hace… No sé, un millón de años.

—Veintinueve, bestia.

—¿Cuando Pyebra quiso expandirse? —preguntó Ethan. Quentin asintió y él rio—. *Ahorra* entendemos el por qué de muchas cosas, ya veníamos predestinados.

—Ara es la más simple. —Quentin señaló a Josh—. Míralo, no vale ni su almuerzo, pobrecito.

Josh le dio un puñetazo en el brazo antes de que Quentin pudiera apartarse y Ethan se largó a reír.

—Tengo quinientos hombres a mi cargo, ¿y tú? Ni reflejos te quedan.

—Tengo fama —rio.

—De borracho y perturbado… —agregó Josh.

—Vamos a cambiar eso —dijo Ethan por su parte.

Leyna llegó en ese momento y aguardó afuera a que Josh le permitiera entrar, por lo que hizo una seña para que pasara.

—Tengo órdenes de llevar a los señores y a la señorita Guna a Sitnor.

—¿Qué sucede, Leyna? —Quentin se puso de pie de inmediato y un escalofrío le recorrió la espalda.

—No lo sé, solo que debo llevarlos.

—Demonios —murmuró Quentin—. Iré por Ara de inmediato.

—Ya mandé a que la buscaran, señor, debemos esperar a que llegue.

Esperaron por unos pocos minutos y, cuando Ara se presentó, Leyna la durmió después de haber pedido permiso para hacerlo y llevó a los tres a la capital. Noah estaba esperándolos en el salón de aparecer y los condujo en silencio hasta su estudio, al final del largo corredor de la planta baja del Palacio de Gobierno.

—Siéntense, por favor —dijo ni bien cerró la puerta—. Tengo noticias extrañas, que no sé cómo… interpretar.

—¿Qué sucedió ahora? —preguntó Quentin, hastiado.

—Fui a ver a la nana. —Noah hizo una breve pausa y bajó la vista—. El día que supimos la noticia de que Tareq era Ethan, pensamos con Quentin ir a ver a la nana para decirle sobre él. Después, entre una cosa y otra, lo olvidamos por completo. Hace un rato fuimos con Enara y la nana dijo que no era posible que él fuera Ethan, porque el niño… fue asesinado.

25

—No *comprrendo*. Yo… yo los vi, vi a *nuestrros padrres*. —Los miró a todos por unos segundos—. *Erran* ellos, puedo *asegurrárrselos*.

Estaba tan aterrado como confundido. No era posible, él *era* Ethan. Lo sabía, lo sentía, los había visto en sus recuerdos.

—¿Cómo que fue asesinado? —preguntó Quentin—. ¿Y su tumba?

—Ethan y Quentin desaparecieron de la Plaza de la Fuente uno de los días de celebración del aniversario de Sitnor. Quentin apareció herido y solo, vagando por las calles. De Ethan hallaron la cabeza ese mismo día y… partes de su cuerpo en los días siguientes…

—No puedes estar hablando en serio —sollozó Ara.

—… Aunque no todas ellas… Perdón.

—¿Quién puede hacerle algo así a un niño? —murmuró Quentin.

—Es imposible, yo… Lo lamento tanto. No *comprrendo* por qué los vi. *Perrdónenme*, nunca quise que algo así…

—¿Quién demonios eres? —Ara le puso un cuchillo en el cuello y sintió que su sangre se helaba. Ya no era Ethan para ellos, quienes creyó sus hermanos; había vuelto a ser Tareq, el traidor, el discípulo de Viktoria, aquel que no tenía escrúpulos, el que obedecía órdenes sin cuestionarlas.

—Ara, detente —dijo Noah, pero Quentin desenfundó una espada y lo apuntó con ella.

—¿Qué pretendías, Tareq? —Oírlo decir su anterior nombre le confirmó que no les quedaba ni un ápice de confianza en él y se sintió como una puñalada en el pecho—. ¿Cumplir con algún otro retorcido plan de tu señora? *Yavik lanta* —dijo y miró a sus hermanos—. Baja el arma, Ara. Estará inmóvil y no podrá hacernos daño. Entraré en su mente para hablar con él. No puede mentir allí.

Vio a Quentin poner su espada en su funda y, luego, sus ojos verdes se volvieron grises al utilizar sus poderes.

—*Quentin, tienes que creerme* —suplicó ni bien lo vio aparecer—. *Yo no sabía, no sé qué está sucediendo.*

—*¿Entonces Noah está mintiendo?*

—*No lo creo.*

—*¿Tú quién eres?*

—*No lo sé… Ya no sé.* —Su imagen mental se tomaba la cabeza, a la vez que caminaba de un lado al otro—. *Creí… creí que era Tareq, luego creí que era Ethan y ahora, no sé ni quién soy. No sé quiénes son mis padres, ni cómo es mi verdadero nombre. Creí que esos recuerdos eran ciertos, que eran míos, que ese niño era yo, que era mi familia a quien vi, ¿y ahora? Ahora todo es incertidumbre.*

Quentin se veía confundido y él estaba a su merced. No sabía qué podía esperar de Quentin. Podía matarlo si quería, podía expulsarlo de la ciudad, del país, del mundo, de su mundo. Podía arruinarle la vida si lo decidía, aunque su vida ya estada destruida. Era capaz de arrancar a Vila de su lado, si se lo proponía.

«Vila…»

—*Ivnez lazda* —murmuró Quentin y él sintió que el alma regresaba a su cuerpo. Aliviado, se acomodó en su asiento al verse libre. No los miró, a ninguno de ellos, no tenía el valor de

hacerlo. No sabía quién era, si era Tareq o si tenía algún otro nombre en el pasado. Quería alejarse de allí, de todo, de todos.

—Él dice la verdad —murmuró Quentin—. Perdóname. Tenía… Tenía que hacerlo. —Él asintió en silencio—. ¿Dónde está la tumba de Ethan? —preguntó a Noah.

—La nana dijo que en el mausoleo de los Orme, aunque no lo corroboré.

Vio a Quentin mirar a Ara y él también se percató de que estaba llorando en silencio, con el rostro escondido entre sus manos. Su hermano se acercó a ella y la abrazó. A él también le dolía verla así, pero no tenía ningún derecho ya, ni para tomar su mano, siquiera. ¿Cómo podía arruinarse su existencia, y la de ellos también, con apenas unas pocas palabras? ¿Cómo podía ser tan fácil destruir sus vidas?

—¿Por qué? —balbuceó Ara—. ¿Por qué nos hicieron esto?

—No lo sé —respondió Quentin.

—Perdóname. —Ara lo miró—. Fui una imbécil.

—No fue tu culpa —murmuró.

—¿Qué clase de macabro juego es este? —preguntó Quentin—. ¿Enara qué sabe?

—¿Puedo irme? —musitó.

—No —dijo Ara—. No irás a ningún lado.

—Déjalo —susurró Noah—, tal vez necesite estar solo.

—Es que no puede estar solo, Noah. —Se acercó a él y le tomó la mano. Aunque la desolación no se iba a ir, ese gesto lo hizo sentir algo mejor—. Nosotros nos tenemos, ¿y él?

—Ya no tengo nada que hacer aquí. —Quiso apartarse, pero ella no se lo permitió—. Solo soy un impostor, *ignorrante* de esta farsa, pero tan culpable como quien la orquestó.

—Digan lo que digan, tú eres mi hermano, aunque no lo seas. De alguna forma tienes los recuerdos de Ethan, que es más de lo que nosotros tenemos de él. —Ara terminó de hablar con un hilo de voz y Quentin los abrazó a los dos.

Se sentía como una mierda por haber jugado con sus esperanzas, por haber creado ilusiones en ellos y en él mismo, también. ¿Cómo no podía haber estado orgulloso de pertenecer a una familia como esa? Le habían dado un nuevo sentido a su existencia, y esa nueva verdad le había arrebatado todo en cuestión de segundos. Antes había una razón para el cambio que tomó su vida, parecía que todo había cobrado un sentido, pero en ese preciso momento, no le quedaba nada y las dudas comenzaron a asaltarlo nuevamente.

Sin embargo, algo de razón había en lo que Ara dijo. No sabían cómo ni por qué, pero él tenía recuerdos que no le pertenecían, que eran de un niño que había sido asesinado y cuyo cuerpo había sido profanado de forma horrible.

—Fuimos muy imprudentes con todo esto —dijo casi en un susurró, con la voz tan baja que apenas era capaz de oírse él mismo.

—¿Cómo íbamos a saberlo? —Quentin retrocedió, pero dejó la mano en su hombro—. ¿Cómo podíamos siquiera imaginar una atrocidad así?

Noah estaba más conmocionado que los demás, puesto que había permanecido en el mismo sitio, sin siquiera moverse, sin decir nada.

—¿Y ahora? —preguntó Ara—. ¿Qué haremos ahora? Noah, di algo, por todos los cielos.

—No lo sé… —Se pasó ambas manos por el rostro—. Estaba esperando que Tareq confesara que todo esto era una venganza de algún tipo, o una jugarreta sucia de esa gente, pero no esperaba que él fuera inocente. Perdón por dudar de ti.

—Yo tampoco *confiarría* en mí mismo, no con mis antecedentes, al menos.

—Fue todo muy fácil… —murmuró Quentin—. Aunque no logro comprender la razón de

esto aún, siempre me pareció extrañamente sencilla la forma en que supimos de Ethan. Él y yo lo supimos el mismo día, casi en el mismo momento. Y esta… cercanía con él, que no es solo mía, sino de todos.

—Debe ser porque tiene los recuerdos de Ethan —dijo Noah— El por qué de eso, es un misterio.

—Necesitamos a otro mago. Un maestro —dijo Ara—. Alguien que entre en las mentes de los dos. Que averigüen lo que Quentin vio ese día y por qué Ethan… —Ara cerró los ojos unos instantes, como si le doliera decirlo—. Tareq sabe lo que sabe, si es que quiere conocer la verdad.

—Ni siquiera sé si Tareq es mi nombre —murmuró.

—Yo estoy dispuesto a dejar que busquen lo que deban —dijo Quentin sin pensarlo, pero él tenía sus dudas. No estaba seguro de querer saber qué había sucedido, qué habían hecho con él o por qué razón había sido así—. Tú no tienes que hacerlo. No tenemos ningún derecho a pedirte nada más que disculpas…

—¿Ustedes? ¡No!

—Sí. Por alguna razón tú saliste perjudicado en todo esto, cuando eres completamente inocente. Debo pedirte disculpas en nombre de mi familia, porque esto se lo hicieron a ellos, a nuestros padres, abuelos o tíos… Vaya uno a saber quién y por qué. Pero tú eres el que menos relación tiene con toda esta locura.

—Algo habrá hecho mi familia, también… —Se masajeó la frente, intentando encontrar un poco de calma en esa acción—. No lo sé, no lo entiendo, me siento tan confundido y… *frrustrrado.*

—Es comprensible —dijo Noah—. Es tan terrible para ti como para nosotros.

—Necesito hablar con la nana. —Quentin se puso de pie, pero Noah lo tomó del brazo.

—No deberías, es muy doloroso para ella recordar ese evento.

—¿Con quién se supone que hable, entonces? Nadie era tan cercano como ella, que estaba en nuestra propia casa. Ni siquiera sabemos dónde está el resto de nuestra familia para saber más detalles.

—Astor… —murmuró y los Guna lo miraron—. Cuando estuve en Tesar, mencionó que Elisa le habló sobre Ethan y que luego él buscó en su mente para saber más. Me reconoció apenas me vio… Pero no me hagan caso, esto tiene cada vez menos sentido.

—No puedo hablar con Astor —dijo Quentin—. Está demasiado lejos…

—Dile a Leyna que vaya por él. —Noah lo miró.

«¿Seré Tareq, o también será otra mentira?» volvió a preguntarse.

—Leyna, ¿podrías ir por Astor? Tú sabes dónde se encuentra.

—Preguntaré a mi maestro.

El tiempo parecía correr más lento que lo habitual en esos momentos, ya que se le hizo una eternidad hasta que ella volvió a hablarle.

—No puedo, señor Ethan —oírla llamarlo Ethan se sintió peor de lo que creía. Era como si el cuchillo que tenía en el centro del pecho hubiera sido removido y enterrado un poco más—. *El maestro no lo permite en estos momentos, ya que el niño está ocupado.*

—Comprendo, gracias. —Miró a los Guna y negó con la cabeza—. Leyna no puede traerlo, está ocupado.

—Iré a ver a la nana. —Quentin caminó hacia la puerta y él lo siguió.

—Voy contigo.

—Yo también —dijo Ara, pero él la detuvo con un gesto.

—No, mejor quédate aquí. *Vendrremos prronto*.

—¡No es justo! También…

—Quédate —ordenó Quentin y Noah la tomó por los hombros.

—Esperaremos aquí —dijo el mayor, a pesar de las protestas de su hermana.

Se apresuraron a llegar a la puerta y, una vez fuera, Quentin pidió dos caballos a los guardias. Cabalgaron lo más rápido que el tránsito se los permitió por unas quince calles, aunque no estaba seguro de cuántas fueron. Quentin se detuvo en una casa pequeña, con un jardín amplio y bien cuidado. Ataron los animales a la cerca de madera y entraron. Él quiso ir a la puerta principal, pero Quentin le hizo una seña para rodear la casa.

—Yo entro por la puerta de la cocina —aclaró.

Un par de gallinas picoteaban entre las hierbas y no pusieron atención a los visitantes.

—*Apesta a muerto* —dijo Quentin cuando estuvieron a unos pocos pasos y él acudió a sus poderes.

Quentin abrió la puerta y entró sin decir una palabra. Se oía un zumbido, como si cientos de moscas enormes estuvieran revoloteando sobre algo, y el tufo se hizo insoportable.

—¿Nana? —preguntó y, en ese momento, se oyó un sonido repentino, como un latigazo. El olor fétido desapareció y se hizo silencio. A los pocos segundos se oyeron los pasos vacilantes de alguien que arrastraba los pies al caminar. Quentin sacó un cuchillo y lo escondió en su espalda. Una señora bajita y regordeta, de mejillas rojas y prolijamente peinada se dejó ver desde el pasillo.

—¡Quentin! Qué sorpre…

—*Yavik lanta* —dijo sin dejarla terminar de hablar y arrojó el cuchillo hacia ella, pero este se desvió hacia una de las paredes, a pesar de que la mujer estaba paralizada. Sin embargo, su estado duró apenas unos pocos segundos y, cuando se movió, una sonrisa maliciosa se formó en sus labios.

—Chiquillo astuto —murmuró. Sus ojos se volvieron rojos como brasas y desapareció.

—Mierda. —Quentin comenzó a arrojar al piso las sillas que había en su camino—. ¡Mierda!

—¿Qué demonios…? —preguntó, confundido.

—*Mueve todos los muebles* —dijo Quentin en su mente. Sacó una de sus espadas y se dirigió con cautela hacia el pasillo por el que había llegado la señora. Mientras se encargaba de cambiar de lugar el mobiliario, quien ya no tenía identidad ni nombre notó que tanto el zumbido como el olor fétido regresaron apenas la mujer desapareció—. *Ella se presentó aquí cuando llamé a mi nana. Seguro que puede oír todo lo que decimos, de alguna forma.*

—*¿Por qué…?*

—*La nana nunca me llama por mi nombre.*

El pasillo tenía una puerta abierta a cada lado y terminaba en una que estaba cerrada. Echaron una mirada a las habitaciones mientras pasaban y las vieron ordenadas, pero no había nadie allí. Él se adelantó cuando estaban llegando a la última.

—*Déjame.* —Quentin asintió y él levantó la mano para destrabar la cerradura. Se oyó un chasquido, la puerta se abrió apenas y el olor y el zumbido se intensificaron al instante. Le puso una mano en el pecho a Quentin para hacerlo retroceder—. *No entres, déjame a mí.*

Quentin ignoró su petición y se escabulló para abrir la puerta de un empujón. El cuarto estaba en penumbras y el fuerte hedor les dificultaba respirar allí, por lo que el muchacho corrió a abrir las ventanas. Cuando la luz invadió el cuarto vio que, sobre la cama manchada de líquidos oscuros, yacía de lado un cuerpo violáceo e hinchado; grandes moscas verdes lo cubrían y,

también, revoloteaban sobre los gusanos que se movían como un mar embravecido. Estos descendían hasta caer al piso y formar manchas blanquecinas e inquietas que se amontonaban sobre los charcos que se filtraban por los bordes de la cama. La escena era tan repugnante que tuvo que esforzarse para no vomitar y, también, para recordar que Quentin estaba a su lado; se acercó a él y le cubrió los ojos con la mano.

—No *mirres* —dijo y comenzó a dirigirlo a la salida de la habitación.

—¿Es la nana? ¿Qué demonios sucede? —Se apartó de él y miró hacia atrás. Sus ojos se desencajaron al ver la cama, por lo que lo empujó hacia la salida.

—Te dije que te *apartarras*.

—¿Qué…? ¿Qué le hicieron? —balbuceó, afectado.

—*Leyna, trae al señor Noah de inmediato* —dijo y le mostró una imagen del pasillo por el que estaban caminando.

—*Enseguida* —respondió.

Llevó del brazo a Quentin hasta el patio y lo ayudó a sentarse en un banco junto a la salida. Lo miró y vio que apenas pestañeaba por la conmoción.

—Quédate aquí, y hazme caso esta vez —dijo y regresó adentro. Se quedó mirando hacia el pasillo, hasta que Leyna y Noah llegaron. El olor a putrefacción descompuso a la maga ni bien se materializaron y él le señaló hacia atrás, a la salida, por lo que la muchacha corrió buscando aire fresco.

—¿Qué apesta? —preguntó Noah.

—*Crreo* que es tu nana —contestó con cautela. Hizo un gesto hacia la habitación y Noah frunció el ceño.

—La vi esta mañana, no puede ser. —Noah caminó hacia el cuarto, mientras buscaba un pañuelo en su bolsillo—. Por cómo huele, esa persona lleva varios días muerta.

Él le contó lo que habían visto apenas llegaron y Noah lo escuchó antes de decidirse a entrar.

—Te recomiendo que no *entrres*… Es bastante horrible ver el *cuerrpo* y tú la conociste en vida.

—Por eso es que debo verla. Necesito saber si es ella. —Él hizo una mueca y Noah le sonrió brevemente—. Ve con Quentin, yo estoy acostumbrado a esta clase de cosas.

Negó con la cabeza.

—Me *quedarré* contigo por si esa maga *aparrece* y *advertirré* a Leyna *parra* que cuide de él.

Noah asintió y él habló con Leyna, que ya se había repuesto. Tras ello, intentó hacer un poco más respirable el aire enrarecido y sacó por la ventana las verdes y pesadas moscas que revoloteaban sin descanso sobre el cadáver y alrededor de ellos. Cuidándose de no volver a ver el cuerpo, permaneció junto a Noah hasta que este dio por terminada la revisión, lo que fue alrededor de una hora después.

Ambos salieron hacia el patio cuando el sol llegaba a su cenit, aunque unas nubes esponjosas lo cubrían por momentos. Ara estaba allí, por supuesto, sentada junto a Quentin y tomada de su mano.

—¿El cuerpo es de la nana? —preguntó Quentin ni bien los vio. Noah asintió y Quentin apretó los puños.

—Regresen a la fortaleza, tengo que ir a ver a Ferdinand. Es su hijo —aclaró mirándolo y él asintió.

—¿*Quierres* que te acompañe?

—Espérenme allí, mejor. Enara debe estar preocupada. Ethan, envía guardias, por favor.

«Me llamó Ethan» sonrió por dentro. Hasta ese momento habían evitado llamarlo de alguna forma y él lo comprendía, ya que ni él mismo sabía quién era. No era Tareq, no era Ethan, no era nadie. Quería saltar y reír, volver a abrazarlos y olvidarse de la mentira que le dijeron a Noah, la que hizo dudar a todos de su identidad y que puso en riesgo su vida.

—No sé qué indicaciones dar —admitió, mientras intentaba ocultar el torbellino de felicidad en su interior.

—Yo me ocuparé —dijo Ara. Leyna los llevó de regreso al Palacio de Gobierno y, mientras Ara se ocupaba de los guardias, Leyna, él y Quentin fueron hacia la fortaleza.

—¿Quién era esa maga? —preguntó Quentin cuando Leyna se separó de ellos para ir a la casa de los Lavank—. Islery tiene los poderes de la Luna, la vi cuando estuvimos en Garhq Tahok.

—Temo que haya sido la Dama de la Cueva.

—¡Por un demonio! ¿Y por qué no acabó con nosotros?

—No lo sé, y es *extrraño* que ni *siquierra* haya intentado *atacarrnos*.

—Convengamos que nada tiene mucho sentido últimamente. Otra cosa que no comprendo es que… fue ella la que le dijo a Noah que tú no eras Ethan, por lo tanto, estábamos en lo cierto y de verdad eres nuestro hermano.

Noah lo llamó Ethan y fue por la misma conclusión a la que llegó Quentin, pero él mismo no se atrevió en decirlo en voz alta.

—¿Vamos al *cementerrio*? —preguntó en cambio—. No *quierro* correr el riesgo de *ilusionarrnos* en vano una vez más.

—Iba a preguntarte lo mismo, pero primero debemos advertir a Enara de todo esto. Ve con ella, avisaré a los guardias para que la acompañen.

«Qué mierda» pensó mientras se alejaba de Ethan, o Tareq… o no sabía cómo llamarlo ya. «¿En qué demonios estaba pensando esta mujer cuando se llevó a Ethan? Por más que nuestros padres hubieran hecho algo malo, él no tenía…»

Un estruendo a sus espaldas lo hizo sobresaltar y, cuando giró a ver, una inmensa esfera de fuego estaba desvaneciéndose en medio del patio central. Un griterío de pánico y sorpresa le inundó los oídos de urgencia, desesperación y temor.

—*¡Quentin!*

—¡Ethan! —exclamó él al mismo tiempo, reaccionando ante el sorpresivo ataque. Desenfundó sus dos espadas y se largó a correr hacia donde se encontraba su hermano. Sí, para él era su hermano, sin importar lo que esa vieja demente dijera—. *Ve con Enara, tenemos que protegerla de ella.*

Su avance se vio impedido cuando una anciana, de cabello blanco y ojos rojos, apareció delante de él. Los guardias no tardaron en salir del pequeño cuartel y rodearlos.

—Al fin se digna a aparecer —sonrió Quentin, al tiempo que les hacía una seña a los hombres para que se mantuvieran alejados—. Pensé que solo era una vieja cobarde.

—*¿Qué demonios haces?* —preguntó Ethan, desesperado.

—Decidí dejar de ser una leyenda —contestó con calma la vieja mujer.

—*Les doy tiempo* —dijo en la mente de Ethan y, luego, habló en voz alta—. ¿Leyenda?

—Mi nombre inunda las páginas de los libros de historia.

—*¿Y tú?*

—*Lleva a Enara a los pasillos. ¡Apresúrate!* —respondió a Ethan y, luego, agregó en voz

alta—. Usted no es más que una fábula.

—Mocoso insolente —masculló.

—Que yo sepa, se esconde detrás de un ridículo apodo y nadie vio su rostro hasta ahora… —Quentin sonrió de lado—. Si yo estuviera orgulloso de mis actos, no me escondería como usted, vieja cobarde.

Un rayo rojizo salió de una de sus manos y Quentin, en un movimiento instintivo, levantó sus espadas. Gracias a la protección de Onix, de su estrella o de algún dios de turno, la magia se reflejó al tocar los filos y regresó hacia la Dama, aunque se desvaneció antes de alcanzarla. Quentin rio, la mujer frunció el ceño y todo su rostro se arrugó en una horrible mueca.

—No es ni fábula, siquiera… Tal vez, un cuento de brujas, como los que la nana me contaba antes de dormir.

—¿Por qué Tareq está vivo?

—Tareq ya no existe. ¿Qué quiere aquí? Aparte de destruirnos, matarnos, escombros y cenizas y bla, bla, bla.

—Tareq debería estar muerto. ¡Ustedes debían hacerlo! —La mujer levantó una mano y los músculos de Quentin se tensaron todos a la vez. Sin duda lo atacaría, pero su problema era que no tenía forma de saber dónde, ni de qué forma. Acudió a sus poderes, a pesar de que no sabía muy bien cómo utilizarlos; sin embargo, era consciente de que su uso le daba mucha más agilidad.

La vieja mujer expresó su frustración lanzando contra él otro rayo de energía, que se desvió al alcanzar su arma.

—¿Por qué quiere a Tareq muerto?

—Así debía ser. Tú y tus hermanos tenían que…

La Dama quedó en silencio cuando una esfera de luz rojiza la envolvió.

—Señor Quentin, ¿está herido? —Leyna apareció a su derecha y él negó con un gesto.

—¿Qué dice? —señaló a la mujer.

—Está furiosa. Tienen que matar a Tareq… Ethan. Ethan Guna tiene que morir…

—*Qué sinsentido…* —dijo en la mente de Leyna—. *¿Qué haremos con ella? ¿Puede escapar de allí?*

—*Lo hará, cuando se dé cuenta que puede desaparecer. Creo que está demasiado molesta quejándose; no sé si podré hacer algo cuando decida salir.*

—*¿Puedes alejarte de aquí y aún mantenerla encerrada?*

—*No mucho.*

—*Iré por Ara y por Noah, ve hacia mi casa, busca a Ethan y a Enara y llévalos a cualquier otro sitio, lejos de aquí.*

—*Comprendo.*

—*Fuera de Sitnor, en lo posible.*

—*¿Y usted, señor?*

—*Me las arreglaré. Mantenlos lejos, aunque protesten. Si puedes, regresa por Noah y Ara, los llevaré al Palacio de Gobierno.*

—*Entendido, señor.*

—*Duérmelos, si tienes que hacerlo.*

—*Como ordene, señor.*

—*Gracias, Leyna.*

Quentin hizo una burlona reverencia hacia la esfera, a la señora que se quejaba y lo amenazaba. Mientras corría hacia las puertas enrejadas, les ordenó a los soldados que avisaran a

todos los que pudieran que se encerraran en sus sótanos o que se alejaran hacia los suburbios. No sabía qué sucedería una vez que la demente mujer quedara libre, aunque estaba seguro de que no iba a llenar las calles de flores; más bien, sería todo lo contrario. Las llenaría de muertos.

Encontró a Ara en su camino hacia el Palacio de Gobierno y le informó de lo que estaba sucediendo. Creyó que su obstinada hermana querría continuar hacia la fortaleza, pero obedeció sin cuestionarlo cuando le dijo que esperara a Leyna en la habitación que usaba para aparecer.

Se quedó parado a mitad de la plaza, mientras intentaba recordar dónde vivía Ferdinand. Noah volvería hacia la fortaleza y no tenía ninguna forma de hacerle saber lo que estaba ocurriendo, a menos que se cruzara con los soldados y estos se lo advirtieran.

Algo explotó en la fortaleza y Quentin se sobresaltó. Una gran nube de humo y polvillo se levantó tiñendo el cielo de gris y pánico.

—¡Corran, maldición! —exclamó para hacerse oír—. ¡Aléjense del centro!

El griterío no tardó en cubrir sus palabras, pero continuó intentando alejar a las personas, que corrían en todas direcciones.

—*¿Qué demonios estás haciendo?* —Ethan se oía molesto—. ¡*Leyna nos trajo a Tesar!*

—*Intento que no los maten. Quédense allí, por todos los cielos.*

—*¡Estás loco! No podrás contra ella, no estando solo. Yo puedo…*

—*Te quiere muerto y no pienso darle el gusto. No puedo distraerme, perdóname.*

Quentin dejó de prestarle atención a sus protestas y se largó a correr hacia la fortaleza. Tenía que impedir que Noah llegara antes.

«¿Y si…?». Se detuvo antes de llegar a la calle, cerró los ojos y pensó en Noah, en cómo se veía, su altura, su contextura física. Se concentró en recordarlo lo mejor posible y, cuando se formó una imagen de él, abrió los ojos.

—*Ecsa lazda* —murmuró. Nunca había probado encontrar un objeto que no podía ver, y mucho menos una persona. No sabía si se materializaría allí, si sería arrastrado por las calles hasta llegar a él o cómo resultaría, por lo que se preparó para amortiguar su caída o detener su avance.

«Soy un imbécil, podría matarlo» pensó mientras esperaba. El tiempo parecía haberse detenido por completo, porque no escuchaba a la gente ni a los caballos que corrían a su alrededor. Ni siquiera estaba seguro de estar viendo algo de lo que sucedía. No sabía si era por el miedo que sentía ante la posibilidad de herirlo, si era porque temía que las palabras de poder no funcionaran con personas o por la ansiedad que le provocaba el caos que reinaba en la ciudad en esos momentos; quizás, sus sentidos se habían apagado ante la sobrecarga de emociones.

Una esfera de luz dorada, como la de los Indignos, apareció frente a él y retrocedió, entre aterrado y alerta, y desenfundó sus armas nuevamente. La esfera se deshizo y Noah quedó a la vista. Quentin suspiró aliviado y guardó sus espadas.

—Corre —señaló al Palacio de Gobierno.

—¿Qué demonios fue eso?

—¡Magia! —Quentin lo agarró del brazo para llevarlo con él—. La Dama regresó y no está feliz.

—Casi me matas del susto, maldición.

—Perdón —dijo antes de soltarlo—, no tenía forma de informarte lo que estaba ocurriendo. Envié a Enara a Tesar, con Ethan. Leyna los llevará a Ara y a ti ahora.

—«¿Los?» ¿Y tú?

—Dijo que quiere a Ethan muerto. Aunque primero dijo Tareq… da lo mismo. Dijo que teníamos que matarlo y quiero saber por qué.

Noah lo tomó del brazo y se detuvo.

—Te irás con Ara. Yo no puedo dejar la ciudad.

Quentin negó con la cabeza.

—De ninguna manera. No. No te dejaré aquí, no te quedarás para que te mate solo por un ridículo capricho.

—Soy el Gobernador y…

—*Kystha lazda*[43]. No me dejas opción. —Quentin cargó a su hermano lo mejor que pudo y retomó su camino hacia el edificio—. Que se joda Sitnor, Noah. Si estás muerto, tampoco servirás de mucho para la ciudad, pero yo te quiero vivo y Enara te necesita. No voy a dejar que mueran por las ideas de esta absurda mujer. Vaya… Sí que pesas, desgraciado.

Quentin pateó la enorme puerta tallada para abrirla y dejó a Noah a los pocos pasos. Corrió hacia las escaleras y comenzó a llamar a Ara y a Leyna, hasta que ambas salieron de la habitación y pudo verlas asomando por los barandales de la escalera.

—Vengan —dijo y comenzó a retroceder—. Noah no quería dejar la ciudad y no pienso subir las escaleras cargándolo.

Leyna sonrió al verlo paralizado, pero Ara se largó a reír.

—Lo despertaré en Tesar, para que no dé problemas, señor —dijo Leyna y Quentin asintió. Se acercó a Ara y la abrazó por unos momentos.

—No sé… —carraspeó para aclararse la garganta—. Espero que pueda verte de nuevo —dijo. Le dio un beso en la cabeza, les dio la espalda y abandonó el edificio.

No quería ver a Ara triste, ni retrasar más su partida. Cada segundo que estuvieran allí, era tentar al destino y este se estaba volviendo cada vez más caprichoso y despiadado. No quería perder a sus hermanos, no quería que Josh, Enara o Vila sufrieran por ellos. Si tenía que ser alguien, que fuera él. Ilsa… Ilsa parecía ya no existir, de todos modos. Parecía que ya no estaba, que no había nada que los uniera; habían pasado más de dos semanas y no tenía noticias de ella. No la sentía, no la necesitaba como al aire y, si él podía ser una persona normal sin ella, aunque la pensara con cada fibra de su ser, Ilsa no lo lamentaría demasiado. Tal vez un tiempo, tal vez ni siquiera era un recuerdo para ella.

Quentin se ubicó en medio de la plaza y esperó. No había quedado nadie a su alrededor, ni soldados, ni civiles, ni animales ni carretas, pero se oía a lo lejos cómo algunos edificios se derrumbaban. La atmósfera era opresiva, entre la pesadez del clima y la de la propia incertidumbre.

Se preguntó qué demonios quería lograr esa mujer, además de causar daños irreparables en la ciudad. O en cualquier lugar donde pusiera los pies.

«Naga» pensó.

Naga estaba en casa de Tanáel. Aunque ya solo era un cuerpo que se deterioraba un poco más a cada día. Desde el primer momento había pensado en que sería más humano apresurar su partida definitiva, pero no había podido consultarlo con nadie. Se dirigió hacia la casa de Tanáel y forzó la puerta. Le daría a Naga una muerte digna; no sabía si estaba sufriendo, o si sentía algo, siquiera, pero no merecía terminar sus días consumido por el tiempo, sin poder hacer nada para evitarlo. Se apresuró a subir las escaleras e ingresó a su habitación.

—Adiós, Naga. Gracias por todo lo que hiciste por nosotros. —Tomo su mano, huesuda y reseca, y entró en su mente. No había nada, ni sonido, ni luz—. *¿Naga?*

No hubo ninguna clase de respuesta, por supuesto. Salió de aquel frío lugar y lo miró unos segundos más. Apoyó la frente en su mano y murmuró las palabras de poder que acabaron con su vida.

Cuando se incorporó, vio que cientos, o quizás, miles de luces doradas y diminutas descendían desde el techo y se posaban sobre el cuerpo inerte de Naga, hasta cubrirlo por completo.

—*¿Estrella? ¿Qué hice?* —preguntó aterrado. Quentin no entendía qué estaba sucediendo —. *¿Por qué…?*

—*No temas, Quentin Guna. Los Astros hemos venido por Nagalíjakh Barbreti Monteftonra. Es nuestra forma de agradecer y honrar su paso por tu mundo. Vete, ahora. Vete y déjanos hacer.*

—*Pero su cuerpo…*

—*Lo llevaremos con nosotros, porque no merece ser alimento de los gusanos, Quentin Guna. Merece brillar en el cielo nocturno, ser luz hasta el fin de los días. Alumbrar los cielos, guiar a los viajeros, sembrar esperanzas…*

Él asintió y sonrió.

—*¿Estás aquí, estrella?* —preguntó ilusionado y, al momento, una de esas pequeñas luces ascendió hasta la altura de sus ojos. Quentin sonrió aún más. Le hubiera gustado tocarla, para saber qué se sentiría hacerlo, le hubiera gustado tomarla entre sus manos y guardarla en un bolsillo, para que estuviera siempre cerca. Le hubiera gustado hablarle un poco más, quedarse con ella, para no sentirse tan solo como se sentía desde que Ilsa se había ido. Antes de que sus malos pensamientos terminaran por consumirlo, les dio la espalda a los Astros y trabó la puerta al salir.

Afuera, el cielo se había cubierto de nubes oscuras y Quentin sonrió. Por lo general, no le agradaban las tormentas, menos aún las de finales de verano, porque eran ruidosas, los vientos siempre muy fuertes y las abundantes lluvias solían llegar acompañadas de granizo del tamaño de su palma; sin embargo, una tormenta de esas podía llegar a arruinar los planes de la odiosa Dama de la Cueva y eso significaría que… solo serviría para postergar lo inevitable.

Quentin resopló y maldijo, mientras corría hacia el cuartel del ejército, un edificio de piedra gris, cuadrado y de simple arquitectura, que estaba al otro lado de la Plaza de la Fuente.

—*Ethan, ¿Leyna está allí?*

—*¿Estás bien?*

—*Sí.*

—*Está aquí, esperando órdenes. Noah quiere que lo regrese, Enara también. Yo también. ¿Por qué hiciste esto?*

—*Hay gente que espera por ustedes.*

—*Déjate de estupideces, nosotros esperamos por ti, Ilsa…*

—*Me extrañarán un tiempo, pero seguirán con sus vidas. Ilsa ya no está, no sé dónde está, pero se alejó. Se fue, no la siento, es como si no existiera en lo absoluto… Ya da igual lo que sea de mí.*

—*¿Dónde estás?*

Quentin no respondió. No los quería allí, los quería vivos, aunque significara morir solo.

«Todos mueren solos» pensó antes de atravesar el rectángulo de madera negra que era la puerta del cuartel y se encontró con un mundo de gente que iba y volvía con tanta urgencia que lo creyó irreal. Las calles de la ciudad estaban vacías y en silencio, pero parecía que toda la vida se había concentrado en ese solo lugar.

Quentin caminó buscando a algún superior, pero no había nadie a la vista. A quienes preguntaba, no sabían qué responderle, o lo enviaban de un lado al otro, pero no lograba encontrar a quien estuviera a cargo. Ni siquiera sabía un nombre como para agilizar la tarea. Al

final, terminó por saltar sobre el escritorio de la recepción para hacerse escuchar. Los soldados lo miraron confundidos e hicieron silencio cuando él levantó ambas manos para llamar su atención.

—La que está afuera es la Dama de la Cueva. Si van a salir, escóndanse lo mejor posible, porque apenas ponga sus ojos en ustedes, estarán muertos. Al parecer, está sola, pero no sería extraño si trajera compañía. No sé si las flechas servirán de algo contra ella, por lo que no tomen riesgos innecesarios y no se expongan.

Quentin saltó hacia el suelo de nuevo y sus botas resonaron en el salón, que parecía haber quedado vacío por el silencio que los rodeaba. Caminó hacia la salida, con toda la intención de regresar a la plaza.

—¿Y usted, señor? —preguntó alguien entre todos ellos y Quentin se detuvo.

—No lo sé. —Quentin se pasó una mano por la cara. Ni siquiera había pensado qué demonios hacer—. No lo sé, solo intentaré que no me mate.

Continuó hacia la salida y, una vez en la plaza, miró hacia el laberinto. Recordó cuando el mundo no estaba tan loco ni todo era tan malo, cuando se pasaba horas allí dentro con Josh, bebiendo y perdiendo el tiempo. Sonrió apenas. Sería más fácil si Josh estuviera allí, aunque estaba seguro que lo habría enviado a Tesar con los demás, de haber estado en la capital. Tal vez, no habría una última aventura con Josh, tal vez el último recuerdo que su amigo tendría de él era riendo en su tienda… Tal vez sería mejor así.

Se paró en medio de la plaza y se preguntó si sería mejor esperar hasta que ella llegara o si sería mejor salir a buscarla. Quizás, si destruía algunos edificios de los alrededores se calmaría, aunque podía suceder lo contrario y enojarse un poco más con cada minuto que moría. Se preguntó, también, cómo harían los magos para hablar para que todos los escucharan por encima de los demás ruidos. Tendría que habérselo preguntado a Ethan antes pero, hasta ese momento, no había sentido la curiosidad ni la necesidad de hacerlo. Le hubiera sido útil poder decirle que estaba esperándola. También hubiera sido útil que los maestros estuvieran allí, ¿qué podía hacer él? ¿Y por qué demonios ni siquiera había pensado en eso antes?

—Ethan, pregúntale a Leyna si puede traer a los maestros de Erjathá.

—¿Qué sucede?

—Nada. La ciudad está en silencio.

—¿La Dama?

—Eso quisiera saber. No se oyen edificios cayendo, ni gente gritando… Quizás se fue.

—Lo dudo.

—Tal vez esté tratando de destruirme los nervios.

Quentin continuó esperando, pero lo único que ocurrió fue que vio salir del Palacio de Gobierno a Leyna, Áliza, Dima y Shanyi. Se apresuraron a llegar hasta él y recién cuando lo alcanzaron vio que también Ethan estaba con ellos. No sabía si alegrarse o si enojarse. Le gustaba que estuviera a su lado, pero hubiera preferido que se quedara con los demás, a salvo.

Quentin frunció el ceño y él encogió los hombros.

—Recibo *órrdenes* de mis *maestrros*, esto no tiene nada que *verr* contigo.

—Comprendo. —Quentin sonrió, al fin, y Ethan le guiñó un ojo. Se sentía bien estar junto a él.

Leyna, Ethan y los maestros hablaron en pyebrano y Quentin se quedó en silencio, porque apenas entendía algunas palabras sueltas de lo que estaban diciendo.

—¿Cómo hiciste para *trraer* a Noah? —preguntó Ethan.

—No lo sé, solo pensé en él.

—¿Crees que podrás traer a la Dama? —preguntó Dima.

—Podría intentarlo, aunque no deberían confiar esa tarea en…

—Eres el único que lo ha hecho con éxito, Quentin —dijo Ethan—. De por sí es difícil hacerlo con un objeto inanimado… Con una persona es casi imposible.

—Mierda… Bueno, cuando me digan —dijo y encogió los hombros. Los demás se separaron y formaron un círculo.

—Hazlo —dijo Áliza y Quentin asintió. Cerró los ojos y pensó en la señora, trató de recordar todos los detalles que había visto en ella. Su vestido rosa pálido, el collar de perlas que rodeaba su arrugado cuello, el broche dorado con forma de abeja que adornaba su cabello blanco, sus ojos, sus gestos, su altura. No podía recordar sus manos, ¿serían importantes? Sería bueno que apareciera sin manos, después de todo, eso le dificultaría un poco dirigir la magia. Obvió las manos, se concentró en lo demás y abrió los ojos.

—*Ecsa lazda* —dijo y vio a los demás tensarse, pero fue lo único que fue capaz de percibir porque, nuevamente, le pareció que todo se detenía. En esa ocasión no tenía más referencias que los magos que estaban frente a él, pero la sensación era la misma. No sabía si iba a funcionar otra vez, quizás antes había sido solo buena suerte de principiante, o porque conocía a Noah demasiado bien.

«Y él tenía manos» pensó divertido.

Funcionó, para su asombro, y la esfera dorada que la contenía se deshizo ni bien tocó las piedras del sendero en el que estaban. Y ahí fue cuando todo se volvió… un caos.

26

Lo primero que Quentin vio fue que el aire frente a él se distorsionaba en cientos de círculos concéntricos. Dima levantó ambas manos con sorprendente lentitud y un escudo de luz celeste verdosa se creó delante de él; sin embargo, vio cómo este se deshilachaba en el aire. El extraño espiral que deformaba la realidad siguió su curso sin que nada pudiera detenerlo y, aunque Dima intentó escapar, no fue lo suficientemente veloz. El remolino alcanzó primero el centro del cuerpo del maestro y Quentin vio, inmóvil y horrorizado, cómo su vientre se abría y a esa herida se le sumaban más a cada momento, hasta que solo quedó de él una estela de sangre, vísceras y huesos destrozados.

Todo eso sucedió en lo que tardaba Ethan en completar un paso, en lo que Shanyi condensaba una esfera de rayos en la palma de su mano, en lo que Áliza extendía una cadena de luz para interceptar el extraño remolino, en lo que Leyna desenfundaba una espada dorada, delgada, fina y delicada como la que vio en manos de quienes quisieron secuestrarlos a Josh y a él, tantos años atrás.

Quentin quiso retroceder, pero su cuerpo estaba paralizado. Sus manos no se movían, ni sus ojos, ni su maldito cerebro. Era consciente de lo que estaba ocurriendo, pero veía todo como si transcurriera muy despacio, demasiado despacio, y lo mismo ocurría en su mente. No podía pensar, tan solo observar.

La Dama de la Cueva se giró hacia Leyna; sus manos se extendieron y apuntaron hacia la joven, que no tuvo la suerte de poder desaparecer por completo. Su pierna hasta la rodilla quedó en el mismo lugar en que estaba parada.

—Tiene manos —dijo, aletargado, pero al no escuchar su voz, se dio cuenta de que no oía nada.

Sus ojos se quedaron fijos en la pierna de Leyna, en su bota de cuero blanco, en la piel casi tan pálida como su calzado, en la sangre que brotaba de la herida y caía pintando largos y llamativos caminos al derramarse hacia el suelo.

La vieja señora se giró hacia Áliza, que estaba junto a Ethan.

«No, él no. No puede quitarnos a Ethan otra vez».

Le ordenó a sus brazos que se movieran, pero estos no respondieron. Quería gritar, correr, hacer algo…

Vio las manos de Áliza moverse despacio, como si le pesaran toneladas, y también vio cuando unos gruesos lazos luminosos comenzaban a nacer de las palmas de Ethan. Le desesperaba ver lo lento que crecían y cuánto tardaban en extenderse, pero de un momento a otro todo regresó a su curso normal. Los lazos de Ethan se enroscaron en el cuello de la vieja mujer y, a su vez, otros lazos azulados le cubrieron los ojos. Las manos de Quentin al fin fueron libres y pudo desenfundar sus espadas.

La Dama desapareció, liberándose así de las cuerdas que la sujetaban, y volvió a presentarse detrás de Áliza. Ethan saltó hacia un lado y la maestra quiso imitarlo, pero una lanza de luz roja, como los encendidos ojos de la señora, la traspasó y salió del medio de su pecho. Shanyi gritó y Ethan cayó al suelo, conmocionado. Quentin se apresuró a acercarse a él y lo ayudó a ponerse de pie.

—Traten de sujetarla nuevamente —susurró y, luego, levantó la voz—. Todavía no me respondió por qué quiere a mi hermano muerto, ¿será que los años le afectaron la memoria?

La señora lo miró, con el rostro deformado por su furia.

—Maldito imbécil.

Sus ojos parecieron encenderse aún más y a Quentin le corrió un escalofrío por la espalda.

—Parece que es lo único que puede decir. Me pregunto si también sus años le afectaron el habla.

La señora le respondió con una ráfaga de viento caliente, como si hubiera abierto las mismísimas puertas del infierno, y Quentin se resguardó detrás de sus espadas, porque no se le ocurrió qué más hacer. Estas nuevamente funcionaron como un escudo mágico, que desvió la correntada de aire hacia los lados de su cuerpo. Tenía tan pocos recursos, que se preguntó si era apropiado seguir provocándola de esa forma. Miró hacia atrás y vio que el agua de la fuente estaba hirviendo y creaba una espesa nube de vapor que se elevaba hacia el cielo.

Volvió su vista hacia los demás y, al tenerla ocupada con su atención en él, Ethan y Shanyi aprovecharon para inmovilizarla de nuevo. La mujer se quejaba y se movía, intentando liberarse, pero esta vez más sogas la retuvieron. Su cabeza estaba dentro de lo que parecía una burbuja de un blanco tan intenso que podría haber dejado ciego a cualquiera. Era imposible que viera más allá de eso, sería absurdo que lo viera acercarse. Sería muy difícil que lograra atacarlo.

Quentin saltó hacia ella y, en dos rápidos movimientos, cercenó sus dos manos. La mujer gritó y maldijo.

Shanyi soltó una exclamación de espanto y sus ataduras cedieron.

Ethan dejó su magia escapar al poner su atención en él.

La Dama retrocedió, desesperada por el dolor, cayó sentada y se retorció en el suelo manchado por la sangre de Dima y por la que emanaba de sus propias heridas.

La mujer estaba a su merced. Podía acabar con ella en ese preciso momento, tan solo debía acercarse un poco, un paso más; sin embargo, Ethan lo detuvo, impidiéndole avanzar y Shanyi, tal vez intuyendo lo que Quentin quería hacer, se alejó de ellos arrastrando consigo a la Dama.

—Quítate —dijo, pero Ethan lo empujó hacia atrás.

—¿Qué haces?

—Déjame.

—Está indefensa.

—¿Indefensa? Acaba de matar a los dos maestros y mutiló a Leyna —dijo, mientras intentaba que su hermano le dejara acabar de una vez con esa mujer—. Además, ella no se detendría a pensar si estás indefenso o no.

—No eres ella, eres Quentin, maldición.

—A mí tampoco me importa. ¡Quítate! —Quentin lo empujó hacia un lado y Ethan trastabilló antes de caer. Caminó hacia la mujer, que continuaba gimiendo y retorciéndose con los brazos mutilados cruzados en su pecho, sin poder siquiera tomarse los muñones.

—*¿Estás seguro, Quentin Guna?* —preguntó su estrella. Quentin cerró apenas los ojos y continuó—. *Recuerda las voces de los Astros, por favor.*

—*¿Y lo que ella hace? ¿Alguien se lo recuerda?*

—*Ese no es tu problema.*

—¡Sí lo es! —exclamó al cielo—. Sí es mi problema, es mi vida, mi ciudad, mi país, mi mundo el que está destruyendo.

Se paró junto a la llorosa mujer y la miró fijamente.

—Retrocede, Quentin —advirtió Shanyi y él, por su parte, la apuntó con la espada.

—Detente —dijo Ethan desde algún lugar detrás de él.

Quentin sonrió y movió la misma espada que estaba apuntando a Shanyi hacia la garganta

de la mujer. Apoyó el filo entre los pliegues de su cuello y se arrodilló a su lado.

—¿Por qué hiciste eso con Ethan?

—No me matarás —balbuceó con una mueca que intentaba ser una sonrisa—. Mi premonición lo decía. No eras tú quien aparecía en ella, era él —dijo y sus ojos se movieron hacia Ethan.

—Tu premonición mintió.

Empujó el filo con fuerza y su respiración burbujeó al mezclarse con su propia sangre. Ethan lo tomó del cuello y quiso apartarlo, pero le fue imposible, puesto que la mujer lo había paralizado, reteniéndolo en contra de cualquier voluntad. Por más que Ethan quisiera salvarla, ya era tarde, ya no podría evitar que la Dama de la Cueva muriera.

Ellos habían logrado lo que nadie antes, hacerla salir de su escondite, mostrar su rostro al mundo, enfrentar a sus enemigos y eso había sido su ruina. Al fin, todo se había terminado.

Mientras la mujer daba sus últimos suspiros, una serie de imágenes que no comprendía aparecieron en la mente de Quentin. Cientos de fragmentos incongruentes, retazos de recuerdos, hilachas de la historia del mundo, hasta que el torrente de visiones se detuvo. Una muchacha de cabello blanco corría por un campo de trigo, en un atardecer rojizo. La luna estaba suspendida en el horizonte, a medio nacer, naranja, enorme y nítida; brillaba del lado contrario al astro carmesí, que se estaba despidiendo del mundo por ese día.

La muchacha tropezó y un niño rubio la alcanzó. Tenía entre sus manos un cuchillo de larga hoja, cubierto de una sustancia negra y viscosa que no dejaba de gotear. Un último rayo de sol iluminó sus facciones y vio que era Ethan, tal como lo vio cuando el Indigno lo llevó a su recuerdo. Lo que antes había creído una escena apacible, era todo lo contrario. La muchacha no estaba jugando, estaba huyendo del niño, de Ethan. El pequeño cayó sobre ella con el filo en alto y lo clavó una y otra vez, hasta que ambos quedaron empapados por la misma sustancia oscura que antes chorreaba de su arma.

Las imágenes se esfumaron y Quentin pudo moverse. Se giró hacia Ethan y lo tomó de la camisa.

—Tú estabas destinado a asesinarla. Por eso… Por eso te apartó de nosotros. —Quentin no podía dejar de pensar en cada vez que su vida había ido de un lugar hacia otro: cuando se lo llevaron, cuando decidió traicionarlos, cuando descubrió su identidad, de nuevo cuando la Dama suplantó a la nana y sembró dudas en ellos, y en ese momento, cuando él mismo acabó con la vida de la Dama—. Tu destino cambió tantas veces…

—¿Y eso qué significa?

—Que no quería llegar a Tesar, tan solo quería deshacerse de ti.

—Entonces, ¿por qué no me mató cuando me encontró?

—Porque era increíblemente retorcida. —La voz de una mujer los sorprendió y Ethan miró hacia quien hablaba. Recién en ese momento se percató de que Shanyi estaba golpeándole el hombro con insistencia. Islery sonreía, como parecía ser su costumbre, y tenía ojos sanos, aunque no eran celestes, como los que Quentin había lastimado, sino pardos y Ethan se preguntó quién habría sido sacrificado para que la maga pudiera volver a utilizar sus poderes—. Y yo también, por lo tanto, destruiré Sitnor y, luego, acabaré con Tesar. Esa idea siempre me gustó.

Ethan resguardó a Quentin en una esfera de luz y se aseguró de que no pudiera oír nada de lo que estuvieran hablando. No quería que escuchara lo que Islery fuera a decirle, no quería que se confundiera si a ella se le ocurría mencionar lo que le hizo en Garhq Tahok.

—Estás loca —dijo Shanyi, con el espanto pintado en su rostro. Ethan se percató de que

Islery había sido lo suficientemente cauta como para no llevar su espada a Sitnor. Sin duda, temía que intentaran arrebatársela y eso le produjo algo de satisfacción. Islery también les temía.

—Claro que sí, cariño —guiñó un ojo al responder—. La Dama estuvo muy tranquila, escondiéndose aquí y allá, haciendo miserables las vidas de sus vástagos, hasta que tú, Tareq, Ethan o como mierda sea que te llames, apareciste en sus delirios. Tampoco sé si fue una premonición de verdad o si se lo inventó su demente cabecita. Tal vez te vio en las calles y decidió que quería hacerlos vivir un infierno a ti y a tu familia. Quizás Reda le fue a llorar porque tu papi le hizo una broma de mal gusto —encogió los hombros—. No sabría decírtelo y ahora no podemos preguntárselos, porque todos están… tiesos. —Islery se largó a reír.

Quentin se quejaba y no dejaba de pedirle que lo sacara de allí.

—¡Imbécil! Te liquidará ni bien pongas un pie fuera. Déjanos esto a nosotros y cierra la maldita boca.

Quentin no volvió a decir ni una palabra, aunque podía presentir su nerviosismo y su exaltación; estaba seguro de que, si lo dejaba salir, arremetería contra Islery aunque no tuviera más que sus espadas para hacerlo.

—Vete de aquí, si aún quieres salir por tus propios medios —dijo Shanyi.

—¡Mataron a mi madre! —exclamó divertida—. Por eso les voy a perdonar la vida hoy, porque Vanya fue una maldita perra con sus hijos y se aseguró de que no pudiera desafiarla.

—Vete, Islery —añadió Ethan.

—¡Soy libre al fin! —Islery volvió a reír.

La mujer se elevó por el aire con las manos levantadas y quedó suspendida más alto que cualquier otro edificio. Su risa continuaba oyéndose, mientras ella estaba allí, a un palmo de las nubes negras que se habían estacionado sobre Sitnor.

Sin saber cómo había sido posible, miles de soldados pyebranos inundaron la Plaza de la Fuente, acompañados de gritos, insultos y el retumbar de los tambores que marcaban sus pasos. La sangre se le heló en las venas al darse cuenta de que Islery, de alguna forma, se las había ingeniado para hacer entrar a sus hombres a la capital de Sitnor.

—¡Llévame al cuartel!—exclamó Quentin y él obedeció, enviando la esfera de luz hacia atrás. Esta se estrelló contra una de las paredes del mustio edificio y, una vez que la deshizo, vio a Quentin levantarse del piso y correr hacia el interior.

—¿Leyna? ¿Cómo te encuentras? —preguntó al aire, puesto que no obtuvo contestación alguna—. *¿Onix?*

—Qué alivio saberte vivo, Guna.

Ethan tomó a Shanyi del brazo y comenzó a correr hacia donde había enviado a Quentin, ya que necesitaban quitarse de la vista de Islery y del alcance de las flechas de los soldados, que no tardarían en comenzar a acecharlos.

—Quentin mató a la Dama.

—¿Quentin? Él… ¿la mató?

—Islery está aquí y llenó la ciudad de soldados. Áliza y Dima están muertos; solo quedamos Shanyi y yo.

—Por todos los cielos…

—¿Leyna?

—Está inconsciente. Llegó con sus últimas fuerzas; Enara y Noah se están ocupando de su pierna.

—Por Efos.

—Tendrán que…

—Por todos los dioses. Te hablaré luego.

Ethan movió ambas manos y abrió una brecha en la fila de soldados que se habían formado frente a ellos. Se oyeron las armaduras chocar unas con otras y el griterío de los hombres que habían sido golpeados se alzó por encima de los demás sonidos. Mientras tanto, Shanyi frenaba las flechas que los acosaban cada vez más a medida que se acercaban al cuartel.

Cuando al fin consiguieron resguardarse en el edificio, cerraron y sellaron las puertas.

—¿Y ahora? —preguntó Shanyi, pálida y con la respiración agitada.

Ethan se pasó las manos por la cabeza, desesperado, intentando pensar qué demonios hacer con Islery y sus soldados.

—Leyna está inconsciente, perdió mucha sangre. No quedamos más que nosotros.

A Shanyi se le inundaron los ojos y se cubrió el rostro. Ethan la miró sin saber qué hacer. Ella nunca lo había perdonado por la muerte de su compañera, la primera vez que había ido a Erjathá con Lehsa e Idris. En parte, comprendía su angustia en esos momentos. No solo habían perdido a los dos maestros, sino que Shanyi tendría que confiarle su vida si ambos querían sobrevivir a esa situación. Él estaba seguro de que Shanyi no lo traicionaría de ninguna forma, pero lamentaba que ella no se sintiera de la misma manera.

—Perdón, Shanyi, sé que preferirías que yo estuviera en el lugar de alguno de los maestros, pero… no podemos permitir que los soldados nos vean flaquear o estaremos perdidos.

Shanyi se descubrió el rostro y miró a su alrededor; una incontable cantidad de soldados estaban en silencio observándolos. Había incertidumbre en sus miradas, confusión y temor. Shanyi secó sus lágrimas con el pañuelo que cubría su cabello e intentó mostrarse más segura y calmada.

—Perdón, no… no me gustaría que estuvieras allí, en la plaza. Solo me duelen las pérdidas.

—Señores, por favor, abran las puertas. —Tanáel se acercó a ellos—. Nuestros soldados se encargarán.

—Será una masacre —dijo Ethan—. Ni bien abran las puertas, caerán con todo. ¿No tienen otra forma? Puertas laterales, ventanas, cualquier lugar excepto por aquí.

—Acompáñenme —dijo Tanáel y comenzó a caminar.

—¿Dónde se encuentra Quentin? —preguntó mientras caminaban hacia el otro lado del descomunal salón de entrada. Tanáel se detuvo por unos momentos y lo miró.

—La verdad es que no lo sé, lo vi por unos segundos cuando entró, pero no sé qué hizo después.

—Maldición.

—Sabe cuidarse solo, no deberías preocuparte por él —sonrió Tanáel.

—Me preocupa lo que Islery pueda hacer si le pone las manos encima.

—Por sus ojos —dijo el vicegobernador, como si recién se diera cuenta. Ethan asintió, aunque no fuera esa la única razón. Sin embargo, tampoco quería dar más explicaciones.

—¿Dónde estás? —preguntó a Quentin a través de su conexión mental.

—Los soldados salen de la casona abandonada, ¿recuerdas? A donde nos llevó la túnica que le dieron a Enara.

—¿Qué mierda…? ¿Estás solo?

—Con dos tesarianos. Espera. —Quentin hizo una pausa prolongada—. S*alen en grupos reducidos, así que estamos encargándonos de ellos de a poco.*

—Iremos hacia allá.

—Dejé uno de mis cuchillos a Tanáel, para que pudieras seguir mi rastro en caso de que lo

necesitaras. Búscalo, estaba en el cuartel.

—Estoy con él en estos momentos.

—Avísame cuando estén cerca, porque estamos escondidos.

—Lo haré.

—¿Qué sucede? —preguntó Shanyi. Ethan les contó la conversación que había tenido con su hermano y Tanáel le entregó el arma.

Cuando pudo encontrar el rastro de Quentin, que se marcaba como una fuerte línea carmesí, devolvió el cuchillo y dejaron el cuartel por una ventana lateral. Se ocultaron entre los edificios mientras corrían hacia el este de la ciudad, al mismo tiempo que Ethan marcaba el camino que debían tomar.

Las calles céntricas, espaciadas y adornadas de árboles y flores, dieron paso a largos callejones, angostos y sucios; los adoquines apenas se veían entre los charcos de barro que apestaban a orina y los pocos rincones que había estaban llenos de basura de toda clase. El ambiente estaba pesado, caluroso y húmedo, lo que hacía que todo pareciera aún peor de lo que ya era.

—Estamos llegando.

Ethan vio una mano moverse detrás de un muro y se dirigieron hacia allí. Quentin estaba en un callejón angosto, acompañado de, al menos, cincuenta cadáveres apilados.

—¿Cómo puedo deshacerme de esto? —señaló a sus espaldas apenas los vio.

—¡Mierda! —exclamó Shanyi.

—Los tesarianos tienen más —murmuró y Ethan silbó, asombrado.

—Vaya… Entraremos a…

—No, ni en tus sueños —dijo Quentin—. Ya sabemos lo que ocurrió la última vez que estuvimos allí.

—¿Cómo se supone que detendremos esto, entonces?

Quentin encogió los hombros y sonrió.

—Creo que no lo estamos haciendo tan mal, ¿no? Pueden intentar tirar la casa abajo, eso sería útil.

Ethan miró a Shanyi y ella asintió.

—Despejen las casas vecinas —dijo la muchacha—. Puede que también *sufrran* daños *considerrables*.

Quentin asintió y se alejó hacia donde estaban sus compañeros a informarles las novedades. Ethan caminó hasta la puerta de madera y la selló para que nadie más saliera de allí.

—¿Cómo te ayudo?—preguntó cuando regresó junto a Shanyi.

—Te diré si necesito asistencia, solo cúbreme, por si acaso.

Aguardaron a que Quentin les confirmara que las casas que rodeaban a la que querían derrumbar estaban vacías y, cuando eso sucedió, Shanyi se arrodilló y puso las palmas en el suelo frente a ella. No pasó mucho hasta la tierra comenzó a temblar con violencia. Los pocos árboles que había se sacudieron de lado a lado y los muros que resguardaban la casa por la que habían salido los soldados pyebranos comenzaron a agrietarse.

Se oyeron gritos provenientes de allí y Quentin y los tesarianos se colocaron frente a la puerta, por si alguien lograba escapar. El sonido de los muros derrumbándose llegó acompañado de más lamentos y de una espesa nube de polvillo que se esparció en los alrededores.

—Regresen hacia el centro —dijo a Quentin—. *Nosotros iremos en unos momentos, una vez que Shanyi termine.*

—Ten cuidado, por favor.

—*Tú también.*

Quentin le hizo una seña a los tesarianos y los tres comenzaron a correr hacia la Plaza de la Fuente, donde se reunían los pyebranos. Lo más seguro era que Islery estuviera allí, también. Probablemente quisiera cobrarse la muerte de su madre, por lo que tendría que tratar de mantenerse lejos de ella una vez que lograra divisarla.

—Necesitamos arcos para cazar a la bruja —dijo Pawel cuando se acercaron a la biblioteca.

—Llamaremos su atención y nos hará pedazos apenas nos vea. Mejor mantenerla a la vista sin que ella se fije en nosotros.

—¿Tienes miedo, acaso?

—No tengo planeado hacerme matar —dijo y los hombres se largaron a reír.

—Marica —agregó Byarkh.

—Me aseguraré de darles un entierro digno al final del día, valientes tesarianos.

Volvieron a reír y Pawel les hizo una seña para detenerse. Se resguardaron entre unos arbustos, ya que podían verse los soldados pyebranos desde allí.

—Podemos ubicarnos arriba —susurró señalando a los techos.

—En serio, es una pésima idea. Esa mujer puede volar. Apenas se percate de que las flechas vienen desde arriba, se elevará hasta donde sea que se encuentren y los hará mierda.

—¿Entonces? —preguntó Byarkh.

—Somos soldados. —Quentin encogió los hombros—. Hay muchos pyebranos dispuestos a probar nuestros aceros. Tenemos que dejarle Islery a los magos. Le apuñalé los ojos cuando la vi por primera vez, pero de alguna manera recuperó la vista. Esta gente no es normal, está mucho más allá de cualquier cosa que podamos imaginar.

—¡Pero usted matar Dama! —protestó Pawel.

—Me sorprende que haya sido tan fácil; además, ahora que lo pienso, nadie la conoce, nunca la han visto… Pudo ser ella o cualquier otra persona.

—Además de marica, inútil —dijo Byarkh y Quentin rio.

—Ve por Islery y luego me cuentas.

—Dame un arco —respondió, desafiante.

Pawel dijo algo en tesariano y su compañero respondió de igual manera. A Quentin le recordó la manera en que Josh intentaba hacerlo desistir cuando él quería irse a la primera línea del frente. Sin dudas, Pawel estaba intentando convencer a su amigo de que de verdad no tendría ninguna oportunidad en contra de Islery.

—Hagamos algo —dijo para que Byarkh abandonara su estúpida idea—. Busquemos a Islery y veamos qué podemos hacer. No servirá de nada ir a lo loco contra ella. Tenemos que planearlo muy bien antes de intentar algo.

—¿Qué tienes pensado? —preguntó Pawel.

—Mantenerme lo más lejos posible de ella, pero si tantas ganas tienen de cargársela, hay que buscar una forma inteligente de hacerlo. No tendremos más que una oportunidad.

Los tesarianos se miraron y conversaron por unos momentos. Quentin no tenía ninguna intención de acercarse a ella ni de broma, le generaba un terror irracional y era consciente de que, si con Morgana Rostur lo había pasado mal, con Islery sería peor, a pesar de que no tuviera su terrible espada en esos momentos. Lo único que quería era ganar tiempo para que Ethan y Shanyi terminaran con lo que habían empezado y la distrajeran lo suficiente como para que el ejército de Sitnor acabara con los pyebranos.

—Iremos contra soldados —aseguró Pawel—. Magos encargarse de Islery.

Quentin asintió y les hizo una seña para avanzar. Continuaron corriendo hasta llegar a la parte trasera del cuartel y, allí, les indicaron que los soldados se estaban desplazando hacia los alrededores de la plaza, ya que formarían un cerco para evitar que los pyebranos se dispersaran. Parecía que Islery ya se había marchado; no se la había vuelto a ver, no habían sufrido bajas en cantidad extrañas ni se oía que estuviera haciendo de las suyas en ninguna parte de la ciudad. Quentin, por su parte, les indicó que los tesarianos y él hallaron el lugar desde donde salían y que Ethan y Shanyi estaban derrumbando dicho edificio.

Se dispuso a esperar a que se organizara un nuevo grupo y, mientras, pensó en todo lo que había ocurrido. Una locura tras otra. Esa mujer, haya sido o no la Dama, mató a los maestros de Erjathá y mutiló a Leyna. Recordó que su pierna, como si tratara de una broma macabra, permaneció en el mismo lugar, derramando sangre.

—*Ecsa lazda* —dijo y, a los pocos segundos, una esfera dorada se estacionó frente a él. Cuando la luz se desvaneció, vio la pierna cercenada de Leyna. La tomó por la bota y la dejó sobre una mesa, ante las miradas confundidas de los soldados—. *¿Sabes algo de Leyna?* —preguntó a Ethan.

—*No mucho, estaba inconsciente cuando pregunté.*

—*Tengo su pierna aquí, si sirve de algo. La traje de la plaza. Sería más útil si pudiera resguardarla de las moscas, pero no sé hacer las esferas de luz que tú haces.*

—*No importa, es grandioso de todas formas. Se lo diré a Enara. Tal vez Leyna puede venir si se recupera pronto. ¿Cómo se ve?*

—*Horrible, pálida, ensangrentada. Diré a alguien que la mantenga a salvo hasta que pueda venir por ella.*

—*Gracias por eso.*

—*Islery no está a la vista. Puede que se haya ido. ¿Terminaron?*

—*Queda una parte a la que no podemos acceder, aunque seguiremos intentándolo.*

—*Comprendo. Yo iré con los demás, trataremos de evitar que se dispersen por todas las malditas calles.*

—*Les ayudaremos una vez que hayamos podido derrumbar todo.*

—*Ojalá sea pronto. Ya debo irme* —dijo en cuanto vio que estaban preparados para salir.

—*Ten cuidado, por Efos.*

—*Tú también.*

Se unieron a un grupo numeroso de hombres pero, en lugar de ir hacia donde estaban los demás, dieron un rodeo y se ubicaron una calle detrás, para emboscar a los pyebranos que estuvieran buscando escapar. Como eran pocos los que lograban hacerlo, Quentin no se sentía demasiado cómodo allí. Los músculos parecían a punto de estallarle por la tensión contenida y estar escondido aguardando a que un pyebrano se aventurara a pasar por su lado no ayudaba demasiado a su impaciencia.

Dejó su puesto y se acercó a los tesarianos, que estaban tanto o más inquietos que él.

—¿Qué dicen? ¿Nos vamos?

Su única respuesta fue asentir y los tres caminaron hacia la calle, dejando atrás los arbustos que los ocultaban.

—¡Guna! ¿Dónde demonios crees que vas?

—A ser útil, señor —respondió sin darse vuelta.

27

Quentin entró como un furioso vendaval a la Plaza de la Fuente, empuñando sus espadas de hojas negras, dispersando muerte a los cuatro vientos. Nunca imaginó que su tierra sería regada por la sangre pyebrana, pero allí estaba, cobrándoles con cada miembro cercenado la osadía de haber puesto su ciudad en peligro. No había quien permaneciera de pie más que unos pocos segundos frente a él y, sin embargo, parecía que los pyebranos nunca se terminaban.

Por costumbre sus ojos buscaron a Josh, pero no estaba a la vista. Se desesperó de tal forma al no verlo que sintió que el aire que respiraba se había vuelto denso e insuficiente y que el suelo era inestable y tembloroso. Lo llamaba con todas sus fuerzas, a pesar de que la garganta se le desgarraba a cada palabra, y se agachó para mover los cuerpos que tenía a sus pies, intentando encontrar en esos rostros sin vida los ojos celestes de su amigo. Solo fue capaz de recordar que Josh no estaba en la ciudad cuando el roce de un filo le quemó el antebrazo y su mente volvió a funcionar de forma coherente. La espada se resbaló de su mano, pero de inmediato buscó un cuchillo en su cintura y lo enterró en el cuello de quien lo había herido.

—*Khubta sharak gatryth lanta* —exclamó, y una docena de hombres frente a él se desplomaron en el suelo. Se apresuró a recuperar la espada y, obviando la herida recibida, saltó sobre los cadáveres y se abrió camino a sablazos entre los pyebranos, sin mirar si eran viejos o apenas unos niños, si eran hombres de armas o simples aldeanos. Eran ellos o él, y Quentin tenía demasiados motivos para continuar respirando. Quería volver a ver a sus hermanos, a Josh, a Enara, a Ilsa, aunque verla de nuevo ya le parecía más un sueño que una certeza.

«No pueden llegar a Tesar» pensó en cuanto el recuerdo de Ilsa quiso apoderarse de su ánimo y esas solas palabras le bastaron para volver su atención a la interminable marea de hombres de tez morena, de rostros en pánico y llorosos ojos aterrados que buscaban la forma de matarlo. Quentin rio al sentir su sangre cosquillear y sus brazos moverse como si tuvieran vida propia, una voluntad que solo buscaba la forma de causar daño, de matar, cortar y desmembrar. Se sentía vivo entre los muertos y era en esos momentos cuando olvidaba que no era más que un maldito carnicero que no se detenía ante las lágrimas ni las súplicas. ¿Quién lo hubiera hecho, después de todo?

Moviéndose sobre hombres que gemían su dolorosa agonía, internándose cada vez más entre los pyebranos y dejando atrás una estela de roja desolación, se desplazó hacia donde creyó que el suelo sería más firme. Sin embargo, se equivocó, puesto que era aún más difícil mantenerse en pie sobre los adoquines resbalosos por la sangre y las vísceras. La única forma de solucionar ese inconveniente era volver a tapizar el suelo con cuerpos y Quentin comenzó a reír como un desquiciado ante la idea. Muy de a poco los sonidos se fueron diluyendo y su mente se fue apagando, para protegerlo de recordar luego todo lo que estaba haciendo. Cuando el silencio era absoluto, solo era un verdugo sin consciencia, que se movía entre los enemigos desperdigando gritos, entrañas y dolor. No había forma de que Quentin se detuviera, a menos que pronunciaran su nombre o que no quedara nadie frente a él a quien pudiera matar y se encargaría de que así sucediera, aunque su cuerpo recibiera cientos de cortes y cargara con otras cientos de almas en su consciencia.

Apuñalar, cortar, rebanar, clavar, cercenar, pinchar, mutilar, seccionar. Una y otra vez, sin descanso, sin detenerse, sin mirar a quién, sin importar nada más.

Sus piernas volvieron a enterrarse entre los cadáveres, dificultándole los movimientos y

limitando su estabilidad, por lo que tuvo que volver a entremezclarse entre aquellos malditos hombres menudos, temblorosos e indecisos, que habían tenido la pésima suerte de haber sido llevados a Sitnor. Más cabezas se separaron de sus hombros, más manos se separaron de sus respectivos brazos, más entrañas se deslizaron hacia el suelo, más sangre salpicó su rostro y empapó su camisa.

No era capaz de oír nada más que un fuerte retumbar en sus oídos y no veía más allá de su próxima víctima, por lo que no se dio cuenta de que los pyebranos estaban rindiéndose y continuó cargando contra ellos aun cuando estos arrojaban sus espadas y levantaban las manos.

Oyó que gritaban su nombre a la distancia, cada vez con más insistencia, hasta que los sonidos regresaron todos a la misma vez y fue capaz de distinguir, entre gritos de auxilio y dolor, que los cuernos llamaban a replegarse.

—¡Guna!

—¿Qué demonios…? —preguntó, con la respiración agitada y su rostro goteando sangre, propia y ajena.

—Se rindieron —dijo alguien detrás de él y Quentin se largó a reír.

—¿Y quién dijo que saldrán vivos de aquí? —Quentin movía sus espadas apuntando a uno u otro, atento a cualquier mínimo cambio en los pyebranos.

—¡Guna! —lo reprendió otro soldado.

—¿Qué quieren? ¿Prisioneros? —Quentin sujetó a un pyebrano y le puso la espada en el cuello—. ¿Quieren quitarles la comida a nuestros ciudadanos para alimentar a estas lacras?

Degolló al hombre que había tomado y lo empujó hacia el suelo. El hombre cayó despatarrado y su sangre se mezcló con la de sus compañeros.

—¿Qué haces? Debes obedecer las órdenes —dijo quien había hablado primero y Quentin sonrió—. Con sus hombres en nuestro poder podemos negociar por…

—Vinieron a destruir nuestro hogar y deben pagar por eso —exclamó y muchos de quienes estaban cerca de él aprobaron sus palabras levantando sus armas—. No negociaremos y no tomaremos prisioneros.

—Somos el gran ejército de Sitnor —exclamó alguien a su lado—, somos la nación donde el sol da inicio al día, donde la vida nace.

—Y la vida nace porque nosotros lo permitimos —respondieron Quentin y los demás soldados que estaban a su alrededor.

Quentin se dio la vuelta y usó sus dos espadas para cortar la cabeza del pyebrano que estaba más cerca y a ese le siguió otro y otro más. Al ver que no iba a detenerse, los demás soldados lo imitaron, por lo que los pyebranos volvieron a tomar sus armas para intentar salvarse, si es que eso era posible. Y, cuando los pyebranos reanudaron la contienda, los de Sitnor no tuvieron más opción que acabar con todos y cada uno de ellos. Cuando las espadas dejaron de danzar, la Plaza de la Fuente estaba cubierta por una alfombra de cuerpos, armas, cascos y armaduras. Pintada de sangre y vergüenza, de culpa y dolor.

La lluvia que había amenazado durante horas llegó a media tarde, para lavar la sangre de los cuerpos y de las calles. Los ríos escarlata se escurrieron entre los adoquines y entre las heridas, mientras los soldados de Sitnor arrastraban los mil quinientos cadáveres pyebranos y los subían a las carretas que los llevarían fuera de la ciudad. Por otro lado, lamentaron la pérdida de alrededor de trescientos soldados sitnorenses y una centena de ciudadanos que habían perecido intentando defender sus hogares de los norteños. Hubo una sola casa incendiada, pero una decena fueron saqueadas y destruidas hasta los cimientos; la enfermería, el cuartel y el establo de la fortaleza

quedaron en ruinas y murieron cuatro guardias, dos enfermeras y tres caballos en los derrumbes.

Lobo Blanco apareció en Sitnor el tiempo suficiente para recuperar la pierna de Leyna y llevarla de regreso a Tesar. Onix y él se encargaron de limpiarla y volver a colocarla en su sitio; cuando terminaron, apenas una línea rosada y brillante marcaba el lugar en el que había sido seccionada. Noah, como no podía ser de otra manera, observó atónito y fascinado todo el proceso de sanación acelerada y llenó de preguntas a ambos magos, ya que nunca se le había ocurrido que un miembro separado de su cuerpo podría volver ser funcional luego de colocarse en su lugar.

Cuando Shanyi y Ethan terminaron de derrumbar la casona de donde salían los pyebranos, descubrieron entre las ruinas algunos sacos con monedas infectadas con Indignos y un verdadero arsenal de espadas, lanzas y flechas en las que también había de esos espantosos y crueles seres. Después de revisar cada objeto y de recibir consejos de parte de Onix y de Lobo Blanco, Ethan encapsuló todo aquello y lo resguardó en un cofre en el Palacio de Gobierno, para que Leyna pudiera llevarlo a Tesar cuando se encontrara en condiciones de hacerlo.

El General del ejército de Sitnor encarceló a quienes habían comenzado con la matanza de los pyebranos que habían depuesto las armas, pero no sabía qué hacer con Quentin, porque no era solo un soldado. Era también un mago. Sin embargo, había sido el primero y quien había incitado a los demás a continuar con el enfrentamiento. Lo único que pudo hacer fue confiscarle todas sus armas, ya que al poseer el rango mínimo debido a los constantes problemas que causaba, no podía ser degradado. Esperaría hasta que el Gobernador regresara de Tesar para que él fuera el encargado de aplicarle la sanción que creyera conveniente.

«Más latigazos» se dijo Quentin ni bien dejó la oficina del General, pero no era que le importara demasiado, valdría la pena cada uno de ellos al saber que no había escapado ninguno de los pyebranos que se habían atrevido a ir a la capital. Suficiente era saber que Islery podía ir y regresar a su antojo, de alguna extraña manera, y no se sabía si volvería con otra tanda de hombres a continuar con lo que había comenzado.

Ethan estaba en la fortaleza cuando él llegó. Había consumido gran parte de sus energías en asistir a Shanyi y, luego, en cavar las fosas y quemar los cuerpos de los pyebranos, lo que le impedía ser de utilidad en ayudar a quienes estaban limpiando la ciudad.

—¿*Quierres* que te *curre*? —preguntó ni bien lo vio. Quentin había terminado con los dos ojos morados, un corte en la mejilla que le llegaba hasta la ceja, y varios tajos en el resto del cuerpo.

—No hace falta —dijo y se quitó la chaqueta del uniforme—. Guarda tus energías por si tenemos sorpresas esta noche.

—¿Tú *crrees*?

—Me gustaría decir que no, pero no podemos saberlo. ¿En Tesar están bien?

—Sí y también en el Puente *Negrro*. No hay malas noticias de ninguna clase.

—Vaya sorpresa. —Quentin se recostó en una silla. Estaba agotado, le dolían los brazos y la espalda, y parecía que la cabeza le reventaría en cualquier momento. Se masajeó las sienes y se quedó mirando el tejado, tratando de ignorar los recuerdos de lo que había hecho ese día, aunque estos se empecinaran en permanecer allí, presentes, constantes, incomodándolo y llenándolo de asco y de culpa.

—¿Tienes *hambrre*?

—No, me iré a dormir, estoy bastante cansado.

—*Irremos* a mi casa, no es *segurro* que *perrmanezcas* aquí, si Islery regresa no lo *sabrré*

hasta que sea *tarrde*.

—Espera a que me cambie el uniforme por algo más cómodo. —Se puso de pie y caminó hacia la salida, pero Ethan volvió a hablar.

—*Crreo*… *Crreo* que se *robarron* el *cuerrpo* de Naga.

—No lo robaron. —Quentin se dio la vuelta, aunque no se atrevió a mirarlo—. Yo lo maté. —Ethan no dijo nada y él aguardó unos momentos antes de continuar—. No tenía a quién preguntarle qué hacer con él y me parecía inhumano que estuviera así, solo, muriendo. Los Astros vinieron por él.

—¿Entonces eso es cierto? ¿Es cierto que vienen por los magos?

Quentin sonrió.

—Sí, es cierto.

—Vaya… Pensé que era una leyenda, nada más. ¿Cómo fue?

—Maravilloso, a pesar de lo que vinieron a hacer. Extraño, grandioso. —Quentin volvió a sonreír al recordarlo—. Vi a mi estrella, estuvo aquí, frente a mí.

—Dicen que tocar a *cualquierra* de ellos *prroduce* mucha felicidad.

—No lo comprobé, pero me bastó con verlos.

—Me *hubierra* gustado estar ahí.

—El contexto es una mierda. Naga tuvo que morir para que pudiera ver algo así.

—Naga ya estaba muerto —dijo en voz baja.

Quentin asintió y dejó la cocina arrastrando los pies. Subió la eterna escalera como si lo esperara una sentencia de muerte al final de la misma, entró en su habitación y solo se había desabrochado la camisa cuando le pareció que el piso giraba de forma vertiginosa y un velo le oscurecía los ojos.

—*Ethan…* —No fue capaz de decir nada más, puesto que perdió la consciencia y se fue de cara al suelo.

Se sumergió en una oscuridad absoluta y le parecía que había desaparecido como cuando Naga o Tino lo llevaban a algún lado. Era la misma sensación de no tener cuerpo y ser solo una mente, sin nada más. Sin embargo, el tiempo pasaba y el control sobre su cuerpo no regresaba. Empezó a desesperarse e intentó moverse, a pesar de que sabía que no debía hacerlo cuando estaba en ese estado, pero no había nada que respondiera. Se imaginó que sentiría dolor en algún lugar al hacerlo, pero no había brazos, ni piernas, ni espalda.

—*¿Estrella? ¿Qué…? ¿Qué sucede?*

—*Ilsa Zvezda renunció a mis poderes* —dijo con la voz entrecortada, vacilante y triste. Si hubiera tenido un cuerpo, Quentin lo hubiera sentido como una puñalada en el pecho, pero solo fue desolación.

—*¿Renunció? ¿Cuándo?*

—*En el instante en que dejó Ciudad Naga. Lo lamento, Quentin Guna, ya no soy capaz de ocultártelo, no tengo fuerzas para hacerlo y temo… que… no sobreviviré a este desencanto.*

Quentin se tardó en responder, porque se le hacía difícil encontrar algo qué decir. ¿Resignación era la palabra? Sí, eso era. Resignación. De alguna forma, presentía que algo anormal estaba sucediendo con Ilsa y no se atrevió a preguntarle a su estrella por temor a la respuesta. Había aceptado que la Ilsa nueva no lo quería cerca, se imaginó que las cosas serían extrañas, de alguna forma, al estar casi seguro de que nunca más vería a *su* Ilsa y estaba dispuesto a respetar su distancia sin intervenir en su elección. Podía vivir sin Ilsa, aunque sabía que extrañaría hasta el fin de los días que le sonriera. Sin embargo, tenía la certeza de que no podría vivir sin su estrella.

—Los Astros lo dijeron, ¿recuerdas? Nos arrebataron a Ilsa, tú morirás y yo seré solo un cuerpo vacío y sin sentimientos.

—Los Astros no pueden intervenir en mis decisiones. Sin embargo, mi dolor es tan grande como el tuyo al perderla.

—¿Yo…? —Se sentía tan desolado y frustrado, que hasta le dolía saber que le causaría más angustia a su estrella al decirlo—*. Yo no soy suficiente para que te quedes conmigo, ¿verdad?*

—No es eso, Quentin Guna. Es que la mitad de mí, la mitad que le pertenece a Ilsa Zvezda está muriendo desde el instante en que renunció a mí. Ya no puedo soportarlo, es un enorme vacío que está comiendo cada parte de mí, está acabando con todo. Esta sería mi última intervención en tu mundo, puesto que mi luz ya estaba consumiéndose, por eso quise que mis poderes bendijeran a dos personas, para poder experimentar por última vez el regocijo que sienten los dos humanos cuando se encuentran. Ustedes se encontraron tantas veces… Me hicieron tan feliz…

—Estrella…

—Yo también te amo, Quentin Guna, y jamás pensé que fueras una vergüenza para mí.

—No quiero seguir vivo.

—Me gustaría convencerte de que lo hagas. Hay muchas cosas en el mundo que valen la pena, Quentin Guna. Tienes familia y amigos…

—Ellos seguirán sus vidas sin mí, estrella, pero yo no puedo continuar sin ti.

—Me duele dejarte, me duele tanto hacerte daño…

—¿Me dirías tu nombre?

Pareció, por un breve instante, que su estrella había recuperado su vitalidad, pero eso duró menos que un parpadeo, ya que su tristeza regresó de inmediato.

—Nunca podrás pronunciarlo, Quentin Guna.

—Me gustaría escucharlo aunque sea una sola vez.

Una secuencia de sonidos extraños resonó entre sus pensamientos. Era como un suave entrechocar de cristales, como diminutas campanillas, como algo brillante, blanco y cálido, aunque un sonido no pudiera sentirse así. Quentin rio, porque le pareció lo más hermoso que alguna vez había escuchado; sin embargo, su felicidad duró tanto como la de la estrella segundos antes, puesto que la desolación que lo embargó al saber que la perdería, era mayor que cualquier otra cosa.

—Gracias por habernos elegido, estrella.

—Perdóname, Quentin Guna.

—Terminemos con esto, ya estoy listo.

—No, Quentin Guna, mereces vivir… —su lamento pareció haber consumido las últimas fuerzas de ambos, puesto que el silencio se apoderó de ellos.

Palacio de Las Hojas, Pyebra

Islery apareció en su habitación y se dejó caer en la cama. Desaparecer no era algo fácil para ella, al poseer los poderes de la Luna, pero le había llevado años de entrenamientos, golpes, castigos e insultos poder hacerlo. La agotaba de forma desmedida, pero no tenía más opciones que obedecer cuando la Dama lo ordenaba.

—¿Qué sucedió?

Islery se sentó de repente y la vio sentada en un sillón junto a la ventana.

—Por un infierno, madre, podrías… No sé, toser disimuladamente o algo, ¿no? Ya que no

vas a llamar a la puerta.

—Déjate de estupideces, Islery.

—Ya, bueno. —No tenía ganas de discutir, aunque con gusto la hubiera mandado al demonio. Suspiró y se dejó caer sobre los almohadones, esta vez, para poder verla—. Quentin Guna te mató y yo les perdoné la vida por haberlo hecho.

—¿Por qué eres tan imbécil? —preguntó sin mover ni un solo músculo de su horrible y apergaminado rostro.

—De nada. Áliza y Dima Hidrym están muertos. La perra tesariana perdió una pierna. —La Dama frunció el ceño, confundida— La que desaparece… —Su madre asintió—. Con suerte se desangrará y será otra pérdida. Tiré abajo algunos edificios y dejé los soldados allí en la ciudad.

—¿Los… dejaste? —Enarcó una ceja—. ¿Los dejaste solos? ¿Sin supervisión?

—Ajá —asintió.

—¿Se puede saber la razón?

—Tenía que regresarme. No tenía energías para nada más. Esos mocosos iban a matarme si permanecía allí.

—No sé por qué me sorprende tu inoperancia.

—Podrías haberlo hecho tú, ¿no? Solo das órdenes y te quedas aquí, al resguardo de todos, lejos de la acción, donde nadie puede verte ni encontrarte. Al final, el chiquito Guna tiene razón, no eres más que una vieja cobarde.

—En esta ocasión te lo dejaré pasar porque estás agotada y tu razonamiento se ve afectado. No habrá una próxima vez.

«Sí, claro, vieja inútil. Seguro que temes que te haga harapos».

—Si me matas, me harías un favor —contestó, en cambio.

—¿Qué sucedió con los soldados? —Su madre ignoró los últimos momentos de su conversación—. ¿Tomarán Sitnor?

Islery se largó a reír.

—¿Tú crees? Son un puñado de inútiles, me sorprendería que alguno quedara vivo. Cuanto mucho nos dirán que los tienen prisioneros en algún sitio, o nos los enviarán de regreso.

—Definitivamente, estoy rodeada de inútiles, empezando por ti. ¿Los Indignos?

—Los soldados los dispersarían por la ciudad. Aún si todos los soldados mueren, Sitnor se convertirá en un infierno en un par de días.

—Al menos algo bien hiciste.

—¿Por qué te llevaste a Tareq? Bueno, Ethan Guna. ¿Es cierto lo de la premonición?

—¿Lo creyeron?

—Ajá. Así pareció, al menos. ¿Era cierto?

La Dama se puso de pie y desapareció, sin dar más respuestas.

«Maldita vieja demente. Estoy tan cansada de todas sus mierdas».

Islery se desvistió y se metió en la cama. Necesitaba dormir para que sus energías se recuperaran más rápido. No sabía con qué saldría su madre la próxima vez que la viera.

28

Zart Vialh, Tesar

—Leyna, despierta. —El señor Noah la llamaba con su calma habitual. Ella intentó sentarse y él la detuvo—. Tranquila, todo está bien. Recuperamos tu pierna —sonrió.

—¿Es…? ¿Es cierto? —preguntó. No sentía nada extraño y no se atrevía a moverse, por temor a lo que pudiera ocurrir.

—No te muevas, por favor, y no me mires. Veremos si está todo bien. ¿Sí? Tú solo dime si sientes algo…

Sintió un pinchazo en la planta del pie izquierdo y, a los pocos segundos, otra en el pie derecho.

—¡Lo sentí!

—Es excelente. Pero no te muevas todavía.

Le hizo cosquillas con una pluma y sus dedos se movieron. Le acercó frío, calor, texturas diferentes y el señor Noah estaba tan maravillado como ella al comprobar que parecía que nunca le habían arrancado la pierna. Cuando al fin le permitió moverse, Leyna vio que solo una línea rosada, brillante y del grosor de su dedo meñique, marcaba el lugar donde su pierna había sido separada en dos partes.

—Gracias, señor Noah.

—No, no me tienes que agradecer nada, yo solo observé cómo lo hacían. Fueron tu maestro y Onix quienes te curaron.

—Pero… recuerdo que usted y la señora Enara…

—Solo intentamos detener el sangrado. Por poco cierro tu herida cosiendo la piel, pero Ethan nos avisó a tiempo que Quentin había recuperado… el resto. Lobo Blanco fue por ella.

—Gracias a Sinmá que no lo hizo, señor Noah. Perder una pierna… Por Sinmá… Cuando me dormí pensé que nunca más volvería a tenerla.

—El destino es bastante impredecible. No vale la pena angustiarse. —El señor Noah se acercó a la puerta—. Traeré algo para que comas, debes estar hambrienta.

—Espere, por favor —dijo y se incorporó—. ¿Qué sucedió en Sitnor?

—No te preocupes por eso ahora.

—El maestro de Erjathá… Él… ¿Cómo está? —El señor Noah bajó la vista y Leyna sintió un pinchazo en el centro del pecho—. Fue todo tan rápido, no nos dio tiempo a nada.

—La maestra Áliza tampoco lo logró.

—Por Sinmá. —Sus dedos se aferraron a las sábanas—. ¿Alguien más? ¿Perdimos a alguien más?

—Cerca de trescientos soldados.

—¿Qué? —susurró.

—Inundaron nuestras calles de soldados pyebranos, aunque ni uno de ellos sobrevivió. Nuestros hombres los acabaron.

—Maldita sea. —Leyna quiso levantarse y el señor Noah se apresuró a acercarse a ella para detenerla—. Tenemos que regresar —protestó.

—No aún. Es importante que termines de recuperarte. Perdiste mucha sangre ayer y no creo que sea una buena idea que fuerces tu pierna todavía. Una vez que lleguemos a Sitnor, sabes que

no podrás descansar tanto como puedas necesitarlo.

—¿Ilsa? ¿Se sabe algo de ella? —El señor Noah negó con un gesto. Hubiera querido gritar e insultarla por su falta de responsabilidad y por su egoísmo, pero no podía hacerlo. Había alguna clase de relación cercana entre ella y el señor Quentin, por lo que no era apropiado excederse. Él pareció notar su malestar, puesto que regresó a la puerta.

—Descansa, por favor, traeré tu almuerzo.

Cuando Leyna se quedó sola, volvió a recostarse. La pierna no le dolía, pero sí lo que había sucedido en Sitnor.

—Quentin no despierta. —Enara, con gesto preocupado, se sentó a su lado y le tomó las manos.

—¿Cómo que no despierta? ¿Qué le sucedió?

—Se desmayó anoche, tras el combate; Ethan está muy preocupado porque además parece haber adelgazado varios kilos.

—¿En una noche? ¿Qué tiene?

—No lo sabe. Quiso encontrarlo en su mente, pero… —Enara bajó la vista y le sujetó con más fuerza las manos—. No hay nada.

—No comprendo —balbuceó y lo ocurrido con Naga regresó a sus recuerdos como un baldazo de agua helada.

—Él tampoco y Onix está con Ilsa, no se lo puede interrumpir. Ethan dijo que subió a quitarse el uniforme, después de haber ido a ver al Comandante, y se desmayó en su habitación.

—Maldición. ¡Maldición! —Noah se puso de pie y comenzó a pasearse, nervioso, por la habitación—. ¿Qué mierda le hicieron? ¿Hay Indignos? Pregúntale a Ethan si hay Indignos.

Enara asintió y sus ojos se encendieron. Noah se pasó las manos por la cabeza, desesperado. No era posible que a cada rato le sucediera algo malo.

—Encontraron una gran cantidad de ellos en armas y monedas infectadas, pero él las resguardó de inmediato. Es probable que los hubiera también en las armas que los pyebranos utilizaron. Si es así, esos Indignos se dispersaron por la ciudad y…

—Atacarán cuando tomen consciencia de quiénes son. —Noah masajeó sus sienes—. Tenemos que ordenar que evacúen la ciudad.

—Es una locura, Noah.

—Una locura es saber que puede haber mil quinientos Indignos sueltos y no hacer nada al respecto —suspiró.

—Puede que sean menos, puede que no lleguen a una centena siquiera.

—¿Y si llegan? ¿Y si son muchos más que una centena? Dile a Ethan que se lo diga a Tanáel. ¿Tanáel está bien? —se apresuró a preguntar cuando notó que no había oído de él.

—Sí, está bien.

—Gracias a los dioses. Que empiece a ocuparse de eso. Tenemos que dejar la ciudad cuanto antes.

—Noah…

—No podemos, Enara —dijo resignado. Noah se sentó a su lado—. Que dejen la capital, porque otra cosa no podemos hacer. No puedo exponer miles de vidas a una muerte segura. —Se detuvo por unos momentos y se quedó pensando—. No podemos con esto.

Enara lo miró asombrada por unos segundos y, luego, asintió. Ya habían pensado en la idea de dejar el Puente Negro, pero jamás en dejar la capital. Era una medida tan extrema y descabellada como necesaria, porque no había nada que hacer contra los Indignos. No tenían tantos magos para encontrarlos y destruirlos en poco tiempo. Si los tuvieran, lo mismo tendrían

que desalojar la ciudad entera para poder deshacerse de ellos. Si uno solo era capaz de causar mucho daño, cien eran suficientes para destruir absolutamente toda la capital.

—Ya se lo dije, aunque Ethan no quiere dejar a Quentin para ir a ver a Tanáel.

—¿Shanyi está bien? —Enara asintió—. Entonces que ella se encargue de ver a Tanáel, iremos a ayudarles ni bien Leyna pueda llevarnos, pero que empiecen cuanto antes a organizar la evacuación, no tenemos más que una semana… si no es menos.

Noah se acercó más a Enara y la abrazó. Necesitaba algo de consuelo para poder seguir adelante.

Al día siguiente, Leyna tenía las fuerzas suficientes para mantenerse en pie sin ayuda y, al posterior, se aventuró a hacer algunas apariciones controladas por Lobo Blanco. Cuando su maestro no vio problemas de ninguna clase en ella, llevó a Ara, Noah y Enara a la capital y a Shanyi de regreso a Erjathá. Luego, la maga regresó a Tesar con el cofre en el que Ethan había apresado a los Indignos, para que los maestros y Astor se encargaran de ellos.

Cuando dejaron el Palacio de Gobierno, vieron con tristeza que la plaza estaba destruida, la fuente seca y no había puestos de ninguna clase, porque todo estaba vacío. Un silencio incómodo y opresivo flotaba en el aire y los pocos rostros que pudieron ver en su camino hacia la casa de Ethan, no se veían muy diferentes a la ciudad en sí.

«Dolor y desesperanza» pensó Noah, entristecido.

Al llegar a la casa de Ethan, corrieron a ver a Quentin; lo encontraron postrado en una cama que parecía enorme, ya que él se veía diminuto, emaciado y gris. Noah supuso que había recibido golpes en el rostro, porque tenía unas manchas negras alrededor de los ojos, en el mentón y un corte en la mejilla, pero esos colores no eran nada normales.

—Hay que darle de beber —dijo Noah de inmediato.

—Ya lo hice. Recordé cuando Vila estuvo así y todo lo que dijiste que debía hacer. Vila tenía las *extrremidades* firmes, *perro* él… —Ethan levantó una de sus piernas y la movió. Parecía un muñeco de tela sin relleno, puesto que su pierna se balanceó de lado a lado.

—Maldición —murmuró Ara.

—Eso mismo —dijo Noah por su parte. Tomó sus manos y las sintió frías, al igual que el resto de su cuerpo. Miró a Ethan—. ¿Puedes darle calor, de alguna forma?

—Estuve haciéndolo, *perro* no toma *temperaturra*.

—No está bien, nada bien y no lo comprendo.

—Tal vez sea por Ilsa —dijo Ara. Todos la miraron y ella encogió los hombros, como excusándose por haber dicho una tontería—. No sabemos nada de ella desde hace… no sé cuánto.

—Quentin mencionó que cada vez era peor alejarse de ella —agregó Enara—. Hay que encontrarla urgente.

—¿Cómo no se me ocurrió antes? —murmuró Ethan.

—No sabemos dónde vive su padre —dijo Noah—. Creo haber escuchado alguna vez que en Zart Vialh, pero…

—Lobo Blanco es su *maestrro*, él debe saber cómo hallarla. *Hablarré* con Shanyi —dijo Ethan—, porque Onix no contesta.

Ethan bajó la vista al suelo por unos momentos y, luego, volvió a mirarlos.

—¿Y? —preguntó Ara.

—Hay que *esperrar* a que Lobo Blanco responda.

—Demonios.

—*Trranquila*, Leyna fue a Tesar con los Indignos, deben estar ocupados con eso *ahorra*… No nos queda más que *aguarrdar*.

Ara tomó una silla y se sentó junto a la cama, Noah se acercó a Ethan y le puso una mano en el hombro

—Acompáñame. —Su hermano asintió y lo siguió—. ¿Pudiste hablar con Ajác? —preguntó ni bien dejaron la habitación.

—Sí, ya informó al comandante allí. Dijo que me *avisarría* en caso de haber algún inconveniente.

—Bien. Iré a ver a Tanáel.

—Voy contigo, necesito algo de *airre*. —Noah asintió y bajaron las escaleras, para luego dirigirse a la salida—. Tenemos que sacar a Quentin de la ciudad cuanto antes; no *sabrremos* de los Indignos hasta que estos *encuentrren* a quienes los *liberrarron* y… mató cientos de soldados, *tendrrá trras* él a un *verrdadero* batallón de Indignos.

—Sí, eso había pensado. Tenemos unos días todavía, aunque podemos decirle a Leyna si se nos acaba el tiempo.

—No olvides que debes hablar con el Comandante por lo que él hizo, también.

—Ese es el menor de mis problemas ahora mismo y, además, Quentin está postrado en esa maldita cama.

—Lo sé, *perro* el *hombrre estarrá esperrando* a que le comuniques tu castigo para Quentin.

—Si es que despierta… Además, ¿qué le voy a decir? Quentin ni siquiera responde… Y nos hizo un favor, si lo ponemos en perspectiva.

—Se habían rendido, no *merrecían*…

—Estaban dentro de nuestra maldita ciudad… Pero, sí… Tendré que hacer algo con Quentin y quienes están encarcelados. Darles una medalla o algo por el estilo.

Ethan se detuvo y, cuando volteó a verlo, tenía el ceño fruncido y lo miraba de forma extraña.

—Eso no está nada bien.

—Si los devolvían a Pyebra, regresarían armados y con más ganas de matarnos, Ethan. Se metieron en nuestro país, en nuestra ciudad, mataron inocentes y destruyeron sus hogares.

—¿Te das cuenta de que eso no nos hace *mejorres* que ellos? Es su misma forma de ver y hacer las cosas.

—No quiero que seamos mejores, quiero que seamos los únicos.

—Quentin dejó ciega a una mujer indefensa y asesinó a la Dama cuando tampoco podía defenderse. —Se veía en su rostro el conflicto en el que se encontraba—. Mató a todos esos *hombrres* que… se habían rendido, Noah, y ahora tú hablas de *prremiarrlo*. ¿Te has escuchado?

—El momento de ser buena gente se acabó cuando decidieron llegar hasta aquí, Ethan. Soporté demasiado; lo dejé pasar cuando nos llenaron los bolsillos de Indignos, cuando insistieron en atormentar a Enara…

—Habían bajado sus armas y, en todo caso, *fuerron* víctimas inocentes…

—¿Inocentes? Inocentes son quienes perdieron sus casas con los ataques de Islery, quienes perdieron la vida o a su familia… Inocente es Enara, maldición. No pudieron dejarla en paz y no permiten que viva la vida que merece, no. Insisten una y otra vez en recordarle lo que le hicieron. Tiene su cuerpo cubierto de cicatrices de toda clase y no les bastó con eso, no les bastó con haberla torturado por años, sino que le recuerdan constantemente quiénes son y lo que son capaces de hacer. —El tono de Noah había ido en aumento y solo se dio cuenta cuando Ethan puso una mano en su hombro, para que se calmara. Noah respiró profundo y bajó la vista—.

Enara está embarazada y no puede disfrutar de ello por estar pensando todo el tiempo en qué harán a nuestro bebé cuando se enteren. Ni siquiera sabemos si podrá amamantar, por las cicatrices que tiene en sus pechos.

—Demonios, perdóname.

—No queremos que nadie se entere, así que, no lo menciones. No se atreve a comprar su ajuar por si alguien la ve hacerlo. Cose a escondidas, teje antes de dormir; me pidió que hiciera una cuna, ¿y cómo se supone que la haga? No tengo ni la más mínima idea, pero llevé un montón de maderas y clavos a la casa para darle algo de tranquilidad. ¿Oíste? Algo, no la que se merece, no la que debería tener, solo una minúscula y ficticia sensación de tranquilidad, que se puede ir al demonio en cualquier momento. Eso sin mencionar lo que te hicieron a ti, a nuestros padres, a la nana… Nunca estaremos en paz si no hacemos la guerra, Ethan, y eso significa que se perderán miles de vidas inocentes. Si me preguntas, prefiero que mueran inocentes de Pyebra y no de Sitnor.

—Entiendo lo que *quierres* decir y lo que sientes, *perro* piensa que esa no es la forma, *erres* el Gobernador, no un asesino.

—¿Quién dijo que no puedo ser ambas cosas? —Ethan retrocedió, con el rostro contraído por la desilusión. Noah sonrió con tristeza—. Tal vez, idealizaste a tus hermanos.

—Creo… Creo que sí —murmuró, contrariado.

—No me puedo disculpar por lo que soy, porque no tengo pensado cambiar mis comportamientos hasta que todo esto se termine. Si quieres, puedes decirle a Leyna que te regrese a Erjathá, nadie te lo va a reprochar.

Noah se dio la vuelta y continuó andando hacia el Palacio de Gobierno. Ethan se sentía tan desolado como la calle en la que se encontraba. Noah estaba en lo cierto, se había hecho una imagen de sus hermanos que no se correspondía con quienes eran y no podía culparlos por ello. Tal vez, Noah nunca había sido así, sino hasta que lo empujaron a actuar de esa forma; o tal vez era tan inescrupuloso como los de la Hermandad. No se sentía cómodo, aunque tampoco quería alejarse de ellos y se preguntó qué estaría dispuesto él a hacer por los suyos, por sus hermanos o por Vila si alguien le hiciera lo mismo que a Enara.

«¿A quién quiero engañar? Lena se me adelantó cuando atacaron su templo, pero sería peor que Noah y Quentin juntos».

—¡Noah!

29

Zart Vialh, Tesar

La mente de Ilsa se inundó de densas sombras que cargaban con una mezcla de desolación y dolor físico. Onix también lo sintió. Se preguntó si eso era lo que sufrían cada vez que Quentin y ella se separaban, y lo lamentó en todo su ser.

—Mis fuerzas me abandonan, Onix —susurró alarmada—. Siento que mi corazón dejará de latir en cualquier momento.

—Sé fuerte, tienes que poder con esto. —Onix intentó animarla, aunque se sentía destruido —. Ya verás que acabará pronto.

—Él no está bien, aunque temo que sea demasiado pronto para ir a su lado.

—Regresemos —murmuró la Ilsa maga sin moverse de donde estaba. Si bien las cosas entre ellas habían mejorado considerablemente, ambas se resistían a considerarse una sola y, como se identificaban como dos mentes completamente diferentes, ninguna de las dos quería renunciar a su existencia—. No sabrás de mí hasta que no me lo pidas, haré todo lo que quieras, cuando tú lo quieras, sin cuestionarte ni quejarme. No hablaré, no pensaré y existiré solo cuando tú me lo permitas. No podemos ya con tanto pesar.

—¿Estás segura? No podemos fallar, no podemos enfrentarnos entre nosotras cuando nos alejemos de Onix. ¿Serás capaz de no intervenir cuando estemos con Quentin?

—Ya no puedo con el dolor. Te lo juro por mi existencia que obedeceré. Tenemos que irnos… ahora.

Onix, aun presa del padecimiento de Ilsa, intentó convencerla de que estarían bien, a pesar de que no tenía la seguridad de que fuera a ser así.

—Te necesita, deben irse.

—No sé a dónde, Onix —murmuró.

Onix le mostró la sala donde estaban marcadas las zonas de aparecer en el Palacio de Gobierno de Sitnor. Le dijo cuál era la de Leyna, para que no la usara, y le recomendó salir de inmediato de las marcas, por si Tino decidía regresar.

—Quentin está en Sitnor, deben irse antes de que sea tarde. Sé que podrán convivir en paz, son capaces de hacerlo. Si surge algún inconveniente, cálmense antes de hablar, ¿sí? —Las dos Ilsas estuvieron de acuerdo, por lo que Onix salió de su mente, aliviado al dejar aquel lugar sombrío y opresivo—. *Guna, ¿qué sucede con Quentin?*

—Parece estar muriendo, Onix, pero no hallamos a Ilsa de ninguna manera. No sabemos qué le sucede, lleva tres días inconsciente, aunque su cuerpo… Su cuerpo parece el de un cadáver.

Onix le respondió que enviaría a Ilsa y Ethan se lo agradeció. Respiró varias veces para poder recomponerse de lo que acababa de oír y comprendió las horribles sensaciones que habían llegado hasta Ilsa.

—Toma tus cosas y vete, por favor —dijo—. *Puedes venir por mí sí me necesitas, pero ahora debes encontrar a Quentin. Hace tres días que está inconsciente.*

Ilsa despertó de repente y se sentó en su cama, confundida.

—¿Cómo que…? ¿Cuánto tiempo hace que estamos así?

—Hace tres días y medio que llegaste.

—Maldición… ¡Maldición!

Ilsa se apresuró a buscar su bolso y, luego, acarició a Onix en la cabeza.

—Gracias por lo que has hecho por nosotros. Dile a mi padre que volveré.

Onix pudo ver por una fracción de segundo, justo en el lugar en que ella se encontraba, una pequeña porción de la habitación donde Ilsa aparecería. Su manera de desaparecer le recordaba a la de Mano de Fuego, ya que no tardaba más que un suspiro en desplazarse de un lugar a otro del continente. Todos los demás podían permanecer por varios minutos siendo solo energía, pero ellos eran… descomunales.

—*Espero que pueda controlarse* —pensó en cuanto estuvo solo.

Sitnor Ciudad Capital

Ilsa apareció en la misma habitación que tantas veces había visto antes pero, en esa ocasión, no sintió el malestar que siempre la acompañaba tras separarse de Naga. Buscó la puerta, salió al pasillo y corrió hacia las escaleras. Oyó a Noah llamándola, pero no le hizo caso. Necesitaba llegar a donde estaba Quentin, puesto que no podía notar más que su sufrimiento. En esta oportunidad no lo sentía como cada vez anterior en que lo había encontrado. Era solo un amargo dolor.

—*¿Tareq?*

—*Ilsa, por lo más sagrado, ¿dónde estás?*

—*Acabo de llegar a Sitnor. ¿Sabes dónde está Quentin?*

—*En mi casa, estoy con él. Debes apresurarte.*

«¡Mierda!»

—*Llegaré en unos momentos.*

—*Por las escaleras, la última habitación.*

Ilsa empujó las enormes puertas del Palacio de Gobierno y se encontró con que el día estaba finalizando en la capital sitnorense. La Plaza de la Fuente se veía arrasada y se preguntó qué habría ocurrido para que se encontrara en ese estado. Sin embargo, se largó a correr para cruzarla y dirigirse a la casa de Tareq. Llegó a la puerta de entrada y, antes de comprobar siquiera si esta estaba trabada, levantó una mano y, con la ayuda de su parte mágica, la hizo saltar de sus bisagras. Atravesó el salón y corrió hacia las escaleras, las subió en apenas unas zancadas y entró al cuarto.

Tareq sostenía la mano de Quentin, que apenas eran huesos cubiertos de piel reseca, y se puso de pie en cuanto la vio. Ilsa se cubrió la boca y ahogó una exclamación. Parecía un cadáver que llevaba años secándose al sol.

—¿Qué demonios, Ilsa? ¿En qué estabas pensando? —La regañó Tareq. Se veía abatido y más arruinado que cuando lo conoció, en Erjathá, cuando Vila estaba herida. Su rostro parecía jamás haber sonreído, como si nunca nadie le hubiera dado un motivo para hacerlo.

—Por todos los cielos. —Se arrodilló junto a Quentin y le acarició el rostro con cuidado, puesto que parecía que su piel se desintegraría ante el más mínimo roce. Acercó el oído a su boca y sintió su respiración entrecortada y tan fría como el viento en invierno.

—¿Qué tienes? —susurró. Recurrió otra vez a su parte mágica para entrar en la mente de Quentin, pero descubrió que no había nada allí. La desesperación amenazó con apoderarse de ella, pero intentó calmarse, porque perder la compostura no la ayudaría en un momento así—. *Quentin, ¿dónde estás? ¿Estrella? ¿Qué sucedió? Maldita sea.*

Intentó buscar entre sus nuevos conocimientos algo que pudiera usar para ayudarlo, pero era

tanto que se sintió abrumada, sin mencionar que no sabía qué le había sucedido a Quentin.

—¿Qué le ocurrió?

—¿A mí me preguntas? —preguntó molesto, lo que era una sorpresa—. Tú deberías saber lo que hiciste antes de irte.

—Ni siquiera quería irme… Te lo explicaré luego. ¿Quentin? Por lo más sagrado, abre los ojos, dime algo.

—Fíjate si puedes curarlo de lo que sea que le hayas hecho.

—No le hice nada, Tareq. Simplemente me fui.

—¿Simplemente te fuiste? ¡Inconsciente! Un mes sin noticias. —Ilsa se puso de pie y lo miró—. Un mes sin decir ni una miserable palabra, ni dónde estabas, ni cómo.

—¿Cómo que un mes? —preguntó, confundida y alarmada—. Onix me dijo que pasaron tres días.

—No sé en qué mundo, Ilsa, porque aquí pasó un mes entero en el que no supimos nada de ti. Quentin lleva así tres días. Leyna no podía encontrarte, Iskánder no era capaz de hablar con su maestro…

—No entiendo, no tiene sentido… —Ilsa movió la cabeza de lado a lado.

—¡Por supuesto que no!

—¿Qué más ocurrió? ¿Qué pasó con la maga de la espada? ¿Le hizo algo?

—*Ilsa… Zvezda.* —La voz de su estrella sonaba apagada y triste e Ilsa sintió que su corazón se desgarraba. Se llevó las manos al pecho y miró a Tareq, que pareció notar el cambio en ella.

—Ocúpate de traer a Quentin de regreso. Hablaremos luego.

—Mi estrella parece… estar muriendo…

—Bueno, viendo el estado en que se encuentra Quentin, no es algo que me extrañe.

—Tareq, por favor… —sollozó, incapaz de contenerse por más tiempo—. No quise que nada de esto sucediera. Perdón. Perdónenme.

Ilsa se cubrió el rostro con las manos y retrocedió hasta que dio contra la pared. Se deslizó hacia el suelo y abrazó sus rodillas. Parecía que nada de lo que estaba ocurriendo era racional. ¿Cómo pudo estar tanto tiempo sin darse cuenta de que Quentin y su estrella estaban muriendo? ¿Cómo ella no se encontraba de la misma forma? ¿Por qué seguía viva, después de haber causado tanto daño? ¿Por qué demonios se estaban muriendo, después de todo? ¿Cómo podía su estrella estar así? ¿Acaso podía morirse? ¡Era una estrella! Nunca les había ocurrido algo así antes, ni siquiera cuando él estuvo en los túneles, en tantos días de incertidumbre.

—*Estrella. ¿Qué…? ¿Qué sucede?* —se aventuró a preguntar.

—*Viniste, Ilsa Zvezda.* —Le pareció sentir un leve destello de esperanza, pero este se apagó enseguida—. *Quentin Guna sufre y… no soporto su… No puedo mantenerlo vivo por más tiempo…*

Ilsa sintió que se le congelaba el alma al oír esas palabras. Se puso de pie, aterrorizada y debió verse muy mal, porque Tareq se acercó a ella y le puso una mano en el hombro.

—¿Qué tienes? —le preguntó.

—*¿Cómo que…? No puede ser.*

Tareq se alejó de repente, se arrodilló junto a Quentin e Ilsa dejó de reaccionar. Vio que Tareq se volteaba a verla, con la desesperación pintada en sus ojos enrojecidos y una mueca de dolor en su rostro. Leyó en sus labios o, quizás, lo oyó decirlo.

«Creo que ya no respira».

Sus palabras parecieron alargarse en el tiempo, o repetirse cientos de veces, tal vez. Nunca lo sabría. Quería moverse, quería llegar a Quentin, pedirle que regresara, rogarle que lo hiciera,

porque no podía irse. No podía marcharse sin llevarla a donde sea que él fuera.

—*Te esperé todo lo que fui capaz.*

—*¿Qué?* —se atrevió a preguntar—. *Devuélveme a Quentin, estrella.*

—*Él decidió morir y ya no puedo mantenerlo vivo. Yo… me iré también. Este dolor…*

—¡No! —gritó con el alma y la garganta desgarradas por la desesperación. Cayó de rodillas, se arrastró hasta la cama y se abrazó a Quentin—. No pueden irse, no sin mí. No me dejen aquí, sola, sin ustedes.

Tareq la tomó de los hombros y quiso alejarla, pero ella se aferró a las sábanas. Quería escuchar su corazón latir con fuerza, el aire al entrar a sus pulmones, su voz, su risa. Apoyó la cabeza sobre su pecho y tomó su mano. Sus latidos eran débiles y lentos, como las gotas de agua que se escurren entre el hielo cuando calienta el primer sol de primavera.

—*Venlhyg, zvezdary fratge´n*[44], no puedes dejarme —suplicó—. Regresa, estoy aquí.

Puso una mano sobre su corazón y levantó la vista. Su rostro era gris y sus heridas como retazos de la noche, oscuras aunque sin estrellas. No estaba su piel bronceada, ni sus bonitos ojos verdes, tristes por momentos, alegres cuando la miraban. No estaba su luz ni su sonrisa, su incomodidad ni sus bromas, no estaba ahí, con ella, y ella tampoco quería estar sin él.

Quentin había dicho que podían salvarse de la muerte si volvían a encontrarse, pero ella había llegado y él no regresaba. Se imaginaron, los dos, que la muerte podía deberse a una herida física, pero lo que ocurría estaba lejos de toda previsión. Tal vez, se habían hallado tantas veces antes que esa afirmación había perdido todo su significado. Tal vez, el destino, los dioses y los Astros se habían cansado de ellos, de sus desencuentros, de sus idas y vueltas, de su dolor y de su esperanza. No habían hecho las cosas como debían, se habían encontrado por primera vez una bonita noche de verano, cuando ambos estaban bien y a salvo, en una ciudad que festejaba, con ríos de faroles cruzando sobre las calles, con gente divertida a su alrededor, con niños bailando como adultos y adultos riendo como niños.

«Por Sinmá, Quentin… no puedes irte».

Ellos, sin ser uno ni otro, se habían visto, se habían conocido y habían torcido sus caminos. Su estrella había sido feliz, y ellos también. Entonces, Ilsa rio entre lágrimas al recordar ese primer encuentro. Su cabello negro revuelto por la cálida brisa, la curiosidad de sus ojos, la media sonrisa que curvó sus labios cuando la vio por primera vez, el asombro de ambos, como si en ese mismo momento hubieran encontrado lo que nunca supieron que estaban buscando. La increíble sensación de paz y felicidad que sintieron cuando sus manos se tocaron, como si en ese preciso instante una nueva magia hubiera nacido en el mundo entero.

Su luz se había unido por primera vez, haciendo temblar la tierra y detener el tiempo, alejándolos de los demás y aislándolos en su propio sentir. Volvió a reír cuando sus pensamientos la llevaron a su encuentro en Drioed—ta, y ante cada recuerdo que tenía con Quentin. Aunque luego recordó que, cada vez que se veían, Quentin se iba apagando un poco más. Las muertes, la culpa y el dolor se estaban robando el brillo de sus ojos y las ganas de seguir vivo, al parecer, ya no eran suficientes para que se esforzara una vez más. Sitnor había sido atacada, por lo que pudo ver en su camino hacia allí, y no tuvo tiempo para preguntar qué había sucedido ese día.

Tal vez, Aranza, Josh o Enara… No quiso terminar de pensarlo. No quería imaginarse el dolor que le produciría a Quentin perder a su familia. No sabía si alguno de ellos se encontró con Zarba ese día. Si él estaba dejándose morir, no podía retenerlo en una vida de sufrimiento por su egoísmo.

—Nunca habrá nadie tan increíble como tú —sonrió—. Por eso es que te amo. —Sus dedos

curaron su herida mientras pasaban por su mejilla, besó su frente y se recostó a su lado—. Vive Quentin, pero hazlo por ti. Te quiero vivo, pero si no quieres continuar, yo viviré por los dos. Cantaré y reiré por ti, con tu sonrisa en mis recuerdos. No conozco tus razones, pero las acepto, porque no te ataré a una existencia que no deseas solo por lo que yo pueda sentir. Sé libre, *zvezdary fratge´n.* Estoy aquí, contigo, y estaré a tu lado hasta tu último latido.

Ilsa recordó que cada vez que uno de sus animales estaba agonizando, ella se sentaba a su lado y cantaba. La angustia en sus ojos desaparecía, su cuerpo adolorido se relajaba y los animales morían en calma. No sabía si era por su voz o por las palabras que pronunciaba, pero todos dejaban el mundo en paz y quería eso para Quentin, aunque una parte de ella se fuera a morir con él.

Cuando las hojas caigan
Y soplen los vientos de hielo
Cuando la noche sea eterna
Tu alma cuidaré.

Cuando el verde tiña el campo
Y el sol caliente la piel
Cuando el día sea alegre
Contigo caminaré

Aunque no veas un futuro
Cuando el miedo aceche
Sostendré tus manos en mi pecho
Y mi fuerza te daré[45].

Cantó con la voz entrecortada y llorosa, con el alma destrozada y, a la vez, con la esperanza de que tuviera la fuerza suficiente para darle aunque sea un pequeño motivo para aferrarse a la vida que había decidió abandonar y, si eso no era suficiente, para que dejara de sufrir y sintiera que ella aceptaba su decisión, por más dolorosa e irracional que le pareciera.

Cuando Ilsa hizo silencio, Quentin se movió. Fue un leve suspiro y ella sollozó al imaginarse que sería el último. Sin embargo, le siguió uno más y a ese otro. Ilsa se secó las lágrimas y rio.

—Vive, *zvezdary fratge´n*. Regresa a mí, por favor.

Acomodó la cabeza en su pecho y los latidos de su corazón se oían con más claridad, con más fuerza y determinación.

—*¿Ya no nos dejarás?* —La debilitada voz de su estrella resonó entre sus pensamientos.

—*No, ¿cómo se te ocurre preguntar algo así? Nunca podría dejarlos.*

—*No quise…* —La Ilsa maga se presentó ante ella, sollozando.

—*¿No quisiste qué? ¿Qué mierda hiciste?*

—*Renuncié al poder de tu estrella.*

—*Estuviste lejos* —dijo la estrella—. *No pude… asegurarme. Necesito que me digas si aún quieres renunciar, así te libero… de mi magia.*

—*No, no quiero, estrella. Nunca lo haré.*

La misma sensación de felicidad que conoció cuando vio a Quentin por primera vez llenó su alma y su corazón. Quizás, se extendió por toda la habitación o hasta al mundo entero, porque era imposible que una fuerza tan arrolladora fuera solo para ellos dos.

—*Gracias por haberte arrepentido, Ilsa Zvezda.* —Su voz sonó, de pronto, renovada, jovial, feliz, como si ella nunca les hubiera hecho daño alguno y volvió a sentir a Quentin de la misma forma que antes.

—*Vete* —le dijo a su otra parte—, *no quiero saber de ti.*

—*Quiero quedarme, quiero conocerlo* —suplicó.

—*¡No te atrevas! No tienes derecho a conocerlo. Casi lo matas con tu estupidez. Vete ahora mismo, antes de que te elimine por completo.*

Ilsa se puso de pie y miró a su alrededor. Tareq estaba sentado a los pies de la cama, mirando a Quentin con la ilusión de quien espera un milagro.

—Rastrea, Tareq, y dime lo que ves. —Necesitaba saber si los anillos de luz que los unían habían vuelto a recobrar su luz, su fuerza y su brillo, tal como le había dicho Quentin que sucedía cada vez que se encontraban.

—¿Qué mierda…? —balbuceó Tareq—. ¿Qué es eso?

—¿Puedes vernos? —sonrió. Tareq asintió, sin poder hablar, y movió las manos en el aire, como si estuviera tocando algo intangible—. Eso sucede cuando estamos juntos. Quentin me lo dijo. Es la magia que nos une.

—Es… bellísima —sonrió—. ¿Tú la ves?

—No sé cómo. Pero la siento, siento a Quentin vivo, como antes.

Los ojos de Tareq se apagaron.

—Bajaré a decirle a los demás.

—¿Están todos bien? Vi que la ciudad está destruida.

—Están bien, no te preocupes.

Ilsa asintió, volvió su vista a Quentin y entró en su mente.

—*¿Eres tú?* —dijo él, de inmediato—. *Regresaste, Ilsa, ¡regresaste!*

—*Perdóname por hacerte tanto daño.*

—*Te extrañé mucho. Pensé… Pensé que ya nunca más te vería, que habías renunciado, que te habías alejado de nosotros.*

—*Perdóname, la otra Ilsa lo hizo.*

—*Quisiera poder verte y tomar tu mano, pero mi cuerpo… ¿Qué tiene mi cuerpo? Ilsa, ¿qué tiene? No puedo moverme, no siento…*

Ilsa percibió la horrible desesperación que comenzó a apoderarse de él.

—*Tranquilo, por favor. Estás muy delgado y… Soy una imbécil. Trataré de curarte, ¿sí? Tranquilízate.*

Si solo pudiera hacer lo que Onix hacía para calmarla, pero no sabía cómo y no quería traer a la otra Ilsa a flote. Estaba mejor así.

—*¿Es eso? Ilsa, por favor, dime la verdad.*

—*¿Podría mentirte, Quentin?* —Ilsa se recostó a su lado y lo abrazó—. *¿En serio no puedes sentir que estoy junto a ti? Cálmate, todo estará bien.* —Quentin continuaba agitado, sentía su desesperanza, pero seguía sin poder verlo—. *¿Dónde estás? ¿Por qué no puedo verte?*

—*No tengo cuerpo, ¿verdad?*

—*Si lo tienes, por todos los dioses, ¿por qué dices eso?*

Ilsa besó su frente, se incorporó y, con mucho cuidado, lo ayudó a sentarse. Acomodó unos almohadones detrás de su espalda y se sentó a su lado.

—*¿Estoy vivo, acaso?*

—*Quentin, deja de decir estupideces. Tienes cuerpo.* —Ilsa lo miró—. *Está raro, gris y como si estuvieras muerto, pero al menos estás empezando a tomar calor.* —Tocó su rostro y su

cuello y ya no se sentían tan fríos.

—Tengo miedo, Ilsa.

—Todo está bien —dijo y le dio un beso en la cabeza.

—¿Volverás a irte?

—Ya no, nunca más. Estaré contigo por siempre, pase lo que pase, como si nuestras manos estuvieran encadenadas.

Ilsa puso las manos abiertas sobre su pecho, para buscar qué era lo que lo estaba dañando. No encontró nada, en ningún lado.

—¿Qué te sucedió? ¿Te hirieron?

—Atacaron Sitnor, pero apenas…

—Necesito saber si hay algo más, si un Indigno, tal vez… No es normal que te veas así.

—¿Así cómo?

—Como un maldito cadáver. No lo comprendo. ¿Tienes algo nuevo? ¿Armas? ¿Una cadena, anillo, algo? Cualquier objeto.

—No, no tengo nada nuevo y me confiscaron mis armas.

—¡No entiendo! —exclamó, frustrada. Se puso de pie y comenzó a revisar en la habitación por si había algo extraño—. *Ayúdame a encontrarlo, estrella.*

—¿Qué buscamos, Ilsa Zvezda?—preguntó.

—Lo que sea que esté haciendo daño a Quentin —dijo mientras buscaba en el cajón de una cómoda.

—Lamento decirlo, pero nadie más que tú lo hizo esta vez. —Ilsa se incorporó y sus brazos cayeron a los lados de su cuerpo—. *Quentin Guna se recuperará, pero su cuerpo necesitará tiempo para hacerlo, se estaba dejando morir y no hay magia que logre cambiar eso.*

Ilsa apretó los puños, indignada. Respiró profundo un par de veces y trató de serenarse antes de volver a entrar en la mente de Quentin otra vez.

—¿Qué sucedió? La estrella me dijo que ya no querías… —No era capaz de repetirlo.

—Habías renunciado a nosotros y ella estaba a punto de morir. —Ilsa volvió a acostarse a su lado para abrazarlo. Sintió que la garganta se le anudó otra vez y el dolor que le causó oírlo buscó salida en sus lágrimas—. *Me dijo que intentó mantenerse con vida, por mí, pero ya no podía hacerlo por más tiempo y yo no iba a poder seguir tampoco, Ilsa. No al perderlas a las dos. Si nunca me rendí fue por ustedes, pero ya no tenía motivos para seguir luchando…*

—Perdóname…

—Cuando dejaste Ciudad Naga me di cuenta de que las cosas eran diferentes. No estaba la magia que nos unía, solo el inmenso amor que siento por ti. Pensé que, si alguna vez nos volvíamos a ver, ya no me reconocerías en lo absoluto.

Al estar en su mente, fue invadida por los sentimientos de desesperanza que volvieron a apoderarse de él. Ilsa supo que no podría perdonar a su otra parte por haber sido la causante de tanto daño y sufrimiento en quienes ella amaba. La dejó salir para que también pudiera presenciarlo.

—Siéntelo, maldita seas, siente lo que él tuvo que sufrir por tu estupidez.

—No, Ilsa… —Sintió el pánico de la otra Ilsa, la desesperación, la intensidad de su miedo y sus deseos de escapar de allí.

—Vívelo, pero lo más importante, recuérdalo, porque si alguna vez se te ocurre hacer algo parecido te voy a arrancar de mi mente y me importa tres carajos si se pierde todo lo que aprendiste.

—Pero… padre dijo que…

—¡Una mierda! —exclamó en voz alta, sin darse cuenta—. *Me importa una mierda, ¿comprendes?*

—*Lo sé, perdón. Ya déjame ir, prometo…*

—*Tus promesas me importan una mierda, también.*

—*¿Por qué estás tan enojada?* —preguntó Quentin y, al mismo tiempo Tareq abrió la puerta y la miró.

—¿Qué sucede ahora? —preguntó en pyebrano. Ilsa salió de la mente de Quentin, porque ya no podía soportar tanta desolación, ni seguir causándole más sufrimiento por lo que ella misma sentía en esos momentos. La otra Ilsa aprovechó la distracción para escabullirse entre los laberintos de su mente y resguardarse del dolor de Quentin y de la ira de Ilsa.

—¡Por Sinmá, deberían azotarme cien veces, maldición! —Ilsa comenzó a pasearse por la habitación pero, en esa oportunidad, no buscaba más que un poco de calma.

—Si eso te hace sentir mejor, lo haré encantado. ¿Quentin?

—Pude hablar con él, pero no despierta ni se mueve.

—Qué alivio —suspiró—, no habíamos podido hablarle. No estaba allí.

—¿Y dónde estaba?

—¿Cómo se supone que lo sepa? —preguntó de mala manera. Tareq siempre había sido amable y comprensivo con ella y su cambio de actitud la confundía. Se detuvo y se quedó mirándolo.

—Agradecería mucho que dejaras de tratarme de esta forma —susurró dolida—. Estoy tratando de encontrar la manera de ayudarlo.

—Si no fuera por Quentin, te trataría mucho peor —dijo en voz baja.

—No fui yo, no es mi culpa que él esté así. En parte sí, pero no del todo.

—¿Si no fuiste tú, entonces quién? Nadie sabe qué…

—Soy dos personas, Tareq. —Volvió a recorrer el cuarto, nerviosa y asustada a la vez—. Dos Ilsas. Una es la que todos conocen, la que está hablando contigo, y la otra es una malnacida insensible que solo sabe magia. No conocía a nadie, no sentía nada, no sabía quiénes eran ustedes, ni nada de lo que hice en mi vida. Fue ella la que decidió irse a Tesar y la que quiso cortar el vínculo con nuestra estrella… Por eso es que Quentin se encuentra así.

Tareq la miró por largos segundos, sin pestañear ni moverse.

—Puedo tener la cara del más idiota del mundo —respondió—, pero no trates de engañarme con eso. ¡Es lo más ridículo que alguien ha dicho en toda la maldita historia!

—¿Acaso crees que soy tan retorcida como para inventar algo así? *¡Shrakjta!*

—Chicos, por favor —susurró Enara—. ¿Creen que a él le hace bien oírlos gritarse de esa forma? —Entró en la habitación y les tomó las manos a ambos—. Quentin necesita estar en paz, que quienes se preocupan por él le transmitan serenidad. Si quieren gritarse hasta el cansancio, pueden ir al campo de entrenamiento y hacerlo allí, lejos. No permitiré que Quentin los escuche discutir y es la única vez que lo diré. Ahora, largo de aquí, los dos.

—Pero…

—Pueden seguir con su discusión en otro lugar, porque será imposible que lo hagan en otro momento. Digan lo que necesiten decirse, pero no en esta habitación.

—Que se quede Ilsa, yo…

—Los dos. Ilsa está molesta y eso no ayuda. Afuera.

—Tienes razón —dijo Ilsa—. Perdón.

Ilsa miró a la cama por unos segundos y, luego, dejó la habitación, con Tareq por detrás. No había hecho más de dos pasos cuando vio su imagen en su mente y percibió todo lo que él estaba

sintiendo. Decepción, enojo, tristeza, esperanza…

—Explícate.

La mejor forma que tenía para hacerlo era dejando que la otra Ilsa también se mostrara y eso hizo. Las dos aparecieron allí, frente a Tareq.

—Perdón —dijo la Ilsa maga—. *Fue mi culpa. No comprendía, no podía…*

—Ya vete —dijo Ilsa—. *No puedo lidiar contigo ahora.*

—Déjame explicarlo.

—Estoy demasiado molesta contigo para escucharte y Onix nos advirtió sobre esto.

—Perdón, perdónenme, por favor.

La Ilsa maga se desvaneció y, cuando ella se fue llevándose su culpa y su tristeza, se percató de la confusión de Tareq.

—¿Qué demonios fue eso?

Ilsa se sentó en uno de los escalones de la escalera que llevaba a la sala y él la imitó. No sabía si habría alguien más en la casa y no estaba con ánimos de socializar.

—Lobo Blanco es mi padre. Él me entrenó… Mejor dicho, creó a otra Ilsa a la que entrenó con todo lo que sabe. Yo no lo supe hasta esa noche en el Castillo Blanco, cuando me habló. La otra Ilsa tampoco nunca supo nada de mí y, cuando ambas fuimos dándonos cuenta de lo que sucedía, mi mente entró en conflicto. No podía ser las dos, pero había dos Ilsas. Ella sabe sobre magia; yo viví y sentí. La magia me confundió, pero fue peor para ella, que nunca había sido capaz de reír, llorar, pensar, extrañar, temer. Ni siquiera sabía de mi madre o de mis hermanos, menos aún de Quentin y sentía miedo de él.

—Es una locura…

—Por eso es que Onix me retuvo en Tesar. No podía dejarme ir con la inestabilidad de mi otra parte… y la mía propia también, debo decir. Quería eliminarla y volver a ser yo, pero eso implicaba perder lo que ella sabe de la magia. Ella quería eliminarme, pero ambas dejaríamos de existir.

—Por Efos…

—Lo que no entiendo es el tiempo que pasó. Onix me dijo que fueron tres días.

—Fue un mes.

—Por Sinmá, ¿por qué me mintió?

—¿No notaste el paso del tiempo?

—No, ni siquiera me di cuenta cuando él dijo que fueron tres días, para mí solo fue un instante.

—Ahora comprendo. En el estado de semi—consciencia ocurre eso, el tiempo es relativo. Lo mismo pasa un mes que un segundo y es muy difícil controlarlo cuando se está así. Onix tal vez no pudo hacerlo al no estar en su propia mente.

—Tengo que familiarizarme con muchas cosas todavía.

—Empezando por ti misma. Perdóname por mi actitud de mierda, no me imagine que algo así estaba pasando. Quentin no me lo dijo.

—Porque nadie puede saber que Lobo Blanco es mi padre y no podría explicártelo sin revelar ese detalle.

—Me siento como un imbécil por mi actitud, perdóname.

—No podías saberlo… Y te agradezco por cuidar de él.

—Hay muchas cosas que debes saber, pero regresa con Quentin. Hablaremos en otro momento.

—¿Algo malo?

—No todo —sonrió—. Ve, *tendrremos* tiempo después. Y… perdóname, de nuevo.

—No seas pesado, ya lo dijiste —respondió divertida.

Tareq rio, se puso de pie y le tendió la mano. Ilsa se incorporó y él le dio una palmada en el hombro.

—Anda, te veré luego.

Ilsa asintió y regresó a la habitación de Quentin. Enara estaba sentada junto a él y cantaba en voz baja, por lo que rodeó la cama y acercó otra silla.

—*¿Quentin?* —Tomó su mano, ya cálida y con un color algo más normal, y de inmediato pudo sentir su alivio.

—*¿No se mataron mutuamente?*

—*Ya le expliqué a Tareq lo que mi otra parte hizo.*

—*Todavía eres dos Ilsas, ¿no?*

—*Temo que nunca dejaré de serlo, lo lamento. Aunque ahora es distinto, porque ella sabe todo lo que yo conocí y eso la detendrá de hacer estupideces. Perdóname, tal vez quieres descansar y yo que no puedo estar en silencio.*

—*Hace días que estoy en silencio, Ilsa, y no hay nada más lindo en este mundo que escucharte.*

—Los dejaré solos. —Enara se puso de pie—. Me avisas si sucede o necesitas algo.

Ilsa asintió.

—Gracias.

—*¿Cómo te encuentras?*

—*La otra Ilsa fue quien quiso renunciar a los poderes de nuestra estrella.*

—*No importa eso ya. Debes comprender que estaba asustada y confundida; además, lo que ella haya hecho no es tu culpa.*

—*Gracias a ella es que estás así, Quentin, y casi mueres.*

—*Todos los días estoy a un paso de morir, si lo piensas* —dijo divertido.

—*No sé cómo puedes bromear con eso.*

—*Si no lo hiciera, ya me hubiera dejado matar hace rato para no volverme loco. No respondiste mi pregunta.*

—*No lo sé, es como vivir en una maldita locura.*

Ilsa se recostó en su silla y le contó lo que había estado haciendo en ese tiempo, que se le había escurrido entre los dedos como el agua, sin que fuera capaz de darse cuenta de lo que sucedía más allá de su nariz. Sin embargo, Quentin la interrumpió a la mitad de su relato, diciendo que necesitaba dormir, porque apenas podía prestar atención a todo lo que ella decía.

—*¿Llevas dos días sin comer?*

—*No lo sé, no siento mi cuerpo, es como si solo fuera pensamientos. Todos ustedes tienen un serio problema con la comida, ¿se dieron cuenta?*

—*¿Por qué lo dices?*

—*Porque mis hermanos están todo el tiempo pendiente de si ya comí o si no.*

—*Bueno, la comida es importante para el cuerpo* —rio—. *Perdón, descansa, dejaré de hablar.*

—*Siento tu mano.*

Ilsa se acomodó para mirarlo y notó que todo el horrible y apagado color de su rostro había sido reemplazado por moretones, violáceos y verdosos, y el normal bronceado de su piel. Sus mejillas se habían rellenado y sus manos ya no parecían a punto de deshacerse. Se acercó para curar los magullones de su rostro y él abrió apenas los ojos cuando Ilsa terminó.

—Eres tan hermosa…

—Shrakjta —rio—, *sí que me asustaste esta vez. Bueno, siempre. Debo darte crédito en algo, al menos… te superas a cada encuentro, cabrón.*

Quentin sonrió apenas y volvió a cerrar los ojos.

—Ahora voy a poder dormir mejor, después de verte. ¿Te irás?

—No, cada vez que te dejo solo, te encuentro agonizando, Quentin.

—Esta vez… tampoco fue mi culpa.

—Lo sé. Descansa, zvezdary fratge´n.

—Me encantaría poder ver tus labios cuando pronuncias esas palabras. —Ilsa notó los cambios en sus emociones, un poco de curiosidad mezclada con sus deseos de besarla. Quentin, a su vez, debió percibir la sorpresa y la vergüenza que Ilsa sintió, porque su repentino atrevimiento se convirtió en remordimiento de inmediato—. *Perdóname. No quise…*

—Creo que es mejor que te deje descansar.

—Ni siquiera lo dije… Lo sentí y eso lo hizo peor.

—La verdad es que sí —rio.

—Qué vergüenza, perdóname… No pude evitarlo.

Ilsa salió de su mente, que se había convertido en un caudal de vergüenza, culpa y pesadumbre, y le acarició la frente.

—Descansa, Quentin.

30

La vio llevarse las manos al cuello antes de que moviera nada más. Estaba durmiendo en la silla y su cabeza reposaba sobre el respaldo, hacia un lado. Había querido despertarla, pero estaba fuera del alcance de su mano, que era lo único que podía mover, y tampoco podía hablar. Mucho menos usar la magia para entrar en su mente.

Ilsa frunció el ceño y estiró los brazos; se cubrió la boca y bostezó en silencio antes de abrir los ojos. A pesar de tener los párpados hinchados y el cabello revuelto, Quentin pensó que nunca había visto a nadie más hermosa que ella.

—Buen día —sonrió. Quentin asintió apenas e Ilsa entró en su mente—. *¿No puedes hablar?*

—No tengo fuerzas más que para mover apenas la mano —dijo y movió los dedos.

—Me alegra de que estés recuperándote tan rápido. —Ilsa se puso de pie y volvió a estirarse—. *Iré a buscar algo para que comas, aunque no quieras.*

—Sí que quiero esta vez.

—Mejor así —sonrió—. *Te traeré una taza de té endulzado con miel.*

—No me gusta la miel.

—Lo sé —respondió divertida—, *pero hace muy bien.*

—No voy a tomar eso.

—Sí que lo harás y para que no te sientas torturado, yo también lo haré.

—¿Vas a obligarme?

—Si es necesario, sí. —Ilsa se acercó a él y le dio un beso en la frente—. *Le diré a Noah que te ayude a darte un baño, porque apestas.*

Quentin quiso reír, aunque parecía que estaba ahogándose, lo que hizo mucha gracia a Ilsa, ya que rio hasta que su rostro se puso rojo y se quedó sin aire

—Qué vergüenza, maldición.

—No te preocupes —dijo cuando se calmó—, *apestar es de humanos.*

A los pocos minutos que Ilsa dejó la habitación, llegó Ethan. Sonrió, aunque se veía demacrado, pálido y sus ojeras le ocupaban medio rostro. Ethan entró en su mente ni bien lo vio, por lo que Quentin asumió que Ilsa le había dicho que él todavía no era capaz de hablar.

—Te ves destruido —dijo a modo de saludo.

—Tú no estás mejor que yo, aunque al menos ahora has recuperado el color.

—Ilsa me dijo que parecía un cadáver. —Ethan le hizo ver que no mentía, al mostrarle una imagen del él mismo en la cama, gris, delgado y consumido. De verdad que parecía muerto—. *Maldición, ¿así me veía? Ilsa debe haberse sentido terrible.*

—No solo ella, aunque en mi caso fue distinto, porque te vi empeorar de a poco.

—Lo lamento, de verdad.

—No es tu culpa.

Ethan se dirigió al cuarto de baño y lo escuchó bombear agua en la bañera.

—Es que he llegado a pensar que sí lo es, que algo debo estar haciendo tan mal como para que me sucedan estas cosas. Morgana, Islery… Sé que algo ocurrió en Garhq Tahok y lo borraste de mi mente, por alguna razón.

—No te diré qué es, si es lo que pretendes.

—Pensé en pedirte que me lo dijeras, pero si te viste obligado a llegar a ese punto, alguna

razón debes tener. No puedo decir que eso me haga sentir más tranquilo, pero lo comprendo.

—Me alegro de que no insistas, porque puedo ser más obstinado que nadie si me lo propongo. —Ethan regresó y se paró a su lado—. ¿Puedes moverte?

Quentin levantó una mano, pero esta cayó sobre su vientre a los pocos segundos.

—Es todo lo que puedo hacer.

—Bien, te cargaré, entonces.

—Perdón por esto.

—Tranquilo.

—Es que es incómodo y…

—Cállate, no es para tanto. Hace días que me ocupo de ti, no me hará nada hacerlo un día más.

«Más días perdidos en la nada, por un demonio». Cada vez que caía inconsciente por alguna razón, el tiempo se le escapaba sin que él pudiera recordarlo ni darse cuenta y, aunque ya debería estar acostumbrado, se sentía terrible el hecho de despertar y ser consciente de ello. Iba a quejarse y maldecir, pero no ganaría nada más que hacer que su hermano se sintiera peor.

—¿Sabes? Te haré dormir, porque tu angustia me encoje el corazón, de veras. Sé que para ti es incómodo y hasta humillante, pero a mí no me molesta hacerlo. Te despertaré cuando haya terminado, ¿sí?

—Perdón…

—Ya aburres —sonrió.

Cuando Ethan volvió a despertarlo, Ilsa estaba a su lado con una taza de té en las manos, una sonrisa que pretendía ser normal, pero que no lo era, y una ceja enarcada. Hasta él llegaba el dulce y espantoso aroma de la miel y Quentin hizo una mueca de disgusto.

—No lo haré —dijo y tanto su hermano como ella rieron, porque lo que salió de sus labios pareció un graznido más que palabras—. No beberé eso —susurró.

Apenas si tuvo un par de segundos de fuerza para resistirse, pero luego no le quedó más opción que beber la espantosa infusión. Ilsa, por su parte, invirtió más tiempo insultando y quejándose que lo que le llevó beber su té, puesto que lo hizo en dos sorbos y tres muecas.

Después de eso, le dijeron que había Indignos en toda la ciudad y que debían abandonarla, así sin más. Como si eso no fuera poco, lo cargaron en un carruaje y, junto a Ilsa y a Enara, dejaron Sitnor al mediodía. Ethan, Leyna, Ajác e Iskánder, a quienes la maga tesariana había llevado a la capital por orden del Gobernador, permanecerían en la ciudad hasta el día siguiente junto a Noah y la gente que faltaba por abandonar la capital.

Nadie quería hacerlo y, si le hubieran preguntado, Quentin tampoco hubiera querido irse, pero lo cierto era que no tenían ninguna clase de posibilidad de permanecer allí y vivir para contarlo. Él había matado a muchos pyebranos y no sabían a ciencia cierta cuántas de las armas tenían de esos seres en ellas porque, en el momento de la batalla, no se le pasó por la cabeza rastrear para buscar Indignos. Tampoco bastaba con enviar a otra parte a los soldados que habían estado el día del ataque, porque los Indignos eran impredecibles y violentos; podían permanecer en reposo hasta encontrar a quienes los habían liberado o bien podían decidirse por matar a quienes se cruzaran en sus caminos y destruir todo a su paso en el proceso. No había registros en la historia, según Onix y Lobo Blanco, de tanta cantidad de Indignos sueltos en una ciudad y Noah no quería exponer a los ciudadanos de la capital a que fueran los primeros en llenar las páginas de los libros con sus experiencias, ya era suficiente con que se supiera que Sitnor Ciudad Capital era inhabitable por estar completamente contaminada. En algún momento, quizás, contarían con los magos suficientes como para poder erradicarlos.

Desde hacía cuatro días el torrente de carretas, carros, animales y personas de rostros tristes había copado el camino que llevaba al noreste, hacia el caudaloso río Mor. No podían llevar más que lo esencial y estaba terminantemente prohibido cargar con mobiliario, cajas, cofres o baúles. Los soldados se encargaban de revisar los bultos y eran inflexibles ante la desobediencia de quienes se creían capaces de burlar las órdenes. Cualquiera de esos objetos podía llevar un Indigno en su interior y no podían permitirse cargarlo hasta su nuevo destino, para que se despertara en un momento incierto y decidiera hacer de las suyas.

Noah intentó convencer con inútiles monedas de oro a quienes protestaron por la orden de dejar la capital, pero eso no ayudó a cambiar las opiniones de nadie. Muchas familias se rompieron, ya que hubo quienes decidieron largarse para proteger a los niños ante todo, pero al final, cerca de dos mil personas se quedaron en la ciudad, a pesar de las advertencias de los magos. El apego por sus posesiones fue más fuerte que su propia seguridad.

El Gobernador, los soldados y los magos se pusieron en camino la tarde del sexto día después del ataque pyebrano, junto a los ciudadanos que habían decidido hacerlo a último momento. Las puertas de Ciudad Capital se cerraron por última vez cuando el cielo comenzó a pintarse de estrellas.

Los días empezaban a verse cada vez más cortos y las noches algo más frescas. Los árboles a las orillas del camino habían comenzado a teñirse de otoño y, si bien era más ameno avanzar sin el calor habitual del verano, la desesperación amenazaba con apoderarse de los ánimos de la eterna caravana. El frío no tardaría en llegar y este los alcanzaría sin tener un techo sobre sus cabezas. Tenían algo de esperanza puesta en los magos, pero eran conscientes de que eran casi veinte mil las personas a las que habría que alimentar y cobijar.

Quentin, después de haber vuelto a la vida, tenía una extrema sensibilidad a las emociones de la gente que lo rodeaba y había momentos en los que debía dejar el camino y alejarse de todos para poder sobreponerse de la amargura que lo embargaba, dado los ánimos generales de la caravana. Si permanecía por mucho tiempo sin hacerlo, comenzaba a tener náuseas y dolores de cabeza. Al principio, Ilsa acompañaba sus temblorosos y vacilantes pasos hasta que él podía dejar de sentir a los demás, pero después de un par de días de hacerlo en repetidas ocasiones, su cuerpo tuvo la fuerza suficiente para poder irse por su cuenta. Unos pocos cientos de metros eran suficientes para que él se despegara de las opresivas sensaciones y, dado que no podía hacer mucho esfuerzo, lo dejaban tranquilo.

No podía montar a caballo, ni usar sus poderes y apenas si era capaz de hablar mentalmente con Ilsa y Ethan por unos pocos minutos antes de que sus energías se agotaran. Un completo inútil, según él mismo. No importaba si le decían que aún habían pasado pocos días desde que había despertado, que había quedado en los huesos aunque ya se viera como antes, que ni siquiera estaba en su propia mente cuando estaba inconsciente; no estaba acostumbrado a pasarse el día desocupado y la situación le resultaba irritante.

—*¿Dónde estás? Hace horas que no te veo.*

La voz de Ilsa interrumpió sus nefastos pensamientos, justo cuando estaba decidiendo si valía la pena regresar junto a los demás.

—*En el mismo lugar en que nos vimos a mediodía.*

Quentin estaba acostado de espaldas y apenas si se movió cuando Ilsa apareció a su lado.

—¿Qué tienes? —Ilsa puso un pie sobre su muslo y lo empujó varias veces—. Ah, ya sé. Eres un inútil. —Se recostó junto a él y le tomó la mano. Estaba seguro de que podría haber enviado al demonio a cualquier persona que le dijera eso, pero no sabía por qué no podía hacerlo

con Ilsa.

—¿Te estás burlando de mí? —preguntó con cierto mal humor.

—Un poco. Más que nada, quería que te dieras cuenta de que no solucionas nada si te quejas, porque lo mismo tu cuerpo no responderá a tus exigencias.

—¿Y qué quieres que haga?

—Nada, lo mismo que vienes haciendo. ¿Cambió algo el hecho de que te quejaras? ¿Viste una mejoría significativa en tu estado físico? No, en lo absoluto, porque va a su propio ritmo y lo mismo tuviste que quedarte sin hacer nada.

—Si no fueras tú, te mandaría al demonio —murmuró e Ilsa lo miró con el ceño fruncido.

—Acabas de hacerlo. De todas formas no me voy a ir, porque mi única misión en la vida es hacer miserable tu existencia, Quentin Guna. —Quentin sonrió, por primera vez en el día—. Te perseguiré hasta el fin del mundo, molestándote, hablando sin descanso, quejándome de tus quejas y… todo eso.

—Por lo que hemos visto hasta ahora, quien está condenada eres tú, más que yo.

—¿A dónde te gustaría ir?

—¿Qué?

—Eso. Dime cuál es tu lugar favorito en el mundo.

Lo pensó unos momentos antes de responder.

—La primera vez que salí de la capital, terminé en Drioed—ta. Luego, fui al Puente Negro y después a Pyebra.

—Vaya, no conoces mucho del mundo. —Quentin negó moviendo la cabeza—. ¿Te gustaría ver el mar?

—¿Ahora?

—Si estás ocupado… puede ser otro día.

Quentin comenzó a reír.

—Me gustaría, sí.

Ilsa se puso de pie y se sacudió las hierbas secas de la falda.

—Arriba, guapo. Iremos a Yarth Leg.

—¿Pyebra? Debe ser una broma.

—Si las cosas se ponen feas, podemos desaparecer —dijo y le guiñó un ojo. No muy convencido, Quentin la imitó—. O patearles el trasero, tú elijes.

—Le diré a Ethan.

—Ya les dije antes que te llevaría de paseo. No te preocupes.

—¿Y si no aceptaba?

—Te llevaría de todos modos, porque nadie soporta más tu mal humor —dijo y encogió los hombros. Quentin sonrió y le tendió la mano, pero Ilsa se acercó a él y lo abrazó con fuerza.

—No te muevas.

—Si me abrazas así, ¿crees que quiero irme a algún lado?

Ilsa levantó la vista y lo miró por unos segundos.

—Mi cuerda no es tan resistente, quiero que lo sepas. —Quentin rio e Ilsa le dio un golpe en la espalda—. Nos vamos.

Antes de que terminara de acomodarse habían llegado a una playa de arena blanca rodeada de palmeras. Ilsa dejó su bolso y se quitó las botas ni bien se apartó de él; luego, comenzó a desabrocharse la camisa.

—¿Qué…? —Quentin apartó la vista—. ¿Qué haces?

—Tengo una túnica debajo, no te preocupes. Además, ¿crees que me voy a quedar todo la

tarde pasando calor con estos trapos encima? Debes estar loco.

Ilsa arrojó su camisa a un lado, se deshizo de la falda de igual forma y caminó hacia el agua. Se detuvo antes de llegar y se quedó mirando hacia el sol, que estaba a medio camino hacia el horizonte. Su cabello gris brillaba como una cascada de plata líquida y se mecía con la brisa salada con tanta desfachatez, que parecía que no había nada de qué preocuparse en el mundo. Los tatuajes de sus brazos resaltaban en la palidez de su piel, la túnica bailoteaba en sus piernas y toda ella parecía brillar más que el mismísimo Astro rey. Allí, viéndola ser ella misma pensó que, tal vez, estaría bien dejarse llenar de sol y viento hasta que todo lo demás dejase de importar, aunque fuera por un rato.

Quentin se quitó las botas y la arena le quemó los pies, pero no le molestó. Se deshizo de la camisa y… no, el pantalón se quedaría donde estaba. No tardaría mucho en secarse con tanto calor. Caminó hacia Ilsa, dejando que la arena se le enredara en los dedos y permitiendo que el viento arrastrara sus problemas. De todas formas, estarían en el mismo lugar cuando regresaran.

—Pensé que no vendrías —sonrió sin mirarlo.

—Nunca podría decir que conozco el mar si solo me quedo en la arena.

Ilsa le tomó la mano y caminó hacia el agua, que parecía jugar a no dejarse alcanzar, acercándose y retirándose a los pocos segundos. Llegaron, sin embargo, y el líquido cálido y burbujeante les acarició la piel, invitándolos a sumergirse en ella.

Quentin comprendió por qué solían decir que la gente que vive en la playa es feliz, ¿cómo no podía serlo alguien allí? Parecía que el mar tenía la facultad de arrastrar con su vaivén las penas, el dolor y las preocupaciones y, a su vez, llenar el cuerpo de calma y el alma de serenidad. No estaba en su naturaleza dejar de pensar en todo una y mil veces, pero no podía hacerlo allí, no con esos colores, esa brisa cálida y ese sol tan brillante.

El día empezó a agonizar cuando decidieron salir del agua, después de haber reído hasta el cansancio y haber dejado que el agua salada lavara sus preocupaciones. Ambos se recostaron en la arena, agotados de tanto sol, pero ni bien se quedaron en silencio, Quentin se dio cuenta de que el día se acababa y que, por más que quisiera evitarlos, los problemas seguirían estando al volver a Sitnor.

—Tendríamos que regresar, ¿no? —Quentin se sentó enseguida.

—¿Estás apurado, acaso?

—Puesto así… —rio—. Todos mis asuntos pendientes pueden esperar hasta mañana.

Ilsa, sin despegar la espalda de la arena, levantó la cabeza y miró hacia el mar.

—Nos quedaremos hasta que se ponga el sol. Apuesto a que nunca viste un atardecer tan hermoso.

—¿Cómo…? ¿Cómo es que el sol se pone en el mar? Estamos en el este…

—Porque estamos en una porción de tierra que… Yo que sé —dijo y Quentin rió—. Siempre se pudo ver el mar desde aquí, mi padre me lo explicó, pero no consigo recordar sus palabras exactas. El asunto es que hay una porción de tierra que se extiende hacia el este, y esta playa está… enfrentada al resto del continente. Algo así.

—No podrías ser maestra, eso es seguro, las explicaciones no son lo tuyo.

—Estoy cansada, no me pidas que haga funcionar mi cabeza, porque no va a resultar.

Quentin volvió a reír.

—Lo dejaré, entonces. ¿Estás segura de quedarnos?

Ilsa se sentó, lo tomó de los hombros y lo obligó a acostarse junto a ella.

—Mira el cielo y no pienses. Mira cómo las nubes se deshacen, cómo cambian sus colores y se deslizan por la inmensidad, ajenas a nuestros problemas.

«No somos nubes» pensó en un primer momento, aunque sí que le hubiera gustado serlo.

—¿Cómo haces?

—¿Qué cosa?

—Ser así, tan despreocupada. Ni siquiera tengo una ciudad a la que regresar, no sabemos dónde nos encontrará el invierno o si llegaremos a ver el invierno, siquiera.

Ilsa se sentó y le tomó la mano.

—¿Puedo darle un hogar a esa gente? ¿Está en mis manos cambiar el estado actual de la capital? ¿Puedo encargarme de cientos de Indignos? Son cosas que no puedo solucionar, Quentin. No es que no me inquieten, solo que no hay una cosa concreta que pueda hacer para cambiarlo. Por eso, cuando tengo la oportunidad de estar en momentos como este, me esfuerzo por vivirlos, por disfrutarlos y recordarlos, para que me den las fuerzas que necesito cuando no hay nada más que problemas.

—Lo entiendo, pero no sé cómo hacerlo. Es como sentir que tengo una espina clavada en el pie y está constantemente ahí, doliendo a cada paso.

Ilsa le besó la mano y se puso de pie. Quentin la imitó, pensando en que había arruinado todo, una vez más, culpa de su mala costumbre de pensar todo hasta el cansancio. Sin embargo, Ilsa le sonrió y miró hacia su izquierda, hacia el atardecer.

—Se nos va el sol, Quentin, y como el sol se va, este preciso momento también se irá y nunca más va a volver. ¿Qué es lo que recordarás cuando pienses en este día? Si estás presente, aquí, viviéndolo y sin poner atención a lo demás, recordarás que reíste, lo asquerosamente salada que es el agua, a pesar que te advertí que no la probaras. —Quentin rio—. Recordarás los colores del cielo y que te lastimaste con un coral. Si prefieres seguir preocupándote, todo eso se te olvidará, solo podrás pensar «Fui el mar una vez» y no habrá nada memorable que decir al respecto.

Quentin la rodeó con el brazo e Ilsa se apoyó en él. En su cabello se entremezclaban el aroma de la sal y el de su perfume de lavandas y se preguntó cómo podía siempre oler tan bien.

—Recordaré que vi el sol esconderse en el mar de Pyebra junto a la persona más maravillosa de todo Thoria. Que empecé a vivir a los veinte años…

—Diecinueve, cabrón, no me envejezcas.

—Diecinueve —rio—, cuando la mujer que amo me enseñó cómo pensar solo en lo que de verdad importa.

Ilsa se puso frente a él y lo miró. Sus ojos brillaban con los últimos rayos de sol y con una inmensa alegría.

—Te amo, Quentin.

—Yo también.

—Y quiero besarte.

—Yo también —respondió sin moverse.

—¿Me vas a besar?

—No.

—Tienes razón —murmuró y bajó la vista—, perdón por decirlo.

Quentin pensó, indignado, que Lobo Blanco podía irse al mismísimo infierno de una vez. Nadie le haría jamás tanto daño a Ilsa, como su mismo padre le hizo desde el momento en que nació. Hizo de ella dos personas completamente diferentes y ella debía cargar sola con esa maldición.

La miró por unos segundos, le acomodó el cabello y acercó los labios a su mejilla.

—¿Y tú? —preguntó en voz baja.

—No lo creo —susurró, divertida. Quentin apartó con suavidad los mechones de cabello que caían sobre su hombro.

—¿Tengo que convencerte? —dijo cerca de su oído y notó cuando ella se estremeció con sus palabras. Ilsa cerró los ojos y él se tomó unos momentos solo para contemplarla antes de que la noche terminara de reemplazar el día, porque, como ella misma dijo antes, ese momento sería único y quería recordarlo así, tan perfecto como su rostro, sus lunares y su cuello.

Quentin suspiró, porque su cuello se le hacía irresistible y no pudo evitar acariciarlo con los labios. Ilsa puso las manos en su cintura, pero casi de inmediato lo empujó para apartarse de él.

—No, por favor —dijo con la voz entrecortada, como si estuviera a punto de llorar, y con los ojos llenos de temor.

—Perdóname, por favor. No quise… Maldición, qué imbécil soy, perdóname. —Quentin miró a su alrededor, para ver dónde habían quedado su camisa y sus botas. Caminó hacia ellas y, al llegar, comenzó a vestirse—. No quise asustarte, perdón.

Ilsa caminaba de lado a lado, con ambas manos en su cabeza. Finalmente se detuvo, se giró para verlo, preocupada y avergonzada y Quentin no sabía qué hacer, si acercarse a ella o mantener la distancia.

—Perdóname —dijo con su voz habitual. Se dejó caer en la arena y se recostó con los brazos abiertos—. *Shrakjta*, estar luchando conmigo misma constantemente es agotador.

—De verdad que no quise asustarte, perdóname —se excusó, sin moverse de donde estaba.

—No fue a mí, no te preocupes, por favor. La otra es una maldita tesariana y es un poco difícil… controlarla del todo.

—¿Puedo acercarme?

—Es lo que más me gustaría. No me imaginé que esto sería así, perdóname.

—Tranquila. —Quentin se sentó a su lado y le tomó la mano con algo de temor. Le hubiera gustado poder ayudarla de alguna forma, pero no sabía cómo hacerlo—. No volverá a suceder, para evitar que se asuste otra vez.

—La verdad, a mí no me molesta en absoluto verte sin camisa —dijo y Quentin rio.

—Ilsa…

—Bueno —dijo divertida—, quería que supieras que soy la yo de siempre. Si no fuera por la situación en la que nos encontramos con Pyebra, te aseguro que ya la hubiera eliminado, pero hacen falta magos y soy consciente de los conocimientos y los poderes que ahora poseo. Sería muy irresponsable de mi parte deshacerme de la otra Ilsa.

—¿También se llama Ilsa?

Ella lo miró, como si no tuviera ninguna clase de emoción.

—Dice llamarse Nadzia.

—Vaya… Encima tiene nombre —murmuró—. Por los dioses, si es extraño y difícil para mí, no imagino por lo que estás pasando.

—Es una maldita mierda.

—Lo sé.

—Quiero llorar.

—Hazlo…

—Es que no me sale, pero de verdad que muchas veces quisiera hacerlo.

Ilsa guardó silencio por un largo rato y Quentin esperó, angustiado y preocupado al no saber quién sería la próxima que hablaría, si Ilsa o Nadzia.

«Maldición, hasta nombre tiene».

—¿Por qué ahora sí quieres besarme? —preguntó ella de repente.

—Siempre quise.

—Pero ahora lo intentaste… ¿Qué cambió?

—Perdona que lo diga, porque sé que él es importante para ti, pero tu padre perdió todo mi respeto al hacerte tanto daño, Ilsa. Estás sufriendo mucho; no solo tú, sino también… tu otra parte.

—¿Podemos regresar?

—Claro que sí. —Se puso de pie, le tendió la mano y se preguntó si era Ilsa o Nadzia quien quería marcharse, pero prefirió no decirlo. No sabía qué podía haber causado en ella lo que dijo.

Ilsa se paró frente a él y puso las manos en sus mejillas. Quentin sintió que su corazón se aceleraba al sentirla tan cerca, no por la pequeña franja de aire que había entre sus cuerpos, sino porque podía sentir sus almas siendo una, por primera vez en mucho tiempo, como antes de que ella fuera también Nadzia. Hubiera querido ver sus ojos en esos momentos, pero la oscuridad había llegado para quedarse y tan solo podía ver su silueta recortarse contra el mortecino cielo, allí donde el sol se había ocultado.

Se acercó más a él y sus labios, suaves y cálidos, rozaron apenas los suyos cuando habló.

—Te amo tanto, Quentin. —Apoyó la frente en su mentón, acarició su cuello y, luego, enredó los dedos en su cabello—. Y me duele que apenas pueda decírtelo, porque mi otra parte no me lo permite.

—No necesito que me lo digas, Ilsa, deja de sentirte mal por eso —dijo después de abrazarla.

—Pero yo sí quisiera hacerlo. Perdóname por no poder ser yo misma todo el tiempo.

Sin dejarlo responder, con un poco de timidez, pero con mucha dulzura, Ilsa le dio un beso en la mejilla, y luego otro y otro más. Muy a su pesar, la tomó de los hombros y se apartó de ella.

—¿Estás segura de esto? —susurró—. No quiero que sufras por lo que… ella pueda hacer. —Acarició su mejilla y le besó la frente.

—Ella no volverá, por hoy. —Ilsa puso una mano sobre la suya

—¿Estás segura?

—Deja de preocuparte, *zvezdary fratge´n* —dijo divertida y Quentin rio al recordar lo que esas dos palabras habían causado en él.

—Por los dioses, ahora sí te voy a besar —dijo, pero Ilsa lo besó antes, sin dudarlo, sin temor, sin preocuparse por lo que pudiera suceder. Arrasó con sus miedos, sus inseguridades y sus dilemas y lo arrastró en sus brazos hacia un lugar imposible, donde solo existían ellos dos.

Quentin descubrió que sus labios sabían a los colores de ese atardecer en la playa, a la suavidad de su voz, a la singularidad del brillo de las estrellas que decoraban los cielos, al calor del sol de otoño y a la fuerza de los brotes de primavera; al aroma de la lluvia y al enigma de lo que se esconde detrás de la niebla; a la calidez de un abrazo y al fuego de una chimenea en un día de nieve. Se le entrecortó la respiración por las sensaciones que se despertaron en su interior; una suerte de contradicciones que no podía comprender. Se sentía frágil y, a su vez, fuerte; vulnerable y, también, seguro; un cobarde con la valentía de mil ejércitos. Sintió que el tiempo se detenía y que ese instante sería eterno. Por ellos, para ellos.

Ilsa buscó los botones de su camisa y Quentin se dio cuenta que su cerebro quería dejar de funcionar por completo; solo quería concentrarse en sentir la delicadeza de su tacto en su piel. Sin embargo, se alejó de sus labios. Ilsa acarició con suavidad su pecho y sus dedos descendieron luego por su abdomen.

—Ilsa, espera —dijo con la respiración agitada y los pensamientos alborotados. Le tomó las manos para detenerla, pero ella se deshizo de su agarre y recorrió con sus dedos los músculos de

sus brazos hasta llegar a los hombros.

—Eres una maldita obra de arte —susurró y, antes de darle la oportunidad de reír por el comentario, se colgó de su cuello para besarlo otra vez.

31

—Hoy sí tienes mejor *carra*. —Ethan estaba esperando a Quentin fuera de su tienda—. No sé si es por el sol pyebrano o si es por la muchacha *tesarriana*.

—Por los dioses… —murmuró, avergonzado, y Ethan rio—. Tal vez sea por las dos cosas. Es bastante lindo el mar.

—Así es.

—¿Se besaron? —Ara saltó sobre su espalda.

—¿Y tú de dónde saliste? —Quentin se movió para quitársela de encima. Ara regresó al suelo y se acomodó el abrigo, mientras saltaba de un lado al otro, como una niña ansiosa.

—Estaba acechándote.

—Ve a hacer algo útil —murmuró.

—Por eso estoy aquí, me preocupo por el bienestar de mi hermano.

—Solo estás aquí porque *erres curriosa* —rio Ethan.

—Molesta, diría yo.

—Pero me van a extrañar cuando me muera, ya verán —rio Ara.

—No juegues con eso. —Quentin le dio un golpe de refilón en la cabeza y su cabello revoloteó en el aire. Ethan lo golpeó a él de la misma forma.

—No le pegues a tu *herrmana*.

Ara, sintiéndose respaldada, le respondió golpeando a Quentin en las costillas.

—Por los dioses, se comportan como tres criaturas —dijo Noah desde detrás de ellos y, cuando giraron a verlo, él sonrió con tristeza—. Aunque me alegra de que al menos alguien ría en esta condenada caravana.

Noah miró hacia los demás ciudadanos, que estaban comenzando a deshacer sus tiendas, y sus hermanos lo imitaron. El humor general era tan sombrío como ese día, lloviznoso, apagado y gris.

—Perdón —se apresuró a decir Ara, visiblemente incómoda.

—No te disculpes —dijo y la rodeó con un brazo—, tal vez le contagien algo de alegría al resto.

—Lo dudo —murmuró Quentin—. ¿Dónde nos estableceremos?

—Hay un bosque bastante grande a dos o tres días de viaje, si el tiempo no empeora. Necesitaremos mucha madera para construir y no se me ocurre a dónde más podemos encontrarla. No hay forma de que consigamos piedras para todos en tan poco tiempo, y tendremos que racionarlas para las chimeneas.

—Barro cocido —dijo Ethan y los demás lo miraron—. Luego les explico… No es tan complicado de hacer, menos para los magos.

—Toda sugerencia es bienvenida —aseguró el mayor de los hermanos.

—¿Crees que alguna vez podremos regresar a casa? —preguntó Ara.

—No lo sé —respondió Noah.

—¿Los Indignos serán capaces de seguirnos hasta allí? —Ara lo miró.

—Espero que no. No sabemos mucho de los Indignos ni de su comportamiento.

—Tal vez Ilsa lo sepa —dijo Ethan.

—Ve por ella, Quentin, la esperaré en la tienda grande. Algunos saldremos más tarde porque hay una mujer de parto, Tanáel está a punto de irse con la mayor parte de la gente.

—¿Qué *quierres* que hagamos *nosotrros*?

—Descansen. Leyna e Iskánder irán con el otro grupo.

Quentin asintió y dejó a sus hermanos para ir hacia donde Ilsa se había ubicado, junto a Enara y Noah, pero se encontró con que el espacio que debía ocupar estaba vacío. Sin saber dónde podría estar, comenzó a caminar entre las tiendas, mirando a las personas que iban y volvían.

—¿A quién estás buscando? —Era la voz de Ilsa, pero su acento sonaba más marcado. Se giró a verla y allí estaba ella, aunque sin ser quien conocía, con los brazos cruzados frente a su pecho y mirándolo con desprecio—. ¿Otro viaje de placer? Debería darte vergüenza.

—Ilsa, ¿qué sucede? —preguntó confundido. Quiso acercarse y, cuando ella retrocedió, se dio cuenta de que no podía ser Ilsa; además, ella no podría decir algo así ni bromeando siquiera.

—Ilsa también es una vergüenza, si padre lo supiera… —Movió la cabeza de lado a lado, en gesto desaprobatorio—. No quisiera saber las cosas que hicieron con mi cuerpo.

—Por todos los cielos, Nadzia —murmuró.

—¿Qué quieres?

«Para empezar, me gustaría que no existieras, pero dado que no es posible…»

—No es lo que crees, Nadzia. No hicimos nada…

—¿Y pretendes que te crea? Eres un maldito mentiroso, como Ilsa. No sé cómo pueden andar por el mundo si sentir la culpa y la vergüenza de sus actos.

—Solo fue un beso, por todos los cielos.

Nadzia se pasó la mano por los labios, como si quisiera quitar de ellos alguna sustancia desagradable.

—Me importa una mierda, me dan asco. —Una mueca se dibujó en su rostro. Dolía verla actuando de esa forma. Quentin respiró profundo y se tomó unos segundos antes de responder.

—Noah quiere verte, necesita consultarte sobre los Indignos. Está en la tienda grande —dijo y comenzó a caminar.

—No te necesito para llegar.

Le dio la espalda y tomó por otro camino, sin dudas, para alejarse de él.

—*¿Ilsa?* —se aventuró a preguntar. No sabía quién respondería, pero debía intentarlo, necesitaba saber de ella.

—*Perdón.*

—*¿Qué sucede? ¿Dónde estás?*

—*Nadzia está a cargo ahora.*

—*Acabo de verla. ¿Por qué ella…?*

—*Regresaré en unas horas, a mediodía. No te preocupes, por favor.*

—*¿Acaso fue por lo de ayer?*

—*Todo estará bien, de verdad.*

—*No vuelvas a hacerlo, por favor.*

—*Si este es el precio que tengo que pagar por verte sonreír, estoy dispuesta a hacerlo cuantas veces sean necesarias.*

—*No quiero que sea así. Puedo…*

—*Yo no, Quentin, yo no puedo. No puedo verte mal y… no soporto la distancia que ella me obliga a tomar.*

—*Piénsalo, ¿sí? Será por un tiempo, hasta que te acostumbres a ella.*

—*No sucederá. Para que te hagas una idea, es como si pusieran en tu cabeza a alguien más, con su propia identidad y sus propios pensamientos, porque encima la muy cabrona ahora*

sí piensa, siente y se cree capaz de hacer su propia voluntad. Ella no va a desaparecer nunca, a menos que yo la obligue a hacerlo.

—Entonces, hasta que se acostumbre a mí.

—Te detesta, Quentin. No puede irse de aquí porque es consciente de que, si estamos alejados, ella también sufrirá. De no ser así, me hubiera obligado a ir a buscar al príncipe Verj.

—¿Qué vas a hacer, entonces?

—Compartir mi cuerpo con ella hasta que todo esto se acabe.

Estuvo a punto de pedirle que la eliminara, que no dudara ni un segundo más, que no sintiera culpa por anteponer su propio bienestar al de un mundo en conflicto, pero Ilsa no era esa clase de persona, no lo haría. Para distraerla de esa extraña situación en la que se encontraba, comenzó a pensar en qué demonios podía decir que fuera lo más alejado posible de Nadzia, Pyebra, Islery, la caravana o los Indignos.

—¿Me harías un tatuaje? —Nunca había pensado siquiera en hacerse uno, pero fue lo primero que se le ocurrió decir, porque le fascinaban los que ella llevaba.

—Duele —advirtió.

—Puedo imaginarlo, pero tú tienes muchos, así que tan malo no debe ser.

—¿Qué te gustaría?

—No lo sé. ¿Qué me recomiendas?

Ilsa comenzó a hablarle sobre diferentes figuras que podría llegar a hacerle y, luego, la conversación derivó a otros asuntos. La idea de mantenerla distraída resultó bastante bien, porque Ilsa podía hablar de cualquier cosa sin que eso le supusiera un problema. Mientras, Quentin se pasó la mañana cargando una carreta con las ramas secas que hallaba debajo de los árboles, hasta que se hizo el mediodía y, por fin, Ilsa fue libre de ser ella misma. Sin decírselo, corrió hacia donde él se encontraba para aparecer justo a su lado.

—¡Señor Guna! —exclamó. Quentin dejó caer las ramas y llevó las manos a las empuñaduras de sus espadas—. Deberías verte —dijo, divertida.

—Por los dioses, entre tú y Ara, me van a matar de un susto un día de estos.

—Prometo no volver a hacerlo, no quiero enviudar antes de haberme casado.

Quentin rio y ella lo abrazó.

—¿Mañana será igual? ¿Ella estará presente? —Ilsa apoyó la mejilla en su pecho y no respondió. Quentin le acarició la mejilla y le dio un beso en la frente—. Dímelo, así intento no cruzármela, o no hablarle si la veo.

—Hasta que lleguemos a donde sea que vayamos. Todas las mañanas, desde que abrimos los ojos hasta el mediodía.

—¿Por qué lo hiciste?

—Porque quería besarte, Quentin.

—Pequeña…

—No te apenes por mí, porque sé lo que estás sintiendo en estos momentos. Mejor vamos a hacer algo útil y a seguir juntando leña. —Ilsa hizo punta de pie, le dio un beso en la mejilla y sonrió. Luego, se alejó para juntar las ramas que Quentin había dejado caer a su alrededor. Él se quedó viéndola mientras se alejaba, hipnotizado, sin querer moverse. Si fuera por él, la miraría hasta el cansancio.

—¿Cómo puedes ser tan hermosa? —preguntó en voz baja.

Ilsa rio, sonrojada y avergonzada, y le arrojó una rama, que Quentin atrapó en el aire.

—No voy a hacer todo el trabajo yo sola. Ponte a hacer algo, *zvezdary fratge´n*.

—En serio. ¿Cómo puedes iluminar al mundo entero solo con tu sonrisa? Hablas y los

problemas parecen disolverse, me abrazas y me llevas hasta las estrellas… ¿Cómo haces?

—No lo sé —respondió, aunque parecía que había una Ilsa más, una que también era tímida y capaz de sentirse nerviosa o, tal vez, era una parte que no conocía de ella y la amó más que antes, si eso era posible.

Quentin se acercó a ella y la abrazó.

—Por los dioses, te amo tanto…

Dejaron de avanzar al llegar al primer bosque, después de nueve días de caminar desde el amanecer. Una centena de kilómetros los separaba de Ciudad Capital y, según lo que lograron saber de los Indignos, asumieron que no llegarían hasta allí a buscarlos, en el mejor de los casos. Sin embargo, los días eran cada vez más cortos y las lloviznas constantes comenzarían de un momento a otro. Tuvieron dos días de agua en el trayecto, pero se sabía que podía ser peor. Sumado a eso, un verano tan caluroso como el que acababan de dejar atrás auguraba más frío de lo habitual y, si eso sucedía, podía llegar a nevar en esa zona también, algo que era poco usual, pero no imposible. Tenían que detenerse y empezar a prepararse para el invierno.

Ocuparon una porción de tierra justo donde el río que proveía de agua a la capital se unía al cause principal del río Mor. Dividieron la tierra en parcelas del tamaño suficiente para que pudieran construir una casa y tener una huerta, y asignaron una a cada familia. Grandes y chicos se pusieron manos a la obra de inmediato e, incluso quienes nunca habían tenido una herramienta entre sus manos, trabajaron hasta que los callos reemplazaron a las ampollas.

Los magos se encargaron de quitar los árboles para que pudieran comenzar a levantar viviendas cuanto antes y, luego, prepararían la tierra para los cultivos. Acelerarían las cosechas solo si los alimentos escaseaban, para no arruinar los suelos fértiles, y ayudarían en las construcciones en caso de necesidad, pero no desgastarían sus energías por si surgía alguna emergencia.

Armaron una gran tienda en el centro de la nueva capital, que cumpliría la función de Palacio de Gobierno hasta que todo lo demás estuviera terminado y los ciudadanos pudieran dedicar sus esfuerzos a construir un edificio acorde.

Los hermanos Guna decidieron que vivirían juntos, al menos en un principio, para agilizar las cosas. Enara, que no era una maga entrenada en su totalidad y no participaría en los conflictos de forma activa, ayudó a que la casa estuviera terminada y habitable antes de lo previsto.

No habían tenido tiempo ni oportunidad de verificar las habilidades de Ilsa, por lo que le dieron vía libre para que utilizara sus energías de la forma que quisiera. Era capaz de construir dos cabañas simples por día y, al verla, los más adinerados contrataron sus servicios para hacer casas más grandes, aunque le llevara algo más de tiempo. Para el final de la segunda semana había hecho seis cabañas, dos casas bastante grandes, una posada y una muy buena cantidad de oro, pero decidió que era suficiente. Prefirió volver a hacer cabañas pequeñas para quienes no tenían la fortuna de contar con vecinos o familiares que los ayudaran.

Con el correr de los días, el enorme asentamiento empezó a tomar la forma de una caótica y muy poco planificada ciudad. Por más que demarcaron las calles, asignaron las zonas de comercio y de las viviendas, muchos vendieron sus parcelas por algunas monedas que despilfarraron en un par de noches de alcohol, lo que alteró la demarcación inicial. Además, quienes tenían más dinero, habían empezado a obligar a otros a venderles la madera que les habían dado para construir y poco tardó Noah en diseminar a los soldados por las lodosas callejuelas y pasajes para que las cosas fueran lo menos problemáticas posibles.

Lo que en un inicio se creyó que ayudaría a hacer mejores personas a todos, más solidarias

y compasivas, terminó sacando lo peor de la mayoría. Para el final del primer mes, Noah ordenó a los magos y a los soldados emplearse en agilizar las construcciones, porque el invierno estaba pisándoles los talones y no esperaría a que ellos se hubiesen establecido para poder arribar a esas tierras.

Ser hermana de Iskánder le daba una ventaja sobre los demás, algo que sin dudar aprovechaba cada vez que tenía la oportunidad. Mejor comida, mejor lugar en el campamento, la posibilidad de elegir cuándo regresar a la capital. Zaria llegó con los soldados que Noah había solicitado para ayudar a reforzar la seguridad de la desprotegida capital, carente de murallas y defensas. Su urgencia por saber de Quentin podía más que su deber y que su entrenamiento y, en lugar de ofrecerse para alguna tarea en el Puente Negro, tomó su caballo y decidió viajar a la cabeza de la tropa.

A Quentin se lo habían llevado del frente hacía meses y lo único que supo de él en ese tiempo fue lo que pudo escuchar de una conversación entre Iska y el señor Josh. Quentin estaba postrado en una cama, herido y muriendo. No había podido averiguar nada más, no se atrevía a preguntarle al señor Josh y su hermano no decía ni una mísera palabra, sumado a que apenas si le ponía atención. Iskánder hizo amistad con Zelig y andaban juntos de un lado al otro, todo el día, todos los días. Tenía sus ventajas, porque a veces Iskánder podía ser muy pesado y molesto, pero eso de no tener noticias de Quentin la tenía con los nervios por demás alterados.

El asentamiento de los capitalinos era un caos de barro, gente, tiendas, algunas cabañas y muchos esqueletos de madera que se convertirían en hogares en algún momento. La orilla norte del río estaba algo más elevada que el lado contrario y, desde las suaves colinas que se dispersaban hacia los lados, se tenía una vista bastante buena de lo que ocurría en la ciudad. O lo que pretendía ser una ciudad.

Armó su tienda sin perder el tiempo, dejó sus bolsos y cruzó el río. Una pobre estructura de troncos oficiaba de puente, aunque había que ir con mucho cuidado porque era inestable y parecía a punto de colapsar a cada paso. Ni bien volvió a pisar tierra, pidió referencias para encontrar a la señora Enara y le dijeron que su cabaña estaba ubicada cerca de donde el río Mor se separaba, pero no supieron darle más detalles.

Zaria caminó hacia allí y volvió a preguntar cuando estaba acercándose. En esa ocasión, la mujer a la que le preguntó la condujo hasta su destino. Zaria llamó a la puerta, nerviosa e impaciente, y aguardó por un largo rato, pero nadie contestó, ni siquiera después de haber llamado varias veces.

Sin tener idea de dónde podían estar sus conocidos, comenzó a caminar entre la gente que circulaba apresurada por las lodosas calles, buscando algún rostro familiar, hasta que vio a Quentin. Parecía haberse convertido en la única persona sobre la tierra, como si los demás se hubieran desvanecido por completo y solo quedara él en pie. Su corazón se detuvo, igual que el mundo, y sonrió aliviada, porque no se imaginó que lo encontraría así, como si nada le hubiera ocurrido. Se veía tal como lo recordaba. Alto, fuerte, serio, decidido.

«Tan guapo» pensó y su rostro se ruborizó. Caminó hacia él; tal vez, después de tanto tiempo sin verla, Quentin también se alegraría de que ella estuviera allí. Lo vio sonreír y Zaria se detuvo, porque no era a ella a quien sus ojos estaban mirando. Buscó entre la gente que de repente parecía haber poblado la calle y encontró a la señorita Ilsa caminando en su dirección. Ella llegó hasta él y lo abrazó, pero no como lo había visto hacerlo antes, cuando estaban por despedirse antes de ir a Villa del Sol, sino de una forma diferente. Y sin siquiera pedirle permiso o decirle algo antes. Vio a Quentin decirle algo y ella le respondió besándolo en los labios.

Zaria se sintió estúpida, avergonzada y por demás ridícula, sin saber por qué. Quería irse, apartar la mirada, regresar a su tienda y no salir más de allí pero, a la vez, sentía la dolorosa necesidad de verlos, aunque eso causara más sufrimiento en ella.

«Maldita zorra tesariana. Primero mi hermano y ahora él. Quentin los vio juntos, maldición, ¿cómo puede no importarle?»

Al fin pudo cerrar los ojos y salir de allí. No quería regresar nunca más, en lo posible, a esa parte de la ciudad. Se alejó corriendo hacia el puente, lo cruzó sin pensar en que podía terminar en el fondo del río y se dirigió a su tienda.

—¡Niña! Espera, por favor. —Una de las sanadoras del ejército que había llegado con los demás, una mujer de mediana edad, de tez blanca y cabello oscuro, estaba llamándola y Zaria se detuvo, aunque lo que menos quería, en esos momentos, era conversar con alguien—. ¿Te encuentras bien?

—Solo estoy un poco cansada —mintió, aunque su voz la traicionó y sonó ahogada.

—Ven conmigo, te haré un té.

—No se moleste, de verdad, no es nada. —Intentó sonreír—. Descansaré por algunas horas y estaré bien.

La mujer sonrió, comprensiva, y a Zaria se le llenaron los ojos de lágrimas, aunque las apartó de inmediato. La sanadora la tomó del brazo y comenzó a caminar.

—Necesitas algo más que un té, en mi opinión.

Zaria no contestó, aunque tampoco se rehusó a acompañarla. No sabía por qué estaba dejándose llevar por alguien a quien apenas vio un par de veces, aunque, tal vez, era porque necesitaba quitarse el dolor que llevaba adentro. Tanto tiempo esperando verlo, alimentando sus ilusiones y creando un mundo perfecto, en donde él se alegraba de verla, donde podía hablarle sin sentir esa terrible vergüenza que la enmudecía y le ralentizaba sus pensamientos, donde solo ella era para él. Un mundo donde no tenía en cuenta la presencia de Ilsa en lo absoluto y todo se había destrozado en apenas un par de segundos.

Llegaron a una carreta grande, alta, de paredes de madera. Dos escalones llevaban a una portezuela y la sanadora la abrió. Invitó a Zaria a seguirla y la muchacha obedeció sin objetar. El piso de la carreta estaba tapizado con una alfombra colorida, las paredes estaban cubiertas de muebles con numerosos cajones y gabinetes vidriados repletos de frascos y botellas de distintos tamaños. En los rincones, colgaban de los techos macetas con plantas y numerosos atados de hierbas secas. Un par de ventanas cuadradas y pequeñas daban luz a la estancia, aunque la mujer cerró las cortinas ni bien se quitó los abrigos. Una puerta angosta entre dos estanterías estaba abierta y se veía lo que era, sin dudas, la habitación de la mujer.

—Toma asiento —dijo y señaló un rincón, donde había almohadones de diferentes tamaños.

Zaria obedeció en silencio y la sanadora la acompañó poco después, llevando con ella dos tazas de té caliente, que preparó en algún momento que ella no notó. Quizás estaba tan perdida en sus pensamientos que no se dio cuenta de lo que la mujer estaba haciendo.

—Bebe, te sentirás mejor. —La animó al ver que Zaria permaneció con la taza entre las manos, mirando su contenido, aunque sin percatarse de lo que veía. Zaria hizo lo que la sanadora decía, nuevamente, sin pensarlo. Terminó su bebida y recién en ese momento se dio cuenta de que la mujer no había dicho ni una sola palabra. En un principio creyó que insistiría preguntándole qué le sucedía, pero no fue así.

—Es una mierda —dijo Zaria.

—¿El té? —preguntó con amabilidad.

—No, no, discúlpeme, por favor —se apresuró a decir—. El té estaba muy bien, gracias.

Solo estaba pensando en… No importa.

La mujer sonrió, sin más, y Zaria pensó que, tal vez, la sanadora necesitaba algo más que una disculpa vacía. Además, no perdía ni ganaba nada al decirle lo que sucedía, a los mayores no le incumben los problemas de los jóvenes y ella necesitaba desahogarse.

—Pensé… —sonrió para no llorar—. Pensé que él se alegraría al verme de nuevo y sin embargo… —Volvió a callar.

—¿No lo hizo?

—No me vio, no tiene ojos para mí. Aunque, quizás nunca los tuvo y solo soy una imbécil que se ilusiona con mucha facilidad.

—Nada está escrito, niña. Puede que él no te haya notado aún o crea que tú no sientes lo que sientes.

Zaria la miró por unos instantes. Una gruesa línea negra delineaba los párpados que enmarcaban a sus profundos ojos verdes, que le transmitían tanta confianza como seguridad.

—Está con alguien —dijo al fin.

—Oh…

—Es una zorra y Quentin un idiota. —Zaria apretó los puños—. La vio besar a mi hermano y parece haberlo olvidado por completo.

—No puedes juzgar tan a la ligera…

—Es tesariana y vive allí, en Tesar, pero no sé por qué razón viene a cada rato. El año pasado Quentin estuvo a punto de golpear a Iskánder cuando se besaron, por «sus costumbres», y ahora ellos se besan en medio de todos sin pensar en que sus padres podrían desterrarla si lo supieran. No lo comprendo.

—Sé que Iskánder es tu hermano, el mago, pero ¿quién es ese tal Quentin?

—Quentin Guna, el hermano del Gobernador.

—¿Estás enamorada de Quentin? —Zaria bajó la vista y asintió—. Con todo lo que has dicho, tal vez él solo quiera… pasar el rato con ella —dijo y Zaria la miró. La mujer sonreía—. El amor es mucho más que un par de noches, niña. Eso, a la larga, aburre. El amor es amistad, cuidado, diálogo… Y una persona que te da compañía ocasional, no está dispuesta a dar nada más.

—Pero… ¿Y si él sí está enamorado de ella?

—Dejará de estarlo si ella no le corresponde. Nadie puede vivir por mucho tiempo mendigando atención.

—¿Está segura?

La mujer se puso de pie y tendió la mano. Zaria le entregó la taza y ella se dirigió al otro extremo del carro, para dejarla sobre una mesa.

—Los viejos hemos aprendido mucho a lo largo de nuestras vidas, pero rara vez se nos tiene en cuenta —dijo mientras regresaba a su lado—. Ustedes, los jóvenes, creen que no comprendemos, que hablamos sin saber, pero nuestros años vividos nos han enseñado muchas cosas.

—Pero usted no es vieja, señora. —Zaria sonrió.

—Ser sanadora tiene sus ventajas. Una aprende de hierbas, de aceites y… trucos para quitarse algunos años de encima. No todo lo que se ve, es lo que es en la realidad.

Zaria asintió, cada vez más confundida.

—Entonces, ¿qué hago?

La sanadora se sentó frente a ella y le tomó las manos.

—Él nunca se fijará en ti si no sabe que estás ahí. El amor no aparece de repente, se

construye, pero no puede construirse en el aire. Acércate, acompáñalo, deja que te conozca, demuéstrale que contigo puede tener algo más que diversión ocasional. Perderá su interés en esa muchacha cuando se dé cuenta de que tú eres quien vale la pena en realidad. —Puso la palma de la mano derecha de Zaria hacia arriba y pasó un dedo sobre las líneas que se dibujaban en ella. Frunció el ceño, acercó el rostro a la mano, se alejó y volvió a acercarse—. Eres valiente, fuerte, estás destinada a hacer grandes cosas, no a permanecer escondida detrás de alguien. Estás destinada a cambiar el mundo.

Zaria retiró la mano, alarmada.

—Está confundida, señora. —Se puso de pie—. Debo retirarme, tengo cosas que hacer.

—Por supuesto, niña. Puedes venir a verme cuando desees, siempre estaré para ti.

Zaria salió de la carreta y caminó apresurada hacia su tienda. Armó su catre, se envolvió en una manta y se acostó. No tenía nada que hacer y ningunas ganas de ver a alguien de la ciudad. No sabía qué pensar ni qué sentir en esos momentos y repasó lo que la mujer había dicho, para tratar de encontrarle alguna clase de sentido.

«¿Cambiar el mundo? ¿Yo? Esta mujer tiene que estar loca…»

—Señor *reznic*.[46] —Dunayar, la niña que Eric y Santoro habían salvado de Ahrbak Ardhal, llegó para sacarlo de sus pensamientos. La había visto un par de veces cuando llegaron del Puente Negro, pero Eric y Santoro habían decidido quedarse del lado del ejército, en el norte del río.

—¿Estás bien? ¿Estás sola?—Se puso de pie y miró hacia donde provenía su voz, buscando en las sombras.

—Está todo bien, señor.

—¿Qué haces aquí? ¿Y Eric?

—Hoy tenía una cita, señor.

—¿Santoro?

—De guardia en la ciudad, señor. —Dunayar llegó hasta el círculo de luz que proyectaba la fogata y le dio un cesto. Estaba vestida con un pantalón enorme y mal cortado, una chaqueta que le llegaba hasta las rodillas y unas sandalias maltrechas, a pesar del frío de esa noche—. Traje su cena.

Quentin sonrió y la invitó a acercarse al fuego. Era una noche fría y sabía que los norteños no se llevaban bien con las bajas temperaturas.

—Agradezco que te tomaras la molestia.

Dunayar se envolvió en una pesada manta de piel y se acuclilló algo alejada de él, pero cerca del fuego.

—Es la primera vez que se van los dos en la misma noche y no quería estar sola —susurró.

—Está bien —dijo y Dunayar asintió apenas—. Me hará bien algo de compañía.

—Eric me dijo, antes de irse, que usted estaría aquí… por si yo tenía miedo. No conozco a nadie más, perdón.

—Vaya… No te disculpes.

—No voy a molestarlo, solo estaré en silencio.

Tenía que haber estado muy asustada para querer pasar la noche junto a él, un completo extraño con no tan buena fama. Se quedaron en silencio por un largo rato, hasta que Quentin se levantó y caminó hacia los árboles, observó los alrededores e intentó escuchar si había algo inusual, pero el viento no traía ningún sonido. Cuando se giró para regresar, vio que la pequeña estaba de pie de espaldas a él, mirando hacia el otro lado del río.

—¡Soy yo! —exclamó para no asustarla. Dunayar sonrió apenas y volvió a acuclillarse—. ¿No te gustaría ir a vivir del otro lado? —preguntó cuando llegó—. Podrías conocer más niñas como tú.

—No soy una niña, ya tengo doce años.

—Comprendo, perdóname. Entonces el próximo año podrás ir el entrenamiento obligatorio… —Quentin se sentó donde estaba antes—. ¿Te gustaría hacerlo?

—No debería estar viva, señor. —Lo miró. En sus ojos había algo muy extraño, como cierta desesperación, mezclada con tristeza—. Mi destino era morir quemada en el caserío, junto a una madre violada y a un padre degollado —dijo, y Quentin comprendió porque se veía y se comportaba así—, pero de alguna forma los dioses o los espíritus de mis ancestros hicieron que pudiera salvarme de eso. Ahora no sé qué hacer, señor. Lavo mi ropa, cocino, hago algún recado y eso es todo. No tengo nada, no soy nada.

—¿Qué te gustaría hacer, ahora que sí tienes una vida? Lo cierto es que llegaste en un momento difícil, cuando no tenemos ciudad siquiera, pero puedes ir a Villa del Sol. Allí hay casas de estudios…

—¿Sola, señor *reznic*? —preguntó atemorizada, él optó por cambiar de tema, para que volviera a serenarse.

—Dime Quentin, por favor. Eso de *reznic* no es muy agradable.

—Perdón, señor, no quise ofenderlo.

—Está muy bien para el campo de batalla, pero no vamos a pelear entre nosotros, ¿verdad?

Dunayar sonrió con timidez.

—No, señor Quentin. Tengo miedo hasta de mi sombra, no podría siquiera intentarlo.

—No te creo. Escuché lo que hiciste en Ahrbak Ardhal. Eres una de las personas más valientes que conozco.

—Mentira, señor —murmuró. Dunayar fingió acomodarse las mantas, solo para cubrirse el rostro.

—¿No crees? Además, llegaste desde el campamento hasta aquí por tu cuenta, eso es mucho camino.

—Porque sabía que usted me escucharía gritar si algo me sucedía.

—Nadie te hará nada, tienes como escoltas personales a dos de los tipos más peligrosos de todo el ejército de Sitnor —dijo Quentin y Dunayar rio—. ¿Te gustaría que te llevara al otro lado después del amanecer? Necesitas ropa nueva y más abrigada y me parece acertado decir que tus guardias no saben mucho de esos temas…

—¿Usted sabe, señor?

—Las camisas con todas parecidas —encogió los hombros—, y tengo varios pantalones iguales, aunque en distinto grado de deterioro. —Dunayar asintió, algo desilusionada, por lo que Quentin se apresuró en agregar—: Pero mi hermana adora los vestidos, y mi cuñada es pyebrana, así que podrás entenderte bien con ellas.

—¿En serio, señor…?

—Les avisaremos a Eric y a Santoro y te acompañaré de regreso cuando quieras volver, ¿qué dices?

Dunayar sonrió, expectante, pero volvió a verse seria y preocupada.

—Es que no tengo cómo comprar nada, señor, y nadie emplea a una persona que se ve como una niña. Menos si se viste como yo.

—Saquearemos las bolsas de oro de tus guardias, no te preocupes por eso.

—No me parece bien, ellos cuidan de mí.

—Salvaron tu vida y eso implica ocuparse por tu bienestar hasta que puedas valerte por ti misma. Es su deber cuidar todos los aspectos de tu crianza, no solo darte de comer y una tienda para que duermas. Aunque no les robaré, para tu tranquilidad, solo los obligaré a darte las monedas que necesites.

Dunayar comenzó a reír y era la primera vez que la veía hacerlo así. Las veces que la había visto lucía aterrada y en un constante estado de alerta, pero parecía que estaba comenzando a relajarse, al menos un poco.

—Deberías descansar, ¿no?

—No duermo de noche, señor. Solo cuando sale el sol puedo hacerlo.

—Comprendo, también tengo proble…

Dunayar se puso de pie de repente y Quentin la imitó, alarmado. La niña señaló hacia la ciudad que brillaba con las débiles luces de las antorchas y él agudizó la vista.

—Vi un destello que subió hacia el cielo.

—No te asustes, son los magos practicando. Me dijeron que no los interrumpiera, así que deben estar haciendo algo muy importante.

La niña volvió a sentarse, aunque de nuevo en estado de nerviosismo. Pasaron apenas unos segundos cuando rompió a llorar de forma histérica y retrocedió, arrastrándose en el suelo.

—Los magos, van a volver los magos. —Cubrió su cabeza con ambas manos y se hizo un ovillo. Quentin se acercó y le habló de la forma más calmada posible.

—Son los nuestros, están practicando, ¿sí?

—¡No! —gritó, nerviosa—. Arrasarán con todo, otra vez.

—Cálmate, está todo bien —insistió, pero la niña era un mar de lágrimas. Lloraba sin poder controlarse y balbuceaba una y otra vez las mismas palabras. Quentin quiso tocarla, pero Dunayar se arrastró lejos de él, en pánico.

—Yo también soy mago, ¿sabías? —La niña dejó de llorar, se descubrió la cabeza y lo miró —. No dejaré que nada malo te ocurra, ¿sí? Ven, siéntate aquí conmigo, todo estará bien.

—Mentira, usted no es mago —murmuró.

—Sí lo soy. —Una luz parpadeó por unos segundos en la palma de su mano. No era muy bueno en eso y apenas si practicaba, pero quizás le serviría para que Dunayar confiara en él—. No quiero llamar la atención de los demás —se excusó—. Puede que me confundan con un mago de Pyebra y esa no es la idea.

—Es mago, señor *reznic* —sonrió, entre sollozos, sin poder librarse de su nerviosismo.

—Sí. —Quentin tendió la mano otra vez—. Ven, seguro que veremos más luces desde la ciudad y pueden ser muy lindas, de muchos colores. —Al ver que la niña no se movía en lo absoluto, se sentó donde estaba—. No toda la magia es mala, Dunayar. La magia también sirve para crear cosas útiles, para hacer crecer plantas, para mover o acomodar cosas. Hay magia que se utiliza para sanar, y no solo heridas del cuerpo, sino también los dolores del alma.

—¿Usted puede curar los dolores que hay en mi alma, señor *reznic*?

A Quentin se le rompió algo adentro al oírla.

—No, yo no sé hacerlo —se lamentó, aunque de inmediato sonrió—, pero conozco a alguien que sí puede. Lo hizo conmigo, al menos, y estoy seguro de que va a querer ayudarte.

Dunayar se acomodó, algo más calmada, y se abrazó las rodillas.

—Lamento que su alma haya estado rota, señor *reznic*.

—Era apenas más grande que tú cuando se rompió por primera vez… Aunque creo que es mejor que hablemos de otra cosa, ¿no te parece? Ven, regresemos junto al fuego, está bastante frío esta noche.

Quentin se incorporó y Dunayar tomó su mano esta vez. Estaba fría, sudada y temblorosa, pero caminó junto a él hasta que llegaron a la fogata; se sentó a su lado y, sin soltar su mano, volvió a cubrirse con sus pieles.

—¿Sabes? Creo que tendrías que dormir. Recuerda que te llevaré a la ciudad…

—Creo que sí, señor.

—Cierra los ojos y piensa en algo que te guste o en lo que te gustaría hacer, algo que te haga feliz. Yo estaré aquí, contigo y no dejaré que nada malo te suceda, ¿sí?

—Gracias, señor. —Dunayar se acurrucó de cara al fuego, sin alejarse ni un centímetro de él.

—Descansa.

Quentin esperó hasta que se aseguró de que la niña dormía para salir a hacer una ronda. Se pasó el resto de la noche alimentando el fuego, caminando y mirando a la nada. Dunayar abría los ojos cada poco tiempo, miraba a su alrededor y, cuando lo veía, volvía a acomodarse entre sus pieles. Cuando el sol comenzó a asomar de espaldas a él, despertó a la niña. No quería que se asustara cuando escuchara a su relevo.

Para su sorpresa, quien tomaría su puesto era Eric y Dunayar corrió hacia él ni bien lo vio. Eric la cargó en su hombro y la pequeña rio mientras él la llevaba de regreso hacia la fogata.

—Necesitamos dinero —dijo Quentin a modo de saludo—. Mucho dinero.

—¿Para qué?

—No sé en qué momento pensaste que sería correcto vestir a la niña con un uniforme viejo. Necesita ropa y calzado, una buena alimentación y una casa decente, no una tienda.

—Eso… Sí, lo hablamos con Marco, pero no hemos tenido tiempo…

—Pero para buscar citas, sí, por lo que veo —respondió Quentin, molesto—. Ara tiene gustos caros y ella será quien llevará a Dunayar a comprar sus vestidos. Abre tu bolsa, vamos. —Dunayar comenzó a reír, Eric la miró serio y ella bajó la vista—. La niña no tiene la culpa de su irresponsabilidad, así que no la tomes con ella.

Eric, sin dudas, no se esperaba un recibimiento así, porque no sabía muy bien qué decir.

—Tengo… Tengo… —Buscó en sus bolsillos y sacó un puñado de monedas. Quentin las tomó y retrocedió para contarlas.

—Con esto no se compra ni una falda, no seas miserable.

—En la tienda…

—Ve, esperaremos aquí.

—¿Cuánto hará falta?

—¿Doscientos? —Pensó unos momentos—. Mejor trescientos, para asegurarnos.

—Señor, eso es mucho…

—Es lo que se gastan en un par de noches de juerga, estoy seguro. Vamos, corre, no tenemos todo el día. Puedes llevar a Luna, si quieres.

—Sí, señor.

Eric corrió hacia la yegua, montó y regresó al campamento. Dunayar comenzó a reír y Quentin le sonrió.

—Te dije que los saquearíamos.

—Lo hizo muy bien, señor.

—Es porque recién se despierta y está lento. Tal vez, si hubiera sido en otra hora, me hubiera costado un poco más.

Eric regresó algunos momentos más tarde con una bolsa pesada de monedas y cara de pocos amigos. Quentin le agradeció, ayudó a montar a la niña y dijo que la regresaría cuando hubiera

terminado de hacer sus compras. Una vez en la ciudad, Quentin dejó a Luna en el establo y puso en los brazos de Dunayar algunos troncos para la chimenea, mientras él cargaba con otros.

—¿Te gustan las galletas? —preguntó en voz baja ni bien entraron—. Siempre hay galletas, no sé si es porque a Enara le gusta mucho cocinar o si es que las hace porque nosotros devoramos todo lo que cocina.

—No sé que son, señor.

—Ahora lo sabrás, entonces.

Quentin avivó el fuego y puso agua a calentar para hacer té. Enara se apareció por la cocina, con los ojos hinchados y en su ropa de cama.

—¿Quentin?

—Perdón por despertarte, traté de no hacer mucho ruido, pero no resultó.

—¿No te vas a acostar?

—No todavía, hoy estoy acompañado —dijo e hizo una seña. Dunayar estaba sentada, casi mimetizada con su entorno, frente al fuego.

—¿Y esa niña? —susurró.

—Dunayar, ven. —La pequeña se acercó, con su acostumbrada timidez—. Ella es Enara, la mujer más valiente de Pyebra y la mejor cuñada que una persona puede llegar a tener. Enara ella es Dunayar, la mujercita más valiente de Ahrbak Ardhal.

—Mentira, señor —susurró. Enara sonrió y se acercó a ella.

—Bienvenida, Dunayar —dijo en pyebrano, pero hasta ahí llegó todo el conocimiento que Quentin tenía sobre el idioma.

Como ambas se pusieron a hablar y la niña parecía sentirse mejor al encontrar con quién poder usar su lengua materna, Quentin fue a la habitación de Ara e Ilsa, y Ara fue quien abrió.

—Es muy temprano. ¿Qué quieres? —susurró.

—¿Recuerdas que Eric y Santoro dejaron Ahrbak Ardhal con una niña? Bueno, está aquí.

—¿Y yo qué?

—Está vestida con un uniforme viejo —dijo y acompañó sus palabras moviendo la bolsa de monedas que Eric le había entregado. Ara sonrió y pareció despertarse del todo.

—Ya me levanto, no se vayan sin mí.

—Esa es la intención, yo no tengo ni la más mínima idea de qué comprar.

—¿De cuánto dispongo?

—Trescientas monedas, si Eric no se acobardó.

—Eso sí que es grandioso —aplaudió y volvió a sonreír—. Iré enseguida.

Después del desayuno, en el que Dunayar comió una cantidad irreal de galletas, Ara, Ilsa y Enara le dieron un baño a la niña y probaron qué le quedaba de sus ropas, porque no podían llevarla de compras vestida como estaba. Dunayar se presentó en la sala, muerta de vergüenza, con un vestido un poco grande, pero que se le veía mejor que su viejo uniforme. Le habían trenzado el cabello y llevaba un broche de fantasía, pero que la hacía muy feliz, puesto que se acercó a Quentin para enseñárselo. Ara dijo que saldría a comprar calzado para ella y regresó a los pocos minutos trayendo tres pares de botas de invierno, todas iguales aunque de distintas tallas, para ver cuál le iba mejor. Dunayar dijo que cualquiera de las tres, pero Ara insistió, hasta que, al final, supo cuál era la talla adecuada.

Quentin no podía más de sueño y, como la niña se sentía cómoda y segura con las mujeres de la casa, Ara lo mandó a dormir. Quentin recién despertó a mediodía, al oír el bullicio que provenía de la sala.

—Parece un maldito escaparate —murmuró al ver que en todos lados había vestidos, capas,

abrigos, zapatos, botas, perfumes e, incluso, algún que otro broche para el cabello.

Dunayar, desbordando satisfacción, confianza y alegría, le enseñó cada una de las prendas que habían comprado y, cuando terminó, dijo con toda seriedad:

—Tendría que haber pensado en que todo esto no va a entrar en mi tienda.

—¿Cómo que una tienda? —exclamó Ara—. ¿Esos cabrones te tienen en una tienda? Me van a oír ese par de infelices.

—Ya hablé con ellos.

—Pero van a tardar en hacer una casa y la niña… —Ara sonrió y miró a Dunayar—. Te quedarás aquí, ¿quieres?

—No quiero dejar a Eric y a Marco, señorita Ara.

—Bueno, puedes dejar algunas de tus cosas aquí y venir por ellas cuando quieras —dijo Quentin.

—Sí. ¿Podría llevarme ahora, señor Quentin?

—Claro, iré por una carreta, porque Luna no podrá con todo esto —dijo y Dunayar rio—. Recoge lo que quieras llevar y vamos.

La niña comenzó a elegir algunos vestidos y botas y Ara se apoyó en Quentin.

—Está muy feliz… —susurró.

—Se merecía algo mejor de lo que la vida le dio hasta ahora. Ojalá que las cosas cambien para ella.

32

Ilsa, o Nadzia, mejor dicho, fue puesta a prueba y empezó a dar lecciones a Ethan sobre algunos usos de la magia. Si bien era buena para enseñar, a veces no era capaz de coordinar con Ilsa para poder usar su magia. Practicaban a diario, aunque solas y alejadas de todos para no romper nada ni lastimar a nadie. Ilsa le permitía el control total de su cuerpo solo cuando tenía que desaparecer, porque si algo salía mal, podía resultar herida, pero no la hacían viajar a ningún lado. Le dejaban esa tarea a Leyna.

Ese día Nadzia había estado particularmente insoportable. En la mañana, Quentin dejó la ciudad junto a Josh para saber si había novedades de la llegada del príncipe Verj, y la perspectiva de sufrir por si se alejaba demasiado la tenía por demás nerviosa e inquieta. De nada sirvió que ambos, Ilsa y Quentin, intentaran convencerla que apenas serían unos pocos kilómetros, la otra personalidad de Ilsa no lo creía. No toleraba a Quentin, pero era consciente del daño que les causaba separarse.

—Nadzia, háblame de los Indignos. —Ilsa intentó distraerla. A Nadzia le gustaba hablar de la magia, y era una buena forma de que se olvidara de todo lo demás. Ilsa estaba cansada, tenía mucho sueño y quería dormir, pero la inquietud de su otra parte no se lo permitía. Hablaba cada vez que Ilsa estaba a punto de dormirse y, si no era eso, sus miedos y su incertidumbre la ahogaban.

—¿Qué quieres que te diga? —preguntó, ansiosa.

—Quiero saber si hay alguna forma de protegerse de ellos.

—No por completo, aunque se pueden hacer amuletos que ayudan a detectarlos. En la antigüedad, había magos que no eran capaces de verlos y estos amuletos les eran de utilidad en esos casos. Hay otros que ayudan a «camuflar» a las personas que los han liberado, a evitar que los sentimientos los despierten, a resguardar hogares de su presencia…

—¿Sabes hacerlos?

—¿Quieres uno para Quentin?

—Respóndeme, yo pregunté antes.

—Me dirás para qué lo quieres, primero.

—Maldita seas, Nadzia.

—Tú también, inútil.

—Estás a nada de que te haga desaparecer, no deberías tentar a tu suerte.

—Sí, claro. Amenazas vacías. Hace días que lo dices, pero sabes que me necesitas si quieres mantener a salvo a Quentin.

—No deberías tomar esto tan a la ligera. Si Quentin sufre, yo lo haré y, por ende, tú también. Ya lo sabes. Ya sabes lo que le ocurre con los Indignos y sabes lo que se siente cuando él no está bien. Ahora deja tus estupideces de lado y dime cómo podemos ayudarlo a protegerse de los Indignos. Si Quentin muere…

—No lo digas, maldición. ¡Ya lo sé!

—¿Por qué lo odias?

Nadzia se tomó un largo rato en responder

—No lo odio. Me da miedo.

—Es una buena persona, ya deberías saberlo.

—Me da miedo que se acerque tanto a nosotras, que quieras besarlo todo el tiempo. —Ilsa

rio y, a los pocos segundos, Nadzia se impuso y comenzó a sollozar—. *Es un hombre, por Sinmá, los hombres son violentos y bruscos, quieren hacer siempre su voluntad y… Y nosotras tenemos que obedecerlos.*

—Quentin no es así, Nadzia. Los tesarianos lo son, pero no son iguales en todo el mundo. Lo que padre te enseñó no es del todo cierto.

—¡Padre siempre dice la verdad!

—Mira mis recuerdos de Drioed—ta. Fíjate cómo se vive allí, las mujeres son sagradas. Los hombres ni siquiera pueden mirar su rostro sin su permiso y son tratados peor que las tesarianas. Viven aparte y son golpeados o decapitados si se pasan a la sección femenina de la ciudad sin una invitación. Las mujeres eligen a los hombres para tener hijos y ellos deben obedecer sin que se tome en cuenta su opinión, quieran o no. Un hombre criado en Drioed—ta podría pensar que en todo el mundo las mujeres son iguales de sagradas e inmaculadas, despiadadas y crueles, cuando no es verdad.

—Eso no hace que le tema menos.

—Entonces pon un poco de empeño de tu parte, maldita seas. Tienes todos mis recuerdos a tu disposición, úsalos. A Quentin no lo conocí ayer o hace tres días, llevo años viéndolo… Esporádicamente, sí, pero sabiendo de él, extrañándolo, necesitándolo. Ponte un poco en mi lugar, por todos los cielos. No es fácil que quieras alejarte cada vez que lo ves. No es fácil para mí y tampoco lo es para él, que nunca sabe con cuál de las dos está hablando.

—¿Y tú podrías ponerte en mi lugar, acaso? No puedo sentir lo mismo que tú, Ilsa. Apenas estoy aprendiendo a darme cuenta de las cosas…

—Entonces mantente al margen y déjame en paz.

—Me pediste ayuda, ¿recuerdas?

—Sí, pero no sé cómo mierda te las ingenias para que todo acabe en una puta discusión.

—Tampoco pones mucho de tu parte, Ilsa. Todo lo contestas de mala manera, no puedo…

—No quiero lidiar contigo ahora. —Ilsa descorrió las mantas, se vistió en silencio para no despertar a Ara, con quien compartía habitación, y dejó la casa.

La noche estaba fría y la niebla era densa, casi una llovizna. Las calles lodosas reflejaban las tenues luces de unos pocos faroles y apenas si era lo suficiente para poder ver algo. Hizo aparecer una luz en su mano y la lanzó al aire delante de ella, para que alumbrara dónde ponía los pies.

—¿A dónde vamos?

Ilsa no respondió, ya no tenía ganas de escuchar sus reclamos, aunque podía sentir su alarma y su inquietud, que aumentaba a cada condenado paso que daba. Cruzó la naciente ciudad y llegó a donde el día parecía no terminar nunca. Sin importar si llovía o si las estrellas adornaban el cielo, en la zona de las tabernas siempre había gente en las calles en distinto grado de embriaguez y esto podía significar que buscaban divertirse o problemas pero, aun así, no se acercaron a ella.

—Ilsa, dime. No me gusta aquí, la gente nos mira raro. Tengo miedo.

—Eres una maldita maga, Nadzia, contrólate.

Nadie se cruzó en su camino, pero no supo si era por respeto a sus poderes, si era porque realmente estaba molesta y su cara espantaba a todos o si, solamente, a nadie le interesaba lo que estaba haciendo allí.

La señora Grande, dueña del burdel más famoso de la antigua capital, le había pagado una enorme cantidad de monedas de oro para que Ilsa levantara su establecimiento y, además, le había prometido cerveza gratis cada vez que quisiera. Ilsa había dudado de su invitación, pero

esa noche estaba más que harta de Nadzia.

—¡Cariño! —La voz chillona de la señora Grande la recibió ni bien puso un pie dentro—. ¿Vienes por una cervecita?

—De las grandes, por favor —sonrió.

La mujer miró a su alrededor y vio que en la mesa junto a la puerta había un hombre bastante borracho, por lo que lo tomó del cuello y lo arrojó a la calle. Limpió la mesa que había estado ocupando y, luego, puso su atención en ella, sonriendo.

—*Ilsa, tengo miedo, este lugar no me gusta.*

—*Cierra la puta boca.*

—Siéntate, regresaré de inmediato. —Ilsa se quitó la capa, la colgó en una silla y se sentó en otra. La mujer regresó enseguida con una jarra de cerveza y la puso frente a ella—. ¿Qué sucede contigo?

—Si tienes dos días libres, podría decírtelo, pero viendo que estás ocupada, la cosa se complica…

La señora Grande se sentó a su lado y apoyó sus generosos pechos sobre la mesa.

—Si tienes problemas con alguien, puedo encargarme —susurró—. ¿Quién es el mal parido?

Ilsa se largó a reír.

—No hay ningún mal parido.

La señora frunció los labios.

—No tengas miedo de decirlo, cariño —dijo en voz baja—. No importa si es el hermano del Gobernador o un puto mago… podemos hacer algo al respecto.

—Quentin es una gran persona, de verdad. Él nunca es parte de mis problemas, todo lo contrario.

La señora Grande le tomó el rostro y lo dirigió a la luz de los faroles, mientras la examinaba con detalle.

—¿Entonces por qué te dejó sola? —preguntó con el ceño fruncido, una vez que comprobó que no estaba golpeada.

—Viajó al sur para saber si hay noticias del príncipe Verj. —Ilsa rio—. Tampoco podemos estar juntos todo el maldito día, eso suena asfixiante.

—Aunque yo no me quejaría, eh. —Se recostó en la silla y bebió del jarro de Ilsa.

—¿De qué?

—Es que es bastante guapo. —Le devolvió el jarro a Ilsa y ella lo sostuvo entre las manos.

—Sí, ¿verdad? —dijo, divertida, antes de beber.

—Podría asfixiarme un poco —dijo y se acarició el cuello—, o asfixiarse aquí, si lo desea —agregó mientras acomodaba sus senos.

—*Shrakjta* —insultó entre carcajadas.

—Bueno, si algún día te aburres de él, ya sabes… puedes darle mi dirección. —Ilsa no había dejado de reír en ningún momento, pero, para su desencanto, la mujer se puso de pie y se terminó la cerveza de Ilsa—. Te traeré otra. Podemos compartir la bebida, pero no un hombre, cariño, no te preocupes. Además, no es más que un crío.

Ilsa sonrió y la vio alejarse. La señora Grande la había hecho olvidar de Nadzia en apenas unos minutos. O tal vez fueron los pocos tragos de cerveza que bebió. Encogió los hombros, sin ponerle más importancia, apoyó el codo en la mesa y la mejilla en su mano. Beber sin compañía parecía ser bastante aburrido, pero intentar dormir antes de que Nadzia lo hiciera, había resultado un suplicio. Cada vez que estaba a punto de dormirse, soltaba alguna queja, un miedo nuevo, una

duda o algún reclamo, pero parecía que allí, en ese burdel que parecía a punto de derrumbarse de un momento a otro, Nadzia no existía en lo absoluto.

Ara regresó a la casa a mediodía, empapada hasta los huesos y embarrada hasta el alma. Extrañaba la ciudad, con sus calles empedradas, sus canales y su orden, porque allí era un asqueroso caos. Todo era barro, agua y olores desagradables.

«Pero claro… La capital tenía no sé cuantos cientos de años y este desastre apenas un mes y poco».

Dejó las botas afuera y se apresuró a ir a su habitación, sin embargo, regresó de inmediato al comedor.

—¿Dónde está Ilsa?

Ethan acababa de llegar, por lo visto, porque aún tenía el cabello húmedo.

—No tengo idea, pensé que había salido contigo.

—No estaba cuando me levanté, y su cama está revuelta de la misma forma. Ella nunca deja sus cosas así.

Los ojos de Ethan se pusieron grises y Ara fue a terminar de cambiarse, mientras él preguntaba a los magos o a la misma Ilsa en dónde se encontraba. Una vez seca y con el calor regresándole al cuerpo, regresó a la sala y se sentó frente al fuego.

—Nadie la vio hoy y no me contesta.

—Demonios. ¿Quentin sabe algo?

—No sé si *prreguntarle*, se *preocuparrá*.

—¿Dónde se habrá metido? Nunca se va sin avisar.

—Por Efos, *esperro* que Nadzia no haya decidido llevársela de nuevo a Tesar.

—Háblale a Quentin, si él está bien, entonces Nadzia no hizo ninguna tontería.

Mientras Ethan hablaba con Quentin, Ara comenzó a preparar el almuerzo y él salió a buscar más leña.

—Quentin está bien —dijo al regresar—. Me preguntó por Ilsa, porque no había hablado con ella hoy y le dije que estaba ocupada. No quise decir nada hasta que no sepamos qué ocurre.

—Bueno… Tendremos que esperar, tal vez regrese pronto.

Sin embargo, el día empezó a convertirse en noche y no había ni una noticia de Ilsa. Quentin insistía a cada rato preguntando por ella, Enara estaba nerviosa y, cuando Noah llegó, decidió que había que ir a buscarla, porque no era nada normal que estuviera tanto tiempo fuera y, menos aún, sin avisarles.

La insoportable y suave llovizna de los últimos días se había convertido en lluvia cuando Ara y Ethan salieron. Acompañados de un grupo de soldados, se largaron a recorrer las calles y a preguntar por ella. Todos en la ciudad la conocían porque había sido presentada como maga hacía poco, pero parecía que nadie la había visto en el último día. Preguntaron en cada casa, hasta que, por fin, un hombre le dijo a Ethan entre susurros que la había visto en un burdel la noche anterior. Hizo regresar a Ara a la casa, porque había empezado a toser, y se dirigió hacia el mencionado lugar.

A través de los vidrios empañados, vio que Ilsa dormitaba en una silla, apoyada contra la pared, inestable y con unas ojeras que le llegaban hasta el piso.

«¿Cómo es que terminó aquí?»

Una mujer bajita y voluminosa se paró frente a él ni bien abrió la puerta y el tufo a sudor,

humo y alcohol le abofeteó el rostro al mismo tiempo.

—¡Cariño, bienvenido! ¿Qué compañía prefieres?

—No *quierro* compañía, vengo por ella —dijo y señaló a Ilsa.

—Oh, cielos, menos mal. No pude convencerla de que se fuera y me daba pena arrojarla a la calle.

—*Deberría* haberlo hecho. —Ethan caminó hasta la mesa de Ilsa y se paró frente a ella. La mujer lo siguió de cerca.

—¿Qué se siente tener tetas? —Con sus párpados hinchados y cubriéndole la mitad de los ojos, Ilsa miró a la tabernera.

—Cariño… —respondió la avergonzada mujer. Ilsa se llevó las manos a sus pechos y los sujetó.

—Es que yo apenas tengo y tú…

Ethan golpeó la mesa con los puños y ella movió sus aletargados ojos hacia él.

—¿Qué demonios haces aquí?

—Ethan…

—Todo el día preocupados, sin saber dónde estabas.

—Perdón, es que… —murmuró arrastrando las palabras.

—Mis pelotas —dijo malhumorado.

La levantó tomándola del brazo, pero Ilsa no podía mantenerse en pie, por lo que la cargó y caminó hacia la salida.

—Si hay una *prróxima* vez, avísenos antes de que quede en este estado —dijo, de muy mala manera, a la tabernera y pateó la puerta para abrirla y salir a la calle.

Ilsa protestó cuando la lluvia le cayó en la cara, pero sus manos no coordinaban lo suficiente para cubrirse, y él no hizo nada para ayudarla.

—*Erres* peor que una criatura, Ilsa, ¿qué demonios sucede contigo?

—Estaba bien allí —balbuceó.

—Aprende a *contrrolarte*, porque no podemos estar pendientes de ti todo el día.

—Nadzia me… Me agobia.

Ethan asintió y, aunque no quería darle la razón, comprendía por qué lo había hecho. Eso de tener a dos personas dentro de la cabeza debía ser cualquier cosa, menos saludable. Sin volver a hablarle, cruzó la mitad de la ciudad cuidándose de no resbalar por el barro, hasta que llegó a la casa, con los brazos ardiendo de agotamiento y, por supuesto, congelado y empapado.

Ara había preparado una tina de agua caliente y se ocupó de Ilsa, mientras él les contaba lo que había sucedido.

—Tenemos que hacer algo —dijo Noah—, aunque no se me ocurre qué puede ayudar.

—Debería eliminarla por completo —dijo Ethan.

—Lo ha pensado —gritó Ara desde el cuarto de baño—, pero no quiere perder la magia y ser una inútil.

—Tampoco es que vaya a ser muy útil si empieza a comportarse de esta forma —agregó Enara—. Si no puede con esa tal Nadzia, que la elimine y ya. No puede tenernos en vilo todo el día. O, al menos, que tenga la decencia de avisarnos lo que va a hacer, así no estamos con el corazón en la boca hasta saber de ella.

—Dejaré una nota —tartamudeó Ilsa—, la próxima.

—Estaría bien si no hubiera una próxima —la regañó Ara.

—Vete al cuerno.

—Tú también. —Ara azotó la puerta al dejar el cuarto—. Iré a dormir —agregó sin

presentarse en el salón—, que se vaya a la mierda Ilsa con sus idioteces.

—Está borracha, Ara, no la trates así —dijo Noah.

—¡Que se jodan ella y su borrachera! —exclamó desde la habitación.

Ethan se sentó frente a la mesa y apoyó la cabeza en sus manos. Tener una familia numerosa significaba numerosos problemas, también, y nunca se lo hubiera imaginado.

—*Encontré a Ilsa. Estaba en un burdel, borracha desde anoche* —dijo a Quentin.

—*¿Cómo que desde anoche? ¿Te dijo por qué?*

—*Nadzia…*

—*Maldición. Estoy harto de esa Nadzia. No ayuda en nada, no sirve para nada, y encima está volviendo loca a Ilsa.*

—*Es más útil de lo que crees, solo que Ilsa parece no ser capaz de lidiar con ella.*

—*Nadie sería capaz de hacerlo, son dos personas para un solo cuerpo…*

—*Aunque entendamos por qué lo hizo, no está nada bien.*

—*Deberías pensar en que ya es adulta, no una niña.*

—*Pero hubiera estado bien que nos avisara, al menos.*

—*Eso es cierto…*

—*Descansa, mañana hablaremos.*

Noah y Enara se fueron a su habitación y Ethan esperó hasta que oyó a Ilsa salir del agua para irse a dormir. Una vez que comprobó que Ilsa se había acostado, Ethan se encerró en la habitación que compartía con Quentin, se arrojó en su pequeña cama y se cubrió hasta la cabeza con las mantas. Extrañaba Erjathá, el calor, el sol, a Vila… Hacía poco que ella y Lena habían regresado a Pyebra, pero a él le daba la sensación de que llevaban años allí, lejos. Demasiados años lejos.

Sabía que estaban bien, que los erjathaínos recibieron a Vila con mucha ilusión y esperanza, que comenzaron a reconstruir el templo a Sinmá, pero él quería abrazarla, besarla, oírla reír. Quería escuchar a Lena hablar sobre sus juegos, quería verla correr con los demás niños, quería que llegara la noche y cenar junto a ellas, quería ver a la pequeña dormirse sobre la mesa y cargarla hasta su habitación, quería que Vila lo interceptara en el pasillo, se envolviera con sus brazos y lo llevara a la cama, pero su cama estaba helada y vacía, y parecía que en Sitnor había muy pocos colores si no estaban ellas allí.

Pensó si realmente valía la pena quedarse, cuando estaba perdiendo tantos minutos de la compañía de Vila y allí solo estaba para cargarse de preocupaciones que no eran suyas. Sí, había conocido mejor a sus hermanos y eso estaba bien, pero ellos tenían sus vidas en Sitnor y él era solo un invitado.

«Mañana me regreso a Erjathá» sonrió y solo así fue capaz de dormirse, después de dar vueltas y vueltas durante casi toda la noche.

33

La única ventaja de la larga borrachera del día anterior era que Nadzia se sentía agradecida de que hubiera dejado de beber y estaba callada, obediente y sin deseos de molestar de ninguna manera. Había pasado una noche y un día borracha… Logró callar a Nadzia, sí, pero fue espantoso para las dos. Después que Ethan la regresó a la casa, se pasó la noche vomitando y con un dolor de cabeza atroz. Ilsa maldijo en cada oportunidad que se le presentó y Nadzia lo padeció en silencio.

Apenas amaneció, salió a buscar a algún mago que pudiera ayudarla con su malestar e Iskánder se encargó de aliviar sus molestias con un poco de magia y un buen sermón sobre lo malo que era beber, como si el muy cabrón nunca se emborrachara.

Una vez mejor, decidió ir a entrenar y Nadzia la llevó al pastizal que solían utilizar para no dañar a nadie. A veces Nadzia no era capaz de manejar a la perfección el cuerpo de Ilsa aunque, tal vez, era Ilsa la que no dejaba que Nadzia lo hiciera.

—*¿Quieres que hagamos un amuleto para Quentin?* —preguntó, calmada y con cierta timidez.

Ilsa pensó en que, tal vez, no era tan mala idea eso de emborracharse. Valía la pena si Nadzia la trataba con amabilidad y consideración, además de mantenerse alejada de su consciencia.

—*Llegará pronto* —insistió.

Sí, Ara se había enojado con ella, Ethan había tenido que recorrer media ciudad para encontrarla, pero mantener su cabeza en silencio era una bendición. Desde que se había levantado, temprano esa mañana, Nadzia no había dicho ni una sola palabra, no había interferido en su cuerpo ni con sus sentimientos y era extrañamente agradable ser una sola de nuevo.

—*Lo haremos* —dijo Ilsa.

Nadzia se emocionó y contagió su alegría a Ilsa, quien sonrió.

—*Hagámoslo juntas, así puedes aprender* —dijo entusiasmada, lo que hizo que Ilsa se sorprendiera. Normalmente, no quería compartir nada con ella, porque su sabiduría era lo único que la mantenía viva, pero Ilsa calló; era mejor así, cuando se llevaban bien.

—*De acuerdo, tú dime lo que hay que hacer.*

—*Necesitamos un objeto donde poder poner el hechizo. Puede ser cualquier cosa, así sea una piedra…*

—¡Tengo una! —exclamó y tocó su bolso. En uno de sus tantos bolsillos estaba la piedra rayada que Quentin le había enviado a cambio de su velo. La sacó y sonrió al verla, puesto que recordó cuando se encontraron en Drioed—ta.

—*¿No quieres guardarla? Es un regalo…*

—*Podríamos cortarla a la mitad, ¿no? Es bastante grande…*

—*¡Sí! Haremos dos colgantes, uno para él y uno para nosotras.*

Ilsa frunció el ceño, porque era lo más estúpido que alguna vez hubiera escuchado, pero no dijo nada para no enfadar a Nadzia. En cambio, abrió la mano y la puso frente a sus ojos.

—Es preciosa, ¿verdad?

—*Bastante ordinaria, en mi opinión, pero lo que cuenta es lo que significa para ustedes. Vi que él tiene una igual en una de sus espadas y eso la hace especial.*

Ilsa no quería pensarlo demasiado, pero no comprendía qué demonios estaba sucediendo

con Nadzia. Ni siquiera le caía bien Quentin y no comprendía que de repente le agradara o, al menos, hablara bien de él. Trató de no ponerle más importancia, por si ella lo notaba y retomaba su actitud de mierda.

—Es que Quentin es especial… al menos para mí.

—Lo sé. Bueno, primero, partiremos la piedra en dos. Sujétala entre tus manos.

—¿Tú no vas a controlar mi cuerpo?

—Si algo sale mal, ayudaré, pero sería mejor que pudieras hacerlo tú.

—Vaya, gracias. —Ilsa rodeó la piedra con ambas manos y esperó más instrucciones.

—Bien, ahora acude a tus poderes y visualiza dónde quieres cortarla, cómo será el resultado final, dónde se romperá. Siente su peso, su textura, su tamaño… —Ilsa dudó, porque no comprendía muy bien cómo podía resultar algo así y Nadzia sintió sus dudas—. *Todo es energía, Ilsa, y la energía puede manipularse gracias a nuestros poderes mágicos. La clave está en poder visualizar el resultado final. Estoy segura de que muchas veces te han sucedido cosas inexplicables, pero que deseabas que sucedieran. No, no lo recuerdes ahora, concéntrate en la piedra, por favor. Siéntala, pero si no puedes, mírala y comprueba su tamaño, sus detalles, hasta que puedas «verla» dentro de ti.*

Ilsa cerró los ojos y tomó la piedra. La recorrió con los dedos y empezó a hacerse una imagen mental de ella, de cada una de sus diminutas grietas, su peso, su forma.

—¡Lo haces bien! —dijo emocionada—. *Ahora imagínala convertida en dos piedras diferentes.*

Imaginó a la piedra cortada al medio, en dos cuadrados perfectos y, ni bien abrió los ojos, se oyó un crujido y la piedra se separó, tal como lo había imaginado. Sonrió, sorprendida y orgullosa.

—¡Sí que tienes talento, Ilsa! Eso fue asombroso. ¡Lo hiciste en el primer intento!

—Vaya, qué bien se siente esto.

—Será muy fácil hacer el amuleto, Ilsa, tienes mucha habilidad para la magia.

—Gracias —dijo encantada—. ¿Ahora qué sigue?

—Poner tus intenciones en ella. Tal como deseaste que la piedra se rompiera, debes grabarla con aquello que quieres que haga.

—¿Y ya?

—No es tan simple como parece. Los sentimientos fluctúan, puedes recordar algo malo o negativo mientras lo haces y eso quedará grabado en el amuleto, también. Tu concentración debe ser extrema y absoluta. Piensa solo en aquello que ayudará a Quentin, siéntelo, llénate de esa energía, pero si notas que algo malo, por mínimo que sea, interfiere en ti, debes detenerte y volver a comenzar, puesto que queremos que esta piedra lo proteja, no que lo condene.

—Comprendo.

—Deja la piedra en el suelo. La quemaremos.

—¿Qué? —preguntó alarmada.

—El fuego limpia, Ilsa. Purifica, rompe con todo lo que alguna vez fue. Muta, rehace, modifica. La piedra necesita ser limpiada, porque los objetos absorben retazos de los sentimientos de quienes estuvieron en contacto con ella, tal como lo hará cuando la conviertas en amuleto. La intensidad de lo que ahora posee es mínima, en comparación, pero aun así, puede sentirse. Por eso necesita estar impecable.

—¿Y si se arruina?

—No se arruinará, las piedras son resistentes.

—Encárgate del fuego, puede que queme todo si no puedo manejarlo bien.

Ilsa sintió cuando Nadzia dirigía una de sus manos a la piedra y, de inmediato, una llamarada salía de ella. No sentía el calor del fuego, tan solo la enorme cantidad de energía que se desprendía de su cuerpo y la luz que bañaba el interior de su cabeza. Parecía fácil de hacer, aunque tal vez no lo era, pero se sentía grandioso. Ilsa relajó su cuerpo y dejó que Nadzia limpiara la piedra; mientras, ponía su atención en lo increíble que era sentir la magia surgiendo por cada minúscula parte de su cuerpo, como si fueran miles de delgados hilos que se desprendían desde su interior para salir despedidos por su mano. Quería cerrar los ojos y sentir, a pesar de saber que no debía hacerlo, por lo que se esforzó en mantenerlos abiertos y mirando a la piedra.

—*Listo* —dijo después de unos largos e increíblemente agradables segundos.

—Fue asombroso —dijo. No encontraba palabras para poder expresarlo y fue lo único que se le ocurrió.

—*Espera a hacer el resto, será mucho mejor.* —Ilsa estaba por demás emocionada y se sentía… poderosa—. *Bien, arrodíllate frente a la piedra que usarás como amuleto, no la toques, solo cierra los ojos y concéntrate en lo que deseas que haga, en cuál será su objetivo y su finalidad, en qué se espera del amuleto. Luego acude a tus poderes, pon tus ojos en la piedra y dirige a ella tus manos. La magia hará el resto. Siente, Ilsa. Siéntelo.*

Nadzia dejó de hablar y pareció retirarse, aunque aún estaba allí. No intervenía en sus pensamientos ni en sus emociones y le dejó total libertad para que ella pudiera concentrarse en lo que quería: que Quentin no sintiera miedo.

—*Eso no ayudará* —susurró Nadzia—. *Tienes que ponerle sentimientos positivos. Si incluyes el miedo, lo potenciarás. Piensa, mejor, en lo que sea contrario a eso. Paz, por ejemplo.*

Y, tal como había llegado, Nadzia volvió a retirarse, dejándola en soledad para que volviera a reformular sus deseos.

La paz que siempre había querido para él. Sí, Nadzia tenía razón. Era eso lo que a él le ayudaría. A eso le sumó la calma que necesitaba, la seguridad que se esfumaba ante las dificultades, la determinación que le era arrebatada cuando los Indignos se le acercaban.

«¿Qué más?» se preguntó. Felicidad, serenidad, amor.

Ilsa abrió los ojos, decidida, y posó sus manos sobre la piedra. Una fuerte sacudida le hizo temblar el cuerpo, pero no hizo que Ilsa retrocediera ni dudara, sino todo lo contrario. Se llenó de todos esos mismos sentimientos y se incorporó para poder canalizar mejor su magia. Al poner los dos pies en la tierra, de sus manos salió una correntada de luz, entre rojiza y rosada. Esta envolvió a la piedra, haciéndola elevar unos cuantos centímetros y dejándola suspendida en el aire, girando sin parar.

Ilsa abrió mucho más los ojos, porque estaba asombrada por esos colores y por la potencia con que la magia salía de sus manos. Una fuerza que parecía irreal y que le recorría cada músculo, cada hueso, cada vena, cada mínima parte de ella. Creía que nunca tendría un final y no era algo que le molestara, porque era una sensación por demás placentera, pero comenzó a preocuparse de que sus energías se agotaran y no fuera capaz de avisarle a nadie en dónde se encontraba.

—*Tenemos energías de sobra* —susurró Nadzia, lo que hizo que se calmara de inmediato y pudiera continuar disfrutando de la magia. Su magia.

Después de lo que parecieron varios minutos, el flujo de luz comenzó a menguar hasta que desapareció por completo en miles de chispas. La piedra giraba como enloquecida en el aire, pero fue disminuyendo la velocidad de a poco.

—*Puedes tomarla* —dijo Nadzia e Ilsa extendió la mano hacia la piedra.

Se sentía tibia, vibrante, más suave de lo que antes era y más liviana de lo que la recordaba. Ilsa suspiró y se dejó caer de rodillas sobre la hierba. Estaba agotada.

—¿De verdad te vas a ir? —preguntó Ara, entristecida, mientras lo veía acomodar las cosas que dejaría y lo que iría con él. Estaba sentada en la cama, abrazando sus rodillas.

—*Regrresarré prronto* —respondió con calma—. Cuando me necesiten. No estoy haciendo mucha cosa aquí y *extrraño* mucho a mi familia.

—Pero nosotros también somos tu familia…

—Lo sé —sonrió—, *perro* es *diferrente*. Lena, Vila y yo elegimos estar juntos como familia. Ustedes y yo tenemos la misma *sangrre*, lo que lo hace distinto.

—No quiero que te vayas.

—Ven conmigo. De paso conoces Erjathá.

Ara sonrió y comenzó a saltar como una niña pequeña.

—¿Lo dices en serio? —Él asintió y Ara empezó a aplaudir —. Se lo diré a Noah, ya regreso. —Ara salió corriendo de la habitación, pero regresó de inmediato—. Hace mucho calor allí, ¿verdad? ¿Con mis vestidos de verano estaré bien?

—Lo dudo… pero *comprrarremos* nuevos, no te *prreocupes*.

Ara lo abrazó y le dio un beso en la mejilla.

—Eres el mejor hermano del mundo —dijo antes de salir corriendo una vez más. Ethan rio y continuó guardando sus cosas, pero Ara volvió a entrar—. ¿Son caros los vestidos allí? Tengo ahorros, pero mis gustos suelen ser algo costosos, también.

—No lo sé, *perro* supongo que *podrrás encontrrar* de todos los *prrecios*. Lo mismo *necesitarrás* túnicas sencillas para vestir a diario, y esas son *barratas*.

—¡Excelente! ¿Y los zapatos? Porque no creo que usen botas.

—Sandalias. Y no hay mucha *varriedad* así que no *deberrías prreocuparte* demasiado por eso.

—Grandioso. Espero que Noah me permita ir. ¿Y si no le pregunto y me voy?

—¡*Aprresúrate*! —dijo riendo—. Leyna *llegarrá* en cualquier momento a buscarme.

—Sí, sí. —Ara dejó la casa corriendo y Ethan terminó de acomodar sus cosas. Lamentaba no poder despedirse de Quentin, pero llegaría recién al anochecer y tenía que aprovechar ese momento en que Leyna no tenía mucho para hacer para que pudiera llevarlo.

—*Me iré a Erjathá* —dijo a Quentin.

—*¿Cuándo será? ¿Cuánto tiempo?*

—*En un rato, apenas Leyna se desocupe. Si Noah lo permite, Ara vendrá conmigo. Volveremos cuando sea necesario, pero es que extraño mucho a mi familia y acá no tengo mucho para hacer, a decir verdad.*

—*Vaya… Sí, lo comprendo. Se lo diré a Josh ni bien me digas si ella irá contigo.*

—*Me parece bien.*

Ara regresó hecha un torbellino de exaltación y Ethan la siguió, ya que no decía ni una palabra. La muchacha entró en su habitación, tomó una enorme maleta rígida y comenzó a guardar lociones, aceites, ungüentos, cepillos, perfumes, cajas de maquillajes o vaya uno a saber de qué cosas.

—¿En serio pretendes llevar todo eso? —preguntó desde la puerta de la habitación.

—¿Tienes idea de cuánto hace que no me pongo bella, Ethan? Tú me vez así, pareciendo pordiosera, con la piel curtida, las manos arruinadas y llenas de callos, el cabello que parece paja, pero no es que me guste, es que no tengo tiempo. Antes del Entrenamiento Obligatorio, era como

una maldita princesa tesariana, más radiante que la mismísima Leyna. Dame un par de días de ocio y verás.

Ethan se largó a reír y redujo su equipaje al punto de que cabía en uno de sus bolsillos, lo que dejó a Ara boquiabierta.

—¿Qué demonios hiciste con mis cosas?

—¡Están bien! —exclamó—. Solo las hice muy pequeñas, *parra* que no tengas que cargar con eso.

Ara entrecerró los ojos y lo apuntó con el dedo.

—Te cortaré una maldita mano si algo se daña, ¿me oyes? Aunque seas mi hermano.

—Por Efos, ya me estoy arrepintiendo de *haberrte* invitado —suspiró.

—Te jodes, ahora no puedes echarte atrás —dijo divertida.

—*Ya llegamos, estamos en Erjathá* —dijo Ethan—. *Ara está bien. Sorprendida por el calor y la belleza de la ciudad.*

—*Gracias a los dioses.*

—*Iremos caminando hasta mi casa, será una sorpresa para Vila y Lena, porque no les dije que vendríamos.*

Quentin sonrió.

—*Disfrútenlo. Te molestaré solo si es urgente.*

—*Te molestaré cuando Ara colme mi paciencia* —dijo divertido.

—*Lo que será cada pocos minutos, seguramente. Cuídense.*

—*Tú también.*

—Ara y Ethan ya están en Erjathá —dijo a Josh, que estaba sentado a su lado.

—Qué condenada suerte la nuestra —suspiró—. La mía, mejor dicho. Tú sí puedes irte cuando desees, malnacido.

—Nada más me fui una vez.

—Más de lo que yo, es.

—Y vaya uno a saber si se volverá a repetir. Nadzia y yo no somos los mejores amigos, precisamente.

Josh se largó a reír y Quentin lo miró sin comprender dónde encontraba lo gracioso.

—Debe ser raro, ¿no? Ilsa y Nadzia. Dos en una.

—Es un infierno. Nunca sé con quién voy a hablar hasta que no estoy a un paso de ella. Para colmo, este maldito Verj… Se va a querer llevar a Ilsa, ya verás.

—Ilsa es una persona, Quentin, no un caballo. No puede decidir por ella.

—Sí que puede. Ella es tesariana y él un maldito príncipe.

—Si se casan, será ciudadana de Sitnor…

—Ilsa no se quiere casar.

—¿Se lo preguntaste?

—La verdad es que no, pero en Drioed—ta…

—Mil años pasaron. —Josh se pasó las manos por la cara, con gesto desesperado—. Ella se iba a casar con un desconocido, eran otras circunstancias.

Quentin sonrió.

—Voy a tener que hacer una casa. Y… ¿yo casado? Suena a una locura.

—Crece, Q. Ya no tienes diez años.

—Lo sé, pero suena extraño. Nunca lo había considerado, siquiera.

—Deberías preguntárselo.

Quentin se quedó pensando por unos momentos antes de responder.

—No, no lo haré.

—¿Por? Así podrás evitar que el príncipe Verj la lleve a su campamento.

—Tengo que pensar en Nadzia, también, no solo en Ilsa. Nadzia me tiene miedo y es horrible que sea así. Si nos casamos, tendremos que vivir solos, porque ya vivimos juntos en casa de Noah, y será una tortura para… los tres. Para Nadzia porque tendrá miedo todo el tiempo, para Ilsa, que tendrá que lidiar con sus reacciones y para mí porque no querré ni moverme para no espantarla. Olvídalo. Hasta que no se solucione ese asunto, no sucederá.

—Sí, tienes razón, no había pensado en ello con mucho detalle.

—¿Seguimos? Ya falta poco para llegar.

Quentin se levantó del suelo, silbó para llamar a Luna y los dos caballos trotaron hacia ellos, listos para continuar el viaje. Josh se veía desanimado y parecía no tener demasiadas ganas de regresar, pero Magnus se acercó a él y le revolvió el cabello con el morro, lo que lo hizo reír.

—Ya voy, ya voy. Qué impaciente…

El camino se volvió más intransitable a causa del lodo y al tráfico a medida que empezaron a acercarse a la incipiente Ciudad Capital, lo que hizo que Quentin se sintiera cada vez más ansioso. Era la primera vez que iba a regresar sabiendo que Ilsa estaría allí, esperándolo. Fueron apenas dos días, pero le parecía que había pasado un mes entero sin verla. Más, quizás. En ese momento fue cuando comprendió la falta de ánimos de su amigo; Ara no estaría allí y no había nadie que se alegrara por volver a verlo. Aunque tenía ganas de apresurar la llegada, no lo hizo; se guardó sus ganas de sonreír y su prisa como, tal vez, lo había hecho Josh tantas veces antes.

Después de haber cruzado barro a montones, llegaron al fin a la «tienda de gobierno» y, tras informar a Noah que el príncipe tesariano y su gente tardarían alrededor de diez días en arribar, se separaron, sin más conversaciones. Quentin se quedó viéndolo alejarse y pensó, acostumbrado como él mismo estaba a un hogar lleno de gente, en lo desolador que debía ser llegar a una casa vacía, oscura y fría, y sintió pena por Josh. Hizo que Luna se diera la vuelta y, cuando comenzó a andar, vio que Ilsa estaba al otro lado de la calle. Desmontó y esperó, controlando sus deseos de correr hacia ella y abrazarla. Ilsa sonrió y caminó hacia él, pero se detuvo a unos pocos pasos.

«Nadzia» pensó con tristeza, aunque no pudo evitar sonreír.

—¿Cómo te trató la borrachera?

—Eso de que el malestar se va bebiendo más, es una puta mentira.

Quentin rio.

—No lo sé, nunca tuve que lidiar con eso, por suerte. Me bastaba con dormir unas horas.

—Será porque no dormí lo suficiente.

Quentin tiró de las riendas de Luna y comenzaron a caminar.

—Espero que no lo vuelvas a hacer.

—Tuve mis razones —murmuró.

—Estoy seguro de que sí, pero no es la forma. —Ilsa asintió en silencio y se veía bastante mortificada—. No diré nada más. Solo recuerda que no vives sola y que hay gente que se preocupa por ti.

—Lo sé. Ara y Ethan se fueron sin despedirse. —Bajó la vista y apenas si podía oírla hablar —. Ni siquiera me lo dijeron, me enteré recién, cuando regresé. Estaban muy molestos anoche.

—No sé Ethan, pero los enfados de Ara duran apenas unos minutos, horas como mucho. Es escandalosa, pero se olvida rápido, no te preocupes.

—No quita que se haya molestado. ¿Cómo estuvo el viaje?

—Tranquilo. Si no tiene problemas, en diez días tu príncipe estará por aquí.

—¡Grandioso! —exclamó. Quentin la miró y estaba sonriendo, aunque enseguida volvió a ponerse seria.

—No sabía que te agradaba tanto.

—No fui yo. —Ilsa se detuvo y buscó en los bolsillos de su capa—. Mira lo que hice. —Extendió la mano y le mostró un colgante con una piedra—. Es para ti, es la mitad de la que tú me regalaste.

Ilsa abrió su capa y le mostró que, de su cuello, colgaba la otra mitad.

—¿Colgantes… iguales? —preguntó con las cejas enarcadas. Le sonó a algo un poco ridículo y casi de obra de teatro, aunque parecía haber olvidado que él mismo llevaba en sus espadas dos piedras que le recordaban a Ilsa. La esmeralda de cuando la conoció y la piedra rayada de cuando se vieron por segunda vez.

—Parece… no encuentro la palabra… Asqueroso

—No es asqueroso —rio—, solo un poco extraño, perdón.

—Bueno, como sea —dijo divertida—. El tuyo no es un colgante ordinario, es un amuleto. Lo hice con ayuda de Nadzia. Es para que te proteja de los Indignos.

—Eso es… —sonrió—. Muchas gracias, me gusta la idea. ¿Funciona?

—Qué idiota eres —rio—. No lo sé, podrías ir a dar una vuelta a la antigua a capital para comprobarlo y luego me dices.

—La mayor parte de mis cosas quedaron allí, porque no pude regresar a la fortaleza, así que tendría que ir por ellas. Quizás en un par de días lo haga. —Quentin tendió la mano e Ilsa depositó en ella el amuleto. Cuando la piedra tomó contacto con su piel, la sintió viva, si eso era posible—. ¿Está… vibrando?

—No creías cuando te dije que era un amuleto, ¿no?

—Sí, pero… No esperaba algo así. —Quentin se detuvo para ponerse el colgante y la piedra pareció calentarse por apenas unos momentos, para luego enfriarse nuevamente—. Es asombroso. Gracias, de verdad.

—Con gusto… Hace bastante que se me había ocurrido que necesitabas algo así, pero hasta ahora no pude hacerlo.

Ilsa volvió a caminar, pero él se quedó viéndola, hasta que Luna lo empujó para que la siguiera y la alcanzó en unos pocos pasos.

—¿Puedo tomar tu mano?

—Mejor que no.

—Está bien.

Llegaron al establo y, mientras Quentin le quitaba la montura, Ilsa acercó un balde con agua a Luna.

—Sí que te ves guapo cuando trabajas… —Quentin levantó la vista, sonrió apenas y siguió con lo suyo, porque no sabía si Ilsa había tenido unos breves momentos de control o qué estaba sucediendo—. Te extrañé muchísimo.

Quentin dejó caer la montura esta vez e hizo unos pasos hacia ella, con algo de duda, por lo que Ilsa terminó de acercarse y lo abrazó.

—Espero que no hayas tenido que sacrificar tu libertad por esto.

—No lo hice —sonrió—. Ella decidió dejarnos.

—Agradécele de mi parte.

—Lo haré.

—Yo me quedaría abrazándote por horas —dijo después de unos momentos—, pero avísame antes de que… tu momento se acabe.

—Solo cierra los ojos —susurró.

—Es que no quiero que se asuste de nuevo.

Ilsa lo miró y le acarició la mejilla, sonrió y lo besó.

—Yo me encargo de eso, tú no te preocupes.

Quentin vio que algunas luces se asomaban desde las rendijas de las ventanas, por lo que Josh todavía estaba despierto, así que llamó a la puerta.

—¿Quién?

—Yo.

Escuchó pasos, la traba de la puerta y Josh abrió.

—¿Qué haces aquí?

—Tenemos que ir a conocer las nuevas tabernas.

Josh le hizo una seña para que pasara.

—¿Estás solo? —preguntó antes de cerrar la puerta—. ¿Ilsa?

—Tuvo suficiente con la borrachera de ayer y se fue a dormir. ¿Vamos?

—Iré por mi abrigo.

Dejaron la casa y caminaron hasta que encontraron una taberna, sin embargo, el dueño reconoció a Quentin después del primer trago y los hizo abandonar el lugar. En la siguiente, directamente les prohibieron la entrada, a pesar de que explicó que solo beberían un par de cervezas, sin buscar problemas.

—Último intento —dijo Josh, divertido, antes de abrir la puerta del siguiente establecimiento. En esa ocasión, no tuvieron mayores problemas y se sentaron en una mesa del fondo del salón, lejos de los más bulliciosos y problemáticos.

—Está Zelig —dijo Quentin—. Raro que Iskánder no lo acompañe…

—Ese tipo no me gusta nada.

—¿Iskánder o Zelig?

—Zelig. Iskánder es agradable, aunque un poco extraño a veces.

—Tiene sus cosas, sí. ¿Por qué te cae mal?

—Lo he visto observar a la gente, seguirla. Tiene una mirada bastante difícil de descifrar cuando lo hace, como si estuviera asesinándolos con los ojos. Un par de veces lo seguí, para ver qué hacía, pero solo los acechaba, sin más. Una vez estuvo un día entero siguiendo a un tipo y yo detrás de él. Míralo.

Zelig, en efecto, estaba sentado solo en una mesa y observaba a un hombre de mediana edad, algo borracho. Seguía cada uno de sus movimientos, a veces movía los labios, como si murmurara alguna cosa, y se movía hacia un lado cuando alguien se interponía entre él y el sujeto al que observaba.

Después de un par de cervezas, el hombre al que Zelig miraba salió tambaleándose del salón. Zelig apuró su trago y salió a los pocos segundos.

—Vamos —dijo Josh.

—No es en serio.

Josh encogió los hombros y se puso de pie, por lo que Quentin lo siguió, aunque sin estar del todo convencido. Cuando pasaron junto a la mesa que el tesariano había estado ocupando, Quentin tomó el pequeño vaso de cerámica blanca que había estado usando y lo guardó en uno de sus bolsillos.

Resguardados por las sombras, vieron que Zelig iba detrás del sujeto. Sin ocultarse, pero retrasando sus pasos si el hombre se detenía, Zelig lo siguió hasta que el borracho salió de la

zona construida de la ciudad, hacia uno de los asentamientos.

«Demonios».

Allí habían ido a parar todos aquellos que habían vendido sus parcelas y vivían en tiendas, chozas precarias o carros destartalados. Zelig empezó a acortar la distancia que lo separaba del hombre y Josh y Quentin se apresuraron. Apenas unas tristes fogatas, de cuando en cuando, dibujaban alguna sombra oscilante. Estaba despejado esa noche y la media luna colgada a mitad del cielo les permitía divisar sus siluetas a lo lejos. Zelig se detuvo y comenzó a mirar a su alrededor, por lo que Josh empujó a Quentin para ocultarse entre los pastizales.

—¿Qué demonios le sucede? —preguntó en voz baja.

—No lo sé, Q. Te dije que era extraño.

—¿Estás armado?

—Sí, ¿tú?

—Siempre.

Josh se levantó para ver hacia el camino y volvió a agacharse.

—Se me perdió, maldición.

Quentin acudió a sus poderes y sacó el vaso que robó de la taberna para encontrar el rastro de Zelig. Lo siguieron por alrededor de doscientos metros, pero este desapareció, de repente, al costado del camino.

«¿Cómo demonios es posible?»

Por más que buscó, retrocedió hasta donde había comenzado y volvió a donde lo había perdido, el rastro no volvió a verse.

—No está. Lo perdí por completo.

—¿Cómo es posible? —preguntó Josh indignado.

—No sabría decirte. Según recuerdo, el rastro cambia de acuerdo al estado de ánimo de las personas, la compañía… ¡Eso es! ¡Acá debe haber encontrado al borracho!

—Entonces debería haber otro rastro diferente.

—Pero no lo hay. O al menos yo no puedo encontrarlo, porque no tengo con qué empezar.

—O porque eres un inútil —dijo y Quentin rio—. Regresemos. Mañana vendremos a la luz del día, a ver si encontramos algo extraño. Tal vez solo quería compañía… pero el hombre estaba demasiado borracho, aunque él es tesariano y convengamos que la opinión del otro no es algo que les importe mucho. —Josh parecía estar pensando en voz alta, por la forma tan extraña en la que hablaba—. También hay que pensar en que en Tesar no aceptan las relaciones entre hombres.

—Pero estamos en Sitnor… —agregó Quentin.

—Eso mismo y sé que aquí ha tenido encuentros tanto con hombres, como con mujeres. No estuve acechándolo, investigándolo, más bien. Ya te dije que no me agradaba.

—Vamos. No está en mis planes interrumpirlos.

Josh se detuvo.

—Aunque si está forzando al otro hombre, estamos en todo el derecho de hacerlo, Q.

—Mis luces ni siquiera son tan buenas —se quejó.

—¿Qué?

Quentin hizo aparecer en su mano una luz parpadeante e inestable, que parecía una chispa más que una luz, y Josh empezó a reír.

—¿Ves lo que te digo? De ser una luz decente, podría, bueno, llamar la atención de alguien, pero esto no es más que una burla.

—¿Fuego? ¿Puedes hacer fuego? Improvisemos antorchas. —Quentin negó moviendo la

cabeza—. Qué inútil eres, maldición.

—Los elementos no son lo mío —se excusó, riendo. Josh le dio un manotazo en la espalda y comenzaron a caminar.

—Regresemos hasta…

Se oyó un grito agudo detrás de ellos y ambos se detuvieron. No volvió a escucharse, pero no esperaron a que sucediera otra vez para regresar sobre sus pasos hacia donde el rastro de Zelig los había llevado. Con las armas en las manos, corrieron esquivando charcos hasta el pastizal en el que Zelig había entrado y se separaron para intentar encontrarlo.

—¡Zelig! —exclamó Josh y Quentin pensó que era una pésima idea hacerlo. Si querían descubrirlo en una infracción, lo mejor sería no avisarle que estaban allí. Sin embargo, Josh continuó llamándolo y resultó más efectivo de lo que creyó en un inicio. El hombre gritó más fuerte y Quentin vio cuando, a su derecha, Zelig comenzaba a correr hacia el bosque.

—*¡Yavik lazda*[47]*!* —exclamó y el tesariano quedó congelado en el aire. Quentin continuó buscando el lugar desde donde había visto salir a Zelig; con él inmovilizado, hizo aparecer su inestable luz y levantó la mano, para poder ver un poco mejor, o para que el hombre lo viera a él.

—¡Señor! —llamó Josh—. Somos soldados de Sitnor, no tema.

La parpadeante luz de Quentin les mostró una mano ensangrentada asomar entre los altos pastos y, poco después, un rostro magullado. Josh llegó hasta él y Quentin lo alcanzó poco después. El hombre tenía un corte sobre la ceja izquierda y el labio partido, su rostro estaba sucio de tierra y pastos secos que se habían pegoteado con su sudor y su sangre. Estaba desnudo y tenía cortes en el pecho, el abdomen y en las piernas.

—¿Qué…? —Quentin se acercó, para ver sus heridas y vio que solo eran cortes superficiales—. *Dor lanta*[48].

Las heridas de su torso se cerraron, pero no se atrevió a hacerlo con las de su rostro, puesto que se veían bastante mal.

—¿Qué sucedió? —preguntó Josh.

—Ese… No sé que quería ese maldito loco —tartamudeó conmocionado—. El retorcido me cortó y lamió mis heridas. —El hombre se incorporó y buscó a tientas a su alrededor—. Quiero irme, señor. Quiero vestirme y largarme de aquí.

—Comprendo —dijo Josh. Quentin trató que su luz fuera un poco más estable, para así poder ayudarlo a encontrar sus prendas—. Aunque tiene que acompañarnos a denunciar lo que sucedió.

—No quiero problemas con nadie, solo… Solo déjenme en paz.

—La única forma en que este sujeto reciba un castigo es si usted denuncia lo ocurrido —dijo Quentin.

El hombre encontró su pantalón y sus botas.

—Me da igual… —dijo después de calzarse—. Que se jodan todos.

Se largó a correr hacia el camino y Josh lo llamó, aunque el sujeto no se detuvo.

—Despiértalo —dijo Josh y comenzó a caminar hacia Zelig. Quentin esperó hasta que estuvo frente a él para hacerlo y, cuando dijo las palabras de poder, Zelig se tambaleó hacia adelante. Sin embargo, Josh le dio un puñetazo que lo dejó sentado en el piso.

—¡Espera, Josh!

Zelig se puso de pie de inmediato y se abalanzó sobre él, con toda la intención de devolverle el golpe, pero Josh lo sujetó del cuello con una mano y volvió a dejarlo tendido de espaldas entre la hierba.

—Me da igual si eres el hermano del maldito príncipe de Tesar —dijo antes de darle un

puñetazo en la mandíbula, al que le siguió otro más.

—¡Detente, maldición! —Quentin llegó y le sujetó el brazo, antes de que le triturara el rostro a golpes—. Basta, ya déjalo.

—Maldito loco retorcido.

Quentin empujó a Josh hasta alejarlo de Zelig, que sangraba de todos lados y, aun así, reía. Cuando pareció que Josh no lo golpearía hasta matarlo, Quentin regresó con Zelig y lo obligó a levantarse, apuntándolo con su espada. Quentin se puso detrás de él y lo empujó para que avanzara; Zelig hizo apenas un par de pasos, pero se desvió para correr hacia Josh, otra vez. Vio que un pequeño destello se reflejaba en su mano y se dio cuenta que tenía una navaja. Corrió tras él, pero no llegó a evitar que Josh recibiera una puñalada en la espalda. Quentin se detuvo al oír el sonido del filo entrar en su carne y vio a Zelig retirar el arma, pero solo para volver a clavarla.

Sin recordar que podría detenerlo con las palabras de poder, Quentin volvió a correr y rodeó el cuello de Zelig con un brazo. Lo arrojó al suelo y le pateó la mano para desarmarlo. Zelig intentó incorporarse, pero el puño de Quentin chocó repetidamente contra su rostro, hasta que dejó de moverse.

—¡Leyna! Tu hermano acaba de apuñalar a Josh.

Quentin corrió hasta su amigo, que estaba de pie, con una de sus manos en la espalda.

—¿Cómo estás? —preguntó mientras se quitaba el abrigo para presionar la herida.

—Espero que hayas matado a ese infeliz.

—Creo que no, solo está inconsciente.

—¿Dónde se encuentran? —preguntó una vacilante Leyna.

Quentin intentó hacerle ver el lugar en el que estaban, pero no lo logró.

—A las afueras de la ciudad, en el asentamiento oeste, por el camino.

—No tengo punto de aparición allí.

—Maldita sea —exclamó—. *Busca la manera, apresúrate, maldición.*

—¿Qué sucede?

—Le avisé a Leyna, intentaré con Iskánder, para que se quede con Zelig mientras volvemos a la ciudad.

Josh se apoyó en Quentin y le pidió que lo ayudara a sentarse.

—Ilsa… Dile a Ilsa —murmuró y Quentin asintió. Estaba tan conmocionado por lo que había ocurrido que había olvidado que Ilsa podía ser de mucha más utilidad en esos momentos.

—Ilsa, perdón que te despierte. Necesito tu ayuda.

—¿Qué pasó? ¿Te encuentras bien?

—Josh fue apuñalado por el hermano de Leyna.

—¡Shrakjta! ¿Dónde se encuentran?

—No puedo hacerte ver, quise decirle a Leyna, pero…

—Cálmate, ¿sí? Solo mira a un punto fijo y mantén tus ojos allí. ¿Lo estás haciendo?

—Sí.

—Bien. Respira y cálmate. Cuando te encuentres más tranquilo, acude a tus poderes. —Quentin lo hizo, pero no vio nada extraño—. *Bien, puedo verlo. Estaré allí en unos momentos.*

No había terminado de decirlo cuando el aire pareció abrirse y, por un instante, vio la habitación en medio de la nada. Ilsa, en ropa de cama, avanzó y se arrodilló junto a Josh.

—Déjame ver la herida.

De rodillas junto a él, Quentin ayudó a Josh a recostarse en el suelo. Ilsa hizo aparecer una luz sobre ella y, cuando Quentin quitó la presión de su espalda, vio que la sangre brotaba a borbotones por las heridas abiertas. Sintió que el mundo empezaba a moverse de manera

vertiginosa y tuvo que apoyar ambas manos en el suelo para no caer desmayado ahí mismo.

Ilsa, por su parte, se ocupó de Josh y, después de unos minutos, los cortes se habían cerrado por completo.

—¿Estás bien? —le preguntó a Quentin y él asintió, aunque no podía hacer que el piso recuperara su estabilidad habitual. Ilsa debió notarlo, porque puso una mano sobre la suya—. Josh, intenta sentarte, pero detente si te duele.

Josh, con cuidado, se incorporó y sonrió.

—Eres grandiosa, Ilsa. —Terminó de sentarse y se movió a los lados—. Estoy mejor que antes. ¿Q? ¿Y tú que tienes?

—Solo estoy un poco mareado —murmuró.

—Eres el maldito carnicero de Sitnor, ¿cómo demonios puedes marearte al ver sangre?

—Es que era tu sangre, imbécil. —Quentin se recostó sobre la hierba y miró al cielo. Intentó perder la vista entre la oscura inmensidad, pero los pequeños astros también se balanceaban sobre él, lo que no ayudaba en nada. Cerró los ojos por unos momentos y eso lo ayudó a sentirse mejor.

—¿Qué hay de Leyna? —preguntó Josh, de pie junto a él.

—No lo sé.

—Me llevaré a Zelig a la tienda grande —dijo Ilsa—. Avisé al señor Noah antes de venir.

—No dejaré que vayas sola con ese demente. —Quentin se puso de pie de inmediato, olvidando su malestar.

—Podemos encargarnos de él. Ilsa y yo.

—Pero…

—Déjalas, Q. Confía en ellas —dijo Josh, refiriéndose tanto a Ilsa como a Nadzia.

—Gracias, señor Joshua.

Ilsa, o Nadzia, mejor dicho, caminó hasta Zelig y, tras obligarlo a despertar y ponerse de pie, inmovilizó sus manos y ambos desaparecieron de allí.

—¿Estás bien para caminar? —preguntó Quentin y Josh asintió—. Vamos, entonces.

34

—*¡Leyna! Tu hermano acaba de apuñalar a Josh.*

Nunca había imaginado que despertaría oyendo algo así. ¿En qué momento Zelig había dejado su guardia? Dijo que tenía guardia esa noche. Mintió, sin dudas. ¿Y por qué el señor Joshua estaba con él?

Leyna se hizo un ovillo en la cama y se cubrió la cabeza con la almohada. No quería volver a oír nada al respecto y, aunque el señor Quentin insistía en que se presentara allí, no podía hacerlo. Estaba muy avergonzada, quería desaparecer del mundo y que nunca más la recordaran.

«Verj me lo advirtió, soy una estúpida, ciega y miedosa».

Zelig le había gritado varias veces en los últimos días, había golpeado las paredes y no le importó si ella estaba asustada o llorando. A Zelig no le importaba nada. Había roto sus cosas y ella las había arreglado, como si de esa forma fuera capaz de arreglar eso que estaba roto en su hermano.

Se cubrió los oídos con ambas manos y se quedó quieta, esperando que fuera suficiente para ya no oír nada más. Ni del señor Quentin, ni del señor Josh, ni de Zelig.

«¡Verj! Llegará pronto, lo sabrá. Ellos se lo dirán y se molestará conmigo por no ser capaz de controlarlo ni de evitar que cometiera un error».

Leyna lloró en silencio, incapaz de hacer nada más que sentirse miserable, culpable y asustada.

—Maldita cobarde —se dijo entre sollozos—. Eres una niña inútil y temblorosa, no sirves para nada, Leyna.

—No le digas a Ethan lo que ocurrió —dijo Josh, antes de entrar en la tienda grande—. No me gustaría que Ara se preocupara en vano o que regresara por mí.

—Pero…

—En serio, Q, yo ya estoy bien. Ara se merece unos días sin problemas, cuando regrese se lo diré. Además, Ilsa me sanó y no hay de qué preocuparse.

—Está bien, como digas… —asintió, aunque no muy convencido.

En la tienda estaban Noah, Ilsa y Zelig, que tenía su cuerpo inmovilizado y lo único que podía mover eran los ojos.

—¿Dónde está Leyna? —preguntó Josh.

—Iré por ella —dijo Ilsa y caminó hacia la salida.

—*Ve a vestirte antes.* —Quentin habló en su mente.

—*¡Shrakjta! ¡Es cierto! En el apuro, no lo noté.*

—¿Qué sucedió? —Las ojeras de Noah le llegaban hasta el cuello, de lo agotado que se veía.

—Lamento molestarte a estas horas —se disculpó Josh. Noah asintió apenas y le pidió que continuara, por lo que le dijo todo lo que sucedió, tanto lo de esa noche como lo que vio de Zelig. Noah escuchó sin interrumpirlo y estuvo en silencio por varios minutos antes de decir algo.

—Sería interesante encontrar a ese hombre para que haga su declaración, aunque basta con que te haya herido para mantener a Zelig encerrado. Lo entregaremos al príncipe una vez que

llegue.

—¡Eso no puede ser, Noah! No empieces con tus excusas diplomáticas ni esas mierdas.

—Tanto Zelig como Leyna son hermanos del rey de Tesar, por ende, del Segundo Príncipe también y no quiero problemas con ellos.

—¿Y ya? ¿Así de fácil?

—Sí, Quentin, así de fácil. Estamos en una situación de mierda, necesitamos de los tesarianos, sus hombres y sus magos. Si el condenado príncipe quiere llevarse al loco de su hermano ni bien llegue, que lo haga. Y ya.

Quentin quiso volver a protestar, pero Josh lo detuvo.

—Noah tiene razón, Q. Mientras esté encerrado hasta que el príncipe llegue, por mí está bien.

Ilsa volvió a entrar a la tienda, pero estaba sola.

—Leyna no me recibió.

—Tal vez fue por su hermano el príncipe —murmuró Noah.

—No lo creo —dijo Josh—. A mí me pareció que le tenía miedo cuando los vi en el Castillo Blanco.

—¿Hay alguna forma de que Zelig escape? —preguntó Noah a Ilsa.

—Solo si otro mago lo libera. Me quedaré a vigilarlo, ustedes pueden ir a descansar, si desean.

—¿Estás segura?

—Sí, señor Noah. Prometo que no dejaré que nadie se acerque a él.

Noah lo pensó unos momentos y, luego, asintió.

—Dejaré guardias rodeando la tienda.

—Yo me quedo —dijo Quentin.

—No es necesario —dijo Ilsa.

—Lo mismo me quedaré, aunque sea afuera.

Ilsa asintió, aunque Quentin sabía que era Nadzia quien estaba ocupando su lugar en esos momentos.

—Bien. —Noah se puso de pie—. ¿Josh?

—Yo sí iré a dormir.

—Es lo mejor, señor Joshua. Perdió sangre y necesita reposar al menos por un par de días para recuperarse por completo. Iré a verlo en la mañana.

—Gracias, señorita Nadzia —dijo antes de salir y ella asintió.

Noah miró a Ilsa por unos momentos y, luego, le hizo una seña a Josh para que lo acompañara. Cuando estuvieron solos, Ilsa caminó hasta Zelig y se quedó de pie a su lado.

—*Ve a descansar, Quentin, debes estar agotado por el viaje* —dijo Ilsa.

—*Estoy bien, no te preocupes. Si Nadzia quiere que deje la tienda, lo haré, pero no me voy a mover de aquí.*

Ilsa se tardó un poco en responder.

—*No le molesta y a mí tampoco, por supuesto. Además, le cedí el control del cuerpo y no puedo dormir si ella no lo hace. Me vendrá bien algo de compañía.*

Quentin no dejaba de asombrarse de cada cosa que la oía decir sobre Nadzia y la relación que ambas tenían.

—*Va a ser una noche larga…*

—*Así parece. Le dije a Ethan lo ocurrido. Si Leyna no se presenta, Nadzia irá por Ara en la mañana.*

—Josh me pidió que no se lo dijera.

—Me lo imaginé, pero Josh va a necesitar hacer reposo por algunos días. Si tú no duermes esta noche, necesitarás descansar en algún momento y él va a necesitar compañía y ayuda. Además, estoy segura de que Ara querría estar con él en un momento así.

—Sí, es cierto. ¿Ethan ya se lo dijo?

—No, se lo dirá cuando despierte, porque solo la pondría nerviosa hasta que podamos ir por ella en la mañana. Iskánder está del otro lado, de guardia, Mihaí está enfermo y Ajác dejó la guardia al atardecer. No hay quién se quede aquí custodiando a esta lacra.

El sol llegó demasiado rápido, para su gusto. Cuando las luces comenzaron a aclarar el cortinado, Leyna se dio cuenta de que ya era hora de hacer algo para enfrentar el problema en el que se encontraba. Y era su culpa, por supuesto que sí. Ella había desobedecido a Verj y ahora debía encargarse de eso. Su hermano se lo advirtió, aunque ella no creyó que Zelig fuera capaz de hacer algo más que gritarle.

—Señor Brodoslaw, necesito hablar con el príncipe Verj.

Ya no podría esconderse, puesto que había dado el primer paso. Era aterrador enfrentar a Verj con esa noticia, pero era necesario hacerlo.

Brodoslaw le dijo que hablaría con él y le diría donde aparecer cuando el príncipe se lo dijera, por lo que Leyna se apresuró a vestirse y maquillar sus ojeras. No podía dejar que nadie más la viera en ese estado. Apareció frente a la tienda de Verj y tanto su hermano como el mago estaban esperando por ella.

Después de unos escuetos saludos, Verj la condujo a su tienda y, una vez solos, la abrazó. Leyna comenzó a llorar de inmediato, sin ser capaz de contener su culpa y su vergüenza.

—¿Qué sucedió? —preguntó sin soltarla y Leyna no se movió en lo absoluto. No quería mirarlo, ni que la viera así. Él aguardó, paciente, hasta que Leyna pudo controlarse.

—Zelig —dijo. Sintió que Verj se tensaba, pero no la interrumpió—. Apuñaló al señor Joshua.

Su hermano la tomó de los hombros y la alejó para mirarla.

—¿Qué dijiste? ¿Cómo fue?

—No lo sé —sollozó, otra vez, y se cubrió el rostro—. No me atreví a ir a verlos, no sé nada más.

—Cálmate, ¿sí? —Volvió a abrazarla—. Lo que Zelig hizo no es tu culpa.

—Sí lo es, Verj.

—Él está mal, Ley, no es tu culpa.

—Me lo dijiste, me dijiste que no le permitiera ni un solo error y yo… Yo lo dejé hacer. Dejé que me gritara y rompiera mis cosas y no hice nada para impedirlo.

—Cálmate. Cuando puedas, iremos hacia allí. Yo me encargaré de todo.

—¿Qué le sucederá a Zel? —Leyna lo miró.

—No lo sé. Primero tengo que hablar con el Gobernador. No sabemos qué tan grave es la falta que cometió Zel.

—Vamos ahora, no puedo más con esta incertidumbre.

Verj salió de la tienda unos momentos y cuando regresó, le tomó la mano.

Aparecieron en la casa de Leyna y ella le pidió unos momentos para volver a acomodar su maquillaje. Verj la esperó de pie junto a la puerta de salida y, una vez lista, salieron para ir a la tienda grande, a dos calles de su hogar.

Las nubes, teñidas de naranja, cruzaban el cielo con total calma y las aves cantaban

recibiendo el día que estaba comenzando, pero Leyna apenas si era capaz de ver el barro de la calle y poco más.

Una larga fila de personas se apiñaba en frente a la tienda, aunque se hicieron a un lado al ver a ese enorme desconocido que la acompañaba. Leyna se disculpó con los ciudadanos que aguardaban por ver al Gobernador, y esperaron hasta que les permitieron pasar.

Dentro de la tienda estaba el Gobernador, Ilsa y el señor Quentin. Zelig estaba inmovilizado, sentado en una silla, con el rostro cubierto de sangre seca. Sus ojos se movieron desesperados de lado a lado y un gemido brotó de sus inmóviles labios ni bien los vio llegar.

Leyna quiso presentarlo, pero Verj la detuvo.

—Soy Verj —dijo dejando de lado todas las formalidades—. Es lamentable presentarme en estas circunstancias ante usted, señor Gobernador.

Hizo una reverencia y se inclinó frente a Ilsa y al señor Quentin.

—Agradezco que se haya tomado la molestia de venir hasta aquí, su Majestad.

—Nada de eso, dejen los títulos para los actos, por favor. ¿Qué hizo este imbécil?

—El señor Zelig siguió a un hombre…

—¿El señor está bien? —Verj miró a todos los que estaban allí.

—Herido —dijo el señor Quentin—. Logramos evitar que hiciera… lo que sea que quería hacer. Lo hirió y… bebió su sangre —agregó con cierta repugnancia.

Verj apretó los puños y Leyna sintió que se le revolvía el estómago; tuvo que hacer un esfuerzo para contener las náuseas.

—¿Podrían liberarlo, por favor?

El señor Quentin quiso protestar, pero el Gobernador lo detuvo. Dio la orden e Ilsa lo liberó.

Zelig cayó de rodillas y bajó la vista.

—Ponte de pie —murmuró en tesariano y Zelig obedeció. Verj le dio una bofetada con la mano abierta, con tanta fuerza que lo hizo trastabillar y lo arrojó al piso, otra vez. Leyna apartó la vista, para no ver a su gemelo siendo humillado de esa forma—. No te atrevas a levantarte o te arrancaré la maldita cabeza con mis propias manos.

Verj se acomodó el saco y volvió a mirar al señor Quentin, que estaba tan asombrado como todos los demás.

—¿Qué más sucedió?

—Quisimos detenerlo y en ese momento atacó a Joshua Pronees por la espalda. Le clavó una navaja.

—Demonios, lo lamento tanto. ¿Cómo se encuentra?

—La señorita Ilsa lo curó. Estará bien, solo necesita descansar.

—Verj… —Zelig quiso incorporarse y solo bastó con que su hermano lo mirara para que volviera a bajar la vista.

—Nunca debí permitir que viniera. Les pido mis más sinceras disculpas.

—Si quiere, puede llevarlo…

—Encarcélenlo, sin agua y sin comida los dos primeros días. —Verj no dejó que el Gobernador continuara hablando.

—No es la forma en que tratamos a los prisioneros.

—Es la forma en que nosotros lo hacemos —aseguró Verj—. No quiero tratos preferenciales con él. Regresará conmigo cuando haya cumplido la condena que le sea impuesta. Me llevaré a Leyna, si no es problema.

—Por supuesto.

—Seguirá estando a su disposición cuando la necesiten, pero no quiero que esté cerca de

Zelig en estos momentos.

—Comprendo. Nadie sabrá lo que ocurrió aquí.

Verj negó moviendo la cabeza.

—Deberían dejar que todos lo sepan, para que nadie se deje engañar por Zelig. Fue mi error haber creído que no ocasionaría problemas, pero me equivoqué.

—Verj, por favor —suplicó Leyna.

—Zelig no eres tú, Ley. No fuiste tú quien hizo esa barbaridad.

—Pero es mi hermano —sollozó, incapaz de contenerse por más tiempo—. Es mi gemelo, Verj, compréndelo.

—Uno no elige a su familia. Ve por tus cosas y regresa por mí.

—Verj…

—Por favor, Leyna, ve.

—Déjame curarlo, al menos.

—No se merece tu compasión, ni mucho menos tus lágrimas.

—La acompañaré. —Ilsa se acercó a ella, pero Verj sonrió apenas y la detuvo con un gesto.

—Gracias, no se moleste, señorita. Nos iremos ya mismo —se excusó Verj—. Leyna no se encuentra bien. —Volvió a abrazarla y caminó hacia la salida—. Vamos, Ley. Estarás mejor lejos de él.

Leyna se detuvo, secó su rostro y se alejó de su hermano.

—No pueden vernos así, Verj, la gente hablará.

Irguió su espalda e intentó recomponerse antes de salir.

—No me importa eso.

—Pero a mí sí. A Tesar sí. Compórtate a la altura, no podemos echar a perder todo en dos segundos.

Leyna no volteó para mirar a Zelig, aunque lo que más deseaba en esos momentos era correr hacia él y liberarlo, curar sus heridas y prometerle que todo estaría bien. Podía hacerlo, era capaz de enfrentarse a todos ellos y vencerlos, pero no le quedaría nada por qué vivir después de desobedecer las órdenes de su maestro y de su hermano. Tenía que ser fuerte y hacer lo correcto, huir era el camino fácil y este siempre llevaba a la perdición.

Zaria estaba junto a la entrada de la tienda de gobierno. Ni bien amaneció, el señor Noah ingresó apresurado y más pálido de lo habitual. Oyó algunos murmullos, pero nada en concreto; tampoco sabía quiénes estaban allí dentro ni por qué.

Poco después, vio entrar a una mortificada Leyna acompañada de un joven imponente, tan alto y fornido como el señor Josh, o tal vez más, de largo cabello gris recogido en una trenza y un hacha sujeta a su espalda. Cualquier persona del mundo podría sentirse como una insignificante y diminuta hormiga a su lado.

Más voces se oyeron, aunque tampoco fue capaz de entender lo que ocurría. Después de un rato, Leyna y el joven dejaron la tienda y, a los pocos minutos, salió Quentin, que llevaba encadenado al hermano de Leyna. Zaria abrió mucho los ojos, pero no podía abandonar su puesto para preguntar qué estaba sucediendo. Como su guardia había comenzado la tarde anterior, no había podido ver a Leyna y no comprendía por qué Zelig estaba encadenado. Ilsa abandonó la tienda poco después y se dirigió hacia el lado contrario.

Zaria dejó su puesto y corrió tras Quentin, incapaz de controlar su curiosidad.

—Señor Quentin.

Él se dio vuelta y la miró, sin detenerse.

—Buen día, señora Zaria. —Hizo unos pocos pasos hacia atrás, hasta que ella lo alcanzó y volvió a girarse.

—¿Qué hizo? ¿Qué ocurrió?

—Quiso matar a un hombre y apuñaló a Josh.

—Por todos los cielos. ¿Por qué?

—Porque es un maldito demente. A Josh porque quisimos detenerlo, pero al hombre… no lo sabemos.

—Tan simpático que parecía. ¿Y quién acompañaba a Leyna? Estoy de guardia en la tienda y la vi con un joven.

—Es el príncipe Verj. Vino por el incidente con Zelig y se llevó a Leyna.

—Con razón se veía tan impresionante, es un príncipe.

Quentin rio.

—El principito valiente causa buenas impresiones, al parecer.

—¿Por qué lo dice de esa forma?

—Olvídalo.

Zaria pensó en todo lo que la sanadora le había dicho y, dado que Quentin generalmente era agradable con ella, decidió aniquilar sus nervios y su timidez, aunque fuera por unos momentos.

—Parece que no le cae nada bien… —dijo divertida.

—No me hagas caso —encogió los hombros.

—¿Celos?

—¿Yo? ¿De él? —respondió nervioso y Zaria rio—. Tampoco es la gran cosa, sin el título, no creo que sea tan diferente a cualquier otro hombre. Deberías regresar a tu puesto, yo tengo que llevar a este infeliz al otro lado.

—Es cierto. ¿Irá a entrenar, señor?

—Por la tarde, nos vemos allí, señora.

Zaria asintió y regresó corriendo hasta su puesto, rogando a los dioses en el camino que su relevo no hubiera llegado, o se metería en problemas. Sin embargo, el cambio de guardias no se había realizado aún, sin dudas porque Zaria había sido destinada a patrullar las calles en un inicio y la solicitaron allí a mitad de la noche, sin decirle por qué razón. Debido a que no podía irse hasta que el recambio llegara a cubrir los puestos de la tienda o el mismo Gobernador los liberara, se dispuso a aguardar, aunque solo pasaron un par de minutos y quienes estaban destinados a suplantarlos se hicieron presentes.

Después de haberlos puesto al día con las novedades, Zaria se fue a la casa que compartía con Iskánder. Comió una fruta y se acostó a dormir. Tenía que estar descansada y lista para el entrenamiento de la tarde, porque no se perdería compartir esos momentos con Quentin por nada del mundo.

Nadzia se presentó en Erjathá, en la casa de Ethan, y Ara la esperaba muerta de miedo, nerviosa e impaciente. Apenas si era capaz de pensar desde que Ethan le dijo lo que había sucedido.

—¿Cómo está? —Fue lo primero que dijo al verla.

—El señor Josh se encuentra bien y sus heridas están cerradas, pero necesita descansar, porque perdió mucha sangre, señorita Ara. Todavía no fui a verlo, pero no creo que haya cambios significativos en él.

—Estoy lista, llévame cuando quieras. Vas a tener que dormirme, porque siempre lo hacen de esa forma.

—Comprendo, cuando me lo diga.

Ara asintió, abrazó a Ethan y se despidió de Vila y de Lena.

—Ya puedes hacerlo, Nadzia.

Cuando despertó, estaban en su habitación. Ara se apresuró a dejar su equipaje y corrió a casa de Josh, que estaba a apenas unos pocos metros de distancia, en la parcela continua. Una casita diminuta en medio de un terreno amplio y cubierto de maleza seca. Quiso abrir la puerta, pero estaba trabada, por lo que golpeó y esperó, con el oído pegado a la puerta, a que Josh abriera. Estaba pálido, tenía los ojos hinchados y se movía despacio, pero sonrió cuando la vio allí.

Ara, contrario a lo que siempre hacía, lo abrazó con cuidado.

—¿Cómo te encuentras? Ethan me lo dijo cuando desperté.

—Le dije a Quentin que no te molestara…

—Fue Ilsa —dijo Nadzia desde detrás de ella—. Usted tiene que hacer reposo absoluto para recuperar la pérdida de sangre, señor, y necesitaría compañía y algo de ayuda.

—Estoy bien —dijo Josh—. Algo cansado, pero no tengo dolores.

—Excelente —dijo, aunque la noticia parecía no importarle en lo más mínimo—. Regresaré al atardecer, pero pueden llamarme si necesitan algo. Con permiso.

Dio media vuelta y desapareció.

—Sí que es raro ver a Ilsa así… —dijo Ara.

—La verdad que sí. Ven, esta frío para tener la puerta abierta.

La casa de Josh era bastante deprimente o, al menos, más que las demás, ya que todos tuvieron que hacer sus propios muebles desde que se asentaron en la nueva capital. Era muy pequeña y contaba solo con una mesa larga y dos bancos, la chimenea, una cama frente al fuego, un baúl y una estantería con unos pocos libros colgada en la pared. Eso era todo. No había ni un mueble para almacenar comida y los pocos utensilios que tenía estaban en una esquina de la mesa.

—Ve a acostarte, prenderé la chimenea e iré a casa a buscar algo para que comas, porque no veo que haya mucho por aquí.

—Es que las horas de la comida siempre me encuentran en el campamento —murmuró, aunque Ara pensó que, tal vez, prefería estar del otro lado antes que permanecer solo allí.

Ara buscó brasas entre las cenizas; después de encontrarlas y acomodarlas, puso la leña en la chimenea. Se sentó en la cama, mientras esperaba a que el fuego prendiera y Josh la recostó a su lado y la abrazó.

—Te hizo bien tener un día de descanso, te ves más hermosa que de costumbre —dijo y le dio un beso en la frente.

—Es que tuve el tiempo suficiente para hacer algo con mi cabello —rio—. Además Vila tiene un aceite que es una maravilla, hasta mis manos quedaron suaves y eso que parecían las de un sembrador.

Josh entrelazó la mano en la suya y la puso en su pecho.

—Es verdad, me recuerda a la primera vez que tomé tu mano.

—Perdón, te enamoraste de mí cuando lucía como una princesita y ahora me veo como una condenada esclava.

—Me enamoré de ti, no de cómo te veías.

—Pero no me había dado cuenta de lo descuidada que fui conmigo misma hasta que Ethan me invitó a ir a Erjathá.

—Bueno, no me voy a quejar si de cuando en cuando usas vestido, pero incluso con tus pantalones llenos de remiendos te ves hermosa.

Ara sonrió y se incorporó para ver el fuego, pero no encendía.

—Ahora que Ethan no está, ¿no quieres ir a casa? Puedes quedarte en la habitación con Quentin.

—¿Y qué haré allí?

—Lo mismo que harías aquí, reposo. Pero estaríamos más cómodos y no estarías solo cuando yo tenga guardia. Aunque intentaré que Noah no me reincorpore enseguida, así puedo quedarme contigo.

—No lo sé, no quiero molestar.

—Por los dioses, no eres un extraño, Josh. Vamos, levántate. Encima el maldito fuego no quiere prender y acá se está poniendo muy frío ya.

—¿Estás segura?

—Claro que sí —dijo y le tendió la mano para que se levantara, pero Josh la acercó a él y la besó.

—Quiero que nos casemos.

—¿Ahora?

—No, ahora no —sonrió—. Tengo que terminar de hacer esta casa. Y muebles. Un mueble enorme para que lo llenes de vestidos, zapatos, perfumes y todo lo que desees.

Ara rio.

—Soy un soldado, Josh, no voy a tener ocasión de usar tanta cosa.

—No vas a estar de servicio todo el tiempo… Ni vamos a estar en guerra por siempre. En algún momento esto se va a terminar y podremos vivir tranquilos.

—¿Y si no, Josh? —preguntó angustiada.

—Claro que sí. Se va a terminar, vamos a hacer una bonita casa, la vamos a llenar de muebles y de niños… Bueno, no sé cuántos… Dos o tres.

—O cinco o seis.

—¿Tantos?

—Es lindo tener muchos hermanos, aunque me faltó una hermana aunque sea.

Josh sonrió.

—¿Te imaginas? Varias pequeñas versiones de nosotros o de tus hermanos, porque dicen que los niños se parecen a sus tíos.

—Si eso es cierto, criaríamos a un Noah, un Quentin…

—Por todos los cielos —rio—. Un Noah que nos llene la casa de experimentos y un Quentin problemático.

—Y un Astor travieso.

—Creo que con dos serán suficientes.

—Todos los que lleguen. —Ara lo abrazó—. Tengo bastante dinero ahorrado, pensaba gastar una parte en mi viaje a Erjathá, pero tal vez alcance para construir un par de habitaciones. Para empezar estará bien, porque todavía no es un buen momento para traer niños al mundo… ¿Qué piensas?

—Que si me dices que te quieres casar ahora, empiezo ya mismo a acondicionar la casa. —Ara rio y volvió a besarlo—. No lo hice antes porque no era práctico hacer una casa grande solo para mí, pero tengo el dinero suficiente para hacerlo. Mi padre invertía su dinero comprando otras casas, que ahora no sirven de nada porque la capital está llena de esos malditos bichos, pero yo guardé todas mis pagas para cuando nos casáramos. —Josh se incorporó y Ara lo miró preocupada, aunque él no parecía sentir ninguna molestia, para su alivio—. Esto que ves, será una habitación, esa fue mi idea en un principio y por eso es que está en medio del terreno.

Se puso de pie y la llevó a la puerta, la abrió y le tomó la mano para que lo acompañara.

—Ahora estamos caminando por el pasillo, aquí habrá otra habitación —señaló primero hacia la derecha y, luego, a la izquierda—. Aquí habrá una escalera que llevará hacia los demás cuartos, para los niños. Allí estará la cocina, allí el comedor y por aquí, la sala. ¿Qué te parece? —Ara sonrió, porque podía imaginarse su futuro hogar, aunque quizás era una visión diferente de la que Josh tenía. Se giró y señaló detrás de la casa—. Allá habrá una huerta, porque me gusta trabajar en la tierra.

—¿Sí?

—Sí… En la fortaleza no tenía dónde, porque los rosales de mi madre ocupaban todo, pero lo disfruté bastante en el encierro.

—Grandioso, porque yo detestaba los días que me tocaba ir a la huerta —dijo Ara y Josh rio.

—Allí estará la biblioteca… No necesito que sea muy grande, pero sí me gustaría que las paredes sean solo de estanterías para cubrirlas de libros, con una enorme ventana en el medio para que entre la luz, y una chimenea para los días de invierno.

—Suena hermoso, Josh.

—Y pronto será realidad, ya verás.

—Vamos a casa, estás cada vez más pálido y está muy frío.

—Tienes razón, iré por algunas cosas —dijo y comenzaron a caminar—. ¿Se los diremos ahora a los demás?

—Mejor más adelante, cuando terminemos de acomodar la casa, porque en cuanto lo diga, voy a querer salir a comprar los muebles, las cortinas, y demás y no sé dónde las voy a poner.

Josh se largó a reír.

—¿Ya te dije que te amo?

—No, hoy no —sonrió.

Esa tarde el entrenamiento estuvo mejor de lo que esperaba y, como estaba decidida a llamar la atención de Quentin como fuera posible, Zaria comenzó a dejar de lado su habitual comportamiento retraído y hasta logró hacerlo reír. Sin embargo, todo se fue al mismísimo carajo cuando notó que Quentin llevaba un colgante en su cuello. Eso no estaba allí antes, había compartido demasiados entrenamientos con él y lo había visto con el torso descubierto otras tantas veces como para saberlo; no pudo volver a concentrarse después de ver esa insulsa piedra rayada, porque se le ocurrió que era muy posible que la señorita Ilsa estuviera manipulándolo con alguna clase de magia y por esa razón él actuaba así con ella.

Zaria no sabía un cuerno de magia, ni de todo lo que esta era capaz, pero estuvo investigando a la sanadora tras el encuentro que tuvo con ella, una semana antes, y oyó muchas cosas.

Hombres y mujeres hacían largas filas desde el amanecer para consultar asuntos con la sanadora y, cuando Zaria preguntó, le dijeron que la mujer ayudaba a la gente, que hacía pociones de todas clases y algunos aseguraban que era maga, aunque no habló con nadie que se atreviera a jurarlo. Lo cierto era que sus pócimas podían curar enfermedades graves, cerrar heridas, borrar cicatrices, quitarles los vicios a las personas e, incluso, hacer que dos personas se amaran.

Zaria no estaba muy segura de que eso último fuera cierto, aunque si las cosas no resultaban bien con Quentin, tal vez le preguntaría a la amable señora. De todas formas, fue a verla una vez más y aguardó en la fila para hablar con ella, porque le urgía preguntarle sobre ese colgante y,

quizás, saber si ella se lo había dado a Ilsa.

La puerta de la carreta se abrió y bajó un joven y sonriente soldado.

—Uno más y será el último. —La sanadora se asomó para ver entre quienes estaban esperando y puso sus ojos en Zaria. La muchacha saludó inclinando la cabeza y la sanadora sonrió—. Ven, Zaria —dijo con amabilidad y volvió a ingresar, pero ella dudó. Había mucha gente allí cuando llegó.

—No es mi turno —sonrió a los demás.

—No hay turnos —dijo alguien a su lado, mientras se marchaba—, la sanadora los elige.

—¡Oh! —Zaria se apresuró a subir al carro y cerró la puerta tras de sí—. Buenas noches, señora.

—Es un gusto verte, Zaria —sonrió—. ¿Cómo has estado?

—Bastante bien… en parte.

—¿Qué te aflige?

Una niña, que llevaba un elegante vestido celeste, lleno de cintas y bordados, dejó dos tazas de té frente a ellas.

—Ya puedes marcharte, pequeña —dijo la sanadora y la niña asintió. Tomó una capa y salió del carro sin decir una sola palabra.

—Hoy vi que Quentin tiene una piedra —dijo Zaria antes de que la puerta terminara de cerrarse. La sanadora enarcó las cejas y Zaria agregó—: Tal vez un amuleto, es un colgante. Entrenamos juntos desde que nos conocemos y puedo asegurar que es nuevo, no se lo había visto antes. Creo que la maldita tesariana lo tiene embrujado con eso.

—Interesante.

—¿Usted…? ¿Será que tal vez usted lo hizo?

—No, lo mío son las pociones, Zaria. Los objetos son demasiado poderosos y difíciles de crear. —«Entonces sí es maga» se dijo al escucharla—. Cualquier mínimo error en su creación puede condenar a quien lo lleve. Debes quitárselo.

—Pero, señora, lo lleva en su cuello… —sonrió nerviosa, ya que pensó en lo sombroso que sería poder estar tan cerca de él como para tener la posibilidad de hacerlo—. Yo… Yo no puedo quitárselo.

—Estoy segura de que sí, Zaria —respondió con amabilidad—. Si entrenas con él, tienes muchas oportunidades. Puedes arrancárselo en un fingido descuido, cortar su cadena, no sé, lo dejo a tu creatividad… Eres habilidosa y estoy segura de que vas a tener muchas oportunidades. Úsalas, por su bien y por el tuyo. Tráeme esa piedra, si hay algo en ella lo sabré. Tal vez sea solo una piedra, sin más motivo que ser una pieza decorativa en su cuerpo. Tú mantén la calma y, cuando la consigas, ven a verme.

Zaria dejó la carreta y la Dama, después de trabar puertas y ventanas, dejó ir la ilusión que ocultaba su rostro.

—*Tu descanso llegó a su fin, Islery.* —Se quitó la peluca y la colocó en un estante.

—*¿Qué encontraste, madre?*

—*El amor puede hacer mucho daño, Islery* —dijo antes de apagar los faroles y encerrarse en la pequeña habitación.

—*Me gusta eso, ¿con quién vas a jugar ahora?*

—*Encontré una muchachita enamorada y despechada, manipulable como la arcilla húmeda, como el acero al rojo vivo.*

—*Puedes ser muy perversa cuando quieres.*

—No llegué a ser quien soy por mi compasión, ya deberías saberlo. La capital de Sitnor ya se estableció y todo es un desastre aquí. No habrá una mejor oportunidad.

—¿Qué hay de los tesarianos?

—Llegarán en cuestión de días y es nuestro momento. Estarán agotados, confundidos y desorganizados. Empieza a reunir a todos los soldados de Pyebra, también a los magos. ¿Qué hace Lehsa?

—Es un imbécil aterrado. No tiene nada de iniciativa y solo da órdenes incoherentes.

—Encárgate de él cuando tengas a todos los demás en el Puente Negro.

—¿A quién pondré en su lugar?

—No antes, Islery, que te conozco. Deja que lleguen hasta la frontera o se irá todo al demonio.

—Está bien, como digas. ¿Quién quedará a cargo?

—Nadie, Pyebra dejará de sernos de utilidad una vez que crucemos el río Seco. Que hagan lo que quieran, ya no me importa.

35

El invierno en Sitnor era… asqueroso, por decirlo de alguna manera. Si no había niebla, lloviznaba y, si no, estaba nublado por días. La pequeña casa apestaba a humedad y la ropa tardaba mucho en secarse. Sin embargo, tener magos era una bendición de la que pocos podían presumir, ya que podían encargarse de secar cualquiera de las dos cosas en cuestión de minutos. Ilsa, o Nadzia mejor dicho, tenía prohibido hacerlo, pero cuando Noah no estaba, nadie se quejaba de que lo hiciera. A excepción de Nadzia, que había recobrado su pésima actitud y vivía molestando a Ilsa por todo.

Ilsa solía ir a beber cuando ya no podía con Nadzia, porque bastaba con una cerveza para que se callara, aunque al día siguiente estaba igual de insoportable. O peor, en algunas ocasiones.

Ara e Ilsa estaban solas esa tarde, sentadas frente a la chimenea y arremangadas hasta los codos fregando su ropa, aunque sin demasiadas ganas. Los trabajos en la ciudad no se terminaban nunca y se pasaban los días agotadas y con muy pocos ánimos.

—En un par de días llegará tu príncipe.

—Maldición, ¿cómo no me di cuenta? —masculló sin levantar la vista de la tabla en la que estaba fregando la ropa.

—¿Qué sucede?

—Es que solo traerán problemas.

—¿Por qué lo dices así?

—Porque son unos malditos tesarianos. —Ilsa levantó la vista y apartó de su frente un mechón de cabello con el dorso de la mano—. Gracias a Sinmá que soy maga, o me obligarían a ir a fregarles sus mugres.

—No pueden hacer eso.

—Claro que pueden —dijo y volvió a la tarea—. Los sitnorenses llevan acompañantes con sus soldados para pagarles por entretenerlos en las noches; los tesarianos llevan mujeres para que les cocinen y les laven la ropa. Y para obligarlas a acostarse con ellos.

—Eso es un asco, Ilsa.

—Yo no hago las reglas.

—Lo sé, pero… ¡es inhumano!

Ilsa encogió los hombros.

—Menos mal que soy maga. Escúchame, he visto a muchos tesarianos aquí, los de las casas de acompañantes. Tienen que sacarlos de la ciudad ahora mismo. ¿Cómo no lo pensé antes?

—¿Por qué tienen que irse?

—Porque no toleran que un hombre pueda tener interés en otro hombre, ¿por qué va a ser? El príncipe puede obligarlos a tomar las armas y los soldados los tratarán peor que a una mujer. Los humillarán de todas las formas posibles y nadie se merece algo así.

—Iré a ver a Noah de inmediato. —Ara dejó lo que estaba haciendo y se secó las manos—. No se me había ocurrido que sucedería algo así.

—Espera, terminaré con esto. Ahora nadie nos ve y no me dirán nada.

—Pero, Ilsa…

—Seguro regresaremos al atardecer y ya no tengo nada más que ponerme.

—Está bien, miraré por la ventana, por si alguien viene.

—*Nadzia, tenemos que lavar la ropa, es tarde, tengo que salir y ya no tengo nada qué*

ponerme.

—Podrías haberlo hecho antes, ¿no?

—No te pongas en esas, Nadzia, estuvimos ocupadas y lo sabes.

—Está bien. Solo por esta vez.

En unos pocos minutos lavó la ropa de las dos, las secó y Ara se unió a ella cuando llegó el momento de acomodar. Salieron enseguida y, sorteando charcos y perros famélicos, se dirigieron a la tienda principal. Había una larga fila de gente esperando por entrar, pero Ilsa era maga y tenía prioridad en todos lados. Saludó a quienes aguardaban y se ubicaron frente a los soldados que custodiaban la entrada.

—No puedes hacerlo, Ilsa. No puedes traicionar a tu país de esta forma.

—Cierra la puta boca, Nadzia. No sabes nada del mundo.

—Sé que el príncipe tiene el derecho de reclamar por los ciud…

—Dije que te callaras.

—No seré cómplice de tus caprichos, Ilsa. Si el príncipe pide por mí, acudiré a su llamada.

—¿Por ti? No seas ridícula.

—Tú no eres maga y no sabes hacer nada más que curar. Si decides desobedecer, puedes ir olvidándote de todo lo que sé.

—Maldita seas, Nadzia.

—Está en tus manos…

—Está bien, pero no entregaré a los tesarianos de los burdeles.

—Son seres repugnantes, Ilsa, no entiendo…

—Es mi última palabra. Si quieres seguir existiendo, no harás estupideces y dejarás que esos hombres se vayan en paz.

—Son una vergüenza para Tesar, de todas formas. Como tú. Primero, Quentin y ahora…

—Si vuelves a mencionar a Quentin, te juro que te borraré del mapa. Hicimos un trato, ¿recuerdas?

—Tendrás que empezar a pensar en nuevas formas de sobornarme, Ilsa. Cuando el Segundo Príncipe nos convoque, quedarás fuera de juego la mayor parte del día y ese trato quedará más que obsoleto.

—Maldita sea —murmuró.

—¿Qué sucede? —Ara la miró preocupada.

—Después… —suspiró—. Te diré luego.

Varias personas de rostros serios y preocupados salieron de la tienda y fue su momento de ingresar, por lo que lo hicieron sin perder más tiempo.

—¿Qué sucedió ahora? —preguntó con un hilo de voz. El señor Noah lucía agotado, más que cualquier otra persona, y apenas si se dejaba ver en la casa por unos pocos minutos en las noches.

—Están por llegar los tesarianos —dijo Ara.

—Ya lo sé.

—Hay hombres de mi país en las casas de acompañantes, señor. El Segundo Príncipe puede reclamarlos y los soldados harán sus vidas miserables desde el primer momento.

—Hay que decirles que se vayan, Noah.

—¿Y por qué vienen a decírmelo?

—Tal vez porque eres el Gobernador… —respondió Ara.

—Bueno, háganlo. Aunque a estas horas ya deben saberlo. No puedo hacer nada por ellos, si su príncipe decide convocarlos, no puedo oponerme. Son ciudadanos tesarianos y no me

incumbe la forma en que hagan sus cosas.

—¿Y las mujeres? —preguntó Ara.

—¿Qué hay con ellas?

—¿Si el príncipe decide reclamarlas?

—No puedo entrometerme en sus asuntos, Ara. Tengo cincuenta mil problemas a cada minuto.

—Se puede llevar a Ilsa, si lo desea.

El señor Noah se masajeó las sienes y se tomó unos minutos para pensar.

—¿Saben cuántas mujeres tesarianas hay?

—No, recién me doy cuenta de todo este problema, señor.

—Si sacamos de la ciudad a mucha gente, sin duda el príncipe lo sabrá. Haré que armen su campamento lejos de nuestros límites y prohibiré la entrada de los soldados a la ciudad. Hagan correr la voz, que todos los ciudadanos tesarianos se dejen ver lo menos posible hasta que el príncipe Verj se haya presentado aquí y sepamos qué desea.

—¿Qué hacemos con Ilsa? El príncipe querrá llevársela, Noah, seguro que Leyna ya le habló de ella.

—Pensaremos en eso llegado el momento. Por ahora, ocúpense de los demás.

—Pero…

Ilsa tomó a Ara del brazo y tiró de ella.

—Vamos, debemos apresurarnos. Gracias, señor Noah. —Hizo una reverencia y ambas dejaron la tienda.

—No puede ser —dijo Ara cuando se alejaron del gentío—. No pueden tratarlos de esa forma.

—Es poco lo que podemos solucionar…

—¿Y tú qué quieres hacer? Si el príncipe Verj quiere llevarte a su campamento.

—Es el Segundo Príncipe…

—Pero no puede tratarte como si no importara tu opinión.

—Es que no importa, Ara. Soy tesariana, me debo a mi país y debo obedecer las órdenes.

—Pero…

—Además, Nadzia no me permitirá acceder a mis poderes si me quedo aquí.

—Debe ser una broma.

Ilsa resopló.

—¿Me veo como si estuviera bromeando? Tengo que negociar con ella para todo. Prefiero que los demás tesarianos estén a salvo, yo soy maga y nadie me pondrá una mano encima, pero ellos no tendrán mi misma suerte.

—Por todos los cielos… Ilsa, perdóname.

—Es una mierda, estoy harta de ella. Primero me sobornó para permitirme estar con Quentin y ahora esto. La odio cada día más.

—No entiendo, discúlpame.

—Tengo que prometerle unas horas de libertad a diario para que me deje… a solas con Quentin. Interviene en todos mis pensamientos y muchas veces incluso toma el control de mi cuerpo. La detesto.

—Qué martirio… ¿Qué puedo hacer? ¿Cómo puedo ayudarte? —Ara se detuvo y quiso tomar su mano, pero Nadzia la obligó a retroceder.

—Ojalá lo supiera.

—Si se te ocurre alguna forma; si puedo, no sé, hablar con ella…

—Le caes pésimo —rio—, ni siquiera quiere estar aquí ahora y por eso me obligó a retroceder recién. Perdóname.

—No te preocupes, lo comprendo.

—Cada vez estoy más cerca de pedirle a Onix que me ayude a eliminarla… Si no fuera porque sabe mucho de magia, ya lo hubiera hecho.

—Tienes que pensar en ti también. No puedes estar pasando por todo esto solo por tus poderes. Puedes aprender de nuevo.

—Nadzia sabe todo, Ara. Todo lo que se enseñaba en la Antigua Era, tengo conocimientos que Lobo Blanco no le enseñó a nadie más.

—¿Y por qué tú? ¿Por qué te eligió a ti, solamente?

—No lo sé —mintió. No podía decirle que Lobo Blanco era su padre, tenía que protegerlo lo más posible y si Ara caía en manos enemigas, no les costaría nada forzar su mente y averiguar todo lo que ella sabía. Era mejor no arriesgarse—. Tal vez porque tengo la magia de dos Astros. Hasta donde sé, nadie es como yo.

—Lo lamento mucho, de verdad.

—Es una puta mierda. —Ilsa comenzó a caminar—. Apresurémonos, no falta mucho para que su comportamiento de mierda termine con mi paciencia.

Ilsa y Ara se dirigieron hacia la zona donde se habían ubicado los burdeles. Ara iba con la mano en su arma, alerta y expectante, tan atenta a todo que sus ojos volaban de un punto al otro sin descanso. Le hizo una seña e ingresaron a una casa grande, aunque algo torcida, de tres plantas y que parecía tener graves fallas en su estructura.

—¡Cariño! —La mujer bajita y rolliza, con los pechos casi descubiertos, las saludó desde detrás del mostrador—. ¿Mal día desde tan temprano?

Tenía un cuchillo en la mano y estaba rascando el borde del mueble con él.

—Si te cuento, me matarías para ahorrarme más sufrimientos —respondió Ilsa y Ara la miró, asombrada.

—¿Tan malo es?

—Peor que eso. Ara, ella es la señora Grande.

La mujer se acomodó los pechos y una sonrisa picaresca le curvó los labios.

—Un gusto —dijo Ara de forma escueta.

—¿Qué les sirvo?

—Nada, por ahora, pero que no te extrañe si más tarde me ves por acá. Escucha, el príncipe Verj está próximo a llegar y tienes que decirles a tus muchachos tesarianos que tomen sus cosas y se larguen de inmediato.

—¿Qué dices, mujer? Eso no…

—Puede suceder que el Segundo Príncipe convoque a todos los ciudadanos de Tesar y ellos tendrán que obedecer. Si eso sucede, lo van a pasar terrible.

La señora Grande clavó el cuchillo en el mostrador y Ara se sobresaltó.

—Ese mocoso malcriado me va a arruinar el negocio.

—Lo lamento, de verdad, pero esto es lo único que puedo hacer por ustedes.

—¿Y mis chicas?

—De momento, que no salgan a la calle —dijo Ara y la señora Grande movió el cuchillo de lado a lado para sacarlo de la madera—. Mi hermano intentará mantener a los tesarianos alejados de la ciudad, pero no sabemos con qué exigencias llegará el príncipe.

—¿Y quién es tu hermano, dulzura? —La señaló con el arma.

—El Gobernador —dijo Ara, algo incómoda. La señora Grande guardó el cuchillo en su

cintura, apresurada.

—Maldición, mujer —dijo mirando a Ilsa—. ¿Cómo no me dices quién te acompaña?

—No importa —dijo Ara.

—¿Acaso te ibas a comportar? —Ilsa se largó a reír.

—No la hubiera apuntado, al menos —murmuró—. ¿Qué más puedo hacer por ustedes?

—Si puede hacer correr la noticia, sería de mucha ayuda —dijo Ara.

—Por supuesto.

—¿Necesitas que visite a alguien que no sea de tu agrado? —preguntó Ilsa.

—Entre condenados no nos pisamos las cadenas, cariño —respondió. Ilsa volvió a reír y retrocedió hacia la puerta.

—Lo dejo en tus manos, entonces.

—Por supuesto. Nos vemos más tarde.

—Si mi día no mejora, tenlo por seguro.

—Ay, cariño, espero no tener que verte, de verdad.

—En estas circunstancias, lo agradezco.

Regresaron a la calle y la anoche estaba amenazando con caer, por lo que Ilsa tendió la mano.

—Nos llevaré de regreso, no es seguro caminar por aquí de noche.

—No parece molestarte demasiado, por lo que escuché. ¿Sigues viniendo?

—Algunas veces…

Ara hizo silencio por algunos momentos.

—Comprendo, aunque no creo que sea lo correcto.

—No todos tenemos soluciones para nuestros problemas. ¿Vamos?

—Puedes buscarme si quieres… no sé, hablar o que te acompañe.

—Mi problema es siempre el mismo y me estoy quejando constantemente de eso. No veo que ayude en algo hacerlo, la verdad…

—Tampoco creo que puedas solucionarlo bebiendo.

Ilsa se encogió de hombros. Lo que Ara decía era verdad, aunque eso no quitaba que, al menos por unas horas, pudiera olvidarse de Nadzia y su maldita costumbre de entrometerse en todo.

—No puedo solucionarlo de ninguna forma.

—¿Nadzia puede escucharme ahora? —susurró.

Ilsa asintió y le hizo una seña para que esperara.

—Necesito que me dejes sola.

—¿Qué obtendré?

—Demonios, ¿qué quieres?

—Que dejes de beber, me hace mal.

—Otra cosa.

—Una semana de libertad.

—Imposible, apenas necesito unos minutos, hasta que te lo diga.

—Que te presentes como voluntaria ante el Segundo Príncipe.

—Ni lo sueñes, Nadzia. Tendré que quedarme allí y no podré ver a Quentin. Dejaré de beber.

—Por siempre.

—Por tres días.

Nadzia dudó por unos momentos.

—*Hecho.*

Ilsa sintió cuando Nadzia se resguardaba por completo y dejaba de percibir sus pensamientos, emociones y sensaciones asfixiantes. Se sentía tan bien cuando no estaba…

—Ahora no puede escucharte.

—Se me acaba de ocurrir que, quizás, podrías averiguar algunas cosas de lo que sabe y eliminarla por completo —dijo golpeando su mano con el puño.

Ilsa la miró por largos segundos.

—¿Cómo mierda no se me ocurrió antes?

—¿En serio no lo habías pensado? —Ara la miró seria e Ilsa negó con la cabeza—. Bueno, tal vez tenías muchas cosas de las qué preocuparte.

—Por Sinmá, vamos, por favor, quisiera saber si puedo hacerlo. No me hables sobre esto a menos que yo lo haga, ¿sí? No quisiera que ella se enterara.

—Por supuesto. —Ara tomó su mano y regresaron de inmediato a la diminuta habitación que compartían. Quentin estaba de guardia del otro lado del río, por lo que no estaría disponible si necesitaba ayuda… Aunque si lo pensaba, no le sería de mucha utilidad, ya que apenas si sabía unas pocas cosas sobre la magia. Ethan estaba en Erjathá y confiaba mucho en él, porque era una persona sin igual, pero le pesaba tener que hacerlo regresar tan pronto.

—*¿Estás ocupado?* —le preguntó a Ethan, a pesar de sus dudas.

—*¿Sucede algo malo?*

—*No, Ara acaba de darme una idea para librarme de Nadzia y puede que te necesite.*

—*¿Quién vendrá por mí?*

—*Todavía no lo sé, tengo que hablar con Onix.*

—*Estaré pendiente, avísame.*

—*Perdón por molestarte con esto.*

—*No te preocupes.*

—*Tal vez no sea posible, pero, de ser así, me gustaría que estuvieras aquí.*

—*Cuando lo necesites, Ilsa.*

Sí, sin dudas, Ethan era asombroso.

—*Gracias.*

Ara se paseaba de punta a punta de la habitación, inquieta, mientras ella hablaba con Ethan.

—Cálmate, ¿sí? Me pones nerviosa —dijo Ilsa. Ara murmuró una disculpa y se sentó en la cama junto a ella—. Ethan vendrá si necesito asistencia.

—¿Qué quieres que haga? ¿Cómo te ayudo?

—No lo sé —sonrió nerviosa—. Veré qué pude asimilar de lo que Nadzia sabe, ¿sí? Cerraré los ojos y puede que me desvanezca, pero no me interrumpas.

Ara asintió e Ilsa comenzó a navegar entre los recuerdos que poseía, buscando si estaban también los de Nadzia. Trató de ver los de la primera vez, cuando todo el caudal de nuevos conocimientos desembocó en su mente. Se conformaba con saber cómo desaparecer y algunas formas de defenderse y atacar, aun cuando olvidara las miles de horas de estudios que su padre había invertido en ella.

Encontró fragmentos de lecciones, algunas prácticas y… abrió los ojos.

—Voy a intentarlo.

—¿Qué cosa? —preguntó Ara.

—Ahora que Nadzia no está, voy a intentar desaparecer.

—¿No pudiste encontrar nada útil?

—Algunas cosas, pero es como buscar una frase en una biblioteca entera. Tal vez, si intento

aparecer, sabré si sé cómo hacerlo.

—Mejor espera a alguien, por si acaso.

—Solo Leyna sabe desaparecer y no estoy segura de decirle, porque no va a querer que renuncie a Nadzia. —Ilsa tomó a Ara de la mano y la llevó hasta la puerta—. Quédate aquí y no te muevas.

Miró a su alrededor y memorizó el poco espacio libre que había frente a ella. Cerró los ojos, visualizó el otro extremo del cuarto, acudió a la magia del Sol e intentó recordar cómo hacía para convertir su cuerpo en la misma esencia que conformaba su poder para poder trasladarse. Cuando le pareció que lo había logrado, abrió los ojos.

—*¡Shrakjta!* No pude.

—Brillaste.

Ilsa miró a Ara y ella la veía con la boca abierta.

—¿Cómo fue? ¿Qué viste?

—Solo brillaste, eras dorada y muy, muy brillante.

—Demonios —masculló.

—Pero, Ilsa, ¡casi lo logras!

—No me sirve un *casi*, me serviría si pudiera hacerlo.

—Deja de ser tan dura contigo misma, con algo de práctica lo lograrás.

—¡Ilsa! —La voz de Enara se oyó alarmada y sus pasos retumbaron en las tablas del suelo.

—Estoy bien —se asomó por la puerta de la habitación.

—Por los dioses. Vi que salía luz por cada rendija de la casa, creí que algo malo… ¿Qué fue eso?

—Ilsa brilló.

—Quise desaparecer por mi cuenta, sin que se involucrara mi otra parte.

—¿Funcionó?

—No, solo brillé, al parecer. ¿Tú puedes saber de qué soy capaz si solo miras en mi mente?

—Creo que no comprendo. Eres capaz de hacer todo, Ilsa.

—No, yo no. Mi otra parte puede. Nadzia. La maldita ya me tiene harta. Quiero deshacerme de ella antes de que llegue el príncipe Verj, o llegará el momento en que me obligará a ponerme a su servicio.

—¿Puede hacerlo?

—Claro que puede. Y lo hará, estoy segura. Ara me dio la idea de inspeccionar en mi mente y saber qué puedo hacer sin Nadzia. Me conformo con poder desaparecer, el resto…

—¿Estás segura? —preguntó Enara.

—Sí. Tengo miedo de que Nadzia me obligue a… dejarlos. A hacer cosas que no quiero.

«Tal como yo la obligo a ella a hacer lo que ella no quiere» pensó. Por unos breves instantes sintió pena por Nadzia, aunque fue solo eso, un pequeño momento de debilidad.

—Creo que deberías pensarlo un poco más. Tal vez, podemos salvar algo de lo que Lobo Blanco te enseñó.

—No hay tiempo para eso ahora. El príncipe Verj está cerca y Nadzia cada vez más impaciente e insoportable. ¿Puedes ver en mi mente?

—Necesito algo de tiempo, primero tendría que hacer una lista de todo lo que quiero conocer, o no sabré qué buscar. ¿Cuánto regresará Nadzia?

—Dije que le avisaría.

—Esto llevará un rato. ¿Puedes pedirle toda la noche?

—Me pedirá algo a cambio. Algo grande.

—Bueno, pero ya casi puedes desaparecer… —dijo Ara—. Si resulta que conoces cómo hacer algunas cosas, podrás eliminarla y no tendrás que cumplir con ningún trato.

—¿Y si no sé?

—Prueba con desaparecer. —Enara llevó a Ara hasta la puerta otra vez—. No pienses en nada más. Quita tus emociones, tu enojo, tus problemas. Piensa solo en desaparecer. Si pudiste brillar, es porque el conocimiento básico lo tienes, solo necesitas concentrarte un poco más y practicar. Estas cosas llevan muchísimo entrenamiento y no se logran en un segundo.

—Comprendo. Dile a Quentin que no me interrumpa, por favor.

Enara asintió, Ara dijo que iría afuera, por si Noah llegaba, e Ilsa cerró los ojos. Esta vez, a diferencia de la anterior, trató de deshacerse de los nervios y la incertidumbre, del temor, el miedo y la expectativa que le causaba toda esa situación. Quitó la angustia que Nadzia le generaba y la ansiedad por volver a ser una sola persona. Respiró profundo varias veces y, cuando creyó que estaba en calma, volvió a intentarlo.

Abrió los ojos y seguía en el mismo sitio. Resopló, desilusionada y miró a Enara. Ella, sin embargo, estaba sonriendo.

—Desapareciste por un instante.

—¿Sí? —sonrió.

—Fue apenas, pero lo hiciste. Si sigues intentando podrás hacerlo pronto.

—Eliminaré a Nadzia ahora mismo.

—¿Sabes qué hacer?

Ilsa dudó y se preguntó si sabía cómo hacerlo, pero la verdad era que no tenía ni una mínima idea de qué hacer. Le pidió que aguardara para conversarlo con Onix y Enara fue por Ara.

—¿Onix?

—Dime.

Ilsa le habló de todo lo que había sucedido en el último tiempo con Nadzia, y remarcó el hecho de que el príncipe tesariano estaba por llegar y ella había manifestado su interés en ponerse bajo su mando.

—Quiero eliminarla —dijo al terminar—. *¿Sabes cómo?*

—Lo averiguaré.

—Díselo a Ethan o a Enara cuando lo sepas, mi mente no es segura y si Nadzia lo sabe, será un desastre. Leyna tampoco puede saberlo.

—Comprendo, se los diré a ellos.

—Y, también, Ethan está en Erjathá, creo que estaría bien que viniera si tú decides venir, pero no me atreví a decírselo a Leyna.

—Yo me encargaré de eso, no te preocupes.

Ara estaba comiéndose las uñas, apoyada en el marco de la puerta y mirándola fijamente.

—¿Y?

—Onix le dirá a Ethan o a Enara en cuanto sepa cómo hacerlo. No vuelvan a mencionarme nada de esto sin que yo se los pregunte, Nadzia no puede saberlo.

Zart Vialh, Tesar

El gato negro subió a la mesa y se sentó frente al humano.

—¿Qué quieres ahora? —preguntó malhumorado. Astor había descubierto por sí solo la forma de saltearse su prohibición de utilizar la magia y eso era algo que lo atormentaba

considerablemente. Sumado al problema de su hija…

—Ilsa quiere eliminar a tu abominación.

—¿Por qué? Perderá todo lo que sabe, es ridículo desperdiciar ese conocimiento.

—Tiene nombre, Nadzia, y manipula a Ilsa. Toma el control de su cuerpo e interfiere en sus decisiones. Ya no quiere lidiar con ella.

—¿Tiene… voluntad?

—Vaya si la tiene. Ilsa se ve obligada a negociar con ella para permitirle utilizar su cuerpo sin interrupciones.

—Eso… Eso es imposible —tartamudeó nervioso.

—Construyó su propia personalidad, con valores, sentimientos, emociones y pensamientos, muy distintos a los de Ilsa, por cierto.

Egil lo miraba incrédulo y contrariado.

—No fue de esa la forma en que la hice…

—Ahórrate tus observaciones, que aún no te perdono por esto. Debemos averiguar cómo hacerlo y, luego, ir a Sitnor, así que prepárate.

—¿No puede venir ella?

—Sabes que no puede alejarse de Quentin.

—¡Pues que lo traiga!

—¿Y quién los regresará? Ilsa no sabe hacerlo sin Nadzia y tú no podrás llevarlos. Leyna no es una opción. —Egil abrió la boca para objetar pero el gato siseó—. *No te atrevas a quejarte, humano. Esto lo causaste tú y debes solucionarlo.*

—Ya, ya. Los años te han vuelto intolerante y *protestoso*. Hablaré con Nadzia.

—¿Seguro? Recuerda cómo te trató cuando vino. Ni siquiera te atreviste a mirarla, cobarde.

—Deja de insultarme, gato. Cometí un error, lo sé.

—¿Un error? Un error es quemar la cena, no crear una personalidad nueva en la mente de tu propia hija. ¿Qué pretendías lograr con eso?

—Pensé que lo que aprendiera en su mente separada sería accesible para Ilsa cuando yo decidiera liberarlo. O cuando me muriera.

—Pues no funcionó. Nadzia es una persona nueva y lucha por arrebatarle el control a Ilsa. Hay que eliminarla.

—Si es que ella no lo hace primero —murmuró.

—¿Qué dijiste?

—Ella sabe todo.

—¿Todo? —Egil asintió y el gato sintió que se ponía blanco por la angustia—. *¿Qué grado de poderes tiene?*

—Un tres, diría —contestó como si estuviera hablando de algo trivial. El gato respiró profundo, para no asesinar al humano ahí mismo.

—Astor tiene un punto más, pero aun así no tiene el mismo conocimiento que Nadzia. Si no te mata tu abominación, lo haré yo cuando Ilsa sea libre, ¿me oyes? ¡Irresponsable! Te quejas de que abandono a mis hijos, pero al menos yo no experimento con ellos, maldición.

—Ya, gato…

—¿Ya? Debes estar bromeando. Creaste un monstruo con un poder de grado tres ¿y dices «ya»? Nosotros apenas rasguñamos los dos puntos, Leyna llega a un punto si somos muy generosos y los demás magos no llegan ni a medio, ¿cómo crees que podremos controlar algo así?

—No lo sé, ¿está bien? No tengo ni la más puta idea, no sé qué hacer con ellas, se me fue de las manos y no supe verlo. ¿Qué quieres? ¿Verme llorar y revolcarme en mi miseria? Llevo todo este tiempo intentando encontrarle una solución, pero Ilsa no habla conmigo y no sabía que la otra parte había cobrado tanta fuerza como para ser una persona independiente.

—*Dime al menos que Nadzia usa solo los poderes del Sol.*

—Sí, porque son los más difíciles de dominar. Una vez…

—*Ya lo sé, no necesito lecciones de novato.* —El gato saltó hacia el suelo—. *Iré por Astor.*

—¡No los llevaré a ustedes!

—*Claro que lo harás, no confío en ti.*

—Ni siquiera confías en ti mismo, no sé por qué me sorprendo. —El humano se puso de pie, quejándose en el proceso, y el gato continuó hacia la habitación del pequeño.

Cuando estuvieron preparados, los tres, niño, viejo y gato, llegaron a la tienda grande de la nueva Ciudad Capital. Ilsa estaba allí y también Enara, Noah y Ara. Ilsa apenas si miró a su padre y él no hizo ningún intento de acercarse a ella, tampoco. Astor, por su parte, rompió la tensión corriendo a los brazos de Noah, abrazó a Enara y luego se arrojó sobre su hermana, feliz de verlos de nuevo.

—*Ve por Ethan a Erjathá* —dijo el gato y Egil obedeció sin protestar.

—¿Quentin? —preguntó Astor.

—De guardia —dijo Noah.

—Lástima, me gustaría verlo.

—No sabía que vendrías, haré que vayan por él.

—Mejor no, señor Noah. Podría alterar a Nadzia su presencia.

—Comprendo, sí —dijo, aunque no parecía hacerlo—. Ara y yo los dejaremos ahora, para no interrumpir.

—Voy con ustedes —dijo Enara—. No creo ser muy útil.

Cuando dejaron la tienda, Egil regresó junto a Ethan, quien saludó con un gesto. Todavía traía el calor de Erjathá con él y el gato añoró aquellas tierras y la cálida brisa de sus noches.

—¿Es *segurro* hablar? —preguntó Ethan mirando a Ilsa y ella asintió.

—Nadzia no regresará hasta que se lo diga.

—*Tienes que renunciar a tu magia del Sol* —dijo el gato. No quería que Astor se alarmara o hiciera alguna estupidez.

—*No seré útil en lo absoluto* —se lamentó Ilsa.

—*Tendrás la magia de tu estrella y, además, mejor cuerda que útil, Ilsa. Al paso que vas, no va a faltar mucho para que Nadzia tome el control completo de tu mente. Hay que hacerlo para restarle poder. Es probable que desaparezca de esta forma, pero si no es así, tengo algunas ideas que consultaré con Egil. Primero tienes que renunciar.*

Ilsa lo miró por un largo rato, sin apenas pestañear hasta que, finalmente, asintió.

—*Está bien, dime qué tengo que hacer.*

—*Díselo.*

—*¿Y ya?*

—*Nadie puede mentir en su mente. Si estás plenamente convencida de ello, díselo. Te preguntará de inmediato si quieres hacerlo y tienes que reafirmar tu respuesta. Sin temor y sin dudas, ya que él puede sentir si es así. Hazlo cuando estés segura, porque debe ser rápido, antes de que Nadzia se dé cuenta.*

—*¿Y si no…?*

—*Yo estaré contigo, Ilsa, no temas. Ellos también te acompañaran, estaremos en tu mente y*

detendremos a Nadzia si es necesario. Contesta a las preguntas del Sol con total sinceridad. Él no te juzgará en lo absoluto y se retirará de tu mente para siempre.

La pobre chica se veía aterrada, pálida y sudorosa, pero se sentó en medio de la tienda y cerró los ojos. Onix miró a los demás y les avisó que entraría en su mente, que resultó ser mucho más caótica que la última vez que estuvo allí. Tuvo que hacer un titánico esfuerzo para poder calmarla por completo. Cuando lo logró, le indicó a Ilsa que manifestara su deseo al Sol y se preparó para cualquier cosa que pudiera suceder.

Paz. Ya casi había olvidado por completo qué era lo que esa tan corta palabra significaba. Apenas podía recordar cómo se sentía y lo agradable que era. Se tomó unos momentos para llenarse de ella y disfrutarla, antes de caminar hasta donde estaban ubicadas las dos esferas luminosas de su magia, en el centro de su mente. Una era inmensa, roja, intimidante. La otra pequeña, plateada y reconfortante.

Un sentimiento de amor infinito la envolvió cuando vio la magia de su estrella y sonrió, tanto dentro como fuera de su mente.

Se giró hacia la esfera del Sol y dejó el nerviosismo de lado. «No estoy sola» se dijo para darse fuerzas.

—Sol, quiero renunciar a tus poderes.

La esfera pareció alborotarse, ya que se dibujaron en ella líneas doradas, que se expandieron fuera de sus límites. Ilsa mantuvo la calma, faltaba poco para terminar con Nadzia.

—¿Quieres hacerlo?

—Sí.

Repitió la misma pregunta dos veces, a lo que Ilsa respondió de igual forma.

—¿Por qué? ¿Acaso reniegas de quien eres?

—No puedo lidiar con la otra persona que se aloja en mi mente. Tampoco quiero hacerlo ya.

—Así que crees que la solución es renunciar a mí, ¿no es así?

—De verdad lo siento.

—Responde.

—Sí, sí lo creo.

—No tuvimos la oportunidad de conocernos, lo que me produce una profunda pena, Ilsa Zvezda.

—Lo siento.

—Y si te dijera que puedo deshacerme de ella por completo, ¿aún renunciarías a mí?

Ilsa se quedó sin aire al creer que eso sería posible, pero de inmediato apagó sus emociones.

—¿Qué riesgos correría?

—Astuta. Olvidarías todo lo que sabes y lo que conoces.

Ilsa dudó antes de responder; la recompensa sería enorme al librarse de Nadzia y conservar la magia del Sol aunque, también, el precio a pagar sería demasiado alto. Había muchas cosas que le gustaba recordar y que quería que permanecieran junto a ella… Su madre, su hermano, Naga, sus viajes por Thoria, el día que conoció a Quentin.

—*No lo hagas, Ilsa Zvezda. No dejes que el Sol te arrebate tus recuerdos.* —Su estrella percibió su incertidumbre y, aunque siempre repetía que no podía intervenir en los asuntos de otros Astros, esta vez lo estaba haciendo—. *No intervengo* —agregó para aclarar su duda—. *Te mantengo con vida.*

Ilsa sintió un escalofrío al oír esas palabras, pero trató de mantenerse en calma. Si renunciaba al Sol, perdería sus poderes, si renunciaba a Nadzia, perdería los conocimientos,

aunque podría volver a aprenderlos. Olvidaría a su madre, pero su padre podría ayudarle a recordarla. Olvidaría a Quentin, pero él estaría allí, para ella, cuando despertara siendo una hoja en blanco.

«Nunca podría olvidar a Quentin» sonrió.

—Lo pensaré unos momentos más.

—Hazlo, Ilsa Zvezda, pero no te tardes. El tiempo vuela…

Ilsa se apresuró a decirle a Onix lo que haría y, aunque él intentó disuadirla, Ilsa ya se había decidido. Thoria necesitaba más de los poderes del Sol que de sus recuerdos.

—Te conozco desde que naciste, Ilsa —dijo el gato—. Tengo recuerdos tuyos y de tu madre, de cuando nació tu hermano, pero no serán útiles para ti, porque los gatos sentimos distinto que los humanos.

—No importa, Onix, me bastarán un par de imágenes de mi madre, de mi hermano, de Naga, que me digas que ya no están. Que me digas quién es Quentin y lo que significo para él. El destino hará el resto.

—¿No vas a consultarlo con Quentin?

—Será mejor que no.

—Porque sabes que le harás daño y no quieres enfrentarlo, ¿no es así?

—¿Qué pesa más, Onix? ¿El sufrimiento de Thoria o el de un solo hombre?

—¿Y tú crees que eres la salvación de Thoria? Eres dueña de un poder descomunal, es cierto, pero te llevará años estar lista para poder hacer uso de él. Y temo que no tendremos tanto tiempo. Ahora piénsalo de nuevo.

—Nadzia no puede hacer uso de él, tampoco, porque es incapaz de controlar mi cuerpo por completo. Yo no puedo usar su magia si ella no me lo permite y tampoco sé todo lo que ella sabe, porque lo oculta de mí. Tendrías que haberme ayudado a borrar todo lo que ella sabía la primera vez que fuimos a Tesar, Onix.

—Si nos quedamos estancados con los «hubiera» y los «tendría», el ser humano no habría dejado de vagar por el mundo buscando el calor del sol para no congelarse en invierno, Ilsa.

—¿Qué? Onix, concéntrate, maldición. Mi vida, mi cordura y mis recuerdos están en juego y tú sales con estas cosas, por todos los cielos.

—Insolente y cabeza dura eres. No renuncies a tus recuerdos, ellos te trajeron hasta aquí y te hicieron decidir quién y cómo ser. No volverás a ser la misma persona, Ilsa. ¿Eso es lo que quieres?

—No lo sabré de todos modos.

—¿Y Quentin?

—Él confía en mis decisiones.

—Podrás conocerlo de nuevo, pero no significará para ti lo mismo, porque no sabrás lo que ustedes atravesaron para llegar hasta este punto, no sufrirás la distancia, ni la angustia de no saber de él, no irás por los túneles de Morrau ni lo hallarás a un paso de la muerte de nuevo, será para ti lo mismo que Quentin es para Nadzia. Alguien a quien necesita cerca, pero no tanto. ¿Eso es lo que quieres? ¿De verdad?

—Onix…

—Él te seguirá amando de la misma forma, pero para ti, será un desconocido cuya vida, sufrimiento y amor no significan nada, ¿eres capaz de hacerle eso?

Ilsa se sintió una estúpida, una desalmada estúpida y egoísta. Ni todas las personas de Thoria valían tanto como Quentin y ella pretendía olvidar todo lo que habían vivido, todas las páginas que habían escrito juntos en el libro de sus vidas.

—No, no puedo, Onix, tienes razón. Me cegué por la urgencia y la necesidad de hacer algo bueno por una vez en mi vida, pero está visto que eso no es para mí.

—No de esta forma, al menos. No si vas a dañar para siempre a quien es tan importante para ti.

—Es cierto.

Ilsa regresó al centro de su mente, donde el Sol esperaba su respuesta.

—No acepto —dijo con seguridad—. Renunciaré a tus poderes.

—Tus enemigos te lo agradecerán, ¿eres consciente de ello?

—En caso de que te vieras en la necesidad de hacerlo —dijo Ilsa, en cambio—. ¿A quién salvarías? ¿A mí o a la Dama de la Cueva?

—Ella lleva muchos años valiéndose de mis poderes, Ilsa Zvezda, y tú lo has intentado solo un par de veces.

—Comprendo, Sol. Renuncio. Aquí y ahora. Renuncio a ti y a tu magia.

Una oleada de miedo y desesperación amenazó con apoderarse de ella, pero fue fugaz. Sin embargo, se dio cuenta de que no le pertenecía, era Nadzia intentando recuperar el control.

—¿Renuncias?

—Renuncio.

—Adiós, Ilsa Zvezda.

—Adiós, Sol.

La esfera comenzó a reducirse abruptamente y, en apenas un parpadeo, desapareció por completo. Ilsa se sintió liviana, como si un gran peso hubiera desaparecido de sus espaldas, y también se sintió libre. Le aterró, sin embargo, darse cuenta de que aquello que había pesado tanto en ella era el mandato de su padre, una especie de cadena que la retenía como una esclava a sus decisiones y a su voluntad. Lloró su pena y su desencanto y la culpa de su padre abandonó su mente, sin dudas al percibir el desprecio y el dolor que causaba en ella.

«Toda mi vida fui su esclava» se dijo y de pronto, la calma se apoderó de ella, otra vez.

36

Hacía horas que estaba inquieto y preocupado. Que Enara le hubiera dicho que no interrumpiera a Ilsa no era algo alarmante, pero que luego le dijera que tanto ella, como Onix y Ethan necesitaban que no les hablara había activado sus alarmas. Algo tenía que estar ocurriendo con Ilsa. Más aún si Onix y Ethan estaban en la ciudad.

Acababa de atardecer y, a menos que alguien llegara a reemplazarlo, no podía dejar su puesto hasta que el sol volviera a asomarse. Sin embargo, apenas si podía poner atención a lo que estaba haciendo, puesto que sus ojos estaban clavados al otro lado del arroyo, entre los sinuosos caminos que demarcaban las antorchas y faroles que empezaban a brillar entre las callejuelas.

Dunayar llegó cuando ya era noche cerrada, con una canasta con la cena para los dos. Solía acompañarlo a menudo, cuando Santoro estaba de guardia. Eric casi que ni regresaba a su tienda, un poco porque todavía le molestaban las monedas que Quentin le hizo gastar en una cantidad exagerada de vestidos y otro poco porque en esos momentos estaba enredado con una sanadora que le había hecho perder un poco la razón, nada fuera de lo normal.

La niña se sentó a su lado y le dio un pan relleno que lucía como el que había probado en Erjathá cuando fueron con Ilsa a curar a Vila.

—¿Está picante? —preguntó con el rostro fruncido.

—No, señor, aquí no hay de esos condimentos.

—Gracias a los dioses…

—Es solo carne asada y pan. Era más práctico traerla de esta forma, porque también fui a llevarle su cena a Marco.

—¿Y por qué no te quedas con él? No es que me molestes, solo me da curiosidad.

—Es que es bastante aburrido y nunca sabe cómo comportarse cuando está a solas conmigo.

—Es comprensible, ni bien salió de su entrenamiento obligatorio, lo asignaron como jefe de la escolta de dos chiquillos problemáticos y que siempre buscaban la forma de escapar de él.

—Siempre dice que está orgulloso de usted y del señor Joshua.

—Pobre Santoro… Le hicimos muchas trastadas —sonrió.

—Como cortar las correas de sus monturas.

Quentin empezó a reír, aunque se puso serio enseguida.

—Perdimos a uno de nuestros escoltas esa vez, cayó del caballo y se quebró la pierna muy feo. No quiso volver a su puesto después que se recuperó. Como castigo, por un mes no pudimos poner un pie fuera de la fortaleza, más que para ir a la casa de estudios.

—Sí, Marco a veces habla de sus travesuras, pero les tiene cariño.

—Yo nos odiaría, si lo pienso un poco. Éramos muy molestos y bastante desagradables.

Dunayar rio.

—Yo también lo haría —dijo con cierta timidez—. ¿Ronda, señor? —preguntó al ver que Quentin había dejado la mitad de su cena en la canasta.

—Cuando termines, no te preocupes —dijo y se recostó en contra de un tronco que había frente al fuego. No sabía quién lo había llevado hasta allí, pero era por demás cómodo.

—¿Está casado, señor? —preguntó Dunayar de repente. Quentin rio y negó con un movimiento de cabeza—. Pero hay alguien en su vida, ¿verdad? Siempre hay alguien en la vida de todos.

—Sí hay, es Ilsa.

—Fue muy amable cuando la conocí, aunque la vi por poco tiempo, porque tenía cosas que hacer.

—También es muy divertida e inteligente.

—Me alegro por ustedes. Yo no tengo a nadie así.

—A tu edad, yo tampoco tenía… De hecho, la vi por primera vez poco antes de ir al Entrenamiento Obligatorio.

—Pero hay personas que parecen que están unidas desde siempre, señor.

—También están quienes se cruzan y ya. No deberías preocuparte por eso…

—¿Y si no lo noto?

—Créeme que lo sabrás.

—¿Cómo?

—Porque querrás ver su sonrisa siempre, desearás que sea feliz y que esté a salvo.

Dunayar asintió y continuó comiendo en silencio, sin decir nada más hasta que terminó. Se puso de pie, se acomodó su capa de piel y volteó hacia él.

—Ya podemos hacer la ronda —dijo y tomó su mano.

Quentin se incorporó y comenzó a caminar hacia la oscuridad, donde lo único que podía verse eran las estrellas titilando en el cielo. Buscó en la inmensa noche por la más brillante y vio, a su lado, su apenas visible estrella.

—Mira allí —señaló—. ¿Ves esa estrella que brilla más que ninguna?

—Sí, señor.

—Al lado hay una muy pequeña…

—La veo también, señor.

—Esa es mi estrella, Dunayar. La más hermosa de todos los cielos.

La niña le apretó la mano con más fuerza.

—Me voy a acordar de usted cada vez que la vea.

—Eso me halaga, niña —sonrió—. Sigamos.

Subieron hasta lo más alto de una colina y Quentin observó con detenimiento la oscuridad que se extendía frente a ellos, buscando alguna mínima señal de vida humana, pero no había rastros de fogatas ni humo que pudiera verse desde allí. Regresaron después de unos minutos y Dunayar se soltó de su mano y se alejó algunos pasos. Se agachó para buscar unas flores que solo se abrían de noche y continuó hacia el puesto.

—¿Sabes qué significa tu nombre?

—Sol naciente, señor.

—Vaya, qué bonito. Voy a acordarme de ti cada vez que vea un amanecer.

—Mentira —respondió riendo con timidez y pudo imaginársela cubriéndose el rostro.

—Claro que no. ¿Por qué no podría acordarme de ti? Ya te dije que eres la persona más valiente que conozco.

Dunayar rio avergonzada.

—Gracias, señor Quentin.

—Eso está mejor que…

Quentin sintió una intensa oleada de calor y vio el instante en que un rayo de luz dorada nacía en el centro de la ciudad y se extendía hacia donde ellos estaban. Miró a Dunayar y la niña estaba a varios pasos de él. Quiso llegar hasta ella para arrojarla al suelo antes de que la luz la alcanzara, pero no fue lo suficientemente rápido y vio el momento exacto en que era golpeada en el centro del pecho. Pensó que Dunayar se desintegraría frente a sus ojos, pero la niña se elevó unos centímetros en el aire, para luego caer despacio, como si de una pluma se tratara.

Quentin llegó hasta ella y la titilante luz que apareció en su mano le dejó ver que le sangraba la nariz y los oídos.

—Dunayar, despierta —dijo y le dio unos golpes suaves en la mejilla, pero la niña no reaccionó. La alzó en brazos y llamó a Luna con un silbido mientras corría hacia donde estaban la fogata y su yegua. Cuando llegó hasta ella, Luna estaba de pie, golpeando la tierra con los cascos, impaciente. Montó con la pequeña en brazos y cabalgó hacia donde el puente unía las dos partes de la capital.

—¿Enara? ¿Qué fue eso?

—No lo sé, voy a averiguarlo y te diré.

—Llevo a Dunayar, estaba conmigo cuando fue alcanzada por esa luz.

—¿Ella está bien?

—Respira, pero no reacciona. Le sangra la nariz y también los oídos.

—Por los dioses. Ve a la tienda grande.

—¿Ilsa?

—Estaban allí, a punto de eliminar a Nadzia.

—¡Demonios!

Como si su yegua comprendiera la urgencia, aumentó la velocidad ni bien regresó a la tierra y Quentin la guio hacia el centro de la ciudad. Noah y Enara estaban esperándolo y su hermano tomó a la niña para llevarla dentro. Quentin vio que Ilsa lloraba sentada en una silla, y su padre, Onix, Astor y Ethan estaban a su lado. Quiso acercarse, pero Enara lo retuvo.

—Déjalos.

—Pero…

—Déjalos, Quentin, y ayúdame con la pequeña. —Enara extendió su capa sobre una de las mesas y Noah la recostó allí—. No puedes hacer nada por Ilsa, está siendo asistida y los interrumpirás.

Quentin asintió muy poco convencido y miró a Dunayar.

—¿Crees que estará bien?

—No lo sé. Noah, ve por Santoro.

—También que avisen a Eric que Dunayar está aquí —agregó Quentin.

—¿Por qué estaba contigo? —preguntó su hermano.

—Eric tenía una cita. Marco estaba de guardia, pero no sé dónde. —Lo miraron confundidos—. Siempre que se queda sola va a mi puesto.

—No te preocupes, mandaré a buscarlos de inmediato. —Noah dejó la tienda.

—Entraré en su mente —dijo Enara—, fíjate si puedes ver alguna magia extraña en su cuerpo.

Quentin asintió y quiso poner toda su atención en hacerlo, pero no podía. Estaba demasiado preocupado por Ilsa y conmocionado por lo que le había ocurrido a la pequeña.

«¡Demonios, concéntrate!» se dijo, pero regañarse no cambió nada.

Lobo Blanco se acercó a ellos arrastrando los pies; parecía la miseria hecha persona y se preguntó qué demonios estaba ocurriendo para que se viera así. Enara se tambaleó y cayó hacia un lado, lo que hizo que Quentin la mirara. La sostuvo y acercó una silla para que se sentara.

—¿Te encuentras bien?

—Es imposible —tartamudeó.

—¿Qué sucede? —preguntó, pero Enara continuaba con la mirada incrédula puesta en Dunayar. Quentin miró a Lobo Blanco y vio que sus ojos grises comenzaban a relucir al acudir a sus poderes. A los pocos segundos, el viejo hombre comenzó a reír y a aplaudir—. ¿Quieren

decirme qué demonios está ocurriendo?

—No todo está perdido —dijo Lobo Blanco y a Quentin le corrió un escalofrío por la espalda, sin saber por qué.

37

Ethan se mantuvo al margen, esperando a que Nadzia fuera libre para encargarse de ella si quería dañar a Ilsa, y se sintió tan confundido como aterrado cuando fue su momento de intervenir. Nunca imaginó que el caos tendría una definición tan acertada, ya que le era casi imposible comprender y distinguir todas las emociones y sensaciones que convivían, en simultáneo, en Ilsa. Ira, soledad, decepción, odio, frustración, miedo pero, a su vez, amor, esperanza, confianza, seguridad, y cientos de cosas más que no alcanzaba a reconocer entre la inmensa mezcla de sentimientos. Quería escapar de allí sin detenerse a pensarlo y se preguntó cómo demonios Ilsa podía llevar todo ese tiempo sintiendo tanto a la misma vez.

Onix decidió no exponer a Astor y solo solicitaba su asistencia cuando sus energías se consumían; Lobo Blanco, por su parte, estaba dándole sus fuerzas a Ilsa, para que su confianza no la abandonara.

Ethan contuvo la furia de Nadzia, quien se liberó con la intención de destruirlo todo, aún si ella salía perjudicada. La creación de Lobo Blanco no parecía ser capaz de oírlo, ya que su único propósito era evitar que Ilsa renunciara a los poderes del Sol. Era consciente de que había sido creada solo para poder usar la magia y, si Ilsa la privaba de ella, su existencia dejaría de tener sentido. Nadzia luchó con todas sus fuerzas para que el Sol oyera que sus deseos contradecían a los de su otra parte, pero la determinación de Ilsa fue más fuerte que la desesperación de Nadzia y el retorcido experimento se consumió como un trozo de papel en una fogata cuando, finalmente, el Sol se apagó en la mente de Ilsa y se llevó consigo su magia.

Una fuerte luz rojiza se extendió desde el centro del pecho de Ilsa e iluminó todo el interior de la tienda, cegando a quienes se encontraban allí. Se sentía como una presencia, como el fuerte viento caliente de un día de verano, tan real como una persona, tan intangible como el mismísimo cielo. Se percibía su urgencia y curiosidad, su angustia y su confusión. Pero duró apenas unos pocos segundos y desapareció dejándolos desprotegidos y frágiles.

Ilsa lloraba, con una mezcla de alivio y desencanto, de dolor y esperanza. Era libre de Nadzia y de su control, de su padre y de los poderes del Sol. No cargaba ya el peso de todo el conocimiento de la magia de la Antigua Era, aunque sí le pesaba ya no poder ser de utilidad. Las contradicciones en ella parecían no tener fin, por lo que Ethan intentó transmitirle calma y serenidad.

Su padre no fue capaz de permanecer en su mente más que unos pocos segundos y abandonó el trabajo, afectado y sollozando por la culpa de haber arruinado la vida de su hija y porque se habían perdido valiosos años de lecciones.

Se escucharon voces provenientes de afuera y Noah entró a la tienda, cargando una niña inconsciente. Quentin y Enara llegaron con él y Lobo Blanco puso su atención en ellos.

—*Tendré que poner a Ilsa a dormir* —le dijo Onix.

—*No me parece lo correcto, si duerme, no podrá procesar lo que acaba de ocurrir y necesita hacerlo ahora. Cuando despierte, la angustia será la misma y se habrá perdido mucho tiempo.*

—*Tienes razón, Guna* —asintió Onix.

Lobo Blanco comenzó a reír y aplaudir y el gato se tomó un tiempo para responder.

—*Astor y Quentin se harán cargo de Ilsa, tú quédate con nosotros, veremos qué sucede con esa niña para que Egil reaccione de esa forma.*

Ethan se incorporó y se acercó a los demás.

—¿Qué ocurre? —preguntó a Quentin.

—¿Qué sucede con Ilsa?

—Ella te lo dirá, llévala a casa y quédate con ella.

—¿Y Dunayar? Fue alcanzada por un rayo de luz dorada, no sé qué fue eso.

—*Ryjhza*. —Ethan respiró profundo—. Ve con Ilsa, te diré cuando sepa algo.

Quentin asintió y se dirigió hacia donde estaban Ilsa y Astor; el pequeño sonrió al verlo y, de inmediato, se subió a una silla para treparse a su espalda. Quentin acomodó su abrigo, arrugado por Astor, y tomó a Ilsa de la mano. Recién en ese momento ella se percató de que Quentin estaba allí. Se incorporó despacio y se sostuvo en él, ya que parecía que no podía mantenerse en pie por sus propios medios. Quentin optó por bajar a Astor de su espalda y levantó a Ilsa en brazos; los tres dejaron la tienda, llevando con ellos gran parte de la oscuridad que había ensombrecido los ánimos de todos hasta ese momento.

Ethan puso su atención en la niña, sin decidirse a entrar en su mente para saber qué estaba sucediendo, o si era mejor esperar a que Onix dijera algo. La piel morena de la pequeña se veía pálida y sus labios apenas si tenían un muy leve color. Estaba fría, como si estuviera muerta, y Ethan se perdió entre sus recuerdos al ver en ella a la pequeña que asesinó cuando Lena escapó del Palacio de Las Hojas. Sus manos temblaban sin control cuando Noah lo tomó del brazo.

—¿Qué ocurre? —preguntó hablando bajo. Ethan no sabía qué responder y quiso asentir, pero su cabeza solo pareció moverse sin sentido, como un temblor o un espasmo, sin nada de control. No podía pensar y le costaba darse cuenta de lo que estaba ocurriendo. Para él, aún estaba a la orilla del río, un día de calor agobiante, con una mano fría entre las suyas y viendo a una pequeña con el rostro lleno de moscas—. Ven, te llevaré a casa, no pareces estar bien.

Cerró los ojos unos momentos y respiró varias veces.

—Estoy bien, no te preocupes —dijo en cuanto volvió en sí—. Tan solo fue… Estoy un poco cansado.

Intentó sonreír, aunque Noah lo seguía mirando con preocupación.

—Estaré bien —insistió y se sacudió esos malos recuerdos para concentrarse en lo que tenía que hacer. Puso sus ojos en la niña decidido a averiguar qué le sucedía y, al entrar en su mente, se encontró con que Dunayar había absorbido, de alguna forma, todo lo que Ilsa rechazó. Hechizos, conjuros, pociones, maldiciones, amuletos. Dunayar era quien sabía todo.

—No puede ser —murmuró.

—¡Sí, muchacho! —exclamó Lobo Blanco y Ethan tuvo muchas ganas de golpearlo.

—Esto no puede saberse —murmuró Ethan—. Esta niña correrá un peligro inmenso si alguien más lo descubre.

—¿Qué dices? Será nuestra salvación. Todos ustedes podrán acudir a ella para llenarse de su sabid…

Ethan lo tomó de las solapas del saco y lo sacudió con violencia.

—¿Tiene idea de lo que va a ocurrir cuando despierte? —gritó en su cara. Noah se apresuró a sujetar a Ethan del brazo para intentar separarlos, pero pasaron varios segundos hasta que lo soltó. El viejo continuaba sonriendo, como si nada le afectara.

—¡Contrólate, maldición!

—Lo que Ilsa vivió *serrá* un paseo por el *parraíso comparrado* con el infierno que *atrravesarrá* Dunayar.

—No es la forma, Ethan, esto está más allá de lo que podemos hacer.

—Lo que *quierras, perro* no por eso puedo *alegrrarme* por la niña, Noah. Vamos a tener

que cuidarla de todos, de todo, de ella misma incluso. No tenemos idea de cómo va a ser cuando despierte.

—¿Onix? —preguntó Noah al gato, que permanecía sentado sobre el escritorio, al lado de la cabeza de Dunayar.

—El muchacho tiene razón. Nadie debe saber lo que ocurrió aquí.

—¿Qué es lo que no se puede saber? —Un soldado agitado, con un parche en el ojo, estaba parado en la entrada de la tienda.

—Santoro, ¿puedes esperar afuera?—Noah se apresuró a interrumpirle el paso.

—¿Qué tiene Dunayar, señor? ¿Qué le sucedió?

Noah finalmente se apartó y dejó que se acercara.

—Ella está bien, físicamente hablando. No está herida.

—¿Por qué no despierta, entonces?—Santoro tomó su mano entre las suyas—. ¿Está muerta? —Miró a Ethan y a los demás, uno a uno—. ¿Qué le hicieron?

—*Llama a Quentin* —dijo Onix a Ethan y él obedeció.

Santoro acercó el oído a su boca y, luego, levantó a la niña del escritorio y la cargó en sus brazos, pero Onix saltó hacia el suelo y corrió a interponerse en su camino.

—No puedes llevarte a Dunayar —dijo el felino y el soldado palideció, pero eso no fue suficiente para hacerlo retroceder. Se recompuso de inmediato y miró al gato con el ceño fruncido.

—Espera, Onix, por favor —dijo Enara, que se había mantenido al margen todo ese tiempo. Miró a Santoro, luego—. Quentin estaba con la niña cuando algo ocurrió. Él está en nuestra casa ahora.

—No dejaré que ustedes vuelvan a ponerle las manos encima.

—No fue nuestra culpa —dijo Noah—, ni la de los magos.

—¡Dunayar está inconsciente! —exclamó.

—Estaba conmigo. —Quentin entró a la tienda.

—¿Cómo? ¿Por qué…?

—Vayan a casa, Quentin. Estarán más cómodos allí. —Enara los interrumpió.

Santoro dudó por unos momentos, pero Quentin lo convenció de acompañarlo y ambos dejaron la tienda.

—Onix, ¿qué haremos? —preguntó Noah.

—Lo más piadoso sería no dejar que Dunayar volviera a despertar.

La frialdad del felino hizo que Enara se cubriera la boca para ahogar una exclamación, que Noah apretara los puños y que Ethan quedara paralizado.

—¿Estás loco, gato? —exclamó Lobo Blanco.

—Más vale que no vuelvas a abrir la boca, humano. ¿No te parece suficiente con todo el daño que has hecho?

—¿Daño, dices? Era la única forma que encontré para que el antiguo conocimiento no se perdiera.

—El mismo conocimiento que llevó a la destrucción de Thoria, ¿no? —dijo Ethan.

—No sabes nada, niño —gruñó—. El conocimiento hizo que la vida de las personas…

—Terminara… —Lo interrumpió—. Casi extinguen el mundo entero, ¿ese es el propósito de la sabiduría de los magos?

—¡Mocoso insolente!

—Contrólate, Egil. —La cola del gato azotó de lado a lado—. Regresa a Tesar, Astor y yo nos quedaremos aquí.

—El niño necesita aprender aún.

—No contigo, humano.

Lobo Blanco retrocedió, con el rostro desencajado, y se dejó caer en una silla; se lo veía derrotado y tan miserable como lo había visto hacía unos pocos minutos, cuando dejó la mente de Ilsa.

—Así es como se termina todo, ¿verdad?

—No puedo permitir que cometas otro error de la misma magnitud, Egil.

—Solo vivo para ser un mago, y si me quitas esto, me estás arrebatando todo. Ilsa me odia, tú me desprecias, Magtha y mi niño se fueron… ¿qué propósito tengo ya? No me queda nada… —Lobo Blanco se irguió en su silla y puso una mano en su pecho, sobre su corazón—. Perdóname, gato. Sé que cuidarán de Ilsa mejor de lo que yo lo hice alguna vez.

—¡No lo hagas! —El gato saltó sobre su falda y el viejo hombre lo miró—. Por favor, no lo hagas.

Ethan miró a Enara, sin entender qué estaba ocurriendo y ella encogió apenas los hombros, dándole a entender que ella tampoco comprendía.

—No tengo más fuerzas ya —susurró.

—Humano, por favor —suplicó, pero Lobo Blanco lo acarició y cerró los ojos.

—Será mejor así. Arruiné todo, desde el inicio de mis días, gato. No merezco siquiera el aire que respiro.

—No, humano, hay otras cosas que puedes hacer…

—¿Qué? ¿Arruinar a alguien más? Tú me detestas por lo que hice, perdiste la confianza en mí y ya no me queda nada más que una absoluta y aterradora soledad. Estoy tan cansado…

—Por favor, por favor —insistió. El gato trepó sobre su pecho y acercó su hocico al rostro del mago—. Nos iríamos juntos, ¿recuerdas? Tú y yo, cuando hayamos…

—Estoy muy cansado y ya no tengo nada más por lo qué vivir.

—¡No lo hagas!

—*Yavik lanta* —murmuró. Ambas manos cayeron laxas a los lados y su cabeza hacia adelante. Ethan comprendió que lo que había detenido, había sido su propio corazón.

—No era así como íbamos a terminar, lo prometimos. —El gato apoyó la cabeza en su pecho—. Seríamos luz, Egil, los Astros vendrían por nosotros, por los dos. Me dejaste solo, humano…

—¿Onix? —preguntó Enara, aún confundida.

—*Acaba de matarse* —dijo Ethan a su cuñada. Enara abrió mucho los ojos, retrocedió y se giró para buscar a Noah, que la abrazó al ver su angustia. Ethan les hizo una seña para salir de la tienda y dejar al gato despedirse de su compañero.

—Avisaré a Ilsa —dijo Ethan.

—No creo que quiera verlo después de lo que hizo con ella —dijo Noah.

—Era su padre —respondió, para asombro de ambos—, querrá despedirse de él.

—*Estoy muy confundida, Quentin.*

—*¿Qué sucedió?*

Ilsa iba en sus brazos, sin voluntad para sostenerse de su cuello, siquiera. Le pesaba el cuerpo, le dolía el alma, se sentía desgarrada por dentro.

—*Renuncié a los poderes del Sol. Nadzia desapareció por completo.*

Ilsa percibió su alivio y su alegría, pero también su preocupación.

—*Quédate tranquila, ¿sí? Pronto te acostumbrarás a ser tú misma de nuevo.*

—Lo sé. Pero estaba atada a la voluntad de mi padre. No yo, Nadzia… No sé explicarlo, es confuso.

—¿Cómo quieres que te ayude?

—No lo sé… solo quédate conmigo.

—Por supuesto.

No quería pensar, pero su mente la llevaba una y otra vez hacia el instante en el que descubrió lo que Nadzia era, su origen, su importancia, su propósito. No solo sabía de magia, cada hechizo y cada conjuro, también era un nexo entre la Antigua Era y la actualidad. Todo lo que alguna vez se enseñó sobre la magia, ella lo conocía. También, sabía qué había enseñado su padre a cada mago que él entrenó, conocía sus debilidades, sus fortalezas y lo más peligroso de todo era que sabía la forma de acceder a la mente subconsciente de cada uno de ellos. En ese estado, el mago no tiene voluntad alguna y hace lo que le dicen sin cuestionar, puesto que no mide consecuencias. Esa llave solo se le da a quien se le tenga total y absoluta confianza y se utiliza como último recurso cuando el mago no puede responder, por alguna razón.

Ilsa había sido, por casi veinte años, el arma más peligrosa de Thoria. Estaba aliviada de que todo eso ya no existiera, pero le angustiaba que su padre la hubiera tratado de esa forma, sin pensar en las secuelas ni en el impacto que todo eso tendría en ella.

—¿Quieres dormir? ¿Comer? ¿Algo? No lo sé… No sé cómo ayudarte y me siento un inútil. —Quentin la sentó en una silla y esperó a su lado.

—Mi cabeza es un maldito torbellino, pero pronto pasará, no te angusties.

—¿Qué te hicieron, Ilsa? —Astor se sentó frente a ella, del otro lado de la mesa.

—Astor, déjala en paz…

—Puedo hacer eso —sonrió—, puedo darle paz.

—¿Puedes? —preguntó Ilsa, agotada. Se dejó caer sobre la mesa, porque hasta mantenerse erguida en la silla le suponía un esfuerzo.

Escuchó que una silla se movió y los pasos apresurados del pequeño, que llegó hasta ella. Le acarició la cabeza y habló en voz baja.

—Llévala a una habitación, será mejor que esté acostada porque se dormirá y puede lastimarse.

Quentin volvió a levantarla e hizo lo que el niño había pedido. La recostó en una cama y se sentó a su lado. Astor se ubicó junto a ellos y acarició su frente.

—Descansa, hermosa Ilsa. Cuidaré de ti y de tus sueños, para que nada te afecte. Debes dejar las preocupaciones de lado. Todo lo que sucedió ya no puede afectarte de ninguna forma. Estás a salvo. Deja también de lado el temor y la incertidumbre. Soy el mago más poderoso de Thoria. Más que Lobo Blanco y que Onix juntos. La preocupación que emana de tu ser es tan grande que podría decirse que puedo tocarla y sentirla en mis huesos.

—¿Cómo es posible que lo sepas?

—Porque lo veo, lo siento como una presencia. Temes no poder ayudar a mi hermano ahora que abandonaste tu magia, pero yo cuidaré de ti y de Quentin, de Sitnor, de Tesar… Quisieron mantenerme al margen, evitar que conociera el destino que los Astros vieron en mí, la profecía que marcó mi destino, pero lo descubrí. «Señor de cielos e infiernos, dueño de vida y muerte».

—¿De qué hablas?

—La profecía, hermosa Ilsa. Esa profecía se dijo cuando nací, pero no te preocupes, no tengo miedo. Sé que soy peligroso, pero también sé cuándo serlo. Tenlo presente, por si las cosas… no salen bien en algún momento. Si eso sucede, voy a necesitar que confíen en mí, por

eso te lo digo ahora. También sé que no es el momento, pero me regresarán a Tesar y puede que nuestro próximo encuentro sea en circunstancias menos favorables. Perdóname por angustiarte con mis problemas, ahora.

Ilsa no sabía qué responder a todo eso. Estaba esperando un poco de tranquilidad, dejar de pensar, de recordar, de sentir, pero Astor… Bueno, en cierta forma sí la ayudó, porque en lugar de pensar en su padre, no podía quitar su atención de lo que el niño estaba diciendo.

—No hay nadie que esté en paz, ¿verdad? En este mundo, en este momento.

—Son tiempos difíciles para ser una persona, quizás hasta para los animales lo sea. Lo es para los árboles, también.

—Al menos los árboles no sienten…

—¿Estás segura?

—¡Debes estar bromeando!

—Descansa, por favor.

—Astor…

Ilsa se vio sumergida en una escena tan pacífica, que su intención de cuestionar al niño desapareció por completo. Los campos sembrados en prolijos surcos verdes que se extendían frente a ella la llenaron de tranquilidad al instante y solo sintió deseos de sentarse allí, arrullada por la cálida brisa, a contemplar el ocaso.

—Ethan quiere que vaya a la tienda grande.

—Ve —dijo Astor.

—Pero no quiero dejarlos. —Quentin se veía abatido y algo tembloroso.

—Yo cuidaré de Ilsa, sabes que puedo hacerlo. —Astor se vio tentado de recitar su propia profecía otra vez, pero eso asustaría a su hermano y lo preocuparía todavía más. Quentin vivía preocupado de por sí, no tenía caso sumarle un problema más a todo lo que ya arrastraba.

—¿Estás seguro? Regresaré enseguida de todos modos —se contestó a sí mismo. Dejó la habitación y a los pocos segundos oyó la puerta del frente cerrarse.

Astor bajó de la cama y, tras crear una ilusión de sí mismo junto a Ilsa, un bonito Astor que dormía con rostro sereno e inocente, abrió la pequeña ventana de la habitación y salió al exterior. Se escabulló entre las sombras hasta llegar a la tienda, y vio a su hermano salir de allí acompañado de Santoro, el soldado emparchado, que llevaba a una niña en brazos. La había visto junto a sus hermanos y notó la conmoción que acompañó su llegada. Entró en su mente y vio que esta había alojado, de alguna forma, el conocimiento que Ilsa había expulsado minutos antes, pero estaba seguro de que había más. Tenía que haber más. El conocimiento no se dispersaba por sí solo, algo tenía que transportarlo y los vestigios de ese algo tenían que estar en la tierra, o en donde hubieran impactado. Y ese algo era la magia del Sol que Ilsa rechazó.

No había impactado en la niña, de eso estaba seguro. No tenía magia, no había quedado en ella ni un mínimo rastro de poder y él sentía la urgente necesidad de encontrarlo. Aunque fuera una mínima parte de ese poder tenía que pertenecerle, antes que el amanecer se lo llevara consigo. Quería sumar más poder a su poder, porque no bastaba con ser un mago fuerte, tenía que ser el mejor. Mejor que Islery y que la Dama de la Cueva, si aún vivía. Superarlas en magia, pero también en crueldad si era necesario y el Sol era el Astro más cruel de todos. El menos compasivo con los débiles, el más tirano e inflexible.

«O se adaptan a sus exigencias o mueren a los pocos días de nacer», había leído en los libros de Lobo Blanco, y Astor estaba dispuesto a someterse a sus exigencias, si con eso lograba conseguir el valor que le faltaba para enfrentarse a la Dama, su único miedo en el mundo. No

temía morir, lo que le aterraba era que ella sobreviviera después de enfrentarla y se desquitara con su familia.

Había hurgado lo suficiente en la mente de Enara para ver su sufrimiento, en la de sus padres para revivir su agonía cuando Ethan fue arrancado de su lado, en la de Quentin para ver cómo había ocurrido. Le faltaba saber cómo había quebrado a Ethan para que aceptara ser Tareq Sabah, pero lo averiguaría, llegado el momento. No quería que su familia, ni ninguna otra familia, pasaran por algo así nunca más y la única forma era detener a esa gente.

Astor encontró el deslumbrante rastro que la magia del Sol había impregnado en los suelos, y se apresuró a seguirlo. Cruzó la ciudad hasta que el río se interpuso en su camino, pero podía verlo en el margen opuesto, reluciendo como una estela de oro. Se trasladó al otro lado manipulando las rocas que tapizaban el lecho, para hacerlas salir a la superficie, y corrió hacia la orilla norte. Las dejó caer al llegar a la tierra otra vez y continuó siguiendo el rastro, que se hacía más fuerte a cada paso que daba.

Corrió por los pastizales, atajándose del frío viento que bajaba de las colinas, hasta que llegó a un árbol que yacía quebrado al medio. Astor sintió una pena inmensa al ver la savia derramarse entre las astillas, las raíces algo expuestas y la copa, frondosa e inmensa, derramada sobre los pastos secos y crujientes. Oyó las aves en duelo por sus nidos arrasados y a algunos polluelos piar su desconcierto, su frío y su miedo.

«No puede ser» se lamentó. Por ellos y por él mismo. Quería continuar buscando los vestigios de la magia, pero no podía dejar a un árbol sufriendo y a cientos de pájaros angustiados por sus crías y sus nidos. No podría salvarlos a todos, era consciente de que era tarde para muchos, como también lo era del dolor que había frente a él.

Astor miró hacia el este y vio que el cielo estaba teñido de rojo oscuro. El sol asomaría pronto y tenía que apresurarse. Acudió a sus poderes y movió ambas manos para levantar el inmenso árbol caído, pero este se resistía a ser salvado, ya que le hacía sentir su deseo de permanecer allí, para convertirse en alimento de la tierra. Estaba agonizando, desesperanzado, triste y resignado.

Al ver que no podría levantarlo si el árbol no tomaba consciencia de que él estaba allí para ayudarlo, acercó las manos a la parte del tronco que estaba conectado a las raíces. Atravesó con su magia las miles de capas que revestían su corazón, hasta que llegó a él. Los árboles no entienden de palabras, pero sí de sensaciones y de energías, por lo que Astor le transmitió sus deseos de recomponerlo, de ayudarlo para que regresara a ser alto y fuerte. Le hizo saber que ayudaría a cada uno de los pájaros que anidaban en él y que sus polluelos regresarían a sus nidos a salvo. El árbol, que no conocía de las urgencias de los humanos, le respondió con calma y lentitud que estaba agradecido por el interés que demostraba en su bienestar. Cuando terminó de decirlo, el sol amenazaba con aparecer, asomando sus rayos entre las escasas nubes que tapizaban el horizonte.

Astor volvió a intentarlo y, esta vez, el árbol ayudó a que su copa fuera elevada hasta su lugar original. Los pájaros revoloteaban por encima de ellos y, en el suelo, los polluelos se arrastraban, confundidos, entre ramas quebradas y hojas rotas. Astor sanó las heridas del árbol, puso a cada polluelo en su nido y cada nido en su rama correspondiente. Cuando terminó, un perezoso disco carmesí parecía estar despegándose con pereza del oscuro horizonte.

Astor, apresurado, corrió detrás del rastro hasta que halló el final del mismo. Una pequeña esfera, que brillaba con una luz rojo oscuro, estaba suspendida frente a sus asombrados ojos. Extendió el dedo índice y, al tocarla, una descarga de energía lo arrojó hacia atrás. Aterrizó de espaldas sobre las rocas y sintió que su cabeza estallaba de dolor, tanto por dentro como por

fuera.

La esfera mágica se asentó en su interior y Astor batalló con su malestar para poder sentir la magia del Sol expandirse dentro de él. Tenía que permanecer consciente para asimilarla y controlarla, ya que sentía que, si no lo lograba, la magia desintegraría cada mínima parte de él.

—¿Quién ha venido a recoger las migajas de mi magnificencia?

—Astor Guna —balbuceó.

—¿Cómo es que un niño tan pequeño supo de mí?

—Sé… Sé muchas cosas, Sol.

—Puedo verlo, sí. Lo siento, percibo tu curiosidad sin límites y tu insensatez desmedida. Deberías estar muerto, pero por alguna razón, continúas con vida. Tan solo quienes han sido elegidos por mí pueden tolerar mis poderes y tú… Tú eres de la Luna, pero sigues vivo, Astor Guna.

—Me llamaron «señor de cielos e infiernos» cuando nací…

Astor pensaba que en cualquier momento su cráneo reventaría en cientos de partes y sus sesos se esparcirían por varios metros, porque el dolor y la presión que sentía dentro no eran nada normales. Aun así, no soltó ni una mínima queja; no quería parecer vulnerable y débil frente al Astro, quería ser digno de él. Sin embargo, el dolor le había quitado toda clase de sensibilidad; no había cielo, ni hierba reseca, ni árboles desnudos, ni las piedras en donde había caído, ni el frío viento del norte.

Reunió toda la fuerza posible para abrir los ojos y lo único que pudo ver fueron cientos de figuras luminosas que danzaban lentamente frente a él, abarcando todo su campo visual. Hizo otro descomunal esfuerzo para sentarse y las extrañas formas que nublaban su vista se alborotaron y agitaron ante sus movimientos. Arrastró los dedos y sus manos sintieron las rocas, el frío de la rugosa superficie, los vestigios de hierbas muertas que alguna vez crecieron entre las grietas.

«Por los dioses…»

Frunciendo el rostro y haciendo uso de toda su fuerza, Astor se arrodilló y, luego, se puso de pie. Se tambaleó y extendió los brazos para hacer equilibrio, aunque era algo difícil de lograr al no poder poner una imagen de referencia. Parpadeó con la intención de limpiar sus ojos, los restregó con el dorso de la mano, pero eso no hizo que mejoraran.

—¿Me arrebataste la vista, Sol?—Se aventuró a preguntar.

—No podrías utilizar mi magia si no puedes ver, Astor Guna. Si no quisiera que utilizaras mi magia, ya hubiera acabado contigo.

—Es cierto.

—Cúrate, Astor Guna. Quiero saber de qué eres capaz.

Entre el dolor y la incertidumbre, Astor sonrió, pero se desvaneció por completo antes de dar el primer paso.

38

Palacio de Las Hojas, Pyebra

—¡Lehsa! ¿Dónde estás? —canturreó mientras caminaba por los pasillos del palacio. Hacía tanto calor ese día, que tenía un humor de perros. No había nada que pudiera hacer para mantenerse fresca, excepto magia, por supuesto. A pesar de tener la suficiente energía para pasar al menos una tarde agradable, no podía desperdiciar sus poderes para refrescarse, porque su madre podía solicitar su presencia en cualquier momento y ella tenía que estar lista, sin importar el día o la hora—. Por Sinmá, detesto este país de mierda.

Islery no era una mujer paciente, aunque solía serlo con Lehsa, porque el muchacho tenía un cuerpo medianamente decente. Era un inútil fuera de la habitación, sin embargo ella quería ser madre y no había resultado con Quentin Guna. Hubiera estado bien tener un hijo del sitnorense, con su carácter y su condición física, pero tendría que conformarse; los pyebranos eran feos de pies a cabeza, a menos que la sangre de alguno de sus padres se hubiera mezclado con la de otros pueblos, y Lehsa era el único a su alcance que no estaba tan flacucho como los demás. Le hubiera encantado tener un morroíno alto y fuerte o un isleño, con esas pieles tan oscuras y relucientes, pero no había hallado a ninguno.

«Voy a tener que hacer una excursión a las Islas de la Luna» se dijo y sonrió.

—¡Lehsa! —insistió. Tal vez, si tenía suerte con Lehsa, su vástago resultaba mago y eso estaría bastante bien, aunque esperaba que heredara la belleza tesariana y su resistencia física, también, porque Lehsa dejaba bastante que desear en ese aspecto.

—Mi señora —sonrió, con la confianza de quien se sabe inmune a sus ataques de furia y descontrol. Sí, Islery perdía los estribos con facilidad y no le importaba que los sirvientes huyeran a su paso. Era mejor así, prefería estar sola, de todos modos.

—Acompáñame.

Lo condujo por las galerías que llevaban a la sala del trono, en completo silencio. Podía percibir la incertidumbre y los nervios de Lehsa, puesto que ella solo lo buscaba para llevarlo a su habitación.

—Es hora de ir a Sitnor —dijo en cuanto terminó de acomodarse en el hermoso trono de Pyebra, lugar que Lehsa había estado ocupando hasta ese momento.

—¿Algún requerimiento especial, mi señora?

Islery lo miró por unos segundos. No era normal que se acostumbrara a las personas, pero le iba a doler un poco terminar con Lehsa. Él hacía todo lo que ella quería, sin quejarse, sin objetar, sin remordimientos y eso era algo difícil de encontrar.

—Nada.

—Iré de inmediato a ordenar a que comiencen a alistarse.

—Excelente.

—¿Sucede algo, mi señora?

—Solo que… tú no irás a Sitnor.

Lehsa sonrió de lado.

—¿Acaso me va a extrañar?

—Tal vez… —Islery encogió los hombros. Lehsa se acercó a ella, la sujetó de la nuca y la

obligó a ponerse de pie. Enredó los dedos en su cabello y la besó. Islery quiso alejarse, en parte porque le gustaba su rudeza y en parte porque no quería que lo vieran con él. Si su madre lo sabía, seguro se molestaría y no solo tendría que soportar sus sermones, sino que tendría que contener sus inmensas ganas de asesinarla. Si no fuera por ese maldito juramento mágico que la obligó a hacer cuando la atacó por primera vez, ya la hubiera matado.

«Por Sinmá, tendría que haberlo hecho en esa oportunidad» se lamentó.

Lehsa retrocedió sin soltarla. Islery lo empujó y se resistió, pero él sabía lo que a ella le gustaba y nunca habían empezado un encuentro de forma muy diferente a esa. Cuando Islery chocó contra el escritorio del notario, la tomó por los hombros, la hizo girar y la empujó sobre el mueble; sintió el sabor de la sangre en su boca, se llevó una mano a los labios y sonrió por apenas un instante. Le gustaba eso, pero estaba por demás incómoda allí. No estaba en sus planes que un guardia o un sirviente la vieran siendo sometida por un mago tan insignificante como él. Si al menos fuera un mago del Sol, sería menos humillante.

—Déjame, Lehsa, lo digo en serio.

Él, por el contrario, puso una mano sobre su espalda, para que no se moviera, y se reclinó sobre ella.

—Sé que le gustaría recordar esto, mi señora —susurró en su oído. Estaba segura de que sería memorable, pero el riesgo que corrían allí era mayor del que estaba dispuesta a correr.

—Déjame ir —ordenó, pero Lehsa no le hizo caso. Sin dejar de retenerla, la mano libre de Lehsa buscó levantarle el vestido, e Islery se removió, tratando de quitárselo de encima de una vez—. ¡Basta!

Su voz resonó entre las cuatro paredes del salón y Lehsa se apartó de ella. Posó sus ojos en el suelo y continuó retrocediendo.

—Perdón, mi señora.

—Te advertí que… ¿Por qué demonios te estoy dando explicaciones? Vete de inmediato, tienes trabajo que hacer.

—Sí, mi señora.

Lehsa huyó del salón e Islery regresó a sentarse en el trono. Se llevó un dedo a la herida, vio la línea carmesí que se había pintado en él y lo introdujo en su boca.

«Sí que me hubiera gustado» sonrió.

Se quedó allí, sentada y sin hacer nada, porque era el único lugar donde podía soportar medianamente el impresionante calor, húmedo y pesado, de Pyebra. No veía la hora de que toda esa mierda con la que su madre se había obsesionado se terminara, para que la dejara vivir en paz donde ella quisiera. Le gustaría regresar a Tesar, aunque cualquier lugar lejos de Pyebra estaría muy bien para ella. Lejos de su madre, también.

«Sería muy bueno que alguno de esos chiquillos la asesinara. Tal vez, debería decirles que…»

No pudo seguir pensándolo. Su juramento mágico le impedía hacerlo. Se rascó la cabeza y miró las doradas decoraciones del tejado.

—Maldita vieja cabrona, cuánto la odio —murmuró.

No pasó mucho hasta que Lehsa regresó, con la actitud de un perro maltratado y obediente, a informarle las novedades, algo a lo que Islery apenas si prestó atención. Dijo algo de los magos y de los soldados, pero ella solo pensaba en verlo colgado de los tobillos, abierto en canal, eviscerado y con las cuencas de los ojos vacías. Sonrió, porque su madre le había dado vía libre con Lehsa.

—¿En cuánto tiempo estarán todos listos para partir?

—Tres días, mi señora.

—Podremos despedirnos apropiadamente, entonces —dijo y Lehsa cambió su actitud a una más segura—. Acompáñame, ya no tenemos nada más que hacer aquí.

—Como ordene, mi señora —respondió con el mismo tono que de costumbre.

«Sí, confía, imbécil».

Lo condujo hacia sus aposentos, la antigua habitación de Viktoria, y se quedó en la puerta después de que él entró, pensando en qué iba a hacer primero. Sentía una especie de emoción contenida, de expectativa. Se había contentado con algunos sirvientes antes, pero no era lo mismo que alguien que tuviera cierta importancia. No había preguntados sus nombres, porque no significaban nada para ella, pero Lehsa era Lehsa y, estaba segura, hasta en el último rincón de Thoria sabían sobre él.

«Tampoco creo que tanto…» pensó algo desencantada. «Me hubiera gustado disfrutar un poco más de Vik, a ella sí que la conocían en todo el puto continente».

Lehsa se veía tenso e inseguro, como si el incidente en la sala del trono le hubiera vuelto titubeante. No se acercó a ella, como sucedía cada vez que entraba a su habitación, y no había dicho ni una sola palabra.

—Desvístete —ordenó y él obedeció sin protestar. Se quedó de pie en el mismo lugar en el que estaba e Islery lo miró de arriba abajo. No, la verdad que no le apetecía en lo absoluto acostarse con él otra vez. Se le ocurrían mejores ideas.

Sonrió, para que quitara la cara de espanto, y se sentó en un cómodo sillón. Lehsa continuó de pie, mirando el suelo y con las manos cubriendo sus genitales. Era patético.

—Al final, todos lucen igual, sean esclavos, magos o unos putos reyes —dijo y Lehsa la miró, con el ceño fruncido—. También lucen igual por dentro.

Islery movió una mano y el cuerpo de Lehsa quedó inmóvil. El muchacho la interrogó con la mirada, pero antes de que pudiera decir algo, su vientre se abrió de repente, desde la pelvis hasta donde comenzaban las costillas; una maraña de vísceras brillantes y resbaladizas cayó como una rojiza cascada sobre el suelo alfombrado. No tuvo tiempo de quejarse, siquiera, de gemir o de defenderse, tan solo quedó inconsciente por el repentino dolor al que lo sometió.

El intenso olor de la sangre inundó la habitación y, antes de que se diluyera por la brisa que entraba por los ventanales abiertos, los cerró con un nuevo movimiento de su mano. Se incorporó y se acercó a Lehsa, que continuaba de pie y tenía la cabeza caída sobre su pecho. Le tomó el rostro y acercó la mejilla a su boca. Un gorgoteo trabajoso le indicó que continuaba vivo, tal como quería, aunque sabía que no le quedaba demasiado tiempo e iba a ser un poco difícil que oyera de él más que algún leve quejido.

Hizo una mueca de disgusto y, con un nuevo gesto de sus dedos, Lehsa se movió en el aire hasta quedar recostado sobre su cama. Sus brillantes intestinos se arrastraron tras él, dejando un rastro sobre la alfombra.

—¿Y ahora qué hago contigo? —Se recostó a su lado y le acarició el rostro, pálido y cubierto de sudor—. Creo que me precipité…

Los burbujeantes jadeos, cortos y apresurados, comenzaron a pausarse cada vez más, hasta que se convirtieron en un agónico estertor. Islery se sentó en la cama, apresurada, y puso las manos abiertas a unos centímetros de su vientre.

«Tal vez…»

Acudió a sus poderes; todas sus entrañas y su sangre regresaron a su lugar y la herida que había abierto se cerró.

Lehsa tomó una gran bocanada de aire y se sentó de repente.

—¿Qué…? —preguntó, confundido, y se palpó el vientre.

—Hola de nuevo… —sonrió.

Lehsa le asestó un puñetazo en la boca que la dejó tendida sobre la cama y le hizo ver cientos de luces de colores.

—¡Maldita loca! —Lo oyó gritar, pero no conseguía hacer que el mundo dejara de girar a una velocidad sorprendente.

—Lehsa… —murmuró, pero él le respondió paralizando su cuerpo entero. Arrojó una sábana sobre su rostro y todo se quedó en silencio por algunos momentos.

«Maldición, ¡otra vez!» se dijo al recordar lo que había sucedido con Tareq, que en realidad era Ethan Guna, y su hermano. «Mi madre me va a matar si tengo que pedirle ayuda de nuevo».

Batalló con las sogas invisibles que la retenían, pensando en cuál sería la mejor forma de liberarse de ellas. No era una palabra de poder la que la había apresado, porque Lehsa no podía utilizarlas, y eso la tranquilizó. Esperó en silencio hasta que sintió la cama moverse a su lado.

—*Ivnez lanta* —exclamó y se liberó. Se sentó en la cama y Lehsa la miró aterrorizado—. *Yavik lanta*.

Su cuerpo quedó paralizado, de rodillas a su lado, y se permitió unos momentos para recuperarse. Respiró profundo y se largó a reír.

—Vaya, sí que me diste un buen susto, pequeñín.

Lehsa gimió y sus ojos se movieron descontrolados de un lado al otro. Era evidente que estaba asustado, porque bien podría haber vuelto a atacarla si fuera ingenioso, pero no lo hizo, para su suerte. Él, mientras tanto, solo continuaba emitiendo sonidos ahogados por su falta de movilidad.

Islery empujó su hombro y Lehsa quedó recostado sobre la cama, en una posición divertida, y no pudo evitar reír al verlo. Cuidándose de no darle oportunidad alguna de escapar o atacarla, le acomodó las piernas flexionadas para que no se viera tan ridículo, recogió su vestido y se sentó a horcajadas sobre él.

—¿Qué hago contigo? —preguntó, mientras movía sus caderas sobre él. Intentó que eso le causara alguna sensación, que despertara algo en ella, de alguna forma, pero no funcionaba. Se había acostumbrado a ser ella a quien sometían y tener el control sobre Lehsa no le causaba ni una pizca de placer. Ya no tenía humor para nada más y no quería otra sorpresa de su parte si lo dejaba libre. Hizo una mueca de desagrado y se rascó el mentón—. *Khubta sharak gatryth lanta* —dijo al final.

El cuerpo de Lehsa se relajó por completo e Islery se sentó en la cama, desilusionada consigo misma. Podría haberlo retenido allí por tres días, pero había echado todo a perder cuando lo revivió. Antes, a decir verdad, cuando le abrió el vientre sin siquiera darse cuenta que iba a morir enseguida.

Movió las manos y el cuerpo de Lehsa se elevó de la cama lentamente; Islery lo hizo avanzar mientras caminaba a su lado, abrió una de las ventanas y Lehsa salió a la terraza. Cuando lo vio ir más allá de donde finalizaba el balcón, dejó ir su magia. El sonido seco de la caída del cuerpo fue acompañado por gritos de sorpresa y horror. Caminó hasta la balaustrada y miró hacia abajo.

Una decena de humanos, que se veían pequeños como hormigas desde la altura, corrían de un lado al otro. Alguien movió el cuerpo de Lehsa y vio que había otro humano debajo.

—Uy… —sonrió y encogió los hombros, como una niña que disfruta de ver su inocente travesura hecha realidad, excepto que Islery no tenía nada de inocente ni de traviesa—. Cierto que mi madre me dijo que esperara a que las tropas estuvieran en el puente.

PARTE V

Silencio

1

Sitnor Ciudad Capital

—Lobo Blanco acaba de morir —dijo Ethan.

—¿Cómo que…? ¿Cómo que murió? —Quentin tuvo que sostenerse de Santoro al recibir la noticia, porque era tan inesperada como aterradora. Ilsa perdió a su padre y los magos a su maestro… Se extravió por unos instantes, pensando en lo que eso significaría.

—Se quitó la vida. Onix le ordenó regresar a Tesar y le dijo que él y Astor se quedarían aquí, porque no iba a permitir que continuara entrenándolo.

—Pero, ¿por qué? ¿Qué tan terrible es lo que hizo? Ilsa ya está bien, ¿verdad?

Santoro lo miró, asustado y confundido, hasta que él pudo señalar su cabeza y darle a entender que le estaban hablando.

—Sí, quédate tranquilo. Cuando ella renunció a los poderes del Sol, todo el conocimiento se fue con esa magia y eso fue lo que impactó en Dunayar. Ella tiene todo en su cabeza ahora.

—¿Y a Nadzia también?

—Ya no existe, Quentin, no debe preocuparte. Como iba diciendo, Lobo Blanco dijo que ya no tenía motivos para continuar sin Ilsa y sin ellos… y detuvo su corazón.

—Por todos los cielos, ¿cómo se lo diré a Ilsa? ¿Y a Astor? —Salió de la casa tambaleándose y se apoyó en uno de los postes que sostenían la galería. El viento frío le llenó los pulmones, devolviéndole algo de estabilidad.

—Pues no lo sé… Si quieres hablaré con ellos.

—No, no te preocupes. Duermen ahora, pero los despertaré.

—Onix está en la tienda con él. Noah, Enara y yo estamos afuera. Esperaremos aquí.

Quentin se tomó unos momentos antes de ingresar a buscar a Ilsa, aunque se dio cuenta de que tendría que despertar a Astor primero, porque ella estaba bajo su cuidado.

«Un día de paz es demasiado pedir, ¿no?»

Respiró profundo y entró a la casa; Santoro lo esperaba en el comedor y Quentin le dijo lo que acababa de ocurrir.

—No te preocupes por nosotros, ve con tu familia.

—Dejaré un guardia en la puerta, por si acaso, y avisaré que vayan de inmediato a buscar a Eric. ¿Sabes dónde puede estar?

Santoro encogió los hombros y negó moviendo la cabeza de lado a lado.

—Ni puta idea. En cualquier lugar.

—No te preocupes, haré que lo encuentren.

Santoro asintió y él se dirigió a la habitación donde Astor e Ilsa descansaban. Se sentó a los pies de la cama en la que su hermano dormía y los observó por unos momentos, antes de decidirse a despertarlos; se los veía tan serenos y en paz, que se le encogía el corazón con solo pensar en tener que interrumpir su sueño con esa noticia, tan inesperada como dolorosa.

Después de algunos minutos, extendió la mano para tocar a Astor en la pierna, pero grande fue su sorpresa al ver que sus dedos se hundían en el niño hasta las mantas. Se puso de pie de un salto y rodeó la cama. Quiso tocar su mejilla y sucedió lo mismo.

—Maldito cabrón —murmuró y, de inmediato, le habló a Ethan—. *Astor no está. Dejó una ilusión de él mismo aquí y se fue, vaya uno a saber dónde.*

—Por Efos, qué buen momento eligió para jugar a las escondidas. Iré enseguida, voy a

buscar su rastro.

Ethan llegó minutos después y se acercó a mirar la ilusión de Astor.

—Mierda, hasta *respirra*.

—¿En serio? —Quentin se aproximó a comprobarlo y vio que era cierto. El niño de aire se movía apenas, imitando una calmada respiración—. Hasta ese mínimo detalle tuvo en cuenta el muy desgraciado.

Ethan comenzó a reír y Quentin lo miró con el ceño fruncido.

—Es que… Por Efos, perdón, *perro* hay que reconocer que es muy astuto.

—Astuto mis pelotas —respondió malhumorado—, dijo que cuidaría de Ilsa y ahora ni siquiera puedo despertarla porque fue él quien la hizo dormir. ¿Y cuánto poder tiene para dejar una ilusión aquí y marcharse? —Ethan abrió la boca para hablar, pero Quentin lo detuvo—. No quiero ni saberlo, no me lo digas.

Ethan se llevó la mano a la frente.

—Está bien. Perdón por reírme, es que esta situación es hasta ridícula. *Cualquierra* puede despertar a Ilsa, no te *prreocupes porr* eso.

—Se las verá conmigo cuando lo encuentres y más le vale que tenga un motivo de peso para justificarse.

—*Trranquilo, irré* por él y luego *despertarremos* a Ilsa, *serrá* mejor así. —Los ojos de Ethan refulgieron en la penumbra de la habitación, tomó la almohada en la que el Astor de aire reposaba su cabeza y miró hacia la ventana—. Salió *porr* aquí, te *dirré* qué *encuentrro*.

Quentin asintió y, después de que Ethan se marchara, se sentó en la cama junto a Ilsa. No sabía qué hacer mientras esperaba y solo sentía una inmensa angustia que lo carcomía por dentro. Tendría que decirle a Ilsa que ya no volvería a ver a su padre y no sabía cómo reaccionaría. Podía enojarse, entristecerse o sentirse aliviada, y todas las opciones eran una mierda. Encima, estaba Astor…

«Maldición». Miró a su hermano de aire y sonrió. Ethan tenía razón, Astor era más astuto y habilidoso que todos ellos. «Por los dioses, y es tan pequeño».

Cuando los primeros rayos de sol comenzaron a acariciar las nubes, Quentin fue a buscar leña para encender la chimenea. Una vez que el fuego volvió a la vida, se sentó frente a él. La casa estaba helada y ni siquiera se había dado cuenta.

—*Astor se fue siguiendo un rastro desde la tienda y cruzó el arroyo.*

—*¡Maldito crío! Es del rayo de luz que hirió a Dunayar.* —Ethan no respondió—. *¿Qué crees que esté buscando?*

—*Espero equivocarme, pero es muy probable que haya ido tras la magia que Ilsa rechazó.*

—*Es una broma, ¿no? ¿Eso es posible? ¿Puede entrar en otra persona esa magia?*

—*Puede, sí. Dunayar no la tiene, así que debe estar en algún lugar.*

—*¡Corre, intenta evitarlo!*

Quentin comenzó a caminar de lado a lado, más nervioso de lo que ya estaba, y Santoro pareció escuchar que algo no estaba bien, puesto que se atrevió a dejar a Dunayar sola para ir a verlo.

—¿Qué sucede ahora?

Quentin le contó de forma escueta lo que sucedió, aunque no supo si Santoro logró entender algo. Tampoco se molestó en preguntarle, estaba demasiado nervioso como para saber su opinión. No era suficiente con el asunto de Dunayar y la muerte del padre de Ilsa, sino que también Astor había decidido sumar otro problema más, porque estaba seguro de que absorber la magia de otra persona no podía ser nada bueno.

«Mierda».

—*¿Y si Nadzia sobrevivió y se instala en Astor?*

—*Es una posibilidad, aunque muy baja. Vi cuando Nadzia se deshacía por completo, no creo que haya quedado algo de ella.*

—*Lo voy a matar cuando regresen.*

—*Eso si no lo mata antes el poder del Sol.*

—¡Mierda!

—¿Qué?

—Cuida de Ilsa y de Dunayar, tengo que irme. —Sin dar más explicaciones, Quentin corrió hacia la tienda central a buscar a Luna y la llamó de un silbido antes de llegar. No sabía si iba a solucionar algo yendo con sus hermanos, pero lo mismo necesitaba mantenerse en movimiento, porque la inactividad iba a acabar con él.

La yegua se abrió paso entre la gente que comenzaba a formar fila frente al precario edificio de la gobernación y se dirigió presurosa a su encuentro. Sin siquiera dejar que se detuviera, Quentin montó de un salto, la guio hacia el puente y, una vez llegaron, tuvo que hacer uso de toda su paciencia por la gente circulaba en ambas direcciones.

Al otro lado del puente, Luna emprendió una carrera desenfrenada y Quentin acudió a sus poderes para intentar ver el rastro que la magia había dejado, que probablemente era más intenso que el de sus hermanos. Encontró una débil luz anaranjada y la siguió; esta iba en línea recta hacia el norte y no pasó mucho hasta que alcanzó a ver que Ethan estaba acuclillado en el suelo. Al oírlo, su hermano le hizo una seña y Luna empezó a menguar la velocidad a medida que se acercaban.

—¡Esta inconsciente! —exclamó antes de que Luna se detuviera y Quentin saltó de la montura para no frenar a la yegua de forma brusca.

—Ya es un inconsciente… ¿Encontró lo que buscaba? —Se arrodilló junto a Astor y le tomó la mano.

—Sí, *perro* al menos está vivo. *Estarrá* bien, solo debe *asimilarrlo* por completo.

—Maldito crío. —Quentin se incorporó con Astor en brazos—. Regresemos a casa.

—Llévalo tú, cuanto antes lo vea alguno de los *maestrros*, mejor *serrá*.

—Avísales, por favor.

Ethan asintió y, luego de montar, Luna regresó en otra carrera hacia la ciudad. Leyna, Mihaí y Ajác los esperaban fuera de la casa y, aunque los rostros de los esposos eran de genuina preocupación, la maga tesariana se veía molesta. Apenas saludó inclinando el mentón y Quentin se apresuró a entrar para dejar a Astor en sus manos.

—¿Hay alguna forma de que puedan despertar a Ilsa? Astor la puso a dormir.

—Me imagino que puede esperar, señor —respondió Leyna de muy mala manera. Quentin pensó que, tal vez, estaba molesta porque él y Josh descubrieron a Zelig o, quizás, Ethan le había dicho que Ilsa había renunciado a sus poderes.

—Lobo Blanco vino anoche a ayudar a Ilsa, pero acaba de morir. Él era su padre, tengo que decírselo. —Leyna palideció y se sostuvo del marco de la puerta al perder la estabilidad. Mihaí se cubrió el rostro y Ajác se quedó mirándolo, sin decir una palabra—. Perdón, olvidé que también era su maestro. Perdónenme, por favor.

—¿Está… aquí? —balbuceó Mihaí.

—En la tienda grande.

—Vayan… —Mihaí miró a Ajác y a Leyna—. Yo me encargo del niño.

Ajác se abrazó a Mihaí y lloró, con el rostro escondido en sus manos. Leyna se irguió y lo

miró, seria e inexpresiva.

—¿Dónde…? —La muchacha carraspeó para que su voz no sonara afectada—. ¿Qué hay de Nadzia, señor?

—Ya no está. Fue eliminada anoche.

El rostro de Leyna enrojeció, pero no dijo ni una palabra más, tan solo le dio la espalda y salió de la casa. Quentin se quedó viendo la puerta por donde se había marchado, esperando a que regresara para culparlo por ello, pero no sucedió.

—Les daré unos momentos —dijo y caminó hasta la habitación donde Dunayar descansaba. Eric estaba allí, junto a Santoro, y ambos conversaban en susurros. Quentin saludó al recién llegado y Eric se puso de pie para responder.

—Le daría mi alma a Suin —dijo Eric y se sentó junto a la niña, otra vez—. Lo haría si eso sirviera para que Dunayar regrese a ser quien era.

—Por los dioses, todo es un maldito desastre —dijo Quentin—. Dunayar, Astor, Ilsa, Lobo Blanco…

—¿Qué hizo el pequeño? —preguntó Eric.

—Fue en busca de los poderes del Sol que Ilsa expulsó… y lo peor es que los encontró. Dunayar debe haber adquirido parte de su conocimiento, pero la magia no se fijó en ella.

—¿Y eso qué tan malo es para los niños?

—No lo sé, no estoy muy seguro. En todo caso, creo que la mente de Dunayar puede ser borrada, pueden eliminar aquello que no le corresponde para que su confusión no sea tan grande cuando despierte… Aunque con todo lo que está sucediendo, puede tardar un tiempo. Con Astor… tengo menos idea aún. Sé poco más que ustedes de esto de la magia y cada vez es más enredado todo.

—¡Q! —La puerta principal se abrió y Josh entró. Quentin se asomó al pasillo y lo vio pálido y apresurado.

—Aquí. Deja de gritar, que no es tan grande la casa. —Lo que era cierto. A duras penas entraban unos pocos muebles, las habitaciones eran diminutas y no podía haber más de tres personas de pie en cada ambiente, o chocaban entre sí—. Los dejo, regresaré luego.

Quentin tomó a Josh del brazo y lo sacó afuera de nuevo.

—Acabo de enterarme de lo que sucedió. Ara llevó a Noah y a Enara a mi casa para que descansaran.

—Pues ya ves, un maldito desastre y no sé qué de todo esto es peor.

—Bueno, más noticias. El principito tesariano vendrá al funeral.

—¿Ya llegaron? Por todos los cielos, pensé que tardarían más.

—No todos. Vendrá con Leyna y su mago de nombre raro. En unos días llegará de forma definitiva con toda su gente.

—Lo mismo es pronto… Entonces Leyna regresó a su campamento, no está aquí.

—Yo no la vi, Iskánder me avisó que Leyna vendría con el príncipe, así que tendré que ir a recibir a la comitiva real.

—Seguro que se regresó para decirle al principito que Ilsa renunció a sus poderes del Sol, cuando la vi hace un rato, parecía que quería arrancarme la piel a tiras.

—¿Eso en qué posición deja a Ilsa?

—Yo qué sé. —Quentin se masajeó las sienes.

—Ara me dijo que Nadzia tenía la intención de presentarse ante el condenado príncipe para ponerse a su servicio, pero Ilsa no estaba de acuerdo, por supuesto.

—Ilsa sigue siendo maga y no deja de ser tesariana, aunque reniegue de ello. Tendremos

que esperar a ver qué decide cuando despierte. ¿Estás libre?

—No, pero dime qué necesitas.

—Que te quedes aquí unos momentos, que cuides del imbécil de Astor y de Ilsa. Quiero ir a ver a Onix.

—¿Por qué hablas así de él? Pobre niño inocente.

Quentin sonrió apenas.

—Es todo, menos inocente. Regreso enseguida.

—¿Onix? —El gato levantó la cabeza y vio a Quentin a unos pasos de él. Saltó a sus brazos y empezó a ronronear—. Lo siento mucho, de verdad.

Se había preguntado dónde estaba Quentin. Quería verlo, porque pocas personas que le agradaban tanto como él. Se sentía bien a su lado y había necesitado de su compañía.

—Me había prometido, cachorro… Nos convertiríamos en luz juntos, cuando nuestra misión terminara… Tendré que ver cuando lo entierren, cachorro, porque los Astros no vienen por él. ¿Cuándo vendrán por él? ¿Cómo se supone que yo siga solo ahora? Sin mi humano, sin mi compañero…

—Estamos contigo, aunque seamos más una carga que un alivio para ti.

—El dolor es muy grande, cachorro. Mi viejo y cansado corazón… No tengo ganas ni de discutir contigo hoy, perdóname.

—Puedes quedarte en mis brazos, si quieres. Puedo cargarte hasta que te sientas mejor.

—Llévame, ya no soporto verlo así.

Quentin hizo algunos pasos y se detuvo. Alguien acarició su lomo y, al instante, su mente se sintió en paz.

—¿Ajác?

—Descanse, maestro.

—Gracias, niña.

2

Leyna salió de la casa de Quentin y desapareció, para reaparecer en su tienda del campamento tesariano. No era capaz de procesar lo que acababa de suceder. Su maestro muerto. Nadzia ya no existía y, con ella, se perdió todo su poder. El pequeño imbécil Guna adquirió la magia del Sol y una asquerosa niña pyebrana tenía todo el conocimiento de Nadzia.

«Esto es culpa de Quentin Guna, estoy segura de que Ilsa lo hizo por él. Olvidó su deber por ese inútil trastornado».

Escuchó que algo goteaba en la lona que tapizaba el suelo de su tienda y se dio cuenta de que apretó tan fuerte el puño, que sus uñas se le enterraron en las palmas.

«Malditos sitnorenses».

Curó su mano e intentó serenarse, aunque su cabeza parecía no querer dejar de pensar en todo. Tenía que decirle a Ogdev que el maestro estaba muerto. También a Brodoslaw. Hablarle a Verj sobre Ilsa y lo que eso implicaba.

«Malditos sean, arruinaron todo».

Nadzia y ella podrían haber llevado la gloria a Tesar, tal como lo planearon. Serían invencibles. El conocimiento de Nadzia, la habilidad de Leyna, sumado a que el poder de las dos juntas era descomunal. Tesar sería otra vez la sede del Consejo de Magos, Ogdev se estaba encargando de ello, empezando por la educación de los niños, tal como se hacía en la Antigua Era. La victoria que Nadzia y Leyna conseguirían en la guerra sería suficiente para que Tesar volviera a renacer y se enmendaran los errores del cobarde de su padre. Faltaban apenas unos días para que fuera realidad, pero todo estaba completa y absolutamente arruinado. Para siempre. Sola no podía, Brodoslaw no era capaz. Ogdev tampoco, aunque se empeñara. Los tres magos de Ogdev apenas si podían hacer alguna mínima cosa.

Nadzia era la clave para controlar a todos los demás magos del continente y hacerlos funcionales a sus propósitos. Podrían haber traído a Tino de regreso, para moverse por Thoria a sus anchas. Dos magas del Sol; Tino, Ajác, Mihaí, Shanyi y Brodoslaw a su disposición. Iskánder y Ethan podían llegar a ser un problema. Astor lo sería, sin dudas, pero ni siquiera él iba a detenerlas, porque podrían obligarlo si se rehusaba a obedecer.

Leyna gritó y arrastró todo lo que había sobre su tocador para arrojarlo al suelo. Rompió frascos, botellas y estuches. Caminó hasta la vitrina y tiró, una por una, las piezas de porcelana, los cristales y las cerámicas; todo se hizo añicos. En el aire quedaron flotando polvos de colores y sus perfumes se derramaron por doquier.

—¡Leyna! —Verj entró a su tienda, hacha en mano—. ¿Qué…?

—¡Largo! —exclamó, fuera de sí.

Verj retrocedió para detener a sus escoltas.

—¿Qué te sucede?

Leyna no contestó y pasó por su lado, enfurecida, para salir de la tienda.

—¡Todo es una puta mierda! —exclamó—. Esos malditos sitnorenses nos llevarán a la ruina, ya verás. Nos harán pedazos y será por su maldita culpa.

—No entiendo. —Verj puso el hacha en su espalda.

—Aniquilaron a Nadzia, el maestro está muerto, Astor… ¡Malditos sean!

—Cálmate, porque no comprendo nada de lo que estás diciendo.

—¿Calmarme? ¡No me calmo una mierda, Verj! Estoy cansada de calmarme, siempre

correcta, callada, respetuosa. ¿Para qué? Para que un imbécil trastornado…

—*Yavik lazda* —dijo Brodoslaw y Leyna quedó inmóvil.

«*Ivnez lanta*» pensó y su cuerpo recuperó su voluntad. Ante un movimiento de su mano, una corriente de aire golpeó a Brodoslaw en el estómago y lo arrojó al suelo.

—¿Qué demonios pretendes, imbécil? —Agitó la mano y un látigo de luz naranja le azotó el pecho, envolviéndolo, y desgarró su abrigo y su camisa a la vez. El hombre quedó con el torso desnudo cuando Leyna retiró su látigo. La herida le atravesaba el cuerpo, subía por su hombro izquierdo y, estaba segura, descendía por su espalda. La pálida piel de su torso se llenó de descendentes ríos rojos, pero eso no impidió que el hombre se pusiera de pie. Sus ojos se tornaron violetas y en sus manos apareció una llamarada verde. Verj se paró en medio de los dos y levantó ambas manos.

—¿Qué pasa con ustedes? —rugió. Brodoslaw dejó ir su magia, pero Leyna, agitada y enfurecida, no lo hizo—. Leyna, ve a mi tienda. ¡Ahora! —exclamó al ver que no se movía.

—Quítate, Verj.

Alguien le dio un golpe en el cuello y Leyna cayó de rodillas, aturdida por el dolor.

—¿Qué quiere hacer con esta perra, su Majestad? —La voz del soldado que habló a sus espaldas sonaba lejana y distorsionada.

Leyna se incorporó y miró a su alrededor. El campamento entero estaba allí, observándola, juzgándola, condenándola. Bajó la vista, sintiéndose humillada, deseando que la tierra se abriera y la enterrara en el olvido.

—Vuelvan a sus tareas —dijo Verj sin levantar la voz—. Brodo, ve con alguien que te mire las heridas.

—Ya me encargué, su Majestad.

Verj se acercó a ella y le puso una mano en el hombro.

—Ven conmigo, Ley. Dime qué te sucede. —Leyna comenzó a llorar y Verj se arrodilló a su lado y la abrazó—. ¿Qué tienes?

No se sentía capaz de responder. No después de lo que hizo, ni de lo que dijo. No después de haber agraviado a su hermano; atacó a otro mago, desobedeció su orden frente a sus hombres. Cualquier otra mujer hubiera sido asesinada por menos que eso.

—Déjame, Verj, te estás avergonzando.

—No me importa eso.

—A mí sí. Estás haciendo el ridículo consolando a esta desquiciada irrespetuosa.

—Eres mi hermana… —Verj se puso de pie—. Leyna es mi hermana —exclamó y el campamento volvió a detenerse por completo—. Hija de…

—¡Verj, no! —suplicó y se aferró a una de sus piernas. Él le tendió la mano, sin bajar su vista, pero al no tomarla, Verj la ayudó a ponerse de pie y le sujetó la mano.

—Es hija del antiguo rey Atkjer, mi padre. La sangre de la Casa Real de Tesar corre por sus venas y tiene más derecho que cualquiera de ustedes a gritar, enojarse e insultar. Nadie, absolutamente nadie, la juzgará por eso, o me encargaré de despellejarlo vivo. Respetarán sus órdenes como si yo mismo se las estuviera dando, y esa es mi palabra. Levanten las tiendas, ya perdimos mucho tiempo.

—¡Sí, señor! —El campamento entero respondió en una sola voz y Verj, sin soltar la mano de Leyna, se dirigió a su tienda. Sin embargo, un soldado los interceptó en el camino.

—Su Majestad —dijo con la vista en el suelo—. Fui yo quien golpeó e insultó a la princesa. —El hombre cayó de rodillas—. Vengo a recibir mi castigo.

—Cumpliste con tu deber y eso es todo. Ponte de pie y regresa a tus tareas.

—Princesa, perdóneme, por favor—dijo, en cambio, sin moverse. Leyna miró a Verj, sin saber cómo actuar, y él le indicó en voz baja que repitiera lo mismo que él había dicho.

—Defendiste al príncipe Verj, a pesar de que yo podría haberte matado —dijo con la voz ahogada—. Tienes que estar orgulloso de tu valor, soldado. Puedes ir en paz.

El hombre los miró con una inmensa devoción, como si la mismísima Sinmá se hubiera presentado ante él y le hubiera dado su bendición. Se puso de pie, hizo una profunda reverencia y se alejó, sin dejar de agradecerles.

—Ahora que estás más tranquila, me dirás por qué demonios hiciste todo ese escándalo —dijo apenas pusieron un pie en la tienda. No se lo veía molesto, a pesar de que podría haberlo estado. De hecho, tenía todo el derecho del mundo de estarlo.

Leyna respiró profundo y le contó lo que había ocurrido. La muerte de su maestro, lo que le hicieron a Nadzia, lo que sucedió con la piojosa pyebrana y lo que hizo el mocoso Guna.

—¿Comprendes mi enojo ahora? Arruinaron todo. Ya lo tenía planeado y era perfecto. Tú te casarías con Nadzia…

—A eso no lo puedes decidir tú, Leyna. —Verj, incómodo, se puso de pie y comenzó a caminar por la tienda.

—No entiendes. Ella era la clave de todo, con ella podríamos haber terminado con…

—A ver si comprendo… Nadzia no era real, ¿no es así? Si no que es una personalidad de… otra persona.

—De Ilsa Zvezda —dijo Leyna y Verj le dio la espalda a su hermana. Sí, la idea de casarse con Ilsa Zvezda le agradaba demasiado, a decir verdad, aunque no era lo correcto y hacer lo que Leyna proponía atentaba contra todas sus convicciones—. La única forma de tener a Nadzia de nuestra parte, sin el impedimento de lo que Ilsa pudiera opinar, era si te casabas con ella.

—Pero… ¿Acaso esa mujer no cuenta para ti?

—¿Desde cuándo un príncipe pide permiso a una campesina, Verj? Por Sinmá, no seas ridículo. —Leyna no se parecía en nada a quien conocía. No había nada de amabilidad en ella y sonreía con tanto desprecio que hasta su rostro parecía ser el de una persona distinta—. Lo importante era tener a Nadzia para nosotros, dispuesta a hacer lo que fuera necesario para llenar a Tesar de gloria. Ilsa no iba a permitirlo, de ninguna manera.

—Estás muy equivocada. Esto no es una competencia, es una guerra. No hay más bandos que nosotros y quienes quieren aniquilarnos. Sitnor lleva años deteniendo el avance de Pyebra y, si estamos aquí, es porque tanto nuestro propósito como el de Sitnor es el mismo, llegar a la paz. No importa quién lo logre.

—¡Sí que importa, Verj! Importa, porque los magos regresaron y porque quienes tengan a los mejores podrán decidir dónde y cómo hacer las reglas para el futuro. Si los magos de Sitnor logran más victorias que los nuestros, ellos tendrán el control de todo, del Consejo de Magos, de la educación, de…

—Estoy seguro de que no es tan simple, Leyna. No basta con ganar una guerra, esas decisiones toman cientos de años. Y otro tanto para que sean implementadas en un sistema que funcione para todos. Lo único que importa ahora es que esto se termine. No puedo pensar en lo que sucederá dentro de cien años, cuando en veinte voy a estar alimentando a los gusanos, si no es antes. Sé práctica y deja las intrigas y los planes para cuando hayamos devuelto la paz a Thoria, por favor. Hay muchas cosas de las que ocuparse como para que tengamos que pensar en eso, también. Ahora ve a ser útil, y deja de tejer ilusiones.

—Escúchame.

—¿Qué quieres? ¿Qué obligue a esa mujer a casarse conmigo para que tú tengas una maga a quien controlar?

—Sí —respondió con una seguridad impropia de ella.

—¿Y de qué te servirá ahora? Dijiste que perdió sus poderes y sus conocimientos.

—No todo. Estoy segura de que hay muchas cosas que Ilsa aprendió en este tiempo con Nadzia. Además, está la niña pyebrana. Esa mocosa sabe todo lo que Nadzia alguna vez aprendió y debemos convencer a Ilsa de que lo mejor para Tesar es que ella exija recuperar ese conocimiento. Se libró de Nadzia, pero nadie puede impedirle que reclame lo que le corresponde.

—Tienes que estar loca. Vete, por favor.

—Verj, le corresponde. Su padre se lo enseñó por una razón y…

—Tenemos que asistir al funeral de tu maestro. Alístate, no podemos faltarle el respeto llegando tarde.

Leyna lo miró por unos segundos, pero sin mostrar ninguna clase de emoción. Desapareció de su tienda, sin más, dejándolo lleno de dudas y confusión.

«¿En quién te has convertido, Leyna? ¿En qué momento te volviste una extraña?»

Verj salió de su tienda con la intención de ir por Brodoslaw, pero lo encontró de pie junto a la salida.

—Ven, necesito hablar contigo. —El mago obedeció y caminó detrás de él—. No sé qué demonios sucede con Leyna, pero quiero que estés atento a ella.

—Como ordene, su Majestad.

Verj se tomó unos momentos para pensar, mientras se paseaba de lado a lado.

—No estás casado, por lo que veo.

—No, su Majestad.

—Entonces… —se detuvo y lo miró por unos segundos—. Acércate a Leyna.

—¿Perdón? —Brodoslaw, de pie en medio de la estancia, con sus manos entrelazadas en su espalda, lo miró sorprendido.

—Sé que suena como una insensatez. Pero, tal vez, si Leyna pone su atención en otros asuntos, un romance, por ejemplo, dejará de pensar en tonterías.

—Creo que no comprendo, su Majestad.

Verj retomó su paseo por la pequeña tienda. Ida y vuelta, una y otra vez.

—Tiene ideas, planes descabellados y egoístas, que no nos traerán más que problemas y deshonor. Arruinará nuestras relaciones con Sitnor, como si no hubiera sido suficiente con lo que Zelig hizo. No pareció muy dispuesta a entrar en razón cuando hablamos hace unos momentos. Tal vez… Tal vez escuche a alguien más.

—¿Usted está seguro de que eso es lo que quiere, su Majestad? Podría tomarse algunos días para pensarlo mejor.

—Será fácil para ti, Brodo —dijo sin escuchar lo que el mago decía—. Leyna creció en el campo, aislada de todo y de todos. Nunca tuvo la atención de ningún hombre, más que la de sus hermanos y la del rey. Los soldados que custodiaban la finca tenían prohibido acercarse a ella o a nuestra otra hermana, por lo que no… Ella no sabe nada al respecto.

—Si llega a enterarse de que usted me lo pidió, su Majestad… Ya vimos de lo que es capaz. No se puede jugar con estas cosas.

—¿Te asusta Leyna, Brodo?

—No, su Majestad. Temo lo que pueda sucederle a usted si ella lo descubre.

—Entonces hazlo, no te preocupes. Yo no diré nada y no creo que tú seas tan estúpido como para decírselo. Haz lo que sea necesario. Sedúcela, distráela, ilusiónala. Me da lo mismo lo que

tengas que hacer, tampoco necesito saberlo, me conformo con que deje de pensar idioteces. Háblale de familia, niños, un hogar y una vida tranquila. Eso dirigirá su atención a otras cosas menos peligrosas. No sigas alimentando sus ilusiones de poder, por favor. Necesito que entre en razón antes de que haga una estupidez que nos perjudique o, aún peor, que termine lastimando a alguien más.

En toda la conversación, la expresión de asombro de Brodoslaw había ido en ascenso y podría haber jurado que ya no le quedaba más frente a donde elevar sus cejas. Parecía estar gritando internamente que lo que menos quería era hacer algo así, pero a Verj no le importaba su opinión en esos momentos. Tenía el poder para proceder como se le diera la gana y nunca lo había utilizado; sin embargo, Leyna lo obligaba a hacer una excepción.

Además, no sería una tortura para Brodo. Leyna era rubia, alta y delgada, tal como debía ser una auténtica tesariana, y también era guapa. Para un tesariano, salvo contadas ocasiones, conservar la pureza de la sangre era más importante que la belleza, y Leyna era hija de un rey, lo que era un incentivo mucho más fuerte que su apariencia física. Para Leyna tampoco sería una tortura, Brodo era un hombre bastante apuesto, en honor a la verdad. Su hermana podía perder el control, ya lo había visto, y era un peligro para cualquiera que se atreviera a intervenir en esos momentos, pero Brodoslaw no era un cobarde, también lo había comprobado. A pesar de tener la carne del pecho abierta, el hombre se puso de pie, dispuesto a continuar el enfrentamiento, sin que la más mínima queja saliera de sus labios. Eso era admirable.

—Después de que hable con el Gobernador Guna, los enviaré a buscar un lugar donde acampar y le diré a Leyna que se disculpe contigo por lo que te hizo. Lo demás, depende de ti.

—Como ordene, su Majestad —dijo al final.

—Ahora iremos a la capital, Brodo. Lobo Blanco acaba de fallecer. —Brodoslaw cerró los ojos y agachó la cabeza, visiblemente afectado.

—¿Mi maestro? —murmuró—. ¿Cómo es que falleció, su Majestad?

—Leyna no tenía más detalles, solo sabe eso. —Verj le dio una palmada en el hombro y Brodoslaw volvió a recuperar la compostura—. Ponte tu uniforme blanco. Iremos a su funeral.

Nueva capital de Sitnor

Quentin regresó a la casa y, tras despedir a Josh, fue a su habitación y acomodó a Onix en su cama. El felino se enrolló en sí mismo y puso la nariz entre sus patas.

—¿Quieres que te tape?

—Sí, por favor.

Mientras ponía una manta sobre él, Quentin pensó si debía decirle lo que Astor hizo, pero decidió que sería mejor no angustiarlo más.

—Me quedaré contigo, ¿sí? —Se recostó a su lado y lo abrazó.

—Estaré bien, cachorro. ¿Ilsa ya lo sabe?

—No se lo dije aún, está durmiendo. Iré luego.

—¿Quieres que te acompañe?

—No hace falta, Onix. Tú descansa.

—Puedes irte, ve con Ilsa, te necesitará.

—¿Y tú?

—Estaré bien, no te preocupes por mí.

—¿Estás seguro? Ilsa está durmiendo, de todas formas.

—Tiene que saber lo que sucedió con Egil…

Quentin dudó si debía dejarlo solo o no. Le dolía sentir la desolación del gato negro y temía que la tristeza le arrebatara las ganas de vivir a él también.

—No te preocupes por mí, cachorro. Estaré bien, ella te necesitará mucho más que yo.

—Si algo sucede, llámame, ¿sí? Vendré por ti más tarde, cuando esté listo el funeral.

—Alguien puede verme, cachorro, y no es seguro. Déjame una ventana abierta antes de irte, yo saldré e iré por mi cuenta.

—Está bien, descansa.

Quentin cerró la puerta al salir y se restregó los ojos. Le ardían y parecía estar cargando el Then Kua completo debajo de sus párpados. Pasó por la habitación donde estaba Dunayar, y Eric le dijo que no había ningún cambio en ella, por lo que continuó. Ilsa dormía y Astor estaba acostado a su lado, en la cama de Ara.

—Señor Quentin —saludó Mihaí.

—Dime que hay alguna buena noticia, Mihaí.

—Astor continúa batallando para poder asimilar la magia del Sol, lo que es bueno porque, de otra forma, ya estaría muerto.

—¿Ha sucedido antes algo así?

—No, señor. Ha ocurrido que adquieran la magia que alguien expulsó, pero siempre de su mismo Astro. Además, nunca en la historia hubo un mago de la Luna y del Sol al mismo tiempo. La combinación es Estrella-Sol o Estrella-Luna. Nunca así. —Mihaí bajó la voz—. No sabemos qué puede suceder cuando despierte, señor.

Quentin suspiró.

—Comprendo. Si tienes oportunidad y puedes hacerlo, ¿podrías ir a ver si Dunayar está bien?

—Iré ahora mismo, con permiso.

—Gracias.

Mihaí salió del cuarto y Quentin se sentó junto a Ilsa. Tomó su mano y la sintió fría, por lo que buscó una manta para cubrirla. Tocó a Astor y el niño parecía estar ardiendo en fiebre, por lo que lo sentó en la cama, le quitó el abrigo y le desabrochó los primeros botones de la camisa. Luego, fue a la cocina por un paño húmedo para refrescarlo. Estaba por regresar cuando Ethan entró, agitado y pálido.

—Vaya familia te cargaste —dijo Quentin a modo de saludo.

—Por Efos —resopló, cansado—. *Quisierra* saber en qué demonios estaba pensando este chiquillo.

—Creo que lo acertado sería decir que no estaba haciéndolo. Mihaí dijo que está «batallando para asimilar la magia del Sol», pero no me preguntes qué quiere decir eso. Lo único que sé es que está ardiendo y que si no se le baja la temperatura, va a empezar a convulsionar.

—Yo me ocupo, ve por Noah.

—Por todos los cielos, Noah no lo sabe… —Quentin se tomó la cabeza—. Regreso enseguida.

Dejó la casa y vio que Josh caminaba hacia él junto a Ara.

—¿No tenías que ir por los tesarianos?

—Leyna los traerá, me lo dijo Iskánder recién.

—¿A dónde ibas? —preguntó Ara a Quentin.

—A buscar a Noah, Astor tiene fiebre.

—Voy yo —dijo y regresó sobre sus pasos.

—¿Por qué tiene que ocurrir siempre todo junto? —preguntó Quentin—. Cada vez que algo malo sucede, se le suman dos o tres cosas terribles a la primera. ¿No hay otro momento, por un maldito demonio?

—Acabo de recordar que la noche que tomamos Morrau, Reda atacó Ahrbak Ardhal.

—Y Morrau a Erjathá.

—Las desgracias vienen de a tres, Q.

—Eso dicen… ¿Fue en la misma noche todo eso?

—Sí, como si nos hubiéramos puesto de acuerdo.

—¿Dónde estará Tino? —preguntó tras recordar que hacía meses que no sabían de su paradero—. Han sucedido tantas cosas, que ni me di el tiempo para pensar en él.

—Espero que esté bien y que regrese pronto y a salvo.

—La verdad es que se lo extraña.

Su conversación terminó cuando Ara y Noah dejaron la casa de Josh y caminaron apresurados hacia ellos. Antes de entrar, Quentin le habló sobre lo que hizo el pequeño y parecía que Noah estallaría de indignación en cualquier momento. Su rostro se puso rojo y los músculos de sus mandíbulas se marcaron en sus mejillas. Sin embargo, respiró profundo antes de hablar.

—Iré a ver qué puedo hacer por él. Enara ya está despierta, por si quieren ir para allá. Suena a que la casa está llena de gente por todos lados.

—Vayan —dijo Quentin cuando Noah se marchó—, iré con él.

—¿Estás seguro? —preguntó Ara.

—Sí, de todas formas, tengo que hacer que alguien despierte a Ilsa para decirle sobre su padre.

—Llévala a casa —dijo Josh—, estarán más tranquilos. Yo iré a organizar a los hombres para el funeral.

Quentin cerró los ojos por unos momentos.

—No cuentes conmigo para la ceremonia, me quedaré con Ilsa.

—No tenía pensado incluirte, de todos modos.

—Bien, los veré luego.

Respiró profundo y se dirigió hacia la casa. No quería entrar porque sabía que era un caos allí dentro, a pesar de que los tres que habían resultado afectados estaban inconscientes.

—*¿Estás ocupado?* —preguntó a Ethan.

—*Ahora no, Noah está con Astor.*

—*Sal un momento y dile a Mihaí que te acompañe.*

—*Enseguida.*

Quentin se apoyó en uno de los postes que sostenían la galería y aguardó hasta que los magos salieron.

—¿Qué sucede?

—¿Vieron a Dunayar? —preguntó y ambos asintieron—. Tiene todo lo que Nadzia estudió, ¿verdad?

—Sí, así es —respondió Mihaí.

—Se me ocurrió algo. Naga me dijo una vez que todos los recuerdos que se borran deben alojarse en otra mente. ¿Qué tal si ustedes lo hacen? —Ethan y Mihaí se miraron—. Eso no se perderá por completo y la niña no sufrirá al despertar y tener miles de conocimientos que no serán para ella nada más que un peligro.

—Tendríamos que consultarlo entre todos, Quentin —dijo Ethan—. No es correcto que solo nosotros…

—No hay tiempo. Primero, porque Dunayar puede despertar en cualquier momento y segundo, porque cuanta menos gente lo sepa, será mejor. Según sé, Nadzia memorizó todos los libros de Lobo Blanco, los hechizos, pociones y maldiciones. Además, me parece justo que un

mago de Erjathá y otro de Sitnor compartan ese conocimiento. De Morrau está el señor Enda, pero no hay tiempo para hacerlo venir, ni nadie que lo traiga enseguida y… no confío en Leyna.

—¿Qué hay de Ilsa? —preguntó Mihaí.

—Dudo que quiera volver a saber algo de esto, demasiados problemas le ocasionó. En todo caso, ustedes podrán enseñarles a los demás después.

—Podemos repartir la información —dijo Mihaí después de pensarlo por unos momentos —. Conocer la mitad de cada cosa cada uno y recomponer luego los hechizos.

—Es una buena manera de protegernos, sí —acordó Ethan.

—¿Pueden hacerlo, entonces?

—Sí —dijeron a la vez.

—Quitar algo de una mente es seguro, incluso en no magos, ¿no?

—Sí, es lo mismo —dijo Ethan.

—Bien, excelente. ¿Alguno podría despertar a Ilsa antes de empezar con Dunayar? Tengo que decirle sobre su padre.

—Yo me encargo —dijo su hermano—. Esperaré a que estés con ella.

—Bien. Primero iré a ver a Eric para decirle que ustedes se ocuparán de Dunayar.

«Un problema menos» se dijo antes de ingresar a la casa.

Después que Eric se marchó, Quentin fue a ver a Onix. Entró cuidándose de no hacer ruido, le acarició el lomo y, como el gato no se movió, acomodó nuevamente las mantas y se marchó en silencio.

Se sentó en la cama junto a Ilsa y avisó a Ethan, quien desde el pasillo la despertó. Oyó que la puerta de la habitación de Noah se cerraba y miró a Ilsa. Pestañeaba confundida, como si no supiera en dónde se encontraba.

—¿Cómo te encuentras?

Ilsa se sentó en la cama, estiró los brazos y los dejó caer.

—Como la mierda. ¿Qué tiene Astor?

—Fiebre.

—Pobrecito…

«Si supieras lo que hizo el pequeño cabrón…»

—Ven, acompáñame. ¿Puedes levantarte?

—Creo que sí —se sujetó de él y se puso de pie—. Vaya, qué bien se siente despertar y no tener a Nadzia picándome la cabeza con sus idioteces.

Quentin sonrió y la llevó a la sala.

—Siéntate, tengo que decirte algo.

—Ya lo sé. Mi padre decidió quitarse la vida. —Quentin la miró, incrédulo, y le tomó las manos—. Se despidió de mí antes de hacerlo. Pensé que había sido un sueño, pero tu angustia me lo confirmó.

—¿Cómo te sientes?

—Estoy bien. Lo amé todo lo que pude, hice todo por él y él hizo lo mismo por mí. Nos equivocamos, los dos cometimos errores, pero no le guardo rencor por eso. Dijimos lo que teníamos que decir y mi amor por él no me permitía mantenerlo aquí si él ya no deseaba continuar viviendo, si sentía que ya no tenía motivos para hacerlo. Perdió a sus dos familias, la de antes de la guerra y, luego, a mi madre y a mi hermano, sufrió más que nadie, estaba cansado y triste de forma constante… Ya era hora de que descansara.

—Ilsa…

Ella lo abrazó y puso la mejilla en su hombro.

—Lo voy a extrañar, por supuesto, pero no quedó nada pendiente entre nosotros, no te preocupes.

Quentin pensó en lo mucho que admiraba a Ilsa, por todo lo que era y todo lo que le enseñaba cada día, por la inmensa fortaleza que había en su interior y por la calma que transmitía en los momentos más inciertos. Él mismo necesitó horas para asimilar la noticia de la muerte de Lobo Blanco y consideró todas las posibles reacciones de Ilsa, pero jamás hubiera imaginado algo así. No había pensado que, tal vez, ella no se sentiría abandonada por su partida.

—Estoy bien, de verdad. —Ilsa se separó de él—. Debo… No tengo ningún vestido blanco para su funeral.

—Tal vez Josh… Iré a hablar con él.

—¿Vende vestidos ahora?

Quentin rio.

—No, pero quizás guardó los vestidos de su madre, que era tesariana. —Quentin hizo dos pasos, aunque regresó y preguntó en voz baja—. No recuerdo como la vistieron para su entierro, ¿se visten de blanco, también? Perdón que lo pregunte en estos momentos, no lo sé y no quisiera decirle una estupidez a él.

—No, de gris.

—Mejor le preguntaré a Ara primero. Josh no estaba cuando dejamos la ciudad y creo que ella se encargó de sus cosas. Ya regreso.

Lo único que pudo conseguir fue un vestido de verano, algo antiguo y amarillento, de una de las mujeres del burdel. Enara le ayudó a acondicionarlo, por lo que le colocó mangas largas, le alargó un poco la falda, lo entalló, le devolvió la blancura a la tela y le agregó algunos encajes, para que no se viera tan sencillo.

«Gracias a Sinmá por los magos y sus habilidades» pensó al ponérselo. Si no lo hubiera visto antes, tranquilamente pasaba por uno nuevo, que era lo adecuado para los funerales, pero dado que no podía regresar a sus tierras a comprar uno y en Sitnor tardarían mucho en confeccionarlo, era lo único que había.

Fue más fácil con la capa, puesto que la madre de Josh tenía muchísimas y, por suerte, una blanca de invierno que se veía impecable.

Quentin fue por ella a la casa de Josh, e Ilsa se quedó mirándolo embelesada. No sabía si arrastrarlo adentro y besarlo, si tomarse un día entero para mirarlo o si actuar como una persona corriente y centrada. Lo normal era verlo con el cabello revuelto y vistiendo ropas desgastadas, a veces incluso con remiendos, porque decía que así se sentía más cómodo. Sin embargo, se presentó impecable ante ella, peinado y luciendo el uniforme de gala de los soldados de Sit-nor. Era rojo oscuro, con detalles dorados en los botones, en las solapas y en los puños; la chaqueta estaba ceñida por un ancho cinturón de cuero. Llevaba en su pecho un par de medallas y un sable de empuñadura dorada en la cadera.

—Ilsa, por todos los cielos, deja de mirarme así —dijo en voz baja, apenas moviendo los labios, y ella sonrió.

—Es que… deberías usar más seguido el uniforme.

Quentin bajó la vista, avergonzado.

—No lo hagas más incómodo.

—Lo pones bastante difícil, pero haré un esfuerzo. —Se dio la vuelta y fue por la capa antes de salir—. Parezco una nube —dijo después de acomodarla sobre sus hombros. Quentin entró a la casa y comenzó a reír tras cerrar la puerta.

—Por los dioses, tenemos que ir a un funeral. De tu padre, encima. ¿Podrías comportarte?

—Sí, se espera que llore y me vea triste, pero en realidad estoy aliviada de que él ya no sufra más. No sé cuántos años tenía, más de cuatrocientos seguro.

—¿Tantos? —balbuceó.

—Ya era un mago importante en la Última Gran Guerra y por lo que pude saber de las conversaciones que tuvo con Nadzia, seguro que tenía una tonelada de años. ¿Te imaginas cargar con… cosas, recuerdos y dolor por tanto tiempo?

—Debió haber sido horrible, por decir algo.

—Una mierda, sí.

Quentin le tomó la mano.

—Bueno, mi bella y malhablada Ilsa. Tenemos que irnos, porque están esperándote. —Ilsa asintió y él abrió la puerta—. ¿Debes llevar velo?

Ilsa fue a la habitación y regresó enseguida, mientras acomodaba un velo negro sobre su cabello trenzado.

—Ahora soy menos nube.

Caminaron por las calles atestadas de gente, aunque todos se apartaban para dejarlos pasar. Afuera de la tienda grande se habían congregado cientos de curiosos que, sin saber qué estaba ocurriendo, se acercaron al ver que casi la mitad de los soldados vestía de gala y se formaba en perfectas filas. La mayor parte de las mujeres del ejército llevaban una larga falda, aunque otras vestían pantalones.

Desde la entrada de la tienda, cuatro hileras de soldados formaban un camino hasta el centro de la explanada. Allí, había varias filas de sillas frente a una robusta mesa y algunos de los magos que fueron entrenados por Egil Zvezda esperaban en sus lugares. No estaban Shanyi ni Drian, los únicos magos que quedaban de Erjathá, pero sí Iskánder, que era discípulo de Onix, y Ethan, que no tenía maestro, sino que aprendía lo que podía de quien estuviera dispuesto a enseñarle.

Desde su asiento, Ilsa vio que el Segundo Príncipe Verj estaba del lado contrario y, a cada uno de sus lados, una impecable Leyna y un hombre de cabeza rapada, tan enorme como el príncipe, aunque todavía más serio.

Todos se pusieron de pie cuando el señor Noah, Tanáel y cuatro soldados, Josh entre ellos, dejaron la tienda, cargando un féretro de madera tallada. Los soldados que formaban el corredor desenfundaron sus sables y los levantaron, cruzándolos con sus compañeros de en frente.

Ilsa sintió una puntada en el pecho al ver que su padre estaba en esa caja de madera y, recién en ese momento, se dio cuenta de que ya no volvería a oír su voz. La última vez que estuvo con él, siendo ella sola, compartieron una cena silenciosa. Su padre le pidió que fuera a Grordau, a llevar lana, e Ilsa partió antes del amanecer del día siguiente. No se despidió más que con un escueto «Regresaré pronto», ya que no quiso desvelarlo. No recordaba cuándo lo vio reír por última vez, ni cómo sonaba su risa.

«Te fuiste, papá. Mamá no está, ni Evan, ni Naga… Me dejaron sola».

Quentin tomó su mano e Ilsa se dio cuenta de que estaba equivocada. Tenía una nueva familia, porque así era como los Guna la trataban, como si fuera una más de ellos.

Ilsa se acercó al féretro y levantó una mano para acariciar su rostro, aunque se arrepintió antes de hacerlo. No quería que su último recuerdo de él fuera el de un cuerpo frío y rígido.

—Haré lo posible por no avergonzarte —susurró—, por ser una buena persona. Intentaré seguir tus pasos para que tu nombre no se vea empañado por mis errores. Todos te recordarán como Lobo Blanco, pero para mí siempre serás Egil Zvezda, mi papá.

Regresó a su lugar y, al sentarse, los concurrentes desfilaron ante ella para presentarle sus condolencias. Ilsa agradecía a cada uno sus palabras, aunque lo único que quería era que cerraran el cajón y se lo llevaran de una vez. No soportaba verlo allí, pálido, serio, inmóvil, como si durmiera, pero con la certeza de que ya nunca despertaría.

Vestido de blanco, a excepción de la media falda negra, el Segundo Príncipe se acercó a Ilsa, que se puso de pie e hizo una reverencia; el príncipe Verj siguió su camino sin decir una palabra, como dictaban las normas de la realeza. Ilsa volvió a tomar asiento cuando el príncipe se alejó. El hombre rapado que lo seguía, tan impecable como el príncipe, se presentó como Brodoslaw y dijo que había sido entrenado por su padre. Ilsa le agradeció por haber asistido y el mago se marchó. Leyna llevaba un pomposo vestido blanco y un pañuelo negro entre sus manos.

«Es más nube que yo».

—Eliminar a Nadzia fue el peor error que podrías haber cometido —susurró en su oído—. No te va a alcanzar la vida para enmendarlo.

Leyna quiso alejarse, pero Ilsa la tomó del brazo y se acercó a ella.

—No sé en qué momento se te ocurrió que me importaría la opinión de alguien que ni padre tiene.

—Si supieras que…

—Lo único que sé, es que eres una bastarda con aires de realeza.

La maga se alejó con el rostro enrojecido y apretando los puños. Ilsa se preguntó qué demonios sucedía con ella, ya que no comprendía por qué estaba actuando de esa forma, si apenas habían cruzado un par de palabras en toda su existencia.

«Tal vez Nadzia sí habló con ella, quizás hicieron planes… Además, ni siquiera sé de dónde saqué que Leyna es bastarda. Bueno, ya da igual, Nadzia no existe y no tendré que cruzarme a Leyna aquí. Dos problemas menos».

Las personas siguieron saludándola hasta que Ilsa vio un destello bajar del cielo. Se puso de pie, asustada y vio que, tras el primero, descendieron millares más. Miró hacia arriba y parecía que una cascada de luz caía justo sobre su padre. Empezó a oírse el murmullo atemorizado de los presentes y Quentin le tomó la mano.

—Los Astros vienen por él —dijo en voz baja. Se acercó al féretro, como hipnotizado, y se quedó a escasos pasos. Ilsa lo siguió, sin soltar su mano y, a medida que se acercaba, podía oír una cantidad inmensa de voces diminutas que hablaban en un idioma desconocido y reían. Eran como susurros, dulces, alegres, y su júbilo parecía llenarla a ella misma de vida y felicidad.

Una de esas luces se separó del resto y se puso entre ella y Quentin.

—Ilsa Zvezda.

—¿Estrella? ¿Eres tú?

—Lamento si te asustamos, pero tu padre merece convertirse en luz y ocupar un lugar en el firmamento. Lamento que no tendrás una tumba para visitar. Sin embargo, si miras al cielo en las noches, lo verás junto a los Astros, a donde pertenece.

—Es el regalo más precioso que podría recibir. Él creyó que no sucedería, porque tomó su vida.

—Un solo acto no define a un hombre y su vida fue muy importante. Cumplió con su misión sin dudar y sin cuestionarnos, aun cuando parecía en vano hacerlo. Gracias a él, Thoria todavía está de pie. Siéntete orgullosa de él.

—Lo estoy, estoy orgullosa de él, estrella.

—Debo irme ahora, quiero regresar con mis hermanas. Yo también te amo, Ilsa Zvezda.

Ilsa rio y el pequeño punto luminoso se perdió entre los demás. Cuando miró a los magos,

vio que tanto Iskánder como Ethan sonreían y tenían a sus estrellas frente a ellos. Ethan levantó un dedo para acercarlo al destello y, al tocarlo, se sobresaltó y comenzó a reír.

—No la tocamos —se lamentó Quentin, que también estaba viendo a su hermano.

—Pero la vimos.

Tan sorpresivamente como llegaron, los Astros regresaron al cielo en otra luminosa columna y, cuando todos ellos se perdieron en la luz del sol, Ilsa miró el féretro y lo vio vacío.

Su padre había ascendido a uno de todos los cielos.

3

—Un mago ha muerto —murmuró al ver la cascada de luz que descendía del cielo y su curiosidad por saber quién sería un incordio menos, la llevó a ocultar su rostro con una ilusión, a ponerse la peluca de cabello oscuro y a vestirse con colores absurdos. Se colocó todos los collares que la falsa sanadora acostumbraba llevar, las molestas pulseras de cuentas y el bolso cargado de hierbas que era parte del disfraz.

Dejó la carreta, cruzó el puente y siguió a la marea de personas que buscaban satisfacer su curiosidad, tal como ella. No encontró, entre quienes estaban a su alrededor, a nadie que pudiera decirle qué ocurría, por lo que continuó hasta llegar al centro de la ciudad.

Había soldados de gala y tesarianos de luto.

«Tal vez la maga que desaparece. Esa sería una buena noticia».

—¿Quién falleció? —preguntó, fingiendo pesar, a uno de los soldados de la última fila.

—Egil Zvezda, señora. El mago de la Antigua Era, conocido como Lobo Blanco.

«No puede ser».

—Gracias, joven.

Se internó en la multitud y vio a una muchacha llevar el velo negro que vestían los familiares del muerto y su corazón dio un salto. El muy maldito estuvo vivo todo ese tiempo. En ese momento comprendió por qué había tantos magos entrenados. Lo sospechaba, pero no tenía la certeza. Menos aún de quién podía llegar a ser.

Sus suposiciones la habían llevado a pensar que los sobrevivientes de la antigüedad eran los «tres desviados», Rivka, Leyna y Verj, puesto que no se supo nada más de ellos desde la firma del Tratado, o que era Zelig Akhusta, ya que su castillo era impenetrable incluso para los magos de aquella época. La familia Akhusta fue la única de todas las familias de magos que no fue exterminada por los cazadores de recompensas. Sin ir más lejos, los condenados príncipes de Tesar eran parte de su descendencia. No podía haber sido Mano de Fuego, porque lo sabía muerto desde hacía muchos años.

Sonrió al recordar su muerte, pero su alegría se diluyó al volver a ver a la hija de Lobo Blanco.

«Tiene una hija».

La falsa sanadora continuó avanzando, ya que quería saber quién era esa mujer. La única tesariana que recordaba era Leyna, pero la encontró entre quienes rodeaban al féretro vacío.

«¿Será Zaria?»

Se giró para buscar entre los soldados, sin darse cuenta de que la gente chocaba con ella y le pedía que se quitara del camino. Alguien la tomó de los hombros para sacarla de la fila de quienes querían saludar a la hija de Lobo Blanco, y ella se dejó llevar. Vio a Zaria vistiendo su uniforme y volvió su atención a la huérfana, justo cuando esta decidía marcharse. Un grupo de soldados la escoltó hasta la tienda grande y el resto se encargó de dispersar a la multitud, ella incluida.

Regresó protestando al campamento, llena de curiosidad y dudas.

—Islery. Lobo Blanco acaba de morir.

—Bueno, bien, ¿no? Ya no es una amenaza, si es que alguna vez lo fue.

Estaba más que harta de la estupidez de Islery.

—Tiene una hija, pero no pude saber quién es.

—¿Y de qué te sirve eso ahora? El viejo ya se murió.

—¡No entiendes nada!

—La verdad es que no. Si lo hubieras sabido cuando aún estaba vivo, podríamos haberla usado para algo, pero no nos sirve de nada ahora.

—Ella puede saber cosas, Islery. Puede ser maga.

—Ajá, claro, sí. Y es por eso que no sabemos nada de ella, ni su nombre ni de sus habilidades. Deja de perder el tiempo, madre. El viejo se murió, ya puedes olvidarte de él.

—Lobo Blanco entrenó a todos los magos contra los que nos hemos enfrentado, ¿comprendes? Su hija puede saber si hay alguien más de la Antigua Era…

—Su hija puede haberse enterado en ese preciso momento de quién era su padre, ¿lo pensaste? Claro que no, porque estás ciega de rabia y estupidez. Concéntrate en tu tarea y deja el pasado atrás.

La Dama dejó la sala que compartía con Islery. No tenía caso, era una inútil que no comprendía nada. Quería acabar con esa mujer porque era la hija de Lobo Blanco. Por lo que él fue, por lo que hizo y lo que significó para la Antigua Era. También por entrenar magos en secreto. De alguna forma tenía que cobrárselo.

—Había mucha gente. —Ilsa se quitó el velo y comenzó a desarmar su trenza. Estaba sentada frente al escritorio de Noah, con la mirada ausente.

—Ya se deben haber ido todos, ¿quieres ir a casa? —preguntó Quentin.

—Ve tú, seguro que quieres saber de Astor. Yo… Me gustaría estar sola —sonrió apenas. Quentin se acercó a ella y le besó la frente.

—Me avisas si sucede algo, ¿sí?

Ilsa asintió y él dejó la tienda. Caminó apresurado hasta la casa y, ni bien llegó, fue a su habitación. Onix no había regresado; mientras se quitaba el uniforme, pensaba si debía preguntarle dónde y cómo se encontraba. Sin dudas había ido al funeral y esperaba que ver que los Astros bajaron por su humano le hubiera dado algo de paz. Quentin se sentó en la cama para ponerse las botas y entró en la habitación mental que compartía con el gato.

—Onix, ¿lo viste?

—Fue maravilloso, cachorro —respondió entusiasmado, lo que sorprendió bastante a Quentin—. *Los Astros vinieron por él.*

—¿Viste a tu estrella? La nuestra se acercó a nosotros.

—Los vi, y también vi a la mía. Siempre es glorioso estar en su presencia. Aunque tenga más años de los que pueda contar, me sigo maravillando como la primera vez.

—Espero que te encuentres mejor. ¿Dónde estás?

—Viéndote por la ventana. Podrías dejarme entrar, ¿no? —Quentin sonrió y se apresuró a abrir. El gato entró, ronroneando, y saltó a la cama—. *¿Qué hizo Astor? Vi que está durmiendo.*

—Fue por la magia que Ilsa rechazó.

El gato se tardó en responder, pero su cola se movía de lado a lado, ansioso.

—Estará bien, o ya habría muerto.

—Volaba de fiebre la última vez que lo vi.

—Y no despertará en varios días, por lo que sé. No te preocupes por él. Sobrevivirá y será igual que antes.

—¿Estás seguro?

—Más poderoso, pero será el mismo. Aprenderá a desaparecer y eso siempre es bueno y

útil.

—Ojalá que así sea. Hice algo y espero no haberme equivocado.

—Dilo. —Su cola volvió a azotar la cama.

—Les pedí a Mihaí y a Ethan que quitaran de la mente de Dunayar todo lo que Nadzia sabía.

La cola del gato se relajó.

—Hiciste bien. Solo sería una carga para la niña, peor que la que Ilsa llevaba, porque los magos son más fuertes. De esta forma, su vida continuará siendo la misma de antes y no tendrá recuerdos de lo que le sucedió. Además, no se perderán las lecciones de Egil. —Onix descendió de la cama de un salto y se paró junto a la puerta—. *Iré a ver a Dunayar, y luego me quedaré con Astor. Tú acompaña a Ilsa.*

—Dijo que quería estar sola.

—Las personas que dicen que quieren estar solas, son las que más compañía necesitan. Acompáñala, sin más. No intentes animarla, puesto que no lo lograrás. Tan solo, quédate a su lado, eso es lo único que necesita.

—Y antes te dejé solo, Onix, perdóname.

—No soy una persona, pero sé cómo sienten.

—¿Y ahora cómo te sientes?

—Los Astros vinieron por Egil y eso es suficiente para mí. No te preocupes. Ilsa te necesita más que yo.

El señor Noah entró a la tienda y se sentó frente a ella.

—Gracias por el funeral, señor.

—No tienes que llamarme siempre señor, Ilsa —sonrió—. Eres una más de la familia. ¿Cómo te encuentras?

—Extraña… Es una sensación rara saber que él ya no está, que nunca volveré a verlo.

—Lo comprendo, también perdí a mis padres de repente. Si hay algo que pueda hacer por ti, lo que sea que necesites…

—Ya hacen mucho por mí, estoy molestando en su casa hace tiempo, y ocasioné tantos problemas…

—Todas las familias tienen problemas, en mayor o menor medida, Ilsa. Astor, sin ir más lejos, pensó que sería buena idea ir por la magia que tú rechazaste.

—¿Qué? —susurró y se llevó las manos al pecho.

—Y ahí lo tienes, hirviendo en fiebre, luchando contra la magia o consigo mismo, no sabría decirlo.

—¿Y ahora también es un mago del Sol? ¿Nadzia está en él?

—Según entendí, Nadzia desapareció por completo, así que no te preocupes por eso. Dunayar, la niña que Quentin llevó la otra vez a casa, recibió un golpe de esa magia y absorbió todo el conocimiento de Nadzia, por lo que me dijeron.

—Entonces, señor Noah, Nadzia tiene que estar viva todavía —dijo angustiada—. Nadzia nació de ese conocimiento, de esa mente separada que mi padre creó en mí. La niña… Dunayar tendrá a Nadzia.

—Ethan y Mihaí borraron la mente de Dunayar. En caso de que Nadzia quedara allí, no podrá volver a ser quien era, puesto que ambos comparten los recuerdos. De esta forma, Dunayar estará a salvo y no se perderán las lecciones de tu padre.

—Espero que sea así, de verdad. No le deseo a nadie un infierno como el que viví con

Nadzia.

—Quédate tranquila, todo estará bien, los magos lo solucionarán. —El señor Noah se puso de pie—. Perdona que te moleste con todo eso, pero hay algo más. El príncipe Verj quiere saludarte. Puedo decirle que no te encuentras bien, si no quieres recibirlo.

—Es el príncipe, sería un insulto no hacerlo.

—Es bastante flexible y parece un buen tipo, no te preocupes.

—Lo recibiré.

—Bien, te daré unos momentos para que te alistes. Supongo que tendrás que ponerte el velo.

Ilsa no había pensado en ello, lo que menos tenía en mente era usar el maldito y asfixiante velo. Asintió y se puso de pie.

—Gracias, lo había olvidado.

El señor Noah dejó la tienda y, segundos después, entraron dos soldados de Sitnor, el príncipe Verj y tres soldados más por detrás. Él los despidió, por lo que los hombres dieron media vuelta y dejaron la tienda. Ilsa hizo una reverencia y el príncipe bajó el mentón.

—Lamento mucho su pérdida, señorita Zvezda.

—Gracias por honrarme con su presencia, su Majestad. Me apena que haya pospuesto sus deberes por asistir al funeral de mi padre.

—No podía ser de otra manera. Vengo en nombre de la Casa Real de Tesar, pero por propio interés, principalmente. Conocí a una Ilsa Zvezda en Zart Vialh, y vine a saludar a quien conocí esa vez, no a la hija de uno de los magos más importantes de todos los tiempos.

—Le juro que no lo sabía en esos momentos, su Majestad —se apresuró a disculparse, antes de que su cabeza terminara rodando por el suelo.

—Lo sé, no te preocupes. No vine a reprochártelo —dijo con calma e Ilsa asintió.

—No creí que fuera a recordarme, su Majestad.

—Verj, nada más —dijo él y no sonrió, pero la arruga que se marcaba en su entrecejo se desvaneció—. Es difícil olvidar a una persona tan… despreocupada.

—No sé si es realmente bueno que el Segundo Príncipe de Tesar mencione algo así.

—Como dije aquella vez, mi padre te hubiera decapitado, pero como no soy mi padre, puedes tomarlo como un halago.

—Lo haré, entonces.

—No le robo más tiempo, señorita Ilsa. Habrá tiempo para conversar luego. Tal vez para una cerveza, incluso.

—Seguro que sí, su Majestad.

Una muy leve sonrisa pareció asomar en su rostro. Hizo una reverencia y salió de la tienda en silencio.

Ilsa se quitó el velo y volvió a sentarse. No sabía muy bien qué hacer. Quería dormir, pero seguro que la casa era un ir y venir de gente preocupada por los niños. Si salía de allí, la gente que se cruzara querría saludarla, la mirarían con tristeza, o se lamentarían por ella al verla. Esperarían a que llorara y se viera miserable, cuando en realidad se sentía honrada y orgullosa de todo lo que su padre hizo, y aliviada de que su largo sufrimiento hubiera concluido, al fin. Egil Zvezda fue un gran padre, obviando lo referente la creación de Nadzia, fue un esposo amoroso para su madre, un buen amigo para Onix, un excelente mago, un maestro querido y respetado, y un buen enemigo para la Dama. ¿Qué más se le podía pedir a un hombre?

Sin embargo, antes de que decidiera qué iba a hacer, Quentin regresó a la tienda.

—¿Por qué te quitaste el uniforme? —preguntó desencantada. Quentin rio y le entregó su

bolso.

—Le pedí a Ara un vestido para ti, no te veías muy cómoda siendo una nube.

—Ahora entiendo por qué lo hiciste —sonrió. Quentin dejó la tienda para que Ilsa se cambiara y regresó una vez que ella le avisó que estaba lista.

—¿Qué quieres hacer? Josh me dijo que puedes ir a su casa, si quieres descansar.

—¿Y él?

—Tiene cosas que hacer y, cuanto mucho, se quedará con nosotros. Ara se ofreció para pasar la noche contigo.

Ilsa estiró su espalda y sintió sus músculos entumecidos y rígidos.

—Sí, creo que aceptaré la oferta… Estoy cansada. De alguna forma, me siento extraña sin Nadzia y debo acostumbrarme a mí misma de nuevo. ¿Has visto a Onix? —Quentin asintió—. ¿Cómo se encuentra?

—Antes del funeral, estaba destruido. Después que los Astros vinieron por tu padre, mucho mejor. Temía que no lo llevaran…

—Él también creyó que no sucedería, porque tomó su propia vida, pero nuestra estrella dijo que merecía un lugar en el firmamento, por todo lo que hizo por Thoria y es cierto, hizo mucho… Aunque me preocupa qué será de nosotros ahora que él no está aquí. Todos le consultaban cuando surgían dudas. Nos queda solo Onix y no sabemos qué tan bueno será molestarlo.

—Yo… Yo lo que temo es que la profecía de la luna roja se haga realidad. Nadie volvió a mencionarla, como si nunca hubiera sucedido, pero creo que todos pensamos en ella a menudo.

—¿Será por eso que Islery no volvió a verse? Hace más de tres meses que no se sabe nada de ella.

—Quizás sí, aunque puede que sea porque de verdad maté a la Dama e Islery no sabe cómo continuar, o no quiere hacerlo. Puede que cualquier día de estos nos caiga encima con un millar de soldados y magos, y nos hagan añicos, o puede que simplemente ya no volvamos a saber de ella. No lo sé, la verdad.

Ilsa se acercó a Quentin y lo abrazó.

—Me da mucho miedo pensar en Islery, en esa profecía, en los soldados pyebranos… Mis premoniciones fueron aterradoras. Todas ellas, no solo la de Islery, y ser consciente de que en cualquier momento puede volver a ocurrir, lo hace peor.

—Si Islery decide continuar con lo que empezaron, vendrá aquí, a este campamento que pretendemos que es la capital del país… y es lo más inseguro de todo Thoria. —Quentin le tomó el rostro—. Vete, Ilsa. A Villa del Sol o a una aldea, aléjate de aquí.

—No lo haré.

—Estarás a salvo en cualquier otro lugar, aunque se encuentre a veinte kilómetros. No te quedes aquí, por favor.

—¿Y qué gano huyendo? —Ilsa comenzó a pasearse por la tienda—. Sé que no soy muy útil, ahora menos que antes al no tener a Nadzia, pero puedo curar y estoy segura de que algo aprendí en mi tiempo con ella. Voy a pedirles a los maestros que vuelvan a ponerme a prueba y reforzaré aquello para lo que sea útil.

—¿No hay forma de que puedas cambiar de opinión?

Se detuvo y lo miró por unos momentos. Se imaginaba que Quentin debía estar tanto o más preocupado que ella.

—Hace un par de meses lo hubiera pensado un poco mejor, pero ya decidí quedarme aquí, contigo, servir de algo, aunque esté aterrada. Además, soy hija de Lobo Blanco, no puedo

avergonzar su memoria escondiéndome, ya lo arruiné bastante renunciando a la magia del Sol.

—¿Por qué lo dices así? —Quentin miró a su alrededor y se sentó en la silla más cercana.

—Cuando lo hice, el Sol me dijo que podía eliminar a Nadzia por completo —dijo y volvió a caminar de lado a lado—, pero que también perdería todos mis recuerdos y yo elegí renunciar a su enorme poder, para recordar a mi madre, a mis hermanos y a todo lo que vivimos tú y yo. No sé si hice lo correcto…

—Hubieras olvidado a tu padre y solo sabrías de él que fue un gran mago. En mi opinión, hiciste lo que debías.

—Podría haber aprendido más, ser más útil.

—¿Crees que hubieras tenido tiempo de hacerlo? —preguntó Quentin. Ilsa acercó una silla y se sentó frente a él—. Los magos entrenaron por años para hacer lo que hacen, Ilsa, no lo aprendieron hace un par de meses, y a pesar de todo el entrenamiento que tuvieron, pasaron varios años limitándose, a excepción de Tino y Lena.

—¿Por qué dices que se limitaron?

—Porque nadie se atrevía a poner en práctica lo que aprendió. De no haber sido así, los magos de Erjathá podrían haber acabado con Viktoria la primera vez que ella se acercó a la ciudad. O podrían haber ido al Palacio de Las Hojas y haber reventado todo. El único que se atrevió a pisar el palacio fue Tino y, de haber estado acompañado, la historia hubiera sido otra. —Quentin se recostó en la silla y suspiró—. Por los dioses, espero que Tino regrese pronto.

—Sé cómo hacerlo regresar. —Ilsa se puso de pie de un salto.

—¿De qué hablas? —La miró.

—¿Ethan y Mihaí terminaron con Dunayar?

—Sí, antes del funeral.

—Diles que vengan. —Los ojos de Quentin se encendieron por unos segundos y volvieron a apagarse—. Vaya, sí que te ves bien con los ojos grises…

—Pero qué ocurrencias tienes, Ilsa —rio.

—Bueno, ahora soy yo sola de nuevo, acostúmbrate. Así como no tengo problemas en expresar lo que me molesta, también digo lo que me gusta. Y tú me gustas —dijo y encogió los hombros. Quentin volvió a reír y su rostro enrojeció un poco—. Bastante de hecho.

Ethan entró en ese momento y se lo veía pálido y ojeroso.

—¿Te sientes bien? —preguntó Quentin.

—Te ves terrible —agregó Ilsa.

—Solo estoy cansado. Además, *crreo* que me sentó mal el cambio de estación tan repentino.

—Siéntate —dijo Ilsa y Ethan, con toda la actitud de un anciano adolorido, aceptó la invitación—. ¿Mihaí vendrá?

—Aquí estoy —respondió asomando en la entrada—. ¿Qué sucede?

—No sé si tuvieron tiempo de ver todo lo que Nadzia conocía —dijo Ilsa y ambos negaron con un gesto—. Bueno, ella sabía cosas que no eran nada éticas. Lo supe después de que desapareció, cuando me di cuenta de todo lo que se perdió. Ella podía acceder a la mente subconsciente de todos los magos a los que entrenó mi padre. —Mihaí abrió los ojos al doble de su tamaño—. Se me ocurrió que ustedes ahora pueden hacer que Tino regrese.

Mihaí sonrió y Ethan se quedó pensando.

—¿Es *cierrto* eso? —preguntó después de un rato—. No sé cómo se hace.

—Yo sí —dijo Mihaí—. Encontré fragmentos de hechizos que no comprendía, y, ahora que lo dices, creo que es eso.

—No sé si sea lo adecuado obligarlo, pero teniéndolo aquí, podremos ayudarlo entre todos, mantenerlo ocupado, distraído, contenido. De todas formas, no estoy queriendo decir que tienen que hacerlo, solo que la opción existe.

—Tenemos que consultarlo con los demás —dijo Ethan—, *perro* yo estoy de acuerdo.

—Ajác querrá hacerlo, extraña mucho a Tino y está muy preocupada por él desde que se fue.

—¿Quién más queda? Shanyi, Drian…

—Iskánder, ustedes dos —dijo Mihaí y señaló a Ilsa y a Quentin—, Enara.

—Onix —agregó Quentin—, Astor, Leyna.

—Leyna no tiene que saberlo —se apresuró a decir Ilsa.

—¿Por qué? —preguntó Mihaí—. Sería lo justo.

—Hace un rato, cuando debió saludarme por la muerte de mi padre, me amenazó por haber renunciado a los poderes del Sol. Creo que si sabe sobre lo que ustedes pueden hacer, va a querer tener ella también el acceso al subconsciente de los demás. Si me preguntan, no creo que lo vaya a usar con buenas intenciones…

—Si mi opinión cuenta —dijo Quentin—, creo que sería mejor que no lo supiera nadie más. Por un tiempo, al menos. Sin Lobo Blanco, las cosas pueden cambiar. Leyna solo respondía a él y, ahora que no está, no sabemos qué actitud pueda tomar. Tal vez solo fue un momento de enojo con Ilsa por haber renunciado a su magia y a sus conocimientos, pero no lo sabremos hasta que pasen unos días y asimile la pérdida de su maestro y de Nadzia. Iskánder es bastante cercano a Leyna y su gemelo, Zelig. Incluso, va a la prisión a visitarlo en ocasiones. No me extrañaría que se lo comentara, quizás sin una mala intención, pero si ella sabe lo que le ocultamos, puede que resulte en un desastre.

—No sé, no me *parrece* justo que se lo ocultemos, cuando ella también *podrría* estar en *peligrro* si hacemos un mal uso de esta clase de hechizos —dijo Ethan.

—Será mejor que dejemos pasar algunos días —agregó Mihaí—. Todos estamos cansados, Ethan y yo bastante agotados por todo lo que quitamos de la mente de Dunayar, Ilsa por la pérdida de su padre, los demás por haber perdido a nuestro maestro.

—Mihaí tiene razón, no nos precipitemos —acordó Ilsa—. Creo que el agotamiento me está haciendo ver cosas que no son.

—En todo caso, en cuanto llegue el príncipe Verj y conozcamos sus intenciones, tal vez sepamos algo más de Leyna —dijo Quentin, que no parecía dispuesto a dejarse convencer—. Intentaré estar presente cuando llegue, si Noah me lo permite.

—Entonces hablaremos en un par de días sobre esto —dijo Mihaí—. Ni Ethan ni yo podemos intentar hacer nada por nuestra cuenta, porque ambos poseemos fragmentos de cada uno de los hechizos, y estos no sirven de nada por sí solos.

—De acuerdo. —Ethan se incorporó con algo de trabajo—. Trataré de dormir un poco, no me encuentro nada bien.

—Quédate, Ethan, te curaré —dijo Ilsa y se apresuró a quitarse los guantes.

—No es *necesarrio*, en un par de horas *estarré* bien.

—¿Seguro?

—Sí, te *harré* saber si necesito algo, no te *prreocupes*.

—Iremos contigo —dijo Ilsa—, yo también necesito descansar.

Sin más conversaciones, salieron de la tienda grande. El sol estaba dejando ver sus últimas luces del día y Quentin se preguntó en qué momento había pasado tanto tiempo. Acompañó a

Ilsa hasta la casa de Josh y ella le dijo que se acostaría a dormir, porque no tenía ánimos ni para comer, siquiera. Se regresó a su casa algo preocupado y rogando a los Astros y a los dioses, si había alguno allí en esos momentos, para que Ilsa no sufriera por demasiado tiempo. No sabía si de verdad había tomado con tanta calma la muerte de su padre o si prefería callarlo para que él no se preocupara, aunque lo mismo Quentin se sintiera intranquilo.

Cuando llegó, se tomó unos momentos antes de entrar. No sabía con qué se encontraría allí y no estaba seguro de tener demasiadas ganas de averiguarlo, porque que los dos pequeños despertaran podía ser tan alarmante como que siguieran dormidos.

Josh llegó cuando él continuaba debatiéndose entre entrar o ir por Luna para dar un paseo por la ciudad.

—¿Qué sucede?

—Nada nuevo… Solo que no sé si quiero entrar y ver gente. Me preocupa Astor y estoy molesto con él todavía. No puedo creer que sea tan irresponsable.

—Es un niño, Q, apenas tiene seis años, ¿qué esperabas?

Quentin se sentó en el banco que había junto a la puerta, y Josh se ubicó a su lado.

—Astor estudia magia desde su nacimiento y por eso fue tras ese rastro, aun sabiendo que ponía su vida en riesgo.

—No creo que recuerdes lo que hacíamos a su edad, pero estoy seguro de que no era nada que indicara una madurez desmedida. No puedes pretender que razone como un adulto a su edad, los niños no tienen sentido del peligro, no miden consecuencias.

—A su edad metimos un panal de abejas en el cuartel de la fortaleza, ¿recuerdas? —rio.

—Todavía me duele el trasero por los golpes.

—A mí los baldazos de agua escarchada, de los golpes no me acuerdo.

—Eso fue bastante cruel, ahora que lo pienso; no había necesidad de que nos bañaran en medio del patio general, con unas compresas hubiera bastado.

—Como si no hubiéramos tenido suficiente con las picaduras… Quizás pensaron que con eso dejaríamos de ser tan revoltosos.

—No sabían que el deseo de venganza era más fuerte que el miedo —rio Josh.

—No lo tuvieron en cuenta nunca, de hecho.

—Bueno, ya ves que no éramos la definición de responsabilidad, así que deja al pobre e inocente niño en paz, que lo único que hizo fue ir por la magia del Sol.

—Tan malo no debe ser, ¿no? —sonrió Quentin—. Tal vez termine matándolo, o volviéndolo un loco peligroso, pero nada de qué preocuparse.

Josh le dio un manotazo en la espalda.

—Vamos adentro, tu caótica familia te espera.

—Es la tuya también, si lo piensas —respondió sin moverse.

—Maldición, yo solo vengo por la comida—murmuró y volvieron a reír.

—Y porque Ilsa está en tu casa.

—Cierto… Creo que vamos a tener que armar una tienda en el jardín de mi casa, porque me parece que no encontremos dónde dormir esta noche.

Quentin contó con los dedos.

—Dunayar, Eric, Ara, Ethan, Astor, Noah, Enara, tú, yo… Me sobran personas y me faltan camas, sí. Veré qué tal están las cosas e iré por una tienda.

—Nada como acampar en el jardín.

—Es un maldito chiquero —se quejó Quentin

—Deja de llorar…

—Le diré a Noah que dormiremos en la tienda grande.

—No seas ridículo —rio.

—Hace dos noches que no duermo y ni siquiera hay posadas aquí.

—¿Y la que Ilsa construyó?

—Es un burdel.

—Entonces dormiremos bajo la luz de las estrellas, tú y yo, mi adorado Quentin. —Josh lo abrazó y Quentin luchó para quitárselo de encima.

—¿Con mi hermano, Josh? —Ara abrió la puerta y los miró, con el ceño fruncido y ambas manos en la cintura—. ¿Es en serio? Te hubieras buscado a alguien más guapo, al menos. —No fue capaz de aguantar la risa por demasiado tiempo.

—Dijo la princesa del establo. —Quentin sabía que le caería un golpe de algún lado, por lo que contrajo todos sus músculos. Una sorpresiva patada en el muslo, sin embargo, le hizo sentir que una descarga eléctrica le recorría la pierna entera—. Por todos los cielos. —Se alejó rengueando y Josh rio—. ¿Eso fue una patada? No sabía que tu pie llegara tan alto, si apenas mides medio metro.

—Todavía estoy esperando encontrarte en el campo de entrenamiento, pero huyes como rata cada vez que me ves llegar.

—Es que apestas, hermanita —dijo frunciendo la nariz.

—Dunayar acaba de despertar. —Noah se asomó por la puerta. Quentin regresó enseguida, todavía sobándose la pierna, y entró a la casa detrás de su hermano, no sin antes chocar contra Ara de pasada.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó en voz baja.

—Onix está con ella, pero no le habla para no asustarla. Ve a verla.

Asintió y se apresuró a llegar al final del pasillo. Dunayar estaba sentada en la cama sonriendo con normalidad.

—¿Cómo te sientes?

—Bien, creo. Tuve un sueño de lo más raro, señor. Soñé que era una mujer maga —rio—. Fue muy lindo… aunque a veces sentía miedo.

—¿Te duele algo?

—La magia es hermosa, señor —respondió distraída, como si no lo hubiera oído—, y se pueden hacer muchas cosas con ella.

—Es cierto, te lo dije una vez, ¿recuerdas?

—Recuerdo que era alta, en mi sueño, y llevaba muchas pulseras de plata. Tenía bonitos dibujos en la piel y mi cabello era largo.

—*¿Ha dicho algo más, aparte de hablar de su sueño?* —preguntó a Onix.

—*Soñó que era Nadzia, cachorro.*

—*¡Maldición!* —dijo y se dio cuenta de que Dunayar se había referido a las pulseras y tatuajes de Ilsa.

—Vendré enseguida. —Eric se puso de pie y dejó la habitación. Quentin asintió y se sentó a los pies de la cama.

—¿Hiciste algo en tu sueño?

—Hacía magia. Muchas figuras de luz en el aire —sonrió; sin embargo, su rostro se volvió triste enseguida—, aunque alguien llegó y me arrebató la magia, borró todas mis habilidades y ya no pude hacer nada más. Gracias a Efos que desperté, porque me sentía muy mal. Me da gusto saber que soy yo de nuevo —volvió a sonreír.

—Era solo un sueño, no debes preocuparte. ¿Tienes hambre?

Dunayar se tardó un poco en responder y, cuando lo hizo, habló en voz baja.

—¿La señora Enara hizo galletas?

—Siempre hace galletas, gracias a los dioses —sonrió—. Iré a buscarte algunas.

—Gracias, señor.

—*¿Crees que Nadzia esté en su mente?* —preguntó a Onix ni bien dejó la habitación.

—*No. Estuve observando en su interior y no hay nada extraño. Sin embargo, tendremos que estar atentos a ella.*

—*La traeré a casa más a menudo para que puedas verla.*

—*Me parece bien. No la dejes ir por hoy. Pon alguna excusa, quisiera estar pendiente de ella.*

—*Cuenta con eso.*

Quentin tomó el frasco en el que Enara guardaba las galletas y estaba por regresar cuando su cuñada lo detuvo.

—¿A dónde vas con eso?

—Le llevaré a Dunayar.

—Usa un plato, por todos los cielos. Como si no fuera suficiente con el barro, también tendré que lidiar con las migas. —Enara le quitó el frasco de las manos—. Yo me encargo, ve a ver a Eric, está afuera.

Quentin asintió y se largó, antes que volviera a regañarlo como a una criatura. Pero regresó sobre sus pasos enseguida, porque era extraño que lo tratara de esa forma.

—¿Te encuentras bien, Enara?

—¿Y tú qué crees? —preguntó al borde de las lágrimas. Quentin recuperó el frasco y lo puso sobre la mesa—. La casa llena de gente, Astor inconsciente y volando de fiebre, Ethan enfermo, Ilsa de duelo, Noah agotado… —Enara suspiró y aceptó la silla que Quentin le acercó —. Y no sé donde mierda vamos a dormir todos esta noche.

—Tranquilízate, nos acomodaremos. Ara, Josh y yo armaremos una tienda, no te preocupes. A Eric también lo haremos dormir afuera, y tú podrías dormir con Dunayar, si no te molesta.

—Es invierno, ¿cómo van a pasar la noche afuera?

Quentin levantó una ceja.

—¿Y dónde crees que pasamos la noche cuando tenemos guardia? Estamos acostumbrados, no te preocupes.

—Tendríamos que haberle permitido a Ilsa hacer una casa mucho más grande, porque esta ni siquiera es suficiente para nosotros. ¿Dónde está Ilsa, por cierto? —preguntó, alarmada—. Hace horas que no la veo.

—En casa de Josh, se quedará allí por hoy, o hasta que se sienta mejor.

—Pobrecita, llévale algo para que cene —se incorporó y caminó hacia la alacena.

—Dijo que dormiría, no te preocupes. —Quentin la tomó de los hombros y la llevó a la silla, de nuevo.

—¿Fuiste a verla?

—No hace mucho que la dejé allí —sonrió—. Estamos bien, no es necesario que te preocupes por todos.

—Pero…

—Quédate allí y descansa. Nosotros nos encargaremos de nosotros mismos, de las tiendas y de nuestra cena; tú ocúpate de Noah, si quieres, que si es por él, se pasa una semana entera sin comer y sin dormir.

Enara sonrió.

—Es muy descuidado.

—Sí, hay que estar atento a él, porque cuando se obsesiona con algo, se olvida de todo lo demás.

—Es cierto…

—Dile que puede usar mi cama, si quiere. Yo pasaré la noche con los demás. —Quentin abrió el frasco de galletas y, en esa ocasión, tomó un plato para poner algunas de ellas—. Le llevaré esto a Dunayar, que debe estar esperándome. Después de hablar con ella, iré a ver a Eric.

—Ve a verlo, mañana hablarás con la niña, cuando todos estemos descansados y un poco más tranquilos. Ella está bien, tan solo cree que durmió un rato, así que no la preocupemos con preguntas e inquietudes que desconoce.

—Sí, tienes razón. Te veo mañana, entonces —sonrió—. Tómate las cosas con calma, ¿sí? Todo estará bien.

4

—*Quentin, ¿ya despertaste?*

La voz de Ilsa en su mente le hizo entreabrir los ojos. No sabía dónde se encontraba ni qué momento del día era. Había mucha claridad, se oía el bullicio de la ciudad en movimiento y el canto de las aves. Frente a sus ojos, algunos rayos de sol creaban líneas de luz en la tela de la tienda.

—*No del todo* —respondió—. *Buen día.*

—*Buen día, zvezdary fratge´n.*

El catre se quejó cuando Quentin se acomodó entre las mantas, dispuesto a quedarse acostado un rato más. Cerró los ojos y casi vuelve a dormirse de nuevo, pero de pronto recordó todo lo que había ocurrido en los días previos y se sentó, alarmado.

—*¿Cómo te encuentras?* —Buscó su ropa entre las mantas y comenzó a vestirse—. *Perdón por haber dormido tanto.*

—*Descuida, estoy bien. Recién llego a tu casa, estoy desayunando con Enara.*

—*¿Cómo te sientes?*

—*Mejor de lo que hubiera imaginado, es hermoso estar sola en mi mente otra vez.*

—*Cuánto me alegra saberlo.* —No sabía si era apropiado preguntarle por su padre tan pronto y de esa forma. Lo pensó por algunos instantes, mientras se vestía y al final decidió no hacerlo—. *Iré enseguida* —dijo mientras se ponía las botas—. *¿Astor cómo se encuentra?*

—*No ha despertado todavía, pero ya no tiene fiebre.*

Quentin dejó la tienda y entró a la casa de Josh, para asearse. Sentía un desierto dentro de los ojos y el agua fresca, sin dudas, aliviaría la irritación.

—*Eso es grandioso.*

—*Dunayar se fue con Santoro. No querían molestar y además la niña estaba bien. Onix no tuvo problemas en dejarla ir.*

—*Estupendo* —dijo antes de caminar hacia su hogar. Al llegar vio a Ilsa, a Enara y, también, a Ethan sentados frente a la mesa. Su hermano se veía como siempre, sin ojeras ni cansancio, y Onix dormía panza arriba frente a la chimenea; alguien había puesto un almohadón en una caja de madera para él. Ronroneó cuando Quentin lo saludó, pero no se movió de su lugar, lo que era algo normal en el felino. Sonrió al sentir que las cosas, de a poco, comenzaban a verse mejor.

Después de desayunar, Ethan dijo que iría a hablar con Iskánder para que lo tuviera en cuenta para las guardias, ya que no iba a regresar a Erjathá por un tiempo, al menos.

—¿Irás a entrenar? —preguntó Ilsa y Quentin asintió—. Iré contigo, entonces. Me gustaría aprender a hacer algo.

—¿En serio? —preguntó sin poder ocultar su asombro. Ilsa lo mencionó varias veces antes, pero nunca lo acompañó.

—Sí, ya no tengo a Nadzia, no corres peligro —sonrió y Quentin comprendió por qué jamás fue con él—. ¿Quieres venir con nosotros, Enara?

—No, yo no —respondió, algo nerviosa.

—¿Por? Será divertido —dijo Ilsa—. No sé hacer nada, así que aprenderemos juntas.

Quentin comenzó a recoger la mesa.

—Acompáñanos.

—No puedo, chicos.

—¿Por qué? ¿No te gusta? —preguntó Ilsa.

—Nunca lo intenté, pero no puedo hacerlo —dijo y se llevó la mano al vientre. A Quentin se le resbaló de las manos la bandeja y las tazas y platos que llevaba se estrellaron en el piso. Ilsa se sobresaltó y gritó de alegría antes de abrazarla.

—Voy a ser tío —murmuró desde el mismo lugar, sin mover un músculo más que el necesario—. ¿Cuándo…?

—¿… Nacerá? —continuó Ilsa.

—A fines del invierno o principios de la primavera.

—¡Cómo nosotros! — exclamó y volvió a abrazarla.

—Falta muy poco —balbuceó Quentin—. Tenemos que anunciarlo y…

—No lo haremos —aseguró Enara—. No quiero que se sepa. Islery no me dejará en paz y si sabe del bebé, temo que le haga daño. Después de que nazca nos iremos a Erjathá, si las cosas por acá siguen igual. Ya lo hablamos con Noah y es lo mejor para nuestro bebé.

—¿Y si atacan Erjathá?

—No voy a ir a Tesar, si es lo que pretendes, Quentin.

—Villa Chester —dijo Ilsa—. Es lindo allí y el invierno no es tan duro como en mi país.

—Pensamos en Ciudad Naga, también. Cuando llegue el momento lo decidiremos, pero por ahora Pyebra es la principal elección, porque no queremos que el primer invierno del bebé sea tan intenso. Morrau está en calma con el señor Bohn en el trono y el ejército pyebrano parece haber olvidado Erjathá, así que esperemos que las cosas continúen así.

—Drioed-ta —dijo Quentin e Ilsa sonrió.

—En ningún lugar del mundo estarán más seguros que allí. Mi padre tenía una mansión en las afueras y pueden ocuparla mientras estén en la ciudad. ¡Onix!

—Ya escuché —respondió y se sentó en su cajón—. Iré con Enara y su cría cuando sea el momento. Drioed-ta es una ciudad como lo eran todas en la Antigua Era, donde la magia está presente en cada esquina. Leyna, Hija del Viento del Sur, y Rivka, Señora de las pesadillas…

—¡Vaya, me encantan los nombres que elegían! —exclamó Ilsa.

—No los elegían ellos —dijo Onix—. La gente lo hacía cuando alguno de sus rasgos destacaba.

—¿Y por qué mi padre era Lobo Blanco?

—Porque era feo como pegarle a un cachorro, tenía una nariz enorme y puntiaguda y, además, una blanca melena salvaje. —El felino parecía divertido e Ilsa se largó a reír.

—Quentin ya tiene apodo…

—Que espero que cambien pronto…

—… pero los demás no. ¿Cómo crees que los llamarán?

—Es muy pronto para saberlo. Rivka no se convirtió en la «Señora de las pesadillas» en sus primeras batallas, sino que pasaron varias decenas de años hasta que consiguió su fama. Y debo decir que los bardos tesarianos tenían mucha inventiva; ellos eran generalmente quienes apodaban a nuestros magos y se encargaban de cantar sus creaciones en todos los rincones de Thoria. Los de los demás países nunca lograron igualar su creatividad, y a veces los magos contrataban los servicios de alguno de nuestros músicos para que hiciera un trabajo decente. De todas formas, el común de los magos de otros países llevaba su nombre de nacimiento y nada más, los apodos no cobraban fuerza de la misma manera que en Tesar.

—¿Y tú? —preguntó Enara.

—Yo me movía en las sombras. En el bolso de Lobo Blanco o en el de Mano de Fuego. El

mundo conoció mi dragón negro, pero nunca supieron quién lo manifestaba. Los animales lo teníamos difícil y muchos inocentes morían en vano cuando creían que un gato o un perro de determinado color era mago. Se desataban cacerías descomunales y, por eso, nos enseñaban a ser discretos con el uso de nuestros poderes.

—Es bastante interesante conocer cómo eran las cosas en la Antigua Era, gracias Onix. —Quentin se puso de pie—. Tengo que ir a entrenar, aunque me quedaría oyéndote todo el día.

—En mis tiempos, los niños no abandonaban la mesa hasta que los adultos se lo permitían —dijo Onix y Enara rio.

—No soy un niño y tengo responsabilidades.

—Qué vergüenza. —Onix se enroscó en sí mismo y les dio la espalda.

—¡Lo ofendiste! —Ilsa corrió hacia él y lo acarició.

—Tampoco es tan difícil hacerlo…

—Quentin —protestó—, ¿por qué eres así?

—¿Así de ocupado? Por todos los cielos… —Quentin fue a su habitación a buscar sus armas. Parecía que se habían puesto de acuerdo para regañarlo y tratarlo como a un crío—. Ya tengo que irme, ¿vienes?

—¿Y qué hay de Onix?

—Vive ofendido, Ilsa. Cuando regresemos ya se habrá olvidado.

—Yo me quedaré con él —dijo Enara divertida—. No te preocupes.

Ilsa le dio un beso en la cabeza a Onix y Quentin puso los ojos en blanco cuando ella comenzó a hablarle en tesariano. El felino se levantó y se restregó en sus manos, ronroneando, hasta que Ilsa se incorporó.

—¿Por qué a él sí le hablas en tesariano? —murmuró, algo ofendido, cuando salieron y ella le tomó la mano.

—No sabía que querías que…

Quentin sonrió de lado y levantó una ceja.

—¿En serio?

—*Shrakjta*, Quentin. —Ilsa se cubrió el rostro con las dos manos y él se largó a reír—. Estamos en la calle, no digas esas cosas.

Quentin se detuvo y le tomó las manos para poder verla. Tenía las mejillas encendidas y sus ojos evitaban mirarlo, por lo que no lo vio sonreír.

—Es muy satisfactorio verte avergonzada, para variar. —Levantó su mentón y se acercó para besarla, pero Ilsa le puso un dedo sobre los labios.

—Estamos en la calle —se quejó.

—¿Desde cuándo te incomoda? —Se sintió algo confundido por su repentina timidez.

—No me incomoda, solo que me dan ganas de encerrarnos en casa de Josh y que se joda el entrenamiento.

Quentin se largó a reír, aunque fue él quien se sintió abochornado en esa ocasión.

—Por los dioses, Ilsa…

—Ya estamos a mano —guiñó un ojo y comenzó a caminar.

—Es un poco extraño que seas tú misma de nuevo, ¿cómo te sientes?

—Increíble —sonrió—. Extremadamente liviana, pero triste por mi padre y por lo que hizo… No por haber decidido quitarse la vida, sino por lo que hizo conmigo. Condicionarme de esa forma, atarme a sus decisiones y a sus órdenes, hacer una maldita biblioteca en mi cabeza… Ahora, culpa de eso, Astor está inconsciente y Dunayar… No creo que haya salido ilesa del todo, estoy segura de que en algo le afectó saber lo que yo sabía.

—Ethan y Mihaí se encargaron de ello, estoy seguro de que Dunayar estará bien.

Ilsa hizo una mueca, desconfiada.

—Hasta que no pasen varios días en los que podamos ver si de verdad es la misma de siempre, no voy a estar tranquila. No me creo eso de que Nadzia haya desaparecido, no creo que se haya ido así como así… Era una persona más, ¿comprendes? Y, digan lo que digan, para mí está en algún lugar. Con Dunayar o con Astor.

—Si es así, espero que no sea en Astor, porque no quiero imaginar el desastre que puede hacer si se apodera de él. —Quentin hizo silencio al recordar la profecía que escuchó el día en que su hermano llegó al mundo y un escalofrío le recorrió el cuerpo—. Por los dioses, que no esté en Astor —murmuró. Ilsa le tomó la mano.

—Espero que no esté en ninguno de ellos, pero, si está en alguien, también prefiero que esté en la mente de Dunayar. Pobrecita. No debería decirlo, pero Astor es muy poderoso y Nadzia, si aún existe, estará más que enojada.

—No nos precipitemos —dijo con toda la naturalidad posible, aunque sentía que el mundo se había vuelto negro por completo—. Tenemos un entrenamiento por delante, Dunayar está bien y Astor… Bueno, inconsciente, pero al menos está vivo. Intentemos llevar esto lo mejor posible, mientras dure la poca paz que nos conceden los Astros.

—Vaya —rio—, ¿qué sucede contigo?

Quentin la abrazó y la besó, en mitad de la calle, entre la gente, sin importarle quién pudiera verlos o qué pudieran decir.

—Estoy feliz, Ilsa. Un poco feliz, al menos. Sé que todo es un desastre, pero tú eres mi Ilsa de nuevo. Tuve mucho miedo de perderte desde que Nadzia apareció. Casi te pierdo por completo, de hecho, pero regresaste a tiempo.

Ilsa puso las manos en sus mejillas.

—No hay poder en el mundo que pueda alejarnos —dijo y volvió a besarlo—. ¿Y si nos salteamos el entrenamiento?

Quentin la miró con el ceño fruncido.

—¿Crees que *reznic* es solo una leyenda? —Ilsa rio, pero Quentin continuó serio—. ¿Crees que esta maldita obra de arte se mantiene en forma por estar holgazaneando? No, señorita. Entrena a diario, varias veces al día en lo posible. Así que, vamos.

Quentin comenzó a caminar e Ilsa lo siguió, algo desganada.

—¿De dónde sacas tantas energías para entrenar tanto? Yo viviría agotada…

Se dio vuelta para mirarla, mientras continuaba caminando hacia atrás.

—¿De verdad quieres que te responda? —preguntó pensando en que, en esos momentos, la oferta de encerrarse junto a ella en casa de Josh le parecía muchísimo más tentadora que ir a entrenar.

—Esa sonrisa tuya ya me respondió, por todos los cielos —dijo con una vergüenza inusual en ella y Quentin volvió a reír.

—Quien pregunta, debe poder ser capaz de enfrentar las respuestas. Vamos, antes de que acepte tu invitación.

Dunayar regresó a su tienda y se acostó. Le dolía la cabeza desde la noche anterior, y apenas si fue capaz de dormir un rato en casa del señor Quentin. Tenía miedo, pero no podía explicar a qué o por qué. Estaba aterrada, peor que cuando dejaron Ahrbak Ardhal. Al menos en aquellos momentos tenía un motivo justificado. Vio cuando un soldado degollaba a su padre y cuando otro violaba a su madre. Los escuchó. Cada gemido de agonía o de placer, cada

murmullo, cada paso que dieron. Sintió el pánico atenazarle los músculos y paralizarle la razón, pero sus sentimientos se debían a lo que los soldados pyebranos hicieron. El miedo tenía rostro o, al menos, una forma definida.

Sin embargo, desde la noche anterior el miedo no tenía explicación. Solo era una angustia que se abría paso en su interior y la mantenía en un constante estado de alerta. Creyó que, a la luz del día, las cosas serían mejores, ya que hacía meses que no dormía por la noche, pero su temor no la dejaba en paz. Por momentos parecía apaciguarse, le daba tregua por unos minutos, pero cualquier sonido que los soldados hicieran al pasar cerca de su tienda, le disparaba el corazón. Su cuerpo se bañaba en sudor y su respiración se agitaba hasta marearla. Tenía que sentarse y quitarse las mantas de encima para poder volver a la calma.

Después de la tercera vez, decidió largarse de allí, buscar compañía o ayuda. Algo. Cualquiera de las dos.

Se quitó las ropas empapadas de sudor y se enjuagó el cuerpo con un paño húmedo. Tiritaba de frío y los dientes le castañeteaban, pero sentía mucho calor por dentro, como un intenso fuego que amenazaba con consumirla. Pensó que sería una buena idea refrescar su piel, pero se equivocó, ya que lo único que logró fue empezar a estornudar.

Se apresuró a secarse y eligió un bonito vestido de seda blanca, decorado con rosas de cinta de color celeste pálido. Según la señorita Ara, el celeste se veía bien en ella y tenía muchas prendas de ese color, aunque también de otros, porque mencionó que no era aconsejable tener un guardarropa de un solo tono… lo que sea que eso significara. Unas botas de cuero, acolchadas por dentro, vistieron sus pies y se colocó encima una capa negra de piel de… no recordaba. Pero era abrigada y su favorita de todas las que tenía, que eran varias. Tenía capucha y, si llovía, no se mojaría. Aunque hacía un par de días que había sol y eso siempre era bueno.

Dejó la tienda y caminó hasta la orilla, donde la sanadora tenía su carro. Eric había empezado a relacionarse con ella y, no sabía si porque el hombre se lo pidió o por qué, la amable señora le daba algunas tareas a Dunayar y un par de monedas de cuando en cuando. Sus labores comprendían lavar tazas, mantener el fuego de la estufa, tener siempre la tetera con agua caliente, y a veces llevar alguna poción o atado de hierbas a ciertas personas. No era nada difícil y la mujer era agradable. Hablaba poco con ella y, a veces, ambas bebían té en los almohadones, lo que a Dunayar le fascinaba porque se sentía como una muchachita adulta, de esas que iban a consultarle sus penas de amor con la sanadora.

—Qué gusto verte bien, Dunayar —dijo la señora ni bien abrió la puerta—. Supe que tuviste un incidente con los magos.

La mujer le hizo una seña para que entrara y Dunayar subió los escalones y traspasó la puerta.

—No fue nada, solo fui golpeada por un rayo de luz, señora. Me duele un poco la cabeza, pero eso es todo. —Dunayar se quitó la capa y, cuando la sanadora la tomó para colgarla en el perchero, estornudó. La niña se asustó por lo ruidoso que fue y se giró para mirarla; otro estornudo hizo sobresaltar a la mujer y su rostro pareció arrugarse más allá de lo posible. Dunayar se asustó todavía más. La sanadora abrió los ojos y la boca para respirar y le pareció que sus pupilas brillaban, rojas como brasas. Otro estornudo y uno más.

—¿Qué sucede? —preguntó Dunayar—. ¿Se encuentra bien?

—¿Estuviste con un gato?

—Sí, en casa de…

—Vete, me dan alergia y pronto no podré respirar —dijo y le devolvió la capa.

—Señora, perdón —murmuró.

—No es tu culpa. —Estornudó de nuevo y su rostro volvió a verse extraño, apergaminado y horrible—. Solo, sacude tu ropa antes de regresar.

—Perdóneme.

—No es contigo. Son los malditos gatos.

Dunayar salió del carro y se quedó parada afuera por un rato, pensando en qué debía hacer. Si buscar a Eric para decirle lo que acababa de ocurrir, si quemar su capa en la próxima fogata que viera, si debía buscar compañía en casa del señor Quentin o si tenía permitido echarse a llorar. Y no solo quería llorar por haber puesto en esa situación a la sanadora, sino por lo terrorífica que se veía cuando esta estornudaba.

«Si las pesadillas tuvieran rostro, sin dudas se verían como la sanadora antes de estornudar» pensó. Se alejó corriendo de allí y cruzó el puente. Santoro estaba ese día en la parcela que el señor Gobernador les dio y ya habían comenzado a construir, así que decidió que sería mejor quedarse con él antes que regresar a su tienda.

5

En algún lugar de la selva pyebrana

Tenía la mirada fija en el conejo que estaba asándose. Aun así, apenas si era capaz de procesar lo que hacía. Actuaba de forma automática, sin ganas, y solo se movía si era estrictamente necesario. Como para alimentarse, por ejemplo, aunque fuera una vez cada varios días, cuando el hambre parecía perforarle el estómago.

Había perdido tanto peso, que Tino era apenas reconocible. Su cuerpo robusto y musculoso era cuero y hueso; tenía el rostro sumido, poblado de una barba tupida y desprolija. Su cabello enmarañado estaba adornado por hojas secas, insectos y telarañas; su ropa estaba sucia y hecha jirones y hacía meses que no pronunciaba una palabra. Así y todo, Tino nunca pensaba en eso. No pensaba en nada, mejor dicho. Solo estaba sumergido en un limbo gris, donde no existían los colores, ni los sonidos, ni los pensamientos. Si alguien se hubiera presentado ante él, no hubiera sabido responder cuánto tiempo había pasado desde la última vez que hizo algo. No tenía idea de cuándo dejó Erjathá, ni de cuánto hacía que no veía una persona. Tampoco sabía cuándo había pensado por última vez, porque incluso eso era mucho esfuerzo para él.

No le molestaba el calor, ni la lluvia, ni los insectos. A veces, el rugido de algún animal grande, pero no se tomaba el trabajo de identificarlo, tan solo desaparecía y volvía a otra parte de la selva, sin preocuparse de en dónde sería. Su mente lo llevaba a cualquier lugar en el que una vez estuvo y no se molestaba en diferenciar peligros de lugares seguros. Una vez, incluso, apareció en su habitación y estuvo a punto de marcharse, pero decidió ver cómo se encontraba su hogar. Se veía bien, estaba limpio, aunque vacío. Sobre la mesa había comida, acompañada de una nota de Shanyi que decía «Te estaba esperando». Quizás esa fue la última vez que pensó, y no le gustó hacerlo, porque se preguntó si ella iba todos los días a su casa con la esperanza de volver a verlo, si se tomaba el tiempo de hacer el aseo a diario, si mantenía las plantas regadas y libres de maleza para que cuando él volviera se encontrara con algo de normalidad. Sin tocar ni una fruta siquiera, se largó de regreso a la selva. Tino se conformaba con… respirar. Eso le bastaba, sí.

Sin embargo, ese día sintió y sentir lo puso en alerta. Un cosquilleo dentro de su cabeza, como el aleteo de una polilla. Incómodo, persistente.

Se puso de pie y se dio cuenta de que no quiso hacerlo, pero se le ordenó que lo hiciera. Se dio cuenta de que su cuerpo se convertía en energía y desaparecían el calor y el sonido de los insectos. Notó que, cuando volvió a sentir, estaba en una habitación desconocida. Hacía frío, demasiado para su gusto, y se oían voces provenientes del exterior.

Golpeó la puerta y esperó, con sus poderes al alcance de una palabra, por si se encontraba con un desconocido.

Nunca se hubiera imaginado ver a Ilsa del otro lado y sonrió, porque lo único que podía hacer al ver un rostro conocido, era sonreír. Era más bella de lo que recordaba y le produjo el mismo impacto que la primera vez que la vio. Se avergonzó al saberse tan descuidado y se llevó la mano a las mejillas. Sus dedos se encontraron con una barba sucia y apestosa que le ocultaba la mitad del rostro.

—Perdón por traerte así, Tino. Me da mucho gusto volver a verte.

—¿Tú…? —De su garganta salió un graznido ronco y carraspeó antes de hablar otra vez—.

¿Tú me trajiste?

—No. Ven, puedes tomar un baño y luego hablaremos.

Ilsa le hizo una seña y él la acompañó. La casa se veía nueva, pequeña y parecía no haber nadie más allí.

—¿Quentin?

—Esperando por verte, pero no queríamos molestarte… Tanto, al menos —sonrió otra vez —. Por eso estoy sola aquí, para que podamos hablar tranquilos. Sé que no nos conocemos, pero también sé que a veces es más fácil contarle a un desconocido sobre nuestros problemas. Luego puedes irte, si quieres, aunque sería mejor si te quedaras.

Tino asintió y entró al cuarto que Ilsa le había señalado. Encontró una bañera con agua caliente, ropa seca y limpia esperándolo y no pudo negarse. Había tijeras y navajas, también, por lo que pensó que ya era hora de quitarse toda esa horrible e incómoda barba, que no le había molestado hasta ese momento.

—*Ya llegó. Está aseándose* —dijo a Quentin.

—*¿Cómo se encuentra?*

—*Aparte de sucio y descuidado, asombrado y confundido. No hablamos nada, pero preguntó por ti. Cuando sepa algo más, te lo diré. No sé si querrá ver a sus padres o a Ethan, no quise abrumarlo con demasiadas cosas, es mejor que vayamos con calma, así no se asusta.*

—*¿Y si no quiere quedarse?*

—*Tenemos que respetar su decisión, Quentin. Demasiado hicimos en traerlo en contra de su voluntad. Por mi parte, intentaré que se quede el tiempo suficiente como para que podamos conversar sobre cómo se siente y para poder decirle lo que ocurrió aquí. El resto está en sus manos.*

—*Se los diré a los demás. Avísame si necesitas algo.*

—*Tenemos leña, agua y comida para no tener que salir en dos días, no te preocupes, zvezdary fratge´n, estaremos bien.*

Ilsa puso la tetera sobre la chimenea y esperó hasta que el agua hirvió. Preparó dos tazas de té y siguió esperando. Pensó que Tino se había marchado, pero no fue a preguntar. Respetaría sus tiempos aunque los nervios estuvieran torturándola desde que la puerta se cerró.

El té se enfrió, y volvió a hacer más, pero nada cambió. Agregó leña a la chimenea, encendió un par de velas cuando el anochecer comenzó a llevarse la luz del día y, cuando estaba a punto de dejar la casa, oyó que salía del cuarto de baño. Esta vez se veía casi como el Tino que había conocido, aunque mucho más delgado.

—Perdóname, no me di cuenta de que pasé tanto tiempo allí.

—No te preocupes. Sé que esto es difícil para ti. Volver… Sé también que no querías hacerlo.

—No lo sé… Ni siquiera sé si quería. ¿Dónde estamos?

—En Sitnor Ciudad Capital. Aunque no es la capital que conociste. A esa tuvimos que abandonarla porque… la llenaron de Indignos.

—¿Cómo que la *llenaron*? Espera… —Tino se masajeó la frente—. ¿Sabes hace cuánto tiempo… me fui?

—Medio año, días más, días menos…

—Vaya. Eso es mucho tiempo para olvidarse del mundo. —Se sentó frente a Ilsa y ella le sirvió té—. Dime todo lo que ocurrió en este tiempo, Ilsa, por más doloroso e incómodo que sea. No me ocultes nada, ni sientas que me dañarás diciéndomelo. Solo… quiero saber qué sucedió.

—Ajác las hizo para ti. —Ilsa destapó una bandeja con galletas.

—¿Mi madre? ¿Cocinó? —preguntó asombrado y, luego, sonrió—. Eso es nuevo… Nunca le gustó hacerlo.

—Tal vez, solo le gusta hacer galletas —encogió los hombros.

—Lo dudo, nunca la vi hacer nada de eso… Mi padre era quien cocinaba.

—Entonces las hizo para ti —dijo y Tino sonrió—. Come, mientras te cuento, porque han sucedido tantas cosas que me llevará bastante tiempo.

—No tengo nada mejor que hacer… —Tino bebió un sorbo de té—. ¿Mi padre…? ¿Está bien?

—Está bien, sí —respondió y Tino suspiró aliviado—, esperando, como todos, a que estés preparado para verlos.

—Cuando gustes. —Tino volvió a sonreír, se acomodó en la silla y le hizo un gesto con la mano, invitándola a hablar.

Ilsa comenzó a contarle lo que ocurrió en la antigua capital de Morrau, de lo que sucedió con Naga y con Quentin esa noche y de cómo habían sido los días siguientes. Le habló de Ahrbak Ardhal y de Reda Almairon, de lo que Shanyi hizo en Erjathá tras la muerte de Ajhmet y de lo que le ocurrió a Quentin en su viaje con la reina Morgana. De Islery y lo que hizo en Garhq Tahok, del ataque a la capital de Sitnor, de la muerte de los maestros Dima y Áliza, de los Indignos y la Dama de la Cueva. De la incorporación de Leyna y de que el príncipe Verj llegaría en cualquier momento. Le habló de Nadzia, de la muerte de su padre, de que Astor fue por la magia que ella rechazó y que aún el niño no despertaba.

No había buenas noticias, más que la confirmación de que Tareq era hermano de Quentin y que había aceptado el nombre que sus padres eligieron para él, Ethan.

En varias oportunidades Ilsa quiso detenerse, para que él pudiera descansar, pero Tino alegó que llevaba meses desconectado del mundo y que ya era hora de que regresara a la vida. Quiso morir en la selva, pero su magia y su propio instinto de supervivencia no se lo permitieron. Estuvo, sin embargo, muerto por mucho tiempo al no ser capaz de no pensar en nadie más que en él mismo, en su irracional dolor y en que el mundo había dejado de tener sentido. Sin embargo, al hacerlo regresar, Ilsa le dio una nueva oportunidad.

—No fui yo, fueron Ethan y Mihaí.

—Fue tu idea, y fue tu padre quien te dijo cómo hacerlo. De no haber sido por ti, ellos no hubieran sabido que podían hacerme regresar o, tal vez, lo hubieran descubierto demasiado tarde.

—Viéndote así, yo más que una semana de vida no te doy… —Tino se largó a reír—. Pero no te preocupes, cocinaré y te alimentaré hasta que te veas decente, porque a tu madre le va a dar un ataque de nervios si te ve tan destruido.

—Es cierto, mejor aguardaré un tiempo… No mencionaste a la señora Viktoria, ¿qué sucedió con ella?

—¡Cierto! Está muerta. Islery la mató. No tenemos muy en claro qué sucedió, pero se lo dijo a Ethan cuando fueron por la espada con Indignos. La Dama mató al príncipe, pobre niño.

—Y Quentin a ella —sonrió.

—Creemos que sí, pero no tenemos la certeza. Mató a una mujer que decía ser ella, pero como la muy desgraciada puede verse como alguien más, seguimos sin saber quién era en realidad.

—Nadie la ha visto jamás.

—Salvo Islery. Pero llegar a ella es un poco difícil, de momento.

—Muéstrame Garhq Tahok.

—No te recomiendo que vayas… Islery continuó destruyendo la ciudad y no sé en qué estado se encuentre ahora. Puedes lastimarte y no es la idea.

—¿Estará en el Palacio de Las Hojas?

—No, Tino. Por Sinmá, acabas de llegar y estás hecho una ruina, no me jodas —se quejó y Tino empezó a reír—. No puedes irte sin ver a tus padres y a los demás. Al menos, gana algo de peso, o serás el hazmerreír del continente.

—¿Tan mal luzco?

—Peor que eso, ¿acaso no te viste? —rio.

—Me siento bien, aunque no parezca —dijo divertido.

—Eres igual que Quentin, por todos los cielos. La última vez, no podía ni caminar sin ayuda y ya quería ir a tragarse el mundo, ¿qué sucede con ustedes?

—Es bueno saber que eso no ha cambiado. Se me ocurren algunas cosas que podríamos hacer…

Ilsa golpeó la mesa con la mano y Tino se sobresaltó.

—Si los matan, los revivo y vuelvo matarlos, ¿me oyes?

Tino volvió a reír y era bueno verlo así, como si nada malo le hubiera ocurrido, como si hubiera podido olvidar, aunque sea por unos momentos, el tiempo en que estuvo solo y perdido. Era bueno tenerlo de regreso, aunque ella no lo hubiera visto más que un par de veces y no supiera de él más que lo que había oído decir a otros. Tino significaba mucho para Quentin y para los demás, también, y tenerlo de regreso sería una buena forma de subirles los ánimos a todos.

Otra vez esa sensación de pánico. Tan repentina y asfixiante, que le hacía dar ganas de correr, aunque nunca sabía hacia dónde podía ir. Quería irse lejos, a un lugar donde hiciera calor, donde el sol le abrasara la piel y le llenara de luz la vista. Quería ver gente, su gente, morenos, alegres, cantando o haciendo música. Y, a su vez, deseaba lo contrario. Frío, oscuridad, soledad, silencio. No podía conseguir todo a la vez, pero su mente y su corazón lo deseaban con tanta intensidad que le parecía que esas contradicciones le iban a reventar la cabeza.

Dunayar se vistió apenas el sol asomó y se fue a ver a la sanadora. Tenía que hacer alguna cosa para no pensar en esa voz que sollozaba y se quejaba todo el tiempo, a la que no comprendía ni quería comprender. Se aseguró de vestir una capa diferente, porque no quería molestarla de nuevo. Hacía más de dos días que no iba a verla, pero supuso que, tal vez, el malestar ya se le había pasado. Por si acaso, llamó a la puerta y aguardó hasta que ella le abrió. Se la veía bien y le sonrió antes de dejarla pasar. Dunayar se apresuró a ocuparse en sus tareas y dejar que la mujer atendiera a sus pacientes, que llegaban uno tras otro, todo el tiempo.

Hizo té, barrió la alfombra cuando la sanadora fue por hierbas, repasó los muebles, lavó tazas y frascos de todos los tamaños, escuchó historias de corazones rotos, de enfermedades y de dolencias varias, hasta que llegó la muchacha que había mencionado al señor Quentin la última vez que estuvo allí. Por suerte, faltaba un rato para el anochecer, y la sanadora no la despediría. Quería oír lo que esa tal Zaria decía. No le gustaba Zaria ni mucho menos el interés que tenía en el señor Quentin.

Con su acostumbrado silencio, Dunayar dejó dos tazas sobre la mesa y se marchó; sin embargo, se podían oír todas las conversaciones desde la pequeña habitación de la sanadora. Se sentó en silencio en la cama, para poder escuchar de qué hablaban.

«Conseguí la piedra» dijo Zaria y ambas estuvieron en silencio por un buen rato. Dunayar se acercó a la puerta y espió a través de las rendijas. La sanadora sostenía algo entre ambas

manos, tenía los ojos cerrados y Zaria la miraba, expectante, mordiéndose las uñas.

—Es un amuleto poderoso —murmuró la sanadora al fin y separó las manos.

—¿Para qué sirve? —preguntó sin quitarse el dedo de la boca. La sanadora susurró algo que Dunayar no alcanzó a escuchar y el rostro de Zaria se puso rojo—. ¡Ilsa! Esa maldita tesariana descarada.

—No hay nada peor para una tesariana que enamorarse, Zaria.

Las contradicciones volvieron a carcomer las entrañas de Dunayar. De repente se sentía furiosa, cuando, en realidad, estaba bastante preocupada por lo que estaba sucediendo. No entendía qué ocurría con el señor Quentin. Por un lado, él le había dicho que Ilsa era una muy buena persona, por otro Zaria no le agradaba, aunque en ese momento de confusión, despreciaba a Ilsa y simpatizaba con Zaria.

—¿Por qué lo dice?

—En aquellas frías tierras, quien se enamora pierde. Sea un matrimonio arreglado o por amor, los hombres tratan a sus mujeres peor que a un perro callejero, las ilusiones se rompen como los pastos secos al ver con la indiferencia y la brutalidad que un hombre puede tratar a quien dice amar.

—Lo que le suceda a Ilsa no es algo que me quite el sueño, señora —dijo con total desinterés en lo que escuchaba—. Además, Quentin es de Sitnor.

Dunayar golpeó la puerta, como cada vez que necesitaba salir, y la sanadora le indicó que lo hiciera.

—No me siento bien, señora, iré a mi tienda —murmuró y la mujer asintió, sin ponerle demasiada atención.

Zaria continuó hablando, sin reparar en ella, y la oyó quejarse de Ilsa y de lo que hacía.

Dunayar corrió y corrió hasta llegar al puente, lo cruzó y continuó andando hasta llegar a la casa del señor Quentin. El cielo estaba encapotado y el viento traía consigo algunas diminutas gotas de agua helada.

La señora Enara la recibió con una sonrisa y la invitó a pasar. Conversaron sobre cosas sin importancia, aunque lo único que quería era hablar con Ilsa. Al preguntar por ella, la señora Enara le dijo que estaba ocupada, por lo que aprovechó la ocasión para averiguar algunas cosas. Según parecía, a la señora Enara le caía bien y no dijo nada malo de ella. La señorita Aranza llegó y admiró su buen gusto para elegir su vestuario. Volvieron a hablar de Ilsa y, de nuevo, escuchó solo cosas buenas.

¿Qué podía tener esa piedra para que Zaria se molestara de esa forma con ella?

Cuando se dio cuenta de que anochecía, Dunayar se despidió y se dispuso a ir a donde construían su casa, porque Eric estaría allí. Sin embargo, vio a Ilsa salir de la casa vecina. Dunayar se alegró al verla y corrió hacia ella, pero a medida que se acercaba, un extraño resentimiento se apoderaba de sus ánimos. Otra vez.

Hizo un esfuerzo por controlarse y sonrió cuando la alcanzó. Ilsa no la había visto, puesto que estaba de espaldas a ella, hachando leña, y se asustó al oír a Dunayar hablar.

—¡Estás hermosa! —exclamó al verla—. Te sienta muy bien ese color, de verdad.

Dunayar no pudo evitar avergonzarse. Aunque se lo dijeran cada vez más seguido, no se acostumbraba a los halagos.

—Mentira —murmuró.

—Nunca dejes de creer que eres hermosa, ¿sí? —Ilsa se agachó y le acomodo el broche del cabello que, al parecer, se le había aflojado al correr—. No importa lo que los demás digan, tú eres la persona más hermosa del mundo y debes amarte tal como eres. Así, cuidarás de ti misma,

de tu cuerpo y de tus pensamientos, para que nadie sea capaz de hacerte daño.

Dunayar pensó que Ilsa no podía ser más encantadora y sintió ganas de abrazarla. Sus ojos grises le transmitían mucha paz y, antes que volviera a enojarse sin razón, le tomó la mano.

—Señorita, tengo que preguntarle algo.

—Sí, lo que quieras —sonrió.

—¿Sabe qué tiene el amuleto del señor Quentin?

Ilsa la miró asombrada y pestañeó varias veces.

—Es para que lo proteja de… los Indignos. ¿Tú sabes lo que son?

—Me lo dijo Eric. Por eso estamos aquí y no en la otra ciudad.

—Cuando tenía más poder que el que tengo ahora, hice un amuleto para él, para que estuviera a salvo.

—Pues ya no lo tiene, señorita.

—¿Tú cómo lo sabes? —pregunto preocupada.

—Porque trabajo con una sanadora. La señorita Zaria, la hermana del mago, se lo quitó y se lo entregó a la sanadora. Dijo que…

Quiso continuar hablando, pero no fue capaz de hacerlo. Algo se lo impedía y quería obligarla a alejarse de allí.

—¿Qué dijo?

—No… —exclamó con violencia y retrocedió al darse cuenta de que había asustado a Ilsa. Sin embargo, al mismo tiempo, sentía ganas de golpearla, de clavarle las uñas en el rostro y arrancarle la piel. Apretó las manos, porque Ilsa se acercó a ella y el deseo de hacerle daño se volvía cada vez más fuerte—. Debo irme.

Dunayar comenzó a correr y oyó que Ilsa la llamaba e intentaba alcanzarla, pero lo único que le importaba era mantenerla alejada. Se dirigió hacia el puente, de nuevo, porque no iría a ver a Eric, no quería que la viera así, tan loca, confundida y enojada. No comprendía. Ilsa era amable y simpática, no había razones para odiarla de esa forma. Sin embargo, la detestaba.

Las lágrimas le enfriaron las mejillas y dejó de correr cuando los sollozos le quitaron el aire, que entraba en su pecho como puntiagudas y frías agujas. Se chocó con unas cuantas personas en su trayecto, pero ninguno de ellos la detuvo, por lo que siguió caminando y llorando hasta que llegó a su tienda. Se tapó la cabeza con la almohada y gritó con todas sus fuerzas.

Tal vez, la luz que los magos soltaron esa noche le estaba haciendo perder la razón.

Ilsa se detuvo en medio de la calle, cuando se dio cuenta de que no podría alcanzar a Dunayar. Se quedó viéndola esquivar carretas y caballos y se preguntó qué demonios le ocurría. Al principio le pareció la misma niña de siempre, pero su cambio de actitud la confundió. Le había clavado las uñas en la mano y todavía le ardía, por lo que llevó un dedo a la herida para curarse. Sin embargo, no pudo hacerlo. No sabía cómo y la magia no le funcionaba de la misma forma que antes.

«Maldita seas, Nadzia» se dijo al darse cuenta de que había perdido la capacidad de curar cuando Nadzia desapareció. «¿Y si Nadzia está haciendo que Dunayar reaccione así?»

Maldiciendo y quejándose, regresó con Tino y le contó lo que Zaria hizo con el amuleto de Quentin.

—¿Y qué harás? —preguntó Tino, después de curar sus heridas, al verla tomar su capa otra vez.

—Arrancarle la puta cabeza —farfulló y Tino la miró asombrado—. Quédate aquí, vendré cuando termine.

A pesar de que Tino quiso detenerla, Ilsa salió de la casa pensando en dónde podría encontrar a esa malnacida.

«En una taberna, tal vez…» se respondió y sonrió, triunfal, al darse cuenta de que a los soldados les gustaba beber y sabía que Zaria bebía bastante.

Recorrió las calles y a cada paso, se sentía más molesta. No le importaba si Zaria le daba una paliza después, tan solo quería sacarse las ganas de golpearla al menos una vez. Su cuerpo estaba acostumbrado a golpear y recibir golpes, pero no su mente. No la de Ilsa, puesto que Nadzia fue quien aprendió a defenderse. Sin embargo; había entrenado un par de veces con Quentin y recordaba algunas de las lecciones de su padre Eran más desventajas que otra cosa, pero estaba enfurecida y eso debía ser suficiente.

«Haré el ridículo, pero al menos le voy a romper algo a esa imbécil».

Ilsa entró a la primera taberna que vio, aunque no había ninguno de los uniformados que conocía allí. Salió sin perder más tiempo y continuó hasta la siguiente, con el mismo resultado. Recién en el cuarto intento vio, a través de los sucios vidrios de una ventana, a Zaria. Estaba con la espalda apoyada en una columna, riendo vaya uno a saber de qué.

No se detuvo para ver con quién se encontraba, y entró con los ojos puestos en su estúpida cara, ignorando a quienes chocaba en su camino. Llegó hasta ella, la tomó de las solapas del abrigo y le asestó un cabezazo en la nariz. Zaria ni siquiera se enteró de lo que estaba sucediendo, e Ilsa aprovechó para darle un puñetazo en la boca.

—¡Se van a lastimar! —exclamó Iskánder e Ilsa vio por el rabillo del ojo que se acercaba. Se giró para ver qué hacía el mago y, al distraerse, Zaria se lanzó sobre ella. Alcanzó golpearla en un ojo y en la boca y fue tan rápida que no le dio tiempo a sentir dolor, siquiera; esta vez Iskánder tomó a Ilsa del brazo para alejarla, pero Zaria aprovechó para sujetarla de la capa y la hizo girar. Ilsa imaginó que la golpearía hasta dejarla inconsciente, porque la fuerza que tenía esa desgraciada era descomunal; sin embargo, Zaria la empujó contra la pared y su cabeza rebotó en las piedras de la chimenea.

—¿Qué demonios sucede contigo? —murmuró. Le dio satisfacción ver que dos líneas rojas caían de su nariz y tenía el labio roto.

—Le quitaste el amuleto a Quentin, ¿te parece poco?

Zaria comenzó a reír y sus dientes se tiñeron con la sangre de sus heridas.

—¿Temes que se le acabe el enamoramiento? —se burló.

—Eres imbécil de la cabeza a los pies —sonrió mientras la miraba de arriba a abajo—. Ese amuleto era para protegerlo de los Indignos. —A Zaria se le congeló la sonrisa—. Tú ya viste lo que le sucede cuando hay uno cerca de él, ¿no? Sabes bien de lo que estoy hablando.

La cara de Zaria era tanto de sorpresa como de desesperación, e Ilsa aprovechó su desconcierto para darle un codazo en la mandíbula.

—Maldita zorra tesariana —gruñó y se abalanzó sobre Ilsa, pero ella la esquivó, la sujetó del cabello y le estrelló la cara contra la pared de madera. Hasta Ilsa se sorprendió por la forma tan rápida en que su cuerpo había reaccionado y estuvo a punto de disculparse por hacerle daño, pero luego recordó por qué estaba allí: para arrancarle la puta cabeza.

Ethan vio un revuelo en el fondo de la taberna, pero apenas si le puso atención. Era normal que los borrachos se pelearan y, como había varios soldados, no se preocupó en intervenir; le dio la espalda al salón y continuó con los ojos puestos en su cerveza. No se comparaba con la suavidad de las cervezas de Pyebra, por supuesto, pero no había más opciones…

Oyó que una mujer se quejaba al ser golpeada, algo que tampoco era una sorpresa, pero a

los pocos segundos alguien se paró a su lado y le tocó el hombro.

—La señorita Ilsa. —Una mujer de rostro asustado señaló hacia el tumulto.

«Mierda».

Ethan se puso de pie y la siguió de inmediato. Vio a Ilsa peleando con Zaria, para su sorpresa.

«Tiene que estar loca. ¡Zaria la va a matar!»

Sin embargo, se equivocó al ver que la hermana de Iskánder tenía el rostro ensangrentado y más sangre se le sumó cuando Ilsa le asestó un nuevo puñetazo en la nariz.

Iskánder hizo aparecer una maraña de luces en su mano y Ethan caminó hasta ubicarse entre él y las mujeres.

—Quieto, imbécil. —Acudió a sus poderes de inmediato y lo miró serio, con toda la intención de atacarlo si no se calmaba.

Iskánder dejó su magia ir, aunque parecía estar dudando y a punto de volver a usarla.

—Va a matar a mi hermana —masculló con el ceño fruncido.

—¿Y tuviste que esperar hasta ahora para intervenir? —Le dio la espalda, tomó a Zaria del abrigo y la arrojó a un costado. Ilsa quiso ir sobre ella otra vez, pero Ethan la sujetó de ambos brazos—. ¡Detente! ¿Qué demonios sucede?

—Le voy a romper toda la puta cara, ¡déjame! —forcejeó.

—Llévate a Zaria de aquí —dijo Ethan mirando a Iskánder y batalló con Ilsa hasta que esta se dio cuenta de que ya no podrían continuar golpeándose. Ethan la arrastró hasta debajo de un farol y le tomó el rostro—. Buenos golpes te dio…

Ilsa lo apartó de un manotazo.

—Me gustaría ver cómo quedó ella —respondió, malhumorada, y Ethan sintió ganas de reír, pero se contuvo—. Tendrías que haber dejado que le arrancara la maldita cabeza.

—¿Qué pasó?

—La muy idiota le quitó a Quentin el amuleto que hice para protegerlo de los Indignos, lo llevó a una sanadora y esa inepta parece que le dijo que tenía algún tipo de… hechizo de amor —dijo y se largó a reír. Pareció que en ese momento Ilsa se dio cuenta de que sí estaba golpeada, porque hizo una mueca y se llevó la mano enguantada a la boca—. Hay que ser demasiado imbécil para creer algo así, por Sinmá.

—¿Y eso es motivo para hacer ese escándalo? Ve por el amuleto y ya, no puedes comportarte de esa forma.

—Lo que menos tengo ganas de oír en estos momentos es un sermón. Menos de tu parte —dijo y se acercó al mostrador—. Deberías haberme dejado que le sacara un par de dientes, como mínimo.

—Si no te los sacaba ella a ti primero…

—¿De qué lado estás, cabrón? —Lo miró con el ceño fruncido y Ethan rio. Ilsa meneó la cabeza de lado a lado y se dirigió al tabernero cuando este se acercó—. Una cerveza, por favor.

—No quiero más problemas aquí, ¿me oyes? —gruñó el hombre e Ilsa sonrió.

—Se lo prometo. Una cerveza y me marcho.

El hombre soltó otro gruñido y puso un jarro frente a ella.

—Hay que ser realistas, Ilsa. —Ethan buscó un pañuelo y se lo entregó en cuanto el tabernero los dejó. Ilsa, en lugar de limpiarse, se embadurnó la sangre que se escurría de su labio en una de sus mejillas—. Tienes el labio partido, un ojo hinchado, que mañana estará morado, y un par de magullones en la mandíbula.

—Le rompí la nariz —encogió los hombros. El cantinero dejó frente a Ilsa un jarro con

agua, para que se limpiara un poco mejor—. Y hubiera vuelto a hacerlo si me hubieras dejado.

—No es la forma.

Ilsa resopló, se quitó los guantes y humedeció el pañuelo para pasarlo por su mentón.

—¿Querías que le preguntara amablemente sus razones para robarle a Quentin su amuleto? No me jodas —dijo antes de llevarse el jarro de cerveza a sus lastimados labios—, lo mismo iba a terminar golpeándola cuando saliera con esa estupidez que le dijo la sanadora. Además, Nadzia me dijo que las energías de las personas se impregnan en los objetos y, si es así, Quentin va a cargar con sus… —Ilsa se quedó en blanco por unos momentos—. Maldición.

—¿Qué?

—¿Por qué razón Zaria podría estar interesada en el amuleto de Quentin?

—¿En serio quieres que te responda? —Ethan enarcó una ceja.

—No hace falta, ya me di cuenta. —Ilsa terminó su cerveza y dejó una moneda junto a los jarros—. Me regreso con Tino. Mañana iré a recuperar el amuleto. No quiero que esas personas sigan poniéndoles las manos encima a mi creación.

—Pero Quentin no lo usará.

—Nadie lo hará. Lo voy a enterrar en algún lado. Tendría que matar a esa maldita imbécil, nunca podré hacer otro amuleto así y ahora Quentin está desprotegido… —Ilsa se detuvo mientras se colocaba la capa—. Espera, Nadzia me enseñó cómo hacerlo.

—No dejaré que lo hagas sola.

—Me serviría algo de ayuda, sí. —Ilsa acomodó su capa y saludó con la mano—. Bueno, nos vemos…

—Iré contigo —dijo y terminó su trago—, no sea que Zaria esté esperándote en algún lado.

—¿Tú crees? —preguntó y se dirigió a la puerta.

—Nunca se sabe. —Caminó detrás de ella—. La golpeaste y le diste motivos… Mejor dicho, más motivos aún para odiarte.

Ilsa rio.

—Me caía bien, es una pena que tenga una nuez por cerebro. Si realmente quisiera a Quentin, pensaría en su bienestar, no en hacerle daño.

Un viento gélido les revolvió el cabello ni bien pusieron un pie en la calle; Ethan se ajustó la bufanda e Ilsa se cubrió con la capucha.

—Tal vez no quiso hacerlo, tal vez la sanadora la confundió.

—Puede que tengas razón… Espero que sea así, porque a mí me parecía una muchacha bastante agradable.

Ethan fue quien rio esta vez.

—Te vas a los extremos. ¿La conocías, al menos?

—Apenas —encogió los hombros.

—¿Qué hiciste? —Iskánder tomó a su hermana por el brazo y ella se lo quitó de encima.

—Puedo no haber tenido la culpa, ¿no? —Zaria se llevó la mano a la nariz y comprobó que continuaba sangrando.

—Claro, Ilsa te golpeó porque no hiciste nada…

No respondió, sino hasta que salieron a la calle.

—Es una maldita loca, Iska. Tiene a dos personas en su cabeza, vaya uno a saber que ideas raras se le ocurren a alguien así de desequilibrada.

—Tenía, Zaria, pero ya no. Sé que estás mintiendo y que algo hiciste.

—Déjame en paz —murmuró.

—No me gustaría revolver dentro de tu cabeza para ver qué fue —amenazó.

—No te atreverías. —Zaria se alejó de su hermano, para tomar otro camino. Quería encontrar a Ilsa y terminar con esa maldita demente manipuladora.

—Detente ahora mismo —dijo con una autoridad inusual en él, lo que, en lugar de intimidarla, solo logró molestarla aún más.

Zaria caminó hacia él y lo empujó.

—¿Qué te pasa, imbécil? —Iskánder no respondió, haciendo que se enojara más, si eso se podía. Volvió a empujarlo, pero su hermano no reaccionó, sino hasta que ella estuvo a punto de darle un puñetazo. Le sujetó la mano antes de que se estrellara contra su rostro, y la retorció hasta ponerla en su espalda.

—¿Qué me pasa? Que no voy a permitir que tu inmadurez arrastre el apellido Lavank por las lodosas calles de Sitnor —dijo en voz baja.

—Suéltame ahora mismo, Iskánder.

—¿Acaso vas a intentar golpearme? ¿Otra vez? Camina, maldita loca. —Iskánder la empujó para llevarla hacia la casa.

—Me estás lastimando —murmuró.

—Voy a lastimarte aún más si no me dices qué hiciste. ¿Sabes lo que sucede cuando un mago irrumpe entre tus recuerdos? —Como Zaria no respondió, su hermano le apretó la muñeca con fuerza.

—No, no lo sé, maldición —se quejó.

—Te lo diré, porque me gustaría ahorrarte el sufrimiento. La mente de una persona común, como tú, es como una sala con mucha cantidad de puertas. Cada «puerta» protege un recuerdo. Todo, absolutamente todo, se guarda en algún lugar. Cada nuevo recuerdo crea una nueva puerta, y estas se acumulan más y más. —Zaria quiso liberarse de su hermano, pero él la sujetó con más fuerza—. Algunas veces a la gente le es más fácil recordar ciertas cosas, pero olvidan otras. Eso es porque dichas puertas van quedando enterradas por las nuevas, pero se puede llegar a ellas. Por ejemplo, si te pido que recuerdes la primera vez que montaste a caballo, la puerta emergerá sobre las demás, se abrirá y recordarás.

—Me importa una mierda…

—Ya lo sé. Pero ahora viene lo interesante. Si yo decido buscar algo en tu mente, no sabré en qué puerta se resguarda, por lo que tendré que abrir varias de ellas hasta llegar a donde quiero. ¿Recuerdas cuando pisaste una madera que tenía un clavo y este te atravesó el zapato y se enterró en tu pie? Eso será una cosquilla comparado con lo que sentirás en tu cabeza si fuerzo uno solo de tus recuerdos.

—Suéltame, Iskánder.

—¿Quieres probar cómo se siente?

—¡Suéltame!

Iskánder lo hizo, pero la empujó para apartarla de él. Zaria se dio vuelta de inmediato, con toda la intención de golpearlo, pero se detuvo al ver que sus ojos eran grises y brillantes.

—Ya no es gracioso —murmuró, bastante asustada. Su hermano, por lo general, era tranquilo y cuidadoso; jamás discutía con nadie de su familia y rara vez tenía peleas fuera de casa, puesto que las evitaba a toda costa. En Villa Chester no había utilizado sus poderes más que para agilizar las labores de la posada cuando estaban demasiado ocupados o cuando no tenía ganas de hacer su parte y, de más está decirlo, nunca contra una persona.

—¿No? Tampoco es gracioso que estés haciendo el ridículo en una taberna, peleando como

una maldita golfa. ¿Qué mierda hiciste?

Zaria sintió un cosquilleo en su cabeza, como si tuviera a una polilla aleteando dentro, y no pudo evitar que el miedo comenzara a picarle en la parte baja de la espalda.

—No tienes derecho, Iskánder. No puedes hacer algo así.

—Soy tu maldito hermano mayor y sobre mí recae la responsabilidad de tus actos. Dime qué hiciste.

Zaria negó en silencio y retrocedió. Iskánder cerró los ojos por unos instantes y, cuando los abrió, sintió que algo explotaba en el interior de su cabeza. El sorpresivo dolor fue tan grande que no supo que su cuerpo había caído de rodillas en medio del lodazal que era la calle. El inmenso malestar le quitaba la voluntad por completo, asfixiándola, quemándola por dentro, torturándola y, cuando pareció que estaba comenzando a disminuir, una nueva punzada la arrojó de cara al barro.

Quería que se detuviera, pero no sabía cómo. No sabía si podía hablar, porque no oía nada. No era capaz de ver, escuchar o sentir más que dolor.

De repente, todo desapareció.

Zaria se sintió en un limbo donde no había más que la nada misma; sus sentidos continuaban apagados, como si flotara en un inmenso lago en calma. No pasó mucho hasta que la desesperación comenzó a apoderarse de ella, al no sentir su cuerpo, no poder ver ni oír su entorno. No sabía si estaba respirando o ahogándose, si tenía siquiera un cuerpo que pudiera morir o vivir. Gritó sin voz y se aferró a la nada sin manos, corrió sin piernas y se jaló el cabello inexistente, desesperada e inútilmente.

Abrió los ojos, al fin, y se vio yaciendo en un apestoso charco de mugre. Iskánder estaba de pie junto a ella y sus ojos, aún encendidos, la miraban sin ninguna emoción.

—Debería darte vergüenza seguir respirando, Zaria. —Le dio la espalda y comenzó a alejarse de ella.

—¡Iska! —llamó, pero él no se detuvo. No supo qué había visto, qué sabía y qué desconocía.

—*No vuelvas a dirigirme la palabra hasta que aprendas a perder*. —Oyó entre sus pensamientos la desilusionada voz de su hermano. Zaria se incorporó y tosió, como primer impulso, pero luego comenzó a llorar.

«Iska…» pensó. Le dolía más la decepción de su hermano que cualquiera de las cosas que experimentó hasta ese momento. Más que las heridas por los golpes de Ilsa, más que ver a Quentin abrazar a esa maldita zorra, más que el ataque que recibió de parte de su hermano.

Zaria se levantó y, aunque sentía el cuerpo inestable y tembloroso, se esforzó para incorporarse y comenzó a caminar detrás de él.

—¡Iska!

Iskánder era extraño y, a veces, un poco molesto. Era infantil en ocasiones, bastante inocente e idealista, pero era su hermano preferido, con quien mejor se había llevado siempre. Se sentía abandonada al verlo caminar delante de ella sin detenerse, sin que la mirara o se sintiera culpable por haberla atacado.

«¿Cuánto habrá visto?»

No tenía forma de saberlo. No podía imaginar si solo vio sus conversaciones con la condenada sanadora o si sus pensamientos o emociones también eran capaces de ser vistos. Zaria lloró con más fuerza, sintiéndose ultrajada y expuesta, vulnerada y avergonzada.

—¡Iskánder! —insistió, pero él se perdió entre uno de los callejones laterales. Zaria corrió, tropezó y volvió a irse de cara al lodo, aunque se arrastró hasta que pudo ponerse en pie y fue

tras él, pero lo había perdido. Quizás, para siempre.

Caminó arrastrando los pies, sin fijarse por donde iba, sin ser consciente de cuánto tiempo había transcurrido.

—Zaria. —Ethan llamó su atención y, al mirarlo, lo vio junto a Ilsa. Todo el resentimiento que le generaba esa maldita perra de cabello gris renació al instante. Caminó hacia ellos, incapaz de contener su enojo.

—Me arrebataste todo, ¿estás feliz ahora? ¡Todo!

—¿Qué demonios te sucede? —Ilsa no retrocedió ni un centímetro, a pesar de que tenía el rostro hinchado por los golpes, sino todo lo contrario, siguió caminando hacia ella. Ethan se puso entre medio de ambas y levantó las manos para mantenerlas apartadas.

—Esperen, no vuelvan a golpearse…

—Quítate —masculló Zaria y le asestó un golpe en el estómago a Ethan. Sin quitar los ojos de Ilsa, continuó andando. Quería arrancarle su melena plateada, sus malditas pecas, estrujarle la garganta hasta destruir su voz suave y delicada. Quería arrancarle los ojos y hacérselos tragar. Quería matarla. Acabar con ella, como Ilsa acabó con su vida, con su tranquilidad, con sus sueños.

—¡Zaria!

«Quentin».

Oír su voz hizo que su mundo terminara de derrumbarse por completo. Había deseado con todas sus fuerzas escucharlo decir su nombre, pero en otras circunstancias, con otro tono. No así, no alarmado, no enojado, sino sonriéndole, feliz de verla, de ser ella quien alegraba sus días y su vida. Quería llorar, que la tierra se abriera y se la llevara de regreso a su hogar, de donde nunca debió haber salido, o al mismísimo infierno, ya no importaba.

Ilsa aprovechó su vulnerabilidad para sujetarle el brazo y obligarla a arrodillarse en el suelo. Ya ni fuerzas le quedaban. Estaba acabada.

—¿Qué demonios…? ¿Qué sucede? ¿Estás bien? —Lo oyó preguntar, ansioso, muy cerca de ellas.

No quería mirar. No quería verlo, ni verlos juntos. No quería verlo preocupado por Ilsa, ni molesto con ella.

—Esta maldita demente… —Ilsa la soltó, pero Zaria no se movió, ni se atrevió a levantar la vista del lodo de la calle. Sintió que alguien la tomaba del brazo, para ayudarla a incorporarse.

—Ven, te acompañaré a casa —dijo Ethan y ella no tuvo siquiera la voluntad de negarse.

—Perdóname —murmuró.

6

Quentin hizo aparecer una luz titilante en su mano y la acercó a su rostro.

—Ilsa… —Tal vez, le dolía más a él que a ella ver sus heridas

—Estoy bien, no te preocupes —sonrió y un pequeño rubí nació en su labio. Quentin buscó un pañuelo y lo posó en él—. Le diré a Tino que me cure, no pienso andar dando lástima con este desastre de cara. —Comenzó a caminar hacia la casa de Josh.

—Zaria se veía peor, si sirve de consuelo, lo que me sorprende porque es bastante buena peleando.

—Me dio un poco de lástima, al final.

—No debería, después de todo, ella se lo buscó. No tenía por qué entrometerse en cosas que no son su problema.

—Una sanadora le dijo que yo te estaba manipulando con ese amuleto, no es del todo su culpa.

—Me da igual, podría haberte preguntado, o a mí, incluso, antes de arrebatármelo —dijo y, luego, agregó divertido—. Además, tú tampoco fuiste muy racional…

—Si Ethan no hubiera estado ahí, hubiera sido todavía peor —respondió algo avergonzada —. Estuvo muy mal lo que hice, también podría haber preguntado antes de darle un cabezazo en la nariz. —Quentin rio, asombrado, y ella sonrió con cierta nostalgia—. Mi padre me enseñó eso el año pasado. A mí, no a Nadzia… Fue en una de las últimas veces que lo vi animado. Según me dijo, es la mejor forma de sorprender a alguien y hacerle bastante daño, aunque luego el piso gire a una velocidad irreal.

—Por los dioses, recuérdame no hacerte enojar nunca.

—*Shrakjta*, Quentin —dijo y se colgó de su brazo, divertida—, qué ridículo puedes ser.

—Solo quería que dejaras de pensar en Zaria y en su irracional forma de hacer las cosas.

Ilsa se detuvo, obligándolo a dejar de caminar, y lo abrazó.

—¿Y qué hago con mi irracionalidad?

—No lo sé —dijo y le dio un beso en la frente—, no tengo mucho que decir al respecto, no soy el más indicado para juzgarte o aconsejarte.

—Extraño a mi padre —dijo en un suspiro, y se aferró con más fuerza a Quentin—. Aunque sé que los últimos años fueron difíciles para él y sufría más de lo que sonreía… ¿Tú los extrañas?

—También. A pesar de que ya hace tiempo que no están, cuando estábamos en la ciudad, se me hacía muy raro regresar a casa y que no estuvieran allí. Aquí es diferente, porque todo es nuevo… Las calles, las casas, los… Iba a decir edificios, pero no hay ninguno.

—*Shrakjta*, qué desastre es todo esto.

—Lo sé… Ya te lo pregunté antes, pero me gustaría saber si cambiaste de opinión. —Ilsa lo miró extrañada—. ¿No vas a dejar la ciudad? ¿Ir a un lugar más seguro?

—El único lugar seguro que se me ocurre ahora mismo es aquí, mientras me abrazas —dijo sin dejar de mirarlo y él sonrió—. Jamás me voy a alejar de ti, ya no, nunca más. Ya sufrimos mucho estando separados; vivimos meses, años, de angustia e incertidumbre. No quiero pasar, ni mucho menos que pases, por eso otra vez.

—Es que si sé que si tú estás a salvo, lejos de todo esto…

—Ahora soy como una maldita garrapata y siempre voy a estar pegada a ti, aunque no quieras —dijo sin perder la seriedad y Quentin se largó a reír.

—Eres la garrapata más hermosa de todo Thoria.

—Te besaría —sonrió apenas—, pero la cabrona esa me rompió toda la boca y duele como un infierno.

—Espero que la próxima pienses un poco mejor antes de ir a pelear con alguien —dijo y le dio un beso en la mejilla.

—En todo caso, voy a poner más empeño en mis entrenamientos, así no vuelven a dejarme así. ¿Vamos? —Quentin asintió e Ilsa le tomó la mano cuando empezaron a caminar—. Tino debe estar ansioso, le dije que saldría a golpear a Zaria.

Quentin rio.

—Entonces sí debe estar preocupado.

—No se me da muy bien mentir y estaba tan enojada, que fue imposible no delatarme.

—Garrapata enojona —dijo e Ilsa rio.

Tino ya había dejado de pasearse de un extremo al otro de la pequeña casa. No se atrevía a salir porque no conocía la nueva ciudad y no sabía dónde podían vivir sus conocidos. No había hecho una conexión mental con Ilsa, porque no le vieron utilidad, y no sabía qué hacer, más que rezarle a Efos y a Sinmá para que Ilsa regresara pronto y a salvo. Tampoco sabía quién era esa tal Zaria, pero si entrenaba con Quentin, Ilsa no lo tendría nada fácil.

Decidió salir a la calle. Al menos, abrir la puerta y mirar hacia afuera, para ver si se cruzaba con alguna cara familiar. Tal vez, alguien le podría decir algo sobre Ilsa. Se quedó parado en la esquina de la casa, batallando con el frío viento del sur, hasta que vio la familiar silueta de Ilsa y a Quentin a su lado. Al menos, venían riendo.

Tino se largó a correr hacia ellos, con una mezcla de sensaciones. Preocupado por Ilsa y, a su vez, feliz de ver a Quentin, después de tanto tiempo.

—¡Tino! —exclamó Quentin ni bien lo reconoció, y se apresuró a llegar hasta él. Lo abrazó, se alejó de él para mirarlo otra vez, y volvió a abrazarlo—. Es muy bueno verte aquí todavía. Creí que no querrías quedarte.

—*Reznic*. Estuve a punto de… —Miró a Ilsa y le vio el rostro amoratado y el labio sangrando—. ¿Qué demonios…?

—Ella quedó peor —sonrió y Tino se largó a reír.

—Por Sinmá… Ven, te *currarré*. ¿Te quedas, *reznic*?

—Si quieres…

—*Clarro* que sí, es bueno ver *carras* conocidas de nuevo.

Quentin comenzó a preparar la cena ni bien entraron, mientras Tino curaba los magullones y los cortes de Ilsa. La casa pronto comenzó a oler a caldo de verduras y estaban terminando de cenar cuando Quentin le dijo que Ethan quería saludarlo, si él estaba de acuerdo. Se sintió algo culpable al negarse, pero sería injusto para sus padres recibirlo a él antes que a ellos.

—¿Pueden hablar con Ajác o con Mihaí? —preguntó y Quentin asintió—. Quisiera ir a verlos.

Los ojos de Quentin se encendieron y, a los pocos segundos, volvieron a su color verde habitual.

—Te acompañaremos a su casa y tú regresa cuando quieras o avísame e iré por ti. Josh no volverá aquí hasta que tú te sientas bien para tener tu propia casa o decidas si regresarás a Erjathá.

—Vayan —dijo Ilsa—. Yo limpiaré aquí, mientras tanto.

Tino se puso un abrigo y salieron a la calle. Una llovizna helada y espesa parecía caer con

lentitud, como si quisiera mantener su inmaculada pureza por algo más de tiempo antes de precipitarse hacia el barro tan rápido.

—Tal vez caiga nieve —dijo Quentin. Sonreía y miraba el cielo.

—No sabía que por aquí también.

—Es poco común, pero algunas veces ocurre. ¿Cómo te encuentras?

—Mejor de lo que *esperraba*. *Crreí* que *regrresar serría* peor que no hacerlo, *perro* me equivoqué. Estar solo y *perrdido* en la selva me hizo más daño del que podría haber imaginado. Los meses se me *pasarron* sin que lo *notarra*, mientras el mundo se caía a pedazos cada vez más.

—Pasaste por mucho, Tino, no te culpes por no haber podido manejarlo. A veces, las personas necesitamos de un tiempo con nosotros mismos para reencontrarnos.

—*Perro* no me reencontré, Q. No sentía, no vivía, no pensaba. Si no *hubierra* sido porque me *trajerron* de *regrreso*, me *hubierra perrdido parra siemprre*. De no ser *porrque* pude *converrsar* con Ilsa *sobrre* lo que estuve *sufrriendo*, no *hubierra* podido nunca salir de ese infierno. Ni *siquierra* puedo *recorrdar* un solo día por completo, porque todos eran igual de *grrises* y *muerrtos*.

—¿Te quedarás?

Tino se detuvo en mitad de la calle por unos momentos. Miró hacia el cielo y vio que la llovizna había dado lugar a unos gruesos copos de nieve. Sonrió, porque nunca había visto nevar.

—Sí, ya no *volverré* a marcharme, *reznic*. *Crreo* que me bastó una *larrga temporrada* sin sentir *parra darrme* cuenta de que las *pérrdidas* son *parrte* de *nuestrras* vidas, que nos hacen más humanos y más *fuerrtes*. Puede que se sumen más *pérrdidas*, *perro crreo* que jamás *volverré* a sentir una *muerrte* como la de Ajhmet.

—No lo dije antes, pero lamento mucho lo que le sucedió. Por él y por ti.

—El *sufrrimiento* viene de la mano del amor, Q. Quien ama y *sufrre*, está vivo.

Quentin asintió y señaló hacia su derecha.

—Llegamos —sonrió.

—*Grracias* por todo.

—Para eso estamos los amigos. Vendré a buscarte cuando me lo digan.

—No te *prreocupes*, me *quedarré* aquí si hay lugar para mí. Les diré que te avisen así Josh puede *regrresar* a su casa. Está muy frió *parra* que siga *durrmiendo* en una tienda. Y se *pondrrá* peor…

—No duerme en una tienda, duerme con Onix frente a la chimenea en mi casa —respondió divertido y Tino rio.

—Tan mal no la está pasando, entonces. Ve a descansar, te *avisarré* en un rato.

Quentin asintió y se quedó en la calle, esperando a que él se reencontrara con sus padres. Quería hacerlo, quería llamar a la puerta, pero, a la misma vez, se sentía bastante culpable por los largos meses de incertidumbre que pasaron por no saber de él. Sentía vergüenza y algo de nervios; sin embargo, respiró profundo y llamó a la puerta. Esta se abrió casi al instante, como si hubiera alguien parado detrás, esperando. Esperándolo.

Tino sonrió al ver a Ajác recibirlo con tanta alegría, y el rostro orgulloso y sereno de Mihaí.

Se sintió bien volver.

Algunos sonidos empezaron a llegar a él, aunque no se había dado cuenta de que no estaba escuchando antes de eso. Tampoco notó que no hubo sensaciones, emociones, ni pensamientos hasta ese momento.

Oyó a varios perros ladrar a lo lejos; sintió frío en los pies y, también, hambre. ¿Hacía

cuánto que no comía?

Se movió apenas, sin darse cuenta, y empezó a recordar que lo último que hizo fue absorber la magia del Sol que Ilsa había rechazado. Sonrió. Estaba vivo y eso significaba que era más poderoso. Podría desaparecer y eso era una ventaja asombrosa. Siempre quiso hacerlo, aunque dudaba que alguna vez pudiera lograrlo, por tener los poderes de la Luna.

«Tal vez, soy el mago más fuerte de toda Thoria».

Abrió los ojos despacio y vio, entre las sombras, un bulto durmiendo en la cama de al lado. Estaba oscuro y no le era posible saber quién se escondía debajo de tantas mantas. Volvió a sonreír. Nadie lo vería despertar si se cuidaba de hacer silencio, y podría poner sus nuevos poderes a prueba antes de que lo regañaran por lo que hizo.

Astor se sentó en la cama y, en cuanto puso los pies en el suelo, Onix saltó a su lado.

—¿A dónde ibas, pequeño imprudente?

—A orinar —respondió con la mayor inocencia posible—. *Qué lindo es verte, Onix.* —Astor sonrió y se acercó a abrazarlo, para luego empezar a acariciarlo. Sabía que el gato no podía resistir que le rascaran detrás de las orejas—. *¿Quentin?*

—Manipulador, además de imprudente —ronroneó el felino—. *No sé dónde está tu hermano. Con Ilsa, supongo, porque ella tampoco está aquí.*

—Pensé que era él —señaló la cama del frente.

—Es Ethan, deberías darte cuenta, porque se cubre hasta la cabeza con las mantas…

—No sé cómo hace para no asfixiarse.

—Deja una pequeña entrada de aire. Una vez quise entrar por ahí, porque Quentin no estaba y hacía mucho frío, pero no me lo permitió el muy desgraciado.

—No parece ser muy amigo de los animales, nunca lo vi acariciar a ninguno. —Lo que menos quería hacer Astor era perder el tiempo en conversaciones vacías, pero sabía que si se mostraba nervioso, Onix notaría sus intenciones.

—Te noto inquieto, pequeño —dijo el gato, sin embargo—, *así que supongo que estás apresurado. Vamos. Te acompañaré, por si te mareas en el camino.*

Astor sonrió y asintió; hubiera deseado ponerlo a dormir para poder escapar sin interrupciones, pero sabía que eso le traería muchas más complicaciones cuando Onix volviera a despertar.

—¿Dónde estás? —Quentin oyó la voz de Onix entre sus pensamientos, pero no respondió enseguida. Recién estaba comenzando a recuperar el calor en el cuerpo, después de haber pasado un buen rato jugando con nieve junto a Ilsa, Ara, Josh y con los demás vecinos, que se unieron a ellos al verlos reír y divertirse como si el mundo fuera el mismo que antes de la guerra. Aparte, era la primera vez que pasaban tiempo solos desde que Nadzia había aparecido en sus vidas y la perspectiva de que los interrumpieran no le agradó en lo absoluto.

—Estoy en casa de Josh. Tino se quedó con sus padres.

—Astor acaba de despertar.

—Iré en unos momentos.

—No te preocupes, se encuentra bien, ahora está cenando.

—¿Viste algo extraño en él?

—Se comporta como siempre, pero no le hablé de lo que hizo todavía, no me gustaría confundirlo o alterarlo.

—Estaré allí en unos momentos.

—Tómate tu tiempo —dije Onix con tranquilidad.

—Bueno, Astor despertó. —Quentin, de pie frente a la chimenea, se giró para verla.

—Iré contigo —dijo alarmada.

—Quédate vas a tomar frío de nuevo.

—Soy tesariana, esto es un cálido día de otoño para nosotros.

—¡No seas exagerada!

Ilsa se acercó a él y le apretó los brazos, mullidos por las varias capas de telas.

—Yo los veo a ustedes temblar como hojas en el viento, llevando abrigo sobre abrigo y yo no uso más que una blusa y una capa. Hace frío cuando lanzas un jarro de agua caliente al aire y esta se congela antes de caer.

—Eso… Eso no puede ser posible —murmuró incrédulo.

—Sí lo es.

—¿Y cómo hacen para no morir congelados?

—Mucha gente muere cada invierno, porque cuando hay temporales los leñeros del rey no llegan a todas las casas y hay personas que no pueden conseguir su propio sustento por ser ancianos o estar enfermos. Se intenta que todos estén a salvo del frío, alimentados y abrigados, a veces reuniendo varias familias en un solo hogar, pero en muchas ocasiones es imposible. Los demás nos pasamos la noche alimentando las chimeneas y andando durante todo el día para que el cuerpo no se entumezca.

—Vaya vida de mierda…

—Cada cual con sus costumbres, ¿no? Haber viajado por cada región de Thoria me hizo ver que la vida es distinta en todos lados y eso no hace que sean mejores o peores, solo diferentes.

—Ya lo creo… Bueno, haz como desees, tengo que ir a ver al condenado niño irresponsable. —Se alejó para ir por su abrigo, pero Ilsa lo detuvo tomando su mano.

—No lo trates así, Quentin. Él tuvo sus razones para hacer lo que hizo.

—¿Y tú cómo lo sabes? —Levantó una ceja, incrédulo.

—Porque me lo dijo.

—Maldito crío… ¿Por qué te habló a ti? La última vez que te vio estabas pasando por un momento terrible, ¿por qué te molestó con eso? Me va a escuchar. —Quentin quiso alejarse otra vez, pero Ilsa fue tras él y se interpuso en su camino.

—Cálmate, ¿sí? —dijo y le tomó las manos—. Onix me dijo que tu hermano volvió a dormirse, así que tienes tiempo para pensar y serenarte antes de ir a verlo. Astor sabía que esto iba a suceder. Sabía que desconfiarían de él y no comprenderían sus acciones. Seguro que intuyó que reaccionarías así y por eso me lo dijo. Él mismo sabe de la profecía que los Astros pronunciaron cuando nació. —Quentin se sintió enfermo al recordar lo que Lobo Blanco mencionó la noche que hablaron sobre esa profecía y sus manos se aferraron a las de Ilsa con tanta fuerza que la vio hacer una mueca, aunque no se dio cuenta de lo que hacía hasta que ella se quejó—. Me lastimas, Quentin.

La soltó de inmediato y retrocedió.

—Perdón, no quise… —Ilsa se acercó a él y le tomó el rostro.

—Astor estará bien, sabe lo que hace, es consciente de todo lo que sucede, solo debes confiar en él, en sus decisiones y en sus conocimientos.

—Es un niño… Apenas si está comenzando a vivir, Ilsa —murmuró dolido.

—Lo sé, pero tiene más poder del que tenían mi padre y Onix juntos.

—¡Mierda! —Volvió a alterarse y le dio la espalda a Ilsa para sentarse en la cama frente al fuego. Sentía que estaba cargando el mundo sobre su espalda y cada cosa que Ilsa decía de su hermano, parecía ser parte de una pesadilla. Se preguntó si sería apropiado pellizcarse para

comprobar que estaba despierto. Apoyó los codos en sus piernas y se sostuvo la cabeza—. ¿Y dices que sabe de su profecía? Astor podría volverse loco, según cómo interprete esas palabras, podría causar un desastre. Y esa profecía, las profecías, Ilsa, la de la luna roja, puede cumplirse si Astor decide hacer las cosas por su cuenta.

—No hará nada malo, tienes que confiar en su decisión y escucharlo antes de reaccionar de esta forma con él. Eres muy importante para Astor, más de lo que imaginas, y cualquier cosa que digas puede hacer que se sienta mal. Tienes que comprender que lo hizo por todos nosotros, Quentin.

—Es un niño, Ilsa, es tan pequeño —dijo, derrotado. No quería terminar de aceptar lo que ya sabía, que Astor era quien podía hacer la diferencia y acabar de una vez por todas con Islery y con la Dama, si aún continuaba con vida. Ilsa lo abrazó y él se dejó caer sobre su regazo—. Se trepó a mi espalda ni bien llegué a la tienda, rio como si estuviéramos jugando, ¿cómo puedo pretender que haga algo más que ser un niño?

—Él sabe quién es desde el día en que nació, Quentin —dijo y acarició su frente—. Sabe que no es como los demás, tal como Lena sabe quién es desde que su madre empezó a entrenarla. Los métodos que usaron para educarlos fueron distintos y es ahí donde está la diferencia. Astor sabe controlarse, pero Lena no es capaz de hacerlo, porque no aprendió cómo.

—Me da mucho miedo de que algo malo le suceda, de que haya cambiado por sus nuevos poderes, que quiera ir a destruirlo todo y las cosas terminen por salirse de control de forma definitiva, que la profecía de la luna roja se cumpla de la peor manera, que nuestro mundo se termine.

—También puede ocurrir que Astor sea la paz que necesitamos, Quentin. No todo tiene por qué salir mal, no siempre la única forma de hacer las cosas es destruir todo lo que conocemos.

—Espero que tengas razón.

—Las esperanzas son las que nos mantuvieron vivos, *zvezdary fratge´n*. Siempre tuvimos esperanzas de volver a encontrarnos, de estar juntos, y ahora estamos aquí los dos.

Quentin sonrió y levantó una mano para acariciar su mejilla.

—Por los dioses, sin ti seguiría siendo el mismo bruto irracional que siempre fui.

—Sigues siendo un poco impulsivo, pero al menos te tomas unos minutos para escucharme y pensar antes de hacer un desastre.

Quentin rio, Ilsa se acercó a él y lo besó.

—Te amo, Quentin, y siempre, siempre haré lo posible para que seas un poco mejor cada día. Un poco más racional, más alegre, más tranquilo…

—Menudo trabajo te espera.

—Los magos viven muchos años y soy bastante obstinada, no te preocupes —sonrió.

—Voy a hacer lo posible para no aburrirte con mi terquedad, porque no quisiera que te rindieras dentro de unos años. Lamento mucho no hacer nada bueno por ti, solo te doy dolores de cabeza y cada vez que te alejas de mí, termino a un paso de la muerte.

—Si no fuera por ti, seguiría siendo una cobarde escondida en el Extremo Sur. Me tomó años darme cuenta de que me escudaba en la edad de mi padre para no dejar Tesar, cuando en realidad era mi miedo el que me impedía quedarme contigo cada vez que Naga me traía aquí.

—No puedes culparte por eso, yo vivo con miedo. Y, aunque parezca una locura, es el mismo miedo el que mueve, porque me aterra pensar en que puedo perderlos… A ti, a mis hermanos, a mis amigos. Ya perdimos la capital, a pesar de que creí que sería imposible que Sitnor cayera.

—Sitnor no cayó, *zvezdary fratge´n*. Sitnor es más que un conjunto de edificios vacíos, es

su gente y todos ellos están aquí. No se han rendido y no lo harán ante nada, como tú.

—Yo sí me rendí, Ilsa —murmuró—. Cuando Nadzia renunció a nuestra estrella.

—Pero regresaste a seguir dando batalla.

—Porque te escuché cantar. Por todos los dioses —sonrió—, cantas hermoso. ¿Por qué nunca antes te había escuchado cantar?

Ilsa encogió los hombros.

—Tal vez porque nunca te había visto tan muerto —dijo y Quentin rio—. Bueno, sí, pero esta vez fue peor que todas las anteriores. —Ilsa frunció el ceño—. Y ya, Quentin, por favor. No te admito más agonías escandalosas, ¿estamos?

—Haré mi mejor esfuerzo —respondió divertido.

—Bien. Ahora, a dormir, que se nos va a ir la noche en charlas y estoy segura de que mañana será un caos y mucha gente necesitará ayuda.

—¿Por?

—Por la nieve. Es hermosa mientras cae, pero luego deja muchos problemas, ya verás.

Quentin se incorporó, aunque estaba muy a gusto recostado sobre las piernas de Ilsa, y la besó.

—Tú descansa, yo iré a casa a ver si hay alguien despierto y luego a dar una vuelta por la ciudad, por si acaso. Si hay problemas, no es justo que la gente se quede esperando hasta el amanecer para recibir asistencia.

—Iré contigo, cuatro manos ayudan más que dos.

Quentin e Ilsa se pasaron el resto de la noche repartiendo leña, mantas y abrigos. Algunos vecinos se sumaron a ellos y los soldados que estaban de guardia esa noche ayudaron a organizar los pedidos más urgentes, luego de haber pasado casa por casa pidiendo donaciones para los necesitados. Quisieron avisar a Noah cuando comenzaron a sentirse desbordados por la situación, pero Quentin les pidió no hacerlo. Sabía que su hermano descansaba poco últimamente y no tenía caso hacerle perder sus pocas horas de sueño cuando ellos mismos podían solucionarlo.

El amanecer los encontró saliendo de uno de los asentamientos de las afueras de la ciudad. Ilsa estaba al límite de sus fuerzas ya, tan poco acostumbrada como estaba a pasar la noche en vela. Quentin había insistido en que fuera a la casa de Josh a descansar, pero resultó ser más obstinada de lo que había creído, a pesar de que ella misma ya se lo había advertido.

Regresaban a casa con el carro vacío, después de haber repartido toda la leña, las mantas y los abrigos que los soldados recolectaron, pero con la satisfacción de haber sido útiles y un rayo de luz en esa noche tan fría y oscura. Quentin dirigió a Luna hacia el centro de la ciudad, para que alguien más siguiera con el trabajo, porque ella también se veía nerviosa y agotada.

—Ojalá pudiera hablar con Luna como hace Astor… —dijo Quentin—. Me gustaría pedirle perdón por atarla a un carro como si fuera un…

—No termines esa frase —interrumpió Ilsa.

—¿Por? —La miró entre confundido y divertido.

—Porque los animales tienen sentimientos, igual que las personas. Imagínate si nosotros nos comparáramos con esclavos por estar llevando una carga de leña y abrigos.

—Pero no somos esclavos, estamos ayudando.

—Luna también está haciendo su parte, está llevando el carro con dignidad y cuidado; se mantuvo tranquila cuando la gente se acercó desde todas las direcciones y no se espantó con quienes gritaban desesperados por ayuda. Es una yegua que está acostumbrada a cargar contra la gente, a correr a velocidades irreales y tiene un tamaño y una fuerza descomunal; podría haber

hecho un desastre y, es más, temí que lo hiciera, pero se comportó como un honorable caballo de carga.

—Vaya, nunca lo hubiera visto de esa forma.

—En todo caso, deberías felicitarla por hacer tan buen trabajo.

—Es cierto… Estuviste grandiosa, Luna. Gracias por ayudarnos esta noche.

Luna siguió con su trote moderado recorriendo las calles lodosas de la nueva capital, hasta que llegaron a la casa de los Guna. Quentin no quería más que llegar hasta su cama y dormir unas cuantas horas, pero después que Ilsa descendió del carro, continuó el camino hasta la tienda de gobierno. Cruzó algunas palabras con los soldados que estaban recibiendo donaciones, para informarles su recorrido y qué cosas les habían pedido los vecinos, y llevó a Luna al establo. Magnus y el caballo de Ara, que tenía el original nombre de Caballo, no estaban, por lo que supuso que ya estaban en movimiento. Después de darle agua y heno, cerró el establo y se dirigió a su hogar.

Ilsa estaba tomando una taza de té, con la vista perdida en la humeante superficie, y no se percató de que él había llegado hasta que se sentó junto a ella. Estaba tan pálida que hasta sus lunares parecían haberse desvanecido. Aun así, se veía hermosa…

—Te ves terrible —dijo, solo para molestarla, y le dio un beso en la mejilla.

—¿Cómo hacen para pasar toda la noche despiertos de guardia? —respondió. Quentin pensó que reaccionaría de forma diferente—. Yo estuve a punto de dormirme varias veces y estábamos ocupados, no sé cómo pueden estar sin hacer nada y no dormirse.

—Entrenamiento, disciplina —dijo y encogió los hombros—. Aunque ahora solo pienso en dormir, así que iré a casa de Josh, porque Astor está en mi cama.

—La casa de Josh debe estar helada… —Se acercó a su oído—. ¿No quieres dormir conmigo?

—Por los dioses, Ilsa… —suspiró y se alejó de ella—. Como querer, sí que quiero, aunque… ¿Por qué…? —Ilsa se largó a reír al verlo nervioso y Quentin resopló— ¿Por qué haces estas cosas?

—Porque me encanta verte nervioso.

—Me voy, porque en cualquier momento voy a olvidarme que ni siquiera nos hemos comprometido y voy a dejar de ponerme tan nervioso y tan avergonzado. —Le dio otro beso en la mejilla y ella le tomó la mano antes de que terminara de alejarse.

—Esperando estoy.

—¿Segura? —preguntó y ella asintió, desafiante.

Quentin se puso de pie e Ilsa lo miró divertida. Si tantas ganas tenía de saltearse sus costumbres, tradiciones y toda esa mierda, él no era quién para detenerla. Ya lo había hecho algunas veces, a decir verdad.

«Y tampoco es que yo tenga muchas ganas de esperar hasta casarnos, para ser justos».

Caminó por el pasillo y se asomó por las puertas abiertas. Solo Astor estaba allí; recordó que el muy cabrón podía hacer una ilusión de él mismo y, tal vez, ni siquiera él estuviera en la casa, pero igual cerró la puerta. No iba a detenerse a pensar en Astor y sus asuntos en esos momentos.

Estaba regresando al comedor cuando vio a Ilsa en el pasillo, se detuvo por apenas un instante y volvió a caminar hacia él, decidida. Su corazón comenzó a latir con más fuerza y se sintió nervioso, porque Ilsa se veía seria y algo ruborizada, pero había en ella cierta curiosidad y expectativa que la hacían ver más hermosa que nunca. Ilsa se quedó a solo un par de pasos de él y Quentin terminó por acercarse a ella; la tomó de la cintura y, sin quitar la vista de sus bellos

ojos grises, la hizo retroceder hasta que tocó la pared.

Ilsa se abrazó a su espalda y lo acercó a ella para besarlo, aunque solo por unos segundos, porque hacía años que Quentin soñaba con besar su cuello, oculto en parte por los encajes negros de su blusa, que en esos momentos creaban un glorioso contraste con la palidez de su piel. Sin apartar los labios, desprendió un botón y, como ella no dijo nada, desprendió otro más.

—¿No hay nadie? —preguntó en voz baja, muy cerca de su oído.

—Astor sigue durmiendo. —Quentin la abrazó, volvió a besarla en los labios y retrocedió hacia la habitación que ella compartía con Ara. Cuando cerró la puerta, Ilsa se alejó un poco de él.

«Mierda» pensó.

De pronto se le había escapado por algún lado toda la valentía y los deseos de seguir besándolo. En su mente aparecieron las voces de las mujeres que alguna vez le hablaron sobre lo desagradable que eran los hombres, aunque también las que decían lo encantadores que podían llegar a ser. Recordó a Nadzia y su temor por Quentin y quiso escapar de allí.

Cuando se dio cuenta de que se había paralizado por completo, levantó la vista; él sonrió y le dio un beso en la mejilla.

—Iré a dormir a casa de Josh —dijo con calma.

—Perdóname… —Ilsa no pudo sostenerle la mirada. Ella misma lo llevó hasta allí, pero se arrepintió ni bien la puerta se cerró. Quentin, en cambio, la abrazó con fuerza y le dio un montón de ruidosos besos en las mejillas y en el cuello, lo que la hizo sonreír.

—No tienes que disculparte, es comprensible que te sientas nerviosa.

—Pensé que… —Ilsa resopló—. Pensé que esto sería más fácil. Te estuve provocando y desafiando todo el tiempo y ni siquiera puedo… —Quentin la besó, para que no siguiera mortificándose—. Estar en una habitación a solas contigo sin asustarme —continuó, a pesar de la interrupción.

—Tal vez deberías hablar con Enara o con mi hermana… Yo no podría decirte mucho sin verlo desde mi perspectiva, la verdad.

—¿Cuál es tu perspectiva? —preguntó a media voz, y lo miró apenas. Quentin también bajó la vista.

—Las mujeres son distintas a nosotros; las inquietudes, temores y dudas son diferentes.

—¿Qué miedo puedes tener tú? —preguntó. Le molestó que lo dijera, a decir verdad. Para ellos era todo siempre más fácil. No les dolería, no iban a tener a alguien encima controlando casi todo lo que sucediera, tenían más fuerza… «*Shrakjta*, esto es ridículo» pensó.

—Muchos —respondió para su sorpresa—. Asustarte, lastimarte, ser demasiado torpe, dejarme llevar y no darme cuenta si tú no estás cómoda…

—Ya, comprendo —murmuró y se sintió una imbécil por desconfiar de él. El rostro comenzó a arderle por la vergüenza, pero Quentin sonrió y abrió la puerta.

—Me marcho, te veré luego.

—Perdón, en serio. —Le generaba la misma culpa haberse arrepentido que haber pensado que Quentin podía sentirse menos asustado que ella misma.

—No lo digas de nuevo, ¿sí? —respondió más mortificado que ella. Volvió a abrazarla y le dio un beso en la frente—. No puedes obligarte a sentir o a no hacerlo, Ilsa.

—Pero tú…

—Yo te amo y ya —sonrió—. Lo único que quiero es que te sientas bien, segura, confiada. Somos dos aquí, y yo no soy más importante de lo que tú lo eres.

«Somos iguales» pensó, al darse cuenta de que en Drioed-ta las mujeres eran quienes hacían su voluntad sobre los hombres, al contrario que en Tesar, donde ellos ejercían su poder sobre las mujeres.

—Están equivocados —murmuró sin notarlo.

—¿Quiénes?

Ilsa sonrió.

—Todos. —Quentin se veía contrariado y ella continuó hablando. Sentía que había descubierto la verdad más grande del mundo—. En Drioed-ta y en Tesar. Mujeres y hombres. No hay nadie que sea más importante, por más castigos y amenazas que usen para imponer sus ideas.

—Somos personas y merecemos el mismo respeto, aunque no todos lo vean de esa forma —dijo y encogió los hombros. Ilsa recordó que él también había sufrido su castigo por ser hombre en Drioed-ta. Ante su silencio, Quentin le dio un solo beso y retrocedió hacia el pasillo—. Me voy.

—Gracias por ser tan increíble. —Él miró sus labios por unos segundos, sus ojos y de nuevo sus labios e Ilsa sonrió—. *Ved ne sltaka*[49].

Quentin cerró los ojos por unos momentos y respiró profundo.

—Me encanta oírte hablar en tesariano, aunque no sepa qué demonios dijiste.

—*Ved ne sltaka wotta fresbnary svezdar jar ta fratge*[50] —dijo mientras caminaba de nuevo hacia él. Quentin le tomó el rostro y volvió a besarla, aunque no fue como acostumbraba, con su calma y su cuidado, sino con una urgencia impropia de él o, que, por alguna razón, ella desconocía. No le molestó, al contrario, se sintió contagiada, como si los dos hubieran estado conteniendo una insoportable cantidad de ganas por el otro y, al fin, esos sentimientos hubieran encontrado la forma de manifestarse.

Hacía algunos años, había leído un libro que Naga escondía, que hablaba de pasiones y deseos, del calor que se despierta en las entrañas y de que se pierde la cabeza en esas situaciones y ella no entendió a qué se refería. Naga no quiso responderle y su madre le dio vuelta el rostro de una bofetada, sin más explicaciones.

Comprendió en ese momento a qué se refería, puesto que el fuego que sentía en la parte baja de su vientre era irreal y solo parecía contenerse de incendiar la casa porque las manos de Quentin la retenían pegada a su cuerpo. No sabía muy bien en qué terminaría todo eso, hasta dónde ese irracional frenesí sería capaz de crecer o si en algún momento estallaría y arrasaría con el mundo entero, pero sabía que no quería detenerse. Quentin, al parecer, tampoco deseaba hacerlo y se había olvidado por completo de todo. En otras circunstancias, ya se hubiera ido; él siempre fue muy prudente y respetuoso con ella, aunque Ilsa estaba deseando que le faltara el respeto un poco más. Se asustó al principio, pero ya no tenía miedo de nada, tan solo quería… todo lo que pudiera ocurrir.

Para su sorpresa, volvió a sobresaltarse cuando él desprendió un botón más de su blusa. Ilsa le sujetó la mano de inmediato y Quentin se alejó.

—Perdón —dijeron al mismo tiempo.

—Perdóname —insistió él y se pasó ambas manos por el rostro. Tenía la respiración agitada y oírlo aumentaba sus ganas de besarlo y de acercarse a su cuerpo otra vez—. No debí hacerlo.

Ilsa negó con la cabeza. Miró sus labios entreabiertos, deseando volver a ellos, y sus dedos comenzaron a desabrochar su chaqueta.

—*Shrakjta*, cómo me gusta verte así.

—¿Así cómo? —preguntó cerca de su oído. A Ilsa se le entrecortó la respiración y un leve gemido se escapó de entre sus labios sin que pudiera contenerlo. Las manos de Quentin se

apretaron en su cintura al oírla.

—Así de imprudente.

—Es que me tienes absolutamente en tus manos desde el primer día que te vi —dijo en voz baja. Ilsa sonrió; terminó con el último botón y pasó las manos debajo de la chaqueta, para acariciar su espalda.

—¿Y este Quentin estuvo escondido todo este tiempo? —Él la miró y rio.

—Sí… Bueno… No desde siempre, desde Drioed-ta, tal vez… —Quentin resopló—. Desde que me llevaste a Pyebra, se volvió un poco más difícil… todo… Y los entrenamientos se volvieron más frecuentes, también —respondió algo nervioso.

Ilsa se mordió el labio.

—Me gusta verte nervioso, pero esta versión de ti se volvió mi favorita —murmuró muy cerca de su cuello. Le encantaba el perfume de su piel, olía a las agujas de pino en primavera, a madera recién cortada y a… Quentin.

—A mí también me gusta verte así —susurró, haciendo que Ilsa sintiera su piel erizarse. Avanzó hacia la habitación, miró detrás de ella y, otra vez, la miró a los ojos. Ilsa sonrió.

—*Ved ne sltaka.*

Quentin volvió a besarla con la misma intensidad que antes y las manos de Ilsa buscaron los botones de su camisa. Él ya le había ahuyentado los miedos y la vergüenza, las dudas y la desconfianza.

7

Tenía que admitir que la nevada había sido hermosa, que ver las cabañas cubiertas de una capa blanca le daba un aspecto diferente a ese desagradable intento de capital, pero después todo se volvió un maldito caos. Antes de que terminara de aclarar, Noah los sacó de la cama para que se presentaran a sus superiores, ya que había muchos ciudadanos que necesitaban asistencia. Un par de tejados precarios se derrumbaron por el peso de la nieve, sin mencionar que los asentamientos de las orillas eran otro maldito caos de nieve embarrada, tiendas derrumbadas, ropa mojada y gente desesperada porque, después de la nieve, comenzó a lloviznar. Los soldados no daban abasto, a pesar de que muchos civiles se habían puesto a sus órdenes para ayudar en lo que fuera posible.

Ara regresó a casa a mediodía a cambiarse, porque estaba empapada, hambrienta y muerta de frío, y esa era otra desventaja más.

—Maldita nieve —dijo ni bien cerró la puerta. La casa se había convertido en un depósito y Enara y Ethan estaban clasificando y separando ropa, mantas, sábanas, abrigos y demás.

—¿Cómo estás? —preguntó su hermano.

—Como la mierda —masculló—. Iré a vestirme y vuelvo.

—Ilsa está durmiendo, llegó después de que nos fuimos —dijo Enara.

Ara asintió y caminó hacia su cuarto. Los pies chapoteaban dentro de las botas y hacían un ruido bastante molesto a cada paso que daba. Abrió la puerta y vio a su hermano y a Ilsa durmiendo juntos. No sabía si enojarse, gritar y pegarle con la almohada; si regresar sobre sus pasos sin decir ni una sola palabra o si reír y burlarse de él. Optó por cerrar la puerta y regresar al comedor.

—Ilsa y Quentin están durmiendo juntos —dijo sin llegar a identificar cómo se sentía.

—Mierda —dijo Enara.

—Vaya —agregó Ethan—. ¿Están vestidos?

—A medias.

—Eso no está nada bien —dijo Enara.

—Tienen casi veinte años… Ya se estaban tardando —respondió divertida.

—¿Has hablado con Ilsa al respecto?

—¿Cómo se te ocurre? —Ara frunció el rostro en una mueca y Ethan rio—. Es mi hermano, no quiero esa clase de detalles, por los dioses, qué asco.

—Dudo que Ilsa tenga mucha idea de cómo funcionan las cosas y estaría bien que pudiera elegir si quiere ser madre o no.

—Maldición, es cierto. ¿Puedes hablarle a Quentin y despertarlo? —preguntó a Ethan—. No quisiera entrar a la habitación y… ver algo extraño. Y que se apresure, porque estoy empapada y congelada.

—Ya —dijo Ethan después de unos momentos.

—Lástima que Josh no está aquí. Quentin va a estar tan avergonzado, que es una lástima que no podamos reírnos de él.

—Déjalo en paz —murmuró Ethan justo cuando se escuchaba la puerta de su habitación abrirse. Enara quiso detenerla, pero Ara se encaminó hacia su cuarto de inmediato, haciendo sonar sus botas empapadas. Se cruzó a Quentin en el pasillo y él bajó la vista.

—Perdón…

—Al menos vístanse después, ¿no? —dijo divertida y Quentin frunció el ceño.

—Por los dioses… —murmuró incómodo.

—Así no tengo que esperar hasta que te despiertes para poder buscar mis cosas.

—No volverá a ocurrir, no te preocupes…

—Hasta para eso eres malo —rio. Quentin le dio un golpe en la cabeza antes de que pudiera esquivarlo para seguir su camino—. Aprende a golpear, como mínimo —dijo antes de cerrar la puerta. Se dio la vuelta e Ilsa estaba en la cama, tapada hasta la cabeza con las mantas. Ara puso los ojos en blanco y suspiró—. Por todos los cielos, Ilsa.

—Perdón —murmuró y Ara encogió los hombros, mientras comenzaba a buscar algo seco y abrigado para recobrar la temperatura de su cuerpo, que era lo que más le interesaba en ese instante.

—Bueno, quédate tapada. Voy a cambiarme porque tengo agua hasta dentro de las botas.

—Sí, te oí llegar.

—Hace un frío de cagarse —dijo mientras empezaba a quitarse la ropa mojada—, llovizna y la ciudad parece un chiquero, no tienes idea de lo que es afuera.

—La noche no estuvo mucho mejor, aunque ya estoy acostumbrada a este tipo de climas.

—Es una mierda, la gente está desesperada… quienes tienen niños, principalmente. ¿Cómo te encuentras? —Había estado intentando hablar de cualquier cosa con tal de no parecer una chismosa, pero su curiosidad fue mucho más fuerte que su voluntad. Ilsa se descubrió el rostro y estaba sonriendo. «Mierda, no debería haber preguntado».

—Feliz —sonrió todavía más, aunque luego bajó la vista—, pero muy avergonzada. Tu familia está aquí… *Shrakjta*, pensé que despertaríamos antes de que llegaran.

—No deberías preocuparte por eso.

—Sí, pero… Me van a mirar extraño porque saben que Quentin y…

—No lo digas, maldición —interrumpió apresurada—. Es mi hermano.

—Perdón, no sabía que te molestaría —dijo apenada.

—No me molesta, es incómodo.

—¿Por?

—Lo que menos deseo es imaginar a mi hermano… —Cerró los ojos con fuerza—. En esas circunstancias. ¡Maldita seas! ¿Por qué me haces pensar en ello?

Ilsa se largó a reír y Ara se sentó en la cama para ponerse unas botas secas.

—Perdón, tampoco fue mi intención.

—Lo sé, pero ya que estamos en el tema, debo preguntarte algo. —Ilsa asintió y Ara frunció el rostro—. ¿Sabes… cómo cuidarte y eso?

—¿Cuidarme de qué?

Ara maldijo para sí misma.

—Alguna vez tu madre te habló sobre…

—Nada. —Ilsa abrió mucho los ojos y negó con la cabeza—. La única vez que quise saber algo, me abofeteó y me ignoró por días.

—No puede ser… —murmuró, resignada ante la perspectiva de hablar con Ilsa al respecto.

—Ni una mísera palabra. Ni siquiera me miraba.

—Por los dioses, Ilsa, tendrías que haber hablado conmigo o con Enara antes de decidir… acostarte con Quentin. Tienes que saber que no puede obligarte a hacer nada que no quieras, aun si estás muy segura y luego cambias de opinión por cualquier motivo.

—Ya lo sé, Quentin me lo dijo.

—Es mi hermano y todo eso, pero si te fuerza a hacer algo que no quieres, me lo dices y le

doy la paliza de su vida.

Ilsa rio.

—No va a ser necesario. ¿Sabes? Cuando él desprendió mi blusa me asusté…

—Por los dioses —murmuró por lo bajo, se concentró en mirar hacia otro lado y se llevó la mano a la frente.

—Y cuando cerró la puerta, me asusté un poco más —continuó hablando cada vez más apresurada—, pero él se disculpó y dijo que se iría. Hablamos sobre lo que dijiste en ese momento y después le dije que lo amaba en tesariano y él…

—Ya basta, por un demonio —masculló, pero Ilsa no le puso atención.

—… Perdió la cabeza y… —suspiró.

—Son demasiados detalles para mí. —Ara se puso de pie e Ilsa hizo una mueca y susurró «perdón» otra vez—. Está bien, hagan lo que quieran, pero no tengo ningunas ganas de saberlo.

—Me encanta tu hermano —agregó para terminar.

—Si no quieres ser madre… —dijo, ignorándola por completo, a ver si de esa forma dejaba de hablar de Quentin. Ilsa volvió a abrir mucho los ojos, pero esta vez palideció y se veía aterrada.

—No, no quiero… —Ilsa se bajó de la cama y comenzó a andar, nerviosa, de lado a lado de la pequeña habitación—. ¡Maldita sea! ¿Y si ya estoy embarazada? *¡Shrakjta!* ¿Puede ocurrir?

—Por supuesto. —Ilsa quedó petrificada—, pero hay hierbas que ayudan a evitarlo.

—Quiero —dijo muy seria.

—Está bien, tranquila —sonrió, aunque hubiera querido largarse a reír—. Es una infusión que debes beber cada noche, sin falta.

—¿Y si lo olvido alguna vez?

—Tendrás que esperar hasta tu siguiente luna… sin hacer nada.

—Comprendo. —Ilsa volvió a sentarse en su cama—. *Shrakjta*, muchas gracias.

—De todas formas, ahora deberás tomar una diferente, por si acaso, pero no es recomendable que lo bebas seguido, puesto que hace que los dolores durante el sangrado se intensifiquen.

—No tengo dolores.

—Suerte la tuya, aunque no sería bueno que empezaran ahora.

—No, claro que no. Mi madre se pasaba una semana en cama cada vez y además tenía un humor de perros.

—No es para menos… Ven, te enseñaré cómo hacerla. En invierno puedes preparar para varios días, pero en verano se echa a perder, así que no es aconsejable. —Ilsa volvió a ponerse de pie y se dirigió a la puerta—. Vístete, por todos los cielos, que Ethan está en casa.

—¡Oh, demonios!

Ara rio.

—Te esperaré en la cocina, tranquila.

Quentin evitó por completo quedarse en su casa o hablar con su familia. Ni bien se levantó, pasó por el comedor, porque no había más que una puerta de salida, saludó a su hermano y a Enara, y salió antes de que su cuñada lo hiciera desayunar y tuviera que quedarse con ellos o poner alguna excusa incómoda y poco creíble.

La ciudad era un desastre de barro, llovizna y gente apresurada. Algunos montículos de nieve permanecían en las esquinas, tan blancos e inmaculados, que parecían alguna clase de ilusión. Miró hacia un lado y hacia otro; no sabía si ir a ver a Noah, a Josh o a Tino, y se quedó

parado debajo de la galería por unos minutos.

—Si no te *conocierra*, *dirría* que estás huyendo de *nosotrros*.

Quentin miró a su derecha y vio a Ethan tiritando a su lado.

—Deberías abrigarte, ya sabes que el frío te sienta mal.

—*Querría* saber cómo te *encontrrabas*.

—Bien… —sonrió, aunque luego frunció el ceño—. Incómodo… Espero que no hagan una fecha patria de esto, por todos los cielos, porque Ara…

—*Trranquilo*, fue bastante *prrudente*… *parra* ser ella. —Quentin resopló—. Por mi parte, te seguí para que Ilsa no se *sintierra* incómoda.

—Gracias por eso. —Se tomó unos momentos para pensar en algo más qué decir—. ¿Astor? —preguntó al recordarlo—. ¿Pudiste hablar con él?

—No volvió a despertar. Y me aseguré de que fuera él —agregó de inmediato—, porque ya no me fío.

—Pensé en lo mismo cuando lo vi, al llegar a casa, pero… —Quentin rio—. No tenía ganas de ponerme a pensar en ese pequeño cabrón en esos momentos.

—Puedo imaginarlo, no hace falta que lo digas.

—Bueno, ya que Astor sigue durmiendo, iré a ver a Tino, antes de que me cruce con Ara otra vez.

—Dile que me *gustarría* verlo.

—Se lo dije, pero quería a ver a sus padres primero. Se quedó con ellos anoche, así que supongo que pronto estará listo para ver a los demás.

—¿Shanyi sabe que *regrresó*?

—No lo sé, no sé si Ajác o Mihaí se lo dijeron. En todo caso, irá a Erjathá cuando se encuentre preparado.

—*Esperro* de verdad que le *sirrva verrnos*, que *quierra quedarrse* con *nosotrros* o en su ciudad, *perro* con la certeza de que está bien y a salvo.

—Lo de «a salvo» es relativo si te refieres a Tino —dijo divertido—, pero entiendo lo que quieres decir.

—Sí, bueno… Tino nunca fue muy *prrudente*, eso es *cierrto* —rio y Quentin le dio una palmada en la espalda.

—Ve adentro, ya pareces tesariano de lo pálido que estás.

8

—¿Cómo te sientes?

—Bastante mejor de lo que había imaginado —respondió desde el otro lado de la mesa—. Es bueno estar con mi familia.

—Me alegra oírlo —sonrió—. ¿Irás a Erjathá?

—Quiero ver a Shanyi y a Drian… Extraño a mi amiga.

—Es comprensible, estoy segura de que ella también te necesita.

—Demonios, es cierto —dijo y se puso de pie—. Naga… Si me disculpas, me iré ahora mismo.

—Por supuesto, no te preocupes.

—Perdóname, Q.

Quentin sonrió.

—Ve, nos veremos en otro momento. —Se puso de pie y Tino miró primero la puerta y luego a él.

—Le avisaré a mis padres… —Dudó—. ¿Tú…?

—Conozco la salida —sonrió. Le dio una palmada en el hombro y salió sin más.

Regresó a su casa, rogando que Ara ya se hubiera ido para no tener que cruzarse con ella otra vez. «Soy un maldito cobarde» se regañó, pero eso no hizo que dejara de sentir cierto temor a lo que su hermana pudiera decirle.

—¿Ilsa? ¿Cómo estás?

—Bien, ¿y tú?

—Tratando de evitar a mi hermana, como el gran cobarde que soy.

—No digas eso…

—Es la verdad, ni siquiera me atrevo a verla por lo que pueda llegar a decirme.

—No quiere ni pensar en ello, déjate de tonterías. La escuché molestarte en el pasillo y me aseguré de incomodarla lo suficiente como para que no volviera a mencionar este asunto.

—Por los dioses, eres increíble.

—¿Y por qué tanto lío? No comprendo.

—Hace años que Ara está hostigándome… Desde que Noah se casó que intenta que yo también lo haga. Y se volvió más insistente cuando le dije que estaba enamorado de ti.

—Pero así y todo, se pone increíblemente incómoda cuando le hablo de nosotros.

Quentin rio.

—Es bueno saberlo. ¿Dónde estás?

—Salí con Ara a repartir leña, ¿y tú?

—Vine a ver a Tino, pero se fue a Erjathá. Quería ver a Shanyi.

—Comprendo. Bueno, llegamos a destino, te veré luego, zvezdary fratge´n.

—Cuídate, hermosa.

Quentin llegó a su casa y solo Ethan estaba allí, porque las bajas temperaturas eran bastante perjudiciales para él y habían decidido impedir que saliera a menos que fuera estrictamente necesario. Como había mucho trabajo que hacer allí, se mantenía entretenido clasificando las donaciones que los soldados llevaban.

—¿Qué sabes de esa *sanadorra* que mencionó Zaria? —preguntó ni bien abrió la puerta.

—Nada en lo absoluto. Además, no hablé con Zaria, solo sé lo que Ilsa me dijo.

—Pensé que, quizás, la conocías.

—No tendría cómo… ¿Por qué preguntas?

—Mala espina, nada más. Iré a verla, recuperaré tu amuleto…

—Iré con Ilsa cuando se desocupe —sonrió—, no te preocupes.

—No, yo lo haré. Si te lo entrega a ti, puede resultarte dañino o hacer un efecto *contrrarrio* al que tenía. Las energías se *imprregnan* en todo lo que uno toca, si ese amuleto absorbió las de Zaria, sus inseguridades y frustraciones, y las de esa mujer, que no sabemos qué clase de persona es… pues *estarrás* jodido. —Quentin frunció el ceño, confundido—. Quizás termines atrayendo a todos los Indignos de la capital, en lugar de repelerlos.

—¿Es eso posible? Ilsa me dijo que Nadzia le ayudó a hacerlo, si fue así, necesitó hacer uso de su conocimiento y de sus habilidades. Si Zaria y la sanadora solo lo tocaron…

—No sabemos qué tal es esa *sanadorra*. Según sé, los *sanadorres* comunes no saben sobre amuletos, energías y hechizos, pero esta mujer al *parrecer* sí que sabe. No vamos a correr riesgos *innecesarrios*, así que *irré* a verla, le *pedirré* tu amuleto y lo *examinarré* con Mihaí y con Ajác antes de devolvértelo.

—Creo que estás exagerando un poco, Ethan. Esa mujer llegó con los soldados que estaban en la frontera.

—Eso no la hace menos *peligrrosa*. *Cualquierra* puede haberse infiltrado entre ellos y que sepa de magia, a su edad y con esa confianza, no me suena nada bien. Si *hubierra* sido *entrrenada* por Lobo Blanco, como los de Erjathá, lo *sabrríamos*, *perro* no se dio a conocer.

—Tal vez no fue entrenada…

—Tampoco se *prresentó* cuando Noah convocó a los magos y cualquier persona con *poderres quierre* aprender a utilizarlos, más en los tiempos en que estamos viviendo, cuando son más que necesarios.

—De nuevo, creo que exageras —dijo y Ethan movió la cabeza de lado a lado.

—Puede haber sido *entrrenada* por quienes me *entrrenarron* a mí. —Hizo una pausa y bajó la vista—. O ser Islery o la Dama, si es que todavía vive.

—Es una broma, ¿no? —Quentin se sintió enfermo y le parecía que el mundo había empezado a balancearse. Ethan encogió los hombros.

—No hay nada que no sea posible, Quentin. Estamos en tiempos inciertos y *peligrrosos*, ninguna *prrecaución* está de más.

—Por todos los cielos… ¿Y si es una de ellas? ¿Y si…? —Cientos de posibles escenarios pasaron por su mente en un instante, cientos de formas en que podían aniquilar a la ciudad entera antes de que se dieran cuenta. Podían envenenar el río, incendiar toda la ciudad, que ardería como un maldito pastizal en temporada de sequía; podrían llevar a todos sus soldados y magos allí y dejarlos hacer un desastre, como en Ahrbak Ardhal; podrían caer sobre ellos mientras dormían, podrían…

—¡Quentin!

Cuando volvió en sí, se dio cuenta de que respiraba agitado y sus manos no dejaban de temblar. Ethan estaba junto a él y lo sostenía de los hombros. Fijó los ojos en su hermano, solo para ver la preocupación y la confusión que se habían adueñado de sus gestos.

—Perdóname —murmuró. Apretó y aflojó los puños un par de veces, para intentar controlar los sacudones que se habían adueñado de él.

—¿Estás bien? —preguntó después de unos momentos.

—Sí, no te preocupes… —Se pasó las manos por el rostro, buscando encontrar algo de calma—. No sé qué me pasó, perdóname.

—Yo me *ocuparré* del amuleto y de lo demás, no te *prreocupes*.

—Si es una de ellos, si quiere hacerte algo… —Nuevamente sintió el aire escaso y tan pesado como una sentencia de muerte.

—Tú no te *prreocupes* por eso *ahorra*.

—Deberías esperar a que Tino regrese. O que…

—Cálmate, ¿sí? —sonrió—. Tal vez es como dijiste y solo sea una *señorra* que sabe un poco de magia, *perro* nada más.

Quentin asintió, pero nada más que para dejar de preocuparlo, puesto que su hermano ya le había sembrado la duda a él también.

—Vamos a ver a Astor —dijo Ethan y lo tomó del brazo—. Si el «*cabrroncito*» se despertó a mitad de noche, no creo que esté solo durmiendo nada más y ya me pone nervioso que no diga ni una palabra.

—¿Viste a Onix hoy? —preguntó mientras caminaban por el pasillo.

—No, ahora que lo pienso.

—Vaya uno a saber dónde está… Y seguro que no me responde si se lo pregunto —dijo y abrió la puerta de la habitación que compartían.

—Inténtalo —susurró y Quentin asintió.

—*¿Onix?*

Las mantas de la cama de Astor se movieron y la cabeza del gato asomó junto al rostro del niño.

—¿Qué sucede? —preguntó en voz alta.

—No sabíamos dónde estabas… —Por respuesta, Onix volvió a sumergirse en las mantas.

—Queremos despertar a Astor —dijo Ethan.

El gato no dijo nada más, por lo que le hizo una seña a Quentin y ambos entraron a la mente del niño. Se encontraron con un infinito desierto de doradas dunas; el aire era tan caliente que parecía abrasar la piel, sin mencionar que el sol caía desde arriba, despiadado y cruel.

—¿Qué demonios…? —murmuró Quentin. Hasta ese momento, solo había entrado en la mente de Ethan, en la de Ilsa, la de Naga y en la de Ajác, pero todas ellas se parecían. Eran salas, no muy grandes, solo paredes sin puertas; variaban en su decoración, pero eran todas muy similares entre sí.

—No puedo imaginar el nivel de *poderres* que posee para ser capaz de hacer algo así en su mente —dijo Ethan por lo bajo.

—¡Astor! —exclamó y luego, miró a su hermano—. ¿Dónde se supone que lo encontremos? ¡Astor!

—No lo sé, *perro* yo me largo, me estoy asfixiando.

La imagen de Ethan se diluyó como un espejismo y Quentin permaneció unos momentos más, llamando a su hermano menor. Caminó hacia un lado y hacia el otro, pero lo único que podía ver era una interminable cantidad de arena y de cielo, que era de un profundo azul.

Salió de allí, transpirado y acalorado como si hubiera estado en el Then Kua otra vez. Se acercó a la ventana y la abrió por unos momentos, para que el frío aire invernal le apaciguara el infierno que sentía en la piel.

—Por los dioses —suspiró—. Nunca me imaginé que se podía hacer eso en una mente. —Cerró la ventana y se sentó junto a Ethan, a ver al niño dormir.

—Yo tampoco… Su nivel de energías debe ser impresionante.

—Grado cuatro, de un máximo de cinco —dijo Onix desde debajo de las mantas—. Leyna apenas llega el grado uno, como para que se hagan una idea y comparen con alguien que

conocen.

—Sé que el poder de Leyna es descomunal, cruzó a los soldados de Tesar a Sitnor ella sola —murmuró Ethan, sin poder creerlo.

—Astor es descomunal —aseguró Onix—, el resto son apenas hormigas en comparación a él.

—¿Y con los poderes que adquirió? —preguntó Quentin.

—Nadzia era casi tan poderosa como Astor, grado tres, por eso Ilsa no quiso renunciar a ella desde un principio. Quizás ahora el pequeño haya logrado llegar al máximo, tal vez incluso haya traspasado ese límite.

—Por todos los cielos… —balbuceó Quentin.

—¿Por qué no despierta?

—Aún no es su momento.

—Creí que anoche…

—Estaba consciente de él mismo, cenó una gallina entera él solo, conversamos muy poco, porque estaba muy ocupado comiendo, pero sabía lo que había hecho y las consecuencias de sus actos. Preguntó por ustedes, por Ilsa y por Dunayar… aunque después de comer quiso volver a acostarse y cayó inconsciente otra vez, como antes.

—¿Y ahora? —preguntó Quentin.

—Tendremos que esperar hasta que vuelva en sí —contestó Ethan y Onix le dio la razón.

—¿Ilsa?

—Dime —respondió después de unos segundos.

—¿Estás ocupada?

—Algo, ¿qué sucede?

—Necesito salir y Quentin…

—¿Qué le pasó? ¿Qué tiene?

—No te alarmes, tan solo se puso muy extraño de repente, empezó a temblar y pareció extraviarse de la realidad. Comenzó a sudar y cuando volvió en sí no supo decirme qué le había pasado.

—Iré apenas pueda, aunque estoy al otro lado de la ciudad.

—Enara salió, Onix está demasiado ocupado durmiendo junto a Astor, tengo que salir y no quiero dejarlo solo.

—Si es urgente, haz lo que debas, yo hablaré con él mientras tanto, para que se distraiga.

—Creo que eso será suficiente, perdón por alarmarte.

—No te preocupes, iré cuando terminemos aquí.

Ethan se ajustó los abrigos ni bien dejó la casa. El frío de ese día le parecía irracional y la helada ventisca no colaboraba a que fuera más apacible. No había rastros del sol en el cielo y las nubes que lo ocultaban se veían oscuras y pesadas; parecía que en cualquier momento dejarían caer sobre la ciudad una nueva nevada.

Caminó entre charcos helados y personas cubiertas de abrigos hasta la nariz, hasta cruzar el puente y llegar al campamento de los soldados, donde la sanadora tenía su carreta. No le fue difícil hallarla, puesto que la mujer era muy conocida por sus artes curativas de variada índole y se encontró con una gran cantidad de personas aguardando allí. Acudió a sus poderes y miró a su alrededor con las energías puestas en descubrir cualquier rastro de magia, pero no había nada de eso allí.

Al preguntar, le dijeron que la sanadora había salido y, como regresaría en breve,

continuaban allí, esperando por ella. Mencionaron que podía consultar con la niña, su ayudante, y Ethan recordó que era Dunayar, por lo que se acercó a la carreta y golpeó un par de veces. No pasó mucho tiempo para que la puerta se abriera y la pequeña pyebrana asomara.

—Vine por el amuleto de Quentin —dijo después de los saludos de rigor—. Zaria le dijo a Ilsa que lo tenía la sanadora y mi hermano lo necesita.

—No puedo dárselo, señor Ethan, pero se lo diré a mi señora cuando regrese, porque no se encuentra aquí en estos momentos.

—Bien, regresaré más tarde.

—Como desee, señor Ethan. Se lo diré a mi señora.

Regresó lo más rápido que pudo, porque parecía que pronto anochecería, a pesar de que faltaban un par de horas para que el sol se escondiera. Tenía una sensación extraña en el cuerpo, como si algo tirara de él hacia arriba y, a su vez, quisiera sumergirlo en las entrañas de la tierra. Era lo mismo que sintió la noche que oyó la profecía de la *luna roja* y recordarlo no ayudó mucho a sus ánimos, que ya de por sí estaban afectados por lo que sucedía allí, por lo deprimente que era esa ciudad llena de barro, y porque extrañaba a Vila. Era consciente de que no iba a ser de ninguna utilidad en Erjathá, pero eso no significaba que no quisiera irse de una vez por todas y ya no regresar, a menos que sea de visita. Erjathá no era su ciudad como tal, pero ahí estaba su hogar, el hogar que Vila compartía con él y con Lena, y eso era mucho más de lo que alguna vez tuvo, puesto que su familia pyebrana, la única que conocía y recordaba, era una farsa.

«Mi vida es un completo desastre» pensó y eso tampoco ayudó a mejorar su humor. Sí, sus hermanos le caían bien, pero siempre llegaba a la misma conclusión: todos ellos tenían sus vidas allí y lo único que él tenía eran unos deseos inmensos de abrazar a Vila.

Erjathá, Pyebra

Tino apareció y, de inmediato, se quitó los abrigos, porque el sofocante calor amenazaba con asfixiarlo. Buscó una túnica y se apresuró a salir de su habitación.

La casa lucía como la última vez que estuvo allí. Limpia y ordenada; sobre la mesa estaba la misma cesta con frutas frescas junto con una nota que decía «Te estaba esperando». Tino se sintió como una mierda al verlo. Shanyi siguió yendo a su casa y manteniendo la misma rutina, todos los días, por medio año y él… Él no fue capaz de pensar en ella a pesar de saber que Naga ya no estaba.

Buscó, de inmediato, entre sus recuerdos, por el punto más cercano para aparecer cerca de la casa de Shanyi, aunque, tal vez, sería mejor ir al salón donde se reunían, sin recordar siquiera que la última vez que estuvo en Erjathá, esa parte de la ciudad fue arrasada por los morroínos.

Estaba a punto de irse cuando la puerta de entrada se abrió y él se giró a mirar. Shanyi nunca había sido delgada, pero parecía piel y huesos, estaba pálida y sus ojos se llenaron de lágrimas ni bien lo vio.

—Estás vivo —murmuró antes de romper en llanto. Tino corrió hacia ella y la abrazó.

—Por Sinmá, perdóname. Te prometo que ya nunca más te dejaré sola.

—Me hiciste tanta falta…

—Perdóname. Lamento mucho lo que le sucedió a Naga, perdóname por no estar contigo cuando más me necesitabas.

—Eres un imbécil —sonrió al mirarlo—. Tú estabas igual o peor que yo.

—Pero tú seguiste adelante y yo no fui capaz de hacerlo, soy un maldito egoísta.

Shanyi se separó de él y le tomó el rostro.

—El dolor tiene muchas formas de manifestarse, Tino, no vuelvas a decir eso.

—¿Cómo estás? —preguntó y Shanyi retrocedió para limpiarse el rostro y acomodarse el cabello. Se veía cansada y desganada.

—No lo sé —suspiró—. Obligándome a vivir, sin más… Me mantengo ocupada el día completo, solo para no tener tiempo de lamentarme por nada de lo que está ocurriendo… —dijo y encogió los hombros— Pues ya ves, hay muchísimo trabajo que hacer… Es un maldito desastre todo… —Shanyi buscó dónde sentarse—. ¿Qué harás? ¿Volverás a irte?

—Solo si me necesitan, pero me quedaré aquí —sonrió.

—¿De verdad?

—Claro que sí. Necesito retomar mis entrenamientos y…

—Tengo tu espada —dijo y una sonrisa iluminó su rostro por apenas unos segundos—. La dejaste aquella noche, en el lugar donde… —Shanyi hizo silencio, como si sus palabras volvieran a matar a Ajhmet.

—Donde falleció Ajhmet. Puedes decirlo.

—Es que fue tan injusto. —Shanyi rompió a llorar de nuevo y se incorporó para volver a abrazarlo.

Tino no lloraba desde esa noche.

O al menos no recordaba si lo había hecho, pero no pudo evitar que la garganta se le anudara y los ojos se le inundaran. Las lágrimas ayudan a lavar el dolor del alma, a sacarlo de adentro, para evitar que se estanque y que eche raíces, para que no siga doliendo. Tal vez, no haber llorado lo suficiente evitó que Tino pudiera sanar más rápido o tal vez no sanar fue la única forma que encontró de mantener a Ajhmet cerca, aunque él ya se hubiera ido. Tino al final las dejó salir, para limpiar sus penas y dejar libre a Ajhmet de una vez.

—¿Me llevarías a verlo? —preguntó, aun cuando no había conseguido que el nudo de su garganta se aflojara.

—Claro que sí —respondió entre sollozos—. Suelo encontrarme con su padre en su tumba.

—¿Fuiste a visitarlo?

—Todas las semanas… A llevarle flores y hablarle de… De ti.

—Perdóname, Shanyi, fui tan egoísta.

—El dolor nos hace egoístas, pero ya regresaste.

—No regresé, me regresaron. —Tino tomó a Shanyi de las manos y ambos se sentaron frente a la mesa. Le habló de cómo Ethan y Mihaí lo llevaron a la nueva capital de Sitnor, que estuvo con Ilsa por tres días, hasta que él reunió las fuerzas suficientes para salir y ver a sus padres, y que Ilsa le contó todo lo que sucedió mientras estuvo ausente.

—Fue un poco insensible de su parte hacerlo —dijo Shanyi, molesta.

—No fue su culpa, yo le pedí que lo hiciera. Llegué a una Ciudad Capital que era un chiquero, no había forma de que me explicara qué había ocurrido con la antigua ciudad sin hablarme de Islery y lo demás.

—Es cierto…

—¿Qué pasó con los maestros?

—Fue una maldita pesadilla… Ni siquiera pudimos recuperar sus cuerpos. A Dima… —Los ojos de Shanyi se extraviaron más allá de Tino, en algún punto invisible en el infinito, y se pusieron vidriosos al recordarlo—. De Dima no quedó nada, un espiral lo descuartizó por completo. La Dama lo hizo jirones —dijo y volvió su vista a él—. A Áliza la traspasó una lanza mágica, pero los soldados pyebranos cayeron sobre nosotros y estaba Islery allí, también. A Leyna, la maga tesariana, la Dama le había arrancado una pierna cuando quiso desaparecer, y se

regresó a Tesar. Quedamos Tareq… Bueno, Ethan, Quentin y yo, nada más. Corrimos, huimos, porque no sabíamos qué hacer. No sé qué pasó con Áliza, cuando todo terminó no encontramos su cuerpo.

—Por Efos, Shanyi…

—No sé si se la llevó Islery, o si le hizo algo, si la aplastaron los soldados… —dijo con cierta resignación—. No lo sabemos.

Tino no abrió la boca por un largo rato, ¿qué podía decir? Era terrible lo que había ocurrido en Sitnor, y sintió el aguijonazo de la culpa al no haber estado allí para ayudar. Podrían haber acabado con Islery, también, si él hubiera estado. Podrían haber evitado que murieran tantas personas, podrían, podrían, podrían… Pero no estuvo y no hizo una mierda más que estar perdido en su estúpido egoísmo, mientras los demás seguían viviendo, luchando, sintiendo, llorando y… muriendo.

—Al menos ya no están la señora Viktoria ni la reina Morgana —dijo Shanyi una eternidad después, sacándolo de sus nefastos pensamientos.

—Islery parece mucho peor que esas dos.

—Sí, pero hace meses que no se la ve y, además, su atención estará puesta en el sur. Dudo que la veamos aquí. Quentin mató a su madre…

—Aparentemente…

—Bueno, en caso de que sí haya sido, el interés de Islery estará centrado en ellos y no en nosotros.

—No sé si alegrarme o sentirme una mierda por preferirlo. —Tino bajó la vista y se movió, incómodo, en su asiento.

—Sitnor tiene más magos y un mejor ejército… Están mejores preparados que nosotros para enfrentar a alguien así, es normal que lo prefieras.

—Pero su ciudad es un desastre, es más una aldea grande que una capital.

—Garhq Tahok era una ciudad fuerte y ¿sabes lo que pasó? La arrasó una sola mujer.

—¿Dónde crees que pueda estar Islery? —preguntó Tino.

—¿Qué quieres hacer?

—No ir a tomar el té con ella, precisamente.

Shanyi sonrió. No con la misma pesadumbre que había visto hasta ese momento, sino como antes de que él dejara Erjathá. Antes que Ajhmet dejara Erjathá, mejor dicho, y Tino decidiera abandonarse por completo.

Sitnor Ciudad Capital

Dunayar llevaba en sus manos un paquete con la dichosa piedra del señor Quentin. Sabía que era lo correcto que él la tuviera, porque le pertenecía y la señorita Ilsa la había hecho para él, pero como le ocurría cada vez con mayor frecuencia, quería que ambos se pudrieran en el infierno.

La sanadora sonrió de forma extraña cuando le dijo que el señor Ethan fue por el colgante y se lamentó por no haber estado allí para recibirlo, pero le entregó el objeto a ella con la orden de ponerlo en las manos de su dueño.

No tenía ganas de verlos. A ninguno de ellos. De ver sus sonrisas y escucharlos hablarle con amabilidad, cuando habían destruido su vida por completo… O al menos a esa extraña conclusión llegó, a pesar de que no sabía si era cierto o si la locura que se estaba apoderando de ella la convenció de que así era.

No entendía muchas cosas de la vida, puesto que apenas estaba comenzando a transitar la suya propia, pero sabía bastante de la maldad de las personas y de lo que esos sentimientos pueden causar, por eso se asustaba cuando su propia cabeza le susurraba malicias al oído. Estaba enojada todo el tiempo con personas que solo habían sido amables con ella y eso la confundía y la ponía nerviosa, porque temía lastimar a alguno de ellos. Ya había lastimado a la señorita Ilsa el día anterior, aunque no se dio cuenta en el momento y solo lo recordó después, mientras lloraba en su tienda. Si pensaba en ella, tenía tantas ganas de abrazarla y pedirle que la perdonara, como de clavarle las uñas en los ojos y arrancárselos. Y no lo comprendía.

Llamó a la puerta de los Guna y el señor Quentin fue quien abrió. Él sonrió y una parte de ella se alegró al ver la sonrisa más linda de Sitnor; sin embargo, tuvo ganas de patearlo, también. La invitó a pasar y en un principio se negó, pero le ofreció galletas de las que horneaba la señora Enara y no podía rechazarlas, porque eran deliciosas y era lo único que la detenía de hacer un escándalo, de romper todo allí y golpear a su anfitrión. La casa estaba llena de cosas por doquier, apenas si había un par de sillas libres, y el señor Quentin le explicó que era porque estaban juntando cosas para repartir entre quienes las necesitaban.

—¿Dónde pasaste la noche? —preguntó preocupado.

—Con la sanadora, señor.

—¿Y esta noche?

—También, señor —respondió sin dejar de masticar.

—¿Necesitas ropa más abrigada o algo más? ¿Mantas? ¿Botas?

—No se preocupe, señor, estoy muy bien.

La puerta se abrió a sus espaldas y una ráfaga de aire helado entró acompañando a la señorita Ilsa. Sonrió, se acercó a ella y Dunayar saltó de su silla y retrocedió.

—¿Te encuentras bien? —preguntó la señorita Ilsa y Dunayar la odió como nunca había odiado antes. Cuando pensaba en sus padres y en los soldados que se llevaron sus vidas, se sentía triste, frustrada y sola, pero nunca tuvo resentimiento hacia quienes la dejaron huérfana. Sin embargo, esta muchacha de cabello gris y mejillas sonrojadas despertaba muchas cosas horribles en su interior.

—No te me acerques, maldita zorra —masculló sin poder evitarlo.

—¿Qué…? —El señor Quentin quiso comenzar a hablar, pero no se lo permitió.

—¡Aquí tienes tu maldita piedra inservible! —Dunayar le arrojó el amuleto al rostro. Le hubiera dado en un ojo, estaba segura, pero el muy infeliz la agarró en el aire y la miró como si quisiera golpearla él también.

La señorita Ilsa miró a uno y a otro, asombrada y con los ojos llenos de temor. Sin embargo, caminó hasta Quentin y se paró frente a él.

—¿Nadzia? —preguntó.

Oír ese nombre fue otra cascada incontrolable de emociones que tampoco pudo contener ni procesar. Tomó la pesada silla que estaba frente a ella y, sin saber de dónde había sacado las fuerzas necesarias para hacerlo, la levantó y la arrojó contra ellos. Se oyó un crujido espantoso cuando la silla golpeó a la señorita Ilsa, pero no se sentía conforme; quería hacerles más daño. Todo el que fuera posible.

—¡Detente! —exclamó el señor Quentin y apartó a Ilsa de en medio, para que ella no pudiera volver a herirla. Sin embargo, Dunayar no estaba contenta solo con haberle roto un hueso, quería triturárselos a todos. Arriba de la mesa había platos, cacerolas, cucharones, cuchillos y un sinfín de utensilios amontonados y comenzó a arrojarlos hacia ellos, uno a uno.

Algunos dieron en su objetivo, otros se estrellaron en las paredes de atrás y tenía un enorme

y pesado cuchillo en la mano cuando sintió que el cuerpo entero se le paralizaba por completo.

Quiso gritar, pero solo un gemido extraño salió de su boca. Quiso mirar a su alrededor para ver quién la había hechizado, pero solo sus ojos le respondían. Quiso escapar de allí y nunca más regresar, pero una sensación desesperante la mantenía inmóvil.

Sus ojos dieron con un niño pequeño y de revuelto cabello largo que la miraba como si tuviera la intención de arrancarle las entrañas.

—Astor… —El señor Quentin se dirigió al pequeño y se interpuso entre ellos. Se arrodilló frente a él y lo abrazó, pero el niño no reaccionó—. ¿Te encuentras bien?

—¿Qué sucede? —preguntó sin quitar sus inquietantes ojos de ella.

—Nadzia… —La señorita Ilsa se sostenía el brazo derecho y Astor se volteó para verla. Su actitud cambió en cuanto sus ojos se posaron en ella, puesto que la miró con preocupación.

—¿Qué te hizo? —susurró. Se alejó del señor Quentin y corrió hacia Ilsa.

—No es nada, solo un golpe.

—Déjame ver. —Extendió las manos y las puso sobre su brazo—. Está quebrado.

—Maldición —dijo el señor Quentin. Astor lo miró y sonrió.

—No se preocupen, puedo curarla.

Dunayar sintió que los ojos se le llenaron de lágrimas y estas rodaron por sus mejillas, sin que pudiera ocultarlo. El señor Quentin se acercó a ella, buscó un pañuelo en su bolsillo y le secó el rostro.

—No es tu culpa —dijo en voz baja—. No estamos molestos contigo.

Sus ojos siguieron llorando, un poco por vergüenza, otro poco por esa extraña e incontrolable furia. Los odiaba y, a su vez, quería que la abrazaran y que la perdonaran, quería rogarles que lo hicieran, aun cuando sabía que no merecía más que unos cuantos latigazos en la espalda, a la vista de toda la ciudad.

El niño terminó con el brazo de la señorita Ilsa y se acercó; sin embargo, antes de que pudiera saber qué le haría, cayó dormida.

9

—Veré si hay algo extraño en ella.

—No le harás daño, ¿verdad? —preguntó Ilsa y Astor sonrió.

—Estará bien, no te preocupes.

—Deberías esperar a que Onix… —comenzó Quentin.

—Aquí estoy —interrumpió el felino y todos giraron a ver de dónde provenía su voz, puesto que no notaron que estaba allí. Se encontraba sentado frente al fuego, aseando su brillante pelaje con gran dedicación—. Dunayar estará bien, tan solo veremos si hay algo que podamos hacer para que Nadzia sea eliminada de una vez y para siempre.

—Yo sabía que no me iba a librar tan fácil de esa maldita cabrona —murmuró Ilsa.

—Tranquila. —Astor volvió a sonreír y dos hoyuelos se marcaron en sus mejillas.

—Me rompió un puto brazo, nos arrojó media casa encima… Está furiosa y cada vez será peor.

—Sin mencionar que la pobre niña tiene que lidiar con ella —dijo Quentin.

—¿Qué hacía aquí? —preguntó Onix y Quentin recordó que lo primero que arrojó hacia él era su amuleto envuelto en un paño.

—Vino a traer mi amuleto —dijo y se agachó a ver a dónde había caído, puesto que recordaba haberlo soltado cuando Dunayar arrojó la silla hacia ellos. Quiso levantarlo del suelo en cuanto lo vio, pero Onix saltó hacia él, para impedírselo.

—No lo toques. Lo veremos luego.

Quentin lo miró extrañado, aunque enseguida asintió. Ethan debió comentar sus sospechas con él, también, o quizás los había escuchado hablar. Onix hizo aparecer una esfera de luz y envolvió el objeto con ella; luego, esta desapareció de su vista.

—Lleva a Dunayar a una habitación, nos encargaremos de ella —dijo Onix y Quentin levantó el cuerpo rígido de la niña para llevarlo hacia su cuarto. La recostó en la cama y Onix se sentó a su lado.

—Iré a ver a Santoro o a Eric, para avisarles de lo que sucedió.

Astor le tomó la mano cuando pasó a su lado y Quentin lo miró.

—Agáchate —dijo sonriendo. Él obedeció y su hermano lo abrazó—. Te ves bien y eso es muy bueno. Lamento mucho si te causé alguna preocupación en todos estos días.

Tuvo ganas de decirle que sí, y que había estado bastante molesto con él casi todo ese tiempo, aunque decidió no hacerlo.

—Sabandija… Avísame la próxima vez que vayas a hacer una locura de la misma clase, así al menos trato de evitarlo.

—Lo siento, pero sabía que intentarían detenerme. Ahora podré desaparecer y eso es más de lo que alguna vez soñé.

—Hablaremos luego, ya está por oscurecer y no quiero que se preocupen de más por Dunayar. —Quentin se puso de pie y revolvió el cabello de su hermano, que se apresuró a acomodar sus largos rizos. Amagó a alejarse de él y, cuando Astor le dio la espalda, volvió a despeinarlo.

—Quentin —rio.

—Te quiero, sabandija.

—Y yo a ti.

—Basta de cháchara, *Gunas* —regañó Onix.

—Te vas a poner blanco por renegar tanto —dijo Astor divertido.

—¡Insolente! Qué vergüenza…

Quentin dejó la habitación sonriendo y regresó al desordenado comedor, que se veía peor después del ataque de Dunayar… O de Nadzia, mejor dicho.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó ni bien vio a Ilsa, que estaba recogiendo lo que la niña les había arrojado, y se acercó a ella para ayudarla.

—Preocupada. Me da mucha lástima que Dunayar se encuentre así por mi culpa.

—No es tu culpa, Ilsa, no digas eso.

—Si no hubiera rechazado la propuesta del Sol de deshacerse de Nadzia…

—No sabrías quién eres en realidad. Deja de pensar en ello y aplica lo que tantas veces me has dicho, ¿sí? No vas a solucionar nada con seguir dándole vueltas al asunto.

—Bueno, sí… —resopló—. Ahora me doy cuenta de que es más fácil decirlo que hacerlo. Creo que nunca me había visto en una situación tan angustiante.

—Ya déjalo, ¿sí? Astor y Onix encontrarán la forma de solucionar este problema.

—Ojalá que sí —murmuró y, en silencio, continuaron recogiendo y acomodando. Cuando terminaron, Quentin se acercó a Ilsa y le dio un beso en la mejilla.

—Iré a ver a Eric o a Santoro, a quien encuentre primero, para decirles que Dunayar está aquí.

La casa de los Guna volvió a convertirse en un entrar y salir de gente que llevaba o retiraba cosas, hasta que Noah tuvo algunos minutos libres para pensar en Enara y darse cuenta de que debería estar agotada. De inmediato mandó a decir a Quentin que llevara todas las donaciones recibidas a la tienda grande. Ordenó, también, que alguien más se ocupara de clasificarlas y entregarlas a quienes las necesitaran o a los soldados para que continuaran repartiéndolas. Cuando Quentin le dijo lo que había sucedido con Dunayar, la envió junto a Astor y Onix a casa de Josh y estuvo a punto de decirle a Quentin y a Ara que ya era hora de que empezaran a pensar en construir sus propias casas, porque pronto llegaría al mundo su hijo y no quería que Enara y el bebé tuvieran que vivir así, en ese caos constante.

No sabía tampoco qué hacer con Ethan, con Ilsa ni con Astor. Estaban ahí y parecía que para todos era más fácil de esa forma. Lo que el tiempo no les dejaba hacer, lo hacían con magia, aunque les hubiera repetido hasta el cansancio que no lo hicieran. Sin embargo, la casa estaba impecable, la ropa limpia y seca aunque lloviera una semana entera, las comidas a tiempo aunque todos llegaran tarde a la casa, la huerta radiante y cuidada, a pesar de que Enara tenía un vientre enorme y Josh estuviera siempre en el campamento de los soldados, ya que eran los únicos que se encargaban de mantenerla; el establo limpio y los animales atendidos, aunque no tuvieran más que un solo sirviente para encargarse de todos.

A pesar de todo, su día se terminó y, cuando volvió a entrar a su hogar y los vio reír y bromear como si fueran críos, no tuvo corazón para deshacerse de ellos. Eran sus hermanos y Sitnor Ciudad Capital era un desastre permanente, después de todo; era normal que su casa reflejara el caos del exterior. Noah estaba cansado por demás, pero eso no era justificación suficiente, aunque extrañara el silencio y la calma de cuando solo eran Enara y él. Amaba a sus hermanos y a Josh, que vivía más con ellos que en su propia casa, aunque fueran revoltosos e inmaduros; aunque se golpearan entre risas, como si no tuvieran más de diez años; aunque Ilsa se pasara el día entero maldiciendo e insultando; aunque quisiera gritarles que se largaran y le dieran aunque sea unos minutos de paz para abrazar a Enara sin que alguno de ellos pasara a su

lado y le diera un golpe en las costillas o los abrazara a los dos tan fuerte como para sofocarlos.

Noah sonrió justo cuando la mujer más hermosa del mundo ponía sus bellos ojos oscuros en él. Enara reía, con su acostumbrada timidez, y se dio cuenta de que ella estaba feliz, a pesar de sus hermanos, de los insultos y del ruido. Tal vez, Enara necesitaba de ellos más de lo que Noah creía.

Se preguntó, mientras veía a Enara caminar hacia él, si debía decirles que el rey Ogdev de Tesar había sido padre por primera vez… Bueno, eso tal vez no les interesaría, aunque sí querrían saber que…

—El rey Ogdev de Tesar viene con su ejército. —Todos aplaudieron y festejaron con más ruido del que ya había—. Quería esperar al nacimiento de su primogénito para dejar el Palacio Dorado y, como hace diez días nació el niño…

—Vaya, un niño… Los dioses estaban de buen humor —murmuró Ilsa.

—¿A qué te refieres? —preguntó Ara.

—En Tesar, cuando una mujer está embarazada, se dice que si los dioses estaban de buen humor cuando el bebé fue concebido, nacerá un niño, pero si estaban de mal humor, nacerá una niña.

—Qué país de mierda el tuyo —dijo Josh.

Ilsa encogió los hombros.

—No me lo digas a mí, yo no puse las reglas.

—¡Es muy injusto que traten así a las mujeres, solo por ser mujeres! —protestó Ara.

—Y eso no es nada —dijo Ilsa—. Cuando nace una niña, la arrojan a un lago, río, mar o lo que tengan más cerca…

—¿Qué? —preguntaron todos a la vez.

—Solo las más fuertes lo logran, aunque es bastante obvio que lo diga.

—¿A ti…? —Quentin le tomó la mano—. ¿A ti también te hicieron eso?

—En el lago Ravwska, en la cima de la montaña donde se encuentra la capital de Tesar. Como cerca de Zart Vialh no hay más que un arroyo que se congela en invierno, mis padres fueron a la capital a esperar a que llegara al mundo, por si era una niña.

—Cuánto lo siento —dijo Quentin.

—No te preocupes, no lo recuerdo, de todos modos —sonrió.

—Ahora comprendo por qué no necesitas más abrigo que una capa —dijo Ethan.

—¿Y tú qué? —preguntó Josh—. ¿Naciste y te tiraron al lago?

—Algo así, sí. Aunque hacen una ceremonia en la que encomiendan a la niña al dios que sus padres prefieran, y luego las dejan caer desde una altura de tres metros.

—Los tesarianos están realmente mal de la cabeza. —Josh miró a Ilsa—. Sin ánimos de ofender.

—En muchos aspectos son… —Ilsa se quedó pensando por unos instantes—. No, son una mierda en todos los aspectos. Desde el puto día en que nacen hasta el día de su muerte. Lo único que me gusta de Tesar son los vestidos, pero más allá de eso, no hay nada que eche de menos.

—¿El idioma? —preguntó Noah.

—Un poco, pero como puedo hablar en todos los idiomas, no es algo que me moleste, en realidad. Estoy bastante acostumbrada a cualquiera de ellos.

—Cuando estás nerviosa, hablas en tesariano —dijo Quentin.

—¿Sí? —preguntó, asombrada.

—Sí, es cierto —dijo Ethan—. Cuando Quentin estuvo a punto de morir… Bueno, la última vez que estuvo a punto de morir, mejor dicho, te escuché hablar en tesariano.

—Y cantar —dijo Enara—. Cantas muy bien, por cierto.

—¿Y por qué yo nunca te escuché hablar en tesariano? —protestó Ara.

—Tú no puedes distinguir un pyebrano de un tesariano aunque te los señalen, no sé para qué te quejas —dijo Quentin y, por respuesta, recibió un golpe, como no podía ser de otra manera.

—Ya, chicos. —Los regañó Enara cuando Quentin le respondió de la misma forma y Josh saltó para defender a Ara.

—Por todos los cielos —se quejó Noah y sujetó la mesa, para que no la dieran vuelta.

Mientras Quentin intentaba escapar de Josh y de Ara, Noah vio que los ojos de Ethan se iluminaban; pensó que haría algo para defender a su hermano, pero no fue así. Lo vio mirar a Ilsa y ella dejó de reír. Al parecer, estaban conversando en sus mentes y le dio mucha curiosidad saber qué estaba ocurriendo entre ellos. No fueron más que unos pocos segundos, pero Ilsa se veía tan preocupada como Ethan. Tal vez, algo había sucedido con Dunayar, aunque le pareció extraño que ni Onix ni Astor se hubieran presentado allí para decírselos y al final descartó la idea al ver que ninguno de los dos se levantaba para ir a la casa de Josh.

—Prepararé la cena —dijo Enara y Noah olvidó lo que estaba sucediendo para ir a ayudarla. En algún otro momento averiguaría qué estaba ocurriendo con ellos.

—*Onix me dijo que va a limpiar el amuleto de Quentin.*

—*¿Y con eso podrá utilizarlo sin riesgos?*

—*Según él, sí. No ha sufrido un deterioro significativo, más que absorber vestigios de las energías de Zaria y de la mujer.*

El tono de Ethan era extraño, aún cuando era bastante fácil ocultar lo que uno sentía mientras hablaba mediante una conexión mental.

—*¿Te dijo qué clase de energías?* —se aventuró a preguntar en un intento de saber si era eso lo que lo preocupaba.

—*No con exactitud, apenas si hablamos unos instantes. Cuando llegué, él y Astor se estaban yendo a casa de Josh con Dunayar.*

—*Comprendo… ¿Sabes si pudieron encontrar a Nadzia? Eliminarla o lo que sea que estén haciendo…*

—*No me lo dijo, pero supongo que todavía no lo lograron.*

—*Por Sinmá, la angustia me va a matar… Aunque menos mal que los inadaptados de tus hermanos me mantienen distraída.*

—*Si no quieres que te traten como a Quentin, no lo digas en voz alta.*

—*Lo tendré en mente* —dijo y se puso de pie—. Iré a ayudar con la cena.

Astor llegó cuando estaban por comenzar a comer y les dijo que todavía no habían logrado encontrar ni un rastro de Nadzia, pero como él tenía hambre, Onix le había permitido tomarse un descanso. Estuvo por un buen rato con ellos, sentado en la falda de Josh, justo frente a Ilsa y, cada vez que ella lo miraba, el pequeño sonreía. Astor era encantador y, tal vez, la profecía que Quentin oyó sobre él no llegaría nunca a cumplirse, porque era tan adorable que daban ganas de abrazarlo todo el tiempo y le parecía imposible que ese niño tuviera algún rastro de maldad.

—*Lamento mucho que hayas renunciado a tus poderes* —dijo Astor en un momento.

—*Si no lo hacía, Nadzia me iba a volver loca.*

—*Sé que fue muy malo para ti, Onix me lo dijo. Tal vez, si yo lo hubiera sabido, podríamos haber hecho las cosas de forma diferente y ahora tú y yo seríamos los magos más poderosos de Thoria.*

—¿Sabías cómo eliminarla?

—Se me ocurrieron un par de ideas que creo que habrían resultado, pero Onix no me dijo lo que harían, tan solo me pidió que lo asistiera.

—Lo hizo para protegerte, si entrabas en mi mente te ibas a volver tan loco como yo. Cada vez que Onix entraba, podía sentir su aturdimiento, su agobio y su preocupación.

—Sé que me veo tan frágil como alguien de mi edad, pero he visto y hecho cosas que nadie de mi edad hizo nunca.

Ilsa hizo un esfuerzo por tragar y por calmar su nerviosismo.

*—No te olvides de Lena —*intentó sonreír*—, creo que ella lleva la delantera.*

—Me gustaría conocerla, ahora que la mencionas; todavía no tuve la oportunidad de verla y hace años que quiero hacerlo. Podríamos hacer un buen equipo.

—¿Tú…? ¿Tú sabes lo que ella hizo en Pyebra?

—Claro que sí. Lena y yo podríamos acabar con todo lo que te perturba, hermosa Ilsa, y hacer de este mundo uno pacífico y en calma, donde puedas ser feliz sin preocupaciones. Me gustaría darte esa paz que tanto deseas.

Ilsa asintió, porque no sabía cómo responder a eso. No comprendía por qué Astor le diría algo así, ni qué lo llevaba a querer cuidar de ella, porque lo había repetido en numerosas ocasiones.

—Tú eres un niño y no deberías pensar en ello.

—En otras circunstancias, te daría la razón, pero soy consciente de que vivimos momentos inciertos y que no se pueden desperdiciar mis habilidades. Debo confesarte que me vi tentado en varias oportunidades de abandonar mi magia, pero cada vez que pensaba en Quentin y en lo que él estaba sufriendo, cada vez que escuchaba a mi padre hablar con Noah o cuando Onix me contaba cómo estaban las cosas, me daba cuenta de que debía conservarlos. De todas formas, ya es muy tarde para mí, ya no podré ser un niño normal nunca más. Intento serlo, pero nadie sale ileso después de enfrentar a un Indigno y yo lo hice por primera vez cuando apenas había aprendido a caminar.

A Ilsa se le llenaron los ojos de lágrimas sin que pudiera evitarlo y Astor dejó la falda de Josh, rodeó la mesa corriendo y la abrazó.

—No lo lamentes por mí.

—¿Qué hiciste? —preguntó Quentin, molesto—. ¿Qué le dijiste?

—Déjalo en paz, ¿sí? —murmuró Ilsa y su voz sonó ahogada. Sentó a Astor en su falda y lo abrazó—. *Lo único que se me ocurre es pedirte perdón por no haber tenido antes el coraje suficiente…*

—Tú no debes pedirme perdón por nada. El mundo ya estaba arruinado cuando yo llegué. Mi familia ya había sufrido una pérdida importante cuando se llevaron a Ethan y tú no tienes la culpa de ello.

—Pero si hubiera…

*—Es normal asustarse, bella Ilsa —*respondió con calma, y se aseguró de transmitirle la misma sensación a ella*—, pero no puedes culparte por algo que escapa a tu control.*

—Solo me atreví a aceptar que podía ser útil cuando la reina de Morrau se llevó a Quentin, aunque ahora soy una completa inútil, porque renuncié a Nadzia, a sus poderes y a su conocimiento.

*—Ella hubiera acabado contigo. Ya deja de torturarte, ¿sí? —*Astor la miró y le acarició la mejilla por un momento—. *Sus poderes están en mí y yo no dudaré en utilizarlos cuando sea necesario. Haré hasta lo imposible para que estén a salvo y para que esto se termine pronto.*

Ahora debo regresar a ayudar a Dunayar.

—Eres muy valiente, Astor.

—Por ustedes, nada más.

Astor se bajó de su falda y, sin decir otra palabra, corrió hacia la puerta de salida. Cuando se dio cuenta, Ilsa vio que todos la miraban preocupados y en silencio.

—Astor es una gran persona —dijo.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Quentin y ella asintió—. ¿Por qué estás así?

—Es que es muy pequeño —susurró, porque sentía que la voz iba a fallarle por el nudo que se había atorado en medio de su garganta—. Y lo único que siento es culpa, por todo lo que ha tenido que vivir.

—Pero no es tu culpa —dijo Ethan—, ni la de ninguno de nosotros.

—Lo sé, pero eso no lo hace menos terrible. ¿Y saben qué es lo peor? Que aunque Astor renuncie a sus poderes, ya nunca va a poder ser un niño normal.

Nadie dijo nada más, porque lo más probable era que se sintieran lo mismo que ella, que cualquier opinión sobraba y carecería de sentido. Nadie era culpable, nadie podía solucionar nada, nadie tenía ninguna clase de certeza y no les quedaba más opción que ser los títeres de Islery y de la Dama de la Cueva, si aún estaba con vida.

—¿Cuándo llegará el príncipe Verj? —preguntó Quentin.

—En un par de días —respondió Noah.

—Iremos al Puente Negro con él, ¿verdad? —preguntó Ara.

—Así es —dijo el mayor de los hermanos—. Nos adentraremos en Pyebra, recuperaremos Ahrbak Ardhal y continuaremos hacia la capital. Con el apoyo de Tesar, podremos terminar lo que empezamos.

—No servirá de nada regresar a Pyebra —dijo Josh—. Será un desperdicio de recursos y perderemos muchas vidas en vano.

—Quienes realmente importan, no están allí. —Quentin le dio la razón—. No sabemos dónde se encuentran, pero pueden desaparecer cuando lo deseen. No les importan las ciudades ni sus soldados, tan solo ellas mismas.

—¿Por qué hablas en plural? —preguntó Ara.

—Porque no sé si de verdad asesiné a la Dama de la Cueva, o si era alguien más. Fue demasiado fácil, considerando el daño que hizo en Thoria.

—Eso es cierto —dijo Noah—. Sin embargo, a veces las cosas son más sencillas de lo que parece.

—Tenemos que hacer salir a Islery, de alguna forma, pero no se me ocurre cómo. No sé qué le interesa ni qué… —Quentin miró a su cuñada—. ¿Tú qué sabes de ella?

Enara se quedó mirando un punto en la mesa por largos segundos. Noah le tomó la mano y ella lo miró.

—No tienes que hacerlo —dijo en voz baja y Enara asintió.

—No mucho, a decir verdad —dijo después de unos momentos—. Es hija de la Dama, aunque no sé si la robó en algún lado o si ella misma la parió. Rara vez la veía, pero nunca era bueno verla, porque era increíblemente sádica y retorcida. Cuando bajaba a las celdas, era para aprovecharse de alguien allí dentro. No solo le gustaba maltratar o golpear a quienes estaban cautivos, sino que quería que a ella también le hicieran lo mismo. Viktoria y Morgana solían bajar junto a Islery, pero no eran como ella. Las llevaba para que observaran lo que hacía; cuando apartaban la vista, Islery las obligaba a participar, como castigo por desobedecer, porque no podía maltratarlas de ninguna forma, la Dama se lo había prohibido.

—Están todas enfermas… —murmuró Ilsa.

—¿Quién es Vanya? —preguntó Noah—. La mencionaste una vez.

Enara negó con un gesto y encogió los hombros.

—No lo…

—La Dama de la Cueva —dijo Ethan—. Islery se refirió a ella como «Vanya» cuando Quentin mató a esa mujer que creemos era la Dama.

—No sé si eso lo hace mejor o si empeora todo… —dijo Noah.

—Es una ventaja, al menos no hay una loca más suelta por ahí. Demasiada sorpresa tuvimos con la llegada de Islery —dijo Ilsa.

—Estoy seguro de que Morgana está muerta. Islery dijo que Viktoria también lo estaba… Si no maté a esa condenada vieja, solo quedan dos.

—Y tenemos que hacerla salir, de alguna manera —dijo Ara.

—¿Servirá de algo romper el tratado que restringe el uso de la magia? —preguntó Josh y Ethan negó moviendo la cabeza. Sin embargo, no interrumpió la idea—. Lobo Blanco y Onix lo mencionaron, estoy seguro de que eso ayudará a los magos entrenados a tener más herramientas.

—Para romperlo, se necesitaba hacer un ritual de invocación…

—Vila puede hacerlo —dijo Quentin.

—Y pronunciar un conjuro —continuó su hermano—, pero este se perdió cuando los morroínos atacaron Erjathá. —Todos se quejaron, como si fueran una sola persona—. El salón de los magos estaba cerca de la entrada principal de la ciudad y esa parte fue arrasada. Se perdieron cientos de libros valiosos, además…

—No puede ser cierto —murmuró Noah.

—¿Cómo demonios saldremos de esto? —preguntó Quentin.

—Voy a entregarme —dijo Ethan y Quentin palideció de tal forma que pareció que todos sus colores habían desaparecido por completo. Ilsa sintió el malestar que lo invadió y, a su vez, que Quentin le apretó las manos con tanta fuerza, que un par de dedos le crujieron.

Ilsa se quejó y él aflojó la presión de inmediato. La miró por apenas un instante y se veía aterrado.

—No… No dejaré que lo hagas —balbuceó—. Después de lo que sucedió en Garhq Tahok… No sé qué ocurrió allí, pero fue algo terrible, porque lo eliminaste de mi mente.

—Quentin… —Ethan lo miró, incómodo, como si quisiera silenciarlo—. Eso… No lo diré.

—Lo entiendo, pero Islery me aterra a niveles irracionales y no dejaré que te acerques a ella por tu voluntad. No después de lo que hicimos y… de lo que sea que sucedió allí.

—*¿Qué le hizo?* —preguntó Ilsa a Ethan y él la miró.

—*No lo diré, es mejor así.*

—Tenemos que buscar otra manera —dijo Noah.

—*Necesito saberlo* —insistió Ilsa.

—La única forma es dándole lo que ellas quieren —dijo Enara.

—¿Tesar? —preguntaron a la vez Ara y Josh. Se miraron, ella sonrió y, luego, agregó—: Es un maldito país, no podemos dárselo.

—*De verdad, no lo necesitas.*

—*¿Por qué?*

—Algo más, algo… Otra cosa —dijo Noah, mientras se masajeaba las sienes—. Tiene que haber…

—*Quentin ya lo dijo. Fue tan terrible como para verme en la obligación de borrarlo de su mente.*

—*Entonces ni sueñes con entregarte, porque si lo haces te buscaré solo para darte una paliza, ¿me oyes?* —dijo Ilsa y vio que Ethan contenía la risa.

—Si yo me entrego… —comenzó Enara.

—¿Qué demonios les pasa? —Quentin se puso de pie—. ¿Son todos suicidas o qué? Nadie se va a entregar. Nadie irá a ningún lado.

—Quentin —dijo Noah.

—¿Los estás escuchando? Enara tiene un niño en su vientre y la Dama quería a Ethan muerto, va a matar a cualquiera que se entregue antes de que puedan decir una sola palabra. Pensaremos la forma de que salgan de su maldito escondite, pero no arriesgando la vida de una forma tan estúpida.

—Quentin… —dijo Noah y él sonrió y volvió a sentarse.

—Tengo una idea.

—Tus ideas siempre son *peorres* que las *nuestrras* —dijo Ethan y Josh asintió.

—Esta es buena de verdad.

—Miedo me das… —dijo Noah y, a decir verdad, a Ilsa también le asustó escucharlo.

—Suéltalo —dijo Josh.

—Entregarles Tesar.

—Tienes que estar desvariando. —Josh le dio un manotazo en la cabeza.

—No, si lo piensan, es posible. Si le damos un paso a Tesar, podemos emboscarlos en el sur, cuando estén por cruzar el río Rojo. El rey Ogdev está en camino, Astor, Tino y Leyna pueden organizarse para llevar a todos los magos y a unos cuantos soldados. Podríamos arrojarlos al río.

—Está casi seco en invierno, Q —dijo Ara.

—Pero cruzarán Sitnor a pie y les llevará varios meses. Llegarán a destino cuando el río esté cargado de las aguas del deshielo y no podrán librarse de nosotros ni de los tesarianos.

Noah pareció estar pensándolo.

—Lo hablaré con el príncipe Verj, no tardará más que unos días en llegar.

10

—Nadzia no está aquí —dijo Astor.

—Sin embargo, sabemos que sí —respondió Onix—. Reaccionó con violencia al oír su nombre.

—Pero no podemos encontrarla, ¿cómo puede estar escondida? Era una mente individual y ya no lo es, al parecer.

—No lo es… aún. Por eso es que no podemos verla. Es débil por haber dejado la de Ilsa y por perder su magia, pero está cobrando cada vez más fuerza.

—¿Y qué haremos?

—Esperar.

—¿A qué cobre la suficiente fuerza como para matar a Ilsa o a mi hermano? Si vuelve a hacerles daño, voy a matar a la niña, Onix.

—No lo harás.

—Sí lo haré. Sabes que sí. Cuídala, como puedas, de lo que sea que Nadzia la obligue a hacer, porque no voy a permitir que vuelva a hacerles algo. Le quebró un brazo a Ilsa…

—Lo sé.

—… Y puede hacer muchas cosas peores, Onix.

—No lo creo, no tiene magia y eso es una ventaja.

—Tal vez, pero una persona no necesita magia para lastimar a otros. Se las puede ingeniar bastante bien sin ella.

—Puedes irte, Astor. Descansa, yo me ocuparé de Dunayar.

—¿La devolverás con los soldados?

—No tiene caso que permanezca aquí. Hablaré con ellos sobre lo que sucedió, para que no la dejen sola en ningún momento.

Astor asintió y dejó la casa de Josh. No estaba de acuerdo con Onix en tratarla con tanta delicadeza. Si dependiera de él, hurgaría en cada uno de los rincones de su mente, puerta por puerta, hasta encontrar a ese parásito que no hacía más que lastimar a Dunayar, pero Onix solo se limitaba a observar, sin intervenir.

«Sí, puede que le ahorremos a Dunayar algo de dolor no interviniendo en su mente, pero creo que no se compensa con lo que la chica está padeciendo y lo que le espera por sufrir con Nadzia».

Astor llegó a su casa y solo Ethan estaba en el comedor. No había tenido la oportunidad de socializar mucho con él, pero no tenía intención en ese momento de quedarse a averiguar qué clase de persona era. Más bien, no quería que lo sermoneara por lo que hizo.

—Hasta mañana, hermano —dijo con la mayor inocencia posible, pero Quentin lo emboscó en el pasillo, aterradoramente serio. No parecía que quisiera saludarlo ni dejarlo ir con tanta facilidad, pero Astor sonrió—. Hasta mañana.

Quiso escabullirse, pero Quentin lo sujetó del abrigo y lo arrastró hasta el comedor, lo sentó en la mesa y se ubicó frente a él.

—Tengo sueño —murmuró y se restregó los ojos.

—A mí no me engañas —dijo Quentin—. Llevas durmiendo… una eternidad. No se puede tener tanto sueño.

—No estaba durmiendo —respondió con calma—, estaba inconsciente.

—Ya eres inconsciente a tiempo completo, ¿por qué fuiste tras los poderes del sol?

«Ay, no». Astor resopló y se tomó unos momentos antes de responderle.

—¿Quieren la verdad o una respuesta inocente y ensayada hasta el cansancio para que puedan estar en paz?

Quentin palideció un poco y miró a Ethan, que estaba sentado frente a él, por una fracción de segundo. Astor se dio vuelta para mirarlo, también.

—La *verrdad*.

Astor asintió.

—Sombra y luz luchan en su interior, quien prevalezca será su elección. Decisiones deberá tomar, el hijo de la Luna. Señor de cielos e infiernos, dueño de vida y muerte, a estas tierras ha decidido llegar —recitó y Quentin palideció otro poco más—. Esa es mi profecía, la que se dijo el día en que nací. La conocí hace poco y entendí algunas cosas sobre mí mismo. Quise renunciar a mis poderes en ese preciso instante, porque tuve miedo. También, después de asesinar a dos esclavistas, llegando a Zart Vialh.

—Astor… —murmuró Quentin, con la voz apagada y un poco rota.

—Tampoco pude hacerlo —sonrió—, porque sé que soy poderoso y que somos pocos magos. Además, mi vida ya estaba arruinada.

—Es muy… —comenzó Quentin, pero Astor lo interrumpió.

—Ambos conocen a los Indignos, lo que hacen y lo que se siente enfrentarlos. Apenas podía pronunciar correctamente un puñado de palabras cuando me enfrenté a uno de ellos por primera vez.

—¿Onix te obligó?

—Él me advirtió de lo que sucedería y de la importancia de su destrucción, también. Era necesario que lo hiciéramos los dos, porque él solo no podía.

—Ningún mago puede hacerlo solo —dijo Ethan en voz baja.

—Solo yo, como ya pudiste comprobar —respondió y Ethan asintió. Astor tomó las manos de sus hermanos y sonrió. Era bastante impresionante ver a los dos tan rotos; era como si el mundo se hubiera posado sobre sus espaldas y ellos dos fueran los únicos que debían sostenerlo —. No se sientan mal, ya lo superé. La Luna es muy sabia y muy dulce… y canta muy bonito. Eso ayudó mucho

—Tal vez todos los astros sean muy amables, pero mi *estrrella* nunca me cantó —dijo Ethan algo desilusionado.

—Deberías probar con pedírselo. —Astor encogió los hombros y su hermano asintió.

—Yo escuché el nombre de mi estrella —sonrió Quentin— y fue… lo más hermoso que alguna vez oí.

—¿Tienen nombre?

—Sí, pero es impronunciable, se oye como una música cristalina y… blanca —terminó, aunque no muy convencido de lo que decía; sin embargo, Astor lo comprendió.

—Es cierto, cuando la Luna me cantaba, sus frases se oían como colores —dijo, divertido, al recordar la increíble sensación que experimentó en esos momentos.

—Vaya, nunca se me *hubierra* ocurrido.

—Inténtalo —lo animó Quentin y Ethan sonrió, mientras asentía.

—El Sol no es así, es muy… soberbio. Cuando tomé sus poderes, lo primero que dijo fue «¿Quién viene a recoger las migajas de mi magnificencia?» Y no sé cómo fui capaz de responderle, porque parecía que mi cráneo se reventaría en cientos de partes. —Quentin apoyó la cabeza en sus manos, pero no dijo ni una palabra—. La magia del Sol es escasa y difícil de

manipular, pero extremadamente útil y, casi siempre, los magos con poderes del sol tienen muchísima más energía que cualquiera de los otros que han sido bendecidos por otros Astros. Y el Sol es implacable e impaciente, me urge a que empiece a entrenar cuanto antes. No me deja en paz ni un segundo… No lo sabía, no imaginé que sería así. Puede que mi humor ya no vuelva a ser el de antes, porque su insistencia y su impulsividad… Bueno, es difícil de ignorar, para ser sinceros.

—Ahora comprendo por qué Tino es así —dijo Quentin.

—Y Lena —agregó Ethan y Quentin asintió.

—No sé en lo que me convertiré pero, por favor, recuerden que lo hago por todos. Entrenaré, aprenderé a desaparecer y, cuando eso suceda, haré todo lo que esté en mis manos por terminar con esto cuanto antes. Sé que puedo y destruiré Pyebra hasta sus cimientos para encontrar a Islery y a la Dama, si es que todavía está viva. Yo las haré salir de donde sea que se escondan, porque va a ser muy difícil que me ignoren.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó, preocupado.

—Ya lo dije, pon atención, Quentin.

—Hablas como Onix, creo que pasas demasiado tiempo con él —refunfuñó y Astor rio.

—Me iré a dormir. Mañana empezaré a entrenar, quiero aprender a desaparecer cuanto antes.

—¿Estás *segurro*?

—¿De qué sirve tener poderes y no utilizarlos? No me pasé una semana con la cabeza a punto de estallar para luego quedarme mirándome el ombligo, hermano nuevo.

Ethan rio y Astor saltó desde la mesa al suelo.

—¿Qué hay de Dunayar? —preguntó Quentin.

—Nadzia está en ella, pero no es visible… a simple vista. Si fuera por mí, escarbaría en toda la mente de la niña hasta dar con ella, pero Onix no me lo permite. Dice que tenemos que esperar a que cobre más fuerza para poder verla y que sea posible eliminarla.

—Eso no es nada saludable, Dunayar se sentirá cada vez peor.

—Y será cada vez más peligrosa, también. Ilsa y tú deberán cuidarse, evitarla a toda costa, no acercarse a ella porque ya está visto que Dunayar no puede controlar los impulsos de Nadzia.

—Es que es una niña y, para empeorar las cosas, no es maga, su mente es mucho más débil.

—Que no sea maga es una ventaja, porque ustedes correrían mucho más peligro de ser así.

—Es cierto… Ve a descansar, sabandija —dijo Quentin.

—No se desvelen. —Astor sonrió, dio media vuelta y comenzó a caminar, pero se detuvo y giró para verlos otra vez—. Dormiré contigo, Quentin, no tengo cama y no creo que vayas a dormir en una tienda hoy.

—Ara está de guardia esta noche, puedes ocupar su cama, si quieres.

—Reconozco mi irresponsabilidad y mi escasa, o casi nula, capacidad de dimensionar los peligros a los que me expongo, pero tampoco es para exagerar. Ara me va a despellejar vivo cuando llegue y me vea ahí. —Sus hermanos rieron—. Duerme tú en su cama, si te animas.

Astor retomó su camino sin dejar de sonreír.

«Mañana será un gran día» pensó.

Y lo fue, ciertamente. Astor comenzó a aprender todas las reglas para desaparecer, sus riesgos y límites. También, dónde estaban los puntos seguros para aparecer, aunque tenían pocos y, la mayoría de los que se encontraban en otras ciudades necesitarían de una revisión previa antes de poder ser considerados seguros. Ethan y Mihaí, que tenían todos los conocimientos de

Nadzia, se encargaron de enseñarle al *pequeño irresponsable* cómo debía manipular sus energías para conseguir que su cuerpo se convirtiera en la esencia de su poder. Astor practicó por días hasta que consiguió brillar por completo y, cuando lo logró, Tino llegó a la lodosa capital de Sitnor para controlar sus desapariciones.

La primera vez que lo hizo, Astor se descompuso y estuvo con vómitos por un día completo, pero al siguiente quiso volver a intentarlo y nada más vomitó dos veces. El tercero las cosas fueron mejores y pudo controlar su estómago; solo sentía un fuerte malestar que se le iba con algunos minutos de descanso.

Según sus palabras, el Sol se burlaba de él cada vez que se descomponía, pero eso, en lugar de hacerlo desistir, tenía el efecto contrario. Lo intentaba con más empeño.

Un metro.

Cincuenta metros.

Doscientos metros.

Las distancias a las que Astor podía moverse iban aumentando a pasos agigantados y, al finalizar la primera semana, logró trasladar a Tino al otro lado del río, al punto donde había recogido *las migajas de la magnificencia* del Astro más poderoso y cruel de todos.

Zaria se miró el rostro en un espejo por primera vez desde que había peleado con Ilsa. El labio cortado, los dos ojos verdosos con reminiscencias de morado, la barbilla… de iguales colores, también. Se veía extraña. Hinchada y verdosa… y violeta.

«Maldita zorra tesariana».

De no haber sido porque tenía la obligación de hacerlo, Zaria no hubiera salido de su tienda. Es más, estuvo a nada de regresarse al día siguiente a su hogar, pero no iba a dejar esa mugre de capital sin antes ver a Ilsa otra vez. Quería encontrarla y arruinarle algo. Una pierna o un brazo. Tal vez la nariz o bajarle un par de dientes. Eso estaría muy bien. Que le quedara una ventana oscura en la boca.

Zaria sonrió y su rostro golpeado, en cambio, se quejó.

Terminó de vestirse y dejó su tienda. Tenía su escaso equipaje listo para irse ni bien pudiera cruzarse con Ilsa. Y si no se la cruzaba, la buscaría. Ya estaba harta de ese lugar, de todos modos, y ya había asumido que Quentin no le haría caso nunca.

«Que se joda Quentin».

Iskánder no quiso recibirla y mudó su tienda al otro lado del campamento, solo para no tener que cruzarse con ella.

«Al carajo con Iskánder».

—¡Zaria! —dijo alguien y ella reconoció esa voz.

«La maldita sanadora».

Zaria, que no era más que un manojo de odio, resentimiento y maldiciones, se detuvo y se giró para verla.

—¡Por los dioses, niña! ¿Qué te sucedió?

Zaria inhaló bastante aire y lo dejó salir despacio.

—La zorra tesariana —sonrió sin ganas—. Supo que Quentin no tenía su amuleto.

—Acompáñame —dijo con un ademán y Zaria retrocedió.

—Tengo que ir a pedir una cita con el Gobernador para presentarle mi renuncia. Me largo de aquí.

—¿Por… esto? —dijo y le señaló todo el rostro con un dedo.

—Entre otras cosas. Todos hablan de lo que ocurrió esa noche e Iskánder me detesta. Soy

una vergüenza para él y para mi familia.

—Eres más que una insignificante pelea, Zaria. Acompáñame, no creo que tus planes vayan a sufrir grandes cambios por un par de minutos de conversación.

Zaria encogió los hombros y fue con ella. Después de todo, nadie la esperaba.

11

Verj se vistió con su mejor traje para presentarse en la ciudad. Le hubiera gustado usar uno rojo oscuro con detalles dorados que le quedaba bien, a su parecer, pero esos eran los colores de Sitnor y no quería que lo confundieran con uno de sus soldados. Los colores de Tesar eran gris y dorado, así que no tenía más opción. Sin embargo, no se sintió cómodo cuando vio el reflejo que le devolvía el espejo, porque lucía como un noble presumido y pretensioso, aunque Leyna le hubiera dicho que era el apropiado para esa ocasión.

«Debes verte más que magnífico, Verj, imponente. Inspirar tanto respeto como temor» le dijo su hermana y, después de todo, ella sabía más de etiqueta que él. Su anterior aparición impactó a los ciudadanos, no solo por lo inesperada, sino también porque su presencia de por sí era imponente. «Después de todo, eres un príncipe y así es como debe ser» dijo Leyna, pero él no estaba muy de acuerdo.

Se sentía incómodo, rígido, aprisionado. La chaqueta le ajustaba en el pecho y en los brazos y le daba la sensación que si doblaba los codos, las costuras se reventarían. Lo cierto era que hacía tiempo que le habían confeccionado ese traje y, sin dudas, su físico cambió en los últimos meses, desde que dejó el Palacio Dorado.

Decidió que se vestiría antes de llegar, o se presentaría en la capital vistiendo jirones, por lo que se quitó el traje y llamó a su sirviente para que lo doblara y guardara en un bolso de viaje.

—Se arruinará, su Majestad. Cuando lo saque, estará arrugado y…

—Me ajusta por todos lados, nadie lo notará —lo interrumpió, impaciente.

El hombre asintió y obedeció. Le entregó a los pocos minutos un bolso y Verj lo colgó en su hombro. Después de tomar su hacha, salió de la tienda y se reunió con Leyna, Brodoslaw y los diez soldados que lo acompañarían. Montaron sus caballos y partieron sin perder más tiempo.

Leyna pareció estar a punto de cuestionarlo en cuanto lo vio vestido como a diario, pero desde su vergonzoso berrinche, las cosas entre ellos habían cambiado. Ella se movía con más libertad por el campamento, como si fuera una auténtica princesa desde su nacimiento; trataba a todos con distancia y con una actitud constante de desprecio y soberbia, sin mencionar que a Verj le era imposible olvidar lo que le vio hacer. Parecía una persona completamente diferente a la que dejó su hogar y ese cambio de actitud le dolía. A Leyna le bastó tener un poco de poder para que se creyera con el derecho de hacer lo que se le ocurriera y eso no era correcto, esa no era la forma en que los educaron. Y era más grave, todavía, si quería involucrar en sus planes a quienes estaban a su alrededor, sin siquiera haberlos consultado.

A poco de salir del campamento se encontró con una comitiva encabezada por el señor Joshua Pronees que, sin dudas, lo escoltaría hasta la ciudad. Verj le dijo que se detendrían antes de llegar para que pudiera vestirse y, sin más, volvieron a galopar hacia la capital.

No había querido saber nada de Zelig desde que lo dejó en manos de los sitnorenses, pero pensó que esta vez le preguntaría al Gobernador cuánto tiempo le faltaba para cumplir con su condena. Más allá de que fuera un retorcido, era su hermano y, también, era su responsabilidad mantenerlo controlado. Sabía a lo que se exponía dándole libertad, pero se equivocó al creer que Zelig sería lo suficientemente inteligente como para no arruinar todo por uno de sus impulsos.

Los primeros rastros de la ciudad comenzaron verse en los lodazales del camino, en los carros atascados, en el aumento del tránsito y en la gente que se apartaba para darles paso. Recién en ese momento se dio cuenta de que no se habían detenido para que se cambiara el

atuendo por uno más presentable, pero ya era un poco tarde. La ciudad estaba frente a sus ojos.

La vez anterior, Leyna los llevó directo al centro y no tuvo la ocasión de ver cómo, de a poco, esa tierra que fue un bosque hasta la estación anterior, se estaba convirtiendo en una ciudad. Era bastante precaria, oscura, triste y cubierta de barro que apestaba a letrina, pero había que admirar la determinación de esa gente. Dejaron su ciudad de toda la vida, la comodidad de sus hogares, de sus calles empedradas y sus fuertes muros, pero estaban logrando, muy de a poco, que ese chiquero fuera habitable.

«Me pregunto qué sucedería si alguna vez los tesarianos tuviéramos que abandonar la ciudadela o la montaña» pensó, aunque sabía en el fondo la respuesta. «Sería un desastre y la mitad de la población terminaría siendo aplastada por la nobleza».

Algunas personas reconocieron al príncipe y comenzaron a gritar su nombre, al tiempo que los niños se apiñaron detrás de los caballos y los siguieron, cantando y riendo. Cuando llegaron a donde se levantaba la tienda de la gobernación, llevaban consigo a media ciudad. Desmontaron y los soldados de Sitnor se apresuraron a contener a la multitud que quería llegar hasta él, saludarlo, tocarlo o, simplemente, escucharlo hablar. Extendían sus manos a su paso, como si les bastara con rozar su chaqueta para…

«Demonios, ¡no cambié mi chaqueta!»

Verj miró a Leyna, le hizo una seña para que se acercara y le dijo lo que sucedía.

—Yo lo hice por ti. —Verj arrugó el entrecejo—. Los demás te ven vistiendo lo que deberías, no esa ruina que llevas.

Verj sonrió.

—Gracias por eso. —Leyna asintió, sin que su expresión cambiara en lo absoluto.

—No hagas movimientos bruscos, para que la ilusión no se note, por favor.

El Gobernador lo esperaba al final de un largo corredor de soldados y Verj pensó que estar allí era lo más aburrido del mundo. Hubiera dado cualquier cosa para que alguien más tomara su lugar; no tenía ánimos de saludar, sonreír, responder a las reverencias de un montón de gente que, seguramente, merecían más los honores que él, que nunca había hecho nada notable en toda su vida, más que ser el hijo de Atkjer y de Valka Akhusta.

«¿Cómo estará mi madre?» pensó mientras veía a un grupo de enfermeras acercarse a él, cuando el desfile había comenzado.

Verj las detuvo con un gesto de la mano, descendió de la tarima que montaron frente a la tienda principal y fue él quien se arrodilló ante ellas. Sus soldados, al verlo, desenfundaron sus armas y las elevaron al cielo, para acompañar su gesto. Las mujeres se quedaron donde estaban, mirando a los lados, en busca de alguien que les dijera qué debían hacer, pero al ver que nadie les decía nada, una de ellas se acercó y le pidió que se pusiera de pie.

—Ustedes merecen el reconocimiento, no yo —dijo Verj y su voz retumbó en todo el lugar —. Salvan vidas a cada día, mientras que yo solo he venido a quitarlas. No tengo más mérito que haber nacido príncipe, pero ustedes cuidan, sanan, alegran, traen niños al mundo, por vocación y por respeto a la vida. Ustedes merecen los aplausos y nuestras reverencias.

Tras sus palabras, el Gobernador lo imitó y, con él, el resto de quienes estaban a su alrededor. Verj sabía que en Sitnor veneraban a los educadores, a los sanadores y enfermeras, pero nunca se detuvo a pensar en lo que ello significaba hasta que se vio allí, recibiendo los saludos de personas que no lo conocían, solo porque a alguien, alguna vez, se le ocurrió que ser un príncipe lo convertía en un objeto de adoración en donde fuera que sus pies pisaran.

Luego de que las enfermeras pasaron, entre aplausos del público y vítores, Verj se puso de pie y regresó a su lugar.

El Gobernador ordenó continuar y él, por respeto al trabajo que les había tomado organizar el desfile, decidió que haría un esfuerzo por permanecer allí. Más personas pasaron frente a él y sus ojos se perdieron entre los numerosos rostros que había por todos lados. Gente que sonreía con autenticidad, a pesar de la tristeza de sus miradas, que aplaudía y hacía ondear los banderines de Sitnor y de Tesar sin descanso; soldados incómodos en sus uniformes, madres tratando de evitar que sus niños se dispersaran y se perdieran entre el gentío, la señorita Ilsa.

Verj sonrió. La había conocido de Zart Vialh, sudorosa, con el rostro enrojecido y algo despeinada, pero ese día se veía impecable y le pareció mucho más hermosa de lo que la recordaba. En la siguiente ocasión en la que se vieron, la señorita Ilsa llevaba el velo del luto y tan solo oyó su voz, suave y segura. A pesar de que ya sabía que se encontraba en la capital, se sorprendió al verla y se fijo entre quienes estaban a su alrededor para saber si estaba acompañada. Efectivamente, entre toda la marea de rostros, reconoció el del infeliz de Quentin Guna. Verj apretó los puños al recordar lo que su hermana había dicho de él, que no era más que un inútil trastornado y que condicionaba las decisiones de Ilsa.

«¿Por él renunció a su poder?» se preguntó y no se dio cuenta de la mueca de desprecio que se marcó en sus gestos. «No es más que un monigote».

—¿Se encuentra bien? —preguntó el Gobernador.

—No me siento cómodo —dijo con más brusquedad de la necesaria y el pobre hombre palideció. Su boca se entreabrió como si quisiera hablar, pero ningún sonido salió de sus labios. Tuvo que pensar en algo urgente para no decirle que su hermano era la razón de su disconformidad—. No me malinterprete, me honra que se hayan tomado la molestia, pero no merezco nada de esto, señor Gobernador.

Noah Guna sonrió y su pánico se desvaneció.

—Sé que no es muy apegado a las normas, pero a la gente le hace mucha ilusión presentarse ante usted. Aquí no tenemos príncipes…

—La suerte que tienen… —dijo por lo bajo y el Gobernador rio.

—Suerte o no, llevan días arreglando sus mejores trajes y creo que no me equivoco al decir que, por primera vez en la historia, los niños se han bañado sin protestas. —Verj rio y el Gobernador continuó, cada vez menos nervioso—. Al menos, quédese hasta que ellos pasen, por favor. Los adultos pueden entender que no se sienta cómodo, pero los pequeños…

—Comprendo, sí. No se preocupe, por favor —dijo y sonrió para tranquilizarlo, aunque tuvo que mirar a la señorita Ilsa para hacerlo y lo mismo continuó haciendo mientras la gente pasaba y se esforzaba por llamar su atención.

Cuando llegó el turno de los niños, Verj bajó de la tarima y ordenó a los soldados que dejaran sus espadas a un lado. Era consciente de que todos los ojos estaban puestos en él y, por supuesto, los de la señorita Ilsa también.

«No hay nada que le guste más a una mujer, que un hombre que es amable con los niños» pensó, confiado. «Al final, Atkjer tenía razón, las mujeres solo quieren una familia a la que dedicarse».

Sus soldados se acercaron a él y lo escoltaron hasta la calle para que los pequeños pudieran apreciar las armaduras y los escudos; sin embargo, lo que más llamaba su atención eran las trenzas de los soldados, principalmente las de quienes tenían el cabello gris. Verj se agachó entre los niños y estos se alejaron. Tuvo que pensar en algo que lo hiciera sonreír para que la seriedad de su rostro no espantara a los pequeños y estos se animaran a acercarse a él. Cuando los maestros se llevaron a los revoltosos y felices niños, Verj tuvo que pedirle a Leyna que volviera a arreglar sus trenzas, por lo desaliñado que había quedado.

El acto se extendió casi hasta el mediodía y Verj regresó a su campamento agotado y hambriento, pero con una perspectiva diferente de los actos protocolares, de las personas y de los niños, también. Nunca se imaginó que podían entrar en confianza tan rápido, que le tirarían de las trenzas para saber si eran de verdad o que le pedirían que los cargara en su real espalda.

«A Atkjer le hubiera dado un ataque al corazón si me hubiera visto» pensó divertido.

—¿Pedirle disculpas? —exclamó—. Él fue quien me atacó primero. Debería darte vergüenza exigirme algo así, Verj. ¡Vergüenza! Soy la hija de…

—Soy el Segundo Príncipe. —Verj estampó el puño en la mesa y esta crujió por todos lados. Leyna pareció achicarse dos tallas, lo que lo alegró considerablemente—. Vergüenza es que desobedezcas mis órdenes. Otra vez. Vergüenza es que haya tenido que poner en ridículo a mi madre por tu irresponsabilidad y tu falta de control.

—No tenías que hacerlo —respondió como si fuera casi la misma de antes del escándalo.

—Si no lo hubiera hecho, te hubieran linchado, Leyna. A mis hombres no les importó que fueras una de las magas más poderosas que existen, solo que estabas faltándome el respeto. Además, te pavoneas por el campamento como si te perteneciera y eso tiene que cambiar.

—Verj…

—Humildad, Leyna. Humildad —dijo reforzando cada sílaba con un sacudón de mano—. Parece que se te olvidó quién eres y de dónde vienes. Mis hombres te respetan porque les dije que lo hicieran, pero basta con que cambie de parecer para que a los demás vuelva a importarles una mierda. Eres una hija ilegítima de Atkjer, y no fue él quien le develó al mundo tu origen, sino yo, porque no quería que te lastimaran. —Por la gracia de Sinmá, o porque le tenía aprecio a su pellejo, Leyna cambió por completo. Cuando llegó, brava como el mar bajo la tormenta, temió que arrasara con su tienda y con el campamento entero, siendo realistas, pero a medida que Verj hablaba, Leyna parecía perder un poco de confianza y otro poco de actitud. Para dejar las cosas en claro, Verj se puso de pie y su hermana bajó la vista—. Ahora irás a buscar a Brodo, le dirás que les ordené ir a buscar un lugar apropiado para acampar al norte de la ciudad y te disculparás con él por lo que hiciste. —Leyna asintió—. Ya puedes marcharte.

Hizo una reverencia antes de irse, algo que nunca había hecho cuando estaban solos. Algo se había roto entre ellos y Verj tenía serias dudas de que fuera a recomponerse de alguna forma. No había manera de olvidar lo que hizo.

«Ahora solo me queda lidiar con Zelig» suspiró. Se dejó caer en la silla y esta crujió bajo su peso.

—Miroslaw —exclamó y el soldado no tardó nada en presentarse ante él—. Trae al imbécil de Zelig

—A sus órdenes, su Majestad.

—Y no le quites las cadenas.

12

Desierto Then Kua, Pyebra

—¿Novedades?

—Avanzamos a buen paso, mi señora —respondió el tembloroso soldado.

—¿Alguna vez se termina este puto desierto? —El hombre la miró apenas, confundido—. No esperaba que me respondieras. ¿Cuándo llegaremos a algún lado?

—A este ritmo, en dos días estaremos en Ahrbak Ardhal, mi señora.

—Que caminen más rápido, entonces, porque ya estoy aburrida de tanta arena y tanto sol.

—Como ordene, mi señora.

—Que levanten todo ahora mismo… —El hombre la miró por un instante y abrió la boca, como si quisiera cuestionarla—. ¿Hay algún inconveniente?

—Es la hora del descanso y del almuerzo, mi señora. Agotados y con el estómago vacío, el avance será más difícil. Una pérdida de tiempo, si me lo pregunta.

—No te lo pregunté.

—Perdóneme, mi señora —El hombre se arrodilló para posar su sudorosa frente en sus pies e Islery se apartó.

—Ponte de pie, demonios, no soy tu reina. Ni siquiera soy pyebrana. Ve y hagan lo que deban, pero quiero que lleguemos cuanto antes a *Arda*… Lo que sea.

El hombre se arrastró sobre la alfombra que cubría la arena y dejó la tienda. Islery ordenó a los magos de elementos que extrajeran agua de donde pudieran para darse un baño, porque ese maldito calor era insoportable. Peor que el de la capital.

«¿Por qué mierda a mi madre se le ocurrió empezar por aquí? Hubiera sido más fácil empezar en Tesar, si su objetivo era ese. ¿Quién, en su sano juicio, se va al otro extremo del continente…?» Islery se largó a reír. Sola, por supuesto. Siempre estaba sola. «Sano juicio. Esa maldita vieja nunca estuvo en su sano juicio, estoy pidiendo demasiado».

Estaba muy tranquila, remojándose y dormitando en la tina, cuando su madre le habló.

—*Islery, ven de inmediato.*

—*De inmediato no puedo, me estoy dando un baño.*

Su madre hizo silencio unos momentos.

—*Apresúrate, entonces.*

No la había insultado y eso era una sorpresa. Seguro estaba de buen humor. Y si estaba de buen humor, era porque algo le había salido bien. Islery sonrió y se apresuró a vestirse para ir a *Ruina* Ciudad Capital.

«Le sienta bien ese nombre» rio para sí misma.

Islery se presentó en la carreta de la falsa sanadora y salió de la diminuta habitación. Su madre no estaba sola y eso la alarmó. Había una niña y dos muchachas inconscientes, que parecían tesarianas. La niña estaba acuclillada en un rincón, sobre los almohadones; miraba a las muchachas con interés y con una sonrisa extraña en el pequeño rostro. Hasta a ella le dio un escalofrío y eso era algo bastante difícil de lograr.

—Tienes invitadas, por lo que puedo ver.

—Llévatelas.

—¿A las tres?

—A la niña no.

—¿Y qué hago con ellas? —Islery se acuclilló para mirarlas. Eran guapas las condenadas y un par de ideas cruzaron por su mente.

—Lo que quieras, pero no las mates. —Su madre interrumpió sus ideas—. La de cabello gris claro es la hija de Lobo Blanco y la prometida de Quentin Guna, según parece. De ella me encargaré luego.

«Interesante».

—¿Y la otra quién es? —Islery se acercó más a ella. Olía a flores, a algo dulce, como la miel, a pesar de que parecía que recién terminaba de entrenar, por el estado de su rostro y de su uniforme.

«Tal vez sus labios saben a miel».

—Se llama Zaria. Es hermana del mago de Sitnor.

—Pasa por tesariana —dijo y se incorporó, antes que su madre empezara con sus quejas de puritana.

—La verdad es que sí.

—¿Qué hizo?

—Me entregó a Ilsa, la hija de Egil Zvezda, pero tal vez entre en pánico y se arrepienta de lo que hizo. No quiero correr riesgos.

—¿Y la niña no se va a arrepentir? —Islery puso sus ojos en ella. No, la verdad es que no parecía que fuera a hacerlo. Se la veía, incluso, más feliz que su madre. Aunque su madre nunca se veía feliz, a decir verdad.

—No será un problema. Ilsa es maga, así que ten cuidado.

Islery asintió y, tras pedirle a su madre que le ayudara a completar sus energías, tomó las manos de las dos muchachas y dejó la carreta.

No apareció en el puto desierto, claro que no. Una ocasión así ameritaba regresar a Tesar, al frío y a la oscuridad de su hogar. Además, la casona resultaba bastante tétrica para cualquiera que la visitaba, aunque no sabía si era por la decoración o si era por la forma en que Islery trataba a sus invitados.

Ni bien llegaron, la hija del mago se quejó, a pesar de estar inconsciente, y se retorció en el piso de tierra. Decidió ignorarla, y se acercó a Zaria; la arrastró hasta uno de los extremos del salón, le quitó las botas y sujetó sus tobillos con grilletes. Cuando llegó el turno de llevar a Ilsa a su lado, se dio cuenta de que estaba bañada en sudor.

—¿Qué sucede contigo? —preguntó con una mueca. El sudor le daba asco. Más en tanta cantidad.

—*¿Cómo es que están dormidas? ¿Les diste una poción o con magia?* —preguntó a su madre, al tiempo que todas las velas y antorchas de la habitación se encendían a la vez.

—*Una poción suave, despertarán pronto.*

Islery no respondió. Tenía compañía y, también, tenía que regresar a su tienda, antes que levantaran todo, se fueran y no pudiera volver a encontrarlos. Hizo una mueca y fue por su hacha. Se paró entre ambas y las miró por un segundo.

—¿Tú o tú? —susurró, mientras las señalaba con el hacha—. Al demonio, tú vas primero.

Se acuclilló al lado de Ilsa, le tomó la mano izquierda y se aseguró de extender su brazo. Puso con suavidad el filo del hacha en donde la manga de su camisa terminaba y empezaba su guante.

«Qué emoción, por favor» se dijo.

Se incorporó, levantó el arma y la descargó con todas sus fuerzas en el punto exacto que

había marcado.

Ilsa gritó ante el sorpresivo dolor que había interrumpido con tanta brutalidad sus sueños y se hizo un ovillo sobre el brazo que soltaba sangre a montones.

Zaria despertó, también, tan aterrada como su compañera. Las cadenas marcaron de inmediato su piel y de ella brotaron unos pequeños rubíes. Gritó. Gritaban ambas e Islery sonrió. Buscó un cuchillo e hizo aparecer en su mano una potente llamarada, con la que bañó la hoja de su arma por un buen tiempo. Se acercó a Ilsa, que seguía retorciéndose y maldiciendo, y la movió para tomar su brazo. Tuvo que batallar bastante con ella, pero al final consiguió extenderlo.

—Quédate quieta o te vas a desangrar, maldita imbécil —dijo antes de apoyar el ardiente filo al rojo vivo en la herida abierta. Ilsa se desmayó luego de soltar otro punzante alarido. Islery se puso de pie y se giró para ver a Zaria, que estaba acurrucada contra la pared. Su rostro denotaba tanto miedo, que parecía a punto de desvanecerse, también. Islery volvió a sonreír.

Miró a Ilsa y entró en su mente.

«Murallas, qué sorpresa» pensó, aunque no era algo que la sorprendiera. Si era hija de Egil Zvezda, era algo bastante obvio. «La enferma de Vanya se encargará de eso».

Sin embargo, quería saber si había algo interesante en esa muchachita, además de ser quien se acostaba con su obsequio.

—*¡Ilsa!* —exclamó y, al momento, su imagen se materializó frente a ella. Sostenía su imaginario brazo mutilado, como si con ello fuera a solucionar algo.

—*Maldita demente* —dijo e Islery sonrió.

—*Así que… ¿Qué hace una tesariana tan lejos de sus tierras?*

—*Lo mismo podría preguntarte yo.*

—*Tienes una muy mala manera de responder a tus mayores, mocosa de porquería.*

Ilsa sonrió.

—*Considerando que ya me lo cobraste…* —dijo y levantó el brazo—. *¿Qué quieres conmigo?*

—*¿Yo? Nada. Es mi madre la que se obsesiona con… cosas inútiles y que no comprendo, pero debes saber algo, ya que estamos aquí. Creo que estoy embarazada.*

No lo estaba, ya lo sabía, pero no quería perder la oportunidad de causarle algo más de daño, si se daba la ocasión.

—*Serás una madre ejemplar, sin dudas.*

—*Apuesto a que sí, porque fue creado con bastante…* —Una oleada de recuerdos de esa noche llegó a su mente y no pudo evitar que sus sensaciones se transmitieran a Ilsa, también—. *¿Sabes? El dolor y el placer son bastante similares, si lo piensas. Siempre hay un poco de dolor en el placer y «un mucho» de placer en el dolor.*

—*Estás enferma.*

—*¿Quién lo dice? ¿Tú?* —Islery rio—. *Dudo que conozcas algo más que el dolor de una uña al romperse, princesita. Seguro te criaron entre algodones y no tienes idea de lo que es derramar una lágrima.*

—*Cierra la puta boca, no sabes nada de mí.*

—*Tampoco es que me interese. Lo que sí me interesa saber es si Quentin será un buen padre. Tú lo conoces mejor, ¿qué opinas?*

—*¿De qué hablas?*

—*¡Oh! ¿Acaso no te contó de la noche inolvidable que pasamos en Garhq Tahok? Claro que no, las infidelidades saben mejor si se ocultan* —sonrió y comenzó a hacerle ver lo que

había ocurrido con Quentin Guna cuando Tareq… Bueno, ese maldito cabrón que ya no era Tareq, se lo obsequió por unas horas. Ilsa se horrorizó, por supuesto, y sufrió, y lloró, y enfureció. Tuvo miedo, asco y lástima. Su malestar la hizo descomponer y vomitar. Islery no entendía por qué las personas siempre reaccionaban a todo vomitando. O cagándose encima, en su defecto, y las dos cosas apestaban horrible. Si tenían miedo, vomitaban; si se mareaban, vomitaban; si veían a alguien vomitando, vomitaban…

Islery nunca había sentido todas esas emociones juntas… Bueno, no era capaz de sentir muchas de ellas, pero fue bastante opresivo sentir, en honor a la verdad. Desesperante, también. Tan desesperante que salió de inmediato de su mente, sin siquiera haber terminado de mostrarle todo lo que había sucedido.

Las lágrimas le caían por el rostro embadurnado en vómito e Islery se preguntó cómo eso era posible. Cómo era posible llorar y vomitar estando inconsciente. O tal vez estaba consciente a medias.

«Los humanos sí que son raros».

Miró a Zaria, que lloraba sin control, para variar, con los ojos desencajados puestos en Ilsa, con el rostro lleno de miedo y desesperanza. Islery suspiró, caminó hasta ella y se agachó a su lado. Zaria no tenía hacia donde más retroceder, pero aun así lo intentaba, empujando y retorciéndose para alejarse. Islery le tomó el rostro por la fuerza y la besó, a pesar de que ella quería apartarse todavía más.

Sus labios no sabían a miel, sabían a pánico y a la sal de sus lágrimas.

Se incorporó una vez más y arrojó la mano cercenada de Ilsa entre medio de las dos antes de desaparecer.

Sitnor Ciudad Capital

«¿Qué hice?»

Dunayar bajó el último peldaño de la escalera de la carreta y sintió que el mundo le caía encima.

De un golpe.

Como cuando se dio cuenta, en medio de una ciudad en llamas, que ya no tenía un hogar al cual volver, una madre a quien abrazar, un padre que la aconsejara.

Alguien se había llevado a Zaria y a Ilsa, y era su culpa. Y les harían daño, lo sabía, estaba segura de ello, aunque no hubiera entendido ni una palabra de las que la sanadora y esa extraña mujer dijeron. No había que ser muy inteligente para darse cuenta, la mujer llegó de la nada y desapareció llevándose a las dos.

Comenzó a correr, atormentada y más asustada que nunca, sin saber qué debía hacer. Necesitaba decirle a alguien, pero le aconsejaron no acercarse a la casa de los Guna. Tampoco había tenido deseos de hacerlo después de haber lastimado a la señorita Ilsa, pero en ese momento… Por Efos, estaba tan confundida. Quería hacerles saber lo que había ocurrido allí, pero le faltaba el valor para enfrentar al señor Quentin con esa noticia.

«Lo van a saber, se van a dar cuenta» se lamentó, presa de la desesperación. Ella misma le había dicho a Marco que fuera a buscar a la señorita Ilsa por pedido de la sanadora. Irían allí cuando Ilsa no regresara a su hogar. «Es mediodía y todos vuelven a su hogar a la hora del almuerzo».

¿Y la sanadora? La sanadora no era una buena mujer. Mentía, lo notó cuando estornudó y su

rostro cambió a uno horrible, aterrador y viejo.

«Es la Dama de la Cueva». Dunayar se detuvo en medio del camino que conducía al puente, porque sintió un escalofrío que se extendió desde los pies hasta la cabeza.

Se lanzó a correr otra vez. Aunque la condenaran a la horca por haber entregado a Ilsa y a Zaria, no podía callar algo así.

Rebuscó entre los pliegues de su falda hasta que halló el bolsillo donde estaba la navaja que Eric le había dado aquella terrible noche en que lo conoció. El *click* del filo al soltarse le transmitía algo de tranquilidad cuando los fantasmas de Ahrbak Ardhal la asaltaban por las noches, era un ancla a la realidad, una invitación a la cordura, un recordatorio de que estaba a salvo y que aquello había terminado.

Corrió por las calles inundadas de gente y barro y se dirigió a casa de los Guna. Tenía que hacerlo, se los debía por todo lo que hicieron por ella. Aunque luego la ahorcaran o le arrancaran el vestido a latigazos.

Click, click.

No servían de nada en ese momento, pero lo seguía intentando. Tal vez, por mera costumbre.

Click.

Click.

Llegó y su cuerpo, ya sudoroso, se bañó de sudor frío. Le dolía cada porción de su humanidad y temblaba por los nervios.

Abrió la puerta, sin llamar, y todos la miraron.

Quentin cayó de su montura y Luna relinchó, alarmada al haberlo perdido. Josh hizo regresar a Magnus y desmontó a su lado. Luna resoplaba y le acariciaba el rostro con suavidad.

—¿Qué tienes? —Josh lo ayudó a levantarse.

—Se… Ilsa. —Le dolía el pecho y sentía que tenía una lanza clavada entre las costillas—. Se llevaron a Ilsa.

—¿Cómo que se la llevaron? ¿Quién…? ¿De qué hablas?

Quentin se puso una mano en el pecho, donde esa lanza ficticia le escarbaba las entrañas.

—*¿Ilsa?* —Pero nadie respondió—. Alguien… Se la llevaron.

Josh, al no poder hacer que Quentin diera un solo paso, lo cargó en un hombro y se apresuró a llevarlo a su casa.

—No se la pueden llevar —murmuró Josh—. No es un maldito paquete.

Abrió la puerta de un empujón y Enara, Ethan y Ara estaban allí.

—¿Qué sucede? —preguntaron los tres a la vez.

—Se llevaron a Ilsa —dijo Josh y dejó a Quentin en una silla.

—¡Te lo dije! —Ethan se dirigió a la salida y Quentin hizo lo posible para recomponerse y detenerlo.

—No, no vas a ir solo. —Lo tomó del brazo—. Avísale a Tino y a Astor.

—Quentin…

—¡No puedes ir solo, Ethan! —La sola idea de que a su hermano le hicieran daño le daba tanto miedo, que sentía que su sangre corría helada por sus venas. Su pánico debió reflejarse en su rostro, porque Ethan asintió y lo abrazó.

—Me quedaré aquí, no te preocupes —dijo en voz baja.

—¿De qué hablan? —preguntó Josh y Ethan les contó lo que sospechaba de la sanadora.

—Y lo que sucedió con Zaria… —apuntó Josh.

—Santoro vino por ella —dijo Ara—, porque Dunayar…

La puerta se abrió. Era Dunayar. Estaba pálida y temblando.

—¿Dónde está Ilsa? —preguntó Quentin, intentando mantener la calma.

—Perdón —sollozó—. No… Yo no quise, pero la voz… —Comenzó a golpearse la cabeza con ambas manos y Quentin vio, aterrado, que tenía una navaja en una de ellas.

—¿Qué sucedió? —Se acercó unos pasos y ella dejó de golpearse.

—La voz no me deja en paz —rio, nerviosa. Los ojos, muy abiertos, se posaban apenas un mínimo instante en cada uno de los rostros que la miraban con preocupación—. ¿Saben? La odia, los odia a todos y no sé por qué.

Quentin hizo otro paso y Dunayar retrocedió y lo apuntó con la navaja.

—Está bien —dijo y levantó ambas manos—, está bien. Dime qué le hicieron a Ilsa, por favor.

—La sanadora estornudó, dijo que por los gatos. —Volvió a soltar otra risa escalofriante y nerviosa y Quentin no entendió sus incoherentes palabras—. Su rostro… Esa mujer no es buena y yo… Fue la voz, señor Quentin, perdón.

Dunayar respiraba agitada y no dejaba de soltar y guardar el filo de la navaja. Su mano izquierda se había lastimado y la sangre goteaba sobre su vestido rosado, dibujando pequeñas flores rojas.

—Dímelo, por favor —suplicó.

—La sanadora es la Dama de la Cueva. Lo sé, la vi. Una mujer de cabello blanco llegó de la nada y se las llevó a las dos. A Zaria y a Ilsa —soltó de un solo tirón y a Quentin se le cayó el alma a los pies—. No quería, pero la voz… La voz me está volviendo loca.

Sus ojos se agrandaron más, si se podía, como si estuviera viendo una escena espantosa. Su boca tartamudeó unas palabras que Quentin no entendió y, sin más, se enterró la navaja en el cuello y una cascada rojiza salió de la herida. Quentin estaba paralizado, pero Dunayar gritó, se quitó la navaja de un tirón y volvió a clavarse el filo junto a la herida anterior.

Escuchó a Enara y a Ara gritar, a Ethan decir las palabras de poder para detenerla y él reaccionó y acortó la distancia que los separaba para sujetar su mano, pero ya era tarde. Josh se ubicó a su lado y rodeó el cuello de la pequeña con ambas manos

—*Ivnez lazda* —exclamó Quentin para devolverle la movilidad. Desarmó a la niña y la sostuvo cuando su cuerpo se desplomó—. No, no. ¡Dunayar!

—Perdóneme, señor Quentin —susurró entre temblores—. La voz… —Un hilo de sangre se coló entre sus labios y se derramó por su temblorosa barbilla—. Perdón.

—¡Ayúdenme! —Sostenía a Dunayar entre sus brazos y miró a los demás, que estaban inmóviles y con los rostros en blanco—. ¡Maldición, hagan algo!

Ethan fue el primero en reaccionar y se arrodilló a su lado.

—No quites las manos —dijo a Josh—, *trratarré* de *sanarrla*.

—Enara llama a Astor —dijo Quentin y su cuñada asintió—. Ara ve por Noah.

Su hermana no movió más que el conjunto de músculos que necesitó para asentir, y se quedó donde estaba, con la mirada puesta en Dunayar, viéndola desangrarse. Quentin recostó con cuidado a la niña en el piso y se limpió las manos salpicadas en el pantalón. Tomó a Ara de los hombros y la sacó de la casa. La abrazó y ella comenzó a llorar.

—Está bien —dijo en voz baja Quentin, aunque sabía que nada estaba bien en lo absoluto. Dunayar se había apuñalado a sí misma e Ilsa…—. *¿Ilsa? ¿Dónde estás?*

Silencio otra vez. Nunca el silencio le había resultado tan aterrador como hasta ese momento. Ni cuando se perdieron en el desierto, ni en Sitnor, mientras esperaba a la Dama en

medio de la Plaza de la Fuente.

—Onix, tienen a Ilsa. Se la llevaron, lejos, no sé a dónde.

—Uno de mis hijos está esperándola fuera de la carreta de la sanadora. La vio entrar allí mientras esperaba a Dunayar. Vio salir a la niña, pero no a Ilsa y se quedó allí.

—Dunayar acaba de apuñalarse el cuello. No sé si… —No pudo continuar.

—¿Qué?

—Dunayar dijo que una mujer se llevó a Ilsa y a Zaria. No sabía quién era, pero puede haber sido Islery. También, que la sanadora es… la Dama de la Cueva.

Silencio, prolongado y asfixiante.

—Iré enseguida.

—¿Qué hizo? —susurró Ara cuando fue capaz de articular una palabra.

—Lo único que pudo para salir del infierno en el que se encontraba.

13

—¡Ilsa! Ilsa, despierta, por favor. —Zaria se acercó lo más que pudo y estaba tratando de alcanzarla, pero le era imposible—. Tenemos que salir de aquí, Ilsa, por favor.

No entendía qué era ese lugar ni quién demonios era esa sádica mujer. Tampoco sabía por qué la sanadora las había entregado tan cobardemente, con engaños.

La mano mutilada de Ilsa estaba justo al lado de su pierna, pero no podía llegar a ella, ni para quitarla de allí ni para esconderla, en caso de que pudieran salir pronto de esa horrible habitación que olía a corrupción, a humedad y a espanto. Con algo de suerte y con todos los magos que había en Sitnor, quizás podían volver a ponerla en su lugar.

Miró a su alrededor, tratando de quitar la atención de la mano inerte, y se dio cuenta de que fue una pésima idea hacerlo. Las paredes de la habitación en la que se encontraban estaban empapeladas, lo que le pareció en extremo ridículo. Un motivo de diminutas flores rosas y doradas sobre un fondo celeste claro, salpicado en todos lados con manchas parduzcas, que podían ser de sangre seca. No podían, *eran* de sangre seca, pero Zaria quería creer que solo se trataba de suciedad, de algo que no era capaz de identificar.

No había ninguna abertura a la vista, ni una puerta, ni una ventana, absolutamente nada por donde pudieran salir y, al percatarse de ello, su respiración comenzó a acelerarse.

—¡Ilsa! Maldición, Ilsa, despierta de una vez —exclamó con más fuerzas y ella gimió apenas. No era para menos, esa mujer le cortó una mano y le cauterizó la herida. Zaria sintió que se le revolvía todo adentro e hizo un esfuerzo por contener su estómago, pero no lo logró. Se dio vuelta y soltó lo poco que había en él.

Escuchó a alguien vomitando y el asco que le provocó hizo que un gusto amargo le escalara por la garganta. Se sentó y se dio cuenta de que no estaba en una pesadilla, sino que todo era cierto. Respiró un par de veces para recomponerse y miró a su izquierda.

—Zaria… —Su voz sonó débil y apagada. Notó el rostro frío y húmedo, y se limpió con la manga de la camisa. Apestaba.

—Por un demonio, tenemos que salir de aquí. —La muchacha se dio vuelta para mirarla, mientras se limpiaba la boca con el dorso de la mano.

—Te voy a bajar todos los dientes si salimos de esta, te lo juro —susurró.

—Perdóname, por favor, perdón —balbuceó con la voz rota—. No imaginé que iba a terminar así.

Ilsa se sentó y se miró el muñón por unos momentos. Cerró los ojos, mientras juntaba aire en sus pulmones, y los abrió otra vez. No, no era una maldita pesadilla.

—Si no te hubieran traído conmigo, seguro que no te importaba una mierda lo que me sucediera, maldita seas. —Le hubiera gustado tener las fuerzas suficientes para alcanzarla y patearla hasta cansarse.

—¿Puedes hablar con los magos? ¿Con alguien? Tenemos que salir de aquí antes de que esa mujer…

—Es Islery, maldita estúpida —dijo y la vio palidecer de repente. Ella, en cambio, se sintió asqueada al recordar lo que había visto en su mente—. Nos entregaste a Islery, ¿te das cuenta de lo que hiciste? Todo por unos celos estúpidos y sin sentido.

—Per… Perdóname. Maldición, ¿qué hice?

—¿Qué demonios querías lograr? ¿Que Quentin…? Eres toda estúpida, de pies a cabeza. Quentin y yo nos conocemos hace una eternidad y somos parte de la misma estrella, ¿crees que puedes hacer algo contra eso? Estamos unidos más allá de todo lo que puedas imaginar, más allá del tiempo, de la distancia, de la gente, de los Astros, de los dioses… Somos uno, Zaria, y nunca habrá lugar para nadie más entre nosotros.

Por primera vez desde que conocía a Quentin, dudó de eso. Islery se hizo un lugar entre los dos a la fuerza y no sabía cómo iba a ser capaz de verlo y no recordar sus ojos vidriosos, de pupilas dilatadas, mirarla con tanto asco y odio a la vez.

—No lo sabía… —balbuceó.

—Y por eso decidiste que lo mejor era sacarme del medio. —Ilsa rio, pero fue una risa amarga, sin gracia y desganada. ¿Quién podría reír después de lo que Islery le hizo a Quentin?—. Tienes una nuez en lugar de cerebro y te la voy a arrancar del cráneo ni bien salgamos de aquí.

Por un lado, Ilsa quería regresar de inmediato, pero por otro, no le molestaba quedarse un rato más, para ver si Islery regresaba y torturaba un poco a Zaria. Se lo merecía, después de todo, aunque el riesgo de que se fijara en ella era el mismo.

—*¿Quentin?*

—*Por todos los cielos, ¿dónde estás? ¿Te hicieron algo?*

Oírlo hablar fue lo que necesitaba para darse cuenta de que quedarse allí no era una opción. Comenzó a llorar y quiso ocultar su rostro, pero sintió asco y un dolor punzante cuando su muñón rozó su mejilla.

—Ilsa… —murmuró Zaria.

—Cierra la puta boca —sollozó—. *¿Vendrás por mí?*

—*Dime dónde estás, por favor.*

Tenía que mostrarle la habitación, pero no sabía si podría hacerlo al no tener a Nadzia ya. Intentó serenarse.

—*¿Ilsa?*

Abrió los ojos y los fijó frente a ella, trató de hacer lo que hacía con Nadzia, de acudir a sus poderes para que él lo viera.

—*Lo veo* —dijo él y fue un alivio saber que lo había logrado.

No murieron más que unos pocos segundos cuando Quentin, Astor, Iskánder, Tino, Onix y Ethan aparecieron allí. Ilsa volvió a llorar con más ganas al verlos y Quentin corrió a ella.

—¿Qué te hicieron? —susurró. La abrazó y, al mismo tiempo, escuchó que Iskánder le hablaba a Zaria y ella lloriqueaba pidiéndole perdón.

Astor se acercó y sus cadenas se rompieron.

—Regresen con Tino.

—No te quedarás aquí —dijo Quentin y Astor asintió.

—Sí, lo haré.

Ilsa se acercó al niño y le tomó una mano, mientras intentaba contener todo el llanto que aún quería salir de ella.

—No puedes quedarte, Astor. Necesito que vengas conmigo —dijo y le enseñó el brazo cercenado.

—¿Dónde…? —preguntó a medias y palideció.

—¿Qué te hizo? —exclamó Quentin. «Nada que se compare con lo que te hizo a ti» pensó, pero no lo dijo. Eso era lo que Ethan ocultaba y se sintió terrible por ambos.

—Vamos, humanos —dijo Onix—. Habrá tiempo después. Tenemos que encargarnos de

Ilsa. Zaria, ¿estás bien?

—Se encuentra bien —respondió Iskánder. Se lo veía tan avergonzado y mortificado, que cualquiera diría que él mismo había causado esa situación.

—*Reznic*, tenemos que irnos de inmediato.

Quentin asintió.

—¿Astor? —preguntó y él le tomó la mano sana. La única que le quedaba, mejor dicho.

—Iré contigo, hermosa Ilsa.

Ilsa sonrió o, al menos, lo intentó, pero tenía tanto miedo, estaba tan enojada y le dolía tanto el brazo, que no sabía si había sonreído o si había hecho alguna mueca espantosa. Todos se acercaron y entrelazaron manos y brazos para mantenerse en contacto y, sin perder más tiempo, dejaron la horrible habitación.

Nunca se imaginó que se sentiría tan aliviada de regresar a esa apestosa y nueva ciudad, llena de humo acre y barro pegajoso, mezcla de tierra removida y sustancias líquidas de dudosa procedencia. Había esperado marearse y sentir nauseas, pero no sucedió, por lo que se soltó de Quentin y de Astor y corrió hacia Zaria. La tomó del cabello y tiró de él hasta que perdió el equilibrio. Ni bien cayó al barro de la calle, se montó sobre ella y alcanzó a darle un puñetazo en la boca antes de que Quentin la tomara de la cintura y la levantara por el aire para quitarla de allí.

—¡Suéltame! —exclamó. Fue en vano gritar y patalear, Quentin la sujetaba con fuerza y se la llevó sin que ella pudiera evitarlo—. Le dije que le iba a bajar todos los dientes si salíamos de allí. ¡Suéltame de una puta vez!

Él no dijo nada o, si lo dijo, ella no lo escuchó, de tan molesta y escandalosa que estaba. Quería arrancarle el hígado y hacérselo tragar, de ser posible; quería verla sangrar y llorar de miedo y dolor, tal como ella había sufrido en esos minutos o años en los que estuvieron allí. Tal vez solo unas horas o menos, pero a ella le había parecido una maldita eternidad.

Quentin la dejó en el piso, en la entrada a su casa, y la abrazó con fuerza.

—Cálmate, por favor.

Ilsa lo golpeó y gritó, hasta que su enojo se convirtió en miedo y el miedo en llanto y el llanto en desesperación. Una mezcla rara de desesperación y alivio, al saber que se había librado de Islery, de momento. Las piernas le fallaron y Quentin la sostuvo. Le pareció que él también lloraba, pero no quería mirarlo, no quería verlo sufrir. Sabía lo que se sentía, ya había pasado por eso mismo muchas veces antes y era una angustia tan grande que parecía ser una horrenda criatura de frías manos que se aferraban al cuello y apretaban más y más a cada segundo.

—Ya todo terminó —dijo él.

¿Qué se había terminado? Islery seguía allí, en algún lugar, libre de ir y regresar, de hacerlos mierda cada vez que quisiera, de entrar y salir de Sitnor cuando quisiera, de hacer cosas horribles, de usar a Quentin como a un muñeco, de jugar con su mente y con su cuerpo.

«Por Sinmá, cuánto la odio».

—Cálmate, por favor —repitió. A Quentin le temblaban las manos y la voz un poco, también. Ilsa lo miró y vio sus ojos enrojecidos y sus mejillas húmedas. Levantó la mano para quitar sus lágrimas, salvo que no había mano allí; su brazo terminaba abruptamente en una roja y espantosa herida, que había empezado a sangrar otra vez.

—Me cortó una maldita mano —susurró y se sujetó el muñón con cuidado. También eso podía hacer Islery con toda la libertad del mundo. Cortarle la mano.

Quentin le tomó el rostro y fue él quien le quitó las lágrimas con suavidad. Le dio un beso en la frente y volvió a abrazarla. Se sentía extraño que la abrazara, como si nada, como si ella no lo hubiera visto humillado y golpeando a Islery, aun cuando no quería hacerlo.

—Seguro que podrán volver a acomodarla en su lugar, lo hicieron con la pierna de Leyna.

—La dejé allí —dijo y sintió una nueva puntada en el pecho al darse cuenta de que estaba tan conmocionada, que ni siquiera había pensado en su mano.

—Ethan la trajo.

Ilsa se dio vuelta y lo buscó con la mirada.

«Él sabe lo que Islery le hizo a Quentin» pensó, dolida.

Estaba hablando con Tino, quien tenía a Onix en sus brazos. Astor caminaba hacia ellos. Iskánder y Zaria ya no estaban a la vista.

«Maldita Zaria». Tuvo ganas de golpearla una vez más.

—Entremos —dijo el pequeño—, veremos tu brazo, Ilsa.

—La herida fue cauterizada —dijo Onix después de examinarla—. Es imposible que volvamos a colocar la mano en su sitio.

Al parecer, no había forma fácil de decirlo, ni simple, ni amable.

—No puede ser cierto —murmuró Ilsa y Quentin le apretó la mano. La sana, por supuesto, si en donde tenía que estar la otra, solo había aire, vacío, y una herida roja. Y espantosa.

—Las venas se cerraron y los músculos están quemados. Habría que seccionar la parte que fue cauterizada y… eso no garantiza que vaya a quedar bien.

—¿Podrá mover la mano? —preguntó Quentin.

—No lo sé —respondió Onix—. Puede suceder que tengamos que volver a cortarla si…

—No —dijo Ilsa y apretó el muñón contra su pecho—. Que se quede como está.

—Debes intentarlo. —Quentin quiso convencerla—. Si sale bien, volverás a tener tu mano.

—¿Y si la pierdo otra vez? —preguntó con un hilo de voz—. ¿Y si pasan días sin que esto mejore? Déjalo como está, Quentin. Hay cosas más urgentes que mi mano.

Ilsa se levantó y se encaminó hacia el pasillo; Quentin quiso ir tras ella, pero Enara lo detuvo.

—Déjala llorar su pérdida sin sentirse culpable por hacerte daño.

—Pero…

—Si te necesita, lo sabrás, Quentin, te lo dirá. Ahora déjala, yo estaré con ella.

Quentin asintió y, en cuanto Enara salió de la vista, él lo miró.

—Hay que ir por esa mujer.

—No está allí, dejó la carreta, cachorro. Tino, Iskánder y tus hermanos fueron a buscarla, pero se fue.

—Maldita sea.

—No sé por qué te asombras, ¿crees que se quedaría después de lo que hizo?

—No sé cómo mierda se las ingenian para poder hacer y deshacer a su voluntad, Onix, no sé cómo siempre les funciona todo.

—No todo, cachorro. No lograron nada llevándose a las muchachas, más que exponerse.

—¡Mutilaron a Ilsa!

—Pero no la mataron, no la retuvieron por más que unos minutos, no lograron saber nada de ellas. Y fueron tan ineptas que ni siquiera se dieron cuenta de que Ilsa era maga y podía revelarnos su ubicación.

—¿Crees que vuelvan a ese lugar?

—Lo dudo, realmente. Si la Dama dejó Sitnor es porque Islery regresó y vio que Zaria e

Ilsa ya no estaban. Astor quiere ir, pero también cabe la posibilidad de que estén esperándonos allí. Sería una imprudencia imperdonable regresar, cuando, además, pueden haber modificado el interior. No tuvimos tiempo de ver el exterior.

—Tenemos que intentarlo.

—Y arriesgarnos a perder a los magos del Sol y a quienes los acompañen. No, cachorro. Nos quedaremos aquí. Astor tiene que seguir entrenando y aprendiendo. Debemos traer al rey de Tesar y a su gente cuánto antes, Leyna y Astor pueden hacerlo. Deben hacerlo.

—Onix…

—Lo mejor que podemos hacer es preparar una defensa, cachorro, porque cuando lleguen, lo harán con todo lo que tengan. Los juegos ya se terminaron, las apariencias, los acertijos. Las máscaras se cayeron y hay que estar preparados para lo que sea que venga con ellas.

—Hay que sacar a Ilsa y a Enara de aquí. Urgente.

—Querrán quedarse.

—No les preguntaremos, Onix.

—No puedes decidir por ellas, cachorro.

—Tampoco puedo dejar que sus vidas corran peligro. Si no quieren irse, haré que Astor…

—No te lo permitiré. —La cola de Onix azotó de lado a lado—. *Si ellas quieren quedarse, lo harán aunque no te guste. No son niñas frágiles e indefensas.*

—Ilsa no sabe cómo defenderse, Onix.

—No creo que Zaria opine lo mismo.

—Tú sabes cómo va a ser todo por aquí cuando Islery regrese, no quiero que Ilsa tenga que verlo.

—Déjala hacer las cosas a su manera, Quentin. Sé que quieres protegerla y entiendo tu preocupación, pero ella decidió quedarse y ser útil, no le quites eso.

Era noche cerrada en Sitnor y no se escuchaba ni un sonido.

Ni en la casa, ni en las calles.

En ningún lado, menos en su cabeza, porque no podía dejar de recrear una y otra vez lo que Islery le había mostrado. No le importaba ya no tener una mano… Había visto a mucha gente manca y seguían vivos y trabajando como si nada. Le importaban Quentin y Ethan. No podía hablar con Quentin, porque ignoraba lo que Islery le hizo, pero Ethan… Él sí lo sabía, lo recordaba y cargaba con todo eso él solo.

La cena fue un suplicio y ver a Quentin otro tanto. Era una tortura verlo y saber lo que sabía. Abrazarlo fue otro martirio y no dejó que él la besara. ¿Cómo podía olvidar su rostro en pánico y sus súplicas? Se sentía sucia, asqueada, culpable, muriendo por dentro al haberlo visto mirarla de esa forma, pero Quentin no la había mirado a ella, fue a Islery a quien le rogó que se detuviera. Ilsa fue Islery por unos segundos y sintió como ella, pensó como ella, *recordó* todo como ella lo hacía.

Se quitó las mantas de encima, porque le parecía que se estaba asfixiando. Los vidrios estaban empañados, pero ella sentía un infierno por dentro.

Todos dormían ya. Todos menos ella, por lo que dejó la cama para salir afuera. No se iría lejos, tan solo le bastaba con sentarse en el banco junto a la entrada. Necesitaba algo de aire, que le enfriara la cabeza un poco y le quitara esa sensación espantosa del cuerpo.

Se puso la capa sobre el camisón y salió a la silenciosa ciudad, en la que se veían las siluetas de los soldados recortarse en las luces de los faroles.

—Noche difícil, ¿no? —Ethan la sorprendió—. Perdón, no quise asustarte —agregó al verla

sobresaltada.

—No es nada —dijo y se sentó a su lado—. Podría decir que las tuve mejores…

—¿Cómo te sientes? —señaló las vendas que cubrían la herida.

—Sé lo que ocurrió… en Garhq Tahok.

Ethan suspiró largamente y pareció encogerse un poco.

—Lo siento. Tenía miedo que la muy perra se lo dijera a Quentin cuando fue a Sitnor y, cuando te llevó, ese miedo regresó.

—No puedo ni mirarlo —susurró—. Me da tanta lástima, duele tanto… Lo sentí como si yo lo hubiera hecho.

—Aunque no ayuda en nada, lo entiendo. Yo me sentí igual.

—No, no entiendes, Ethan. Islery me lo hizo ver y… lo vi como ella lo vio esa vez, tal como ella lo recuerda, con todo lo que ella sintió y experimentó. Es un puto asco.

Ethan se quedó callado por un largo rato.

—Lo lamento mucho —dijo al final—. Cuando pensé en ir a Garhq Tahok nunca se me pasó por la cabeza que algo así podía ocurrir. Él estuvo de acuerdo en dejarse golpear, porque creímos que eso sería todo, pero… Esto estaba lejos de todas de nuestras previsiones.

—Tampoco te culpes.

—Pero fui responsable en gran parte. Debí haber ido solo.

—Es una mierda, porque serías tú el que estaría sufriéndolo sin decírselo a nadie.

—Es cierto, es una mierda desde donde se mire…

—Quentin no recuerda nada, ¿verdad?

—En lo absoluto. Sabe que algo ocurrió, pero no qué y ya le dije que no se lo diría.

—No se lo digas nunca, por favor.

—No lo haré.

—Yo… —resopló—. Yo ni siquiera sé cómo voy a hacer para volver a verlo sin recordarlo…

—Onix está aquí, así que le dije que borre eso de tu mente.

—Pero él… —Frunció el ceño y lo miró. Sin embargo, Ethan tenía la vista fija en un charco de la calle—. No quiero que nadie más lo sepa.

—Ya lo sabía y me ayudó cuando sucedió. Es más, él me aconsejó que lo quitara de la mente de Quentin, porque no iba a ser nada bueno que recordara algo así.

—¡Claro que no!

—Esa misma noche lo encontré ahogándose en un charco de porquería, borracho hasta la médula —dijo Ethan. Ilsa sintió que se le rompía algo adentro y se llevó, inconscientemente, el brazo herido al pecho—. Igual que tú, dijo que no sabía cómo haría para verte a los ojos otra vez.

—Voy a matar a esa maldita zorra, así sea lo último que haga en mi vida, te lo juro.

—No es Zaria…

—A ella también la voy a matar… —Lo pensó un poco mejor—. No sé si matarla, pero sí que la voy a golpear otra vez.

Ethan sonrió.

—Te quejas de Quentin, pero eres tan impulsiva como él.

—Me lo habrá contagiado…

—De todas formas, la escoltarán de regreso a Villa Chester mañana mismo. Por consideración a Iskánder, fueron piadosos y solo la enviarán a casa, de otra forma, estaría entre rejas por largos años.

—Me quedaré con las ganas de romperle la cara…

Ethan sonrió y se acomodó los abrigos.

—Ve, Onix te espera y no quiere salir porque está frío.

—Tú también deberías entrar.

—Iré en unos momentos, necesito un poco más de aire.

—Me refería a que deberías dejar que Onix te quite eso de la mente.

Ethan negó con la cabeza.

—De momento, que me sirva de lección. Cuando todo esto se termine, tal vez lo borre.

—Estás loco.

—No, solo quiero aprender de mis errores.

—O torturarte con ellos…

—Es que me siento una mierda, Ilsa, y no quiero olvidarme de lo que hice. Por mi culpa pasó lo que pasó y… es mi hermano, se suponía que cuidaría de él, que evitaría que le hiciera daño, más allá de un par de golpes. En algún momento de mi vida… —Ethan respiró profundo y se llevó las manos a la cabeza—. De alguna forma, lo dejé solo cuando éramos pequeños, cuando desaparecí. Noah nos dijo que a Quentin lo encontraron solo y herido.

Sí, Ilsa lo recordaba, Noah también lo dijo cuando Quentin le preguntó por Ethan por primera vez.

—No puedes culparte por eso también, ¿qué podías hacer? No eras más que un niño.

—Pero lo hago, no puedo evitarlo. ¿Por qué Quentin estaba herido? Era muy pequeño, alguien lo lastimó y yo no hice nada para evitarlo.

—Déjalo ir, Ethan. Te llevaron y arruinaron tu vida y la de tu familia, no fuiste tú quien lo abandonó.

—¿Y si yo me fui, por alguna razón? ¿Qué tal si yo decidí dejarlo solo? ¿Qué tal si fui yo quien lo lastimó y me marché para no tener que decírselo a mis padres?

—¿Y si no fuiste tú? —preguntó con calma.

—Todos asumen que alguien me llevó, pero tranquilamente puedo haber sido yo quien se equivocó, quien lo lastimó y lo dejó solo. Nadie más estaba allí para saberlo.

—Bueno, es bastante simple… Eres un maldito mago, Ethan, escarba en tu mente con un poco más de empeño —dijo con algo de brusquedad, esta vez, y él la miró, asombrado—. Y además estamos rodeados de magos, por si tú solo no puedes. Deja de martillarte la cabeza con culpas que ni sabes si existen siquiera, habla con alguien para que busque en tus recuerdos y quítate las dudas de una vez.

Ethan volvió a acomodarse en el banco y su vista recayó en el mismo charco de la calle.

—Es que tengo miedo.

—¿Qué puede ser peor que ese tormento al que te sometiste? ¿Qué es peor que la incertidumbre?

—No lo sé. Tal vez saber que sí fui yo el que lastimó a Quentin.

—Me imagino que llevas meses pensando en lo mismo y estoy segura de que cada vez lo empeoras más y más —dijo retomando la tranquilidad en su tono. Le dolió enterarse de que Ethan estaba pasando por tanto, sin poder hablarlo con nadie más.

—Pero, ¿y si de verdad fue eso lo que sucedió? Confirmarlo sería terrible, aún más terrible que no saberlo.

—¿Y si no? —insistió—. Tendrías que tomártelo con más calma, no puedes culparte por lo que le pasó a Quentin, ni ahora ni cuando eran pequeños.

Ethan negó moviendo la cabeza.

—Debí haber hecho más. En Garhq Tahok debí haber hecho más, también, pero me quedé

de brazos cruzados, esperando a que, no sé… No sé ni qué esperaba, la verdad. Cualquier cosa menos eso.

Ilsa le tomó la mano y se la apretó con fuerza.

—Onix borrará mi mente y me olvidaré de esta conversación, pero por favor, vuelve a hablar conmigo cuando te sientas mal. No estás solo y no puedes pasar por esto solo. No soy Vila y no te besaré apasionadamente, pero puedo darte un abrazo si te sirve —dijo divertida y Ethan se largó a reír.

—No eres mi tipo, de todos modos.

—Tú tampoco, eres demasiado rubio para mi gusto. —Ilsa le dio una palmada en el hombro —. Me voy a que me borren un poco los recuerdos. Lo digo en serio, habla conmigo cuando quieras.

—Gracias. Dile a Onix que estaré aquí, si me necesita.

—Estoy aquí, cuando gustes.

—Ya vete, no seas pesada —sonrió.

14

Ilsa despertó cuando sintió que un hierro al rojo le quemaba la mano. Se sentó en la cama y gritó, asustada y adolorida, pero no tardó en darse cuenta de que ya no estaba en ese espantoso lugar. Sin embargo, recordó que desde el día anterior vivía en una pesadilla de la que no era posible despertar y se dejó caer en la cama otra vez.

La puerta se abrió de golpe y Ara se asomó.

—¿Qué ocurre? ¿Estás bien?

—Me falta una mano, pero más allá de eso… No pasa nada —contestó sin moverse. Había una araña justo encima de ella, entre las vigas, que parecía estar burlándose de su desgracia.

«Mi maldita mano» pensó. Era extraño tener la certeza de que ese espacio vacío, al terminar su antebrazo, quedaría por siempre así.

—Algo sucedió con Dunayar ayer. —Ara entró a la habitación y se sentó en su cama.

—Sí, la muy cabrona me entregó a Islery —murmuró.

—Se… —suspiró e hizo una pausa—. Dunayar vino a decirnos lo que estaba pasando con ustedes y luego… se clavó una navaja en el cuello.

Esta vez sí miró a Ara.

—¿Cómo que…? ¿Está bien?

—Falleció —dijo en voz baja—. Ethan quiso curarla, pero no fue posible. Se fue en sangre…

Ilsa se sentó en la cama, para buscar el aire que no llegaba a sus pulmones; estaba mareada y descompuesta. Sabía que Dunayar llevaba a Nadzia en su cabeza y eso era una tortura constante, pero que hubiera llegado a ese punto era tan sorprendente como doloroso.

—¿Por qué lo hizo?

—No podía más con Nadzia y creo que haberlas entregado fue lo que acabó con su poca estabilidad emocional. La sanadora que viste ayer es la Dama de la Cueva, según dijo, y debe ser cierto, porque fue Islery quien se las llevó.

Se sentía mal. Pésimo. Culpable a más no poder, ya que Nadzia había empujado a Dunayar a eso y, en parte, se consideraba responsable de lo que Nadzia causó. Se levantó y buscó una camisa negra, una falda blanca y una chaqueta a juego, las arrojó en la cama y las miró por largos segundos.

«Deben ser ciento cincuenta botones, por un demonio, y solo tengo cinco dedos». Nunca antes le habían molestado tanto los botones. Dio una gran bocanada de aire y comenzó a vestirse. Si se quedaba parada ahí, quejándose y lamentándose, no saldría nunca de la habitación.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Ara al verla batallar.

—La verdad es que estaría muy bien una mano extra —dijo con ironía—. ¡Ja! Me falta una mano, ¿puedes creerlo?

—Lo siento mucho.

—Yo un poco más y todavía no sé muy bien qué pensar. Si quiero dejarme morir en esa cama o si quiero buscar a Islery y arrancarle el cuero cabelludo a tirones.

—Creo que todos queremos hacer ambas cosas también, por diferentes motivos.

Ilsa asintió. Era una mierda todo lo que estaba ocurriendo y, ese día, estaba más convencida que nunca de que era así. Cuando le dijo a Quentin que se quedaría con él, no imaginó que las cosas resultarían de esa forma. Ni siquiera le pasó una sola vez por su mente pensar en que

perdería una mano.

—¿Quentin?

—La verdad es que no lo sé, no estaba cuando desperté. De hecho, no hay nadie y no dejaron ni una nota.

—Dioses, son un peligro… Le preguntaré —dijo y Ara asintió, mientras comenzaba a abrochar su chaqueta, tras haber terminado con la camisa—. *¿Quentin?*

—Pequeña, ¿cómo estás?

Ilsa sonrió; no sabía muy bien por qué la llamaba «pequeña» a veces, si ella era más alta que cualquier mujer allí, pero le causaba cierta ternura que lo hiciera. Nunca le había preguntado, para que él no dejara de llamarla así.

—Manca… y un poco inútil.

—Por los dioses, lo siento tanto.

—¿Necesitas ayuda para…? —Ara señaló el cuarto de baño e Ilsa negó con un gesto.

—Estaré bien, gracias.

—Qué alivio —resopló e Ilsa se largó a reír—. Pero llámame si me necesitas.

Ilsa asintió y se sentó en la cama después que Ara se marchó. Gracias a Sinmá nunca le habían gustado las botas acordonadas y no tuvo mayores problemas para calzarse.

—Supongo que me acostumbraré… Al menos tengo mis dos piernas y eso es grandioso. Creo que nunca aprecié tanto mi anatomía como hoy.

—No sé qué tan bueno es que lo tomes así, pero lo prefiero a verte triste.

—Quizás tenga que hacerle algún ajuste a mis trajes, porque no puedo con los botones, y no sé… Creo que me iré dando cuenta de mis limitaciones a medida que avancen los días. —Ilsa se quedó pensando por unos momentos—. *Es una puta mierda, Quentin.*

—Lo sé, lo imagino y daría cualquier cosa para estar en tu lugar, para ser yo quien…

—No digas eso. No vuelvas a repetirlo, ¿sí? Las cosas son así por alguna razón, no lo lamentes por mí.

Quentin hizo silencio por unos momentos e Ilsa se imaginó que estaría torturándose por no haber sido él quien perdió una mano.

—¿Te duele?

—Un poco, más que nada si algo me roza las vendas, pero lo que sí siento es que algo me está quemando de forma constante. No importa, no te preocupes. ¿Dónde estás?

Estaba de pie frente a una inmensa pira de la que salían humos de colores. El carro crujía y saltaban algunas chispas al aire cada vez que un frasco estallaba.

—Vinimos con Josh y Ethan a quemar la carreta de la sanadora y todas sus pertenencias.

—Comprendo… Ara me dijo lo que sucedió con Dunayar.

—Es una mierda. Eric y Santoro están destruidos. Nunca me imaginé que vería a Eric llorar, pero el pobre hombre no podía ni mantenerse en pie por el dolor de haber perdido a Dunayar.

Se preguntó si Ilsa estaría sintiéndose culpable por lo que había ocurrido.

—¿Le harán un funeral?

—Será a mediodía.

—Quiero ir.

—¿Estás segura?

—Sé que me culparán por la situación en que puse a Dunayar, pero me lo merezco. No debí haber renunciado a mi magia ni a Nadzia, fui una cobarde egoísta y la niña fue quien pagó

el precio por eso.

—No fue tu culpa, no digas eso.

—Por más que me quieras hacer sentir mejor, no lo lograrás. Déjame revolcarme en mi miseria por unos días, al menos.

—Por los dioses… —Quentin hizo una pausa al ver que cada vez había más gente rodeándolos y no todos estaban preocupados. Se veían, más bien, molestos—. *Está bien, te dejaré en paz. Nos vemos en unas horas.*

—Perdóname, no estoy en mi mejor momento.

—No te preocupes. De todos modos, debo irme, las cosas acá se están poniendo… extrañas.

—¿Qué sucede? —preguntó con cierta alarma.

—Supongo que la gente no ve con buenos ojos lo que estamos haciendo, aunque no saben quién vivía aquí en realidad. Te veo luego, cuídate, por favor.

—Tú también.

Josh estaba tratando de mantener a los curiosos alejados, lo que era un poco difícil de lograr porque, quienes no llegaron para ver a la sanadora, fueron atraídos por la inmensa columna de humo que se alzaba junto al río. Ethan, por su parte, mantenía los ojos en la fogata, cuidando por si algo salía disparado de allí en una explosión.

Los murmullos crecían a medida que la gente llegaba y Quentin no tardó en oír que decían que ellos habían matado a la sanadora. Tampoco pasó mucho hasta que alguien los llamó asesinos y de un momento a otro empezaron a lloverles insultos, que pronto se convirtieron en piedras. Josh tomó una de ellas y la devolvió a la gente, golpeando a un hombre en la cabeza.

—Malditos sean —se quejó.

Ethan creó dos extensos lazos luminosos, que los rodearon y se unieron para formar un escudo frente a ellos y la gente se quedó inmóvil.

—No hay nada como un poco de luces para que se asusten —dijo divertido. Quentin lo miró y su rostro no reflejaba diversión alguna. En su opinión, intimidaba bastante verlo serio y con los ojos centelleando.

—Si no fueran tus luces, sería tu cara…

Su hermano lo miró y guiñó apenas un ojo.

—No asesinamos a la sanadora —dijo Quentin a la multitud, que parecía cada vez más numerosa—. La mujer que vivía aquí, que los engañaba con sus… —Un montón de ruidosos murmullos disconformes lo hicieron callar.

—La sanadora era la única persona en este lugar que hacía algo por nosotros —dijo una mujer y quienes estaban a su alrededor la apoyaron.

—Nos escuchaba —agregó alguien—, y eso es más de lo que se puede decir de nuestros gobernantes.

—¡Sí! —corearon.

—Nos arriaron como ganado a este chiquero y nadie hace nada para mejorar la situación de mierda en la que nos encontramos.

—Se hubieron quedado con los Indignos, si tanto les molesta estar a salvo aquí —dijo Josh.

—Continúa —dijo Ethan en la mente de Quentin.

—La mujer que los engañaba con sus pociones y consejos —dijo y su voz retumbó por encima de las demás, como una tormenta de verano—, a la que le contaron sus secretos y sus pesares, era la Dama de la Cueva. —Y la gente dejó de hablar y de quejarse. Hasta el fuego parecía haber dejado de arder y la madera de crujir y los frascos de estallar—. Huyó ayer,

después de haber sido descubierta.

—No solo ustedes fueron engañados, también *nosotrros*.

—Calla, pyebrano impostor —se oyó entre el gentío y Quentin barrió la marea de rostros en busca de quien se atrevió a decir algo así.

—¡Mienten! ¡Nos mienten todo el tiempo!

—Malditos sean —murmuró Quentin.

—No te *prreocupes*, no tengo nada que *demostrrar*.

—Ethan es tan sitnorense, como cualquiera de ustedes aquí —exclamó Josh, indignado, y recibió como respuesta un puñado de abucheos. Y de piedras que se estrellaron contra el intangible escudo de Ethan.

—¡Mienten!

—*Astor, ven de inmediato* —dijo Quentin a su hermano y le mostró el lugar en donde se encontraban—. *Vinimos a quemar la carreta y la gente se puso en nuestra contra.*

—*Iré de inmediato.*

Ni bien terminó de decirlo, Astor apareció frente a ellos, rodeado de largos haces de luz violeta que se extendían y contraían.

—Vaya entrada —dijo Josh.

Su largo cabello parecía, por momentos, ser parte de las luces que lo envolvían. Astor movió las manos y lo que parecía ser un fuego de extraño color se expandió hasta entremezclarse con la gente, que gritó asustada. Muchos de ellos se largaron a correr para alejarse de allí.

—No seas tan escandaloso —se quejó Quentin.

—Déjalo —dijo Ethan, divertido—. Un poco de magia nunca viene mal.

—¿Qué sucede? —preguntó Astor y los miró con un ojo violeta y el otro rojo, con el ceño fruncido y cara de estar de muy mal humor.

—Estos imbéciles creen que matamos a la bruja y llamaron impostor a Ethan.

—¿Para eso me hiciste venir? —preguntó a Quentin, sin cambiar en absoluto su expresión.

—Estaban un poco más agitados antes de tu teatral llegada —murmuró. Astor respiró profundo, les dio la espalda y miró a quienes aún permanecían en espera de algo.

—¡Largo de aquí! —exclamó y sus inofensivas llamaradas violetas volvieron a dirigirse a la gente, hasta que todos ellos se marcharon—. Qué gusto de hacerme perder el tiempo —dijo antes de desaparecer.

—¿Desayunó escorpiones o qué carajos? —preguntó Josh.

—Vaya uno a saber. —Quentin encogió los hombros—. Tal vez un coctel de mal humor…

—… y día de baño —dijo Josh divertido y Quentin rio.

—Es bastante arisco para el agua, el condenado.

—*Prroblemas* infantiles que nunca *comprrenderremos* —dijo Ethan y los demás asintieron como si fuera la única verdad absoluta del asunto.

Desierto Then Kua

—Maldito calor —murmuró, sin dejar de abanicarse un segundo.

—Estoy harta de oír tus quejas, Islery.

—¿Por qué demonios estás a mi lado, después de todo? Hay todo un puto desierto —dijo y extendió sus brazos para abarcar lo que sus ojos veían; dunas y cielo celeste—, y miles de soldados a los que ir a incordiar. Déjame un poco tranquila, para variar.

Vanya desapareció de su lado sin decir una palabra. Después de lo que había sucedido con

las muchachas de Sitnor, apenas si hablaba. Se escaparon y la expusieron y eso la tenía de muy mal humor; no podía culpar a Islery, porque le dijo que ella misma se encargaría de Ilsa, pero no se dio cuenta de que la muchacha podía revelar su ubicación a los demás, aun cuando sabía que era maga. Era cierto, entonces. Su madre estaba vieja e inútil.

«Gracias a los putos dioses».

Al día siguiente, si todo salía bien, habrían llegado al Puente Negro.

Erjathá, Pyebra

Aparecieron en la habitación de la casa de Tino, y Ethan no tardó nada en bajar las escaleras y correr hacia su hogar. Ni siquiera necesitaba quitarse los abrigos, porque se había puesto su túnica blanca antes de salir de Sitnor, mientras esperaba, impaciente y nervioso, a que Tino fuera por él.

Vila estaba sentada en la galería, viendo a Lena corretear con otros niños, cuando él la vio. Se detuvo en medio de la transitada calle solo para poder verla así, distraída, sonriendo. Sin embargo, no pasó mucho para que ella se levantara de su asiento y sus ojos buscaran entre la gente. Sonrió al encontrarlo y su sonrisa era la más brillante de todas las que existían. Corrió hacia él y lo abrazó con fuerza, como si hubieran pasado años desde la última vez, cuando solo habían sido unos días.

—Te extrañé tanto, tanto —dijo sin soltarlo.

—Yo mucho más —respondió, disfrutando del calor de su cuerpo y de sus manos apretando su espalda. Lena llegó, también, y se colgó de ellos, para que no la dejaran fuera de ese momento. Ethan la cargó en un hombro y la niña se quejó, a pesar de que reía al ver al mundo patas arriba. Vila le tomó la mano e hizo puntas de pie para besarlo.

—Por Sinmá, tengo a la familia más hermosa del mundo —sonrió. Dejó a Lena en el suelo otra vez y caminaron tomados de la mano hacia su hogar.

—Esta noche habrá una ceremonia —dijo Vila, ni bien llegaron.

—Por eso le dije a Tino que me trajera, llevo tiempo sin asistir a una.

—Esta vez, bordé mi túnica yo sola —apuntó Lena y, antes de terminar de decirlo, corrió a su habitación. Regresó enseguida, con la prenda entre las manos y el orgullo en su sonrisa—. Es igual que la de Vila, mira.

—Y lo hizo sin magia —dijo la sacerdotisa.

—No te creo, ¡está perfecta! —exclamó Ethan, mientras examinaba la prenda. No estaba tan perfecta, pero estaba bastante bien para alguien de su edad.

—Sin magia, en serio, con hilo y aguja. —Y levantó el dedo índice de su mano derecha para mostrarle una diminuta manchita roja de una pinchadura que se hizo con la aguja.

—Vaya, tendrás que bordar algo para la tía Ara, entonces, a ella le encantan estas cosas.

—¿Sí? —preguntó, ilusionada—. Le haré un pañuelo para el cabello y… —Se quedó seria unos momentos—. En Sitnor no usan pañuelos para cubrirse el cabello, ¿verdad?

—No, no los usan, pero sí puede ser uno de mano.

—O una falda —sonrió Lena.

—La tía Ara adora las faldas, sí, es buena idea.

—¿Cuándo volverá? Tengo muchas ganas de verla.

—Voy a hacer lo posible para que regrese conmigo la próxima vez. —Lena saltó, entusiasmada y feliz—. Pero no te ilusiones, que no sé cómo serán las cosas en unos días.

—No importa, saber que ella también quiere venir me da mucha alegría. Empezaré a bordar ahora —dijo y se largó a correr a su habitación nuevamente.

—¿Cómo está? —preguntó Ethan.

—Mejor que nunca. Tranquila, controlada, obediente. Creo que estar aquí le hace muy bien. No ha vuelto a mencionar nada respecto a la guerra y que Tino haya regresado la tranquilizó mucho más.

—Se la ve feliz…

—Lo está. Creo que lleva más de diez días sin enojarse por nada.

—¿Ni siquiera para bañarse? —preguntó Ethan y Vila rio.

—No, tampoco.

—Esa es una novedad. Me dijo Tino que ya no quiere ir a entrenar.

—Así es… —Vila lo pensó unos momentos—. Me parece que desde que dejó de hacerlo se la nota más calmada.

—Es extraño, lo consultaré con Onix cuando regrese a Sitnor.

—¿Cuándo te irás?

—Cuando me necesiten, pero le dije a Noah que no me molestaran a menos que fuera una urgencia. Mihaí y Ajác están ahora en el Puente Negro, pero Astor ya despertó, Iskánder y Onix están con él y no me necesitan. —Abrazó a Vila y se acercó a su oído—. Tengo mejores cosas que hacer aquí.

—Como ir al templo esta noche —dijo ella, divertida, y deslizó sus dedos sobre su columna, ocasionándole un escalofrío.

—Entre otras… —Besó su cuello, justo debajo de la «L» de su mandíbula, en el punto que hacía que las manos de Vila se aferraran con fuerza a lo que sea que tuviera entre ellas y sus piernas se aflojaran un poco. A Ethan le fascinaba sentir sus dedos enterrándose en su espalda y sostenerla cuando parecía a punto de caer.

—¡Lena! —exclamó Vila—. ¿No quieres ir a jugar afuera un rato más?

La luna, redonda, dorada e inmensa, asomaba sobre la muralla de Erjathá, coronando la cúpula del pequeño, aunque nada modesto, templo en honor a la diosa Sinmá. Las estrellas brillaban con inusual intensidad, agrupadas en luminosos racimos alrededor del enorme disco lunar.

Cuando Vila regresó de Sitnor, el señor Jeno destinó una buena parte del presupuesto para la construcción de la nueva casa de la diosa. Sin embargo, muchos fueron los ciudadanos que hicieron generosas donaciones para hacer un templo digno de admirar y, aunque el espacio era reducido, el oro relucía en los copones, el altar principal e, incluso, en los murales que decoraban las paredes.

Había, entre ellos, uno que representaba la destrucción del Gran Templo de la capital, con Lena y Sinmá en él. A Vila no le gustaba la idea de ver a Lena así, pero era una parte importante de la historia de la diosa y los fieles consideraron que era esencial que estuviera allí, para que nadie olvidara nunca el poder de la implacable Sinmá.

«Y el de Lena» pensaba Vila cada vez que entraba al templo y veía la horrorosa escena. Sacerdotes desperdigados por doquier y dos figuras envueltas en llamas, hechas con laminillas de oro, danzando sobre los cuerpos inertes de quienes antes habían servido a Sinmá con devoción. Vila intentaba no poner sus ojos en esa pared, a la izquierda de la entrada, pero a veces no podía evitarlo, como tampoco al escalofrío que le corría por la espalda.

Ethan le ayudó a sacar afuera un altar pequeño y Lena la asistiría. Llevaba tiempo practicando las oraciones que debían recitarse antes de tomar y entregar cada copa, el significado y la función de cada una, así como el de los anillos y brazaletes que Vila usaba para cada uno de los diferentes rituales.

«Muéstrate ante nosotros hoy, diosa amada» rogó Vila «Tus fieles te necesitamos».

Ethan nunca la había visto y Vila ansiaba con todas sus fuerzas que lo hiciera. Él era más devoto de Efos que de Sinmá, pero todos en Erjathá lo fueron antes de que ella se manifestara en toda su magnificencia; además, la diosa ganó muchos más fieles tras lo ocurrido la noche en que el Gran Templo fue arrasado. Sinmá estaba complacida con su nueva morada y se presentaba ante ellos con mayor frecuencia, pero, para su desencanto, Ethan no había podido estar presente en ninguna de esas oportunidades.

Vila inició el ritual cantando una alabanza y las voces de los fieles corearon la oración con ella. Voces graves, voces agudas, nadie se avergonzaba allí de su mucha o poca capacidad de entonar, porque no iban a presumir, iban a pedir, a rogar; a agradecer los que menos. Lo que más le gustaba a Vila oír en el templo, eran las voces de los niños, ya que se asemejaban a un destello entre las tinieblas de la incertidumbre que asolaba Thoria; una llama que avivaba la esperanza de quienes habían perdido sus hogares, su familia, su tierra. Eran las manos que sostenían los débiles andamiajes sobre los que estaban construidas sus vidas desde que la señora Viktoria los había condenado con sus erradas decisiones. Se podía notar el amor en sus palabras, la inocencia, la fe y eso se contagiaba a todos los asistentes, lo sabía, puesto que no había quien no buscara a algún pequeño con la mirada cada vez que empezaban a cantar.

Esa noche era la última luna llena del invierno, por lo que era una ocasión especial y Vila se sentía nerviosa. No solo por eso, sino porque Ethan estaba allí y, además, porque sería la primera vez que Lena sería su asistente.

Cuando regresó el silencio, Vila le indicó a Lena que le diera una copa diminuta, tallada en piedra lunar. Las manos de Lena temblaban cuando se la entregó.

—Todo está bien, Lena —susurró—. Sinmá te ama.

—Lo sé —sonrió, nerviosa—, pero mucha gente me está viendo esta noche.

—Tienes la bendición de Sinmá y eso es lo que importa.

Lena pareció recuperar algo de confianza en sí misma y se apresuró a darle el recipiente que contenía las hebras de hierba negra, que habían permanecido expuestas a los elementos por tres días con sus noches.

—Sagrado disco de oro que ilumina nuestros pasos en las tinieblas —murmuró mientras deshacía las briznas secas entre sus dedos y las introducía en la copa—. Señora de los cielos nocturnos, única portadora de la Lanza Sagrada, señora amada y venerada. —Buscó la botella que llevaba en su cuello y vertió una gota de su contenido sobre la hierba. Una voluta de humo rojizo ascendió hacia el cielo—. Preséntate ante nosotros esta noche, amada diosa Sinmá, e ilumina nuestros caminos con tu sabiduría. Necesitamos de tus consejos y tu guía como un ciego necesita de una mano amiga para no caer, como un viajero al agua, o a las estrellas que le indican el camino.

El humo pasó a ser, primero, una minúscula llama, pero luego comenzó a crecer y a desbordar por los bordes de la copa de piedra. El fuego se derramó, como si fuera un líquido espeso, llegó al suelo y se deslizó hacia su alrededor.

—¡Sinmá, diosa amada! —exclamó Vila al ver la manifestación de la inmensidad de Sinmá frente a ella y los fieles se hicieron eco de su clamor.

—¡Sinmá, diosa amada! —repitieron una y otra vez para darle la bienvenida, una vez más, a

Erjathá.

Aquel fuego líquido reptaba sobre la fina tierra blanquecina, y se escurría entre los pies de los concurrentes, sin tocar a ninguno de ellos.

—¿Te encuentras con nosotros, sagrada Sinmá? —Un anciano se arrojó de rodillas sobre uno de los ríos de fuego que circulaban entre los pies de la gente, iluminándolos. Y a él le siguió otro y otro más.

Una voz dulce, infantil y confiada, comenzó a tararear una melodía y a Vila se le erizó el vello de los brazos. ¡La diosa ya estaba allí!

Tomó a Lena de la mano y se acercaron a Ethan, quien sonreía mirando al inofensivo fuego correr entre sus sandalias. Se arrodillaron los tres, tomados de las manos, y esperaron a que el fuego formara a la diosa amada.

Sinmá continuaba tarareando su melodía y un coro de voces infantiles se fue sumando poco a poco a ella. Los niños, Lena incluida, se incorporaron y comenzaron a danzar entre la gente, riendo y cantando, y el fuego líquido que había iluminado el fino polvo que tapizaba el suelo, comenzó a retirarse para formar una figura femenina, que se sentó sobre el altar.

—Mi fiel Vila —susurró una voz en su oído y las lágrimas se derramaron por sus ojos. No podía evitarlo, estar en presencia de Sinmá siempre la emocionaba hasta llorar—. Thoria se queda sin tiempo. Los Astros están en desacuerdo sobre la eliminación del humano —dijo Sinmá y Vila sintió que se le detenía el corazón. Ethan le había hablado de la profecía de la luna roja—. Pelearemos. Lucharé por ti, porque eres mi hija amada. Cada Astro del firmamento luchará por sus protegidos. Cada Estrella, por su mago, yo, la Luna, por quienes se sirven de mis poderes, por mis fieles siervos, por mis amados hijos.

—¿Y… el Sol? —preguntó y sus ojos llorosos buscaron a Lena.

—Contra Efos, hija amada —dijo Sinmá y Vila ahogó un grito con sus manos—. Aunque mi corazón se desgarre en tantas partes como desmembré a Zarba, lucharé contra él. Efos quiere exterminar el egoísmo, la ambición y el odio en Thoria. Eliminar a los humanos. Solo él.

El fuego que formaba la silueta de Sinmá comenzó a oscurecerse y Vila se incorporó.

—Sinmá —susurró, suplicante.

—Lucharemos por ustedes, hija amada. Efos será destruido y todos a quienes él protege. —Su voz se fue alejando hasta convertirse en un leve susurro, tan apagado como el fuego que le había dado vida.

Vila se incorporó, miró a su alrededor buscando a Lena y vio que Ethan estaba de pie, recorriendo el gentío con los ojos, también. Lena regresó corriendo; reía y se abrazó a Vila. Ethan se arrodilló a su lado y le tomó el rostro. Se lo veía desesperado, pálido y sudoroso.

—Escúchame, Lena, tienes que…

—Ya lo hice —volvió a sonreír mientras ponía sus manitos sobre las de Ethan y Vila frunció el ceño, confundida—. La última vez que la diosa estuvo aquí, me pidió que renunciara a mis poderes y yo obedecí. Soy digna de su amor y de su protección ahora, porque la diosa me ama. Me lo dijo.

Abrazó a la pequeña y Vila cayó de rodillas junto a ellos. La desesperación que había sentido hasta ese instante se convirtió en alivio de inmediato y lloró, más que antes, más que nunca, quizás, al saber que Lena estaría a salvo de la ira de Efos.

—No puedo decirlo, Vila —susurró en su oído—. Sinmá me advirtió que no puedo decírselo a nadie. Astor, Tino… No puedo decírselos.

—¿De qué hablas?

—Cuando le dije a la diosa que debía advertirle a los demás, me lo prohibió —contestó con

la voz afectada. Ethan la rodeó con un brazo y las sujetó a las dos, como si alguien quisiera llevárselas de su lado en ese instante—. Se van a ir con el Sol.

15

Inmediaciones del Puente Negro, Pyebra

«¿Hasta cuándo de toda esta mierda?»

Islery llevaba veintiocho años soportando los desvaríos de su madre. Sus quejas, su odio hacia Tesar, hacia los magos, hacia todo lo que la rodeaba. Veintiocho años aguantando sus regaños, sus órdenes, de las que no podría librarse a menos que la muy cabrona estirara la pata, y sus incontrolables deseos de reventarle el cráneo contra la pared cada vez que abría la boca. Pero no, no podía hacer nada, porque la muy hija de puta la obligó a jurarle lealtad absoluta.

No podía atacarla, conspirar contra ella, ni mencionar sus debilidades a nadie. A veces, incluso, no podía ni pensarlo, porque su mente se nublaba. Ni hablar de querer matarla; su cuerpo se paralizaba por completo por varios segundos cada vez que sentía deseos de hacerlo.

Llevaba todo el puto día con el cuerpo entumecido.

Desde que se les habían escapado las dos cabronas de Sitnor, estaba más insoportable que nunca. E Islery también, por ende. Andaba con un humor de perros, porque tener a la maldita vieja cerca, sacaba lo peor de ella.

Islery rio. Tampoco es que fuera por el mundo derrochando paciencia y bondad, pero por lo general se mantenía bastante tranquila. Sin embargo, desde que su madre estaba con ellos, habían *desaparecido* dieciocho sirvientes.

Islery sabía que estaban enterrados en la arena y su madre intuía que ella tenía algo que ver, pero no decía nada. Vanya sabía, también, que le alteraba los nervios como nadie y que, de alguna forma, Islery tenía que descargar sus frustraciones.

Las tropas pyebranas se mantenían en silencio a unos pocos kilómetros de los últimos vigías de Sitnor. Los soldados dormían, en su mayoría, e Islery aguardaba en su tienda, sola. Pidió que nadie la molestara y, por si acaso, selló todas las entradas con magia, porque sabía que, si alguien ponía un pie allí, sus trozos terminarían enterrados debajo de la alfombra de colores. No era que le molestara, pero sus gritos podrían alertar a los vigías de Sitnor y esa no era la idea.

Vanya había entrado al amanecer a contarle sus planes, mejor dicho, a ladrarle sus órdenes, y había insistido en que le recitara todo dos veces. A la tercera la mandó al demonio y la vieja cabrona se largó sin decir nada más.

«¿Hasta cuándo de esto?»

Quería ser libre de una maldita vez, quedarse en Dath Pont, encerrada todo el día en su casa, sin ver a nadie más que a los sirvientes; tal vez, buscar de nuevo a Kalhan. Quería tener un hijo y él era una buena compañía la mayor parte de las veces… Cuando no estaba ebrio. Quería regresar a la poca libertad de la que disfrutó por los escasos meses en que su madre estuvo demasiada ocupada con Viktoria y con Morgana como para incordiarla a ella, antes que le ordenara ir a Pyebra a acabar con la pobre Vik.

Islery sonrió ante el recuerdo. Ante el recuerdo de Viktoria, no el de Kalhan o de su pequeña probada de libertad.

—*Es hora* —dijo Vanya e Islery abrió los ojos. Era cierto, ya había anochecido.

Islery se levantó del catre, abrió su baúl y sacó el atado de telas que cubrían a *Desangradora*. La espada vibró e Islery también.

«¡Es hora de bailar!»

Cuando salió de su tienda, los soldados estaban terminando de agruparse en *casi* prolijos bloques de doscientas personas. Todo era una maraña de pies apresurados, gritos contenidos, órdenes susurradas con urgencia y una impresionante cantidad de nerviosismo. Y miedo, eso nunca escaseaba, al parecer. Cualquiera hubiera dicho que los soldados no tenían miedo, pero esos no eran soldados, eran unos pobres infelices a los que alguien arrancó de su hogar y le puso una coraza metálica en el torso y una espada entre las manos. Un arco si eran lo suficientemente afortunados. Un casco si habían llegado entre los primeros desdichados o si se lo habían arrebatado a algún muerto en alguna otra ocasión.

«Qué desperdicio los equipos de la batalla en Sitnor» se lamentó Islery cuando recordó que había llevado mil quinientos hombres y no habían recuperado ni una flecha siquiera.

Ya daba igual, después de todo, esa noche tomarían equipo, tierras y una entrada a Sitnor, ¿qué más se le podía pedir a los dioses?

Puente Negro, territorio anexado por Sitnor

El soldado salió de su sopor al ver un destello. De pronto había frente a sus ojos un ejército entero de filos dorados que brillaban por las fogatas. Los hombres menudos, que gruñían como perros y soltaban amenazas e insultos en un idioma cargado de erres, comenzaron a correr hacia él antes de que fuera capaz de darse cuenta de lo que estaba ocurriendo.

El hombre se dio vuelta y tomó el cordel de la campana, pero solo fue capaz de darle un miserable y débil tirón antes de caer degollado. Fue nada más que un leve tañido, que no se oyó en el siguiente puesto de guardia. Sin embargo, otros vigías vieron lo mismo que él y tuvieron la posibilidad de alertar a los demás. Fue tarde para muchos, incluso para quienes se apresuraron a colgarse de las cuerdas de las campanas, pero el ejército de Sitnor estaba durmiendo, en su mayoría.

Los pyebranos se largaron a correr y a esquivar los extensos conjuntos de madera de las barricadas. Zigzaguearon para encontrar los angostos senderos que los llevarían al campamento de aquellos invasores que se habían tomado la libertad de entrar en sus tierras, pero solo lograron dispersarse y llegar a su destino de a unos pocos, de a gotas, nada más que para arrojarse a los brazos de Zarba, la diosa que recolectaba partes de los muertos para recomponer su cuerpo y su alma corrupta. Los sitnorenses y sus picas los recibieron gruñendo insultos y los atravesaron rugiendo su coraje. La sangre humedeció la arena, los cuerpos se amontonaron y taponaron las entradas, retrasando más el avance.

Una bola de fuego que surcó el cielo desde el norte, se estrelló en el medio del campo de barricadas. La madera en llamas saltó hacia los lados, hacia arriba, hacia adelante, pero también hacia atrás, alcanzando a los propios pyebranos que estaban buscando la forma de hacerse con la entrada al Puente Negro. La confusión duró unos instantes y, al siguiente, una marea de hombres que parecía interminable, avanzó por la brecha abierta. Una mujer apareció en frente de todos ellos y los soldados se alejaron velozmente de su alcance, formando una medialuna a su alrededor.

Llevaba un largo y voluminoso vestido negro, una larga y voluminosa melena blanca y una larga y fina espada dorada entre sus manos. Sus ojos violetas tenían un brillo desquiciado y sus gruesos labios rojos mostraron una sonrisa a la tempestad de picas que amenazaban con convertirla en un alfiletero.

Le bastó el movimiento de una de sus manos para que las astas abandonaran a quienes las

portaban, se giraran en el aire y ensartaran a los confundidos sitnorenses. La sangre que se derramó de sus heridas se dirigió a raudales hacia la espada dorada de la maga. El rugido que soltó el arma se alzó por encima de los gritos de dolor de los heridos, que no tardaron más que unos segundos en convertirse en los nuevos muertos de esa guerra.

Islery soltó una ruidosa carcajada y, con un ademán, apartó las decenas de cuerpos carentes de color. Sus soldados no la siguieron después de haber presenciado la escena, puesto que la estaban mirando con el pánico pintado en sus ya aterrados rostros. A ella no le importó. No necesitaba que un montón de cobardes la siguiera, Islery era la destrucción en sí misma.

A fuerza de magia, abrió una brecha entre las barricadas para que los hombres pudieran pasar y manipuló las corrientes de aire para que la elevaran unos metros sobre la superficie. Cuando encontró un punto despejado en el frente, desapareció para aparecer allí. Los Indignos que portaba Desangradora gruñían y reclamaban por más sangre y ella los alimentaría, claro que sí.

Su espada se envolvió en haces de luz naranja y cargó contra los sitnorenses que tenía en frente, cortando armaduras y carne por igual. *Desangradora*, presurosa e implacable, absorbía cada gota con suma rapidez. Voraz, hambrienta.

Todo era un caos de gritos, gente que corría y entrechocar de espadas. Incluso, hasta le pareció ver a la gloriosa Zarba acuclillada junto a un cuerpo, cercenando un pie para sumarlo en su cuerpo.

Islery sonrió. Le gustaba estar allí. Si le preguntaban, ese era el instante más feliz de su vida. Nunca había presenciado nada igual y se preguntó por qué su condenada madre no le había permitido ponerse a cargo de Pyebra años antes. Thoria ya sería un puto cementerio si le hubiera dado vía libre para hacerlo.

«Maldita vieja inútil, si esto era lo que quería, se tardó demasiado. Puso a los inútiles de mis hermanos a cargo, terminaron todos bajo tierra y Tesar sigue tan intacta como antes».

A su derecha, una docena de sus soldados se convirtieron en repentinas fogatas y agudizó la vista. Había magos.

Mientras avanzaba dando sablazos a unos y a otros, buscaba a quien había calcinado a sus hombres y se encontró a una mujer morena que parecía no tener nada en especial, salvo que no llevaba ninguna protección en su cuerpo.

Islery apareció frente a ella y volvió a sonreír.

—¡Oh, una maga! —Hubiera querido decirle que hacía tiempo que no veía a una, pero la mujer entró de inmediato a su mente y el estallido de dolor que sintió se extendió por su cuerpo entero, también. Islery estuvo a punto de caer, quería hacerlo, de hecho, quería revolcarse en la arena y sostener su cabeza. Le parecía que el cráneo se le iba a partir en mil pedazos y sus sesos se iban a desparramar por doquier, pero hizo todo lo posible para controlarse, porque no podía separar sus manos de *Desangradora* o no quedaría nadie vivo allí, ni sitnorense ni pyebrano.

Armó en su mente un escudo, para poder contrarrestar su ataque. Primero era débil y no llegaba a repeler la magia de su atacante por completo, pero comenzó a fortalecerlo y, a medida que lo hacía, el malestar empezaba a diluirse. Cuanto más fuerte era el escudo, más fuerza tenía Islery. Más fuerza tenía, más fuerte era.

Islery se puso de pie, y sonrió triunfal, pero su alivio no duró más que un parpadeo, puesto que vio una correntada de energía salir de las manos de un mago enorme. Desplegó frente a ella un escudo, pero no fue lo suficientemente rápida. El impacto le hizo despegar los pies del suelo y volar hacia atrás. Cayó tendida de espaldas y todo el aire que tenía en los pulmones salió expulsado por su boca.

No tardó mucho en sentir que los soldados le pasaban al lado, primero, y por encima, después. Todo era apuro, urgencia, y dolor. Un cuerpo cayó sobre ella, y sintió su sangre caliente en el brazo derecho. En otras circunstancias, tal vez hubiera estado a gusto, pero allí sentía las náuseas escalarle por la garganta. Quizás por el ataque mental, quizás por el terrible golpe que le dio la maga en el pecho… O tal vez era porque tenía un muerto encima y no lo había matado ella.

Cuando un poco de aire fresco llegó a sus pulmones, un lazo se enroscó en una de sus piernas y la arrastró entre los cuerpos, lo que hizo que su cabeza rebotara en cada irregularidad del terreno. Se sentía mareada y un poco estúpida, también, por haber subestimado a sus enemigos. En Garhq Tahok todo fue fácil porque, claro, no hubo más que un puñado de soldados asustados y sorprendidos, pero en el puente había magos y, al parecer, no eran tan piadosos o amigables como dijo su madre.

Ya no tenía tantas ganas de estar allí.

El alivio se vio reflejado en el rostro de Ajác, ya que Onix y Brodoslaw llegaron con Leyna en el preciso instante en que Islery se ponía de pie. Brodoslaw extendió sus manos, una maraña de rayos de luz verde se extendió desde sus dedos e impactó en medio del pecho de Islery. La maga cayó tendida de espaldas y sus propios soldados pasaron por encima de ella, ciegos por la urgencia. Leyna los apartó empujando el aire y enroscó en sus piernas unos lazos naranjas, que la llevaron de nuevo frente a ellos.

—¡Malditos sean! —exclamó. Islery sacudió su espada y esta volvió a bañarse de luz.

—*Ve a ayudar a los demás, nosotros nos encargaremos* —dijo Onix y Brodoslaw asintió, se llevó un puño al pecho en señal de respeto, y se alejó corriendo hacia el sur, donde los soldados sitnorenses se enfrentaban a los invasores.

Onix vio, alarmado, que Leyna desenfundó una espada dorada, similar a la que portaba Islery, y se lanzó contra ella sin un ápice de duda o temor. Su angustia no le permitió esperar a ver qué ocurría, ni confiar en las habilidades de Leyna.

—*Cuida mi cuerpo* —dijo a Ajác y saltó a sus brazos. Un escudo se formó alrededor de ambos y Onix se concentró en el exterior.

Un enorme dragón negro se materializó en el campo de batalla y el potente rugido que salió de sus fauces, silenció los sonidos del entorno por unos instantes. Leyna aprovechó la sorpresa de Islery para atacarla, pero esta respondió con una agilidad y destreza admirable, bloqueando sus embistes. Puso distancia entre ambas por unos segundos, pero luego avanzó hacia ella con toda la intención de rebanarla al medio. Las espadas entrechocaron y Onix se estremeció al darse cuenta de que *Desangradora* estaba en manos de esa inescrupulosa mujer.

—¿Cómo te atreves a portar esa honorable espada para hacer el mal? —rugió el dragón—. ¿Cómo pudiste infectarla con esos horrendos seres?

Egil le había dicho que Islery llevaba la espada de Mano de Fuego, pero ver a *Desangradora* en otras manos, en esas precisas manos, lo llenaba de un resentimiento y un dolor que le era difícil de manejar.

El dragón saltó hacia Islery, quien rio y respondió lanzando hacia él un torrente de luz, que impactó en medio del pecho de la criatura. Onix no se inmutó, no sintió dolor y su dragón no recibió daño alguno.

El gato usó la magia para apartar a Leyna y, cuando ella quedó fuera del alcance, el dragón lanzó un torrente de fuego hacia Islery, que se desvió hacia los lados al encontrarse con la esfera que la protegía. Sin embargo, Onix no dejó que el río rojo se apagara, continuó haciendo que las

llamas salieran de la boca del dragón. Quería verla morir allí, retorciéndose en sus propias cenizas.

—Maestro. —Ajác posó una mano en su lomo y Onix sintió con más fuerza que nunca el dolor por la pérdida de Egil. Con más intensidad que el día en que él decidió detener su corazón. Estaba solo ya, y ese puñado de críos impulsivos no podría compararse nunca con los grandes magos de la Antigua Era, no lograrían jamás evitar la pena de muerte que pendía sobre Thoria. Ellos mismos hicieron que los Astros enfurecieran y estos terminarían por destruir la humanidad.

Ya no tenía más fuerzas para evitarlo, Egil lo intentó y Onix lo acompañó en su incesante camino para alcanzar una paz duradera, pero no fueron capaces de hacer entrar en razón a la manada de insensatos que tomaba las decisiones importantes a diario.

«Al menos te fuiste antes que todo esto se cayera a pedazos, humano» pensó.

—Maestro, tiene que detenerse —insistió Ajác y Onix se dio cuenta de que su dragón estaba comenzando a desdibujarse. Se le acababan las energías y no podría hacer nada más.

Hizo que el dragón avanzara y abriera la boca. La criatura engulló a Islery junto con su escudo esférico y un horrible grito se oyó salir desde dentro de la criatura. Apretó las mandíbulas con fuerza, buscando colapsar la resistencia del escudo, pero este era mucho más fuerte de lo que había supuesto.

Onix sintió un cosquilleo en su paladar y se dio cuenta de que Islery estaba buscando la forma de matar al dragón desde adentro. Sentía cómo sus energías descendían a niveles alarmantes a cada instante; estaba viejo, sí, y no se había dado cuenta de sus limitaciones.

«Tal vez…»

—Deja mi cuerpo. Aléjense de aquí.

—No lo dejaré, maestro —aseguró Ajác, pero no obtuvo ninguna respuesta.

—¿Qué pretende? —susurró Leyna, que estaba junto a ellos, dentro del escudo de Ajác, y se retorcía las manos, nerviosa.

—No lo sé.

Las patas traseras y la extensa cola del dragón terminaron de desvanecerse y Leyna se llevó las manos a la boca.

—¿Cómo hizo Ade para expulsar a Onix de la mente del dragón? —preguntó, alarmada—. Yo podría tomar su lugar y terminar con esa maldita mujer.

—No lo sé, Onix debe haberle dicho cómo hacerlo.

—¡Maldición, maestro! —Leyna tomó a Onix de los brazos de Ajác e intentó mirarlo a los ojos—. Maestro, por favor, dígame cómo hacerlo.

El cuerpo de Onix, sin embargo, carecía de voluntad. Su mirada estaba perdida y parecía muerto. Ajác entró en su mente, para intentar hacerlo entrar en razón, pero se dio cuenta de que sería en vano, puesto que se chocó con las enormes oleadas de resignación y asfixiante dolor que acompañaron a la presencia del felino.

—Maestro, díganos, podemos ayudarlo.

—Déjame morir con honor, niña, deja que mi último instante en este mundo sea aquí, en el campo de batalla.

—No así, maestro. Islery seguirá con vida y usted…

—Calla, por favor.

Ajác posó una mano en el hombro de Leyna y ella pareció notar las intenciones del gato, puesto que lo abrazó con fuerza y tomó la mano de Ajác.

—Maestro, no lo haga —susurró. Escondió el rostro en el negro y brillante pelaje de Onix y Ajác se quedó mirando lo que ocurría.

Del dragón, ya no quedaba más que una de sus patas delanteras, unida a un trozo de torso, y su inmensa cabeza. No faltaba más que un par de latidos de su corazón para que las energías del maestro Onix terminaran de agotarse por completo y acabaran con su vida.

—¡Ya lo sé! —exclamó Leyna, triunfal, y puso a Onix de nuevo en sus brazos—. Cuídame.

Leyna pareció desconectarse de la realidad y Ajác vio, aliviada, cómo el dragón volvía a recuperarse casi de inmediato. Sus patas levantaron el enorme cuerpo y el dragón volvió a rugir. Se oyó un estallido y una oleada de destellos salió de entre sus fauces. El dragón escupió a Islery, que cayó despatarrada sobre la arena.

—Todo estará bien, maestro —murmuró Ajác.

Astor, Tino, Iskánder y Ethan llegaron al caos que era el Puente Negro. El niño se lanzó a correr hacia el frente sin darles tiempo siquiera a recomponerse. Iskánder desenfundó su espada y fue tras él y a Ethan no le quedó más opción que tragarse el malestar y los nervios y ser útil.

—Mi hermano va a ser alguna estupidez, maldición.

—Eso es de familia —dijo Tino, divertido.

—Así parece…

—¿Algo estúpido como qué? ¿Matar soldados? A eso vinimos.

—Tenemos que encargarnos de los magos. Los soldados…

—Creo que ya superamos esa etapa donde éramos compasivos y juiciosos, Ethan. Es hora de matar para que no nos pulvericen, caiga el que caiga.

Tino desapareció dejando un remolino de polvo donde antes había estado y Ethan respiró profundo. Sí, tal vez el momento de dejar los soldados al ejército ya había pasado.

Corrió sorteando los obstáculos del camino y se trepó a una barricada para mirar dónde podría ser de mayor utilidad. Comenzó a rastrear y vio que cada mago estaba rodeado por el halo luminoso de su escudo. Astor e Iskánder estaban en el este, Tino en el centro junto a Ajác, Leyna, Islery y Onix, y Mihaí solo en el oeste, por lo que se dirigió hacia allí. Estaba enfrentándose a tres magos… Dos magos… Cuando Ethan llegó, el último de ellos cayó seco como un cuero.

—Pensé que necesitarías ayuda.

—¡Ethan! —Su rostro, sudoroso por el esfuerzo, reflejó su alivio—. Ajác está con Islery.

—Tino se dirigió hacia allí.

—Tampoco es un consuelo —dijo y Ethan rio.

—Pero Leyna y Onix estaban con ella. Ve, si quieres, yo me encargo de esta zona.

—No queda nadie más por aquí. ¿Cuáles son las órdenes?

—No hay nadie que esté al mando, pero… Tino cree que es buena idea ir en contra de los soldados.

Mihaí lo pensó unos momentos y, luego, encogió los hombros.

—En ese caso… —El hombre movió ambas manos y la arena se levantó frente a ellos para sepultar vivos a varias decenas de pyebranos—. Es un poco doloroso pensar que son mi pueblo.

—Doloroso será si cruzan el puente y se ensañan contra personas inocentes.

—Dejemos los debates morales para otra ocasión —dijo y se largó a correr hacia el centro del frente, donde su familia se encontraba.

Ethan no estaba de acuerdo con la idea de atacar a los soldados, pero era consciente de que debían detener su avance a como diera lugar. Sin embargo, se quedó estancado en el suelo,

viendo que a su alrededor los soldados enterrados por Mihaí eran reemplazados por otros que trepaban las montañas de arena y luego se deslizaban hacia dónde él se encontraba. Se acercaban con las espadas en las manos, los ojos desencajados y sin dejar de gritar. No era de dolor, ni para intimidar a los sitnorenses, lo hacían para darse ánimos entre ellos, porque necesitaban arrancar de sus entrañas un poco de valentía y coraje, y así poder enfrentar a lo que se encontraran, fueran espadas, picas, flechas, lanzas o magos.

Una flecha casi se le entierra un ojo, pero Ethan reaccionó con la suficiente rapidez para detenerla. Creó un escudo a su alrededor y murmuró unas palabras, lo que hizo que todos los soldados que estaban a la vista se desplomaran y rodaran por la arena. No se necesitaba demasiada energía para reventar un par de venas importantes, la señora Viktoria le había enseñado eso.

Ethan se sacudió la impresión, trepó entre los cuerpos y avanzó hacia donde la marea de pyebranos amenazaba con superar las defensas. Atacaron a traición, en mitad de la noche, apareciendo fuera del campamento y tomando a todos desprevenidos. No tuvieron tiempo de ponerse sus armaduras, mucho menos de organizarse, por lo que los pyebranos estaban a escasos metros de terminar de cruzar el campo de barricadas para entrar de lleno en el campamento. Si lo hacían, los sitnorenses tendrían serios problemas para defender el puente.

Ethan, desde lo alto de la duna, vio que cientos de antorchas creaban círculos de luz que arrancaban mortecinos destellos en los cascos de los soldados.

«No se terminan nunca» pensó.

—*Astor, estoy aquí y voy a hacer una locura* —dijo y le mostró el lugar en el que se encontraba—. *Puede que me desmaye y debas venir por mí.*

—*¿No puedes hacer locuras en otro momento? Leyna acaba de llamarme.*

—*Podría, pero es ahora cuando nuestro ejército nos necesita.*

—*Iré por ti en cuanto termine, intenta que alguien esté a tu lado para protegerte.*

—*Estoy solo.*

—*Dile a los soldados, entonces. Avísame antes de caer inconsciente o si lo lograste y estás bien. Iré apenas pueda.*

—*Gracias.*

Un grupo de soldados de Sitnor comenzaba a escalar la duna, por lo que los llamó para que protegieran su cuerpo si se desmayaba. Estos se apresuraron a rodearlo y Ethan respiró profundo varias veces y paseó la mirada por la marea de soldados pyebranos que aguardaban a lo lejos.

—*Khubta sharak gatryth lazda*[51] —exclamó y una correntada de energía le recorrió el cuerpo. Las manos se le entumecieron al canalizar el poder de su estrella, pero intentó seguir recorriendo con la vista y apuntando sus manos hacia aquella inmensidad de personas, para que la mayor cantidad posible de soldados fueran afectados por la magia de su Astro. Vio los lazos de luz blanca que nacían de sus manos y atravesaban a cada individuo, creando una inmensa red que le recordó a las que echaba al agua su padre… Quien lo crio, mejor dicho—. *Astor…*

Ethan cayó de cara a la arena hacia el lado pyebrano, con todos los músculos rígidos, y rodó unos metros hacia abajo, hasta que los soldados que lo estaban protegiendo pudieron detenerlo y ponerlo a resguardo.

Mientras tanto, los pyebranos que Ethan hechizó empezaron a pelear entre ellos para darse muerte unos a otros. Las órdenes de los Astros no se podían ignorar.

16

—*Entra en la mente del dragón y expulsa a Onix de allí* —dijo una suave voz musical. No se parecía en nada a la voz de su Astro, el Sol, que rugía sus órdenes y la hacía sentir diminuta y torpe cada vez que lo oía—. *Proyecta, luego, tu esencia y únela a la de la criatura.*

—*¿Quién eres?* —preguntó. Leyna quería llorar. La presencia de esa voz era amor puro, tanto que se sentía desbordada al no haber conocido nunca un sentimiento parecido.

—*La estrella de Onix.*

—*¿Cómo puedes ser tan amable y tan… suave?* —preguntó, sobrepasada por sus emociones, una mezcla de alegría, paz y una impresionante cantidad de confianza.

—*No hay tiempo, ¡hazlo! Hablaré contigo cuando Onix esté a salvo, te lo prometo.*

Leyna obedeció y entró a la mente del dragón, que se parecía mucho a la de cualquier animal real. Buscó la presencia de Onix allí, hasta que lo halló; se veía tal como su cuerpo, laxo, agonizante.

—Yo me encargaré, maestro —dijo y lo empujó con todas sus fuerzas para sacarlo de los límites de la mente de la inmensa bestia que en esos momentos agonizaba tanto como el gato. Cuando del dragón no quedaba más que un poco de su enorme hocico, Leyna expandió su esencia hasta abarcar por completo la mente en la que se encontraba. Unirse a él fue todavía más glorioso que haber oído a la estrella.

El animal ficticio recuperó su cuerpo y se puso de pie de inmediato. Leyna rugió; quería darse un festín de vísceras pyebranas, pero tenía asuntos pendientes que no podían esperar.

Apretó con fuerzas las mandíbulas y sintió el momento exacto en que el escudo de Islery se hacía añicos. Un puñado de chispas pasó frente a sus ojos en su camino hacia el cielo, pero se fueron apagando a medida que subían.

—¡Soy un maldito dragón! —exclamó, exaltada, pero de su inmensa boca llena de dientes afilados salió un rugido triunfal. Nunca había experimentado la magia con tanta intensidad ni por un período de tiempo tan extenso. La percibía en cada fibra de su cuerpo y, a su vez, en cada escama del dragón que era en ese momento, en cada una de sus garras, en cada diente, en cada uno de los largos cuernos que coronaban su inmensa cabeza.

Sintió que los Indignos de Islery bramaban y se removían en su prisión, pero no le importó; envolvió la espada con la lengua del animal, la arrancó de las manos de Islery y escupió su asqueroso cuerpo de nuevo a la arena.

—*Está aturdida y desarmada. Captúrala y llévatela de aquí cuanto antes* —dijo a Ajác.

—*De inmediato. ¿Tú qué harás?*

—*No te preocupes, llamaré a Astor para que se encargue de la espada.*

Islery intentó ponerse de pie, pero los lazos de Ajác la sujetaron y la levantaron por el aire, para dejarla caer entre los soldados pyebranos, lejos del dragón. Leyna, libre de ella y de su peligrosa influencia, se concentró en contener a los Indignos de la espada, que se habían vuelto más revoltosos y furiosos desde que escupió a Islery. Además, tenía que estar atenta a los pyebranos, que intentaban herir al dragón con flechas y lanzas, por lo que dejó de ponerle atención a su compañera.

—*¿Astor? Te necesito de inmediato, tengo la espada de Islery.*

El niño no contestó, pero apareció allí y su largo cabello revoloteó a su alrededor. Era un mocoso que apenas pasaba un metro de altura, pero el poder que emanaba su presencia era tan

descomunal que cualquiera se sentía intimidado ante él, Leyna incluida.

—*¿Dónde la tienes?* —preguntó mirando el cuerpo de Leyna, que parecía dormir. Fue extraño verse desde afuera.

«Tengo que hacer algo con mi cabello, se ve descuidado» pensó.

El dragón soltó un leve bramido y Astor se giró a mirarlo. Sonrió y aplaudió al verlo, pero su sonrisa se desvaneció cuando el dragón sacó la lengua y *Desangradora* cayó en la arena.

—Maldición, son… —Astor pensó unos momentos—. Cinco Indignos. ¿Y Onix?

—*Ajác se lo llevó, yo estoy a cargo del dragón ahora. ¿Podrás con los Indignos?*

—*Sí. ¿Tú qué harás?*

—*Si puedes encargarte de la espada y cuidar de mi cuerpo, me gustaría hacer uso del dragón por unos momentos.*

—*Hazlo* —sonrió, otra vez, aunque por un muy breve instante—, *yo me ocupo.*

Leyna gritó de felicidad y el dragón, en cambio, soltó un rugido que se extendió por todo lo que su aguda vista podía ver. Hubiera querido saltar hacia el aire y volar, pero no estaba segura de que pudiera conseguirlo sin dañarse las alas. Mejor, ir a lo seguro. Saltó, sí, pero hacia donde los pyebranos se concentraban, esperando por una oportunidad para sortear las barricadas de madera que los mantenían alejados del campamento sitnorense. Sorprendida, vio que no muy lejos de donde había aterrizado, los pyebranos estaban comenzando a luchar entre ellos y rio. El dragón, por supuesto, rugió.

Después del asombro inicial, los hombres que se habían alejado, espantados por la sorpresa de ver a un animal tan descomunal y desconocido frente a ellos, la rodearon e intentaron lastimarlo. Leyna volvió a reír.

—¿Cómo piensan dañarme con esos insultos de armas que portan? —rugió. Movió la cola y esta rompió unos cuantos huesos en su vaivén. Leyna no podía estar más encantada.

De un zarpazo arrojó al suelo a quienes se acercaban a ella con largas picas y se preguntó si podría hacer fuego. Abrió la boca y… Bueno, hacer fuego se le daba bien a su cuerpo, así que… rugió con fuerzas y una tempestad de llamas cayó sobre los soldados. De ellos no quedó más que una montaña de cenizas.

Volvió a saltar. Había tantos soldados de los que encargarse que, al fin, podría darse un festín de vísceras pyebranas.

Tino apareció junto a Ajác en el momento exacto en que su madre hacía volar a Islery por el aire. Su cuerpo cayó entre medio de la marea de soldados y estos no tardaron nada en pasarle por encima.

—Vaya, madre —dijo y Ajác lo miró.

—Gracias a Sinmá que llegaste. —Tino se acercó y le dio un beso en la cabeza. Miró hacia atrás y vio al descomunal dragón de Onix. Sonrió, porque era glorioso ver a una criatura tan inmensa—. ¿Puedes sacarnos de aquí? —preguntó Ajác y Tino asintió, sin despegar la vista del animal ficticio.

—¿Qué sucederá con Onix?

—Lo llevaremos a Sitnor, Leyna está a cargo del dragón ahora. Lo mejor es alejar a Islery de la Dama y de los Indignos cuanto antes. Llévanos a Sitnor y regresa, tu padre necesitará ayuda.

—¿Y ella? —preguntó señalando a Leyna.

—Astor vendrá a ayudarla.

—Bien, aparta a los soldados, así puedo ver a Islery, nos iremos ya mismo.

Ajác empujó el aire con fuerza y los soldados corrieron la misma suerte que Islery segundos antes. Cayeron hechos una maraña de brazos, piernas y espadas. Los cascos se salieron de sus lugares y repiquetearon contra las armaduras, como campanas llamando a una procesión.

En cuanto tuvo a Islery a la vista, Tino extendió un lazo y lo enroscó en su pierna, para arrastrarla hacia donde se encontraban.

—*Kystha lazda* —dijo Ajác y el cuerpo de la mujer se paralizó—. Llévanos.

Tino tomó su mano y acercó más a su prisionera. Desaparecieron y se volvieron a materializar en una esquina de la tienda de gobierno.

Quentin estaba allí, junto a Noah, Josh, Ara e Ilsa; caminaba nervioso de un lado al otro. Ajác movió las manos y una esfera de la más absoluta oscuridad se formó alrededor de la cabeza de la maga tesariana.

—Llévame contigo —dijo Quentin ni bien los vio, sin reparar siquiera en que Islery estaba con ellos.

—No puedo llevarte sin Ilsa, *reznic*, y es *peligrroso* para ella estar allí.

Quentin frunció el entrecejo y parecía tener toda la intención de protestar, pero Ilsa puso la mano en su brazo y sus gestos se suavizaron.

—Es Islery —susurró Ilsa y él miró hacia el suelo. Palideció hasta quedar irreconocible y jamás lo había visto así, Quentin nunca parecía tener miedo, pero se veía aterrado.

—¿Estás bien? —Tino se acercó y él solo asintió en respuesta—. Escucha, debo *regrresar* ahora, debes llevar a Onix a un lugar seguro, ¿sí? —Quentin volvió a asentir, sin quitar sus ojos de Islery. Tino le dio un golpe en el brazo—. *Reznic*, maldición.

—Sí, claro —respondió en voz baja. Tino lo sujetó de los hombros y lo obligó a mirarlo. Su mirada tardó unos instantes en volver a la normalidad.

—Quentin, *prresta* atención. Necesito que te repongas, que te lleves a Onix de aquí, que mantengas a Ilsa y a Enara a salvo de ella. Y a mi madre, ¿me escuchas?

—Sí… Perdón es que… —sonrió, incómodo, y sus ojos volvieron al piso detrás de Tino—. No sé por qué me aterra, tal vez por lo que le hizo a Ilsa.

—No es momento *parra* miedos, ¿me oyes? Después, si acaso, *perro* no ahora.

Quentin volvió a asentir y Tino suspiró al ver que parecía no estar siendo del todo coherente.

—Toma a Onix, ve por Enara y lárguense de aquí —dijo a Ilsa, que parecía menos asustada y más racional que Quentin—. Lo más lejos que puedan.

Ilsa asintió, tomó al felino de brazos de Ajác y dejó la tienda de inmediato. Tino miró a su madre una vez más, que estaba acuclillada junto a Islery, y estaba a punto de largarse cuando Astor apareció en la tienda de gobierno, en el otro extremo, donde una zona estaba marcada para él.

—¡Por todos los cielos! —exclamó Noah al ver que llegó trayendo a Ethan inconsciente—. ¿Está herido?

Tino y Quentin se acercaron a ellos, también.

—Solo agotado. No sé qué hizo, pero cientos de pyebranos empezaron a atacarse entre ellos. Una estupidez, pero fue impresionante —dijo y Tino pudo notar el orgullo en su voz.

—Comprendo —dijo Noah, aunque no parecía estar del todo seguro de comprender.

—¿Dónde está la espada de Islery? —preguntó Tino en voz baja.

—La reventé —susurró Astor.

—¿Estás seguro? —cuestionó Quentin, sorprendido.

—Como que me llamo Astor Guna. No quedó nada de ella, ni de los cinco Indignos que llevaba.

—¿Tú solo? —insistió Tino. Era imposible. Al menos, siempre tuvo la creencia de que, para terminar con un Indigno, se necesitaba a más de una persona.

—Tengo la magia de dos Astros —respondió Astor sin un mínimo de soberbia en su voz—, y eso hace que sea un poco más habilidoso de lo que parezco. Además, pude con dos hace un tiempo, antes de tener a la magia del Sol.

—Eres impresionante, pequeño —dijo Quentin y el niño lo miró sonriendo.

—¿Cómo están las cosas por allí? —preguntó Noah, ajeno a todo lo que decían.

—Considerando que se trajeron a Islery y que Ethan inició una matanza… No creo que le quede mucho tiempo a su intento de invasión. Leyna está a cargo del dragón de Onix y está haciendo un desastre en las filas pyebranas, además.

—Entonces, ayúdales con Islery —ordenó su hermano mayor.

—No, debo regresar y buscar a la Dama.

—Astor, por favor…

—Dije que no.

—¡Astor! —exclamó Quentin y el pequeño se sorprendió. Hasta parecía asustado, incluso —. Obedece, por un demonio. Irás solo si los demás necesitan ayuda para regresar, pero mientras tanto permanecerás aquí. Tenemos a Islery, la Dama sin ella no es nadie.

—Pero, Quentin… —Quiso empezar a protestar, pero un par de arrugas se marcaron en la frente de su hermano y Astor bajó la vista—. Está bien.

—Yo ni siquiera sé qué hacer o no hacer con Islery, ve y ayuda a Ajác.

—*Verré* a Ethan y luego, *regresarré* al Puente *Negrro* —dijo Tino y se acuclilló junto a él. Entró en su mente y se encontró con unos muros recubiertos de verdes enredaderas que trepaban en todas direcciones—. ¿Ethan?

Su imagen se presentó ante él.

—Estoy bien, solo que usé las palabras de poder para hacer algo inmenso y fue más de lo que pude soportar.

—Y el que iba a hacer una estupidez era Astor…

—Me adelanté —sonrió.

—¿Necesitas algo?

—Estaré bien, no te preocupes.

—Regresaré al frente, entonces. Si te recuperas y decides regresar, dile a Astor, él se quedará aquí.

—Comprendo. Ten cuidado.

—Tú también, si despiertas pronto. Islery también está aquí, me la traje junto con mi madre.

—¡Por todos los dioses!

—Ajác y Astor se encargarán, de todas formas. No deberías preocuparte.

—Haré lo posible. Cuídate.

Tino dejó el silencio de Sitnor para regresar al caos del Puente Negro. El fuego se había apoderado de una extensa línea de barricadas, y unas nubes anaranjadas iluminaban el cielo nocturno del desierto, imposibilitando la visión.

«Qué manía que tienen con prender fuego todo estos bastardos».

Desenfundó su espada y se lanzó a correr en busca de Mihaí, pero la interminable marea de pyebranos le impedía avanzar con rapidez. Se empeñaban una y otra vez en atacarlo; al parecer, no sabían que no era un soldado común, como todos los demás, o quizás estaban tan enajenados

que ni siquiera pensaban en algo más que no fuera matar a quien se le pusiera enfrente, aun cuando no tuvieran oportunidad alguna. Tino todavía no recuperaba todo el peso que perdió, ni toda su masa muscular, pero tampoco se podía decir que fuera un alfeñique. Le sacaba una cabeza de altura a la mayoría de los que lo enfrentaban, y no duraban más que unos pocos segundos antes que su espada los decapitara o les abriera el vientre.

Tino se abrió paso a fuerza de sablazos y de magia hasta que encontró a Iskánder, cuya espada refulgía en luz azul. Su cabello se había escapado del lazo que antes lo sujetaba y los largos mechones se balanceaban de lado a lado con cada uno de sus movimientos. Nunca lo había visto en batalla pero, por la expresión de su rostro, podría decirse que estaba tan a gusto allí como Quentin en cada enfrentamiento.

«Pobre Iskánder» pensó.

—¿Necesitas ayuda? —gritó cuando estuvo cerca, pero no tanto como para que su espada lo alcanzara. Iskánder estiró los brazos de repente y los cuerpos de los soldados que había a su alrededor perdieron toda la piel y la carne, para convertirse en un ejército de esqueletos. Permanecieron unos breves instantes de pie, pero pronto se desmoronaron en un entrechocar de huesos. Quienes no fueron alcanzados por la magia de Iskánder, se alejaron de inmediato de allí.

—No lo estaba haciendo tan mal. —Se giró para mirarlo y sonrió; tenía una herida debajo del pómulo y la sangre se escurría y le goteaba por el mentón. Se llevó una mano a la mejilla, buscando el origen del sangrado—. Mierda, un poco más arriba y quedaba tuerto.

—¿*Quierres* que te *curre*?

—No gastes energías, no es más que un corte. Mejor ve a ver si encuentras a Islery.

—Está en Sitnor —respondió e Iskánder palideció—. La llevé junto a mi madre, no te preocupes. Astor está allí, también, así qué estará controlada.

Iskánder respiró profundo y se llevó una mano al pecho.

—Por todos los dioses, casi muero del susto, deberías haberlo dicho antes de decir que estaba allí.

Tino rio.

—Hay que buscar a la Dama, ¿qué dices?

—No tengo nada mejor que hacer —sonrió y comenzó a caminar hacia el norte, en sentido contrario al torrente de soldados que pretendían tomar el puente.

—¿Cómo están tus energías?

—No hice mucho hasta ahora, así que en un estado más que decente.

—Grandioso. Esta mujer puede estar vieja, *perro* no deja de ser una maga *poderrosa*.

—¡Poderosos, mis calzones! —exclamó antes de abrirle el cuello a un pyebrano que intentó detenerlos—. Eso sonó bastante mal.

—La verdad que sí.

—No me di cuenta hasta que lo dije. ¿Tienes idea de dónde puede estar?

—Ni la más mínima, pero debemos hacer algo para atraer su atención.

—Podríamos decirle que… ¡Tenemos a Islery! —exclamó. Su voz voló en todas las direcciones, y se oyó fuerte y clara a pesar de los gritos, del caos, del fuego y la distancia.

Tino sintió que todos los músculos se le tensaban de repente. Sí, quería encontrar a la Dama, pero… tampoco tan rápido.

—¡Maldición, avisa antes!

Iskánder se largó a reír.

—Cualquiera diría que te asusta la perspectiva de…

Una explosión frente a ellos los hizo saltar hacia atrás y caer despatarrados entre arena,

muertos y vivos. Estos últimos se removieron buscando la forma de escapar de lo que fuera que acababa de ocurrir.

Tino se incorporó, aturdido, y encontró a Iskánder en el mismo estado que él.

—*¿Estás bien?*

—*Nunca estuve mejor.* —Se levantó de un salto y, luego de despejar a los soldados de su alrededor, hizo un escudo para protegerlos a Tino y a él.

Una figura femenina se abrió paso entre las llamas que se habían adherido a los cuerpos de los soldados caídos y caminó hacia ellos. A pesar de su avanzada edad, se veía segura y confiada y eso no era nada bueno. Iskánder sonrió de lado, pero Tino no se sentía tan a gusto; en otras épocas, disfrutaba bastante de provocar a sus contrincantes, aunque se tratara de la mismísima señora Viktoria, pero podría decir con certeza que ya no era el mismo que antes. Tino tenía miedo.

Sin embargo, y tal como le dijo a Quentin antes, no era momento para temer. Quizás habría tiempo después, si salía vivo de allí.

La mujer continuó acercándose a ellos y una inmensa llamarada envolvió el escudo que los protegía, por lo que Tino se apresuró a sacudirse los miedos y extendió las manos para ayudar a Iskánder a reforzarlo. Esa cantidad de fuego, sin dudas, desgastaría muy rápido las energías de su compañero.

—Vieja cobarde —masculló Iskánder cuando las llamas se apagaron.

—La atacaré. —Tino entró en su mente y se encontró con una muralla de piedras negras que formaban una muy pequeña sala. Se sintió asfixiado por la falta de espacio y por la extraña atmósfera que lo rodeaba; el aire parecía espeso y corrupto. Además, nunca se había encontrado con tanto poder, ansiedad, miedo y odio juntos.

—*Deberías tener cuidado* —susurró una voz, aunque no logró identificar si era femenina o masculina. Tino desoyó la advertencia y de sus manos salieron unos delicados hilos de luz rojiza que se estrellaron contra el muro y comenzaron a extenderse y ramificarse, como si fueran una telaraña. La persona soltó una risita, como si acabara de oír un chiste sin gracia, y él volvió a ignorarla. Sus hilos continuaron deslizándose entre las rocas hasta que encontraron una muy fina grieta. Esta vez fue Tino quien sonrió y concentró toda su energía en la línea que había hallado la abertura. El haz de luz se volvió de un color rojo intenso y se enterró entre las piedras. Las rocas imaginarias que componían la muralla saltaron en cientos de partes y se deshicieron en una voluta de humo violáceo.

Más odio, más miedo y, también, desesperación.

Tino destruyó la primera muralla y se encontró con una más. La imagen de la Dama no se presentó ante él, como solía ocurrir cuando había un ataque mental, y Tino se preguntó por qué. No estaba atacando su mente, tampoco, y pensó que Iskánder, tal vez, era su objetivo. Lo miró por unos instantes y estaba de espaldas a él.

—¿Estás bien?

—De maravillas —respondió Iskánder, para su alivio.

—Destruí su primera muralla.

—Vaya, qué bueno.

—Avísame si te ataca, no la he visto en su mente.

—Reviéntala, Tino, yo nos cuido.

Tino asintió y se concentró en conseguir penetrar la segunda muralla de la Dama, porque le extrañaba que todo fuera tan fácil. Las cosas simples siempre tenían una trampa detrás, ya lo había aprendido. Con Ajhmet todo había sido fácil. Hablar con él fue fácil, amarlo, conocerlo…

Hasta la forma en que se lo arrebataron lo fue. Un simple flechazo. Ajhmet perdió la vida y Tino la razón.

Su ánimo se cargó de resentimiento al recordar el instante en que la vida se escapó de los ojos de Ajhmet; revivió la frustración y el dolor de ese día y, también, la confusión de los posteriores. El odio que aún seguía allí, hirviendo, sofocándolo, asesinándolo, fue suficiente para que su poder se potenciara. La segunda muralla se pulverizó sin siquiera esforzarse y arrasó con las siguientes tres de la misma forma. Se encontró con la imagen de la Dama antes del sexto muro, que era idéntico al primero; lucía como una mujer joven, de rostro inocente y con una mirada cargada de dolor. Parecía que iba a comenzar a llorar en cualquier momento y Tino estuvo a un paso de pedirle perdón y largarse de allí. Sin embargo, no tuvo tiempo de hacerlo, ya que vio la imagen de la Dama replicarse en su propia mente.

«¡Demonios!» Tino se desesperó y, por unos instantes, desconfió de la efectividad de sus defensas. Sintió la punzada del miedo en la parte baja de su espalda, pero intentó de inmediato deshacerse de esos sentimientos, porque no serían más que un arma que la retorcida señora usaría en su contra. Se despojó de la mayor cantidad posible de emociones, principalmente aquellas que podían perjudicarlo, y se dispuso a concentrar todas sus energías en el interior de la mente de la mujer.

La Dama no quitaba su mirada lastimosa de él, lo que lo ponía incómodo y lo hacía sentir culpable, aunque no sabía por qué razón. Era inescrupulosa, perversa y desconsiderada, pero Tino sentía que estaba haciendo algo indebido al estar allí.

«No, estás en lo correcto, déjate de estupideces» se regañó. La miró una última vez y le dio la espalda, para buscar la forma de destruir la sexta muralla. Extendió sus líneas de luz para poder encontrar otra grieta, pero la muchacha comenzó a llorar. Primero fue un llanto débil, como de alguien que está intentando no ser descubierto, pero de pronto la muchacha gritó. Tino se giró a mirarla y ella empezó a correr hacia él. Le tomó la mano cuando lo alcanzó, a pesar de que él quiso resistirse, y ella lo dirigió hacia una abertura disimulada entre las rocas del muro.

—Suéltame —se quejó Tino.

—Debemos escapar. Corre, o nos atrapará.

—¿A dónde vamos?

—¡Corre! —dijo y soltó su mano, segura de que Tino la seguiría.

Se introdujeron en un largo pasillo sin techo. El cielo era oscuro, aunque parecía que el sol estaba en algún lado, cubierto por negras nubes de humo y ceniza. El aire era casi irrespirable.

Tino empezó a sentir que tan sombría atmósfera le oprimía el pecho, pero la muchacha se giraba a verlo cada pocos pasos, para asegurarse de que continuaba detrás de ella. Lo instaba a no detenerse para poder alejarse de lo que fuera que escapaban.

¿De qué escapaban?

Tino se detuvo y, después de pensarlo unos segundos, comenzó a correr en dirección inversa; sin embargo, el pasillo giraba a la derecha y él estaba seguro de que hizo todo el camino sin haber pasado antes por allí.

«¡Maldición! ¡Caí como un idiota!»

La muchacha lo llamaba con insistencia desde detrás de él y de pronto comenzó a llorar, desesperada y en pánico, como si al final ese algo la hubiera alcanzado. Dolía y le generaba más culpa que antes dejarla en manos de quien fuera que la tuviera, pero debía salir de allí.

Sin embargo, empezó a ver que se abrían pasillos y bifurcaciones cada pocos pasos y no les puso atención, sino hasta que se encontró con que el camino estaba bloqueado.

—Es un laberinto —murmuró—. ¡Tengo que salir de aquí!

Tino quiso retirarse de la mente de la Dama, pero no pudo hacerlo, ya que al intentarlo, se sintió dividido en dos. Se elevaba y, a la misma vez, continuaba viéndose parado en medio de los corredores de rocas. Luego regresaba de golpe a ese cuerpo que veía desde la altura y un cosquilleo extraño se extendía por sus extremidades. Su respiración comenzó a agitarse por la desesperación de estar atrapado allí, solo y a la entera voluntad de su captora, pero se largó a correr.

La muchacha continuaba llamándolo y, en ocasiones, su llanto se interrumpía cuando se oía un golpe. Aun si quería regresar con ella, no lo lograría, porque no sabía dónde demonios se encontraba ni cómo salir de allí.

Tino corrió por lo que parecieron ser varios minutos en línea recta, hasta que volvió a toparse con un muro que le impedía continuar. Regresó hasta la primera abertura que encontró y doblo allí. No pasó mucho hasta que una extraña sombra, con dos pequeños destellos por ojos, interrumpió su andar.

—Un Indigno —balbuceó y el miedo se adueñó de su cuerpo, bañándolo de sudor y sintiendo que la opresión en su pecho aumentaba. El llanto de la joven dejó de oírse y lo único que podía escuchar era una respiración ronca y trabajosa, y sus propios latidos, que sonaban con fuerza, rápidos, ensordecedores. No supo si era él mismo quien respiraba con dificultad o si era el putrefacto ser que tenía en frente.

A Tino le hubiera bastado con mover una mano de su cuerpo real para poder salir de esa ilusión, pero estaba tan absorto, confundido y aterrado, que no se daba cuenta de que ese pequeño detalle que lo hubiera sacado de su estado de aturdimiento. Retrocedió, otra vez, y corrió lo más rápido que pudo, pero seguía encontrándose al Indigno cada vez que doblaba en algún recoveco del laberinto.

A veces, escuchaba el doloroso llanto de nuevo, pero este era silenciado por el crepitar del fuego que alimentaba las inmensas nubes que cubrían el cielo de oscuridad.

Se había olvidado por completo de que la Dama estaba en su mente, también, y no pensó ni in segundo en lo que podría estar haciendo allí. Su desesperación no le permitía poner atención a nada más que a su necesidad de escapar, lo que logró cuando la Dama desapareció de repente, y Tino regresó al desierto. La noche allí no era muy diferente al laberinto donde había estado, ya que el humo y las llamas continuaban enrareciendo el aire y haciéndolo pesado y amargo. Cayó sentado y se llevó las manos al rostro, para quitarse el sudor y la confusión.

—¿Estás bien? —preguntó y Tino miró a su compañero.

—Eso estuvo rarísimo —dijo, con la respiración agitada y los latidos de su corazón todavía aturdiéndolo.

—¿Qué sucedió? La Dama se marchó. —Iskánder le tendió la mano y Tino amagó a tomarla, pero luego dejó caer su brazo. Necesitaba unos segundos más para poder volver a la realidad.

—No tengo ni la más mínima idea.

17

Sitnor Ciudad Capital

Islery esperó, paciente, y las voces a su alrededor se alejaron un poco. Había un gran revuelo allí, y la gente estaba nerviosa. No era para menos, la habían capturado y no todos los días los sitnorenses lograban una victoria así. Unos minutos más y podría alcanzar el nivel de energía necesaria para regresar al frente, recuperar a *Desangradora* y seguir masacrando sitnorenses.

Comenzó a reír, sin notarlo, y sintió que los lazos que envolvían su cuerpo se apretaban aún más. «Como si no bastara con tenerme inmovilizada con las palabras de poder». Qué ridículos podían ser los humanos cuando tenían miedo. Esperó y esperó, no tenía nada mejor que hacer, después de todo.

«*Ivnez lanta*» pensó cuando sus energías se recuperaron lo suficiente como para desaparecer, y la magia que la sujetaba y la aprisionaba se deshizo. Escuchó alguna que otra exclamación y se sentó, algo confundida todavía por el efecto de los ataques mágicos. Se llevó las manos al cabello y notó que estaba todo pegoteado de sangre y arena.

—Maldición, odio la arena —murmuró. Miró a su alrededor y vio un elenco de lo más variado. Un niño de ojos extraños, un hombre flacucho y de cabello largo, que sudaba como si estuvieran en pleno verano; la mujer que la atacó en el puente y Quentin Guna, que la miraba con cara de pánico. Islery, en cambio, sonrió. Podía sacrificar un poco de energía para disfrutar de la compañía—. ¡Mi obsequio!

Se puso de pie y las manos del niño se encendieron. De inmediato, ella hizo un escudo a su alrededor.

—*Yavik lazda* —dijo con los ojos puestos en Quentin y, luego, extendió una de sus manos y lo atrajo a su lado.

—¿Qué quieres? —preguntó una voz grave y profunda, pero no supo de dónde provenía.

—¿Yo? Ustedes me trajeron, ¿qué es lo que quieren conmigo?

—Déjalo ir ahora.

—Oh, eso no será posible. Tareq me lo obsequió cuando regresó de su retiro en las montañas, por lo tanto, este sujeto me pertenece.

—Tareq ya no existe. Su nombre es Ethan —dijo el niño y de sus manos surgieron una infinidad de haces de luz violeta que se extendieron hasta su escudo, reptaron por la superficie, y lo envolvieron por completo. Islery levantó la vista y miró cómo la esfera que la protegía se iluminaba y luchaba para no ser destruida. Sonrió y volvió sus ojos a quienes estaban frente a ella.

Islery señaló con un dedo a la mujer y esta se llevó las manos al cuello y comenzó a toser. El rostro se le enrojeció deprisa y cayó de rodillas. Una de las líneas de luz violeta se clavó con fuerza en su escudo y abrió una muy pequeña grieta. Islery tuvo que quitar su atención de la pyebrana para reparar su escudo, o el niño acabaría con él de un momento al otro.

El hombre flacucho ayudó a la mujer a incorporarse y la sacó de la tienda. Al seguirlos con la vista, vio que Ethan Guna estaba sentado en uno de los sillones y parecía dormir.

—Así que Ethan… —Islery volvió a extender sus manos y el cuerpo del joven se levantó y quedó suspendido en el aire, justo encima de la esfera que la protegía. Comenzó a tirar de sus

brazos y de sus piernas y él despertó, asustado—. Niño, quita tu magia o voy a desmembrar a tu hermano.

El pequeño no cesó su ataque, por lo que Islery tiró con más fuerza de los miembros del traidor, que gritaba y se retorcía en el aire. Algunas gotas de sangre repiquetearon sobre la superficie mágica; Islery rio y el niño comenzó a llorar, pero no se detuvo.

Sin saber cómo, sintió que alguien la tomaba del hombro. Sintió su corazón paralizarse porque era imposible que alguien hubiera atravesado su escudo y más improbable aún que su obsequio se hubiera liberado de las palabras de poder.

Las gotas de sangre de Ethan Guna cayeron sobre ella, esta vez.

—Ve a la tienda grande y despierta a Ethan —dijo Ajác—. Yo cuidaré de Enara y de Onix.

—Pero… Está Islery allí y está consciente —contestó Ilsa, aterrada.

—Es necesario que despiertes a Ethan para que ayude a sus hermanos. Ten mucho cuidado y trata de que Islery no te vea.

—Está bien.

Ilsa salió de la casa y respiró profundo. Se miró el antebrazo izquierdo, en el lugar en el que antes estaba la mano que Islery había cortado, y apretó su muñeca, allí donde terminaba abruptamente. No sintió dolor, solo la constante sensación de que estaba quemándose. Al menos eso era bueno. Prefería pensar en ese ardor antes de que en Islery. Si esa loca la veía, seguramente no tendría piedad con ella.

Al llegar a la tienda grande, escuchó voces y quejas, por lo que se escabulló por la parte trasera y se asomó entre las uniones de las lonas. Islery estaba de pie, Quentin estaba a su lado, inmóvil. Ethan flotaba sobre ellos y Astor, con el ceño fruncido, estaba de pie y de sus manos brotaban ríos de luces violetas que envolvían la esfera que protegía a Islery de él.

Volvió a juntar aire en sus pulmones varias veces, y algo de coraje, también; corrió con sigilo las lonas y entró. Los ojos de Astor se llenaron de lágrimas en cuanto la vio, pero ella le hizo una seña para que no dijera nada.

—*Posa tu mano con suavidad sobre el escudo y di* zahl lanta —dijo Astor en su mente e Ilsa asintió.

No sabía si las palabras de poder le funcionarían en ese momento, puesto que tuvo unas pocas prácticas con Quentin y algunas veces no le resultaron, pero no tenía ninguna clase de opción.

«Por favor estrellita, no me falles ahora».

Levantó la mano e hizo lo que Astor le dijo. Sintió cuando la resistencia que ofrecía el escudo cedía y abrió los ojos, asombrada. Ni siquiera tenía esperanzas de lograrlo, pero lo había hecho. Sonrió y festejó en silencio, pero volvió a enfocarse enseguida. Tenía a Islery frente a ella, a las espadas de Quentin a su alcance y, si la sorprendía, tal vez lograba cobrarse lo que le hizo.

Le tocó el hombro e Islery se giró de inmediato.

—*Jat, dhanska*[52] —sonrió. Ilsa le asestó un cabezazo en la nariz e Islery cayó sentada en el suelo de tierra. Ethan dejó de quejarse, al haberse librado de la influencia de Islery, y la tienda se volvió oscura cuando Astor dejó ir su magia para socorrerlo. Solo las tenues llamas de las velas y los faroles continuaron iluminando el lugar.

El pequeño se arrodilló junto a su hermano e Ilsa trató de mantenerse en pie y estable, a pesar de que el mundo parecía haber perdido el norte por el golpe que le dio a la maga tesariana.

Antes de que el suelo terminara de girar debajo de sus pies por el dolor de cabeza, Ilsa sacó

una de las espadas de Quentin, que movía sus ojos aterrados en todas direcciones, y se acercó a Islery.

—¿Creíste que ibas a poder salir de aquí en una pieza?

Islery rio, desparramada en el suelo.

—¡Ilsa Zvezda!

—Al menos no necesito presentarme. *Kystha lazda* —dijo e Islery quedó inmóvil. Estaba teniendo una extremada cantidad de suerte con las palabras de poder y eso la asombraba bastante, pero no se detuvo a festejar su triunfo.

Acercó la espada a su mano y, sin siquiera detenerse a pensarlo demasiado, la enterró en medio de la palma. Despacio, disfrutando de ver los ojos de Islery tan abiertos, que parecía que se le saldrían del cráneo. La perra tesariana gimió e Ilsa le sonrió, retiró el filo y volvió a clavarlo, aunque esta vez con más fuerza. Sintió la leve resistencia que hicieron las articulaciones, pero no le costó mucho llegar a clavar el filo en la tierra.

Dos dedos se desprendieron de la mano de Islery.

—¡Ilsa, detente! —exclamó Ethan, pero ella lo ignoró. Puso uno de sus pies en su cuello y, haciendo equilibrio para no caer, se encargó de poner el otro sobre el antebrazo de la mano mutilada.

—Ahora entiendo cómo pudiste cortar mi mano sin sentir remordimiento.

—*¿Sí?* —preguntó en su mente. La imagen de Islery llegó acompañada de una serie de sentimientos confusos para Ilsa. Placer, dolor, diversión y eso le pareció repugnante—. *Ya veo que sí, lo estás disfrutando, maldita seas.*

—Aléjate de ella —dijo Astor, pero volvió a desobedecer.

—*Tanto como tú en estos momentos, perra retorcida.* —Ilsa volvió a levantar la espada y la clavó tan cerca de su cabeza, que lastimó su oreja y cortó parte de su cabello.

—*Espero que disfrutes esto* —dijo Islery después de haberse repuesto del terror que la invadió cuando la espada casi se entierra en su ojo.

En la mente de Ilsa apareció un torrente de recuerdos de Islery con Quentin y se sintió invadida por el pánico y el asco. Se alejó de ella de inmediato. Miró a Quentin, detenido, desesperado e inmóvil. Miró a Ethan, que se veía aterrado, pálido y ojeroso.

«Esto sucedió en Garhq Tahok».

Islery se sentó y soltó una carcajada, pero Ilsa estaba más allá de todo eso. No podía desprenderse de los asquerosos sentimientos de placer de Islery al haber ultrajado a Quentin de esa forma.

Ethan llegó hasta ella y la tomó por los hombros.

—¿Qué te hizo? ¿Estás bien?

Ilsa lo miró y la espada se resbaló de su mano.

—Sé lo que ocurrió en Garhq Tahok —susurró y Ethan pareció a punto de desmayarse, porque la fuerza de sus dedos desapareció y sus brazos cayeron a los lados.

«*Ivnez lanta, ivnez lanta, ivnez lanta*» repetía una y otra vez, pero parecía que no conseguía dar con la pronunciación correcta.

—*Maldición, estrella, ¡ayúdame!*

—*Ivnez lanta* —dijeron su estrella y él al mismo tiempo y su cuerpo, al fin, se liberó.

Algo les sucedió a Ilsa y Ethan, porque estaban paralizados, y Astor estaba junto a Islery.

—Aléjate de ella. —Lo tomó del cuello de su abrigo y lo arrojó hacia atrás, sin fijarse

dónde caía. Sacó un cuchillo de su cintura, liberó a Islery de las palabras de poder, la tomó del brazo y la obligó a ponerse de pie. Se la veía confundida y asombrada. Su nariz y su mano sangraban, y su cuerpo entero estaba temblando. Aun así, sonreía.

—Quentin, no lo hagas —oyó a decir a Onix, que estaba entrando en la tienda en ese preciso momento, y él dudó, ya que regresó el recuerdo de la profecía de la luna roja que los Astros le hicieron oír cuando estaba en Villa del Sol.

—No, Quentin, no lo hagas —rio Islery. Un rayo de luz naranja salió de su mano e impactó en el pecho de Onix, haciéndolo saltar en el aire.

Quentin sintió que el tiempo dejaba de correr y que el gato negro se detenía en la nada, con sus ojos muy abiertos, suspendido por cuerdas invisibles en un infinito, irreal y doloroso momento.

Islery fue arrancada de su lado en el instante en que el cuerpo del felino al fin tocó la tierra. Miró su mano, a medio camino en el aire, y vio que un mechón de cabello blanco, que estaba enredado entre sus dedos, se deslizaba hacia el suelo. Sus manos perdieron la fuerza y oyó su cuchillo caer junto a su pie. Quentin miró a los demás y vio a Ethan cubriéndose la boca con sus temblorosas manos ensangrentadas; Ilsa, aterrada, tenía los ojos fijos en el gato. El rostro de Astor, en cambio, estaba contraído por la furia. Quentin jamás había visto a alguien tan enojado en toda su vida.

El pequeño arrastró a Islery por el suelo y la desquiciada mujer rio, aunque su risa se convirtió en un alarido cuando Astor levantó su cuerpo hasta rozar el techo de la tienda y la arrojó con fuerza de cara al suelo. Se oyó un gemido de dolor cuando todo el aire salió de sus pulmones, sin embargo, Islery se apoyó en sus manos y se incorporó a medias. Los miró, sonriendo, y quiso arrodillarse, pero Astor volvió a mover sus manos y su rostro se estampó contra la tierra otra vez, aunque solo por un instante, puesto que el niño la hizo dar vuelta y la maga quedó tendida en el suelo con los brazos y las piernas extendidas. Ya no había nada de diversión en su rostro ensangrentado.

—Detente —dijo Quentin cuando cobró consciencia de lo que su hermano estaba haciendo. Astor lo miró y le rompió el alma ver sus ojitos llorosos y dolidos.

—Mató a Onix —balbuceó.

—Lo sé, pero ya déjala.

—Tiene que morir…

—Lo sabemos. —Ethan se acercó a Astor y le tomó el brazo con suavidad—. Pero no tienes que hacerlo tú.

Astor comenzó a llorar y liberó el cuerpo de Islery. Se abrazó a Ethan y escondió el rostro en su hombro.

—Mató a Onix… —sollozó.

Quentin levantó a Islery del suelo sujetándola del cabello, aunque la mujer solo se pudo incorporar a medias. Temblaba más que antes.

—¿Qué pasa, bonito? —murmuró.

—Dile a tu madre que vas a morir.

—Qué ridículo.

Quentin la tomó por el cuello y la obligó a mirarlo; ella le mostró una sonrisa sanguinolenta. Podría haberle arrancado la garganta con sus propios dedos en ese mismo instante. Podría haberla pateado hasta reventar cada parte de su asqueroso cuerpo.

—¡Díselo! —Islery tosió y le salpicó sangre en el rostro, a lo que Quentin respondió sujetándola con más fuerza—. Díselo, maldita desquiciada.

—¿Quieres que repitamos lo que sucedió en Garhq Tahok? —susurró—. Te veo más animado que la última vez.

Sus ojos se volvieron violetas y Quentin vio en su mente una ráfaga de imágenes que parecían ser parte de una pesadilla, porque no había forma de que todo eso hubiera ocurrido. No podría haber sucedido y él haberlo olvidado. No era posible.

—¡Quentin! —exclamó Ethan y él se dio cuenta de que eso era lo que su hermano había eliminado de su mente. Lo miró y se veía realmente aterrado—. Apártate de ella.

Quentin la soltó y retrocedió.

—Tengo… Tengo que matarla —susurró, sin saber cómo sentirse, porque le parecía estar paralizado, que el tiempo se había detenido, que el mundo había perdido el sentido y él… Él no sabía qué hacer, si matar a Islery o matarse él mismo. Sin embargo, volvió en sí cuando vio que del cuello de Islery nacía un filo negro y rojizo. Miró detrás de ella y vio a Ilsa.

Islery se desplomó una vez más, con la espada atravesando su garganta, e Ilsa permaneció en el mismo lugar, inmóvil, con los ojos puestos en la nada.

—¿Están…? —Ethan, que sostenía a Astor durmiendo en sus brazos, respiraba con dificultad—. ¿Están bien?

—¿Eso fue lo que sucedió en Garhq Tahok? ¿Eso borraste de mi mente?

—Maldita mujer —masculló—. ¡Sabía! Sabía que te lo iba a decir si volvía a encontrarte.

—¿Cómo pudo…? ¿Cómo alguien puede hacer algo así? Y yo… Ilsa… ¿Cómo demonios? —Quentin se miró las manos, las mismas manos que habían tocado a Islery esa noche, tocaron también a Ilsa y él no lo supo. Sintió tanto asco, que el estómago se le revolvió. Volvió a mirar a Ilsa y ella lo estaba mirando con una mezcla de dolor y culpa.

Sus labios se movieron apenas y dibujaron un «Lo siento». Comenzó a caminar hacia él, pero Quentin no quería volver a verla ni a tocarla nunca más.

—No te acerques —murmuró. Levantó ambas manos y retrocedió hasta que la oscura y fría noche de la mugrosa capital lo recibió con los brazos abiertos. Sin embargo, le parecía estar más sucio él mismo que las inmundas calles por las que caminaba a diario.

Miró al cielo y unos pocos destellos titilaban entre unos jirones de nubes.

«Ilsa» pensó y se dio cuenta de que Ilsa había matado a Islery y seguro estaría más conmocionada por eso, que por lo que sabía de él, si es que lo sabía. Regresó sobre sus pasos y, al entrar a la tienda, la vio llorando en silencio, en el mismo lugar en que quedó cuando él se alejó. Ethan caminaba hacia la salida, con Astor en brazos.

—¿Qué sucede?

—Enara está en labores de parto —dijo, nada más, y dejó la tienda, apresurado.

Ilsa levantó la vista al oírlo hablar, se limpió el rostro y trató de recomponerse.

—Estoy bien —murmuró—. No tienes que…

Quentin se acercó al ver que Ilsa parecía a punto de desvanecerse. No quería tocarla, temía manchar su inocencia con el asqueroso remordimiento que le estaba carcomiendo por dentro, pero su amor por ella pudo más; la abrazó y ella rompió a llorar otra vez. Ilsa lo necesitaba en ese momento y no iba a comprender el motivo de su distancia si él mismo no se lo decía. Tal vez solo estaba aturdida por haber matado a Islery. Si era así, no quería que Ilsa lo supiera. Jamás. No quería herirla, ni que sintiera lástima por él.

Quería llorar él también, con ella, por ella. Lo que había sucedido en esos pocos minutos le estaban haciendo perder todo contacto con la realidad. Quería llorar y escaparse de allí. Dejar de pensar y de sentir por algunas horas, al menos. Unas horas que se volvieran eternas.

Ilsa vio a Quentin palidecer y alejarse de Islery.

—Tengo… Tengo que matarla —dijo en voz apenas audible.

«Maldición, se lo dijo» y sintió que el resentimiento que Islery despertaba en ella estaba intacto. Se agachó para recoger la espada que había caído de su mano y caminó decidida hacia esa maldita mujer. Colocó la punta del arma en su nuca y la empujó con fuerzas, apoyando su hombro en la empuñadura. El hecho de tener una sola mano no la iba a detener de asesinar a esa perra inmunda. Oyó el crujido de un hueso al romperse, un gemido burbujeante e Islery cayó tendida en la tierra seca de la tienda, ahogándose en su propia sangre.

«Shrakjta, la maté» pensó y sus ojos quedaron estancados donde antes había estado su melena sucia y despeinada y la espada de Quentin.

Al fin, Islery dejaría de existir; sin saber de dónde sacó el coraje suficiente, Ilsa lo consiguió. Ella, que no era más que una cobarde, terminó con la vida de la maga que asesinó a cientos de personas, que destruyó Garhq Tahok y convirtió la capital de Sitnor en un infierno lleno de Indignos.

«Shrakjta, la maté» se repitió.

Escuchaba voces, pero Ilsa no podía despegar los ojos del cuerpo que yacía a sus pies. Se agachó a mirar el rostro ensangrentado de Islery y pudo ver el momento exacto en que la vida se escapaba de sus ojos. Fue como si, de pronto, el brillo se hubiera extinguido. Su mirada vacía se perdió entre la hierba reseca que aún cubría algunas zonas de la tienda e Islery no volvió a moverse.

«Claro que la maté. Soy la hija del maldito Lobo Blanco» pensó. «Ojalá estés orgulloso de mí, papá».

Se puso de pie y, al mirar a los demás, vio el martirio en los ojos de Quentin. Todo lo que Islery le hizo ver minutos antes regresó a golpearla con fuerza y se dio cuenta de que, a pesar de que ya estaba muerta, todavía podía seguir haciéndoles daño. Sintió que el mundo se le caía encima al darse cuenta de que Quentin era consciente de lo que sucedió en Garhq Tahok.

—Lo siento —susurró. Quiso ir hacia él, pero Quentin se alejó, atormentado y dolido.

—No te acerques.

A Ilsa se le rompió algo adentro al verlo marcharse solo. No se dio cuenta cuando las lágrimas se le agolparon en los ojos y se derramaron en sus mejillas, lo único en que podía pensar era en que él prefería estar solo en ese terrible momento y temía lo que pudiera hacer.

Ethan se puso de pie y acomodó a Astor, que aún estaba dormido, en sus brazos.

—Enara…

—Lo sé —balbuceó y bajó la vista. No quería mirarlo a él, ni a nadie, solo quería… desaparecer por siempre.

—Ajác nos necesita, Enara no está nada bien.

—Ve.

—¿Y tú?

—Ve, Ethan.

—Como digas —asintió y se alejó.

—¿Qué sucede?

Ilsa levantó el rostro ni bien lo oyó, porque lo que menos esperaba era verlo volver. Pensó que tal vez, tendría que ir a la zona de las tabernas a recogerlo de algún charco de mugre, borracho hasta las muelas, que se alejaría de ella como si fuera una peste contagiosa y que ya no volvería a hablarle, siquiera.

Se apresuró a quitarse las lágrimas, para que no la viera así, aunque él se veía mucho peor.

La mente de Ilsa recreó lo que Islery le hizo ver y se sintió asfixiada por las pegajosas y sofocantes manos de la repugnancia, que sujetaban su garganta con fuerza.

—Estoy bien, no tienes que… —Ilsa sintió que el mundo desaparecía bajo sus pies, pero el mundo volvió a su lugar correcto cuando Quentin la abrazó. Pensó que ya nunca más lo haría, a decir verdad. Creyó que algo se había roto para siempre en él, en ella, entre ellos, y que ya nunca más volvería a acercarse de ninguna forma. La sola idea de perderlo la angustiaba y torturaba en partes iguales.

—Perdón —murmuró una eternidad después—. Perdón por dejarte después de lo que acaba de suceder, de lo que hiciste. ¿Cómo te sientes?

—¿Podemos salir de aquí?

Quentin no respondió, pero la condujo hacia afuera. Tal vez, él no se dio cuenta de que ella lo sabía. Tal vez era mejor así, dejarlo estar y hablar al respecto en otra oportunidad, o decirle a Ethan o a alguno de los otros magos que borrara sus mentes.

Evitó mirarlo a los ojos mientras la luz lo permitía y agradeció la oscuridad de las calles al salir. No quería incomodarlo.

—¿Cómo estás? —insistió e Ilsa quiso volver a llorar. Por él, más que por ella.

—Aliviada. —«En parte» pensó—. Islery ya no está.

Quentin volvió a abrazarla, pero con más fuerza que antes.

—Estuviste… Realmente estoy sorprendido por lo que hiciste, eres grandiosa.

—No puedo decir que esté orgullosa de eso.

—Era una asesina —dijo y la voz le tembló.

—Lo sé… Ya lo sé todo —dijo y él se alejó de inmediato, pero Ilsa le tomó la mano—. No tienes que huir de mí.

—Huyo por ti, porque… Porque no puedo, Ilsa, no quiero que sientas lástima, ni…

—¿Lástima? Siento asco, pero no por ti, sino por mí misma, porque sentí lo que ella sintió, porque era como si me estuvieras mirando a mí con ese miedo y esa repulsión.

Quentin se soltó de su mano y se alejó, pero Ilsa corrió tras él.

—¿A dónde vas?

—No lo sé.

—Entonces iré contigo. —Quentin se detuvo, pero no la miró—. Yo también necesito emborracharme hasta perder la consciencia y en el burdel nos darán cerveza gratis.

Quentin le tomó la mano y ambos se perdieron en la oscuridad, aunque ellos ya llevaran allí un buen rato.

18

Puente Negro

—Vanya, quiero decirte que hiciste cada día de mi vida un puto infierno y ahora mismo estoy… a punto de morir.

—¿Qué dices, Islery? Estoy ocupada.

—Sé que haces todo esto por la única persona que te importó alguna vez, por tu hermano. Mi mejor venganza es esta, que sepas el momento exacto.

—¿Qué estás diciendo? —Decidió dejar el enfrentamiento con Tino para otro momento, Islery no hacía más que distraerla. Desapareció para regresar a su cueva, la que la había guarecido por tantos años, y se apoyó en las húmedas paredes, mientras pasaba la sensación de que sus huesos parecían estar derritiéndose dentro de ella.

—De mi muerte nacerá tu ruina y yo seré libre, al fin.

Islery le hizo ver lo que ella misma veía. El rostro salpicado de sangre de Quentin Guna.

—Díselo, maldita desquiciada —dijo él.

—¿Quieres que repitamos lo que sucedió en Garhq Tahok? —susurró Islery—. Te veo más animado que la última vez.

Los gestos de Quentin se convirtieron en los de una persona aterrada más allá de lo razonable.

—¡Quentin! —exclamó alguien. Islery lo miró y vio a Ethan Guna con un niño durmiendo en sus brazos; también se veía asustado—. Apártate de ella.

—Tengo… —dijo Quentin a su lado—. Tengo que matarla.

El muchacho retrocedió, más asustado e irracional que antes, y la Dama se preguntó qué le habría dicho Islery para que reaccionara de esa forma.

Sin embargo, antes de que pudiera siquiera preguntarle a su hija qué sucedía, sintió un fuerte dolor en la nuca, que se extendió hacia la garganta e Islery se desplomó sobre la tierra.

A Vanya le pareció que se quedaba sin aire al verla caer. Su última hija. Su última oportunidad.

Sintió una puntada en el centro del pecho.

Vio la mano de Islery frente a sus ojos, le faltaban algunos dedos; vio que su vista se fijaba por unos instantes en una rata que corría contra la lona de una tienda, ajena a lo que estaba sucediendo. Todo comenzó a oscurecerse muy rápido e Islery se fue.

Se sentía ahogada.

La última persona que le quedaba, se había ido y ya no tenía nada más que una irreal sensación de soledad, tristeza, desolación y rabia.

Le dolía el pecho.

Toda su vida había luchado por una sola causa. Esperó y buscó a las personas correctas por siglos, preparó todo para lograr al fin destruir a la corrupta sociedad tesariana hasta los cimientos y, con la muerte de Islery, ya no le quedaba nada. Ni siquiera las fuerzas necesarias para intentarlo una vez más. No después de tantos años y tantos fracasos. Su cuerpo no podría, su mente tampoco, su magia mucho menos.

Estaba acabada. Arruinada. Desolada. Furiosa. Y sola.

Sitnor Ciudad Capital

Noah no quiso despegarse del cuerpo de Enara. Ni siquiera había mirado a la niña y Quentin y Ara se turnaron para mantener a la pequeña abrigada en esa horrible y fría noche. Ethan regresó a Erjathá con Leyna. Astor…

—¿Astor? —preguntó Quentin a su hermana.

—Con Ilsa —respondió apenas. Ara tenía la cabeza apoyada en su hombro. Estaban destruidos. Parecía que a ninguno les quedaban lágrimas para llorar, sin embargo, cada pocos minutos, algunas buscaban la forma de aguarles los ojos otra vez.

La noche parecía no terminar nunca, lo que hacía que la sensación de eternidad fuera todavía más agobiante.

Enara lo intentó todo lo que pudo y, antes de morirse y llevarse a la pequeña con ella, decidió salvar a su hija, para que Noah no se quedara solo. Pero daba la sensación de que el mundo de Noah se había terminado en el instante en que el corazón de la mujer que amaba se detuvo. No lloró. No se le cayó ni una sola lágrima, no dijo nada, tan solo cubrió el vientre ensangrentado de su esposa después que sacaron a la niña, le dio un beso en los labios y se recostó a su lado. Hacía horas que no se movía y el cuerpo de Enara se enfrió en sus brazos.

Quentin se preguntaba a cada rato si su hermano alguna vez volvería a hablar o a ser él mismo. Quería convencerse que en un par de días estaría mejor, que lo haría por su hija, a la que ni siquiera le había dado un nombre todavía.

—¿Qué haremos con Noah?

—No lo sé, darle unos días.

—Pero la niña… ¿Qué haremos nosotros con ella mientras tanto?

—No lo sé, Quentin —sollozó—. No sé. Tan solo… Qué puta mierda es todo esto, ¿cómo es posible que Enara ya no esté?

Quentin la abrazó y volvieron a llorar los dos, como ya lo habían hecho varias veces desde que Enara se había ido.

Ni Ethan ni Astor pudieron detener el sangrado ni volver a cerrar la herida de su vientre con la habilidad necesaria para que Enara no falleciera, pero les quedaba el consuelo de que habían podido ponerla a dormir para que no sintiera dolor.

—Iré a ver a Noah —dijo Quentin. Ara tendió los brazos, pero él negó con la cabeza—. Tal vez, si la ve, decide entrar en razón.

Entró en la habitación que apenas unas agonizantes velas mantenían iluminada. El olor a sangre fue una bofetada a sus sentidos y tuvo que luchar con las náuseas y, también, con los deseos de volver a llorar al ver a Enara así, pálida, quieta, seria… muerta.

—Noah.

—Quiero que cuides de ella, por favor —susurró su hermano.

—Sí, por supuesto, Ara y yo nos estamos encargando, pero… La niña también necesita de su padre. —Quentin se sentó en la cama junto a Noah, de espaldas a él—. ¿No quieres verla? Es preciosa.

—Cuídala… cuando yo ya no esté —dijo, en cambio, sin moverse en lo absoluto. Quentin tragó el nudo que tenía en la garganta antes de volver a hablar.

—Por favor… no digas eso. Sé que estás dolido, pero estarás bien, ya lo verás. Tu hija te necesita, Noah.

—Y yo necesito a Enara —respondió con la voz no rota, sino destrozada, y eso fue lo último que le oyó decir. Noah apenas movió la mano para clavar en su brazo un dardo envenenado, pero Quentin no lo supo hasta que su hermano comenzó a convulsionar.

En un abrir y cerrar de ojos, la casa volvió a convertirse en un caos. Gente que entraba y que salía, llantos, urgencia, más dolor, si aún había lugar para eso. Y Quentin estaba en un rincón con la niña en brazos, que lloraba de hambre, de miedo o vaya uno a saber por qué. Tal vez porque sabía que su madre se había sacrificado por ella o porque su padre se había matado al no poder soportar la perspectiva de una vida sin Enara.

Enara.

Enara estaba muerta. Noah estaba convulsionando. Los ojos se le dieron vuelta. Su cuerpo se retorcía junto al de su esposa.

La cama crujía. Su boca soltaba una espuma blanca y espesa.

La niña lloraba.

Quentin quería gritar, maldecir. Romper cosas. Matar gente. Destruir algo. Golpear a alguien.

Estaba paralizado, sin embargo.

Todo ocurría a una velocidad vertiginosa y Quentin se desconectó completamente de la realidad.

Cuando volvió en sí, ya era de día. Ni siquiera había dormido, tan solo se dio cuenta de que estaba sentado en el banco de afuera, junto a la puerta. Hacía frío. Demasiado frío.

Se miró los brazos y corrió adentro al ver que la niña no estaba con él.

—Quentin… —Ilsa le sonrió apenas desde el otro lado de la mesa. Tenía a la bebé en brazos, para su alivio—. Recién se duerme.

—Dime que Noah… —comenzó, pero no fue capaz de seguir. Ilsa se levantó de la silla y Quentin las abrazó a las dos.

—Lo siento tanto.

—Por todos los cielos, tiene que ser una pesadilla, Ilsa. Dime que no es más que una pesadilla.

—No puedo, perdóname —balbuceó.

—Ni siquiera le pusieron un nombre —dijo después de un largo silencio—. ¿Tú sabes si tenían un nombre para ella?

—Quizás Ara…

—¿Dónde está?

—Preparando el funeral de Noah y de Enara.

Quentin lo sintió como una puñalada más en su ya desgarrado corazón. Pensó, en ese momento, en todas las clases de dolores diferentes que había soportado. La distancia con Ilsa, primero, luego la muerte de sus padres, abandonar su ciudad, lo que Islery hizo con él; la muerte de Enara le pareció aún peor que la de sus padres, pero la de Noah no se comparaba con ninguna otra. La muerte de Noah le dejaba una sensación de abandono y desasosiego que no tenía igual. Desde sus primeros recuerdos, siempre había estado Noah. Tal vez, lo recordaba más a él que a sus padres cuando eran jóvenes.

Noah no era ni por asomo como él, sino todo lo contrario; sin embargo, disfrutaba de su compañía, de su calma, de sus conversaciones. Le gustaba ayudarlo en sus tareas, aunque muchas veces no hacía más que molestarlo con su presencia y sus preguntas constantes.

«¿Y ahora a quién le preguntaré?» pensó y sus ojos volvieron a arderle.

—¿Ethan lo sabe? —preguntó sin alejarse de ella.

—Se lo dije cuando amaneció. Tino y Leyna traerán a los de Erjathá.

—¿Josh?

—Estuvo contigo hasta hace unos momentos, se fue con Ara cuando la pequeña se durmió.

—Por los dioses, no me di cuenta de nada.

—No te preocupes por eso, es comprensible

—Demonios, ¿y Astor? —preguntó de repente, cuando lo recordó.

—Iskánder y Ajác tuvieron que dormirlo y Ajác lo llevó a su casa, porque estaba… Quería regresar al Puente Negro a buscar a la Dama.

—¿Y cómo no reaccioné en ese momento, tampoco?

—Josh ya te había sacado de aquí.

—Perdóname por perderme de esa forma. ¿Y Onix? —Quentin sintió que se le volvía a destruir lo poco que le quedaba de corazón al recordar que Onix también estaba muerto. Se sintió más huérfano que nunca. No quedaba nadie…

—Los Astros vinieron por él antes del amanecer.

—¿Había alguien acompañándolo?

—Astor y yo.

—Gracias a los dioses no se fue solo.

—Ya estaba muerto, de todas formas —dijo en voz muy baja y Quentin la abrazó más fuerte.

—Ven, vamos a la casa de Josh, necesitan descansar y estarán más cómodas allí.

La ciudad parecía un cementerio. No se veía a nadie en las calles y no andaban ni los perros. Silencio, nada más que un horrible y asfixiante silencio. Ni siquiera había gorriones en las ramas desnudas de los árboles buscando el calor del sol y Quentin se preguntó si el mundo entero estaba de duelo ese día.

Ni bien llegaron, Ilsa acostó a la niña en medio de la cama y se sentó a su lado.

—¿Qué sucederá con ella?

—Noah me encargó a la niña, así que supongo que… seremos como sus padres.

—Ay, Quentin, nos hemos mantenido vivos de puro milagro, ¿cómo seremos capaces de cuidar de una niña?

Quentin sonrió, a pesar de lo trágico que era.

—No lo sé. Tendremos que aprender a hacerlo.

—Por Sinmá, pobrecita.

—Aprenderemos, Ilsa, y lo haremos bien, ya verás —dijo, aunque él sentía que todo era un maldito desastre y que Noah tendría que haber pensado en dejarle la niña a Ethan y no a él—. No va a ser tan difícil. Toda la gente tiene hijos y no creo que sea algo tan complicado, o ya no habría humanos sobre la tierra.

—No conocemos a ninguna madre que nos enseñe. Vila y Ajác ya los agarraron criados, así que no cuentan.

—Bueno, buscaremos. En algún lado habrá una madre que nos diga qué hacer…

—… Y cuándo y cómo. Por Sinmá. —Ilsa se apoyó en Quentin y él la abrazó— ¿Tú crees que seremos buenos padres… tíos?

—Espero que sí, haremos el esfuerzo. ¿Cómo está tu brazo?

—Cielos, mi brazo. —Bajó la vista y notó que una pequeña mancha roja había marcado las vendas.

—Tienes que curarte, Ilsa, eso puede…

—Debe ser por haber cargado a la niña. No te preocupes, le diré a alguien que me cure.

—¿Duele?

—Para nada. Ni siquiera sé si siento algo. —Quentin le dio un beso en la cabeza—. ¿Y ahora?

Quentin no sabía si se refería a su brazo, a la niña o a la mierda que Islery hizo con él. No habían hablado al respecto, porque caminaron en silencio hasta el burdel, tomaron dos jarros de cerveza sin soltar una sola palabra y Ethan los hizo regresar con la terrible noticia de que tendrían que abrirle el vientre a Enara porque la pequeña no podía nacer, la madre estaba ya sin fuerzas y las vidas de ambas peligraban.

—No lo sé —dijo al final—. Seguiremos sobreviviendo, supongo.

—Yo quería que vivieras, Quentin —murmuró—, que encontraras la forma de ser feliz.

—Eso no es para mí, ya está visto.

—No digas eso…

—Estoy destinado a la infelicidad, Ilsa. Si no es una cosa, es otra, pero no puedo tener ni siquiera tres días de tranquilidad absoluta. Cuando al fin decidiste quedarte conmigo, Nadzia te llevó a Tesar; cuando renunciaste a ella, Islery te cortó una mano primero y luego… Bueno, lo que vimos anoche.

—Eso fue antes.

—Ya lo sé, pero no existió entre nosotros hasta esta noche.

—¿Cómo te sientes… por eso?

—Pasó al último puesto entre mis prioridades, tras la muerte de mi hermano y de Enara. —Ilsa asintió y él se acomodó para mirarla, pero ella tenía la vista en su mano. Le tomó el rostro y ella cerró los ojos—. ¿Y tú?

—No lo sé —susurró sin mirarlo—. Como la mierda. —Ilsa volvió a abrazarlo y apoyó la frente en su cuello—. Pero, a pesar de lo que yo sienta, no te voy a dejar solo. Nunca.

Quentin se permitió sonreír. Aunque fuera por un fugaz momento.

Puente Negro

Los pyebranos que no fueron asesinados por los soldados que defendían el Puente Negro, terminaron siendo masacrados por las garras del dragón de Leyna. Quedaron apenas unos pocos que, completamente desorganizados y sin saber qué hacer, abandonaron su intento de tomar el puente después que la Dama desapareció. Se desbandaron entre las dunas y el Then Kua los engulliría si no conseguían organizarse lo suficiente como para llegar a Ahrbak Ardhal.

Los pocos magos sobrevivientes que los acompañaban se rindieron ante Iskánder, Mihaí y Tino y estos los obligaron a renunciar a sus poderes. Era eso o la muerte y solo un puñado de ellos quiso entregarse a los descarnados brazos de Zarba. Los restantes fueron encarcelados y esperarían las órdenes de Noah para saber qué hacer con ello. Sin embargo, la noticia de su muerte los sorprendió antes, mucho antes. A mitad de la noche, mientras cavaban tumbas para los soldados sitnorenses e incendiaban los cuerpos de los pyebranos.

Haberse librado de Islery no era una alegría ni alivio suficiente como para romper con el malestar que ensombreció sus ánimos al saber de los fallecimientos del joven Gobernador y de su esposa. Sitnor conservaba el Puente Negro, pero la victoria sabía demasiado a una derrota para todos allí.

Leyna e Iskánder regresaron a la capital, puesto que temían que la Dama quisiera tomar venganza por la muerte de Islery. Tino y Mihaí permanecieron allí, por si la extraña señora decidía, en cambio, regresar a terminar lo que había comenzado.

Noah cumplió un rol fundamental en el conflicto con Pyebra, ya que fue quien se encargó de formar lazos entre todos los países de Thoria para conseguir una paz que no logró a ver y que no sabían si en algún momento verían quienes aún caminaban en esas tierras.

Por la tarde, Tino y Mihaí dejaron sus puestos por unas horas, para asistir a los funerales, y lo mismo hicieron los demás magos que estaban dispersos por el continente. Ethan, que había regresado a Erjathá, llegó a la embarrada capital con Vila, Lena, Shanyi, Drian y el señor Jeno. Estaba el rey Ogdev de Tesar, como así también el señor Bohn, rey de Morrau, y Damien Enda, el gobernante del territorio recuperado. Tino, Leyna y Astor se encargaron de reunirlos en la capital de Sitnor, que se veía más apagada que nunca.

Con sus manos entrelazadas en un solo féretro yacían los cuerpos de los esposos, puesto que sus hermanos no quisieron separarlos. Juraron estar juntos por toda la eternidad y nadie más que ellos sabía de los infiernos que superaron, por lo que no hubo nadie que se atreviera a romper con la promesa que pronunciaron el día que sus destinos se unieron en uno solo.

«Con mi cuerpo como tu escudo, con mi confianza como tu espada, con mis ojos como la luz que guíen tus pasos, con mi voz como la canción que alivie tu pesar, con mis brazos como el lecho donde reposarás en tus días finales, prometo ser quien te acompañe hasta el día en que tu vida deje de iluminar la mía.

«Aquí y ahora, con los Astros como testigos y protectores de nuestro destino, prometo cuidar de nosotros desde hoy y hasta mi último suspiro» fue su promesa. Y Noah lo cumplió, acompañando a su Enara hasta la eternidad.

19

Pyebra Ciudad Capital

—Estoy sola y acabada. Estoy sola y soy inservible. No tengo nada, no me queda nada. Sola. Sola y vieja. Sola y sin propósito. Sola y acabada.

Las mismas palabras, una y otra vez, resonaban en los recovecos de la cueva que se ocultaba entre las montañas bajas de las afueras de la capital de Pyebra. El esqueleto de Viktoria la miraba con sus cuencas vacías y su mandíbula caída, sostenida apenas por unos retazos de cuero putrefacto.

Muerte.

Muerte y ruina.

A eso se resumía su existencia.

—Sola y acabada.

Había iniciado ese camino hacía siglos, cuando los magos de Thoria hacían las leyes desde su inmaculado Consejo de Magos, que de inmaculado tenía lo mismo que ella. Ni una mierda. Los reyes de la Antigua Era obedecían y cumplían con su parte. Si se necesitaba una guerra, había una guerra. Si se necesitaba paz, les daban paz. Si algún rey no obedecía, Los Hijos del Águila estaban allí para reemplazarlo por otro. Con la venia del Consejo, por supuesto. De otra forma, no hubieran sobrevivido.

Laurent Monvant vio en ella una forma de llevar a cabo sus retorcidos planes de crear Indignos sin que nadie se opusiera abiertamente a él y, cuando ella lo supo, ya era tan tarde que la mitad de los magos de Thoria habían muerto, las ciudades habían sido arrasadas y no quedaba más que escombros en donde antes había habido ciudades enormes y poderosas.

Le había endulzado el oído con las mentiras que quiso oír en esos días de furia, abandono y desolación que se apoderaron de ella cuando Aleksy fue asesinado. Se aprovechó de su inocencia y de su enojo y lo alimentó día y noche con toneladas de falsas ilusiones. Ella quería limpiar la corrupción del Consejo, pero lo único que hizo fue terminar con más de la mitad de la población de Thoria.

Y, en esos momentos, no le quedaba nada más.

—Sola y acabada.

Y ni siquiera tenía las agallas de terminar con su propia vida.

—No tengo nada.

Y su única compañía era un cadáver descompuesto casi en su totalidad.

—Sola y sin propósito.

—*Acaba con Sitnor, Vanya* —dijo el Sol.

Hacía meses que no hablaba con él. Años, tal vez. Ya ni sabía qué tanto tiempo había pasado desde la última vez.

—*Estoy sola y acabada.*

—*Terminemos con toda la inmundicia que puebla Thoria. Acabemos con Sitnor. Con Morrau. Con Tesar.*

—*No puedo, ya estoy vieja y acabada.*

—*Me tienes a mí. Lo haremos juntos.*

—*Tú no podrías intervenir.*

—Ya estoy tan cansado como tú de la escoria y de las sucias mentes de los humanos. Se disculpan por sus errores, pero vuelven a cometerlos una y otra vez. Mienten, engañan, traicionan y creen que con pedir nuestro perdón es suficiente. Estoy harto de ellos, de su terquedad y egoísmo; de la avaricia, de la soberbia.

La Dama sonrió y se acomodó en su asiento de piedra. Tal vez, no todo estaba perdido. Tal vez, todavía tenía la oportunidad de cumplir con su meta.

Sitnor Ciudad Capital

La casa se veía triste y gris sin Enara. A cada segundo, Quentin esperaba que apareciera con su sonrisa un poco tímida, para preguntarle si estaba bien. Siempre le preguntaba si estaba bien.

Quentin miró a la niña, que dormía en sus brazos.

«Por los dioses es tan pequeña». Era tan frágil e indefensa, tan diminuta. Su nariz era como una bolita y su piel era tan suave que parecía que estaba acariciando una nube, no a una personita. Apenas llevaba unos días en su vida, pero sentía que la amaba. La amaba porque era un poco de Enara y un poco de Noah… y los extrañaba tanto.

—Tenemos que elegir un nombre para ella, no podemos llamarla niña para siempre —dijo a Ara, que estaba recostada en la cama de Ethan, al lado de la suya.

—No podemos ponerle el nombre de alguien que ya haya muerto, eso es horrible.

—Si lo piensas, todos los nombres pertenecieron a alguien que ya está muerto.

—Ya lo sé, idiota, me refiero a que no debería llevar el nombre de su madre o de nuestra madre… o algo así.

—Le podemos inventar uno —dijo y Ara se largó a reír—. Claro, podemos usar las letras de los nombres de sus padres.

—¿Estás hablando en serio? —El rostro de Ara parecía haber perdido toda la capacidad de gesticular, porque estaba absolutamente inexpresiva. Sin embargo, Quentin sonrió—. Sí, estás hablando en serio… —Se respondió y se rascó la frente, mientras pensaba—. No hay mucha variedad… —Su dedo dibujó letras en el aire—. ¿Enora? Suena raro.

—Enora —repitió Quentin—. Podría ser.

—Es como Enara, pero con O.

—Con la O de Noah —dijo extendiendo la vocal.

—¿Y la H?

—¿En-H-ora?

—De todas formas es lo mismo.

—Es pésimo —rio Quentin.

—Sí. Mejor otro.

—¿Pyebrano o sitnorense?

—Demonios, no lo sé. ¿Por qué es tan difícil elegir un nombre?

—A mí me preguntas. Mi caballo se llama Caballo… —Ara encogió los hombros y Quentin se largó a reír.

—¿Qué harás cuando tengas que elegir el nombre de tus hijos?

—Hijo Uno, Hijo Dos, Hija Uno y así… Hasta que no tenga más —dijo divertida—. O que se encargue Josh… ¡Ah! Podríamos preguntarle a él. Ha leído mucho, seguro tiene varios nombres interesantes.

—Noah… —Comenzó, pero se dio cuenta de que ya no podía acudir a él—. Demonios… Estaba por decir que Noah seguro sabría qué hacer.

—Él siempre sabía qué hacer —murmuró Ara y se quedaron en silencio, cada uno en sus pensamientos, hasta que la niña se despertó y se movió en sus brazos.

No lloraba nunca y eso era sorprendente. En los casi cinco días de vida que tenía, solo la había oído llorar cuando se dieron cuenta de que Noah había decidido acompañar a Enara; después de eso, nada más. Se quejaba un poco, se removía en brazos de quien estuviera, pero no lloraba. Tal vez, después de perder a sus padres, nada le parecía tan importante como para llorar.

—¿Eres tú o la niña? —preguntó Quentin frunciendo la nariz.

—Tarado. Agradece que la tienes en brazos o te golpearía.

—Sí, sí, como no… —Quentin se levantó y dejó a la niña con Ara, mientras acomodaba lo necesario para limpiarla y cambiarla.

—¿La niña es maga? —preguntó Ara después de que se volvió a dormir.

—No lo sé, no me fijé. No lo había pensado, siquiera.

—Tu estupidez no deja de sorprenderme.

—Tu capacidad de apestar tampoco.

—Maldito imbécil.

—Reina del chiquero.

—Fíjate y deja de molestarme.

—Es que me aburro, Ara. Me gusta estar con la pequeña, pero estoy mucho tiempo haciendo nada y de verdad que es muy exasperante.

—¿Y por qué no me la dejas y te vas a hacer tus cosas? Yo me echaría una enorme siesta abrazada a esa ternurita.

—¿Y si la aplastas? Ni loco te la dejo.

—No seas ridículo, mira si no me voy a dar cuenta de que está a mi lado. —Ara se levantó y extendió los brazos para tomarla, pero Quentin no se lo permitió y su hermana puso los ojos en blanco—. Hace cinco días que no sales de la casa, cinco días que estás con la niña en brazos y no la sueltas más que por unos pocos minutos. Duermes con ella, comes con ella, ni siquiera sé si te has bañado por no despegarte de ella.

—Sí me baño —refunfuñó. Ara tomó a la niña en brazos, a pesar de la resistencia.

—Pero no te rasuras y pareces pordiosero.

—Bueno, es que me lleva tiempo si no quiero degollarme en el proceso.

—Inútil —murmuró su hermana y él frunció el ceño. Sin decirle que lo haría, Quentin acudió a sus poderes y Ara se sorprendió. Quería reír por haber logrado asustarla, pero continuó mirándola con seriedad, hasta que no pudo aguantar más.

—Veré si tiene poderes —dijo, divertido, y Ara le pateó la pierna. Quentin entró en la mente de la niña y se encontró con un pequeño torbellino de recuerdos girando frente a él. Una sensación de calma, felicidad y curiosidad flotaban en su mente, había paz en la pequeña y Quentin se sintió aliviado de saberlo—. Es maga —susurró—. Así que le enseñaré a que te moleste sin que te des cuenta.

—Vete, largo de aquí —dijo, algo fastidia—. Ve por Luna y que te lleve a algún lado…

—Pero, ¿y si le pasa algo? —se resistió.

—Le va a pasar estés o no estés, Q.

—Ara…

—No le va a pasar nada y tú necesitas salir. Nunca estuviste tanto tiempo adentro, ni aunque cayera un aguacero. Vete, nosotras dormiremos una siesta. —Ara lo empujó hasta el pasillo y cerró la puerta de la habitación.

Quentin se quedó en el oscuro corredor por unos segundos, sin saber qué hacer ni a dónde

ir.

—¿Ilsa? ¿Estás ocupada?

—Estoy en el campamento de Tesar, los magos del Sol traerán al rey y su ejército.

—¿Ya?

—Acordaron hacerlo hoy…

—Demonios, es cierto. No me di cuenta del paso del tiempo.

—Me gustaría que vinieras, pero comprendo si quieres estar con la niña.

—Ara me la quitó y me echó de la casa —dijo divertido.

—¿Entonces vendrás?

—No lo sé. No sé si estoy de ánimos para ver a tanta gente.

—De todas formas, no podríamos estar juntos. El Segundo Príncipe me solicitó quedarme con los demás magos tesarianos.

Quentin apretó los puños, involuntariamente. No sabía por qué ese tipo le caía tan mal; ya le había demostrado varias veces ser un hombre honorable; sin embargo, era solo oír su nombre y le nacían unas impresionantes ganas de golpearlo.

—Es comprensible, eres tesariana.

—Es un poco extraño estar aquí, no sé hacer nada.

—Mataste a Islery y eres maga.

—Me falta una mano… En todo caso, seré media maga.

—Ilsa…

—Al menos antes curaba y ya ni eso me queda.

—Pero puedes aprender a hacerlo otra vez. Curar se te daba muy bien, y no todos los magos pueden hacerlo.

—Lo sé, pero me siento insignificante y bastante inútil aquí, con todos estos magos entrenados a mi alrededor.

—No eres nada de eso, volverás a ser una gran maga cuando aprendas cómo, ya verás.

—¿Y si no? No sé qué tan capaz sea de hacer algo sin Nadzia, porque lo cierto es que desde que la dejé ir, no pude curar, y no sé qué tal se me da lo demás.

—Nadzia entrenó desde su nacimiento, mi pequeña, y tú apenas si tomaste un par de lecciones. Además, usaste las palabras de poder contra Islery y eso nos salvó de que ella hiciera un desastre aquí. Con el paso del tiempo verás que no eres tan inútil como creías.

—¿Tú crees?

—Claro que sí.

—Lo mismo me siento inútil. Y encima sin mano. Nunca pensé que las manos eran tan importantes hasta que Islery me quitó una.

«Si alguna vez las hubieras tenido atadas, lo hubieras notado» pensó, pero no lo dijo. No tenía sentido sumarle más angustia.

—La verdad es que no me imagino la vida sin mis manos.

—Es una mierda, necesito ayuda para vestirme, para trenzarme el cabello, para bañarme…

—Puedo ayudarte con eso, cuando gustes —dijo, divertido.

—Shrakjta, Quentin. Estoy con otra gente y… Maldición, qué inoportuno eres.

—Ya, está bien. Te dejaré en paz.

—Sí, por favor —dijo y Quentin rio.

—Iré a ver a Luna, que hace días que no la visito y se pone de mal humor si la abandono por mucho tiempo.

—Mejor, así me dejas de incomodar por un rato, que… Por Sinmá, qué vergüenza, Quentin. Todavía siento que las mejillas me arden.

—No fue para tanto, tú me dices cosas peores.

—Pero no cuando estás con otras personas.

—Nunca preguntas con quién estoy y lo mismo me haces avergonzar.

Esta vez fue Ilsa quien rio.

—Es que eres muy lindo cuando estás nervioso.

—En mi imagen mental eso no se nota, pero de todas formas lo haces.

—Tartamudeas, balbuceas, se te traban las palabras… Se nota, aunque no creas.

—Pero luego te quejas si digo que puedo ayudarte… Si quieres me pongo detallista…

—Ya, Quentin, adiós.

—Adiós, avergonzada Ilsa.

—Adiós, incómodo e inoportuno Quentin —dijo, divertida.

La vez anterior, Leyna cruzó al ejército del Segundo Príncipe Verj hasta una región en Sitnor desde donde pudieran hacer el camino a la capital sin complicaciones; en esta ocasión, en cambio, llevarían a los hombres del rey al campamento de los tesarianos, al norte de Sitnor Ciudad Capital. El riesgo de que la Dama de la Cueva se presentara con los restos de su cobarde ejército en la ciudad era demasiado alto como para retrasar la llegada del rey Ogdev.

Tino se sentía nervioso. Nunca había estado en presencia de un rey y la perspectiva de conocer a alguien de tal magnitud hacía que su mente funcionara de extraña manera. Lo había visto en el funeral de Noah, sí, pero no tenía cabeza para nervios cuando su amigo acababa de quitarse la vida. Ni siquiera recordaba cómo se veía, solo que era rubio, como casi todos los tesarianos.

Sin embargo, ese día tenía un temblor casi imperceptible en todo el cuerpo y su ojo derecho palpitaba. Si hubiera sido por él, hubiera corrido hasta Erjathá, para ver si así lograba liberar la tensión que había en su cuerpo.

—El rey acaba de confirmarme que ya está todo listo —dijo Leyna a Tino y a Astor. Respondieron con un leve gesto y se tomaron de las manos de Leyna para ir al norte de Tesar.

«Compórtate, demonios».

Los recibió una ráfaga de viento cargado de copos de nieve y tanto Astor como Tino se acomodaron los abrigos. En Sitnor la primavera hacía del clima algo relativamente agradable, pero en Tesar, al parecer, el invierno se rehusaba a marcharse.

Leyna les explicó, antes de salir, la forma correcta de presentarse ante el rey y los tres se inclinaron en cuanto se abrió la tienda principal. La guardia real salió primero y luego el rey, aunque Tino no veía más que un puñado de botas relucientes sobre el manto blanco que lo cubría todo.

Leyna presentó a sus compañeros y una voz grave y segura respondió agradeciéndoles por estar allí. Tino sentía que se iba a ir de cabeza a la nieve en cualquier momento por lo nervioso que estaba y Astor tuvo que decirle que ya podía incorporarse, porque él olvidó por completo que debía hacerlo después de que el soberano les hablara.

El rey Ogdev le pareció a Tino un rayo de sol entre las más oscuras tinieblas y se sintió mucho más nervioso y extraño que antes. Quedó embelesado por el profundo celeste de sus ojos y a él pareció causarle gracia la forma en que se le quedó mirando, porque lo vio sonreír, a pesar de que Leyna le había dicho que el rey no se dirigiría a ellos directamente de ninguna forma.

Tino evitó mirarlo después de eso. No quería ser descortés ni parecer que no entendía las reglas, pero solo se daba cuenta de que sus ojos lo buscaban a cada instante cuando el rey volvía a sonreír. Tenía algo curioso en sus gestos, como si la situación le pareciera divertida, a pesar de que cualquier descuido podía terminar con todos los soldados, y con los magos mismos, también, convertidos en polvo.

Los condujeron hacia donde el ejército estaba formado en perfectas y ordenadas filas. Millares de hombres en silencio absoluto hicieron resonar sus escudos ante la vista del soberano y este los saludó con un gesto de su mano. Al ser el que menos poderes tenía de los tres, Tino estaba a cargo de llevar al rey, sus guardias, sus magos y todo el equipaje hacia Sitnor, mientras que Astor y Leyna llevarían al resto del personal y ejército. Lo harían en dos viajes, aunque los poderes combinados de Astor eran descomunales y podrían haber hecho todo de una sola vez. Leyna, en cambio, no tenía la confianza suficiente y temía terminar con diez mil vidas. No valía la pena solo por ahorrar un poco de tiempo.

Leyna y Astor caminaron hacia las extensas hileras y Tino se quedó junto al rey.

—Veo que no estás acostumbrado al frío —dijo en perfecto pyebrano y Tino lo miró, confundido—. Estás temblando.

—Perdón, su Majestad. —Tino trató de erguirse lo más posible e hizo un esfuerzo por dejar de temblar como una hoja en una ventisca. No era el frío, era que su presencia era más intimidante de lo que había imaginado. Aún más que la de su hermano, el Segundo Príncipe.

—El clima en Tesar puede ser un muy inapropiado anfitrión. Si quieres, podemos aguardar en la tienda.

—No es necesario, su Majestad.

—Cuando me hablaron de ti, pensé que serías como todos tus compatriotas.

—¿Perdón… su Majestad?

—Suelo imaginarme a la gente cuando me la nombran y he oído muchas veces tu nombre. Me imaginé que serías… como un pyebrano promedio.

—Comprendo. Lo dice por mi estatura, ¿no es así, su Majestad? —El rey asintió—. El padre de mi padre nació en las Islas de la Luna, y vino al continente con una partida de esclavos. Mi padre nació esclavo, pero mi abuelo compró su libertad cuando él alcanzó la mayoría de edad.

Leyna y Astor les hicieron saber que partirían con el primer grupo, el rey asintió en silencio y el primer bloque de soldados desapareció en un descomunal fogonazo. Los más cercanos rompieron filas y corrieron, y los demás los siguieron, porque no entendían qué estaba ocurriendo.

—*Ya llegamos, todo salió bien* —dijo Astor.

—*¿Volverán enseguida?*

—*Leyna quiere tomarse unos momentos.*

—*Comprendo.*

Tino pensó que el castigo por eso sería severo, pero el rey ni se inmutó. Tan solo aguardó unos momentos y todos volvieron a ocupar el lugar que habían dejado, entre reverencias y disculpas.

—Tu padre es Mihaí, ¿verdad? —El rey retomó la conversación como si nada hubiera ocurrido.

—No, su Majestad. Él es mi padre adoptivo. Los míos me abandonaron para seguir a la reina Viktoria.

—Lo lamento mucho.

—A decir verdad, me escapé de ellos cuando no quisieron escucharme, pero tampoco regresaron por mí.

—Lo que sería casi lo mismo…

—Así es, su Majestad.

—No tienes que decir «su Majestad» después de cada oración.

—La señorita Leyna…

—Es muy exigente, es verdad, pero tú eres un mago y, técnicamente, estás muy por encima de mí en la escala de poder. En la Antigua Era, los magos poseían más autoridad que los reyes.

—Usted es mago y rey. Eso me devuelve a mi posición, su Majestad.

—Si tomamos en cuenta el grado de poder mágico de cada uno… Bueno, no soy lo que se dice un gran mago —sonrió—. Apenas puedo hacer alguna cosa mínima, así que volvemos a lo mismo.

Tino se permitió sonreír esta vez.

«Por Sinmá, Ogdev, contrólate» se dijo a sí mismo, pero no podía. Todavía no había dejado del todo Tesar, pero ya podía sentir como los lazos que lo mantuvieron encarcelado en su castillo y en sus tradiciones, se cortaban uno a uno. Sabía que no iba a regresar jamás al trono. Ya sea porque moriría en Sitnor o porque escaparía tras la guerra y tal vez eso era lo que lo hacía sentir tan bien. Ya no tenía que «comportarse» según lo que se esperaba de él, no tenía que mentirle a nadie y le importaba una carreta de mierda lo que sus soldados pensaran. Era el rey, después de todo.

Podía hablar con otros hombres sin necesidad de que alguien más presenciara su conversación. Podía permitirse sonreír a quien quisiera. Podía permitirse invitar a cualquiera a su tienda.

«No sé cómo pude vivir por tanto tiempo en Tesar con toda esa presión encima».

—¿Tú dónde vives? —preguntó y se regañó a sí mismo otra vez.

—En Erjathá, su Majestad, aunque tener los poderes del Sol es una gran ventaja. Puedo moverme de un lado al otro sin necesidad de esperar que alguien me lleve. Antes debía pedir permiso para hacerlo, pero como todos los maestros fallecieron… ya no… Ya no necesito hablarlo con nadie.

—Lamento mucho lo de los maestros de Erjathá, Leyna me lo dijo. —Ogdev pensó si debía o si sería apropiado mencionar… No, no debería—. También lamento mucho lo que le sucedió a tu compañero.

«¿Pero qué carajos, Ogdev?»

—Se lo agradezco, su Majestad.

—No quise ser inoportuno, perdóname. Estoy… nervioso.

—Es comprensible. Lo que están haciendo Astor y la señorita Leyna es algo descomunal.

—Sí, es cierto —dijo, aunque no era ese el motivo. Confiaba ciegamente en los magos, aunque no tanto en su capacidad de mantener la compostura.

En Tesar nunca había mirado a otro hombre con ninguna clase de intención, porque sabía que hacerlo podía costarle el título, la corona, su familia y… sus pelotas. ¡Pero ya no estaba en Tesar! Técnicamente sí, pero podía decirle a Tino que lo llevara a Sitnor y fin del problema. Y tenía ganas de hablar con todos, de besar a todos y de acostarse con todos, ya que hablamos de libertades. Quería ir a un burdel, buscar la compañía de unos cuantos jóvenes y ser libre de emborracharse y conocer y explorar y disfrutar por una vez en su vida, al menos, sin pensar en nada más. Como estaban las cosas en Thoria, no parecía haber demasiado tiempo para andar con

remilgos, vergüenzas y miedos. Ya no. Y no se iba a ir a la tumba sin haber tenido al menos una noche de desenfreno.

—¿Qué se puede hacer en la capital?

—¿Perdón, su Majestad?

—Sé que mudaron la ciudad completa y debe ser un poco caótico todo. ¿Hay algún sitio a donde se pueda ir… a festejar?

—No lo sé, su Majestad. Preguntaré —respondió y, después de unos segundos de silencio, volvió a hablar—: Hay algunas tabernas y… burdeles, aunque, no creo que reúnan las condiciones necesarias para recibir a alguien de su importancia. De todos modos, puede comunicar sus exigencias al señor Tanáel y él se encargará personalmente de que se cumplan al pie de la letra con total discreción.

—No, no… Quiero ser libre por una vez en mi vida, quiero salir, emborracharme y hacer lo que me venga en gana —dijo y Tino rio—. ¿Me acompañarías?

—No creo que nadie se escandalice por llevar a algunas señoritas a su tienda, su Majestad. Su hermano el Segundo Príncipe…

—Dejé en casa a una esposa que es preciosa, pero a la que no pude ni tocar. No tengo interés en las señoritas, Tino.

—Oh, vaya… En ese caso, no creo que sea muy conveniente para usted «ser libre» en la capital de Sitnor, porque allí todos sabrán quién es, pero puedo llevarlo a donde desee, su Majestad.

—¿Qué tal son las noches en Erjathá?

—Podríamos averiguarlo, su Majestad. La verdad es que no… Bueno, nunca me gustó demasiado ir a tabernas y eso.

—¿Nunca te emborrachaste, Tino?

—No, su Majestad.

—Yo una sola vez. ¿Te emborracharías conmigo?

—Tenga en cuenta que yo soy quien deberá devolverlo a su tienda y no sé qué tan capaz de hacerlo sea si estoy borracho.

—Podríamos esperar hasta que te recuperes —dijo, divertido ante la perspectiva de hacer algo completamente indebido, que hubiera escandalizado incluso a Egil.

—A veces la libertad repentina puede ser una mala consejera, su Majestad.

—Me importa una mierda. Tal vez mañana me muera, Tino. No quiero irme sin haber podido ser yo mismo al menos una vez. ¿Sabes? En el castillo… Bueno, mis hermanos no se privaron nunca de nada. Son mujeriegos y bebedores en exceso, lo que no creo que sea una sorpresa para ti, pero yo… Yo nunca pude. Si me emborrachaba, corría el riesgo de perder la compostura y eso hubiera significado perder la cabeza. —Ogdev se golpeó apenas el cuello con la mano recta—. Pero que me la cortaran…

—Entiendo.

—Es más, la única vez que me emborraché le confesé a Verj que no me interesaban las mujeres, aun cuando él mismo podría haberme estrangulado en ese momento.

—Por Sinmá.

—Sí, gracias a Sinmá no lo hizo, lo que es una obviedad. Fue cuando mi padre me dijo que debía casarme. Y me casé cuando mi padre así lo quiso y alguien se acostó con mi esposa para hacer un heredero para la corona, cuando yo no pude hacerlo. Escapé de Tesar a la primera oportunidad que tuve y no pienso regresar.

—Pero… su Majestad, ¿y el trono? —Tino lo miró y se veía bastante asombrado.

—Mi padre tuvo un montón de hijos con otra mujer, además de los príncipes. Una de mis hermanas y el Tercer Príncipe se encargarán de todo. O Verj, si alguna vez vuelve y está dispuesto, aunque lo dudo. Verj no está hecho para ser rey y si llega a tomar la corona, será solo para destruirla a hachazos.

—Vaya…

Ogdev asintió. No entendía por qué estaba hablando de temas tan personales con un completo desconocido. Es más, no comprendía por qué estaba hablando, en primer lugar. Él nunca hablaba con nadie, más que con sus hermanos o Irenka desde que se había casado.

«¿Cómo estará Irenka?» No pensaba mucho en ella, pero a veces se le daba por preguntarse si estaría bien. Estaba en un bonito castillo en los acantilados de Vinkh Dras, rodeada de todas las comodidades, sirvientes y compañía que podría llegar a necesitar. Si era inteligente, se daría cuenta de que podía hacer su voluntad, como reina de Tesar que era, y dejar de estar pendiente de lo que él quisiera. Se lo había repetido incontables veces, pero era evidente que le habían hecho un daño irreparable al criarla de la forma en que lo hicieron, sumisa y obediente.

—*Regresaremos* —dijo Leyna.

—*¿Te sientes bien?*

—*Sí, ya estoy lista para traer a los demás. Ya le dije a Tino que se prepare para traerte.*

—*Es agradable el mago.*

—*No tuve la oportunidad de interactuar con él.*

—*Me cae bien.*

—*Si tú dices…*

Leyna y Astor aparecieron en el mismo lugar del que se habían marchado y Tino fue hacia ellos. Los vio hablar por unos momentos y, cuando el mago se dispuso a regresar, el rey despidió a los soldados con un gesto.

—Ya podemos irnos, su Majestad.

—Sitnor nos espera —sonrió.

Tino apareció en medio de la explanada, trayendo consigo al rey Ogdev y a sus guardias más cercanos. Los soldados, los del Segundo Príncipe Verj y los del rey, estallaron en aplausos. Sin embargo, el rey se veía descompuesto. Hasta parecía que su piel se había vuelto verdosa.

Tino y Leyna se apresuraron a sostenerlo y lo condujeron a la gran tienda que se levantaba detrás del palco que habían armado para recibir al soberano.

—No me imaginé que Ogdev lo iba a tomar así —dijo el Segundo Príncipe. Insistió en que Ilsa lo acompañara y se quedara a su lado, aun cuando a ella no le parecía del todo correcto. Había magos mucho mejor cualificados como para tener ese honor.

—Es comprensible. Aparecer es… espantoso, su Majestad.

—No me pareció la gran cosa.

—A algunos no les afecta, pero a otros nos hace descomponer.

—¿A ti también? —preguntó con cierto asombro.

—Antes de saber de Nadzia, mi parte mágica, era mucho peor. Sentía que iba a desmayarme al aparecer. Con Nadzia lo hice por mí misma, y ya no volví a sentirme mal.

—Tuvo sus ventajas haber sido consciente de esa parte de ti.

Ilsa lo pensó unos momentos y no pudo encontrar nada bueno que Nadzia hubiera aportado a su vida.

—La única, su Majestad.

—Eso es evidente, o no hubieras renunciado a tus poderes.

Ilsa asintió. Lo que menos quería era recordar a Nadzia y en cómo fue vivir con otra persona en su cabeza. Por suerte, el rey Ogdev hizo su aparición y el Segundo Príncipe desvió su atención hacia él.

Se le hacía bastante incómodo estar allí, a la vista de todos, como si fuera capaz de grandes cosas y ni siquiera estaba segura de poder entrar en la mente de alguien sin antes detenerse a analizar los pasos a seguir. Para los magos entrenados, algo tan simple como eso era de lo más natural, pero para Ilsa significaba un esfuerzo de concentración impresionante.

«Sí, soy bastante inútil» volvió a repetirse.

No pudo dejar de pensar en lo desubicada que se sentía allí y puso nula atención en lo que sucedía. No escuchó el discurso del rey, ni al recibimiento que le dio del Segundo Príncipe; tan solo quería ir a la ciudad, regresar a casa y sepultarse bajo las mantas. De todas formas, no había mucho que pudiera hacer con una sola mano. Y, además, la herida le quemaba como un puto infierno.

El príncipe volvió a su lado y le comunicó que habría un almuerzo para celebrar la llegada el rey y, por supuesto, quería que ella asistiera.

—Si no le molesta, invitaré a mi prometido, su Majestad.

El príncipe la miró como si de verdad sí le molestara, pero tan solo fue un segundo y, luego, regresó a su seriedad habitual.

—Están todos invitados, por supuesto.

No pareció demasiado convencido, pero le daba igual, quería que Quentin la acompañara.

—Va a haber un almuerzo aquí para celebrar la llegada del rey Ogdev y me gustaría que vinieras.

—Me voy a sentir un poco perdido entre todos esos desconocidos.

—Yo tampoco conozco a nadie aquí, más que a Tino, pero parece que el rey ha reclamado su atención absoluta.

—Vaya… ¿Segura de que es buena idea? ¿No se molestarán porque haya un extranjero entre ellos?

—Al príncipe Verj no le hizo mucha gracia, pero me dijo que estaban todos invitados.

—Está bien. Ara dice que parezco pordiosero, así que me arreglaré un poco y voy.

—¿Te vas a poner el uniforme de gala?

—Ilsa… No es para… Por los dioses —rio—. *No, tengo que rasurarme y darme un baño, porque fui a entrenar.*

—¿Necesitas ayuda?

—¡Ilsa! —protestó.

—Ahora no te parece tan gracioso, ¿no? —dijo, divertida—. *Apresúrate que me aburro.*

20

Desde que se asentaron en esa ubicación, no hubo muchos motivos para festejar entre los sitnorenses de la capital. Las pocas bodas que se celebraban eran discretas, casi a escondidas, como si divertirse hubiera sido parte de una prohibición. Sin embargo, la primavera había llegado, los días eran un poco más soleados y el viento del norte traía consigo algo de calor durante el día, lo que ponía a todos una pequeña sonrisa en el rostro, a pesar de todo lo demás.

La llegada del rey de Tesar fue una buena excusa para que las familias sitnorenses se tomaran un día de descanso en sus ajetreadas y deprimentes rutinas, por lo que se encaminaron hacia allí en un inmenso río de personas a pie, en carreta o a caballo.

Iskánder y Astor construyeron un puente de piedra en honor a Noah y a Enara, y gracias a los dioses que lo hicieron, porque el anterior, que era de madera, no hubiera resistido el alto tráfico al que se vio sometido esa mañana. Todos se dirigían al campamento tesariano, ubicado al norte de la ciudad, para ir a pasar un agradable día al aire libre, ya que la invitación llegó poco después de la llegada del soberano y Tanáel se encargó de notificar a los ciudadanos.

Quentin no creyó que fuera una buena idea llevar a la niña, pero Khalia, la mujer que los ayudaba con su cuidado y quien la amamantaba, dijo que cuanto antes saliera, mejor sería para su salud. Una niña encerrada, sería una niña enferma, así que les ayudó a armar un bolso pequeño con todo lo necesario para pasar unas horas fuera. De haber sido por Quentin, hubiera cargado en una carreta todo lo que Noah y Enara tenían para ella, pero solo bastaron un par de mantas, el moisés tejido que Ajác le regaló para su nacimiento, y dos cambios de ropa, por si se ensuciaba. Quentin llevó una muda de ropa más, por si acaso.

Astor no quiso acompañarlos, a pesar de que insistieron. Los eventos sociales no le agradaban porque, según le confesó a Quentin, no le gustaba ver a los niños correr y divertirse por todos lados. Él ya no se sentía niño, pero tampoco adulto. No era correcto que se quedara con los adultos y se sentía desconcertado y perdido entre los de su edad. Quentin le prometió que regresarían cuanto antes, pero él dijo que iría a tomar la guardia de Iskánder, porque él sí quería ir al festejo, así que despidió a sus hermanos con una pequeña sonrisa. Astor sonreía poco últimamente, como todos allí.

Se montaron en la carreta de Josh y partieron con la marea de gente hacia el norte, abriéndose camino entre los pastizales que, de a poco, empezaban a recuperar los tonos de verde. Algunos matorrales con flores blancas salpicaban la parda monotonía del paisaje y Josh descendió de la carreta, que circulaba a paso de hombre, para recoger algunas. Le entregó un ramillete a Ara y uno a la niña, por lo que Quentin lo puso entre los tallos de mimbre que tejían su moisés.

Ilsa los esperaba en la entrada del campamento y la encontraron después de haber estacionado la carreta entre la descomunal cantidad de vehículos y animales que había en los alrededores.

—Sí que tuvo éxito la llegada del rey —dijo Josh ni bien la vio.

—No todos los días uno tiene el honor de ver a uno, ¿no?

Quentin puso los ojos en blanco. La idea de reyes y príncipes enquistados en el poder por generaciones enteras le causaba repulsión. Y el príncipe Verj, que se acercaba a ellos en ese momento, también.

Los saludó con toda la pompa y seriedad posible, les presentó sus condolencias,

nuevamente, por el fallecimiento de Noah, Enara y Onix, y les agradeció estar allí ese día, a pesar de ser tan reciente la muerte de sus familiares. No le puso ni pizca de atención a la niña y eso le dio a Quentin una razón para que le cayera mal. No necesitaba razones, ya le caía pésimo, pero al menos tuvo una para justificarlo.

—Reservé para ustedes un lugar frente a nuestra mesa —dijo en cuanto ingresaron a la tienda principal, y les indicó tres sillas.

—Somos cuatro —dijo Quentin, confundido.

—La señorita Ilsa tiene un sitio a mi lado, donde corresponde—sonrió y Quentin hubiera jurado que se divertía a costa de él. El príncipe señaló hacia atrás, a una larga mesa donde las grandes copas y la vajilla de oro relucían por los rayos de sol que se filtraban desde el exterior.

—Por supuesto, su Majestad —asintió e intentó una sonrisa para tranquilizar a Ilsa, que parecía querer huir de allí.

—Tomen asiento, por favor, pronto traerán el almuerzo —sonrió otra vez, elevó apenas su codo y miró a Ilsa—. Señorita Ilsa, ¿me acompaña?

—Iré en un momento, su Majestad —dijo en voz apenas audible y él asintió.

—Estaré esperando. —El príncipe bajó el mentón para saludarla y se encaminó hacia otro grupo de invitados.

—¿Qué demonios fue eso? —preguntó Ilsa, molesta, en cuanto el príncipe se alejó lo suficiente.

—¿Costumbres tesarianas? —preguntó Quentin.

—Una puta mierda.

—Mataste a Islery, Ilsa —dijo, intentando no pensar demasiado en lo que acababa de ocurrir—, y además los magos son como un trofeo ahora mismo.

—Espero que sea solo eso.

—¿Qué más? —preguntó, aunque ya sabía la respuesta.

—No importa —sonrió—. Estar aquí, entre tanta gente desconocida, se me hizo muy raro. Creo que me acostumbré demasiado a estar contigo.

—Por unas horas dejaste de lado tus deberes de garrapata, es lógico.

Ilsa volvió a sonreír y, luego, se agachó para ver a la niña.

—Está dormida… —dijo y le acarició la mejilla.

—Duerme todo el tiempo, pero Khalia dice que es así al principio.

—Es raro, con todo el ruido que hay.

—Bueno, nuestra casa nunca fue muy silenciosa, tal vez se acostumbró a oírnos desde el vientre de Enara.

—Tal vez, sí. —Ilsa resopló y frunció el ceño—. No quiero estar allí.

—Se nota en tu cara.

—¿Y si me quedo con ustedes?

Quentin miró apenas a la mesa frente a ellos y vio que el príncipe Verj ya había tomado su lugar. Estaba completamente serio y una arruga se le marcaba en el entrecejo.

—La realeza tiende a ser poco tolerante a los rechazos, así que no sé qué tan prudente sea. —Quentin le dio un beso en la frente—. De todos modos, estaremos cerca y podemos seguir hablando si te aburres.

—Lo sé, pero yo quería estar con ustedes, no en esa mesa llena de oro.

—Ve y roba algunas copas, que nosotros no trajimos nada de eso de la capital —dijo, divertido, e Ilsa rio—. ¿Quieres llevar a la niña? Puede que entren unas cuantas en el moisés…

—Y cubiertos, por favor —agregó Ara.

—Me parece que lo notarían.

—Cuanto mucho golpearemos algunos traseros reales y huiremos como ratas.

—El tamaño ya lo tienes —dijo Quentin y Ara rio, en lugar de golpearlo como de costumbre.

—Me marcho, pero me escaparé apenas pueda.

—Tranquila, todo estará bien —dijo, aunque la verdad era que no estaba para nada convencido.

Josh lo miró ni bien Ilsa se alejó.

—Te lo tomaste con bastante calma, ¿eh?

Quentin cerró los ojos por unos segundos y respiró profundo.

—No quería que Ilsa se sintiera peor. Espero que el principito se comporte o le romperé toda la cara.

—¿Está Zelig? —preguntó Josh y miró a su alrededor—. Yo me lo pido.

—Déjense de estupideces, chicos. —Ara tiró de las mangas de las camisas de ambos para que se sentaran de una vez—. Vinimos a pasar un buen rato, no a arruinar las relaciones diplomáticas.

—Si se pasa de listo, me voy a pasar la diplomacia por el culo.

—Claro, sí. A Noah le encantaría oír esta interesante conversación, después de todo lo que hizo para que estos malditos buenos para nada llegaran hasta aquí.

—Tarde, de hecho —murmuró Josh—. Es fácil la guerra así, ¿no? Nuestros hombres muriendo mientras atajábamos a los pyebranos a cuatro manos para que no llegaran a Tesar, y ellos de fiesta en su Palacio Dorado.

—No es su culpa que su padre fuera un inepto.

—¿No te diste cuenta de que el príncipe acaba de tratar a Ilsa como si fuera su trofeo? —Quentin miró a su hermana y ella abrió mucho los ojos.

—¿Por qué haría algo así?

—Yo qué sé. Por lo que hizo, porque es la hija de Lobo Blanco, tal vez; porque es maga o porque… —Quentin no quería ni decirlo.

—Porque le gusta. —Josh terminó la frase por él.

—¡No puede ser!

—Sí, belleza, nada más míralo cómo le sonríe, y convengamos que no es un tipo simpático.

—Que se joda la diplomacia, entonces —refunfuñó.

Quentin, muy a su pesar, miró hacia la mesa frente a ellos y, era tal como Josh decía. Justo en ese mismo instante, el condenado principito quiso poner su mano sobre la de Ilsa y ella la retiró, incómoda.

—Le voy a arrancar la cabeza —murmuró Quentin. Quiso levantarse, pero Ara lo detuvo.

—Espera, no puedes ir a hacer un escándalo por eso.

Podría, claro que sí, y tal vez quedaba como un desquiciado, pero le preocupaba más no hacer pasar un mal momento a Ilsa. Quentin respiró profundo y le dio la razón.

—*¿Cómo estás?*

—*Quiero irme.*

—*¿Tan incómodo es estar allí?* —preguntó. No quería mencionar lo que acababa de ver.

—*Mucho. El príncipe no deja de hablar de lo maravilloso que es Tesar, el Palacio Dorado, los jardines, la capital y demás aburrimientos.* —Ilsa no quiso mencionar que estaba comparando los lujos y el orden de Tesar con el chiquero que era la nueva capital de Sitnor,

porque Quentin le hubiera lanzado un cuchillo desde donde estaba.

—No creo que estemos por aquí por mucho más tiempo, ¿no? Parecen bastante aburridos todos.

—Se están moderando porque hay familias sitnorenses. Shrakjta, este hombre no para de hablar. Le pondré atención, no sea cosa que se ponga de mal humor y quiera condenarme a la horca

—No te preocupes, lo mataré antes de que tenga tiempo de pensarlo.

Ilsa miró a Quentin y le sonrió, y él respondió guiñándole un ojo, lo que al príncipe no le hizo ninguna gracia. Se puso de pie, empujando la silla hacia atrás en el proceso, y alzó una copa.

—Quiero hacer un brindis —exclamó y, sin necesidad alguna de magia, su voz alcanzó todos los rincones de la tienda—. Por la señorita Ilsa Zvezda, aquí a mi lado, hija de uno de los magos más grandes que Tesar pudo darle al mundo, Lobo Blanco. —Se oyeron unos cuantos aplausos y los soldados tesarianos golpearon las mesas con los puños, haciendo repiquetear platos, copas y cubiertos. El príncipe levantó una mano y todo se silenció—. Como ya saben, cuando Islery apareció, trajo consigo numerosas desgracias. El ejército de Sitnor sufrió muchas más bajas que nunca y perdió ciudades enteras —continuó. Ilsa notó cierto matiz burlón en su tono de voz y quiso hacerse una con la lujosa silla en la que estaba sentada—. Sin embargo, Ilsa Zvezda, la habilidosa maga de Tesar, acabó con ella. —El príncipe Verj se dio con el puño en la mano para reforzar el concepto y los tesarianos volvieron a llenar de ruido toda la tienda. Ilsa sintió que el rostro comenzó a arderle, pero eso no fue nada comparado a lo que le siguió. El príncipe le tomó la mano y la hizo poner de pie, para que, si no la habían visto a su lado ya, la vieran sí o sí. Y, como si con eso no bastara, le besó la mano—. Esta hermosa señorita…

—Ahora sí le voy a arrancar la maldita cabeza —rugió Quentin y, antes de que pudiera siquiera darse cuenta, su puño estaba estrellándose en el real mentón del Segundo Príncipe Verj.

Previamente, Quentin dio vuelta una mesa y pasó por encima de todo el desastre, por supuesto, pero ocurrió demasiado rápido para que su mente pudiera registrarlo. Ilsa retrocedió, asustada y sorprendida. Nunca había visto a Quentin pelear con nadie, por más que se molestara y maldijera bastante a menudo. Lo vio matar a un tipo, pero no tenía recuerdos de eso y, para ella, era como si no hubiera ocurrido. Sin embargo, ahí estaba, todo enojo y tensión contenida, y la verdad que asustaba bastante verlo así.

Verj, con el labio sangrando y una seriedad absoluta en su rostro, murmuró algo antes de sujetarlo y arrastrarlo sobre la mesa principal, arrasando con el cerdo asado, los platos, bandejas y copas, para luego depositarlo frente a él. Quentin parecía una criatura a su lado; el príncipe Verj tenía, al menos, veinte centímetros de altura más que él, sus brazos eran del doble de los de Quentin y, además, era un maldito príncipe. Aun así, el príncipe le parecía tosco, lento e inútil después de recordar la agilidad con la que Quentin redujo la distancia que los separaba y la rapidez con la que lo golpeó.

—¡Quentin! —exclamó, pero ni ella misma pudo oírse. Tal vez solo lo pensó.

Todo en la tienda era un caos. Los sitnorenses y los tesarianos estaban a un paso de destruir el campamento entero y faltaba que Quentin o el príncipe dieran un solo golpe más para comenzar a darse puñetazos unos a otros. Iskánder sorteó las mesas que lo separaban para llegar hasta Quentin al ver que Brodoslaw, el mago del príncipe, se acercaba a ellos también.

La mayor parte de las madres y algunos padres comenzaron a reunir a sus niños para salir de allí cuanto antes. Vio a Josh decirle a Ara que se fuera con la bebé, aunque ella se quejaba, al parecer, por no querer marcharse. Vio a Tino de pie junto al rey, los dos con los rostros

inexpresivos. Vio a un montón de soldados acercarse al príncipe Verj, pero él los detuvo con un gesto.

Zelig, sin embargo, ignoró su orden y se paró a su lado. Fue en ese momento cuando Josh cruzó la mesa de un salto y se ubicó junto a Quentin.

—¿En serio quieres hacer esto? —preguntó el príncipe—. ¿En serio quieres humillarte frente a todos?

Lo sujetó del chaleco de cuero e hizo que cruzara por sobre la mesa, para su asombro. Lo movió como si fuera un perro flaco, pero no por eso se acobardó, al contrario, sonrió y le apartó las manos.

—Después de haber enfrentado a Morgana Rostur y a Islery, hace falta más que un principito de mierda para asustarme.

La tienda había quedado en silencio después de que Quentin golpeó a Verj, pero en ese momento, todos reaccionaron y se oyeron movimiento de bancos, murmullos y gente que corría. La escolta del príncipe se acercó, Zelig entre ellos y el hermano del príncipe se paró a su lado. Dijo algo en tesariano y Verj contestó moviendo la cabeza.

—Me pido al demente —dijo Josh en voz baja y Quentin sonrió.

—¿Cuál es tu problema? —preguntó Verj—. Dejamos la comodidad y la seguridad de nuestros hogares para ayudarlos…

—¿Ayudarnos? —preguntó Josh, incrédulo—. ¿Es una broma? Podríamos haberle dado paso a Pyebra para que arrasaran con su comodidad y su seguridad.

Zelig avanzó hacia Josh y él respondió de la misma forma, aunque Quentin lo detuvo poniendo un brazo delante de su pecho.

—Mantén a tu bestia controlada —dijo Quentin al príncipe—, o yo dejaré de controlar a la mía y no creo que eso te agrade mucho.

Verj tomó a Zelig del cuello de la chaqueta y lo hizo retroceder.

—No respondiste, sitnorense.

—Mi problema es… que acabas de faltarle el respeto a mi prometida.

—No sabía que hacer un brindis por ella era una ofensa —contestó sonriendo de lado.

—*¿Estás bien?*

—*No te distraigas.* —Fue su única respuesta.

—Besar su mano sí lo es, más cuando no tienes ninguna clase de relación con ella.

—Soy su príncipe —respondió, y la soberbia en el tono de su voz solo aumentó el deseo de Quentin de romperle toda la cara.

—¿Y eso te da el derecho?

—Me da el derecho a hacer lo que desee con mis súbditos.

—Maldito hijo de… —Quentin no volvió a pensarlo, directamente le dio otro puñetazo más. Zelig no tardó nada en avanzar hacia Josh, que tampoco tuvo ninguna clase de miramientos y lo dejó tendido en el piso de un solo golpe.

Verj se distrajo por un muy breve instante al ver a Zelig caer, y Quentin aprovechó para volver a golpearlo, aunque en esa ocasión, su puño le rompió la nariz.

Esta vez los guardias desoyeron al príncipe y lo rodearon para alejarlo, mientras que otros se lanzaban todos a la vez sobre Quentin.

La tienda, mientras tanto, se convirtió en una batalla campal, y volaban puñetazos y sillas en todas direcciones; lo mismo hicieron los soldados de la Guardia Real cuando Quentin los apartó a todos a la vez y cayeron de espaldas al piso.

Tino apareció frente a él en ese instante y lo detuvo.

—¡Contrólate, *reznic*!

—Quítate o te voy a romper la nariz a ti también.

Tino rio, lo tomó de los hombros y se lo llevó de allí, para dejarlo en el puesto de guardia de Astor, en el norte de la capital.

—*Irré* por los demás —dijo y desapareció.

—Y yo soy el inconsciente —dijo Astor, que estaba sentado sobre la hierba a la sombra de un árbol.

—¡Ese maldito Verj! —Quentin comenzó a caminar de un lado al otro, mientras abría y cerraba las manos—. ¿Por qué demonios me sacaron de allí?

—¿Acaso quieres que la tomen con Ilsa? ¡Cálmate!

—¡Maldito sea! —Se detuvo y apuntó a Astor con un dedo—. Si llega a ponerle un dedo encima, voy a exterminar a todos esos condenados tesarianos.

—Tienes que controlarte, Quentin, no puedes ir golpeando a todo el que se te cruza si te cae mal —dijo el niño con calma y Quentin retomó su andar de un lado al otro. No quería calmarse, quería volver a golpearlo—. Piensa en lo que podría ocurrir ahora. El tipo es el Segundo Príncipe y tiene toda la autoridad de ordenar a Ilsa permanecer allí.

—Voy a incendiar el campamento entero si…

—¿Quieres callarte? Ella tendrá que obedecer a Verj, o la cazarán como a una delincuente por desobedecer a la corona, ¿eres consciente de eso?

—Tendría que haberlo matado —aseguró mientras miraba a su hermano.

—¡Por todos los cielos, Quentin, no estás pensando en lo absoluto! Soy el primero que quiere que Ilsa esté a salvo, y si pretenden hacer algo así, voy a ir yo mismo a tirar el maldito Palacio Dorado abajo, pero no lo pongas más difícil. No ayuda en nada que no puedas quedarte quieto y callado solo porque…

—Avergonzó a Ilsa frente a todos, besó su mano como si fuera… No sé, su prometida o algo así, y dijo que podía hacer lo que deseara con sus súbditos, ¿cómo querías que…?

—Vamos. —Astor tendió la mano y sus ojos tenían dos colores distintos. Quentin detuvo su nervioso paseo.

—¿Qué vas a hacer? —Una cosa era romperle la cara al príncipe y otra muy diferente que Astor se enojara.

—*Hay que detenerlo, o esto va a ser un puto desastre* —dijo Iskánder a Tino al ver que la nariz del príncipe comenzaba a sangrar.

Los guardias los rodearon y Josh empezó a repartir puñetazos a diestra y siniestra, volteando hombres como si fueran espantapájaros. Quentin, por su parte, se deshizo de todos quienes estaban a su alrededor usando magia, puesto que saltaron hacia atrás y cayeron tendidos de espaldas.

Iskánder vio que el enorme mago del príncipe avanzaba con sus ojos grises y relucientes puestos en Quentin, por lo que se apresuró a llamar su atención. Lanzó hacia él una leve correntada eléctrica, no dañina, pero lo suficientemente molesta como para que dejara a Quentin en paz. Y se arrepintió al instante de haberlo hecho. Al comenzar un ataque, le daba vía libre al gigantón para que respondiera de la forma que quisiera.

—*Lo* llevarré *con Astor* —dijo Tino.

—*¡Bien!*

De las manos de Brodoslaw nacieron unos lazos verdosos que parecían tener toda la pinta

de que iban a cortarlo al medio, por lo que Iskánder hizo un escudo y sus látigos se convirtieron en hilachas de luz que se dispersaron en el aire al impactar contra su defensa.

—Espera un poquito —dijo Iskánder en tesariano y el hombre arrugó el entrecejo—. Nada más quería alejarte de Quentin, no tenemos que matarnos por eso.

—Golpeó al Segundo Príncipe y eso lo hace merecedor de una paliza. Si tú lo defiendes, la paliza será para ti.

—Está bien, como prefieras. —Iskánder encogió los hombros y, además de reforzar su escudo, hizo una esfera translúcida que arrojó a la cabeza del mago. Esta se cerró en su cuello e Iskánder extrajo todo el aire de ella, por lo que el hombre comenzó a ahogarse de inmediato al no tener manera de respirar. Su rostro enrojeció de forma alarmante y parecía que los ojos se le iban a salir de las órbitas de lo mucho que los abría, como si con eso lograra que algo de aire entrara en su cuerpo. El hombre cayó de rodillas y comenzó a rascarse las mejillas y los labios con desesperación, intentando romper de alguna forma la magia de Iskánder.

Brodoslaw se desmayó apenas unos segundos después, e Iskánder dejó ir sus poderes.

—*¡Iskánder!*

La señorita Ilsa estaba rodeada por los hombres del príncipe y la sujetaban de los brazos. La arrastraban hacia Verj, por lo que creó una maraña de sogas de luz azulada que se enroscaron en los cuellos de los guardias. Iskánder movió las manos y estos fueron a parar al otro lado de la tienda, para caer sobre los soldados sitnorenses y tesarianos que se estaban golpeando entre ellos con mucha dedicación.

Ilsa corrió hasta él y se la veía en pánico.

—¿Se encuentra bien? —preguntó y ella asintió—. ¿Le hicieron daño? —Ilsa negó como respuesta—. Me quedaré con usted aquí y no dejaré que nadie se le acerque.

—Gracias —murmuró—. Se llevaron a Josh.

—Lo vi, pero tenía al otro grandote encima y no sabía si podría con las dos cosas a la vez. Puesto a elegir, preferí encargarme de él —dijo y señaló al mago inconsciente.

—Si llega a venir Leyna, será un desastre.

—Espero que Tino… Oh, ahí está. ¿En qué momento llegó?

—Cuando hablabas con el grandote apareció junto al rey.

—Vaya. Ojalá que tu rey haga uso de su autoridad y les ordene que se calmen, porque si Astor llega a enojarse, no va a quedar ni un puto cabello rubio en Thoria.

—Ni gris. *Shrakjta*, llegó Leyna.

—Hablaré con ella —dijo y, luego, le habló a la maga—. *Leyna, no queremos que esto pase a mayores, por favor. Intenta calmar a tu gente.*

—*El demente de Guna golpeó al príncipe.*

—*Sí, bueno… Se lo merecía por querer adueñarse de Ilsa.*

—*Está en todo su derecho y nadie puede cuestionarlo.*

—*Quizás en Tesar, pero aquí no. La señorita Ilsa…*

—*Es una vergüenza para Tesar, de todas formas, desde el primer día que llegó.*

—*Seamos razonables.*

—*Mantente fuera de esto si no quieres salir herido, Iskánder.*

—Demonios, no se puede razonar con ella tampoco. Le diré a Tino que nos saque de aquí.

—Espera, ¿y Josh?

—Podemos venir por él después.

—¿Y si lo golpean más?

—No sabemos qué tan mal la esté pasando ahora mismo y tampoco podemos hacer nada

por él, de momento.

—No te muevas, Quentin y Astor vendrán hacia aquí.

—Sí que va a ser un puto desastre…

Quentin y Astor se presentaron en la tienda. Iskánder estaba junto a Ilsa, con los ojos encendidos y una esfera de luz en cada mano, cuidando que nadie se acercara a ella.

—¿Estás bien? ¿Te hicieron algo? —preguntó ni bien la vio.

—Estoy bien.

—Quédate aquí —dijo en voz baja y, luego, se dirigió a Iskánder—. Gracias. —Le dio un leve golpe en el hombro y él asintió. Quentin avanzó hacia donde se encontraba el príncipe con su nariz rota y sangrante—. ¿Dónde está Josh?

Leyna se puso delante de Verj y lo miró como si quisiera arrancarle las entrañas con las manos.

—Bajo custodia —respondió la maga.

—Tráiganlo ahora mismo —murmuró Astor.

—Considerando que atacó a uno de los guardias de… —comenzó Leyna.

—Libérenlo —ordenó el rey.

—¡Ogdev! —se quejó la maga.

—Retírate, Leyna. Verj, largo de aquí tú también. Traigan al señor Pronees de inmediato —dijo Ogdev a sus guardias y parte de ellos se retiraron de la tienda. Sus hermanos no movieron ni uno solo de sus músculos para obedecer, aunque tampoco intervinieron otra vez—. Mis más sinceras disculpas por el incidente.

—¿Incidente? —preguntó Quentin, pero Astor se adelantó para responderle al rey.

—Lo mismo digo, su Majestad. Nos iremos de aquí y evitaremos regresar, en lo posible.

La guardia llegó trayendo a Josh, que tenía las manos encadenadas y el rostro enrojecido y algo hinchado por los golpes. Astor movió un solo dedo y lo liberó de sus grilletes. Los guardias lo llevaban sujeto de los brazos, por lo que se los quitó de encima con un par de empujones y avanzó hasta llegar junto a Quentin.

—¿Qué demonios te hicieron? —preguntó en voz baja.

—A ellos no les fue mejor —sonrió.

—Pueden retirarse —dijo el rey a los sitnorenses, con un intento de sonrisa en su rostro.

—Con su permiso. —Astor le dio la espalda al rey y miró hacia la gente que estaba en la tienda—. Regresen a la ciudad de inmediato, el espectáculo se terminó.

—¡Sí, señor! —respondieron en una sola voz y se abrieron paso a empujones para dejar la tienda.

—Los llevaré a casa —dijo Tino.

—Vayan, yo caminaré con los soldados —dijo Astor—. Fueron demasiadas sorpresas para el día de hoy.

21

Firmamento de Thoria

—¡Ningún Astro puede cuestionar mis decisiones!

—Poner en riesgo a la humanidad es un motivo suficiente para cuestionarte y, además, detenerte.

—¡Soy el dios Efos! —rugió, y en algún lugar de Thoria, las nubes de tormenta se hicieron eco de su enojo—. Gracias a mí, esos retorcidos y ambiciosos humanos todavía están vivos. Mírenlos, constantemente buscando motivos para matarse los unos a otros. Codicia, soberbia…

—Los humanos tienen un rango emocional mucho más amplio de lo que quieres reconocer.

—Por supuesto. También sienten odio, envidia, lujuria.

—No tienes derecho a aniquilarlos.

—Si lo haces, deberás enfrentarte a cada una de nosotras, porque no dejaremos que la humanidad desaparezca por culpa de tu obstinada idea.

—Si me aniquilan, condenarán a los humanos a la extinción. No podrán sobrevivir sin la bendición de mi calor. Sinmá perderá su luz, también, y los humanos vivirán en las penumbras.

—Todas nosotras somos pequeños soles, Efos. Nuestra luz bastará para que los humanos sobrevivan.

—Ilusas.

—Yo cuestiono tus decisiones, Efos. —La firmeza de la voz de Sinmá los sorprendió—. No permitiré que extermines lo que llevó miles de años en crearse. No esta vez. Hace cientos de años que manipulas a esa pobre mujer para destruir a la humanidad.

—No sabes de lo que hablas.

—Lo sé, no soy una ignorante. Sé que hiciste de ella un instrumento de tu poder, aunque acordamos al principio de los tiempos, cuando Sheik recibió la primera bendición de nuestra magia, que no intervendríamos en las decisiones de los humanos.

—Eran las reglas, Efos —dijo una voz.

—Y las rompiste —agregó otra.

—¿Es que no lo ven?

—Lo vemos, pero no es nuestro problema la forma en que ellos solucionan sus problemas. Necesitan crecer como sociedad, necesitan evolucionar para poder dejar de lado sus instintos violentos, pero no pueden hacerlo si intentas destruirlos cada pocas centurias.

—Entonces que ellos lo decidan.

Sitnor Ciudad Capital

—Debo regresar. —Quentin buscó la puerta de salida ni bien Tino los dejó en la casa.

—Ya, Quentin… —dijo Tino, visiblemente agotado.

—La niña quedó allá, ¿cómo no voy a volver?

—¡Demonios, es cierto! —dijo Josh—. Estaba con Ara, iré contigo.

Quentin y Josh corrieron al establo a buscar a sus caballos negros y, como hacía mucho tiempo no sucedía, azuzaron a los animales para que corrieran a toda velocidad dentro de la ciudad. Al puente nuevo, amplio y robusto, lo atravesaron en apenas segundos y Luna y Magnus,

como si fueran conscientes de la urgencia de sus jinetes, volaron por los campos sembrados de pardos matorrales. Pronto, empezaron a cruzarse con los primeros sitnorenses que regresaban del frustrado festejo. Quentin pensó que los abuchearían a su paso, pero muchos fueron quienes los aplaudieron y vociferaron groserías en contra de los tesarianos; Verj no solo ofendió a Ilsa, sino que también se burló de los soldados sitnorenses por no haber podido detener a Islery. Recibir insultos de un puñado de cobardes que se tomaron cinco años para decidirse a mover el culo para salir de su hogar, era intolerable.

No tardaron demasiado en encontrarse con la larga fila de soldados, los últimos en permanecer en la tienda, y los reconocieron por sus camisas rasgadas y los rostros morados por los golpes. Ellos fueron quienes más los festejaron, sin embargo, ni Josh ni Quentin se detuvieron. No habían visto a Ara entre la larga columna de gente y la alarma crecía a cada instante.

—*Quentin, ¿qué sucede?* —preguntó Astor.

—*Ara y la niña, no las vimos.*

—*Detente y espérame, iré con ustedes.*

Quentin le hizo una seña a Josh para que se detuviera y ambos caballos comenzaron a disminuir la velocidad. Astor apareció delante de ellos y los caballos se alteraron, pero solo por unos segundos, puesto que el niño los tranquilizó. Quentin lo ayudó a montar y continuaron en otra alocada carrera hacia el campamento. Al llegar, vieron el carro de Josh en el lugar donde lo estacionaron, pero no había rastros de Ara ni de la niña.

—No, no, no. —Josh saltó al suelo antes de que Magnus terminara de detenerse y corrió hacia la enorme tienda que los había reunido momentos antes.

Astor desapareció de los brazos de Quentin y apareció unos metros delante de Josh, lo que lo hizo frenar por la sorpresa.

—Espera, tenemos que estar tranquilos —dijo el pequeño y Josh se pasó las manos por el rostro, resignado, antes de darle la razón.

—Un carajo —dijo Quentin y pasó junto a ellos para adelantarlos.

—Si no te calmas, te calmaré yo —exclamó Astor. Quentin se detuvo a mirarlo.

—No te atrevas a amenazarme, mocoso. —Lo apuntó con el dedo, molesto, y su hermano bajó la vista.

—Perdón —murmuró.

Quentin le dio la espalda y volvió a caminar hacia la tienda.

—¡Verj! —exclamó ni bien entró.

—Shhh —dijo alguien a su izquierda y, cuando se giró, vio al príncipe con la niña en brazos; sintió que su alma se escapaba de su cuerpo—. La despertarás…

—¿Dónde está mi hermana? —Quentin caminó hacia él, dispuesto a quitarle a la bebé, pero Verj se incorporó y lo apuntó con una daga.

—Si quieres a tu hermana y a la niña de regreso, la señorita Ilsa debe presentarse en el campamento tesariano y ponerse a las órdenes del rey Ogdev.

Quentin sonrió.

—Estás demente. *Kystha lazda* —dijo y Verj comenzó a gemir, porque era lo único que podía hacer. Quentin le quitó la daga, la arrojó a un lado y, luego, tomó a la niña. Descubrió las mantas y solo cuando vio su bonito y sereno rostro, pudo respirar aliviado.

—Bien hecho, Q —dijo Josh y le dio un manotazo en la espalda—. Ahora vamos por Ara.

—¿Astor? —Quentin miró a su alrededor.

—Se fue hacia el campamento. Supongo que traerá a Ara o arrasará con todo antes, no lo sé.

—Bien, vamos a divertirnos con el principito, entonces. —Quentin le dio la niña a Josh—. Aléjate, moleré a golpes a este infeliz antes de irme de aquí.

—¡Así se habla!

—*Ivnez lazda* —murmuró y Verj se abalanzó contra él al instante. Le dio un puñetazo en la nariz que lo arrojó despatarrado al suelo, pero Quentin saltó, como impulsado por un resorte, y su puño encontró rápidamente el rostro del príncipe, obligándolo a retroceder—. ¿Qué quieres con Ilsa?

Verj sonrió y se limpió con el dorso de la mano la sangre que escurría hacia sus labios.

—La pregunta sería qué no quiero con ella.

—¡Dale, Q! —animó Josh.

Verj esquivó los puños de Quentin y consiguió golpearlo en el estómago. Quentin maldijo para sí mismo al quedarse sin aire. Ni Josh lo había golpeado antes con tanta fuerza, a pesar de que ninguno de los dos tenía ninguna clase de consideración por el otro cuando entrenaban. Y Josh sí que golpeaba fuerte…

Quentin se dobló al medio, buscando respirar, y un rodillazo en la nariz lo hizo incorporar de repente. Verj lo tomó del cuello y, cuando estaba a punto de estrellar los nudillos en su rostro, Quentin se zafó de su mano y lo esquivó de milagro. Arremetió contra Verj otra vez, le dio con el hombro en medio del pecho y lo arrojó al piso. Golpeó y volvió a hacerlo hasta que, al cuarto puñetazo, unas fuertes manos lo tomaron por la espalda y lo arrojaron en contra de las mesas y sillas que había desparramadas detrás.

Se incorporó a mirar qué demonios estaba ocurriendo y vio a Josh inmóvil, a Zelig llevándose a la niña, al enorme mago del príncipe ayudándolo a incorporarse y a una decena de guardias, también.

«¡Maldición!»

—*Ivnez lazda* —exclamó mirando a Josh y su cuerpo recuperó la movilidad. Desenfundó su espada y corrió hacia Zelig sin perder el tiempo.

Una ráfaga de viento, sin embargo, levantó la tienda y la hizo volar por el aire. El conjunto de lonas, sogas y estacas se convirtió en un descomunal bollo informe que pronto se alejó de su vista. Unos cuantos se arrojaron al suelo, acobardados al no comprender lo que estaba ocurriendo, mientras que otros se agacharon para proteger su cabeza.

Quentin miró a su alrededor y vio a Iskánder parado en donde antes estaba la entrada a la tienda. Cómo había llegado, ni cuándo, no lo supo, pero se alivió bastante de verlo ahí. Continuó su camino hasta Zelig y le puso la espada en el cuello.

—Devuélveme a la niña o tu cabeza rodará por el piso en este instante.

Zelig se giró a verlo con total parsimonia y desparpajo, como si le importara un cuerno lo que estaba ocurriendo. Descubrió las mantas con tranquilidad, mientras retrocedía, tomó a la pequeña por las piernas y la lanzó a la nada, como si se tratara de un trapo sucio.

Quentin sintió que el mundo se detenía. Y su corazón y su cerebro, pero justo cuando parecía que se iba a reventar la cabeza contra el lío de mesas y sillas desperdigadas por doquier, Josh apareció en su campo visual y se arrojó con los brazos extendidos para agarrarla. Cayó de costado sobre una de las mesas caídas y se oyó el sonido de un hueso al quebrarse. Josh hizo una mueca de dolor, pero pudo proteger a la beba de golpearse. Quentin soltó todo el aire que tenía en los pulmones y miró a Zelig, que parecía… ¿decepcionado?

—Lo voy a matar —dijo Quentin y no esperó a que el demente hermano del rey desenfundara su espada. Simplemente abanicó la suya y su cabeza rodó por el suelo. El cuerpo de Zelig quedó de pie por unos instantes, pero luego se desplomó derramando sangre a

borbotones. Se oyó el rugido de frustración y dolor del príncipe Verj y Quentin lo miró, desafiante, esperando a que se lanzara sobre él.

—¡Mierda! —exclamó Iskánder. Tomó del brazo a Quentin y lo arrastró hasta donde se encontraban Josh y la niña. El aire vibró y un escudo esférico se formó alrededor del grupo—. ¿Qué puta mierda es todo esto?

—Están todos locos —dijo Quentin y se agachó junto a Josh—. ¿Estás bien?

El mago tesariano lanzó contra ellos unos rayos de luz verdosa y Quentin cubrió con su cuerpo, instintivamente, a Josh y a la niña. Sin embargo, el ataque se desintegró ni bien tocó el escudo de Iskánder.

—Creo que me rompí algo, pero descuida, la niña está a salvo.

No lloraba, pobrecita, tan solo lo miraba con sus enormes y bonitos ojos pardos, como reforzando lo que Josh dijo: «Estoy bien». Quentin asintió y miró a Iskánder.

—¿Sabes algo de mis hermanos?

—¿Qué? No, yo solo los seguí por si las cosas se ponían feas y llegué justo cuando te apartaron del príncipe de la cara destrozada.

—Tengo que ir por Ara, la tienen en algún lado —respondió, nervioso—. Nos cruzamos a Astor cuando veníamos y él nos acompañó, pero se separó de nosotros al llegar.

Iskánder se rascó la frente y, luego, se acomodó el cabello.

—Le diré a Tino que venga por Josh y la niña y te acompañaré a buscar a tus hermanos.

—Gracias, Iskánder —dijo y el mago asintió.

—Leyna estará furiosa cuando vea lo que hiciste, Quentin.

—¡Casi mata a la beba!

—Les importa una mierda, Verj solo miró a la niña volar por el aire, pero no se le movió ni un pelo. Mataste a su gemelo y le destrozaste la cara al príncipe, Leyna te va a querer cocinar vivo.

«¡Maldición!»

—¿Y tú crees que…? ¿Podrás contra ella?

—Nos puede desintegrar a los dos, para ser sincero. Puedo contra el gigantón, imposibilitarlo o matarlo, incluso, pero no creo que vaya a tener alguna oportunidad contra Leyna.

Tino apareció en ese momento e Iskánder le indicó una brecha en su escudo para que pudiera ingresar.

—¿Qué mierda hiciste? —dijo a modo de saludo, luego de ver el cuerpo decapitado de Zelig y el rostro furioso, impaciente y sanguinolento del príncipe—. No se te puede dejar solo, *reznic*, maldito seas.

—Tienen a Ara y tenían a la niña. Verj dijo que las devolverían solo si Ilsa se entregaba a las órdenes del rey.

Tino enarcó las cejas y suspiró.

—Son peor de lo que creía.

—¡Casi matan a la bebé! —continuó Quentin, cada vez más indignado—. Josh se rompió las costillas para intentar que no…

—Me lo dijo Iskánder. Los *llevarré* a casa y regreso. No se muevan de aquí.

—Tengo que ir por mi hermana.

—No te muevas de aquí, maldición, *regresarré* enseguida. —Tomó a Josh de la mano y, en menos de tres parpadeos, estaba de regreso. El mago tesariano intentó, en ese lapso de tiempo, penetrar el escudo de Iskánder, aunque sin ningún resultado. Mientras, Verj se paseaba furioso

de lado a lado, ladrando órdenes a sus soldados.

—¿Cómo hacemos? —preguntó Iskánder.

—Duérmelos a todos, *reznic* y, luego, iremos al campamento a ver qué sucedió con Astor y Ara.

—*Yavik lazda.* —Mago, príncipe y guardias quedaron inmóviles e Iskánder deshizo su escudo—. Vamos.

22

—Esperen. —Iskánder se quitó un guante—. Quentin, podemos evitar que todo esto pase a mayores. No sé en qué estado encontraremos a la señorita Ara, ni por qué Astor no está destruyendo todo en este instante. Me juego las pelotas que vieron la tienda volar por el aire, pero nadie más se presentó aquí y eso no es nada normal.

—¿De qué hablan? —preguntó Tino, pero lo ignoraron. No había tiempo de explicaciones.

—¿Crees que lo conseguiremos? —Quentin se veía a medio camino entre aterrado y desesperado.

—Me temo que sí, es un puto desastre todo. Mataste a Zelig y le reventaste la cara a Verj. Como mínimo, alguno de tus hermanos va a morir.

—¿Qué? —insistió Tino, pero Quentin se quitó un guante y, luego de limpiarse el sudor en el pantalón, tendió la mano.

—No me sueltes, hasta que no te lo diga.

Iskánder cerró los ojos y se preparó para ver la vida entera de Quentin en unos pocos instantes. Cayó de rodillas al encontrarse con el caos que eran, fueron y habían sido todas sus emociones, y Quentin lo sujetó con fuerza. Su cuerpo entero se bañó de sudor helado y sintió que se le retorcían las entrañas, como si hubiera algo que estuviera escarbando dentro de él. Vio su nacimiento, la tarde en la que Ethan fue secuestrado, su infancia, su entrenamiento obligatorio, la toma del Puente Negro, sus borracheras, los ataques de los Indignos y todo lo que sucedió con Ilsa desde el momento en que se vieron por primera vez. Comprendió en ese momento el por qué de muchas de las cosas que ocurrían entre ellos y, también, por qué Quentin casi le deja la cara hecha jirones cuando todos se emborracharon.

Iskánder se tomó unos momentos antes de hablar. Sentía su cuerpo temblar y sabía que no iba a poder incorporarse aunque quisiera. Abrió los ojos y vio a Quentin arrodillado frente a él.

—Maldición, odio hacer esto —murmuró.

—¿Ya? —preguntó Quentin.

—Ya —dijo antes de desmayarse.

Abrió los ojos otra vez y vio una infinidad celeste sobre él, salpicada por algunas hilachas de nubes, casi translúcidas, que la adornaban. Oyó el trinar de las aves, algún caballo relinchar a lo lejos y risas provenientes del campamento de los soldados. Respiró, porque no se dio cuenta de que no estaba haciéndolo. Todos eran sonidos familiares, tranquilos, pacíficos, y se dio cuenta de lo mucho que le gustaba la paz.

Sus dedos respondieron cuando los movió y acariciaron una mezcla de pastos secos y brotes tiernos. Volvió a respirar y a él llegó el olor de la humedad del suelo, mezclado con unas pocas oleadas del humo de una fogata.

—Qué bonita es la paz… —murmuró, aletargado, sin ser consciente en su totalidad de lo que estaba sucediendo más allá de su nariz.

Se estiró, bostezó y se restregó los ojos.

«¿Qué estaba haciendo antes de dormirme?»

Iskánder trató de pensar, pero las imágenes que llegaban a él eran confusas e incoherentes. Una pelea entre Quentin y el príncipe Verj. Entre Josh y Zelig. Entre él y el mago del príncipe.

—¡Por los putos dioses! —Iskánder se sentó y vio que estaba en su puesto de guardia, al norte de la ciudad. El sol estaba a medio camino hacia el cenit, por lo que era media mañana, y la

luna era un brillante círculo blanco muy cerca de él—. ¡Grandioso, carajo! —exclamó y tiró un puño al aire. Sin embargo, su rostro se ensombreció al notar que un par de estrellas eran visibles —. ¿Cómo es posible?

Se abofeteó las mejillas.

«Concéntrate, demonios» pensó en un breve lapso de lucidez. Volver el tiempo le dejaba la cabeza rara, aturdida y los pensamientos confundidos, al mezclarse los recuerdos de Quentin, lo que sucedió en el futuro y lo que estaba viendo. Hacía bastante que no lo hacía y no estaba seguro de cuál sería el instante en el que llegaría en el pasado. Al parecer, funcionó de maravillas y llegó en el momento justo. Eso o llegó tres días antes, que le había tocado guardia en el mismo lugar. O seis, tal vez. Nueve, quizás. Doce…

—Mierda, no. Que sea ese día o me voy a morir de angustia cuando tenga que revivir la muerte del Gobernador y de la señora Enara.

Iskánder se puso de pie y, al notar que estaba en perfectas condiciones físicas, se lanzó a correr hacia la capital. Tenía que hablar con alguien para saber qué día era y con Quentin, antes de que fuera un desastre todo otra vez.

—¿Ya llegó el rey de Tesar? —preguntó a un grupo de soldados que se cruzó ni bien dejó su puesto. «Espero no parecer un idiota por preguntar algo así».

—No debe faltar mucho para que lo traigan —respondió uno de ellos, sin detenerse. Al parecer, estaban muy ocupados.

Les agradeció, aliviado, al saber que sí era el día en que debía llegar. Iskánder se largó a correr y, cuando llegó al puente de piedra, admiró la hermosa obra que hicieron con Astor. Era sorprendente y parecía construida por expertos, a decir verdad.

«Somos unos putos genios».

Llamó en la casa de los Guna, pero nadie atendió, por lo que corrió al establo. Luna no estaba, así que dirigió sus pasos hacia lo de Josh, pero tampoco había nadie allí.

—Imbécil. —Se dio un golpe en la frente y le habló a Quentin por su conexión mental—. *¿Dónde estás?*

—Entrenando, ¿qué sucede?

—Voy para allá, tengo que hablar contigo.

—¿Algo grave?

—Mucho. Estoy yendo desde tu casa hacia allí.

Iskánder lo encontró saliendo del campo de entrenamiento y Quentin detuvo a Luna ni bien lo vio.

—¿Qué pasó? —preguntó luego de desmontar.

Iskánder le mostró todo lo que había presenciado su versión del futuro y Quentin no daba crédito de lo que veía. Parecía que los ojos no se le podrían abrir más, pero sí que podían; a cada instante, se espantaba más. Iskánder se tomó unos muy cortos segundos para descansar, aunque luego creyó que bastaba con que supiera que había reventado la cara del príncipe.

—Mataste a Zelig, también —agregó, por las dudas, y Quentin tuvo que sostenerse con fuerza de las riendas para no caerse hacia un lado. De hecho, Iskánder pensó que lo haría y lo tomó del brazo—. ¿Te encuentras bien?

—¿Por qué? —balbuceó, aturdido.

—Casi mata a la pequeña de Noah.

Quentin cerró los ojos y respiró varias veces antes de volver a abrirlos.

—Tengo que sacar a Ilsa de allí —murmuró cuando lo miró—, me dijo que estaba en el campamento tesariano esperando la llegada del rey.

—No creo que sea apropiado que la *saques*, porque vamos a volver a hacer lo mismo y no sé si otra vez pueda volver el tiempo. Lo aconsejable sería que ella viniera por su propia voluntad o que alguien más vaya por ella. Tú debes evitar pisar ese lugar.

—Demonios, yo sabía que ese infeliz iba a causar problemas.

—Lo sé, lo vi… cuando te tomé la mano.

—Lamento mucho que hayas tenido que hacerlo.

—Descuida —dijo quitándole importancia, aunque todo era una mierda desde el primer instante. Haber sido testigo de la impresionante conexión que Ilsa y Quentin tenían, era tan hermoso como apabullante y él no podía más que sentirse increíblemente solo y desanimado. Y un poco envidioso, también, porque no había nada peor que tener la certeza de que nunca lograría algo como lo que ellos compartían. Iskánder sacudió la cabeza y volvió a mirar a Quentin—. Perdón, es que estas cosas siempre me dejan un poco estúpido. Pasará en un rato. ¿Quieres que vaya por Ilsa? Deberás explicarle a ella luego lo que sucede. O puedes decirle a Mihaí o Ajác que vayan… Como prefieras.

—¿Puedes ir tú? Espera, ¿cómo te sientes?

—Estaba de guardia, ahora que recuerdo, pero no te preocupes, iré por Ilsa. Te avisaré si necesito algo.

—¿No quieres tomarte unos momentos?

—Mejor que vaya mientras me siento bien, no sé qué pasará conmigo luego.

—Avísame, ¿sí? —Iskánder asintió—. Tomaré tu lugar, dime dónde te encontrabas y los esperaré allí.

Iskánder le indicó cuál era el puesto y, cuando Quentin se alejó, se dio cuenta de que se había dejado a su caballo allí.

«Maldición».

Volvió a llamar a Quentin y él regresó de inmediato, desmontó y le entregó las riendas de Luna.

—Si estás nervioso, sabrá que debe apresurarse, así que ten cuidado —advirtió cuando él estaba por montar.

—Comprendo.

—¡No la golpees o será peor! —exclamó cuando Iskánder espoleó a la yegua y esta dio un salto descomunal antes de echarse a correr a toda velocidad.

«¡Mierda!» pensó cuando casi se cae de espaldas al suelo. «De verdad que Luna no necesita indicaciones».

Sin necesidad de nada más, Luna lo llevó volando por los pastizales y, antes de lo que hubiera imaginado, estaba en el campamento tesariano, justo cuando la multitud que estuvo viendo la llegada del rey Ogdev, comenzaba a caminar hacia la tienda que él hizo volar antes… O haría volar en el futuro, mejor dicho.

«Qué maldita confusión, necesito dormir para que se me acomode la cabeza otra vez» se pasó las manos por el rostro, resignado, como si con eso pudiera acomodar todos sus pensamientos, que estaban algo raros e incómodos en su propia mente.

El rostro de Ilsa mostraba aburrimiento, exasperación y ganas de escapar, todo mezclado, y su mirada cambió a preocupada en cuanto lo vio. La muchacha se disculpó con el príncipe y se acercó a él de inmediato.

—¿Te sientes bien? Te ves alterado.

—Estoy bien, pero debes inventar una excusa para regresar a la ciudad cuanto antes.

—¿Qué sucedió?

—Todavía nada, pero si te quedas aquí, ocurrirá.

—No entiendo, Iskánder, sé más claro.

—Quentin te lo dirá luego con más detalles.

Ilsa puso los ojos en blanco.

—¿Es porque le cae mal el príncipe?

—¿Qué? No, es más complicado que eso y de verdad debes regresar. Implica premoniciones y cosas así.

—*Shrakjta* —murmuró y pareció que sus lunares desaparecían junto a todo el color de su piel.

—Tranquila, podemos evitarlo, por eso es que vine a buscarte.

—¿Seguro? —Iskánder asintió y sus pensamientos volvieron a removerse en su cabeza.

—Te esperaré aquí hasta que hables con el príncipe.

—De todas formas me estaba aburriendo muchísimo.

—Aunque la estuvieras pasando grandiosamente, lo mismo te iba a llevar a la ciudad —sonrió.

—¿Me ibas a obligar? —preguntó asombrada.

—Si tenía que hacerlo, sí. Soy mago, recuérdalo.

—¿Tan grave es?

—Bastante, Quentin te lo explicará luego. Mi cabeza no está del todo bien en estos momentos y no lograría explicártelo aunque quisiera.

Ilsa asintió, regresó a hablar con el príncipe y volvió con su caballo a los pocos minutos.

—¿Qué te sucedió? —dijo cuando emprendieron la vuelta a la ciudad.

—La premonición. No es como lo que te sucede a ti, es algo que puedo controlar, en parte. Es muy raro y demasiado desagradable, pero como dije, Quentin podrá explicártelo mejor.

—¿Por qué no vino él a buscarme? ¿O por qué no me lo dijo? —preguntó señalando su cabeza.

—Porque si le decías al príncipe que simplemente querías marcharte, no te lo iba a permitir, y Quentin… —Se tomó un momento para pensar—. No puede pisar el campamento tesariano o será un puto desastre. Ya lo vi.

—*Shrakjta*, Iskánder, dime qué viste.

—Uff —resopló—, qué impaciente. ¿No dije que me dolía la cabeza?

—No.

—Bueno, eso… Y estoy confundido y raro.

—Ya eres raro.

—Bueno, más de lo habitual, entonces. Qué desagradable eres, también.

—Perdóname, no quise ofenderte.

—Da igual. Apresúrate, porque siento que en cualquier momento me voy a desmayar. Necesito dormir urgente. —Iskánder movió apenas las riendas y Luna se largó a la carrera, pero no a la misma velocidad que antes, ya que parecía que no quería dejar a Ilsa atrás.

23

—Jamás imaginé que alguien podría tener un poder como el de Iskánder. —Ilsa estaba sentada sobre la hierba, con los ojos puestos en su antebrazo mutilado.

—Somos los únicos que lo sabemos, aparte de él, así que por favor no se lo digas a nadie.

—Descuida… Debe ser horrible volver el tiempo.

—E incómodo ver la vida entera de otros.

—Es un poder de lo más extraño. Si lo piensas, es acorde a Iskánder…

—Es un gran sujeto, a pesar de sus rarezas.

—Lo sé, aunque a veces no lo comprendo. —Quentin encogió los hombros, a falta de algo más qué decir—. ¿Y no sabes qué hicieron con Ara y Astor?

—Iskánder no lo supo, regresó antes de que las cosas fueran peores. Ahora ellos están en casa; Ara y la niña duermen y Astor está leyendo.

—Gracias a Sinmá.

—Tenemos que encontrarle un nombre de una vez. —Quentin, recostado sobre la hierba, se masajeó la frente. Sus ojos estaban perdidos en el profundo celeste que se veía entre las ramas casi desnudas de los árboles. El sol a la derecha y una luna casi translúcida muy cerca—. Dime alguna palabra de algo que sea lindo en tesariano.

—¿En serio? —sonrió.

—O en pyebrano… Es que ya no se me ocurre nada. O un nombre pyebrano, porque Enara era de allí. Dunayar significa sol naciente, según me dijo ella… Algo así necesitamos para la niña, también.

—Eso tiene más sentido, déjame que piense… Sira, Ihana, Sa…

—¡Ese! —Quentin se incorporó—. Ihana. Me gusta, ¿qué significa?

—Felicidad.

—¡Demonios, sí! A ver si alguien en esta condenada familia es feliz de una vez —dijo e Ilsa se largó a reír. Quentin volvió a sentarse, aunque esta vez junto a Ilsa—. La extraño un montón, ¿cuánto tiempo necesitará para dormir Iskánder? Ya quiero irme a casa.

—Ve, yo me quedo.

—¿Segura? —preguntó, ilusionado, aunque no se movió.

—Sí —sonrió—, te avisaré si veo algo raro. De todas formas, los tesarianos están antes, entre Pyebra y nosotros.

—A menos que tengamos la misma sorpresa que en el Puente Negro…

—No creo que esa vieja pueda hacer mucho estando sola, o hubiera venido hacia aquí a buscar a Islery cuando Tino la trajo.

Luna, que pastaba cerca de ellos, comenzó a resoplar y a golpear la tierra con los cascos. Pronto, el caballo de Ilsa la imitó y Quentin se levantó para ir a verlos, por si había alguna serpiente cerca. Luna subía y bajaba la cabeza, inquieta. El caballo de Ilsa se levantó en sus patas traseras y, de no haber sido porque estaba atado a la rama de un árbol, se hubiera ido, puesto que tiraba con fuerza de los amarres.

Quentin se acercó a Luna, a quien nunca sujetaba, pero cuando quiso tomarla de las riendas, la yegua se largó a correr, encabritada, dando coces y relinchando.

—¡Luna! —El caballo de Ilsa terminó por arrancar la rama y se escapó, en el mismo estado de nerviosismo que Luna—. ¿Qué demonios…?

—¡Mira!

Quentin se giró para ver a Ilsa y ella señalaba hacia el cielo, oscurecido por cientos o, tal vez, miles de aves que revoloteaban sin rumbo fijo, trinando enloquecidas.

Un susurro extraño comenzó a oírse en el aire y a Quentin se le erizó la piel. No pasó mucho hasta que la tierra comenzó a vibrar bajo sus pies, aunque era algo leve, casi imperceptible, como si se tratara de un leve mareo. De las entrañas de la tierra surgió un murmullo ronco que fue acallando a todos los demás sonidos a medida que se hacía más fuerte. No comprendían qué estaba ocurriendo, pero se tomaron de la mano y caminaron, apresurados, hacia la ciudad. Ni siquiera se les pasó por la cabeza hablarles a los otros magos para ver si alguno sabía qué estaba sucediendo.

La tierra dejó de hablar y las voces alteradas y asustadas de las personas poblaron el aire. Quentin e Ilsa se soltaron y comenzaron a correr, entre caballos desbocados, gente en pánico y animales inquietos, que corrían en distintas direcciones. Todos ellos.

Un sacudón de la tierra los obligó a detenerse y vieron que las ramas de los árboles, apenas pintadas con algunos brotes verde pálido, se sacudían de lado a lado con violencia. Los faroles de las calles se balanceaban en sus postes y se oía el tintinear de las campanas que colgaban en las puertas de las casas.

—¿Qué ocurre, Quentin? —preguntó Ilsa, aterrorizada. La miró y negó con un gesto, pero volvió a tomar su mano y continuaron avanzando, a pesar de que todo se sacudía, que el camino era inestable y que tenían tanto miedo como todos los demás.

El aire se sentía pesado y opresivo, entre el miedo que inundaba todo y el polvo que había comenzado a levantarse. Algunas casas crujieron y otras se desmoronaron, aumentando el temor de los ciudadanos y de ellos mismos, también.

—La niña… —dijo Quentin y, arrastrando a Ilsa tras él, se largó a correr hacia su casa.

Cuando llegaron, encontraron que estaban todos afuera y Ara abrazaba al bulto de mantas con fuerza. Se la entregó a Quentin y él se apresuró a descubrirla. Sus ojos pardos lo miraron, sin transmitir nada más que una completa apatía.

—Todo estará bien —dijo y le dio un beso en la frente.

—Tengo que irme —dijo Ara.

—¿A dónde? Es todo un caos —dijo Astor.

—No lo sé, a ver si alguien necesita ayuda.

—No —dijo Quentin—. Nos quedaremos aquí y esperaremos a que la tierra deje de temblar.

—Tengo que ir por Josh. Quiero… —Ara los miró con temor y desesperación—. Si algo malo pasa y se termina el mundo, quiero estar con él.

—¿De qué hablas? Todo estará bien —dijo Ilsa.

—Ya pasará —insistió Quentin, aunque ni él mismo lo creía. Ara negó con la cabeza, se acercó a él y lo abrazó.

—Te amo, hermano, no lo olvides nunca.

—Ara…

Ella se agachó junto a Astor y lo abrazó, también.

—Fuiste un cabrón toda tu vida, pero lo mismo te amo, no lo olvides.

—Iré contigo, me aseguraré de que encuentres a Josh —dijo el pequeño y ella asintió. Se separó de Astor y abrazó a Ilsa. Le dijo algo al oído e Ilsa la sujetó con más fuerza.

—Tengan cuidado, por favor —dijo Quentin, pero sus hermanos se marcharon sin decir nada más—. ¿Tú crees que…?

—Sí —murmuró Ilsa, le tomó la mano con fuerza y señaló hacia el sol.

El brillante Astro se encontraba a mitad del cielo y parecía que estaba rompiéndose, si eso era posible. O expandiéndose. O tal vez, acercándose. O todo a la misma vez. Quentin no lo tenía claro, pero parecía que se acercaba a la tierra y, a la misma vez, que se estaba rompiendo en miles de trozos de fuego.

—Por todos los cielos, la profecía de la luna roja, Ilsa —balbuceó y ella le enterró las uñas en las manos—. Tenemos que irnos.

—¿Hacia dónde? ¿Dónde encontraremos un lugar para resguardarnos de eso? —preguntó sin quitar la vista del sol.

—No sé, no lo sé.

El día comenzó a volverse oscuro, entre nubes de polvo y pánico. Parecía que el sol se estaba apagando, de alguna forma, y Quentin volvió a mirar al cielo, aunque no quería hacerlo. Un negro círculo se interponía entre el sol y el mundo y él se preguntó si así era como se terminaría todo, si era así como los Astros decidirían terminar con su ciudad, con sus vidas, con su mundo.

—Ilsa. —Quentin la miró y ella lo abrazó—. Te amo con todo mi ser. Si este es el último instante que tenemos, quiero que lo sepas.

—No puede ser el último, Quentin. Dime que no. Dime que no sufrimos tanto en vano.

—Perdóname. —No podía dejar de pensar que había sido su culpa, que todo eso estaba ocurriendo porque él no fue capaz de controlarse en el futuro que Iskánder vio, que los Astros estaban cobrándose una vida entera de malas decisiones.

En ningún momento creyó que él no había sido el único que provocó su ira.

—No es tu culpa, Quentin.

Un zumbido, o tal vez un rugido, los aturdió y ambos agacharon la cabeza. Ilsa gritó y se aferró a él con más fuerza, pero Quentin levantó la vista para ver qué estaba ocurriendo, puesto que todo se había vuelto luminoso, de repente. Una inmensa bola de fuego surcaba el cielo y parecía acercarse, aunque a la misma vez no lo hacía.

—*¿Ethan?* —No había querido alarmarlo, pero el cielo les estaba por caer encima y, si era su final, quería despedirse de él.

—*Agradezco a la vida y a los dioses por haberlos conocido, Quentin.*

Quentin frunció el ceño.

—*¿Qué sucede allí? Aquí la tierra no ha dejado de temblar y ahora…*

Erjathá, Pyebra

—… *El sol se está despedazando* —finalizó la oración.

—*¿Qué sucede, Ethan?* —Quentin se oía aterrado y sintió deseos de regresar de inmediato a Sitnor Ciudad Capital con él.

—*Efos, dios Sol, quiere destruir a la humanidad, pero los demás Astros intentan impedirlo. Sinmá, la Luna, está luchando contra él, a pesar del amor que la une al Astro Mayor.*

—*¿Cómo que quiere…? Los dioses, entonces, ¿sí existen?*

—*Se están matando por nosotros en este instante, Quentin, claro que existen.*

Quentin hizo silencio por unos momentos.

—*Hay cabañas incendiándose, maldición. Te hablaré luego.*

—*Espera, ¿cómo están los demás? ¿La niña?*

—*Estamos todos con el corazón en la boca. Ara fue por Josh, Astor la acompañó. La niña… Bueno, no es que ponga mucha atención a lo que ocurre, en general. Solo está; dormida*

o despierta, pero nada más.

—Me gustaría estar con ustedes.

—Tienes a tu familia allí, Ethan, y ellas llegaron antes a tu vida, se eligieron y se amaron antes de que supieras de nosotros.

A Ethan se le estrujó el pecho. Tenía el corazón dividido, otra vez.

—Fue un honor y un gusto inmenso haberlos conocido, Quentin. Espero que…

—Nos veremos pronto, estoy seguro. Cuídate.

—¿Y si no?

Silencio, una vez más, que pareció eterno.

—Estoy orgulloso de ti, Ethan.

—Perdóname por todo lo que no pude evitar —dijo al pensar en lo que Islery le hizo y en que lo había dejado solo en Sitnor cuando eran niños.

Más silencio.

—Te perdono por todo lo que creas que hiciste mal —dijo con la voz rota.

Un estruendo reavivó el caos del exterior y Lena rompió a llorar, desesperada. Ethan miró hacia afuera y vio que el fuego se alzaba a pocas calles. Inmensas llamas acariciaban las nubes negras que pintaban el cielo, tiñéndolas de rojo y de desesperanza.

«Por Sinmá».

Regresó al medio del templo y se sentó junto a Vila, que murmuraba oraciones a la diosa Sinmá en voz baja. Lena estaba a su lado, pero se abrazó a su cuello ni bien Ethan se acomodó.

—Todo estará bien, la diosa Sinmá cuidará de nosotros —murmuró Ethan.

—Pero eso no lo hace menos aterrador. Hay gente afuera que está muriendo y eso duele muchísimo. No poder ayudarlos, no poder hacer nada por ellos.

—Ya lo sé, pequeña.

—Son buenas personas, Ethan…

—No podemos intervenir, si salimos del templo, moriremos.

—La tía Ara va a morir, ¿verdad? —Lo miró a los ojos y él no fue capaz de sostenerle la mirada—. No le di nunca su falda bordada… —sollozó y se cubrió el rostro con las manos—. ¿Por qué nosotros podemos vivir y los demás no?

—Porque así lo decidió Sinmá, Lena —dijo Vila—. No somos nadie para cuestionar las decisiones de la diosa.

24

Sitnor Ciudad Capital

Ara y Astor encontraron a Josh mientras caminaban hacia el campamento del ejército, al otro lado del río. Se veía en pánico, como todos, con los ojos muy abiertos, buscando algún rostro conocido entre la marea de gente que corría de un lado al otro. Verlos alivió, en parte, sus miedos y quiso sonreír, aunque solo se dibujó una mueca en su rostro.

Ara se abrazó a él y Astor se alejó en silencio. Fue fácil perderse entre la gente y, aunque su corazón se resquebrajó al oír a su hermana llamarlo, no regresó con ellos. No volvería a verlos, lo sabía, pero sería mejor así, sin un último abrazo, sin despedidas, sin intentar buscar palabras que no lograran describir lo que sentía. ¿Cómo podría explicarles? Acababa de ver a la Dama, acompañada de toda su oscuridad, caminar entre las personas que buscaban la forma de llegar a sus hogares.

Corrió de regreso a la ciudad y la vio de nuevo poco después de cruzar el puente. La vio detenerse. La vio levantar los brazos. La vio mirar al cielo y él la imitó. Vio al sol expandirse. Vio inmensas bolas de fuego que caían. Vio a la luna interponerse entre el sol y el mundo.

—¿Luna? ¿Qué hago?

—Detenla, Astor Guna.

—Tengo miedo.

—Lo sé.

—El sol me aterra, luna. Dice cosas que…

—Lo sé. Yo cantaré para ti y tú lucharás por tu mundo, con mi fuerza y la de los Astros.

Y su canción le llenó el corazón de seguridad y coraje.

Astor desapareció, para aparecer por un breve instante junto a la Dama. Se abrazó a su cintura y la sacó de allí.

Cayeron a mitad de un polvoriento camino, en el aire. En Sitnor, probablemente. O Tesar. No sabía con certeza, puesto que no pensó a dónde llevarla, tan solo recordó algún lugar lejos de allí. Rodaron en la tierra. La mujer se quejó. El niño corrió para alejarse de ella.

—¿Esto es con lo que Sinmá pretende detenernos? ¿Un niño?

Astor estaba aterrado. Sin Onix, la confianza que tenía en sí mismo se reducía a una nada absoluta y dolorosa. Onix fue su compañero, su guía, su maestro, pero ya no estaba para dirigirlo, para hacerlo entrar en razón, para aconsejarlo, para decirle qué hacer y en qué preciso momento.

No respondió. ¿Qué podía decirle? ¿Qué era poderoso? La mujer le llevaba siglos de ventaja, de estudios, de manipular la magia de su Astro como nadie lo había hecho antes.

Trató de recordar entrenamientos, lecciones, sus enfrentamientos con los Indignos. Todo. Algo. Algo de lo que asirse para no desaparecer de allí y dejarla libre para que destruyera Thoria.

Se tardó, por supuesto. Fue lento y la Dama entró en su mente sin hacer un mínimo intento de contener toda la furia y resentimiento que estaba sintiendo. Sin embargo, sus emociones se congelaron al ver el desierto en la mente de Astor. Se transformaron en confusión y desconcierto y Astor se alegró por ello.

Tino le habló de su enfrentamiento con la Dama y Astor tuvo en sus manos una herramienta para enfrentarla. En el desierto de su mente, la Dama apareció tal cual era. Anciana, decrépita.

Astor, en cambio, replicó una imagen de la joven Vanya que Tino vio cuando entró en los confusos escenarios que recreaba la mente de la mujer.

La confusión de la Dama aumentó. A su vez, Astor creó una ilusión de la joven en el exterior, para que la Dama no pudiera escapar de ella de ninguna forma.

—No eres real —gruñó la Dama.

—¿Qué has hecho con tu vida, Vanya?

—No me hables, no lo entiendes.

—Tenías un propósito, ¿en qué momento…?

—¡No! No lo entiendes. Aleksy… —Sus emociones se volvieron un caos al mencionar ese nombre y Astor, una vez más, aprovechó esa confusión para entrar en la mente de la Dama. No le costó mucho acabar con sus murallas, con su imagen mental, con su laberinto lleno de Indignos, con sus demás murallas. Sufría y el dolor era su debilidad. No podía concentrarse en lo que Astor estaba haciendo, puesto que sus emociones estaban descontroladas.

Al derrumbarse el último muro, un inmenso remolino de recuerdos se apareció frente a él y el niño corrió, apresurado, entre millones de fragmentos de su vida.

—¿Aleksy qué? —preguntó la joven Vanya con inocencia, invitándola a continuar y la Dama entristeció.

—Era tan pequeño…

—¿Qué sucedió? —preguntó con cierta alarma, como si su joven versión también lo hubiera conocido y estuviera preocupada por él.

—No pude detenerlos —balbuceó la Dama. Cayó de rodillas, tanto en la realidad como en su imagen mental. Sus manos arañaron la tierra, la arena. Se aferraron a un montón de polvo que se escapó de entre sus dedos.

Astor, mientras, continuó buscando.

«Aleksy. Aleksy. Un niño. Un niño tesariano. Tiene que ser rubio» se decía mientras analizaba una cantidad imposible de recuerdos teñidos de sombras.

—¿Qué le hicieron? —Necesitaba tiempo para encontrar quién era Aleksy y, mientras la Dama continuara sumergida en su pesar, no se fijaría en él.

Navegó en las oscuras profundidades de la mente más atormentada que alguna vez hubiera visto y encontró, al fin, a Aleksy.

Astor vio. Sintió. Comprendió. Entendió su ira, su decepción, su frustración. Había tanto dolor en esos recuerdos, tanta desolación y desesperanza, que estuvo a punto de dejarse caer allí, mezclarse en ellos, ser parte él también de la miseria en la que vivía la Dama de la Cueva desde el instante en que sacrificaron a su hermano.

Una estrella nacida como humano. Un ritual macabro. Un niño muerto. Un Indigno. La fijación que tenía la Dama con Tesar, su obsesión por los Indignos, por distribuirlos en todo lugar donde pisara… La única forma que conocía para que volvieran a ser Astros, era que otro mago acabara con ellos y ella no podía, al parecer, destruirlos a todos.

Astor salió de allí de inmediato, puesto que si permanecía en su mente un minuto más, sucumbiría al dolor de la vieja mujer.

—Podrías haber pedido ayuda —dijo la Vanya joven.

—¿Quién iba a escucharme? Éramos huérfanos, vivíamos en una cueva apestosa. A nadie le importó lo que sucedía con nosotros, lo sabes. —La Dama se incorporó, alarmada. Se recompuso de inmediato. —. ¿Cómo lo sabes?

Notó que su mente estaba destruida, que sus defensas habían caído y que Astor sabía todo.

La mujer gritó y Astor quiso, una vez más, desaparecer de allí.

—*Renuncia a la magia del Sol, Astor Guna, o no podré protegerte* —dijo la voz de Sinmá, apresurada, y su cuerpo se estremeció.

—*Perderé mis poderes.*

—*¡No lo hagas!* —exclamó el Sol, furioso.

Astor se tomó la cabeza con ambas manos. Ser testigo de la furia de un Astro era lo peor que alguna vez hubiera experimentado. Peor que la tortura de un Indigno, peor que la muerte de sus padres, la de Noah y la de Enara. Comenzó a llorar por el dolor que se extendió por su cuerpo y por la confusión de su mente.

—*¿Prefieres tus poderes o tu vida, pequeño? Hazlo ya mismo, cuidaré de ti unos instantes, mientras dure el malestar.* —La Luna era paz, su voz era calma y Astor se dejó arrullar por ella. Confió sin dudarlo y obedeció a su orden. El Sol rugió, frustrado. Descargó su desgracia y su ira en él, pero no pudo negarse a los deseos del niño y se retiró, dejándolo aturdido, vacío y sufriendo. Debía recomponerse rápido. Quería hacerlo. Tenía que hacerlo.

Cuando volvió en sí, vio a la Dama con sus manos extendidas hacia él. Su magia manaba a borbotones desde sus dedos y chocaba contra algo invisible, a apenas un paso de su cuerpo. Astor perdió la vista en el torrente de luces, todavía algo confundido.

—*Astor Guna, debo dejarte.*

—*No…* —suplicó.

—*Cantaré por ti. Sé fuerte.*

¿Cómo serlo, si debía detener a la Dama y ya no tenía una idea certera de cuánto poder poseía? Los ojos se le empañaron y un mar de lágrimas se derramó por sus mejillas, arrastrando polvo y miedos. Se limpió el rostro con las manos, sin darse cuenta de que se ensució todavía más.

Levantó las manos, sin embargo, y se hizo cargo del escudo que lo protegía. Era solo un muro, por lo que usó su magia para cambiar su forma y, en lugar de hacer una protección esférica para él, envolvió a la Dama. Las luces dejaron de brotar de sus manos y gritó, enfurecida. Volvió a sacudir sus manos y una magia diferente salió de ellas. Eran finos haces de luz que buscaban grietas en la esfera. El rostro de la mujer era tan horrible como el de un Indigno y se le ocurrió, en ese instante, reventarla como había hecho con los crueles seres en oportunidades anteriores.

Unos rayos de luz violeta comenzaron a extenderse desde dentro de la esfera y la mujer empezó a gritar. Intentaba detenerlos, contrarrestarlos, deshacerlos, pero era imposible cuidarse desde todos los ángulos.

Astor lloraba al ver la tortura a la que estaba sometiendo a la anciana, aunque sabía que era la única forma que tenía de acabar con ella. No quería volver a entrar en su caótica mente, ni podía dejarla salir de la esfera. Estaba demasiado furiosa y tenía demasiado poder como para liberarla.

Eso, sin embargo, no hacía que fuera menos doloroso ni menos impactante. Astor incrementó la intensidad de su magia y, pronto, la lentitud de la Dama puso en evidencia sus años y sus limitaciones. La magia de Astor comenzó a herirla. Leves rasguños, cortes minúsculos, pinchazos. La magia de la anciana se agotó y sus escudos dejaron de detener a Astor. Su cuerpo explotó al recibir cientos de haces luminosos en simultáneo, y las paredes de la esfera se bañaron de sangre y de vísceras.

Astor dejó la vista clavada en la grotesca escena por más tiempo del que hubiera querido. Los trozos rojizos de la Dama de la Cueva se deslizaron por las paredes y cayeron con lentitud. Estaba atónito y no podía dejar de mirar, a pesar de que ya no quería hacerlo.

—*Tenemos que proteger Thoria.* —La voz de la Luna le activó la mente y Astor le dio la

espalda a la esfera, dejó ir su magia y se arrodilló para vomitar su asco y su culpa—. *Astor Guna, necesito de ti.*

—*No puedo* —murmuró, recargando todo su peso en las manos, que se apoyaban en la tierra reseca del camino.

—*Tienes que poder o no quedará nada en pie. Efos fue vencido, pero tu mundo aún está en peligro.*

—*No tengo fuerzas para vivir así, Luna, con lo que acabo de hacer. Déjame morir.*

—*No morirás y protegeremos tu mundo. Ponte de pie* —ordenó.

—*Ya no quiero seguir…*

—*Muere después, entonces, pero tienes hermanos que todavía están vivos y quieren seguir estándolo. Muere después, si quieres, pero no antes de acabar con esto.*

«Quentin».

Astor se limpió la boca con la manga de su abrigo y se incorporó. Por Quentin, que merecía una oportunidad. Por Ilsa, y porque era la otra mitad de su hermano. Por Ethan, y porque Quentin lo necesitaría.

Estaba agotado, pero se puso de pie. Estaba cansado de tanto dolor, pero obedeció. Quería morir, pero acudió a sus poderes. Lloraba, y su respiración entrecortada por los sollozos lo asfixiaba.

—*Haz un escudo y expándelo lo más que puedas.*

—*No podré hacerlo por mucho tiempo, mis energías ya no son las mismas y…*

—*Soy Sinmá, la diosa Luna, y mi magia es infinita, Astor Guna, pero te necesito, puesto que eres el único capaz de canalizar mis poderes en toda su magnitud.*

Astor asintió y obedeció. Otra vez.

La magia de la Luna era tan intensa, que le parecía algo que podía palparse, oírse en el aire, sentirse en la piel. Era un murmullo extraño que el viento arrastraba en palabras que no comprendía, que se condensaban a su alrededor, que se metían en su cuerpo. La magia de la Luna era todo lo que el mundo fue, era y sería. Se convirtió en luz para entrar en él y luego salir de sus manos y extenderse más allá de lo que su vista podía ver.

Así y todo, Astor vio.

Astor fue magia y vio todas las tierras hasta sus límites, todos los mares hasta que estos chocaban con otras tierras, todas las personas que no eran de Thoria, todas las islas perdidas en océanos inmensos, todas las criaturas que no conocía, el hielo condensado en inmensos bloques, luces verdes que adornaban los fríos y lejanos cielos.

Vio mares, ríos, selvas, desiertos, llanuras. Traspasó a cada persona y vivió millones de vidas en un instante. Se llevó millones de vidas a su paso, también. Dejó a los muertos en su hogar de nacimiento. Dejó animales en el lugar donde respiraron por primera vez. Iskánder, Quentin, Ilsa, Ethan, Ajác, Mihaí, Shanyi. Protegidos en esferas de luz, dormidos. Los arrastró por el inmenso continente para depositarlos en el lecho de sus padres. Otros que no conocía. Otros que apenas había visto alguna vez. Otros que no eran magos, pero que se habían ganado la protección de Sinmá, por alguna razón.

Astor fue magia y mar, fue tierra, viento y fuego. Fue miedo, muerte y cenizas. Fue pánico y esperanza. Fue oscuridad y luz.

Fue la salvación de Thoria.

Fue el escudo que protegió el mundo de los trozos de sol que se desprendieron tras ser vencido por los Astros.

Fue una nueva oportunidad para la humanidad. Fue la esperanza de los Astros de no ver

destruido un mundo entero.

Fue la muerte que arrasó con todos quienes no merecían salvación.

Fue las vidas que protegió.

Pensó que su cuerpo entero se había convertido en miles de diminutas partículas que se habían desperdigado por toda la inmensidad del universo, pero la Luna dejó de utilizarlo y Astor cayó. Rendido. Agotado.

—*Ya déjame morir, por favor, lo merezco más que antes.*

Inconsciente.

25

Aldea al sur de Sitnor

El viento helado del sur arrastraba nubes negras de polvo y humo, y la pequeña cabaña apenas resistía sus violentos embistes. Nihá rezaba en silencio arrodillada en un rincón, aunque si lo hubiera hecho en voz alta, los rugidos del exterior y el sonido de las tablas temblando la hubieran silenciado. Radjhá, mientras, se paseaba de una punta a la otra del pequeño comedor.

Nihá se puso de pie con algo de dificultad, con ambas manos debajo de su vientre, como si el niño que llevaba le pesara demasiado. Radjhá la ayudó a incorporarse y ella lo abrazó.

—Estoy muy asustaba, ¿qué está sucediendo?

—Es solo una tormenta, ya pasará.

Pero no pasó.

Una roca envuelta en llamas cayó muy cerca de su hogar y la cabaña entera se estremeció, crujió y se quejó por el viento caliente que chocó contra el aire frío del sur.

Nihá gritó y Radjhá…

Radjhá retrocedió al darse cuenta de que sus manos ardían.

No ardían de dolor, ardían en llamas. Sus dedos comenzaron a desintegrarse, aunque él no sentía nada. Las lenguas de fuego se fueron apoderando de sus brazos y corrieron, presurosas, a adueñarse de su cuerpo.

Nihá gritó, confundida y asombrada.

Aterrada.

Protegió su vientre, pero este empezó a brillar, como Radjhá. Nihá no podía reaccionar. Su hombre y su hijo se estaban incendiando y ella no lo comprendía.

Cayó de rodillas cuando el fuego de su abultado vientre empezó a extenderse hacia su pecho.

—¡Nihá! —exclamó, pero terminó de consumirse antes de poder llegar a ella. Se convirtió en hilachas de fuego que revolotearon por unos momentos con la corriente que se filtraba entre las tablas. De Radjhá quedó nada más que un par de puñados de cenizas grises que se escabulleron por las aberturas.

Nihá gritó.

Por última vez.

Campamento tesariano, Sitnor

Los cuatro hijos del antiguo rey Atkjer estaban sentados en la tienda mayor. Verj tenía una botella de ghona a cada lado. Zelig igual.

Ogdev y Leyna estaban tomados de la mano. Las conversaciones se habían terminado hacía rato. Los intentos de proteger a sus hombres también, aunque los soldados todavía corrían de un lado al otro, llevando cubos con agua para apagar los cientos de incendios que causaron los trozos de sol que caían a raudales desde el cielo.

«Una lluvia de fuego» pensó Ogdev. Ninguno entendía qué demonios estaba ocurriendo, pero ya habían visto que era el cielo cayendo sobre ellos el problema. No la Dama de la Cueva, ni los pyebranos. Los dioses, tal vez.

Verj dejó caer sus botellas y se puso de pie. Tenía la mirada más aterradora que jamás hubiera visto y, de un momento a otro, comenzó a… ¿desvanecerse? Empezó a desdibujarse, a volverse translúcido, hasta que no hubo más Verj allí. Ni Zelig.

Ogdev corrió hasta el lugar donde habían estado sus hermanos y movió las manos en el aire, intentando tocarlos. Miró a Leyna buscando una respuesta, pero su hermana no era más que una persona incandescente, cuyas extremidades se estaban consumiendo por el fuego. No gritaba, no sufría, tan solo lucía confundida.

Una fuerte correntada levantó la tienda y se llevó las cenizas de Leyna volando con ella. Ogdev sintió un horrible dolor en el pecho y, antes de que fuera capaz de entristecerse por lo que acababa de presenciar, la misma sensación que sintió al desaparecer se adueñó de él.

Los fuertes vientos helados provenientes de Tesar alcanzaron la capital de Sitnor. Arrastraban con ellos los lamentos de miles de personas, las cenizas de cientos de incendios, los jirones ardientes que habían caído a la tierra, las sombras de las esperanzas de quienes intentaban encontrar un lugar seguro donde… morir.

Tino vio cuando sus padres desaparecían frente a sus ojos y volvió a él la misma sensación de soledad y desesperanza que tanto conocía. Fueron muchos los desencantos, pero no se acostumbraba al sentimiento de abandono que lo azotaba cada vez que alguien era arrancado de su lado.

—*¿Madre?*

No hubo respuesta y el mismo silencio le respondió cuando quiso hablar con su padre.

Tantas pérdidas. Tantas lágrimas, desilusión, frustración, soledad.

—*¿Reznic?* —preguntó sin un ápice de esperanzas, un poco intuyendo que ya no habría nadie a quien acudir, teniendo la certeza de que estaba solo, de nuevo y, tal vez, para siempre.

Tino volvió a ser ese niño pequeño que regresó a Yarth Leg para encontrar a su hogar habitado por extraños, a quien los sirvientes, que lo conocían desde su nacimiento, ahuyentaron como si se tratara de un pordiosero sarnoso. Volvió a su infancia de soledad y miedo, de incertidumbre, frustración y dolor.

«¿Cuánto más?» se preguntó, sin saber que esa sería la última vez, el último desencanto, la última desilusión.

26

Tesar Ciudad Capital

Ogdev vio que estaba en la habitación en penumbras de su madre. Egil estaba allí y también Verj. Arrojados en el piso, como si fueran muñecos de trapo después de un juego abandonado a las prisas.

Corrió hacia ellos, ignorando el malestar de haber perdido a Leyna. Con la ilusión de saberlo vivo, se arrodilló junto a Verj; buscó su pulso, pero no lo encontró. Tocó a Egil y, lo mismo, estaba sin vida.

—¿Qué demonios está ocurriendo? —murmuró, aterrado.

Ogdev se alejó y corrió por pasillos y salones desiertos. Entró en todas las habitaciones y, en una de ellas, estaba el cuerpo de su padre. Frío y pálido, como sus hermanos.

No había nada más, ni nadie más.

Salió del castillo y vio que el cielo estaba oscuro. Una enorme luna apagada flotaba a mitad de la nada y un montón de estrellas estaban a su alrededor.

—¿Qué carajos sucede? —exclamó Ogdev.

Corrió a los establos y, para su sorpresa, había varias personas allí. Niños, adolescentes, adultos. Muertos todos ellos. Un caballo encabritado corría en círculos, pisando cadáveres y levantando nubes de polvillo y sangre a cada paso.

Ogdev quiso entrar en su mente para calmarlo, pero no lo logró. Su magia no funcionaba.

Habló y esperó, hasta que el animal dejó de andar. Hasta que se detuvo. Hasta que se acercó a él. Se dejó tocar y Ogdev lo abrazó. Lloró con la frente apoyada en su cuello. Hasta que sus lágrimas se secaron.

El animal se dejó montar y Ogdev lo dirigió a la ciudad. Las calles estaban desiertas y el cielo… El condenado cielo seguía igual. Negro, aterrador.

Antigua Ciudad Capital de Sitnor

Despertó en un caos de telarañas, ratas y polvo. Sentía el cuerpo entumecido y la mente confusa. Lo último que recordaba era que llovían bolas de fuego sobre ellos. Sintió sus brazos vacíos de Ihana y de Ilsa y su respiración se agitó, al igual que su sangre. ¿Quién las había arrancado de su lado?

Se levantó de un salto y miró a su alrededor. Su cuerpo se bañó en sudor al darse cuenta de que estaba en la habitación de sus padres, en la antigua capital.

«Indignos» pensó y sus manos temblorosas tomaron el amuleto que Ilsa le había dado. Estaba frío, inerte. Ya no vibraba ni se sentía real. Había vuelto a ser la misma piedra ordinaria que Quentin encontró en el camino, junto a tantas otras rocas iguales, y que puso en el bolso de Ilsa cuando regresaban de Drioed-ta.

—Quentin.

Se giró al oír a Ethan y lo miró, extrañado. Estaba sentado en un banco y miraba la cama cubierta de polvo.

—¿Qué demonios…? —Ara yacía allí—. ¿Ella…?

—Está muerta —susurró y Quentin sintió que el alma se le escapaba del cuerpo. Otra vez.

—¿Y Astor?

—No lo sé.

—¿Tu familia?

—Estarán bien, Sinmá las protegería.

—¿Por qué estamos aquí? ¿Por qué no en la otra ciudad?

—Si Efos era derrotado, todos regresaríamos al lugar donde nacimos cuando la batalla de los Astros finalizara.

—¿Batalla? ¿Qué sucedió, Ethan?

Quentin, arrastrando los pies, se sentó junto a Ara. ¿Por qué estaba muerta? Apoyó la frente en su mano y las lágrimas se escaparon de sus ojos al sentir el frío de su piel.

—Efos quería destruir a la humanidad entera y los demás Astros se oponían a él. Sinmá dijo que cada Astro protegería a su humano… Quienes no fueran magos no sobrevivirían. Efos sería destruido y, también, aquellos que tuvieran sus poderes.

—Eso no es posible, Ethan. ¿Astor está muerto?

Quentin dejó la habitación, bajó a tropezones la escalera y salió de la casa con el miedo a los Indignos aún picando en su espalda. Trató que el aire ingresara a sus pulmones, pero parecía que no era suficiente. Astor estaba muerto… Y Ara.

—Tino también, por los dioses. ¿Y Josh?

Era de noche, por lo que cruzó el patio general casi a ciegas, tropezando con cada irregularidad del terreno, para ir a casa de Josh. Tal vez él sí estaba vivo. Tenía que estar vivo, por todos los cielos.

Recorrió las habitaciones cubiertas de polvo y lo encontró en una de ellas. Frío, pálido. Sintió las lágrimas escurrirse por sus mejillas. ¿Cuándo lo había visto por última vez? ¿De qué habían hablado?

—Anoche —murmuró y sonrió, a pesar de todo—. Me golpeó cuando molesté a Ara. Por todos los cielos… —Cayó de rodillas a su lado y lo abrazó—. No puedes haberte ido, maldito seas.

Pero ya no estaba allí, ya no lo golpearía, no defendería a Ara, no se reiría de su inutilidad con la magia, no se burlaría de él.

«Por todos los cielos, Josh, ¿por qué tú también?» Le tomó una mano y recordó. Se sumergió en un infierno de memorias, aunque quemaran, lo ahogaran y lo asfixiaran. ¿Qué le quedaba ya, más que los recuerdos? ¿Qué le quedaba, más que jirones de una vida compartida con quienes amaba? ¿Qué les quedaba, más que un destino vacío, poblado de fantasmas? Hubiera sido mejor si se le hubiera concedido la paz de la muerte a él también.

Recordó todos los caminos que recorrieron juntos, todos los obstáculos que superaron. Recordó las alegrías, los miedos, las peleas, la guerra. «¿Cómo haré para seguir sin ti, Josh? ¿Cuántas veces puedo morir en un día?»

—Q, tenemos que ir por la niña de Noah.

Una más, al parecer.

Quentin se incorporó y se limpió las lágrimas, aunque estas fueron reemplazadas por otras al pensar en que Ihana podría estar muerta, también.

—¿Y si ella…? —balbuceó—. ¿Si su estrella no la protegió?

—Tenemos que intentarlo. —Ethan le dio una palmada en la espalda—. El viaje es largo. Debemos apresurarnos si queremos encontrarla con vida.

—¿Vendrás conmigo? —Fue más una súplica que una pregunta.

—Claro que sí.

—¿No te irás a Erjathá?

—Vila nació cerca de la capital e irá por Lena. Yo iré algún día, cuando estés bien, no voy a abandonarte de nuevo.

Quentin recordó a Ilsa cuando Ethan mencionó a Vila y corrió entre los oscuros pasillos de su mente hasta el salón que compartía con ella, pero lo halló vacío.

—Ilsa no está —dijo, desesperado, y Ethan lo tomó por los hombros.

—Ella estará bien, Q. Vamos por los caballos ahora mismo.

—Pero…

—Si tú estás vivo, ella también. Su estrella los protegió. Hay que ir al establo.

—Luna no nació aquí.

—¿Sabes dónde?

—Sí, en el establo del ejército. Magnus también —dijo limpiándose las lágrimas, pero, otra vez, volvió a sentirse ahogado por la desesperación—. ¿Y si Luna también está muerta?

—No lo sabremos hasta que no lo veamos.

Quentin quería golpearlo. ¿Cómo podía mantener la calma en ese momento? El mundo tal como lo conocían se había despedazado por completo. Todos estaban muertos, Ihana estaba sola, Ilsa a miles de kilómetros. Excepto por ellos, todos estaban solos. Y muertos.

¿Cuántas personas quedaban en Thoria? ¿Cien? ¿Quinientas? ¿Llegarían a ser mil, siquiera? ¿Cuánto se tardaría en encontrarlas? ¿Cómo harían para encontrarse todos los sobrevivientes, si estaban desperdigados por todo el inmenso continente? ¿Cuánto tardarían en reunirlos en una sola ciudad? ¿Dejarían de existir las ciudades después de lo que pasó? ¿Quién se ocuparía de organizarlos y de gobernar?

—No puedo con esto —dijo y cayó de rodillas.

Todo lo que pasaron, lo que sufrieron, lo que perdieron fue en vano. Todo para que los putos dioses decidieran terminar con la humanidad y borraran a millones de personas de la faz de la tierra de un soplido. ¿Qué sentido tenía el mundo? O la vida, siquiera.

Ethan lo tomó por debajo de los brazos y lo obligó a ponerse de pie.

—Levántate, maldito seas. Seguimos vivos y tenemos que ir por la niña. Piensa en ella, al menos. Si quieres caerte en mil pedazos, hazlo cuando ella esté a salvo. La llevaré conmigo, si no quieres la responsabilidad de cuidarla, pero ahora esa pequeña nos necesita.

—Ethan… —se quejó. Se sentía destruido, vencido.

—¡Somos lo único que tiene y se morirá de hambre si no llegamos a tiempo! Piensa en que no habrá adultos allí que puedan ayudarla, nadie la oirá llorar. —Ethan lo arrastró hacia afuera al ver que él no respondía—. ¿Dónde queda el condenado establo?

Señaló hacia la izquierda y Ethan, sin soltarlo, se dirigió hacia allí.

Quentin levantó la cabeza y miró. Creyó, en un principio, que era de noche, pero recordó que el sol estaba deshecho y que lo único que verían en adelante, sería oscuridad. La luz mortecina de las estrellas que se agrupaban alrededor de una luna apagada, que parecía agonizar, le daban al cielo un aspecto de constante anochecer, como cuando el sol acababa de ocultarse y ya no era de día ni de noche. Se lograban distinguir las cosas más cercanas, pero lo demás se perdía en la penumbra. Lo poco que se lograba ver de la ciudad era un desastre, tanto como él mismo.

Había cadáveres desperdigados por todo el lugar, en distintos grados de descomposición. Eran los cuerpos de quienes se rehusaron a dejar la capital cuando Noah ordenó abandonarla. Había, también, esqueletos de huesos tan blancos que parecían iluminar; eran los miles de

Indignos que los soldados pyebranos llevaron en sus espadas y en sus flechas cuando Islery los dejó allí el verano anterior.

Los edificios estaban en ruinas y parecían haberse desgranado y rodado hacia el suelo. Las rocas cubrían las calles y había un murmullo raro flotando en el aire, enredándose con el viento que arrastraba cenizas y desesperanza entre sus pies.

—Gracias a… los Astros que estás aquí conmigo. Me hubiera vuelto loco solo allí.

—No lo creo, Q, eres fuerte.

—Ya no. Están todos muertos. Josh, nuestros hermanos, Eric, Santoro… No queda nadie. ¡Tanáel, por todos los cielos! Y Tino, y vaya a saber cuántos magos más que no fueron protegidos por sus Astros. Es demasiado para mí.

—No lo pienses más. No ahora, al menos. Necesito que estés concentrado, ¿sí?

—¿Y los Indignos? —Quentin se detuvo y el miedo volvió a apuñalarlo en la espalda.

—Ya no están. —Ethan tiró de su brazo—. Regresaron a ser Astros, no quedó ni uno de ellos en la tierra. Son todos libres y nosotros libres de ellos.

Quentin suspiró y volvió a caminar. Al menos su hermano pudo darle una buena noticia. Continuaron el resto del trayecto en silencio, Quentin haciendo un esfuerzo sobrehumano para no prestar atención a lo que veía, Ethan arrastrándolo por las desoladas calles de la capital, que fue arrasada por los Indignos primero y por los Astros después.

Al llegar al establo, oyeron a través de las enormes puertas de madera a cientos de caballos alterados y el nerviosismo de Quentin volvió a dispararse. Tal vez, ninguno de ellos era Luna.

Ethan quiso abrir el portón, pero parecía estar trabado por dentro. Levantó una mano y… nada sucedió.

—Dime la palabra de poder para abrir algo.

Quentin sonrió, irónico.

—Es… —Y su sonrisa se desvaneció. No la recordaba. O no la conocía, mejor dicho. Era como si se hubiera borrado por completo de su memoria—. ¿La magia también desapareció?

—No lo creo, pero me parece que, de alguna forma, olvidamos cómo usarla.

—A la antigua, entonces…

—¿Qué?

Quentin le hizo una seña y caminó hasta donde la amplia puerta se terminaba y comenzaba el muro de piedra que rodeaba el predio.

—Ayúdame a subir.

Ethan armó un estribo con sus manos y Quentin se agarró de las irregulares piedras que conformaban la muralla para trepar hasta el borde.

—Debe haber, no sé, como quinientos caballos aquí.

—¿Ves a Luna?

—¿Ver? De casualidad me veo las manos… ¡Luna! —exclamó y silbó un par de veces, por si ella no lo había escuchado llamarla. Los caballos parecieron calmarse al oírlo, lo que era bueno, porque tendrían que liberarlos de allí y era mejor si estaban tranquilos. No tenían agua ni nada para comer en ese lugar que llevaba abandonado por meses.

Volvió a llamar a Luna y, desde el extremo más alejado, un caballo relinchó y Quentin reconoció a su yegua. Sin pensar en que espantaría a todos allí, saltó hacia dentro del predio y tanto Luna como Magnus se acercaron a él, piafando y relinchando. Parecía que estaban esperándolo.

—Mi Luna —susurró y no pudo evitar soltar otro puñado de lágrimas al volver a verla. Ella apoyó su enorme cabeza en su pecho, comprensiva—. Gracias a los dio… Malditos dioses.

Gracias a los Astros que estás a salvo.

Magnus le tocó el hombro con el morro, reclamándole atención.

—Hola, muchacho —dijo y lo acarició—. Josh no está aquí, no vendrá ya por ti, pero yo te cuidaré.

Se agachó para revisar las patas de ambos y, al sentirlas sanas, le avisó a Ethan a través de las puertas que los había encontrado.

Se apresuró a abrir lo suficiente como para que su hermano pudiera pasar y volvió a cerrar. Se aseguró de presentarle a Magnus como correspondía y a explicarle lo que tenían que hacer, para que el caballo se dejara tocar por su hermano. Después de que pareció que Magnus estuvo de acuerdo, ensillaron a ambos animales y ataron una campana al cuello de Luna. Los caballos del ejército estaban entrenados para seguir a la yegua que la portara, por lo que Quentin montó y se paseó por el predio para que todos la oyeran y la reconocieron como su guía. Cuando regresó a las puertas, la tropilla estaba calmada y lista para partir.

Ethan, montando a Magnus, fue el primero en salir y aguardó a que Quentin abriera las puertas de par en par, volviera a montar y saliera. Los dirigieron al trote por las desoladas calles hasta la entrada principal de la ciudad. Se detuvieron para abrirlas y, ni bien tomaron el camino de tierra, Luna se lanzó a correr a toda velocidad, seguida de cerca por los demás. Sin embargo, Quentin se detuvo al llegar al río y le sacó la campana a Luna.

—Morirán todos ellos —dijo mientras los animales bebían—. Sin sol, el pasto se secará en pocos días. Nosotros también moriremos cuando no haya animales que comer —agregó al darse cuenta de ello.

—No nos dejaron vivos por nada, Q.

Quentin rio. Una risa amarga y sin gracia.

—Estamos condenados. —Volvió a montar y ni siquiera esperó a ver que su hermano lo imitara. Dirigió a Luna al camino y la dejó que volara sobre la tierra suelta del camino para poder llegar cuanto antes a la ciudad nueva.

Villa Chester, Sitnor

Estaba sentado en el tejado de su casa. Las piernas le colgaban en la nada y sus ojos estaban clavados en las cinco tumbas que acababa de tapar. Cinco montículos de tierra fría que tenían a todos sus hermanos dentro.

—Qué puta mierda.

Uno de sus gatos se trepó por su espalda y se acomodó sobre su hombro. Iskánder levantó una mano y lo acarició. Otro de los felinos se acercó a su otra mano, para frotarse en ella.

—Las estrellas lo dijeron.

—Los Astros nunca mienten.

—No tengo ánimos para escucharlos, pero gracias a los dioses que están conmigo o ya me hubiera enterrado la espada en el cuello.

—¿Y si lo intentas, humano?

—¿Enterrarme la espada en el cuello?

—Ridículo humano.

—¿Qué cosas dices?

—No lo puedo creer.

—¿Cómo te atreves?

—*Inconsciente.*

Iskánder sonrió con tristeza.

—Ya lo sé, no lo iba a hacer, de todas formas. Mi vida en estos momentos es una puta mierda, pero me gusta estar vivo. Quieren que intente volver el tiempo, ¿no es así? No funciona con ustedes.

—*Busquemos a otro humano, no eres el último.*

—*Muchos Astros protegieron a los suyos.*

Iskánder lo pensó, pero no por mucho tiempo. Poseía una habilidad increíblemente asombrosa y por sus poderosos calzones que iba a utilizarla, aunque tuviera que ver muchas cosas desagradables para lograrlo. Nada, nunca, iba a ser tan desagradable como haber cavado cinco putas tumbas para sus hermanos.

—Bueno, gatitos, vamos a llenarnos bien las panzas y, después, iremos a alguna ciudad. En algún lugar encontraremos a algún otro ser humano tan condenado como yo, que quiera darnos una mano.

—*Después de la siesta, humano.*

—Cierto, después de la siesta. —Iskánder soltó un largo suspiro y se dejó caer sobre el tejado—. No sé cómo hacen los capitalinos para vivir sin siesta, la verdad…

Tesar Ciudad Capital

Despertó, desorientada y adolorida. Sentía los músculos entumecidos y la herida que le hizo Islery le ardía más que nunca. Estaba en una habitación en penumbras y el olor a moho era asfixiante.

Se apoyó en un codo, tratando de dilucidar en dónde estaba y, cuando quiso tomarse el muñón, se encontró con una mano. Su mano.

—¿Qué carajos? —Ilsa se puso de pie, tratando de comprender lo que estaba sucediendo, pero se vio caminando entre tirantes de madera caídos y muebles destrozados, entre colchones despanzurrados y basura de todo tipo. Entre cuerpos, también.

Ilsa gritó, en pánico, al pisar a alguien.

Olvidó por completo su mano recompuesta y se acuclilló junto a quien había pisado.

—¿Quentin? —tartamudeó. Buscó a tientas hasta que encontró piel fría. Helada. Quiso vomitar.

Se arrastró a ciegas para alcanzar alguna ventana, pero más piel fría se cruzó en su camino. No pudo aguantar las náuseas que escalaron por su garganta y soltó el contenido de su estómago, irremediablemente.

Se limpió con la manga de la camisa y se tomó unos instantes para recomponerse, aunque saber que estaba arrodillada entre cadáveres no ayudaba en nada. Se tambaleó arrastrando los pies para no volver a pisar a nadie y llegó a la calle.

La visión del cielo era espeluznante, de un gris sucio, mortecino. La luna estaba allí, pero apagada, y cientos de estrellas rodeaban a ese extraño disco.

—*¿Quentin?* —Esperó y esperó a que apareciera allí, pero el tiempo pasaba y Quentin no se dejaba ver. Y a cada segundo que moría, la desesperación de Ilsa aumentaba un poco más.

Buscó en los recovecos de su mente las salas que compartía con Ethan, Astor y Tino, pero ellos no estaban, tampoco. Cayó sentada en la calle al darse cuenta de que estaba completamente sola en ese horrible y desconocido lugar.

—¿Dónde están todos? —susurró—. ¿Por qué no hay nadie?

No lo comprendía y se quedó allí, con la boca llena de un gusto amargo, con el pecho cargado de una desolación difícil de procesar, perdida en un aturdimiento del que no podía despertar. Tenía su mano de vuelta, pero Quentin no estaba, no podía saber de él y le dolía la incertidumbre. Sus manos estaban vacías de Quentin; su cuerpo se sentía pesado y entumecido porque ya no existía esa conexión entre ellos, su mente se sentía confundida y adormecida porque ya no podía hablarle.

Nunca supo cuánto tiempo pasó hasta que volvió a entrar en razón. Lo primero de lo que se percató era de que hacía mucho frío, un frío extraño, que le llegaba hasta el tuétano.

Ilsa recordó que así era como se sentía extrañar a Quentin cuando no tenía un nombre para él, después de haberlo visto por primera vez en Sitnor Ciudad Capital. Sonrió y, a su vez, las lágrimas se deslizaron por sus mejillas. Sonrió echando de menos esos días y su mente volvió a extraviarse en un tiempo pasado, en unos días que ya jamás regresarían, en los que su familia estaba viva y ella no sabía nada del mundo.

Extrañó su inocencia de ese entonces, su curiosidad, la forma en que recordaba a ese desconocido con cara de niño triste. Extrañó inventarle nombres que se adecuaran a él, que quedaran bien en su rostro, pero nunca encontró uno. Nunca pensó en llamarlo Quentin, tampoco. No supo que ese nombre existía hasta que lo escuchó salir de sus labios en Drioed-ta. Pensó en Drioed-ta, en esa casa en ruinas que fue testigo de su encuentro, de su alegría, de sus lágrimas. Pensó en sus labios y en que quería oír su nombre salir de ellos.

Extrañó su perfume y el vínculo que los unía, esa magia que los hizo saber que estaban vivos, pero que ya no hallaba; le hacía falta sentir la tierra temblando bajo sus pies cuando estaba a punto de encontrarlo, cuando sus anillos luminosos volvían a unirse. Extrañó el dolor que sentía en sus huesos al estar lejos de él y, también, necesitaba ver su sonrisa. El dolor era diferente en ese momento, mientras estaba sentada a mitad de una calle vacía, bajo un cielo mustio y anormal. Dolía de otra forma, como si una inmunda sustancia negra estuviera adherida a toda su piel y le estuviera quemando y pinchando constantemente.

Lo amaba. Lo extrañaba. Lo necesitaba. Amaba, extrañaba y necesitaba la seguridad de sus brazos y volvió a perderse en los recuerdos de una noche nevada en Sitnor. La única que tuvieron.

Y sus ojos se perdieron en las cenizas que pintaban esa desconocida ciudad. Y su mente se extravió en más recuerdos. Y el tiempo pasó como las aguas de un río, veloces y sin remordimiento alguno por lo que dejaban atrás.

Volvió a ese oscuro presente, en algún momento incierto. Miró. La ciudad estaba desierta, al parecer. Al menos no se oía más que un extraño murmullo enredado en el viento, que arrastraba también cenizas y polvo. Susurraba unas palabras ininteligibles, que le hacían erizar la piel si le ponía atención a sus oídos. Ilsa empezó a cantar, para no escucharlo, y a deambular por las calles.

Entró a una casa y buscó un farol, para empezar. Necesitaba saber dónde se encontraba y quienes eran todos los muertos que estaban en el lugar en el que ella despertó. Deseó con todas sus fuerzas que Quentin no estuviera entre ellos. No se sentía capaz de vivir, sabiendo que él ya no estaba.

Al encontrar un candelero, lo encendió y buscó algo en aquella sala que le dijera dónde estaba.

—¿Qué demonios hago acá? —murmuró al hallar un boletín informativo escrito en el idioma de Tesar.

Corrió de regreso hacia el lugar de donde había salido, una ajada posada, consumida por la humedad y por el tiempo. Había varios cuerpos en cada una de las habitaciones, de diferentes edades, pero ninguno era de alguien que conociera, por lo que salió de allí de inmediato.

—¿Dónde mierda está el sol?

No había sol, no había Quentin, no estaba Ethan, ni Astor, ni Tino. Estaba sola y no quería seguir allí, asustada, esperando algo que no sabía si iba a ocurrir. No tenía muy en claro qué esperar, así como tampoco tenía idea de qué acababa de ocurrir en Thoria y por qué despertó en esa habitación mohosa, a medio derrumbar, entre cadáveres de gente que no conocía. Decidió regresar a Sitnor a buscar a Quentin. No tenía nada allí, de todos modos.

Habían pasado horas, o eso creyó, y el cielo no había cambiado en lo absoluto. Seguía tan extraño y aterrador como cuando lo vio por primera vez. El frío seguía siendo el mismo. El viento continuaba susurrando cosas. La piel se le volvía a erizar si le ponía atención.

Respiró profundo varias veces antes de pensar muy bien en qué hacer. Regresó a la casa de donde sacó el farol, ya que parecía haber estado habitada recientemente. Revisó en todos lados buscando a alguien que estuviera vivo y que le pudiera decir qué había ocurrido, pero solo encontró más cadáveres. Los ignoró, en un esfuerzo por no sumar más dolor al que ya acarreaba, y buscó por cosas que pudieran servirles para enfrentar un largo camino a Sitnor. Se armó con dos bolsos en los que puso algunas prendas y los pocos alimentos que encontró.

Salió a la asfixiante oscuridad y caminó apresurada hacia el establo, para no prestar atención a lo horrible que se veía todo sin sol y, al llegar, lo encontró vacío.

—¡Ni un maldito caballo! ¡Maldición! ¡Malditos sean todos! —Arrojó el farol contra una de las paredes y este derramó el aceite sobre la pila de heno, que no tardó nada en incendiarse—. ¿Dónde están los malditos caballos?

Estaba sola en el culo del mundo, sin un puto caballo que la sacara de allí, en medio de una ciudad desconocida y en su condenado país de violadores.

Ilsa gritó enfurecida y frustrada, le dio la espalda al fuego y se dirigió hacia la calle una vez más.

Volvió a cantar, un poco para ignorar las voces del viento y otro poco por si alguien la escuchaba hacerlo. Caminó por un buen rato por las calles desiertas, y no encontró nada que le dijera que no había quedado sola en esa aterradora versión de Tesar.

El terreno bajo sus pies comenzó a cambiar de a poco, y pasó de ser un barrizal apestoso para convertirse en prolijas calles empedradas. Sin embargo, no fue capaz de reconocer ningún edificio hasta que llegó a una inmensa plaza poblada de arbustos de follaje dorado.

—Estoy en la capital —susurró, extrañada. Era el único lugar que recordaba que tuviera esa particular decoración en su plaza central. Miró, a través de la odiosa penumbra, en busca de algo, aunque no sabía qué buscar. ¿Un caballo? ¿Una persona? ¿Quentin?

Lo último que le oyó decir fue «El sol se está despedazando» y tal vez tuvo razón, porque el cielo se oscureció por completo y el astro que antes iluminó los días ya no volvió a verse. Extrañaba tanto su voz…

Ilsa se detuvo y miró al cielo, buscando la estrella más pequeña, la que Quentin decía que era la que compartían. Sin embargo, el cielo seguía siendo extraño. Un disco gris y racimos de estrellas a su alrededor. Ilsa suspiró con resignación. ¿Cómo no se le había ocurrido antes hablar con su estrella?

—¿Estrella?

—Ilsa Zvezda.

Hablar con ella siempre la llenaba de felicidad y esperanza, aunque esta vez lo sintió con

más fuerza que nunca.

—Estrellita mía, ¿qué pasó? ¿Por qué está todo así?

—Efos, dios Sol, quería destruir a los humanos, pero luchamos, Ilsa Zvezda, luchamos por ustedes y vencimos.

—No comprendo.

—Cada Astro protegió a su humano. La Luna, gloriosa Sinmá, protegió muchas vidas, no solo la de sus magos. No pudimos salvarlos a todos, pero una gran parte de las personas de corazones nobles sigue con vida.

Ilsa sintió el aire entrar en sus pulmones. En Tesar, al parecer, no había nadie decente.

—¿Qué pasó con quienes tenían los poderes del Sol?

—Efos fue destruido, por ende, también aquellos que llevaban sus poderes.

El camino desapareció bajo sus pies e Ilsa cayó de rodillas en mitad de la nada. De nuevo.

—¿A esto te referías cuando me dijiste que renunciara al poder del Sol?

—Sí, Ilsa Zvezda.

Ilsa se llevó las manos al pecho y respiró varias veces. Podría haber muerto ese mismo día.

—Por Sinmá, estrella. Astor está muerto, entonces, y por mi culpa —dijo en cuanto se dio cuenta.

—Levántate, Ilsa Zvezda. Te espera un largo viaje, pero no temas. Los Astros guiaremos tus pasos y yo te protegeré de cualquier cosa que pueda sucederte.

Ilsa permaneció de rodillas y en silencio por un largo tiempo, mientras procesaba todo lo que su estrella le dijo con anterioridad. Sin saberlo, había ocasionado la muerte de Astor y eso era algo que no podría perdonarse mientras viviera.

—De pie, Ilsa Zvezda —insistió la estrella.

—¿Por qué no puedo hablar con Quentin? —Ilsa se incorporó y comenzó a caminar—. *¿Sabes cómo se encuentra?*

—Él está bien, está con su hermano. La magia no será la misma, puesto que el Astro Mayor ya no está. Tenemos que establecer nuevas reglas para que los humanos puedan utilizarla de forma efectiva. Es pronto, aún, para que puedan hacerlo sin dañarse, por eso los hemos privado de nuestra magia.

—Tengo miedo de no volver a encontrarlo.

—Claro que lo harás, los Astros guiaremos tus pasos, Ilsa Zvezda.

Mientras circulaba por las aceras, oyó a lo lejos los cascos de un caballo y comenzó a gritar para llamar la atención del jinete, o del animal, en su defecto.

El caballo se detuvo e Ilsa llamó con más fuerzas, pero se escondió entre los arbustos para ver quién se acercaba.

—¡Soy el rey Ogdev, señorita! No tema, no le haré daño.

—Soy Ilsa Zvezda —dijo, y salió de inmediato de su escondite. El rey se acercó, presuroso, hacia ella.

—Señorita Ilsa, por Sinmá, ¿se encuentra bien?

Ilsa encogió los hombros, con cierta resignación. ¿Quién podría estar bien?

—¿Y usted? —preguntó, en cambio.

—No lo sé… —El rey desmontó y sujetó al caballo de las riendas—. Están todos muertos —dijo—. Mis hermanos, mi padre. Supongo que mi madre también. ¿Dónde despertaste?

—No lo sé. En una posada a medio derrumbar. Conté treinta y dos personas muertas en sus habitaciones. Otras diez en una casa cercana. No entré a ninguna otra para ver.

—¡Por todos los dioses!

—Ninguno de ellos estaba herido.

—¿Qué sucedió? —preguntó el rey, más pálido que de costumbre, a media voz.

Ilsa le habló sobre lo que su estrella le contó y el rey se sentó en medio de la acera; parecía que mantenerse en pie era en extremo complicado ese día. O noche.

—¿Qué hará? —preguntó al finalizar—. Yo me largo a Sitnor.

—Iré contigo, no tengo nada que hacer aquí.

—¿Y si hay personas vivas… su Majestad? —recién en ese instante se dio cuenta de que lo estaba tratando como alguien que fuera cualquier otra cosa, menos su rey.

—No iba a volver a Tesar después de la guerra, de todos modos. Ya no me llames su Majestad, desde hoy seré solo Ogdev… O quizás elija otro nombre.

Ilsa sonrió.

—Necesitará un atuendo un poco menos llamativo, entonces.

—Y tú un caballo.

—Mire —dijo y levantó el brazo izquierdo— recuperé mi mano, de alguna forma que no comprendo.

—Al fin una buena noticia —sonrió, aunque su rostro volvió a ensombrecerse—. ¿Crees que alguien más… haya sobrevivido?

—¿Aquí?

—Vi a mis hermanos muertos —negó moviendo la cabeza—. Me refiero a los de Sitnor, Erjathá…

—No lo sé, espero que sí. ¿Sabe cuánto tiempo pasó desde que estamos aquí?

—¿Días? ¿Horas? —El rey se puso de pie con trabajo, como si le doliera hacerlo—. No tengo idea, pero debemos irnos. Sitnor está lejos.

27

Nueva Capital de Sitnor

«¿Cómo hiciste, padre? ¿Cómo pudiste soportar la angustia de no saber de Ethan cuando desapareció? Quisiera haber heredado tu calma, tu temple, tu esperanza, tu paciencia… Eso debería llevar en la sangre, eso es lo que necesito ahora».

Desde que dejaron la ciudad, no pudo liberarse de la desesperación que le ocasionaba pensar en que Ihana estaba sola.

«Es tan chiquita, por los dioses».

No había dormido en días, aunque sin estar seguro de cuántos habían pasado. El mundo estaba sumergido en un constante atardecer desde ese nefasto momento en que los trozos de sol se desperdigaron sobre la tierra, y era algo difícil saber con seguridad cuánto tiempo había pasado.

A lo largo del camino se encontraron algunas carretas abandonadas, pero estas se fueron volviendo más frecuentes con el paso de los kilómetros. Quentin recordó que un niño había nacido en mitad de la nada cuando se cambiaron de ciudad y se le llenó el corazón de dolor al pensar en que su cuerpito quedaría allí, a la intemperie, expuesto a los carroñeros. Eso, tal vez, fue lo último que Quentin pudo sentir por una buena porción de tiempo, puesto que después de lamentarse por el destino de ese bebé, le pareció que su capacidad de experimentar emociones se había apagado. Ihana era un deber. Ethan, un compañero. Ilsa, la otra parte de su estrella. ¿El resto? El resto estaba muerto y eran afortunados de no estar viviendo lo que él.

—Debemos estar cerca —dijo Ethan cuando el camino se volvió más ancho y las carretas más frecuentes. Él asintió, ya que apenas si hablaba. Para ser justos, Ethan tampoco había dicho mucho. ¿Qué podían decir? ¿De qué podrían hablar? Tal vez hacer cuentas de cuántos cadáveres encontrarían en cada ciudad que pisaran en el futuro.

«Mierda, no enterramos a Ara ni a Josh». Quentin hizo una mueca. Cuando regresaran a la antigua ciudad, todo apestaría a muerto y sería cualquier cosa, menos saludable andar por allí. «Ni loco llevo a Ihana, la van a comer las ratas».

Los primeros indicios de la ciudad se divisaron al poco tiempo y Luna, al encontrarse en terreno conocido, corrió a mayor velocidad. Sorteó montañas de maderas y enormes trozos de rocas que habían caído del cielo y, al fin, Quentin vio su cabaña. Estaba en pie, y era una de las pocas que permanecía intacta.

Quentin desmontó y se quedó parado mirando la puerta, tratando de conectarse con él mismo otra vez para recordar por qué habían regresado. Ethan le puso una mano en el hombro.

—Ya llegamos, veamos si la niña de Noah se encuentra bien.

Oírlo mencionar a la bebé y a Noah desencadenó en su interior un torrente de culpa, dolor y tensión.

Quentin apenas si podía contenerse, por lo que corrió hacia la cabaña. Escuchó los pasos de su hermano detrás de él y agradeció en silencio que estuviera a su lado, porque de haber estado solo, ni siquiera hubiera tenido la voluntad suficiente de alejarse de Ara, mucho menos para pensar en todo lo demás.

No sabía en qué estado encontraría a la niña, pero no se oía ningún sonido en la casa, más que el de sus pasos, y eso era más aterrador que haber visto al sol despedazarse y caer sobre sus

cabezas. Más que el susurro que flotaba en el aire desde que los Astros lucharon entre sí.

Quentin se detuvo frente a la puerta cerrada. Nadie volvió a entrar allí después que Noah y Enara se fueron y tenía miedo de lo que podría encontrarse. Ethan notó sus dudas y le puso una mano en el hombro.

—¿Y si no…? —murmuró.

Ethan empujó la puerta en respuesta y lo que vieron los dejó sin aire. En medio de la cama en la que había nacido, brillaba una esfera de luz plateada y la hija de Noah y de Enara parecía flotar en su interior.

—¿Qué demonios es esto? —susurró Quentin y Ethan se aproximó con cautela. La observó por unos momentos y luego se giró para verlo.

—Sabía que su estrella no la dejaría morir, la está protegiendo —sonrió. Quentin se acercó y se quedó viéndola.

—Está dormida, pero respira demasiado despacio y eso no es normal, Ethan.

—Está en estado de semiconsciencia para evitar que su cuerpo sufra el paso del tiempo. Cuando Nadzia fue libre y consciente, Ilsa pasó un mes entero así y creyó que apenas habían sido horas. Para la niña, no pasaron más que unos segundos desde que te separaste de ella.

—Chiquita —susurró—. ¿Y cómo volverá a la normalidad? O cuándo, mejor dicho.

—No lo sé.

Quentin acercó sus manos para tomarla y, cuando sus dedos se sumergieron en la esfera, los rayos de luz que conformaban la esfera se agitaron por unos instantes y quisieron evitarlo, ofreciendo una resistencia que no duró más que un parpadeo. En el momento en que sus manos tocaron a la niña, la luz comenzó a apagarse y la pequeña abrió los ojos.

Lo miró con el diminuto entrecejo fruncido y Quentin se largó a reír, aliviado de saber que estaba a salvo. Se sintió renacer al tenerla en sus brazos otra vez.

—Está bien, no tiene frío ni se ensució.

—Semiconsciencia —repitió Ethan, tan aliviado y feliz como él—. Iré a ver si hay más niños.

Quentin no puso atención de tan maravillado que estaba. Había imaginado miles de posibles escenarios, uno más espantoso que otro, mientras batallaba con la culpa y el dolor por las pérdidas. En ese momento que la pequeña estaba mirándolo con sus hermosos ojos pardos, no necesitaba nada más. Ni siquiera pensaba en qué comerían cuando ya no creciera ni un miserable yuyo, ni en cuánto tiempo les quedaría de vida cuando los granos se acabaran, ni en el aterrador murmullo que los rodeaba, ni en dónde estarían los demás, si es que habían sobrevivido.

—Eres preciosa. —La niña se quejó y Quentin rio, otra vez—. ¿Sabes? Ilsa… —Dejó de hablar. Ilsa estaba sola en Tesar, y tendrían que hacer miles de kilómetros para poder encontrarla. Sonrió, Luna los llevaría—. Ilsa eligió un nombre para ti e iremos a buscarla, ¿qué dices? —Quejido—. Ihana, ¿te gusta? —Otro quejido—. Voy a suponer que sí, de todos modos, cuando puedas elegir un nombre que te guste, ya va a ser tarde y no te permitiré cambiarlo. Ihana significa felicidad y tú mereces ser feliz. Vas a ser feliz, me aseguraré de que así sea. Lo haré porque tu padre confió en mí para que te cuidara y lo voy a cumplir, como él cumplió con su promesa de acompañar a tu madre hasta el final de sus días. Por los dioses, los extraño tanto…

Ethan entró apresurado para interrumpir su conversación.

—Otro pequeño mago —sonrió.

—No me jodas. —Quentin se puso de pie y miró al bebé; no debía tener más de dos meses. Tenía unas pinceladas de cabello oscuro y unos enormes ojos grises que lo miraban con curiosidad.

—¿Puedes encargarte? Iré a dar otra vuelta. Hay varias casas en pie y supongo que puede haber más bebés en ellas.

—Por algo es que no sufrieron daños. —Ethan asintió y estaba a punto de dejar al niño en la cama cuando Quentin lo detuvo—. Espera, iremos contigo.

En total, después de haber revisado a todas las casas en pie, encontraron a cinco criaturas más de distintas edades, aunque supieron que el mayor no tenía más de cuatro meses por el tiempo que llevaban en esa ciudad. No los despertaron porque no sabían cómo iban a organizarse para cuidarlos o, siquiera, si ellos mismos iban a sobrevivir a la eterna noche en la que se encontraban.

—Tenemos que ponerle un nombre —dijo Quentin, pensando en el nuevo bebé, una vez que los niños estuvieron alimentados y dormidos. Ethan comenzó a reír.

—Somos pésimos en eso, la niña de Noah todavía no tiene nombre y hace más de una semana que nació.

—Espera, Ilsa me dijo un nombre para ella: Ihana.

—Felicidad… Me gusta, sí.

—Me lo dijo momentos antes de que todo se fuera a la mierda, por eso no pudimos decírselos.

—Comprendo. ¿Cuántos crees que haya en Thoria?

—Vaya uno a saber, tendremos que regresar a la capital para revisar cuántos niños hay allí. ¿Sabes cuánto tiempo puede vivir una persona en ese estado?

—Un par de años, los más fuertes, pero eso en ambientes controlados por otros magos y en personas adultas e instruidas. No sé en este caso, donde los niños están al cuidado de sus Astros. Supongo que permanecerán así hasta que alguien los encuentre y pueda hacerse cargo de ellos.

—Bueno, parece que nuestra misión será encontrar a todos esos pequeños y… ¿criarlos? —Quentin se recostó en la silla—. ¿Cómo se supone que lo haremos?

—Creo que primero tendríamos que buscar a los magos que conocemos. No todos pueden hablar con sus Astros para saber que cada uno regresó al lugar de su nacimiento.

—¿Quiénes habrán quedado? —La pregunta salió con algo de duda de los labios de Quentin. Era la primera vez en días que intercambiaba más de dos palabras con su hermano y enfrentar la realidad en la que se encontraban, era tan sombrío como los días en Thoria—. Ilsa, Lena y Vila… Y de los magos: Iskánder, Ajác, Mihaí, Shanyi… ¿Drian?

—Drian, sí. Seguro que sí. El señor Enda, de Morrau, Brod-como sea, el mago del príncipe Verj.

—Ese cabrón… Sí. —Quentin asintió—. El rey Ogdev… Y había más magos de Tesar, ahora que recuerdo.

—Sí, pero no llegué a conocer a ninguno de ellos. No eran muy buenos, por lo que supe.

—¿Estarán vivos?

—Supongo… —Ethan encogió los hombros—. Había muchos niños en Erjathá y Ajác y Mihaí estuvieron entrenando a los que encontraron en la antigua capital —dijo y señaló hacia el oeste—, aunque dejaron de hacerlo, por lo que sucedió con Lena primero y con Astor después.

—¿Crees que…? —Quentin volvió a recostarse en la silla—. ¿Crees que Astor esté vivo?

—No estaba en la habitación… Aunque no sé qué ocurrió con los magos del sol.

—Pero Astor no nació allí, nació en la habitación de abajo. —Quentin se puso de pie y sonrió—. Puede estar vivo aún. Puede estar, como los bebés, siendo protegido por la luna, Ethan, durmiendo tranquilo.

—Q, no deberías ilusionarte.

—¿Cómo que no? Sí, sí me ilusiono, porque es mi hermano, porque lo conozco desde que nació, estamos unidos desde el primer momento en que nos vimos.

—Cálmate, ¿sí? Hasta donde sabemos, era un…

—No. —Negó moviendo la cabeza de lado a lado—. No hables de él en pasado, como si ya no existiera. Astor… Él no puede estar muerto —dijo con un hilo de voz. Por más que quisiera convencer a Ethan de que su hermano pequeño podría estar a salvo, la realidad era que no estaba seguro y, cuanto más lo pensaba, más posibilidades había de que Ethan tuviera razón. Quentin se pasó las manos por la cara y se masajeó la frente. Sentía que su cabeza iba a reventarse en cualquier momento—. Iré a ver si encuentro cerveza en algún lugar.

—Ten cuidado.

—No hay nadie más que nosotros.

—Lo decía por… Bueno, no te emborraches, por favor, Ihana te necesita.

Quentin asintió y se largó de allí.

La chimenea estaba prendida día y noche, ya que el frío era constante, semejante al del invierno, a pesar de que era primavera en Thoria. El viento seguía trayendo palabras extrañas desde algún lugar incierto y los Guna apenas si hablaban lo justo. Ethan quería regresar a Pyebra, pero no lo decía; Quentin, ir a la antigua capital a buscar a Astor y luego a Tesar para encontrar a Ilsa, aunque también lo callara. Sin embargo, los días pasaban y ninguno de los dos se decidía a dejar la cabaña, Ethan porque se sentía responsable de la seguridad de su hermano, Quentin porque… Quentin estaba deshecho y era consciente de que no podría enfrentarse a la certeza de saber qué le había sucedido a Astor estando solo. Tampoco sabía si tendría el coraje suficiente para poder pisar de nuevo el que antes fue su hogar, sin que los recuerdos le arrebataran los pocos restos de cordura que le quedaban.

La idea de enterrarse la espada en el pecho se hacía más tentadora a cada instante porque, además, no podía dejar de pensar en lo alarmante que era que no hubiera sol, que los pastos que habían comenzado a renacer con la primavera morirían, que los pocos animales que se habían salvado acabarían con las reservas de heno que no se había reducido a cenizas el día que murió el sol y que ellos estaban condenados a morir de hambre y de locura.

Los días pasaban y se mantenían ocupados recorriendo las ruinas para rescatar lo que pudiera utilizarse. Quentin había reemplazado sus espadas negras, por un atado de mantas en el que transportaba a Ihana. De esa forma, tenía las manos libres para cargar cosas y la niña iba cómoda y abrigada. Ethan, en cambio, salía cuando Quentin regresaba, porque la salud del otro bebé, al que llamaron Naga, era frágil. Tosía y estornudaba ni bien tomaba frío.

Cada pocas horas, o eso pensaban, iban a las casas donde estaban los bebés en estado de semiconsciencia, para controlar que continuaran respirando con normalidad.

El cielo sufría imperceptibles cambios a cada instante pero, si se comparaba con el primer día, era evidente que no permanecerían en la oscuridad por siempre. El problema era que Quentin no podía hacer ninguna clase de comparación, porque llevaba la oscuridad dentro de su pecho y era tal, que en ningún momento pensó en que podría haber recuperado la esperanza si hablaba con su estrella. Ella seguía allí, cuidándolo, guiando a Ilsa, protegiéndolos, pero él estaba ciego y sordo a otra cosa que no fuera el constante espanto que le ocasionaban sus pensamientos. De no haber sido porque prometió en la tumba de su hermano cuidar a Ihana, Quentin no hubiera tenido más motivos para seguir respirando ni reteniendo a Ethan allí.

Las estrellas se acercaban cada vez más al disco gris que era la luna y esta se iba iluminando muy de a poco. La claridad aumentaba progresivamente y, después de un mes, podían

distinguirse objetos a mayor distancia, aun así, Quentin seguía ciego. Se estaba consumiendo en la monotonía y en la aburrida rutina que llevaba. Había perdido peso y no quedaba mucho del antiguo Quentin. Pasaba la mayor parte del tiempo fuera de la casa y solo hablaba con Ihana, porque Khalia le había dicho desde el primer día que era importante para su desarrollo. Si hubiera sido por él, no hubiera vuelto a abrir la boca. Tal vez, ni siquiera hubiera permanecido allí, aunque tampoco supiera a dónde hubiera ido.

El día que debía llegar el verano y que daba comienzo al año 4004, según las cuentas que llevaban, oyeron el galopar de caballos que se acercaban. Después de tanto tiempo solos, y sin oír a nadie más que a ellos mismos, ambos se alarmaron. Quentin tomó sus espadas y le indicó a su hermano que se quedara con los bebés, mientras él salía a ver quiénes eran.

Abrió apenas la puerta y vio a dos personas en sus caballos. La silueta de una mujer se recortó en la penumbra cuando desmontó y se alejó del animal y de su acompañante.

—¡Quentin! —exclamó y su corazón se paralizó por completo. Abrió la puerta y se quedó viéndola, porque le parecía que estaba en una especie de sueño. Su bonito rostro lleno de pecas, su cabello gris revuelto, sus enormes ojos.

—Por todos los cielos, llegaste —murmuró y los ojos de Ilsa se empañaron. Quentin miró a quien llegó con ella y vio al rey Ogdev. No sabía cómo sentirse al verlo, después de lo que había visto en la ilusión de Iskánder. De pronto, todos los recuerdos, todos los sentimientos y emociones regresaron a él, para recordarle que estaba vivo.

—¿Por qué no fuiste por mí? —preguntó con la voz ahogada y Quentin la abrazó por un momento.

—No pude, perdóname. —Le tomó el rostro para limpiar sus lágrimas y ella sonrió. Le besó la frente e Ilsa se dejó abrazar—. Te extrañé tanto.

—Yo también. —Le acarició el rostro y Quentin cerró los ojos al sentir el contacto de su piel. Había ansiado sus caricias tanto como la tierra al sol—. ¿Por qué no pudiste?

—¡Ilsa! —exclamó Ethan a sus espaldas y ambos lo miraron. Tenía a Ihana y a Naga en brazos.

—¿Qué demonios…?

—Su Majestad, me alegra verlo a salvo —saludó. El rey, por su parte, permaneció en su caballo y apenas si asintió en un leve gesto. Parecía aturdido.

—¿Qué significa esto? —murmuró Ilsa.

—Oh, hay cinco más —dijo Ethan, divertido.

La llegada de Ilsa fue lo que necesitaban para devolverlos a la vida, al parecer.

—Él es Naga —dijo Quentin y ella los miró. Sus ojos se empañaron, otra vez—, y ella Ihana.

—*¡Shrakjta!* —exclamó con la voz ahogada—. ¡Es la hija de Enara y de Noah!

—Así es.

—Llegas justo. —Ethan quiso entregarle al pequeño Naga, pero Ilsa negó moviendo la cabeza—. Ya es hora del baño.

—Solo estaba de paso. —Ilsa se alejó y todos rieron, rey tesariano incluido—. Vinimos a ver si estaban bien y vamos a seguir viaje, ¿no, su Majestad? No sé, a Pyebra, tal vez, a ver si encontramos a alguien más.

Quentin la tomó de la capa y volvió a acercarse a ella.

—No te irás a ningún lado, nunca más. —Le tomó una mano y se sorprendió al notar que los dedos de Ilsa se escabullían en la otra. Levantó ambas manos y observó la izquierda, la que Islery había cercenado. Acarició sus dedos y la miró a los ojos—. Tienes tu mano.

—Como si nunca hubiera sido apartada de mi cuerpo —sonrió.

No se dio cuenta de lo mucho que necesitó tenerla a su lado y, hasta ese momento, no fue consciente de lo mucho que ella pudo haberlo necesitado, también.

—¿Cómo estuviste? —preguntó. Ilsa se apoyó en él y lo rodeó con los brazos.

—No quiero hablar de eso ahora. Déjame… —Lo abrazó más fuerte y puso la frente en su cuello—. Déjame aquí, así. Déjame ser feliz por estar contigo otra vez. Quiero que este instante sea eterno, por todos los instantes que perdimos.

FIN DE LA PARTE V

Epílogo

La luna lucía como un sol pálido, al que la niebla le arrebató el brillo. Las estrellas continuaban acercándose y, algunas, parecían estar comenzando a fundirse con ella. Sin embargo, hacía un tiempo que el curioso conjunto de Astros había empezado a esconderse, para devolverles la noche y algo de normalidad a sus jornadas.

Iskánder llegó un día con sus cinco gatos y partió al siguiente, puesto que quería saber qué había sucedido con los demás. Ethan decidió ir con él hacia Pyebra llevando consigo al pequeño Naga.

Ogdev, que dormía mucho y apenas hablaba, se pasaba sus momentos despierto hachando leña, fuera de día o de noche. Todos intentaron que el soberano de Tesar se abriera y compartiera con ellos sus pesares, pero fue imposible arrancarle más de cinco palabras seguidas.

Según Ilsa, durante todo el camino se comportó con normalidad, pero ni bien llegaron a la nueva capital de Sitnor, cambió por completo. Cuando Quentin le dijo que irían a la ciudad abandonada para ver si Astor se encontraba con vida y, además, para saber cuántos niños había allí en estado de semiconsciencia, Ogdev se limitó a levantar un hombro, asentir, y gruñir un «Me quedaré, por si acaso». Lo más seguro era que no tuviera ningunas ganas de cambiar su rutina en lo absoluto y respetaron su decisión.

Quentin tardó una semana en prepararse mentalmente para ir a la que antes fue su ciudad. Sabía que no sería nada fácil regresar allí y enfrentar la verdad sobre su hermano menor, tanto si estaba vivo como si no, pero Ilsa tenía una extraña forma de calmarlo, de centrarlo y hacerle ver el mundo desde una perspectiva diferente. Quentin sabía que, si ella no hubiera estado a su lado, no hubiera podido siquiera pensar en ir a despejar sus dudas, aunque querer saber era en lo que más pensaba día y noche.

Llegaron a las puertas de la ciudad amurallada a mitad del día y, aunque había estado intentando controlarlo, el nerviosismo de Quentin se disparó a niveles siderales. No fue capaz de escuchar a Ilsa cuando le pidió que se detuviera, le quitó a Luna los arneses que la ataban a la carreta, montó y azuzó a su yegua para que volara hacia el centro de la ciudad.

No se detuvo a pensar cuando cruzó las puertas enrejadas, ni cuando ingresó al patio central, ni cuando traspasó la puerta de madera, ni cuando lo recibió un jardín descuidado.

Quentin cruzó la sala y corrió a la habitación de abajo, pero se detuvo.

Ahí sí se detuvo.

Miró detrás pero, por supuesto, estaba solo. Ilsa no estaba con él. Ni Ethan. Solo él y sus temores. Solo él y su angustia. Ni siquiera reparó en las telarañas que colgaban desde las vigas, ni en el olor nauseabundo que viciaba el aire desde que entró a la ciudad y que se intensificó al entrar al que fuera su hogar, ni en las ratas que corrieron espantadas cuando entró, ni en que había dejado solas a Ilsa y a Ihana. Lo único que le importaba era lo que se escondía detrás de la puerta.

Respiró profundo un par de veces, mientras buscaba en su interior la fortaleza necesaria para poder aceptar lo que allí se encontrara, fuera lo que fuera.

Con las manos temblando y los ojos empañados, sujetó el picaporte. Lo soltó, como si quemara, y retrocedió.

«Maldición».

Apretó los puños un par de veces, para retomar el control de su cuerpo.

Volvió a meter aire en sus pulmones y avanzó.

No podía esperar más o el ardor en el estómago lo mataría. O los nervios. O la inseguridad. O los millones de escenarios que pasaban por su cabeza en ese instante.

Abrió la puerta y, sin saberlo, cerró los ojos. Algo en él todavía no tenía la seguridad suficiente como para enfrentar la oscuridad de la habitación.

O la luz.

Sus párpados se separaron apenas y un torrente de luz violácea entró a sus ojos.

Quentin lloró.

De alivio, de alegría.

Se acercó corriendo a la enorme esfera que protegía a su hermano. Estaba allí, respirando apenas, como los bebés. Se veía igual que la última vez que lo vio. Con el cabello revuelto, con su largo saco del color de su magia, con sus botas negras.

—Astor —dijo con la voz quebrada. Llevó una mano a la esfera, para despertarlo y las luces se agitaron.

—*Quentin Guna* —dijo una voz, pero no era la voz de su estrella, dulce y suave, era sabia, antigua, de una seguridad y fortaleza arrolladoras.

—*¿Quién eres?*

—*Sinmá, diosa luna. Es bueno saber que viniste, Quentin Guna. Estuve esperando por ti.*

—*¿Astor está bien?* —Estaba hablando con la diosa Sinmá, pero lo único que le interesaba era saber de Astor—. *¿Por qué no puedo llegar a él para despertarlo?*

—*Las últimas palabras de tu hermano, antes de que mi magia lo protegiera del paso del tiempo, fueron sus deseos de no continuar con vida.* —Quentin cayó de rodillas al oírlo y se llevó ambas manos al pecho. Dolía saber algo así—. *No entristezcas, Quentin Guna, porque podemos ayudarlo.*

—*Lo que sea, haré lo que sea por él, lo que me pida para que mi hermano olvide eso.*

—*Como estoy segura de que ya sabes, los recuerdos que se borran de una mente humana, deben ser resguardados en otra…*

—*Lo sé, sí.*

—*¿Estás dispuesto a llevar la carga de tu hermano?*

—*¡Claro que sí!* —Quentin miró al techo, como si con eso la luna pudiera ver sus ojos y saber que no mentía.

—*Su consciencia no le permitía ya considerarse digno de la vida, Quentin Guna, debes saberlo. Los recuerdos de sus acciones y de sus sentimientos serán los tuyos, lo sabes, ¿verdad?*

—*Lo que sea para que él esté bien.*

—*Tu corazón es noble, tu amor por él es puro y sincero. Tu estrella me lo había dicho.*

Quentin asintió.

—*¿Qué recordará? ¿Conservará sus poderes? ¿Me… recordará a mí? ¿A nuestra familia?*

—*Puedo hacer que su existencia sea lo menos dolorosa posible, así que te recordará a ti y a quienes aún viven. Olvidará a sus padres y a los hermanos que ya no están, a Onix, a Lobo Blanco y a todas las personas que alguna vez conoció. Conservará sus poderes, pero la magia tal como la conocían ya no existe, puesto que Efos fue derrotado y destruido. Nadie, nunca más, volverá a utilizar la magia de la misma forma, por eso es que no recuerdan nada de lo que aprendieron de sus maestros.*

—*Comprendo.*

—*¿Estás dispuesto a cargar con el peso de sus memorias, Quentin Guna? ¿Podrás cargar su culpa y su dolor?*

—*Sí* —respondió, sin pensar siquiera en lo que aquello podía significar.

—*Gracias a ti, Astor Guna nunca sabrá que destruyó y que salvó al mundo en el mismo momento.*

Quentin no comprendió qué quiso decir, pero su mente se llenó de imágenes sorprendentes e irreales, de emociones que nunca había experimentado, de odios, miedos, tristezas y culpas extrañas y que eran difíciles de entender.

Y vio.

Vio tierras amplias y desconocidas, mares descomunales y criaturas que parecían salidas de las páginas de un libro de los que Josh leía. Vio millones de personas, millones de muertes. Cientos de esferas de luz que se esparcieron por Thoria, cuidando de aquellos que merecían continuar con vida.

Quentin supo la ubicación exacta de cada una de ellas. La cantidad exacta de niños y de adultos que esperaban por ser despertados por los magos que quedaban con vida. Supo que su misión era reunir a los magos para despertar a esos miles de adultos. Supo que necesitaban a cada uno de ellos para volver a despertar a los niños, para darles un nuevo hogar y una nueva familia. Darles un mundo en paz, lo que siempre había deseado para él, también.

Despertó.

Ilsa lo despertó con una caricia de sus labios en su frente. Estaba recostado en el suelo y ella lo sostenía, lo acunaba en sus brazos, le acariciaba el rostro, como si fuera un niño.

—¿Estás bien? —preguntó en cuanto lo vio abrir los ojos.

Sonrió. Ilsa estaba a su lado. Miró hacia donde estaba la esfera de Astor y seguía en el mismo lugar, de la misma forma, brillando con la misma intensidad.

—Estoy bien. Gracias por estar aquí.

—Te dije que siempre iba a estar a tu lado, *zvezdary fratge´n*. —Ilsa le besó la frente y sus labios continuaron hasta su mejilla. Quentin se incorporó y besó sus labios.

—Lo sé.

—Te amo tanto —dijo y volvió a besarlo—. Con magia, sin magia, para mí es lo mismo. Estás tan clavado en mi ser, que eres parte de mí, aunque nuestra magia ya no esté. Eres la sangre que corre por mis venas, eres el aire, la luz, eres… —suspiró—. Eres toda la magia que necesito, *zvezdary fratge´n.*

Quentin sonrió. Era raro que Ilsa dijera algo así, en ese tono y mirándolo de esa forma, hasta parecía una Ilsa diferente.

—¿Qué sucede?

—Estoy orgullosa de ti. —Sus dedos se deslizaban en su rostro, desde la frente a las mejillas, al mentón, al cuello.

—No entiendo, Ilsa. Tú nunca me dices esas cosas. ¿Acaso estoy muerto?

—¡Qué ridículo! Que no lo diga no significa que no lo sienta, pero haré el esfuerzo por decirlo con más frecuencia, porque me gusta mucho la forma en que brillan tus ojos cuando me escuchas decirlo. —Quentin rio—. Nuestra estrella me dijo lo que hiciste, lo que sucedió con Astor y cómo serían las cosas en adelante.

—Por los dioses, ¿por qué te angustió con eso?

—Cuando llegué, estabas inconsciente y Astor en una esfera de luz, no tenía a nadie más a quién preguntar qué estaba ocurriendo.

—Lamento haberte preocupado.

—No me lo hubieras dicho, ¿verdad? —Quentin bajó la vista—. No me lo ibas a decir.

—No quería que te preocuparas por mí. Hay tantas cosas en las qué pensar, Ilsa…

—No puedes cargar el peso del mundo tú solo, Quentin. No estoy contigo solo porque tu rostro es bello y tienes un cuerpo increíble. —Quentin rio—. Estoy contigo… Bueno, sí, en parte sí —agregó, divertida.

—Ya, no hace falta que digas nada más —rio—. Déjalo así, mejor.

—Estoy contigo porque eres la persona más impresionante de todo el mundo. Y porque verte sin camisa es aún más impresionante, debo decir.

Quentin volvió a reír y le tomó el rostro con ambas manos.

—Esta es la Ilsa que conocía —dijo y la besó.

—Por lo visto, prefieres que te avergüence…

—No me quejaré si puedes combinar ambas cosas.

—Lo voy a pensar. —Ilsa se puso de pie y le tendió la mano—. Despertemos a Astor.

Sin soltarse, se acercaron a la esfera y, juntos, introdujeron sus manos en la cálida luz que mantenía al pequeño en estado de semiconsciencia.

Astor abrió los ojos y sonrió al verlos. Mejor dicho, rio, y el corazón de Quentin saltó de alegría al saber que el Astor que rogaba por su propia muerte, el que vio en su mente, ya no existía.

El niño se arrojó a los brazos de su hermano y, luego, se inclinó hacia un lado para abrazar a Ilsa.

—Tuve un sueño extraño —dijo y a Quentin se le congeló un poco la sonrisa. La última vez que escuchó algo así, fue cuando Dunayar fue alcanzada por la magia que Ilsa rechazó—. Soñé que era…

Quentin casi dejó de respirar

—… Un marinero, como el del libro de «Pirata de un mar de páginas», ¿lo recuerdas? ¿Recuerdas el libro?

—Sí —sonrió, aliviado. Era un libro de cuentos que sus padres solían leerles cuando eran niños y, al parecer, a Astor también se lo leyeron.

—¿Tú lo recuerdas, mamá? —preguntó mirando a Ilsa.

Quentin la miró, alarmado. Ella sonrió, sin una pizca de asombro, y le dio un beso en la frente con toda naturalidad, como si ya lo hubiera sabido.

—Claro que sí, cariño. —Astor la abrazó e Ilsa miró a Quentin—. La estrella —susurró señalando su cabeza y él asintió.

—¿Y mi hermanita? —Astor se removió y se asomó por sobre su hombro, para buscar en la espalda de Ilsa. Quentin casi pierde toda la estabilidad al escucharlo—. Oh, está dormida —sonrió y sus ojos se convirtieron en dos líneas negras, coloreadas por sus espesas pestañas. Le acarició la mejilla y, luego, miró a Quentin—. ¿Vamos a casa, papá? Este lugar huele raro y no me gusta mucho.

«Astor es mi hijo, en lugar de mi hermano. Ihana es mi hija, en lugar de mi sobrina. Por un maldito demonio, qué raro va a ser todo esto» pensó, divertido.

FIN DE LA SAGA ERA DE MAGOS

[1] Erjathá: Significa “palmeras” en el idioma de Pyebra. Es una ciudad ubicada al norte de Pyebra Ciudad Capital, en medio de la selva.

[2] Ghona: Se pronuncia *guna*, como el nombre familiar de Quentin y Noah.

[3] -En Pyebra, los «complacientes» estaban muy mal vistos, en algunas regiones incluso eran considerados peor que un asesino. El hecho de que una mujer o un hombre vendiera su propio cuerpo era una aberración, salvo que fueran esclavos. Los esclavos no llevaban marcas distintivas, ya que permanecían en lugares cerrados.

[4] *Vhinden*: ciudad sagrada en el idioma de Morrau, llamada así porque la diosa Zarba eligió esa pequeña ciudad para construir su único templo en todo el continente.

[5] La mayoría de edad se alcanza a los quince años en todos los países, a excepción de Tesar, donde es a los dieciséis.

[6] *Loyk lanta*: Ábrete. Una de las veintiocho palabras de poder descubiertas y utilizadas por los magos de la Antigua Era. Las palabras de poder solo pueden ser utilizadas por magos que puedan mantener comunicación con el Astro que le ha otorgado su poder. Son palabras que se pronuncian en el inmaculado idioma de los Astros.

[7] Yarth Leg: Mar Verde en el idioma de Pyebra.

[8] Erjathá: Palmeras en el idioma de Pyebra.

[9] Selgo: se pronuncia *seígo* en el idioma de Morrau.

[10] Praeths: Gobernadores. Son los encargados de administrar las cuatro regiones al oeste de la cordillera Selgo y la única región que se encuentra al este.

[11] Drioed-ta: Ciudad dorada.

[12] Garhq Tahok: Colonia Este en pyebrano.

[13] Shrakjta: Una grosería en el idioma de Tesar.

[14] Zvezda, el nombre familiar de Ilsa, es uno muy común en Tesar. Significa «estrella» en su idioma.

[15] Grordau: Se pronuncia *groudó.* En su traducción significa “pradera verde”.

[16] Ivnez lanta: Palabra de poder que significa «libérate».

[17] Atkjer: se pronuncia a*tkier*.

[18] Atharja: Se pronuncia *adaria*

[19] Ahrbak Ardhal: Ojo de Agua, ubicada al sur de Pyebra.

[20] Zart Vialh: Picos Blancos en tesariano.

[21] Verkrity: escondido/ escondida en el idioma de Tesar.

[22] *Kyslav*: Colosal en tesariano.

[23] *Khubta sharak gatryth lanta:* Palabra de poder que significa «muere».

[24] Se puede leer el relato “Ritual” en la página web de la autora, para saber a qué se refería la maestra de Aleksy. www.samantaesperon.com/relatos

[25] ¿Washya khusta?: En tesariano significa ¿Te encuentras bien?

[26] Yavik lanta: Una de las palabras de poder descubiertas en la Antigua Era que significa detente.
Dor lanta: Ciérrate.
Mor lanta: Arréglate

[27] Sajk lanta: Palabra de poder que significa *apágate* en el idioma de los Astros.

[28] Yavik lanta: Detente

[29] Kolewska: Tierra real.

[30] Ravwska: Agua real

[31] Zahl lanta: una de las veintiocho palabras de poder, que significa *rómpete*.

[32] Ryjhza: Una maldición en pyebrano. Se pronuncia *raijsa*.

[33] Ecsa lazda: En el idioma de los Astros, significa *encuéntralo*.
[34] Zwiershadla Naveshia: Espejos del cielo en el idioma de Tesar.
[35] Zahl lanta: Palabra de poder que significa “rómpete”.
[36] Kystha lazda: Palabra de poder. “Sujétalo”.
[37] Thras lanta: Palabra de poder. “Enciéndete”
[38] Broj lazda: Palabra de poder que significa muévelo.
[39] Khubta sharak gatryth lazda: Mátalo.
[40] *Zahl lanta:* Rómpete.
[41] Yavik lanta: detente.
[42] Rshjeka Wragla: Río Rojo en tesariano. Frontera natural entre Tesar y Sitnor.
[43] Sujétalo.
[44] Por favor, mi cielo estrellado.
[45] Fragmento de una canción de cuna tesariana.
[46] Reznic: carnicero en pyebrano.
[47] Yavik lazda: detenlo.
[48] Dor lanta: ciérrate
[49] Te amo.
[50] Te amo tantas veces como estrellas hay en el cielo.
[51] Khubta sharak gatryth lazda: Mátalo.
[52] Jat, dhanska: «Hola, perra» en tesariano.